BIBLIOTECA GENERAL
OBRA DONADA POR:

D/2350 R.3474

LA

LEYENDA DE ORO

PARA CADA DIA DEL AÑO.

VIDAS DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA.

OBRA QUE COMPRENDE

todo el Ribadeneyra mejorado, las noticias del Croisset, Butler, Godescard, etc., que faltan en aquel; las vidas de millares de santos de que no hablan dichos autores, y que están comprendidos en el Martirologio romano, que se inserta íntegro con sus adiciones mas recientes; y un vocabulario general alfabético de todos los santos, con remision al dia del año en que se encuentra su vida:

OBRA NECESARIA

PARA EL PASTO ESPIRITUAL DE LOS FIELES QUE ANHELAN SABER LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA Y VIRTUDES DE SUS PATRONOS, Y PARA LOS SEÑORES CURAS PARROCOS A FIN DE SABER LOS NOMBRES QUE PUEDEN ADMITIR EN LAS PILAS BAUTISMALES.

UNIVERSIDAD DE MALAGA BIBLIOTECA GENERAL

LA REVISA

EL REVERENDO DOCTOR DON JOSÉ PALAU,
CATEDRÁTICO DE SAGRADA ESCRITURA,

Y SE PUBLICA CON LA APROBACION Y BAJO LOS AUSPICIOS

DEL

Exmo. é Ilmo. D. Pedro Martinez de San Martin,
Obispo de Barcelona.

Va adornada con la coleccion de láminas abiertas en acero, mas admirable y costosa salida á luz hasta el dia,

DIGNA DE PONERSE EN MARCOS DE ORO,

grabada por los mejores artistas de Europa, y publicada en Paris por el editor francés de la Biblia.

TOMO TERCERO.

Madrid,
Libreria de RAZOLA,
calle de la Concepcion Gerónima, núm. 2.

Barcelona,
Imprenta de LLORENS, HERMANOS,
calle Ancha.

1845.

LA LEYENDA DE ORO.

TOMO TERCERO.

JULIO.

Dia 1.

SAN GALLO, OBISPO. — Arverna es ciudad de Francia, sita á las márgenes del rio Ligeris, que vulgarmente en Francia, llaman Loire: de aquí fué natural san Gallo, hijo de nobilísimos padres, y tanto, que eran de los primeros senadores y mas nobles de toda Francia. Su padre se llamó Jorje, y su madre Leocadia. Desde su infancia fué muy virtuoso, y amó á Dios de todo corazon. Viéndole su padre, que iba creciendo en edad de poder tomar estado, y que tenia prendas á todos amables, quiso casarle con una hija de un senador de su misma ciudad: lo cual entendido del santo niño, se fué al monasterio Cremonense, que está seis millas de Arverna, llevando en su compañía un criado. Entró en el monasterio, y con humildad grande suplicaba al abad lo recibiese en su compañía, y cortase el cabello. El abad, viendo la hermosura del niño, su gentil disposicion y gran prudencia, le preguntó su nombre, linaje y patria. A todo respondió por su órden, diciendo, con elegancia: Mi nombre es Gallo, mi patria Arverna, y mi padre Jorje el senador. Conocida por el abad su gran nobleza, le dijo: Hijo, vuestros deseos son santos y buenos; mas es menester primero dar cuenta y noticia á vuestro padre: y si él viniere bien en que os reciba, yo lo haré de toda mi voluntad. Luego envió el abad á avisar á Jorje de lo que pasaba, el cual se entristeció, luego que oyó tal nueva, y dijo: Él es mi primogénito querido, y por eso deseaba casarle; pero si Dios le quiere para su servicio, hágase su voluntad, y no la mia. Y luego añadió: Diréisle al padre abad, que cumpla, y ponga en ejecucion, cuanto quisiere el niño, y le dijere de Dios inspirado. Recibida la respuesta por el abad, al punto le cortó el cabello, y ordenó de primera tonsura, ó corona, con que quedó recibido en el monasterio. Al instante se hicieron notorias sus grandes prendas y virtudes, porque era muy amador de la castidad: jamás se juntaba á juegos y divertimientos lícitos, que á los de su edad son permitidos, y ayunaba continuamente.

2 Tenia tal dulzura y suavidad en la voz, cuando cantaba los divinos oficios, que enamoraba á todos. Un dia vino al monasterio san Quinciano, obispo de Arverna, y enamorado de oirle cantar, se lo llevó consigo, y se lo crió, y enseñó en toda virtud como celestial padre. A este tiempo creciendo la fama de su virtud y suavidad de voz, murió su padre, y el rey Teodorico se lo llevó, y tuvo en lugar de hijo, y le amaba, mas que si lo fuera. La reina le tenia el mismo amor. Fué un dia en compañía del rey á la ciudad de Agripina, donde habia un templo lleno de abominaciones gentílicas, y donde se comia y bebia, como los gentiles usaban, y se hacian cosas indignas de referirse: lo cual sabido por Gallo, se fué á él en compañía de un clérigo, y viendo, que no parecia por allí alguno de los paganos, encendió fuego, y lo aplicó al profano templo, con que todo se abrasó. Viendo el humo y llamas, que subian al cielo, acudieron los paganos á buscar al inventor del fuego, y hallado, sacaron las espa-

LA LEYENDA DE ORO.

TOMO TERCERO.

JULIO.

Dia 1.

San Gallo, obispo. — Arverna es ciudad de Francia, sita á las márgenes del rio Ligeris, que vulgarmente en Francia, llaman Loire: de aquí fué natural san Gallo, hijo de nobilísimos padres, y tanto, que eran de los primeros senadores y mas nobles de toda Francia. Su padre se llamó Jorje, y su madre Leocadia. Dosde su infancia fué muy virtuoso, y amó á Dios de todo corazon. Viéndole su padre, que iba creciendo en edad de poder tomar estado, y que tenia prendas á todos amables, quiso casarle con una hija de un senador de su misma ciudad: lo cual entendido del santo niño, se fué al monasterio Cremonense, que está seis millas de Arverna, llevando en su compañía un criado. Entró en el monasterio, y con humildad grande suplicaba al abad lo recibiese en su compañía, y cortase el cabello. El abad, viendo la hermosura del niño, su gentil disposicion y gran prudencia, le preguntó su nombre, linaje y patria. A todo respondió por su órden, diciendo, con elegancia: Mi nombre es Gallo, mi patria Arverna, y mi padre Jorje el senador. Conocida por el abad su gran nobleza, le dijo: Hijo, vuestros deseos son santos y buenos; mas os menester primero dar cuenta y noticia á vuestro padre: y si él viniere bien en que os reciba, yo lo haré de toda mi voluntad. Luego envió el abad á avisar á Jorje de lo que pasaba, el cual se entristeció, luego que oyó tal nueva, y dijo: Él es mi primogénito querido, y por eso deseaba casarle; pero si Dios le quiere para su servicio, hágase su voluntad, y no la mia. Y luego añadió: Diréisle al padre abad, que cumpla, y ponga en ejecucion, cuanto quisiere el niño, y le dijere de Dios inspirado. Recibida la respuesta por el abad, al punto le cortó el cabello, y ordenó de primera tonsura, ó corona, con que quedó recibido en el monasterio. Al instante se hicieron notorias sus grandes prendas y virtudes, porque era muy amador de la castidad: jamás se juntaba á juegos y divertimientos lícitos, que á los de su edad son permitidos, y ayunaba continuamente.

2 Tenia tal dulzura y suavidad en la voz, cuando cantaba los divinos oficios, que enamoraba á todos. Un dia vino al monasterio san Quinciano, obispo de Arverna, y enamorado de oirle cantar, se lo llevó consigo, y se lo crió, y enseñó en toda virtud como celestial padre. A este tiempo creciendo la fama de su virtud y suavidad de voz, murió su padre, y el rey Teodorico se lo llevó, y tuvo en lugar de hijo, y le amaba, mas que si lo fuera. La reina le tenia el mismo amor. Fué un dia en compañía del rey á la ciudad de Agripina, donde habia un templo lleno de abominaciones gentílicas, y donde se comia y bebia, como los gentiles usaban, y se hacian cosas indignas de referirse: lo cual sabido por Gallo, se fué á él en compañía de un clérigo, y viendo, que no parecia por allí alguno de los paganos, encendió fuego, y lo aplicó al profano templo, con que todo se abrasó. Viendo el humo y llamas, que subian al cielo, acudieron los paganos á buscar al inventor del fuego, y hallado, sacaron las espa-

das contra él. El santo huyó al palacio real; y el rey con blandas y suaves palabras los quitó. Despues todo el tiempo que vivió solia el santo glorioso referir este caso con lágrimas, y decia: ¡Ay de mí, que volví la cara cobardemente al martirio; pues fuera entonces gloriosa mi muerte, muriendo por tal causa!

3 Murió por este tiempo el santo obispo Quinciano, y los ciudadanos de Arverna concurrieron á casa de un sacerdote tio del santo obispo á pedirle consejo en la eleccion de nuevo obispo: lo cual tratado con brevedad, cada uno se fué á su casa. Estaba á la sazon en Arverna el glorioso Gallo, y no era aun sacerdote, solo era diácono. Llamó á uno de los clérigos, é inspirado del Espíritu santo le dijo: ¿Qué hablan estos? ¿Adónde van y vienen? ¿Qué tratan? En balde se cansan; porque yo seré obispo. El Señor se dignará de darme á mí este cargo y dignidad. El clérigo enojado le dió un golpe, y se fué. Entonces el santo sacerdote, donde se habian juntado, le dijo: Hijo, toma mi consejo, y vete al rey; que sin duda serás tú el obispo. Hízolo así, y contóle al rey como era muerto san Quinciano. A este tiempo llegó Aprúnculo, obispo de Trevers, el cual con su clero pidió al rey, hiciese á Gallo obispo de su ciudad. Él les dijo: Buscad otro sugeto; que Gallo ya tiene obispado. Ellos, oyendo esto, eligieron á san Nicesio por su obispo. Hizo el rey ordenar de sacerdote á Gallo, y dióle el obispado de Arverna, y cuando iba, le salió á recibir entre los demás el clérigo, que le habia herido: y advirtiendo el santo en que estaba con vergüenza á su vista, le habló cariñoso, é hízose su amigo, perdonándole por Dios la injuria, y la incredulidad de su santa profecía. Fué recibido con gozo y alegría universal con mucha música y fiesta. Era amado de toda la ciudad por su afabilidad, humildad y paciencia: virtudes, que entre las demás sobresalian y lucian en él, como astros. Un dia, en un convite, un clérigo suyo le hirió en la cabeza, y se estuvo tan quieto y sin hablar palabra, como si fuera de mármol, porque decia su gran paciencia, que cuanto le sucedia, venia de la mano de Dios. En otro convite, otro sacerdote senador, llamado Enodio, le dijo mil afrentas y baldones injuriosos; y el santo obispo levantándose, se salió de donde era el convite, y se fué á visitar los templos. Refiriéronle esto á Enodio, y fué corriendo á buscarle, y hallándole en la plaza, se postró á sus piés, pidiéndole perdon: el cual se lo concedió con toda benignidad, y le abrazó cariñosamente: solo le advirtió, no le sucediese otra vez hablar así contra un obispo; porque le hacia saber, que no merecia ser obispo. Habló aquí, como otras veces, con espíritu profético; pues siendo despues Enodio hecho obispo Gabalitano, estando ya en la cátedra, y todas las cosas dispuestas para bendecirle, repentinamente se levantó contra él todo el pueblo, de suerte, que no hizo poco en escapar con la vida; y al fin murió sin ser obispo.

4 Un dia se ardia la ciudad de Arverna, y el santo obispo, viendo no habia remedio humano á tanto incendio, acudió al divino: fuése al templo, y puesto en oracion, alcanzó de Dios, cuanto le pidió: tomó el libro de los Evangelios, y abriéndole, salió á vista del fuego, el cual luego al punto desapareció de suerte, que ni aun pavesas quedaron por señal. Hubo una gran peste, y general en todas aquellas provincias, y el santo de dia y noche, oraba por su pueblo, y ciudad, pidiendo á su divina Majestad, que si habia de castigarla, no fuese, viviendo él. Apareciósele una noche un ángel, cuyo cabello y vestido era como los ampos de la nieve, y le dijo: Sabe, ó sacerdote santo, que la divina piedad ha oido tus ruegos, y así no temas; porque tú, y tu pueblo seréis libres de esta contagiosa enfermedad, y en toda esta region, no perecerá persona alguna de tal contagio, viviendo tú; y así está alegre, y sabe, como dentro de ocho años cumplidos te irás á la eterna gloria. Desapareció el ángel; y vuelto en sí el santo obispo, dió gracias á Dios por tan piadoso consuelo. Sucedió así, como dijo el ángel, todo. Otros muchos milagros hizo, que seria nunca acabar referirlos todos. Pasados los ocho años, sintió la enfermedad de la muerte, y avisado del Señor, que seria pasados tres dias, hizo juntar el pueblo, y con entrañas piadosas de padre les dió la santa comunion, y su bendicion á todos. El dia tercero, que era domingo primero dia de julio, año del Señor de 573 dijo, á los que le asistian: Quedad en paz, hermanos mios; y extendiendo su santo cuerpo dió su bendita alma á Dios, con quien ahora vive, y reina. Vivió en este mundo sesenta y cinco años, y los veinte y siete fué obispo. Lavaron su cuerpo: vistiéronle de pontifical, y pusiéronle en la iglesia, donde estuvo por tres dias, esperando se juntasen los obispos comprovinciales, para enterrarle. Sucedió un gran milagro en este tiempo (sin otros muchísimos que hizo), y fué, que á vista de todo el pueblo levantó el pié derecho del féretro, y se volvió de lado, para estar mirando al altar. Vinieron los obispos, y con toda pompa y solemnidad, llevaron el santo cuerpo de la iglesia, donde estaba, á la de san Lorenzo. Por las calles no se oia otra cosa que llantos y gemidos, diciendo: ¡Ay de nosotros! ¡Y cuándo merecerémos tener otro santo obispo! Las mujeres todas iban vestidas de luto, y tan llorosas, como si hubieran perdido sus maridos, y de la misma suerte los hombres, como si hubieran perdido sus mujeres. Despues acá ha obrado, y obra cada dia infinitos milagros, sanando de varias enfermedades, siendo especial abogado, de los que padecen cuartanas; porque de este mal, pocos ó ningunos son los que llegan á su sepulcro, que no hayan sanado luego, sin volverle á padecer. Escribieron su vida san Gregorio Turonense *de Gestis Franc., lib.* IV, *c.* 5 y 6, y mas largamente en las vidas de los Santos Padres *cap.* 6.; Venancio Fortunato, *lib.* IV. *Carmin.*; Surio *tom.* IV; el Martirologio romano; y Baronio en sus Anotaciones, y en el *tom.* VII de sus Anales, año 541, *núm.* 30 y año 573, *núm.* 26.

5 La altura, en que se ve la humana nobleza, siempre anhela por las dignidades: se enso-

berbece con los honores: desprecia á los humildes: no tiene paciencia para sufrir el menor baldon y menosprecio de esta vida: todos, quisiera que estuviesen debajo de sus piés, deseando atropellarlos á todos, y que ninguno hubiese, que atenta su nobleza, no les rindiese profanos cultos, é individuas adoraciones, y cuando poseen mas rentas, y riquezas, entonces es, cuando mas desean; porque el oro mismo trae, y engendra deseos de adquirir, y poseer mas oro, y mas riquezas. No fué así el gloriosísimo obispo san Galo; pues siendo tan noble, era el que mas se humillaba, como si fuera el menor: sufria con paciencia imponderable las injurias, y ofensas, que le hacian; y quisiera ser menos que todos. A esto parece se opone el decir, habia de ser obispo, cuando aun parecia cosa de sueño imaginarlo solo; pero deshácese con facilidad la réplica, sabiendo, que antes esa profecía sube de punto su santidad humilde; pues se vió, hablaba en él, y por él el Espíritu santo, el cual nos asista siempre á todos con su divina gracia. Amen.

* San Aaron, profeta. — Fué hermano mayor de Moisés, hijo de Amram y de Jocabet, de la tribu de Leví, y nació en Egipto, el año 1574 antes de Jesucristo. Siendo Moisés escogido para libertar á su pueblo del cautiverio, se asoció para tan grande empresa á Aaron que se expresaba con mas facilidad que él. Presentáronse ambos hermanos en la corte de Faraon, en la cual obraron una infinidad de prodigios, para ablandar el corazon endurecido de aquel príncipe. Aaron acompañó siempre á Moisés, y habló constantemente en su nombre al pueblo y al rey. Por medio de su milagrosa vara se efectuaron los primeros portentos: fué trasformada en serpiente, hizo convertir el agua en sangre, llenó de ranas al Egipto, y cubrió de mosquitos todo el país. Despues del paso del mar Rojo, estando Moisés en la cumbre del Sinaí, tuvo Aaron la debilidad de ceder á las instancias del pueblo infiel, que pedia un Dios visible, y queria que se dedicase un becerro de oro. Aaron se prestó á tan sacrílega exigencia, creyendo sin duda impedir así á los israelitas el desbandarse, y contenerlos á la falda del monte hasta la vuelta de su hermano, pero esta razon no pudo justificarle. Solo á su arrepentimiento debió el perdon de su falta, despues de lo cual el Señor se dignó elegirlo para ser consagrado gran sacerdote de su pueblo escogido. Semejante preferencia ocasionó luego disturbios en un pueblo indócil, que se abandonaba con tanta frecuencia á la murmuracion contra Dios. Coré, Datan, y Abiron, envidiando el honor del sacerdocio se rebelaron, y fueron tragados por la tierra que se abrió debajo de sus piés: castigo terrible al cual se siguieron otros no menos espantosos. Doscientos cincuenta hombres del partido de los rebeldes, que tuvieron la temeridad de ofrecer incienso en el altar, fueron abrasados por el fuego que de él salió, y no apaciguándose aun la sedicion con esto, el fuego del cielo rodeó á la multitud revolucionaria, devoró á mas de catorce mil, y tal vez los hubiera enteramente exterminado, si Aaron con el incensario en la mano, no se hubiese interpuesto entre los muertos y los vivos, á fin de aplacar la cólera de Dios. El sacerdocio de Aaron fué luego despues confirmado con un nuevo milagro que hizo cesar enteramente las murmuraciones del pueblo. Mandó Moisés que se encerrasen en el tabernáculo las varas de las doce tribus, conviniendo todos en que se conferiria el soberano sacerdocio á la tribu cuya vara floreciese. Al dia siguiente la de Leví apareció cargada de flores y frutos, y Aaron fué declarado pontífice supremo. Sostuvo con Hur los brazos de Moisés que oraba á Dios mientras Josué combatia contra los amalecitas. Despues de haber vestido los ornamentos pontificales á Eleázaro su hijo y sucesor en el sacerdocio, murió Aaron el año 1452 antes de Jesucristo, á los 123 de su edad, sobre el monte Hor, á la vista de la tierra prometida en la cual no pudo entrar, en castigo de su desconfianza cuando Moisés heria la roca en el desierto de Cades.

San Julio, y san Aaron, mártires. — Estos dos santos que en el bautismo recibieron el primero un nombre romano, y el otro un nombre hebreo, eran naturales de la Gran Bretaña. Glorificaron á Dios por medio del martirio, en Caerleon, en el condado de Monmouth, bajo el imperio de Diocleciano. Algunos historiadores antiguos dicen que murieron en Roma, adonde habian ido para instruirse en las ciencias, y Beda añade que no fueron ellos solos los que en aquella ocasion sellaron su fé con su sangre, sino que con ellos sufrieron martirio una porcion de cristianos de uno y otro sexo.

San Rumoldo, obispo y mártir. — Fué hijo del rey de Escocia, y es conocido con el nombre de Rombaud. Fué uno de aquellos celosos monjes anglo-sajones, establecidos en Inglaterra é Irlanda, que en el siglo VIII dejaron su soledad para ir á llevar la luz de la fé á diferentes regiones de Europa. Asocióse Rumoldo á los trabajos apostólicos de san Wilibrordo, y fué consagrado obispo *regionario*, es decir, sin tener sede fija. Convirtió una multitud de infieles en los alrededores de Malinas, de Lierra y Anvers, y murió mártir de su zelo, por haber levantado su voz contra los escandalosos desórdenes de un habitante del país, el dia 24 de junio del año 775. Su cuerpo fué arrojado á un rio; pero descubierto milagrosamente, fué sepultado con gran pompa por el conde Adon. Posteriormente sus sagradas reliquias fueron trasladadas á la catedral de Malinas que el papa Paulo IV, elevó á la dignidad de metropolitana, y que honra á este santo como su apóstol y su patron, siéndole deudora de muchas mercedes.

San Teodorico, presbítero y confesor. — Nació en el territorio de Reims, de Marguad, hombre licencioso, que no dió á su hijo mas que malos ejemplos. Felizmente san Remigio se encargó de la educacion del niño, y formó su corazon en la piedad. Habiéndole obligado sus padres á contraer matrimonio, el santo propuso á su consorte vivir ambos en perpetua virginidad, lo cual logró fácilmente porque era tambien ella muy pia-

dosa. Teodorico abrazó, pues, el estado monástico, y fué elegido superior del monasterio que san Remigio habia fundado en el monte Hor cerca de Reims. El mismo san Remigio lo elevó despues al sacerdocio, y lo empleó con muy buen resultado en el ministerio de la predicacion, pues el nuevo sacerdote convirtió gran número de pecadores, entre otros á su padre, que pasó el resto de sus dias en la penitencia bajo la direccion de su hijo. Trabajó asimismo con san Remijio por lograr que un lugar de prostitucion se cambiase en monasterio de vírgenes cristianas, y murió santamente el dia 1.° de julio del año 533. Sus reliquias son tenidas en grandísima veneracion y se guardan en san Remigio.

San Eparquio, abad y confesor.—Francés de nacion, dejó el mundo para consagrarse á Dios á pesar de la voluntad de sus padres que querian estorbar su vocacion. Habiéndose retirado á un monasterio de Perigord, vivió en él algunos años, hasta que temiendo los peligros de la vanagloria, por haberse revelado su santidad á los demas compañeros, determinó marcharse á un lugar enteramente solitario. Encerróse en una pequeña celda cerca de Angulema con el permiso del obispo de Perigueux, y de su abad, y el obispo de Angulema, enamorado de sus insignes virtudes, lo elevó al sacerdocio. Eparquio vivia con una austeridad suma, y la redoblaba mas y mas en la cuaresma. En su soledad recibió tambien algunos discípulos; pero no les permitió nunca el trabajo de manos, queriendo que continuamente estuviesen ocupados en meditar y orar. Las liberalidades de los fieles que iban á visitarle proveian á sus necesidades y á las de sus religiosos, y le dejaban sobrante para emplear algunas sumas en la redencion de cautivos. Despues de cuarenta años de una vida tan meritoria, murio Eparquio el dia 1.° de julio del año 581, y fué célebre antes y despues de su muerte en grandes milagros.

San Simeon, confesor.—Queriendo este santo establecer sólidamente en su corazon la práctica de la humildad y del menosprecio de sí mismo, conformóse con pasar por loco á los ojos de los hombres, y hasta ser designado tal por medio de un apodo humillante. Habia nacido en Egipto, en 522, y habiendo ido en peregrinacion á Jerusalen, el año 552, se retiró á un desierto vecino al mar Rojo, pasando veinte y nueve años en la mas austera penitencia. Despues se fijó en Emesa donde logró pasar por loco, afectando las acciones de los que han perdido la razon. Tenia entonces sesenta años, y vivió otros siete en Emesa, en cuya ciudad estaba todavía cuando en 588 hubo un espantoso terremoto que casi la arruinó. Entonces el Señor manifestó la discrecion y sabiduría de su siervo concediéndole el don de milagros, y haciéndole respetable entre los mismos que lo habian despreciado. Ignoramos el año de su muerte, y algunos aseguran que fué el de 591.

San Teobaldo, ermitaño y confesor.—Nació de los condes de Champagne en 1017; su educacion fué correspondiente á su noble cuna, y mostró desde sus primeros años decidida aficion á la soledad. Con frecuencia visitaba á un piadoso solitario, y recibia de él instrucciones y consejos. Su padre se empeñó inútilmente en detenerle en el mundo, prometiéndole un porvenir lleno de gloria; pues el santo lo desechó todo, y se marchó secretamente á san Remigio de Reims, acompañado de un amigo llamado Gualtero. Allí cambiaron sus vestidos con los de un pobre mendigo, y se dirigieron á pié á Alemania. El bosque de Petingen en Suavia, les pareció á propósito para su designio y se fijaron en él. Al cabo de algun tiempo fueron descubiertos y se marcharon en peregrinacion á Santiago de Galicia: volviéndose á Alemania, al pasar por Tréveris, Teobaldo encontró á su padre que no le conoció, y para evitar semejantes encuentros los dos amigos se dirigieron á Roma, y despues de haber visitado aquellos santos lugares, fijaron su residencia en un espantoso desierto llamado Salanigo cerca de Vicenza. Gualtero murió al cabo de dos años, y Teobaldo redobló su fervor y sus penitencias de un modo asombroso. El obispo de Vicenza lo ordenó de sacerdote, y vióse rodeado de multitud de personas que anhelaban vivir bajo su direccion. La fama de su santidad corrió por toda Europa, sus padres que aun vivian, fueron á visitarle, y la madre se quedó con él. Sintiendo Teobaldo acercarse su último fin, mandó llamar al abad Vangadice camaldulense, que un año antes le habia dado el hábito de su órden, le recomendó su madre y sus discípulos, se preparó con los sacramentos, y espiró en paz el dia 30 de junio de 1066, á la edad de 33 años, y fué despues canonizado por el papa Alejandro III.

San Domiciano, abad.—Fué el primero que en Lyon de Francia, hizo vida eremítica. Habiendo reunido muchas personas para aplicarlas al culto de Dios y á la contemplacion de las cosas santas, las dirigió por muchos años en las sendas de la perfeccion. Fué muy esclarecido en grandes virtudes y milagros, y en su última vejez subió á gozar de la bienaventuranza, muriendo en el mes de junio del año 420 ó 427.

San Cayo, y san Secundino, obispos y mártires.—Aquel fué obispo de Sesa y este de Cayeta en Campaña. Murieron mártires en los primeros siglos, y aunque no sabemos la época de su muerte ni las particularidades de su vida, se ve, por los elogios que de ellos nos hacen varios Santos Padres, que fueron pontífices insignes y mártires esclarecidos de la Iglesia.

San Martin, obispo.—Fué discípulo de los apóstoles, y se dice que habia visto morir al Salvador. Despues de la ascension, fué consagrado obispo por san Pedro y enviado á las Galias, y fijando su residencia y su sede en Viena de Francia, fué el fundador y el apóstol de aquella Iglesia. Convirtió á muchos á la fé, y despues de haber recorrido gran parte del Occidente, predicando á Jesucristo, murió en Viena á principios del siglo II.

Dia 2.

LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.—Así como es propio del sol naturalmente alumbrar, y y del fuego calentar, y del agua humedecer; así es propio, y mas natural de la bondad infinita de Dios, el comunicarse: y de aquí es, que los santos, como tienen á Dios en sí, se visten de las condiciones de Dios, y procuran, cuanto pueden, comunicar á los otros la luz, y amor del sumo bien, que ellos poseen, y atraer á todos al conocimiento, y amor del Señor. Vese esto ser así en la reina de los ángeles la Vírgen María nuestra Señora; la cual despues que dió aquel, *Sí*, que alegró el cielo, y la tierra, y consintió á las palabras del ángel san Gabriel, y concibió al Verbo eterno en sus purísimas entrañas, y fué Verdadera Madre de Dios, dice el evangelista san Lúcas, que se levantó, y se fué con gran priesa, y diligencia á las montañas, y á una ciudad de Judá, que estaba en ellas, y que entró en la casa de Zacarías, y saludó á Isabel. La causa de esta ida, y de haber tomado la sacratísima Vírgen el trabajo de tan largo camino, que era como de veinte y siete leguas desde Nazareth, fué principalmente, porque el Espíritu santo, que habia venido sobre ella, y por cuya virtud habia recibido al unigénito Hijo de Dios, la movió, é incitó, para que comunicase á su prima Isabel aquel inestimable tesoro, que habia concebido, y repartiese con ella los divinos dones, con que estaba tan enriquecida, y con sus palabras dejase el divino Precursor santificado desde el vientre de su madre, y en su presencia se hiciesen tantos milagros, como allí se hicieron, saltando san Juan en el vientre de su madre, y llenándola á ella de su espíritu, haciendo profetizar á sus padres, y dando lengua al mudo. Porque ya esta Señora era persona pública, y ministra en la obra de nuestra redencion: y las personas públicas, como son los obispos, y pastores de la Iglesia, han de visitar su ganado, y repartirle los pastos de la vida y salud, y no mirar solamente por sí. Asimismo fué la Vírgen, para dar á santa Isabel el parabien de la merced, que Dios nuestro Señor le habia hecho en haberle cumplido sus deseos, y dádole (siendo vieja, y estéril) gracia, para que concibiese un hijo, que habia de ser tan grande, y tan admirable, y causa de tanto gozo en el mundo. Porque la caridad todos los dones de Dios, que ve en los otros, los tiene por propios, y se goza de ellos, y hace gracias al Señor por ellos, y da la enhorabuena á los que los reciben. Tambien se movió la Vírgen santísima á hacer este camino, y visitar á santa Isabel, para servirla, y ayudarla en su preñez: porque como era tan humilde, y sabia, que el Hijo benditísimo, que tenia encerrado en sus entrañas, no venia á ser servido, sino á servir, quísole imitar en esto; y siendo madre suya, y Señora del cielo y de la tierra, ir á visitar y servir á su criada. No la lleva la curiosidad, no la duda, de lo que habia oido, ni el deseo de ver con los ojos, lo que de su prima Isabel le habia dicho el ángel; sino el impulso del Espíritu santo, y una caridad encendida, y una humildad profundísima, para regalarla, y servirla, y la alegría, que recibió con las nuevas de su preñez; porque cesaba la afrenta de su esterilidad antigua. Fué una visita de dos madres milagrosas: de una niña, y otra anciana, de una vírgen, y de otra estéril: de una recien preñada, y otra, que habia seis meses, que le estaba: de una, que era Madre de Dios, y de otra, que era madre de un hombre, que en vida fué tenido por Dios. Y no solamente fué visita esta de las madres, sino mucho mas de los hijos, que estando en las entrañas de sus madres, por bocas de ellas se visitaron, y hablaron: porque Cristo nuestro Salvador, aunque fué niño en el cuerpo, y en la edad, mientras que estuvo en el vientre de su Madre; nunca lo fué en la prudencia, y en el juicio, sino varon perfecto, como lo dijo Jeremías, y desde el punto que fué concebido, tan sabio, como es ahora en el cielo; y Juan, aunque era niño de seis meses, con la visita de su Señor, tuvo uso de razon, y no le perdió jamás.

2 Dice, pues, el sagrado evangelista san Lúcas, que levantándose en aquellos dias la Vírgen, se puso en camino para las montañas, y lugares de Judea, y que anduvo con tanta presteza, y cuidado, hasta llegar á una ciudad de Judá, y entrar en la casa de Zacarías á visitar á su prima santa Isabel. Habiendo cumplido la Vírgen con el misterio soberano de la encarnacion, y con la contemplacion, y hacimiento de gracias, que al Señor, que la habia escogido por Madre, debia; quiso cumplir con su parienta, y hacerla participanera del sumo bien que habia recibido: porque á veces debemos dejar á Dios por Dios, y la oracion por la accion, y por ayudar á nuestros prójimos; aunque la sacratísima Vírgen estaba tan absorta en Dios, que con grande eminencia juntaba los oficios de María, y Marta, y su accion no le estorbaba la contemplacion. Levantóse aquellos dias (algunos pocos despues de la encarnacion), para ir á una ciudad de Judá, que san Agustin, y Beda, dicen, que era la ciudad de Jerusalen, y otros (y es lo mas probable), que era otra allí cerca en las montañas de Judea, donde moraba Zacarías. Y pondera el sacro escritor, que anduvo este camino con presteza, y diligencia; para darnos á entender, que el Hijo, que tenia en su sagrado vientre, no le era carga, sino alivio, y que el Espíritu santo, que la llevaba, la alentaba, y el mismo Hijo le daba priesa, por la que tenia de santificar á su Precursor. Y aun san Ambrosio añade, que iba de priesa, por la modestia virginal, para llegar presto á la casa de santa Isabel, donde estaba recogida: «Aprended, vírgenes, dice san Ambrosio, á no frecuentar casas ajenas, ni deteneros en las calles, y plazas, ni hablar en público; pues la Vírgen de la vírgenes, y dechado vuestro se estaba recogida muy despacio en su casa, y se daba priesa, cuando andaba camino.» Esto es de san Ambrosio. Aunque esta priesa no era descompuesta, ni tan apresurada, que causase tur-

bacion en la Virgen, ó admiracion en los que la veian, sino una diligencia en no detenerse, y modestia virginal, que edificaba, y suspendia á los que la miraban.

3 Llegó á la ciudad la Virgen, y Madre purísima, y entró en casa de su parienta Isabel, y saludóla con humildad: y luego como oyó Isabel la salutacion de María, saltó de placer el niño de su vientre, y en ese punto fué llena de espíritu santo Isabel su madre, y exclamó con grande voz, diciendo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien, que la madre de mi Señor venga á mí? Saludó la Virgen á Isabel de palabra, y abrazóla, y dióle ósculo de paz, como á parienta, segun la costumbre de los hebreos: y no se dice, que hizo esto con Zacarías; porque la honestidad virginal huye de acercarse á los hombres, aunque sean viejos, y santos. Y siendo mayor en dignidad, visitó á la inferior, y la saludó primero; porque, como dice san Ambrosio, las vírgenes, cuanto son mas excelentes en la castidad, tanto mas lo deben ser en la humildad. Pero en hablando la Virgen, y luego como sonó la voz de su salutacion (que seria, «Dios te salve, ó Dios sea contigo») en los oidos de santa Isabel, en ese punto fué Dios con ella, y por los oidos de la madre penetró, y traspasó hasta el alma de su hijo; de manera, que en aquel punto le fué acelerado el uso de la razon, y le fué dado conocimiento de quien era aquel Señor, que allí venia, y del misterio inefable de su encarnacion, y de este conocimiento resultó una alegría en aquella bendita alma, tan nueva, tan grande, y tan extraña, que vino á hacer aquel salto, y movimiento con el cuerpo, y por él dió á entender á su madre aquel sagrado misterio, que él en el vientre adoraba, y reverenciaba; para declararnos el sentimiento y estima, que nosotros debemos tener de él. Y no es maravilla, que san Juan, prevenido con aquella copiosa gracia, y viendo tan de cerca al Deseado de todas las gentes, y por quien suspiraban todos los santos patriarcas, y profetas, no cupiese en sí de placer: pues el patriarca Abraham (como lo dijo Cristo á los judíos), por ver de lejos la sombra de este dia, tuvo tanto gozo, y regocijo. Con este favor tan singular quedó el bendito niño san Juan santificado del pecado original, y confirmado en gracia: la cual jamás perdió, ni cometió en su vida pecado mortal; antes con el uso de la razon, que allí le dió el Señor, y le duró siempre, mereció mucho, y creció en la gracia, y en la virtud, aun estando en las entrañas de su madre. De esta santificacion dice san Pedro Crisólogo: «Veis, como Juan antes llegó al cielo, que á la tierra: antes se le comunicó el espíritu divino, que usase del humano: antes recibió los dones de Dios, que los miembros del cuerpo: antes comenzó á vivir á Dios, que á sí; antes tomó las armas, que los miembros, para usar de ellas: y para vencer al mundo, venció primero á la naturaleza, y para ir delante de Cristo, fué delante de sí.» Esto es del Crisólogo.

4 Mas santa Isabel con aquel súbito resplandor de tan grande luz entendió en una breve suma casi todo el misterio de nuestra redencion, y participando del espíritu, que Dios habia infundido á su hijo, comenzó á profetizar (como dice san Gregorio) las cosas, que ella no sabia, presentes, pasadas, y por venir. Las presentes, cuando dijo: ¿De dónde á mí tan grande bien, que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque allí conoció, que aquella doncella, que tenia delante, era madre de Dios, y que habia concebido del Espíritu santo, y que el Hijo de Dios estaba encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido al mundo, y que el género humano habia de ser redimido por él. Y llamó santa Isabel madre á la Virgen, antes que pariese: lo cual (como dice Teofilato) no se suele hacer con las otras mujeres, que están preñadas, antes del parto, por el peligro que hay de morir, y que no salga á luz la criatura; mas en la Virgen no habia este peligro: y por esto antes de parir, con mucha propiedad la llamó Madre, y Madre del Señor: y fué la primera, que con este tan glorioso título la honró. Profetizó asimismo santa Isabel lo pasado, cuando dijo: Bienaventurada eres, porque creiste; dando á entender (como dice san Gregorio), que le habian sido reveladas las palabras, que el ángel san Gabriel habia dicho á la Virgen, y que ella las habia creido, y dado consentimiento, y obedecido al Señor. Y no menos conoció las cosas futuras, cuando añadió: Y cumplir se ha en tí, lo que el Señor te ha prometido. Todo esto dijo santa Isabel, ó por mejor decir, por su boca el niño Juan, que estaba en sus entrañas, como lo notaron Niceforo, Teofilato, y el autor de *Mirabilibus Scripturæ*, que anda entre las obras de san Agustin. Y por esto san Juan fué profeta, y mas que profeta: pues no solamente profetizó despues de nacido, como los otros profetas sino antes que naciese, é hizo profetas á sus padres. ¡O bienaventurada santa Isabel, que mereció ser visitada, y regalada de la madre de Dios! Bienaventurada; porque parió al santo Precursor, y aquel varon tan excelente, y divino, que ninguno nacido de las mujeres le fué mayor. Bienaventurada, por el gozo, que tuvo el niño en sus entrañas, y por los saltos, que dió de placer, reverenciando aquel Señor encubierto, que allí tenia presente. Bienaventurada; porque enseñada por aquel movimiento, y alegría de su hijo, entendió los altos, é inefables misterios del Señor, y alumbrada con la luz del cielo, y abrasada de aquel fuego, que nunca se apaga, y llena de suavidad, y admiracion, conoció que aquella Vírgen, que la visitaba, era Vírgen de las vírgenes, y Madre del Rey del cielo, y de la tierra, que por su medio venia á dar salud al mundo: y absorta, y enajenada, y como fuera de sí, con gran voz, y con gran fé, y afecto, exclamó, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien, que la Madre de mi Señor venga á mí? Bien se echa de ver, que es Juan, el que habla por la boca de su madre, y que aquel mismo espíritu le hace decir ahora: ¿Dónde merecí yo, que la madre de mi Señor

venga á mí? que despues cuando Cristo vino al Jordan para ser bautizado, le movió á decir: ¿Yo debo ser bautizado de tí, y tú vienes á mí?

5 Pero si santa Isabel fué bienaventurada, por haber entendido el misterio de la encarnacion del Hijo de Dios; ¿cuánto mas lo será aquella Vírgen, y Madre castísima, en cuyas entrañas este misterio se obró? Y si sola la voz de la salutacion de esta Señora hizo saltar de placer al niño encerrado, y envuelto en el vientre de su madre, y le aceleró el uso de la razon, y del juicio, y le limpió de la mancha del pecado original, y le dió tan copiosa gracia como queda referido; ¿cuánta creemos, que es la dignidad, y grandeza de esta Vírgen, pues en diciendo ella á Isabel, «Dios te salve,» entró la luz, y la salud en su ánima junto con la voz, y obró tan grandes maravillas? Y por esto con muy justa razon exclamó Isabel, y con grande voz dijo: Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Exclamó con gran voz; porque Isabel era madre de Juan: el cual era voz, y gran voz: y las excelencias, y prerogativas de la Vírgen son tantas, y tan grandes, que es menester alzar la voz para explicarlas: y por mucho, que se alce, y que se diga, siempre la bajeza humana quedará corta, y habrá mucho mas que decir. Y así, cuando el Salvador echó al demonio mudo, y declaró, á los que le calumniaban aquel milagro, que él le habia hecho en virtud de Dios; una buena mujer, queriendo alabar á la Vírgen, alzó la voz, y dijo: Bienaventurado es el vientre, que te trajo, y los pechos, que mamaste: porque para alabarla, habia de alzar la voz. Y no solamente la llamó «Bendita» santa Isabel, sino tambien declaró la causa, por que era bendita; añadiendo: Y bendito el fruto de tu vientre: y bienaventurada; porque creiste: quiere decir: Tú eres bendita; porque tu hijo es bendito, y fuente de la gracia: y en quien todas las gentes serán benditas. Y como el fruto no se dice bendito por el árbol, sino el árbol por el fruto; así la Vírgen fué bendita entre todas las mujeres por su Hijo, que es bendito segun la naturaleza divina, y humana. Y puesto caso, que otras madres paren muchos hijos, y tú parirás á este solo; con todo eso entre todas las mujeres tú eres bendita: porque esto solo vale mas que todo lo criado, y cuanto se puede criar. Y dado que algunas mujeres sean benditas por su virtud; no siempre lo son por sus hijos, que muchas veces salen traviesos, y desbaratados: mas tú eres bendita, porque estás llena del Espíritu santo, y porque eres Madre del autor de la gracia, y del Padre, que te crió. Y tambien eres bendita entre las mujeres; porque aunque tengas un solo hijo nacido de tus entrañas; pero por él eres Madre de todos los creyentes, y verdaderos hijos de Dios. Pues si el patriarca Abraham es llamado padre de muchas gentes, no segun la generacion carnal (porque por ella no lo fué mas que de un solo pueblo), sino porque le fué prometido, que Cristo habia de descender de él segun la carne, y por eso es padre de todos los creyentes; ¿con cuánta mas razon la Vírgen santísima, que es Madre del Hijo de Dios, será Madre de todos los fieles? Y por eso se dice que parió á su Hijo primogénito; para que entendamos, que todos los hermanos de Cristo son hijos suyos, no segun la carne, sino segun el espíritu: para que Cristo sea (como dice el Apóstol) *Primogenitus in multis fratribus*: Primogénito entre todos sus hermanos. Y así dice Alberto Magno, que la Vírgen por la generacion es Madre de solo Cristo: por la regeneracion, de todos los fieles; y por la imitacion, Madre de todas las vírgenes.

6 Mas el medio, con que la Vírgen alcanzó esta suprema dignidad de ser Madre de Dios, declaró santa Isabel, que fué la fé: Bienaventurada; (dice) porque creiste. Creyó la Vírgen al ángel mucho mas perfectamente, que ningun santo, ni profeta: y su fé fué mucho mas excelente, que la del patriarca Abraham, tan predicada en las divinas letras: porque Abraham creyó, que Sara su mujer, aunque era estéril, tendria hijo, y María creyó, que siendo, y quedando vírgen, pariria: Abraham creyó, que siendo viejo, podria engendrar: y la Vírgen creyó, que sin obra de varon podria concebir: creyó Abraham, que tendria un hijo, que seria hombre, y mortal; y María creyó, que habia de parir un hijo, que seria hombre mortal, y Dios inmortal: Abraham creyó, que habia de nacer Isaac por el órden, y curso comun; y la Vírgen creyó, que su benditísimo Hijo Jesucristo naceria sobre todas las leyes de naturaleza: Abraham finalmente creyó, que para cumplir Dios sus promesas, podia resucitar de muerte á vida á su hijo Isaac; mas la Vírgen creyó, que Dios podia nacer, morir, y resucitar: y así no es maravilla, que santa Isabel haya loado, y ensalzado tanto la fé de la Vírgen: pues fué tan excelente, y tan singular: y por ella fué bienaventurada; porque la fé es el principio, la raíz, y fundamento de nuestra bienaventuranza, y la que, acompañada con la caridad, la merece: y por ella concibió la Vírgen á Dios primero en el corazon, que en el vientre, y mereció, que se cumpliesen todas aquellas magníficas promesas, que el ángel le dijo en la salutacion: de las cuales una sola se habia cumplido, cuando con gran voz exclamó santa Isabel, y la llamó bienaventurada, porque habia creido, y porque se cumpliria en ella lo que el Señor le habia prometido. Díjole el ángel, «que concebiria á su Hijo;» y esto estaba cumplido: mas añadió: «que le pariria;» y eso se cumplió en el nacimiento de Cristo nuestro Salvador: «que se llamaria Jesus,» como lo hizo en su circuncision: «que seria grande,» como lo mostró en su predicacion, y milagros: «que se llamaria Hijo del Altísimo,» como le llamó san Pedro, y otros: «que le daria Dios la silla de David;» y esto se cumplió en su resurreccion dándole el Padre eterno el señorío universal de todas las cosas: y finalmente le dijo, «que reinaria en la casa de Jacob, y que su reino no tendria fin:» porque habia de subir al cielo, y sentarse á la diestra del Padre, y reinar con él, y con el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Todas estas promesas quedaban por cumplirse entonces, y todas á su tiempo se cumplieron.

7 Mas la sacratísima Vírgen, cuando oyó sus alabanzas, y llamarse «bendita y bienaventurada,» recogida en sí, y sumida en el abismo de su nada, y arrebatada en Dios, y reconociendo tan grandes beneficios de su liberal mano, con singular alegría de su corazon, y copiosas y suaves lágrimas de sus ojos, comenzó á cantar aquel divino cántico de *Magnificat*, y á decir: Engrandece mi ánima á Dios, y mi espíritu se alegró en Dios: é hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso. El primer cántico del viejo Testamento fué, el que cantó María, hermana de Moisés, despues que Dios ahogó al rey Faraon, y á sus carros y ejército en el mar Bermejo, y por medio de las ondas libró á todo su pueblo con tan gran maravilla, y espanto; y el primer cántico del nuevo Testamento es el de otra María, no hermana de Moisés, sino madre del verdadero Moisés, legislador y libertador del mundo con mas razon que el otro. Cuanto va de María á María: «Mi ánima (dice) magnifica y engrandeza al Señor:» Como si dijera: «Tú, Isabel, me llamas bendita y bienaventurada, por los dones, que Dios ha puesto en mí; mas yo le alabo á él, y mi alma derretida en su amor, y absorta en su contemplacion, le engrandece, como al autor de tan grandes maravillas. De aquel sol divino descienden estos rayos: de aquel fuego inmenso de bondad nacen estas centellas: de aquella raíz estos frutos: y así todo se debe á él. Y si tu hijo en tus entrañas se alegró, y dió saltos de placer, oyendo mi voz; mucho mas mi espíritu se debe regocijar en Dios; pues le tengo yo en las mias, y siendo Todopoderoso, ha hecho en mí grandes cosas.

8 No explica la Vírgen, qué cosas son estas que hizo en ella el Señor; porque son tan grandes, y exceden tanto nuestra capacidad, que no es dado á nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos, y alegrarnos, y quedar atónitos con la consideracion de ellas. Y va prosiguiendo la santísima Vírgen las alabanzas y grandezas de Dios, fundándolas en la gracia, é infinita misericordia del mismo Señor, y en su bajeza y vileza: la cual él miró desde la cumbre de su altísima majestad con ojos blandos y piadosos, para levantarla sobre todo lo criado, y predicarla perpetuamente todas las naciones y generaciones del mundo.

9 Despues dice el sagrado evangelista, que la sacratísima Vírgen se quedó con su prima Isabel casi tres meses; y como dicen los santos, para ayudarla, servirla y regalarla. De donde podemos sacar los favores y mercedes, que en tiempo de los tres meses hizo Dios á aquella casa, en que estuvo, aunque encubierto: porque si los tres ángeles, que aparecieron á Abraham, y entraron en el tabernáculo, le pagaron tan bien el hospedaje, que le cumplieron sus deseos, y le prometieron, que siendo ya viejo, y Sara estéril, tendria fruto de bendicion: si los dos ángeles, por haber sido recibidos en casa de Lot, le libraron á él, y á sus hijas de aquel incendio horrible, y espantoso de Sodoma: si por haber entrado Jacob en casa de su suegro Laban, con ser gentil y perverso, entró juntamente con él la bendicion de Dios; ¿cuánto mayores gracias debemos nosotros creer, que derramó la fuente de todas ellas, cuando entró, y estuvo tanto tiempo en aquella dichosa casa, encerrado en las entrañas de su Madre, y Reina de todos los ángeles y patriarcas? Entró Elías en casa de la pobre viuda de Sarephta; y luego entró en ella abundancia de harina y aceite, y huyó la hambre, que por todas partes la cercaba: entró Eliseo en casa de la Sunamitis, y resucitóle el hijo: entró el arca del Testamento en casa de Obededom, y echóle Dios su bendicion para él, y para toda su familia. Pues ¿cuánto mayor, y mas copiosa bendicion habrá echado Dios á aquella casa, en la cual entró el arca viva de Dios, y el verdadero maná, y pan del cielo, Jesucristo, y se detuvo tantos dias en ella? ¿Qué maravilla es, que san Juan haya saltado de placer delante de esta arca; pues el rey David bailó, y saltó delante del arca del Testamento, que no era mas que sombra de esta? Y si sola la entrada de esta santa Vírgen, y la voz de su salutacion, bastó para santificar á Juan, y hacerle dar saltos de gozo y alegría, y alumbrar á la madre, y llenarla de tantos resplandores, y ardores divinos, que prorumpió con gran voz en alabanzas de la misma Vírgen; ¿cuánto mas habrán crecido las corrientes de los otros beneficios divinos, con las avenidas y lluvias, que por espacio de aquellos tres meses cayeron del cielo, y con aquella dulcísima conversacion? Do quiera que entró el Señor, dejó enriquecidos, á los que con amor le recibieron. Entró primero en el vientre de su sacratísima Madre: y dióle la primacía sobre toda pura criatura, con privilegios y prerogativas singulares, y dignas de toda veneracion: entró en el pobre portal de Belen; y tornóle de establo paraíso: entró en la tierra de Egipto; y con su presencia cayeron los ídolos de ella, y sus desiertos quedaron tan llenos de bendicion, que fueron poblados de muchedumbre de monjes, que vivieron mas como ángeles del cielo, que como hombres de la tierra: entró convidado en las bodas de Caná de Galilea; y mudó el agua en vino, proveyendo las faltas de los que le habian convidado: entró en la casa de san Pedro, y sanó de la calentura á su suegra: entró en casa de san Mateo al convite, que le hizo en su conversion; y atrajo con su virtud allí á muchos publicanos y pecadores, que llamó, y sanó, como médico de vida: entró en la casa del Fariseo; y justificó á la mujer pecadora, y humilló con su ejemplo la soberbia, del que habiéndole recibido, fué muy negligente en servirle: entró en la casa de Juiro; y resucitó á su hija: entró en la de Zaqueo; y dejóla en concierto, y en estado de salvacion: entró en la casa de Marta, de María Magdalena, y resucitó á su hermano Lázaro, muerto de cuatro dias, y dejóla por espejo de cristiandad: y de esta manera podríamos traer otros muchos ejemplos, para declarar, que do quiera que entraba el Señor, dejaba rastros de su infinita misericordia, y copiosas y largas mercedes de su bondad: y así hízolo entrando este dia aunque secreto, en casa de Zacarías, y santificando á su dichoso adelantado san Juan, é hinchendo de Espíritu santo á su madre, y á su padre

despues con la detencion de los tres meses, que allí hizo, multiplicó mas favores, y repartió con mas larga mano los dones celestiales, que cada dia crecian con su presencia, y de su santísima Madre. Porque, ¿qué razonamientos creemos, que habria entre las dos madres, entre la Vírgen, y santa Isabel? ¿Qué coloquios entre los hijos? ¿Cómo se hablarian desde los vientres de sus madres? ¿Con cuánta humildad serviria la Vírgen á su prima? ¿Y cuánto empacho tendria la santa vieja, conociendo, que aquella tierna y purísima doncella era Madre de Dios, y Reina de todo lo criado? ¿Cuántos ratos gastarian en conferir, y platicar los misterios soberanos de Dios, admirándose de las entrañas de su inmensa piedad, que por tales medios, y tan costosos para él queria redimir al linaje humano? ¿Y cuán diferente fué aquella visita de las visitas de nuestros tiempos, donde se pierde tanto tiempo, siendo cosa tan preciosa, y que una vez perdido no se puede recobrar? ¿Dónde se hace representacion de vanidad, de galas, de afeites, de belleza fingida y contrahecha? ¿Dónde las pláticas son, ó de nuevas inciertas y vanas, y de poca sustancia, ó de cosas dañosas, perjudiciales, ó murmuraciones de vidas ajenas, que lastiman el corazon, y dejan la conciencia herida, y corriendo sangre, con grande ofensa de nuestro Señor? Cotejemos nuestras visitas con la visita, que hoy hizo la Reina de los ángeles á santa Isabel, y lo que pasó en esta, y pasa en las nuestras; y verémos cuánta razon tenemos de confundirnos, y de enmendarnos, y de suplicar á la misma Vírgen, que nos alcance gracia de su benditísimo Hijo para que en esto, y en las demás cosas la podamos imitar.

10 De esta fiesta de la Visitacion dice el concilio de Basilea unas palabras, que por comprender brevemente todo este misterio, las quiero poner aquí. «La Vírgen beatísima, dice el concilio, habiendo sido enseñada por el embajador celestial, y guiada del Espíritu santo, subiendo á los montes con ligereza, entró en la humilde casa de Zacarías: porque Jesus, que estaba encerrado en sus entrañas, se daba priesa, por santificar á Juan que estaba en las de su madre Isabel: y la misma Vírgen gloriosa, visitando á su prima, la saludó con unas palabras llenas de vida. Grandísima alegría debe dar á todos los fieles aquel excelente misterio, por el cual aquellas bienaventuradas madres, que tenian las primicias de nuestra salud, tan familiarmente se hablaron y regocijaron entre sí. La una era la Vírgen divina de la casa de David; y la otra Isabel, digna de reverencia entre los hijos de Aaron. La Vírgen tenia en su vientre al Criador de todas las cosas, y Salvador nuestro; ó Isabel á su Precursor; y habiendo la una y otra, concebido milagrosamente, confieren entre sí los beneficios y gracias, que del cielo habian recibido. Dichosa por cierto, y bienaventurada fué aquella visita, y esclarecida con grandes resplandores de la divina gracia, en la cual se juntaron dos madres tan grandes, que la una, siendo vírgen, habia concebido del Espíritu santo; y la otra, siendo vieja y estéril, de su marido Zacarías, y el mismo ángel les habia anunciado los hijos, que habian de parir. Bienaventurada visita, en la cual el niño Juan, encerrado en las entrañas de su madre, conoció y adoró al Señor en las entrañas de María: en la cual Isabel, llena de Espíritu santo, dió el parabien á la Vírgen, por haber concebido al Hijo de Dios, y la llamó bienaventurada, por haber creido, y descubrió los misterios secretos y escondidos: en la cual finalmente la Madre del Señor, y Reina nuestra, la Vírgen María, llena de un gozo inefable y divino, confiriendo en su corazon, lo que antes habia oido al ángel, y allí oia á Isabel, prorumpió en alabanzas del Señor, y cantó aquel divino cántico de *Magnificat*.» Todo esto es del concilio de Basilea.

11 La fiesta de la Visitacion instituyó el papa Urbano VI y la confirmó, ó por mejor decir, la publicó el papa Bonifacio IX el año del Señor de 1389: y la ocasion de la institucion fué por el cisma peligrosísimo, que se levantó en la Iglesia por la eleccion de Urbano VI y para que el Señor pusiese su mano, y quitase tan gran mal de su Iglesia, toda ella acudió á la Vírgen sacratísima, y la tomó por medianera, para que lo alcanzase de su Hijo; y para esto se instituyó principalmente la fiesta de la Visitacion de nuestra Señora, y Dios la confirmó con algunos milagros, y revelaciones.

SAN PROCESO Y SAN MARTINIANO, MÁRTIRES. —Entre los otros soldados, que guardaban á los gloriosos apóstoles san Pedro, y san Pablo, al tiempo que por mandado del emperador Neron estaban presos en Roma en la cárcel de Mamertino, dos de los mas principales fueron Proceso, y Martiniano: los cuales, viendo los milagros, que los santos apóstoles obraban allí en la cárcel, sanando á muchos enfermos, y endemoniados, y oyendo su admirable, y celestial doctrina, alumbrados, y esforzados con divina luz, determinaron ser cristianos, y se echaron á los piés de los apóstoles, manifestándoles su deseo, y suplicándoles, que los bautizasen, y que fuesen libres de la cárcel; porque ellos quedarian á pagar la pena, que por haberlos soltado les quisiesen dar. El bienaventurado san Pedro los acogió, y confirmó en su buen propósito; y queriéndolos bautizar, como hubiese falta de agua, hizo la señal de la cruz en la misma peña, en que está fundada aquella cárcel, y luego salió una fuente de agua viva, tan copiosa, y tan perenne, que hasta hoy dia dura, sin haberse podido secar en el discurso de tan largo tiempo, ni agotar con la muchedumbre de la gente, que va á visitar aquel santo lugar, y por su devocion bebe de ella. Con el agua de esta fuente fueron bautizados Proceso, y Martiniano, y de soldados de Neron fueron hechos soldados de Jesucristo. Convirtiéronse con ellos otros cuarenta y siete, entre hombres, y mujeres. Pero sabiendo Paulino, que era juez, que Proceso, y Martiniano habian creido en Jesucristo, los mandó prender; y traidos delante de sí, procuró con blanduras, y algunas palabras persuadirles, que se apartasen de aquella, que él llamaba locura, y adorasen á los dioses del imperio romano, en cuya religion se habian criado; porque así serian honrados, y

acrecentados, y no despojados de la honra, y vida que poseian. Y no habiendo podido persuadirles, lo que pretendia, les mandó dar grandes golpes con piedras en sus bocas, quebrándoles las muelas, y dientes, y bañándolos en sangre; y los santos levantados los ojos al cielo, decian: Gloria sea á Dios en las alturas. Mandó despues Paulino traer allí un ídolo de Júpiter, y ponerle en un altar, y á los santos mártires, que le adorasen; pero ellos le escupieron: de lo cual Paulino se enojó sobremanera: y para vengarse de ellos, los mandó desnudar, y estirar en el ecúleo, y atormentar cruelmente, y despues abrasar sus costados con planchas de hierro encendidas; y ellos con grande alegría cantaban: Sea tu nombre, Señor, para siempre bendito; los ángeles te alaben, y todas las criaturas te bendigan. Despedazaron sus carnes con escorpiones, y afligiéronlos con otros tormentos, en los cuales estando los santos mártires con increible gozo, Paulino de repente perdió un ojo, saliéndosele de su lugar, y el demonio se apoderó de él, comenzando á sentir dolores del infierno, al cabo de tres dias espiró. En venganza de la muerte de su padre, Pomponio su hijo dió parte á Neron, de lo que pasaba, y que Proceso, y Martiniano eran encantadores, y magos, y con sus hechizos habian muerto á su padre: y el emperador mandó á Cesáreo, prefecto de la ciudad, que luego los hiciese morir; y él dió sentencia, que les fuesen cortadas las cabezas: y así se hizo en la via Aurelia, fuera los muros de Roma. Sus cuerpos dejaron en el campo, para que fuesen comidos de los perros; mas una santa, y noble matrona romana, llamada Lucina, que habia animado en sus tormentos á los santos mártires, recogió los cuerpos, y con gran veneracion, y ungüentos preciosos, y aromáticos, los enterró en una heredad suya, de donde despues fueron trasladados á una iglesia, que edificó á honra suya: y arruinada aquella iglesia otra vez, fueron colocados en la del príncipe de los apóstoles san Pedro. Fué su martirio á dos de julio, del año del Señor de 69, á los trece años del imperio de Neron. San Gregorio en una homilía, que es la treinta y dos, y es la que hizo en la iglesia, donde estaban los cuerpos de estos santos, dice estas palabras: «A los cuerpos de estos santos vienen los enfermos; y vuelven sanos: vienen, los que han jurado falso; y son afligidos del demonio: vienen los endemoniados; y quedan libres. ¿Cómo pensamos, que viven estos santos allá, donde de veras viven; pues aquí donde están muertos viven con tantos milagros?» Y entre otros cuenta uno de una santa, y religiosa mujer, que visitaba á menudo sus santos cuerpos, y ellos le aparecieron, y le prometieron, que el dia del juicio le pagarian aquella buena obra, y pia devocion, con que los visitaba. Esto refiere san Gregorio. De los santos Proceso, y Martiniano hacen mencion todos los Martirologios, el Romano, el de Beda, Usuardo, y Adon, y el padre Surio en el cuarto tomo de las vidas de los santos, y el cardenal Baronio en el primero de sus Anales.

La conmemoracion de tres santos soldados mártires. — Mientras martirizaban en Roma al apóstol san Pablo, tres soldados de los que guardaban el lugar de la ejecucion, fueron de repente tocados de la gracia de Dios, y confesaron públicamente á Jesucristo. Sabiéndolo el juez al mismo momento, mandó que los tres fuesen degollados en el mismo sitio que lo habia sido el santo apóstol, con lo cual merecieron la vida eterna.

San Oton, obispo. — Era de Suavia en Alemania, de noble familia que queria dedicarlo al ejercicio de las armas; pero él que deseaba consagrarse enteramente á Dios, abrazó el estado eclesiástico. El emperador Enrique IV que conocia su ciencia y piedad, le nombró director y capellan de su hermana la princesa Judit, cuando casó con Boleslao III duque de Polonia. Despues de la muerte de esta princesa, volvió á Alemania y fué nombrado canciller del emperador, y el año **1103** consagrado obispo de Bamberga á instancias del papa Pascual II y del emperador. Trabajó asiduamente en extinguir el cisma que afligia entonces á la Iglesia, y asistió á la dieta del año **1104** en donde desplegó su elocuencia, su capacidad y su zelo por la paz. Dos años despues sucedió Enrique V á su padre en el trono imperial, y continuó dispensando á Oton la misma confianza que su antecesor, y por sus persuasiones se convirtió y abrazó el partido del papa legítimo, quedando de este modo completamente extinguido el cisma. Cuando Boleslao IV, duque de Polonia, conquistó la Pomerania, suplicó á san Oton que fuese á instruir en las verdades del cristianismo á los idólatras de aquel país, y el santo que no deseaba otra cosa que aumentar el reino de Jesucristo, arregló los asuntos de su diócesis y se puso en marcha con una porcion de obreros evangélicos. Atravesando la Polonia y la Prusia, llegó por fin á la Pomerania oriental, y empezó sus conquistas. Uratistas II duque de la alta Pomerania, recibió el bautismo con la mayor parte de sus súbditos en **1124**, de modo que el santo misionero pudo dar por bien empleados sus esfuerzos. Despues de haber normalizado las prácticas religiosas de los nuevos fieles, regresó el año siguiente á Bamberga, y al cabo de dos años hizo otro viaje á Pomerania, y de vuelta á su diócesis murió en Bamberga el dia 30 de junio del año **1139**, y fué canonizado por Clemente III, en **1189**. La urna que encierra sus reliquias se guarda en Hannover en el tesoro del Elector.

Los santos Ariston, Crescenciano, Eutiquiano, Urbano, Vidal, Justo, Felicísimo, Félix, Marcía y Sinforosa, mártires. — Durante los dias en que mas encarnizada se hallaba la persecucion que excitó contra los cristianos el emperador Diocleciano, fueron estos santos martirizados juntos en Champangne, muriendo todos degollados despues de sufrir varios suplicios.

Santa Monegundis, solitaria. — Nació en Chartres de padres cristianos. Era aun muy jóven cuando fué entregada en matrimonio á un hombre respetable del país, bueno y piadoso. Monegundis tuvo dos hijas que hicieron todas sus delicias mientras vivieron, y cuando el Señor se las quitó, se

abandonó á un dolor excesivo. De aquí data su perfeccion: conociendo que hasta entonces habia entregado su amor á un objeto que no era inmutable y eterno, sino perecedero y frágil, y que solo Dios era el único sér capaz de fijar nuestro corazon y llenarlo de un modo digno, trató de no llorar ya mas para que el torrente de sus lágrimas no ofendiese al Señor, y bendiciendo la mano que la habia herido, resolvióse á hacer una vida enteramente nueva. Firmemente resuelta á abandonar un mundo pérfido, mandó construirse en Chartres una pequeña celda, en la cual, con el consentimiento de su marido se encerró, pasando todo el tiempo en oracion y en la práctica de todas las austeridades de la penitencia. Se acostaba de noche sobre una estera, y no tomaba mas que pan y agua. Pasados algunos años, retiróse á Tours, y continuó el mismo género de vida en una celdita junto á la iglesia de San Martin á donde se le reunieron otras santas mujeres, y se formó un monasterio. Santa Monegundis murió el año 570, despues de haber sido por mucho tiempo un cabal modelo de virtud y santidad.

San Swituno, confesor. —Nació en Inglaterra, y pasados los años de la niñez en que dió ya grandes pruebas de su futura santidad, entró al servicio de la Iglesia. De grado en grado y de virtud en virtud, llegó al sacerdocio, complemento para él de todos sus deseos, y objeto de sus mayores ansias. Desde aquel dia se mostró al mundo como un ángel en carne. Fué ministro idóneo y agradable á los ojos de Dios por su humildad, por su modestia, por la piedad que resplandecia en todas sus acciones y por el zelo con que trataba todas las cosas de Dios. Su fama llegó al rey de Inglaterra Egberto, que quiso conocerlo y tratarlo, y le confió la educacion de su hijo Adolfo, en cuyo cargo se esmeró el santo de tal modo, que su discípulo salió un príncipe perfecto á los ojos de la religion. Cuando vacó la silla episcopal de Vincester, fué Swituno elegido para ocuparla; pero se necesitó un mandato expreso del pontífice para hacerle aceptar el cargo, el cual desempeñó despues con toda la perfeccion que hacian esperar sus ilustres virtudes. Sus esfuerzos en el desempeño de su ministerio se dirigieron principalmente á extirpar los abusos, y á hacer renacer en su Iglesia la observancia de la primitiva disciplina, y despues de haber obrado muchos milagros, y de haber profetizado el dia y la hora de su muerte, entregó su espíritu á Dios, el dia 2 de julio del año 862. Su cuerpo fué sepultado, segun él mismo habia dispuesto en un lugar oscuro y humilde fuera de la iglesia, pero el año 971, el Señor quiso de nuevo manifestar la gloria de su siervo, descubriendo el sagrado depósito de su cuerpo por medio de algunos milagros. Entonces las sagradas reliquias fueron trasladadas á la iglesia catedral de Vincester, que el santo habia gobernado en santidad, y que fué otra vez testigo del poder de su digno pastor.

Dia 3.

San Ireneo, y santa Mustiola, mártires. —En tiempo del emperador Aureliano era Turcio vicario en la ciudad de Clusi, en la Toscana, ó Etruria, que es en la Italia el estado del gran duque de Florencia. En esta ciudad, pues, padecieron martirio los gloriosos san Ireneo, diácono, y santa Mustiola, vírgen. Sucedió así: que habiendo el dicho vicario Turcio martirizado en la ciudad de Sutria, en la misma Toscana, al glorioso san Félix á 23 de junio, y habiendo sepultado su santo cuerpo junto á los muros de la misma ciudad el glorioso san Ireneo; llegó á noticia del cruel vicario la piadosa obra de Ireneo: por lo cual lo mandó prender, y rodeado de cadenas lo hizo venir, siguiendo su carroza hasta la ciudad de Clusi, donde lo puso en la cárcel con otros muchos cristianos presos, á los cuales visitaba, y regalaba, con cuanto podia Mustiola doncella, y señora rica, y tan noble, que era prima hermana del príncipe Claudio.

2 Dieron cuenta á Turcio de la gran caridad, que Mustiola usaba con los cristianos presos: por lo cual la mandó prender sin reparar en su gran nobleza. Entonces hizo degollar á todos los cristianos, que tenia presos, dejando solo con la vida á Ireneo: al cual mandó, que á vista de Mustiola lo colgasen en el ecúleo, ó potro, y lo despedazasen con uñas de acero, y pusiesen fuego debajo, hasta que sin quitarle del tormento perdiese la vida: lo cual hicieron los crueles verdugos sin piedad alguna. Luego que acabó Ireneo esta vida mortal, y se fué á gozar de la eterna, é inmortal, con la corona y palma del martirio, mandó el impío vicario, que á Mustiola, pues no queria sacrificar á los dioses, la azotasen con planchas de plomo, hasta quitarle la vida: lo cual tambien fué ejecutado, así como mandado, y la bendita vírgen fué á gozar de su esposo, y reinar con él para siempre: cuyos dos sagrados cuerpos enterró cerca de los muros de la misma ciudad de Clusi Márcos, varon cristiano, y religioso, donde hoy tienen un suntuoso templo, y hacen continuos milagros, con que es Dios en ellos glorioso, como siempre en sus santos. Fué su glorioso martirio á 3 de Julio (dia en que se celebra su fiesta) por los años del Señor de 275. Escribieron su vida Usuardo; Surio, tom. IV; Pedro de Natalibus *in Cathalogo lib.* VI, *cap.* 48; el Martirologio romano; Baronio en sus Anotaciones, y en el tom. II, año 275. núm. 5, y otros autores.

3 Parece, que la piedad cristiana se trae consigo el premio; pues pocos, ó ninguno, se habrán visto usarla, que no le hayan conseguido, si no de contado, por lo menos muy presto, en la otra vida. De esto hay infinitos ejemplares: pero baste ahora el presente: pues vemos, que la piedad, que usó Ireneo, sepultando el santo cuerpo del glorioso mártir san Félix, le adquirió al instante la insigne corona del martirio: y la que la gloriosa vírgen santa Mustiola usaba con los pobres encarcelados, fué tambien asimismo causa,

de que luego fuese con la misma corona del martirio premiada. Siendo pues así, muy ciego será, quien no viere el camino de ir á reinar con Cristo en la gloria, pues nos enseñan estos dos gloriosos mártires, es el de la piedad cristiana; cuya virtud nos comunique Dios á todos por la intercesion de sus santos. Amen.

* San Trifon, y otros doce mártires. — Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Alejandría, reinando el emperador Aureliano.

San Eclogio, y compañeros mártires. — Estos veinte y cuatro santos de que hace hoy memoria el Martirologio romano murieron mártires en tiempo del emperador Valente por no querer seguir la doctrina de los arrianos acerca de la divinidad de Jesucristo. Un dia que en Constantinopla habian movido aquellos herejes un alboroto popular contra los católicos, cogieron á estos veinte y cuatro santos, los embarcaron en una nave á la cual pegaron fuego cuando estuvo en alta mar, y los gloriosos confesores alcanzaron la palma de su triunfo en medio del fuego y de las aguas.

San Jacinto, mártir. — Era oriundo de Cesarea en Capadocia, y estaba en Roma de camarero del emperador Trajano, que le queria mucho por su fidelidad, y por la exactitud con que cumplia sus órdenes. Un dia supo el emperador que su camarero invocaba con mucha frecuencia el nombre de Jesucristo, y para probarlo le dió á comer de las viandas ofrecidas á los dioses. Jacinto se excusó; pero insistiendo el emperador en preguntarle la causa de su repugnancia, confesó paladinamente que era cristiano. Trajano quiso al principio reducirle buenamente á que dejase aquella religion; pero el santo cada vez mas decidido á perderlo todo antes que abandonar á Jesucristo, perseveró siempre constante en su primer propósito. Fué, pues, condenado á ser encerrado en un calabozo, y á que nada se le diese de comer hasta que comiese antes de los manjares inmolados. Todos los dias iba á su prision un criado á ofrecerle aquellas viandas, y siempre eran desechadas, hasta que pasados cuarenta dias de hambre absoluta, Jacinto durmió tranquilamente en el Señor, á principios del siglo II.

San Márcos, san Muciano, san Pablo, y otro compañero, mártires. — Los dos primeros fueron presos por órden del prefecto Máximo y los llevaron á un lugar donde habia una hoguera y á su lado un altar. Amenazóles el prefecto de que si no sacrificaban en el altar serian echados á la hoguera, y mientras duraban las exhortaciones y las amenazas, un niño de pocos años se acercó á ellos y reconviniendo al prefecto por su crueldad, animaba á los santos para que no se dejasen vencer. El niño fué preso tambien y agregado al martirio, y lo fué tambien otro cristiano llamado Pablo que se hallaba presente y animaba á los demás al martirio. Los cuatro murieron el dia siguiente degollados, y sus familias, gozosas por tener aquellos individuos suyos en el cielo, recogieron sus cuerpos y les dieron honrosa sepultura.

San Heliodoro, obispo y confesor. — Floreció este santo en el siglo IV, siendo obispo de Altino cuyos habitantes habia convertido á la fé. Su amistad con san Jerónimo y otros Padres de aquel tiempo le proporcionó el dar á sus ovejas nuevamente convertidas abundante pasto de doctrina en los escritos de aquellos santos. No se pasaba dia sin que gastase muchas horas en predicar é instruir al pueblo, y así logró ver desterrada la idolatría de toda aquella parte de Italia. Su sabiduría le proporcionaba recursos abundantes contra las seducciones de los sacerdotes del paganismo. Por fin, despues de un pontificado, ilustre en toda clase de virtudes, fué Heliodoro llamado á recibir el premio de su laborioso apostolado en la patria de los bienaventurados.

San Dato, obispo. — Estando vacante la sede episcopal de Ravena, hallábanse los fieles congregados con todo el clero para elegir un pastor que se encargase de aquella grey. De repente apareció una paloma que posándose sobre la cabeza de un hombre llamado Dato, y llamando así las miradas de todos sobre aquel hombre, todos vieron que su cara resplandecia con un brillo sobrenatural. Conociendo que aquel era el designado por el cielo, lo eligieron y consagraron obispo, y gobernó la Iglesia de Ravena en paz y santidad por espacio de nueve años, despues de los cuales, lleno de altos merecimientos murió tranquilamente en el mes de julio de 183.

San Anatolio, obispo y confesor. — Nació en Alejandría á principios del siglo III, se dedicó á la carrera de las ciencias y salió maestro en los estudios sagrados. Cultivó tambien, y le merecieron mucha fama, la aritmética, la geometría, la física, la astronomía, la gramática y la retórica. El año 269 fué elegido por el clero y por el pueblo obispo de Laodicea en Siria, cuyo ministerio desempeñó por algunos años con aplauso universal. Escribió varias obras para las personas piadosas, y un cánon pascual, que le dió mucha nombradía. A sus talentos unia gran virtud, y ferviente zelo por la gloria de Dios y el aumento de su Iglesia. Murió en la paz del Señor por los años de 280, obrando el cielo, por su intercesion, antes y despues de su muerte muchos milagros.

La traslacion de santo Tomás, apóstol. — En este dia celebra la Iglesia la memoria de este glorioso apóstol en conmemoracion de haber sido trasladado su sagrado cuerpo desde Edesa de Mesopotamia á Ortona.

Dia 4.

San Laureano, arzobispo. — San Laureano, arzobispo de Sevilla, y glorioso mártir de Cristo, nació de padres nobles, aunque gentiles, en la provincia de Pannonia, que ahora llamamos Hungría. Dejó su patria, siendo de poca edad: vino á Milan; y por misericordia del Señor allí se hizo cristiano, y se crió en la iglesia de aquella ciudad: habiendo estudiado letras sagradas, siendo de treinta y cinco años, fué ordenado diácono. Despues (no se sabe con qué ocasion) pasó á España, pero por el suceso se ve, que aquella jornada fué guiada por la mano del Señor, y que san Lau-

reano era varon santísimo, y segun el corazon de Dios: porque estando en Sevilla, murió Máximo, arzobispo de ella, y por su muerte Laureano fué puesto en su dignidad, y gobernó aquella Iglesia por espacio de diez, y siete años con singular doctrina, y admirable ejemplo de vida.

2 Entre las otras virtudes de este santo prelado, fué una, el zelo de nuestra santa religion católica, y el oponerse á los herejes arrianos, que en aquel tiempo eran poderosos, y señores de España, y la inficionaban, y perseguian á todos los católicos, para destruir, y arrancar de raíz, si pudieran, la pureza, y firmeza de la fé católica, especialmente Totila, rey de los godos, y hereje arriano, hombre feroz, y bravo, y que procuraba propagar, y extender la perfidia, y error de su secta; entendiendo la resistencia, que san Laureano le hacia con su predicacion, consejos, y doctrina, comenzó á perseguirle, y á procurarle la muerte. Para esto envió gente, que le matasen de cualquiera manera que le pudiesen haber. No hay cosa segura de la potencia de un tirano poderoso, y furioso, si Dios no toma la mano para su defensa, como la tomó aquí, para amparar esta vez á san Laureano, y no dejarle caer en el lazo, que le habian armado. Envióle un ángel, mandándole, que saliese luego de aquella ciudad, donde no le oian, ni le merecian, y se fuese, donde le mereciesen, y oyesen. Revelóle tambien, que al cabo con corona de mártir daria fin á sus dichosos dias: No tardes; (dijo el ángel) porque esta ciudad por sus pecados ha de ser castigada de Dios con sequedad, hambre, y pestilencia; hasta que teniendo dolor de sus culpas, y enriquecida de tres reliquias, alce Dios su mano, y la remedie. Levantóse san Laureano, y con mucha devocion dijo misa: convocó al pueblo, y desde la mañana hasta las tres despues del mediodia les predicó penitencia, y los exhortó á volverse á Dios, y aplicarle con oraciones, limosnas, y lágrimas, para que alzase su ira, y el azote, con que los amenazaba. Tomó su báculo, y rodeó parte de la ciudad, llorando y dando voces, y diciendo: Haced penitencia, y mirad, que está Dios enojado, y tiene levantado el brazo para heriros. Salió de Sevilla, y en el camino sanó á un ciego. Entró en un navío, y aportó á Marsella, y allí resucitó á un hijo de un hombre principal. De allí pasó á Italia, y llegó á Roma, sanando muchos enfermos, por el camino. En Roma visitó al sumo pontífice, y consolóse con él, comunicándole su vida, y los negocios de su Iglesia. Dijo misa de pontifical delante del papa el dia de la Cátedra de san Pedro, y allí sanó á un viejo, que desde niño, estaba tullido de piés, y manos. Habiendo cumplido con su devocion, y negocios en Roma, se partió para visitar el cuerpo de san Martin en Francia; y habiéndole visitado, y hecho devota oracion, tuvo revelacion, que venian por parte del rey Totila algunos soldados á matarle. No se turbó el santo, ni se congojó, antes encendido de amor del Señor, y deseoso del martirio, salió á buscarlos, y encontrándose con ellos en un campo raso, y siendo conocido de ellos, dieron en él, y le cortaron la cabeza. En acabándosela de cortar, los matadores sobresaltados, y despavoridos echaron á huir; y el santo, así muerto, como estaba, los dió voces, que volviesen, y llevasen su cabeza á Totila, como se les habia mandado. Ellos la tomaron, y la llevaron: y el tirano, cuando la vió, y supo, lo que habia pasado, la envió á Sevilla, y con su entrada respiró aquella ciudad, y cesó la sequedad, hambre, y pestilencia, con que habia sido azotada, y afligida del Señor por sus pecados. El cuerpo del santo sepultó Eusebio, obispo de Arles, en la iglesia de la ciudad de Bourges, por una divina revelacion, que tuvo. Basco dice, que la muerte de este santo fué el año de 544. Hacen mencion de él los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo, y Adon, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones.

SAN UDALRICO, OBISPO, Y CONFESOR. — La vida de Udalrico, obispo de Augusta, escribió Bernon Abad, y la trae Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo; y fué de esta manera. Nació Udalrico de los ilustres condes de Dilinga: su padre se llamó Hupaldo, y su madre Tierburga. Destetáronle á los tres meses, despues que nació, y comenzó desde niño á dar indicios de la gran santidad, que habia de tener en vida, y sus padres, que eran piadosos, le entregaron á los monjes del convento de san Galo, para que le enseñasen letras humanas, y virtudes divinas. Sintió tan gran dulzura por la contemplacion de Dios en aquel convento el santo mozo, que determinó hacer divorcio con el mundo, y abrazarse con la vida religiosa; y hubiéralo hecho, si una santa doncella, que se llamaba Viverata, que vivia entre cuatro paredes con fama de gran santidad, no se lo hubiera estorbado, diciéndole, que aun no era tiempo. Volvió á casa de sus padres: y ellos viendo que su hijo estaba bien instruido en las ciencias, le encomendaron al obispo de Augusta, que á la sazon era Adalberon, varon santo, y venerable; y él le tomó á su cargo: y conociendo su gran caudal de virtud, y ciencia, le trató muy familiarmente, y se sirvió de él para las cosas de casa, y para los negocios de fuera con gran provecho de toda la Iglesia.

2 Vínole deseo de ir á Roma, para visitar los sagrados cuerpos de los príncipes de los apóstoles san Pedro, y san Pablo, y los demás santuarios de aquella ciudad. Llegado á ella nuestro Udalrico, fué recibido del sumo pontífice con mucho amor y benignidad: el cual le preguntó, quien era: y como él respondiese, que era aleman de nacion, y clérigo, y familiar de Adalberon, obispo de Augusta, le dijo el papa: Tu obispo Adalberon ya es muerto, y Dios quiere, que tú le sucedas en el obispado, y te encargues de la cura pastoral de aquella Iglesia. Turbóse el santo, oyendo lo que le decia el pontífice, teniéndose por indigno: y temblando, y confuso, se escondió, y huyó de Roma: y el papa, sabiéndolo, nombró á Hiltonio por obispo, diciendo: Si ahora que hay quietud, y bonanza en la Iglesia de Augusta, no la quiere Udalrico, él será forzado á tomarla, cuando esté turbada, y de muchas ondas combatida: y así fué:

porque de allí á quince años habiendo pasado á mejor vida Hiltonio, sucesor de Adalberon, por voluntad del rey Enrique, y de todo el pueblo fué forzado Udalrico á aceptar aquella cátedra pontifical. Despues que la aceptó, dió muestras de su rara santidad, é hizo oficio de cuidadoso, y vigilante pastor. Estaba siempre ocupado, en oracion, ó en la leccion de cosas sagradas: afligia su cuerpo ásperamente: nunca comia carne, y siempre tenia á su mesa muchos pobres, á quienes daba de comer, y de vestir liberalmente. Sus palabras eran pocas, sabias, y eficaces, para persuadir lo que queria, y sus sentencias graves, y de mucho peso. Decia misa con admirable devocion, y ternura, y un dia estando ocupado en este sagrado misterio al tiempo que extendió la mano para tomar la hostia, y consagrarla, fué vista de los que estaban presentes, otra mano, que venia del cielo, y se juntaba con la del santo obispo, para ayudarle á hacer aquella divina consagracion. Otra vez queriendo una noche reposar un poco, le apareció santa Afra, mártir de Augusta, con un rostro hermoso, y vestida de una ropa preciosa, y le sacó al campo, y allí halló al apóstol san Pedro que estaba sentado entre una gran multitud de santos, que pedian á Dios venganza, de los que los habian atribulado, y perseguido, y particularmente todos clamaban contra Armelofo, duque de Baviera, vivo, porque habia destruido muchas iglesias, y monasterios, y dado las rentas de ellos á los legos; y de comun sentencia de todos aquellos santos, Armelofo, fué condenado. Otras muchas revelaciones le hizo nuestro Señor, descubriéndole, lo que habia de venir, mucho antes que viniese. Tuvo gran cuidado de reparar las iglesias caidas por antigüedad, ó quemadas ó destruidas de los enemigos; pero mucho mas de edificar, y reparar las almas perdidas por pecados, y malas costumbres. Especialmente tuvo cuidado de desterrar la simonía, que en su tiempo estaba muy arraigada, y los otros malos usos, que poco á poco se introducen sin sentir en la república, cuando los pastores no velan, y con presteza no los arrancan, antes que crezcan, y echen raices. Hubo una gran discordia entre el emperador Oton, y Ludolfo, su hijo, y vinieron á rompimiento, y á tomar las armas para dar batalla. Súpolo san Udalrico, y tomando en su compañía á Hartelberto, obispo Curiense, se puso en medio de los ejércitos, y pudo tanto con su santidad, y elocuencia, que los dotuvo, é hizo las paces entre aquellos dos príncipes tan poderosos.

3 No se contentó Udalrico de haber ido una vez á Roma por su devocion; volvió la segunda, y trajo de ella la cabeza de san Abundio, mártir, que fué recibida en Augusta con grande veneracion, y Dios nuestro Señor le comenzó á honrar, y magnificar con muchos milagros, dando salud á los enfermos de varias dolencias por su intercesion. Tambien libró á la ciudad de Augusta de manos de los húngaros, que habian arruinado aquellas provincias, y la tenian cercada muy apretadamente; y Dios nuestro Señor, por las oraciones de este santo obispo, los castigó, y murieron muchos de ellos, y la ciudad quedó libre de sus manos. Y como quedasen muchos clérigos, y gente del pueblo pobres, y con grandes necesidades, por las calamidades, y estragos, que habian padecido de los bárbaros; el santo obispo con extremada caridad, y solicitud, procuró remediarlos, y consolarlos, desentrañándose á sí, por darles algun alivio, y remedio.

4 Una cosa sucedió á este santo, digna de notarse. Deseaba en gran manera dejar la carga pastoral, para darse mas á la oracion, y contemplacion del Señor. Tenia un sobrino, hijo de una su hermana, que se llamaba Adalberto: pareciéle, que era bien descargarse con su sobrino, y encomendarle los cuidados del obispado; y así lo hizo. El sobrino se desvaneció, y no salió al tio tan bueno, como lo pensaba: pero nuestro Señor le quitó la vida dentro de pocos meses; y Udalrico, habiéndose aparejado para morir con dar á los pobres, todo lo que tenia, y hacer mucha, y muy larga, y fervorosa oracion, y derramar copiosas lágrimas, pidió á nuestro Señor misericordia de sus culpas. Una vez, como quien se despierta del sueño, comenzó á lamentarse, y á decir: ¡Ay! ¡Ay! Pluguiera á Dios, que yo nunca hubiera conocido á Adalberto, mi sobrino; porque por haber yo consentido con su deseo, no quieren los santos recibirme en su compañía sin castigo; dándonos á entender, que habia sido culpa el haber dado á su sobrino el cargo del gobierno de su Iglesia, y que se habia de pagar aquel pecado en el purgatorio: que es ejemplo notable, y semejante, al que san Gregorio papa en el libro de sus diálogos escribe de Pascasio, diácono de la santa Iglesia romana, y varon de rara santidad: porque dice así san Gregorio, que con haber sido Pascasio tan santo, que llevándole á enterrar, en tocando un endemoniado la dalmática, que iba en las andas sobre su cuerpo, luego quedó sano, y libre del demonio; despues su alma apareció á san German, obispo de Capua, en un baño donde estaba purgando un pecado, que habia cometido, y rogó á san German, hiciese oracion por él; y haciéndola, quedó Pascasio libre de las penas del purgatorio, que padecia. De estos ejemplos se sacan dos cosas: la primera, que no hay culpa por pequeña que sea, que no se haya de pagar en esta vida, ó en la otra: la segunda, que bien puede uno ser santo, y hacer milagros, y pasar por el purgatorio. Mas volviendo á san Udalrico, pidió perdon á todos los que estaban presentes; y en los brazos de sus hijos, y clérigos, que se deshacian en lágrimas, dió su espíritu al Señor, siendo de edad de ochenta años, y en el de 963, y á los 50 despues que lo ordenaron de obispo. Fué su muerte á los 4 de julio, imperando Oton II. Enterraron su sagrado cuerpo en la iglesia de santa Afra, mártir, con gran compañía, y solemnidad, y nuestro Señor hizo por él muchos, y grandes milagros. Hacen mencion de él el Martirologio romano, el de Beda, y Adon.

El beato Gaspar de Bono.—Nació Gaspar de Bono á 5 de enero de 1530 en la ciudad de Valencia, en el reino de España, de padres honrados, pero tan

pobres de bienes de fortuna, como ricos de cristianas virtudes. Su padre que se llamaba Juan de Bonom, era natural de la villa de San Lambert, en la provincia de Gascuña, y su madre, llamada Isabel Juana Monsó, era natural de la villa de Cervera del mismo reino de Valencia. Ejerció Juan de Bonom en dicha ciudad el oficio de tejedor de lino en su mocedad, y despues en edad mas adelantada el de afilar cuchillos. Criaron estos piadosos padres á nuestro Gaspar en el santo temor de Dios, y él prevenido de copiosas bendiciones de la gracia, ya desde su niñez empezó á dar claros indicios de la elevada santidad á que Dios le tenia predestinado. Era muy obediente á sus padres y muy ajeno de los pueriles entretenimientos. Todas sus delicias eran, ó estarse en casa retirado á orar, ó asistir en la iglesia á la santa misa y á otros ejercicios de piedad. Desde aquella primera edad comenzó la devota práctica que continuó por toda su vida, de implorar cada dia el patrocinio de la santísima Vírgen con la Letanía lauretana, la salve Regina y otras devotas oraciones: su diversion era juntar otros niños, formar con ellos una procesion y rodear por las calles vecinas, cantando responsos en sufragio de los difuntos, y diciendo á trechos en alta voz: Señor, verdadero Dios, misericordia. Practicaba Gaspar estos y otros ejercicios de religion con tal modestia y fervor, que causaba asombro á cuantos lo miraban. Sintiéndose inclinado al estado eclesiástico se aplicó al estudio de la gramática, y no obstante que estudiaba con mucha diligencia para habilitarse para el estado á que Dios le llamaba, su incesante aplicacion nada entibió los ardores de su piedad: de modo, que sus maestros le proponian por modelo á los otros discípulos: á los quince años de su edad concluyó los estudios de la gramática, y entonces resolvió consagrarse enteramente á Dios en la sagrada religion de predicadores. Fué en efecto admitido con gusto por aquellos religiosos al noviciado, y mientras estaba ya para recibir el santo hábito, un cuñado suyo logró la ocasion de hablarle, y supo persuadirle con tanta energía, que á lo menos por entonces retardase su designio, en atencion al desamparo y miseria grande de sus padres; que el santo jóven no sabiendo resistir á la fuerza de sus razones, se despidió con lágrimas de los padres dominicos, y se salió del convento en compañía de su cuñado.

2 Restituido á la casa de sus amados padres no pensó sino en elegir una ocupacion con que pudiese aliviar su pobreza. Con esta mira entró á servir en casa de un comerciante de sedas, y aquí aumentó mucho la mortificacion y penitencia que desde niño habia practicado, con el deseo de imitar la conducta de los santos, cuyas vidas leia. Comia una sola vez al dia y aun esta con gran parsimonia, y frecuentemente no tomaba sino pan y agua, su sueño era breve y su oracion casi continua. De la comida que le daban sus amos cercenaba buena porcion de pan y vianda, y la llevaba todos los dias á la casa de sus padres, para que con ella se sustentasen. No conocia ocupacion mas dulce que la de servir á su cieguecita madre y anciano padre, en barrer la casa, componerles la cama, limpiar los platos, prepararles la mesa, y animarlos á sufrir con cristiana resignacion las incomodidades de la enfermedad y pobreza, á cuyo fin les leia frecuentemente algun libro espiritual. Continuó el beato el expresado tenor de vida en casa del buen mercader por cerca de cinco años, y entrado á los veinte de su edad, considerando que siendo como era tardo, balbuciente y casi de ninguna expedicion en la lengua, podia adelantar poco en el comercio ni en otro empleo, pensó que en la carrera de las armas haria tal vez mayores progresos, pues que sus fuerzas, robusta salud y proporcionada estatura le prometian algun ascenso.

3 Con esta mira, y disponiéndolo así Dios, cuyos juicios son verdaderamente incomprensibles, tomó plaza de soldado en un regimiento de caballería del ejército del invicto emperador Carlos V, con el cual pasó luego á Italia, donde militó por espacio casi de diez años, cumpliendo en todo como cristiano y valeroso soldado. Entre el estrépito de las armas, el libertinaje y los peligros que de ordinario acompañan la profesion militar, conservó el beato la misma inocencia, pureza de costumbres y fervor de espíritu con que habia vivido, frecuentaba los templos y hospitales, y se quitaba el pan de la boca para socorrer á los menesterosos, con quienes partia su tenue sueldo. Jamás ninguno de sus camaradas pudo distraerle de sus acostumbrados ejercicios de caridad y religion, ni atraerle por una sola vez á los excesos del juego, del vino y de la intemperancia. Llegado por fin el tiempo, en que el Altísimo tenia dispuesto unir á sí con lazos mas estrechos á su fiel siervo, permitió que siendo Gaspar destacado con una corta partida para observar á los enemigos, fuese de estos atacado de improviso con tal ímpetu, que todos se dieron á una precipitada fuga, en la cual el caballo de Gaspar, desviándose del camino, se precipitó en un pozo seco; y observándolo uno de los enemigos que le seguian, se acercó al dicho pozo que era de poca profundidad, y con su pica le dió un golpe tan fuerte en la cabeza que pensó dejarle muerto, y efectivamente le abrió en ella una herida mortal. Viéndose Gaspar solo, oprimido del caballo, mortalmente herido y destituido de todo socorro humano, acudió con mucho fervor á nuestra Señora de los Desamparados, é hizo voto de ser religioso de la órden de san Francisco de Paula, si escapase vivo de aquel peligro.

4 Apenas habia hecho este voto, cuando de improviso fué socorrido de sus compañeros, los cuales sacándole del pozo le llevaron al hospital, donde contra la esperanza de todos sanó de su herida, y obtenida su licencia, se restituyó á Valencia, donde en cumplimiento del referido voto, á los 16 de junio de 1560, tomó el sagrado hábito de dicho patriarca en el convento de los padres mínimos, llamado vulgarmente de san Sebastian, situado fuera de los muros de la ciudad, teniendo treinta años de edad; y habiendo cumplido con admirable fervor el año de su noviciado, á los 17 de junio de 1561 hizo la solemne profesion en la

iglesia de dicho convento; y aunque en aquellos tiempos no permitian los superiores de la provincia á los jóvenes religiosos subir á órdenes mayores hasta pasados á lo menos dos años despues de su profesion, el fervor extraordinario y virtudes eminentes de Gaspar merecieron se hiciese á su favor una excepcion de aquella general costumbre; de manera, que despues de diez y ocho meses de su profesion, fué ordenado de presbítero, y celebró su primera misa con indecible consuelo de su alma. Penetrado profundamente de la santidad del estado de sacerdote en que se veia constituido, se propuso un nuevo método de vida exactamente conforme á las constituciones de su rígido instituto, y á los ápices de las mas severas leyes canónicas. Era puntualísimo á todos los actos de comunidad, y siempre el primero á entrar y el último á salir del coro. Rezados allí los maitines despues de la media noche en compañía de los religiosos, perseveraba por muchas horas en el mismo lugar delante de una imágen de Cristo crucificado, todo absorto en la contemplacion, y tomaba allí mismo tan rigurosas disciplinas, que á la mañana siguiente, veian los religiosos salpicadas de sangre las paredes y el suelo. Se retiraba despues á su celda á dar un brevísimo descanso á sus macerados miembros, y volvia otra vez al coro á rezar prima y tercia con la comunidad, y persistia en él preparándose muy despacio para el santo sacrificio, que celebraba todos los dias con indecible recogimiento y fervor, precediendo siempre la confesion sacramental. Recogíase despues á dar gracias en el oratorio de la sacristía, hasta que llegaba la hora de volver al coro para asistir á sexta, nona y á la misa conventual, y permanecia allí hasta el toque de refectorio. Volvia á su tiempo á cantar las vísperas con la comunidad, y despues de haberlas cantado se detenia en el coro á lo menos por espacio de una hora: jamás salia del convento sino para ganar el jubileo en alguna iglesia, ó para visitar algunos enfermos en el hospital ó en sus casas particulares, ó cuando la obediencia le destinaba por compañero de otro religioso. Todo el tiempo que le quedaba libre, lo empleaba en la leccion de algun libro espiritual, que siempre traia consigo. Estos ejercicios, el rezar el oficio de la Vírgen y de los difuntos, el repetir himnos y oraciones jaculatorias, ó el pasar el santo rosario eran todas sus recreaciones. Tal fué el sistema de vida que adoptó Gaspar desde su sacerdocio, y que observó constantemente por mas de cuarenta años, no solo siendo súbdito, sino tambien siendo superior y prelado.

5 En este cargo, que forzado de la obediencia ejercitó muchos años, ya en calidad de corrector ó de colega, ya en la de vicario provincial y de provincial en propiedad, se portó siempre con tal zelo, caridad, discrecion y dulzura, que con grandes ventajas de la órden logró mantener en su vigor y promover felizmente la disciplina regular. Su ejemplo era para todos el mas eficaz estímulo á la observancia. Aun cuando se hallaba cargado de años y de enfermedades, era siempre el primero á todos los actos de comunidad, y el mas puntual en el cumplimiento de todas las reglas y costumbres de la órden. Añadia al buen ejemplo las amonestaciones, reprensiones y tal vez el castigo de las faltas; pero templaba de tal modo la aspereza con la suavidad, que los delincuentes lejos de darse por agraviados, le quedaban obligadísimos, y se sentian muy movidos á enmendarse. En cierta ocasion, cerciorado de la falta cometida por un novicio, le llamó á su presencia, y despues de haberle representado afectuosamente la gravedad de su culpa, se desnudó las espaldas y tomó una furiosa disciplina, diciendo entre tanto al culpado con sentimiento de profunda humildad: Yo, yo soy el digno de este severo castigo, por no haberos reprendido y corregido á su tiempo, como debia. Tal vez despues de haber experimentado ineficaces sus correcciones con algun delincuente, se postraba á sus piés, y deshecho en amargo llanto con un crucifijo en la mano le rogaba por amor de aquel Señor mejorase su vida. Cierta mañana, habiendo vuelto demasiado tarde al convento un lector de filosofía, y entrado al refectorio á tiempo que la comunidad estaba ya para levantarse de la mesa, Gaspar que era superior, le dió una pública reprension; pero poco despues acercándose al culpado, mientras este acababa de comer, le dijo con singular agrado: Padre lector, perdone por amor de Dios: bien sabe aquel Señor que escudriña los corazones, que la correccion que poco ha le he hecho en público, no ha nacido sino del zelo y amor que profeso á V. R.: considere que ha tenido ocasion de adquirirse un gran mérito para con Dios, llevando con paciencia la pública reprension de un hombre idiota y pecador cual soy yo: dejando con esto al lector compungido, contento y edificado. Mientras era corrector, recorria por tres veces cada noche todo el convento, y abria las celdas para ver si se guardaba el silencio y todo lo demás mandado por la regla en aquellas horas; sin querer excusar esta diligencia, ni aun la noche inmediata al dia en que tomaba posesion de dicho oficio, no obstante de que los nuevos superiores acostumbraban en estas ocasiones dispensar en la ley del silencio. En los capítulos vulgarmente dichos de *culpas*, exhortaba á los religiosos con tal fervor y eficacia á la fiel observancia del santo instituto, que las mas veces se veia obligado á interrumpir el discurso por la abundancia de las lágrimas. Cuando alguno de sus súbditos enfermaba, lo visitaba tres ó cuatro veces al dia, le servia y regalaba, y lo recomendaba apretadísimamente á los médicos y enfermeros, mandando no se perdonase á gasto alguno para la curacion de los enfermos, aunque fuese necesario vender los muebles de la casa. Cuando en calidad de provincial visitaba los conventos, jamás permitió se le hiciese otro tratamiento, que el que suele hacer la comunidad al ínfimo oblato de ella.

6 No dejó Dios de probar y acrisolar mas y mas la virtud de su amado siervo con el fuego de las tribulaciones. Padeció Gaspar el mal de gota y de retencion de orina; y á estos dos graves achaques se añadieron en lo sucesivo frecuentes

calenturas y una enorme hernia intestinal, cuyas acres materias se abrieron puerta por tres ó cuatro partes al rededor formando otras tantas llagas, que irritadas de la continua destilacion de la orina no podian menos de causarle los mas vehementes dolores. En medio de tantas y tan largas penas jamás dió la menor seña de perturbacion ni de queja; jamás interrumpió su asistencia al coro, al confesonario y á todos los actos de comunidad, tanto de dia como de noche: á veces no pudiendo casi tenerse en pié andaba como arrastrando, apoyada la una mano en un báculo y la otra en la pared. En lo mas acerbo de sus males todo su alivio y desahogo era pronunciar los dulces nombres de Jesus, María, José, ó de otros santos sus especiales abogados, añadiendo tal vez: Sea todo por amor de Dios. Héroe igualmente de la honestidad que de la paciencia, nunca pudieron rendirle los vivísimos dolores con que le atormentaba la hernia, á que la expusiese á los ojos ni á las manos de ningun médico ó cirujano. Aun resplandeció mas su paciencia invicta entre las injurias y ultrajes que se hicieron á su persona, que entre sus grandes acerbos dolores. Siendo corrector del convento de Alaquás le pidió el provincial una bota de vino para el convento de san Sebastian de Valencia; respondióle atentamente el siervo de Dios, que no podia en esto complacerle, por ser en notorio perjuicio de su comunidad, como así lo sentia la consulta de los religiosos del convento. Irritado de esta negativa el provincial, fué al convento de Alaquás, juntó capítulo, y en presencia de toda la comunidad le mandó postrarse á sus piés, y lleno de enojo le trató de insensato, desobediente, malicioso, soberbio y llegó hasta al atentado de mandarle tomar allí mismo una disciplina. El santo viejo y corrector no solo escuchó la impetuosa invectiva con ánimo tranquilo, y sin proferir la menor palabra en su defensa, sino que besó las disciplinas, se desnudó las espaldas, y descargó sobre ellas fierosísimos golpes. Acabado este acto, se acercó Gaspar á su inicuo juez, le dió las gracias por la correccion y castigo, y le suplicó le admitiese la renuncia del oficio de corrector, del cual se reconocia indigno; como en efecto se la aceptó el apasionado provincial. Queriendo despues los religiosos hacer contra este algun recurso, el beato los detuvo, rogándolos guardasen un perpetuo silencio sobre aquel caso, y tomando del agravio recibido la venganza que suelen tomar los santos, habiendo venido á Valencia el padre general, para castigar al provincial y deponerle de su oficio, el beato le rogó eficazmente disimulase aquel caso. Y siendo despues elegido el mismo beato, provincial de Valencia, colmó de atenciones y de beneficios al dicho su antecesor provincial. Otra vez siendo el beato, provincial, y hallándose enfermo en cama en Alaquás, el corrector de aquel convento entrando descomedidamente en su celda, empezó á gritar contra cierta providencia muy razonable y fácil de ejecutar, dada por el santo superior, tachándola de injusta y extravagante. Acudieron á los gritos algunos religiosos, delante de los cuales el corrector mucho mas encendido de cólera trató al buen viejo de inconsiderado, malicioso, bárbaro, y le cargó de otros mil improperios. Gaspar bien lejos de alterarse, se arrodilló como pudo sobre la cama, y con las manos juntas por tres veces le repitió benignamente: Padre mio, por amor de Dios y de su santísima Madre que me perdone; añadiendo, que le daba las gracias por haberle dicho con claridad quien era. Al fin cayendo en la cuenta el desatento corrector, y confundido de tanta humildad y paciencia de su provincial, corrió tras los demás religiosos á besarle la mano, y al empezar á pedirle perdon, le interrumpió luego el beato con estas humildes y afectuosas palabras: Padre mio, no hay para que disculparse conmigo, ni yo tengo de que perdonarle; me ha dicho la pura verdad.

7 Lo que hace á un religioso perfecto en su estado es el cumplimiento exacto de los votos de su religion, y en esta parte fué Gaspar verdaderamente admirable; y empezando por la pobreza, la practicó el beato con tal rigor, que jamás quiso administrar, ni aun tocar moneda alguna, cualquiera que fuese. En sus viajes y en los gastos, que por razon de sus oficios debia hacer, se servia de un oblato para entregar y recibir dinero; y esto con tal parsimonia, que una vez habiéndole las lluvias precisado á detenerse dos dias en un meson, mientras visitaba los conventos como provincial, le faltó el dinero para pagar la posada, y hubo de dejar en prenda al mesonero un lienzo de María santísima, que traia para el convento de la Puebla del Duque. Cuando murió no se halló en su celda alhaja que valiese dos reales. Decia que no observan la pobreza evangélica aquellos á quienes nada falta de lo preciso en vestido y alimento, y que es un grande defecto en un religioso no querer carecer de ninguna cosa necesaria. Por lo que toca al voto de castidad, amás de lo que se ha dicho de su extremo recato, conste por el testimonio de los que le trataron familiarmente, y de los sacerdotes que le confesaron, que no amancilló en toda su vida con culpa alguna grave el candor de su virginal pureza. Huyó siempre el visitar y tratar familiarmente con mujeres, aunque fuesen parientas suyas muy cercanas. Muchos testigos depusieron en los procesos hechos para su beatificacion, que solo al observar la modestia de su rostro, ú oir su celestial conversacion sentian arder su pecho en el amor de la castidad. En cuanto á la obediencia la ejercitó en tal grado, que una leve insinuacion ó un solo gesto del superior bastaba para hacerle abrazar las cosas mas repugnantes á su inclinacion. En todas sus empresas, y hasta en las acciones mas ligeras y menudas se gobernaba por la voluntad de sus superiores. No solo obedecia puntualmente á estos, sino tambien á los inferiores, particularmente en todo aquello de que estaban respectivamente encargados; de manera, que luego que el novicio ó el sacristan le avisaban para decir misa, ó para confesar, ó que la campana lo llamaba á otro acto, no habia ocupacion por grave que fuese, que no la dejase para cumplir con la obediencia. Nombrado que fué provincial, no habiendo podido lo-

grar con reiteradas súplicas del padre general que le admitiese la renuncia de dicho oficio, eligió á su confesor por su superior inmediato, rogándole encarecidamente le corrigiese y dirigiese como si fuera el último novicio, y nunca sin su licencia comulgó en su última prolija enfermedad. Por fin, fué tal su exactitud en el cumplimiento del cuarto voto de vida cuadragesimal, que despues de su muerte los religiosos, los médicos y criados del convento de san Sebastian, en que tomó el hábito, vivió lo mas del tiempo y finalmente murió, pudieron deponer con juramento, que en todo el tiempo que vivió en la religion, solo en los últimos dias de su vida, y obligado de la obediencia, consintió en gustar la carne, y lo que causa mayor asombro es, que declararon ellos mismos, que jamás le advirtieron la mas mínima inobservancia en la regla, ni por sus continuas enfermedades y dolores, ni por su grado de provincial, ni por la edad de setuagenario: cosa ciertamente fácil de decirse, pero difícil de practicarse, sino por quien esté poseido como Gaspar del espíritu de una sublime mortificacion y penitencia.

8 Todos los dias tomaba tan rigurosas disciplinas, que su inocente cuerpo quedaba bañado en sangre; traia continuamente un cilicio de cerdas anudadas, no dormia sino dos ó tres horas echado sobre el duro suelo ó sobre las desnudas tablas; sus ayunos eran casi perpetuos, y ordinariamente á pan y agua. En las muchas enfermedades que padeció, no queria desnudarse la túnica de lana, ni comer carne como se ha dicho. Hallándose postrado en la cama en el dia del viérnes santo, de resultas de su última enfermedad que habia seis meses padecia, y viendo que no podia asistir á la disciplina de la comunidad, se arrodilló como pudo sobre la cama delante una imágen de Jesucristo, y tomando las disciplinas, se dió con ellas tan desapiadados golpes, que oyéndolos desde el corredor el padre Cristóbal Ariño, entró en la celda del beato y vió que la sangre le corria por todas sus espaldas. Los religiosos que vivieron mas tiempo con él, atestiguan unánimes no haberle visto jamás salir del convento por sola recreacion, ni salir aun de la celda para pasearse por el huerto, claustros ó dormitorios, sino únicamente para ir al coro, á la iglesia ó al confesonario, ó para visitar algun enfermo. La caridad que es el alma de todas las otras virtudes, ocupaba enteramente el corazon de Gaspar: no sabia pensar sino en Dios; le miraba presente con los ojos de la fé en todas las criaturas, y todas sus acciones dirigia á él, procurando en todas su mayor gloria; por lo que las ocupaciones exteriores, lejos de distraerle su interior recogimiento, le servian como de gradas para elevarse á Dios. De aquí provino el prolongar tanto su oracion en el coro, donde varios religiosos le vieron algunas veces elevado de la tierra por espacio de una buena hora inmóvil, y sin dar mas señas de vida que las ardientes lágrimas y suspiros que de cuando en cuando echaba. Entrando una vez el padre Pedro Perez, sub-sacristan, para tocar á maitines, al abrir la puerta vió el coro lleno de una luz y resplandor tan grande, que quedó inmóvil y como ciego, hasta que cesando la iluminacion advirtió que estaba allí arrodillado el beato Gaspar, quien levántandose, le mandó con precepto de obediencia, pues era entonces superior, que de ningun modo revelase á nadie lo que acababa de sucederle.

9 La misma caridad que le tenia tan unido con Dios, le hacia amar con indecible ternura á sus prójimos. Se derretia en lágrimas al ver las necesidades de los pobres. En todos los conventos en que fué corrector, su primer cuidado fué ordenar al dispensero diese limosna á todos los pobres que llegasen á pedirla á la portería. Todos los dias despues de prima y de tercia bajaba á la cocina para ver como se preparaba la olla para los pobres, y decia al dispensero: Carísimo hermano, mientras haya pan en el convento, no dejeis de dar limosna, porque si sois remiso en esta parte, me daréis la mayor pesadumbre, y seria una gran desgracia para el convento, que llegase un pobre y se fuese desconsolado, sin haber recibido ningun socorro. En los dias mas solemnes mandaba hacer mayor limosna á los mendigos, diciendo que siendo los religiosos mejor tratados en aquella solemnidad, era razon lo fuesen tambien los pobrecitos. Cierto dia siendo corrector de Alaquás, en un año de gran miseria, se juntó á las puertas del convento tal multitud de gentes acosadas del hambre, que enternecido el santo superior mandó se les distribuyese todo el pan que habia en la casa. Llegada la hora de ir al refectorio, el dispensero todo turbado le representó, que no habia quedado pan sino para tres ó cuatro personas, siendo veinte los conventuales, sin contar la gente de servicio. Sin embargo, el beato le mandó hiciese la acostumbrada señal con la campanilla, y llegada la comunidad al refectorio, lleno de confianza en la divina providencia, bendijo cuatro panecillos, y repartiéndolos á pedazos, los multiplicó Dios de manera, que no solo quedaron satisfechos los religiosos y los familiares del convento, sino que sobró aun bastante cantidad de pan, para que brillase mas la fé y la caridad de su siervo. Por mas que honrase el Señor á Gaspar con semejantes maravillas y con los dones sobrenaturales de profecía y de curar las enfermedades, los cuales le hacian venerar de los hombres como á un santo; fué sin embargo tan profunda su humildad, que puede decirse fué esta su característica virtud. Reputábase por un gran pecador indigno del hábito que vestia: nada veia en sí de bueno. Sus ligeros defectos que él graduaba de gravísimas culpas, le tenian á todas horas tan afligido, lloroso y sobresaltado, que no le dejaban tomar el sueño. A la hora de la muerte rogó al corrector y á otros padres, que no le enterrasen en la sepultura de los religiosos, donde estaban sepultados tantos santos, sino en el lugar mas vil y despreciable del convento; y si era posible que le arrojasen á un muladar á modo de una bestia; pues en verdad él no habia sido propiamente otra cosa, y en el curso de su vida habia ofendido á Dios desenfrenadamente. Hacia gala de publicar la bajeza y oscuridad de su familia y sus naturales defectos. Cuando algu-

nos personajes de alta esfera iban á consultarle en sus graves negocios, luego se desembarazaba diciéndoles: Consultad con hombres doctos, y dejadme estar á mí miserable, ignorante y tartamudo, que no hago poco de entenderme con mi breviario. Siendo provincial no quiso admitir el religioso que se le habia destinado para su servicio; sino que á pesar de su grado, de sus achaques y de su edad de mas de setenta años, él mismo barria su celda y bajaba con el cántaro á buscar la agua que necesitaba. A los que le importunaban para que les permitiese servirle en alguna cosa, diciéndole que así convenia á la autoridad de su oficio de provincial, respondia, que no necesitaba de ningun servicio, y agradeciéndoles la atencion, añadia: ¿Qué Provincial? ¿qué Provincial? ¿por qué no, mas bien polvo y nada? ¿vanidad, vanidad? váyase, hermano, y otra vez no tome la incomodidad de entrar en mi celda por semejante motivo, porque ciertamente me causará disgusto y pesadumbre. Se acercaba ya el tiempo en que Dios queria premiar á su fiel siervo sus heróicas virtudes con la posesion de su gloria, y para purificar mas su alma y darle ocasion de atesorar mayores merecimientos, le envió una enfermedad que le tuvo postrado nueve meses en la cama. Sufrió el siervo de Dios con invencible paciencia esta larga enfermedad. Previó y vaticinó con toda claridad el dia y hora de su muerte, y despues de haber recibido con singular devocion, y derramando copiosas lágrimas, los santos sacramentos, al acercarse el momento de su feliz tránsito, se hizo leer la pasion de Jesucristo, segun la escribió el glorioso san Juan, y al tiempo que el religioso que la leia, pronunciaba aquellas palabras: «Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu,» las repitió Gaspar con voz tierna é inteligible, y abiertos y fijos los ojos en un santo crucifijo, plácidamente rindió su inocente alma en manos de su Criador á 14 de julio de 1604, en edad de setenta y tres años.

10 Ha manifestado Dios al mundo la eminente santidad de su siervo, obrando muchos milagros por su intercesion, de los cuales solo referirémos los tres, que fueron aprobados por la santidad de Pio VI, para su beatificacion, celebrada á 10 de setiembre de 1786.

11 Antonio Guilla, cirujano habilísimo de la ciudad de Valencia, á principios de abril de 1624 fué acometido de una calentura que le obligó á estar en cama toda la semana santa; pareciéndole el viérnes santo, que se habia desvanecido, quiso levantarse la mañana del sábado, pero apenas empezó á vestirse, cuando le sorprendió un dolor espasmódico y maligno humor, que acometiéndole al principio por el lado del pié izquierdo, en breve llegó hasta debajo de la rodilla. El enfermo, los médicos y cirujanos que le visitaron, creyeron que aquel mal era una gangrena, que en breve, si no se atajaba, le quitaria la vida, por lo que resolvieron cortarle la pierna, dudando mucho que esta dolorosa operacion le produjese ningun beneficio. En este lastimoso estado recibió Antonio los sacramentos de la Iglesia, y estando con un crucifijo en las manos esperando que llegase la muerte, mandó le trajesen un retrato del beato que tenia en otra pieza: luego que le tuvo presente, se encomendó á él con tal fervor y feliz efecto, que al momento observó que se desvanecia toda la afluencia del humor maligno, y que la pierna se volvia á su color y estado natural; de suerte, que pasados los tres dias de pascua salió de casa á dar gracias á su libertador, y continuar el ejercicio de su facultad, sin sentir la menor incomodidad.

12 El segundo sucedió con Fr. Gabriel Morellon, lego profeso en el convento de mínimos de Valencia, de edad de treinta y dos años: enfermó este religioso en el año 1602, de una aguda calentura, acompañada de un furioso delirio; desvanecióse despues la calentura, pero quedóle el delirio, y pasó á estar tan poseido de la furia, que no conocia á ninguno de los hermanos del convento; despedazaba los hábitos y cuanto podia alcanzar con las manos: todas las diligencias que se hicieron para su remedio por mucho tiempo, ya en el convento, ya en el hospital general de Valencia, fueron inútiles; por lo que fué preciso tenerlo atado en una estancia del mismo convento. Agitado un dia de un extraordinario furor rompió las ataduras, salió de la estancia, y alborotado fué corriendo hácia la huerta. Fuéle al alcance Fr. Mateo Villacañas, que no queria creer en los milagros que Dios obraba por intercesion de Gaspar poco antes difunto, y andaba todos los dias con disputas sobre esto con los demás religiosos; el cual habiéndole alcanzado, á fuerza de golpes le condujo al sepulcro del beato, y haciéndole poner la cabeza en una ventanilla del mismo, le dijo: Mentecato, haz oracion, y dile al padre Bono que te cure, sino yo no quiero creer que sea santo; y luego añadió: Padre Bono, si quereis que crea que sois santo, sanad este loco, y pues dicen que haceis milagros, razon será que los hagais tambien dentro de vuestra propia casa. Dicho esto se fué dejando arrodillado allí al loco, quien despues de haber permanecido allí cuatro ó cinco minutos como en acto de orar, se levantó sin furor, manso y sano, conoció y nombró uno por uno á los religiosos, besó la mano á los sacerdotes, visitó devotamente los altares, y al dia siguiente por dictámen del médico hechas las convenientes experiencias, se confesó, ayudó misa, comulgó en ella y volvió á los ejercicios de su estado, conservándose cuerdo en todo el resto de su vida, y con mayor juicio que antes de perderle.

13 El tercero acaeció en la ciudad de Nápoles á 16 de agosto de 1723. Doña Francisca Antonia Coppola, baronesa de Masa, de edad de setenta años, padecia esta dama unas calenturas malignas, todo su cuerpo estaba lleno de parótidas, con un tumor durísimo, que se le habia formado en el cuello y partes inferiores del útero, y la habia roto notablemente el intestino recto, donde la quedó una llaga mortal. Estos males le habian reducido al extremo de la vida; de suerte que desahuciada de los médicos, recibidos los sacramentos, tenia ya aplicada la indulgencia ple-

naria para la última hora. En este estado por consejo de un religioso mínimo se encomendó con mucho fervor al beato Bono, suplicándole la alcanzase de Dios la salud, si habia de ser para mayor gloria suya. Terminada la súplica la sobrevino un apacible y tranquilo sueño, y á la mañana del dia siguiente se halló enteramente sana y sin la menor señal de los males que habia padecido.

* La conmemoracion de los santos profetas Oseas, y Ageo. —Oseas, hijo de Beeri, uno de los doce profetas menores, y el mas antiguo de los que profetizaron en tiempo de Jeroboan II, rey de Israel, y en tiempo de Ozías, Joatan, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, por los años de 800 antes de Jesucristo, fué escogido por Dios para anunciar sus juicios á las diez tribus de Israel, y lo hizo por medio de palabras y de acciones proféticas. Cuando el Señor empezó á hablar á Oseas, le mandó tomar por esposa á una prostituta, con el objeto de representar la infidelidad de la casa de Israel que habia abandonado al Dios verdadero para prostituirse al culto de los ídolos. Estaba entonces en uso entre los judíos y otras naciones el lenguaje típico, y hacia mucha mas impresion en los ánimos que las simples palabras. Oseas se casó con Gomera, hija de Debelain, de la cual tuvo tres niños, á los cuales dió nombres que significaban lo que debia acontecer al reino de Israel. El mandato dado á este profeta ha parecido tan extraordinario á algunos intérpretes, que han creido que esto no era mas que una parábola, y que esa órden habia pasado no mas que en vision. Sin embargo, san Agustin lo explica como un matrimonio real con una mujer que al principio habia vivido entregada á los desórdenes, y que despues se habia retirado de todo comercio pecaminoso. La profecía de Oseas se halla dividida en cuatro capítulos: representa á la sinagoga repudiada, predice su ruina y la vocacion de los gentiles, y habla con mucha energía contra los desórdenes que mas reinaban entonces entre las diez tribus. Levanta tambien su voz contra los desarreglos de Judá, anuncia la venida de Senaquerib y la cautividad del pueblo, y acaba por trazar admirablemente los caracteres de la verdadera y de la falsa conversion. El estilo de este profeta es patético y lleno de sentencias cortas y vivas, sumamente elocuente en ciertos pasajes, y algo oscuro á veces, por nuestra ignorancia sobre la historia de su tiempo. —Ageo es asimismo otro de los doce profetas menores. Animó á los judíos á la reedificacion del templo, profetizándoles que el segundo seria mas ilustre que el primero, alusion que significaba la llegada y venida de Jesucristo á este nuevo templo; pues es bien cierto que bajo todos los demás conceptos era muy inferior al primero. Ageo profetizó hácia los años de 516 antes de la era cristiana. De ambos profetas hace hoy conmemoracion el Martirologio romano, y la Iglesia los venera en el número de los santos.

San Jucundiano, mártir. —Nada sabemos de este santo mas que el nombre, y que por negarse á las exigencias de los idólatras fué arrojado al mar en África, en los primeros siglos del cristianismo.

Los santos Inocencio, y Sebastian, con otros treinta mártires. —Murieron estos santos martirizados en Sirmio durante la persecucion del emperador Decio.

San Nanfanion, y sus compañeros mártires. —Vivia este santo en Madaura, ciudad de Africa, sirviendo á Dios en la religion cristiana y dedicándose á obras de piedad. Fué célebre en una de las primeras persecuciones contra la Iglesia, por su zelo en visitar, consolar, y fortalecer con sus exhortaciones á los santos confesores de Jesucristo. Acusado de cristianismo, se presentó delante del juez, y sin turbarse le reprendió por sus crueldades. Fué pues condenado junto con otros á ser degollado. Mientras los conducian al suplicio, Nanfanion procuró animar á sus compañeros á pelear con valor y á ser constantes hasta alcanzar la corona de la vida eterna. San Nanfanion obró durante su martirio muchos portentos, y causó tanta admiracion su valor y su intrepidez, que en las iglesias de África se le llamaba el protomártir africano. San Agustin habla de él con particular elogio en su carta *44 ad Maximum Madaurensem.*

San Teodoro, obispo y mártir. —Floreció en Cirene de Libia, en el reinado de Diocleciano, siendo obispo de la misma ciudad, y muy versado en las ciencias sagradas. Escribió varios tratados contra la idolatría y en favor de la verdadera religion, por cuya lectura se convirtieron muchos gentiles á la fé. Tenia este santo un hijo llamado Leon que le acusó al prefecto Digniano de sedicioso y blasfemo contra los dioses del imperio. Llamado á la presencia del tribunal, Teodoro confesó la verdad de cuanto se le imputaba, asegurando que lo mismo despues que antes no dejaria de poner todo su zelo en buscar prosélitos para Jesucristo. Indignado el juez con estas palabras, mandó que lo azotasen con cordeles emplomados, que le arrancasen la lengua, y que despues lo encerrasen otra vez en la cárcel donde se le dejase morir de hambre. Efectivamente sufrió Teodoro todos estos martirios; pero al poco tiempo de haver entrado en la cárcel, le visitó el Señor, y se llevó su alma á gozar de la bienaventuranza infinita, el dia 4 de junio del año 310.

San Flaviano, obispo y confesor. —Era sacerdote y aprocrisario de la Iglesia de Antioquía, cuando fué nombrado para ocupar la silla episcopal de la misma, por el emperador Anastasio, el año 498. Al principio de su obispado usó de disimulo en lo tocante al concilio de Calcedonia, mas por complacencia al emperador, que porque fuesen aquellos sus sentimientos. Sus intenciones eran rectas y puro su corazon; por esto, el año 511, asistiendo al concilio de Sidon, impidió con sus esfuerzos y su elocuencia que las decisiones del de Calcedonia fuesen proscritas, por cuya causa desde entonces se declararon los herejes sus acérrimos enemigos. El año 512, Tenais obispo de Hierápolis y otros prelados opuestos como él al concilio de Calcedonia, depusieron en un conciliábulo á Flaviano de su silla; en seguida el mismo empe-

rador Anastasio lo desterró á Patra, donde floreció por espacio de cinco años en grandes virtudes, y murió con la muerte de los justos en el mes de julio del año 518.

SAN ELÍAS, OBISPO Y CONFESOR. — Árabe de nacion y discípulo del abad san Eutimio, fué elegido obispo de Jerusalen el dia 25 de julio del año 494. Era admirable en ciencia y piedad, y muy zeloso de las doctrinas de la Iglesia católica. En 511 asistió al concilio de Sidon, y se asoció á san Flaviano de Antioquía para impedir que las decisiones de Calcedonia fuesen proscritas. En 513 excomulgó á Severo, usurpador de la silla de Antioquía, razon porque el emperador Anastasio lo echó de su Iglesia, y lo desterró á Arabia, donde acabó gloriosa y santamente sus dias, el 20 de julio del año 518. La Iglesia romana celebra hoy su fiesta juntamente con la de san Flaviano.

Dia 5.

SANTA ZOE, MÁRTIR. — En el tiempo de los cruelísimos tiranos, y enemigos grandes del nombre de Cristo, Diocleciano, y Maximiano, emperadores, vivia en Roma el invictísimo mártir san Sebastian, con la honra, y título de príncipe de la caballería romana, que es como ahora condestable: honor bien merecido por su nobleza, y prendas naturales, y adquiridas. Visitaba este glorioso mártir las cárceles, donde estaban presos los cristianos, y á todos los exhortaba, y animaba á padecer. Sucedió un dia, que acabada una plática, bajó sobre él una luz hermosa del cielo, la cual todos vieron, y que á su lado estaba un ángel, en forma de un hermoso mancebo, que daba testimonio de la verdad, que Sebastian predicaba. Era esto en casa de Nicostrato, que era primicerio, ó príncipe de las causas, y escrituras reales, dignidad tercera en Roma: porque primero era el general, luego el tribuno, y despues el primicerio. Estaba ya Roma tan abundante de cristianos presos por la fé de Cristo, que hasta la casa de este príncipe era tambien cárcel. Zoe, su mujer, hacia seis años, que estaba muda, sin poder explicar los conceptos de su entendimiento, y movimientos de su corazon; si bien oia, y entendia muy bien, cuanto le hablaban. Discurriendo, pues, esta señora, en lo que oia predicar al caballero de Cristo Sebastian, ya que no pudo hablar, dió á entender por señas, que queria pasar adonde él estaba, y en llegando, le tocó los piés, y por señas le pidió la salud. San Sebastian hizo por ella oracion, y al instante habló, invocando el santo nombre de Cristo, y dijo, que habia visto un ángel, que estaba al lado de san Sebastian, y tenia un libro abierto, y en él escrito, cuanto el santo predicaba. Lo cual visto, y oido por su esposo Nicostrato, quitó las prisiones á los cristianos todos, y él se volvió cristiano, y siendo bautizado con su mujer, y otros muchos por san Policarpo, despues de varios sucesos, y tormentos, recibió la palma del martirio, al dia siguiente á 6 de julio.

2 La primera, con quien encontró la persecucion de los tiranos, fué con la gloriosísima Zoe; la cual, estando orando sobre el sepulcro del príncipe de los apóstoles san Pedro, fué presa por los ministros de la justicia, y primeramente fué llevada al magistrado de la vecindad: él la mandó que sacrificase á la estatua de Marte, que estaba allí. Santa Zoe con grande empacho, y vergüenza, le dijo: Mas le agradaria Venus á este tu Dios, que no yo; y en diciendo esto calló, y puso con grande honestidad los ojos en tierra. Enojado por esto grandemente el juez, la mandó poner en una cárcel fuerte, y oscura, donde no le diesen de comer, ni beber, ni viese luz alguna. Habiendo pasado seis dias en esta afliccion, al sétimo dia la envió al presidente Flaviano: el cual como despues de muchas preguntas, viese, que no la podia persuadir á la falsa adoracion de los ídolos, mandó que la colgasen cabeza abajo de un árbol, y que por abajo le diesen mucho humo, y así acabase la vida: lo cual se ejecutó; y así entregó su bendita alma en manos de aquel Señor, que la crió para su santa gloria. Despues los crueles verdugos tomaron su santo cuerpo, y atándole una grande piedra al cuello, lo arrojaron al rio Tiber, pensando, que así no seria venerado de los cristianos: y se engañaron; pues antes fué causa de mayor culto, y veneracion. Fué su martirio á 5 de julio (dia en que la Iglesia celebra su fiesta), por los años del Señor de 284. Escribieron su vida Beda, Usuardo, Adon, Surio en el tom. I, Sanctoro, y Metafraste, Pedro *de Natalibus* en su catálogo, lib. VI, cap. 55; el Martirologio Romano en sus Anotaciones, y en el tom. II de sus Anales, año 284, núm. 13, y año 286, núm. 12, y otros.

3 Siempre de dar entrada en casa á los malos se siguen mil desdichas, y perdiciones; como al contrario, de darla á los buenos se siguen mil gananciosas felicidades: dígalo la gloriosa Zoe, su esposo Nicostrato, y su familia toda; pues por dar entrada en su casa al glorioso san Sebastian, piedad, de que usaban con ser gentiles, sabiendo venia á predicar, consolar, y animar á los santos presos, que en ella habia, se le siguió cobrar el habla, seis años habia perdida, á la benditísima santa, y lo que mas es, bautizarse con toda su familia, y merecer la corona del martirio. Ejemplo es este, para que cada uno mire, qué personas entran en su casa, y á que fin; pues no á todas se puede fiar la entrada, cuando solo es saludable fiarla á los buenos, Dios quiera, que todos lo seamos. Amen.

EL BEATO MIGUEL DE LOS SANTOS. — De Enrique Argemir y de Monserrata Margarita Mitjana, su consorte, nació el beato Miguel de los Santos, en el dia 29 de setiembre del año 1591 en la ciudad de Vique, del principado de Cataluña. Vivian estos buenos consortes en la villa de Centellas, dos leguas distante de la dicha ciudad de Vique, donde Enrique ejercia el arte de escribano; pero un año antes que naciese nuestro Miguel, trasfirieron su domicilio á la ciudad de Vique, en la cual continuó Enrique la misma profesion. Procuraban estos virtuosos consortes inspirar á sus hijos la piedad

y la devocion: pero poco tuvieron que desvelarse en nuestro Miguel, porque el Señor le previno desde su infancia con tal copia de celestiales ilustraciones, que ya en la edad de cinco años comenzó á tener sentimientos de piedad, muy superiores á aquella edad, porque se compadecia de los dolores y tormentos que Jesucristo habia padecido en su santísima pasion; deseaba que nadie le ofendiese, y él se sentia interiormente movido á imitarle, y á llevar una vida austera y penitente. En efecto, no habia aun cumplido los seis años, cuando resolvió irse á la soledad para hacer allí una vida áspera y penitente como la habian hecho los santos; buscó otros dos niños sus coetáneos, para que le acompañasen en esta resolucion, y con ellos sin decir nada á sus padres se encaminó hácia Monseny, que es una montaña muy elevada, dos leguas distante de Vique para hacer allí la proyectada penitencia. Por el camino desmayó el uno de los compañeros y se volvió á su casa; prosiguió no obstante Miguel su camino con el otro, y llegados á la montaña se entraron en una gruta; pero hallándola llena de sabandijas, salieron en busca de otra que fuese mas acomodada, y hallando dos á propósito, entró cada uno en la suya: mas como el niño que se habia vuelto refiriese en su barrio lo que habia ocurrido, el padre de Miguel con el del otro niño fueron á buscarlos á dicha montaña, y con el auxilio de personas prácticas de ella encontraron las cuevas donde se habian retirado; y entrando Enrique en la de su hijo, le halló llorando é hincado de rodillas; preguntóle porque lloraba, y Miguel le respondió: Lloro por la pasion de nuestro Señor Jesucristo. Preguntóle tambien ¿cómo pensaba sustentarse en aquella cueva, ó si pensaba vivir sin comer? y Miguel le respondió, que como Dios sustentaba á otros santos, tambien le sustentaria á él. El suceso del otro niño fué muy semejante al de Miguel: lleváronse los dos padres á sus hijos á sus respectivas casas, muy edificados y enternecidos, de su piedad y animosa resolucion.

2 Reducido Miguel á la casa de su padre procuró conservar en ella el mismo espíritu de piedad y de penitencia que le habia conducido á Monseny: huia del comercio y trato de los otros niños, y se retiraba á los rincones de su casa á llorar la pasion de nuestro Salvador. Así que llegó á la edad de siete años emprendió el ayunar no solo la cuaresma y vigilias, sino tambien todos los miércoles, viérnes y sábados de la semana: cuando le preguntaban; ¿porqué ayunaba tanto? respondia: Ayuno por amor de nuestro Señor; y para alcanzar el perdon de mis culpas. Su padre temeroso de que estos ayunos le debilitasen la complexion, le obligaba á tomar su almuerzo con sus hermanos; nuestro Miguel lo recibia para no disgustarle; pero saliendo disimuladamente á la calle lo repartia con los pobres. Descalzábase muchas veces los zapatos y medias para enfriarse los piés, poniéndolos en varias ocasiones sobre el hielo y la nieve, que son frecuentes en aquel país: se retiraba de noche á un cuarto separado, y desnudándose las espaldas, se azotaba con unos cordeles que él mismo industriosamente habia añudado por muchas partes, y en este mismo tiempo usaba de una cruz de madera con clavos en los extremos, y la llevaba en el pecho arrimada á la carne con los clavos hácia dentro. Una criada de la casa llamada Enfrosina, que queria mucho á nuestro Miguel, le llevó en una ocasion con sus hermanos á una viña, para que se divirtiesen y comiesen uvas; pero Miguel en llegando á la viña se retiró al descuido de los demas, y habiéndose desnudado de sus vestidos, se arrojó sobre unas zarzas ó cambroneras, revolcándose en ellas para que le atormentasen sus espinas. Echándole menos la criada y sus hermanos, fueron á buscarle, y le hallaron del modo dicho. Preguntóle Eufrosina, ¿porqué hacia aquello? y el inocente niño le respondió: que por amor de Dios nuestro Señor, y por imitar al padre san Francisco: mas Dios que se agradó mucho en esta accion heróica de Miguel, no quiso quedase lastimado de las espinas, embotando milagrosamente sus puntas para que no le ofendiesen.

3 Por este tiempo estudiaba ya Miguel la gramática, acudiendo á la escuela pública, y al salir de ella iba derechamente á su casa, ó á la iglesia catedral, ó á la de nuestra Señora de la Merced, donde sus condiscípulos, que por curiosidad observaban sus pasos, lo hallaron varias veces, pero siempre arrodillado en oracion y con mucho recogimiento. En su casa, fuera de los ratos en que estudiaba, se ocupaba en leer libros devotos, singularmente uno que trataba de las excelencias de nuestra Señora, á quien nuestro beato amaba con mucha ternura, rezándola cada dia el rosario y otras devociones delante de un altar, que habia formado de muchas estampas, en un cuarto retirado de la casa. Evitaba cuidadosamente el trato de los otros muchachos de la escuela, y en las ocasiones en que no podia evitarlo, les hablaba siempre de Dios, exhortándoles á hacer penitencia de sus culpas. No tenia nuestro Miguel aficion sino á las cosas celestiales, y todos sus deseos eran de consagrarse enteramente al divino servicio, entrando en alguna religion; á este efecto pidió el hábito religioso en todos los conventos de Vique, y como por su poca edad en ninguno quisiesen concedérsele, revivió en él el deseo de hacer vida eremítica en la montaña de Monseny. Pero antes de resolverse quiso hacer un ensayo sobre si podria sustentarse con solas yerbas del campo; á cuyo fin pasó unos dias no comiendo otra cosa que unas yerbas silvestres de un huerto que tenia su padre; y experimentando que le iba bien con aquel alimento, buscó compañeros, como la vez primera, de sus buenos propósitos, y habiendo hallado á Antonio Marfá, y á otro llamado Segismundo Viñes, que se le ofrecieron á seguirle, les persuadió que antes de partirse fuesen á tomar la bendicion de Dios y de su santísima Madre en alguna iglesia, haciendo voto de perpetua castidad; como en efecto fueron todos tres á la iglesia de santa Clara de monjas dominicas, é hincados de rodillas hicieron el referido voto. Hecho esto se partieron á Monseny, pero llegando á la mitad del camino encontraron tres varones venerables, que les pre-

guntaron cariñosamente ¿dónde iban? y respondiendo ellos que á la ermita de san Segismundo, que está en la misma montaña, á cierta devocion; les dijeron que se volviesen á sus casas, que sus padres estarian con grande pena no sabiendo de ellos, y que eran muy niños para vivir en el desierto, donde los lobos los comerian, con lo que se volvieron á la ciudad, y deseoso Miguel de imitar la vida penitente de los ermitaños, y de seguir el consejo que le dió uno de aquellos tres referidos ancianos, que se discurre fuesen ángeles, previno una piedra y unos manojos de sarmientos, con los cuales dispuso un lecho penitente bajo la cama en que dormia, con un hermano suyo llamado Jacinto, y así que le reparaba dormido, dejaba Miguel su cama y se echaba sobre aquellos sarmientos, y á la mañana antes de dispertarse el hermano, se volvia á la cama, traspasado de frio, como se deja discurrir. Sus hermanos, y aun su mismo padre, viéndole tan entregado á los ejercicios devotos, y habiendo oido que habia hecho voto de castidad, le decian muchas veces por chanza, que le habian de casar luego que fuese mayor; y el beato se desconsolaba y entristecia, oyendo estas cosas; y yendo delante del altar de la santísima Vírgen renovaba con mayor fervor el voto de castidad que habia hecho.

4 A 2 de noviembre de 1602 falleció Enrique Argemir, padre de nuestro Miguel, el cual por este accidente, y por haber muerto algunos años antes su madre, quedó en poder de tutores, quienes le pusieron en una tienda de mercaderes, para que aprendiera su oficio, y se entibiara en el deseo de ser religioso. En esta tienda tuvo mucho que sufrir nuestro beato; porque la atencion continua que tenia á la oracion y al trato interior con Dios nuestro Señor, no le permitia atender mucho á las cosas de la tienda; estaba en ella como abstraido y absorto, y en consecuencia cometia algunos descuidos; y llevado de la inclinacion grande que tenia á la oracion, siempre que hallaba oportunidad se retiraba á una cueva subterránea de la casa, donde arrodillado decia sus oraciones ó bien meditaba con quietud. Este modo de conducirse le ocasionó muchos castigos; porque uno de los mercaderes, que era tio suyo, disgustado de verle tan poco atento á los asuntos de la tienda, le daba frecuentemente palos con la vara de medir, y una vez le hizo con ella una herida en la frente: cuando reparaban que no estaba en la tienda, lo iban á buscar á dicha cueva, y le daban de bofetones, y le trataban con la mayor indignidad; y el bendito niño, viéndose así maltratado, se ponia de rodillas y les pedia perdon de los disgustos que les hubiese dado. Compadecida una buena mujer, que habia sido muy familiar de la casa de Argemir, de la dureza y crueldad con que se trataba al niño, le llevó consigo á una heredad ó quinta, media legua distante de la ciudad: en esta quinta vivió cosa de cinco meses en compañía de aquella buena mujer, y llevó una vida sumamente recogida, devota y penitente: dormia sobre un haz de sarmientos, teniendo una piedra por almohada: tomaba rigurosas disciplinas, y ayunaba con mucha frecuencia, dando siempre á los pobres su almuerzo. Habiéndole llevado un dia la buena mujer á la iglesia del convento de los padres menores observantes, llamado santo Tomás, que está allí cerca, aprovechó Miguel esta ocasion, para hacer humildes y apretadas instancias al padre guardian de aquel convento, para que le diese el hábito de su religion; y no habiendo sido oido por causa de su poca edad, se afligió y entristeció el buen niño, quejándose amorosamente al seráfico patriarca, de que no quisiese admitirle por hijo suyo.

5 Convencido nuestro Miguel con tantas repulsas, de que en su patria no lograria ser admitido en ninguna religion, resolvió pasar á Barcelona, confiado en que habiendo tantos conventos en aquella populosa capital de Cataluña, le seria fácil hallar entrada en alguno de ellos. Con esta resolucion, sin decir nada ni á sus tutores, ni á sus hermanos, se partió á pié á aquella ciudad, donde llegó al otro dia de su partida. Luego que se supo en Vique la fuga y el paradero de Miguel, bajó á Barcelona uno de sus tutores para buscarle y darle algun destino en la misma capital, como lo hizo, poniéndole en casa de un deudo suyo llamado Marés, cordonero, para que aprendiese en ella este oficio. En el tiempo que Miguel vivió en esta casa, no suspiró sino para ser religioso, acudia á oir y ayudar misas al convento de padres trinitarios calzados, y con esta ocasion pidió á aquellos padres con tantas instancias que le admitiesen en su religion, que admirados de ver tanto fervor en un niño de doce años, le consolaron dándole el santo hábito, que recibió nuestro beato con indecible alegría y consuelo de espíritu. Como era tan niño, le destinaron los superiores al servicio de la sacristía, y para que ayudase al sacristan en lo que le ordenase: en esta ocupacion dió nuestro Miguel muchas pruebas de la eminente santidad á que el cielo le habia elegido; obedecia con alegría y prontitud todo lo que le ordenaban; ayudaba las misas con un recogimiento y devocion que edificaba, iba por la iglesia con muchísima modestia y siempre con los ojos bajos; cuando alguna mujer le encargaba que la llamase á su confesor, iba sin detenerse á avisarle; pero si el confesor le preguntaba, ¿quién le habia dado el recado, ó cómo iba vestida? respondia sencillamente, que no lo sabia, porque jamás miraba ni el rostro, ni el vestido de ninguna mujer. Su oracion era continua, y sus penitencias mucho mayores de lo que sus fuerzas naturalmente podian llevar; pero los superiores se las permitian, conociendo que esta era la voluntad de Dios, que conducia á su siervo á lo mas elevado de la perfeccion religiosa por un camino muy extraordinario. Despues de haber vivido como dos años y medio en el convento de Barcelona, le enviaron los superiores al de san Lamberto de Zaragoza, donde concluyó el noviciado, é hizo la profesion á 30 de setiembre de 1607, cuando acabó de cumplir los diez y seis años de su edad. Tres meses despues que nuestro Miguel se hubo consagrado á Dios con los votos solemnes de la religion, se hospedó en el mismo convento un religioso de

la nueva reforma de trinitarios descalzos, que desde Pamplona habia pasado á Zaragoza para recibir las sagradas órdenes. Trabó nuestro Miguel mucha amistad con este religioso forastero, y en los dias que se detuvo en aquel convento, no sabia apartarse de su lado: se informó exactamente del modo de vivir de los padres descalzos, y deseó luego con tal ardor pasar á ellos, que pedia á dicho religioso lo llevase consigo; pero aunque el religioso no condescendió á las súplicas de Fr. Miguel, fueron tales las diligencias que este hizo para pasar á la descalcez, que á 28 de enero de 1608 recibió en el convento de Pamplona el hábito de esta reforma. De aquí le enviaron los superiores á Madrid, donde concluyó el año de su nuevo noviciado, é hizo su nueva profesion con extraordinario fervor de espíritu, y singular gozo de todos los religiosos. De Madrid le envió la obediencia al convento de la Solana, y despues de haber vivido seis meses en este convento, pasó al de Sevilla, donde estuvo cerca de tres años, antes de dar principio á sus estudios. Despues pasó al colegio de Baeza, donde oyó artes por tiempo de tres años hasta el de 1614. Entonces pasó á Salamanca á estudiar la sagrada teología, y á principios del año de 1616 volvió á Baeza, en cuyo colegio permaneció algunos años, y obtuvo en él el oficio de vicario, y allí mismo ejerció bastante tiempo los cargos de confesor y predicador. Habiendo despues el P. Fr. Alonso de san Juan Bautista renunciado el oficio de ministro del convento de Valladolid, el definitorio general de la órden á 24 de mayo de 1622 eligió para este oficio á nuestro beato Miguel, el cual en el capítulo general que en el año siguiente celebró la órden en la ciudad de Toledo, fué reelegido para el mismo oficio, que obtuvo hasta su santa muerte.

6 Las heróicas virtudes que practicó el siervo de Dios desde que vistió el hábito de la descalcez hasta su santa muerte, fueron el asombro de los religiosos de los conventos donde vivió: su penitencia y la mortificacion de su cuerpo fué tal, que bastara á quitarle en poco tiempo la vida, si Dios que le inspiraba aquellos extraordinarios rigores, no se la hubiese milagrosamente conservado.

7 En los cuatro primeros años no comió otra cosa que pan, acompañándolo alguna vez con uvas, pasas ó alguna tajada de melon; y aunque no comia sino de dos á dos dias, y algunas veces solo los juéves y domingos, cuando tomaba su desayuno comia el pan en muy poca cantidad. Para disimular este ayuno, dispuso el prelado, que leyese ó sirviese mientras los otros comian; y estas milagrosas abstinencias no las interrumpia el siervo de Dios, ni en las pascuas y otras grandes solemnidades, ni en los muchos viajes que hizo. En uno que hizo desde Madrid á la Solana, no comió bocado en cinco dias; y en otro que hizo desde Madrid á Baeza, no comió en toda una semana.

8 Ni fué menos maravillosa su abstinencia en la bebida; pues se pasaban los doce, los quince, y á veces los veinte dias sin probarla; y alguna vez pasó dos ó tres meses sin beber, aunque se hallaba en los ardores del verano. Salíale la sed á la lengua y á los labios, poniéndosele secos como en los que padecen una ardentísima fiebre, y el siervo de Dios no solo sufria esta terrible mortificacion, sino que para aumentarla se bajaba á un sótano donde habia muchas tinajas de agua fresca, para que á vista del refrigerio fuese mayor su sacrificio. Al cabo de cuatro años le mandaron los prelados que templase estos rigores, y se conformase con los demás en la comida y bebida: y el beato por obedecer se conformó en adelante con la comunidad, dejando no obstante con licencia de sus prelados la mayor parte de la comida para los pobres: sus vigilias eran casi continuas: no dormia sino dos horas, y tomaba este escaso sueño sentado en el suelo sobre una tabla ó pedazo de estera, arrimando la cabeza á la pared; y varias veces pagaba este tributo al cuerpo sin salir del coro arrimado á un banco y quedándose de rodillas. Cuando usó de celda no tuvo sobre las tablas mas que una manta vieja, desecho de otro menos penitente. Por muchos años anduvo con los piés desnudos por las aguas y nieves en los tiempos mas rigurosos del invierno, y no usó de sandalias hasta que se lo mandaron sus prelados, que fué segun se cree, despues que fué ordenado sacerdote; pero lo mas digno de admiracion es, que todo este rigor no le ofendió jamás la salud, ni se resfrió jamás en todo este tiempo. Azotábase rigurosamente todas las noches hasta quedar bañado en sangre: llevaba el cuerpo fajado de cilicios: en los muslos, piernas, y brazos traia unas fajas de alambre recio, con las puntas que le pasaban las carnes: llevaba ceñida al cuerpo una cadena de hierro delgada que le daba cuatro vueltas; y en las espaldas llevaba una cruz de hierro sembrada de agudos clavos, que le cogia de alto á bajo: traíala colgada del cuello con una cadena de hierro, tambien con iguales puntas. Una de estas cruces se guarda hoy en el convento de padres trinitarios de Vique, y tiene ochenta y un clavos, y mas de tercia de larga. De todos estos cilicios usaba á un tiempo el siervo de Dios en los dias que consagraba á la penitencia; pero siempre llevaba alguno, y en particular la cruz de las espaldas jamás se la quitaba; arrimábase de propósito á las paredes y á los árboles de la huerta para mas lastimarse; y con estas y otras industrias fueron tantas las llagas que se le hicieron en las espaldas, que llegaba á corromperse la carne, criando materias que le calaban el hábito, y causaban un hedor que percibian todos los que se le acercaban. Compadecidos los religiosos, dieron parte al ministro de lo que pasaba, el cual llamando al beato Miguel, le mandó que dejase los cilicios, y que procurase curarse las llagas; á cuyo efecto mandó avisar á un cirujano, sin oir las razones que le daba el siervo de Dios para apartarle de aquella resolucion, diciéndole que todo aquello era nada. Viendo el beato aquella firme resolucion del prelado, temeroso de que no le hiciese dejar para siempre sus amados cilicios, acudió á Dios con una ferviente oracion, suplicándole no

permitiese apartase sus espaldas de la cruz, pues él habia cargado sobre las suyas la de nuestros pecados: esta oracion penetró los cielos, y al punto cayeron de su cuerpo unas costras que le dejaron bueno y sano; llegó el cirujano para reconocer las espaldas en presencia del prelado; y aunque vieron el hábito manchado de materias recientes, no encontraron llagas ni señales de ellas, y en vez de hedor percibieron una fragancia suavísima que exhalaba su virginal cuerpo. Pero aunque Fr. Miguel era tan austero consigo mismo, y tan inclinado á la mortificacion de la carne, que jamás se le caia de la boca esta voz *penitencia, penitencia*; con todo era benigno y compasivo con los otros, queriendo que cada uno se diese á la mortificacion del cuerpo conforme á sus fuerzas y robustez; pero queria que los que no podian hacer penitencia á causa de su débil complexion, supliesen su falta con poner mayor cuidado en la mortificacion de sus pasiones, y en el ejercicio de la paciencia, de la humildad, del silencio y retiro de las criaturas.

9 Por medio de esta mortificacion del cuerpo y de la interior de las pasiones, se aparejaba nuestro beato para el ejercicio de la santa oracion, en la cual fué favorecido de Dios nuestro Señor en una manera muy extraordinaria. No tenia sino cinco años, cuando le comunicó el Señor ternísimos sentimientos de su santísima pasion, que le hacian derretir en lágrimas; desde este tiempo la oracion fué la principal ocupacion de su vida; todo el tiempo que vivió en la órden, estaba continuamente puesto en oracion, ó en la celda ó en el coro; y aunque la obediencia le llamase á otros ejercicios exteriores, no se distraia de la oracion, porque estaba su espíritu tan intimamente unido con Dios, que apenas atendia á lo que hacia, viviendo en un perpetuo enajenamiento y olvido de las cosas exteriores: de suerte que algunas veces no sabia si comia, ó bebia, ó dormia, ó si estaba en el convento ó fuera de casa. Preguntóle su provincial, Fr. Francisco de santa Ana, ¿cuántas horas tenia cada dia de oracion? á que respondió el siervo de Dios, que siempre estaba en oracion; pero cuando vacaba con mas quietud y mayor fervor en este divino ejercicio era en el silencio de la noche, que gastaba toda en oracion, fuera de dos horas en que dormia. De este continuo trato con Dios procedia aquella pureza como de un ángel, que todos admiraban en nuestro beato; el menosprecio de sí mismo y de todas las cosas del mundo; el amor de las colestiales, el suspirar continuamente por la patria feliz de los santos y aquella alegria de su rostro, que manifestaba el júbilo interno de su alma, y aquel afecto ardiente con que amaba á su Criador, suspirando continuamente por mas y mas amar al único dueño de su alma, hasta que la suave fuerza de su amor le quitase la vida.

10 Llegaba muchas veces á tanta intension este sagrado incendio, que le salia al rostro, y redundaba tanto en el cuerpo, que para templarle, aunque fuese en el tiempo mas frio del invierno, se salia á la huerta, se descubria el pecho y aplicaba á él agua fria ó hielos cuando los encontraba. En estas ocasiones nunca hallaba fria el agua, y solia decir, que nunca la habia bebido, de modo que le refrigerase; y era por fin tal el calor que sentia, que dijo en una ocasion, en que los otros no podian sufrir el frio, que se arrojara con mucho gusto en un estanque helado. Abrasado de amor de Dios, extrañaba de que hubiese hombres que no le amasen, y preguntaba: ¿Quién no quiere y ama á Dios? y arrebatado de la fuerza de su espíritu, varias veces clamaba: ¡Ah, hijos de Adan! ¿hasta cuándo, hasta cuándo habeis de amar la vanidad y buscar la mentira? Otras veces decia: ¡Ah, si conocieran los hombres á Dios, y experimentaran la suavidad con que trata á los suyos, cómo se murieran todos de amor por él! ¡Oh, si las almas conocieran aquella suma bondad, cómo no le ofendieran, antes se abrasaran en su amor! Aunque el beato estaba tan encendido en el amor de Dios, no estaba satisfecho de su amor, y pedia incesantemente á Dios que se le acrecentase: á este fin, en una ocasion, no se sabe el año en que sucedió, en que pedia al Señor le cambiase su corazon con otro mas encendido en amor suyo, le hizo el Señor una fineza de la primera magnitud, pues quitó á Miguel su corazon, y tomándole para sí, le dió el suyo propio, poniéndole en el lugar de donde habia quitado el de Miguel. Este favor le reveló el siervo de Dios á su confesor Fr. Francisco de la Madre de Dios, quien lo depuso debajo de juramento en los procesos hechos para su beatificacion. Algunos escritores sostenian, que este maravilloso trueque de corazones habia sido real y físico: pero Benedicto XIV, en el panegírico que hizo en el convento de los trinitarios de Roma de las virtudes del siervo de Dios, cuando las declaró en grado heróico, dijo: que ese trueque de corazones fué solo místico y espiritual: y este sentir se adoptó despues en las lecciones para el oficio de nuestro beato. Un favor tan raro, extraordinario y estupendo, encendió de tal modo en el pecho de Miguel la hoguera del divino amor, y le colmó de favores tan excesivos, que parecia ya mas ciudadano del cielo, que morador de la tierra: gozaba frecuentísimamente de dulcísimos éxtasis y raptos, no solo de espíritu, sino tambien muchas veces de cuerpo; el cual como si gozara ya de los dotes de un cuerpo glorificado, se elevaba del suelo, y permanecia en el aire con asombro de los que se hallaban presentes á esta maravilla. Eran tan frecuentes ó continuos estos éxtasis en el beato Miguel, que se arrobaba en todas ocasiones; predicando, oyendo predicar, diciendo misa, en la oracion, rezando ó cantando el oficio divino, y casi siempre que estaba expuesto el santísimo Sacramento; por cuyo motivo se suele pintar arrobado delante de una custodia. Pero no solo se arrobaba en estas ocasiones de ejercicios devotos, sino tambien en las plazas, en las calles, en las visitas y oyendo hablar de cosas espirituales. Al tiempo que le acontecia el arrobarse, daba un grito ó quejido con las expresiones de repetidos ayes; y otras veces se le oia solamente: *ea, ea*: la postura de los

brazos era siempre en cruz y bien levantados en alto; menos en aquellas veces que le venia el éxtasis, cuando estaba con el cáliz en las manos. El rostro le tenia siempre levantado al cielo, adonde le llamaba el Señor; los ojos abiertos, aunque sin pestañear, ni ver con ellos, porque toda la atencion del alma estaba en lo interior; y cuando estaba en la iglesia arrobado, siempre tenia vuelto el rostro hácia el santísimo Sacramento. En cuanto á la elevacion del cuerpo no era siempre la misma: unas veces no era arrebatado totalmente en el aire, sino como empinado, tocando solo en el suelo con las extremidades de los dedos pulgares, y á veces con solo el uno; pero otras veces quedaba totalmente elevado en el aire, y permanecia en esta postura un cuarto de hora, media hora, y á veces tres cuartos de hora. Pedro Lopez de Bahamonde, escribano de Valladolid, en una ocasion que se confesaba con el beato en un lugar retirado, le vió arrebatado en el aire mas de una tercia del suelo, permaneciendo en esta postura un cuarto de hora, sin haberle hecho volver en sí, con haberle tirado del hábito con fuerza por dos veces. Fr. Bonifacio de santa María, ayudando en varias ocasiones á misa al beato, le vió tres veces arrobado en el aire, y teniendo la curiosidad de medir la distancia que habia desde el suelo á los piés del celebrante, halló que una vez estaba elevado mas de media vara, otra no tanto y la tercera un poco menos. El mismo religioso una noche del juéves santo le vió en el *De profundis* del convento de Valladolid pegado contra una cruz que estaba pintada en la pared, y levantado mas de vara y media del suelo. Predicando la tarde del dia de san José en el convento de Valladolid en presencia del señor obispo y de un concurso numerosísimo, dió tres ó cuatro gritos muy grandes, y á su compás otros tantos vuelos tan altos, que se levantó sobre el mismo púlpito mas alto que el borde de su baranda, viéndole todos, los piés por encima de ella. Estos admirables éxtasis unidos á sus heróicas virtudes, le conciliaron el respeto y amor de todos los que le conocieron, así de sus hermanos religiosos, como de los de fuera del convento. Con todo no quiso el Señor que fuese enteramente libre de las persecuciones de los hombres, á fin de que con ellas se perfeccionase mas su virtud, y él adquiriese mayor mérito. Porque al principio de haber entrado en la descalcez, no todos aprobaban la vida singular y extraordinaria que llevaba, y no eran pocos los que la censuraban de extravagancia y de hipocresía: despues viviendo en el colegio de Baeza se conjuraron contra él dos religiosos, que habiendo sido castigados de sus prelados por los excesos cometidos, sospecharon que el beato Miguel habria hecho la delacion de su delito. Fueron tales las calumnias que estos malvados levantaron contra Miguel, y los artificios de que se valieron para hacerlas creer de los superiores, que estos mandaron formar proceso contra el beato, y ponerlo en la cárcel, donde estuvo encerrado por espacio de diez meses; al cabo de los cuales se dió sentencia, en la que se declaró estar inocente en los delitos que los acusadores le imponian, condenando á estos á la pena que merecian en un delito tan atroz y escandaloso. El beato Miguel, que en todo el tiempo que estuvo preso, no quiso hablar una sola palabra en su favor, suplicó entonces con muchas instancias á los superiores á favor de sus enemigos, para que les remitiesen las penas que les habian impuesto; y no habiendo podido obtener de sus prelados esta gracia, favoreció á lo menos cuanto pudo á sus calumniadores, manifestándoles un amor sumamente compasivo. Esta heróica caridad del beato Miguel enterneció y ganó á aquellos dos religiosos, los cuales se reconocieron, y publicando la inocencia y santidad de Miguel, confesaron llanamente la calumnia que le habian levantado, y que eran bien merecedores del castigo que se les habia impuesto.

11 Habia ya llegado el tiempo en que Dios nuestro Señor queria premiar las grandes virtudes de su siervo con la posesion de su gloria, cuando el segundo dia de pascua de resurreccion, del año de **1625**, despues de haber predicado en la mañana con mucho fervor, fué acometido de un fuerte tabardillo, que le obligó á acostarse sobre su camilla. Sufrió el beato con invencible paciencia esta enfermedad, sin quejarse jamás de sus dolores, y sin querer admitir aquellos alivios que le ofrecian los enfermeros, para templarle la ardiente sed en que se abrasaba; diciendo que mayor la habia pasado Cristo por sus pecados; y sabiendo que esta enfermedad habia de poner fin á su peregrinacion, hacia muchos actos de contricion. Habiendo vuelto al convento Fr. Benito de la santísima Trinidad, quiso confesarse generalmente con él de toda su vida, la que habia sido tan pura é inocente, que declaró con juramento el confesor, que en toda ella no habia cometido un pecado mortal ni venial, con plena deliberacion y advertencia. Pidió y recibió despues el santísimo Sacramento con la devocion y fervor que se deja discurrir, y en el dia **9** de abril recibió con mucho gozo el sacramento de la extremauncion, y lleno de confianza en la divina misericordia, entregó plácidamente su espíritu en manos del Criador en el dia siguiente **10** de abril, en la edad de treinta y tres años cumplidos.

12 El Señor hizo conocer al mundo la santidad de su siervo, obrando muchos milagros por su intercesion, de los cuales aprobó la santa sede los dos siguientes para su beatificacion.

13 En Valladolid María Gil comenzó á sentir en el pecho izquierdo un dolor tan intenso, que creciendo con inflamacion, reconocieron los médicos y cirujanos, despues de muchas curaciones, ser un maligno zaratan ó cancro, que la quitaria la vida. Padeció por espacio de tres meses esta enfermedad; al cabo de los cuales aplicóla una amiga suya un lienzo mojado en la sangre del siervo de Dios, y la hizo cubrir, por el horror que la causaba verlo el pecho tan malo: al dia siguiente vino el cirujano á curarla, y la halló el pecho sano y bueno, sin señal del zaratan, declarando la curacion por milagrosa.

14 En la misma ciudad de Valladolid, Alonso de Otero Grajal, criado de don Rodrigo Pacheco,

oidor de aquella chancillería, se quebró el brazo derecho por la parte que estaba cuatro dedos mas abajo del hombro; de manera, que se le cayó hacia atrás como muerto: curáronle por cuatro ó seis dias, y solo resultó de las curas ponérsele tan disformemente hinchado, que se le puso tres veces mas grueso de lo que le tenia: sobreviniéronle despues de la hinchazon dolores vehementes, que no le dejaban descansar un instante: diéronle un lienzo mojado en la sangre del beato Miguel, y se le puso en el brazo, invocándole con tanta fé y devocion, que instantáneamente cesaron los dolores y se quitó la hinchazon; se cayeron hácia la mano las ligaduras con que tenia fajada la quebradura del brazo, y le quedó este tan sano y robusto, que hacia mas fuerza con él, que antes de quebrársele.

15 Beatificó al siervo de Dios la santidad de Pio VI, á 2 de mayo de 1779.

* San Domicio, mártir. — Por los años de 363, pasando Juliano el Apóstata, que iba á la guerra contra los sirios, por un lugar donde estaba este santo, y viendo mucha gente delante de una cueva, preguntó por el motivo de aquella reunion. Contestáronle que moraba allí un santo anacoreta, de quien se servia el Señor para dispensar sus beneficios á los mortales. El anacoreta era Domicio, que amenazado por el emperador, de que si no dejaba de entregarse *á la magia*, y no se contentaba con vivir solo y aislado, le mandaria castigar severamente, contestó con santa fortaleza que solo obraba por virtud de Dios, á quien daria su sangre si era preciso. Juliano se indignó con esta respuesta, y mandó que el santo fuese allí mismo degollado, sucediendo su muerte el año 363.

Santa Cirila, mártir.—Durante la persecucion del emperador Diocleciano tuvo por mucho tiempo en la mano ascuas encendidas con incienso sin quererlas soltar, para que no pareciese que sacrificaba á los ídolos; y por último despedazándola cruelísimamente, hermoseada con su propia sangre, llegó al esposo celestial. El martirio de esta santa tuvo lugar en Cirene de Libia, á principios del siglo IV.

San Atanasio, diácono y mártir. — El año de 452 vivia este santo en Jerusalen, y habiéndose levantado muchos herejes á impugnar la doctrina y las decisiones del concilio de Calcedonia, Atanasio las defendió con obras y palabras por medio de un zelo admirable. Pero los herejes lo cogieron un dia, y habiéndole hecho padecer muchos martirios, por fin lo degollaron, siendo ilustre mártir de la confesion católica.

Los santos Agaton y Trifina. — Murieron mártires en Sicilia, se ignora cuando.

Los santos Marino, Teodoto, y Sedofa, mártires. — Lo único que sabemos de estos santos es lo que nos dice el Martirologio romano, á saber; que murieron en Tomis, en la Scitia.

San Numeriano, obispo y confesor.—Gobernó la Iglesia de Tréveris en el siglo VII, y murió santamente el año 637, despues de una vida ejemplar en ciencias y virtud.

Santa Filomena, vírgen. — Su cuerpo se guarda y venera en la ciudad de san Severino, en la iglesia de san Lorenzo, adonde fué trasladado por el mismo san Severino, obispo, en tiempo de Totila, rey de los godos, todo lo cual consta por una inscripcion que se encontró juntamente con el cuerpo, debajo del altar mayor, el año 1527. Parece que esta santa, siguiendo la opinion de los bolandistas, es del siglo VI, y que murió en la paz de Dios, en una poblacion de la Marca de Ancona. Hay otra santa Filomena, cuyo culto se ha establecido ahora nuevamente, celebrándose su fiesta el dia 10 de agosto.

Dia 6.

Santa Godoleva, mártir.—Grandes son los trabajos, y gravísimas las cargas del matrimonio, y que no se pueden bien llevar sin las fuerzas y gracia del Señor: porque si los casados no tienen hijos, el deseo de tenerlos atormenta: si los tienen, y son buenos, y obedientes, el temor de perderlos, y el cuidado de criarlos, y acrecentarlos, continuamente los aflige; por no sentir nada de las otras molestias, y tormentos que padecen, y que no se pueden excusar en aquel estado: pero al fin, todas se pueden pasar, cuando entre el marido, y la mujer hay paz, y concordia, y son los dos, como una alma en una carne. Mas cuando el marido es mal acondicionado, cruel, y mas fiera que hombre, hácese insufrible la carga, y las ondas, que combaten el corazon de la triste mujer son tan horribles, y espantosas, que si Dios no la tiene de su mano, necesariamente se ha de ahogar, y hundir en el profundo abismo de la desesperacion y tristeza. Y porque cada dia vemos por nuestros pecados semejantes desventuras, quiero yo para consuelo de las tales escribir aquí la vida, y martirio de santa Godoleva, que fué casada, y santa, y martirizada por su mismo marido.

2 Fué santa Godoleva hija de Uvifredo, y Ognia, personas nobles en sangre, y en costumbres. Nació en Francia, en el territorio de Bretaña, que está cerca de Calés. Era muy hermosa en el cuerpo, y mas en el alma. Por la fama de sus grandes partes un caballero flamenco, llamado Bertulfo, ilustre, y rico, la pidió por mujer á sus padres con grande instancia, y ellos se la concedieron, y se concertó el casamiento, y se la entregaron, y él la llevó á su casa, para celebrar las bodas con grande aparato. Pero para que se vea, cuan mudable es el corazon del hombre, y que no hay cosa en la tierra, que le pueda hartar, y menos los gustos de la carne; Bertulfo, que con tantas ansias, y con tantos medios habia procurado, que Godoleva fuese su mujer, cuando la tuvo en casa, de tal manera se trocó, que comenzó á aborrecerla en tanto grado, que no la podia ver, y la madre de Bertulfo echaba aceite, y atizaba el fuego, dándole en rostro á su hijo, por haberse casado con mujer extranjera, como si en su tierra no hubiera otras mas generosas, ricas, y hermosas. Apenas habia tomado la santa doncella los umbrales de la casa de su esposo, cuando vió venir sobre sí un nublado terrible de trabajos, y se

armó de oracion, y paciencia, para poderlos llevar. Tres dias duró la fiesta de las bodas; mas Bertulfo, por no ver á su mujer, no se quiso hallar en ellas: y así pasados los tres dias, dejando á su mujer en su casa, para que tuviese cargo de su familia, aborrecido, y despechado se fué á vivir á la casa de sus padres. Godoleva, aborrecida de su esposo, perseguida de su suegra, y amada de Cristo, quedó en su casa, y atendia á gobernarla con gran prudencia, y modestia, y con tan excelente ejemplo de honestidad, que ninguno se atrevia á poner la lengua en ella. Pero el desventurado Bertulfo, sin tener respeto á Dios, ni á su sangre, ni á la virtud de su esposa, para afligirla mas, mandó á un criado, que tuviese cargo de ella, y que la diese á cierta hora determinada un pedazo de pan á comer, y no otra cosa, so pena de su indignacion; y el criado, que de suyo debia ser descortés, por obedecer á su amo, la trataba, no como á señora, sino como á esclava, dándole de comer solamente pan, sal, y agua; haciendo la santa gracias al Señor por ello, y repartiendo con los pobres de aquella poca comida que la daban, y respondiendo á las injurias, y vituperios de su criado palabras tan blandas, y amorosas, que bastaban á quebrantar cualquiera duro corazon. De la racion, que le daban tan tasada, y corta, mandó Bertulfo quitar la mitad; pero no por eso la santa dejó su sufrimiento, y paciencia, ni de dar su parte á los pobres, procurando sustentar su alma con oraciones; pues no podia dar al cuerpo el sustento necesario. Acrecentábase esta afliccion; porque los deudos de Bertulfo estaban do su parte de él, y le incitaban, para que la maltratase, hasta darle la muerte, la cual le tramaba, y urdia Bertulfo; pero por temor de los padres, y deudos de Godoleva, que eran nobles, y poderosos, no se atrevia á matarla. Pasó tan adelante este odio, y rencor, que la santa fué forzada, para no morir, salirse secretamente de aquella casa, donde (sin culpa suya) era tan aborrecida; y acompañada de sola una criada, á pié, y descalza, volvió á casa de sus padres, y les dió cuenta de lo que con aquel hombre (ó por mejor decir cruel tirano) habia padecido. Sintiéronlo los padres, como era razon, y por medio de Balduino, conde de Flandes, y del obispo Noviomense, que era su deudo, apretaron á Bertulfo, para que recibiese á su mujer, y la tratase con el amor, y honra, que á tan santa, y generosa señora convenia. Recibióla en su casa Bertulfo, y prometió hacer lo que se le mandaba, por no poder mas; pero con ánimo de no cumplirlo, sino de acabarla: y para hacerlo mas presto, la trataba, no como á su mujer, sino como á esclava. Entendió Godoleva, que Dios nuestro Señor, por aquel camino áspero, y fragoso, la queria llevar al cielo, y por manos de los sayones fabricarle la corona de la gloria; y así lo dijo á algunas mujeres, que se compadecian de ella, y lloraban su desventura, pues siendo moza, noble, y hermosa, no podia gozar de los deleites, y gustos del matrimonio, los cuales decia la santa, que no apetecia, ni los queria; porque Dios nuestro Señor la regalaba interiormente, y con tanta abundancia de la divina gracia, que no hacia caso de la tierra.

3 Mas Bertulfo, viendo, que no le salian bien otras trazas, mandó á dos criados suyos, que una noche la matasen: y para engañar mas á la santa, le habló con amorosas y regaladas palabras, diciendo, que él habia mandado á aquellos criados, que le trajesen una mujer muy á su propósito, para acompañarla y servirla, y que esperaba que seria el único medio, para que entre él, y ella hubiese el debido amor y concordia, como él deseaba tener de allí adelante, pidiéndole perdon de lo pasado: y con esto se despidió de ella por algunos dias, y se partió para la ciudad de Bruxas, para aguardar allí la nueva de la muerte de Godoleva, y dar á entender que se habia hecho sin su voluntad. Estando, pues, una noche durmiendo todos los de su casa, vinieron los dos criados y crueles verdugos, y la hicieron levantar de la cama, y con los piés descalzos, y con los cabellos desgreñados, y en camisa, la sacaron, y con un lazo al cuello la ahogaron, y echaron en el rio, para que acabase de morir, y despues la sacaron del agua, y la pusieron en su cama, cubriéndola con la ropa, creyendo, que no se sabrian los autores de aquella maldad. Pero, aunque al principio estuvo encubierta, y la enterraron, creyendo los mas, que habia muerto en su cama súbita, y repentinamente; nuestro Señor tomó la mano, para declarar la verdad, haciendo muchos milagros por la santa; porque la tierra donde la mataron, se convirtió en unas piedras mas blancas que la nieve: y algunos, que por su devocion tomaron de ella, y la llevaban á su casa, hallaban, que aquella tierra se habia convertido en piedras preciosas, y el agua, en donde la ahogaron, cobró tanta virtud del cielo, que sanaba las enfermedades de todos los que bebian de ella: y una hija del mismo Bertulfo de la segunda mujer, ciega de su nacimiento, lavándose los ojos con esta agua, cobró la vista: y en reconocimiento de esta misericordia del Señor, edificaron un monasterio de sagradas vírgenes de la órden de san Benito, dedicado á santa Godoleva; y en este monasterio se guarda con gran reverencia la sangre, que salió de la boca y narices, cuando la echaron en el agua, para que se acabase de ahogar: y en su sepulcro los enfermos cobran salud, y alcanzan del Señor, por intercesion de la santa, grandes beneficios. Despues del año de 1088, su sagrado cuerpo fué colocado honoríficamente por el obispo Noviomense y de Tornay, á los 30 de julio.

4 La vida de santa Godoleva escribió un sacerdote, llamado Progon, y dice, que la escribe, de lo que oyó decir á los testigos de vista, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hace mencion de ella Juan Molano en las anotaciones que hizo al Martirologio de Usuardo, en el índice de los santos de Flándes, y Jacobo Mayer en los Anales de Flándes, y dice, que el año de su martirio fué el de 1070, á los 6 de julio: y que Bertulfo se convirtió, é hizo penitencia, y vivió y acabó santamente en un monasterio de san Vino-

cio; y que su madre de él fué causa de que cometiese aquella maldad. Las oraciones de su santa mujer debieron alcanzar perdon y misericordia del Señor, el cual es justo, y secretísimo en sus juicios; y nosotros los debemos reverenciar, y no escudriñar; pues permitió, que santa Godoleva cayese en manos de un verdugo, y monstruo de la naturaleza, como fué Bertulfo, antes que se convirtiese, para que labrase, afinase, y martirizase con sus malos tratamientos, y finalmente le quitase la vida, para que ella gozase eternamente de la que es verdadera vida en el cielo, y acá en la tierra fuese ilustrada con muchos milagros; adorada por santa de los fieles, ó imitada de las mujeres, que sin culpa suya son afligidas de sus máridos; para que conformándose en la paciencia y sufrimiento con ella, alcancen la corona de la gloria, que ella alcanzó.

SAN GOAR, PRESBÍTERO, Y CONFESOR.—Fué san Goar francés de nacion, de la provincia de Gascuña: su padre se llamó Jorje, y su madre Valeria, personas por sangre ilustres. Desde niño fué muy bien inclinado, de amable aspecto, humilde y honesto, y dado á todas las obras de virtud. Creció tanto en el temor de Dios, que con su ejemplo movia á otros á seguirle, y á enmendar sus vidas, y vivir cristianamente. Ordenóse de presbítero, y abrasado del fuego del amor divino, determinó de dar mano á todas las cosas de la tierra; dejando á sus padres, y á sus deudos, y amigos, se partió de su patria, peregrinando, y se fué á un lugar del obispado de Tréveris, que se llamaba Wocara, donde hizo una iglesia, con licencia del obispo Félix, y colocó en ella algunas reliquias de santos con mucha devocion. En este lugar vivió muchos años, dándose á la oracion, ayunos, y penitencia, y á ejercitar, cuanto podia, la hospitalidad, y acogimiento de los pobres y peregrinos. Habia aun muchos gentiles en aquella tierra, los cuales con la vida tan ejemplar, y con la predicacion de san Goar, salieron de las tinieblas de su ceguedad, y se convirtieron á nuestra santa religion, y para que lo hiciesen mas fácilmente, obró el Señor muchos milagros por su siervo, echando los demonios de los cuerpos, que atormentaban, dando vista á los ciegos, piés á los cojos, y sanando á muchos dolientes de varias enfermedades. Decia cada dia misa con grande ternura y devocion, y rezaba todo el salterio, y despues se ocupaba en obras de caridad, sirviendo á los pobres, y albergando á los peregrinos con tanto afecto, como quien veia en ellos á Jesucristo. Tuvo el demonio envidia de la santidad de Goar, y saña por el gran fruto, que hacia en las almas, y movió á dos criados del obispo, que ya era, y se llamaba Rústico, que le acusasen delante de su amo, diciéndole, que era hipócrita y embustero, interpretando mal las honestas acciones de san Goar. Creyó el obispo falsamente, lo que fácilmente se le habia dicho: mandó venir al santo delante de sí, y envió por él á los mismos acusadores. El cual, cuando supo, que le llamaba el obispo, hizo gracias á nuestro Señor, porque su prelado se habia acordado de él, teniéndose por indigno; sin poder sospechar lo que queria. Recibió con alegría, y acarició con mucha humildad á los mensajeros del obispo, y al dia siguiente dijo su misa, rezó su salterio, y cumplió con sus devociones, como solia, y aparejóles la comida, para partirse luego con ellos; mas ellos no quisieron aguardar, sino partirse luego; y él les dió comida para el camino. Pero el Señor, que es justo juez, y veia sus corazones, y lo que urdian, y tramaban contra el santo, los afligió de manera, que se hallaron tan cansados en el camino, que no pudieron pasar adelante, y estando muertos de hambre y de sed, no hallaron en las alforjas la comida, que el santo les habia dado, ni otra cosa que comer, ni una gota de agua en un arroyo que allí habia. Conocieron su error: pidieron perdon al santo; y al improviso aparecieron tres ciervas grandes, y el santo las mandó parar, y las ordeñó, y dió de beber de aquella leche á los tristes mensajeros del obispo, y los perdonó, y echó su bendicion: y con esto ellos hallaron en su alforja la comida, y en el arroyo agua, que por voluntad de Dios habia desaparecido; y volvieron al obispo, y le contaron lo que pasaba. Mas él estaba ya tan impresionado, y tan enojado con san Goar, que cuando él vino á su presencia, le trató mal, atribuyendo, todo lo que habia hecho, no á virtud divina, sino á arte mágica, apretándole mucho, para que declarase, quién era, y dónde habia estudiado aquellas malas artes que ejercitaba.

2 Finalmente, despues de varias pláticas y razones, que tuvieron entre los dos, trajeron un niño de pechos de solos tres dias, y dijo el obispo á san Goar: Ahora verémos, si tú eres mago, como yo creo, ó siervo de Dios: dinos, quiénes son los padres de este niño. Entonces san Goar se afligió mucho, por lo que le mandaba el obispo, pareciéndole por una parte, que era presuncion, y sobre sus merecimientos pedir á Dios, que le revelase, quiénes eran los padres de aquella criatura; y por otra, que sino lo hacia, se ponia en peligro de ser detenido por encantador, y maltratado del obispo. Volvióse á Dios: suplicóle, que le favoreciese en un trance tan riguroso, y que volviese por su inocencia: y confiado en él, y movido con su instinto, mandó al niño, que declarase por sus nombres á su padre y á su madre. Entonces el niño, extendiendo la manecita hácia el obispo con voz clara, como si fuera de muchos años, dijo: Este es mi padre, Rústico, obispo, y mi madre se llama Flavia. Quedó el obispo corrido y confuso, y toda la gente admirada alabando al Señor, porque así volvia por la honra de su siervo, y castigaba al obispo, que la queria oprimir, descubriendo sus flaquezas, para que conociéndolas el obispo, las llorase amargamente, é hiciese penitencia de ellas: porque san Goar, viendo, que el obispo habia caido en el lazo, que le habia querido armar, y que por su causa, aunque sin culpa suya, Dios habia manifestado públicamente las secretas culpas suyas, tuvo grandísimo dolor, y no se podia consolar de aquel suceso. Habló al obispo, y suplicóle con lágrimas y sollozos, que se reconociese, y con la penitencia diese satisfaccion al pueblo;

pues le habia dado tan grande escándalo, y ofrecióle ayudarle con sus oraciones, y con hacer siete años de dura penitencia por él.

3 Publicóse luego todo lo que habia sucedido, y llegó la fama al rey Sigiberto, que á la sazon reinaba: el cual mandó llamar á san Goar, y quiso saber de él la historia de todo lo que habia pasado; mas el santo, por no decir cosa, que pudiese redundar en alabanza suya, ó en infamia del obispo, cerróse, y no lo quiso decir: y apretándole mucho el rey, y mándandole que lo dijese, respondió el santo, que le suplicaba, que primero le dijese él lo que habia oido. Díjoselo el rey, y era puntualmente la verdad, de lo que habia pasado entre Goar, y el obispo. Entonces dijo Goar al rey: Pues yo no tengo que decir mas de lo que ha oido, y me ha dicho vuestra majestad. Todo el pueblo, que habia sabido el caso, se levantó contra el obispo, clamando, que era indigno de serlo, y que Goar le habia de sustituir en su lugar; y el rey vino en ello, y tomó todos los medios que pudo, para persuadir á san Goar, que aceptase aquel obispado de Tréveris; porque en todo caso queria privar á Rústico por sus culpas, y proveer bien aquella Iglesia, y dar satisfaccion á todo el pueblo, que lo deseaba, y se lo suplicaba. Nunca pudo acabar con san Goar que aceptase el obispado; antes temiendo la fuerza del rey, le suplicó con mucha instancia, que le diese veinte dias de término, para recogerse, y hacer oracion sobre ello. Concedióselos el rey, y el santo se encerró en su celda, y postrado en el suelo delante del acatamiento del Señor, muy desconsolado, y afligido, y llorando arroyos de lágrimas, le suplicó afectuosamente, que no permitiese, que él fuese obispo, ni viviese el tiempo, que le quedaba, fuera de su rincon. Oyóle el Señor, y envióle una calentura, que le fatigó siete años gravemente, y de manera, que no pudo salir de ella, ni ver mas al rey. Estos siete años de enfermedad ofreció el santo al señor, y llorando, y pidiéndole perdon por los pecados del obispo, como se lo habia prometido. Y aunque el rey procuró muchas veces, que san Goar le viniese á ver, con intento siempre de sentarle en la silla del obispo, y servirse de él en el gobierno del reino, nunca lo pudo acabar con él; antes desengañó al rey, y le certificó que no saldria de aquel rincon, y que en él daria fin á sus dias: y así fué; porque pasados los siete años, que dijimos, de enfermedad, y de oracion, y lágrimas por el obispo Rústico, vivió otros tres años, y tres meses con la misma enfermedad, y acabó gloriosamente el curso de su peregrinacion, y dió su espíritu al Señor, siendo Mauricio emperador, á los 6 de julio, y este dia hace mencion de san Goar, presbítero, el Martirologio romano. Su sagrado cuerpo fué sepultado por Agripino, y Eusebio, loables sacerdotes de Cristo, y por otros muchos caballeros, y gente del pueblo en la misma iglesia que el santo habia edificado; aunque despues le trasladaron á la otra mas suntuosa, que se labró para este efecto. Hizo el Señor muchos, y grandísimos milagros por este santo, así en librar de varias, é incurables enfermedades, y de la tiranía de los demonios, á muchos, que se encomendaban á él, como en resucitar muertos, y castigar á los que con poca reverencia se llegaban á la iglesia, donde estaban sus santas reliquias, y trataban sus cosas con menos devocion, y recato: los cuales milagros se pueden ver en su vida, que escribió Wandelberto, diácono, que floreció por los años del Señor de 850, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio, en su cuarto tomo de las vidas de los santos, y es, la que aquí brevemente queda referida: en la cual se ve, cuan odiosa es á los malos la virtud, y como se ciegan los ojos flacos con la luz, y como el Señor defiende á sus siervos, y desbace las maruñas, y calumnias de sus enemigos, permitiendo, que caigan ellos mismos en el lazo, que habian armado, para que cayesen los otros; y cuan blandas, y amorosas entrañas tienen los santos, para con los que los han perseguido, y cuan de veras huyen las grandezas de la tierra: pues Goar lloró, é hizo penitencia siete años por los pecados del obispo, que le atribuló, y quiso antes morir de tan larga enfermedad, que ser obispo. Hace mencion de san Goar Segisberto, *in Chron. an.* 600; Legi. *in Chron. in Mauritio*; Vicenc. *in Specul. lib.* XXII, y *el cap.* 13; Pedro de Natalib. *lib.* VI, *cap.* 62, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones.

* SAN ISAÍAS, PROFETA DE LA ANTIGUA LEY. — Isaías, el primero de los cuatro profetas mayores, era hijo de Amós, de la familia real de David. Profetizó en tiempo de los reyes Osías, Joatan, Acaz y Ezequías, desde el año 735 hasta el 681 antes de Jesucristo. Desde su infancia le escogió el Señor para ser la luz de Israel y la antorcha de su pueblo. Cuando empezaba á profetizar, un serafin tomó de sobre el altar del Señor una ascua, y purificó con ella los labios del profeta. Habiendo caido Ezequías gravemente enfermo, Isaías fué á anunciarle de parte de Dios que no curaria ya; pero despues ablandado el Señor por los ruegos y las lágrimas del príncipe, le envió otra vez el mismo profeta á anunciarle su restablecimiento, y para darle una prenda de seguridad, Isaías hizo retroceder en su presencia diez grados la sombra del sol sobre el cuadrante de Acaz. El rey Manasés, sucesor de Ezequías, tuvo por este profeta menos veneracion y consideraciones, é indignado porque le reprendia sus impías iniquidades, lo hizo aserrar por en medio del cuerpo con una sierra de palo, suplicio horrible que hace estremecer al corazon mas inhumano. El santo profeta murió el año 681 antes de Jesucristo, el ciento treinta de su edad, y fué sepultado bajo la encina de Rogel, junto á la corriente de sus aguas, y su sepulcro fué visitado con particular devocion, por encontrar junto á él salud los enfermos y consuelo los afligidos. — Isaías es el profeta que mas claramente habló de Jesucristo y de su Iglesia, de modo que segun san Jerónimo, mas parece estarse leyendo el Evangelio que una profecía. Anuncia los mas grandes acontecimientos como si ya los hubiese visto pasar; habla siempre como hombre inspirado, y es sin duda el mas elocuente de todos los profetas. Su estilo es elevado y magní-

tico; sus expresiones vigorosas y llenas de fuego son, no obstante, siempre acomodadas al objeto de que trata, y todos sus escritos, siguiendo la opinion del mismo san Jerónimo, son un precioso compendio de los mas raros conocimientos; pues en ellos se encuentran al propio tiempo la filosofía natural, la moral y la mas profunda teología. Nada hay mas á propósito que la lectura de estas profecías para sentirse el lector poseido de la magnificencia de Dios, y de la grandeza de sus juicios.

San Tranquilino, mártir. — Fué de Roma y padre de los santos Márcos y Marceliano. Habíase convertido á la religion cristiana por la predicacion del mártir san Sebastian y habia sido bautizado por san Policarpo, presbítero. El papa san Cayo que conocia personalmente sus grandes virtudes y particularmente su ilustre zelo, le confirió el sagrado órden del presbiterado. Estando en oracion en el sitio llamado la Confesion de san Pablo, el dia de la octava de los santos apóstoles, lo prendieron los gentiles y lo apedrearon hasta alcanzarle la palma del martirio. Su muerte fué el año 286.

San Rómulo, obispo y mártir. — Al principio de haber llegado á Roma el apóstol san Pedro, cuando habia apenas empezado á esparcir las verdades eternas sobre la ciudad de los Césares, se le presentó un jóven de pocos años, de ilustre familia, nacido en la misma Roma, muy instruido en las ciencias humanas, y le pidió unirse á él por los vínculos de la religion y ser bautizado. Luego que fué regenerado Rómulo por el agua santa, empezó á dar tales muestras de adelantamiento en la virtud, que el mismo san Pedro lo consagró obispo y lo envió á predicar el Evangelio fuera de la capital del mundo. Fuése, pues, y anunció á Jesucristo á los de Fiesoli y fué su primer obispo, luego marchó á Bergamo, en seguida á Brescia y otros lugares; y despues de haber hecho copiosas cosechas de almas para el cielo, volvióse juntamente con cuatro compañeros de apostolado á Fiesoli, en cuya ciudad, en tiempo del emperador Domiciano, alcanzaron todos la corona del martirio.

Santa Dominica, vírgen y mártir. — Era de Trope en Calabria, muy instruida en las verdades de la fé, las cuales anunciaba á cuantos tenia ocasion de ver. Presa en tiempo de Diocleciano, fué llevada á Campaña donde se hallaba á la sazon el emperador, y habiendo hecho pedazos, en presencia del mismo, unos ídolos que querian hacerle adorar, fué condenada á ser devorada por las fieras. Estas respetaron su persona; pero fué condenada á ser decapitada, ejecutándose la sentencia el dia 6 de julio del año 302. Su cuerpo fué recogido por los cristianos y enterrado en un lugar desconocido, hasta que habiéndose apaciguado la persecucion, lo trasladaron á Trope, su patria, donde aun se venera con suma devocion.

Santa Lucía, mártir, y los santos Rixio Varo, Antonino, Severino, Diodoro, Dion y otros diez y siete compañeros tambien mártires. — Santa Lucía era natural de Campaña, y siendo bautizada con otros muchos paisanos suyos, y practicando todos juntos los ejercicios de la religion cristiana, fueron presos, cargados de cadenas, y enviados á Roma para que los juzgasen. Llevados al tribunal de Rixio Varo, mandó este juez que fuesen atormentados hasta que adorasen á los ídolos; pero los santos sufrian con admirable paciencia los tormentos y no dejaban de exhortar á los circunstantes á que reconociesen á Jesucristo. El resultado inmediato y mas glorioso de este martirio, fué la conversion de dicho juez Rixio Varo, que luego fué asociado á los tormentos de aquellos santos, y alcanzó con ellos la corona de la vida eterna.

San Paladio, obispo y confesor. — Nació en Roma, y fué despues diácono de su Iglesia. Fué muy versado y docto en los estudios sagrados y escribió algunos tratados contra los pelagianos. En 431 el papa Celestino lo envió á Escocia por su primer obispo, en cuyo país y en Irlanda, fundó Paladio varias iglesias, y convirtió innumerables infieles á la verdadera religion, por cuya razon mereció ser llamado el apóstol de los escoceses. Su mision fué sumamente penosa y arriesgada; pero todos los obstáculos se vencen, cuando el que ha de superarlos va acompañado con la gracia del Señor. San Paladio, murió resplandeciente en milagros, en Fortum, ciudad de Escocia, el dia 6 de julio del año 450, y sus reliquias, guardadas en el monasterio de la propia ciudad, han impetrado del cielo muchas gracias sobre toda la nacion de Escocia.

Dia 7.

San Odon, obispo. — El glorioso san Odon fué de nacion catalan, y de la nobilísima casa y linaje de los esclarecidos condes de Barcelona, y de la ilustre descendencia de los condes de Gascuña y de Urgel, hijo de don Artal conde de Pallás, y de su esposa doña Luciana, señora nobilísima. Ilustró mas su noble sangre san Odon con sus grandes virtudes, y con las proezas, y hechos maravillosos, que obró en el servicio de Dios. Siendo de edad tierna cuidó su padre darle maestros, que le enseñasen buenas letras, en cuya enseñanza dió claras muestras de lo que habia de ser en adelante; porque en todo se excedia, y aventajaba á sus condiscípulos. Siendo mayor lo impusieron en el arte militar, como á tan principal caballero convenia, cuyo hábito hubiera el glorioso santo renunciado de muy buena voluntad, si no viera, que en el condado y señorío de sus padres la justicia iba de caida, y reinaba la injusticia: porque lo que le hizo tomar las armas fué la maldad de los que no solamente perseguian las iglesias, disipando las cosas eclesiásticas de aquel condado, sino tambien á sus hijos, oprimiendo, y haciendo mil vejaciones á los pobres. Sucedió, que el obispo de Urgel adoleció de una gravísima enfermedad, la cual bien considerada del mismo, advirtiendo, peligraba su vida, y que habia alcanzado y habido aquel obispado, contra lo que mandan los sacros cánones; hizo venir delante de sí á los eclesiásticos, y á todo el pueblo, y á vista de to-

dos renunció el oficio, nombre, y honra de obispo, y de los bienes de su patrimonio enriqueció, cuanto pudo la Iglesia.

2 Muerto que fué este prelado, se juntaron á la eleccion de nuevo obispo, el clero, los condes de Pallás y de Urgel, el pueblo todo así principales como plebeyos, y deseando todos poner los ojos en un sugeto tal, que hiciese con ellos obras de padre espiritual, y benigno, despues de bien considerado, y consultado el caso, advirtiendo las amables prendas, y sobresalientes virtudes de Odon, su condicion apacible, su ánimo generoso, que era gran letrado, de santas, y loables costumbres, y que habiendo dejado las armas, era arcediano de la misma Iglesia, y que ejercia esta dignidad loablemente, le eligieron por su obispo, y pastor. Siendo, pues, obispo, gobernó admirable y santamente su Iglesia, reformando el pueblo del Señor, y apartándole, cuanto era posible, de los vicios, guiándole al camino de las virtudes, y siendo especial padre de pobres, viudas, y huérfanos. Al fin habiendo vivido santísimamente en su obispado 28 años, fué Dios servido de librar aquella santísima alma de la cárcel de su cuerpo, y llevársela á gozar de su gloria para siempre. Fué su gloriosa muerte á 7 de julio (dia, en que se celebra su fiesta), año del Señor de 1122, siendo pontífice Inocencio II, y conde de Barcelona el devotísimo don Ramon Berenguer, tercero de este nombre, y muy cercano pariente de nuestro santo. Grande fué el sentimiento, y los llantos de todos los de aquella tierra, por haber perdido tan buen pastor, y benigno padre. Escribieron su vida, y la traen, el Breviario de Urgel, y leyenda antigua de los santos de la misma Iglesia, un auto sacado del archivo de dicha Iglesia; Fr. Antonio Vicente Domenech; Villegas; el Martirologio romano, y Baronio en sus Anotaciones.

3 Los milagros, que este glorioso santo hizo en vida, y ha hecho en muerte, son muchos, y muy grandes, pero la memoria de los que hizo en vida se ha perdido en nuestros tiempos del todo, que es harta lástima; pero hállanse muchos, de los que hace y ha hecho despues de muerto, de los cuales pondré con brevedad algunos, por no cansar con todos. Un mozo de Pallás, mudo de su nacimiento, y sin lengua, fué á su sepulcro, y haciendo oracion mental, le dió el santo la lengua, aunque no el uso de ella, porque aun no podia hablar. Contento se volvió el mozo á su casa, causando grande admiracion en sus deudos, y en cuantos sabian, no tenia lengua, y ahora le miraban con ella: por lo cual le dijeron, volviese otra vez al sepulcro del glorioso santo con fé, de que, pues le habia dado lengua, le daria el uso de ella. Volvió á la Seo de Urgel el mozo, y en el camino vió á san Odon, que vestido de pontifical, y con rostro alegre, resplandeciente, y benigno, se le puso delante: asombróse de verlo, porque le conocia muy bien de las veces, que le habia visto en vida: el santo le saludó benignamente; y él hizo señas, de como estaba mudo, y así no le podia responder. Volvió el bendito santo á saludarlo, mandándole que hablase; y al instante habló, y se halló sano enteramente: y luego desapareció san Odon. Agradecido el mozo prosiguió su camino, y llegó á la Seo: fué al sepulcro del santo, y dándole las gracias, refirió públicamente, á todos los que allí se hallaron, de qué suerte el santo se le habia aparecido, y curado; y todos dieron gracias á Dios, y al glorioso san Odon, su siervo. Eran tantos los milagros, que por este glorioso santo obraba Dios, que no solo la fama de ellos se extendió por todas las tierras de los Pirineos, sino que sus maravillas tenian llena de espanto, asombro, y devocion á toda España y Francia: porque su sepulcro era un hospital general de los ciegos, cojos, mancos, mudos, endemoniados, y otros enfermos de diversas enfermedades, que acudian á pedirle favor, y todos le hallaban. Sucedió una vez, que estando el procurador, y portero de la iglesia, para encender la lámpara del sepulcro de san Odon, que se habia apagado; en presencia de todos los que allí se hallaban, que eran muchos, bajó una luz del cielo, y la encendió con grande espanto de todos los que el prodigio vieron, y refirieron. Al fin seria nunca acabar, si hubiéramos de referir todos los milagros, que se hallan auténticamente escritos, con ser así infinitos aquellos, cuya memoria se ha perdido por descuido de los antiguos: basta saber, que así como Dios es admirable en sus santos, lo es en el gloriosísimo san Odon: por cuya intercesion su divina majestad nos conceda su gracia. Amen.

El beato Lorenzo de Brindis. — Nació Lorenzo en la ciudad de Brindis, del reino de Nápoles, en el año 1559. Guillermo Rosi, é Isabel Masela fueron sus padres, ambos de las familias mas nobles de aquella ciudad. En el bautismo le pusieron el nombre de Julio César, que mudó en el de Lorenzo, cuando vistió el hábito religioso. Apenas habia cumplido cuatro años, cuando pidió con muchas instancias á sus padres le vistiesen el hábito de los frailes menores conventuales; y ellos no solo le vistieron este hábito, sino que le pusieron en el convento, que estos religiosos tienen en dicha ciudad, para que aprendiese de ellos las letras y la virtud. Pero tuvieron poco que trabajar aquellos religiosos en la educacion de nuestro Lorenzo; porque toda su inclinacion aun en tan tiernos años era á la virtud y á los ejercicios de devocion: asistia al tremendo sacrificio de la misa con tal recogimiento, modestia, y atencion, que edificaba á todos: gustaba mucho de oir los sermones, y los escuchaba con un cuidado tan atento, que no solo retenia fácilmente en la memoria lo que decia el predicador, sino que copiaba todas sus acciones; y juntando otros muchachos, y poniéndose en un lugar eminente, lo repetia con admirable propiedad y viveza: su maestro le componia algunos discursos morales, y él los aprendia con mucha facilidad, y decia despues con tanta gracia, que los mismos religiosos gustaban de oirlo, y se los hacian predicar en el capítulo para que todos tuviesen esta satisfaccion. El arzobispo que supo la gracia con que nuestro Lorenzo predicaba, quiso tambien oirle,

y fué á este fin á la pieza del capítulo, y le gustó tanto el discurso, que quiso predicase en su catedral, como lo ejecutó muchas veces con aplauso y edificacion universal del concurso numeroso que acudia á oirle: cosa á la verdad muy extraordinaria, y apartada de las reglas comunes de la Iglesia, mas digna de admirarse que de imitarse. No gastaba inútilmente el tiempo nuestro Lorenzo en sus tiernos años, pues todo le empleaba, ó en el estudio, ó en la oracion, ó en otros ejercicios devotos. Continuó este tenor de vida hasta que rayó en los catorce años de edad; y entonces habiendo fallecido su padre, quiso su madre que volviese á su casa, para que la hiciera compañía, y cuidase de los negocios domésticos. Pero nuestro virtuoso jóven, que deseaba seguir los estudios, no quiso condescender á sus deseos, y para librarse de las súplicas é instancias, con que le molestaba para que saliese del convento y se restituyese á su casa, con consejo de los padres conventuales se partió secretamente á la ciudad de Venecia en busca de un tio suyo, llamado don Pedro Rosi, sacerdote de vida muy ejemplar, que era cura y rector del colegio de san Márcos, donde se educaban muchos jóvenes en todo género de virtudes y letras: llegado felizmente á Venecia, vió á dicho su tio, y arrodillado á sus piés le pidió su bendicion, diciéndole era su sobrino. El buen sacerdote con mucho regocijo le levantó y estrechó cariñosamente entre sus brazos, dando gracias á Dios de haberle traido á su casa un sobrino de tanto mérito: iba aun nuestro Lorenzo vestido de religioso; pero reflexionando el tio la nota que causaria en la ciudad, el ver un muchacho de catorce años con estos hábitos, se los hizo dejar, y le vistió del hábito clerical. Luego escribió Lorenzo á su madre una carta muy atenta y humilde, en la cual la daba cuenta de la resolucion que habia tomado, y la pedia perdon del disgusto que con ella la hubiese dado. En la casa de su tio tuvo nuestro beato un tenor de vida muy admirable: dormia poco, y esto sobre la tierra, y sin desnudarse jamás: traia á raiz de las carnes un áspero cilicio: todas las noches tomaba una sangrienta disciplina: ayunaba tres dias en la semana, en los cuales no tomaba mas que pan y agua, y en los demás dias solo añadia yerbas, frutas ó alguna ensalada: era sumamente humilde y obediente á sus maestros y á su tio: oyendo siempre de rodillas las amonestaciones y correcciones que este á veces le daba: era exactísimo en el silencio, y de tan rara mansedumbre, que nadie le vió jamás enfadado ni colérico, y aun en las disputas escolásticas cedia fácilmente para evitar altercaciones. Sobre todo, era aficionadísimo á la santa oracion, y oraba con tal recogimiento, que no se distraia, ni se le iba su imaginacion á otros objetos, favoreciéndole tan particularmente Dios nuestro Señor en este divino ejercicio, que los familiares le hallaban en el oratorio algunas veces postrado en tierra, derramando tantas lágrimas, que corrian por el suelo; otras, enajenado de los sentidos, sudando copiosamente, y en algunas ocasiones le hallaban extático y tan fuera de los sentidos, que aunque le daban voces y le movian, nada oia ni sentia; pero á la menor insinuacion de su tio luego recobraba los sentidos, como si dispertara de un sueño apacible. En este seminario concluyó Lorenzo los estudios de filosofía, y su tio le aplicó á la facultad de los sagrados cánones, y con su vivo ingenio y mucha aplicacion hizo tales progresos en las letras, que era el asombro de todos. Sucedió en este tiempo que habiéndose embarcado para volverse del convento de los padres capuchinos á su colegio de san Márcos, se levantó de improviso tan furiosa tormenta, que todos los que iban en la embarcacion se daban por perdidos; pero nuestro Lorenzo quitándose un agnus que llevaba en el pecho, hizo con él una cruz en el agua, y con esto se sosegó al momento aquella tormenta. Tenia nuestro beato mucha aficion á los padres capuchinos: visitábales frecuentemente en su convento, que llaman del Redentor, y con licencia del tio que gustaba mucho de verle tan inclinado á esta santa religion, se quedaba muchos dias en dicho convento; levantándose á maitines, asistiendo á las horas canónicas, y viviendo en todo como si fuese un religioso. Se hallaba ya en la edad de diez y seis años, cuando sintiendo todos los dias mayores impulsos de entrar en esta sagrada religion, pidió el hábito á Fr. Lorenzo de Bergamo, que era provincial, el cual se le concedió desde luego con mucho gusto, y él mismo quiso vestírsele en el convento de Verona, adonde le enviaron á pasar el año de noviciado. En este año dió tales ejemplos de obediencia, de humildad, de una observancia exactísima de todas las reglas y ceremonias de la religion, y de todas las virtudes religiosas, que era la edificacion de todos los religiosos. Poco despues de haber tomado el hábito le asaltó un dolor de estómago tan fuerte, que ni de noche ni de dia le permitia un punto de descanso: como su fervor era tan grande sufria su mal sin descubrirle, y cumplia todas las obligaciones de novicio como si gozara de una salud muy robusta; pero por fin, la palidez del rostro publicó á los superiores su enfermedad, y le aplicaron desde luego varios remedios para su curacion; y habiendo entre tanto cumplido el año del noviciado, se resolvió no darle la profesion (que él tanto deseaba) hasta ver si convalecia de su enfermedad, y si era á propósito para llevar el peso de la religion. Sintió mucho Lorenzo esta dilacion, pero quiso el Señor que mejorase muy en breve de sus males, de modo, que en el dia 24 de marzo de **1576**, un mes despues que habia cumplido el año del noviciado, hizo su solemne profesion. Dentro de pocos dias le enviaron al convento que la religion tiene en la ciudad de Padua, para que entre los grandes hombres, que en todo género de letras florecen en aquella ciudad, se cultivase el talento extraordinario, que Dios habia concedido á nuestro beato. Concluidos allí los estudios, el general le envió patente de predicador, ordenándole que pasase á Venecia, para que en la iglesia de san Juan el nuevo empezase este ministerio apostólico co, no siendo todavía nuestro Lorenzo sacerdote

por falta de edad. En esta iglesia predicó dos cuaresmas sucesivas, haciendo maravillosas conversiones; porque como sus palabras salian de un pecho todo poseido del amor de Dios y del zelo de la salvacion de las almas, enternecian y compungian hasta los pecadores mas endurecidos. Luego se esparció por toda la ciudad la fama del jóven predicador, y las gentes de todas clases acudian á porfía á oirle, porque le habia dotado el cielo de un talento muy particular para la predicacion; pues á una voz dulce, clara y sonora, unia un aspecto grave y agradable, y un atractivo maravilloso, con que cautivaba los corazones de todos. Su elocuencia era admirable, pero natural, sin ninguna afectacion; y su ciencia tan prodigiosa, que á mas de saber con mucha perfeccion las facultades de cánones y teología, sabia de memoria toda la Biblia, y hablaba con toda perfeccion las lenguas italiana, latina, francesa, española, alemana, griega, caldea, siriaca, y hebrea. Conocia profundamente los errores de los herejes y judíos, y las cavilaciones y sofismas en que los apoyaban; y tenia una particular gracia de Dios para desatarlos con facilidad, claridad y solidez, con lo que hizo un increible fruto, no solo en los católicos, sino tambien en los herejes y judíos; muchísimos de los cuales, por la predicacion del beato, y cooperando la gracia de Dios en sus corazones, detestaron sus errores y abrazaron nuestra santa fé. La predicacion de la divina palabra fué la principal ocupacion de nuestro beato, y el ministerio sagrado, para el cual Dios nuestro Señor le habia elegido. Comenzó muy jóven la predicacion, y continuó constantemente este ministerio mientras le duró la vida. Predicó no solo en el estado de la república de Venecia, sino tambien en todos los demás estados y provincias de Italia: predicó en Baviera, en el Palatinado, en el arzopispado de Salisburg, en el Austria, Bohemia, Moravia, Sajonia, y en el reino de Hungría, y siempre con maravilloso fruto de sus oyentes. En Mantua, Milan, Bolonia y otras ciudades de Italia, eran tan numerosos los concursos de las gentes que acudian á oirle, que no cabian en las iglesias mas capaces, y muchas veces le era preciso sacar el púlpito á las plazas y en el campo. Predicando en la ciudad de Pavía, fué tan grande la impresion que hizo con sus sermones en los estudiantes de aquella universidad, que fueron muchos los que dejaron el mundo y se hicieron religiosos, y no pocos los que tomaron el hábito de los padres capuchinos. Informado Clemente VIII, de la profunda ciencia de nuestro beato, y de la gracia particular que Dios le habia concedido para convertir á los judíos, le mandó predicar tres años consecutivos en la sinagoga de Roma, y nuestro Lorenzo lo ejecutó siempre en lengua hebrea con tanta solidez y facundia, y al mismo tiempo con tanta mansedumbre y agrado (no diciéndoles jamás cosa alguna de que pudiesen ofenderse) que todos le oian con gusto, y muchos movidos de Dios conocieron la verdad de nuestra fé y la abrazaron; y los que no se convirtieron, le quedaron no obstante muy aficionados, y le respetaban como á hombre lleno de bondad, y de una erudicion y ciencia extraordinaria. Los superiores de la religion que no pudieron ignorar el mérito extraordinario de nuestro beato, le promovieron muy temprano á las primeras prelacías y oficios de la órden; era aun muy jóven cuando le hicieron guardian del convento grande de Venecia, y siendo de solos treinta y un años le hicieron provincial de la provincia de Toscana, y seguidamente de la de Venecia: despues fué dos veces elegido definidor general, y en el año **1602**, fué elegido ministro general de toda la órden. Cuando de órden de Clemente VIII, y á peticion del emperador Rodulfo y del arzobispo de Praga, se enviaron capuchinos á Alemania, para fundar conventos de su órden en aquellas regiones, fué nombrado nuestro beato visitador y comisario general para efectuar dichas fundaciones. El emperador, que estaba ya informado de la virtud de nuestro Lorenzo, se alegró mucho de este nombramiento: le dió varias audiencias en Praga, donde tenia su corte, y le concedió amplia licencia para fundar conventos en todos sus estados de Alemania: y el siervo de Dios, obtenida esta licencia, fundó varios conventos de su órden en Bohemia, Austria, Moravia, el Tirol, y en otras provincias del imperio. En este tiempo pasó nuestro beato á la ciudad de Monich, llamado del duque de Baviera, donde libró á la duquesa su esposa de los espíritus malignos, que miserablemente la poseian; y teniéndola todos por estéril, y estando por esta causa los católicos muy desconsolados, porque faltando la sucesion, habian de pasar los estados de Baviera á un príncipe protestante, profetizó el siervo de Dios que la duquesa tendria sucesion, como se verificó despues con mucho júbilo de la Iglesia católica. El duque en vista de estos sucesos veneraba á nuestro Lorenzo como á hombre venido del cielo; le ayudaba él mismo la misa, y oia sus palabras y consejos como si fuesen inspirados por el mismo Dios. El siervo de Dios se valió de esta confianza del duque para empeñarle á defender la religion católica, y para hacer frente á los luteranos, que cada dia se hacian mas poderosos.

2 Cuando fué general, visitó siempre á pié todas las provincias de su órden, no queriendo usar jamás de la dispensa que dan los sumos pontífices á los generales de los capuchinos, de que puedan hacer la visita de la religion á caballo en la mula de su caballeriza, que á este efecto les regalan; y aunque llegase á sus conventos muy cansado, acudia solícito al coro al primer toque de la campana; no faltaba jamás á los maitines de la media noche; dormia sobre las desnudas tablas, y tomaba el alimento con tal parsimonia, que apenas comia lo necesario para sustentar la vida. Aunque era tan duro y áspero el tratamiento que daba á su cuerpo, era muy suave, dulce y apacible con sus religiosos: los oia á todos con caridad, los consolaba en sus tribulaciones, los remediaba en sus necesidades, los dirigia en el camino del espíritu, y condescendia fácilmente á todo lo que le pedian, mientras que no fuese contra la observancia de la regla: encargaba esta misma suavidad á todos los

prelados de la órden; deseaba á imitacion de san Francisco, que todos los religiosos viviesen alegres y contentos; no le gustaba el nimio rigor; y desaprobaba altamente que se agravase el peso de las penalidades de la religion: Creedme, padres, decia, el nimio rigor hace con las virtudes, lo que los grandes hielos con las flores y frutas, que todo lo abrasa y mata. Pero la suavidad del beato Lorenzo no era una flojedad é indolencia, que permite los abusos y relajacion, por no tener espíritu para hacerles oposicion; sino un zelo prudente y caritativo, que siendo firme é invariable en el logro del fin, que es la observancia exacta de la regla, era dulce y suave en la eleccion de los medios ordenados á su consecucion. Con la práctica de estas santas máximas se enfervorizó mucho toda la órden; hubo muchos religiosos de espíritu elevadísimo; tres de los cuales son ya canonizados solemnemente por la Iglesia.

3 Conociendo los sumos pontífices el ardiente zelo y consumada prudencia de nuestro beato, confiaron á su discrecion los asuntos mas importantes y mas intrincados del gobierno: le nombraron varias veces su embajador y legado á las cortes de los príncipes de la Europa: los mismos príncipes le honraron tambien en varias ocasiones con el carácter de su embajador, y el beato Lorenzo se vió obligado á asistir como tal en las cortes de los príncipes de Alemania, y en las cortes ó dieta del imperio; y con su zelo, extremada prudencia y grande crédito que tenia con los príncipes católicos, se enfrenó por entonces la herejía luterana, y revivió la religion católica, que estaba poco menos que extinguida en muchas de aquellas provincias setentrionales.

4 Movido el emperador Rodulfo de su devocion á los padres capuchinos, quiso que pasasen algunos de ellos al ejército que tenia en Hungría, para que predicasen á sus tropas, y les administrasen los santos sacramentos: nombró por cabeza de esta mision al beato Lorenzo, y solicitó á este efecto de Paulo V, el breve conveniente: en este breve, que se despachó á 28 de mayo de 1606, concedió su santidad muchas gracias y privilegios á nuestro Lorenzo, y á los religiosos que debian seguir el ejército. Era el general de estas tropas el archiduque Matías, hermano del emperador, el cual animado de las exhortaciones de Lorenzo, y de las promesas que de parte de Dios le hacia de conseguir una plena victoria de los enemigos, se determinó á atacarlos cerca de la ciudad de Alva Real, en un puesto muy ventajoso, y guarnecido de artillería, que ocupaban; pero los cristianos, aunque muy inferiores en número, les acometieron con tanto ímpetu y felicidad, que con espada en mano asaltaron y ganaron sus trincheras, y consiguieron de los bárbaros una victoria completa, á la cual se siguió la conquista de Alva Real, que evacuaron los turcos inmediatamente que hubieron perdido la batalla. Esta victoria, que dicen no costó sino treinta hombres á los cristianos, creyeron todos ser obtenida de Dios por las oraciones y merecimientos de Lorenzo; el cual durante el combate, montado á caballo y con una cruz en la mano, iba siguiendo las filas de los soldados, animándoles á la pelea, y haciéndoles invocar el santísimo nombre de Jesus. Permaneció Lorenzo en el ejército hasta la conclusion de la paz, que se verificó en el mismo año de 1606. Pero lo mas raro y estupendo en nuestro beato es, que tantas ocupaciones exteriores, el vivir en las cortes de los príncipes, y el tener que tratar tantos negocios políticos, jamás le hicieron olvidar un punto las obligaciones de religioso. En medio de tantas ocupaciones jamás interrumpió el predicar á los pueblos la palabra de Dios, y siempre con nuevo espíritu y fervor. Como su corazon se abrasaba en las llamas de la divina caridad, no sabia hablar ni pensar sino en Dios; las plantas, las flores, las aguas, los montes, los valles y todas las criaturas, le servian para elevar su mente y corazon á Dios nuestro Señor. Este fuego de amor de Dios, que ardia en el altar de su corazon, le hacia despreciar todas las grandezas del mundo, y los aplausos y estimaciones de los hombres. Procuraba mantener este fuego del divino amor con el ejercicio de la santa oracion, en la cual empleaba todo el tiempo que le sobraba de sus indispensables obligaciones. Pero en donde el Señor avivaba mas esta llama en el pecho de nuestro beato, era al tiempo del santo sacrificio de la misa: son imponderables los favores y las gracias con que el Señor enriquecia á su siervo en este santo sacrificio; y por eso se detenia en él, singularmente en los últimos años de su vida, seis, ocho, y algunas veces doce horas. Al principio que fué sacerdote, no empleaba en la santa misa sino tres cuartos de hora; pero al paso que Dios le iba aumentando la devocion y el fervor, iba Lorenzo empleando mas tiempo en ella. Empezaba la misa ordinariamente despues de maitines; porque habia obtenido facultad de Clemente VIII, y Paulo V, para empezar la misa á cualquier hora despues de media noche: al principio la proseguia en una manera devota, pero regular, sin detenerse; pero asi que entraba en la accion del sacrificio, y se acercaba á la consagracion, se suspendia de tal modo su espíritu, por la abundancia de celestiales consuelos con que Dios le favorecia, que quedaba inmóvil, éxtático y como fuera de sí; algunas veces arrebatado en espíritu daba muchas palmadas en el altar, y gritando decia: ¡Oh, Dios mio, dulzura de mi alma! ¡Oh, amor mio, qué puro, qué santo y qué digno eres de ser amado! Otras veces sacaba de su corazon profundos suspiros; otras tan grandes gritos, que se oian de muy lejos; su rostro estaba á veces todo encendido, dando muestras de alegría: otras pálido y macilento, con que manifestaba su tristeza; y todos estos afectos paraban en una tan grande avenida de lágrimas, que bañaba seis ó siete pañuelos, que el ayudante tenia prevenidos para ponerlos á su tiempo sobre el altar.

5 El conde de Vizconti, caballero milanés, que servia en el ejército del duque de Baviera con grado de coronel, avudándole una noche la misa en Munich el año 1611, antes de acompañarle á la mision que hizo en varias provincias de Alema-

nia, le vió extático y fuera de sí, levantado de la tierra mas de un codo; el cual rapto le duró por espacio de hora y media, como él mismo lo refirió despues al serenísimo duque: otro milagro sucedia cada dia en la misa del siervo de Dios; porque padeciendo él de dolor de gota, y teniéndole esta enfermedad inmóvil, deseaba no obstante celebrar la santa misa, y se hacia á este fin llevar en brazos al altar: al empezar á revestirse mejoraba, y al empezar el santo sacrificio quedaba sano, continuando la misa sin dolor alguno; y concluida la misa, y quitados los ornamentos, quedaba como antes imposibilitado y lleno de dolores.

6 Se acercaba el tiempo en que Dios queria premiar á su siervo, lo mucho que habia trabajado por su gloria: se hallaba en el año 1618 en el reino de Nápoles, afligido entonces de las calamidades que son notorias; y para remediarlas resolvieron las personas mas principales enviar al beato Lorenzo, con el carácter de embajador del reino, á Felipe III, para que con su habilidad y mucho crédito, consiguiese de aquel religioso corazon el alivio que su patria deseaba; á este fin, solicitaron y consiguieron del cardenal protector de la religion una carta de órden, en la que mandaba al beato aceptar aquella embajada: el beato Lorenzo compelido de la obediencia, y para hacer aquel bien á su patria, aceptó aquel honor, y se embarcó para Lisboa, donde entonces Felipe III tenia su corte: llegó á esta ciudad á mediados de junio de 1619, y como los padres capuchinos no tenian en ella convento, se hospedó en el palacio del marqués de Villafranca, su devoto: informado el rey de que habia llegado nuestro Lorenzo, mandó desde luego que le hiciesen venir á su presencia, le recibió con singular agrado y benignidad: y en esta y otras audiencias, le dió parte el beato Lorenzo de lo que ocurria en Nápoles, y aunque falleció antes de concluir su embajada, Felipe III concedió á aquel reino todo lo que se le habia pedido por parte del siervo de Dios: el cual á pocos dias de haber llegado á Lisboa fué acometido de una disenteria, que le rindió en la cama. En los cinco primeros dias de la enfermedad se levantó para celebrar la santa misa, pero en los demás dias hubo de contentarse con recibir la sagrada comunion, para la cual se preparaba siempre con el santo sacramento de la penitencia; y agravándosele mas su enfermedad, recibió al Señor por viático el dia de santa Magdalena, con aquella devocion, fervor y lágrimas que se deja discurrir: pidió despues la santa uncion, y echando á todos los presentes su bendicion, por obedecer á su confesor que se lo mandó, cerrando dulcemente sus ojos, entregó plácidamente su alma en manos de su Criador, á 22 de julio de 1619, en edad de sesenta años. Luego que se supo en la ciudad de Lisboa la muerte del beato, se excitó una disputa entre los padres conventuales y observantes, sobre en cual de las dos iglesias se debia depositar el sagrado cuerpo; pero el marqués de Villafranca, habiendo obtenido el beneplácito del rey, dispuso que escondidamente fuese llevado á Galicia á su marquesado de Villafranca, y se depositase en un decente sepulcro, en la iglesia de las monjas de santa Clara, donde vivia una hija suya.

7 Beatificó al siervo de Dios nuestro santo padre Pio VI, que gobierna felizmente la santa Iglesia, á cuyo efecto fueron aprobados los dos milagros siguientes.

8 El primero sucedió con Eugenia de Apusso, napolitana, la cual sangrándola un hábil cirujano, mientras estaba abriéndola la vena la rompió tambien una arteria, por no haberla podido sujetar el brazo, con motivo de las convulsiones que padecia la enferma. Empezó desde luego á salir tanta sangre, que no solo se llenaron muchos vasos de ella, sino que corria ya por la cama y por el pavimento; procuró el cirujano por todos los medios que dicta su arte, restañar la sangre, pero inútilmente: en este conflicto, acordándose de que tenia un pedazo de uno de los pañuelos con que nuestro Lorenzo solia enjugar sus lágrimas, cuando decia la santa misa, se lo hizo traer y aplicar sobre la rotura de la arteria por el cirujano, y al momento se restañó la sangre, y se cerró la herida de tal modo, que ni una sola gota de sangre, ni la menor mancha se advirtió en el pedazo del pañuelo que se habia aplicado, ni quedó en la herida alguna señal de la cicatriz.

9 El segundo sucedió con Clara Corregra, milanesa; la cual teniendo un cáncer en el pecho, que los médicos juzgaban incurable, por haber abierto en él una llaga tan profunda, que llegaba casi al corazon; invocando al beato Lorenzo, y prometiendo ayunar tres sábados en honor suyo, quedó perfectamente curada.

* San Apolonio, obispo y confesor. — Fué obispo de Brescia, convirtió muchos miles de infieles á Jesucristo, entre ellos á los santos Faustino, y Jovita, bautizó muchas gentes, enterró muchos mártires, fué infatigable obrero en la casa del Señor, pastor vigilante contra todas las asechanzas del enemigo, y á pesar de haber deseado ardientemente la palma del martirio, murió en paz, en el siglo II.

Los santos Claudio, Nicostrato, Castorio, Vitorino, y Sinforiano, mártires. — El primero era alcalde de una cárcel, y el segundo protonotario. Vivian todos en Roma y fueron convertidos á la religion cristiana por el mártir san Sebastian, bautizándoles luego san Policarpo, presbítero. Ocupábanse en recoger y juntar los cuerpos de los santos mártires, cuando los mandó prender el juez Fabiano, y habiéndoles procurado persuadir por espacio de diez dias, unas veces con caricias y otras con amenazas, á que volviesen á adorar á los ídolos, y no pudiendo apartarlos de su propósito en la fé de Jesucristo, mandó atormentarlos tres veces y arrojarlos al mar.

Los santos Peregrino, Luciano, Pompeyo, Esiquio, Papio, Saturnino, y German, mártires. — Habian nacido y vivian en Italia; pero habiéndose encendido la persecucion contra los fieles en tiempo del emperador Trajano, para no ser víctimas de ella se refugiaron á Dura de Macedonia. Viendo un dia en esta ciudad, pendiente de una cruz por la fé católica á san Astio, obispo,

confesaron públicamente que eran cristianos, y por órden del gobernador de aquella provincia, fueron presos, y con piedras al cuello fueron arrojados al mar, consiguiendo así la corona del martirio.

San Benedicto XI, papa y confesor. — Antes de subir á la cátedra de san Pedro se llamaba Nicolas Bocasini, y era hijo de un pastor, ó segun algunos, de un escribano de Treviso. Nació en 1240, y despues de haber hecho los primeros estudios en su patria, fué á concluirlos y perfeccionarlos en Venecia donde, siendo aun muy jóven tomó el hábito en la religion de padres predicadores. Su amor á la virtud era igual á su ardor por adelantar en las ciencias. A los catorce años de su entrada en los dominicos, fué enviado en calidad de profesor y de predicador á Bolonia y luego á Venecia, á fin de que comunicase á los demás los tesoros de sabiduría y de virtud que habia reunido en el silencio del retiro, dándose entonces á conocer por sus elocuentes sermones y por unos comentarios que compuso sobre la santa Escritura. En 1296 fué elegido general de su órden; el año siguiente lo mandó la santa sede á Francia en calidad de nuncio; en 1301 fué legado *à latere* en Hungría, y en 23 de octubre del año 1303, fué elegido soberano pontífice por el colegio de los cardenales. Aceptando con suma repugnancia este elevado cargo, nada cambió el santo en su género de vida. Su humildad era tan grande, que habiéndosele presentado una vez su misma madre vestida con algunos adornos, no quiso conocerla hasta que apareció con su modesto y acostumbrado traje. Infatigable por promover la paz de la Iglesia y por la reforma de la disciplina, dió varios reglamentos útiles, y se distinguió por su prudencia y moderacion. Anuló la bula de su predecesor contra Felipe el Hermoso, restableció á los Colonnas en sus derechos, y reconcilió á muchos príncipes cristianos con la santa sede. Benedicto XI, murió envenenado, víctima de su amor á la paz, en Perusa, el dia 6 de julio del año 1304, á la edad de sesenta y tres años, no habiendo ocupado la cátedra pontificia mas que ocho meses y algunos dias, pontificado corto pero brillante en grandes hechos y en insignes virtudes.

San Panteno, confesor. — Este santo, llamado la *abeja de Sicilia*, á causa de su extraordinaria elocuencia, floreció durante el siglo II de la Iglesia. Nació en Sicilia, y pertenecia á la secta de los estóicos, cuando habiendo trabado relaciones y amistad con algunos cristianos, y enamorado de las virtudes que practicaban, abandonó las supersticiones del paganismo, y abrió sus ojos á la fé. Despues de su conversion, dedicóse al estudio de los libros santos bajo la direccion de los discípulos de los apóstoles en la famosa escuela de Alejandría, á cuyo frente fué colocado, el año 179, dirigiéndola por espacio de muchos años con la mas asombrosa reputacion. Panteno fué el primer maestro cristiano de su siglo, y tal vez pocos le hayan excedido en los posteriores. Su capacidad y excelente método que seguia en sus instrucciones, atraian á su escuela á todos los extrangeros, de los cuales muchos abrazaban el Evangelio, y se volvian de Alejandría, pregonando la admirable ciencia del maestro. Los cristianos de la India le enviaron un mensaje para que fuese á su país á combatir contra los bramas en favor de la religion verdadera, y Panteno, que no deseaba otra cosa en este mundo que la gloria de Dios y el aumento de su grey santa, dejó su escuela y marchó á aquellas apartadas regiones. Bien pronto se hizo conocer la eficacia de su zelo, pues todas las naciones orientales, que él recorrió brillaron desde luego con los fulgores de la fé, y lo reconocieron por su apóstol. Al volver, despues de algunos años, á Alejandría, trajo consigo un evangelio de san Mateo en hebreo, que habia encontrado en la India donde lo habia dejado san Bartolomé. Todavía continuó enseñando hasta que, siendo ya de muy avanzada edad, murió santamente, en Alejandría, por los años 215, dejando una reputacion de sabiduría y de virtud de que pocos han gozado en mas alto grado.

San Vilebaldo, obispo y confesor. — Fué hijo del rey san Ricardo y nació en el país que habitaban los sajones orientales, por los años 704. A la edad de tres años, habiendo caido gravemente enfermo, sus padres prometieron consagrarlo á Dios, si curaba, y su súplica fué oida. San Ricardo ya no miró á su hijo mas que como un depósito que el cielo le confiara, y cuando apenas tenia siete años lo envió á un monasterio, en el cual vivió el tierno niño como un ángel en la tierra. El año 721 salió de este monasterio para ir á Roma en compañía de su padre y hermano, pero el padre murió por el camino, y habiendo los dos hermanos llegado á la capital del mundo cristiano, tomaron el hábito, y salieron tambien de él para ir á visitar los lugares santos de Jerusalen. Vilebaldo cayó en poder de los sarracenos que lo tuvieron prisionero por mucho tiempo, y al cabo de siete años de haber salido de su patria volvió al Occidente y fijó su residencia en el monasterio del monte Casino. En los diez años que estuvo en él, cooperó muy extraordinariamente á hacer revivir entre aquellos monjes el espíritu de su santo fundador, y despues marchó con san Bonifacio á las misiones de Alemania, donde fué ordenado sacerdote y despues consagrado obispo de Aichstadt en la Franconia. En su nueva dignidad, redobló el santo su actividad y su zelo, que vió coronado con los mas brillantes resultados, pues fueron innumerables las conversiones que obró, y los hombres á quienes administró el bautismo. Tenia un don particular para consolar á los infelices en sus desgracias, á los cuales consideraba siempre como los mas acreedores á su caridad. Era un verdadero pastor, todo para todas sus ovejas, y siempre dispuesto á su favor. San Videbaldo murió, con una muerte feliz en Aichstadt, el dia 7 de julio, á la edad de ochenta y siete años, en el de 791, siendo despues solemnemente canonizado, en 938, por el papa Leon VII.

San Eddas, obispo y confesor. — Era anglosajon, y se formó en la práctica de las virtudes cristianas bajo la direccion de los monjes del monasterio de san Hildas. Su delicia era la soledad

y la oracion; pero el Señor le tenia destinado para cosas mas altas, y en 676 fué elegido obispo de los sajones occidentales, cuya silla episcopal residia entonces en Dorchester, despues en Oxford y luego en Winchester. Eddas se aplicó con todas sus fuerzas á mejorar las costumbres públicas de su pais, y á él se deben las bellas leyes que en 693 publicó el rey Ina, que se guiaba por los consejos del santo obispo. San Eddas gobernó su Iglesia con gran santidad, por espacio de treinta años, y murió felizmente el 7 de julio del 705. Beda dice que en la tumba de este santo obró el Señor muchos milagros.

Santa Edilburga, vírgen. — Nació en Inglaterra, y fué hija del rey Anna. La educacion que recibió, correspondiendo á la nobleza de su clase, le inspiró grande amor á la perfeccion cristiana, dejó la corte, y su patria, y salió para Francia. Aquí se consagró á Dios en el monasterio de Faremontier, situado en los bosques de Brie. Muerta santa Fara, que habia sido la fundadora de aquella casa religiosa, fué nombrada abadesa Edilburga, y habiendo gobernado con gran santidad, murió tambien santamente durante el siglo VIII. Su cuerpo se conservó por muchos siglos incorrupto, y obró el Señor por su intercesion muchos portentos.

San Ilidio, obispo. — Floreció durante los primeros siglos del cristianismo, y elegido por el clero y el pueblo obispo de Auvergne, gobernó santamente su Iglesia en santidad. Su mas ardiente deseo era alcanzar la palma del martirio; pero á pesar de su zelo é intrepidez en impugnar á los enemigos de la religion cristiana, tuvo que contentarse con sufrir varias persecuciones por Jesucristo, y murió en paz, llorado de todas sus ovejas, que lo querian como á su padre.

San Pedro Forerio, confesor. — Fué francés de nacion é hijo de padres piadosos. Su amor al retiro, y su horror al pecado, le hicieron retirarse en el sagrado del claustro, en donde anduvo á pasos agigantados por los caminos de la perfeccion. En los canónigos regulares del santísimo Salvador, cuyo instituto habia abrazado, fué modelo de todas las virtudes, y resplandeció en el don de milagros antes y despues de su muerte. Su vida fué una continuada serie de privaciones y penitencias, y murió santamente en Gray de Borgoña, donde fué enterrado y se veneran todavía sus preciosas reliquias.

San Consul, obispo y confesor. — Nació en Nusia, ciudad de la Germania inferior. Habiendo pasado á Italia durante el siglo V, fué tan grande la admiracion y respeto que se atrajo por sus virtudes y su sabiduría, que cuando vacó la silla episcopal de Como, fué elegido y consagrado obispo. No dejó nunca de alimentar á sus ovejas con el pan de la divina palabra y de dirigirlas por todos los medios á la vida eterna. Cuando los bárbaros invadieron la Italia, Consul fué mediador entre vencedores y vencidos, y libró á su grey de muchas calamidades. Por fin, cargado de años y de merecimientos, fué llamado á la patria celestial, y murió en Como el dia 7 de julio del año 495 despues de un largo pontificado.

Dia 8.

Santa Isabel, reina de Portugal. — La santa, y esclarecida reina de Portugal, doña Isabel, fué espejo de reinas, y un dechado, y vivo retrato de princesas casadas: porque supo juntar con la grandeza, y majestad de su estado, la pequeñez, y humildad de Cristo, y mereció por sus raras virtudes ser tenida, y reverenciada como santa: y así conviene que escribamos su vida, para que las grandes señoras se ajusten con ella, é imiten los ejemplos de sus admirables virtudes, y las mujeres de mas baja condicion se corran, considerando, que no hacen ellas, lo que hizo santa Isabel, siendo reina: cuya vida, sacada de un libro antiguo, auténtico, y de la crónica de la órden del bienaventurado padre san Francisco, es de esta manera.

2 Fué santa Isabel hija de don Pedro, tercero de este nombre, noveno rey de Aragon, y de la reina doña Constancia, su mujer, hija de Manfredo, rey de Sicilia, que fué hijo del emperador Federico, segundo de este nombre. Nació esta santa reina el año de 1271, reinando en Aragon don Jaime, llamado el Conquistador, abuelo suyo: el cual la crió con particular amor, hasta que falleció, dejándola de cinco años, y el reino á don Pedro, su hijo, padre de la santa. Desde niña comenzó luego á resplandecer en virtud, devocion, y amable condicion; y de ocho años rezaba ya el oficio divino, sin dejarlo, hasta que murió. Era muy compasiva, amiga de ayunar, de hacer limosna, y de remediar á los pobres, en todo lo que podia. Era honestísima, y de una pureza angelical, y menospreciadora de todas las cosas caducas, y transitorias. Siendo de edad de once años la pidió á su padre por mujer don Dionisio, rey de Portugal: y él aunque sintió mucho apartar de su reino cosa que tanto amaba, acordó de dársela, y se celebraron las bodas. De este matrimonio nació don Alonso, que sucedió á su padre don Dionisio en el reino de Portugal, y doña Constancia, que fué reina de Castilla. No se desvaneció santa Isabel, por verse sentada en el trono real, acatada y servida de los grandes, señores, y caballeros de todo su reino; antes reconociendo aquella grandeza del Rey soberano, y sabiendo la cuenta, que le habia de dar de ella, se humillaba mas, y acrecentaba la oracion, y los ejercicios de devocion, que en casa de sus padres habia acostumbrado. Tenia sus horas repartidas, para oir misa, rezar sus horas, y las otras devociones. No gastaba el tiempo en recreaciones vanas, y entretenimientos superfluos, sino (cuando alguno le sobraba) en labrar y hacer labrar á sus damas cosas, que sirviesen para el altar. Era muy templada en el comer, modesta en el vestir, benigna en el conversar, y en gran manera dada al culto divino. Luego por la mañana rezaba maitines, y oia misa cantada en su capilla, que tenia muy adornada de ricos y preciosos ornamentos, y mucho mas de honestos, y virtuosos capellanes, y excelentes cantores, y cada dia iba á ofrecer en la misa al

. y la oracion; pero el e
ra cosas mas
de los se
residia e
y luego
sus fuerz
su país,
693 pub
sejos del
sia con
y murió
dice que
muchos

SANT
terra, y
recibió,
le inspir
dejó la
Aquí se
montier,
santa Fa
casa rel
habiende
bien san
se conse
el Señor

SAN I
meros si
ro y el p
tamente
deseo era
sar de su
migos de
se con s
y murió
lo queria

SAN I
de nacio
retiro, y
en el sag
sos agiga
En los c
dor, cuy
todas las
lagros ar
una cont
y murió
de fué en
sas reliqu

SAN C
Nusia, c
pasado á
la admir
tudes y
episcopa
po. No d
el pan de
dos los m
baros inv
entre ven
muchas c
de merec
tial, y mu
despues





STA ISABEL.

tiempo que cantaban la ofrenda, y puesta de rodillas besaba la mano al sacerdote, y recibia su bendicion con increible voluntad, y devocion. Acabada la misa, rezaba las horas canónicas, y las de nuestra Señora, y el oficio de los finados. A la tarde oia vísperas todos los dias, y rezaba otras devociones, y tenia sus horas señaladas, en que se retraia en su oratorio, para leer algunos libros espirituales, y darse á la contemplacion, y oracion mental, en la cual era muy regalada del Señor, y ella se enternecia con él, y derramaba muchas lágrimas, pidiéndole perdon por sus culpas, y por las del rey, su marido, y de su reino. Ayunaba siempre la cuaresma de nuestra Señora, cuarenta dias antes de la fiesta de su gloriosa asuncion, y luego el dia despues de esta festividad comenzaba á ayunar la cuaresma de los ángeles. Ayunaba asimismo el adviento, y ordinariamente tres dias en la semana, y muchas vigilias de santos por su devocion: los viérnes, sábados, las vigilias de nuestra Señora, y de los apóstoles, á pan, y agua; y ayunara mas, si el rey no le fuera á la mano. Visitaba muchas veces á pié las iglesias, y monasterios de los religiosos, y religiosas de santa vida. Confesábase muy á menudo, y recibia el santísimo Sacramento del altar con singular reverencia, lágrimas, y devocion. Finalmente, en todo lo que tocaba al gobierno de su persona, y á la aspereza de su vida, y al amor y trato familiar con Dios, mas parecia santa Isabel una religiosa perfecta, que reina poderosa. Pero no era menor la caridad, que la santa reina tenia con los pobres, y el zelo del bien de sus vasallos. Tenia mandado á su limosnero, que á ningun pobre negase limosna. Proveia cada año á todos los monasterios de los menores, y de los predicadores, y á los de las monjas de todo el reino de Portugal, de la cantidad de trigo, que habian menester, y á otros muchos fuera del reino hacia grandes limosnas. A los pobres peregrinos, y caminantes extranjeros mandaba dar posada, y de vestir, cuando tenian necesidad; y eran muchos, los que venian á Portugal, movidos de la fama de su liberalidad. A las personas nobles, y necesitadad acudia con mayor cuidado y vigilancia, juzgando que por ser personas de virtud y vergüenza, era mejor empleada la limosna. Socorria secretamente á las doncellas pobres, y huérfanas, y ponia á muchas en estado, porque no corriese peligro su castidad. Visitaba las personas enfermas, y curábalas con sus propias manos sin asco, ni pesadumbre; y el juéves santo lavaba ella misma los piés á algunas mujeres pobres, y enfermas de enfermedades enojosas, y con grande devocion se los besaba, y mandábales dar de vestir y calzar: y en el mismo dia daba de vestir á un clérigo pobre, y aun leproso, por amor del Señor. El viérnes santo se vestia de paño grosero, y asistia á los oficios divinos con extremada humildad, y copiosas lágrimas, acordándose de las que el Señor habia derramado aquel dia por el género humano en la cruz. Todo lo que hacia por el Señor, le parecia poco, sabiendo, que es digno de infinito amor y servicio. No se hacia iglesia, hospital, puente ú otra cosa en beneficio público, que ella no extendiese la mano, y la ayudase, y favoreciese. Acabó un monasterio de monjas de san Bernardo, que se llamaba Almoster, que habia comenzado una devota y rica dueña, y acrecentóle de renta. En Santaren puso en perfeccion el hospital de los Inocentes, en que se criasen los desamparados, y curasen los pobres enfermos, y dotóle de muchas posesiones. En Coimbra, junto á sus palacios reales, edificó un hospital, en que mantenia quince hombres, y quince mujeres. En la villa de Torresnovas hizo un recogimiento para las mujeres, que llamamos arrepentidas, para que tuviesen donde ampararse y sustentarse. Finalmente ella no era suya, sino de los pobres y menesterosos, y de todas las personas afligidas y necesitadas de su reino.

3 Pero en lo que mas se esmeró la santa reina, fué en el amor, obediencia, y respeto, que tuvo al rey don Dionisio, su marido, y en la paciencia, sufrimiento, y mansedumbre, con que llevó los grandes agravios que le hizo; porque aunque el rey fué príncipe valeroso, y de grandes partes, liberal, amigo de justicia y de verdad, y de los pobres labradores; pero fué en su mocedad liviano, derramado en torpes amores, y tuvo muchos hijos bastardos, en gran deshonor suyo, y agravio de la reina: la cual procuró con todas sus fuerzas reducir al rey, su señor, pesándole mas de las ofensas, que cometia contra Dios, que de las suyas propias, y mas del escándalo público del rey, que de la mala vida que le daba. Hízole muy obediente: dábale gusto en todo lo que podia: hacia, y mandaba hacer muchas oraciones por él. Mandaba traer ante sí los hijos bastardos del rey, su marido, y dábalos á criar: proveialos de lo necesario, y repartia muchos dones á las amas, y ayos que los criaban, con extraña suavidad y quietud de su alma: cosa poco usada en el mundo. Y de tal manera rindió el corazon del rey, que conociendo la bondad de la santa reina, salió (mediante la gracia del Señor) de aquel mal estado, y abismo de torpezas, en que andaba sumido, y acrecentó el amor que tenia á la reina, y le guardó la fidelidad, que á su mujer, y mujer tan santa le debia.

4 No fué poca parte, para que el rey hiciese esto, un caso grave, y mucho para notar, que le sucedió: porque en el tiempo, que el rey andaba envuelto en sus liviandades, y con poco gusto con la reina, un criado suyo lisonjero, y envidioso del favor, que otro tenia con ella, le dió á entender, que la reina tenia aficion á un paje suyo, de quien se servia para dar las limosnas, por ser mozo virtuoso, honesto, y de gran confianza. Creyóle el rey, porque su ánimo estaba mal dispuesto, y no entendió el mal intento del criado, y determinó hacer matar aquel paje: para lo cual mandó á un calero, que cuando en tal dia, y en tal hora le enviase un paje á su calera á preguntar, si habia hecho lo que le habia mandado; luego lo arrojase en medio del fuego de la calera, porque así convenia á su servicio. El dia, pues, y hora, que estaba ordenado, envió el rey con el recado al paje

de la reina á la calera. Tenia él por devocion entrar en la iglesia, cuando oia la campanilla de levantar la hostia, y estar allí, hasta que se acababa la misa. Yendo, pues, su camino para la calera, y pasando por la puerta de una iglesia, en aquel punto hacian señal para alzar el santísimo Sacramento en una misa que se decia. Entró el mancebo en la iglesia á adorar al Señor, y estuvo de rodillas, hasta que se acabó aquella misa, y otras dos, que una tras otra se dijeron. En este intervalo de tiempo, deseando saber el rey, si era ya muerto aquel paje, envió al otro criado suyo que era el malsin y atizador de aquel fuego, á preguntar al calero, si estaba ya hecho lo que le habia mandado el rey: mas el calero, creyendo que aquel era el hombre, que el rey le habia dicho, le tomó en brazos, y le arrojó en la calera, y allí luego quedó abrasado, y consumido. De esta manera aquel soberano Juez volvió por la causa del inocente, y dió al malo su merecido, ordenando que cayese sobre su cabeza la pena, que él andaba tramando para el otro, como ordinariamente suele acontecer: y á mas de esto quiso, que entendiésemos por este ejemplo, de cuan grande provecho es para el alma, y para el cuerpo el oir misa. Llegó despues el criado de la reina á la calera, y dió el recado que llevaba: y respondieron que ya se habia hecho lo que el rey habia mandado; y con esta respuesta tornó al rey: el cual quedó como fuera de sí, viendo el efecto contrario á lo que él habia mandado. Pero informándose del caso, como habia pasado, se desengañó; y conoció la inocencia del un criado, la culpa del otro, y la santidad de la reina, y lo que la habia de estimar, y amar.

5 Otra cosa hubo muy pesada, en que la santa reina tuvo ocasion de mostrar su paciencia, y sufrimiento; y fué, que el príncipe don Alonso, su hijo, tuvo grandes contiendas y debates con el rey su padre, siendo ya viejo, y creció tanto el desabrimiento entre los dos, que algunas veces estuvieron con ejércitos armados para darse batalla; porque el reino estaba partido, y unos seguian al rey, y otros al príncipe, y de ambas partes habia lisonjeros y malsines, que echaban aceite en el fuego y le atizaban, para que diese mayores llamas. Y aunque la santa reina lloraba, y ayunaba, y se disciplinaba mucho, y con sus limosnas, y buenas obras procuraba aplacar á Dios nuestro Señor, y le suplicaba, que pusiese su mano entre padre, é hijo, y ella ya con buenos consejos y amonestaciones persuadia al hijo, que obedeciese á su padre, ya con ruegos y lágrimas pedia al padre, que perdonase al hijo, y le admitiese en su gracia: no faltaron algunos malos hombres, y terceros, que la quisieron revolver con el rey (que de estos nunca en las cortes de los grandes príncipes deja de haber gran copia), y darle á entender, que con las alas, y ayuda secreta de la reina el príncipe se alentaba, y tenia fuerzas contra su padre. Y el rey como estaba tan sentido, y disgustado con su hijo, creyó fácilmente las mentiras, que en esta razon le dijeron, y arrebatadamente, y con enojo y furor echó á la reina de Santaren, donde él estaba: y ella con gran paz de su alma, y maravillosa mansedumbre, se fué á la villa de Alenquer. Allí se recogió, y acrecentó sus asperezas, oraciones y limosnas, suplicando á nuestro Señor por la paz y tranquilidad de su reino. Y puesto caso, que algunos grandes señores, zelosos de su servicio, la quisieron alentar y animar, para que por fuerza de armas procurase ser restituida á su debido lugar y estado, ofreciéndole sus ayudas y servicios, nunca la santa reina dió oidos á semejantes ofertas y consejos, antes agradeciéndoles su buen zelo, les rogó, que no tratasen de ello, y no diesen nuevas ocasiones al rey, su señor, de disgustos, sino que todo lo remitiesen á la providencia de Dios nuestro Señor, el cual como padre piadoso lo remediaria, y volveria por su inocencia, como lo hizo: porque el rey, entendiendo lo que pasaba, admirado de la maravillosa bondad, humildad, y paciencia de la santa reina, la tornó á su compañía, y la amó y reverenció mas.

6 Para todos estos encuentros tan rigurosos se armaba la santa reina con la oracion, y con la consideracion de que Dios era su padre, y que ninguna cosa le podia venir á ella, que no pasase por su mano, y que viniéndole de tal mano, no tenia que temer, ni espantarse de los vanos juicios, y palabras desatinadas, y agravios temerosos del mundo. A mas de esto era de condicion mansa y pacífica, y muy amiga de poner paz y union entre los desunidos y discordes, y dióle nuestro Señor para esto singular gracia, como lo mostró en pacificar á sus vasallos entre sí, y con su rey, y señor: y aun al mismo rey, su marido, con el príncipe don Alonso, su hijo (como habemos dicho), y al rey de Castilla don Fernando el IV, su yerno, con don Alonso de la Cerda, su primo hermano, y tambien con el rey don Jaime, el II de Aragon, hermano de la reina: y para esto ella, y el rey su marido fueron á Castilla y Aragon, y se concluyeron entre los dos reyes las paces tan deseadas por medio de la santa reina, la cual, aunque en toda la vida habia mostrado el amor grande, que tenia al rey, su marido, pero mucho mas lo mostró al tiempo, que el rey murió, que fué en la villa de Santaren, á 7 de enero del año de 1325; porque fué extraña la ansia, y cuidado, con que la santa reina procuró servirle en la postrera enfermedad, y que el rey muriese con dolor y arrepentimiento de sus pecados; y las misas, oraciones, y limosnas, que ofreció al Señor, para que le llevase en buen estado, como de su divina clemencia se puede esperar, que lo llevó. En la hora, que el rey falleció, se recogió la santa reina á un aposento, y se cortó los cabellos, y se vistió del hábito de santa Clara, y luego volvió, adonde estaba el cuerpo del rey, y despues le acompañó hasta Oliveras, monasterio de monjas de san Bernardo, en que el rey se habia mandado enterrar. Allí estuvo algunos meses, mandando hacer muchas limosnas, y sufragios por el alma del rey, como su fiel testamentaria. Despues partió á pié, y sin ser conocida (á lo que se escribe), en romería para Santiago, y estuvo

en su casa al propio dia del santo apóstol, y le hizo una ofrenda riquísima de muchas piezas de oro, plata, piedras preciosas, y ornamentos de sedas, y brocados, sin otras grandes limosnas. De allí volvió á Oliveras, para hacer el cabo de año de su marido, como lo hizo con gran solemnidad, y aparato, acompañada del rey don Alonso, su hijo, y de otros muchos grandes, y señores del reino. Habiendo cumplido con esta obligacion, se vino de asiento á Coimbra, donde en vida del rey, su marido, habia comenzado un suntuoso monasterio de santa Clara: el cual acabó, y dotó de muchas rentas y posesiones, deshaciéndose de todo lo rico y precioso que tenia, y empleándolo en remedio de los pobres. Y queriéndose encerrar en aquel monasterio para vivir, y morir en él debajo de la regla de santa Clara (cuyo hábito con este intento se habia vestido), lo dejó de hacer; porque personas religiosas, y siervos de Dios, le dijeron que si entraba en el monasterio, innumerable gente honrada, y pobre, que vivia debajo de su sombra y amparo, quedaria desamparada, y no tendria que comer: y así posponiendo su gusto y devocion al remedio y provecho de sus prójimos, quedó con el hábito de penitencia de la tercera órden del padre san Francisco, y edificó para su morada unas casas junto al monasterio de santa Clara, donde se recogió, y entrando, cuando queria, en el monasterio, y tratando con las monjas (que eran noventa, y muchas de ellas de ilustre sangre) familiar y santamente, y sirviéndolas algunas veces en el refectorio con rara humildad, acompañada de la reina doña Beatriz, su nuera. Hallábase tambien con las monjas en los oficios divinos, y ella los rezaba aparte con cinco religiosas ancianas de gran perfeccion, y oia todos los dias dos misas cantadas, la primera de difuntos por el rey, su marido, y la segunda de la fiesta, que se celebra aquel dia. Despues de comer se ocupaba en despachar peticiones, oir á los pobres, repartir limosnas, y en visitar un hospital, que mandó edificar junto á su casa, con nombre de santa Isabel de Hungría, y en él mantenia treinta pobres (como dijimos); y habiendo cumplido con estos santos ejercicios, volvia al de la oracion, y contemplacion, en que la santa mas que en otro ninguno se regalaba.

7 Pero estando la santa reina en su recogimiento, supo que el rey don Alonso de Portugal, su hijo, estaba muy encontrado con el rey de Castilla, tambien don Alonso, su nieto, y que se iba emprendiendo un fuego entre los dos, que si no se atajaba, pudiera abrasar los dos reinos de Castilla y Portugal. Afligióse sobre manera la santa reina, y lloró muchas lágrimas, y suplicó intensamente á nuestro Señor, que antes se la llevase de esta vida, que ella viese tan grandes males. Y como era tan amiga de Dios, y de la paz y concordia, determinó dejar su quietud y sosiego, y partirse luego para Estremoz donde estaba el rey su hijo, para aplacarle, y concordarle con el rey de Castilla: y dado, que sus criados le suplicaban, que no se pusiese en el camino, hasta que pasasen los excesivos calores del verano, que entonces hacian; respondió, que en ninguna cosa podia gastar mejor su salud, y acabar su vida que en estorbar los grandes males, que se temian, si su hijo, y nieto viniesen á rompimiento de guerra: y así, se partió luego para Estremoz, donde, en llegando, le dió una recia calentura, y entendió la santa reina, que el Señor la queria llevar para sí, y dar descanso á sus largos y gloriosos trabajos. Confesóse muchas veces, y recibió el santo sacramento de la eucaristía, por viático, postrada delante del altar, é hizo testamento. Fué visitada en la hora de su muerte de la Reina de los ángeles nuestra Señora, de quien en vida habia sido devotísima: y viendo, que llegaba ya la hora, se encomendó afectuosamente con muchas lágrimas y sollozos á la misma Vírgen, diciendo aquellas palabras:

Maria, Mater gratiæ,
Mater misericordiæ,
Tu nos ab hoste protege,
Et hora mortis suscipe.

María, Madre de gracia, y Madre de misericordia, defiéndenos tú del maligno enemigo, y recíbenos en la hora de nuestra muerte. Diciendo esto, y otras oraciones devotísimas, estando el rey don Alonso, su hijo, con la reina, su mujer, presentes, dió su alma al Señor á los 4 de julio del año de 1336, siendo de edad de sesenta y cinco años. Hizo nuestro Señor muchos milagros por la santa reina en vida y muerte. En vida sanó á una religiosa, que se llamaba doña Margarita, con la señal de la cruz, de una trabajosa enfermedad de estómago. A otra mujer pobre, que tenia un pié casi podrido, lavándole los piés el juéves santo (como solia), y enjugándolos, y besando muchas veces el lugar de la podre y corrupcion, la sanó perfectamente. Lo mismo hizo con otro leproso, y con otra mujer, que padecia gota coral, y otra doncella ciega de su nacimiento, que todos cobraron salud. Una vez llevaba la santa reina cierta cantidad de dineros atada á su ropa para dar á los pobres: encontróle el rey, su marido, y preguntóle, qué llevaba: y ella respondió, que rosas: y mirándolas el rey, halló que verdaderamente eran rosas, no siendo tiempo de ellas: y así en algunos lugares pintan á la santa reina con este milagro. Otra vez estando doliente del estómago, le ordenaron los médicos, que bebiese un poco de vino, y no queriendo ella hacerlo, le trajeron, para beber, agua: la cual milagrosamente se convirtió en excelente vino. Despues de muerta, llevando su cuerpo á enterrar desde Estremoz al monasterio de santa Clara de Coimbra, en la fuerza del calor del mes de julio, no solo no se sintió en el camino mal olor, sino una suavísima fragrancia, que salia de su cuerpo, lo cual fué tenido por milagro; porque el camino fué de siete dias, y duró aquella fragrancia, hasta que en su monasterio y sepultura la enterraron, no sin muchas lágrimas y gemidos, así de las monjas, que ella habia criado, como hijas, como de todos los pobres, que la tenian por madre, y vivian por su mano. El mismo dia, que la sepultaron, una religiosa del dicho monasterio, tocando la caja, donde iba el cuerpo, sanó luego de una

enfermedad, que á manera de cáncer le consumia los labios. Otros tambien, por intercesion de la santa reina, recibieron grandes mercedes del Señor, y fueron libres de los demonios que los atormentaban, y de las enfermedades corporales que los afligian, como se puede ver en los autores, que mas copiosamente escribieron la vida de esta esclarecida reina. De la cual el papa Leon X, á suplicacion del rey de Portugal don Manuel, informado de la santidad de la vida, y milagros de la santa reina, concedió, que cada año se rezase, y celebrase su fiesta en el obispado de Coimbra, el dia, en que fué sepultado su santo cuerpo, que fué á los 13 de julio, nueve dias despues de su muerte: y el papa Paulo IV, á contemplacion del rey de Portugal don Juan, III de este nombre, extendió esta concesion, y dió licencia, para que en todos los reinos, y señoríos de Portugal, se celebrase fiesta, y solemnidad de esta santa reina. Despues de esta concesion ha hecho nuestro Señor nuevos y mayores milagros por sus merecimientos, y muchos enfermos, ungiéndose con solo el aceite de la lámpara que ardia sobre su sepulcro, recibieron entera salud, para gloria de nuestro Señor Jésucristo, honra de la misma santa, ornamento del reino de Portugal, y edificacion de toda la Iglesia católica. Y últimamente el papa Urbano VIII la canonizó solemnemente.

San Procopio, mártir.—Habiendo el emperador Diocleciano castigado severamente á la ciudad de Alejandría por su desobediencia, se fué á Antioquía, y allí sentado en su tribunal, por honrar á sus dioses (que él tenia por conservadores, y amplificadores de su imperio), hizo nuevos y atroces delitos contra los cristianos, con deseo de desarraigarlos, si pudiera, de la tierra. Estando ocupado en esta impiedad, llegó á él una señora, por nombre Teodosia, mujer principal, y de casta de los senadores, que habia sido casada con un caballero cristiano ya difunto, y tenido de él un hijo, que se llamaba Neanias, y era mozo de gentil disposicion, grandes fuerzas, y muy agraciado. Llevóle consigo al emperador, y suplicóle que le diese algun cargo digno de su persona, y ofrecióle gran cantidad de moneda. Aceptó el emperador el dinero con alegría: y sabiendo la calidad de Teodosia, y de su hijo, y que eran muy dados al culto de sus dioses, hizo gobernador de Alejandría á Neanias, y mandóle, que no dejase cristiano á vida: y para que mas fácilmente lo pudiese hacer, le dió buen número de soldados. Con esta provision salió Neanias de Antioquía para su gobierno, y una noche en un camino le sobrevino un temblor de tierra espantoso, con muchos truenos y relámpagos, y los que iban en su compañía despavoridos huyeron, y medio muertos cayeron en tierra: solo Neanias, esforzado con la virtud del cielo, paró, y oyó una voz sonora, que le dijo: Neanias, ¿dónde, y contra quién vas tan arrebatado? Y como él respondiese, que iba por mandado del emperador á dar cabo de los cristianos, y de su falsa religion; oyó otra voz, que le dijo: ¿Y tú, ó Neanias, tambien vienes contra mí? Y preguntándole el santo: ¿Quién sois vos? vió súbitamente una cruz muy mas clara, que el cristal resplandeciente, y oyó una voz, que salia de ella, y decia: Yo soy Jesus crucificado, Hijo de Dios. Quedó Neanias asombrado; pero no de manera, que no tornase á preguntar, y á decir: ¿Cómo es posible, Señor, que vos seais Hijo de Dios, habiendo sido crucificado, y muerto con tantos dolores y afrentas? Y el Señor: Yo (dijo) morí por mi voluntad, y tomé sobre mí las penas, que los hombres habian de padecer por sus pecados, y con mi muerte los libré de la muerte eterna. Desapareció aquella vision, y Neanias quedó muy consolado, y tan encendido en el amor de la santa cruz, que luego entró en la ciudad de Scitopoli, y mandó secretamente llamar al mas excelente platero de oro, que allí habia, que se llamaba Márcos, y le dió órden, que le hiciese una cruz de oro, sin que ninguno lo supiese. Hízola el platero, trabajando de noche, y á excusa de otros, para que no se entendiese: y cuando la hubo acabado, parecieron en la misma cruz tres imágenes con sus letras en hebreo, que declaraban, lo que eran. En lo alto de la cruz estaba escrito *Emanuel*, y en los dos brazos *Miguel*, y *Gabriel*. Quedó como fuera de sí el platero: quiso borrar lo que habia hallado, y él no habia hecho; y luego se entorpeció la mano, y no la pudo mover. Volvió Neanias: halló su cruz acabada con las letras que habemos dicho, y entendió del platero, que eran milagrosas, y no hechas por su mano: pagóle su trabajo liberalmente, y partióse muy contento con su cruz: y para animarle, y confirmarle mas en la fé, y creencia de la misma cruz, que ya habia comenzado á tener, luego le ofreció Dios una guerra contra los agarenos, que tomaban por fuerza las mujeres á las hijas de los vasallos del imperio romano. Salió contra ellos, diciendo entre sí: Ahora veré yo si el que me apareció en el camino, es verdadero Hijo de Dios. Al punto, que estaba pensando esto, oyó una voz, que le dijo: Confia, Neanias; porque yo soy tu Señor, y tu Dios, y estoy contigo. Con esta voz esforzado dió valerosamente sobre los enemigos, y mató seis mil de ellos, sin perder un hombre de los suyos.

2 En sabiendo su madre Teodosia la victoria, que habia su hijo tenido de los agarenos: luego le vino á buscar, y á darle el parabien, y á llevarle al templo de los dioses, para hacerles gracias de aquella merced, que le habian hecho: mas el hijo, que estaba ya alumbrado con la luz del cielo, y herido de amor del verdadero Dios, no hizo caso de lo que su madre le decia; antes le declaró, cuan engañada vivia, y delante de ella derribó sus estatuas de los dioses de oro y plata, que allí estaban, y les dió muchas coces, y las vendió, y el precio de ellas dió á los pobres. No se puede creer fácilmente la saña y furor, que Teodosia concibió contra su propio hijo; pues olvidada de que era madre, y que le habia tenido en sus entrañas, y parido, y criado, le acusó al emperador Diocleciano; y él mandó luego al presidente de Palestina, que era italiano, y hombre crudelísimo,

y se llamaba Justo, que prendiese á Neanias, y le hiciese reconocer, y adorar los dioses inmortales; ó (no queriendo hacerlo) á puros tormentos le quitase la vida. Mandóle prender el presidente, y llevar á Cesarea, donde todo el pueblo á gritos le pidió, que le entregasen á Neanias, para darle la muerte. El presidente, hallando al santo invencible, y mas fuerte que el acero y diamante, le mandó atormentar cruelísimamente, y despues llevar á la cárcel. Estando en ella el glorioso mártir aherrojado, y echado en un calabozo; á la media noche vinieron los ángeles del cielo, vestidos de inmensa luz, y alumbrando aquel lugar hediondo y tenebroso, llamaron por su nombre al santo: y él les preguntó, quiénes eran; y ellos respondieron, que eran ángeles de Dios, que les enviaba á visitarlo. Entonces dijo el mártir: Si sois ángeles de Cristo, hincad las rodillas, y haced la cruz sobre vuestras frentes: y los ángeles hicieron, lo que les dijo el mártir; y él quedó muy confuso, teniéndose por indigno de tal visita, y regalo del Señor. En este punto, alzando los ojos al cielo, vió á su mano derecha, no á los ángeles, sino al Rey de los ángeles Jesucristo, vestido de una divina é incomparable claridad, que le rociaba con agua, y le decia: De aquí adelante no te llamarás Neanias, sino Procopio: pelea como muy buen soldado, para que otros por tí, y contigo sean coronados, y alcancen la gloria del martirio. Oyendo estas palabras el santo, se postró en el suelo, y pidió perdon de sus pecados al Señor, y fuerzas para poder padecer muchos tormentos, resignándose en sus benditas manos: y al momento quedó sano de todas sus llagas, y con nuevo gozo, y resplandor salió de la cárcel, y con sola su vista gran número del pueblo se convirtió, y reconoció por verdadero Dios á Jesucristo nuestro Salvador. Turbóse el presidente extrañamente, y queriendo atribuir á sus falsos dioses la salud, y el resplandor del mártir, dijo á los circunstantes, que alabasen todos la clemencia de los dioses inmortales, por haber hecho aquella merced tan grande á Procopio: pero el santo mártir, dijo: ¿Por qué no vamos luego al templo de los dioses, para que se vea, quien de ellos me ha hecho este beneficio? Aquí el presidente comenzó á respirar, y dilatar el corazon, creyendo, que Procopio de veras queria adorar á sus dioses, y reconocer su obstinacion pasada. Dejólo ir solo (porque así lo deseaba el mártir), el cual, entrando en el templo, y cerradas las puertas, hizo oracion suplicando á nuestro Señor, que hiciese pedazos todas las estatuas de los dioses, que allí estaban, y al momento cayeron todas, y se hicieron pedazos, y los soldados, que habian ido de guarda, se convirtieron, deseando ya derramar la sangre por Cristo. Envió el presidente á dos maestres de campo, llamados Nicostrato, y Antíoco, con buen número de soldados, para que matasen á los soldados que habian creido; pero en llegando al mártir, alumbrados con la lumbre del cielo, se echaron á sus piés suplicándole que los hiciese cristianos; y él con admirable júbilo de su espíritu, los llevó de noche á Leoncio, obispo de aquella ciudad, para que los bautizase. Bautizáronse, y despues murieron por Cristo á los 21 de mayo, y un hombre noble, y piadoso, por nombre Eulalio, recogió sus reliquias, y honoríficamente las sepultó.

3 Mas Procopio, cargado de hierros, de nuevo fué echado en un calabozo: allí vinieron doce señoras muy principales, confesando que eran cristianas. Súpolo el malvado juez: mandólas prender; y hallándolas constantes en el amor, y confesion de Cristo, las hizo atormentar con varias, y exquisitas penas, y finalmente darles la muerte. Hallóse presente á los tormentos, y á la muerte de estas santas mujeres, Teodosia, la madre de Procopio, y que era la que le habia acusado, y viendo, que unas mujeres, flacas por su condicion, estaban tan fuertes, y que no se dejaban vencer, ni del mal olor, y aspereza de la cárcel, ni de la terribilidad de los tormentos, ni de las promesas, ni persuacion del juez, movida de Dios, entendió que aquello no era cosa humana, sino virtud del cielo, y de la religion cristiana, que así esforzaba la flaqueza mujeril; y toda encendida en el amor del Señor, no se pudo contener, que allí en medio de la gente no diese voces, y claramente confesase, que era cristiana; y el presidente, atónito, y como fuera de sí, la mandó apalear, y despedazar con uñas de hierro, y despues cortarle la cabeza. No se puede creer el gozo que el santo hijo tuvo del martirio de su santa madre; pero el presidente, para vengarse de él, le mandó dar muchos golpes en la cara con manoplas de hierro, y abrir su sagrado cuerpo, y surcarle con puntas aceradas, y darle otros atroces tormentos: pero como viese, que todo no aprovechaba, sino que el santo mártir con ánimo invencible resistia á todos sus tormentos; de pura pena y congoja, cayó malo; y en castigo de su pecado perdió la vida temporal, y eterna. Sucedió Flaviano á Justo en el cargo de presidente, que era no menos cruel, y fiera bestia, que su predecesor. Este pensó con su retórica (porque era muy elocuente, y se preciaba de ello) poder persuadir al santo, que obedeciese al emperador: mas cuando vió que perdia tiempo, arrebatado del enojo y furor, mandó á uno de sus criados, que se llamaba Arquilao, que con la espada desnuda atravesase al santo mártir, y allí le acabase. El santo con alegría aguardaba el golpe: mas cuando Arquilao alzó el brazo para descargarle, perdió las fuerzas, y cayó con su espada en el suelo, y Flaviano, no sabiendo que hacerse, mandó de nuevo llevar á la cárcel á Procopio, y al cabo de seis dias despedazarle con duros nervios, y quemarle todo el cuerpo con planchas encendidas, y echar sal en las llagas. Todo esto sufria el santo mártir con increible constancia y alegría; mas el juez atravesado de dolor, mandó, que á la mano derecha extendida sobre un altar de los dioses, le echasen ascuas encendidas, y un poco de incienso, para que si menease la mano, vencido del dolor del fuego, pareciese, que habia sacrificado á los dioses, y ofrecídoles incienso. Mas habiendo estado así largo espacio, quemando el fuego, y comiendo poco á poco la carne, no movió la mano, antes alzando la voz,

dijo aquello del salmo: « Vos, Señor, habeis tenido mi mano; » haciendo gracias por aquel favor. No se acabaron aquí las batallas de Procopio: colgáronle de los brazos; y echando á sus piés piedras muy pesadas, para desmembrarle, arrojáronle en un horno encendido, y por la virtud de la santa cruz, que hizo al fuego, no le quemó á él, sino á los ministros, que le encendian. Finalmente el impío juez dió sentencia de muerte contra el santo: mandóle degollar; y al tiempo, que se habia de ejecutar la sentencia, se puso en oracion en el lugar del suplicio, y suplicó á nuestro Señor con muchas lágrimas por la salud de todos los que allí estaban, por las viudas, huérfanos, enfermos, encarcelados, y afligidos, y particularmente por todos los que despues de su muerte á él se encomendasen, y pidiesen favor por su intercesion. Vino una voz del cielo, que le aseguró, que el Señor habia oido su oracion; y tendiendo el cuello, le fué cortada la cabeza á los 8 de julio, y en este dia hacen mencion de san Procopio todos los Martirologios latinos, y el Menologio de los griegos, los cuales celebran fiesta el dia de su martirio. Escribióle el Metafraste, y trácle Surio en su cuarto tomo; y en el segundo sínodo niceno se citan los actos de san Procopio, y se alega un ejemplo de la veneracion de las santas imágenes; y Eusebio en su historia, lib. VIII, cap. 12; y Niceforo, lib. VII, cap. 15, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones escribe de él.

* Los SANTOS KILIANO, COLOMANO, Y TOTNANO, MÁRTIRES. — El primero era un monje irlandés del siglo VII, que el año 686, hizo un viaje á Roma, acompañado del presbítero Colomano y del diácono Totnano, y allí fueron encargados por el romano pontífice para ir los tres á predicar el Evangelio á los germanos idólatras, consagrando antes á Kiliano obispo apostólico. Emprendieron luego su mision, y obraron tantas conversiones, que muy pronto fundaron la Iglesia de Wurtzburgo, célebre en Alemania por los santos que ha dado al cielo. El duque Gorbert recibió el bautismo entre los nuevos convertidos, y habiendo contraido matrimonio con Geilana, su cuñada, san Kiliano le dijo que la Iglesia no consentia semejantes enlaces, y Gorbert, fiel á la religion que habia abrazado, repudió á su esposa. Indignada Geilana contra el santo, y aprovechándose despues de la ausencia del duque, hizo asesinar á los tres ilustres misioneros, en el mes de julio del año 688. La Iglesia venera á estos santos en el número de los mártires, y honra su memoria en este dia.

CINCUENTA SANTOS MÁRTIRES. — Eran soldados romanos de una legion acantonada en Porto, durante el reinado del emperador Aureliano. En el martirio de santa Bonosa, siendo testigos de las maravillas que aquella santa obraba, se convirtieron á la religion cristiana, y fueron bautizados por el papa san Félix, siendo poco despues acusados, atormentados y degollados.

LOS SANTOS MONJES ABRAHAMITAS, MÁRTIRES. — Llámanse abrahamitas estos santos porque vivian en un monasterio de Constantinopla, titulado de san Abrahan. En tiempo del emperador Teofilo, que se complacia en perseguir cruelmente á los adoradores de las santas imágenes, les mandó este un dia que le entregasen algunas pinturas de santos que se guardaban en el monasterio, ó que ellos mismos las echasen al fuego. Aquellos religiosos se negaron á obedecer uno y otro mandato, ni hicieron caso de las amenazas con que se les conminó. Al contrario, contestaron al emperador por medio de un luminoso y extenso escrito, en que hacian ver que el culto de las santas imágenes se hallaba autorizado por la tradicion, y además era conforme á las leyes y espíritu de la Iglesia católica. Al leer aquella apología, se llenó el tirano de despecho, y mandó que todos los monjes de aquel monasterio fuesen desde luego expulsados de Constantinopla. Salieron, pues, escoltados por una compañía de soldados, y al llegar al Ponto Euxino, fueron azotados y maltratados tan bárbaramente, que todos espiraron allí mismo, en el mes de julio del año 832. Sus cuerpos quedaron abandonados en el mismo lugar de su martirio, hasta que unos cristianos fueron á recogerlos y les dieron honrosa sepultura.

SAN AUSPICIO, OBISPO Y CONFESOR. — Floreció durante el siglo II de la Iglesia, y fué el cuarto obispo de Tréveris. En su tiempo viéronse revivir los trabajos, las virtudes y los milagros de los apóstoles. Su zelo logró extirpar casi enteramente las reliquias del paganismo, convirtiendo á todos sus diocesanos á la fé. Su caridad y el entrañable amor que manifestaba á todos los infieles, le hacian tan venerable hasta á los ojos de los mismos gentiles, que cuando murió, las lágrimas de todos le acompañaron hasta la tumba. Un caballero gentil, que habia resistido á la persuasion de sus palabras, tuvo que ceder á la fuerza de la verdad probada con grandes milagros, y habiendo abrazado el Evangelio, derramó despues su sangre por Jesucristo. San Auspicio es uno de los mas ilustres pastores de la Iglesia de Tréveris.

SANTA WITBURGA, VÍRGEN. — Era la menor de las hijas de Anna, rey de los ingleses meridionales. Consagróse á Dios desde su juventud, y llevó por espacio de muchos años una vida penitente y mortificada, retirada en Holkam, en el condado de Norfolk, donde se edificó despues una iglesia que tomó el nombre de la santa. Despues de la muerte de su padre, cambió de morada, y se fué á vivir en Deheram en el mismo condado. Reunió en su compañía muchas vírgenes que querian consagrarse á Jesucristo, y echó los fundamentos de un monasterio, que la muerte le impidió concluir. Witburga descansó en el Señor, con la muerte de los justos el dia 2 de marzo del año 743.

SAN GRIMBALDO, CONFESOR. — Nació en san Omer, fué educado en la abadía de san Bertin, y concluyó sus estudios en ella con aplauso general, tomando en seguida el hábito monástico. El año 885, Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, al ir á Roma, pasó por aquella abadía, y habiendo conocido al siervo de Dios, concibió por él tan grande veneracion, que al volver de su viaje, se

lo llevó consigo y le nombró profesor de teología en la universidad de Oxford. Despues de la muerte del rey, Grimbaldo obtuvo permiso de su sucesor para retirarse á la abadía de Vinchester, de cuyo monasterio fué nombrado abad. Ocupado en los ejercicios de penitencia y en el estudio de las sagradas letras, adelantaba cada dia mas en el camino de la perfeccion cristiana, y se preparaba para ser siempre mas digno á los ojos del Señor. En su última enfermedad, á pesar de la debilidad extrema que le aquejaba, quiso recibir de rodillas el sagrado viático, y se encendió tanto su fervor y su caridad, que por espacio de tres dias no quiso ver á nadie mas que al monje que le asistia, á fin de que nada interrumpiese la íntima union de su alma con Dios. El cuarto dia, sintiendo que se acercaba su última hora, llamó á toda la comunidad, y entregó tranquilamente su espíritu al Criador, entre las oraciones y las lágrimas de sus hermanos. Su cuerpo fué enterrado con gran pompa, y de su sepulcro salió extraordinaria virtud contra todas las enfermedades.

Los santos Aquila y Priscila, esposos. — Véase la vida de santa Priscila en el dia 16 de enero.

Dia 9.

Santa Anatolia, vírgen y mártir. —Fué de alta y noble sangre la gloriosa santa Anatolia; pero mas alta y noble en virtud. Estaba en su destierro, que padecia por la fé de Jesucristo, ocupada toda en ayunos, y oraciones, y penitencias, leyendo dia y noche, y meditando en las santas Escrituras, tan alegre, como si estuviera en la gloria. Aconteció, que un hijo de Diodoro (cónsul de la provincia Picena, que es en la Italia, en la parte que llaman la Marca de Ancona, junto al lago Velino, donde estaba la santa vírgen Anatolia), llamado Ananiano, atormentado y poseido del demonio, comenzó á dar voces, diciendo: Señora Anatolia, tú me abrasas, y quemas. Diodoro, que vió así padecer á su hijo, lo envió á las selvas, y bosques vecinos como pagano al fin que era; porque allí tenian los gentiles sus templos. Llegó á una selva, cerca de la cual estaba la gloriosa Anatolia, padeciendo su destierro, y rompiendo las cadenas, con que venia atado, se arrojó á los piés de la santa vírgen, que estaba puesta en oracion, y dijo: Tú eres, la que me abrasas y quemas con las llamas de tus oraciones. La santa entonces, compadecida del mancebo, sopló en su rostro, y dijo: Sal luego, bestia infernal, de este hombre; y al instante salió el demonio. Volvió el mancebo á casa de su padre, y le contó, como Anatolia le habia curado; y al instante el padre, acompañado de su mujer é hijos, se fué á buscar á la santa vírgen, y adorándola le ofreció infinitos dineros y riquezas, porque habia sanado á su hijo. La santa gloriosa, sin querer recibir cosa alguna, le dijo: Vé luego, y dá esos dineros á los pobres cristianos, y demás necesitados, y tú cree en Jesucristo, y tambien tus hijos, y mujer, y todos os salvaréis.

2 A la fama de este milagro, corrió la opinion de santa Anatolia por toda la provincia del Piceno, y todos le traian sus enfermos, así endemoniados, como de otras cualesquiera enfermedades, especialmente aquellos, que los médicos desahuciaban, y desesperaban de salud, y vida, y á todos los sanaba, y convertia á Cristo. Viendo los sacerdotes de los gentiles los infinitos prodigios y milagros, que Anatolia hacia, y cuantos por ella, dejada la idolatría y culto de los falsos dioses, se convertian á la fé de Jesucristo, la acusaron ante el emperador Decio: el cual envió órden, para que, si no queria sacrificar á los dioses, le quitasen la vida. Tuvo esta órden Faustiniano; y así la hizo llevar á la ciudad Turiense, ó Tora, que está en la misma provincia del Piceno, y allí la hizo atormentar cruelísimamente, con variedad de tormentos: despues la hizo colgar del ecúleo, ó potro, y ponerle fuego debajo. Preguntábale algunas veces, mientras la abrasaba el fuego, si queria ofrecer incienso á los dioses, y la dejaria ir libremente, adonde quisiese; á que ella respondió: Mísero, y desdichado, si no te apartas del culto de los demonios, serás con ellos puesto en el fuego eterno. Entonces Faustiniano hizo llamar un grande mago y encantador, llamado Marco, y le dijo: Yo mandaré encerrar á esta mujer en un aposento: tú cuidarás de echarle cantidad de serpientes, que se la coman; y si lo haces, te daré grandes premios, y riquezas, y serás uno de mis mayores amigos.

3 Marco, que tambien se llamaba *Audax*, ó *Atrevido*, respondió: Tú dices, que le eche muchas serpientes; pero yo solo le echaré una que al instante la hará pedazos, y se la comerá. Entraron, pues, á Anatolia, en un estrecho aposento, y Marco le echó dentro una grande y fiera serpiente, que solo mirarla causaba horror y espanto. La santa gloriosa, sin hacer caso del monstruo venenoso, estuvo toda la noche en oracion, ya mental, ya vocal, cantando himnos, y salmos, con que amansó el furor de aquella fiera, y la hizo se postrase á sus piés, y se dejase tomar de sus manos, como si fuera una simple paloma. Por la mañana Marco, invocando á Mercurio, y Minerva, abrió el aposento, y la sierpe al instante volando sobre él, le rodeó la garganta, para despedazarlo y comérselo: lo cual visto por Anatolia, se fué á él, y tomando con su mano la sierpe, se la quitó del pescuezo, sin que le hiciese mal alguno, y la mandó, que se fuese al desierto, y lugar suyo en el nombre de Jesucristo: lo cual hizo la venenosa fiera, obedeciendo con toda mansedumbre y humildad. Entonces Marco, tocado ya de divina luz, á vista de tan gran milagro, se arrojó á los piés de Anatolia, y la adoró diciendo: Cristo es Dios verdadero. Luego que Faustiniano supo, que Marco *Audax* confesaba á Cristo, lo hizo llamar, y puesto en su presencia, le dijo: Si aquella encantadora con su arte mágica echó de sí la serpiente; ¿porqué tú, en menosprecio de los dioses, has creido en Cristo? ¿Así se deja en-

ganar un hombre tan sabio, como tú? *Audax* entonces, verdaderamente Audaz, respondió: Yo creo en Cristo verdadero Dios, al cual invocando santa Anatolia, me quitó aquella fierísima y cruel sierpe de mi garganta con su propia mano. Faustiniano dijo: ¡O miserable, y desdichado! ¿Tienes infinito oro, y plata: tienes gran familia: tienes mujer é hijos; y menospreciando todas estas cosas, no temes morir? *Audax* Marco respondió: Yo sé, y conozco muy bien la virtud del nombre de Cristo, por lo cual no temo morir. ¿No adviertes, que solo la invocacion de su santísimo nombre bastó á quitarme un tan horrendo y venenoso monstruo?

4 Faustiniano le dijo entonces: Haráse de tí relacion; y con ella serás sentenciado á morir con los demás cristianos. Mandóle poner en la cárcel, mientras iba la relacion al emperador, y venia la respuesta. Entre tanto por órden, y cuidado de santa Anatolia, fué totalmente instruido en las cosas de nuestra santa fé, y al fin fué sentenciado á degollar: con que de mago y gentil, vino á ser invictísimo mártir de Jesucristo, por los méritos de la santa vírgen Anatolia: la cual puesta en oracion, levantadas las manos al cielo, fué del verdugo atravesada de parte á parte con la espada, con lo cual dió á un tiempo dos almas al cielo, y dos triunfos á Cristo (que en ellas triunfa) la bendita vírgen Anatolia, la suya, y la de Marco, que juntas fueron á recibir la corona gloriosa, y palma del martirio. Los ciudadanos de Tora tomaron el cuerpo de la santa vírgen, y mártir, y lo sepultaron donde les fué revelado, siendo Dios por él, y en él bendito para siempre, y glorificado por la suma de milagros, que cada dia hace, y ha hecho. Fué el martirio de esta gloriosísima vírgen á los 9 de julio (dia en que se celebra su fiesta), por los años del Señor de 253, imperando Decio. La mujer del glorioso mártir *Audax* tomó su santo cuerpo, y con él la historia de su conversion, y la del martirio de santa Anatolia: y embarcándose con sus hijos, y hacienda, se fué á otra provincia, donde acabó santamente. Escribieron la vida de santa Anatolia, Beda; Usuardo; Adon; Surio, en el tomo IV; Aldelmo en el libro de *Laudib Virginit.*; Pedro diácono casinense en el libro *de Vir. Illust. Cœnobii Cassinen. cap.* 46; Gelasio, segundo pontífice; el Martirologio romano; Baronio en sus Anotaciones, y en el tomo II de sus Anales, año 253, núm. 29 y otros.

5 Así como Dios sabe hacer fieros leones, y venenosas sierpes, mansos corderos, y cándidas palomas; así tambien en su nombre saben los justos siervos suyos fieles hacer tan divinos metamorfóseos, siendo, no fabulosos estos, y fingidos, como los de Ovidio, y otros poetas, sino reales, y verdaderos; ó sino, dígame cualquiera: ¿qué monstruo como *Audax*, ó Marco? ¿qué fiera mas venenosa, que la fiera, que echó á la santa y castísima vírgen Anatolia, para que se la comiese, hecha pedazos? Pero ¿qué sucede? que la sierpe se vuelve mansa, humilde, y obediente; y Marco, de fiero monstruo del averno, se trasforma en cordero manso, que ofrecido en víctima al inmaculado cordero Cristo Jesus, se convirtió en cándida paloma, que con la corona del martirio, voló al eterno nido, y descanso de la gloria. Metamórfosis tan divino ¿quién le hizo, sino es la oracion de la gloriosísima Anatolia? La cual con este triunfo, añadido á las coronas de su virginidad, y martirio, se regala, y goza con su esposo Jesus en la gloria para siempre; donde merezcamos verla por su intercesion. Amen.

* Los santos Zenon, y otros diez mil doscientos y tres.—Reinando los emperadores Diocleciano y Maximiano, sedió una órden para que en todas las legiones del imperio se pasase una revista, en la que se separasen todos los legionarios que fuesen cristianos, los cuales debian ser mandados á Roma, donde serian considerados como esclavos. Efectivamente, de todas las partes del mundo conocido, segun dice Baronio en sus Anales, iban llegando á la ciudad eterna cuadrillas de escogidos soldados, que atados, medio desnudos y castigados como malhechores, eran despojados de las insignias militares, y destinados como los esclavos á trabajar en las termas del emperador. Concluido que fué este edificio, fueron contados y llamados á la presencia del prefecto: su número era el de dos mil doscientos y tres, que con su tribuno san Zenon á la cabeza, volvieron á confesar á Jesucristo, y fueron condenados á ser decapitados. Llevárolos fuera de la ciudad por la puerta de Trigemina, y habiendo llegado á un valle llamado de las Aguas Salvias, donde está la fuente siempre manante, fueron todos degollados, el año 298. Sus reliquias las recogieron los fieles, y hoy se hallan repartidas entre varias iglesias de Italia.

San Cirilo, obispo y mártir.—Varon de acendrada fé en Jesucristo y dotado de venerables virtudes. Habia sido consagrado obispo de la Iglesia de Creta, y apacentaba á su grey aumentándola cada dia con nuevas conquistas, cuando se publicaron los edictos del emperador Decio contra los cristianos. En la isla de Creta fué el obispo el primero que prendieron, y llevándolo á la presencia del juez, confesó tan valerosamente á Jesucristo, que por primera sentencia fué condenado al fuego. Entró en la hoguera con la mayor serenidad, y salió de ella sin haber recibido lesion alguna, quemadas solo las ataduras, de cuyo portento quedó el juez tan atónito, que le dejó ir libre. Mas viendo que con la misma constancia y serenidad de ánimo proseguia en predicar la fé de Jesucristo, lo mandó degollar, y su martirio se efectuó en Gortina, ciudad de la misma isla, el año 250.

Los santos Patermucio, Copretes, y Alejandro, mártires.—Eran los dos primeros solitarios que vivian en un desierto de Egipto, dedicados enteramente á la contemplacion de las cosas celestiales. Cuando el emperador Juliano el Apóstata iba á la guerra contra los persas, fueron hallados estos dos santos, y presentados al mismo emperador que se empeñó en que sacrificasen á los ídolos. Patermucio tenia setenta y cinco años, y Copretes cuarenta y cinco. Los separaron el uno

del otro, y Copretes cedió á los alhagos y negó á Jesucristo. Patermucio que cuando iba á ser atormentado vió á Copretes vestido con galas y que estaba libre, se echó á llorar y á rogar á Dios tuviese piedad de su compañero. Al momento que observó esto que su amigo lloraba por él, volvió en sí, y rasgando sus vestiduras, confesó otra vez á Jesucristo. Ambos santos fueron, pues, entrados en una hoguera cuyo fuego respetó sus personas, á cuyo milagro se convirtió á la fé un gentil llamado Alejandro; en seguida los tres fueron degollados, y coronados con la eterna bienaventuranza.

SAN BRICCIO, OBISPO Y CONFESOR. — Solo sabemos que fué obispo de Martula, antigua ciudad de Italia, cerca de donde está hoy Espoleto. El Martirologio romano dice, que padeció muchos tormentos en defensa de la fé, por mandato del juez Marciano, y que habiendo convertido á Cristo á una gran muchedumbre del pueblo, murió en la paz de Dios.

LA CONMEMORACION DE DIEZ Y NUEVE SANTOS MÁRTIRES, LLAMADOS GORCOMIENSES.—Estos santos mártires eran todos ó religiosos ó sacerdotes seglares. Despues de haber sufrido una serie de malos tratamientos de parte de los calvinistas que los tenian presos en Gorcum, fueron ahorcados en Briela, ciudad de Holanda, en odio á la religion católica el dia 9 de julio del año 1572 Habia entre ellos once frailes recoletos, un dominico, dos premostratenses, un canónigo regular de san Agustin, y cuatro sacerdotes seglares. El primero de todos era guardian de los recoletos de Gorcum, hombre de treinta y ocho años, célebre por el fruto que hacian sus sermones, y universalmente respetado por su exactitud en vivir conforme á su regla. Fué el que mas contribuyó á alentar á sus compañeros en la constancia que debian siempre tener en medio de los mayores suplicios. Los demás eran todos muy fieles á su vocacion, y derramaron gozosos su sangre por la verdad católica.

SANTA EVERILDA, VÍRGEN. — Cuando en el año 635, el rey de los sajones occidentales abrazó el cristianismo, Everilda tuvo la dicha de conocer la doctrina de Jesucristo. El deseo de consagrarse mas perfectamente al servicio de Dios, le inspiró el proyecto de abandonar en secreto la casa de sus padres, y de ir en busca de algun asilo donde retirada del mundo, pudiese dedicarse toda entera á su esposo celestial. San Valfrido le señaló un lugar que con el tiempo tomó el nombre de mansion de Everilda. En él se formó como una especie de monasterio; pues juntáronse muchas vírgenes que se consagraron á Dios bajo la direccion de la santa, que habiendo brillado con las mas sublimes virtudes, murió con una muerte gloriosa, un dia 9 de julio, no se sabe de que año. Santa Everilda no se encuentra en ninguno de los Martirologios, pero los bolandistas dicen que su nombre estaba en el de Usuardo, y continuan en su obra las lecciones del oficio de esta santa, que antiguamente se leia en algunas Iglesias de Inglaterra ó Irlanda.

Dia 10.

LOS SANTOS SIETE HERMANOS MÁRTIRES.—Siendo emperador Marco Aurelio Antonino, hubo en Roma una santa matrona, llamada Felicitas, noble en linaje, y mas ilustre en piedad, que tenia siete hijos, todos cristianos, y criados con la leche de la fé católica, y con santas y loables costumbres. Habia hecho esta santa viuda voto de castidad: ejercitábase en oraciones, ayunos, y obras de piedad, y con su vida movia á muchos de los gentiles, para que se hiciesen cristianos; y á los cristianos, para que viviesen loablemente, conforme á la religion que profesaban. Los sacerdotes de los ídolos concibieron por esta causa gran saña contra santa Felicitas, y contra sus hijos, y procuraron con el emperador, que los mandase prender, y compelirse á adorar á los dioses, fingiendo, que estaban muy enojados, y que no se aplacarian, sino con este sacrificio. Fué presa santa Felicitas con sus siete hijos, y su causa se remitió á Público, prefecto de la ciudad: el cual, llamando aparte á la madre, con blandas palabras, le rogó, que sacrificase á los ídolos, y que no le obligase á usar de rigor con ella, y con sus hijos. Respondió Felicitas: No pienses, ó Público, que con tus blandas palabras me podrás ablandar, ni espantar con tus amenazas; porque tengo en mi favor al espíritu del Señor, que no permitirá, que yo sea vencida del demonio. antes estoy muy cierta, que á tí, que eres ministro suyo, viva, y muerta, te venceré. A esto respondió Público: ¡Desventurada de tí! ¿Es posible, que tengas tan aborrecida la vida, y que ya no temas la muerte; y que no procures, que tus hijos vivan, y no mueran á mis manos? Mis hijos, dijo Felicitas, sacrificando á los dioses, morirán muerte eterna; y reconociendo y adorando á Jesucristo, vivirán para siempre. Al dia siguiente, estando el juez en la plaza del templo de Marte, mandó, que fuese traido á juicio Felicitas con sus hijos, y díjole: Ten, Felicitas, piedad de tus hijos, que están ahora en la flor de su juventud, y tienen para ser estimados, y valer mucho. Respondió Felicitas: Tu piedad es impiedad, y tu consejo cruel, y engañoso: y volviéndose á sus hijos, les dijo: Mirad, hijos mios, al cielo, en donde os está Cristo esperando con todos sus santos: pelead valerosamente por vuestras almas, y mostraos fieles, y constantes en el amor de Jesucristo. El juez, oyendo estas palabras, se embraveció, y le mandó dar muchas bofetadas en el rostro, pareciéndole gran atrevimiento, que en su presencia diese tales consejos á sus hijos, é hizo traer delante de sí al mayor de ellos, llamado Januario: y usando todo su artificio, y mezclando grandes promesas con amenazas, y alhagos con espantos, le persuadia, que adorase á los dioses: mas el santo mozo, con gran constancia y resolucion le respondió: Tú me aconsejas una cosa loca, y fuera de razon, y espero en mi Señor Jesucristo, que me librará de tal desatino, y de tal locura. Mandóle el juez desnudar, y azotar crudamente,

y llevarle á la cárcel. Por este mismo órden llamó uno á uno á los siete hermanos, procurando con todas sus fuerzas pervertirlos, y engañarlos, y atraerlos á que adorasen á los dioses, y obedeciesen al mandato del emperador; pero como le salieron en vano todas sus artes y mañas, y todos los santos hermanos (hablando Cristo con ellos), aunque con diferentes palabras, le diesen la misma respuesta; despues de haberlos mandado azotar cruelmente, y echar en la cárcel, dió aviso al emperador, de lo que pasaba. El emperador mandó, que con diferentes géneros de muertes les quitase la vida; y ejecutándose este impío mandato, Januario, que era el primero, siendo azotado gravísimamente, y quebrantado con plomadas, dió su espíritu al Señor: Félix y Felipe, fueron molidos á palos: Silvano murió despeñado: Alejandro, Vidal, y Marcial, fueron descabezados. Su madre santa Felicitas, al cabo de cuatro meses, tambien fué martirizada; y su martirio celebra la santa Iglesia á los 23 de noviembre.

2 De ella dice san Gregorio en una homilía estas palabras: «La bienaventurada santa Felicitas, cuya fiesta hoy celebramos, creyendo, fué sierva de Cristo; y predicándolo, madre de Cristo: porque teniendo ella siete hijos, de tal manera temió dejarlos vivos en el mundo, como los otros padres carnales suelen temer, que no se los mueran: porque hallándose en la persecucion, esforzó los corazones de sus hijos con sus palabras en el amor de la patria celestial, y parió en el espíritu, á los que habia parido en la carne, y dió á Dios con su exhortacion, á los que con la carne habia dado al mundo. No me parece, que habemos de llamar á esta mujer mártir, sino mas que mártir: pues habiendo enviado delante de sí siete hijos, y llegado con ellos al cielo; á la postre vino despues de ellos á recibir la corona del martirio, que se debia por sí, y por ellos. Veíalos atormentar, y matar la santa madre; y estaba inmoble y constante, sintiendo el dolor de la naturaleza, como madre, y gozándose de la esperanza. Temió dejarlos vivos; y por esto se alegró con su muerte. Deseó no dejar alguno de sus hijos en la tierra, porque no perdiesen el cielo. Amó santa Felicitas á sus hijos segun la carne; mas por el amor de la eterna bienaventuranza quiso que muriesen, los que amaba.» Todo esto es de san Gregorio. Celebra la Iglesia fiesta de estos santos hermanos el dia de su martirio, que fué á los 10 de julio del año del Señor de 165, imperando el nombrado ya Marco Aurelio Antonino.

Las santas vírgenes y mártires, Rufina, y Secunda, hermanas. — Las santas vírgenes y mártires, Rufina y Secunda, fueron hermanas, y romanas, de ilustre sangre: su padre se llamó Asterio, y su madre Aurelia. Fueron desposadas con dos caballeros principales, el uno se llamaba Armentario, y el otro Verino: los cuales por temor de la persecucion de Valeriano, y Galieno, volvieron atrás, y dejaron la fé de Cristo, y pretendieron persuadir á sus esposas Rufina y Secunda, que la dejasen: pero ellas, aunque mujeres, y por su condicion y naturaleza flacas, tuvieron mas ánimo, y esfuerzo que los hombres, y estuvieron fuertes y constantes en la fé: y para no perderla, determinaron salir de Roma, y recogerse á una heredad suya apartada, que tenian en Toscana. Partiéronse de Roma, y sus esposos, dieron aviso de ello á un conde, llamado Arcesilao: el cual con gente armada las siguió, y alcanzó catorce millas de Roma, y las entregó á Junio Donato, prefecto de la ciudad, el cual las mandó apartar una de otra, y llevar á la cárcel, y al tercero dia parecer ante su tribunal. Quiso tentar primero á Rufina aparte, y proponiéndole blandamente su nobleza, edad, y hermosura, y el contento y gozo, que podia tener con su esposo, y los daños que, si no lo hacia, le podian suceder; procuró atraerla á la adoracion de los falsos dioses. Y como ni con fuerza, ni con maña pudiese rendir aquel pecho invencible, y armado de un fuerte amor de la castidad, y de la fé de Cristo; mandó llamar á Secunda, para que en su presencia fuese azotada su hermana Rufina, y por el temor de semejante castigo, ella se redujese á su voluntad. Pero como Secunda viese, que su hermana era azotada, y que á ella no le tocaban; encendida con un vehemente deseo de padecer por Jesucristo, se volvió con gran saña contra el juez, y á gritos le dijo: ¿Qué haces, ó hombre perverso, y enemigo de toda la virtud? ¿Por qué honras á mi hermana, y á mí me dejas, para que no sea participera de su gloria, y de su corona? Respondió el prefecto: Parécemo, que eres mas loca que tu hermana. Ni mi hermana (dijo Secunda) es loca, ni yo lo soy; pero ella y yo somos cristianas: y es justo, que ambas seamos azotadas; pues ambas creemos, y confesamos á Cristo: porque la virtud del cristiano crece con los azotes: y tanto mayores coronas de gloria sempiterna alcanza; cuanto mayores han sido los golpes de las tribulaciones temporales, con que ha sido ejercitada. Y como el prefecto las exhortase á hacer vida con sus esposos, y ellas se mostrasen muy constantes, y deseosas de morir, antes que perder su virginidad; el prefecto les preguntó: ¿Qué harian, si contra su voluntad, y por fuerza perdiesen lo que tanto amaban? Respondió Secunda: No puede la vírgen perder la virginidad y entereza de su alma, si ella misma no se aparta de la justicia. La fuerza y agravio, que se hace á la vírgen le es tormento, y el tormento acrecienta el premio y la corona. Por tanto tú haz, lo que es tu voluntad: apareja fuego, y cuchillo, azotes, varas, palos, y piedras; que cuanto añadieres de tormentos, tanto añades de gloria. Mandóles poner el juez en una prision, y allí levantar humo de estiércol, para atormentarlas con el mal olor: pero el Señor le convirtió en una suavísima fragrancia, con gran recreo, y delectacion de las santas; y en aquella cárcel tenebrosa resplandeció una claridad maravillosa, y celestial. Sacáronlas por mandado del prefecto, y pusiéronlas en un baño, y en una tina de aceite hirviendo: y habiendo en ella estado dos horas continuas, se hallaron sin lesion alguna, con gran refrigerio y recreo: de lo cual admirado el prefecto, mandó llevarlas al rio Tiber, que pasa

por medio de la ciudad de Roma, y echarlas en él con una pesada piedra, atada á sus cuellos. Anduvieron las santas doncellas por espacio de media hora sobre las aguas, sin hundirse, ni mojarse, cantando, y alabando al Señor, y predicando sus maravillas y triunfos. Finalmente las sacaron fuera de Roma, y en un bosque diez millas lejos de ella, les fueron cortadas las cabezas, dejando los cuerpos sin sepultura, para que fuesen comidos de los lobos. Mas las santas aparecieron muy resplandecientes, y gloriosas á una matrona romana, señora de aquella heredad, donde estaban sus cuerpos, la cual era gentil, y se llamaba Plautila, y la amonestaron, que se hiciese cristiana, y tomase sus cuerpos, y los sepultase, porque así alcanzaria el premio y bienaventuranza, que ellas habian alcanzado. Hízolo así Plautila: fué á su heredad: halló los cuerpos de las santas vírgenes sin mal olor, ni lesion alguna: edificóles allí un sepulcro, donde estuvieron algunos años, y despues fueron trasladados á la ciudad, y colocados en san Juan de Letran, en la parte, que llaman *Constantiniana*, junto á la pila del bautismo de Constantino.

2 Fué el martirio de estas santas el año del Señor de 260, á los 10 de julio, y este dia celebra la Iglesia su festividad. Hoy en dia hay gran memoria en Roma del lugar donde padecieron, que está de la otra parte del Tíber, en la via Aurelia; y ha sido honrado con silla, é iglesia catedral, que se llama de la *Selva Cándida*. Hacen mencion de estas santas hermanas los Martirologios, romano, de Usuardo, Beda, y de Adon.

* Los santos Genaro, Merino, Nabor, y Félix, mártires. — Son de los primeros que en Africa derramaron su sangre por la fé de Jesucristo. San Merino era español, y los otros de la misma Africa, y todos juntos fueron degollados, y sus cuerpos fueron trasladados despues á la ciudad de Milan en Italia, donde todavía se veneran.

Los santos Leoncio, Mauricio, Daniel, y sus compañeros, mártires. — Las calamidades de los tiempos nos han privado de que las actas del martirio de estos santos pudiesen llegar hasta nosotros. Por san Gerónimo, citado por el cardenal Baronio, sabemos tan solo, que murieron en Alejandria, durante el segundo siglo de la Iglesia. El Martirologio romano, dice, que fueron atormentados de diferentes maneras en tiempo del emperador Licinio, y del gobernador Lisias, y que por último habiéndoles echado en una hoguera, consumaron el martirio en Nicópolis de Armenia.

San Bianor y san Silvano, mártires. — El primero de estos dos santos era de Pisidia, y por ser cristiano, fué preso en Isaura. Habiéndose negado con constancia á abjurar su religion, fué azotado, colgado de un árbol por los piés, quemado con globos de fuego, le arrancaron los ojos, y le cortaron las orejas. Un gentil llamado Silvano, que admiraba la constancia y fortaleza sobrenatural de Bianor, abrió sus ojos á la fé, y confesó á Jesucristo. Le arrancaron la lengua, y luego despues lo decapitaron; y á san Bianor le taladraron los talones, le quitaron un ojo, y despues de haberle desollado la cabeza, se la cortaron. La Iglesia griega, honra particularmente la memoria de estos dos mártires.

San Apolonio, mártir. — Era oriundo de la ciudad de los Sardienses en la antigua Lidia. Continuamente andaba por la ciudad, y los pueblos circunvecinos anunciando la verdad, y convirtiendo muchos infieles al Señor. Delatado por los idólatras al prefecto de la ciudad de Iconia, fué llevado allá cargado de cadenas, y presentándose al gobernador, le dijo éste que jurase por la fortuna del emperador, á lo cual contestó el santo, que no era lícito á los cristianos jurar por el emperador mortal, y menos por quien no conocia al Autor del mundo. Acabado este interrogatorio, fué azotado, y clavado de piés y manos en una cruz, donde espiró con un glorioso martirio.

Santa Amelberga, viuda. — Segun algunos escritores fué hija de Carlomagno, y segun otros, hija de Pepino. Parece que estuvo dos veces casada, teniendo seis hijos de los dos matrimonios, á los cuales educó en el santo temor de Dios, y en la abundancia de todas las virtudes, de tal modo que casi á todos venera la Iglesia en el número de los santos. Despues de la muerte de su segundo esposo, deseando consagrar enteramente á Dios la vida que le quedaba, entró en un monasterio, donde mortificó su cuerpo con extraordinarias penitencias. Hizo los votos solemnes de religion, y fué elegida abadesa de su monasterio, brillando entonces mas que nunca su profunda humildad, su amor á la vida ascética, y su caridad para con Dios. Segun los bolandistas, murió en Gante, en el mes de julio del año 790, y no se debe extrañar que hayamos explicado la vida de esta santa Amelberga, viuda, y no de la vírgen que trae el Martirologio romano; porque de esta última nada se sabe, y se cree que esta calificacion de vírgen, que el sobredicho Martirologio le da, proviene de algun yerro en la impresion de alguno de los antiguos Martirologios.

Dia 11.

San Pio I, papa, y mártir. — San Pio, papa, y mártir, fué natural de la ciudad de Aquileya: su padre se llamaba Rufino; y sucedió en el pontificado á Higino, tambien papa, y mártir, el año de Cristo de 158, siendo emperador Antonino Pio; y fué sumo pontífice, y ordenó muchas cosas de grande utilidad para la santa Iglesia. Puso grandes penas á los sacerdotes, que fuesen negligentes en administrar el santísimo Sacramento del altar, y contra los que maliciosamente perjuran, y contra los que oyéndolos, no los reprenden. Mandó, que fuesen inviolables las heredades de las iglesias dedicadas para el culto divino, y para el sustento de las personas eclesiásticas. Ordenó, que no se consagrasen las vírgenes, que profesan perpetua continencia, hasta tener veinte y cinco años. Hizo un decreto, por el cual manda, que la santa pascua se celebre siempre en domingo: pues que en tal dia resucitó Jesucristo, nuestro Redentor: lo cual los santos apóstoles primero habian instituido; pe-

ro Pio lo confirmó, y estableció, para quitar el abuso de algunas Iglesias, que en celebrar el dia de la pascua de resurreccion, parecia que imitaban á los judíos. Para lo cual se movió por un libro, que le presentó un hermano suyo, santo varon, llamado Hermes: en el cual por manera de diálogo, y de un ángel en hábito de pastor, amonestaba á todos los cristianos, que celebrasen la santa resurreccion en dia de domingo. Consagró Pio en Roma las termas novacianas á honor de santa Potenciana, por intercesion de santa Praxedes, su hermana. Dotó el templo de muchos y ricos dones, y celebró en él diversas veces misa, y puso pila de bautizar, en la cual él por sus manos bautizó á muchos. Escribió algunas epístolas, que se hallan con sus decretos en el libro de los Concilios, y demás de estas escribió otras dos á Justo (á lo que parece) obispo de Viena, y en una de ellas le dice estas palabras: « Ten cuidado de los cuerpos de los santos mártires, como de miembros de Cristo; que así le tuvieron los apóstoles del cuerpo de san Estéban. Visita á los santos en las cárceles, para que ninguno se entibie en la fé; y para que perseveren en ella, dáles ánimo y calor. Los clérigos, y diáconos te respeten, y te reverencien, no como á mayor, sino como á ministro de Cristo. Todo el pueblo descanse, y sea amparado, y defendido con tu santidad. Quiero que sepas, compañero dulcísimo, que Dios me ha revelado, que tengo de acabar presto los dias de mi peregrinacion: solo te ruego, que estés firme en la union de la Iglesia, y que no te olvides de mí. Todo el senado, y pobre compañía de los sacerdotes y ministros de Cristo, que está en Roma, te saluda; y yo saludo á todos en el colegio de los hermanos en el Señor, que están contigo.» Todo esto dice san Pio en aquella epístola, en la cual descubre su santo zelo, y celestial espíritu y cuidado, con que miraba por las cosas de la Iglesia. Finalmente, despues de haber gobernado santísimamente la Iglesia de Dios, segun Baronio, nueve años y seis meses, menos tres dias, fué coronado de mártir; aunque en los de su pontificado hay grande variedad en los autores. Celebró órdenes cinco veces, por el mes de diciembre, y en ellas hizo doce obispos, diez y ocho presbíteros, y veinte y un diáconos. Fué sepultado en el Vaticano. Celebra la Iglesia su memoria á los 11 de julio, que es el dia en que murió; y en el año de 167, imperando Marco Aurelio Antonino, y Lucio Vero.

* San Sidronio, mártir.—Habia nacido en la ciudad de Samos, de padres ilustres; pero fué él mas ilustre por sus grandes virtudes que por su nobleza. En el reinado del emperador Aureliano, floreció este santo con grandes milagros, y con ellos convertia á muchos á la fé; por cuya razon fué acusado y llevado á la presencia del prefecto de la ciudad de Sens, adonde habia llegado poco antes, encendido en deseos de morir por Cristo; y estando en su presencia, y mientras le amenazaban con matarle si no adoraba á los dioses, obró una porcion de milagros que convirtieron á los soldados, á todos los circunstantes, y hasta conmovieron al mismo prefecto, que hubiera sin duda confesado á Jesucristo en aquel instante, si el temor no hubiese ofuscado su razon. Hallábase á la sazon el emperador Aureliano en Viena de Francia: san Sidronio fué mandado á su presencia, y repitió aquí tambien sus milagros, haciendo nuevas conversiones en la misma presencia del emperador, que mandó preparar una hoguera y que fuese el santo arrojado en ella. Pero las llamas suspendieron su natural efecto, y dejaron sin lesion el cuerpo del ilustre confesor de Jesucristo, que despues de haber sido probado con muchos y dilatados suplicios, fué degollado el año 270. Hay unas actas manuscritas del martirio de este santo, que dicen, que despues de haberle decapitado, anduvo cuarenta y nueve pasos con su propia cabeza en las manos, á vista de cuyo prodigio se convirtieron los mismos que le habian dado muerte. Dicen tambien que el emperador Aureliano curó de una enfermedad que padecia, con solo el contacto de la sangre de este santo mártir.

San Marciano, mártir.—Natural de la ciudad de Iconia, fué bautizado siendo aun muy niño, y en ella padeció despues grandes trabajos por Jesucristo. Su constancia y la resignacion con que sufrió todos los tormentos con que lo maltrataron los paganos, le alcanzaron al fin la corona y la palma del martirio, en la misma ciudad de Iconia, el año 263.

San Cindeo, presbítero.—Durante el reinado de Diocleciano, hallándose un dia este santo en la iglesia de la ciudad de Sida en Panfilia, fué de ella arrebatado por los paganos para ser llevado al tribunal del juez Estratónico, que mandó le pusiesen unos zapatos de hierro erizados de clavos de acero, y que los lictores le azotasen obligándole al mismo tiempo á correr hácia la puerta llamada Santa. Despues de esto lo echaron en el fuego, y habiendo salido ileso, y convertido al sacerdote de los ídolos, por último puesto en oracion, entregó su alma al Criador, el año 298.

San Genaro, y santa Pelaya, mártires.—En el reinado del emperador Licinio, fueron estos santos atormentados, en Nicópolis de Armenia, por espacio de cuatro dias con el potro, con peines de hierro y con pedazos de vidriado, hasta que al fin consumaron el martirio.

San Sabino, y san Cipriano, mártires.—En un Martirologio de los mas antiguos de la Iglesia occidental, hemos encontrado las siguientes palabras: « En el monasterio llamado la Casa de Dios, la festividad de los santos mártires Sabino y Cipriano, que nacidos en Brescia y regenerados en Cristo, estando diseminando su doctrina, fueron presos por el prefecto Lodicio y atormentados por su órden, hasta que viéndose la inutilidad de los castigos porque de todos ellos salian librados, fueron expulsados de su patria y llegaron á las Galias guiados por un ángel. Tampoco dejaron por esto de esparcir la semilla de la verdad, hasta que el procónsul Máximo, que no podia vencer su constancia ni con amenazas, ni con suplicios, les hizo cortar la cabeza, y así alcanzaron la inmarcesible corona del martirio. »

SAN JUAN, OBISPO. — Cuando los ladrones, esto es, los herejes arrianos mas daño estaban haciendo en la viña del Señor, apareció en ella el laborioso colono y esclarecido pastor san Juan, obispo de Bergamo en Italia, que con sus escritos, sus continuos sermones, y su zelo infatigable, logró en algun modo poner coto y barrera á los estragos de la herejía. Durante los veinte y nueve años de su pontificado, no se pasó ninguno sin que visitase toda su diócesis y otras regiones de la Italia, confortando á los débiles, animando á los fervorosos, levantando á los caidos, y sobre todo derramando por todas partes la luz de las verdades católicas contra las maquinaciones de la herejía. Los príncipes, los grandes, los indigentes y los desvalidos todos le buscaban como á su padre, luz de su alma y lumbre de sus ojos. Estando un dia de camino para ir á predicar en una iglesia vecina, los arrianos que le habian preparado una emboscada, le salieron al encuentro y lo degollaron, el dia **10** de julio del año **683**.

SAN SABINO, CONFESOR. — Floreció en el siglo VI, fué discípulo de san German, y uno de sus mas queridos compañeros. Predicó en varias regiones la palabra de Dios, y despues de una vida empleada en servicio de la religion y en actos de austerísima paciencia, descansó en el Señor con la muerte de los justos en el territorio de Poitiers.

SAN ABUNDIO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR. — Fué natural de las montañas de Córdoba donde vivia apacentando en la religion á una porcion de cristianos refugiados allí. Un dia, no pudo contener su despecho al oir la relacion de los malos tratos que se daban en Córdoba á todos los fieles, y encendido en amor á Jesucristo, se fué á la ciudad, y presentándose al juez, le reprendió su inhumanidad, su ceguera y su bárbara crueldad por tratar tan indignamente á los adoradores de Jesucristo. El juez no le dió otra respuesta, sino que muy pronto sabria por sí mismo cuan verdadero era lo que decia; y efectivamente, despues de poco rato, los verdugos se apoderaron de Abundio, y entregándolo á los perros y bestias fieras, le hicieron de este modo acabar la vida, el dia **11** de julio del año **854**. Los sagrados restos de su cuerpo, fueron secretamente guardados por los fieles y despues colocados con gran veneracion en una iglesia de la misma ciudad de Córdoba.

Dia 12.

SAN NABOR Y SAN FÉLIX, MÁRTIRES. — Los santos mártires, Nabor y Félix, fueron presos en Milan, por mandado del emperador Maximiano, que fué grande perseguidor de la fé de Jesucristo, juntamente con el emperador Diocleciano, su compañero; y habiendo examinado y sabido, que eran cristianos, y que lo pensaban ser toda su vida, mandólos echar en la cárcel, vedando se graves penas, que no les diesen de comer cosa alguna. Estuvieron algunos dias los santos en la cárcel, padeciendo la hediondez, hambre, é incomodidades de ella: y como ninguna de estas cosas fuese parte para mudarlos de su propósito, traidos á su presencia, los mandó dar muchos palos, y poner en el ecúleo á Nabor, á presencia de Félix, con hachas encendidas abrasar sus costados, y con uñas de hierro arañar, y despedazar todo su cuerpo. Y visto que todavía estaban constantes, y que ni el uno con las penas que padecia, ni el otro con vérselas padecer, ni con el temor de las que á él le podrian dar, se ablandaban, ni rendian á su voluntad; mandó echar á los dos en un gran fuego: el cual ni los quemó, ni chamuscó un cabello de sus cabezas. No bastó esto para que el tirano conociese la virtud de Dios, y desistiese de su mal propósito, antes endureciéndose mas, y atribuyendo á arte mágica la virtud del cielo, los mandó volver á la cárcel, y despues de algunos dias sacar á degollar junto á un arroyo, llamado Celere. Sus cuerpos enterró una matrona noble llamada Sabina. Celebra la Iglesia su fiesta el dia de su martirio á los **12** de julio; y fué el año del Señor, **303**, imperando Diocleciano, y Maximiano. San Ambrosio hace mencion de estos santos. Paulino en la vida del mismo san Ambrosio, dice, que la iglesia donde estaban sepultados sus cuerpos, era muy frecuentada de los cristianos.

SAN JUAN GUALBERTO, ABAD Y FUNDADOR. — El mismo dia de los **12** de julio, hace la santa Iglesia conmemoracion de san Juan Gualberto, abad, el cual nació en Florencia de padres nobles, y ricos, y se convirtió de la vanidad del siglo á la perfeccion evangélica, por un caso notable, que le sucedió, y fué de esta manera.

2 Tenia san Juan un padre, que se llamaba como él, Gualberto: era valiente y bravo soldado: el cual tenia enemistad con un hombre, que injustamente habia muerto un pariente suyo: para vengarse, le pretendia matar; y Juan acudia á la voluntad de su padre, y andaba en los mismos pasos y cuidados. Un dia yendo á Florencia él, y otro criado, bien armados, topó acaso á aquel su enemigo en el camino desarmado, en un paso tan estrecho, que no se le podia huir ni escapar. Turbóse aquel pobre hombre, y echándose á los piés de Juan con grande humildad le pidió por amor de Jesucristo crucificado, que le perdonase, y le diese la vida. Fué tanto, lo que se enterneció Juan, oyendo el nombre de Jesucristo crucificado, que luego levantó del suelo á su enemigo, le abrazó, le perdonó, y dijo, que estuviese seguro, pues habia tomado tan buen abogado y patron.

3 Hecho esto, aquel pobre hombre se partió consolado, y Juan siguió su camino, y entró en una iglesia, que estaba en él, y se puso á hacer oracion delante de un crucifijo, que allí estaba: y para que se vea, cuan agradecido es el Señor de las obras que hacemos por su amor, especialmente cuando perdonamos las injurias; aquel crucifijo inclinó la cabeza á Juan, como quien le hacia gracias del servicio, que le habia hecho, en perdonar por su respeto la muerte á su enemigo. Quedó Juan confuso por este beneficio, y regalo del Señor: y pareciéndole, que le llamaba para cosas mayores, determinó dar de mano á todas las vanidades del siglo, y desnudo abrazarse con Cristo

crucificado: y para esto pidió al abad de san Miniato de Florencia el hábito de san Benito, y tomóle con gran devocion; aunque á los principios con gran contradiccion, y amenazas de su padre. En viéndose vestido del hábito de religioso, maceraba el cuerpo con continuos ayunos, y vigilias: huia de la ociosidad, madre de todos los vicios: ocupábase de dia y de noche, en oracion perpetua y fervorosa, en la obediencia, humildad, paciencia, mansedumbre, silencio, modestia, y en las demás virtudes; y á todos era ejemplo, dechado de toda santidad. Fué esto de manera, que siendo muerto el abad del monasterio, todos los monjes pusieron los ojos en Juan, para hacerle su prelado; mas él no lo consintió por su humildad: queriendo antes obedecer, que mandar, y huir el peligro, en que están, los que ocupan lugares altos. Partióso del convento con un compañero, para buscar otro lugar, donde con mas quietud pudiese servir á Dios; porque en aquel, donde estaba, le molestaban mucho: y llevando el compañero un solo pan para la comida y sustento de los dos en aquel camino, se le mandó dar de limosna á un pobre, confiando en nuestro Señor, que los proveeria, como lo hizo; porque entrando en un pueblo, hallaron muchas personas, que los socorrieron, y les dieron abundantemente todo lo que habian menester. Fué al yermo de Camáldula, instituido por san Romualdo, abad: y aunque los religiosos de aquella santa casa le convidaban y rogaban, que se quedase con ellos, no lo hizo; porque deseaba mas vivir en comunidad, y debajo de obediencia, que en vida solitaria y apartada; porque el Señor se queria servir de él en otra cosa, y hacerlo fundador de una congregacion, en un valle, que por la espesura de los árboles, se llama Valleumbrosa, ó sombría, que es en la provincia de Toscana en Italia. A este lugar vino san Juan, y por inspiracion del Señor hizo su asiento en él, y poco á poco se comenzó á extender la fama de sus virtudes, y á concurrir á él gran número de gente, para visitarlo, é imitar su santa conversion, y vivir debajo de su gobierno, y disciplina: y fué esto de manera que se formó un gran numeroso monasterio de monjes debajo de la regla y órden de san Benito, aunque con algunas constituciones y ordenanzas propias suyas y particulares: y eligieron á san Juan Gualberto contra su voluntad por abad, y prelado; y en este oficio fué cosa maravillosa, cuan excelentemente se gobernó, exhortando siempre á todos sus monjes á la perfeccion, y yendo él delante de todos con su ejemplo. Era muy continua su oracion, profunda su humildad, fervorosa su caridad, extraño su sufrimiento, rigurosa su penitencia. Era manso, benigno, grave y modesto, severo con los rebeldes, y suave con los flacos, y muy compasivo con los enfermos: porque Dios le dió á él una enfermedad muy recia, que le duró toda la vida, de una flaqueza de estómago, y desmayos (la cual él sufrió con grande alegría), para que se compadeciese de los otros sus hijos. Fué muy zeloso de la santa pobreza en su persona, y en las de sus súbditos, y en la fábrica de los monasterios, que edificó, que fueron muchos. Tuvo don de profecía, y parece, que leia los corazones de los que venian á tomar su hábito, y que entendia, si venian llamados de Dios, ó no. Hizo grandes milagros, y sanó á muchos enfermos, de varias y grandes enfermedades. Era muy tierno para con los pobres, y en tiempo de necesidad daba todo lo que tenia para socorrerlos; y el Señor le proveia largamente, y recompensaba al convento, lo que él tomaba para beneficio de los pobres.

4 No le faltaron grandes trabajos, y persecuciones por la justicia, y verdad, las cuales sufrió con grande constancia, y venció con el favor particular que Dios le dió, y con algunos milagros, que obró en prueba de la verdad, que el santo defendia. Finalmente, siendo ya muy viejo, cayó en una grave enfermedad, y entendiendo, que se acercaba aquel dia, que él tanto deseaba, de salir de la cárcel de este cuerpo mortal, para gozar del Señor; mandó llamar á los abades de los otros monasterios de su órden, y avisándoles, que él presto los dejaria, los exhortó á la observancia de su regla, y á la fraterna dileccion, y caridad. Y habiendo recibido con gran devocion los santos sacramentos de la Iglesia, dió su espíritu al Señor, á los 12 de julio del año de 173, y despues fué enterrado en la iglesia del monasterio de Pasiniano, é hizo por él el Señor muchos y grandes milagros.

5 La vida de san Juan Gualberto escribió el P. Fr. Blas Malavesio, general de la órden de Valleumbrosa, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hacen mencion de él el Martirologio romano á los 12 de julio, y san Antonino en la segunda parte de su historia, tit. v, cap. XVII.

* SAN JASON. —Fué uno de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y parece que era pariente é íntimo amigo del apóstol san Pablo. Créese que predicó el Evangelio en Chipre, y que murió en esta misma isla por los últimos años del siglo I. Otros dicen que predicó en Chipre, y despues en Cesarea; pero que despues volvió á Chipre, que fué consagrado obispo, y que allí murió. No existiendo ningun documento que dé luz sobre esos hechos del santo, no pasa todo esto de meras conjeturas; de modo que solo sabemos de cierto, que fué uno de los setenta y dos discípulos del Salvador.

SAN HERMÁGORAS, OBISPO Y MÁRTIR. —Fué discípulo de san Márcos, evangelista, y consagrado por él mismo primer obispo de la ciudad de Aquileya. Digno sucesor de los apóstoles y nutrido con las eficaces inspiraciones de los discípulos del Salvador, brilló tambien con todo el resplandor de las virtudes apostólicas. Bajo el reinado del emperador Neron, despues de haber sufrido diferente género de tormentos, al mismo tiempo que curaba milagrosamente las enfermedades, que predicaba el Evangelio con un zelo infatigable, y que convertia á la fé católica pueblos enteros, fué preso, condenado y decapitado en la misma ciudad de Aquileya, juntamente con FORTUNATO su diácono, y su compañero en la corona del martirio.

SAN PAULINO, OBISPO Y MÁRTIR.—Discípulo del apóstol san Pedro, fué consagrado por él primer obispo de Luca, y enviado á predicar el Evangelio á aquellas regiones de Italia. Despues de haber cumplido su mision de una manera digna de un varon apostólico y de haber padecido muchos trabajos por Jesucristo, en tiempo de Neron fué martirizado con otros compañeros al pié de un monte junto á Pisa, donde se guardaron sus cuerpos.

LOS SANTOS PRÓCULO É HILARION, MÁRTIRES.—Estos dos santos vivian en la ciudad de Ancyra en tiempo del emperador Trajano. Máximo, gobernador de aquella ciudad los llamó un dia á su presencia, y no pudiendo conseguir que ofreciesen incienso á las divinidades del paganismo, les condenó á muy crueles tormentos, entre ellos el de pasear desnudos por toda la ciudad, y ser despues arrojados á un horno encendido, cuyo fuego consumió sus cuerpos y llevó sus almas al cielo.

SANTA EPIFANIA, MÁRTIR.—Solo sabemos de esta santa lo que dice el Martirologio romano, sin que se hayan podido encontrar en ninguna parte las actas de su martirio. En tiempo del emperador Diocleciano, dice el citado Martirologio, y del gobernador Tertilo, habiéndola cortado los pechos, entregó su alma al Criador en tierra de Otranto.

SAN VIVENCIOLO, OBISPO.—Pasó los primeros años de su juventud en un monasterio del monte Jura, y estuvo unido con estrechísima amistad con san Avito, obispo de Viena, y con san Apolinar, su hermano, tambien obispo. Cuando fué elegido superior del monasterio de Coudat, lo gobernó con sabiduría y prudencia, y al poco tiempo fué elevado á la silla arzobispal de Lyon, floreciendo en ella como un verdadero sucesor de los apóstoles. Asistió á varios concilios, y contribuyó á la formacion de algunos reglamentos para el buen régimen de los cristianos y de las costumbres públicas. San Vivenciolo poseia, segun Agoardo, una grande erudicion, lo cual prueban sus escritos y el elogio con que hablan de él algunos autores. Ignórase la época y las circunstancias de su muerte, la que debió suceder despues del año 517, porque en él congregó un concilio para anular cierto matrimonio incestuoso de uno de los primeros oficiales del rey de Borgoña.

SANTA MARCIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Nació y murió en la Mauritania durante los primeros siglos de la Iglesia. Su martirio consistió en echarla á las fieras para que la devorasen, y murió despedazada por un toro. El cuerpo de esta santa fué despues trasladado á Toledo, en España, donde aun se venera, por cuyo motivo algunos autores la han creido española, y han asegurado que habia padecido martirio en dicha ciudad. Los continuadores de Bolandus prueban hasta la evidencia que son falsas las actas de su martirio que se suponen escritas en Toledo, y son de parecer que santa Marciana habia nacido, vivido y muerto en la Mauritania.

SAN PATERNIANO, OBISPO Y CONFESOR.—Italiano de nacion, y dedicado á las cosas eclesiásticas desde sus primeros años, pasó por todos los grados de la gerarquía clerical, y mereció por su educacion y por la solidez de sus conocimientos ser mirado como un oráculo en su tiempo. El papa san Leon, el Grande, á quien habia ayudado mas de una vez con sus consejos, le elevó á la silla episcopal de Bolonia, y le consagró por sí mismo. La reputacion que se habia adquirido con sus conocimientos aumentóse con el cargo pastoral; pues fué uno de los prelados mas sabios y mas santos de su siglo. Su pontificado duró veinte años, intervalo suficiente para desplegar todos los recursos de su zelo y de su virtud en unos tiempos tan calamitosos. La irrupcion de los bárbaros le proporcionó ocasion para prestar beneficios inmensos á su rebaño, y murió, resplandeciente en milagros, el dia 12 de julio del año 470.

Dia 13.

SAN ANACLETO, PAPA Y MÁRTIR.—Muerto san Clemente, papa, y mártir, por comun voluntad de la Iglesia fué puesto en la silla pontifical san Anacleto, griego de nacion, natural de Atenas, é hijo de Antioco, el año del Señor de 103, imperando Trajano: el cual viendo, que la religion cristiana se aumentaba, y el culto de sus falsos dioses se disminuia, y menoscababa, levantó la tercera persecucion contra la Iglesia, pensando con tormentos poderla acabar; pero antes se le acabó á él la vida: y la semilla, y doctrina del cielo, regada con la sangre de los mártires, cada dia florecia mas, y cuanta mas sangre se derramaba, daba mas copiosa cosecha. Por esta persecucion tan cruda, y por estar los cristianos cada dia con el cuchillo á la garganta, para ser martirizados, ordenó san Anacleto, que al cabo de la misa, comulgasen todos los que se hallasen presentes. Mandó asimismo, que á la consagracion del obispo se hallasen presentes á lo menos otros tres obispos (como antes lo habia instituido san Pedro), y que los clérigos se admitiesen á las órdenes públicamente, para que sea conocido por virtuoso, y digno de tan alto oficio, el que fuere admitido. Escribió algunas epístolas, en que trata la autoridad del sumo pontífice, á quien solo Dios puede juzgar, y de solo él recibe la superioridad, y poder sobre todas las otras Iglesias: y habla altamente de las Iglesias patriarcales. Escribió grandes alabanzas del apóstol san Pedro, y edificó su capilla, y otros lugares, donde se sepultasen los pontífices sus sucesores. Celebró dos veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó en ellas seis obispos, cinco presbíteros, y tres diáconos: y despues de haber gobernado la Iglesia de Dios nueve años, tres meses y diez dias, fué martirizado el año del Señor de 112, y el décimo tercio del imperio de Trajano. Fué sepultado en el Vaticano. Celebra la Iglesia su fiesta el dia de su martirio, que fué á 13 de julio. San Ignacio, en una epístola, que escribe á María Casobolite, hace honorífica mencion de san Anacleto. Adviértase, que algunos autores griegos confunden á Anacleto con Cleto, y de dos hacen uno, y que en la sucesion de los cuatro primeros papas, despues de san Pedro, varian mucho al-

UNIVERSIDAD DE M... BIBLIOTECA GEN...

gunos escritores eclesiásticos, y que no falta quien ponga el martirio de san Anacleto en tiempo del emperador Domiciano; pero lo que aquí hacemos dicho, como mas cierto y mas comun, se debe seguir.

* Los santos profetas Joel y Esdras. — Joel fué hijo de Phatuel, es el segundo de los doce profetas menores, y profetizó por los años 789 antes de Jesucristo. Su profecía escrita en hebreo, con estilo vehemente, expresivo y figurado, contiene particularmente la devastacion de la Judea por los caldeos, y bajo este tipo la destruccion de Jerusalen por los romanos, el fin del mundo, el juicio universal, las penas eternas para los réprobos, y una gloria sin fin para los justos. — Esdras, hijo de Saraías, soberano pontífice á quien dió muerte Nabucodonosor, ejerció el gran sacerdocio durante la cautividad de Babilonia. Su crédito con Artagerges Longimano, fué muy útil á su nacion; pues este príncipe lo envió á Jerusalen con una colonia de judíos, y se marchó cargado de riquezas para el templo, que se habia empezado á reconstruir en tiempo de Zorobabel, y que él se habia empeñado en concluir. Llegó á Jerusalen el año 467 antes de Jesucristo, y se dedicó sobre todo á reformar algunos abusos que se habian introducido entre el pueblo: proscribió singularmente los matrimonios en los israelitas con las mujeres extranjeras, y se preparó á hacer la dedicacion de la ciudad. Esta ceremonia llamó á Jerusalen todas las personas mas notables de la nacion: cuando estuvieron reunidas, Esdras les leyó la ley de Moisés, y desde esta época los judíos le llamaron el *príncipe de los doctores de la ley*. Él es, siguiendo las mas comunes conjeturas, quien recogió todos los libros canónicos, los purgó de toda mezcla, y los distribuyó en veinte y dos libros conforme al número de las letras hebreas. Dícese que Esdras instituyó una escuela en Jerusalen, de la cual salian los intérpretes de las Escrituras, que debian explicar ciertos pasajes á fin de que no fuese alterado su sentido. No se saben las circunstancias de su muerte; pero sí es cierto que fué santo, y que murió en la paz de Dios. Hay cuatro libros, dos de los cuales ha reconocido la Iglesia por canónicos, que llevan el nombre de Esdras, aunque de solo el primero hay seguridad de que haya sido él su verdadero autor: el segundo se cree que es de Neemías, y los otros dos de un autor desconocido. Algunos escritores le atribuyen además los dos libros del *Paralipomenon*.

San Silas, confesor. — Créese que fué discípulo del Salvador. Lo cierto es, que los apóstoles lo destinaron para ir á predicar el Evangelio á las iglesias de los gentiles en compañía de san Pablo y san Bernabé. Habiendo continuado su apostólico ministerio con un zelo que hizo ver estaba lleno de la gracia de Dios, despues de haber glorificado á Jesucristo en sus trabajos y aflicciones, murió en paz, en Macedonia, á fines del siglo I.

San Serapion, mártir. — Vivia en Egipto durante el reinado del emperador Severo, y habiéndole preso, lo llevaron á Alejandría donde residia el gobernador. Aquila Manifestóse el santo inflexible á las amenazas que le hicieron para que abandonase su religion, por cuyo motivo fué condenado á ser quemado vivo en compañía de otros nueve cristianos, que como él se habian mantenido constantes en la fé.

Santa Mirope, mártir. — Por los años 250, reinando en Roma el emperador Decio, y siendo Numeriano gobernador de la isla de Chio, en ella fué martirizada y muerta á palos santa Mirope, mujer de extraordinaria fortaleza y de heróica virtud. Por mucho tiempo se ocupó esta santa en curar milagrosamente á los enfermos por medio de un ungüento que formaba con la sangre de los mártires.

San Eugenio, obispo, y sus compañeros Salutario, Murita y otros. — San Eugenio era ciudadano de Cartago cuando en el año 481 fué elevado á su silla episcopal. Las virtudes que habia mostrado siendo seglar, aumentaron su brillo así que fué colocado en aquel puesto eminente, y gobernaba aquella Iglesia en santa paz cuando el rey Hunnerico mandó que todos los obispos católicos se reuniesen en Cartago para disputar con los prelados arrianos. Celebróse la conferencia el año 484; pero los arrianos se separaron de ella bajo frívolos y falsos pretextos. Hunnerico, partidario de los herejes, persiguió entonces á sus contrarios con pretextos mas falsos todavía. Hizo jurar á los obispos que «su deseo era que despues de su muerte reinase su hijo.» La mayor parte de los obispos creyeron que podian hacer aquel juramento, y algunos se negaron: Hunnerico los condenó á todos igualmente; á los primeros como refractarios á los preceptos del Evangelio, que manda no jurar, y á los otros como infieles á su príncipe. Poco despues dió órdenes para que la persecucion se hiciese general. Un gran número de vírgenes consagradas al Señor fueron cruelmente atormentadas, muriendo muchas de ellas sobre el caballete. Los obispos, los sacerdotes, los diáconos y legos de distincion que fueron desterrados, llegaron al número de 4966. En Cartago todo el clero fué azotado con látigos y varas y despues expulsado de la ciudad, sin que el venerable obispo Eugenio pudiese escaparse á tan bárbaros tratamientos. El pueblo seguia á los sacerdotes con cirios en las manos; y las madres llevando á sus hijos en brazos los ponian á los piés de los santos confesores, y les decian: ¿Cómo nos abandonais para correr al martirio? ¿quién bautizará nuestros hijos? ¿quién nos administrará la penitencia, y nos librará del peso de los pecados con el beneficio de la reconciliacion? ¿quién nos enterrará despues de muertos, y quién ofrecerá por nosotros el divino sacrificio con las ceremonias ordinarias? ¡Qué! ¿no nos será permitido marcharnos con vosotros? San Eugenio fué restituido á su diócesis en tiempo del rey Gombod, y desterrado despues segunda vez por Trasamundo, su sucesor, á las Galias. Retirado en Albi, vivió algunos años en santa soledad, dedicándose á escribir contra la doctrina de los perseguidores de la Iglesia católica, y coronó con una muerte preciosa, en 505, una vida sumamente laboriosa y agitada. Todo el clero de

Cartago, compuesto de unas quinientas personas, y de muchos niños que eran cantores de la misma Iglesia, murió en el destierro, y entre aquellos venerables confesores se distinguieron el insigne arcediano llamado Salutario, y Murita el segundo en órden, los cuales fueron atormentados tres veces y despues merecieron el título de una gloriosa perseverancia en Jesucristo.

San Turiano, obispo y confesor.—Nació en la diócesis de Vannes, y habiendo ido á Dol en su juventud, fué educado por san Tiarmel, que era á la vez abad de san Sanson, y obispo de Dol. Este prelado le confirió despues las sagradas órdenes, y posteriormente le hizo su vicario y le consagró por su coadyutor. El año 733, muerto san Tiarmel, fué Turiano colocado en su lugar, y se hizo desde luego recomendable por su piedad, su penitencia, su zelo su caridad, su fervor, y su firmeza en mantener la disciplina. San Turiano murió en paz el dia 13 de julio del año 749, ilustre en milagros, que se continuaron en su sepulcro.

Dia 14.

San Buenaventura, obispo y doctor.—El santísimo pontífice, y seráfico doctor de la Iglesia san Buenaventura, de la sagrada órden de san Francisco, nació el año del Señor de 1221, en una ciudad pequeña de la provincia de Toscana, que en latin se llama *Balneo Regio*, y en italiano *Bañarea*. Su padre se llamó Juan Fidansa, y su madre Rifela, personas principales y ricas. Siendo niño tuvo una tan recia y tan peligrosa enfermedad, que le desahuciaron los médicos, y su madre acudió á Dios, y tomó por intercesor al glorioso padre san Francisco, y le prometió, que si alcanzaba la salud de su hijo, ella procuraria, que tomase el hábito de su santa religion, y sirviese al Señor en ella. Dió salud al niño el Señor por los merecimientos, y oraciones del santo padre, y fué criado con devocion á su persona y órden, y enseñado en buenas letras y costumbres, hasta que tuvo veinte y dos años: y queriendo dar contento á su madre, y cumplir el voto que ella habia hecho, sintiendo que el Señor le movia á tan alta y santa devocion, tomó el hábito de la religion del padre san Francisco, con gran fervor, y menosprecio del mundo: y cumpliendo el año de la probacion, hizo su profesion, manifestando á todos el beneficio, que por mano de san Francisco habia recibido, y encomendándose efectuosamense á él, y pidiéndole favor para cumplir los votos que habia hecho. Luego comenzó el santo mozo á resplandecer entre todos los otros religiosos con grandes virtudes, y con su continua oracion, silencio, modestia, obediencia, afabilidad, y humildad, á atraer á sí los ojos de todos los que le miraban. Ocupábase muy de grado en barrer, fregar, y en los otros humildes oficios de la órden, y en servir, y regalar á los enfermos: y hacialo de tanto mejor gana, cuanto las enfermedades eran mas asquerosas, y contagiosas. Ejercitaba la caridad con los frailes, que veia tristes, ó desconsolados, y con sus dulces palabras los animaba á la perseverancia, y á llevar hasta el fin el suave yugo del Señor: lo cual todo lo ejerció con grande espíritu, y vigilancia, aun despues que fué padre grave en la órden, y ministro general. Dióse al estudio de la sagrada teología con grande afecto: y por la agudeza, y excelencia de su ingenio, y continuo trabajo, y mas por su oracion salió varon sapientísimo, y doctor divino. Tuvo por maestro en París á Alejandro de Ales, que en su tiempo fué famosísimo, y llamado «el doctor irrefragable:» el cual considerando la pureza de san Buenaventura, su gracia, y compostura, y suavidad de sus palabras, y conversacion angélica, hablando de él, solia decir muchas veces: Este es un verdadero israelita, en quien parece no haber pecado Adan. Alcanzó en breve tiempo tanta eminencia de ciencia, que á los siete años de religion, por comun consentimiento de los superiores de la órden, le fué dada la cátedra de teología, y leyó al maestro de las sentencias en la universidad de París, con grande aceptacion y admiracion. Allí tomó el grado de doctor, y tomóle el mismo dia, que el angélico doctor de la Iglesia santo Tomás, con el cual tuvo muy estrecha, y santa amistad, y con su humilde porfía le rindió, para que tomase primero el grado que él. Tratábanse estos dos santos con mucha familiaridad: y un dia, entrando santo Tomás en la celda de san Buenaventura, le rogó, que le mostrase los libros, por donde estudiaba. Mostróle san Buenaventura unos pocos, que allí tenia; y santo Tomás le tornó á rogar, que le mostrase los otros libros mas secretos, y raros de donde sacaba aquellos conceptos tan exquisitos, y sentencias maravillosas y profundas, que con tanta elocuencia decia. Entonces el humilde, y devoto santo le enseñó un crucifijo pintado, que tenia allí delante, y le dijo: Sabed cierto, padre, que este es el libro, del cual yo saco todo lo que yo leo, ó escribo, y que mayor lumbre recibe mi alma á los piés de este crucifijo, y en oir y servir á las misas, que en todos los ejercicios de letras. De lo cual quedó santo Tomás muy edificado, y mas aficionado á san Buenaventura; aunque no se le hizo cosa nueva; porque él tambien experimentaba en sí, cuanto mas le valia para alcanzar la verdadera sabiduría la oracion que la leccion. Otra vez, yendo á visitar santo Tomás á san Buenaventura, halló, que estaba escribiendo la vida de san Francisco, su padre, y no le quiso interrumpir, ni estorbar; antes le dejó, diciendo: Dejemos al santo, que trabaje por otro santo. Y parece, que nuestro Señor juntó en un mismo tiempo y lugar, á estas dos lumbreras de la Iglesia, para que la defendiesen, y resistiesen á unos hombres desvariados y locos, que en la universidad de París se levantaron contra las religiones de san Francisco, y santo Domingo, y escribieron libros contra ellas: los cuales refutaron con su excelente doctrina estos santos doctores, y la santa sede apostólica los condenó, y mandó quemar. Y así hablando el sumo pontífice Sixto V, de san Buenaventura, y de santo Tomás de Aquino, como de dos santos compañeros, y doctísimos varones, y pilares de la Iglesia, dicé estas palabras:

« Estos son dos olivos, y dos candeleros resplandecientes en la casa de Dios: los cuales con el óleo de la caridad, y con la luz de su ciencia, alumbran toda la Iglesia. Estos, con singular providencia de Dios, salieron, como dos estrellas, al mismo tiempo, de dos esclarecidas religiones, para defender la religion católica, y con sus trabajos ayudarla, y servirla en la defensa de la fé. De estos dos, como de una tierra fértil, y bien labrada, salen cada dia con la divina gracia admirables y fructuosas plantas, que son los varones en doctrina y santidad excelentes, para emplearse en socorrer á la nave de san Pedro, combatida por tantas partes de ondas y tempestades, y ayudar al romano pontífice, que está en el timon de esta nave, y con tanto trabajo y solicitud lleva el gobernalle.» Todo esto es del papa Sixto V, en la bula, en que manda, que san Buenaventura sea tenido por doctor de la Iglesia, como santo Tomás. Pero á mas de lo que estos dos santísimos condiscípulos y compañeros hicieron en comun contra aquellos monstruos que impugnaban sus religiones; otro doctor, llamado el maestro Giraldo, escribió un libro pernicioso contra los frailes, tomando ocasion de las faltas de algunos, para reprender á todos, é impugnar la pobreza evangélica, que ellos profesaban. Contra este libro escribió san Buenaventura otro, que se llama *Apologia pauperum*, con grande doctrina y elocuencia, y deshizo las falsedades y disparates de Giraldo: y nuestro Señor confirmó la verdad con el castigo que le dió; porque al cabo de pocos dias, paralítico y cubierto de lepra, acabó miserablemente su vida. Con estas obras, y las lecciones y disputas, que como maestro y catedrático cada dia hacia san Buenaventura, se iba conociendo y descubriendo mas la hacha encendida, que Dios habia puesto sobre el candelero, y la ciudad puesta sobre el monte, y se extendia la fama de su sabiduría por toda la tierra, y juntábase con ella una prudencia maravillosa, con la cual en las consultas de los prelados y capítulos de la órden, decia su parecer tan acertadamente, que continuamente todos le seguian, y tomaban sus respuestas como de un ángel del cielo. Por la fama de tan grandes virtudes y tan excelente doctrina, el papa Clemente, cuarto de este nombre, santísimo varon, quiso hacer á san Buenaventura arzobispo eboracense en Inglaterra; y él por su humildad rehusó aquella tan alta y rica dignidad, teniéndose por indigno de ella, y suplicó al sumo pontífice, que le dejase vivir en su pobreza evangélica, y servir á la Iglesia con el estudio de las letras sagradas: y así lo hizo el papa, por el gran provecho que toda la Iglesia católica sacaba de los fructuosos trabajos y doctrina singular de nuestro santo. Vacando el oficio de ministro general de toda la órden, aunque era mozo, y de solos treinta y cinco años, y de trece de religion, con grande conformidad fué elegido por padre y ministro general de la órden, con grande repugnancia y contradiccion suya; pero aceptó el cargo por obedecer á Dios y al sumo pontífice, que en su nombre se lo mandó, bajando los hombros á la carga pesada; la cual llevó con profunda humildad, extremada blandura, rara prudencia y zelo de la disciplina religiosa, y valor para hacer guardar la regla de su santo padre: y como dice el sumo pontífice Sixto IV en la bula de su canonizacion, no solamente guardó con mucha diligencia lo que por el bienaventurado san Francisco habia sido ordenado; mas añadió otras muchas cosas de nuevo, que por haber crecido el número de frailes, pareció se debian establecer: porque como todas las cosas humanas naturalmente tengan sus principios, medios y fines, y no perseveren en el estado y perfeccion que comenzaron, habia ya descaecido algo en tan pocos años su sagrada religion de aquel fervor de sus principios: y san Buenaventura, viéndose ministro general, procuró reducirla á ellos, y restituirla á aquel lustre y resplandor de su santidad, que habia tenido en vida de su padre san Francisco: y para esto tuvo capítulo general: dió nuevas órdenes: escribió epístolas á toda la órden: é hizo todo lo que pudo, con extraordinaria diligencia y santidad. Y con ser riguroso en esto, era muy blando con los flacos, y con los que reconocian sus culpas, y con los que habiendo dejado los hábitos, volvian á la religion y pedian penitencia. A estos tales recibia con gran caridad, como verdadero padre, para que no cayesen en desesperacion y en un abismo de infinitos males. En todos los trabajos y dificultades que tenia en su gobierno, acudia como á singular abogada y patrona, á la Madre de Dios, y mandó á sus frailes, que en sus sermones exhortasen al pueblo á su devocion, y á saludarla con la oracion del ángel, cuando oyesen tañer la campana despues de completas, y ordenó, que en los himnos dijesen: *Gloria tibi, Domine, qui natus es de Virgine*, desde la fiesta del nacimiento de Cristo hasta la de los Reyes; y en Roma instituyó cofradía y hermandad, que llaman del Confalon, dándole cierta forma de orar y rezar, en honra de nuestra Señora. Siendo san Buenaventura general, se trasladó el cuerpo del glorioso san Antonio de Padua á una iglesia suntuosa que se le habia edificado en la misma ciudad. Hallóse presente á esta traslacion: y con ser el año treinta y dos de su muerte, vió que estaba su lengua tan fresca y tan blanda, como si estuviera vivo. Tomóla en sus manos devotamente el santo varon, y derramando muchas lágrimas de sus ojos, dijo: ¡O lengua bendita, que siempre bendijiste á Dios, y ensoñaste á otros que le bendijesen: bien muestras ahora, cuán agradable le fuiste! Y besándola con mucha reverencia, la mandó poner aparte en un lugar honorífico.

2 Considerando la soberana majestad de Dios que está en el santo Sacramento del altar, y su gran vileza, y temiendo que no recibia al Señor con el aparejo y disposicion que convenia, estuvo muchos dias sin llegarse al altar: y un dia oyendo misa, al tiempo que el sacerdote partia la hostia, una parte de ella se vino á él, y se le puso en la boca: y haciendo gracias al Señor por este tan incomparable beneficio, entendió, que con él le queria enseñar, que gusta mas Dios de los que con amor y entrañable afecto se llegan á él, y le

reciben, que no de los que por temor se apartan, y dejan de conversar con su Criador, que tan benignamente los ama y busca; como despues el mismo santo lo escribió. Una cosa escribe muy notable Pedro Gelasino, varon docto, y curioso de nuestro tiempo, en la vida de san Buenaventura, para declarar la grande opinion y autoridad, que tenia este santo en la Iglesia de Dios. Dice, que muerto Clemente IV, duró la sede vacante casi tres años; porque diez y siete cardenales que en la ciudad de Viterbo se juntaron para la eleccion del nuevo pontífice, no se concertaban, ni convenian en la persona que habian de elegir; y que últimamente vinieron en dar sus votos á san Buenaventura, por su gran santidad, prudencia y erudicion, para que él solo eligiese la persona que le pareciese en el Señor mas digna para aquella dignidad suprema, y que si se nombrase á sí mismo, fuese tenido y obedecido por papa. Y añade, que el santo fué tan entero, que desnudándose de todos los afectos que le podian cegar, y de los respetos y amor de los cardenales presentes, nombró á Teobaldo, vicecómite placentino, y arcediano de Lieja, varon de grande religion y fama, que á la sazon estaba ausente, y ocupado en la conquista de la Tierra santa, y se llamó en su asuncion Gregorio X. Todo esto dice este autor. Habiendo, pues, gobernado san Buenaventura muchos años su sagrada religion, y floreciendo ella por su gobierno, y el santo por la vida admirable y doctrina excelente, y prudencia singular de que Dios le habia dotado; el papa Gregorio X, que entonces presidia en la silla de san Pedro, mandó juntar concilio general en la ciudad de Leon de Francia, para que en él se tratase de la union de la Iglesia griega con la latina, y de otras cosas de grande importancia, y ordenó á san Buenaventura que viniese al concilio, para servirse de él: y para poderlo hacer con mayor autoridad le hizo cardenal y obispo Albano, que es uno de los seis obispados sufragáneos del obispo de Roma. Y así estando el papa presente en el concilio, san Buenaventura llevó el mayor peso en todos los negocios graves que se ofrecieron en él, y en las disputas con los griegos (los cuales se redujeron, y reconocieron al papa por su pastor, y se juntaron á su obediencia), y en las otras difiniciones de aquel sacro concilio. En el cual quiso Dios honrarle, y darle el premio de sus trabajos, y llevarlo al descanso de la bienaventuranza; porque á los 14 de julio del año de nuestra salud de 1274, y á los cincuenta y tres de su edad, dió su alma al Señor, y su cuerpo fué enterrado en san Francisco, en la misma ciudad de Leon, con gran sentimiento y lágrimas de todos los presentes, que á una voz afirmaban, que aquel dia habia perdido la santa Iglesia el mejor soldado que tenia; y el mismo papa Gregorio X, lloró la muerte de san Buenaventura, por la gran pérdida que dijo haber recibido la Iglesia. Celebráronse suntuosamente sus exequias: cantó la misa Pedro de Tarantasia de la órden de santo Domingo, que á la sazon era cardenal, y obispo de Ostia, y despues fué sumo pontífice, y se llamó Inocencio V, y él mismo predicó, y entre las otras cosas que dijo en su alabanza fué una: que todos los que le miraban, luego se le aficionaban, y se le rendian, y de buena gana tomaban sus amonestaciones y consejos; porque era benigno, afable, humilde, á todos agradable, prudente, casto, apacible, y adornado por extremo de todas las virtudes. Lo cual hoy dia se echa bien de ver en los muchos y doctísimos libros que dejó escritos, en los cuales resplandecen todas estas virtudes, y con una doctrina celestial, un fuego de amor divino, que alumbra el entendimiento de los que los leen, y abrasa su voluntad, y los enternece, y mueve extrañamente. Porque la doctrina de san Buenaventura no es seca, ni fria, ni para solo el entendimiento, sino jugosa, ardiente, y para encender el corazon, y abrasarle con llamas de amor: y por esto con mucha razon es llamado *el doctor seráfico*; porque como un serafin arde y enciende. Y por esto dijo el doctísimo Juan Gerson, cancelario de la universidad de París, hablando de la doctrina de san Buenaventura, que no hay ninguna para los teólogos mas sublime, ninguna mas divina, ni mas saludable y suave. Y en otra parte dice: «Aunque otros doctores se llaman querubines por la eminencia de su ciencia, san Buenaventura juntamente es querubin y serafin, porque inflama el afecto, y alumbra el entendimiento, y reduce y une el alma con Dios por amor.» Y en otra parte: «San Buenaventura es singular entre todos los doctores católicos; porque sin hacer agravio á ninguno de ellos, es muy eficaz y segurísimo para alumbrar el entendimiento é inflamar el afecto.» Y el abad Juan Tritemio dice, que san Buenaventura excede á todos los doctores de su tiempo en el provecho de sus obras, si miramos al espíritu del divino amor, y á la devocion cristiana que habla en él: «Es profundo (dice), y no hablador: sutil, y no curioso: elocuente, y no vano: sus palabras no son henchidas, sino fervorosas: así mas seguramente se lee, y mas fácilmente se entiende, del que ama, y con mas provecho se repite, y con mas suavidad y fruto queda en la memoria lo que se ha leido. Muchos enseñan doctrina, y muchas cosas devotas; y pocos de los que escriben libros, supieron juntar la doctrina con la devocion: pero san Buenaventura excede á los muchos y á los pocos; porque su doctrina es madre de la devocion, y la devocion es cebo de la doctrina: por tanto si quieres ser docto y devoto juntamente, lee siempre atentamente sus obras.» Hasta aquí son palabras de Tritemio. Pero mas altamente, y en menos palabras lo dice el papa Sixto IV en la bula de la canonizacion de san Buenaventura: y el papa Sixto V, dice: «Tuvo san Buenaventura un don propio y singular de escribir, no solamente con gran sutileza de argumentos, y facilidad en el decir, y prudencia en el difinir, sino tambien de mover los ánimos con una fuerza mas divina que humana: porque de tal manera con una suma erudicion junta un fervor de prudencia admirable, que enseñando mueve al lector: penetra hasta lo mas íntimo de las entrañas; y le compunge con unos estímulos de serafin, y le baña de una suavísima dulzura de devocion: y admirando

esta gracia en su boca y en su estilo, nuestro predecesor Sixto IV, santo pontífice, no dudó decir, que parecia haber hablado el Espíritu santo en san Buenaventura.» Hizo Dios muchos y muy grandes milagros por los merecimientos de san Buenaventura despues de su muerte: sanó muchos enfermos de todas enfermedades: resucitó á un niño muerto: socorrió á muchas mujeres que estaban con recios dolores de parto, que fueron libres y remediadas por la invocacion y merecimientos de este santo; al cual canonizó, y puso en el catálogo de los santos el papa Sixto, cuarto de este nombre, que habia sido fraile y general de la órden de san Francisco, el año de 1482, y doscientos y ocho años despues que el santo murió. Y el papa Sixto V, fraile de la misma órden, mandó que se rezase de san Buenaventura con la misma solemnidad, que por constitucion de Bonifacio VIII, se reza de los cuatro doctores de la Iglesia, y por la del papa Pio V, de santo Tomás de Aquino. Escribe de san Buenaventura el Martirologio romano á los 14 de julio; el papa Sixto IV; san Antonino, y Pedro Gelasino, protonotario apostólico; y mas copiosamente la crónica de la órden de san Francisco, en la cual en la segunda parte, lib. II, cap. VII, se dice, que amó tanto la pobreza hasta la muerte, que hasta el pontifical que dejó, todo fué de lienzo de poco valor, como hoy se ve en san Francisco de Leon de Francia: y que en su traslacion, que se hizo el año de 1434, y ciento y sesenta años despues de su muerte, á otra iglesia mayor de san Francisco, fué hallada su cabeza entera con sus cabellos, labios y dientes, y lengua fresca, y ninguna cosa mudada de cuando vivia, y su corazon sin corrupcion alguna.

* San Justo, soldado y mártir.—Era este santo oriundo de la ciudad de Roma, y servia en las armas imperiales, profesando odio mortal á los cristianos. Un dia se le apareció en los aires una cruz milagrosa, rodeada de resplandores celestiales. Al momento se convirtió á Jesucristo, se hizo instruir en su doctrina, y habiéndose bautizado, repartió á los pobres cuanto tenia. Seguia viviendo en Roma, frecuentando las asambleas de los fieles, observando con escrupulosidad las leyes del Evangelio, y asistiendo con particular esmero á los santos confesores que se preparaban al martirio, cuando de repente fué preso por órden del gobernador Magnecio, que habiéndole querido obligar á ofrecer incienso á los ídolos y negándose el santo, lo mandó azotar con nervios. En seguida le cubrieron la cabeza con un yelmo encendido, y le echaron en una grande hoguera; pero el Señor que cuida de sus siervos y los mira como la pupila de sus ojos, le sacó libre de todos los tormentos sin que hubiese recibido lesion uno solo de sus cabellos; pero al poco tiempo, espiró Justo confesando á Jesucristo, en la misma ciudad de Roma, durante el siglo III.

San Focas, obispo y mártir.—Natural del Asia, cuyas regiones ilustró con su predicacion y su santidad. Fué obispo de Sinope en el Ponto, en cuya ciudad sufrió martirio en tiempo del emperador Trajano. Primeramente estuvo mucho tiempo cargado de grillos y cadenas en una oscura prision, y permaneciendo siempre constante en la fé de Jesucristo, fué arrojado á una hoguera desde la cual voló su dichosa alma al cielo, muriendo á principios del siglo II. Sus reliquias fueron trasladadas á Viena de Francia y se veneran todavia allí en la iglesia de los santos Apóstoles.

San Heraclas, obispo.—Fué el discípulo mas aventajado de Orígenes y su sucesor en la escuela de Alejandría, en la cual enseñó por muchos años con esclarecida reputacion. Estando vacante la silla episcopal de la misma ciudad por muerte del patriarca Demetrio, fué elegido Heraclas para ocuparla, y desempeñó su elevado ministerio como un sabio segun el corazon de Dios y como un fiel discípulo de Jesucristo. Continuó hasta su muerte instruyendo constantemente al pueblo, y mereció gozar de tanta fama, que segun cuenta Africano, historiador antiguo, muchos habian ido á Alejandría con el solo objeto de ver al santo obispo. Por fin coronado este de merecimientos y de virtudes, descansó en el Señor, despues de un pontificado de diez y seis años, el dia 5 de diciembre del año 247.

San Ciro, obispo confesor.—Floreció este santo durante el siglo III, fué obispo de Cartago, y murió resplandeciente en virtudes y milagros, el año 303. San Agustin predicó despues un sermon al pueblo, excitándole á imitar las virtudes de este ilustre prelado, de quien nada mas sabemos que lo dicho.

San Félix, obispo.—Fué enviado por el apóstol san Pedro á predicar el Evangelio á diferentes provincias de Italia, y ordenado por él mismo primer obispo de Como, cuya ciudad convirtió á Jesucristo. La gracia divina resplandeció siempre en todas las acciones de su vida, y aunque no sabemos si derramó su sangre por la fé, es de creer que al menos padeció mucho durante la primera persecucion de la Iglesia, en que tan afligida estuvo la de Italia. Su muerte se halla colocada á fines del siglo I, y su memoria es muy venerada no solo en Como donde se le honra como su apóstol, si que tambien en otras regiones de Italia que muchas veces han experimentado los efectos de su patrocinio.

San Optaciano, obispo.—Vivió en tiempo del emperador Valentiniano III, siendo papa san Leon el Grande, por quien fué consagrado obispo de Brescia. Asistió al concilio de Milan celebrado por Eusebio, obispo de la misma ciudad, y se distinguió en él por su zelo y sabiduría. Fué infatigable en proporcionar á sus ovejas abundante pasto de doctrina, y en preservarlas contra los errores que infestaban entonces el rebaño de la Iglesia, y murió en paz en su ciudad episcopal, no sabemos en qué año del siglo V.

San Marcelino, presbítero y confesor.—Fué inglés de nacion, y habiendo pasado á Francia con otro compañero suyo, siendo aun muy jóven, abrazó el estado eclesiástico y fué ordenado presbítero. Apenas se vió revestido de esta dignidad, empezó á predicar por todas partes los preceptos y las máximas del Evangelio; y sus traba-

jos apostólicos, favorecidos con la ayuda del cielo, alcanzaron la conversion no solo de muchos infieles á la religion, si que tambien de muchísimos cristianos al verdadero camino que habian abandonado. Marcelino gozó de una larga vida, empleada toda en el servicio de la Iglesia y gloria de Dios, hasta que hallándose por los años 800 en Deventer de Bélgica, trabajando en sus misiones, fué acometido de una enfermedad mortal, que despues de haberle hecho padecer mucho, le llevó á gozar de Dios.

Dia 15.

SAN ENRIQUE, EMPERADOR. — San Enrique, emperador de Alemania, llamado por su gran devocion *el Pio*, fué hijo de Enrico, duque de Baviera, y heredó los estados de su padre, siendo mozo de raras virtudes y partes naturales, de grande ingenio y letras, mas de las que suelen caber en las ocupaciones de los príncipes. Fué despues elegido con gran conformidad el año de 1001, por emperador de Alemania, sucediendo en el imperio de Oton III. Los historiadores italianos cuentan á san Enrique por primero de este nombre; porque á Enrique, duque de Sajonia, llamado *Auceps*, que precedió antes en el imperio, no le ponen en el número de los emperadores, por no haber bajado á Italia, ni coronádose en ella. Seis años antes de subir san Enrique á la dignidad imperial, estando en Ratisbona, se le apareció san Uvolfango, obispo de aquella ciudad, en una notable vision: representósele, que estaba en la iglesia de san Emmeramo, para visitar el sepulcro de san Uvolfango, que estaba en ella. Aparecióselo luego el santo, diciéndolo: Mira con atencion las letras que están escritas en la pared junto á mi sepulcro. Hízolo así Enrique, y notó estar escritas estas solas palabras: *Post sex*. Despues de vuelto en sí, revolvia en su pensamiento, qué le queria el cielo significar con aquella cifra. Parecióle al buen príncipe lo mas seguro, que dentro de seis dias moriria; y así hizo luego grandes limosnas, y se dispuso para esperar la muerte; mas pasado el término de seis dias, sin caer malo, entendió el piadoso duque la interpretacion de aquella escritura á seis meses; en los cuales se ocupó todo en prepararse para morir al cabo de ellos: mas como tambien se alargaba su vida á mas tiempo, alargó tambien san Enrique el sentido de aquellas palabras á seis años, disponiéndose tambien en ellos para su último dia; porque de esta manera le quiso obligar la divina bondad á adelantarse en las muchas virtudes que tenia, y disponerle para que fuese un verdadero dechado de emperadores y príncipes cristianos. En cumpliéndose los seis años, fué elegido por emperador, y acabó de entender, que la revelacion que habia tenido, no era de su muerte, sino de la majestad del imperio romano. No le faltó en su eleccion ningun voto, sino el de Heriberto, arzobispo de Colonia, que aunque fué varon santísimo, entre él y el santo emperador Enrique, no habia la correspondencia que merecian las virtudes de entrambos, por causa de algunos malsines, y siniestras informaciones de gente envidiosa, hasta que ilustró Dios al santo emperador, revelando la verdad, y cuan gran siervo suyo era el arzobispo de Colonia. Fuése luego el piadoso príncipe á pedir perdon al santo prelado de no haber sentido de él con la estimacion que debiera, todo con grande humildad, y muestras de amor del santo emperador: el cual no quedando contento con esta sola reconciliacion, á la noche siguiente despues de maitines se fué solo á la cámara de san Heriberto: mas no hallándole allí, sino en un oratorio, donde solia estarse el santo prelado largas horas en oracion, entró en él, y despojándose de su palio imperial, se postró en el suelo á los piés del arzobispo, y con grande humildad y contricion de su espíritu, le tornó á suplicar le perdonase, y admitiese como á sacerdote de Cristo. El santo arzobispo se levantó del suelo con gran contento suyo, quedando de allí adelante muy amigos. Verdaderamente fué este un grande ejemplo de humildad y sujecion á la Iglesia; porque no habiendo ofendido el emperador, ni de obra ni de palabra, al arzobispo, dió muestras de tan rara penitencia y rendimiento, por solo lo que le habia pasado por el pensamiento contra un prelado eclesiástico, y siendo mal informado.

2 Fué el emperador Enrique, justo, piadoso y favorecedor de los buenos, y de los letrados, muy temeroso de Dios, y deseoso de acertar en todo, y así para cualquiera cosa que hubiese de disponer, ó hacer en el gobierno del imperio, primero la consultaba con Dios, dando largas limosnas, y orando fervorosamente, para que el Señor le alumbrase, para hacer lo que fuese de su mayor servicio. A los que le daban consejo oia de buena gana, y á los eclesiásticos que le reprendian, aunque no fuese por culpa suya, premiaba largamente. Estaba un dia el emperador para asistir á unos espectáculos, ó fiestas públicas, que se hacian de unos osos y de un hombre cubierto de miel. Pareció mal esto á san Popo, abad, y reprendió al emperador, por haber querido asistir á tales fiestas. El santo príncipe luego las dejó, y mandó no se hiciesen, quedando tan agradecido á su reprensor, que le hizo abad estabulense.

3 Tuvo este piadoso príncipe gran cuidado en amplificar la religion católica y el culto divino, dando grandes riquezas, posesiones y rentas á las Iglesias, y reparando muchas que estaban destruidas de los esclavones y otros bárbaros, contra los cuales fue valerosísimo é invencible: porque habiendo vencido á Roberto, rey de Francia, aunque excelente príncipe, y así hecho paces con él; mandó juntar dieta, en la cual determinó hacer guerra á los infieles, especialmente á los polacos, bohemos, moravos y esclavones. Juntó un buen ejército, y confiado en Dios, y ciñéndose con la espada, que habia sido de san Adriano, mártir, salió á campaña contra tantos enemigos. Llegándose á alojar á un campo, donde habia estado la iglesia de Merseburg, viendo aquel santo lugar todo destruido y asolado, hizo voto á san Loren-

zo de reedificar aquella iglesia en honra suya, si alcanzaba victoria. Los príncipes de Polonia y Bohemia, y de los esclavones, y Moravia, juntaron un formidable ejército de gente innumerable, saliendo al encuentro al pisimo emperador: el cual no por eso temió, sino confiando en el Señor, mandó que todo su ejército confesase y comulgase, como solia hacer, y encomendándoso afectuosamente á san Lorenzo, san Jorje y san Adriano, mártires, exhortó á los suyos á pelear animosamente, esperando el favor del cielo. Vió luego á los tres santos mártires, y un ángel, que venian en su favor, yendo delante de su gente, matando á la de los enemigos, y haciéndolos huir: con lo cual alcanzó una milagrosa victoria, sin derramamiento de sangre de los soldados alemanes del santo emperador: el cual hizo tributarias á Polonia, Bohemia y Moravia, quedando agradecidisimo al Señor de los ejércitos, que con tan manifiesto milagro le habia hecho vencedor de sus contrarios. Cumplió luego su voto, reedificando la iglesia que habia prometido. Tuvo despues otra victoria no menos maravillosa de los borgoñeses, los cuales, estando muy poderosos y armados, no por temor, sino por un instinto divino, se le rindieron sin querer pelear, rogándole con paz; porque el santo emperador peleaba mas con oraciones, que con armas: y así le hizo Dios triunfador de sus enemigos, sin muerte ni derramamiento de sangre.

4 Fundó totalmente el obispado de Bamberga, haciéndole tributario de la Iglesia romana, y consagrándole á los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y á san Jorje, mártir, haciendo otras grandes liberalidades con muchas iglesias; porque el santo emperador no queria tener sino á Dios por heredero: y aunque se casó, por contentar á los príncipes de Alemania, con Cunegunda, hija del conde Platino, del Rin; guardaron ambos castidad virginal, viviendo como hermanos en grande paz y conformidad, y empleándose en heróicas obras de virtud. Mas el enemigo comun, no pudiendo sufrir que hiciesen en la tierra vida tan angélica y pacífica los dos santos casados, instigó á algunos calumniadores, que levantasen un falso testimonio á la santa emperatriz, poniendo dolo en su honestidad; mas el Señor declaró su inocencia con una grande maravilla: porque anduvo la honestísima señora con los piés desnudos sobre barras de hierro hechas ascua, sin quemarse, en testimonio de que era vírgen, y de que ni el emperador su marido, ni otro hombre nacido habia violado su entereza y virginidad.

5 Pasó el religioso emperador á Italia, para restituir, como lo hizo, á la silla de san Pedro á Benedicto VIII, de la cual habia sido injustamente despojado, y componer las cosas de aquellas provincias: donde habiendo con gran valor recobrado la provincia de la Pulla, que le habian usurpado los griegos, y sujetado á los infieles, que en Italia habia, le apretó un grande dolor de piedra, el cual llevaba el siervo de Dios con singular paciencia, y humildad; pero viendo, que su salud era necesaria, y que los remedios humanos no se la daban, quiso ayudarse de la intercesion de san Benito, cuyo sepulcro fué á visitar al monte Casino, ante el cual hizo oracion; pero muy dudoso, si estaba allí el cuerpo del santo, porque en aquella sazon habia corrido fama, que le habian hurtado. Cuando acabó la oracion san Enrique, y se fué á descansar, se le apareció en sueños san Benito, que traia en la mano una navaja de cirujano, con que abren á los de mal de piedra, y dijo al santo emperador: Porque esperaste en Dios, y en sus santos, vengo á tí para curarte: yo soy aquel, cuyos huesos, pensabas, no estaban en mi sepulcro, y en testimonio de la verdad te sanaré de tu enfermedad, y dolores. Diciendo esto, abrió el santo aquella parte del dolor, y sacó blandamente la piedra, poniéndola en la mano del enfermo, que quedó ya sano milagrosamente. Cuando despertó san Enrique, y se vió con la piedra en la mano, y del todo bueno, mandó á sus guardas, le llamasen luego á todos los príncipes y obispos, que venian con él, y lleno de contento, y agradecimiento al autor de tan grandes maravillas, les manifestó lo que habia pasado, y mostró la piedra, que san Benito le sacó: pidiendo á todos le ayudasen á ser agradecido á Dios, y con consejo de aquellos príncipes dió á aquel monasterio grandes dones, y riquezas, y lo mismo hizo con otros muchos de la órden de san Benito.

6 Estando en Roma el devotísimo príncipe, donde fué coronado con gran solemnidad del papa Benedicto, reparó, que los sacerdotes de Roma no decian el símbolo en la misa despues del Evangelio, como lo hacian en otras partes: y preguntando la causa, le fué respondido, que por la firmeza de la fé de la silla romana, que nunca habia sido contaminada de alguna herejía; y así mas necesidad habia de repartirse la confesion de la fé en otras partes, donde habian entrado muchas herejías. Con todo eso persuadió el piadoso príncipe al papa, que tambien mandase decir en Roma el símbolo, como se hacia en toda la cristiandad, así porque diese Roma ejemplo á las demás Iglesias, como por la uniformidad de todos los católicos; y tambien porque convenia, que la autoridad primaria de la Iglesia romana condenase dentro de sus muros todas las herejías, diciendo el símbolo de la fé.

7 Cuando volvió á Alemania san Enrique, quiso pasar por Francia, y visitar el monasterio Cluniacense, que florecia entonces con fama de gran santidad: tuvo allí mucho consuelo de su espíritu el religioso príncipe; y estando oyendo la misa de la Cátedra de san Pedro, llevado de un gran fervor ofreció en ella su corona de oro llena de preciosísimas piedras, dando despues á aquella santa casa muchas tierras, y posesiones en Alsacia. Por la grande devocion que tenia este piadoso emperador á la silla de san Pedro, rogó al papa Benedicto VIII, á quien habia restituido á su dignidad, que visitase á Alemania, principalmente al obispado de Bamberga, que le habia hecho feudo suyo, con pension, que pagase el obispo al sumo pontífice cada año cien marcos, y un caballo blanco. El pontífice, que estaba tan obli-

gado del emperador, le quiso dar gusto en esto, y fué grandemente festejado el vicario de Cristo del devoto emperador, en toda Alemania, principalmente en la ciudad de Bamberga, donde le recibió san Enrique con gran solemnidad, humildad, y devocion suya.

8 Tuvo gran zelo este santo príncipe de amplificar la religion cristiana, y deseoso de la conversion del reino de Hungría, casó á su hermana Gisila con el rey de aquellas gentes, que fué san Estévan, el cual con el favor del emperador, su cuñado, redujo todas sus provincias al yugo de Cristo.

9 Despues de tan heróicas obras de virtud, y muchas victorias, que alcanzó san Enrique, como valeroso emperador, de sus enemigos, saliendo siempre vencedor, tuvo una dichosa muerte: el cual viendo, que llegaba su última hora, llamó á todos los príncipes del imperio, y tomando por la mano á su mujer santa Cunegunda, se los encomendó encarecidamente, declarando, como estaba vírgen, y que él nunca habia llegado á ella. Encomendóles tambien, que eligiesen por emperador despues de su muerte á Conrado, duque de Suavia, príncipe muy valeroso, y digno del imperio. Murió san Enrique de cincuenta y dos años, habiendo sido los once emperador: fué sepultado en su Iglesia de Bamberga, donde nuestro Señor le ilustró con muchos milagros; aunque no faltaron algunos que le fueron adversos despues de muerto: pero Dios nuestro Señor, que mira la honra de los suyos, miró por la del santo emperador. Tratándose por órden del emperador Conrado en Roma de la canonizacion del piadosísimo príncipe Enrique, su predecesor, habia un cardenal, que lo resistia, y estorbaba mucho alargándose á decir mal del santo. Pero estando una vez murmurado de él, quedó de repente ciego: conoció ser castigo de Dios, y á voces lo publicaba, trocando en alabanzas las calmunias que antes habia dicho. Hizo penitencia de su pecado, y pidió perdon al santo emperador: por cuya intercesion tornó á cobrar la vista milagrosamente.

10 Otro sacerdote de la Iglesia de Bamberga comenzó á dudar de los milagros, que hacia san Enrique, y á pesarle de la honra, que le hacian todos, como á santo; y tuvo el mismo castigo del cielo, perdiendo la vista de los ojos. Cuando sintió esta plaga, tuvo gran pena, y hacia muchas oraciones, y rogativas á varios santos, para que le diesen vista. Un dia despues de haber hecho muchas devociones, se quedó dormido: apareciósele luego san Uvolfango, de quien era devotísimo, el cual dijo al sacerdote: Ora al santo confesor de Cristo Enrique, emperador, y él te librará de tu afliccion; porque en castigo de haber sentido mal de su santidad te sobrevino la ceguera, que padeces. Despertó con esto el sacerdote: fuése luego al sepulcro de san Enrique, á quien pidió perdon con muchas lágrimas, y juntamente la vista, que habia perdido justísimamente en el cuerpo; pues estaba tan ciego en el alma, que no veia la luz, y resplandor de sus grandes virtudes. Oyóle el siervo del Señor san Enrique, por cuyos merecimientos cobró luego la vista el afligido sacerdote: el cual quedó tan agradecido al santo por el beneficio recibido, que se hacia lenguas en loores, y alabanzas suyas.

11 Tuvo san Enrique un hermano, llamado Bruno, que fué obispo de Augusta, el cual por no ser muy hermano del santo emperador en las costumbres, no lo era tampoco en el afecto, teniendo envidia de la honra, á que habia subido, y á la que todos le hacian, por su excelente vida, y hechos. Despues de muerto su santo hermano procuró deshacer algunas cosas, que en vida habia dispuesto, especialmente el señorío, y tierras, que dió al obispo de Bamberga; y así procuró con el emperador Conrado, que sucedió á san Enrique, que se deshiciese aquel obispado, dándose sus rentas á la reina de Hungría Gisila, mujer de san Estévan, reina, y hermana del santo emperador, á la cual decia, que pertenecia. Ya estaban las cosas dispuestas, para que en la primera junta, que se hiciese, á la cual habia de asistir Bruno, como el principal motor, se habia de poner luego en ejecucion el desposeer al obispo de Bamberga: la noche antes se apareció san Enrique á su hermano Bruno, con un rostro maltratado, y la mitad de la barba arrancada. Preguntóle Bruno: ¿Quién habia sido tan atrevido, y temerario, que le hubiese puesto así? Respondióle el santo emperador: Tú eres, el que me maltratas, que has procurado quitar á mí, y á los santos de Dios, lo que yo les he dado: mira, lo que haces, y desiste de esos intentos; porque si no, serás castigado de Dios rigurosamente. Despertó Bruno asombrado, y temblando, de lo que habia oido; desistió luego de lo que habia pretendido, publicando lo que habia pasado, y confesando lo mal que habia hecho en intentarlo. Escribió la vida de san Enrique, emperador, Adebaldo, obispo, y trae una muy fidedigna Enrique Canisio, y la refiere el cardenal Belarmino en su libro del Príncipe cristiano. Tambien ponen su vida los escritores de las vidas de los emperadores, y Francisco Haereo en las vidas de los santos, que juntó.

SANTIAGO, OBISPO Y CONFESOR. —La vida de Santiago, obispo de Nisibe, escribió Teodoreto, obispo de Ciro, de esta manera. Nisibe es una ciudad rica, y populosa, en los confines del imperio romano, y del reino de Persia, en la cual nació este grande y santísimo varon: dióse desde su mocedad á la virtud y al recogimiento, y retirándose á un desierto, hizo vida solitaria, áspera, y penitente. En el verano vivia, y dormia en el campo, en el invierno se recogia á una cueva estrecha: no comia sino yerbas, que de suyo produce la tierra: vestíase de pelos de cabras: afligia su cuerpo con ayunos y penitencias; y recreaba su alma con perpetua oracion, y contemplacion del sumo bien: y el Señor le favorecia con varias, y divinas ilustraciones, y le declaraba mucho antes, lo que despues habia de venir. Pero como en su tiempo el demonio anduviese suelto, y mucha gente estuviese sepultada en las tinieblas de la idolatría, y el santo fuese muy zeloso de la gloria del verda-

dero Dios, y del bien de aquellas almas, que el demonio en la sombra de la muerte tenia cautivas; vínole gana de entrar en Persia, y probar, si con su presencia, y doctrina, podia ayudar en algo á nuestra santa religion, y alumbrar á los ciegos gentiles de aquel reino.

2 A la entrada, pues, de un pueblo de Persia vió, que estaban unas mujeres lavando cerca de una fuente, con poca modestia, y recato: las cuales, cuando le vieron, no solamente no le hicieron acatamiento, mas como eran idólatras, y de poca vergüenza, comenzaron á mirarle desenvueltamente, y como á hacer burla de él. El santo, aunque por lo que á él tocaba, se holgaba de su menosprecio, todavia le pareció que para exaltacion de nuestra santa fé convenia hacer alguna demostracion, y castigar aquel atrevimiento: y movido del Señor, mandó á la fuente, que se secase; y así luego se secó, y echó su maldicion á las mujeres que lavaban: las cuales súbitamente vieron sus cabezas llenas de canas, y que su cabello negro, ó rubio, habia tomado otro color. Con esto conocieron, que aquel era mas que hombre, y fueron corriendo á la ciudad, avisando lo que habian visto, y como la fuente se habia desaparecido, y mostrando sus cabezas blancas. Salió el pueblo á honrar, y reverenciar al santo, y á suplicarle, que alzase la mano de aquel justo castigo; y él lo hizo, y con su oracion restituyó á la fuente sus aguas, y mandó que viniesen á él aquellas mujeres, y algunas vinieron, y otras no; mas los cabellos, de las que vinieron, y se sujetaron al santo, cobraron su natural color, y las que no quisieron venir, se quedaron con sus canas.

3 Otra vez vió que un juez de los persas habia dado una injusta sentencia: estaba allí cerca del tribunal una gran peña, y como si tuviera sentido, mandóle Santiago, que se partiese en muchos pedazos, para que el mal juez conociese la mala sentencia que habia dado; y al momento la peña se hizo pedazos, quedando todos los circunstantes admirados, y el juez temblando, y confuso: y revocando la sentencia que habia dado, pronunció otra justa, y conforme á razon.

4 Con estas, y otras cosas milagrosas semeantes á estas, comenzó Santiago á resplandecer, y á ser muy famoso, y estimado en el mundo: y estando vacante la silla obispal de su ciudad, por divina voluntad fué elegido por obispo, y él bajó el cuello al yugo, por no resistir al Señor. Pero no por haber subido á mas alta dignidad dejó su humildad y pobreza, y la manera de vivir, que antes tenia: la comida, el vestido, la cama, y lo demás de su persona era lo mismo que antes, y solo habia mudanza en los nuevos cuidados, que le habian entrado de apacentar sus ovejas, socorrer á los pobres, proveer los huérfanos, consolar á las viudas, y desentrañarse á sí, por hacer bien á todos. Y como era tan grande su misericordia, y liberalidad para con los pobres, una vez algunos de ellos se juntaron para sacarle con embuste y engaño una limosna, pidiéndosela para uno de ellos, que decia era muerto, y él en el semblante lo mostraba. Enterneciése el santo, y alzando los ojos al cielo, suplicó á nuestro Señor, que recibiese el alma de aquel pobre hombre muerto en sus moradas eternas, y dió á los otros la limosna, que le pedian, y siguió su camino; pero cuando los otros pobres llamaron al que se habia fingido muerto, para que gozase del fruto de su engaño, hallaronse ellos engañados, y vieron, que estaba verdaderamente muerto: y asombrados se fueron tras el santo obispo, suplicándole humildemente, que los perdonase, y que restituyese la vida á su compañero muerto; pues su pobreza, y no otra causa, los habia movido á hacer lo que hicieron: y el santo se enterneció, é imitando la clemencia del Señor, con su oracion dió la vida, que habia quitado al que estaba sin ella, y muerto en el suelo.

5 Entre los otros insignes y divinos varones, que se hallaron en el concilio Niceno, siendo emperador el gran Constantino, para condenar las blasfemias, y herejías del desventurado Arrio, fué uno nuestro santo obispo: y despues, cuando el perverso Arrio pretendió con mano armada entrar en la iglesia de Constantinopla, y apoderarse de ella; el mismo santo obispo aconsejó á san Alejandro, obispo de Constantinopla, que ayunasen, orasen, y pidiesen á nuestro Señor, que volviese por la verdad de su fé, y reprimiese aquella furia infernal, que la turbaba; y por la oracion de los dos santos obispos, Dios lo hizo con un evidente milagro: porque viniendo Arrio una mañana acompañado de gran muchedumbre de soldados, y gente de guerra, para entrar por fuerza en la iglesia, en cierta necesidad que tuvo, echó las entrañas, y la fé católica quedó triunfante y vencedora.

6 Con esta gloriosa victoria se volvió Santiago á su Iglesia, para apacentar sus ovejas, como santo, y vigilante pastor; mas habiendo muerto el gran Constantino, emperador, que tenia enfrenado con su potencia, y valor, á Sapor, rey de Persia, y sucedídole en el imperio Constancio, su hijo, pareció al rey bárbaro buena ocasion, para hacer guerra al imperio romano, y con un grande y poderoso ejército puso cerco á la ciudad de Nisibe, que era la frontera, y plaza fuerte por naturaleza y por arte, y mucho mas por estar dentro de ella su gran prelado, que la defendia con sus oraciones. Setenta dias duró el cerco, el cual fué muy apretado: y viendo el rey de Persia, que no podia forzar la ciudad, mandó detener al rio Tigris (que es muy caudaloso, y pasa por medio de ella) con varias máquinas, é ingenios, que hizo para esto, y despues soltar el rio de represa, para que con su ímpetu derribase, y asolase los muros de la ciudad, que por otros caminos no habia podido derribar. Cayeron los muros por la fuerza del agua, y los de dentro de la ciudad se vieron perdidos: y el rey de Persia muy contento, y orgulloso, pensó que tenia la victoria en la mano, y que ya era suya la ciudad: pero porque por la humedad del agua no podia darle luego el asalto, aguardó, para dársele, aquella noche: en la cual el santo obispo se recogió á la iglesia, y suplicó á nuestro Señor que la defendiese; y la mañana si-

guiente, queriendo los persas dar el asalto, vieron, que la ciudad estaba cercada de un nuevo muro, mas fuerte, y bien labrado, que el que ellos habian derribado con el ímpetu del agua, y quedaron asombrados, y mucho mas el rey: el cual vió sobre el mismo muro á un hombre con las insignias imperiales, vestido de púrpura, y con su corona en la cabeza: y aunque al principio pensó, que era el emperador Constancio, que estaba dentro de la ciudad para defenderla, y quiso matar, como engañadores, á algunos criados suyos, por que le habian dicho, que el emperador no estaba allí, sino en Antioquía; mas despues que supo que era verdad, lo que le habian dicho, entendió que Dios peleaba por los cristianos, y que él no podia prevalecer contra ellos: y confirmóse mas, por lo que despues sucedió: porque el santo obispo, estando sobre los muros, y descubriendo el ejército innumerable del rey Sapor, alzó los ojos al cielo, y suplicó afectuosamente á Dios, que deshiciese todo aquel ejército con otro ejército de mosquitos. Al momento vino una como nube de innumerables y fastidiosos mosquitos, y entrando por las trompas de los elefantes, y por las narices de los caballos, les hacian dar brincos y saltos, y arrojar á los que estaban sobre ellos en el suelo, porque no podian con arte, ni fuerza humana regirlos, ni gobernarlos: y así por la oracion de Santiago todo aquel ejército se deshizo, y el rey de Persia con afrenta, y rabia se volvió á su reino, habiendo arrojado hácia el cielo un dardo contra el Dios de los cristianos, que así los defendia, y visiblemente peleaba por ellos. Por donde se ve, cuanto mas puede delante del Señor la oracion de los santos para defendernos, que el poder y las armas de nuestros enemigos para dañarnos, y que con los mosquitos puede Dios deshacer los ejércitos armados y poderosos; y que no hay quien pueda resistir, ni contrastar á su voluntad.

7 Estando, pues, el santo obispo ocupado en sus santos ejercicios, cargado de años, y de merecimientos, vino el dia dichoso, y deseado por él, en que Dios nuestro Señor le queria galardonar; y así le recogió, dándole la corona de la gloria, que tan bien tenia merecida. Enterráronle con gran llanto y sentimiento los de Nisibe en su misma ciudad, juzgando que como los habia defendido de los persas en vida, así los defenderia despues de muerto, como lo hizo. Porque todo el tiempo, que su sagrado cuerpo estuvo en aquella ciudad la guardó; pero despues que Juliano Apóstata tomó el imperio, y vendo á hacer guerra á los persas, y dejando en Nisibe, como en frontera, ocho mil soldados en presidio para que la guardasen, la quitó el mayor presidio y defensa que tenia, mandándole sacar de la ciudad el cuerpo del santo prelado, por la honra, que allí se le hacia, y por el odio, que Juliano tenia á nuestra santa religion: y habiendo sido el mismo Juliano Apóstata vencido de los persas, y muerto miserablemente en aquella jornada, fué necesario, que Joviniano, que le sucedió en el imperio, diese aquella ciudad al rey de Persia, para contentarle, y perderla, por no perder todo el imperio: y entendieron todos, que no sucediera tan gran calamidad á aquella ciudad, si las reliquias de Santiago se hubieran guardado en ella. Escribió este santo prelado muchas obras, que refiere Genadio en el Catálogo de los ilustres varones: el cual comienza por las de Santiago, presbítero, llamado el *Sabio*, y despues obispo de Nisibe: y dice, que fueron veinte y seis libros, los que compuso. Murió este santo prelado en tiempo de Constancio, emperador; y el Martirologio romano hace mencion de él á los 15 de julio, y lo mismo Beda, Usuardo, y Adon, y los demás autores latinos que escriben vidas de santos, y los griegos en su Menologio el postrero dia de octubre. Escribió su vida (como dijimos) Teodoreto, y tráela en su cuarto tomo el P. Fr. Lorenzo Surio. Escriben de él Genadio; Casiodoro; Nicéforo; y el cardenal Baronio en las Anotaciones del Martirologio, y en el tercero y cuarto tomo de sus Anales.

SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR. — El glorioso san Camilo de Lelis nació á 25 de mayo de 1550 en la villa de Voquianico, en el arzobispado de Chieti, del reino de Nápoles: Juan de Lelis y Camila Compelio fueron sus padres, ambos ilustres por la nobleza de su sangre: cuando Camila dió á luz á nuestro santo era tan anciana, que pasaba de cincuenta y cinco años, y se acercaba ya á los sesenta, y tan débil y extenuada de fuerzas, que todos juzgaban ser naturalmente incapaz de tener hijos. Pocos dias antes de dar á luz á nuestro Camilo, tuvo un sueño misterioso, en que le pareció que habia parido un hijo con una cruz en el pecho, y que le seguian otros muchos niños que llevaban tambien en el pecho unas cruces semejantes: pensó que esto era pronóstico de alguna desgracia, y que el hijo que traia habia de ser algun famoso capitan de vandoleros: sintiéndose apretada de los dolores del parto, y que este se dilataba, movida de un impulso extraordinario, se hizo bajar al establo, y allí arrojada en la paja, parió luego sin ninguna dificultad.

2 Cuidaron muy poco los padres de Camilo de su educacion; cuando tuvo la edad suficiente, le enviaron á la escuela, donde apenas aprendió á leer y escribir. Su inclinacion desde sus primeros años fué principalmente al juego, y en el de naipes y dados tenia toda su aficion; se entretenia tambien á veces en recitar églogas pastoriles: así que llegó á la edad de diez y nueve años, resolvió con otros dos primos suyos profesar la milicia, y seguir la vida de su padre y de sus ascendientes, que habian obtenido grados honoríficos en el estado militar. Con esta resolucion se partieron para Ancona en compañía de su padre, donde debian embarcarse para servir á la república de Venecia en la guerra que tenia contra los turcos; pero en esta ciudad enfermaron gravemente así Juan de Lelis, como su hijo Camilo, de modo, que viéndose sin fuerzas para sufrir los trabajos de la guerra, les fué preciso volverse á Voquianico: mientras se volvian á su patria, en el lugar de san Lupino enfermó tan gravemente Juan de Lelis, que falleció en pocos dias, despues de haber recibido con mucho dolor de sus pecados los santos sacra-

mentos de la Iglesia: sintió mucho Camilo la muerte de su padre, y asistió con lágrimas á sus exequias. Prosiguiendo despues su viaje, y llegando á la ciudad de Fermo, vió á dos padres de la religion de san Francisco de la observancia, que iban con los ojos muy bajos y con mucha modestia; esta vista le compungió de tal modo, que avergonzado de la vida estragada que llevaba, resolvió mudarla, y fué esto tan de veras, que allí mismo hizo voto de hacerse religioso de san Francisco; y deseoso de cumplirle, se partió á la ciudad de Aquila, donde fué á ver á un tio suyo, que era guardian del convento de san Bernardino, que allí tienen los padres menores observantes; le expuso el voto que habia hecho de ser religioso, y le rogó le quisiese dar el hábito de la religion; pero él no quiso condescender á sus instancias, ó porque le vió con poca salud, ó porque tuvo por sospechosa su repentina vocacion, ó porque estaria ya bien informado de su estragada y viciosa vida: esta repulsa hizo olvidar por entonces á Camilo el propósito de ser religioso. Detúvose no obstante algunos dias en aquella ciudad, pero reparando que una llaga que tenia en la corva de la pierna derecha, causada de una lijera rascadura, no acababa de curársele, impaciente de ir cojeando, y de traer la pierna envuelta en vendas, resolvió pasar á Roma para curarse de aquella llaga: llegado á esta ciudad, supo que en el hospital de Santiago de los incurables acudian los mas hábiles cirujanos; por eso se acomodó por sirviente en este hospital, esperando sanar con brevedad; pero no permaneció en él sino poco mas de un mes, porque estaba tan extrañamente apasionado á los naipes, que salia frecuentemente del hospital á jugar, y dejaba el servicio y la asistencia de los enfermos, armando fácilmente riñas y pendencias con los otros enfermeros. Por este motivo le reprendia varias veces el administrador, pero con poco fruto, hasta que hallándole una baraja de naipes escondida debajo de la almohada de la cama, acabando de reprenderle el juego, teniéndole por incorregible, le despidió del hospital. Hallándose Camilo fuera del hospital, aunque no bien curado de su llaga, sentó plaza de soldado, para servir á la república de Venecia en la guerra que tenia contra los turcos. Concluida la guerra en el espacio de tres años, entró al sueldo de la corona de España, donde sirvió hasta el año de 1574: son imponderables los trabajos que Camilo padeció en estos años que pasó sirviendo en el ejército de Venecia y de España, y los peligros evidentes de perder la vida en que se vió. Hallándose en el presidio de la isla de Corfú, cayó en una gravísima enfermedad, ocasionada del frio y hambre que habia padecido, la cual le redujo al extremo de la vida; pasaba su enfermedad en una pequeña barraca de paja, que el aire penetraba por muchas partes, sin médicos, sin medicinas, y sin persona que cuidase de su salud. Desconfiado pues de vivir, se confesó con mucho dolor de todos sus pecados, y fué nuestro Señor servido, que por virtud de este santo sacramento, no solo recobrase su divina gracia, sino tambien las fuerzas y la salud: solia referir esto Camilo á los enfermos para animarles á recibir con devocion los santos sacramentos: á los 28 de octubre de 1574, la galera en que iba embarcado, pasando de Palermo á Nápoles, padeció una tormenta tan deshecha, que todos se daban por perdidos, y no esperaban sino la muerte: entonces Camilo renovó el voto de ser fraile francisco, pero quiso el Señor que por fin llegasen salvos á Nápoles. Tantos desastres que padeció Camilo en estos años, no tuvieron fuerza para hacerle perder la loca aficion que tuvo al juego: en el último mes que se entretuvo en Palermo antes de embarcarse para Nápoles, le dió el juego tan mal que perdió todo lo que tenia. Llegado á esta ciudad, olvidado del peligro en que se habia visto de quedar ahogado en la tormenta que acababa de padecer, continuó con tanta pasion al juego, que llegó una vez á jugarse la camisa, y habiéndola perdido, se la quitó en el mismo cuerpo de guardia, y la entregó al que se la habia ganado. Pero aunque Camilo fué tan famoso jugador, no permitió el Señor que cayese en los vicios que son ordinarios en los jugadores, pues todos sus compañeros aseguraron que jamás le habian oido blasfemar, jurar, ni maldecir, ni tampoco hacer en el juego la menor infidelidad. Al cabo de pocos dias de haber llegado Camilo á Nápoles se deshizo la armada, y se despidió la gente, con lo que quedó Camilo libre de su empeño, pero sin sueldo, con poca salud y tan pobre, que apenas tenia sobre su cuerpo cosa que valiese un real.

3 Reducido á un estado tan miserable, avergonzándose de parecer entre sus conocidos, partió de Nápoles, y se encaminó á Manfredonia, acompañado de otro soldado su camarada: llegado á esta ciudad forzado de su extrema necesidad, con el sombrero en la mano, se puso á pedir limosna en la puerta de la iglesia mayor en el dia de san Andrés del mismo año 1574, padeciendo el rubor y vergüenza que se deja discurrir; acertó á pasar en esta ocasion un anciano noble, llamado Antonio Nicastro, el cual viendo á Camilo jóven y de buena disposicion, le dijo que si queria trabajar, le emplearia en una obra que hacian los padres capuchinos; Camilo le respondió que no podia resolverse, sin dar cuenta á un compañero suyo; el cual no queriendo sujetarse al trabajo, persuadió á Camilo se partiesen de aquella tierra, como lo ejecutaron el mismo dia: caminaron cuatro leguas dirigiéndose hacia Baleta, pero informados de muchos viajantes, que aquí no hallarian modo de vivir; Camilo movido de Dios, determinó volverse á Manfredonia, y ponerse á trabajar en la fábrica de los padres capuchinos, dejando á sus aventuras á su compañero que no le quiso seguir. Caminó con tanta diligencia, que en la mañana siguiente se halló en Manfredonia; fué á hablar al referido Nicastro, quien le llevó al convento de los padres capuchinos: admitióle el padre guardian, que era Fr. Francisco de Módica, y el sobrestante de la obra le encargó dos jumentillos para que acarrease piedra, agua y cal: al principio sintió el santo mucha repugnancia en acomodarse á

aquel humilde trabajo, tan impropio de su noble condicion, como opuesto á la vida de soldado que habia llevado hasta entonces; los muchachos aumentaban su disgusto y repugnancia, porque viendo un mocetón tan alto, con el traje de soldado estropeado, seguir los jumentillos, dábanle continuas vayas, haciendo burla de él; estuvo resuelto muchas veces á abandonar aquel trabajo, y lo hubiera ejecutado, sino hubiese sido detenido de la necesidad y miseria, y de las caritativas exhortaciones de los padres capuchinos, que temerosos de que dejando la obra no se acabase de perder, con dulces palabras le iban reportando y exhortando á que se quedase; continuó Camilo en conducir los jumentillos, con intento de pasar aquel invierno como pudiese, y de ganar algun dinero para volver despues al juego, á la guerra, y á la vida divertida; estando tan lejos de pensar en ser religioso, que habiéndole los padres capuchinos ofrecido graciosamente un poco del sayal que ellos visten, para hacerse un capote y defenderse del frio, no lo quiso admitir, pensando que esta era traza para inducirle á hacerse religioso; aunque despues cuando se vió mas apretado del frio, lo admitió. Continuando Camilo su ejercicio, le enviaron los religiosos á la villa de san Juan, cuatro leguas distantes, para llevar una carga de vino que les habian dado de limosna, y despachado de su negocio se entretuvo toda la tarde con los religiosos del convento que los padres capuchinos tienen en esta villa; y el padre guardian le habló de la recta justicia del Señor, de la gravedad de la culpa, y como se debia aborrecer y huir el pecado, y de otros puntos espirituales, dándole santos documentos para la direccion de su vida. A la mañana siguiente se volvió á Manfredonia, iba Camilo sobre su jumentillo discurriendo solo por entretenerse, y sin sentimiento alguno de piedad, sobre lo que le habia dicho la tarde antes el padre guardian, cuando al improviso le envió Dios nuestro Señor una luz sobrenatural tan clara, que en un momento le hizo ver de una parte la gravedad y malicia del pecado mortal, el rigor de la divina justicia, y los peligros en que vivia de perecer eternamente; de otra la suma bondad de Dios, los beneficios innumerables que de él habia recibido, la torpe ingratitud con que habia correspondido á sus finezas, y la infinita paciencia con que le habia sufrido en sus desórdenes, esperando su conversion: esta luz penetró de tal modo el corazon de Camilo, que se le despedazaba por la vehemencia de la contricion; saltó del caballo, y arrodillado en medio del camino sobre una piedra, empezó á deshacerse en un copiosísimo llanto, pidiendo á Dios el perdon de sus pecados, y proponiendo firmísimamente de no volver jamás á pecar, de hacer asperísima penitencia de los pecados cometidos, y de entrar lo mas pronto que pudiese en la religion de los padres capuchinos.

4 Sucedió esta milagrosa conversion en la fiesta de la purificacion de la Virgen santísima, á 2 de febrero de 1575, teniendo el santo veinte y cinco años de edad. Despues que se hubo desahogado un poco de lo intenso de su dolor, volvió á subir sobre su jumentillo, y llegando á Manfredonia se fué á echar á los piés del padre guardian, y con muchas lágrimas le refirió todo lo que le habia sucedido en el camino, pidiéndole con las mas vivas instancias le admitiese en la religion, ofreciéndole servir á los religiosos como si fuese esclavo de todos. Quedó admirado el guardian de su extraordinaria devocion, y de los tiernos afectos con que le rogaba le diese el santo hábito; y conociendo que aquella repentina mudanza era obra de la diestra del Altísimo, le consoló y prometió darle el hábito con la mayor brevedad. Desde este dia fué Camilo un hombre nuevo: se confesó generalmente, y se entregó con tal fervor al ejercicio de todas las virtudes, que admirados todos los religiosos de su fervor, le dieron el hábito pasado aquel invierno, y aficionados á su virtud le querian admitir en el grado de clérigo; pero Camilo no quiso admitir este honor, sino que quiso quedarse en el estado de lego. Perseveró algunos meses en el noviciado, dando un raro ejemplo de todas las virtudes religiosas; mas con el continuo batir del hábito en la corva del pié se le volvió á abrir la llaga antigua, y continuando siempre á empeorarse, no obstante los muchos remedios que se le aplicaban, le fué forzoso dejar el hábito, con grande sentimiento suyo y de los padres, que estimaban mucho su eminente virtud; por cuyo motivo le prometieron que volverian á admitirle siempre que sanase de su llaga; con esta promesa se partió Camilo del convento algo consolado, y se encaminó á Roma, ya para ganar el jubileo del año santo de 1575, ya para curarse de su llaga en el mismo hospital donde habia sanado la primera vez; se acomodó pues aquí para servir á los enfermos, y cumplió este oficio con tal diligencia y ardiente caridad, dando tales ejemplos de una extraordinaria virtud, que fué subiendo de grado en grado por todos los oficios de la casa. Viéndose ya del todo sano de su llaga, deseoso de mayor perfeccion, y teniéndose por obligado al voto que habia hecho de ser religioso de san Francisco, resolvió volver á pedir el hábito; comunicó esta su resolucion con el glorioso padre san Felipe Neri, con quien se confesaba, y por cuyos consejos se gobernaba en todas las cosas: el santo alumbrado de Dios le dijo no lo hiciese, porque se le renovaria la llaga y no perseveraria: mas Camilo estimulado de sus escrúpulos que le decian estaba obligado á cumplir el voto, pasó á pedir el hábito á los padres capuchinos, quienes le admitieron con mucho gusto segunda vez en su religion; en la que perseveró con increible júbilo de su alma, y singular edificacion de todos los religiosos por espacio de cuatro meses; pero volviéndosele á abrir y renovar la antigua llaga, le fué forzoso con íntimo dolor de su corazon y de todos los religiosos que le amaban con singular ternura, dejar segunda vez el santo hábito.

5 Convencido Camilo con este suceso, que Dios no le queria para religioso, determinó aplicarse enteramente á servir á los enfermos: con esta resolucion volvió á Roma, y fué á confesarse con el glorioso san Felipe, el cual nada resentido

de que no se hubiese conformado con su dictámen, solo le dijo: ¡Oh, buen Camilo! ¿no te dije que no volvieses á la religion de los capuchinos, porque se te volveria á abrir la llaga, y que no perseverarias? y acariciándole como solia, continuó en dirigirle. En esta sazon se hallaba vacante el oficio de administrador ó mayordomo del hospital de Santiago: pretendióle Camilo, y los diputados de dicho hospital, que tenian bien conocida su caridad, virtud y zelo con los enfermos, se lo dieron con mucho gusto: portóse Camilo en este oficio con tanto zelo, que en breve tiempo redujo aquella casa á un monasterio muy reformado; cuidaba no solo de la cura y asistencia de los enfermos; sino tambien de las costumbres de las personas que servian en dicho hospital, procurando infundir en todos aquel espíritu de piedad y de tierna compasion hácia los enfermos, de que él estaba animado; gobernaba con rara suavidad y mansedumbre, mandando no con palabras ásperas, sino con el ejemplo, y con ser el primero que ponia mano á la obra: era ternísima la caridad con que asistia á los enfermos, no teniendo asco de cosa alguna, lavando con sus propias manos los paños llenos de materia y podre, y venciendo con mucho valor toda repugnancia natural. Introdujo en esta sazon la costumbre de lavar los piés á los enfermos antes de ponerlos en la cama, y de leer algun libro espiritual mientras se servia la comida: en el tiempo del carnaval, y en otras ocasiones en que se hacian públicas diversiones, no se movia del hospital, porque aquí tenia todas sus delicias; velaba las noches enteras sobre los enfermos de peligro, para ayudarles en aquel último paso, y tenia un sumo cuidado de que ninguno muriese sin los sacramentos; pero le afligia mucho ver que los enfermos á pesar de su desvelo no eran asistidos como convenia, y que los sirvientes eran muy descuidados en prevenirles la comida, hacerles las camas, aplicarles los medicamentos, y en acudir con prontitud al socorro cuando los llamaban: pero lo que le causaba mayor dolor, era ver que los moribundos estaban destituidos de sacerdotes, que en aquel último paso les inspirasen sentimientos de piedad, y les ayudasen á disponerse para una buena muerte. Deseoso pues de remediar tantos daños, pasaba las noches velando entre los enfermos de mayor peligro, se escondia alguna vez en los rincones de la sala, para ver como se portaban los enfermeros; si se dormian, ó acudian con prontitud cuando los llamaban, y si les advertia descuidados, los reprendia ásperamente, y á veces les despedia; pero como los que recibia de nuevo para el servicio de los enfermos, no eran mas diligentes que los que despedia, se desconsolaba muchísimo, viendo malogrados los esfuerzos de su zelo; y podia continuamente al Señor se dignase proveer á estos males de conveniente remedio. Estando pues una tarde pensando en lo mucho que padecian los enfermos por la negligencia de los enfermeros, le vino al pensamiento que esto no podria remediarse, sino instituyendo una congregacion de hombres piadosos y caritativos, para que supliesen las faltas de los asalariados, sirviendo á los enfermos por amor de Jesucristo, y no esperando otra recompensa de su trabajo que la eterna, que el Señor tiene preparada en el cielo: le ocurrió este pensamiento cerca de la fiesta de la asuncion de la Virgen santísima, del año **1582**; y luego confiado en la ayuda de Dios, resolvió intentar esta empresa, y aplicar todos los posibles medios para salir con ella: empezó desde luego á buscar compañeros, descubriendo á este fin sus intentos á algunos ministros del mismo hospital, hombres de mucha bondad; recogió en efecto nueve de ellos, los cuales aprobando mucho la idea, se le ofrecieron por inseparables compañeros: con ellos se juntaba en una pieza grande, que acomodó en forma de oratorio, con un altar en que colocó un devoto crucifijo de escultura de ocho palmos: en este oratorio se juntaban despues de haber cumplido con las obligaciones de los enfermos, tenian por largo espacio oracion mental y ejercicios de disciplina, decian las letanías, y se animaban mutuamente á la perfeccion, hablando continuamente de Dios, y como servirian mejor á los enfermos; perseveraron dos años en estos ejercicios, hasta que el demonio incitó algun ministro del hospital, que fuese á decir á los diputados, que Camilo con aquellas juntas, tiraba á levantarse con el hospital, y excluirles del gobierno. Los diputados temerosos de que no se intentase alguna cosa en perjuicio de sus preeminencias, llamaron á Camilo, y despues de haberle dicho algunas sequedades, le mandaron desistir de estas juntas, y deshacer el oratorio; y viendo que Camilo no cuidaba de cumplirlo, ellos mismos lo hicieron deshacer.

6 No se puede explicar el dolor que sintió Camilo viendo atajados sus santos designios, y rogaba continuamente al Señor, proveyese de remedio: estando pues un dia orando delante del mismo devoto crucifijo, que llevó á su aposento cuando se deshizo el oratorio, suplicándole con muchas lágrimas y entrañables suspiros atendiese á sus deseos; oyó que el divino Señor, habiéndose desclavado las manos de la cruz, le decia con mucho amor: ¿De qué te afliges, ó pusilánime? sigue la empresa, que yo te ayudaré; siendo esta obra toda mia, y no tuya. Por este favor tuvo despues muchísima devocion á esta devota imágen. Animado Camilo con esta divina promesa, determinó erigir su congregacion fuera del hospital: y considerando que siendo seglar no tendria autoridad para una cosa tan grande, ni podria ayudar á los moribundos, resolvió hacerse sacerdote, á cuyo fin empezó á estudiar la gramática; primero con el capellan del mismo hospital, y despues en las escuelas públicas del colegio romano, no avergonzándose de parecer en medio de los niños, siendo de edad de treinta y dos años; y como su aplicacion era extraordinaria, no dejando jamás el libro de la mano, en poco tiempo supo bastante para ordenarse de sacerdote; y en efecto, superadas otras dificultades que ocurrieron, recibió la primera tonsura á 2 de febrero del año **1583**, y las demás órdenes menores en las dominicas siguien-

tes. Para ser promovido á las órdenes mayores, faltábale el título de beneficio ó patrimonio; pero Dios nuestro Señor dispuso, que Fermo Calvi, romano, le diese un censo de treinta y seis escudos anuales durante su vida, con cuyo título fué admitido á las sagradas órdenes, recibiendo el presbiterado en el dia de Pentecostes del año 1584. Ordenado de sacerdote procuró renunciar el oficio de mayordomo del hospital, y se retiró á una casa contigua á una pequeña iglesia dedicada á nuestra Señora de los Milagros, de la que los diputados del mismo hospital le habian hecho capellan para premiarle sus servicios; y con dos compañeros que se le juntaron á mediados de setiembre del mismo año, dió principio á su meditada congregacion, comenzando desde entonces estos tres compañeros á practicar en casa sus ejercicios espirituales. Todos los dias por la tarde y por la mañana iban al hospital mas nombrado de Roma, llamado del Espíritu santo, donde conforme á las reglas que habia escrito Camilo, servian á los enfermos, dábanles la comida, hacíanles las camas, limpiábanles las lenguas, y ejercitaban con ellos una caridad muy tierna y compasiva; acudian con mayor prontitud á los enfermos de mayor peligro, y cuyas enfermedades eran mas horribles, asquerosas y fáciles de comunicarse. Enseñaban la doctrina á los enfermos, ayudábanles á hacer el acto de contricion, exhortábanles á la paciencia y á recibir devotamente los santos sacramentos; asistian á los moribundos con oraciones y exhortaciones cristianas, propias de este paso, y decíanles la recomendacion del alma; todo lo que practicaban con tanto afecto y encendida devocion, que pasaban las noches enteras velando á los que estaban en la agonía, cosa que fué de tanta edificacion á la ciudad de Roma, que varias personas particulares empezaron á llamarles á sus propias casas para que prestasen este mismo oficio á los enfermos que en ellas estaban en la agonía: y no es de admirar que los hijos de Camilo hiciesen tan excelentemente este oficio de ayudar á los moribundos, pues el glorioso san Felipe Neri aseguró haber visto los ángeles que les dictaban las palabras que habian de decir en aquel lance.

7 Esta heróica caridad para con los enfermos movió á muchos á querer ser compañeros de Camilo, y habiendo crecido mucho su número, y llamándoles ya el pueblo ministros de los enfermos, resolvió el santo pedir á Sixto V erigiese dicha compañía en formal congregacion, como lo ejecutó por medio del cardenal de Mandovi, quien prendado de su sinceridad y llaneza, y edificado de la caridad y admirable fervor, con que él y sus compañeros servian á los enfermos, tomó el asunto como propio, y por su poderosa mediacion se logró de Sixto V la confirmacion de la congregacion, despachando á este fin el correspondiente breve apostólico á 18 de marzo de 1586; la cual congregacion Gregorio XIV elevó despues á estado de formal religion, con bula que señaló de su mano á 15 de octubre de 1591, y quedó Camilo elegido por toda su vida general de la religion que habia fundado. No se puede decir el zelo infatigable con que Camilo atendió en lo restante de su vida á dilatar su nueva religion, ni la caridad con que procuraba servir á los enfermos, y socorrer las necesidades de los pobres. En sus viajes llevaba moneda menuda, para poder ir dando á los pobres que encontraba: mandaba llevar al compañero una talega de pan al arzon de la silla, para irlos socorriendo: y cuando encontraba por el camino algun pobre peregrino, ó enfermo, ó estropeado, le hacia proveer de cabalgadura y alojamiento, dejando despues dinero al huésped para que cuidase de él. En los mesones pagaba por los religiosos pobres que encontraba, y mandaba que les diesen de comer como á su persona: en los viajes que hacia por mar en las galeras, inquiria luego si habia enfermos, y en habiéndolos, los visitaba, aunque fuesen infieles, y muchas veces repartia con ellos la provision que habia embarcado para sí mismo: ordenó á los superiores que diesen cierta porcion de pan á los mendigos que llegasen á sus puertas, y toda la menestra que sobrase: muchas veces la repartia de su propia mano, y ordinariamente les enviaba lo mejor de su propia comida. Agradó tanto á Dios esta misericordia de Camilo, que la comprobó con evidentes milagros. Hallándose en Nápoles en el año 1612, mandó dar á tres pobres que acompañó á la cocina, y á cuarenta que estaban á la portería, pan, vino, menestra y carne de la olla que estaba prevenida para los religiosos; pensaron estos que la dejarian vacía, y que aquel dia no comerian sino pan y queso; pero cuando se tocó á comer se halló la olla llena, como si nada se hubiese sacado de ella para los pobres. Pero cuando brilló mas la caridad heróica de Camilo fué en el contagio con que Dios afligió á la ciudad de Roma en el año 1594, pues entonces se excedió Camilo á sí mismo; la hambre y la peste causaban un lastimoso estrago en las familias pobres, donde perecian las personas sin remedio, unas á fuerza de la hambre, y otras á impulsos del contagio: parecia que se iba á despoblar aquella metrópoli: todos estaban asustados con el temor de la peste, y cada uno ocupado en conservar la vida, procuraba evitar la comunicacion de los apestados; de modo, que estos miserables se veian abandonados de todos: en este triste lance san Camilo y sus hijos, despreciando el temor de perder la salud y la propia vida, acudieron con inexplicable caridad á remediar aquellos pobres apestados; iban por las casas de los pobres, reconocian los enfermos que en ellas habia, les daban de comer, les suministraban los remedios, les hacian las camas y los limpiaban con indecible caridad; á veces les era preciso entrar en las casas con escalas por las ventanas, á causa de estar enfermos todos los que estaban en ellas y no haber ninguno que pudiese levantarse á abrirles la puerta de la calle: dispuso en esta ocasion san Camilo, con las limosnas que le daban algunos cardenales, cuatro hospitales, y en ellos hacia conducir los enfermos pobres que los suyos iban sacando de las caballerizas, establos y de otros lugares inmundos, en donde la hambre, la miseria y los males los tenian postrados sin aliento

para moverse; procurando que ninguno muriese sin haber recibido los santos sacramentos, y sin disponerse cristianamente para el último paso. Parece que el mismo Dios, que quiso afligir á Roma con aquel castigo, envió á Camilo y á sus hijos para que la sirviesen de alivio y consuelo en aquella grande calamidad: apenas habian pasado dos años de este contagio, cuando saliendo de madre el Tiber, inundó muchas casas vecinas, y llegó la agua hasta las cuadras bajas del hospital del Espíritu santo, ocupadas de enfermos: apenas tuvo Camilo noticia de esta desgracia, cuando impelido de su ardiente caridad, fué corriendo al hospital para salvar los pobres dolientes; él mismo se entró por el agua, sacó sobre sus propios hombros los enfermos de aquellas piezas, y despues las camas, trabajando en esto por espacio de tres dias continuos, sin admitir el menor descanso; ni fué sola Roma la que admiró estas obras de caridad de Camilo; porque habiéndose tambien pegado el contagio en las ciudades de Nola y de Milan, mientras los otros procuraban evitar el comercio de estas ciudades infectadas, Camilo y sus hijos, intrépidos se arrojaron en medio del peligro, y ejecutaron con los enfermos de estas ciudades los mismos oficios de caridad que habian practicado en Roma en el contagio pasado. En estas heróicas empresas perdió Camilo un gran número de hijos, de tal modo, que solo en el contagio de la ciudad de Nola fallecieron cinco de ellos; pero todas estas pérdidas no acobardaban el ánimo invencible de nuestro santo, que creia ganar los hijos, que perdia sacrificados en las aras de la cristiana caridad: en efecto parecia que estos santos hijos eran semilla fecundísima de su religion; pues eran tantos los que pedian ser admitidos en ella, y tantas las ciudades que pedian se fundase en ellas una casa de este santo y utilísimo instituto, que en pocos años se vió dilatado por toda la Italia en muchas provincias, que Camilo gobernaba con mucha prudencia, visitándolas y animándo á todos mas con su ejemplo que con sus palabras, á la observancia de las reglas del instituto, y al servicio de los enfermos.

8 Despues que Camilo hubo dado tanto aumento á su religion y mejorado los principales hospitales de Italia, deseoso de practicar la obediencia y de entregarse enteramente á los ejercicios de la oracion y mortificacion y al servicio de los enfermos, y de prepararse de este modo á la muerte, en el año **1607** renunció el oficio de general en manos del cardenal Protector, el cual, movido de sus instancias y razones y para darle este consuelo, le admitió la renuncia: en este acto declaró Camilo, que renunciaba tambien cualquiera preeminencia ó exencion que pudiese tener á título de fundador, y que su voluntad era vivir en todo y por todo debajo del yugo de la obediencia; y luego quiso ser tratado como cualquiera de los sacerdotes sin ninguna distincion. Retiróse despues al hospital de la Anunciata de Nápoles, que de nuevo habia admitido la religion; se aplicó con gran fervor á servir á los enfermos, aumentando los ejercicios de la oracion y mortificacion, con que se acrecienta el espíritu; y entretenido en estos santos ejercicios, no quiso acudir al capítulo general que se celebró en Roma á 19 de marzo de **1608**: desde Nápoles pasó á Génova, y de aquí á Milan, de donde por órden del general volvió á Génova á visitar aquella casa. En estas ciudades estaba casi todo el dia en los hospitales principales, asistiendo y sirviendo á los enfermos; aquí, segun él decia, tenia su nido, todo su contento y delicias: de noche cuando se retiraba á su casa, queria siempre estar de vela, por si avisaban para ayudar algun enfermo. Es indecible el beneficio que hizo en estos hospitales, haciéndose procurador de los pobres, solicitaba continuamente, y molestaba á los administradores de los hospitales con sus representaciones, pidiendo varias cosas dirigidas al alivio y mejor asistencia de los enfermos. Despues pasó á Roma, y aquí alcanzó licencia del padre general para quedarse todas las noches en el hospital del Espíritu santo, para ayudar á los pobres que estaban en mayor peligro; comenzó pues en la fiesta de Todos los Santos del año **1609** á llevar este tenor de vida: todas las noches despues de haber dormido cuatro ó cinco horas en un aposento que tenia señalado en lo mas alto del hospital, que caia sobre el Tiber, bajaba al hospital, tenia un rato de oracion delante del santísimo Sacramento, daba despues vista á todas las camas, haciendo una breve visita, y si acaso estaba alguno moribundo ó de peligro, preguntaba á los enfermos de las camas vecinas, si habia confesado y comulgado, y faltándole algun sacramento, hacia le recibiese: les ayudaba á hacer las protestas conforme al uso de la Iglesia, dábales el óleo santo, les hacia besar su crucifijo ó alguna medalla, para que ganasen las indulgencias; y no les dejaba hasta que hubiesen muerto, ó estuviesen bien dispuestos para morir: acabada esta visita se volvia delante del santísimo Sacramento, y tenia una hora de oracion; pero si habia algun enfermo que estuviese agonizando, la tenia al lado de su cama, ayudándole en aquel último paso. Concluida la oracion volvia de nuevo á visitar los enfermos con mayor atencion, y andaba de cama en cama, en el invierno cubriéndoles, calentándoles los piés, y enjugándoles las camisas ó sábanas mojadas del sudor, y mulliéndoles las almohadas: mas en el verano, cuando á veces pasaban de cuatrocientos los enfermos, para aliviarles de la sed que padecian, iba con un jarro de agua fria, humedeciéndoles y refrigerándoles las bocas; lo que servia de un gran consuelo á aquellos miserables: acabada esta obra de caridad, volvia á hacer la visita, dándoles algun bizcocho, conserva, huevos frescos ó algun otro confortativo, conforme á la necesidad de cada uno; y él mismo pedia limosnas á sus devotos, para que no faltase este alivio á los enfermos. Acabado este caritativo oficio, no se iba á descansar, sino que siendo ya hora competente, se hallaba de ordinario á dar las purgas y otras medicinas penosas; animaba á los enfermos con palabras alegres y graciosas, á que las tomasen y retuviesen, confortándoles con una rueda de na-

ranja, ó casquito de granada: exhortaba á los sirvientes que se las diesen con paciencia y caridad: cuando se acercaba el tiempo de comulgar, iba dispertando á todos los que habian de recibir el divino Sacramento, y les preguntaba si habian comido ó bebido despues de media noche, y si tenian necesidad de reconciliarse, exhortándoles á recibir con devocion tan divino sacramento. Hecha la comunion, iba uno por uno exhortando á los que habian comulgado, á que no durmiesen ni escupiesen tan presto, que pidiesen perdon á Dios de sus pecados, que entonces properaorcionado tiempo para tratar con el Señor, y negociar su salvacion; mirábales las bocas, si habian pasado la forma sacrosanta, temiendo no sucediese algun desórden: hacia despues algunas camas, mudando la ropa á los mas necesitados, y sufriendo el hedor intolerable que salia de los enfermos; al amanecer se retiraba á su aposento á rezar con quietud el oficio divino, despues se curaba la llaga, y volvia abajo al hospital. Decia misa ordinariamente por los enfermos de mayor peligro, y despues de haber dado gracias, daba de nuevo vuelta al hospital, haciendo diversas obras de caridad: llegada la hora de comer ayudaba á este servicio, y acabada la comida hacia cuatro ó cinco camas á los mas necesitados, y con un semblante alegre se volvia á casa. Aquí se entretenia á leer dos ó tres horas, y despues se volvia á la tarea del hospital, como la noche y dia antecedente: tres años y algunos meses perseveró con una constancia heróica en estos cuotidianos ejercicios, hasta que en el mes de febrero de **1612**, el padre general y consultores le mandaron ir á Nápoles en su compañía, y despues le hicieron visitar varias casas de la religion, á fin de que consolase á sus hijos con su presencia, y les comunicase aquel fuego de amor de Dios y del prójimo, de que él estaba tan dichosamente poseido: despues volvió y asistió al capítulo celebrado á **1.°** de abril de **1613**, en que fué elegido general el padre Francisco Antonio Nilo, napolitano, el cual queriendo visitar las casas de la religion, pidió á Camilo le acompañase, y empezó este viaje visitando la santa casa de Loreto, donde dijo misa, pidiendo á la Vírgen con muchas lágrimas quisiese serle propicia y abogada en el trance de la muerte. Pasó despues por las casas de Bolonia, Ferrara, Mantua y Milan, dando por todas partes á sus hijos admirables y santos documentos: llegó en fin á Génova, donde agravándosele el mal le redujo á extrema flaqueza; pero hallándose despues algun tanto restablecido, quiso partirse á Roma, y como no tenia fuerzas para hacer por tierra el viaje, el duque de Tursi por la devocion que le tenia, mandó aprestar una galera suya, solo para el efecto de llevarle á Roma; habiendo desembarcado en Civitavechia, le enviaron sus religiosos una litera en que viniese, con la cual llegó á Roma á **13** de octubre de **1613**, y entrando en casa dijo: *Hæc est requies mea.* He venido á dejar aquí mis huesos: todos los religiosos vinieron á besarle la mano, y despues se puso en la cama; pero pareciéndole de allí á algunos dias que habia algun poco mejorado, tuvo deseo de visitar la iglesia de los príncipes de los apóstoles: en esta jornada al llegar á la puente de san Angelo, apartando la cortina de la carroza, empezó á mirar con gran cariño á su querido hospital del Espíritu santo, donde se hizo llevar: apeóse, y visitó todos los enfermos, sostenido de dos de sus religiosos, siendo cosa que causó devocion, ver que apenas llegó al hospital, cuando todo los sirvientes y oficiales fueron á hacerle reverencia y besarle la mano, diciéndose unos á otros: ahora es menester andar mas vigilantes, que ha vuelto el padre Camilo: pasó despues á la iglesia de san Pedro, donde con fervorosa oracion encomendó á los santos apóstoles su persona y su religion: algunos dias despues pareciéndole que estaba mejor, quiso volver á su amado hospital, donde practicó muchas obras de caridad, y parecia no sabia apartarse de los pobres. Sabe Dios cuanto gustara de estar siempre con vosotros (les decia) pero ya que no puede ser, me quedo acá con el corazon: al volverse á casa tuvo un desmayo, que le obligó á retirarse á una tienda, de donde fué llevado á casa en brazos ajenos; y aquí se rindió á la cama vencido de la fuerza de sus cinco enfermedades. Así que se publicó en Roma la mortal enfermedad de Camilo, fueron á visitarle muchas personas de todas clases, pero los religiosos no dejaban entrar sino las personas mas espirituales; porque el santo no gustaba de estas visitas, por estar todo ocupado en prepararse á la muerte, haciendo muchos actos de contricion, y rogando á todos le encomendasen á Dios en aquella hora, como si entonces comenzara á servirle: ¡tan penetrado estaba del temor de la muerte, y de la cuenta estrecha que habia de dar á Dios de toda su vida! lo que era mucho de admirar en un hombre de tan santa vida, y que habia sido ilustrado de Dios con el don de una contemplacion sublime, con el de hacer milagros, el de profecía, el de conocer los secretos del corazon y de otros semejantes. Durante la enfermedad dió á sus hijos brillantes ejemplos de todas las virtudes, singularmente de una invencible paciencia, no quejándose de sus males, antes estimándolos como una misericordia de Dios; recibió con singular devocion los santos sacramentos, y dando la bendicion á sus hijos, exhortándoles al ejercicio de de todas las virtudes, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y María, fijó los ojos en un devoto crucifijo, y diciéndole sus hijos la recomendacion del alma, al llegar á aquellas palabras: *mitis atque festivus, etc.* lleno de confianza en la divina misericordia, espiró plácidamente á **14** de julio de **1614**.

9 Beatificó á san Camilo Benedicto XIV, en el año **1742**, y despues en el de **1746** le puso en el catálogo de los santos: para su beatificacion aprobó los dos milagros siguientes.

10 El primero se obró con una doncella de la ciudad de Viterbo, á la cual habiéndola nacido repentinamente en las narices un enorme y maligno pólipo, y permaneciendo en ellas tenazmente siete meses, habiendo salido inútiles los cáusticos y cauterios de fuego, que se la aplicaron para curarla,

solo con ponerla dentro de las narices dos hilos de la camisa del santo, en el espacio de una sola noche quedó perfectamente curada, y las narices que se la habian puesto muy disformes, quedaron en su estado natural sin la menor deformidad.

11 El segundo acaeció con Catalina Dondula, preñada de seis meses; la cual siendo acometida de un cúmulo de varias enfermedades peligrosas, á saber, de calentura maligna, inflamacion de la pleura y del pulmon, y de una llaga que se la habia hecho en la garganta, y hallándose reducida, segun dictámen de los médicos, al extremo de su vida, bebiendo un poco de agua, en la cual se habian echado algunos polvos recogidos del aposento del santo, al mismo momento no solo quedó libre de todos estos males, sino que cobró todas las fuerzas y robustez.

12 Para la canonizacion del santo aprobó la santa sede estos dos milagros, obrados despues de su solemne beatificacion.

13 El primero sucedió con una doncella, del lugar de Caprarola, llamada Luisa Teresa Petti; la cual habiendo nacido con una mala estructura del pecho, padecia mucha dificultad en respirar: con el discurso de los años aumentándosela el asma, y sobreviniéndola excreciones sanguíneas y purulentas, y una suma postracion de fuerzas, habiendo ya contraido una jiba, mostraba bien que no podia alargar mucho una vida tan penosa á sí, y á los demás; hallándose los males en su mayor fuerza é intension, bebió un poco de agua, dentro de la cual se habian echado unos polvos recogidos del aposento del santo, é invocando con mucha fé su ayuda, en el solo espacio de una noche quedó libre de todos estos males, y recobró una salud entera y perfecta.

14 El segundo se obró con Margarita Castelli, doncella, del lugar de Marini, de edad de diez y ocho años; la cual por motivo de tener viciada la masa de la sangre desde las entrañas de su madre, se hallaba muchas veces afligida de malignas pústulas, las cuales se la aumentaron de tal modo, que su cuerpo parecia todo cubierto de una costra, manando podre y materia, sobreviniéndola despues una maligna calentura; llegó á tal extremo, que perdido ya enteramente el movimiento y los sentidos, se esperaba su muerte por instantes: en este estado pusieron una estampa del santo sobre la enferma, y su madre y hermana pidieron con mucha fé su poderoso socorro, y en un momento la enferma, como si dispertara del sueño de la muerte, sanó perfectamente; su cuerpo de repente se deshinchó, las costras se cayeron, y se fué la calentura, de modo que levantándose al instante de la cama, pudo andar y trabajar con fuerzas y robustez entera y perfecta; siendo tan sólida y perseverante esta repentina sanidad, que nunca jamás experimentó incomodidad alguna de los precedentes males.

* Los santos Eutropio, Zosima, y Bonosa, hermanos y mártires.—Sábese tan solo de estos santos que fueron martirizados en el Puerto romano, durante los primeros siglos del cristianismo. Un autor antiguo dice que fueron degollados en una isla que habia entre el Puerto romano y la ciudad de Ostia, y que sus cuerpos, echados en un pozo, fueron despues descubiertos por revelacion divina, y llevados al monasterio de Claraval donde se conservan.

Los santos Catulino, Genaro, Florencio, Julia, y Justa, mártires.—Por haberse perdido las actas del martirio de estos santos nada sabemos de ellos, mas que sus reliquias fueron colocadas en la iglesia de Santa Fausta de Cartago en cuya ciudad habian muerto. San Catulino fué diácono, y en su alabanza predicó san Agustin un sermon al pueblo.

Los santos Felipe, Zenon, Narceo, y diez niños, mártires.—Murieron en la ciudad de Alejandría. Es lo único que de ellos sabemos.

San Abudemio, mártir.—Vivia en la isla de Tenedos en tiempo del emperador Diocleciano. Habiéndole preso, fué presentado al prefecto que le mandó abjurase su religion; pero contestando que nada era capaz en la tierra de separarle de Jesucristo, fué mandado azotar por nueve soldados hasta que sus carnes chorreasen sangre. Encerrado despues en una oscura prision, querian obligarle á que comiese de los manjares ofrecidos á los dioses, á lo cual tambien se negó con admirable constancia, por lo que le rajaron todo el cuerpo con garfios de hierro, y le maltrataron hasta cortarle la cabeza. Su cuerpo fué despues arrojado al fuego y sus cenizas aventadas.

San Antíoco y san Ciríaco, mártires.—El primero era médico de Sebaste y fué convertido á la fé por su hermano san Platon. Hallándose ejerciendo su profesion en Capadocia, fué preso por órden del prefecto Adriano, y no queriendo abandonar la religion cristiana, fué condenado á ser colgado de un árbol, azotado, y quemado con planchas de hierro ardiendo. Despues de este martirio fué otra vez conducido y encerrado en la cárcel, y continuando en su primer propósito, lo sacaron de ella otra vez para ser echado dentro de una caldera de aceite hirviendo: luego le entregaron á las fieras; pero habiendo salido siempre ileso, le cortaron la cabeza, en cuyo momento salió de su cuello leche en lugar de sangre. Viendo este portento convirtióse á la fé Ciríaco que era su verdugo, y al mismo momento fué tambien degollado, consiguiendo ambos la corona del martirio, reinando el emperador Maximiano por los años de 303.

San Félix, obispo y mártir.—Fué obispo de Pavía, y derramó su sangre por la fé de Jesucristo en la misma ciudad, el año 255. Es recomendable este prelado por su inocencia de costumbres, por su humildad, y sobre todo por su extraordinaria caridad que era la admiracion de todos, de tal modo, que no habia necesidad pública ni privada, que por él no fuese socorrida, y no habia ninguna clase de sacrificios á que él no se sujetase con tal de remediar los males y desgracias de sus ovejas. Sus reliquias recogidas por los cristianos, se depositaron despues en la basílica del Salvador, que tomó su nombre.

San Atanasio, obispo y confesor.—Nació



en Nápoles, y fué su obispo despues de haber pasado por los grados inferiores de la gerarquía eclesiástica, y de haber dado muestras de gran ciencia. Señaló su pontificado por la constancia con que se dedicó á restablecer la disciplina y la regularidad de costumbres en su patria, y á hacer desaparecer las malas inclinaciones que en todas partes habia dejado la irrupcion de los bárbaros. Por medio de su elocuencia, de la suavidad de su carácter y la dulzura de su trato, unido todo á la energía de un zelo ilustrado que no se cansaba nunca, llegó á reformar las costumbres públicas é introducir en el santuario la regularidad y buena disciplina que son su mas bello ornamento. Dedicóse tambien á hermosear los templos, y logró presentarlos con una magnificencia tal, que nunca se habia visto semejante. Ocupado vivia el santo en el desempeño de su ministerio, cuando un sobrino suyo llamado Sergio, personaje poderoso, y que tenia zelos de la santidad y fama de su tio, empezó á perseguirle, calumniarle, y llevar las cosas tan al extremo, que Atanasio se vió obligado á dejar su rebaño y marchar desterrado á Veroli, donde no estuvo libre de las asechanzas de sus perseguidores; pero donde tambien el Señor manifestó la santidad y el mérito de su siervo, concediéndole el don de milagros. Sobrellevó siempre con admirable resignacion las amarguras y tribulaciones á que se vió sujeto, y murió santamente en su destierro el dia **15** de julio del año **872**, siendo su sepulcro glorioso en portentos.

Dia 16.

El Triunfo de la cruz. —Entre las otras señales y gloriosas victorias que Dios nuestro Señor ha dado á los cristianos contra los infieles y enemigos suyos, es muy ilustre y admirable la de las Navas de Tolosa, que alcanzó el rey de Castilla don Alonso, el VIII, hijo del rey don Sancho, en compañía de los reyes de Aragon y de Navarra, con matanza y estrago de una multitud innumerable de moros; lo cual sacado de la historia que escribió don Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo, que se halló en la batalla al lado del rey, y de la carta que el mismo rey don Alonso escribió al papa Inocencio, III de este nombre, en que le da cuenta de la guerra y victoria; es de esta manera.

2 Deseando el rey don Alonso volver por la honra, y gloria de Dios, y reprimir el orgullo, y furor de los moros, que estaban victoriosos, y librar á los cristianos sus vasallos de los gravísimos daños, que de tan perversos, y pertinaces enemigos continuamente padecian; con acuerdo de los prelados, grandes, y prudentes hombres de su reino, confiado en la bondad, y poder de Dios, que nunca desampara á los que de verdad le invocan, determinó juntar todas las fuerzas de sus reinos, y convocar en su ayuda y favor á los reyes, sus vecinos, y aliados, y á otros príncipes extranjeros, y hacer cruda guerra al enemigo. Para esto envió primero á Roma, Francia, y Alemania, al arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez, varon sapientísimo, y de grande autoridad, para suplicar al sumo pontífice, que á la sazon era Inocencio III, que concediese la cruzada á todos los que viniesen á aquella guerra para servicio de Dios, y bien de la cristiandad, y les otorgase las mismas gracias é indulgencias, que se concedian á los que iban á la conquista de la Tierra santa. El papa lo concedió todo, como se lo suplicó, y por la buena diligencia, é industria del arzobispo don Rodrigo, se divulgó luego por toda la cristiandad esta empresa, y que el rey de Marruecos habia blasfemado, y amenazado, que pelearia con cuantos adoraban la cruz, y procuraria extinguir el culto y veneracion de ella. Fué tan grande el concurso de las gentes que se juntaron de toda España, y de fuera del reino en la ciudad de Toledo, que no bastando lo poblado de la ciudad, ni los lugares de su comarca, fué necesario, que estuviesen en tiendas por las vegas y campos de las riberas del Tajo: y de Francia, é Italia asimismo llegaron grandes compañías, y muchos prelados, y señores Principales, con devocion de servir á nuestro Señor, en esta santa guerra: y púsose en órden uno de los mas lucidos ejércitos, que en España se habian visto. Salió de Toledo á **20** dias del mes de junio del año **1212**. Pasóse mucho trabajo por el camino; porque los moros con su rey Mahomat tenian tomados todos los vados, y pasos dificultosos, y sembrado el mismo camino de abrojos de acero, para mancar los caballos y bestias de carga: mas con el favor de Dios, y con el buen ánimo que llevaba la gente, se vencieron todas las dificultades, y se ganaron algunos pueblos, como Malagon y Calatrava, de mano de los bárbaros. Pero porque se viese, que la victoria, que despues alcanzaron, era don de Dios, y que á él se debia la gloria, permitió el Señor, que luego que se ganó Calatrava (que fué el postrero dia del mes de junio), sucediese en el ejército cierto motin, que casi todos los cruzados extranjeros se volviesen á sus casas. Pero aunque ellos eran muchos, no desmayó el rey don Alonso; antes prosiguió su camino con el rey de Aragon don Pedro, y poco despues se le juntó con buena gente el rey don Sancho de Navarra. Llegaron al puerto, que llaman del Muradal, en donde estaba el rey Mahomat con su ejército muy grande y poderoso, con intencion de solo estorbarles el paso; porque aun no sabia, que los extranjeros habian desamparado al rey don Alonso. Mas despues que supo de sus espias lo que habia pasado, determinó el rey esperar en campo raso, y darle la batalla; y así se retiró un poco á los llanos hácia Baeza, dejando en las Navas de Tolosa (que es un paso muy estrecho), parte de su gente, para hacer daño en los cristianos. El camino era muy trabajoso, y áspero, y con dificultad se podian tener en pié los caballos, y el ejército de los enemigos (que era innumerable), estaba ya á la vista: y habiendo diversos y contrarios pareceres acerca de pasar adelante (porque parecia imposible), ó volver atrás (que era muy peligroso); el rey don Alonso animó á los demás, para que pasasen adelante, y confiasen en la providencia y misericor-

dia del Señor: el cual en tiempo oportuno les envió un pastor muy práctico de toda aquella tierra (que algunos tuvieron por ángel venido del cielo): éste los guió por la ladera del monte, de tal manera, que llegaron al lugar que deseaban, viéndolos los enemigos, sin poder estorbarles el paso. El rey Mahomat presentó luego la batalla á los cristianos; mas el rey don Alonso, viendo que la gente venia cansada, y fatigada del camino, no la aceptó por entonces, porque su ejército descansase, y él tuviese tiempo de ver la disposicion y órden de los escuadrones del enemigo. Y pensando el rey moro, que el no querer pelear nacia de temor de los nuestros, y no de aviso y prudencia militar, se desvaneció, y escribió á los suyos, que estaban en Jaen y en Baeza, que tenia cercados á tres reyes, y que dentro de tres dias los tomaria: y lleno de hinchazon y orgullo, el dia siguiente se puso en batalla, y desplegó sus estandartes, provocando á los reyes, que con singular constancia se estuvieron en sus reales, sin querer pelear hasta su tiempo: porque nunca el buen capitan ha de pelear, cuando quiere el enemigo, sino cuando juzga que le está bien á él. Mas llegada la noche del domingo, todos los cristianos se aparejaron para la batalla con la confesion y comunion, y con las misas que se dijeron, y con el jubileo plenísimo, que en nombre de su santidad les publicaron los prelados que allí estaban: y habiendo ordenado el ejército en escuadrones, levantando las manos y los ojos al cielo, y los corazones encendidos con el deseo del martirio, alegres, y esforzados salieron con gran denuedo en campo, invocando el santísimo nombre del Señor, y suplicándole que les diese victoria de aquellos bárbaros y fieros enemigos, que pretendian oprimir su religion, y extinguir la gloria de su cruz. Los moros eran innumerables, y el rey Mahomat con gran pompa, y majestad venia vestido sobre sus armas de una capa negra, que habia sido de Abdulmumi, el que habia dado principio á los Almohades, y llevaba delante de sí una espada, y el Alcoran de Mahoma. Vinieron á las manos los dos ejércitos: y aunque al principio por su gran multitud, parecia que llevaban lo mejor los moros; el rey don Alonso con gran valor y esfuerzo dijo al arzobispo don Rodrigo: Ea, arzobispo, muramos aquí yo, y vos; y el arzobispo le respondió: Nó, Señor, nó morirémos, sino que alcanzarémos victoria de los enemigos. Mas luego se conoció la ventaja de los cristianos, y el favor del cielo: porque la cruz, que un canónigo de Toledo, llamado Domingo Pascual, llevaba delante del arzobispo, pasó por todos los escuadrones de los enemigos, sin daño del que la llevaba, con tirarle de todas partes infinitas saetas. Y llegando el estandarte real, que llevaba una imágen de nuestra Señora, á un escuadron fortísimo, y de gran muchedumbre de gente, que hacia mayor resistencia á los nuestros; luego volvió las espaldas, y se desbarató y deshizo como humo. Finalmente el campo quedó por los cristianos los cuales alcanzaron victoria tan esclarecida y gloriosa, que bien se vió, que era victoria del cielo, y no de la tierra, y dada mas por mano del Señor de los ejércitos, que habida por valor, é industria humana: porque el rey Mahomat, con algunos pocos de moros, en bestias muy ligeras, apenas pudo escapar, y con muerte de solos veinte y cinco cristianos, quedaron allí muertos doscientos mil bárbaros. Y los dias, que los cristianos allí estuvieron, gozando de los despojos, quemando las lanzas, ballestas, dardos, y otros instrumentos de guerra, que hallaron en el campo de los moros, para guisar de comer, nunca los pudieron acabar de quemar y consumir. Con esta victoria tan insigne se debilitaron y desmayaron los moros, y los cristianos cobraron mayor ánimo, y confianza en Dios, reconociendo la victoria por singular don y gracia suya. Y para que el Señor se la diese, á mas de su infinita bondad, hubo algunas causas de parte de los reyes, y cristianos, que hicieron la guerra: porque primeramente la emprendieron, no tanto por sus intereses, ni por la amplificacion de sus reinos, cuanto por la honra y gloria de Dios, y exaltacion de su fé, que es blanco, en que principalmente deben tener puesta la mira los reyes en las guerras, que hacen contra los infieles y herejes, y otros enemigos del Señor: lo segundo, acudieron á la cabeza de la Iglesia, que es el sumo pontífice, por indulgencias y oraciones, y el santo pontífice Inocencio las mandó hacer por toda la cristiandad; y en Roma ayunar á pan y agua: é hizo una solemnísima procesion, en la cual él mismo fué á piés descalzos suplicando á nuestro Señor, que se apiadase de su rebaño, y diese la victoria á los cristianos: lo tercero, hubo entre los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, mucha conformidad y union, que es la que hace fuertes á los pocos; y la falta de ella, á los muchos, flacos. A mas de esto armóse todo el ejército con las armas divinas de los santos sacramentos (como dijimos), y tambien con las humanas: porque el rey don Alonso, antes de salir al campo, mandó pregonar por todo su reino, que todos los soldados, dejando las galas y vestidos ricos, se armasen de armas provechosas para la guerra: y que los que desagradaban á Dios con la vanidad y lozanía de sus ropas bordadas y superfluas, procurasen agradarle con vestido honesto, y con las armas necesarias para pelear: y, como dice el arzobispo don Rodrigo, todos obedecieron al rey, desde el mayor hasta el menor. Tambien hubo otra cosa, que ayudó mucho para la victoria; y fué, que despues que los enemigos se comenzaron á desbaratar, y echaron á huir, los soldados cristianos siguieron su alcance, sin ocuparse en los despojos, hasta haber alcanzado enteramente la victoria, como el dia antes el arzobispo de Toledo don Rodrigo lo habia mandado á todos debajo de graves censuras y excomunion, en caso que Dios les diese la victoria. Y la gente noble y principal, sin tener cuenta con el interés, y hacienda, sino solamente con servir á Dios, y á su rey, y defender á su patria, pelearon con grande ánimo y valor hasta la noche, como convenia á su nobleza, y sangre generosa. Esta fué aquella famosa batalla, que los antiguos llamaron la de Ubeda, y de las Navas de Tolosa: por la cual pereció entonces

el nombre y poder de los Almohades, que eran los mas poderosos y valientes soldados de toda la morisca, y que habian puesto á España en peligro de tornar otra vez debajo de su señorío. Hubo en toda la cristiandad grande alegría y regocijo por esta tan señalada victoria, que fué un lúnes á 16 del mes de julio del año del Señor de 1212: y para memoria de tan señalado y soberano beneficio, se instituyó el mismo dia la fiesta del Triunfo de la cruz, que se celebra en toda España por mandado del papa Gregorio XIII como se ve en un breve, despachado el primer año de su pontificado, en 30 dias de diciembre del año de 1573. Y llámase el Triunfo de la cruz con mucha razon; porque por virtud de la santa cruz vencieron los cristianos al rey bárbaro y soberbio, que confiado en sus huestes y poder, pretendia desarraigar del mundo el culto y veneracion de la santa cruz, y supeditar á los cristianos. Y tambien, por haber la cruz que iba delante del arzobispo de Toledo, rompido por medio de los escuadrones de los enemigos, sin que el que la llevaba, recibiese daño, cayendo los bárbaros de una parte y de otra, por do quiera que la cruz pasaba. La crónica general de España dice, que al tiempo de la batalla se vió en el cielo una cruz colorada, y que su vista dió ánimo á los cristianos, y lo quitó á los moros, por donde fueron vencidos; y de aquí tomó nombre de Triunfo de la cruz. Y aun algunos añaden, que un hidalgo del reino de Leon, llamado Reynoso, la mostró al rey, y por ello le dió su bandera, ó hizo su alférez; y asimismo le dió por armas la cruz colorada en campo blanco, de que usan los reinos. Mas el arzobispo don Rodrigo no hace mencion de esta cruz, que dicen que apareció en el aire, ni el rey don Alonso en la carta que escribió al papa: y no parece, que dejaran de referir cosa tan notable. Supliquemos al Señor, que conserve sus dones en nosotros, y que por virtud de su cruz nos dé victoria de nuestros vicios, y de todos nuestros enemigos visibles é invisibles, para que por ella merezcamos la corona, que él nos compró con su sangre, y gocemos de la bienaventuranza, para la cual nos crió. Amen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.—Este es el dia, y esta la solemnidad, en que la sagrada religion de nuestra Señora del Cármen, y su santa cofradía celebran los principales favores, que de la liberalidad de la Reina de los ángeles, María, sin pecado concebida, han recibido, siendo los primeros que se honraron con el título glorioso de hijos y hermanos de esta celestial princesa, los carmelitas, dignándose su majestad soberana de recibirlos en su proteccion y amparo. Mas porque los favores, con que ha confirmado la Madre de Dios serlo de la religion carmelita, son tantos, que llenan en la historia muchos tomos; dirémos aquí solos cuatro, que mas principalmente pertenecen á esta fiesta y solemnidad, que son la institucion, título y patrocinio de María santísima, la prenda sagrada del escapulario santísimo, que dió á san Simon Stoch, el privilegio del sábado, y algunos de los infinitos milagros, con que ha confirmado ser todo prendas de su amor, y seguros de su afecto.

2 El oriente de las dichas de la religion carmelitana, es tener á María santísima, sin pecado concebida, por su madre y fundadora, á cuyo ejemplar ó idea comenzó el gran profeta de Dios san Elías en el Carmelo á levantar su religioso edificio, que durará (segun la misma Vírgen María aseguró á su carmelita hijo san Pedro Tomás), lo que el mundo. Estaba, pues, Elías en la soledad de Corith, ensayándose por mandado de Dios en la vida eremítica y religiosa, que despues habia de enseñar á innumerables hijos; mas instando la defensa de la honra divina, que los profetas de Baal amancillaban, le mandó su Majestad saliese en público, para que los castigase con la espada de su ardiente zelo. Obedeció Elías: subió al Carmelo; y habiendo en él celebrado un auto solemnísimo de la fé, en presencia del rey Acab y su reino, en que condenó á muerte á ochocientos cincuenta profetas y sacerdotes idólatras, y él mismo la ejecutó en el arroyo Cison, que corre por las faldas del Carmelo; volvió á subir á su cumbre; y puesto en oracion, en una punta que registra el mar Mediterraneo, le mandó á su discípulo mirase al mismo mar, por si descubria alguna señal de lluvia. En seis veces que hizo la diligencia, no la descubrió el obediente discípulo; pero á la sétima vez vió que subia del mar una nubecilla pequeña, como la huella ó pisada de un hombre, la cual extendiéndose por su dilatado orizonte, lo fecundó con sus lluvias. Que esta nubecilla fuese estampa é imágen de María santísima, sin pecado concebida, lo afirman gravísimos autores, santos Padres y la Iglesia en el rezo de este dia, y en ella reveló Dios á Elías, que en los siglos futuros habia de nacer una doncella, que como la nube sube del mar, sin el peso ni amargura de sus aguas; así ella se formaria y naceria del vientre de su madre, pura, y exenta de toda culpa, y juntamente desde su niñez se consagraria á Dios con voto de virginidad y pureza, de la cual agradado el Hijo de Dios vestiria nuestra carne en sus entrañas purísimas: y finalmente seria, como nube fecunda, que naciendo al mundo, lo inundaria con la lluvia de sus infinitas gracias. Todos estos misterios, y otros muchos reveló Dios á Elías, que se habia de cumplir en María santísima Señora nuestra.

3 Inflamado el santo profeta con el deseo de servir á tan divina Señora, despues de consultarlo con Dios en la cueva de Horeb, y habérselo su divina Majestad facilitado, mandóle que ungiese en profeta, y escogiese por discípulo y sucesor suyo á Eliseo. En cuya compañía y de otros, subió al sagrado monte Carmelo, y dió principio á su profética religion, para criar en ella hijos, que se ocupasen siempre en servir á Dios, y á su divina Madre María, opuestos á Baal, y á sus falsos profetas y sacerdotes: y tomando á María por idea y ejemplar de su persona y familia, la fundó y consagró á su culto y veneracion desde su primer principio. Con esta razon y motivo quedó María santísima por primera madre y fundadora de la religion, que el santo profeta Elías fundaba en el

santo monte Carmelo, y lo mereció ser en tres géneros de causa, ejemplar, final y meritoria. Fué causa ejemplar María; porque Elías la tuvo por dechado y ejemplar, de quien aprendió la virginidad y demás virtudes religiosas que habia de enseñar á sus hijos: causa final; porque la fundó para su servicio y culto: y causa meritoria, porque siéndolo la Vírgen, de cuantas gracias y dones ha dado Dios así en el viejo, como en el nuevo Testamento, como afirman comunmente muchos santos Padres, le mereció á Elías y á sus hijos, la gracia y los auxilios para que le siguiesen é imitasen.

4 Este fué el hecho: y porque los puntos de la historia no se fian tanto á discursos, cuanto á testimonios irrefragables, será bien alegar algunos que lo apoyen. San Metodio, que vivió por los años de 285 de la encarnacion del Hijo de Dios, hablando con la Vírgen, dice estas notables palabras: «Asimismo Elías profeta (ó Vírgen), avisado del cielo de tu pureza, recogido en su espíritu quiso ser imitador tuyo, con que para su abrasada vida tejió inmortal corona de virginidad, declarándole el divino testimonio por superior á la muerte, hasta el presente dia. Tambien Eliseo, su sucesor, instruido de su sabio maestro en estos sacramentos, y delineándote antes de tener ser, como si ya fueras nacida, con señales sobrenaturales (índices verdaderos de las cosas futuras), dió socorro y medicina á los menesterosos.» Con que siendo María la idea y causa ejemplar que tuvo Elías en establecer su órden; Elías viene á ser discípulo (dice Novarino): él, y sus discípulos, imitadores de María santísima; y esta Reina soberana su primera fundadora. Sixto IV en la bula: *Dum attenta*, despachada el año de 1476 afirma tambien, que María santísima fundó y produjo esta religion sagrada. Las palabras de este santo pontífice son estas: «La gloriosísima Vírgen y Madre de Dios engendró á Jesucristo, flor preciosísima, indefectible y eterna, y produjo la sagrada órden de la bienaventurada María del monte Cármelo: la cual quiso señalar con título especial de la misma gloriosa Madre de Dios, y siempre Vírgen María, para que dicha órden por reverencia de la misma Vírgen fuese de los fieles mas dignamente venerada.» Lo mismo afirma Gregorio XIII en la bula: *Ut laudes*, dada el año 1577 donde dice: «Juzgamos que se debe abrazar con nuestra gracia especial la sagrada órden, que tiene el nombre y vocacion de la bienaventurada María del monte Cármelo, la cual la misma Vírgen hermosísima y adornada de todas las virtudes produjo, y con el título de su propio nombre señaló.» Con estos testimonios, dejando otros muchos, queda eficazmente probado, que á María Señora nuestra, sin pecado concebida, «se le dió la hermosura del Cármelo», y ella es la principal Madre y fundadora de su religion; pues la produjo, la engendró y sacó á luz, cuando Elías trató de darle principio.

5 Pero dirá alguno: que ¿cómo María santísima puede ser la fundadora, si esta religion tiene ejecutoriado, por su universal tradicion, autoridad de once pontífices, y de innumerables escritores propios y extraños, que su fundador es el santo profeta Elías, y el que en el Cármelo abrió sus primeras zanjas? «No importa (responde Lauroncio Crisógono, doctísimo escritor de la compañía), que el santo profeta Elías se diga fundador de esta religion; porque Elías en nombre de la beatísima Vírgen echó sus fundamentos, cuando orando en el Cármelo contempló la nubecilla, imágen de la Madre de Dios: y en ella conoció ciertamente por revelacion divina, que la misma Vírgen singularmente habia destinado el monte Cármelo para asiento de la órden, que desde entonces habia de ser tan suya, por domicilio muy amado, huerto y paraíso de sus planteles y flores: al cual ella misma, como nube fecunda y llena de los rocíos de la divina gracia, habia de regar, fecundar y defender de los ardores de la carne, del mundo y del demonio.» De donde se infiere que aunque Elías es el fundador; respecto de María santísima no fué mas que ejecutor de esta obra: porque María fué su principal causa y arquitecto; porque en cuanto Elías obraba, tenia en María los ojos y la atencion. Por eso dijo un dia Cristo á la santa madre Teresa de Jesus, que esta era la religion de su Madre.

6 Mas de novecientos años pasaron los carmelitas venerando á su santísima madre María en solas esperanzas de verla y gozarla, hasta que naciendo alegró al mundo con su divina presencia. Supieron como ya la nube de su padre Elías habia rayado y fecundado al mundo todo con el rocío del divino Verbo, encarnado en sus purísimas entrañas: y certificáronse mas cuando obrada nuestra redencion, «llegando el dia de Pentecostes (dice la Iglesia este dia), como los apóstoles inspirados del cielo hablasen varias lenguas, y con invocar el santísimo nombre de JESUS, hiciesen muchas maravillas; muchísimos varones, que habian seguido las pisadas de los santos profetas Elías y Eliseo, y por la predicacion de san Juan Bautista habian sido convocados á la venida de Cristo; vista y comprobada la verdad, abrazaron luego al punto la fé del Evangelio.» Esto dice la Iglesia, confirmando lo que innumerables autores han escrito, que los sucesores de Elías fueron los primeros, que por la predicacion del Bautista y de los apóstoles se convirtieron y bautizaron con gran facilidad, por cuanto ya en su fé eran cristianos, como dice san Agustin. Ayudaron á los apóstoles en la predicacion del Evangelio por diversas partes del mundo, y especialmente en nuestra España.

7 Con estas noticias ya alumbrados, acudieron luego á reconocer por madre, y patrona de su órden, á la que tantos siglos antes sus antecesores habian venerado, teniendo á gran dicha, que la que era Madre de Dios lo fuese tambien de su Cármelo. Gozaron infinitas veces, ya en Jerusalen, ya en Nazareth, que estaba vecina al monte, y ya en el mismo Cármelo, de la presencia, y favores de su divina madre María; pues como afirman gravísimos autores, muchas veces la sagrada Vírgen, movida de la santidad del sitio, y de la

piedad de su ánimo, subió corporalmente á honrar, y ver sus hijos, y á conversar con ellos, consagrando el monte con sus divinas plantas, y tomando de él posesion, como heredad, que era tan suya. Creciendo con el trato la veneracion, y con el patrocinio de tan gran Reina y Señora el interés, desearon, que pues los tenia por hijos, y en el amor, con que los trataba, por hermanos, gozasen tambien el título. Para mas obligarle, el año de 38, poco despues de la ascencion de su Hijo, y nuestro Redentor á los cielos, en la caida del monte, donde Elías habia visto la nube, levantaron templo, ó capilla, á su nombre y culto: la cual (ó por estar maltratada del tiempo, ó por mejorarla de sitio) mudaron el año de 83, á la eminencia del monte, para que gozando todo él de su vista mejorase sus estancias; pues los ojos de María, como los de Dios, cuanto miran, lo mejoran. Desde luego se nombraron, y los fieles todos los nombraron hermanos, ó frailes de la bienaventurada Vírgen María del monte Carmelo, extendiéndose el nombre, y advocacion, que habian dado á la iglesia, tambien á sus moradores. Con esto era recíproco el amor de la Vírgen con sus hijos, y por honrarlos, y alegrarse con ellos, visitaba con mas frecuencia su templo. Confirman esta verdad graves autores; pero oigamos á la Iglesia que dice así este dia: «Los imitadores de Elías, y Eliseo, luego que recibieron la fé, comenzaron con particular afecto á venerar de tal suerte á la beatísima Vírgen (de cuya conversacion y trato pudieron felizmente gozar), que entre todos fueron los primeros, que á la misma purísima Vírgen edificaron templo en aquel lugar del monte Carmelo, donde antiguamente Elías habia visto subir una nubecilla insigne, por ser figura de la Vírgen. Juntándose, pues, muchas veces cada dia en el nuevo templo, veneraban con piadosas ceremonias, plegarias, y alabanzas á la beatísima Vírgen, como á singular amparo de la órden: por lo cual á cada paso comenzaron todos á llamarlos hermanos, ó frailes de la bienaventurada María del monte Carmelo.

8 Merecieron tambien este título, y parentesco espiritual por la conformidad, así en la perfeccion, y profesion de la vida, como en los colores del vestido, que la sacratísima Vírgen usaba: porque lo primero, la vida de nuestra Señora fué de una perfectísima religiosa; pues á mas del voto de virginidad, hizo tambien el de pobreza, como se reveló á santa Brígida, y en la obediencia se esmeró de suerte, que eligiéndola para Madre de Dios, ella se le entregó por esclava. De estos votos, y ejercicio de todas las demás virtudes infieren graves autores, que desde que entró en el templo, hizo vida de perfectísima religiosa, y el tiempo de su viudez, no solo lo fué en su persona, sino que hecha ejemplar, y maestra de un colegio numeroso de vírgenes, como madre las dirigia y enseñaba. Juntábanse á esto los colores del vestido, que (segun dicen muchos) fueron los naturales, pardo en la saya, y blanco en la capa, ó manto exterior, como tambien consta de la revelacion de santa Brígida, y hoy se ve en imágenes suyas antiquísimas, como la del Pilar de Zaragoza, la de san Juan de Letran en Roma, y otra en la ciudad de Mecina. Todo lo cual demuestra la interior y exterior semejanza, que tuvieron los carmelitas con la sacratísima Vírgen: pues ellos fueron los primeros, que teniéndola por ejemplar y maestra; abrazaron la vida religiosa, y por la obediencia, castidad, y pobreza, que ella les mereció, han durado tantos siglos. No lo muestran menos los colores del hábito, el cual, dice Armachano, primado de Hibernia, siempre le ha usado la religion carmelita, en veneracion de la Vírgen, y especialmente de su purísima concepcion. De esto se infiere, que siendo la semejanza madre del amor, fué tan estrecho el lazo, que puso en los extremos, que María miraba á los carmelitas como á hijos, y hermanos; y ellos procuraron no desmerecerle ambos títulos.

9 No se contentó la sagrada reina María con dar uno, y otro título de hijos, y hermanos suyos á los carmelitas, sino que tambien se dignó de confirmarlos con apariciones milagrosas. Cuanto al de hijos es dulcísimo el caso que sucedió en Bolonia. Entre los cultos, que los carmelitas ofrecen devotos á su santísima madre María, uno es cantar todos los sábados la *Salve Regina*, con mas particular solemnidad y devocion, que los demás dias: estándola, pues, cantando los religiosos del convento de dicha ciudad, y llegando á aquellas palabras: Y á Jesus fruto de tu vientre bendito, nos muestra despues de este destierro; » se apareció la sacratísima Vírgen con su precioso Hijo Jesus en los brazos, y agradada de las alabanzas, que los religiosos sus hijos le daban, los mostró al divino infante: y como dándolo á todos, les dijo: Cantad devotamente, hijos; que yo os mostraré á mi Hijo Jesus, así en el presente, como en el siglo futuro: » con lo que los dejó llenos de consuelo, y devocion, así por el favor, como por el título, que les dió de hijos suyos. Para hacer mas notorio al mundo, que es piadosa madre de los carmelitas, ¿cuántas veces se ha aparecido, teniéndole los cabos ó puntas de su capa blanca dos ángeles, y como el ave debajo de sus alas abriga sus polluelos, mostrar á sus hijos abrigados y recogidos debajo? ¡Qué mayor fineza de madre, que estando los capitulares cantando la misa en el coro, ir por los asientos, dando hermosas flores, y varios dones á cada uno! ¡Qué servir á los religiosos en el refectorio, como se vió en el convento de la Roda! ¡Qué partir la comida, y dar de beber con su mano soberana á los enfermos, como hizo con san Alberto! ¡Qué dar leche de sus pechos divinos al milagroso P. Fr. Domingo de Jesus María, como en otro tiempo á san Bernardo! ¡Qué, estando los religiosos trabajando en una viña, bajar del cielo á limpiarles con un paño el sudor de los rostros, y animarles al trabajo, como se vió en el convento de Valladolid! Todas estas obras, y otras infinitas, que pudieran referirse, son de verdadera madre, como dice la Iglesia: «Afecto verdadero de madre.»

10 Si ha confirmado el título de hijos, propio del amor; el de hermanos tambien, como se

verá. En una torre, que está en la eminencia de Mompellier, ciudad de Francia, vecina al mar, pusieron los fieles, sus habitadores, muchas reliquias de estimacion para reparo de las continuas tormentas, que padecian, y en ellas una preciosísima del sagrado *lignum crucis*. El año de **1276**, el Señor, que impera á los vientos, dando lugar, se levantó una tempestad tan furiosa, que derribó la torre, y esparció las reliquias por el campo. Acudieron luego los canónigos de la catedral á recogerlas, y manifestándose la del *lignum crucis* por los rayos de luz que de sí echaba; al irla á recoger, saltaba de una parte á otra, con que frustraba de todos las diligencias. Acudieron otros clérigos; y sucedió lo mismo. Vinieron religiosos de otras órdenes, y la santa cruz se les huia de las manos: con lo que crecia en todos la admiracion, no sabiendo lo que el Señor pretendia. Habia poco que los carmelitas habian fundado en aquella ciudad, y queriendo la Vírgen santísima, que fuesen conocidos y estimados, se apareció la noche siguiente á uno muy santo, y muy su devoto, y le dijo: Quiero que mis hermanos solos lleven la cruz de mi Hijo. La verdad comprobó el hecho. Acudieron por la mañana en procesion, y llegando al lugar, la santa cruz se estuvo quieta, y se dejó coger y llevar de los religiosos carmelitas, que igualmente quedaron consolados, así con la posesion de tan preciosa reliquia, como por haber oido de la boca de la Vírgen santísima el dulce nombre de hermanos suyos.

11 En Cestria, ciudad de Inglaterra, ofendidos algunos seglares de oir que los carmelitas se llamasen hermanos de la Vírgen María del monte Carmelo, comenzaron á murmurarles y ofenderles con palabras injuriosas, diciendo ser indignos de tal nombre. Castigólos luego el cielo, y muriendo con muertes repentinas confesaban á voces, que eran sacrílegos, y el haber ofendido á los carmelitas la causa de sus desastradas muertes. Viendo en ellos el castigo, y en los demás el asombro, ordenó el abad de san Bamburgo, que era señor en lo temporal y espiritual de Cestria, que se hiciese una procesion solemne para aplacar á Dios, en que fuese toda la clerecía y religiones. Fueron pasando por delante de una imágen de nuestra Señora, que estaba en parte pública: y al llegar á ella los carmelitas, como se inclinasen á venerla y saludarla con la oracion del Ave María; la misma imágen (¡ó suma dignidad!) tambien inclinó la cabeza, y señalando con el dedo á los mismos carmelitas, dijo á los demás tres veces en alta voz: Mirad, estos son mis hermanos: y añadió á la tercera: Quien viere uno de los carmelitas, ve á uno de los hermanos mios. De estos tan ilustres testimonios, y otros que traen gravísimos autores, se movió la Iglesia para confirmar á la órden del Cármen en este tan glorioso título, y afirmar, que no fueron los pueblos los primeros que se le dieron, sino la misma sagrada Vírgen, y ellos por su inspiracion é impulso: así consta del rezo de este dia, en que dice la Iglesia: «Que la sacratísima Vírgen no solo les dió su nombre, sino su amparo y tutela:» y lo confirmaron Sixto IV, Gregorio XIII, y otros muchos pontífices, los cuales reconociendo su antigüedad y posesion (dice la Iglesia este dia): «No solo les confirmaron el título, sino concedieron particulares indulgencias á los que los llamasen religiosos y hermanos de la Vírgen María del monte Carmelo.» Y Urbano VI concedió tres años y tres cuarentenas de perdon, á los que la religion del Cármen y sus religiosos nombrasen ó apellidasen: «Órden, ó frailes de la beatísima Madre de Dios, María del monte Carmelo.»

12 Del nombre pasó la Vírgen santísima á las obras, y como patrona, fundadora, y madre de los carmelitas en todos siglos (dice la Iglesia), ha sido su tutela y amparo. Bien lo mostró el tiempo, que vivia; pues tantas veces los visitó en Jerusalen, Nazaret, y en el Carmelo. Aumentóse despues, y dilatóse la religion, y profesion monástica, en Egipto por san Antonio, y en Palestina por san Hilarion, y otros muchos: entre los cuales, pasando tiempos, fué san Cirilo constantinopolitano, á quien se apareció la Reina de los ángeles María, sin pecado concebida, muy gloriosa, y le dijo: Era voluntad de su Hijo, y suya, que su religion del Cármen no solo fuese luz de Palestina, y Siria, sino que alumbrase á todo el mundo. Y así en todo, y para todo, y en todos tiempos asistía á esta su religion. No la asistió menos en Francia, librando á su rey san Luis del naufragio, porque llevase (como lo hizo) á su reino, y á España, religiosos del Carmelo.

13 Entre mil ocasiones, en que ha mostrado esta soberana Señora, y madre del Cármen, que lo es, es muy célebre la ocasion, por que su religion agradecida instituyó esta fiesta de hoy. Habiendo celebrado el papa Inocencio III, el concilio general Lateranense, y en él ponderado, que la multitud de religiones mas causaba confusion, que edificacion á la Iglesia, determinó que en adelante ninguno instituyese nueva religion sin licencia del sumo pontífice, sino que el que quisiese ser religioso, escogiese una de las aprobadas por la sede apostólica. Gozosa quedó la religion del Cármen con este decreto, por ver en él su aprobacion; pues lo estaba mucho antes del concilio. Algunos poco afectos comenzaron á poner en duda la antigüedad de esta religion, y á afirmar, que no era la antigua de los carmelitas, sino otra nuevamente inventada, y que no tenia regla por la sede apostólica, ni queria obedecer á los obispos, con otras cosas, que sabe urdir la emulacion; y así que debia extinguirse, segun la decision del sobredicho concilio. Aunque en Jerusalen, y otras partes no habia estas dudas, por ser tan conocida la religion, y su antigüedad, y constar á todos de la regla nuevamente dada el año **1205** por san Alberto, patriarca de Jerusalen, y confirmada por él mismo, como legado, que era de la sede apostólica: con todo, como en Italia, y otras partes, no eran tan conocidos los carmelitas, determinó la religion enviar dos religiosos procuradores de esta causa á Roma, para que sacasen nueva confirmacion de su profesion y regla. Recibió el papa Honorio III benignamente á los procuradores; porque desde que conoció, y oyó predicar á

san Angelo, estimaba mucho á la religion, que daba tales hijos. Señalóles el pontífice dos de sus curiales, para que les presentasen los títulos y recados que traian: los cuales mostrándose contrarios, iban dando largas al despacho, tanto, que los religiosos desconfiaron de su pretension; y así acudieron á la Vírgen santísima, y madre suya, la cual, oyendo sus ruegos, se apareció al pontífice Honorio, y le mandó abrazase benignamente sus carmelitas, y aprobase su regla é instituto; y añadió con imperio: Ni se ha de contradecir, lo que mando, ni disimular, ó diferir, lo que promuevo. Y para que dos crédito á mis palabras; esta noche, siendo Dios el vengador, dos de tus curiales, que son émulos de mi religion, acabarán con muertes repentinas á una misma hora. Con esto desapareció la gran Madre; y venido el dia, que fué 30 de enero, sabiendo la muerte de sus curiales, hizo Honorio llamar á los dos religiosos procuradores: abrazólos benignamente: dióles el parabien de tener tal madre, y valedora en el cielo; y en ejecucion de su mandato, el mismo dia despachó la bula, en que confirmando la regla, les aprobó su instituto: con lo que partieron consolados y agradecidos, principalmente á la sacratísima Vírgen, que tan madre y protectora se mostró en defensa de sus hijos.

14 Gozosa y agradecida la religion toda, para mostrarlo mas, y que quedase perpetua memoria de favor tanto, solicitó el glorioso san Simon Stoch con el general, que se instituyese dia para celebrarle. Con esto salió decreto, que el dia 16 de julio se celebrase esta fiesta con toda solemnidad, con título de Conmemoracion solemne de nuestra Señora del Cármen, como desde entonces se continua hasta hoy, en cuyas lecciones se refiere este caso milagroso. Y cedió en este dia, y fiesta, la que la religion del Cármen de tiempo inmemorial celebral a á la concepcion purísima de la misma Vírgen, en Roma, con asistencia de los cardenales, y á expensas de toda la religion. Creció despues esta solemnidad, cuando dando la Vírgen santísima el santo escapulario al mismo san Simon, en este mismo dia, se añadió este nuevo título al primero, con el cual creció la veneracion y devocion de los fieles. En diversas ocasiones ha mostrado la soberana Reina de los ángeles María, cuanto le agrada esta fiesta de hoy; pero especialmente en el convento de la ciudad de Burgos, cuando el año de 1618, estando los religiosos en el coro cantando las vísperas de este dia; vió una persona de conocida, y aprobada santidad, que la Vírgen santísima asistia al lado del altar mayor con el hábito carmelita, teniendo el cabello, y el manto blanco todo sembrado de estrellas: traia á un lado á su castísimo esposo san José, al otro á san Simon Stoch, con cuya compañía, y la de muchos ángeles y santos, asistió hasta que acabaron las vísperas, llenando á los religiosos que las cantaban, y fieles que asistian, de celestiales consuelos.

15 Ya que María Señora nuestra solicitó con el papa Honorio la confirmacion de su órden, y quiso, que reconociese el mundo, que los carmelitas eran hijos suyos, y debian tener ese título, se dignó vestirlos de su mano, para que por el vestido se conociese su nobilísimo orígen. El vestir á los hijos es cuidado propio de las madres; y así la de Eurialo alegaba, que por tejerle una gala, pasaba dias y noches sin sueño: Ana hizo á su hijo Samuel la túnica, que vistió: Jacob á su hijo José; y la mujer fuerte á sus hijos: y en eso mostraron el amor, que les tenian, segun Andrómaca, mujer de Hector, le referia á Ascanio, cuando al darle un vestido, que ella le habia hecho por sus manos, le dijo: Lo recibiese por prenda de su amor y último don, y señal de sus fuezas todas. Así, pues, lo hizo la serenísima Reina de los ángeles María, sin pecado concebida, con sus hijos los carmelitas; pues sobre tantas prendas de voluntad y cariño, quiso labrarles un vestido de gala y gloria en el santo escapulario, y traérselo del cielo al glorioso san Simon Stoch, para que lo vistiese, no solo él, sino toda su familia, por prenda y señal de lo mucho que la queria y amaba. Este fué el hecho; veamos el modo.

16 San Simon Stoch nació en Montinduni del condado de Cansia en el reino de Inglaterra, de padres tan nobles, que traian el orígen de sus serenísimos reyes: su padre se llamó Guillermo de Roscheley, y su madre María, que como depositaria del nombre de nuestra Señora le parió, para que por hijo le adoptase. Fué hermosísimo entre otros hijos, que tuvieron, y por eso se le dedicaron á Dios: no como otros padres, que lo dan lo peor, sabiendo que Dios tiene el mejor gusto, y se le debe lo mejor. Bien sintieron los demonios la ofrenda, y nacimiento de Simon; pues muchas veces se oyeron clamar con tristes aullidos, y voces, que aquel niño habia de procurar su ruina; porque como otro Hércules desde la cuna comenzó á oprimir las culebras del infierno. Apenas sabia hablar, cuando ya le hallaban por los rincones de la casa orando. De siete años le enviaron sus padres á Cantuaria á estudiar, donde en breves dias se hizo señor de las letras humanas, y divinas. De doce se fué (sin dar noticia á sus padres, porque no se lo impidiesen), al desierto, aconsejado de la Vírgen santísima, con quien comunicaba continuamente, como con piadosa madre, que por tal la habia escogido, y soberana Señora le habia recibido por hijo. Entróse en la concavidad de una encina, celda, que le habia labrado el tiempo, de quien tomó el renombre de *Stoch*, que en lengua inglesa es lo mismo que *tronco* en nuestra castellana. Los ángeles bajaron á hacerle compañía, y conversar con él, dia y noche. Vencido ya el mundo, trató de vencer su cuerpo, y hacíalo con grandes ayunos y penitencias. Su bebida era el agua clara de las fuentes: su comida eran las yerbas, ó frutas silvestres, de que se alimentan los brutos; y el Señor, por regalarle, en ciertos dias le enviaba un pan con un perro blanco, como á su padre Elías con los cuervos. Las noches pasaba en oracion el santo niño metido en su tronco, gimiendo y llorando, como si hubiera cometido gravísimas culpas (confusion

para los que enredados en ellas, no se acuerdan de Dios): y para que el sueño no le venciese, unas veces hacia cama de las zarzas, otras con manojos de espinas castigaba su inocentísimo cuerpo. Opusósele el infierno con varias tentaciones, visiones horrendas, y crueles castigos, que le daban los demonios, de que no sacaron mas fruto que su confusion, huyendo cobardes, y dejándole triunfante y glorioso.

17 Asistíale la diestra del Altísimo á los combates, y dándole secretamente armas, luego se le descubria, y celebraba con Simon la gloria del vencimiento, con cuya vista el santo niño quedaba agradecido á tal padrino, y deseoso de padecer nuevos combates por su amor. Otras veces le socorria la Vírgen santísima: y cuando sus enemigos con mayor rabia herian y martirizaban sus carnes, se descubria como escuadron bien ordenado, y se lo quitaba de las manos, deshaciéndose, como la cera á la presencia del sol, ellos á la de María. Obligado el niño á tan celestial protectora, cuando entró en los quince años de su edad, en presencia de una imágen de la misma Vírgen hizo voto de virginidad en veneracion de su pureza, por asegurar con este voluntario sacrificio la continuacion de sus favores. Los muchos, que Hijo, y Madre hicieron á nuestro solitario, y las visitas, y asistencias de los ángeles, que gozó, aunque no los individúan los historiadores, suponen, que fueron infinitos, porque ya los espíritus celestes le trataban como á su compañero é igual, sino en el estado, en el mérito. Con este modo de vida pasó san Simon casi veinte años: y como la Vírgen santísima lo tenia tan á su cuenta, y él la miraba con atencion de hijo, un dia (entre otros), le pidió luz, para conocer los empleos, y modo de vida, con que mas le agradase. Aparecióse esta celestial Señora, y díjole: Que dentro de pocos años pasarian de Siria y Palestina al Occidente religiosos del monte Carmelo, imitadores del santo profeta Elías: que era gusto de su precioso Hijo, y suyo, que recibiese su hábito, y profesion; y en tanto que llegaban, se ordenase de sacerdote, y saliese á predicar á los pueblos.

18 Era el año de **1198** y **32** de su edad, cuando el santo volvió á poblado, con asombro de cuantos habian oido la vida pasmosa, que habia hecho en aquella soledad desde los doce años. Ordenóse de sacerdote: diése á la predicacion con tal fervor, y eficacia, que se iban tras él los pueblos, admirados; y así sacó innumerables almas de sus culpas, y las ganó para Cristo. Algunos caballeros ingleses, que el año de **1191** habian pasado con su rey Ricardo en favor de la Tierra santa, habiendo ganado á los moros la gran ciudad de Acco, Acre, ó Ptolomayda, que está vecina al Carmelo, con esta ocasion la tuvieron de subir al sacro monte, y visitar á los carmelitas (entre los cuales algunos trocaron el hábito militar por el monástico), y les cobraron tal devocion, que pidieron al general san Brocardo les diese licencia de llevar consigo algunos de sus religiosos, para que Inglaterra gozase de su ejemplo y santidad. Dióla con gusto el santo padre, y el año de **1212**, embarcándose algunos religiosos ingleses, llegaron con los demás á su patria, y en dos soledades fundaron sus celdas, y oratorios eremíticos. Como Simon se carteaba con el cielo, luego supo su venida; y pedido el hábito con toda humildad, se le dieron: con que nuevamente le admitió por hijo María en su religion sacra. Luego que profesó, teniendo el general de los carmelitas san Brocardo noticias de su santidad, lo hizo vicario general de los conventos fundados, y que se fundasen en Europa: lo mismo hicieron san Cirilo, Brocardo II, y Alano, sucesor de san Brocardo, y así fué, el que como vicario general procuró la confirmacion de la regla del Papa Honorio III, como se ha dicho, y de Gregorio IX. Pasó al Carmelo Simon, llamado para un capítulo general, y despues de varios sucesos y milagros, que hizo, resolvió quedarse allí en una cueva, como quien tan enamorado estaba de la soledad. Hízolo por espacio de seis años, en que mereció un favor tal, que no creo se lea otro de santo alguno; y es, que como á Elías su padre le traian de comer cuervos, y á Pablo tambien; á Simon como á hijo mas querido se dignó la piadosísima María de ser su proviśora, y por espacio de los seis años se empleó en regalarlo y sustentarlo por sí misma con maná del cielo. ¡Hay favor mas raro! ¡Con su misma divina mano le daba de comer! Cada bocado seria un ascua, que le encenderia el alma en su amor, y divinizaria sus afectos.

19 Cumplidos los seis años, el general Alano dispuso venirse á Inglaterra, y se trajo consigo á san Simon, y otros religiosos. Siendo de edad de ochenta años, aunque muy entero y robusto, como quien tanto se habia sustentado con manjar del cielo, fué electo general; no sin particular milagro de la Vírgen santísima, y asistencia continua suya, y fué el sexto de los latinos. Viendo que la regla que observaban, era para ermitaños y solitarios, no para mendicantes, cuyo título ya gozaban; dispuso que el Papa Inocencio IV la mitigase (como lo hizo), de suerte, que pudiesen vivir en los poblados, para servir á Dios, ganándole almas con la predicacion y confesion, como lo hacen continuamente. A este zelo, y fruto de san Simon, sucedieron otros mas soberanos, y merecedores, de que en perpetua memoria lo tengan, no solo los carmelitas, sino es el mundo todo. Reconociendo el santo padre, que su religion, á fuer de palma habia de crecer con el rocío del cielo, recurria continuamente á la Vírgen santísima, pidiéndole, que pues los carmelitas eran sus hijos, y les habia concedido su nombre, y título de hermanos suyos, les diese juntamente alguna señal, ó prenda, en que declarase, que era verdadera madre suya. Continuaba su peticion, y en ella repetia estos versos: Flor del Carmelo, vid florida, resplandor del cielo, vírgen fecunda y singular, madre apacible, sin conocer varon, á tus carmelitas dá privilegios, estrella del mar. Obligada de estos ruegos cariñosos, se le apareció, al rayar del alba la del cielo, acompañada de innumerables ángeles y luces, que hicieron cielo su celda. Venia sobre manera graciosa con el hábito

del Cármen, el cabello tendido, y una corona imperial en su cabeza: traia en sus manos el santísimo escapulario; y llegándose al santo, se le dió, y puso, diciéndole estas palabras: Muy amado hijo, recibe el escapulario de tu órden, que es señal de mi hermandad, y privilegio singular para tí, y todos los carmelitas. El que muriere con él, no padecerá el fuego eterno. Es señal de salud, salud en los peligros, confederacion de paz, y pacto sempiterno. A vista de tal hermosura, y tal favor, quedó el santo absorto y rendido, y dió inmensas gracias á la soberana Reina: y viendo, que se le iba, envió en su seguimiento toda el alma. Este fué el favor, y así lo refiere el mismo santo en una carta, que remitió á toda la religion, para que le ayudase á agradecer el don, que la Vírgen le habia traido del cielo. A otros devotos suyos ha honrado la Vírgen santísima con semejantes favores. Al toledano san Ildefonso con la casulla, como tambien á Benito Wernierse, y Tomás Cantuariense: á san Alberico, abad del Cister, con la cogulla blanca, á san Norberto, fundador de la órden premonstratense, á san Reginaldo de la órden de santo Domingo, y á san Franco de Sena carmelita, con el hábito de sus religiones; mas estos, y semejantes favores fueron personales, y no se extendieron á otros: pero el santo escapulario, que le dió á su amado san Simon, no solo fué privilegio para su persona, y órden, sino para todos los fieles, que se agregasen á ella; y esto, no para un dia solo, y una edad, sino para todas las presentes y futuras. ¡Qué mayor fineza de madre!

20 Reparan algunos escrupulosos, en que la religion del Cármen siempre habia usado llevar escapulario: es verdad; pero muy diverso del que trajo la Vírgen del cielo. Sirva por ejemplo, lo que dijo Dios á Noé: Que pondria su arco, ó íris en las nubes por señal del pacto de amistad, que sentaba con la tierra: y es cierto, que el arco aparecia en las nubes desde el principio del mundo: mas no era entonces mas que metéoro, que forman las nubes y el sol; despues fué señal de pacto y amistad, que estableció Dios con los hombres, con la cual en cierta manera se obligó á no enviar mas diluvios. Lo mismo pasa con el santísimo escapulario, que siendo antes vestido comun de los monjes; desde que la Vírgen santísima le bajó del cielo, es señal de pacto y hermandad, que sentó con sus hijos y hermanos los carmelitas, y prenda, que les asegura su proteccion, y afianza sus favores.

21 No satisfecha la Vírgen Madre, con haber honrado á sus religiosos con el precioso título de hijos, y hermanos suyos, y haberles dado en la insignia del santo escapulario seguros de su patrocinio, en vida y muerte; añadió otro privilegio singular, para cuando saliesen de esta vida, que es el del sábado, en el cual concedió, que mediante sus continuas intercesiones, y sufragios, los ayudaria, para que saliesen del purgatorio cuanto antes, especialmente el sábado inmediato á su muerte, por ser dia, que la Iglesia le ha dedicado, como suyo propio. Este privilegio es el mas solemne y singular, que tiene la religion, y las religiones todas. Murió el papa Clemente V en el año de **1314** y estando los cardenales con algunas diferencias sobre la creacion de nuevo pontífice, se apareció la Vírgen santísima al cardenal Jacobo Ossa, obispo portuense, natural de Aquitania, dándole el nombre que habia de tener, que fué Juan XXII, y anunciándole la suma felicidad de vicario de su Hijo, le dijo: Juan, vicario de mi amado Hijo, porque he visto la devocion que me tienes, he pedido, y alcanzado de mi hijo, que seas papa, y vicario suyo en la tierra. Yo te librare de tus adversarios, y en correspondencia de esta gracia, quiero, que favorezcas á mi órden de los carmelitas, comenzado en el monte Carmelo por Elías, y Eliseo, y que les confirmes así la religion como la regla, que ordenó mi siervo Alberto, patriarca de Jerusalen, y les concedas (segun yo le he alcanzado en el cielo), que los religiosos de ella, y los que por su devocion entraren en mi cofradía, y trajeren su escapulario, llamándose cofrades suyos, y guardaren castidad en su estado, y rezaren el oficio divino, ó los que no saben rezar, se abstuvieren de comer carne los miércoles y sábados, ganen el dia de su entrada remision de la tercera parte de las penas debidas por sus pecados, y en el de su muerte indulgencia plenaria. Y si fueren al purgatorio, yo como madre de misericordia, en mis ruegos continuos, oraciones y méritos y especial proteccion los ayudaré, para que libres cuanto antes de sus penas, especialmente el sábado inmediato á la muerte de cada uno, sean sus almas colocadas en la bienaventuranza. Esta es la revelacion, y la sustancia del favor, que ofreció nuestra Señora, segun despues de Juan XXII que concedió la bula, y Alejandro V que la confirmó, lo han entendido, confirmado, y declarado sus sucesores, Clemente VII, Paulo III, Pio V, Gregorio XIII, el decreto de la sagrada Congregacion en tiempo de Paulo V, y el rezo eclesiástico, que en él dió, y Urbano VIII confirmó para esta fiesta. Fué, pues, conforme se le ofreció la Vírgen santísima, hecho pontífice el dia siguiente el dicho cardenal, y llamado Juan XXII, y luego al punto despachó bula, en la cual no solo confirma la religion, su antigüedad, y privilegios, sino á sus profesores, haciendas y conventos los exime de toda inferior jurisdiccion, y admite á la proteccion y amparo de la santa sede apostólica. Y luego despachó otra, en que refiriendo la vision, que tuvo de la Vírgen santísima, publica el favor, que para su órden, y cofradía habia alcanzado de su precioso Hijo, y como gracia, que Cristo concedió á peticion de su Madre, la confirmó el pontífice con estas notables palabras: «Esta santa indulgencia yo la acepto, reboro, y confirmo en la tierra, así como por los méritos de la gloriosa Vírgen, y Madre suya, Jesucristo la concedió en los cielos:» en la cual cláusula el pontífice claramente dice, y declara, que esta indulgencia del santo escapulario no es de la tierra, sino del cielo, no estriba en la largueza de los hombres, ni de los ángeles, sino en la del mismo Cristo, de quien los ruegos de su Madre santísima la alcanzaron; y así es digna de la

mayor estimacion, porque dimanó inmediatamente de la fuente de la gracia. De aquí consta, que este privilegio no es comunicable á las demás religiones; porque fué gracia personal de la Vírgen para solos sus religiosos, y cofrades, los carmelitas: y como no es gracia, que dependa de la potestad de las claves, sino es en cuanto á su publicacion, y confirmacion externa; el sumo pontífice no solo se halla en ella como dispensador del tesoro de la Iglesia, sino como juez universal y supremo, interpuso la autoridad pública, que goza en la tierra, para que con decreto judicial quedase confirmado, y corroborado en ella, el pacto, que la santísima Vírgen sentó con los carmelitas sus hijos, y á peticion suya les concedió en el cielo su Hijo.

22 Querer referir las obligaciones de los cofrades, fuera repetir; pues están referidas en las palabras de la Vírgen santísima, su madre y patrona: la suma de indulgencias, y jubileo, que ganan, fuera cansar; por hallarse en las bulas y sumarios, y ser infinitos: los prodigiosos milagros, que ha obrado, y obra cada dia el santísimo escapulario, aunque ofrecí decir algunos, considero que es milagro de milagros; pues no hay nacion, provincia, reino, ciudad, villa, y lugar, que no los haya experimentado, y experimente por instantes, y son tantos que llenan muchos libros, que andan impresos, donde los curiosos y devotos hallarán bien que emplear sus deseos, y cumplir con su devocion; pues si de los santos de esta esclarecida religion dijo el abad Tritemio, que quien quisiera numerarlos, contase las estrellas del cielo; que tan imposible era el reducirlos á número, por ser infinitos: lo mismo se puede decir de los prodigiosos milagros del santísimo escapulario, que solo Dios, que sabe y cuenta el número de las estrellas, podrá contarlos; y estos en todas edades, y tiempos, en agua, fuego, aire, y tierra: pues de todos elementos, de todos riesgos, de todos peligros defienden: y si los que se saben de almas, que al sábado inmediato á su muerte ha sacado del purgatorio la Madre de piedad María santísima, sin pecado concebida, son muchísimos; infinitos serán los que deben de ignorarse; porque la divina Madre de misericordia cada dia, y cada instante quiere, que sus hijos, y hermanos, religiosos, y cofrades experimenten sus prodigiosas piedades. La vida de san Simon Stock, fuera tambien nunca acabar querer acabarla, segun es de prodigiosa, y está llena de milagros: y sobre todo baste para gloria suya, y de su religion, haberle merecido la gracia, y favor del santísimo escapulario, con cuya preciosa joya han ilustrado al Cármelo pontífices, emperadores, reyes, príncipes, señores, y señoras infinitas, que le han vestido, y se han honrado con él. Pero ¿para que me canso en repetir lo que el mundo todo sabe? Esta tan célebre fiesta de la Conmemoracion solemne de nuestra Señora del Cármen en la forma, que va referida, son infinitos los autores que la escriben, y tratan latamente: unos puntos y otros, constan tambien de muchos pontífices, que van nombrados, y otros que no se nombran: asimismo muchas cosas son de la sagrada Escritura: afirma otras muchas la Iglesia; y todas las tiene recibidas: constan de concilios otras muchas, especialmente del Efesino, donde por honra, y gloria de san Cirilo Alejandrino, carmelita, su presidente, y acérrimo defensor de la maternidad de María santísima contra Nestorio, heresiarca, que le negaba el título de Madre de Dios, se instituyó, y declaró: que los carmelitas de justicia se debian llamar religiosos hermanos de la gloriosa Vírgen María del monte Carmelo: que su primer padre Elías fué de la tribu, y estirpe misma de la Madre de Dios María; y que el primer convento que dichos religiosos tuvieron en el nuevo Testamento, fué en Jerusalen, en la puerta Dorada, en la misma casa de mi señora santa Ana, donde fué concebida en gracia y gloria, preservada, y libre de toda mancha de culpa original mi señora la siempre Vírgen María. Quien quisiere ver infinitos autores extraños, y propios de la religion, que tratan, y escribieron de esta fiesta y sus circunstancias, vea al reverendísimo maestro Lezana en sus Anales del Cármen, y en su libro *María Patrona*; Silveyra *in Evangelia*, y *Opuscula varia*; Daniel *à Virgine Maria* en la *Vinea Carmeli*; los reverendísimos padres Raimundo, Salazar, Rodriguez, Flores, José Andrés, y Manuel Ortigas de la compañía de Jesus, que hallará á medida de su deseo, cuantos quisiere.

* San Atenógenes, obispo, y diez discípulos suyos, todos mártires. — Por los años de 300 vivia este santo obispo en Sebaste, ciudad de Armenia, ocupado únicamente en el servicio divino y en fortificar á los fieles contra los edictos que habia mandado expedir el emperador Diocleciano, y por los enviados de este fué preso con otros diez cristianos, y todos juntos murieron mártires en la misma ciudad.

San Eustaquio, obispo y confesor. — Nació en Sida de Panfilia, y fué recomendable no solo por su sabiduría y elocuencia, sí que tambien por su eminente santidad, y por su ardiente zelo en conservar la pureza de la doctrina católica. Primeramente fué obispo de Berea, pequeña ciudad de Siria, y habiendo adquirido grande consideracion en la Iglesia, le eligieron obispo y patriarca de Antioquía á fines del año 324 ó principios del siguiente. A pesar de su repugnancia en dejar su primera esposa la Iglesia de Berea, por fin cedió á las vivas instancias de los padres de Oriente que le creian el único capaz de dirigir aquella importante sede en tiempos borrascosos. En 325 asistió Eustaquio al concilio de Nicea donde se distinguió por sus luces, su zelo y la amistad que contrajo con el emperador Constantino. El zelo que desplegó contra los arrianos en esta asamblea, le acarreó el odio de los herejes que no dejaron de trabajar contra él hasta perderle. Sobornaron á una mujer pública, que declaró, bajo juramento, que habia tenido un hijo de Eustaquio, acusacion que se llevó hasta los últimos términos de la mala fé, y que inclinó á Constancio, y, segun otros, al mismo Constantino á desterrarle de su Iglesia. Vivió algunos años en Macedonia, sobrellevando con ejem-

plar paciencia y resignacion las amarguras de su injusto destierro, ocupando el tiempo en escribir en defensa de las verdades de la Iglesia católica y publicando varios tratados contra los herejes, que no dejaron nunca de perseguirle y maltratarle. Por fin el glorioso Eustaquio, modelo de confesores, murió en Philippis de Macedonia en julio del año 337, siendo enterrado en Trajanópolis donde se veneran sus reliquias.

San Sisenando, diácono y mártir.—De grande esfuerzo y gozo, dice Villanueva, fué para todos los cristianos que gemian en Córdoba, debajo del yugo de los moros, el brio y ánimo celestial con que en el reinado de Abderramen, un delicado mancebo llamado Sisenando dió la vida por Cristo. Era este siervo de Dios natural de Pax, que hoy es Beja, y sus padres lo llevaron á Córdoba para que aprovechase en doctrina y en virtud con los excelentes maestros de la una y de la otra que en dicha ciudad florecian. Con el tiempo, fué llamado por Dios al diaconado y en seguida á la gloria del martirio. Un dia tuvo una vision en que se aparecieron dos compañeros suyos que habian sido sacrificados por los sarracenos, y le manifestaron la gloria de que gozaban. Enardecido con este espectáculo, y alentado con el auxilio del Espíritu santo, sin dilacion alguna se presentó al juez, diciéndole que era cristiano, y que amaba y abrazaba la fé de Jesucristo y aborrecia las mentiras y falsedades que creian los moros, y en seguida el juez lo mandó encarcelar. Muy ufano estaba Sisenando de ver tan bien comenzada su carrera. Veíase en su alegría ser del cielo el llamamiento que lo condujo al tribunal, y agradable á Dios el sacrificio que de su vida le tenia ya hecho, y por esto era mas grande aun el ansia que tenia de ver cumplido su deseo; pero el Señor quiso templársela, anticipándole esta buena nueva con particular revelacion. Estaba el santo jóven respondiendo á un billete que le escribió un amigo suyo, y cuando tenia ya escritos tres ó cuatro renglones, dejó súbitamente la pluma, y puesto en pié, se volvió al que le habia llevado la carta, le dió la respuesta conforme estaba sin acabarla, y le dijo en presencia de muchos: Hijo, vete luego de aquí, no sea que te hallen en este lugar los ministros del juez que vienen ya para sacarme de esta cárcel. Esto dijo con semblante risueño, y luego llegaron los alguaciles con grande estruendo y vocería, á los cuales recibió él sin moverse ni mudársele el rostro. Con gran furia descargaron sobre el santo muchos golpes y bofetadas, y á empellones lo llevaron ante el juez. Puesto en el tribunal, perseveró constante en la confesion de Jesucristo, por cuya causa fué degollado en la misma ciudad de Córdoba, el dia 16 de julio del año 851. Despues fué su sagrado cuerpo echado al rio; pero pasado algun tiempo unas mujeres lo hallaron entre unas piedras de la orilla, y lo colocaron en la iglesia de san Acisclo.

San Fausto, mártir.—Era griego, y en una ciudad de su mismo país fué preso en tiempo del emperador Decio. No habiendo querido ofrecer incienso á los dioses del paganismo, fué clavado en una cruz, donde permaneció cinco dias expuesto á los insultos y á los malos tratos de los infieles, hasta que al fin murió, en el año 251.

San Dominion, mártir.—Era un niño de diez años, que habiendo abrazado la religion cristiana, hablaba siempre de Jesucristo y procuraba persuadir á sus compañeros que se hiciesen bautizar. Un dia fué preso por los paganos, y por órden de Ricciovaro le azotaron, y luego le aplicaron á las narices y orejas unas cantáridas de sal, mostaza y acíbar. El santo niño se reia de este tormento, y decia que le encontraba tan dulce y suave como la miel, por lo cual indignado el prefecto mandó que preparasen veinte y cuatro clavos y que cuando estuviesen candentes, le traspasasen con ellos las manos, los piés, la nariz y los oidos. Durante su martirio, convirtiéronse á la fé cincuenta y cuatro personas, de las cuales treinta murieron con él, en la ciudad de Bérgamo, bajo el imperio de Diocleciano, por los años 302.

San Hilerino, monje y mártir.—Era natural de la ciudad de Arezzo en Toscana, y vivia en un monasterio de la ciudad de Ostia. Durante la persecucion que suscitó en la Iglesia el emperador Juliano, fué este santo preso con san Donato, obispo, y negándose firmemente á idolatrar, fué molido á palos y por fin le cortaron la cabeza.

San Vitaliano, obispo y confesor.—Nació en Capua, y dedicó sus primeros años al estudio de las ciencias, resplandeciendo ya en ellos con admirable inocencia de costumbres y vida ejemplar. Estando viuda de pastor la iglesia de su patria, fué él elegido para regirla, aclamándole todos unánimemente por el prelado que el cielo les enviaba. Su vida entera fué sin mancilla, casto y humilde, llegando á una edad muy avanzada sin haber desatendido un solo dia los deberes de su alto ministerio. Las viudas, los huérfanos, los desamparados, fueron por él socorridos y consolados, los enfermos curados y los infelices aliviados, y de tal modo se entregó á socorrer las necesidades de sus ovejas, que todas ellas le daban privada y públicamente el título de padre de la patria, y de verdadero pastor de su pueblo. Despues de una vida ilustre en toda clase de virtudes, murió Vitaliano á mediados del siglo VII.

Santa Reinalda, vírgen, y sus compañeros, todos mártires.—Natural de Brabante y hermana de santa Gudula, fué como ella educada en la religion cristiana, y muy fervorosa en el servicio de Dios. Deseando derramar su sangre por Jesucristo, marchó á Jerusalen á visitar los santos lugares: en ellos estuvo siete años empleándose en obras de misericordia y piedad, al cabo de los cuales trató de volver á su patria con muchas reliquias de santos que habia recogido. Al pasar por Saintes de Francia, fué detenida por los hunos, que la atormentaron bárbaramente por no querer prostarse á sus sacrílegas exigencias, y despues la degollaron, juntamente con sus compañeros san Grimoaldo, subdiácono, y san Gondulfo, su familiar, recibiendo los tres la corona del martirio por los últimos años del siglo VII.

San Valentin, obispo y mártir.—Floreció

en Tréveris, durante los primeros siglos del cristianismo, y por haberse perdido seguramente las actas de su martirio ignoramos todas las circunstancias de su vida, y la época y lugar de su muerte.

Dia 17.

San Alejo, confesor. —Siendo sumo pontífice Inocencio, I de este nombre, y emperador Honorio, hijo del gran Teodosio, hubo en Roma un gran caballero, rico, y poderoso, que se llamaba Eufemiano, el cual estaba casado con una señora, llamada Aglaes, que era estéril; y por esto vivian con gran desconsuelo, y con gran deseo de tener un hijo, que heredase su casa y hacienda, que era mucha. Pedíanlo á nuestro Señor con oraciones, y plegarias, y con las buenas obras y limosnas, que continuamente hacian: porque su casa era un perpetuo refugio de los huérfanos y viudas, un hospital de pobres, y un meson de peregrinos. Oyólos nuestro Señor, y dióles un hijo, é hijo de oraciones y lágrimas, á quien pusieron por nombre Alejo. Criáronle en temor de Dios, y en loables costumbres, y buenas letras, y siendo aun niño, dió grandes muestras de haber sido escogido singularmente de Dios, para glorificar su santo nombre, y edificar la Iglesia católica con el ejemplo de su rara y admirable vida. Siendo ya de edad para casarse, sus padres le buscaron una doncella de esclarecido linaje, rica, hermosa, y digna de tal esposo. Dijéronle, que se casase: y Alejo disimulando, obedeció á sus padres, y se desposó con ella con gran regocijo, fiesta, y concurso de todo lo principal de Roma. La noche siguiente al dia del desposorio habló Dios interiormente á Alejo, y díjole allá en el corazon, lo que queria que hiciese en su servicio, y que no tocase á la esposa, sino que la dejase, y como otro Abraham, saliese de su patria, y de entre sus padres y deudos, y le siguiese á la tierra, que él le mostraria. Obedeció Alejo á Dios, y armado de su favor, y del amor de la castidad, entró en el aposento, donde estaba su esposa, y dióle un anillo de oro, y una cinta muy rica, envuelta en un velo colorado de seda, y díjole que guardase aquellas joyas, en prendas de su amor, hasta que Dios ordenase otra cosa. De aquel aposento entró en otro, donde tenia su recámara, y tomando algunas joyas y dineros, mudó el traje, y salió de casa de sus padres. Fuése al puerto de Roma, y por voluntad de Dios halló en él un navío aprestado, en el cual pasó á la ciudad de Laodicea, y de allí por tierra á la ciudad de Edesa, en la provincia de Mesopotamia, en donde estaba la imágen del rostro de Cristo nuestro Redentor, que el mismo Señor envió por uno de sus discípulos al rey Abagaro. Llegado Alejo á Edesa, vendió las joyas, y todas las cosas de precio, que llevaba, y repartiólo á los pobres, y él mismo se vistió de pobre, y comenzó á mendigar: y tomando lo que precisamente habia menester para vivir, si cosa alguna le sobraba, la daba para sustento de los viejos pobres. Lo mas del tiempo vivia debajo de un portal de una iglesia, donde habia una imágen devotísima de nuestra Señora la Virgen María, con la cual tenia grandísima devocion, y comunicacion. La esposa de san Alejo estuvo toda aquella noche aguardándole, muy suspensa, y maravillada, de que no volviese á ella. Los padres á la mañana, cuando quisieron ver á su hijo, no le hallaron en su casa: y sabiendo lo que pasaba, quedaron atónitos, y como fuera de sí, la madre en un perpetuo llanto, la esposa desbaciéndose en lágrimas, y el padre enviando por todas partes criados, que le descubriesen á su hijo, y le fuesen á los alcances. Por el rastro y señas, que algunos de ellos tuvieron, llegaron á Edesa, donde Alejo estaba; pero con la penitencia, ayunos, y hábito de pobre mendigo, le hallaron tan trocado en el rostro, y en la habla, que le dieron limosna, y no le conocieron, aunque fueron conocidos de él: y tuvo por gran merced, y regalo de Dios, que le hubiese puesto en estado, y hecho tan pobre, que recibiese limosna de sus criados. Diez y siete años estuvo Alejo, despues que salió de la casa de sus padres en esta pobreza, abatimiento, y menosprecio del mundo, sin ser conocido de los hombres; pero muy favorecido y regalado de Dios. No dejaban los rayos de su virtud de resplandecer, y mover á los que le miraban con admiracion de su santidad, y á poner los ojos en él. Acrecentóse la buena opinion, que de él tenian, con una revelacion que tuvo el sacristan de aquella iglesia, en cuyo portal vivia Alejo. Habléle la imágen de nuestra Señora, que allí estaba, y declaróle, cuan grato era á Dios aquel su siervo, que moraba en aquel portal, y cuanto podian sus oraciones en el divino acatamiento. Divulgóse esto entre la gente, y mirábanle ya como á santo; y él por huir de la honra que le hacian, acordó partirse de Edesa, é irse en romería á Tarso de Cilicia á visitar un templo famoso, que allí habia, del apóstol san Pablo. Para esto se embarcó, y por voluntad de Dios tuvo una tempestad en el mar, y de una en otra parte llegó á Italia, y se halló en el puerto de Ostia; y con particular inspiracion é impulso de Dios, que le guiaba, determinó entrar en Roma, y para no ser pesado á nadie, y tener que padecer mas, y triunfar mas gloriosamente de sí, y del mundo, irse á la casa de sus mismos padres, donde entendia, que al cabo de tantos años, por estar tan desfigurado y trocado, no seria conocido. Despues de haber visitado en Roma algunas iglesias, y santos lugares, y armádose con el favor del cielo contra las tentaciones, que se habian de ofrecer, yendo á casa de su padre Eufemiano, le topó en la calle con grande acompañamiento de criados, conforme á su estado, y se le puso delante, y le dijo: Por amor de Dios te pido, Señor, que me mandes recoger en un rincon de tu casa, y sustentarme con las migajas que caen de tu mesa; que yo no te seré cargoso, ni á tu familia importuno. Usa conmigo de la caridad y limosna que usas con todas las personas necesitadas y miserables, así Dios mire por todas tus cosas, de

quiera que estuvieren, y les dé remedio, y quien bien les haga. Enterneciése con estas palabras Eufemiano, acordándose de su hijo Alejo, que le tenía delante, y no le conocia: mandóle recibir en su casa, y á un criado suyo, que tuviese cargo de él. Este le aposentó en una camarilla estrecha, y oscura, en el portal de la casa, donde estuvo el santo otros diez y siete años disfrazado y encubierto, padeciendo de los criados y de la otra gente, que entraba y salia, grandes molestias y baldones: porque como él era tan recogido, y estaba en traje de hombre pobre y abatido, y en las cortes los pajes, y gente moza, suele ser tan poco cortés y comedida; tomaban la santidad de Alejo por materia de risa y entretenimiento, y como si fuera un simple, é insensato, le daban bofetadas, mesábanle, pelábanle las barbas, echaban sobre él cosas inmundas, y hacíanle befas y agravios; y el santo lo llevaba todo con gran paciencia y alegría, por verse tratado en casa de sus padres de aquella manera por Dios. Pero no era esta la mayor tentacion, ni la mas dura pelea, que tuvo Alejo, sino otra que ningun pecho pudiera vencer, sino el que fuese tan fuerte como el suyo, y tan armado de gracia de Dios. Porque su madre desde el dia que se partió de su casa, nunca dejaba de suspirar por él, y su esposa viéndose antes viuda, que casada, de dia y de noche daba gritos al cielo, y derramaba rios de lágrimas en aquel'a misma casa, en la cual él la dejó, y de ella nunca se habia querido partir. La madre decia: ¡O hijo de mis entrañas! O Alejo mio, ¿donde estás? ¿Para qué te deseé yo? ¿O para que te pedí á Dios? ¿O para qué él te me concedió? sino para que fueses báculo de mi vejez, honra de mi casa, señor de mi hacienda, y no para que me dejases sola, triste, llorosa, viviendo muerta con tu ausencia, y con un prolijo martirio de tantos años, dando cada dia el alma á Dios. Una vez te parí, y los mismos dolores de parto, que entonces tuve, me fueron causa de gozo y alegría, por ver heredero en mi casa; y ahora otros nuevos y mas desapiadados dolores me atormentan, por haber perdido el gozo de mi corazon, y salido en vano mis esperanzas. A estas voces tan lastimosas respondian otras de la esposa no menos tiernas y llorosas, que decia: O esposo mio dulcísimo, ¿cómo me dejaste? Si no querias hacer vida conmigo; ¿para qué me tomabas por mujer? ¿Tomásteme para dejarme? ¿En qué te ofendí? ¿Qué disgusto te dí? ¿Qué viste en mí, que te desagradase, y que te hiciese huir de mí, como si fuera tu enemiga? ¿Para todos eres gracioso y amoroso; y para mí sola duro, y cruel? ¿En dónde estás? ¿Cómo no vienes? ¿Cómo no me das nuevas de tí? ¿Eres vivo, ó eres muerto? ¿Estás en Italia, ó fuera de ella? ¡Ay! que no siento tanto mi dolor, como el no saber donde estás, ó como estás; porque mas te quiero á tí que no á mí, y mas deseo tu vida, que la mia; pues que para mí, estando sin tí, ya el mundo se acabó. ¿Piensas, que por haber tanto que no te veo, estoy olvidada de tí, ó que se ha mitigado mi dolor? No es así; porque ni mi dolor se puede mitigar con el discurso del tiempo, ni el amor, con que yo una vez te entregué mi corazon disminuirse con tu ausencia. Estas voces, acompañadas de gemidos y lágrimas, llegaban á los oidos de Alejo, y combatian su corazon, que por ser de carne, no podia dejar de sentir la pena de su madre, y esposa, á quienes él tanto amaba. Y doblábanse sus penas, con verlas algunas veces pasar, entrando, ó saliendo por la puerta de la casa, y con oir referir á los criados el continuo llanto, en que estaban, y la tristeza de su corazon, y que la causa de ella era la ausencia de Alejo, y no saber, donde estaba. Pero (¡ó virtud de Dios! ¡ó gracia del cielo, que así esfuerzas al corazon flaco, y le haces triunfar con tan ilustre victoria de tan crueles, y fieros enemigos!) en grande peligro estuviera Alejo de ser vencido, si el Señor no estuviera á su lado, y le hubiera puesto en aquella ocasion: porque los hombres flacos han de huir las ocasiones, especialmente las que son tan peligrosas, y en que los mas fuertes suelen caer: mas cuando Dios nuestro Señor es el que guia y mueve al hombre, y le pone en ellas, en medio de las llamas no se quema, como los tres mozos en el horno de Babilonia, y como Daniel en el lago de los Leones, y como Jonás en el vientre de la ballena, está seguro. Huyó Alejo de Edesa por no ser honrado, temiendo por su flaqueza el aire popular: entró en casa de sus padres, donde habia de tener otros asaltos mas terribles y peligrosos; porque el Señor se lo mandaba, y con él no tenia que temer, sinó darnos ejemplo, de lo que puede un corazon de carne con su gracia; y así lo mostró Alejo en aquellas tentaciones; las cuales se deshacian en su pecho, como las bravas ondas del mar furioso en una fuerte roca. Pedia favor á Dios, por cuya virtud era tan fuerte: confesábase y comulgaba cada ocho dias, su vida era una perpetua oracion, ayuno, y penitencia: su vestido pobre y roto: su cama el suelo; y con estos ejercicios y asperezas, el cuerpo de Alejo estaba debilitado, y flaco, y el espíritu robusto y vigoroso. Al cabo de los diez y siete años de tal vida, y de tantos merecimientos, queriendo el Señor, que se los habia dado, darle el premio de ellos, y coronar en él sus mismos dones, le reveló el dia de su muerte: y él escribió en un papel su nombre, y el de sus padres, y de su esposa, y las cosas particulares, que habian pasado entre ellos, y el discurso de su vida; y doblado el papel, le apretó en la mano, esperando aquella dichosa hora, en que Dios le habia de llamar para sí. Estaba á la sazon el papa diciendo misa, en presencia del emperador, y oyóse una voz del cielo, que dijo: Venid todos los que trabajais, y estais afligidos; que yo os recrearé. Quedaron todos, los que la oyeron, atónitos, y derribados en el suelo sobre sus rostros daban voces, diciendo: Ten, Señor, misericordia de nosotros. Oyóse luego otra voz de la parte del altar, que dijo: Buscad al siervo de Dios, y rogará por Roma, y sus cosas sucederán prósperamente: y mirad, que ha de salir de este mundo el viérnes siguiente. Habiéndose esto divulgado por la ciudad,

toda Roma concurrió aquel dia á la iglesia de san Pedro, por la curiosidad de saber, quien fuese aquel siervo de Dios; y estando allí presente el papa, el emperador, y Eufemiano, padre de Alejo; oyóse otra vez, que dijo: Que buscasen al siervo de Dios en casa de Eufemiano: al cual volviéndose el emperador, le dijo: ¿Tan gran tesoro tenias en tu casa; y encubríaslo? Vamos (dijo) á verle. Fué delante Eufemiano á su casa, para aderezarla, y recibir con mas aparato al emperador: y llegándose á él aquel criado, á quien él habia mandado, que tuviese cargo de Alejo, díjole: Sin duda, Señor, que este siervo de Dios, que publica el cielo, es aquel pobre, de quien me mandaste, que tuviese cargo; porque es hombre, que cada ocho dias comulga: reza mucho; ayuna; y ha sufrido con paciencia, humildad y alegría, muchas y graves persecuciones de los criados de casa. Con esta relacion entró Eufemiano en aquel aposento oscuro y lóbrego, en que el santo estaba tendido en el suelo, cubierto el rostro con su pobre capa; y descubriéndole, salió de él un gran resplandor, y pareció hermoso como un ángel. Vió, que estaba difunto: quiso tomarle la carta, que tenia en la mano; mas él la tenia tan apretada, que no pudo: y volviendo al emperador, le dió nuevas, de lo que habia hallado. Púsese el cuerpo en una sala grande sobre una cama bien aderezada: entraron el sumo pontífice, y el emperador, en aquel aposento, y puestos de rodillas junto al santo, con grande humildad le pidieron la carta, que tenia en la mano; y él sin resistencia se la dió, y ellos mandaron á Ecio, cancelario, que la leyese, estando todos atentos. Cuando llegó el cancelario á los nombres de sus padres, y al de su esposa, y como le habia dado el anillo, y cinta, cuando se partió de ella, Eufemiano, su padre, dió un grito hasta al cielo, y arrancando sus venerables canas de la cabeza, con gran ímpetu se echó sobre el cuerpo de su hijo, y dijo: ¡Ay de mí! Hijo de mi alma, y todo mi bien, ¿porqué lo has hecho así conmigo, y con tu desconsolada madre? En mi casa has estado tantos años, y no te he conocido; y ahora que te conozco, es para mi mayor tormento. Vístenos llorar siendo tú causa de nuestro dolor; y pudiendo quitárnosle, con declarar quien eras, no lo hiciste. La madre oyendo lo que pasaba, y las voces, y llanto de su marido, dando bramidos, como una leona, salió de su aposento, rasgando sus vestiduras, é hinchendo el cielo de gemidos tristes y dolorosos, rompia por la gente, diciendo: Dejadme ver al que parí para mi dolor, que hoy es muerta mi esperanza, con la cual sola me sustentaba, pensando ver al que ahora veo con tanta pena mia y desconsuelo. Vino tambien su esposa, vestida de luto y tristeza, y derribándose sobre el santo cuerpo de su esposo, dijo tales palabras, y con tan extraño sentimiento, que ablandara los corazones de piedra. Toda mi vida (decia) he pasado en llanto, y como tórtola, que ha perdido su compañía, en soledad y gemidos: ya, ya soy viuda: ya no tengo que aguardar, ni á quien desear: con tu vida se acabó la mia, y contigo llevas mi corazon. Pusiéronse el papa, y el emperador de por medio, para que los padres, y la esposa de Alejo dejasen el santo cuerpo, que tenian abrazado, ó hiciesen alguna pausa en su llanto. Quisieron llevarle á la iglesia; mas era tanta la gente, que no le pudieron mover, de donde estaba. Mandó el emperador derramar alguna cantidad luego de moneda de oro y plata, para que ocupado el pueblo en cogerla, diese lugar á que se llevase el cuerpo santo; pero no hubo, quien hiciese caso de oro, ni de plata. Todos estaban atentos, mirando aquel cuerpo tan penitente, que habia sido morada del Espíritu santo, y compañero de una alma tan pura, y tan fuerte, y tan gloriosa: y todos los que le miraban recibian grandes mercedes de nuestro Señor: los sordos oian: los mudos hablaban: los leprosos quedaban limpios; y los endemoniados libres. Finalmente llevaronle al templo de san Pedro, donde estuvo siete dias, sin que sus padres, y su esposa, de dia y de noche se pudiesen apartar de él. Despues fué sepultado en la iglesia de san Bonifacio, donde por su intercesion y méritos hizo muchos y grandes milagros nuestro Señor: el cual (como dice el real profeta) es admirable en sus santos: porque aunque lo sea en todas sus cosas, en ninguna se descubre mas el tesoro de su infinito poder, sabiduría y bondad, que en lo que hace con sus santos, haciéndolos santos, y enriqueciéndolos, y adornándolos de tantas y tan raras victorias, y heróicas virtudes, y obrando por ellos las maravillas, que obra, para gloria suya, y honra de los mismos santos, y utilidad de los que se saben aprovechar de sus ejemplos. Y puesto caso, que hay innumerables santos, en los cuales, y en cada uno de ellos se manifiestan estas riquezas de Dios; pero en mis ojos la vida de san Alejo es admirable, y el Señor particularmente debe ser admirado y reverenciado en ella, por la castidad tan entera y pura, que infundió en el alma de Alejo, para no llegar á su esposa: por la obediencia tan perfecta, que le dió, para menospreciar los contentos y regalos que tenia en su casa, y dejar á sus padres, deudos y amigos, ó irse en romería á tierras extrañas: por la pobreza de espíritu, con que repartió á los pobres todo lo que tenia, y rico de dones celestiales, vivió mendigando tantos años; y finalmente por aquella fortaleza, sufrimiento, y constancia, con que le armó, para que desconocido, abatido, y perseguido de los mismos criados de su casa, resistiese á tantos, tan duros, y tan continuos asaltos de sus enemigos, que con voz, y semblante de enemigos le acometian, y triunfase de sí, y del mundo, con un género de victoria tan nuevo y tan glorioso. El mismo Señor sea bendito y glorificado para siempre, por lo que hace con sus santos, y por ellos: y á nosotros nos dé gracia para imitar las virtudes de Alejo, y ser participeros por su intercesion de su gloria, amen. La muerte de san Alejo fué á los 17 de julio, en que la Iglesia celebra su fiesta. Escribió su vida Metafraste, del cual se sacó lo que aquí queda referido: trácla el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Ha-

con mencion de él el Martirologio romano, y los demás Martirologios, latinos, y griegos.

* Los santos Escilitano, Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Félix, Acilino, Letancio, Genara, Generosa, Vestina, Donada, y Segunda, mártires. — El año 202 de Jesucristo fué notablemente señalado en la Iglesia por la sangre que derramaron los edictos que á la sazon mandó publicar el emperador Severo. Los primeros cristianos que dieron la suya en Cartago fueron los trece santos que acabamos de nombrar, llamados los *Mártires scilitanos* porque eran oriundos de la provincia consular de Scilita. Habiendo sido presos el dia 16 de julio, fueron conducidos al tribunal del procónsul: este les prometió en nombre del emperador que su desobediencia seria perdonada si se resolvian á sacrificar en honor de los dioses; pero los santos contestaron unánimemente que estaban dispuestos á ser sacrificados en honra del Dios verdadero. Fueron pues condenados al último suplicio, y habiendo llegado al lugar de la ejecucion, dieron de rodillas gracias á Dios por la merced que les dispensaba de morir por la gloria de su nombre, y murieron degollados, el dia 17 de julio del mismo año 202.

San Ennodio, obispo y confesor. — Nació de una de las mas distinguidas familias de las Galias, en Arles, aunque pasó sus primeros años en Italia, y fué educado en Milan. Entregado al estudio de la elocuencia y poesía y á todas las seducciones de la primera edad, se olvidó de sus deberes para con Dios y se abandonó todo entero á los caminos corrompidos del siglo. Contrajo matrimonio con una jóven de rara belleza y de muchas riquezas, que le sirvieron tan solo para gozar mas cumplidamente de los favores del mundo. Pero muy pronto se dispertaron en su alma vivos remordimientos por sus excesos y extravíos: la gracia obró en su interior y la conversion fué completa. Para que fuese mas sólida, abrazó el estado eclesiástico con permiso de su mujer, que tambien hizo voto de perpetua continencia. Habiendo sido ordenado diácono por el obispo de Pavía san Epifanio, dedicóse exclusivamente al estudio de la religion, y publicó varios escritos en alabanza y defensa de la Iglesia de Roma, combatida entonces por un cisma. Publicó tambien la apología de Teodorico, rey de Italia, la vida de san Epifanio de Pavía y la de san Antonio de Lerins. La alta idea que se tenia de su mérito, obligó al clero y pueblo de Pavía á elegir á Ennodio por su obispo, el año 510, y despues de haber aceptado aquel cargo á instancias del papa, del rey, y de todo el pueblo, lo desempeñó con un zelo y una santidad digna de un verdadero discípulo de los apóstoles. El papa Hormisdas le eligió para trabajar en la reunion de las Iglesias griega y latina, á cuyo fin hizo el santo dos viajes al Oriente, que, despues de muchos esfuerzos y disgustos, no sirvieron mas que para poner de manifiesto los artificios del emperador Anastasio y la prudencia de Ennodio. Este ilustre prelado volvió á su diócesis, y se empleó ya exclusivamente á la santificacion de sus ovejas, hasta que murió con la muerte de los santos el dia 17 de julio del año 521.

San Leon IV, papa. — Fué natural de Roma y se educó y pasó la mayor parte de su vida en el monasterio de San Martin, junto á la misma ciudad. El papa Sergio II, que conocia sus virtudes, lo elevó al sacerdocio, y por muerte del mismo, fué Leon sublimado al pontificado, el año 847. En su tiempo los sarracenos invadieron la Italia y causaron graves conflictos á la cristiandad. Hallándose un dia el ejército cristiano junto á Ostia á punto de ser atacado por los árabes, Leon se presentó á animar á aquellos guerreros, que recibieron la comunion de manos del papa, y habiendo entrado en accion, derrotaron completamente á sus enemigos. El santo pontífice puso luego todo su conato en la reforma de las costumbres y en el arreglo de la disciplina, y celebró un concilio en Roma en el que se dieron á los fieles una porcion de reglamentos útiles, y murió en la misma ciudad, resplandeciente en milagros, el dia 17 de julio del año 855. Cuéntase que habiéndose pegado fuego en la iglesia de los santos Apóstoles, san Leon apagó el incendio con solo hacer la señal de la cruz.

Santa Marcelina, vírgen. — Nació en Roma, y habiendo perdido á su padre, que era prefecto de las Gabas, retiróse á Roma con su madre y sus hermanos san Ambrosio y Sátiro. La virtud se desarrolló en ella desde la infancia, y vivió siempre de una manera enteramente conforme á su destino. Encargada de la educacion de sus dos hermanos, supo inspirarles un amor entreñable á la piedad y religion. En toda su conducta no se proponia otra cosa que la gloria de Dios, y para adelantar mejor en sus santos propósitos, dejó el mundo y recibió el velo de religiosa de manos del papa san Liberio, el dia de Navidad del año 352, ceremonia que tuvo lugar en la iglesia de San Pedro en presencia de un pueblo numeroso. El pontífice la exhortó á unirse interinamente á Jesucristo que era ya su esposo, y á vivir en la mas sublime práctica de todas las virtudes. La santa se conformó perfectamente á las instrucciones que habia recibido: ayunaba todos los dias hasta al anochecer, y á veces pasaba algunos dias sin tomar nada. Su vida era una penitencia continua con todas las austeridades del mas acendrado fervor. En los últimos años de su vida, Marcelina moderó algun tanto los rigores corporales, conformándose con las instrucciones de san Ambrosio que al mismo tiempo le aconsejó redoblar su zelo y eficacia en los ejercicios de la oracion. Ignórase el año fijo de la muerte de esta santa, aunque es cierto que sobrevivió á su hermano san Ambrosio, muerto el año 397.

San Jacinto, mártir. — Nació de padres piadosos en Amestrida de Paflagonia. Por haberlo así mandado un ángel se le puso en el bautismo el nombre de Jacinto, y teniendo solo tres años resucitó á un muerto con la sola invocacion del nombre de Jesus. Su virtud fué creciendo con él, y llegó á la vejez obrando muchos milagros. Un dia arrancó un árbol que los idólatras veneraban,

por cuya accion fué preso y conducido al gobernador de su patria, que le hizo arrancar los dientes y azotar cruelmente. Despues lo llevaron atado fuera de la ciudad, donde acribillaron su cuerpo por medio de garfios y puntas de hierro, y lo volvieron á la cárcel donde al poco tiempo entregó su espíritu á Dios. Sus reliquias fueron depositadas en la misma ciudad y resplandecieron en muchos milagros.

San Generoso, mártir. — Solo se sabe que murió por la fé en Tiboli, y que fué muy venerado en aquella Iglesia, ignorándose la época y las circunstancias de su muerte.

Santa Teodota, mártir. — Vivia esta santa en Constantinopla en tiempo del emperador Leon el Iconoclasta, que tanto se distinguió por su persecucion contra las imágenes de los santos. Teodota, mujer devota, se atrevió un dia á defender el culto de los santos y á abominar la conducta del emperador. Presa por órden de este, fué encerrada en una cárcel, donde espiró á fuerza de malos tratamientos, el dia 17 de julio del año 726 segun el cardenal Baronio.

San Teodosio, obispo. — En el siglo VI de la Iglesia, floreció con gloria insigne este santo, elegido por Jesucristo para ser luz de Israel y antorcha de santidad. Toda su vida fué una aplicacion continua á la perfeccion y al estudio de los libros santos. Despues de haber pasado por los grados inferiores de la gerarquía, fué consagrado obispo de Auxerre, cuyo país perfeccionó en la religion, dejando abundante semilla de virtudes públicas. Efectivamente, desde el pontificado de este santo brilló la Iglesia de Auxerre con toda la pureza de la verdad, dando al cielo muchos santos y á la tierra grandes ejemplos de heróicas virtudes. El santo prelado murió en paz, entre sus ovejas á fines del siglo VI.

Dia 18.

Santa Sinforosa, y sus siete hijos, mártires. — El bienaventurado san Getulio Zotico fué martirizado en Roma, en tiempo del emperador Adriano, en compañía de Cerario, Amancio, y Primitivo. Habia sido casado con una santa matrona, llamada Sinforosa, de la cual tuvo siete hijos varones, cuyos nombres son Crescencio, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Estacteo, y Eugenio: los cuales con su santa madre se retiraron á la ciudad de Tibuli, donde hoy dia hay una cisterna seca, en la cual se dice, que estuvieron escondidos en tiempo de aquella persecucion. Mas en fin santa Sinforosa fué presa con sus hijos: y como no pudiese el emperador con blanduras, promesas, y amenazas, persuadir á la santa madre, que sacrificase á los ídolos, mandóla dar muchas heridas en su rostro, y colgarla de los cabellos, y tenerla suspensa en el aire. De allí la buena madre amonestaba á sus hijos, que siendo ellos varones, no se dejasen vencer de ella, que era mujer flaca, en padecer tormentos con alegría por Jesucristo: que se acordasen de su padre, é imitasen su esfuerzo y valor: que mirasen, que ella era su madre, y moria allí delante de sus ojos: y que tuviesen por cierto, que los tormentos no eran tan atroces, como parecian, y que el galardon, que por ellos se daba, era mayor que el entendimiento humano podia comprender. Con estas y otras razones animó la santa madre á sus santos hijos: y el tirano tomó tanto enojo, que la mandó dar muchos golpes, allí colgada de los cabellos, como estaba: y finalmente, atada á su cuello una grande piedra, echarla en un rio, donde dió su espíritu á Dios. Su cuerpo sepultó Eugenio, hermano suyo, que en Tibuli era hombre principal. A los siete hijos mandó el emperador otro dia atar á siete palos, y matar con diferentes muertes. Crescencio murió atravesado por la garganta con una lanza: Juliano por el pecho: Nemesio por el corazon: Primitivo por el vientre: Justino fué desmembrado, y hecho cuartos: Estacteo herido por todo el cuerpo, y despedazado; y Eugenio partido por el pecho en dos partes. Sus santos cuerpos fueron echados en una sima. Hay en la via Tiburtina hoy dia una noble y antigua memoria de santa Sinforosa, cuyas reliquias, y de sus santos hijos fueron con el tiempo trasladadas á Roma, y en nuestros dias, siendo sumo pontífice Pio IV, se hallaron en la diaconía de san Angel de la Pescuería, con una lámina de plomo, con estas palabras escritas en latin: *Hic requiescunt corpora sanctorum martyrum Simphorosæ, viri sui Zotici, et filiorum ejus, à sancto Stephano papa translata*: Aquí reposan los cuerpos de los santos mártires Sinforosa, y de Zotico, su marido, y de sus hijos, los cuales trasladó Estéban, papa. Celebra la Iglesia su fiesta á 18 de julio; y fué su martirio el año del Señor de 138, y el diez y nueve del imperio de Adriano.

* San Arnulfo, obispo y confesor. — Natural de Francia y uno de los personajes mas ilustres de la corte del rey Clotario el Grande, fué este santo admirable en letras y en virtud ya desde sus primeros años. Primeramente obtuvo varios empleos seglares en palacio y casó con una mujer del primer rango, llamada Doda, de la cual tuvo dos hijos, Cleodulfo, que se llama ahora san Cloud, y Angesisa que fué el jefe de la raza Carlovingia de los reyes de Francia. Pero á pesar de su brillante posicion, suspiraba el santo por la soledad, deseo que no pudo ver realizado porque el rey no quiso nunca verse privado de sus consejos. Estando vacante la silla de Metz, Clotario permitió al clero y al pueblo que eligiesen á Arnulfo por su obispo, y fué consagrado tal, el año 614, abrazando su esposa la vida monástica en Tréveris. Ocupado el nuevo obispo en el desempeño de su ministerio, negóse á asistir ya en adelante á los consejos del rey; su vida fué de un anacoreta hasta que en 622, habiendo el rey dividido sus estados entre sus dos hijos, dispuso que fuese con uno de ellos para que le sirviese de consejero y director. El santo, sin embargo, no cesó de insistir en su pretension, y habiendo cedido al fin el príncipe, dejó Arnulfo la corte, renunció su obispado y se retiró á un desierto de los Vosges. Aquí se dedicó con nuevo fervor á adquirir la perfeccion cristiana, y murió en su

soledad el dia 15 de agosto del año 640. Sus reliquias, gloriosas en milagros, fueron despues trasladadas á Metz y depositadas en la abadía de su mismo nombre.

SAN FILASTRO, OBISPO Y CONFESOR.—Ignórase el lugar de su nacimiento y solo se sabe que abandonó su patria, su casa y el patrimonio de sus padres, á fin de vivir enteramente desprendido del mundo. Despues que fué ordenado sacerdote, recorrió diferentes provincias para combatir contra los infieles y los herejes, en particular contra los arrianos, cuyo furor causaba entonces grandes estragos en la Iglesia. Su zelo le proporcionó la gloria de sufrir muy crueles persecuciones por parte de los enemigos de la verdad; pero su constancia y paciencia fueron siempre admirables. Habiendo sido nombrado obispo de Brescia, se excedió á sí mismo en el ejercicio de las funciones pastorales, y su dignidad no hizo sino añadir mas peso y autoridad á los esfuerzos de su zelo. Su humildad profunda, su rara piedad y su infatigable aplicacion al desempeño de todos sus deberes, lo hicieron uno de los prelados mas grandes de su siglo. Sus contemporáneos le alaban por estas virtudes, y sobre todo por la dulzura y caridad con que se atraia los corazones, ganándolos para Jesucristo. Con las miras fijas en el cielo, estaba en este mundo como una criatura fuera de su elemento, suspirando de continuo por volar á Dios. Estuvo unido por los vínculos de la amistad con san Ambrosio y san Agustin, y siendo digno compañero de sus eminentes merecimientos, descansó santamente en el Señor, en el mes de julio del año 386, dejando una porcion de discípulos que fueron la gloria de la Iglesia y de la religion.

SAN FEDERICO, OBISPO Y MÁRTIR.—Descendia de una de las mas ilustres familias de los frisones, y fué educado por los eclesiásticos de la Iglesia de Utrech. Desde muy temprana edad acostumbró su cuerpo á las austeridades de la penitencia, y nutrió su alma con todas las dulzuras de la piedad. Ordenado sacerdote, le confió el cuidado de instruir á los catecúmenos su obispo Ricfrido, al cual sucedió, el año 820. Consagrado á pesar de su obstinada resistencia, su primer cuidado fué formar operarios evangélicos que destruyesen en aquellos paises las semillas de la idolatría. Cuando mas dedicado se hallaba el santo á los deberes de su laborioso ministerio, suscitáronse en la corte de Carlomagno graves desórdenes á causa de la conducta escandalosa é inmoral de la emperatriz Judit, á la cual reprendió Federico con toda la severidad de su zelo, atrayendo de este modo sobre sí una persecucion espantosa, que no cedió hasta acabar con su existencia. Hallándose en una de las islas de la Zelandia, predicando el Evangelio á aquellos pueblos idólatras, dos asesinos pagados por la misma emperatriz Judit, entraron en la iglesia, y le asesinaron á puñaladas, consiguiendo de este modo la corona de un ilustre martirio, el dia 17 de julio del año 838, debiéndose su muerte á la generosa libertad con que habia querido advertir á aquella princesa los desórdenes de su vida.

SAN BRUNO, OBISPO.—Llamáronle *Bruno astensis*, porque habia nacido en Soleria en la diócesis de Asti. Hizo sus estudios en el monasterio de santa Perpetua, y fué canónigo de Sena por algunos años. Habiéndose distinguido muy notablemente en un concilio celebrado en Roma, en 1077 contra Berengario, Gregorio VII le nombró obispo de Segni, cuyo cargo renunció algun tiempo despues para retirarse al monasterio del monte Casino del cual fué abad. Pero sus ovejas, que habian experimentado ya los efectos de su prudencia y sabiduría, hicieron tantas instancias para que volviese á dirigirlas, que al fin la santa sede creyó deber obligar al venerable pastor á encargarse de su rebaño. Emprendió de nuevo las funciones de su ministerio con el mismo ardor, y las desempeñó hasta su dichosa muerte, sobrevenida en Segni el 31 de agosto del año 1125, y el papa Lucio III lo canonizó en 1183. Fué este santo de grandísima utilidad á la Iglesia en aquellos tiempos, desempeñando repetidas comisiones de importancia, publicando varios tratados en defensa de la disciplina eclesiástica y de las doctrinas ortodoxas. Fué muy querido de los papas Gregorio VII, Victor III, Urbano II y Pascual II que admiraban sus virtudes, sus talentos y el zelo con que promovia los intereses de la religion.

SAN EMILIANO, MÁRTIR.—Fué oriundo de la ciudad de Durostolo de Misia en la Tracia, y vivió durante el reinado del emperador Juliano, el Apóstata. Era criado de un gentil, lo cual le proporcionó un dia ocasion para entrar de noche en un templo pagano, y habiendo tomado un martillo, rompió todas las estatuas de los dioses, y tiró cuanto habia preparado para los sacrificios. Ignorando los idólatras quien era el autor de aquel suceso, prendieron á un pobre hortelano, al cual azotaron terriblemente y despues lo llevaron á la presencia del juez. Viendo Emiliano lo que pasaba, se presentó espontáneamente, y confesó que él solo era el autor de aquel hecho, añadiendo en seguida que lo habia hecho por evitar el que se diese culto á cosas tan despreciables como eran aquellos dioses. El juez le mandó retractarse de cuanto habia dicho; pero negándose el santo á obedecer, fué azotado y luego echado en una hoguera cuyas llamas consumieron su cuerpo é hicieron volar su espíritu al cielo, el dia 17 de julio del año 362.

SANTA MARINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—No se sabe de donde fué natural; pero sí que padeció martirio en Galicia cerca de la ciudad de Orense en los primeros siglos del cristianismo. Fué esta santa tenida en mucha veneracion antiguamente; y lo prueban los magníficos templos dedicados á su nombre en Galicia, Córdoba y Sevilla. Algunos creen que es la misma santa Margarita de Antioquía; pero Dextro, el autor mas antiguo que habla de las dos, las distingue perfectamente, y dice que santa Marina fué de Galicia, y que murió en la misma provincia, en compañía de otras ocho vírgenes que fueron sacrificadas al furor de los paganos.

SAN RUFILO, OBISPO.—Fué obispo de Forlimpópoli en la Romania: insigne en predicar con

mucho fruto la palabra de Dios, la cual confirmaba con ejemplos y milagros. Llegó á una edad muy avanzada, y murió en paz por los años del Señor de 361.

SAN MATERNO, OBISPO Y CONFESOR. — Floreció durante el siglo IV, siendo obispo de Milan. En tiempo del emperador Maximiano, por confesar la fé de Jesucristo y por defender la inmunidad de su Iglesia, fué preso y muchas veces azotado. Librado milagrosamente del furor de sus verdugos, vivió despues en paz, alcanzando á ver acabadas las persecuciones y la guerra contra los cristianos, por la conversion de Constantino. San Materno es de los Padres que mas trabajaron en Italia para regularizar la disciplina eclesiástica, y le veneraron todos sus contemporáneos con el respeto que era debido á un esclarecido confesor de Jesucristo, hasta que entregó su espíritu á Dios á mediados del siglo IV. Su sepulcro fué muy célebre por los milagros con que atestiguó el Señor en él la santidad y gloria de su siervo.

SANTA GUNDENA, VÍRGEN Y MÁRTIR. — Fué de Cartago, en cuya ciudad padeció martirio. Por órden del procónsul Rufino fué por cuatro veces en diversos tiempos atormentada en el potro, y horriblemente descarnada con peines de hierro porque confesaba á Jesucristo, y por último, despues de haber sufrido largo tiempo la hediondez de un calabozo, consumó su combate, siendo degollada en su misma patria, el año 203.

Dia 19.

SAN VICENTE PAÚL, FUNDADOR. — Vicente Paúl, destinado de la divina Providencia para misionero de los aldeanos; perfecta idea de eclesiásticos, reformador del clero secular, y padre de pobres, nació á 24 de abril del año 1576, en el lugar de Ranquines de la parroquia de Poy, diócesis de Acqs, ó Dax, ciudad episcopal de la metrópoli de Auch, en Francia. Sus padres fueron Guillen Paúl, y Beltranda Moras, pobres de bienes de fortuna; mas ricos con la inocencia de costumbres. Pasaban honestamente su vida con los frutos de una pequeña posesion, cultivada por sus manos. De Guillen y Beltranda nacieron seis hijos, dos hembras, María y Clandia; y cuatro varones, que fueron Juan, Bernardo, nuestro Vicente, y Domingo. Aplicado san Vicente á la guarda de una pequeña grey, dió muestras de la compasion grande, que despues habia de tener de los pobres, á quienes desde aquellos tiernos años repartia de su pan, y de su vestido, y de la harina, que llevaba del molino: y lo mas maravilloso de aquella edad, fué la limosna de un medio escudo, que poco á poco habia recogido con fatiga é industria, sin reservarse nada. Reparando Guillen Paúl el buen natural é ingenio de Vicente, lo eligió entre los demás hijos para las letras. Envióle á la ciudad de Acqs, y púsolo en el convento de los padres franciscos, donde concurrian otros muchachos, para ser educados en piedad y letras. Tal progreso hizo san Vicente en las letras humanas en cuatro años, que fué capaz de enseñarlas á dos hijos de un abogado, quien para este fin lo llevó á su casa: en cuyo tiempo tuvo aun la comodidad de aplicarse á la retórica y filosofía en el colegio de aquella ciudad; y pasando de allí á la universidad de Tolosa, y á la de Zaragoza, cabeza del reino de Aragon, estudió por siete años la teología con fervor, sin intermitirle en el estudio de la devocion.

2 Al fin del año 1596, recibió la tonsura, y grados; y para mas unirse con Dios, recibió en el año 1598, los dos primeros órdenes sacros, y en el de 1600, el sacerdocio. Apenas fué ordenado de sacerdote, con la fama de su piedad y doctrina, fué presentado al pingüe beneficio de Tilhy, en el distrito de la ciudad de Acqs, año de 1601. Mas como le pusiesen pleito, y él tuviese el litigar por indigno de un siervo del Señor, y por otra parte se reputase inhábil para el peso peligroso del gobierno de almas; hizo renuncia de su derecho, quedándose á proseguir la teología. Para no ser cargoso san Vicente á su pobre madre, viuda ya de dos años, se aplicaba al mismo tiempo á enseñar letras humanas: y para cumplir con esta enseñanza, su teología y devocion, quitaba mucho tiempo al sueño, y todo al ocio y divertimientos. A fuerza de sus fatigas consiguió finalmente año de 1604, el grado de bachiller, y la licencia de interpretar públicamente al maestro de las sentencias. De estas públicas testimoniales de los estudios de san Vicente, halladas despues de su muerte, y de muchas otras pruebas de su doctrina, que en el curso de su vida, aun queriendo, no pudo ocultar, se colige con cuanta malicia y temeridad quisieron los noveleros jansenistas hacerle pasar por un devoto ignorante, juzgando defecto de ciencia aquella profunda humildad, con que el siervo de Dios, despreciador de su honra, se llamaba un mero estudiante de gramática. Mas diverso juicio formaron los señores mas principales de la corte, y los obispos de la Francia, quienes contestaron, que en Vicente eran igualmente admirables la piedad y la ciencia.

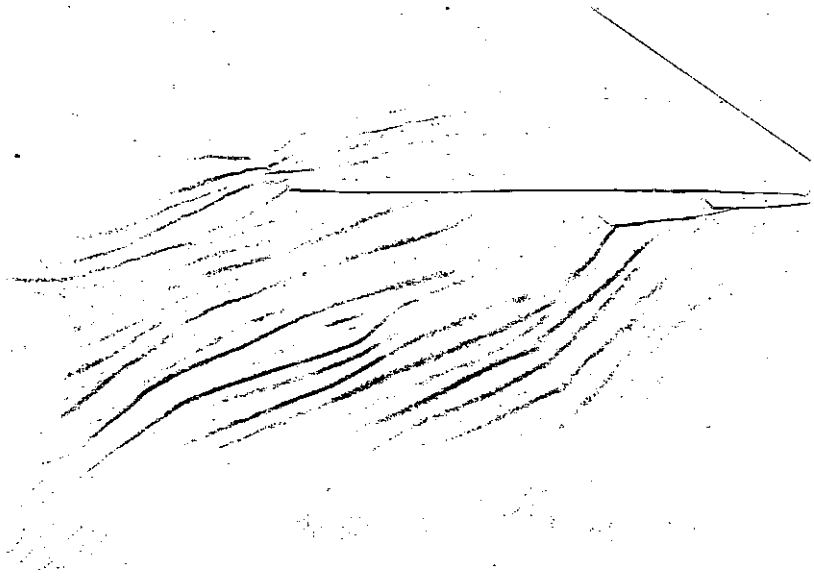
3 Despues de haber enseñado por algun tiempo san Vicente la teología, fué llamado á Burdeos: y no se sabe, si fué esta ida para deliberar sobre la aceptacion de un obispado, á que le queria nombrar el rey de Francia Enrique IV por insinuacion del duque de Espernon, gobernador de Languedoc, dos parientes del cual habian sido discípulos de san Vicente. Y sabiendo, que le habia dejado una pequeña herencia una persona devota, pasó para recaudarla al territorio de Albi, y de allí á Marsella; y entrando en una barca, para llegar aquel dia á Narbona, llegó el tiempo, en que queria Dios probar á su siervo. Surcando la barca el golfo de Leon, fué asaltada de corsarios moros, quienes hecho pedazos el patron, muertos unos, y heridos casi todos los de la barca, y entre ellos nuestro Vicente, cargaron de cadenas á los que quedaron vivos, y los llevaron á Túnez. Aquí desnudo san Vicente de sus vestidos, encadenado y vestido como esclavo, fué llevado por las públicas calles, y vendido á un pescador: este le vendió á un viejo médico químico, quien

mucho fruto la palabra de Dios, la cual confirma-
ba con ejemplos
avanzada, y m
de 361.

San Materno
durante el siglo
tiempo del emp
fé de Jesucristo
Iglesia, fué pres
do milagrosame
vió despues en
las persecucion
por la conversi
de los Padres
regularizar la d
ron todos sus
era debido á ur
hasta que entr
del siglo IV. S
milagros con
tidad y gloria

Santa Gun
Cartago, en
órden del proc
en diversos ti
horriblemente
porque confes
pues de haber
de un calaboz
gollada en su

ñarlas á dos hijos de un abogado, quien para esto
fin lo llevó á su casa: en cuyo tiempo tuvo aun la
rica y filosofía
sando de
Zara



San Vicen
Paúl, destinad
sionero de los
ticos, reforma
pobres, nació
lugar de Ranq
cesis de Aeqs,
trópoli de Auc
Guillen Paúl,
nos de fortuna:
tumbres. Pasal
frutos de una
manos. De G
jos, dos hembr
rones, que fue
cente, y Dom
guarda de una
compasion gra
los pobres, á
repartia de su
na, que llevab
so de aquella
escudo, que po
tiga é industri
Guillen Paúl el
te, lo eligió ent
Envióle á la c
vento de los pa
otros muchacho
letras. Tal prog
humanas en cu



S.t Vincent de Paul.

atraido de la dulzura y paciencia del esclavo, le trató humanamente, haciendo al mismo tiempo todo esfuerzo, para reducirle al mahometismo, con ofrecimientos aun de libertad y riquezas, y de enseñarle su arte secreta y útil; mas san Vicente venció con valor cristiano sus persuasiones. Llamado el viejo químico del sultan á su corte, dejó á san Vicente á un sobrino, bárbaro de secta y de costumbres. Este despues le vendió á un renegado, originario de Nizza, en la Provenza, quien le destinó á la labor del campo en paraje muy cálido y desierto.

4 Tres mujeres tenia el amo renegado; y una de ellas mahometana de nacimiento y de profesion, sirvió á la divina Providencia de instrumento, para sacar á su marido de la apostasía, y á nuestro santo de la esclavitud. Curiosa de saber nuestro modo de vivir, visitaba á menudo al esclavo en su labranza. Mandóle una vez, que cantase alabanzas á su Dios. Obedeció el santo esclavo, y con la memoria de las palabras de los hijos de Israel, esclavos en Babilonia: *Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena*; entonó con lágrimas: *Super flumina Babylonis, etc.*, despues la *Salve Regina*, con otras oraciones: de que como la mahometana hubiese manifestado maravilloso contento, no se olvidó á la noche de decir á su marido, cuan mal habia hecho de abandonar la religion cristiana, que le parecia muy buena, por un razonamiento que le habia hecho su esclavo, y por unas alabanzas por él cantadas en su presencia, en las cuales habia sentido tal consuelo, que no esperaba gozarlo mayor en el paraíso de sus padres. Al estrellarle su gran falta la consorte mahometana, abrió los ojos el marido apóstata, y tanto se conmovió, que al dia siguiente dijo á su esclavo, que para volver á Francia solo faltaba la comodidad de embarcacion. Sin embargo se pasaron diez meses: y al junio de 1607, subidos los dos en un frágil barco, atravesaron felizmente el Mediterráneo, no sin especial ayuda de la santísima Vírgen, que invocada con frecuencia de san Vicente, era el depósito de la esperanza de su libertad. Aportaron, pues, estos felices navegantes á 28 de dicho mes á la ciudad de Aguasmuertas: de allí pasaron á Aviñon, donde san Vicente presentó al apóstata convertido á monseñor Pedro Montorio, vice-legado del papa, quien le absolvió públicamente en la iglesia de San Pedro.

5 Admirado el prelado de la piedad, doctrina, y prudencia de san Vicente, le quiso en su casa y mesa, y partiendo para Roma, lo llevó consigo, junto con el penitente reconciliado, quien estaba obligado con voto de entrar en la religion de los hermanos de San Juan de Dios. En Roma nuestro santo, mortificando su curiosidad en la magnificencia de aquella corte, gastaba en su retiro todo el tiempo, menos el que empleaba en satisfacer, y excitar su devocion en la veneracion de las santas reliquias en los templos y catacumbas. Al fin del año 1608 fué enviado san Vicente, ó del papa, y del duque de Nevers, embajador extraordinario del rey de Francia en Roma, ó del marqués de Breves, embajador ordinario, ó quizás de todos tres, por negocio relevante, al rey de Francia Enrique IV. Hallóse, pues, en Francia nuestro Vicente tan benignamente recibido del rey, que se pudo abrir puerta para las honras y beneficios de aquel reino: mas el humilde sacerdote se retira de la corte, y se aplica al estudio del derecho canónico: alcanza el grado de licenciado; y despues se consagra enteramente al servicio de los pobres enfermos en el hospital de San Juan de Dios llamado de la Caridad.

6 En este tiempo servia san Vicente de capellan, y aun de consejero á la reina Margarita, ya separada de negocios de mundo; y le sucedió un caso, que descubrió los fondos de la caridad y humildad del siervo de Dios. En su mismo apartamiento se albergaba un forastero, hijo de Burdeos, y juez de Sore, y saliendo una mañana, se olvidó de cerrar un armario en que tenia cuatrocientos escudos. Aquella misma mañana vino un mozo del boticario con una medicina para san Vicente, algo indispuesto; y con ocasion de buscar un vaso, se halló con los cuatrocientos escudos en el armario abierto, y se los llevó. Vuelto el juez, y no hallando los escudos, los pide á san Vicente: quien no supo de ellos. El juez airado lo llena de injurias, hasta tratarle públicamente de ladron: mas el verdadero imitador de Cristo, ni culpa al mozo del boticario de quien habia bastante sospecha, ni se disculpa: calla y sufre: mas no calló Dios, sino que obligó al dicho mozo que por su boca misma confesase su delito; porque preso en Burdeos por otros delitos, declaró el hurto al mismo juez, restituido á su patria: quien confuso y penado pidió humildemente perdon al inocente Vicente. De este acaecimiento, conociendo el siervo de Dios cuán peligrosa es á los buenos sacerdotes la cohabitacion con los soglares, pasó á vivir con el padre Berullo y otros ejemplares sacerdotes, que vivian juntos, hasta fines del año 1611 que tuvo principio por ellos en Francia la congregacion del Oratorio: á la cual no fué agregado san Vicente; porque del cielo estaba destinado para fundar otra congregacion, conforme á la profecía del padre Berullo, despues cardenal de la santa Iglesia, en cuyas manos habia puesto el siervo de Dios su alma y libertad.

7 Por consejo, pues, y órden del dicho padre Berullo, aceptó san Vicente, año de 1612 la parroquia de Clisi, poco distante de san Dionís. Aquí cumplió exactamente las partes de un perfecto cura, y como en prosagio de las cosas futuras, recogia los clérigos para enseñarlos, y juntó los curas vecinos á conferencias de casos de conciencia, de ritus sagrados y de las obligaciones sacerdotales. En esto estaba ocupado nuestro santo, cuando el año 1613, por órden del padre Berullo renuncia la parroquia de Clisi, bien mejorada, y entra en casa del señor Manuel de Gondi, general de las galeras de Francia, para servir de capellan á él y á madama Francisca Margarita de Silly, su consorte, señora de singular virtud, y aun para maestro y director de tres hijos suyos, de quienes el primero fué duque y par de

Francia: el segundo murió de edad tierna; y el tercero fué arzobispo de París y cardenal. De la entrada de san Vicente en esta casa, urdió la divina Providencia la preciosa tela de las gloriosas empresas de su siervo: y de aquí tuvo principio la congregacion de la Mision, manantial de tantos bienes para las almas, como se verá en el discurso de esta historia: donde bien se colige, haber sido disposicion divina, que san Vicente no gozase en su patria del canonicato, que legítimamente le resignaron año de 1614, y que renunciase la abadía de San Leonardo de Chaumes, á que le habia nombrado el rey; como tambien que se excusase del empleo de limosnero ordinario, para que le habia elegido la reina Margarita: pues aunque se hallaba ocupado en la casa de Gondi; mas su ánimo siempre fué de aplicarse únicamente al alivio, á la enseñanza y á la salvacion de los pobres.

8 No es fácil de contar, cuanto bien hizo san Vicente en aquel palacio. Con su santo ejemplo, y santas palabras promovia en él la paz, la caridad, el santo temor de Dios, y la inocencia de costumbres, llevando á mas perfeccion al general y á madama: y no pudiendo estrecharse tanto su ardiente zelo, y obtenida licencia de los obispos, en cuyas diócesis estaban las tierras del general y de madama, para ejercer las funciones sacerdotales y las veces de los curas, se aplicó con gran caridad y satisfaccion de los pueblos año de 1616. En esta ocasion fué llamado de un labrador gravemente enfermo en la parroquia de Gannes, en la diócesis de Amiens, tenido comunmente por buen cristiano. Fué allá san Vicente, y casi penetrando el secreto de aquella conciencia, é inspirado de Dios, le indujo á hacer una confesion general. Quedó el enfermo tan trocado de las palabras del zeloso Vicente, que en presencia de algunos y de la misma madama, protestó ingenuamente, que sin aquella confesion general se iba al infierno, por haber callado muchos pecados graves en sus pasadas confesiones. Altamente conmovida madama de oir el estado de condenacion, al que era tenido en buen concepto, é infiriendo lo que fácilmente podia suceder en los que eran tenidos en menos concepto; rogó á san Vicente, que en la iglesia de Folleville de la misma diócesis, hiciese un sermon para exhortar á todos á hacer una confesion general. Aceptólo gustoso el siervo de Dios, y lo ejecutó dia 25 de enero de 1617 consagrado á la conversion de san Pablo. Con tal fervor ponderó la utilidad de la confesion general y la manera de hacerla, que todos á tropel se presentaron para este fin á san Vicente: quien no quiso oirles antes de haberlos mejor instruido en los dias siguientes. Este fué el principio de la primera, y todas las demás misiones del siervo de Dios, de las cuales cogieron copiosos frutos aquel año los moradores de las tierras de la casa de Gondi: lo que puso á la zelosa madama en propósito de establecerlas en sus estados, con fondos perpetuos. No se podia formar mayor concepto del que se tenia de san Vicente en la casa de Gondi, señaladamente de madama, que con su direccion habia crecido tanto en la perfeccion, no siendo menor la opinion que de su virtud tenia el general: mas despreciador de tanta honra el humilde Vicente, acordó de irse, y de hecho, con consejo del padre Berullo, se retiró ocultamente en la Bressa, en junio del año 1617, donde fué proveido del cabildo de Leon de la parroquia de Chatillon, abandonada por cuarenta años de sus propios pastores por lo tenue de sus entradas, que apenas llegaban á cien libras. Entrado san Vicente en esta parroquia dia 1 de agosto, no es fácil referir el bien que hizo en solos cuatro meses: redujo á la observancia de los sagrados cánones y del Evangelio, á los eclesiásticos simoníacos que vendian la confesion, impuros é irreverentes en sus ministerios: asimismo redujo á la piedad cristiana las mujeres vanas y escandalosas, y á los hombres disolutos; y así finalmente, diferentes familias inficionadas del calvinismo, quedaron reconciliadas con la Iglesia.

9 Mas sobre todas las referidas conversiones es digna de singular memoria la del señor de Rougemont, baron de Chandé, quien pasando de la corte de Saboya al servicio de Enrique IV, rey de Francia, entre otras corruptelas, habia alcanzado renombre de duelista. Este, movido de la fama del nuevo cura de Chatillon, dió la vuelta allá: oyó á san Vicente en sus sermones, y tuvo con él conversaciones, de que quedó tan compungido, que hecha una confesion general, eligió á san Vicente por su director. Vendida la baronía de Rougemont en cien mil escudos, los distribuyó en lugares pios y pobres, y despues del curso de una vida ejemplar bajo el humilde hábito de capuchino, murió santamente en Leon. Estando san Vicente tan útilmente ocupado en cultivar su parroquia, donde con licencia del cardenal de Marquemont, arzobispo de Leon, instituyó la primera cofradía de mujeres, llamada de la Caridad, para emplearse en el alivio de los pobres enfermos, que despues fundada en muchos lugares, ha sido de tanta edificacion y remedio de ellos, le vinieron cartas apretadas de Enrique, cardenal de Retz, del general, de madama, de sus hijos y de otras personas de autoridad, para obligarle á volver á dicha casa: mas todo habria sido en vano, á no haberse interpuesto la autoridad de su director. Distribuido á los pobres su poco ajuar, partió san Vicente de Chatillon á 13 de diciembre, acompañado del llanto general del pueblo; y llegado á París, despues de largo tratado con el padre Berullo, tornó á entrar en la casa de Gondi.

10 En este tiempo trabó san Vicente estrecha amistad con san Francisco de Sales, quien dijo de nuestro santo, que no conocia en París sacerdote mas virtuoso, y juntamente mas prudente: á quien por esto recomendó san Francisco año de 1620 la direccion de la venerable madre de Chantal Juana Francisca Fremiot, y de las otras religiosas de la órden de la Visitacion, poco antes introducida en París. Con que zelo, mansedumbre y prudencia hayan sido dirigidas del siervo de Dios, lo han depuesto ellas mismas en los procesos de su beatificacion; y mejor se colige del es-

piritu primero, conservado en los cuatro monasterios sujetos á su cuidado, y aun en los otros propagados de ellos. No estaba ocioso en estos años el zelo de san Vicente: aplicábase á las misiones en la campaña, con gran fruto de los pueblos y reduccion de muchos herejes; y estableció en la ciudad de Coigny una cofradía de hombres, para alivio de pobres no enfermos. Visitaba hospitales y cárceles, donde hacia aun las misiones. Pasó á ver los pobres condenados á galera, que antes de ser llevados al remo, quedaban mas en cavernas, que cárceles, desnudos y transidos del hambre. Descendió, pues, á estas hoyas; los consoló, remedió y administró los sacramentos. Sabido esto, por medio del general Gondi, del rey Luis XIII, creó un nuevo oficio de capellan mayor de las galeras, con título de limosnero del rey, y en 6 de febrero 1619 lo confirió á san Vicente, con amplia jurisdiccion sobre los demás capellanes ordinarios de las galeras. Partió para Marsella, y pasando por la ciudad de Macone, vió una perniciosa multitud de pobres, que con suma ignorancia de las cosas de Dios, sin disciplina ni religion, y con sobrado atrevimiento ponian á toda la ciudad en confusion y peligro. Al remedio de tantos desórdenes, juzgado como imposible, nadie aplicaba la mano; aplicóla pero el zeloso sacerdote. Trata con el obispo, con los magistrados, con el cabildo, personas de distincion, y aun con la misma turba desreglada, que ya con amenazas, ya con promesas, y con destierro de los mas obstinados, y pronto socorro á los dóciles, quedó sujeta. Y para remedio estable se instituyó la cofradía de la Caridad, y con otros oportunos reglamentos, en el espacio de tres semanas, se halló albergue, comida, y vestido para los necesitados, y se remedió el ocio, malas costumbres y protervia de los mendigos. Esta feliz empresa, juzgada de tantos desesperada, concilió universales aplausos á san Vicente, que los despreció, saliéndose de noche con secreto de la ciudad.

11 Llegado á Marsella, para ejercer el empleo de capellan mayor de las galeras, aceptado, no por honra, ó interés, sino por la salud de las almas, visitó aquella comunidad de condenados, por la mayor parte mas encadenados por el demonio, que por la humana justicia. Tratólos con cariño: proveyó á sus cuerpos con limosnas, y á sus almas con el pasto de la divina palabra, y de los sacramentos. Tal mudanza hubo de pecadores arrepentidos, de herejes reconciliados, de mahometanos convertidos, que aquellas galeras, que antes eran albergue de pecados y pecadores, pasaron á ser casas de virtud, por el zelo de san Vicente, y despues de sus hijos, á quienes dejó con su espíritu esta incumbencia, y la administracion de su hospital, con la fundacion de la casa de la Mision en Marsella. Dió el siervo de Dios la vuelta á París, donde solicitó un edificio en el burgo de San Honorato, y con permiso del general desenterrando los pobres condenados al remo de aquellos oscuros calabozos, los hizo pasar á aquel mejor albergue. Aquí los enseñaba él mismo, y los asistia enfermos, y moribundos, dia y noche. Pero herido su corazon de la infelicidad de los que estaban sobre diez galeras, que invernaban en el puerto de Burdeos contra los calvinistas rebeldes, se fué allá, para ayudar á los galeotes, como habia hecho en la dársena de Marsella. Con la licencia del cardenal de Sourdis, arzobispo de aquella ciudad, eligió veinte religiosos de diferentes órdenes; los repartió de dos en dos sobre cada galera, y él solícito acudia por todo, dejando para Dios ganadas innumerables almas.

12 Vuelto san Vicente á París, visitó el segundo monasterio de la Visitacion, en el burgo de San Jaime, donde con su bendicion una religiosa quedó instantáneamente libre de horrendas, é inveteradas invasiones del demonio. El siervo de Dios atribuyó este prodigio á los méritos, y reliquia de san Francisco de Sales, poco antes difunto; mas las religiosas le atribuyeron á su bendicion, teniendo observado, que sus visitas no solian concluirse sin algun prodigioso acaecimiento. Aunque san Vicente vivia tan entregado á las misiones y servicio de los prójimos, no faltaba un punto al estudio de la propia perfeccion. Los ejercicios de piedad, y penitencia, las disciplinas de sangre, cilicio áspero, agudas cadenillas, victo parco, manjares comunes, con salsa de polvos amargos, sueño breve, y sobre jergon, eran para él cosas de muchos años usadas, y constantemente continuadas hasta la muerte. Llegábase ya el tiempo destinado de Dios, para hacer nacer en su Iglesia la útil y hermosa planta de la congregacion de la Mision: para cuyo fin puso en el corazon de la religiosísima madama de Gondi, á vista de los copiosos frutos de las misiones del siervo de Dios, un ardiente deseo de establecer en sus dias la idea, que tenia otorgada en su testamento, de la fundacion de algunos sacerdotes, que bajo la direccion de san Vicente atendiesen de propósito á las misiones de la campaña. Comunicó madama este su pensamiento con el general, su consorte, y despues á su hermano Juan Francisco de Gondi, primer arzobispo de París: quien, aprobando su santa empresa, señaló para habitacion de dichos sacerdotes un colegio antiguo, llamado «de los Buenos Hijos,» vacante á la sazon por falta de entradas, y por su rector á san Vicente. En esto hubo no poca dificultad por parte de su profunda humildad despreciadora de toda honra; mas por no contradecir á la voluntad de Dios, bajó su cabeza.

13 A 6 de marzo de 1624, en nombre de san Vicente tomó posesion de dicho colegio Antonio Portail, su compañero, con otro sacerdote. Madama Margarita, como sintiendo su muerte vecina, y atendiendo al necesario fondo para la asistencia de los operarios, juntó la suma de cuarenta y cinco mil libras, y con el beneplácito del general, hizo de ellas donacion á san Vicente, y se estipuló el contrato en París en 17 de abril de 1625 con santas capitulaciones. Las tres principales fueron las siguientes: I. Que san Vicente tome la direccion y superioridad de los sacerdotes, que el juzgase idóneos, y admitiese á los ministerios: II. Que él mismo deba continuar á vivir en casa de

los fundadores, para proseguir el gran bien espiritual, que experimentaba su familia: III. Que los sacerdotes de la nueva congregacion debian emplearse únicamente en las misiones de los lugares, y villas de la campaña, absteniéndose, sin especial motivo, de las ciudades célebres, donde no faltan operarios evangélicos. Apenas pudo ver la piadosa fundadora los felices principios de tan suspirada fundacion, cuando cayó enferma, y recibidos con extraordinaria devocion los santos sacramentos, en manos de san Vicente, su director, dió su espíritu á Dios en junio del mismo año de 1625. Fué dama verdaderamente de rara virtud, de santas costumbres, desprecio del mundo, y zelo de la religion. Habiendo san Vicente cumplido su palabra con madama, pidió licencia al general, para retirarse á su colegio: sintiólo mucho; mas se la concedió, por no impedir la mayor gloria de Dios, á cuyo servicio pensaba consagrarse en la congregacion del Oratorio, en la cual despues de pocos años fué recibido, y ordenado de sacerdote, y vivió con fama de gran piedad.

14 Tenia la silla de san Pedro Urbano VIII y reinaba en Francia Luis XIII, cuando retirándose san Vicente al dicho colegio en el mismo año santo de 1625, echó los fundamentos á su congregacion, y á este año señalamos el principio de esta congregacion: bien que otros le señalan, ó el año 1624, en que el arzobispo de París entregó el colegio, y deputó por rector al siervo de Dios; ó el de 1626, en que á 24 de abril, dia del nacimiento del fundador, fué aprobada la fundacion del mismo arzobispo; ó el de 1627, cuando con real despacho fué autorizado el instrumento, y concedida la licencia para plantar el instituto en cualquier parte del reino; ó finalmente el de 1632; cuando la buena memoria de Urbano VIII á 12 del mes de enero con autoridad apostólica le erigió en congregacion, con título de la Mision. Mas nosotros, siguiendo la tradicion, contarémos su nacimiento del año de 1625, ya que la buena memoria de Benedicto XIII, año de 1725, como centésimo de su nacimiento, honró con especiales gracias, y privilegios á los hijos de san Vicente. Los primeros que admitió el siervo de Dios, fueron el ya nombrado Antonio Portail, Francisco Coudrai, Juan de la Sala, Juan Becú, Antonio Lúcas, José Brunet, y Juan de Horgny, casi todos, ó doctores, ó educados de la Sorbona.

15 Estos siete compañeros, á quienes dió Dios buena parte del espíritu de san Vicente, fueron las siete columnas preparadas de la divina sabiduría, para sustentar el nuevo edificio. Andaban estos girando por villas y lugares, evangelizando á los pobres. Año de 1628, fué inspirada del cielo en el corazon de san Vicente la reforma del clero: tuvo á este propósito una larga conferencia con Agustino Poterio, vigilantísimo obispo de Beauves, y la conclusion fué: Que en tiempos tan calamitosos era lo mejor juntar los ordenandos en el palacio episcopal, donde por diez dias, aplicados á la oracion y leccion, purgados con una confesion general, fuesen instruidos en el alto estado y obligaciones. Ordenó san Vicente un método conforme á esta soledad de diez dias para los ordenandos, distribuyendo las horas del dia para las meditaciones, conferencias, sermones, leccion espiritual, exámen de conciencia, noticia, y práctica de rúbricas, y ceremonias: en una palabra, dió leyes tan propias para en ese poco tiempo probar, y disponer á los ordenandos, que ese nuevo método, con gran loa de su autor, fué despues aprobado del sumo pontífice, y de los prelados en sus diócesis introducido, y conservado casi en todas partes. Pasó, pues, san Vicente, para ponerlo en práctica, á Beauves á primeros de setiembre, y por el camino encontró la suerte de reducir tres herejes. Llegado allí, dispuso el lugar en el palacio episcopal, y empezó sus funciones, ayudado de dos doctores de la Sorbona. Tal fuego salia de la boca del siervo de Dios en sus pláticas, que hasta uno de dichos doctores hizo con él su confesion general, como un ordenando. Estos fueron los primeros ejercicios de ordenandos, establecidos despues por san Vicente en las casas de su congregacion, con increible provecho del estado eclesiástico.

16 No dejaba entre tanto san Vicente de atender al progreso espiritual de su pequeña congregacion. En el año 1629, instituyó el noviciado con nombre de seminario interno, cuya direccion encomendó á Juan de la Sala, sacerdote de espíritu verdaderamente eclesiástico. Ordenó los estudios de filosofía, y teología, cuyo prefecto señaló á Francisco Coudrai, hombre de grande erudicion. Prescribió los votos, que entonces se hacian privadamente, y él mismo los hizo en presencia de su confesor, que despues renovó públicamente, cuando fueron aprobados de la sede apostólica. En este mismo año manaron de la caridad de san Vicente dos grandes bienes á la ciudad de París. Fué el primero la fundacion de la cofradía de la Caridad en la iglesia de San Salvador, como la de Chatillon, que bajo de su direccion se propagó en casi todas las parroquias de aquella vasta diócesis, para socorro de los pobres. El otro fué, que habiendo madama Claudia de Gondi, viuda del marqués de Magnelez desde el año de 1618, fundado un célebre monasterio para recoger las malas mujeres, faltábales las necesarias directoras; y acordándose san Vicente, que san Francisco de Sales habia profetizado, que sus monjas serian algun dia destinadas á este empleo, con permision del arzobispo, destinó una superiora con tres compañeras del primer monasterio de la Visitacion. Quedó dividida aquella gran comunidad de 150 mujeres en tres clases, llamadas de san Lázaro, de santa Marta, y de santa Magdalena: la primera de seglares, encerradas allí, hasta que se reconozcan: la segunda de las arrepentidas, vestidas con hábito devoto: la tercera de las profesas, admitidas despues de larga prueba á los votos religiosos, bajo la regla de san Agustin; y todas ellas eran visitadas y ayudadas del siervo de Dios.

17 Cerca de este año 1629, ó bien 1630, abrió san Vicente las puertas de su congregacion, no solo á los eclesiásticos, mas aun á los láicos de

toda edad, estado, y condicion, deseosos de tratar en santa soledad algunos dias con Dios el grande negocio de su salvacion. De cuanto provecho hayan sido siempre estos ejercicios espirituales, despues de la introduccion hecha por san Ignacio de Loyola, autor gloriosísimo, nadie puede dar mayor testimonio, que la universal experiencia. Seria largo proceso querer aquí referir las prodigiosas conversiones obradas de Dios por medio de los ejercicios espirituales en la casas de san Vicente: quien no pocas veces cedió su aposento, y aun hoy dia frecuentemente lo hacen gustosos sus hijos, para satisfacer á la multitud de los concurrentes, á quienes sirven en todo con caridad, mansedumbre, y cortesía; y en sustentar esta empresa en la casa de París, á vista de tan numeroso pueblo, no perdonó á gastos san Vicente, y se cargó de deudas.

18 Desde el año 1630 habia sido ofrecida á san Vicente del señor Adriano del Buono, prior de San Lázaro, la casa, tierras, y entradas, con la jurisdiccion civil y criminal, de aquel insigne priorato, en las puertas de París. Quedó asombrado el varon de Dios de aquel exorbitante ofrecimiento, y teniéndolo como tentacion del enemigo, y traza suya, para enflaquecer la virtud de los suyos con tantas posesiones, contento con su pequeño colegio, estuvo constante en rehusar esas ventajas. Mas de veinte veces repitió el señor Adriano tan rico ofrecimiento inútilmente á san Vicente: mas el pio bienhechor tanto trabajó por sí, y por medio de sus amigos, que finalmente redujo al humilde sacerdote á pensar en el negocio, á encomendarlo á Dios, y oir el dictámen de personas sabias, señaladamente del señor Duval, que era su director espiritual, desde el año 1629, en que murió el cardenal de Berulle. Fué cosa de admiracion, que en dos años, en que esta relevante dependencia estuvo pendiente de la desasida perplejidad de san Vicente, él no diese un paso, para observar aquel vasto terreno, ni, pasando muchas veces por aquel sitio, levantase los ojos para ver el grande y magnífico palacio de aquel priorato. Por fin, á instancias de los amigos, y principalmente por las autorizadas del arzobispo, cuya era la colacion del priorato, vino este negocio á términos de estipularse el contrato con varias capitulaciones. Una de ellas, que á todos parecia de poca entidad, era: Que los canónigos, súbditos del prior, viviesen juntos con los hijos de Vicente: en cuyo juicio pesó tanto, que le obligó á protestar, que sacrificaria tan honrada conveniencia, antes de admitir tal condicion, temiendo el perjuicio del riguroso silencio, que habia introducido en los suyos: tanto como eso estaban arraigados en el corazon del santo fundador el desasimiento de bienes temporales, y el zelo de la comun observancia.

19 Entra, pues, san Vicente con la mayor parte de sus hijos en el priorato de San Lázaro, en 8 de enero de 1632, quedando despues confirmada la union perpetua de dicho priorato con la autoridad de Urbano VIII, y Alejandro VII. Aquí su insaciable caridad tuvo campo para ejercitar las funciones de su instituto, y aun para separar lugares, para cuidar de mentecatos, y para reducir á vida cristiana á mozos incorregibles. Pero despues de esta entrada en San Lázaro el papa Alejandro VII, con su bula, que empieza: *Salvatoris nostri*, aprobó, como queda dicho, la congregacion, honróla con gracias especiales, y con todos los privilegios concedidos, y por conceder, á las congregaciones semejantes, y desemejantes. Eligió al santo fundador en superior perpetuo, con facultad de formar constituciones, que asimismo fueron despues aprobadas de la sede apostólica. Declaró aun, á instancias del siervo de Dios, que sus misioneros fuesen sujetos, cuanto á las funciones del instituto, á los obispos; bien que en lo demás fuesen totalmente exentos. Mientras la congregacion de la Mision caminaba con esta bonanza, se levantó una borrasca, por medio de una comunidad regular, que puso pleito á san Vicente sobre la posesion del priorato. No se alteró el mansueto posesor; mas encomendando el negocio á Dios, se quedó con total resignacion á cualquier acaecimiento: y no es de extrañar, que quien tuvo tantos reparos en admitirlo, no tuviese en soltarlo sentimiento, sino en desamparar la cura de aquellos locos, poco antes con tanta caridad emprendida. Pero pudo mas la justicia, y oracion del siervo de Dios, que la energía del abogado contrario, y quedó confirmado en su posesion.

20 Desde el principio de sus misiones se aplicó san Vicente á la importante funcion, que despues en la citada bula de Urbano fué contada entre las principales del instituto, de exhortar, y ayudar á los curas, y demás eclesiásticos, á bien cumplir con sus obligaciones: á los cuales solia juntar de los lugares poco distantes, para tratar del modo de catequizar, predicar, celebrar, oir confesiones, etc.; por lo que no sin fundamento del clero de Francia, en sus cartas á la santidad de Clemente XI, fué reconocido por autor de estas conferencias eclesiásticas. Mas en el año 1633, tuvo principio en su casa otra manera de conferencias eclesiásticas, todas de espíritu, semejantes á las que en los primeros siglos fueron de tanto uso, y aprecio á los monjes de Oriente. Dió ocasion á esta nueva fundacion el fervor de los sacerdotes recien ordenados, que frecuentando la casa de San Lázaro, buscaban medios, para conservar el fruto de los ejercicios, hechos bajo la direccion del siervo de Dios, para su ordenacion: y de la utilidad de los privados coloquios con el santo director, arguyendo ellos, cuanto mayor seria, si les hablase en comun; uno de ellos le propuso, que á este fin les juntase á ciertos tiempos. No condescendió luego, como era su costumbre; mas encomendando esto á Dios, quedó resuelto, que un dia cada semana se congregasen en la casa de San Lázaro, para tratar, con discursos llanos y devotos, de las obligaciones, peligros, y virtudes del estado sacerdotal.

21 A tales juntas se hallaban continuos, no solo doctores de la Sorbona, canónigos, curas, y otros sacerdotes; mas aun abades mitrados, obis-

pos, y arzobispos esclarecidos, sedientos de oir, y compungidos de haber oido las palabras de san Vicente: quien á vista de este concurso, y del deseo de establecer obra tan útil, la erigió en hermandad, con nombre de Conferencia eclesiástica, y fué fértil seminario de ministros evangélicos: de la cual quiso ser informado por boca de san Vicente el cardenal Richelieu, para saber los dignos para el gobierno de la Iglesias; y aun el rey Luis XIII envió al padre Doneto, de la compañía de Jesus, su confesor, á saber de él mismo, los que juzgaba idóneos para prelados. Esta Conferencia se ha ido propagando en las casas de la congregacion de la Mision

22 Veamos ahora otra singular manera de vida comun, establecida de san Vicente, de las hijas de la Caridad, en este año de 1633, con nombre «de Siervas de los pobres.» Habia ya el amoroso padre de pobres establecido en Chatillon año de 1617, la cofradía de la mujeres, llamada aun en otros lugares, «para socorro de los pobres enfermos:» pero como fácilmente acaecia, que, ó por la asistencia de sus familias, ó por la obediencia debida á sus maridos, á las veces quedaban los enfermos privados de su alivio: por tanto fundó otra congregacion distinta, que sin embarazos se emplease en tan pio ejercicio. Esta se compone de muchachas de suficiente edad y virtud, que despues de la aprobacion de cinco años, á mas de los tres ordinarios votos, que renuevan de año en año, hacen el cuarto de servir á los enfermos pobres, ó en los hospitales, ó en sus casillas. No es fácil de explicar, con que modestia y fervor atienden en las ciudades, villas, y lugares á aplicar medicamentos y alivios, aderezar las camas, barrer las casas, lavar los paños, etc., y aun para las almas, en consolar á los afligidos, y exhortar á los moribundos: rigen escuelas, para enseñar á las niñas pobres los misterios de la fé, y temor de Dios, buena crianza, leer, y labores: y por fin, á manera de los misioneros, son sus casas igualmente abiertas, disponiéndolo así el comun fundador, á las personas de aquel sexo, deseosas de gastar algunos dias en ejercicios espirituales. Mas de estos oficios de Marta, no separan los de María: oracion mental, leccion espiritual, repetido exámen de conciencia, asistencia á la misa, continua presencia de Dios, son sus empleos cuotidianos, con frecuencia de sacramentos, y haciendo cada año los ejercicios espirituales. Visten paño grosero: comen pan ordinario: beben sola agua; y sueño escaso. Trescientas y cuarenta, con corta diferencia, son hoy las casas de esta congregacion, repartidas entre la Francia, Saboya, Polonia, y Alemania baja, en las cuales están sirviendo á mas de cuatrocientos mil pobres. Para la fundacion de este instituto suministró grandes ayudas á san Vicente la veneranda Luisa de Marillac, dama de calificado linaje, que perdiendo moza al señor de Gras, su consorte, que era secretario de la reina María de Médicis, hecho voto de perpetua viudez año de 1625, bajo la direccion de san Vicente, se dedicó enteramente á estas obras de misericordia.

23 A mas de estas dos fundó san Vicente tercera hermandad mas calificada, con nombre aun de la Caridad, año de 1634, con la ocasion siguiente. Entre los hospitales de París es numeroso y famoso, entre cuantos hay en Europa, uno llamado de *Nostra Dama*. Con la variedad de los tiempos, y muchedumbre de enfermos, aquella gran máquina habia llegado á tan mísero estado, que á la mayor parte faltaban los remedios del cuerpo, y del alma, hasta morir sin sacramentos. La piadosa madama de Goussaut, que empleaba sus grandes riquezas, dirigidas de san Vicente, en socorro de pobres, hizo apretada instancia para que emprendiese la restauracion de aquel desamparado hospital; mas él, aunque tan celoso, esperando mas claro indicio de la divina voluntad, se excusaba con modestia de empeño, á que inútilmente se habian aplicado los mas autorizados personajes del clero, y del senado, cuya era la administracion. No pierde el ánimo la piadosa madama: participalo al arzobispo de París: quien hizo preciso mandato á san Vicente. Obedeció, y comunicó este pensamiento á diferentes damas principales; y dentro de poco juntó mas de ciento y veinte, á quienes despues se unieron otras de las primeras familias, no dedignándose aun de agregarse las dos reinas de Francia, y de Polonia. Diólas leyes prudentes, el modo de elegir las oficialas, y de tener sus juntas á sus tiempos: repartió discretamente los empleos, para la asistencia de los cuerpos, para la enseñanza, y para los moribundos: trocóse en fin aquel hospital con espanto de París, á quien dió Dios tal bendicion, que en el solo primer año de la institucion de esta hermandad se convirtieron á la fé mas de setecientos, entre turcos y herejes; y de lo fieles en mayor número á un vivir cristiano. Y no estrechó san Vicente á este hospital la caridad de estas damas; pues sacó de ellas copiosas limosnas para grandes empresas en Europa, Africa, y América.

24 Cerca del año 1635 introdujo san Vicente en su colegio de los Buenos Hijos á los clérigos muchachos, para que desde los tiernos años fuesen educados en la buena disciplina, en el estudio, y en la práctica de los ministerios eclesiásticos; y este fué de los primeros seminarios, que vió la Francia para los mocitos destinados al servicio de la Iglesia. Mas todo esto no le hizo olvidar al siervo de Dios sus amadas misiones, pues en este año las empleó en los fragosos montes de las Sevennas, nido á la sazon principal de los calvinistas, donde estaba pronto, y aun deseoso, como él escribió á Juan Coudré, á derramar su sangre por la salud de sus hermanos. Asimismo envió algunos de los suyos á las misiones de Arvernia, y del Velay, en el mismo tiempo, que san Francisco Regis, de la compañía de Jesus, hacia las suyas con tanta bendicion de Dios por las diócesis del Vivarese, y de Velenza, tirando unos y otros á un mismo fin. Año de 1636 recibió órden del rey san Vicente, para enviar al ejército veinte de sus misioneros para misionar á las tropas. Juntó luego, los que pudo: enviólos al campo con prudentes instrucciones, órden, y regla; y en los dias libres de ataques, ó

escaramuzas, divididos en varias escuadras, enseñando la doctrina, predicando, oyendo confesiones, y administrando sacramentos, siguieron constantemente el ejército, hasta que se retiró victorioso á los cuarteles. De las turbaciones inevitables de la guerra, muchas personas de todos estados, aun monjas, y niñas, echadas de sus casas, se refugiaron á París con gran penuria, donde san Vicente, y la hermandad de las damas de la Caridad, las socorrieron á todas, encerrando á las vírgenes sagradas y niñas en monasterios, y otros lugares pios á él sujetos. De estas refugiadas vírgenes, cuatro fueron escogidas para fundar con ayuda y consejo del siervo de Dios la comunidad de las hijas, llamadas *de la Cruz*, obligadas por voto á enseñar á las niñas pobres. En este mismo año tres otras siervas del Señor fueron movidas y guiadas de san Vicente á fundar nueva comunidad de mujeres, con título *de santa Genoveva*, no tanto destinadas á la educacion de las niñas, cuanto á formar buenas maestras, y recibir á los ejercicios espirituales á todo género de mujeres. Del gran valor de san Vicente se valieron el cardenal Rochefoucault, para la reforma de los canónigos regulares de Francia: Alano de Solminhiac, santísimo obispo de Cahors, para restablecer á los que llaman de la Cancellata; y el célebre Cárlos Froment, fundador de estrecha observancia, en el órden de Grammonte, para efectuar sus santos designios. En suma basta decir, que, como lo refiere el obispo de Rhodes, apenas se hallará en Francia órden religioso, antiguo y moderno, que no profese agradecimientos á san Vicente.

25 Año de 1638 dió el santo fundador mejor forma de noviciado á su congregacion. Entre cuarenta mozos admitió á Renato Almerás, consejero real, que fué despues su inmediato sucesor en el generalato. Este, concluido su año de aprobacion, le pidió licencia para otro año: concedióselo san Vicente; y estableció, aprobándolo la santa sede, que en adelante pasasen dos años en el seminario interno, los que fuesen admitidos en la congregacion. En este tiempo envió á Roma por negocios de su congregacion á Luis Bretton, misionero de conocida erudicion y piedad, quien entretanto, por órden de san Vicente, corrió la campaña de Roma, ejerciendo sus ministerios con los pobres pastores; y de esto la divina Providencia se abrió puerta para la primera fundacion de Italia en la ciudad de Roma. Entrando el año 1639, estimulado san Vicente de su insaciable caridad, fundó en la parroquia de San Lorenzo dos escuelas, una para veinte mocitos, y otra para veinte niñas, educándose y sustentándose en un todo gratuitamente; y con este ejemplo dió motivo á las otras semejantes escuelas, por esto llamadas de la Caridad, que de mano en mano fueron introducidas en las otras parroquias de aquella vasta ciudad.

26 Bien sabidas son las horrendas calamidades, que poco antes de la mitad del pasado siglo padecieron los dos ducados de Lorena, y de Bar. La hambre, y la peste, compañeras ordinarias de una larga guerra, redujeron todo aquel país á estado, que no puede referirse sin horror. De la hambre basta solo contarse, que se arrebataban, y hechos pedazos, se comian los niños; y esto hacian aun sus propias madres, y aun á estas las mataban sus hijos, y las comian; y por gran castigo de Dios, de las selvas salian á tropas los lobos á despedazar niños y mujeres. Nadie pensaba, ni podia remediar tanta calamidad, que pedia el tesoro de un rey; mas pensóla y remedióla nuestro Vicente. Hizo examinar por algunos zelosos sacerdotes de su congregacion, que envió, las miserias de aquellos países, de los cuales pasaron á París mas de doscientas doncellas, que peligraban, gran número de muchachos abandonados, mucha parte de la plebe, y no pocas familias nobles, á quienes se juntaron otros, que por evitar el furor del impío Cromwel, huidos de Inglaterra, se refugiaron en Francia. A sus gastos sustentó el siervo de Dios á las doncellas con las hijas de la Caridad, y los muchachos en su casa de San Lázaro: á la plebe, que hacia juntar en un lugar vecino á París, llamado Capilla, envió frecuentes y abundantes provisiones, é hizo con los suyos una buena mision: finalmente, para los nobles juntaba en San Lázaro cada mes un buen número de caballeros de París, que movidos de las palabras y ejemplos suyos, contribuian tanto, que en cada junta no se recogia menos de doscientos escudos de oro: y en veinte años, que sobrevivió el siervo de Dios, salieron de aquella junta para socorro de dichos nobles unos cincuenta mil escudos de oro.

27 Para socorrer despues á los que quedaban en aquellas desoladas provincias, envió doce de sus sacerdotes, que en solo diez años distribuyeron á los necesitados mas de un millon y seiscientas mil libras, sin los vestidos, ropa blanca, y utensilios para las iglesias. Y no solo los seglares fueron socorridos de la caridad de san Vicente; mas aun los religiosos de todo órden, y sexo. Las monjas, que por la hambre estaban para salir de sus clausuras, fueron conservadas en ellas; y otras, que no se podian mantener allí, fueron por su medio seguramente trasladadas á Paris, donde fueron bien colocadas y asistidas. Ni debe pasarse en silencio, que las inmensas limosnas buscadas, expendidas en la Lorena por san Vicente, fueron honradas por Dios con prodigiosos acaecimientos; porque, segun se refiere, se hallaron dichas limosnas varias veces multiplicadas entre las manos de los misioneros que las distribuian: y asimismo se atribuyó á prodigio, que el hermano Mateo, coadjutor de la congregacion, pudiese hacer mas de cincuenta viajes de Paris á Lorena, cargado de moneda, por medio de los ejércitos, sin daño de los soldados, que despojaban, y aun mataban á los pasajeros. En este tiempo madama María de Chavigni, viuda, noble, y rica, vino á París á consultar á san Vicente sobre el piadoso deseo de fundar en América un monasterio de Santa Ursula para la educacion de las niñas del Canadá; y con aprobacion suya, pasó ella allí con la famosa soror María de la Encarnacion, del monasterio de Santa Ursula de Tours.

28 Año de 1639 visitó las casas de su congregacion, dejando por todas partes vestigios de

piedad: y pasando por la ciudad de Troya, libró instantáneamente á una afligida religiosa, de molestísimas y envejecidas tentaciones. Mas impedido de continuar esta visita por mas graves negocios, que le detenian en París, se aplicó año de 1640 á fundar un hospital para los niños, que por malicia, ó miseria de sus padres, quedan abandonados, llamados expósitos. Nadie, antes que nuestro santo, habia dado eficaz remedio á esta necesidad, mayor de lo que se puede decir; porque unos comidos de perros, otros por falta de alimento, otros por violentos dormitorios, que les daban las criadas de una vieja, á quien dichos niños eran encomendados en una casa, que llamaban del Parto, y otros vendidos por vil precio á personas infames para malas artes, ó por mamar leche infecta, por la mayor parte morian en breve; y lo que era mas lastimoso, sin bautismo. Habia procurado san Vicente desde el año 1638 con las damas de la Caridad, que se encargasen de algunos de aquellos infelices niños, como de hecho sacaron doce por suertes, y encomendaron su crianza á las hijas de la Caridad, junto á la puerta de San Víctor. A estos doce se iban añadiendo otros, y otros, de mano en mano de la piedad de aquellas damas; mas la infeliz suerte de los que quedaban, tocó tanto el corazon del siervo de Dios, que llamando á junta general todas las damas, les habló con tal eficacia, que no pudiendo ellas resistirse al espíritu, que en él hablaba, se encargaron de la asistencia de todos: bien, que el gasto anual no fuese menos de cuarenta mil libras: por donde ellas solian decir: Que las lágrimas de san Vicente eran para los pobres rica mina.

29 Al octubre de 1641 hizo san Vicente una asamblea general en la casa de San Lázaro de los superiores y sacerdotes mas antiguos de la congregacion, donde trató de la formacion de las reglas y medios para conservar el espíritu del instituto y de los tres votos de pobreza, castidad, y obediencia, añadiendo el cuarto, de consagrarse por toda la vida en congregacion para la salud de los pobres aldeanos, que, como se ha dicho, se hacian privadamente, y despues se suplicó y obtuvo la aprobacion pontificia. Despues el humildísimo sacerdote se hincó de rodillas delante de los congregados: pidió perdon de las faltas de su gobierno; y espontáneamente renunció el generalato en sus manos, y con lágrimas rogó instantemente que pasasen á nueva eleccion, y se retiró del congreso. Asombrada la asamblea, envió por algunos diputados á llamarle; pero sin fruto. Luego fueron todos allá, y hallándole constante en su renuncia, la aceptaron, y al mismo tiempo á una voz dijeron: A vos concordemente elegimos por nuevo general: y con esto contra su voluntad le volvieron al gobierno. En este mismo tiempo pasó á París la venerable madre de Chantal á comunicar su interior al siervo de Dios; y consolada partió á Moulins, donde enfermó y murió en breve santamente. De la muerte y gloria de esta gran sierva de Dios tuvo revelacion san Vicente, que con la noticia de su peligrosa enfermedad, recogido en su oratorio para encomendarla á Dios, vió un pequeño globo, como de fuego, que levantándose de tierra, pasó á juntarse con otro mayor, mas resplandeciente y mas elevado; y ambos despues juntos arrebatados muy alto, vinieron á consumarse en otro tercero, y como infinitamente en otro mas lúcido. A esta vision se juntó una habla interior, que dijo al santo: Que el globo menor significaba á la alma de la madre de Chantal, que á la sazon subia al cielo: el segundo á la de san Francisco de Sales, que bajaba del cielo á recibirla: el tercero y tan grande, á la divina esencia, con quien ambos se habian tan felizmente juntado. Despues celebrando misa fué recreado con la misma vision: la cual el siervo de Dios comunicó con humildad y modestia al arzobispo de París, y al padre Mauricio Barnalita: quienes le ordenaron que extendiese esta vision en escrito, lo que ejecutó, mas con nombre de tercera persona, prediciendo aun que algun dia manifestaria Dios la santidad de su sierva. De todo esto se guarda documento auténtico en el monasterio mayor de la Visitacion de Anesi, reconocido por el general de la congregacion de la Mision el muy reverendo Juan Bonnet.

30 Este año, dia del nacimiento de Cristo, introdujo el siervo de Dios la piadosa costumbre, observada despues de todos los generales sucesores hasta hoy dia, de admitir cada dia á la mesa cabe sí dos pobres viejos, servidos como la comunidad, á quienes, como á los demás pobres, se mostraba tan comedido, que no les hablaba sino descubierta la cabeza. A 17 de octubre de este año el ya referido Luis Bretton murió en Roma con fama de extraordinaria virtud, á quien fué subrogado por san Vicente Juan Martin, hijo de París (de cuya bondad, doctrina y zelo, aun hoy viven en Roma testigos oculares), para que diese principio á la casa de la congregacion de la Mision de dicha ciudad, fundada de la religiosísima María de Vignerod, duquesa de Aiguillon; y año de 1642, á la sombra de la santa memoria de Urbano VIII, dieron feliz principio á las funciones del instituto. En este tiempo fundó san Vicente en París otra nueva manera de seminario para los clérigos adultos, ya maduros, para ascender á los sagrados órdenes. Del santo concilio de Trento habia sido eficazmente encomendada la eleccion de seminarios para los clérigos muchachos: esta en Francia se retardó por la mala coyuntura de los tiempos, y los pocos que se eligieron, no correspondian al fin pretendido; pues por la poca edad de estos clerizones se reducian estos seminarios á meras escuelas de letras humanas, ni se podia de ellos hacer prueba en la vocacion, pasando despues por la mayor parte á empleos seculares. Esto sentia san Vicente: y confiriendo su deseo con el cardenal de Richelieu, de quien fué aprobado, con socorro de buenas limosnas, abrió este seminario, donde los que se habian de ordenar, fuesen por largo tiempo probados en su vocacion, y bien instruidos en la piedad, ciencia y funciones de la Iglesia. Esta nueva forma de seminarios fué comunmente aplaudida y aprobada de los obispos de la Francia, que movidos del ejemplo y consejo del siervo de Dios, los establecieron en sus dióce-

sis, y por la mayor parte los encomendaron á los sacerdotes de su congregacion. Emulando santamente otra comunidad de sacerdotes el zelo de nuestro santo, se aplicaron á las mismas funciones por él introducidas; mas el verdaderamente hombre de Dios estuvo bien lejos de sentir desazon ó zelos, é imitando el espíritu de Moisés, respondió á quien le hablaba de esto: *Utinàm omnes prophetent*: y en cuanto pudo ayudó en Paris y en Roma á aquellos dignos obreros, posponiendo á las demás su congregacion, á la cual llamaba minima; y solia decir: que mas gustoso habria perdido ciento de sus fundaciones, que oponerse á una sola de cualquier otro instituto.

31 Muere en este año el cardenal de Richelieu, y por argumento del amor que tenia á san Vicente, y su congregacion, le dejó una manda de una gran suma para la casa por él ya fundada en la ciudad de su apellido en la provincia de Poitou. Desde el año 1639 habia sido elegido san Vicente del rey Luis XIII por su limosnero secreto; y el año de 1643 tuvo con el siervo de Dios largo tratado sobre el modo de reducir los herejes, y fundó aun en la ciudad de Sedano una casa de la Mision para la conversion de los calvinistas, y tomó resolucion de no nombrar para obispados, á quien no hubiese vivido un trienio en algun seminario de la Mision; mas no pudo aquel piadoso monarca ver sus designios cumplidos, porque consumido de larga enfermedad, se vió reducido al extremo de su vida. En este estado mandó llamar á san Vicente para su asistencia en tan peligroso trance: acudió éste luego, y en sus manos rindió su alma á Dios en el palacio de san German á los 14 de mayo de este año. Sucediéndole Luis XIV en el reino, de edad de cinco años, quedó gobernadora su madre la serenísima doña Ana de Austria, que bien persuadida de la fidelidad y prudencia de nuestro santo, le nombró por uno de los de su consejo de conciencia, donde se trataban las cosas de Iglesia. Componian este consejo cuatro consejeros, y fueron el cardenal Mazarini, el gran canciller Segnier, el doctor Charton, y san Vicente. Quedó á tal anuncio el siervo de Dios confuso y asombrado, y aun medroso de tan alto como peligroso ministerio; mas por fin, por no faltar á la obediencia de la reina, lo aceptó: á quien mereció nuestro santo tanta veneracion, que para hablarla no le hacia detener á su puerta, y se levantaba su majestad del solio para recibirle. En nada se mudó con esta mudanza. Su trato fué tan sincero y modesto como antes, hallando el modo de cumplir con el mundo sin desagradar á Dios. Su gran cuidado era el examinar quien fuese idóneo para beneficios, obispados y demás dignidades; y en este tan difícil manejo mostró igualmente su discrecion y fortaleza, despreciando promesas, amenazas, injurias de poderosos, y solo teniendo la mira al bien de la Iglesia. A mas de esto publicó guerra á la corrupcion de costumbres, doctrinas y libros perniciosos, y á los excesos de las representaciones públicas. Contra las blasfemias y duelos hizo publicar por la reina severos edictos: enfrenó la audacia de los ministros reales infectos de calvinismo: y en la diócesis de Basaz en Gascuña, como aun en las vecindades de Paris, arrancó las raices de los iluminados que renacian.

32 Ocupado el varon de Dios en tan importantes negocios de la Iglesia y de la república, cayó en una grave enfermedad de aguda calentura que le llegó hasta el delirio, en que, por la buena disposicion de su corazon no proferia sino palabras religiosas. A este tiempo estaba aun enfermo Antonio Dufour, sacerdote jóven de la congregacion; quien sabido el peligro de su santo padre, ofreció á Dios espontáneamente á sí mismo, por la tan importante vida de su amado padre. Aceptó Dios la víctima: y comenzando á mejorar san Vicente, se fué al contrario agravando Antonio, y poco despues murió: cuya muerte se juzgó revelada de Dios al santo, quien dió á entender estar sabedor de ella al instante en que sucedió. Año de 1645 y siguientes, no olvidado de cuanto él mismo habia padecido en Berberia, impetró á la sagrada congregacion de *Propaganda fide* la permision de poder enviar á Túnez, Argel, Trípoli, Biserta y otros lugares de aquellas orillas de Africa, algunos sacerdotes mas fervorosos de su congregacion: quienes en calidad de vicarios y misioneros apostólicos, llevaron y llevan gran luz y alivio á los miserables cautivos cristianos. La brevedad de esta sucinta narracion no deja referir los grandes bienes que de esto han derivado, ni los nombres de aquellos dignos obreros, que entre fatigas y tormentos acabaron sus vidas. No podia ser oculto al sumo pontífice Inocencio X, que habia sucedido á Urbano, el zelo de nuestro santo: por lo que le mandó por los señores cardenales de dicha congregacion, que enviase algunos de sus misioneros al reino de Irlanda, para alivio de aquella asolada Iglesia. Obedeció el santo fundador, y envió ocho sacerdotes que por muchos años atendieron con valor en aquellas provincias, afligidas de guerra y pestilencia, á promover la fé y piedad; hasta que rendida la ciudad de Limerich del ejército del impío Cromwel, desterrados, pero llenos de méritos, volvieron á su buen padre.

33 En el año de 1647 dió el siervo de Dios la forma y reglas á la comunidad de las doncellas llamada « de la Divina Providencia », instituida con su direccion y ayuda por una principal matrona de la compañía de la Caridad. Tienen estas por instituto preservar las pobres doncellitas que están en peligro de perder su honestidad. De este instituto manó otro por las discípulas de san Vicente, llamado « de la Union cristiana », para instruccion de las niñas y mujeres recien convertidas del judaismo ó herejía. Como llegó á ser tanta la llama de su caridad, extendió sus ojos año de 1648 á los remotos pueblos de la isla de Madagascar, por otro nombre de San Lorenzo, una de las mas vastas, que la habitan muchos centenares de millares de personas, ó idólatras ó sin religion. Para purificarla de la infidelidad y vicios, obtuvo san Vicente las necesarias licencias de Roma, y con deseo y esperanza del martirio pensó emplear allí lo restante de su vida. Mas como los tan graves

negocios de la Iglesia y reino siempre le tuviesen preso, destinó muchos de sus sacerdotes, que unos con su sudor, otros con su sangre, regaron aquella inculta viña: otros corriendo á esta empresa, naufragaron en aquel seno de mar: otros sorprendidos por los enemigos, fueron despojados de los sagrados ornamentos y de abundantes limosnas destinadas para la isla; mas tantos siniestros acontecimientos no entibiaron la llama de la caridad del siervo de Dios, para que no enviase otros. A los primeros trabajos dió Dios tanta bendicion, que se convirtieron unos cinco mil. De su zelo y del de sus hijos, se esperaba en breve la entera reduccion de aquella numerosidad de pueblos, á no haberse cruzado, por oculto juicio de Dios, los graves disturbios que impidieron el curso de aquella insigne mision. Vive todavía la esperanza en los hijos de san Vicente, que al presente cultivan las vecinas islas de Borbon y Mauricia, de que se les vuelva á abrir la puerta á Madagascar.

34 Aunque el siervo de Dios estaba tan aplicado á la salud, de los que estaban tan lejos, no apartó sus ojos de los que tenia cerca. A fines del año 1648, y principios del siguiente, afligida la ciudad de París, y gran parte del reino, de la triplicada calamidad de guerra, y peste, y hambre, no escaseó san Vicente, ni fatigas, ni bienes, ni su vida: y reservada para otra pluma la distinta relacion de sus estupendas acciones en aquella lastimosa guerra intestina; solo tocarémos aquí algo. En el tiempo pues, de estas civiles revoluciones, sustentó cotidianamente en su casa de San Lázaro á sus gastos cerca de dos mil pobres, á quienes para dar mas abundante limosna, repartió la mayor parte de los suyos en otras casas de la congregacion. Salida la reina con el rey, su hijo, de París, fué luego san Vicente, despreciado todo peligro, á encontrarla para desviarla de poner cerco á París, donde habian de perecer de hambre tanto número de inocentes, por la culpa de pocos. Asimismo con dictámenes de prudencia cristiana, y política, exhortó al cardenal Mazarini á ceder un poco á la malignidad de los tiempos. Mas viendo tan exasperados los dos partidos, y lo poco que él aprovechaba en la corte, se retiró á una posesion suya donde por espacio de un mes pasó en ejercicios de penitencia y oracion, exhortando á los labradores de aquella tierra á compuncion, para aplacar la ira de Dios. Entre tanto la casa y recinto de San Lázaro, fueron saqueados por seiscientos soldados alojados por un personaje del partido contrario al rey: muebles, ganados y el grano prevenido para los pobres, fueron sus despojos: mas avisado san Vicente, dijo las palabras del santo Job, con su mismo espíritu, y escribió á Lamberto Couteaux, que tenia las veces de superior de aquella casa, que para subvencion de los pobres buscase veinte mil libras á logro, para comprar grano: el cual, á juicio de algunos, no sin prodigiosa multiplicacion bastó á aquella gran urgencia, hasta que abiertos los pasos, pudieron entrar libremente vituallas en París.

35 Acabado el retiro, y no las revoluciones civiles, emprendió el siervo de Dios la visita de sus casas y en ella fué preservado dos veces por la divina Providencia de peligro manifiesto de la vida, así de ahogarse al pasar un rio, como de no haber muerto á manos de un oficial de la faccion contraria al rey, que salió de la ciudad de Rennes de industria para matarle. De órden de la reina, dejada la visita, volvió á la corte, cuando ya estaban pacificadas las cosas de París. Aquí se aplicó luego á reparar los agravios hechos por los soldados contra la santísima eucaristía, ordenando ayunos, privadas penitencias, públicas rogativas y procesiones en aquellos lugares en que habian sucedido estos sacrilegios. Hizo reponer los sagrados vasos despedazados, adornar las iglesias, restaurar las que caian y levantar las destruidas: y esto no solo en las vecindades de París, donde habian estado acampados ambos ejércitos; mas aun en un gran número de lugares y villas de las provincias de Champaña y Picardía, devastadas de las hostilidades extranjeras. En este tiempo, cansado san Vicente de su edad crecida y de su antigua enfermedad de las piernas, con gran dificultad podia andar, ni á pié, ni á caballo; y por no privar á la Iglesia y república de ministro tan iluminado, la reina y arzobispo le hicieron expreso mandato de usar en adelante de coche. Usólo, pues, por obedecer; mas de manera, que le fuese rubor á él, y de alivio á los pobres. Tan mal compuesto estaba su coche de caja, y caballos, que movia á risa á los muchachos; y dentro de él admitia toda suerte de enfermos, para llevarlos al hospital.

36 Aquellos admirables oficios de caridad, que habia hasta aquí practicado san Vicente en socorro de la Lorena, los proseguia, y prosiguió hasta el año de 1660 en que se publicó la paz general. En el de 1650 envió á aquellas partes diez y seis misioneros, y algunas hijas de la Caridad: estas, para asistir á los pobres enfermos; aquellos, para predicar, administrar sacramentos, dar de comer á los hambrientos, vestir los desnudos y consolar á los afligidos. Se subvino á la miseria de los nobles: se suministró semilla á los labradores; y materia é instrumentos á los artífices: y para que la caridad fuese del todo ordenada, prepuso á todos un sacerdote, que discurriendo por aquellas desoladas provincias, diese á todo pronta providencia y cerciorase de todo á san Vicente. Al fin de este año, en la batalla de Retel, quedaron sobre el campo unos dos mil cadáveres de los enemigos, expuestos á las fieras; y sabido de nuestro santo, á sus costas les hizo dar cristiana sepultura. Entrado el año 1651 con nueva facultad del sumo pontífice destinó otros sacerdotes de su congregacion á la conversion de los herejes de Escocia, en aquella parte del reino, que llaman Montuosa y en las numerosas islas adyacentes, llamadas Espérides, al Occidente, y Orcadi, al Setentrion, donde apenas se hallaba vestigio de religion. Consta de las difusas relaciones, que se conservan de aquellas misiones, el copioso fruto recogido de aquellos operarios, hasta que por la tiranía de Cromwel, parte de ellos fueron encarcelados y parte desterrados.

37 Teniendo noticia san Vicente, que en la ciudad y distrito de Troya, en Champaña, muchos hibernenses, abandonada su patria por la religion, despues de haber servido en las reales tropas con pérdida de no pocos, vivian en gran miseria, señaladamente huérfanos y viudas; envió luego un sacerdote hibernés de su congregacion con abundantes socorros, y con órden de poner en seguridad á las doncellas, y repartir los niños en diferentes hospicios y disponerlos á todos para cumplir con la pascua. Entre tanto de la serenísima reina Luisa María Gonzaga, sucesivamente consorte de Ladislao IV y Casimiro V, reyes de Polonia, quien tenia bien experimentado de las juntas de las damas de la Caridad, en París, el zelo de san Vicente, fueron instantemente pedidos y prontamente de él concedidos dos sacerdotes de su congregacion, Lamberto Conteaux, y Guillen Desdames: quienes en aquellas vastas provincias de Polonia y Lituania, echados felizmente los cimientos de la congregacion, donde hoy se halla muy dilatada, despues de largas fatigas, llenos de méritos, acabaron allí santamente sus vidas.

38 Acabada á los 7 de setiembre de este año la menor edad del cristianísimo rey Luis XIV, poco despues, tanto en París, como en el reino, se encrudecieron las civiles revoluciones por la conjuracion de los poderosos, bajo la sombra de Juan, príncipe de Condé, contra el cardenal Mazarini: quien por dos veces, dejado el mando y salido del reino, en breve tornó al reino y ministerio. Estos disturbios dieron gran materia á la caridad de nuestro santo: quien siempre fiel al rey y á la reina, mereció por su prudencia y candidez, ser medianero entre aquellas majestades y príncipes confederados; y aun pudo conservar y reducir á la obediencia del rey á los principales consejeros del parlamento. Hervia sin embargo, y se mantenia encendido el furor de las sediciones, sin hallarse lugar de seguridad, año de 1652; la gente del campo, abandonadas sus casas y labranzas, y saqueadas las villas, buscaban refugio en los lugares murados ó en los bosques; y aun aquí penetraba la caridad de san Vicente, cuyos obreros eran enviados allá, para remediarlos en cuerpo y alma. Puédese bien decir, que aquel florido reino de Francia, tan asolado de las civiles discordias, no tuvo en tantas calamidades mas poderoso amparo, que las penitencias, oraciones y limosnas suyas, y de otras devotas personas, en especial de las damas de la Caridad, que movidas de la industria del siervo de Dios, y tambien de su piedad, instituyeron en esta ocasion una forma de público almacen, donde todos los ricos de París llevasen cuanto les sobraba en todos géneros, granos, harina, vestidos, ropa blanca y alhajas que se repartieron con buen órden á los necesitados. A mas de esto, tenia san Vicente ocupados á su cuenta buen número de oficiales al trabajo en diferentes tiendas, donde se tenian prontos zapatos, medias, jubones, camisas, sábanas y sombreros que de limosna se daban á los mendigos.

39 La gravedad de la materia, tocante á las cinco proposiciones de Jansenio, nos llama, para que digamos, lo que hizo el siervo de Dios, para solicitar su condenacion que se logró en estos tiempos. Al mayo de 1638 murió Jansenio: poco despues compareció en diferentes partes su notable libro, con el título de Agustino, de quien fueron entresacadas las cinco pestíferas proposiciones: cuyo veneno reparó luego san Vicente, quien desde entonces no dejó por probar medio alguno, para que fuesen condenadas en Roma, y detestadas en París y en todas partes: cuya prueba son los sentimientos de los mismos autores jansenistas, y los documentos copiosos traidos de los procesos y registrados en los autos de su beatificacion. Despues año de 1643 contra dicho libro fué publicada en París, con la ayuda de nuestro santo, la bula de Urbano VIII. Consta aun por confesion de los mismos jansenistas, que año 1650 y el siguiente, fué eficazmente solicitada de san Vicente la suscripcion de aquella célebre carta, que enviaron á Inocencio X ochenta y cinco obispos de Francia, á quienes se juntaron otros tres, para conseguir sobre dichas proposiciones el oráculo decisivo de la santa sede. Llegada á Roma la carta, y destinada del papa una particular congregacion para el exámen, fueron enviados á la corte romana por los fautores de Jansenio cinco teólogos, para apadrinar sus errores. Sabido eso por el siervo de Dios, hizo todo esfuerzo, para que los obispos enviasen por su parte tres doctores de la Sorbona, de cuya sana doctrina tenia toda satisfaccion, y á quienes de su dinero suministró el viático, y recomendó á los suyos de la casa de Roma: adonde llegados no hicieron cosa sin el consejo del santo, á quien iban dando cuenta de todo, como se colige de las mutuas cartas.

40 Aun la reina madre, persuadida del siervo de Dios, en su nombre, y del rey, su hijo, suplicó al papa la deseada decision sobre las referidas proposiciones. Los doctores enviados del clero de Francia presentaron en escrito sus dictámenes contra ella: la congregacion deputada se juntó con frecuencia, á que intervino por diez veces el mismo papa: quien finalmente á 31 de mayo de 1653, pronunció el gran decreto condenativo. Los tres doctores de la Sorbona escribieron luego lo sucedido, y remitieron la constitucion apostólica á san Vicente, á fin de que obrando con monseñor Bagni, nuncio apostólico, pudiese presentarla al rey, á la reina, al cardenal Mazarini, y al gran canciller, y procurar su aceptacion: todo lo cual solicitó con tanta eficacia, que á los 4 de julio salió el decreto de promulgacion, y luego treinta obispos, que á la sazon se hallaban en París, con sumision la aceptaron, y recomendaron á los obispos ausentes. Solos los fautores de Jansenio pusieron dificultad; mas san Vicente se aplicó con espíritu y valientes razones á reducirles á la obediencia de esta constitucion inocenciana (como lo hizo despues año de 1656, á la de Alejandro VII); y por fin, hizo al rey una viva representacion, para que fuesen corregidos los pertinaces, y excluidos los sospechosos de los beneficios eclesiásticos.

41 En este mismo año no dejó san Vicente,

bien que casi octogenario, y cargado de enfermedades y negocios, de correr las campañas, anunciando á los pueblos el jubileo concedido por su santidad: y siéndole consignada buena suma de dinero, para distribuirla á su arbitrio, ni dió cosa á sus pobres parientes, ni á los de su congregacion; mas toda la empleó en la ereccion de un hospital en la parroquia de San Lorenzo, para sustento de cuarenta pobres artífices inválidos, á quienes dió buenas reglas de bien vivir: destinó para directores á los sacerdotes de su congregacion; y deputó las hijas de la Caridad para su servicio. Despues, el año 1654, envió nuevos y abundantes socorros á los países desolados por las guerras: y en el de 1655, tuvo la consolacion de ver confirmada por Alejandro VII, su congregacion con los cuatro votos ya referidos, solamente dispensables por el papa, y por el superior general en el caso de la dimision de los sujetos. En estos tiempos protegió con largas limosnas, y con la solicitacion del real despacho, la fundacion de las sagradas vírgenes, bajo el título de Santa Inés, en la ciudad de Arrás. Al fin de este año, y en el sigmente de 1656, tantearon las damas de la Caridad, bajo la direccion de san Vicente, otra mas gloriosa empresa, de la fundacion de un hospital general, para recoger todos los pobres de París, que entonces, se dice, llegaban á cuarenta mil: mas obra tan sobresaliente reservó el cristianísimo rey Luis XIV á su magnánima piedad. Publicado, pues, el real decreto, cedieron dichas damas las casas ya destinadas al nuevo hospital, repartido en cinco hospicios, para pobres de toda edad, condicion, y sexo. Del mismo real decreto venia cometida á los sacerdotes de la Mision la direccion espiritual; y á las hijas de la Caridad la temporal: mas el prudente fundador, consintiendo en la incumbencia de las hijas de la Caridad, eximió á sus sacerdotes de la suya, bien que tan pia, á la cual por tan vasta no habria entonces podido satisfacer de lleno: pero sustituyó á esta direccion al célebre Luis Abelli, despues vigilantísimo obispo de Rhodes, con otros sacerdotes de la Conferencia eclesiástica. Sin embargo concurrió san Vicente á los gastos de las primeras provisiones, y á la introduccion de los pobres, ejecutada en el principio del año 1657, sufriendo humildemente las injurias, y quejas de aquellos descomedidos mendicantes, que mas querian la insolente libertad de una vida vagabunda, que tantas comodidades para cuerpo y alma, preparadas en aquel hospital.

42 En este año renovó, y aumentó san Vicente las penitencias, al tiempo, que cundian las públicas calamidades en Francia, Polonia, é Italia, donde algunos de los suyos en el actual servicio de los apestados, no sin santa envidia de su santo padre, acabaron sus vidas. Envió á Calés las hijas de la Caridad, para asistir á setecientos soldados enfermos. En París atendió á promover, por comision pontificia, á él significada por el nuncio apostólico, el instituto de las misiones extranjeras, persuadiendo á la duquesa de Aiguillon aquella ilustre fundacion, que despues de la muerte del siervo de Dios tuvo principio, con la cooperacion de muchos obispos, y sacerdotes de su Conferencia, y de los zelosísimos padres Rhodes, y Bagot, de la compañía de Jesus, amigos de nuestro santo. En el de 1658, sabido de madre el rio Sena, anegó los burgos de París, la isla de san Dionís, y señaladamente la tierra de Genevillier; de manera, que los vecinos, cercados en sus propias casas, se hallaban en peligro de muerte, si no hubiese sido pronta la caridad de san Vicente, que envió gente en barquillas, y por las ventanas les daban el alimento. Semejantes providencias practicó en otras inundaciones.

43 Habian pasado 30 años de la fundacion de la Mision, y aun el santo fundador no habia dado reglas. Su fin fué tomar consejo del tiempo, y de la experiencia. A mas, que entonces tenian los suyos poca necesidad de reglas escritas, ó impresas, cuando ante sus ojos tenian en su padre una regla viva y animada, que iba delante en todo: aun trabajado de actual fiebre, y asistiendo tres veces cada semana á las conferencias espirituales de la comunidad, y hablando con toda la fuerza de su espíritu, los alentaba á la perfeccion. Con todo eso, entendiendo que se acercaba su muerte, antes de desamparar á sus hijos, les quiso dejar como por testamento, las reglas, que tan á la larga habia considerado á los piés de Cristo. Y habiéndolas hecho imprimir, con una fervorosa plática de su utilidad y premio, dió á cada uno de la comunidad, que estaba junta, el pequeño libro, que todos recibieron de rodillas; y pidiendo al santo padre su bendicion, se les dió arrodillado. Otras reglas, bien que no impresas, dió á las hijas de la Caridad, prudentemente acomodadas á las personas, y á sus funciones. Año de 1659, acogió el siervo de Dios en su casa de San Lázaro cuatro mocitos indianos catecúmenos, donde bien instruidos en los misterios de la fé, y bautizados, envió á su patria, con la ocasion de tornar á enviar, con nueva licencia de la sede apostólica, otros misioneros á la referida isla de San Lorenzo, donde pocos años despues Nicolás Estiennes, director apostólico de aquella mision, y Juan Paté, hermano coadjutor, y uno de los mocitos, fueron cruelmente muertos en odio de la santa fé por un príncipe de aquella isla. En el mes de mayo de este año por la solicitud, direccion, y limosnas de san Vicente, fué erigido en Borgoña, en la diócesis de Autun, el hospital de Santa Regina, para alivio de los peregrinos, que cada año concurren unos veinte mil de ellos, y muchos caen enfermos.

44 Nuevamente trabajada de carestía y hambre se hallaba la ciudad de París el año de 1660, y probó los mismos efectos de la compasion de nuestro santo. Y bien que por riguroso edicto fuese prohibido pedir limosna en puertas, calles, ó iglesias, despues de fundado aquel gran hospital; mas como fuese todavía angosto, con ser tan capaz, por ser universal la miseria, su tierno amor á los pobres socorrió en este último año de su vida á tres mil de ellos, á quienes despues de haber asistido á la doctrina, hacia dar

una abundante menestra. Dió grande y secreto socorro á diferentes familias nobles: proveyó de medicinas á muchísimos enfermos, de amas á niños, que habian perdido sus madres, y obró otras semejantes obras de misericordia para los de París, sin olvidarse de los de Champaña, y Picardía. En sesenta años que tenia de sacerdocio, tuvo la pia costumbre de celebrar todos los dias que no estuvo muy enfermo. En este acto arrebataba los oyentes: y como fué observado de testigos autorizados, con rayos en su rostro. Mas algunos meses antes de su muerte, abiertas las llagas de las piernas, vino á tanta debilidad, que no pudo estar en pié, y se redujo á oir la santa misa, y comulgar. Antes de dar Dios el premio á su siervo, quiso hacer de él la última prueba. Por espacio de cuarenta años habia padecido san Vicente el importuno tumor en sus piés, piernas y rodillas: mas ahora pasó á muy riguroso el dolor, por el humor mordicante, que en gran copia manaba por las llagas abiertas; y aun le parecia á él padecer poco por el deseo de mas padecer. Cumplióle este deseo Dios, añadiéndole cada viérnes, por tres horas, un dolor tan atroz, que sin especial ayuda no habria podido aguantar tal agonía. A este llamaba el secreto favor; y es verosímil, que le fuese de Dios concedido, en premio de su tierna devocion á la pasion de Cristo. Esto lo comunicó á monseñor Sevino, entonces obispo de Cahors.

43 Ibánsele entre tanto extenuando las fuerzas; mas no dejaba de consolar á todos. Frecuentaban su cuarto, obispos, arzobispos, senadores, y príncipes, quien por consejo, quien por santos avisos, quien por recibir su bendicion, y partian todos doloridos por la inminente pérdida, y edificados de la tranquilidad del santo enfermo. Entre otros fué á verlo monseñor Maupas, obispo de Puis, en cuya presencia san Vicente, tres dias antes de morir, defendió, y purgó de cierta calumnia la dignísima persona de monseñor Juan Darentone, á la sazon obispo de Geneura, á quien veinte años antes habia predicho la promocion al obispado. Y no fué esta sola, mas otras predicciones se cuentan de él: de que se arguye, haber sido dotado de espíritu de profecía, y discrecion de espíritus. Y fué opinion de algunos, que previó el dia de su muerte: pues que al principio de setiembre escribió á Renato Almerás, destinado en su corazon por vicario general de la congregacion despues de su fallecimiento, de hacerse traer (que estaba gravemente enfermo) sin dilacion á París. Obedeció Renato, haciéndose llevar en litera de Richelieu, y á 24 de setiembre entró en la casa de San Lázaro; pero tan postrado, que no tuvo alientos, para pasar de la enfermería al aposento de san Vicente. Mas el amoroso padre, bien que por muchos dias habia estado oprimido de somnolencia, se hizo pasar dia 25, despues de oida misa, y recibido el Señor, á donde yacia Renato. Allí le habló á la larga de las cosas pertenecientes al gobierno de la congregacion, y dado el último abrazo, se hizo llevar á su cuarto, y tan consolado, que decia: Ahora muero contento; mientras vive mi hijo. Despues á menudo repetia: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo*: y aquellas del Profeta: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est. Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?* Parece, que fué oido: pues despues fué embestido de un nuevo letargo: y al enfermero que tal vez le iba desvelando, dijo con un devoto sonriso: El hermano (entendia del sueño, hermano de la muerte) llama á la hermana. Dió con cortesía las gracias al médico de la asistencia, que hasta entonces le habia hecho.

46 Renato Almerás, sabido el extremo peligro de su amado padre, le envió á Tomás Berthe, uno de los primeros oficiales de la casa, para que en su nombre, y de toda la congregacion, le pidiese la última bendicion. Alzó el santo moribundo la cabeza, que tenia inclinada al pecho: hizo sobre sí la señal de la cruz, y con palabras distintas invocó sobre todos los misioneros, presentes y futuros, la ayuda de la santísima Trinidad, y del Verbo encarnado; y faltándole el aliento profirió con voz baja las demás palabras de la bendicion. El dia 26, á las seis horas despues de mediodía recibió con devocion la extremauncion: y despues entraron á verle Claudio de Rochechovart, abad comendatario de San Juan, y otro ilustre sacerdote de la Conferencia, que á la sazon hacian los ejercicios en San Lázaro, y pidieron al santo instituidor la bendicion para sí y para todos los de la Conferencia: la cual acompañó san Vicente con estas palabras: *Qui cœpit opus bonum: ipse perficiet.* Pasó lo restante de la noche con tranquilidad, y mas anhelando á Dios, que agonizando. Ceñíanle, como corona, siete de sus sacerdotes, de los cuales alguno sugeria tal vez algun paso de la Escritura, á que con buen acuerdo respondia él luego, aun entre los últimos alientos, y cuando no con la voz, siquiera con señas. Finalmente, al romper el alba del dia 27 de setiembre 1660, rindió su espíritu á Dios, que para tanta gloria suya, salud de tantas almas, y remedio de tantos necesitados le habia criado.

47 Murió san Vicente Paúl, lleno de dias, y méritos, en el año ochenta y cinco de su edad, sesenta de sacerdocio, y treinta y seis de la institucion de su congregacion. Murió, no tendido en la cama, mas sentado en una silla en medio de su aposento, y con su vestido de misionero. Murió plácidamente, sin calentura, sin agonía, sin convulsiones; de manera que apenas se distinguia, si estaba dormido ó muerto. No hizo mutacion su rostro; mas aun de pálido, se paró colorado: sus manos, piés, y demás partes, se conservaron flexibles, y dieron de sí suave olor, que se esparció por el aposento: y pudo ser indicio de su excelente castidad, proporcionada á quien tantas hermandades de sagradas vírgenes habia fundado y dirigido. Abrióse despues el cadáver, en que fueron halladas enteras y sanas las partes interiores, y sepultaron aparte. La sangre se encerró en vasos de cristal, y con ella se tiñeron pañizuelos: uno de los cuales fué despues de años presentado del superior general de la congregacion á la buen. mem. de Benedicto XIII, papa, que lo recibió como don precioso, y lo hizo exponer en un relic

relicario. En otro vaso de plata, suministrado de la piedad de madama la duquesa de Aiguillon, fué encerrado el corazon. El cadáver nada embalsamado, vestido con hábitos sacerdotales, fué expuesto primero en la sala mayor de la casa, y despues llevado en hombros de sacerdotes á la iglesia, donde apenas podian defender de la gente sus vestidos, cabellos, y pelos de la barba. Otros tocaban su cuerpo con medallas y rosarios, y apenas podian sin gemidos mirar aquel venerando rostro, vuelto mas hermoso con la muerte. Su cadáver encerrado en caja de plomo, y esta en otra de madera, fué sepultado en medio del coro, donde año 1712 cuando de órden de la sacra congregacion de Ritos se hizo la recognicion de su cuerpo, fué hallado totalmente entero, con plena satisfaccion de los comisarios delegados.

48 Apenas se esparció por la ciudad de París la triste noticia de la muerte de nuestro santo, cuando de toda la ciudad se oyó esta sola voz: Ha muerto el santo. Lloráronle los huérfanos: lloráronle las viudas; y todos los pueblos exclamaron con lágrimas: Ha muerto nuestro padre, nuestro refugio y nuestro sustento. Sacerdotes, y prelados, caballeros y damas, senadores y príncipes, protestaron concordemente haber muerto á la Francia un incansable promotor de la disciplina, un ardiente incendio de la piedad, y un zelador de la pública tranquilidad. Pero las mas justas lágrimas las derramaron en abundancia los de sus congregaciones de uno, y otro sexo: cuyo penetrante dolor solo le pudo templar el considerar á su comun padre en el gozo del Señor, donde le tenian seguro protector. Despues de su feliz muerte se celebraron sus funerales en muchas iglesias de París, y del reino, en que declararon su agradecimiento al difunto. Entre estos fué celebre, el que á 23 de noviembre de aquel año fué celebrado por muchos obispos y otros calificados sacerdotes de la Conferencia, en la iglesia de San German, en París, adonde concurrieron innumerables personas, ilustres por virtud, y nobleza; y monseñor Enrique de Maupas, obispo á la sazon de Puis, y despues de Evreux, peroró con aplauso universal de los oyentes, que eran testigos de vista, sobre lo que de las virtudes del difunto oian del erudito orador. Y quedó nuestro santo con tal fama de santidad, que concurrian á su sepulcro, hasta obispos y príncipes.

49 Hasta aquí habemos visto sucintamente la serie de la vida de este varon, verdaderamente apóstolico, san Vicente; mas para comun edificacion nos parece justo recorrer con brevedad sus heróicas virtudes: y empezando por la fé, que es el fundamento del cristiano edificio, dió de ella esclarecidos testimonios. Mostró su constancia, cuando en Túnez pretendia su amo pervertirle. Permitió despues Dios, que en su tiempo se disputasen con fuerza de ingenio cuestiones nuevas, especialmente en la materia de la gracia, y que sus fautores procurasen atraerle á su partido; mas nuestro santo se supo bien sacudir de todos ellos, y aun de Juan Vergerio, abad de Sanciran, famoso en doctrina, quien por ella estaba en estimacion del cardenal Berullo, y de muchos varones insignes en letras, y costumbres, y fué muy amigo de san Vicente, hasta que le conoció engañado: quien viendo, que con sus santos avisos no se enmendaba, lo abandonó, y fué por esta causa encarcelado, y procesado dicho abad de Sanciran. Permaneció, pues, firme el siervo de Dios en obedecer enteramente á las determinaciones de la sede apostólica; y para mejor explicar su santo sentir, usaba de esta semejanza: Así como cuanto mas se fijan los ojos, y mas se pretende registrar al sol, tanto menos se ve; así cuanto mas nos esforzamos en querer examinar con la flaqueza del discurso humano las verdades de la religion católica, tanto menos las conocemos, basta que la Iglecia nos las proponga, para hacer, que nosotros, creyéndolas, no podamos jamás errar. Y si con los avisos, que daba á los suyos, alguno no se enmendaba de seguir estas novedades; lo despedia de su congregacion.

50 Usaba del mismo cuidado, para que las personas de los monasterios, y demas lugares pios de su direccion, no tratasen con gente notada de esta falta; hasta no permitir, que fuese admitida una dama con grande suma de dinero en uno de estos monasterios (bien que era gran conveniencia de las monjas) por estar tocada de estas novedades, y tratar con defensores de ellas. Y de la reina gobernadora, y del real consejo consiguió real decreto, que no se confiriesen beneficios á personas inclinadas á semejantes doctrinas: y varias veces representó, que no se permitiese á los herejes el ejercicio público de su secta, ni se les confiriesen oficios públicos. Y queda referido, cuanto trabajó, para que la santidad de Inocencio X condenase las cinco proposiciones de Jansenio. Premió Dios estos trabajos de su siervo en favor de la fé, probando su constancia con recios combates interiores de infidelidad. La ocasion de esta tentacion fué, que año 1609 se hallaba en la corte de la reina Margarita, ya separada de negocios de mundo, por capellan y consejero, y en semejante empleo, un célebre doctor, y gran teólogo, y predicador de una diócesis del reino: éste, por haber cesado en sus ministerios, cayó en ocio, y del ocio en grandes tentaciones de la fé, y de estas en peligrosa enfermedad; y á tal aprieto llegó, que el pobre doctor estaba en extremo peligro de perder con la fé la vida. Infructuosos habian salido todos los remedios; cuando san Vicente, á quien se habia encomendado el enfermo, movido del zelo de su caridad, se ofreció á sí en víctima á Dios, rogándole, que si fuese servido, libre su hermano, pasase á él aquella tentacion y congoja. Oyólo Dios, y en breves instantes desaparecieron aquellas tinieblas, é ilustrado el enfermo, decia sereno: Paréceme, no ya de creer aquello, que enseña la fé, sino que lo veo: y así bien dispuesto, entregó á Dios su espíritu. Esto podemos contar por el primer milagro que obró san Vicente: quien con gran provecho suyo sufrió los recios combates de aquella tentacion. Los medios, de que se valió para resistirlos, fué el primero, escribir en un pa-

pel la protestacion de la fé, firmada de su mano, y ponérsela en el pecho de la parte del corazon, rogando á Dios, se dignase recibir su buen deseo, que era, que cada vez, que pondria su mano en el pecho, entendiese que renovaba la protestacion de la fé. El segundo fué la práctica de la misma fé, consagrando sus fuerzas al servicio de los pobres, para honrar en ellos á su divina Majestad; y así salió victorioso. Mas si el indicio mayor de una fé viva y constante, es la imitacion de Cristo; ¿qué mayor demostracion de la fé de san Vicente, que aquella continua práctica de las virtudes de Cristo? Y conociendo ser esta máxima el fundamento de la perfeccion, la dejó impresa en las reglas, que dejó á los suyos, por estas palabras: «Ante todas cosas, se persuadirá cada uno, que la doctrina de Cristo jamás puede engañar, y que la del mundo es siempre falaz: por ende la congregacion siempre hará profesion de obrar conforme á la doctrina del mismo Cristo, y nunca segun la del mundo.»

51 La esperanza en Dios fué la áncora, con que san Vicente en la navegacion de esta vida se aseguró de sus borrascas. Argumentos son los imposibles que emprendió, las dificultades que venció, las adversidades que superó, y las innumerables urgentes necesidades que remedió; de que fueron testigos de vista los de su congregacion, y toda la Francia. Conociendo la voluntad de Dios en cualquier negocio, le emprendia con intrepidez, y le proseguia hasta el cabo, con tanto mas ánimo, cuanto mayores obstáculos se cruzaban, siendo su máxima: No falta jamás la providencia de Dios en las cosas, que de su órden se emprenden. Cuando enviaba á los suyos á las misiones en países extranjeros, donde se coge el fruto á fuerza de trabajos, les decia: Andad en el nombre del Señor: él os manda por servicio suyo; y vosotros emprendeis este viaje y esta mision por su gloria: en lo demás será cuidado de su divina Majestad el guardaros y asistiros. Un dia le dijo el procurador de casa, que no tenia un sueldo para el gasto ordinario, cuando para el extraordinario, que se habia de hacer para los ejercicios de órdenes, que estaban para empezar, se necesitaba de crecida suma. San Vicente, lleno de esperanza, le respondió: ¡O qué buena nueva! Bendito sea Dios: ahora sí que es necesario hacer ver, que confiamos en él. Cuando le representaban, que su casa no podia sustentar el gran gasto que se hacia con los ejercitantes, y le seria preciso rendir las fuerzas; daba la siguiente respuesta: Son infinitos los tesoros de la divina Providencia, y nuestra desconfianza la deshonra. No dejará su Majestad de proveernos de lo necesario, como nos tiene prometido; y la congregacion de la Mision, antes descaecerá por abundancia, que por la pobreza. Verdad es (decia otras veces), que es grande el gasto que hacemos: pero no puede ser mas provechoso. Si la casa está empeñada, sabrá Dios darla medios para que salga de sus deudas.

52 Cuando se trataba en Roma de la aprobacion de su congregacion, y al mismo tiempo se suplicaba al parlamento de París por la confirmacion de la union del priorato de San Lázaro á la misma congregacion, cosas entrambas tan necesarias para su estabilidad; el siervo de Dios, sin embargo de las gallardas oposiciones que se le hicieron, tuvo tal confianza en Dios, que escribió á un sacerdote de la congregacion estas palabras: «Yo temo de mis pecados, y no ya del suceso de las bulas en Roma, ni del negocio de San Lázaro en París, que tarde, ó presto se conseguirá lo uno y lo otro:» y esto decia, fundado en esta verdad, que repetia muchas veces: Habiendo Dios comenzado á beneficiar una criatura, no falta á favorecerla, como ella no se haga indigna. De esta perfecta confianza en Dios nacia el despego, que tenia de todas las criaturas, hasta de sus misioneros, que por mas útiles que fuesen, no reparaba en enviarlos á misiones remotas y peligrosas: y tal era su arrimo á la divina Providencia, que jamás se valió de medios humanos, para adelantar su congregacion; y así dijo un dia: Cuando no fuese menester otra cosa, para que la congregacion lograse fundaciones en las ciudades principales, ó empleos de estimacion, ó sugetos para ella, mas que decir una sola palabra; yo no la proferiria. Finalmente, se conservó san Vicente tan amante de la divina Providencia, que su práctica ordinaria en cualquier negocio, antes de valerse de los medios humanos, era recurrir á los divinos, porque (como decia) la providencia de Dios hace, que les salgan bien los negocios á aquellos, que procuran seguirla, sin jamás prevenirla.

53 Amaba el corazon de san Vicente á Dios sin modo; pues no le guardó en obrar para agradar á Dios. Las tiernas palabras, en que repetidas veces prorumpió, eran: ¡O Salvador! ¡O Señor mio! ¡O divina bondad! ¿Cuándo me haréis gracia, de que yo sea enteramente vuestro, y que no ame otra cosa, que á vos? Acusóse una vez uno de los suyos, de haber obrado por respetos humanos; y san Vicente le reprendió severamente, diciendo: Que era mejor ser echado en el fuego, atado de piés y manos, que obrar por agradar á los hombres. Temia tanto el siervo de Dios caer en esta falta, y que el amor propio manchase la intencion pura de agradar á solo Dios, que siempre, que se sentia inclinado con vehemencia á alguna obra, aunque muy santa, la diferia, hasta que se serenase su corazon. El abundante fruto de sus primeras misiones le ocasionó extraordinaria alegría, por ver que ganaba tantas almas á Dios; y continuando este ejercicio, reparó que aquella solicitud le quitaba aquella paz, que antes gozaba: por cuyo motivo se retiró á hacer unos ejercicios espirituales, y conoció que aquella sobrada solicitud, y extremado contento de su fruto, era en parte parto del amor propio; y pidiendo perdon á Dios, y que le trocase su corazon, le oyó su divina Majestad, y se halló libre, y en adelante solo atento en acrecentar el amor divino. En este ejemplo deben estudiar, los que llevados de zelo impuro, solo tienen por bueno, lo que aquel fervor les dicta; y si tal vez se ven privados de aquel empleo, que miran todo santo, quedan inquietos. Este honor divino fué el blanco de tantas empre-

sas, de que le hizo promotor divino, sin que de esto le hubiesen divertido los respetos de personas tan calificadas y supremas, con quienes concurrió; de modo que mucho tiempo antes de morir dijo en cierta ocasion: Que daba infinitas gracias á la divina bondad, que treinta años habia, que no sabia haber hecho cosa alguna deliberadamente, que no hubiese sido enderezada á mayor gloria de su divina Majestad: que es cosa de no pequeña admiracion.

54 De la hoguera del amor de Dios, que ardia en el pecho de nuestro santo, salian aquellas centellas por sus labios, que abrasaban los corazones de los oyentes. Testigos son de esta verdad los de su congregacion, los concurrentes de la Conferencia, las damas de la Caridad, y todos los demás, que merecieron oir sus fervorosas pláticas: de que nacia, que muchas personas nobles y plebeyas, suspensas del consuelo de oirle, decian á sus misioneros: ¡O cuánto sois dichosos y felices en gozar la compañía de un hombre tan abrasado en amor de Dios! Trajéronle á un sacerdote de la Mision un pecador obstinado, para que le redujese: y viendo el sacerdote que nada aprovechaba con cuanto le proponia, le llevó á san Vicente, para que se dignase hablar á aquel miserable. Hízolo el siervo de Dios, y con tanto espíritu, que le ablandó, le redujo á total mudanza, é hizo los ejercicios espirituales; publicando despues, que la singular caridad del siervo de Dios le habia ganado el corazon, y que jamás habia oido hablar de Dios, como él. Bello indicio del amor á Dios de san Vicente es la entera resignacion y conformidad que tanto practicó, especialmente en las cosas adversas. Un notable daño padeció la casa de San Lázaro, de que dió parte á un amigo con las siguientes palabras, que hacen conocer la disposicion de su corazon: «No puedo hacer menos (dice), que como á tan amigo nuestro, no os dé cuenta de la pérdida que habemos padecido, no ya como de mal, que nos ha sobrevenido, si como de favor, que el Señor nos ha hecho, para que nos ayudeis á rendirle las gracias. Favores y beneficios llamo yo á las aflicciones, que él nos envia, principalmente cuando son bien recibidas: y porque su infinita bondad ha ordenado esta pérdida, nos la hace aceptar con perfecta y entera resignacion; y aun me atrevo á decir, que con alegría tan grande, como si hubiéramos recibido el mas próspero suceso. Esto, que digo, pareceria extraño á quien no fuese práctico en los negocios del cielo, y que no supiese, que la conformidad con lo que Dios dispone, es interés mucho mayor, que todas las ganancias temporales.» Esta conformidad, y resignacion de san Vicente se veia en las cosas emprendidas para servicio y gloria de Dios, que no tenian feliz éxito, y en los descuidos de los suyos; pues los que le trataron familiarmente, afirman que nunca le vieron turbado, inquieto, y de otro semblante. Suspiros profundos arrancaban de su pecho los juramentos y las blasfemias: herian lo íntimo de su corazon las herejías, los pecados públicos, y en especial los de los sacerdotes, por ver su amado dueño tan desestimado.

55 Con el amor de Dios va junto el amor del prójimo; y así con excelencia se vió en san Vicente. No parece en esta parte, sino remitir al lector, á lo que se ha referido en esta vida; pues toda ella está llena de acciones heróicas de este amor. Solo añadirémos, que siendo viejo estaba en la disposicion de ir á Indias, ó á cualquiera otra parte, y padecer martirio, para procurar el bien espiritual de los prójimos. Perdió la congregacion un buen número de escogidos operarios, cuando se pretendió establecer la Mision en la isla de Madagascar; mas todo esto no entibió el amor fino del siervo de Dios á aquellos desamparados prójimos; y escribiendo á uno de los suyos, le decia: «Habemos llorado la muerte de nuestros hermanos, que la Mision de Madagascar nos ha quitado; y no puedo disimular, que esta nueva nos ha afligido grandemente; pero ni esta afliccion, ni las otras pérdidas precedentes, ni todas las desgracias, que han ocurrido despues, han tenido fuerza de que troquemos la resolucion, que se ha tomado, de socorrer aquella isla desamparada.

56 Este grande afecto de caridad alimentaba san Vicente con la alteza de su oracion. Horas enteras empleaba á veces en contemplar un crucifijo: y no solo en casa, mas aun en los viajes, en que siempre traia uno pendiente al pecho: lo que introdujo tambien en los suyos. Visitaba, cuanto mas podia, al augustísimo Sacramento del altar, y este era el descanso, que daba á las fatigas de sus grandes ocupaciones. Aunque su humildad encubria los favores, que recibia en su interior; mas en las conferencias, que tenia con los suyos inmediatamente despues de la oracion, se notaban las señales del fuego interior de la abundancia de divinas ilustraciones, que en su pecho derramaba el Padre de las luces. Este ejercicio de la oracion mental hacia practicar á cuantas almas estaban á su cuidado, sin reservar estado, ni ocupacion, y hasta en las enfermerías la introdujo con cierto modo no pesado. La devocion á la Vírgen María santísima estaba tan esculpida en su pecho, que parece que á esta sola atendia. Preparábase para celebrar sus festividades con ayunos, y otras mortificaciones: invocábala con filial confianza: visitaba muy de ordinario las iglesias de su advocacion: ardia en el deseo de imprimir esta devocion en todos: á ella exhortaba en sus misiones á los pueblos; y dejó por regla encargado á los suyos, que lo continuasen: puso debajo de su proteccion todas las congregaciones y cofradías que instituyó; y por fin, hizo á esta soberana Reina todos los servicios que le fueron posibles, que ella se los recompensó largamente. De aquella gran promesa de Cristo de exaltar á los humildes, es testigo, que valo por muchos, san Vicente; pues todo su estudio puso en humillarse, y Dios siempre en ensalzarle. Aniquilábase continuamente en la presencia de Dios; y de esto nacia, que en todo lo que emprendia y ejecutaba, nada se atribuia á sí, y todo lo miraba, como derivado de la divina bondad: por lo que en varias ocasiones prorumpia en estas voces: ¡Ah, señores! Démosle á Dios toda la gloria, y para nosotros no reservemos otra cosa,

que el desprecio y la confusion: esta es la parte que á nosotros se nos debe.

57 Esta humildad le movia á seguir á Cristo en lo exterior por el camino comun, y solia decir: Que en el modo de vivir ordinario, y apartado de toda singularidad, se halla un tesoro escondido. Era tambien máxima suya, que: Las empresas, que se enderezan por caminos comunes y llanos, son mas asistidas y favorecidas de Dios, que aquellas, que se emprendian con medios particulares y extraordinarios. Consideraba la humildad grande de Cristo, que siendo Hijo de Dios, quiso ser tenido por hijo de un pobre carpintero, y con tantas deshonras ocultó su divinidad. Este asombroso ejemplo procuró imitar tan puntual, que con su mayor estudio escondió todos los dones, así de naturaleza, como de gracia, que habia recibido de Dios. Ni de sí publicaba otra cosa, que ser hijo de un pobre labrador: el mas glorioso timbre, haber guardado animales inmundos: su sabiduría, la de un estudiante de gramática: y la dignidad correspondiente, ser cura de una despreciada aldea; y en toda ocasion anhelaba á su desprecio. Una pobre mujer le dijo un dia: Señor ilustrísimo, dadme una limosna. No lo pudo sufrir su humildad, y en presencia de un insigne eclesiástico, y de otras personas, le respondió: O pobre mujer, vos me conoceis muy mal, y os engañais grandemente. Yo soy un guarda puercos, é hijo de un pobre labrador. Otra mujer, pareciéndole que le obligaria mas á darle crecida limosna, le dijo: Que habia sido criada de su señora madre. San Vicente, que á la sazon acompañaba algunas personas de estimacion, le respondió luego: Mi madre jamás ha tenido criada; antes ella ha servido, y yo soy hijo de un pobre labrador. Vino una vez de la ciudad de Acqs á Paris un sobrino suyo, por solo verle. Cuando lo supo san Vicente sintió una leve repugnancia en dejarle ver de los suyos; porque su pobre vestido daba á entender su baja suerte, y dijo al portero, que lo retirase á un aposento: mas luego, vuelto en sí, bajó á la puerta, y abrazándole, lo tomó de la mano, y mandando llamar á todos los de casa, les dijo: Que aquel era el mas honrado hombre de todo su linaje, y que le hiciesen gusto de saludarlo; y no contento con esto, para mejor triunfar de aquel leve vapor, le hizo ver de todas las personas de calidad, que entonces le vinieron á visitar; y pasados algunos dias, entrando á hacer los ejercicios espirituales con algunos de la congregacion, se acusó públicamente de aquella repugnancia, exagerándola mucho, y confesándose por el hombre mas soberbio y digno de todo desprecio.

58 En los primeros ejercicios de los ordenandos, que se hicieron en la casa de San Lázaro, discurriendo el siervo de Dios de la vocacion al estado eclesiástico, ponderó grandemente la bajeza de su nacimiento, y la vileza de su vida pasada; y entre otras cosas, dijo: Que un pariente suyo habia sido condenado á galeras; y esto lo repitió en otras muchas ocasiones: siendo verdad, que el tal parentesco era en grado muy remoto. Estos modos de buscar su desprecio eran tan ordinarios en él, que seria menester un gran volúmen para referirlos. Uno de los mas principales del parlamento de Paris, dijo un dia públicamente: Que los misioneros de San Lázaro se habian entibiado mucho en el ejercicio de sus misiones, y que ya eran pocas las que hacian. Llegó esto á los oidos del siervo de Dios: y pudiendo fácilmente con la verdad desterrar aquella voz, pues en aquel mismo año, y precedente, se habian hecho mas misiones, que las que se solian hacer; y aun aconsejándole, que lo hiciese, respondió: Dejémosle hacer: yo por mi jamás me justificaré, sino con las obras. Un prelado principalísimo dió órden á san Vicente, que acogiese en su casa un religioso, que trazaba una reforma de su religion, y que le ayudase en esta empresa. Hízolo el siervo de Dios, y le fué dando los consejos oportunos. De allí á algunos dias acudieron al mismo prelado otros religiosos, opuestos á la reforma, quejándose de san Vicente, y del que la pretendia. No se acordaba el prelado, que todo lo obrado por el siervo de Dios era de órden suyo; y dando oidos á las quejas, le hizo llamar, y en presencia de los religiosos le reprendió ásperamente, sin que nuestro santo respondiese, ni volviese por su inocencia: mas Dios, que mira por la honra de los suyos, le defendió, castigando al prelado con la memoria del órden, que le habia dado, que le causó no pequeño sentimiento, en especial aquel modesto silencio de san Vicente, á quien mostró el prelado su arrepentimiento, protestando que se retrataria delante de los que le habian oido.

59 Andando san Vicente un dia por el burgo de San Lázaro, recibió sin causa un bofeton de un hombre arrojado, que falsamente creyó, que entre la apretura de la gente le hubiese dado un empujon el siervo de Dios. Podia fácilmente el santo injuriado tomarse satisfaccion, hasta gravísima, de su propia mano, mientras, como superior de la casa de San Lázaro, tenia en dicho burgo jurisdiccion criminal; mas olvidado de esto, practicó á la letra la doctrina evangélica, y arrodillado á los piés del injuriador, le presentó la otra mejilla, pidiéndole perdon de la ocasion, que le hubiese podido dar para la recibida injuria. Con este acto tan heróico de humildad ganó nuestro santo para sí, y para Dios, al delincuente, que quedó altamente arrepentido de tan gran desman. A uno de su congregacion, que habia sacado á luz un libro del principio de las funciones, y aumentos de la congregacion, le dió una grave reprension, por el sentimiento que tenia, de que se publicase cosa en su alabanza. Semejantes actos, aplicarse á oficios bajos, aun los de cocina, sentir el haber de tratar con personas calificadas, eran tan comunes en él, que nunca se acabarian de contar. Concluyamos esta materia de su humildad con las palabras, que muy de ordinario proferia el cardenal Rochefocaut, quien íntimamente trataba al siervo de Dios; y eran, que: Si se queria hallar la verdadera humildad en este mundo, convenia buscarla en el señor Vicente. La importante virtud de la prudencia, sal de las demás, resplandeció gran-

demente en san Vicente. Cuantos le conocieron, le celebraron por uno de los hombres mas sabios y prudentes; y así le buscaban para valerse de su parecer en los negocios mas arduos personas de todos estados, eclesiásticos, regulares, obispos, hasta los nuncios apostólicos. Es digno de consideracion el modo, con que encaminó todas las empresas, de que Dios le hizo instituidor, ó promotor: sin ruido, sin fausto de aclamaciones, y casi, sin que nadie lo advirtiese, daba principio, y fin á las mas altas empresas, valiéndose siempre de los medios mas suaves y mas humildes, como mas conformes á aquellos, de que se sirvió la divina sabiduría, para fundar su Iglesia; y con esto burlaba las contradicciones del mundo, é infierno. Si alguno se le oponia, ni se valia del crédito, que tenia en la corte, ni le resistia; mas con paciencia daba tiempo, para ganar á su contrario. Los muchos medios y asistencias, que Dios le concedió, los aprovechó oportunamente, para dar cimientos firmes á las muchas y santas obras, que emprendió: siendo un gran milagro el haber hallado tan gruesas sumas de dinero para socorro de tantas necesidades, y para otros fines piadosos. Es mucho de venerarse su prudencia, en haber instituido juntas, hermandades, y cofradías para todos estados, para eclesiásticos, para seglares, para damas principales, para mujeres, y doncellas pobres, unas para la ciudad, otras para las aldeas, y gente del campo; dándolas á todas reglas proporcionadas, para que el buen órden asegurase el fruto y la permanencia.

60 En el corregir, acto de no pequeña dificultad, se vió la gran prudencia del siervo de Dios. Sabia acomodarse á la disposicion, é inclinacion de cada uno, y esperar el tiempo y ocasion mas oportuna; de suerte, que los corregidos quedaban enmendados, y gustosos. Hallándose un dia en compañía de personas de gran calidad, una de ellas, que tenia costumbre de jurar, y maldecir, dijo: El diablo me lleve. Ha, nó Señor, replicó al punto san Vicente; y abrazándole con modo agradable, y sonriéndose, añadió: Yo os tengo para Dios. Conoció entonces el caballero su vicio torpe: propuso públicamente la enmienda; y quedaron los circunstantes admirados, que sin causar dolor, sabia curar, con medicina nada ingrata, llaga tan envejecida. Donde mas sobresalió la prudencia de san Vicente, fué en el gobierno de su congregacion, que habiendo de ser ordenada á la salud de los prójimos, determinó, que abrazase solos los empleos de menos estimacion; como son hacer las misiones á los pobres labradores en villas, y lugares pequeños: asistir á los galeotes, y otros semejantes: en que se ve la prudencia de asistir por una parte, á los que se hallan mas desamparados de sustento espiritual, y guardar á los suyos de peligros, con este trato de gente sencilla. Y si bien con el progreso del tiempo ha abrazado la congregacion empleos de lustre, como los ejercicios de los ordenandos, seminarios, conferencias de eclesiásticos, y otros de este tenor, no menos celebrados, que útiles, ha sido no menos dictado de una gran prudencia; pues el criar buenos curas, y sacerdotes, es asegurar el fruto de sus apostólicos sudores en los aldeanos.

61 Ni se deja conocer menos su prudencia en el distribuir las reglas á su congregacion, que antes las vió puestas en ejecucion, que impresas en el libro, y tan acomodadas al fin del instituto, y tan suaves, que ellas mismas convidan á su observancia. Con ellas, y con otras instrucciones provino los inconvenientes que podian nacer en el ejercicio de las misiones, de relajacion en los misioneros, siendo ellas ocasion de mayor libertad: ordenando que fuesen á las misiones muchos sacerdotes juntos, y uno de ellos fuese señalado director de los demás por el superior de la casa, con su misma autoridad para mandar, prohibir y obligar á la observancia, y con una total dependencia del dicho director; de suerte, que ni salir de la iglesia, ni mudarse de un confesonario á otro pueden, sin su licencia. Ordenó asimismo, que en las misiones se tuviese la oracion, rezado y exámenes de conciencia en comun cada dia, con su conferencia espiritual cada semana, yendo juntos á la iglesia, y volviendo juntos á su habitacion mañana y tarde. Por fin, que viviesen como en casa: para que hiciesen el bien espiritual en los otros, sin perder nada de atender á su perfeccion. Lo que hasta aquí se ha referido de estas virtudes de san Vicente, se podria contar de su castidad, de su mortificacion, de su obediencia, de su mansedumbre y de las demás, que todas concurrieron á formar este varon grande; mas la brevedad de esta obra no lo permite. Solo queda tratar de los milagros con que Dios ha querido honrar á su fiel siervo, y manifestar su santidad. Estos han sido muchos, con los cuales los necesitados han conseguido milagrosamente remedio por su intercesion, así en el reino de Francia, como en otras partes. Mas como referirlos todos seria faltar al intento que llevamos de breve narracion; y de otra parte, antes de beatificar la Iglesia algun siervo de Dios, se tiene una congregacion particular, donde con exactísimo exámen se averiguan sus milagros, y es estilo de la santa sede el aprobar tres de ellos, y á nuestro santo aprobó cuatro; nos contentarémos con referir estos cuatro solamente.

62 El primero fué, que Nicolás Compoin, ciudadano de Paris, y Ana, su mujer, tenia un hijo, llamado Claudio José, de edad de diez años, que asaltado de una repentina y vehemente fluxion á los ojos, perdió la vista, y en pocos dias los párpados se pegaron y cerraron tan estrechamente, que no hubo forma de abrirles, ni aun para ver si la niña del ojo estaba quebrada, como se juzgaba con gran fundamento, por el gran dolor que en los ojos padecia el enfermo. Aplicáronle sus padres una cierta agua, que les dieron, por algunos dias, y no sirvió de nada; y el muchacho se quedó ciego por año y medio, sin quedar esperanza de sanar: cuando á persuasion de una devota viuda, llamada Juliana Henaut, que habia conocido á san Vicente, y probado los efectos de su caridad, la madre llevó á su hijo ciego encima del sepulcro de nuestro santo, con la intencion de hacer una novena, para alcanzar su intercesion

con Dios para la vista de su hijo. ¡Caso estupendo! La primera mañana, estando orando la madre y el hijo ciego en dicho sepulcro, ambos ojos cerrados, como se ha dicho, por año y medio hasta aquel punto, se abrieron súbitamente; y Claudio, interrumpiendo la oracion de su madre, de improviso le dijo: Mi madre, yo veo una señora que está delante de mí. Preguntóle la madre: ¿Cómo va vestida? De colorado, respondió Claudio; y así fué: porque enfrente del muchacho estaba haciendo oracion una dama vestida de hábito de ropa colorada. Salió alegre la madre despues de dadas gracias, con Claudio, su hijo, no llevándolo de la mano, porque no necesitaba de guia, viendo perfectamente. El padre que habia visto salir de casa á su hijo ciego, quedó muy consolado, viéndolo con vista y sin mal alguno en los ojos. Así continuó despues Claudio siempre con vista, y aprendió el arte de hacer trenzados, que pide buena vista.

63 El segundo milagro fué, que María Ana, hija de Maturino Lullier y de Quintina, su mujer, vecinos de la parroquia de San Lorenzo, arrabal de París, se hallaba de edad de ocho años sin haber podido proferir una palabra, ni dar un paso, ni aun tenerse en pié, teniendo las piernas inútiles, como si fuesen rompidas. Dieron consejo á sus padres de proveerla de muletas: mas en vano; porque la niña no se podia valer de ellas, ni regirse en modo alguno; de suerte, que la pobre madre, se veia obligada á llevarla en brazos, ó á arrastrarla en una silla, para dejarla tendida en un patio, donde estaba gran parte del dia. La esperanza que habia concebido la madre, que Dios apiadándose de aquella miserable enferma, haria un dia un milagro para sanarla; hizo que no cuidase de remedios humanos, para recurrir únicamente á la intercesion de los santos. Hizo, pues, muchos votos y novenas á alguno de aquellos santos que en París están en mayor veneracion: mas porque Dios habia reservado esta milagrosa curacion, para aumentar en los fieles el culto para con su siervo Vicente, nada se consiguió con aquellas rogativas para la niña, que quedaba sin habla y sin movimiento. En este tiempo ya se habian comenzado los procesos de la beatificacion del siervo de Dios, y corria por París la fama de los milagros que habian acaecido en su sepulcro, en la iglesia de San Lázaro. Por esto aconsejada la madre de una su amiga de llevar allá á su hija, lo ejecutó, y empezó una novena; que apenas concluida, empezó la niña á levantarse de la silla y á ponerse en pié, recuperadas las fuerzas de las piernas. Viendo la piadosa madre este milagro, confió conseguir el otro de la habla. Por esto empezó otra novena asimismo al sepulcro del santo: confesó y comulgó; y antes de llegar el fin de la novena, la hija andaba libremente, y hablaba distintamente; de modo, que sin dificultad aprendió á rezar. Toda la vecindad quedó atónita de ver á la niña desde su nacimiento muda y estropeada, andar y hablar con tanta facilidad. Cada uno preguntaba á la madre: ¿Cómo ha sido eso? Ella respondia: No ha sido otra cosa, que hacer yo con fervor dos novenas en el sepulcro de Vicente, y en el curso de ellas he conseguido por su intercesion la salud de mi hija.

64 El tercero milagro fué, que la hermana Maturina Guerin, recibida por nuestro santo en la congregacion de las hijas de la Caridad, y de las cuales fué veinte años superiora general, tuvo una gravísima enfermedad de una pierna muy entumecida, por un humor mordaz, que la hizo abrir una llaga horrenda, que era especie de cáncer: y como la paciente era de setenta y siete años, fué juzgada incurable por los mas doctos profesores de París. Hacia ya tres años, que padecia Maturina esta llaga, sin poderse regir, ni con muletas, sino ó sentada, ó tendida. Ya de mucho tiempo el doctor Vernage, decano de la facultad de medicina en París, y médico de las hijas de la Caridad, juzgando, como los demás, la llaga incurable, solo le hacia aplicar remedios simples, para endulzar el mal, y detenerlo el progreso: mas la hermana Maturina, viendo los remedios inútiles, tomó la resolucion de no usarlos mas, sino solo recurrir á Dios por la intercesion de su siervo Vicente, cuya santidad habia admirado, aun siendo vivo. Comenzó, pues, una novena á su sepulcro en compañía de otras hermanas, y no fué defraudada de su esperanza; pues al paso, que se avanzaba la novena, se iba disecando la llaga; de suerte, que al fin de ella se halló sor Maturina perfectamente sana, y caminó con libertad, sin muleta, como si tal enfermedad no hubiese padecido.

65 El cuarto fué, que en el hospital de París, llamado del Niño Jesus, donde, como va dicho, por la caridad de nuestro santo son recibidos los niños, que llaman expósitos; fué llevado un niño recien nacido, á quien en el bautismo se le dió por nombre Alejandro Felipe, y por apellido *le Grand*. Las hijas de la Caridad, que cuidan de aquel hospital, le entregaron, conforme á la costumbre, para darle leche, á una ama del campo: y devolviéndole esta despues de tres años al hospital, fué hallado Alejandro Felipe paralítico de una parte; y los peritos en el arte juzgaron, que el principio de esta perlesía estaba en el lado, y en los renes, de donde se extendia, principalmente por el muslo y pierna. Esta enfermedad crecia, y se dilataba al paso de la edad; de modo, que el muchacho quedó tan estropeado, que no podia sostenerse sobre sus piernas, como si fuese niño de pocas semanas, ni llegar con sus manos el manjar á la boca. Las hijas de la Caridad tuvieron un cuidado singular con él, y por consejo de diferentes cirujanos, le aplicaron los remedios recetados por espacio de cuatro años, pero sin alivio alguno: y pensando así las hermanas, como los cirujanos, que fuese menester aplicarlos sin interrupcion, hicieron por un año entero y continuo al enfermo toda suerte de fomentos; mas cansadas de no ver efecto alguno, perdieron la esperanza. A mas, que el famoso cirujano Franchet dió en escrito su declaracion, diciendo: «Que era trabajo perdido: que Alejandro Felipe *le Grand*, jamás seria curado sin milagro; y que era preciso

pasarlo á la enfermería de los incurables del hospital general.» Oida esta declaracion por la hermana Isabel Bourdois, á la sazon superiora del hospital del Niño Jesus, dijo á sus compañeras, que en aquel extremo se debia recurrir al siervo de Dios Vicente Paúl, de quien habia sido erogido aquel hospital, y que le creia poderoso para con Dios, para obtener la salud de aquel paralítico. Resolvieron y empezaron una novena al sepulcro del santo, en la iglesia de San Lázaro, y allí era tambien llevado Alejandro Felipe encima del dicho sepulcro, donde le hacian rezar nueve veces el *Pater noster* y *Ave María*, é invocar la intercesion del santo, con estas precisas palabras: Señor Vicente, mi buen padre, alcanzadme la salud. Fué oida la inocente rogativa del niño; porque en el tercero, ó cuarto dia la perlesía de las piernas, y manos se soltó; de manera, que pudo andar á pié parte del camino, apoyado á un cayadito, ya por estar aun algo débil, ya por no tener aun el uso de andar: mas despues al dia nono se halló tan perfectamente sanado, que se volvió á pié, y sin cayado al hospital de los expósitos, bien que una media legua léjos. Estos y otros muchos milagros ha obrado Dios por la intercesion de san Vicente, y para manifestar á toda la Iglesia su santidad, que ha sido tanto mayor, que sus milagros. Pues á tantas almas alumbró, y en tantos corazones encendió el fuego del divino amor, roguémosle, que nos alcance de Dios su imitacion, y este fuego divino, para llegar á ver, y amar á Dios en su compañía en el cielo. Amen. Beatificóle el papa Benedicto XIII, con su breve, expedido en 13 de agosto del año 1729. Escribió la vida de san Vicente Paúl largamente en francés año de 1664, el ilustrísimo señor Luis Abelli, dignísimo obispo de Rhodes, varon de singular virtud y sabiduría, como lo muestran las diversas obras que ha sacado á luz, cuya memoria es venerada de toda la Francia, y quien habia profesado estrecha amistad con el siervo de Dios: despues año de 1668, para comodidad del lector, la redujo á menor volúmen: y el doctísimo P. Domingo Acami, sacerdote de la congregacion del Oratorio de Roma, la redujo aun á menor compendio, y la sacó á luz en lengua italiana, con elegante estilo, que despues fué traducida en lengua alemana y polaca; y por el M. R. P. Fr. Juan del santísimo Sacramento, de la órden de San Agustin, fué ilustrada, y traducida en lengua española.

SANTA MACRINA, VÍRGEN. —La vida de santa Macrina, vírgen, hermana de san Basilio el Magno, escribió el elocuentísimo san Gregorio Niceno, tambien hermano suyo, que se halló á su muerte, en una epístola á Olimpio, que trae el P. Fr. Lorenzo Surio en el cuarto tomo de las vidas de los santos: y resumida brevemente, fué de esta manera. Los padres de santa Macrina fueron Basilio y Eumelia, personas nobles y ricas. Tuvieron diez hijos, y casi todos santos, y algunos de ellos columnas y lumbreras de la Iglesia, como dijimos en la vida del gran Basilio. La primera que nació, y fué primogénita de todos sus hermanos, fué Macrina; y antes que naciese, en una vision que tuvo su madre, se le puso delante un ángel en figura de una persona venerable, y de aspecto mas que humano, que poniendo nombre á la niña que estaba en el vientre de su madre, y para salir á luz, la llamó Tecla; para darnos á entender, que en la perfeccion y santidad de la vida, Macrina habia de ser muy semejante á santa Tecla, discípula y primogénita del apóstol san Pablo. Pusiéronle en el bautismo el nombre de Macrina, por memoria de una abuela suya, madre de su padre, santísima mujer, discípula del gran obispo de Cesarea Gregorio Taumaturgo, y maestra y guia del gran Basilio; y él se precia mucho de haberla tenido por tal: de la cual hace mencion el Martirologio romano á los 14 de enero; y esta se llama Macrina la Mayor, respecto de esta otra menor, nuera suya: cuya vida aquí escribimos.

2 Criáronla sus padres, como santos, santamente, procurando apartarla desde los primeros años, de todo lo que podia mancillar su purísima alma, é inclinarla á las cosas sagradas y al amor de las eternas, y especialmente al estudio del libro de la sabiduría de Salomon y de los salmos, en los cuales se ejercitó con tanto cuidado, que cuando se acostaba y levantaba; cuando iba al estudio; cuando dejaba de estudiar, en el principio y en el fin de la comida y de su oracion, y de cualquiera otra cosa, siempre rezaba algun salmo; y en las mismas obras de manos que hacia, este era su gusto y entretenimiento. En la edad de doce años resplandeció en Macrina una hermosura tan extremada y rara, que ningun pintor por excelente que fuese, podia con el pincel llegar á retratarla con la perfeccion que ella tenia. Pidiéronla muchos caballeros á su padre por mujer; y su padre, sin decir nada á su hija, escogió á un mozo, noble y de buenas costumbres, y prometió de darle á su hija: mas fué nuestro Señor servido, que aquel mozo muriese, y Macrina quedase libre: y habiendo sabido la voluntad que su padre habia tenido de casarla, y como Dios la habia librado de aquel pesado yugo, determinó de no casarse mas, sino consagrar su virginidad á aquel esposo celestial, que no puede morir. Y como por su hermosura muchos importunasen á sus padres que se la diesen por mujer, y ellos se inclinasen á casarla; nunca se lo pudieron persuadir, mostrando en esto mayor constancia y firmeza, que sus pocos años prometian. Estuvo con su madre acompañándola, sirviéndola y descargándola del cuidado de las cosas domésticas de la casa y familia, con tanta piedad, amor y diligencia, que bien parecia que nuestro Señor estaba en ella y la gobernaba. Ella era como madre de todos sus hermanos, la que los criaba, enseñaba y enderezaba á toda virtud y perfeccion: y siendo ya muerto su padre, persuadió á su madre que se entrasen en un monasterio, y se diesen de veras á Dios, y su madre lo hizo, y vivieron en él las dos en una manera de vida, que mas parecia de ángeles, que de personas humanas. No habia entre ellas ira, ni envidia, ni odio, ni sospechas, ni codicia de honra, ni de gloria vana, ni de cosa alguna de la tierra: la so-

berbia, fausto, hinchazon, y en suma todos los vicios estaban desterrados de aquel lugar: todo su regalo era la templanza: su honra, el no ser conocidas: sus tesoros, la pobreza, y el haber sacudido de sí, como polvo, las riquezas, y no poseer nada, teniendo por inútil y desaprovechado, cualquiera cuidado que se toma en procurar y alargar esta vida mortal. Todo su estudio era Dios, y una continua oracion y canto de los salmos, que nunca se interrumpia ni de dia, ni de noche. Este era su trabajo, y este era su descanso: eran mujeres, y parecian ángeles: porque aunque eran de carne, y tenian figura de mujeres, y usaban de sus sentidos; pero en la victoria de sus pasiones, en la pureza de sus almas, en el amor encendido de Dios, y en vivir en la carne sin deleite de carne, imitaban á los ángeles y eran superiores á los hombres.

3 En esta vida estuvieron madre é hija con gran gloria del Señor y aprovechamiento de sus almas, y edificacion de todos los que las trataban. Dió á santa Macrina una enfermedad en el pecho rigurosa, con grande hinchazon, dureza y dolor, y con peligro de que cundiese el mal, y la acabase, ó se hiciese incurable, si con tiempo no se abria el pecho. Rogóle muchas veces su madre, que se pusiese en manos de cirujano, y se dejase curar; pero ella era tan honesta y tan recatada, que tenia por mas grave el descubrir parte alguna de su cuerpo á hombre, que la misma enfermedad. Y una noche se entró en su oratorio, y postrada delante del acatamiento del Señor, le suplicó humildemente que la sanase. Lloró muchas lágrimas, y dijo á su madre (que todavía le importunaba, que se dejase curar), que bastaba, que ella con su mano hiciese la cruz sobre su pecho lastimado, y que con esto quedaria sana. La madre hizo la cruz, y el mal desapareció, y dejando en el pecho una señal muy pequeña y delgada, como una punzada de aguja, que le duró toda la vida; para que se viese, que Dios milagrosamente la habia sanado, y aquella señal fuese testigo y memoria de este beneficio. Muerta la santa madre, quedó la santa hija anhelando cada dia mas á la perfeccion, y viviendo en la tierra, gozaba muchas veces de los regalos y consolaciones del cielo, alentando con sus ejemplos, oraciones y palabras, como madre y maestra, á todas las otras doncellas y esposas del Señor, que vivian en su compañía; hasta que andando su hermano san Gregorio Niceno desterrado de su Iglesia, por la persecucion del emperador Valente, herejo arriano, y habiéndose hallado en el concilio de Antioquía, por instinto divino tuvo gana de ir á ver á su santa hermana, que habia ya ocho años que no la habia visto. Fué, y hallóla en la cama muy enferma, y al cabo de su vida, y entendió, que el Señor le habia guiado, para que la asistiese en su muerte, y la sepultase con sus manos, y cumpliese con el oficio tan debido al amor, que como á hermana mayor, y madre y maestra espiritual le debia. Estaba la santa tendida en el suelo sobre una tabla, cubierta con un saco, y otra tabla cubierta con almohada a la cabecera: y cuando vió á su hermano, hizo gracias al Señor, por haberle cumplido su deseo, é inspirádole y movídole á tomar el trabajo de aquel camino: y despues de haber pasado entre los dos hermanos algunas pláticas de Dios, estando la santa vírgen ya muy al cabo, hizo una larga y afectuosa oracion á nuestro Señor, alabándole por todas las mercedes que habia hecho á sus padres y hermanos, y á ella misma, descarnándola del amor de todas las cosas de la tierra; y suplicándole, que desviase sus piadosos ojos de sus culpas y pecados, y recibiese su espíritu en sus preciosas manos, y que subiese al cielo, como incienso derretido en el fuego de su caridad. Hizo la señal de la cruz sobre sus ojos, y sobre su boca y corazon: y estando en oracion, salió aquella bendita alma del cuerpo, dejándole hermoso y compuesto, como cuando estaba vivo. Todas las vírgenes que estaban en aquel monasterio, comenzaron á llorar amargamente, y á decir con lastimosas voces: la lumbre de nuestros ojos y la luz de nuestras almas se ha acabado: la que era nuestra guia, nuestro amparo, el retrato de la pureza, el nudo de nuestra concordia, la coluna de nuestra vida espiritual nos ha dejado. Todo su tesoro, y todas sus riquezas fueron un manto, una toca y unos zapatos viejos; porque en Dios solo tenia puesto su corazon y su tesoro. Traia al cuello una cruz de hierro y un anillo de la misma materia, y en él un poco de *lignum crucis*. El cuerpo quedó tan claro y resplandeciente, que parecia echaba rayos de sí.

4 Concurrió, luego que se supo la muerte, gran multitud de hombres y mujeres de toda aquella comarca á su entierro, y llevando las andas san Gregorio Niceno, su hermano, y otro obispo, y otros dos clérigos, varones insignes, y los clérigos, y otra gente, cirios encendidos en sus manos, la sepultaron en el sepulcro de sus padres con gran ternura y sentimiento. Hizo Dios muchos milagros por esta santa en vida y en muerte: sanó una doncellita, que estaba casi ciega de un ojo, besándole en él: echó muchos demonios: dió salud á muchos enfermos; y con un espíritu profético pronosticó las cosas futuras que habian de suceder; y el trigo, que mandó dar á los pobres, no se disminuyó, ni cuando se dió, ni despues de haberse dado. De santa Macrina hace mencion el Martirologio romano á los 19 de julio, y san Gregorio Niceno, su hermano (como dijimos), escribió su vida, y la alaba tanto, que en los libros *de Anima* dice que él fué su discípulo, y ella su maestra, y que ella aprendió los misterios mas secretos de la teología cristiana, los cuales no se pueden ver, ni entender, sino de los que tienen los corazones puros y limpios.

* San Arsenio, anacoreta.—Nació de una familia senatoria en Roma, se dedicó al estudio de las ciencias y principalmente al de las santas Escrituras. Abrazó el estado eclesiástico y fué ordenado diácono, viviendo en Roma retirado con una hermana suya muy virtuosa. El emperador Teodosio el Grande, habia escrito al papa que le enviase un eclesiástico ilustrado para confiarle la

educacion de sus hijos, de la cual se encargó Arsenio, despues de haber sido nombrado senador, y tutor y preceptor de los príncipes. Por algun tiempo desempeñó este destino á satisfaccion de toda la corte, suspirando continuamente para marcharse á la soledad y vivir solo en comunicacion con Dios. Un dia, que segun costumbre, estaba rogando al Señor se dignase dirigirle por sus caminos, oyó una voz del cielo que le decia: Arsenio, huye la compañía de los hombres y serás salvado. Siguió pues la vocacion del cielo, embarcóse en un buque que salia para Alejandría, y de aquí se dirigió á un desierto para hacerse anacoreta. Sucedió esto en el año de 394, teniendo el santo cuarenta años de edad, y habiendo pasado once en la corte de Constantinopla. Como le visitasen muchas personas piadosas, oyó por segunda vez la voz del cielo, que le advertia huyese de los hombres, y en consecuencia de este aviso, se retiró á otra celda mas solitaria, de la cual no salia mas que para ir alguna vez á la iglesia que estaba muy lejos. Los emperadores Teodosio y Arcadio le suplicaron muchas veces que volviese á la corte para ayudarles con sus consejos; pero Arsenio que preferia la paz del alma á todas las ventajas que podia ofrecerle el mundo, se negó siempre á salir de su retiro, el cual santificó con la práctica de las mas heróicas y brillantes virtudes, hasta el fin de su santa vida. Arsenio murió coronado de merecimientos, el año 449, á los noventa y cinco de su edad.

SANTA JUSTA Y SANTA RUFINA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.—Eran dos mujeres cristianas de la ciudad de Sevilla, que se ocupaban en una especie de comercio de compra y venta, aprovechando todas las ocasiones que en él se les ofrecian de socorrer á los pobres y de hacer sus acciones agradables á Dios. Temiendo una vez hacerse culpables de supersticion vendiendo á los paganos, ciertas cosas que estos necesitaban para sus sacrificios, se negaron á ello, y sus enemigos las delataron al juez. Diogeniano viendo que confesaban generosamente á Jesucristo, mandó que las extendiesen sobre el caballete y que les desgarrasen los costados con garfios de hierro. En el mismo lugar de su suplicio habia un ídolo y un altar con incienso á fin de que pudiesen librarse de los tormentos con la facilidad del sacrificio; pero nada fué capaz de vencer su constancia. Justa espiró sobre el caballete, y Rufina estrangulada, consumando ambas su martirio en Sevilla, en un dia del mes de julio del año 287, siendo despues consumidos sus cuerpos por las llamas.

SAN SÍNMACO, PAPA.—Fué natural de Cerdeña, y subió al trono pontificio el dia 22 de noviembre del año 498, siendo arcediano de la Iglesia de Roma. Algun tiempo despues el patricio Festo, á quien no gustaba la eleccion, hizo nombrar á Lorenzo, arcipreste de Santa Praxedes para que ocupase la cátedra de san Pedro, y para poder disponer mas fácilmente de él, que de Símmaco, zeloso partidario del concilio de Calcedonia. Este cisma duró poco tiempo, pues fué extinguido por Teodorico, rey de los godos, que aunque arriano dispuso que se respetase la eleccion que se hubiese hecho primero y con mas sufragios, en cuya consecuencia Símmaco fué confirmado y reconocido por los obispos por papa legítimo. Sin embargo, quedóle mucho que sufrir de parte de los cismáticos, que le acusaron de un gran delito, del cual tuvo que justificarse en presencia de un concilio. El emperador Anastasio publicó contra el santo un libelo acusándole de maniqueismo, á pesar de que habia desterrado de Roma á los que sostenian aquella herejía: el santo pontífice hizo su apología; habló en ella con toda la dignidad que corresponde al sacerdocio cristiano, y al mismo tiempo escribió á los obispos orientales exhortándoles á sufrir el destierro y toda clase de persecuciones antes que hacer traicion á la verdad. Su caridad sin límites rescató un gran número de prisioneros, mantuvo por mucho tiempo á los obispos de Africa desterrados por Trasamundo en Cerdeña, fundó y dotó varios establecimientos de beneficencia y algunas Iglesias; y por fin, despues de un pontificado de quince años y ocho meses, murió santamente en Roma el 19 de julio del año 514. A él se debe la institucion de cantarse en la misa el *Gloria in excelsis Deo*.

SAN EPAFRAS, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué discípulo del apóstol san Pablo y ordenado por él obispo de los colosenses. Distinguióse en eminentes virtudes y en la solicitud pastoral por su rebaño. San Pablo hace mencion de él en sus cartas, llamándole su compañero en los trabajos. A principios del siglo II, fué víctima de su zelo por la fé y recibió la palma del martirio en la ciudad de Colosos, y su cuerpo fué despues trasladado á Roma y colocado en la iglesia de Santa María la Mayor.

SAN MARTIN, OBISPO Y MÁRTIR.—Gobernó con sabiduría y santidad la Iglesia de Tréveris y aumentó considerablemente el rebaño de Jesucristo. Su principal cuidado era tener siempre á sus ovejas dispuestas y preparadas para el tiempo de persecucion, y en efecto, habiéndose publicado en su diócesis los edictos del emperador Severo para que todos los cristianos, bajo pena de la vida prestasen adoracion á los dioses, el ilustre pastor, para dar ejemplo y fortaleza, se presentó el primero á los jueces, que despues de haberle condenado á varios suplicios, hiciéronle cortar la cabeza, muriendo así gloriosamente, el año 210.

SAN FÉLIX, OBISPO.—Lo fué de Verona, y se distinguió por su ardiente zelo en propagar el Evangelio, y por su inocencia de costumbres, siendo la admiracion de sus ovejas por sus ilustres virtudes. Despues de haber ganado infinitas almas para Cristo, murió este santo en paz entre sus ovejas, y se ignora la época de su dichoso tránsito.

SANTA AUREA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Fué de nobilísima familia y natural de Córdoba. Su padre era moro, de los principales de su secta, y Artemia, su madre, era cristiana, y una de las mas celebradas mujeres que florecieron en aquella edad. Tuvo dos hermanos Adolfo y Juan, insignes mártires, que en esta misma persecucion de los mo-



ros dieron la vida por Cristo. Estos tres hermanos por su padre eran descendientes de la provincia

Dia 20.

MÁRTIR. — La garita, que los man Marina, ía de Pisidia, os dioses lla- padres: y ha- niña, fué dada e millas de la la fé cristiana nas iba cre- virtud, reco- splandeciendo manera. En- los tormentos s santos már- la constancia riendo antes su Señor, y padecer por padre, como dioses, abor- erla tan asida ntraria á sus nta vírgen un Olibrio, pre- npañamiento, la belleza, se a por mujer: a cristiana, y ni espantarle con maña ni io, y la ter- con tormen- ar crueldsi- su delicado de sangre: y ura lástima santa don- amor de su o sentia sus las padecia. con uñas de entarla tan sidente cu- llevaron de a santa con que le diese de repente de un dra- ció, y con ella, como gran segu- la cruz, le seguro cala- divina, y se va de Dios, enemigos: al spantado. No da de pade- mentos y co- consoló mucho

ros dieron la vida por Cristo. Estos tres hermanos por su padre eran descendientes de la provincia de Sevilla. Habíase retirado Artemia, despues que murió su marido, al antiguo monasterio de Guteclara, del cual por ejemplo de su virtud mereció ser elegida abadesa. Tenia consigo á su hija Aurea, doncella virtuosísima, la cual resplandecia en piedad, principalmente despues del martirio de sus hermanos. Mas de veinte años vivió la santa vírgen en aquel monasterio en compañía de su ilustre madre: cada dia se arraigaba mas en la fé que desde niña habia recibido, y de ella daba excelentes y públicas muestras en sus obras, no solo á los ojos de los cristianos, sino tambien de los moros, á quienes nunca temió ser acusada, no obstante que, segun sus leyes estaba sujeto á pena capital el hijo de moro que no le siguiese en la secta. Como era tan conocida la nobleza de su linaje, y tenia deudos tan poderosos y entre ellos el juez de estas causas, ninguno osó denunciarla jamás. Pero como Dios tenia preparada á esta sierva suya para mas alta corona, permitió que ciertos parientes de su padre, sabedores de la religion que profesaba Aurea, habiendo venido de Sevilla á Córdoba con pretexto de visitarla fueron al monasterio, y hallándola inflexible en su religion, lo creyeron afrenta á su linaje y determinaron llevar el negocio ante el juez. Este se valió de cuantos medios y ardides puede inventar la suavidad y la dulzura, acompañada del deseo de evitar daño á una persona, y Aurea cedió á tanto engaño prometiendo que haria lo que se le mandaba. Pero apenas volvió á su casa, el dolor, el arrepentimiento y las lágrimas dieron desde luego á entender cuan equivocadamente habia dado aquel paso. Puesta de continuo á los piés de Jesus crucificado, le pedia con sollozos y amargura perdon de su pecado, suplicándole que para borrarle le concediese la gracia de derramar su sangre. No cesaba de presentarse en público y de ostentar en todas partes que era cristiana fervorosa. Sabido por el juez, la llamó á su presencia y la dijo que si no se sujetaba á lo que habia prometido, la castigaria severamente; pero gozosa la santa de verse otra vez en ocasion de dar su vida por su esposo, contestó con valor y fortaleza, que aquello habia sido un error de su voluntad y que nunca se separaria ni un momento de la fé y de la religion que profesaba. Enfurecióse mucho el juez con las palabras de Aurea; mandóla luego encarcelar, mientras daba cuenta al rey Mohomad, no atreviéndose á sentenciar persona tan calificada sin su consentimiento. Al dia siguiente, con su acuerdo, la mandó degollar y colgar de los piés en un palo donde poco antes habian ajusticiado á un homicida. Algunos dias despues echaron el santo cuerpo en el Guadalquivir con algunos otros de ladrones castigados con pena de muerte, y nunca mas pareció. Fué el tránsito de esta dichosa vírgen, el dia 19 de julio del año 856.

Dia 20.

SANTA MARGARITA, VÍRGEN Y MÁRTIR. — La gloriosa vírgen y mártir santa Margarita, que los griegos y algunos autores latinos llaman Marina, fué natural de la ciudad de Antioquía de Pisidia, é hija de un famoso sacerdote de los dioses llamado Edisio. Fué hija única de sus padres: y habiéndosele muerto la madre, siendo niña, fué dada á criar á una buena mujer, quince millas de la ciudad. Allí se crió con la leche de la fé cristiana y de santas costumbres, y cuanto mas iba creciendo en edad, tanto mas crecia en virtud, recogimiento, honestidad y hermosura, resplandeciendo su purísima alma en el cuerpo sobre manera. Enternecíase mucho cuando oia decir los tormentos exquisitos y desmedidos, con que los santos mártires eran despedazadas y muertos, y la constancia y fortaleza con que los padecian, queriendo antes perder mil veces la vida que la fé de su Señor, y veniale gran deseo de imitarlos y de padecer por Cristo, lo que ellos padecian. Mas su padre, como fuese idólatra y sacerdote de los falsos dioses, aborrecia á su hija, y maltratábala por verla tan asida y abrazada con Jesucristo, y tan contraria á sus intentos. Aconteció que estando la santa vírgen un dia en el campo, y pasando por allí Olibrio, presidente de Oriente, con mucho acompañamiento, la vió, y maravillado de su extremada belleza, se enamoró de ella y determinó tomarla por mujer: pero como despues entendiese que era cristiana, y no pudiese ablandarla con regalos, ni espantarla con fieros, ni atraerla á su voluntad con maña ni fuerza; trocando todo el amor en odio, y la ternura en furor, quiso vengarse de ella con tormentos. Mandóle tender en el suelo y azotar crudelísimamente, y con tanta fuerza, que de su delicado y despedazado cuerpo salian arroyos de sangre: y el pueblo que estaba presente, de pura lástima derramaba muchas lágrimas. Mas la santa doncella estaba tan fija y absorta en el amor de su dulcísimo esposo, que parecia que no sentia sus penas, mas que si no fuera ella quien las padecia. Mandóle el fiero presidente desgarrar con uñas de hierro, y con clavos enclavada, atormentarla tan despiadadamente, que el mismo presidente cubria sus ojos por no verla. De allí la llevaron de nuevo á la cárcel: la cual, orando la santa con gran devocion, y suplicando al Señor que le diese fortaleza y perseverancia hasta el fin, de repente tembló; y el demonio, tomando forma de un dragon terrible y espantoso, se le apareció, y con silbos y un olor intolerable se llegó á ella, como que la queria tragar; mas la santa con gran seguridad y firmeza, haciendo la señal de la cruz, le hizo allí reventar: y luego en aquel oscuro calabozo resplandeció una luz clarísima y divina, y se oyó una voz que dijo: Margarita, sierva de Dios, alégrate, porque has vencido á tus enemigos: al tirano dejas corrido, y al demonio espantado. No pierdas tu constancia en lo que te queda de padecer, que presto tendrán fin tus tormentos y comenzará tu gloria. Con esta voz se consoló mucho

la santa doncella, y con verse luego sana de sus heridas, dió por ello gracias á Dios. Al dia siguiente la mandó el juez parecer delante de sí, y viéndola tan sana y tan entera como si no hubiera padecido cosa alguna, admirándose de ello la mandó desnudar, y con hachas encendidas abrasar los pechos y costados. Hacia la santa oracion á Dios en tanto que duraba este tormento; y con el refresco y favor del cielo, le sufrió con gran paciencia y alegría. Despues mandó traer una gran tina de agua, y echarla en ella atada para que se ahogase: mas echándola en el agua, se sintió un gran terremoto, y bajó una claridad grandísima, y en medio de ella una paloma que se sentó sobre la cabeza de la santa, y luego se desataron las ataduras en que estaba atada, y santa Margarita sin lesion alguna salió del agua, y la paloma y claridad se desapareció. Por este milagro se convirtieron muchos de los que allí estaban, en los cuales el presidente ejercitó su crueldad y los mandó matar: y lo mismo quiso que se ejecutase contra santa Margarita, dando sentencia que fuese degollada. Al tiempo que el verdugo estaba con la espada en la mano para ejecutar esta cruel sentencia, la santa vírgen con afectuoso corazon, y piadosas y abundantes lágrimas, levantó los ojos al cielo y suplicó al Señor, que pues le habia dado esfuerzo para vencer tantos tormentos, y morir por la confesion de la fé (por lo cual ella le hacia infinitas gracias), usase de misericordia con todos los que puestos en algun trabajo le pidiesen favor y por su intercesion invocasen su santo nombre. A esta oracion tembló de nuevo la tierra, y muchos de los que estaban presentes, despavoridos cayeron en el suelo, y el mismo verdugo se desmayó y cayó: y el Señor rodeado de ángeles le apareció, y le dijo que habia oido su oracion y que le otorgaba todo lo que habia pedido; y con esto animando ella misma al verdugo que estaba desatinado y temblando, fué degollada, y recibió de mano de su amorosísimo y celestial esposo, la corona doblada de su virginidad y martirio. Celébrale la Iglesia á los 20 de julio, y fué cerca de los años del Señor de 300, imperando Diocleciano. Escribió su vida Metafraste, y de ella hacen mencion el Martirologio romano, y Beda, y los griegos en su Menologio.

SAN ELÍAS, PROFETA Y FUNDADOR.—Corriendo los años de la creacion del mundo 3073, y antes del nacimiento de Cristo 980, nació Elías para ser sol de Israel, y lucero hermoso de toda la Iglesia en Thesbis (de quien tomó el renombre de Thesbita), ciudad ó aldea situada á la otra parte del Jordan, en la region de Galaad, que confina con la Arabia, y pertenecia al tribu de Gad ó Manasés. No dice la Escritura sagrada expresamente su patria; porque no habia de recibir de ella el honor, sino ella deElías, á quien mereció por hijo. Tampoco escribe su nacimiento ni los nombres de sus padres; con que dejó á los de la Iglesia el descubrir, que el haber el Espíritu santo callado sus nombres, fué por representar en él (como en otro Melquisedech) la eternidad del sacerdocio de Cristo, que ni tiene principio ni fin: con que fué mas misterioso el callar sus padres, que el decirlo: porque si la antigüedad tenia por nobilísimos á los que ignoraban sus padres, y los veneraban por hombres bajados del cielo, como á Mario y Catou, segun refiere Eliano; con mas razon podemos afirmar del grande Elías, que el silencio de su patria y de sus padres, fué persuadirnos á que Elías fué todo celestial, y que su origen no habia de buscarse en la tierra. Mas siendo cierto que nació en la tierra y tuvo padres, ya que la santa Escritura los calló, procuraron los antiguos escritores averiguarlos. San Epifanio, á quien siguen otros muchos, dice que el padre se llamó Sabaca, noble ciudadano de Thesbis y muy virtuoso; el cual, estando su mujer en vigilia del parto, vió por divina revelacion, que paria un niño hermosísimo, á quien unos celestiales varones vestidos de blanco saludaban; envolvian al niño en vivas llamas de fuego, y con ellas en vez de leche, le paladeaban los labios. Admirado de tan extraño prodigio, fué á Jerusalen y consultólo con los sacerdotes; y uno, á quien se comunicaba el Señor, le respondió: No temas, Sabaca; porque ese niño es uno de los mayores dones que Dios ha concedido á su pueblo: vivirá siempre en luz; porque en sus dichos y hechos jamás habrá tinieblas: será su boca fuente de claridad, y castigará los delitos de Israel con el fuego de su espada. Esos ángeles, que en forma de varones vestidos de blanco le veneran, significan los muchos hijos que en ese mismo hábito han de ser sucesores de su castidad y pureza. Ten, pues, en silencio maravillas tantas, hasta que el Señor se digne de publicarlas.

2 Nació el niño, y á los ocho dias le circuncidaron, y por divina inspiracion, ó mandato de un ángel, le llamaron Elías, que quiere decir el «Señor Dios, ó Dios del Señor,» y en griego «sol» dando á entender tambien el nombre, que era mas celestial y divino, que humano, Elías. Algunos autores afirman, que fué santificado en el vientre de su madre, y confirmado en gracia, como el Bautista; pues vino en su espíritu y virtud, y siendo sus nacimientos anunciados, y nacidos ambos para ser vírgenes, doctores, mártires, príncipes del estado monástico, y precursores de Cristo, en una y otra venida; es muy verosímil, gozasen los dos unos mismos privilegios: y mas cuando del segundo Elías, Juan, no se dicen sus puericias, sino su nacimiento admirable, y predicacion en el desierto; y vemos guarda la Escritura el mismo estilo con nuestro primero Elías. Pero ¿qué mucho, si le disponia el Señor para intérprete de su voluntad, instrumento de milagros, juez y reformador de Israel, maestro de la soledad, y otros gloriosos asuntos? Instruido de sus padres en la observancia de su santa ley, á pocos años se retiró al desierto de Masfa, en el monte Galaad, donde se labró una casa de oracion, que despues fué colegio de profetas. Su cuerpo traia rodeado de espinas y rigores, siendo su vestido unas pobres pieles, su lecho la tierra dura, su pan las lágrimas, su regalo el ayuno, y su sueño, el que podia tomar, quien casi siempre (como él dijo) estaba en la divina presencia. Añadió á estos rigores el voto

de castidad (en la forma, que ya tiene declarado el santo tribunal de la Inquisicion) con la profesion de nazareo perpetuo (de que le alaban los padres), abstinencia de vino, y otras observancias de su ley, con tales realces, que todos los profetas nazareos, siervos de Dios, que en aquella soledad se ocupaban con él en el canto de las alabanzas divinas, le estimaban como á superior y prelado.

3 Así se disponia Elías para ministro de Dios, y zelador de su honra y culto. Crecian los pecados del pueblo, tanto, que ya no habia quien no idolatrase, y mas cuando llegó á reinar Acab, de quien dice la Escritura excedió en maldades á todos los reyes de Israel. Este, casado con Jezabel, hija del rey de Tiro, que era gentil, admitió por dioses á sus ídolos, y labró en su misma corte templo á Hércules, á quien con nombre de Baal, adoraban Tiro, y Sidon, cabezas de la Fenicia. A ejemplo de tan mal rey, y por lisonjearle, todos en Israel idolatraban; que el ejemplar del príncipe y superior todo lo arrastra: desdichado del que es malo. Para la cura de enfermedad tan mortal, previno Dios el remedio en Elías, así como en su Iglesia contra Arrio á san Atanasio, contra Pelagio á san Agustin, contra Nestorio á san Cirilo, alejandrino carmelita. Para esta lid, habiéndole criado con leche del cielo, purificádole con su fuego, encendídole en su honra, y endurecídole con las penitencias; le dió el Señor poder en cielos, y tierra y todas las armas que pedia su valor y necesitaba la arrogancia de sus enemigos Acab y Jezabel.

4 Tenia cincuenta años de edad, Elías, cuando le dijo el Señor, que saliese á la campaña contra el rey Acab, y todo su reino. Obedeció Elías, y conociendo, que para reducir aquel pueblo, el mejor medio era, que el cielo negase sus lluvias á la tierra, porque lo mas sensible para el corazon humano, no es, que le falten los bienes del alma, sino los de su apetito: por esto le pidió á Dios, le diese las llaves del cielo: otorgóselas su Majestad; y arrojando llamas por la boca, se fué al rey, y le dijo: Pues no hay enmienda en tí, rey descreido, ni temor en tí, ó pueblo pérfido, que desprecias al Señor, por verlo blando, usando mal de su gran misericordia: vive el Señor Dios de Israel, ante cuyo acatamiento estoy, que no habeis de ver rocío, ni lluvia del cielo sobre vuestros campos, sino cuando, y como yo quisiere. Quedó atónito el rey, pasmados los circunstantes y toda la corte temblando. Con esto Elías, instruido del Señor, se salió de la ciudad, volviendo al cielo las llaves. Confirmó Dios el órden de Elías, y le mandó, se retirase á la otra parte del Jordan, á un collado peñascoso cerca de un arroyo, llamado Corith. Escondióse en sus quiebras, y el Señor le hacia el plato, enviándole dos veces al dia pan y carne con dos ángeles en forma de cuervos; ó si no eran ángeles, ellos á lo menos tomaban la comida de la mesa de Acab, y se la ponian á los cuervos en los picos, mandándoles, la llevasen á Elías; para que se viese, que á quien busca el reino de Dios, lo temporal no le falta.

5 Como la piedad de Dios es tan grande, quiso su Majestad, que Elías la tuviese del pueblo necesitado; y así le secó el arroyo, y dejó de enviarle los cuervos, y porque experimentase, qué cosa era necesidad, le mandó ir á Sarephta, ciudad cerca de Sidon, donde una mujer viuda le sustentaria. Obedeció Elías: y llegando á las puertas de la ciudad, vió una mujer recogiendo unas serojas para hacer fuego: llamóla, y con humildad de pobre, y necesitado, que lo iba ya, le dijo le diese un vaso de agua; y partió la mujer para su casa á traerle el agua; y Elías añadió: Tráeme tambien un poco de pan. Vive el Señor Dios tuyo (dijo la mujer) que no tengo bocado de pan en mi casa, sino solo un puñado bien pequeño de harina en la cántara, y un poco de aceite en la aceitera. Y ando recogiendo dos serojas, para hacer algo, que yo y mi hijo comamos, y luego muramos; porque no da lugar á mas la cruel hambre, que consume esta tierra. Elías, que no venia á quitarle la vida, sino á asegurársela con su bendicion, dijo, animándola: No temas; porque esto dice el Señor Dios de Israel: la cántara de la harina no faltará, ni la alcuza del aceite disminuirá hasta el dia, en que el Señor ha de dar agua á la tierra. Así sucedió: y la novedad del milagro hasta entonces jamás visto en el mundo (como ni tampoco el de los cuervos), le hizo mayor, y la continuacion tan notado, que no solo corrió por las vecinas, sino por toda la ciudad. A pocos dias se le murió á la viuda un hijo único que tenia: y como se quejase al santo, él movido á piedad, le resucitó. Milagro tan nunca visto hasta entonces, que ser Elías el primero en esta maravilla, lo engrandece tanto, que el Espíritu santo se hizo su panegirista, diciéndole: ¿Quién se podrá gloriar como tú, que sacaste un muerto de la sepultura? Agradecido el niño al santo profeta que le volvió á la vida, se hizo su discípulo, y despues fué tambien profeta, uno de los doce menores, llamado Jonás.

6 En el tiempo que Elías estuvo en Sarephta, frecuentó el monte Carmelo (teatro de sus prodigios y maravillas) por tenerle cerca. Pasados los tres años y medio de la seca, le mandó Dios se viese con Acab; porque deseaba ya su Majestad dar agua á la tierra, y queria se la pidiese el mismo Elías. Bajó al llano, y halló á Abdías, mayordomo de la casa real, á quien dijo, que fuese y dijese al rey, lo esperaba allí. Vino Acab, y y despues de otros lances, se convino entre los dos, á peticion de Elías, que se tuviese en el monte Carmelo aquel auto tan solemne de la fé, en que juntó lo mas principal del reino, y ochocientos cincuenta profetas falsos de Baal, estando solo Elías de parte de Dios y la verdadera religion, vencidos todos con el prodigio de hacer bajar fuego del cielo: despues á todos quitó la vida con el zelo de su ardiente espada, como mas largamente se refiere en el libro III de los Reyes. Castigados con la muerte los ochocientos cincuenta falsos profetas, viendo Elías á Acab penitente, al pueblo convertido, y mas obediente á Dios, levantó la mano de su castigo: ofreció al rey el agua tan deseada:

subióse á la cumbre de su Carmelo; y sucedió, todo lo que ya queda referido en la fiesta de nuestra Señora del Cármen, de la nubecilla, siendo Jonás, el hijo de la viuda, que él habia resucitado, el discípulo que entonces le asistia, y envió á descubrir la nubecita, que dió con sus abundantes lluvias consuelo, alegría, vida, salud, y sustento á todo Israel.

7 Era Jezabel, á cuya cuenta vivian los falsos profetas; y así luego que supo su muerte, y el triunfo de Elías, juró le habia de quitar la vida: y así Elías huyó; que el furor del poderoso, y mas de una mujer, no se puede vencer con mejores armas, que con la fuga. Rindió á Elías el cansancio del camino, y sentado al pié de un enebro, pidió á Dios la muerte, de que huia. Bástame, Señor (le dijo), lo que he vivido. Lleva para tí esta alma, que por tí ansia. No soy mejor que mis padres; y por eso no de he igualarlos en dias. Quedóse dormido con la tristeza: envióle Dios un ángel, para que lo visitase, y trajese de comer y beber, que lo necesitaba mucho. Despertóle el ángel, y díjole: Levántate, y come. Despertó: vió á su cabecera el pan (figura del eucarístico y divino, que dichosamente hoy poseo la Iglesia) y vaso de agua, y comenzó á comer del pan; mas estaba tan rendido, que se volvió á dormir. Volvió el ángel segunda vez, y despertándole con mas fuerza, le dijo: Levántate, y come; porque te queda largo camino que andar. Levantóse el santo: comió, y bebió: y aunque era tan pobre y parca la comida; como venia de la dispensa de Dios, y por mano de un ángel, tuvo tal virtud, y le dió tales fuerzas, que caminó con ella cuarenta dias con sus noches, hasta llegar al monte Horeb, adonde el Señor le encaminaba. Entróse en una cueva, y el Señor se le apareció, y dijo: ¿Qué haces aquí, Elías? ¿Qué temes; si yo te asisto? Respondió Elías: Con zelo he zelado por el Señor Dios de los ejércitos. Regalóle Dios con un viento suave, y aura divina, por venir su Majestad en ella, como afirma el sacro texto: mandóle ir á Samaria, y que ungiese á Jehú por rey de Israel, y en Damasco á Hazael por rey de Siria, que eran los dos cuchillos, que su Majestad prevenia para castigar en Acab, y Jezabel, sus grandes idolatrías y pecados: y al fin, que ungiese á Eliseo, hijo de Safad, natural de Abelmeula, en profeta, y sucesor suyo. Todo lo cumplió Elías, pospuesto todo temor; que á quien Dios asegura, nada tiene que temer. Ungidos los dos reyes, pasó á ungir á Eliseo: hallólo arando las tierras de su padre, en compañía de otros: conociólo con su espíritu profético; y ungiéndolo con el óleo santo, con que en aquel tiempo se ungian los reyes, sacerdotes, y profetas, le echó sobre los hombros su melota, ó capa, que fué darle el hábito de la religion, que á vista de la nubecita, símbolo de María santísima, sin pecado concebida, teniéndola por ejemplar capitana y maestra de los tres esenciales votos, obediencia, pobreza y castidad, instituyó en el Carmelo; ofreciendo juntarle familia, que desde entonces atendiese á su veneracion, y cuando naciese, estuviesen á su obediencia, con título de hijos y siervos suyos, como ya dijimos en la fiesta de nuestra Señora del Cármen; y así quedó Eliseo admitido á su religion, profesion, é instituto.

8 Viéndose ya con este discípulo tan aventajado, con Jonás, Miqueas y otros, que atrajo el buen olor de su vida, se partió para el Carmelo (en cuyas faldas nació María santísima, como tomando posesion de su monte glorioso al nacer), donde plantó la primera colonia y convento de su órden, á honor y servicio de la sacratísima Vírgen María, sin pecado concebida, á quien habia tenido por causa ejemplar y final y meritoria, y de cuyo influjo esperaba su conservacion y aumento, corriendo el año de la creacion 3127, y antes de la encarnacion del divino Verbo 926, llamando á sus hijos y sucesores «los hijos de los profetas.» Labró un oratorio para que se juntasen á orar y cantar á Dios alabanzas divinas, y á explicar al pueblo la ley del Señor. A esta observancia instituida en los colegios de los profetas desde los tiempos de Samuel, añadió Elías á mas de la soledad, penitencia, silencio y oracion, la observancia de los tres votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza, que constituyen el estado religioso, cosa hasta entonces no usada de los hombres: bien que Elías, aunque dió el ser y sustancia del estado, no fué con la perfeccion, solemnidad y potestad de claves, ni otras prerogativas que goza en la ley de gracia: porque de éste en toda su perfeccion fué el principal instituidor Cristo, nuestro Bien, y del que instituyó Elías en la antigua ley, causa tambien ejemplar, final y meritoria: con que Elías respecto de Cristo es ministro é instrumento; pero en órden á los demás en el tiempo es el primer patriarca, y en méritos y santidad no es inferior á ninguno de las demás religiones. En la instruccion de sus nuevos hijos, y casas que se fundaban, gastó el santo profeta nueve años. Mandóle Dios despues, que saliese del Carmelo á sentenciar á Acab y Jezabel, por la inocente muerte de Naabod, á quien por quitar una viña, quitaron tambien la vida. Bajó del Carmelo: encontró á Acab, y díjole: Mataste á Naabod, y tomaste posesion de su viña. Pues bágote saber, que en este lugar donde los perros lamieron la sangre de Naabod, lamerán la tuya, y tambien comerán las carnes de Jezabel en el campo de Jezrael. Dichas estas amenazas, Elías se volvió á su Carmelo: las cuales cumplidas (la de Acab antes, y la de Jezabel despues de su rapto), reinó Ocozías por su padre Acab, y á pocos dias cayó de un corredor, de que quedó con gran riesgo de la vida. Envió á consultar á Beelzebub, ídolo de Accaron, acerca de su enfermedad; y el Señor avisó á Elías, y mandó saliese al encuentro á los criados del rey. Obedeció: bajó del monte; y viéndoles, les dijo: ¿Por ventura no hay Dios en Israel á quien consultar? ¿Para qué vais á Accaron? Con la vida pagará el rey su pecado: no se levantará de la cama. Lleváronle al rey las nuevas, y díjoles á sus criados: ¿Qué persona era quien así os habló? ¿qué señas tenia? Un hombre es velloso, vestido de unas pieles (dijeron), y ceñido con una correa de las mismas. (Hábito es

este penitente y religioso; aunque mas quieran quitársele á Elías.) Elías thesbita es (respondió el rey), porque le conocia muy bien. Comunicó el caso con su madre Jezabel: y como ella le aborrecia, dieron órden de que le fuese á prender un capitan con cincuenta soldados. Fué el capitan; y estando en el Carmelo, cerca de donde Elías estaba, le dijo con irrision y arrogancia: Hombre de Dios, el rey manda que desciendas. Conociendo el santo que la ironía con que hablaba, é intento que traia, no cargaba tanto sobre su persona, cuanto sobre la autoridad de Dios, en cuyo nombre habia hablado; no con zelo de venganza, sino del honor divino, le respondió: Si soy hombre de Dios, baje fuego del cielo y trague á ti y á tus cincuenta soldados. Al instante bajó el fuego y los convirtió á todos en cenizas. Viendo el rey que tardaba, envió segundo capitan con otros tantos soldados, á quienes, por la misma causa, sucedió lo que al primero, bajando fuego del cielo y consumiéndolos, defendiendo Dios su honor, agraviado en su profeta.

9 Envió el rey tercero capitan, que fué Abdías, mayordomo de su padre Acab: llegó como católico de su tiempo, con grande humildad y cortesía, suplicando á Elías tuviese de él piedad, pues obedecia á su rey. Entonces el ángel que asistia á Elías le dijo: Desciende, y vé con él, no temas. Descendió Elías del monte, y puesto en la presencia del rey, le dijo sin mas preámbulos: Esto dice el Señor: Porque enviaste mensajeros á consultar á Beelzebub, dios de Accaron, como si no hubiera Dios de Israel á quien pudieses preguntar; del lecho sobre que subiste no descenderás, sino morirás. Con esto se salió de palacio el santo profeta, dejando á todos asustados; mas rabiosa á Jezabel, y al rey en manos de la muerte, que en breve experimentó. Viendo que las palabras de Elías eran eficaces para cerrar el cielo, abrasar capitanes y quitar vidas á reyes, cuando al honor de Dios importaba, siendo cuanto obró por mandado expreso de su divina Majestad, como el mismo profeta santo confesó; no ha faltado quien ya en libros, ya en púlpitos (por lograr un concepto), diga, que fué cruel este zelo, imperfecto é injusto el santo profeta, y contrario al espíritu de Cristo. ¡Bravo arrojo! sin advertir, como dice Teodoreto: «Que los que al profeta acusan de cruel, contra el Dios del profeta mueven la lengua; porque él envió aquel fuego». ¿Imperfecto debia de ser Dios en sentir de los tales? ¿Muy ajeno del espíritu de Cristo, y muy cruel san Pedro, cuando con una palabra quitó la vida á Ananías y á Safira, y san Pablo á Elimas los ojos? ¿Imperfecto el sagrado Precursor que vino en la virtud y espíritu de Elías? Pero dejemos á los tales.

10 Habian ya crecido en número y perfeccion, y admitido el santo padre los colegios de Bethel, Jericó, Samaria, Galgala, Masfa y otros, en los cuales florecia su santidad y magisterio. Prueba el águila la legitimidad de sus hijos poniéndolos á vista del sol para que examinen sus rayos: así lo hacian los hijos del Carmelo, teniendo á Elías, su sol, tan á la vista, de quien con sagrada emulacion copiaban los resplandores, y mejorábanse cada dia mas en su contemplacion. Estando ya bien instruidos en su nueva profesion, y viendo que en Eliseo y otros hijos aventajados, dejaba quien la llevase adelante, quiso Dios trasladar á su ministro y profeta, y como depositarlo en el paraíso, y reservarlo con la vida en él para los tiempos mas atribulados de su Iglesia, encargándole esta última victoria, á quien tantas habia alcanzado de Satanás y sus ministros. Quiso Dios que un hombre tan divino no conversase mas con los humanos, sino con los celestes espíritus: y como á los grandes y valerosos capitanes honraban los reyes con carro triunfal, quiso que Elías, que tantas batallas venció, y tanta sangre derramó de sus contrarios, subiese al paraíso triunfante, en un carro y caballos de fuego. Esta fué la intencion: veamos el hecho. Sabiendo ya Elías como Dios queria llevárselo al paraíso, partióse su amado discípulo Eliseo al convento de Galgala, y de allí á Bethel, donde acompañado de cincuenta monjes, llegó Elías al Jordan con Eliseo: quitóse la melota ó capa; y doblándola hirió con ella las aguas, que obedientes á su presencia y santidad, se dividieron, con que no solo dejaron el paso franco, sino seca y enjuta la madre, mostrando en una accion dos milagros. Pasado el Jordan, encargó á Eliseo, como sucesor suyo, el cuidado y observancia de su religion, y le ofreció, que desde el lugar donde el Señor le colocase, pediria por su duracion y aumento. Por fin, le dijo le pidiese cuanto quisiese: que se lo concederia con gusto. Eliseo solo le pidió su espíritu doblado; y aunque se le hizo dificultosa la peticion, se la concedió. En esto vino el carro de fuego en que Elías subió á los cielos triunfante, y Eliseo lleno de dolor, le miraba y decia: Padre mio, padre mio, carro de Israel y carretero suyo. Así lamentaba Eliseo la ausencia de su santo padre, cuando perdiéndole de vista, vió que le arrojaba su capa ó melota, y en ella su espíritu doblado, con cuya prenda se volvió al Jordan: y habiéndole dado tambien paso milagrosamente, dividiéndose otra vez sus aguas al contacto de la capa, los cincuenta hijos de los profetas, ó monjes, que á la otra orilla le esperaban, viéndole venir con la capa y espíritu de su maestro Elías, le adoraron por su sucesor y admitieron por prelado.

11 Trasladado Elías, no nos dice la Escritura el lugar donde paró, ni la vida que en él hace; y así es forzoso seguir lo que nos han dicho los santos: los cuales afirman que Elías está vivo: el lugar donde habita no es el cielo, lugar de los bienaventurados (porque hasta la muerte y ascension de Cristo, á nadie se abrieron sus puertas), sino el paraíso terrenal, donde lo reserva Dios, para que en compañía de Enoch, venga á predicar penitencia en tiempo del Anticristo. En el paraíso, pues (que no pereció con las aguas del diluvio), les previno el Señor su habitacion, donde, aunque no ven á Dios cara á cara, pasan una vida felicísima, gozando de muchas consolaciones divinas, de visitas frecuentes de los ángeles, sustentados del árbol de la vida, mereciendo infinito, y

libres del estado de pecar y desmerecer. Viven por fé: porque no ha llegado la clara vision, y así merecen con sus obras y sus actos. De aquí se sigue, que en el estado feliz que Elías goza, puede ser venerado é invocado de los fieles: lo cual consta de la práctica de la Iglesia, así en tiempo de la antigua ley, como en el mas dichoso de la nueva ley de gracia. De la antigua consta: pues luego que fué arrebatado en el carro triunfal, Eliseo, queriendo pasar el Jordan lo invocó. Viendo al Carmelo levantaron una iglesia ú oratorio á su memoria. Los hebreos cuando circuncidaban á sus hijos, ponian dos sillas, una para el sacerdote y otra para san Elías; persuadidos á que el santo profeta asistia á la gracia de aquel sacramento, y como medianero é intercesor á todas las que Dios les concedia. En las preces y letanías de los santos de su ley le invocaban. En la ley de gracia fué aun mas expreso su culto é invocacion. La Iglesia griega ferió su dia: le edificó muchos templos: en su fiesta hicieron muchos sermones y homilías sus doctores sapientísimos. Rezaban de él con oficio eclesiástico; y hoy se continúa en muchas partes, segun se lee en sus misales antiguos y modernos. La Iglesia latina no ha sido menos fervorosa en su veneracion. En Italia, Nápoles, Sicilia, Hungría y nuestra España, le han dedicado muchos templos y celebran su memoria en muchos Martirologios, y este dia en el romano. A los padres carmelitas, que siempre le han venerado por su primer fundador y patriarca, concedieron los sumos pontífices Gregorio XIII y Sixto V, con otros muchos de sus sucesores, rezo de primera clase con octava, como á su padre, fundador y patron, el cual usa toda la religion con la solemnidad que es notoria: privilegio tan singular como es venerar en iglesias y rezar de un hombre vivo como si ya estuviera en el cielo, y gozar antes de entrar en él: esta prerogativa que solamente da y concede la Iglesia á los bienaventurados, es tan grade y nunca vista, que á algunos zelosos ha causado gran novedad, y han procurado y pretendido que no se reze del santo, así por estar vivo, como por no hallarse en la Iglesia privilegio semejante; pero ha salido Dios á la defensa de su zelador santo. El caso milagroso refiere el muy docto P. M. José Andrés, de la ilustrísima Compañía de Jesus, y sucedió en esta forma. Un personaje grave de Roma entró peticion á la sacra congregacion de Ritus, que debia prohibir el rezo del profeta san Elías, por los graves inconvenientes que tenia, de que al dia siguiente daria bastantes pruebas. Admitió su peticion la sacra congregacion, y mandó que el informante diese sus fundamentos. Púsose aquella noche á trasladarlos muy alegre y agradecido á su estudio. Pero (¡ó sumo poder de Dios!) encontrando acaso con estas palabras del capítulo 48 del Eclesiástico: *Surrexit Elias propheta, quasi ignis, etc.*, al mismo tiempo le cogió al cuerpo y ánimo un temblor y horror tan grande, que ni pudo mover la mano, gobernar la pluma, ni desembarazar el ingenio, entregado todo á lamentar sus dolores. Así duró algunas horas, hasta que su afliccion, informando su conciencia, le dió á entender que aquel arresto, no era zelo discreto, sino emulacion y aficion poco pia al santísimo profeta: con que reconoció el castigo de su temeridad, y ofreció arrepentido la enmienda. Luego que llegó la mañana, y el Señor en premio de su dolor le mitigó sus dolores, se fué á la sacra congregacion: refirió todo el caso; y de acusador se hizo abogado del santo, confesando que lo tenia por tal, y por merecedor de que gozase en la Iglesia aquel y otros públicos honores. Con cuya experiencia y otras, ha puesto la sacra congregacion perpetuo silencio en la materia de semejantes contradicciones.

12 Bien ha mostrado Elías su agradecimiento á la misma Iglesia en varias ocasiones, que refieren los libros sagrados, y otros autores. A los nueve años de su rapto escribió una carta á Joram, hijo de Josafat, rey de Jerusalen, reprendiéndole su mala vida, y el haberse apartado de los caminos, que siguió su santo padre, y amenazándole con rigurosos castigos, si no procuraba enmendarse. Sabida es la aparicion en el Tabor, asistiendo á la trasfiguracion gloriosa de Cristo, Bien nuestro, donde pidió por la duracion de su religion carmelita, y alcanzó de Cristo, que duraria hasta el fin del mundo, segun la Vírgen santísima se lo reveló á su hijo san Pedro Tomás, patriarca, y mártir. Otras dos apariciones refiere la gloriosa madre santa Teresa de Jesus en el libro de sus fundaciones; y de otras muchísimas hacen mencion varias historias, todas en utilidad de la Iglesia y sus hijos los fieles. Es abogado especial, y antídoto soberano contra la peste, y tiempo de seca y falta de agua. Pudiera comprobarse esto con muchos milagros; pero basta ligeramente referir, lo que sucede en una ermita de san Elías, que está en nuestra España (porque no vamos mas lejos) en un montecillo, que está en Aragon, entre Monzon y Lérida, un tiro de escopeta de Belclara: la cual ermita es todo el año frecuentada, y especialmente este dia 20 de julio, que es su fiesta de guardar por voto de sus vecinos pueblos, que suben á ella en procesion, agradecidos á los milagros, que por su intercesion experimentan; y así está llena de mortajas, velas doradas, madejas de seda, piernas y brazos de cera, pechos de mujeres y otras presentallas, que atestiguan los milagros, que del santo profeta han recibido, así mediante su intercesion, como bebiendo el agua de una fuente, que llaman de San Elías, y nace del montecillo en que está fundada la ermita: y cuando tienen necesidad de agua los campos, valiéndose de su intercesion, luego la consiguen. En Lombardía le tienen tambien por abogado para las faltas de agua; porque por su intercesion siempre la han conseguido.

13 Es abogado contra la peste, como se experimentó el año pasado de 1656 en el reino de Nápoles, haciéndole las ciudades de Capua y Nola, su patron, fabricándole templos ricos y hermosos: porque sobre haber sanado infinitos, untándose con el aceite de su lámpara, que milagrosamente tambien le daba con tal abundancia, como si fuera una fuente manantial, juntando en uno infinidad de milagros; el dia, que la ciudad

de Capua lo eligió por su patron movida con tantos milagros, cesó repentina y totalmente la peste, sin que quedase de ella mas memoria. Con cuyo prodigio, mas fervorosos, hicieron su voto en la iglesia de los padres carmelitas: dotaron su fiesta de primera clase: celebráronle ambos cabildos eclesiástico y secular, y los caballeros todos con fiestas, los poetas con epigramas, los predicadores con famosos panegíricos, y Dios, que en sí es glorioso, lo quedó de nuevo en Elías. Otros infinitos milagros se pudieran referir; pero se dejan por abreviar: quien quisiere verlos, lea al reverendísimo P. Fr. José de Santa Teresa, en sus Flores del Carmelo, y hallará abundancia. Finalmente, llegado el tiempo del Anticristo, aquel fiero monstruo, que asistido del demonio, de la gentilidad, judaismo y herejes, publicará guerra contra Jesucristo, y sus santos: derribará sus iglesias: pisará sus imágenes: hará, que cese en público el santo sacrificio de la misa: martirizará á los sacerdotes: postrará las vírgenes: la culpa será virtud, y no habrá mayor delito en su tribunal, que el ser cristiano: publicará, que es el verdadero Dios, y Mesías: fingirá su muerte, y resurreccion: pondrá su estatua en el templo; y hará aparentes milagros, que será una de las mayores angustias de los fieles. Contra tantos males Elías será el antídoto; pues para verdadero apóstol de aquella última persecucion, y la mayor, y mas temerosa, que ha padecido la Iglesia desde el principio del mundo, tantos siglos ha que Dios le tiene guardado, señalado y prevenido. Vendrá como precursor de aquella segunda venida, y con potestad extraordinaria, concedida inmediatamente de Dios (aunque subordinada é inferior á la del sumo pontífice), para gobernar el pueblo cristiano, para enseñar la fé, y doctrina verdadera, para hacer milagros en apoyo de su doctrina y predicacion: con la cual confirmará á los fieles, reducirá á Dios á los hijos de su pueblo, volviendo todas las cosas á su debido lugar, de que las había desencajado el Anticristo.

14 Saldrá armado de las noticias, y méritos de tantos siglos, limpio y purificado su corazon del temor, que tuvo en tiempo de Jezabel, docto, y fuerte en el trato de los ángeles, obligado con los favores de Dios, sabiendo que esta es la ocasion, para que su Majestad lo tiene reservado, y que es obligacion suya mirar por el crédito y honra de su Dios, como siempre lo hizo su zelo abrasado. Acompañado de Enoch, y de otros fieles ministros, especialmente de sus religiosos los carmelitas, de las demás religiones, y varones fervorosos, eclesiásticos, y seculares del cuerpo, y campo de la Iglesia, saldrá á plaza contra su mayor enemigo, cuyos aparatos y victorias, así las describe el evangelista san Juan: «Daré (dice) á mis dos testigos, y profetarán mil doscientos sesenta dias cubiertos de sacos. Estos son dos olivas, dos candeleros, que están en la presencia de Dios: si alguno les quisiere dañar, saldrá fuego de la boca de ellos, y tragará sus enemigos. Estos tienen potestad para cerrar el cielo, para que no llueva en los dias de su profecía: y tienen potestad sobre las aguas, para convertirlas en sangre; y para herir la tierra con toda plaga, siempre que quisieren.» Despues de este tiempo, que será tres años y medio (menos veinte dias) que gastará el Anticristo en perseguir la Iglesia, y Elías en defenderla, concurrirán todos á Jerusalen. Quitará el dragon (que es el Anticristo) las vidas á Elías y Enoch: su muerte, afirma santo Tomás, que será en cruz, por imitar en esto á su capitan: sus cuerpos (dice san Juan) serán arrojados en la plaza de Jerusalen; y causará tal espanto y admiracion ver vencidos á los invencibles, y muertos á los que parecian inmortales, que concurrirán á ver sus cuerpos, «de las tribus, de los pueblos, y de las lenguas, por tres dias y medio, en que no se consentirán, que sus cuerpos sean enterrados (dice san Juan): y pasados tres dias y medio, el espíritu de la vida del Señor entró en ellos, y se levantaron sobre sus piés. Y cayó un gran temor sobre aquellos, que los vieron antes muertos. Y overon una voz grande del cielo, que les decia: Subid acá; y subieron al cielo en una nube, y los vieron sus enemigos.» Con que vendrá á ser apóstol, y mártir en Jerusalen nuestro grande Elías, muriendo en el árbol sacro de la cruz á ejemplo de Cristo: resucitará despues de tres dias y medio, y en una nube hermosa, como el carro, subirá en cuerpo y alma triunfante y glorioso al cielo, á vista de su mayor enemigo el Anticristo, el cual despues de veinte dias acabará por la divina justicia. Con cuya muerte, y el juicio universal, acabará el mundo, recibiendo los pecadores su castigo, y los justos su galardon, comenzando el reino de Cristo, y de sus santos, para durar una eternidad. Escribieron la vida de san Elías, sus virtudes, prezas, y milagros, las mejores plumas del cielo y de la tierra; pues el Espíritu santo en los libros sagrados de los Reyes, Eclesiástico, Apocalipsis, y otras partes, y los mayores santos, é intérpretes de la Iglesia en sus escritos se hacen lenguas en su loor y alabanza: algunos, en particulares libros, que hicieron del santo profeta (como son Juan Jerosolimitano; Egidio Camarto *de rebus Eliæ*; Saliano; Tornielo *in Annal. mundi*; Lezana en los del Cármen; Fr. Francisco de Santa María, *Hist. prophetica* y en su *Apologia*; Muñoz *in Propugnaculo Eliæ*; Mathias á S. Joanne *tom. 1 Hist. Panegyr.*; Doroteus á Sancto Renato *in lib. Regn. de Apocalyp.*, y otros, que cita Daniel á Virg. María *in Vinea Carmeli*), juntaron todas sus glorias, si puede haber alguna que se iguale, al referirlas el Espíritu santo (que por último de sus elogios dice: ¿Quién en el mundo podrá como tú gloriarse, ó Elías?), cuya gloria y divinidad merezcamos ver por la intercesion del gran zelador de la honra de Dios, Elías. Amen.

SAN GERÓNIMO EMILIANO, FUNDADOR. — El glorioso san Gerónimo Emiliano ó Miani, nació en Venecia en el año 1481: fueron sus padres Angelo Miani y Diodora Morosini, ambos de las familias patricias y senatorias mas ilustres de aquella república. Aunque Gerónimo fué el último de los cuatro hijos varones que tuvieron sus padres, con todo fué el primero por gracia y mérito delante de

UNIVERSIDAD DE BIBLIOTECA

Dios. Como su padre se hallaba continuamente ocupado en los negocios de la república, y en desempeñar los mas principales cargos de ella, la educacion de Gerónimo quedó al cuidado de su madre, que siendo dama de mucha piedad, no dejó de destilar en el corazon del niño las máximas de la religion cristiana, y de acostumbrarle muy temprano á los ejercicios de devocion y demás virtudes propias de su clase y de su edad. Pero el ardor de las pasiones juveniles ahogó bien presto estas buenas semillas, que su madre habia procurado sembrar en su alma; pues así que hubo llegado Gerónimo á los quince años de su edad, se dejó engañar de los placeres y de los perversos ejemplos de otros jóvenes nobles coetáneos suyos, y así abandonando el estudio de las letras, y toda práctica de devocion, no cuidó sino de holgarse y darse buen tiempo; si leia algunos libros eran solo los que respiraban máximas de caballeria y de vanidad mundana. Con esta leccion se empeoraba cada dia mas y mas su espíritu, y se hacia mas abominable á los ojos de Dios, al tiempo que á los ojos de los hombres conservaba aquel decoro que convenia á su noble condicion, del cual se mostraba mucho mas zeloso que de la gracia de Dios. Habiendo muerto en este tiempo su padre, que le tenia en alguna sujecion, creció sobre manera su disolucion, la cual llegó por decirlo así, hasta lo sumo, cuando abrazó la milicia sirviendo á su república en la guerra, que tuvo esta que sostener en aquellos tiempos contra poderosos enemigos, conjurados á su ruina en la famosa liga de Cambray. Porque en medio del estrépito de las armas y licencia militar, se abandonó á toda suerte de vicios, y cuanto mas animoso y valeroso se mostraba en los ejercicios militares, y en varios encuentros y combates que tuvo contra los enemigos del estado, tanto mas con su vida libertina y escandalosa, reforzaba la cadena de sus vicios, y se hacia mas esclavo de Satanás. «En suma, en el tiempo de la guerra (son palabras del autor que fielmente escribió su vida), quedó el ánimo de Gerónimo inficionado de muchos contagiosos achaques, que fueron la audacia, la fiereza, la temeridad, con todos los demás vicios que consigo lleva la desenfrenada juventud, las malvadas compañías y las ocasiones del pecado; y sobre todo, la pasion de la ira avasalló su espíritu, de tal modo, que traspasando todos los límites de la razon, llegaba algunas veces hasta el furor.»

2 En este tan deplorable estado perseveró Gerónimo hasta la edad de treinta años. Pero en este tiempo se dignó la divina bondad mirarle con ojos de misericordia, y convertir este vaso de contumelia y de ignominia, en un vaso de eleccion: sucedió esta maravillosa conversion en la manera siguiente. Hallándose Gerónimo en el año de 1511 comandante de Castronovo, plaza de mucha importancia en el Trevisano, con el título de proveedor; fué esta plaza en el mes de agosto sitiada del ejército imperial: y no obstante la valerosa defensa de los venecianos, y con especialidad del proveedor Gerónimo Miani, fué tomada por asalto, y quedó Gerónimo prisionero de guerra de sus enemigos; los cuales, segun el uso de aquellos tiempos, le trataron con increible inhumanidad. Cargáronle de cadenas, le pusieron esposas y grillos, y una argolla al cuello: de este modo le metieron en lo mas profundo de una torre, donde muchas veces le daban de palos con bárbara inhumanidad, sustentándole con una escasa porcion de pan y agua que le traian todos los dias. En este lastimoso estado habló eficazmente el Señor al corazon de Gerónimo, y con la luz de su gracia le hizo conocer claramente los desórdenes de su vida pasada; y de aquí empezó á conocer y temer los terribles castigos del fuego eterno, que merecia por tantos y tan enormes delitos como habia cometido contra la divina Majestad. Las graves tribulaciones de que se veia oprimido, y el peligro que le amenazaba á todas horas, de acabar sus dias con una muerte violenta, le humillaron á la presencia del Señor, y cual otro Manasés desde lo mas oscuro de su prision levantó la mente y el corazon al Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, y con incesantes lágrimas y suspiros le rogó le perdonase sus graves pecados, y le librase no solo de las cadenas que ataban su cuerpo, sino de las otras, mucho mas duras y pesadas, que ataban su alma; prometiendo firmemente expiar sus pecados con la debida penitencia, y llevar en adelante una vida digna de un cristiano. Interpuso á este fin la poderosa intercesion de la Virgen santísima, suplicándola con mucho fervor y humildad le alcanzara de su divino Hijo una verdadera contricion de sus culpas, y una plenaria remision de ellas, junto con el socorro conveniente á sus urgentes temporales necesidades, haciendo voto de ir á pié á visitar su imágen, que se venera en la iglesia de Terviño, luego que escapase de aquel peligro. No tardó mucho en experimentar los benéficos efectos de la piedad de la Madre de misericordia, porque se le apareció en la cárcel esta soberana Señora, le quitó los grillos, las esposas y las cadenas, le dió las llaves de las puertas de aquel oscuro calabozo, y abriéndolas Gerónimo se encaminó directamente á Terviño para cumplir su voto: pero como los enemigos habian tomado todos los caminos, dió Gerónimo en una partida de ellos, y no sabiendo como librarse de caer en sus manos, recurrió de nuevo á su bienhechora la Virgen santísima, la cual se le apareció segunda vez, y sirviéndole de guia con un nuevo prodigio, por medio de los mismos enemigos le condujo salvo delante de Terviño. Entró Gerónimo en la ciudad, y se encaminó á la iglesia; y postrado ante el altar de la Virgen santísima, mas con lágrimas y sollozos que con palabras, dió á su celestial bienhechora las debidas gracias del beneficio recibido; y en las paredes de la misma capilla colgó las esposas, grillos y argolla que habia llevado consigo, para que fuesen perpetuos testigos del beneficio recibido, donde aun al presente permanecen.

3 De esta ciudad pasó Gerónimo á Venecia con una firme resolucion de entregarse enteramente y sin ninguna reserva al servicio de Dios: y aunque por entonces no renunció la toga, ni

dejó de acudir á las juntas del senado, y de servir los oficios públicos de su patria; pero en todos sus discursos y en todas sus acciones descubria una singular piedad y un zelo tan grande del honor y gloria de Dios, que causaba á todos suma edificacion. Se puso luego bajo la conducta de un director espiritual, dotado de mucha piedad y doctrina, y habiendo hecho á sus piés con muchas lágrimas una confesion general de sus pecados, emprendió con su consejo una vida penitente, mortificada y de mucha edificacion: ayunaba frecuentemente con grande rigor, llevaba sobre sus carnes un áspero cilicio, y afligia su cuerpo con otras mortificaciones, ya para satisfacer por los deleites de su vida pasada, ya para tener sujeta la carne al espíritu, ya finalmente para implorar sobre sí con mayor abundancia las divinas misericordias. Atendia con todo cuidado á mortificar todas sus pasiones, especialmente la de la ira, que tanto le habia dominado; y ayudado de la divina gracia logró vencerla tan perfectamente, que fué despues el hombre mas humilde y pacífico del mundo. Visitaba los enfermos en los hospitales, frecuentaba las iglesias y los monasterios, hallando sus delicias en tratar con personas religiosas de las cosas de Dios; recibia muy á menudo los santos sacramentos, que son los canales de la divina gracia, y hacia abundantes limosnas á los pobres y en especial á las familias vergonzantes.

4 En una palabra, la vida del senador Miani despues de su conversion, fué una continua série de ejercicios de piedad y obras buenas. Como Gerónimo estaba enteramente desengañado del mundo, deseaba volverle las espaldas y retirarse á algun lugar solitario para hacer allí penitencia, y contemplar únicamente los años eternos y las cosas celestiales. Mas viése impedido de ejecutar sus designios por la muerte anticipada de Lucas, su hermano primogénito; el cual dejó los hijos en edad tierna encomendados al cuidado de Gerónimo; por lo que debió el siervo de Dios encargarse por motivo de piedad de la tutela de sus sobrinos y de la administracion de sus bienes. Satisfizo en efecto á uno y á otro encargo con suma diligencia, y los desempeñó con tal fidelidad y acierto, que los sobrinos fueron educados en el santo temor de Dios, y sus bienes no solo se conservaron, sino que se aumentaron notablemente.

5 Entre tanto presentóse á Gerónimo una ocasion muy oportuna de ejercitar su generosa caridad para con los pobres, que fué la hambre que afligió toda la Italia en el año 1528, porque aunque en Venecia se sintió menos que en otras partes la falta de trigo y otros víveres; porque aquellos sabios senadores, á la primera noticia de la escasez de la cosecha, hicieron las provisiones mas copiosas que les fué posible, no perdonando á este fin ni diligencias ni expensas: pero fueron tantos los pobres que concurrieron de todas partes á aquella ciudad, que las plazas y las calles estaban llenas de gentes necesitadas, y tan miserables, que mas con la palidez de su rostro y la debilidad de sus fuerzas, que con las palabras pedian ayuda y socorro en su miseria. A este lastimoso espectáculo se enterneció en un modo particular el piadoso corazon de Gerónimo; y mirando en aquellos pobres la persona del mismo Jesucristo, resolvió emplear en alivio de aquellos infelices todo lo que tenia, hasta su misma persona. A este fin, despues de haber repartido todo el trigo y dinero que tenia, vendió la plata, tapices, muebles preciosos y ricas alhajas de su palacio, y se despojó de todos sus bienes para socorrer la miseria de los hambrientos. Su misma casa era el asilo de los pobrecitos, á quienes distribuia por su mano, ó pan, ó dinero, y aun en ella les daba albergue para preservarles del peligro de morirse de frio en las calles públicas, á ocasion de la rigurosa estacion que entonces corria. No se contentaba con esto su caridad; se informaba tambien de la miseria de muchas familias, que se hallaban reducidas á las mayores angustias, y las procuraba con afecto de cariñoso padre todo el socorro que podia, hasta reducirse él mismo á la mendiguez; de manera que le faltó muchas veces pan y dinero para proveer su necesidad. El ejemplo de esta heróica caridad, conmovió de tal modo los ánimos de los demás ricos y hacendados de la ciudad, que contribuyeron por su parte con mucho gusto al sustento de los pobres, y al alivio de la comun necesidad.

6 Siguióse á la hambre y miseria (como suele acontecer en semejantes lances) una maligna epidemia, que llenó las casas y los hospitales de enfermos: de aquí se abrió á Gerónimo un nuevo campo para ejercitar su caridad: iba continuamente este ilustre senador á los hospitales para asistir á los pobres enfermos, para consolarles y animarles con sus piadosas exhortaciones, á sufrir con paciencia sus males y á disponerse para una buena muerte, cuando el Señor se dignase llamarlos á la otra vida. Fueron tantas las fatigas y las incomodidades que padeció en esta obra de caridad, que al último cayó enfermo asaltado de una fiebre ardiente y contagiosa, que en pocos dias le puso á los últimos términos de su vida. Mas el Señor que le reservaba para obras mayores de su gloria, le restituyó la salud, contra la esperanza de todos con una especie de milagro. El siervo de Dios, que entonces se hallaba en la edad de cuarenta y ocho años, miró esta gracia y próroga de vida, que le acababa de conceder la divina beneficencia, como un convite que el Señor le hacia, á que se emplease en adelante enteramente y sin distraccion alguna en las cosas de su divino obsequio y en prepararse á la muerte; y deseoso de poner desde luego en ejecucion esta inspiracion divina, encargó el cuidado y la administracion de los bienes de su difunto hermano al mayor de sus sobrinos que se hallaba ya en estado de poder gobernar la casa. Renunció los oficios públicos y los cargos de la república: depuso para siempre la toga senatoria, y vistióse un vestido tosco y vil, de paño grosero de color pardo, segun lo llevaban las gentes pobres y plebeyas, queriendo seguir fielmente los humildes pasos de Jesucristo, y consagrarse todo á su gloria y á la salud de sus prójimos. No tomó Gerónimo esta resolucion, sino

despues de mucha y fervorosa oracion, pidiendo á Dios le mostrase el camino en que queria que le sirviese; y despues de haber tomado el consejo de personas ilustradas en la vida espiritual, especialmente del P. Juan Pedro Carrafa (que despues fué promovido á la silla de san Pedro con el nombre de Paulo IV), que era en aquel tiempo su director. Algunos admiraron esta extraordinaria resolucion, otros la alabaron y aprobaron, y otros la censuraron y reprobaron, é hicieron burla de Gerónimo: pero el santo que no tenia otra mira que la de agradar á Dios, despreció igualmente las alabanzas, que las murmuraciones y las burlas de los hombres; estando bien persuadido, que no hay cosa mas opuesta al espíritu de un verdadero cristiano, que el vano temor del que dirá el mundo y que la loca aprehension de los respetos humanos.

7 En efecto, el éxito hizo conocer que el espíritu del Señor guiaba á Gerónimo en todos sus pasos; porque desde que tomó esta resolucion, empezó á llevar una vida mucho mas perfecta que antes; mas humilde, penitente y mortificada; y emprendió por divina inspiracion una obra piadosa de grande utilidad á las almas, y de no menor provecho al bien del estado, y fué la siguiente. Como las guerras, la carestía y el contagio habian desolado la Italia, y quitado la vida á innumerables personas y cabezas de familia, muchísimos niños quedaron huérfanos, y no teniendo de que sustentarse iban dispersos y perdidos por la ciudad, mendigando el pan por las calles, y vivian sin temor de Dios, corriendo manifiesto peligro de perecer temporal y eternamente. Compadeciéndose el bienaventurado Gerónimo de las miserias espirituales y temporales de tantos huérfanos, empezó á recogerlos y juntarlos en una casa que compró para este fin; y allí les administraba el necesario alimento, y les instruia en el camino de la salvacion. En breve tiempo se aumentó mucho el número de estos niños, que el siervo de Dios recogia en todas partes, no solo en Venecia, sino tambien en las pequeñas islas cercanas á la ciudad; por lo que le fué necesario acudir á la piedad y caridad de las personas ricas y hacendadas, á fin de que con sus limosnas ayudasen á mantener una obra tan santa y provechosa, como lo ejecutaron con increible contento del santo, que ejercitaba con los huérfanos que recogia los cariñosos oficios de padre, de madre y de maestro; estableciendo un órden bellísimo y unos reglamentos muy acertados para su educacion. A mas de los ejercicios de piedad cristiana, arreglados para cada dia, queria que todos los niños aprendiesen á leer y escribir; que se dedicasen á aprender algun oficio, segun la condicion de cada uno, para que cuando fuesen adultos tuvieran modo de alimentarse. A los que conocia de mayor capacidad y talento, hacia aplicar al estudio de las letras, y todos mediante su industria y diligencia vivian de un modo tan piadoso y arreglado, que edificaban toda la ciudad de Venecia; que no podia dejar de admirar y de llenar de bendiciones y elogios á su santo conciudadano, el cual renunciando la toga de senador, se habia hecho padre de los pobres, y amparo y protector de los huérfanos.

8 Viendo Gerónimo que el Señor habia colmado de bendiciones esta piadosa obra, y considerándola establecida de modo, que ya podia proseguir sin su personal asistencia, pensó que si se estableciera en otras partes, haria en ellas el mismo fruto que hacia en Venecia; mayormente estableciéndola en las ciudades del dominio veneciano, donde por las recientes guerras, por la carestía y consiguiente peste que habian padecido, era mayor su necesidad. Por eso en el año 1531, que era el quincuagésimo de su edad, con no poco sentimiento de sus conciudadanos partió de Venecia, con un vestido humilde y un pobre equipaje, y confiado únicamente en la divina Providencia, se encaminó á las ciudades y lugares de la Lombardía veneciana, para promover allí la misma obra de piedad; y en el espacio de solos seis años que sobrevivió, estableció y fundó muchas casas para niños huérfanos; concurriendo con sus limosnas á promover esta obra las personas acomodadas y ricas, atraidas de las eficaces exhortaciones del siervo de Dios, y del concepto grande que todos hacian de su santidad. No solamente en las ciudades del dominio de Venecia, sino tambien en las del ducado de Milan, y aun en la misma ciudad de Milan, promovió la misma obra de piedad; y por su medio se fundaron muchas casas para recoger y educar en ellas los huérfanos. Pero la ciudad en que Gerónimo hizo mas larga demora fué la de Bérgamo, donde le pareció mas urgente la necesidad, y mayor la desolacion en que entonces se hallaba. Aquí no solo estableció una casa para niños huérfanos, como en otras partes, sino que dispuso tambien otra para niñas huérfanas, y otra para recoger las mujeres de mala vida, que por medio de sus instrucciones y exhortaciones se habian convertido al camino de la salvacion y abrazado la penitencia. Ardiendo en zelo de la salvacion de las almas, se valia de varias industrias para apartar los hombres de los vicios y atraerles al camino de la virtud. A este fin, escogiendo aquellos niños huérfanos mas instruidos y piadosos, iba con ellos como en procesion por las aldeas y lugares circunvecinos, llevando delante la santa cruz, y cantando la doctrina cristiana y otras oraciones. Con esta devocion llamaba así las gentes rudas de aquellos pueblos, que acudian en mucho número á ver aquella novedad; y con esta ocasion él les enseñaba la doctrina cristiana, y con palabras sencillas, pero con mucho fervor de espíritu, persuadia á los pecadores la penitencia, poniendo á su vista las llamas eternas que la justicia divina tiene prevenidas en el infierno para el castigo de sus culpas, con lo que fueron muchísimos los que con la divina gracia redujo al camino de la salvacion.

9 En todos estos lugares, y en las diferentes ciudades donde el santo iba para el efecto susodicho, hallaba muchas personas, la mayor parte nobles, y aun muchos sacerdotes, que movidos de su singular piedad y de la eficacia de sus palabras, le ofrecian todos sus bienes y sus mismas personas, para que dispusiera de ellas á su arbitrio, en

las obras de caridad que habia instituido; y por mas que él fuese un hombre seglar, que jamás quiso recibir órden alguno eclesiástico, porque no se creia digno de ellos, sin embargo todos lo reconocian por su padre y director espiritual, y dependian enteramente de su voluntad. El siervo de Dios, que contemplaba estas personas como otros tantos obreros que le enviaba el Señor para cultivar aquella viña, y para ayudarle en las obras caritativas de los huérfanos, se valia de cada uno de ellos en los varios y diversos ramos que les encargaba, destinando á unos para la direccion de los niños, á otros para instruirles en las máximas de la religion, á otros para que les enseñasen las ciencias de que eran capaces, á otros para proveerlos de lo que necesitaban para su sustento; y finalmente destinando á muchos para enseñar la doctrina cristiana á las personas rústicas é ignorantes, en las aldeas y campos del territorio de Bérgamo. Habiendo crecido el número de estos operarios, juzgó Gerónimo que convendria unirlos entre sí con el vínculo de caridad, y hacer de este modo mas estable y duradera esta obra de misericordia. Para esto resolvió Gerónimo con el consejo y consentimiento de sus compañeros, fundar en un lugar determinado una casa, la cual fuese como la cabeza y el centro de las obras de caridad hasta entonces establecidas, y de aquellas que en adelante se instituyeran en el estado veneciano, como en el ducado de Milan y en otras partes. Despues de una madura deliberacion fué elegida para este efecto la pequeña aldea de Somasca, situada en el condado de Bérgamo, en un valle llamado de San Martin. De esta aldea ha tomado el nombre de Somasca la congregacion que fundó el bienaventurado Gerónimo Miani, especialmente destinada á la educacion de los pobres huérfanos; la cual congregacion poco despues de su muerte fué erigida en religion con autoridad de la silla apostólica. En esta casa de Somasca, como en lugar solitario y muy á propósito para la contemplacion de las cosas divinas, se retiraba á sus tiempos el siervo de Dios, para aplicarse con mayor quietud á la oracion, á los ejercicios de penitencia, y á purificar mas y mas su corazon de aquellas pequeñas manchas, que por un efecto de la humana fragilidad, contraen aun las personas justas y santas en el trato y conversacion con los hombres, y en las acciones piadosas de la vida activa. Habiendo hallado una cueva en el monte que está sobre Somasca, se entraba Gerónimo en ella, donde tomaba rigurosas disciplinas; pasaba los dias enteros en ayunas, sin tomar alimento alguno, ocupado en la contemplacion, que prolongaba hasta la noche; y cuando le era forzoso dar algun descanso á sus miembros, lo tomaba sobre la desnuda tierra. En lo mas interior de la cueva hay una peña de la cual mana una fuente de agua dulce, y es tradicion constante que el siervo de Dios la consiguió de Dios con su oracion: llevan de esta agua á varias partes, y la dan á beber por devocion á los enfermos, y muchos alcanzan por este medio la salud. Mientras Gerónimo permanecia en esta casa de Somasca, iba por aquellos campos, ayudaba en sus labores á los pobres labradores, y entre tanto los instruia en los misterios de la fé, les curaba las llagas podridas y canceradas con tal feliz efecto, que se creia lo habia dotado el Señor del don de curacion: tambien se aplicaba con particular cuidado á curar los niños de la tiña que les suele salir en la cabeza, mal que es sobrado comun en los hospitales. Finalmente, en esta casa de Somasca terminó el siervo de Dios felizmente sus dias con una muerte preciosa, ocasionada de una enfermedad contagiosa que se le pegó, asistiendo á los enfermos que adolecian del mismo mal; por lo que así como toda la vida de este santo, despues de su conversion, fué un continuo ejercicio de caridad hácia el prójimo, así tambien su muerte fué un efecto de su misma ardiente caridad, con la cual dichosamente selló los últimos momentos de su vida. Acaeció la muerte del bienaventurado Gerónimo Miani á los 8 de febrero del año 1539, siendo de edad de cincuenta y cinco años.

10 Beatificó al siervo de Dios la santidad de Benedicto XIV en el año 1748, habiendo antes aprobado los dos milagros siguientes que obró Dios por intercesion de Gerónimo.

11 El primero sucedió en el año 1737 en la ciudad de Venecia, con la persona de Gerónima Durigella: padecia esta mujer muchos años habia de escorbuto, la cual enfermedad la habia ocasionado malignas llagas, crueles convulsiones y otros fatales síntomas, y los últimos cuatro años los habia pasado siempre en la cama sin poderse levantar, en un modo que causaba compasion: en este estado deplorable invocó con gran fervor al bienaventurado Gerónimo, y desde luego recobró la salud y se halló perfectamente buena.

12 El segundo milagro acaeció en el año 1738 con un muchacho de siete años de edad llamado Antonio Blanchini: adolecia éste desde la cuna de epilepsia, de tal modo, que no pasaba dia en que varias veces no fuese atacado de este accidente: todos tenian por incurable esta enfermedad; pero encomendándose á la poderosa intercesion de Gerónimo, desapareció el mal, y el muchacho nunca jamás padeció dicho accidente.

13 Despues que Gerónimo gozó ya del culto público en la Iglesia, continuó en favorecer á sus devotos, alcanzándoles de Dios varias gracias milagrosas, de las cuales la santa sede aprobó las dos siguientes.

14 La primera sucedió en el mes de junio del año 1743, con sor María Gesualda Pocobella; á la cual habia sobrevenido en el talon del pié izquierdo un humor tan maligno, que la habia podrido la carne y los huesos, y no obstante, encomendándose al beato Gerónimo, curó perfectamente.

15 La segunda sucedió en el mes de abril del año 1739 con Isabel Dandamilla: padecia esta mujer una cólica nefrítica y otros varios males que la habian reducido al último extremo de la vida: en este estado invocó con gran fervor al beato Gerónimo, suplicándole la alcanzase de Dios la salud; y lo consiguió tan completamente, que en el

mismo instante no solo se halló libre de todos sus males, sino que recobró al mismo punto todas las fuerzas y robustez, que habia perdido con aquella larga y mortal enfermedad.

16 En vista de estos milagros, y precediendo todos los demás requisitos, la santidad de Clemente XIII, puso al beato Gerónimo en el catálogo de los santos.

* San José, llamado el Justo.—Fué otro de los setenta y dos discípulos del Salvador, y propuesto con san Matías para llenar la vacante que habia dejado en el apostolado el traidor Judas. La suerte no recayó en él; pero no por esto dejó de cumplir con menos zelo su mision. Predicó el Evangelio en varias regiones, siendo la admiracion de todos por sus virtudes y por los prodigios que obraba, entre ellos el beber veneno sin recibir daño alguno. Ignórase el lugar y el género de muerte con que acabó su vida este santo, y solo sabemos por el Matirologio romano que terminó sus dias en Palestina en dichosa paz.

Los santos Sabino, Juliano, Máximo, Macrobio, Casia, y Paula, con otros diez compañeros.—Murieron mártires en Damasco durante la persecucion de Decio.

San Vulmaro, abad.—Nació de una honrada familia en Bolonia, pueblo de la Picardía. Educado en la piedad, renunció el mundo desde su juventud y se retiró á la abadía de Hammont donde fué empleado en guardar los ganados y proveer de leña á la comunidad. El singular espíritu para la oracion que poseia en un grado eminente le atrajo muy pronto la admiracion de todo el monasterio, y habiéndose empeñado todos los monjes, consintió por obediencia en recibir órdenes sagradas y ascender al sacerdocio. Su amor al retiro le obligó á pedir permiso para vivir solo en una ermita junto á la montaña de Cassel; pero pasado algun tiempo dejó la soledad y volvió á su patria donde fundó una abadía en un bosque que pertenecia al patrimonio de su padre. Encerrado el santo en esta soledad, evitaba cuanto podia ser capaz de distraerle; vivia en perpétuo recogimiento, y se entregaba casi sin cesar á los ejercicios de la contemplacion. Vulmaro continuó este género de vida hasta su feliz muerte sucedida el dia 20 de julio del año 710, atestiguando el cielo por medio de milagros la santidad de su siervo.

Santa Vilgefortis, vírgen y mártir.—Era hija de un príncipe de Portugal y fué convertida á la religion cristiana siendo aun muy niña. Vivia santamente en casa de su padre, ocupando en ejercicios de piedad todo el tiempo que se lo permitia la vigilancia de sus domésticos. Por aquel tiempo publicáronse en Portugal edictos del emperador, mandando que todos los cristianos ofreciesen incienso á los ídolos, y que de lo contrario fuesen inmediatamente sacrificados. El padre de Vilgefortis era el encargado de hacerlos ejecutar, por lo cual y para dar ejemplo á los demás, llamó á su hija y procuró con amenazas y halagos persuadirla á que abandonase desde luego una religion que estaba en contradiccion con las leyes del imperio, y que le podria costar la vida si se empeñaba en seguirla. La santa vírgen, que con sus palabras y esclarecidos ejemplos habia convertido muchos gentiles á la fé, pensó que debia confirmarlos en ella con un admirable ejemplo de constancia, y contestando á su padre que nada lograria de ella sino afirmarla mas y mas en el amor á su esposo Jesucristo, dijo que estaba dispuesta á todo y al sacrificio de su vida. Cegando entonces al padre el espíritu infernal, y sofocándole todos los sentimientos de la naturaleza, mandó que la azotasen cruelmente, y viéndola tan constante y tan firme como antes, dispuso que la clavasen en una cruz, donde espiró.

Santa Severa, vírgen.—Nació en Tréveris, fué hermana de san Modoaldo, obispo, y la fundadora del célebre monasterio de san Sinferiano en la Mosela. Sujetó su fundacion á la regla de san Benito, y fué toda su vida ejemplar de perfeccion monástica, y espejo de todas las virtudes. El Señor la favoreció con el don de milagros, y despues de una larga enfermedad que sufrió con toda la resignacion de una santa, murió tranquilamente el dia 20 de julio del año 636. A su cuerpo se le dió honrosa sepultura en la basílica de San Matías de Tréveris, donde todavía se venera.

San Pablo, diácono y mártir.—Natural de Córdoba, de padres distinguidos, fué desde su primera edad hermoso pimpollo en la Iglesia de Dios. Humilde, afable, obediente y humano, era el embeleso de todos los cristianos y el consuelo de todos los encarcelados, de todos los pobres, y de todos los enfermos á quienes continuamente visitaba. Pasaba dias enteros en oracion en la iglesia donde se guardaban los restos del mártir san Zoilo, y en ella se nutria en fervor y piedad, disponiéndose así para desempeñar con mas zelo y eficacia los deberes de su ministerio. Por otra parte, animado con las palabras y el ejemplo de san Sisenando empezó á predicar públicamente contra los excesos y crueldades que con los cristianos cometian los príncipes y magnates mahometanos, arguyéndoles al mismo tiempo contra la falsedad de su doctrina y contra las abominaciones de su culto. A poco tiempo lo prendieron, lo encerraron en una mazmorra donde habia toda clase de criminales, y despues de muchos dias lo sacaron de ella, para conducirlo al suplicio, consumando su preciosa vida el dia 20 de julio del año 851. Su cuerpo fué expuesto á los animales para que lo devorasen; pero el Señor lo guardó de todo ultraje, y habiéndolo recogido los cristianos, le dieron sepultura en la misma iglesia de San Zoilo.

Dia 21.

Santa Praxedes, vírgen.—Fué la vírgen santa Praxedes romana, hija de Pudente, senador nobilísimo, y hermana de Navaro y Timoteo, y de Padenciana, que todos fueron santos, y como á tales los celebra la santa Iglesia. La vida de santa Praxedes era ocuparse en oracion, vigilias, ayunos y penitencias, y gastar la mucha hacienda que tenia, en socorrer á los pobres, y particular-

mente en servir y consolar á todos los que padecian por la fé de Cristo, que eran muchos, proveyendo sus necesidades, visitándolos en las cárceles, curando sus heridas y llagas, animándolos y esforzándolos á padecer, y recogiendo su sangre, y enterrando sus cuerpos, y recomendándose entrañablemente á sus oraciones, congratulándose de sus victorias, y deseando imitarlos y morir por Cristo, para ser particionera de sus coronas. Hospedaba en su casa á los santos: entretenialos y regalábalos; y á ella, como puerto seguro, se acogian y juntábalos á hacer oracion, y á oir misa, y recibir el cuerpo del Señor. Pero durando mucho la persecucion de Marco Aurelio Antonino, emperador, y derramándose tanta sangre de cristianos; enterneciése la santa virgen, y suplicó á nuestro Señor, que si era servido, y lo tenia por bien, la librase de las miserias y calamidades de esta vida, y la llevase á gozar de su bienaventurada presencia, donde se enjugarian las lágrimas que en esta vida, por ver morir con muertes atroces á tantos siervos suyos, continuamente derramaba. Oyó el Señor su piadosa oracion, y llevóla para sí á los 21 de julio, año de 194, imperando Marco Aurelio Antonino, y Lucio Vero. Su cuerpo fué sepultado en el sepulcro de sus padres y hermanos, por un sacerdote llamado Pastor, que escribió su vida, y todos los Martirologios hacen de ella mencion.

* San Daniel, profeta. — El cuarto de los profetas mayores, jóven príncipe de la sangre real de Judá, fué conducido cautivo á Babilonia, despues de la toma de Jerusalen, el año 606 antes de Jesucristo. Habiéndole escogido Nabucodonosor para ser del número de los jóvenes que él destinaba á su servicio, lo hizo educar en su corte y cambió su nombre por el de Baltazar. Hizo grandes progresos en las ciencias y en las lenguas de los caldeos, y su sabiduría junto con la pureza de sus costumbres le grangearon desde luego el aprecio de Nabucodonosor. Este príncipe lo declaró despues jefe de todos los magos y le dió el gobierno de todas las provincias de Babilonia, en reconocimiento á la explicacion del sueño de la estatua misteriosa que significaba la duracion de las cuatro grandes monarquías, de los babilonios, de los persas, de Alejandro el Grande, y de sus sucesores. Algun tiempo despues, Nabucodonosor, vencedor de varias naciones, quiso atribuirse honores divinos. A este fin mandó que le construyesen una estatua de oro, disponiendo que todos sus súbditos la adorasen. Daniel rehusó á una criatura los honores que solo son debidos al Criador, y él y sus dos compañeros fueron en castigo arrojados á un horno encendido del cual salieron sin haber recibido daño alguno. El santo profeta se señaló tambien por su conocimiento en el porvenir bajo el reinado de Baltazar: explicó á este príncipe unas palabras trazadas por una mano desconocida en la pared de la sala del festin, palabras que contenian la sentencia de condenacion del rey sacrílego. Despues de la muerte de Baltazar, Darío el Medo, llamado por otro nombre Cyaxares, le nombró su primer ministro; pero su mérito y el favor de que gozaba excitaron los zelos de los grandes de la corte, que le tendieron mil lazos para perderle. Rehusó tambien los honores divinos á Darío, y fué condenado á ser echado al hoyo de los leones, pero el Señor preservó milagrosamente á su profeta, y sus acusadores fueron castigados segun merecian. Por segunda vez fué posteriormente echado á este hoyo por haber descubierto la supercheria de los sacerdotes del ídolo de Bel, y confundido á los oradores del dragon que se adoraba en Babilonia; pero fué tambien librado por un segundo milagro. El santo profeta murió á la edad de ochenta y ocho años, 530 antes de Jesucristo, y dejó escritas varias profecías que se han cumplido ya enteramente. La mas célebre de todas es la de «las setenta semanas,» pasadas las cuales debia el Mesías morir. Todas sus predicciones acerca de la persona de Jesucristo son tan claras, que los enemigos de la fé al leerlas, no han encontrado otra salida, que decir, que habian sido escritas despues de los sucesos, objecion trivial que está contestada por una multitud de hechos históricos muy conocidos.

San Víctor, y sus compañeros los santos Alejandro, Feliciano y Longinos, mártires. — Al poco tiempo de haber mandado degollar á toda la legion tebana y á muchos otros mártires, fué el emperador Maximiano á Marsella donde habia una Iglesia numerosa y floreciente. A su llegada temblaron por su vida todos los fieles de la ciudad y se prepararon para el martirio. Durante esta general consternacion, un oficial cristiano, llamado Victor, iba durante la noche de casa en casa á visitar á sus hermanos en Jesucristo para exhortarles al desprecio de la muerte é inspirarles el deseo de los bienes eternos. Habiendo sido sorprendido en una accion tan digna de un soldado de Cristo, fué conducido á la presencia de los prefectos Asterio y Eutiquio, que le representaron el peligro que corria y cuán loco era de exponerse á perder el fruto de sus servicios, y el favor del príncipe adorando á «un hombre muerto.» Victor les contestó que renunciaba á todas las ventajas de que no podia gozar sino renunciando á Jesucristo; Hijo eterno de Dios que se habia dignado hacerse hombre para nuestra salvacion, que habia resucitado despues de muerto, y que reinaba con su Padre celestial á quien era igual en todas las cosas. Semejante respuesta excitó furiosos gritos de indignacion y de rabia; pero como el prisionero era persona de distincion, lo enviaron al emperador. El continente airado de Maximiano no fué capaz de torcer la constancia de Victor, y viendo el príncipe que eran inútiles sus amenazas, lo hizo atar de piés y manos, y mandó que lo paseasen por todas las calles de la ciudad, exponiéndolo así á los insultos é indignidades del populacho. A la vuelta de este tormento, fué Victor presentado otra vez todo cubierto de sangre á los prefectos, que viendo invencible su constancia, empezaron á deliberar sobre el género de tortura que le aplicarian. Asterio mandó que lo extendiesen sobre el caballete y que le atormentasen por mucho tiempo; y entre tanto Victor, con los ojos fijos en el cielo, no cesaba de pedir la constancia que le

era tan necesaria. Jesucristo se le apareció entonces, y le consoló asegurándole que él tambien sufria con sus siervos y que los coronaba despues de la victoria. Esta vision dulcificó maravillosamente sus dolores, y estando los verdugos cansados, fué metido dentro de una lóbrega prision. A media noche, visitóle el Señor en ella por el ministerio de sus ángeles: la cárcel se llenó de una claridad mas brillante que la del sol, y el santo mártir cantaba con los espíritus celestiales las alabanzas del Señor. Tres soldados encargados de custodiar la prision, quedaron tan asombrados de lo que dentro pasaba, que arrojándose á los piés de Víctor, le pidieron perdon, y le pidieron la gracia del bautismo. Llamábanse Longinos, Alejandro, y Feliciano, los cuales fueron bautizados en seguida, y Víctor les sirvió de padrino. Al dia siguiente supo el emperador cuanto habia pasado en la cárcel. Montado en cólera hizo trasladar los cuatro santos á la plaza pública donde fueron cargados de injurias por el populacho, y los tres centinelas perdieron la cabeza. Víctor santamente gozoso de su obra, fué azotado y llevado otra vez á la cárcel, hasta que despues de tres dias el emperador lo llamó de nuevo á su tribunal y le mandó adorar una estatua de Júpiter puesta sobre un altar; pero Víctor lleno de fé en Jesucristo dió un puntapié al altar y lo derribó juntamente con el ídolo hecho pedazos. El príncipe para vengar á sus dioses, le hizo al mismo momento cortar el pié. El soldado de Jesucristo sufria con alegría, ofreciendo á Dios las primicias de su sangre. Poco despues Maximiano mandó que lo metiesen debajo de la rueda de un molino; pero á la primera vuelta, el molino se descompuso, el santo salió medio molido, y en seguida le cortaron la cabeza. Su cuerpo junto con los de Alejandro, de Longinos, y de Feliciano fueron arrojados al mar, pero los cristianos los encontraron sobre la orilla, y les dieron honrosa sepultura.

San Zótico, obispo y mártir.—Este santo fué el primero que descubrió los errores y las imposturas de los montanistas, y los combatió con celo, los condenó públicamente, é hizo ver la ilusion de la pretendidas profecias de estos herejes. Al triunfo que habia conseguido sobre la impostura y la herejía juntó Zótico la corona del martirio, que recibió durante la persecucion del emperador Severo por los años 204, siendo obispo de Comano en la Armenia.

Los santos Claudio, Justo, y Jucundino, con cinco compañeros mártires.—Derramaron su sangre por la fé en Troyes de Francia, en el reinado del emperador Aureliano. En su martirio obró el cielo grandes milagros.

San Arbogasto, obispo y confesor.—Descendia de una familia ilustre de Aquitania. Habiendo ido á la Alsacia, estableció aquí su mansion por los años de 630 é hizo vida eremítica en el «bosque sagrado.» El rey Dagoberto II que le estimaba mucho, lo llamaba con frecuencia á su corte, y lo hizo elegir para el obispado de Strasburgo. En la historia de su vida vemos que Arbogasto estuvo dotado del don de milagros, y que resucitó á un hijo del rey, llamado Sigisberto, que habia muerto de una caida de caballo. Por su mediacion, hizo el rey considerables donativos á la Iglesia de Strasburgo, fundó y dotó varios monasterios y contribuyó á propagar la luz del Evangelio. Este santo fué en su siglo un modelo de pastores, y murió en la paz de Dios en julio del año 678.

Santa Julia, vírgen y mártir.—Nació en Troyes de Francia, y fué de castísimas costumbres y de una hermosura singular. Solicitada por esposa por un general gentil, se negó á sus deseos, pero fué tanta la gracia y persuasion de sus palabras, que le convirtió á la religion cristiana, y con él á muchos otros de su ejército. Sabido el suceso por el emperador Aureliano, y encendido en furor contra la santa vírgen, mandó que inmediatamente la prendiesen, y llevándosela fuera las puertas de la ciudad, la degollasen. Así se verificó, y santa Julia consiguió la palma del martirio en el año 275, dejando á su patria memoria de grandes milagros, y en su sepulcro motivo de celestiales beneficios.

San Juan, monje.—Floreció á fines del siglo VI en Palestina, viviendo en las orillas del mar Muerto como los primeros anacoretas del Egipto. Fué íntimo amigo de san Simeon Stilita, y como él solo se ocupaba en hablar de cosas celestiales cuando los hombres le visitaban. Hizo muchos milagros, y murió en santa paz en su cueva desierta, la cual glorificó Dios por medio de grandes maravillas.

Dia 22.

Santa María Magdalena.—La bienaventurada María Magdalena, espejo de penitencia, honradora de los piés de Cristo, discípula á los piés de Cristo, y apóstola de los apóstoles del Señor, fué hermana de Lázaro y Marta, que eran nobles, ricos y poderosos. Su padre, dice san Antonino, arzobispo de Florencia, que se llamaba Sito, y su madre Eucaria, y que despues de su muerte, el hermano y las dos hermanas hicieron particion de las muchas riquezas, que sus padres les habian dejado, y que á Lázaro le cupieron por su parte grandes heredades y posesiones, y á Marta la villa de Betania cerca de Jerusalen, y á María el castillo de Magdalo en la provincia de Galilea, del cual tomó el nombre de Magdalena. Pero dejando á parte lo que san Antonino y otros santos dicen: la vida de la Magdalena principalmente la hallemos de sacar del sagrado Evangelio: porque los mismos historiadores, que con luz del Espíritu santo escribieron la vida de Jesucristo, escribieron tambien los hechos mas notables de la Magdalena: entre los cuales san Lucas Evangelista, pintándonos sus lágrimas y penitencia, dice, que antes de convertirse y venir á los piés del Señor, era mujer públicamente mala y pecadora: ahora sea; porque realmente lo fué (como algunos santos, y graves autores lo sienten, fundándose en las palabras del texto evangélico): ahora; porque aunque no lo haya sido, su vida fué tan desenvuelta y

era tan
ces, y l
fria con
de la vi
mente s
dos, fué
media n
misterio
claridad
mártir c
lianzas
custodia
lo que d
de Victo
gracia d
jandro,
en segui
siguiente
en la cár
cuatro s
gados d
centinela
gozoso d
á la cárc
perador
dó adora
altar; p
puntapié
ídolo hec
sus diose
pié. El
ofreciend
despues
de la rue
ta, el m
molido,
cuerpo ju
de Felici
tianos lo
honrosa

San Z
el primer
ras de lo
los conde
la preten
que habi
rejía jun
cibió dur
por los a
Armenia

Los s
cinco co
sangre p
nado del
obró el ci

San Ar
condia de
do ido á l
los años
que sagr
maba m
corte, y l
burgo. E
bogasto e



S.te Magdelaine.

STE MAGDALENE

libre, y tan poco recatada en su trato y conversacion, que se le dió nombre de pecadora: y de este parecer son otros, que dicen, que como la Magdalena era noble, rica, moza, hermosa y de buena condicion, usando mal de la libertad que tenia, por ser muertos sus padres, comenzó á darse á cosas de entretenimientos y gusto, y á pláticas y conversaciones de galanes y de mozos livianos, al principio solamente por pasatiempo, y despues por deleite sensual (porque los vicios no entran de golpe en el alma, sino poco á poco y sin sentir hasta que se han apoderado de ella): y que creció tanto el mal de la Magdalena, que tenia escandalizada toda la ciudad, en que vivia, en tanto grado, que la llamaban la «pecadora.» Y reparándose tanto en su mala vida, es señal de su gran perdicion: no porque fuese una de las mujeres públicas; sino porque siendo mujer principal, era tropiezo y lazo de Satanás, para que muchos con su trato y comunicacion se enlazasen y perdiesen: que muchas veces semejantes personas son mas perjudiciales y perniciosas en la república, que las que apretadas de la pobreza y necesidad, venden su honestidad, á todos los que la quieren, y para sustentar la vida del cuerpo, pierden sus almas, y sus mismos cuerpos. San Marcos y san Lucas dicen, que el Señor echó siete demonios de la Magdalena; mas no dicen el tiempo, en que los echó. Y algunos santos entienden por los siete demonios todo género de pecados y vicios: de los cuales el Salvador la libró, y juntamente de aquellos duros y crueles demonios, que atormentaban su alma.

2 Para librarla, la primera cosa, que hizo el Señor, fué prevenirla y alumbrarla por su infinita misericordia con un rayo de su luz, para que viendo con él la fealdad y abominacion de su alma, y cuan fuera de camino andaba, cuan atollada estaba en el cieno é inmundicia de sus torpezas; desease salir de ella, y entrar por la senda derecha, y apacible de la virtud, y lavar con sus lágrimas las manchas de sus pecados, y como oveja descarriada volver al seno de su dulce Pastor. Este rayo de luz fué tan poderoso, y penetró el corazon de esta pecadora, de tal manera, que deshaciendo aquellas tinieblas espesas y horribles, que por todas partes la cercaban, le abrió los ojos para que viese su fealdad, y aquel abismo profundo de vicios en que estaba anegada, con un aborrecimiento y confusion tan extraña, que ella misma no se podia sufrir: aunque con una esperanza cierta de hallar remedio en el Salvador, y medicina para sus llagas, y que yendo á él, la resucitaria de muerte á vida. Herida, pues, con una aguda saeta, flechada por la mano de aquel Señor, que habia venido al mundo á buscar y remediar á los pecadores, fué á él, de la manera que cuenta el evangelista san Lucas. Dice, que un fariseo, llamado Simon, le habia convidado á comer: y que el Señor lo aceptó por tener ocasion de ganarle, y enseñarle, y darle á él y á los otros convidados doctrina y otro manjar divino, y con el ejemplo de esta pecadora, despertarlos y moverlos á penitencia, y mostrar que era Dios verdadero, y podia perdonar pecados. Sabiendo, pues, esta mujer pecadora, que el Salvador estaba en casa del fariseo comiendo; sin mas aguardar lugar, ni sazon (porque el amor y el dolor la traian fuera de sí), tomó un vaso de un ungüento precioso en las manos, y entró en la casa del fariseo: y por la grande vergüenza y confusion que tenia de sus pecados, no se atrevió á parecer delante de los ojos de Cristo, sino rodeando por las espaldas, vino á derribarse á sus piés. Allí comenzó á derramar unas lágrimas, y tan copiosas, que bastaron para regar los piés del Señor. Luego los limpió con los cabellos de su cabeza: y no contenta con esto, comenzó á besarlos y á ungirlos con precioso ungüento: de manera, que de todas las cosas, que le habian sido instrumento de pecado, hizo remedios contra el pecado. De los ojos altivos, disimulados, y engañosos, con que cautivaba antes las almas, hizo fuentes para lavar las mancillas de la suya: de los cabellos hizo lienzo para limpiarlas: de la boca hizo portapaz para recibir la de Cristo; y del ungüento, que antes servia para multiplicar pecados, hizo medicina para curarlos, y ungir á Cristo, y librarse del hedor de su mala vida. Hirió el Cazador divino la cierva lasciva y desmandada: y ella herida y sedienta corrió á la fuente de aguas vivas, y á buscar la misma mano, que le habia herido; porque ella sola la podia sanar y refrescar. Ella vino, y el Señor la recibió; porque él mismo la traia, y la habia herido para que viniese. Y en el mismo tiempo que ella lloraba, lavaba, enjugaba, besaba y ungia los piés del Señor, él mismo obraba en su alma interiormente, lo que ella obraba exteriormente: porque él ofrecia su sangre por aquella pecadora, para lavar sus piés, y sus afectos tan inmundos y torcidos: él la adornaba con el atavío de las virtudes: él la daba ósculo de paz, y la ungia con el ungüento precioso de su gracia. De donde se ve la inestimable benignidad de nuestro Dios, que así previene al pecador, y la eficacia de su gracia, que trueca los corazones con una manera tan extraña, como él trocó el corazon de esta pecadora; pues no le dejó sosegar, ni considerar, que para llorar sus pecados, y hacer penitencia de ellos á los piés del Señor, no era tiempo oportuno el de mediodía, ni lugar cómodo el del convite, ni á propósito la muchedumbre de los convidados, y el fausto y sobrecejo de los fariseos: y no pudiendo aguardar, siquiera una hora mas para aquel negocio, y buscar á solas y sin testigos á Cristo; la vehemencia del dolor, y el espanto de sí misma, de tal manera ocuparon su entendimiento, que no podia atender, sino solo á la grandeza de su peligro.

3 Y es mucho para notar (como lo advirtió gravemente san Crisóstomo), que la Magdalena fué la primera, que vino al Señor, para buscar el remedio de sus pecados, y la salud eterna de su alma: lo cual no leemos de otros. Porque no vino como la Cananea, para que librase á su hija del demonio que corporalmente la atormentaba: ni como el Centurion, para que sanase á su criado paralítico: ni como el Régulo, para que alargase

la vida á su hijo: ni como el príncipe de la sinagoga Jairo, para que resucitase á su hija ya difunta: ni como otros que de todas partes venian, para que los curase: no vino por interés y bienes temporales, sino para llorar sus pecados, para remedio de su alma, para alcanzar perdon de aquel Señor, á quien tanto habia ofendido, testificando con sus sollozos, suspiros y lágrimas, el dolor grande que traia atravesado en su corazon, y que esperaba, que el mismo Señor, que era Jesus, y Salvador de pecadores, la habia de perdonar, y recibirla en su gracia y amistad: y con esta confesion hecha con obras, y no con palabras, honró á Cristo en gran manera en presencia de los fariseos, que eran sus enemigos: los cuales, como soberbios é hipócritas, comenzaron á desdeñar aquella mujer que conocian por pública pecadora, y á tener en poco á Cristo, y á juzgar, que no debia de ser profeta; pues se dejaba tocar de ella: no entendiendo, que porque era verdadero y santo profeta, y maestro, y alumbrador de todos los profetas, se dejaba tocar de ella, para hacerla de pecadora, santa: de mujer infame, gloriosa; y de esclava del demonio, hija regalada suya: como lo hizo, respondiendo por ella al fariseo, que lo habia convidado, y reprendiéndole, porque habiendo recibido mayores dones de Dios, le habia sido menos agradecido: y dando á la Magdalena un jubileo plenísimo, y remision de todos sus pecados, y enviándole con paz y alegría á su casa, como lo cuenta el evangelista san Lucas. Esta es la primera cosa que leemos en el Evangelio de esta santa pecadora; para que con este ejemplo de tan amargo llanto y penitencia regulemos nosotros la nuestra: y por lo que ella hizo para lavar sus pecados, sepamos lo que en los nuestros debemos hacer.

4 Muy agradecida quedó la Magdalena al Señor, por haberle perdonado sus pecados, y dado paz y quietud á su alma desconsolada y afligida; y para servirle por esta tan gran misericordia y merced, se determinó á emplear de allí adelante todo su caudal, su persona y hacienda en su servicio, y no apartarse un punto (en cuanto le fuese posible), de los ojos de aquel Señor, que tan benignamente la habia mirado, y dádole vida con su vista. Para esto, cuando el Salvador iba predicando de pueblo en pueblo, y de ciudad en ciudad, ella con otras santas mujeres le seguia, y con sus limosnas le sustentaba, y daba de comer á él y á sus discípulos: y olvidada de la comodidad y regalo que tenia en su casa, iba por caminos con trabajos y cansancio, teniéndose por dichosa y buenaventurada, porque podia servir en algo al Señor, y á aquellos pobres pescadores que le seguian: porque aunque parecian viles, y eran menospreciados de los hombres; en sus ojos eran gloriosos y felicísimos, por ser discípulos de su dulce Maestro, y estar tan cerca de la fuente de vida, de la cual ella deseaba siempre beber. Esta misma sed de oir siempre al Señor, y aquel amor tan cordial y afectuoso que le tenia, fué tambien causa, que le hospedase con su hermana Marta en su casa de Betania, y que estando la hermana tan ocupada y solícita en aparejar la comida y regalar al Señor; ella se estuviese sentada á sus piés, regalándole con sus palabras, y apacentando su alma con el mantenimiento de vida, que el Señor le daba: porque estaba tan llagada y abrasada de su amor, tan absorta y trasportada en él, y tan olvidada de sí, y de todas las cosas del mundo, que no se podia apartar de aquellos piés que habia bañado con sus lágrimas. Y como Marta, su hermana, anduviese cuidadosa y solícita, y toda ocupada en aparejar lo necesario, y viese á María tan descuidada y ociosa, dió de ella queja al Señor, porque la dejaba sola en el trabajo, y se entretenia en oir sus palabras. Mas el Señor, que habia defendido á la Magdalena del fariseo, tambien la defendió de las quejas de su hermana, y le respondió: Marta, Marta, muy solícita andas y distraida en muchas cosas, siendo como es una sola menester. Tu hermana María ha escogido la mayor parte, la cual durará para siempre, y nunca le será quitada. Como si dijera: Tu ocupacion buena es; pero mejor es la de María: á ti muchas cosas te embarazan; tu hermana una sola ha escogido que la recoge, y hace morar dentro de sí: tú quieres regalar mi cuerpo; ella regalar á su alma: lo que tú haces se ha de acabar; en lo que María se ocupa, no tendrá fin: lo que ella hace, es lo que se debe hacer, es lo necesario, lo mas provechoso; y todo lo demás á esto se debe posponer y preferir. Con esto quedó María segura, y Marta enseñada, y nosotros instruidos de la diferencia que hay de la vida activa á la contemplativa, de la que sirve al Señor en sus miembros, y de la que goza de Dios para sí: y que todas las cosas ha de posponer el hombre al aprovechamiento y salvacion de su alma: y que no se debe tener por gente inútil y ociosa, la que se ocupa de dia y de noche en alabar y contemplar á Dios: como lo hacen muchos santos religiosos y devotas personas, y lo hacia la Magdalena; la cual amaba al Señor con un afecto tan encendido, y tan vehemente, que mas vivia su espíritu con aquel amor, que su cuerpo con el alma que le daba vida. Y el Señor, que es autor de nuestro amor, y nos previene siempre con el suyo, así como le infundia aquel amor, con que ella le amaba; así amaba á ella con otro amor infinitamente mas aventajado y perfecto, no solo como Criador á su criatura, sino tambien, como esposo dulcísimo á su esposa regalada, y por amor de ella queria bien á Lázaro, su hermano. Por donde habiendo Lázaro caido malo, María y Marta le enviaron un mensajero, que le dijese: Señor, el que amais, está enfermo: porque sabian, que para Cristo, nuestro Redentor, estas solas palabras bastaban, sin ser menester añadir, que viniese y que le sanase, ni que de allí donde estaba mandase á la enfermedad que dejase á Lázaro, y se partiese: porque estaban muy seguras que Cristo las amaba tiernamente, y por amor de ellas á su hermano, y que bastaba que supiese su necesidad para remediarla, como lo hizo: porque dejando pasar dos dias, despues que recibió el recado de María y Marta, vino á Betania: y Marta, sabiendo su venida, le

salió á recibir, y María avisada en secreto de su hermana y llamada del Señor, luego se levantó de donde estaba, dejando á muchos que de Jerusalen habian venido á visitarla y consolarla de la muerte de su hermano: y en viendo al Señor delante de los que le seguian, se echó á sus piés, y lloró muchas lágrimas de amor y dolor: y el Señor se enterneció con ella, de manera, que viéndola llorar, aulló y lloró con ella: y los circunstantes entendieron por las lágrimas del Salvador el amor grande que tenia á aquellas dos santas hermanas: por cuyo respeto resucitó á su hermano Lázaro que estaba ya de cuatro dias muerto, y olia mal en la sepultura. ¿Qué mayores muestras del amor que tenia á María Magdalena, pudo dar el Señor, que enternecerse tanto con ella, y derramar lágrimas por verla llorar, y resucitar por sus ruegos á Lázaro cuatriduano? ¿Qué gracia, qué privilegio tan excelente y singular es el de esta santa pecadora: pues no solamente ella lloró á los piés de Cristo; mas el mismo Cristo lloró por ella? ¡O lágrimas preciosísimas del Señor, que bastaron para regar y regalar el alma de la Magdalena, y para dar vida á los muertos, y admirar y edificar á toda la Iglesia! Por este milagro tan grande y tan esclarecido, que hizo el Señor en presencia de tanta gente, resucitando á Lázaro, creyeron muchos en él: y para que mas se certificasen de la verdad del milagro, y que Lázaro habia resucitado de muerte á vida; en un convite que le hicieron de Betania, Lázaro fué uno de los que estaban sentados á la mesa, y comia con los demás. Fué esto seis dias antes de la pascua, en la cual el Señor habia de morir: y estando él cenando, y Marta sirviendo á la mesa; María tomó una libra de ungüento precioso, hecho de las espigas de una yerba muy fragrante y olorosa, que se llama nardo, que era lo mas fino, y con grande ternura y devocion, comenzó á ungir los piés del Salvador, y á limpiarlos con sus cabellos, y quebrando el vaso para que no quedase gota, derramó todo aquel suavísimo licor sobre su sagrada cabeza: pareciéndole, que todo lo que hacia por su dulce Maestro, era poco, y que todo lo mas rico, y de mayor precio, se debia emplear en servicio del Señor de todo.

5 Como se sintió la fragancia de aquel ungüento oloroso que la Magdalena habia derramado; Judas que estaba sentado con los otros apóstoles á la mesa, comenzó á murmurar de lo que habia hecho esta santa mujer, y á decir que habia sido un desperdicio y derramamiento bien excusado, y que fuera mejor vender aquel ungüento y dar el precio á los pobres: lo cual como advierte el evangelista san Juan, no lo dijo Judas por el cuidado que tenia de los pobres, sino por cubrir con aquella capa de compasion é hipocresía, su codicia, con la cual sisaba parte de las limosnas, que se daban para los pobres; porque él tenia la bolsa comun, y cuenta, con lo que se gastaba. Mas el Señor le fué á la mano, y como antes habia defendido á María del farisco que la desechaba como á pecadora, y de su hermana Marta que la tachaba, como á ociosa y de poca caridad; así ahora no solamente la excusó de la falsa compasion y verdadera avaricia de Judas, mas la alabó diciendo, que la dejasen; porque habia hecho una buena obra, y que siempre tendrian pobres á quienes hacer bien, y á él no siempre le tendrian presente: y que lo que habia hecho la Magdalena habia sido como darle la uncion para morir, anticipando el tiempo de su sepultura, que estaba cerca, porque entonces no lo podria hacer; y que en todo el mundo donde aquel hecho ó historia evangélica se predicase, seria alabada la piedad de la Magdalena, y aquel amoroso y abrasado afecto de caridad, con que se habia movido á hacer lo que habia hecho. Y esta tan encendida caridad, fué causa de que el Señor aprobase tanto aquella obra, y que la defendiese de los que la murmuraban, y la galardonase con honra y gloria perpetua de la Magdalena por todo el mundo: porque por lo demás, el que tenia ofrecidos sus piés á los clavos, y su cabeza á la corona de espinas, poco caso hacia de aquel regalo para su cabeza y para sus piés.

6 Esta misma caridad llevó á esta santa mujer al monte Calvario, y la fijó al pié de la cruz del Salvador, para que allí le mirase desnudo, atormentado y consumido entre dos ladrones, y derramase mas y mas lastimosas lágrimas, viendo á su Dios padecer por sus pecados, que antes habia derramado por los mismos pecados, porque cuando regó con ellas los piés del Salvador, aun no sabia lo que aquellos pecados, que ella lloraba, le habian de costar á él, y que para lavarlos habia él de verter mas sangre, que ella habia derramado lágrimas. Despues que le bajaron de la cruz, ella se abrazó con aquel cuerpo tan desfigurado; y besando con increible sentimiento las llagas de los piés, de las manos y de la cabeza, y mirando aquellos ojos divinos oscurecidos, el rostro amarillo y afeado, la boca ahelada, y el pecho abierto y ensangrentado; traspasada con una espada aguda de dolor, desfallecida, y caida quedó como muerta: mas tornando á tomar las fuerzas, que le quitaba el dolor, y le daba el amor, revivia y moria, porque no moria, y entraba en aquel sagrado pecho rasgado, y en el corazon del Señor, para morir allí con él; porque vivir sin él era muerte para ella.

7 Con este mismo amor, siendo ya sepultado, compró gran cantidad de especies aromáticas para ungirle en el sepulcro, y hacer lo que no habia podido antes de enterrarle. Y no bastó la ignominia de la cruz, ni la oscuridad de la noche, ni la distancia del sepulcro, ni las guardas de los soldados, ni la rabia de los príncipes de los sacerdotes, ni todos los peligros que se le pusieron delante, para espantarla, y ponerle grima y horror, y divertirla de su santo propósito. Vino al sepulcro con otras santas y devotas mujeres, y no hallando al Señor que buscaba, luego á gran priesa fué á dar nueva á los discípulos como no le habia hallado: y dado que Pedro y Juan, como los mas queridos y fervorosos, fueron corriendo al sepulcro, y entraron en él, y no hallando el cuerpo del Señor, luego se volvieron de miedo á su casa, y las demás mu-

jeres se partieron; sola ella no se partió de aquel lugar, donde pensaba que estaba su tesoro, y todo el bien de su corazon. Entraba en la cueva del sepulcro, y salia: tornaba á entrar y salir; y habiendo muchas veces hecho esto, nunca se hartaba. Hablárenla dos ángeles: preguntábanle lo que buscaba, y por qué lloraba; pero ella no se satisfizo con la vista, ni con las palabras de los ángeles; porque buscaba y no hallaba al Señor de los ángeles, que solo la podia consolar: hasta que con esta perseverancia mereció ser la primera á quien Cristo, segun la historia evangélica, ya resucitado y glorioso se apareció, aunque en figura de hortelano: y ella pensando que lo era, y no conociendo al Salvador, le dijo: Señor, si vos lo habeis tomado, decidme donde está; que yo le llevaré. No declaró quién era aquel que buscaba: porque como ella estaba tan absorta y tan trasportada en Cristo, pensó que todos los otros tenian el corazon en el que ella le tenia. Ni tampoco consideró su condicion y flaqueza mujeril, y que no tendria fuerzas para llevar el cuerpo del Salvador: porque el amor es ciego y atrevido, y suple con el vigor del ánimo, lo que falta de fuerzas al cuerpo, y no repara en dificultades, y todas las cosas le parecen fáciles por alcanzar lo que mucho ama y desea. Mas el Señor, que es piadoso, se le descubrió, y llamó por su nombre, y consoló, y regaló con una inefable alegría y dulzura, y la hizo apóstola de sus apóstoles que estaban retirados, y encogidos de temor, y mandóle, que les diese nuevas de su gloriosa resurreccion y subida á los cielos. Esto es lo que hallamos escrito en el sagrado evangelio de la Magdalena. Y aunque el Evangelio no lo dice, parece cosa sin duda que la Magdalena se halló á la subida del Salvador al cielo: y tambien cuando bajó el Espíritu santo sobre los apóstoles, y los llenó de sus gracias y divinos dones: y que el tiempo, que despues vivió en Jerusalen, le ocuparia en acompañar y servir á la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, como á Madre de su Señor y dulcísimo Maestro, y en visitar y bañar con copiosas lágrimas aquellos lugares, que el mismo Señor habia hollado y santificado con su vida santísima y muerte preciosísima.

8 Mas como despues de la muerte de san Estéban Protomártir se levantase en Jerusalen una gran persecucion contra la Iglesia, y con esta ocasion los discípulos del Señor por particular disposicion y providencia suya, saliesen de aquella ciudad, y se esparciesen por varias tierras y provincias, para alumbrarlas con la luz del santo Evangelio, y doctrina de Cristo; entre los otros fieles, que los judíos maltrataron, y persiguieron con mas rabia y furor, fué una María Magdalena: con la cual, y con sus hermanos Lázaro y Marta, tenian particular ojeriza y aborrecimiento, por el amor entrañable, que habian mostrado al Señor en su vida, y sentimiento en su muerte: y para vengarse de ellos tomaron á los tres hermanos, Magdalena, Lázaro, Marta, y á Marcela, su criada (que dicen fué, la que hablando con el Señor, alzó la voz, y dijo aquellas palabras: Bienaventurado el vientre, que te concibió, y los pechos que mamaste), y á san Maximino, que era uno de los setenta discípulos de Cristo, y á Celedonio, que fué el ciego de su nacimiento, á quien con el lodo puesto sobre sus ojos restituyó la vista: y tambien dicen, que aquel noble decurion, llamado José *ab Arimathea*, que le descolgó de la cruz, y le sepultó en su sepulcro, y otros muchos cristianos, y los metieron en un navío sin remos, sin velas, sin timon, y sin gente, que lo gobernase, para que se ahogasen y pereciesen en el mar. Pero como no hay consejo contra Dios, el navío aportó á Francia á la ciudad de Marsella á salvamento; y la Magdalena con toda aquella bienaventurada compañía, saltó en tierra, y con el admirable ejemplo de su vida, y palabras del cielo, y milagros, que el Señor obró por ella, toda aquella provincia se convirtió á la fé de Cristo, y san Lázaro fué electo obispo de Marsella: san Maximino de la ciudad de Aix: Marta se recogió en un monasterio con gran copia de doncellas; y José *ab Arimathea* (á lo que algunos escriben), pasó á Inglaterra, y fué el primero que en aquel reino anunció al Señor. Y la Magdalena despues de haber predicado por sí misma, y convertido muchas almas, se retiró á un desierto á llorar de nuevo sus pecados (como si nunca los hubiera llorado), y ocuparse de dia y de noche en la contemplacion del Señor y gozar de sus gustos y regalos suavísimos. Treinta años estuvo en aquella soledad, comiendo yerbas y raíces de árboles: y como se gastasen sus vestidos, Dios la vistió con sus cabellos. Hacia vida mas de ángel que de mujer: y así los ángeles la levantaban siete veces cada dia á oir cantos celestiales. Pero al cabo de los treinta años, ella misma rogó á un sacerdote, que fuese á san Maximino de su parte, y le avisase que para el domingo siguiente se hallase en la iglesia solo á la hora de maitines. Hízolo así el santo obispo, y halló á la Magdalena orando, levantada en el aire y puestas las manos en alto; y ella recibió de las suyas el santísimo Sacramento, con maravillosa devocion y lágrimas, y de allí á poco dió su espíritu á aquel amorosísimo esposo y maestro, á quien por sus pecados habia visto en la cruz encomendar el suyo al Padre eterno. Llevaron al cielo los ángeles el alma de la bendita Magdalena, con gran júbilo y alegría. El cuerpo fué allí sepultado, y siempre ha sido tenido en grande veneracion.

9 Fr. Silvestre de Prierio de la órden de Santo Domingo, y maestro del sacro palacio, escribe en un sermon, que el año de 1597, visitó por su devocion la cueva, donde hizo penitencia la Magdalena, y sus sagradas reliquias, y dice que vió su cabeza, que era grande y que solamente tenia un poco de carne denegrida y seca, en aquella parte de la frente, que tocó al Salvador, cuando le apareció despues de su resurreccion: en la cual carne quedaron impresas las señales de los dedos con que el Señor la tocó. Dice mas: que le mostraron en una ampolla de vidrio algunos de los cabellos, con que limpió los piés del Señor; y en otra, tierra mezclada con sangre, de color entre

negro y colorado, la cual tierra la Magdalena recogió el viernes santo al pié de la cruz: y que todos afirmaban, que cada año, aquel mismo dia del viernes santo, acabada de leer la pasion, lo que estaba en aquella redoma hervia, como si fuera sangre. Muéstrase tambien su brazo, y en una arca de plata el cuerpo de esta santa, que está en un convento de los padres de Santo Domingo.

10 Muchos, grandes, y admirables son los milagros que Dios ha obrado por la intercesion de esta gloriosa santa, y bienaventurada pecadora, los cuales se podrán ver en su historia. Uno solo quiero yo contar, que refiere el sobredicho P. Fr. Silvestre, como cosa muy sabida y cierta. Dice: que por los años del Señor de 1279, en las guerras, que los reyes de Aragon tuvieron con Carlos, primero de este nombre (que fué hermano de Luis, rey de Francia, y el que ganó y perdió el reino de Sicilia), fué preso en una batalla naval de los aragoneses, y Carlos II, y conde de Proenza. Este Carlos, estando preso en Barcelona, y muy apretado, y en peligro de perder la vida, acordándose, que la Magdalena habia predicado en sus tierras de la Proenza, y convertido tantas almas á Dios, se encomendó muy afectuosamente á ella, suplicándola, que le librase de aquel afan y agonía en que estaba; y para alcanzarlo mas fácilmente, ayunó y se confesó, y lloró muchas lágrimas. La misma noche de la vigilia de su fiesta, la Magdalena se le apareció en figura de una mujer hermosísima y grave: la cual con una voz clara y sonora, llamándole por su propio nombre, le dijo, que sus oraciones habian sido oidas, y en prueba de esto, le mandó, que la siguiese: y despues le declaró, que ella era la Magdalena, á quien él se habia encomendado, que le venia á ayudar. Y habiendo andado un poco, le preguntó si sabia, donde estaba: y como él respondiese, que creia, que todavía estaba dentro de los muros de Barcelona; la santa le dijo: Mucho te engañas: ya estás en tierra y una legua de Narbona: donde entró al amanecer. Y por aviso de la misma santa, y en paga del beneficio tan señalado, que de ella habia recibido, el conde mandó edificar un monasterio suntuoso, y de mucha renta, en el lugar donde estaban sus sagradas reliquias, y le entregó á los padres predicadores de Santo Domingo: y en otras partes hizo otros conventos de la misma órden, de la cual fué muy devoto: y júnto á Narbona hizo poner una cruz, en aquel mismo lugar, donde le dejó la Magdalena, que se llamó «la Cruz de la legua.» Todo esto es del sobredicho P. M. Fr. Silvestre Prierio, varon tan religioso, docto, y de tanta autoridad. La fiesta de la Magdalena celebra la Iglesia á los 22 de julio, que fué el dia, en que murió.

11 Dos cosas se han de advertir en la vida de esta santa: la primera que ha habido muy gran duda entre los santos doctores si la Magdalena, de la cual hablan los evangelistas, fué una sola, ó mas; porque no han faltado graves autores, que han escrito que fueron dos: una la pecadora, de la cual habla el evangelista san Lucas: y otra hermana de Marta y Lázaro: y otros hacen tres Magdalenas. Pero ya esta cuestion parece, que en gran parte ha cesado, y que la mas probable y mas segura es, decir, que fué una sola, que es lo que yo escribo en esta historia, así por ser la opinion mas comun de los santos antiguos y escritores modernos, como por ser mas recibido del uso de la santa Iglesia nuestra madre: la cual el dia de la fiesta de la Magdalena celebra á la mujer pecadora: y juntamente dice, que fué hermana de Lázaro: y tambien porque si se miran atentamente las palabras del evangelista san Juan, claramente parece, que da á entender haber sido una misma la hermana de Lázaro, y la que ungió los piés del Señor en casa del fariseo, y los limpió con sus cabellos; porque dice el sagrado evangelista estas palabras: «Habia un enfermo, llamado Lázaro, de Betania, en el castillo de Marta y María, sus hermanas, y María era la que ungió con ungüento al Señor y limpió los piés de él con sus cabellos, y cuyo hermano Lázaro estaba enfermo:» los cuales palabras son de mas fuerza, para probar, que fué una la Magdalena, y no muchas, que todas las razones que se pueden alegar en contrario. La otra cosa es, que algunos autores griegos han escrito, que el cuerpo de la Magdalena y de Lázaro, estuvieron mucho tiempo en la ciudad de Efeso en Asia, y que despues fueron traspasados á Constantinopla, y colocados en un templo que les edificó el emperador Leon, llamado el Filósofo. Pero lo cierto es, lo que aquí escribimos; y hoy en dia se muestran sus sagradas reliquias en Francia, en los lugares en que vivieron y murieron, como se ha dicho: aunque Sigiberto en su Crónica escribe, que habiendo sido asolada la ciudad de Aix de los sarracenos, el cuerpo de la Magdalena fué trasladado por Gerardo, conde de Borgoña, al monasterio Vizilaco, que él mismo habia edificado. De la Magdalena escriben todos los Martirologios, y los autores, que interpretan la sagrada historia de los Evangelistas, y otros muchos que hicieron sermones de sus alabanzas.

* San Meneleo, abad. — Nació en Anjou de una familia ilustre aliada á la casa real de Francia. Su extraordinario amor por la virtud, le hizo concebir el proyecto de dejar el mundo; pero sus padres para impedírselo resolvieron casarlo siendo aun muy jóven. Propusiéronle para esposa la hija de un caballero llamado Baronte, que deseaba tambien lo mismo; pero el santo que queria pasar su vida en la continencia, huyó secretamente de la casa de su padre, y habiéndose unido á otros dos compañeros, fueron juntos á Auvernia y tomaron el hábito en el monasterio de Carmery. Al cabo de siete años Meneleo y sus dos compañeros dejaron aquel monasterio, y se trasladaron al de Menat, á siete leguas de Clermont, cuyo monasterio mandó reedificar y fué como su segundo fundador. Gobernóle Meneleo por muchos años con gran reputacion de santidad y murió en el año 720.

San José, confesor. — Célebre judío del siglo IV, por su sabiduría y por el favor de que gozó en su tiempo. Despues de la destruccion de Jerusalen, continuaron los judíos en tener sus doctores y

pontífices: tenian dos escuelas, una en Babilonia y otra en Tiberíades, de las cuales salian todavía hombres ilustrados que procuraron conservar sin alteracion el texto de los libros santos. José fué uno de esos hombres; y estando encargado de la educacion del hijo del patriarca Hillel, fué testigo de varios prodigios, y él mismo oyó una voz que le decia: Yo soy Jesucristo que tus padres han crucificado: cree en mí. Despues de esto, José miraba ya á los cristianos con particular estimacion. Habiendo ido á la Cilicia á recoger los diezmos que se pagaban al patriarca, pidió á los cristianos el libro de los Evangelios. Los judíos, descontentos ya de su conducta, lo sorprendieron un dia leyendo este libro, se echaron furiosos sobre él, lo llevaron á la sinagoga, lo maltrataron cruelmente; y se preparaban á hacerle sufrir todavía mas indignidades, cuando un obispo cristiano lo quitó de entre sus manos. José que acababa de sufrir por Jesucristo, no tardó en aumentar el número de sus discípulos, y en recibir el bautismo. Constantino el Grande, que en el año 323 se habia hecho dueño del Oriente, le dió el título y el rango de conde, con pleno poder para edificar iglesias en la Palestina. José empezó levantando una en Tiberíades, la cual vió pronto concluida á pesar de las maquinaciones y esfuerzos de sus enemigos. En seguida experimentaron los efectos de su zelo arrianos y judíos que se unieron para perseguirle. Pero la dignidad de conde del imperio de que se hallaba revestido, le hizo superior á todos sus ataques y le proporcionó el triunfar de todos. Cuando el emperador Constancio persiguió á los obispos fieles al símbolo de Nicea, José se retiró á Scitópolis. Aquí ejerció con muchos pastores las buenas obras de la hospitalidad; se dedicó á los ejercicios de la virtud, y murió santamente, á la edad de setenta años, el de 356. San Epifanio y otros autores antiguos han escrito de las virtudes de este santo, ensalzando particularmente su humildad y su fervor.

San Vandrilo, abad.—Descendiente de una de las primeras familias del reino de Austrasia, desde su juventud figuró en la corte de Dagoberto I que le dió empleos considerables y le nombró conde del palacio. Rodeado de honores, se preservó sin embargo del veneno del orgullo y llevó una vida muy mortificada en el mismo seno de los placeres. Para complacer á su familia, contrajo matrimonio; pero el mismo dia de su boda, propuso á su esposa, que era tan virtuosa como él, vivir en perpetua continencia, haciendo ambos el sacrificio de su virginidad. Vandrilo dejó, pues, la corte y todos sus cargos, y se retiró á la abadía de Monfaucon, y tomó en ella el hábito religioso en el año 629. Algun tiempo despues el siervo de Dios, mandó edificar un monasterio en una de sus tierras, que tomó el nombre de Clisang y que fué su permanencia ordinaria. En seguida hizo dos viajes, el uno á Bobio y el otro á Roma, para perfeccionarse en los ejercicios de la vida monástica, y á su vuelta á Francia, pasó diez años en la abadía de Romans. En 646 fundó en el país de Caux el célebre monasterio de Fontenelle, y como poco antes habia recibido las órdenes sagradas, fué elegido superior y abad de aquella casa que muy luego contó mas de trescientos religiosos. La vida del santo abad era edificante y gloriosa: el primero en todos los ejercicios mas penosos de la casa, el modelo y el ejemplar de todos sus súbditos en la vida espiritual, no cesaba por esto de salir con frecuencia de su monasterio para ir á predicar el Evangelio á los pueblos comarcanos á quienes convirtió casi completamente. Por fin, coronado de méritos y de virtudes, murió Vandrilo, el dia 22 de julio del año 666, resplandeciente en muchos milagros.

Santa Síntica.—Fué discípula de san Pablo y su cooperadora en la propagacion del Evangelio, como lo dice el mismo apóstol en su carta á los filipenses con estas palabras: «Ruego á Evodia y suplico á Síntica que sientan lo mismo en el Señor. Tambien le ruego á tí, fiel compañero, que asistas á aquellas que trabajaron conmigo en el Evangelio con Clemente y con los otros que me ayudaron, cuyos nombres están en el libro de la vida.» San Juan Crisóstomo dice que por estas palabras de san Pablo hay fundamento para creer que aquellas dos santas mujeres fueron la cabeza de la Iglesia de Filippis, y que las recomienda el Apóstol, como se ve, no por amistad ó afecto particular que las tenga, sino por lo que han trabajado en favor del Evangelio. Parece que empleó esta santa el resto de sus dias en hospedar á los pobres y peregrinos, y convertir á muchos á la verdad, y que murió en Filippis de Macedonia el año 73 de Jesucristo.

San Platon, martir.—Nació en Ancira de Galacia, y padeció en la misma ciudad ilustre martirio por la fé. En tiempo del emperador Maximiano, fué preso por órden del juez Agripino, que no pudiendo vencer su constancia, mandó que doce soldados le azotasen hasta que sus carnes se cayesen á pedazos. El santo mártir se mostraba siempre mas firme en su propósito, y el juez dispuso que le tendiesen sobre unas parrillas y lo quemasen á fuego lento; despues de esto, lo amarraron á unos palos, y lo desollaron de piés á cabeza, hasta que por fin le cortaron la cabeza, y coronó con inmarcesible corona su laborioso y cruel combate. Durante su martirio, y despues de su muerte obró este santo muchos milagros, de los cuales hace gloriosa mencion el concilio de Nicea.

San Cirilo, obispo y confesor.—Durante la persecucion del emperador Diocleciano, fué este santo azotado por tres dias consecutivos, y despues encerrado en una oscura prision, de la cual salió milagrosamente por ministerio de los ángeles. Vivió despues en un desierto hasta que el Señor reveló su sabiduría, su mérito y esclarecidas virtudes á los habitantes de Antioquía, que le eligieron por su obispo. Su pontificado fué ilustre por los importantes trabajos que desempeñó en favor de la Iglesia católica, y por la abundancia de conocimientos útiles que derramó entre sus ovejas. Era un sabio de primer órden, y un santo de los mas distinguidos, y murió en paz, en la misma ciudad de Antioquía, el dia 22 de agosto del año 300.

SAN TEÓFILO, MÁRTIR. —Natural de Constantinopla, del órden senatorio, fué nombrado general por la emperatriz Irene para ir contra los sarracenos que se habian apoderado de la isla de Chipre. Habiendo presentado una batalla á sus enemigos contra el parecer de los demás generales de su ejército, en lo mas fuerte de la pelea se metió solo entre las huestes enemigas, y peleaba con gran denuedo, cuando habiéndolo abandonado los suyos, que miraban sus hazañas con envidia, cayó en poder de los sarracenos. Cuatro años lo tuvieron estos en una mazmorra, importunándolo todos los dias para que abandonase su religion y abraza-e la ley del profeta; pero Teófilo permanecia constante siempre en su fé, y por este motivo fué degollado en la misma isla de Chipre, el dia 20 de agosto del año 790.

Dia 23.

SAN APOLINAR, OBISPO Y MÁRTIR. — Cuando el príncipe de los apóstoles san Pedro traspasó su silla apostólica de Antioquía á Roma, entre los otros discípulos, que trajo consigo, fué uno san Apolinar, al cual consagró obispo, y le envió á la ciudad de Ravena, para que en ella predicase el santo Evangelio, y con la luz del cielo alumbrase aquellos pueblos, que estaban sentados en la sombra de la muerte. Partióse san Apolinar con la bendicion de su dulce maestro, posponiendo el gusto y regalo, que tenia con su presencia, á la obediencia y á la voluntad del Señor, que por medio de su sagrado apóstol le llamaba á grandes trabajos y grandes empresas. Llegando cerca de Ravena, fué acogido en casa de un soldado, llamado Trenco, que tenia un hijo ciego, al cual el santo pontífice Apolinar, haciendo la señal de la cruz, restituyó la vista. Por este milagro, Trenco y toda su casa, creyeron en Cristo, y fueron bautizados. Supo un tribuno, ó maestre de campo, el milagro que el santo habia hecho, dando vista al hijo de Trenco, que era su soldado, y haciéndole llamar, le rogó, que sanase su mujer, que se llamaba Tecla, y estaba enferma gravemente de muchos años, y sin esperanza alguna de remedio: á la cual Apolinar tomó por la mano, y le dijo: Levántate sana en el nombre de nuestro Dios y Señor Jesucristo, y cree en él; y entiende, que no hay cosa semejante á él en el cielo, ni en la tierra. Luego se levantó la mujer sana, diciendo: No hay otro Dios sino Jesucristo, á quien tu predicas. Con esto ella, y el tribuno, su marido, con sus hijos, y todos los de su casa y otros muchos, que estaban presentes, se convirtieron, y recibieron el agua del santo bautismo. Doce años se ocupó san Apolinar en predicar la doctrina del cielo, y en bautizar á los que recibian, y creian en Cristo, y en enseñar las Letras sagradas á los hijos de algunos caballeros que se los traian, y en administrar los santos sacramentos, instituyendo algunos clérigos sacerdotes, que le ayudasen. Pero como ya creciese el número de los cristianos, y la luz que habia estado escondida, se manifestase por su grande resplandor; tuvo noticia de lo que pasaba, Saturnino, gobernador de la ciudad: mandó llamar á Apolinar, y llevóle consigo á los pontífices y sacerdotes, y delante de ellos le examinó, ¿quién era? ¿de dónde habia venido? ¿qué pretendia? Y finalmente habiendo respondido altamente á todas sus preguntas; los sacerdotes, alborotando al pueblo, le maltrataron y aporrearon, y echándole fuera de la ciudad, le dejaron medio muerto: mas los cristianos le tomaron y escondieron en casa de una buena viuda cristiana, y allí le curaron. Al cabo de seis meses, un caballero muy principal, llamado Bonifacio, que estaba en la ciudad de Clusi en Toscana, repentinamente perdió la habla, y quedó mudo: el cual, habiendo entendido las maravillas, que Dios obraba por Apolinar, y que todavía vivia, le rogó que viniese á su casa; y él vino, y le sanó y libró una criada suya, que estaba endemoniada: y con estos milagros se convirtió á la fé de Cristo, Bonifacio y otras quinientas personas. Pero los gentiles, teniendo grande enojo, echaron mano del santo, y le apalearon fuertemente, y le hicieron pasear sobre las brasas con los piés descalzos, mandándole que no hablase del nombre de Jesus; y con esto le echaron fuera de la ciudad. Estuvo Apolinar en una choza de pastores, maltratado en el cuerpo y regalado en el alma, porque padecia por su Señor: y allí donde estaba, predicaba á los que venian á él, y bautizaba á muchos; y la fé de Cristo nuestro Señor se dilataba y crecia. De allí pasó á la provincia de Emilia (que es aquella parte de Lombardía, que está de allá del Pó hácia Ravena), donde resucitó á una difunta, hija de un caballero patricio, llamado Rufino: y por esta ocasion la doncella y su padre y otra mucha gente se bautizó, y la doncella se consagró á Dios, viviendo en castidad toda su vida. No pudo el demonio sufrir las maravillas y grandezas, que Dios obraba por su siervo Apolinar; y así movió al emperador Neron (sabiendo lo que pasaba), para que enviase contra él un juez, llamado Mesalino: el cual le mandó desnudar y azotar cruelmente, y darle con gruesos y nudosos palos grandes golpes, y poner en el ecúleo para atormentarle. Mas por graves y atroces que fuesen los tormentos, no perdia nuestro santo pontífice su fortaleza y constancia, cansándose los verdugos de dárselos, y no cansándose él de padecerlos. Mandóle de nuevo Mesalino azotar y echar agua hirviendo sobre sus llagas, y cargado de prisiones y cadenas, poner en una nave, y desterrar á Esclavonia. En este tiempo quiso nuestro Señor, que uno de los que atormentaban al santo, y se mostraba mas agudo y diligente en cumplir lo que el juez mandaba, arrebatado del demonio, súbitamente cayese allí muerto. Y aunque Mesalino, por unas palabras que el santo le dijo, le hizo dar grandes golpes en la boca con una piedra, y los cristianos que allí estaban se le quisieron quitar de sus manos; y tornando á la cárcel, le extendieron y le tuvieron algunos dias sin comer, y allí fué visitado de un ángel, y recreado y sustentado con mantenimiento del cielo; al fin, pasó adelante con su intento, y luego le envió desterrado en un navío á Grecia. Perdióse la nave en una terrible tempestad, y todos los que iban en

olla, fuera de tres clérigos suyos y dos soldados gentiles, los cuales se convirtieron. Llegado á la provincia de Misia, donde el santo sanó á un hermano de un hombre poderoso, que estaba cubierto de lepra, en cuya casa estuvo muchos dias. De allí pasó á Tracia, y entrando en una ciudad de esta provincia, enmudeció el ídolo, que estaba en el templo de Serapis, y por parte del demonio daba respuestas, á los que le preguntaban, teniéndose por oráculo, todo lo que decia. Causó esto grande admiracion y turbacion entre los gentiles, é hicieron grandes ofrendas y sacrificios, para aplacar al ídolo y saber la causa, porque no les respondia. Al cabo de algunos dias dijo, que no podia hablar; porque un discípulo de san Pedro, apóstol de Jesucristo, venido de Roma, le habia atado, y que mientras allí estuviese, no les podia responder. Buscaron al santo, y hallándole, supieron de él quien era, y por que habia venido: y habiéndole azotado y maltratado, le pusieron en una nave y le mandaron volver á Italia, y con varios trabajos y peligros y persecuciones, y no con menos milagros y prodigios, que Dios por él obraba; finalmente al cabo de tres años volvió á Ravena, donde fué recibido de los cristianos con suma alegría, por ver á su pastor y maestro. Mas los idólatras de nuevo le prendieron y le arrastraron hasta la plaza, y le dieron muchos tormentos, amenazándole con otros mayores, si no sacrificaba al dios Apolo, á cuyo templo lo llevaron. Allí el santo haciendo oracion, el simulacro de Apolo se deshizo en polvo, con grande alegría de los cristianos y rabia de los gentiles. Entregáronle á un juez ordinario, llamado Tauro, para que le sentenciase á muerte: el cual le llevó á su casa, y por haber sanado á un hijo suyo, ciego de nacimiento, le envió de noche á una alquería suya seis millas de la ciudad, en donde estuvo cuatro años enseñando y sanando algunos enfermos, que venian á él. No se pudo encubrir á los sacerdotes Apolinar, y de nuevo fué preso, estando ya muy viejo, cansado y consumido de los trabajos y tormentos pasados: y habiéndose consultado su negocio con el emperador Vespasiano, fué presentado al tribunal de un varon patricio, llamado Domésteno: el cual despues de varias pláticas lo entregó á un capitan para que le guardase, entre tanto que él pensaba, con que género de muerte le habia de acabar. El capitan ocultamente era cristiano: llevóle á su casa, y tratóle bien: y sabiendo que le querian ya matar, le aconsejó que se salvase; porque su vida era muy importante para la salud de muchos, ofreciéndole lugar para poderlo hacer á su salvo. El santo, entendiendo que hacia mayor servicio á Dios en esconderse y guardarse por entonces, salió de la casa del capitan á media noche; pero fué oido y seguido de los gentiles, y le alcanzaron no muy lejos de la puerta de la ciudad; y allí le dieron tantos palos y heridas, que le dejaron por muerto. Despues vivió siete dias en unas casas, donde se recogian los leprosos, exhortando á los cristianos á que perseverasen en la fé, y avisándoles, que la Iglesia padeceria grandes persecuciones, y despues de ellas tendria mucha paz. Con esto dió su espíritu al Señor á los 23 de julio, el año último del imperio de Vespasiano, que segun Pedro Damian fué el año de Cristo de 81, habiendo peleado valerosamente, y sacrificádose como hostia viva al Señor, con un martirio prolijo de veinte y nueve años, como lo dice el mismo autor en un sermon. Solian los fieles visitar el sepulcro de san Apolinar, y tocándole con la mano, jurar lo que querian afirmar, de manera que se creyese, como se saca del libro v, epístola 33 de san Gregorio, papa, que en cierto negocio grave, manda que así se haga. De san Apolinar hace mencion san Ambrosio en la prefacion de su misal; san Pedro Crisólogo en el sermon 128; Pedro Damian; y Gerónimo Rubeo, y otros, que escriben las cosas de Ravena á mas de todos los Martirologios de Beda, Usuardo y Adon.

Santa Brígida, viuda.—Fué santa Brígida del reino de Suecia, de padres ilustrísimos, y que descendian de la sangre real, y juntamente eran muy devotos y piadosos, como lo habian sido sus progenitores. Su padre se llamó Brígero: el cual fué tan devoto, que vino en peregrinacion á Santiago de Galicia, y cada viernes se solia confesar, y decia, que queria aquel dia componer su alma de tal manera con Dios, que pudiese llevar con paciencia y alegría los trabajos, que los otros dias de la semana él le diese. La madre, que se llamaba Sigridis, fué señora no menos religiosa, y edificó muchas iglesias, y las dotó de rentas copiosas y de ricos ornamentos. Estando esta señora preñada de santa Brígida, y navegando, tuvo una recia tempestad, en la cual muchos de los que iban en el navío, se ahogaron: y estando Sigridis en gran peligro, fué socorrida de Enrique, hermano del rey de Suecia, y escapó casi milagrosamente. La noche siguiente le apareció una persona venerable, de ropa rica vestida, y le dijo: Por una niña que tienes en tus entrañas, te ha Dios guardado y dado la vida: críala como don de Dios, por su amor. Nació la niña, y llamáronla Brígida: y cuando nació, un sacerdote anciano y siervo de Dios, que despues fué obispo, vió de noche una claridad muy grande, y una vírgen sentada sobre una nube, con un libro en la mano, y oyó una voz, que dijo: Una hija ha nacido á Brígero, cuya voz admirable resonará por todo el mundo. Los tres primeros años estuvo la niña sin hablar, como si fuera muda, y al fin de ellos comenzó á hablar tan distinta y perfectamente, que no parecia niña de tres años, sino mujer de mayor edad. Murió poco despues su buena madre muy cristianamente y contenta, por entender que Dios la llevaba al cielo, y que dejaba tal prenda en la tierra, como lo era Brígida, la cual dió su padre á criar á una tia suya, matrona grave y honestísima. Siendo de siete años, y estando velando una noche, vió en frente de su cama un altar, y sobre él á nuestra Señora, vestida de gloria y resplandor, con una corona preciosa en la mano, que la llevaba, y ella se levantó, y corrió al altar; y nuestra Señora le dijo: Brígida, ¿quieres esta corona? Y respondió la niña, que sí. La Vírgen le puso la corona en la cabeza: y con esto desapa-

reció aquella vision; aunque siempre se le quedó la memoria de ella. Cuando llegó á edad de diez años, comenzó á descubrir mas el tesoro que tenia en su alma, y á echar de sí mas claros rayos de virtud y santidad: porque á mas de ser honestísima, era modesta, humilde, obediente, alegre, y vergonzosa, y de maravillosa blandura y caridad: y habiendo oido un sermon de la pasion del Señor le apareció en sueños la noche siguiente, como si le acabaran de crucificar, doloroso y sangriento, y le dijo: Mira como estoy llagado. Y creyendo la bendita niña que aquellas llagas eran frescas, con mucha ternura y sentimiento dijo al Salvador: ¡Ay Señor! ¿Y quién os ha tratado así? Y él respondió: Los que me desprecian y no hacen caso de mi caridad. Con esta vision quedó Brígida tan lastimada y compungida, que de allí adelante no podia pensar, ni acordarse de la pasion del Señor, sin derramar muchas y tiernas lágrimas de sentimiento. Ocupábase en hacer labor de oro y seda; pero de manera, que su corazon estaba atento, no tanto en lo que hacia con sus manos, como á su dulcísimo esposo Jesucristo, en quien tenia puesto todo su amor: y algunas veces fué vista una doncella de maravillosa hermosura que estaba con ella y la ayudaba en su labor sin saberse quién era. Levantábase de su cama de noche, cuando los otros dormian á hacer oracion delante de un crucifijo: y una vez vió al demonio en figura disforme y espantosa, con cien manos y cien piés: y ella huyendo de aquella horrible bestia, se fué corriendo al crucifijo, y el maligno espíritu le tornó á aparecer, y le dijo: No tengo poder para dañarte sino me lo permite el Crucificado; y con esto desapareció.

2 Siendo ya santa Brígida de edad para casarse, su padre le dió por marido á un caballero muy principal, mozo, noble, rico y prudente, que se llamaba Ulfo, y era príncipe de Nericia. Y aunque la santa doncella deseara permanecer en su virginidad, todavía obedeció á su padre; pero antes de consumar el matrimonio, ella y su marido vivieron un año castamente, suplicando á nuestro Señor que los guardase en su santo temor, y que de aquel matrimonio les diese hijos que le sirviesen: y así los oyó el Señor, y vivieron santamente, y con gran paz y concordia en el estado conyugal. Tenia Brígida criadas cuerdas, honestas y de loables costumbres: ocupábalas en hacer labor; y ella iba adelante con su ejemplo. Confesábase á menudo con un padre espiritual, docto y prudente, y obedecíale con gran cuidado y reverencia en las cosas de su alma: y cuando se confesaba, lloraba sus culpas por livianas que fuesen, mas que otros las muy graves. Tenia en su casa un oratorio (como la santa Judith), donde se recogia como á puerto sagrado de las ondas y ocupaciones domésticas y seglares: y cuando su marido estaba ausente, pasaba casi todas las noches en oracion, arrodillándose muchas veces en el suelo, disciplinándose y afligiendo su cuerpo para sujetarle á la razon. Era muy templada en el comer y beber, y como era señora tan rica y tan piadosa, repartia largas limosnas á los pobres, y tenia una casa apartada para recibirlos y darles de comer y vestir, y ella misma los servia y lavaba los piés. Oia de buena gana las palabras de los siervos de Dios, y leia con devocion y afecto las vidas de los santos, y finalmente, toda su vida era un dechado y un perfecto retrato de toda virtud: la cual procuraba plantar en los corazones de sus hijos, y criarlos para Dios, y tenia gran sentimiento cuando alguno de ellos faltaba á su obligacion. Y porque uno de ellos una vez no ayunó la vigilia de san Juan Bautista, se afligió sobre manera, y san Juan le apareció y le dijo, que por haber llorado tanto el no haber ayunado su hijo el dia de su vigilia, él la ayudaria y la defenderia con sus armas espirituales.

3 Una vez tuvo un recio parto, y viéndose en peligro se encomendó á nuestra Señora; la cual aquella noche apareció en el aposento donde estaba santa Brígida, vestida de blanco, y la tocó su cuerpo y desapareció; y luego parió sin dificultad alguna. Como ella y su marido eran tan conformes y tan unidos entre sí y en el amor de Dios, y tan dados á la devocion, concertáronse de venir en romería á Santiago de Galicia, y al tiempo que volvian á su casa, cayó malo su marido de una grave enfermedad en la ciudad de Arrás, que es en los estados de Flandes. La santa encomendó al Señor la salud de su marido, y apareciósele san Dionisio Areopagita, y díjole quien era, y que porque tenia particular devocion con él, Dios le habia enviado para consolarla y decirle que queria manifestarle al mundo; y que él seria su guarda y que su marido no moriria: y así convaleció y tornaron á su casa, y los dos se encendieron tanto en amor de Dios y de la castidad, que determinaron apartarse y entrar en religion, como lo hizo su marido en un monasterio donde vivió algunos años y murió en santa vejez; y Brígida entró en otro monasterio de monjas, repartiendo primero su hacienda, parte á sus hijos, parte á los pobres. Y como el mundo loco lisonjea á los ricos y menosprecia á los pobres, y tiene por desatino el despojarse la persona de sus bienes y vivir en pobreza; los que antes la honraban y reverenciaban, comenzaron á escarnecerla y á no hacer caso de ella: pero Brígida estaba tan fija en el amor de Dios, y tan puesta con el corazon en aquel Señor, que siendo rico y Rey de gloria, se habia hecho pobre por ella, que los juicios vanos y palabras descompuestas de los hombres no la turbaban ni movian: y Dios la regalaba y favorecia, y la ilustraba con grandes y maravillosas revelaciones, de manera, que parecia que el mismo Señor la guiaba con su impulso y espíritu en todas las cosas que hacia, y crecia siempre en fervor. Entre los otros dones grandes que tenia de nuestro Señor, fué uno, que en diciendo alguna palabra menos ajustada con la voluntad de Dios, luego sentia en su boca una grande amargura, como de piedra azufre; y en las narices, cuando alguno hablando con ella, decia palabra viciosa ó engañosa. Maceraba su cuerpo con cilicios, con dormir en una camilla dura, y hacer tanta oracion de noche y de dia, que era maravilla que una mujer flaca y delicada pudiese

sufrir tan grandes trabajos. Solia los viernes echarse sobre sus brazos algunas gotas de cera ardiendo, y llevar en la boca una yerba muy amarga, para sentir mas la pasion del Salvador. Sin el cilicio traia ceñida una soga á su cuerpo y otras dos á los muslos, en memoria de la santísima Trinidad. Todos los domingos y fiestas principales recibia el santísimo Sacramento del altar. Dormia el invierno acostada en una pobre camilla, con muy poca ropa encima en tiempo de grandísimos yelos, como los hace en el reino de Suecia, por estar tan debajo del Norte: y preguntada como podia vivir con tan poco abrigo en tan intenso frio, respondia: que era tan grande el calor interior, que por la divina gracia sentia en su alma, que el frio exterior no le empecia. Y no solamente hacia este efecto en santa Brígida el fuego del divino amor; pero de tal manera la encendia y abrasaba, que le hacia escribir muchas cartas á los religiosos, prelados de las Iglesias, y á los príncipes, reyes, emperadores y sumos pontífices, segun que Dios se lo mandaba, ahora avisándoles que se guardasen de la ira de Dios que los amenazaba, ahora reprendiéndoles con mucha humildad y modestia, ahora exhortándolos á la enmienda de la vida y á la reformacion de la república, y al papa Gregorio XI estando en Aviñon le escribió la santa de parte de Dios, que se volviese con su corte á Roma, y así lo hizo el papa.

4 Viviendo en su monasterio, le mandó Dios que fuese en peregrinacion á Roma, donde las calles estaban bañadas de sangre de mártires, y por medio de las indulgencias, como por un antojo, se podia llegar mas fácilmente al cielo: y ella obedeció, dejando su patria y su casa, amigos y conocidos, y se puso en camino, y llegó á aquella santa ciudad, y en ella estuvo visitando las estaciones y santuarios de ella con increible devocion y alegria de su purísima alma; y algunas veces fué vista cuando los visitaba, andar como por el aire levantada sobre los otros, y echar de su rostro unos rayos tan claros y resplandecientes como el sol. De Roma pasó al reino de Nápoles y Sicilia, y tornó á Roma, y de allí navegó á Jerusalen; porque así le fué mandado del cielo: y aunque al principio le parecia que ya era vieja, flaca y enferma para tanto trabajo; el Señor la confortó, y le prometió de serle guia, y de llevarla y volverla diciéndole: que era el Autor de la naturaleza, y el que le daba la carga y fuerzas para llevarla. Cuando estuvo en Jerusalen visitando aquellos lugares, consagrados con la vida y muerte del Señor, fué de él maravillosamente ilustrada, y regalada con revelaciones divinas y muy particulares, del nacimiento, pasion y misterios de Jesucristo nuestro Redentor, y de las mudanzas, estados y calamidades de los reinos. Entre estas revelaciones, que fueron muchas y muy señaladas, tuvo una en el reino de Chipre, del azote que Dios nuestro Señor habia de dar á los griegos por estar apartados de la Iglesia romana, y que su imperio no tendria paz ni tranquilidad, sino que siempre estarian sujetos á sus enemigos, y padecerian gravísimas y continuas miserias, hasta que con verdadera humildad y caridad la reconociesen por madre y maestra y se sujetasen á ella. Volvió á Roma, como Dios se lo habia prometido, y dióle una enfermedad que le duró un año, llevándola con gran paciencia y alegria. Revelóle el Señor que se llegaba el tiempo deseado de su partida de esta vida, y apareciéle, y hablóle, y díjole lo que queria que hiciese, y la santa le cumplió todo: y habiendo oido misa y recibido los sacramentos, dió su espíritu al Señor, que para tanta gloria suya la habia criado. Fué su muerte á los 23 de julio del año del Señor de 1363, y hubo revelaciones de su gloria, y Dios hizo algunos milagros por esta santa en vida, y muchos mas despues de su muerte: porque, como refiere san Antonino, á mas de haber dado vista á los ciegos, oido á los sordos, habla á los mudos y salud á otros muchos enfermos; en diversos lugares resucitaron diez muertos por su intercesion: por los cuales milagros y por su santísima vida Bonifacio IX, papa, la canonizó y puso en el número de los santos. Su cuerpo en el año siguiente despues de su muerte, fué trasladado al reino de Suecia, y colocado en el monasterio vastanense de San Salvador donde ella habia sido monja, obrando nuestro Señor por el camino muchos milagros; y en Roma hoy en dia dicen, que se guarda una ropilla de santa Brígida, la cual tiene gran virtud, especialmente para librar á las mujeres de parto, que están en peligro de la vida. Instituyó santa Brígida una nueva religion de frailes y monjas, debajo de la regla de san Agustin, que hasta hoy dia se llama la órden de santa Brígida, y floreció mucho en Suecia, Alemania, Inglaterra, y en otras provincias setentrionales; y hoy dia en algunas ciudades de Italia hay conventos de ella, en que se vive con mucha religion y observancia. Tambien escribió un libro de sus revelaciones, el cual ha sido muy examinado y cernido, por haberle querido tachar y reprender algunos teólogos, que midiendo las cosas divinas con prudencia humana, no acababan de entender, que Dios reparte sus gracias á quien él es servido, no conforme á la condicion ni ciencia de los hombres, sino conforme á la humildad y disposicion que halla en los corazones. Pero este libro fué aprobado por el doctísimo y sapientísimo cardenal Fr. Juan de Torrequemada, fraile de Santo Domingo, al cual el concilio de Basilea cometió el exámen de él, y despues aprobó la censura que el cardenal habia dado.

5 La vida de santa Brígida, viuda, escribió un autor grave, sacándola de la bula de su canonizacion, y la pone Surio en su cuarto tomo, y san Antonino en su tercera parte, tit. 24, cap. 11, y el Martirologio romano, y el cardenal Baronio hace mencion de ella á los 23 de julio.

San Liborio, obispo. —Siendo el glorioso san Liborio mas conocido en España por los muchos milagros y maravillas, que continuamente por su intercesion obra el Señor en todo género de personas, y en especial con los que padecen el mal de piedra, ijada, orina, riñones, cuya abogacía le ha dado Dios, como lo comprueban los admirables efectos en todas las partes, en donde es invo-

cado su favor, y florece la devocion en los corazones de los fieles; que por las heróicas virtudes, en que resplandeció en su vida, por haber mas de 1300 años, que pasó á la bienaventuranza: ha parecido seria de grande gloria de Dios, y no menos de mucho obsequio al santo, satisfacer á las piadosas instancias y deseos de sus devotos, el poner aquí un breve resúmen de lo poco, que de su vida, que por ser tan antiguo, y cortas sus noticias, por lo que queda dicho, se ha podido de ella alcanzar, recopilándola de lo que dejó escrito, y recogió de varios autores el V. P. Fr. Lorenzo Surio, en el tom. IV de su historia á 23 de julio, dia, en que el santo murió, año del nacimiento de Cristo 400, y en que la Iglesia romana celebra su fiesta.

2 Nació, pues, san Liborio, segun se deduce é infiere de lo que del santo escribieron los obispos, que despues le sucedieron en el obispado, en la hermosa ciudad Cenomanense de Francia, la cual no está lejos de la de Turon, en donde san Martin fué obispo, y contemporáneo suyo. Su linaje fué ilustre, de muy noble y conocida prosapia, y su nacimiento por los años de 300 en los principios de aquel siglo, aunque no se sabe el año, ni dia fijamente; y segun el cómputo del tiempo, fué en el del emperador Teodosio, y alcanzando el de sus dos hijos Arcadio y Honorio, los cuales reinaban á la sazon, que murió gobernando su obispado, como dirémos despues.

3 De su infancia, y juventud hablan los autores citados con tan encarecidas palabras, que no parece, pudieran decir mas de san Juan Bautista, y de cualquiera de los mayores santos de la Iglesia: porque lo primero afirman, que no se vió en sus costumbres accion pueril, ni cosa, que no fuese digna de hombre de razon: desde el pecho de su madre fué inclinado á la virtud, y al culto y veneracion de los santos, y á servir en el altar, y ocuparse en las celebridades de la Iglesia, en asistir á las misas, y oir los sermones. No se vió en este siervo de Dios, escogido por su mano para pastor y padre de su ganado, alguno de los malos resabios, que suele brotar nuestra naturaleza, viciada por el pecado, de libertad, ó mala inclinacion al vicio: sino que como flor entre las espinas de las malas inclinaciones de otras, dió siempre olor suavísimo de buenos ejemplos: porque fué humilde, como la tierra, y obediente y rendido á la voluntad de sus padres y maestro, sin tener otro querer, ó no querer mas que el suyo: nunca resistió á cosa, que le mandasen: ni tuvo riñas, ó discordias con sus iguales: mostrábase afable á todos, y en aquella edad sufrido, y piadoso con los pobres y necesitados, quitándose el pan de la boca para dárseles. Fué siempre pacífico y manso, y tan quieto, y temeroso de Dios, que se puede afirmar, sin riesgo de encarecimiento, que se verificó en él lo que afirma Isaías, cap. 66, del varon justo y escogido de Dios: que se derramó en su alma la gracia del Espíritu santo con la abundancia de sus dones, previniéndole con ellos desde luego para prelado y pastor de sus ovejas, y para maestro de su Iglesia.

4 Uno de los dones divinos, que resplandecieron en este grande santo desde su infancia, fué el de entendimiento y sabiduría mas que humana; porque ostentó desde luego un vivo y despierto ingenio para las letras, escogida habilidad para el estudio: la cual junta con su mucha virtud y aplicacion, en poco tiempo le hizo campear entre todos sus condiscípulos. Tuvo grande presteza en aprender, mucha energía en argüir, igual destreza en responder, claridad y prontitud en declararse, y enseñar lo que sabia, y el espíritu divino parece que le asistia en cuanto obraba y hablaba; porque de todos era aplaudido y alabado sin envidia, que no es pequeño don en los estudios, en donde al paso que alguno se adelanta, y sobresale entre los otros, es mas envidiado, que alabado de los condiscípulos; pero la virtud y modestia de nuestro santo fué tan grande, que refrenó á los díscolos, y prendó las voluntades de todos los buenos, de manera, que le amaron y estimaron, reconociendo en sus acciones el don divino, comunicado del Espíritu santo, que le habia escogido para vaso de eleccion y sabiduría en su Iglesia, y como tal le miraban y veneraban todos con igual estima, respeto, y amor: y viéndole tan aprovechado en las letras, mereció pasar de discípulo á maestro, y enseñar, lo que habia aprendido con la eminencia y acierto que Dios le dió, á sus discípulos, á los cuales leyó cátedra, no menos de virtudes, que de letras, enseñándoles con la filosofía humana la divina del temor santo de Dios, la piedad para con los prójimos, el estudio de aprovechar en la perfeccion, el zelo de la gloria divina, y de la salvacion de las almas, en primer lugar de las propias, que son los prójimos mas próximos, por quienes debemos mirar con mayor cuidado; porque seria grande yerro olvidarse de sí mismo, por cuidar de la salud ajena. Estas y otras muchas virtudes enseñaba el siervo del Altísimo, mas con el ejemplo de su vida, que con el estruendo de las palabras, que es el mas eficaz, el mejor, y mas útil modo de enseñar, ostentándose en su juventud anciano, y en la flor de sus años árbol fructífero, no solo de flores, sino de sazonados frutos de virtudes.

5 Llegando el siervo de Dios á la edad competente de tomar estado, lo primero que hizo, fué, cerrar los ojos á la carne y sangre, y á todo cuanto brilla en el mundo, y es apreciado de los hombres, poniendo la mira en el mayor servicio de Dios, y provecho de su alma: y despues de mucha oracion, y consulta con Dios, y con las personas espirituales y doctas, que le podian dar consejo, y atendiendo á la mayor gloria divina; se resolvió dar de mano á todas las pompas del mundo, y á cuanto estima y adora, y dedicarse todo á Dios, y á su culto y servicio, cerrando los oidos á los halagos del mundo, y á las delicias y gustos, que le ofrecia, así por su riqueza, como por su nobleza, y por la alta estimacion en que se hallaba, no solo de sus parientes, sino de toda su ciudad; y pisándolo todo con varonil resolucion, se sacrificó á Dios con voto de perpetua castidad,

para servirle en su Iglesia todos los dias de su vida; y despues de larga y fervorosa preparacion en oracion retirada, penitencias, mortificaciones, y ayunos, recibió los sagrados órdenes de subdiácono, diácono, y sacerdocio con igual gozo de su alma, y júbilo de toda la ciudad, mirándole como á ángel del cielo, que se ponia en el altar: porque su modestia y humildad, y el ejemplo de su vida, mas era de ángel de la gloria, que de hombre mortal.

6 Aquí faltan palabras, y sobran obras, para decir las que el santo hizo en el nuevo estado de sacerdote, y las veras y el fervor, con que se entregó todo al culto divino, al servicio del altar, al bien de los prójimos, y á todas las acciones de perfeccion. Si hasta aquí habia sido ángel, despues se ostentó querubin, y serafin: querubin en la ciencia, y serafin en el amor, así para con Dios, como para con sus prójimos: lo cual declaran los autores de su vida por el tenor siguiente.

7 Despues que se consagró á Dios, y mudó de hábito y vida, alistándose en el del estado clerical, que es la parte escogida del Señor, todo él, sin reservarse cosa para sí, su alma y su cuerpo, su entendimiento, memoria y voluntad, sus estudios, fuerzas, y todas sus acciones, dedicó y entregó de todo su corazon al servicio de su Dios y al culto de su altar, á los oficios divinos y á todo lo que tocaba á su mayor gloria, y honra y provecho de sus prójimos: todo su estudio dedicó á ordenar sus acciones y enderezar sus pensamientos, voluntad y deseos á la mayor gloria de Dios, y en cuanto la fragilidad humana le pudo permitir á no desviarse un punto de la voluntad divina, ni de lo que dicta la razon, obrando siempre lo que juzgaba era de mayor perfeccion: fué muy circunspecto y mirado en todas sus acciones, guardando la modestia y compostura que pide el hombre exterior, cautelándose de lo malo, y afectando siempre lo mejor: era dócil y manso de condicion, prudente y próvido en todas sus acciones, previniendo los riesgos en que podia caer: de donde le nacia que en ninguna se hallaba descuidado, ni desapercibido, y ni las cosas prósperas le envanecian, ni las adversas le inmutaban: á todas se hallaba superior, con una igualdad de ánimo mas celestial que humano: tan conforme con la voluntad divina, como si viviera, no en la tierra, sino en la corte celestial: tan firme y arraigado en Dios, que de ninguna cosa tuvo temor, viviendo en el mundo, sino del pecado y de lo que podia ser menos agradable á la divina Majestad, en quien tuvo siempre segurísima confianza, y grande firmeza en su fé, constancia y tolerancia en los trabajos.

8 Púsose fuera de esto rigurosísimas leyes á sí mismo, para no mirar con sus ojos, ni hablar con su lengua, ni gustar con su paladar, ni oir con sus oidos, ni percebir con sus sentidos, sino lo que fuese la voluntad de Dios, sin faltar en un ápice, en lo que ordena su ley, que es la primera y mas útil devocion: y repetia muchas veces que no era justo hacer ni apetecer cosa alguna, que lo pesase despues. Traia siempre á mano la regla de la ley y la razon, para ajustar todas sus acciones y deseos con ella al edificio de la perfeccion, como el diestro artífice la regla de su arte, para nivelar las piedras que pone en su edificio: con que siempre sus obras iban niveladas con la voluntad de Dios: para lo cual usaba de continua mortificacion, refrenando sus pasiones, para que no pasasen, ni pisasen las lindes de la razon, y menos las de la ley de Dios.

9 De este continuo estudio y vigilancia, que tuvo entre sí mismo, le nació el ser tan modesto y tan casto en lo interior y exterior, que fué un espejo cristalino de honestidad y santidad, á cuantos conversaban con él, notablemente templado, mortificado y medido en todas sus obras, palabras y acciones: su comida tan moderada, que era un continuo y riguroso ayuno: el sueño corto, la oracion larga, en el rezo devoto: en su oficio clerical continuo, el primero en el coro, y el mas perseverante: nunca excusó el trabajo: siempre era el primero, que ponia el hombro á llevarle, imitando á Cristo, que puso el suyo á la cruz para salvarnos.

10 ¿Qué diré de su rectitud en la justicia? ¿De la equidad en sus determinaciones? ¿De su valor en refrenar á los malos? ¿De su piedad con los pobres, afligidos y menesterosos? ¿De la caridad con los enfermos y la asistencia en los hospitales, y el amor y blandura con que recibia, animaba y corregia á los que venian á sus piés á confesar sus pecados? Cada una de estas materias pedia un volúmen grande, para poder declararlas; porque todas fueron llamas, que brotaron del volcan que ardia en su pecho del fuego de amor divino y caridad con sus prójimos, en que tenia sus delicias, y con quienes siempre le hallaban, persuadidos con la experiencia, que el tiempo que no gastaba en el culto divino y la oracion pública, ó retirada, en los templos, en oratorios, le habian de hallar ocupado en las obras de caridad con sus hermanos, siguiendo el ejemplo de Cristo, y el de sus apóstoles, á quienes propuso firmísimamente imitarlos. Hasta aquí los autores de su vida, en que no se alargaron, ajustándose á la verdad.

11 No puede ocultar el sol la grandeza de su luz, por mas que se emboce de nubes; ni pudo nuestro san Liborio encubrir al mundo los relevantes rayos de sus esclarecidas virtudes por mas diligencias, que puso su profunda humildad, retirando cuanto le fué posible de los ojos de todos, las obras de sus virtudes: su fama voló por toda Francia, y penetrando los extendidos términos de Flandes, Alemania é Italia, llegó á Roma y á los oidos del sumo pontífice y de toda su corte, con igual estima de su santidad y gozo de tener en su Iglesia un sacerdote de tan esclarecidas prendas, así de santidad, como de letras y nobleza, que sube muy de punto con el esmalte de las virtudes.

12 Llegó el año de 350, en que fué nuestro Señor servido de llevar para sí á descansar á su reino, á Pavacio, obispo de la ciudad Cenomanense, varon consumado en todo género de virtudes, y como tal llorado de toda aquella noble ciudad,

como huérfana sin padre y destituida de la luz de su maestro, lamentando triste la falta de su doctrina y clamando juntamente á Dios, para que les diese prelado tal, que restaurase la pérdida del que habian perdido: y despues de larga y fervorosa oracion, acompañada con ayunos y limosnas, penitencias y sacrificios, vino la luz del Espíritu santo sobre todos, hablando por su boca, y á una voz eligieron y apellidaron por obispo á su santo ciudadano Liborio, tan conocido por el resplandor de sus virtudes, como por el de sus letras y linaje, confesando que en su persona restauraban la pérdida de su antecesor Pavacio, con tanta razon estimado de todos por santo; por cuanto en Liborio tendrian pastor, que los apacentase y guiase con el ejemplo de su vida y con el pasto saludable de su santa doctrina: maestro, que los enseñase con la erudicion de su lengua y mucha sabiduría: juez rectísimo, que les hiciese justicia; y padre, que los tratase con amor de hijos, y fuese medianero poderoso con Dios en sus necesidades y trabajos, y en las calamidades, que algunas veces padecian. Todos se alegraban; y solo el santo lloraba, teniéndose por indigno de aquella suprema dignidad: la cual rehusó, cuanto pudo; pero no le valieron sus diligencias, porque la voz del pueblo prevaleció contra él; y el sumo pontífice, que á la sazon era Julio I, confirmó la eleccion con mucho gusto, por la grande opinion que tenia de su santidad y letras. Fué su eleccion el año de 350, imperando Constancio, si bien el dia fijamente no se sabe.

13 Fué aquel siglo de los mas felices que ha tenido ni tendrá la Iglesia; porque en él florecieron san Silvestre, papa, y el gran Constantino, emperador ínclito, bautizado por su mano, el cual dió principio por su persona á la iglesia de san Pedro, y edificó otras muchas por el orbe, y florecieron asimismo los santísimos prelados san Nicolás, obispo de Mira, y san Martin, obispo de Turon, en Francia, varones tan milagrosos en vida y muerte, que fueron los primeros santos confesores, de quien rezó la Iglesia: á los cuales y otros muchos semejantes, que se hallaron en el concilio niceno, siguió nuestro glorioso san Liborio, no inferior en las virtudes, en el zelo de las almas, en la vigilancia del oficio pastoral, y en la muchedumbre y grandeza de milagros, como se verá en el discurso de su vida, á todos visos admirable.

14 Consagrado fué, pues, nuestro santo obispo en su ciudad Cenomanense, segun los ritos de la Iglesia, con grandísima solemnidad y alborozo de todo el pueblo, clamando á voces y diciendo: que miraban repetida la dicha del pueblo de Israel, cuando ausentándose Elías al cielo, les dejó en la tierra su espíritu en su discípulo Eliseo, que fué todo su consuelo, de la misma manera (decian), que subiendo al cielo su santo pastor Pavacio, les habia dejado su espíritu y doblado como Elías en su sucesor Liborio, para su pastor y padre, luz, enseñanza y consuelo; y no les engañó su esperanza, como lo mostró el suceso.

15 Colocada, pues, esta antorcha refulgente en el candelero de la Iglesia, comenzó á brillar con nuevas y mayores luces de resplandecientes virtudes y ejemplos admirables, con que edificaba á todos, enseñándoles y persuadiéndoles en primer lugar con obras el camino del cielo: porque si en el estado clerical hizo vida tan penitente y ejemplar; en el de obispo la hizo mas excelente, doblando los ayunos y las vigilias, macerando su cuerpo con disciplinas, cilicios y asperezas. Púsose rigurosas leyes de retiro y silencio, cuanto le permitian los negocios ocurrentes: gastaba muchas horas en oracion retirada con Dios y sus ángeles y con los santos, que moraban en el cielo: en la misa y en los oficios divinos estaba con tan grande postura y devocion, que la ponia, á cuantos le asistian: era manso, afable, piadoso y sufrido: ninguno le vió airado: con todos fué benigno, sino solo consigo: nunca miró las rentas de su obispado como suyas, sino como de los pobres, de quienes se tenia por siervo y administrador solamente, y como tal las repartia, sin tomar para sí mas que lo precisamente necesario para sustentar la vida. Puso suma diligencia en reformar su familia, no sufriendo persona en ella, que no fuese ejemplarísima: cosa importantísima á los prelados, cuya opinion manchan muchas veces los desórdenes de sus familiares: y siendo ellos buenos, los desacreditan los que los sirven con sus malas costumbres é insaciable codicia.

16 Comenzando, pues, por su persona y familia, trató de reformar las costumbres de sus ovejas, enseñándolas y guiándolas por el camino del cielo; lo primero con su ejemplo, y despues con sus palabras: entabló la distribucion del tiempo, dando parte á la oracion, así mental, como vocal, parte al estudio de las sagradas Letras, y parte á los negocios ocurrentes, en que entraban las causas de los pobres, las visitas de los hospitales y el consuelo de los huérfanos: ninguno le vió ocioso, siempre ocupado en santos ejercicios y en los ministerios de su obispado, persuadido que debia dar cuenta á Dios, no solamente de su alma, sino de todas las que tenia á su cargo, y que debia ser su vida tanto mejor, que la de sus ovejas, cuanto excede la dignidad de pastor á ellas: por lo cual raro ó ningun dia dejó de predicarles la palabra de Dios y declararles el santo Evangelio: juzgando, que como el buen pastor todos los dias da el pasto á sus ovejas; así le corria obligacion de dar, como pastor, el pasto espiritual á las suyas: y si bien se mira, á todas horas le daba con su ordinario ejemplo, que era el sólido y sustancial alimento; porque no hubo virtud, que no procurase entrañarla en el corazon de sus amadas ovejas, nunca persuadiendo alguna, que no la ejerciese primero, de que son buenos testigos los historiadores, afirmando, que el que deseare aprender la honestidad, modestia, prudencia, afabilidad, el desprecio de sí, la paciencia, integridad de costumbres y la pureza de vida; mirándose en la de san Liborio, como en cristalino espejo, aprenderian la perfeccion de todas las virtudes; porque era un dechado de ellas. Así obrando y predicando, llegó este pastor incomparable

á ser maestro grande y doctor esclarecido, rigiendo con la luz de su doctrina, y alimentando con la leche de su ejemplo su rebaño, que en poco tiempo mejoró su obispado, en tanto grado, que parecia otro diferente, quitando muchos abusos, arrancando de cuajo las malezas y espinas de muchos vicios, convirtiendo grande suma de pecadores, reduciéndolos á mejor vida, y sacando de las tinieblas de sus errores á muchos infieles.

17 Despues de haber el glorioso santo reformado las costumbres en su obispado, y promovido el estado eclesiástico con el ardiente zelo que tenia de la gloria de Dios y provecho de las almas, todo se dedicó al culto divino, y en adornarle y disponerle con tal ornato, que engendrase devocion en los corazones de todos, y á celebrarle: á este fin, y con el de cumplir enteramente á sus obligaciones, dividió sus rentas en tres partes: la primera, para los templos vivos de Dios, sus amados pobres, con quienes fué siempre liberalísimo: la segunda, para el culto divino, edificacion de los templos, ornato de los altares, y celebridad de las fiestas de Dios y de sus santos: y la tercera, para el sustento de su casa y familia, siendo aquella tan corta, que con dificultad alcanzaba á lo mas preciso, juzgando, que era mas justo, que faltase para él, que para los pobres y celebridad de las fiestas: siendo tal su devocion, que no pocas veces se ocupaba en adornar los altares con sus manos, trocando en el oficio de sacristan el suyo de prelado, diciendo: que no era solo de hombres, sino de ángeles como camareros de Dios que asisten á sus altares á adornarlos.

18 Para atraer mas á la gente á la celebridad de las fiestas, á la oracion y culto divino, exhortaba al pueblo á la frecuencia de los templos y oratorios, afeando con su vivo zelo el que fuesen tan visitados los teatros, las farsas y casas de juego, y las de Dios tan olvidadas de los fieles: por cuyo motivo, decia, les venian los castigos que padecian, y eran juntamente privados de las grandes mercedes que suele el Señor hacer á los que frecuentan sus casas y oratorios. Para esto puso particular cuidado en la música y canto de las horas canónicas, y en facilitarles su frecuencia, quitándoles todas las dificultades que podian retardarlos: por lo cual considerando que habia pocos templos en la ciudad, y que muchos, por vivir apartados y lejos del comercio y de los oratorios, no venian á ellos, edificó diez y siete iglesias de nuevo en los barrios mas poblados y mas retirados del comercio, para que teniéndolas á mano, las frecuentasen con facilidad: y para que perseverasen en ellas, orando y rezando, las adornó y acomodó de manera, que estuviesen abrigadas en invierno, y templadas en verano. Fundó capellanías, y buenas rentas para los eclesiásticos, curas, beneficiados, sacristanes y clerizones, y juntamente confesores que asistiesen en los confesonarios á horas determinadas, y proveyó tambien de predicadores que dijesen la palabra de Dios á los que allí se juntasen; y hasta para la cera de los altares y el aceite de las lámparas, estableció renta perpetua, porque no les faltase nada: cuyas diligencias nacidas de su santo zelo, se lograron, de manera, que las vidas de los hombres se trocaron en vidas de ángeles, y la ciudad parecia un barrio de la corte celestial.

19 Otras muchas cosas utilísimas estableció en su obispado, cuya memoria ha sepultado el tiempo, entre las cuales se cuentan los órdenes, que celebró en número de noventa y seis, en las cuales ordenó doscientos diez y seis sacerdotes, ciento setenta y seis diáconos, y noventa y tres subdiáconos, y otra grande suma de clérigos de menores órdenes, conforme convenia para el servicio de las Iglesias, y culto divino, exhortando á todos á vivir tan ejemplarmente, que fuesen norma de santidad á los seglares, como los ángeles respecto de los hombres.

20 Cuarenta y nueve años habia gobernado Liborio su Iglesia, como santo y solícito pastor, amado de Dios y de los hombres, y resplandeciendo en el mundo, como un sol de grande santidad y raro ejemplo de devocion: cuando llegó el año de 400, año de jubileo universal para todos, en que, segun la ley antigua, todas las cosas volvian á sus dueños, y los siervos á su libertad, y Dios le concedió á su fidelísimo siervo Liborio, que saliese de la esclavitud de este mundo, y volviese á la libertad de la patria celestial; y su alma que habia salido de las manos de Dios, volviese á él llena de grandes merecimientos, para gozar la gloria que tiene prometida á los mansos y humildes de corazon. Entrando, pues, en el año cincuenta de su obispado, y cerca de ciento de su edad, le dió una flaqueza grande con penosos accidentes, que le derribaron en la cama, faltándole las fuerzas para trabajar; y luego conoció el siervo de Dios, que era aviso del Altísimo que tocaba á su puerta con aquella enfermedad, y le llamaba á la partida para la patria celestial; y dando muchas gracias al Señor por la merced que le hacia, alegre por salir de la cárcel del cuerpo, y conforme con su santa voluntad, cantó, como cisne, aquel verso de David: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Salm. 121. Mi alma se goza con la nueva que me dan, de que se llega la partida á la casa del Señor: y dando de mano á todas las cosas de este mundo, fijó los de su alma en las celestiales y divinas, disponiéndose para la partida á las eternas moradas, donde estuvo siempre con el corazon.

21 Tuvo (como dijimos arriba) el glorioso san Liborio conocimiento con el bienaventurado san Martin, obispo de Turon; y reconociendo que se llegaba el tiempo de su partida, deseó verle en aquella hora, y recibir de su mano los santos sacramentos de la Iglesia, y encomendarle sus ovejas como á tan santo y vigilante pastor; y Dios nuestro Señor, que está tan atento al consuelo de sus siervos, envió un ángel á san Martin, el cual le dijo en oracion: que fuese luego á la ciudad de Cenomayna; porque su amigo el obispo estaba enfermo de partida para el cielo, y la voluntad de Dios era, que le asistiese en aquel trance postrero. Oida esta embajada por el santo obispo, se puso luego en camino, y fué con gran diligencia á ver

á su buen amigo, deliberando por el camino, qué persona habia digna de quedar en su silla por obispo de aquella ciudad: y entrando por unas viñas, vió á un diácono que se llamaba Victurio, discípulo querido de san Liborio, el cual estaba á la sazon rezando las horas canónicas de la Iglesia, con mucha devocion y en compañía de los ángeles, cantando las alabanzas de Dios. Detúvose san Martin, contemplando atentísimamente su modestia y devocion, y Dios le reveló, que aquel era el escogido por sucesor de san Liborio: y llegándose cerca, le saludó con mucha caridad y muestras de benevolencia, diciendo: Dios os guarde, y prospere, nuestro obispo futuro. Humillóse el buen diácono, oyendo estas palabras, y turbóse, enmudeciendo su lengua sin hallar respuesta á sus palabras; y san Martin prosiguió, y diciendo y haciendo le dió su báculo, exhortándole á recibir aquella dignidad que Dios le enviaba.

22 Llegó el santo á la ciudad, en donde halló á san Liborio en el extremo de su vida y principio de la eterna. Aquí faltan palabras para declarar el júbilo espiritual que tuvieron los dos santísimos obispos en esta visita: abrazáronse tiernísimamente, y bañados en un mar de gozo y consolacion celestial, tuvieron largos coloquios, y dulcísima conversacion de las cosas divinas, y de la gloria que esperaban: y acercándose á san Liborio la hora de la partida, le administró san Martin los santos sacramentos de la eucaristía y extremauncion, con inefable devocion de ambos santos, y con la misma le asistió san Martin hasta que espiró, acompañándole los ángeles que llevaron su alma á la corte celestial, y la presentaron á la majestad de Dios.

23 El glorioso san Martin dispuso su entierro en un templo suntuoso, que Juliano, primer obispo de aquella ciudad, habia edificado en nombre de los doce apóstoles de Cristo, en un sepulcro honorífico: y fué muy conveniente, que tuviese lugar entre los apóstoles, el que habia sido apóstol en la vida y en la predicacion. Concurrió á sus honras innumerable pueblo de toda la comarca, llorándole como á padre, y venerándole como á santo, y procurando á porfía alcanzar cada uno algo de sus reliquias: por las cuales obró Dios muchos milagros, lanzando demonios de los cuerpos, y sanando de varias enfermedades, así á paralíticos y calenturientos, como á cojos y mancos, y en especial á quebrados y afligidos de mal de ijada, piedra y orina; declarando el cielo que le daba la abogacía de estas enfermedades, como se ve hasta hoy en los muchos que por su intercesion sanan.

24 Acabadas las exequias, segun los ritos de la Iglesia, hizo san Martin un sermon al pueblo de sus loores y alabanzas, como de verdadero santo, de que dió y da el cielo comunmente testimonio, con innumerables milagros que obra por su intercesion en todas partes; y acabado el sermon, juntó san Martin el clero, y por voto de todos declaró y consagró al diácono Victurio, que dijimos, por obispo de aquella ciudad, y sucesor de san Liborio, á quien imitó en la vida y vigilancia de santo y vigilante prelado.

25 La muerte de san Liborio fué á 23 de julio del año de 400, siendo (segun el cardenal Baronio) pontífice Anastasio, y emperadores los dos hermanos, hijos del gran Teodosio, Honorio y Arcadio. El Martirologio romano dice, que fué obispo cuarenta y nueve años, y que alcanzó los tiempos de Valentiniano, Graciano y Teodosio.

26 En la vida, que anda impresa, del invicto emperador Carlo Magno, llamado el Santo por sus heróicas virtudes, se refiere, que empleó treinta y tres años los mejores de su vida en conquistar á Sajonia, tierra estéril y montuosa, tan ocupada de las idolatrías y vicios de sus moradores, como de la fragosidad de los cardos y espinas, y de los animales fieros, que entre ellas se crian, á quienes en parte se parecian en las condiciones naturales los que en ella vivian: y habiéndola conquistado el religioso emperador, á costa de inmensos trabajos y sangre de los suyos, todo su cuidado dedicó á reducir sus moradores de la falsa idolatría á la verdadera fé de Cristo, deseando mas amplificar la religion cristiana y el imperio del verdadero Dios, que el suyo: por lo cual á toda costa y diligencia edificó templos: levantó iglesias: adornólas de imágenes: enriquecíolas de ornamentos y cálices y vasos para el culto del altar: llevó obispos y clérigos, religiosos y predicadores, que entablasen el culto divino, y alumbrasen á aquella gente bárbara y ciega en las idolatrías y hechicerías, con la luz del santo Evangelio, reduciéndolos juntamente á la vida política y sociable en ciudades y pueblos de los montes y selvas, en que habitaban como fieras: por lo cual los historiadores de su tiempo le dan título de apóstol de Sajonia, como á san Gregorio Magno de Inglaterra, por haber enviado á ella varones apostólicos, que la convirtieron.

27 Una, pues, de las mas principales ciudades é iglesias, es la Paderbornense, fundada en un lago amenísimo de igual delicia y riqueza: es iglesia catedral, y su obispo de los primeros del reino, adonde el dicho emperador Carlos venía muchas veces á morar y descansar en ella, y el sumo pontífice Leon la honró con su presencia, cuando vino de Roma á pedir á Carlo Magno, que le restituyese á su silla, de la cual le habia echado el rey de los longobardos con violencia: y pasando el tiempo, que nunca para, se llegó el año de 836 del nacimiento de Cristo nuestro Señor, en que habiendo vacado la silla de aquella Iglesia, fué electo obispo Badurado, varon de gran zelo de la gloria de Dios, aumento de su culto, y provecho de las almas: el cual, viendo que muchos de sus feligreses, no bien arraigados en la fé, se volvian al gentilismo y á las hechicerías antiguas, deseó grandemente atajar este contagio, y poner freno á tan pernicioso vicio, y despues de larga oracion, y prudente consulta con las personas de su Iglesia, se resolvió á traer á su ciudad alguna célebre reliquia de santo muy nombrado y milagroso, que con su presencia y patrocinio defendiese á sus feligreses de la sugestion y engaños del demonio, y con sus milagros los alumbrase y persuadiese, que la fé de Cristo nuestro Señor era la santa y verdadera.

28 Tomada esta resolucion, no fué fácil la ejecucion de ella, así por la dificultad de hallar tal reliquia, como despues de hallada, alcanzar que se la diesen los que la poseian: pero no se acobardó el ánimo del buen prelado con estas dificultades: porque lleno de espíritu y confianza en la divina Providencia, publicó ayuno en su obispado: hizo públicas procesiones: ofreció sacrificios y limosnas, con tal afecto y perseverancia, que mereció alcanzar de Dios, lo que pedia, enviándole su divina Majestad un ángel, que le dijo: que enviase sus embajadores á la ciudad de Cenomayna, en donde tendria logro su deseo. Recibido este oráculo divino con increible gozo de su alma, con acuerdo de ambos cabildos eclesiástico y seglar, diputaron cuatro personas, dos eclesiásticas y dos seglares, que fuesen con cartas, así del rey de Francia Ludovico, como suyas, á la dicha ciudad, y obispo, adonde llegaron á 14 de mayo del año dicho, y fueron de él bien recibidos: y considerando la causa de su venida, y la importancia de su pretension para el bien de aquella tierra, moviendo Dios su corazon, determinaron á darles el cuerpo de san Liborio, celebérrimo en santidad y milagros.

29 Tomada esta resolucion, trató de ponerla en ejecucion; pero la devocion de la ciudad, y el sentimiento de sus moradores, hizo grande contradiccion, clamando todos por su santo prelado, que era todo su consuelo, amparo, defensa y patron con Dios; pero al fin, como era disposicion del cielo, venció la resolucion del obispo: el cual vestido de pontifical, vino de la iglesia catedral á la de los santos apóstoles, en donde estaba el santo cuerpo, y abrió la arca de su depósito, y salió un olor celestial, que recreó á cuantos se hallaron presentes, sintiendo en sus corazones una suavidad y devocion grande: y reconociendo que era la reliquia de san Liborio, que buscaban, la entregaron á los embajadores paderbornenses, que la recibieron con grandísima reverencia, igual estima, y devocion; y en el mismo dia fué nuestro Señor servido de regalar á su pueblo por medio del santo con los milagros siguientes.

30 A la misma hora, en que se abrieron las sagradas reliquias á puerta cerrada, por excusar el tumulto de la gente, que estaba fuera, una mujer, que habia muchos años que estaba ciega totalmente, se encomendó con gran afecto y devocion al santo, é invocando su favor, al punto que pronunció su nombre, recobró la vista enteramente, con igual gozo suyo y admiracion del pueblo, que mirando tan evidente milagro, prorumpió con grandes voces en alabanzas de Dios, y de san Liborio: las cuales oyeron el obispo, con su clero, y derramando dulces lágrimas de devocion, cantaron himnos y oraciones, en loor y alabanzas de su santo pastor, que vivo y difunto no cesaba de favorecer y sanar á sus ovejas.

31 A la fama de este milagro vino otra devota matrona con un hijo, atormentado del demonio, como el que trajeron á Cristo sus padres, que le echaba en el agua y en el fuego, y los apóstoles no habian podido sanarle: así no habia alcanzado salud para su hijo esta matrona en muchos santuarios, que habia visitado, hasta que llegando este dia al templo, en que el sagrado cuerpo de san Liborio estaba en las manos de los sacerdotes, y rogándole con lágrimas tuviese misericordia del hijo, que le ofrecia; al punto salió el demonio de su cuerpo, y le dejó libre y sano, con admiracion de todos, así eclesiásticos, como seglares, que á una voz dieron gracias á Dios, y al santo por ello.

32 Luego ordenó el obispo, que todos en procesion, con la solemnidad posible, llevasen el santo cuerpo á la iglesia catedral, para entregarle allí solemnemente á los embajadores referidos; y al entrar por las puertas, dió salud milagrosamente á un cojo, que padecia muchos años defecto en las piernas, y al tiempo, que inclinó la cabeza para reverenciarle, pidiéndole su favor, el santo se le dió con la salud y fuerzas para seguirle.

33 Mayor milagro fué el que Dios obró por su medio, poco despues en la misma iglesia, dando salud á un hombre, que habia nacido con los piés y piernas áridas, semejante al que los apóstoles sanaron á la puerta del templo en Jerusalen: porque oyendo los milagros, que el santo obraba, le llevaron á la iglesia, y careándole con el santo cuerpo de san Liborio, sintió fuerzas en las piernas y los piés, hasta entonces secos y muertos, sin vida, ni fuerzas para nada, y lleno de gozo, saltó, y corrió á echarse á los piés del santo, dándole infinitas gracias, con pasmo de todos los presentes, que jamás le habian visto sano hasta este tiempo.

34 Aquella noche quedó el santo cuerpo en la iglesia catedral, acompañado del clero, que cantó los maitines, y al amanecer las laudes, y al mismo tiempo entró á visitarle un ciego de su nacimiento, como el que sanó Cristo, y, recibió los ojos y la vista, para ver las sagradas reliquias: por cuya virtud de allí á poco tiempo fué libre un endemoniado del mal espíritu, que le atormentaba, quedando del todo sano.

35 La muchedumbre de la gente, que concurrió de todas partes, fué tanta, que temiendo el obispo, no le impidiesen dar el santo cuerpo á los embajadores, ordenó bien de mañana una solemne procesion, y con toda la música y aparato posible, vinieron con él á la iglesia de San Vicente, que estaba á la puerta de la ciudad, para hacer allí la entrega; pero el alarido del pueblo, que creció con los milagros, fué tan grande, que lamentándose porque les quitaban su patron, su padre, su pastor, su defensor, y medianero con Dios, y todo su consuelo y amparo, se armaron contra el obispo: quien para aquietarlos les hizo una larga plática, diciéndoles: que allí les quedaban muchos cuerpos de otros santos, y que Sajonia, recien convertida, necesitaba de amparo; y Dios habia declarado con aquellos milagros, que era su voluntad fuese san Liborio á honrarlos, el cual desde el cielo siempre los defenderia, como su patron y padre.

36 Habiendo, pues, aquietado al pueblo, hizo la entrega solemnemente á los embajadores con indecible gozo de sus almas; y con el mayor aparato que pudieron, comenzaron á llevarle, siguiéndole mucha gente regando el suelo con lágrimas, y obrando en todas partes Dios muchos milagros por él.

37 No se puede explicar con pocas palabras el gozo con que los embajadores paderbornenses caminaban con el rico tesoro del santo cuerpo á Sajonia: el cual, siempre él mismo, favorecia y consolaba á los que devotamente le invocaban: y como el sol en el curso de su carrera, no cesa de alumbrar y fertilizar la tierra con sus rayos é influencias; de la misma manera el nuevo sol espiritual de san Liborio, en el discurso de su camino no cesó de alumbrar al mundo con los rayos de santidad, y de fertilizarle con las saludables influencias de sus milagros: de que son buenos testigos los que ahora referiré.

38 En el primer lugar, adonde llegó el santo cuerpo, que se llama Pontlenva, no lejos de la ciudad de Cenomayna, le siguió un hombre mudo y sordo, con gran confianza de alcanzar salud; pero faltándole las fuerzas para ir adelante, clamó al santo, no con la lengua, sino con el corazon y las manos, y las lágrimas de sus ojos, levantando los brazos al arca, en que iba, y clavados los ojos, ya en ella, ya en el cielo, en donde el santo moraba: el cual no se hizo sordo á sus gemidos; porque luego de contado le dió oidos, para oir, y lengua para hablar, sin cesar un momento de darle infinitas gracias por la merced que le hizo, publicando á todos su grande misericordia y santidad.

39 El dia siguiente pasaron á otro pueblo, y depositaron el santo cuerpo en la iglesia de San Medardo, de igual veneracion y frecuencia de toda aquella tierra, adonde les vino siguiendo una mujer muy afligida, que toda su vida habia padecido gravísima enfermedad, sin hallar remedio en médicos, ni medicinas, ni en los santuarios, que habia visitado; y oyendo las maravillas, que Dios obraba por san Liborio, le seguia, pidiéndole á voces remedio para su enfermedad: el santo la oyó, y sanó, al tiempo que llegaba á la ciudad; hallándose con entera salud, la que habia padecido toda su vida penosa enfermedad.

40 Prosiguiendo el camino llegaron al templo de san Sinforio, no menos célebre en aquel país que el pasado, en donde hospedaron á san Liborio: y parece que en todas partes quiso pagar el hospedaje, ó hacer ostentacion de su santidad y poder contra los espíritus malignos; porque entrando á su vista una mujer por muchos años atormentada de los espíritus infernales, como la luz destierra las tinieblas, así la presencia de las reliquias de san Liborio desterró aquellas furias tenebrosas, que tantos años habian habitado en el cuerpo de aquella mujer, quedando libre de su tiranía, buena y sana, y sumamente agradecida y devota al santo que la habia sanado.

41 Continuando su camino, llegaron al monasterio de San Sulpicio, cuyos venerables monjes recibieron el santo cuerpo con grande solemnidad y concurso de los pueblos á venerarle y pedirle mercedes: entre los cuales trajeron en un carretoncillo á un hombre pobre, contrahecho de piés y manos, hecho un ovillo, las rodillas casi pegadas al pecho y los dedos trabados, sin poderse menear ni extender, andando siempre en manos ajenas; los ojos y la boca que tenia libres puso en san Liborio, mirando su santo cuerpo con grande afecto de su alma, y pidiéndole á voces misericordia y salud: la cual sin mas plazos se la dió el santo, sintiéndose sano de todos sus miembros al tiempo que invocó su favor, y con grande presteza saltó del carretoncillo en que le llevaban, y se arrojó á los piés de san Liborio, dándole mil gracias por la salud que le habia dado.

42 Del monasterio de San Sulpicio pasaron á un templo dedicado á san Pedro y san Pablo, y en el camino sanó á un endemoniado que habia muchos dias padecia la opresion de los espíritus infernales; los cuales le dejaron libre á la presencia del santo.

43 Consolados y gozosos los embajadores con tantas y tan grandes maravillas como continuamente Dios obraba por su santo prelado, todo el trabajo del camino se les convertia en descanso, alegrísimos y devotos con la compañía que llevaban, con la cual vinieron á la amplísima ciudad de Carloto, á la sazon que su obispo Bernuino, varon tan santo como anciano, celebraba sínodo diocesano con la flor de la clerecía de su obispado: el cual así como supo que llegaba el santo cuerpo á su ciudad, salió con todos sus clérigos y capitulares en procesion, buen trecho antes que llegase con la música y aparato posible, y recibió el santo cuerpo, postrados todos á sus piés, adorándole y reverenciándole con grandísima devocion, y le llevaron á su iglesia catedral, en donde celebraron misa y oficio de pontífice, concurriendo á venerarle toda aquella populosa y noble ciudad; y el santo los pagó de contado la honra que le hicieron, dando milagrosa salud á muchos enfermos de varias enfermedades, que fuera largo contarlas: entre las cuales fué muy señalada la de una noble doncella que habia muchos años que estaba contrahecha de todos sus miembros, gafos los piés y las manos, y las piernas tan dobladas que nunca pudo mandarlas, hasta que puesta á vista del santo cuerpo, se desplegaron y extendieron los dedos de piés y manos, y se levantó buena y sana con admiracion y pasmo de todos los presentes, que á voces no cesaban de engrandecer la virtud de nuestro santo: cuyo cuerpo acompañaron al salir de su ciudad, con la misma pompa y devocion que le recibieron el dia antes.

44 Andando su camino, llegaron á la celebérrima ciudad de París, corte de los reyes de Francia, cuyo obispo Encantado, vestido de pontifical, salió procesionalmente con el estado eclesiástico y secular, hasta la puente del rio á recibir el santo cuerpo, y le colocó en su iglesia catedral con suntuoso aparato, y celebrando los oficios de pontífice, trajeron á la presencia del santo una mujer sorda y muda de su nacimiento, y poseida del es-

píritu infernal que duramente la atormentaba, por la cual rogaron todos al santo: cuyas plegarias llegaron á sus oidos, y luego incontinenti quedó sana y libre del espíritu maligno; y pagándoles el buen hospedaje con esta maravilla, pasó adelante su camino.

45 Aquí sucedió otro milagro; porque pasando por el monte de los Mártires, á vista del célebre monasterio de San Dionisio, entierro de los reyes de Francia, salió un criado de su familia, sordo y mudo, el cual mirando como el golpe de la gente tocaban sus rosarios y medallas al arca en que iba el santo y que muchos le ofrecian dones, llegó con los demás á ofrecer parte de lo poco que llevaba; y al punto que tocó la arca en que iban las preciosas reliquias, se desató la lengua muda y se abrieron las puertas de los oidos cerrados, y quedó sano y bueno por beneficio del glorioso santo.

46 Otro caso bien notable sucedió en aquel camino, que se tuvo por milagro, y fué; que llegando el santo cuerpo á pasar un rio de poca agua, los cuatro que llevaban en hombros las andas delante, guiaron por una puente rehusando mojarse los piés por el vado, y los cuatro postreros no rehusaron pasar esta incomodidad por servicio del santo. Hubo porfía entre ellos, y al fin vencieron los que iban delante; pero por su mal, pues rehusando mojarse las plantas de los piés, se sumergieron en el agua, por cuanto entrando por la puente se quebraron los maderos que pisaron, y cayeron en el rio, de donde los sacaron bien mojados; quedando milagrosamente el arca por aquella parte anterior en el aire, hasta que la recogieron otros en sus hombros y la pasaron por el vado.

47 Los embajadores continuaron su camino, y el santo sus milagros, obrándolos en todas partes con tan grande frecuencia, que tejéramos larga tela si quisiéramos contarlos: solo uno referiré, obrado en una noble matrona, que estuvo endemoniada quince años, hasta que á vista de las reliquias del glorioso Liborio quedó sana; y reconocida á su favor, le siguió hasta Sajonia, sirviéndole y venerándole, y permaneció toda su vida, cuidando de su capilla y altar, publicando sus milagros.

48 La fama de tantas y tan grandes maravillas llegó á Sajonia antes que el sagrado cuerpo: y aumentándose el deseo de verle, venerarle y poseerle, concurrieron de todas partes infinitas gentes, cuya multitud cubria los campos, y no daba paso á los que le llevaban, para proseguir su camino, combatiéndoles olas de personas, sanas y enfermas á tocar las sagradas reliquias: y cuando entraron en la barca del rio Rhin, que divide el ducado de Sajonia, quedó infinita gente á la ribera clamando, y otra tanta en la otra parte con el mismo clamor, esperándole de rodillas: y para satisfacer á la devocion de todos, levantaron un altar y celebraron misa en el campo con la solemnidad posible: luego partieron en procesion, con toda la pompa imaginable, del obispo, clero y ciudadanos, nobles y plebeyos, músicas y danzas, y muestras de alegria, y anduvieron tres millas hasta llegar á la ciudad Paderbornense; y á 5 de julio del año dicho de 836 le colocaron en la iglesia principal en lugar eminente, suntuosamente dispuesto, como á patron universal del reino; y el mismo dia obró seis milagros evidentes, sanando á varios enfermos, y entre ellos á un niño sordo y mudo de su nacimiento: y desde entonces hasta hoy no cesa de obrar maravillas, confirmando en nuestra santa fé á los fieles de aquel reino, y convirtiendo á los infieles con tantos y tan manifiestos testimonios de la verdadera religion que profesamos, pues en ella sola se ven maravillas tan patentes: las cuales no se limitan á solo Sajonia, sino que se extienden á toda la redondez de la tierra, y en particular á los enfermos de piedra, orina, y mal de ijada, como lo testifica la experiencia en sus devotos, que le invocan, y rezan su antífona y oracion.

49 Y supuesto que en este santísimo obispo san Liborio tenemos un claro espejo de santidad, y un dechado grande de perfeccion, y asimismo un patron de altísimos merecimientos, que intercede por nosotros, tan poderoso, que parece que Dios no le niega cosa, que por su intercesion se le pide, como lo manifiestan sus tan repetidos milagros; procuremos, pues, mirarnos siempre en él, imitando sus heróicas virtudes, valiéndonos de su eficaz patrocinio en todas nuestras necesidades y afliccciones, para que logrando por aquellas los favores de su gracia, alcancemos por su intercesion los eternos gozos de la gloria. Amen.

* Los santos hermanos, Bernardo, María, y Gracia, mártires.—Fueron naturales del reino de Valencia, de un lugar llamado Pintarrapfees, antiguamente puesto entre Benimodel y Carlet, y ahora derribado y despoblado. Su padre Almanzor era señor de dichos pueblos y moro de profesion. Tuvo dos hijos y dos hijas, estas llamadas Zayda y Zorayda, y aquellos Almanzor el mayor, y el menor Amete. Enviólos el padre á la corte del rey moro de Valencia á aprender cortesanía y el arte de la guerra; y aunque ambos eran en ella muy favorecidos, parece haberlo sido mas Amete, por la confianza que de su fidelidad y talentos hacia el rey; pues pasaban por sus manos todas las rentas reales y cuidaba de todos los gastos de paz y guerra. Los tres hermanos vivian en la ceguedad de la secta mahometana que habian recibido de sus padres. El rey envió á Amete por embajador á Cataluña, á tratar del rescate con algunos cristianos de ella de algunos moros que en los reencuentros pasados quedaron cautivos, ó tal vez con algun tributo que pagase al conde de Barcelona. Llegado á Lérida, zeloso de la observancia de su secta, reprendió ásperamente á algunos moros que se habian quedado avecindados entre los cristianos. De allí pasó á Tarragona; pero ordenó Dios que en medio del camino él y un criado, que le seguia, se perdiesen por unos bosques y les faltase la luz del dia, para que les amaneciese el sol de justicia Jesucristo. Detúvose Amete allí; rindióle el sueño, y á poco rato dispertó pareciéndole haber oido una suave música. No fué esto sueño: salia este canto de un

monasterio de la órden del Cister, que allí cerca acababa de levantar el rey don Alonso de Aragon, abuelo de don Jaime el Conquistador, llamado Nuestra Señora de Poblet, cuyos monjes cantaban á la media noche solemnes maitines. Como Amete no entendia aquel lenguaje, estúvose embelesado un rato escuchando; y dispertando á su criado, cuando vino el dia se fueron hácia donde habian oido cantar, y llegaron al monasterio. Espantáronse los monjes de ver á deshora aquellos dos moros; mas tranquilizáronse al ver la buena gracia de Amete que con curiosidad les preguntó: ¿qué casa era aquella, qué gente, y qué manera de vivir? Respondiéronle que era uno de los templos del Dios verdadero: que el ejercicio en que allí se ocupaban era darle gracias á todas horas por el beneficio de la creacion y redencion, y de haberles dado conocimiento de su santa ley, y en ella el perfecto estado de religiosos. Poco á poco iba Dios moviendo el corazon de Amete: comenzó á saborear la relacion y á pedir le informasen minuciosamente de las verdades que le anunciaban. Los religiosos echando de ver el gusto con que él les oia, le hospedaron algunos dias; pero despidiendo primero al criado por temor de algun designio oculto. Fuése este á Lérida con órden de que aguardase á su señor en casa de una mora, su tia; y entre tanto alumbrado de veras su entendimiento, pidió Amete al abad con instancia el santo bautismo, y habiéndosele administrado, desde entonces se llamó Bernardo. Comenzó á echar hermosos renuevos de virtudes, y pidió luego al abad le admitiese en la religion aunque fuese para servicio. Pagados los monjes de tan buenas muestras como daba de sí, le vistieron el hábito y le vieron en seguida correr á pasos agigantados por los caminos de la perfeccion. Nombrado portero y limosnero del convento, se le veia todo el dia rodeado de pobres á quienes socorria y consolaba. En sus manos multiplicaba Dios el pan, y por ellas corrian siempre en abundancia las divinas misericordias. Hiciéronlo despues procurador de la casa, empleo que tambien dedicó enteramente á los pobres. Salia á los pueblos de la contribucion, acudia á remediar las mayores necesidades, visitaba los enfermos y los sanaba con la señal de la cruz. A la fama de sus maravillosas obras salian á recibirle en los pueblos adonde llegaba, y le ofrecian sus enfermos para que los tocase. Así pasó Bernardo algunos años, hasta que encendido en deseos de ser útil á la religion, pidió permiso para ir á visitar á sus deudos por ver si lograba convertirlos á la fé. Partió para Valencia, y al pasar por Lérida convirtió á una tia suya, mora principal, que vendió cuanto tenia, y dió el dinero á los pobres. Llegado Bernardo á Valencia, halló muerto á su padre, viviendo con el primogénito Almanzor sus dos hermanas Zayda y Zorayda. Recibiéronlo estos con mucha alegría, y luego empezaron á tratar de religion. Las dos hermanas quedaron pronto alumbradas por la luz del Evangelio, y habiendo recibido el bautismo se llamaron Gracia y María. Bramaba de coraje Almanzor con esto, y le dijo á su hermano que se fuese, que nó lo mataba por ser su hermano. Gracia y María se fueron tambien en la compañía de Bernardo; pero cuando el hermano mayor las echó de menos, salió con gente armada en su busca, y habiéndoles alcanzado y descubierto junto á Alcira, primero les persuadió á que no cometiesen la imprudencia de renegar de su religion mahometana y dejar su patria; y viendo que nada podian alcanzar los ruegos y amenazas, mandó que á Bernardo le ataseu á un árbol y le taladrasen la cabeza con un gran clavo, en cuyo suplicio murió. Gracia y María, en vez de desalentarse á vista del martirio de su hermano, se enfervorizaron mas y mas, reprendieron á Almanzor su crueldad, y animándose mutuamente al combate, fueron allí mismo despedazadas, añadiendo á su palma de virginidad la auréola del martirio.

SAN RASIFO, MÁRTIR.—Sábese solamente que murió mártir en Roma, ignorándose su patria, las circunstancias de su martirio, y las particularidades de su muerte. Su cuerpo fué enterrado en la basílica de la Rotunda, donde se ve una inscripcion á su memoria.

SANTA PRIMITIVA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Tambien se ignoran todas las noticias de esta santa por no encontrarse las actas de su martirio en ninguna de las colecciones de actas que recogieron los antiguos. El cardenal Baronio dice únicamente que derramó su sangre en Roma.

LOS SANTOS TRÓFIMO Y TEÓFILO, MÁRTIRES.—Ocupábanse estos santos en instruir y bautizar á los gentiles, y fueron un dia presos y conducidos al tribunal para ser interrogados y amenazados con la aplicacion de los edictos del emperador Diocleciano sobre sus personas, sino resolvian prosternarse ante los ídolos. Negáronse á ello con admirable constancia, y fueron azotados, apedreados, y echados en una hoguera. El Señor los sacó libres de todos los suplicios, y al fin fueron degollados en la Licia, en el mes de agosto del año 305. Su martirio fué acompañado de grandes milagros.

SAN APOLONIO Y SAN EUGENIO, MÁRTIRES.—Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Roma durante los primeros siglos de la Iglesia. Creen algunos que el primero fué español y natural de Sevilla, y que habiendo pasado á Roma con una mision de su Iglesia, allí contrajo amistad con san Eugenio, y ambos consiguieron juntos la corona del martirio.

LAS SANTAS RÓMULA, REDEMPTA, Y ERUNDINA, VÍRGENES.—San Gregorio, papa, en el libro IV de los Diálogos, cap. 15, dice que la primera de estas santas fundó en el siglo VI en la misma ciudad de Roma una especie de monasterio donde vivia con otras dos compañeras llamadas Redempta y Erundina, siendo las tres modelo perfecto de castidad, de paciencia, de sufrimiento y mortificacion. El Señor las probó por medio de las tribulaciones y enfermedades, y ellas sufrieron siempre con santa resignacion, y bendijeron la mano que les enviaba los trabajos, confiando en que ella misma seria la que les distribuiria las recompensas. Efectivamente, despues de una larga vida fueron

las tres santas llamadas con poco intervalo de tiempo á la Jerusalen celestial, por los últimos años del siglo VI.

Dia 24.

SANTA CRISTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—En la provincia de Toscana, como diez y ocho leguas mas acá de Roma, hay un lago que se llama de Bolsena, y un pueblo de este nombre que está junto á él. Hubo antiguamente en este lago una ciudad que se llamaba Tiro, de la cual el mismo lago se llamó Tiro, y por haber crecido mucho é inundado, ahogó y asoló la ciudad que estaba en él. En esta ciudad de Tiro nació de muy ilustre sangre y de la familia de los Anicios, la vírgen santa Cristina. Su padre se llamó Urbano, gobernador y prefecto por los emperadores Diocleciano y Maximiano. Desde niña se aficionó á la fé de Cristo, y por la devocion de su santo nombre se llamó Cristina, contra la voluntad de su padre, que como era gentil y ministro de los emperadores (que eran tan grandes y crueles enemigos de Cristo), procuró con todas sus fuerzas y mañas apartar á su hija de aquella creencia, que él tenia por locura. Mas no pudo hacer mella en aquel pecho sagrado y fuerte que de Cristo era poseido: antes la santa doncella, tomando los ídolos de oro y plata que su padre tenia, los quebró é hizo pedazos, y los repartió á los pobres: de lo cual tuvo tan grande enojo su padre, que él mismo la dió grandes bofetadas y golpes, y la mandó desnudar y azotar en su presencia por ciertos criados, y ellos lo hicieron hasta quedar cansados y sin fuerzas. No contento con esta crueldad, desnudándose del afecto de padre y vistiéndose del de enemigo y verdugo, otro dia hizo rasgar sus carnes con garfios de hierro, con tanta violencia, que no solo corrian arroyos de sangre del cuerpo de la santa doncella, sino tambien algunos pedazos de sus carnes caian en el suelo y los huesos se le descubrian: y la santa con admirable paciencia por una parte, y por otra con espantosa fortaleza y constancia se abajó, y tomando los pedazos de sus propias carnes, se los ofreció á su padre, diciendo: Toma, cruel tirano, come de la carne que engendraste. Mandóla poner su padre en una rueda de hierro algo levantada del suelo, y debajo encender carbones y echar en ellos aceite: mas el Señor la defendió de este tormento; y para justo castigo de los gentiles que estaban presentes á este espectáculo, ordenó, que la llama de aquel fuego diese sobre ellos y matase mil personas. Volviéronla á la cárcel, donde fué visitada y curada enteramente de los ángeles. Otro dia la mandó el padre atar una gran pesa al cuello, y echar en el lago de Bolsena: pero los mismos ángeles la libraron y sacaron á tierra sin lesion alguna, con grande rabia y despecho de su padre, que la mandó tornar á la cárcel, para imaginar otros nuevos y exquisitos tormentos con que atormentarla y consumirla: mas al otro dia fué hallado muerto en su cama, y no pudo ejecutar en su santa hija su saña y furor. Sucedióle en el oficio de juez Dion, no menos cruel que su padre: mandó hacer una cuna grande de hierro, y henchirla de pez, óleo y resina, y estando todo hirviendo echar dentro á la santa Cristina: y la santa vírgen con alegría, diciendo que como á niña engendrada por el bautismo la ponian en la cuna, hizo la señal de la cruz y fué libre del tormento de ella. Lleváronla raida la cabeza y descubierto el cuerpo al templo de Apolo, y el ídolo cayó en tierra hecho ceniza. Quedó de esto tan asombrado y fuera de sí el prefecto Dion, que cayó allí muerto, y tres mil personas se convirtieron á la fé de Cristo. A Dion sucedió otro juez en la crueldad y en el oficio, llamado Julian: el cual mandó encender un horno y poner en él á la santa: donde estuvo cinco dias ardiendo siempre el horno, alabando al Señor, sin recibir daño alguno. Volviéronla á la cárcel, y por medio de un mago y nigromántico, echaron muchos áspides, serpientes venenosas y malas sabandijas, las cuales venció con la fé de Cristo, y se le sujetaron y rindieron. Cortáronle la lengua; y sin ella hablaba y se entendia mejor, no cesando de alabar al Señor. Finalmente fué atada á un madero y asaeteada: y con este martirio victoriosa envió su alma al cielo, donde fué recibida con increible regocijo de todos aquellos cortesanos y espíritus bienaventurados que habian estado á la mira de tan dura y larga pelea; y le daban el parabien de haber salido de tres tiranos con victoria. Fué su muerte el dia en que la Iglesia hace de ella conmemoracion á 24 de julio, cerca de los años del Señor de 300. El cuerpo de santa Cristina está en la ciudad de Palermo de Sicilia, donde es reverenciado, con gran concurso y devocion de todo el pueblo, y la tienen por patrona y abogada. De santa Cristina escriben los Martirologios romano, de Usuardo, y de Adon; y san Antonino 1 part., tit. 8, cap. 1; y Adelmo, obispo, y otros muchos.

SAN FRANCISCO SOLANO, CONFESOR.—De Mateo Sanchez Solano, y de Ana Jiménez, á 10 de marzo de 1549, nació Francisco, destinado de Dios para ilustrar con el esplendor de sus virtudes, y con la luz de la predicacion evangélica una parte de la América meridional, y para ser uno de los héroes que ilustran la sagrada órden de san Francisco. Su patria fué la ciudad de Montilla del obispado de Córdoba. Siendo muchacho fué tan modesto, que su presencia bastaba para estorbar á los otros jóvenes cualquiera accion menos decente; no obstante, huia cuanto podia su compañía para dedicarse al estudio, á la oracion y al ejercicio de las demás virtudes, propias de su edad. Luego que cumplió los veinte años determinó abandonar el mundo, y servir á Dios en el estado humilde y penitente de religioso de san Francisco; y vistió en el mismo año el hábito de esta santa religion, en el convento de Montilla, su patria. Aunque las austeridades que practicaban aquellos religiosos, llamados de la Regular Observancia de Granada, eran muchas, todavía no pudieron contentar el fervor de Francisco, que deseoso de mayores rigores, llevaba debajo del tosco sayal de la religion un cilicio de puntas; dormia sobre unos palos atados unos con otros,

teniendo un pedazo de madera por almohada; se disciplinaba ásperamente, y muchas veces hasta derramar sangre; ayunaba con mucho rigor, y muchos mas dias de los que prescribe la regla. Con estos ejercicios tenia la carne sujeta al espíritu, y se disponia para recibir con mayor abundancia los dones del Altísimo, que llueven mas copiosamente sobre las almas mas humildes y mas mortificadas.

2 Este tenor de vida que llevó Francisco en su noviciado, lo continuó todo el tiempo de su vida; y aun fué creciendo siempre en el fervor y en la virtud. Ordenado de sacerdote, sus superiores le destinaron al sagrado ministerio de la predicacion del Evangelio; y despues le hicieron guardian del convento de San Francisco del Monte. Entonces con un nuevo fervor anunció la palabra de Dios á los pueblos vecinos con muchísimo fruto de aquellas gentes, que movidas de las fervorosas exhortaciones del siervo de Dios, y mucho mas de los ejemplos de su santa y apostólica vida, ponian en práctica lo que el santo les persuadia. En este tiempo, que era el año 1583, dió Francisco una prueba convincente de aquella caridad hácia el prójimo, que ardia en su pecho; porque la peste que hacia grandes estragos en diferentes partes de la Andalucía, atacó la villa de Montoro. Solicitó luego nuestro santo de sus superiores la debida licencia, para servir junto con otro religioso de su misma órden á aquellos pobres apestados: los superiores rehusaban concedérsela, temiendo perder un religioso de tantas esperanzas; pero al último hubieron de condescender á sus continuas instancias, y darle la licencia que pedia. Obtenida esta licencia, se dedicó el santo con indecible fervor al servicio de los apestados, y resuelto á sacrificar su vida por la salud de sus hermanos, les ayudaba y socorria cuanto podia, así en lo espiritual como en lo temporal. Oia sus confesiones, les administraba los sacramentos de la eucaristía y extremauncion, les alentaba con sus exhortaciones y les auxiliaba hasta el último aliento: componia tambien sus camas, les daba de comer con sus propias manos, preparaba los remedios y las medicinas; todo lo cual hacia con tanta prontitud y alegría, que á todos causaba suma admiracion. Para dar Dios á su siervo ocasion de mayor mérito, le quitó su compañero, que murió del mal contagioso, y permitió al mismo tiempo que el santo fuese tambien inficionado del contagio, y padeciese los mas terribles dolores; aunque le libró de la muerte, reservándole para otras mayores empresas de su gloria.

3 Desde aquel tiempo se sintió el siervo de Dios mas encendido en deseos de dar la vida por Cristo, procurando la salud eterna de sus prójimos. Deseó pasar á Africa para predicar nuestra santa fé á los moros, y pidió con instancias á sus superiores, le diesen á este fin su licencia, pero no pudo jamás conseguirla. Sabiendo despues que el señor Felipe II, rey de España, habia determinado enviar á las Indias occidentales misioneros de la órden de san Francisco, para que predicasen el santo Evangelio en la América meridional, solicitó con eficacia, y obtuvo con extremado contento suyo, ser elegido para esta mision, y destinado á predicar con otros religiosos en la provincia de Tucuman: y en el año 1589 se embarcó con el virrey del Perú, que iba á Lima, para pasar despues de esta ciudad al lugar de su destino. En esta navegacion, que fué larga y peligrosa, ejercitó el santo su caridad con la gente del navío, instruyendo y exhortando á todos á vivir cristianamente; lo que ejecutó con un zelo apostólico en un funesto naufragio que padeció el navío: porque habiendo sido arrojado por la furia de la tempestad en un banco de arena, se dieron todos por perdidos, y el capitan del navío procuró salvar en la lancha las personas mas principales, entre las cuales quiso fuese comprendido el santo misionero, rogándole pasase á la lancha para salvar su vida: pero el santo rehusó constantemente esta distincion, diciendo: Guárdeme el cielo, de que para conservar yo esta mi vida temporal, me aleje de estos mis hermanos, que están en peligro de perder la vida temporal y la eterna: y así quiso permanecer en el navío, para fortalecer y ayudar espiritualmente á aquellos miserables que se hallaban en peligro de perder el cuerpo juntamente con el alma. En efecto, no se pasó mucho tiempo, cuando la furia de la tempestad dividió en dos partes el navío, pereciendo en esta ocasion muchas personas, pero con fundada esperanza de su salvacion, por los socorros espirituales que recibieron del santo; el cual por espacio de tres dias permaneció junto con los demás, que escaparon de la muerte, en una de las dos partes de la nave echada sobre una roca: alentaba en esta ocasion Francisco á aquellos infelices, asegurándoles que volveria á buscarles la lancha que habia llevado á los otros á salvamento, como se verificó al cabo de dichos tres dias: embarcáronse todos en ella, pero san Francisco para asegurarse que ninguno quedaba en tierra, quiso ser el último; y de este modo llegaron todos salvos á la costa.

4 Libre el santo del naufragio, prosiguió su viaje por tierra hasta la ciudad de Lima, capital del reino del Perú; donde se recobró un tanto de los trabajos padecidos, y despues partió para las provincias del Tucuman y Rio de la Plata. Pocos años antes habian llevado á aquellos países el primer conocimiento del Evangelio otros religiosos de su órden; pero la mayor parte de aquellos pueblos yacian aun en las tinieblas de la infidelidad. El santo, que se veia destinado por la divina Providencia para cultivar aquella viña, que era entonces una horrorosa selva, se armó con las virtudes que el ejemplo de los apóstoles le enseñó ser necesarias para una tan ardua empresa. Se entregó pues con inexplicable fervor á la oracion, al ayuno, á la mortificacion de la carne y á la práctica de una suma pobreza, que se manifestaba en sus vestidos, en la desnudez de sus piés, y en la escasez y calidad del alimento de que usaba; y con un espíritu de mansedumbre, de zelo y de caridad empezó á seguir aquellos bárbaros países; predicando la ley de Jesucristo

con las palabras, con el ejemplo, y con el desprecio de los peligros de perder la vida, en que á cada paso se encontraba. Fué muy copioso el fruto de su predicacion, y fueron muchísimos los que (obrando la gracia de Dios en sus corazones), abrazaron la ley cristiana, movidos de la eficacia de sus palabras, y en vista de los muchos milagros que obraba, en testimonio de la verdad que predicaba. A este propósito, no puede dejar de referirse lo que aconteció un jueves santo mientras Francisco estaba con sus nuevos cristianos, ocupado en las sagradas funciones de aquel dia; porque sobrevino de improviso una gran multitud de indios bravos, prevenidos de armas para despedazar y comer despues (segun su bárbara costumbre) á todos los cristianos de aquella pequeña Iglesia: avisado el santo del peligro, salió al encuentro de aquella furiosa gente, sin otras armas que la palabra de Dios; habló, pues, nuestro Francisco á aquellas gentes salvajes de los misterios de la religion cristiana con tanto espíritu, que no solo desarmó su furor, sino que muchos de ellos se convirtieron á nuestra santa fé. Como aquellos salvajes no tenian conocimiento de la lengua española, en que les hablaba el santo, su repentina mudanza fué un manifiesto milagro del poder de Dios. Desde este prodigioso acontecimiento creció mucho mas la fama de este admirable misionero, y se vieron mas copiosos efectos de sus apostólicas fatigas.

5 Despues que el siervo de Dios se hubo ocupado por algunos años en el santo ministerio de predicar la palabra de Dios en la provincia de Tucuman, sus superiores le llamaron á Lima, donde primero le nombraron vicario y prefecto, y despues guardian del nuevo convento de Santa María de los Ángeles; pero aunque el siervo de Dios por obedecer á sus superiores aceptó el oficio, luego que pudo lo renunció, porque deseaba ser súbdito y no superior de otros. En lo restante de su vida fué la ciudad de Lima el teatro de las virtudes de este varon apostólico; en ella predicaba con frecuencia por las calles y plazas públicas, y donde se juntaba la gente con peligro de ofender á Dios; y renunciando á todo humano respeto hablaba con tal fervor de espíritu, que redujo á innumerables pecadores al camino de la penitencia. Una vez con un solo sermon movió á toda la ciudad á hacer penitencia pública, para aplacar la indignacion de Dios, que la amenazaba con un gravísimo castigo: oia continuamente las confesiones de los que acudian á él, y Dios le concedia muchas veces el don de conocer en espíritu los pecados ocultos de sus penitentes; visitaba á los enfermos en los hospitales públicos; consolaba é instruia á las monjas en los monasterios; en una palabra, no habia obra de caridad hácia el prójimo que no la emprendiese el santo, y que no la concluyese felizmente ayudado de Dios. La muchedumbre y continuacion de tantas ocupaciones, dirigidas al bien espiritual de sus prójimos, no le impedia el atender á la contemplacion y santificacion de su propia alma. A veces pasaba las noches enteras meditando la vida y pasion de Jesucristo, de la cual era devotísimo; como lo era tambien del augustísimo Sacramento del altar; por lo que celebrando la santa misa, parecia á los ojos de los circunstantes tan lleno de espíritu del cielo, que se sentian movidos á particular ternura y devocion; se puede decir con toda verdad, que su vida era una continua oracion; pues á mas de consagrar á este ejercicio todas las horas que podia, en las demás tenia siempre su mente elevada á Dios, y á él solo deseaba dar gusto en todas las cosas.

6 La oracion, pues, era el canal por donde bajaban á su alma con mucha abundancia las gracias celestiales, con las cuales se adelantaba siempre en el camino de las virtudes; y aunque el siervo de Dios fué eminente en todas, parece que se señaló particularmente en la humildad, base y fundamento de las otras; sentia de sí tan bajamente, que no solo se tuvo siempre por incapaz é indigno de presidir á los otros, como se ha visto, sino que gustaba aun de ser despreciado. Un religioso fué una vez á su celda, y le dijo con aspereza, que era un soberbio, un hipócrita, y que con vana apariencia de santidad procuraba engañar á todos; pero que vendria dia en que sus engaños serian descubiertos, y entonces daria fin á sus simulaciones. Recibió el santo tan amarga reprension con un semblante risueño, se echó á los piés de aquel religioso, le dió las gracias de su caritativo zelo, confesando que se conocia por lo que era, y le rogó le perdonase, y le alcanzase de Dios misericordia con sus oraciones. Otra vez habiendo ido el siervo de Dios á visitar á uno de sus religiosos que estaba enfermo, y era tenido por hombre grave y erudito, al entrar en la celda, le dijo el enfermo: ¿Qué viene á hacer conmigo, fraile hipócrita? ¿por ventura á engañarme como hace con los otros? váyase de aquí, y no se me presente mas adelante. Un recibimiento de esta naturaleza, y tan inesperado, nada turbó al santo, antes lleno de júbilo, y con rostro tranquilo y sereno le respondió: Padre, ha dicho la verdad.

7 Habia Dios visitado muchas veces á este su siervo con diferentes y graves enfermedades que le habian dado ocasion de ejercitar su paciencia; pero al último fué acometido de una mucho mas grave que las antecedentes, la cual lo trasportó de este destierro á la patria celestial. Empezó esta enfermedad en el mes de mayo con agudos dolores y muy fuerte calentura; por lo que el santo no pudo levantarse mas de su pobre cama; en este estado frecuentemente volvia sus ojos á un crucifijo, y al sentir la vehemencia de los dolores, decia: Dichoso yo, que no habiendo tenido fuerzas bastantes para domar y castigar este cuerpo, mi enemigo, viene ahora en mi ayuda la mano de Dios, y hace en mí lo que yo debia. En lo restante del tiempo estaba con la mente toda recogida en Dios; se hacia leer las meditaciones del padre Granada, y á veces algun salmo ó la pasion de Jesucristo, como se refiere en el santo Evangelio, y algunos himnos en alabanza de la Vírgen santísima, á quien tuvo siempre muy singular devocion. Las palabras que con mas frecuencia salian de su boca, eran estas: Sea Dios glorificado. Durante

su enfermedad se dignó Dios consolarle con algunas visiones y éxtasis, y volviendo en sí despues del último éxtasis que tuvo, dijo aquellas palabras del salmo 121. *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.* Uno de los religiosos que le asistian, le dijo: Pues vos, ó padre, os vais luego al paraíso; pero yo os ruego que os acordeis de mí. Sí, respondió el santo, iré al paraíso, pero por los méritos de la pasion y muerte de Jesucristo; pues en cuanto á mí soy un grandísimo pecador, y cuando habré llegado á la dichosa patria, os seré un buen amigo. Recibió los santos sacramentos del viático y extremauncion con vivísimos sentimientos de amor, de humildad, de confianza y de gratitud hácia Jesucristo; y despues de haberse despedido de sus religiosos, á quienes encomendó la observancia de sus reglas, en el dia que él mismo habia predicho, que fué á los 14 de julio, fiesta de san Buenaventura, á quien siempre habia singularmente venerado, como si tomase un plácido sueño, murió en el Señor.

8 Luego que hubo espirado, su cuerpo, que de resultas de sus muchos trabajos, penitencias y larga enfermedad estaba extenuado, denegrido y muy desfigurado, se puso al momento hermoso y colorado, y manó de él un licor prodigioso, que exhalaba una fragrancia celestial: por lo que la ciudad de Lima corrió toda á venerar las reliquias del santo, que el Señor se dignó ilustrar con otros muchos y grandes milagros; de los cuales la santa sede aprobó los siguientes para su canonizacion.

9 El primero lo obró con Juana de Blancas: padecia esta mujer un cancro en el pecho izquierdo, para cuya curacion nada aprovecharon los remedios que se la hicieron; el tumor crecia todos los dias, y la enferma era atormentada de agudísimos dolores; de modo, que ni podia tomar el sueño, ni aun estar en la cama: perdida toda esperanza de curar por medios humanos, acudió á la intercesion del beato Francisco Solano; puso una estampa suya sobre el cancro, y tomó un sueño muy apacible; cuando despertó por la mañana, se halló libre de todo dolor, fué á la iglesia, donde oró con mucho fervor delante del altar, donde se hallaba colocada una imágen del beato: vuelta á su casa, el tumor del pecho se abrió de repente, y con tanto ímpetu, que la agua que de él salió en mucha abundancia, roció los circunstantes y hasta las mismas paredes. La enferma quedó tan postrada en la cama, como si fuese muerta; llamáronse el médico y el cirujano, el cual de la gran llaga que habia quedado en el pecho, sacó el cancro sin causarla el mas mínimo dolor, y sin la menor erupcion de sangre: la figura del cancro era tan grande que igualaba la grandeza de una mano, y estaba lleno de raices varicosas, y de color entre negro y verde; y el hoyo profundo y ancho, que quedó en el pecho, dentro de nueve dias se llenó de carne, y la enferma recobró una entera y perfecta salud.

10 El segundo sucedió con Francisca Victoria, la cual fué acometida de una vehementísima calentura, con vómitos y delirio, y en los sobacos se le descubrieron dos tumores que manifestaron mucha dureza; conoció el médico que la enfermedad era de peste, que hizo despues mucho estrago en la ciudad de Montilla, donde dicha enferma habitaba: no aprovechándola los remedios, fué preciso prepararla á la muerte, y administrarla los santos sacramentos. La madre de la enferma acudió en este lance á la intercesion del beato Francisco Solano; la puso una estampa suya sobre los tumores, y al instante estos se desvanecieron, cesó la calentura, y la enferma quedó perfectamente sana.

12 El tercero le obró á favor de la ciudad de Montilla, su patria. Se hallaba esta ciudad atacada de una peste cruel, que hacia lastimosos estragos en sus vecinos; mientras el contagio iba en aumento, muriendo unos y enfermando otros, resolvió la ciudad, para impedir su total inminente ruina, invocar solemnemente el auxilio del beato Francisco, su paisano, y el beato acudió con tal prontitud al socorro de su patria, que cesó al momento la peste; de modo que ninguno cayó enfermo de este mal despues de la solemne invocacion del santo, y los que se hallaban atacados de él, curaron todos, á excepcion de algunos pocos. Canonizó á san Francisco Solano la santidad de Benedicto XIII, con bula que despachó á 27 de diciembre de 1726.

* Las santas Niceta y Aquilina, mártires. —Fueron naturales de Licia, y nacidas en el error de los paganos. Convertidas á Jesucristo por la predicacion del mártir san Cristóbal, fueron tan fervorosas desde luego, que sabiendo que se hallaba preso su maestro, se presentaron al juez y le suplicaron no le hiciese ningun daño. Como eran hermosas y de tierna edad, creyó el tirano persuadirlas con halagos y promesas; pero toda su astucia se estrelló contra la firmeza de aquellas dos cándidas palomas, que sufrieron mil tormentos, y al fin fueron degolladas el año 251.

Los santos Víctor, Estercacio y Antinógenes, mártires. —Los tres eran hermanos, naturales de la ciudad de Mérida en España, y convertidos á la fé por el obispo de su patria. Hacia ya mucho tiempo que profesaban la doctrina de Jesucristo, cuando un dia Victor, que era oficial militar, estuvo encargado de custodiar unos cristianos que debian ser martirizados, y habiéndoles hecho huir, se presentó él mismo al prefecto, le confesó su accion, y le descubrió que era, hacia ya mucho tiempo, discípulo de Jesucristo. Al dia siguiente fué condenado á ser degollado, y sus dos hermanos que deseaban tambien la corona del martirio, se presentaron y fueron al instante asociados á sus tormentos y á su triunfo, muriendo los tres en Mérida, el 24 de agosto del año 303.

San Victorino, y ochenta y tres compañeros, mártires. —Súbese solamente que padecieron martirio en el Abrucio ulterior, en el siglo III.

San Vicente, mártir. —Nació este santo en Roma, y parece que siguió la carrera de las armas. Ignórase la época de su muerte y las circunstancias de su martirio, aunque segun Ferrario debió padecer en Roma en la via Tiburtina, por los años 230, reinando el emperador Decio.

Los santos Meneo, y Capiton, mártires.—Nada sabemos de ellos mas que sus nombres que nos ha conservado y trasmitido el Martirologio romano.

San Ursicino, obispo y confesor.—Floreció, segun los bolandistas, durante el siglo IV, siendo obispo de Sens. Fundó y dotó el célebre monasterio de los santos Gervasio y Protasio, al cual se retiraba para descansar de sus trabajos pastorales por medio de los ejercicios de la penitencia. Trabajó con zelo infatigable contra los arrianos, y asistió á cuantos concilios se celebraron en las Galias en su tiempo. Fué muy perseguido por los herejes, y muy estimado por los fieles á los cuales confirmaba en la verdad por medio de sus ejemplos y doctrina. Fué en peregrinacion á Jerusalen, á Constantinopla y á Capadocia, hasta que apaciguada la persecucion levantada contra él por los herejes de las Galias, volvió á su diócesis y allí murió santa y pacíficamente en el Señor.

Dia 25.

Santiago el mayor, apóstol.—El glorioso apóstol Santiago el mayor, luz y patron de las Españas, fué natural de la provincia de Galilea, hijo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano mayor de san Juan Evangelista, y primo de Jesucristo, segun la carne. Fueron ambos hermanos pescadores, como lo fué su padre el Zebedeo, que vivia á la ribera del mar de Galilea, y debia de ser pescador rico; pues tenia navío propio y criados. San Gerónimo dice, que eran nobles. La vida de Santiago principalmente habemos de sacar, de lo que de él y de su hermano san Juan escriben los sagrados evangelistas. Y primeramente san Marcos dice, que andando el Señor á la ribera del mar de Galilea, vió dos hermanos, Diego y Juan, que estaban en un navío con su padre el Zebedeo, aderezando y reparando sus redes, y que los llamó, para que fuesen sus discípulos: y ellos fueron tan obedientes á este mandato del Señor, que luego dejando las redes, á su padre, el navío y ejercicio en que estaban ocupados, le siguieron, dando de mano á todas las cosas de la tierra. Añade san Marcos, que despues que los llamó el Señor, les mudó el nombre y los llamó *Boanerges*, que quiere decir, «hijos del trueno;» que es cosa particular y digna de consideracion: porque á solo san Pedro, y á estos dos hermanos, de todos los apóstoles, leemos haberles el Señor trocado los nombres: á Pedro, mudándole el nombre de Simon en Pedro, ó Cefas: porque habia de ser cabeza de la Iglesia, y la piedra fundamental, sobre la cual despues de Cristo, ella se habia de edificar: y á Santiago y á san Juan; porque despues de san Pedro habian de ser los mas allegados y familiares, los mas favorecidos y regalados, como se ve en muchas cosas, que les comunicó, excluyendo á los demás. Llevólos consigo, cuando fué á resucitar á la hija del príncipe de la sinagoga: quiso que fuesen testigos de la gloria de su sagrada humanidad, cuando se trasfiguró, y resplandeció su divino rostro mas que el sol en el monte Tabor: á estos tres solos llevó consigo, dejando á los demás, cuando se partió á hacer oracion en el huerto de Getsemaní, y les descubrió su tristeza y agonía, para que viesen desfigurado y sudando sangre en el huerto, al que antes habian visto en el monte en tanta gloria y claridad. Y asimismo les dió el nombre de «hijos del trueno,» como á principales capitanes de su ejército, y que con la voz sonora de su predicacion y doctrina, á manera de trueno, habian de espantar y convertir el mundo y traerle al conocimiento y fé de su Criador. Y aunque esto se verifica mas claramente en el evangelista san Juan, porque fué como fundador, padre y maestro de todas las Iglesias de Asia, y el que fijando (á manera de águila real) sus limpios y agudos ojos en los rayos del sol, nos declaró la generacion del Verbo eterno, y en aquel mismo tiempo se oyeron grandes truenos y se vieron espantosos relámpagos del cielo; tambien se cumplió en Santiago, su hermano: el cual á mas de haber predicado en Judea y en España, ha defendido tantas veces estos reinos, y como un horrible trueno y furioso rayo, desbaratado y deshecho los ejércitos de los moros y de otros enemigos del nombre cristiano: y con el amparo y proteccion de este glorioso apóstol los mismos españoles han llevado por todo el mundo el estandarte de la cruz, y plantado en las Indias y en otras provincias y reinos la doctrina evangélica, y descubierto á las gentes ciegas los resplandores de la divina luz. Dice mas el evangelista san Lucas: que yendo el Señor cerca de la pascua á Jerusalen, envió algunos de sus discípulos adelante á la ciudad de Samaria, por donde habian de pasar, para que les aparejasen lo que habian de comer, y que no fueron recibidos de los samaritanos, por ventura porque conocieron en su manera y traje, que eran judíos y de diferente religion de la suya, y no quisieron tratar con ellos, ni admitirlos en su ciudad. Cuando Santiago y san Juan, su hermano, que eran hijos del trueno, vieron la descortesía de los samaritanos, movidos de zelo, y deseosos de vengar la injuria que se hizo á Cristo, le dijeron: Señor, ¿quereis que hagamos bajar fuego del cielo, y que abrase toda esa gente? Mas el Señor les respondió. No sabeis de que espíritu sois; dándoles á entender, que aquel espíritu y zelo que los movia, era espíritu de venganza y no de blandura, espíritu del viejo Testamento, y no del nuevo, y de Elías, y no de Jesucristo: el cual así como habia venido á enseñar y ganar á los pecadores; así el modo para enseñarlos y ganarlos, habia de ser blandura, suavidad y caridad evangélica. Finalmente estos dos hermanos fueron tan queridos y privados del Señor, que su madre, María Salomé, confiada del deudo que tenia con él y del amor que mostraba á sus hijos, se atrevió á pedirle que les diese los preeminentes lugares en su reino, y que el uno de ellos se sentase á su diestra y el otro á la siniestra: ahora pidiese esta merced, por creer que el Salvador habia de reinar temporalmente, y como rey tener cabe sí algunos ministros y personas de alta dignidad para

su servicio, entre los cuales deseaba la madre que sus hijos tuviesen el primer lugar: ahora pretendiese, que en el reino de los cielos fuesen aventajados sobre todos. Mas el Señor respondió á los mismos hijos (de los cuales habia nacido aquella peticion de la madre, ó se enderezaba para su bien) que no sabian lo que se pedian: porque si pedian dignidad temporal; el reino de Cristo no era de este mundo: y si pedian la del cielo; aun que su deseo era bueno, el modo de alcanzar lo que deseaban, no era acertado: pues querian el triunfo antes de haber peleado y vencido, y alcanzar por favor lo que no se daba sino por merecimientos: y por esto les preguntó, si podrian beber el cáliz, que él mismo habia de beber, y morir por él; así como él habia de morir por ellos: y respondieron que sí, como animosos y esforzados: y así lo cumplieron. Esto es lo que hallamos escrito de Santiago en el sagrado Evangelio. Además de esto no hay duda, sino que este glorioso apóstol se halló en la última cena del Señor, y que le vió resucitado y subir á los cielos, y recibió el Espíritu santo con los demás apóstoles.

2 Lo que despues hizo, se ha de recoger de los autores graves que han escrito vidas de santos: los cuales escriben, que el santo apóstol predicó en Jerusalen y en Samaria, y que vino á España y estuvo algun tiempo en ella, y convirtió nueve discípulos: Torcuato, Esiquio, Eufrasio, Cecilio, Segundo, Indalecio, Ctesifon, Atanasio y Teodoro, de los cuales Atanasio quedó por obispo de Zaragoza, y Teodoro por presbítero, á lo que se afirma en aquella ciudad: aunque Pelagio, obispo de Oviedo, que vivió en tiempo del rey don Alonso el VI, que ganó á Toledo, escribe en su historia, que fueron siete los discípulos de Santiago en España; Calocero, Basilio, Pio, Crisógono, Teodoro, Atanasio y Máximo. La venida á España de Santiago se cree haber sido en el tiempo, que apedreado y muerto san Estévan por los judíos, se levantó aquella grande tempestad en Jerusalen contra la Iglesia: y para confirmacion de esto en Italia, en la ciudad de Veruli, está hoy dia, y se tiene en grande veneracion el cuerpo de María, mujer del Zebedeo y madre de Santiago y san Juan: la cual, es comun opinion y tradicion, que vino á Italia por esta misma ocasion y murió allí, como lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio. Y puesto caso, que algunos autores modernos y doctos han puesto en duda la venida de este glorioso apóstol á España; á mi pobre juicio todas las razones, que traen para probar lo contrario, no pesan tanto, como sola la tradicion universal, tan recibida y asentada de todas las Iglesias de España, que esto rezan, afirman y predican. Porque de la misma manera se podrian negar con grande detrimento de la piedad cristiana, otras muchas cosas que pertenecen á los santos, que no se saben, sino por tradicion de padres á hijos. Además de que el milagro de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza es muy grande testimonio de esta verdad: y aunque aquel milagro es muy sabido; para los que no lo saben, quiérole yo referir con brevedad. Llegando el santo apóstol á Zaragoza, salió una noche con sus discípulos á la ribera del rio Ebro para orar: estando allí, se le apareció la Reina de los ángeles nuestra Señora, que aun vivia, sobre una coluna, ó pilar de jaspe, que allí estaba, ó (como se dice en las historias y oraciones antiguas de aquella santa iglesia y se tiene por tradicion) fué traida de los ángeles y puesta en aquel lugar, rodeada de gran muchedumbre de aquellos espíritus celestiales, que con suavísima armonía le cantaban maitines y alabanzas. Conocióla el santo apóstol: postróse en el suelo para reverenciarla; y ella le dijo: En este mismo lugar labrarás una iglesia de mi nombre, porque yo sé, que esta parte de España ha de ser muy devota mia: y desde ahora yo la tomo debajo de mi amparo y proteccion. Desapareció aquella vision, y el santo apóstol con gran diligencia hizo lo que del cielo le habia sido mandado, y edificó aquella santa capilla de nuestra Señora del Pilar (que por haber quedado en ella aquel pilar de jaspe, sobre el cual apareció la Vírgen al santo apóstol, así se llama): la cual con mucha razon en la ciudad de Zaragoza y en toda España es tenida en santa veneracion. Además de esto la Iglesia de Braga celebra fiesta de san Pedro mártir, su primer obispo, dado y ordenado por el apóstol Santiago, cuando estaba acá en España, y así lo reza en los maitines, y las demás Iglesias del reino de Portugal siguen en esto á la de Braga, y muchos autores antiguos y modernos hacen mencion de la venida de Santiago á España: y el papa Leon III, en una epístola que escribió á los obispos de España y el papa Calixto II de este nombre y el breviario reformado de Pio V lo afirman; y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio romano da salida á las razones que se alegan en contrario: las cuales (como he dicho) son muy flacas, si se contraponen á la tradicion tan antigua é inmemorial, que con tanta devocion y piedad guardan todas las Iglesias de España. El tiempo que estuvo en ella el santo apóstol, y el fruto de su predicacion y grandes trabajos, no se sabe. Lo cierto es, que él volvió de España á Jerusalen, donde fué martirizado, y fué el primero de todos los apóstoles, que dió su sangre por Jesucristo en la misma ciudad, donde el Señor habia dado la suya por nuestra salud: que fué gran gloria y corona de nuestro sagrado apóstol, ser entre todos aquellos doce valerosos capitanes y conquistadores del mundo, el primero que triunfó de la muerte, dando su vida por Cristo y confirmando la doctrina que predicaba, con su sangre. La manera de su muerte fué de esta manera. Como el santo apóstol predicase en Jerusalen y en toda aquella tierra, y convirtiese mucha gente á la fé; los judíos le cobraron extraño aborrecimiento, y se determinaron á acabarle con grande rabia y furor: y para salir mejor con su intento, se concertaron con un mago y nigromántico, llamado Hermógenes, y con un discípulo suyo por nombre Fileto, para que convenciesen en disputa al santo apóstol, y por medio de los demonios le maltratasen. Hermógenes envió á Fileto, para

que ejecutase lo que estaba concertado; mas de tal manera quedó convencido de las razones del apóstol y con los milagros que le vió hacer, que se convirtió á nuestra santa fé y se echó á los piés del santo apóstol, pidiéndole perdon, y quiso persuadir á Hermógenes que hiciese lo mismo; el cual salió de sí y se embravació, y por su arte diabólica ató de tal manera á Fileto, que no se podia mover de un lugar, hasta que con un lienzo que le envió el apóstol, se soltó y vino á él. Hermógenes queriendo que los demonios le trajesen atados y encadenados á Santiago y á Fileto, fué encadenado y llevado por los mismos demonios delante del apóstol, que así les mandó que lo hiciesen: el cual despues mandó á Fileto, que en el nombre de Jesus Nazareño soltase á su maestro y le pusiese en libertad. Quedó tan atemorizado y atónito Hermógenes con este suceso, que no osaba apartarse un punto del apóstol, temiendo que si se apartaba, los demonios le matarian; pero el apóstol le dió un báculo suyo, afirmándole que con él iria seguro. Con esto se convirtió y quedó por discípulo suyo, y echó de sí todos sus libros diabólicos. San Pablo hace mencion en la segunda epístola, que escribe á Timoteo, su discípulo, de Figelo, ó Fileto, y Hermógenes, y dice que le habian desamparado y vuelto las espaldas. No sabemos, si fueron estos mismos, los que convirtió Santiago á la fé: si lo fueron, por ventura se pervirtieron despues, como lo hizo Simon mago, el cual habiendo antes recibido el bautismo, despues fué grande y cruel enemigo de Jesucristo y de su santísima fé.

3 Mas como los judíos vieron, que mal les habia sucedido el medio que habian tomado para destruir al apóstol Santiago, y que Hermógenes y Fileto habian sido convencidos de él, y dádose por sus discípulos, buscaron otro medio para salir con su intento. Hablaron con dos centuriones, ó capitanes de la gente de la guarnicion romana, que residia en Jerusalen, llamados Lisias y Teócrito, y concertaron con ellos, que estuviesen alerta y sobre aviso, para acudir con su gente y prenderle en un alboroto, que ellos levantarian, estando el apóstol predicando; y así se hizo. Porque predicando Santiago con gran fervor de espíritu, y con gran copia de testimonios de la sagrada Escritura probando que Jesucristo era el verdadero Mesías ó Hijo de Dios, y moviéndose el auditorio con sus palabras; Abiathar, sumo pontífice, hizo la señal del concierto, y uno de los escribas, llamado Josías, con grande ímpetu arremetió al apóstol, y le echó una soga á la garganta; y acudiendo los soldados, le prendieron y llevaron delante del rey Heroles: el cual, por dar contento al pueblo, le mandó degollar. Al tiempo que le llevaron (dice san Isidoro), que un paralítico le pidió la salud, y que el santo apóstol se la dió muy entera en el nombre del Señor. Añade Clemente Alejandrino (como lo refiere Eusebio Cesariense en su Historia eclesiástica), que Josías, el que con mas orgullo y rabia habia sido el primero en prenderle, se convirtió á la fé, y confesó que Cristo era Dios, y pidió perdon al santo apóstol con grande humildad y arrepentimiento: y él con tiernísimas palabras le perdonó y le dió paz en su rostro. Alteráronse los judíos viendo esto, y echaron mano de Josías, y procuraron que fuese degollado con el mismo santo apóstol, por cuyas oraciones se habia convertido. Fué la muerte de Santiago á los 44 años del Señor, segun Eusebio, y el segundo del emperador Claudio: y segun algunos autores, el dia de su martirio fué á los 25 de marzo, el mismo dia, en que el Salvador del mundo fué concebido y murió: aunque el breviario reformado del papa Pio V pone la muerte de Santiago el primero dia de abril. Despues que murió el santo apóstol, sus discípulos tomaron su sagrado cuerpo (ó por habérselo así mandado antes su Maestro, ó por particular instinto y revelacion de Dios), y le llevaron al puerto de Jope (que ahora se llama Infa), y poniéndole en un navío, vinieron con él á España: y habiendo navegado por todo el mar Mediterráneo, y pasado por el estrecho de Gibraltar, entraron por el mar Océano, y siguiendo su ruta, llegaron á la costa de Galicia; y de allí en la ciudad de Iria Flavia (que es la que ahora se llama el Padron) desembarcaron el santo cuerpo: el cual por varios sucesos y revueltas, estuvo por muchos años secreto y escondido, hasta que el Señor le reveló y descubrió, y se trasladó á la ciudad de Compostela, donde es reverenciado, no solamente de aquella provincia de Galicia, y de todos los reinos de España, sino tambien de las otras naciones de la cristiandad, que vienen en romería á visitarle y venerarle con gran devocion y concurso: como en el dia de su traslacion, que se celebra á los 30 de diciembre, mas largamente se dirá.

4 No se puede fácilmente creer las muchas y grandes mercedes, que Dios nuestro Señor ha hecho á los reinos de España por medio de este gloriosísimo apóstol y privado suyo, no solamente por haberles dado los primeros resplandores de la luz evangélica, y sembrado en ellos la semilla del cielo, y edificado á la Madre de Dios el primer templo que sepamos haberse fabricado en su nombre y honra, y ennoblecídolos é ilustrádolos con tantos dones espirituales; pero tambien por haberlos amparado y defendido tantas veces con insignes milagros y prodigios del cielo, contra los moros, infieles y bárbaros, que los infestaban y oprimian: porque no una, ni dos veces, sino muchas, despues que por justo juicio y castigo de Dios, los reinos de España fueron vencidos y arruinados de los moros; hallándose los españoles cristianos cercados y apretados de ellos, el santo apóstol los ha socorrido, y desbaratado, vencido y deshecho grandes y poderosos ejércitos de los bárbaros, peleando armado en un caballo blanco delante de los cristianos, y haciendo gran riza y estrago en los fieros enemigos, como invencible capitan y único protector y amparo de España: la cual comenzó á sentir este tan señalado beneficio el año del Señor de 834 en tiempo del rey don Ramiro, en la batalla que llaman de Clavijo; porque habiendo el rey juntado todas sus fuerzas para pelear con los moros, y librar sus reinos de un infame tributo de cien doncellas, que cada año daban á los moros,

y como inocentes corderas las entregaban á los lobos: y habiéndoles dado la batalla, y por disposicion de Dios sido vencidos en ella los cristianos, y recogídose lo mejor que pudieron á la montaña, que llaman del Clavijo; aquella noche apareció el santo apóstol al rey Ramiro, que estaba muy afligido, y puesto en oracion, y le mandó que al dia siguiente, habiéndose confesado y comulgado la gente, acometiese al ejército de los moros, llamando el nombre de Dios y el suyo: porque él como patron de las Españas, á quien Dios habia encomendado la defensa de ellas, iria delante de su ejército sobre un caballo blanco, con un grande estandarte blanco en la mano, y desharia aquel innumerable ejército de moros, que allí se habian juntado contra él. Y como el santo apóstol lo dijo, así se hizo; y en aquella batalla quedaron muertos casi setenta mil de los moros, y se tomaron y saquearon sus reales, y se ganó la ciudad de Calahorra y otros pueblos, y se restituyeron á la fé de Cristo. Por esta tan insigne victoria, y singular patrocinio del apóstol santísimo, el rey, los prelados y grandes de su reino, dieron á la iglesia del santo apóstol el privilegio, que llaman de los votos: el cual se guarda hasta ahora, y se extiende con mucha razon, y se acrecienta cada dia mas. Desde este tiempo comenzaron los soldados españoles á invocar en las guerras al glorioso apóstol, como á su valeroso caudillo y singular defensor: lo cual hacen en todas las batallas: y la señal para acometer y cerrar con el enemigo, hecha oracion y la señal de la cruz, es invocar al santo, y decir: Santiago, cierra España. Y en prueba de que no es vana esta invocacion, se han visto grandes milagros, cuando han peleado con los moros de Europa, y con los gentiles en las Indias: porque muchas veces visiblemente el santo apóstol les ha aparecido armado, como se ha dicho, derribando y matando á los infieles, y favoreciendo á los cristianos. Y en las guerras justas contra los otros cristianos, han tenido los españoles felicísimos sucesos, y acabado cosas tan extrañas y heróicas que humanamente no parece que se podian hacer. Por donde toda la nacion española, reconociendo y agradeciendo tantos y tan grandes beneficios de su patron y defensor, le tiene particular devocion, y ha instituido la órden de la caballería de Santiago, que es tan antigua, y de tanta riqueza y autoridad, en la cual la mayor parte de la nobleza de España sirve á este santo y glorioso apóstol, y los mismos reyes son los maestros de esta caballería; que no es poca honra del bienaventurado apóstol, y amparo de nuestra España. Algunos dicen, que la órden de esta caballería tuvo principio del beneficio que el rey don Ramiro y los cristianos españoles recibieron en aquella memorable batalla de Clavijo, cuando el glorioso apóstol se les apareció, y desbarató con tan grande estrago el ejército de los moros, como queda referido: puede ser que fuese aquella la ocasion; pero la institucion y fundacion de esta órden, en modo y forma de verdadera religion aprobada por la santa madre Iglesia, los cronistas la atribuyen al rey don Alonso, el IX, que comenzó á reinar el año del Señor de 1158, como lo dice el licenciado Fr. Francisco de Rades, y Andrada, y en la crónica de Santiago, cap. 2. Dénos nuestro Señor gracia, por intercesion del mismo apóstol, para imitar sus admirables virtudes, de tal manera, que merezcamos en esta vida ser defendidos de nuestros enemigos invisibles, que por todas partes nos cercan; y gozar en la otra de la gloria y corona que él goza y gozará por todos los siglos de los siglos. Amen.

SAN CUCUFATE Y SAN FÉLIX, HERMANOS, MÁRTIRES. — Al tiempo que Daciano, enviado por presidente de los emperadores Diocleciano y Maximiano llegó á España, para regarla con la sangre de los mártires, y extinguir (si pudiese) la religion cristiana, hubo en Africa en la ciudad de Sitiana dos caballeros cristianos (que comunmente se dice que fueron hermanos): los cuales habiendo estudiado las buenas letras en la ciudad de Cesarea y hecho gran progreso en ellas; oyendo decir la llegada de Daciano á España, y el ánimo y fiereza con que venia, y la buena ocasion que se les ofrecia de alcanzar por su mano la corona del martirio, encendidos del amor del Señor, y deseosos de derramar la sangre por él, dieron de mano á los estudios y otras ocupaciones, comodidades y regalos; y entrando en una nave cargada de mercadería, en hábito y traje de mercaderes, llegaron á Barcelona, donde se juntaron con los demás cristianos, y despues de haber estado allí algunos dias, dando limosna á los pobres, esforzando á los cristianos, y exhortándoles á que se armasen y aparejasen para la batalla que esperaban, se concertaron entre sí, que Félix se fuese á Gerona, y Cucufate quedase en Barcelona, que eran como las fronteras y las partes, donde habian de ser los primeros encuentros de la persecucion. Aquí en Barcelona, predicando y haciendo el Señor por él muchos milagros, fué preso por mandado de Daciano san Cucufate, y atormentado muchas veces por tres jueces tenientes del mismo Daciano, con exquisitos y atroces tormentos. El primer juez se llamaba Valerio, ó Galerio: este mandó, que doce soldados, descansando y remudándose unos tras otros, le atormentasen: y ellos lo hicieron con tan fiera crueldad, rasgándole las carnes por los lados y por el vientre, que las entrañas le salian del cuerpo. Hizo el santo oracion, y Dios le sanó tan perfectamente, como si no hubiera padecido aquellas penas, y los verdugos súbitamente quedaron ciegos, y el juez pereció abriéndose la tierra y tragándole vivo. A este sucedió Maximiano: y debiendo escarmentar en cabeza ajena, no lo hizo así; antes siguiendo la impiedad de Galerio, ó Valerio, mandó asar al santo mártir en unas parrillas, echándole por todo el cuerpo mostaza desleida con vinagre. No le empeció este tormento; porque el Señor le guardaba, para que padeciese mas, y con mayor victoria triunfase del tirano. Echóle en una hoguera, y luego se apagó con su oracion. Volviéronle á la cárcel, mas allí le consoló el Señor con lumbre del cielo: y aquel estrecho y horrible aposento resplandeció con maravillosa claridad, y las guardas de la cárcel, visto este milagro, se convirtieron. El dia siguiente Maximiano mandóle azo-

tar con nervios de bueyes, y cardos de hierro; pero yendo él á sacrificar á un ídolo de Júpiter, murió mala muerte, y el ídolo cayó en tierra, y se hizo menudos pedazos, y muchos gentiles se convirtieron, y tuvieron y confesaron por solo verdadero Dios al que Cucufate predicaba, y tan visiblemente en sus tormentos le favorecia. A Maximiano sucedió Rufino; el cual, temiendo quedar vencido de la constancia y fortaleza invencible de Cucufate, y que otros muchos gentiles por su ejemplo se harian cristianos, quiso acabar con él, y le mandó degollar á los 25 de julio. Los cristianos tomaron su sagrado cuerpo, y con la mayor honra y veneracion que pudieron, le sepultaron en Barcelona: despues (no se sabe cuando, ni como) fué su santo cuerpo trasladado al monasterio de San Dionisio, que es entierro de los reyes de Francia, cerca de la ciudad de Paris, donde está en capilla propia. Algunos sospechan, que cuando el emperador Ludovico, hijo de Carlo Magno, tomó á Barcelona, llevó consigo el cuerpo de san Cucufate, y despues andando el tiempo don Diego Gelmirez, primer arzobispo de Santiago, trasladó parte de él á Galicia, y en la iglesia de Santiago (que celebra su traslacion) le tienen en una arca bien esmaltada.

2 Hacen mencion de san Cucufate los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon á los 25 de julio; y los breviarios toledano, y de Barcelona; y Prudencio en un himno.

SAN CRISTÓBAL, MÁRTIR. — El valeroso y glorioso mártir san Cristóbal fué cananeo de nacion, y siendo cristiano, movido por el Señor, vino á la provincia de Licia, para manifestarle y predicarle á aquellas gentes, armándose con mucha y continua oracion, contra las batallas y dificultades, que por ello le habian de venir. Era hombre de gentil disposicion, alta y grande estatura; y por esto atraia á sí los ojos de los que le miraban. Llevaba una vara en la mano; y habiéndola una vez hincado en el suelo, súbitamente reverdeció y floreció; y visto este milagro, muchos se convirtieron á la fé de Cristo nuestro Redentor, y por la oracion de san Cristóbal, y por las maravillas que el Señor obraba por él, se iba propagando cada dia mas y acrecentándose la Iglesia de los fieles, hasta que siendo Decio emperador, fué preso san Cristóbal en la ciudad de Samo, en la provincia de Licia. Procuró el juez ablandarle con promesas, y espantarle con amenazas, y persuadirle que adorase á sus falsos dioses: y como le viese constante y firme mas que una roca, envió dos mujeres lascivas y deshonestas á la cárcel, para que le provocasen á mal: pareciéndole, que si le hacian perder la castidad, mas fácilmente perderia la fé y gracia de Cristo, á quien Cristóbal predicaba por Dios. Entraron las infames mujeres en la cárcel, y luego cayó sobre ellas un pavor y horror tan espantoso, que conociendo su maldad, se arrojaron á los piés de san Cristóbal, suplicándole, que les alcanzase perdon de Dios: y fueron de él tan bien enseñadas y confirmadas en la fé verdadera del Señor, que murieron despues por ella, con otros cuarenta, que por la predicacion de san Cristóbal se habian convertido; y otros muchos caballeros por la misma causa padecieron la misma pena, y derramaron su sangre por el Señor. Pero como el juez viese, que ninguna cosa bastaba para trocar el corazon de Cristóbal, determinó ejecutar en él su saña y furor, y hacerle morir con nuevos y exquisitos tormentos. Mandóle primeramente azotar crudamente; despues poner sobre su cabeza un yelmo encendido hecho ascua, y tenderle sobre un escaño de hierro, hecho á la medida de su cuerpo, y rociándole todo con aceite hirviendo, poner fuego debajo, para que poco á poco se asase y consumiese. Mas el fortísimo mártir con rostro sereno decia al tirano: Por la virtud de Jesucristo yo no siento tus tormentos; y así salió de este tan cruel, libre y sin lesion alguna, y muchos de los circunstantes se convirtieron al Señor. Mandóle despues el juez atar á un palo, y asaetear; pero todas las saetas, que le tiraron, no le hirieron, ni fueron parte para hacerle daño, antes una de ellas dió en el ojo de un verdugo, y se le sacó, y quedando ciego, untándose con la sangre del mártir, que habia caido en tierra, cobró la vista del cuerpo y del alma, alumbrado por el Señor. Al cabo le cortaron la cabeza: y antes que se la cortasen, pidió humilmente á Dios, que ni granizo, ni piedra, ni fuego, hambre, ni pestilencia, hiciesen daño do quiera que estuviere sepultado su cuerpo; y con esta oracion dió su bendita alma en las manos del Señor, que le habia criado y dado victoria de la misma muerte. Convirtiéronse á la fé de Cristo, por su predicacion, cuarenta y ocho mil personas. San Ambrosio hace mencion de san Cristóbal, y en la prefacion de la misa, que pone para la fiesta de este glorioso mártir, dice las palabras que me han parecido referir aquí; porque son una breve suma de toda su vida. Vos, Señor (dice), disteis á Cristóbal un colmo de virtudes tan lleno, y una gracia de doctrina tan soberana, que con ella y con sus milagros convirtió cuarenta y ocho mil almas, y despedidas las tinieblas de la gentilidad en que estaban, las alumbró con la lumbre de la fé. El redujo á la gloria de la castidad á Aniceta y Aquilina, que eran públicas y malas mujeres, y habian hecho callos en la inmundicia y torpeza de la deshonestidad, y las enseñó á confesar vuestra fé, y morir por ella, y recibir la corona. Demás de esto echado en el fuego, y apretado en un escaño de hierro, no temió el extremado calor, ni pudo ser traspasado con las saetas que un dia entero le tiraron los soldados; antes una de las saetas sacó el ojo al verdugo; pero la sangre del bienaventurado mártir mezclada con la tierra, le restituyó la vista, y quitándolo la ceguedad del cuerpo, alumbró su ánima. Alcanzó perdon y gracia para sanar las enfermedades, y dolencias, con su intercesion. Todo esto es de san Ambrosio. Fué el martirio de san Cristóbal, el dia que la Iglesia hace de él conmemoracion, en 25 de julio, año del Señor de 254, imperando Decio, como dice el Martirologio romano, y el cardenal Baronio.

2 Comunmente se pinta san Cristóbal con el Niño Jesus en el hombro, como que le pasa un rio: y no hallo qué fundamento tenga pintarle así, sino es por un símbolo de que san Cristóbal pasó las muchas olas de tormentos y trabajos con la gran fortaleza que le dió el Señor. El ponerle en lugares altos debe ser por la gracia que nuestro Señor le concedió contra las tempestades de granizo y truenos, como queda dicho.

* SAN PABLO, MÁRTIR.—Durante la persecucion del emperador Maximiano Galerio, fué este santo condenado por el gobernador Firmiliano á ser degollado. Estando en el lugar del suplicio, y habiendo conseguido un corto espacio de tiempo para hacer oracion, rogó primeramente á Dios de todo su corazon por sus compatriotas, despues por los judíos y por los gentiles para que conociesen las verdades de la fé. En seguida rogó en alta voz por todos los que estaban presentes, por el juez que le habia condenado, por el verdugo que le habia de degollar, y por fin le cortaron la cabeza en un pueblo de Palestina, en julio del año 308.

SANTA VALENTINA, Y OTRA COMPAÑERA SUYA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.—En tiempo del emperador Maximiano Galerio, habia en la Tebaida un gran número de cristianos condenados á los trabajos públicos. Noventa y siete de estos confesores fueron conducidos á la presencia de Firmiliano, que viendo su invencible constancia, les hizo abrasar el carrillo izquierdo, y que les arrancasen el ojo derecho, y en seguida los mandó á las minas del monte Líbano. Hizo sufrir diversos géneros de tormentos á muchos otros fieles que le llevaron de varios puntos de la Palestina; pero se excedió á sí mismo en su furor contra los que habian sido presos en Gaza, mientras estaban asistiendo á la lectura de los libros santos. Entre ellos habia una vírgen ilustre llamada Valentina que se distinguió por su valor y constancia. Habiéndola amenazado el gobernador de que la haria exponer en un lugar de prostitucion, ella le reprendió sus injusticias y la corrupcion de su corazon. Para castigar su atrevimiento, ordenó aquel que fuese cruelmente azotada, despues extendida sobre el caballete donde se descarnaron sus costados con garfios de hierro. Semejante espectáculo arrancó gritos de compasion á otra vírgen cristiana, que de en medio de la multitud dijo al gobernador: ¿Hasta cuando atormentaréis á mi hermana? Sacada de entre la demás gente é interrogada al mismo momento, fué en seguida confundida con Valentina en los tormentos, y ambas atadas y encadenadas, fueron arrojadas al fuego, donde espiraron, el dia 25 de julio del año 308.

LOS SANTOS FLORENCIO Y FÉLIX, MÁRTIRES.—Nacieron en Manfredonia, y se convirtieron á la religion de Jesucristo durante la persecucion del emperador Decio. Presos y llevados á la presencia del gobernador de la ciudad de Turconio en el Abrucio ulterior, confesaron generosamente á Jesucristo, y negándose á adorar á los ídolos, fueron condenados á ser degollados, cuya sentencia se ejecutó en el año 252.

SAN TEODOMIRO, MONJE Y MÁRTIR.—Ilustre español del siglo IX, selló con su sangre la religion que profesaba. Vivia en un monasterio, junto á la ciudad de Córdoba, cuando esta se hallaba en poder de los mahometanos. Con frecuencia iba el santo religioso á la ciudad á consolar á los fieles que en ella habian quedado, y á alimentar con sus palabras de vida las esperanzas que todavía les animaban. Algunas veces atestiguó por medio de milagros la santidad de su mision, y la celestial autoridad de sus discursos. Un dia fué preso por los sectarios del falso profeta, que quisieron obligarle á abandonar, no solo su tarea y método de vida, sino tambien la religion de Jesucristo. Indignado Teodomiro de semejante pretension, respondió con valor y energía á sus enemigos que solo la muerte le separaria de la confesion eterna y gloriosa de su fé. En seguida reprendió á los mahometanos su crueldad y sus torpezas, y fué sentenciado á ser arrojado vivo á una hoguera en la cual espiró. Su cuerpo fué enterrado en la misma ciudad de Córdoba, donde se veneran aun sus reliquias con mucha devocion.

SAN MAGNÉRICO, OBISPO Y CONFESOR.—Solo sabemos de este santo que fué obispo de Tréveris, y que floreció dignamente en ciencia y piedad.

Dia 26.

SANTA ANA, MADRE DE NUESTRA SEÑORA.—La bienaventurada santa Ana, madre de nuestra Señora santa María, Madre de nuestro señor Jesucristo, fué natural de Belen, hija de Estolano, y por otro nombre Gaziro, y de Emerencia, y fué mujer de san Joaquin, galileo, de la ciudad de Nazareth. Los dos eran de la tribu de Judá, y del real linaje de David: ejercitábanse continuamente en la guarda de la ley de Dios, en oraciones y santas obras, y particularmente en limosnas; porque dividian la renta, que cada año cobraban de su hacienda, en tres partes: de las cuales la una gastaban en su casa y familia, la otra en el templo y con sus ministros, y la tercera daban á los pobres. Vivian muy afligidos estos santos casados, por haberlo sido veinte años sin tener fruto de bendicion: por lo cual andaban como avergonzados y corridos, y apartados del trato y conversacion de los otros hombres de su calidad, hasta que un dia apareció un ángel á san Joaquin, y le dijo, que Ana su mujer pariria una hija, á quien pondrian por nombre María; la cual seria llena de Espíritu santo, y mas ilustre y dichosa que Sara, Rebeca, Raquel y todas las otras excelentes mujeres, que ha habido en el mundo: y como el ángel lo dijo; así se cumplió. Concibió Ana de su marido Joaquin y parió á la serenísima Reina de los ángeles nuestra Señora la Vírjen María. No tenemos otras cosas ciertas y averiguadas de la vida y muerte de santa Ana. Algunos dicen que murió despues de haber nacido Jesucristo nuestro Redentor, en 26 de julio, imperando Octaviano. Lo que podemos afirmar seguramente, es que tiene eminentísimo lugar en el cielo: pues así como la mayor alabanza que se puede dar á nuestra Señora, es llamarla Madre

de Dios, porque en este apellido se encierran todos los privilegios, gracias y preeminencias que competen á tal madre; así la mayor loa, que se puede dar á santa Ana, es llamarla madre de la Madre de Dios y abuela de Jesucristo; del cual no hay duda sino que fué muy regalada, y favorecida y enriquecida de todas las virtudes que convenia tuviese la que se podia tener por tal y á boca llena llamarse abuela del Hijo de Dios. Y si el agua es tanto mas pura cuanto se coge mas cerca de su fuente; ¿qué debemos nosotros creer de la grandeza, excelencia y pureza de esta gloriosa santa, que bebió y se hartó de la misma fuente de todas las virtudes y gracias, y segun la carne le fué mas conjunta persona que ninguna otra criatura, despues de su bendita hija y Madre del mismo Dios? Escribieron de santa Ana san Epifanio *Hæresi* 68; san Juan Damasceno, lib. IV, cap. 15. Tambien anda entre las epístolas de san Gerónimo una, que es la 101, en que se trata de santa Ana, y del nacimiento de nuestra Señora; y el Martirologio romano y los demás hacen mencion de santa Ana. El papa Gregorio XIII el año de 1584, que fué el duodécimo de su pontificado, en el primer dia de mayo mandó que se celebrase por toda la Iglesia católica la fiesta de santa Ana, con solemnidad de fiesta doble, á los 26 de julio, que es el dia de su fiesta.

* SAN ERASTO, OBISPO Y MÁRTIR.—Era de Corinto, y tenia el destino de tesorero de la ciudad cuando el apóstol san Pablo empezó á predicar el Evangelio. Convertido á la religion cristiana, fué discípulo é íntimo amigo del santo apóstol, y le siguió á Jerusalen, donde fué consagrado obispo y enviado á la ciudad de Filippis en Macedonia. Despues de haber hecho grandes conquistas para la religion, murió martirizado en medio de sus ovejas, á fines del siglo I. San Pablo habla de él en su carta á los romanos, y en la segunda á Timoteo.

LOS SANTOS SINFRONIO, OLIMPIO, TEÓDULO, Y EXUPERIA, MÁRTIRES.—Vivian en Roma en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, y por órden del primero fueron presos y atormentados. Primeramente padeció martirio san Sinfronio, y fué tanta su constancia en los tormentos, y los portentos que obró, que los dos esposos Olimpio y Exuperia, que eran testigos del martirio, confesaron á Jesucristo, y quisieron ser confundidos con él en los suplicios. Teódulo, su hijo, quiso tambien participar de su corona, y habiendo sido bautizados todos por el papa san Estéban, al dia siguiente recibieron la corona de la gloria, siendo abrasados vivos, el dia 26 de julio del año 256.

SAN JACINTO, MÁRTIR.—En tiempo del emperador Trajano, siendo Lencio cónsul de la ciudad de Roma, fué este santo preso en Porto, y por órden del mismo cónsul, y por no haber querido ofrecer incienso á los ídolos, fué arrojado á una hoguera, de la cual salió sin lesion. Despues le echaron en un rio de muy rápida corriente, y tambien salió á la orilla sin haber recibido daño alguno, viendo lo cual el cónsul Lencio, mandó que lo degollasen. Su cuerpo estuvo expuesto á las fieras; pero una santa matrona llamada Julia le dió sepultura en una heredad suya que tenia junto á Roma.

SAN PASTOR, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Era sacerdote de la Iglesia de Roma, y se ocupaba en enterrar los cuerpos de los mártires y escribir sus actas. Fué amigo de las santas vírgenes Pudenciana y Praxedes cuyos restos tambien sepultó y cuya vida nos dejó escrita. Toda su existencia la consagró siempre á Dios y á su Iglesia, y fué el espejo mas cabal de su tiempo para todos los cristianos de Roma, muriendo en la misma ciudad el dia 26 de julio del año 152. Su cuerpo, resplandeciente en la virtud de Dios, fué sepultado con grandísima veneracion en la iglesia del título de Santa Pudenciana.

SAN VALENTE, OBISPO Y CONFESOR.—Varon de grande santidad y de un valor extraordinario siempre que se trataba del bien de sus ovejas. Fué obispo de Verona, y su pontificado, que duró no mas que siete años, dejó sin embargo recuerdos tan memorables, que aun en el dia se hace memoria de los infinitos beneficios que derramó sobre el pueblo durante su vida. Su muerte fué tambien preciosa á los ojos del Señor, saliendo de este mundo para la patria celestial, el dia 26 de julio del año 531.

SAN SIMEON, MONJE Y ERMITAÑO.—Nació en Armenia de una familia militar y muy distinguida. Fué educado en el temor de Dios, y como era heredero de un patrimonio considerable, apenas llegó á la pubertad quiso su padre que contrajese matrimonio. El jóven Simeon que deseaba solo consagrarse á Dios, empezó á temblar de lo que se le proponia, y haciendo un esfuerzo de voluntad, y acordándose de la sentencia del Salvador, dejó sus padres, sus hermanos, su casa y cuanto tenia, y se fugó á un monasterio de San Basilio donde tomó el hábito é hizo profesion religiosa. Pero no siendo todavía bastantes para contentar su fervor las regularidades y privaciones de la vida monástica, despues de algun tiempo, con permiso de sus superiores se retiró á un áspero desierto en compañía de otros dos monjes. Su vida desde entonces fué angélica: entregado continuamente á las cosas del cielo, su alma no vivia, gozaba ya anticipadamente de Dios. Tan continuo y tan vehemente era su éxtasis, que se pasaban muchos dias sin que se acordase de tomar alimento; así es que su cuerpo parecia un esqueleto ambulante, una cárcel de hueso que detenia á aquel espíritu santificado. Sus milagros y extraordinarias virtudes son tan esclarecidas, que la pluma no es capaz de ponderarlos, y las personas que santificó con sus consejos y ejemplos son en tanto número, que basta decir, que por espacio de cuarenta años fué su soledad visitada de continuo por una infinidad de cristianos que no tenian donde albergarse. Por fin, habiendo llegado ya á una santa vejez, descansó tranquilamente en el Señor, el dia 26 de julio del año 1016.

Dia 27.

SAN PANTALEON, MÁRTIR.—San Pantaleon, ínclito mártir del Señor, fué de la ciudad de Nicomedia, que es en la provincia de Bitinia, en la Asia mayor. Su padre se llamó Eustorgio, hombre rico y noble aunque gentil: la madre Ebula, que era cristiana: la cual murió dejando á Pantaleon muy niño. Pero habiendo crecido en edad, el padre le puso á los estudios de retórica y filosofía, en los cuales aprovechó mucho, y por ser de vivo y delicado ingenio, se señaló entre sus iguales. Era de honestas costumbres, modesto, concertado en sus razones, de muy gentil disposicion, y de todos estimado y amado. Parecióle que para valer en el mundo era bien darse al estudio de la medicina: y habiendo en Nicomedia un famoso médico, por nombre Eufrosino, le tomó por maestro para aprender de él aquella arte. Estaba á esta sazon escondido en una pequeña casa por temor de la persecucion un cristiano llamado Hermolao, viejo venerable y sacerdote de vida santísima: el cual trabó amistad con Pantaleon y poco á poco le vino á persuadir que el autor de la vida y señor de la salud, es Jesucristo, y que en su nombre se sanan todas las enfermedades, mas fácil y seguramente que con el estudio de Esculapio, Hipócrates y Galeno. Y como un dia anduviese Pantaleon pensando en las razones que habia oido á Hermolao, vió un niño muerto, y junto á él una víbora que parecia decir que ella habia cometido aquel homicidio; y movido del Señor, dijo entre sí: Ahora veré yo si es verdad lo que el viejo me dice. Llegóse al niño y díjole: Levántate vivo en el nombre de Jesucristo; y tú, bestia ponzoñosa, padece el mal que le has hecho. Luego el niño se levantó con vida y la víbora quedó muerta. Visto este milagro, Pantaleon se fué á Hermolao, y contándole lo que pasaba le pidió el bautismo; y él se lo administró con grande contentamiento, teniéndole siete dias consigo, y enseñándole los misterios de la fé que habia recibido. De allí á pocos dias entró en casa de Pantaleon un hombre ciego que habia gastado la mayor parte de su hacienda con los médicos, y despues de muchos remedios y tormentos, lo que habia ganado habia sido, que antes de la cura veia poco, y despues no veia nada. Puso Pantaleon sus manos sobre los ojos del ciego, invocando el nombre de Jesucristo, y suplicándole humildemente le sanase, luego abrió los ojos y cobró la vista del cuerpo y la del alma, porque se hizo cristiano. Lo mismo hizo el padre de Pantaleon que estaba presente cuando su hijo le sanó: el cual padre de allí á pocos dias, siendo ya bautizado, murió santamente. De aquí se comenzó á divulgar la fama de Pantaleon y por las muchas enfermedades incurables, que sanaba en el nombre del Señor, á ser tenido por médico insigne y soberano. Tuviéronle grande envidia los otros médicos: y viendo que no podian oscurecer las curas maravillosas que hacia, porque eran manifiestas y notorias, determinaron acusarlo delante del emperador Maximiano, que á la sazon estaba en Nicomedia: y para hacerlo con mejor color, tomaron ocasion de algunos cristianos, que por serlo, los habia mandado atormentar el mismo Maximiano, y Pantaleon los habia curado. El emperador oida la acusacion, hizo traer delante de sí al ciego, que Pantaleon habia sanado: al cual, porque con grande aseveracion afirmaba que habia cobrado la vista por virtud de Cristo, y no de los dioses, le mandó cortar la cabeza, y Pantaleon compró de los verdugos su cuerpo y enterróle juntamente con su padre. Y entendiendo que corria riesgo su vida, dió libertad y parte de su hacienda á los esclavos, y la otra parte á los pobres y enfermos que curaba, para estar mas libre y desembarazado para la pelea, y mas aparejado para el martirio: y no se engañó; porque á pocos dias le mandó llamar Maximiano, y habiendo pasado con él algunas pláticas, Pantaleon confesando claramente que era cristiano, y que se preciaba de adorar aquel solo Dios verdadero, que crió el cielo y tierra, y no los dioses de piedra y de palo; finalmente se concertaron que allí delante del emperador trajesen un enfermo del todo desahuciado de los médicos y que sus sacerdotes con la invocacion de sus dioses le procurasen dar salud, y que él tambien invocaria á Jesucristo; y que el que le sanase, aquel fuese tenido por Dios. Hízose así: trajeron un paralítico de muchos años: los sacerdotes de los ídolos hicieron sus diligencias, y todas fueron en vano, y Pantaleon tomando por la mano al paralítico, le dijo: Levántate sano en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Apenas habia dicho estas palabras, cuando el enfermo se levantó sano, haciendo gracias á Dios; y muchos de los circunstantes se convirtieron á la fé, y quedaron sanos en sus almas. El emperador se quedó confuso, el pueblo atónito, los sacerdotes mas endurecidos; y temiendo perder su autoridad y sus aprovechamientos y ganancias, persuadieron al emperador que Pantaleon era mago, y que si no le quitaba la vida, se perderia el culto y veneracion de sus dioses, y con ella el imperio, que sin religion no se puede sustentar. Con esto el emperador habiéndole primero tentado en vano con espantos y amenazas; en medio de una grande plaza le mandó desnudar y colgar de un rollo ó madero, y arañar sus carnes con uñas de hierro y abrasarlas con hachas encendidas. Estando en este tormento, levantaba el santo mártir sus ojos al cielo pidiendo favor á Jesucristo, que solo se le podia dar; y así se le dió, apareciéndole en traje y figura de Hermolao, el santo viejo, que le habia bautizado y doctrinado en la fé á Pantaleon: díjole que estaria siempre á su lado y que le ayudaria á padecer; y así se vió el efecto: porque luego se aflojaron los cordeles con que estaba atado, y se apagaron las hachas, y los verdugos quedaron desalentados y cansados. Mandó el emperador echarle dentro de una grande caldera llena de plomo derretido. Hizo oracion el santo á Jesucristo: el cual entró en la caldera con él en la misma figura, que antes le habia aparecido, y el plomo perdió su fuerza y de todo punto quedó

helado. Causó esto grande admiracion en los presentes; mas el emperador empedernido mandó que, atada una gran piedra al cuello, le echasen en el mar. ¿Pero el que le habia librado del fuego, no le podia librar del agua? Invocó el nombre de Cristo: apareciósele la tercera vez, y como otro san Pedro le asió de la mano, y le libró y puso en la ribera. Supo el emperador lo que pasaba, y con gran saña y furor otro dia le mandó echar á las bestias fieras. Estando ya san Pantaleon en el teatro aparejado para ser despedazado de los leones y tigres, vió á Jesucristo á su lado en la misma figura que antes le habia visto, y volviéndose á él con una voz blanda y amorosa le dijo: Señor, ¿estando vos conmigo, qué tengo yo que temer? Ninguna cosa, respondió el Señor. Salen las fieras con grande ímpetu y braveza; y viendo al santo luego la perdieron, y como mansas ovejas se humillaron y se echaron á sus piés, no sin grande admiracion del pueblo, que por una parte tenia gran lástima de ver á un mancebo de tan lindo parecer y de quien toda la ciudad habia recibido muchos beneficios, puesto sin culpa suya en tan riguroso trance, y por otra estaba espantado por verle obrar tan grandes maravillas, y muchos se convertian y á voces decian que era grande el Dios de los cristianos. Embravecióse sobre manera el tirano, y no quiso perdonar á las bestias fieras porque habian perdonado al santo, como mas cruel que todas ellas y las mandó matar y despues echar en una sima y cubrirlas de tierra. Hizo luego un artificio de una rueda pesada con muchas puntas de acero, y atado Pantaleon á ella mandó que le echasen de un monte alto, para que parte con las puntas aceradas despedazado, y parte con las piedras del monte lastimado, muriese una muerte cruel y horrible. De este tormento libró tambien el Señor á su fiel siervo desatándole de la rueda sin lesion alguna: la cual á muchos de los idólatras encontró y con su ímpetu los despedazó miserablemente. Como Maximiano vió que todas sus invenciones le salian vanas y que no podia con tormentos vencer al santo mártir, quiso saber de él quien habia sido el maestro de aquella vida y creencia que profesaba para convertir su rabia y furor contra él: y aunque san Pantaleon entendió el intento con que se lo preguntaba; por saber que Hermolao, su maestro, deseaba morir por Cristo y tenerle por compañero en su martirio, le descubrió al tirano que era Hermolao, y fué traido á su presencia: y habiéndosele aparecido Jesucristo aquella noche y dichole que al otro dia entraria en el cielo. Preguntóle algunas cosas el emperador: y él levantando los ojos al cielo, le respondió con mucha fortaleza y constancia: y luego comenzó á temblar la tierra, y los ídolos que estaban en el templo, cayeron y se hicieron pedazos. Por el enojo que por esto recibió Maximiano y por no haber podido ablandar á Hermolao, ni atraerle á que adorase sus falsos dioses; despues de haberle mandado atormentar con diversos tormentos, le mandó degollar juntamente con otros dos hermanos llamados Hermipo y Hermócrate. Y finalmente por vengarse de Pantaleon y desfogar la cólera que tenia por verse vencido de un mancebo tan constante y superior á todos sus tormentos, mandó que de nuevo terriblemente fuese azotado y despues degollado en el campo y quemado su cuerpo. Llevaron al santo con grande regocijo de su alma por ver que se le abrian ya las puertas del cielo: atáronle á un olivo; y el verdugo alzando su mano hirió con la espada al cuello de Pantaleon; mas quedó sin lesion ni señal alguna, y la espada se tornó blanda como una cera. Turbáronse los verdugos: echáronse á sus piés y pidiéronle perdon conociendo que era mas que hombre el que así vencia los tormentos y los atormentadores. El santo mártir pidió á Dios que les perdonase, y oyó una voz que le dijo que su oracion habia sido oida, y que de allí adelante no se llamaria Pantaleon, sino Pantaleemon, porque por él muchos alcanzarian misericordia de Dios: y animando él mismo á los verdugos que estaban temblando para que ejecutasen la sentencia, le cortaron la cabeza, de la cual salió leche por sangre, y el árbol de la oliva á que estaba atado, luego se vió cargado de fruto: lo cual cuando lo supo el tirano, lo mandó arrancar y quemar el cuerpo del santo, como antes lo habia mandado: aunque esto no se hizo porque los ministros no se atrevieron; y así dieron lugar á que los fieles tomasen el santo cuerpo y le enterrasen en una alquería ó campo de un hombre llamado Adamancio. En la ciudad de Ravello, en el reino de Nápoles, se conserva hoy dia en la iglesia catedral una redoma llena de la sangre de san Pantaleon, y cada año en el dia de su martirio, que es á los 27 de julio se derrite y descuaja aquella sangre, estando el resto de tiempo cuajada y dura, y la sacan aquel dia en procesion, y otros, cuando hay alguna necesidad; y se ven grandes efectos y milagros que hace el Señor para gloria de su santo: cuya muerte fué (como dijimos) en 27 de julio en que la celebra la Iglesia, año del Señor de 311.

LOS SIETE DURMIENTES HERMANOS, MÁRTIRES.—Aunque es muy sabida la historia de los siete hermanos mártires, que llaman *Durmientes*; todavía quiero yo referirla aquí brevemente, para declarar despues la verdad de ella, y lo que se debe tener por cierto. En tiempo, pues, del emperador Decio se levantó una terrible y espantosa persecucion contra la Iglesia de Cristo; porque el emperador era fiero y cruelísimo, y tenia extraño odio contra los cristianos: parte por haberlo sido el emperador Felipe, á quien él habia quitado la vida: parte, por la falsa creencia y supersticion, con que adoraba á los dioses vanos de la gentilidad, teniéndolos por patrones y conservadores de su imperio. En esta persecucion muchos cristianos fueron muertos con exquisitos tormentos en la ciudad de Efeso, estando el emperador Decio presente: otros desfallecieron: otros huyeron y se ausentaron, por librarse de las manos de tan impío tirano.

2 Entre los otros cristianos fueron presos siete hermanos, mozos, y de muy gentil disposicion y gracia, hijos de un caballero ilustre de allí de Efeso, que se llamaban Maximiano, Malco, Martinia-

no, Dionisio, Juan, Serapion, y Constantino: los cuales fueron presentados delante del emperador, y por mucho que él los tentó, y con halagos y amenazas procuró persuadirles que adorasen á sus dioses; nunca lo pudo acabar con ellos, mostrándose muy valerosos y constantes en la fé de Cristo. El emperador, aunque les mandó quitar los cintos de oro, que como soldados y caballeros traian (que era quitarles la nobleza), no quiso luego ejecutar en ellos su saña y furor: antes movido de cierta compasion vana los dejó para que pensasen mejor lo que les convenia, y se rindiesen á su voluntad. Ellos determinados á morir por Cristo, recogieron la hacienda que pudieron, y repartieron la mayor parte á los pobres: y con lo que de ella les quedó, encomendándose muy de veras á nuestro Señor, y suplicándole que los librase de la violencia de aquel tirano, ó que les diese espíritu y fuerzas para vencerle, y padecer por su amor, se retiraron á una cueva grande y capaz, que estaba cerca de la ciudad, donde pensaban que estarian seguros. Supo esto el emperador, y mandó cerrar la entrada de aquella cueva, de manera, que los santos siete hermanos no pudiesen salir de ella, y muriendo allí de hambre, la misma cueva les sirviese de sepultura. Hízose así: y un cristiano (para que quedase la memoria de tan gloriosos mártires) escribió lo que habia pasado y mandado el emperador, en una lámina, y echóla dentro de la cueva, antes que se cerrase.

3 Murió Decio desastradamente, y sucediéronle los otros emperadores gentiles hasta el gran Constantino, que fué cristiano, y amplificador de nuestra santa religion, y despues los demás hasta Teodosio, el menor, hijo del emperador Arcadio, y nieto del gran Teodosio, el mayor: en cuyo tiempo á los veinte, y tres años de su imperio, abriéndose con cierta ocasion la entrada de aquella cueva, se hallaron (no sin gran milagro) aquellos siete hermanos y santos mártires, enteros con sus vestidos y miembros, y sin corrupcion, como si todo este tiempo hubieran dormido, y gozado de un dulce y profundo sueño. Confirmáronse de la verdad del milagro el obispo, y gobernador, y toda la ciudad de Efeso, cuando prendieron á uno de ellos (que era el menor, y habia venido á la ciudad á comprar alguna cosa de comer para sí, y para sus hermanos) y les contó, como se habian escondido en aquella cueva por temor de la muerte que les queria dar el emperador Decio: y mucho mas se confirmaron, cuando leyeron en la lámina, que dijimos, la misma historia, que para testimonio de la verdad habia Dios ordenado que tanto antes se escribiese y se posiese en aquella cueva; y así se echaron todos, los que habian concurrido á la cueva, á los piés de aquellos santos y bienaventurados hermanos mártires.

4 Muchos autores latinos y griegos, que cuentan esta historia, como son, de los latinos, Gregorio Turonense *de Gloria confessorum, cap.* 95; Sigiberto en su Crónica en el año de 447, y de los griegos, Metafraste en la historia que escribió de estos siete hermanos Durmientes, referido por Surio en su cuarto tomo; Niceforo en el lib. XIV, cap. 45; y Cedreno en el compendio, á los veinte y tres años de Teodosio, dicen, que verdaderamente estos santos durmieron todo el tiempo que habemos dicho, que fueron ciento setenta y siete años; porque Decio comenzó á imperar el año del Señor de 253, y Teodosio, el menor, el de 407, ciento cincuenta y cuatro años despues; y á los veinte y tres años del imperio de Teodosio, que era el de 430 de Cristo, dicen, que se dispertaron, ó resucitaron estos santos: y así no fueron sino ciento setenta y siete años; aunque Metafraste y Niceforo dicen, que fueron trescientos setenta y dos años; pero es engaño, ó error de la impresion.

5 Dicen mas estos autores: que Dios nuestro Señor los dispertó, para que testificasen la verdad de la general resurreccion de nuestros cuerpos, que creemos los cristianos y esperamos: porque en el tiempo de Teodosio, dicen, se habia levantado una heregía muy perjudicial, que negaba esta resurreccion, y muchos la seguian: y que el mismo emperador Teodosio vino á Efeso por ver este gran milagro, y se postró á los piés de los santos hermanos, y ellos le refirieron, como habian entrado en aquella cueva, y dormido todos aquellos años, y Dios los habia dispertado, para que declarasen la verdad de la resurreccion de nuestros cuerpos, y deshiciesen la mentira de los herejes que enseñaban lo contrario: y que habiendo dado este testimonio, murieron allí en la cueva, y quedaron en ella; porque queriendo el emperador hacerlos poner á cada uno en su caja de oro, los mismos santos mártires le aparecieron y mandaron que los dejase allí.

6 Esto dicen los autores que habemos alegado; pero el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales, y en las anotaciones del Martirologio romano á los 27 de julio, y otros autores dicen, que estos siete hermanos no se llaman Durmientes, por haber dormido todo este espacio de tiempo que habemos dicho, y despertádose despues; sino porque, aunque verdaderamente murieron, los hallaron como dormidos: y porque la muerte de los justos se llama en la sagrada Escritura sueño, y el lugar, en que sus cuerpos son sepultados, llamamos cementerio, que quiere decir *dormitorio*: porque dicen estos autores, que no hay memoria en la historias eclesiásticas, que en el tiempo de Teodosio, el menor, se haya levantado heregía alguna contra la resurreccion de nuestros cuerpos: ni el concilio efesino, que se celebró, viviendo Teodosio, ni el calcedonense, que se juntó poco despues, hacen mencion de tal heregía, ni los autores de aquel tiempo, como Próspero Aquitánico, y el conde Marcelino: y finalmente, porque si aquellos santos siete hermanos no murieron antes, sino durmieron, no fuera de tanto peso y eficacia su testimonio para probar la resurreccion; pues no era testimonio de hombres muertos, que habian resucitado, sino de hombres, que habian dormido y dispertado; y así parece á estos autores, que verdaderamente estos santos siete hermanos murie-

ron antes en la cueva, y no durmieron; aunque por la razon, que dijimos, los llaman Durmientes. De cualquiera manera que ello haya sido (que para Dios nuestro Señor tan fácil es lo uno, como lo otro), los debemos tener, honrar y reverenciar, como á ilustres y gloriosos mártires del Señor; pues padecieron tanto, y dieron sus vidas por su amor.

7 Hacen mencion de estos santos siete hermanos Durmientes á los 27 de julio el Martirologio romano, y el de Usuardo, y los demás modernos; y los griegos en su Menologio á los 4 de agosto, y á los 22 de octubre, que son los dias en que entraron en la cueva, y despues se descubrieron y hallaron.

SAN LUPO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué san Lupo de la ciudad de Toul cerca de Metz de Lorena: su padre se llamó Epirochio, de sangre ilustre: el cual dejó á Lupo, mozo, y encomendado á un tio suyo, que tuvo de él mucho cuidado, y procuró que se diese á los estudios de las buenas letras, en las cuales Lupo aprovechó mucho, y especialmente en la elocuencia. Tomó por mujer á una hermana de san Hilario, obispo de Arles, honestísima y temerosa de Dios, y con ella vivió siete años; y despues de comun consentimiento se apartaron, para entregarse mas perfectamente al servicio del Señor; por cuyo instinto, dando de mano á todos los gustos de la carne y vanidades del siglo, dejó Lupo su casa, parientes y amigos, y se fué al monasterio Lirinense, que en aquel tiempo florecia con gran opinion de santidad, para ser enseñado y guiado á la perfeccion de san Honorato, que era abad de aquel monasterio. Allí estuvo un año ejercitándose en toda virtud, y bajando la cerviz al suave yugo de Cristo: despues volvió á la ciudad de Mascon, para dar á los pobres, lo que le quedaba de sus bienes. Estando allí bien descuidado, fué elegido obispo de Troya, que es ciudad principal de la provincia de Campaña, en Francia, y san Lupo aceptó aquella dignidad, por no resistir á la voluntad de Dios, que le llamaba, y se queria servir de él para la salud eterna de muchos, como lo hizo, reformando las costumbres del clero, y alumbrando con su doctrina y continuos sermones al pueblo, y remediando las necesidades de los pobres y personas miserables, y especialmente resplandeciendo con su vida santísima; porque fué varon muy penitente y devoto. Por espacio de veinte años no se acostó en cama, sino sobre una tabla: andaba vestido de cilicio: no usaba sino de una túnica: velaba toda la noche en oracion: pasábanse los dias sin comer: lloraba mucho, y sus ojos eran dos fuentes de lágrimas: el dia del sábado no comia sino un poco de pan de cebada: todas sus rentas gastaba en socorrer á los pobres, y redimir cautivos con grande liberalidad: finalmente en todas sus obras era san Lupo pastor vigilantísimo y varon apostólico, y segun el corazon de Dios; y así el mismo Dios le favoreció, y le ilustró con muchos milagros. Sanó á una mujer paralítica, y á otra muda: dió la vida á un mancebo nobilísimo, llamado Claudio, que estaba ya desahuciado de los médicos, y para espirar: y restituyó el uso de sus miembros á una señora, que habia diez meses que no podia moverlos, ni menear pié, ni mano, para ninguna cosa. No fueron estas solas las cosas, ni las mas maravillas, que Dios nuestro Señor obró por él; porque habiéndose en Inglaterra encendido un gran fuego con la herejía de Pelagio, que fué inglés, y creciendo cada dia mas aquel incendio, los católicos de Inglaterra avisaron á los obispos de Francia el peligro en que estaba nuestra santa religion en aquella provincia, rogándoles que los socorriesen, y enviasen personas que les diesen la mano, y se opusiesen á los pelagianos, enemigos de la gracia de Jesucristo, y de toda virtud y verdad.

2 Los obispos en Francia juntaron concilio, y escogieron para esta empresa dos obispos santísimos, y lumbreras de la Iglesia, que fueron san German, obispo de Antisidoro, que hoy se llama Auxerre, y san Lupo, obispo de Troya: y ellos, así por la importancia del negocio, como por la autoridad del concilio, y por el mandato del sumo pontífice Celestino, I de este nombre, con gran zelo y fervor se embarcaron: y aunque el demonio con una horrible tempestad pretendió impedir aquel viaje; pero no pudo: porque con un poco de aceite bendito, que echaron en el mar, se sosegó, y llegaron á Inglaterra; y con su vida admirable, y con la predicacion, y con disputas, que tuvieron con los herejes, convenciéndolos y haciéndolos callar, y con los muchos y raros milagros, que Dios obró por estos santos prelados, los católicos se consolaron y animaron, y los herejes, ó se convirtieron, ó quedaron confusos; y aquella mala semilla se arrancó de aquel campo del Señor.

3 Despues de esta tan gloriosa victoria alcanzaron los dos santos obispos otra: porque habiendo entrado en Inglaterra los sajones, y pictones, gente bárbara y feroz, para destruirla y arruinarla; juntando la gente que pudieron de la tierra, se opusieron al ejército de los enemigos, que era mucho mayor, y con solo el clamar con alta voz, al tiempo del arremeter, *Alleluya*, *Alleluya*, y tres veces invocar el santo nombre del Señor, desbarataron y deshicieron totalmente el ejército de los enemigos. Y habiendo alcanzado estas dos tan insignes victorias de los herejes y de los sajones, se volvieron á Francia los dos santos.

4 Otra victoria dió el Señor á san Lupo algunos años despues en su ciudad; porque queriendo su divina Majestad castigar al mundo, envió á Atila, rey de los hunos, que se llamaba «azote de Dios;» y de veras lo era, y tan cruel, que á guisa de un tigre, se relamia en sangre humana. Entró con su ejército por Francia, quemando, arruinando, y asolando las ciudades y pueblos que hallaba. Llegó á Troya, donde san Lupo era obispo: el cual, viendo que con fuerzas humanas no se podia resistir á la furia de aquella fiera bestia; volvióse al Señor, suplicándole humilde é instantemente que la enfrenase, y defendiese aquellas ovejas, que él le habia encomendado, de aquel lobo carnicero: y el Señor, que oye las

súplicas de sus siervos, y los acude con su brazo poderoso en la mayor necesidad, ablandó á Atila, y lo trocó de manera, que no solamente no hizo daño á la ciudad; pero rogó á san Lupo, que se fuese con él hasta el rio Rhin, prometiéndole dejarle volver seguro; como lo hizo. Esta fué tenida por cosa milagrosa, y muy propia de la mano del Señor, que detuvo á Atila, que era su azote, para que no hiriese á los que él habia encomendado á san Lupo, y estaban debajo de su proteccion y amparo.

5 La manera, con que dicen, que san Lupo ablandó al rey bárbaro, fué: que saliendo á él vestido de pontifical, y acompañado de todo el pueblo, le preguntó con mucha gravedad: ¿Quién eres tú, que vencidos los reyes, y sojuzgadas tantas naciones y provincias, y asoladas las ciudades, pretendes hacerte Señor del mundo? Y Atila le respondió: Yo soy Atila, rey de los hunos, y azote de Dios. Entonces el santo obispo dijo: Bien sea venido el azote de mi Dios: usa de él, como el mismo Dios te lo permitiere: y con esto le abrió las puertas de la ciudad; y el rey bárbaro se amansó, y le perdonó. Pedro *de Natalibus*, lib. VI, cap. 1, y san Antonino, segunda parte, tít. 11, cap. 8, §. 4, y otros, dicen, que entrando Atila y sus soldados por la ciudad de Troya, el Señor los cegó por las oraciones de san Lupo: y que así ciegos, entrando por una puerta, y saliendo por otra, pasaron por la ciudad, sin hacerle daño; aunque esto no lo dicen los autores mas antiguos, que escriben las cosas de Atila.

6 Por estas maravillas, que Dios obraba en él, y por él, acompañadas con una vida mas de ángel, que de hombre mortal, todos los reyes y príncipes de la tierra respetaban y reverenciaban á san Lupo, y se holgaban de obedecerle, cuando les mandaba algo en servicio del gran Rey del cielo. Cincuenta, y dos años fué obispo de Troya san Lupo, y cargado de años y de merecimientos dió su espíritu al Señor con gran llanto y sentimiento de todo el pueblo, dejando muchos discípulos, que fueron insignes varones, y santos prelados; á san Severo, obispo de Tréveris, á san Policronio, obispo de Verdum, á san Albino, obispo catalaunense, y otros. Despues de su muerte escribió Gregorio Turonense en el libro *de Gloria confessorum*, cap. 67, que habiendo ido á su sepulcro un esclavo, para guarecerse del santo, temiendo que su amo le habia de castigar por alguna falta que habia hecho; el amo furioso se fué tras el esclavo, y viéndole delante del cuerpo del santo, comenzó á blasfemar de él, y á decir: ¿Quitarásme tú de la mano, ó Lupo, á mi esclavo, y dejarle yo de castigar por ti? Y echando mano del esclavo, añadió: No te podrá librar Lupo de mis manos. Al momento se le secó la lengua, y comenzó, no á hablar como hombre, sino á mugir como buey; y al tercero dia acabó su triste vida, en castigo de lo que habia dicho y hecho contra el santo. La vida de san Lupo trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo de las Vidas de los santos. Hacen mencion de él el Martirologio romano, el de Beda, Usuardo, y Adon, á los 29 de julio; y Constancio, el que escribió la vida de san German, obispo antisiodorense, lib. I, cap. 19, y en los siguientes; y Sidonio Apolinar, lib. VI, epístola 1 y 4, lib. VII, epístola 14, y en los versos de la Sacrosanta Eucaristía á Fausto; y le celebra tanto, que le llama Padre de los Padres, y obispo de los obispos; y Beda en la Historia de Inglaterra, lib. I, cap. 17; y Adon en su Crónica, año de 452; y Sigiberto, año de 435, y 436; y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio en 29 de julio, y en el sexto tomo de sus Anales: y en el Catálogo de los escritores de Inglaterra se dice, que Cildas, el Sabio, escribió la vida de san Lupo.

* SANTAS JULIANA Y SEMPRONIANA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.—Entre las ilustres heroínas de la fé, que cual balsámicas flores hermosean el delicioso jardin de la católica España, brillan en el principado de Cataluña dos hermosas estrellas de la costa laletana, Juliana y Semproniana. Oriundas de la antigua Iluro, hoy Mataró, vivian estas tiernas hermanas á principios del siglo IV en aquel nobilísimo municipio romano, sepultado aun en la noche oscura de la idolatría. Educadas en las delirantes supersticiones del paganismo, yacian envueltas en las densas tinieblas del error, cuando amaneció en el horizonte laletano un nuevo sol de verdad para alumbrar á los que se hallaban sentados en las sombrías regiones del error y de la muerte. Tal fué el jóven africano ó intrépido Cucufate, quien puesto en Iluro, como Pablo en Atenas, difundió, cual luminoso astro, los rayos consolantes de la verdad predicando el Evangelio de Jesucristo á los grandes y pequeñuelos. A las voces penetrantes del nuevo apóstol, cual Trifena y Trifosa á las del Apóstol de las gentes, despiertan Juliana y Semproniana del pesado sueño del gentilismo; y hechas segundos Dionisios y nuevas Dámaris, se dejan llevar de los suaves poderosos impulsos de la gracia, doblan la cerviz al yugo del Evangelio, abrazan la ignominia de la cruz, hácense discípulas del nuevo Pablo, son instruidas en los sagrados dogmas, reciben las aguas del bautismo, y son hechas cristianas; sin que puedan hacerles apostatar de la fé, ni la censura del mundo, ni las embestidas de sus padres, ni los esfuerzos de sus deudos y coetáneos, ni mucho menos el aspecto horrísono de la fulminante persecucion de Diocleciano, que por do quiera amenazaba á los discípulos del Crucificado. Totalmente decididas por Jesucristo, no dudaron abandonar sus padres y patria, para entregarse á la direccion de su espiritual padre y nuevo maestro Cucufate; en cuyo seguimiento anduvieron tan constantes, que, al modo que aquellas piadosas mujeres de Galilea acompañaron al divino Maestro Jesus, así en su celestial predicacion, como en Jerusalen, y aun en el Calvario, hechas espectadoras de su pasion y muerte: así estas fervorosas discípulas de Cucufate le siguieron, no solo durante el curso de su apostólica mision, sino tambien en su vuelta á Barcelona, donde la invicta constancia de este esclarecido confesor, combatida por varios tiranos, salió triunfante de los mas atroces tormentos; y aun hasta

el lugar de Castro Octaviano, donde, cortada por impías manos la cabeza, consumó su glorioso martirio.

2 En efecto, Juliana y Semproniana siguieron constantemente á san Cucufate en su predicacion, y se aprovecharon admirablemente de sus instrucciones y avisos, haciendo extraordinarias creces en toda virtud. La lámpara de la fé, que se les dió en el bautismo, no se les apagó como á las vírgenes necias, porque siempre la cebaron con el aceite de la mas encendida caridad y ejercicio de buenas obras. Su primer espíritu y vocacion nunca se desmintió, pues ni el hambre, ni la sed, ni las prisiones, ni los tormentos, ni la vida, ni la muerte fueron capaces de separarlas de su divino esposo Jesucristo, á quien habian jurado solemnemente la mas inviolable fidelidad. Constantes en los buenos propósitos, y en su heróico desprendimiento, viendo preso á su amado maestro Cucufate por órden del cruel Daciano, le dieron las mayores muestras de su piedad, sin que las arredrara ningun temor ni respeto humano. Ellas asisten valerosas á los cinco prolongados tormentos, que, á cual mas terrible, sufrió Cucufate bajo diversos presidentes romanos; ellas ven con ojo varonil remudarse hasta doce los ministros de la impiedad, caérsele á Cucufate los intestinos, asarlo en unas parrillas lardeado con mostaza y vinagre, azotarle con instrumentos de fierro y correas de toros, y arrojarle en una espantosa hoguera. Juliana y Semproniana animan á su santo maestro con una elocuencia muda, pero eficaz; le vuelven duplicado el espíritu, que les dió al convertirlas: si se desconsuelan como Lorenzo, es porque quedan huérfanas sin Sixto, su padre en Cristo, y porque no pueden consumar en un mismo altar con él las víctimas de sus cuerpos. Ellas reciben en sus senos aquella sangre triunfal, que derramó Cucufate al cortarle la cabeza por órden del impío Rufino; y atropellando por medio de las lanzas y cuchillos, quitan intrépidas de las manos de los verdugos su cuerpo sagrado, y le dan honrosa sepultura, á imitacion de lo que las discípulas fieles y amantes zelosas practicaron con el divino Redentor.

3 El cielo les pagó abundantemente este heróico acto de caridad, que les mereció desde luego ser presas por órden del mismo presidente Rufino. Mas aquel Señor, que no abandona á sus siervos en las prisiones, hasta presentarles el cetro del reino por el cual combaten, les comunicó el mas extraordinario valor, para confesar su santo nombre ante los potentados de la tierra. No las amedrentó el imponente aparato de horribles torturas, con que se pretendiera hacerlas apostatar de la fé, y adorar las fementidas divinidades. Teniendo por ayuda y protector al mismo Dios de cielo y tierra, en él solo se apoyaron, como que conocian muy bien ser sus fuerzas insuficientes y nulas para resistir, ya los seductores halagos de inicuas lenguas y labios mentirosos, ya los rugidos de las fieras que oyeran; ora los peines y garfios, los ecúleos y catastas que se construyeran; ora los terribles potros y llamas devoradoras que se prepararan. Confiando, pues, ellas en la multitud de las misericordias del Señor, por quien padecian y hubieran dado mil vidas; todos los furores y amenazas del presidente y sus ministros se estrellaron en la invencible constancia de estas dos puras doncellitas, reluciendo en vasos tan quebradizos el infinito poder y gracia del Salvador. Por lo que confuso ya el inicuo Rufino, viendo frustradas todas sus satánicas tentativas, y desesperado de poder vencer á nuestras santas, manda furioso que les sean cortadas las cabezas: con cuya gloriosa muerte, acaecida en el mismo Castro Octaviano á los 27 de julio del año 304, esto es, dos dias despues del triunfo de su maestro, lograron las discípulas añadir á la corona de la virginidad la brillante palma del martirio.

4 Los sagrados cuerpos de Juliana y Semproniana, como los de otros innumerables mártires, fueron depositados en aquel mismo territorio, llamado entonces Castro Octaviano, y ahora San Cugat, donde tenian los romanos sus cárceles en tiempo de persecuciones, y cuyo sitio parecia destinado para ser un semillero de mártires. En el siglo VIII fueron confiados estos sacros restos á los monjes benedictinos, habiéndose erigido en el sitio de aquel presidio romano en el año 782, el nobilísimo monasterio de San Cugat del Vallés, uno de los mas antiguos de España, y otro de los mas célebres de la esclarecida sagrada Congregacion claustral benedictina. El zelo de aquellos santos varones, encargados de honrar y custodiar estas sagradas reliquias, consiguió salvar tan preciosos tesoros en medio de los horrendos trastornos que siguieron á la invasion sarracénica. Por este medio lograron las santas discípulas Juliana y Semproniana, juntamente con su santo maestro Cucufate, público solemne culto. La fiesta de estas santas se celebraba en dicho monasterio, mientras subsistió, el dia 27 de julio, con rezo, que antiguamente era propio, y rito doble de primera clase con octava.

5 Pero si fué siempre célebre el culto de nuestras santas en aquel imperial monasterio, lo es igualmente el que de tiempo inmemorial se les tributa en su afortunada patria la ilustre ciudad de Mataró, donde anualmente se celebra con toda pompa y solemnidad su dia natalicio á los 27 de julio; venerándolas los mataroneses como á paisanas suyas, é invocándolas por antonomasia las Santas. Mataró, siempre devota de sus santas patricias, y solícita siempre de poseer, ya que no podia esperar sus cuerpos, á lo menos alguna partecita, habia dirigido varias peticiones al real monasterio de San Cucufate á dicho efecto, cuando por fin el muy ilustre abad don Buenaventura Gayolá y su cabildo monasterial accedió generosamente á sus justos deseos, concediendo á Mataró reliquias insignes de sus dos ínclitas patricias; cuya solemne entrega se verificó el dia 23 de julio del año 1772. Colocadas en una primorosa urna piramidal, fueron trasladadas religiosamente á la parroquial iglesia de Mataró; donde, con triunfal aparato, llevadas en hombros de sacerdotes, entraron el dia siguiente 26 despues de mas de catorce siglos de ausencia: cuya pomposa traslacion

recuerdan todos los años los mataroneses con la segunda fiesta que consagran á sus patricias el dia 28 de julio.

6 En el año 1821, cuando la general supresion de monjes en España, en 6 de junio del mismo año, el diocesano de Barcelona concedió á la misma parroquial iglesia de Mataró los demás preciosos restos de Juliana y Semproniana, que en dos riquísimas urnas guardaba el monasterio de San Cucufate del Vallés, á quien fueron restituidas, luego de su restauracion, acaecida en 1823. Posteriormente en julio de 1835, cuando el furor revolucionario incendió los conventos de Barcelona, tocó igual suerte al dicho monasterio de San Cucufate, donde la piedad de los fieles cuidó de poner en salvo los cuerpos de los santos que allí se veneraban, entre ellos los de Juliana y Sempronana, trasladándolos á Barcelona, á fin de resguardarlos del furor de los nuevos iconoclastas. Puestas dichas reliquias á disposicion de la autoridad eclesiástica, y asegurada esta de su autenticidad, siendo ya suprimidas en España todas las órdenes monacales y religiosas; en setiembre del mismo año concedió las de las santas Juliana y Semproniana á la ciudad de Mataró, accediendo á la solicitud de sus representantes, donde colocadas segunda vez las preciosas urnas en el grandioso altar mayor de su parroquial iglesia, son honradas y veneradas con esmerado culto y devocion.

7 Mas siempre ansiosa la ciudad de Mataró de acrecentar el culto de sus heróicas hijas, humildemente postrada ante el solio pontificio está implorando de su santidad reinante el papa Gregorio XVI la aprobacion de la misa y oficio propio de las santas Juliana y Semproniana, redactado nuevamente por el ilustrado clero mataronés; y hay fundadas esperanzas de que lo conseguirá muy en breve con general satisfaccion de aquellos habitantes.

NOTA. Todo cuanto acabamos de decir de las santas Juliana y Semproniana, vírgenes y mártires, está apoyado en los documentos y memorias que se conservaban en el relatado monasterio benedictino de San Cucufate del Vallés, en la España sagrada de Florez, en los Martirologios de Ferrari, y de Tamayo, en el testimonio de los padres bolandistas, y en las eruditas memorias que recientemente han escrito varios hijos de Mataró, singularmente el ilustre canónigo lectoral de Barcelona don Jaime Matas, y los reverendos presbíteros don Manuel Camin y don José Rius.

LOS SANTOS HERMOLAO, HERMIPO, Y HERMÓCRATES, MÁRTIRES.—El primero era presbítero de la Iglesia de Nicomedia y con su predicacion y milagros convirtió á la fé á san Pantaleon. Los otros dos eran tambien discípulos suyos y unidos á él por los vínculos de la caridad, siendo los tres degollados por órden del emperador Maximiano en la misma ciudad de Nicomedia.

LOS SANTOS FÉLIX, JULIA, Y JUCUNDA, MÁRTIRES. — Padecieron martirio en Nola, reinando el emperador Diocleciano, y como se han perdido las actas de su martirio, nada mas se sabe de ellos.

LOS SANTOS MACRO, PANTALEMON, Y SERGIO, MÁRTIRES. — El primero era obispo de la ciudad de Biselli, en la Pulla, y los otros dos discípulos suyos y sus compañeros en todos los trabajos. En tiempo del emperador Trajano, no queriendo obedecer las órdenes imperiales en lo que tenian relacion con el culto religioso, fueron presos, y despues de ser probados con muchos tormentos, permaneciendo constantes en la confesion de su fé, fueron degollados.

LOS SANTOS AURELIO, JORGE, FÉLIX, NATALIA, Y LILIOSA, MÁRTIRES. — Nació Aurelio en la ciudad de Córdoba en tiempo de la dominacion de los árabes, de padre moro y madre cristiana, ambos ricos y principales. En su niñez quedó huérfano, y le educó una tia suya enseñándole la ley de Jesucristo, y haciéndole practicar la virtud. Llegado á la edad de tomar estado, casó con una doncella tambien cristiana y virtuosa, llamada Natalia. Tenia Aurelio un amigo íntimo y pariente muy cercano, llamado Félix, el cual con Liliosa, su mujer, servia á Dios con fervor de espíritu despues que por miedo con gran flaqueza habia dicho ante el juez que no era cristiano. De este yerro suyo, muy llorado ya, solia tratar Félix con Aurelio, y ambos se encendian mutuamente en deseo de triunfar de la muerte y de los enemigos de Cristo. Acrecentaban este fervor las santas matronas Natalia y Liliosa, ofreciéndose á seguirles en el combate sin apartarse de ellos en vida y en muerte. Reinaba por aquel tiempo en Córdoba Abderramen II, cuya ferocidad hacia gemir á aquella Iglesia bajo la mas pesada tiranía. Un dia fué testigo Aurelio del martirio de un santo confesor, cuya serenidad y constancia le inflamaron en deseos de participar de su gloria. Fuése pues á su casa, y dijo á su esposa que era preciso prepararse para recibir el martirio, y ambos esposos empezaron desde aquel dia á multiplicar sus penitencias y todas sus obras de misericordia para hacerse mas agradables á los ojos de Dios. Estando en esto tuvieron una celestial vision en que se les anunciaba que dentro de poco alcanzarian la palma del martirio en compañía de sus amigos Félix y Liliosa y de un monje que Dios les asociaria. Efectivamente, el santo monje, llamado Jorge, del monasterio de San Sabas se les reunió como por milagro, y estando los cinco juntos en casa de Aurelio, llegaron los ministros del gobernador y los prendieron. Grande fué su gozo al verse en el tribunal de los moros: en seguida confesaron su fé, y aseguraron su constancia, y no pudiendo el juez disuadirlos ni con promesas, ni con amenazas, los condenó á ser degollados. Llegados al lugar del suplicio, mostraron el mismo valor y perseverancia, y murieron por este órden: primero san Félix, luego san Jorge y santa Liliosa, y últimamente san Aurelio y santa Natalia, en la ciudad de Córdoba, el dia 27 de julio del año 852. Los cadáveres estuvieron tres dias en el patíbulo, hasta que los recogieron los cristianos y les dieron sepultura.

SAN ETERIO, OBISPO Y CONFESOR. — Floreció en el siglo VI, y fué obispo de Auxerre por espa-

cio de diez años y seis meses. Administrador fiel de la casa del Señor, luz de Israel, y honor del clero de su siglo, murió en santa paz por los años de 573.

SANTA ANTUSA, VÍRGEN. — Créese que fué hija del emperador Constantino Coprónimo. Durante la persecucion que esto suscitó contra los adoradores de las santas imágenes, fué la santa azotada, desterrada, y vivió por muchos años en el desierto, mortificando su cuerpo con todos los rigores de la penitencia. Obró muchos milagros, y habiendo muerto el emperador, volvió á Constantinopla, cuya ciudad ilustró tambien con multitud de portentos, hasta que el cielo la llamó á sus eternos gozos el dia 27 de julio del año 775, segun el cardenal Baronio, y otros.

Dia 28.

SAN NAZARIO Y SAN CELSO, MÁRTIRES. — El bienaventurado san Nazario nació en Roma, y fué hijo de un caballero africano y de una señora romana, los dos nobles y muy ricos. Fué discípulo del apóstol san Pedro, y bautizado por Lino su coadjutor. Como iba creciendo en mocedad, iba juntamente creciendo en virtudes, y llegó á tanto la fama de su santidad, que muchos acudian á él, para pedirle consejo y remedio en sus trabajos, y resplandecia en Roma como una estrella del firmamento. Por inspiracion del Señor determinó salir de ella: y habiendo allegado de su hacienda alguna cantidad de dineros, se puso en camino. Predicaba á Jesucristo á los pueblos por donde pasaba, y hacia largas limosnas á los pobres necesitados, juntando en uno la misericordia espiritual y corporal. Vino á Placencia, y de allí á Milan, donde fué preso por mandato del presidente Anolino, porque predicaba á Cristo. Quiso persuadirle á que adorase á sus falsos dioses, y no habiéndolo podido acabar con él, le mandó dar en su venerable rostro muchas bofetadas, y echar de la ciudad. Tuvo Nazario esta afrenta por grande honra, por haberla padecido por Cristo. Salió de Milan, y por divina revelacion pasó á Francia, derramando por todas partes los resplandores del Evangelio. Estando en una ciudad de aquel reino, llamada Melia, una mujer principal, por nombre Marianila, le trajo un niño, hijo suyo, de pequeña edad, y poniéndosele en las manos, le dijo: Este niño te seguirá adonde quiera que fueres, hasta que contigo se presente delante del divino acatamiento: y dejándole á Nazario, la madre se fué. Nazario tomó el niño: bautizóle, y púsole nombre Celso, y trájole siempre consigo, y padeció muchos trabajos, penas y tormentos con él. En la misma Francia fueron presos por un presidente, llamado Dinovau, y el niño azotado cruelmente: y sufriendo con ánimo de varon los azotes, con palabras balbucientes dijo al juez: Dios, á quien yo sirvo, te juzgará. Despues de esto habiendo sido avisado el emperador Neron, que Nazario apartaba de la adoracion de los dioses la gente, y que predicaba que Jesucristo era Dios del cielo y de la tierra, y que muchos le creian y recibian su doctrina en Francia, le mandó prender y traer á Roma, donde el mismo emperador le procuró persuadir que adorase á los ídolos: y visto que estaba firme en no hacerlo, le mandó echar en el mar, y con él al niño Celso. Lleváronlos al puerto de Ostia, y puestos en un navío los echaron bien dentro en el mar. Al tiempo que los ministros del emperador pensaron haber ido al fondo y ser manjar de los peces, los vieron andar sobre las aguas con grande admiracion; y movidos de este milagro, comenzaron á tener en gran veneracion á los que antes querian quitar la vida, y tomaron por maestro á Nazario, y se juntaron con él: y con esto Nazario, viéndose libre, pudo volver á predicar por las ciudades de Italia, y vino á parar á Milan, donde de nuevo fué preso del mismo presidente Anolino, que antes le habia maltratado y desterrado: el cual, habiéndolo primero consultado con el emperador (por ser Nazario ciudadano romano y hombre principal), le mandó juntamente con Celso degollar. Fueron martirizados estos dos santos á los 20 de julio, cerca de los años del Señor de 78; aunque algunos ponen su fiesta á los 12 de junio por ser el dia, en que san Ambrosio halló sus cuerpos en Milan: los cuales en aquella ciudad fueron reverenciados y colocados con gran devocion, y despues repartidas sus sagradas reliquias, como un precioso y riquísimo tesoro, por diversas partes del mundo, como lo notó el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio romano.

SAN VÍCTOR, PAPA Y MÁRTIR. — En este mismo dia celebra la santa Iglesia la fiesta de san Víctor, papa y mártir: el cual por la muerte de san Eleuterio, asimismo papa y mártir, pasados cinco dias sucedió en la silla de san Pedro, en el 1 dia de junio. Fué africano de nacion, é hijo de Félix, y varon santísimo y muy digno de aquella santa sede: la cual gobernó nueve años y un mes y veinte y ocho dias, segun el cardenal Baronio. Mostróse muy valeroso este santo pontífice contra los herejes, que en su tiempo infestaron la santa Iglesia, y contra algunos católicos, que querian apartarse del uso de la Iglesia romana en la celebracion de la pascua. Condenó á Teodoto, heresiarca constantinopolitano: el cual en tiempo de Marco Aurelio Antonino, emperador, habiendo por temor de los tormentos negado la fé de Cristo; despues para excusarse inventó nuevas herejías y nuevos errores, y por ellos fué excomulgado y apartado del gremio de la Iglesia por este santo pontífice; en cuyo pontificado se levantó entre los obispos de Asia una muy reñida cuestion sobre la celebracion de la pascua; porque á muchos parecia que se debia celebrar el catorceno dia de la luna de marzo, en el cual solian los judíos comer el cordero pascual, y le comió Cristo nuestro Redentor: y otros decian, que se habia de celebrar el dia del domingo siguiente, en el cual resucitó el Salvador. Para determinar esta cuestion, se hicieron muchos concilios en diversas provincias de Oriente y Poniente: y nuestro santo pontífice Víctor juntó concilio en Roma, y mandó lo que antes habia mandado Pio, I de este nombre, que se ce-

lebrase la pascua en el primer domingo que viniese despues de los catorce dias de la luna de marzo, así por haber resucitado el Señor en domingo, como por no conformarnos con los judíos, y por haber sido esto enseñado del apóstol san Pedro, y usado siempre la Iglesia romana: el cual decreto despues confirmó el santo concilio niceno, y se ha guardado inviolablemente en la Iglesia católica. Y tuvo tan gran valor y constancia san Víctor en querer que sus decretos fuesen obedecidos, que estuvo determinado á apartar de la comunion de la Iglesia á todos los obispos y prelados, aunque eran muchos y muy principales, que sentian lo contrario: porque con esta ocasion los herejes cobraban fuerzas y prevalecian, y habia peligro de algun cisma grave y trabajoso en la Iglesia del Señor. Otras cosas ordenó Víctor santas y provechosas que se hallan en los decretos. Y finalmente, en la quinta persecucion que padeció la Iglesia, en tiempo del cruel y feroz emperador Septimio Severo, con otros muchos fué martirizado el año de 203 de nuestra redencion. Su muerte fué en 28 de julio; y su cuerpo fué sepultado en el Vaticano. Hizo dos veces órdenes en el mes de diciembre: ordenó en ellas cuatro presbíteros y siete diáconos; y consagró por diversos lugares doce obispos.

SAN INOCENCIO I, PAPA. —San Inocencio, papa, I de este nombre, sucedió á Anastasio en el pontificado, el año del Señor de 402, á 17 de mayo. Fué natural de la ciudad de Albano, cerca de Roma, y su padre, como el hijo, se llamó Inocencio. Habíanse acabado las persecuciones de los tiranos, y por la piedad del emperador Teodosio, ya difunto, y de sus dos hijos, Arcadio que imperaba en Oriente, y Honorio que residia en Italia, la Iglesia tenia paz y quietud. Pero á nuestro Inocencio no le faltaron trabajos y contiendas de mucho cuidado: porque siendo él sumo pontífice, Alarico rey de los godos cercó á Roma, y la entró por fuerza, y la saqueó, y ejecutó grandes crueldades con los romanos; aunque con gran respeto á las iglesias, y especialmente á la del glorioso príncipe de los apóstoles san Pedro. Fué esta destruccion de Roma el principio de la caida y ruina del imperio romano. Quiso Dios nuestro Señor, que á la sazon que los godos entraron en Roma, estuviese el santo pontífice en Ravena, á donde habia ido á tratar con el emperador Honorio de algun buen concierto con Alarico, y del remedio de aquella calamidad que ya se temia: porque como dice Pablo Osorio, sacó Dios de Roma á Inocencio, como á Lot de Sodoma, para que no viese su asolamiento y el maltratamiento de su pueblo. Tambien tuvo este santo pontífice otro trabajo con el emperador Arcadio y con la emperatriz Eudoxia, su mujer, por haber echado de Constantinopla y desterrado al santísimo y elocuentísimo patriarca san Juan Crisóstomo, con falsas acusaciones y calumnias, y haber él muerto en el destierro con grave ofensa de Dios y daño de toda la Iglesia. Por este hecho tan feo, Inocencio excomulgó á Arcadio y á Eudoxia, y condenó á los que habian dado aquella injusta sentencia, y tomó la proteccion de aquel bienaventurado pontífice, y le escribió cartas de consuelo, y celebró con grande honra su muerte. A mas de esto se mostró Inocencio muy zeloso de nuestra santa fé, y gran perseguidor de algunos herejes, que se levantaron en su tiempo, como fueron Pelagio, Celestino y Juliano, contra los cuales escribieron doctísimamente los santos doctores Gerónimo y Agustino, que vivian en aquel tiempo, y nuestro Inocencio tuvo con ellos grande amistad. Ordenó, ó por mejor decir, dió la causa por qué el sábado se debe ayunar, y que se dé paz al pueblo en la misa despues de la consagracion, antes que el sacerdote comulgue. Declaró ser el obispo el ministro del sacramento de la confirmacion; y el sacerdote de la extremauncion. A ruegos de una matrona romana, llamada Vestina, edificó un templo en honra de los santos mártires Gervasio y Protasio, y llamóle el título de Vestina: porque ella le dejó sus bienes y hacienda; y hoy dia se llama de San Vital, y es título de cardenal. Celebró cuatro veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó cincuenta y cuatro obispos, treinta presbíteros y quince diáconos. Gobernó la Iglesia de Dios quince años, un mes y diez dias, segun el cardenal Baronio; aunque otros alargan el tiempo algo mas. Escribió este santo pontífice muchas y muy graves epístolas, y entre ellas una al segundo concilio toledano: en la cual reprende algunos abusos que en aquel mismo tiempo habia en España en el consagrar de los sacerdotes: y otras para los concilios cartaginés y milevitano, que se celebraron en su tiempo: en las cuales se ve su santo zelo y vigilancia en el gobierno de la Iglesia. San Gerónimo alaba mucho la santidad de este pontífice: y escribiendo á Demetríades, le dice, que abrace la fé y reverencie la doctrina que él enseñaba; y otros santos doctores hacen lo mismo, con mucho encarecimiento de su entereza y bondad. Pasó de esta vida á la eterna, el dia en que celebra la Iglesia su fiesta, en compañía de los santos mártires Nazario, Celso, y Víctor, papa, que es á 28 de julio, el año del Señor de 417.

* LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES DE LA TEBAIDA, EN EGIPTO. —Por los años 250 de Jesucristo publicáronse en Egipto los edictos de Decio y Valeriano que condenaban á muerte á todos los que profesaban la ley del Evangelio. Muchos fueron llevados al suplicio; los cuales deseaban acabar pronto al golpe del cuchillo por el nombre de Cristo; mas el enemigo astuto buscando prolijos tormentos para matarlos despacio, deseaba que antes perdiesen las almas que los cuerpos. Uno de ellos habiendo vencido el tormento del potro, y de las planchas y sartenes ardiendo, untado de miel, fué puesto desnudo á los ardores del sol, atadas las manos á las espaldas, para que lo comiesen los tábanos y moscas. A otro, atado entre blandas y hermosas flores, le llevaron una mujer deshonesta para incitarle á la sensualidad; pero el santo se cortó la lengua con los dientes y la escupió á la cara de la ramera. En fin todos fueron martirizados por medio de tormentos exquisitos; pero ni uno solo vaciló en la fé.

SAN EUSTATIO, MÁRTIR.—Era de la ciudad de Ancira en Galacia. Servia en los ejércitos imperiales; pero era cristiano de todo corazon. Conducido un dia á la presencia de Cornelio, gobernador de Ancira, confesó libremente que era cristiano; por cuyo motivo le azotaron inhumanamente, le taladraron los talones, y habiéndole metido en una caja lo echaron al rio Sangaro. Un ángel cogió la caja por la mano y la llevó á la orilla opuesta, con cuya noticia confundido y rabioso el tirano mandó que fuesen á degollar al santo; pero este habia ya volado al cielo con el ángel que le habia acompañado durante su martirio. Su alma se vió subir al cielo en forma de paloma, y su cuerpo obró en la tierra muchos milagros.

SAN ACACIO, MÁRTIR.—Vivia en Mileto en tiempo del emperador Licinio. Habiendo sido acusado de cristiano, le rasuraron todo el cuerpo y lo mandaron al pretor Terencio para que lo castigase. Metióle este en un gran caldero lleno de pez, aceite y cebo derretidos, del cual salió sin recibir lesion. Despues fué conducido al templo y con sus oraciones hizo que todos los ídolos cayesen hechos pedazos, por cuya accion lo metieron dentro de un horno encendido que tampoco le causó daño, hasta que á palos y á sablazos le molieron la cabeza, y voló al cielo.

SAN SANSON, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Bretaña, y sus padres que eran nobles y poderosos se esmeraron en darle una educacion ilustrada y piadosa. El santo niño correspondió á sus desvelos; pues fué desde su juventud un modelo de ciencia y de virtudes. Elegido obispo de Dola, portóse en su cargo como un apóstol, como un verdadero discípulo de Jesus, y despues de haber apacentado su grey en santidad y trabajado cuanto pudo en la viña del Señor, murió el año 565.

SAN PELEGRIN, PRESBÍTERO.—Vivió en Lion, cuya ciudad recuerda todavía por la tradicion constante los grandes y numerosos milagros que obró en ella. Murió á principios del siglo III, y fué tan grande la fama de sus extraordinarias virtudes, que muchos siglos despues de su muerte, se visitaba su sepulcro, para admirar aquel extraordinario modelo de todas ellas.

Dia 29.

SANTA MARTA, VÍRGEN.—Fué santa Marta hebrea de nacion, é hija de padres nobles y ricos. Su padre, segun san Antonino, se llamó Sito, y su madre Eucaria. El sagrado evangelista san Lucas nos dice, como Cristo fué hospedado de santa Marta, que era hermana de María Magdalena y de Lázaro, y nos pone delante la solicitud y cuidado, con que esta santa vírgen le servia: porque con ser mujer principal y rica, y tener muchos criados en casa; no fiándose de los otros, ella misma entendia en proveer lo que era menester, y en aderezar la comida: y pareciéndole poco todo lo que hacia, queria que su hermana Magdalena, que se estaba á los piés de Cristo, oyendo sus dulcísimas palabras, y apacentándose con su doctrina divina, se levantase, y la ayudase; porque todo el mundo, que se empleara en servirle y regalarle, le parecia poco. Quejóse al Señor, suplicándole amorosamente que mandase á su hermana, que la ayudase; pero el Señor, aunque no reprendió el solícito afecto con que Marta lo servia, alabó la quietud suave con que Magdalena, dejados los otros cuidados, atendia á lo que mas importa, que es oir á Dios, y gozar de Dios. Vese asímismo la familiaridad, que nuestro Señor Jesucristo tuvo con estas dos santas hermanas, y el favor y merced que les hacia, cuando estando su hermano Lázaro enfermo y peligroso, le escribieron: «Señor, el que amas está enfermo;» sin añadir otra palabra; porque sabian que esta sola bastaba para que el Señor viniese, y le diese entera salud, como lo hizo: aunque para manifestar mas su gloria, permitió que Lázaro muriese, y estuviese hediendo cuatro dias en la sepultura, para resucitarle, llorando sobre él, por la ternura y compasion que tenia á sus dos hermanas: de las cuales Marta salió primero á recibirle fuera del castillo, y despues llamó á su hermana María, mostrándose en todo devotas, humildes, y amorosas discípulas del Señor: el cual, como quien tan bien paga los servicios que se le hacen, y pone á su cuenta sus mismos dones con que nos previene y enriquece, llenó aquella casa de bendicion, y con singulares gracias y privilegios adornó las ánimas, de las que con tanta voluntad y devocion en ella le recibian y hospedaban, aun en tiempo que los judíos tanto le perseguian, y tenian por malditos y excomulgados á los que trataban con él. De aquí vino, que despues de la ascension de Cristo á los cielos, estos mismos judíos, persiguiendo á los fieles y miembros de Cristo, echaron mano de santa Marta y santa Magdalena, y habiéndoles confiscado primero sus bienes, las pusieron con Lázaro, su hermano, y con Maximino y toda su casa, en un navío sin velas, ni remos, para que pereciesen en el mar; mas el navío guiado de Dios aportó á Marsella: la cual ciudad, visto el milagro, y oyendo la predicacion del Evangelio, se convirtió á la fé de Cristo, y luego otra ciudad, llamada Aix, hizo lo mismo. En Marsella fué obispo Lázaro, y Maximino, uno de los setenta y dos discípulos de Cristo, lo fué en Aix. La santa Magdalena se apartó á un áspero y solitario monte, para emplearse toda en oracion y meditacion. Santa Marta con una criada suya, llamada Marcela, edificó un monasterio fuera de poblado, y en compañía de otras muchas doncellas, que la siguieron, sirvió muchos años en santo recogimiento al Señor, alzando la bandera (despues de la Madre de Dios) de la virginidad, y haciendo voto de ella, viviendo en congregacion de mujeres dedicadas á Dios enteramente, con tanto rigor y aspereza de vida, que san Antonino, arzobispo de Florencia, escribe, que no comia carne, ni huevos, ni queso, ni bebia vino, y que comia sola una vez al dia, y era tan dada á la oracion, que cien veces cada dia, y otras tantas cada noche,

se hincaba de rodillas para adorar y renunciar al Señor. Y el mismo autor refiere, que con sus oraciones mató un dragon horrible y disforme, que hacia mucho daño en toda aquella tierra, haciendo sobre él la señal de la cruz, y rociándole con agua bendita: y que llegando el tiempo, en que nuestro Señor la queria galardonar, le reveló un año antes el fin de su dichosa vida; y que para mayor corona suya, quiso que todo aquel año estuviese doliente de calenturas: pero ocho dias antes de su muerte oyó suavísima música en el cielo, y vió los santos ángeles, que cantando llevaban el ánima de su dulcísima hermana Magdalena, la cual le apareció á la hora de su tránsito: y el mismo Cristo nuestro Redentor la visitó; y le dijo: Ven, huéspeda mia muy querida; que como tú me recibiste en tu casa, así yo te recibiré en la mia en el cielo. Mandóse poner sobre el suelo, sembrado de ceniza, en parte donde pudiese descubrir y ver el cielo: y teniendo allí delante una cruz, se hizo leer la pasion del Señor, escrita por san Lucas; y llegando á aquellas palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» dió el suyo al Señor. Tambien dice san Antonino, que estando san Frontino, obispo petragoricense, que ahora llaman de Perigueux (á donde habia sido enviado del apóstol san Pedro) diciendo misa, le apareció un ángel, y le dijo, que fuese á enterrar á santa Marta, y le llevó á Tarascon donde fué su muerte, y se halló á su entierro, é hizo el oficio en compañía del mismo Cristo, que le ayudó á enterrar: porque así honra Dios á los que le honran, y con semejantes favores paga los servicios que por su gracia se le hacen. Pedro Galesino dice, que escribió la vida de santa Marta en hebreo Marcela, su criada, y que la tradujo en latin Síntico; aunque el cardenal Baronio le parece aquella vida escrita por algun autor mas moderno, y digna de ser examinada. Celebra la fiesta de santa Marta la Iglesia el dia de su muerte, que fué á 29 de julio, año de 84, imperando Domiciano. Hizo nuestro Señor muchos milagros por esta bienaventurada santa, entre los cuales fué uno, dar salud á Clodoveo, rey de Francia, estando muy enfermo y orando al sepulcro de santa Marta.

Los santos Simplicio, Faustino, y Beatriz, hermanos, mártires. — El mismo dia de santa Marta hace la santa Iglesia conmemoracion de los santos mártires, Simplicio, Faustino, y Beatriz, su hermana, los cuales murieron en Roma por la fé de Cristo en la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Simplicio y Faustino fueron presos: y visto que estaban muy constantes en la fé, un vicario del emperador los mandó atormentar, y despues degollar, y echar sus cuerpos en el rio Tíber. Su santa hermana Beatriz los recogió, y les dió sepultura, y despues se retiró en casa de una santa viuda, llamada Lucina, que de dia y de noche, no se ocupaba sino en oracion, penitencia, y obras de piedad. Siete meses duró esta santa compañía; mas permitió el Señor que un hombre poderoso, llamado Lucrecio, se cegase con la codicia, y pretendiese quitar á santa Beatriz una heredad que tenia, para juntarla con otra suya. Para poderlo hacer mas fácilmente, y sin costa suya, entendiendo que era cristiana, la hizo llamar para que sacrificase á los dioses: y como ella claramente confesase que era cristiana, y que de ninguna manera adoraria á los dioses de palo y piedra, la hizo echar en la cárcel, y de noche darle garrote. Con este género de muerte la gloriosa vírgen y mártir Beatriz pasó de esta vida mortal á la eterna; y su santa compañera Lucina enterró su cuerpo junto á los de Simplicio y Faustino, sus hermanos: y despues el papa León II de este nombre, edificó un suntuoso templo en Roma, y trasladó á él los cuerpos de estos santos mártires. Mas para que se vea, cuan mal suceden los consejos que se toman con la codicia, y que el Señor al cabo descubre y castiga las marañas y artificios de los hombres malvados; es bien que se sepa, que Lucrecio, despues de la muerte de santa Beatriz, se apoderó de su posesion y heredad (que fué el motivo de hacerla matar, aunque con achaque y color de religion), y el dia, que se apoderó de ella, hizo un convite solemne á algunos amigos suyos, y estando en él con mucha chacota y alegría, mofándose de los santos mártires, y no cabiendo de placer, y por verse señor de la hacienda de ellos; se halló presente una mujer, con un niño en los brazos, á quien daba el pecho, y el niño, movido de Dios, con voz clara, y que todos le entendieron, dijo: Oyo, Lucrecio: mataste, y poseiste, y caiste en manos de tu enemigo. Quedó pasmado Lucrecio: perdió el color, y helósele la sangre: entró luego el demonio en él; atormentóle cruelmente por espacio de tres horas, y espiró, con gran daño de su alma, y gran provecho de muchos, que con este ejemplo entendieron que hay premio para el bueno, y castigo para el malo: y que Dios quita las máscara al embuste y artificio, y lo que se alcanza por malas mañas, es cuchillo y veneno, para el que usa de ellas por alcanzarlo. Celebra la Iglesia fiesta de estos santos en 29 de julio, que fué el dia de su martirio, año del Señor de 302, imperando Diocleciano y Maximiano. Hacen mencion de ellos todos los Martirologios, el romano, el de Beda, Usuardo, y Adon: y en los actos de san Antimio, mártir, se escribe la suma de su martirio.

San Félix II, papa y mártir. — Con estos santos junta la Iglesia el mismo dia el martirio de san Félix II, papa y mártir, que fué romano de nacion, hijo de Anastasio, y como escribe Dámaso, tuvo la silla de san Pedro un año y tres meses. Juntó concilio en Roma, y condenó él al emperador Constancio, arriano, mostrándose enemigo de herejes, y valeroso y constante pontífice. Cobráronle tan grande odio por esto los arrianos, que le quitaron la vida: y la santa Iglesia le celebra por mártir. Su santo cuerpo se halló en Roma á los 28 de julio, que es la víspera de su martirio, en la diaconía de los santos Cosme y Damian, en una arca de mármol, con una letra que decia: «Este es el cuerpo de san Félix, papa y mártir, el que condenó á Constancio.» Fué esto el año

de 1582, siendo sumo pontífice Gregorio XIII, de felice recordacion. Hizo una vez órdenes en el mes de diciembre, y en ellas ordenó veinte y un presbíteros, y cinco diáconos, y diez y nueve obispos. Y porque en las cosas de san Félix hay muchas dificultades, y gran variedad en los autores, así en la verdad, modo y tiempo de su pontificado, como de su martirio, teniendo lo que aquí habemos referido por lo mas cierto y mas comun, los que quisieren ver mas á la larga lo que toca á san Félix y á Liberio su predecesor, lean el tercero tomo de los Anales del cardenal Baronio, y el primer tomo de las Controversias contra los herejes, del cardenal Roberto Belarmino, que lo traen grave y acertadamente.

* Las santas Lucila y Flora, vírgenes, y los santos Eugenio, Antonino, Teodoro, y diez y ocho compañeros suyos, todos mártires.—Solo sabemos de estos santos que fueron decapitados en Roma en tiempo del emperador Galieno.

San Olavo, rey y mártir.—Fué rey de Noruega, y libertó sus estados de la servidumbre de los suecos. En 1013 fué á Inglaterra donde prestó grandes servicios á su rey Etelvedo contra los dinamarqueses, y en seguida fué á Suecia á pelear contra los suecos en su mismo país; pero habiendo hecho la paz con su rey Olavo Scot, se casó con su hija. Desde entonces todos los cuidados del ilustre rey se fijaron en proveer á las necesidades espirituales de sus pueblos. Hizo ir de Inglaterra monjes y otros eclesiásticos recomendables por su sabiduría y piedad, y habiendo hecho consagrar obispo al mas distinguido de todos ellos, lo puso á su lado y no se separó nunca de sus consejos. A ellos fueron debidas una multitud de leyes utilísimas que publicó llenas de sabiduría, aboliendo todo cuanto era contrario al espíritu del Evangelio en la Noruega y la Islandia. Habiéndose restablecido la paz en todos los países de su obediencia, trabajó Olavo en extirpar en todas partes las supersticiones de la idolatría. Recorria las ciudades y pueblos en persona para exhortar á sus súbditos á abrir los ojos á la luz del Evangelio que les predicaban los misioneros que le seguian, y mandaba demoler cuantos templos de ídolos encontraba. Revelároнse los paganos contra la conducta del rey, y sostenidos por los socorros que Canuto les habia mandado de Inglaterra, le atacaron, lo vencieron y echaron de sus estados. Refugióse entonces Olavo en Rusia, de donde volvió algun tiempo despues, para organizar un ejército y recobrar su reino; pero fué vencido tambien y asesinado, el dia 29 de julio del año 1030, habiendo reinado diez y seis años. Fué enterrado en Drontheim, y al año siguiente de su muerte, fué ya venerado sobre los altares.

San Guillermo, obispo y confesor.—Nació en Bretaña y se hizo recomendable por la inocencia de sus costumbres, por su mansedumbre y por el amor á la mortificacion. Joselin, obispo de San Briese, le confirió las sagradas órdenes, y lo destinó al servicio de su Iglesia. Guillermo desempeñó su santo ministerio con mucho zelo en toda la diócesis, hasta que despues de algunos años, en 1220, estando vacante aquella misma silla episcopal, fué elegido para ocuparla. Sus tesoreros fueron siempre los pobres; y no contento con darles cuanto tenia, buscaba personas que los diesen tambien. Ordinariamente dormia sobre el duro suelo, y vivia como un anacoreta. Despues de haber ilustrado á su rebaño y de haberlo alimentado con la doctrina de la verdad, murió Guillermo el dia 29 de julio del año 1234, y fué canonizado solemnemente por el papa Inocencio IV, en 1253.

San Próspero, obispo y confesor.—Floreció durante el siglo V de la Iglesia, y en el año 454 fué consagrado obispo de Orleans. Distinguióse no solo por su vida ejemplar, si que tambien por su zelo contra los semi-pelagianos. Obró muchos milagros, y estuvo dotado del don de profecía. Sus diocesanos le querian tanto, que cuando murió vistieron luto público la mayor parte de las poblaciones de su diócesis, y en todas partes fué llorado como el padre comun de todos. Ignórase la época fija de su muerte, y solo se sabe que asistió á varios concilios celebrados en las Galias por los últimos años del siglo V.

San Galinico, mártir.—Natural de Grecia, fué educado desde la infancia en la religion cristiana, cuyas virtudes hizo resplandecer en todas las acciones de su vida. Condujo á muchos á los caminos de la religion, ya con sus exhortaciones, ya con sus ejemplos, por cuyo motivo fué preso y llevado al tribunal de los paganos, en el que confesó libre y generosamente á Jesucristo. Airado el juez con las palabras del esforzado atleta, lo condenó á ser azotado con varillas de hierro, despues á ser descarnado por medio de peines de acero, y en seguida le calzaron unos zapatos llenos de agudísimas puntas, obligándole á correr mucho rato con ellos. Fortificado el santo en medio de tantos suplicios por la virtud del cielo, sufria con resignacion aquellos dolores y cantaba las divinas alabanzas, hasta que fué metido en un horno encendido, y entregó allí su alma al Criador. Su martirio sucedió en Gangra de Paflagonia á mediados del siglo II.

San Faustino, confesor.—Fué discípulo de san Félix, obispo, á cuyo martirio asistió no abandonándole hasta despues de muerto y sepultado. Estando despues orando junto á su sepulcro, mereció gozar de la vision de los ángeles y ser recreado con sus cánticos. Fué varias veces perseguido, azotado, maltratado y estropeado por los gentiles; pero habiendo marchado á la soledad, acabó en ella santamente sus dias, siendo ilustre en milagros, y venerado en la ciudad de Todi donde se conservan sus reliquias.

Santa Serapina, vírgen.—Nació en Galicia de España, de padres idólatras, y fué convertida á la religion cristiana por las instrucciones y predicacion del apóstol Santiago, que la bautizó y la encaminó por las vias de la perfeccion. Guardó perpetua virginidad, y murió coronada de méritos por los últimos años del siglo I.

Dia 30.

SAN ABDON Y SAN SENEN, MÁRTIRES. —Los santos mártires Abdon y Senen, fueron persas de nacion, y caballeros principales, y muy ricos en su patria: los cuales, siendo cristianos, y viendo padecer á los que lo eran, graves tormentos y muertes atroces, imperando Decio y persiguiendo crudamente la Iglesia, se ocupaban en consolar las almas de los que padecian por Cristo, y en dar sepultura á los cuerpos de los que con muerte habian alcanzado la vida. Supo esto Decio: mandólos prender y traer á su presencia, y habiéndolos oido, y sabiendo por su misma confesion que eran cristianos, les mandó echar cadenas y prisiones y guardar con otros persas que habia cautivado, y tenia presos; porque queria volver á Roma, y entrar triunfando, y acompañado de todos estos presos y cautivos, para que su triunfo fuese mas ilustre y glorioso. Hízose así: entró en Roma el emperador con gran pompa y triunfo acompañado de gran multitud de persas cautivos, entre los cuales iban los santos mártires Abdon y Senen, ricamente vestidos, como nobles que eran, y como presos, cargados de cadenas y grillos. Despues mandó Decio á Claudio, pontífice del Capitolio, que trajese un ídolo, y le pusiese en un altar, y exhortóles que le adorasen; porque así gozarian de su libertad, nobleza y riquezas: mas los santos con gran constancia y firmeza le respondieron, que ellos á solo Jesucristo adoraban y reconocian por Dios, y á él habian ofrecido sacrificio de sí mismos. Amenazóles con las fieras; y ellos se rieron. Sacáronlos al anfiteatro, y quisieron por fuerza hacerlos arrodillar delante de una estatua del sol, que allí estaba: pero los mártires la escupieron: y fueron azotados y atormentados crudamente con plomos en los azotes: y estando desnudos y liagados, aunque vestidos de Cristo y hermoseados de su divina gracia, y puestos en el anfiteatro, soltaron contra ellos dos leones ferocísimos, y cuatro osos terribles, los cuales se echaron á los piés de los santos mártires. El juez Valeriano atribuyendo este milagro á arte mágica, mandó que allí los matasen; y allí los despedazaron con muchas y crueles heridas que les dieron: y sus almas hermosas y resplandecientes, subieron al cielo á gozar de Dios, dejando sus cuerpos feos y revueltos en su sangre: los cuales estuvieron tres dias sin sepultura, para escarmiento y terror de los cristianos; pero despues vino Quirino, subdiácono (que se dice, escribió la vida de estos santos), y de noche recogió sus cuerpos, y los puso en una arca de plomo, y los guardó en su casa con gran devocion: é imperando el gran Constantino, por divina revelacion fueron descubiertos y trasladados al cementerio de Ponciano. Celebra la Iglesia fiesta de estos santos el dia de su martirio, que fué á 30 de julio, año del Señor de 254, imperando Decio. Hace mencion de ellos el Martirologio, y breviario romano; Usuardo, y Surio, en la vida de san Lorenzo, etc.

* LAS SANTAS MÁXIMA, DONATILA, Y SEGUNDA, VÍRGENES Y MÁRTIRES. —Durante la persecucion de Valeriano y Galieno fueron estas santas presas en Tuburbo Lucernerio, en Africa, y en el mismo lugar padecieron martirio. A las dos primeras les dieron á beber hiel y vinagre, despues las atormentaron con cruelísimos tormentos, las estiraron en el potro, las revolcaron sobre las parrillas embarnizadas con cal; y últimamente habiéndoselas unido santa Segunda, tambien vírgen, de edad de doce años, las expusieron á las fieras, y no recibiendo daño alguno, las degollaron á las tres.

SANTA JULITA, MÁRTIR. —Los primeros edictos de Diocleciano publicados contra la Iglesia en el año 303, declararon á los cristianos infames, despojados de los privilegios que daba la cualidad de ciudadano, é indignos de la proteccion de las leyes. Conjurando de este modo todo el mundo contra ellos, pensaba el emperador exterminar hasta su nombre, ignorando que el cristianismo nunca se presenta mas triunfante, que cuando los que le profesan parecen vencidos por la muerte, y que esta religion divina, elevando á los hombres sobre su propia debilidad, los hace victoriosos del mundo y del infierno. El martirio de santa Julita fué una prueba de esta verdad. Esta santa que vivia en Capadocia, era muy rica en tierras, en bienes muebles y en esclavos. Un hombre poderoso de la misma ciudad la despojó por medio de la violencia de la mayor parte de lo que poseia, y cuando ella quiso presentarse delante del juez para pedir justicia, él la acusó de ser cristiana. En seguida mandó el juez que trajesen fuego é incienso, y ordenó que sacrificase á los ídolos; pero Julita le respondió generosamente: Podeis despojarme de mis bienes y darlos á los extraños; podeis asimismo quitarme la vida despues de haber destrozado mi cuerpo; pero nunca conseguiréis lo que de mí exigís, porque estoy resuelta á no permitirme nada que pueda desagradar á Dios: perdiendo lo poco que poseo en la tierra, ganaré los tesoros del cielo. Semejante respuesta irritó extraordinariamente al juez, y confirmó al usurpador en la posesion de lo que habia robado, condenando al fuego á la sierva de Jesucristo. Julita escuchó su sentencia con alegría y complacencia, dando gracias á Dios por el singular beneficio que la dispensaba. Al mismo tiempo exhortó á los demás cristianos á permanecer constantes en la fé y á perseverar con fervor en el cumplimiento de las leyes de Dios. Admirados los paganos, no sabian comprender como una persona de su sexo, de su edad, y de su rango hacia con tanta constancia el sacrificio de todas las ventajas que le ofrecia el mundo, y admiraban sobre todo la intrepidez con que despreciaba la muerte. Estando ya todo preparado para el suplicio, ella misma se metió espontáneamente en la hoguera, donde acabó su preciosa vida. Parece que la ahogó el humo, porque habiéndose alzado las llamas á su alrededor en forma de arcada, no tocaron absolutamente á su sagrado cuerpo, el cual recogieron los cristianos entero, dándole sepultura en el vestíbulo de la grande iglesia de Cesarea. En 375, san Basilio hizo el panegírico de

esta santa, y habló de muchos favores dispensados á los fieles por su intercesion.

San Rufino, mártir. —Nació en la ciudad de Asís, de noble familia, pero entregada á las supersticiones del paganismo. Por un milagro de la divina Providencia conoció Rufino la verdad evangélica, y la abrazó y la amó tan extraordinariamente, que no contentándose con profesarla él, quiso hacer cuantos esfuerzos pudo para hacerla conocer y abrazar á los demás. Vivió algunos años como un apóstol andando de un lugar á otro, predicando, enseñando, catequizando y bautizando, hasta que en la persecucion de Diocleciano fué detenido en el curso de sus conquistas, y martirizado, muriendo en su misma patria por los años de 300. San Pedro Damian habla de este santo con particulares elogios, recordando sus maravillosas acciones, su fervoroso zelo y la constancia é igualdad de ánimo con que se sobrepuso á todas las penalidades y persecuciones de la vida.

San Urso, obispo y confesor. —Fué francés de nacion, y entró desde muy jóven en la carrera eclesiástica. Pasó por los grados inferiores de la clerecía, resplandeciendo siempre en eminentes virtudes. Por los primeros años del siglo VI fué elegido y consagrado obispo de Auxerre, cuya Iglesia gobernó mucho tiempo en prudencia y santidad. Asistió á casi todos los concilios de su tiempo; hizo tres viajes á Roma para tratar asuntos eclesiásticos, fué íntimo amigo de los papas Juan I y Félix IV que le confiaron varias comisiones importantes, y despues de haber sido modelo de pastores y espejo de toda clase de virtudes, murió pacíficamente en el Señor, en medio de su rebaño á mediados del mismo siglo VI. Su cuerpo fué sepultado en la catedral de Auxerre, donde se han obrado grandes portentos por su eficaz intercesion.

Dia 31.

San Ignacio de Loyola, fundador. — Así como cuando el pueblo hebreo estaba mas oprimido de sus enemigos corporales, levantaba Dios esforzados capitanes, que le librasen y defendiesen de ellos, como Moisés, Gedeon, Sanson, Samuel, David y otros esclarecidos varones: y como cuando el rey de Israel volvia las espaldas á Dios con mayores idolatrías y abominaciones, tuvo un Elías que miró con gran zelo por su honra divina; así tambien en la Iglesia cristiana, cuando mas combatida ha estado de sus enemigos espirituales, ha levantado insignes santos, que la defiendan, y se opongan á la furia de sus contrarios, como fué san Atanasio, san Agustin, san Cirilo, san Bernardo, santo Domingo y san Francisco: y en el tiempo mas calamitoso de todos, cuando á tan principales miembros de la cristiandad, como Alemania, Polonia, Hungría, Bohemia, Inglaterra, Francia, y otras provincias, con mil cabezas y bocas, despedazaba á unas, y amenazaba á otras la hidra infernal, vertiendo la ponzoña de todas las herejías antiguas, y otras nuevas; levantó Dios un excelente capitan, proporcionado á tan grandes necesidades, para que defendiese su ciudad santa, resistiese á los enemigos, y reedificase por una parte, lo que ellos habian asolado por otra. Este fué san Ignacio de Loyola, que vino al mundo, cuando parece que todo él habia de perecer, como dice un concilio tarraconense: «Este capitan Ignacio Dios le dió á su Iglesia con singular providencia en estos tiempos, para que como atlante sustente el mundo con los hombros de su doctrina y piedad.» Vino como un nuevo Elías, para volver por la honra y gloria de Dios, que no solo de un reino de Israel, sino de muchos de Europa, estaba despreciada y hollada; y así tomó por blason la mayor gloria de Dios. Y como el zelo de Elías extendia á comunicar su espíritu á Eliseo, su discípulo, y recoger otros muchos que mirasen por la honra divina; tambien el ardiente zelo de san Ignacio reventó fuera de su pecho, comunicando su llama á san Francisco Javier, apóstol de la India, recogiendo otros muchos discípulos, y animándolos con su espíritu, con los cuales fundó la religion de la Compañía de Jesus, para la reduccion de las herejías, conversion de la gentilidad, defensa de la silla romana: de lo cual precedieron insignes profecías y prodigios.

2 Nació san Ignacio, para tanta gloria de Dios y remedio de innumerables almas, en la provincia de Guipúzcoa en España, año de 1491: fué hijo de Beltran Yañez de Oñez y Loyola, señor y cabeza de su casa: su madre se llamó doña María, ó Mariana Saez de Balda, hija de los señores de la casa y solar de Balda. Son estas dos casas de Loyola y Balda de parientes, que llaman «mayores,» y de las principales de aquella provincia. Mostró desde niño san Ignacio un vivo y despierto ingenio: fué enviado de sus padres á la corte de los reyes católicos, para que allí se criase con otros de su calidad; y como era de altos pensamientos, y de grande y brioso ánimo, se inclinó á las armas, en que se señaló mucho; mas entre la licencia militar tuvo siempre respetos nobilísimos. En los lugares que los capitanes dieron á saco á los soldados, como fué Nájara y otros, aunque Ignacio fué el que mas peleó, no quiso tomar nada, con ver lo mucho que se enriquecian sus compañeros. Reverenciaba con particularidad los sacerdotes: nunca le vieron perjurar, ni decir palabras desgarradas y de blasfemia, como suelen los soldados. Con los que se desafiaba, con no tener miedo á nadie (pues tal vez aconteció que él solo hiciese huir una calle de hombres), por cualquier ocasion se reconciliaba de corazon, quedándoles fidelísimo amigo. A sus enemigos no les mostraba mala voluntad; antes les hacia presentes con muestras de buena voluntad. Su ingenio agudo no le empleaba en cosas lascivas: hizo entre el ruido de las armas un poema español en honra de san Pedro. Sucedió que los franceses pusieron cerco al castillo de Pamplona, estando en su defensa Ignacio, que le defendió con admirable esfuerzo, hasta que fué herido de una bala en la pierna derecha, de manera, que casi le desmenuzó los huesos, y una piedra del muro, que con la fuerza de la pelota



S.t Ignace de Loyola.

S.S IGNATIUS DE LOYOLA.

resurtió, le maltrató la pierna izquierda: lo cual sucedió el segundo dia de pascua de Espíritu santo, año de 1521. Con esto fué ganado el castillo de los franceses, que trataron á Ignacio muy cortesmente, y le enviaron á los suyos. El mal creció de manera, que habia poca esperanza de su vida; pero nuestro Señor en el mayor peligro le socorrió, enviándole la víspera de su fiesta al gloriosísimo príncipe de los apóstoles san Pedro de quien era muy devoto, y le apareció, como quien le venia á favorecer y le traia la salud. Con esta visita del santo apóstol comenzó á mejorar y convalecer nuestro soldado, pagando el glorioso apóstol á su devoto el poema que le habia dedicado, escogiéndole como singular defensor de su silla. En la convalecencia pidió Ignacio algun libro de caballería para entretenerse, y trajéronle dos libros, uno de la vida de Cristo y otro de vidas de santos, por no haber otros. Encendióse tanto con su leccion, que determinó hollar el mundo totalmente y no seguir sus pisadas: para lo cual determinó ir á Jerusalen para ayudar allí á los cristianos que hubiese, y reducir á los infieles, hecho predicador de los turcos y moros, hasta alcanzar el martirio. Una noche se levantó de la cama (como muchas veces solia) á hacer oracion, y puesto de rodillas delante de una imágen de nuestro Señor, con humilde y fervorosa confianza se ofreció por medio de la gloriosa Madre al amoroso y piadoso Hijo por soldado y siervo suyo fiel, prometiéndole de seguir su estandarte y dar de coces al mundo. Al mismo tiempo que él hacia esta oracion, se sintió en toda la casa un estallido muy grande, y el aposento en que estaba tembló, y se quebró una vidriera que en él habia. Temia mucho la flaqueza de su carne; mas la sacratísima Vírgen y soberana Reina de los ángeles, á quien él entrañablemente se encomendaba, estando velando una noche, se le apareció con su preciosísimo Hijo en los brazos, y con su celestial visitacion le infundió el Señor tanta gracia y le trocó de manera, que borró de su alma todo torpe y deshonesto deleite, y desde aquel punto hasta el último de su vida guardó limpieza y castidad sin mancilla, con grande entereza y puridad. Habiendo sanado de las heridas, con ocasion de visitar al duque de Nájara, se partió para nuestra Señora de Montserrate, acompañado de dos criados, á los cuales despidió en el camino, dándoles de lo que llevaba. Desde el dia que salió de su casa tomó por costumbre el disciplinarse muy ásperamente cada noche: lo cual guardó por todo el camino; y encendido en el amor de Dios, y abrasado del zelo de su honra, referia ya todo lo que hacia y pensaba hacer á mayor gloria divina, que este fué siempre como el blason de san Ignacio, y como el alma y vida de todas sus obras. Tambien en este camino hizo voto de castidad, y ofreció á Cristo nuestro Señor y á su santísima Madre la pureza de todo su cuerpo y alma, con singular devocion y deseo fervoroso de alcanzarla; y alcanzóla tan entera y cumplida como dijimos. Llegó á Montserrate donde hizo una confesion general: cosa bien desacostumbrada en aquel tiempo. Colgó su espada y daga delante del altar de nuestra Señora; y dando los vestidos costosos á un pobre, se vistió de un saco despreciado y asperísimo que le juzgaban todos por cilicio de cerdas, velando delante de la Vírgen toda una noche hasta la mañana, que fué dia de su Anunciacion, dedicándose á Dios por medio de su Madre para nueva milicia: porque así como los soldados y caballeros velaban en España las armas; así él las de la milicia espiritual y penitencia. Entre ellas fueron una cadena de hierro con que se habia de ceñir para afligir su cuerpo, y otras cadenas mas delgadas para disciplinarse cruelmente. De allí partió á Manresa, donde por espacio de un año hizo en el hospital de Santa Lucía, y en una cueva cerca de un rio, rigurosísima penitencia, y vida santísima y de suma aspereza: y fué tanta la devocion que le cobraron los del lugar, que habiendo ya tantos años que esto pasó, hay hoy dia en Manresa muy fresca memoria y grandes rastros de la vida que allí hizo, y los naturales de aquella ciudad frecuentan con devocion los lugares en que estuvo y en que hacia oracion, pidiendo á nuestro Señor favor por su intercesion, y tienen puesta una pirámide para perpetua memoria, en que está escrita la penitencia y ejemplo de vida que dió allí el siervo de Dios.

3 Las elevaciones, raptos y éxtasis eran en el santo continuas y cuotidianas: muchas veces se le pasaban las noches de claro en aquella dichosa cueva de sol á sol, como á otro san Antonio, y le hallaban los ojos fijos en el cielo, con un semblante de un serafin, hecho un fuego, arrobado y suspenso en Dios. Una vez tuvo un rapto maravilloso que le duró toda una semana desde sábado á sábado, en el cual le mostró el Señor grandes cosas, y el modelo de la religion que queria que fundase: porque así como al apóstol san Pablo en los tres dias que fué arrebatado al tercero cielo, le mostró Dios que le habia escogido por vaso de eleccion y doctor de las gentes, y le enseñó la traza y gobierno de las Iglesias, y jerarquía eclesiástica, á imitacion de la celestial; así tambien á su modo lo fué mostrado á san Ignacio, que Dios le habia escogido para fundador de una religion que habia de ser de gran fruto en la Iglesia, enseñándole la forma é idea de cómo queria ser servido en ella. La misma traza y fin de su religion le mostró el Señor por el mismo tiempo en una maravillosa revelacion, en que vió á dos compañías de soldados contrarios, una en el campo de Babilonia, de quien era capitan Lucifer, y otra en un muy ameno campo de Jerusalen, de que era caudillo Jesucristo: de donde salió san Ignacio con este espíritu de juntar soldados y compañía para Jesus. Entre otras admirables cosas que por este tiempo reveló y enseñó Dios á su siervo, fué el libro de los ejercicios con el cual ganó los compañeros que juntó para fundar la Compañía, y ha hecho increible fruto en muchas almas. Este libro divino compuso san Ignacio, ó Dios por él, sin haber estudiado nada, ilustrado del cielo, inspirado del Espíritu santo, y enseñado de la Vírgen santísima, como ella misma lo reveló á una gran sierva del Señor. Admiró tanto á la universidad de Paris la sabiduría

divina que se encierra en este libro, que por él quisieron dar grado de doctor á san Ignacio antes que hubiese estudiado la filosofía.

4 Casi un año estuvo en Manresa este siervo de Dios, haciendo la vida que habemos referido; pero el Señor que le quería para mayores cosas, le sacó de aquella soledad, y le inspiró que fuese á visitar los sagrados lugares de Jerusalen, donde había visto á su capitan Jesus. Para esto partió solo y pobre de Manresa para aquella larga jornada, confiando solamente en el Señor por quien la hacia, que le favoreció en toda ella con notables providencias, y le regaló visitándole muchas veces. El consuelo que recibió en aquellos santos lugares con la memoria de su Redentor, no se puede explicar: y cuanto era de su parte quisiera quedarse allí y predicar á aquellos infieles, juntando compañeros que le ayudasen á tan santa conquista; pero la disposicion de Dios era que en otra parte fundase su religion: para lo cual volvió á España con determinacion de estudiar, y lo hizo con grande pobreza y trabajos, edificacion y ejemplo de todos, y conversion de muchos. Estudió en Barcelona, en Alcalá y Salamanca, donde padeció, por el fruto que hacia en muchos, persecuciones, cárceles, cadenas, con gran gozo de su espíritu, saliendo siempre libre, y mas honrado y estimado por varon santo, no hablando él nada por sí. Ultimamente, en la universidad de París donde tambien padeció graves persecuciones, acabó sus estudios, y ganó para Dios los mas excelentes mancebos de aquella florida universidad en ingenio y letras. Uno de ellos fué san Francisco Javier, en quien por medio de unos ejercicios derramó san Ignacio el fuego de amor de Dios que no cabia en su pecho, arrojando de él, como de volcan divino, centellas de caridad en todos sus compañeros, con que se abrasaban en amor de Dios y del prójimo. Hizo con ellos voto de ir á Jerusalen, acabados sus estudios, y dejar todas las cosas del mundo, con perpetua pobreza y castidad, para emplearse totalmente en ayudar á las almas; pero si dentro de un año no les fuese posible cumplir su promesa por falta de navegacion, ó una vez allá no les permitiesen quedar, hubiesen de volver á Roma y presentarse al sumo pontífice para que les emplease en servicio de la Iglesia. Despues de graduado y acabado sus estudios, le fué forzoso á san Ignacio, para cobrar la salud menoscabada con sus continuas abstinencias y mal tratamiento, el tornar á su tierra, donde hizo muchos milagros. Habiendo convalecido, partió para Venecia adonde habian de venir sus compañeros, y llegaron, caminando á pié, pasando grandes trabajos y peligros; y en uno, en que no había remedio humano, se les apareció un ángel que los sacó á salvamento, y gobernó su camino: porque aunque estaba el santo ausente de ellos, no lo estaba para favorecerlos con sus oraciones. Ordenóse san Ignacio en aquella ciudad de sacerdote: y como faltase aquel año navegacion para Jerusalen, hubieron de ir á Roma, conforme su determinacion. Postrados á los piés de su santidad, y declarando su intento, alabó el sumo pontífice su piedad y zelo; y admirado de aquel instituto, con espíritu de sumo pontífice, dijo: *Digitus Dei est hic*: El dedo de Dios es este: afirmando que esperaba grande fruto en la Iglesia de aquellos pequeños principios; y trocándose milagrosamente los cardenales, que no les parecia bien la institucion de nuevas religiones, año de 1540, confirmó la religion de la Compañía de Jesus con el cuarto voto especial de obediencia al sumo pontífice, para ir sin viático entre los infieles y moros, para la salud de las almas. Y habiendo sido san Ignacio con unánime consentimiento de todos y repugnancia suya, elegido por prepósito general, escribió las constituciones de la Compañía, con admirables ilustraciones, visiones y revelaciones del cielo, enseñándole el Espíritu santo lo que habia de escribir.

5 Nueve fueron los compañeros de san Ignacio, con que fundó la Compañía, de los cuales, y de otros hijos suyos que se le juntaron, repartió luego por todo el mundo en Asia, Africa, Europa y América, excelentes obradores de la viña del Señor y predicadores de su Evangelio. Fueron hombres tan raros en virtudes y letras, y muchos de ellos obradores de tan grandes milagros, y todos de tan gran provecho, que admiraba á todos este nuevo instituto: del cual como cosa de grande consideracion para reformacion del mundo, precedieron grandes profecías del abad Joaquin y otros. Y en tiempos mas cercanos á la fundacion de la Compañía de Jesus, una santa mujer llamada Reinolda, de conocida virtud, en Alemania, la profetizó al padre Pedro Canisio, que despues fué como un apóstol de aquel imperio, y le avisó que habia de ser uno de ellos, con estas palabras: Tú, hijo mio, has de ser recibido en una nueva religion de clérigos, que Dios ya prepara, para para enviar á la Iglesia, para su reformacion y la salvacion de muchos. Yo lo he visto en vision que tuve, y á tí que te allegabas á ellos: serán varones graves y doctos, modestos, llenos de Dios y de gran caridad y zelo de las almas. La bendita sorer Magdalena Jaso, hermana de san Francisco Javier, monja descalza de Santa Clara de Gandía, y de conocida santidad, aprobada con milagros, escribió á su padre, antes de fundarse la Compañía, la santidad y vida de apóstol que en ella habia de hacer su hermano, suplicando á su padre no perdonase á gasto, porque perseverase en los estudios. La esclarecida arcángela Panigarola, que murió en Milan año de 1525 en el monasterio de Santa Marta, entre otras profecías suyas, fué clarísima la que dijo de la Compañía, que presto habian de venir á ayudar á reformar la Iglesia unos sacerdotes que habian de trabajar en la conversion de todo el mundo como unos nuevos apóstoles, y que se habian de llamar de la Compañía de Jesus: de la cual profecía fué testigo todo el convento. La venida de los de la Compañía á Etiopía, y especialmente del patriarca Andrés de Oviopo, antes de la institucion de la Compañía de Jesus, estuvo profetizada, y se supo en aquel imperio, como confesaron los mismos infieles y cismáticos.

6 Como Dios nuestro Señor habia escogido á

san Ignacio para cabeza y fundador de obra tan grande, le levantó á un raro primor de espíritu, y alteza de santidad, llenándole de sus dones y favores con insignes visitaciones del cielo y profecías. Obró grandes milagros en vida y en muerte: y lo que mas es, actos de virtudes heróicas, y obras utilísimas á la Iglesia: de todo lo cual irémos diciendo en particular; y antes de decir lo que san Ignacio hizo por Dios, dirémos lo que su Majestad hizo en él, y cuanto lo previno con sus favores, adornando su espíritu y su cuerpo, para que fuese mas pura morada suya. Lo primero, dotó su alma de una sabiduría divina, infundiéndola un altísimo conocimiento de la divinidad, representándole unas veces las tres divinas personas, y otras, algunas de ellas: las cuales ilustraciones tenia principalmente, cuando decia misa, y por el tiempo que escribia las constituciones de la Compañía, como escriben los historiadores de su vida, y consta claramente de un libro, en que apuntó el santo los favores divinos que recibia. Las cuales visiones fueron tan claras, y penetraron tanto de Dios, que don Sancho de Avila, obispo de Plasencia, y el P. Diego Alvarez, con otros doctores señalados, así en teología escolástica, como mística, y conocidos en todo el mundo por sus escritos, han afirmado, que si es verdadera la opinion de santo Tomás, y de insignes Padres de la Iglesia, que juzgaron que algunos santos, estando en esta vida, vieron la esencia divina claramente, como Moisés, san Pablo, san Agustin, san Benito, que lo mismo se ha de decir de san Ignacio. Y en un concilio de Cataluña, todos los obispos y prelados de aquel principado, escribiendo al papa Clemente VIII, dijeron de san Ignacio: «Muchas veces estando fuera de sí, y levantado sobre sí, vió, como en un espejo, el inefable misterio de la santísima Trinidad, trino en personas, y uno en la esencia.» El mismo santo escribió por sí mismo en aquel su memorial: que le fué mostrado, no una vez, «el mismo sér divino, y la misma divina esencia:» y una vez pone á Dios por testigo de esto, diciendo así: «Conocia, sentia, veia *(Dominus scit)* que en el hablar al Padre, en ver que era una persona de la santísima Trinidad, me afectaba amar á toda ella, cuanto mas que las otras personas eran en ella esencialmente.» Y al principio de su fervorosa conversion, siendo hombre sin letras, fué tan altamente ilustrado acerca del misterio de la santísima Trinidad, en la unidad de la esencia, y trinidad de personas, que compuso un profundo libro de este misterio, no teniendo entonces mas ciencia, ni enseñanza, que la luz del cielo, que le descubria con frecuentes revelaciones y visiones maravillosas los misterios mas altos de nuestra religion. Fué tambien cosa admirable, como se le manifestó el Espíritu santo: porque estando escribiendo las constituciones de la Compañía, se le apareció de diversas maneras, y una vez del modo que bajó sobre los apóstoles, en una llama de fuego sobre su cabeza. Fuera de esto, la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor visitó muy de ordinario á san Ignacio. Cuando iba á Roma, á fundar la Compañía, se le apareció con una luz clarísima Dios Padre, que encomendó á su Hijo, que venia con la cruz á cuestas, al mismo san Ignacio, que estaba allí presente, y á sus compañeros: y volviéndose Cristo hácia su siervo Ignacio, con rostro afable dijo: Yo os seré propicio y favorable en Roma. De esta visita del cielo tan regalada salió san Ignacio con última determinacion de honrar á su religion con el nombre de Jesus. Cuando estaba en Manresa se le apareció varias veces el Salvador del mundo, como cuando andaba en él predicando, un hombre de treinta y tres años, resplandeciendo el rostro (que es conforme á lo que dice san Gerónimo) y muy hermoso, con una majestad y gravedad divina, con la cual se sonreia con san Ignacio, hablaba, y se llegaba tan cerca, que el santo con una gran reverencia que le tenia, no sabia que hacerse, si hablar, ó llorar; mas el mismo Señor con una llaneza y afabilidad admirable continuaba la plática muchas horas, enseñando y dirigiendo á su fervoroso imitador. Camino de Venecia, siendo desamparado de todos, y quedando sin remedio humano, se le apareció este Señor: dióle la mano, levantándole del suelo; y le consoló, animándole á padecer mas por su amor, y le facilitó la entrada en Padua y Venecia. En el viaje de Jerusalen le visitó muchas veces y consoló: y estando en la Tierra Santa, un cristiano de los que llaman de la Cintura, le trató malamente; mas entre aquellas injurias se le apareció Cristo nuestro Salvador, que iba delante de él, y le acompañó hasta las puertas del convento de san Francisco. Estando oyendo misa el primer año de su conversion, vió clarísimamente, cuando alzaban, como estaba en la hostia Cristo Señor nuestro. Otra vez que fué preso, desnudo, acoceado, y de otras muchas maneras maltratado de unos soldados, se le representó Cristo de la manera que le llevaban preso por las calles de Jerusalen. Otras muchas veces se le apareció el Salvador, y le recreó con su presencia, así en Manresa, como en otras partes. Fueron tambien muy señalados los favores, que hizo la Reina de los cielos á su devoto hijo san Ignacio: porque fuera de la regaladísima visita que le hizo, cuando le trajo el don de la castidad, y los favores que recibió el santo padre de la Madre de Dios, cuando escribió el libro de los Ejercicios con su enseñanza; tambien cuando escribia las constituciones de la Compañía, vió, estando consagrando, á Dios Padre muy propicio y benigno, y que le daba á entender serle muy agradable, que la Virgen rogase por él: y luego vió á esta Señora, que oraba por él, y lo encomendaba al Padre eterno; y le mostró que su misma carne era la que tenia en la carne de su Hijo presente en la hostia. En este mismo tiempo, deseando saber si lo que escribia era agradable á Dios, se le apareció tambien la Virgen, y aprobó y confirmó las constituciones de su religion, que habia escrito: que no fué una vez sola. Otras muchas veces le visitó la Reina de los ángeles, y consoló y mostró como intercedia por él con Dios. El eminentísimo cardenal Ludovisio afirma, que mas de treinta veces visiblemente fué

visitado y favorecido de Cristo Señor nuestro, y de su santísima Madre: lo cual se debe entender (como consta de los procesos de su canonizacion) de solos los ocho meses últimos que estuvo en Manresa: y esto es, de lo que se sabe; que otras muchas veces mas serian.

7 Los demás cortesanos de la casa de Dios no se dedignaban de su familiar trato, conversando con él los santos, y espíritus soberanos. La primera visita, que tuvo san Ignacio, fué de san Pedro, como ya hemos dicho, cuando estando desahuciado de los médicos se le apareció este santo apóstol, y le sanó milagrosamente: y no fué sin conveniencia este favor del cielo; que á quien habia escogido Dios para defender su Iglesia y dilatar su fé, viniese á curar el que fué su primera piedra y príncipe despues de Cristo: señal manifiesta de su proteccion y providencia que tiene san Pedro de su silla, solicitando la salud de quien la habia de defender y honrar, y sujetar muchos á ella con especial voto de obediencia, en tiempo que se le negaban grandes monarquías. Esta proteccion de san Pedro se mostró en otros sucesos: y no es de poco argumento haber recibido san Ignacio semejantes favores que el santo apóstol, pareciéndole en la firmeza de la fé, revelacion de sus misterios y en el don de lágrimas, en el ardiente amor á Cristo y sus ovejas, en la aparicion semejante del Hijo de Dios, encontrando uno y otro santo en el camino de Roma á Cristo con la cruz á cuestas. En la fundacion de la Compañía en Roma hubo otras proporciones con el santo apóstol: hasta la resistencia, que hizo al generalato, fué en el mismo lugar que san Pedro fué crucificado: y el admitir, aunque por fuerza, el cargo del gobierno de la Compañía, fué por el mismo tiempo que san Pedro recibió el de la Iglesia de apacentar las ovejas de Cristo. Tambien se aparecieron á san Ignacio muchas veces los ángeles, y otras almas santas. Estando en el monte Casino, queriendo rogar á Dios por la salud del devoto P. Diego de Hozes, que conoció estaba enfermo, vió de repente el alma del dicho padre, que fué el primero, que murió de la Compañía, llena de resplandores de gloria, que la llevaban al cielo muchos ángeles: lo cual sucedió en el mismo lugar, que á san Benito aconteció otra revelacion semejante en la muerte de san German, obispo de Capua. Poco despues estando diciendo misa san Ignacio, vió un coro hermosísimo de santos, y entre ellos al dicho padre, que con grande resplandor sobresalia entre todos: á tanto grado de perfeccion subió en los pocos dias que vivió en la Compañía. Estando enfermo el P. Juan Coduri, uno de los compañeros de san Ignacio y fundador de la Compañía, fué á decir misa por él su santo padre á la iglesia de San Pedro «de Monte Aureo;» mas en el camino, levantando los ojos al cielo, vió el alma del dicho P. Coduri muy resplandeciente entre coros de ángeles, que la subian al cielo; y vuelto san Ignacio á su compañero, le dijo: Tornemos á casa; que ya ha muerto el maestro Juan Coduri: tan dichosamente dieron principio estos benditos padres á los muchos que, muriendo en la Compañía, se habian de salvar, queriendo Dios consolar á san Ignacio, manifestándole la gloria de sus hijos. Muchas veces oia, aun con los sentidos exteriores, músicas suavísimas de los ángeles y una armonía inexplicable, que le hacia deshacerse en lágrimas: principalmente en la misa le regalaba Dios por medio de los espíritus celestiales, los cuales enviaba del cielo, para que le diesen á gustar del contento y alegría, que hay en la gloria, y no se halla en esta vida: y así puestos á coros encima del altar, donde decia misa, todo el tiempo que duraba (y era fuerza que durase mucho) entonaban celestiales canciones, y con suavísima armonía le daban música al bendito padre; y esto no fué una, sino muchas veces. Con tal música y representacion de la gloria, no es mucho se arrebatase, y perdido el color desfalleciese, y al volver en sí le causaban tan grande hastío las cosas del mundo, que tenia por martirio y muerte el vivir.

8 Estos favores recibió singularmente en el tiempo que escribia las constituciones de la Compañía de Jesus; y en el mismo tiempo vió otra vez á todos los santos, reinando con Cristo en el cielo con un modo que él confesaba, no se podia explicar con palabras. Tan familiar del cielo, y como tan de casa era san Ignacio, que los ángeles y bienaventurados le trataban como compañero, conversando con él familiarmente: la Virgen, como hijo, regalándole con sus visitas: Cristo, como hermano, ayudándole con su presencia, y la santísima Trinidad, como amigo fiel, no teniéndole cosa cerrada.

9 Como escogió Dios á san Ignacio para maestro de muchos santos, quiso su Majestad divina por sí misma enseñarle; y así le infundió una sabiduría sobrenatural y maravillosa, no solo de la vida espiritual, en la cual sin enseñanza humana se halló de repente maestro, casi desde el principio de su conversion; pero de misterios altísimos, y conocimiento de los corazones de aquellos con quienes trataba. Luego al primer año de su conversion, queriendo visitar una iglesia de San Pablo, que está fuera de Manresa, en el camino recibió en un momento tan grande luz del cielo, y tan admirable sabiduría, no solo de los misterios de nuestra fé, sino de otras cosas, y las mas útiles cuestiones de filosofía, que vió clarísimamente, como en un espejo cristalino y puro, lo que despues de largos años de estudio y diligencia no pudiera haber alcanzado. Infundióselo despues un vivo conocimiento del modo que tuvo Dios en la creacion del mundo, por unas especies tan sobrenaturales, que era imposible declararlo con palabras. Con este privilegio aprendió otras muchas cosas del cielo, de suerte que él decia, que aunque no hubiera libros ningunos que tratasen ni dijesen las cosas de nuestra santa fé y sus admirables misterios, ni sagrada Escritura que los confirmase, él no dudaria de ellos, ni dejaria de dar la vida por su defensa: de manera, que pudo decir con san Pablo: No lo recibido, ni aprendido esto de hombre nacido, sino por revelacion de Jesucristo: cosa tan admirable, que con mucha

razon la observaron por particular privilegio concedido á muy pocos santos los auditores de Rota, y los señores cardenales de la santa congregacion de Ritos en la relacion que hicieron al sumo pontífice de la gran santidad de este glorioso santo.

10 Todo esto fué en el primer año de su conversion; porque despues aun tuvo mayores ilustraciones, y oyó mas frecuentes lecciones del cielo, así en el camino de Roma, cuando iba á fundar la Compañía de Jesus, como cuando en Roma escribia sus leyes, en el cual tiempo era muy frecuentemente ilustrada su alma con muy vivas y penetrantes luces. En todas estas ilustraciones era increible el gozo de su alma, durándole por mucho tiempo las especies de ellas, donde quiera que andaba, y en cualquiera cosa que hacia, estando como fuera de su cuerpo; de modo, que no parecia que vivia en carne, enajenado todo, y absorto en Dios. Por esta sabiduría del cielo tenia tanta estima el papa Marcelo II del parecer de san Ignacio, que como los discípulos de Pitágoras afirmaban de su maestro, afirmaba el pontífice: Esto se ha de hacer; porque así le parece á Ignacio.

11 Con tan divina sabiduría escribió san Ignacio algunos libros, enseñado del cielo solamente, á quien tuvo por único maestro. El primer libro que escribió, ilustrado de Dios, fué en el año primero de su conversion, cuando ni gramática sabia: y era todo él de la santísima Trinidad, y tenia cerca de ochenta hojas, declarando de la manera que pudo, con muchos y muy propios ejemplos, y de semejanza, aquel misterio, con admiracion y espanto de aquellos que con él trataban de esta materia. El otro libro fué de los Ejercicios, que escribió casi por el mismo tiempo, sin tener letras ningunas, solo por inspiracion de Dios y enseñanza de la Virgen, en el cual encerró con admirable sabiduría en todo, varios modos de orar y contemplar, para hacer gran provecho en las almas, juntando admirables preceptos para formar una vida santísima y divina, enseñando gran discrecion de espíritus, y el modo para limpiar el alma de afectos y hacer eleccion de vida y quitar escrúpulos: todo con tan maravillosa arte y espíritu, que ha sido este libro un molde de hacer santos. Con él salieron tan grandes santos, san Francisco Javier, san Carlos Borromeo, y otros innumerables siervos del Señor, así religiosos y eclesiásticos, como otros seglares: por lo cual han confirmado y alabado este libro el papa Paulo III, los auditores de Rota, los cardenales de los sagrados Ritos y los tribunales de la Inquisicion, confesando que no se hizo con magisterio, sino con luz sobrenatural y ciencia infusa. El tercer libro es de las Constituciones de la Compañía, que como ya hemos dicho, escribió teniendo grandes ilustraciones y revelaciones, y despues las confirmó la Virgen. Son tan admirables, que deseando los herejes hallar que calumniar en ellas, y para esto haberlas leido muchos muy advertidamente; se han maravillado, como ellos mismos confiesan, de la prudencia mayor, que se puede alcanzar con caudal humano, que en ellas resplandece. El cuarto libro de san Ignacio fué uno, en que escribió visiones celestiales y favores con que le prevenia la divina Majestad, que fueron muy regalados. Escribió tambien muchas cartas llenas de espíritu y una sabiduría mas que humana. Quiso tambien escribir un ceremonial de la misa, por la reverencia que tenia á este divino sacrificio. Al principio de su conversion, cuando le empezó Dios á tocar, escribió un libro de las virtudes de los santos, que no poco le ayudó para encenderse en su imitacion; y cuando mancebo, estando en la guerra, como hemos dicho, compuso un poema del apóstol san Pedro: lo cual, dice Horimundo, que fué en contraposicion de Lutero, que le hizo san Ignacio en el mismo año que Lutero comenzó á decir mal del pontífice y silla apostólica.

12 Para que fuese perfecta en todas sus partes la sabiduría sobrenatural de san Ignacio, no le faltó el don de profecía: pues desde el primer año de su conversion, supo que habia de fundar una religion, con circunstancias muy particulares de lo que habia de sucederles, con tan gran seguridad, que antes de fundarse la Compañía, estando el santo en Venecia, dijo á sus compañeros, se llamasen «los de la Compañía de Jesus:» y mucho tiempo antes de esto dijo en Antuerpia á un mancebo, que estaba allí, llamado Pedro Cuadrado, como habia de fundar en España un colegio de su religion; y así fué, que fundó el de Medina del Campo. Dijo del beato san Francisco de Borja, siendo aun duque de Gandía, como habia de ser general de su religion. Lo mismo profetizó al P. Diego Lainez, que le sucedió en aquel cargo. Dando una vez buenos consejos á un mancebo, llamado Juan Pascual, le avisó de todo lo que le habia de suceder despues de su vida, como se habia de casar, y habia de pasar muchos trabajos, aconteciendo todo como el santo dijo. La entrada en la Compañía del P. Micer Rodes, supo antes de fundarse la Compañía, y se lo dijo á su padre, estando el santo en Barcelona, avisándole como tendria un hijo religioso. A un ciudadano honrado, llamado Pedro Ferró, que estaba desahuciado, le dijo, que la Virgen le habia de sanar muy presto. No mas lejos que la noche siguiente se le apareció nuestra Señora, acompañada de un hermoso coro de vírgenes, y le sanó. Al otro dia san Ignacio, que ya sabia lo sucedido, le tornó á ver, aunque estaba ya sano, diciéndole: ¿No os dije yo que la Madre de Dios os sanaria? Al P. Simon Rodriguez, uno de sus primeros compañeros, dijo la salud no esperada que habia de tener, de una peligrosísima enfermedad. Al P. Pedro de Ribadeneira dijo en una enfermedad, como habia de recaer tres veces; y el suceso lo verificó. Al P. Gerónimo Nadal, y Luis Gonzalez, que enviaba á España, les dijo el suceso del camino, mandándoles que con el rigor del invierno no se embarcasen, profetizándoles viaje próspero. Al doctor Miguel Arrobio dijo muchas desgracias que le habian de suceder, acaeciendo todo como el santo lo dijo. Lo mismo le pasó con don Miguel Pannua, á quien dijo mucho antes todas las cosas notables que le sucedieron. En su tierra dijo en una doc-

UNIVERSIDAD BIBLIOTECA

trina que hacia, lo que habia de suceder á un mancebo que estaba presente, y de quien los demás se estaban riendo. Estando Paulo IV algo adverso á la Compañía, profetizó la mudanza que habia de hacer, y los favores, que viviendo san Ignacio, la hizo. Supo tambien la hora de su muerte, sin pensarlo los demás que moriria. Atribuyóse tambien á espíritu de profecía, cuando mandó al P. Diego Laínez, que hiciese una plática, en que declarase y publicase las reglas, que habia acabado de hacer, de la modestia, mandando que fuesen á oirle todos, aunque fuesen de los diez primeros padres que fundaron la Compañía: lo cual fué cosa nueva y extraordinaria; y á la mitad de la plática oyeron un grande estruendo, como terremoto, que parecia se caia la casa sobre todos. En acabando fueron á ver lo que era; y hallaron que se habia caido un cobertizo, donde aquella misma hora solian estar aquellos padres: pero el santo por su humildad atribuyó aquel suceso á que Dios habia querido dar á entender, con aquella providencia, que no le desagradaban las reglas. Con el mismo espíritu profético no quiso admitir en la Compañía á san Felipe Neri, que pidió á san Ignacio le recibiese en ella: porque conoció que habia Dios escogido á san Felipe, para fundar otro santo instituto de la congregacion del Oratorio, de gran bien para las almas. Pero quedó siempre san Felipe con gran amor á san Ignacio, y á la Compañía, y solia decir (como lo certificaron muchos con su juramento, y entre otros Gallonio en la vida que escribió de san Felipe en italiano) que tenia tanta santidad san Ignacio, que la interior hermosura de su alma se echaba de ver por defuera, y que muchas veces habia visto rayos de gran claridad en sus ojos, y en todo el rostro. Con este concepto y evidencia, que tenia san Felipe de la santidad de san Ignacio, le iba á consultar en sus dudas; y cuando estaba afligido, con solo ponerse en presencia suya, con su vista se consolaba.

13 No habia para san Ignacio cosa oculta; hasta los secretos de los corazones le manifestaba Dios. Estaba una noche muy congojado un novicio con la carga de la religion, y el oficio que le habian dado, determinando volverse al siglo: en aquel mismo punto le envió á llamar san Ignacio, diciéndole primero todo lo que habia pensado y maquinado en su corazon; y despues le consoló y sosegó. Uno de sus compañeros, deseoso de la vida solitaria, se determinó á dejar su Compañía, y empezó á ponerlo en ejecucion, pero en el camino tuvo una vision espantosa, que le aterró, é hizo volver corriendo para san Ignacio: el cual ya sabia todo lo que pasaba, y con los brazos abiertos le recibió, diciéndole el dicho de Cristo á san Pedro: Hombre de poca fé, ¿porqué dudaste? En un monasterio de España le convidaron, para probar su espíritu: con aquella ocasion rogáronle que les hiciese una plática, y dijese algo de Dios. El santo se excusó lo que pudo; mas fueron tantas las importunaciones, que condescendiendo con la peticion de los religiosos, y juntos todos, dijo, habia allí dos que estaban con determinacion de dejar el hábito, avisándoles un gran castigo de parte de Dios; y allí luego compungidos los dos religiosos, confesaron públicamente su pecado, y entregaron al prelado algunos instrumentos que tenian para poder salir. Siendo mancebo el doctor Miguel Arrobio, le descubrió lo que pensaba en su corazon, y la determinacion que tenia de casarse. A otros muchos, que no sabian, ó no querian decirle las enfermedades de su alma, él se las decia antes, y las causas que de ellas hubo, y luego les aplicaba la medicina conveniente. Viendo en París un hombre que pasaba por la calle, conoció que iba á desesperarse: luego dijo á un compañero suyo que estaba allí, que se fuese tras de aquel hombre, y condescendiese con él mostrando un mismo sentimiento de los trabajos de esta vida: y luego se fué tras entrambos el santo, y persuadiendo primero á su compañero á paciencia, y á que confiase en Dios, estándolo oyendo aquel hombre miserable. Despues le persuadió lo mismo con el ejemplo de su compañero que ya estaba consolado; y con esta santa astucia sacó aquella alma del infierno. La muerte de Inés Pascuala, que sucedió en Barcelona, estando san Ignacio en Roma, la supo luego. Supo tambien las muertes del P. Juan Coduri, y P. Diego de Hozes, al mismo tiempo que sucedieron. Muchas mas cosas pudiera decir del don de profecía y ciencia de las cosas ocultas que alcanzó, pero procuro brevedad: y mas pretendo cifrar las excelencias de san Ignacio, que presumo explicarlas y contarlas todas.

14 No solo el alma de san Ignacio fué prevenida con tan divinos favores; pero su cuerpo fué todo de singulares privilegios: y con mucha razon algunos escritores, que contando entre las señales de la Iglesia verdadera haberse comunicado á algunos de sus miembros en la tierra los dotes de la gloria, que en el cielo tendrán los cuerpos de los bienaventurados, meten en este número á san Ignacio. Del dote de la claridad hay muchos testigos, fuera de san Felipe Neri, que le vió varias veces echar resplandores de sí, y brotarle por los ojos unos rayos de extraordinaria claridad. Otros muchos le vieron, que su rostro y cabeza le estaba resplandeciendo con grande luz, que despedia de sí. Así le vió Isabel Rosela, estando san Ignacio oyendo un sermon en las gradas del altar mayor entre los niños. Con los mismos resplandores le vió Inés Pascuala en muchas ocasiones; y en Roma Alejandro Petronio, y los PP. Oliverio Manareo, y Luis Gonzalez: el cual todas las veces que iba al aposento de san Ignacio, estando en oracion, que era á menudo, le veia rodeado de luz con grandes resplandores. ¿Y qué mas testimonio se puede desear del dote de la impasibilidad, que el estarse algunas veces siete dias enteros sin comer, ni beber, y esto arrobádo en un rapto prodigioso? Que suelen estos excesos del alma enflaquecer las fuerzas del cuerpo, ó haciendo grandes penitencias, disciplinándose cruelmente cada dia tres veces, y estando muy largas horas de oracion de rodillas sin sentir flaqueza alguna. En otra ocasion estuvo otros tres dias sin comer, ni beber, ca-

minando en ellos veinte y ocho leguas á pié. Para el dote de sutilidad es cosa admirable que se viese en el mismo tiempo, mientras vivia, en dos lugares diversos, porque se vió en Roma y Colonia, en Italia y Alemania, entrándose en un aposento de un padre, que deseaba verle; y estando las puertas cerradas. La agilidad no le faltó; porque estando en oracion, se levantaba frecuentemente de la tierra, como lo vieron muchas veces. ¡Cuán endiosada estaria el alma de este santo; pues comunicó tan sobrenaturales privilegios al cuerpo afligido y penitente!

13 Como puso la Majestad divina tantos tesoros y dones suyos en el alma y cuerpo de san Ignacio para bien de muchos, tuvo especialísima cuenta de él, y como de cosa muy preciosa en sus ojos, cuidó de su vida y opinion con particular providencia: por lo cual han escrito algunos, que tuvo un arcángel de guarda. Por estar en Venecia san Ignacio desamparado de favor humano, dormia en la plaza, y entre tanto Marco Antonio Trevisano, senador muy principal de aquella república, que despues fué dux de ella, oyó una voz que le despertó, y dijo: ¿Cómo? ¿qué tú andes delicado y ricamente vestido, y estés tan regalado en tu casa, y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Qué tú duermas en rica cama y blanda; y él esté tendido en el duro suelo al sereno? Levantóse á estas voces el senador despavorido: salió con gran priesa á las calles; y llegando á la plaza, halló á san Ignacio: y dándole Dios á entender, que era, á quien le habia mandado buscar, llevóle á su casa, y tratóle con gran regalo; mas el santo que huia de esto, como otros de la muerte, se fué luego de su casa. En Barcelona estaba nuestro pobre Ignacio sin tener que comer, bien descuidado de ello, por oir la palabra de Dios; mas viéndole una devota mujer, advirtió que le salian muy claros resplandores del rostro: oyó en su corazon una voz que le decia: Llámale, llámale. Hízolo así, y convidóle á comer. Navegando á Jerusalen, reprendia por sus vicios á unos hombres perdidos: ellos no pudiéndolo sufrir, concertaron con los marineros, que pasando por una isla desierta, le dejasen allí. Ciertos españoles que lo supieron, avisaron al santo lo que pasaba, para que se recatase y disimulase algo su zelo; mas él, confiado de Dios, no dejó de reprenderlos: y al pasar por aquella isla ordenó su divina Majestad, que un viento contrario arrebatase la nave, de suerte, que no la dejó arribar donde pretendian los malhechores. Despues cuando quiso volver á Italia, estaban tres naos aprestadas, una de turcos, y otra de venecianos muy fuerte, la otra era un navío pequeño, viejo y comido de broma: entró en este san Ignacio; porque el capitan de la nave veneciana, entendiendo que era pobre, no lo quiso admitir, diciendo, que si era tan santo, como decian, que se fuese por su pié sobre las aguas. Mas presto volvió Dios por su siervo; porque las dos naos, se anegaron, y solo la navecilla de san Ignacio llegó salva á Venecia. Un hijo de un hombre particular pretendió con grandes veras entrar en la Compañía de Jesus: pidió á su padre la licencia y beneplácito una y muchas veces: nególa obstinadamente, y la respuesta eran palabras malas y peores tratamientos. Dióle con esto ocasion de seguir el consejo de san Gerónimo: *Per calcatum perge patrem:* y conociendo san Ignacio ser llamado de Dios, admitió al mancebo en la Compañía. Salió de sí con la cólera y enojo su padre y amenazó con la muerte al santo patriarca, llevado del diabólico furor, é intentó poner en ejecucion lo que su malvado pensamiento habia maquinado. Púsose en asechanzas en una calle, por donde sabia de cierto habia de pasar; y así como lo vió, corrió hácia él; y echando mano á una daga, y levantando el brazo para darle de puñaladas, se quedó el brazo pasmado é inmóvil, levantado en alto con la daga desenvainada en la mano, estando en esta forma algun tiempo, hasta que vuelto en sí de su locura el sacrílego homicida, y atónito con un prodigio tan raro, se arrepintió de su error, y pidió perdon al santo padre; y el santo le perdonó, é hizo oracion por él. Entonces volvió el brazo á su natural disposicion, y pudo menearle. Fuése el hombre, corrido de sí mismo, confuso de su maldad, y admirado de san Ignacio; pues el cielo salió á su defensa. Por haber reducido á san Francisco Javier al desprecio del mundo, y á la imitacion de Jesucristo, se enojó tanto un español, que estaba en París, que determinó matar á san Ignacio. Entró en su posada con la espada en la mano; mas comenzando á subir las escaleras oyó una voz del cielo, con que se estremeció, diciendo: ¿Adónde vas desdichado? Con esto se detuvo, y volvió en sí confesando lo que habia pasado, y la santidad de san Ignacio. El no morir muchos años antes este siervo de Dios, fué un continuo milagro, que el Señor hacia en él: así lo atestiguaron médicos y cirujanos que le abrieron; porque el hígado le hallaron duro y seco, y casi como vuelto en piedra: el estómago todo rugado y encogido por su gran abstinencia y sobriedad; y en la vena del hígado, que llaman *porta*, dice Realdo Columbo, insigne doctor en anatomía que floreció en aquel tiempo, que le halló tres piedras. Su confesor el P. Diego de Eguia repetia muchas veces, que no vivia san Ignacio naturalmente, sino por gran milagro que Dios obraba en él; y aunque no fuera sino sustentarse sin comer, sino es despues de ocho dias con grandísimas penitencias, no pudo ser cosa natural.

16 No solamente tuvo cuidado la divina Providencia de la vida de san Ignacio; pero de su opinion y crédito: y no es maravilla, que mirase Dios por la honra de quien no miraba sino por la gloria de su Majestad. Perdió uno el respeto á san Ignacio; y él se fué á decir misa por aquel miserable, derramando muchas lágrimas, y clamando al cielo, decia: Perdonadle, Señor, perdonadle, Señor: mas respondióle Dios: Déjame; que yo tomaré venganza por tí: yo, si él no se arrepintiere, seré tu vengador. Sucedió despues, que visitando unos santuarios aquella persona, se le apareció un hombre con semblante terrible,

amenazándole con un cruel azote en la mano, si no se rindiese á san Ignacio. Con esta vision reprimió su libertad, y se sujetó al santo; mas con todo eso no dejó Dios de castigarle con muchos trabajos que le sucedieron. Echase de ver, cuán á su cargo tomaba Dios las injurias de este grande siervo suyo por lo que sucedió en Alcalá, que llegando á pedir limosna á un caballero para hacer un vestido á san Ignacio, por haberle mandado el vicario que anduviese como los demás; el caballero, volviéndose al santo, dijo: Quemado muera yo, si este no merece ser quemado. ¡Cosa maravillosa! Aquel dia se pegó fuego en su casa, y murió quemado. Un ermitaño, llamado Antonio, de gran opinion de santidad, viendo á san Ignacio, que en lo exterior hacia vida comun, formó concepto, que no seria tan santo, como decian, mas recogiéndose despues á orar, como tenia costumbre, le reveló Dios que aquel á quien habia tenido en poco, estaba lleno de un espíritu apostólico, y que era un vaso escogido para la salvacion de muchos. Con esto muy pesaroso de su juicio comenzó á reverenciar á quien antes menospreció. A uno de los compañeros de san Ignacio le vino deseo de vida solitaria, y hacer compañía con este santo ermitaño de tan gran fama: apenas se puso en camino, cuando le salió al encuentro un hombre armado puesto á caballo, con la espada desenvainada, y los ojos muy airados: queria con todo eso proseguir; pero arremetiendo á él el armado, no le dejó, hasta que se tornó corriendo á san Ignacio, viéndole los labradores del campo correr á toda priesa, sin saber de qué. Y no poco muestran el singular cuidado que tuvo Dios de la honra de su siervo, que tanto la despreció por Jesucristo, las sentencias que tuvo muy favorables y honrosas, siendo acusado con gravísimas calumnias en Alcalá, Salamanca, París, Venecia y Roma muchas veces, procurando sus adversarios con todas fuerzas y favor, y con astucias del infierno desacreditarle. Mostróse manifiestamente la Providencia divina con este santo, cuando un luterano encubierto le acusó en Roma de gravísimos delitos, y que en España, Francia y Venecia, habia sido con sus compañeros condenado por hereje, y hecho otras enormes cosas; pero que se habian huido de la cárcel y llegado á Roma, para corromper la juventud con especie de piedad; añadiendo tales cosas, que ya todos así en Roma, y fuera de ella, comenzaban á sentir mal de san Ignacio, y sus hijos. Pero su capitan Jesus, que le habia prometido serle favorable en Roma, previno este daño, trayendo de Francia, España y Venecia á los mismos jueces que le habian sentenciado en tan diversas partes, para que fuesen testigos en Roma: los cuales descubrieron la verdad, publicando la santidad de san Ignacio, y diciendo, que no solo le dieron por inocente, sino que hallaron ser santo. Fuera de esto dispuso Dios que á este tiempo llegasen cartas de las ciudades de toda Italia, en las cuales habian estado sus compañeros, en que se hacian lenguas, alabando su gran zelo y santidad. El uno de sus acusadores fué despues hallado ser hereje: y pasándose á vivir entre ellos, fué quemada su estatua: otro desterraron afrentosamente, sin pretenderlo el santo: al otro Dios castigó con pena de muerte, antes que los jueces. Estando en París san Ignacio condenado á azotar públicamente por los maestros de aquella universidad, trocó Dios el corazon del rector del colegio de Santa Bárbara, de manera, que tomando á san Ignacio por la mano, entró en el aula, donde estaban los maestros con sus varas aguardando, para ejecutar aquel afrentoso castigo; y echándosele á sus piés, y publicando grandes alabanzas de su virtud, satisfizo su honra.

17 Llegó entre muchos (de los cuales es uno el papa Marcelo II) á tener san Ignacio tanta opinion de santidad, que sus dichos veneraban como sentencias canónicas creyendo hablaba en él el Espíritu santo. Lo que mas es que en su tierra (no siendo nadie profeta en su patria) por el concepto que tenian de su santidad, como si estuviera ya en el cielo, le salieron á recibir en procesion con toda la clerecía. El beato Francisco de Borja recibia arrodillado las cartas de san Ignacio, como tambien san Francisco Javier le escribia las cartas de rodillas y siempre que le nombraba le llamaba «santo ó beato;» y traia por reliquias juntamente con un huesecito de santo Tomás, apóstol, una firma suya: de modo que no le faltó, aun estando en estado mortal, sino como san Pedro dedicarle templo en su vida.

18 Veamos ahora como correspondió san Ignacio á tantos favores del cielo y granjeó con los talentos que su Criador depositó en su bendita alma. Antes que bajemos á lo particular de sus virtudes, diré alguna cosa en general con que se muestre la excelente santidad para que Dios le escogió para salvacion de muchos: porque como en otros santos ha sucedido que para consuelo y utilidad de la Iglesia ha permitido la Magestad divina que sin menoscabo de su humildad hayan manifestado de sí los dones que han recibido de su mano; así el mismo Señor hizo á san Ignacio que dijese algunas cosas de las muchas que pasaban en su corazon para edificacion de los buenos y admiracion de todos: que no es contra la virtud conocer los dones del cielo; antes santa Teresa llamó falsa humildad á la que los ignoraba. Andaba san Ignacio con un cuidado infatigable de aprovechar y adelantarse cada dia en el espíritu por agradar mas á su Criador: y así conforme el consejo de san Juan Clímaco y san Juan Crisóstomo, cotejaba el aprovechamiento de un dia con otro. Es cosa admirable que, haciendo cada dia este cómputo, hallase siempre haber aprovechado mas en el dia presente que en los pasados. Con esto vino á tan alto punto de perfeccion, que del estado en que estuvo en Manresa donde hizo una vida de espantosa penitencia y maravillosa santidad, decia que era su niñez y como primeros borrones; verificándose en él lo que santo Tomas dice: que los que participan los dones de Dios, conocen que los tienen conforme el apóstol dijo: «Sepamos que cosas nos ha dado Dios.» Era tan fácil en él obrar actos de vir-

tudes heróicas, y cada dia mayores, que el padre Andrés Frusio, hombre que por su gran pureza y virtud le llaman todos ángel, decia que en san Ignacio la gracia era como connatural y como ingénita. Podia san Ignacio decir seguramente los favores que de Dios recibia por tener totalmente rendido el apetito de honra. Confesó sencillamente al P. Juan de Polanco, que ningun vicio temia menos que la vanagloria: y luego añadió que de mil partes de los dones que habia recibido de Dios, ni una podia decir por la incapacidad de los que le oyeran; que es cosa admirable teniendo siempre consigo varones muy santos y doctos, y muy ejercitados en espíritu, y de excelentes ingenios: señal clara de lo mucho que excedia al comun estado y órden de otros santos. Confirmacion de esto es, que teniendo san Ignacio suma estima y veneracion á todos los santos de la Iglesia, creia que eran mucho mas, y que fueron mas llenos de gracia y favores de Dios que lo que sus historiadores dicen de ellos: por lo cual encomendaba muy de veras á toda la Compañía su mayor veneracion, por hacer mas punta á los herejes. Apoyando una vez esto, dijo, que no trocaria con ningun santo los dones que Dios sin merecimientos suyos le habia franqueado, á los que esperaba recibir de su mano, sino los tuvieran mayores los santos, de lo que cuentan de ellos los historiadores: y así decia que incomparablemente eran mas que lo que significaban sus historias. Con todo este conocimiento de su aprovechamiento excedian tanto las gracias y favores con que á manos llenas le prevenia Dios liberalmente, que cándidamente decia que no se podia persuadir que fuese posible concurriesen en otro hombre estas dos cosas: ser mas ingrato para con Dios; y Dios mas liberal con él. Decia que no pudiera vivir si advirtiese en su corazon algun sentimiento humano y que no fuese todo divino y solo de Dios. En todas sus acciones no se guiaba por afecto, sino por razon, reputiendo muchas veces, que en esto se diferencia el hombre de los brutos. Decian varones santos y espirituales, que ver á san Ignacio era ver vivo y con alma al *Contemptus mundi*. En todas sus obras procuraba no hacerlas por temor de penas, ni esperanza de premio, sino puramente para agradar á Dios, y buscar siempre su honra: con lo cual aun no se contentaba, sino que ponia todo cuidado y fuerza por cumplir su mayor gloria que continuamente pretendia; y así repetia muy á menudo, cuando hablaba, cuando escribia cartas, y en las constituciones que hizo: A mayor gloria de Dios, á mayor servicio de Dios y nuestro Criador. Por lo cual en las relaciones que dieron al sumo pontífice la Rota y la congregacion de los cardenales, averiguadas con gran número de testigos, dicen de él: «Abrasábase en tan grande amor de Dios que todo el dia le andaba deseando y buscando; no pensaba en otra cosa: no hablaba de otra cosa: no deseaba otra cosa, sino agradar á Dios y hacer su voluntad; de manera, que á Dios se entregaba totalmente: tras Dios solo se queria ir aunque fuese privado por ello de todo el cielo y la tierra: todos sus pensamientos, palabras y acciones, referia á Dios, como á su fin: á Dios las dedicaba, y á la gloria de Dios y su honra.» De lo cual aun es testigo el papa Julio III que en una bula del año 1550 dice de san Ignacio, con estar vivo entonces, que no se hallaba en su ejemplar vida y costumbres cosa que no fuese santa y pia; y nuestro muy santo padre Urbano VIII dijo de él en la bula de la canonizacion: «Que su divisa era la mayor gloria y honra de Dios.»

19 Descendamos en particular á algunas de las heróicas virtudes, que en san Ignacio florecian. La fé es, como los ojos y el gobierno de todas; y en este santo fué tan grande con la luz que Dios le habia comunicado, que santamente y con sinceridad decia, que si se hubieran perdido todos los libros canónicos, y no hubiera en la tierra alguna firme colúna de la verdad; él creyera todas las cosas de la fé y sus misterios sagrados, con tal firmeza, que diera sin duda la vida por su verdad y defensa: porque no solamente Dios le habia hablado por la revelacion general, pero por muchas particulares, y que le certificaban ser voz de Dios, lo que oia. A quien su Majestad habia escogido para capitan de su Iglesia contra los infieles, con tal fé habia de estar armado. El mismo año que Lutero comenzó á vomitar su infernal doctrina en Alemania, que fué el de 1521; ese mismo en España se convirtió san Ignacio, y fué escogido por alférez de Jesucristo contra las herejías de estos tiempos. Despues por el año de 1534, cuando el rey Enrique VIII de Inglaterra se apartó de la cabeza de la Iglesia con nuevo y monstruoso cisma; en el mismo tiempo echó san Ignacio los fundamentos de aquella religion, que con voto especial de obediencia se sujetase al sumo pontífice, y que en Inglaterra habia de sustentar la fé de muchos. Finalmente, fundó san Ignacio la Compañía de Jesus año de 1540, al mismo tiempo que Calvino en Ginebra se reveló contra la Iglesia. Por esta causa dotó la majestad de Dios á san Ignacio de tan firme y fundada fé, y zelo de su exaltacion entre herejes y gentiles, que con todas sus fuerzas procuró defender y dilatar; así como por la misma causa procuró el demonio con todas sus fuerzas pervertir á san Ignacio, y desacreditarle en esta parte. Persuadió á su primogénito Melancton, que seria gran hazaña reducir á su secta á Ignacio: y para este efecto escogió un discípulo suyo, en quien esperaba mucho, y le envió á Roma, para que con astucia se introdujese en su amistad, y poco á poco le instilase su veneno; mas presto le cogieron los nuestros en su misma red, por las proposiciones que se dejó caer, y san Ignacio dió cuenta al santo Oficio, donde fué castigado. Otro ardid usaron los herejes, instigados de Satanás, para pervertir á san Ignacio, ó algunos de sus hijos, y fué enviarles de limosna gran suma de libros curiosamente encuadernados; pero de tal manera dispuestos en las cajas, que al principio solo se descubrian los libros de santos y sana doctrina, y despues los de Lutero, Calvino y otros herejes. Entendió la estratagema san Ignacio, y luego mandó encender una

gran hoguera, y arrojó en ella todos los libros sospechosos. Este mismo zelo de la fé le hacia rogar cada dia con lágrimas por el sumo pontífice, y causó la devocion y respeto que tuvo al santo tribunal de la Inquisicion; cuya autoridad procuraba con todas fuerzas, y en cosas que él pudiera recabar con facilidad del sumo pontífice inmediatamente, si era alguna que tocaba á la Inquisicion, nunca quiso sacar las cosas de este tribunal, y por su persuasion se puso en Roma.

20 Todas sus obras hacia con tan viva fé, que muchas veces, principalmente cuando estaba delante del santísimo Sacramento, se inmutaba corporalmente, y erizaban los cabellos de la fuerza con que se persuadia la presencia de Cristo corporal. Sus palabras y consejos todos eran fundados en fé, á que ajustaba la práctica de todas sus acciones, con dictámenes y sentimientos de su corazon, nacidos de la doctrina de Cristo: con lo cual alcanzó una prudencia divina y muy sobrenatural, con que se gobernaba á sí, y á otros, andando siempre en fé y luz del cielo, siguiendo á su Maestro Jesus.

21 Fué igual á la fé de san Ignacio su esperanza y confianza en Dios, probada contra todo el mundo, que le procuró derribar de sus altos intentos que con la ayuda de Dios emprendió y ejecutó. No se puede significar mejor lo bien que de Dios sentia, que con lo que dijo al P. Laínez: que si le dieran á escoger irse luego al cielo y asegurar su salvacion, ó quedarse en la tierra para trabajar mas por Dios, pero con riesgo de su salud eterna; antes escogeria eso: lo uno, por el zelo y caridad con que miraba primero por la gloria de Dios, que por la suya: lo otro; porque decia, que no habia príncipe, que si viese que un criado suyo por servirle mas se privase de grandes gustos, y se pusiese á grandes trabajos y peligros, pudiéndole ayudar, que no lo hiciese, y despues le remunerase largamente. Pues ¿por qué se ha de sentir mejor de un hombre, que de Dios, y no confiar mucho de su infinita bondad y deseo de nuestro bien? Tenia en las demás cosas tan noble y leal confianza en su Dios, que no podia vivir con confianza en cosa humana; y así, cuando navegó para Italia, no pudo sufrir el dinero que habia allegado de limosna, y luego lo arrojó, como cosa apestada, en la orilla del mar, llevándose solo por abundantísimo viático la esperanza en Dios solamente. Otras veces daba á los pobres el dinero, que para su escaso sustento habia allegado de limosna. Decia, que si se lo mandase el sumo pontífice, se engolfaria en una nave sin velas, ni remos. Cuando estaba preso en las cárceles con grandes prisiones, dejaba de hacer diligencia para que se manifestase su inocencia; entendiendo solo en enseñar á otros presos las cosas de su salvacion, y cometiendo toda su causa á Dios, que obligado con la confianza, que de su Majestad hacia su siervo, siempre le sacó de aquel trabajo con mayor honra y crédito de su santidad. Admiraba tanto este descuido de sí, y cuidado de los otros, y fervor, cuando estaba en la cárcel, que un gravísimo varon, maestro en Alcalá, que lo vió, dijo espantado á los discípulos: Vengo de ver á san Pablo en las prisiones: y san Juan Crisóstomo nos dijera, que venia de ver al Bautista preso; ó dijera de san Ignacio, lo que de san Juan dijo: «¿Quieres saber, que cosa es sobre naturaleza humana? que metido uno en cárcel no esté solícito de su peligro, sino de la salvacion de otros.» En las necesidades y pobreza, que padeció en Roma, confió en Dios, y mostró bien su Majestad, cuanto le agradaba la confianza de su siervo, con sucesos milagrosos. Habiendo en Roma el año de 1555 gran falta de mantenimientos, Dios nuestro Señor proveyó á mas de ciento y sesenta personas de la Compañía, que estaban en aquella corte; y esto tan abundantemente, que lo tuvieron muchos por cosa milagrosa. En otra ocasion se padecia mucha necesidad en la casa, y se temia mayor: y por la gran confianza que san Ignacio tenia en Dios, viniendo un dia el comprador á boca de noche hácia casa, le salió al encuentro un hombre, que sin hablarle palabra, le puso cien coronas de oro en la mano, y luego desapareció súbitamente, quedando el hermano espantado, y erizándósele los cabellos. Y saliendo el mismo comprador una mañana á comprar, se encontró con uno, que le puso en la mano una bolsa llena de dineros, sin poder conocer el bienhechor, que aunque al principio entendió ser engañado del demonio, despues halló ser providencia de Dios, y que toda era moneda de oro. Y casi en el mismo tiempo, buscando el procurador ciertos papeles en una arca, que estaba en lugar público y sin cerradura, y llena de trapos viejos, halló dentro cierta cantidad de coronas de oro, nuevas y relucientes, con las cuales socorrió aquella necesidad. Y habiéndose acabado una noche todo el pan, vino y leña que habia en casa, al otro dia de mañana llegó á la puerta una carga de leña, que una señora enviaba: y entrando el portero á ponerla en la dispensa con priesa, se dejó la puerta de la calle abierta, y acordándose, y volviendo luego á cerrarla, halló que le habian puesto dentro un costal con trigo, y un pellejo con vino, sin que supiese el bienhechor; aunque se procuró saber. De estas sucedian muchas, no solo en Roma, donde estaba este santo; sino tambien en otros colegios de la Compañía, que por su intercesion con patentes milagros los proveia Dios en sus necesidades: y así nunca por verse pobre, ó necesitado, dejó san Ignacio de recibir á ninguno, que fuese bueno para la Compañía, y pareciose venir llamado de Dios. Hubo ocasion en que estando la casa con necesidad, en pocos dias recibió en la Compañía muchos, que le pedian, y decia: Sirvamos nosotros á Dios, y no nos faltará nada: esperemos en Dios, haciendo lo que debemos; y serémos en sus riquezas apacentados. Y viendo uno, que considerada la prudencia y providencia humana, era imposible que se sustentasen tantos, dijo, que era cosa milagrosa; mas san Ignacio le corrigió, diciendo: ¿Qué milagro? Milagro seria, si así no fuese.

22 Por esta confianza tenian tanta eficacia sus oraciones, para recabar de Dios lo que queria;

y así diré aquí algunos milagros de los que hizo en vida. En Barcelona se ahorcó un hombre: el santo en el instante que lo supo, voló á su casa: hizo poner al muerto en la cama, y luego retirándose aparte, hizo oracion por él: cosa admirable, que en el mismo punto resucitó de repente á vista de todos: pidió un confesor; y despues de confesado con grande sentimiento de sus pecados, tornó á espirar. Estando para morir el P. Simon Rodriguez, abrazándole san Ignacio, le dió la salud. A Juan Bautista Coquo se le quemó una mano, con que no podia hacer accion, ni obra alguna con ella; y el santo con su oracion le sanó luego. Libró con la señal de la cruz muchos endemoniados. Un mozo vizcaino, llamado Mateo, aunque no era de la Compañía, vivia en casa; y estando ausente unos pocos de dias el santo padre, entró en él el demonio, y le atormentaba terriblemente. Amenazaban los nuestros al demonio, diciéndole, que volveria presto san Ignacio, y le haria salir mal de su grado de aquel cuerpo; mas el demonio respondia: No me nombreis á Ignacio, que es el mayor enemigo que tengo en el mundo. Volvió á casa el santo, y sabiendo lo que pasaba, llevó á su aposento el mozo, y encerróse á solas con él: lo que hizo, ó dijo, no se supo, pero desde entonces quedó libre del demonio Mateo, y se entró religioso. A un hombre, que habia tenido muchos años gota coral, con levantar los ojos y el corazon al cielo, le dió sanidad. A otra mujer tísica, y para morir, la dió con su oracion entera salud. En el colegio de Loreto, por envidia que tenia el infierno, de que estuviesen los hijos de san Ignacio en casa de la Virgen, y del fruto que allí hacian, no dejaban vivir los demonios á los nuestros, apareciéndose en varias y terribles formas de hombres fieros y bestias: y no aprovechando exorcismos, ni otras plegarias, avisaron al santo padre, pidiéndole su ayuda; y el santo lo encomendó á Dios, y les envió una carta suya, con la cual al punto que se leyó en el colegio, cesaron aquellas visiones, y hasta hoy no se han atrevido los demonios á aparecer. El P. Leonardo Cesselio, por el ardiente deseo que él tenia de ver tan raro varon, como este glorioso santo, le pidió licencia para ir á pié desde Colonia de Alemania, donde estaba, hasta Roma para verle. El santo le respondió, que se estuviese quedo, que Dios daria traza como se pudiesen ver: y estando una vez en su aposento descuidado, se le apareció san Ignacio, que vivia en Roma, y estuvo con él hablando un buen rato, dejándole lleno de gozo. Su salud, parece que tenia en la mano; porque si estando enfermo, era alguna vez necesaria su presencia para alguna obra del servicio de Dios, luego estaba bueno: Parece que de su cuerpo hacia lo que queria, hallándose de repente con hábitos de cosas, que nunca habia ejercitado. Fué en París á visitar un doctor teólogo para ganarle para Dios, y hallóle jugando á los trucos, quien viendo á san Ignacio, por excusar su accion, le importunó, que jugase con él: el santo resistió un poco; pero al fin condescendió, con esta condicion, que el que perdiese, hiciese treinta dias lo que el otro dijese. Vino el doctor en ello: y con ser muy diestro, y san Ignacio no haber tomado en su vida taco en la mano, jugó tan diestramente, que no le dejó ganar mano alguna, de modo, que el doctor conoció el milagro, y se sujetó al santo para que hiciera de él lo que quisiere: el cual le hizo hacer treinta dias de ejercicios, de que salió otro hombre y deseoso de servir á Dios muy de veras. Cuando estuvo un poco de tiempo enfermo en su tierra, y muy flaco, hizo algunos sermones en los campos, por la mucha gente que le venia á oir: y con no poder echar recio la voz del cuerpo, por su gran flaqueza, le oian todos claramente, aunque estaban muchos apartados de él mas de trescientos pasos. Una mujer, que tenia un brazo seco y muerto, con solo lavar la ropa de san Ignacio, sanó. Con solo visitar á Alejandro Petronio, le dió salud, viendo el enfermo al santo que echaba de sí rayos de gran claridad, con que se ilustró el aposento, que estaba antes oscuro, como si entrara el sol. A un judío, llamado Isaac, de un corazon empedernido, y que queria volverse al judaismo, no aprovechando ruegos, ni promesas, ni otro remedio alguno; con solo que le dijo san Ignacio: Quedaos con nosotros Isaac; de repente se aplacó, é hizo lo que el santo le mandó, bautizándose luego. Hallábase un padre muy afligido con un grandísimo enfado, é insufrible á todos los ejercicios religiosos: fué cosa singular, que con sola una palabra que le dijo san Ignacio, le libró para siempre de aquel tormento que padecia. Persuadia con blandura el siervo de Dios á cierto caballero para que se templase y pusiese en razon; mas como vió que no aprovechaba por bien, mudó de estilo, y comenzóle á amenazar con la justicia divina, con tan gran espíritu y fuerza, que pareció á todos los presentes claramente, que se estremecieron las paredes y techo de la casa; de modo, que aterrados se hincaron de rodillas, pidiendo misericordia á Dios: y el caballero desmayado se echó á los piés del santo, confesando su culpa, y prometiendo la enmienda. Eleuterio Pontano habia sido molestado del demonio con terribles tentaciones, y solo con su presencia y voz le libró san Ignacio de todas. Otro tanto le sucedió con un hermano, llamado Paulo. Y á otro, que estaba muy terco, no queriendo seguir los consejos saludables que le daba; con una sola palabra le trocó de manera, que sin ser mas en su mano, comenzó á decir: Yo lo haré, padre, yo lo haré. A un cardenal de la santa Iglesia, y al doctor Miguel de Torres, que eran muy adversos al santo padre, y se recataban de él como de hereje, con solo que les habló, el cardenal se echó á los piés del santo, y le pidió perdon, señalando una limosna, que le dió por toda su vida, y fué siempre gran protector de la Compañía: y al doctor Torres, con solo que le dijo san Ignacio, que se entrase en la Compañía, sin esperar mas le obedeció. Todos estos y otros milagros de san Ignacio, estando vivo, son efectos de su confianza, por la cual Dios oia sus peticiones, ó para mostrarse fino con él, prevenia á sus

deseos, haciendo lo que el santo pidiera; que es estilo, que usa con los que confian mucho en su Majestad, hacer por ellos aun lo que no han pedido.

23 El mayor milagro de san Ignacio fué su amor con Dios, y excesiva caridad, que es la reina de todas las virtudes. No se puede exagerar mas, que con lo que dijeron los comisarios apostólicos de este santísimo patriarca: « Encendió en su corazon tan pura caridad para con Dios, y la conservó siempre, que desterró totalmente de sí su amor propio. Dijo una vez, que si le dieran á escoger, queria mas vivir con incertidumbre de su bienaventuranza y servir entre tanto á Dios, antes que morirse con certeza de su gloria: y que juzgaba que le seria mas dificultoso, y de mayor tormento oir blasfemar contra el nombre de Dios, que padecer las penas del infierno, si Dios le enviara allá. Finalmente, se abrasaba en tan excesivo amor de Dios, que todo el dia le estaba deseando, y no pensaba, ni hablaba, ni codiciaba otra cosa, sino agradarle y cumplir su voluntad. Todo entero se entregaba á él: á él solo se habia determinado seguir; aunque por eso se quedase sin el cielo y la tierra. Todo su pensar, su hablar, su obrar, referia á Dios, como á su fin, y lo consagraba á su Majestad, y á su gloria y honra, y en su boca traia siempre, como por divisa propia: A mayor gloria de Dios.» De aquí le nacia aquel grande gozo de espíritu, de que este siervo de Dios estaba lleno, aquella serenidad que siempre mostraba en el rostro, y aquella paz interior de su alma: de este amor le nacia, que en todos sus trabajos y persecuciones no habia menester mas para consolarse y bañarse de gozo, que acordarse de su Dios. No habia vez, que hiciese oracion á la santísima Trinidad, que le era muy frecuente, por ser muy devoto de este misterio, que no tuviese en su alma una inexplicable alegría y consolacion. Las veces, que miraba al cielo, le parecia estiércol este mundo, y se elevaba con un ansioso deseo de ver á Dios, y llegar á su patria. El deseo de ver á Cristo le apremiaba tanto, que deseaba sumamente morir, si no fuera necesaria mas su vida para el bien de sus prójimos: cuando caia malo, con la esperanza de su partida se le enajenaban los sentidos, absorto en su Dios: cuando hacia las doctrinas en Roma, solia concluir, diciendo: Amad á Dios de todo corazon, de toda vuestra alma, de toda vuestra voluntad: lo cual repetia con tal fervor y encendimiento de rostro, que parecia echaba llamas, y que abrasaba los corazones. Siendo ya viejo, estaba de ordinario malo con grande hastío, y arcadas del estómago, y con ninguna cosa se le aliviaba mas que oyendo las alabanzas de su Dios, ó el canto de la Iglesia, por ordinario y humilde que fuese; porque no solo su alma se regocijaba con su amado, sino su carne, y todos sus huesos. Con todo eso juzgando ser mayor servicio divino otra cosa, no puso coro en la Compañía, contra la inclinacion de su gusto y necesidad de su salud. Entre las grandes cargas de su oficio, y otros negocios gravísimos, se ocupaba con todas fuerzas, para que alguna mujer de la caso pública dejase de pecar; y si alguna se convertia, él mismo, siendo ya viejo, y general de la Compañía, la iba acompañando por las calles, y llevaba á un monasterio sin empacho ninguno; y como le dijesen, que se cansaba en vano, porque se volvian á su pecado; él respondió: Yo estimara por gran premio de todas las obras buenas y trabajos de mi vida solo impedir que una de estas en sola una noche no pecase contra mi Dios.

24 Tan ardiente amor de Dios no podia ser estéril, ni dejar de lucir el fuego de su corazon, en las manos y obras, amando á los prójimos, y deseando su salvacion á costa de su vida. Estando en París san Ignacio trabajó muy de veras para sacar á un hombre de la amistad, que con una mujercilla tenia: y como con palabras no pudiese persuadirle su bien, sabiendo que una noche de de invierno frigidísima habia de pasar, para cumplir su gusto, junto á un lago, se entró en él san Ignacio, cubierto todo de aquella helada agua, salvo la cabeza, y así le esperó; y en llegando cerca aquel hombre perdido, dió voces, diciendo: ¿Adónde vas, miserable? ¿No ves la espada de la divina justicia, que te amenaza? Anda adelante, anda: cumple con tu maldito gusto: yo estaré aquí afligiéndome entre tanto por tu causa, hasta que á costa mia aplaque el enojo de Dios. Con este espectáculo de tan estupenda caridad, atónito aquel hombre, se redujo, y dejó su pecado. Por grandeza de otros santos se dice que por librarse de su carne se metieron en estanques de agua fria; mas san Ignacio hizo tal extremo, no por peligro de pecado propio, sino por evitar el ajeno. Por librar á otro no se tornase á manchar con alguna culpa grave, no gustó bocado en tres dias enteros, sino es pan de lágrimas, derramándolas continuamente, y orando por él, hasta que alcanzó su perseverancia. Estando en Sevilla, habia un monasterio de monjas de grande anchura y licencia: procuró muy de veras su recogimiento; y redujo algunas á verdadera penitencia, despidiendo totalmente la correspondencia de sus devotos, no queriéndolos admitir, por diligencias que hicieron. Ellos se enojaron de suerte con san Ignacio, que le cargaron de palos, hasta que pensaron que quedaba muerto, y estuvo muchos dias en la cama, y milagrosamente le sanó el Señor que le visitó en un éxtasis maravilloso, en que le vieron, que echaba grande claridad de su rostro. Apenas convaleció, cuando tornó á llevar adelante la reformacion del monasterio: y avisado de algunos se guardase, porque le sucederia otro peor, y que corria gran riesgo su vida, porque otros harian lo que no acabaron los primeros; él respondió: ¿Qué cosa por mí es mas deseada, que morir por Cristo y mis prójimos? A todos queria ganar para Dios, procurando enriquecerlos con bienes del cielo, y no con hacienda de la tierra: y si alguno le pedia favor, para asentar con algun príncipe, le respondia: Yo no conozco señor, ni mayor ni mejor, que el que yo para mí escogiera: ese, si quereis servir, de muy buena gana os ayudaré con todas mis fuerzas. En todas partes exhortaba á la virtud: reprendia los vicios: en-

señaba el camino del cielo á niños, hombres, y mujeres, poniendo Dios tal gracia en sus labios, que obraba efectos admirables. En acabando algunos sermones, que hacia, se pagaban las deudas, restituian lo ajeno, y se reconciliaban los enemigos. Habiendo reprendido un dia en su tierra el juego de los naipes, no solo en Azpeitia, pero ni en todo el contorno hubo quien tomase las cartas en la mano.

25 Cuando era menester para ayudar á los pecadores, les contaba y descubria todos sus pecados de la vida pasada, por ocultos y vergonzosos que fuesen, y ganó á un religioso mas que relajado, con solo confesarse con él. Con esta arte ganó para Cristo otras muchas personas. Decia, que si fuera menester por la salud de alguna alma, pasaria las mayores afrentas del mundo, y que no rehusaria andar por las calles y plazas públicamente con cualquier traje afrentoso y ridículo, si fuera menester. Supo que habia un hombre, que en sesenta años no se habia confesado; y con sus oraciones le convirtió. Por amor de los prójimos asentó en su tierra que se tocase todos los dias una campana, para que rogasen todos, por los que estaban en pecado mortal y padecian en el purgatorio. Fué causa que en Roma se fundase el colegio Germánico, para extirpar las herejías del imperio, y tambien la casa de los Huérfanos, la de los Catecúmenos, la del recogimiento de las malas mujeres convertidas, empezando el santo con cien escudos que recogió, y luego los ofreció liberalmente, estando él y los suyos en gran necesidad. Hizo que se fundase otro monasterio para recoger las mujeres que corrian peligro en su castidad, hasta casarlas, ó meterlas monjas, ó reconciliarlas con sus maridos. Alcanzó de su santidad que se renovase la decretal de Inocencio III, para que los médicos no curasen al enfermo, hasta que se confesase. Hizo tambien que Paulo III, instituyese en Roma el supremo consejo de la santa Inquisicion, y señalase cuatro cardenales, que en aquel santo tribunal velasen; que ha sido el remedio de Italia. Extendióse tambien su caridad á la misericordia corporal: hizo hacer en su tierra, y lo mismo procuró despues en Roma, que todos los tullidos, y otros mendigos imposibilitados de trabajar, se sustentasen en un lugar diputado. Sirvió mucho tiempo á los enfermos en los hospitales curando sus llagas, bésandolas, y lamiéndolas, dando tal ejemplo de caridad á sus compañeros, que uno de ellos acogió en su cama á un leproso, que en el hospital no habian querido admitir: y aunque á la mañana apareció cubierto de lepra, porque quiso Dios que se supiese obra de tan gran caridad que habia hecho; al otro dia amaneció limpio y sano, sanándole Dios repentinamente. Las limosnas, que san Ignacio allegaba para sí, las daba á los pobres, quedándose él con los mendrugos de pan duro y negro, y dando lo mejor á los otros con gran gozo y lágrimas. Hizo en su tierra, que la cofradía del Santísimo Sacramento pidiese limosna, y despues la repartiese á los vergonzantes. Con los enfermos de casa era tan caritativo, que aunque fuese vendiendo las alhajas necesarias, se les habia de dar cuanto el médico ordenaba: y una vez mandó gastar todo cuanto dinero tenia en casa, porque se comprase un regalo á un hermano coadjutor que estaba en la cama; aunque el comprador le replicó, que no quedaba ni un maravedí para lo que habian de comer los demás. Tenia ordenado que dos veces cada dia le diesen cuenta si habian traido lo que para los enfermos era menester. Una vez, que por su gran flaqueza y achaques nombró vicario general, mandó que con él tratasen todas las cosas, y solo reservó para sí lo que tocaba á los enfermos; y solia decir: Mas estimo yo la salud de cualquier hermano, que todos los tesoros del mundo: porque cuando uno está enfermo no puede trabajar, ni ayudar á los prójimos; y cuando está sano puede hacer mucho bien en servicio de Dios. Este cuidado de los enfermos fué tan grande, que el P. Pedro de Ribadeneira cuenta de sí, que una vez, que le sangraron de noche, mandó á uno se estuviese con él hasta la mañana: y no contento con eso, despues de todos acostados, solo san Ignacio no dormia, enviando algunas veces quien reconociese el brazo y viese si estaba bien atado. Sobre todo, se esmeró en el amor que tuvo con sus enemigos. Largamente pagaba con buenas obras las malas que le hacian, venciendo con los beneficios, que volvia, á las injurias recibidas. No dió una señal de disgusto, ni enfado, con los que mortalmente le perseguian; y con falsos testimonios eran ocasion de acreditar mas sus virtudes, y acrisolar su caridad. Uno, que en París habia hecho algunas injurias á san Ignacio, y despojídole de la limosna que le habian dado; viéndose despues camino de España muy enfermo, confió tanto de la santidad que habia echado de ver en el santo padre, que no temiendo á quien acudir, le avisó por una carta de sus trabajos. Luego que el santo la recibió, se partió sin comer bocado, ni gustó, ni bebió nada en tres dias de camino, en que corrió descalzo veinte y ocho leguas, hasta llegar donde su enemigo estaba: á quien con una caridad admirable consoló y sirvió en su enfermedad, y dió finalmente salud. Una persona religiosa le envió un recado descomedido, y que habia de hacer quemar cuantos habia en la Compañía desde Perpiñan hasta Sevilla; mas el santo respondió con mucha humildad: Pues yo deseo á ese padre, y todos los suyos, no solo cuantos hay desde Perpiñan á Sevilla, pero en todo el mundo, verlos todos abrasados en amor de Dios. Finalmente, porque es parte del amor del prójimo la justicia, y reputacion de su honra, diré aquí un caso notable acerca de esto, y juntamente un ejemplo de extraordinaria humildad y caridad. El primer sermon, que hizo san Ignacio en Azpeitia, su patria, comenzó, reprendiéndose á sí: dijo, que uno de los motivos que tenia en haber venido á aquel lugar, era dar satisfaccion á la honra de su prójimo. Yo (dijo delante de un concurso muy numeroso de nobles y vulgo que habia concurrido á oirle), siendo mozo, entré con otros compañeros en una heredad, y tomé alguna cantidad de fruta con daño del dueño: el cual con

falsa sospecha hizo prender á un pobre hombre, ajeno de la culpa que se le imponia, y le tuvo muchos dias preso, y quedó infamado con menoscabo de su honra y hacienda: pues sepan todos, que yo fuí el malo y perverso: yo fuí el que tomé la fruta, y el otro sin culpa é inocente. Pidiólo desde el púlpito perdon con muchas lágrimas (estaba allí presente al sermon), y porque la justicia le habia condenado en cierta cantidad de ducados, le hizo donacion el santo padre, delante de todos, de dos heredades que le pertenecian.

26 Toda la vida de san Ignacio, sus trabajos y desvelos, á esto aspiraban; á hacer bien á todos y conquistar todo el mundo para Cristo: y no contentándose con lo que él hacia por sí, para trabajar con mas manos, y amar á Dios con mas corazones, instituyó la Compañía de Jesus, efecto grande de su caridad: de ella dicen los comisarios apostólicos: «Tenia san Ignacio un ánimo mayor que el mundo, y extendió las obras de su piedad á mas espacio que un siglo, juntó en la Iglesia de Dios una legion fortísima, que poniendo la vida por la honra de Dios, se juramentase á la obediencia del pontífice.» Por fundar una religion, que se emplease en esto, no perdonó trabajo, y emprendió tan ardiente caridad en los suyos, que han dicho algunos, que si hubiera vivido hasta ahora, no hubiera ya que hacer en la Iglesia, la gentilidad estuviera convertida, las herejías extirpadas y todos los fieles reformados, casi como si fueran religiosos. Podrá excusar esto de demasiado encarecimiento, quien considerare el fervor de aquellos, á quienes, viviendo san Ignacio, les pudo comunicar su ardiente zelo, como san Francisco Javier, y los PP. Andrés de Oviedo, Pedro Casiano, Josefo de Ancheta, que tambien le alcanzó, cuatro varones apostólicos de las cuatro partes del mundo, Oriente, Occidente, Setentrion y Mediodía, y otros santos hijos suyos, en quienes él estampó mas inmediatamente su espíritu en los quince años que vivió, fundada la Compañía. Para esto recogió en su religion empleos nuevos y propios de caridad; que otras religiones no usaban entonces: la enseñanza de la doctrina cristiana á los niños y gente ruda; porque san Ignacio fué, quien introdujo esta loable costumbre: la crianza de la juventud, y enseñanza graciosa y liberal desde la cartilla y gramática, las misiones por todos los reinos, y discurrir por todos los lugares mas necesitados: con que se ha hecho y hace increible fruto, así convirtiendo infieles, como ayudando á los católicos: visitar, consolar y socorrer á los que están en las cárceles y hospitales: dar los ejercicios espirituales, propagar y defender la fé: administrar liberal y graciosamente los sacramentos y otros ministerios, con que se ayudan las almas. Y no solo se debe á san Ignacio, lo que hace la Compañía; pero aun mucho de lo que hacen las otras religiones, que con su ejemplo han renovado semejantes ministerios, como consta claramente de la frecuencia de los sacramentos, que como advierten los sumos pontífices en sus bulas, y los jueces de la canonizacion de san Ignacio, este santo la introdujo, ó renovó en la Iglesia, y ya todas las religiones la predican y ayudan á ella. El cardenal Baronio, viendo que en la iglesia de la Compañía de Jesus en Roma comenzó á renovarse el uso de los sacramentos, la llamó á imitacion de san Gregorio Nacianceno en semejante ocasion: «Anastasia,» que quiere decir: «resurreccion;» porque en ella resucitó la frecuencia y estima de los sacramentos, y de allí se comunicó por toda la Iglesia.

27 Por esta caridad de los prójimos era san Ignacio grandemente aborrecido del infierno y su príncipe Lucifer. Todo el tiempo que se ocupó el santo en atender á sí solamente en Manresa, le dejó vivir en mayor paz y buena reputacion y admiracion de todos; pero luego que dió principio con mas fervor á una vida apostólica y zelosa de las almas, que redimió nuestro Bien Jesus, comenzó á perseguirle con todas sus fuerzas, trayéndole por cárceles, desacreditando su doctrina, incitando quien le persiguiese, levantándole testimonios, y armando contra él todo el infierno; y no se contentó con perseguirle por medio de los hombres, sino que por sí mismo tentó de matarle. Estando en Roma, llegó el demonio á ahogar á san Ignacio, y le apretó la garganta, de manera, que si no fuera porque le defendió la invocacion del nombre de Jesus, acabara con él: lo cual como temiese el demonio, tiró su primer golpe á parte que impedia el hablar, para que no pudiera decir «Jesus,» que eran las armas que temia; pero san Ignacio, se hizo tanta fuerza para invocarle, que quedó desde entonces por muchos dias ronco. Otras veces fué maltratado y herido de los espíritus infernales, como san Antonio y santa Catalina de Sena. El hermano Juan Paulo, que fué su compañero, oyó varias veces los terribles golpes que le daban; mas el santo le mandó que se estuviese quedo, y no llegase á su aposento, habiéndolas á solas mas con Dios, con todas las fuerzas del infierno. Finalmente llegó á tanto dominio sobre los demonios, que apareciéndosele en varias y disformes figuras, mientras estaba en oracion, no hacia el santo caso de ellos. Una vez en Manresa se le aparecieron en figura de sierpes, que le caian sobre la cabeza; mas él los despreciaba tanto, que sin moverse, perseveró en su contemplacion: y llegó á tanto dominio sobre las potestades infernales, que con el báculo solamente los ahuyentaba. Del colegio de Loreto huyeron, solo con haberse leido en él una carta del santo padre. Otra vez, aunque se atrevieron á apalearle, no le pudieron hacer daño, por guardar Dios á su siervo. Estando el hospital de Altonzana en Alcalá infestado de malos espíritus, quedó libre y limpio de ellos, despues que se hospedó allí san Ignacio, al cual quisieron aterrar los demonios, luego que entró, mas el santo con grande ánimo desafió á todo el infierno, diciendo, que si Dios les habia dado licencia, que viniesen sobre él: con lo cual huyeron los demonios, de modo, que no tornaron mas. Muchas veces, así estando vivo san Ignacio, como despues de muerto, confesaban las potestades del infierno, que no tenian mayor enemigo que á san Ignacio, forzán-

dolos Dios á confesar esto por los cuerpos que poseian.

28 Alimentaba san Ignacio el fuego de su amor con largas horas de oracion. Desde el principio de su conversion gastaba cada dia siete horas, fuera de las misas que oia, y vísperas y completas á que asistia, mientras se cantaban. Despues de ordenado sacerdote daba dos horas gracias despues de la misa, regalándose con su amado Jesus, por lo menos una hora, por mas ocupaciones que cargasen; tanto, que una vez que le mandó su santidad que fuese al sacro palacio á las seis de la mañana, por obedecer puntualmente, y no faltar á sus ejercicios, sino llevarlos hechos, los empezó desde las dos de la mañana, teniendo dos horas de oracion, luego otra hora de misa, y otra de gracias. Gastaba casi la mitad del dia en rezar, por las lágrimas y favores del cielo, con que le era fuerza interrumpir el rezo. Estuvo á pique de cegar, con gran dolor de ojos, por las lágrimas que vertia; y su cuerpo se consumia por los frecuentes éxtasis que le arrebataban: por lo cual sus compañeros impetraron del sumo pontífice dispensacion del rezo. Pero poco aprovechó esto; porque en otras oraciones y la misa (en la cual sino lloraba mas que tres veces, se tenia por indevoto y seco) corrió el mismo riesgo, hasta que por ruegos de los médicos y de otros sus hijos, que pusieron en su mano el remedio, pidió á Dios le diese poder para templar las lágrimas: lo cual alcanzó de modo, que cuando queria, no lloraba, teniendo en su libertad este afecto, sin menoscabo de las visitas divinas, que igualmente le bañaban de suavidad y dulzura, secos los ojos. Su oracion era tan fervorosa, que muchas veces cayó malo, por la fuerza de su espíritu. Solia quedar tal despues de haber dicho misa, que no podia andar, y era fuerza llevarle en brazos á su aposento; y sino es estando muy fuerte no podia decirla. Observaron sus hijos, que las mas veces era despues de este divino sacrificio cuando caia malo. Para el dia que habia de celebrar, se preparaba la tarde antes, leyendo en el misal toda la misa que habia de decir: lo cual hacia con tantas lágrimas y suavidad de espíritu, que no podia respirar ni hablar. Abrasábase con tan grandes ardores de amor de Dios, mientras decia misa y oraba, que por todas las partes del cuerpo parece que ardia, y el rostro se le encendia, y ponia tan colorado como grana: las venas le sobresalian; el corazon le daba golpes en el pecho; y á veces se le erizaba el cabello. Esta intension y fuerza de espíritu, no solo era en la misa, pero en cualquier cosa en que mirase á Dios; como cuando echaba la bendicion en la mesa, y cuando daba gracias: en cualquier cosa se ponia tal, que no parecia que en su alma solo estaba presente Dios, sino que con los ojos del cuerpo le estaba viendo y adorando, brotando el incendio de su pecho en todo el cuerpo, que le inflamaba por defuera, de manera que se estremecian los que le miraban, viéndole todo encendido como una ascua de fuego. Cosa maravillosa, que no le distraia ni le impedia, mientras estaba en oracion, ruido alguno, ni cosa que sucediese, sino es que fuese por descuido suyo. Una vez mientras oraba, le trajeron cartas de su tierra: él, por no interrumpir la dulce conversacion con Dios, no hizo mas que echarlas en el fuego sin querer leerlas. Habíase en la oracion *pasivè*, mas que *activè*, como del divino Hieroteo dice san Dionisio, habiendo llegado al supremo grado de contemplacion y union con Dios, que suele haber en esta vida: eran muy frecuentes sus arrobamientos. Tenia presente y tan fácil la entrada con Dios, que con cualquier cosa, con la vista de una flor, luego le entregaba el corazon, y tomaba ocasion de amarle. Todas cuantas acciones hacia, las sazonaba, como san Basilio, con la sal de la oracion. Mientras oraba, era muchas veces levantado de la tierra, echando grandes luces de sí. Tuvo semejante favor, que san Martin; porque estando diciendo misa, se vió sobre su cabeza un grande fuego. Semejante atencion é intencion que en la oracion, ponia en cualquier obra que hacia por servicio de Dios, y eran todas las que hacia, procurando siempre la perfeccion de ellas, pues las hacia por amor de tan gran Señor: con lo cual estaba siempre en una continua oracion, y lo mismo deseaba de sus hijos. Una vez vió á un hermano, que con descuido hacia algunas cosas; preguntóle por quién las hacia: él respondió, que por amor de Dios; mas el santo le reprendió severamente, diciendo: Pues yo os certifico, que si de aquí adelante las haceis de esa manera, que os tengo de dar una muy buena penitencia; porque si lo hicierades por los hombres, no fuera gran falta hacerlo con ese descuido; pero haciéndolo por tan gran Señor, es muy grande descomedimiento hacerlo de esa manera.

29 Para llegar á tan alto punto de oracion, de tal manera domó, y casi extinguió sus afectos san Ignacio, que no parecia hombre, con tal paz de sus pasiones sujetas á la razon, y tan incontrastable, que parecia espíritu puro: cosa tan admirable, que singularmente la admiraron los señores cardenales de la congregacion de Ritus, y auditores de la Rota, venerando el perfectísimo dominio que tuvo san Ignacio sobre los movimientos del corazon y todas sus pasiones: todas las regia, no para mal, sino por necesidad y razon, en cuanto servian á la virtud: y fué esto en tanto grado, y tan connatural en él, que juzgaron los médicos habia mudado totalmente el temperamento; porque como por su natural fuese ardiente y colérico, y como un fuego, le calificaban por frio y flemático: y no era sino que trocó la condicion, trasformándose, aun segun la condicion del cuerpo, en Cristo Jesus, su amado, dejando de ser colérico, por ser manso y humilde de corazon, como de sí dice el mismo Señor. Parece que tenia igualmente dominio sobre las demás afecciones de su cuerpo, que sobre las lágrimas dijimos: porque cuando queria reprender á alguno, por echar de ver ser necesario entonces un poco de aspereza, en su mano estaba inmutarse y exasperar el rostro; mas en acabando, al punto se restituia á la paz y afable serenidad que antes, como si en su vida no se hubiera enojado. Al fin se hizo señor y rey de su

corazon, y afectos y potencias, mostrándose bueno, y modestamente risueño, ó lloroso, cuando sucedia. En todas las demás cosas fué su ánimo siempre uno mismo é igual en sí; aunque el cuerpo padeciese extrinsecamente varias indisposiciones y enfermedades. Estando enfermo de la garganta, le cosia el hermano una venda, y sin advertir lo que hacia, le pasó la oreja con la aguja de parte á parte; mas el santo estuvo con gran paz y sosiego, sin moverse ni darse por entendido. No fué menester jamás aguardar coyuntura, ni tiempo, para cogerle de sazon, los que de él querian recabar algo; porque siempre era uno, siempre puesto en Dios, siempre se guiaba por razon, asi en ocasiones de tristeza, como de alegria.

30 El rey don Pedro, el III de Portugal, por la gran devocion que tenia al santo padre, encomendó mucho á su confesor, que partia de Portugal para Roma, que estuviese muy atento y considerase todas las acciones de san Ignacio, y que se las menudo se las escribiese; y él lo hizo así, y escribió al rey, que lo que podia decir á su alteza, era lo que habia mandado, que ningun rato de oracion, ni leccion espiritual, le encendia tanto en amor de Dios, cuanto el rato que con atencion estaba mirando á san Ignacio. El siervo de Dios fray Juan de Tejada, de la órden de san Francisco, que trató familiarmente con san Ignacio, solia decir de él: que consolaba solo con su presencia á todos los que se le llegaban: que era un templo de santidad: y que hacia todas las cosas con gran libertad de espíritu. Por esta libertad y paz de su alma se decia comunmente, que era san Ignacio el *contemptus mundi* animado. La verdad es, que practicaba todo lo que enseña aquel libro de oro, que le fué muy familiar, y cada dia dos veces leia en él; y así tuvo el desprecio del mundo muy arraigado, desde que le tocó Dios. Y cuando iba á Montserrate, vestido costosamente como caballero y soldado bizarro en una cabalgadura bien aderezada; por vencer la vergüenza colgó de la silla unas alpargatas y una calabaza y un saco, de que despues se vistió, llevándolo descubierto de propósito, para que se riesen de él los que encontraba, y de esta manera enseñarse á hacer burla y risa del mundo.

31 Toda esta grandeza de santidad y de favores del cielo, sustentó san Ignacio en una singular humildad, igualmente grande que su prodigiosa santidad: y como desde que se convirtió, fué santo; así desde entonces fué humilde. Andaba medio desnudo, y lo que tenia vestido, era de andrajos, ó de saco muy vil. Acogíase con los mendigos á los hospitales, aunque tuviese otras comodidades mejores. Aborrecia, como la muerte, ser estimado: porque lo fué de aquel senador de Venecia, luego se huyó de su casa. Cuando volvió á su tierra, para cobrar salud, por órden de los médicos, le encontró un hombre en el camino, y procurando no ser honrado de él, ni de los suyos, que temia con el aviso de aquel hombre le habian de hacer grande honra, se le huyó, y no quiso entrar por Loyola, sino por breñas, y con mucho trabajo se acogió, y no hubo remedio de hospedarse en casa de su hermano, sino en el hospital con los pobres, pidiendo por las puertas limosna. Encubria la nobleza de su sangre, y la nobleza de Dios, que estaba en su alma, y las visiones y regalos que del cielo recibia. Porque su confesor no descubriese las que le habia comunicado, alcanzó de Dios, muriese antes que él. Decia, que los de casa le daban ejemplo y le confundian, desagradándose solo de sí. En la primera eleccion de general que se hizo en la Compañía, quiso tener tan poca parte en ella, que en su voto no quiso señalar á ninguno, sino al que tuviera la mayor parte de los votos, sino es que fuera él mismo: en lo cual, á mas de su humildad, resplandeció su prudencia é igualdad de ánimo para con todos sus hijos, y estima que de ellos hacia. Deseaba que su cuerpo despues de muerto le echasen en el campo, ó en un muladar, para que las aves y fieras le comiesen. Seguia el juicio de otros, aunque fuesen inferiores, cuando echaba de ver que de ello no se seguia inconveniente: deseaba entrañablemente ser risa y escarnio de todos; y si no fuera por el provecho de los prójimos, decia, que andaria por las plazas desnudo y lleno de inmundicias, por ser tenido por loco. Preso una vez por los soldados españoles, se hizo tonto, para ser mas despreciado y maltratado por Cristo. Solia en los principios de su conversion, para ser mas despreciado, y castigarse de lo que se habia preciado de hablar cortesano, usar de palabras groseras, sin hacer cortesias; y llamar á todos, aunque fuesen príncipes, de vos: tanto como esto deseaba ser humillado y tenido por loco. Cuando empezó á estudiar gramática, siendo ya hombre de treinta años, pidió de rodillas á su maestro que lo azotase rigurosamente como á niño, cuando le viese que no traia con diligencia la leccion. Resistió porfiadamente ser electo general, hasta que lo estrecharon tanto sus compañeros, y su confesor se lo mandó, que no pudo dejar de responder al llamamiento divino: mas empezó á ejercitar el nuevo cargo, haciéndose cocinero de la casa, y despertador de los demás: despues con todas fuerzas procuró renunciar aquella honra. De sus cosas no hablaba, sino por necesidad del bien del prójimo; y entonces moderadamente, cumpliendo lo que dice san Gregorio del Apóstol: «Encubria en sus bienes por la guarda propia; mas publicaba sus visiones divinas y admirables, por la necesidad ajena.» Teniase por el mas vil de los hombres, y mas necesitado de la mano de Dios. Cuando oia decir el fruto que la Compañía hacia en el mundo, ó cualquiera cosa que cediese en honra suya, se encogia y cubria de una vergüenza virginal, derramando muchas lágrimas. Sentia en el alma ser alabado: y como entendiese que su confesor el padre Diego de Eguía, que era ya de setenta años, decia de él lo que conocia, le dió penitencia, que tres dias seguidos se disciplinase, cada dia tres veces: y como despues tornase á alabarle, no se quiso confesar con él, y le mandó, so pena de excomunion y de echarle de la Compañía, no dijese cosa de alabanza suya. Una de las causas que le movieron á estudiar, fué, para encubrir con las

ciencias humanas y adquisitas la sabiduría divina que Dios le había infundido, y quitar la admiracion. Al principio tuvo algunas tentaciones de vanagloria; mas despues la reprimió con tanta fuerza, que en el primer año de su conversion arrancó totalmente este vicio, de modo, que despues le era tan seguro decir sus virtudes, cuando importaba al servicio divino, como si publicase sus pecados. Jamás consintió, aunque lo procuraron muchos, que le pintasen. Quísole engañar el cardenal Pacheco: y visitándole una vez, que estaba el santo enfermo, ordenó que entre tanto por parte secreta un famoso pintor le copiase; pero el santo lo debió de conocer por revelacion divina; porque sucedió un milagro extraño, y semejante al que cuentan los historiadores eclesiásticos y san Agustin y san Juan Damasceno, de Cristo, que no le pudo retratar el pintor que envió el rey Abagaro para esto solo: porque junto con la majestad del rostro mudaba san Ignacio tantas formas y semblantes, que el pintor no pudo dibujar nada. Por su humildad se estuvo año y medio preparando de dia y de noche con increible cuidado y atencion de espíritu, para decir la primera misa, hallándose siempre indigno de aquel acto, con conocer en sí tantos favores de Dios, como hemos dicho. Fiaba de esta virtud el buen suceso de todas las ocupaciones de la Compañía: y así cuando fueron el padre Laínez, y el padre Salmeron al concilio tridentino, enviados del papa por teólogos de su santidad, y cuando fueron el mismo padre Salmeron, y padre Pascasio por nuncios apostólicos de Hibernia, y cuando envió á san Francisco Javier y al padre Simon Rodriguez á Portugal, deseados mucho del rey; les mandó que antes de hacer otra cosa, hiciesen por las calles la doctrina, sirviesen los hospitales, y viviesen de limosna; y que despues cumpliesen sus ministerios.

32 Ilustró su humildad con la paciencia, con que llevó tantas persecuciones, escarnios, testimonios falsos, acusado, perseguido en Sevilla, Alcalá, Salamanca, París y Roma, maltratado en cárceles, no mas que por hacer bien; mas todo lo llevó con mucha paz y gozo, juzgándose por indigno de bien alguno, y merecedor de todos los males. A los que estorbaban sus injurias y afrentas, les rogaba instantemente no le impidiesen su bien: hacia gracias á sus calumniadores, premiándoles sus agravios con todo el bien que podia. Como un pastorcillo del campo viese pasar á san Ignacio tan pobre y humilde, como solia, se rió de él: el santo se detuvo, y preguntándole otros por qué se paraba; respondió: ¿Por qué tengo de quitar á este muchacho el gusto y entretenimiento que le ha deparado Dios? recibiendo el santo mas contento con aquel desprecio, que otros con las mayores honras del mundo. Algunas veces, cuando comenzó á predicar por las plazas mas públicas de Roma, le tiraban los muchachos tronchos y naranjas; mas él con gran paz perseveraba en su sermon, como si fuera una estatua. Decia, que estimaba él mas todas las persecuciones, que sufrió antes y despues de fundada la Compañía, que todas las honras del mundo. Preguntóle un religioso, cual era el camino mas corto, cierto y seguro para la perfeccion: y el santo respondió: Padecer muchas y muy grandes adversidades por amor de Cristo: pedid á nuestro Señor esta gracia; porque á quien él la hace, le hace muchas juntas, que en ella se encierran. Estando preso en Salamanca, y preguntándole si le era pesado estar en la cárcel; respondió: ¿Tan grande mal os parece la cárcel? no hay en Salamanca tantos grillos, ni esposas, como yo deseo por amor de Jesucristo. Su paciencia no se contentaba con llevar bien sus trabajos, persecuciones, deshonras y necesidades; pero á imitacion de los apóstoles se regocijaba en el alma, gozándose, y no cabiéndole el corazon en el pecho de la alegria que tenia de verse digno de padecer por Dios.

33 Compañera de la humildad es la castidad, que en san Ignacio fué tan maravillosa, que despues que hizo voto de ella, y le visitó la Virgen nuestra Señora, trayéndole el don de esta virtud del cielo, no tuvo hasta la muerte, como ya hemos dicho, mancilla alguna en su carne, ni aun en el pensamiento, con ser de natural fogosísimo. El P. Mafeo escribe, que jamás tuvo sentimiento de carne, y el P. Orlandino, que guardó su cuerpo y alma inmaculada. Tenia juntamente tanta cuenta con su pensamiento, que no sufrió en él por un momento un pensamiento ocioso, examinando cada hora su conciencia, para purificarla mas, usando para lo mismo del exámen particular, en que siempre se halló que aprovechaba, guardando perfecto recogimiento de sus sentidos. Con haber alcanzado desde el principio de su conversion tan excelente don de castidad, como queda referido, andaba con tanto recato en la vista, que nunca desde entonces hasta el fin de su vida miró al rostro á mujer alguna, aunque fuese muy espiritual y tratase de cosas santas, como consta de los procesos de su canonizacion. Testificaron personas gravísimas, que con solo mirar á los afligidos y tentados, les quitaba las tentaciones y pensamientos deshonestos: y así era cosa comun aconsejar á los tentados por último remedio de esta peligrosa batalla, presentarse á vista de san Ignacio; que en mirándole, se acababa la guerra, y vivian en paz. Cuando estudiaba en Barcelona, era cosa muy ordinaria juntarse gran concurso de gente en las puertas de las casas, y asomarse á las ventanas, esperándole en las calles, por donde sabian que habia de pasar, solo por verle, con intento de alentarse á la devocion, y de ejercitarse á tener pensamientos castos. Con tener tan muerta la carne desde el principio de su conversion, que por singular favor de la Virgen nunca la mancilló, y con ser tan dueño de todos sus afectos, como hemos dicho, no perdonó aspereza, con que pudo afligirse, ayunando todas las semanas enteras, sino es el domingo, á pan y agua, que por amor de Dios recibia de limosna. Dormia en la tierra desnudo, ó en unas tablas entre las inmundicias de los enfermos del hospital; aunque de noche mas oraba que dormia, pasando las noches con su

Dios. Fuera de un áspero cilicio, afligia rigurosamente su carne con un cíngulo de hierro ó cadena. Cada dia tres veces se disciplinaba cruelmente con cadenas de hierro, á imitacion de santo Domingo: andaba los piés descalzos, y la cabeza descubierta. Despues en Barcelona, cuando estudiaba, traia zapatos, pero sin suelas. Dejó crecer el cabello y uñas, para satisfacer por el demasiado aliño que en su mocedad tuvo, no perdonándose en nada que le pudiese ser de tormento. Despues de viejo guardó mayor severidad consigo, que podia: apenas comia, perdiendo casi todo el sentido del gusto, sin tener apetito á ningun manjar. No se quejaba en sus enfermedades, por cosa desabrida que por inadvertencia le diesen. Los mas dias del año, siendo general, era su comida unas castañas, diciendo ser en España ordinaria comida de pobres. Castigó una vez al ministro gravemente, porque le puso en la mesa un racimo de uvas mas que á los demás, no valiéndole por excusa haberlo hecho por sus enfermedades y canas, y autoridades de su cargo, y ser padre de todos. El aposento, que escogió para vivir, siendo general, era muy tosco, estrecho, bajo y oscuro: diez palmos tenia de alto, catorce de ancho, y veinte y nueve de largo. Por la caridad y salud de los prójimos, no perdonaba á rigor, ya metiéndose en algunas heladas, ya ayunando, sin comer bocado, por algunos dias continuos, con otros grandes trabajos.

34 La obediencia de san Ignacio fué extremada. En el tiempo, que aun no estaba formada la Compañía, cuando perdieron la esperanza de poder ir nuestros primeros fundadores á Jerusalen, el P. Lainez le dijo, que le venia deseo de ir á la India á procurar la salud de aquella gentilidad, que perecia por falta de obreros evangélicos. Yo (dijo el santo padre) no deseo nada de eso. Preguntan lo la causa, respondió: Porque habiendo nosotros hecho voto de obediencia al sumo pontífice, para que á su voluntad nos envie á cualquier parte del mundo en servicio del Señor, hemos de estar indiferentes, de manera, que no nos inclinemos mas á una parte que á otra: antes si yo me viese inclinado, como vos, á ir á la India, procuraria inclinarme á la parte contraria, para venir á tener aquella igualdad é indiferencia que para alcanzar la perfeccion de la obediencia es necesaria. Siendo ya general de la Compañía, dijo diversas veces, que si el papa le mandase que en el puerto de Ostia (que es cerca de Roma) entrase en la primera barca que hallase, y que sin mástil, sin velas, sin remos, y sin otras cosas necesarias para la navegacion y para su mantenimiento, atravesase el mar, que lo haria, y obedeceria, no solo con paz, mas aun con contento y alegria de su alma. Y como oyendo esto un hombre principal, se admirase, y le dijese: ¿Y qué prudencia seria esa? Respondió el santo: La prudencia, señor, no se ha de pedir tanto al que obedece y ejecuta, cuanto al que manda y ordena. Con este sentimiento encargó tanto la obediencia ciega con rendimiento de todo juicio propio: y solia decir, que los que solamente obedecen con la voluntad y no con el juicio, no tienen sino un pié en la religion. Lo que mas es, que no solo á su legítimo superior era obedientísimo, pero á cualquier, que tuviera una sombra de superioridad, y aun al médico y enfermero, estando sujeto totalmente con rendimiento de todo parecer propio, aun con riesgo de la vida, depoviendo todo su juicio y prudencia, como si fuera niño. Es admirable, y por ventura no se hallarán muchos semejantes, el ejemplo que de esto sucedió, y refiere el padre Maffeo. Una vez por no decir cosa, que fuera contraria á lo que el médico habia ordenado, ni contradecirlo en lo mas mínimo, con ver que habia errado la cura, y que los medicamentos que le habia aplicado, le causaron dolores mortales que le hacian desmayar, y que segun parecia á algunos, dentro de poco moriria, se determinó á sufrirlo todo, y callar, disponiéndose para morir, queriendo antes perder la vida, que faltar un punto á la perfeccion de su obediencia, que tenia á todas las criaturas, y al ejemplo, que en esto debia dar, para autorizar lo que en sus reglas habia ordenado: cosa tan importante á los legisladores: y así tambien encomendando la administracion de la Compañía á otros padres, mandó no le entrasen á ver, para poder prepararse mejor para la muerte; confiando solo en Dios, que no permitió, que una virtud tan heróica le fuese dañosa, verificándose con sentido mas superior, lo que Galeno dice, que al que obedece al médico, Dios le ayuda: porque sus hijos turbados, por ver en aquel estado á su padre tan amado, llamaron á Alejandro Petronio, insigne médico de aquellos tiempos, que entrando á ver al santo, dió voces, diciendo, que le habian muerto; y aplicándole los remedios contrarios, le libró Dios de aquel peligro. Por el deseo que tenia que sus hijos floreciesen en esta virtud, los ejercitaba mucho en ella. Estando comiendo una vez el santo, y asistiéndole allí un hermano, que le servia, le mandó que no estuviese en pié, sino que se sentase en una silla que allí estaba. El hermano, ó por humildad, ó por respeto ó encogimiento, rehusó sentarse; pero san Ignacio, estimando en mas la obediencia, que aquel encogimiento, le penitenció la falta, y le mandó que tomase la silla, y la sentase sobre su cabeza, y que dijese á todos los que entrasen, que estaba de aquella manera, porque no habia obedecido sentándose en ella, como se lo habia mandado. Para este mismo ejercicio de obediencia mandaba muchas veces á los suyos, que hiciesen cosas incompatibles en un mismo tiempo, y que deshiciesen lo hecho; y á los que eran capaces, que saliesen á predicar de repente á las plazas, para tomar experiencia, como obedecian y rendian sus juicios. A un sacerdote, estando revestido para decir misa, ya que iba á salir al altar, le envió un recado, que fuese luego á una confesion. Al punto obedeció: desnudóse: pidióle al santo compañero, y díjole: Andad, vestios, y decid misa, que esto solo se ha hecho por ver si sabeis obedecer. A otro padre muy grave, y rector del colegio romano, le ordenó fuese á la cocina á servir al cocinero, al cual le señaló por superior, para

que le mandase fregar y barrer, acarrear leña y agua, obedeciendo el rector al cocinero con grande humildad. Para mayor ejercicio de esta virtud solia dar á cada uno de los de casa otro, que le fuese superior. Y cuando el padre Lainez vino del concilio tridentino, donde fué tan estimado y oido, como merecia su admirable sabiduría; en llegando á Roma le dió por ayo y maestro al lavandero de casa, hombre muy tosco y grosero, así en el rostro, como en la condicion, dándosele por superior, y mandando que le enseñase los tonos de predicar, de lo cual tenia cada dia ejercicio media hora, y cuando erraba, le daba con un palo, al modo que algunos anacoretas antiguos enseñaban á sus discípulos.

35 Para conseguir todas estas virtudes tan heróicas, valió mucho á san Ignacio la devocion de la santísima Vírgen, de quien fué muy querido hijo y devoto, á la cual desde el principio de su conversion, estando en su casa malo, deseoso ya de servir con todas sus fuerzas al Señor, puesto de rodillas ofreció sus santos intentos, y en significacion de que su fervorosa oracion fué oida de la Madre de misericordia, y fué formidable á los demonios; en toda la casa se sintió un grande estallido, y se estremeció el aposento del santo. La primera estacion, que hizo despues de levantado de la cama, fué á nuestra Señora de Montserrate, donde escogió el dia de la Anunciacion, para tornarse á ofrecer por soldado de su hijo, vistiéndose de un tosco saco, y velando toda la noche delante del altar de la Vírgen. El libro, que poco despues escribió de los ejercicios, fué por enseñanza de esta Señora: que esto mas tiene para ser estimado. Cuando iba á Manresa á visitar á nuestra Señora de Villadordis, por devocion de la Vírgen santísima se ceñia con un cíngulo hecho de una pleita de espadañas de tres ramales, y hoy se conserva fresco en Manresa, como una gran reliquia. Vino el demonio en figura humana á la cueva de Manresa á engañar al santo; y él luego se acogió á la Vírgen, renovando delante de su imágen el propósito de sus ayunos y penitencias, perseverando por muchos dias delante de su Reina y Señora, sin comer bocado, siendo en este tiempo muy favorecido de ella. La vision maravillosa que tuvo cuando el Padre eterno le encomendó á su Unigénito, la alcanzó por medio de la misma Vírgen, á la cual, y al Padre Eterno pedia de continuo por aquellos dias, le pusieran con su Hijo; y no menos le encomendó la Madre á su bendito Hijo, que el Padre eterno. Para los primeros votos, que hizo en Francia con sus compañeros, escogió una iglesia de nuestra Señora del Monte de los Mártires, y el dia de la Asuncion, tomando todos desde aquel punto á la Vírgen nuestra Señora por su madre y patrona, y celebrando despues aquel dia, como el que fué el primer nacimiento de la Compañía. Para su primera misa escogió tambien el templo de nuestra Señora de las Nieves, en el pesebre, en que reclinó la Madre de Dios á su Hijo recien nacido, para que por medio de la intercesion de la Madre le tuviese por suyo su capitan Jesus. Para la fundacion de la Compañía, cuando san Ignacio y sus compañeros hicieron las primeras profesiones, que en ella ha habido, quiso fuesen tambien delante de nuestra Señora, diciendo en su altar san Ignacio la misa, y haciendo él primero la profesion, y añadiendo en la fórmula, que aun ahora tenemos, aquella cláusula: « Delante de la santísima Vírgen. » En todos los ofrecimientos, que de sí hacia á Dios, era poniendo por medio á esta Señora, y en presencia suya: así lo enseña muchas veces en el libro de sus ejercicios, y lo puso en la fórmula de los votos, que hacemos los de la Compañía, como acabo de decir; para que como los reyes magos ofrecieron al Hijo sus dones por medio de la Madre, así los de la Compañía ofrezcan sus votos. Para la primera casa profesa, que fué la de Roma, deseó mucho que fuese una iglesia de nuestra Señora, llamada de la Estrada, porque naciera en casa de la Vírgen; y lo alcanzó finalmente, siendo como la patria, donde nació esta sagrada religion, los brazos y patrocinio de la Reina del cielo. Todos los dias luego que despertaba, lo primero que hacia era rezar el rosario muy despacio. Encargó tambien á los suyos esta devocion del rosario, y las horas de la Vírgen, por los favores que en sí habia experimentado. Muy insigne fué aquella ilustracion que tuvo en Manresa, mientras rezaba las horas de la Madre de Dios, representándosele la santísima Trinidad, y viendo distintas las tres personas con sus procesiones y orígen. Las constituciones de la Compañía de Jesus, cuando las escribia, las ofrecia al Padre eterno por medio de la Reina del cielo, para que se las aprobase; y lo alcanzó, y la misma Madre de Dios se las aprobó y confirmó. Otra vez, como ya hemos dicho, vino el Padre eterno, que le mostró lo mucho que se agradaba que la Vírgen intercediese por él; y luego vió á la misma Señora, como estaba rogando por él. El éxtasis, que tuvo de ocho dias enteros, fué tambien por beneficio de esta Señora, y fué de sábado á sábado, y por consiguiente la fundacion de la Compañía se debe á ella, que en aquel rapto, como dice el P. Burgheño y otros escritores, le reveló Dios el modelo de la religion que queria que fundase.

36 Por ruegos de san Ignacio fué esta Señora á visitar á Pedro Ferro, hombre de mucha virtud, que estaba enfermo, y apareciéndosele, le dió salud, como san Ignacio le dijo el dia antes, y lo recaló con sus oraciones de la Reina del cielo. El dia de la natividad de la Vírgen alcanzó de ella favor para sus compañeros, que estaban afligidos en Venecia, y les manifestó antes, lo que despues sucedió; porque el dia de la octava de aquella fiesta, sin pensar, salió en el senado sentencia en favor contra personas principales y muy poderosas de aquella república, como el santo lo habia prometido y alcanzado de la Reina de los ángeles. El zelo que tenia de su honra fué muy grande, aun cuando no habia entrado en la vida del espíritu, ni habia recibido tantos favores suyos: porque se encontró con un moro, que negaba su perpetua virginidad, se moria de pena; y le maltratara, si no fuera porque la misma Señora lo impidió, y le libró

con singular providencia de aquel peligro. El poder tan extraordinario que tuvo sobre los demonios, ellos mismos confesaban que era principalmente por la devocion que tuvo con la Reina del cielo. Estando en Módena conjurando á uno muy rebelde, salió, diciendo: San Ignacio, san Ignacio me echa por su humildad y paciencia, y por la devocion que tuvo á la santísima Vírgen. Señal es tambien de la misma devocion, que algunas veces, cuando san Ignacio se apareció á sus hijos, haya traido á la Vírgen consigo. El concilio de Tarragona atribuye al favor de la Vírgen toda la santidad de este gran siervo suyo; y así dice: «La Vírgen santísima en aquel sagrado lugar de Montserrate concibió al sagrado Ignacio: y habiéndole abrazado en su gremio, abrió, y comunicó con él las entrañas de su misericordia, de penitencia y humildad, y de todas las otras virtudes, para que en Manresa, lugar tan vecino de Montserrate, pusiese los primeros fundamentos de aquel alto edificio de santidad, que despues habia de edificar; y de tal manera, estando aun como envuelto en el vientre, le favoreció, y con pasto del cielo le alimentó, y llenó con su espíritu divino, que siendo Ignacio aun niño como cerrado en las entrañas de su madre, daba saltos de placer, y muchas veces estando fuera de sí, levantado sobre sí, vió como en un espejo el inefable misterio de la santísima Trinidad.»

37 Con tan heróicos ejemplos y prodigiosas virtudes ilustró san Ignacio al mundo, y gobernó la Compañía quince años, tres meses y nueve dias, en los cuales la extendió por todo el órbe, en Italia, España, Francia, Alemania, en entrambas Indias, oriental y occidental, en el Japon, Brasil, Etiopía y Persia, dejando fundadas doce provincias, y floreciendo en todas partes algunos hijos suyos con admirable santidad, y virtud de hacer milagros. Lo que pone mas admiracion, es, que dentro de un año despues de fundada la Compañía se esparció por España, Francia, Italia, Alemania, Hibernia, Portugal y la India oriental. Este aumento ha ido creciendo hasta ahora: ocasion de harta pena á los herejes, y á Melancton le aceleró la muerte, que de lo íntimo de su corazon se lamentaba, diciendo: ¡Ay, ay, que lo que echo de ver, es, que en breve han de llenar el mundo de jesuítas! Esto repetía este heresiarca con gran dolor y envidia de la Iglesia romana, cuando estaba vecino á la muerte: con lo cual murió, empezando en esta vida con este tormento los que le han de durar por toda una eternidad. Hizo otras muchas cosas san Ignacio para bien de la Iglesia: excitó en toda ella la piedad: restituyó el uso de los sacramentos, y la frecuencia de la palabra de Dios: y finalmente, lleno de merecimientos, y habiendo recibido la bendicion del sumo pontífice, y los sacramentos, invocando el nombre de Jesus, dió su bendito espíritu con paz y sosiego, al que para tanto bien del mundo le crió. Murió el año de 1556 último dia de julio, siendo de sesenta y cinco años.

38 Luego que espiró san Ignacio, se apareció su alma gloriosa á una santa señora, llamada Margarita Gilo, que estaba en Bolonia, y era muy benefactora de la Compañía, á la cual dijo: Margarita, yo me voy al cielo: mirad que os encomiendo la Compañía. Tambien se apareció á Juan Pascual, su devoto: y queriéndose llegar al santo, se lo estorbó. A otras muchas personas apareció despues de muerto, haciéndoles muchos beneficios. Hase aparecido muchas veces, trayendo el pecho abierto, y en el corazon esculpido con letras de oro el dulce nombre de Jesus, como otro san Ignacio, mártir: por lo cual se pueden llamar entrambos deíferos, que con un amor de serafines amaron á Dios.

39 Los milagros, que ha obrado el Señor por su siervo despues de muerto, son innumerables. Como no pudiese una doncella con lamparones llegar al cuerpo de san Ignacio, cuando le enterraron, por el gran concurso del pueblo; luego que le tocaron con un pedazo de su vestidura, sanó. Las flores y rosas que estuvieron sobre su cuerpo, dieron salud á muchos enfermos. El padre Nicolás de Bobadilla, uno de los compañeros de san Ignacio, habiendo estado muchos años enfermo; al punto que se echó en la cama del santo, estuvo bueno.

40 Cuando se trasladó el cuerpo de san Ignacio, se oyó por dos dias en su sepulcro música del cielo, y una armonía de dulces voces: viéronse tambien dentro luces como estrellas resplandecientes. Luego despues que murió, publicaron los demonios su muerte y grande gloria, forzándoles Dios á engrandecer á quien tanto aborrecian. Estando conjurando una mujer en la ciudad de Trápana, en Sicilia, forzó Dios al demonio á decir, que su enemigo Ignacio ya era muerto, y estaba en el cielo entre los otros fundadores de religion, santo Domingo y san Francisco. Los muertos, que ha resucitado, son muchos, por lo menos doce: uno en Manresa, dos en Munebrega, otro en Barcelona, despues de muerto el santo, como advierte el eminentísimo señor cardenal Ludovisio; porque cuando vivia resucitó á otro hombre en la misma ciudad, otro en Pardos, cerca de Calatayud, dos en Granada, otro en Gandía, otro en Nápoles, otro en Mallorca, otro en Carpentas de Francia, otro en Méjico, en las Indias: donde son tantos los milagros que ha obrado este santo, que ha ganado tan de corazon el afecto de todos, que en toda la Nueva España es fiesta de guardar su dia, y en otras muchas partes. A un hombre, llamado Benito Lopez, le salieron por las espaldas cinco hombres, dándole recias estocadas, hasta que le derribaron del caballo. En esta ocasion se encomendó á san Ignacio, y al punto le apareció allí el santo: y cogiendo el manteo con ambas manos, le defendió, y apartó las espadas de los que le tiraban estocadas: y habiendo ahuyentado el santo aquellos facinerosos, desapareció, hallándose Benito sano y bueno de las heridas mortales, que antes habia recibido. En Roma tenia una honesta matrona muy malo á un hijo suyo: llegándose el dia de este glorioso santo, se le encomendó con mucho afecto; y á la mañana de su víspera halló á su hijo bueno y sano, diciéndole el

mismo muchacho, que estaba bueno porque san Ignacio habia venido, y dádole salud, tocándole con la mano en el rostro, y mandado que se levantase. Pidió luego de comer; mas al punto lo provocó, sucediendo esto dos ó tres veces, hasta que la madre maravillada de aquello, dijo: Sin duda que el santo quiere que ayunes su víspera. Dióle despues á comer de vigilia, y abrazó muy bien el estómago la comida, con admiracion de todos. En Galicia sucedió un incendio de unos grandes montes, que perseveró por algunos dias: veníale trayendo un recio viento á las mieses y poblado, tan cercano ya, que no faltaban cuatro pasos. Entonces un devoto hombre tomó una imágen de san Ignacio, arrojándola donde estaba mas crecida la llama, y amenazaba mayor mal; y al punto se apagó el fuego. Visto el milagro, una piadosa mujer, que vió echar la imágen, por devocion que la dió de adorarle se metió entre los tizones calientes que estaban humeando, y sin reparar en nada, metió la mano entre ellos y las cenizas y rescoldo sin sentir daño alguno, sacando la imágen de en medio de las ascuas. Un hombre, que vió el cielo muy cargado en tiempo que él tenia trigo en las eras, temeroso del daño, que le podria suceder, acudió á san Ignacio, haciéndole un voto. Pagóle el santo la confianza que de su patrocinio tuvo; porque sobreviniendo tan grande tempestad, que se llevó el trigo de las parvas vecinas que estaban al rededor, y nadando todo lo demás en agua, no cayó una gota en su era. Una mujer, estando muy temerosa de lo mal que habia de llevar su marido, cuando viniese, de encontrar á un hijo suyo que se le habia quebrado un brazo, encomendósele á san Ignacio: apenas habia acabado su oracion, cuando se le unió el hueso y halló al hijo con el brazo sano y fuerte, con grande alegría suya y agradecimiento al santo. Habia entre dos casados diferencias, como se habia de llamar un hijo, que les nació: la madre por devocion que tenia á este glorioso santo, queria que le llamasen Ignacio: el padre, por estar en aquella ciudad las reliquias de san Ireneo, queria se llamase así: duraron en esta competencia tres meses, hasta que el padre, burlándose, dijo una vez: Preguntemos al niño, como quiere llamarse; y respondió la criatura con voz clara y distinta: Ignacio. Espantado el padre del prodigio, le llamó así, y le dedicó al santo. En Módena hubo cuatro hermanas endemoniadas, que fueron libres por los merecimientos de san Ignacio, con extraordinarias significaciones de lo que este santo podia sobre los espíritus malos, que tampoco quiero particularizar; solo diré, que queriendo los demonios encubrir que eran echados por la oracion de san Ignacio, atribuyendo aquel efecto á la virtud de otros santos, á quienes las dichas hermanas tenian particular devocion; al tiempo de salir eran forzados á confesar la mentira que habian dicho, y dar la gloria á san Ignacio, diciendo, que Dios se queria servir de solo él en aquella ocasion. Otras veces con gran rabia, al salir, daban gritos diciendo: ¿Dónde está tu poder, ó Lucifer; pues un pedazo de papel con la firma de un clérigo nos echa, sin que le puedas resistir? Y habiendo muchas veces estado todo el dia conjurándolos sin fruto, decian, que jamás se apartarian sino invocando á san Ignacio; porque así Dios lo queria: y en diciendo el sacerdote: Yo os mando por los merecimientos del beato padre Ignacio: luego salian con gran rabia. Otras veces decian: ¡Ay, ay, Dios, cómo nos privas de la gloria, por darla á este clérigo cojo y bizco! Los mismos efectos, que habia hecho la estampa y la reliquia de san Ignacio, hizo el libro de su vida; porque llevado á casa de las mujeres, para que le leyesen, y puesto sobre su cabeza y pecho, ó leyéndose algun capítulo de aquella vida, eran los demonios forzados á partirse y rendirse á la voluntad de Dios, que es maravilloso en sus santos, y les da virtud para hollar al leon y al dragon, y triunfar de todo el poder del infierno. Hay en Manresa un santo Cristo de piedra, delante del cual solia orar san Ignacio. Sucedió una vez, en la víspera de este santo, que empezó á sudar el Cristo, y despues al otro dia, mientras se decia la misa, á verter unas gotas coloradas que parecia sudor de sangre. Fué el caso averiguado por milagro, y por señal de algunas aflicciones que en aquel tiempo sucedieron á la Compañía; mostrando en esto su capitan Jesus el amor, que tiene á los hijos de san Ignacio: pues sus trabajos llora por todo el cuerpo con lágrimas de sangre. Fué tambien presagio de otras tribulaciones que padeció la Compañía, el milagroso sudor de dos imágenes de san Ignacio, que estos años pasados sudaron, una en Antequera, otra en Munebrega; obrando Dios por ellas muchos milagros; pero singularmente por la de Munebrega; que si hubiera de contar las muchas y grandes maravillas, hasta resucitar muertos, que por ella ha obrado su divina Majestad, manifestando la grande gloria de su siervo, seria menester que se escribiese una historia de muy grande volúmen. Una beata de la órden de San Francisco, llamada María de Alava, que estaba muy afligida en el espíritu, la aconsejaron que se encomendase al santo padre Ignacio, porque por él alcanzaria alivio y remedio de su trabajo; y ella haciendo oracion á nuestro Señor, se olvidó del nombre de Ignacio, y decia: O san Atanasio, ayudadme delante de nuestro Señor, para que me libre de esta tentacion y afliccion grande que padezco. Diciendo estas palabras, oyó una voz, que le dijo: No se llama Atanasio, sino Ignacio: no dudes, sino que por su intercesion alcanzarás lo que pidieres al Señor; y así lo alcanzó.

41 Muy notable y celebrado fué el caso, que cuenta el padre Nicolás Durau, provincial del Paraguay. Un muchacho, ya de doce años, estaba tan afligido y apasionado de mal de corazon, que le solia dar diez veces al dia, con extraña violencia y enajenamiento de sus sentidos. Despues de grandes remedios, y de muchas oraciones y votos que se hicieron por su salud, ofreciéronle sus padres á san Francisco, para que llevase su hábito algun tiempo. Ya habian comprado la estameña

para hacerle el vestido; mas el muchacho repugnó diciendo, que no habia de llevar el hábito de san Francisco, sino de san Ignacio, afirmando, que en poniéndosele, habia de sanar de su mal. Porfiaban los padres, que habia de ser el de san Francisco: perseveraba el hijo en que habia de ser el de san Ignacio. Concertáronse finalmente, en que se echasen suertes entre los nombres de los dos santos patriarcas; y por mas de veinte veces, en que los padres y otras personas conocidas echaron suertes en varios tiempos y ocasiones, siempre salió la de san Ignacio; porque esta vez quiso Dios acreditar su santidad en aquella parte. Púsose el vestido de la Compañía el muchacho, y quedó luego libre de su mal, con extraña maravilla de todos, quedando los padres muy agradecidos y devotos de nuestro santo patriarca.

42 Un padre religioso y grave de la órden de San Agustin, morador del convento de la ciudad de Burgos, estando en Quintanilla de Somuñon, lugar del arzobispo de Burgos, adonde habia ido por caridad para administrar los sacramentos á los apestados; á los 11 de noviembre del año de 1599, fué á confesar una doncella, como de veinte y dos años, llamada María, hija de Juan Gomez, labrador, que estaba con una recia calentura, y herida de peste, á la cual aconsejó que se encomendase muy de veras al beato san Ignacio, y puso sobre el pecho una imágen del dicho santo; y con solo este remedio, dentro de una hora el mismo padre la halló sin seca ni calentura. Partieron de la ribera del Araxi, en el Genovesado, á 24 de junio de 1618, dos mujeres nobles, madre é hija, para otro lugar, llamado Loan, á visitar un templo de mucha devocion de la santísima Vírgen del Monte Carmelo; habiendo confesado y comulgado, volvian á su casa el miércoles de las cuatro témporas de la pascua del Espíritu santo: llegaron á un rio muy caudaloso, llamado Antonano, y venia muy crecido con las aguas lluvias que habia recogido. Llegóse la hija cerca del raudal á mirar la creciente, sin prevencion de su peligro; porque ocupando el rio por momentos todas sus márgenes, desmoronó un ribazo de arena, en que tenia puestos los piés, y sin poder socorrerla, cayó en el rio, el cual con su rápida corriente la llevó en un momento, envolviéndola en sus olas una milla dentro del mar. En este tiempo vieron todos los que habian concurrido á la orilla á las voces que daba su madre doña Violante, como tres veces se fué á fondo, y volvió á subir arriba. La hija que se llamaba doña María, invocó en su favor á la Madre de Dios del Monte Carmelo, y san Francisco de Paula, cuya iglesia poco antes habia visitado, y á todos los ángeles y santos de la corte celestial: y viendo que sin remedio se ahogaba, le vino á la memoria invocar en su ayuda y favor á san Ignacio: y la ocasion de acordarse de su invocacion en esta hora, fué porque seis dias antes que le sucediese este naufragio, tuvo María un sueño, en el cual le parecia que caia en el mar, y que cuando estaba para irse á pique, se le aparecia la Madre de Dios del Monte Carmelo, y san Ignacio, y que la sacaban de las ondas del mar. Con este sueño le quedó una cordial devocion y tiernísimo afecto á san Ignacio, y con grandísima confianza en sus merecimientos, le decia: O bienaventurado Ignacio, ayudadme; pues sabeis que tengo dos hermanos en vuestra religion. Acabada esta oracion, no se fué mas á fondo: trocó toda la agua que habia tragado; y súbitamente se halló derecha, abiertos los brazos en forma de cruz, y los piés tan juntos, como si se los hubieran atado con un cordel, sin tragar gota de agua: ni le fueron desde este punto molestas las crecientes del rio, ni las ondas del mar; antes creciendo las maravillas de Dios, se halló de repente cercada de una nube hermosísima, mas blanca que los ampos de la nieve, y tan grande, que llegaba desde el mar al cielo: estaba toda vestida y bordada de luz y hermosos rayos, que arrojaba san Ignacio que venia en medio de la nube, cuyos resplandores eran lúcidos y vehementes, como los del sol, y aun incomparablemente mayores; de suerte, que testificó esta sierva de Dios en su dicho, que no podia caber en entendimiento humano la aprehension de cómo eran, ni en la lengua habia palabras con que declararlo. Estaba toda la nube cercada de ángeles, tan hermosos y resplandecientes, como si fuesen muchos soles juntos; y en la parte superior, cerca del cielo, se descubria una matrona vestida de ropas reales, y con corona en la cabeza, tan hermosa, como la misma hermosura: tenia á los lados dos ángeles, que con grande reverencia recogian las sagradas vestiduras y con admirable modestia y agrado las sustentaban en sus manos: eran las unas de color pardo, las otras de color blanco. Reconoció María, que esta señora era la Reina del cielo, y la santísima Vírgen del Carmelo: volvió á invocar de nuevo á san Ignacio, pareciéndole que por su intercesion usaba de misericordia la Madre de ella, y decia: O santo Ignacio, pedid misericordia para mí á esta Señora. Dicho esto, vió á san Ignacio, que con un rostro hermosísimo la miraba, y con los brazos abiertos la amparaba y guardaba; y advirtió que la santísima Vírgen, bajando de su trono, se acercó á san Ignacio, y le puso á su lado, y alzando el brazo derecho la Reina del cielo, y su mano santísima, con el dedo índice señalalia á san Ignacio, y se lo mostraba, diciendo: Ve aquí al santo que tú llamas. Entonces María deshaciéndose en lágrimas, y volviéndose al santo, le decia: O bienaventurado Ignacio, perdonad mi atrevimiento y descortesía en no haber hablado con tanta estima de vuestra santidad, como era razon, con mi hermano de vuestra Compañía, diciendo que habia entrado en una religion de uno, que no era santo: y confieso y diré á voces por todas las partes del mundo, donde estuviere, que he visto y conocido sois santo, y santísimo, y confio en vuestros merecimientos que me habeis de ayudar ó interceder por mí á la Madre de Dios. Salió tambien á la defensa del santo la Reina del cielo: dióle una amorosa reprension á María, diciendo: ¿Cómo te atreviste á decir que no era santo? Ve aquí como es santo,

y de tantos santos como has llamado, él solo viene para ayudarte, y por su medio has de ser salva. Y aunque ella entendió estas palabras de la salvacion de su alma, no se dijeron sino de la salud del cuerpo, librándola de las aguas. Tres horas duró esta maravilla, y estar la doncella encima del agua, hasta que entrando un hombre á socorrerla, desapareció la vision, aunque no cesó el milagro: porque dándole el hombre empellones, ella venia sobre las aguas, como si fuera una tabla, á vista de innumerable gente que habia concurrido á un prodigio tan raro, atraidos de la hermosura de la nube, que vieron sobre el mar, y la iluminacion de los rayos que arrojaba, les parecia desde la playa, que era un cielo adornado de lúcidas estrellas. Llegó la doncella á tierra sin lesion, ni mal alguno: así como llegó á la playa, hincadas las rodillas en tierra, puestas las manos, y levantados los ojos al cielo hizo oracion, y pidió á los presentes que diesen las gracias á la santísima Vírgen, y á san Ignacio, porque la habian librado de la muerte.

43 Otro caso raro fué lo que sucedió en el convento de Santo Domingo de Lima, que servirá para aumentar en muchos la devocion de este gran siervo del Señor. Referiré el caso con las mismas palabras del testimonio jurado, que dieron de él los religiosos del convento de Santo Domingo, y en su nombre su procurador general el P. Fr. Bartolomé de Ayala, que dice así.

44 «El P. Fr. Alvaro de Molina, sacerdote profeso del convento del Rosario de Lima, que estudió en Santo Tomás de Avila en España, y en esta provincia ha sido compañero de los provinciales, y prior del Cuzco, que es la segunda casa de la provincia, y de Arequipa, que es la tercera, y procurador general en esta provincia del Perú, con voto en capítulo provincial de su órden, y definidor, conforme al estilo de ella; ha estado paralítico y tullido de piés y manos mas de ocho años, sin que por ningun modo y manera pudiese andar sobre sus piés, ni levantar las manos á la boca, ni la cabeza, y que para ir á alguna parte le habian de llevar en un carreton, que para este efecto tiene: de ocho dias á esta parte que leyó la historia y vida del P. san Ignacio de Loyola, le cobró devocion, y la continuó por todos estos dias; y el dia de la octava de Todos Santos de este año de 1607, como á las cinco de la tarde, poco mas ó menos, despues de haber hecho voto al dicho santo de ayunarle su vigilia, el hacer de él memoria en maitines y vísperas, con antífona y oracion, y serle muy devoto á él y á su órden, le dió un impulso, que se levantase. Al punto dicho dia se levantó con dicho impulso y devocion: anduvo corriendo sobre sus piés todos los claustros altos del convento: bajó las escaleras á la Iglesia; y asistió al *Te Deum laudamus*, que todo el convento cantó en canto de órgano, y despues acá se ha continuado el dicho milagro. Item: con dificultad grandísima se percibia lo que hablaba, por el notable impedimento y torpeza de la lengua, de manera, que para entender una palabra se le habian de preguntar muchas veces, y llegarse muy cerca: ahora despues del dicho milagro habla clara, distinta y perceptiblemente, de suerte que no se le conoce impedimento, ni que le haya tenido. Item: unánimes y conformes todos los religiosos, con alegría comun y universal han solemnizado este milagro, y dado gracias al Señor por él, y cobrado particular devocion al gloriosísimo san Ignacio de Loyola: y porque esto es así verdad, y lo jura cada uno de nosotros, lo firmo en Lima á 9 de noviembre de 1607, *Fr. Bartolomé de Ayala*.» A mas de lo referido, el médico que asistió á aquel convento de Lima, y se llama el doctor Fernando de Valdés, que despues vivió en Sevilla, haciendo su oficio de médico, dijo, que fué testigo de vista de este milagro; porque entrando él á visitar los enfermos de este convento, alborozado con lo que habia sucedido, encontró al dicho P. Fr. Alvaro andando por la casa, y le dijo: ¿Qué ha sido esto P. Fr. Alvaro? Respondió: Señor doctor, Dios y el santo padre Ignacio me han sanado. El mismo dia, que sucedió este milagro, estaba en el colegio de la misma ciudad un hermano muy al cabo, de un recio tabardillo, esperando la muerte, y recibidos el viático y la extremauncion: llamábase Cristóbal Mesa; y refiriéndole el caso uno de los que le asistian á su cabecera, para que se encomendase á su santo padre, fueron tan grandes los júbilos que le causó esta nueva, que se encendió en devocion, y pidió le dejasen levantar para ir á la iglesia á ayudar á los padres y hermanos á cantar el *Te Deum laudamus*. Valióle su fé no menos que la vida; porque desde este punto comenzó á mejorarse su salud, y en breve se quitó la calentura: cosa que tuvieron los médicos por gran milagro.

45 Fuera nunca acabar, si hubiéramos de referir todos los milagros de san Ignacio; porque no hay parte del mundo que no haya experimentado con muchos beneficios lo que puede este gran siervo del Señor con su divina Majestad. Refieren muchos los autores de su vida: el P. Pedro de Ribadeneira en la Vida breve; el doctor Blas Sanchez, y mas copiosamente el P. Andrés Lucas: fuera de los cuales han escrito la vida de este glorioso santo, el P. Mafeo, y el P. Orlandino en su Historia; Fr. Laurencio Surio en los Comentarios, y otros muchos. Canonizó á san Ignacio el papa Gregorio XV, juntamente con su hijo san Francisco Javier, apóstol de las Indias, san Isidro, labrador, santa Teresa de Jesus, y san Felipe Neri, año de 1622, y aquel mismo año, cosa de un mes antes de su canonizacion, se vieron tres soles en el cielo.

SAN GERMAN, OBISPO Y CONFESOR.—Dos santísimos obispos, y colunas de la fé católica florecieron en el reino de Francia, que se llamaron germanos; el uno fué obispo de París, del cual escribimos á los 28 de mayo; y el otro obispo antisiodorense, cuya vida referirémos aquí, sacada de la que escribió Constancio, varon grave, y vecino á sus tiempos, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo, y de lo que otros autores graves escriben de él.

2 Nació san German en la misma ciudad de Auxerre de padres nobilísimos: dióse desde niño á las letras, y estudiólas con mucho cuidado y diligencia, y despues de haber aprendido en Francia las artes liberales se fué á Roma para estudiar derechos, y salió muy docto y elocuente, y ejercitó el oficio de abogado con grande loa y opinion. Casóse con una señora noble, rica, virtuosa, y en todo igual suya: y como era hombre de tantas prendas, los gobernadores de aquella provincia le comenzaron á ocupar en cargos y gobiernos de aquella república. Era muy amigo de caza, y preciábase mucho de gran cazador, y hacia colgar los cuernos de los venados, que mataba, en un grande y hermoso peral que estaba en medio de la plaza de su misma ciudad, de la cual á la sazon era obispo Amador, varon santísimo. Iba á la mano el santo prelado á German, y procuraba apartarle del continuo ejercicio y sobrada ocupacion que tenia de la caza, y de aquella vana ostentacion que hacia de poner en público aquellos cuernos, como trofeo de sus victorias: y viendo que no podia acabar cosa con él, un dia que estaba German ausente, mandó cortar el peral, y arrojar fuera de la ciudad aquellos, que de él estaban colgados. Sintió esto sobre manera German, y determinó de vengarse del obispo: pero en el mismo tiempo que él juntaba gente y tramaba la venganza, Dios nuestro Señor reveló á san Amador, que se llegaba el tiempo en que le queria librar de las miserias de esta vida, y llevarle á gozar de la felicidad eterna, y que su voluntad era que German le sucediese en el obispado. Juntó san Amador en la iglesia el clero, nobleza, y pueblo; declaróles lo que del cielo le habia sido revelado: consolóles de su muerte, y díjoles, que en todo caso hagan obispo á German, para que se cumpla la voluntad de Dios. Todo el pueblo se conmovió, y cerraron las puertas de la iglesia, y echaron mano de German, que estaba presente, y le presentaron á san Amador, que le cortó el cabello, y le quitó el vestido seglar y rico, y le vistió de clérigo, exhortándole á bajar el cuello, y tomar el cargo de prelado que Dios le daba, y servirle en aquella dignidad con perfecto corazon y cuidado. No pudo German resistir á la revelacion de Dios, y á la fuerza de todo el pueblo; y así despues de la muerte de san Amador fué consagrado de obispo, y con la consagracion se mudó tanto su vida, que bien se vió que la mano del Señor, que le habia escogido, le guiaba y estaba sobre él. La que antes era su mujer, comenzó á ser su hermana: los vestidos ricos y galanos, se trocaron en cilicios y hábito penitente: las riquezas, que antes se buscaban y llevaban para vanidades, servian de remediar las necesidades de los pobres. Desde el dia que comenzó á ser sacerdote hasta el postrero de su vida, nunca comió pan de trigo ni bebió vino, ni usó de aceite, ni vinagre, ni de legumbres, ni de sal, para sabor, á lo que comia; solo las pascuas de Navidad y de la Resurreccion, echaba una gota de vino en el agua, por la solemnidad de la fiesta. Cuando habia de comer, primero gustaba un poco de ceniza, y despues comia pan de cebada, que él mismo habia cogido y molido; y esta comida era una vez al dia á la tarde, y algunas veces se le pasaban los tres dias, y aun toda la semana sin comer. No mudaba la túnica, ni la cogulla, hasta que con la vejez estaban gastadas y consumidas. Traia siempre un cilicio á la raiz de las carnes, y el mismo vestido en el invierno y en verano. Su cama era el suelo cubierto de ceniza, y de un cilicio, con un pobre cobertor, y sin almohada: dormia siempre vestido, y pocas veces se quitaba el cíngulo, ni los zapatos. Era devotísimo de las reliquias de los santos, y las traia siempre en un relicario colgadas al cuello. Recibia á todos los huéspedes, que venian á él, con maravillosa alegría, y les lavaba él mismo los piés, y los regalaba y hacia comer, ayunando él. Edificó un monasterio allí cerca su ciudad para recogerse, y en el golfo de tantas y tan varias ocupaciones, que por razon de su dignidad tenia, hallar puerto quieto y seguro.

3 No pudieron los demonios, enemigos de nuestra salud, sufrir tanta perfeccion, y determinaron hacer cruda guerra á san German, á fuego y sangre. Tentáronle por mil vias: acometiéronle, y diéronle muchos y terribles asaltos, sin poder hacer mella en aquel pecho sagrado, que como una firme y fuerte roca hacia burla de todas las ondas y alteraciones del mar. Viendo que no podian prevalecer contra el pastor, se quisieron vengar de él en sus ovejas: y permitiéndolo así nuestro Señor, causaron una cruel enfermedad en todo el pueblo que le daba en la garganta, con la cual en tres dias murió innumerable gente, chicos y grandes, sin remedio. Acudió á Dios el santo pontífice, y bendiciendo un poco de aceite, mandó que se untasen con él; y con esto cesó aquella plaga: y despues un demonio, que el mismo santo echó de un hombre, á quien atormentaba, confesó que toda aquella mortandad habia venido por obra de ellos, permitiéndolo el Señor para mayor gloria del santo, y enmienda y castigo del pueblo.

4 Levantóse en Inglaterra (como lo dijimos en la vida de san Lupo) la herejía de Pelagio, y cundia como cáncer, y destruia aquella isla. Fueron enviados del concilio de los obispos san German y san Lupo, para apagar aquel incendio, y apagáronle los dos de la manera que allí queda referido. Solo hay que advertir tres cosas, que en esta empresa fueron propias de san German, dejando las otras, que en san Lupo le fueron comunes. La primera, lo que le aconteció con la santa vírgen Genoveva en el territorio de Paris, cuando iba á Inglaterra: lo cual no repetimos aquí, por haberlo escrito en la vida de la misma vírgen á los 3 de enero.

5 La segunda, que estando en Inglaterra, el demonio le hizo caer, y lastimar un pié gravemente; de suerte, que le fué forzoso estar echado, porque no se podia mover: y estando así, se emprendió fuego en una casa allí vecina, y creciendo con el viento que soplaba, y llegándose á la de san German, acudió mucha gente para librar al

santo obispo, y él no se movió: tanta era la constancia, y seguridad que tenia en el Señor: el cual mandó á las llamas que no tocasen aquella casa en que estaba el santo; y así la salvaron, haciendo ceniza las que estaban al rededor, y en todo lo que el pueblo, por atajarlas, habia puesto sus manos. Allí donde estaba echado el santo, venia gran multitud de gente enferma en el alma y en el cuerpo para que los curase; y él á todos curaba y daba remedio del cielo, sin querer tomar ninguno para su pié, hasta que el Señor se lo dió: porque vino un ángel, vestido de ropas blancas como la nieve, que tomándole por la mano, le dijo: Levántate, y está firme sobre tus piés; y desde aquel momento quedó sano.

6 La tercera cosa es que habiendo san German tornado con san Lupo de Inglaterra á Francia, estando ocupado en su Iglesia, haciendo obras de varon mas divino, que humano, tuvo nueva, que la herejía de Pelagio tornaba á retoñar en Inglaterra, y que todavía quedaban algunos inficionados de aquella pestilencia, de los cuales como de una pequeña centella se podia temer algun gran fuego: y como él era tan zeloso, y estaba tan deseoso de trabajar y padecer por Cristo, tomando en su compañía á Severo, obispo de Tréveris, varon santísimo, se partió para Inglaterra; y en llegando, sanó á un mozo cojo, que no podia de ninguna manera andar: y con aquel milagro, toda la gente, que habia acudido á él para recibirle y honrarle como á ministro de Dios, se sujetó á su obediencia, y se declaró por católica, entregando á los dos santos los autores de aquellos errores, para que los desterrasen fuera del reino; y con esto se volvió á su casa gozoso, y como triunfante, san German, habiendo tenido tan feliz suceso esta jornada. Pero luego se le ofreció otra de gran servicio de Dios: porque habiéndose Aecio, capitan general de Valentiniano III, emperador romano, enojado con los pueblos de Bretaña, la menor, los entregó á Ercarico, rey de los hemones, que era gentil y hombre feroz, para que los castigase como á rebeldes; y él lo pretendia hacer con rigor, y ponia en órden su ejército para ejecutar su furor contra los pobres británicos: los cuales, viéndose desamparados en tan grande angustia, no tuvieron otro medio para salir de ella, sino suplicar á san German que se encargase de aquel negocio, y aplacase con sus ruegos á aquel rey bárbaro, que los pretendia destruir: y como el santo era tan benigno y piadoso, movido de las lágrimas y gemidos de tanta gente miserable, luego se partió en busca del rey de los alemanes, que ya marchaba con su ejército: y habiéndole topado en el camino, armado y bravo con sus escuadrones, hablándole por intérprete al principio blandamente, y despues con mas gravedad, finalmente echó mano de la rienda del caballo, en que iba el rey, y le detuvo, y con él á todo el ejército: y el Señor, que movia á san German, movió tambien al rey, para que no se enojase, sino que se admirase de su constancia, y le reverenciase y obedeciese. Concedió el bárbaro todo lo que el santo le pidió, con condicion, que se alcanzase de Aecio, ó del emperador, el mismo perdon, que él concedia á los pueblos de Bretaña: y de aquí resultó otro trabajo al santo, de ir á Italia, para alcanzar del emperador Valentiniano, el III de este nombre, que estaba en Ravena, el dicho perdon. Hizo esta jornada con muy poca compañía, y casi solo; pero eran tantos los que por todo el camino le salian á ver y reverenciar, que no se podian numerar, y en los lugares, donde descansaba, é ilustraba con su presencia, se hicieron muchas ermitas, capillas y oratorios, y se pusieron muchas cruces, para memoria de haber estado allí el santo. Llegó á Ravena, de donde era obispo el santo y elocuente Pedro Crisólogo, del cual recibido y reverenciado, como un ángel venido del cielo, y no menos de Placidia, madre de Valentiniano, que, por ser el hijo mozo, gobernaba el imperio, y era princesa no menos piadosa que poderosa: la cual luego envió á visitar á san German con presente de una riquísima fuente de plata, llena de cosas de comer regaladas, aunque ninguna era carne. Aceptó el santo prelado aquel regalo que le envió la emperatriz, y dió á sus criados la comida, y á los pobres la fuente de plata, y envió á la emperatriz en un plato de madera un poco de pan de cebada, que él comia; y la emperatriz lo recibió con tan gran devocion, que hizo guarnecer de oro el plato, y guardó el pan de cebada, para con él sanar las dolencias de muchos. Convidóle un dia la emperatriz á comer, y fué á caballo en un jumentillo, por estar ya con los años, trabajos, vigilias y ayunos, consumido. Estando comiendo, avisaron secretamente á la emperatriz, que el jumento de san German súbitamente era muerto; y ella mandó aparejar un cuartaguillo mansísimo, en que volviese. Cuando lo supo el santo, dijo: Tráiganme mi jumento, que con él tengo de volver: y llegándose adonde estaba muerto, le dijo: Levántate, compañero; que ya es hora que volvamos á casa: y luego se levantó, y le llevó, como antes. Yendo un dia por la ciudad de Ravena, acompañado de gran multitud de gente, pasó por la cárcel, donde habia gran número de presos, los cuales dieron voces, suplicando á san German que los socorriese: y entendiendo que eran presos los que clamaban, se puso en oracion, y luego se abrieron las puertas de la cárcel, y los grillos y cadenas se les cayeron, y los que estaban atados con ellas salieron libres: y acompañando al santo, entraron en la iglesia, haciendo gracias á Dios por la merced que les habia hecho. Como estos obró el santo otros muchos y grandes milagros en el tiempo que estuvo en Ravena, donde tuvo revelacion, que Dios le queria sacar de la cárcel de su cuerpo, y llevarle á la gloria: y así cayó malo de una enfermedad grave, que le acabó, en la cual le visitó y sirvió la emperatriz Placidia con grande caridad y afecto: y finalmente al sétimo dia de la enfermedad, voló su purísimo espíritu al cielo con grande alegría de los ángeles y santos, y tristeza y llanto de los que estaban en la tierra, y le veian morir. Los bienes, que dejó el santo, se repartieron de esta manera. La emperatriz tomó para sí el

relicario que traia al cuello: san Pedro Crisólogo, obispo de Ravena, heredó el cilicio y la cogulla; y otros seis obispos, que acompañaban á san German, repartieron lo que quedaba, de esta manera: uno tomó el manto, otro el cíngulo: dos dividieron la túnica; y dos el saco que traia.

7 Innumerables fueron los milagros que nuestro Señor obró por san German en vida y en muerte. Libró muchos endemoniados, y á uno que habia hurtado cierta cantidad de moneda, le hizo confesar el hurto, y restituir los dineros. A un gentil, por nombre Mamertino, que era muy supersticioso en la adoracion de sus falsos dioses, y ciego de un ojo, manco de una mano, le sanó, é hizo cristiano y monje, y despues fué gran varon. Yendo de camino, llegó al santo, y á su compañía, un pobre caminante desabrigado y descalzo, y á la noche estando todos durmiendo, hurtó el jumento, en que iba san German; pero queriendo huir, no pudo, ni pasar adelante: y conociendo su yerro, se echó á sus piés, y confesó su pecado; y el santo con mucha gracia, le dijo: Si yo ayer, cuando te ví desnudo, te vistiera, no tuvieras tú necesidad de hurtar: y mandóle dar limosna, para que se vistiese. Otra vez encontró algunos pobres en el camino, que le pidieron limosna: mandó á su diácono, que les diese tres ducados, que solos tenia; y el diácono dió á los pobres dos ducados, y guardó el tercero para el gasto. En el mismo dia le trajeron doscientos ducados de limosna, y el santo dijo á su diácono: Toma estos dineros, y entiende tu poco ánimo y caridad; pues hoy quitaste á los pobres lo que yo te mandé dar: y si lo dieras, ahora recibieras trescientos ducados por estos doscientos. Sanó muchos enfermos de varias y graves enfermedades, y dió vida á los muertos, y por do quiera que pasaba, cuando era vivo, dejaba salud, vida y contento; y lo mismo hizo despues de muerto; porque llevando su sagrado cuerpo á Francia, para colocarle en su Iglesia, como el santo lo habia mandado, despues que la emperatriz Placidia con rara piedad y humildad le visitó, y los obispos y todo el pueblo con gran pompa y solemnidad le sacaron de la ciudad, y el emperador proveyó con gran magnificencia todo lo que era menester para el gasto de aquel largo camino, fué recibido de todos los pueblos, por donde pasaba, con extraordinaria devocion; y llegado á la ciudad de Plasencia sanó á una señora paralítica, que se tendió, y estuvo una noche en la iglesia debajo de las andas, en que iba el santo cuerpo; y en Francia allanaban las asperezas de los montes, y los malos pasos, y hacian nuevos puentes, para aderezar los caminos por donde habia de pasar. Finalmente el primer dia de octubre le depositaron en su iglesia, con gran concurso de todos aquellos pueblos, que venian á ver, reverenciar y adorar á su santo padre y pastor, llorando muchas lágrimas, juntamente de tristeza y alegría: de tristeza, por faltarles tal maestro y prelado, en quien tenian consuelo, alivio y remedio: y de alegría, por la esperanza que tenian, que desde el cielo los favoreceria mas eficazmente, y seria su abogado y protector como lo mostraba con los milagros que continuamente hacia.

8 Murió san German el postrero dia de julio, imperando (como se ha dicho) Valentiniano el III. Escribió su vida Constancio, presbítero, de quien hacen mencion Sidonio Apolinar, y san Isidoro *de Viris illust. in Paulino, presbitero, cap. 4.* Y Sigiberto dice, que tambien la escribió Herminio, monje, en verso. Hacen de él mencion el Martirologio romano á los 31 de julio, y los demás Martirologios; Beda en la Historia de Inglaterra, lib. 1, cap. 12; Próspero en su Crónica, y Gregorio Turonense *de Gloria confes., cap.* 14; Adon; san Antonino, segunda parte de su Historia, tit. 12, cap. 17; y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el quinto tomo de sus Anales.

* San Juan Colombini, fundador.—Descendia de una de las mas antiguas familias de Sena. Habiendo sido elegido primer magistrado de su país, se granjeó la estimacion de sus compatriotas por la manera distinguida con que desempeñaba los deberes de su cargo. Pero el honor y la probidad de que gozaba en el mundo, no estaban santificados por la religion; pues Juan vivia en un olvido casi completo de la eternidad. Volviendo un mediodía á su casa muy fatigado por haber estado sumamente ocupado toda la mañana, y no encontrando la comida dispuesta, se entregó á un exceso de cólera, desusado en él. Su esposa para desenojarle, le dió un libro, y le dijo que leyese mientras preparaban la mesa. Contenia este libro algunas vidas de santos. Toma Colombini el libro, y en el acceso de su furor lo tira contra el suelo; pero avergonzándose luego de su accion, vuelve á tomarlo, lo abre y se le presenta la vida de santa María Egipcíaca. Léela, y encuentra tanto placer en su lectura, que ya no se acuerda de su comida. Insensiblemente va enterneciéndose su corazon, concibe dolor por sus pecados pasados, forma la resolucion de cambiar de vida y de renunciar enteramente al mundo que le habia seducido. Su primer paso es dejar su cargo, y dar á los pobres la mayor parte de sus bienes. Las prácticas de mas áspera penitencia le parecian poco para castigar su cuerpo: pasaba las noches enteras en orar y llorar sobre su vida pasada. Convirtió su casa en un hospital, donde recibia á los pobres y á los enfermos. Saliendo un dia de la iglesia, encontró á la puerta un leproso cubierto de úlceras; lo tomó sobre sus hombros, y se lo llevó á su casa atravesando la plaza pública. Sirvióle y cuidóle hasta dejarlo enteramente curado, y despues de haberlo tratado con la mas dulce afeccion, le dió dinero para que pudiese vivir cómodamente en su casa. Habiendo muerto un hijo que tenia y héchose religiosa su hija única, acabó de vender lo que le quedaba, y con el consentimiento de su esposa, hizo voto de perpetua continencia. Reducido á una pobreza semejante á la de los apóstoles, entregóse todo entero al servicio de los hospitales, á los ejercicios de la piedad y á las mortificaciones de la penitencia. Su ejemplo le atrajo un gran número de personas piadosas, que se dedicaron en su compañía al servicio de los enfermos, y á las demás

obras de caridad. Como todos ellos tenian siempre en la boca el nombre de Jesus, el pueblo los llamó *Jesuatos*. Juan Colombini viendo que el número de sus discípulos se habia aumentado considerablemente, formó de ellos una congregacion religiosa, que abrazó la regla de San Agustin y que tomó á san Gerónimo por patron. El santo fundador fué en persona á Viterbo, donde se hallaba el papa Urbano V, que aprobó su órden y le concedió grandes privilegios. La mayor parte de sus primeros discípulos fueron tan fervorosos, que casi todos son honrados en el catálogo de los santos; pero él les aventajó á todos, y murió el dia 31 de julio del año 1367.

San Fabio, mártir. — Durante los primeros dias de la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano, hallábase Fabio en Cesarea, y se convirtió á la religion cristiana al ver el valor y la constancia de los fieles que eran llevados al suplicio. Luego de recibido el bautismo, se negó no solo á frecuentar los templos de los dioses, si que tambien á llevar ninguna insignia que pudiese darle á conocer como pagano. Acusado delante del juez, confesó libremente á Jesucristo, y fué encerrado en una cárcel donde permaneció muchos dias incomunicado. Despues lo llevaron otra vez al tribunal en donde le esperaban algunos doctores gentiles que entablaron con él una larga cuestion sobre la divinidad de la religion cristiana, respondiendo el santo á todos los argumentos con admirable sabiduría. De aquí salió condenado á perder la cabeza; pero antes le hicieron sufrir otros varios tormentos, consumando su martirio, el año 298.

San Calimerio, obispo y mártir. — Floreció durante el siglo II, siendo obispo de Milan. Su sabiduría, su piedad, su zelo y el infatigable desvelo por el bien de la Iglesia, le hicieron uno de los prelados mas recomendables y mas grandes de su tiempo. La silla de Milan brilló durante su pontificado con los mas puros resplandores, viéndose casi libre de las sombras de la idolatría. Toda la Liguria y gran parte de la Italia experimentaron los saludables efectos de la tierna solicitud del santo obispo, que era en todas partes el azote del error, el padre de los pobres y el consuelo de todos los desgraciados. Por fin, despues de una vida perfecta, en tiempo del emperador Antonino Pio, fué Calimerio preso por unos paganos que pretendian hacerle abjurar á Jesucristo, y no pudiéndolo conseguir, le llenaron el cuerpo de llagas, le atravesaron la cerviz con una espada, y arrojándole á un pozo, acabó gloriosamente su existencia por los años 141.

Los santos Demócrito, Segundo, y Dionisio, mártires. — No se sabe de estos santos sino que derramaron su sangre por la fé en la ciudad de Sinada en la Frigia Pacaciana.

San Firmo, obispo y confesor. — Floreció durante el siglo IV, padeciendo muchas persecuciones y siendo varias veces atormentado por darle muerte. Acabala la persecucion de la Iglesia con la conversion de Constantino, fué este santo consagrado obispo de Tagaste, en Africa, cuya silla ilustró con su ejemplo y doctrina. San Agustin habla de él como de un hombre suscitado expresamente por Dios para renovar y confirmar el espíritu de su pueblo, y le propone á los obispos como un modelo perfecto de pastores. San Firmo murió, segun el cardenal Baronio, en el mes de julio del año 372, y su cuerpo despues de muerto despidió el influjo de la celestial virtud, que el santo habia derramado por todas partes durante su vida.

AGOSTO.

Dia 1.

San Pedro Ad-vincula. — El primero dia de agosto celebra la santa Iglesia la festividad de las cadenas del glorioso príncipe de los apóstoles san Pedro, no solamente para hacer gracias al Señor por el beneficio, que nos hizo, en haber librado á nuestro pastor de las manos del rey Herodes, y soltádole de las cadenas con que estaba atado, al punto que le querian ajusticiar; sino tambien para honrar las mismas cadenas y prisiones que tocaron aquel sagrado cuerpo, y que el apóstol con tanta gloria sufrió, y estimó mas que todos los tesoros del mundo, y todos los milagros que hacia. San Lucas cuenta en el libro de los Hechos apostólicos, que el rey Herodes, llamado Agripa, hijo de Aristóbulo, queriendo dar contento á los judios, despues de haber mandado cortar la cabeza á Santiago, el mayor, patron de España, y hermano de san Juan Evangelista, hizo prender á san Pedro, como cabeza de todos los discípulos de Cristo nuestro Señor, y capitan de los demás. Y porque la solemnidad de la pascua no era tiempo oportuno para quitarle luego la vida, mandóle echar en la cárcel, atado con dos cadenas, y con dos soldados que estuviesen siempre á su lado, y con otras muchas guardas á las puertas de la cárcel y de la ciudad, para que humanamente no se pudiese escapar de sus manos. Sintió toda la Iglesia esto golpe, como era razon: juntóse á hacer oracion continua y fervorosa, suplicando al sumo Pastor que no permitiese que su ganado quedase desamparado, y sin aquel que le habia dado por vicario suyo, estando, como estaba, tan rodeado de lobos carniceros que le pretendian despedazar. Oyó el Señor las voces de sus siervos, y la misma noche del dia, en que habian de sacar á la muerte

al bienaventurado apóstol, estando él atado con dos cadenas entre los dos soldados, durmiendo con gran paz y seguridad (como quien sabia que estaba debajo de las alas y proteccion de su dulce Maestro y Dios todopoderoso, y que sin su voluntad ninguna cosa le podia empecer); entró un ángel en la cárcel, y luego toda aquella oscuridad, resplandeció con inmensa claridad, y despertando el ángel á san Pedro, le dijo, que se vistiese y calzase sus sandalias, y que le siguiese; y así libre, y suelto de las cadenas, le siguió, y pasaron por la primera y segunda guarda; y la puerta de la ciudad (que era de hierro) se le abrió; y quedando san Pedro ya en salvo, desapareció el ángel, y el que antes pensaba, que aquel era sueño, conoció que era verdad lo que pasaba, y que el Señor le habia librado de las manos de Herodes, y burlado todos sus consejos, y las vanas esperanzas de los judíos, y oido las plegarias de los fieles, y consoládolos, y á él dádole la vida, para que de nuevo la emplease en su servicio con mayor fervor. Esta es la primera causa de celebrar esta fiesta. Otra es el querer el Señor engrandecer á sus siervos, y magnificar y honrar los trabajos y penas que pasan por su amor: porque así como no hay cosa mas grata y acepta á Dios nuestro Señor, que padecer muchos y grandes tormentos por él; así reparte de estos trabajos con todos sus siervos, y con mas larga mano á los que son mas privados suyos, como lo hizo con el apóstol san Pedro, permitiendo que fuese afligido y encarcelado del rey Herodes, para que estimase é hiciese mas caso de aquellas cadenas con que estaba aprisionado, que de dar piés al cojo de su nacimiento, salud á los dolientes, vida á los muertos, y con sola su sombra librar á todos los enfermos que se le ponian delante. Y así el apóstol san Pablo llama á los filipenses compañeros de su gozo, entendiendo por su gozo, el que tenia de verse aprisionado y cargado de cadenas por Cristo: y queriendo encomendar mucho á los de Efeso, que procurasen ir adelante en la vocacion santa en que habian comenzado, para apretarlos y moverlos mas á hacerlo les dijo: Mirad que yo que estoy atado y aprisionado por Cristo, os ruego y pido esto; porque no hay cosa para mí mas gloriosa, ni para vosotros mas provechosa que mis cadenas; y de la misma manera estimó san Pedro las suyas, y estiman todos los santos las que padecen por el Señor. El cual, como buen pagador, para darles aun acá en esta vida el galardon de este su contento y gloria, que tienen en padecer por él, no solamente quiere que sean honrados los cuerpos y los miembros que padecieron, sino tambien los instrumentos con que padecieron, y que las cárceles, calabozos, cruces, esposas, grillos y cadenas con que fueron atormentados, sean tenidos de los fieles en suma veneracion. Por esto dice san Juan Crisóstomo en un sermon que anda en su nombre (aunque mas parece de Proclo), estas palabras: «Con estas cadenas, como piedras preciosas, se ataviaba el apóstol: con estas andaba ufano, alegre y regocijado, como si estuviera adornado con vestido real, entendiendo, que no eran menos instrumentos de su gloria, que de su pena, ni su corona menos que de su tormento. Estas mismas cadenas tiene hoy la santa Iglesia, esposa de Jesucristo, como una joya preciosa para su adorno, y todo el pueblo cristiano las besa y reverencia, y por ellas piensa alcanzar perdon de sus pecados.» Hasta aquí es de san Crisóstomo. Y vese que las cadenas de san Pedro (por hablar de ellas, y dejar las demás) fueron tenidas siempre en gran reverencia, por lo cual leemos en los Actos de san Alejandro, papa y mártir, que besando los fieles las prisiones con que el santo estaba aherrojado, les dijo: «No beseis mis prisiones, sino buscad las cadenas de mi señor san Pedro, y besadlas y tenedlas en gran reverencia.» Y san Gregorio, papa, escribe, que solian enviar los sumos pontífices unos polvos y limaduras de las cadenas de san Pedro, encajadas en una llavecita de oro, que hubiese estado sobre el sepulcro del santo apóstol, por un don singular: y el mismo san Gregorio envió una de estas llaves á Childeberto, rey de Francia, y le dice estas palabras: «Tambien os enviamos las llaves de san Pedro, y en ellas las limaduras de sus cadenas; para que trayéndolas al cuello, os defiendan de todos los males.» Y en otra epístola, escribiendo á Teotiste, le dice: «A mas de esto por bendicion de san Pedro os envió una llave que ha estado sobre su santísimo cuerpo, por la cual Dios ha obrado el milagro que aquí diré:» y cuenta, como un longobardo, burlándose de la llave, y queriendo con un cuchillo quebrarla para aprovecharse del oro, fué arrebatado del espíritu maligno, y con el mismo cuchillo se hirió en la garganta, y en la misma hora espiró. Y no solamente la santa Iglesia ha querido honrar las cadenas de san Pedro, como honra las de san Pablo, y las de los otros santos; pero ha instituido particular fiesta para celebrarlas: lo cual no hace con las cadenas de ninguno de los otros santos: porque parece, que esta manera de honra habia de ser propia de aquel sagrado apóstol y príncipe de la Iglesia, á quien Dios habia dado potestad amplísima para desatar las cadenas de nuestras culpas y pecados.

2 La ocasion de instituirse esta fiesta fué la que aquí diré. Eudocia, mujer del emperador Teodosio, el menor, fué por su devocion á visitar los santos lugares de Jerusalen, y allí hubo las dos cadenas, con que san Pedro habia sido aprisionado del rey Herodes: las cuales, san Juan Crisóstomo dice, que algunos de los soldados que guardaban á san Pedro, y despues se convirtieron, las tomaron, escondieron y guardaron. De estas dos cadenas que hubo la emperatriz Eudocia de Juvenal, obispo de Jerusalen, la una llevó á Constantinopla, y la otra, como un precioso tesoro, envió a Roma á su hija Eudoxia, que era mujer del emperador Valentiniano el III, y fué tan grande la alegría y regocijo que hubo en Constantinopla y en Roma con estas cadenas, que en la una ciudad y en la otra se instituyó fiesta particular para celebrarlas. Y en Roma sucedió luego un milagro, que acrecentó mas la devocion de las cadenas: porque habiendo dado Eudoxia al papa la cadena,

que su madre Eudocia le habia enviado, el sumo pontífice hizo traer la cadena con que el santo apóstol habia sido encadenado en Roma en tiempo del emperador Neron, y cotejado la una cadena con la otra, se juntaron ambas en una, como si fuera una misma cadena labrada por un mismo artífice: y por este milagro y por otros que sucedieron, Eudoxia edificó un solemne templo en honra de san Pedro, que se llamó: «El título de Eudoxia,» y ahora se llama: «San Pedro Ad-vincula:» donde se guarda la dicha cadena, hecha de dos cadenas, como dijimos: la cual se tiene en gran reverencia, y el 1 dia de agosto (que es muy solemne en Roma), con gran devocion concurre toda la ciudad á tocar, y besar, y poner sobre su cabeza la cadena de san Pedro.

3 Tambien andando el tiempo, el año de 979, sucedió que un conde, criado del emperador Oton II, estando en Roma, fué tan gravemente atormentado del demonio, que él mismo se despedazaba con sus dientes, y no habia quien le pudiese tener: el cual por mandado del emperador fué llevado al papa, que era Juan XIII, para que le mandase poner sobre su cuello la cadena de san Pedro, porque no habian aprovechado otros remedios que se habian usado para librarle; y en poniéndole la cadena del santo en el cuello, luego se amansó aquel caballero que estaba furioso, y el demonio, echando espumarajos por la boca, y dando horribles y espantosos alaridos, le dejó libre y sano, como si tal no hubiera padecido. Y hallándose presente á este milagro un obispo de Metz, llamado Deodórico, echó mano de la cadena, y dijo, que no la soltaria, sino cortándole la mano; y despues de varias contiendas y disputas, el emperador alcanzó del papa que le diese un eslabon de la cadena, con el cual quedó él satisfecho y contento, y toda la gente mas devota del santo apóstol, y deseosa de reverenciar aquella cadena, por la cual el Señor obraba tantas maravillas. Supliquemos á su divina Majestad, que por la intercesion de su glorioso apóstol san Pedro nos libre de las duras cadenas de nuestros pecados, las cuales él solo puede con su brazo poderoso romper y deshacer. De las cadenas de san Pedro, y de la institucion de esta fiesta, escribe acertadamente el cardenal Baronio en el quinto tomo de sus Anales, y en las anotaciones del Martirologio romano, y Sigisberto en su Cronicon en el año del Señor de 979. Otras cosas escriben otros, que, ó son inciertas, ó apócrifas, y contrarias á la verdad de la historia.

LOS SANTOS SIETE MACABEOS, HERMANOS, MÁRTIRES. —El mismo dia que celebra la Iglesia las cadenas de san Pedro, hace conmemoracion de siete hermanos Macabeos: los cuales, siendo hebreos, murieron en Antioquía con su bienaventurada madre, por guarda y defensa de la ley de Dios. La historia de este martirio se escribe muy por extenso en el segundo libro de los Macabeos á los siete capítulos, de esta manera. En el tiempo que Antíoco Epífanes entró en Jerusalen, y profanó y robó el templo, y saqueó la ciudad, y mató muchos ciudadanos, é hizo otros desafueros y crueldades extrañas, en odio y ruina de los judíos; para echar el sello á sus maldades, quiso hacer que idolatrasen, ó fuesen en algo contra su ley, para que enojado el Señor con ellos, los desamparase, y estuviesen fuera de su amparo y proteccion: y despues de haber atormentado sobre esto á un escriba, hombre principal, y por su ancianidad y presencia, venerable, llamado Eleázaro (que quiso antes perder la vida, que quebrantar la ley de Dios, ó fingir que la quebrantaba, por no escandalizar á nadie, ni dar ocasion á los mozos de errar, pensando, que él habia prevaricado); fué traida delante del rey una valerosa mujer con siete hijos que venian con ella. Decíanles, que comiesen manjar que segun su ley no podian comer: y como no quisiesen, los azotaron cruelmente con nervios de bueyes, amenazándolos con otros mayores tormentos. El mayor de todos los hermanos, llamado Macabeo, respondió: No te canses, rey, ni pienses que nos podrás espantar; porque estamos aparejados á padecer antes la muerte, que hacer cosa contraria á lo que nos manda la ley de Dios. Enojóse el rey, y mandó calentar ollas de cobre y sartenes, y cortar la lengua, y desollar el cuero de la cabeza á aquel primero; porque le habia hablado con tanta libertad: y no contento con esto, le mandó cortar las extremidades de los piés y de las manos, y en una de aquellas sartenes ó calderos en seco, asarle poco á poco, hasta que murió, estando presentes la madre con los demás hijos: los cuales unos á otros se animaban á padecer semejantes tormentos, pidiendo á Dios favor para sufrirlos, y teniendo esperanza que se les daria. Por los mismos tormentos pasó el segundo hermano: el cual, estando ya para espirar, volviéndose al rey, le dijo: Tu, hombre malvado, nos matas en la presente vida; mas el rey del cielo nos resucitará para vida eterna; pues recibimos la muerte, por no quebrantar su ley. Muerto el segundo, echan mano del tercero: atorméntanle: pídenle la lengua para cortársela; y él con gran prontitud la sacó, y extendió las manos con maravillosa constancia para que se las cortasen, diciendo: Estos miembros he recibido de Dios, y me huelgo de ofrecérselos ahora por la guarda de su ley; y estoy cierto que los recibirá muy mejorados en la vida eterna. Quedó el rey admirado, viendo el ánimo y esfuerzo de este mancebo; porque padeciendo tales y tan graves tormentos, no daba muestras de dolor y sentimiento alguno. Muerto el tercero, traen al cuarto; y atormentándole de la misma manera, dijo al rey: Mejor es que nosotros muramos con esta muerte que nos das, para ser resucitados y vivir vida bienaventurada con Dios, que no sufrir la que tú padecerás; pues resucitarás, no para la vida eterna, sino para el infierno sempiterno. Atormentaron luego al quinto; y puesto en el tormento decia: No pienses, que porque tienes poder para atormentar nuestros cuerpos, Dios nos tiene olvidados, como te tiene á tí, que algun dia verás el castigo de Dios sobre tí, y sobre tus hijos, y seréis miserablemente abatidos, atormentados y afligidos de su poderosa mano. Traen al sexto, y dijo

al tirano: Estos tormentos que padecemos, bien merecidos los tenemos por nuestros pecados; y los que tú cometes en atormentarnos, ten por cierto que tambien los has de pagar, y que la paga será mucho mas rigurosa que la nuestra.

2 En estos tormentos y muertes de los seis hijos estaba la santa madre, y digna de eterna memoria, viéndolos morir; y vencida la natural ternura de su corazon, con la esperanza que tenia en Dios, amonestaba á cada uno con palabras varoniles y llenas de sabiduría. Hijos mios (decia), yo no sé, cómo fuisteis concebidos en mi vientre: porque yo no os he dado el espíritu, el alma, la vida que teneis, ni la forma á vuestros miembros: mas aquel Señor, que es fuente original de todas las cosas, os crió de nada, y os dará otra vez por su misericordia la vida; porque ahora menospreciais vuestras vidas, por guardar sus mandamientos. Muertos los seis hermanos, viendo el rey Antioco, que era vencido de aquellos santos mozos, y que no quedaba sino uno, comenzó á hacerle grandes halagos y caricias, y á prometerle con juramento, que le haria rico y poderoso, si dejaba la ley de sus pasados; y no contento con esto, llamó á su madre, y con muchas palabras le encargó que aconsejase al sétimo hijo, que no se dejase matar, como sus hermanos. Ella dice, que persuadirá á su hijo lo que le convenia: y haciendo burla del tirano, llegándose á su hijo, le dijo en su lengua: Hijo mio, ten lástima de mí, que te traje nueve meses en mis entrañas, y te di tres años leche de mis pechos, y te he sustentado hasta la edad en que estás. Ruégote que mires al cielo y á la tierra, y á todo lo que en el universo se contiene, y que entiendas, que Dios lo hizo todo de nada: porque armado con esta consideracion, no temerás á este cruel carnicero: y siendo semejante á tus hermanos, padecerás estos tormentos con el esfuerzo, con que ellos los han padecido, para que yo con ellos goce de tí para siempre. Esforzado el último hijo con las palabras de la valerosa madre, se volvió al tirano, y le dijo: Tú, inventor de toda malicia y crueldad contra los hebreos, ¿piensas librarte de las manos de Dios? Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados: mas el Señor, que está al presente airado con nosotros, presto se desenojará y nos mostrará entrañas benignas de padre. Tú, malvado, y sobre todos los hombres crudelísimo y encarnizado, y sediento de nuestra sangre, no te desvanezcas con tus vanas esperanzas; porque aun no te has librado del juicio de Dios todopoderoso y penetrador de los corazones. Mis hermanos, habiendo pasado un breve dolor, están ahora en refrigerio: mas tú, por justo juicio de Dios, pagarás las penas debidas á tu soberbia. Yo y mis hermanos, damos nuestras vidas por la defensa y guarda de las leyes que Dios nos dió, suplicando amanse su ira, y que presto mire con ojos blandos y amorosos á todo nuestro pueblo, y que á tí te haga confesar con tormentos, que él solo es Dios verdadero, y criador de los cielos y de la tierra. En mí y en mis hermanos se acabará la ira que Dios tiene contra los hebreos, y se aplacará con nuestra sangre. Embraveciése el tirano sobre manera contra este, mas que contra todos sus hermanos; y así le hizo padecer mayores tormentos, y él los sufrió con grande constancia. Muertos los siete hijos, hizo el tirano matar á la santa y valerosa madre digna de perpetua gloria y alabanza, no solamente por haber parido tales hijos, sino por haberlos criado en temor de Dios, y vísteles morir delante de sí con gran fortaleza, y animándolos para que muriesen con alegría por la ley de Dios, teniendo mas cuenta con ella, que con el afecto tierno de madre, juzgando, que morir por Dios, es verdadera vida: y por esta razon muchos santos y gravísimos doctores de la Iglesia, dicen maravillas de esta santa madre, y de sus hijos, y nunca acaban de alabarlos. San Gregorio Nacianceno hizo una oracion en su alabanza: san Juan Crisóstomo una homilía particular: san Agustin en el sermon 109 y 110. San Gerónimo *de Script. eccles.*, san Ambrosio, *lib. de Jacob, cap.* 10 *y* 12, Teófilo Alejandrino, san Leon, papa, Gaudencio, Eusebio Emiseno, y otros muchos autores celebran el martirio de estos siete hermanos y de su madre: y lo que es mas, toda la Iglesia católica, que no suele hacer fiesta á los santos del viejo Testamento, la hace á estos, por haber sido tan ilustre su martirio, y mover á los cristianos con su ejemplo, para que mueran con alegría y fortaleza (cuando se ofreciere la ocasion) por la ley evangélica: pues estos bienaventurados hermanos dieron sus vidas por guardar la ley antigua: porque si ellos fueron tan valerosos, y padecieron tantos y tan horribles tormentos, por no comer de un manjar vedado por su ley, antes que Cristo viniese al mundo; ¿qué hicieran por la confesion del mismo Cristo, si vivieran despues que él murió en una cruz, y derramó su sangre por ellos? Tambien celebra la Iglesia la memoria de estos santos hermanos, para que entendamos que todos los que se salvaron en el viejo Testamento, pertenecen al nuevo; y que la fortaleza que tuvieron los mártires, que murieron en él por la ley y verdad de Dios, la tuvieron por Jesucristo nuestro Salvador: y que todos los justos del viejo y del nuevo Testamento hacen una Iglesia, y son miembros de un cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo. Josefo, judío, autor grave, escribió la historia de estos santos, y dice, que la madre se llamaba Salomona, y el hijo mayor de los siete, Macabeo, el segundo Aber, el tercero Machir, el cuarto Judas, el quinto Achas, el sexto Arath, y el sétimo y último Jacob, y que eran de un pueblo de Judea, que se decia Sosandro, y que fueron llamados Macabeos. El Martirologio romano dice, que sus sagradas reliquias fueron trasladadas á Roma, y colocadas en el título de Eudoxia, que es, como queda dicho, el de san Pedro Ad-vincula.

SAN ETELVOLDO, OBISPO Y CONFESOR.—San Etelvoldo fué inglés, y nació en la ciudad de Vinthonia, de padres nobles y piadosos: su madre se llamó Félix, á la cual, estando preñada de él, Dios nuestro Señor le descubrió en sueños, que el hijo, que tenia en las entrañas, seria gran siervo suyo y lumbrera de la Iglesia. Nació Etelvoldo, y creció no menos en virtudes, que en edad; y con el buen ingenio, excelente memoria, y perpe-

tuo estudio, vino á ser muy docto, y bien adornado de letras. Ordenóse de sacerdote: y para serlo con mas perfeccion, se fué al monasterio de Glasconia, y allí debajo de la disciplina de Vulstano tomó el hábito de religioso, y se dió á la oracion, ayunos, penitencias, y observancia de su regla con tanta exaccion, que vino á ser espejo de los otros monjes, y dechado de toda virtud. Tuvo noticia de la santidad de Etelvoldo el rey Edredo, y dióle un lugar, donde antes habia habido un pequeño monasterio, y á la sazon estaba despoblado, y se llamaba Avendonia. Edificóle el santo á costa del mismo rey, y llenóle de religiosos, y mucho mas de virtudes y de ejemplos de rara santidad. Entre los otros monjes habia uno, que se llamaba Elstano, de maravillosa simplicidad y obediencia, que tenia cargo de proveer á los oficiales del convento: quiso Etelvoldo probar su obediencia, y con su ejemplo enseñar á los demás, y díjole, que si él era verdadero obediente, y soldado de Cristo, que metiese la mano en una olla hirviendo, y que sacase de ella una porcion de carne. Al momento obedeciendo á la voz de su abad, metió Elstano la mano en la olla, y sacó la carne sin sentir dolor, ni daño alguno, por su obediencia; porque nuestro Señor se agradó tanto de ella, que le guardó, y despues fué abad del mismo monasterio, y aun obispo de la misma ciudad. Grande era la fama de Etelvoldo; y con razon: porque él no se desvelaba en otra cosa de noche y de dia, sino en amplificar la gloria de nuestro Señor Jesucristo, y sacar las almas de pecado, y hacer guerra al demonio, como fiel ministro del Señor. Entre las otras virtudes que tuvo, fué muy dado al culto divino, y á edificar templos, en que Dios fuese reverenciado y adorado. Mas el demonio tuvo tanto enojo de esto, que un dia, que estaba ocupado en cierto edificio, hizo caer sobre él un poste que le derribó, y se quebró las costillas de todo un lado; pero Dios le guardó, y en breve cobró la salud, y á instancia del rey fué consagrado en obispo de Vinthonia. Sentado en aquella silla, halló que los canónigos habian caido de la observancia antigua de sus santas instituciones, y que vivian escandalosamente, tomando y dejando las mujeres á su voluntad, y oscureciendo con su mala vida el esplendor de su profesion: y habiéndolo consultado con el rey, y alcanzado el beneplácito de la sede apostólica, echó de su casa á los canónigos, y puso en ella los monjes de Avendonia; y él los gobernaba como abad y como obispo. Los que habian sido echados por su mala vida, no trataron de enmendarse, sino de vengarse de él, que tan justamente los habia castigado: para esto dieron al obispo tósigo fortísimo. En acabándole de beber, luego perdió el color, y sintió el veneno en las entrañas, y la muerte que venia por él: levantóse de la mesa: echóse en la cama; y comenzó á reprenderse, y decir entre sí: ¿Dónde está la confianza en Dios, que tú tantas veces, y con tanto ahinco has enseñado á los otros? Si el Señor te quiere ayudar, ¿qué fuerza puede tener contra tí la ponzoña? No dudes que el Señor con su virtud le quitará la fuerza y no te hará daño. Hablando de esta manera consigo mismo, el veneno perdió su fuerza, y el santo quedó sano; y con un rostro sereno y alegre, se levantó de la cama.

2 Habia en aquel tiempo muy pocos monasterios en Inglaterra; porque con las guerras y turbaciones pasadas, muchos habian sido arruinados, y casi en sola Glasconia y Avendonia florecian. Viendo, pues, el santo lo que importaba para bien de todo el reino, que hubiese muchos religiosos que sirviesen á Dios en estado de perfeccion, fundó muchos monasterios de hombres, en los cuales vivian los religiosos como unos ángeles en cuerpo mortal. Envió Dios en su tiempo una extremada hambre en toda Inglaterra, y la gente de pura necesidad se moria. Acudió el santo obispo al remedio: recogió todos los pobres que pudo; y con las rentas de la Iglesia los sustentó: y cuando se acabaron, tomó los ornamentos ricos, cruces, cálices, y los otros vasos sagrados, y todo el tesoro de la Iglesia, y gastóle con grande ánimo y liberalidad en socorrer á los pobres, para que no pereciesen de hambre. No faltaron personas, á quienes esta piedad del obispo les pareciese mal, juzgando que las cosas preciosas de la Iglesia, y dedicadas una vez al culto divino, no se habian de gastar en cosas seglares y profanas; pero el santo obispo dando un profundo gemido de lo mas íntimo de su corazon, respondió, que no sabia él como el oro y la plata, y las otras cosas insensibles se debian guardar, y no tocar á ellas, viendo que el hombre, que es imágen de Dios, y comprado con su sangre, se moria de hambre, y que con aquel oro y plata se podia remediar.

3 Tentó el demonio á un monje, para que hurtase ciertos dineros del convento: hurtólos; y san Etelvoldo mandó, que el que los habia hurtado se los manifestase, para que con su bendicion los pudiese tener, ó que los pusiese en tal parte. El monje, que los habia hurtado, hízose sordo, y como se habia tragado el pecado del hurto, tambien se tragó el de la desobediencia. Entonces el santo llamó á todo el convento, y dijo: Pues el monje sacrílego no quiere con bendicion restituir el dinero que ha hurtado; restitúyale con la maldicion de Dios todopoderoso, y por nuestra autoridad quede atado en el alma y en el cuerpo. Cosa maravillosa, súbitamente los brazos de aquel triste monje quedaron tan atados, que en ninguna manera los pudo mover, teniendo libres todos los demás miembros de su cuerpo: y con esto confesó su pecado y aceptó la penitencia, y con la bendicion de su prelado pudo mover los brazos.

4 Estaba una noche velando y leyendo en un libro, ya cansado y fatigado del sueño, se adormeció, y la candela encendida cayó sobre el libro; y con haberse gastado todo el libro, no se quemó. Habiendo, pues, gobernado santamente veinte y cuatro años su Iglesia, y florecido y resplandecido con admirable santidad, llegó el fin dichoso de su vida, y el dia 1 de agosto dió su espíritu al Señor, el año de 984, reinando el rey Etelredo. Su sagrado cuerpo quedó hermoso y venerable, que mas parecia vivo que muerto. Enter-

ráronle en una bóveda del monasterio, y nuestro Señor le ilustró con muchos y grandes milagros.

5 La vida de san Etelvoldo escribió Vulstano, monje vintonense, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hace mencion de él el Martirologio romano el dia 1 de agosto, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y Juan Molano en las Adiciones de Usuardo, y Polidoro Virgilio en la Historia de Inglaterra.

* Las santas Fé, Esperanza, y Caridad, vírgenes y mártires.—Estas tres santas hermanas fueron cruelmente atormentadas en Roma, en tiempo del emperador Adriano. Santa Sofía, su madre, les dió los nombres con que son conocidas, por devocion á las tres virtudes teologales. Despues de haberlas educado en la piedad, ella misma las exhortó á confesar generosamente el nombre de Jesucristo, y las vió con alegría derramar su sangre por la causa de la religion. El culto y los nombres de estas santas mártires fueron antiguamente muy célebres en las Iglesias de Oriente y Occidente.

San Justino, mártir.—Nació en Auxerre y fué educado en las mas puras máximas de la piedad cristiana. Su hermano mayor habia caido cautivo y sido conducido á Amiens; Justino acompañó á su padre á esta última ciudad, cuando fué para rescatar á su hijo. Despues de haber obtenido lo que deseaban, ambos se apresuraron á salir de Amiens, donde la persecucion contra los cristianos empezaba á ser muy violenta. Como habian sido reconocidos, los infieles mandaron perseguirlos; pero los soldados que habian salido en su busca, no les alcanzaron hasta el pueblo de Louvres cerca de París. Justino se presentó para responderles, disponiendo al mismo tiempo que su padre y su hermano se escondiesen: los soldados se empeñaron inútilmente en saber donde estaban los que ellos principalmente buscaban, é irritados de la constancia con que Justino se negaba á responderles, le cortaron la cabeza. Su cuerpo fué enterrado en Louvres, y la cabeza trasladada á Auxerre, donde este santo es venerado con gran devocion desde el siglo V.

Los santos Boxo, presbítero, Fausto, y Mauro, con otros nueve mártires.—Todos estos santos estaban al servicio de la Iglesia de Roma en tiempo del papa san Estéban. Habiéndose levantado una persecucion contra los cristianos, y muerto en ella su santo pastor, derramaron tambien ellos su sangre por la fé en la misma ciudad de Roma, el año 257.

San Eusebio, obispo y mártir.—Fué obispo de Vercelí durante el siglo IV, y mereció esta dignidad por su ciencia, sus costumbres puras, y su tierna piedad. Señaló su zelo por la fé en el concilio de Milan celebrado en 353. Al principio propuso que todos los obispos suscribiesen á la fé de Nicea antes de empezar deliberacion alguna; pero muy luego el emperador Constancio se hizo dueño de la asamblea, y con amenazas ó sorpresa logró que la mayor parte de los prelados suscribiesen la condenacion de san Atanasio. Los que tuvieron la constancia de resistirse, fueron desterrados, siendo de este número el venerable y distinguido Eusebio, que no pudo volver á su diócesis hasta despues de la muerte del emperador. Lleno de indignacion por las maldades que se cometian contra la virtud del cristianismo, recorrió la Grecia, la Iliria, la Italia, y por todas partes opuso un dique á los estragos del arrianismo, hasta que murió en 373. Pueden verse mas noticias de este santo en el dia 15 de diciembre donde se vuelve á hablar de él.

San Félix, mártir.—Su vida está continuada con la de san Cucufate en el dia 25 de julio.

Los santos Cirilo, Aquila, Pedro, Domiciano, Rufo, y Menandro, mártires.—Fueron martirizados en la ciudad de Filadelfia, en Arabia, en los primeros siglos de la Iglesia. Ignóranse las particularidades de su vida y de su muerte por haberse perdido las actas de su martirio.

Los santos Leoncio, Accio, Alejandro y otros seis compañeros, mártires.—Eran naturales de Panfilia, y ejercian la profesion de labradores de los campos. El presidente Flaviano publicó en su provincia los edictos del emperador Diocleciano contra los cristianos, y nuestros santos que estaban encendidos en amor y deseo del martirio, entraron un dia en el templo de Diana, y derribaron todas las estatuas de la diosa que en él habia. Al momento fueron presos y atormentados; pero no desmayando por esto su constancia, fueron otra vez encerrados en un oscuro calabozo en el cual permanecieron por muchos dias sin probar alimento alguno. Por fin, habiéndolos expuesto á las fieras y no recibiendo de ellas daño alguno, fueron degollados en la ciudad de Perga, el año de 304.

San Vero, obispo y confesor.—Fué discípulo de los apóstoles y el quinto obispo de Viena, en Francia, consagrado y enviado á aquella Iglesia por el papa san Alejandro. En tiempo del emperador Trajano, arreciando la persecucion contra los fieles, Vero se refugió á Roma, pero el sumo pontífice san Pio, lo confirmó en el obispado y lo mandó otra vez á su diócesis. En ella continuó sus trabajos apostólicos hasta el año 136 en que murió martirizado, despues de un pontificado de veinte y dos años y algunos meses.

San Nemesio, confesor.—Ninguna noticia ha llegado de este santo hasta nosotros, mas que el nombre. El Martirologio romano no dice mas que estas palabras: «En una aldea de Lisvin san Nemesio, confesor.» En ninguna otra parte hemos podido encontrar nada referente á su vida.

Dia 2.

San Estéban, papa y mártir.—San Estéban, papa y mártir, I de este nombre, fué romano, hijo de Julio, y por sus grandes merecimientos, habiendo sido antes arcediano de la Iglesia romana, por la muerte del papa Lucio, fué elegido por sumo pastor, y vicario en la tierra, de Cristo nuestro Redentor, imperando Valeriano y Galieno, su hijo. En su tiempo estos emperadores persiguieron cruelísimamente la Iglesia del Señor, y muchísi-

mos cristianos eran despedazados y consumidos con atrocísimos tormentos: algunos por temor de ellos, vencidos de su flaqueza, desfallecian en la fé: otros se escondian en las cuevas y lugares soterráneos, y en los mismos sepulcros de los muertos, entre los cuales hallaban mejor compañía que entre los vivos. De estos fué uno el santo pontífice Estévan: el cual, oyendo decir que los emperadores habian mandado pregonar, que cualquiera que acusase ó descubriese algun cristiano, fuese señor de toda su hacienda, y alcanzase honra y dignidad en la milicia; juntó el clero romano, y díjole: Ya habeis oido, hermanos mios y soldados de Jesucristo, el edicto impío y diabólico que los emperadores han publicado contra nosotros para despojarnos de nuestras haciendas y de nuestras vidas: ahora es tiempo que menospreciemos las riquezas de la tierra, para que no perdamos las del cielo. No temais á los príncipes de la tierra, sino al Señor y Dios de la tierra y del cielo Jesucristo; que él os librará de cualquiera tribulacion y afan: y si muriéredeis por él, teneos por dichosos y bienaventurados. Con estas y otras semejantes palabras los animó y esforzó el santo pontífice en aquella cueva, donde estaba, bautizando, predicando y administrando los sacramentos á los fieles, y haciendo grandes milagros en testificacion de nuestra santa fé. Entre otros dió la vista á una doncella llamada Lucilla, hija de Nemesio, tribuno, el cual se hizo cristiano, y fué ordenado de diácono; y él y su hija fueron mártires del Señor, y con gran constancia murieron por su santísima fé. Así lo hicieron otros muchos, que por mano del santo pontífice Estévan se convirtieron, y fueron bautizados, y merecieron la corona del martirio, como fueron Sempronio, criado de Nemesio, Olimpio, Exuperia, su mujer, Teódulo, y doce clérigos, que se llamaban Fausto, Mauro, Primitivo, Columnio, Juan, Exuperancio, Cirilo, Honorato, Teodosio, Basilio, Castulo y Donato. Mas como los emperadores entendiesen que el padre y maestro de todos los mártires era el santo pontífice Estévan, y que los hacia mayor resistencia, y con mayor ánimo y valor predicaba la religion de Cristo, sin hacer caso de sus edictos y mandatos; concibieron gran saña y furor contra él, y enviaron una escuadra de soldados que le prendiesen á él y á todos los clérigos que con él hallasen. Fué preso con gran copia de presbíteros, diáconos y clérigos, y llevado delante del emperador Valeriano: y despues que tuvo un razonamiento con él, por su mandato fué llevado al templo de Marte, para que en él sacrificase, ó no queriendo hacerlo, recibiese la sentencia de muerte. Estando en el templo de Marte el santo pontífice alzó los ojos al cielo, en presencia de todos aquellos ministros imperiales que le acompañaban, y con grande afecto de corazon y copia de lágrimas, oró de esta manera: Señor Dios, Padre de mi Señor Jesucristo, que con tu brazo poderoso arruinaste la torre de Babilonia, yo te suplico humildemente, que destruyas este lugar, en el cual el demonio es tenido por dios, y la supersticion é impiedad tan libremente se ejercita. Apenas habia dicho estas palabras, cuando se oyó un horrible y espantoso trueno, y cayó un rayo del cielo que arruinó buena parte de aquel templo de Marte; y todos los soldados y sayones, despavoridos y atónitos, huyeron, y dejaron á san Estévan libre con los cristianos que le acompañaban: con los cuales se fué luego al cementerio de la bienaventurada Lucina, y allí exhortó á los cristianos, que tuviesen fuerte, y no temiesen las amenazas y tormentos de los tiranos, cuyo poder no se extiende mas que á los cuerpos y á la vida temporal: y para animarlos mas, y alcanzar la gracia del Señor, se puso á decir misa. Estando diciéndola, vinieron nuevos soldados del emperador para prenderle: y aunque el santo oyó el ruido y estruendo de la gente armada, y entendió á lo que venian, no se alteró, ni se turbó, antes con gran sosiego y devocion acabó el sacrosanto misterio de la misa que habia comenzado: y en aquel lugar, estando delante del altar, sentado en su silla, le cortaron la cabeza á los 2 de agosto del año del Señor de 270, imperando (como se ha dicho) Valeriano y Galieno. Su cuerpo, con la silla en que fué degollado, bañada de sangre, fué enterrado en aquella misma cueva, en el lugar que se llama el Cementerio de Calixto. Tuvo la silla de san Pedro tres años, tres meses, y veinte y dos dias. Hizo órdenes dos veces por el mes de diciembre, y en ellas ordenó seis sacerdotes, cinco diáconos y tres obispos. De este santo pontífice hay un decreto, en que manda, que las vestiduras, con que se ha de ofrecer á Dios sacrificio, sean honestas y consagradas, y que ninguno use de ellas, ni las toque, sino fuera hombre sagrado y en lugar sagrado: porque no le acontezca lo que al rey Baltasar, que por haber profanado los vasos del templo, sintió sobre sí la venganza del cielo. Ordenó tambien, que ningun hombre infame pudiese ser admitido á dignidad eclesiástica. En tiempo de este santo pontífice se levantó una gran borrasca y turbacion en la Iglesia: porque muchos obispos y santísimos varones, y entre ellos san Cipriano en Africa, y san Dionisio obispo de Alejandría en Oriente, fueron de parecer, que los que habian sido bautizados por los herejes, cuando se convertian á la Iglesia católica, debian ser bautizados de nuevo, no teniendo por verdadero bautismo, el que habian recibido de los herejes: pero el santo pontífice Estévan se les opuso con tanta autoridad y resolucion, que todos amainaron y se sujetaron á lo que él, como sumo pastor y cabeza de toda la Iglesia católica, decretó y mandó guardar: que fué, que cuando los herejes en su bautismo guardan la forma é intencion de la santa Iglesia, dada por Jesucristo, es verdadero bautismo: y no hay por qué repetirle, ni por qué bautizar de nuevo, al que así fuere bautizado. De este hecho de san Estévan, papa, dice Vincencio Lirinense, autor gravísimo, y de mas de mil años, estas palabras: «Cuando todos desechaban la novedad, y todos los sacerdotes repugnaban á lo que se queria introducir, la bienaventurada memoria del papa Estévan, que tenia la silla apostólica sobre todos los otros sus compañeros, hizo resistencia, juzgando (á lo que creo) que era

conveniente, que tanto él se aventajase en la devocion de la fé á todos los demás, cuanto les era superior en la autoridad de su dignidad. Y escribió en una epístola, que no se habia de hacer cosa nueva, sino conservar lo que se ha recibido de nuestros padres; porque nosotros no debemos llevar la religion adonde queremos, sino seguir adonde ella va: y es propio de la modestia y gravedad cristiana, no querer enseñar á nuestros sucesores nuestra doctrina, sino conservar la que recibimos de nuestros antepasados.» Esto es de Vincencio Lirinense, hablando de la autoridad y constancia con que san Estévan, papa, se opuso á los que querian introducir en la Iglesia aquella novedad; aunque algunos de ellos con santo zelo y pensando acertar. Tambien se ha de advertir el castigo que Dios nuestro Señor dió al emperador Valeriano, por la crueldad que usó contra san Estévan, papa, y los otros fieles y miembros de la Iglesia: porque habiendo este emperador sido antes muy humano y benigno para con los cristianos, y todo el tiempo que lo fué, florecido en gran manera, y tenido grandes prosperidades; despues que engañado de un mago y nigromántico, se trocó y los comenzó á perseguir, fueron innumerables las calamidades que padeció, y el cielo y la tierra, y todos los elementos, parece que se conspiraron contra él. Y finalmente en una batalla que tuvo con Sapor, rey de Persia, fué vencido y encadenado, y tratado tan vil y afrentosamente, que cada vez que el rey de Persia queria subir á caballo, ponia el pié sobre su cuello, y se servia de él, como de un poyo; y por muchas cartas que le escribieron algunos grandes príncipes, siempre le tuvo en este cautiverio y miserable servidumbre; y al fin le hizo desollar vivo y salar como un puerco: que estos fines suele dar Dios algunas veces para escarmiento de otros, á los que persiguen la verdad; y en esto paran sus consejos, astucias y desafueros. Y con haber padecido el emperador Valeriano lo que padeció, su hijo Galieno no hizo caso de ello, ó á lo menos no hizo diligencia para librar á su padre. Escríbese la vida de san Estévan, papa y mártir, en los Actos de los notarios de la Iglesia romana, los cuales trasladó Metafraste, y los trae el cardenal Baronio.

* SANTA TEODOTA, CON SUS TRES HIJOS, MÁRTIRES. —Vivia esta santa madre en Nicea de Bitinia, ocupada en los deberes de su estado, y particularmente en inspirar á sus hijos el temor y amor de Dios. Cuando se encendió la persecucion del emperador Diocleciano contra los cristianos, fué presa con toda su familia y presentada á Nicecio, gobernador de Bitinia. Su valor y alegría al verse en la presencia del tirano, fueron conformes á los ardientes deseos que habia manifestado siempre de derramar su sangre por Jesucristo. Siendo interrogada, contestó por ella y por todos Evodio, su hijo primogénito, y al momento fué mandado azotar cruelmente delante de su madre que le animaba con fervorosas palabras á padecer por Cristo. Despues mandó Nicecio que Teodota fuese conducida á una casa pública de prostitucion; pero fué tal el ascendiente de la santa y la gracia que la acompañaba, que una porcion de las mujeres que estaban en ella se hicieron cristianas. Luego que el juez supo esta noticia, dispuso que la madre volviese á reunirse con sus tres hijos y que los cuatro fuesen arrojados á una grande hoguera que se habia encendido en medio de la plaza, en la cual consumaron su glorioso martirio.

SAN RUTILIO, MÁRTIR. —Era africano, y huyendo de la persecucion del emperador Severo, marchando de pueblo en pueblo, y algunas veces comprando su vida con dinero, al cabo le prendieron de improviso, y presentado delante del juez fué castigado con muchos suplicios, hasta que arrojado al fuego, fué coronado con esclarecido martirio, en el siglo III.

SAN MÁXIMO, OBISPO Y CONFESOR. —Fué discípulo de los apóstoles y enviado por ellos á Pavía despues de haberle consagrado obispo. Su pontificado duró veinte y cinco ó veinte y siete años, segun los bolandistas, y murió en 139, en la paz de Dios. Sus reliquias permanecieron ocultas hasta el año 1053 en que la Providencia quiso revelarlas al obispo de Pavía, que las colocó en su catedral con gran magnificencia.

SAN PEDRO, OBISPO Y CONFESOR. —Nació en la Galia Céltica, en Burges; su padre se llamó Guillermo, y su madre Neymira, ambos de sangre nobilísima y de costumbres ejemplares. Llegado Pedro á la edad juvenil, abrazó la milicia; y despues de algunos años, temeroso del peligro que corria su virtud entre el estrépito de las armas, trocó la espada por la cogulla en el monasterio de Cluni. De allí pasó al monasterio de Sahagun; y al cabo de algun tiempo fué nombrado arcediano de la Iglesia de Toledo. Reconquistada en aquella sazon por los cristianos la ciudad de Osma, que habia caido en poder de los sarracenos, fué por sus relevantes méritos y virtudes elegido obispo de aquella Iglesia; en cuya dignidad, aceptada no sin mucha repugnancia, fué un dechado de piedad y de perfeccion evangélica, mortificando su cuerpo con frecuentes ayunos y vigilias, y con un nudoso cilicio, y ejercitando su ardiente caridad con los pobres, enfermos y peregrinos. Con los humildes y dóciles se mostraba manso y benigno; y severo con los soberbios y contumaces. Fué acérrimo defensor de los derechos, bienes y demás cosas pertenecientes á su Iglesia y á su dignidad; lo que le acarreó muchas persecuciones, entre las cuales algunas le pusieron en inminente peligro de la vida. Por fin, yendo de Toledo á Osma, le acometió una grave enfermedad, que apenas le permitió llegar á Palencia; en donde, agravándosele el mal, dió el espíritu á su Criador, el dia 2 de agosto del año 1508; estando presentes Pedro, obispo de Palencia, Pedro, obispo de Segovia, y Bernardo, obispo de Zamora. Su cuerpo fué llevado á Osma, como él lo habia dispuesto, y fué enterrado en humilde sepultura en la iglesia catedral: y al cabo de algunos años, los milagros obrados por la intercesion de este santo, impelieron á la veneracion de los fieles á trasladar sus reliquias á un sepulcro mas elevado.

Dia 3.

La Invencion de los cuerpos de san Estévan, protomártir, Gamaliel, Nicodemus, y Abibon. — El sagrado cuerpo del glorioso san Estévan, protomártir, estuvo mucho tiempo encubierto y escondido, sin saberse donde estaba, hasta que el Señor se dignó de revelarle en tiempo de los emperadores Honorio, y Teodosio, el menor, su sobrino, el año 415 de nuestra salud. Hízose esta revelacion á Luciano, presbítero: el cual refiere toda la historia, como pasó, en una epístola (de que hacen mencion muchos y graves autores) que escribió en griego; y Avito, presbítero español, tradujo en latin, cuya suma es: Que la noche de un viernes, á los 3 de diciembre, estando durmiendo Luciano en el bautisterio, en donde acostumbraba dormir, para poder mejor guardar su iglesia, y ocurrir á las necesidades de sus parroquianos, le apareció un venerable viejo, con traje y hábito de sacerdote, muy cano, y con una barba larga, y cubierto con una estola sembrada de pequeñas piedras preciosas engastadas en oro, y en ellas puesta la señal de la santa cruz, y con una vara de oro en su mano: y llegándose á Luciano, tocándole con la vara, le llamó tres veces, diciendo: Luciano, Luciano, óyeme, Luciano: y luego hablándole en griego, le mandó que fuese á Juan, obispo de Jerusalen, y que le dijese que buscase los cuerpos santos, que estaban junto á aquella aldea, llamada Cafargamala, y los colocase en otro lugar mas decente: porque Dios por los ruegos de ellos habia determinado hacer bien al mundo, que estaba en gran peligro de perderse por los muchos y graves pecados que cada dia en él se cometian. Preguntó Luciano al venerable viejo, quién era, y cuyos eran los cuerpos que se habian de buscar: y él le respondió, que era Gamaliel, el que habia enseñado en Jerusalen á san Pablo, apóstol de Jesucristo: y que el que estaba en el monumento con él á la parte del Oriente, era el bendito mártir san Estévan, que fué apedreado de los judíos, cuyo cuerpo él habia hecho recoger, y enterrar en aquella heredad suya, como veinte millas de Jerusalen: y que en otro lucillo y sepulcro estaba el cuerpo de Nicodemus: al cual por haberse bautizado, y ser discípulo de Cristo, los judíos le habian anatematizado y desterrado de la ciudad; y él le habia recogido en su casa, y dado lo que habia menester, todo el tiempo que vivió, y despues de muerto, lo sepultó honoríficamente junto á san Estévan: y que en el tercer lucillo estaba un hijo suyo, llamado Abibon: el cual habia recibido el bautismo con su mismo padre, y acabado el curso de su peregrinacion, siendo de edad de veinte años, falleció; y él le habia sepultado en aquel tercer lucillo, que estaba mas alto que los otros, en donde, siendo difunto, habia mandado que pusiesen su cuerpo. Preguntóle mas Luciano el paraje, donde estaban los santos cuerpos: y habiéndoselo enseñado, desapareció aquella vision. Despertó Luciano, y temiendo, que aquella fuese alguna ilusion, suplicó á Dios que si era revelacion suya, se la tornase á mostrar segunda y tercera vez: y para que Dios se la otorgase, ayunó toda aquella semana hasta la noche del viernes siguiente, en que de nuevo le apareció el mismo Gamaliel, en la propia figura y traje, con que antes le habia aparecido, y le reprendió porque no habia cumplido lo que le habia mandado. No se aseguró aun Luciano con esta segunda vision; antes aguardó la tercera, ayunando, y orando siempre, y pidiendo al Señor que no le dejase engañar: y finalmente al tercer viernes le tornó á aparecer Gamaliel, mostrándose enojado por el poco crédito que Luciano habia dado á sus palabras, y mandóle que hiciese lo que habia dicho: y añadió, que tuviese por gracia singular de Dios, el haberle escogido á él por instrumento para una cosa tan grande, dejando á tantos otros varones mejores que él que le pudieran servir en aquel ministerio. Confirmado, pues, Luciano en aquella revelacion, y atemorizado con las palabras y señas del santo viejo Gamaliel, luego que vino el dia, fué á Jerusalen, y habló con el obispo Juan, y le dió cuenta de todo cuanto habia visto. El obispo, despues de haber hecho gracias á nuestro Señor, derramando muchas lágrimas, por aquel señalado beneficio que hacia á su Iglesia, dió órden que se ejecutase lo que Gamaliel habia revelado á Luciano: y habiéndose cavado en un campo, y cabe un monton de piedras que estaba en él, y no hallado lo que buscaban; el mismo Gamaliel apareció á un monje, llamado Nugecio, ó Nigecio, y le señaló el lugar donde estaban los cuerpos, y cavando en él, hallaron tres sepulcros y lucillos, cubiertos con tres piedras, y en ellas escritos tres nombres, *Celiel*, que se interpreta « siervo, » y *Apeandardan*, que quiere decir Nicodemus, y Gamaliel. Vino el obispo Juan, acompañado de Eleuterio, obispo de Sebaste, y otro Eleuterio, obispo de Jericó, y del clero y gran número de gente: y abriendo la arca, donde estaba el cuerpo del glorioso san Estévan, comenzó á temblar la tierra, y salir un suavísimo olor y fragrancia celestial de aquel sagrado cuerpo tan extremada, que á los que estaban presentes, les parecia estar en el paraíso. Habian concurrido á este espectáculo muchos enfermos y endemoniados; y solamente con el olor, que salió de aquellas preciosas reliquias, sanaron setenta y tres, de todo género de enfermedades, y los demonios, ahuyentados por la virtud del santo mártir, dejaron libres á los que antes atormentaban. Fueron los santos cuerpos trasladados á otros lugares mas decentes, y el de san Estévan fué traspasado á la santa iglesia de Sion, donde antes habia sido ordenado de diácono. Todo esto dice Luciano en su epístola: y añade, que él tomó algunos huesos pequeños de los artejos de las manos de san Estévan: los cuales (aunque eran pequeños) eran grandes y de grande estima, por ser huesos de aquel valeroso caudillo y soldado del Señor, que tan bien supo pelear por él y abrir camino á los otros con su ejemplo, para con la muerte alcanzar la vida. Tambien dice Luciano, que tomó de los polvos en

que las carnes de san Estévan se habian resuelto, y que envió estas reliquias á Avito, presbítero, y que esta traslacion se hizo en 26 de diciembre, y que en aquel tiempo la tierra estaba muy seca, por no haber llovido, y que en esa misma hora cayó tanta agua del cielo, y regó la tierra con tanta abundancia, que toda la gente quedó admirada, alabando y glorificando al Señor.

2 Por este tiempo, en que Dios descubrió á su Iglesia un tesoro tan grande, Paulo Orosio, nuestro español, fué á Africa para visitar al glorioso doctor san Agustin, y aprender de él algunas cosas, en que tenia dificultad: y despues que el santo padre le enseñó lo que sabia acerca de las cuestiones que le habia propuesto, le envió á Jerusalen, para que conferiese con san Gerónimo otras dudas que tenia, especialmente del principio y orígen del alma racional, y como de varon tan docto y ejercitado en las divinas letras, alcanzase lo que él no le podia dar: tanta era la humildad y modestia de san Agustin. Paulo Orosio hizo su jornada: y volviendo de Jerusalen, fué el primero que trajo á las partes de Occidente las reliquias del protomártir san Estévan, que poco antes se habian hallado, y con ellas enriquecido la provincia de Africa, donde Dios nuestro Señor obró innumerables y grandísimos milagros por la intercesion de su santo mártir, y por esta causa fueron edificados muchos templos, como se ve en muchos lugares de san Agustin. Y Evodio, obispo uzalense (que fué el primero que edificó en Africa iglesia á san Estévan), por ocasion de las reliquias escribió dos libros de milagros admirables é innumerables, que Dios obró por ellas. Y no solamente Africa gozó de este tesoro, sino tambien España, adonde las trajo el mismo Paulo Orosio: el cual, pasando por la isla de Menorca, las puso en ella, y fueron tantos los prodigios y milagros que el Señor hizo por ellas, que todos los judíos, que habia en aquella isla, se convirtieron y recibieron la fé de Cristo, como lo escribió Severo, obispo de la misma isla de Menorca, y el dicho Evodio, obispo uzalense, libro 1. capítulo 2: y á Francia asimismo fueron llevadas las reliquias de este gloriosísimo mártir: y allí tambien resplandecieron con muchos milagros, como se ve en Gregorio Turonense. Pero lo que mas se debe notar, es un milagro perpetuo, que hasta hoy dia dura, de las reliquias de san Estévan: porque en el tiempo que los vándalos destruyeron y asolaron la provincia de Africa, san Gaudioso, obispo, trajo de ella á Nápoles una redoma de vidrio llena de sangre cuajada de san Estévan: la cual hoy se guarda con gran devocion en la iglesia de San Gaudioso, de lá misma ciudad de Nápoles; y es cosa maravillosa, que poniendo la dicha redoma sobre el altar, al tiempo que se dice la misa, la sangre cuajada se derrite, y se pone tan líquida, como si acabara de salir de las venas. Antes de esto se habia traido á la ciudad de Ancona, en Italia, una piedra de las que le tiraron los judíos, cuando le apedrearon, que se dice que le hirió en el brazo: con la cual ha hecho nuestro Señor grandes milagros, y defendido muchas veces aquella ciudad: para que entendamos la reverencia y devocion que debemos á las reliquias de estos santos y amigos de Dios, y cuan grande merced hace al mundo, cuando las descubre, y por su medio le defiende y libra de grandes calamidades é infortunios; y con cuánta razon la Iglesia católica celebra fiesta el dia de la Invencion del cuerpo de san Estévan, protomártir, por el cual ha recibido y continuamanto recibe tantos y tan singulares beneficios. Despues, siendo Pelagio sumo pontífice, se trasladó el cuerpo de san Estévan, protomártir, de Constantinopla á la ciudad de Roma, y fué colocado en el sepulcro de san Laurencio, donde es reverenciado con gran devocion, como lo dice el Martirologio romano, el dia de su traslacion, que fué á 7 de mayo.

* San Ermelo, mártir. — Natural de Constantinopla, cristiano famoso en su tiempo por las virtudes en que resplandecia y por el don de milagros que las acompañaba. Vivió muchos años en el desierto, y á fin de que no pudiesen encontrarle, se habia edificado varias chozas muy distantes una de otra, y continuamente se trasladaba sin ser visto. Habiendo en cierta ocasion ido á Constantinopla para recibir los santos misterios, fué preso y martirizado por los paganos.

La conmemoracion de muchos santos mártires. — La mayor parte eran monjes de la India en los confines de la Persia, á los cuales juntamente con otros fieles hizo matar con diversos suplicios el rey Abner, perseguidor de la Iglesia de Dios.

San Aspren, obispo y confesor. — Era de la ciudad de Nápoles. Habiendo pasado por ella el apóstol san Pedro, conoció á Aspren, le curó de una enfermedad que le tenia postrado en cama, le convirtió al Evangelio, le bautizó, y últimamente le consagró obispo de la misma ciudad. Este santo tuvo la gloria de ver casi desaparecer del territorio confiado á su cuidado pastoral casi todas las sombras de la idolatría, extendidas las máximas evangélicas entre todo su rebaño, y florecer la Iglesia de Dios de un modo admirable. Llegado ya á una extremada vejez, cargado de méritos y virtudes, murió tranquilamente en el Señor á principios del siglo II.

Santa Lidia. — Era de la ciudad de Filippis en Macedonia, y se ocupaba en teñir púrpura, segun la expresion de san Lucas en las Actas de los apóstoles. Fué la primera persona que convirtió el apóstol san Pablo en aquella ciudad. El mismo la bautizó, y despues de la administracion del sacramento dirigió ella al Apóstol estas palabras: «Si juzgais ya que soy fiel al Señor, entrad en mi casa y quedaos en ella.» Act. cap. 16. San Pablo le profesó un afecto singular, de modo que cuando salió de la cárcel, no quiso marcharse hasta haber visitado á Lidia y su familia. Parece que esta santa murió antes del año 61 de Jesucristo; pues si hubiese vivido en aquella fecha, el Apóstol en su epístola á los filipenses, sin duda hubiera hecho mencion de ella, como la hizo de otros fieles no tan señalados.

Las santas Marana y Cira. — Nacidas y

educadas en Berea de Cilicia, á la edad de veinte años dejaron el mundo, la patria y los bienes, y se fueron á un lugar distante y desconocido. En él fabricaron una pequeña celda, en la cual se encerraron y tabicaron, no dejando mas que una pequeña ventana por donde recibian de vez en cuando una porcion de pan y agua. Mortificaban su cuerpo con todo género de cilicios, hablaban una sola vez al año, el dia de Pentecostes, y comian muy de tarde en tarde. Tan singular género de vida atrajo sobre ellas las bendiciones del cielo, y fueron dispensadoras de sus beneficios. Así es que los ciegos encontraron la vista, los tullidos el movimiento y todos los enfermos la salud al rededor de aquella santa choza. Aquel desierto, antes inaccesible y desconocido, llegó á ser un templo vivo y concurrido, donde se mostraban á porfía las misericordias del Señor, hasta que las esclarecidas santas fueron llamadas á gozar en el cielo de la presencia de su divino esposo. Su muerte, acaecida á mediados del siglo V, fué memorable por la multitud de prodigios que el Señor obró en aquella ocasion.

SAN PEDRO, OBISPO Y CONFESOR. — Natural de Italia y de familia distinguida, recibió una educacion que le prometia la mejor fortuna, si él despreciando los halagos y lisonjas del mundo no lo hubiese renunciado todo por solo el placer de dedicarse exclusivamente á Dios. Primeramente abrazó la religion de San Benito, y despues fué elevado á la silla episcopal de Agnani, en Italia, cuya Iglesia dirigió hasta el año **1105**, en que murió. Su cuerpo sepultado en la catedral de la misma ciudad, fué para sus habitantes prenda de grandes favores.

SAN EUFRONIO, OBISPO Y CONFESOR. — Fué obispo de Autun y tuvo mucha parte en la carta á Talasio de Angers, que contenia diversos reglamentos relativos á las fiestas, al servicio divino, á los eclesiásticos bígamos y á otras materias importantes. Cuando no era aun mas que presbítero, hizo edificar en Autun una iglesia en honor de san Sinforiano, mártir, y envió á Tours una cantidad de mármoles para adornar el sepulcro de san Martin. Tuvo por amigos los mas célebres prelados de la Iglesia galicana, principalmente san Apolinar, obispo de Auvernia, y san Lupo, obispo de Troyes. Asistió y suscribió al concilio celebrado en Arles en 475, con motivo del presbítero Lucido, y trabajó mucho para extirpar la herejía y hacer fructificar las buenas doctrinas. Ignórase la época de su muerte, y se sabe tan solo que una santidad eminente, una prudencia consumada, y un saber profundo le hicieron respetar y querer de todos sus contemporáneos.

Dia 4.

SANTO DOMINGO DE GUZMAN, FUNDADOR. — El glorioso patriarca santo Domingo, luz del mundo, columna de la Iglesia, amparo de la fé, gloria de España, y padre y fundador de la sagrada órden de los Predicadores, fué español, y nació en el obispado de Osma, en un lugar que se dice Calervega, de muy ilustres padres, en el año del Señor de **1170**; siendo sumo pontífice Alejandro III y emperador Federico Barbaroja, I de este nombre, y rey de Castilla don Alonso, el que despues ganó la famosa batalla de las Navas de Tolosa. Su padre se llamó don Félix de Guzman, del antiguo y nobilísimo linaje de los Guzmanes, que por haber despues nacido de él santo Domingo, aun ha sido mucho mas ilustre y esclarecido que antes. La madre fué doña Juana de Aza, igual en la nobleza y sangre á su marido. Tenian estos caballeros su solar en la villa de Aza, en el obispado de Osma. Tuvieron tres hijos, todos tres muy señalados en virtud, como lo fueron sus padres: el primero fué llamado Antonio, que fué sacerdote; y habiendo dado su hacienda á los pobres, se recogió á un hospital para servirlos, y perseveró hasta la muerte en este santo ejercicio, é hizo Dios por su intercesion milagros: el segundo fué Manes, que habiendo tomado el hábito de los Predicadores, vivió y murió santamente: el tercero, y menor de todos, fué santo Domingo de Guzman; que así se llamó á los principios, tomando el apellido de su padre. Estando preñada doña Juana, su madre, y en novenas en el monasterio de Santo Domingo de Silos, á los siete dias de su devocion, velando una noche, se le apareció el santo monje en su propia forma y hábito, dándole nuevas ciertas, que Dios le daria un hijo de raros talentos y virtudes; y por esta revelacion y buen anuncio, llamaron al niño, cuando nació, Domingo, del nombre de su patron y abogado santo Domingo de Silos. Tras esta, algunos meses antes que naciese, tuvo su madre en sueños otra vision. Pareciala, que traia en el vientre un perro, el cual, con una hacha ardiendo en la boca, alumbraba y encendia á todo el mundo. Luego que nació y recibió el agua del santo bautismo, una señora, que fué su madrina, le vió en la frente una estrella tan clara y resplandeciente, que con sus rayos alumbraba la tierra; queriendo Dios nuestro Señor mostrar con estas señales el oficio que habia de hacer santo Domingo, que era ladrar, y defender la entrada al demonio en la Iglesia, y alumbrarla é inflamarla con la santa vida y doctrina suya, y de sus hijos. Tambien se dice que estando en la cuna, se vió un enjambre de abejas, que volaban sobre su boca, como se escribe de san Ambrosio; para denotar la dulzura de sus palabras. Desde niño fué enseñado de sus padres, y de un tio suyo, arcipreste en Gumiel de Yza, en toda virtud, y santo temor de Dios: y él de suyo era tan dócil y tan bien inclinado, que antes era menester tenerle rienda, que usar de espuela, en todo lo que era piedad y devocion. Fué esto de manera, que siendo como de siete años, se bajaba de la cama, y se echaba en el suelo, como ensayándose en la penitencia y aspereza de vida, que despues, siendo varon, habia de hacer. Y creciendo con la edad la virtud, era muy templado en el comer y beber, y muy apartado de los deleites y pasatiempos, en que se suelen entretener los mozos. Era compuesto y modesto en sus acciones; y en

aquella edad parecia viejo en la mesura, y cano y maduro en el juicio. Comenzó el ejercicio de las letras, y aficionóse tanto á ellas, y al canto y oficio eclesiástico, que en ninguna otra cosa se ocupaba, sino en estudiar, leer, y orar, y servir al coro, y tomar por única recreacion el concertar y limpiar los altares, y asistir delante del santísimo Sacramento.

2 Enviáronle despues sus padres á la ciudad de Palencia, donde entonces florecian los estudios generales de España, que despues el rey don Fernando el III traspasó á Salamanca. Diósе santo Domingo tan de veras á las ciencias, que en breve tiempo salió perfectamente enseñado en lógica, filosofía, y metafísica, que son las mas necesarias para el estudio de la sagrada teología; y no puso menos cuidado en el aprovechamiento de su alma. Dábase mucho á la oracion: huia las compañías ruines, que en aquella edad son peligrosas y perniciosas: era muy compasivo y misericordioso. Lastimábanle tanto las necesidades espirituales y temporales de sus prójimos, que cuando no las podia remediar, se deshacia en lágrimas; y los pecados ajenos los sentia y lloraba como propios, castigando por ellos su cuerpo con rigurosas penitencias. Los pobres y los huérfanos tenian en él amparo: y habiendo sucedido una grande hambre, vendió las alhajas de su casa, y los libros de su estudio, para remediar las necesidades de la gente pobre y miserable, quedando en su pensamiento, rico, al verse con los pobres; y por el ejemplo del santo mozo, muchos vendieron tambien sus haciendas para remedio de los pobres. Vino á él una mujer llorando amargamente, pidiendo que le ayudase para rescatar á un hermano suyo que le habian cautivado los moros; y fué tan grande la caridad del bienaventurado mancebo, que comenzó á hacer instancia á la mujer afligida, que le vendiese á él por esclavo, y le trocase por su hermano: tanto puede la caridad fina y perfecta en una alma. Fué dotado de una perpetua é inviolable castidad, la cual conservó toda su vida: y para conservarla, procuraba nunca estar un punto ocioso, huir el trato y comunicacion de mujeres, y la destemplanza en el comer y beber: por ser estas tres cosas capitales enemigos de la castidad.

3 Habia entonces en Osma un obispo, llamado don Diego de Acebes, varon de grande santidad y doctrina: el cual tomó tan á pechos la reformacion de su Iglesia, que en pocos años, de canónigos seglares, la hizo de reglares: y para llevarlo adelante, buscaba hombres de grande espíritu y letras, con maravillosa diligencia y cuidado: y como ya santo Domingo resplandecia entre todos con singular fama de virtud y erudicion, el obispo don Diego trabajó con todas sus fuerzas para sacarle de Palencia, y llevarle á Osma, y salió con ello. Allí tomó el santo el hábito de canónigo reglar, y el obispo le hizo arcediano de aquella Iglesia, y por otro nombre «superior:» porque con la nueva reformacion habia trocado los nombres de las dignidades. Aceptó por obediencia santo Domingo el cargo: en él por una parte se mostraba muy humilde, muy manso, y muy afable y llano con todos; y por otra, zeloso, y grave reprensor de los vicios. No pasaron muchos años, que tornando desde Osma á Palencia, y hallando nuevas necesidades y pobrezas en algunas personas de aquel lugar; para remediarlas vendió otra vez los libros que tenia, y comenzó sin ellos á predicar el Evangelio, entrando en los treinta años de su edad: imitando en esto al Salvador del mundo, que siendo la sabiduría del Padre eterno, hasta los treinta años tuvo un maravilloso silencio, y despues comenzó á derramar por el mundo los rayos de su divina luz y doctrina. Desde este año, que fué el de 1200, hasta el año de 1202, anduvo el bienaventurado padre por los lugares de Palencia y Osma, enseñando el camino del cielo con el fruto que de tan santa vida y de tan grandes letras se podia esperar. Leia en este tiempo con mucha atencion el libro de las Colaciones de Casiano, tomándole por dechado, para sacar virtudes de él, y para estampar en su alma la perfeccion de los santos padres del yermo, que en aquel libro se representan.

4 Andando santo Domingo con grande fervor y espíritu ocupado en su predicacion, se ofreció una jornada al obispo don Diego, su prelado: porque el rey de Castilla don Alfonso, que poco antes habia casado su hija doña Blanca con Luis VIII, príncipe heredero del reino de Francia, le envió á él con cierta embajada y negocios de grande importancia: y el obispo llevó en su compañía á santo Domingo, para guiarse con su consejo, y aprovecharse de su santa y dulce conversacion: ordenándolo así nuestro Señor para otros mas altos fines de su divina providencia. Habíase levantado en aquel tiempo una herejía bestial y escandalosa en un lugar del condado de Tolosa, llamado Albi, del que los herejes que la seguian, se llamaron albigenses. Entrando, pues, santo Domingo con su obispo en Francia, por el condado de Tolosa, y entendiendo los perniciosos desatinos que aquellos hombres miserables enseñaban, y las blasfemias que contra su Dios y contra su Iglesia decian, no se puede encarecer la tristeza y sentimiento que atravesó su corazon. La primera noche que llegaron á tierra de herejes, acertó á serlo el huésped de la posada: trabó pláticas con él sobre las cosas de la religion, y fueron tan eficaces las razones que le dió, que de enemigo de la fé católica, lo hizo hijo de la Iglesia. Este fué el primer fruto, que en esta jornada ofreció á Dios: y entendiendo que esta era su vocacion, y que el Señor le llamaba para el remedio de aquellas almas perdidas, procuró desembarazarse presto, y que el obispo de Osma concluyese con su embajada, para volver luego á cultivar aquel campo, y desarraigar las malezas, espinas y zizaña que le cubrian. Llegado á la corte del rey de Francia, halló á la infanta de Castilla doña Blanca muy lastimada por no tener hijos; y el santo la aconsejó que tomase por abogada á la Virgen nuestra Señora, y que le rezase con mucha atencion el rosario y que mandase repartir rosarios á todas la personas que le qui-

siesen rezar, y que con solo esto tuviese esperanza, que Dios la consoluria, y le cumpliria sus deseos: y así lo hizo, dándole por hijo al glorioso san Luis, rey de Francia.

5 Concluidos los negocios á que iba el obispo, se partió para Roma á verse con el papa Inocencio III, que entonces presidia en aquella santa silla. Acompañóle á Roma santo Domingo, y el obispo suplicó al papa, que proveyese su obispado á otro, para que él libre y desembarazado, pudiese atender de propósito á la reduccion de los herejes de Francia; mas no pudo acabarlo con el papa, por no privar la Iglesia de un prelado tan importante. Y con esto, tomando la bendicion de su santidad, se volvieron los dos santos compañeros para España por Francia, y de camino visitaron el gran monasterio del Cister, por la singular fama de santidad, con que en aquel tiempo florecia. Estuvieron allí tres dias, y el obispo por su devocion tomó el hábito y cogulla de los monjes, y trajo consigo algunos de ellos, que le ensoñasen la regla y ceremonias de su órden, con intento de hacer en Osma vida religiosa, y mas estrecha de la que allí tenia de canónigos reglares; aunque lo era mucho. Llegaron todos á la ciudad de Mompeller, y con ellos se juntaron doce monjes de la órden de San Bernardo, que habia enviado el papa Inocencio, para tratar del remedio de los albigenses, que cada dia iban creciendo en número y en potencia. Todos con parecer y acuerdo del bienaventurado santo Domingo, dejada toda autoridad y fausto, se pusieron á pié, y comenzaron con mucha oracion, ayunos y penitencias, á hacer guerra espiritual á los herejes, y con el ejemplo de toda virtud, y con disputas y pláticas particulares, y sermones públicos, alumbrarlos y convertirlos. Los herejes, no pudiendo sufrir la fuerza de la oracion que santo Domingo hacia á Dios por esta causa, ni los argumentos y razones que les proponia, le aborrecian como á su mayor enemigo: y escribieron cierto libro, ó conclusiones de su secta; y el santo escribió otras en defensa y comprobacion de la verdad católica: y echadas las unas y las otras en una grande hoguera, á vista de todo el pueblo, luego los papeles de los herejes fueron abrasados y consumidos; y los de santo Domingo, saltando en alto volaron por los aires, sin recibir detrimento, y se fueron á poner encima de una viga que cerca de allí estaba: y en testimonio del milagro dicen, que dura y se conserva hoy dia. Tres veces porfiaron los herejes á volver los papeles del santo al fuego; y otras tantas con evidente milagro hizo Dios que saliesen sanos y enteros como habian entrado, y por este milagro algunos de ellos se convirtieron. Habia á la sazon grandísima necesidad y pobreza en aquellas provincias, á causa del nuevo levantamiento de la tierra, y creció tanto, que algunas personas nobles vendian sus propias hijas, y las daban á criar á los herejes, compelidos de la extrema necesidad que pasaban. Para reparo de este daño, y del estrago que el demonio hacia, procuró santo Domingo que en un sitio muy á propósito para ello, que se llama el Pruliano, entre Carcasona y Tolosa, se hiciese un monasterio para recoger la gente noble y necesitada, donde en breve tiempo se encerraron gran número de doncellas, con una cierta forma de vivir, que él les dió: y á imitacion suya se movieron algunas personas ricas y católicas á hacer otras cosas semejantes, que fueron el remedio de muchas mujeres, que corrian riesgo su fé y honestidad entre soldados y herejes. Dos años enteros estuvo el santo obispo don Diego en el condado de Tolosa, en la forma dicha: y aunque el fruto que hacia, era grande; la obligacion que tenia de acudir á sus ovejas, era mayor, y apretóle tanto, que no pudiendo cumplir con su conciencia de otra manera, se vino á residir á Osma, dejando por capitan de la conquista espiritual á santo Domingo; y de allí á algunos dias llegó nueva, que era muerto el santo prelado el año del Señor de 1207; y fué sepultado en el burgo de Osma, é hizo Dios por él muchos milagros.

6 Con esto quedó santo Domingo por cabeza principal para reduccion de los herejes, y aunque los abades se cansaron, y se volvieron á sus tierras, desconfiados del remedio; el santo con algunos, que con zelo del servicio de Dios se le juntaron, tomó esta tan gran empresa, en la cual perseveró diez años, con increibles trabajos, y con un ánimo invencible. Iba de pueblo en pueblo á pié y descalzo, abrasado de la caridad de Dios y de los prójimos: y como el ciervo herido y sediento se arroja al agua; así él se entraba por las picas, y se ponia á cualquier peligro con una sed grande de ser mártir. La suma de estos trabajos fué que con su vida santísima y doctrina celestial, y con muchos milagros que el Señor obró por él, convirtió casi cien mil almas, erradas, y perdidas á la verdadera y católica religion. Y habiéndole mandado tomar el oficio de inquisidor contra los herejes, él lo ejercitó con grande autoridad, usando de todas las armas espirituales para reducirlos, castigarlos y reprimirlos: y juntándose despues las temporales de los príncipes católicos, que hicieron un grande y lucido ejército para hacer guerra á los herejes, y publicándose en Francia y en Italia contra ellos la cruzada, por las oraciones de santo Domingo, y por su consejo é industria, los católicos tomaron por fuerza las armas contra muchos lugares de los herejes, y el conde Simon de Monfort, que era el capitan general del ejército católico, salió del castillo de Moruel, donde estaba cercado, con obra de ochocientos caballos y mil infantes, los cuales, habiéndose primero confesado y recibido el santísimo Sacramento del altar, con grande ímpetu acometieron á los enemigos, que eran mas de cien mil hombres, y los hicieron afrentosamente volver las espaldas, y murieron de ellos mas de veinte mil á cuchillo, sin otros muchos, que echándose al agua, por huir y librarse, perecieron. Fué esta victoria muy señalada y muy gloriosa, si se mira el ejército tan grande de los enemigos, y los príncipes y señores que habia en él; y el pequeño número de la gente que tenia el conde Simon de Monfort, que era valeroso príncipe, y como tal se resolvió en

querer mas morir en el campo, como esforzado caballero, que encerrado entre puertas, como oveja cobarde, pues no habia para qué serlo contra los enemigos de Dios: el cual animó á los pocos soldados del conde, y con la gracia del santísimo Sacramento del altar, los esforzó de tal manera, que se determinaron, ó, como soldados guerreros, á alcanzar la victoria, ó á morir, como cristianos mártires. El bienaventurado santo Domingo, mientras peleaban, estaba orando por ellos, alzando las manos á Dios, y derramando muchas lágrimas; y dió con su oracion (como otro Moisen á Josué) victoria á los soldados católicos, y no faltaron de ellos sino seis ó siete; para que se vea cuán en la mano de Dios está vencer con pocos á muchos; por la intercesion de sus santos, cuando llenos de fé, esperanza y amor, se lo suplican. Viendo el conde Simon de Monfort, y el obispo de Tolosa, la santidad de santo Domingo, y las grandezas y maravillas que Dios obraba por él, le hicieron donacion de mucha hacienda, para sustentarse á sí, y á todos los que andaban con él; porque aun entonces no habia comenzado su órden, que cuando la fundó, hizo renunciacion de toda manera de hacienda, en la forma que abajo se dirá. Mas el santo estaba tan entero á arrancar de la tierra los herejes, que no dejaba cosa por hacer, que pudiese aprovechar para alumbrarlos y desengañarlos, así en su persona, haciendo muchas penitencias, y orando de dia y de noche, y derramando rios de lágrimas por ellos, y predicándoles, y enseñándoles las verdades de nuestra santa fé, y convenciéndolos con sus disputas, como aconsejando á los capitanes, y animando á los soldados, y exhortando á todos los fieles y católicos que enmendasen sus vidas, y encomendasen á Dios aquella causa, y fuesen devotísimos de la Vírgen María nuestra Señora, y que le rezasen con devocion el rosario, meditando los sagrados misterios de él; porque de esta manera alcanzarian la victoria de los enemigos de la fé católica, y el cumplimiento de todos sus buenos deseos. Algunos compañeros tuvo el bienaventurado padre en esta grande empresa, que (como dijimos) se llegaron á él, y le ayudaron en ella, con grande zelo de las almas, y poco á poco se comenzó una junta, y nueva órden de predicadores apostólicos.

7 Como el santo vió la extrema necesidad que tenia la Iglesia de semejantes varones, y el copioso fruto que habian hecho aquellos pocos que estaban con él, y que Dios le iba abriendo el camino, y disponiendo las cosas de manera, que se podian esperar otros mayores; movido del Espíritu santo, determinó ir á Roma para dar cuenta al sumo pontífice Inocencio III de lo que se habia hecho en el condado de Tolosa, y del estado en que estaban las cosas de los herejes, y de la necesidad que habia de acudir á ellas, y para ofrecerse él y sus compañeros para aquella empresa, y suplicarle que los tomase debajo de su proteccion, y confirmase una religion que habia de tener por principal fin predicar el Evangelio, y ocuparse en la conversion de los pecadores y salvacion de las almas. Ofrecióselle al santo muy buena ocasion para ir á Roma el celebrarse en ella aquel señalado, grande y ecuménico concilio lateranense, en el cual se hallaron con el romano pontífice, mil doscientos ochenta y cinco prelados, y con ellos los embajadores de los emperadores de Constantinopla y de Alemania, y de todos los reyes de la cristiandad. A este concilio iba Fulcon, obispo de Tolosa, gran varon y zeloso de la honra de Dios, y de mucho ejemplo y aspereza de vida, y devotísimo de santo Domingo, que le acompañó hasta Roma, y se valió de su medio y testimonio para alcanzar del papa lo que pretendia. Y aunque el espíritu y santidad del bienaventurado padre era á todos manifiesto, y la relacion que daba de su vida y milagros el obispo de Tolosa, bastaba para acreditar su persona, y el papa lo entendia así; nunca se acababa de resolver en dar licencia para instituir nueva religion: porque todas las obras de Dios tienen grandes dificultades, y mayores en sus principios, y han de pasar por el fuego de la contradiccion; y para que tengan mas fundamento, no sobre arena, sino sobre la peña viva, ha de preceder mucho exámen y mucha consideracion. Pareció novedad aquella manera de vida que santo Domingo proponia al papa; y por esto se detenia. Y el demonio, que barruntaba el grande daño que de ella le habia de venir, procuraba, cuanto podia, estorbar tan santa obra, hasta que Dios descubrió su voluntad al pontífice, con una vision semejante á la que, para la confirmacion de la órden del bienaventurado san Francisco, precedió; y fué así. Estando el papa durmiendo una noche, le parecia en sueños, que la iglesia de San Juan de Letran se abria por todas partes y venia al suelo, y que santo Domingo con gran denuedo ponia los hombros, y la sustentaba y tenia en peso. Con este sobresalto dispertó y conoció que Dios escogia al santo varon para reparo de su Iglesia; y así le mandó llamar al otro dia, y le animó y esforzó en sus santos propósitos, y le aconsejó que pusiese los ojos en las religiones antiguas y aprobadas por aquella santa silla, y que escogiese la regla de ellas que mas le armase para el instituto y manera de vida que pretendia, y que volviese á él; que él le concederia lo que deseaba. Y el santo, acabado el concilio, tomada la bendicion del sumo pontífice, volvió á Francia con mucha alegria, para comunicar y conferir aquel negocio con sus compañeros: y juntándose todos con el bienaventurado padre, y precediendo mucha oracion, se resolvieron en el Pruliano á tomar la regla del gran doctor de la Iglesia san Agustin, y las constituciones y ceremonias particulares de la órden premostratense, que en aquel tiempo era rigurosísima, y de mucha penitencia y aspereza. Con esta resolucion comenzaron en Tolosa á labrar una casa de San Roman, acomodada para el estudio y recogimiento de sus personas: y para estar mas desembarazado para la predicacion del Evangelio, que el sumo pontífice le habia encargado, de comun consentimiento hicieron renunciacion y dejacion de todos los bienes, rentas y heredamientos que tenian, haciendo donacion de ellos á las monjas de Nuestra Señora del Pruliano.

8 Con esta determinacion tornó santo Domingo á Roma, para traer del papa confirmacion, ó aprobacion de esta manera de vivir. Pero antes de llegar á Roma, tuvo nueva cierta, como el papa Inocencio III (por cuyo mandato él iba) era muerto en Perusa, á los 16 de julio, año de 1216.

9 No hizo falta á santo Domingo la muerte de aquel gran pontífice; porque Honorio, asímismo III de este nombre, que sucedió luego á Inocencio, le acogió benignamente, y con autoridad apostólica confirmó la órden de Santo Domingo á los 22 de diciembre del mismo año de 1216, como parece por la bula de su confirmacion. Fué singular y maravilloso el consuelo que el santo patriarca recibió de esta aprobacion del vicario de Jesucristo, por ver cumplidos sus deseos y por las grandes esperanzas que tenia que la gloria de Dios se habia de amplificar con sus sudores y trabajos, y de sus hijos, y aprovecharse las almas, y ser ilustrada y amparada la fé católica, y tenia muy ciertas prendas de ello, por una revelacion que la misericordia divina le hizo de esta manera. Estando santo Domingo una noche, entre otras, en la iglesia del bienaventurado apóstol san Pedro, en su acostumbrada oracion, delante del santísimo Sacramento, elevado en espíritu, vió á Jesucristo nuestro Señor en el aire, sentado en un trono real, con extraña representacion de majestad y grandeza. Tenia tres lanzas en la mano, para asolar con ellas al mundo: y no pudiendo nadie resistir á su justo enojo, vió que la Reina de los ángeles nuestra Señora se arrojó á sus piés, suplicandole tuviese misericordia de los que habia redimido con su sangre, y le presentó dos hombres, que fueron el mismo santo Domingo y san Francisco (que á este punto con divino espíritu habia ido tambien á Roma con intento de hacer su esclarecida órden): y mostrando la piadosa madre á su dulcísimo Hijo estos dos santos, le decia, que por la predicacion de ellos, y de sus hijos, el mundo se reformaria, y los pecadores harian penitencia de sus pecados. Con estos ruegos y ofrecimientos de la Virgen quedó mas blando el Señor, y aceptó para esta empresa á los dos capitanes valerosos, que su Madre le ofrecia. De esta vision quedó santo Domingo muy consolado y animado, y mucho mas cuando, acabada su oracion, saliendo de la iglesia de San Pedro, encontró en la calle al glorioso san Francisco, que sin haberse visto antes, se conocieron los dos, y santo Domingo se fué á él, y él le abrazó muchas veces, diciéndole: Compañeros somos, y criados de un mismo Señor: los mismos negocios tratamos: unos son nuestros intentos: seamos á una; y ninguna contradiccion del infierno será parte para empecernos y desbaratarnos en el servicio de nuestro gran Señor. Y así se concertaron los dos bienaventurados patriarcas en una perpetua y santísima amistad, para romper por todo el mundo por la causa y honra de Dios, como lo hicieron ellos, y despues han hecho sus hijos: porque el Señor, que los habia escogido para capitanes esforzados de su ejército, les dió ánimo, armas y fuerzas para pelear, y vencer y triunfar del enemigo. Y lo mismo se ha de entender de las otras órdenes y religiones, que Dios ha fundado en su Iglesia con particularísima providencia, para grandísimo fruto de ella: porque aunque en diversos tiempos y por diferentes autores, medios y caminos; pero en todas (como gravemente lo dice el P. M. Fr. Hernando del Castillo de la órden de Santo Domingo) se conoce y descubre la divina mano, que con supremo artificio las hizo, tomando por instrumento á los hombres que quiso, y cuando quiso, y como quiso. Tambien se confirmó mucho santo Domingo en sus buenas esperanzas, con otra revelacion que tuvo despues que alcanzó de la sede apostólica la aprobacion de su órden: porque un dia estando orando en la iglesia del príncipe de los apóstoles san Pedro, y suplicando afectuosamente al Señor que le encaminase, para que él y su pobrecita compañía acertasen á servirle en aquel tan grande ministerio que le encomendaba; le aparecieron los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo: y san Pedro le dió un báculo en la mano, y san Pablo un libro abierto, diciendo: Toma tu camino, y vete sin tardanza á hacer el oficio que Dios te manda: predicad el Evangelio tú y los tuyos: pues para eso os ha escogido el Señor. Y, acabadas estas palabras, le pareció, que todos sus discípulos, hijos y compañeros, que de dos en dos se iban predicando por el mundo. Esta revelacion recreó tambien mucho el espíritu de santo Domingo, y le dió priesa, para que tomando sus despachos, se partiese luego de Roma para Tolosa, en donde halló á sus hijos, y comunicándoles la concesion de la sede apostólica, que traia, y la vocacion á que Dios les llamaba; los exhortó para que todos se aparejasen á ser de veras predicadores evangélicos, y peregrinar por todo el mundo, á imitacion de los apóstoles, y á dar la vida por el Señor. Y puesto caso, que el conde Simon de Monfort, y el arzobispo de Narbona, y el obispo de Tolosa, y otros grandes personajes, sentian mucho que aquellos padres se fuesen de sus tierras y con razones humanas se les quisiesen estorbar; mas á todos respondia el santo varon, lleno de espíritu del cielo, y decia: Ya yo sé lo que en esta parte tengo de hacer: ninguno me estorbe; porque yo soy mandado, y Dios ha de ser obedecido.

10 Con esta resolucion el dia de la Asuncion de nuestra Señora, del año de 1217, juntando á sus hijos y confiriendo con ellos el modo que se habia de tener en adelante, y en profesar la nueva regla y constituciones que traia confirmadas del papa, hizo, que de comun consentimiento eligiesen todos por su prelado al santo varon Fr. Mateo, de nacion francés, llamándole abad de los otros religiosos, en quien comenzó y se acabó este título y nombre de abad de la órden. Y la causa de hacer á Fr. Mateo superior, fué el encendido deseo que tenia santo Domingo de irse á tierra de moros á predicar el Evangelio, y ser despedazado por la fé de Jesucristo, y para este efecto habia ya dejado crecer la barba. Pero antes de partirse

él, entendió en enviar sus hijos por el mundo. A España envió cuatro, los cuales fueron Fr. Gomez, Fr. Miguel de Uzero, Fr. Pedro Madrino y Fr. Domingo: á París envió al abad Fr. Mateo, y otros seis compañeros, y otros á otras partes, dando á todos la órden que habian de tener en la predicacion del Evangelio, en la guarda de la regla y en la fundacion de los monasterios. Y por mucho que procuró la ida á los moros, Dios se la estorbó; porque no está en manos de los hombres escoger oficio en la casa de Dios. Fuéle forzoso á santo Domingo dar vuelta á Roma, despues de haberse detenido algo en el edificio de la casa de San Roman de Tolosa, que por haber sido la primera que se edificaba, y en su tiempo, quiso que fuese modelo de las demás: y edificóla con grandísima pobreza, haciendo unas celdicas tan pequeñas, que no cupiese mas de un zarzo pequeño de mimbres ó de cañas para dormir, y una mesilla para poder escribir ó estudiar; y esto tan pobre y tan vil, que daba testimonio de la grande humildad y pobreza con que se fundaba la órden, y del divino espíritu de este glorioso patriarca. El cual llegó á Roma, y luego comenzó la mano de Dios á declararse mas en su favor, para que en aquella ciudad, que es cabeza del mundo, se pregonase la virtud de su siervo, y de allí se derivase, y viniese á noticia de todo el mundo. Dióle el papa Honorio III la iglesia de San Sixto, para que allí se recogiese ó hiciese cifra en forma de monasterio, y ayudó para la labor liberalmente: y era cosa maravillosa ver el concurso de la gente: que acudió al bienaventurado padre, por consuelo en sus trabajos, por consejo en sus negocios, y por remedio espiritual y corporal en sus necesidades: y era tanta la opinion que iba cobrando, que en muy pocos dias tuvo en su compañía cien religiosos. Y por órden del papa, y como comisario suyo, acabó una cosa muy dificultosa, que fué recoger las monjas (que estaban repartidas en muchas partes, casillas y beaterios, y no vivian con tanto recogimiento como convenia) en un monasterio, en que guardasen clausura y la forma de vivir conveniente á su estado, y se les proveyese de todo lo necesario para sus almas y para sus cuerpos: y el papa acordó que la casa de San Sixto, que se labraba para los frailes, se acabase para las monjas, y ellos se pasasen á Santa Sabina, que era iglesia principal; y para esto les dió las casas que allí tenia, y eran palacio apostólico. Allí dió santo Domingo á sus religiosos el hábito blanco y el escapulario que hoy traen, por haberle dado nuestra Señora al dean de la iglesia de Orliens, llamado Reginaldo, famosísimo doctor en derechos y lector de la universidad de París: el cual á la sazon habia venido á Roma, con deseo de acertar á servir al Señor perfectamente: y habiendo caido malo de una enfermedad muy peligrosa, por las oraciones de santo Domingo le sanó la Vírgen, y le apareció, y le mostró aquel hábito, diciéndole, que aquel era el vestido de la órden que buscaba. Quedó Reginaldo del todo sano y libre; y puesto en las manos del santo patriarca, tomó aquel hábito, é hizo profesion en su órden: y santo Domingo mandó quitar á todos sus frailes las lobas y sobrepellices de canónigos reglares, que antes tenian, y los vistió de hábitos y escapularios blancos, con los mantos negros, como ahora los traen, y la sacratísima Vírgen los habia mostrado á Fr. Reginaldo. Allí tambien se ocupó el bienaventurado padre en leer en el sacro palacio el evangelio de san Mateo, y las epístolas de san Pablo cada dia, para entretener y enseñar la gente que concurria á él, y desde entonces se creó un nuevo oficio del maestro del sacro palacio que hasta hoy persevera en los frailes de Santo Domingo, siendo el glorioso padre el primero de todos.

11 Habiendo estado algun tiempo en Roma, sustentándola con sus oraciones, y admirándola con su vida, alumbrándola con su doctrina, espantándola con sus milagros, y moviendo á todos á la enmienda de la vida, al menosprecio del mundo, y perfecto amor de Dios, y enviado á Fr. Reginaldo á Bolonia, y á otros santos hijos suyos por Italia; se determinó el glorioso padre á venir á España, para comunicar á los reinos de Castilla (donde habia nacido) los resplandores de su doctrina, y sembrar en aquella tierra, de la cual, regada con la lluvia del cielo, esperaba gran cosecha, para encerrarla en las trojes del Señor. Llegó santo Domingo á Segovia, en donde predicó el Evangelio algunos dias, con grande aprovechamiento de las almas, y hoy se muestra un humilladero á la parte del rio, labrado en memoria de los sermones que allí predicaba á los segovianos: y en el convento de Santa Cruz, que comenzó el santo padre en aquella ciudad, hay una cueva donde él se recogia á orar, y á sus ordinarias disciplinas, que está rociada por todas partes de su sangre. De allí pasó á Madrid, donde halló algunos de los hijos, que habia enviado á España, muy bien recibidos, amados y respetados de todo el pueblo, por el grande ejemplo de vida con que florecian. Aquí predicó el santo padre con mucho aprovechamiento y reformacion de las costumbres, y admiracion de los oyentes, y comenzó un monasterio de monjas de su órden, que aunque á los principios fué pobre y pequeño, despues creció en mucho número de religiosas, rentas y edificios, y se llama Santo Domingo el Real. La villa de Madrid, mostró tan grande devocion (por respeto del santo padre) á sus hijos, é hijas, y les hizo tantas y tan buenas obras, que habiéndolas sabido el papa Honorio, le escribió un breve dándole gracias por lo que habia hecho por los frailes predicadores: el cual refiere el P. Fr. Hernando del Castillo; y es del tenor siguiente: «Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, á los amados hijos de todo el pueblo de Madrid, salud, y apostólica bendicion. — Agradable y acepto nos ha sido entender que nuestros amados hijos los frailes de la órden de los Predicadores, que moran en Madrid, los habeis recibido con entrañas de caridad, y los abrigais loablemente con oficios de piedad, en lo cual entendemos que haceis agradable servicio á Dios: porque entre las buenas obras, con que le servimos,

apenas se halla otra que mas le agrade, que el socorrer con misericordia á aquellos, que por tener sed de la salud de los hombres, sacan con gozo y alegría el agua de las fuentes del Salvador, para repartirla en las plazas, no solamente para la hartura de las almas que tienen sed, sino tambien para que sea saludable remedio y medicina contra la ponzoña de las ánimas enfermas. Y por que mas enteramente conozcais el sincero afecto que tenemos á los dichos frailes, hemos tenido por bien de rogaros á todos, amonestaros, y por letras apostólicas mandaros, que así como lo habeis comenzado loablemente, así por la reverencia de la sede apostólica y nuestra los tengais mucho mas afectuosamente por encomendados; y les deis la mano con beneficios y limosnas, de tal manera, que á Dios tengais propicio y á Nos obligueis á seros mucho mas favorable y benigno. Dada en Viterbo á los 20 de marzo en el cuarto año de nuestro pontificado, que fué el de 1220.» Y otra bula como esta, despachó el sumo pontífice Honorio para la ciudad de Segovia. Con estos favores de la sede apostólica y mucho mas con los del cielo, que continuamente hacia Dios á santo Domingo y á sus hijos, se extendió mucho en España su sagrada religion, y se fundaron muchos conventos dentro de muy pocos años, y se convirtió innumerable multitud de gente á mas rigurosa vida, y á hacer áspera penitencia de sus pecados.

12 Despues de haber cumplido con los reinos de España, y dado asiento en las cosas de la órden, se partió el santo patriarca para Italia: y pasando por Zaragoza, fué á Tolosa á ver su primera casa, la cual él amaba mucho, por haberle dado allí Dios las primicias de sus trabajos. Y despues de haber consolado á los hijos, que en ella estaban, con su vista, y dádoles los avisos que le pareció para la observancia de las cosas sustanciales y ceremoniales de su religion, tomó el camino para París, en donde estaba su órden asentada, y la casa tenia treinta frailes con mucho concierto: y de allí partió para Italia, y llegó á Bolonia, en el mes de setiembre el año de 1219, y fué recibido con grandísima alegría de sus hijos, especialmente del bendito Reginaldo, á quien por su virtud y ferviente zelo de la honra de Dios, amaba mucho. Halló allí muchos religiosos nuevamente admitidos á esta santa manera de vida, y las cosas de la religion tan puestas en su punto, que aun de las ceremonias fáciles y cosas menudas, se hacia grandísimo caudal: y él los acrecentó, y recibió otros muchos varones de gran lustre y santidad en su órden, y envió á diversas partes para que le multiplicasen y propagasen: y dejando en Bolonia las cosas concertadas, partió para Roma, donde negocios de grande importancia le llamaban.

13 Despues de haber cumplido con ellos, y enviado al bienaventurado Fr. Jacinto con otros religiosos á predicar á Polonia, é instituido otra órden de la Tercera Regla, que se llamaba «la Milicia de Jesucristo,» muy provechosa en aquel tiempo para defender la autoridad de la Iglesia; salió de Roma para visitar algunos conventos de Italia, y volvió á Bolonia, donde celebró el primer capítulo general de su órden: en el cual se establecieron muchas cosas muy importantes para el buen progreso de ella. Aunque los religiosos que allí se juntaron, no consintieron que el santo padre dejase la administracion y gobierno, que como padre, fundador y pastor tenia de su religion, como él lo pretendia hacer, alegando su insuficiencia á las obligaciones de aquel oficio (tanta era su humildad): acabado el capítulo se quedó en Bolonia y envió á Fr. Jordan á París: y él, pasados algunos dias, se fué á visitar algunos conventos, y á fundar otros de nuevo. Finalmente, tornando á Bolonia, y celebrado el segundo capítulo general, que fué el postrero que celebró en su vida, cayó en una recia y mortal enfermedad, de la cual luego entendió que llegaba ya aquella dichosa hora, en que habia de ser desatado de la cárcel de su cuerpo, y ver al Señor. Porque poco antes, estando en oracion, le habia aparecido el mismo Señor, y dichole: Ven, amigo, ven: entra ya á poseer los verdaderos gozos. Y por esto conociendo que se moria, no podia disimular el contento que le causaba el ver llegar aquel término, á que ordenaba la vida y los trabajos de ella. Mandó llamar á todos los novicios de aquel convento, que no eran pocos, y desde las tablas donde estaba echado y envuelto en jerga (que cama no la tenia, ni la consentia) les hizo una amorosa y tierna plática, exhortándolos al amor de Dios, y á la perseverancia en el estado que habian comenzado. Confesóse con el prior generalmente, y acabada la confesion sacramental, habló á los mas ancianos de la casa, y despidióse de ellos de esta manera: Hijos, hermanos mios, á quienes he tenido siempre en el alma, y llevaré conmigo, no os duela verme partir de entre vosotros: porque el bien de haber dejado el mundo por Dios, es poder partir de él como yo parto ahora. Lo menos que del suelo se nos pegare, es lo mejor que hay en él; y para asegurar aquella vida, se ha de perder esta. Ya he llegado al postrero trance: quiero descubriros un secreto para vuestra edificacion y gloria del Señor. Hasta la hora en que estoy, ha sido la misericordia de Dios servida de guardarme la virginidad y limpieza con que naci: y si la mano de Dios no ha sido conmigo escasa en esto, tampoco lo será con vosotros: tenedlo, hijos, por cierto; mas mucho os ha de costar lo que tanto vale. Es menester velar y orar, y sobre todo huir del trato y familiaridad de mujeres. No fiois vuestra limpieza de ocasiones; que cualquiera es grande para destruiros y ninguna mayor que el descuido ó seguridad fundada en la confianza de vuestra virtud, ó de la ajena. El venerable y santo nombre de la castidad, es como la vida, que con ninguna fuerza se cobra. Despues los exhortó al amor de Dios, á la observancia de su regla, y al acrecentamiento de su órden, con palabras tiernas, amorosas, encendidas, y venidas del cielo, como verdadero padre que se despedia de sus dulces hijos, y rogóles que le enterrasen á los piés de sus hermanos difuntos. Y aunque lo que dijo de la limpieza

y virginidad, lo dijo con santa intencion para honra de Dios, y aviso de sus hijos, y sin repunta de vanagloria; despues le vino escrúpulo: llamó al prior, y se confesó de esto, como si fuera gran culpa: tanto era la pureza de su ánima y el recato de sus palabras. Trajéronle á su instancia el viático y sacramento de la uncion, y lo recibió todo con grandísima devocion, ayudando él mismo, y respondiendo al sacerdote, y rezando con los religiosos los salmos, que en aquel oficio se dicen, conforme al uso de la Iglesia. Y como todos sus hijos se enterneciesen mucho, y derramasen copiosas y vivas lágrimas, y le declarasen, cuán solos, y cuán desconsolados y tristes los dejaba; él los consoló, y les dió esperanza, que despues de muerto les seria de mas provecho que vivo, y los encomendó con palabras afectuosas al Señor: y tornando á encargarles el amor fraternal, la humildad profunda, y la pobreza voluntaria y evangélica, mandó á sus frailes que comenzasen el oficio de los que están en la agonía de la muerte: y ellos comenzaron á recomendar á Dios la alma de su santo padre, y luego á los principios, cuando se dice aquella devotísima antífona: «Socorred, santos de Dios, salid al camino, ángeles bienaventurados;» salió ella de la cárcel de su cuerpo, y los ángeles la llevaron al descanso eterno del cielo. Murió el bienaventurado confesor un viernes á las doce horas de mediodía año del Señor de **1221**, á los 6 dias del mes de agosto, siendo de edad de cincuenta y un años. Su cuerpo fué enterrado con gran solemnidad, hallándose presente el cardenal Hugolino, legado del papa, que habia sido muy grande amigo suyo, y dijo la misa cantada, y por sus propias manos le puso en la sepultura que abrieron los frailes en el suelo de la iglesia, como el santo lo habia querido en vida. Halláronse tambien el patriarca de Aquileya, algunos arzobispos, obispos y prelados, é innumerable multitud de gente, que concurrieron á honrar y reverenciar al santo, y pedir por él mercedes y favores al Señor: el cual para glorificarle mas, obró por su intercesion muchos y grandes milagros, sanando de todo género de enfermedades á los que venian á su sepultura, y al mismo tiempo hizo algunas revelaciones á siervos suyos, para declarar la gloria que tenia en el cielo, el que tan bien le habia merecido en la tierra: y con estos testimonios del cielo, y con el espíritu y nuevo fervor que el santo padre de allá les envió, quedaron sus hijos consolados de la ausencia de su bendito padre, que parecia no tener consuelo, y tan animados á imitarle y seguir sus pisadas, y servir de veras al Señor, como si entonces lo comenzaran á hacer. Despues se trasladó el cuerpo de santo Domingo á otro sepulcro mas honroso el año de **1533**, y sexto del pontificado del papa Gregorio IX, y en el octavo le canonizó, y le puso en el catálogo de los santos, á los 28 de agosto, y mandó que su fiesta se celebrase á los 5 de agosto, que fué el dia antes de su muerte; aunque el papa Paulo IV ordenó en nuestros dias que se celebrase á los 4 de agosto (como se hace), por estar el quinto ocupado en la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves. Esta fué la vida de este patriarca.

14 ¿Pero quién podrá explicar la excelencia de sus eminentes y heróicas virtudes, y los tesoros que Dios encerró en su ánima benditísima? Sacóle el Señor tan perfecto discípulo suyo, y maestro de los otros, que toda la Iglesia le tiene por un vivo retrato de toda perfeccion y santidad. Tenia sobre todas las cosas una caridad tan ferviente, que parecia andar abrasado en amor del Señor, y arrojar llamas para encender á los demás. De este amor procedia nunca verse harto de trabajos, de sufrir y padecer por Dios: con este amor andaba negociando por ir á tierra de infieles y moros, por enseñarles las nuevas del Evangelio, y derramar su sangre por Cristo: de este amor nacia exponerse muchas veces á grandes dificultades y peligros, los cuales le parecian manjar suavísimo: decia, que deseaba que todos los hombres, y las piedras, y los condenados (si fuera posible) amaran á Dios, y le reconocieran y sirvieran: efecto de este mismo amor era el llorar las culpas ajenas tan amargamente, como si fueran propias, y castigarse y disciplinarse por ellas, hasta derramar la sangre en mucha abundancia; y toda la diera de buena gana, si con ella pudiera excusar algun pecado en sus prójimos. Las noches, que suelen ser descanso de los trabajos, tenia él dedicadas para hacer penitencias por los pecados, que en el pueblo, en donde estaba, se cometian. Este mismo amor le hacia querer ser vendido y entregado á los moros, para rescatar el hijo de la viuda, y quererse dar por siervo y esclavo, para librar á uno que estaba en poder de herejes. Pues ¿qué diré de la ansia y deseo que tuvo tan encendido de morir por Cristo, no una vez, sino muchas, no con lijeros tormentos, sino cruelísimamente, y poco á poco, teniendo la muerte por vida, y el martirio por descanso? Por donde, como un hereje, que habia salido á matarle, sin poder ejecutar su deseo, un dia le dijese: Si por tal camino pasaras, no estuvieras tú ya vivo; santo Domingo le respondió: Ya yo sé que no merezco tanto bien, como ese; mas si Dios me diera á escoger muerte por su servicio, fuera para mí muy regalada, que desnudándome primero, me cortárades las manos y los piés, y me arrancárades la lengua, y despues los ojos, y dejando el cuerpo un poco bañarse en su propia sangre, al cabo quitárades la cabeza de los hombros. De aquí vino, que preguntándole una vez un clérigo, espantado de las cosas sautas y maravillosas que predicaba, y diciéndole: Padre, ¿dónde hallais estas lindezas, y en qué libro aprendeis? respondió santo Domingo: En el libro de caridad, que es el mejor de todos. Para llegar á la cumbre de tan alta perfeccion como él tuvo, que consiste en esta caridad, procuró el santo padre echar por cimiento una humildad profundísima, deseando ser menospreciado, hollado, y tenido en poco de los hombres por amor de Dios. Y así el tiempo que estuvo en Francia predicando á los herejes, iba de buena gana á los lugares de Carcasona y su comarca; porque allí lo escupian y maltrataban: y huia de Tolosa; porque en ella le honraban. An-

tes de entrar en cualquiera villa ó ciudad, hincado de rodillas, se ponia en oracion, y pedia á Dios que no mirase sus culpas, y que por entrar en aquel pueblo, no mostrase contra él su ira, y por sus pecados le castigase: ¡hasta dónde puede llegar el conocimiento y sentimiento de una alma de veras humilde! Ofreciéronle con mucha instancia tres obispados; y él con no menos constancia los desechó, teniéndose por indigno, y decia, que antes huyera y se fuera con un báculo peregrinando por el mundo, que tomar obispado ni dignidad en la Iglesia. Amaba mucho la pobreza, y holgábase de traer viles y pobres hábitos; y esta pobreza encomendaba mucho á sus frailes, teniendo por indicio de liviandad en el religioso la curiosidad en el vestido. Pedia limosna de puerta en puerta por los lugares, y tomaba lo que le daban con una profunda humildad, teniéndose por indigno de recibirlo; y así solia, hincadas las rodillas en el suelo, tomar el pan, ó cualquiera otra cosa de las que le ofrecian de limosna para su comida, y besarlo y agradecerlo, como si le hicieran Señor de todo el mundo: que no estimaba en menos ser pobre por Jesucristo. Esta misma humildad, y amor de la pobreza, resplandeció mucho en el andar tantos, y tan largos caminos, en invierno y en verano, con calores y frios, á pié y descalzo. Y por huir la ostentacion, y conservar mejor la humildad, cuando entraba por los lugares, entonces se calzaba los zapatos; y en saliendo de poblado se los quitaba: y no menos mostró este espíritu y zelo de pobreza, en la dejacion que hizo de los bienes y rentas que le habian dado para el convento de Tolosa, y en haber establecido que se guardase esta pobreza evangélica en su órden, y echado su maldicion á los que no la guardasen, y castigado severamente á algunos frailes que pretendian sacar dispensacion del papa, para relajar la pobreza: y el haber edificado sus casas con tanta estrechez, y con celdas tan angostas y pobres, como se ha dicho: y mandado cesar el edificio del convento que se habia comenzado en Bolonia, por parecerle que desdecia de aquel espíritu humilde y pobre que Dios habia plantado en su corazon. Pues ¿qué diré de la aspereza y penitencia de este santísimo varon? A mas de ser su vestido tan vil y pobre, como se ha dicho, traia un áspero cilicio y una cadena de hierro ceñida al cuerpo y casi cosida y pegada á las carnes. Nunca tuvo celda, ni cama, ni lugar particular ni conocido para dormir. Su cama era alguna paña de los altares, ó sentado en el suelo ó en su escaño. Tres veces se disciplinaba cada noche con una cruel disciplina de hierro, que tenia tres ramales, hasta derramar sangre con mucha abundancia: la primera por sus pecados: la segunda por los de sus prójimos: la tercera por las ánimas del purgatorio. Su comida era un perpetuo ayuno. Nunca comió carne, sino manjares de cuaresma, y esto con extraña templanza. Y como una vez en Francia los herejes, por disfamarle, hubiesen publicado que era hombre que se regalaba; el santo para desengañarlos, y para que aquella infamia no le fuese estorbo para su predicacion y provecho de las almas, se aposentó en una casa de ciertas mujeres nobles, aunque tocadas de la herejía: y toda la cuaresma él y sus compañeros ayunaron á pan y agua: disciplináronse terriblemente, durmiendo en el suelo, y muy poco; juntando en uno la penitencia rigurosa con el zelo abrasado y caridad fervorosa del bien de las almas: y así fué Dios servido que sus huéspedes, admirados de aquel género de vida, se convirtiesen á la fé católica, y otros muchos herejes que lo supieron, y que se deshiciese aquella falsa opinion del regalo que ellos habian publicado. Con ser santo Domingo tan riguroso para sí, era sobre manera piadoso y blando para los súbditos, y dispensaba con ellos fácilmente, y jamás consigo: y cuando el oficio de prelado le obligaba á castigar y reprender las culpas ajenas, aguardaba siempre tiempo y sazon para hacerlo con mayor suavidad y provecho. Acaecióle ver por sus ojos algunas culpas, y pasar por ellas con disimulacion, como si no las viera; y á su tiempo las corregia, juntando con la severidad de juez la mansedumbre y amor de padre. Fué tan compuesto y modesto en el hablar, que los que le conocieron y trataron casi toda su vida, siendo examinados en el proceso de su canonizacion, testificaron que nunca le habian oido palabra ociosa, ni descompuesta, ni libre en toda su vida: y lo que mas encomendaba á sus religiosos, era, que siempre hablasen de Dios ó con Dios. Era maravilloso el respeto que tenia á todas las otras órdenes y religiosos: y así cuando iba á alguna parte, la primera visita era á los monasterios de los religiosos: y decia, que con ninguna especie de conversacion, ó estado de gente, se alegraba tanto su espíritu, como con los que profesaban la perfeccion evangélica, y habian hecho divorcio con el mundo; y amonestaba á todos que hiciesen lo mismo, y amasen y reverenciasen las religiones y religiosos como parte de la Iglesia católica, tan preciosa y de tanto valor.

15 ¿Quién podrá explicar las otras virtudes de este glorioso santo? ¿Aquella fé viva, aquella esperanza segura y cierta en el Señor? ¿Aquella espiritual y divina providencia? ¿Aquella fortaleza y perseverancia en las buenas obras? ¿Aquella castidad virginal? ¿Aquella paciencia admirable, y amable mansedumbre? ¿Aquel menosprecio de sí y del mundo? ¿Aquel aprecio y ansia del cielo; y finalmente todas las otras virtudes de este ángel humano ó varon divino? Seria nunca acabar, si quisiésemos referir aquí lo que en esta materia gravísimos autores escriben. Mas puesto caso, que por brevedad calle las mas, no quiero dejar de decir del don tan subido y eminente de la oracion y familiaridad para con Dios, que tuvo este santo patriarca: porque de esta fuente, y de este trato tan continuo con el Señor, manaron los arroyos de las otras virtudes, y las obras maravillosas que Dios hizo por él. Decia cada dia misa, en la cual derramaba tantas lágrimas, que le corrian hasta el suelo, y parecia imposible poder un hombre llorar tanto. A do quiera que tomase la media noche, en ventas ó en campo, despertaba á sus compañeros para que alabasen á Dios, y rezasen sus

maitines con mucha devocion. Estando en los conventos, era continuo en el coro, y el primero de todos, así de noche como de dia. Era continua, y tan fervorosa su oracion, y estaba algunas veces en ella tan arrebatado, y con tan grandes sentimientos, lágrimas y suspiros, que despertaba á los frailes sin advertir á ello: otras veces quedaba tan elevado, y tan fuera de sí, como si verdaderamente hubiera perdido los sentidos: otras se levantaba en el aire totalmente, y se quedaba el cuerpo suspenso, sin llegar á la tierra, con la vehemencia de la oracion: en la cual le hizo Dios muchas y muy raras mercedes, y fueron tantas, que el mismo descubrió á un grande amigo suyo, que ninguna cosa habia pedido jamás á nuestro Señor, que no la hubiera alcanzado. Y no es maravilla; porque fué devotísimo sobre manera de la Virgen María nuestra Señora, y tenia tan gran confianza en su patrocinio y proteccion, que nunca comenzó ni acabó cosa notable, que no fuese precediendo mucha y muy continua oracion á nuestra Señora, y por su intercesion impetraba lo que queria de su benditísimo Hijo.

16 De aquí vino que el demonio tuviese tanta ojeriza con santo Domingo, cuando oraba, y que procuraba estorbarle y aun acabarle si pudiera: porque una vez estando el santo orando una noche en Santa Sabina delante del altar, le arrojó desde lo alto de la iglesia una piedra grandísima, que pasando por la cabeza del santo, le tocó en el capillo de su hábito, y se hizo pedazos en el suelo, que hoy dia se ven en aquel sagrado templo, en memoria del milagro: y santo Domingo no por eso se movió del lugar donde estaba, ni se mudó, ni alteró. Otra vez estando en la misma iglesia rezando, se le puso delante de los ojos en figura de fraile de su hábito, muy compuesto y muy devoto; pero fuera de tiempo y obediencia, para inquietarle y desasosegarle de su oracion. Otra vez vió al demonio en traje y forma humana, que andaba solícito de unas partes á otras. Conocióle y díjole: O bestia cruel, ¿qué haces aquí? Respondióle el demonio: Ando en mi oficio, y en fin, siempre gano. ¿Y qué puedes tú ganar en el dormitorio? (dijo el santo). Que duerman (dice) mas ó menos de lo necesario: que se levanten de mala gana; ó que no se levanten á maitines: y aun cuando me dan mas licencia, mayores males les hago. Y en la iglesia (dijo santo Domingo), ¿qué mal les haces? Que vayan tarde, sin gana y sin gusto; y que estén allí pensando en cosas del mundo. Del refectorio dijo, que allí los tentaba, para que coman mas ó menos de lo necesario. Preguntado del locutorio, respondió con grandes risadas, que era suyo todo aquel lugar; pues allí se contaban nuevas impertinentes, y se decian palabras ociosas y de murmuracion, y que cuanto ganaban en las otras partes los frailes, tanto venian á perder en ella. Llevóle al capítulo, y huyó de allí, diciendo: Este lugar es para mí el propio infierno; porque aquí se vienen á reparar los frailes de los males que toda la vida les hago: aquí son amonestados y reprendidos de sus culpas: aquí los confiesan; y aquí los perdonan: y diciendo esto, desapareció. Otra vez, en figura de un mozo galan y bien tratado, vino al convento, y pidió al sacristan (cuyo era este oficio) un padre, que le oyese de penitencia. El sacristan se le trajo, y el fingido penitente comenzó á pintar algunos pecados suyos deshonestos, con tan sucio y abominable artificio, que el confesor, por poner cobro en su alma, le dejó sin acabar la confesion. Lo mismo le sucedió con otros cuatro confesores, que no pudieron acabar de oir aquella fingida confesion, por no recibir detrimento en la pureza de sus almas. Y como el demonio todavía instase que viniese algun fraile, que le oyese de penitencia, y se quejase de la poca caridad que usaban con él: al fin salió santo Domingo para confesarle: y entrando en la iglesia, por divina revelacion conoció que era el demonio, y le reprendió ásperamente, y le mandó salir de allí, y que no inquietase á los siervos de Dios: y así luego desapareció, dejando en la iglesia un intolerable hedor á manera de piedra azufre con grande espanto de todos los presentes.

17 Los milagros que nuestro Señor obró, en vida y muerte, por santo Domingo, fueron tantos y tan grandes, que para escribirlos seria menester hacer un largo tratado. Tuvo don de profecía: libró muchos endemoniados: sanó gran número de dolientes de cualquier género de enfermedades; y restituyóles entera salud. Resucitó tres muertos, el uno hijo de una matrona romana, llamada Guntadona, que frecuentaba los sermones de santo Domingo, y volviendo un dia del sermon, halló muerto á su hijo, y con gran fé y dolor le llevó al santo delante de mucha gente, y el bienaventurado padre llegó al muerto, é hizo sobre él la señal de la cruz: asióle de la mano y levantóle vivo. Supo el papa Honorio este milagro, y dió gracias á Dios por él, y mandó que se predicase en los púlpitos. Suplicó santo Domingo al papa que no mandase tal cosa; porque de otra manera se iria á predicar á tierra de infieles: y aunque el papa le dió este contento; el caso se divulgó en Roma tanto como si se predicara. La gente por devocion le cortaba el hábito, que era corto, y apenas llegaba á las rodillas, y queriendo sus frailes estorbar esto, les decia el santo padre: Dejadlos, no les quiteis su devocion. El otro muerto, que resucitó, fué un oficial: el cual, andando en la obra del monasterio de San Sixto, y abriendo los cimientos, cayó sobre él un paredon y le mató con gran lástima de los frailes y de santo Domingo, que era autor del edificio, y sentia mucho que se comenzase con sangre. Hizo oracion por él; y el muerto resucitó. Pero el tercero fué mucho mas ilustre y famoso por las circunstancias que en él concurrieron. Este fué un caballero mozo, llamado Napoleon, sobrino del cardenal Estéfano de Fossanova, hijo de su hermana: el cual, corriendo un caballo, cayó y se hizo pedazos, y luego murió, al tiempo que estaba santo Domingo en San Sixto con el cardenal Estéfano y otros cardenales, dando asiento en las cosas de las religiosas de aquella casa. Sintióse mucho este desastre: y cuando santo Domingo lo supo, se

fué á decir misa; y al tiempo de alzar el santísimo Sacramento, juntamente se fué levantando por el aire un gran codo encima de la tierra, á vista de todos. Acabada la misa, se fué adonde el cuerpo estaba, y comenzó á concertar con sus manos los brazos y las piernas que estaban quebrados: y así como estaba en pié se puso en oracion profundísima: y despues hizo sobre el difunto la señal de la cruz, y levantando los ojos, ó las manos al cielo, dijo en voz alta: Napoleon, en nombre y virtud de nuestro Señor Jesucristo, levántate luego. Obedeció luego la muerte al Autor de la vida, y Napoleon, que habia estado muerto desde la mañana hasta despues de mediodía, á vista de los cardenales y de toda la otra gente que habia concurrido, se levantó, habló, y pidió de comer; y comió y bebió como sano, quedando todos atónitos de tan extraña maravilla. Mas aunque este milagro haya sido tan esclarecido, y los otros, que obró este glorioso patriarca, son innumerables, y de tan gran provecho para la Iglesia del Señor; á mi ver, el mayor de todos, es la institucion, progreso y propagacion de la ilustrísima y santísima órden que él fundó, para tanta gloria de Dios y beneficio de la santa Iglesia: porque si se mira el tiempo en que Dios envió á santo Domingo al mundo, y los pecados, guerras, divisiones y calamidades que habia en él; no se puede negar, sino que él le escogió, para que le alumbrase con su luz, y le inflamase con el amor de su Criador y Señor, de cuyo conocimiento estaba tan apartado. Pues si se consideran las armas y ayudas, con que él comenzó obra tan grande; verémos que un hombre pobre y descalzo, y desnudo de sí, y de todo favor humano, y vestido solo del espíritu del cielo, se tomó á brazos con todo el mundo, y contrastó sus ondas, vientos y alteraciones, y alcanzó victoria de él. ¿Pues qué diré de los frutos que se han seguido de esta raíz y planta bendita? ¿Qué de los hijos tantos y tan gloriosos que ha tenido este santísimo patriarca? ¿A un san Raimundo de Peñafort, confesor de reyes y pontífices, á un santo Tomás de Aquino, luz y maestro de toda la Iglesia católica, á un san Pedro, mártir, amparador de la fé, y cuchillo de los herejes, á un san Jacinto, espejo de santos confesores, á un san Vicente Ferrer, apóstol de su tiempo, á un san Antonino, arzobispo de Florencia, dechado de santos prelados, á una santa Catalina de Sena, tan regalada y entretenida de Jesucristo, su dulce esposo, y á tantos otros bienaventurados hijos é hijas, que en número y virtud resplandecen en la santa Iglesia católica, como estrellas en el firmamento? No se pueden contar, ni dignamente alabar los innumerables y santísimos hijos, que, como pimpollos de una hermosísima planta, y como sarmientos de una fecundísima cepa, han brotado de la clarísima religion de Santo Domingo: los mártires, los confesores, los doctores que han ilustrado la Iglesia católica, los obispos, cardenales y sumos pontífices que la han regido y gobernado: las monjas que debajo de su regla y disciplina han conservado la flor de su virginidad, y, vencida la flaqueza mujeril, han triunfado de la carne, del mundo y del infierno viviendo como ángeles del cielo en cuerpo mortal. Son tantos los hijos de este bienaventurado patriarca, que no tienen cuento, y tan esclarecidos, que uno solo bastara para ilustrar cualquiera religion. Pues el fruto, que de los trabajos y sudores suyos y de sus hijos se ha seguido en todo el mundo, así en la enseñanza y reformacion de costumbres de los fieles, como en la conversion de los infieles á nuestra santa fé, y especialmente en resistir á los herejes, y perseguirlos con sana doctrina, vida ejemplar y autoridad apostólica; mejor es callarlo, que decir poco, habiendo tanto que decir. Todo esto se debe al bienaventurado santo Domingo, como á patriarca, é instituidor de tan ilustre y sagrada religion: la cual siendo obra de tales manos, no podia ser otra, ni el santo varon dejar de ser eminentísimo y grandísimo amigo de Dios, y riquísimo de los dones y gracias, que para obra tan admirable eran menester.

18 Fué santo Domingo mediano de cuerpo, pero muy hermoso: el rostro largo y aguileño: la barba algo roja y el cabello: el color del rostro muy blanco, pocas canas, y algunas mas en la cabeza, que en la barba. Tenia la cabeza muy poblada de cabello, sin muestras, ni entrada de calvo: la voz en el púlpito muy alta, y buen metal, sin pesadumbre de los oyentes. Era flaco de su complexion, y con las penitencias mas acabado de lo que sus años pedian. De los ojos y la frente parecia algunas veces que salian como rayos, ó resplandor de luz, que le hacia respetar de los que le oian y trataban. Escribió de la vida de santo Domingo ocho libros Fr. Teodórico de Apoldia, religioso de su religion, por órden del sétimo general de ella, que refiere Surio en el cuarto tomo de las Vidas de los santos: san Antonino, tercera parte, tit. 23. cap. 12, y en los siguientes: Juan Garzon, «De los varones ilustres de la órden de los Predicadores:» Marco Antonio Flaminio: Francisco Diacecio, obispo de Fiesoli; y últimamente, el P. Fr. Hernando del Castillo en la Historia de su órden.

* San Aristarco, obispo y mártir.—Discípulo y compañero de san Pablo, vivia en Tesalónica y era judío de nacion. Acompañó al Apóstol á Efeso y permaneció en su compañía durante los dos años que estuvo allí, partiendo ambos mutuamente los trabajos y peligros del apostolado. Por poco pereció con Cayo en medio del tumulto que habia excitado un platero de la misma ciudad con pretexto de la estatua de Diana. Despues marchó de Efeso con san Pablo y le acompañó á Corinto; le siguió tambien en el viaje que hizo á Jerusalen, y se embarcó en su compañía cuando fué conducido á Roma, el año 60 de Jesucristo. San Pablo en su carta á los colosenses, cap. 4, dice estas palabras: «Os saluda Aristarco, que es mi compañero en la prision.» No sabemos que fué de este santo despues de la muerte del Apóstol: los griegos le honran con el título de apóstol y mártir el dia 14 de abril, y el Martirologio romano dice en este dia, que fué ordenado obispo de Tesalónica por el mismo san Pablo, y que des-

pues de muchas persecuciones, en tiempo de Neron murió coronado por Jesucristo.

SAN EUFRONIO, OBISPO Y CONFESOR.—En su juventud entró este santo en el estado eclesiástico y llegó á ser obispo de Tours, debiendo tan solo su elevacion á las eminentes virtudes y alta capacidad que en él habian resplandecido. Estando vacante aquella silla, el pueblo y clero de Tours pidieron á Clotario I se interesase para que fuese elegido Eufronio, y efectivamente, el rey, que conocia el mérito de este santo sacerdote, logró vencer su repugnancia y que aceptase el cargo pastoral. La ceremonia de la consagracion se hizo en 556, y el año siguiente el nuevo obispo asistió ya al concilio de París, en el que se publicaron muchos sabios reglamentos tocante á los bienes eclesiásticos, á la ordenacion de los obispos y á los matrimonios ilícitos. La ciudad de Tours experimentó los efectos de su ilustrada caridad; pues hallándose casi arruinada por los estragos de una reciente guerra civil, contribuyó á reedificarla casi toda, alimentando á los pobres por su cuenta, y arbitrando medios para ocurrir á los gastos de la reparacion. En 566 convocó un concilio en su ciudad episcopal, que se llama el segundo de Tours, y en el que se hicieron veinte y siete cánones sobre disciplina. A pesar de las pruebas de particular afecto que recibia continuamente de parte del rey Cariberto, no iba á su corte mas que rara vez y con mucha repugnancia. Caminando un dia para ir á ella, de repente mudó de parecer y se volvió á su diócesis, diciendo á los que le acompañaban, que su viaje era ya inútil, porque el rey acababa de morir, lo cual efectivamente fué así. San Gregorio de Tours, que fué por muchos años testigo de las acciones de Eufronio, dice que estuvo favorecido con el don de milagros, y que fué admirable en todo hasta su dichosa muerte, acaecida el dia 4 de agosto del año 572.

SAN TERTULINO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.—Fué instruido en los misterios de la fé y bautizado por el papa san Estéban, que algun tiempo despues lo ordenó de sacerdote. Ejerció las funciones de su ministerio con admirable santidad, y durante la persecucion del emperador Valeriano fué cruelmente apaleado, quemados los costados, deshecha la cara, estirado en el potro, azotado con nervios, y finalmente, habiéndole degollado en Roma, consumó el martirio.

SANTA PERPETUA, Y LOS SANTOS NAZARIO Y AFRICANO.—Santa Perpetua era una matrona romana que fué bautizada y enseñada por el apóstol san Pedro, y con sus exhortaciones y ejemplos convirtió despues á su hijo Nazario y á su marido Africano, que fueron tambien bautizados por el príncipe de los apóstoles. Su ocupacion preferente era visitar y consolar á los cristianos que estaban detenidos en las prisiones, y enterrar sus cuerpos despues del martirio. Acompañada de estas y otras esclarecidas virtudes, murió santamente en el Señor á principios del siglo II.

SANTA CENTOLA Y SANTA ELENA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.—Padecieron estas santas en el territorio de Burgos en tiempo de los emperadores gentiles. Siendo Centola muy buena cristiana, fué por esto acusada al señor de aquella tierra, quien al ver la constancia de la bendita vírgen en confesar y predicar á Jesucristo, la entregó á Eglisio, legado suyo, para que la atormentase sino mudaba de propósito. No dejó éste tormento ninguno de los que la crueldad de los infieles usaba entonces contra los cristianos, que no ejecutase en la santa doncella. Mandóla colgar y descoyuntar en el caballete, y magullar con varas de hierro, y con peines abrir surcos en sus carnes benditas. No apagada aun la sed de su crueldad, le hizo cortar los pechos, y meterla así en la cárcel para que se desangrase. Todo lo padecia Centola con ánimo igual y tranquilo sin balancear un punto en su primera resolucion. En este estado se presentó en la prision Eglisio, y siendo insultado por la santa, la mandó cortar la lengua, y presentándose tambien allí mismo en aquella ocasion Elena, vírgen cristiana y esforzada, el prefecto las hizo degollar á las dos, siendo así compañeras en la virginidad y en la palma del martirio. Fué este martirio en la diócesis de Burgos, donde se veneran sus reliquias, ignorándose la época de su muerte.

SAN ELEUTERIO, MÁRTIR.—Fué senador romano y familiar del emperador Maximiano. Habiendo cedido á las insinuaciones de su noble y bondadoso corazon, abrazó la religion cristiana, y vivió en medio de la corte con toda la pureza y santidad de sus divinas máximas, hasta que publicados los edictos imperiales contra los fieles, confesó públicamente á Jesucristo y fué preso, atormentado, y por fin degollado en Constantinopla, el año 303.

SANTA IA, Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.—Por los años de Jesucristo 360 mandó Sapor, rey de Persia, que todos los habitantes de sus dominios tributasen adoracion é incienso á su dios. Los cristianos de aquellas regiones prefirieron la muerte á mancharse con la nota de apostasía, y en un solo dia fueron pasados á cuchillo mas de nueve mil, entre los cuales sobresalió por su valor y admirable fé santa Ia, mujer ya anciana, que les animaba á todos á los tormentos y que fué la última en acabar la vida.

SAN AGABIO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué el tercer obispo de Verona, recomendable por su piedad y por la inocencia de sus costumbres. Dejó á sus sucesores grandes ejemplos de caridad con los pobres, y de todas las virtudes, y murió en paz, ilustre en milagros.

SAN PROTASIO, MÁRTIR.—Sábese solamente que es venerado en la ciudad de Coloma desde los primeros siglos. Los bolandistas son de parecer que es el mismo san Protasio que se celebra con san Gervasio el dia 19 de junio.

Dia 5.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES, Ó DEL PESEBRE.—Celebra la santa Iglesia la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves á 5 de agosto, por la razon que aquí diré. Siendo sumo pontífice Liberio, hubo en Roma un caballero muy noble y rico, llamado Juan Patricio, el cual es-

pues de muchas persecuciones, en tiempo de Neron murió coronado por Jesucristo.

SAN EUFRONIO, OBISPO Y CONFESOR.—En su juventud entró este santo en el estado eclesiástico y llegó á ser obispo de Tours, debiendo tan solo su elevacion á las eminentes virtudes y alta capacidad que en él habian resplandecido. Estando vacante aquella silla, el pueblo y clero de Tours pidieron á Clotario I se interesase para que fuese elegido Eufronio, y efectivamente conocia el mérito de este santo, pero tuvo que vencer su repugnancia para que aceptase la pastoral. [illegible] hizo [illegible]

tiles. Siendo Centola muy buena cristiana, fué por esto acusada al señor de aquella tierra [illegible] ien al ver la constancia de la bendita vír[illegible]esar y predicar á Jesucristo, la o[illegible]do suyo, para que la p[illegible] pósito. No [illegible] la o[illegible]

[illegible] pe- se de- o igual primera n la pri- santa, l oso tamb vírgen izo dege la virgi este mart venerar d muer TIR.- apera sir brazé la c vin imr nte or f S le



taba casado con una señora principal, é igual suya en todo, de la cual al cabo de muchos años no tenia hijos: y aunque los deseaban mucho estos caballeros; pero como eran tan temerosos de Dios, como ricos, y no menos piadosos que ilustres, conformábanse con su voluntad, entendiendo, que no darles sucesion era lo que mejor les estaba; pues así lo ordenaba él con su paternal providencia. Eran muy devotos de la Virgen María nuestra Señora, y determinaron tomarla por heredera de sus grandes riquezas: y para acertar mejor á servirla, hicieron grandes plegarias, limosnas y buenas obras, suplicándola que los encaminase, y mostrase en qué obra queria que ellos gastasen su hacienda en su servicio. Oyó la Reina del cielo las oraciones, que con tanto afecto Juan Patricio, y su mujer le hacian; y una noche, que fué la precedente al quinto dia de agosto, cuando los calores son excesivos en Roma, habló entre sueños á los dos, cada uno por sí, y díjoles, que la mañana siguiente fuesen al collado Exquilino, y que en la parte de él, que hallasen cubierta de nieve, le edificasen un templo, donde ella fuese honrada de los fieles, y que haciendo esto, se tendria por su heredera, y bien servida. La mañana siguiente confirieron entre sí los dos buenos casados el sueño, ó revelacion que habian tenido: dieron parte de ello al sumo pontífice Liberio, al cual la Virgen habia hecho la misma revelacion. Convocóse el pueblo: juntóse el clero, y ordenóse una devota procesion. Llegados al monte, hallaron cubierto de nieve un espacio muy bastante para una iglesia capaz: señalóse el lugar para ella, y de la hacienda de los caballeros devotos de la Virgen luego se comenzó á labrar, y se acabó suntuosamente. Esta fué la primera iglesia que se edificó en Roma, con título y advocacion de nuestra Señora. Llamóse al principio Nuestra Señora de las Nieves, por el milagro que aquí queda referido: y tambien la basílica, ó templo de Liberio, por haber acaecido este milagro en su tiempo, y despues se llamó basílica de Sixto, por haber el papa Sixto, II de este nombre, sucesor de Celestino, renovado y reedificado aquella iglesia, adornándola con excelentes imágenes y pinturas sagradas. Tuvo asimismo nombre de Santa María del Pesebre, por haberse puesto en una capilla de dicha iglesia el pesebre en que Cristo nuestro Señor, recien nacido, fué reclinado en el portal de Belen: mas despues, como en Roma se hubiesen edificado muchas y muy grandes iglesias de nuestra Señora, dieron á esta de las Nieves, título de Santa María la Mayor, para diferencia de las demás, y mostrar la excelencia que tiene sobre todas las que hay en aquella ciudad: la cual, así como en las demás cosas muestra su gran piedad; así en la devocion de la sacratísima Virgen se esmera mucho, y se aventaja sobre las otras ciudades del mundo: porque cierto es cosa que pone admiracion y causa devocion el considerar los muchos y magníficos templos que hay de la Virgen en Roma, y que el clero, y casi todas las religiones que hay en ella, están debajo de la proteccion y tutela de la santísima Virgen, y tienen iglesia particular suya para servirla y honrarla: porque dejando aparte las iglesias colegiatas de canónigos seglares, como son las de Santa María Transtiberim, y la de la Rotunda, y la de Santa María in Via Lata, y no hablando de la de Santa María de la Estrada, que es de los padres de la Compañía de Jesus (que es religion de clérigos reglares), y pasando en silencio otras muchas iglesias particulares, y de menor nombre; la religion de la Cartuja tiene en Roma por su principal morada, el nuevo templo de Santa María de los Angeles: la de Santo Domingo, el de Nuestra Señora de la Minerva: la de San Francisco, el de Nuestra Señora de Ara Cœli: la de los ermitaños de San Agustin, el de Nuestra Señora de la Paz: la del Cármen, el de Nuestra Señora Transpontina: la del Monte Olivete, el de Nuestra Señora la Nueva: la de los servitas, el de Santa María in Via: de manera, que si bien se mira, todas las religiones están debajo de las alas y amparo de la Virgen, y casi todas tienen en Roma templos (y muchos de ellos muy suntuosos) de su advocacion, en los cuales ella es reverenciada, y mas particularmente en este de las Nieves, cuya fiesta se celebra hoy: y por esto se llama Santa María la Mayor, y el Señor en ella ha obrado grandes maravillas, por los ruegos de su benditísima Madre. A esta iglesia mandó san Gregorio el Magno, que viniese la solemne procesion de todos los estados y condiciones de gente que habia en Roma, cuando aquella cruel y horrible pestilencia la asolaba y destruia: de esta iglesia ordenó Estéfano, papa, II de este nombre, que saliese otra procesion para aplacar la ira del Señor; y Leon IV, en tiempo de Lotario, emperador, con otra procesion que mandó hacer desde la iglesia de San Adriano, mártir, á la de Santa María la Mayor, libró la ciudad de Roma de una serpiente cruel y venenosa que la inficionaba. Y san Martin, papa, estando celebrando en ella, y queriendo Olimpio, exarco, prenderle, ó matarle, por órden del emperador, su amo, que era hereje, quedó ciego, y no pudo salir con su intento, por no haber permitido la sacratísima Vírgen que en aquel templo suyo se cometiese tan gran maldad. Otros muchos milagros ha obrado el Señor en aquel templo, y obra cada dia por intercesion de su purísima Madre, la cual preside en él. Y con haberlo escogido por morada, y tabernáculo suyo, hizo mayor beneficio á Juan Patricio, y á su mujer, que si les hubiera alcanzado de Dios hijos, los cuales ya estuvieran acabados, y no hubiera memoria de ellos, como ahora la hay, y juntamente con este hecho nos enseñó, cuán bien empleadas son las haciendas que se gastan en edificar, honrar y enriquecer los templos, y cuán bien remunera la Reina del cielo los servicios que los fieles le hacen acá en la tierra.

* LA CONMEMORACION DE VEINTE Y TRES SANTOS MÁRTIRES. — En tiempo del emperador Diocleciano fueron estos santos degollados en la via Salaria vieja, y sepultados en la misma via en lo alto de la cuesta.

SANTA AFRA, MÁRTIR. — Durante la cruel y bárbara persecucion suscitada contra los cristia-

nos por el emperador Diocleciano, Maximiano Hércules, cólega de aquel príncipe, ejerció inhumanidades sin cuento en la Italia, en el Africa, la Recia, la Nórica y la alta Pannonia, cuyo gobierno le habia cabido en suerte. En Ausburgo, en la Recia, prendieron entonces á una mujer llamada Afra que habia sido prostituta. Condujéronla á la presencia del juez, y tuvo lugar un interrogatorio célebre, que nos ha conservado Ruinart, despues del cual pronunció el juez esta sentencia. « Mandamos que la cortesana Afra, que dice ser cristiana, sea quemada viva, por haber rehusado sacrificar á los dioses. » Al momento se apoderaron de ella los verdugos, y la llevaron á una isla que forma el rio Licus cerca de la ciudad, donde le quitaron sus vestidos y la amarraron á un poste. Al rededor de éste prepararon la hoguera, y durante los preparativos, así como despues de haberle pegado fuego, Afra no cesaba de dirigir al cielo fervorosas acciones de gracias por la merced que el Señor le dispensaba. Así acabó esta santa la carrera de la vida recibiendo la palma del martirio el dia 7 de agosto del año 304, muriendo tambien martirizada toda su familia, que habia sido bautizada con ella por san Narciso, obispo de Gerona, el cual habia ido á la Recia por negocios importantes de la Iglesia, volviendo despues á su diócesis.

San Eusinio, mártir. — Era soldado romano, y habia llegado á la edad de ciento y diez años, cuando, un dia, estando en Antioquía, viendo las atrocidades que contra los fieles cometia el emperador Juliano el Apóstata, lleno de fervor y zelo por la religion de Jesucristo, se presentó al emperador, y le echó en cara su ceguedad y el furor á que se entregaba. Al mismo tiempo le recordó la piedad y todas las virtudes del gran Constantino á cuyas órdenes él habia servido. Indignado el tirano de verse reprendido por un soldado, mandó que le cortasen la cabeza, y el ilustre veterano consumó su gloriosa carrera con la corona del martirio.

San Memio, obispo. — Fué natural de Roma, ciudadano distinguido, y vivió en tiempo de los apóstoles. Enamorado de la doctrina evangélica, se convirtió á la fé cristiana, y fué bautizado por san Pedro. Poco despues le consagró obispo el mismo apóstol y le envió al territorio de Marne, el cual convirtió á Jesucristo, fundando la Iglesia de Chalons y siendo su primer obispo. Créese que murió en paz á principios del siglo II. Sus reliquias se guardan todavía en la catedral de Chalons, y se cuentan muchos milagros obrados por su intercesion.

San Casiano, obispo y confesor. — Casi nada se sabe de cierto de este santo obispo. Dícese que habia nacido en Egipto y que fué elevado al episcopado en el Oriente, y se añade que en consecuencia de una vision pasó al Occidente cuando Constantino el Grande, se hubo declarado en favor del cristianismo, y que habiendo ido á parar á las Galias, san Retico, obispo de Autun le hizo entrar al servicio de su Iglesia. En este estado se hizo respetar tan universalmente por sus afamadas virtudes, que fué elegido para suceder á san Retico, muerto poco tiempo antes de la celebracion del concilio de Nicea. Ignórase hasta que año vivió, pero hay motivos para creer que su muerte no fué antes del año 330.

San Oswaldo, rey y mártir. — Fué rey de Northumberland, en Inglaterra. Despues de la muerte de su padre Etelfrido, se vió obligado á refugiarse entre los pictos, y despues á Irlanda, porque Edvino, que se habia apoderado de su reino, queria asesinarle. Durante su retiro de los negocios conoció la religion cristiana y la abrazó, volviendo en seguida á su patria, y derrotando en una gran batalla á Cada-Wello, rey de los antiguos bretones, que en ella perdió la vida. Antes de entrar en accion, Oswaldo habia mandado hacer una gran cruz de madera, que plantó él mismo sobre una altura, gritando en seguida á sus soldados que se prosternasen ante el signo de la redencion, y que suplicasen al Dios de las batallas se dignase concederles la victoria. El sitio donde habia estado clavada aquella cruz se llamó en adelante « campo del cielo » siendo el primer trofeo de la fé cristiana erigido en aquellas comarcas. El santo rey, vencedor de sus enemigos, dió gracias al cielo por los favores que le dispensaba, fué generoso y clemente y poseyó todas las virtudes de un príncipe cristiano. Su reinado es memorable por las sabias leyes que dió á su pueblo y por el engrandecimiento que procuró á la religion de Jesucristo en sus estados. Habia ya gozado algunos años de perfecta paz, cuando Penda, rey de los mercios, le declaró la guerra, y el santo rey perdió la vida en la batalla de Marsefeld, el año 642. La Iglesia le venera desde entonces sobre los altares, y algunos Martirologios le dan el título de mártir.

Los santos Cantidio, Cantidiano, y Sobelo, mártires. — Padecieron martirio en Egipto y derramaron su sangre por la fé en el siglo III. Sus reliquias obraron muchos milagros, y sus nombres se encuentran en todos los Martirologios griegos y latinos de la mas remota antigüedad.

San Páris, obispo y confesor. — Nació en Atenas y habiendo salido muy aventajado en las letras sagradas y en todos los estudios eclesiásticos, vino á Occidente instado por san Basilio el Grande, su íntimo amigo. Llegado á Terno, ciudad de Italia, y viendo que sus habitantes dormian aun en las sombras de la idolatría, empezó á predicar con tanto zelo el Evangelio, que al poco tiempo la poblacion presentaba un nuevo aspecto. A fuerza de razones y milagros convenció de falsedad al paganismo é hizo brillar mas cada dia la divinidad de la religion que anunciaba. Sabidos estos progresos de la fé por el papa san Silvestre, llamó á su presencia á Páris, alabó su santo propósito, le consagró obispo, y lo mandó otra vez con su bendicion apostólica á Terno, cuya ciudad era ya toda cristiana. Elevado á tan alta dignidad, redobló el santo sus esfuerzos, y correspondió de un modo tan satisfactorio á la confianza de la Iglesia, que antes de su muerte vió toda su diócesis purificada de los errores de la idolatría.

Resplandeció en milagros toda su vida, y murió tranquilamente el dia 5 de agosto del año 346.

Dia 6.

LA GLORIOSA TRASFIGURACION DEL SEÑOR.— Celebra la Iglesia católica á los 6 de agosto el misterio altísimo y regaladísimo de la gloriosa trasfiguracion de nuestro Señor Jesucristo: porque verdaderamente es un grave testimonio del misterio de la santísima Trinidad, y del de la encarnacion y magisterio del Hijo de Dios, y de la gloria con que ha de venir á juzgar los vivos, y los muertos, y reformar los flacos y corruptibles cuerpos y conformarlos con el suyo, y de grande alivio y descanso para todos los hijos de Adan, que andamos navegando con tantos trabajos y peligros entre las ondas y tempestades para el puerto tranquilo de nuestra bienaventurada eternidad. La ocasion, que tomó el Señor para trasfigurarse, fué esta. Luego que san Pedro, alumbrado con la luz del cielo, confesó que Jesucristo nuestro Salvador era Hijo de Dios vivo, y en premio de esta confesion el Señor le prometió darle las llaves del reino de los cielos, juntamente comenzó á avisar á sus discípulos que habia de padecer mucho en Jerusalen de los escribas y príncipes de los sacerdotes, y que habia de morir á sus manos, y despues de muerto resucitar. Porque habiendo por boca de san Pedro establecido su divinidad, y asentádose en los pechos de los apóstoles, que era Dios, é Hijo de Dios verdadero, quiso que entendiesen que de tal manera era Dios, que juntamente era hombre, y que habia tomado nuestra carne para padecer en ella, y entregarse á la muerte por su voluntad, y pagar con ella nuestras culpas; pero de tal manera, que la misma muerte, que parecia vencedora, quedase vencida, y debajo de sus piés. Y como Pedro, por el amor que le tenia, no entendiendo el misterio de la cruz, le quisiese desviar de aquel propósito; el Señor le reprendió por aquel afecto humano y carnal con que le pretendia estorbar: y de aquí tomó ocasion para predicarnos la abnegacion y mortificacion de nosotros mismos, y el tomar cada uno su cruz y seguirle, y perder la vida por él para ganarla, y no amarla por no perderla: y añadió, que el Hijo del hombre habia de venir en gloria y majestad, para dar á cada uno el premio de sus obras, y que algunos de sus discípulos, que estaban allí presentes, antes de morir le verian en su reino. Pues para confirmar lo que san Pedro habia confesado con la voz y testimonio del Padre eterno, y para que cuando le viesen morir, no se escandalizasen, y entendiesen que era señor de la vida y de la muerte, y que moriria por su voluntad, y habia de resucitar, y no menos para que no se les hiciese tan áspero y fragoso el camino del cielo, ni pensasen que la doctrina de Cristo toda se remataba en mortificacion y abnegacion, cruz, amarguras y penas, y desmayasen y perdiesen el ánimo en las muchas y graves dificultades que en seguirle se les habian de ofrecer: quiso el Señor trasfigurarse, y darles un breve gusto de su gloria, y una como muestra y vislumbre del premio que habian de tener, y de la bienaventuranza que habian de alcanzar. Para esto dicen los sagrados evangelistas, que tomó consigo á Pedro, Diego y Juan, su hermano (que eran los mas queridos y familiares discípulos suyos, y con quienes solia tratar las cosas mas secretas, y los que despues le habian de ver desfigurado y puesto en agonía, y sudando sangre en el huerto), y los llevó á un monte alto, apartado, y se trasfiguró delante de ellos. Llevó el Señor á tres discípulos, que es número bastante para testigos, y no más: porque como queria que este sagrado misterio estuviese encubierto y se callase, y en sabiendo muchos una cosa, fácilmente se rezuma y derrama, no llamó á los demás. No dice el texto evangélico á qué monte los llevó el Señor; pero la opinion y tradicion es que fué el monte Tabor, que está cerca de la ciudad de Nazareth, y, como dice san Gerónimo, está en medio del campo de Galilea, y es redondo y altísimo. Y el mismo san Gerónimo, y Beda, y san Juan Damasceno afirman, que la trasfiguracion se hizo en el monte Tabor, tan ilustre por la victoria que en él alcanzaron Barach y Débora, de Sisara, capitan general de Iabin, rey de Canaan; y mucho mas por haber enseñado el Señor en él, y predicado aquel largo y admirable sermon del Monte, que es una suma y epílogo de toda la doctrina y perfeccion evangélica. San Pedro llama á este monte *santo* por haber sido pisado de los santos piés del Señor, y haber su divina Majestad obrado en él cosas tan sublimes y misteriosas. Subió Cristo nuestro Salvador al monte, como lo solia hacer otras veces, para estar toda la noche en oracion, y para enseñarnos que la soledad y el silencio son muy á propósito para este santo ejercicio, y gran estorbo la inquietud y bullicio: y que para recibir los resplandores de la luz divina, y alcanzar la perfeccion, debemos dejar los valles y los lugares bajos, y subir á la cumbre de las virtudes donde el alma se trasforma en Dios. Y no menos subió el Señor al monte para trasfigurarse, y mostrarse glorioso en él: porque despues habia de subir al monte Calvario, y ser allí desfigurado y muerto en cruz: aunque en el monte Tabor, solitario y apartado, delante de pocos discípulos, manifestó la gloria de su cuerpo, y en el monte Calvario, en presencia de toda la ciudad de Jerusalen, su ignominia y afrenta; para enseñarnos la estima que debemos tener de las cosas, é irnos á la mano, y refrenar el apetito de la honra y gloria vana, y no temer la deshonra y los juicios de los hombres por amor del Señor. Finalmente subió al monte; porque comunmente Dios suele mostrar su gloria en los montes, porque están mas cerca del cielo, y mas apartados de los hombres: como se ve en la majestad de Dios, que se descubrió á Moisés en el monte Sinaí, que, como dice san Hilario, fué una figura de la Trasfiguracion. Estando, pues, el Señor en este monte, se puso (como escribe san Lucas) en oracion: y parece que debia ser de noche cuando esto sucedió: porque los apóstoles estaban muy cargados de sueño, y porque el mismo san Lucas dice, que bajando

al dia siguiente del monte, le salió al encuentro grande multitud de gente, dando á entender que la noche antes habian estado en el monte: y así es de creer que fué un maravilloso y suavísimo espectáculo, ver al Señor en medio de la oscuridad y tinieblas de la noche, resplandecer mas que el sol, como adelante se dirá.

2 Haciendo Cristo su oracion, se trasfiguró delante de sus discípulos: los cuales despertando de aquel pesado sueño, le vieron glorioso el rostro, y todo el cuerpo mas claro y resplandeciente que el mismo sol, y sus vestiduras mas blancas que la nieve. Vieron juntamente á Moisés y á Elías, que estaban á sus lados, y le tenian en medio, llenos de majestad, participando de recudida de la luz y gloria que salia del Señor, y hablando con él del exceso y muerte que para cumplir las profecías habia de padecer en Jerusalen. No mudó el Señor la sustancia de su cuerpo, sino vistióle de una nueva claridad: la cual, ó penetró la sustancia de todo su cuerpo, y las partes mas interiores de él, á la manera que estarán los santos en el cielo, y un cristal lúcido y trasparente: y así lo insinúa san Gerónimo y san Juan Damasceno, que dicen, que fué visto con aquella claridad con que le verán los santos el dia del juicio: ó aquella claridad (y es mas probable), ocupó solamente la superficie y tez del rostro, con que le hermoseó ó hizo mas esclarecido que el mismo sol, como lo siente santo Tomás y otros autores: y del rostro se derivaba toda aquella inmensa luz en las manos y en los otros miembros del cuerpo del Señor, como lo dice san Gerónimo, san Agustin y Lira. A mas de esto la claridad del cuerpo redundaba en el vestido, de manera, que era mas blanco que la nieve: y porque era para declarar el evangelista la excelencia de aquel resplandor de nuestro Señor, y darnos á entender que era sumo, y que no se podia comprender, dijo que habia sido como el resplandor del sol; porque no hay cosa entre las criaturas, que mas resplandezca que el sol: y por la misma causa comparó la blancura de los vestidos de Cristo á la blancura de la nieve; porque no tenemos otra cosa que sea mas blanca que ella. Y el haber el Salvador mostrádose glorioso con aquella nueva claridad en el monte, llaman los evangelistas trasfigurarse: porque aunque no tomó otra forma, ni figura; pero alteró la que antes tenia, dándole aquel nuevo resplandor y maravillosa claridad: lo cual, puesto caso que mirando al cuerpo pasible y mortal que entonces tenia el Señor, parezca que fué milagro; pero si consideramos la fuente de donde manaba aquella soberana luz, hallarémos que no lo fué; porque nacia de su divinidad y de la gloria que poseia su ánima bendítisima: la cual desde el punto que fué unida al cuerpo, vió á Dios y fué bienaventurada, y de ella debia redundar, y en aquel cuerpo, la participacion de aquella gloria, y los cuatro dotes que tienen los bienaventurados en sus cuerpos gloriosos, que son impasibilidad, agilidad, sutileza y claridad: pues á la alma gloriosa se debe cuerpo glorioso y proporcionado. Mas el Señor, para poder padecer en la carne que habia tomado por nosotros, detuvo la gloria de su alma para que no redundase en su cuerpo, con un continuo milagro: y ahora, para animarnos y alentarnos en su servicio, por las otras razones que dijimos, soltó la represa, y dejó á su santísima alma que comunicase á su cuerpo lo que siempre habia de comunicar, si para nuestro bien no estuviera detenido; y esto, como dijimos, no fué milagro, sino cesacion de milagros: porque si una piedra que de suyo es pesada é inclinada á su centro, estuviese suspensa y detenida en el aire, seria milagro; pero si quitado el estorbo cayese abajo, no se tendria por milagro: porque aquello es lo natural y propio de la piedra; y lo otro habia sido violento y contra su naturaleza.

3 Pero dice el sagrado evangelista, que aparecieron allí con el Señor en majestad Moisés y Elías, para que fuesen testigos de su gloriosa trasfiguracion. Elías vino de donde estaba, en cuerpo y alma; y Moisés, como dice santo Tomás, vino con sola su alma, tomando un cuerpo aéreo, á la manera que le suelen tomar los ángeles cuando aparecen: aunque mas conforme á la letra del sagrado Evangelio parece, que Moisés haya resucitado y venido en su propio cuerpo: así lo dicen Tertuliano, Orígenes, Ireneo, Cirilo, san Gerónimo, san Agustin y otros gravísimos autores. Quiso el Señor que Moisés y Elías se hallasen presentes; porque en Moisés se figuraba la ley, y en Elías los profetas: y la ley y los profetas dan testimonio de Cristo. Y tambien, para que los discípulos que habian oido decir que Cristo era Elías, ó Jeremías, ó uno de los profetas, se desengañasen, viendo á Elías en propia persona al lado del Señor: y para que entendiesen que no era Elías, sino Señor de Elías: y no menos para mostrarse Señor de los vivos y de los muertos; pues Elías era vivo, y Moisés muerto. Moisés fué el legislador y el profeta mas estimado y reverenciado de los hebreos: y Elías el mas celoso de la gloria de Dios y de la observancia de su ley: y por esto, entre todos los profetas, estos fueron escogidos para que testificasen que Cristo no contradecia á la ley de Moisés, sino antes la perfeccionaba, y en todas sus acciones buscaba y procuraba la honra de su eterno Padre. Añade san Gerónimo, que porque los escribas y fariseos pidieron á Cristo nuestro Salvador señal del cielo; él quiso darla á sus discípulos, trayendo por el cielo á Elías, y resucitando del limbo á Moisés, para declarar que podia hacer milagros en el profundo del infierno y en el cielo. Y si los que mas ayunan, y se privan por amor de Dios de los buenos bocados, merecen ser mas regalados con los relieves espirituales que Dios da á los suyos; ¿quiénes habian de ser llamados á esta mesa, y como convite real, sino los que habian ayunado cuarenta dias sin comer bocado, como el Salvador, como lo hicieron Moisés y Elías? Pero cosa maravillosa es, que estos dos excelentísimos profetas, estando el Salvador en tan grande majestad, hablaban con él del exceso y muerte que habia de padecer en Jerusalen: para enseñarnos aquel exceso de la inmensa é incomprensible bondad de Dios para con nosotros; pues

estando en aquella gloriosa representacion, trataba de la cruz, y de la pasion y muerte que por nosotros habia de padecer en Jerusalen: lo cual fué un exceso de infinita sabiduría, por la cual el que es sabiduría del Padre, y en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, fué tratado y escarnecido como un mentecato, y calló como mudo delante de los que le acusaban, para salvar por la ignominia de la cruz á los que creyesen en él, y mostrar que toda la sabiduría del mundo en el acatamiento del Señor, es insipiencia y locura. Fué exceso de caridad; pues de tal manera el Señor amó al esclavo que le habia ofendido, que para que él no muriese, murió el mismo Señor, y pagó con una muerte tan afrentosa y dolorosa, la pena que él por su culpa merecia. Fué exceso de humildad, de obediencia, de pobreza, de penitencia, de mansedumbre, y de todas las otras virtudes perfectísimas y divinas que nos enseñó desde la cátedra de la cruz, como maestro único y preceptor venido del cielo. Despertaron los apóstoles, y vieron aquella vision admirable, y oyeron el razonamiento que Moisés y Elías tenian con el Señor, y conocieron que eran Moisés y Elías: porque, aunque nunca los habian visto; por divina revelacion, y por aquella lumbre de gloria que tenian, los pudieron conocer: y por ventura por las palabras que cada uno de ellos decia, hablando con Cristo, y manifestando quién era. Y al tiempo que se partian y despedian de Cristo, dice el evangelista san Lucas, que san Pedro, como mas fervoroso, y que con mas disgusto oia hablar de la pasion y muerte de su Maestro, le dijo: Señor, bien estamos aquí: hagamos en este monte tres moradas: una para Vos, otra para Moisés y otra para Elías. Pero añade el evangelista que no sabia lo que decia. Fué tan grande el gozo interior, y la dulzura y alegría que tuvo con aquella celestial vista, que engañado y como fuera de sí, habló sin saber lo que se decia, ni acordarse de cosa humana, ni quererse jamás apartar de aquella suavidad y gusto que sentia. No sabia san Pedro lo que se decia; porque estando todo el mundo en tinieblas queria esconder y encerrar en aquel monte el sol de justicia que le habia de alumbrar. No sabia lo que se decia; porque habiendo venido Cristo al mundo para padecer; él no queria que padeciese. No sabia lo que se decia; porque en el repartimiento de aquellas moradas que allí queria fabricar, igualaba á Moisés y á Elías con Cristo. No sabia lo que se decia; porque siendo hombre pasible y mortal pensaba gozar de la bienaventuranza, sin pasar por el estrecho paso y amargura de la muerte. No sabia lo que se decia; porque buscaba en la tierra lo que no podia hallar sino en el cielo: queria descansar, donde se ha de trabajar, y gozar en el lugar de destierro, y alcanzar victoria sin pelea, y corona sin batalla, y premios sin servicios, y el dinero y paga que se da al jornalero, antes de haber trabajado en la viña. No sabia lo que se decia; porque se contentaba con sola aquella vista de la gloria del cuerpo del Señor, y la tenia por suma bienaventuranza, no siendo mas que una gota de aquel rio que alegra la ciudad de Dios, y como una gota de aquel vino precioso que embriaga los moradores del cielo. Pero si esto dice Pedro no habiendo gustado mas que una gota de aquel vino celestial; ¿qué hiciera si á boca llena bebiera de aquel impetuoso rio de deleites, y de aquella abundantísima mesa de los que ven y gozan de Dios, cuyo pasto es el mismo Dios? Mas no es maravilla que Pedro no acertase á hablar; porque estaba turbado, estaba asombrado, absorto y fuera de sí: y en las cosas altas y divinas, y que tanto exceden y sobrepujan nuestra flaqueza, no es mucho que los hombres no acierten á hablar. Mas es de maravillar que haya hombre, si hombres y no bestias se deben llamar, que de tal suerte están abrazados con las cosas caducas y frágiles de esta miserable vida, que tienen por rosas las espinas, y por delicias los abrojos, por miel la hiel, y la misma muerte por vida; y que sino con las palabras, con las obras dicen: Bien estamos aquí: y de grado, si les dejasen, estarian perpetuamente: contra los cuales dice el suavísimo Bernardo de esta manera: «¿Cómo es posible que sea bueno estar aquí? Antes es cosa molesta, grave y peligrosa; porque aquí hay mucha malicia y poca sabiduría, si hay alguna. Todas las cosas son pegadizas, llenas de resbaladeros, tinieblas y lazos de pecados en donde peligran las almas, y el espíritu se aflige debajo del sol, y no se halla sino vanidad y afliccion de espíritu.» Esto es de san Bernardo. Pero volviendo á san Pedro, en una cosa acertó, en decir: *Si vis*: Señor, si vos quereis: remitiéndose en todo á la divina voluntad.

4 Pero estando san Pedro hablando, súbita y repentinamente vino una nube del cielo, clara y resplandeciente, que le hizo sombra, y sonó en ella una voz que dijo: Este es mi Hijo muy amado, en el cual siempre me he agradado: oidle á él. Vino la nube: porque Dios suele mostrar su majestad en las nubes, como en cosa alta y superior, para declarar que el que habla ó se muestra en ella, es el Señor soberano del cielo, y Dios verdadero: y para que se entendiese, que aquella voz que sonaba en ella, era voz del mismo Dios, y no de otro; y para que los ojos de los apóstoles, que eran flacos, pudiesen mejor sufrir, sin cegarse, la inmensidad de aquel resplandor y luz divina. Y fué muy conveniente, que la nube fuese clarísima, y no oscura, ni caliginosa, como la que apareció en el monte Sinaí, así porque no venia como aquella para espantar, sino para enseñar; como para que fuese proporcionada á la gloria de la transfiguracion del Señor, que allí se representaba. Oyóse de la nube la voz del Padre eterno, que dijo: Este es mi Hijo querido, en el cual me agrado; oidle: como si dijera: Este es mi Hijo natural, verdadero, consustancial, en el cual me he agradado, y por quien me aplaco y reconcilio con el hombre, y todas las cosas que me agradan, me agradan por él: á este habeis de oir: este es vuestro preceptor, vuestro maestro; cuyas palabras son palabras de vida, cuya doctrina es divina, y la obediencia de ella, es bienaventuranza: á este habeis de oir, y no á Pedro;

que en lo que ahora dice, no sabe lo que dice: ni á Moisés; porque es tartamudo: ni á Elías; por que cierra con su lengua el cielo, y hace de él venir el fuego: éste es el verdadero legislador, el fin de todos los profetas, el camino y guía del cielo, el dechado de toda santidad, la figura de mi sustancia: á este habeis de seguir: á este habeis de obedecer é imitar, si quereis ser mis hijos adoptivos, como él es mi Hijo unigénito y natural. Oyendo esta voz grande y sonora, los apóstoles, despavoridos y llenos de temor y estupor, cayeron sobre sus rostros en tierra, quedando como muertos y fuera de sí; porque la flaqueza humana no es capaz de cosas tan altas y divinas, si el Señor que se las comunica, no la esfuerza y la levanta, como aquí lo hizo el Salvador: el cual se llegó á ellos, y los tocó con la mano, como lo solemos hacer, con los que están desmayados y caídos, y les dijo que se levantasen y no temiesen: y bajando despues del monte, les mandó que no descubriesen, ni dijesen á nadie lo que habian visto, hasta que él hubiese resucitado; y así lo callaron los apóstoles, como dice san Lucas. Con esto los demás apóstoles carecieron de la tentacion de la envidia que pudieran tener, si lo supieran, y el pueblo del escándalo que padeceria, si, habiendo oido decir que en el monte habia aparecido glorioso, despues le viera morir en un madero: teniéndolo por burlador y embustero, que con fingidas invenciones y malas artes se vendia por lo que no era, y se hacia Hijo de Dios; que por esto algunos de los que le vieron en la cruz, dijeron: Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz. Y juntamente nos enseñó el Señor (como dice santo Tomás) que los altos misterios no luego se deben proponer á todos, sino primero á los mayores, y por ellos á su tiempo á los menores. Y, como dice san Juan Crisóstomo, por esto escogió á estos tres apóstoles, como á personas mas excelentes, para que testificasen á los otros discípulos y á toda la Iglesia, con mas autoridad y fuerza, cuando ya estaban llenos del Espíritu santo.

5 Esta es la historia del sagrado misterio de la trasfiguracion del Señor, que hoy celebra la Iglesia, declarado brevemente, para que los que no lo saben, sepan lo que celebran: porque fué un misterio soberano, y una vision singular y divina para avivar nuestra fé, despertar nuestra esperanza, encender nuestra caridad, y engendrar en nuestros corazones un santo temor del Señor. Aviva la fé de muchos artículos y misterios que creemos. El de la santísima Trinidad, en el Hijo, que se transfiguró, y en él la voz del Padre, que se oyó, y en la nube resplandeciente del Espíritu santo, que hizo sombra á los apóstoles: el misterio de la encarnacion, en el Hijo querido, y en dárnosle por maestro, y mandarnos que le oigamos y obedezcamos: el misterio de la pasion y muerte del Señor, en aquel exceso, del cual hablan Moisés y Elías, y él habia de cumplir en Jerusalen: el misterio de la resurreccion y gloria no solo de Jesucristo sino de todos sus miembros, y verdaderos hijos, se nos representa en la misma transfiguracion: pues donde estuviere la cabeza, han de estar los miembros, y se transfiguró el Señor, y se vistió de gloria, para que supiésemos que nuestros cuerpos habian de ser vestidos de aquella misma gloria y hermosura en el cielo, y animarnos con esta esperanza á resistir los apetitos y deleites de nuestra carne, que es la que nos hace guerra, y se ceba y entretiene en las criaturas. A mas de esto, aquellas palabras que dijo el Padre eterno: Este es mi Hijo querido, en el cual me he complacido y agradado; oidle á él; nos enseñan que la ley vieja ya se acabó, y los profetas cesaron, y que el viejo Testamento no tiene fuerza, porque el nuevo ya está abierto y publicado, y el Padre nos ha dado por maestro y legislador á su benditísimo Hijo Jesucristo. Tambien este misterio de la transfiguracion nos predica que hay limbo, ó infierno, de donde vino la alma de Moisés, y paraiso terrenal, de donde se cree que vino Elías: que hay cielo, de donde sonó la voz que oyeron los apóstoles; y que hay Iglesia militante, que abraza á los casados, vírgenes y continentes, significados por Pedro, Juan y Diego: y para confirmar todos estos misterios, quiso que el cielo y la tierra, el infierno, los vivos y los muertos, diesen testimonio de la grandeza y gloria de Cristo.

6 Quedó el monte Tabor, con la transfiguracion del Señor, gloriosísimo y digno de toda veneracion y reverencia, y los fieles en la cumbre del monte, donde sucedió este admirable misterio, edificaron despues tres iglesias, por los tres tabernáculos y moradas, que san Pedro dijo á Cristo que era bien edificar, como lo testifica Beda, y junto á las iglesias, se labró un insigne monasterio, y siempre los cristianos tuvieron aquel lugar por un santuario devotísimo, y le iban á visitar, regalándose en él, y despertando con la memoria de aquel beneficio sus corazones, é inflamándolos en el amor del Señor, sustentando las flaquezas y miserias de esta vida con la esperanza de la eterna, que Cristo nuestro Salvador nos representó en su gloriosa transfiguracion. Para memoria de este sagrado misterio instituyó la santa Iglesia la fiesta de la Transfiguracion. Los autores, que tratan de los divinos oficios, dicen que la instituyó Calixto III, el año de 1456: lo mismo dice Platina y algunos otros escritores: y que el mismo papa escribió el oficio que se habia de rezar en la fiesta de la Transfiguracion, y concedió las mismas indulgencias que se ganan en la fiesta del Santísimo Sacramento: y que la ocasion, que el sumo pontífice tuvo para hacer esto, fué una señalada victoria, que aquel dia de 6 de agosto dió el Señor á los cristianos en Hungría contra los turcos, deshaciendo el ejército poderoso que tenian, y cercaban á Belgrado; y saliendo mal herido de la batalla, Mahomet, rey de los turcos, con grande gloria de Cristo y ensalzamiento de su Iglesia católica: aunque otros autores dicen, que esta victoria sucedió el dia de la Magdalena, á 22 de julio del dicho año de 1456. Pero lo cierto es, que la fiesta de la Transfiguracion es mucho mas antigua que lo que estos autores dicen, como se

ve en los Martirologios latinos, y muy antiguos escritos de mano, y en los Menologios de los griegos, que tambien celebran la festividad de la Transfiguracion del Señor; y en Uvaldelberto, que floreció por los años de 850, y escribió en verso el Martirologio, y pone la fiesta de la Transfiguracion á los 6 de agosto: y en los santos doctores antiguos de la Iglesia hay muchas oraciones de la Transfiguracion del Señor, que pone Lipomano y Surio, y refiere el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio romano. Lo que hizo el papa Calixto III, fué componer el oficio de la Transfiguracion, y mandar que se rezase aquel dia y conceder las indulgencias, que dijimos, á los que le rezasen; mas la institucion de la fiesta mucho antes de Calixto fué en la Iglesia. Procuremos nosotros aprovecharnos de ella: y puesto caso que en toda la vida tengamos obligacion de acordarnos de nuestra patria, y de conocer que este mundo es lugar de destierro; pero mas particularmente lo debemos hacer en el dia que la santa Iglesia nos refresca la memoria de este incomparable beneficio, y nos pone delante de los ojos á Cristo glorioso y transfigurado en el monte, para dispertar nuestra flojedad, y encender mas nuestra tibieza, con el deseo y esperanza de nuestra bienaventuranza é inmortalidad. No nos dejemos vencer y engañar de nuestros apetitos y gustos: mortifiquemos nuestra carne: tomemos nuestra cruz: sigamos al Señor; y entendamos que el camino del cielo no es tan áspero, ni tan sembrado de espinas y dificultades, como á primera vista parece: y que aunque fuese mucho mas fragoso, y hubiésemos de ir al cielo por ruedas de navajas, y morir mil muertes cada dia; todo seria nada, y se habia de tener por regalo, por alcanzar aquella vision y gozo colmado de Dios, en la cual consiste la bienaventuranza de nuestra alma: de la cual redundará en el mismo cuerpo tanta gloria y hermosura, que de solo de de haber visto san Pedro una sola muestra de ella en el cuerpo del Señor, quedó tan turbado y tan enajenado, y sin sentido, que sin saber lo que se decia, pidió á Cristo que le dejase estar perpetuamente en aquel sagrado monte. El Señor por su misericordia nos dé gracia para que de tal manera vivamos en este valle de lágrimas, que merezcamos verle en el monte alto del cielo, no trasfigurado como le vieron los tres apóstoles en el monte Tabor, sino como él es, y como es glorificador y remunerador de todos sus escogidos, y corona y gloria eterna de aquella santa y bienaventurada compañía. Amen.

SAN SIXTO II, PAPA Y MÁRTIR. —El mismo dia de la gloriosa Trasfiguracion del Señor, á los 6 de agosto, hace conmemoracion la santa Iglesia de san Sixto, II de este nombre, papa y mártir, el cual fué griego de nacion, y natural de Atenas; y de gran filósofo vino á ser humilde discípulo de Cristo, y por sus grandes virtudes, y altos merecimientos, por la muerte de san Estéban, papa y mártir, fué colocado en la silla de san Pedro, y habiéndola gobernado santísimamente poco menos de un año, fué martirizado en la persecucion de Valeriano. El cual, sabiendo que san Sixto con el admirable ejemplo de su vida y con su predicacion convertia muchos gentiles á la fé de Cristo, y los animaba para que por ella muriesen con constancia y alegria, le mandó prender; y traido á su presencia, procuró con blandura, y con aspereza atraerle á su voluntad: y como el santo se burlase de todo lo que decia Valeriano, le mandó echar en la cárcel de Mamertino, para que no queriendo sacrificar al dios Marte, se hiciese justicia de él. Al tiempo que le llevaban á la cárcel, se fué tras él el bienaventurado mártir san Lorenzo: y abrasado de un ardiente y encendido deseo de acompañarle en los tormentos, y morir con él por Cristo; le dijo estas palabras, que refiere san Ambrosio: «¿Adónde vas, padre, sin tu hijo? ¿Adónde vas, santo sacerdote, sin tu diácono? ¿Vas á ofrecerte á Dios en sacrificio? Pues ¿cómo le quieres ofrecer, fuera de tu costumbre, sin ministro? ¿Qué has visto en mí, por donde me deseches? ¿Hasme hallado por ventura cobarde y flaco? Disteme cargo, que administrase á los fieles el sacramento de la sangre de Cristo; ¿y ahora quieres sin mi derramar tu sangre? Escogísteme para lo que es mas; ¿y no me quieres para lo que es menos? Mira que no te reprendan de inconsiderado, aunque te alaben de fuerte; pues la falta del discípulo es deshonra del maestro. Muchos ilustres varones alcanzaron renombre de victoriosos, por haber vencido: muchos capitanes triunfaron, por haber peleado sus soldados valerosamente.» Como esto dijese Lorenzo con entrañable afecto y muchas lágrimas; el santo pontífice Sixto le consoló, y le dijo: «No te dejo, hijo mio, ni te desecho por pusilánime y cobarde; antes te hago saber, que te queda otra batalla mas dura que la mia, y otros tormentos mas rigurosos. Por ser yo viejo y flaco, mi tormento será breve y ligero; mas tú, que eres mozo robusto, triunfarás con mayor victoria del tirano. Deja de llorar; que presto me seguirás. (No dice, como lo notó san Agustin: Presto pasará esta persecucion y quedarás libre, sino, presto morirás.) Pasados estos tres dias, tú que eres diácono, seguirás á tu sacerdote. ¿Para qué buscas compañía en tu pasion; pues toda la gloria de tu martirio se ha de atribuir á tus grandes hazañas? ¿Para qué me quieres contigo? Elías dejó á Eliseo; y no por eso le faltó virtud y fuerzas para hacer grandes maravillas: lo mismo harás tú sin mí: solo te encomiendo, que los tesoros de la Iglesia que están á tu cargo, los repartas á los pobres, como á ti te pareciere.» Todo esto es de san Ambrosio. Despues llevaron á san Sixto delante del tirano, para oir la sentencia de su muerte: la cual dió Valeriano contra el santo pontífice, mandando que le llevasen al templo de Marte, y que sino sacrificase, fuese muerto. Estando á la puerta del templo, dijo san Sixto al ídolo: Cristo, Hijo de Dios vivo, te destruya: y los cristianos, que estaban presentes, respondieron con voz alta: Amen: y al momento cayó gran parte del templo con el ídolo; y los gentiles, y ministros del emperador, endurecidos mas con este hecho, le

sacaron fuera de la ciudad para degollarle: y san Lorenzo iba tras de él, diciendo con gran ternura y sentimiento: No me dejes, santo padre; que ya he cumplido tu mandamiento, y repartido á los pobres los tesoros de la Iglesia. Degollaron á san Sixto, y con él á dos diáconos, Felicísimo, y Agapito, y á otros cuatro subdiáconos, llamados Januario, Magno, Vincencio, y Estéfano, como en este dia lo dice el Martirologio romano. Sixto fué sepultado en el cementerio de Calixto, y los diáconos en el de Pretextato. Celebró una vez órdenes por el mes de diciembre, y en ellas ordenó dos obispos, cuatro sacerdotes, y siete diáconos. Adviértase, que Prudencio en sus himnos, parece que nos da á entender que san Sixto fué crucificado, en unos versos, que dicen así:

Jam Sixtus affixus cruci,
Laurentium flentem videns,
Crucis sub ipso stipite, etc.

2 Pero la comun opinion de todos los otros escritores, es, que degollado, como dijimos, y lo notó el cardenal Baronio. De san Sixto hacen mencion san Cipriano, *Epistola* 82; san Ambrosio, *libro* I *Offic.*, *cap.* 41; Prudencio, *Hymn.* 2; san Gerónimo *de Script. eccles.*; Eusebio, *lib.* VII, *cap.* 4; Niceforo, *lib.* VI, *cap.* 34; los Martirologios de Beda, Usuardo, y el romano, y el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales: el cual dice, que fué la muerte de san Sixto el año de 261, imperando Valeriano y Galieno.

Los santos Justo y Pastor, hermanos, mártires. — Entre las otras victorias, que por medio de sus mártires y esforzados guerreros, alcanzó Dios nuestro Señor de los tiranos que persiguieron su Iglesia, fueron muy ilustres las que tuvo en España de Daciano, presidente y ministro de los emperadores Diocleciano y Maximiano, tan crueles y fieros tiranos, que nunca se vieron hartos de sangre de cristianos. Pero de todas ellas es muy esclarecida y gustosa la de los niños, y bienaventurados hermanos, san Justo, y Pastor, que en edad tierna y delicada, vestidos del espíritu y favor del cielo, triunfaron del malvado presidente, y volando al cielo, dejaron en la tierra el trofeo de su victoria. Vino Daciano á Alcalá de Henares, para perseguir, como lo hacia en todas partes, á los cristianos: publicó un edicto, en que mandaba que todos sacrificasen á los dioses, protectores del imperio romano, ó que fuesen muertos con exquisitos y atroces tormentos. Divulgóse luego este mandato: y estando muchos temerosos y encogidos, salieron al campo dos niños valerosos, para hacer burla del tirano. Estos fueron Justo, y Pastor, hermanos, el primero de siete años, y el segundo de nueve (como lo dice el papa Pio V), los cuales eran cristianos, ó hijos de padres nobles y cristianos, y en aquella sazon iban á la escuela, para aprender (conforme á su edad) las primeras letras. Luego que oyeron la voz, y edicto del tirano, entró en sus tiernos pechos un nuevo fervor y encendido deseo de padecer, y morir por Cristo: y arrojando las cartillas que tenian, se partieron de la escuela, y se fueron á casa de Daciano para ofrecerse al martirio. Cuando el tirano supo que aquellos dos niños, sin ser llamados, ni buscados, ni apremiados, sino de grado y por su voluntad, venian con tanta alegría á morir por la fé de Cristo, quedó sobre manera atónito y confuso; y pensando, que aquella seria liviandad y muchachería, los mandó azotar secretamente, creyendo que con este castigo, que es propio de aquella edad, los amedrentaria. Al tiempo que los llevaban á este tormento, dice san Isidoro, que los dos inocentes corderos se iban animando para sufrir cualquiera pena, por grave que fuese, por el Señor: y que Justo, que era el menor (temiendo por ventura que su hermano Pastor, por verle de tan poca edad, estaria con algun recelo de su constancia), le habló primero, y le dijo: No temas, hermano Pastor, esta muerte del cuerpo que se nos apareja, ni te espanten los tormentos, pensando que no los podrás sufrir, por ser de tan poca y tierna edad: ni hagas caso del cuchillo que ha de atravesar tu garganta; porque Dios, que nos hace merced que muramos por él, nos dará todo el esfuerzo necesario para que podamos morir, y alcanzar la corona del martirio: él nos dará fortaleza para que no desmayemos en esta flaca edad, y para que lleguemos á la bienaventuranza que tienen los ángeles en el cielo, y todos sus escogidos. Quedó Pastor maravillado y regocijado con estas palabras de Justo, y díjole: O hermano mio, Justo, con cuánta razon te llaman Justo; pues tienes ese espíritu tan valeroso, como se ve en esta amonestacion. Hablas como un justo, queriendo que yo lo sea. Ligera cosa me será morir contigo, por ganar á Jesucristo en tu compañía. No temeré morir, y ofrecer en sacrificio á Dios este mi tierno cuerpo, viendo con cuánta alegría tú has de ofrecer el tuyo: ni derramar mi sangre por aquel Señor, que derramó la suya por mí, y por verle en el cielo, y gozar para siempre de su gloria. Estas y otras semejantes palabras iban los santos hermanos hablando y confiriendo entre sí, y con ellas manifestaban la virtud y gracia del Señor que hablaba en ellos: (como dice el real profeta) saca alabanza de la boca de los niños, y de los que toman el pecho. Oyeron este razonamiento los ministros de Daciano; y admirados de tan grande esfuerzo y constancia, le avisaron luego de lo que habian oido, para que proveyese sobre el caso. Quedó asombrado el tirano: y temiendo de ser vencido de aquellos niños, y que los varones y todos los otros cristianos, movidos con aquel ejemplo, se ofrecerian al cuchillo, mandó que sin mas dilacion los degollasen secretamente en algun lugar apartado, y fuera del pueblo. Sacáronlos á un campo, que llamaban Loable, y allí les cortaron las cabezas sobre una gran piedra: en la cual quedaron impresas las señales (como hoy dia se ven) de sus rodillas y manos: dándonos á entender con este milagro el Señor, cuanto mas duros eran los corazones de aquellos verdugos é impíos ministros de Daciano, que las mismas piedras, que se ablandaban para regalar á los santos niños, y testificar su inocencia, y la gloria y

poder de Dios. Los cristianos recogieron con gran veneracion las cabezas, y cuerpecitos de los santos hermanos, y les dieron sepultura en el mismo lugar de su martirio; porque no habia otro mas digno para su reposo, que aquel en que alcanzaron tan grande triunfo, ni se podia hallar mas precioso bálsamo para ungirlos, que la sangre sagrada y fresca, que acababan de verter: y algunos dicen, que Cristo nuestro Señor, para honrar á los que tan bien le habian honrado dando su sangre por su fé, vino del cielo á su entierro. Edificóse allí una capilla en su nombre. Fué su muerte á los 6 de agosto, cerca de los años de Cristo de 307, imperando Diocleciano y Maximiano. Despues con las varias y grandes persecuciones que padeció la Iglesia en España, se perdió la memoria de estos santos niños, hasta que Asturio, arzobispo de Toledo, teniendo noticia de ellos, con particular instinto de Dios los buscó, y halló, y tuvo tanta devocion con ellos, que dejó á Toledo, y se pasó á Alcalá para servirlos toda su vida, como lo escribe san Ildefonso, arzobispo asimismo de Toledo. Mas habiendo los moros destruido los reinos de España, un urbicio, Urbez (el cual en la ciudad de Huesca, y su obispado, es tenido por santo), llevó los santos cuerpos de Alcalá, y despues de varios sucesos vinieron á parar en la ciudad de Huesca, de donde el año de 1568, con breve del papa Pio V, y por mandado del rey católico don Felipe II, fueron traidas gran parte de sus preciosas reliquias á Alcalá de Henares, y recibidas con gran fiesta, y regocijo, y colocadas en el templo colegial de su nombre: allí son tenidas con gran reverencia y devocion, en la capilla que está debajo del altar mayor, que es (á lo que se entiende) el mismo lugar de su martirio, y en él está la piedra sobre que fueron degollados. Escribió la vida de estos santos niños san Isidoro, y Prudencio, y los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo, y Adon, y otros autores hacen mencion de ello: y Ambrosio de Morales hizo un libro de su martirio y traslacion: y aunque murieron á los 6 de agosto, en el arzobispado de Toledo se celebra su fiesta á los 7 por estar el dia precedente ocupado con la de la gloriosa Trasfiguracion del Señor.

San Hormisdas, papa y confesor.—Nació en Frosinone en la campaña de Roma, y despues de haber pasado por todos los grados de la Iglesia, fué elegido sumo pontífice por muerte de san Símaco, el dia 28 de noviembre del año 514. Este santo tuvo el consuelo de extinguir el cisma causado por los errores de los eutiquianos, y tuvo un concilio en Roma en 518. El temor de favorecer á los partidarios de esta herejía le hizo mirar con mucha circunspeccion todas las doctrinas y todas las controversias relativas á los dogmas de la Trinidad y de la encarnacion. Fué un modelo cabal de modestia, de paciencia y de caridad; veló con una atencion infatigable sobre todas las Iglesias de la cristiandad; instruyó constantemente al clero de todos los deberes de su ministerio, y publicó una porcion de escritos dirigidos á guiar á los prelados en los negocios de su incumbencia. Este ilustre pontífice murió santamente en el mes de agosto del año 523, y la Iglesia celebra su memoria con la de los santos.

La conmemoracion de doscientos santos monjes, mártires.—Segun el padre Florez y el señor Villanueva, de cuyos autores extractamos las siguientes noticias, sucedió este martirio el año 872, en el monasterio de San Pedro de Cerdeña del órden de San Benito. Reinaba entonces en Leon don Alonso III, y como los moros estuviesen despechados por las derrotas que continuamente sufrian, entraron un dia en el sobredicho monasterio y asesinaron inhumanamente á cuantos religiosos en él habia, en odio á nuestra santa fé. Despues de tan esclarecida victoria, como duraban aun las hostilidades con los moros, se mantuvo despoblado el monasterio, hasta que tomando despues los cristianos nuevo ánimo, lo restablecieron, de modo, que quedaba ya nuevamente habitado el año 899. Desde esta época puso Dios á la vista del mundo la gloria de aquellos santos mártires, obrando cada año una gran maravilla. En el dia de su martirio, que fué el 6 de agosto, el claustro, donde fueron martirizados y sepultados, aparecia bañado de sangre fresca. Hizo sumaria informacion del prodigio el primer arzobispo de Burgos don Cristóbal Vela, la cual fué despues aprobada por la silla apostólica. Duró esto hasta el tiempo de los reyes católicos, que echaron de España los moros, contra los cuales parecia clamar aquella sangre.

Los santos Felicísimo y Agapito, mártires.—Eran diáconos del papa san Sixto, y le acompañaron hasta el martirio, muriendo en su compañía. Véase mas arriba la vida de este santo papa, en la que se encuentran tambien los santos Genaro, Magno, Vicente y Estéban, subdiáconos, muertos tambien con ellos, y enterrados juntamente en Roma en el cementerio de San Pretextato.

Santiago, ermitaño y confesor.—Nació en Siria y pasó toda su vida en las soledades de Amida, haciendo tanta penitencia y obrando tantos milagros, que su fama corrió por todo el mundo cristiano, y de todas partes acudieron á ponerse bajo su amparo, los enfermos, los atribulados y los pecadores. Murió por el mes de agosto del año 502, segun Baronio, de una edad muy avanzada.

Dia 7.

San Cayetano, fundador.—La vida de san Cayetano escribió en lengua castellana el padre don Manuel Calasibera de su misma órden, y de ella y de las liciones del breviario romano hemos de sacar lo que aquí dijéremos. En la ciudad de Vincencia, del señorío de Venecia, nació san Cayetano Tiene, el año del Señor de 1480, de padres muy nobles; porque fué hijo del conde Gaspar Tiene, y María Porto, matrona igual en sangre á su marido, y muy cristiana y devota de la Reina de los ángeles: á quien, llevada de un impulso interior, estando preñada de Cayetano, ofre-

ció lo que traia en el vientre; y cuando le parió, ratificó el ofrecimiento, dedicándosele por hijo, para que le favoreciese como á tal; y por esto desde entonces le llamaban «Cayetano de Santa María.» Luego dió muestras Cayetano de ser escogido de Dios; porque á los pobres tenia un amor muy tierno, y deseaba socorrer sus necesidades, y de los regalillos que le daban como á niño, partia con los necesitados: y cuando no tenia qué dar, pedia á sus padres y á los de su casa, que le diesen qué dar por amor de Dios. Con los años crecia en Cayetano el deseo de la perfeccion, y deseaba conocer y comunicar á las personas espirituales para tomar sus consejos, é imitar sus virtudes, y huia de la compañía de gente liviana y ociosa, porque no se le pegasen sus vicios. Frecuentaba las iglesias y gustaba de los lugares solitarios por ser mas acomodados para su devocion. Por estas y otras virtudes que resplandecian en el santo mancebo, huian de él los malos y viciosos, como de reprension de sus vicios; y los buenos y virtuosos le amaban y buscaban para alentarse á servir á Dios, y todos le llamaban santo, admirados de tanta pureza y perfeccion en tal edad.

2 Siendo de veinte y cinco años, solícito de la caridad y deseo del bien de las almas, en una heredad suya hizo una ermita para que los labradores de la comarca tuviesen cerca donde oir misa los dias de fiesta. Concurrió al gasto de la obra un hermano suyo mayor, llamado Bautista Tiene, y entre los dos la dotaron de setenta ducados de renta. En esto gastaba el tiempo y el dinero el santo mancebo, no en entretenimientos ni galas, como suelen los otros mozos; antes cuidaba tan poco del aliño de su persona, diciendo que el cristiano no ha de cuidar del adorno del cuerpo, sino del adorno del alma, que su padre le reprendia por ello ásperamente, quejándose de que deshonraba su linaje con el trato y porte de su persona. No daba el santo oidos á estas razones del mundo, respondiendo con el silencio y sufrimiento, hasta que un dia que su padre le reprendió con mas eficacia, le pareció conveniente dar satisfaccion, y volver no tanto por sí, cuanto por la virtud: y aunque la respuesta fué muy cristiana, y las razones muy prudentes; solo porque las dijo con alguna acrimonia, se culpó de atrevido, y que habia perdido el respeto á su padre; y esta falta leve fué una de las culpas que mas lloró y sintió toda su vida, mostrando en esto la pureza de su alma, y cuanto aborrecia las culpas graves, pues una tan ligera le dió tan grande cuidado. Al contrario, la madre de Cayetano gustaba mucho de verle tan despreciador del mundo, y le amaba tanto, que el santo, despues de muerta su madre, llegó á temer que padeceria en el purgatorio grave pena, por el demasiado afecto que le habia tenido; pero una religiosa sierva de Dios le aseguró, que saliendo su madre de esta vida, fué presentada á la Reina de los ángeles, por mano de san Miguel Arcángel y santa Mónica: y Cayetano confesó á la misma religiosa que él habia encomendado á estos dos santos el alma de su madre.

3 Sucedió la muerte de su madre estando el santo en Roma, adonde le llevó, no la ambicion de puestos y dignidades, sino el deseo de aprender la vida eclesiástica, que ya profesaba, de los mejores prelados que á la sazon florecian en aquella corte de la Iglesia; aunque Dios le llevó mas para maestro, que para discípulo, mas para que fuese ejemplo á muchos, que no para que él aprendiese á vivir de otros. Vivia en Roma con grande edificacion, frecuentando las iglesias y lugares sagrados, y ocupándose en obras de misericordia, con que se ganó mucha estimacion con los príncipes y prelados, y con el papa Julio II, que presidia entonces en la Iglesia, y allegándose á la fama de su virtud la nobleza de su sangre y sus muchas letras, porque habia estudiado filosofía y teología, y estaba graduado en ambos derechos, le honró el sumo pontífice con la dignidad de protonotario apostólico, y le hizo su camarero, pensando subirle á mayores dignidades; pero todas estas dignidades y las otras que podia esperar, no levantaban el corazon de Cayetano, ni divertian su espíritu de los ejercicios de devocion y piedad en que antes se ocupaba. Ordenóse de sacerdote, y procuraba cumplir perfectamente con las obligaciones de tan alto oficio para ser digno de ofrecer todos los dias el sacrificio del Señor: lo cual hacia con mucha devocion y aparejo. Entró en una congregacion que se llamaba del Divino Amor, y con su ejemplo enfervorizó á todos los congregantes, y se aventajó á ellos en la perfeccion del amor, que era su principal instituto. Por este amor mereció un favor muy singular de la divina mano; y fué, que estando una noche de Navidad en Santa María la Mayor, se le apareció la Reina del cielo con su Hijo, y se le puso á Cayetano en sus brazos con el gozo y alegría de su corazon, que se puede pensar.

4 Cada dia le daban mas en rostro á Cayetano las dignidades y puestos altos del mundo; porque cuanto tienen de altura, tienen de riesgo y precipicio; y considerando que la gracia del papa y favor de los cardenales le prometian grandes adelantamientos en la corte romana; para huir estos peligros que tantos buscan, determinó salir de Roma; y pidiendo licencia al sumo pontífice con un buen pretexto, se volvió á Vincencia, su patria. Aquí halló otra congregacion de oficiales y gente humilde, pero devota y ejemplar: pidió ser admitido en ella por hermano: y los congregantes le recibieron por padre y maestro; y él, primero con obras y con palabras los enseñaba y enfervorizaba: y advirtiendo que frecuentaban poco la sagrada comunion, por ser poco usada en aquellos tiempos, aun de los que trataban de perfeccion, les persuadió que comulgasen tres veces cada semana, y el mismo santo los comulgaba muchas veces de su mano, y solia hacerles con la forma en las manos un sermon breve de las excelencias de este santo Sacramento y provechos de recibirle á menudo. Con el ejemplo de los congregantes, y exhortaciones del santo, se introdujo en otros muchos la frecuencia de la comunion. Con la autoridad que tenia san Cayetano en la congregacion, y veneracion que le tenian, intro-

dujo que los congregantes acudiesen á un hospital de incurables á ejercitar la caridad con los enfermos que necesitaban bien de esta asistencia: y como él era el primero en estos piadosos ejercicios, ninguno se excusaba, y todos le imitaban y seguian; siendo de grande admiracion para toda la ciudad de Vincencia ver un varon tan noble é ilustre por su sangre, ocupado en tan humildes ejercicios, como le obligaba á hacer la caridad.

5 Mas estando tan bien ocupado san Cayetano, su confesor, que era un religioso de la órden de Predicadores, inspirado de Dios, á lo que parece, le mandó que dejase su patria, casa y parientes, y se fuese á Venecia, donde hallaria en que ejercitar su caridad. Obedeció Cayetano: partióse á Venecia, llevando consigo lo que pudo de su patrimonio, como quien dejaba á su patria para no volver á ella. En Venecia se fué derecho á un hospital, que llaman el Hospital nuevo, aunque de nuevo no tenia mas que el nombre, y gastó en el reparo de su fábrica, que ya de antigua amenazaba ruina, y en el regalo y cura de los enfermos, la hacienda que llevaba. No solo reparó en lo material el hospital, mas tambien en lo espiritual y económico; porque les dió leyes muy provechosas para su gobierno, así en la cura de los achaques del cuerpo, como en el remedio de las enfermedades del alma: y por eso con mucha razon está hoy sobre la puerta principal del hospital una imágen del santo, y á los piés una piedra, en que le llaman autor de aquel hospital. Este ejemplo de tan ardiente caridad lucia en los ojos de toda la ciudad, en que era tenido por un hombre venido del cielo, y los nobles, sabiendo la nobleza de Cayetano, y viéndole servir á los enfermos con tanta caridad y humildad, se alentaban á imitar tan heróico ejemplo: y así muchos caballeros y señores principales acudian al hospital á servir á los enfermos, curando sus llagas, dándoles de comer, haciéndoles las camas y barriendo las salas, sin rehusar ningun oficio, por humilde, ni bajo, en servicio de los pobres enfermos.

6 El padre dominico que confesaba á Cayetano en Vincencia, estaba ya en Venecia por prior de aquel convento: y aunque veia el mucho provecho que hacia en aquella ciudad, conociendo que Dios le queria para cosas mayores, le mandó ir á Roma segunda vez: y el santo se partió para Roma, sin saber á lo que iba; pero iba guiado de Dios, que sabia para lo que le llevaba. Llevábale, para que diese principio á una nueva religion: y así estando en aquella corte retirado del palacio y del bullicio, acudiendo solo á los templos y hospitales, y á su congregacion del Amor de Dios, acompañándose con los virtuosos y ejemplares, no con los grandes y poderosos, empezó á discurrir en fundar una religion de clérigos reglares, que con su ejemplo, modestia y pureza de vida, cerrasen la boca á los herejes de aquel tiempo, que murmuraban de la mala vida de los clérigos, condenando, como herejes, todo el estado eclesiástico, por la vida de algunos que solamente se diferenciaban de los seglares en la dignidad y mayor obligacion, pero en las costumbres y modo de proceder no habia diferencia, si no era por ventura en ser peores; no mirando á la vida de otros muchos, en quienes la vida no desdecia de la dignidad, y las costumbres correspondian á la obligacion. Comunicó Cayetano su pensamiento con don Bonifacio de Acole, que era hermano de la misma congregacion del Divino Amor, persona noble, y aventajada en virtud, que aprobó su intento, y se le ofreció por compañero. Juntósele don Juan Pedro Caraffa, obispo de Teati, varon muy austero y ejemplar, que despues fué sumo pontífice, y se llamó Paulo IV, el cual andaba con los mismos deseos ó intentos que Cayetano y otro compañero, varon ilustre en la sangre, y mas ilustre en la pureza virginal, llamado don Pablo Consiliari: y todos cuatro, habiendo conferido entre sí las cosas necesarias para la órden que pretendian fundar, alcanzaron la aprobacion del papa Clemente VII, en una bula despachada á 24 de junio de 1524, en la cual, hablando el sumo pontífice con el venerable hermano Juan Pedro Caraffa, obispo teatino, y con el amado hijo Cayetano, presbítero vicentino, y sus compañeros y sucesores, habiendo alabado su deseo de servir á Dios con mas quietud, y unirse á él con mas estrecho lazo; les concede que pueden hacer los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, y vivir en comun, y del comun, y vestir el hábito comun de los clérigos, con el nombre de clérigos reglares, y elegir superior, y hacer constituciones oportunas y convenientes á su instituto, y recibir á todos los que quisieren profesar aquella vida, así clérigos, como seglares; y les concede todas las gracias y privilegios de la congregacion de los canónigos lateranenses: y así este sumo pontífice, como sus sucesores, han concedido á esta religion tantas gracias y privilegios, que es cosa de admiracion; y dice el doctor Navarro, que no lo creyera, si no los hubiera visto.

7 Estando ya aprobada su religion, profesaron el obispo teatino, san Cayetano y sus dos compañeros á 14 de setiembre, dia de la Exaltacion de la santa Cruz del año de 1524, en el Vaticano, delante del altar del príncipe de los apóstoles san Pedro, en manos del obispo de Caserta, que en nombre de su santidad asistió á esta funcion, que se hizo con grande solemnidad y concurso del pueblo romano. El fin de esta religion es la reformacion del estado eclesiástico, y proveer á la Iglesia de santos prelados, cosa necesarísima é importantísima, para el buen gobierno de la Iglesia, y provecho de toda ella. La pobreza que profesa, es tan extremada, que ni tiene rentas para su sustento, ni pide limosnas, como otras religiones mendicantes, dejándose á la providencia de Dios, que mueva á los fieles para que los provean de lo necesario: por lo cual se puede llamar justamente la religion de la Providencia de Dios; porque totalmente dependen de ella sus religiosos: y Dios, que no se olvida de las aves del aire, y de los animales de la tierra, ni de los peces del mar, cuida de proveer de todo lo necesario á los que tan de veras le sirven. El nombre que los dió Clemente VII, es de clérigos re-

glares, como acabamos de decir; pero en Italia son llamados comunmente teatinos; porque don Juan Pedro Carafa, que fué entre sus cuatro primeros padres el principal, por la dignidad episcopal, y el primer prepósito de su órden, se llamaba obispo teatino, antes de fundar la religion; y de aquí los hijos de san Cayetano se llamaron los clérigos reglares teatinos. Despues el vulgo dió en España el nombre de teatinos á los padres de la Compañía de Jesus, pensando que los padres de la Compañía, que venian de Italia á España, enviados de san Ignacio, eran de la religion de los padres teatinos, que pocos años antes se habia fundado en Italia, confundiéndose con la semejanza del hábito, la cercanía del tiempo de la fundacion, y ser las dos religiones de clérigos reglares, no distinguiendo los institutos, que son muy diferentes, aunque ambos santos: y despues no ha podido prevalecer el desengaño contra el uso; porque los nombres impuestos son como las enfermedades contagiosas, que cuan fácilmente se pegan, tan dificilmente se quitan. Hablando del nombre que dieron en Italia á los hijos de san Cayetano, dice el padre Julio Nigronio, de la Compañía de Jesus: «Este nombre de teatinos, que les dieron á los clérigos reglares por el obispo teatino, vino á caer en gloria suya; porque esta voz parece que se deriva de la palabra Teos, que significa Dios, ó Teatis, que es *contemplador*: por lo cual llamar á estos religiosos teatinos, bien considerado, es llamarlos *divinos* ó *contempladores*; y no desdice ninguno de estos dos nombres de sus primeros deseos y palabras, con que contemplando las cosas celestiales, encomendaban el divino amor.» Alaban muchos autores á esta sagrada religion, y con mucha razon, por la excelencia de su instituto, vida de sus religiosos, y provecho que ha hecho en la Iglesia. En particular el cardenal Baronio en las anotaciones al Martirologio el dia 29 de junio, dice: «Que los clérigos reglares han renovado la forma apostólica de vivir, y la observan perfectamente: que es una suma alabanza de esta sagrada religion.»

8 Tres años despues de fundada la religion de los clérigos reglares, sucedió el saco de la ciudad de Roma por Borbon y sus soldados; y en esta ocasion padeció mucho san Cayetano: porque estando con sus religiosos en una iglesia suya, fuera de la ciudad, en Monte Pincio, dejando otra que tenian dentro de la ciudad en Campo Marcio, para atender con mas quietud á la oracion y rogar á Dios que remediase tantos daños, y enfrenase el atrevimiento de los soldados, á los cuales con sus palabras y exhortaciones, no habian podido enfrenar; entrando en la iglesia algunos soldados herejes, la anduvieron toda con militar alboroto, y conociendo uno de ellos á san Cayetano, por haber sido criado de su casa, pensando que debajo de su hábito pobre ocultaba sus antiguas riquezas, incitando á los otros soldados, le atormentaron cruelmente, para que confesase donde tenia el dinero, apretándole fuertemente entre unas arcas; y despues le dieron otros tormentos inhumanos y bárbaros, que sufrió el santo con grande paciencia y alegría, comunicándole Dios los consuelos á la medida de los dolores. Otro dia volvieron al mismo convento otros soldados, y hallando á san Cayetano y á los otros religiosos hincados de rodillas delante del altar mayor, procuraron primero con amenazas é injurias, que manifestasen el oro y plata que guardaban; y como no podian manifestar las riquezas que no tenian, los llevaron presos á una torre del Vaticano, donde gastaban el tiempo en oracion y alabanzas divinas: por lo cual el capitan de aquellos soldados les dió libertad á los ruegos de un coronel español que se lo rogó, edificado de haberlos visto cantar en la torre á coros el oficio divino con el sosiego y devocion que pudieran en su convento.

9 Salió san Cayetano de la prision, y deseoso de salir de Roma, por no ver tantos sacrilegios y maldades como los soldados herejes, que iban en el ejército, cometian, se encaminó al Tiber, por si hallaba embarcacion para sí y los otros religiosos. Aquí encontró un caballero no conocido, que si no era ángel, á lo menos hizo con ellos oficio de tal; porque les negoció embarcacion á su costa, y les aseguró tendrian buen viaje. Embarcáronse, y luego dieron en un navío de corsarios, que los hicieron detener: y cuando temian los religiosos alguna violencia, el capitan de los corsarios mandó que les diesen algunas cosas de comer, de que tenian harta necesidad; y sin hacerles ningun daño, los dejó ir libres. Con este suceso animaba despues el santo á sus religiosos para alentarlos á la confianza en Dios, ponderando que les habia socorrido en el mar por medio de unos ladrones, como á Elías en el desierto por una ave de rapiña. Llegaron felizmente á Ostia, y de aquí los llevó consigo á Venecia el embajador de aquella república, que se volvia de Roma á Venecia.

10 En Venecia fundó san Cayetano un convento de su órden, con mucho gusto de toda la ciudad: porque como habian visto y experimentado el fruto que hizo en ella el santo, siendo seglar y solo; le esperaban mayor siendo religioso, y viniendo acompañado de tantos religiosos hijos de su espíritu. Y no se engañaron; porque entrando poco despues la peste en Venecia, sirvió el santo y sus hijos á los apestados con grande caridad, exponiendo su vida por la salud de sus prójimos: el cual ejemplo de su santo padre han imitado despues sus hijos en Padua, Milan, Génova, Palermo y en toda Italia. El año de 1530, hubo algunas diferencias entre el obispo de Verona y su cabildo, y don Juan Pedro Carafa, que era prepósito de Venecia, deseaba mucho la paz del obispo que era muy amigo suyo, y bienhechor de su religion: envió á Verona á san Cayetano, fiando de su mucha prudencia el ajuste de estas diferencias; y el santo obedeció, y haciendo oficio de ángel de paz, compuso las cosas como se deseaba. De allí á tres años mandó Clemente VII, por un breve, en virtud de santa obediencia, que con toda la brevedad posible fuesen algunos religiosos á fundar un convento en Nápoles: para esta fundacion fué señalado san Cayetano, dejando á su eleccion el escoger compañero; mas obedeciendo

pronto á lo primero, respondió á lo segundo: No quiera Dios que en esto haga yo mi voluntad; antes le suplico, os inspire no deis el que fuere mas contrario á mi inclinacion y gusto: y Dios le premió esta resignacion, disponiendo que le diesen al B. D. Juan Mariano, religioso tan santo, y varon tan ejemplar, que le llamaban comunmente «el santo de Dios.» Luego se puso en camino san Cayetano con su compañero, saliendo de Venecia á 3 de agosto, sin reparar en el rigor de los calores, y peligros de la vida, en tiempo sujeto, en aquellas tierras, á mutaciones. Pasó por Roma: y yendo con su compañero á besar el pié á su santidad, les dijo: ¿Qué es esto, hijos? ¿Adónde vais en tal tiempo? Esto es ir á morir. Y el santo respondió: Santísimo padre, esto es ir á obedecer á vuestra santidad: de que el papa quedó no menos admirado, que edificado de tan pronta obediencia, que no reparaba en peligros de muerte.

11 En Nápoles fué muy bien recibido san Cayetano de todos los señores y nobles, y en especial del conde de Oppido, que habia sido el principal en procurar esta fundacion. Tomó posesion de la iglesia y casa que el conde le tenia preparada fuera de la ciudad y no muy lejos de los muros; pero no quiso aceptar las rentas que repetidas veces, y con muchas instancias por sí, y por otras personas, le ofrecia y persuadia que aceptase, pareciéndole al conde, que no podia sustentarse largo tiempo un convento de religiosos, sin tener renta de que sustentarse; pero el santo respondia: que Dios, que los habia sustentado hasta entonces sin rentas, los sustentaria en adelante; y que sus rentas eran las palabras de Cristo en su Evangelio, que no pueden faltar: «No estéis solícitos de qué comeréis ó de qué os vestiréis: porque vuestro Padre celestial sabe que necesitais de todas estas cosas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas se os darán por añadidura.

12 Por librarse de las importunaciones del conde, y tener sitio mas á propósito para ejercitar la caridad con los prójimos, dejando la casa é iglesia que le habia dado el conde, se pasó dentro de la ciudad á la casa de una señora devota, llamada doña Lorenza Longa, que caia cerca del hospital de los Incurables, donde el santo ejercitaba con los pobres la misericordia corporal, y con todos los fieles la espiritual, confesando y predicando en la iglesia de Nuestra Señora del Pópulo, que no estaba muy distante de la dicha casa. Compróles despues esta señora una casa, donde el santo abrió iglesia, y se llamó Nuestra Señora de la Estoleta. En este convento mostró el Señor los méritos de su siervo con un milagro que hizo por su oracion: porque habiéndosele quebrado una pierna á un hermano lego, y en la cura cancerádose de manera, que determinaban los cirujanos cortársela, el santo se estuvo en oracion la noche antes muchas horas, y despues visitó al enfermo, y le mandó que se encomendase al seráfico padre san Francisco, é hizo la señal de la cruz sobre la pierna, y la besó; y cuando á la mañana vinieron los cirujanos á cortar la pierna, la hallaron sana, como si nunca hubiera tenido en ella enfermedad. Pagó el santo largamente á su bienhechora María Lorenza la caridad que habia usado con él y sus religiosos; porque admitiéndola por hija espiritual, la adelantó mucho en perfeccion, y la exhortó á que fundase un convento de monjas franciscanas descalzas, y se entrase en él religiosa. Deseaba ella peregrinar á Jerusalen, para vivir en aquellos santos lugares en oracion y penitencia: y estando dudosa si seguiria el consejo de su confesor ó su inclinacion; oyó una voz clara y distinta que la dijo conmutase la peregrinacion de Jerusalen en fundar un convento de religiosas, debajo del amparo de nuestra Señora, con la advocacion de Jerusalen. Así lo hizo; y san Cayetano y sus hijos gobernaron el espíritu de aquellas religiosas, hasta que Paulo III las encomendó á los padres capuchinos; y por eso se llaman hoy las capuchinas de Jerusalen.

13 Despues de haber estado san Cayetano cuatro años en aquel convento, como creciese el número de los religiosos, y el concurso de los seglares á buscarlos para su aprovechamiento, le pareció tomar otro sitio mas capaz y acomodado. Alcanzó que le diesen la iglesia de San Pablo Mayor, que está situada en lo mejor de la ciudad, y en este templo empezó á predicar con mas frecuencia, y con notable aprovechamiento de los oyentes: porque como sus palabras salian de un pecho abrasado en el amor de Dios, abrasaban los corazones de los oyentes, causando en ellos notables mudanzas. Habia por este tiempo en Nápoles algunos herejes ocultos, que con piel de ovejas eran lobos carniceros, y con capa de virtuosos, como en lo exterior lo parecian, enseñaban doctrinas falsas y heréticas; pero con tanta disimulacion, que el vulgo no podia conocerlo. Uno de estos predicadores era religioso: oyóle un dia san Cayetano; y luego entró en sospecha de la doctrina que predicaba, y continuando en oirle por certificarse mas, vino á conocer que era hereje, y escribió á Roma á don Pedro Carafa, que ya era cardenal, para que hablase al papa y pusiese remedio á tantos daños; y mientras venia la respuesta de Roma, procuraba el santo desengañar á todos con pláticas privadas y sermones públicos; y los herejes viéndose descubiertos, temiendo algun grave castigo, salieron de Nápoles y de Italia, y se apagaron aquellas centellas que se habian empezado á emprender en aquella ciudad y amenazaban un grande incendio.

14 Celebró su órden capítulo en Nápoles el año de 1540, y fué elegido san Cayetano por prepósito de Venecia, adonde se partió con gran sentimiento de los religiosos del convento de Nápoles; porque perdian tal padre y prelado: é igual gozo de los de Venecia; porque merecian tal superior. Fué recibido con aplauso de toda la ciudad, que tenia muy conocida su santidad, y acudian á él muchas personas para ser guiadas en el camino de la perfeccion. De aquí se partió á Verona; porque el obispo, de quien antes hicimos mencion, le llamó á su ciudad para ayudarse de él en la reformacion de su obispado, y llevó consigo algunos religiosos que le parecieron á propósito

para aprovechar á las almas. Provéelas el obispo de todo lo necesario con abundancia: y aunque el santo al principio lo admitia con agradecimiento; temiendo despues no se relajase algo en sus hijos el fervor con el demasiado regalo, rogó al obispo que se moderase, y les dejase vivir con la moderacion y templanza que lleva su regla: y como el obispo no atendiese á los ruegos del santo, le protestó que se volveria con sus religiosos á Venecia, sino se moderaba en sus limosnas, y les dejaba vivir conforme á su instituto: y por no perder tan útiles operarios, permitió el obispo que se sustentasen de las limosnas que les ofrecian los fieles, concurriendo él con las suyas como uno de ellos. Habiendo estado san Cayetano en Verona algunos meses con mucho provecho de aquella ciudad, se volvió á Venecia al gobierno de su convento, y al capítulo que se acercaba ya y habia de celebrarse en Venecia aquel año. En él fué elegido segunda vez prepósito de Nápoles, y recibido de aquella ciudad como si fuera un ángel venido del cielo á traerles muchas felicidades; y traíale Dios á esta ciudad para que en ella acabase el curso de su peregrinacion, y de ella pasase al cielo á gozar el premio de sus gloriosos trabajos, que sucedió el año de **1547**, del modo que contarémos en habiendo dicho algo de sus excelentes virtudes, con mas brevedad de la que pedia varon tan esclarecido, por no faltar á nuestro estilo é instituto.

15 Adornó Dios á san Cayetano de todas las virtudes que para ser fundador de un órden tan santo y provechoso era menester. Desde mancebo fué muy aficionado á la oracion, por el provecho que en ella experimentaba: y para esto, siendo seglar huia la conversacion de los hombres, y gustaba de las iglesias y lugares devotos para tratar á solas con Dios. Con el ejercicio continuo de la oracion creció mucho en la perfeccion, y recibió muchos favores del Señor. En una ocasion se le apareció Cristo, y le convidó que pusiese su boca en la llaga del costado; y Cayetano gustó de aquella suavidad celestial. Otra vez se le apareció con la cruz á cuestas, y mostrando estar fatigado, pidió le ayudase á llevar la cruz. Con estos y otros favores que Dios le hacia en la oracion, no es maravilla que gastase la mayor parte del tiempo en ella, como dicen los jueces de la sagrada Rota. Tenia su oracion de rodillas, y casi siempre en el coro por estar presente el santísimo Sacramento, y mientras oraba, sus ojos eran dos fuentes de lágrimas que le hacia derramar el consuelo y la devocion. En ella fué visto algunas veces con éxtasis y sin uso de los sentidos. Véase cuan agradable era á Dios la oracion del santo en la eficacia que tenia para alcanzar cuanto pedia. Decia misa todos los dias sin dejarla ninguno, y sentia mucho que los sacerdotes, por acudir á negocios temporales, dejasen de celebrar el santo sacrificio de la misa; porque le parecia que ninguna ocupacion debia estorbar bien tan grande como el de celebrar. Gustaba de decir misa en el altar mayor, por estar allí el santísimo Sacramento. Procuraba introducir en todas partes la frecuencia de la comunion, y se admiraba y lamentaba mucho de que hubiese cristiano que, pudiendo tener á Cristo en su pecho, no quisiese tal huésped, y pudiendo alimentarse con tal manjar, no le comiese, ni tuviese hambre de él. Fué muy zeloso del culto divino: queria que estuviesen las iglesias y altares muy limpios y adornados: y con ser tan pobre y amigo de la pobreza, los ornamentos y alhajas pertenecientes al culto divino, queria que fuesen ricas, para que se emplease todo lo precioso en servir al Señor de todo; y así la mayor parte de las limosnas que le enviaban, gastaba en el servicio de la iglesia. Era devotísimo de la Reina de los ángeles, y teníala en lugar de madre dulcísima. Sus cartas empezaban siempre con el nombre de Jesus y María; y cuando pronunciaba el dulcísimo nombre de Jesus, añadia el de María, diciendo: Jesus, Hijo de María; porque con estos dos nombres se regalaba y endulzaba su espíritu. Cuando pedia algo á Dios, ponia por intercesora á María, y solia decir: Bien pueden hacer los fieles oracion, y pedir á Dios lo que desean; mas nunca ó muy pocas veces alcanzarán alguna cosa, si no es con el favor é intercesion de María. Para llegar á decir misa, y comulgar con mayor aparejo y disposicion, vestia su alma espiritualmente de los méritos de la Reina de los ángeles, y exhortaba á otros á que hiciesen lo mismo, suplicando con los méritos de esta Señora sus muchos defectos é indignidad. Cuando estaba en el altar antes de consagrar, se consideraba en la presencia de María santísima, y la pedia le diese á su benditísimo Hijo, y cuando le tenia en sus manos, consideraba que le recibia de las entrañas de María santísima; y de esta manera se encendia juntamente en el amor de la Madre y del Hijo. Al príncipe de los apóstoles san Pedro tenia por especial patron suyo y de su religion, por ser de clérigos, y por haber nacido en el templo de este gloriosísimo príncipe de la Iglesia: por eso quiso que sus hijos dirigiesen los votos de su profesion, despues de Dios y de su Madre, al apóstol san Pedro. Fué devotísimo del apóstol san Andrés, y dió salud á muchos enfermos con el licor suavísimo del cuerpo del sagrado apóstol. Pues ¿qué diré de la devocion que tenia al seráfico padre san Francisco: cuya vida tenia muy en la memoria, por las muchas veces que la leia: cuyas virtudes procuraba imitar, especialmente aquella suma pobreza; y cuy fiesta celebraba con increible alegría? Despues de muerto le vió una sierva de Dios, llamada Dignamerita en el cielo, abrazado con el glorioso patriarca san Francisco; significando, al parecer, con esto el Señor, cuan parecido habia sido en la vida san Cayetano al seráfico padre; pues tan uno era con él en la gloria.

16 El amor que tenia á Dios era mayor de lo que se puede decir: lo cual se conocia cuando predicaba, ó cuando discurria de cosas espirituales; porque su rostro se inflamaba, y sus palabras eran llamas de fuego que encendian á sus oyentes. Antes de fundar su religion, fué verdadero congregante del Divino Amor: despues fué creciendo este amor en su pecho, y juntamente el deseo de encenderle en todos, como lo procuraba en sus

sermones, conversaciones y cartas. De este amor le nacia el sentimiento grande y vehemente que tenia de ver á Dios ofendido de los hombres con tantos pecados, como lo ponderan los jueces de la Rota. Este amor le hacia ligeros los trabajos, cuidados, mortificaciones y penitencias; y solia decir por la experiencia que tenia: Al que ama á Dios, todo le parece ligero. Celebraba con grande afecto y ternura el nacimiento de Cristo nuestro Señor, y los demás misterios de la vida de nuestro Redentor Jesucristo. Caminando de Roma á Nápoles, víspera de la Ascension, llegó muy de noche á Aversa, ciudad distante ocho millas de Nápoles, y no quiso detenerse en aquella ciudad, aunque era tan de noche, sino pasar á Nápoles á cantar con sus religiosos los maitines de aquella festividad: y llegando al tiempo de tocar á maitines, sin tratar de descansar, se fué al coro, tomando por descanso las alabanzas de su Señor. Del amor de Dios le nacia el amor de los prójimos y la caridad que tenia con los enfermos, la misericordia con los necesitados, y la compasion con los pecadores. Siendo seglar, gastaba su patrimonio en socorrer necesidades, y llegó á decir un dia á un amigo suyo: No dejaré de dar limosnas, hasta dar todo lo que tengo; porque deseo llegar á tal extremo de pobreza, por amor de mi Señor Jesucristo, que no me quede valor de una mortaja y que me entierren de limosna. Despues de religioso y pobre, no fué menos liberal con los que le pedian limosna, que agradecido á los que se la daban. En todas sus oraciones rogaba á Dios por sus bienhechores, y lo mismo encomendaba á sus religiosos, y ordenó que hubieso un libro en que se escribiesen las limosnas, por muy tenues que fuesen, y los nombres de quienes las daban; y despues de cenar, hacia que se leyesen en el refectorio, para que yendo los religiosos á la iglesia á dar gracias á Dios porque les habia dado de comer, rogasen juntamente por sus bienhechores: accion verdaderamente digna de tan grande varon, y de que la imitase, como la ha imitado, y observa su religion. Era grande su zelo en procurar la conversion de los pecadores, buscando trazas, inventando modos, y tendiendo redes para cogerlos y traerlos á Dios. Este era el asunto de sus cartas, el tema de sus sermones, y el fin de sus conversaciones. Su modo de reprender los vicios era mas como de padre que riñe á un hijo, que como de juez que acrimina; y así temiendo antes un penitente llegarse á los piés del santo, por juzgarle demasiado riguroso, despues que se confesó con él, decia que habia hallado en Cayetano lo que en la abeja, aguijon y miel, rigor y dulzura, una dulzura rigurosa, y un rigor suave. De esta manera fueron muchísimos los pecadores que redujo á mejor vida en el púlpito y confesonario, y no pocas las almas que encaminó y adelantó en la perfeccion. Del amor de Dios nació tambien, como rama de su tronco, el desprecio de todo lo que el mundo ama. Muy luego le dió el Señor á conocer lo que son las riquezas, honras y dignidades del mundo, y desde que las conoció, las empezó á despreciar y tener en poco, como lo muestran las cartas que escribió á sus amigos y devotos, llenas de desengaños y desprecio de las cosas temporales. No gustaba oir hablar de la nobleza de su linaje, y le daba en rostro todo lo que es pompa y ostentacion de mundo. Yéndole á visitar algunos parientes suyos, cuando estaba en Nápoles, se negó, y no los quiso ver, ni hablar; porque habia renunciado el amor de sus parientes por el de Cristo nuestro Señor, y no queria ya tratarlos como á tales. Mucho menos procuraba para sus deudos aumentos temporales: lo que pedia continuamente á Dios, era, que les diese los bienes espirituales y eternos: y pareciale muy mal, que los religiosos procurasen para algunos puestos ó dignidades. Pidiendo una persona que le favoreciese con un Señor, para que diese una judicatura á un hijo suyo, nunca lo quiso hacer, diciendo: Muy bien me parece que haya jueces, y que hagan justicia; porque así lo pide el buen gobierno de la república: pero que un religioso se meta en procurar estos oficios para nadie, ni lo apruebo, ni me parece bien.

17 Bien mostró san Cayetano el desprecio que hacia de todos los bienes del mundo con la pobreza que profesó, y dejó á su religion: la cual no sé como pueda ser mayor, pues ni tiene rentas para sustentarse, ni pide limosnas, que es ser dos veces pobre, por lo que le falta, y por lo que no busca. No sentia el padecer necesidad; antes se alegraba: porque entonces se parecia mas á Cristo. Sucediale ir al refectorio, y no hallar que comer, y con un poco de pan y fruta, cogida de la huerta de su convento, quedaba mas satisfecho que si hubiera comido muchos regalos: porque aunque le socorria Dios nuestro Señor muchas veces con maravillosa providencia á él y á sus religiosos en la mayor necesidad; otras los dejaba padecer, para probar en estas su paciencia, y alentar con aquellas su confianza. En lo exterior mostraba la pobreza que tenia en lo interior de su corazon; porque sus vestidos eran viles y viejos, pero honestos y limpios; y en las constituciones de su religion advierte, que la limpieza acompañe siempre á la pobreza. Solia decir, que un hábito viejo de cien años, lleno de remiendos, fuera para él bordado de ricas joyas y piedras preciosas; y con eso procuraba traerle muy pobre al gusto de su espíritu. En su celda no habia mas alhajas que una estampa de papel, sin algun ornato; que el pobre de espíritu, aun en las cosas de mas devocion, renuncia lo rico y curioso: pero libros, que actualmente le servian para sus estudios; y no siéndole alguno necesario, le llevaba á la libreria para cumplir con las leyes de la mas perfecta pobreza, que veda el uso ocioso de las cosas, concediéndole solamente de las precisas: en lo demas era su celda traslado de aquella en que hospedaba á Eliseo la Sunamitis, una camilla angosta, un bufete, un banquillo y un candil: alhajas, que por pobres, son ricas y de valor á los ojos de Dios nuestro Señor. Finalmente, la virtud de la pobreza es como la divisa de este santo, y á ella amó únicamente, como dice la sagrada Rota; y por eso desechó con tanta constancia las rentas

del conde Oppido, y la demasiada liberalidad del obispo de Verona. Todas sus riquezas tenia en el tesoro de la Providencia divina, que es una fuente manantial de bienes, para los que confian en ella, como lo experimentó muchas veces san Cayetano y despues innumerables veces toda su religion. Siendo prepósito del convento de Venecia, fué una persona, á quien se debia cierta cantidad de dinero, á pedirle con mucha instancia, porque necesitaba de ella. No tenia el santo dinero con que satisfacerla; pero tenia confianza en el Señor, que luego envió un mancebo, que debió de ser un ángel, y sin decir quién era, ni de donde venia, puso en manos del santo cabalmente la cantidad que se debia; y con esto se despidió. Siendo superior de Nápoles, no se aderezó de comer un dia, por no haber mas que un pan en casa: mandó el santo, que bajasen los religiosos al refectorio; y estando sentados á la mesa, los entretenia con alabanzas de la santa pobreza, animándolos á la confianza en Dios nuestro Señor, cuando oyeron tocar á la porteria: acudió el portero, y halló una canasta de panes muy blancos y regalados, sin parecer quien los habia traido, y de ellos comieron los religiosos con gran consuelo, creyendo que Dios nuestro Señor los habia proveido por medio de algun ángel. Muchos ejemplos semejantes pudiera traer, de los cuales algunos se han experimentado en el convento de esta corte de Madrid, en que se ve, cuán hijos son en la observancia y religion estos padres de su santo fundador; pues tanto los favorece el Señor.

18 Las demás virtudes fueron iguales en san Cayetano. Fué verdaderamente humilde con aquella propiedad, que segun san Bernardo, tiene el humilde verdadero, que quiere ser tenido por vil; no celebrado por humilde. Huia sus aplausos y se alegraba con los desprecios; y por eso encubriendo lo que le podia ganar alguna estimacion, descubria lo que podia traerle algun desprecio. Tenia en un pié una falta, que se le ponia disforme, y cuando estaba con otros en conversacion, levantaba un poco, como al descuido, la sotana, para que viendo el pié hiciesen burla de él. Pedia á sus hijos que le encomendasen á Dios, diciendo: Encomendadme á Dios vosotros, que sois verdaderos siervos suyos: teniéndose él por siervo inútil y desaprovechado. Juzgábase indigno de ser sacerdote, y de celebrar el santo sacrificio de la misa: y cuando hacia años, que celebró la primera misa, solia decir: Tal dia como hoy, cometi aquel acto de soberbia tan grande: pareciéndole, habia sido grande soberbia haberse atrevido él á decir misa. Mandó el santo padre, que en su órden se diese á los sacerdotes el título de «don» por mayor respeto y autoridad de la dignidad sacerdotal; pero él no le usaba, antes se firmaba en las cartas: Cayetano, clérigo miserable. En el exterior de su persona, y en la modestia de todas sus acciones, parecia un retrato de la misma humildad: sus ojos clavados en el suelo: sus manos metidas en las mangas del hábito, y recogidas al pecho: hablaba con voz baja; y todos sus pasos y movimientos causaban edificacion en quien los miraba. A todos sus religiosos encomendaba el ejercicio de la humildad, y á los novicios les decia: Es necesario humillarse para aprender el abecé de Cristo. De esta humildad le nacia el deseo que tenia de obedecer, antes que mandar; y así se alegraba mucho, cuando acababa algun gobierno, y empezaba á ser súbdito de otros. Llamábanle *perpetuo obediens*: el que obedecia perpetuamente; que es alabanza muy semejante á la de Cristo: *Obediens usquè ad mortem*: el que obedece hasta la muerte. A sus prelados y confesores, obedecia á ciegas, teniendo por bueno y acertado, cuanto le mandaban; y no queriendo tener en nada eleccion propia, sino seguir en todo la de sus superiores, para no errar: que fuera de ser ejemplo raro de obediencia, es acto de profunda humildad, y de extremada prudencia. Cada mañana antes de decir misa, pedia licencia al superior, y sin ella no se atrevia á llegar al altar; y este ejemplo imitaban sus religiosos, pidiendo licencia á su prelado siempre que habian de decir misa, ó comulgar. Parecíle, que quien es superior, tiene mayor obligacion de obedecer á sus superiores; porque si no es él obediente á sus prelados, no puede pedir que lo sean obedientes á él sus súbditos: y conforme á esto, le dijo al conde de Oppido (que se quejaba de sus criados, que eran poco puntuales en servirle): ¿Por ventura, señor conde, es V. S. tan puntual en servir á Dios, cómo desea que sus criados le sirvan? No se admire que ellos falten con V. S., si V. S. falta con Dios.

19 Dotóle Dios de acertado consejo, y singular prudencia, que se mostraba en todas sus palabras y acciones. Gobernaba á sus súbditos con clemencia y suavidad, mas que con rigor y severidad; para que los que vienen á la religion á buscar paz, hallen lo que buscan, no rigor y aspereza. Sentia que el mejor modo de gobernar á los religiosos es hacerse dueño de sus voluntades con amor; porque de esta manera persuadirá el superior cuanto quisiere; y así lo hacia él, y aconsejaba á otros que lo hiciesen. Excusándose el padre don Pedro Fuscareno del cargo de prepósito que le daban, pareciéndole mayor que sus fuerzas y talentos, le dijo el santo: Si quereis no sentir el peso del cargo que os han dado, procurad ser bien quisto de vuestros súbditos en Dios, y por Dios. No queria que hubiese exenciones y particularidades en la vida comun, sino que todos siguiesen un mismo estilo de vivir, ordenado por las constituciones; tanto, que no quiso dar el hábito á cierta persona muy célebre y afamada por sus letras, solo porque pedia en la comida alguna particularidad por ser achacoso de estómago, y poder salir de casa mas á menudo de lo que acostumbraban los religiosos de ella. Sin embargo, miraba mucho por los que tenian necesidad de regalo; porque esto no le parecia que era ofender á la comunidad, sino atender á la misma comunidad, y á la caridad. Una regla guardaba para tener acierto en todos los negocios, que primero consultaba con Dios lo que debia hacer en ellos, despues lo ponia por obra.

20 En la penitencia fué tan señalado, que le llamaban algunos, «varon de gran penitencia;» y para entender cual seria, baste saber lo que solia decir el mismo santo: Que aborrecia su cuerpo, como al mismo demonio. Comia poco; y su comida era ordinariamente de yerbas, y muchas veces se pasaba con pan y agua: bebia vino por necesidad, pero con gran moderacion; y fuera del refectorio nunca comia, ni bebia, aunque tuviese mucha sed. Comiendo poco, velaba mucho, pasando las noches en oracion, ó leccion, estudiando para predicar y enseñar á los prójimos: y cuando la necesidad le obligaba á tomar algun descanso, se echaba sobre su pobre camilla, que en lo duro y desacomodado no se diferenciaba de la tierra desnuda. Andaba ceñido de cadenas, vestia cilicio, y tomaba frecuentes, largas, y rigurosas disciplinas. Todos sus sentidos tenia enfrenados y mortificados. El año de **1534**, entró en Nápoles el emperador Carlos V, despues de la victoria de Túnez, con tanta ostentacion y pompa, que arrebataba la curiosidad de los mas mortificados, y satisfacia el deseo de los mas curiosos; y pudiendo verle sin nota, ni reparo, con solo asomarse á la ventanilla de su celda, no lo quiso ver, por mas que le importunaban algunos amigos suyos, ponderándolo cuán digno de verse era aquel cesáreo triunfo. Con la penitencia y mortificacion conservaba pura su alma y cuerpo, aun de las mas leves manchas de deshonestidad; y temeroso de sí mismo, rogaba á la Virgen de las vírgenes que las torpezas, que oia en las confesiones, no turbasen su espíritu, ni dejasen feas representaciones en su imaginacion. Con las mujeres hablaba por necesidad, y muy pocas palabras, y le ofendia de manera el traje profano, que no las admitia en su confesonario, hasta que le reformaban. En el proceso que se hizo en Nápoles, en órden á su canonizacion, se dice: «Que su pureza resplandecia en su rostro y semblante modesto; y en sus costumbres era irreprensible, sin haber que notar en ellas.» En las constituciones pide á sus religiosos que imiten la puridad angélica en la vista, palabras y acciones; y el mismo santo la imitó, de modo, que le llamaron: *Angelicæ puritatis imago*: Traslado de la pureza angélica. A todos procuraba, cuando vivo, aficionar á la castidad: despues de muerto, muchísimos (como dice la sacra Rota) se han visto por su intercesion libres de molestísimas tentaciones de carne que por mucho tiempo habian padecido: lo cual es argumento de la gran pureza y angélica castidad de este celestial varon. Finalmente, dice la sacra Rota, que los resplandores de las virtudes con que fué adornado san Cayetano, como de un vestido, le acompañaron desde la cuna hasta el sepulcro.

21 Fueron creciendo estas luces y resplandores hasta el perfecto dia, que en los santos es el dia de la muerte: porque viendo Dios á Cayetano con el colmo de méritos á que le tenia predestinado, quiso llevarle á que recibiese la corona merecida. Ocasionáronle su última enfermedad los alborotos que hubo en la ciudad de Nápoles el año de **1547**, por las resistencias que hacian los napolitanos á que se introdujese en su reino el tribunal de la santa Inquisicion, pareciéndoles á los napolitanos, con falso zelo, que era agraviar su fé introducir semejante tribunal, no considerando que no todos los remedios arguyen enfermedad, pues muchos son preservativos; y que un cuerpo muy grande no se desacredita con la enfermedad de alguno de sus miembros: mas al fin se ocasionaron muchos tumultos y muertes; y el santo, afligido de las ofensas de Dios y de los males de los napolitanos, á quienes amaba mucho por el bien que le hacian á él y á sus religiosos, alargaba sus vigilias, multiplicaba sus oraciones, aumentaba sus ayunos y penitencias, pidiendo á Dios el remedio de tantos males, y repitiendo por modo de jaculatoria: *Ut civitatem istam defendere, pacificare, et custodire digneris: te rogamus, audi nos.* Muchos dias tuvo descubierto el santísimo Sacramento mandando á sus religiosos orasen dia y noche delante de él; y en comunidad hacia muchas rogativas: compuso tambien una oracion muy devota y grave de textos de la sagrada Escritura, para pedir á Dios que aplacase su enojo contra aquella ciudad y contra todo el mundo. Andando en estos ejercicios enfermó y cayó en la cama, y en ella no cuidaba de sí, ni de su salud, sino de la paz de Nápoles. Agravósele el mal con la noticia que vino á Nápoles, de haberse interrumpido el santo concilio tridentino, de que tomó el santo mucha pena, por dilatarse el cumplimiento de su deseo, que era el remedio de las herejías, que del buen suceso del concilio esperaba. Viéndole el médico en tanto peligro, mandó que le pusiesen un colchon sobre el jergon que tenia; mas él lo rehusó, diciendo: No quiero cama blanda y mullida; antes deseo morir en una cruz, ó á lo menos tendido en el suelo, cubierto de ceniza, y vestido de cilicio. ¿Para qué buscais regalo para un cuerpo que tan presto se volverá polvo y ceniza, y será manjar de gusanos? Justo fuera imitar en la muerte á mi señor Jesucristo: mas ya que no puedo morir en una cruz como él murió por mí; á lo menos no me priveis de esta cama por ser algo dura y estrecha; antes añadid descomodidades y trabajos, para ayudarme á conformarme en algo con mi Redentor. Querian los religiosos llamar otro médico, porque el del convento era mozo y de poca experiencia, y el mismo médico lo solicitaba; mas el santo, que no temia la muerte y despreciaba la vida, dijo: Que de ninguna manera se llamase otro médico, porque él era un pobre religioso y su vida de muy poca importancia para hacerse junta de médicos. Fuése agravando la enfermedad: y conociendo el santo que se acerbaba su fin, recibió los sacramentos con gran devocion, y pidió perdon á los religiosos si en algo les habia ofendido; y luego, como en testamento y última voluntad, les encomendó la santa pobreza, que tanto amó toda su vida, diciendo: Hijos mios, hasta aquí, gracias al Señor, he vivido pobremente, y siempre he deseado morir pobre: esta virtud os encomiendo mucho. Luego comunicándole Cristo en su alma los dolores que él padeció en su cuerpo,

y regalado de María santísima, que se le apareció en aquella hora acompañada de ángeles, dió el espíritu á su Criador á 7 de agosto del dicho año de 1547.

22 Alcanzó el santo, muerto, en el cielo lo que tanto habia deseado vivo; porque en el mismo dia de su muerte se sosegaron los alborotos de la ciudad de Nápoles, como lo testifica un elogio antiguo que se guarda en el archivo de San Pablo, y lo confirma la sacra Rota. Acudió innumerable gente de todos estados á su entierro, mostrando la veneracion que le tenian, con besar sus piés y manos, y procurar alguna de sus reliquias. Revelŏ Dios á algunas personas la grande gloria de que gozaba su siervo: y dice Fr. Juan de San Bernardo, religioso francisco, que escribió en toscano la vida de san Pedro de Alcántara, que este gloriosísimo padre vió el dia, que espiró san Cayetano, subir su alma al cielo, acompañada de ángeles y coronada de gloria, y que dijo entre gozoso y lastimado: ¡O qué gran columna ha faltado hoy al edificio mistico de la Iglesia! Desde que murió, le veneraron como á santo, y en particular el beato Andrés Avelino de su órden le tenia particular devocion, y engrandecia mucho sus virtudes y perfeccion.

23 Adornó Dios á este santísimo varon, en vida, del espíritu de profecía, é hizo por él muchos milagros; pero despues de su dichosa muerte son tantos los que el Señor ha obrado por los merecimientos de su siervo, que de ellos solo se puede hacer un libro. Véalos quien quisiere, en la vida que escribió el padre don Manuel Calasibeta; que yo los dejo por brevedad.

24 Nuestro santísimo padre Clemente X canonizó solemnemente á san Cayetano á 12 de abril del año de 1671 juntamente con san Francisco de Borja, de la Compañía de Jesus, san Felipe Benicio, de la órden de los Servitas, san Luis Beltran y santa Rosa, de la religion de los Predicadores, dándole el primer lugar, como á fundador de una religion tan grave é ilustre; y despues ha mandado se reze de él en toda la Iglesia, como de santo confesor con oficio de *semiduplex*.

SAN DONATO, OBISPO Y MÁRTIR.—San Donato, obispo de Arezzo, que es ciudad en Italia, en la provincia de Toscana, fué hijo de padres nobles, ricos y santos; porque fueron martirizados, á lo que parece, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, dejando á su hijo Donato de poca edad: el cual, por huir el furor de aquella persecucion, se retiró á la ciudad de Arezzo, y allí se juntó con un monje de santa vida, llamado Hilarino, por el cual Dios hizo muchos milagros. Resplandecia Donato con su santa vida, y era muy bien enseñado en todo género de letras y erudicion. Fué ordenado de diácono y de presbítero por Saturo, obispo de Arezzo; y finalmente por su muerte fué electo obispo de la misma ciudad, con grande aprobacion y contento de todos los fieles. Obró Dios por san Donato grandes milagros: entre los cuales refiere san Gregorio, papa, que habiendo los gentiles quebrado el cáliz de vidrio, con que en aquel tiempo se decia misa, san Donato mandó juntar todos los pedazos del cáliz quebrado, y haciendo oracion al Señor, el cáliz quedó sano y entero: y por este milagro dice Adon Vienense, que setenta y nueve paganos se convirtieron á la fé de Cristo nuestro Señor. Daba salud á muchos enfermos: libraba á los endemoniados: en una gran sequedad alcanzó lluvia del cielo: y estando él fuera de la ciudad, y volviendo á ella mientras que llovia, no se mojó. Un cobrador del fisco del emperador, llamado Eustacio, tenia una buena cantidad de moneda, de las rentas que habia cobrado del emperador: encomendóla á su mujer, que se llamaba Eufrosina; la cual estando ausente su marido, sabiendo que venian soldados y gente de guerra á Arezzo, temiendo no se la robasen, la escondió debajo de tierra; y antes que volviese á casa su marido, murió. Cuando Eustacio tornó á su casa, halló muerta á su mujer, y no halló la moneda que habia dejado, ni rastro, ni memoria de ella. Habia de pagar al fisco lo que habia cobrado, y no tenia con qué: viése en grande aprieto, y muy afligido acudió á san Donato, por remedio: el cual, yendo con el marido á la sepultura de la mujer, habiendo hecho oracion, la dijo: Eufrosina, yo te conjuro y mando de parte de Dios, que nos digas donde pusiste el dinero que te dejó tu marido: y oyóse luego dentro del sepulcro una voz, que respondió á san Donato, y le dijo en donde estaba, y que, cavando en tal lugar, le hallarian; y así fué: y con esto el marido salió de aquella angustia y afan. Otra vez, escribe san Antonino, que habiendo tomado un buen hombre doscientos sueldos prestados de otro, y dádole una cédula firmada de su mano, que se los pagaria; despues se los pagó, y no cobró la cédula. Vino á morir, y el acreedor ponia impedimento que no le enterrasen, hasta que le hubiesen pagado los doscientos sueldos, mostrando la cédula que tenia en su poder. Vino muy llorosa á san Donato la mujer del difunto, y contóle lo que pasaba, y que los doscientos sueldos sin duda se habian pagado, aunque aquel hombre, por no haber entregado la cédula, les hacia guerra con ella. San Donato se fué al cuerpo, que estaba sobre las andas, y díjole: Levántate, y vuelve por tí: que este hombre no quiere dejarte enterrar. Sentóse luego el difunto sobre sus andas, y convenció á su acreedor de aquella maldad, con que negaba haber recibido los dineros, é hízole dar la cédula, y rasgarla, y pidió á san Donato que le mandase volver á morir; y así se hizo. Con estos y otros milagros convirtió san Donato á muchos gentiles, é hizo gran guerra á los demonios: lo cual sabido por Quadraciano, prefecto del emperador Juliano Apóstata, hizo prender á san Donato, é Hilarino, para que sacrificasen á los dioses: y como los santos se riesen de sus amenazas y espantos, mandó apalear tan fuertemente á Hilarino, que dió en aquel tormento su espíritu al Señor: y á Donato, despues de haberle dado muchos golpes con piedras en la boca, y tenídole en una oscura cárcel, le mandó degollar. Los cuerpos de estos santos fueron enterrados cerca de la ciudad. Fué su martirio á los 7 de agosto, el año del Señor de 362,

v el segundo del imperio de Juliano: y aunque san Donato y san Hilarino fueron martirizados en un mismo dia, la Iglesia hace conmemoracion de san Donato el dia en que murió, y de san Hilarino á los 16 de julio, cuando su sagrado cuerpo se trasladó á Ostia. Hacen mencion de san Donato los Martirologios, romano, de Beda, Usuardo, Adon, y san Antonino, arzobispo de Florencia: y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio advierte, que los Actos de san Donato están confusos, como lo podrá ver el que quisiere, en el mismo autor. Nosotros habemos sacado lo que nos parece mas verdadero, y mas conforme á lo que escriben de Juliano, emperador, los autores antiguos de la historia eclesiástica, y seglar.

SAN ALBERTO, CONFESOR. — A los 7 de agosto hace mencion el Martirologio romano de san Alberto, religioso del Cármen, varon santísimo: cuya vida, referida por el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo, fué de esta manera.

2 Nació san Alberto en el reino de Sicilia: tuvo por padres á Benedito, y á Juana, personas de sangre ilustre, los cuales vivian en la ciudad de Trapano, ó Trapani, con gran ejemplo de virtud y honestidad. Habian sido casados veinte y seis años, sin tener hijos: tomaron por medianera á la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, y prometiéronle, que si les daba un hijo varon, lo consagrarian á su servicio en la órden de su nombre. Concibió Juana, y estando preñada, vió en sueños que salia de su vientre un cirio encendido muy resplandeciente; y la misma vision tuvo Benedito, su marido, y por ella, confiriéndola entre sí, entendieron que el hijo, que la madre tenia en sus entrañas, salido á luz habia de alumbrar á muchos. Nació el niño: llamáronle Alberto: criáronle con gran cuidado, como á hijo de oraciones, y dado de mano de Dios por intercesion de la Vírgen, y despues que creció, le aplicaron á los estudios, para que aprendiese las letras convenientes á su edad. Siendo de ocho años, como era hijo de padres tan nobles y ricos, y él de suyo muy amable y bien acondicionado, no faltó quien le pidió á sus padres para desposarle con otra doncella de gran linaje y raras partes: y aunque el padre venia bien en ello; la madre no lo consintió, acordándose del voto que habia hecho á nuestra Señora antes de tenerle, y como habian prometido dedicarle á su servicio, si se le diese: y así la madre llamó á su hijo Alberto, y le declaró el voto que habia hecho, rogándole que le cumpliese, y tomase á la Vírgen sacratísima por abogada y madre; y el niño prometió de hacerlo; y tomando la bendicion de sus padres, se fué al monasterio del Cármen, que está cerca de Trapani, y pidió el hábito: y aunque al principio los frailes no le quisieron recibir temiendo á sus padres, despues le recibieron con gran gusto y alegría; porque sus mismos padres, habiendo sido reprendidos de la sacratísima Vírgen, porque tardaban tanto en darle lo que habian prometido, se los pidieron y regaron. Tomó el hábito con gran gozo suyo y concurso de la gente noble; y antes de tomarle, por sus propias manos dió á los pobres el vestido que traia: y aunque era niño, comenzó luego á resplandecer, y á mostrar con sus virtudes, que Dios especialmente le habia escogido para gran gloria suya. Mas el demonio, temiendo el daño que le podia venir, le acometió en figura de una doncella muy hermosa y graciosa, y le tentó terriblemente, para que dejase aquella vida áspera que habia comenzado, y por su delicada y tierna edad no podia seguir, y se casase con ella; pues tanto le amaba y deseaba su compañía. Pero Alberto conoció, que aquellos eran silbos de la serpiente venenosa é infernal, que se habia trasformado en aquella doncella; y haciendo sobre sí la señal de la cruz, desapareció el enemigo que le tentaba.

3 Hizo su profesion, y para mas perfectamente cumplir lo que habia prometido, se dió á los ejercicios de todas las virtudes religiosas, y especialmente á la aspereza y penitencia. Ayunaba muy á menudo, y con gran rigor, los lunes, miércoles, y viernes, y traia un áspero cilicio: echábase desnudo sobre unos palmitos: vestíase de paño grosero, y no se avergonzaba de andar roto: nunca bebia vino, y á los viernes mezclaba con el pan la yerba de los ajenjos, para mas mortificarse: huia la ociosidad, como veneno de la virtud: era castísimo, y amicísimo de la santa obediencia: aventajábase sobre todos en la pobreza y humildad: dió todo su patrimonio á los pobres religiosos; y con estas virtudes mereció ser ilustrado del Señor, de manera, que andando el tiempo, predicaba, y convertia muchos judíos á nuestra santa religion, especialmente despues que se ordenó de misa, aunque lo hizo contra su voluntad, y por pura obediencia de sus superiores; porque se tenia por indigno de llegarse al sacrosanto misterio del altar para celebrar. Comenzó nuestro Señor á honrar y glorificar á su santo con muchos milagros que obró por él. Estaba un domingo en la noche haciendo oracion afectuosamente en la iglesia: quiso el demonio espantarle apagando la lámpara que allí ardia, y no pudo, mas bízola caer en el suelo: pero el Señor la guardó, para que no se quebrase, ni apagase.

4 Tenia Roberto, rey de Nápoles, cercada y muy apretada la ciudad de Mesina, y los de dentro morian de pura hambre, sin tener cosa que comer. Acudieron á san Alberto, que á la sazon estaba en Mesina, para que su oracion alcanzase de Dios el remedio, que ninguna industria humana podia descubrir. Oró Alberto en la misa con grande fervor y eficacia, y luego se oyó un terrible trueno, y de él una voz, que á guisa de trompeta decia: Oido ha Dios tus oraciones: y sin saber por donde, ó como hubiesen entrado (porque el cerco de los enemigos era muy apretado), se vieron en el puerto tres galeras cargadas de provision, que se repartió á la gente necesitada de la ciudad: y con esto respiró y cobró ánimo, y se defendió. Túvose entendido, que aquellas tres galeras habian sido guiadas de los ángeles; porque no parecieron mas, ni hubo quien conociese á los capitanes y marineros de ellas. Habia un monje en el monasterio de San Salvador de Me-

sina, que estaba para morir, de una apostema que se le habia hecho en la garganta: hizo sobre ella la señal de la cruz Alberto; y luego la apostema reventó, y escupiendo el enfermo mucha materia por la boca, quedó sano.

5 Queriendo echar un demonio que atormentaba á una doncella, haciéndole la señal de la cruz en la frente, el demonio le dió un bofeton en el carrillo derecho; y el santo, sin turbarse, al punto volvió el otro carrillo, y dijo al demonio, que le diese otro: y no pudiendo el maligno y soberbio espíritu sufrir tanta humildad, tornando á hacer sobre ella la señal de la cruz y echarla un poco de agua bendita, se partió de aquel cuerpo que atormentaba, dando un espantoso trueno.

6 En Trapani libró á una mujer, que habia seis dias que peleaba con la muerte, por los crueles dolores de parto que padecia, dándole un poco de aceite bendito, con que se untase el vientre, y diciendo: Nuestro Señor Jesucristo por los merecimientos de su santísima Madre te sane: y así como ella sin detrimento de su virginidad concibió, y parió sin dolor; así tú sin peligro de tu vida páras la criatura que tienes en tus entrañas, para que sea consagrada á Dios; y luego parió una hija, que despues dedicó á Dios. En la Tierra santa sanó á un judío muy fatigado de gota coral: y con este milagro, él y sus padres se convirtieron á nuestra santa fé, y el hijo se hizo religioso, y vivió, y murió santamente.

7 Otra vez camino de Girgenti libró á ciertos judíos, que se ahogaban en un rio, estando san Alberto de la otra parte del rio mirándolos: pidiéronle el bautismo; y él, sin temor alguno andando sobre las aguas, llegó á ellos, y los bautizó, y libró de aquel peligro.

8 Siendo provincial de su órden en Sicilia, y visitando á pié, y con un báculo en la mano, su provincia, el compañero quebró un vaso de barro, en que llevaba un poco de pan y agua, que era todo su sustento; y hallándose el compañero confuso, san Alberto le mandó traer el vaso, y hallóle entero, y lleno de agua.

9 A un fraile muy devoto de nuestra Señora habia engañado el demonio, y entibiádole en su devocion, y tentádole tan fuertemente, que cayó en un consentimiento deshonesto con una mujer; y al tiempo que el pobre trataba de cumplir su mal deseo, el santo le llamó secretamente, y como si leyera su corazon, así le declaró lo que habia determinado, exhortándole á penitencia, y á pedir misericordia á la Vírgen sacratísima: y así lo hizo, cobrando por oraciones del santo la devocion con la Vírgen que habia perdido.

10 Tres años habia padecido una señora una llaga incurable en el pecho: prometió al santo una imágen de plata, y de vestir tres pobres frailes, si sanaba. Mandóle él que se untase con un poco de aceite: untóse con el aceite de su lámpara; y quedó del todo sana.

11 Tuvo revelacion del dia en que habia de morir; y así lo dijo á sus frailes: y que una hermana suya (que estaba lejos de allí doscientas y sesenta millas) moriria aquel mismo dia, y á la misma hora que él, como murió. Y estando todos los religiosos al rededor del santo orando por él, vieron salir su bendita alma en figura de una paloma blanca como la nieve, y volar al cielo, dejando el cuerpo en el suelo, vestido de cilicio, del cual salia un olor suavísimo, y una fragrancia mas del cielo, que de la tierra; y una campana, que el santo habia mandado hacer, se tañó por sí misma, sin que ninguno la tocase. Hallóse á su entierro el rey de Sicilia, y los grandes señores, y nobles del reino, y algunos obispos, con innumerable pueblo, procurando cada uno llevar algo, como un precioso tesoro, de sus vestidos y reliquias, con las cuales obró Dios grandes milagros. Hubo gran contienda entre el clero y el pueblo, sobre la misa que se habia de decir en las exequias del santo: porque el clero queria que se dijese *de Requiem*; y el pueblo de un santo confesor: pero puestos todos en oracion, aparecieron en el aire dos niños resplandecientes con estolas blancas, y dijeron que se habia de cantar: *Os justi meditabitur sapientiam*: y se dijo la misa de un confesor, entendiendo que aquella era la voluntad de Dios. Concurrian de muchas partes remotas al sepulcro de san Alberto muchos enfermos, cojos, ciegos, leprosos, paralíticos; y dentro de pocos dias volvian sanos á sus casas: y la manera de sanar era, que postrados primero delante del sepulcro del santo, ayunaban tres ó cuatro dias, pidiéndole su favor; y á media noche veian una luz clarísima, y en ella á san Alberto, vestido de blanco, que les daba entera salud.

12 Murió el santo á los 7 de agosto el año de 1292, y despues de muerto castigó el Señor gravemente unos soldados que habian profanado el templo en que estaba su sagrado cuerpo: el cual se halló en el arca, donde estaba puesto de rodillas, como pidiendo venganza á Dios de aquel sacrilegio; y así en la misma hora murieron todos aquellos soldados de pestilencia. Y porque no hay cosa tan santa, que los malos no la echen á mala parte, y de la medicina saquen veneno, estando un predicador del Cármen predicando al pueblo la santidad de Alberto, y sus grandes merecimientos, un sacerdote (movido del padre de la envidia) dijo allí públicamente que mentia el predicador, y que todo lo que decia era falso y fingido: y luego al momento se le cayeron delante de todos los circunstantes las entrañas: y conociendo su culpa, pidió con muchas lágrimas perdon al santo, prometiendo guardarle su dia, y ayunar su vigilia; y con esto alcanzó la salud.

13 Otra vez pretendieron ciertos clérigos, instigados del demonio, quitar la imágen del santo, que el pueblo reverenciaba, y yendo de noche á ejecutarlo, un paralítico, que habia doce años que no se podia mover, repentinamente sanó, y se opuso á los que iban á derribar la imágen, contándoles el milagro que Dios habia obrado en él; y espantados, desistieron de su mal intento.

14 En la ciudad de Trapani, habiendo uno jugado, y perdido su hacienda, viendo dos imágenes, una de nuestra Señora, y otra de san Alberto, loco y como fuera de sí, echando mano á

la espada, fué á la imágen de san Alberto, diciendo: Muchas veces te he llamado, y no me has oido, no te tendré mas por santo, pues no me has podido ayudar; y tú, María, que eres llamada Madre de gracia, tambien has cerrado á mis ruegos tus orejas: y diciendo esto, hirió las imágenes, de las cuales salió mucha sangre, y viniendo del cielo un rayo, hizo ceniza aquel pobre y desventurado sacrílego.

15 De san Alberto hace mencion el Martirologio romano á los 7 de agosto, y la Crónica del Cármen, y el cardenal Baronio en sus anotaciones; y Fr. Bautista Mantuano escribió en verso su vida.

* San Victricio, obispo y mártir. —Ignórase el lugar de su nacimiento, y solo sabemos por san Paulino, que era de una de las extremidades del imperio romano. Sirvió en los ejércitos de Constantino el Grande, y se convirtió á Jesucristo cuando Juliano Apóstata quiso restablecer el paganismo entre sus súbditos. Un dia que todas las tropas se hallaban reunidas, se adelantó Victricio delante de todas, depuso sus insignias militares y sus armas á los piés del tribuno, diciéndole que no pensaba ya sino en revestirse interiormente de la paz y de la justicia cristianas. El idólatra tribuno mandó que fuese allí mismo azotado, y quedó enteramente desfigurado despues de este suplicio, que no abatió la constancia del servidor de Dios, porque se hallaba fortificado por la cruz de Jesucristo. Habiendo sido conducido á una cárcel, lo extendieron desnudo sobre un lecho de pequeños guijarros puntiagudos. Este nuevo género de tortura solo sirvió para dar mayor esplendor á su constancia, y así fué, que no pudiendo nada vencerla, fué el santo presentado al general del ejército, que le condenó á ser decapitado. Marchaba, pues, con semblante sereno al lugar de su suplicio, y por el camino el verdugo le insultó, y perdió la vista. Este milagro fué luego seguido de otro: el carcelero le habia atado las manos tan estrechamente, que las cadenas habian entrado en la carne. Victricio rogó á los soldados, que lo conducian, que se las aflojasen un poco, y no habiendo podido conseguirlo, imploró el socorro de Jesucristo, y al instante cayeron por sí mismos los grillos. Nadie se atrevió entonces á volver á atar al que Dios habia dado la libertad. Los guardas corrieron á anunciar al general lo que acababa de suceder, y éste sorprendido con el relato del doble milagro, lo participó al príncipe, se convirtió en defensor del que habia condenado, y le alcanzó la vida y la libertad. Retiróse despues de esto Victricio á hacer vida solitaria, hasta que fué á predicar la fé á la Galia Bélgica; en cuyo país tomó un vuelo muy rápido la religion por medio de los trabajos del nuevo apóstol. La santa sede, viendo el fruto que hacia, le nombró obispo apostólico, y luego fué elevado á la silla episcopal de Rouen, la cual ilustró con sus trabajos, sus ejemplos y sus milagros, llegando á ser una de las Iglesias mas célebres del mundo cristiano. Fué amigo de todos los prelados mas esclarecidos de su tiempo; hizo un viaje á Inglaterra para dirimir las diferencias suscitadas entre los obispos de la Gran Bretaña; mandó construir muchas iglesias y monasterios; fué á Roma á visitar los santos lugares, y asistió á casi todos los concilios de su tiempo. Por fin, cargado de años y de merecimientos, respetado de todos por sus extraordinarias virtudes, murió Victricio en Rouen, el dia 7 de agosto del año 415.

San Pedro, san Julian, y otros diez y ocho compañeros, mártires. —En tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, no queriendo sacrificar á los ídolos, fueron atormentados con varios suplicios, y por fin degollados en Roma, durante el siglo III.

Los santos Carpóforo, Exanto, Casio, Severino, Segundo, y Licinio, mártires. —Carpóforo y Exanto eran soldados, y familiares del emperador Maximiano cuando éste estaba en Milan. Se les encargó la custodia de Casio, Severino, Segundo y Licinio que estaban en la cárcel por haberse publicado cristianos. Habiendo hablado con ellos los dos soldados, abrazaron la religion verdadera, y empezaron á decir públicamente que los dioses del imperio eran una impostura, y que solo habia un Dios verdadero, y éste era el de los cristianos. Bautizados en seguida por san Materno, obispo de Milan, sacaron de la cárcel á los santos detenidos, y se escaparon con ellos, dirigiéndose á Como. Cuando el emperador Maximiano supo su fuga, envió emisarios á todas partes para buscarlos, y habiendo dado con ellos en una casa junto á Como, allí mismo los castigaron cruelmente y por fin les cortaron la cabeza.

San Fausto, mártir. —Nació en Milan, abrazó la carrera de la milicia, conoció la verdad de la religion cristiana siendo aun muy jóven y fué bautizado por el obispo san Cayo. Permaneció por mucho tiempo practicando ocultamente los deberes que el Evangelio impone á todos los fieles, hasta que, habiéndose publicado los sangrientos edictos del emperador Aurelio Cómmodo contra los cristianos, confesó generosamente á Jesucristo. Llevado á la presencia del juez pagano, se mantuvo inflexible en su confesion, y despues de varios tormentos, fué degollado, sucediendo su martirio durante el siglo II.

San Domecio, y dos discípulos suyos, mártires. —Eran monjes en Persia, y vivian retirados no solo de los tumultos y diversiones del mundo, sino hasta del comercio con las personas piadosas. En su soledad aspiraban solo á su propia mortificacion, y su retiro no era turbado mas que por la presencia de otro monje que de vez en cuando iba á llevarles algun alimento. En el reinado del emperador Juliano el Apóstata, los soldados de éste arrebataron á los tres santos de su soledad y los llevaron á Nisibe de Mesopotamia, donde los apedrearon hasta que entregaron su alma á Dios.

San Donaciano, obispo y confesor. —Floreció en el siglo IV, y fué obispo de Chalons, en Francia, cuya Iglesia gobernó por espacio de ochenta años. Durante este largo pontificado tuvo tiempo para desplegar todos los recursos de su zelo: así se le vió recorrer varias veces toda su diócesis, sembrar por do quiera abundante semilla

de todas las virtudes, levantar templos, y asilos para la virtud ó el arrepentimiento, y dejar despues todo aquel país convertido en un ameno jardin de la Iglesia. San Donaciano, murió á la edad de cien años, y fué insigne en milagros, antes y despues de su muerte.

Dia 8.

LOS SANTOS CIRIACO, LARGO, Y ESMARAGDO, MÁRTIRES. — El martirio de los santos Ciriaco, diácono, Largo, y Esmaragdo, sacada de los Actos de san Marcelo, papa y mártir, que los notarios de Roma escribieron, fué de esta manera. Habiendo venido de Africa á Roma Maximiano, emperador, por hacer vana ostentacion de su poder, y lisonja á Diocleciano, emperador, que le habia hecho su compañero en el imperio, labró un suntuosísimo edificio para honra y regalo del mismo Diocleciano: y viendo que los cristianos no se podian acabar con muertes, ni tormentos, para mas afligirlos con un largo martirio, mandó que trabajasen en aquella obra como esclavos y gente vil, trayendo piedra, arena y los otros materiales necesarios para el edificio. Hízose así; y sin tener respeto á nobleza, á milicia, ni hidalguía, innumerables cristianos, con gran fatiga y sudor, andaban ocupados de noche y de dia trabajando en él. Y es cosa mucho para notar, que habiéndose arruinado otras termas y edificios suntuosísimos de otros emperadores, de tal manera, que no ha quedado rastro de ellos; de este edificio hecho con el trabajo y sudor de tantos y tan gloriosos mártires, ha quedado en pié tanta parte, que de ella se ha edificado un solemne templo dedicado á nuestra Señora de los Angeles, que hoy dia tienen en Roma los padres cartujos. Habia en este tiempo en Roma un hombre poderoso, rico y fidelísimo, llamado Trason, el cual compadeciéndose de los cristianos, secretamente los socorria, y les enviaba lo que habian menester, por Sisinio, Ciriaco y Largo, que asimismo eran cristianos. Supo san Marcelo, papa, ó segun otros, san Marcelino, la piedad de Trason: agradóse mucho de ella, y ordenó á Sisinio y á Ciriaco de diáconos: los cuales, ejercitando su caridad, y llevando la limosna ordinaria de Trason á los cristianos que trabajaban, fueron presos una noche de las guardas y soldados de Maximiano, y por su mandado condenados á acarrear piedra y arena con los demás. En este trabajo se ocuparon los santos algun tiempo: y porque entre los otros cristianos que allí trabajaban, habia un santo viejo, llamado Saturnino, el cual por su mucha edad y flaqueza no podia llevar su carga; estos santos diáconos, con grande prontitud y alegría le aliviaban, y con su propia carga llevaban la del buen viejo que él no podia llevar. Admiró esta caridad á los gentiles, como cosa nueva y entre ellos no usada (porque la virtud tiene tanta fuerza, que se hace amar do quiera que se halla, aun de los mismos enemigos), y dieron parte de lo que habian visto á Espurio, tribuno, y él á Maximiano: el cual los mandó prender y entregar á un prefecto, llamado Laodicio. Estando los santos diáconos en la cárcel, fué cosa maravillosa los muchos y grandes milagros que el Señor obró por san Ciriaco, diácono. Y para mas manifestar su gloria y confundir á los emperadores, permitió al demonio que entrase en Artemia, hija del emperador Diocleciano, y cruelmente la atormentase, y que á grandes voces el mismo demonio dijese, que de ninguna manera saldria de aquel cuerpo sino viniese á echarle Ciriaco, diácono. Estaba Ciriaco (como dijimos) en la cárcel, casi ya olvidado y desconocido, cuando Diocleciano le mandó soltar y traer delante de sí, y le rogó que sanase á su hija; y el santo diácono con grande imperio mandó al demonio, que en el nombre de Jesucristo saliese de aquella doncella: y él, sin poder resistir, salió amenazando á Ciriaco, que si le echaba de Artemia, le haria ir al reino de Persia. Quedó libre Artemia del espíritu maligno, que la atormentaba el cuerpo, y mas el alma; porque se hizo cristiana, y su padre Diocleciano por entonces quedó muy agradecido y trató bien á san Ciriaco, ayudando para esto la emperatriz Serena, que secretamente era cristiana, y despues fué mártir del Señor, y de ella hace mencion el Martirologio romano á los 16 de agosto. De allí á poco vino un embajador del rey de Persia al emperador Diocleciano, suplicándole que le enviase á Ciriaco, diácono; porque el demonio se habia apoderado de una hija suya, y la atormentaba crudamente, y decia, que no saldria de ella si Ciriaco no venia á echarlo. A esta tan larga jornada se ofreció el santo diácono por la voluntad del emperador, y por la instancia que le hacia Serena, su mujer, no rehusando trabajo, fatiga, ni peligro de tan largo camino, por la gloria que esperaba se habia de seguir al Señor. Iban muchos en su compañía en sus caballos y coches; y Ciriaco á pié con su bordon en la mano, cantando himnos y salmos, y alabando al Señor, hasta llegar al rey de Persia: el cual se echó á sus piés con grande humildad y reverencia, y le dijo la causa para que le habia llamado, y cuán fatigada estaba su querida hija Jobia del demonio: el cual á la misma hora comenzó á dar gritos, y el santo postrado en tierra, orando con muchas lágrimas, le mandó en el nombre de Cristo, que saliese luego de aquella doncella: y él sin poder resistir, obedeció, y por aquel milagro, ella y el rey, su padre, y otras cuatrocientas y veinte personas se convirtieron y bautizaron. Ofreció el rey á Ciriaco grandes dones y tesoros, mas él no quiso aceptarlos, diciéndole: que los cristianos no vendian por precio los dones de Dios, sino que con fé los predicaban y estimaban. Comia un pedazo de pan y bebia un poco de agua, con Largo y Esmaragdo, sus compañeros; y pasados cuarenta y cinco dias, con cartas del rey de Persia para Diocleciano, se embarcó en una nave, y llegó á Roma, donde fué recibido de Diocleciano, y comenzó á vivir con quietud en una casa que le habia dado para su morada. Poco despues Diocleciano hizo ausencia de Roma, y Maximiano quedó en ella ejecutando su rabia é impiedad contra los cristianos, y haciendo carnicería de ellos. Entre los otros mandó pren-

der á Ciriaco, Largo y Esmaragdo, y que un dia, en que habia de salir á ciertas fiestas con gran solemnidad, Ciriaco, desnudo y descalzo, y cargado de hierros y cadenas, afrentosamente fuese delante de su carroza, para mayor menosprecio de la religion cristiana, y cometió á Cartasio, su vicario, la causa de estos santos mártires, para que si no sacrificasen á los dioses, los hiciesen morir: y el juez, viendo que por ninguna via los podia apartar de la fé de Jesucristo, hizo derretir mucha pez, é hirviendo, echarla sobre la cabeza de san Ciriaco: y al tiempo que se le echaban, decia el santo: Gloria á ti, Señor; porque me haces digno de padecer por tu nombre. Tras este tormento siguieron otros terribles. Descoyuntáronle sus miembros en la catasta, pidiendo el santo favor al Señor para vencer aquel tormento, que era terrible: y el Señor le esforzó, y le hizo vencedor del tirano. Finalmente, Maximiano le mandó cortar la cabeza en compañía de Largo y Esmaragdo y de otros veinte hombres y mujeres. Ejecutóse la sentencia fuera de los muros de Roma, en la via Salaria, junto á los huertos llamados Salustianos. Sus cuerpos fueron sepultados por Juan, presbítero, á los 16 de marzo, que fué el dia de su martirio. Despues á los 8 de agosto, san Marcelo, papa, con una santa matrona, llamada Lucina, los trasladó y colocó en otro lugar mas decente en la via Ostiense, y en este dia de su traslacion celebra la santa Iglesia su fiesta. Escribieron de estos santos el Martirologio romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales; y lo mas principal de lo que aquí queda referido, está (como dijimos) en los Actos de san Marcelo, á los 16 de enero.

* San Hormisdas, mártir. —Bajo el reinado de Isdegerdes se renovaron en Persia todas las crueldades y horrores que en tiempo del rey Cosroes II. La barbaridad y todos los excesos llegaron entonces á su mas alto punto de refinamiento. Los cristianos eran conducidos á bandadas al lugar de su suplicio, y degollados á centenares: á unos se les cortaba la cara desde la frente hasta la barba; otros eran partidos por medio del cuerpo; otros desollados vivos, y todos atormentados con suplicios, cuya lectura hace estremecer al corazon menos sensible. La mayor parte, despues de ser horriblemente maltratados, eran atados de piés y manos, y metidos en unos oscuros y hediondos subterráneos, donde los ratones y otros animales inmundos les roian las carnes sin que ellos pudiesen defenderse. Y semejante persecucion duró por espacio de muchos años, porque despues de la muerte de Isdegerdes, su hijo Varanes la continuó con igual furor. Hormisdas fué una de las principales y mas ilustres víctimas de esta crueldad. Era un vástago de las mas antiguas familias de Persia; pues su padre era un sátrapa de la raza de los Aquemenidas. Varanes le mandó llamar, y le exigió que renegase de Jesucristo; pero el glorioso y esforzado atleta le contestó que nada en este mundo seria capaz de separarlo de su fé y de la religion que profesaba. Indignado el rey con semejante respuesta, lo despojó de todos sus bienes y honores, haciéndole quitar hasta el vestido que llevaba puesto, y no dejándole mas que un pedazo de lienzo que le cubria los riñones. Despues de haberlo reducido á ese estado, lo echó de su presencia, y le condenó á conducir los camellos del ejército. El santo sufrió con alegría este bárbaro tratamiento; pero despues de algun tiempo, Varanes lo vió desde una ventana de su palacio, y reparó que estaba todo tostado por el sol y cubierto de polvo. Acordándose entonces el rey de lo que habia sido y del estado de esplendor á que su familia se habia visto elevada, lo mandó comparecer en su presencia, y dándole una túnica de lino, le dijo: Ceded de vuestra terquedad, y renunciad al Hijo del carpintero. Hormisdas, lleno de santo zelo, rompió la túnica, y respondió al rey: Guardad vuestro regalo, supuesto que quereis hacérmelo aceptar por medio de la apostasía. Varanes, furioso, mandó que quitasen al santo de su presencia, y que fuese decapitado. Efectivamente, Hormisdas murió mártir en la capital de Persia por los últimos años del siglo IV.

San Marino, mártir. —Fué de la ciudad de Anazarbo en Cilicia, cuyos habitantes convirtió á Jesucristo, bautizándolos en seguida él mismo. Habiendo esto llegado á noticia de Lisias, prefecto de dicha ciudad, lo mandó llamar á su presencia, y despues de un largo interrogatorio, en que mostró el santo todo el valor y constancia de un mártir de Jesucristo, fué cruelmente azotado, y, cargado de pesados grillos, metido en la cárcel. Al dia siguiente se le llevó otra vez al tribunal donde sufrió un nuevo interrogatorio, que dió para el tirano el mismo resultado que el anterior. Despues de esto, se le colgó de un árbol suspendiéndole de los piés enormes pesas, y en esta postura, lo quemaron á fuego lento; pero resistiendo al dolor de tan horrible tormento y continuando en cantar divinas alabanzas, por órden del mismo Lisias fué decapitado, alcanzando la corona del martirio el año 301. Su cuerpo fué echado á los perros para que lo devorasen; pero un cristiano llamado Xancio, lo recogió y le dió honrosa sepultura.

San Severo, presbítero y confesor. —Natural de la India, fué tan fervoroso en sus predicaciones, que andando de region en region anunciando á Jesucristo, llegó hasta Viena de Francia, en cuya ciudad convirtió una multitud de infieles, destruyó un templo de los ídolos, y levantó otro en honor del protomártir san Estéban. Despues de haber consagrado toda su vida á la propagacion del Evangelio, murió en paz, durante el siglo V, glorioso en milagros.

Los santos Eleuterio y Leonides, mártires. —Ignoramos todas las circunstancias de la vida y muerte de estos santos, pues no tenemos de ellos mas noticias que las que da el Martirologio romano con estas palabras: «Los santos mártires Eleuterio y Leonides llegaron quemados á la corona del martirio.»

San Miron, obispo y confesor. —Nació bajo el reinado del emperador Decio en la isla de Creta, de linaje distinguido. Su educacion fué

esmerada y cristiana, y en todas sus acciones brilló siempre su piedad y la inocencia de su corazon. Fué extremadamente caritativo con los pobres y compasivo con toda clase de necesitados. Sus virtudes lo elevaron al sacerdocio, y despues al episcopado de su misma patria, cuya Iglesia vió renovarse en su tiempo todo el esplendor de los dias de los apóstoles. San Miron llegó á una extremada vejez, muriendo tranquilamente el año 350.

San Emiliano, obispo y confesor.—Floreció en tiempo de los emperadores iconómacos, distinguiéndose por su energía y constancia en defender el culto de las santas imágenes. Consagrado obispo de Cizico, en el Helesponto, redobló su fervor y sus trabajos; pero el emperador Leon lo mandó encerrar en un oscuro calabozo donde se le hicieron sufrir todas las miserias é incomodidades de la vida. Emiliano fué siempre un modelo de conformidad y de paciencia: nunca se le oyó soltar una queja ni echar una mirada de indignacion á sus verdugos, que se gozaban en prolongar indefinidamente sus martirios. Por fin, despues de muchos meses de padecer, fué desterrado á una ciudad de Grecia, en la cual acabó santamente sus dias, durante el siglo IX.

Dia 9.

San Roman, mártir. —El dia de la vigilia de san Lorenzo, que es á los 9 de agosto, hace la santa madre Iglesia conmemoracion de san Roman, mártir: el cual, siendo soldado del emperador Valeriano, y asistiendo al martirio de san Lorenzo, vió que al tiempo que le atormentaban en la catasta y desgarraban sus carnes con escorpiones, y descoyuntaban sus sagrados miembros, estaba el valerosísimo guerrero del Señor con grande alegría, haciéndole gracias por la merced que le hacia en darle á padecer tales tormentos por su amor: y juntamente vió que un mancebo hermosísimo estaba allí junto á san Lorenzo, limpiándole con un lienzo el sudor que cubria su rostro, por la terribilidad de aquellos tormentos. Movióse mucho Roman con esta vista, y entendió que aquel mancebo era ángel de Dios, que venia á confortar y á regalar á san Lorenzo, y que no podria dejar de ser verdadera aquella religion, que daba tanto esfuerzo y alegria en tan horribles penas, á los que por ella las padecian: y lo mejor que pudo, se llegó á san Lorenzo, y le dijo lo que habia visto, y que él queria ser cristiano, y que le rogaba que no le desamparase. Mucho se alegró el bendito mártir con lo que le dijo Roman, mostrándole el rostro amoroso; porque de palabra no le pudo responder. Quitaron despues de aquel tormento á san Lorenzo, y le entregaron á Hipólito, que en secreto era cristiano, para que le guardase: y Roman tuvo comodidad para entrar donde estaba el santo, y llevando un vaso de agua, se echó á sus piés, suplicándole con gran devocion y ternura que le bautizase. Tomó san Lorenzo el agua: echóle su bendicion; y bautizó á Roman. Súpolo Valeriano; mandóle apalear y traer delante de sí: y antes que el inicuo juez le hablase palabra, san Roman con voz clara y alta le dijo: Cristiano soy: y el emperador con grande enojo lo mandó luego degollar. Llevároule fuera de la puerta Salaria, y allí ejecutaron la sentencia á los 9 de agosto: y un presbítero, llamado Justino, vino de noche, y tomó su santo cuerpo, y le enterró en una cueva en el campo Verano. Este es en suma el martirio de san Roman, sacado de los Actos de san Lorenzo.

* San Nemídico, y otros muchos compañeros, mártires.—Vivian estos santos en Africa en tiempo del emperador Valeriano, y cuando se levantó la persecucion contra la Iglesia, Numídico, que era el principal de todos ellos, por su nacimiento y por su piedad, los animó y conforté tan extraordinariamente á padecer por Jesucristo, que habiéndolos preso los paganos, todos sin excepcion confesaron su fé, y atestiguaron su constancia. Todos fueron arrojados al fuego y consiguieron en él la palma del martirio, menos san Numídico, que aunque le echaron en la hoguera con los demás y le cubrieron con piedras, le sacó medio vivo una hija suya y le curó. Despues por consideracion á sus eminentes virtudes mereció ser ordenado presbítero de la Iglesia de Cartago por el obispo san Cipriano, y habiendo ejercitado por espacio de algunos años su elevado ministerio, murió santamente en el Señor, obrando muchos milagros.

Los santos Julian, Marciano, y otros ocho compañeros, mártires. —Naturales y habitantes de Constantinopla, sintieron tanto la persecucion que en su tiempo promovió contra las imágenes de los santos el emperador Leon el Isauro, que un dia llenos de santo zelo, colocaron la efigie del Salvador sobre la puerta de Bronce de la misma ciudad. Al dia siguiente fueron llamados á la presencia de Leon, y habiéndoles interrogado por su atrevimiento, y confesando ser ellos los autores de aquel supuesto crimen, fueron condenados á varios tormentos, y por fin murieron degollados.

Los santos Secundiano, Marceliano y Veriano, mártires.—Eran soldados romanos en tiempo del emperador Decio, y se convirtieron á la fé por la admiracion que les causó la vista de la constancia y demás virtudes de los mártires. Luego que fueron bautizados, declararon que adoraban á Jesucristo, y hallándose entonces en Roma, fueron arrestados, sufriendo en la misma ciudad varios y crueles tormentos. Despues fueron enviados á Toscana, en cuya provincia, por órden del cónsul Promoto primeramente fueron azotados, luego estirados en el potro, descarnados con garfios de hierro, quemados sus costados con planchas de hierro encendido, y finalmente acabaron su vida degollados en el año 251. Sus cuerpos fueron recogidos por los cristianos, y por su intercesion obró el Señor muchos milagros.

Los santos Firmo y Rústico, mártires. —Eran naturales de la ciudad de Bergamo, y habian abrazado la fé, ilustrados por la gracia de Dios á vista de un ruidoso milagro que aconteció en su presencia. En el reinado del emperador Maximiano, por órden del procónsul Anolino fueron presos

y enviados á Verona, en cuya ciudad terminaron su vida con un glorioso y célebre martirio, el cual consumaron con una muerte santa.

SAN DOMICIANO, OBISPO Y CONFESOR. — Fué enviado por el apóstol san Pedro á Chalons de Francia, de cuya ciudad fué el tercer obispo. Trabajó eficazmente en la conversion de aquellas regiones, y murió en la paz de Dios á principios del siglo II.

Dia 10.

SAN LORENZO, MÁRTIR. — El martirio del gloriosísimo y fortísimo mártir san Lorenzo, gloria de España, fué tan ilustre y tan esclarecido en toda la Iglesia de Dios, que dice el gran doctor san Agustin estas palabras: «La gloria del martirio de san Lorenzo es tan grande, que con su pasion ha alumbrado al mundo universo. Alumbró sin duda Lorenzo al mundo con aquella hambre con que él estaba abrasado: y con las llamas, que padeció, encendió los corazones de todos los fieles.» Esto dice san Agustin: y él y los demás insignes doctores y lumbreras de la Iglesia, tratan muy particularmente su martirio: de los cuales y de los Actos antiguos de san Lorenzo y de los Martirologios, sacarémos aquí su vida y muerte preciosa. Fué san Lorenzo, español de nacion, natural de Huesca (1), ciudad en el reino de Aragon. Su padre se llamó Orencio: su madre Paciencia: fueron santos, y de ellos reza y celebra fiesta la Iglesia de Huesca. De su niñez, juventud y cómo haya ido á Roma no se sabe; solamente sabemos, que fué arcediano de la santa Iglesia de Roma, y que el santo papa Sixto, II de este nombre, le dió en guarda los tesoros de la Iglesia, que debian ser algunos dineros para sustento de los ministros de ella, y para hacer limosna á los pobres, y algunos vasos ricos de oro y plata, y vestimentos y aderezos preciosos para el servicio del altar. Andaba la persecucion en tiempo del emperador Valeriano contra los cristianos muy brava: en ella fué preso el pontífice Sixto; y llevándole á la cárcel, Lorenzo, deseoso de acompañarle en aquel sacrificio, como diácono á su sacerdote, y como hijo á su dulcísimo padre, le salió al camino, y con muchas y tiernas lágrimas, salidas de un entrañable y abrasado afecto de morir por Cristo, le rogó que no le dejase, sino que le llevase en su compañía, pues la muerte temporal seria vida bienaventurada para él, alegando muchas razones, que refiere san Ambrosio, y nosotros las escribimos en la vida de san Sixto, mártir, y por eso no las repetimos aquí. Enternecióse san Sixto con las palabras de Lorenzo: consolóle: animóle: dióle esperanza que presto moriria por el Señor; y con espíritu profético le anunció, que sus tormentos serian mas rigurosos y la victoria mas gloriosa que por ellos del tirano alcanzaria. Encomendóle que repartiese á los pobres los tesoros de la Iglesia; y con eso se despidió de él. Lorenzo, por cumplir el mandato del sumo pastor, y porque aquellos tesoros temporales no le fuesen estorbo para alcanzar el tesoro inestimable de la corona del martirio que él tanto deseaba; luego con gran diligencia salió á buscar todos los pobres cristianos y personas miserables, que estaban escondidas, para socorrerlas, conforme á su necesidad. Entró en casa de una viuda, llamada Ciriaca, que padecia un fortísimo dolor de cabeza, y tenia en su casa muchos clérigos y cristianos escondidos: y la primera cosa que hizo, fué echarse á los piés de ellos, y postrado en el suelo, lavárselos con una profundísima humildad: y despues con aquellas mismas manos, con que los habia lavado, haciendo la señal de la cruz, y poniéndolas sobre la cabeza de Ciriaca, le quitó el dolor que padecia, y le dió entera salud, y repartió largas limosnas á los pobres que allí estaban. De esta casa pasó á otra de un cristiano, llamado Narciso, donde halló gran número de cristianos, angustiados, temerosos y afligidos: consolólos: esforzólos: lavóles asimismo los piés; y dióles limosna, y vista á un ciego, llamado Crescencio, haciendo la señal de la cruz sobre sus ojos. De allí fué á una cueva de Nepociano, donde estaban encerrados como sesenta y tres cristianos, entre hombres y mujeres: entró el santo á ellos, dándoles ósculo de paz, con muchas lágrimas: lavó los piés á los hombres; y repartió á todos de los tesoros que llevaba: y viendo allí á un santo presbítero, llamado Justino, que habia sido ordenado de san Sixto, Lorenzo se derribó á sus piés para besárselos, teniendo respeto al grado de sacerdote que tenia Justino, superior al suyo de diácono: Justino tambien se echó en el suelo para besar los piés á san Lorenzo; y los dos estuvieron postrados en tierra, con una santa y religiosa contienda, sobre quién los besaria á quién. Al fin venció san Lorenzo, y Justino se dejó lavar los piés; entendiendo, que aquella era la voluntad de Dios, y que no era bien ir á la mano á san Lorenzo, que por aquella humildad se aparejaba por el martirio. En estas obras gastó el santo diácono toda aquella noche, cumpliendo enteramente la voluntad de san Sixto: al cual el dia siguiente llevaron á degollar: y como Lorenzo le viese, corrió á él, y con voz alta y llorosa, le dijo: No me desampares, padre santo, ya cumplí tu mandamiento y distribuí á los pobres los tesoros que me encargaste.

2 Oyeron los ministros de justicia estas palabras; y á la voz de los tesoros, echaron mano de

(1) La opinion que se deja aquí sentada es controvertible. Varias son las ciudades de España que reclaman el honor de haber sido cuna del ilustre mártir san Lorenzo. Zaragoza, Valencia, y aun la villa de Loret, se oponen á las pretensiones de Huesca. ¿Cuál de ellas se apoya en razones mas valederas? es difícil decidirlo. Otra ciudad, la de Córdoba, reclama la misma gloria, y tal vez es la que se funda en datos mas fidedignos. Ello es que en la biblioteca del convento de San Pablo de aquella ciudad existia un breviario gótico del siglo VIII ó IX que en el dia 10 de agosto decia así: «*In festo sancti Laurentii CORDUBENSIS in Roma assati.*» Y en la leccion primera: «*Laurentius ex gentibus Hispaniæ regionis ducibus ex Dei promissione IN CORDUBA ORTUS EST.*» En la biblioteca del cabildo de la santa Iglesia de Córdoba hay un Flos sanctorum de letra gótica, que, segun demostró el docto magistral Bravo, es del siglo XIII (1260), y dice al 10 de agosto: «*Laurentius martyr et levita CORDUBÆ NATUS.*» El himno de Pedro Roset á san Lorenzo dice que nació *ultima in Hesperia*, palabras que excluyen á aquellos pueblos y favorecen la pretension de Córdoba. Sin embargo, la cuestion está todavía en litigio, y de desear seria que nuestros doctos anticuarios hiciesen nuevas investigaciones para aclararla.

Lorenzo y prendiéronle. Dieron noticia de lo que habian oido al emperador, y él se holgó mucho con aquella nueva, esperando hartar su codicia, y haber grandes riquezas y tesoros de la Iglesia, y despojar á san Lorenzo del tesoro preciosísimo de la fé, haciéndole adorar sus dioses, y con su ejemplo mover á los demás. Dieron al santo en guarda á un caballero, llamado Hipólito, y él le echó en la cárcel con otros muchos presos, entre los cuales habia uno, llamado Lucilio, que habia estado mucho tiempo en aquella cárcel, y llorado tanto su desventura, que habia perdido la vista y del todo quedado ciego. Persuadióle el santo diácono que creyese en Jesucristo; y él lo hizo, y se bautizó, y Dios le alumbró los ojos del alma y del cuerpo, y le restituyó la vista. Divulgóse este milagro por la ciudad, y por la fama de él concurrieron muchos ciegos á la cárcel donde estaba san Lorenzo, pidiendo remedio para su ceguedad, y él los sanó á todos, haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Ablandóse Hipólito con los milagros que veia obrar á san Lorenzo: comenzó á trabar pláticas con él, y á rogarle que descubriese los tesoros que tenia escondidos. De aquí tomó ocasion el santo para predicar á Jesucristo, y para decirle: O Hipólito, si crees en Dios Padre todopoderoso, y en Jesucristo su Hijo, yo te prometo de mostrarte los tesoros, y lo que es mas, la vida eterna, de la cual serás participonero: y poco á poco le fué dando mayor noticia de la verdad de nuestra santa fé, y de los tesoros inestimables que tiene Dios en el cielo para sus siervos: y entrando el rayo de la divina luz en Hipólito, se convirtió, y recibió el bautismo él y toda su familia, que eran diez y nueve personas. Fué tanto lo que el Señor regaló á Hipólito, que afirmaba ver las ánimas de los que se bautizaban, muy alegres y hermosísimas. Mandó Valeriano traer al santo mártir á su audiencia: dijoselo Hipólito, ya cristiano; y el santo respondió con grande alegría: Vamos; que á tí y á mí se nos apareja corona de gloria. Preguntóle el tirano por los tesoros de la Iglesia: y él con una sabiduría y sagacidad divina le respondió, que si tenia tanta ansia de los tesoros de la Iglesia, le diese dos ó tres dias de tiempo para recogerlos, que él se los traeria. Túvolo por bien Valeriano, y mandó á Hipólito que anduviese siempre á su lado, y no le perdiese de vista en aquellos tres dias: en los cuales san Lorenzo juntó todos los ciegos, cojos, mancos y pobres que pudo hallar, y poniéndolos (como dice Metafraste) en los camellos y carros que le habian enviado para que trajese los tesoros, se vino con ellos al emperador, y díjolo: Estos son los tesoros de la Iglesia. Porque (como dice san Ambrosio) verdaderamente son tesoros aquellos, en quienes mora Dios: aquellos que están adornados de la fé de Cristo: aquellos por cuyas manos nuestras limosnas suben al cielo, y alcanzamos los tesoros eternos. No se puede fácilmente creer la saña que recibió el tirano, viéndose engañado de san Lorenzo y burladas sus esperanzas, y el furor con que mandó luego desnudar delante de sí al santo levita, y rasgar sus carnes con escorpiones: y para mas espantarle, hizo traer todos los instrumentos con que atormentaban á los mártires, para que entendiese que por todos ellos habia de pasar sino se rendia á su voluntad. Mas el esforzado caballero de Cristo no se espantó por ver aquellos horribles instrumentos; porque estaba su corazon tan encendido en el amor de su Señor, que todas las penas que le podian dar le parecian pocas, y mas blandas que las que él deseaba padecer; y así dijo al tirano: Hombre desventurado, ¿piensas atemorizarme con tus tormentos? Pues quiero que entiendas, que para tí son tormentos, y para mí regalos; y que yo nunca he deseado sino comer á esta mesa y hartarme de estos manjares. De allí le llevaron cargado de cadenas al palacio; y despues de haberle mandado el tirano dar los tesoros, y sacrificar á los ídolos, y que no confiase en los tesoros que tenia escondidos, porque no le podrian librar de los tormentos que le estaban aparejados; respondió el santo con mucho sosiego y alegría de su alma: En los tesoros del cielo confío yo, que son la misericordia y piedad de Dios con que me ha de favorecer, para que mi alma quede libre, aunque el cuerpo sienta tus tormentos. Azotáronle cruelmente con varas: colgáronle en el aire, y quemáronle los costados con planchas de hierro encendidas; y el bendito mártir por una parte se reia del tirano, diciéndole que no sentia sus tormentos, y por otra hacia gracias á Dios, y decia: Señor mio Jesucristo, Dios verdadero é Hijo de Dios, ten misericordia de tu siervo; pues siendo acusado, no te negué, y siendo preguntado te confesé. Cuanta mayor paciencia y gozo mostraba el santo mártir, tanto mas se embravecia el tirano: y atribuyendo la gracia y favor del cielo á arte mágica, le dijo: Tú eres mago, y por arte mágica haces burla de mis tormentos. Pues yo te juro por los dioses inmortales, que has de sacrificar ó padecer tantas y tan graves penas, que ningun hombre hasta hoy las padeció. Respondió el santo con grande seguridad y ánimo invencible: Tus tormentos se han de acabar; y en nombre de Jesucristo no los temo: haz lo que quisieres, y no te canses. Enojóse sobre manera el tirano, y mandóle de nuevo azotar con plomadas fuertemente, para que molliesen y magullasen sus carnes. Hizo oracion san Lorenzo á Dios, pidiéndole fuese servido de recibir su alma: óyóse del cielo una voz que le dijo, que lo quedaba mucho por padecer. Esta voz oyeron los que estaban presentes y el mismo juez; y mas endurecido, dió voces diciendo: Varones romanos, ¿no veis como los demonios favorecen á este sacrílego, que ni teme á los dioses ni á vuestros príncipes, ni tan crudos y exquisitos tormentos? Y ciego con el furor, mandó de nuevo que le extendiesen en la catasta, y estirasen y descoyuntasen sus miembros, y despedazasen sus carnes con escorpiones y otros instrumentos: y el santo constante mártir con rostro alegre hacia gracias al Señor, y con corazon amoroso y confiado, le decia: Bendito seais vos, Señor mio y Padre de mi Señor Jesucristo, que usais de tanta misericordia con quien tan poco lo merece. Dadnos, Señor, por vuestra sola bondad vuestra gracia, para que to-

dos los circunstantes conozcan que no desamparais á vuestros siervos; antes los consolais en el tiempo de la tribulacion. Envió el Señor un ángel del cielo para que refrescase á Lorenzo y le diese alivio en aquel suplicio, y con un lienzo limpiase el sudor del rostro y las llagas de su cuerpo. Vió un soldado que allí estaba, llamado Roman, al ángel que ejercitaba este piadoso oficio; y alumbrado con la luz del cielo, pidió despues á san Lorenzo que le bautizase: bautizóle; y fué mártir de Jesucristo. No se contentó el cruel tirano de haber atormentado tantas veces, y con tan atroces tormentos á san Lorenzo; antes queriendo de nuevo ejercitar su saña y furor, determinó gastar toda una noche en darle nuevos tormentos: y para esto mandó traer ante su tribunal todos los géneros de instrumentos con que solian atormentar á los santos mártires, para emplearlos en aquel santo diácono, que ya estaba despedazado y consumido. Sentado, pues, el inicuo juez en el tribunal, preguntó á san Lorenzo, ¿de qué linaje era? Y él respondió: Cuanto al linaje, yo soy español, criado en Roma desde pequeño; y fuí bautizado y enseñado en la ley santa y divina. ¿Divina llamas la ley (dijo el juez) que te enseña á burlarte de los dioses y á no hacer caso de los tormentos? Y el santo respondió: En el nombre de mi Señor Jesucristo, yo no temo tus tormentos. Y como el tirano le dijese, que si no sacrificaba á los dioses, toda aquella noche gastaria en atormentarle, dijo el bienaventurado mártir: Si así es, esta noche será clara y llena de alegría para mí, y no tendrá oscuridad alguna. Finalmente mandó el tirano aparejar un lecho de hierro, á manera de parrillas, tan grandes, que pudiesen sustentar el cuerpo del santo, y debajo poner fuego manso, para que poco á poco se fuese quemando, y la muerte fuese tanto mas cruel, cuanto era mas prolija. Los verdugos con gran presteza y solicitud, aparejaron aquella dura cama: hicieron el fuego: desnudaron al santo levita con gran furia; y descubrieron aquel sagrado cuerpo, que de los tormentos pasados estaba abierto y llagado, y le tendieron sobre las parrillas. Estaba el tirano con los ojos encarnizados y con la cara turbada, dando bramidos y echando espumarajos por la boca de rabia y furor: los sayones atizando el fuego: los circunstantes atónitos y pasmados: los ángeles del cielo mirando este espectáculo; y el corazon de Lorenzo, blando y amoroso, se regalaba con el Señor, y le decia: Recibid, Señor, este mi sacrificio en el olor de suavidad: y Dios, que es fiel, esforzaba á su soldado para que su virtud pelease con la violencia del tirano, la flaqueza de la carne de Lorenzo con la terribilidad de aquel tormento, la vida con la muerte, y la fé de Jesucristo triunfase de todo el poder del infierno. No parecia que estaba Lorenzo en aquella cama de hierro y fuego, sino en una cama blanda y regalada, entretenido con suavísimos deleites: porque volviendo los ojos al tirano, con gran constancia y valor divino, le dijo: Mira, miserable, que ya está asada una parte de mi cuerpo: vuélvela para que se ase la otra; y tú puedas comer de mis carnes sazonadas, y no de las riquezas de la Iglesia, que ya están guardadas en el tesoro del cielo, adonde las manos de los pobres las llevaron. ¡O glorioso Lorenzo! ¡ó valeroso é invencible soldado de Jesucristo, ¿son vuestras carnes de hierro ó de metal? ¿Sois vos de piedra? ¿Habeis perdido los sentidos? ¿Sois exento de pena y dolor? Nó cierto, nó; porque muy bien sentiades las uñas que desgarraban vuestro sagrado cuerpo, y las hachas encendidas que le quemaban, y el fuego lento que le consumia; mas era tan encendido el amor que teníades á vuestro capitan y maestro, y el deseo de morir por el que habia muerto por vos, que los tormentos os eran deleites, y en la muerte hallábades vida: porque con la lumbre de la fé veiades aquella bienaventurada y eterna vida que os aguardaba; y abrazado va con vuestro dulce esposo, no queriades soltar la presa que teníades tan asida y apretada. Esta luz os esforzó: este amor os arrebató, y transportó Dios de tal manera, que con la plenitud del gozo inefable que poseia vuestra alma, se agotaban, aniquilaban y desaparecian los dolores de vuestros delicados miembros. Considerando esto el glorioso padre san Agustin, y admirado de este espíritu y constancia de san Lorenzo, dice estas palabras: «Ardia en el deseo de Cristo Lorenzo; y por eso no sintió la pena del perseguidor: porque cuanto es mayor el fervor de la fé; tanto mas se apaga la llama del suplicio. Quemaba el fuego corporal al cuerpo del bienaventurado Lorenzo; mas el amor entrañable del Salvador, que abrasaba su corazon, apagó el furor de aquellas llamas: porque aunque los miembros se deshagan en ceniza, no se deshace ni menoscaba la fortaleza de la fé». Esto es de san Agustin; y lo mismo dice san Ambrosio por estas palabras: «Ardia el bienaventurado mártir exteriormente con las llamas del cruel tirano; mas mucho mayor era la llama del amor de Cristo que interiormente le abrasaba su corazon. Y puesto caso que el rey malvado mandaba añadir leña y acrecentar el fuego: san Lorenzo abrasado de otro mayor incendio de la fé, no sentia aquellas llamas; y pensando en lo que Dios mandaba, todos los tormentos que padecia eran refrigerio y regalo para él.» Hasta aquí es de san Ambrosio. Mas siendo ya llegado el plazo, que el Señor habia determinado para coronarle, y habiendo dado tan excelente victoria á su soldado, volvió Lorenzo á alabar á Jesucristo y regalarse con él, y le dijo: Gracias te doy, Señor mio y Dios mio, que ya he merecido entrar por las puertas de tu bienaventuranza; y diciendo esto, acabó la vida y espiró, enviando su alma vencedora á ser dignamente coronada en el cielo, donde resplandece con mas claro resplandor que las llamas del fuego con que su santo cuerpo fué abrasado. Venida la mañana, Hipólito y Justino, presbítero, tomaron el santo cuerpo y le sepultaron en una heredad de Ciriaca, la viuda, que él habia sanado en el camino que va á Tivoli. Juntáronse con ellos otros cristianos, y estuvieron allí tres dias ayunando y velando las noches, y derramando lágrimas al sepulcro del santo arcediano que tanto bien les hacia. Al cabo de tres dias celebró misa Justino, y comulgó á los presentes: y con esto se apartá-

ron unos de otros, porque ya se divulgaba el caso.

3 Este es el martirio de san Lorenzo, que fué tan esclarecido, que bastó para alumbrar é inflamar al mundo, para dejar en la Iglesia católica ilustrísimos triunfos, y nobilísimos trofeos de su gloria, y para que todos los fieles tengan en él un vivo y perfectísimo retrato de todas las virtudes que imitar: porque, ¿cuánta y cuán admirable fué la castidad de este santísimo levita; pues en su mocedad mereció por ella ser ordenado de arcediano de Roma, dispensador de la sangre de Cristo, y repartidor de los bienes de la Iglesia? ¿Cuán excelente fué su fidelidad en dar á los pobres los tesoros que le habian encomendado? ¿Cuán maravillosa su prudencia en desengañar al tirano, y darle á entender que los tesoros de Cristo no son el oro y plata, y piedras preciosas, sino las almas de sus siervos, en que él habita? ¡Qué deseos tan encendidos de morir por su Señor! ¡Qué lágrimas tan copiosas y tiernas, porque le dejaba san Sixto, y no moria con él! ¡Qué humildad tan profunda en lavar y besar los piés de los pobres! ¡Qué fé tan cierta para alumbrar los ciegos, y dar vista á los que no veian! ¡Qué esperanza tan segura, y que prendas tan firmes de la vida eterna! ¡Qué paciencia en sus penas! ¡Qué fortaleza en los tormentos! ¡Qué alegría en los suplicios! ¡Qué menosprecio en todo lo de la tierra; y qué aprecio y ansia por lo del cielo! ¡Qué amor tan cordial y tan afectuoso para con Dios! ¡Cómo se entretenia y regalaba con él, teniendo por sumo beneficio el volver la vida al que se la habia dado, y morir asado en unas parrillas con fuego lento, por aquel Señor que abrasado de amor habia muerto por él en una cruz! Estas son las virtudes que debemos imitar en san Lorenzo, de cuyo olor suavísimo hoy dia está llena la santa Iglesia, y se recrea con su fragrancia y con su memoria: la cual vive, florece y se perpetúa en el mundo; siendo ya acabados y sepultados en perpetuo olvido é infamia los jueces, príncipes y tiranos que le atormentaron. Seria nunca acabar, si quisiésemos traer aquí las alabanzas que los santos dan á este fortísimo caballero é ínclito mártir del Señor. San Ambrosio trata muy largamente de este santo, y san Agustín. San Leon, papa, dice, que no menos se honra Roma con el martirio de san Lorenzo, que Jerusalen con el de san Estéban. San Máximo dice, que fué igual á los apóstoles: san Pedro Crisólogo, Metafraste, y los demás hablan de san Lorenzo con grande ponderacion y admiracion de sus virtudes: y Aurelio Prudencio en verso elegantísimo nos pinta sus batallas y victorias, y dice: que la muerte de la supersticion y vano culto de los dioses de la gentilidad, desde aquel dia en que él murió, comenzó á caer, y á florecer la religion cristiana: y que Lorenzo, como valeroso caudillo y capitan del Señor, peleó con tan grande esfuerzo, que aunque murió en la pelea, venció y desbarató el ejército de los enemigos: y por ventura esta ha sido la causa, que la santa Iglesia le hace tanta fiesta, con vigilia, con octava, con oraciones, y misas propias; por el beneficio que recibió, y por la victoria que alcanzó de la idolatría con su muerte. En Roma el emperador Constantino le edificó un suntuoso templo en el campo Verano, donde está enterrado, que es una de las siete iglesias, y principales estaciones de Roma: san Dámaso, papa, otro, que es iglesia insigne, y colegial: y sin estos, la cárcel donde estuvo preso, y en el lugar donde fué asado, y donde está parte de sus preciosas reliquias, tiene otros tres sin los demás que hay en aquella santa ciudad, con título de San Lorenzo; y antiguamente hubo muchas mas. En Italia las iglesias catedrales de algunas ciudades son de la advocacion de San Lorenzo: y en Constantinopla santa Pulqueria, emperatriz, le labró un suntuoso templo, y colocó en él sus preciosas reliquias: y Justiniano, emperador, le hizo mas magnífico: y en España y Francia, y en todas las provincias y naciones de la cristiandad, ha sido y es reverenciado este ilustrísimo mártir con particular devocion: y últimamente el católico rey de las Españas don Felipe, II de este nombre, ha hecho un templo de San Lorenzo en el Escorial, digno de su grandeza y piedad: en el cual hay tanto que ver, que no sabe el hombre de que admirarse mas, ó de la gran religion, en que tantos padres de la órden del glorioso San Gerónimo viven, ó de la suntuosidad del edificio en que viven, ó del número de las reliquias de los santos que en aquel templo son venerados, ó de las riquezas inestimables con que son venerados, ó de los libros exquisitos, que este gran rey mandó juntar en la librería de aquella santa casa, ó del colegio y seminario que fundó en ella, sin las otras cosas tan raras y maravillosas que hay en él. San Gregorio, papa, enviaba por un preciosísimo tesoro una reliquia de las parrillas de san Lorenzo: y el mismo santo pontífice escribe una cosa muy notable, para declarar la reverencia con que Dios quiere que su santo sea acatado y glorificado. Dice: que en tiempo de Pelagio, papa, su predecesor, queriendo reparar y adornar el sepulcro de san Lorenzo, se descubrió acaso su sagrado cuerpo, y que todos los monjes y otros hombres que allí trabajaban y le vieron, murieron dentro de diez dias, sin quedar ninguno de ellos con vida. San Gregorio Turonense refiere algunos milagros de este santísimo levita: y entre otros uno muy notable, que Venancio Fortunato, autor muy antiguo y grave, celebró en verso. Dice: que en un pueblo de Italia, llamado Brionas, queriendo el cura reparar una iglesia de San Lorenzo, hizo traer la madera necesaria para ello: hallóse una viga mas corta de lo que era menester: volvióse el cura al santo, y suplicóle con muchas lágrimas, que pues habia hecho siempre bien á los pobres, se compadeciese de su pobreza, y remediase aquella falta; porque él no tenia hacienda para comprar otra viga. Luego creció la viga, mas de lo que era menester para el edificio: cortóse aquella sobra, y con las astillas de ella, que tomó el pueblo por reliquias, hizo Dios grandes milagros, alumbrando ciegos, y dando salud á enfermos. El martirio de san Lo-

renzo fué á 10 de agosto, el año del Señor de 261 imperando Valeriano, y Galieno, su hijo: y esto es lo cierto, como consta de lo que escribe san Cipriano en la epístola 82 á Succeso: en la cual dice, que san Sixto, papa, habia sido martirizado aquel año: lo cual (como dijimos) sucedió tres dias antes de la muerte de san Lorenzo: y Poncio, diácono, compañero y discípulo del mismo san Cipriano, y el que escribió su martirio, dice, que fué martirizado el mismo año que fué el séptimo del imperio de Valeriano, como muy bien lo notó el cardenal Baronio: y así los que dijeron, que san Lorenzo fué martirizado en tiempo del emperador Decio, se engañaron; y en todo lo demás que otros inventaron ó añadieron, hay mucha variedad, poca verdad, y grande confusion. Supliquemos todos á este santísimo y gloriosísimo mártir, que nos alcance del Señor aquella fé viva y lumbre del cielo, que él tuvo, para que alumbrada nuestra alma con ella, y abrasada con el fuego del amor divino, vea las cosas del suelo, no como parecen, sino como son, y que las estime en lo que son, y anhele á las eternas y perdurables del cielo, para que allí goce de su santa compañía, y con él de aquella luz soberana y de aquel fuego que siempre arde, y nunca se consume, y transforma en sí todas las almas de los que le sirven; y pasando por el fuego de la tribulacion, llegan al descanso y refrigerio.

* La conmemoracion de ciento sesenta y cinco soldados mártires. — Eran de una legion del imperio acantonada en Roma en tiempo del emperador Aureliano. Habiéndose convertido á la fé, y recibido el bautismo, confesaron públicamente á Jesucristo, y negándose á ofrecer incienso á los ídolos, fueron condenados á varios suplicios y últimamente degollados en la misma ciudad de Roma.

San Deusdedit, confesor. — Este santo hombre vivia del trabajo de sus manos que consistia en labrar la tierra. Poseia el arte de santificar todas las acciones de su vida, juntándolas con una oracion continua y animándolas todas con un verdadero espíritu de penitencia. Al fin de la semana distribuia á los pobres todo lo que habia podido juntar del producto de su trabajo, y ejercitándose en estas obras de misericordia, llegó felizmente al fin de sus dias, muriendo en Roma durante el siglo VI. San Gregorio el Grande en su libro de los Diálogos hace un bello elogio de las virtudes de este santo.

La conmemoracion de muchísimos santos mártires de Alejandría. — Fué tan grande la crueldad con que el gobernador de esta ciudad, llamado Emiliano, ejerció contra los cristianos en tiempo del emperador Valeriano, que la Iglesia no pudo recoger los nombres de todos los que en un mismo dia fueron conducidos al martirio, y celebra hoy su memoria, recordándolos todos juntos. Empleáronse contra ellos toda especie de suplicios, y despues de haberlos atormentado atrozmente, todos recibieron la corona del martirio con diverso género de muerte.

Santa Asteria, vírgen y mártir. — Era hermana de santa Grata, y como ella vivia consagrada á Jesucristo, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano publicaron sus sanguinarios edictos contra la Iglesia de Dios. Las dos santas dieron sepultura al cuerpo del mártir san Alejandro, y Asteria le dió tambien al de santa Grata. Pocos dias despues, fué presa por ser cristiana, y atormentada con diverso género de martirios; pero no cedió por esto en su constancia: al contrario aumentándose cada vez mas su caridad y su fervor, sufria con un gozo indecible los tormentos, hasta que al fin, siendo degollada, voló á unirse con su celestial esposo. Su martirio sucedió en Bergamo, ciudad de Italia, que la venera ahora por patrona.

Las santas Basa, Paula, y Agatónica, vírgenes y mártires. — Sábese tan solo que derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en la ciudad de Cartago, durante el imperio de Diocleciano, y bajo el presidente Daciano.

Dia 11.

San Tiburcio, mártir. — Entre los otros nobles, y caballeros romanos, que el glorioso mártir san Sebastian convirtió á la fé de Jesucristo nuestro Redentor, fué Cromacio, prefecto de la ciudad de Roma, de sangre ilustrísima, de riquezas y familia poderosa: el cual habiendo sabido que Tranquilino, padre de los mártires san Marcos y san Marceliano, se habia hecho cristiano, y por medio del santo bautismo quedado libre de una enfermedad trabajosa y dolorosa de gota; con deseo de verse libre de otra semejante que él padecia, y enseñado de san Sebastian, renunció toda la grandeza y regalo que tenia en el siglo, y se sujetó al suave yugo del Señor, y se hizo cristiano él, y sus criados esclavos, varones y mujeres, que eran en número de mil y cuatrocientas personas. Repartió entre ellos Cromacio parte de sus riquezas, y dió á los esclavos libertad, diciendo: que pues tenian á Dios inmortal por padre, no habian ya de ser siervos de hombre mortal. Tenia Cromacio un hijo, llamado Tiburcio, mozo de grandes esperanzas, de alto y delicado ingenio, bien enseñado en todas las letras, de lindo aspecto, y suave condicion: siguió el hijo al padre en abrazar la fé de Cristo, y siguióle con tanto fervor, que se señaló mucho entre los otros cristianos, y por él obró Dios muchos milagros. Uno fué, que pasando por una calle, vió á un mozo que habia caido de un lugar alto y de la caida habia quedado tan quebrantado, y tan mal parado, que ya sus padres trataban mas de sepultarle, que de curarle. Llegóse á ellos Tiburcio, y díjoles: Dadme lugar que le hable una palabra, que podrá ser que cobre salud: y el santo dijo sobre el mozo la oracion del Pater noster, y el credo, y con esto el herido quedó sano. Con esta ocasion el hijo, y los padres, á persuasion de san Tiburcio, se hicieron cristianos, y él los llevó al santo papa Cayo, del cual fueron bautizados. A mas de esto era san Tiburcio muy caritativo, y muy zeloso, y deseoso que todos los cristianos resplandeciesen

en su vida, y fuesen adornados en todo género de virtudes, para que Dios fuese en ellos glorificado, y los gentiles, viéndolos tan modestos y ejemplares, por la santidad de la vida, entendiesen la excelencia de la religion que profesaban. Habia entre los cristianos un falso y engañoso, llamado Torcuato, que no vivia con las costumbres de cristiano y siervo de Dios, sino con las del siglo, y de los gentiles: traia copete en la cabeza, y el cabello muy peinado: dábase á juegos y convites: entreteníase con mujeres, y gustaba de verlas bien aderezadas: no ayunaba, ni rezaba: era dermilon, y á las mañanas, cuando los otros cristianos en los oratorios é iglesias cantaban himnos y alabanzas al Señor, comunmente él faltaba. Reprendíale á menudo san Tiburcio de estos vicios, con deseo de que los enmendase, y que así como tenia el nombre, tuviese la vida de cristiano: y aunque Torcuato (por ser Tiburcio persona tan ilustre y de tantas partes) en la apariencia de fuera disimulaba, y le daba muestras que le agradaba que así le amonestase y corrigiese; todavía, como la raiz y corazon estaba inficionado, dentro de sí se carcomia, y concebia grande rencor y aborrecimiento contra el santo: y para vengarse de él le acusó delante del prefecto Fabiano, de que era cristiano: y para que no se entendiese que él habia sido el acusador, dió traza con el prefecto, que los hiciese prender juntos por cristianos, á él y á san Tiburcio: que de estas marañas y embustes suele usar la malicia humana para salir con sus intentos. Fueron presos los dos, Tiburcio y Torcuato: el santo, y el pecador: el cristiano verdadero y fervoroso, y el doblado y fingido; y llevados delante del prefecto Fabiano, preguntó á Torcuato, ¿cómo se llamaba? ¿y qué religion profesaba? Y él respondió, que se llamaba Torcuato, y que era cristiano: que Tiburcio era su maestro; y que él habia hecho lo que le habia visto hacer, y que eso mismo pensaba hacer adelante. Entonces Fabiano dijo á Tiburcio: ¿Oyes lo que Torcuato ha dicho? Tiburcio respondió: Dias ha que Torcuato dice que es cristiano; mas sus obras no son de cristiano: porque es hombre dado á deleites: cuida del cabello como mujer: usa de comidas regaladas: entretiénese en juegos; y tiene pláticas con mujeres no de buena fama, y hace otras cosas mal hechas: Cristo no se precia de semejantes monstruos. Finalmente, despues de varias pláticas, que tuvieron entre sí, el juez mandó sembrar una pieza de carbones encendidos, y dijo á san Tiburcio, ó que echase sobre ellos incienso para sacrificar á los dioses, ó con los piés descalzos se pasease por ellos. San Tiburcio hizo luego la señal de la cruz, y con los piés descalzos pasóse sobre las brasas, como si pisara rosas: y admirándose de ello el juez, le dijo el santo: Deja ya tu obstinacion é infidelidad, y confiesa que Cristo es Dios verdadero, á quien están sujetas todas las criaturas: y sino pon la mano en un caldero de agua hirviendo, ó invoca á Júpiter que tienes por Dios; y verás si el agua te quema: que yo en el nombre de mi Señor Jesucristo no siento el fuego, y estas brasas me parecen flores; porque toda criatura obedece á su Criador. Aquí enojado el prefecto, dijo: ¿Quién ignora que ese vuestro Cristo os enseñó el arte mágica, y que todos los cristianos sois encantadores? Y san Tiburcio, no pudiendo sufrir tan grande injuria de Cristo, le respondió: Enmudece y calla, ó hombre miserable, y no te oiga yo, con tan rabiosa y maldita lengua, decir tales injurias contra tan santo y melífluo nombre. Embraveciósе Fabiano sobre manera con las palabras de Tiburcio, y mandóle cortar la cabeza. Ejecutóse la sentencia tres millas de Roma en la via Lavicana, donde fué sepultado, y por él hizo nuestro Señor muchos milagros. Fué el martirio de san Tiburcio á los 11 de agosto, año del Señor 286, imperando Diocleciano y Maximiano. Hácese mencion de san Tiburcio en los Martirologios, romano, en el de Beda, Usuardo, y Adon, á los 11 de agosto, en los Actos de san Sebastian, á 23 de enero, y en el segundo tomo del cardenal Baronio.

SANTA SUSANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—El mismo dia de san Tiburcio, mártir, celebra la Iglesia el martirio de la bienaventurada santa Susana, vírgen y mártir: el cual sacado de los Actos de los notarios de Roma, que refiere Surio, y el Martirologio romano, Adon, y el cardenal Baronio, fué de esta manera.

2 El emperador Diocleciano hizo César, y sucesor suyo en el imperio, á Maximiano Galerio, llamado por sobrenombre *Armentario*. Adoptólo por hijo; y para honrarle mas, casóle con una hija suya, por nombre Valeria. Murió en breve Valeria, sin dejar sucesion; y el emperador pretendió casarle de nuevo de su mano. Supo que habia en Roma una doncella de extremada belleza, y honestísima, y bien enseñada en letras humanas, que se llamaba Susana, y era hija legítima de Gabino: el cual, muerta su mujer, se habia ordenado de presbítero, y era hermano del santo papa Cayo, y los dos eran deudos muy cercanos del mismo emperador; aunque por verle tan cruel, y tan derramador de sangre de cristianos, se habian apartado de su trato y conversacion. Puso los ojos Diocleciano en Susana (no sabiendo que era cristiana) para casarla con Maximiano, por parecerle que concurrian en ella todas las buenas partes, que en una doncella se podian desear. Encomendó este negocio á un primo suyo, llamado Claudio: el cual propuso á Gabino la voluntad del emperador, dándole el parabien de la buena suerte que le habia caido, y de la gran felicidad que podia esperar de tan alto casamiento de su hija. Dió parte Gabino al santo pontífice Cayo, su hermano, de la embajada que le habia enviado el emperador, y los dos la propusieron á Susana, para saber su voluntad. La santa doncella, estimando mas la fé de Jesucristo, que el imperio, y la virginidad que habia prometido á Dios, mas que ser reina del mundo, con gran resolucion respondió, que de ninguna manera se casaria con Maximiano; porque era gentil: ni con otro hombre: porque queria guardar su pureza virginal para aquel Se-

ñor, que habia tomado por esposo, y que antes esperaba, que aquel matrimonio, que se trataba, seria ocasion para que ella, quedando vírgen, alcanzase la corona del martirio. Alabaron los dos santos, padre y tio, el propósito de Susana: exhortáronla á perseverar en lo que habia comenzado, y á aparejarse con ayunos, oraciones y buenas obras á morir por Cristo. Pasados tres dias volvió Claudio á casa de Gabino por la respuesta: y dejando los criados á la puerta, entró solo, viendo á Susana, y queriendo darle ósculo de paz, como á parienta suya, al uso romano de aquel tiempo; ella se extrañó, y apartó de él, diciendo que nunca en toda su vida habia dado á hombre su rostro, y que menos le daria á él, porque era pagano, y tenia la boca inmunda por los sacrificios de los dioses: y díjole otras palabras con tanto espíritu y fervor del cielo, que Claudio se convirtió á la fé de Cristo, y con él su mujer Prepedigna, y dos hijos suyos Alejandro y Caria, y comenzó á hacer grandes limosnas á los pobres, especialmente á los que estaban encarcelados y padecian por Cristo, echándose á sus piés, y suplicándoles humildemente que le alcanzasen perdon de sus pecados, en haberlos perseguido: y con haber recibido con el santo bautismo entero perdon de sus culpas, y la gracia del Señor; andaba vestido de cilicio. Pasados algunos dias, envió el emperador á un criado principal de su casa, llamado Máximo, para que supiese de Claudio lo que habia hecho en el casamiento de Susana: el cual habiendo venido con Claudio á casa de Gabino, y propuesto su embajada, supo que Susana no tenia intencion de casarse, y oyó tales y tan vivas razones, para menospreciar el culto de sus vanos dioses, y abrazar la religion santa del Señor, que se echó á los piés del santo pontífice Cayo, y se bautizó, y repartió su hacienda á los pobres por mano de un amigo suyo, y cristiano oculto, llamado Trason, y comenzó á hacer vida de perfecto cristiano. No faltó un lisonjero, y hombre malvado, llamado Artisio, que dió noticia á Diocleciano, de todo lo que pasaba: embraveciése sobre manera el tirano: mandóles prender á todos (excepto á Cayo, papa,) y que dejando á Gabino con su hija Susana en la cárcel, los demás, que eran Máximo, Claudio, y Prepedigna, su mujer, con sus dos hijos, fuesen llevados al puerto de Ostia, y allí quemados, y sus cenizas echadas en el rio; y así se hizo: y de ellos hace mencion el Martirologio romano á los 18 de febrero. Todos estos fueron frutos de las oraciones de santa Susana, ganados por sus merecimientos, y por aquel amor entrañable que tuvo á la castidad: con el cual, por conservarla, halló y tuvo por estiércol y basura la grandeza y majestad del imperio romano. Mas Diocleciano, queriendo salir con su intento, mandó que Susana fuese traida á su palacio imperial, y entregada á la emperatriz Serena, su mujer, para que la ablandase, y persuadiese que tomase por marido á Maximiano. Era la emperatriz secretamente cristiana, y hablando con Susana se descubrió con ella, animándola á llevar adelante su empresa, y menospreciar los deleites de la carne, y las vanas honras del mundo, y á no temer los espantos y amenazas del emperador, ni la misma muerte, por gozar para siempre de Dios, y de aquella bienaventurada eternidad, que esperamos los cristianos. Detúvola muchos dias en su palacio, como quien deseaba cumplir la voluntad del emperador: ocupábase con la misma Susana, de dia y de noche, en oracion y en los otros ejercicios de nuestra santa religion; y finalmente fué tal, que mereció ser santa, y como de tal hacen de ella mencion los Martirologios, romano, de Beda, Usuardo, y Adon, á los 16 de agosto. Al cabo de algunos dias, preguntando el emperador á la emperatriz lo que habia hecho con Susana, y si queria hacer el casamiento; respondió, que no tenia tal propósito: y que pues Susana no queria á su hijo, que no se le diese nada; pues no faltarian otras muchas doncellas de tantas y mayores partes, con quien se pudiese casar. Con esto mandó Diocleciano que Susana se volviese á casa de su padre: porque no quiso que en la suya le hiciese fuerza Maximiano, que estaba como afrentado y corrido de verse despreciado de una doncella, pidiéndola él por mujer. Bien entendió Susana su peligro, y lo que le podia suceder. Entróse en un aposento, y postrada en el suelo, con muchas lágrimas y suspiros, pidió al Señor que la librase de toda mancilla y corrupcion. Vino aquella noche Maximiano, para gozar de la santa doncella, y hacerle fuerza: y entrando en el aposento, donde estaba orando, vióla rodeada de una grande claridad y resplandor; y no osando tocarla, volvió atrás, atribuyendo á arte mágica todo lo que veia. Dió parte de ello al emperador, el cual mandó á un privado suyo, llamado Curcio, que fuese á casa de Susana, para ver, si lo que le habia dicho Maximiano, habia sido imaginacion suya, ó vision verdadera. Fué Curcio, y volvió mas espantado que Maximiano. Finalmente, el emperador, entendiendo que sus diligencias le salian vanas, y que Susana, por ser cristiana, y hechicera, desechaba el casamiento de Maximiano, soltó la rienda á su natural crueldad é impiedad y mandó á Macedonio, hombre sacrílego, y digno ministro de tal tirano, que hiciese sacrificar á Susana á los dioses, ó que la matase. Macedonio tentó á la vírgen con todo el artificio, que pudo: púsole delante un ídolo de Júpiter, para que le adorase; mas haciendo oracion al Señor la santa doncella, desapareció el ídolo, y hallóse arrojado en la plaza en el suelo. Macedonio, habiendo dado parte de todo al emperador, por su órden la mandó degollar dentro de su casa; y con esta muerte dió la santa doncella su purísimo espíritu á su dulce esposo, y alcanzó corona de vírgen y mártir. Cuando la emperatriz Serena lo supo, vino con grande gozo de noche á casa de Susana, y tomó con sus propias manos su sagrado cuerpo, y le envolvió con sábanas limpias y olorosas, llenas de especies aromáticas, y le enterró en cierta cueva en el cementerio de Alejandro, con los cuerpos de otros santos, que allí estaban; y con un lienzo recogió la sangre, que pudo, de la santa, y guardó

aquel lienzo, como un precioso tesoro, en una caja de plata, haciendo allí oracion de dia y de noche, las mas veces que podia: y el santo pontífice Cayo, tio de Susana, celebró muchas veces el santo sacrificio de la misa en la misma casa, donde habia muerto, en honra de la santa. Hace conmemoracion de ella la santa Iglesia el dia de su martirio, que fué á **11** de agosto, el año del Señor de 295, imperando Diocleciano.

* SAN TAURINO, OBISPO Y CONFESOR. —Nada se sabe del lugar de su nacimiento ni del tiempo en que vivió. La opinion mas probable es que floreció durante el siglo IV, y que fué el primer obispo de Evreux, en Francia, en cuyo territorio fundó una iglesia sobre las ruinas de la idolatría. Padeció muchos trabajos y peligros por defender la fé católica, y siendo esclarecido en milagros, murió santamente en medio de su rebaño.

SAN GAUGÉRICO, OBISPO Y CONFESOR. —Nació en Tréveris, y sus padres lo educaron en el estudio de las ciencias y en la práctica de la virtud. Desde niño se acostumbró á la penitencia y á la oracion, y á socorrer con mano liberal las necesidades de los pobres. La educacion que recibió en la casa paterna, le preservó de la corrupcion tan general entre los jóvenes, y mientras los de su edad bebian el veneno del vicio, Gaugérico, bajo pretexto de formarse en las ciencias, supo conservar ileso el precioso tesoro de su inocencia. Cuando san Magnérico, obispo de Tréveris, conoció los talentos y virtud del jóven siervo de Dios, le ordenó de diácono, cuya dignidad redobló su fervor en la práctica de todas las buenas obras, dedicándose además con un zelo infatigable á los deberes de su estado y particularmente á la instruccion de los fieles. Su reputacion y su esclarecido mérito lo elevaron despues á la silla episcopal de Cambray, en Francia, la cual gobernó por espacio de treinta y nueve años. Durante su episcopado trabajó con todas sus fuerzas en la santificacion de su rebaño, y logró desterrar de su diócesis los restos de la idolatría. En medio de sus desvelos por el bien y felicidad de sus ovejas, no desatendió nunca su propia santificacion: así se le veia separarse del ejercicio de sus funciones para recogerse y orar, retirándose de cuando en cuando á la soledad donde pasaba algunas temporadas entregado á sus santos fervores. Estuvo dotado de la gracia de hacer milagros, y entre otros muchos prodigios, cuéntase que un leproso, que bautizó en Ivois, curó repentinamente. En fin, debilitado por los años y las fatigas de su ministerio, fué á gozar del descanso eterno, el dia **11** de agosto del año **619**, siendo su cuerpo enterrado en la iglesia que él mismo habia hecho edificar bajo la invocacion de San Medardo. En Francia es conocido este santo con el nombre de san Gery.

SAN EQUICIO, ABAD. —Florecia en el Abrucio cuando san Benito establecia su regla en el monte Casino. En su juventud padeció violentas tentaciones de la carne, de las cuales triunfó por medio de las austeridades y de una continua oracion. San Equicio pobló toda la Valeria de monjes fervorosos que vivian diseminados en las montañas y los bosques, y que pasaban el tiempo en la contemplacion y el trabajo de sus manos. El santo los visitaba en su soledad, les instruia en sus deberes, les animaba á la práctica de las virtudes, y se detenia al mismo tiempo en los pueblos y aldeas á fin de excitar al pueblo al amor y al servicio de Dios. Como era lego, algunos reprobaban su conducta, y lo miraban como un hombre que se arrogaba el derecho de ejercer las funciones eclesiásticas. Formulóse contra él una grave queja, la cual fué llevada al papa, que despues de suficientemente informado de los hechos, prohibió inquietar á Equicio é interrumpir el curso de sus exhortaciones, que tenian á la caridad por principio, y en las cuales le servia de maestro el espíritu de Dios. Todo el dia lo pasaba trabajando en el campo, menos cuando visitaba á sus discípulos, y por la noche volvia á su ermita para descansar un corto tiempo. Sus vestidos eran pobres y andrajosos; su exterior inspiraba amor á la penitencia, y vivos sentimientos de caridad y devocion. Estuvo encargado de la direccion espiritual de un gran número de religiosos, y despues de haberlos edificado con sus exhortaciones y ejemplos, murió santamente por los años de 540. Sus reliquias se conservan en Aquila, en la iglesia de San Lorenzo.

SAN ALEJANDRO, OBISPO Y MÁRTIR. —Diósele el sobrenombre de *Carbonero*, con el cual es aun conocido, por haber ocultado mucho tiempo con aquel humilde disfraz las prendas que poseia. Fué natural del Ponto y recibió una educacion literaria muy aventajada, saliendo habilísimo filósofo y sabio profundo. Habiendo conocido la verdad de la religion, procuró desde luego adquirir la encumbrada ciencia de la humildad cristiana. San Gregorio Taumaturgo le consagró obispo de la Iglesia de Comana, en el mismo Ponto, en donde fué muy esclarecido por su predicacion y por su ilustre martirio, pues en el año **253**, durando todavía la persecucion que habia excitado el emperador Decio, el santo obispo fué preso y arrojado á las llamas, en las cuales espiró.

SAN RUFINO, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES. —San Rufino fué obispo de los Marsos, en Italia. Habiendo salido un dia fuera de la ciudad á predicar á su pueblo, y estando él y todas sus ovejas reunidos en un collado cercano, se presentaron los soldados del emperador Maximiano intimándoles que se disolviesen y se fuesen á sus casas sino querian arrostrar la cólera de los dioses. El santo obispo y casi todos los individuos del clero procuraron que todos los fieles se retirasen á sus casas, y despues ellos empezaron á hablar á los soldados de la falsedad de sus dioses y de la grandeza del Dios de los cristianos, y ya los soldados iban á pedir el bautismo, cuando llegaron otros enviados del prefecto, que los prendieron á todos y condujeron á su presencia. Encontrándolos á todos constantes y decididos, los mandó degollar, y consiguieron así la corona del martirio.

SANTA DIGNA, VÍRGEN. —Natural de Todi, en Italia, cuya ciudad admiró con el ejemplo de sus eminentes virtudes, particularmente de la humil-



Ste Pélagie.

STE PELAGIA.

dad y pureza. Habiéndose empezado la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano, dejó su patria y se fué á un desierto, donde vivió sola por espacio de poco tiempo; pues su esposo Jesucristo la llamó muy pronto á su santa morada, despues de haberla recreado ya en vida con celestiales visiones y con el don de milagros.

SANTA FILOMENA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Diariamente se investigan con el mayor esmero las catacumbas para ver de descubrir los cuerpos de los santos mártires depositados en ellas durante las crueles persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. El señor Poncetti, habiendo recibido para ello encargo especial del sumo pontífice Pio VII, estaba practicando en 1802 grandes excavaciones en las catacumbas llamadas de Priscila, cuando el dia 22 de mayo se descubrió en el corredor llamado la via Salaria un nicho, donde en lápiz rojo habia escritas estas palabras: *Lumena pax tecum Fi....*, es decir, el nombre de *Fi.... Lumena* dividido en dos partes, y en medio el *pax tecum*. Además á la izquierda habia pintada una áncora, signo de inmersion, en el centro unos azotes que remataban en bolas de plomo, otro signo de tormento, á entrambos lados del azote tres flechas y una vara con puntas de hierro, signo de otro tormento, y á la derecha la palma, signo del martirio. Removióse la piedra tumularia, y aparecieron los restos preciosos de la mártir, y junto á su cabeza medio vaso, quebrado, de un vidrio delgadísimo, lleno de sangre cuajada. Mientras se separaban con cuidado las partecillas de sangre, despedia centellas el cristal, y cada una de aquellas partecillas formó como un cuerpo luminoso, con brillo vivísimo. Desde entonces aquellas santas reliquias han sido objeto de la veneracion mas ardiente, y no ha pasado año sin haberse referido nuevos milagros alcanzados por su santa virtud ó mediacion. La fé ha ido creciendo, y en el dia puede decirse que se ha extendido por toda la cristiandad. Las santas reliquias fueron trasladadas á Nápoles, y de allí á Mugnano, donde se veneran en una magnífica capilla. Entre las piadosas creencias que circulan acerca de la vida de la santa, es la una, que nació de elevada cuna en la Grecia, en tiempo de Diocleciano; pasó á Roma con sus padres; el emperador la vió, se prendó de ella, y la pidió por esposa; mas ella se negó con entereza, no queriendo dar su mano al enemigo de su ley. Entonces apeló el tirano á los suplicios. Primero á los azotes, que la dejaron moribunda, pero los ángeles la curaron en el calabozo. Segundo, á la inmersion; atada la santa á una áncora, quiso Dios que se rompiese la cuerda, y que ella sobrenadase. Tercero, la condenó á ser asaeteada, mas los dardos no podian salir del arco. Cuarto, á la degollacion, y la santa subió al cielo con la palma de los mártires. Créese que así le fué revelado á un modesto religioso.

Dia 12.

SANTA CLARA, VÍRGEN.—La vida de la admirable vírgen santa Clara, luz y madre de las pobres religiosas de San Francisco, escribió un autor grave (que no pone su nombre) por mandado del papa Alejandro IV, que fué el que la canonizó, y san Antonino, arzobispo de Florencia, y el que escribió la Crónica del seráfico padre san Francisco: y es de esta manera.

2 Fué santa Clara natural de la ciudad de Asís, de la provincia de Umbría, en Italia, de claro linaje, de padres ricos. Sus padres y sus antepasados se ejercitaron en cargos honrosos en el arte militar: su madre se llamó Hortelana: y vínole el nombre á propósito; pues dió una planta tan fructuosa y tan linda á la santa Iglesia, como fué su hija Clara. Era Hortelana muy dada á las obras de piedad, y fué tan grande su devocion, que pasó en peregrinacion á Jerusalen. Visitó la iglesia de San Pedro y San Pablo, en Roma, y la del arcángel San Miguel del Monte Gargano, en el reino de Nápoles. Estando preñada de la gloriosa vírgen Clara, temiendo los peligros del parto, suplicó á Dios delante de un crucifijo, que le librase de ellos: y orando oyó una voz, que dijo: No temas; que parirás una luz, que con su grande claridad ilustrará todo el mundo. Cuando parió, puso por nombre á la niña Clara, confiando que se habia de cumplir en ella la voz que del cielo habia oido. Luego comenzó la niña á resplandecer en la noche del mundo con singular gracia. Era muy agradable, y muy fácil en aprender de boca de su madre los principios de nuestra fé. Era caritativa con los pobres: dábales de lo que tenia; y muchas veces se quitaba parte de su comida y sustento para dárselos. Era muy inclinada á la oracion, y en ella se recreaba, y sentia suavísimos y celestiales deleites, con la consideracion de la vida y pasion de Jesucristo nuestro Señor: y porque no tenia rosario, para cumplir con el número de sus oraciones, las contaba en aquella tierna edad con unas piedrecitas. Daba de mano á todo lo que eran galas y atavíos profanos: y aunque por cumplir con la voluntad de sus padres vestia de ropas preciosas, conforme á su nobleza; mas interiormente usaba de un áspero cilicio. Ofreció á Dios su virginidad, é hizo gran resistencia á sus padres, que la querian casar. Habia Dios enviado en este tiempo al mundo para renovarle al seráfico padre san Francisco, y vivia en la misma ciudad de Asís, de donde era natural, y derramaba por todas partes aquel espíritu y fuego, que le habia sido dado del cielo. Deseó mucho la santa doncella verle y comunicarle: y el bienaventurado padre, movido con instinto, é impulso del Señor, tambien deseaba tratarla, para darla mayor luz, y apartarla de los peligros y vanidades del siglo. Ella tuvo modo para hablarle; y él la persuadió al menosprecio del mundo, y que tomase por esposo aquel dulcísimo Señor, que siendo Dios, por nuestro amor se hizo hombre, y nació de vírgen, para ensalzar la virginidad, é imprimirla en los corazones y almas puras: y como la vírgen Clara de suyo era tan bien inclinada y anhelaba tanto á la perfeccion, muy fácilmente se sujetó á los consejos del santo varon, tomándole por guia y maestro de todos sus intentos; y

así se determinó á desposarse con un vínculo indisoluble con Jesucristo.

3 Vino el domingo de Ramos, y la sierva de Dios, como estaba tan encendida en su amor, y cada hora le parecia mil años de romper con el mundo y comenzar nueva vida, pidió á san Francisco lo que le parecia que hiciese; porque ella deseaba no tardar mas. El santo, ilustrado con la luz del cielo, le ordenó que la noche siguiente se saliese secretamente de la casa de su padre, llevando compañía decente consigo, y se fuese á su convento, en donde él la vestiria de su hábito. Hízolo así la santa doncella: y dejando la ciudad, los padres y los parientes, se fué á la iglesia de Santa María de Porciúncula (que está como una milla de Asís), en donde el santo padre la estaba aguardando con sus frailes. Recibiéronla con velas encendidas, cantando el himno *Veni, creator Spíritus*: allí se desnudó de sus vestidos seglares, y se vistió del hábito pobre de su rica religion, y dió libelo de repudio á todas las pompas y deleites vanos del mundo: y el mismo santo padre le cortó los cabellos con sus propias manos, tomando el Señor al santo patriarca Francisco, y su bendita hija Clara, para que fundase en la tierra el espíritu del cielo, y el menosprecio del mundo, y el uno fuese padre de tantos y tan esclarecidos hijos que con nombre de frailes menores militan debajo de su bandera; y la otra fuese madre de tantas doncellas y señoras, pobres de riquezas temporales, y riquísimas de dones espirituales, y abastadas de tesoros del cielo. Llevóla san Francisco á la ciudad de Asís: púsola en el monasterio de San Pablo, que era de monjas de San Benito, hasta que el Señor le proveyese de otro monasterio. No pudo el mundo ciego sufrir tanta luz, y el demonio, nuestro capital enemigo, temiendo algun grave daño por el ejemplo de la santa doncella, determinó hacerle guerra, tomando por instrumento á sus mismos deudos, que son los domésticos enemigos de los religiosos. Parecióles cosa nueva y en aquella ciudad no usada, que una doncella noble, hermosa y rica, en la flor de su edad, diese de mano á las galas, gustos y entretenimientos, y que se abrazase con la aspereza y penitencia, y vestida de un vil hábito y duro cilicio, triunfase del mundo; y que era afrenta suya que Clara viviese en tal estado. Vinieron al monasterio: tomaron todos los medios, que la vanidad loca suele inventar, para persuadirla que dejase lo comenzado: valiéronse de todas las armas de blandura y de rigor, de dulzura y amenazas: pero el Señor, que ya habia escogido por su esposa á la santa vírgen, le dió fortaleza para resistir, y llegándose al altar, mostró desde allí su cabeza sin cabello, y con mucha resolucion les dijo: que de ninguna manera podia dejar á Jesucristo, á quien se habia dedicado, y por cuyo amor habia hecho divorcio con el mundo: y finalmente como viesen la constancia de la vírgen, y que no aprovechaban todos los medios que tomaban para traerla á su voluntad, cansados ya y despechados, la dejaron.

4 Del monasterio de San Pablo la mudó el bienaventurado padre san Francisco á la iglesia de San Damian, en la cual el santo habia residido algun tiempo, y por su órden habia sido reparada, y estaba fuera de la ciudad, y apartada de ruido y de bullicio. En este templo se encerró santa Clara por amor de su esposo celestial. Este templo tomó como paloma para su nido, y de aquí comenzó á esparcir los claros rayos de su vida y santidad. Hizo oracion á Dios, que le diese una hermana suya que tenia, llamada Inés, menor de edad, para que conociendo la vanidad del mundo, la dejase y viniese á vivir con ella. Concedióselo Dios; porque al cabo de diez y siete dias, y meses de su conversion, vino Inés á santa Clara, y le declaró su intento, que era vivir con ella en pobreza y castidad: y santa Clara la abrazó con grande alegría, y alabó al Señor, porque la habia oido, y hecho tan señalada merced á las dos hermanas. Poco á poco se iba extendiendo la fama de la santidad de esta preciosa vírgen, y el suavísimo olor de sus virtudes por todas partes se derramaba, de manera, que muchas doncellas nobles y ricas, movidas con su ejemplo, despreciados todos los deleites de la carne, se determinaron á tomar al Rey del cielo por esposo, y vivir en vida casta y religiosa. Muchos casados de comun consentimiento se apartaban: y los varones iban á los conventos de los frailes, y las mujeres á los de monjas: y era tanto el fervor y espíritu del cielo, que habia venido sobre las mujeres de la ciudad de Asís, que las madres convidaban á las hijas á ser religiosas, y las hijas se ofrecian á las madres, los hermanos á las hermanas; y muchos á porfía corrian á la perfeccion: y los que tenian algun impedimento, procuraban en sus casas guardar la regla de Santa Clara, lo mas que podian. Y no solamente en aquella ciudad y en su comarca, y en toda la Umbría, y otras provincias, sino por todo el mundo se dilató y extendió el resplandor de esta nueva luz; é innumerables doncellas nobilísimas, y grandes princesas y señoras tuvieron por mayor grandeza el saco, pobreza, y desnudez de santa Clara, que los estados, regalos, y riquezas que tenian; pues todas las dejaron por ser humildes discípulas de tan santa y admirable maestra: y con razon se pueden mas gloriar de serlo, que del mundo que antes tenian.

5 ¿Quién podrá dignamente explicar las virtudes tan excelentes y heróicas de esta santísima vírgen? ¿Quién declarar aquella humildad tan profunda, que puso como por firme y sólido fundamento, para edificar sobre ella todas las otras virtudes? Porque habiendo los tres primeros años huido el nombre y oficio de abadesa, por querer mas ser súbdita que prelada despues que por obediencia del glorioso padre san Francisco fué forzada á aceptarle, creció en ella mas el temor que la presuncion, y quedó mas sierva que libre, teniéndose en su propia reputacion por mas vil é imperfecta que todas las súbditas. Dábales muchas veces agua á manos; y estando ellas sentadas, la santa estaba en pié: y cuando comian, las servia. Lavaba los piés de las siervas, y con mucha humildad se los besaba; y de esta manera con

su ejemplo plantaba en los corazones de sus súbditas la humildad, raíz y fundamento de toda obra perfecta. De esta humildad nació el amor tan fino de la santa pobreza que su padre san Francisco con su ejemplo le habia mostrado: por ella hizo vender la legítima de sus padres y repartir el precio á pobres, sin guardar para sí cosa alguna: y no consentia á sus súbditas el recibir mas del mantenimiento necesario, pareciéndole que cuando en el religioso hay mas cuidado en llegar á guardar hacienda, tanto menos hay de virtudes. Hallóse un dia en el monasterio un solo pan: mandó que se diese la mitad de limosna á los frailes, y poner la otra mitad á la mesa, para que comiesen cincuenta monjas que habia: hizo oracion santa Clara; y Dios le multiplicó, de manera, que todas comieron de él, y quedaron hartas. Otra vez, no habiendo aceite en casa, tomó la santa un vaso, y lavóle con sus manos; y despues mandó al limosnero que tomase y pidiese en él aceite de limosna; y cuando el limosnero fué á tomar el vaso, hallóle lleno de aceite perfectísimo. Regalábase tanto con la santa pobreza, que se holgaba mucho mas la santa vírgen cuando el limosnero traia mendrugos de pan á su convento, que cuando traia panes enteros. La regla que san Francisco dejó á santa Clara, y Gregorio IX, papa, confirmó, fué de tan estrecha pobreza, y ella la aceptó con tanta devocion, y la guardó con tan extremado rigor, que el papa Inocencio IV, juzgando ser insufrible para mujeres flacas y delicadas, pretendió templar aquel rigor, y absolver á la santa vírgen del voto que habia hecho de pobreza tan áspera y dificultosa: mas la santa le suplicó que no lo hiciese, y le dijo: Que ella deseaba que la absolviese de sus pecados, y no de la guarda de la pobreza: y así aunque algunos prelados y otras personas le aconsejaban que hiciese otra regla mas moderada; y ella al principio, mirando la flaqueza humana, se inclinó á hacerla: mas despues habiéndolo mejor considerado, y encomendado mas á nuestro Señor, se determinó á que la primera regla dada por el seráfico padre san Francisco, y confirmada por Gregorio IX, se guardase, confiando en nuestro Señor que daria fuerzas, á las que escogiese para tal instituto, que la pudiesen guardar. El tratamiento y aspereza de su persona era muy conforme al amor de la pobreza. Vestia un solo hábito remendado, con un mantillo vil de paño grosero, que era mas para cubrir su delicado y virginal cuerpo, que para defenderle del frio. Andaba siempre descalza: su cama de ordinario era la tierra, ó por regalo unos sarmientos; y la almohada, en que descansaba, era un madero. Ayunaba el adviento y cuaresma á pan y agua; y los lunes, miércoles y viernes de la cuaresma no comia bocado. Traia una soga con trece nudos, muy áspera, á raíz de las carnes, y sobre ella un cilicio de cerdas de camellos tan grande, que le llegaba hasta la cintura, y tan aspero, que pidiéndosele á la santa vírgen una de sus hijas, se le vistió, y no pudiéndole sufrir, se le volvió, espantada de la fortaleza de un cuerpo tan delicado como el de santa Clara. Finalmente, fué tan extremada su penitencia, que el padre san Francisco y el obispo de Asís lo mandaron por obediencia que la moderase.

6 Vivia de oracion, y era tan continua y tan fervorosa en ella, como si no tuviera otra cosa que hacer, ni otros negocios, ni necesidades del cuerpo á que acudir. Postrábase en tierra: besábala y regábala con abundancia de lágrimas; y siempre le parecia que tenia delante de sus ojos á Cristo crucificado. Cuando las otras monjas tomaban algun reposo para refocilar sus miembros cansadas y afligidas; ella velaba en oracion, y se recreaba con los regalos de su dulce esposo. Ella era la primera que se levantaba, y acudia al coro, y encendia las luces en él, y tocaba la campana, despertando, y moviendo á todas con su ejemplo. Una noche, estando en oracion y deshaciéndose en lágrimas, le apareció el demonio en figura de un negro, y le dijo: Que no llorase tanto, porque perderia la vista; y mas servicio haria á Dios en gobernar aquel monasterio, que en derramar tantas lágrimas: mas conociendo la santa que aquella era instigacion de Satanás, le respondió: Si yo cegara y no pudiere regir este convento, no faltará otra que lo haga mejor que yo. Tú, y los que son de tu bando, sois verdaderamente ciegos; pues nunca podréis ver la luz incomprensible de Dios; y con esto el demonio la dejó, y se fué confuso. Otra noche de Navidad, deseando mucho hallarse á los maitines, y no pudiendo por su enfermedad, desde su cama oyó lo que cantaban los frailes de San Francisco en su convento, que estaba tan lejos, que humanamente no se podian oir, regalando Dios de esta manera á su sierva, y dándole lo que tanto deseaba. Cuando acababa la santa vírgen su oracion, salia con el rostro tan encendido, que hacia reparar á las que la miraban, y conocian luego en sus palabras, que venia de la oracion; porque hablaba con tanto espíritu, fervor y devocion, que encendia los corazones de los que la oian, y engendraba en ellos una grande estima de las cosas del cielo. Pero entre las otras devociones, que la santa vírgen tenia, fué muy admirable la del santísimo Sacramento. Comulgaba muy á menudo, é hilaba por sus manos, aun estando enferma en la cama, lienzos delicadísimos para corporales y servicio del altar, y repartíalos por todas las iglesias de la ciudad de Asís, y unos de ellos se guardan en la santa iglesia de Toledo. Una vez, la noche antes del jueves santo, en que la santa Iglesia celebra la institucion del divino y admirable Sacramento del altar, estando santa Clara contemplando el excesivo é inmenso amor con que el Señor en él se nos dejó, y los dolores que por nosotros padeció; se transportó y arrobó, de manera, que quedó en éxtasis, y sin sentido, toda aquella noche; y al dia siguiente la juzgaban por muerta, los que la veian.

7 Así como era grande su devocion para con el santísimo Sacramento, así por medio de él hizo nuestro Señor algunos milagros para favorecerla. Pasaba una vez por la ciudad de Asís el ejército del emperador Federico, grande enemigo de la Iglesia: venian en él muchos moros infieles, y como el monasterio de santa Clara estaba fuera de los mu-

ros de la ciudad, acometiéronle como enemigos de Dios y de la religion cristiana, para robarle y destruirle, y hacer todo lo que pudiesen. Fuéronselo á decir muy llorosas y despavoridas sus hijas á la santa madre, que por su enfermedad estaba en la enfermería: y ella con gran sosiego y confianza, las consoló, y se hizo llevar á la puerta del monasterio y poner á vista de los enemigos, teniendo delante de sí en una custodia el santísimo Sacramento. Allí puesta de rodillas con grande devocion y copiosas lágrimas, rogó al Señor, que no permitiese que aquellas siervas suyas, criadas en su amor, y que por él habian renunciado todos los amores del mundo, fuesen entregadas á aquellas bestias, que allí estaban. En acabando de orar, se oyó una voz del cielo, que dijo: Yo las guardaré siempre; y súbitamente los infieles que habian subido por los muros, atemorizados y atónitos, cayeron, y se fueron, dejando la presa que ya les parecia tener en las uñas: y la santa mandó á sus hijas, que mientras ella viviese, callasen el favor que Dios les habia hecho con aquella voz celestial: y por esta devocion que tuvo santa Clara al santísimo Sacramento, la pintan con una custodia en las manos. Otra vez estando cercada la ciudad de un ejército imperial, cuyo capitan era Vital de Aversa, hombre bravo y arrogante, y que decia que no se habia de partir hasta haberla tomado y destruido: Santa Clara llamó á sus benditas hijas, y mandó traer ceniza; y poniéndola ella primero sobre su cabeza, les ordenó que ellas tambien se la pusiesen, y postradas todas en oracion, suplicaron á nuestro Señor que librase aquella ciudad que por su amor tanto bien les hacia. Oyó el Señor las devociones y plegarias de santa Clara y de sus hijas; y la noche siguiente se deshizo todo aquel ejército, y poco despues el furioso capitan violentamente acabó su vida. No fueron solos estos los milagros que Dios obró por los merecimientos y oraciones de santa Clara, sino otros muchos y muy notables; porque con solo hacer la señal de la cruz atormentaba á los demonios, y los echaba de los cuerpos; y dió salud á muchos que padecian graves y peligrosas enfermedades: los cuales por hallar remedio, concurrian de todas partes á su monasterio.

8 Cuarenta y dos años estuvo santa Clara en aquel convento, regiéndole con la santidad de vida admirable que habemos dicho: y la mayor prueba de su gran virtud fué la paciencia y alegría que tuvo en veinte y ocho años de enfermedad que padeció: en los cuales, estando algunas veces muy apretada, nunca se vió su rostro triste, ni se oyó palabra de queja y sentimiento; porque el Señor, que como á esposa suya la probaba, tambien la esforzaba y regalaba en las mismas penas que padecia. Y con haber estado diez y siete dias una vez sin comer bocado, alentaba y consolaba á todos los que venian á ella, rebosando aquel espíritu celestial, de que estaba llena, é infundiéndole en los que la visitaban. Creció tanto la enfermedad y su flaqueza, que entendió ser llegada la hora, que ella tanto deseaba, de ser desatada de esta cárcel, para ver y gozar de su dulcísimo esposo. Recibió de mano del ministro provincial al mismo Señor encubierto, que esperaba ver descubierto, y cara á cara: y el mismo dia vino á ver á la santa (por la gran devocion y estima de su santidad) el papa Inocencio, IV de este nombre, y la dió su bendicion, é indulgencia plenaria de todos sus pecados: y la vírgen se regocijó mucho en el Señor, y convidó á sus hijas, y les rogó que la ayudasen á hacerle gracias, por haberse dignado aquel dia de comunicarle su sacratísimo cuerpo, y haberla favorecido con la presencia y visita de su vicario. Estaba entre las otras monjas Inés, hermana de santa Clara; la cual, viendo á su santa hermana y madre en aquel trance, con grande afecto, y tiernas y copiosas lágrimas le pedia que la llevase consigo, y que no la dejase acá en la tierra: pues habian sido tan buenas compañeras, y tan unidas en el mismo espíritu y deseo de agradar y servir al Señor. Consolóla la vírgen diciéndole, que la voluntad de Dios era que por entonces no la acompañase; mas que tuviese por cierto que no tardaria mucho á llevarla á gozar consigo: y así se cumplió. Lloraban todas sus hijas, viéndola morir; y ella las animaba y exhortaba á todas las virtudes, y especialmente á la humildad, y al amor de la santa pobreza. Comenzó despues á hablar entre sí con su alma y á decirle: Alma mia, vé segura; que buena guia llevas en esta jornada. Vé: porque el que te crió, te santificó, y te ha guardado siempre, y te ha amado con un amor tierno, como suele la madre á su dulcísimo hijo: y añadió: Bendito seais vos, Señor mio, que me criasteis. Preguntóle una religiosa, con quién hablaba; y respondió amorosamente: Hablo con mi alma que ha sido provenida de las bendiciones del Señor. Visitóle su dulce esposo á la hora de la muerte, y la gloriosísima Vírgen María nuestra Señora, acompañada de un coro de vírgenes, vestidas de blanco y resplandecientes, y con coronas de oro en la cabeza: y con tan celestiales favores y regalos, habiéndose hecho leer la Pasion, dió su benditísima alma al Señor, trocando el cilicio y hábito áspero, por la estola de la inmortalidad: la pobreza, por la riqueza eterna; y la ceniza y penitencia, por aquel gozo y vista bienaventurada que jamás tendrá fin. Causó su muerte en toda la ciudad, y en la corte del papa, que á la sazon se hallaba en Asís, gran tristeza y sentimiento. Concurrieron todos, hombres y mujeres, niños y viejos á sus exequias: y el mismo sumo pontífice Inocencio IV, con el colegio de los cardenales, se halló presente á su entierro: y queriendo los cantores cantar la misa *de Requiem*, mandó que se cantase la de una santa vírgen, dando muestras de quererla canonizar, antes que su sagrado cuerpo fuese puesto en la sepultura. Mas porque el cardenal ostiense, que era devotísimo de santa Clara, le avisó que aunque era muy justo lo que su santidad mandaba, por los grandes merecimientos de la vírgen; mas que convenia hacerlo con maduro consejo: y por este aviso la misa se dijo *de Requiem*, y el mismo cardenal de Ostia predicó y dijo muchas y grandes cosas de la excelencia y virtudes de santa Clara.

Para que su cuerpo estuviese mas seguro, le llevaron adentro de la ciudad, y la enterraron en la iglesia de San Jorge, donde un poco de tiempo habia estado sepultado su padre san Francisco. Pasó esta gloriosa vírgen de esta vida el año del Señor de 1253, á los 11 dias del mes de agosto, y fué sepultada á los 12 del mismo mes, y en él se celebra su fiesta. Hizo Dios despues de su muerte muchos y muy grandes milagros por su intercesion: por los cuales, y por su vida santa, el papa Alejandro IV, la canonizó el primer año de su pontificado, y el segundo de la muerte de santa Clara, y el de 1255 del Señor.

* San Euplio, diácono y mártir. — Era diácono de la Iglesia de Catania, en Sicilia, durante el reinado del emperador Diocleciano, cuando fué preso y conducido á la sala de audiencias del gobernador. Estando junto á la cortina que separaba el lugar donde estaba el juez, gritó Euplio que era cristiano y que deseaba derramar su sangre por el nombre de Jesucristo. Calvisieno (este era el nombre del gobernador) lo oyó y mandó que compareciese á su presencia, y el santo se presentó llevando en sus manos el libro de los Evangelios. Habiéndole preguntado la causa de presentarse con un libro que contenia una doctrina proscrita por los edictos imperiales, contestó con admirable entereza: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. El que quiera venir en pos de mí, debe llevar su cruz y seguirme. En seguida fué puesto Euplio sobre el caballete y atormentado cruelmente. En medio de sus padecimientos sufrió un segundo interrogatorio, pues Calvisieno fué á verle y le preguntó si todavía persistia en sus primeros sentimientos. La contestacion fué conforme á su virtud y al valor que Dios inspiraba á sus mártires: dijo, que no desistiria jamás en la confesion de su fé, y que no entregaria á sus verdugos las santas Escrituras, porque seria un crimen á los ojos de su Dios. Calvisieno entró entonces en su tribunal, y escribió la sentencia siguiente: « Mandamos que Euplio, convencido de cristiano, sea decapitado, en castigo de su obstinacion en despreciar los edictos del César, y en blasfemar de los dioses. » Esta sentencia fué ejecutada en la misma ciudad de Catania, el dia 12 de agosto del año 304, y el ilustre diácono obtuvo la palma del martirio.

San Porcario, abad, y otros compañeros, mártires. — Por su eminente virtud habia merecido este santo ser colocado al frente de la célebre abadía de Lerins. En 731, cuando los sarracenos se preparaban para pasar á la isla donde se hallaba situado el monasterio, Porcario mandó que se embarcasen para la Italia los mas jóvenes de sus religiosos y algunos niños que educaba como colegiales. En seguida exhortó al resto de su comunidad, que era bastante numerosa, á morir esforzadamente por Jesucristo. Todos aquellos monjes, siguiendo el generoso ejemplo de su abad, y fortificados con el cuerpo de Jesucristo, esperaban la muerte con resignacion y alegría, cuando llegaron los sarracenos. Hechos dueños de la abadía, degollaron en odio del cristianismo á los quinientos religiosos que componian aquella comunidad, empezando por el santo abad, y por los mas ancianos de entre ellos, á fin de intimidar así á los jóvenes y hacerles titubear en su fé. Pero ni uno solo hubo que no prefiriese morir á abandonar la religion de Jesucristo, y todos son honrados en este dia por la Iglesia en el número de los mártires.

Santa Hilaria, con sus criadas las santas Digna, Eupreпia y Eunomia, mártires. — Santa Hilaria era madre de santa Afra, muerta tambien á manos de los enemigos del Evangelio. Estando un dia velando junto al sepulcro de su hija, allí mismo la quemaron los perseguidores, por la fé de Cristo, con las otras tres santas citadas. Su martirio sucedió en Augsburgo, el año 304.

Los santos Quiriaco, Largion, Crescenciano, Nimia, Juliana, y otros veinte compañeros, mártires. — Padecieron martirio por la fé de Jesucristo en la misma ciudad de Augsburgo, al mismo dia que las santas anteriores, por haber manifestado y confesado su religion mientras los verdugos daban muerte á dichas santas.

Los santos Aniceto, Fotino, y otros muchos compañeros, mártires. — El primero era conde del imperio, y el segundo sobrino suyo. Estando el emperador Diocleciano en Nicomedia, en cuya ciudad vivian los dos santos, les mandó comparecer cierto dia á su presencia delante de una multitud de pueblo que se hallaba congregada. Amenazóles con los mas bárbaros tormentos si no renegaban de Jesucristo; pero los dos santos, que se hallaban llenos del espíritu de Dios, confesaron mas altamente su fé, y por medio de sus conjuros al espíritu infernal, cayeron derribadas las estatuas de los dioses que allí habia. Furioso el emperador, mandó que los dos fuesen entregados á las fieras; pero estas aparecieron delante de ellos como mansas ovejas, visto lo cual fueron degollados en la misma ciudad de Nicomedia, el año 305 ó 306.

San Macario y san Julian, mártires. — Por haberse perdido las actas de su martirio, ignoramos cuándo y cómo le padecieron, sabiendo tan solo que murieron en Siria.

San Graciliano y santa Felicísima, mártires. — Era el primero un cristiano fervoroso de la ciudad de Faleria, en Toscana, y la segunda una vírgen de la misma ciudad, que habia consagrado su integridad á Jesucristo. Ambos vivian en el temor de Dios y en las prácticas de la virtud cristiana, cuando en tiempo del emperador Galerio Maximiano, habiendo sido acusados y no queriendo prestar adoracion á los dioses paganos, primeramente los quebrantaron con piedras los rostros, y despues siendo degollados, alcanzaron la deseada palma del martirio.

San Eusebio, obispo y confesor. — Nació en Milan, y habiendo crecido en ciencia y piedad, fué ordenado de diácono. Su zelo y ardiente caridad recordaban la administracion de los primeros dias de la Iglesia. Consagrado obispo de Milan, brilló con toda clase de virtudes, distinguiéndose

especialmente en la gracia de ablandar los corazones de los bárbaros que invadian entonces la Italia, de los cuales convirtió gran número á la fé. Asistió á varios concilios, y murió en paz el año 465.

SAN HERCULANO, OBISPO Y CONFESOR.—Floreció durante el siglo VI, gobernando la Iglesia de Brescia, en Italia. Su santidad fué tan grande, que á sus ruegos los enfermos curaban repentinamente, los muertos volvian á la vida, y los elementos suspendian sus efectos naturales para ostentar prodigiosamente la virtud del siervo de Dios. Murió tranquilamente en medio de su rebaño despues de un pontificado ilustre en portentosos hechos.

Dia 13.

SAN HIPÓLITO, MÁRTIR.—Siendo preso el invencible mártir de Cristo san Lorenzo, fué dado en guarda á un caballero romano, llamado Hipólito: el cual por haber visto los milagros que san Lorenzo obraba, estando aherrojado en la cárcel, y que con sola la señal de la cruz daba vista á los ciegos, y hacia cosas maravillosas, se convirtió á la fé del Señor, y fué bautizado él y toda su familia, que era de diez y nueve personas, por mano del mismo san Lorenzo. Fué tan fervoroso despues Hipólito, y tan deseoso de morir por Cristo, que viendo padecer á san Lorenzo, por acompañarle y morir con él, quiso á voces clamar que era cristiano, y fué necesario, para que no lo hiciese, que el mismo san Lorenzo le detuviese y le mandase que callase y se guardase para su tiempo, que presto le vendria. Pasó su carrera gloriosamente san Lorenzo, y murió asado en unas parrillas con aquella constancia y espíritu admirable, que dijimos el dia de su martirio: é Hipólito, tomando su cuerpo, honoríficamente le enterró en compañía de Justino, presbítero. Como esto se divulgase y viniese á noticia del emperador, al cabo de tres dias, estando en una casa, puesta la mesa para comer, por su mandado fué preso Hipólito, y llevado á su presencia, le dijo: ¿Tambien tú eres nigromántico y mago como Lorenzo, y has enterrado su cuerpo? Respondió Hipólito: Verdad es que yo le enterré; mas no como mago, sino como cristiano. Enojóse sobre manera el tirano; hízole dar con una piedra muchos golpes en la boca, y desnudar de la vestidura blanca de Cristo, y recien bautizado, que traia; y san Hipólito dijo al tirano: No me has desnudado, sino vestido. Despues de algunas razones, mandóle Valeriano tender en el suelo, y herir fuertemente con varas y gruesos palos; y el santo daba gracias á Dios, que le hacia digno de aquel tormento. El tirano dijo: no sienta los palos Hipólito: arañen con cardos y espinas su cuerpo. Hízose así; é Hipólito á voces decia: Cristiano soy, y por Cristo padezco. Estando ya cansados los mismos verdugos de rasgar sus carnes y de atormentarle, mandó el tirano que lo levantasen del suelo, y le vistiesen de su hábito antiguo y militar, y comenzó á hablarle con blandura, rogándole que dejase aquella pertinacia, y que fuese su amigo, y que gozase de la honra militar, y de las otras mercedes que le hacia. Riósе Hipólito, y con voz alta y clara dijo: Mi honra y gloria militar, es ser soldado constante de Cristo, y morir debajo de su bandera: Mandó el tirano confiscarle los bienes, y prender, y traer delante de sí toda la familia de Hipólito, porque supo que era cristiana. Entre las otras personas que en ella habia, era una santa mujer, llamada Concordia, la cual habia sido ama, y criado al mismo Hipólito: y diciéndole el tirano que mirase sus años, y no quisiese morir con su señor Hipólito; ella respondió: Yo, y los que estamos aquí presentes, antes queremos morir valerosamente con Hipólito, que vivir sin él, siendo cobardes. Embraveciósе el tirano, y dijo: Los esclavos y siervos no se enmiendan, sino con azotes: y mandó azotar á Concordia, y herirla con plomadas tan fuertemente, que dió su espíritu al Señor en aquel tormento, estando presente Hipólito. Quedó el santo muy alegre y regocijado, por ver que habia enviado delante de sí á la corona de la gloria, á la que le habia dado el pecho y sustentado con su leche. Finalmente mandó Valeriano, que Hipólito, y toda su familia, fuesen llevados fuera de los muros de Roma, y que allí en presencia de Hipólito los demás fuesen degollados, y él, atado á las colas de caballos feroces y bravos, fuese arrastrado por el campo; y así con este horrible y cruelísimo martirio despedazado, dió su alma á Dios; y su cuerpo de noche fué sepultado por Justino, presbítero, y otros cristianos en el campo Verano, no lejos del cuerpo de san Lorenzo. Celebra la Iglesia su martirio á los 13 de agosto, y fué año de Cristo de 261, imperando Valeriano, y Galieno, su hijo. Los Martirologios, romano, de Beda, Usuardo y de Adon, hacen mencion de san Hipólito, mártir, y mas copiosamente se trata de él en los Actos del martirio de san Lorenzo.

SAN CASIANO, MÁRTIR.—San Casiano, mártir, fué obispo de una ciudad de Alemania, que está en los Alpes, llamada Bressenon ó Brissen, de la cual habiendo sido echado, se puso en camino para ir á Roma: y llegado á la ciudad de Imola, que es en la provincia de Romania, en Italia, paró allí, y con deseo de servir á nuestro Señor y aprovechar en la juventud, abrió escuela, y comenzó á enseñar á los niños buenas letras y loables costumbres. Duraba en aquel tiempo la persecucion contra los cristianos: y habiendo el juez entendido que Casiano lo era, le mandó prender, y le preguntó si era cristiano, y qué era su oficio. El santo confesó con grande libertad y constancia, que era cristiano, y dijo que su oficio era enseñar á leer y escribir á los muchachos. Entonces el juez mandó convocar á todos aquellos niños que Casiano enseñaba, diciéndoles que aquel su maestro era sacrílego contra los dioses, y quebrantador de los mandatos imperiales, y digno de muerte; y se le entregó á todos, para que se la diesen á su voluntad. Los muchachos incitados por el juez, deseosos de vengarse de los azotes y castigos que les habia dado, arremetieron al santo, y cada uno le heria con lo que podia y como podia. Usábase en aquel tiempo escribir en unas tablas enceradas con unos hierros

delgados y agudos, que llamaban estilos: con estos herian al santo por todas las partes de su cuerpo, y le hacian correr sangre. El los rogaba que fuesen atrevidos, y que le hiriesen con mayores fuerzas, por el deseo que tenia de morir por Cristo, y porque cuanto las heridas eran mas pequeñas, tanto mas tardaria de verse con él en su gloria. Con este martirio acabó el santo su vida, y fué á los 13 de agosto: y segun algunos fué imperando Juliano Apóstata. Escriben de san Casiano los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio: antes de todos Aurelio Prudencio escribió un himno, en verso muy elegante, del martirio de san Casiano: en el cual cuenta, como estando él mismo en Imola, haciendo oracion delante del altar de san Casiano, vió allí una pintura, en la cual estaba el santo desnudo, y cercado de gran muchedumbre de muchachos, que con sus estilos le lastimaban y herian, y allí le declararon lo que allí queda referido, y él lo escribió en verso, y otro trasladó en prosa, como lo escribe el venerable Beda.

* SANTA CONCORDIA, MÁRTIR.—Fué nodriza de san Hipólito, mártir, cuya vida insertamos en este mismo dia, y la cual puede verse mas arriba.

SAN MÁXIMO, MONJE Y MÁRTIR.—Nació en Constantinopla el año 580, de una familia noble y antigua. Su educacion fué esmerada; pero como desde niño poseia todas las virtudes, Dios le infundió una ciencia superior á la de las escuelas, la ciencia de los santos. A pesar de su modestia y humildad, su mérito fué muy pronto conocido, y el emperador Heraclio le nombró su primer secretario de estado. Su elevacion no le deslumbró nunca; al contrario, en medio de su grandeza, practicaba las mas puras virtudes, y suspiraba de continuo por el retiro y la soledad. Por aquel tiempo se introdujo en la corte la herejía de los monotelistas, y Máximo para no hacerse instrumento de los herejes, se retiró á un monasterio. En su soledad oraba dia y noche por las necesidades de la Iglesia y del estado, y se armaba de constancia contra los peligros á que su alma se hallaba expuesta. Temiendo aun en su monasterio los lazos que tendian los herejes por todas partes, resolvió buscar otro lugar mas solitario y se retiró al Africa. Salió de él para disputar públicamente en Cartago contra los obispos herejes, y les convenció; despues fué á Roma por órden del papa san Martin y asistió al concilio de Letran, en el año 649, permaneciendo en Roma hasta la muerte del mismo pontífice, sucedida el año 655. San Máximo fué entonces preso por órden del emperador, y conducido á Constantinopla con su discípulo Anastasio, y otro Anastasio que habia sido apocrisario de la Iglesia romana. Al llegar á Constantinopla se presentó un oficial acompañado de diez soldados de la guardia imperial, y habiéndoselos llevado casi desnudos, los llevaron á varios calabozos, y despues de haberles hecho sufrir espantosos tormentos y diferentes interrogatorios, fueron desterrados por órden del emperador Constante á Quersoneso, donde murieron dentro de pocos meses en la paz de Dios, el año 662.

SAN VIGBERTO, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Era un santo monje de Inglaterra que florecia en el siglo VIII. Habiéndole invitado san Bonifacio á trasladarse á Alemania, le nombró primer abate del monasterio de Ordorft, y despues de Friteslar. Glorioso en virtudes y milagros, murió el año 741 y fué enterrado en este último monasterio. San Vigberto es el patron de la ciudad y monasterio de Colleda, que pertenece á la órden del Cister.

SANTA RADEGUNDA, REINA.—Fué hija de Betario, rey de Turingia, en la Germania, y nació en 519. Educada en el paganismo, á la edad de diez años conoció las verdades de la fé, y abrazó la religion cristiana con tanto fervor, que fué desde luego modelo de todas las virtudes. Habia pensado consagrarse á Dios en perpetua virginidad, pero no le fué posible negarse á las solicitaciones de Clotario, rey de Francia, que la queria por esposa. Efectuóse el matrimonio, y la santa continuó siendo espejo de los mas altos ejemplos. A los encantos de la virtud juntaba los de la mas perfecta hermosura, y era el embeleso de su esposo y de toda la corte. Sin embargo, Clotario concibió despues de algun tiempo tal aversion contra su esposa, que tuvo que sufrir esta una serie de malos tratamientos tan dolorosos, que al fin, viendo en peligro su paciencia, pidió permiso para retirarse á un monasterio. El rey no solamente lo consintió, sino que además hizo edificar un célebre monasterio en Poitiers, donde su esposa se retiró en compañía de algunas vírgenes, esposas de Jesucristo. Ocupóse al principio en dar reglas á sus religiosas, hizo confirmar su fundacion por los padres del concilio de Tours, celebrado en 566, y en seguida normalizó las prácticas del monasterio, que fueron la admiracion y veneracion de todos. Al fin de sus dias, Clotario se arrepintió de sus faltas, é hizo un viaje para ver por última vez á Radegunda, que lo recibió con todas las muestras de la mas cordial benevolencia, y oró al cielo por él. Por fin, coronada de grandes merecimientos, teniendo bajo su direccion mas de doscientas religiosas, llorada de todas ellas y de cuantos habian tenido ocasion de admirar su eminente virtud, murió santamente Radegunda el dia 13 de agosto del año 587, en su mismo monasterio de la Santa Cruz, donde fué enterrada. En su sepulcro obró el Señor grandes milagros.

SAN CASIANO, OBISPO Y MÁRTIR.—Convirtióse á la religion cristiana viendo martirizar á san Ponciano, obispo de Todi. Su conversion fué sincera, y su fé tan ardiente, que dentro de muy breve tiempo fué la admiracion y el modelo de todos los fieles de aquella diócesis, y lo pidieron por su pastor. Consagrado obispo de Todi, dedicóse á fortalecer á sus ovejas contra el temor de la muerte; pues se sentia ya rugir la persecucion que tanta sangre habia de costar á la Iglesia. Efectivamente, despues de algun tiempo, publicó Diocleciano sus edictos contra los cristianos, y el santo obispo Casiano fué de los primeros que se presentaron al tirano, y sellaron con su sangre la verdad de la religion que profesaban. San Casiano fué mandado martirizar por un hermano suyo, procónsul á la sazon del territorio de Todi.

SANTA CENTOLA Y SANTA ELENA, MÁRTIRES.— Españolas por nacimiento, y gloria de la ciudad de Burgos que las vió morir. Centola era una vírgen de grandes virtudes, que presa por ser cristiana, fué atormentada hasta que confesase la divinidad y el poder de Júpiter; pero cuanto mas los verdugos redoblaban los tormentos, mas ánimo y valor mostraba ella para sufrirlos. Hallándose ya su cuerpo descarnado y sin sangre, fué metida en una oscura prision para prolongarla mas los dolores; y estando en ella se le presentó una matrona principal, llamada Elena, tambien de gran virtud, y empezó á exhortarla á perseverar constante hasta el fin. En esto entraron en la cárcel los ministros del gobernador, y cogiendo á las dos, las llevaron al lugar del suplicio, y juntas las degollaron; recibiendo así la palma del martirio. Créese que su muerte fué por los años de 300 ó 302, en el reinado de Diocleciano.

Dia 14.

SAN EUSEBIO, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—En tiempo del emperador Constancio se embraveció en Roma la herejía de los arrianos, por el favor y fuerzas que él les dió, y á esta causa se levantó una gravísima y terrible tempestad contra los católicos, y muchos obispos y santos sacerdotes fueron desterrados y afligidos, y muertos por la fé católica. Entre ellos fué uno Eusebio, romano, presbítero y santísimo confesor: el cual, por defender constantísimamente la fé y verdadera religion, con mas libertad y ánimo que quisiera Constancio, le mandó encerrar y como omparedar en un aposento de su misma casa, tan estrecho y angosto, que apenas cabia en él, ni se podia extender ni volver á una parte ni otra. Allí estuvo el santo varon siete meses, y haciendo perpetuamente oracion al Señor, y suplicándole que le diese fortaleza y constancia para morir por él: y diósela tan cumplida, que al cabo de los siete meses murió, y dió su espíritu al que le habia criado, en aquella como sepultura, en que habia estado. Su cuerpo recogieron Gregorio y Orosio, sacerdotes, y le enterraron en una cueva del cementerio de Calixto, junto al cuerpo de san Sixto, papa, y pusiéronle un título que decia. «Aquí yace Eusebio, varon de Dios.» Cuando Constancio supo la muerte de Eusebio, y como Gregorio y Orosio habian enterrado su cuerpo, enojóse sobre manera, y mandólos prender. Hubo á las manos á Gregorio, é hízole como enterrar vivo en la misma cueva, donde estaba el cuerpo de san Eusebio. Orosio, que se habia escapado, lo supo, y de noche se fué á él; y aunque le halló vivo, estaba ya tan debilitado, que murió allí en sus manos: y así le dejó sepultado en aquel mismo lugar. Celebra la Iglesia la muerte de san Eusebio á 14 del mes de agosto, y fué el año del Señor de 357, imperando Constancio. En Roma hay una iglesia de San Eusebio, muy antigua y de gran devocion, en la cual está su santo cuerpo, y los de Orosio y Paulino, y otras muchas reliquias de santos mártires: y san Zacarías, papa, la mandó reparar y adornar. Hacen mencion de san Eusebio los Martirologios, romano, el de Beda, y Usuardo, y mas copiosamente el de Adon: y tambien el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio, y en el tercer tomo de sus Anales.

SAN SIMPLICIANO, ARZOBISPO Y CONFESOR.— Nació san Simpliciano en un lugar de Italia, llamado Betuata, de padres nobles, cuyos nombres eran Ludovico y Senedruga. Enviáronle de poca edad á Roma, donde se bautizó, y estudió, y en poco tiempo aprendió mucho, y fué perfecto en su modo de vivir. Era tardo en el hablar: presto en el oir: discreto en el silencio: medido en las palabras: sabio en el consejo; y purísimo en la castidad. Para sí era muy estrecho, y para los pobres liberal: dábase mucho á la oracion y leccion, y ardia su corazon en un encendido y abrasado amor de Dios y del prójimo. Por estas virtudes subió en Roma á la dignidad de presbítero, y vino á ser mirado y respetado de la gente cuerda y grave, como varon de Dios. Tuvo cuatro excelencias san Simpliciano muy dignas de grande alabanza.

2 La primera: que estando en Roma trabó amistad con Victorino, que era africano y varon sapientísimo, y enseñaba retórica á la nobleza romana, y por sus grandes letras habia merecido que se le pusiese estatua en la plaza de Trajano; y siendo idólatra y gran defensor de los dioses romanos, se convirtió á la fé de Cristo nuestro Señor, por el trato y familiaridad que tuvo con san Simpliciano. Esta fué una gloriosa victoria que admiró á toda la ciudad de Roma, y tanto, que san Agustin, luz de la Iglesia, en el libro de sus Confesiones la refiere por estas palabras.

3 «Para exhortarme á la humildad de Cristo, que se esconde á los soberbios, y se descubre á los humildes, me comenzó Simpliciano á contar un cuento de Victorino, á quien él habia conocido muy familiarmente en Roma: el cual no quiero yo aquí callar; porque el referirle, dará ocasion de alabar y ensalzar vuestra gracia, que se debe confesar para vuestra gloria. Contóme, pues, como aquel viejo doctísimo, y en todas las ciencias sapientísimo, y que habia leido tantos libros de filósofos, y juzgádolos y declarádolos, y era maestro de tantos y tan nobles senadores, por la excelencia de sus grandes letras: y de haberlas enseñado con tanta loa, habia merecido y alcanzado que en la plaza de Roma se le pusiese públicamente estatua, que es cosa tan estimada de los hombres de este siglo. Este tan insigne varon (digo) hasta aquella edad habia reverenciado y adorado á los ídolos, y participado de sus sacrilegios y ceremonias profanas, con las cuales casi toda la nobleza romana estaba inficionada, y tenia por dioses á una multitud de monstruos, y como á tales les hacia sacrificios y suplicaba; y Victorino tanto con su elocuencia y voz sonora lo habia defendido: pero despues alumbrado y esforzado con vuestra gracia, Señor, no tuvo vergüenza de humillarse, y hacerse siervo de Cristo, y lavarse como niño en el bautismo, sujetando su cuello humildemente á vuestro santo yugo, y señalando su frente con el

oprobio de la cruz. O Señor, Señor, que inclinasteis los cielos, y descendisteis, y tocasteis los montes, y humearon, ¡con qué blandura y suavidad os injeristeis y entrasteis en aquel pecho! Leia Victorino (como dice Simpliciano) la santa Escritura, y con gran cuidado y estudio escudriñaba las letras cristianas, y no en público, sino en secreto, y familiarmente, como amigo, decia á Simpliciano: Hágote saber que hoy ya soy cristiano. Respondiale Simpliciano: No lo creeré, ni te tendré por cristiano, hasta que te vea en la Iglesia de Cristo.» Y despues va contando como Victorino se bautizó é hizo públicamente la profesion de su fé, y que cuando subia al lugar donde la habia de hacer; todos los que le conocian (y no habia quien no le conociese), le comenzaron á mirar, y á apellidar su nombre, como quien le daba la enhorabuena con grandes muestras de alegría. Todo esto es de san Agustin: y añade, que cuando Victorino estaba en mayor reputacion, y su pecho parecia una torre inexpugnable, en la cual el demonio se habia encastillado, y su lengua era saeta aguda y penetrante, con que habia herido á muchos; tanto debia ser mayor el gozo de toda la Iglesia, viéndole reducido á su fé y obediencia. Esta fué la primera hazaña y victoria de san Simpliciano.

4 La segunda es: que habiendo Dios nuestro Señor escogido á san Ambrosio para arzobispo de Milan, y de lego que era, y prefecto de aquella ciudad y provincia, levantádole súbitamente á tan gran dignidad, y antes de ser discípulo, puéstolo por maestro de su Iglesia: y queriendo el sumo pontífice san Dámaso, como vicario de Cristo, y pastor universal de su rebaño, ayudar á san Ambrosio para que acertase en los ritos, ceremonias y usos de la santa Iglesia romana, le envió á san Simpliciano, para que fuese su ayuda y maestro; y san Ambrosio le recibió y le tuvo por tal, como lo dice san Agustin por estas palabras: «Fuí á verme con Simpliciano, que era padre espiritual de Ambrosio, obispo, en la gracia que vos le comunicasteis, y á quien amaba verdaderamente, como á padre.» Esto es de san Agustin.

5 El mismo san Ambrosio, hablando de sí, dice: «Los hombres primero aprenden, y despues enseñan; mas yo, habiendo sido arrebatado de los tribunales legos al sacerdocio, comencé á enseñar lo que no habia aprendido; y así juntamente tengo de enseñar y aprender, por no haber tenido tiempo de aprender antes.» Mas fué tan rara la modestia de san Simpliciano, que conociendo la grandeza de san Ambrosio, y que el grado de obispo, que tenia, era superior al suyo de presbítero; para enseñarle, se hacia discípulo, y como á maestro le preguntaba varias y dificultosas cuestiones, á las cuales respondia san Ambrosio, que en una epístola le dice estas palabras: «¿Por qué tú dudas, y me preguntas á mí, habiendo tú dado vuelta á todo el mundo, para alcanzar la fé y el conocimiento divino, y toda la vida gastado de dia y de noche en la leccion, y con tu grande ingenio penetrado las cosas menos inteligibles, y estás acostumbrado á enseñar cuán descaminados y apartados de la verdad sean los libros de la filosofía?» Pues cuán grande loa y excelencia de Simpliciano es haber sido maestro de un doctor, á quien toda la Iglesia católica tiene por maestro, y el haberle él reconocido, y reverenciado como á tal, por sus raras partes, y por haberle sido enviado de Roma de un tan gran pontífice como fué san Dámaso.

6 Si las dos cosas que habemos referido fueron ilustres en san Simpliciano, no lo es menos la tercera; antes de mayor estima y mas gloriosa, por la mayor utilidad que resultó de ella en toda la Iglesia católica. Esta es la conversion del gran padre san Agustin á nuestra santa religion, en la cual tuvo gran parte san Simpliciano: porque estando san Agustin en Milan teñido en los errores de los herejes maniqueos, y duro y rebelde en las verdades de nuestra santa religion, comenzó á oir los sermones que san Ambrosio, como obispo, predicaba al pueblo, y á deleitarse primero en sus palabras, y elocuencia, y despues en sus razones y sentencias, y vino á estar dudoso de la verdad de su secta, y poco á poco á aborrecerla, y á aficionarse á los misterios y sacramentos de la ley evangélica. Pero todavía estaba dudoso y perplejo de su vida temporal, y perezoso de entrar por las angostas sendas del camino de la vida: y estando en esta duda y perplejidad, dice el mismo doctor san Agustin, que Dios nuestro Señor le puso en el corazon, que fuese á san Simpliciano: porque le parecia que era fiel siervo de Dios, y que su gracia resplandecia en él, y habia oido decir, que desde mozo le habia servido con gran devocion, y ya era viejo, y con la larga edad, gastada en el estudio de la virtud, tenia experiencia de muchas cosas y sabia mucho; y por esto queria descubrirle las congojas de su corazon, y conferir con él sus penas, para que viendo en la disposicion de su alma, le aconsejase lo que habia de hacer para servir al Señor. Habiendo, pues, contado san Agustin á san Simpliciano los rodeos, en que andaba perdido, y los enredos de su corazon, quedó con su trato y comunicacion sosegado, y confirmado en sus buenos propósitos, y encendido en el amor de Jesucristo y de toda perfeccion. Y de aquí es, que en algunos lugares de sus obras san Agustin trata honoríficamente de san Simpliciano, y le llama, y reverencia, como á padre espiritual de su alma. Pero adviértase que entre las obras de san Ambrosio andaba un sermon, que es el 92, en que con nombre de san Ambrosio se trata del bautismo de san Agustin y en él se hace mencion de san Simpliciano, como de persona que fué gran parte para la conversion de san Agustin; pero aquel sermon (como lo dijimos en la vida del mismo padre san Ambrosio) no es de san Ambrosio, sino de algun autor ó burlador, que con nombre de san Ambrosio quizo autorizar sus devaneos: porque á mas de que el estilo de aquel sermon es muy desemejante al de san Ambrosio; en él se dice que san Agustin fué cartaginés: y no fué sino de Tagaste: y que se convirtió de la gentilidad á la fé de Cristo; y san Agustin nunca fué idólatra, aunque siguió algun tiempo los errores de los maniqueos.

Dice mas: que san Ambrosio tuvo grandes disputas con san Agustin; y el mismo san Agustin dice, que estaba siempre san Ambrosio tan ocupado, que nunca tuvo lugar de hablarle despacio, y preguntarle lo que queria. Dice: que le vistieron de paño y con una cogulla negra, cuando le bautizaron; siendo esto contrario al uso y costumbre de aquellos tiempos, en que todos los que se bautizaban se vestian de blanco infaliblemente: y por estas razones se ve, que aquel sermon no es de san Ambrosio, ni hay que hacer caso de él.

7 Habiendo, pues, san Simpliciano hecho cosas tan hazañosas, y de tan gran provecho para toda la Iglesia del Señor, y viviendo con maravilloso ejemplo de santidad, y en una tranquila quietud en un monasterio, que habia en los arrabales de Milan, debajo del gobierno y disciplina de san Ambrosio, que con sus limosnas le sustentaba; cayó malo el mismo san Ambrosio de la enfermedad que le acabó la vida: y estando ya para morir, algunos de sus clérigos y diáconos, que estaban fuera de la pieza, comenzaron á tratar entre sí de la persona que habia de suceder al santo prelado en el gobierno de aquella Iglesia: y hablando ellos muy bajo, y que apenas entre sí se podian oir, nombraron á san Simpliciano. San Ambrosio los oyó, desde donde estaba, y dijo: Bueno, aunque viejo: que fué una como profecía de san Ambrosio, en que declaraba, que Simpliciano, aunque era de mucha edad, le sucederia en aquella silla, como le sucedió; y esta es otra y la cuarta prerogativa de Simpliciano, por haber sucedido á san Ambrosio, y haber sido nombrado de él de la manera que aquí queda referido. Todo el clero y pueblo le nombró por su obispo, y se consoló con tal sucesor, del sentimiento y ternura que tenia por haber perdido tan gran pastor, y padre, y maestro, como lo habia sido san Ambrosio: y tuvieron gran razon; porque Simpliciano, aunque era decrépito en la edad, trabajaba como mozo, llevando adelante las gloriosas empresas de san Ambrosio, resistiendo á los herejes, enseñando y animando á los católicos, remediando á las viudas, recogiendo á los huérfanos, dando de comer á los pobres, rescatando á los cautivos, y siendo refugio y puerto seguro de todos los atribulados. Vivió el santo solos cuatro años (á lo que escribe Pedro Galesino) en el obispado. El cardenal Baronio dice, que murió en el año del Señor de 400; y habiendo muerto san Ambrosio á los 4 de abril de 397, vienen á ser los que fué arzobispo cuatro años no cumplidos. La vida de san Simpliciano escribió Pedro Galesino, protonotario apostólico, recogida de papeles antiguos de la Iglesia de Milan. Hace mencion de él el Martirologio romano á los 16 de agosto, y Paulino en la vida de san Ambrosio, y el concilio III cartaginense, cap. 48, y san Agustin en algunos capítulos del octavo libro de sus Confesiones, y le escribió dos libros de diversas cuestiones, y de ellos hace mencion en el libro II, capítulo 1 de sus Retracciones, y libro I, cap 4 *de Prædestin. sanctor.* El mismo san Ambrosio le escribió algunas epístolas: y san Vigilio, obispo de Trento, y mártir, en un libro *de Martyrib.*, y Genadio en su Catálogo de sus Varones ilustres, pone á san Simpliciano, y dice, que con sus epístolas, siendo presbítero, incitó á san Agustin para que se diese al estudio y exposicion de las sagradas Letras; y que haciendo oficio de discípulo, que preguntaba, enseñaba al maestro.

* San Demetrio, mártir.—No se sabe de él mas que el nombre y que murió en Africa.

San Calixto, obispo y mártir.—Fué insigne en piedad: gobernó la Iglesia de Todi en tiempo que los godos arrianos tenian ocupada la Italia. Conservó con admirable constancia y por medio de prolongados trabajos toda su grey de la mancha de la herejía. Edificó la iglesia catedral de San Juan Bautista en su ciudad episcopal, levantó otros monumentos de eterna memoria y dejó á la posteridad la preciosa memoria de sus eminentes virtudes. Aun se conserva en Todi el áspero cilicio que llevó la mayor parte de su vida, el cual en el dia de hoy exhala todavía un suave olor. Estando un dia el santo reprendiendo á unos malvados sus excesos, fué asesinado por ellos, y la Iglesia lo venera en el número de sus mártires. Su muerte se fija en el dia 14 de agosto del año 528.

Santa Atanasia, viuda.—Nació en Egina, isla de Grecia, de padres piadosos, que hicieron de ella un vaso de eleccion para la casa de Dios. Tenia apenas siete años, cuando ya sabia de memoria todo el Salterio, y su ocupacion favorita era cantar dia y noche las divinas alabanzas. A pesar de su vocacion á la vida religiosa, sus padres la obligaron á casarse; pero á los diez y seis dias de boda, perdió á su marido y quedó viuda. Conociendo entonces mejor que nunca las vanidades y locuras del mundo, determinó resueltamente consagrarse á Dios, y á este fin, vendiendo cuanto poseia y distribuyéndolo á los pobres, se retiró á un lugar solitario de la misma isla Egina, donde edificó algunas celdas y fijó su residencia. Allí, acompañada de algunas santas vírgenes, que se habian puesto bajo su direccion, pasó el resto de su vida, entregada toda entera á la santificacion de su alma, regalada por el Señor con singulares favores y visiones, gloriosa en milagros, pura y santa hasta su muerte, sucedida á mediados del siglo IX.

San Ursicio, mártir.—Nació en el Ilírico, abrazó la carrera de las armas y era tribuno del ejército cuando abrazó la fé cristiana. Delatado al emperador por uno de sus subordinados, fué llevado al templo de Júpiter para que le adorase, y negándose á hacerlo, allí mismo se le quemaron inhumanamente las manos y los piés. Estando en este tormento se presentó el tirano, y Ursicio le dijo: No me quejo por lo que padezco, pues lo padezco justamente en castigo de haber servido á los tiranos en sus injustas guerras. Despues de estas palabras, le echaron agua á los piés y á las manos, y lo dejaron libre; pero pasados algunos dias, volvieron á prenderlo y le degollaron, en tiempo del emperador Maximiano.



SAN MARCELO, OBISPO Y MÁRTIR. — Sirio de nacion y educado en la fé cristiana, fué despues una de sus mas firmes columnas. Su vida fué siempre ejemplar: soltero, casado y pastor de la Iglesia, fué modelo en todas las condiciones y estados. Habiendo perdido á su esposa, se retiró á un desierto, del cual salió para ser consagrado obispo de Apamea en la misma Siria. Todo su zelo lo empleó en desterrar de su diócesis las reliquias de la idolatría; y estando un dia haciendo derribar un antiguo templo gentílico, los paganos, furiosos, le asaltaron, y despues de haberle hecho sufrir varios tormentos, le quitaron la vida el dia 14 de agosto del año 389.

SAN ESTANISLAO DE KOSTKA (ó Cosca); véase el dia 13 de noviembre que es donde corresponde su vida.

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. — Nació en Nápoles el año de 1696; y siguió por algun tiempo con buen éxito la carrera del foro. En 1728 renunció á ella para abrazar el estado eclesiástico. Juntóse con muchos padres de las misiones, y predicó con tanta uncion las verdades del Evangelio, que convirtió muchísimas almas empedernidas. Retiróse despues con algunos misioneros á la ermita de Nuestra Señora de la Scala, y en ella fundó la institucion del Santísimo Redentor, destinada á la instruccion de los campesinos, institucion que, á pesar de algunos obstáculos, fué aprobada por el sumo pontífice. Clemente XIII nombró á nuestro Ligorio obispo de santa Agueda de los Godos en el año 1762. Pero, Ligorio, cuya alma fervorosa no podian deslumbrar los oropeles de la grandeza, pidió con instancia y obtuvo por fin de Pio VI el permiso para renunciar y retirarse á su congregacion en Nocera de Pagani, donde murió en olor de santidad, siendo de noventa años de edad; santidad que ha sido debidamente declarada para bien de los cristianos, que cuentan en el número de sus intercesores ante el Dios de bondad á nuestro insigne Ligorio. Ha dejado varias obras que corren con general aceptacion, ya entre los doctos, como su «Teología moral,» y su «Instruccion y práctica de confesores,» ya en manos de todos los fieles, como su «Verdad de la fé,» y sus «Visitas,» etc.

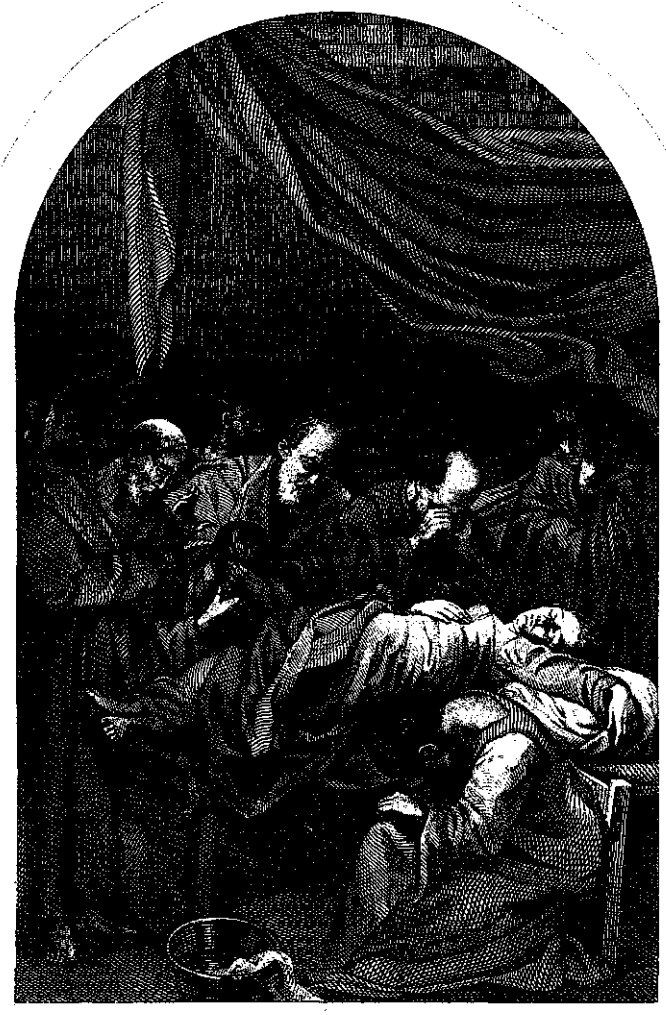
Dia 15.

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA. — Subió Cristo nuestro Salvador al cielo, y dejó á su benditísima Madre, y Señora nuestra, en la tierra: no la llevó consigo; porque así convenia á toda la Iglesia, que quedara como huérfana de padre y madre, y muy desconsolada y afligida, si juntamente perdiera la presencia corporal de su Padre y maestro, y de su Madre y abogada. Dejóla, para que como luna en ausencia del sol alumbrase este hemisferio, y para que como ama blanda y amorosa diese leche, y criase á sus pechos á la Iglesia que era pequeña y tierna, y tenia necesidad de su sustento. Dejóla, para ejemplo de todos los fieles, para que enseñase á los apóstoles, instruyese á los evangelistas, esforzase á los mártires, alentase á los confesores, encendiese en el amor de la pureza á las vírgenes, y finalmente, para que como un prodigio divino resplandeciese en el mundo. Dejóla, para que con el ejercicio de sus admirables virtudes creciesen mas sus merecimientos, y la corona de su gloria fuese tambien mayor, cuanto habia sido mas encendida su caridad, mas duras sus peleas, y mas colmada la medida de sus trabajos y victorias. Dejóla, para aparejarle el lugar que habia de tener en el cielo, y salir él mismo á recibirla, acompañado de toda la corte celestial, para que la fiesta y solemnidad de su recibimiento, y entrada en el cielo, fuese mas solemne y regocijada con la presencia del Señor, que salia al encuentro de su gloriosa Madre, para ensalzarla y colocarla sobre todos los coros de los ángeles: y así dice san Anselmo hablando con el Señor: «¿Cómo os sufrió el corazon, ó buen Jesus, que volviendo vos al reino de vuestra gloria, dejásedes, como huérfana, en las miserias de este mundo á vuestra sacratísima Madre, y no la llevásedes, para que reinase con vos?» Y responde: «Queriades ir, Señor, delante, para aparejarle en vuestro reino el lugar de gloria que habia de tener; para que despues acompañado de toda la corte celestial con mayor fiesta la saliósedes á recibir, y con mayor honra la sublimásedes, como convenia que lo hiciese tal Hijo con tal Madre.» Esto es de san Anselmo. Hoy hizo esto el Señor con su dulcísima Madre, llevándola en cuerpo y alma al cielo, y sentándola en un trono por sí sobre todos los coros de los ángeles, y sobre todos los santos, como Madre suya, y Reina, y Señora de todo lo criado: y por esta gloria tan encumbrada de la Vírgen se llama esta fiesta especialmente: «Dia de nuestra Señora:» porque aunque hay otras fiestas suyas, en que se nos representan misterios muy gloriosos; algunas de ellas son en comparacion de esta, como fiestas de la tierra, y tuvieron sus cuidados y trabajos: pero así como esta fué fiesta del cielo; así tambien fué exenta de todas las pesadumbres y molestias que nacen en el suelo, y como remate y cumplimiento de todos los gozos y deseos de la Vírgen. Verdad es, que hoy celebramos en un dia tres fiestas de nuestra Señora debajo del título de la Asuncion: una es la de su felicísimo tránsito, cuando su bendita alma, dejando el cuerpo en la tierra, voló al cielo: otra es, cuando poco despues se juntó, y se reunió la misma alma con el cuerpo, y con inefable gloria subió al cielo: la tercera es de su coronacion por Reina de los ángeles, y Señora del universo; y de estas tres fiestas habemos de tratar.

2 Despues que Cristo, como victorioso y triunfador, fué recibido con tanta gloria en el cielo, la Vírgen, los años que vivió en Jerusalen, parte se ocupó en altísima contemplacion de Dios, y de los misterios que él vestido de su carne habia obrado en la tierra: parte, en visitar y reverenciar aquellos santos lugares que su Hijo habia consagrado con sus piés, doctrina, y milagros; y parte, en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor, que se comenzaba á plantar, y á extender por el mundo: y habiendo pasado su vida

en estos divinos ejercicios y santas ocupaciones, y guardádola Dios algunos años para consuelo y bien de toda la Iglesia, siendo ya de anciana edad, y viendo florecer la fé, y el nombre de su Hijo, abrasada de amor, y encendida de deseo de verle, le suplicó intensamente que la librase de las tempestades y congojas de esta vida, y la llevase al puerto seguro de la bienaventuranza, donde para siempre le viese, y gozase de él. Oyó el Hijo los piadosos ruegos de su Madre, y envióle un ángel con la nueva de su muerte, y con una palma, en señal de la perfecta victoria que había alcanzado del pecado, del demonio, y de la misma muerte. No se puede fácilmente creer el júbilo que tuvo el espíritu de la Vírgen con tan alegre nueva, por ver que se cumplia lo que tanto deseaba. Mandó aparejar muchas velas, limpiar y aderezar el aposento, componer su pobre cama, para hacer fiesta, y aparejarse á la muerte, y á recibir en ella la visita del Autor de la vida. Pero tratando de la muerte de la Vírgen santísima, luego se nos ofrece una duda, y deseo de saber: ¿Por qué el Señor, que la enriqueció con tan soberanos dones, y la eximió de otras penas y miserias (que son como corredores y alguaciles de la muerte), quiso que muriese, siendo la muerte pena del pecado? Y pues ella no pecó; antes fué privilegiada, y prevenida con singular gracia, para que no cayese en pecado original, ni en otro alguno: ¿porqué no la libró de la muerte, y no la trasladó de esta vida mortal á la inmortal, sin pasar por este paso? No murió la sacratísima Vírgen en pena del pecado; que no le tuvo: sino porque habiendo muerto Jesucristo, su Hijo, no era razon que este privilegio se diese á su Madre, ni á otra persona. A mas de esto convenia, que esta Señora destruyese las herejías, no solamente con su vida, sino tambien con su muerte, y porque se habian de levantar los maniqueos, y otros herejes, y decir, que la Vírgen María era ángel, y no mujer, y que Cristo tenia cuerpo fantástico, ó traido del cielo, y no humano: y si ella no muriera, pudieran afirmarse en su falsa opinion; fué muy conveniente que ella delante de mucha gente espirase, y fuese amortajada, y enterrada para deshacer el error de los que la tuvieran por ángel, ó por ventura por Dios, sino muriera. Tambien convino esto para mayor merecimiento y corona de la Vírgen: porque no se puede negar, sino que la muerte aceptada con paciencia y resignacion en la divina voluntad, es muy meritoria delante de Dios: y por esto se dice, que la muerte de los santos es preciosa en los ojos del Señor; porque es de gran precio: y mucho mas lo fué la de esta Señora, que así como venció á todos los santos en las demás virtudes, así tambien en esta resignacion. Y la muerte de los santos mas parece dulce sueño, que muerte; y en la Vírgen mucho mas: porque su muerte no fué de enfermedad, ni con dolor alguno, sino de puro amor de su Amado, y de un fervorosísimo deseo de verle, y abrazarse eternalmente con él. ¿Pues qué diré del consuelo y aliento, que á todos los miserables hijos de Adan y de Eva, se nos sigue de esta dichosa muerte de nuestra Señora y Madre? Porqué ¿quién se extrañará de pasar por aquel estrecho paso, por donde Cristo, y su Madre pasaron? ¿Quién no aceptará de grado la sentencia de muerte, que por su culpa merece; pues sin ella la aceptaron Cristo y María? ¿Quién temblará de la muerte, sabiendo, que está ya desarmada, por virtud del que la venció en la cruz, y que murió su bendita Madre? Finalmente, fué conveniente que la Vírgen sacratísima muriese (como lo dice la santa Iglesia) para que con mayor confianza abogue por nosotros en el cielo, y represente nuestras miserias en el acatamiento de su Hijo, y nos alcance perdon, misericordia, y bendicion, como adelante se dirá. Estas fueron algunas de las causas, porque quiso nuestro Redentor, que su Madre santísima pasase por el trance de la muerte: pero veamos el modo, sacado de los autores antiguos y graves, que mas largamente referimos en su vida.

3 Luego que se supo en Jerusalen la nueva que la Vírgen habia tenido del cielo, y se derramó por aquella comarca entre los cristianos, vinieron muchos de ellos, y se juntaron en la casa de la Vírgen, que era en un apartado de la casa de la madre de san Juan Marcos, en el monte de Sion, donde Cristo habia cenado con sus discípulos, é instituido aquella mesa real de su sagrado cuerpo, y el Espíritu santo habia venido en lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, ungüentos olorosos y especies aromáticas (como los hebreos tenian de costumbre), muchos himnos compuestos, y canciones divinas, para celebrar su glorioso tránsito. Habia la Vírgen deseado ver en esta hora á los sagrados apóstoles, que á la sazon vivian y andaban predicando las victorias y gloria de su Hijo por el mundo, y echarles su bendicion antes de salir de él: y el Señor, á quien todas las cosas están sujetas y obedecen, por ministerio de ángeles, ó de otra manera, se los trajo, para consuelo de ella y de los mismos apóstoles, que se hallaron presentes, y con ellos otros varones apostólicos, como Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, que así lo escribe él mismo, y otros graves autores. Increible fué la alegría de la Vírgen, cuando vió en su presencia aquella dichosa y santa compañía: y despues de haber hecho gracias á su precioso Hijo por haberla regalado con ella, volviéndose á ellos, con rostro blando, y con un semblante del cielo, les dijo el deseo que ella habia tenido de partirse de esta vida, y que el mismo habian tenido los espíritus angélicos de verla á ella en el cielo: y que Dios se lo habia concedido; y que para esto los habia traido de diferentes partes. Todos se enternecieron con estas nuevas, aunque le dieron el parabien de su gloria y bienaventuranza, y encendieron las velas; y la Vírgen sacratísima se recostó en su humilde cama, y mirándolos á todos con su aspecto mas divino que humano, les mandó que se acercasen, y les echó su bendicion, suplicando á su Hijo, que él la confirmase. Todos lloraban y derramaban ríos de lágrimas por la ausencia de tal Madre, y por ver que se les ponia aquel sol, que alumbraba



el mundo: mas ella los consolaba y decia: Quedaos con Dios, hijos mios muy amados: no lloreis, porque os dejo; sino alegraos, porque voy á mi querido. Luego hizo su testamento, que fué mandar á san Juan Evangelista que repartiese dos túnicas suyas á dos doncellas, que allí estaban y habian vivido muchos años en su compañía: que este fué el ajuar de casa, y las riquezas y tesoros de la Vírgen, que siendo Reina del cielo y de la tierra, habia escogido para sí la pobreza, por imitar en todo á su pobre y riquísimo Hijo: el cual en este punto, acompañado de innumerables cortesanos de su corte, bajó del cielo. En viéndole, con grandes júbilos de su espíritu, le dijo la Madre purísima: Yo te bendigo, Señor, dador de toda bendicion, y luz de toda luz; porque te dignaste vestirte de carne en mis entrañas. Bien segura estoy que todo lo que tu dijiste, se cumplirá en mí. En diciendo esto, se compuso decentemente en su cama; y llena de increible gozo, por ver á su Hijo, que la llamaba, alzando las manos, le dijo: Cúmplase en mí tu palabra: y diciendo esto, como quien se echa á dormir, sin pena, ni dolor alguno, dió su espíritu á aquel Señor, á quien ella habia dado su carne: y fué la noche antes de los 15 de agosto, cincuenta y siete años despues que parió á Cristo, y á los veinte y tres de su pasion; siendo de edad de setenta y dos años, menos veinte y cuatro dias, segun la mas comun opinion, como mas largamente lo dijimos en su vida.

4 ¿Quién podrá aquí dignamente explicar la suavidad y ternura con que el Hijo recibió la alma de la Madre, y las caricias y favores con que la llevó al cielo, y las alabanzas, fiestas y alegrías con que fué recibida de toda la corte celestial, como Madre de su Señor y Señora de todos? ¿Quién podrá comprender la admiracion que causó en todos aquellos espíritus soberanos, cuando la vieron tan rica, tan ataviada y adornada de todas las virtudes, y que con su resplandor oscurecia la claridad de todos los otros santos? Allí fué colocada á la diestra de su Hijo, en un trono aparte, y por sí, sobre todos los coros de los ángeles. Mas al mismo tiempo que espiró la Vírgen, los mismos ángeles que acompañaban su benditísima alma al cielo, y otros que quedaron con su sagrado cuerpo, dieron en la tierra una música celestial y divina, que fué oida de los que allí estaban presentes. Pero cantaron los ángeles, y lloraron los hombres, y los apóstoles y discípulos del Señor se deshacian en lágrimas cuando vieron sin duda aquel cuerpo del cual habia tomado carne nuestra Vida, y obrado, y padecido en ella por nosotros tantos tormentos y penas. Arrojáronse en el suelo; besáronle: regáronle con sus lágrimas: adoráronle: ungiéronle con preciosos ungüentos: envolviéronle con una limpia sábana: cantaron himnos de alabanza al Señor; y esparcieron flores y suaves olores: pero la fragrancia que salia del cuerpo de la Vírgen sacratísima era tan grande, que ningun otro olor se le podia comparar. Sanaron muchos enfermos de varias dolencias, é hizo Dios otros milagros en su entierro que por haberlos escrito en su vida, no los quiero repetir aquí, ni lo demás que toca á las exequias y sepultura de la Vírgen en Getsemaní, por acabar esta primera parte de esta fiesta, y venir á la segunda, que es como el alma se tornó á unir y juntar á su cuerpo, y la Vírgen en cuerpo y en alma, con indecible gozo y triunfo, subió á los cielos; y por esta subida se llama este dia «la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora.»

5 Puesto, pues, el cuerpo purísimo de la Vírgen en el sepulcro, cantaron los ángeles; y los apóstoles, alabando juntamente con ellos al Señor, se quedaron al derredor del sepulcro tres dias, como trasportados y arrobados en Dios. Al cabo de tres dias llegó allí santo Tomás, apóstol, que no se habia hallado á la muerte de la Vírgen, y con grande instancia y sentimiento pidió á los demás apóstoles, se abriese el sepulcro, para que él tambien viese y reverenciase el santo cuerpo: pues no habia merecido venir antes y verle, ordenándolo Dios así, para que con esta ocasion se descubriese la gloria de la Vírgen: porque abriéndose el sepulcro, no se halló en él el sagrado cuerpo, sino solamente los lienzos y la sábana en que habia sido envuelto: y con esto entendieron que habia resucitado: y tornando á cerrar el sepulcro, del cual salia un olor celestial, se volvieron á la ciudad llenos de incomparable gozo; teniendo por cosa ciertísima, que la Reina de los ángeles y Señora nuestra, ya estaba en el cielo en cuerpo y alma, gozando de la cara y bienaventurada presencia de su Hijo.

6 No pudo aquel cuerpo purísimo de la Vírgen ser comido de tierra, ni de los gusanos; porque era conveniente, que como viva arca del Testamento, no fuese carcomida, ni padeciese corrupcion. De esta arca dijo el real profeta David: «Levantaos, Señor, á vuestro descanso, vos, y el arca que santificastes.» Esta arca es la Vírgen de quien canta la Iglesia: *Ventris sub arca clausus est*, que Dios se encerró como en una arca, en el sagrado vientre de la Vírgen. Y es de notar, que primero el profeta David habla de la resurreccion del Hijo, diciendo: «Levantaos, Señor, á vuestro descanso:» y despues, de la resurreccion de la Madre, añadiendo: «Vos y el arca que santificastes:» y así aunque la muerte la tragó, como la ballena á Jonás, no la pudo digerir, ni gastar, ni convertir en su sustancia: y como los leones no osaron tocar al santo profeta Daniel, aunque estaban hambrientos, y le tenian presente; así los gusanos no osaron llegarse, ni hacer presa en el cuerpo de la Vírgen: porque si el bálsamo conserva los cuerpos que no se corrompan: ¿el Hijo benditísimo, que estuvo nueve meses en sus entrañas, y las bañó y penetró con su divina virtud, mas suave y mas eficaz que el bálsamo y que todas las especies aromáticas, no habia de preservar aquella carne, de la cual él se habia vestido? Y pues la carne del Hijo fué carne de la Madre; así como no permitió Dios, segun dice el profeta David, que el cuerpo del Hijo viese corrupcion; así fué conveniente, que tampoco la viese el cuerpo de la Madre. No dicen bien cuerpo de Cristo y corrupcion, ni cuerpo de la Madre de

Cristo y corrupcion: porque el cuerpo del Hijo es cuerpo de la Madre, y lo que se debe al Hijo por naturaleza, se debe á la Madre por gracia: y así dice san Agustin: «Aquella purísima carne, de donde tomó carne el Hijo de Dios, creer que fué entregada á los gusanos para que la comiesen; como no lo puedo creer, así no lo oso decir.» (Y añade): «Si Dios en medio de las llamas no solo conservó los cuerpos de los tres mozos del horno de Babilonia, sino tambien sus vestiduras sin quemarse; ¿por qué no hará en su Madre, lo que hizo en la vestidura ajena?» Esto es de san Agustin. Guardóla Dios de todo pecado: guardóla siempre vírgen, siendo madre: guardóla de dolor cuando le parió, y cuando ella murió; ¿pues por qué no la habia de guardar de la corrupcion de su cuerpo? Especialmente, viendo que los cuerpos de algunos santos han tenido este privilegio, y en muchos años no se han corrompido y tornado en ceniza; y que cualquier privilegio, se debe conceder á la Reina, que se ha concedido á los criados. Y si naturalmente el alma apetece la compañía de su cuerpo, porque es forma suya, y le da vida, y cuando está apartada tiene aquella inclinacion de juntarse con él, y el alma de la Vírgen santísima tuvo este natural deseo; ¿por qué no se le habia de cumplir su Hijo, como cumple á todos los demás? Pero no solo fué conveniente que el cuerpo de la Vírgen quedase entero y sin corrupcion, sino tambien que unido con su alma resucitase, y vestido de claridad y de gloria subiese á los cielos, y los alumbrase y regalase con su belleza incomparable é inmenso resplandor: porque de esta manera estuviese adornado el cielo empíreo con aquellas dos lumbreras, mayor y menor, como lo está el cielo material con el sol y la luna: y un hombre Dios, y una mujer Madre de Dios gobernasen el universo: Cristo, como Señor absoluto, y príncipe universal, y cabeza de la Iglesia; y la Vírgen, como tesorera y dispensadora, y cuello de este cuerpo místico, por cuyas manos se reparten, y por cuyos arcaduces se derivan todas las gracias y dones de Dios: y no menos para que viendo nosotros que no solamente resucitó y subió á los cielos el cuerpo de nuestro Salvador, que era hombre y Dios, sino tambien el de la Vírgen, que era pura criatura; avivemos mas nuestra fé, y despertemos mas nuestra esperanza: y sabiendo que nuestros cuerpos á ejemplo suyo han de resucitar y subir al cielo, no dudemos de mortificarnos y afligir nuestra carne acá en la tierra; pues este es el camino de ensalzarla y vestirla de gloria. Y si Cristo nuestro Señor dijo, que el que le ministrase y sirviese estaria en el mismo lugar donde él estaba: muy justo fué que la que le habia servido y ministrado, no como los otros, sino por otra mas excelente manera (vistiéndose de su carne, sustentándole con su leche, criándole con su solicitud, acompañándole en sus huidas y temores, y padeciendo mil martirios, atravesada de dolor al pié de la cruz), estuviese con un modo singular y extraordinario, donde estaba su Hijo, y que en cuerpo y en alma reinase con él: pues toda la honra de la Madre, es honra del Hijo: y ninguna honra que tal Hijo á tal Madre puede dar, se le debe negar. Y si los santos que resucitaron con Cristo nuestro Redentor, segun la opinion de muchos y graves autores, no tornaron á morir, sino que subieron al cielo en cuerpo y alma con él, para mayor gloria de su libertador; y de san Juan Evangelista, muchos creen, y dicen probablemente que está en el cielo en alma y cuerpo, gozando de Dios; ¿con cuánta mas seguridad y certidumbre se debe esto afirmar de la Vírgen sacratísima; pues tantas mas razones hay en ella para concederle este favor, aunque no se hubiese concedido á otro ninguno? Especialmente considerando, que si su sagrado cuerpo estuviera en la tierra, no consintiera el Señor que no se supiera donde está, y que careciese de aquella honra y reverencia tan debida que los fieles dan á las reliquias de los santos, y que á muchos cuerpos de ellos, estando encubiertos, el mismo Señor los descubrió y reveló para consuelo y defensa de su Iglesia, y ensalzamiento y gloria de los mismos santos. En esta verdad no hay que dudar, sino tenerla por ciertísima, y por cosa, que puesto caso que no está definida por la Iglesia; pero está recibida de ella con la fiesta, que con nombre de la Asuncion celebra hoy á nuestra Señora, y fundada en la doctrina de muchos santos y gravísimos doctores, griegos y latinos, antiguos y modernos, y en la piedad del pueblo, y en toda buena razon.

7 La manera con que resucitó el cuerpo de la Vírgen santísima, y de nuevo se unió con su alma ya bienaventurada, no lo dice la sagrada Escritura, como tampoco lo demás que aquí queda referido: mas por lo que escriben algunos graves autores, podemos creer, que á los tres dias despues de su glorioso tránsito (aunque algunos ponen mas, y otros menos tiempo), para que en todo se pareciese á su unigénito Hijo que estuvo tres dias en el sepulcro; el mismo Hijo vino del cielo acompañado de innumerables ángeles, y del alma de la Vírgen, y bajó al sepulcro, y dió vida al cuerpo muerto, y le volvió á juntar con aquella alma gloriosa, y le vistió de inmortalidad, y de una claridad admirable, y le adornó de las otras dotes, que tienen los cuerpos glorificados, de impasibilidad, agilidad, sutileza y hermosura, sobre todo lo que se puede con palabras explicar, ó comprender con entendimiento humano. Luego se comenzó una solemnísima procesion, y un triunfo de la Vírgen inenarrable desde el sepulcro, hasta llegar á lo mas alto del cielo, y hasta el trono de la santísima Trinidad. Iba recostada sobre su querido, por cuya virtud, y por la de su alma ya bienaventurada, y de su cuerpo glorioso, subia por los aires con gran velocidad, sin tener necesidad que los ángeles la ayudasen á subir, ni la llevasen; aunque todos la acompañaban, asistian, y servian, y con gran regocijo celebraban aquella fiesta y triunfo. Fué presentada por el Hijo delante del Padre eterno, y recibida de él, como Esposa dulcísima y templo suyo, y coronada de gloria, y constituida Emperatriz del universo y Reina soberana de todas las criaturas: y esta es la tercera parte de esta fiesta.

8 Sentóse como otra Bethsabé, madre de Salomon, en una silla al lado de su Hijo sobre todos los coros y gerarquías de los celestiales espíritus y de todos los santos. Aquí vinieron aquellos divinos cortesanos á hacer reverencia, y dar la obediencia á su Reina y Señora, admirándose de su belleza, de su gracia, y de su santidad, y que una pura criatura estuviese tan reluciente, y tan vestida del sol de justicia y de su inmensa claridad, que oscureciese con ella á todos los demás santos, y estuviese tan encumbrada y tan levantada sobre todos, que apenas la podian ver, y maravillados de la grande novedad y gloria, decian: ¿Quién es esta que sube del desierto llena de deleites, y recostada sobre su amado? Otros considerando el olor suavísimo de sus virtudes, decian: ¿Quién es esta que sube como una vara delgada de humo de mirra é incienso, y de todos los polvos olorosos, que son todas las virtudes? Otros maravillados de su resplandor y hermosura, decian: ¿Quién es esta que sube á lo alto, como la luz de la mañana, cuando comienza á esclarecer: hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como los escuadrones de los ejércitos bien ordenados? Espantábanse los serafines, viéndola tan abrasada y encendida en amor de Dios, que á ellos mismos los inflamaba, y en su comparacion eran frios. Admirábanse los querubines, cuando la consideraban tan llena de luz y de sabiduría, que los enseñaba á ellos, y delante de ella parecian niños é ignorantes. Los tronos estaban absortos, contemplando como en aquella arca viva reposaba la santísima Trinidad, mucho mas perfectamente que no en ellos. ¿Qué diré de las otras gerarquías y coros de los ángeles? que todos se juntaron, todos la adoraron, y se ofrecieron á su servicio y obediencia, reconociéndola por Madre de su Señor, por su Señora y de todas las criaturas, y holgándose de tenerla por tal; pues veian que por su medio habian sido reparadas sus sillas, y que con su presencia habia acrecentado la gloria de ellos, y con nuevo resplandor hermoseado y esclarecido aquel palacio real. Pues de los otros santos que ya eran bienaventurados, y habian subido de la tierra al cielo; mejor es callar, que hablar poco. Los cuales todos se regocijaban aun con mayor alegría que los mismos ángeles, por ver aquella Señora que era la puerta, por la cual ellos habian entrado en el cielo, y la medianera de su rescate y salud, y que siendo hueso de sus huesos, y carne de su carne, habia merecido la gloria que poseia, y ser levantada á todo lo que una pura criatura lo puede ser debajo de Dios: y así dice el seráfico doctor san Buenaventura: «Admirable privilegio de la gloria de María es que todo lo que despues de Dios es lo mas hermoso, mas dulce, mas alegre en aquella gloria de los bienaventurados, todo esto es de María: todo está en María; y todo les viene por María.» Los patriarcas se regocijaban, viendo aquella hija suya, cuya memoria los consolaba, cuando estaban en su destierro, y cuya esperanza sustentaba sus vidas. Los profetas no cabian de placer, viendo ya presentes con sus ojos, lo que tantos años antes habian visto en espíritu; y tan gloriosa, á la que con tantas sombras y figuras habian anunciado: y todo aquel ejército innumerable de santos le dieron el parabien de su venida, de su triunfo, y de su gloria, confesando que toda ella le era debida por su extremada pureza, singular santidad, y que justamente aquella corona correspondia á sus victorias, y aquel triunfo á sus peleas, y aquella gloria incomparable á la inmensa gracia con que el Señor la previno, adornó y sublimó para tan gran dignidad. De esta manera fué recibida y llevada esta Señora á aquel trono, que Dios *ab æterno* le tenia aparejado; y en cierta manera (como dice el cardenal Pedro Damian) fué este recibimiento de la Vírgen mas solemne é ilustre, que el que hizo á su Hijo, cuando subió á los cielos: porque entonces los ángeles salieron al encuentro, y recibieron al Señor de la majestad, como triunfador de la muerte; y á su Madre dulcísima la recibieron todos los ángeles y santos que estaban en el cielo: y su mismo Hijo (que es el Santo de todos los santos) la acompañó y presentó á la santísima Trinidad, y la asentó en su trono.

9 ¿Por ventura algun devoto de la Vírgen deseará saber, á qué grado de gloria haya sido sublimada en esta su asuncion y coronacion? A esta pregunta dos cosas se pueden responder: la una es cierta y averiguada: y la otra aunque no tiene tanta certidumbre, está muy puesta en razon, y es muy conforme á los dichos de muchos santos. Cierto es que la Vírgen está ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, como á Reina de ellos, y que no hay santo ninguno que en la gloria se le puede comparar; porque á todos excede y sobrepuja con casi infinitas ventajas; y en esto no hay duda, ni la puede haber. Pero otros van mas adelante, y afirman que sola la Vírgen tiene mas gloria que todos los angeles y todos los santos juntos: de manera, que si toda la gloria de ellos se juntase y amontonase, y como se fundiese é hiciese una, y se pusiese en una balanza, y en otra la gloria sola de la Vírgen; dicen, que pesaria ella sola mas que la otra de todos los santos juntos. En confirmacion de esta probable opinion dice el devoto capellan de nuestra Señora san Ildefonso estas palabras: «Así como lo que hizo la Vírgen es incomparable, y lo que recibió inefable; así es incomprensible el premio de la gloria que mereció:» y san Bernardo: «Tanta (dice) es la gloria singular que tiene en el cielo, cuanta fué la gracia que sobre todos tuvo en la tierra:» y añade: «Así como no hay en la tierra lugar mas digno que el templo del vientre virginal, en que María concibió al Hijo de Dios; así no hay en el cielo cosa que se pueda igualar con aquel trono real, á que el Hijo de María la sublimó, y colocó á su diestra:» y en otro lugar: «La gloria (dice) de María, ni se puede comprender con el entendimiento, ni decirse con palabras. Y de aquí es, que los mismos príncipes de la corte celestial, considerando una novedad tan grande, no sin admiracion exclaman: ¿Quién es esta que sube del desierto, llena de regocijos y deleites soberanos?» Andrés Cretense, dice que la gloria de la Vírgen no se puede comprender; porque es mas abundante y alta que la de

UNIVERSIDAD BIBLIOTECA

todos los otros, fuera de solo Dios. Pedro Damian dice: «Entre las almas de los santos, y los coros de los ángeles, la Vírgen es mas eminente y encumbrada, y excede los merecimientos de cada uno, y los títulos y prerogativas de todos:» y añade: «De tal manera resplandece aquella luz inaccesible, que ofusca la dignidad de los ángeles y de los santos, que son como si no fuesen: y en comparacion de ella, ni pueden ni deben parecer:» y en otro lugar: «Mira bien el mas alto serafín; y hallarás que el mas encumbrado es menor que la Vírgen, y que solo el sumo Artífice la sobrepuja y excede: la gloria que le fué dada cuando salió de esta vida, no tiene principio, ni fin: solo podemos decir de ella, que no sabemos que decir.» San Damasceno, hablando de esta fiesta, dice, que entre la Madre de Dios y los siervos, hay infinita distancia. San Juan Crisóstomo dice, que la Vírgen es mas gloriosa incomparablemente, que los serafines. San Efren, discípulo y compañero del gran Basilio, dice, que es la mas gloriosa sin comparacion alguna, que todos los supremos espíritus del ejército celestial; y que es un milagro del mundo excelentísimo, y una corona de todos los santos, tan resplandeciente, que es inaccesible. San Lorenzo Justiniano: «Con mucha razon (dice) cualquiera honra y felicidad, que se halla en cada uno de los santos; toda junta con grande abundancia se halló en María.» San Anselmo dice: «Aquella pura santidad y santísima pureza del piadoso pecho de María, que traspasa toda la pureza y santidad de todas las criaturas, mereció por su incomparable dignidad ser reparadora del mundo perdido.» San Buenaventura enseña, que la grandeza y bondad de Dios se echa mas de ver en sola la Vírgen, que en todas las demás criaturas; y que todas las perfecciones de ellas se hallan juntas, por un modo mas excelente y admirable, en sola la Vírgen; y dice: «Así como la gloriosísima Vírgen María excede á todos los santos en la gracia, que tuvo en esta vida, y en los merecimientos: así sobrepuja á todos en la gloria, y en el premio que se le dió.» Y el gran doctor de la Iglesia san Gerónimo dice, que á todos los otros santos se dió parte de la gracia; pero que á la Vírgen se le comunicó toda la plenitud de la gracia: y de ella dice el Espíritu santo, como se lo aplica la Iglesia: «Mi asiento y reposo está en la plenitud de los santos:» lo cual explica san Bernardo con estas palabras: «Diceso, que la morada y asiento de la Vírgen fué en la plenitud de los santos; porque fué tan perfecta, que no le faltó la plenitud y perfeccion de todos los santos.»

10 Estas cosas, y otras semejantes, dicen los santos, hablando de la excelencia de la gloria de la Vírgen: las cuales son muy conformes á los otros privilegios y prerogativas que tuvo: porque Dios la escogió por Madre suya, que es la mas alta dignidad á que puede subir una pura criatura. Es una dignidad casi infinita, y que cualquiera gracia y gloria que se le dé, cabe en ella. Pues si Dios da la gracia proporcionada al estado y oficio de cada uno, y el estado de la Vírgen es tan sublime y de casi infinita perfeccion; ¿qué maravilla es, que la gracia, que el Señor le dió, excedió á la gracia, y la gloria (que se da á la medida de la misma gracia) exceda á la gloria de todos los santos? Porque todo esto se debe á la dignidad de Madre: y así dicen Eutimio, y Andrés Cretense: «Si hallaremos que la divina gracia ha hecho en la Vírgen cosa que exceda nuestra capacidad, ninguno se maraville, mirando al misterio nuevo é inefable que obró en ella, el cual infinitamente sobrepuja y pasa de vuelo á todo lo finito, con infinitas ventajas.» Y si el Señor amó mas á sola la Vírgen, que á todas las criaturas juntas, como parece, pues la levantó (como habemos dicho) á la mayor dignidad que puede ser, y la hizo Reina y Señora de todas; ¿quién duda, que se le dió mas gracia, y por consiguiente mayor gloria que á todas? Porque el amor de Dios no es ocioso, ni de cumplimiento, como el de los hombres, sino que á quien mas ama, hace mas bien, y á la medida de su amor es la gracia: á la cual siempre corresponde igual grado de gloria: ¿quién duda, sino que se debe mas amor y honra á la Madre sola que á todos los criados juntos? ¿Y que el que mas ama á Dios, es mas santo, y mas amado de Dios? ¿Y que la Vírgen santísima amó mas á su precioso Hijo, que á todos los santos, y que (como dice san Anselmo) fué cosa conveniente que resplandeciese con una pureza tal, que debajo de Dios no se pueda entender otra mayor? Y no fuera tal esta pureza y santidad de la Vírgen, si no sobrepujara á la de todos los santos, y de una manera, que no se pueda entender otra mayor. Y por esto dijo san Bernardino de Sena, que la Vírgen en aquel solo acto de fé y obediencia, con el cual dió consentimiento al ángel san Gabriel, y se dispuso para ser Madre de Dios, mereció mas que todos los santos juntos en todas sus oraciones y merecimientos. Y san Pedro Crisólogo dice: «No sabe, cuán grande sea Dios, el que no se espanta del espíritu de la Vírgen, ni se maravilla de la belleza de su alma. El cielo tiembla: temen los ángeles: las criaturas no pueden sufrir; y la naturaleza no es capaz de Dios: y una doncella de tal manera le recibe en sus entrañas, y le alberga y recrea, que da paz en la tierra, y gloria en el cielo, salud á los perdidos, vida á los muertos, á los hombres amistad con los ángeles, y al mismo Dios union, y parentesco con la carne.» Y san Bernardo dice: «Con mucha razon, Señora, los ojos de todas las criaturas os miran; porque, en vos, y por vos, y de vos, la piadosa mano del Todopoderoso, restauró y recreó todo lo que habia criado.» Estas cosas y otras, como ellas, dicen los santos.

11 Y no solamente la Vírgen sacratísima tiene en sí esta gloria, que ellos dicen, sino tambien como rio copiosísimo, que sale de madre, riega y alegra á toda la ciudad de Dios, y como soberanos aumentos hace crecer los gozos y contentos de todos los santos y espíritus de la corte del cielo, como lo dice el melifluo Bernardo por estas palabras: «Subiendo hoy á los cielos la gloriosa Vírgen, no hay duda, sino que acrecentó con grandes aumentos los gozos de los ciudadanos se-

beranos: porque ella es aquella, cuya voz y salutacion hizo dar saltos de placer á los que estaban encerrados en las entrañas de su madre. Pues si un alma de un niño, que aun no habia nacido, se regocijó en oyendo hablar á María; ¿cuán grande pensamos que fué el regocijo de toda aquella corte celestial, cuando merecieron oir su voz, ver su rostro, y gozar de su bienaventurada presencia?» Y aunque es verdad que todos los que entran en el cielo, causan con su entrada gozo en los bienaventurados; pero aquel gozo es mayor ó menor, segun el grado de gloria que se da á cada uno: y pues la Virgen (como dice el mismo san Bernardo) fué ensalzada sobre toda criatura con aquella honra, que tan gran Madre merecia, y con tan gran gloria, como tal Hijo le debia dar; ¿quién podrá explicar el gozo y fiesta que hubo este dia en toda aquella celestial corte, sino es diciendo, lo que añade el mismo santo: *Christi generationem, et Mariæ assumptionem, quis enarrabit?* ¿Quién podrá explicar la generacion de Cristo, y la asuncion de María? De donde se ve la dificultad que hay en declarar la asuncion y gloria de la Virgen; pues en esto san Bernando la junta con la generacion de Cristo.

12 Pero una de las razones, que arriba tocamos del tránsito de la Virgen de esta vida temporal á la eterna, es la que dice la Iglesia en una oracion: «Para que con grande confianza interceda por nosotros:» la cual no explicamos arriba, guardándola para este lugar, en que deseamos que todos entiendan lo que tenemos en la Virgen y el gran valor de su intercesion. No quiere decir la Iglesia, que si la Virgen estuviera en la tierra, no intercediera por nosotros, ni fuera nuestra abogada; sino que para poderlo hacer con mayor confianza nuestra, subió á los cielos; para que nosotros entendamos, que está donde ve en Dios todas nuestras necesidades, y oye nuestros clamores y piadosos ruegos, y se compadece de nuestras miserias, y las representa á su Hijo benditísimo como Madre, y nos envia desde el cielo todos los bienes: y así dice san Bernardo: «Este rio de deleites alegra hoy la ciudad de Dios con tan copioso ímpetu, que nosotros acá en la tierra sentimos el riego que de allá nos viene. Delante de nosotros ha ido nuestra Reina, y ha sido recibida con tan grande gloria, que con confianza los siervos siguen á la Señora, y claman diciendo: Llevadnos tras vos, para que corramos en el olor de vuestros ungüentos. Nuestra peregrinacion ha enviado delante una abogada, la cual como Madre del Juez, y Madre de misericordia, tratará con humildad y eficacia los negocios de nuestra salvacion.» Esto es de san Bernardo. Vestida está del sol, la que vistió á Dios de su carne. Corona tiene sobre su cabeza de doce estrellas (que son los doce privilegios de la Virgen), y debajo de sus piés tiene la luna; que, ó es la santa Iglesia, ó todas las cosas criadas, y todo lo que está debajo del cielo y sujeto á mudanzas, á crecientes y menguantes, como son todas las de la tierra: para que entendamos, que todas están á disposicion de esta Reina y Señora nuestra, y que á ella debemos acudir en nuestros trabajos y necesidades, para que siendo (como somos) flacos y frágiles, no nos arrebaten y lleven en pos de sí. Ella es (como dijimos) la tesorera y repartidora de todos los dones de Dios: ella el cuello, por el cual Cristo, nuestro Salvador (que es la cabeza), influye á su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual, con que ella vive y se sostenta: ella es el tronco por el cual la raíz da vida á las ramas y produce las hojas, flores y frutas, y toda la belleza que hay en el árbol: ella es, como el arca del agua, que recoge primero y tiene en sí toda la abundancia de las aguas vivas de la gracia, y despues la reparte por sus caños á los otros, mas, ó menos, segun la capacidad y divina disposicion: y por eso dijo gravemente san Buenaventura: «¿Qué maravilla es, que toda la plenitud de la gracia se haya recogido en María; pues de ella se ha derivado tan copiosa gracia á los demás?» Por esta puerta de Ezequiel entró el Verbo eterno en la tierra; y por ella nosotros, que somos de tierra, entramos en el cielo: porque aquel que la escogió por Madre, y la enriqueció con tan grande gracia, y la sublimó con inmensa gloria, la ha constituido presidenta y patrona del universo; y todos los negocios que despacha, los despacha por su mano: de manera, que todos los cortesanos del cielo, y los hombres de la tierra, y las almas del purgatorio, y hasta el mismo infierno, la reconocen por Señora, y se le humillan y postran á sus piés. No hay estado alguno en la Iglesia de Dios, que no esté debajo de su amparo y proteccion. La caridad y zelo que tuvieron los apóstoles: la fortaleza y constancia de los mártires: la sabiduría y luz de los doctores: la humildad y penitencia de los confesores: la castidad y pureza de las que se consagraron á Dios; y todo el ornato, gracia y gloria de la Iglesia católica, es fruto y obra de su intercesion: especialmente las religiones, que son como los escuadrones bien ordenados de la milicia de Dios, y los que adornan y defienden su Iglesia, están debajo de su sombra y de sus alas: y los fundadores de las mismas religiones fueron devotísimos de la Virgen, y por su medio alcanzaron del Señor tan grande gracia para sí, y para sus hijos. Pues ¿qué diré del gobierno y conservacion de los reinos? ¿Qué de las batallas y victorias de los cristianos? ¿Qué de la administracion de la justicia de los jueces? ¿Qué de la limpieza de las vírgenes? ¿De la continencia conyugal de las casadas? ¿De la honestidad de las viudas? ¿De la buena vida de los justos, y de la conversion y lágrimas de los pecadores? ¿Quién, siendo tentado, no cayó, sino porque la Virgen le detuvo? ¿Quién, despues de caido, se levantó, sino porque ella le dió la mano? ¿Quién jamás la invocó, que no hallase remedio en sus necesidades? En el trabajo, en la pobreza, en la enfermedad, en la infamia, en la cárcel, en cualquier angustia, desamparo y afan, en el mar, en la tierra, y en los abismos; ella es nuestro refugio, nuestro consuelo, y nuestro remedio: y así dice san German, arzobispo de Constantinopla, hablando con la Virgen, estas palabras: «Ninguno se salva sino

por vos, ¡ó Vírgen santísima! Ninguno es libre de los males, sino por vos, ¡ó Vírgen purísima! Ninguno hay que reciba dones de Dios, sino por vuestra mano, ¡ó Vírgen castísima! De ninguno tiene Dios misericordia, sino por vos, ¡ó Vírgen benditísima! ¿Quién despues de vuestro bendito Hijo tiene tanto cuidado del linaje humano como vos? ¿Quién así nos defiende en nuestras tribulaciones? ¿Quién tan presto nos socorre, y nos libra de las tentaciones que nos acosan y persiguen? ¿Quién con sus piadosos ruegos así intercede por los pecadores, y los excusa, y les alcanza perdon, y los libra de las penas que por sus pecados merecen? Por esto recurre á vos el que está afligido, el que se siente agraviado; y el que se halla angustiado y combatido de las furiosas ondas de este mar tempestuoso, mira á vos, como al norte y estrella rutilante, para que le guieis, y lleveis al puerto. Todas vuestras cosas, Vírgen beatísima, son admirables, todas sobre la naturaleza, todas inmensas, y que exceden nuestra capacidad: y así no es maravilla, que no podamos comprender vuestras gracias y favores.» Hasta aquí es de san German. Y puesto caso que en todos nuestros trabajos y necesidades está siempre la Vírgen pronta y aparejada para socorrernos, y oye nuestras plegarias; pero mas particularmente al tiempo de la mayor necesidad, y que mas es menester, que es á la hora de nuestra muerte y de nuestra agonía, cuando se va acabando la candela de la vida y del merecer, y por la flaqueza del cuerpo, turbacion del alma, y solicitud de los demonios (que por todas partes, como leones hambrientos, la cercan y la tientan, y pretenden que pierda eternamente á Dios), hay mayor necesidad del favor y patrocinio de la Vírgen sacratísima; y ella sin duda socorre en aquel trance de la muerte á los que en la vida lo merecieron, y se le encomendaron; y á los que habiéndose antes olvidado, entonces se acuerdan, y con arrepentimiento recurren al seno de su piedad: y por esto al fin de la oracion del Ave María añade la Iglesia aquellas palabras: «Rogad por nos ahora, y en la hora de nuestra muerte:» y san Efren dice, hablando de la Vírgen: «Estád siempre conmigo, ó Vírgen misericordiosa, y dadme vuestra ayuda en esta presente vida, y guardad mi alma en el punto de la muerte, echando y apartando de mí la tenebrosa vista de los demonios, y librándome en el dia del juicio de aquella sentencia horrible y espantosa de la condenacion eterna.» Estas son palabras de san Efren. Tengamos, pues, todos entrañable y especial devocion á esta Princesa del mundo, Reina del cielo, y Madre del unigénito Hijo de Dios: acudamos á ella en nuestras necesidades: ofrezcámosle nuestros corazones y nuestros deseos: sirvámosla; y para que alcancemos sus misericordias, imitemos sus virtudes. Alegrémonos, y démosle el parabien de su subida al cielo, y por la gloria, que hoy le fué dada, siendo ensalzada sobre todo lo que no es Dios, y colocada en el trono de tan alta majestad y grandeza, donde con la gloria no se ha disminuido su misericordia, sino crecido tanto mas, cuanto mas clara y distintamente ve en la esencia divina todas nuestras miserias, y encendida de aquel fuego divino, mas las desea remediar.

13 De la asuncion de nuestra Señora han escrito muchos doctores griegos y latinos, san Juan Damasceno, Andrés Cretense, Metafraste, Nicéforo, san Bernardo, Absalon, abad, Pedro Damian, Honorio Augustodunense, Guerrico, abad ignacense, Lorenzo Justiniano, y otros que refiere el cardenal Baronio: y san Damasceno y Nicéforo traen la relacion que Juvenal, patriarca de Jerusalen, hizo al emperador Marciano, y á la emperatriz Pulqueria, su mujer: los cuales, habiendo edificado en Constantinopla un suntuoso y magnífico templo en honra de la Vírgen, desearon traer á él su cuerpo sacratísimo para ornamento y amparo de aquella ciudad y de todo su imperio; y comunicando este su deseo con el patriarca Juvenal, él les dió cuenta, como por tradicion antigua y verdadera se sabia, que el cuerpo de la Vírgen habia resucitado, y lo demás que acerca de la asuncion arriba queda referido.

14 Niceforo Calixto dice que la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora se instituyó en tiempo de Mauricio, emperador, y que él la mandó guardar, no porque el emperador instituyese la fiesta: sino porque siendo antes instituida por la santa Iglesia, él la mandó promulgar, y celebrar en Oriente, donde imperaba: y así san Bernardo, escribiendo á los canónigos de Leon, dice que habia recibido de la Iglesia esta solemnidad; de la cual hace mencion san Gregorio, papa, y pone prefacio particular de ella en su Sacramentario. Y Nicolas, papa, I de este nombre, hablando de los ayunos que la santa Iglesia romana antiguamente solia guardar, pone entre ellos el de la vigilia de esta fiesta: por donde se ve ser muy antigua: y soliase celebrar en Roma especialmente con grande solemnidad, y concurria nuestro Señor con particulares milagros en ella: porque de ella dice el venerable Pedro Cluniacense, varon de grande autoridad, y contemporáneo de san Bernardo, que solian los romanos presentar á la Vírgen, la vigilia de su Asuncion, unos cirios muy grandes y encenderlos á hora de vísperas, y despues de haber ardido hasta el dia siguiente, acabada la misa, pesados los dichos cirios, se hallaba que pesaban tanto como antes que los encendiesen, sin haber en ellos falta ni diminucion: para darnos á entender que todo lo que se gasta en servicio de esta santísima Vírgen, agrada á Dios, y no se pierde.

15 Adviértase que Gelasio, papa, da por apócrifo el libro del Tránsito de la santísima Vírgen, dado que no nombra el autor que le escribió, y se cree que este libro apócrifo es el que anda con título de Meliton, obispo sardicense: aunque él no es el autor: porque san Gerónimo, refiriendo los libros que Meliton escribió, no hace mencion de este, y es indigno de un varon tan grande. Tambien se debe advertir que Usuardo y Adon en sus Martirologios, de tal manera hablan de la muerte de la Vírgen, que parece ponen en duda, si resucitó, y si en cuerpo y en alma está en los cielos,



Le Capucin. Bonvoisin sc.

Le Capucin.

SYMBOLE.

engañados de una epístola, escrita á Paula y Eus- no se separó ya mas de su maestro; fué su insepa-
stolares; le
en la in-
or de to-
un viaje
es, y de
de Ta-
os, y tra-
de Dios y
430, de

-Hijo de
Francia,
con dis-
Enrique
determinó
entonces
onasterio
mó el há-
orcion de
r pasado
nobitica,
se en una
en la cual
ortifica-
en ella,
le eligie-
del con-
mente á
del con-
fué con-
eranzas;
tiempo.
se retiró
smo ha-
el dia 14

ÁRTIRES.
no y de
nas cruel
martirio
Saturnino
El último
e pronun-
y segun el
NAPOLEON
res por su
paban en
en sufrir
nte ator-
s en un
Vie des
d.

turado
nació
Mon-
es de
ma-
del
olo-
... á la

engañados de una epístola, escrita á Paula y Eustoquio, del tránsito de la bienaventurada Vírgen, que con nombre de san Gerónimo anda entre sus obras: mas aquella epístola, ni es de san Gerónimo, ni de Sofronio (como otros piensan), que fué su contemporáneo; sino de otro autor mas moderno, y fingida y publicada con nombre de san Gerónimo por darle mas autoridad con la de tan gran doctor, como gravemente lo prueba el cardenal Baronio, refutando lo que en ella se dice.

16 El sepulcro de la Vírgen estuvo en un pago de Getsemaní, en el valle de Josafat, hasta que en tiempo de Vespasiano, y Tito, Jerusalen fué destruida, y toda la Judea arruinada, y se vino á perder la memoria de él entre los fieles, y á no saberse donde estaba: de suerte que san Gerónimo, refiriendo las sepulturas de muchos santos patriarcas y profetas que en su tiempo estaban en Palestina, y con gran devocion visitó santa Paula, no hace mencion del sepulcro de la Vírgen, como de cosa de que entonces no se tenia noticia: pero despues por disposicion divina se descubrió: y Burcardo, que lo vió, dice, que con las ruinas de los otros edificios estaba tan cubierto y hundido que era menester bajar á él casi por sesenta escalones: y Beda escribe que en su tiempo se mostraba vacío, y hoy se muestra en aquellos santos lugares cortado en una piedra, como refieren los peregrinos que van en romería á Jerusalen.

* San Tarsicio, acólito y mártir.—Servia en la Iglesia de Roma, empleándose con eficaz zelo en el desempeño de las funciones de su ministerio. Un dia le hallaron los gentiles llevando el santísimo sacramento de la eucaristía, y habiéndole preguntado qué era lo que llevaba, el santo no quiso manifestárselo, y en seguida lo apalearon hasta que espiró. Los paganos registraron allí mismo el cuerpo del santo mártir; pero ni en sus manos ni en sus vestidos encontraron partícula alguna del Sacramento, y los cristianos recogiendo sus santos restos, lo sepultaron honoríficamente en el cementerio llamado de Calixto.

Santa Emilia, vírgen.—En algunos de los muchos calendarios de la cristiandad, especialmente franceses, se hace mencion de varias santas Emilias. Una de ellas en 7 de abril, que otros ponen en este dia 15 de agosto; otra en 24 de diciembre, que es la santa Emiliana que corresponde al 5 de enero, y de la cual hicimos ya mencion. Se ignoran las principales circunstancias de la vida de la primera, y créese que floreció en Roma en los primeros siglos de la Iglesia. Otra santa Emilia mencionan los autores franceses, pero es la santa Emiliana mencionada en el dia 30 de junio.

San Alipio, obispo y confesor.—Descendiente de noble familia, nació en Tagaste de Africa. Estudió la gramática y retórica en su patria, y despues siguió sus estudios en Cartago teniendo por maestro á san Agustin, con cuya amistad se honró toda su vida. Rodeado Alipio de los halagos y seducciones del mundo, se entregó á ellos; pero san Agustin, que habia fundado en él grandes esperanzas, trabajó en su conversion y logró volverlo al carril de la virtud. Desde este momento no se separó ya mas de su maestro; fué su inseparable compañero en las funciones pastorales; le ayudó en la conversion de los herejes y en la impugnacion de los errores, y fué el imitador de todas sus virtudes apostólicas. En 392 hizo un viaje á Jerusalen para visitar los santos lugares, y de vuelta á su patria fué consagrado obispo de Tagaste, en 393. Asistió á muchos concilios, y trabajó con infatigable zelo por la gloria de Dios y de su Iglesia, y murió por los años de 430, de edad muy avanzada.

San Arnulfo, obispo y confesor.—Hijo de una de las mas distinguidas familias de Francia, abrazó la profesion de las armas, y sirvió con distincion en los reinados de Roberto y de Enrique I. Llamado á otra guerra mas noble, determinó emplear para Dios los trabajos que hasta entonces habia dedicado al mundo. Retiróse al monasterio de San Medardo en Soissons, en el cual tomó el hábito, y su ejemplo fué seguido por una porcion de personas de distincion. Despues de haber pasado algun tiempo en los ejercicios de la vida cenobítica, pidió permiso á su abad para encerrarse en una celda solitaria separada del monasterio, en la cual se ocupó enteramente en la oracion y mortificacion. Hacia tres años y medio que vivia en ella, cuando el clero y el pueblo de Soissons le eligieron su obispo, y lo solicitaron á los padres del concilio de Meaux. El santo se negó obstinadamente á aceptar aquel cargo; pero las instancias del concilio y de los fieles lo decidieron al fin, y fué consagrado. No defraudó las públicas esperanzas; pues fué el prelado mas admirable de su tiempo. Algunos años despues, dimitió su cargo y se retiró al monasterio de Aldembourg, que él mismo habia fundado, y en él murió en santidad, el dia 14 de agosto del año 1121.

San Napoleon y san Saturnino, mártires.—Durante la persecucion de Diocleciano y de Maximiano, en el siglo III, que fué la mas cruel que ha sufrido la Iglesia, terminaron en el martirio su santa carrera dos varones llamados, Saturnino el uno, y *Neopolis* ó *Neopolus* el otro. El último de estos dos nombres, segun la manera de pronunciarle en Italia durante la edad media, y segun el uso recibido, fué convertido en el de Napoleon *(Napoleone)*. Ambos santos fueron ilustres por su nacimiento y por los destinos que ocupaban en Alejandría, y mas todavía por su firmeza en sufrir por la fé. Despues de haber sido cruelmente atormentados, ya moribundos, fueron metidos en un calabozo, donde espiraron. Véase la obra *Vie des Saints, Peres et Martyrs, par Godescard.*

Dia 16.

San Roque, confesor.—El bienaventurado san Roque, confesor, fué de nacion francés: nació en la provincia de Languedoc, en la villa de Mompeller, de padres ilustres y ricos, y señores de aquel pueblo. Su padre se llamó Juan, y su madre Libera. Dícese que cuando nació, salió del vientre de su madre señalado con una cruz colorada. Desde niño mostró grande inclinacion á la

virtud: y siendo de doce años comenzó á macerar su cuerpo con ayunos y penitencias, y á hacer guerra á sus gustos y apetitos. Muertos sus padres, en aquella tierna edad, vendió la hacienda que pudo, y era riquísima, y la repartió á los pobres, y tomando el hábito de la Tercera Regla de san Francisco, y encomendando á un tio suyo el gobierno de su estado y vasallos, se vistió de romero, y dejando su patria, casa, deudos y amigos, vil y pobremente y sin ser conocido, se partió de Francia para Italia á visitar los santos lugares de Roma. Entró en Italia, y siguiendo su camino para Roma, llegó al lugar de Aquapendente, donde halló muchos que estaban heridos de pestilencia. Fuése al hospital, y juntándose con el administrador de él, que se llamaba Vincencio, comenzó á servir á los pobres y á hacer la señal de la cruz sobre los apestados, y con esta todos quedaron sanos. Lo mismo le sucedió en Roma, Cesena, Plasencia, y otras ciudades de Italia, que con su oracion y con la señal de la cruz sanó á muchos que de pestilencia estaban á la muerte, no sin grande admiracion de los que le veian, y ternura y agradecimiento de los que recibian salud. Pero para que él no se desvaneciese con las maravillas que Dios obraba por él, y para que acrecentase su corona con su paciencia, y con lo que padecia en sí, aprendiese á compadecerse mas de sus prójimos; nuestro Señor le avisó que habia de ser muy atormentado y afligido, y le dió una recia y aguda calentura, y permitió que fuese herido de una saeta que le traspasó el muslo. Pasó este trabajo san Roque con admirable paciencia y alegría: y estando ya libre de él, determinó volver á su tierra con la misma pobreza y menosprecio de sí, que habia salido de ella. En el camino le vino una nueva enfermedad: y hallándose solo y en un desierto, se echó debajo de un árbol, desconocido de los hombres, y conocido y regalado de Dios: el cual para mostrar que nunca desampara á los suyos y la providencia que tiene de ellos, ordenó que un perro de un caballero le trajese de la mesa de su amo pan, con que se pudiese sustentar. Finalmente volvió á Mompeller, su patria, y hallóla muy alterada, y toda aquella tierra abrasada de turbaciones y guerras: y como el santo venia en aquel traje, creyó la gente que era espía: echaron mano de él, y pusiéronle en la cárcel sin ser conocido de su mismo tio, ni darse él á conocer por ser maltratado de sus mismos vasallos, y padecer mas por amor del Señor. Cinco años estuvo en aquella cárcel con increible constancia y sufrimiento, y al cabo de ellos fué herido de pestilencia: y entendiendo que se llegaba el fin de su peregrinacion, se armó con los santos sacramentos de la Iglesia, y se aparejó para morir; y antes de dar su espíritu al Señor, le suplicó afectuosamente que todos los que fuesen tocados de aquella contagion y le invocasen y tomasen por intercesor, fuesen librados y alcanzasen perfecta salud. Murió el santo, año del Señor de 1327, siendo de edad de treinta y dos años; y despues de muerto se halló junto á su cuerpo una tabla en que estaban escritas estas palabras: «Los que fueren heridos de pestilencia, é imploraren el favor de Roque, alcanzarán su salud.» Por esta letra entendió el tio de san Roque quién era el que habia tenido preso y tratado como espía aquellos cinco años; y con muchas lágrimas y sentimiento, mandó tomar el santo cuerpo, y llevarle con gran pompa y solemnidad á la iglesia, y sepultarle honoríficamente. De aquí la gente comenzó á tenerle devocion, como á santo, y á llamarlo en sus tribulaciones y especialmente en las enfermedades contagiosas y pestilentes; y su tio despues le edificó un solemne templo, en el cual, y en otras muchas partes, Dios obró muchos y grande milagros por san Roque. Creció mas la devocion de los pueblos por lo que sucedió en la ciudad de Constancia, el año 1414, donde celebrándose el concilio ecuménico constancionse, y siendo fatigada aquella tierra y comarca de una grave pestilencia, se le hizo al santo una solemnísima procesion, en la cual se llevaba la imágen de san Roque; y luego cesó aquella infeccion del aire y grave azote del Señor. Y en otras muchas partes se ha experimentado este favor del santo, y cuán eficaces son sus oraciones delante del Señor para aplacar su ira, y dar salud á los pueblos. Su cuerpo se trasladó á la ciudad de Venecia, el año de 1485, donde fué recibido con increible fiesta y regocijo, y se le edificó un suntuoso templo en que al presente está honrado y reverenciado con gran devocion de toda la ciudad.

2 ¿Pues quién no ve en la vida de este santo confesor, cuán maravilloso es Dios en sus santos, y los modos que tiene para hacerlos santos, y para ilustrarlos y magnificarlos en el cielo y en la tierra? Escogió á san Roque desde su niñez, y armóle de su gracia para que venciese la tierna edad, y afligiese su carne, y menospreciase los bienes de la tierra que habia heredado, y repartiéndolos á pobres, los asegurase en el cielo, y con hábito y traje humilde y despreciado, peregrinase por el mundo, padeciendo tantas incomodidades é infortunios en su persona, y dando salud á los enfermos que no le conocian, y glorificando por todas partes el santo nombre del Señor. Qué favor y qué espíritu divino fué menester que tuviese para que en su misma patria, y en la tierra donde él era Señor, estuviese cinco años preso y maltratado de su mismo tio por no descubrir quién era, y por tener mas ocasiones de padecer baldones, afrentas y agravios por Jesucristo: el cual le hirió de pestilencia en la flor de su juventud, y libre y suelto de la cárcel donde estaba, y de la de su cuerpo, le llevó á gozar de aquella bienaventurada vista para siempre, y acá en el suelo le glorificó de manera, que los pueblos, ciudades y provincias, en su mayor afliccion acuden á él, é invocan su patrocinio, y le toman por intercesor; y por sus oraciones alcanzan del Señor salud, reposo y contento.

3 De san Roque hace mencion el Martirologio romano á los 16 de agosto. Su vida escribió Francisco Diedo, y Pedro Pino, y Claudio de Rota, y Pedro *de Natalibus*, y Alberto Krantzio en la Historia sajónica escribe de él; y Fr. Zacarías Lipeloo, cartujo, en el Compendio que ha hecho de

los tomos de las Vidas de santos del P. Fr. Lorenzo Surio. Adviértase, que aunque san Roque no está canonizado, ni puesto en el catálogo de los santos, con la solemnidad que ahora usa la Iglesia; pero que por la devocion y comun consentimiento de los pueblos, en muchas partes se le han edificado oratorios, ermitas, capillas y suntuosos templos, y en ellos puesto su imágen, como de santo, y se dicen misas, y hacen procesiones á su invocacion, y otras cosas que son propias, y como tales la santa Iglesia tiene reservadas para los santos canonizados: y esta es una tácita canonizacion universal de la Iglesia, y aprobacion de la sede apostólica, que en Roma y en tantas otras partes consiente que así se haga.

SAN JACINTO, CONFESOR. — El bienaventurado santo fray Jacinto, espejo de religiosos, gloria de su patria, y ornamento de la sagrada órden de los Predicadores, fué de nacion polaco, y nació en el lugar llamado Saxe, de la nobilísima sangre de los condes odrovansos, muy antigua é ilustre en aquel reino. Diéronle sus padres desde su niñez maestros virtuosos y letrados, para que aprendiese buenas costumbres y ciencias: y como tenia vivo ingenio y era bien inclinado, en breve tiempo salió docto en letras humanas, y en las artes liberales. Era enemigo de juegos, de parlerías y de las travesuras que suele traer consigo la poca edad. Repartia el tiempo con Dios y con sus libros, olvidado de todo lo demás. Tuvo un tio, llamado Ibon, obispo de Cracovia (que es la mas principal ciudad y cabeza del reino de Polonia), varon docto y gran siervo de Dios: el cual proveyó á su sobrino de un canonicato de su Iglesia, no por afecto de carne y sangre, sino de merecimientos; porque vió en él grandes muestras de rara modestia y ciencia, y entendió cuánto podia ilustrar cualquier iglesia con su persona. Despues de canónigo, se aplicó nuestro Jacinto á la sagrada teología, y aprovechó tanto en ella, que podia competir con los mejores teólogos de su tiempo. Acabados sus estudios, le envió á llamar el buen obispo para tenerle á su lado, y para que con su ejemplo y doctrina comenzase á aprovechar á su Iglesia; y así lo hizo, hasta que con cierta ocasion, partiéndose el obispo para Roma, le quiso llevar consigo. Llegó á aquella santa ciudad, al tiempo que el gran patriarca santo Domingo habia alcanzado la confirmacion de su sagrada religion, y resplandecia en ella con su vida, con su predicacion y milagros, como un nuevo sol que Dios habia enviado para alumbrar al mundo. Entre los otros milagros que el Señor obró por él, fué uno muy célebre y prodigioso, el haber resucitado á un caballero mozo, llamado Neapoleon, sobrino del cardenal Estévan, delante de infinita gente, como lo dijimos en su vida, y por esto no lo repetimos aquí. Este milagro, por haber sido tan insigne, luego se extendió por toda la ciudad de Roma, y aun por toda la cristiandad, y ganó las voluntades de muchos, para que de allí adelante reverenciasen al santo patriarca, y le mirasen como á hombre venido del cielo. Entre estos muchos fué uno el obispo Ibon, que como era santo, cobró grande estima de la santidad del bienaventurado padre, y se aficionó á su religion, por el fruto que en todas partes hacia: y deseando que se comunicase aquel bien á sus ovejas, le pidió instantemente que enviase á Polonia algunos de sus hijos, para que la alumbrasen y cultivasen. Mas el santo padre, como tenia pocos hijos á la sazon, y aquellos repartidos por muchas partes, no pudo conceder lo que el obispo le pedia, hasta que nuestro Señor abrió camino, y movió á san Jacinto y á otros sus compañeros Ceslao y Hermanno, que venian con el obispo á tomar el hábito de Santo Domingo, y ponerse en sus manos para ser enseñados en las cosas de la religion, y encaminados á toda perfeccion. Eran Jacinto y Ceslao, polacos, y teólogos, y Hermanno era aleman, y lego. El proceso de la canonizacion de san Jacinto añade á estos dos el tercero compañero, y dice que se llamó Enrique, y esto mismo afirman algunos historiadores de las cosas de Polonia (Matías Michoviense, lib. III, cap. 32, y Juan Herbuto, lib. VI); y que era natural de Moravia. Grande alegría tuvo el obispo Ibon cuando supo la determinacion que habian tomado aquellos cuatro familiares suyos, y mucho mayor el glorioso patriarca, por la puerta que Dios le abria, para un reino tan extendido y tan necesitado: y así en el mismo año de la confirmacion de su religion, que fué el de 1216, siendo sumo pontífice Honorio III, en el convento de Santa Sabina, los admitió á su santa compañía, y les dió el hábito de su religion y su bendicion: y con ella, en vistiéndose san Jacinto el hábito, se vistió del espíritu de su glorioso padre, y fundador santo Domingo, y nuestro Señor le infundió un vivo y encendido deseo de imitarle, como lo hizo por toda la vida. Era limpio por extremo en el cuerpo, y mucho mas en el alma: toda la vida vírgen, como su santo padre: blando de corazon, puro en su conciencia, humilde en su persona, suave, amoroso y benigno, lleno de amor de Dios, y misericordioso sobre manera, y naturalmente compasivo. Así lloraba los trabajos ajenos, como los propios, y tan de veras rogaba á Dios por los afligidos, como si hubieran nacido de sus entrañas. Visitaba de buena gana los enfermos: consolaba los tristes: animaba á los encarcelados; y en todo lo que podia socorria á los pobres y necesitados, y como otro Job, era ojos para el ciego y piés para el cojo, salud para el enfermo, y consuelo para el desconsolado: y como traia en su alma estampada la vida de santo Domingo, procuraba retratarle y representarle al vivo en la suya; y así tenia la iglesia por celda, la tierra por cama, y la disciplina cada noche con cuerdas y de muchos nudos, por descanso. Era templadísimo en el comer, y sobre las ordinarias abstinencias de la órden tenia diputados muchos dias para ayunarlos, y comiendo un pedazo de pan á secas, y bebiendo un jarro de agua. Ocupaba el tiempo de manera, que de esto solo andaba necesitado, y la mayor parte de la noche gastaba en oracion en la iglesia; y cuando le fatigaba mucho el sueño, por un breve tiempo dormia sobre el suelo. Esta vida comenzó san Jacinto, desde que tomó el há-

bito, y la prosiguió hasta la muerte. Mas como hubiese ya hecho profesion, y estuviese bien instruido en las sagradas ceremonias de la religion, y en el modo de predicar el Evangelio; el glorioso padre santo Domingo, que tambien conocia el tesoro de los divinos dones y gracias que el Señor habia encerrado en Jacinto, le mandó que fuese á predicar á Polonia con sus tres compañeros Fr. Ceslao, Fr. Hermanno, y Fr. Enrico, dándole la órden que habia de tener en plantar la religion en aquel reino, y en fundar los conventos que á su nueva órden se ofreciesen, y todo lo demás que le pareció convenir para que aquella mision fuese para gloria de Dios nuestro Señor y provecho de las almas, y establecimiento y propagacion de su familia: y dándoles su santa bendicion, los despidió, por una parte tristes, por dejar su bienaventurado padre, y por otra muy alegres, porque el mismo padre los enviaba á trabajar y á padecer en la viña del Señor. Partiéronse, pues, y siguiendo su camino, pasaron los montes que llaman Alpes, y entrando por Carintia, llegaron á una ciudad llamada Friesach, en la cual por ruegos de los ciudadanos se entretuvieron predicando algunos dias. Allí comenzó san Jacinto á entender en su labor, y á sembrar en aquella tierra la semilla divina que consigo traia, y el Señor con la lluvia del cielo la regó de tal manera, que en medio año que estuvo allí el santo, muchos se convirtieron á verdadera penitencia, y renovaron sus vidas; y otros pasando aun mas adelante, hicieron divorcio con el mundo, y le pidieron el hábito de su religion, y él se les dió, y fueron tantos, que dentro de aquel breve tiempo se hizo en aquella ciudad un insigne convento de su órden, y fué el primero que fundó san Jacinto: el cual dejando por prior de él á Fr. Hermanno, prosiguió con los otros sus compañeros su camino hasta llegar á Cracovia. Allí fué recibido como un ángel venido del cielo, con comun regocijo y extraordinario aplauso de todos los eclesiásticos y seglares de aquella nobilísima ciudad, acordándose de la nobleza de su linaje, y que habia sido canónigo de de Cracovia, y que era sobrino del obispo, y que el sumo pontífice muy encarecidamente se les encomendaba en las letras apostólicas que traia; y mucho mas creció este contento y benevolencia, despues que le conversaron y le vieron tan santo, tan humilde, tan menospreciador de sí mismo y de todas las cosas de la tierra, y tan suave y humano en su trato, y tan zeloso del bien de sus almas: y así trataron luego de darle una de sus mayores iglesias que habia en la ciudad, para que en ella fundase un monasterio; y para esto escogieron la iglesia de la Santísima Trinidad, que era la mayor despues de la catedral.

2 En esta iglesia edificó san Jacinto un famoso convento, y el obispo, su tio, le enriqueció de ornamentos, cálices, cruces, imágenes y de otras cosas necesarias para el culto divino: y el mismo pueblo (que estaba ya movido, y muy devoto á san Jacinto) acudia con mucha liberalidad á la fábrica del nuevo monasterio, el cual fué tan suntuoso y tan insigne, que algunos reyes de Polonia le escogieron para su sepultura. Pero lo que mas ayudó al edificio de este santo monasterio, y de los otros, que andando el tiempo, en varias partes san Jacinto fundó, y lo que mas gracia, peso y lustre dió á este bienaventurado padre, para que todas sus acciones y empresas fuesen gratas al Señor, y resplandeciesen en los ojos de los hombres; fué el favor que tuvo de la sacratísima Virgen María nuestra Señora, de la cual él (como su padre santo Domingo) era devotísimo: porque esta divina Señora le tomó debajo de sus alas y proteccion, y muchas veces le regalaba y favorecia; y con tal amparo y ayudadora, no es maravilla, que san Jacinto intentase cosas grandes en servicio de su benditísimo Hijo, que se engolfase en mares tan anchos y profundos, y que llegase al deseado puerto de su navegacion. Entre otros se cuenta un singular favor, que esta Reina del cielo hizo á san Jacinto el año de 1221 en la vigilia de su gloriosa Asuncion; porque estando el bienaventurado padre delante del altar de la Vírgen, contemplando la gloria con que habia subido al cielo, y el triunfo con que habia sido recibida de toda la corte celestial, bajó súbitamente una luz divina sobre el altar, y en medio de ella la soberana Princesa de todo lo criado, acompañada de innumerables ángeles: y volviéndose con aspecto blando y amoroso á san Jacinto, le dijo: Huélgate, Jacinto, hijo mio; porque tus oraciones son muy gratas á mi Hijo y á mí. Ten por cierto que todo lo que por mi intercesion le pidieres, lo alcanzarás. Dicho esto, desapareció la Vírgen; y al partirse se oyó una música tan suave, y con tanta diferencia de voces é instrumentos, que no hay lengua humana que lo pueda explicar. Quedó san Jacinto tan favorecido, y tan regalado de la Vírgen, y con tanta confianza, que le parecia que ninguna cosa pediria al Señor que no se la concediese, mediante la intercesion de su sacratísima Madre.

3 Habiendo, pues, el santo fundado el convento de su órden en Cracovia, del cual como de fuente se derivaron otros muchos por todo el reino de Polonia; determinó plantar aquella nueva y celestial planta por otras naciones y reinos, y alumbrarlos con la predicacion del Evangelio, que era el principal fin para que su sagrada órden se habia instituido. Para esto envió á Fr. Ceslao, su compañero, y á Fr. Gerónimo á la ciudad de Praga, que es cabeza del reino de Bohemia, adonde llegaron, y predicaron, y edificaron un insigne convento, con la invocacion y nombre de San Clemente, papa y mártir (el cual en tiempo del emperador Ferdinando se dió á los padres de la Compañía de Jesus, para fundar allí un colegio; porque los padres predicadores tenian su convento en la iglesia de Santa Inés): y dejando allí en Praga al bienaventurado Ceslao; Fr. Gerónimo, su compañero, pasó á la ciudad de Cratislavia, y allí edificó una iglesia en honra de san Adalberto, y fundó otro convento de su órden, y en él, rico de merecimientos y esclarecido con milagros, gloriosamente acabó su peregrinacion. Pero nuestro santo Fr. Jacinto tomó el camino mas hácia levante, y entró en la provincia de la Rusia meri-

dional, hasta llegar al ducado de Kiow, y predicó en la ciudad de Kiovia é hizo grandísimo fruto en ella, y edificó un convento muy principal, que dedicó á la gloriosa Virgen, su especial abogada y patrona, confirmando el Señor la predicacion de su siervo con muchos milagros, que por él hacia; y tuvo muchos trabajos y graves persecuciones, por enseñar y defender la verdad católica de la Iglesia romana, porque á la sazon era duque de aquella tierra Valdomiro, muy dado á los ritos y ceremonias de los griegos, y contrario á la santa Iglesia romana: y por el temor que tenia este príncipe, que san Jacinto con su vida y doctrina habia de reducir aquellos pueblos á la obediencia y creencia de la sede apostólica, pretendió echarle de su tierra; pero estando él en este propósito, entraron los tártaros con gran braveza y furor en la provincia de Kiow, y llegaron hasta Kiovia, donde el santo residia: el cual, acabando de celebrar el sacrosanto sacrificio de la misa, entendiendo, que los bárbaros habian llegado ya á los muros de la ciudad, revestido como estaba, tomó con mucho sosiego y constancia el santísimo Sacramento del altar, y dijo á sus frailes que le siguiesen. Habia en la misma iglesia una imágen de nuestra Señora, de alabastro, hermosísima, y de mucho peso, de la cual el santo era muy devoto: y como él se fuese sin ella, le habló la imágen y le dijo: Hijo mio Jacinto ¿cómo me dejas? Llévame en tu compañía, y no me dejes, para que me ultrajen mis enemigos: y como el santo respondiese, que cómo podia llevar aquella imágen pesando tanto; replicó la Vírgen: Tómala, que mi Hijo te la hará ligera y fácil de llevar. Entonces el santo se llegó con muchas lágrimas, y reverencia á la imágen, y tomóla en sus brazos, y con ella (que no le pesaba mas que una caña), y con el santísimo Sacramento, acompañado de sus religiosos, se salió del convento y de la ciudad por la otra parte adonde aun no habian llegado los tártaros. Salido, pues, de Kiovia, tomó su camino para Cracovia: y pasando por una ciudad, llamada Gadufria, le fué forzoso detenerse en ella algunos dias, para predicar allí y cumplir con la devocion de aquella gente, que se movió á tanta devocion por los sermones de san Jacinto, que edificó en breve un gran convento, y le pobló de religiosos; y dejándoles por prelado á su compañero Fr. Benito, tornó á Cracovia, donde fué recibido con increible alegría y regocijo de toda la ciudad, y allí la imágen de alabastro de la Vírgen, que habia llevado consigo, volvió á su naturaleza, y se hizo pesada como antes. Aquí estuvo el resto de su vida, trabajando valerosamente en la viña del Señor y fundando muchos monasterios, no solamente en el reino de Polonia, sino en los otros mas apartados, y gobernándoles por espacio de cuarenta años, que fué provincial; y cargado de años, y de santas obras y merecimientos, abrasado del amor del Señor, deseoso de salir de este destierro largo y penoso, y gozar de su bienaventurada vista, suplicó á su divina Majestad que le sacase de esta vida; y el Señor se lo concedió, y le reveló que el dia de la Asuncion de la Vírgen (de cuya fiesta él era devotísimo) le cumpliria su deseo. Cayó enfermo un dia despues de haber celebrado la fiesta de su padre santo Domingo, de una recia calentura, que le duró hasta que le acabó. La vigilia de la misma Asuncion, estando ya muy apretado de la enfermedad, hizo llamar á los padres ancianos del convento de Cracovia, y les encomendó que guardasen con gran vigilancia lo que él les habia enseñado de boca de su padre santo Domingo, y la blandura y mansedumbre de corazon, y principalmente la caridad y amor entre sí, y á la santa pobreza y desnudez de todas las cosas de la tierra: porque este (dijo) es el testamento de la vida eterna, y el camino seguro, por el cual habeis de llegar á la bienaventuranza. Acabadas estas palabras, calló, y el dia siguiente, habiendo oido con mucha devocion y regalo de su espíritu el oficio de la fiesta de la Asuncion, recibidos los santos sacramentos, y alzados los ojos al cielo, dijo con mucho fervor el salmo 30, que comienza: «En tí, Señor, esperé:» y cuando llegó al postrer verso: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» dió el suyo al Señor, que para tanta gloria suya le habia criado, á los 15 del mes de agosto del año de 1257, y á los setenta y cuatro de su edad. El sentimiento que hicieron sus bienaventurados hijos, viéndose huérfanos de tal padre, y toda la ciudad de Cracovia, por haber perdido tal maestro y pastor, no se puede fácilmente explicar. El obispo de Cracovia, acompañado del clero, y de toda la ciudad, vino al convento, y con sus propias manos puso el cuerpo del santo en el sepulcro, y antes que le sepultase, estando aun en las andas, trajeron allí un caballero, que despeñado de un caballo furioso y desbocado, acababa de espirar; y poniéndole encima del cuerpo del santo, al punto se levantó vivo y sano, y dijo: que habia subido hasta los cielos en compañía de san Jacinto.

4 Pero no fué solo este milagro el que el Señor obró por san Jacinto en vida y despues de muerto; antes fueron casi innumerables, y muchos de ellos muy notables, y por ser tantos, seria cosa muy larga y fuera de mi propósito quererlos aquí todos referir. En el proceso, que se presentó para su canonizacion, se ponen casi mil milagros de personas que cobraron salud por su intercesion, estando dolientes y con graves enfermedades, de dolor de cabeza, de ojos, de muelas, dientes, de la garganta, del cuello, de la lengua, de la boca, de los oidos, y del pecho, del corazon, del estómago y de otras partes interiores, de piés y de manos, y de todo el cuerpo, de calentura, de cólica, de gota coral, de bubas, de perlesía, tísica é hidropesía, de heridas y de otros golpes; y finalmente, no hay casi género de dolencia, que no haya curado este bienaventurado padre. Dejo á los que libró de pestilencia, y á las mujeres que peligraban en el parto, y á los que eran atormentados de los demonios, que fueron muchos, y no menos á los que estando ya para morir, los detuvo y alcanzó mas largos plazos de vida. Solo quiero decir, que, viviendo, resucitó á dos muertos, y

despues de su glorioso tránsito, sin el caballero que dijimos que resucitó antes que pusiesen su sagrado cuerpo en la sepultura, fueron otros muchos los muertos á quienes restituyó la vida; y no solamente á niños y niñas, y criaturas muertas en el vientre de su madre, y á hombres y mujeres, sino tambien á algunos animales, caballos, rocines, terneras, y hasta á los pollos les cupo esta gracia por intercesion de san Jacinto, á quien parece que nuestro Señor habia hecho señor de la salud y de la enfermedad, de la muerte y de la vida; pues tan fácilmente la podia alcanzar del Señor con sus oraciones, como lo podrá ver quien quisiere, en la vida de este santo, que escribió en latin el P. Fr. Severo de Cracovia, y en castellano el P. Fr. Diego Mas, ambos maestros en sagrada teología, y de la órden de Predicadores. Yo solo referiré aquí lo que aconteció cuando fué á predicar á la provincia de Kiow, y fué, que yendo á Visogrod, ciudad de aquel ducado, que está puesta sobre la ribera de un rio caudaloso, y no teniendo barco en que pasarle, con el deseo grande de llegar á la ciudad á tiempo que pudiese predicar; viendo que no habia otro remedio, se quitó el santo su capa, y tendiéndola sobre el rio, pasaron él y sus compañeros sobre ella como si fuera barca; y lo mismo le sucedió cuando salió de Kiow con el santísimo Sacramento en una mano, y la imágen de nuestra Señora en la otra, huyendo de los tártaros: que llegado al famoso rio Boristenes, como no pareciese por toda aquella ribera barco para pasarle, confiado en la divina misericordia, echando la bendicion al rio se entró por él, y le pasó á pié enjuto, sin mojarse ni aun las suelas de los zapatos: y de esta manera le siguieron los frailes que le acompañaban: y sucedió en este milagro otro mayor milagro que se cuenta en el proceso; y es, que en el mismo rio quedó la huella y pisadas del santo estampadas en las aguas, y dicen, que hoy en dia se ven, y que de un cabo del rio al otro se descubre una como senda, como pisadas de hombre que pasó por allí, que es cosa particular y prodigiosa, y digna de admiracion, aunque para Dios no hay cosa imposible.

5 Despues de muerto apareció muchas veces el santo á varias personas que se encomendaban á él, ó le pedian favor; y hubo algunas revelaciones de su gloria. El mismo obispo de Cracovia que le habia enterrado, y se llamaba Prandeta, habiendo quedado cansado de aquella piadosa obra del entierro, poniéndose á descansar un poco, vió una larga procesion de ángeles vestidos de albas blancas, y á dos varones ancianos y venerables, al uno con una mitra en la cabeza y con báculo pastoral en la mano, que era san Estanislao, obispo de Cracovia, y al otro vestido con el hábito de Predicadores, resplandeciendo como el sol, y éste era san Jacinto, y traia dos coronas en la cabeza, de vírgen y doctor. Y una monja, que ya habia cuarenta años que estaba encerrada dentro de las paredes del monasterio, sirviendo al Señor con raro ejemplo de santidad; el dia en que murió el santo, estando en oracion, vió bajar del cielo una luz clarísima sobre el convento de Predicadores, y la sacratísima Vírgen en una procesion de cortesanos del cielo, que llevaba á su lado á san Jacinto, vestido del hábito de su órden: y como estas hubo otras revelaciones.

6 Con haber sido la vida de este santísimo varon tan admirable y divina, y sus milagros tantos, tan raros y esclarecidos, y haber sido hijo del glorioso patriarca santo Domingo, y padre de tantos y tan ilustres hijos, fundador y gobernador de su sagrada órden en el reino de Polonia, y en las provincias setentrionales, estuvo trescientos treinta y siete años sin ser conocido; porque aunque algunas veces se trató de ello, y los serenísimos reyes y todo el reino de Polonia lo suplicaron á los sumos pontífices, y especialmente al papa Leon X y algunos de sus sucesores; por varios y diferentes impedimentos no tuvo efecto la canonizacion hasta el año de 1594, que á los 17 de abril le canonizó, y le puso en el catálogo de los santos, la santidad del papa Clemente VIII, mandando que se celebre su fiesta á los 16 de agosto, que es el dia siguiente despues que murió. De san Jacinto escriben Alberto Leandro, boloñés, en el libro de los Varones ilustres de la órden de Santo Domingo; Martin Polaco, obispo varmiense, lib. VII de la Historia de Polonia; Matías Michoviense, lib. III, cap. 30 de su Historia; Juan Herborth, lib. VI, cap. 8; el P. Fr. Hernando del Castillo en la Crónica de su órden, lib. I, cap. 48, y lib. II, cap. 57; el P. Fr. Antonio de Sena, en la Crónica asimismo de su órden; y el padre Pedro Scarga, de la Compañía de Jesus, en el Catálogo que compuso de los santos de Polonia.

* SAN ELEUTERIO, OBISPO Y CONFESOR.— Fué elegido y consagrado obispo de Auxerre, el año 532, por el clero y el pueblo que conocian su elevado mérito. Asistió al segundo, al tercero, al cuarto y quinto concilio de Orleans, y tuvo mucha parte en los sabios reglamentos que en ellos se publicaron para el restablecimiento de la disciplina en la Iglesia de Francia. Despues de un pontificado de veinte y ocho años, murió santamente en su diócesis el dia 16 de agosto del año 561.

SAN TITO, DIÁCONO Y MÁRTIR.—Vivia en Roma, cuando esta ciudad se hallaba en poder de los godos; y segun Beda, porque estaba un dia distribuyendo limosna á los pobres, fué muerto por órden de un bárbaro capitan.

SAN JOAQUIN, PADRE DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.—Aunque de él se hace conmemoracion en este dia, hállase continuada su vida en el mes de marzo, dia 20: véase.

SAN SIMPLICIANO, OBISPO.—Véase el dia 14 de este mes, donde se insertó su vida, si bien la Iglesia hace conmemoracion de él en este dia.

SAN DIOMEDES, MÁRTIR.—Natural de la ciudad de Tarsis en Cilicia, descendia de noble cuna, pero fué mas noble por las virtudes que poseyó en alto grado. Dedicóse á la carrera de la medicina, y procuraba curar á los enfermos no solo corporalmente por medio de su arte, si que tambien espiritualmente por medio de exhortaciones y consejos cristianos. Preso en su ciudad natal por órden de Diocleciano, fué conducido á Nicea de

Bitinia, donde habiéndole dejado en libertad, continuó ejerciendo sus buenos oficios, y convirtiendo con ellos á multitud de infieles. Acusado y preso, fué condenado á ser degollado, y consiguió la corona del martirio, el año 301.

SAN AMBROSIO, MÁRTIR.—Era centurion en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano; y se hallaba en Fiernuzola de Campaña cuando se publicaron los edictos contra los cristianos. Llevado á la presencia del prefecto Daciano, éste se complació en hacerle atormentar muy bárbaramente, y al fin, viendo que nada podia torcer su constancia en la confesion de la fé, lo mandó meter en una hoguera, de la cual salió sin recibir daño. Continuaba el santo glorificando á Dios y confesando á Jesucristo, y fué precipitado á un rio donde acabó victoriosamente su santa vida.

SAN ARSACIO, CONFESOR.—Servia en el ejército romano en tiempo del emperador Licinio. Viendo los excesos á que éste se entregaba contra los cristianos, abandonó su carrera y se retiró á la soledad. En ella vivió como un cenobita por espacio de muchos años, hasta que, coronado de merecimientos, descansó tranquilamente en el Señor á mediados del sig'o IV. Estuvo dotado del don de profecía, y la ciudad de Nicomedia, en cuyas cercanías vivia, fué testigo de sus grandes maravillas. Poseyó particularmente el don de lanzar los demonios de los cuerpos, y con sus oraciones mató á un gran dragon que hacia estragos en aquella comarca.

SANTA SERENA.—Fué esposa del emperador Diocleciano. Habiéndose convertido á la religion cristiana, fué bautizada por san Ciriaco, y profesó el Evangelio en medio de la corte de su cruel marido, con el cual intercedió muchas veces en favor de los cristianos condenados al martirio. Tambien ella tuvo que sufrir muchos disgustos y penalidades por causa de su fé; pero fué siempre un modelo de resignacion y de constancia, hasta que murió santamente á principios del siglo IV.

Dia 17.

SANTA CLARA DE MONTE FALCO, VÍRGEN.—En el valle de Espoleto, que está en la Umbría, provincia de Italia, como cuatro millas de Foligni, y ocho de Asis, está una villa que se llama Monte Falco, en la cual nació la vírgen santa Clara, que por distinguirla de la otra santa Clara de Asis, hija primogénita del seráfico padre san Francisco, madre de tantas y tan gloriosas hijas, llaman santa Clara de Monte Falco: la cual tuvo por padre á un hombre virtuoso, que se llamaba Damian: y por madre á una buena mujer, por nombre Jacoba. Desde niña comenzó á echar de sí rayos de luz divina; porque siendo de solos cuatro años, inflamada en el amor de Jesucristo, las rodillas desnudas en tierra, ofrecia devotísimas oraciones delante de la imágen del Crucificado, y todo su estudio era entregarse á su esposo celestial: y porque no podia tan á su gusto entregarse á estas devociones, sin ser vista y registrada de los de su casa, se hurtaba muchas veces, y secretamente se iba á una iglesia que estaba allí cerca, dedicada á san Juan (que es de san Agustin), donde extendia mas las velas de su afecto y devocion.

2 Tenia esta santa niña una hermana, llamada soror Juana, religiosa por vida y profesion. Deseó mucho la niña estar en compañía de su hermana, para imitarla y consagrarse del todo al Señor; mas el demonio, para estorbarla, se le aparecia muchas veces en hábito y semejanza de su hermana soror Juana, amenazándola que la mataria si se hiciese religiosa. Pero la niña conoció que aquellos eran silbos y amenazas de la serpiente infernal; y confortada del amor y espíritu de su dulce esposo, no hizo caso de cuanto le decia, y quedó de aquella bestia fiera con victoria, y mereció ser vestida de Jesucristo, y que le revelase todo el suceso de su vida, y le diese grande ánimo y nuevas fuerzas para llevar la aspereza y trabajos de su cruz.

3 A los seis años, pues, de su edad entró en el monasterio que se llamó de Santa Cruz, que era de religiosas agustinas, como si entrara en el paraíso: y bajando la cerviz tierna al suave yugo del Señor, se hizo discípula de su hermana, y se abrazó con la pobreza y oracion, y con todos los otros santos ejercicios de la religion, con tanto ardor y afecto, que no parecia niña ni novicia, sino antigua y perfecta religiosa. Contentábase con un pedazo de pan y alguna fruta para su mantenimiento: amaba el silencio: refrenaba sus sentidos; solo estaba atenta á regalarse con su amoroso esposo, el cual muchas veces la visitaba. Una vez, entre otras, le apareció en forma de niño, en los brazos de su santísima Madre, con muy alegre rostro, y como quien queria soltarse de sus manos. Entonces la santísima Madre dijo al Niño que abrazase á su tierna esposa, y llegándose la bendita niña con ferviente y dulce afecto á abrazarle, huyó y se escondió el Niño Jesus debajo del manto de su Madre: y con esto desapareció aquella vision, quedando la niña Clara, y nueva esposa de Cristo, herida de su amor, y con mayor fervor y mas encendidos deseos de servirle.

4 En entrando en edad de siete años, comenzó á tratar ásperamente su cuerpo: por no sentir despues la tiranía y rebeldía de la carne, traia á raiz de ella una áspera cuerda de muchos nudos, ceñida estrechamente, y dábase largas y duras disciplinas, hasta derramar sangre. Contentábase con pan y agua para su comida y bebida, y cuando queria celebrar alguna fiesta, añadia algunas yerbas crudas; y este era su solemne banquete. Dormia sobre la tierra desnuda: y cuando la necesidad le constreñia, echaba encima algunas pajas. Su oracion de noche y de dia era continua, ya hincada de rodillas, ya en pié, extendidos los brazos en forma de cruz, y algunas veces se derribaba con profunda humildad con la boca pegada al suelo. Su honestidad era admirable, así en el trato de su persona, y en el descubrir, ó mirar ó tocar alguna parte de su cuerpo, como en todo lo demás; y estimaba tanto la preciosa joya de la virginidad, que decia, que por no perderla, de

buena gana padeceria, si fuese menester, las penas del infierno, todo el tiempo que viviese.

5 Fué tan recatada en la vista, que se entiende que jamás miró la cara fijamente á hombre; y cuando hablaba con alguna persona, cubria su rostro, puestos los ojos en tierra. Y como una vez un hermano suyo religioso le dijese que por qué le hablaba de aquella manera; respondió: Poca necesidad hay de la vista, ni del rostro, cuando hablamos; pues hablamos con la lengua. Y este mismo recato queria que tuviesen las otras monjas, siendo superiora, zelando en gran manera su honestidad. Estando una vez en oracion, y arrobada y trasportada en Dios, vino la hora de comulgar las monjas, y ella por estar absorta olvidóse de tomar el manto; y soror Juana, su hermana, quiso por aquella vez vedarle la sagrada comunion en castigo de aquella culpa. Volviése la santa vírgen á su amado esposo derramando muchas lágrimas: apareciéle el benigno Jesus; y con su propia mano la comulgó. Otras muchas veces le apareció en figura de corderito muy blanco, que jugaba con ella, é imprimia en su alma un entrañable y amoroso sentimiento del corazon amoroso, con que el Cordero sin mancilla se habia ofrecido en el ara de la cruz por la redencion del género humano. Y este misterio de la sagrada pasion del Señor, tenia tan esculpido ó impreso en su alma, que parecia que ni comiendo, ni bebiendo, ni por algun breve espacio podia apartar su memoria de sus dolores y tormentos. Todo lo que veia, oia, pensaba y decia, lo guisaba con esta salsa, y lo endulzaba con la amargura de la cruz: y de esta, como fuente, manaban las otras virtudes que hermoseaban y adornaban su bendita alma: porque sus palabras eran pocas, graves, y necesarias, y de cosas de Dios; pero muy eficaces para imprimir lo que queria en los corazones.

6 ¿Pues qué diré de la paciencia de esta santísima vírgen? ¿Qué de la alegría y júbilo con que sufria la pobreza y mengua en el comer y en el vestir? ¿En los trabajos, en las enfermedades muchas y grandes que padeció? ¿En los denuestos, contradicciones y persecuciones, con las cuales el Señor la probó y afinó para coronarla con mayor gloria? ¿Qué de la caridad amorosa y dulce que usaba con sus enemigos, y con los que mas la habian afligido, rogando á Dios por ellos, y haciendo que las otras hermanas suyas los tuviesen presentes en sus oraciones, compadeciéndose de sus trabajos, sirviéndolos y proveyéndolos en sus necesidades, y dando siempre bien por mal, y recompensando los maleficios con beneficios? ¿Qué de su compasion, y de la amargura y lágrimas con que lloraba los pecados ajenos, y sentia las tribulaciones y miserias de sus prójimos, y remediaba sus necesidades con su pobreza, desnudándose á sí por vestirlos, y ayunando ella porque ellos comiesen?

7 Resplandeciendo, pues, esta sagrada vírgen con tan esclarecidas virtudes entre todas las monjas, murió su hermana soror Juana, y tuvo soror Clara revelacion de la gloria que en el cielo poseia; y con voluntad de las religiosas, y con gran repugnancia suya, fué elegida por superiora en lugar de su hermana.

8 Luego que comenzó á ser prelada, se descubrieron mayores dones, y mas raras gracias del Espíritu santo en la santa vírgen; porque auto todas cosas, ninguna cosa enseñaba que ella no hiciese. Era la primera que ponia el hombro al trabajo y á la carga, y con un espíritu divino y profético, sabia muchas cosas antes que acaeciesen, y penetraba las enfermedades interiores de sus hermanas con la luz del cielo, y aplicaba las medicinas convenientes para curarlas, y prevenia los daños antes que sucediesen, y á grandes letrados declaraba lugares escuros de la sagrada Escritura, y confundia á los herejes. A un perverso herejo, que por su hipocresía tenia nombre de santo, y la la vino á hablar, y pretendió engañarla; le resistió varonilmente, y alumbrada de la luz del cielo, le confundió é hizo callar, y procuró que fuese castigado, como lo fué, para que no inficionase á otros con su pestilente doctrina: y á este propósito dijo, que habia recibido del Señor tan grande lumbre de su fé y verdad, que aunque todos los libros del mundo se quemasen y la predicacion evangélica cesase, le parecia que ella la podria enseñar.

9 Entre otras virtudes, que tuvo siendo abadesa, fué una; el amor á la santa pobreza, y el ser desinteresada, sin poner los ojos en cosa temporal, sino en solo el contento y agrado del Señor. En recibir las que le pedian el hábito, y admitirlas á su religion, no miraba si eran pobres, ó ricas, si de parientes que podrian ser provechosos al convento, ó no; sino la disposicion con que venian y la voluntad que traian de servir al Señor: y cuando conocia que él las llamaba y guiaba, abria los brazos para recibirlas con grande caridad, y tenia por especie de venta y codicia, decir palabras de Dios con intento de cosa temporal: y como ella estaba tan descarnada del amor de todas las cosas de la tierra, no es maravilla, que el amor divino ardiese tan fuertemente en su pecho, y que levantase tales y tan grandes llamas de amor. Huia mas que de la muerte cualquiera cosa que de mil leguas pudiese ser ofensa de su Señor. Lloraba continuamente los pecados, y decia que era muerta el alma que no se entristecia con lo que desagradaba á Dios. No tenia mas cuenta con su cuerpo, que sino fuera suyo, á trueque de ofrecerlo en sacrificio al Señor; y decia que si cien cuerpos tuviera, todos los sacrificara por su amor, y que la caridad era la vida del alma, y que morir mil veces por Cristo era verdadera vida y eterna bienaventuranza. Especialmente se entretenia y regalaba con Cristo crucificado (como dicho es), y con la continua meditacion de su sacratísima pasion, y velando y durmiendo, estaba fija en los dolores del Señor, y los tenia tan presentes, como si los viera, y se compadecia tanto de ellos, que por muchos años todo lo que comia, ó bebia, le sabia amargo por memoria de la Pasion: de la cual tuvo muchas revelaciones y sentimientos, y hablaba con grandísima ternura y lá-

grimas de ella, y encomendaba á todas que la tuviesen presente, con entrañable compasion y devocion al Señor, y que en sus tribulaciones y fatigas se abrazasen con Cristo crucificado; porque así todas, por graves y pesadas que fuesen, les serian ligeras y fáciles de llevar.

10 Enseñaba á las hermanas y monjas suyas, que pusiesen en su corazon, por cimiento de todo el edificio espiritual, la humildad y obediencia á sus prelados, y que sobre él edificasen las otras virtudes, la santa pobreza, la pureza virginal; y que para guardarla, se guardasen de conversaciones inútiles, y de familiaridad con los hombres, aunque fuesen religiosos y sacerdotes, y de secretos coloquios, de palabras ociosas, livianas, y de risa ó murmuracion: que llorasen amargamente sus pecados, y purificasen á menudo sus almas con la frecuente y devota oracion, y con los santos sacramentos de la confesion y comunion, y con el uso de la aspereza y penitencia, se dispusiesen é biciesen hábiles para levantar su espíritu al cielo, y unirse con su dulcísimo esposo Jesucristo, al cual sobre todas las cosas debian amar, y con purísima intencion servir, enderezando á este blanco y perfectísimo fin el curso de su vida general, y en particular todas sus acciones. Y para que no se les pegase cosa alguna del mundo que pudiese derramar su corazon y divertirle de este santo propósito, ordenaba la santa abadesa, que las andaderas y criadas del convento, que salian fuera para los negocios de la casa; cuando volvian á ella, no refiriesen á las hermanas lo que habian visto ú oido de las cosas del mundo que les podian inquietar. Era muy benigna para con todas, y mas para las viejas y enfermas, y para las que avisadas conocian y enmendaban sus faltas; y severa y terrible para las que habiendo caido, no se querian levantar; porque en aquel cuerpo flaco y mujeril, el alma que le regia, era fuerte, varonil y constante, y tan zelosa de la honra de Dios, que en ninguna cosa mas reparaba, que en atajar y cortar de raiz sus ofensas. No se levantaba con las cosas prósperas, ni se encogia con las adversas; porque todas las ofrecia á Dios, y las unas y las otras igualmente recibia de su mano, ó igualmente era regalada del Señor. Estando una vez contemplando en la llaga del costado del Señor, y toda traspasada de dolor, le apareció un mancebo con una cruz sobre los hombros, que le dijo: Hija Clara, ya he buscado un lugar firme para fijar esta cruz, y he hallado tu pecho en que la pueda poner y enclavar: es pues necesario que mueras en esta cruz si deseas ser mi hija y heredera. Desde la hora de este aparecimiento se cree, que las insignias de Cristo crucificado fueron impresas en el casto y amoroso pecho de esta santa vírgen, de la manera que adelante se dirá; porque desde aquel tiempo le quedó un gran dolor en el pecho.

11 No se desvaneció ella con estos favores y regalos de Dios; antes creció en la humildad y en el menosprecio de sí misma, dando á sí la confusion, y la gloria al Señor, cuya era. En esta virtud de la humildad (que es el fundamento y la madre y maestra de las demás) se señaló mucho esta sagrada vírgen; porque procuró muchas veces renunciar el cargo de abadesa, deseando mas ser sujeta á todas, que superiora de ninguna. Hacia por sí los oficios mas viles y mas bajos de casa: servia á las enfermas; y besaba sin asco las llagas de los leprosos. Hacia que las otras hermanas le diesen disciplinas. Sentia por extremo que la llamas en santa ó sierva de Dios: y para mayor humildad, y mayor victoria y corona suya, permitió el Señor que fuese combatida del demonio gravemente, y siete años continuos de dia y de noche sufrió espantosos terrores y aparecimientos de los demonios: mas como era piedra firme fundada en Cristo, quedó siempre invencible y triunfante de sus asechanzas; y cuanto mas duras fueron las peleas, tanto mas esclarecidas fueron las victorias y triunfos.

12 Llegó la hora en que habia de recibir de su celestial esposo el premio de sus trabajos, y tuvo revelacion de ello: y queriéndose aun mas aparejar para aquella dichosa salida del mundo y y entrada en el cielo, llamó á todas las monjas y exhortólas á que la encomendasen á Dios, y se acordasen de los trabajos que por ellas habia padecido: que fuesen muy humildes, pacientes y sufridas unas con otras, obedientes á sus mayores y muy unidas todas en su santo amor entre sí, para que la obra de nuestra redencion, que Cristo tanto amó, y compró con tan caro precio de su vida, no se perdiese en ellas por su culpa. Despues recibió los santos sacramentos y el de la extremauncion, con muchas lágrimas, y fuéle revelado que le eran perdonados todos sus pecados, y la gloria que le estaba aparejada. Con esta vision quedó tan consolada, que no se puede decir, y rompió el silencio, que hasta entonces habia tenido, hablando con su amorosísimo esposo con estas palabras: ¡O dulcísimo Jesus, cuán grande es, Señor, el premio con que pagais á los que os sirven siendo tan pequeños sus trabajos! Y con gran fervor, dijo: Es mucho, es mucho, es mucho precio Señor para mi el paraíso. Y algunas veces como quien hablaba con los ángeles y con los santos, decia: Llevadme. Pensaron los circunstantes que ya habia dado el espíritu al Señor, y llevaron el cuerpo á la iglesia para enterrarle; mas allí tornando en sí, abrió los ojos: y alegrándose todos los que estaban presentes, le dijeron que parecia tener mejoria; mas la esposa de Cristo, conociendo ser llegada su hora, con grande alegría y sosiego les dijo: Amadas discípulas y hermanas mias, yo me voy de este mundo para el Señor que me llama: yo os encomiendo á él, en cuyas manos os dejo. Acabadas estas palabras, voló aquella alma bendita (sin algun movimiento ni alteracion) á su Criador, dejando el cuerpo con su color y blancura como si estuviera vivo, con los ojos levantados al cielo, y el rostro con una claridad y un color rosado que le sobrevino y le hacia muy hermoso. Pasó de esta vida á 17 de agosto, año del Señor de 1299, á treinta y tres años de su edad, segun la Crónica de la órden de los Menores; y segun la de san Agustin, el año de 1308, y siendo como de cuarenta años. Resplandeció con muchos milagros dando

vista á muchos ciegos, piés á los cojos, y oidos á los sordos, vida á una doncella muerta, y sanó á otras muchas personas gravemente enfermas de calentura tísica, de gota coral, de lamparones, de apostemas malignas é incurables, y de otras dolencias, y espantos de los demonios; y á otras necesitadas libró con la eficacia de sus merecimientos y oraciones.

13 Por la fama de estos milagros y por haberse entendido que en su corazon tenia las insignias de la pasion de Cristo nuestro Redentor, las monjas ó (como otros dicen) el vicario general del obispo de Espoleto, con licencia del papa, vino con tres médicos á la sepultura de santa Clara, y le abrieron el pecho; y hallaron en su corazon (que era grande, grueso y cóncavo) impresas y estampadas las señales de la pasion del Señor; conviene á saber, un crucifijo con tres clavos, la lanza, la esponja, y la caña, que estaban de una parte del corazon; y de la otra estaban los azotes, y cada uno de cinco ramales, y con la columna y la corona de espinas. Estas señales ó insignias de la pasion eran como de nervios fuertes y duros. Hallaron más, dentro de la hiel tres pelotitas redondas como tres avellanas, de igual peso, grandeza y color, las cuales siempre se hallaron en un mismo peso poniendo la una en una balanza y las otras dos en la otra, en testimonio de la verdad del misterio de la santísima Trinidad, de la cual esta virgen fué devotísima. Y así algunos pintan á esta esclarecida virgen, con un peso en una mano, y en las balanzas las pelotas divididas, y en la otra mano un corazon con Cristo crucificado y con las demás insignias de la sagrada pasion. Salió tambien, cuando la abrieron, sangre clara y limpia, y recogieron de ella una redomica: la cual hoy dia se muestra con el corazon, y con las tres pelotitas, con grande admiracion de todos los que las ven (y yo las he visto), alabando al Señor que así honra á sus santos y obra en ellos tan grandes maravillas. Tambien dicen las monjas que están en aquel monasterio, que muchas veces, antes que venga alguna extraordinaria tribulacion, se descuaja aquella sangre de la ampolla, y hierve, y crece visiblemente, y que luego se hacen procesiones para pedir misericordia al Señor por intercesion de la santa virgen, y suplicarle que alce la mano del azote que temen.

14 Hácese gran fiesta en Monte Falco, con licencia del papa, el dia de su glorioso tránsito á los 17 dias de agosto, y tambien el dia de la Santa Cruz de mayo; porque esta santa solemnizaba aquel dia con grande devocion. Muéstrase su cuerpo dentro de la iglesia del convento por una reja que el año de 1561 (en que yo le ví) estaba junto al coro de las monjas; y aunque está seco y mudado el color, está entero sin faltarle parte alguna.

15 Tenia el rostro descubierto, y las manos juntas, y los piés desnudos, y el resto del cuerpo vestido y cubierto con el hábito de monja de San Agustin, que es el que traen las monjas de aquel monasterio; y ellas, y los religiosos y cronistas de su órden dicen que fué monja suya; y es lo que se tiene por cierto. El papa Juan XXII, en un breve en que manda hacer informacion de la vida y milagros de esta santa, dice, que fué de la órden de San Agustin, y abadesa del monasterio de Santa Cruz: asimismo fué decretado por don Antonio Cayetano, arzobispo de Capua, y de nuestro santísimo padre Paulo, por la divina providencia papa V, nuncio, y colector general apostólico en los reinos de España con facultad de legado *à latere*, etc.: asimismo lo decretó el eminentísimo cardenal don Pompeyo, título de Santa Balbina, presbítero cardenal Árigonio en Roma á 3 de noviembre de 1614; y por último fué decretado en en Madrid por don José Archinto, por la gracia de Dios y de la santa sede apostólica, arzobispo de Tesalónica, y de nuestro santísimo padre y señor Inocencio, por la divina providencia papa XII, nuncio, y colector general apostólico en los reinos de España, con facultad de legado, etc., en Madrid á 7 de octubre de 1698; y largamente lo escribió en su vida el P. Fr. Agustin de Monte Falco, de la misma órden. Donde debemos todos alabar al Señor, que la escogió desde su niñez por su esposa, y la enriqueció de tantas y tan admirables virtudes, y la inflamó de un amor tan encendido y fervoroso que mereció recibir en su corazon las insignias de su sagrada pasion, y los otros dones tan sobrenaturales y divinos, que aquí quedan referidos, para testimonio de los misterios profundísimos de la santísima Trinidad y de la acerbísima pasion de Jesucristo nuestro Redentor, y de las mercedes y favores soberanos que él hace á las almas puras que, olvidadas de todas las cosas de la tierra, se abrazan con él, y se dejan guiar, labrar y perficionar de su bendita mano.

* Los santos Librado, abad, Bonifacio, diácono, Severo y Rústico, subdiáconos, Rogado, Séptimo, y Máximo, monjes, todos mártires. —El año 483 fué señalado en Africa por una nueva persecucion contra los católicos. Hunnérico, rey de los vándalos, y acérrimo arriano, ordenó que todos los monasterios fuesen destruidos, particularmente uno situado cerca de Capsa, conocido entre todos por el fervor de los que le habitaban, que eran los siete santos de que hablamos. Estos recibieron órden de presentarse en Cartago, en cuya ciudad se trató de ganarlos por medio de promesas y halagos; pero permaneciendo siempre constantes los siervos de Dios en la confesion de la Trinidad y de un solo bautismo, fueron encerrados en un oscuro calabozo. Los fieles sobornaron á los centinelas y les visitaban continuamente en la cárcel; pero habiéndolo sabido el rey, mandó aumentar la vigilancia y los cargó de nuevos grillos. Algun tiempo despues, dispuso que los embarcasen en una nave muy vieja, á la cual pegasen fuego, luego que ellos estuviesen dentro. Cuando los siete confesores hubieron entrado en el barco, los ataron á unos postes y aplicaron fuego á la leña que allí habia; pero la operacion, repetida muchas veces, fué inútil, porque el fuego no quiso prender, y los santos quedaron milagrosamente salvados. Furioso entonces el tirano, mandó que los apaleasen con remos, y habiéndoles magullado la cabeza, y arrojado al

mar, recibieron el premio de la vida eterna. Las olas restituyeron sus cuerpos á la orilla, que fueron enterrados por los cristianos en el monasterio de Biga junto á la iglesia de San Celerino.

SAN MAMANTE, MÁRTIR.—Hijo de un pobre pastor de Cesarea, en Capadocia, conoció desde su infancia las verdades de la fé, y vivió conforme á ellas de un modo admirable. Su fervor era tan grande en todos los ejercicios de piedad, que con frecuencia pasaba dias y noches enteras en continua oracion, sin cuidarse de comer ni de satisfacer las demás necesidades de la vida. Habiéndose publicado en su patria los edictos del emperador Aureliano contra la Iglesia, fué san Mamante hecho prisionero como enemigo de los dioses, sufrió cruelísimos tormentos, y siendo aun muy jóven, el año 275, fué decapitado en la misma ciudad de Cesarea. San Basilio, y san Gregorio Nacianceno hablan en sus escritos de este santo haciendo grandes elogios de sus extraordinarias virtudes.

SAN MIRON, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.—Reinando el emperador Decio, y siendo gobernador de la Acaya Antipatro, fué este santo acusado de cristiano, y siendo llevado á la presencia de sus jueces, le condenaron á ser decapitado. La sentencia se ejecutó en Cicico, haciéndole pasar antes por varias pruebas, en las cuales padeció horriblemente.

LOS SANTOS ESTRATON, FELIPE, Y EUTIQUIANO, MÁRTIRES.—Vivian en Nicomedia, y un dia que habia mucha gente en el teatro esperando la representacion de un célebre espectáculo, se presentaron ellos y empezaron á anunciar al público las verdades del Evangelio con tanta eficacia y tanto fruto, que la mayor parte de los espectadores se convirtieron á la religion cristiana, y el teatro quedó desierto. Fueron entonces á instruir á aquella multitud en la fé, y mientras bautizaban á muchos, les prendieron los gentiles, los entregaron á las fieras, que no les hicieron ningun daño, y últimamente, perseverando en enseñar y convertir, fueron echados al fuego, que los consumió, y volaron á la patria celestial.

SAN PABLO Y SANTA JULIANA, MÁRTIRES.—Eran hermanos, naturales de Tolemaida, en Palestina, y unidos por los vínculos de la mas acendrada caridad. En tiempo del emperador Valeriano se les quiso obligar á ofrecer incienso á los ídolos, á lo cual se negaron constantemente, siendo por esto puestos varias veces en el potro y finalmente degollados en su misma patria, y dando á todos ejemplo de resignacion y de admirable constancia.

SAN ANASTASIO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació, segun la opinion mas probable, en Terni, ciudad de Italia. Nada sabemos de sus primeros años; pero debemos suponer que en un tiempo en que la Iglesia estaba en paz y se hallaban ya regularizados los estudios eclesiásticos, pasaria el santo su juventud en el estudio y la práctica de las virtudes. En el año 516 fué elegido y consagrado obispo de su patria, y murió santamente en agosto del año 553. Su pontificado fué notable por los piadosos establecimientos que fundó y dotó con gran liberalidad, y por la reforma de las costumbres públicas, que realizó en medio de las mayores contradicciones.

Dia 18.

SAN AGAPITO, MÁRTIR.—En la persecucion del emperador Aureliano, andando los cristianos descarriados, afligidos y escondidos por bosques, montes y cuevas, escogió nuestro Señor un niño de quince años en la ciudad de Palestrina, no lejos de Roma, llamado Agapito, y armóle de su espíritu y fortaleza del cielo, y opúsole al furor y poder de Aureliano para que pelease, y venciese y triunfase de él, y con su precioso martirio animase á los hombres de mayor edad (ya que no iban adelante) á seguirle, y no dudasen derramar la sangre por la confesion de Jesucristo; pues veian que un niño tierno y delicado con tanta constancia habia sufrido tantos y tan grandes tormentos, y dado su vida por él. Mandóle prender el emperador: y viéndole por una parte de tan poca edad, y por otra tan fervoroso y deseoso del martirio, le mandó azotar con duros nervios crudamente, creyendo que, con este castigo, se trocaria: pero como el santo niño con los azotes y espantos se encendiese mas en el amor de Cristo, entrególe el emperador á un presidente suyo, llamado Antíoco, para que en todo caso le hiciese sacrificar. El presidente le encerró en una cárcel muy áspera y oscura, y mandó que por espacio de cuatro dias no le diesen cosa alguna de comer, para que con la hambre (que suele ser muy penosa á los de poca edad) se ablandase y enterneciese. Sacáronle el quinto dia tan constante como el primero; y el juez le hizo echar carbones encendidos sobre su cabeza: y Agapito, cuando se los echaban, daba gracias á Dios, y decia: No es mucho que la cabeza, que ha de ser coronada en el cielo, sea quemada en el suelo. Muy bien asentará la corona de gloria sobre las llagas y heridas recibidas por Cristo. Azotáronle la segunda vez tan fuertemente, que su cuerpo quedó todo rasgado y llagado, y el suelo regado con su sangre: y así desnudo le colgaron de los piés, y la cabeza abajo, y encendieron fuego y echaron muchos materiales de cosas inmundas, para que el humo que salia, y daba en su rostro, gravísimamente le atormentase. Estando en este tormento dijo al presidente: Bien se ve que toda tu sabiduría es vana, y un poco de humo: y él se embraveció, y le mandó de nuevo azotar por cuatro sayones, uno despues de otro, y derramar sobre sus carnes llagadas agua hirviendo, y darle grandes puñadas en la boca y quebrarle las mejillas: mas el Señor queriendo favorecer la fé y constancia del santo niño, y castigar la maldad del inicuo juez, le hizo caer de la silla, en que como juez estaba sentado: y poco despues (sintiendo la virtud de Dios que peleaba en el mártir), dió su infeliz alma al demonio. Cuando supo esto el emperador, quiso vengar la muerte de Antíoco en Agapito, y mandóle echar á las bestias fieras, para que le tragasen y fuese sepultado en ellas: mas las fieras fueron tan comedidas con el bien-

aventurado niño, que se echaron á sus piés, lamiéndolos y halagándole. Viendo esto los ministros del emperador, le degollaron; y los cristianos tomaron de noche su sagrado cuerpo, y le enterraron una milla fuera de la ciudad en un campo, donde hallaron un sepulcro nuevo que el Señor habia aparejado milagrosamente para que el santo niño, y valeroso mártir, fuese honrado. Movióse con este ejemplo un soldado principal, llamado Anastasio, y convirtióse á la fé de Cristo, y de allí á tres dias mereció la corona del martirio. El de san Agapito fué á los 18 de agosto, el año del Señor de 275, imperando el sobredicho emperador Aureliano. Las reliquias de san Agapito están hoy dia en la ciudad de Palestrina, donde murió, y es reverenciado de todo el pueblo con gran devocion. Hacen mencion de él los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo, y Adon, y el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales, y en las anotaciones del Martirologio.

SANTA ELENA, EMPERATRIZ.—Siendo Diocleciano y Maximiano Hercúleo emperadores, enviaron á la isla de Bretaña (que es Inglaterra) por gobernador á Constancio Cloro, valeroso y esforzado capitan. Hospedóle un caballero y señor principal de aquella isla, llamado Coel, y recibióle en su casa, y regalóle y acarició en ella con mucho amor y benevolencia. Tenia Coel una hija llamada Elena, hermosísima doncella, muy avisada y honesta. Viéndola Constancio, y sabiendo sus grandes partes, se le aficionó, y la pidió á su padre por mujer, y se casó con ella y tuvo de ella al gran Constantino, su hijo, que despues fué emperador.

2 Andando el tiempo, los emperadores Diocleciano y Maximiano, renunciaron el imperio en un mismo dia, el uno en Milan, y el otro en Nicomedia: y nombraron Diocleciano á Galerio Maximiano, y Maximiano Hercúleo, su compañero, á Constancio Cloro, por Césares y gobernadores del imperio: pero fué con condicion, que Constancio repudiase á Elena, su legítima mujer, y se casase con Teodora, hija de la mujer de Maximiano; y así lo hizo Constancio, dado que con mucho pesar y disgusto suyo, porque amaba á Elena: mas hízolo por asegurar el imperio y excusar otros inconvenientes.

3 Dejó Constancio, cuando murió, por sucesor de su imperio (aunque tenia otros hijos de Teodora) á Constantino, su hijo, y de Elena, su primera mujer: y Constantino, favorecido de Dios, por virtud de la santa cruz, vino á ser señor absoluto, y monarca de todo el imperio romano, por los caminos y rodeos que refieren las historias eclesiásticas y profanas; y yo los dejo, por no ser propios de la vida de santa Elena, que pretendo aquí escribir: de la cual dice san Paulino, que fué cristiana aun antes que el emperador Constantino, su hijo, se convirtiese á nuestra santa religion, y fuese bautizado de mano de san Silvestre, papa; y que ella tambien le ayudó por su parte para que con tanta piedad y magnificencia edificase suntuosos templos á Cristo nuestro Redentor, y amplificase su santo nombre. Alteráronse mucho los judíos, y quisieron revolver el mundo cuando vieron que aquel, á quien sus padres habian crucificado, era tenido y adorado del mismo emperador y de los grandes de su imperio, por verdadero Dios y Señor de todo lo criado: pretendieron rebelarse, y no les valió: porque fueron castigados severamente del emperador Constantino. Y no solo con las armas, sino con las letras y disputas, pretendieron oscurecer la gloria de Jesucristo, y persuadir á santa Elena y al emperador, su hijo, que habiendo de mudar de religion, debian tomar la de los judíos, tan noble y tan antigua, y dada del mismo Dios, y confirmada con tantos milagros y prodigios divinos; y no la de un hombre, que por revolvedor (como ellos decian) y alborotador de los pueblos, habia sido muerto en un palo entre dos ladrones. Para sosegarlos, se dió órden que viniesen á Roma los mas insignes letrados de los judios, y que disputasen con san Silvestre acerca de la religion suya, y de los cristianos; y así se hizo: y el santo pontífice, en presencia del emperador y de su madre, los convenció y confundió de tal manera, que no supieron que responder, ni mas hablar: y con esto nuestra santa fé quedó victoriosa, y cada dia iba creciendo y propagándose mas: y santa Elena se halló con el emperador, su hijo, en un concilio romano, que le celebró san Silvestre, y firmó los decretos y leyes que en él se habian establecido. Despues que en Nicea se celebró aquel famoso y universal concilio de los trescientos diez y ocho obispos, y se condenó en él la perversa doctrina del malvado Arrio, y de sus secuaces (que fué el año del Señor de 325), tuvo santa Elena revelacion del cielo de ir á Jerusalen, y visitar aquellos santos lugares, consagrados con la vida y muerte de Cristo nuestro Salvador, y buscar en ellos el estandarte glorioso de la cruz, con que él habia vencido al enemigo del linaje humano y triunfado de todo el poder del infierno. Fué la santa emperatriz, cargada de años, con grandes ansias de hallar tan precioso tesoro y manifestarle al mundo: y aunque al principio tuvo muchas y grandes dificultades, al cabo el mismo Señor, que la guiaba, le cumplió sus deseos, y le descubrió aquella joya preciosísima y digna de toda reverencia, que buscaba, y con nuevos y evidentes milagros declaró ser aquella la misma cruz, en que él muriendo nos dió la vida. De la cruz y de los clavos, con que nuestro Redentor habia sido enclavado, hizo santa Elena lo que dijimos mas largamente el dia de la Invencion de la Cruz, que se celebra á 3 de mayo. La cual invencion de la santa cruz fué de grande provecho para toda la Iglesia católica; porque con el favor de una princesa tan grande y tan poderosa se alentaron los cristianos, y se reprimieron los infieles; y el emperador Constantino se confirmó mas en sus buenos propósitos; y la devocion y veneracion del madero santo se comenzó á extender y propagar, y nuestra santa religion á florecer por todas las partes del mundo. Y la bienaventurada emperatriz, no contenta con lo que habia hecho, hizo otras dos cosas en Jerusalen, dignas de su

rara piedad, devocion y humildad: la una fué mandar edificar un suntuoso templo junto al monte Calvario, donde habia hallado la santa cruz: otro en la cueva de Belen, donde nació el Verbo eterno, vestido de nuestra carne mortal; y el tercero en el monte Olivete, en el lugar de la ascension del Señor: los cuales templos dotó y enriqueció de muchos y preciosos dones: la otra cosa que hizo santa Elena fué, que visitó los monasterios de vírgenes y personas dedicadas á Dios, con tanta modestia y abatimiento de su imperial persona, que ella misma, vestida pobremente, cuando comian les daba aguamanos, y de beber, y les llevaba los platos, y les servia de rodillas: y siendo reina del mundo, y madre del emperador, trataba con ellas, como si fuera su criada; porque ellas eran criadas y esposas de su Señor.

4 Habiendo, pues, la santa emperatriz recreado su espíritu con la memoria é insignias de nuestra redencion, y puesto en aquellos sagrados lugares, como trofeos de la religion cristiana, tan ricos y suntuosos templos, y edificado y llenado con la admiracion de su vida á todos los moradores de aquella santa ciudad, se despidió de ella, no sin ternura y lágrimas: con las mismas anduvo por los otros lugares y provincias que habian sido santificadas por el Hijo de Dios, mandando edificar iglesias, oratorios y capillas, y adornándolas y proveyéndolas de todo lo necesario para el culto divino. Niceforo en su Historia, en el lib. VIII, cap. 30, dice, que por su órden y magnificencia se hicieron treinta iglesias en Jerusalen, y otras partes: y lo mismo hizo pasando por algunas ciudades de Oriente, las cuales ilustró y alegró con su presencia, enriqueciendo á muchos hombres principales, que por haber perdido sus haciendas, se hallaban en necesidad, y repartiendo largas limosnas á los pobres, y sacando á los presos de la cárcel, y dando libertad á los que estaban desterrados, ó condenados á sacar piedras y metales; consolando y remediando á todos los afligidos, como señora soberana y madre benignísima.

5 Volvió á Roma: y siendo ya de ochenta años, llena de santas obras y merecimientos, estando presente el emperador Constantino, su hijo, y sus nietos, despues de haberles dado muy santos consejos, y su bendicion, libre ya y suelta de la flaqueza de la carne, voló su espíritu al cielo, para gozar eternamente del fruto y gloria de la cruz, que ella con tanta ansia habia buscado y hallado. Su muerte fué á los 18 de agosto, en que la santa Iglesia la celebra; aunque el año en que murió no se sabe de cierto. El cuerpo de santa Elena fué enterrado con imperial solemnidad y aparato en la iglesia de los santos mártires Pedro y Marcelino, en una arca de pórfido: y hay autores que escriben que pasados dos años se trasladó á Constantinopla; pero esto no es cierto: y Sigisberto dice, que de Roma fué llevado á Francia: mas hoy en dia se muestra en Venecia el cuerpo de santa Elena.

6 En el templo de Santa Cruz en Jerusalen hay en Roma una capilla de Santa Elena, y en Constantinopla se le hizo iglesia, y su hijo engrandeció y ennobleció la ciudad de Drepana, en la provincia de Bitinia, por haber allí su santa madre edificado un templo en honra del santo mártir Luciano, y mandó que se llamase de allí adelante *Helenopoli*, que quiere decir «ciudad de Elena», y que el mar, que antes se llamaba Ptolemáico, se llamase *Helenoponto*, que quiere decir «el mar de Helena:» é hizo otras cosas el buen hijo, grande emperador, para honrar la memoria de su santa madre.

7 Hacen mencion de santa Elena los Martirologios, romano, de Usuardo y Aden; y los griegos á los 20 de junio. Escriben de ella casi todos los escritores de la Historia eclesiástica, Eusebio, Rufino, Severo Sulpicio, san Paulino, san Ambrosio, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Niceforo, y los otros mas modernos. Adviértase que algunos autores, especialmente griegos, dicen que santa Elena no fué inglesa de nacion, sino de la ciudad de Drepana, y que no fué tan noble como nosotros la hacemos, sino una mujer pobre y mesonera: pero no tienen razon; y la verdad es la que aquí queda escrita, y la prueba el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y mas copiosamente en el tercero tomo de sus Anales. Mas como el emperador Constantino favoreció á los cristianos, y en su tiempo floreció tanto nuestra sagrada religion, y santa Elena, su madre, le ayudó á llevar adelante sus piadosos intentos; los gentiles y judíos, y todos los enemigos de Jesucristo (á quienes pesaba que se menoscabasen y desfalleciesen sus falsas sectas), procuraron deslustrar la grandeza del emperador y mancillar la fama de la emperatriz, su madre, y fingieron algunas fábulas, publicando que habia sido de bajo linaje: y dió color á su mentira el no haber sido Constancio Cloro emperador, cuando se casó con santa Elena en Inglaterra; y para serlo, el haberla repudiado, y casádose con Teodora, entenada del emperador Maximiano Hercúleo (como dijimos), en cuya comparacion Elena se podia tener por mujer de baja suerte: pero ella fué de sangre ilustre, y mas esclarecida, por ser madre de tal hijo; y mucho mas bienaventurada y gloriosa, por haber conocido, amado y servido con tanto fervor á Jesucristo nuestro Señor, y procurado que todo el mundo le adorase, reverenciase y sirviese.

* SAN JUAN Y SAN CRISPO, PRESBÍTEROS.—Eran sacerdotes de la Iglesia de Roma y vivian en tiempo del emperador Diocleciano. Toda la vida la empleaban en obras de misericordia, y constantemente se ocuparon con preferencia en dar sepultura á los cuerpos de los cristianos que habian sido martirizados. Acabada la persecucion continuaron viviendo santamente, y despues de una vida empleada toda entera en la gloria de Dios y en favorecer al prójimo, fueron á gozar del premio eterno de los bienaventurados.

LOS SANTOS HERMAS, SERAPION, Y POLIENO, MÁRTIRES.—Fueron naturales de la ciudad de Roma, y durante la persecucion del emperador Aureliano fueron acusados de profesar la religion

cristiana. Conducidos al tribunal del prefecto de la ciudad, confesaron delante de él que adoraban á Jesucristo y seguian su doctrina, saliendo de allí para ser encarcelados en tenebrosos calabozos. Despues se les llamó á otro interrogatorio; confirmáronse en él en todo lo que antes habian dicho; negáronse decididamente á ofrecer incienso á los ídolos del paganismo, y fueron condenados á ser arrastrados por ciertos lugares angostos, peñascosos y ásperos, en cuyo martirio entregaron sus almas al Criador.

Los santos monjes de Córdoba y de Sahagun, mártires.—Habiendo llegado á lo sumo el odio del cruel Mahomed, rey de Córdoba, contra la religion cristiana, los monjes que florecian en aquella ciudad y su comarca en el siglo IX, huyendo del furor de la persecucion, fueron poco á poco desamparando sus monasterios y se refugiaron á los estados del rey católico don Alonso el III. Los trabajos particulares que tuvieron que sufrir de los moros los monasterios de Córdoba, no se saben con toda distincion; mas por lo que acaeció en el de San Cristóbal, que estaba junto á la ciudad, á la orilla del Betis, podemos inferir la causa porque los otros monjes huyeron. Vivia en él el abad Alonso con sus súbditos, varones todos de esclarecida piedad, entregados á Dios, y negados á los placeres y al comercio del mundo. Estando ausente el abad con algunos monjes, fueron allá los moros, y con gran furia, desenvainando las espadas, dieron muerte á los que allí encontraron. Tras esto asolaron el monasterio, no dejando en todo él piedra sobre piedra. Sucedió esta ruina el año 874. El abad y los monjes que se salvaron de ella, determinaron retirarse al monasterio de Sahagun, dedicado á los santos mártires Facundo y Primitivo, que estaba entonces asolado. Vivia la comunidad en santa paz, cuando el año 883, Almundar, hijo del rey Mahomed, entró por los dominios del rey don Alonso á la cabeza de un grande ejército de su gente. Iba asolando las ciudades y las provincias como azote de Dios, enviado para castigo de la España. En el monasterio de Sahagun hizo principalmente alarde de su furor y del odio que tenia al nombre de Cristo. Asoló el edificio, y asesinó con gran crueldad á los monjes. De estos santos monjes de ambos monasterios hace hoy memoria la Iglesia española, honrándolos en el número de los mártires de Jesucristo.

Los santos Floro, Lauro, Próculo, Máximo, y otros compañeros, mártires.—Floro y Lauro eran hermanos, naturales de Constantinopla, donde ejercian la profesion de canteros, bajo la direccion de sus maestros Próculo y Máximo. Estos últimos murieron mártires en Constantinopla, llamada entonces Bizancio, y sus dos discípulos dejaron la ciudad despues de su muerte y se retiraron á la Esclavonia, donde continuaron ejerciendo su profesion y practicando las virtudes cristianas. Pasado algun tiempo, Licinio, hijo de la emperatriz Elpidia, los llamó á su corte para que dirigiesen la construccion de un templo que queria levantar á los dioses. Efectivamente empezaron los santos la obra, y distribuian á los pobres cristianos todo el fruto de su trabajo, y cuando ya el templo se habia concluido y estaban colocadas en él las estatuas de los dioses, Floro y Lauro juntaron á todos los cristianos que encontraron, y todos juntos fueron de noche al templo, hicieron pedazos los ídolos y plantaron en su centro una gran cruz. Al siguiente dia, cuando supo Licinio el atentado, hizo prender á los dos hermanos y á cuantos cristianos habia en sus dominios, les mandó ofrecer incienso á los ídolos, y como no quisiesen ceder de su propósito, dispuso que delante del mismo templo los degollasen á todos, como se efectuó. Colócase este martirio á mediados del siglo II, y sus cuerpos despues de muertos fueron echados en un pozo muy hondo.

San Leon y santa Juliana, mártires.—Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en los primeros siglos del cristianismo, y despues de haber padecido varios tormentos, fueron ahogados en el mar, junto á la ciudad de Mira, en la Licia.

San Fermin, obispo y confesor.—Fué el onceno obispo de Metz, en Francia, consagrado por el papa san Símaco. Asistió á varios concilios, escribió un libro de *Sacrificio Missæ*, hizo dos viajes á Roma para tratar asuntos de disciplina, sufrió muchas persecuciones y trabajos por la fé católica, combatió con santo zelo la herejía, y murió en la dichosa paz de Dios el dia 18 de agosto del año del Señor 496.

Dia 19.

San Luis, obispo y confesor.—Maravilloso ejemplo de humildad y menosprecio del mundo nos dejó el glorioso pontífice y humilde fraile de San Francisco san Luis, sobrino de otro san Luis, rey de Francia, é hijo de Carlos el II, rey de Francia y Sicilia, y conde de la Provenza; pues siendo el mayor de sus hermanos, y sucesor en estos reinos y estados de su padre, poniendo los ojos en el cielo, y conociendo lo poco que valen todas las cosas de la tierra, se abrazó con Cristo crucificado, y se vistió de un pobre hábito del seráfico padre San Francisco, estimando mas aquella santa y divina pobreza, que todos los haberes y tesoros del mundo. La vida de este glorioso confesor, sacada de la bula de su canonizacion, y referida por el P. Fr. Lorenzo Surio, en su cuarto tomo, y en otra parte por san Antonino de Florencia, y mas largamente del quinto libro de la segunda parte de la Crónica de los Menores, fué de esta manera.

2 Nació san Luis, obispo, en un lugar de la Provenza, cerca de Marsella, llamado Brincola: otros dicen que en Mucera de los Paganos, como lo refiere Pedro Rodulfo, fraile de San Francisco, en la Historia de su órden, que dedicó á Sixto V, lib. 1. Su padre fué Carlos II, hijo de Carlos I, que llamaron Martel, rey de Nápoles y Sicilia, y hermano de san Luis, rey de Francia. Su madre fué María, hija del rey de Hungría: la cual tuvo tres hermanos reyes y santos, Estévan, Ladislao y Enrique; y á Isabel de Hungría, su tia, tambien santa.

3 Andando, pues, muy encendida la guerra entre el rey don Pedro de Aragon, y Carlos, rey de las dos Sicilias, hermano de san Luis, rey de Francia, fué preso del rey de Aragon Carlos, el II, é hijo del I, en una batalla muy sangrienta que tuvieron por mar. Llevaron á Carlos preso á Barcelona, y andando el tiempo se concertaron los dos reyes, é hicieron paces con ciertas condiciones; y para cumplimiento de ellas, saliendo el rey Carlos de la prision, quedaron en rehenes en su lugar tres hijos suyos, Luis, que era el mayor, y Roberto, que le sucedió en el reino, por haberle dejado san Luis, y Raymundo, que era el tercero. Siete años estuvieron presos en Barcelona estos tres hermanos. Aprovechándose san Luis de aquella soledad, y haciendo de la necesidad virtud, se ocupaba en el estudio de las buenas letras y en la oracion: porque como él era temeroso de Dios, juzgaba que aquella prision le podia ser causa de muchos y grandes bienes, como lo fué, que las almas puras de todo sacan provecho. Estudió suficientemente gramática, lógica, filosofía natural y moral, y la santa teología, de manera, que disputaba en público y en secreto admirablemente: y aunque él tenia buen ingenio, y mucho tiempo para estudiar, y excelentes maestros de la órden de San Francisco y Santo Domingo, para poder alcanzar la sabiduría que alcanzó; todavía era tan rara, que no parecia aprendida por los libros, sino divina y dada del cielo.

4 Era hermoso sobre manera, y mas en el alma que en el cuerpo; porque desde niño fué honestísimo, enemigo de palabras livianas, y de conversacion de mujeres, y no habia delante de él quien se descompusiese en esta parte. Y para guardar mas perfectamente la joya preciosa de su castidad, era muy templado en el comer y beber, y afligia su cuerpo tierno y delicado, disciplinándose muchas veces con cadenas de hierro, trayendo en lugar de camisa estameña áspera, y ciñéndose una cuerda gruesa de muchos nudos á raiz de la carne, y sujetándola de esta manera al espíritu. Fué tan grande el recato que este santo mozo tuvo de hablar y tratar con mujeres, que el papa Juan XXII, dice en la bula de su canonizacion, que fuera de su madre y hermanas, jamás habló á solas con otra mujer alguna. Cuando salió de la prision de Barcelona, queriendo la reina de Francia, que era su prima hermana, abrazarle y besarle en el rostro, al uso de su patria, nunca lo consintió: y queriendo hacer otro tanto en Nápoles la reina, su madre, desvió el santo el rostro para que no le besase: y diciéndole la reina, su madre: Hijo mio, ¿nó soy yo tu madre, que seguramente puedo hacer esto? Respondió el casto mancebo: Bien sé yo, señora, que vos sois mi madre; pero tambien sabeis vos, que sois mujer, y que no conviene besar á los siervos de Dios.

5 Otra vez visitando á la reina de Aragon, que era su hermana, nunca se pudo acabar con él que la mirase el rostro; y así tuvo sus ojos tan enfrenados, y fué tan señor de sí, que no se halla que en algun tiempo mirase á alguna mujer. Con este ejemplo tan raro y tan admirable, pegó á otros caballeros y criados suyos el mismo amor á la castidad; porque con sola su vista los encendia á ella: y en su muerte se vió salir de su boca una flor, como una rosa colorada muy hermosa, en prueba de su honestidad; y porque sabia que ninguno puede ser casto, sino es por don de Dios, se dió mucho á la oracion, y cuando sus hermanos y otros caballeros dormian, él se levantaba y lloraba con muchas lágrimas hasta la media noche; y hacialo con una serenidad de rostro, y puestos los ojos en el cielo, de manera, que la quietud exterior del cuerpo daba testimonio de la compostura de su alma.

6 Una noche, estando en oracion, vieron sus hermanos que estaba cabe él uno como gato negro y disforme, que queria acometerle y saltar sobre él, y que el santo mozo le echaba de sí con la señal de la cruz: y él los conjuró é hizo prometer que no lo dirian á nadie, mientras que él viviese. Tenia singular devocion á la cruz y pasion del Salvador, y solia rezar cada dia las Horas de la cruz, extendidos los brazos en forma de cruz, por sentir en alguna manera parte de los dolores que por nosotros sintió el Señor. Oia misa con mucha devocion, y en las grandes fiestas recibia el santísimo cuerpo de nuestro Señor, y despues que fué sacerdote, casi cada dia celebraba, confesándose primero: la cual confesion no dejaba de hacer cada dia, aunque no celebrase. Estando aun preso, y no siendo de diez y ocho años cumplidos, visitaba los enfermos, y los lavaba, y tocaba sus llagas, besándolas devotamente; especialmente la semana santa tendia mas las velas de su devocion.

7 Mandó una vez llamar todos los presos de la ciudad de Barcelona, para lavarles los piés y administrarles la comida. Entre los otros vino uno de grande estatura, y con una lepra tan horrible, que los otros dos hermanos tuvieron grande asco; mas san Luis le lavó con mas diligencia y devocion que á los otros, y le sirvió y proveyó de las cosas necesarias. Al dia siguiente, que era viernes santo, buscándole con gran diligencia, no se pudo hallar aquel leproso, y se tuvo por cierto que Cristo nuestro Redentor en aquella figura habia querido favorecer al santo. Todos los dias daba de comer en su casa á veinte y cinco pobres, siendo obispo; y él por su persona les servia, y les daba aguamanos, y les ponia la comida en la mesa, y les cortaba el pan, y á las veces la rodilla en tierra los servia con tanto gusto y devocion, como si en ellos tuviera á Cristo presente.

8 Ocupándose, pues, en tan santos ejercicios, no es maravilla que nuestro Señor le diese la luz que le dió, y espíritu y valor para dar coces al mundo. Hizo voto de tomar el hábito pobre de los frailes menores: y queriendo ponerlo por obra, no pudo dos veces que lo intentó; porque los frailes no se atrevieron á recibirle por temor del rey, su padre. Mas habiendo ido á Roma con su mismo padre y hermanos, allí se ordenó de subdiácono, y en Nápoles de diácono y sacerdote. Vacó en este tiempo el obispado de Tolosa; y el papa Bonifacio VIII, que en esta sazon gobernaba la nave de san Pedro, proveyó de aquella Iglesia á san Luis,

que estaba ausente; mas él nunca le quiso aceptar, hasta que estando en Roma, y presentes dos cardenales (como lo dice el mismo papa en la bula de su canonizacion), para cumplir primero su voto, fué admitido á la órden, y se vistió el hábito de San Francisco, y, dispensando el papa, hizo luego profesion en manos de Fr. Juan de Muro, ministro general, de guardar para siempre la regla de los frailes menores, derramando copiosas y devotas lágrimas todos los que allí estaban presentes, viendo un hijo de un gran rey, y que habia de suceder en los reinos de su padre, hollar los cetros y coronas, y trocarlas por un saco vil y un pedazo de cuerda. Despues de haber hecho este acto tan heróico y divino, fué constreñido san Luis á bajar la cerviz, y obedecer al sumo pontífice, aceptando el obispado de Tolosa como su santidad se lo mandaba.

9 No se mudó el santo obispo con la nueva dignidad; pues tan poco le habia hecho al caso la grandeza de sus reinos y estados: antes guardó siempre la misma humildad, y procurando ser y parecer fraile menor en todo. Vino á Tolosa, donde fué recibido como un ángel del cielo, y todas sus ovejas no tenian mayor estímulo para vivir santamente, que ver delante de sus ojos la vida de su pastor. Su cama era de paño vil en color y precio: andaba en un macho despreciado, y aderezado pobremente, sin querer jamás usar de la licencia que el papa le habia dado de tratarse como obispo y como hijo de rey. Tomaba precisamente de sus rentas solo lo necesario para su moderado sustento y de su familia; todo lo demás era de los pobres. Perros, aves de caza, truhanes ó juglares no se veian en su casa. En su mesa siempre se leia alguna leccion de la santa Escritura, la cual oian con silencio y atencion los que presentes estaban. Con ser tan humilde, guardaba la autoridad de prelado, y era manso con los flacos y con los buenos, y severo con los soberbios y despreciadores de los mandamientos del Rey celestial. No podia sufrir que en su casa se jurase ó se tratase sin reverencia al santo nombre del Señor, en tanto grado, que siendo príncipe y mozo, al criado que habia jurado, le hacia comer á las tres de la tarde pan y agua; y si era alguno de sus hermanos, que comiese en la mesa sin manteles. Predicaba muchas veces á la clerecía y al pueblo, con tanto fervor y energía celestial, que ablandaba los corazones mas duros de los pecadores, é inflamaba á muchos para que siguiesen el camino de la perfeccion que él habia tomado, y los judíos se convertian á nuestra santa fé, y los herejes eran alumbrados para abrazar la doctrina que nuestra santa madre la Iglesia católica nos enseña. Daba las órdenes por sí mismo con extremada devocion; y antes de darlas, examinaba con suma diligencia y cuidado á los que las pedian, de la suficiencia de letras y honestidad de la vida. No daba beneficio por ruegos, ni importunidad de nadie, á ninguno que no era suficiente en ciencias, y de buenas costumbres; y en esto para con él no habia diferencia de pobre ó rico, de caballero ó labrador, de criado suyo ó de extraño. Castigaba á los clérigos gravemente, hasta quitarles los beneficios, conforme á la gravedad de la culpa; y si veia á algun clérigo con copete, él mismo con sus manos se le cortaba. Hacia celebrar el oficio divino todos los domingos y fiestas con gran solemnidad, y todos los actos pontificales, como consagrar iglesias ó monjas, y los demás, los hacia con tanta majestad y reverencia, que bien se echaba de ver que conocia la persona que en ellos representaba: pero nunca se olvidaba que era fraile menor, ni de la humildad que habia profesado y Dios habia tan profundamente plantado en su alma, por la cual hacia que su compañero le reprendiese, y amaba con especial amor á quien le reprendia, y no podia sufrir que en su presencia alguna persona le loase.

10 Yendo una vez por la ciudad de Tolosa, y pasando junto á una casilla, oyó la voz de una pobre vieja, y enferma, que pedia confesion. Apeóse luego: y aunque algunos sacerdotes, que le acompañaban, quisieron entrar á confesarla, el santo no lo consintió, diciendo que aquella era su oveja, y que á él tocaba curarla. Confesóla, consolóla, y dióle de comer por sus manos, de lo que habia mandado traer de su casa, y dejóle limosna para su sustento: y saliendo de allí, lleno de polvo, suciedad, y piojos, y diciéndoselo los criados, él con una boca de risa les respondió: Dejadlos estar; que los piojos son las perlas de los pobres.

11 Otra vez un fraile de santa simplicidad le dijo: ¡O Señor, cuánta honra dais vos á esta órden con vuestra persona! Y él con lágrimas respondió: Muy mal decis, hermano, muy mal decis; porque antes la órden me dió á mí grande honra, cuando me vistió su hábito. Y cuando posaba en los conventos de los frailes, no consentia que le aderezasen con aparato su aposento: y una, que le halló colgado, y con las armas de Francia y Sicilia; con mucho sentimiento le mandó descolgar, diciendo á los frailes que aquel aposento no era de fraile menor; y aquella noche durmió en el suelo; y en señal de su profunda humildad se iba con los frailes á lavar los platos de la cocina.

12 Ofreciéndosele algunos negocios grandes para bien de la Iglesia, fué de Tolosa á Roma, donde predicó al colegio de los cardenales, y lo mismo hizo en muchos lugares de Francia é Italia, y pasó los montes Pirineos, y vino á España, y anduvo por toda Cataluña, esparciendo por todas partes la palabra de Dios, y los suaves olores de la vida apostólica, y consagró la iglesia de San Francisco de frailes menores de Barcelona. Despues volvió á Tolosa, y con ser tan excelente y tan ejemplar prelado en todo, no reposaba su espíritu, ni se aquietaba; antes siempre andaba pensando como se podia librar de aquella grandeza, y de la carga obispal, para ser de veras fraile menor, y vivir, y morir en aquel pobre y bienaventurado estado. Andando con estas ansias y encendidos deseos, determinó ir á Roma otra vez, y echarse á los piés de su santidad y suplicarle que le quitase la carga de obispo que le habia dado; mas fué nuestro Señor servido, que llegando á una villa del condado de Provenza, llama-

da Brincola, y estando en la misma casa donde el santo varon habia nacido, comenzó á enfermar gravemente, y entendió que Dios le queria descargar, no solamente de la carga obispal, sino tambien de la del cuerpo y de esta vida mortal. Confesóse devotamente, y recibió al Señor con gran ternura: y con estar muy flaco, se levantó de la cama, y se postró en el suelo para recibirle, y despues de haber estado en oracion y silencio grande espacio de tiempo, con una cruz en las manos, dió su bendito espíritu al que para tanta gloria suya le habia criado, á los 19 de agosto.

13 Murió, segun la Crónica de san Francisco, 2 part., lib. v, cap. 12, de veinte y tres años y seis meses; porque de catorce años, dice, que fué llevado á Cataluña: siete vivió en la prision; y despues que salió de ella, solos dos años y casi diez meses: y esto sigue Pedro Rodulfo en su Historia, que dice murió de veinte y cuatro años: pero en la vida de este santo, que trae Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo, se escribe, que murió de treinta y tres; y esto parece mas probable: porque no le harian obispo de veinte y un años, ni en dos pudiera hacer lo que hizo, que fué gobernar la Iglesia, ir á Roma, y predicar en Italia, Francia y España, y convertir tantas almas, y lo demás que aquí queda referido. En la misma hora de su bienaventurado tránsito un fraile menor, estando en oracion, vió gran multitud de ángeles, que llevaban su alma al cielo, y cantando decian: Así se hace con los que sirven á Dios con limpieza y castidad. Llevároule á enterrar al convento de los frailes menores de Marsella, dos leguas distante de Brincola, como el santo lo habia mandado, y fueron vistos unos rayos de luz resplandecientes sobre su cuerpo, y las hachas y cirios, que en el camino se habian apagado por el aire, súbitamente por sí se tornaron á encender. Cuando le enterraron, fué visto el santo obispo en el coro de los frailes con su hábito de fraile, y allí estuvo todo el tiempo que duraron las exequias, y despues de enterrado, tambien apareció sobre el altar mayor, vestido de pontifical con su mitra y báculo pastoral, dando la bendicion al pueblo, como solia.

14 Muchos y grandes milagros obró el Señor por san Luis en vida y despues de muerto, para hacerle glorioso en la tierra, como le habia hecho en el cielo; porque por los merecimientos de este glorioso santo, cobraron vista los ciegos, oidos los sordos, habla los mudos, piés los cojos, salud y remedios los enfermos, y cumplimiento de sus deseos, los que le invocaban en sus necesidades: y por estos milagros, acompañados de su santa vida, le canonizó, y puso en el catálogo de los santos el papa Juan XXII, el primer año de su pontificado, mandando que se celebrase su fiesta á los 19 de agosto, que es el dia en que murió: y en esta bula de su canonizacion dice su santidad que resucitó seis muertos: y el P. Fr. Marcos de Lisboa, en la segunda parte de la Crónica de su órden, libro v, cap. 14, dice, que por testimonios dignos de fé se halla que resucitó otros diez muertos sin los seis que testifica la bula, y él refiere algunos, y otros milagros grandes, que se pueden ver en él: yo solamente referiré brevemente tres ó cuatro.

15 Un hombre muy devoto de san Luis tuvo deseo de ir en romería á Santiago de Galicia: despues dudando si le convenia ir, hizo oracion á san Luis, y apareciósele el santo en sueños, y díjole: Toma ese báculo, y esas alforjas, y vé á visitar la iglesia de Santiago, y no temas. Despertó, y halló cabe sí el báculo y las alforjas: levantóse; y luego por la mañana se partió con aquellas insignias muy alegre para Santiago, y acabó su romería, y volvió á su casa sano y salvo.

16 En una gran guerra civil, que hubo en la provincia de Pulla entre la gente noble y popular, fué preso del pueblo un hombre poderoso, y señalado en las armas, que les habia hecho muchos agravios, y por esto era mal quisto y en gran manera aborrecido: nunca le quisieron soltar ni rescatar; antes luego le condenaron á ahorcar, y en efecto le llevaron á la horca. Encomendóse el hombre á san Luis, suplicándole devotamente, que le librase de tan gran peligro y deshonra, prometiendo que si le libraba, iria descalzo á visitar su santo sepulcro á Marsella, pidiendo limosna en hábito pobre y humilde. Fué cosa maravillosa que poniéndole la soga al cuello, y atándola de la horca, y quitándole la escalera, se quebró la soga, y cayendo quedó sano sin alguna lesion. Tomaron otra soga mas recia y tornáronle á colgar; pero tambien esta segunda soga se quebró y quedó sano como de primero; y lo mismo sucedió la tercera vez con una soga mucho mas recia: y quedando todos admirados, y conociendo que aquel era milagro, el caballero les dijo: Señores, en vano trabajais; porque sabed que el bienaventurado san Luis me guarda, á quien yo tengo hecho voto: y con esto le dejaron, y él cumplió su voto y veló sobre la sepultura del santo cuarenta dias: los cuales ayunó á pan y agua, y despues se volvió con grande alegría y contento á su casa.

17 Estando el príncipe (ó delfin de Francia) Juan, hijo primogénito del rey Felipe, tan al cabo de su vida, que se tuvo por cierto moriria aquella noche; el rey, su padre, entró en su capilla, y puestas las rodillas en tierra, con mucha devocion hizo oracion á san Luis, como á santo, y tio suyo, por la salud de su hijo, y prometió visitar su sepulcro humildemente como peregrino, y ofrecerle una imágen de plata del peso de su hijo y ser perpetuo bienhechor de sus frailes que le servian en aquel convento. Estando en esta oracion muy angustiado el rey, le apareció el glorioso san Luis y le prometió la salud de su hijo; y así se la dió, apareciendo al mismo enfermo y tocándole con sus sagradas manos algunas partes del cuerpo, y el rey cumplió el voto que habia hecho, y con moderada compañía de criados, y un vestido, y aparato humilde, visitó el sagrado sepulcro de san Luis, y ofreció la imágen de plata, y dió otras limosnas y grandes dones á aquel convento.

18 El rey don Dionisio de Portugal, oyendo contar los grandes milagros que Dios hacia por

san Luis, que pocos años antes habia muerto, no los creia, y la santa reina Isabel, su mujer, por ello le reprendia: pero yendo un dia el rey á caza á un bosque que se dice Monte Real, no lejos de la ciudad de Beja, y siguiendo solo á caballo á un oso de extraña grandeza; el oso le acometió, y trabando del rey por la cintura, le sacó de la silla y dió con él en tierra, y echóse sobre él, y con la otra mano tenia el caballo de la rienda. Entonces el rey viéndose en aquel tan evidente peligro, y acordándose de las maravillas que habia oido decir de san Luis, y de lo que por no creerlas le reprendia la reina, su mujer, pidió socorro al santo, y luego le vió cabe sí en hábito de fraile menor, con mitra, y que sonriéndose, le decia: ¿Qué haces? echa mano al puñal que tienes en la cinta, y mata al oso y no temas. Cobró ánimo el rey, que estaba mas muerto que vivo, con estas palabras, y con la mano derecha, que tenia libre, sacó el puñal, é hirió al oso por la parte del brazo izquierdo; y luego el oso cayó allí muerto, donde le dejó el rey con el puñal dentro del cuerpo, y subiendo á caballo, fué á buscar su gente; pero yendo por el monte, le sucedió una cosa que es digna de saberse. Topó el rey con un labrador, y preguntóle de dónde era. Respondió: Vecino soy de aquella aldea donde aparejan la comida para el rey. Mal le haga Dios (dijo el labrador) en lo que mano pusiere. Y preguntándole ¿qué mal habia hecho el rey, porqué le deseaba mal? El labrador pareciéndole que aquel que hablaba con él era algun escudero honrado y hombre de bien, respondió: Porque el criado que tiene á cargo la comida del rey, me tomó por fuerza una vaca, y tres carneros y cuatro gallinas, sin querer pagarme blanca, diciendo que todo es para el rey, que es Dios de la tierra; y por esto los ofrezco á todos al diablo, y me voy como desesperado, por no ver destruir mi hacienda sin remedio. Mandóle el rey volver consigo; y averiguada la verdad, pagarle todo lo que le habia tomado, y á los otros del pueblo lo que se les debia, muy por entero; y despues mandó asaetear vivo aquel su oficial y criado, para que los demás oficiales escarmentasen y supiesen que no han de hacer agravios á nadie con nombre y autoridad del rey, ni tomar las haciendas á los vasallos, y mucho menos á los pobres labradores. Edificó el rey en la ciudad de Beja una capilla al santo en el convento de San Francisco, á la cual hasta hoy hay gran devocion, y la gente de aquella tierra encomiendan al santo sus ganados, y ofrecen allí muchas limosnas y ofrendas.

19 El sagrado cuerpo de san Luis sacó el rey don Alonso de Aragon y de Nápoles, de Marsella, el año de **1417**, cuando la saqueó, y le llevó á la ciudad y reino de Valencia donde ahora está en la iglesia mayor, y es tenido en gran veneracion. En el convento nuevo de los frailes de la Observancia de Marsella, que se llama de San Luis, se muestra un brazo suyo engastado en plata, y otras vestiduras pobres del santo, que se salvaron por milagro de mano de los catalanes, cuando llevaron sus preciosas reliquias. De san Luis escriben los autores que habemos alegado, y el Martirologio romano á los **19** de agosto, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, que dice murió el año de **1296**, como lo afirma tambien el autor de la vida que trae Surio; aunque el P. Fr. Marcos de Lisboa en su Crónica dice, que murió el de **1299**.

20 ¿Quién leerá la vida de este clarísimo príncipe y pobre fraile menor, y admirable obispo, que no se maraville y alabe al Señor que le puso por dechado de tanta santidad en su Iglesia, y le pida favor para imitarle? ¿Qué mozo habrá que diga no puede ser casto, viendo que san Luis guardó la castidad y pureza virginal en la flor de su edad, y en la grandeza de su estado, y en el regalo y ocasiones grandes que las cortes y palacios de los reyes, para perderla, traen consigo? Pero podrá ser casto, como san Luis, el caballero mozo que tuviere el recato en tratar con las mujeres que él tuvo, y cortare las ocasiones, y domare la carne para que no tire coces contra el espíritu. ¡Cómo nos enseñó con su ejemplo cuán poco valen los reinos y los señoríos, y cuán dichoso es el que los deja por Cristo, en cuya cruz están escondidos todos los tesoros, y en la pobreza la abundancia, y en la humildad y menosprecio de la tierra, el aprecio y bienaventuranza del cielo! ¡Cuánto mas glorioso fué san Luis con un saco de sayal, que lo fuera con la púrpura y con la corona y cetro de rey! ¡Y cuánto mas esclarecida es hoy su memoria por haber hollado el reino, que si lo hubiera tenido, como lo tuvo su padre, y su abuelo, y su hermano! Los cuales, ó están sepultados en el olvido, ó no son tan estimados, ni alabados, ni reverenciados de la gente cristiana y cuerda, como lo es san Luis: á cuyas reliquias se postran los reyes y los emperadores, é invocan su favor, é impetran de Dios las gracias que con toda su potencia no pudieran alcanzar, y por cuyos merecimientos obra nuestro Señor tantos y tan maravillosos milagros, como quedan en esta vida referidos.

* San Mariano, ermitaño y confesor.—Floreció durante el siglo VI, y su vida, pasada la mayor parte en la soledad, fué muy oscura. Su alimento fueron por espacio de muchos años yerbas y frutas silvestres, y alguna miel que encontraba en el bosque. Se dejaba visitar por las personas piadosas, tan solo en algunas temporadas del año; todo el restante tiempo permanecia oculto, y era imposible descubrir su mansion. En cierta ocasion, habiendo faltado, contra su costumbre, á asistir en la iglesia en dia señalado, empezaron á hacerse diligencias para encontrarlo, y efectivamente le hallaron en el fondo de un bosque, muerto, de rodillas al pié de un árbol. Llevaron su cuerpo al pueblo de Evan, en el territorio de Berry, donde fué enterrado con gran magnificencia. Los milagros que habia obrado el santo en vida, se continuaron al rededor de su sepulcro, y desde luego se instituyó una fiesta en su honor.

San Timoteo, san Agavio, y santa Tecla, mártires.—Durante la persecucion del emperador Diocleciano, Urbano, presidente de la Palestina, señalóse por su furor contra los cristianos. Otra de las gloriosas víctimas de su crueldad fué

san Timoteo, cuyo único delito habia sido el confesar públicamente la fé de Jesucristo. Despues de ser inhumanamente azotado, fué extendido sobre el caballete donde sufrió horribles tormentos, hasta que quemado á fuego lento consumó victoriosamente su martirio, en la ciudad de Gaza, el dia 1 de mayo del año 304. Al mismo tiempo los santos Agavio y Tecla, eran conducidos á Cesarea por órden del propio presidente, despues de haberlos hecho atormentar por medio de varios suplicios. Llegados á aquella ciudad fueron expuestos á las fieras, que despedazaron á Tecla, dejando intacto á Agavio, que fué otra vez conducido á la cárcel, donde permaneció por espacio de dos años, maltratado de continuo. En fin, el César Maximiano Daia, dió órden para que lo decapitasen, si continuaba en no querer abjurar el cristianismo. Los largos sufrimientos no habian abatido la constancia y el valor del dichoso atleta, y el diferirse su corona, no hacia mas que aumentar los vivos deseos que le animaban de reunirse con sus compañeros. Expusiéronlo de nuevo á las fieras en el anfiteatro, en el que un oso se precipitó sobre él y lo magulló, pero no le quitó la vida, y al dia siguiente fué arrojado al mar, donde acabó sus dias.

San Andrés y otros compañeros, mártires. —Era este santo tribuno del ejército, y sus compañeros soldados del ejército que estaba en Persia, bajo las órdenes del emperador Maximiano. Créese que Andrés era natural de Cilicia, donde parece que fueron llevadas sus reliquias y las de sus compañeros. Despues de haber conseguido una milagrosa victoria contra los persas, el tribuno y gran número de sus soldados abrazaron la religion de Jesucristo, y hallándose en las angosturas del monte Tauro, fueron cogidos por el ejército del gobernador Selcuco, y por disposicion del mismo, fueron todos martirizados hasta cortarlos vivos en pequeños pedazos.

San Julio, mártir. — Era senador romano cuando se convirtió á la religion cristiana. El juez Vitelo lo llamó á su tribunal, y viendo que no queria confesar la divinidad de los ídolos, lo mandó encerrar en una cárcel, donde estuvo mucho tiempo. Despues fué otra vez interrogado, y permaneciendo constante en su primera confesion, por órden del emperador Cómodo fué azotado hasta que murió, sucediendo su martirio por los años de 187. Su cuerpo fué sepultado por los cristianos en el cementerio de Calipodio, en la via Aurelia.

San Donado, presbítero y confesor.—Desde su niñez estuvo este santo dotado de singulares favores del cielo y en especial del don de milagros. Ordenado de sacerdote de la Iglesia de Sisteron, en Francia, dedicóse con mucho zelo á las funciones de su ministerio; pero deseando santificar su alma por medio de la oracion y penitencia, se retiró á un desierto, donde vivió por muchos años.

San Rufino, confesor. —Floreció en Mantua, se ignora la época, y se cree que fué sacerdote por una imágen suya muy antigua que hay pintada en una pared de la iglesia dedicada á su memoria. En Ferrara existen tambien algunas reliquias de este santo.

San Magno, obispo y mártir.—Fué obispo de Anagni, consagrado por los primeros años del siglo III. Cuéntanse de él muchos portentos, obrados para atestiguar la verdad de la religion que predicaba á los pueblos, obrando muchas conversiones. Llevaba ya muchos años de apostolado, cuando se encendió la persecucion contra la Iglesia en tiempo del emperador Decio, y en ella murió por el nombre de Jesucristo, el año 250.

San Magin, mártir. —Ignórase de donde era este santo: Domenech, en su Historia de los santos de Cataluña, dice que era de sangre real, de Borgoña, y que se habia retirado á las montañas del Principado, donde pasó algunos años haciendo vida eremítica, y obrando muchos milagros. La fama de sus extraordinarias virtudes y del divino poder con que obraba, llegó á noticia del prefecto de Tarragona, que era gentil, y teniendo una hija muy enferma, mandó una embajada al santo, para que se dignase ir á curarla. Efectivamente presentóse Magin, y la enferma quedó completamente sanada. Morales dice que despues de esto, el santo se volvió á sus montes, y que habiéndose encendido la persecucion contra los cristianos en tiempo del emperador Maximiano, el mismo prefecto de Tarragona mandó unos soldados para que lo prendiesen, los cuales llegaron muy fatigados y sedientos á la cueva, y el santo para apagar su sed, hizo brotar de una peña un manantial de cristalina agua, que aun hoy dia se conserva, y á la cual acuden los enfermos para sanar de sus dolencias. A pesar de este beneficio, los paganos persistieron en que Magin habia de renunciar á su fé, y negándose el santo á ello, le cortaron allí mismo la cabeza. El citado Morales dice, que en el sitio donde cayó la sangre del ilustre mártir, nacieron unos rosales, cuyas rosas eran blancas con tintas de color de sangre, con cuyo milagro quiso Dios honrar la muerte de su siervo. La cueva, donde este santo hizo penitencia y murió, es aun muy venerada por los catalanes, que de todos los puntos de su país acuden á ella, y encuentran de continuo visible proteccion contra toda clase de males.

Dia 20.

San Bernardo, abad. —En la provincia de Borgoña hay un lugar pequeño que antiguamente fué de poco nombre y estima, y se llama Fontana; mas ahora con gran razon es famoso y célebre por haber nacido en él san Bernardo, adad, espejo de toda virtud y retrato de santidad: cuya vida, sacada de los cinco libros que de ella escribieron Guillermo, abad de Bonavalle, y Godofrido, monje de Claraval, compañero y secretario del mismo santo, es de esta manera. En el dicho lugar de Fontana hubo un caballero honrado y virtuoso, por nombre Teselino, buen soldado, y juntamente siervo de Dios: porque de tal manera seguia la milicia, que no se olvidaba de la profesion de cristiano. Estaba casado con Aleta de Montebarro, mujer virtuosa, honesta y fecunda, de quien tuvo seis hijos varones y una hija. Entre los cuidados

de su casa y familia, no se olvidaba Aleta del temor del Señor, y de las obras de misericordia; porque en pariendo el hijo, le ofrecia á Dios con sus propias manos, y le criaba á sus pechos no fiándose de amas, y en siendo un poco crecido, le daba á comer manjares groseros, como quien le criaba mas para el yermo, que para el siglo. Estos fueron los padres de san Bernardo, que fué el tercero hijo. Estando su madre preñada de él, vió en sueños que tenia en sus entrañas un perrillo todo blanco, y el lomo rojo, que ladraba: y consultando el caso con un siervo de Dios, le respondió que aquel hijo seria gran predicador, y ladraria contra los malos, para guardar la casa de de Dios, que es la Iglesia, y con su lengua medicinal curaria las llagas de muchas almas. Nació san Bernardo, y su madre le crió aun con mayor cuidado que á los otros hijos, y lo mas presto que pudo le puso al estudio y le dió buenos maestros. Era el niño cuidadoso en el estudio, obediente á sus maestros y padres, afable con todos, amigo de silencio y quietud, y enemigo de bullicio. Resplandecia en él una vergüenza virginal, y una simplicidad y candor de ánimo, mortificado para todas las cosas del siglo. Siendo muchacho, le dió un recio dolor de cabeza: trajéronle una mujer hechicera para que le sanase: supo quién era; y luego se levantó de la cama dando voces y echándola con grande enojo de allí: y fué el Señor servido de darle luego salud, por no haberla querido por mano de aquella mujer con ofensa suya. Estaba una noche de Navidad en la iglesia para hallarse á los maitines, y con deseo de saber la hora en que el Señor habia nacido: quedóse un poco dormido: apareciósele el Niño Jesus como recien nacido, hermosísimo sobre todo lo que se puede decir, y recreando su alma con una suavidad inefable. Con este regalo y favor del cielo, comenzó á darse á la contemplacion, en la cual fué eminentísimo y quedó muy devoto del sagrado misterio del nacimiento del Señor, y persuadido que aquella hora de la media noche, en que le habia visto, habia sido la propia en que el Verbo eterno y Niño tierno habia nacido. Cuando le venia á mano algun dinero, dábalo de limosna á los pobres; pero con gran secreto, porque no se supiese la obra de caridad que hacia. Siendo ya mancebo, murió su santa madre muy cristianamente, con no poco sentimiento de su hijo Bernardo, por faltarle tal arrimo y tal maestra. Era de muy linda disposicion y rara hermosura, y la sangre hervia por la mocedad, y las compañías y ocasiones que le traian á soltar la rienda á sus apetitos, eran muchas. Tuvo grandes tentaciones del enemigo, y algunas mujeres lascivas le armaron lazos, y molestaron para que perdiese la preciosa joya de la castidad: mas con el favor del Señor todas las venció y conservó aquel don de la pureza celestial, que una vez perdida no se puede cobrar. Una vez se descuidó un poco, y tuvo los ojos fijos en una mujer hermosa, sin advertir lo que hacia: cuando cayó en la cuenta quedó tan corrido y avergonzado de sí mismo, que por tomar venganza de sí, y pagar con la pena aquella culpa, se arrojó desnudo á un estanque de agua helada (porque era invierno), que estaba allí cerca, hasta la garganta, y estuvo en él tanto tiempo, que con el gran frio casi se le extinguió el calor natural, y le sacaron medio muerto. Pero con aquel acto tan fervoroso mereció que Dios con su gracia le mortificase la concupiscencia de la carne, y apagase las llamas del fuego infernal que reina en nuestros miembros. Viendo, pues, el santo mozo los grandes peligros en que estaba, comenzó á pensar cómo se libraria de ellos, y se acogeria en alguna religion, como á puerto seguro. Estando deliberando sobre esto, tuvo grandes tentaciones y asaltos del enemigo y de sus ministros. Haciale guerra la flor de su edad, proponiéndole los deleites sensuales, y exhortándole á no dejar lo presente por lo venidero. El demonio le representaba que aunque cayese en algun pecado podria en la vejez hacer penitencia de él, y que Dios es clemente y misericordioso, como quien tan bien sabe nuestra flaqueza, y dió su sangre por nosotros en la cruz. No faltaban otros amigos y compañeros que habiendo entrado por el camino ancho de la perdicion, le exhortaban con sus palabras y con sus ejemplos á hacer lo que ellos hacian. El mundo le ofrecia grandes esperanzas de honra y hacienda, fundadas en su grande ingenio, letras y gentil disposicion: y sus mismos hermanos y deudos, que en semejantes deliberaciones son los mas crueles y peligrosos enemigos, eran los que mas atizaban aquel fuego, alegando su delicada complexion para llevar la austera y áspera vida de religion: y que por otro camino mas blando podria servir á Dios y aprovechar á las almas, sin enterrar los talentos que le habia dado: con los cuales, siguiendo el curso de las buenas letras que habia comenzado, podria alcanzar el premio debido á la excelente ciencia y virtud, y honrar su casa é ilustrar su patria, y aprovechar al mundo. Hallóse turbado y afligido el virtuoso mozo con la confusion de tan varios pensamientos: y entendió la cautela con que las inspiraciones de Dios se deben tratar, y que no se ha de descubrir la vocacion de Dios cuando llama á la perfeccion, sino á muy pocas personas espirituales y escogidas: como lo hizo aquel mercader evangélico que habiendo hallado el tesoro en el campo, le escondió, y vendió cuanto tenia, para comprar aquel campo y gozar del tesoro que en él habia. Mas aunque san Bernardo, por ser por tantas partes combatido, estuvo vacilando; pero al fin, favorecido del Señor, rompió las cadenas y salió vencedor; porque estando en una iglesia llorando muchas lágrimas y derramando su angustiado corazon con grandes suspiros en el acatamiento del Señor, y suplicándole que le encaminase en lo que habia de hacer para su mayor servicio, fué alumbrado con la lumbre del cielo, y fortificado con su gracia, y se determinó á militar debajo del estandarte de la cruz, como valeroso soldado, y á llamar y llevar consigo á todos los que pudiese para aquella gloriosa conquista: é hízolo de tal manera que ganó para Dios á un tio suyo, hermano de su madre, que se llamaba Ulderico, gran soldado, rico y señor de un casti-

llo: el cual abrió el camino á los demás; y luego le siguieron Bartolomé y Andrés, los dos hermanos menores de san Bernardo: y lo mismo hicieron despues Guidon y Gerardo, los dos hermanos mayores: de suerte, que solo quedaba el menor de todos los hermanos por nombre Nevardo, á quien les pareció, que era bien dejar en el siglo para consuelo de su padre, que era viejo, y para gobierno de su casa y hacienda que tenian. Determinaron todos los hermanos de san Bernardo y su tio, y otros treinta que le siguieron, entrar en la religion del Cister que poco antes habia sido fundada del venerable abad Roberto, debajo de la regla de San Benito, y confirmada del sumo pontífice, el año del Señor de 1098, la cual tenia un solo monasterio dentro de un bosque apartado, y por la grande aspereza de su vida y encerramiento que en él se guardaba, habia muy pocos que la quisiesen abrazar. Este lugar escogió san Bernardo y sus hermanos, y los otros compañeros, para darse de veras á Dios en perfecta humildad y menosprecio del mundo: pero sucedió que Guidon, hermano mayor, halló un dia en la calle á Nevardo, el menor de todos sus hermanos, entreteniéndose con otros muchachos, y le dijo: Nevardo, quédate á Dios: nosotros nos vamos al monasterio y te dejamos heredero de toda nuestra hacienda. Á estas palabras respondió el muchacho, no con juicio de muchacho, sino de varon sabio: ¿Pues cómo vosotros tomais el cielo y me dejais la tierra? no es esa buena particion. Y así de allí algunos dias él tambien siguió á sus hermanos, y entró en el monasterio donde fueron todos recibidos el año del Señor de 1113, con increible consolacion de Estévan, abad, que habia sucedido á Roberto, y de los pocos monjes que con él estaban, y con grande esperanza que Dios les daria copiosa y feliz sucesion, y que se dilatarian por todo el mundo los hijos de aquella casa, conforme á una revelacion que pocos años antes habia tenido uno de aquellos santos monjes; como fué, y adelante se verá. Y no solamente creció aquella sagrada religion en los insignes varones que tuvo, sino tambien en las santas monjas que tuvieron principio de un monasterio, que por la ocasion de esta entrada de san Bernardo y de sus treinta compañeros, se les edificó; porque como algunos de ellos fuesen casados, y sus mujeres, por servir mas al Señor, hubiesen librado á sus maridos del vínculo conyugal, y quisiesen ellas ofrecerse tambien en holocausto á su Criador, para recogerlas, se hizo un monasterio en la parroquia linganiense, que se llama Villeto, solicitándolo san Bernardo: el cual monasterio fué muy célebre en la religion y santidad, y con el tiempo muy abastado de riquezas y posesiones; y de aquella como raíz y planta, se extendió el fruto por otras partes.

2 Comenzó su noviciado nuestro Bernardo, siendo de veinte y tres años, y comenzóle con tan grande estudio y cuidado de su aprovechamiento, que no parecia que comenzaba, sino que acababa. Tenia siempre en el corazon, y muy de ordinario en la boca, estas palabras: Bernardo, Bernardo, ¿á qué veniste á la religion? Dióse tanto á la mortificacion, no solo de los afectos interiores, y pasiones desordenadas, sino tambien de los sentidos exteriores, que parecia que no usaba de ellos, sino en lo precisamente necesario. Veia, y no veia: oia, y no oia: comia, y no comia: dormia, y no dormia; tanto estaba absorto y transportado en Dios. Habia estado un año entero en la pieza de los novicios, y no sabia si el techo era de bóveda ó de madera: y habiendo entrado muchas veces en la iglesia, que tenia muchas ventanas, no pensaba que habia en ella mas de una. Tenia tan sujeta la carne, y tan rendida al espíritu, que mas parecia estar muerto, que mortificado. El silencio perpetuo, la risa rarísima y modestísima, tomada con razon, por no parecer demasiadamente austero, el hábito pobre, grosero y vil, pero limpio; porque aunque era amigo de la pobreza, no lo era de la poca limpieza. Iba á comer como á tormento, y con sola la memoria del manjar estaba harto. Aborrecia el sueño, como á una semejanza de la muerte: y cuando forzado de la necesidad tomaba algun reposo, era tan superficial y ligero, que á ningun otro, sino á él, se le pudiera dar: y cuando veia á algun religioso dormir mal compuesto, ó roncando, lo sentia mucho, y decia que dormia como seglar, y no como religioso. Con los muchos ayunos y vigilias, y con la extrema penitencia y aspereza de vida, se le estragó tanto el estómago, que lo poco que comia, no lo podia retener: y si algo quedaba, mas era para dilatar la muerte, que para sustentar la vida: y vino á perder el gusto de tal manera, que algunas veces por el descuido de quien le servia, vino á comer grosura cruda por manteca, y beber aceite por agua, sin caer en ello: y con tan poca salud, nunca se pudo acabar con él siendo novicio, que en los trabajos de la comunidad, admitiese alguna relajacion; antes, siendo ya profeso, acudia á los novicios, y pensaba y decia que los demás eran santos y perfectos, y podian tomar alguna remision; mas que á él, como imperfecto y principiante, no le convenia sino rigor y estrechura. Fué esto de suerte, que si los monjes se ocupaban en algo que él no supiese hacer, lo recompensaba, tomando otra ocupacion en aquel mismo tiempo, de igual ó mayor trabajo, ó mas vil y humilde. Una vez fueron los monjes á segar por obediencia á una heredad del monasterio, y á él le mandaron que se estuviese quedo por sus pocas fuerzas, y porque no lo sabia hacer: pidió al Señor con muchas lágrimas que le diese gracia y destreza para segar, y dósela Dios tan cumplida, que se aventajó á los demás: y toda la vida le duró esta gracia, con admiracion de los monjes, y mucho gusto suyo, por la devocion que sentia segando, acordándose de la merced que Dios le habia hecho.

3 Estando san Bernardo tan mortificado, y su carne tan sujeta al espíritu, y el espíritu tan recogido, y tan interior, viviendo siempre dentro de sí, vino á ser como un espejo limpio y terso, para recibir los rayos de la divina sabiduría: y así no solo alcanzó un perfectísimo hábito de oracion y meditacion, sino tambien de un altísimo grado de contemplacion pasiva: por la cual enajenado de

los sentidos, y obras exteriores, y derretido y empapado en una suavidad inefable, con silencio profundo, y con unos abrazos castísimos, se unia con el sumo Bien: y el Señor le regalaba en tanto grado, que una vez estando llorando delante de un crucifijo, el mismo crucifijo extendió el brazo, y se le echó encima, abrazándole y acariciándole con singular favor. En las mismas obras exteriores vino por singular privilegio del Señor á ocuparse de tal manera en lo que hacia, y juntamente á tratar interiormente con Dios, que era cosa de maravilla: porque no era san Bernardo, de los que con pretexto de darse á la contemplacion, huyen del trabajo, ó por su gusto particular dejan el bien comun: antes juntaba la accion con la contemplacion, y anteponia las cosas públicas y de obediencia, á las suyas propias y voluntarias. Mas cuando él se hallaba libre, y sin obligacion de acudir á las cosas comunes y de obediencia, de tal manera se sumia y anegaba en la consideracion de las cosas invisibles, como si no tuviera sentido, ni memoria de cosa alguna de la tierra. Un dia entero caminó junto al lago de Losana; y á la noche, hablando sus compañeros de aquel lago, quedó maravillado, afirmando muy de veras que no le habia visto, ni sabia qué lago fuese. Otra vez, yendo á hablar á los padres de la Cartuja, le prestaron un caballo bien aderezado, y con un freno curioso: y como el prior de la Cartuja reparase en el aderezo que llevaba el caballo, fué el santo avisado de ello, y abriendo los ojos para ver lo que antes no habia visto, dijo, que él tambien se maravillaba: y con gran sinceridad confesó que no habia mirado en ello. Por donde se ve, cuán abstracto y absorto andaba siempre este santísimo varon, no solo en los ejercicios corporales, sino en otros negocios de mucha importancia, en los cuales parece imposible no distraerse de las cosas divinas. Lo mismo se puede decir de la doctrina de san Bernardo; porque solia en el campo y en los bosques tratar familiarmente con el Señor, y recibir rayos y lumbres del cielo, y en su oracion y meditacion penetrar los altísimos misterios de la teología: y solia decir por gracia á sus amigos, que lo poco que sabia de la divina Escritura, lo habia aprendido meditando y orando en los campos, sin tener otro maestro que las encinas y hayas: mas esta ciencia de la divina Escritura que él decia era poca, fué uno de los raros y eminentes dones que recibió, porque así tenia penetradas todas las palabras y ápices de los libros sagrados, que cuanto hablaba, escribia y predicaba, era sagrada Escritura, no como quien la cita, sino como quien la tenia rumiada, digerida y convertida en sí. Y el mismo santo confesó algunas veces que estando orando habia visto la sagrada Escritura, como declarada y expuesta, cabe sí: y no por esto dejaba de leer y estudiar con gran cuidado las interpretaciones de los padres y doctores santos, no igualándose con ellos, ni haciendo del maestro, sino como humilde discípulo, sujetándose con modestia á lo que ellos habian escrito, y siguiendo con grande acierto la huella que ellos nos han dejado, como en sus devotísimas obras se puede ver.

4 Habiendo, pues, estado algun tiempo esta luz divina y resplandeciente escondida, quiso el Señor ponerla en el candelero, para que alumbrase á todos los de su casa, é inspiró al abad Estévan, que edificase un monasterio en Claraval, y que hiciese abad de él á san Bernardo, que era todavía mozo, y de poca salud, y no acostumbrado á tratar con seglares en semejantes ocupaciones. Era Claraval un lugar junto al rio Alba, en el territorio de Langres, muy antigua cueva de ladrones y salteadores. Llamábanlo el valle de los Ajenjos, ó por haber allí muchos, ó por la amargura de los que caian en las manos de los ladrones. Aquí se hizo el nuevo monasterio, y fué la primera como colonia y poblacion que salió del Cister. San Bernardo procuró cuanto pudo, de no ser superior de ninguno, sino sujeto á todos: mas al fin bajó la cabeza á la obediencia, especialmente considerando, que no iba á regalo sino á trabajo: porque el monasterio no tenia fundacion, la casa era muy estrecha, poca y mal acomodada, el aire destemplado y muy frio: de suerte, que aquellos primeros padres que la fundaron, pasaron muy gran necesidad, hambre, sed, frio y desnudez. La comida era hojas de haya cocidas, el pan de cebada y mijo, tan desabrido, que un religioso huésped se llevó uno de aquellos panes para mostrarle, como por milagro, teniéndole por tal que los que le comian pudiesen vivir. Era procurador de la casa Gerardo, hermano de san Bernardo, y viendo la extrema pobreza que los religiosos padecian, y no hallando manera para remediarla, se fué á san Bernardo, y le propuso la necesidad del convento, y que á lo menos serian menester once libras en dinero para proveer al convento, para que no pereciesen los monjes. Animó el santo al procurador, su hermano, é hizo oracion; y luego llegó á la puerta una mujer, que echándose á sus piés, le dió de limosna doce libras, suplicándole que encomendase á Dios á su marido que estaba gravemente enfermo. Agradeció el santo la limosna, y dijo á la mujer, que en volviendo á su casa, hallaria sano al marido, como lo halló: y con este suceso el abad suavemente reprendió la pusilanimidad del procurador: y aquellos religiosos aprendieron á confiar en Dios, que nunca desampara á los que de veras le sirven.

5 Teniase san Bernardo por indigno de que Dios se sirviese de él para la salvacion de las almas: pero la caridad grande que ardia en su pecho, le hacia olvidar de su indignidad, y con grandes ansias buscar y procurar la salud de sus prójimos. Púsose una noche á considerar esto en la oracion, y tuvo una vision en esta forma. Parecíale que de todas partes por aquellos montes venian grandísimo número de hombres, de diversos estados y hábitos, y que bajaban al valle, donde estaba su monasterio, de suerte, que no cabia la gente en todo aquel contorno. La significacion de la vision, el efecto la mostró en la multiplicacion de los religiosos que militaron debajo de este gran patriarca, y de los muchos y ricos monasterios que en tantas partes por su mano se

fundaron. Entre los otros que vinieron á tomar el hábito, para mayor consolacion de san Bernardo, uno de los primeros fué Teselino, su padre, que haciéndose hijo y hermano en espíritu, del que habia engendrado segun la carne, entró en el monasterio, y acabó santamente su peregrinacion. La hermana que sola quedaba, y era casada con un hombre rico, y dada á galas y pompas del mundo, habiendo venido muy ataviada y acompañada á ver á sus hermanos al monasterio, quedó confusa, porque no la quisieron ver: y oyendo las palabras de vida, que le dijo san Bernardo (que vencido de sus gemidos y lágrimas salió á verla), se trocó de manera, que todo el cuidado que antes ponia en ataviar y engalanar su cuerpo, le convirtió en hermosear su alma y enriquecerla con obras de penitencia y piedad, con tan grande fervor, que su mismo marido al cabo de dos años le dió licencia para entrar en el monasterio de las monjas de Villeto, y consagrarse al Señor, y allí perseveró santamente, y dió su espíritu á Dios.

6 Pero no es tanto de maravillar que Dios nuestro Señor trajese á tantos hombres de tan diferentes estados y condiciones para que le sirviesen en un género de vida tan rigurosa y perfecta, debajo de la regla é institucion de san Bernardo, cuanto el modo raro y maravilloso con que los traia, por la intercesion y oraciones del mismo santo. Vino una vez una cuadrilla de caballeros, mozos, bizarros y gallardos, por ver al santo abad, de quien la fama grandes cosas publicaba. Era tiempo de carnestolendas: y ellos con el ardor de la juventud buscaron un lugar allí cerca de la iglesia, para correr y ejercitarse en las armas y entretenerse. Rogóles el santo que no lo hiciesen; y no quisieron: mandó traer cerveza y darles á beber, echándole primero su bendicion. Apenas habian salido del monasterio, cuando movidos de un nuevo espíritu del cielo, comenzaron á tratar entre sí de la vanidad del mundo, de sus engaños y peligros; y de tal suerte se inflamaron en el deseo de la perfeccion, que luego sin tardanza todos juntos con un ánimo y una voluntad volvieron al monasterio, y con mucha humildad pidieron ser admitidos en él, y con gran fortaleza y paciencia, pasando muchos trabajos, perseveraron gloriosamente en la religion. Mudanza fué esta verdaderamente de la diestra del muy Alto: pero no lo fueron menos otras, entre las cuales fué una la de un clérigo, llamado Marcelino, que yendo á recibir á san Bernardo (que venia á Maguncia) en nombre del arzobispo, su señor: y diciéndole quien era, y quien le enviaba, el santo se paró, y poniendo los ojos en él, le dijo: Otro Señor mayor os ha enviado, que se quiere servir de vos. Y aunque al principio el clérigo contradecia, y estaba ajeno y muy fuera de tal pensamiento, al cabo se rindió, y en compañía de otros muchos doctos y honrados, vino al monasterio de Claraval á pedir el hábito. Y no es de menor admiracion lo que le sucedió con Enrique, hermano carnal del rey de Francia; antes es tanto mayor, cuanto era de mas alta dignidad la persona con quien le sucedió. Habia venido este príncipe á Claraval á tratar con el santo abad algunos negocios de importancia. Cuando los hubo acabado, pidió que se juntasen todos los monjes, para despedirse de ellos y encomendarse en sus oraciones: hízose así, y luego le dijo el santo, que tenia esperanza que no moriria en el estado en que al presente estaba, sino que presto entenderia por experiencia, cuán eficaz era la ocasion que habia tenido de aquellos pobres siervos de Dios. Cumplióse aquella profecía, de manera, que el mismo dia se determinó Enrique á seguir las pisadas de Cristo nuestro Señor, y morir en la cruz de la santa religion. Sintió esta mudanza de su señor toda su familia, que le lloraba en vida por muerto: pero entre los otros criados habia uno, que se llamaba Andrés, el cual tuvo tan extraño sentimiento, que salió como fuera de sí, y frenético con la cólera, comenzó á decir blasfemias y graves injurias contra el santo abad, como contra un embaidor y falso profeta. Rogó el príncipe al santo que le sosegase, y pusiese mayor cuidado que en los otros, para convertirle al Señor; y san Bernardo le dijo: Dejadle ahora, que está muy amargo y ciego con la pasion, y tenedle por vuestro. Y como á Enrique con esta nueva esperanza le creciese mas el deseo y tornase á pedir al bienaventurado padre que le hablase; el santo abad le respondió con rostro sereno: ¿No os he dicho ya, que es vuestro? Oyeron este razonamiento los circunstantes, y el mismo Andrés: el cual, estando mas obstinado y furioso que antes, meneando la cabeza, decia dentro de sí, como despues lo confesó: Ahora sí que conozco que eres, falso profeta; porque jamás será lo que tú dices. Partióse al dia siguiente muy despechado, echando maldiciones al abad, y suplicando á Dios que se abriese la tierra, y se hundiese aquel monasterio: mas aquella misma noche, estando en la posada, sintió tan grandes estímulos ó impulsos, y movimientos interiores, que se levantó luego de la cama, sin aguardar el dia, y volvió á Claraval, y pidió con gran humildad el hábito, con admiracion y consuelo de los que allí estaban y sabian lo que habia pasado. En otro camino, que hizo san Bernardo á Flandes, ganó para el Señor algunos flamencos nobles y letrados, que le siguieron y se volvieron con él á Borgoña. Y en Chason, ciudad de la Champaña, en Francia, tendiendo las redes de su predicacion, cogió una grande manada de excelentes sugetos; y cada dia se veian entrar por las puertas de su monasterio muchos, que movidos de la fama del santo, y desengañados de la vanidad y embustes del mundo, venian á militar con Cristo debajo de tan valeroso capitan.

7 Al principio de su gobierno, midiendo á sus súbditos con su espíritu y fervor, fué mas severo y riguroso de lo que convenia: porque primeramente, cuando recibia algun novicio, entre otras cosas le avisaba que dejase fuera del convento el cuerpo, y que solamente entrase con el espíritu. Cuando confesaba á sus monjes, cualquiera falta por ligera que fuese, le parecia grave; y pedia á todos tan grande perfeccion, que á mu-

chos les quitaba la esperanza de alcanzarla, y aun la gana de procurarla. De donde nacia una cierta tristeza en los corazones de los súbditos, que se les quitaba el aliento y la devocion, y aquel fervor que suele ser grande espuela para aprovechar y correr en la virtud. Mas era tan grande la opinion que todos tenian de la santidad de su buen padre, que daban toda la culpa, ó á su flojedad, ó á su poca capacidad, sin quejarse de él, ni contradecirle á cosa que ordenase: y esta humildad de los súbditos por voluntad de Dios abrió los ojos al superior; porque viendo san Bernardo la humildad y modestia de sus religiosos, comenzó á echarse á sí la culpa, y determinó no cargarlos, ni affligirlos, ni decirles nada, sino atender á sí, hasta que Dios le descubriese otra cosa. Estando en esto le apareció de noche un niño, vestido de una celestial luz, y le mandó expresamente que no dejase de decir á sus hijos todo lo que sentia; porque no seria él el que hablase, mas el Espíritu santo hablaria en él: y juntamente con este mandato le infundió el Señor una nueva gracia, y singular don de suavidad y dulzura, con la cual aprendió de compadecerse de los flacos, y ajustarse y acomodarse á la capacidad de los rudos, y sacar de cada uno lo que (salva la disciplina religiosa) buenamente pudiese: y así vino á trocarse de tal manera, que parecia otro hombre, y comenzó con extraordinaria ternura y solicitud á proveer y prevenir las necesidades, no solo del alma, sino tambien del cuerpo de todos sus súbditos. Y porque algunos echaron de ver que debajo de sus hábitos viejos y remendados traia un áspero cilicio, lo dejó, temiendo que otros con graves enfermedades le querrian imitar y seguir aquel rigor, por ver que él, estando enfermo y flaco, no le dejaba: tanto era el cuidado que, despues que el Señor le enseñó, tuvo el santo padre de la salud de sus hijos. Con esta blandura del santo abad creció mas el fervor de sus hijos, y con una santa contienda, cuanto el padre era mas amoroso para con ellos, tanto ellos eran mas rigurosos para consigo mismo, y mas obedientes á sus mandatos, y con mas cuidado y ansia anhelaban á la perfeccion y á la observancia de su regla. Atendian á los oficios divinos con suma atencion y devocion: holgábanse mucho con la santa pobreza, que era extrema: trabajaban, y ocupábanse á sus horas en la labor de manos con grande alegría: guardaban un recogimiento y un silencio tan extraño, que juntamente se veia en aquel monasterio una muchedumbre de gente, y un silencio de yermo y soledad. En todas las virtudes se esmeraban: á porfía cada uno procuraba ir delante de todos, y no quedarse atrás, por ver á su santo pastor y prelado con tan gran fervor, que solo el verle los componia, é inflamaba y arrebataba para el cielo. Guardaba entre otros un aviso muy importante para los que gobiernan religiosos, que sus reprensiones eran modestas y suaves, y si el que era reprendido, no las aceptaba con blandura y humildad, antes se enojaba y alzaba la voz; el santo por entonces disimulaba, y guardaba el castigo para otro tiempo: porque decia, que cuando el que reprende y el que es reprendido, están enojados, mas parece esgrima, ó contienda, que correccion.

8 Pero aunque san Bernardo se trocó para con los otros, no se mudó para consigo; porque siempre guardó aquella entereza y rigor de vida que dijimos: de donde vino á enflaquecerse en gran manera, y á ser fatigado de varias y graves enfermedades: y los mismos médicos se maravillaban, como estando tan flaco y exhausto, podia atender á ocupacion alguna: y el mismo santo padre al cabo lo conoció, y se acusó, por haber tanto excedido en la penitencia, y con demasiada aspereza estragado su complexion y debilitado sus miembros, y de su parte impedido la mayor gloria del Señor: porque cierto fué maravillosa y extraordinaria la aspereza que en su vida este santo usó; y parece que humanamente no podia vivir, si el Señor sobrenaturalmente no le sustentara: mas estaba tan encendido y abrasado en el amor de Dios, que en ninguna otra cosa de dia y de noche pensaba sino cómo podria mas amplificar su gloria, y aprovechar á las almas: y estas dos cosas procuraba con grande ansia y solicitud. A este blanco tiraban todas sus oraciones, su conversacion mas divina que humana, su oracion, el escribir tantas cartas de negocios tan graves, el interpretar las divinas Letras, los razonamientos con personas particulares, y los negocios públicos que trataba. Y añadióle el Señor una elocuencia admirable, y una sagacidad y prudencia maravillosa con la cual se acomodaba á la condicion capacidad, y costumbres de cada uno de los que trataba. Con los labradores hablaba como si se hubiera criado en el campo: con los caballeros, como cortesano: con los idiotas usaba de comparaciones de cosas materiales y groseras: con los letrados y sofistas disputaba de cuestiones sutiles con grande ingenio y agudeza; y finalmente como excelente pescador tenia diferentes cebos y anzuelos para pescar, proporcionados al gusto y al natural de cada uno: y todo esto nacia de su gran caridad y del deseo que tenia de ganar almas para el Señor. Tambien era efecto de esta caridad la compasion y dolor que sentia de los pecadores y faltas de sus prójimos, y especialmente de los que tenia á su cargo: porque aunque era tan amoroso (como dijimos), no dejaba de amonestar y reprender, como padre, secreta ó públicamente al que faltaba, y de tomar todos los medios posibles para corregirle; y cuando todo no bastaba, le cortaba como miembro podrido, y le apartaba de su congregacion. Pero, cuando la necesidad á esto le obligaba, quedaba tan afligido y traspasado de dolor, que no hay madre que así sienta la muerte corporal de su hijo, como él sentia la espiritual de cualquiera de los suyos: tales eran las entrañas del verdadero imitador de Cristo: porque era muy compasivo y muy blando, y no le sufria el corazon ver á nadie triste y desconsolado. Mas no era maravilla que con los hombres fuese tan tierno, el que con las mismas bestias era tan humano: porque algunas veces yendo camino, le aconteció ver alguna liebre perseguida

de los perros, ó alguna ave que huia del gavilan: y él, movido á compasion, les echaba su bendicion para librarlos, protestando á los cazadores (como es verdad) que en vano las seguirian. De este horno tan encendido de caridad salia el oro fino de la paciencia firme y constante que tuvo san Bernardo: la cual manifestó claramente en las continuas tribulaciones y enfermedades que padeció desde el principio de su bienaventurada conversion hasta el último punto de su vida, que no fué sino una muerte prolija. Pero tambien se ve que la misma caridad, y amor del Señor le daba fuerzas para que cuando se ofrecia alguna grave necesidad y cosa de su servicio, estando como estaba flaco, debilitado y consumido, por divina dispensacion parecia que cobraba nuevas fuerzas y nuevo vigor para trabajar y ocuparse en ella. Tambien mostró su paciencia en algunas cosas graves de honra, de hacienda y de su persona que se le ofrecieron. Escribió el siervo del Señor una vez á un obispo, que era principal consejero del rey, rogándole que le avisase de ciertas cosas que iban mal encaminadas. Respondióle el obispo con enojo, tratándole de necio y atrevido; y el santo abad le volvió á escribir con tanta sumision y humildad, que le confundió, y se le hizo grande amigo. Enviábale un abad rico seiscientos marcos de plata de limosna, para que los gastase en beneficio de su órden: robáronlos en el camino; y cuando lo supo, dijo: Bendito sea Dios, que nos ha librado de tan gran carga. Y habiéndole quitado, ó por engaño, ó por fuerza, diez monasterios, ó los sitios donde se habian de edificar, estuvo muy sereno sin querer jamás pleitear con los que le habian hecho aquel agravio. Un religioso de otra religion, poco estable en su vocacion, habiendo leido algunas obras espirituales de san Bernardo fué á Claraval, y pidióle con grande instancia que le recibiese entre sus monjes, y como el santo no se lo concediese, juzgando que era mejor que perseverase donde habia comenzado; saliendo el pobre hombre de sí, alzó la mano, y dió un gran bofeton al santo abad, con tanta fuerza, que luego se le hinchó el carrillo: y él le defendió y le amparó, para que no le hiciesen mal alguno, antes le acomodasen y regalasen. Tuvo muchos contrarios y perseguidores, por los cuales hacia fervorosa oracion y procuraba con humildad y sumision ablandarlos, y dar bien por mal, beneficios por injurias y honra, y reverencia por desprecios y afrentas. Pero ¿qué maravilla es que fuese tan paciente el que era tan humilde? Porque el verdadero humilde nunca piensa que se le hace injuria: y como el santo decia, no queria parecer humilde, sino vil. Fué tan admirable la humildad de este glorioso santo, y estaba tan fundado en esta virtud, y tan metido y sumido en el abismo de su nada, que ninguna cosa le pudo desvanecer ni levantar. Ofreciéronle muchas veces grandes dignidades y obispados, y ninguno quiso aceptar, teniéndose por indigno de todas. Y era tanta su autoridad, y el respeto que sus mismos superiores le tenian, que no se atrevieron á hacerle fuerza; porque sabian cuán contrario era á su voluntad. Mas no hay para qué gastemos muchas palabras en referir aquí el catálogo de sus virtudes; porque todas las abrazó, y fué tan excelente en cada una de ellas, como si no tuviera mas de aquella. Era sereno en el rostro, modesto en el hábito, circunspecto en las palabras, temeroso en sus obras, asiduo en la meditacion, en la oracion continuo, de la cual fiaba mas que de ninguna propia industria, ó trabajo suyo: era magnánimo en la fé, longánimo en la esperanza, perfecto en la caridad, próvido y dispierto en sus consejos, eficaz en los negocios, y nunca menos ocioso que cuando estaba ocioso, alegre en las injurias, vergonzoso en sus alabanzas, suavísimo en sus costumbres, santo en sus merecimientos, glorioso en los milagros: y él mismo fué el primero y mayor de todos sus milagros. En sus sermones tuvo una virtud mas divina que humana, para quebrantar los corazones mas duros que las piedras, é inflamar á los tibios y flojos al amor del Señor. Y viendo esto el demonio, procuraba divertirle y embarazarle, para que, ó no repartiese á los oyentes los dones de Dios, ó se tiznase en alguna vanagloria, por haberlos bien repartido. Una vez predicando, se le ofreció un lindo concepto, y púsoselo delante que seria bien guardarle para otro sermon; pero el Señor interiormente le habló, y le dijo: En tanto que guardares esto, no te darán otra cosa que digas: y así lo dijo luego. Otra vez oyéndole mucha gente, y con grande aplauso y admiracion, le vino una tentacion de vanagloria, pareciéndole que le decian: Mira que de gente te oye, y con cuánta atencion. Paróse un poco, pensando si dejaria el sermon; mas entendiendo que esta era voz del demonio, volvió la cabeza atrás san Bernardo, y dijo: Ni por tí lo comencé, ni por tí lo dejaré; y prosiguió adelante con su sermon. Con ser san Bernardo tan adornado de todas las virtudes, y un celestial prodigio en el mundo, una vez, estando muy malo y oprimido de una grandísima copia de flemas que le ahogaban y le quitaban la respiracion, se arrobó; y estando como en éxtasi le pareció que le llevaban delante del tribunal del Señor donde tambien estaba el enemigo del género humano para acusarle: y habiendo el maligno concluido su acusacion, y puéstolo los cargos, dándole tiempo para que se descargase; él sin turbacion alguna respondió de esta manera: Yo confieso que soy indigno de la gloria eterna; mas mi Señor la posee por dos títulos, por ser Unigénito del eterno Padre, y heredero del real reino celestial, y por haberle comprado con su sangre: él se contenta con el primero de estos dos títulos; y esto solo le basta: y del segundo me hace á mí donacion, y en virtud de ella tengo yo derecho al cielo. Quedó el perverso acusador confuso, y aquella forma de juicio, y de tribunal desapareció; y el santo varon volvió en sí, para que se vea, cuán diferentes son los juicios de los pecadores, y de los santos. Pero sigamos el curso de nuestra narracion.

9 Habia deseado el santo abad estarse toda la vida apartado en aquel rincon, desconocido de los hombres: pero el Señor le sacó á luz, para que repartiese al mundo los tesoros y gracias que

en su pobre celda habia allegado. Fué necesario que saliese de ella para reconciliar con la Iglesia romana á los cismáticos, para convencer públicamente á los herejes, y para promover en el bien y establecer en la paz á los católicos. Levantóse en tiempo de san Bernardo, despues de la muerte de Honorio, sumo pontífice, un peligroso cisma en la Iglesia; porque un romano principal, llamado Pier-Leone, con malas artes tomó el nombre de Anacleto, y usurpó la cátedra de san Pedro, y se opuso al verdadero pontífice Inocencio, II de este nombre. Hubo grande escándalo y una muy peligrosa division en toda la cristiandad; porque en los principios no se podia tan fácilmente averiguar cual de los dos se habia de tener por legítimo sucesor de san Pedro, y vicario general del Señor. Hacíanse en varias partes sínodos nacionales sobre este artículo: y especialmente en Francia fué convocado el concilio en la villa de Etampes: y para poder con mayor luz y asistencia del Espíritu santo decidir una dificultad tan grande, pareció al rey de Francia y á los mas principales prelados, que ante todas cosas se llamase al concilio al abad de Claraval, por el grande concepto que todos tenian de su sabiduría y santidad. Llamáronle, y el santo abad constreñido de la obediencia de sus prelados, y de la importancia del negocio, vino lleno de temor y temblor, considerando la gravedad y peligro de lo que se habia de tratar; aunque tuvo gran consuelo en el camino, y quedó muy animado con una vision y revelacion del Señor. Llegado al lugar del concilio, fué recibido como ángel del cielo: y en la primera sesion, por comun consentimiento y á una voz, se determinó que se pusiese aquella controversia en manos de san Bernardo, para que él la determinase y todos siguiesen su parecer: que es cosa rarísima, y grande argumento de la estima que todos tenian del espíritu del Señor, que moraba y hablaba en él. Y aunque él procuró excusarse con su modestia, por parecerle carga intolerable y sobre sus fuerzas; finalmente vencido de los ruegos y de la autoridad de aquella sagrada congregacion, lo aceptó, confiado tanto en Dios, cuanto desconfiado de sí. Y despues de haber invocado el favor del cielo, y hecho todas las diligencias para acertar, declaró á Inocencio por sumo y verdadero papa y pastor de la Iglesia, sin que hubiese en todo aquel concilio persona que le contradijese y se opusiese á tal declaracion; y con esto fué Inocencio obedecido en el reino de Francia. Y porque el rey Enrique de Inglaterra se mostraba duro y de contrario parecer; el glorioso abad pasó á ella, y le persuadió que se conformase con lo que se habia determinado en Francia, tomando sobre su conciencia cualquiera culpa que en hacerlo pudiese haber; y el rey lo hizo: y para honrar mas al pontífice, vino á Francia, donde habia llegado como huyendo de Italia: é Inocencio en Chartres con grande alegría de todos le recibió, y le dió su bendicion apostólica. Mas porque todavía en la provincia de Gascuña duraba el cisma, por la ambicion de Gerardo, obispo de Angulema, el cual favorecido de Guillermo, conde y príncipe poderoso, hacia grandes desafueros; fué enviado del papa el santo abad, para poner en razon al conde, y refrenar la tiranía del mal obispo. Fué san Bernardo á Gascuña: habló al conde Guillermo, y procuró reducirle á la obediencia del verdadero pastor; y lo mismo hicieron algunos obispos y personas religiosas: y aunque él vino en ello; nunca se quiso rendir á que volviesen á sus Iglesias los obispos que con violencia habian sido echados de él. Mas viendo el santo la obstinacion del conde, y que los medios humanos no aprovechaban, tomó los divinos, é hizo lo que aquí diré: fué á la iglesia, dijo misa, tomó el santísimo Sacramento sobre una patena en las manos, y salió al conde, que por estar excomulgado, no podia entrar en la iglesia y estaba á la puerta; y con el rostro encendido que echaba llamas, y con los ojos centelleando, y con una voz terrible y espantosa, le habló de esta manera: Nosotros te habemos rogado; y tú nos has menospreciado. Todos estos siervos de Dios te han suplicado; y tú no has hecho caso de ellos: he aquí el Hijo de la Vírgen, cabeza y Señor de la Iglesia que tú persigues, viene á tu presencia. Este es tu juez, á cuyas manos ha de venir tu alma: ¿veamos si harás caso de él; si le volverás las espaldas, como las has vuelto á nosotros? A estas palabras tembló el conde: cayó en el suelo; y levantándose, tornó á caer, sin poder hablar, echando salivas y espumarajos por la boca, y espantado y atónito. Finalmente, hizo todo lo que el santo le mandó, y despues trabó tan estrecha amistad con él, que con sus santos consejos y dulces palabras, se trocó de tal manera, que dejando el estado, se retiró, é hizo muy áspera penitencia, y fué santo, y como de tal hace mencion el Martirologio romano á los 11 de febrero. Mas el obispo Gerardo quedó obstinado en su malicia, y poco despues se halló una mañana muerto en la cama, sin confesion ni viático. Despues de esto persuadió san Bernardo al emperador Lotario (que en la ciudad de Lieja se vió con el papa) que dejase una vana y ambiciosa pretension que tenia, de cobrar la investidura de los obispados, que al emperador Enrique, su predecesor, se habia quitado. Volvió el papa á Italia, habiendo compuesto las cosas de Francia, y celebrado un concilio en Rheims: y quiso pasar por Borgoña para visitar á Claraval, y ser huésped del santo abad en aquel monasterio, donde vivian sus monjes, mas como ángeles venidos del cielo, que como hombres vestidos de un saco de carne. Allí estuvo el sumo pontífice con maravillosa consolacion por lo que vió. Salieron en procesion los monjes, no con evangelios dorados ni cruz de plata (que no la habia), sino con cruz de palo y pobres ornamentos: mas con tanta devocion y modestia, que el papa, y los cardenales y obispos, no pudieron contener las lágrimas. Comió el papa en el refectorio, y toda la comida fué de lechugas y legumbres, y por gran regalo hubo un poco de arrope, y para el papa un pez que solo con dificultad se pudo hallar.

10 Estaban en Italia las cosas todavía turbadas, y para sosegarlas el pontífice intimó otro con-

cilio en la ciudad de Pisa, en el cual entre otras cosas fué Anacleto declarado por excomulgado, asistiendo siempre san Bernardo á todos los negocios que allí se trataban, no solamente como ayudador y particionero, sino en cierta manera como árbitro y ministro principal del papa: y acabado esto, por su mandado, fué el siervo del Señor á la ciudad de Milan, que estaba desunida del verdadero pontífice, y la unió y redujo á su obediencia. Fueron con el santo á Milan dos cardenales legados *à latere*, Guidon, obispo de Pisa, y Mateo, obispo albanense: y por voluntad de san Bernardo, tambien Gaufredo, obispo carnotense, grande amigo suyo, y varon de gran prudencia y autoridad. Cuando llegaron á siete millas de Milan, salió toda la ciudad á recibirle, eclesiásticos y seglares, ricos y pobres, caballeros y oficiales; y sin tener cuenta con los cardenales y prelados que venian con él, se echaban á sus piés y se los besaban, y tenian por grande dicha el verle, oirle y hablarle, y cortar de su pobre vestido pedazos de paño por reliquias, con que sanaban muchos enfermos: y por mas que el santo reprendia al pueblo por la honra que le hacia, y le exhortaba la convirtiese en honrar y reverenciar aquellos prelados, que por ser cardenales de la santa Iglesia romana y legados del vicario de Cristo, eran dignos de toda veneracion; no hubo remedio: y así con este aplauso y regocijo, y apretura de gente, entró en Milan. De allí volvió á Claraval, guiado siempre de la mano del Señor, con extraordinario regocijo de todos sus hijos, y contento de su alma; porque pensaba que se habian ya acabado los trabajos de aquellos negocios pesados y distracciones, y que podria en aquel rincon reposar, y atender á su aprovechamiento con mayor quietud. Pero no le sucedió como pensaba: porque el papa, hallándose todavía cercado de trabajos por todas partes, y apretado de Rogerio, rey de Sicilia, que favorecia al antipapa, le mandó ir de nuevo á Roma; porque no hallaba quien mejor le pudiese ayudar que san Bernardo, como la experiencia se lo habia enseñado. Obedeció el gran siervo del Señor, como verdadero hijo de obediencia: fué á Roma, y de allí á verse con el rey: y puesto caso que redujo á muchos á la obediencia de Inocencio, y al mismo Pedro Pisano, famoso jurista, que hacia las partes de Anacleto, y convenció al rey Rogerio evidentemente, y de manera que no pudiese tener ignorancia; pero ciego con la pasion, y con la codicia de quedarse con los bienes de la Iglesia que habia usurpado, no quiso hacer demostracion pública, como san Bernardo le aconsejaba. Mas por las oraciones del santo abad, Dios atajó el cisma, y los males que de él resultaban con la muerte del falso pontífice Anacleto. El cual asaltado de una pestífera enfermedad, que le duró tres dias, impenitente pasó de esta vida, para dar en la otra cuenta al eterno Juez, de los daños que con su ambicion y tiranía habia causado en la Iglesia. Luego que murió Anacleto, los de su parcialidad eligieron otro sucesor suyo: mas éste con mejor consejo se vino de noche á san Bernardo, y dejadas las insignias de sumo pontífice que habia tomado, llevándole consigo el mismo santo, se echó á los piés del verdadero pontífice Inocencio, del cual benignamente fué recibido: y con esto se acabó aquel cisma tan largo y lastimoso, dando todos, despues del Señor, la honra y loa de tan deseado fin al santo abad, que habiendo gastado en esta gloriosa empresa siete años, con el favor del cielo la acabó. Mas no pudiendo sufrir las alabanzas de los hombres, y la reverencia, que toda la corte romana le hacia, al cabo de cinco dias impetró licencia del papa para volverse á su pobre casa, como lo hizo: de donde envió algunos religiosos al papa por su mandado, para que habitasen el monasterio que su santidad habia reparado en el lugar de las Tres Fontanas, que es donde san Pablo fué descabezado, y hoy dia tiene título de San Vincencio y Anastasio. Entre los otros monjes fué por abad Bernardo Pisano, discípulo del santo abad, y gran religioso, y persona que habia sido muy estimada en el siglo: el cual, muerto que fué Inocencio, y Celestino y Lucio, sus sucesores, fué elegido con grande aprobacion por sumo pontífice, y se llamó Eugenio III, á quien despues san Bernardo escribió aquellos divinos libros *De consideratione*.

11 No pudo tampoco el amigo de Dios otra vez sosegar en su rincon, como él lo deseaba; antes le fué necesario salir presto de él, para reprimir y confundir algunos herejes, que se habian levantado en aquella sazon, como lo habia hecho con los cismáticos, viendo los miembros desnudos y apartados de la Iglesia con su cabeza. Uno de estos fué Pedro Abaylardo, hombre de agudo ingenio, pero hinchado y vano: el cual engañado del padre de la mentira, comenzó á sembrar nueva doctrina, y algunas opiniones falsas y perniciosas. Avisóle el santo benigna y secretamente, para que las revocase; y viendo que los medios blandos no aprovechaban, en un concilio que se celebró en Sens, en Francia, en presencia de muchos prelados y doctores, le convenció y lo concluyó, de tal manera, que el pobre hombre lleno de vergüenza y confusion, no supo que responder á las razones del santo.

12 Tambien tuvo otro encuentro con Gilberto Porretano, obispo de Putiers, varon muy versado en las divinas Letras, mas temerario y arrogante, que con más sutileza que verdad, enseñaba nueva doctrina en el misterio de la santísima Trinidad. Disputó con el santo dos dias en el concilio de Rheims, que celebró el papa Eugenio III, y le hizo retratar de los errores que habia enseñado. No fué de menor daño la impiedad de un falso y perverso maestro llamado Enrique, vilísimo apóstata, que puso su boca en el cielo, y publicó guerra contra Jesucristo, opugnando los santos sacramentos, y echando por tierra los antiguos usos de la jerarquía eclesiástica: y porque era decidor y sagaz, habia hecho gran progreso en las partes de Gascuña, donde por su detestable doctrina se veian las iglesias sin sacerdotes, y los sacerdotes sin la debida reverencia: y para decirlo en una palabra, los cristianos sin Cristo. Envió el papa un legado para remedio de tan graves daños,

el cual pasó por Claraval, y llevó consigo á san Bernardo, que fué recibido con increible devocion de todos aquellos pueblos: y con su vida, doctrina y milagros, arrancó de los corazones de la gente engañada la mala semilla que el demonio, por Enrique su maestro, habia sembrado: y los que habian sido pervertidos, se redujeron á la fé, y prendieron, y entregaron al obispo el hereje que los habia pervertido. Otra vez salió de su recogimiento para apaciguar á los ciudadanos de Metz de Lorena, y algunos príncipes comarcanos, que traian guerra cruda y peligrosa entre sí; porque no pudo negarlo al arzobispo de Tréveris, que como buen pastor deseaba excusar el daño de sus ovejas, y los males que de aquella discordia podian suceder, y habia venido á Claraval en persona, y echádose á los piés del santo abad, suplicándole humildemente por las llagas de Jesucristo, que tomase la mano para pacificar los ánimos tan desunidos y feroces, que con sus enemistades tan graves males amenazaban á la Iglesia. Hallábase ya viejo el santo, y al cabo de su vida, y en la cama enfermo; y haciendo mas caso por su grande caridad de la salud espiritual de sus prójimos, que de la suya corporal, se fué luego con el mismo arzobispo: y el Señor le dió súbitamente fuerzas para aquella jornada, que la tomaba para su servicio. Y aunque halló dos ejércitos enemigos puestos á punto para pelear, los aplacó de manera, que dejadas las armas, de comun consentimiento pusieron todas sus diferencias en sus manos; y él las decidió con gran paz y contento de las partes, y aquella tempestad y torbellino se convirtió en una serena concordia y tranquilidad.

13 Maravillosa cosa parecerá á algunos, que un pobre religioso, vestido de un saco vil y despreciado, hiciese cosas tan grandes y tan extrañas, y que tuviese tanta autoridad y fuerza, no solamente para convertir del siglo al Señor tantas personas de todos estados; sino para unir la Iglesia desunida, sujetar á los reyes, espantar á los príncipes, confundir á los herejes, y persuadir á los pueblos todo lo que queria, como si fuera señor de los corazones: pero no hay que maravillarse, porque no hay quien pueda resistir al espíritu y brazo del Todopoderoso. La opinion de la santidad de Bernardo era grandísima: sus palabras, como saetas agudas, echadas por la mano del Señor: su oracion tan eficaz y poderosa, que alcanzaba del cielo todo lo que queria; y los milagros que Dios obraba por él, eran tantos, tan continuos, y tan grandes, que ellos solos bastaban para rendir al mundo á su voluntad. Godofrido, monje de Claraval, que fué compañero y secretario del santo, afirma por cosa cierta y notoria que en un solo dia con la imposicion de sus manos, en una aldea de la ciudad de Constancia, en presencia de muchos testigos, alumbró once ciegos, sanó diez mancos, y diez y ocho cojos; y que en la ciudad de Colonia, dentro de tres dias, doce cojos, dos estropeados, tres mudos y diez sordos cobraron entera salud: de suerte, que algunos hombres piadosos, queriendo por su devocion notar y escribir los milagros, que el santo hacia; y comenzándolo á hacer, despues lo dejaron, vencidos de la muchedumbre y gran copia de ellos. El mismo santo se maravilló de los milagros que Dios obraba por él, no sabiendo á qué cosa atribuirlo; porque por su profunda humildad conocia, y decia, que no eran por la santidad, que no tenia, ni por sus merecimientos, sino por la salud y aprovechamiento de muchos, para que estimasen y honrasen la virtud que ellos pensaban que tenia: y que no hace Dios los milagros para bien de aquellos, por quienes los hace, sino para provecho de los que los ven, y los saben: ni para que los que hacen mas milagros, sean tenidos por mas santos; sino para que todos sean amigos é imitadores de la santidad. Y por esto nosotros los pasarémos en silencio, y solamente referirémos aquí algunos pocos, de los cuales, los que los leyeren, se puedan aprovechar; y comencemos por el primer milagro que el santo hizo, volviendo de fundar un monasterio, que se llamó de las Tres Fuentes. Tuvo aviso que un deudo suyo, llamado Gisberto, estaba para morir, y ya sin habla, y sin haberse podido confesar: era hombre noble y rico, pero de mala vida, y usurpador de la hacienda ajena. Entró el siervo del Señor en la iglesia para decir misa, y encomendarle á Dios, y á la misma hora volvió el enfermo en sí, y comenzó á hablar, y á llorar sus pecados: mas en acabando san Bernardo la misa, el enfermo volvió á perder la habla. Fué el santo á visitarle, y hallóle en aquel estado: rogáronle que hiciese oracion por él, y san Bernardo, alzando los ojos al cielo, y movido del Señor, respondió con gran libertad á los que allí estaban: ¿Vosotros sabeis las malas obras que ha hecho este hombre, y que tiene mucha hacienda mal ganada? Restituya él, y sus hijos, lo que no es suyo, y deje los malos tratos, y los modos injustos que ha usado contra los pobres; que si así lo hiciere, morirá como cristiano. Todo lo hizo el enfermo como el santo lo mandó; y luego la lengua muda y atada, quedó suelta y libre, y habló, y se confesó con mucha contricion; y tomados los otros santos sacramentos de la Iglesia, espiró con mucha edificacion de todos, y esperanza de su eterna salud. Cuando predicaba contra aquel hereje Enrique (que dijimos) en las partes de Tolosa, un dia, acabado el sermon, aquella buena gente le trajo gran cantidad de panes, para que los bendijese: hízolo el santo, y díjoles: En una cosa veréis, hijos, si es verdad lo que os predico, y falso lo que os enseñan y os quieren persuadir nuestros contrarios; es á saber: si todos vuestros enfermos, que comieren de este pan, quedaron sanos. Estaba presente el obispo de Chartres, y pareciéndole que aquella proposicion del santo era muy universal, quiso modificarla y añadió: Habeis de entender que sanarán, si comieren con fé de este pan. Entonces replicó san Bernardo: No digo yo eso, señor, sino como mis palabras suenan: que todos los enfermos, que gustaren de este pan, cobrarán salud: para que se entienda que nosotros somos le-

gítimos y verdaderos embajadores de Dios. Como lo dijó, así fué, que todos cuantos comieron de aquel pan, sanaron sin excepcion alguna: y la fama de aquel milagro voló luego por toda aquella provincia, y aprovechó para extinguir la heregía, y para despertar y encender los corazones de aquellos pueblos en la devocion del santo abad, que concurrian de todas partes por verle y hacerle reverencia, en tanto número, que le fué necesario, para huir aquella honra, torcer el camino, de Salat, donde habia sido el milagro, para la ciudad de Tolosa. En aquella misma comarca, y para el mismo efecto, y confirmacion de la fé, sanó á un clérigo del colegio de San Saturnino, paralítico incurable, que tambien se llamaba Bernardo, tan debilitado y consumido, que por momentos parecia que habia de espirar. Echóle la bendicion el santo, y partióse: y en aquel punto, confortándosele los nervios, y cobrando fuerzas, se arrojó de la cama, donde estaba, y corrió tras el santo abad, y le asió, y le detuvo, y se echó á sus piés, y los besó con gran devocion y afecto, y le hizo compañía: y para ser agradecido á Dios, tomó el hábito del Cister, y se sujetó á la obediencia de san Bernardo: y habiendo dado buenas muestras de religion y prudencia, por el mismo san Bernardo fué hecho abad de un monasterio, llamado Valdaqua. ¿Pues quién podrá referir el dominio que este gran santo tuvo sobre los demonios, y la fuerza é imperio, con que los echaba de las personas, que cruelmente atormentaban? No solamente estando él presente, y poniendo sobre ellos sus manos, ó haciendo la señal de la cruz, ó dándoles á beber un poco de agua bendita, sino tambien estando ausente, huian los espíritus infernales de la estola del santo, como de un espantoso suplicio. Pero dejando aparte los otros milagros que tocan á esto, diré solo dos memorables: Estando en la ciudad de Milan, para reducirla á la union de la Iglesia, y á la obediencia del verdadero pontífice (como se dijo arriba), entre los otros muchos y señalados milagros que san Bernardo hizo, fué el de una mujer honrada y de conveniente edad, en la cual habia entrado Satanás, y poseídola buenos años, y maltratádola de tal manera, que le habia quitado el oir, ver, y hablar, y sacaba una lengua, que parecia trompa de elefante, y mas un horrible monstruo, que mujer. Tenia el rostro muy fiero y espantable, el anhélito hediondo é insufrible, y digno del huésped que la atormentaba. Llevárónla al santo una mañana por fuerza, al tiempo que decia misa en la iglesia de San Ambrosio. Miróla con ojos blandos y piadosos, y luego conoció que aquel demonio era rebelde, y que se habia señoreado por permision del Señor tan fuertemente de aquella pobre mujer, que con dificultad se podria echar: y volviéndose al pueblo, que era innumerable, le encargó que todos orasen atentamente, y á los clérigos, que tuviesen la mujer firme é inmoble. Entrando en el misterio de la consagracion, cuantas cruces hacia sobre la hostia, otras tantas, volviéndose á la endemoniada, hacia sobre ella, con increible rabia y dolor de aquel espíritu maligno; el cual lo mostraba con el crujir de los dientes, y con los gestos y meneos, y con los alaridos y movimientos de todo el cuerpo. Finalmente, habiendo dicho el paternóster, tomó el cuerpo del Señor en la patena, y poniéndola sobre la cabeza de la triste mujer, y hablando con el demonio, le dijo: Hé aquí, ó espíritu maligno, á tu juez. Hé aquí al Señor todopoderoso: contrástale si puedes. Este es el sagrado cuerpo, que se formó en las entrañas de la Vírjen, y fué extendido en la cruz, y puesto en la sepultura; y resucitando de la muerte, subió triunfando á los cielos. En virtud de esta soberana majestad, yo te mando que dejes á esta sierva suya, y que no te atrevas á molestarla mas de aquí adelante. Salió aquel infernal espíritu, y pertinaz posedor de aquella pobre mujer, alabando todos al Señor, y confesando que el santísimo Sacramento del altar es eficacísimo y poderosísimo contra todo el poder del infierno, cuando se trata con la pureza y con la fé que conviene. Este es el primer milagro. El segundo es, que estando en Pavía, un pobre labrador le trajo á su mujer endemoniada, para que la sanase; y el demonio comenzó á hacer burla del santo, y á decir: No me echará de mi casa este comedor de puerros y cebollas; y otras palabras injuriosas para irritarle: mas el verdadero humilde no se movió, sino mandó que llevasen á la mujer á la iglesia de San Sirio, obispo, que habia sido de Pavía, y resplandecia con muchos milagros. Llevárónle á la iglesia, y no quiso Dios que san Sirio la sanase, por guardar aquella honra para san Bernardo, á cuya presencia la tornaron á traer. El demonio comenzó á escarnecerle, y á decir: No me echó Sirillo, menos me echará Bernardillo. Luego que esto oyó san Bernardo: dijo: No te echó Sirio, ni te echará Bernardo; mas echaráte Jesucristo. Hizo oracion por ella, y quedó sana.

14 No tuvo menos don en otros milagros mas íntimos y espirituales que conciernen al bien de las almas, como se verá por algunas cosas que aquí referiré. Habia en el convento de Claraval un monje menos perfecto que los demás, al cual el santo abad mandó, por cierta culpa secreta suya, que no comulgase: mas él en una solemne fiesta, viendo comulgar al convento, y temiendo la vergüenza é infamia, se llegó con los demás al altar, y diciendo la misa san Bernardo, recibió de su mano el santísimo Sacramento con los otros monjes: porque el santo por ser la causa oculta, no se le quiso negar; mas volvióse al Señor, suplicándole que castigase aquella temeridad. Habiendo tomado el monje la sagrada hostia, nunca la pudo pasar, por mucho que lo procuró, hasta que despues, postrándose á los piés de su prelado con muchas lágrimas, en secreto le dijo lo que pasaba, y le mostró la hostia en la boca. El santo padre, reprendiéndole de su atrevimiento, y dándole saludable penitencia, le absolvió; y con esto el monje pasó aquel celestial manjar: para que se vea la cuenta que se debe tener con la obediencia de los superiores en el uso de los santos sacramen-

tos. Otro monje hubo en el mismo convento, que hallándose seco é indevoto para llorar los pecados que habia cometido en el siglo, pidió al santo con grande afecto que le alcanzase del Señor espíritu de ternura y devocion: y por su oracion le alcanzó tan copioso, que de allí adelante sus ojos fueron unas fuentes de lágrimas. Trataba una vez san Bernardo en la corte del rey de Francia una paz de grande importancia: y la reina, aunque en lo demás se le mostraba muy devota, en el tratar de la paz le era contraria. Habia sido casada muchos años con el rey, sin tener hijos, y por esto la tenian por estéril: y ella por esta causa estaba afligidísima, y todo el reino descontento; y como la reina un dia manifestase su desconsuelo y ansia al siervo de Dios, él la amonestó que no impidiese aquella paz, sino que la procurase; porque de esta manera el Señor cumpliria su deseo. La reina lo hizo así; y al cabo de un año, por las oraciones del santo, parió un hijo. Cuando estaba san Bernardo para partir la segunda vez de Roma, deseó llevar consigo algunas reliquias: ofreciéronle la cabeza entera de san Cesario, mártir; y él por su modestia no quiso sino solo un diente. Quisieron sacarle de las quijadas, y no pudieron, antes quebraron dos cuchillos que tomaron por instrumento para sacarle. Entonces san Bernardo dijo: Menester es rogar al santo mártir que se digne hacernos tan gran presente. Hizo oracion; y llegándose con reverencia á la sagrada cabeza, con dos dedos fácilmente sacó el diente que los otros con hierro no habian podido sacar. Otra vez estando enfermo, y muy apretado, ordenó á uno de dos monjes que habian quedado con él (porque los demás estaban ocupados), que fuese á la iglesia á hacer oracion por él. Hízolo el religioso en tres altares distintos que allí estaban, de la gloriosa Vírgen María nuestra Señora, de san Lorenzo, mártir, y de san Benito, abad: y luego entró en la celda de san Bernardo la Reina de los ángeles, acompañada de los otros dos santos, y con una suavidad y serenidad, que mas se puede imaginar que explicar, con su blanda mano le tocó donde le dolia, y totalmente le sanó. Porque entre los dones que tuvo este santo abad, fué uno ser devotísimo de la sacratísima Vírgen, y ella singularmente le regaló y favoreció: y se dice, que una vez le roció los labios con un rayo de leche, saliendo de sus sagrados pechos: y que de allí le vino la dulzura y suavidad de estilo que está derramada por todas sus obras.

15 Otra vez, entrando en la iglesia mayor de Espira, ciudad de Alemania, y cámara del imperio, acompañado de todo el clero, y de gran muchedumbre del pueblo, se arrodilló tres veces en tres lugares diferentes; y dijo en el primero: *O clemens*; en el segundo: *O pia*; en el tercero: *O dulcis Virgo María*; y en memoria de esta devocion, y salutacion del santo, hoy dia en la misma iglesia están tres láminas de metal, y en ellas escritas estas palabras, y cada dia se canta la Salve Regina con gran solemnidad y música: y los mismos herejes (que hay muchos en aquella ciudad) vienen á oirla. No es justo que entre tantos milagros nos olvidemos de uno muy notable, que en el escribir una epístola le aconteció. Estaba en el convento de Claraval por monje un sobrino del santo, llamado Roberto: el cual siendo mozo, engañado de unos falsos amigos, dejando la religion en que habia comenzado á servir al Señor, se pasó á la cluniacense. Determinó el santo abad, como buen pastor recobrar su oveja, y para esto escribirle una epístola: y llamando á Guillermo Rieval (que despues fué abad de Claraval), le ordenó que tomase papel, y se saliese con él al campo, donde con mas quietud podria escribir. Al tiempo que san Bernardo dictaba la carta, y Guillermo la escribia, comenzó de repente á llover fuertemente: y como el secretario quisiese levantarse de donde estaba, y recoger el papel porque no se mojase, el santo le dijo: Obra es de Dios, escribe, y no temas: y así escribió, y acabó su epístola en medio del agua sin mojarse: porque la caridad que movia al santo padre á dictar la carta, fué tan poderosa, que cubrió el papel, y le defendió del agua: y por este milagro, se pone la dicha epístola, por la primera de todas las de san Bernardo, que son admirables, y comienza: *Satis, et plusquàm satis, etc.*

16 Tuvo don de profecía, y por espíritu divino sabia las faltas que hacian sus monjes, aunque estuviesen muy lejos, y las tentaciones que padecian, y las persecuciones que los seglares levantaban. Tambien es cosa cierta que algunas veces se le aparecian las almas de algunos monjes que morian en los conventos de su órden, pidiéndole su bendicion, y licencia para irse á la otra vida. Vino una vez á Claraval un monje del monasterio Fusniacense, y queriéndose volver á su casa, san Bernardo le llamó aparte, y le dijo: Dí á tal monje (nombrando la persona) que se enmiende de tal cosa (que eran faltas muy ocultas); que si no se enmienda, presto vendrá sobre él el juicio de Dios. Quedó asombrado el monje, y dijo al santo: Padre, ¿quién os ha dicho estas cosas? Respondióle: Sea quien fuere, dile tú lo que yo te digo, porque si no lo haces, serás participante del castigo. Ganó, una vez que fué á Catalauno, gran número de estudiantes para Dios, que habian sido discípulos de un famoso doctor, llamado Estévan de Vitreyo: y estando un dia platicando con ellos, antes de darles el hábito, le avisó el portero que estaba á la puerta aguardando Estévan, maestro de aquellos mozos, que con ellos queria tomar el hábito. Alegráronse sobre manera los discípulos por ver que su maestro los seguia; mas el santo alumbrado con luz del cielo, dió un gran gemido, y dijo, oyéndolo todos: El espíritu maligno le ha traido aquí: solo viene, y solo se volverá. Quedaron todos admirados de aquellas palabras; y el santo por no alterar las nuevas plantas, aunque de mala gana, le recibió con los otros novicios, y le exhortó á la perseverancia. Pero al cabo de seis meses se salió, confesando él mismo, que cuando estaba en la celda de los novicios, veia un negrillo que le sacaba del oratorio. Y puesto caso que el demonio le habia

traido para que fuese lazo á los otros, no salió con su intento: porque los demás con su salida se confirmaron en su vocacion, y él solo se salió. Un monje, llamado Gaufrido (á quien, estando muy desconsolado y sin remedio, el santo con su oracion le habia alcanzado del Señor gran serenidad y singular alegría de conciencia), siendo novicio, deseó por extremo la salud eterna de su padre carnal, y pidió al santo con grande afecto que lo encomendase á Dios; y él le respondió: No dudes, hijo, que tu padre ha de ser un buen religioso, y yo le tengo de enterrar con estas manos: y así sucedió, porque el viejo entró en religion, y afinado en la virtud, cayó malo, estando san Bernardo lejos de Claraval: y anduvo cinco meses continuos peleando con la enfermedad, hasta que volvió el santo, y se halló á su muerte, y con sus manos le enterró, como lo habia profetizado. Estando en Claraval otro monje, llamado Roberto, gravemente enfermo, fué desahuciado de los médicos: y estando san Bernardo en Roma, le apareció una noche en espíritu, y le visitó amorosamente, y cantó los maitines en compañía de algunos monjes: y á la mañana Roberto se halló del todo sano. Otra vez envió á un monje tudesco, llamado Enrique, á las partes mas remotas de Alemania: el cual temiendo que antes que volviese de aquel largo camino, el santo padre pasaria de esta vida (porque estaba muy flaco y debilitado), iba muy desconsolado por el deseo que tenia de recibir en aquel punto su santa y última bendicion. Entendió san Bernardo el deseo y pena de su hijo, y echándole la bendicion á la partida, le dijo: Id con alegría; porque volveréis sano, y me hallaréis vivo, como deseais. Sucedió al buen monje, que pasando un rio helado, cerca de la ciudad de Argentina, cayó en él, y ahogándose, vió delante de sí al santo abad, y por su medio se salvó, y volvió á su convento sano y alegre, y halló vivo al santo padre, como él se lo habia profetizado. Habiendo entrado en el convento de Claraval, y tomado el hábito en él tres mozos, el uno de ellos por instigacion de Satanás poco despues le dejó: y temiendo los monjes que los otros dos novicios, sus compañeros, no hiciesen lo mismo; el santo mirándolos á la cara, dijo, que el uno de los dos no tenia jamás tentacion de momento, y que el otro seria combatido de muchas: pero que al fin prevaleceria, y quedaria vencedor: y como él lo dijo, así sucedió. Con cierta ocasion el rey de Francia Luis se enojó contra algunos obispos, y los echó de sus Iglesias, sin quererse amansar con las muchas y graves cartas que para aplacarle le escribió el siervo de Dios, ni con la humildad de los mismos obispos, que echados á sus piés del rey, le pedian perdon. Díjole el santo, amenazándole: Señor, esa vuestra obstinacion costará la vida á vuestro hijo primogénito, y príncipe jurado, Felipe. El santo lo dijo, y Dios lo cumplió: y el rey conociendo su culpa, se humilló y rindió.

17 Seria nunca acabar, si quisiésemos proseguir esta materia: bastan los ejemplos que habemos referido para entender los merecimientos, dones y excelencias de este gran siervo del Señor, y que Dios le envió al mundo para que lo alumbrase con sus rayos como un sol resplandeciente, y para que los papas, emperadores, reyes, príncipes y repúblicas gozasen de su luz, y acudiesen á él en los negocios mas oscuros y enmarañados, y él los ilustrase y desenvolviese: y no solamente las provincias mas cercanas se aprovechasen de su santidad, doctrina, consejos y milagros; sino tambien las otras de Dacia, Suecia y las demás le reverenciasen y le escribiesen cartas con extraordinaria devocion, como lo hicieron. Cualquiera cosa que hubiese traido sobre sí, se tenia por una preciosa reliquia: y hasta un plato de barro, por haber comido en él una vez el santo, bastó para dar salud á un obispo, que tomó unos bocados de pan y bebió un poco de agua que habia mandado echar en él: y un báculo puesto á la cabeza de la cama de una pobre mujer que era muy atormentada del demonio, bastó para espantarle de manera que la dejase. El concurso de la gente por do quiera que pasaba era tan grande, que no se puede decir. En Roma no podia salir de casa, sin que toda la corte y todo el pueblo se fuese tras él. En Milan y en otros lugares de Lombardía, por la innumerable gente que venia á verle y á tomar su bendicion, era necesario que se encerrase, y que allí les diese su bendicion. Cuando pasaba los Alpes, salian los pastores y hombres salvajes á porfía, y quedaban haciendo fiesta por haberle visto.

18 Pero habiendo sido este gran patriarca de la Iglesia tan honrado, tan estimado y reverenciado en el mundo, no le faltaron sus trabajos y persecuciones: con los cuales el Señor le quiso probar, para que de ellos saliese mas puro y resplandeciente, como el oro del crisol. Hízose en su tiempo una jornada muy famosa para la conquista y defensa de la Tierra santa, que los infieles y sarracenos infestaban. Mandó el sumo pontífice Eugenio III, que habia sido discípulo y monje de san Bernardo (como dijimos), á su padre y maestro que predicase la cruzada y las indulgencias de ella á todos los que fuesen en aquella jornada, ó para librar á sus hermanos, ó para dar sus vidas por ellos. Predicó el santo, y en prueba de que Dios le mandaba predicar, hizo innumerables y evidentes milagros: y movió tanto las provincias y reinos á tomar las armas, que el emperador Conrado y el rey Luis de Francia, en persona, con grandes ejércitos fueron á ella. Pero por justo y secreto juicio del Señor, tuvo mal suceso, quedando nuestra gente deshecha y perdida; y los infieles triunfando con nuestros despojos, é insolentes con la victoria. Hubo de este suceso grande tristeza y llanto en toda la cristiandad: y como san Bernardo habia sido el principal predicador y solicitador de aquella empresa, y el que mas habia animado é inflamado los pueblos á ella, levantóse contra él una brava tempestad: llamábanle embaidor, embustero, falso profeta, ruina y calamidad de toda la cristiandad. Vióse muy afligido el fiel y bienaventurado siervo del Señor, y conoció que era tentacion y probacion suya, y que Dios le hacia muy gran merced en servirse de él y tomarle por escudo para que todos los golpes

de las murmuraciones y quejas, y todas las saetas de las lenguas diesen en él y no en el Señor, como él mismo lo escribe en el principio del segundo libro *De consideratione* al papa Eugenio. Y para que se viese que Dios habia mandado que predicase lo que predicó acerca de esta jornada, á mas de los otros muchos y grandes milagros que antes de ella habia hecho, en testificacion de esta verdad, despues de ella hizo otros y alumbró á un ciego: y el Señor que humilla á sus santos, para mas ensalzarlos, volvió por san Bernardo, y nos dió á entender que habemos de obedecerle en lo que nos manda, y reverenciar sus juicios, y no escudriñarlos: y que muchas veces las pérdidas temporales son ganancias espirituales y ayudas para el cielo.

19 Estando, pues, el santo abad ya viejo, cansado, exhausto y consumido de los trabajos, penitencias, enfermedades, caminos y negocios gravísimos de toda la vida, y con grandes ansias de entrar en la eterna, y ver cara á cara al sumo Bien, le sobrevino una enfermedad peligrosa y dolorosa de estómago que no podia retener la comida, con suma flaqueza é hinchazon de piernas: llevábala con tanta suavidad y dulzura de espíritu, como quien despues de una larga navegacion se ve llegar al deseado puerto. El mismo escribe una epístola al abad Arnaldo, amigo suyo, en que le da cuenta de su enfermedad, y le dice estas palabras: « Recibido habemos vuestra caridad, con caridad, y no con alegría: porque ¿qué alegría puede haber donde todo está lleno de amargura? Solo el no comer me da algun deleite. El sueño ha huido de mí, para que aun el dolor no se mitigue, estando los sentidos dormidos. Todo lo que padezco es casi desmayos de estómago: háuseme hinchado las piernas y piés como á los hidrópicos: y en todos estos trabajos y dolores (por no encubrir al amigo que está cuidadoso del estado de su amigo, para hablar como menos sabio, segun el hombre interior en la carne flaca) el espíritu está pronto. Rogad al Salvador que no quiera la muerte del pecador, y que no dilate mas mi fin, sino que le defienda y ampare. » Todo esto es de san Bernardo, dando cuenta de su última enfermedad, y del ánimo que Dios le daba. Estando ya para morir, se juntaron los obispos de los pueblos comarcanos, y muchos abades y monjes: lloraban todos con gran ternura la pérdida de tan santo padre: mas él los animaba y consolaba, y por su humildad les decia, que era ya razon que el siervo inútil y desaprovechado no ocupase aquel puesto en balde, y que el árbol estéril fuese arrancado. Finalmente, entre las manos y lágrimas de sus hijos, dió su purísima alma á su Criador, á los 20 de agosto del año del Señor de 1153, siendo de edad de sesenta y cuatro años casi cumplidos. Para enterrarle, le pusieron, como él mismo santo padre lo habia mandado, encima del pecho una cajita con unas reliquias del apóstol san Tadeo, de quien era muy devoto, que le habian traido aquel año de Jerusalen: y solia decir que tendria por singular beneficio del Señor salir del sepulcro el dia de la resurreccion general en compañía de este santo apóstol. Apareció algunas veces despues de muerto á algunos de sus religiosos resplandeciente y vestido de inmensa gloria, y obró muchos y grandes milagros como los habia hecho en vida; y canonizóle el papa Alejandro III, el año de nuestra salud de 1165. Fué devotísimo, como dijimos, de la beatísima Vírgen María nuestra Señora, á la cual siempre miró como á su norte en su navegacion, y túvola tan favorable y propicia, como se ve en el discurso de su vida que aquí queda referido, y en los innumerables milagros y obras con que edificó, alumbró y espantó al mundo: que sin duda de esta devocion para la Vírgen santísima, se derivaban en él como arroyos de su fuente. Tenia en su rostro una gracia maravillosa y apacible, mas de espíritu que de carne; y en los ojos resplandecia una pureza angélica y una simplicidad de paloma. El cuerpo era tan flaco y consumido, que parecia que no tenia su carne; la cara sonroseada, el cabello y barba rubia, y en la vejez cana; la estatura mediana, y antes grande que pequeña. Dejó fundados ciento y setenta monasterios de su órden, y tan poblados y llenos de santos religiosos, que en solo el convento de Claraval vivian setecientos y setenta. Lo que toda la Iglesia católica debe á este glorioso y santo patriarca por la vida celestial que vivió: por los ejemplos admirables de todas las virtudes que dejó: por las obras y libros dulcísimos y doctísimos con que la ilustró: por los beneficios singulares y universales que hizo: por los milagros estupendos que obró: por la sagrada religion que instituyó, amplificó y extendió por todas las provincias de la cristiandad; y por lo que sus santos hijos y verdaderos imitadores de su gran padre han hecho y hacen; es tanto, que es mejor reverenciarlo con silencio, que apocarlo con nuestro bajo estilo.

SAN ESTÉVAN, REY DE HUNGRÍA, CONFESOR. —La Hungría tiene nombre de los hunos, que la sujetaron, y habitaron: entre los cuales hubo un príncipe, y valeroso capitan, llamado Geisa, el cual era hombre severo, y en el gobierno para con los suyos áspero y mal acondicionado, y para con los otros (especialmente cristianos) era humano, benigno y liberal. Siendo aun gentil, comenzó á domesticarse con los cristianos, y darles fácil entrada en su ducado de Hungría, mandándoles acoger bien y hospedar; y á los clérigos y monjes acariciarlos: y finalmente, habiéndolos oido y tratado, alumbrado del cielo, conoció su ceguedad, y recibió la luz evangélica, y se abrazó con Jesucristo, verdadero Dios, y único Señor nuestro. Luego que fué bautizado, deseó comunicar á los otros sus vasallos la gracia del Señor, que él habia recibido: para esto domó á los rebeldes, animó á los obedientes, é instituyó en Hungría varios obispados, y muchos ministros de Dios, para cultivar aquella viña tan inculta y llena de malezas. Mas estando con este cuidado, una noche le apareció un mozo hermoso sobre manera, que le dijo: La paz sea contigo, escogido de Cristo, deja este cuidado; porque no harás tú por tí, lo que piensas, ni Dios se quiere servir de tí para eso; porque tienes las manos llenas de sangre

humana. Tendrás un hijo, que será rey, y del número de aquellos reyes que Dios ha escogido para reyes eternos. Este pondrá en obra por consejo divino lo que tú has pensado, y determinado en tu corazon. Lo que á tí te toca es recibir con grande acatamiento á un varon santo, que el Señor te enviará por su embajador, y obedecerle en todo lo que te mandare. Dichas estas palabras, desapareció aquel mancebo, y toda aquella vision, y Geisa quedó por una parte muy agradecido á Dios, por la promesa que habia hecho de darle un hijo, que seria rey, y pondria en ejecucion lo que él tanto deseaba; y por otra confuso, porque no sabia quién era aquel hombre que Dios le enviaba por embajador. Estando suspenso, y pensando en esto, le avisaron que san Adalberto, obispo de Bohemia, le venia á ver: y entonces entendió que aquel era el embajador que le venia del cielo: y así le salió á recibir con grande alegría y regocijo, y se puso en sus manos, para que le mandase todo lo que fuese servido. El santo obispo con su vida, doctrina, y predicacion divina, convirtió gran número de aquella gente que por su natural condicion, y por su idolatría fiera y bárbara, vivia apartada del gremio de la santa Iglesia: y para que se fuese cumpliendo lo que Dios habia prometido á Geisa, que le daria un hijo que edificase como otro Salomon el templo del Señor, en lugar de David, su padre; estando preñada, y cerca del parto la mujer de Geisa, le apareció el glorioso protomártir san Estévan, con sus insignias de levita, y le certificó que pariria un hijo, que seria el primer rey de aquel reino; mandándole que le llamase de su nombre, que era Estévan. Nació el niño en Estrigonia: bautizóle san Adalberto, y conforme á la revelacion de Dios, le llamó Estévan; y allí se crió, y fué enseñado en la gramática. Despues su padre llamó á los grandes y nobles, y á los demás, á quienes de derecho pertenecia, y tomóles juramento que recibirian por su señor y príncipe á Estévan, su hijo, y siendo ya el padre de mucha edad, acabó el curso de su peregrinacion el año del Señor de 997, y el mismo año el bienaventurado san Adalberto, habiendo ido á alumbrar los pueblos de Prusia con la luz del Evangelio, alcanzó la corona del martirio.

2 Viéndose Estévan ya señor, despues de la muerte de su padre, luego puso los ojos en ganar las voluntades de sus pueblos, é inclinarlos á salir de las tinieblas de la idolatría en que estaban, y abrazar el culto y doctrina del verdadero Dios Jesucristo nuestro Salvador; y aunque era mozo en la edad, tenia gran seso y madurez, y sabia muy bien guiar los negocios á este fin. Entendiendo, pues, que los de la religion no se pueden tratar bien en el ruido de las armas, procuró la primera cosa hacer paz con los otros príncipes vecinos, para que estando entre sí unidos y aliados, no hubiese cosa que estorbase el deseo que tenia de propagar nuestra santa religion. Mas como el demonio penetró los santos intentos de Estévan; para estorbarlos, incitó á los señores y caballeros húngaros, y gentiles, que se rebelasen contra el rey, y formasen campo y corriesen la tierra, como lo hicieron, quemándola, talándola, y arruinando cuanto hallaban. Cercaron la ciudad de Vesprin, así porque Estévan muchas veces iba á ella, y con esto hacerle mayor befa; como porque, tomada aquella plaza, pensaban apoderarse mas fácilmente de las demás. No desmayó Estévan, por ver aquella revolucion y furor de los gentiles, sus vasallos; antes tomando mas ánimo y confianza en Dios, cuya causa trataba, y en los bienaventurados san Martin, obispo, y san Jorge, sus patrones, se les opuso, y vino á batalla con ellos, y los venció, y deshizo aquel campo, quedando vencedor. Y como reconocia aquella victoria tan señalada de Dios, quiso que todos los despojos del enemigo sirviesen al mismo Dios, sin tomar nada para sí; y así mandó edificar un monasterio con la advocacion de San Martin (por haber sido húngaro de nacion, y haber llevado el rey en la guerra su bándera), en el mismo lugar en que el mismo san Martin hacia oracion, cuando estaba en Hungría, y dió á este monasterio grandes heredamientos y rentas, y mandó que le pagasen los diezmos, con tanto rigor, que el que tenia diez hijos, estaba obligado á dar uno al monasterio de San Martin.

3 Acabada de sosegar esta rebelion, para llevar adelante su empresa, y tener personas fieles y doctas que en ella le ayudasen, significó á muchos clérigos, abades, y monjes, siervos de nuestro Señor, la voluntad que tenia de arrancar de aquel campo las espinas de la idolatría, que la cubrian, y sembrar la semilla del cielo, para que los que, movidos del zelo de la gloria del mismo Señor, quisiesen venir á labrarle, supiesen que en él tendrian toda seguridad, amparo y favor. Muchos santos varones vinieron de diversas partes, y con su ejemplar vida y predicacion hicieron maravilloso fruto, domesticaron aquella gente feroz, con los preceptos blandos del santo Evangelio, y fundaron monasterios: y algunos de ellos fueron gloriosos mártires de nuestro Señor.

4 De esta manera san Estévan iba plantando, y propagando nuestra santa religion, favoreciendo á los que la abrazaban de grado, y espantando y domando á los que le resistian, y perseveraban en su error. Dividió su provincia en diez obispados, cuya cabeza, quiso, que fuese la Iglesia de Estrigoma: y para que el sumo pontífice fuese informado de todo lo que se habia hecho, y lo confirmase con su autoridad y bendicion, envió á Roma á un santo varon, llamado Astrico, que por otro nombre, llaman Anastasio (que ya era obispo colosense), y para que juntamente suplicase á su santidad que le diese título de rey, para que con mayor majestad pudiese acabar lo que para gloria de Dios, y utilidad de aquella gente, habia comenzado. Llegó á Roma Anastasio, al mismo tiempo que el duque de Polonia Miesco se habia convertido á la fé de Cristo, y enviado sus embajadores á Roma para impetrar del papa el título de rey de Polonia, y su santidad se habia determinado á dárselo, y mandó labrar una rica corona, con intento de enviársela con su santa bendicion; mas la noche antes del dia que habia

de dar la corona á los embajadores de Polonia, le apareció al sumo pontífice un ángel, y le dijo, que el dia siguiente vendrian á él embajadores de una nueva gente, para pedirle su bendicion, y la corona de rey para el duque, su señor, y que á estos diese la corona que tenia aparejada, y supiese cierto que se le debia bien por sus grandes merecimientos. Llegó Anastasio al dia siguiente, y propuso al pontífice su embajada, y declaróle, que el duque Estévan, que le enviaba, habia sujetado muchos pueblos á su obediencia, y muchos mas fieles á la de Cristo, y de su santidad. No se puede fácilmente explicar el contento que recibió el vicario de Cristo con tan buenas nuevas, por ver que la gloria del Señor se amplificaba, y florecia nuestra santa religion, y que Dios hubiese escogido aquel príncipe por apóstol de los húngaros; y así fácilmente concedió á Anastasio lo que le suplicó, y le dió su bendicion, y la corona de rey, y una cruz, para que en su nombre la diese á Estévan, y él se coronase de rey, y despues llevase delante de sí aquella cruz, diciendo: Yo soy apostólico; pero Estévan es apóstol de aquella gente feroz é indómita: pues la ha sabido amansar, y sujetar al yugo de Cristo. Tambien le dió facultad para fundar iglesias, instituir obispados, y finalmente para ordenar todo lo que toca al culto divino, y bien de las almas.

5 Esto, como aquí queda referido, dice el obispo Cartusio en la vida que escribió de san Estévan, primero rey de Hungría, y Martin Cromero, diligente escritor de las cosas de Polonia, dice, que Miesco por consejo del senado envió á Lamberto, obispo de Cracovia, varon docto y elocuente, al sumo pontífice Benedicto VII, para suplicarle que le diese título de rey; y que al mismo tiempo, y con la misma embajada envió á Roma Estévan, y que el papa concedió á Estévan lo que le pidió, y lo negó al polaco, ó porque hubo nueva, que era muerto, ó porque Dios mandó al papa que lo difiriese, por ser los polacos en aquella sazon hombres intratables, ásperos y bárbaros, que oprimian á los pobres, y que poco á poco perdian y tenian poca cuenta con la religion. Esto dice este autor, y añade, que habiendo venido el emperador Oton, III de este nombre, á Polonia, por visitar el sepulcro de san Adalberto, mártir, y sido hospedado y presentado magnificentísimamente de Boleslao, el primero hijo de Miesco, que para pagarle el hospedaje el emperador le dió título de rey, y le mandó coronar por Gaudencio, arzobispo, el año de 1001: mas el cardenal Baronio en el fin del décimo tomo de sus Anales, por lo que escribe Pedro Damian, varon santo, en la vida de san Romualdo, es de parecer que Boleslao, y no Miesco, su padre, fué el que pidió la corona de rey al sumo pontífice, y no en tiempo de Oton el III, sino del emperador Enrique, que sucedió á Oton; y que esta gracia hizo á Boleslao el papa, y no el emperador Oton. Pero volvamos á nuestro Estévan; el cual, y todo el clero, grandes y señores de Hungría recibieron al embajador Anastasio con suma alegría y veneracion, y coronaron á Estévan con la corona de rey que le habia enviado el vicario de Cristo, con admirable aplauso y regocijo.

6 No se desvaneció el rey Estévan con la nueva dignidad; antes reconociéndola de la mano del Rey del cielo, que da los reinos y los quita á su voluntad, con grande afecto hizo donacion de su nuevo reino á la Iglesia romana, como se saca de algunas epístolas de Gregorio VII, que trae el cardenal Baronio en el lugar arriba citado (Gregorio VII, lib. II, epíst. 13, 63, 70, y lib. V, epíst. 25), y refiere una, que es la decimatercia del segundo libro, escrita á Salomon, rey de Hungría, en que expresamente lo dice el papa. A mas de esto, determinó san Estévan emplearse de allí adelante con mas veras en servir y honrar al Señor que tanto le habia honrado; y para poderlo hacer mejor, y con mas perpetuidad, con el parecer de los obispos, prelados y señores de su reino, tomó por mujer á Gisela, hermana del emperador Enrique, doncella de grandes partes, y adornada de maravillosa y extremada piedad: la cual mostró en muchas cosas, y particularmente en la Iglesia que fundó en Vesprin, y adornó y enriqueció de muchos dones, ornamentos y vasos de oro y plata, imitando en esto al rey, su marido, que con real magnificencia proveyó las iglesias y obispados, que habia instituido, de las rentas y posesiones que habian menester para el sustento de sus ministros, y de cálices, cruces, candeleros, portapaces, y los demás vasos y ornamentos riquísimos que eran necesarios para el culto divino, teniendo gran vigilancia que los canónigos y ministros menores de la Iglesia viviesen con toda honestidad y fuesen sujetos á los obispos, y que los monjes y demás personas dedicadas por voto á mayor perfeccion, resplandeciesen sobre los otros, conforme á su hábito y profesion.

7 Fué devotísimo este santo rey de la sacratísima Vírgen María, nuestra Señora, á quien con particular deseo y voto ofreció su reino, suplicándole humildemente que lo tomase debajo de su amparo y proteccion: y para ganar mas la voluntad de la santísima Vírgen, en la ciudad de Alba (que es la cabeza del reino de Hungría) le edificó un suntuosísimo templo de maravillosa traza, y le enriqueció de tantos y tan preciosos dones de oro y piedras preciosas, que no parecia se podian estimar. No se contentó el santo rey con haber dado muestras de su gran piedad en su reino; pero tambien quiso extenderla en los ajenos; porque en Jerusalen fundó un monasterio de monjes, y les dió viñas y tierras, con que pudiesen vivir: y en Roma hizo otro colegio de doce canónigos con título de San Estévan, y un hospital para los peregrinos húngaros, que por su devocion iban á aquella santa ciudad: y en Constantinopla tambien mandó labrar una iglesia, proveyéndola de todo lo necesario.

8 Sobre este fundamento de piedad, con la cual mostraba el amor y reverencia que tenia á Dios nuestro Señor, edificó este santo rey el amor y misericordia para con los pobres, á los cuales abrazaba con un afecto tan amoroso y tierno, como si en cada uno de ellos viera y abrazara á

Jesucristo nuestro Redentor. No permitia que ninguno se partiese de él desconsolado: dábales cuanto tenia; y él mismo en las noches les lavaba los piés, y por su mano les daba la limosna. Aconteciéle una noche salir solo con una bolsa llena de dinero para repartirle á los pobres: y ellos, ó por no conocer al rey, ó por haberlo así permitido nuestro Señor, para su mayor merecimiento y corona, porque no les daba todo lo que ellos querian, le pelaron las barbas, y le quisieron atropellar; y él muy contento se fué luego á la santísima Vírgen, y postrado en el suelo, le hizo gracias por aquel favor, diciéndole: Reina del cielo, mirad como han honrado vuestros soldados al que vos habeis hecho rey: y de allí sacó nuevos propósitos de dar siempre al que le pidiese por amor de Dios, y gastar sus tesoros en beneficio de los pobres: y nuestro Señor le pagó esta liberalidad con otra nueva merced que le hizo, dándole gracia para sanar á todos los enfermos; porque en sabiendo que alguno lo estaba, le enviaba por medicina un poco de pan, ó fruta, ó de algunas yerbas olorosas, mandándole que se levantase de la cama; y luego sanaba. Gastaba los dias en dar audiencia, y en consultar y despachar los negocios de su reino; y las noches en oracion y contemplacion, y en derramar copiosas lágrimas delante del acatamiento del Señor. Era grave y severo en sus acciones: por maravilla le vieron reir; porque estaba tan compuesto y tan dentro de sí, como si con los ojos del cuerpo viera á aquel Señor, que veia con los del alma, y como si estuviera delante de su tribunal, para darle cuenta de toda su vida. A Cristo traia en su boca, á Cristo en su corazon, á Cristo en todas sus obras.

9 Tuvo don de profecía. Una noche despertó, y mandó luego despachar á toda diligencia un correo para avisar á los labradores y gente del campo, que con gran presteza se recogiesen á las ciudades y lugares fuertes, porque vendrian los besas (que eran pueblos bárbaros, y enemigos capitales de los húngaros y de los cristianos), y los destruirian. Apenas habia llegado el correo y recogídose la pobre gente, cuando entraron los besas y arruinaron toda la tierra; pero no pudieron cautivar la gente, por estar en salvo.

10 Muerto el emperador Enrique, cuñado y amigo de san Estéван, le sucedió en el imperio Conrado, el cual quiso hacer guerra á san Estéван y á Hungría, y envió un poderoso ejército; pero acudió primero á la sacratísima Vírgen, como á su principal refugio y abogada, suplicándola que guardase á su pueblo, que eran las ovejas, y que no le castigase por los pecados del mismo rey, que era el pastor. Despues salió al encuentro de los enemigos: y fué cosa maravillosa, que el dia siguiente llegó un correo con cartas en nombre del emperador para los capitanes de su campo, en que les mandaba que volviesen atrás; y así volvieron sin hacer nada: y cuando lo supo el emperador, quedó atónito, temiendo que no fuese algun motin, ó rebelion, porque él no habia dado tal órden. Pero cuando entendió de los capitanes las cartas que habian recibido, y todo lo que habia pasado, dejó aquella guerra, juzgando que Dios favorecia al rey de Hungría, contra el cual él no podia contrastar.

11 Era tan grande la fama de sus virtudes, que muchos de varias y remotas partes venian á él, por ver y tratar á un rey que no vivia como los otros hombres, sino como hombre del cielo. Entre otros que vinieron, fueron sesenta besas (de los que dijimos) hombres principales y ricos, cargados de oro y plata y muchos tesoros: los cuales á la entrada del reino de Hungría cayeron en manos de salteadores, y fueron despojados de todo lo que llevaban, y maltratados y dejados medio muertos en el campo: pero ellos lo mejor que pudieron, siguieron su camino, y vinieron al rey, y le contaron lo que les habia sucedido en el camino, y él los consoló y regaló, y mandó hacer justicia de los malhechores, y ahorcarlos en los confines del reino, para que estuviese seguro, y los que quisiesen venir á él, no tuviesen que temer.

12 Con la santidad del rey, y con la justicia, y su prudente administracion, florecia el reino de Hungría, y Dios le echaba su bendicion, por los merecimientos de su siervo, y para declarar que lo era de veras, y darle mas gloriosa corona en el cielo, le probó y afinó mas con las tribulaciones, que en esta vida le dió: porque le afligió con una enfermedad muy larga de tres años: quitóle en tierna edad los hijos que le habia dado, dejándole solo uno, que fué el príncipe Emerico, en quien el rey su padre se regalaba, así porque no tenia otro, y habia de ser heredero, como porque era mozo digno de ser amado por sus excelentes y admirables virtudes, que fueron tantas, que la santa Iglesia le tiene en el catálogo de los santos. En este hijo único tenia puestos los ojos el rey, su padre, y de dia y de noche le encomendaba á Dios, y á la sacratísima Vírgen María, su patrona, para que se le guardase y le tuviese de su mano, y le hiciese heredero suyo, y le diese gracia para que acabase de asentar las cosas de la religion cristiana, que él habia comenzado. Procuraba que tuviese siempre á su lado el príncipe personas religiosas, doctas y prudentes que le enseñasen: y el mismo padre escribió una instruccion, en que le decia lo que habia de hacer, como príncipe cristiano, despues de sus dias. En ella le encomendaba primeramente, que tuviese siempre delante á Dios, y le amase y temiese sobre todas las cosas: que amparase la religion católica: defendiese las Iglesias: honrase á los prelados y eclesiásticos: administrase justicia: procurase ser mas amado, que temido de sus vasallos: y fuese benigno y liberal con los pobres, y con los que poco pueden: que no hiciese cosa alguna de importancia sin consejo: que acariciase á los huéspedes y extraños; y finalmente, que abrazase todas las virtudes: y que para alcanzarlas, las pidiese á Dios con continua y fervorosa oracion; pues sin él, ni los reinos se pueden bien gobernar ni conservar.

13 Mas todas estas diligencias del rey Estéван no bastaron para que el príncipe, su hijo, viviese, y le sucediese en el reino; porque Dios en

la flor de su edad se le llevó, dejando al rey, y al reino en un perpetuo llanto, por haberles faltado un príncipe de tan grandes esperanzas, y no quedar otro hijo que le pudiese suceder. Pero como el rey era santo, sujetóse á la voluntad de Dios, é hízole gracias por haberle quitado el hijo, y llevádole á gozar de sí, y repartió muchas y grandes limosnas á las iglesias, monasterios y pobres por el alma de su hijo, y para que el Señor le diese sucesor, cual convenia para su servicio, y bien de todo su reino.

14 No mucho despues cayó malo el rey de una enfermedad, que poco á poco le fué consumiendo y enflaqueciendo, de manera, que no podia estar en pié. Tomaron ocasion los malos para vengarse de algunos tratamientos, que contra su gusto les habia hecho el rey: y cuatro palatinos se conjuraron contra él, y se concertaron de matarle, antes que el Señor le quitase la vida. Entró uno de ellos, el mas atrevido, á boca de noche, antes de traer luces en el aposento del rey, con la espada desnuda debajo de la capa, para ejecutar su mal intento; pero por voluntad de Dios, que guarda á los suyos, en poniendo el pié en el aposento, se le cayó la espada en el suelo, y con el ruido, le preguntó el rey, qué era aquello: y el hombre desventurado, despavorido y temblando se echó á los piés del rey, y le confesó lo que venia á hacer y le pidió le perdonase; y el rey lo hizo con mucha benignidad, aunque mandó prender luego los cómplices, y dió sentencia de muerte contra ellos.

15 Crecia la enfermedad, y conoció el rey que Dios le queria hacer merced de librarle de este valle de lágrimas, y llevarle á otro mas glorioso reino: y habiendo recibido con mucha devocion todos los santos sacramentos, y exhortado á los obispos y señores del reino que tuviesen cuenta con la fé católica y con la justicia, y tratado con ellos del sucesor del reino; encomendándose con extraordinario afecto á la sacratísima Vírgen, y suplicándola humildemente que presentase su alma delante de su precioso Hijo, se la dió, y acabó su peregrinacion á los 15 de agosto, dia de la Asuncion de la misma Vírgen, á quien él habia pedido con mucha instancia que le llevase en aquel dia.

16 Concurrió de todo el reino innumerable gente á su entierro, llorando todos muchas lágrimas, por haber perdido tal rey, tal padre y pastor. Fué oida música del cielo sobre su sepulcro, y del sagrado cuerpo salió una fragrancia mas que natural. Colocáronle en medio de la iglesia de Nuestra Señora de Alba Real, que el mismo rey habia edificado, en un sepulcro de mármol blanco, donde estuvo cuarenta y cinco años, haciendo Dios por el santo grandes maravillas, y dando salud á todos los que de diversas partes venian á pedirle favor para librarse de las enfermedades y calamidades que padecian.

17 Despues de los cuarenta y cinco años, siendo rey de Hungría Ladislao, por órden del papa trasladó el cuerpo, habiendo precedido ayuno de tres dias, y grandes limosnas: y en esta traslacion, que fué á los 20 de agosto, renovó el Señor sus maravillas, y dió salud á muchos que estaban sin esperanza de ella. Sanó á un mozo paralítico de doce años, y á otro muchacho de siete, contrahecho desde su nacimiento, que andaba á gatas, y á la condesa Matilde, que habia tres años que padecia un dolor interior excesivo, y resucitó un muerto; y hallóse el sagrado cuerpo en su sepultura, que estaba llena de agua algo roja, y como mezclada de aceite á manera de bálsamo. Finalmente, fueron tantos los milagros que el Señor obró en esta traslacion, que apenas se pueden contar; y con estar el sagrado cuerpo consumido y hecho polvos, la mano del santo rey con su añillo en el dedo se halló entera: la cual dió un ángel á guardar á un monje que se llamaba Mercurio, envuelta en un rico paño, mandándole que guardase aquel tesoro hasta su tiempo; significando nuestro Señor (como lo dice el autor que escribe su vida), que no era justo que se gastase y corrompiese aquella mano, que habia sido tan liberal y dadivosa para con los pobres, y remediadora de las necesidades de todo aquel reino.

18 La vida de san Estévan, rey de Hungría escribió á Colmano, octavo rey de los húngaros, el obispo Cartusio: tráela Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Murió el santo rey el año de 1034, á los 15 de agosto, y fué trasladado su cuerpo á los 20 del mismo mes, y en este dia le celebra la Iglesia: y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el décimo tomo de sus Anales, y los historiadores de las cosas de Hungría escriben de él.

* San Samuel.—Hijo de Elcana y de Ana, de la tribu de Leví, fué profeta y juez de Israel por espacio de muchos años. Su madre era estéril, y por un favor singular de Dios, concibió y dió al mundo á este hijo por los años de 1155 antes de Jesucristo. Así que le hubo destetado, lo acompañó á Silos á la casa del Señor, y lo presentó á Helí para cumplir el voto que habia hecho de consagrarlo al servicio del Tabernáculo. Sin embargo, habiéndose realizado sobre Helí y sus hijos las amenazas del Señor, Samuel fué escogido á la edad de cuarenta años, para juzgar al pueblo de Dios. Fijó entonces su residencia en Ramata, lugar de su nacimiento, aunque de tiempo en tiempo recorria las demás poblaciones para administrar justicia. Habiendo llegado á una edad avanzada, estableció á sus dos hijos Joel y Abia por jueces de Israel, y ejercieron su magistratura en Bersabé, ciudad situada en la extremidad meridional del país de Canaan. En vez de caminar los dos jueces sobre las pisadas de su padre, dejaron corromper su equidad por la avaricia, y su administracion les alienó los espíritus de todos. Los ancianos de Israel fueron á encontrar á Samuel en Ramata y le pidieron un rey, y entonces fué cuando el santo profeta consagró, por órden de Dios, á Saúl, despues de haber hecho notar á aquellos, que no sabian lo que pedian. No tardó el Señor en justificar las predicciones de su siervo, pues las desobediencias del nuevo príncipe le irritaron de tal modo, que le quitó el trono, y mandó á Samuel que ungiese á David por rey. Samuel sintió extraordinariamente la desgracia de Saúl, la lloró todo el

resto de sus dias, y se le apareció mucho tiempo despues de su muerte, cuando la Pitonisa evocó su sombra, anunciándole que moriria con sus hijos en la batalla que daria á los filisteos sobre los montes de Gelboé. Samuel habia muerto el año 1057 antes de Jesucristo, á los noventa y ocho de su edad; y su gobierno habia sido el de la justicia, de la moderacion y del desinterés. Las lágrimas y las muestras de dolor que le tributó el pueblo en su muerte, fueron un testimonio inequívoco de la pureza de su administracion, la última de aquella admirable teocracia, bajo la cual habian vivido los hebreos hasta entonces. El cuerpo del profeta fué enterrado en Judea; su sepulcro fué glorioso en milagros, y sus santas reliquias, segun san Gerónimo, fueron trasladadas por el emperador Arcadio á Constantinopla, siendo tambien allí prenda de muchos celestiales beneficios.

San Lucio, mártir.—Era senador romano, y se complacia en ver derramar la sangre de los cristianos. Un dia estando admirando la milagrosa constancia de san Teodoro, obispo de Cirene, cuando le martirizaban, fué tocado de la gracia celestial, y se convirtió á la religion de Jesucristo, y con sus palabras y persuasion convirtió tambien al gobernador Digniano, con el cual se fué á Chipre. En esta isla, viendo que otros cristianos recibian la corona del martirio por confesar á Jesucristo, se ofreció Lucio voluntariamente á la muerte, y fué degollado, recibiendo la misma corona.

San Filiberto, abad.—Nació en Gascuña, y fué educado en las máximas de la mas pura piedad. Habiendo sido enviado á la corte de Clotario II, los ejemplos y exhortaciones de san Ouen, hicieron en el santo jóven tan profunda impresion, que á la edad de veinte años renunció al mundo, y tomó el hábito en la abadía de Rebais, que el mismo san Ouen habia fundado. Filiberto fué despues de poco elegido superior de aquella casa; pero teniendo que luchar continuamente con la indocilidad de algunos monjes, se fué á visitar los principales monasterios que vivian bajo la regla de san Columbano, y fijó su residencia en la Normandía, donde fundó un célebre monasterio en las tierras que le cedieron el rey Clodoveo y la reina Batilde, el año 654. De todas partes acudieron los hombres piadosos á querer vivir bajo la direccion del nuevo abad, que en poco tiempo se vió rodeado de mas de novecientos monjes, los cuales dedicó á los penosos trabajos del desmonte de las tierras, para edificar otros varios monasterios. En 674 la necesidad obligó á san Filiberto á hacer un viaje á la corte, y estando en ella, tuvo valor para reprender á Ebroin, mayordomo de palacio, sus crímenes é injusticias. Este malvado ministro, excitó contra el santo una violenta persecucion, y para sustraerse á ella, se retiró á la pequeña isla de Evio sobre las costas de Poitou, donde fundó otro monasterio, en el cual vivió hasta acabar santamente sus dias el 20 ó 22 de agosto del año 684.

San Máximo, confesor.—Francés de nacimiento, fué educado en el monasterio que gobernaba san Martin de Tours, y era todavía muy jóven cuando perdió á su bienaventurado maestro. Habiendo sido elevado al sacerdocio, se mostró mas fervoroso que nunca. El deseo de vivir desconocido de los hombres, le obligó á dejar su patria y retirarse á un monasterio cerca de Lyon, del cual fué despues dignísimo abad. Pero distrayéndole demasiado las atenciones de su cargo, y viéndose con frecuencia molestado por las incursiones de los bárbaros, abandonó tambien la abadía y se volvió á su país, y emprendió otra vez su primer género de vida. Sin embargo, al cabo de algun tiempo se vió obligado á tomar la direccion de los monjes de Chinon, cuyo monasterio habia el mismo fundado. En él murió, de una edad muy avanzada, á mediados del siglo V, dejando atestiguada su santidad por los milagros obrados antes y despues de su dichosa muerte.

San Maneto, confesor.—Fué uno de los siete fundadores del órden religioso de los Siervos de María. Véase el dia 11 de febrero.

Los santos Severo y Memnon, y otros treinta y siete compañeros, mártires.—Severo era un cristiano de Sida, en Panfilia, que iba recorriendo las ciudades y aldeas predicando el Evangelio. Cuando, un dia, llegó á la ciudad de Filipópolis en Tracia, encontró que iban á ser martirizados treinta y siete cristianos; y encendiéndose en fervor y zelo, se presentó en el lugar de la ejecucion y proclamó á Jesucristo, animando al mismo tiempo á aquellos confesores al martirio. Al momento fué preso y atormentado juntamente con los demás, y como obrase el Señor muchos milagros en su martirio, abrazó la religion cristiana un centurion que estaba allí presente, llamado Memnon, que asociándose con ellos en la confesion de la fé, fué tambien participante de la corona del martirio, muriendo todos juntos abrasados en una hoguera, el año 302.

San Porfirio.—Son muy escasas las noticias que tenemos de este santo, pues todas se reducen á saber que instruyó en la religion cristiana y bautizó al mártir san Agapito, y que murió en Roma á fines del siglo III. Algunos creen que alcanzó la corona del martirio; pero san Gerónimo, Ferrario y los bolandistas no se atreven á asegurarlo, é insinúan que murió en paz.

San Cristóbal y san Leovigildo, mártires.—El primero era natural de Córdoba, hijo de padres cristianos y deudo de san Eulogio, de quien fué discípulo. Dióse desde niño al estudio de las letras; y bajo la direccion de un maestro tan docto y tan santo, aprendió las ciencias y el ejercicio de todas las virtudes. Crecia teniendo grande horror á los engaños del mundo, y á los halagos de la carne, y para evitarlos, tomó el hábito de monje en el monasterio de San Martin, que estaba en la sierra de Córdoba, en un lugar llamado Rojana. Dióse allí tan de veras al estudio de la oracion, á la mortificacion de sus pasiones, al rigor de la penitencia, al estrecho cuidado de la observancia regular y á las santas ocupaciones y ejercicios de la vida monástica, que aun á los monjes mas fervorosos tenia atónitos. Oia con gran dolor las noticias de la matanza que en el pueblo cris-

tiano iba haciendo Abderramen, crueísimo perseguidor del nombre de Cristo. Habiendo, pues, sabido el triunfo que de él habian alcanzado san Aurelio y sus compañeros, se sintió inflamado del deseo de imitarlos, y correspondiendo luego á la inspiracion del cielo, bajó á la ciudad, y se presentó al juez, confesándose por cristiano y por declarado enemigo de las maldades del falso profeta. Exhortó al juez á que recibiese las verdades de su fé, y desechase las falsedades y torpezas de su secta, cuya conducta exasperó extraordinariamente al juez, y mandó que, cargado de hierros, lo pusiesen en la cárcel pública. Al mismo tiempo dió igual ejemplo de fortaleza Leovigildo, monje de buena edad, natural de Iliberi, que dejó su patria para abrazar la vida religiosa en el monasterio de San Justo y San Pastor. Era varon de conocida virtud, justo y temeroso de Dios, y tan humilde, que nada fiaba de sí mismo, ni aun sus buenos deseos. Los que le dió el Señor de que le ofreciese su vida en sacrificio, los comunicó con san Eulogio, obispo, y tomada su bendicion, se presentó al juez, y le predicó la divinidad de Jesucristo y el misterio de la redencion, que se obró por su sangre. Dijo al mismo tiempo tales cosas contra Mahoma y su secta, que no pudiendo sufrirlo los ministros, despues de haberle maltratado, lo llevaron á la cárcel. Viéndose en ella los dos santos Cristóbal y Leovigildo, se abrazaron tiernamente, y se animaron mutuamente para el combate. Pronunció contra ellos el juez la sentencia de muerte, cuya noticia recibieron con indecible gozo por ver llegado el término de su esperanza. Conducidos á la plaza pública, fueron en ella degollados, primero Leovigildo, y luego Cristóbal, el dia 20 de agosto del año 852. Mandó el juez que los santos cadáveres fuesen echados en una hoguera, pero los cristianos los sacaron de allí, antes que el fuego los consumiese, y los sepultaron en la iglesia de San Zóilo, de la cual fueron despues trasladados á la de San Pedro de la misma ciudad de Córdoba, donde hoy se veneran.

Dia 21.

SAN PRIVADO, OBISPO Y MÁRTIR. — Imperando Valeriano y Galieno, se movió contra los cristianos una de las mas crueles persecuciones que habia padecido la Iglesia de Dios, tanto que los jueces, apremiados de los crueles edictos que cada dia les enviaban de Roma, salian por los caminos, y andaban de unas á otras partes con gran número de ministros y soldados, prendiendo á cuantos cristianos podian haber y descubrir, sin perdonar dignidad, edad, ni sexo: y entregándolos á los inicuos verdugos (que en tal caso todos lo eran), á unos azotaban rigurosamente: á otros echaban á las fieras, para que los despedazasen: á otros al fuego, para que los abrasase: y finalmente á todos quitaban las vidas, cruel y rigurosamente, sin hallar mas delito, que el ser cristianos, y servir á Dios. Tal fué la infame crueldad de estos emperadores, que la divina clemencia hubo de manifestar su justicia contra ellos, disponiendo que cuando mas en paz y quietud se hallaban, se levantasen y revelasen contra ellos casi todas las bárbaras naciones, las cuales con poderosos ejércitos, destruyeron casi todo el Oriente y Occidente, sin dejar ciudad que no abrasasen, ni pueblo que no inundasen, quitando las vidas, y robando las haciendas, haciendo de los mas fuertes edificios y mayores poblados, desiertos y soledades vastas. Los alemanes, que eran de los muchos que se habian levantado, pasaron á Francia con su rey Croco, ó Herodes. Venian tantos bárbaros, que á manera de langostas cubrian la tierra; y así les era muy fácil arruinarlo, y destruirlo todo. Llegaron á la region gavalitana, con ánimo de rendirla y destruirla toda, como hacian con las otras: lo que advertido de los habitantes de aquellos pueblos, todos unánimes y conformes, se retiraron á un monte, llamado Gredon, tan eminente y difícil de rendir á los que en él se guardaban, que si el arte hubiera sudado en hacer fortines, torreones, y otras defensas militares, no pudiera llegar á lo que la diestra naturaleza habia en él obrado, siendo no solo defensa á los naturales, sino es tambien á los pueblos extranjeros, y peregrinos infinitos que allí venian á defenderse de los bárbaros, y sus invasiones.

2 En esta region, pues, presidia y tenia el gobierno espiritual el glorioso san Privado, siendo su obispo: vivia en un pequeño lugar, llamado Mimat, sito al pié de dicho monte, cuyo sitio eligieron por ameno los obispos, sus antecesores, colocando en él su silla y sepulcro. Pero como Privado privaba tanto con el Rey de la gloria huyendo los deleites de este mundo, vivia retirado en una cueva, que con particular estudio y cuidado habia hecho por sus manos en el mismo monte, donde siempre estaba encerrado, dado á la leccion, y contemplacion de las cosas divinas, siendo su trato solo con Dios, sin que jamás le viesen fuera de la gruta, sino era para celebrar los divinos oficios. Retirados, pues, todos los feligreses suyos á la fortaleza del monte, el santo obispo se quedó fuera en su cueva, donde le halló el furor de los bárbaros, y desde donde, ya que no podia con sus presentes exhortaciones, ayudaba á los suyos con súplicas y oraciones continuas que á Dios hacia, con que los defendia, sin duda mas que el mismo monte y su fortaleza. Entre tanto los bárbaros arruinaron toda la region, y por dejarla del todo despoblada, sabiendo que en el monte y su fortaleza, estaban los mas de sus moradores retirados con otros muchos extranjeros, vinieron á sitiarlo, y de suerte le cercó la muchedumbre de los bárbaros, que ya que no podian hacer guerra alguna á los sitiados, por lo menos podian esperar que todos, oprimidos del sitio, ó se rendirian, ó se moririan de hambre. Con esta intencion permanecian en el sitio los bárbaros, cuando despues de dos años, que habia que duraba el cerco, llegó á sus oidos la noticia de la cueva en que vivia encerrado, y solo, el obispo santo. Gozosos con tal nueva, fueron á prenderle, persuadidos á que los sitiados, viendo preso á su obispo, se rendirian por darle la libertad; y no se engañaban, si el

santo obispo no dispusiera otra cosa. Al fin llegaron á la gruta, y le prendieron, y llevaron á una fortaleza, que estaba en un collado, entre el monte mismo, y la iglesia del obispo, y allí le dijeron por un intérprete, que si queria gozar de la vida, hiciese que su gente toda se rindiese; que con hacerlos á todos sus esclavos, aplacarian su furor, y les perdonarian la resistencia, sin hacerles mal alguno.

3 Animoso entonces respondió el santo obispo: A un sacerdote no es lícito aconsejar tal desdicha á su pueblo, y mas cuando le asiste Dios, y le ha dado una habitacion tan fuerte y segurísima, como la de aquel monte: á mí bien podréis quitarme la vida, que por defender mis ovejas la daré por bien perdida, si es que se puede llamar perdida la vida de un pastor que por sus ovejas muere; pero sabed, que aunque me deis los mayores tormentos, jamás se moverá mi ánimo á aconsejar tal maldad.

4 Con esta respuesta enfurecidos los bárbaros, le hicieron dar muchos palos y azotes, y luego le llevaron al lugar, y casa suya, persuadidos á que el miedo del castigo le mudaria el ánimo, y haria que se rindiesen los sitiados: pero el glorioso mártir, constante y firme siempre, solo les dijo: Que lo que una vez habia dicho, bastaba á que entendiesen no haria lo que le pedian, y que si tuvieran razon, conocerian que en ningun modo le era lícito hacerlo. Entonces los bárbaros, como gente sin razon, añadieron mas tormentos y rigores, y por última fiereza, le persuadieron á que sacrificase á los ídolos, para que ya que no queria ser enemigo de su pueblo, lo fuese de su alma. Previnieron el sacrificio bárbaro, y le dijeron que ofreciese sacrificio con ellos á sus ídolos, ó se dispusiese á recibir cruelísimos tormentos, que le esperaban. El santo obispo les dijo: Mucho me maravillo, que de un obispo espereis tal maldad como es sacrificar á los demonios, y darles el culto á solo Dios debido. Quien por Dios no quiere entregaros su pueblo, menos esperanza os puede quedar, de que deje al mismo Dios por los demonios.

5 A esto respondieron los bárbaros: ¿Por ventura te aconsejamos cosas ilícitas, y solo usadas entre bárbaros? ¿Vuestros emperadores y sus jueces todos no adoran los ídolos, y compelen á los cristianos á que los adoren; y donde nó, los martirizan? Respondió el obispo con harto dolor de su corazon: Verdad es lo que decís: pluguiese á Dios no lo fuera; pues consta al mundo todo de las maldades y crueldades de los emperadores en esa parte, y cuán graves pecados cometen con la idolatría, que si no fuera así, no los castigaria Dios, como lo hace con las invasiones de tantas naciones bárbaras; porque os hago saber, que cuanto haceis contra nosotros, y cuantas provincias dejais asoladas y destruidas, no teneis que agradecerlo á vuestro esfuerzo y valor, sino á los graves pecados de nuestros emperadores, y á su religion falsa. Pero os advierto, que tenemos un Dios tan poderoso los cristianos y el mundo todo, que basta en un instante á volver los corazones de los emperadores, haciendo que le reconozcan, veneren y adoren; á destruir estos vuestros ídolos, y hacer que vosotros, aunque como bárbaros le ignorais, le conozcais tambien, y os humilleis ante su divino acatamiento, y á mí su siervo indigno, que estoy en vuestro poder, librarme si es servido de vuestras manos, y que no sienta vuestros tormentos: los cuales espero me han de ser corona de gloria, con cuya esperanza no hago caso de todas vuestras amenazas, furias y rigores. Rabiosos los bárbaros, le dijeron: O sacrifica al instante, ó sabe que serán tan crueles los tormentos, que te falte el ánimo para padecerlos. Primero que el ánimo, me faltará la vida (dijo el santo); y así aplicad todo vuestro furor y saña: porque yo en nombre de mi Señor Jesucristo no puedo ser otro del que soy, y mejor me es mucho sufrir las penas y tormentos todos de este mundo, que, obrando tan locamente como vosotros, padecer con vosotros y los demonios que adorais, las penas eternas del infierno.

6 Aquí se acabaron las palabras de los bárbaros, y dando principio á las obras, no hubo género de tormento que en él no ejecutasen, sin perdonar azotes con garfios, palos con nudosos bastones, agua, fuego, y cuanto supo y pudo inventar su bárbara crueldad y rigor: tantos y tan desapiadados fueron los martirios, que ya le desampararon, y dejaron por muerto, volviendo el ánimo á los sitiados, con intencion de pedirles paz y treguas; porque consideraron, que eran vanas las esperanzas que tenian de rendirlos. Así lo hicieron; y así mudada la suerte, les concedieron los sitiados aquello mismo que ellos debian pedir, y lo harian muy presto, si los bárbaros no se hubieran adelantado; pero quién duda, fué milagro de su santo obispo, alcanzando de Dios con su oracion esta repentina mudanza, para que viese el mundo, que dejaba sus ovejas y pueblo encomendado, no solo defendido y libre, á costa de su vida, sino es tambien honrado, en paz y quieto, pidiéndoles sus enemigos lo que ellos debian pedirles. Y en señal, de cuán honrados quedaban, les hicieron los bárbaros muchos presentes y regalos, solo á fin de que les concedieran el comercio y trato con ellos, quedando los unos y los otros muy alegres. Luego que el pueblo gozó de la deseada libertad y paz, fueron todos á ver su obispo, y darle las gracias de los beneficios que confesaban deberle: unos se arrodillaban: otros le abrazaban: otros con sus mismas lenguas le lamian, y limpiaban las heridas: tanto era el amor que le tenian, y la veneracion con que le trataban, como á santo mártir, y amoroso padre, y pastor suyo; y al fin todos por órden suya fueron á la iglesia á dar gracias al Señor por tantos beneficios y gracias como con ellos habia usado. El glorioso mártir sobrevivió milagrosamente algunas horas, hasta que postrado ya á tanto padecer, ya desangradas sus venas, ya oprimido del sumo gozo (que suele, cuando es grande, como un pesar quitar la vida) de ver libre su pueblo de la opresion de los bárbaros, vino á entregar su bendita alma en manos de su Cria-

dor para que la llevase á la gloria á darle la merecida corona del martirio. Y porque la persecucion gentílica, en aquellos tiempos, pasaba mas allá de la vida: pues no contentos de quitársela á los santos mártires, destruian tambien y abrasaban sus cuerpos, sin dejar, ni aun cenizas, que pudiesen venerar los cristianos; dispusieron los gavalitanos, inspirados sin duda del cielo, sepultar el cuerpo de su santo obispo en la misma cueva en que él vivia retirado, para tenerle mas seguro, donde florece en milagrosas maravillas, que cada dia Dios obra por su intercesion gloriosa. Fué su martirio y muerte á 21 de agosto (dia en que la Iglesia celebra su fiesta), por los años del Señor de 280, imperando los ya nombrados Valeriano, y Galieno. Escribieron su vida y martirio Beda; Usuardo; Adon; san Gregorio Turonense, *De gestis franc., lib.* I, *cap.* 30, 32, et 34; Venancio Fortunato, *lib.* VII, *Carmin.*; Monbricio, tom. II; Surio, tom. IV; Vincencio, *in Speculo, lib.* I, *cap.* 75; el Martirologio romano; Baronio en sus anotaciones, y en el tom. II de sus Anales año 202, núm. 58; y año 280, núm. 2; y otros.

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT, VIUDA Y FUNDADORA.—De Benigno Fremiot, presidente del parlamento de Borgoña, y de madama Margarita de Berbesi, señora de mucho mérito, su consorte, nacieron tres hijos: Margarita, que casó con el baron de Efran, Andrés, que fué arzobispo de Burges, y Juana Francisca, cuya vida empezamos á escribir. Nació Juana en la ciudad de Dijon, capital del ducado de Borgoña, en el reino de Francia, á los 23 de enero de 1572. Desde sus primeros años dió bastantes muestras de la heróica santidad á que Dios la habia predestinado; porque habiendo ido á visitar á su padre un caballero que profesaba la secta de Calvino, quiso hacer algunas caricias á nuestra niña, y la dió algunos regalitos; pero ella refutando la herejía con razones superiores á sus años, tomó el regalito y lo echó al instante al fuego, diciendo á aquel calvinista: Ved ahí como arderán en el infierno los herejes que no quieren dar crédito á las palabras que ha dicho Jesucristo. Como su madre murió antes que llegase al uso de razon, cuidó su padre de educarla hasta la edad de quince años. En este tiempo casóse Margarita, su hermana mayor, con el baron de Efran, que residia en el Poitou, y como amaba tiernamente á Juana, deseó llevarla consigo, para gozar de su amable compañía en la casa de su marido. El padre consintió á sus deseos, juzgando que de esta manera se atenderia mejor á la cuidadosa guarda de la virtuosa doncella, á que él no podia atender como queria, por estar ocupado y metido en los negocios de su empleo de presidente. Mas habria sido muy fatal para nuestra santa esta condescendencia de su padre, si Dios no hubiese velado de un modo particular sobre su custodia. Habia en casa de la hermana una criada vieja, mas cargada de malicia que de años; la cual con lisonjas, con caricias y con todas las astucias que supo sugerirle su malicia, procuró inspirar á Juana el amor profano, y apartarla de la vida devota que llevaba. Pero la santa doncella, asistida de la divina gracia, y protegida de la Vírgen santísima, á la cual como á Madre amorosa recurria siempre en sus necesidades, echó de sí con fortaleza y resolucion aquella esclava de Satanás, prohibiéndola comparecer mas en su presencia. Ejemplo que debe excitar la diligencia de los padres y cabezas de familia, á velar sobre las costumbres de sus domésticos, y á no entregar fácilmente sus propios hijos á la confianza de la gente de servicio.

2 Por esto, y por otras cosas poco agradables que sucedieron á Juana en la casa de su hermana, deseaba volver otra vez á Dijon, y mientras estaba con estos deseos, la llamó su padre para colocarla en matrimonio con el baron de Chantal, primogénito de la noble familia de Rabutin, caballero dotado de las mas excelentes prendas de alma y cuerpo, el cual tenia su ordinaria habitacion en Barbugh. Entonces Juana era de edad de veinte años; mas ni lo florido de su edad, ni el deseo de imitar á las otras damas la pudieron inclinar á las vanas diversiones, ni á los juegos, ni á las conversaciones, ni á otros semejantes pasatiempos; antes como mujer cristiana toda se aplicó á cumplir las obligaciones de una buena y sabia madre de familias. Por esto quiso que las personas de su servicio tuviesen sus ejercicios de piedad, y que á cierta hora se juntasen todas á hacer oracion, á cuyo ejercicio asistia ella siempre y era la primera. En todas las fiestas, dejando la comodidad del oratorio doméstico, iba á la parroquia, donde asistia á las sagradas funciones, no solamente para satisfacer su propia devocion, y para mover á sus súbditos á practicar lo mismo, sino tambien porque estaba persuadida que es mas agradable á Dios la oracion que se hace en comun, que la particular. Su vestir era modesto, y muy apartado del fausto y del lujo, y no usaba otros adornos que los que deseaba en ella su marido; por esta causa los dejaba luego que su marido por sus negocios se apartaba de su lado. En este tiempo de ausencia del marido vivia mas retirada de lo acostumbrado, y no admitia las visitas de aquellas personas que iban á verla por título de urbanidad, cuando su marido se hallaba presente. Un jóven noble quiso una vez ir á su casa bajo cierto pretexto, estando ausente de ella su marido, pero la santa le recibió muy friamente, y dentro de poco se despidió de él, diciéndolo que la llamaban sus obligaciones.

3 Como en el vestido, así en todas las otras cosas lícitas y honestas procuraba Juana contentar á su marido; dependia enteramente de él, como deben hacer las mujeres casadas, segun lo enseña el apóstol san Pablo. Lo amaba con afecto verdaderamente cristiano; por lo que primeramente procuraba su provecho espiritual, y despues era cuidadosa en asistirle y ayudarle en los negocios temporales. En una ocasion en que el marido tuvo una grave y peligrosa enfermedad, le asistió Juana como la mas diligente enfermera, sufriendo grandes incomodidades; y esta caridad de la santa mujer se extendia á todas las personas necesitadas, de cualquiera condicion que fuesen. De aquí

dor para que la llevase á la gloria á darle la me– santa doncella
recida corona del martirio.



Musée du Louvre

La Charité

GRAVÉ PAR M. J. J. FRANÇOIS PREMIER

es, que cuanto ahorraba de las pompas vanas y de otros gastos superfluos, y cuanto comódamente la suministraba su casa, que estaba bien provista de riquezas, todo lo distribuia entre los pobres. En un año especialmente en que Dios afligió aquella comarca de Barbugli con una terrible carestia, la santa hacia cocer gran cantidad de pan, y con sus propias manos lo daba á los pobres. Algunos procuraban engañarla, pidiéndola de nuevo limosna despues de haberla recibido, pero aunque ella advertia el engaño, no por eso los despedia, antes muy contenta les daba otra vez limosna, diciendo interiormente al Señor: Mi Dios, yo en todo momento estoy mendigando á las puertas de vuestra misericordia: ¿y querria tal vez ser rechazada la segunda ó tercera vez que á vos recurro? Vos sufris benignamente mi importunidad, ¿y nó sufriré yo la de vuestra criatura? Animada de un verdadero espíritu de caridad y humildad, sufria los defectos de los que la servian, y fácilmente olvidaba cualquiera falta, mientras el que la habia cometido se reconociese; por esta causa en todo el tiempo que vivió en el siglo, á ninguno despidió de su servicio, fuera de dos, y esto solo porque se mostraron incorregibles.

4 Habia pasado Juana felizmente ocho años en una perfecta armonía con su marido, y habia dado á luz seis hijos, dos de los cuales habian muerto en la infancia, cuando el Señor la quitó inopinadamente á su marido, que fué casualmente herido de muerte de un amigo suyo, mientras juntos se divertian en la caza. Cuán dolorosa fué á la sierva de Dios esta pérdida, no se puede fácilmente explicar; pero por fin, la divina gracia que la regia en todas las cosas, mitigó la amargura de su corazon, sujetando á la razon de la fé los sentimientos de la naturaleza. Resignóse, pues, Juana, como obediente hija á las soberanas disposiciones de su celestial Padre: luego hizo reflexion sobre las nuevas obligaciones de su estado de viuda, y particularmente sobre el peso de la obligacion de un hijo y tres hijas que le quedaban, y del cuidado de la familia; y cumplió tan perfectamente estos cargos de su nuevo estado, que se conoció desde luego que el Señor la habia afligido con aquel golpe para mas santificarla y elevarla á mas alto grado de perfeccion. Hé aquí los sentimientos que imprimió en su alma, segun ella misma lo describe: «Cuando quiso la divina Providencia romper aquel lazo que me detenia, me comunicó en el mismo tiempo una luz extraordinaria para conocer la nada de esta vida, y ardientes deseos de consagrarme á su bondad, y entonces hice voto de castidad. En este tiempo, pues, que era al principio de mi viudez, Dios me llamaba poderosamente á su servicio, ya por medio de devotas afecciones, ya por medio de muchas y varias tentaciones que me precisaban á recurrir á él. No obstante todo esto por entonces no me llevó á mayor perfeccion, que á vivir cristianamente dentro de los límites de mi estado de viuda, criando virtuosamente á mis hijos. Mas despues de algunos meses, á mas de las aflicciones que sentia por mi viudez, fué el Señor servido de permitir que mi espíritu fuese agitado de tentaciones tan fuertes, que si su bondad no se hubiese compadecido de mí, sin duda habria quedado sumergida en el abismo de tan furiosa tempestad; la cual por no darme reposo alguno, de tal suerte me enflaqueció, que yo no parecia la misma.»

5 En medio de esta interna agitacion crecia cada dia mas en la santa el deseo de darse toda á Dios; y como ella dice: «los impulsos que yo recibia de la mano de Dios eran tan poderosos, que de buena gana lo habria abandonado todo para atender enteramente á su servicio, libre de todo externo impedimento; y tengo por cierto, que si la atadura de mis cuatro pequeños hijos no me hubiesen detenido por obligacion de conciencia, hubiera huido desconocida á la Tierra santa, para acabar allá mis dias.» Pero como ella no buscaba otra cosa que hacer la voluntad de Dios, le rogaba con fervorosas y continuas oraciones, acompañadas de ayunos y limosnas, se la quisiese manifestar por medio de un docto y santo director, á quien ella prontamente obedeceria. Difirió el Señor algun tiempo el oirla, y tambien dispuso que la aconteciese una cosa que la sirviese de poderoso motivo para estimar mas la deseada gracia, cuando la hubiese obtenido. Habiendo su padre llamado á la santa á Dijon, para que descansase de los afanes que la causó la muerte de su marido: mientras estaba en esta ciudad, fué á visitar un lugar pio, poco distante de ella, donde habia un religioso que tenia fama de excelente director de almas, y se puso en sus manos: pero este religioso, que era mas indiscreto que sabio, la hizo obligar con voto á obedecerle en todo lo que la ordenase, y la cargó de tantos ejercicios de pequeñas devociones, que ella quedó oprimida, y su espíritu como en esclavitud, sin algun provecho espiritual, causando aun enfado á la familia.

6 A esta sazon el suegro de nuestra santa, que habitaba en Monteleon, la llamó para que con toda la familia se trasfiriese á su casa, como lo ejecutó prontamente. Aquí la tenia Dios preparada una pesadísima cruz, porque habia en aquella casa una criada de espíritu soberbio, que mandaba en ella con imperio: abusando esta criada de la bondad de la santa, la decia frecuentemente muchas injurias, y esparcia contra ella varias calumnias para denigrar su opinion con el suegro; en una palabra, la tenia en una dura y vergonzosa esclavitud: mas la bendita sierva de Dios, volviendo bien por mal, lo sufria todo, no solamente con paciencia, sino tambien con alegría; y no se desdeñaba de servir con sus propias manos á los hijos de aquella sierva, de instruirlos y de tener de ellos el mismo cuidado que si fuesen suyos propios; pero todo esto no fué bastante para que aquella infeliz mejorase en nada su conducta hácia la santa. Duró este ejercicio todo el tiempo que permaneció Juana en la casa de su suegro, que fué de siete años.

7 Un año despues que la santa habitaba en Monteleon, fué á predicar á Dijon san Francisco de Sales, que era el santo director que Dios la tenia preparado. Fué Juana á Dijon para oir sus

sermones, atraida de la fama de su excelente modo de predicar. Apenas le vió, cuando tuvo un interior presentimiento de ser aquel santo prelado el hombre de Dios, á quien debia fiar toda su conciencia y toda su conducta: en efecto, despues de mucha oracion la recibió el santo obispo bajo su direccion, la aligeró de los votos indiscretos, y de otras muchas prácticas, mas propias de la servitud judáica, que de la libertad cristiana, que la habia impuesto el otro director; y despues de varias conferencias la envió á Monteleon, llena de una consolacion y de una interior alegria, que no se puede explicar. Por lo que ella misma acostumbraba decir que desde entonces la parecia haber salido de una durísima prision; sirviendo al Señor con alegría y libertad de espíritu, sin ser molesta á nadie, segun la máxima enseñada por el mismo san Francisco de Sales: «que nuestra devocion no debe causar incomodidad á ninguno, cualquiera que sea.» Tenia distribuido el tiempo de manera, que parte lo empleaba en la oracion, parte en instruir á sus hijos, parte en visitar los enfermos, y parte en la labor de sus manos, sin estar jamás ociosa, y siempre pronta á dejar ó diferir á otro tiempo los ejercicios de su privada devocion, cuando la caridad, ú otra justa causa así lo pedia: habiendo aprendido de su santo director, que el mejor modo de alabar y servir á Dios, es hacer alegremente y por amor del mismo Señor todas las cosas que exija de nosotros la obligacion de nuestro estado, y haciendo la una despues de la otra.

8 Mas la virtud en que principalmente se distinguió en aquel tiempo nuestra santa, fué la caridad hácia los enfermos. No habia enfermo alguno, por mas horrorosa y fastidiosa que fuese su enfermedad, á quien no procurase aplicar con sus propias manos algun lenitivo y oportuno remedio; á cuyo efecto tenia buena provision de ellos en su casa, y á veces lavaba y curaba las llagas de los pobres, dobladas las rodillas sobre la tierra, reconociendo en ellos la persona de su divino Salvador. En los dias festivos tenia un cuidado muy especial de visitar y servir á los enfermos de su parroquia, consolándolos, instruyéndolos y suministrándoles el posible socorro, así espiritual, como temporal: á mas de esto tenia dada órden á sus domésticos, que si hallaban algun enfermo que no pudiese ó no osase venir á su casa, se lo llevasen sin necesitar de otro aviso. En efecto uno de sus domésticos halló á un pobre leproso en medio del camino, que yacia debajo de un árbol abandonado de todos: lo puso como pudo encima de su cabalgadura, y le llevó á la santa; la cual lo acogió con entrañas de caridad y con júbilo de su corazon: le puso en una cama aparejada, le curó despues con sus propias manos, y por el espacio de muchos meses continuos le sirvió sin manifestar jamás disgusto ó enfado, antes bien le instruia y le confortaba, procurando aun mas por la salud del alma de aquel miserable, que por la del cuerpo. Habiendo la gravedad del mal reducido á aquel pobrecito á los extremos de la vida, la santa le asistió una noche entera, le hizo recibir oportunamente los santos sacramentos, y le ayudó á bien morir. Antes de espirar pidió el pobre á la sierva de Dios le bendijese, y la santa le dijo: Vete, ó hijo mio, confiando en Dios que serás llevado por los ángeles al lugar de descanso. Despues de haber espirado, le dió la santa un óculo en la frente, le cerró los ojos y asistió al entierro. No faltó quien la reprendiese de esto, diciéndola que en la ley que Dios habia dado á Moisés, estaba prohibido tocar los leprosos. Sí (replicó la santa), pero desde que he leido en la Escritura, que nuestro Salvador en su pasion tomó la semejanza de leproso por nuestro amor, ninguna lepra me causa horror, sino la del pecado. Otros semejantes casos se refieren de nuestra santa, que se omiten por la brevedad que deseamos.

9 Entre tanto san Francisco de Sales iba meditando la fundacion de una congregacion, en la cual pudiesen ser admitidas aquellas mujeres, que ó por delicadeza de complexion, ó por sus indisposiciones, ó por pobreza, ó por ser viudas, no podian hallar lugar en los monasterios ya establecidos. Por tanto las reglas de esta congregacion debian ser dulces y suaves, en cuanto á la austeridad corporal, para ser proporcionadas á las fuerzas de las mujeres mas flacas y débiles; y debian conducir á la perfeccion por el camino de la humildad, caridad, abnegacion de la propia voluntad, desprendimiento perfecto de cualquiera cosa, y caritativa asistencia de los pobres enfermos. Manifestó Diós al santo, que la piedra fundamental de este nuevo edificio habia de ser santa Juana Francisca; comunicóla el santo obispo el diseño del nuevo instituto que meditaba, y ella luego le abrazó con sumo júbilo de su alma; pero le fué forzoso guardar muy secreto en su corazon este santo pensamiento, pues preveia que su anciano padre y todos sus parientes harian los posibles esfuerzos para impedir su ejecucion. En efecto, no puede bastantemente ponderarse lo que nuestra santa sufrió en este particular; porque viviendo entonces en Dijon en casa de su padre, un caballero de buen aspecto, muy noble y rico, que frecuentaba mucho aquella casa, prendado de la suavidad del trato de Juana y de sus amables calidades, la pidió por esposa al presidente; de quien era muy amigo, ofreciendo casar al mismo tiempo dos hijos suyos con dos hijas de Juana. Como este trato era sumamente ventajoso á toda la familia, todos los parientes instaban á Juana aceptase la proposicion, no admitiendo la excusa que daba de haber hecho voto de castidad; en fin la dieron tan fuertes baterías, que ella sintiéndose en extremo molestada de aquella tentacion, para rebatirla de una vez, y confirmarse mas en el propósito que tenia de consagrarse enteramente al divino servicio, hizo fabricar una lámina de hierro en que estuviese escrito el santísimo nombre de Jesus, y cuando la tuvo, la puso en el fuego, y así que fué hecha toda una ascua, inspirada de Dios se la aplicó animosa sobre el pecho, é imprimió sobre él este santísimo nombre, para denotar con esta accion extraordinaria, que toda, sin la menor reserva, se consagraba á su servicio y

amor. Despues de esta heróica accion empezó á descubrir á su padre el designio de fundar una nueva congregacion, que san Francisco de Sales habia formado, queriendo que ella fuese la primera religiosa de este nuevo instituto; y por fin, vencidas generosamente con la asistencia de Dios todas las demás dificultades, que el demonio y el mundo supieron levantar contra la ejecucion de este santo proyecto, con consentimiento de su padre y hermano, la mujer fuerte con otras dos compañeras, á 6 de junio de 1610, se fué á la ciudad de Annesi, donde tiene su residencia el obispo de Ginebra (despues que esta ciudad ha sido ocupada por los herejes), á establecer la primera casa de esta congregacion, nombrada de la Visitacion de María Santísima. Hizo en ella un año de noviciado con increible fervor de devocion, al cabo del cual hizo su profesion, que consistia en dos votos simples de castidad y obediencia, á los cuales la santa añadió el de pobreza, que las otras no hacian en los principios de la congregacion. Despues de la profesion se dedicó á visitar por las casas de la ciudad á los pobres enfermos, segun estaba ordenado en su instituto, con fruto maravilloso de los mismos enfermos, y con tanta edificacion del pueblo, que muy presto se esparció por todas partes la fama del nuevo instituto, y llegó hasta paises muy distantes.

10 De ahí provino, que muchos desearon tener en sus ciudades tan laudable instituto, y la santa era la que por órden de san Francisco de Sales iba á hacer las fundaciones. Mas al cabo de algunos años se juzgó conveniente cambiar esta congregacion de oblatas en una verdadera y formal religion, con clausura y votos solemnes. A este fin las dió el mismo san Francisco de Sales la regla de San Agustin, á la cual añadió algunas constituciones llenas de luz y sabiduría, que fueron aprobadas primeramente por el pontífice Paulo V en 1618, y despues por Urbano VIII en 1625. Pero como la clausura impedia á las religiosas el andar por las casas á visitar y servir á los pobres enfermos, que habia sido el primer objeto de la congregacion, por esto el santo ordenó en sus constituciones que fuesen recibidas en sus monasterios, aun aquellas mujeres, que, ó por enfermedad, ó por otros defectos no hallaban entrada en los otros, mientras sus enfermedades no fuesen contagiosas, ó de tal calidad, que las hiciesen para siempre incapaces de observar las constituciones. A cuyo fin el mismo san Francisco escribia despues á nuestra santa: «que amase tambien las cojas, las corcovadas, las tuertas y las ciegas, con tal que quisiesen ser derechas de intencion, pues que por semejantes defectos no dejarian de ser hermosas en el cielo.» Y como tenia el santo obispo muy arraigado en el corazon, que la caridad y humildad habian de ser las virtudes que principalmente resplandeciesen en la nueva religion, quiso que en ella no se hiciese caso alguno de la nobleza, ni de las riquezas; pero sí de la mansedumbre y de las demás virtudes cristianas; de manera, que una doncella adornada de las mismas, aunque de bajo linaje, debia ser preferida á una princesa, que se hallase de ellas desprovista. No queria el santo, que por falta de dote se dejase de admitir jamás alguna que tuviese verdadera vocacion: porque Jesucristo (decia), de tal manera amó á los pobres, que la mayor parte de los apóstoles fueron tales. Y de este mismo espíritu estaba tan poseida nuestra santa, que se mostraba mas contenta y alegre cuando recibia en su monasterio doncellas pobres y de ninguna consideracion en el mundo, que cuando admitia otras ricas y respetables por su nacimiento; por lo que en una carta escrita á san Francisco de Sales, hablando de este asunto, le dice: «¡Oh, y cuánto estimo este artículo (de admitir las pobres)! ¡y qué preciosas son estas palabras!»

11 Revestida, pues, perfectamente la bendita sierva de Dios del espíritu de este instituto, del cual junto con san Francisco de Sales era fundadora, aunque siempre rehusó este nombre, pareciendo á su humildad demasiadamente honroso, lo extendió en muchas ciudades, habiéndose fundado en el tiempo de su vida con su diligencia y trabajo ochenta y cuatro monasterios. Todas las religiosas de la Visitacion la miraban como á madre comun, y las del monasterio de Annesi, que era el primero de todos, la quisieron siempre por su superiora, hasta que poco antes de morir, vencidas de sus repetidas instancias, consintieron á que renunciase el oficio. En este cargo de superiora precedia á todas las religiosas con sus santos ejemplos; fué observantísima no solo de los tres votos comunes á las otras religiones, sino tambien de cualquiera regla de su instituto por mínima que fuese. De esta observancia queria la santa que el amor de Dios fuese toda el alma. «Es menester (decia á sus religiosas) que por amor de Dios guardemos el silencio, que por su amor nos sujetemos y recibamos las humillaciones; que por su amor suframos cualquiera incomodidad y las cosas mas penosas con alegría; haciéndonos tan diligentes y exactas en la observancia, que no dejemos de cumplir el mas pequeño ápice: en suma, que este celestial amor sea nuestro principio, nuestro fin y nuestra perfeccion.»

12 Era la santa una regla viva de su instituto, y todas las religiosas podian aprender de ella todas las virtudes que debian practicar en la religion; pero la virtud en que mas se señaló fué sin duda la santa humildad, que quiso fuese como el alma de su instituto. Por tanto, ejerciendo el oficio de superiora, se consideraba como la mas mínima de todas, teniendo de sí misma el mas bajo concepto. Ella misma nos da una evidente prueba de esta verdad en una carta, en que hablando del oficio de las superioras, dice las siguientes palabras: «Las superioras deben ser invariablemente constantes en sus fines de promover la exacta observancia del instituto, y conducir las religiosas á la perfeccion, pero humildes y mansas en procurar los medios para conseguirlo: no piensen que el buen gobierno del monasterio proviene de su industria, sino únicamente de Dios y de su gracia, y serán las mejores las que des-

confiadas de sí mismas, tratarán con su divina Majestad más humilde y confiadamente.» De su humildad nacia el ejercer cualquiera oficio bajo y despreciable del monasterio, igualmente que la última religiosa; como por ejemplo, lavar la ropa, llevar leña y cosas semejantes. Procuraba para sí la toca mas grosera y remendada que hubiese en toda la comunidad; jamás se la oyó palabra que redundase en su honor, y si se veia precisada á escuchar de otros sus alabanzas, no se ponia á rebatirlas con largos razonamientos; porque en esto decia, somos soberbias en querer ser tenidas por humildes; pero con el color del rostro, y tambien con las lágrimas que á veces derramaba en semejantes ocasiones, daba á conocer bien su interior sentimiento. Al contrario, sufria con una alegría maravillosa las injurias y baldones, que muchas veces la dijeron personas preocupadas contra ella y su instituto. Despreciaba tambien con todo el corazon todo lo que tenia alguna apariencia de honor mundano, no solo para su propia persona, sino tambien para su órden. Por esto habiéndola dicho una vez, que muchas damas ilustres por su nacimiento, que habian entrado en su religion, podrian fácilmente por medio de sus padres procurarse preeminencias y abadías insignes; entre otras cosas respondió: ¡Cuál seria mi congoja y sentimiento, si veia á una de nuestras hermanas tener el grado, el nombre y el tratamiento de dama! Y á una de sus religiosas, que le hablaba de este asunto, dijo: Vuestra felicidad consiste, ó hija, en haber hallado la cruz; el solo báculo pastoral á nadie ha abierto el cielo, pero la cruz lo abre á todos; en vano habriais venido á la Visitacion, si en ella pretendiais otra cosa que nuestra vida humilde de la cruz.

13 Resplandeció igualmente en esta sierva de Dios una singular paciencia; en el discurso de su vida visitóla Dios con frecuentes y graves enfermedades; pero ella lejos de quejarse, ni aun con la mas ligera expresion, decia: Si, Dios mio, haced que padezca esta vuestra sierva, demasiadamente sensible y delicada: ó bien ¡Cuán poco es lo que padecemos, respecto de lo que Jesucristo padeció por nosotros! Pero mucho mas que las aflicciones corporales atormentaban á nuestra santa las penas del espíritu, esto es, las tentaciones, de las cuales decia, que la causaban tan terrible y continuo tormento, que la hacian olvidar de comer, y de satisfacer á sus naturales necesidades; sobre cuyo particular se explicaba en estos términos: Dios no me ha juzgado digna del martirio que yo desde mi niñez habia siempre deseado: pero el tirano de la tentacion es tan cruel, que no hay hora en el dia que no la cambiase gustosamente con la pérdida de la propia vida. Mas con todo esto, jamás perdió el ánimo, ni dejó de adelantarse siempre en el camino de la perfeccion. En cualquier estado en que se hallase, estaba perfectamente resignada en la voluntad de Dios, la cual reconocia como única regla de todas sus acciones. Por cuya causa, ni la muerte del marido, ni la de sus hijos, ni la de san Francisco de Sales, ni otros muchos acontecimientos de su naturaleza, molestos y muy sensibles, la causaron perturbacion alguna, pues en todos adoraba la voluntad de Dios. Igual á las demás virtudes era en esta santa la de la mortificacion. Negaba á sus sentidos toda suerte de gusto, rehusaba aun en tiempo de enfermedad cualquier manjar delicado; se acercaba á la mesa como quien toma los medicamentos necesarios para el sustento, y siempre se levantaba con hambre y sed; y muchos dias de la semana afligia su cuerpo con cierto órden de penitencias. Pero mucho mayor era su mortificacion interior, que es mas útil, y en que no hay peligro de exceso, y es menos vista de los otros. A este fin ponia una diligencia extremada en descubrir todos los movimientos secretos de sus pasiones, para reprimirlos en sus principios, y negar siempre la propia voluntad.

14 Estas y otras virtudes que adornaban el alma de nuestra santa, eran pimpollos de la caridad que habia echado profundas raíces en su corazon. Ardia tanto en el fuego del amor divino, que jamás hubiera hablado de otra cosa, si su humildad no le hubiese detenido. De ahí nació el voto con que se obligó en hacer siempre lo que conociese ser mas perfecto. De ahí tambien se originaba aquella union que tenia con Dios en la oracion, en que empleaba todo el tiempo que podia, no faltando empero jamás á acto alguno de comunidad. De ahí igualmente procedia la hambre de escuchar la palabra de Dios en la Escritura sagrada, leyéndola cada dia y grabando en su corazon sus sentencias, de tal modo, que las tenia siempre prontas, así para su propia conducta, como para la instruccion de las demás. En suma, este fuego de la caridad hacia de toda su vida un holocausto muy acepto á la divina Majestad. Dignóse el Señor ilustrar á su sierva con muchos dones sobrenaturales, concediéndola el don de profecía, el de discrecion de espíritus y el de hacer milagros; obrando un gran número de ellos; por lo que su santidad fué estimada y venerada en todo el reino de Francia. Los príncipes y los reyes se recomendaban á sus oraciones; los obispos la hacian visitar otros monasterios de distinta órden, para que con su celestial prudencia introdujera en ellos la reforma conveniente, y se aconsejaban con ella en los asuntos mas arduos del gobierno de sus Iglesias; y el mismo san Vicente de Paúl la entregó las reglas de la congregacion de la Mision que habia fundado, para que las examinase y corrigiese: tan alto era el concepto que habia formado de su santidad y celestial sabiduría.

15 De esta manera hasta el año sesenta y ocho de su vida habia enseñado la santa á sus religiosas, mas con las obras que con las palabras, la práctica de las mas sublimes virtudes en calidad de superiora; cuando para mostrarles el ejercicio de la obediencia y sujecion en calidad de súbdita, rogó con muchas instancias, y por fin obtuvo el poder hacer dejacion del oficio de superiora. Jamas estuvo mas contenta que entonces, ni se habia visto en la Visitacion novicia alguna que fuese mas humilde, ni que dependiese mas de las insi-

nuaciones de la superiora, que la santa. De ninguna manera quiso aceptar exencion ni distincion alguna de las que las monjas de comun acuerdo muchas veces la ofrecieron, por el respeto y reverencia que la profesaban. Despues de algun tiempo, para obedecer al obispo de Ginebra, su superior, hubo de ir á Moulins, ciudad del Borbonés, donde la deseaban sus monjas. De allí para complacer á la reina de Francia, que deseaba verla y hablarla, pasó á París, donde aquella soberana la recibió con mucha distincion y agrado. De aquí volvió á Moulins, y hallándose en esta ciudad fué asaltada de una gravísima enfermedad, que puso término á sus dias. Juzgándose cercana á la muerte, de la cual habia tenido mucho antes un interior aviso, pidió el santísimo viático, que recibió con aquella devocion que cada uno puede imaginar. Hizo su testamento, que consistió en recomendar á todas sus religiosas la observancia de sus reglas: «el vivir en grande union y amor, en sencillez, sinceridad y rectitud de espíritu hácia el instituto, y el no dejarse jamás poseer del deseo de dignidades.» Sufrió su dolorosa enfermedad con grande tranquilidad de espíritu, y con deseos muy ardientes de verse libre de las ataduras del cuerpo para unirse con Cristo: oyó el Señor los deseos de su sierva, y en el dia antes de su muerte, como quien despierta de un dulce sueño, dijo: ¡Oh, y qué dia hermoso es el dia de mañana! ¡Qué grande es la felicidad de una alma que procura hacer bien la oracion! Al contrario, ¿qué cosa será una religiosa sin la observancia de su regla? Aumentándosela el mal, la administraron el sacramento de la extremauncion, siguiendo ella con devocion y fervor las oraciones que se dicen en semejante funcion: dió la bendicon á todas sus religiosas por obedecer á su confesor que se lo mandó: se hizo leer la pasion de Jesucristo, parándose con mucho consuelo suyo en los puntos principales: finalmente, teniendo en su mano un crucifijo, y preguntándola el sacerdote que la asistia, si queria salir al encuentro de su celestial esposo que venia á buscarla: Sí, respondió, padre mio, me voy: Jesus, Jesus, Jesus; y con este dulcísimo nombre en los labios voló de la tierra al cielo, á 13 de diciembre del año 1641. Fué su cuerpo trasladado á Annesi, y colocado en la iglesia del primer monasterio de la Visitacion de esta ciudad.

16 Manifestó Dios nuestro Señor la santidad de su sierva al glorioso san Vicente de Paúl; porque habiendo tenido noticia de la peligrosa enfermedad de la santa, la encomendaba á Dios recogido en su oratorio, cuando de improviso vió un pequeño globo de luz, que subiendo de la tierra se unió á otro globo mayor y mas resplandeciente, y que ambos así unidos, fueron recibidos en otro globo lucidísimo mas de lo que puede decirse; y alumbrado de Dios, entendió que el globo menor era la alma de santa Juana que subia al cielo; que el otro globo mayor era la alma de san Francisco de Sales, que bajaba del cielo á recibirla; y que el tercero, infinitamente mayor y mas resplandeciente, era la esencia divina, con la cual ambos felicísimamente se habian juntado. Beatificó á la sierva de Dios Benedicto XIV, en el año 1751; y despues Clemente XIII la canonizó solemnemente con bula que despachó á 16 de julio del año 1767; en la cual refiere siete milagros obrados por su intercesion, y son los siguientes.

17 El primero se obró con Gabriela Angélica Morel, doncella educanda en el monasterio de la Visitacion de Abalona: la cual tenia tan estropeada la pierna derecha, que no solo la tenia casi sin humor ni calor, sino tambien medio palmo mas corta que la otra, pero implorando el patrocinio de la santa, consiguió que dicha pierna derecha se le pusiese enteramente igual con la izquierda.

18 El segundo sucedió con Isabel Dromier de la Peruse, profesa de la misma órden de la Visitacion, en el lugar de Saint Amour, del arzobispado de Leon, quien de resultas de una gravísima y larga enfermedad, desahuciada de los médicos, tres meses habia que estaba postrada en la cama sin poder moverse: en este lastimoso estado imploró con mucha fé el socorro de santa Juana Francisca, y al punto saltó de la cama enteramente buena, robusta y apta para todas las haciendas acostumbradas.

19 El tercero acaeció con Clara de Rubeis, doncella de la ciudad de Roma: la cual estando tísica, llegó á tal extremo, que habiendo recibido los santos sacramentos parecia que iba ya á espirar, y aun alguna vez se tuvo por muerta; pero habiendo implorado la intercesion de la santa, y proponiendo hacerla una novena, se la quitó la vehemencia de la enfermedad, y convaleciendo desde el dia tres ó cuatro hasta el nueve, salió en este dia de casa perfectamente buena, recobradas las fuerzas, el color y el apetito.

20 El cuarto sucedió con Eugenia Tronchon, profesa del órden de la Visitacion, en la ciudad de Saumur, en el obispado de Angers: se hallaba esta religiosa casi ahogada de una asma muy fuerte, que padecia ocho años habia, desde los quince de su edad: sobrevínola despues una perlesía en el brazo y en la pierna, que la quitó el movimiento, y en gran parte el sentido de dicha pierna y brazo: por espacio de cuarenta dias padeció esta dolorosa enfermedad, sin usar de remedio alguno para curarla; pero haciendo una novena en honor de santa Juana Francisca, suplicándola la alcanzase de Dios la salud, en el último dia de ella, de repente recobró el movimiento y el sentido en los miembros lisiados, y se levantó sana y vigorosa, volviendo á ejercer con facilidad las labores que acostumbraba.

21 El quinto se obró con Susana Bienfait, profesa de la órden de la Visitacion: la cual padecia un tumor esquirroso con fuerte dolor en las entrañas: añadióse á esto una perlesía en las piernas, que la quitó del todo el sentido y el movimiento, y aun la derecha por extenuacion la quedó seca: cansada de medicinas, por espacio de dos meses no usó de ningun remedio humano, implorando solo el socorro de santa Juana Francisca, haciéndola una novena; y hallándose en el último dia, en un momento recobró en las piernas el movi-

miento y el sentido, y se la restituyó la carne á la pierna seca, de modo, que libre de sus males, pudo cumplir expedita y vigorosa todos los cargos que ejercitan las demás monjas.

22 El sexto sucedió con María Droz, monja de la órden de San Bernardo, que se hallaba tísica confirmada, desahuciada de los médicos, y próxima á la muerte: pero haciendo una novena á santa Juana Francisca, recobró una absoluta, entera y perfecta salud.

23 El sétimo se obró con Fleuris Coing, pobre doncella: pues hallándose enferma en el hospital de Leon, en Francia, un cirujano imperito la sangró en el brazo derecho, y no saliendo bien la sangre por la cisura, para hacerla salir la metió una aguja de hierro con bastante profundidad, con lo que habiéndola dañado ó cortado, como se creyó, algun nervio, se la hinchó al momento el brazo, y quedó tieso de suerte que no podia doblarse: se intentó socorrer esta incomodidad, haciendo en la paciente la incision mas profunda; con esto la porcion inferior del brazo retraida hácia la superior, quedó como clavada con ella. Vivió la pobre por espacio de cinco años con el brazo muerto, pues carecia de todo movimiento, sentido y nutricion; pero habiendo ido á Annesi á visitar el cuerpo de la santa, despues de haber confesado y comulgado, llena de esperanza hizo tocar la parte muerta del cuerpo al sepulcro de la santa, y al punto volvió á tener vida el brazo muerto, recobrando en un momento el sentido, la carne y las fuerzas.

* Santa Ciriaca, viuda y mártir.—Era una matrona romana de mucha distincion, y se empleaba en visitar y socorrer á los cristianos encarcelados, en cuya buena obra pasó muchos años. Su considerable patrimonio lo empleó en el servicio de los santos, y últimamente dió por Jesucristo la vida, muriendo martirizada en Roma durante la persecucion del emperador Valeriano, á mediados del siglo III.

San Anastasio, mártir.—Era soldado romano en tiempo del emperador Aureliano, y estaba acantonado en la ciudad de Salone, en Dalmacia. Viendo un dia á san Agapito padecer los tormentos y la muerte con esforzada constancia, y los prodigios que aquel mártir obraba, se convirtió á la fé, y confesó generosamente á Jesucristo. Preso y conducido al tribunal, ratificándose en su confesion, fué condenado á perder la cabeza, cuya sentencia se ejecutó por los años de 270.

Los santos Lusorio, Ciselo, y Camerino, mártires.—Durante el imperio de Diocleciano, vivian estos santos en Cerdeña. Por órden de su gobernador Delfo fueron presos é interrogados acerca de la religion que profesaban, y habiendo contestado que eran cristianos y que lo serian hasta la muerte, fueron degollados el año 301 de Jesucristo.

San Bonoso y san Maximiliano, mártires.—Eran oficiales de una legion romana, en tiempo del emperador Juliano el Apóstata: su virtud era á toda prueba, y eran muy zelosos por cuanto pertenecia á la religion cristiana. Cuando se mandaron quitar las cruces de los estandartes militares, y que todos los soldados adorasen los mismos dioses que el emperador, los dos santos no solo se negaron á obedecer las órdenes, sino que contestaron que ellos no adorarian nunca la obra de los hombres. Por esta respuesta mandó Juliano que les diesen trecientos azotes, pero ellos se mostraban como insensibles á aquel tormento, y cantaban divinas alabanzas. En seguida fueron metidos dentro de una caldera de pez derretida; pero como este suplicio no inmutase su serenidad, los judíos y los idólatras empezaron á decir que eran magos, y los mandaron á la cárcel. El gobernador les envió pan marcado con su sello, en el cual se veia la figura de un ídolo y no quisieron comerlo. El príncipe Hormisdas, hermano de Sapor, rey de Persia, los visitó en la cárcel y se encomendó á sus oraciones. Despues de algunos dias, el conde Julian hizo sufrir á Bonoso y Maximiliano un segundo y tercer interrogatorio, y ellos le contestaron que eran cristianos; que Constantino antes de morir les habia hecho jurar que serian fieles á sus hijos y á la Iglesia, y que nada seria capaz de hacerles faltar á sus promesas. Preparábase Julian para probar á los santos con nuevos tormentos, cuando Segundo, prefecto del Oriente, que aunque pagano, era recomendable por su probidad y su clemencia, desaprobó altamente semejante barbarie. Bonoso y Maximiliano fueron pues condenados allí mismo á ser decapitados, muriendo el dia 21 de agosto del año 363 en Antioquía, asistidos por el patriarca san Melecio y otros muchos cristianos, que despues recogieron sus santos cuerpos y les dieron honrosa sepultura.

San Bernardo Tolomeo, fundador.—Nació de una de las principales familias de Sena, en el año 1272. Dióle esmerada educacion un religioso dominico, pariente suyo, hombre de rara piedad, y de vasta ciencia. Al mismo tiempo que hacia Bernardo rápidos progresos en las ciencias, se ejercitaba con admirable fervor en la práctica de todas las virtudes. En su juventud ocupó con toda la brillantez y todo el zelo posibles los primeros puestos de su patria; pero el peligro de la vana-gloria le inspiró el designio de abandonar al mundo para siempre. Vendió todos sus bienes, distribuyó el producto á los pobres, y se retiró á un desierto á diez millas de Sena, donde practicó austeridades increibles, y sostuvo con una constancia heróica los violentos ataques con que le atormentaron los espíritus malos. Habiéndosele juntado algunos siervos de Dios, el papa que residia entonces en Aviñon, le aconsejó que escogiese el género de vida de alguna órden religiosa aprobada por la Iglesia, y el santo adoptó la regla de San Benito. La nueva religion fué conocida con el título de «congregacion de la Vírgen María del monte Olivete,» y fué confirmada por los papas Gregorio IX, Juan XXII, y Clemente VI. El santo fundador, modelo de todas las virtudes, murió el dia 20 de agosto del año 1348, el setenta y seis de su edad, el treinta y cinco de su retiro, y el veinte y nueve de su profesion reli-

giosa, y en 1692 fué colocado por el papa Inocencio XII en el número de los santos.

SAN PATERNO, MÁRTIR.—Nació en Alejandría, y despues de haber edificado gran parte del Egipto con el agradable aspecto de sus virtudes, marchó para Italia con el objeto de visitar el sepulcro de los santos apóstoles. De Roma pasó á Fundis, en la Campaña, donde fijó su residencia, y en cuya ciudad se ocupaba en obras de misericordia, principalmente en dar sepultura á los cuerpos de los mártires, hasta que en la persecucion de Decio, participó de los suplicios de aquellos, y alcanzó su corona dentro de la cárcel, muriendo el año 251.

SANTA BASA Y LOS SANTOS TEOGONIO, AGAPIO, Y FIDEL, MÁRTIRES.—Santa Basa era madre de los tres restantes, á los cuales engendró dos veces, por haberlos ella convertido á Jesucristo. Los cuatro eran de Edesa, en Siria, en cuya ciudad se hallaban cuando fueron presos por ser cristianos. Los cuidados y toda la solicitud de la madre, fueron desde aquel instante confortar el ánimo y el valor de sus hijos para que no desmayasen en la fé, y efectivamente lo consiguió. Madre é hijos fueron conducidos al lugar de la ejecucion, y no dejando de enfervorizarse mutuamente, murieron todos decapitados, siendo Basa la última que mereció el eterno premio. Su martirio sucedió en el reinado del emperador Maximiano.

SAN EUPREPIO, OBISPO.—Fué discípulo del apóstol san Pedro, que le consagró obispo, y le envió á Verona, cuya Iglesia fundó. Ignóranse las particularidades de su vida, y solo se sabe que murió en paz á fines del siglo I.

SAN CUADRADO, OBISPO.—Nada se sabe de él, ni siquiera de donde fué obispo. Algunos creen que lo fué de Alejandría, otros de Cerdeña, y otros de los Pictos. Todas las noticias recogidas por los bolandistas respecto de este santo no son mas que conjeturas, por cuya razon nos abstenemos de consignarlas aquí. El Martirologio romano trae su nombre en este dia.

Dia 22.

SAN TIMOTEO, MÁRTIR.—Siendo sumo pontífice san Melquiades, vino á Roma de Antioquía un hombre principal, llamado Timoteo, muy docto, y bien enseñado en las divinas letras, y fervoroso siervo del Señor. Hospedóse en casa de Silvestre, que despues fué papa, y bautizó al emperador Constantino. Estando Timoteo en Roma, comenzó á resplandecer con su vida inculpable, y con su doctrina maravillosa, confirmando á los fieles en la fé de Cristo, y convirtiendo con su predicacion muchos gentiles, y alumbrándolos con la luz del Evangelio. Ocupóse un año en estos santos ejercicios, y al cabo fué preso de Tarquinio, prefecto: y viendo que por ningun camino le podia apartar de la confesion de Jesucristo, le mandó azotar cruelmente por tres veces: y despues de haberle afligido con una larga y dura prision, y descoyuntado en el ecúleo, y desgarrado su cuerpo con otros atroces tormentos, le hizo cortar la cabeza: y Silvestre secretamente llevó su cuerpo á su casa, y despues una matrona poderosa, llamada Teodora, le sepultó en una huerta suya, en la via Ostiense, cerca del sepulcro del apóstol san Pablo, en cuyo templo despues honorificamente fué colocado. Hace la Iglesia conmemoracion de san Timoteo el dia de su martirio, que fué á los 22 de agosto, el año del Señor de 311.

SAN HIPÓLITO, OBISPO Y MÁRTIR.—El mismo dia de los 22 de agosto celebra la santa Iglesia la fiesta de san Hipólito, obispo y mártir: el cual fué varon esclarecido y doctísimo, y escribió muchos libros de grande erudicion, y provecho para toda la Iglesia. Floreció en tiempo del emperador Alejandro Severo, y siendo obispo metropolitano de Arabia (como lo dice san Gelasio, papa), vino á Roma para visitar los cuerpos de los gloriosos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y ver y reverenciar los cementerios de los mártires, teniendo la silla de san Pedro Calixto: del cual fué muy bien recibido y acariciado, y hecho obispo de la ciudad del Puerto Romano, que está cerca de Roma, por tenerle cabe sí, y aprovecharse de sus consejos. Era á la sazon prefecto de Roma Ulpiano, gran jurisconsulto, y cruelísimo enemigo de Jesucristo: hacia gran carnicería de los cristianos, y entre los otros mandó prender á san Hipólito en la misma ciudad del Puerto Romano, y atado de piés y manos echarle en una hoya honda, llena de agua, donde dió su alma á Dios, y su cuerpo fué enterrado allí cerca por los cristianos: y hoy en dia en aquella ciudad hay gran memoria de san Hipólito, obispo, y se ve la hoya llena de agua, en la cual fué arrojado y acabó su martirio, el cual fué el año del Señor de 229, imperando el ya nombrado Alejandro Severo.

2 Adviértase que ha habido tres Hipólitos mártires: éste, de quien aquí hablamos, que fué obispo, como habemos dicho: otro, que fué soldado, y se convirtió á la fé, por la predicacion de san Lorenzo, como lo escribimos el dia de su martirio, que fué á los 13 de agosto: el tercero fué presbítero de Antioquía, del cual hace mencion el Martirologio romano á 30 de enero, y vivió, siendo Decio emperador: y aunque algun tiempo fué engañado de los herejes novacianos, despues se reconoció, y murió constantemente por la fé católica, amonestando á todos que guardasen aquella doctrina, que enseñaba la cátedra de san Pedro: lo cual se debe advertir; porque algunos confunden estos tres Hipólitos en uno, como Prudencio, y otros hacen á Hipólito, obispo, presbítero de Antioquía; y lo que es del uno, atribuyen al otro, como doctamente lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el segundo tomo de sus Anales. De san Hipólito escribe san Gerónimo, Eusebio, y Niceforo, y los Martirologios.

SAN SINFORIANO, MÁRTIR.—Con los santos Timoteo é Hipólito, se celebra el mismo dia el martirio de san Sinforiano, mártir, el cual fué de nacion francés, y de la provincia de Borgoña, de una ciudad, que en latin la llaman *Augustodu-*

num, y ahora se dice *Autun*. Fué hijo de nobles padres, ricos y cristianos. Su padre se llamó Fausto, y crio á Sinforiano en nobles costumbres, y en el temor santo del Señor. Celebraban los paganos en aquella ciudad una fiesta muy solemne á sus dioses, y particularmente á Berecinta, que era Cibeles, madre de todos los dioses: cuyo ídolo llevaban en unas andas con gran pompa y majestad, postrándose todo el pueblo por el suelo á adorarle: y como una vez, siendo ya Sinforiano varon, y de crecida edad, se hiciese esta fiesta, y toda la gente se inclinase á adorar aquella estatua, y monstruo infernal; solo Sinforiano le volvió las espaldas, é hizo burla de él: de manera, que fué notado, y acusado á Heraclio, que era juez de aquella ciudad, y presentado ante su tribunal. Preguntóle el juez, cómo se llamaba, y quién era; y él con grande libertad respondió, que se llamaba Sinforiano, y era cristiano. Quiso el juez persuadirle que adorase á sus dioses, y obedeciese á los mandatos del emperador: y como el santo mártir no hiciese caso de sus palabras, ni de sus amenazas, le mandó azotar fuertemente, y despues echarle en una dura cárcel. Sacáronle de allí pasados algunos dias, y traido delante de Heraclio, despues de algunas razones que tuvieron entre sí, viendo el juez que no podia ablandar el pecho fuerte y valeroso del santo mártir, le mandó degollar. Cuando le llevaban al suplicio, viéndole su santa madre, le comenzó con gran espíritu y esfuerzo á exhortar que muriese con grande alegria, y á decirle estas palabras: Hijo mio Sinforiano, hijo de mis entrañas, acuérdate de Dios vivo: ármate de su fortaleza y constancia: no hay porque temer la muerte que nos lleva á la vida. Alza, hijo mio, tu corazon, y mira á aquel que reina en los cielos. O hijo, no se te quita la vida; antes se trueca en otra mejor: y aunque el camino es estrecho, y el paso por donde has de pasar duro y lleno de espinas, pero por él pasaron todos los santos: y aunque tú mueras, matarás, y vencerás la misma muerte. Despide de tí cualquiera temor de los tormentos; porque durarán poco, y por ellos alcanzarás la gloria y corona inmortal. Todo esto dijo la santa madre al santo hijo: y él, animado con sus palabras y con el espíritu del cielo, tendió el cuello al cuchillo, y fué descabezado fuera de los muros de la ciudad: y los cristianos secretamente tomaron su cuerpo, y le enterraron cerca de una fuente, y nuestro Señor obró por él muchos milagros. Su martirio fué á los 22 de agosto, el año del Señor de 273, imperando Valeriano. Escriben de san Sinforiano los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo, y Adon; Surio, tomo IV; el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales; y Gregorio Turonense hace mencion de él en el libro *De gloria confessorum*, capítulo 67; y en el primero libro *De gloria martyrum*, cap. 52 refiere un gran milagro de sus preciosas reliquias: las cuales en medio de un grande incendio no se pudieron quemar.

* San Mauro, y sus compañeros, mártires. —Fué este santo enviado con algunos otros desde Roma á la ciudad de Rheims, en Francia, para propagar el Evangelio entre sus habitantes. Habian ya hecho mucho fruto con su predicacion, y habian bautizado gran multitud de infieles, cuando el prefecto Lampadio los hizo prender, y despues de haberles hecho sufrir varios tormentos con el objeto de probar su constancia, los condenó á todos á ser decapitados. Su martirio sucedió á mediados del siglo II.

San Antonino, mártir. — Hacia de verdugo en el martirio de los santos Eusebio y compañeros, y se convirtió á Jesucristo, á vista de los prodigios que en sus tormentos obraron aquellos mártires. Habiendo confesado públicamente la fé cristiana, fué conducido al juez Vitelio, que le hizo pasar de verdugo á víctima, y le mandó cortar la cabeza en la misma ciudad de Roma, donde él habia ejercido su oficio.

Los santos Agatónico, Zotico, y sus compañeros, mártires. — Estos santos eran griegos de nacimiento, cristianos fervorosos, y vivian en Nicomedia, en tiempo del emperador Maximiano. El gobernador de aquella ciudad, llamado Entolomio, les llamó un dia á su presencia, y les reprendió su conducta, amenazándoles con castigarlos severamente si no trataban de ser mas circunspectos en su religion, y si continuaban en sus públicas exhortaciones al pueblo contra los dioses del imperio. Al instante contestaron todos unánimemente que nunca cederian en sus propósitos; que adoraban á Jesucristo, único Dios verdadero, por cuyo amor y adoracion se hallaban dispuestos á sufrir desde luego los tormentos y la muerte. Tan enérgica respuesta llenó de coraje al gobernador, que los entregó allí mismo á los lictores para que castigasen su insolencia con todo el rigor que su patriotismo les sugiriese, pues que aquellos cristianos eran enemigos de la patria y de los dioses. Efectivamente, los santos fueron tan prolongadamente atormentados, que si la virtud divina no les hubiese sostenido para manifestar su gloria en la fortaleza de sus siervos, hubieran perecido mil veces antes de ser degollados. Sus cuerpos fueron recogidos por los cristianos, y sepultados con gran magnificencia.

Los santos Marcial, Saturnino, Epitecto, Mapril, y Félix, con otros compañeros, mártires. — Derramaron su sangre por la fé en el Puerto Romano, durante la persecucion del emperador Decio, en el siglo III.

San Atanasio, obispo, santa Antusa, y otros dos santos, mártires. — El primero era obispo de Tarso, en Cilicia, y obraba con su zelo y milagros grandes conversiones. Antusa, mujer muy principal de la ciudad de Seleucis, abrió sus ojos á la luz de la fé, y fué bautizada por el santo pastor; pero cuando se dirigia á Tarso con dos criados suyos, tan fieles como ella á la luz de la religion, encontró por el camino á san Atanasio, que arrebatado por un ángel, fué llevado donde estaba Antusa, que fué allí mismo bautizada con sus dos criados, Carisio y Neófito. Despues de algun tiempo, el Señor volvió á juntar á los cuatro cristianos en la cárcel, y no queriendo cesar ninguno de ellos en la confesion de los misterios de la

religion cristiana, fueron sentenciados y degollados juntos en la citada ciudad de Tarso, durante el imperio de Valeriano.

SAN FABRICIANO Y SAN FILIBERTO, MÁRTIRES. —En el breviario mozárabe se habla de estos dos santos diciendo que fueron españoles, abades y mártires. Salazar dice que murieron en el siglo IV. No han podido encontrarse mas noticias. Sus nombres se hallan en todos los Martirologios antiguos y modernos.

SAN GUNIFORTE, MÁRTIR. —Parece que fué de Milan, en cuya ciudad fué preso por haber confesado á Jesucristo, y que despues de haber sido cruelmente azotado, huyó á Pavía, donde fué conocido y preso tambien, y por fin degollado. Tuvo dos hermanas, que murieron tambien mártires en Alemania, y otro hermano que dió su sangre por Jesucristo en Como. Segun los bolandistas, sucedieron estos martirios en tiempo de Maximiano.

Dia 23.

SAN FELIPE BENICIO, CONFESOR. —Nació san Felipe Benicio de padres nobles en la ciudad de Florencia á 15 de agosto del año de 1233, dia de la Asuncion de nuestra Señora, y dia en que nació en Florencia la esclarecida religion de los Siervos de María; como el que nacia para gran siervo de María, y para lustre y ornamento grande de la religion de sus siervos. Antes de nacer, tuvo su madre, en sueños, revelacion de que habia de ser como un nuevo sol el hijo que traia en sus entrañas; porque una noche le pareció que salia de ellas una clarísima luz que alumbraba á todo el mundo. En naciendo, se abstenia ciertos dias en la semana de tomar el pecho; y antes de tener cinco meses cumplidos, pasando por la calle los siete padres y fundadores de la órden de los Servitas, señalándolos con el dedo, dijo el niño con voz clara y distinta: Madre, estos son los verdaderos siervos de María. Despues repetia muchas veces el niño estas palabras, sin saber decir otras, hasta que con el tiempo aprendió á hablar como los otros niños.

2 En su niñez arrojaba ya algunos rayos de la santidad con que habia de resplandecer toda la vida; porque era misericordioso con los pobres, solicitando que sus padres diesen limosna á todos los que llegaban á sus puertas, sin enviar ninguno desconsolado: era muy devoto de las imágenes de los santos; y en viendo alguna de nuestra Señora, se paraba á contemplarla con grande atencion y reverencia: nunca le hallaban en los juegos de los otros niños; y sus entretenimientos eran visitar iglesias y repetir las oraciones que sus padres le habian enseñado: la modestia y gravedad de sus acciones y palabras eran de mas años de los que tenia; y finalmente en todo mostraba que Dios le habia escogido para grande siervo suyo. Habiendo aprendido con cuidado las primeras letras, le enviaron sus padres á la universidad de París, donde cursó nueve años, y se graduó de doctor en filosofía y medicina, siguiendo en esta facultad á su padre Jaime Benicio. Vuelto á su casa, frecuentaba las iglesias de Florencia, especialmente la de los padres servitas, llamada la Anunciata, por la gran devocion que tenia á nuestra Señora, que allí era principalmente reverenciada: y Dios por la intercesion de su santísima Madre, que habia escogido á Felipe por su siervo, le iba abriendo cada dia mas los ojos, para que viese el engaño y falsedad de las cosas del mundo, cuán inciertas son sus esperanzas, cuán infieles sus promesas, cuán vanas sus honras, cuán pobres sus riquezas, cuán amargos sus deleites, y cuán mengnados y cortos todos sus bienes para llenar un corazon en que cabe Dios. Con esto empezó á hacer una nueva vida, dándose todo á las obras de virtud y devocion, disponiéndose para recibir mayor luz, con aprovecharse tan bien de la que el Señor le daba.

3 Un dia de los de la cuaresma del año de 1253, visitando las iglesias fesulanas, fuera de los muros de Florencia; puesto de rodillas delante de una imágen de Cristo con deseo de dejar el mundo y entrar en alguna religion, pedia afectuosamente al Señor le enseñase el camino de su voluntad: y estando en lo mas fervoroso de su oracion, salió una voz de la imágen de Cristo, que le dijo: Sube al monte alto á los siervos de mi Madre, si deseas hacer mi voluntad. Ejecutó luego Felipe el mandato de Cristo, segun le habia entendido: fuése al convento de los Servitas y templo de la Anunciata, y allí perseveró por algunos dias en fervorosa oracion, y pidiendo á Dios gracia para cumplir en todo su santísima voluntad, hasta la feria quinta despues de pascua de Resurreccion, en la cual oyendo la misa conventual, que con mucha devocion celebran los religiosos, al cantar la leccion de los actos de los apóstoles, y llegar á aquellas palabras: *Philippe, adjunge te ad currum istum:* Felipe, llégate á este carro; las oyó Felipe, como si á él determinadamente las dijera el Espíritu santo: y luego fué arrebatado de un éxtasis, y le pareció que se hallaba en una intrincada y espesa arboleda, solo y desamparado: por una parte estaba cercado de profundísimos despeñaderos, que solo mirarlos causaba pavor y sobresalto, y queriendo huir de tan grandes riesgos, se le puso delante una serpiente horrible y espantosa que le esperaba, abierta la boca, para tragarle. Felipe todo turbado, mirando á todas partes, y no hallando camino para salir de un extremo peligro, sin caer en otro igual, no sabia qué hacer, ni qué consejo tomar: perdido el aliento, imploró con grande ansia el favor divino, y oyó segunda vez aquellas palabras: *Philippe, adjunge te ad currum istum.* Levantó los ojos al cielo, y vió un hermoso carro de oro, fundado sobre cuatro ruedas, y guiado de un leon y una oveja: en el carro habia un majestuoso trono, fabricado de oro, y matizado de varios esmaltes y diversos colores que le hermoseaban sobre manera, y hacian muy agradable á la vista. En el trono venia sentada la Reina de los cielos, llena de incomparable hermosura y majestad, acompañada de un numeroso ejército de ángeles, y traia un hábito negro en las manos. Vió tambien

que sobre el carro triunfal venia batiendo las alas una blanquísima y hermosísima paloma. Alegre miraba el santo esta misteriosa y maravillosa vision, olvidado ya de todos sus temores y sobresaltos, pareciéndole que estaba no en la tierra, sino en el cielo; cuando el sacristan del convento queriendo cerrar la iglesia, por ser ya tarde, le despertó de aquel dulcísimo sueño. Felipe con un suspiro de lo íntimo de su corazon se quejó de él, porque le habia privado del mayor gozo que habia tenido en toda su vida y que podia imaginar.

4 Fuése á su casa discurriendo sobre la vision, sin poder alcanzar la significacion de ella; y María santísima se le apareció en sueños aquella noche, y le dijo: Felipe, vé por la mañana á mis siervos que ellos te declararán los misterios del carro, y sabrás lo que debes hacer para ser fiel siervo mio. Venida la mañana del viernes, se fué al convento de los Siervos de María, y refirió con mucha humildad la vision que habia tenido, y pidió á Buenhijo, que era prior del convento, y uno de los siete fundadores de aquella órden, que le diese el hábito, y admitiese entre los siervos de María. Propúsole el santo prior las asperezas de la religion, encareciéndole los trabajos de ella, la dificultad de la obediencia, el abatimiento de la humildad y el rigor de la penitencia, para probar la constancia del pretendiente: y viendo que no se entibiaba, antes se encendia mas el deseo de Felipe; le explicó los misterios de la vision que habia tenido, de esta manera. El carro (dice), que viste tan hermoso y brillante, significa la religion fundada sobre cuatro ruedas, que significan cuatro virtudes en que se debe ejercitar el verdadero siervo de María, que son: humildad, limpieza de corazon, pobreza y obediencia, basas y fundamentos de toda la perfeccion religiosa: guiaban el carro un leon y una oveja: para que entiendas que con paciente mansedumbre y constante fortaleza se ha de llevar el yugo de la religion; y si estas virtudes faltan, todo lo demás se pierde: venir la Vírgen María sentada en aquel trono majestuoso, con un hábito negro en las manos, era llamarte á la religion de sus siervos, que visten luto por la muerte del Hijo, y se ejercitan en meditar las penas de la Madre; para que por medio de esta consideracion y el ejercicio de las virtudes, vengas á conseguir la inocencia y simplicidad de aquella paloma que viste volar sobre el carro. Oida esta explicacion, se postró Felipe delante del prior, y con humildad y lágrimas le rogó que no dilatase mas el vestirle el hábito de los Siervos de María; y por mas humildad quiso ser religioso lego, ocultando lo que habia estudiado. Estuvo en el monte Senario tres años, haciendo vida solitaria, ocupándose en oracion, ayunos y penitencias, sirviendo á los otros religiosos, dando raros ejemplos de todas las virtudes, y singularmente de paciencia y humildad.

5 Quiso Dios manifestar al que se escondia, y dar á conocer al que deseaba vivir desconocido; y descubrióle de esta manera. Mandaron los superiores á Felipe que fuese al convento de Sena en compañía de otro religioso sacerdote, y varon de singular virtud, llamado Víctor.

6 En el camino encontraron con dos religiosos de Santo Domingo, varones doctísimos, que iban de Alemania á Roma. Caminaban juntos, y por divertir la fatiga del camino, empezaron á hacer á Felipe algunas preguntas, á las cuales respondia con tanta agudeza y claridad, que admirados los religiosos de Santo Domingo, le metieron en cuestiones altas y sutiles de la sagrada Escritura; y á todo satisfacia maravillosamente, declarando la profundidad de misterios y sentidos de la sagrada Escritura, de manera, que los religiosos sin poderse contener, decian, que Felipe era arca de todas las ciencias, y que estaba lleno de los dones del Espíritu santo. Cuando se oyó Felipe alabar, no quisiera haber hablado; y corrido y confuso, se arrojó á los piés de los padres, y les rogó que no manifestasen lo que habian oido, porque él era un pobre religioso lego. Pero apenas llegaron á Sena los religiosos de Santo Domingo, cuando publicaron en la ciudad el tesoro de la sabiduría que tenian los padres servitas en Felipe; y su compañero el padre Víctor dió cuenta á los padres del convento de Sena de lo que habia visto y oido con admiracion de todos, y aun mas que de la sabiduría de Felipe, de la humildad con que la habia ocultado tanto tiempo; y desde entonces fué tenido de todos en mayor estima y veneracion. Avisado su general, le mandó que se ordenase de sacerdote; y diciendo la primera misa en el monte Senario, entonó la capilla de los ángeles: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth.*

7 Juntóse despues capítulo general en Florencia, á 5 de junio de 1267, y de comun consentimiento fué elegido san Felipe por prior general de toda la órden. Rehusó cuanto le fué posible este cargo, teniéndole por carga pesada, rogando instantemente á los religiosos que no echasen sobre sus hombros cruz mayor que sus fuerzas, hasta que se oyó en el coro una voz que le dijo: Felipe, no resistas al Espíritu santo: yo te llamé del mundo á la religion, para que rijas y guardes á este pueblo mio escogido. Bajó Felipe la cabeza, y aceptó el oficio, por no resistir al Espíritu santo, y luego animó á todos al servicio de Dios, con aquellas palabras del salmo: *Exultate, justi, in Domino.* Diez y ocho años tuvo san Felipe este cargo, renunciándole muchas veces, y no admitiéndole su renunciacion; y en este tiempo gobernó su religion con admirable prudencia, y la extendió y dilató maravillosamente, edificando muchos monasterios en Italia, Francia, Alemania, y otras partes. Como deseaba con tantas ansias dejar el generalato, y no aprovechaban con sus religiosos ruegos ni instancias; se partió á Roma con dos compañeros, varones santos, que se llamaban Sosteno y Hugon, para pedir al sumo pontífice que eligiese á uno de ellos por general de la órden y le eximiese á él de aquel cargo que indignamente poseia; pero antes de hablar al sumo pontífice, la santísima Vírgen le avisó que no dejase aquel cargo, porque así convenia para el servicio

de su Hijo y suyo. Con esto el santo se humilló y sujetó á llevar aquella cruz, todo el tiempo que fuese la voluntad divina. En este camino le pidió limosna un leproso, y no teniendo qué darle, valiéndose de las palabras de san Pedro al cojo de su nacimiento, le dijo: *Argentum, et aurum non est mihi: quod autem habeo hoc tibi do*: No tengo oro ni plata, pero dóite lo que tengo: y desnudándose la túnica interior, se la dió al pobre para que se la vistiese. Recibióla el leproso, y con ella la salud; porque al punto que se la vistió, quedó limpio de la lepra y cobró perfecta salud.

8 Por muerte de Clemente IV estuvo la silla apostólica vacante dos años, nueve meses y tres dias, deseando los cardenales hallar una persona de igual santidad al pontífice difunto: por lo cual no se resolvian, ni convenian en la eleccion. Estaba la curia en Viterbo, donde se hallaba á la sazon san Felipe: y como corria tanto la fama de su santidad, aumentada con el milagro del leproso, que ya se habia divulgado, desearon algunos cardenales de mucha autoridad, que fuese puesto en la silla de san Pedro, pareciéndoles que no podian hallar otro en quien concurriesen, como en él, las partes de santidad, sabiduría y prudencia que en un sumo pontífice se requieren: fueron á hablarle el cardenal Ubaldinis, florentin, y el cardenal Otobono Flisco, genovés: y como le propusiesen su deseo, y el de otros cardenales; el santo rehusó tan alta dignidad, mostrando el bajo concepto que tenia de sí: y como instase con muchas razones el cardenal Otobono, en que convenia que él fuese sumo pastor de la Iglesia, le dijo Felipe con espíritu profético: Yo no seré pontífice, y vuestra santidad sí; aunque gobernará pocos dias la Iglesia: y así sucedió; porque el cardenal Otobono fué electo sumo pontífice, por muerte de Inocencio V, y se llamó en su asuncion Adriano V, y no vivió cuarenta dias en el pontificado. Despidiéronse entonces los cardenales, con propósito de hacer sumo pontífice á Felipe: mas él, viendo el peligro en que estaba; aquella misma noche se huyó secretamente de la ciudad, y con un solo compañero estuvo escondido tres meses en las asperezas del monte Tuniato, haciendo rigurosísima penitencia todo este tiempo, sustentándose de las yerbas del campo; y en este monte alcanzó de Dios una fuente milagrosa, que dura hasta hoy, y tiene virtud de sanar de todas enfermedades á los que se bañan en sus aguas; y por esto se llaman «los baños de San Felipe.»

9 Fué elegido sumo pontífice Gregorio X, y en sabiéndolo san Felipe, salió de la soledad para visitar su religion: y vinieron á él dos religiosos, uno de Alemania, llamado Gualterio, y otro de Francia, por nombre Juan, enviados de sus provincias, pidiendo al santo general, que las visitase y consolase con su presencia. Partióse á ellas, llevando en su compañía á los padres Sosteno y Hugon, varones de mucha santidad y doctrina, para que le ayudasen en aquellas partes á la obra del Señor. Llegó el santo con sus compañeros á París, donde fué muy estimado de san Luis, rey de Francia, y tuvo con él muy estrecha comunicacion; y con su predicacion y zelo, con que procuraba aficionar á todos á la devocion de nuestra Señora, fué llamado apóstol de la Vírgen. Recibió en su religion muchos varones insignes en letras, y edificó muchos conventos, así de varones, como de santas vírgenes, y viendo su religion muy aumentada, dividió la Francia en seis provincias, y señalando á cada una su provincial, dejó por vicario general de todas á su compañero Sosteno. Pasó con Hugon á Alemania, donde hizo muchos milagros, y dió el hábito de la Vírgen á muchas personas ilustres en nobleza y letras: y despues de haber visitado las dos Alemanias, alta y baja, y con su predicacion y milagros, en ellas fundado conventos de religiosos y de monjas, dispuso colegios y oratorios, para que los seglares que no podian entrar religiosos, tomando el hábito de la Vírgen, tuviesen donde recogerse á la oracion y ejercicios devotos. Era tal la eficacia de la predicacion de san Felipe, que en cualquiera parte donde predicaba, ganaba los corazones de los que le oian, con que convirtió casi innumerables herejes á la fé de Cristo, y pecadores á penitencia, y trajo á su religion mas de diez mil personas fuera de los «terceros,» que fueron en excesivo número.

10 Volvió san Felipe á Italia: y como vacase el arzobispado de Florencia, y hubiese en esta ciudad muchas disensiones, los eclesiásticos y seglares, todos pusieron los ojos en Felipe, pareciéndoles que no podian hallar otro mas digno de aquella dignidad, ni que mejor pudiese con su prudencia y santidad, pacificar los ánimos desavenidos. Pero él hizo tanta resistencia para no ser arzobispo, que fué elegido otro, y él quedó libre de aquel peligro, que temia. Habia muerto Gregorio X, el cual envió á san Felipe á la ciudad de Pistoya á sosegar los bandos célebres y guerras civiles que habia entre los güelfos y gibelinos, y con su predicacion y autoridad los sosegó, y ganó para su religion al capitan de la faccion gibelina, llamado Buenaventura Pregii, que en la religion se llamó Buenaventura Bonacurcio, y fué tanto lo que se adelantó en la perfeccion, y tal la paz de su alma, que en vida le llamaban «bienaventurado.» Sosegó tambien los bandos de Florencia en compañía de Fr. Latino, cardenal legado de la órden de Santo Domingo, y protector de la órden de los Servitas.

11 Estando en Florencia, le escribió el cardenal Otobono, que le llamaba el sumo pontífice, para dar razon de su religion: afligióse el santo, temiendo alguna grave tribulacion para su órden: encomendóse á la Reina de los ángeles, la cual le consoló, y animó á tener paciencia en los trabajos, prometiéndole su favor. Mandó el santo secretamente llamar á algunos priores de los conventos mas vecinos, y á los padres mas ancianos de la religion, para comunicarles el trabajo en que estaban. Teniéndolos juntos, levó las cartas del cardenal Otobono, y de ellas infirieron que el sumo pontífice estaba inclinado á extinguir su religion, quizá por algunas siniestras informaciones, fundándose en el decreto del concilio lateranense, celebrado en tiempo de Inocencio III, en que

mandaron los padres de aquel concilio que no se permitiesen nuevas religiones en la Iglesia. Lloraban los santos padres el peligro que amenazaba á su órden, temiendo que por sus culpas los castigaba Dios, y solamente los alentaba considerar que no habian sido ellos los inventores de aquel instituto, sino la Reina de los ángeles, de quien esperaban que los defenderia, no solo como protectora, mas tambien como fundadora de su religion.

12 Mandó san Felipe que en todos los conventos se ofreciesen á Dios ayunos, oraciones y penitencias, para implorar el favor de Dios y de María santísima: pero muriendo luego el sumo pontífice, cesó esta tribulacion, y poco á poco fué gozando de entera paz la religion de los Siervos de María.

13 Poco tiempo despues á peticion de Rodulfo, emperador, le envió Nicolao III á Alemania para que con su predicacion desterrase las herejías que se habian levantado, y pacificase las guerras civiles que tenian muy afligido el imperio. En este camino, entre Bolonia y Módena, estando el santo á la sombra de un árbol para defenderse de los calores del sol, oyó blasfemar á ciertos hombres que estaban allí con él: reprendiólos de su impiedad; y no bastando, los amenazó con el castigo del cielo sino se enmendaban. Hiciéronse ellos sordos á las palabras de san Felipe: y apartándose él del árbol, bajó al punto fuego del cielo á manera de un torbellino arrebatado, y los convirtió á ellos y al árbol en ceniza. Fué el santo muy bien recibido del emperador, y es increible el fruto que hizo con su predicacion en todo el imperio, desterrando las herejías, sosegando las guerras, y aumentando su religion en conventos y religiosos. Volviendo de Alemania á Italia, entrando con su compañero en una selva, como no pudiesen pasar adelante con el hambre y flaqueza, por no haber comido nada en tres dias, se puso el santo en oracion; y luego oyendo unas voces, sin saber de quién eran, se entraron en seguimiento de ellas mas adentro en la selva, y hallaron pan y agua con que se recrearon, y pudieron proseguir su camino. En Arezzo, ciudad de Toscana, le sucedió otro milagro semejante, no sé en qué tiempo: porque padeciendo sus frailes grande hambre y necesidad, por no tener nada qué comer, el santo los consoló y animó; y haciendo oracion delante de una imágen de la Vírgen, fueron halladas á la puerta del convento dos canastas de pan blanquísimo, traido allí milagrosamente. Antes de descansar de su larga peregrinacion, le envió el papa Martin IV, que ya presidia en la Iglesia, á la ciudad de Forlí, para que la redujese á la obediencia que le habia negado. Predicó el santo á los forlienses, y fué de ellos despreciado, ultrajado y apedreado, y echado de la ciudad, porque hacia las partes del pontífice; pero Dios le dió uno de los principales perseguidores, llamado Peregrino, que entrando en su religion, fué varon santo, y ejemplar de penitencia; y finalmente, con paciencia y perseverancia, con oraciones y exhortaciones, redujo la ciudad de Forlí á la obediencia del sumo pontífice.

14 Concluida felizmente su embajada, quiso el santo volverse á Florencia, y por estar muy fatigado de tan largos caminos, y de sus muchos ayunos, penitencias, trabajos y persecuciones, fué necesario comprarle un jumentillo para poder caminar. Llegando cerca de la ciudad de Todi, en la Toscana, sabiendo los ciudadanos que el santo venia, le salieron á recibir al camino con ramos de oliva y aclamaciones de alegría, con triunfos semejante al de Cristo en la entrada de Jerusalen; mas entendiendo san Felipe la gente que le esperaba, por huir, como verdadero humilde, aquella honra, torció por otro camino, y encontró en él dos rameras, que con mucha desenvoltura, y ninguna vergüenza, llegándose cerca, empezaron á burlarse y reirse del santo y sus compañeros: pero él las habló con tanto espíritu y eficacia, afeándoles su mala vida, y ponderándoles el castigo que les esperaba por ella, que no solo prometieron enmendarse, mas se pusieron en sus manos, rogándole que las enseñase lo que debian hacer para asegurar su salvacion: y el santo las encerró en un monasterio de su órden y las mudó el nombre, llamando á la una Flora, y á la otra Elena, y su órden las celebra como beatas. No pudo huir el santo la honra, que sigue á los que huyen de ella; porque al entrar en Todi, fué recibido con grandes aclamaciones, diciendo á voces los ciudadanos: *Benedictus qui venit in nomine Domini*: Bendito el que viene en el nombre del Señor. Entró en la Iglesia de su convento, acompañado de mucha gente, é hincado de rodillas delante del altar de la Vírgen, despues de un rato de oracion, en voz clara y distinta, que todos lo entendieron, dijo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi: hic habitabo, quoniam elegi eam*: Este es mi descanso por los siglos de los siglos: aquí será mi habitacion, porque la elegí; profetizando, que allí moriria y reposaria su cuerpo en aquella ciudad.

15 Estuvo algunos dias en Todi desarraigando vicios, plantando virtudes con su predicacion y ejemplo, hasta que el dia de la Asuncion de la Vírgen del año de 1285, dia en que cumplia el santo, como su religion, cincuenta y dos años, despues de haber predicado con grande espíritu y fervor, le asaltó una calentura, que fué creciendo hasta el último dia de la octava: y como se sintiese este dia muy apretado, pidió le diesen los santos sacramentos para armarse contra los príncipes de las tinieblas. Rezó despues los salmos penitenciales y las letanías, pidiendo el socorro de los santos; pero llegando á las palabras: *Peccatores, te rogamus, audi nos*, faltándole las fuerzas y sentidos, quedó como muerto. Duróle este parasismo por espacio de tres horas: al cabo de ellas, volviendo en sí, dijo á los circunstantes: Hermanos mios, en gran peligro me he visto: el tentador engañoso, representándome mis culpas, quiso hacerme desesperar; pero el bendito Jesus, y la Reina de los ángeles, que están presentes, desbarataron todas sus trazas y engaños por su

grande piedad y misericordia, y le echaron de mi presencia. Vosotros, hermanos carísimos, guardaos de sus embustes y engaños; porque como él está desterrado de la gloria que Dios nos quiere dar por su infinita clemencia; envidioso, quiere desposeernos de estos bienes. Contra el cual, no hay armas mas fuertes y poderosas que el ayuno, humildad, paciencia, y sobre todo la caridad. Armados con estas armas, venceréis siempre, y nunca seréis vencidos. Lo cual es un ejemplo muy para hacernos temblar á todos; pues un varon tan santo, tan favorecido de Dios, tan regalado de la Reina de los ángeles, despues de tantas virtudes, se halló apretado en la hora de la muerte, por ventura por culpas ligeras; ó si graves, muy lloradas y borradas con la penitencia y santidad de muchos años. Dichas estas palabras, pidió san Felipe un crucifijo, y le adoró con singular reverencia y alegría: luego hizo memoria de los beneficios y favores que habia recibido de Dios, y le dió con humildad las gracias por todos. Hizo tambien una breve memoria de los misterios de la pasion de Cristo y dolores de su santísima Madre, encomendando á sus religiosos que nunca los apartasen de su consideracion; y despues lleno de alegría y júbilos, como el que veia ya acercársele los gozos perdurables, dijo todo el cántico: *Benedictus Dominus Deus Israel, etc.* Y acabado el cántico, dijo el salmo: *In te, Domine, speravi, etc.* Y llegando al fin del salmo, de la manera que pudo, temblando la voz, dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu; y en estas palabras entregó su alma en manos de su Señor y Criador, cantando sus religiosos salmos con lágrimas en los ojos por la pérdida de tal padre; y cantando los ángeles con alegría (porque les iba tal ciudadano) esta antífona propia de este santo: *Euge, serve bone, et fidelis, qui à Virgine super familiam suam fuisti constitutus, intra in gaudia Domini tui*: las cuales voces oyeron los religiosos; y con esta música se les trocó toda la tristeza en indecible alegría. En testimonio de cuán fiel siervo habia sido de María santísima, murió en el dia de la octava de su Asuncion á los 22 de agosto, poco despues de puesto el sol, al tiempo que la ciudad (segun su costumbre) tocaba sus campanas para saludar á la Virgen. Apenas espiró, cuando se llenó todo el convento de suavísima fragrancia, y su rostro entre las tinieblas de la noche despedia grande claridad.

16 Fuera de los milagros que quedan referidos, hizo otros muchos san Felipe en vida y en muerte, de los cuales contarémos aquí brevemente algunos. Una mujer que estaba baldada de piés y manos; con solo tocar el cuerpo de san Felipe, cobró de repente perfecta salud. Llevando á un ciego al sepulcro del santo, alcanzó al punto la vista. Habiendo muerto un lobo á un muchacho en el campo de Todi; encomendándole á san Felipe, le restituyó la vida. Muriósele á una viuda un hijo único que tenia, y con él murió toda su alegría y consuelo: encomendóle á san Felipe con muchas lágrimas, y al punto el muerto se levantó vivo y sano á vista de muchas personas, que habian venido á dar á la madre el pésame por el hijo muerto, y le dieron el parabien por el hijo resucitado: el cual dijo, que habia visto á san Felipe, que le venia á socorrer. Dejo otros muchos milagros, y solo no quiero callar uno muy maravilloso, que nos puede servir de ejemplo para saber la reverencia con que debemos hablar de los santos. Oyendo una mujer incrédula los milagros de san Felipe, empezó á negarlos, y á burlarse de su santidad; y por justo castigo de Dios quedó de repente muda. Reconoció su pecado, y que aquel era castigo de Dios; y postrada á los piés del santo, le pidió perdon, y luego cobró el uso de la lengua, y la empleó toda la vida en alabanzas de san Felipe.

17 Escribió la vida de este santo difusamente en cinco libros Fr. Arcángel Janio, florentino, de su misma órden; y con brevedad Fr. Felipe Ferrando, general de su órden en el Catálogo de los santos de Italia.

SAN SIDONIO APOLINAR, OBISPO Y CONFESOR. —Fué san Sidonio Apolinar de sangre nobilísima y de los mas principales senadores de Francia, y yerno del emperador Avito, prefecto y patricio, y varon de muy alta dignidad, y no menos admirable por su grande ingenio, rara ciencia y excelente elocuencia: en la cual fué muy eminente, y en su tiempo apenas tuvo par, y por eso mereció que le diesen dos coronas, y que en Roma pusiesen su estatua en la plaza del emperador Trajano. Casóse con la hija de Avito, emperador (como dijimos), y vivió en el matrimonio con maravillosa honestidad. Era muy compasivo, y amigo de dar á los pobres todo cuanto tenia, y algunas veces les daba los vasos de plata que habia en casa, á escondidas de su mujer, porque lo sentia, reñia mucho y procuraba rescatar los mismos vasos, dando el precio á los pobres, y volviéndolos á casa.

2 Viviendo aun su mujer, que se llamaba Papianila, y una hija por nombre Roscia, por la muerte de Eparcio, obispo de Albernia, Sidonio Apolinar le sucedió en aquella silla, por voluntad del clero y del pueblo, que conocia sus grandes partes. Sintió mucho su eleccion Sidonio, porque era humildísimo: y escribiendo á san Lupo, obispo de Troya, en Champaña, y pidiéndole el favor de sus oraciones, para cumplir bien con su oficio, le dice estas palabras: «Cargado de una continua carga de pecados, me veo obligado á hacer oracion por los pecados del pueblo, siendo yo tal, que si el pueblo inocente rogase por mí, no mereceria ser oido.» Y en otra epístola se queja, que le era forzoso enseñar antes de haber aprendido, y predicar antes de obrar, y dice: que era como un árbol estéril, que no pudiendo dar fruto, daba hojas. Sobre este fundamento de la humildad edificó el edificio de las virtudes mas dignas de tan santo y vigilante pastor; y de ellas fué muy alabado de los otros santos obispos de su tiempo: y buen argumento es de lo mucho que le estimaban los otros prelados, lo que hicieron con él: porque habiendo de nombrar y elegir obispo bituricense,

que era metropolitano; ellos, y todo el clero y el pueblo, dejaron la eleccion en manos de Sidonio, para que el que nombrase, y nó otro, fuese obispo; y él nombró á Simplicio, varon insigne, el cual fué de todos recibido con suma alegría y contento. No es pequeña prueba de su santidad, y de lo bien que hacia su oficio el ver los trabajos que tuvo, y las persecuciones que padeció en él; porque dos presbíteros de su Iglesia tomaron tan á pechos el afligirle y molestarle, que le quitaron la potestad de administrar las cosas de la Iglesia, y le daban de comer parca y tasadamente, y le vedaron entrar en la iglesia, y se concertaron los dos, que si entraba en ella á la noche á oir maitines, le sacasen por fuerza y echasen de ella, y uno de ellos, oyendo tocar á maitines, se levantó con gran furia y rabia para ejecutar lo que los dos habian concertado; mas el Señor tomó la mano, y en una necesidad que le sobrevino al pobre clérigo, echó las entrañas, y allí espiró, y fué á dar cuenta al justo Juez, de lo que habia hecho y maquinado contra su siervo. Con este castigo de Dios fué restituida á san Sidonio la libre administracion de su Iglesia, á la cual y á toda su ciudad hizo nuestro Señor grandes mercedes por las oraciones y merecimientos de su santo pastor; porque pretendiendo Eburico, rey godo, muchas veces tomar aquella ciudad, el santo obispo la defendió con sus continuas plegarias y lágrimas, y con las letanías y procesiones que mandó hacer á todo el pueblo, y con las cartas que escribió á san Mamerto, obispo de Viena, que habia instituido las procesiones de las rogaciones, para que él tambien por su parte los ayudase y favoreciese en aquel peligro, como lo hizo, y el Señor oyó las oraciones de estos santos obispos, y defendió la ciudad por su intercesion. Mas ejercitando tan escogidamente el santo prelado su oficio de pastor, dióle una calentura mortal: y él entendiendo que lo era, se mandó llevar á la iglesia, y estando en ella, acudió á verle y reverenciarle todo el pueblo, niños y viejos, hombres y mujeres, llorando y clamando: ¿Por qué nos dejas, ó santo pastor? Y él respondió: No temais, ó pueblo mio; porque mi hermano Arpúnculo vive, y será vuestro sacerdote y pastor.

3 Pasó á mejor vida el santo, y el otro presbítero de los dos, que le habian perseguido, viéndole muerto se entregó de los bienes de la Iglesia, y se comenzó á tratar como obispo, y á decir, que en fin Dios habia conocido sus méritos, y que era mejor que Sidonio, pues le habia dado aquella potestad; y esto con tanta hinchazon, que no cabia en toda la ciudad, y para mejor celebrar su nueva dignidad, el domingo siguiente despues del tránsito del santo obispo, hizo aparejar un espléndido banquete, y convidó á él todo lo bueno de la ciudad. Sentóse en la cabecera de la mesa, como cabeza y señor de todos: y estando muy alegre y regocijado, y queriendo beber, el que le daba la copa, le dijo: Señor mio, yo he visto un sueño, que si me dais licencia, le diré aquí. Esta noche pasada ví en sueños una casa que resplandecia con inmensa claridad: en ella estaba el juez sentado en su trono examinando con verdadero juicio las causas de todos: entre la muchedumbre de la otra gente ví al obispo Sidonio con el otro sacerdote, tu amigo, que pocos dias antes murió: éste parece que tenia no sé qué pleito y contienda con Sidonio: pero fué convencido, y por mandado del juez echado en un estrecho y oscuro calabozo. Despues que quitaron de allí á aquel sacerdote, Sidonio te acusó como compañero en la maldad, por la cual el otro habia sido condenado, y entonces el juez mandó buscar alguno que te citase y mandase parecer delante de su tribunal. Yo temblando me escondí, temiendo que no me mandase á mí hacer este oficio: pero poco á poco se fueron los demás, y quedé yo solo: y así me fué mandado por el severo juez que te dijese de su parte que, atento que Sidonio tan terriblemente te acusaba, es justo que tú comparezcas y estés á juicio: y mandómelo el juez tan severamente, que me amenazó de muerte, si no te lo intimaba de su parte. Oyendo estas palabras el clérigo, y teniendo la copa en la mano para beber, quedó helado; y luego allí de repente acabó su triste vida: para que se entienda que el Señor, aunque permita que sus siervos sean afligidos, no deja de coronar la paciencia de ellos, y castigar la insolencia y atrevimiento de los que los afligen.

4 Cuando san Sidonio dijo que le habia de suceder en el obispado Arpúnculo, los que estaban presentes no le entendieron; antes pensaron que estaba trasportado, y como fuera de sí: porque Arpúnculo era obispo de la ciudad de Langres; pero nuestro Señor, que habia revelado á Sidonio quién habia de suceder en aquella silla, permitió que los borgoñones tuviesen sospecha de Arpúnculo, y determinaron matarle: y sabiéndolo el santo obispo huyó una noche descolgándose por los muros de la ciudad, y vino á Albernia, en tiempo que no habia obispo, y allí sucedió á Sidonio conforme á su profecía, y fué el undécimo obispo de aquella Iglesia.

5 La vida de san Sidonio Apolinar escribió Gregorio Turonense en su Historia de Francia, lib. v, cap. 20, y adelante: trácla el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hace de él mencion el Martirologio romano á los 23 de agosto, y Genadio *De viris illust. cap.* 92, y Molano en las adiciones á Usuardo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y mas copiosamente en el sexto tomo de sus Anales. Vivió en tiempo de los emperadores Leon y Zenon, y dejó muchas obras escritas en prosa y en verso, de grande piedad y erudicion, que las refiere Tritemio en su libro de los Escritores eclesiásticos.

* Los santos Claudio, Asterio, y Neon, y las santas Domnina y Teonila, mártires.—Vivian estos santos en la ciudad de Egea, en Cilicia, haciendo vida pública de cristianos. Claudio, Asterio y Neon, eran hermanos, y fueron acusados de enemigos de los dioses, por su madrastra, cuyo principal objeto con aquella accion, era el apoderarse de los bienes de sus hijastros. Al mismo tiempo fueron presas, y tambien conducidas á la cárcel, dos mujeres de la misma ciudad, llama-

das Domnina y Teonila, y á todos se les dijo que esperarian allí la llegada de Lisias, procónsul de Cilicia. Llegado éste á Egea, mandó que le fuesen presentados los cristianos detenidos, y habiéndoles interrogado sucesivamente, los cinco santos se mostraron constantes en la confesion de su fé. El procónsul ensayó vencer su constancia, primero por medio de halagos y promesas, y despues probándolos con varios y prolongados suplicios, pero viendo que nada era capaz de apartarlos de su primer propósito, les condenó á muerte, y los cinco perdieron la cabeza en un mismo lugar y en igual dia, que fué el 23 de agosto del año 285. Sus cuerpos fueron despues arrojados al mar, para que los fieles no les diesen sepultura y veneracion.

San Teonas, obispo y confesor.—Fué colocado en la silla patriarcal de Alejandría, el año 282, y la gobernó por espacio de diez y nueve años. Por su sabiduría y santidad, fué el mas bello ornamento de su Iglesia, floreciente entonces en gran número de personajes distinguidos. Escribió una célebre instruccion en forma epistolar, en la cual trazaba las reglas de la conducta que debian guardar los cristianos que vivian en la corte de los emperadores, y la dirigió á Luciano, primer chambelan de Diocleciano. El santo obispo, murió en Alejandría, el 23 de agosto del año 300.

San Timoteo y san Apolinario, mártires.—Estando el primero predicando la fé en Rheims, fué arrestado y conducido á la presencia del juez, que le hizo sufrir varios tormentos. El espectáculo de su constancia, y de los milagros que obró, convirtió á Apolinario, uno de sus verdugos, y á muchas otras personas. Todas estas fueron conducidas á la cárcel, en ella recibieron el bautismo por la noche, y fueron decapitados al dia siguiente, que era el 22 de agosto. San Timoteo y san Apolinario, lo fueron al otro dia, 23, recibiendo la corona del martirio. Algun tiempo despues, levantóse en el mismo lugar de su suplicio una iglesia bajo su invocacion: en ella se guardaban sus santas reliquias, y se obraban muchos milagros. En tiempo de Cárlo Magno, estas reliquias fueron trasladadas al centro de la ciudad de Rheims, donde se habia edificado para este objeto un templo mas suntuoso y mas capaz para contener la multitud de devotos que á él acudian.

San Zaqueo, obispo y confesor.—Era judío de nacimiento, y fué elevado á la silla patriarcal de Jerusalen, siendo su cuarto obispo. Su pontificado duró muy corto tiempo, aunque fué resplandeciente en virtudes, y el santo murió en el año 110 de Jesucristo.

Los santos Restituto, Donato, Valeriano, y Fructuosa, con otros doce compañeros, mártires.—Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Alejandria, en los primeros años del siglo IV, y sus nombres se hallan en los mas antiguos Martirologios con estas palabras: «Fueron coronados con una muy esclarecida confesion de la fé.»

Los santos Quiriaco, Máximo, Arquelao, y otros compañeros, mártires.—El primero era obispo, el segundo presbítero, y el tercero diácono, y todos vivian en Ostia, en cuya ciudad manifestaban la virtud de Dios curando los enfermos, sanando á los poseidos. Quiriaco y Arquelao fueron un dia á visitar en la cárcel á Censorino, criado del prefecto Ulpiano, que estaba preso, y á la vista de los santos cayeron las cadenas, y el preso quedó libre, con cuyo milagro se convirtieron á la religion todos los centinelas y custodios de la cárcel. Todos fueron luego instruidos y bautizados. Sabido esto por el prefecto, mandó prenderlos á todos, y fueron atormentados con diversos suplicios, de los cuales murieron. San Quiriaco fué degollado dentro de la misma cárcel, y siguió á los demás en la palma del martirio. Su muerte está colocada por Baronio bajo el reinado del emperador Probo, por los años de 235.

San Minervo y san Eleázaro, con otros ocho mártires.—Los ocho mártires, cuyos nombres no se expresan, eran hijos de san Eleázaro. Murieron durante una de las mas crueles persecuciones contra la Iglesia, en Lyon de Francia, al principio del siglo III.

San Lope, mártir.—Ignórase de donde era, y en qué tiempo padeció por la fé; y solo se sabe que era esclavo de un cristiano que despues murió mártir, el cual le convirtió á la religion cristiana, y le dió la libertad. Surio dice que floreció en Tesalónica, cuya ciudad fué testigo de la multitud de milagros que Lope obraba con el contacto de una porcion de sangre del santo mártir á quien habia servido, y que murió tambien degollado en tiempo del emperador Maximiano.

San Víctor, obispo y confesor.—Floreció en Utica, ciudad de Africa, en tiempo de los vándalos, cuyos malos tratos sufrió con una resignacion admirable. Por sus oraciones y continuos desvelos, conservó á su rebaño siempre libre del contagio de la herejía de aquellos tiempos, y murió en paz, despues de un pontificado ilustre en toda clase de virtudes.

San Flaviano, obispo.—Fué insigne propagador de la fé en todas las Galias, y obispo de Autun. Por su sabiduría y virtudes, mereció ser llamado el oráculo de su tiempo, y una de las mas ilustres lumbreras de la Iglesia. Congregó un concilio en Orleans, que regularizó la disciplina, y murió santamente en el siglo VII.

Dia 24.

San Bartolomé, apóstol.—Con mucha razon se queja san Juan Crisóstomo, que no sepamos muy particularmente las hazañas y hechos memorables de algunos de los apóstoles, que fueron aquellos dichosos pregoneros y embajadores celestiales, que Dios envió para alumbrar y conquistar al mundo, y sujetarle al yugo del sagrado Evangelio; y así dice: «Pluguiera á Dios que tuviéramos quién nos hubiera con gran diligencia escrito la historia de los sagrados apóstoles, y nos hubiera explicado, no solamente lo que escribieron y lo que hablaron, sino lo que hicieron en toda su vida: cuándo comian, y cuándo estaban sentados: adónde fueron: qué hicieron cada dia; y en qué

partes del mundo vivieron: en qué casas entraron: á qué puertos llegaron; y todas sus cosas grandes y pequeñas nos las refiriera. Porque si muchas veces nos recreamos, considerando los lugares en que estuvieron sentados ó presos, y con sola su vista nos despertamos, y encendemos en la virtud; con mayor ahinco y estudio lo haríamos, si supiésemos las palabras que dijeron, y las maravillas que obraron. Y pues un amigo suele preguntar de su amigo, dónde está, adónde va, y lo que hace; mas justamente lo deberíamos hacer nosotros cuando tratamos de los maestros y predicadores de todo el mundo. » Esto es de san Juan Crisóstomo. Pero así como estos gloriosos y fortísimos capitanes del Señor padecieron y trabajaron mas que todos en la conversion del mundo; así de algunos de ellos sabemos muy poco, que sea cierto, averiguado y seguro: y en las historias de sus vidas y martirios se han mezclado cosas inciertas y apócrifas. Uno de estos es el bienaventurado san Bartolomé, nombrado por san Mateo en el sexto lugar del catálogo que hace de los apóstoles: el cual fué Galileo, y como dice Josefo, alegado por el Metafraste, fué pescador, como tambien lo fueron los otros apóstoles. No se sabe cosa cierta, de cuándo, ó cómo fué llamado san Bartolomé del Señor, y comenzó á ser su discípulo: lo que se sabe, es, que al tiempo que los apóstoles dividieron entre sí las provincias del mundo para predicar el Evangelio, cupo á san Bartolomé Licaonia, que es parte de Capadocia, provincia de la Asia, donde predicó, y convirtió mucha gente á la fé de Jesucristo nuestro Salvador, como dice san Juan Crisóstomo: de allí (llevando consigo el evangelio de san Mateo) pasó á la India citerior, como lo escriben Orígenes, Eusebio, san Gerónimo, Sócrates, Niceforo, y Fortunato; despues entró en la mayor Armenia, donde fué coronado de martirio, como lo dice Sofronio, en lo que añadió al libro de los Escritores eclesiásticos de san Gerónimo. En la manera en que murió, hay entre los autores mucha variedad. Hipólito escribe que fué crucificado la cabeza abajo; y el Metafraste y Niceforo afirman tambien que fué crucificado: san Ambrosio y san Isidoro, y los libros antiguos de las Vidas de los santos, y la misma tradicion de la Iglesia, dicen que fué desollado; y esto es lo que parece mas cierto, y sacado de los santos y graves autores. Pero el libro que anda impreso con nombre de Abdías Babilónico, discípulo de los apóstoles, cuenta lo que sucedió al glorioso apóstol san Bartolomé en una ciudad, y la causa y modo de su martirio, y lo mismo casi refieren san Antonino, el obispo Equilino, Benedicto Perionio, y otros autores, que por ser tantos, lo quiero referir aquí.

2 Habia en una ciudad principal de Armenia un templo, donde era adorado cierto ídolo, llamado Astaroth: estaban allí muchos enfermos, esperando que los sanase aquel demonio, el cual era astutísimo, y permitiéndolo el Señor por sus pecados, engañaba aquella miserable gente, prometiéndoles salud, que no la podia dar. Cegaba á unos: mancaba á otros: ponialos impedimentos en sus miembros; y atormentábalos con dolores, para que despues trayéndolos á su presencia en aquel templo, y quitándoles aquellos ocultos impedimentos, que él mismo les habia puesto, y las enfermedades que les habia dado, pareciesen sanos por su mano. A otros, usando de remedios naturales y medicinas secretas, sanaba por algun breve tiempo de sus enfermedades, que él no habia causado: aunque poco despues tornaban al mismo trabajo, y á sus primeras enfermedades. A otros se los dejaba enfermos, como los hallaba, dando á entender que por culpa de ellos no los sanaba. Sin estos embustes, que hacia este demonio, daba oráculos, y respondia á los que le preguntaban de las cosas que habian de suceder: y unas veces acertaba y las mas mentia; aunque siempre daba sus respuestas tan equívocas y dudosas que no se pudiesen tachar, ni faltar color á sus mentiras. Entrando, pues, el santo apóstol Bartolomé en el templo de Astaroth, luego enmudeció el demonio, y no curó mas enfermo alguno: y como esto fuese á la larga, los sacerdotes de Astaroth acordaron de consultar otro demonio, llamado Berith, que era adorado en una ciudad allí cerca. Preguntado Berith, porqué Astaroth no hablaba; respondió, que porque Bartolomé, apóstol del verdadero Dios, habia entrado en aquella ciudad y templo, y le tenia encadenado con cadenas de fuego: y declaróles quién era Bartolomé, y á qué habia venido, y dióles las señales para conocerle, que era un hombre que tenia los cabellos negros y crespos, el rostro blanco, los ojos grandes, las narices iguales y derechas, la barba larga y entrecana, la estatura mediana, los vestidos blancos, y que no se le envejecian: porque en veinte y seis años no los habia mudado. Cien veces, dijo, hace oracion en el dia, y otras tantas en la noche. Tiene voz, como de trompeta: anda acompañado de ángeles: muestra siempre su rostro alegre: habla todas las lenguas; y sabe todo lo que pasa, aunque esté ausente: y lo que ahora estoy diciendo, no se le esconde; y si él quiere esconderse, no le hallaréis. Con esta informacion los sacerdotes anduvieron muy solícitos tres dias buscando al santo apóstol, sin poderle descubrir, hasta que habiendo echado un demonio de un hombre, se comenzó á divulgar y extender por la ciudad la fama de san Bartolomé. Llegó á los oidos del rey Polimio, que tenia una hija lunática, y muy enferma, á la cual el demonio Astaroth no habia podido curar, antes otro demonio se habia apoderado de ella, de manera que era necesario tenerla á tiempos atada con cadenas, para que no mordiese como perro rabioso, y despedazase todo lo que le venia á las manos. Mandó llamar el rey al santo apóstol, para que curase á su hija, y curóla con grandísima facilidad. Envióle despues el rey un rico presente, en señal de agradecimiento; y los criados que le llevaban, nunca le pudieron hallar, y así se volvieron con el presente al rey: el cual despues estando de noche solo en su aposento, y las puertas cerradas, vió á san Bartolomé, que le declaró que la causa de su venida á aquella tierra no era por tesoros, ni riquezas, ni

joyas, sino por la salvacion de su alma, y remedio de su gente: y le dió noticia de Jesucristo nuestro Redentor, de su venida al mundo, vida, muerte, y resurreccion, y milagros, y como estaba sentado á la diestra del Padre eterno, y habia de venir á juzgar los vivos y los muertos; y todo lo demás que era menester para alumbrarle é instruirlo en lo que habia de creer y obrar para ser salvo. Y para que estuviese mas cierto y seguro de la verdad que le predicaba, se ofreció el sagrado apóstol de hacer que el mismo demonio Astaroth, que ellos engañados adoraban, y tenian por verdadero Dios, confesase sus mentiras y engaños, con los cuales traia embaucado y perdido el pueblo: y así estando el rey presente en el templo, y los sacerdotes, y mucha gente que habia concurrido á ver este espectáculo; el demonio, por mandado de san Bartolomé, confesó y declaró los embustes y artificios que solia usar, y que él no era Dios, antes estaba atado con cadenas de fuego por los ángeles del verdadero Dios, cuyo Hijo era Jesucristo: el cual por los pecados de los hombres habia muerto en una cruz, y enviado sus predicadores por todo el mundo, y que Bartolomé era uno de ellos. Con esto el rey, y todos los presentes, quedaron admirados y confusos, y con intento de recibir la fé de Jesucristo: y como corridos y afrentados de la burla que habia hecho de ellos aquel demonio, echaron sogas á la estatúa, y la derribaron en tierra; y luego aparecieron por las paredes del templo muchas cruces hechas por ministerio de ángeles. Y para que se confirmasen mas en la verdad que habian oido del apóstol, quiso nuestro Señor que viesen salir de aquel ídolo al demonio en figura de un hombrecillo negro, con el rostro prolongado, la barba larga, los ojos centelleando como fuego, y las narices echando un humo negro y hediondo, y cercado por todas partes de cadenas de fuego. Quedó el rey, y la reina, y sus hijos, como atónitos y asombrados de tan horrible y espantosa figura: mandó el apóstol que desapareciese, y se fuese al desierto, donde ninguno mas le viese; y el demonio le obedeció. Con esto se bautizó el rey, y su casa, y doce ciudades de su reino: á las cuales predicó el santo apóstol, andando de unas partes á otras con gran solicitud, y alumbrando con los resplandores de su evangélica doctrina á todos, y confirmándolos con los grandes milagros que hacia. Sanaba los enfermos: lanzaba los demonios; y sacaba del cautiverio de Satanás aquellas pobres almas, que el Señor habia comprado con su preciosa sangre. Hizo muchos discípulos, é instruyóles mas particularmente en los misterios de nuestra santa fé, y comunicó á aquella gente el evangelio de san Mateo, que (como dijimos) habia llevado consigo, y traducido en su lengua de ellos.

3 No pudo el demonio sufrir que creciese tanto la religion cristiana, y se amplificase la gloria del Señor: movió á los sacerdotes de los ídolos, que se vengasen de san Bartolomé, como destruidor de sus templos, y asolador de sus altares, y ruina del culto de sus dioses, y de sus casas y familias, á quienes habia quitado sus ganancias y aprovechamientos. Los sacerdotes incitaron á Astiages, hermano del rey Polimio, que reinaba en otra provincia comarcana, para que mandase traer delante de sí al santo apóstol, y le castigase: y habiendo pasado algunas razones con el santo, encendido de saña por lo que habia oido á los sacerdotes; y mucho mas, porque hablando con el apóstol, un ídolo, que tenia en el templo principal de su ciudad, habia caido en tierra y héchose pedazos, le mandó herir con varas de hierro: y despues de haberle atormentado de esta manera, desollarle vivo; y como aun viviese, cortarle la cabeza. Los cristianos, y el mismo rey Polimio, tomaron su sagrado cuerpo, y le enterraron con gran solemnidad; y de allí á treinta dias el rey Astiages, y los sacerdotes, que habian sido en su muerte atormentados de los demonios, acabaron su miserable vida, y comenzaron la muerte eterna del infierno: y con esto quedaron atemorizados los gentiles, y muchos se convirtieron á la fé: y por divina revelacion, el mismo rey Polimio fué consagrado obispo, y lo fué veinte años, y creció mucho aquella cristiandad. Todo esto es de Abdías Babilónico, y de los demás autores que he dicho; y es lo que comunmente está recibido.

4 Andando el tiempo, como los gentiles viesen que de todas partes concurrian los cristianos á reverenciar las reliquias del sagrado apóstol, escribe Gregorio Turonense, que tomaron en una arca de plomo el cuerpo del santo, y le echaron en el mar, diciendo: Ya de hoy mas no engañarás al pueblo. Pero la majestad de Dios, que es Señor del mar, de la tierra, y honrador de sus santos, guió aquel precioso tesoro, y le llevó en su arca á la isla de Lipari, cerca de Sicilia, donde por divina revelacion fué recibido de los cristianos, y se le edificó un templo, del cual fué trasladado á Benavento, ciudad del reino de Nápoles: y en tiempo de Oton, emperador, el II de este nombre, y de Gregorio V, sumo pontífice, fué otra vez trasladado á Roma el año del Señor de 983, y colocado en una iglesia que se fundó de su nombre, en una isla que hace en la misma ciudad el rio Tiber. Allí está hoy dia su sagrado cuerpo, y es tenido en grande veneracion, y frecuentado su cuerpo, especialmente el dia de su fiesta, y los ocho dias siguientes. De san Bartolomé se ha de advertir que algunos lo quieren hacer siro de nacion, y de sangre real: lo cual no tiene alguna probabilidad, porque todos los apóstoles fueron galileos, como se saca de los Actos de los apóstoles, y san Bartolomé fué pescador, como se dijo arriba. Tambien otros dicen que san Bartolomé fué aquel Natanael, de quien se hace mencion en el primer capítulo de san Juan, y de quien el Señor dijo: «Este es el verdadero israelita, en el cual no hay engaño:» pero san Agustin y san Gregorio dicen, que Natanael no fué escogido por apóstol; porque era doctor de la ley, y el Señor queria que sus apóstoles fuesen gente pobre, vil, y despreciada en los ojos del mundo. Tambien se ha de advertir que en Roma se celebra la festividad de san Bartolomé á los 25 de agosto, y fuera de ella comun-

mente á los 24, y así la ponen en sus Martirologios, Beda, Usuardo y Adon. La razon de esto, dicen algunos que fué querer la Iglesia romana celebrar el dia en que fué degollado, y en que murió: y las otras Iglesias, el dia en que fué desollado vivo, y padeció aquel cruelísimo tormento. Pero lo mas cierto es, que las otras Iglesias hacen fiesta de san Bartolomé á los 24 de agosto, que es el dia en que murió: y la Iglesia romana el dia de la traslacion de sus reliquias, que fué á los 25 de agosto, como lo notó el cardenal Baronio; y el papa Inocencio III, mandó que en esto se guardase la costumbre de cada tierra. Entre los otros autores que hacen mencion de san Bartolomé, que son muchos y gravísimos, es el uno el divino Dionisio Areopagita, discípulo del apóstol san Pablo: el cual en el libro de la Mística Teología, escribiendo á san Timoteo, obispo de Efeso, y condiscípulo suyo, le dice, que el bienaventurado san Bartolomé, alumbrado con la luz sobrenatural del cielo, dijo: «Que la sagrada teología era grande y pequeña, y el Evangelio ancho y grande: y por otra parte breve y conciso;» y alaba mucho esta sentencia. Un evangelio andaba con nombre de san Bartolomé, que Gelasio, papa, da por apócrifo, como los de los otros apóstoles (fuera de los cuatro evangelios recibidos de toda la Iglesia católica), que siguieron los herejes, y usaban mal de ellos.

* El martirio de trecientos santos. — Por los años de 258, durante la persecucion del emperador Valeriano, el procónsul de Africa fué de Cartago á Utica, y mandó que compareciesen á su presencia todos los cristianos detenidos en las cárceles de esta última ciudad. Dispuso entre tanto que encendiesen un grande horno de cal, junto al cual mandó colocar un altar con sal y el hígado de un cochino para sacrificar ú ofrecer á los ídolos. En seguida dirigió á los cristianos estas palabras: U ofreced á Júpiter incienso y oblacion sobre ese altar, ó seréis echados en el horno de cal. Llenos de santo valor aquellos ilustres confesores contestaron que antes moririan mil veces, que hacer traicion á su Dios, y al momento fueron precipitados en el horno, donde les consumió el fuego, y sus almas volaron al cielo. Despues los fieles recogieron sus cenizas, y como estaban mezcladas con cal, las llamaron la «masa blanca de los santos.»

San Audoeno, obispo y confesor. — Era hijo de Authaire, señor francés, establecido en el territorio de Brie, y recomendable por sus virtudes. Audoeno y su hermano, llamado Adon, recibieron en su infancia las bendiciones de san Columbano, que fué á visitar á su padre, y cuando estuvieron mas adelantados en edad, entraron al servicio del rey Clotario II. En la corte de este príncipe encontraron á san Eloy, con quien estrecharon íntima amistad. Poco tiempo los dos hermanos se disgustaron del mundo, y resolvieron consagrarse al servicio de Dios. Adon fundó un monasterio cerca del Marne que tomó despues la regla de San Benito. Audoeno que habia merecido gran favor de los reyes Clotario II y Dagoberto I, obtuvo de éste último un terreno situado en los bosques de Brie, y en él fundó en el año 636 este monasterio. Era todavía lego, y ya los prelados le consultaban sobre los negocios importantes de sus Iglesias. En 640 fué elegido obispo de Ruan y consagrado en Rheims, y desde entonces sus virtudes brillaron extraordinariamente sobre toda la Iglesia de Francia. Renunciando á toda la pompa mundana, juntaba á una humildad profunda la práctica de la mortificacion y de abundantísimas limosnas. Su zelo era infatigable, y se hacia todo de todos por medio de su paciencia y su afabilidad. Su principal conato era desterrar los abusos del clero y restablecer la disciplina. El rey Tierry III le encargó muchas comisiones importantes y le escogió por mediador entre diferentes provincias que estaban en peligrosa rivalidad. Una vez que iba á ver al rey para darle cuenta del desempeño de un negocio que le habia confiado, cayó enfermo en el castillo de Clichi, cerca de París, y murió el dia 24 de agosto del año 683, el cuarenta y tres de su episcopado. Su cuerpo fué trasladado á Ruan y enterrado en la iglesia de San Pedro, donde se venera.

San Eutiquio, confesor. — Fué discípulo de san Juan Evangelista, y su compañero en los trabajos del apostolado. Predicó el Evangelio en varias provincias, sufriendo en ellas prisiones, azotes y otros padecimientos. Al fin, retirado en Grecia, y viviendo como un santo, murió en la paz de Dios, durante el siglo II.

San Tolomeo, obispo y mártir. — Fué discípulo y amigo del apóstol san Pedro, que lo consagró obispo y lo envió á predicar la religion cristiana á Toscana, cuyas regiones dispertó del letargo de la idolatría. Su vida fué la de un apóstol, y despues de haber hecho considerables conquistas para el Evangelio, murió mártir en Nepi á fines del siglo I.

San Tacion, mártir. — Era de Mantinea en Isauria y profesaba la fé cristiana. Habiéndola confesado públicamente en tiempo del emperador Diocleciano, fué preso por el presidente Urbano, y no queriendo ofrecer incienso á los ídolos, fué degollado á las puertas de la misma ciudad.

Santa Aurea, vírgen y mártir. — Fué de familia imperial, nacida en Ostia, y cristiana desde la infancia. Cuando el emperador Claudio expidió sus edictos contra los fieles, Aurea fué presa y conducida á la cárcel, en la cual permaneció encerrada siete dias sin comer ni beber nada absolutamente. Despues de este tiempo, lleváronla al tribunal del emperador, que la interrogó y procuró persuadirla primero con halagos y promesas, y luego con amenazas, á que volviese á la religion de sus padres y adorase á los dioses. Contestó la santa con varonil esfuerzo: Yo tengo á Jesucristo por esposo, y nadie en este mundo podrá separarme de su amor y caridad. Desprecio vuestros dioses tan torpes y tan crueles como sus adoradores. Furioso Claudio con estas palabras, mandó que la desnudasen allí mismo y que la azotasen hasta que el suelo se regase con su sangre. Despues salió desterrada á un lugar no muy distante, donde habia ya otros cristianos. Aquí vivió la santa por mucho



tiempo, obrando gran multitud de maravillas, el santo niño, como era dócil y bien inclinado, to-
hasta que, presa segunda vez por órden del

tiempo, obrando gran multitud de maravillas, hasta que, presa segunda vez por órden del tirano, fué atrozmente martirizada y por fin recibió el premio eterno siendo arrojada al mar con una gran piedra atada al cuello. Su cuerpo salió el dia siguiente á la orilla y fué sepultado por el obispo san Nono.

SAN ROMAN, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué convertido á la religion cristiana por san Tolomeo y consagrado obispo de Nepi por el mismo santo, que habia sido enviado á Toscana por el príncipe de los apóstoles. Despues de haber trabajado con un ardor infatigable en la propagacion del Evangelio, selló su apostolado con su sangre, en el mismo siglo I.

SAN PATRICIO, ABAD.—Nació en Auvernia, de noble cuna, cuyas ventajas y riquezas abandonó para consagrarse á Dios en la soledad. Primero pasó algunos años en un monasterio; pero despues, deseando mas recogimiento y abstraccion del mundo, se retiró á un desierto de Nevers con dos íntimos amigos suyos. Los tres pasaron allí el resto de sus dias, glorificando á Dios en todas sus acciones, hasta que Patricio fué llamado á la Jerusalen celestial el año 562, siendo ilustre en portentos antes y despues de su muerte.

SAN JORGE LIMNIOTA, MONJE Y MÁRTIR.—Vivia en el monte Olimpo con gran santidad de vida. Un dia tuvo que salir de su monasterio, y habiendo encontrado al emperador Leon Isauro que habia mandado ya perseguir y destruir las santas imágenes, le reprendió por su impiedad. El emperador al verse insultado por aquel anciano, lo hizo prender, y dispuso que lo azotasen, que le cortasen las narices y las manos, que le quemasen la cabeza, con otra porcion de suplicios, hasta que al fin, cediendo á la violencia de los dolores, murió coronado por Jesucristo, á la edad de noventa y cinco años, el de 735.

Dia 25.

SAN LUIS, REY DE FRANCIA, CONFESOR.—San Luis, rey de Francia, IX de este nombre, espejo de reyes, y gloria y ornamento de la corona de Francia, fué hijo de Luis VIII, rey asimismo de Francia, y de doña Blanca, hija de don Alonso el VIII rey de Castilla, el que venció al Miramamolin en las Navas de Tolosa. Fué su padre varon muy casto, y de quien se escribe que nunca conoció otra mujer, sino la suya, y tan zeloso de la fé católica, y tan obediente á la sede apostólica, que por su respeto hizo guerra á los herejes albigenses: y habiendo alcanzado victoria de ellos, fué nuestro Señor servido de llevarle para sí, dejando á su hijo san Luis de edad de doce años, debajo de la tutela de la reina doña Blanca, su madre, á quien quedó tambien encargado el gobierno del reino. Era la reina muy santa y valerosa princesa, y deseando que su hijo fundase la grandeza y seguridad de su reino en la piedad y temor santo del Señor; la primera cosa que procuró, fué darle por maestro un varon santo y sabio, que le instruyese en buenas letras y loables costumbres: y el santo niño, como era dócil y bien inclinado, tomaba fácilmente todos los consejos que le daban de virtud. Ayudábale tambien mucho para esto el trato y comunicacion que tenia con los religiosos de Santo Domingo y San Francisco, que poco antes habia enviado Dios al mundo para repararle; y comenzaban á florecer en el reino de Francia, y atraer los corazones de aquel reino, con el olor suavísimo y ejemplo admirable de su santa vida. Pero ninguna cosa (despues de la gracia del Señor) le ayudó tanto para guardarse de todo pecado grave, como las palabras que su santa madre continuamente le repetia: Hijo (le decia), antes querria verte muerto delante de mis ojos, que con algun pecado mortal, y en desgracia de Dios: las cuales palabras de tal manera se le asentaron y estamparon en el corazon, que se tiene por cierto que en toda su vida no cometió pecado mortal, ni ofensa grave contra la soberana majestad del Señor. Siendo ya de edad de diez y nueve años, por consejo de su madre, y de los grandes de su reino, tomó por mujer á Margarita, hija del conde de Provenza, y de ella tuvo cuatro hijos, Luis, Felipe, Juan y Pedro, á los cuales con palabras, y mucho mas con ejemplos, enseñaba el temor de Dios, el menosprecio del mundo, y conocimiento de sí mismos, y que huyesen de todo pecado mortal, mas que de la muerte. El viernes particularmente los exhortaba á abstenerse de algunos regalos; pues en aquel dia Cristo nuestro Salvador habia padecido tan amargos y acerbos tormentos por nuestra salud. Admirables, raras y excelentes fueron todas las virtudes de este santo rey, y en cada una de ellas se esmeró tanto como si tuviera aquella sola. Fué obedientísimo á la reina doña Blanca, su madre, no solo el tiempo que fué niño y mozo, sino todo el resto de su vida: tanto, que un poeta satírico de aquel tiempo en sus versos por escarnio decia de él, que no se atrevia á hacer cosa, si su madre no se lo mandaba. Fué hombre de mucha abstinencia y penitencia. Traia de ordinario á raíz de las carnes un cilicio: y cuando lo dejaba por mandárselo su confesor (al cual era muy obediente), era con condicion de que aquel dia se repartiesen á los pobres cuarenta sueldos por mano del mismo confesor. Ayunaba todos los viernes; y en los de adviento y cuaresma, no comia fruta, ni pescado: era muy humilde y misericordiosísimo para con los pobres. Los sábados encerraba en un lugar secreto algunos pobres; y él con sus propias manos les lavaba los piés, y se los enjugaba y besaba, y despues les lavaba tambien las manos, y daba á cada uno su limosna: y los dias de fiesta y las vigilias, antes que él comiese, daba por sus manos de comer á doscientos pobres: y cada dia en su palacio se daba de comer á ciento y veinte. Siempre que comia ó cenaba, tenia á su mesa tres viejos pobres, y les daba de los platos que á él le servian: y algunas veces era tan grande su devocion, que comia sin asco lo que ellos habian dejado. Ibanle á la mano algunos hombres prudentes del siglo, pareciéndoles que se apocaba demasiadamente, y que aquella humilde bajeza no decia bien con la

grandeza y majestad de su estado: mas el santo decia, que en los pobres reverenciaba á Cristo, el cual habia dicho: «Lo que á uno de estos hicistes, á mí lo hicistes:» y añadia que los pobres compraban el cielo con la paciencia en los trabajos, y los ricos con la limosna, y con imitarlos, y tenerlos como miembros de Jesucristo. Y aunque abrazaba á todos los pobres con su caridad, y á todos hacia limosna; especialmente, y con mas liberalidad la daba á las personas religiosas que se empleaban en propagar la gloria de Dios, y aprovechar á las almas; pareciéndole que eran mas gratas á Dios, y mas debidas á los tales pobres, y mas provechosas para toda la Iglesia, en cuyo servicio los religiosos se empleaban. El vestido que traia era muy modesto y humilde, y sin curiosidad, especialmente despues que volvió de la jornada ultramarina, de la cual abajo se dirá. Era muy tierno y amoroso para con Dios nuestro Señor. Entreteníase con él, y regalábase en la oracion, que era muy continua y fervorosa; y con este riego y lluvia del cielo regaba las plantas de todas las virtudes de su alma: y ellas dieron tan copioso y suave fruto, como en esta vida se verá. Tenia singular devocion á las reliquias de los santos, y con grande estudio y aparato las honraba: y en su palacio real de París edificó una capilla muy suntuosa, en la cual colocó la corona de espinas del Salvador, y una parte de la santa cruz, y el hierro de la lanza que abrió su sagrado costado, con otras reliquias buscadas con gran diligencia, y traidas con grande gasto: y cada año les hacia tres dias fiesta con particular solemnidad. No consentia que la señal de la santa cruz se escupiese en el suelo: y cuando el viernes santo él la iba á adorar, iba con las rodillas desnudas, y desgreñado el cabello, con tanta abundancia de lágrimas que enternecia y compungia á todos los circunstantes. La fé y devocion al santísimo Sacramento, era singular. Una vez en París apareció un niño hermosísimo en la hostia, diciendo un sacerdote misa: y concurriendo el pueblo á verle; el santo rey nunca quiso ir, diciendo, que él no tenia necesidad de algun milagro para creer que Cristo estaba en la hostia consagrada. Estando en la iglesia no consentia que se le hablase de negocio ninguno que no fuese preciso, y entonces pocas palabras, por no interrumpir sus lágrimas y devocion. Era extremado el amor que tenia á los prójimos, que de este amor de Dios, como de su fuente, se derivaba aun á los enemigos; como se vió una vez, que un Arsacidas, rey de bandoleros ó asesinos, envió unos traidores para que matasen á san Luis: de lo cual teniendo aviso del mismo que los habia enviado (porque despues, considerando cuán gran maldad era matar á un tan grande y santo rey, tuvo arrepentimiento de ello), el santo los hizo buscar y prender, y lloró muchas lágrimas con ellos, y los mandó soltar, y enviar cargados de ricos dones al mismo rey que habia urdido aquella traicion: aunque de allí adelante trajo mas gente de guarda para seguridad de su persona. Éstas fueron las virtudes de san Luis, como de persona particular; aunque son de mayor admiracion y estima por la grandeza de su persona y estado real.

2 No faltaron algunos que, mirándole con con ojos de carne, le tenian por hombre simple, y que no sabia ser rey; mas no se fueron sin castigo del cielo, queriendo el Señor manifestar cuánto le agradaban aquella modestia, devocion y humildad. Por donde, habiendo el duque de Gueldres enviado un hombre con unas cartas á París; cuando volvió este mensajero, le preguntó si habia visto al rey de Francia: y como el hombre, por hacer escarnio de san Luis, torciese el cuello, y dijese: Ya vi aquel beaton y miserable rey, que trae el capirote en las espaldas; luego al momento se le torció el rostro, y se le quedó torcido toda la vida, sin poderlo enderezar, en castigo de su burla y murmuracion.

3 ¿Pues qué diré de las otras virtudes que tuvo, como grande y cristiano rey, que no son menos heróicas y admirables? De la fé católica fué zelosísimo, y por defenderla contra los herejes, y propagarla entre los infieles, hizo y padeció mucho. Y por sus merecimientos, y por la buen industria y valor de su santa madre, dos años despues que comenzó á reinar, desarraigó Dios nuestro Señor la herejía de los albigenses de todo el reino de Francia, que tanto le habia infestado, y tanto se habia extendido: y compelió á Raymundo, conde de Tolosa, que antes la habia favorecido, á reducirse, y amparar la fé católica, y hacer leyes muy severas contra los herejes de su estado, que se pueden ver en los autores de las historias de Francia. Castigaba san Luis con gran rigor á cualquier violador de la fé católica, y cuando los inquisidores venian á él para tratar algun negocio de su oficio, luego se desembarazaba de todos los otros negocios, por atender á aquel, y dar audiencia á los que le venian á tratar. El blanco de todo su gobierno era excusar pecados, y desarraigar de la república escándalos, y ofensas de Dios. Hizo ley, que á los blasfemos y perjuros los herrasen y cauterizasen como esclavos: y como un hombre muy noble y rico, y de la ciudad de París, hubiese blasfemado, por mucho que el rey fué importunado que conmutase la pena de la ley en otra mas benigna, nunca lo consintió, antes mandó ejecutar sin remision la pena. Y sabiendo que algunos murmuraban, y lo tenian por rigor, dijo: Por cierto que yo de muy buena gana sufriria ser cauterizado en mis labios, si con ellos pudiese quitar de mi reino el abuso de los juramentos. En la administracion de la justicia fué antes severo, que blando, mandando á todos sus ministros que la ejecutasen inviolablemente sin excepcion de personas: y como ellos conocian que tenia lumbre del cielo, y que era tan favorecido y regalado de Dios, tenian gran respeto á sus mandatos, y desvelábanse en cumplirlos, y en obedecerlos. Y porque temia que las causas de los pobres, y de personas miserables, donde no hay intereses, no serian tratadas con tanto cuidado como él deseaba; dos veces cada semana él mismo las oia y examinaba, y las despachaba con justicia y con clemencia. Perseguia á los logre-

ros, como á una pestilencia y destruccion de la república: y no queria que los que habian tomado á logro, fuesen constreñidos á pagar las usuras. Procuraba, cuanto podia, concordar las partes que discordaban entre sí, para que hubiese paz y amistad entre todos, y menos pleitos y contiendas; mostrándose en todo el santo rey padre benigno de sus vasallos, y pastor solícito de su ganado.

4 Mas porque en un reino tan grande y tan poderoso, no faltaba gente inquieta, rebelde y desasosegada, tambien usó de severidad y castigo, para refrenarla y tenerla sujeta, usando en esto del valor que en semejantes cosas los reyes deben usar para beneficio de su reino; por donde como un señor principal, vasallo suyo, llamado Hugon, conde de la Marca, no quisiese obedecer á sus mandatos, y engañado de la condesa su mujer, que era vana y altiva, hubiese tomado las armas contra su rey, y traido ejército del rey de Inglaterra en su favor; san Luis le domó y sujetó por fuerza de armas, y le humilló de tal manera, que el conde y su mujer se echaron á sus piés, pidiéndole con muchas lágrimas perdon; y él se le dió, y restituyó las tierras que les habia tomado, y mandó soltar de la cárcel á muchos caballeros, criados del conde, que tenia presos: juntando en uno la autoridad real, y el valor de sabio y esforzado capitan, para castigar á los rebeldes; y la blandura de padre y señor amoroso, para perdonar á los humildes y sujetos. Este mismo valor mostró el santo rey en las guerras que emprendió contra los infieles y bárbaros en defensa de nuestra santa religion: porque habiendo estado muy enfermo, y tenido una manera de éxtasis tan grande, que muchos pensaron que ya era difunto, volvió en sí, y luego pidió la cruz, que en aquel tiempo por órden del sumo pontífice se predicaba por toda la cristiandad para la conquista de la Tierra santa: la cual cruz recibió con gran devocion, y se la puso sobre su vestido: y con el deseo que tenia de hacer algun servicio á nuestro Señor, y mover con su ejemplo á los otros príncipes y reyes, juntó un grande y lucido ejército: y despues de haberse hecho en toda Francia muchas procesiones y rogativas, para suplicar á nuestro Señor que favoreciese los pios intentos del rey, y diese buen suceso á aquella jornada, que se tomaba por su servicio; dejando á la reina doña Blanca, su madre, el gobierno del reino, y para que la ayudase y sirviese, al duque don Alonso, hermano del rey, se embarcó san Luis con toda su gente á los 25 de agosto, llevando en su compañía á Oton, obispo tusculano, legado apostólico, y á dos hermanos suyos, Roberto, conde de Artois, y Cárlos, conde de Anjou, y muchos obispos, y señores y nobles de su reino, que todos iban con grande ánimo y alegría por ser aquella causa de Dios, y llevar por capitan y defensor de ella un rey tan santo y poderoso: y porque el mismo Dios con algunas señales del cielo habia significado que era su voluntad que se hiciese aquella empresa, y que él la favoreceria: porque en el obispado de Colonia, en un pago, llamado Bedonfrisio, predicándose allí la cruzada, el viernes antes de pascua de Espíritu santo, se vieron tres cruces grandes en en el aire, y en otro pueblo de Frisia, y en otro de la diócesi de Utrech, aparecieron otras cruces y señales maravillosas: las cuales tomó el pueblo por prendas de la divina voluntad, y del feliz suceso de la jornada: aunque como los consejos de Dios son tan secretos, como justos, los hombres se engañaron: y así fué, que habiendo el santo rey navegado con próspero viento, y llegado al reino de Chipre á los 20 de setiembre, víspera de san Mateo, y sido recibido del rey, y de los obispos y caballeros de aquel reino, con grande alegría y regocijo, que tomaron la cruz de aquella sagrada milicia, y habiendo el gran Kan, rey de los tártaros, y el de Armenia, enviádole sus embajadores, y hecho paz y confederacion con él, y el príncipe de Acaya, y el duque de Borgoña juntado sus ejércitos con el de san Luis, se partieron todos de comun consentimiento de la isla de Chipre para Egipto, y llegaron á la ciudad de Dameta, que era muy fuerte, y estaba llena de mucha y muy escogida gente de guerra enemiga: la cual espantada por virtud de Dios, una noche se salió de ella, huyendo: y porque no viniese en poder de los cristianos, por muchas partes la pusieron fuego. Entróse en la ciudad, y no hallaron sino cuerpos muertos en ella. Apagóse el fuego: purificóse una mezquita de moros; y se consagró en iglesia por el legado apostólico, con título de Nuestra Señora, é hízose una solemne procesion para la consagracion de la iglesia. Y el santo rey, y el legado del papa, y el patriarca de Jerusalen, y los otros obispos, y prelados entraron á pié y descalzos; y por su ejemplo casi todos los otros del ejército que le acompañaban. Pelearon despues dos veces con los moros, y alcanzaron victoria de ellos, con gran mortandad de aquellos bárbaros, y despojo de municiones y pertrechos de guerra, que tenian: mas estando en tan grande prosperidad, y navegando con vientos tan frescos y favorables, envió Dios una borrasca tan recia, que de treinta y dos mil soldados, que eran, apenas quedaron seis mil; y esos por la falta de mantenimientos tan debilitados, que fué forzado el santo rey entregar por conciertos la ciudad de Damieta á los moros y pagar los daños que se habian hecho en la guerra, y hacer treguas por diez años. Todo lo cumplió san Luis; mas los moros quebrantaron su palabra, y mataron á su propio soldan, y á muchos cristianos, porque no quisieron renegar: y fué cosa maravillosa, que pudiéndolo tan fácilmente hacer, no matasen al mismo santo rey, y á los demás.

5 Pero el Señor, que quiso con este azote castigar á la cristiandad, y probar y afinar, como el oro en el crisol, á san Luis, le guardó para hacerlo mas esclarecido con aquella adversidad, que lo fuera con prosperidad y victoria y destruccion de los moros: porque habiendo enviado gran parte de su gente á Francia, él se quedó cinco años en Siria, y no estuvo ocioso; porque con su ejemplo y gran caridad convirtió gran número de

moros á la fé católica: rescató muchos cautivos cristianos: fortificó muchas ciudades y castillos que tenia: enterró por su mano muchos cuerpos de cristianos muertos que estaban por los campos, no haciendo caso de la putrefaccion y mal olor, que era mucho y muy grande: de manera, que siendo vencido de los moros, quedó vencedor de sí mismo, y de la que llaman fortuna; y con mas ilustre victoria triunfó del mundo, y fué mas provechoso á los fieles é infieles, que si los hubiera sujetado: porque como él estaba sujeto á Dios, no se quejaba, ni se maravillaba que no hubiese favorecido á sus intentos: no murmuraba de sus juicios ocultos; antes rendido en todo á su justísima voluntad, confesaba que por sus pecados era muy justo aquel castigo. Ocupándose pues en obras tan santas, recibió aviso de que la reina doña Blanca, su madre, era muerta, y que convenia que se volviese luego á su reino de Francia: y así lo hizo, embarcándose en una nave: la cual, puesto caso que corrió gran peligro de abrirse, mas por las oraciones del santo rey, fué libre y llegó á salvamento. No se puede fácilmente creer el gozo que causó en toda la cristiandad, y particularmente en el reino de Francia, el ver en ella á su rey, libre ya de todos los peligros y afanes que en aquella jornada habia pasado, y el regocijo con que fué recibido, y el concurso de la gente que le vino á ver y darle el parabien de su llegada. Volvió aun mas fervoroso que antes, y con mas vivos y encendidos deseos de emplearse todo en servicio de nuestro Señor: y así comenzó luego á mostrarlo en las obras. Edificó muchos hospitales, para recogimiento y sustento de los pobres: á los cuales él mismo daba de comer algunas veces hincado de rodillas. Fundó muchos monasterios de religiosos, y dotólos de muy buenas rentas; especialmente á los padres de Santo Domingo y de San Francisco (de los cuales fué devotísimo) hizo grandes limosnas, y les labró muchas casas é iglesias: y con su autoridad reprimió á los que perseguian sus órdenes, como religiones nuevas, y mandó ejecutar lo que los sumos pontífices en favor de ellas habian decretado, y castigar á los contumaces y obstinados. Favorecia en gran manera á los varones doctos y señalados en alguna ciencia, y especialmente á los teólogos, y entre ellos á Roberto Sorbon, que instituyó en París el insigne colegio teólogo, que hasta hoy (tomando nombre de su fundador) se llama Sorbona. Habiendo, pues, pasado su vida en santos ejercicios, cumpliendo enteramente con su oficio y dignidad de rey, y floreciendo en gran manera su reino, tuvo nueva de los grandes trabajos que los pocos cristianos que habian quedado en Siria padecian, y que aquellos santos lugares, que Cristo nuestro Redentor habia regado y consagrado con su preciosa sangre, eran hollados y profanados de los bárbaros é infieles, con suma ignominia del nombre de Cristo: y no sufriéndole el corazon, de no hacer todo lo que pudiese para librarlos del poder de tan fieros y crueles enemigos, como si la primera jornada le hubiera sucedido muy á su gusto y contento, así determinó de hacer otra, y poner su persona y las de sus hijos y de sus vasallos, en nuevos trabajos y peligros; por volver por la honra de Dios. Para esto juntó mucha gente de los grandes de su reino, y del comun: y estando para embarcarse con tres hijos suyos, Felipe, Juan, y Pedro, y con el rey de Navarra, y otros señores, y príncipes eclesiásticos y seglares, llamó á sus hijos; y volviéndose al primogénito, con rostro alegre, y voz suave y amorosa le dijo: Bien ves, hijo mio, que yo, siendo ya viejo y cansado, y la reina tu madre, crecida en edad, dejo el reino que por la misericordia de Dios poseo, sosegado, rico y abundante de honras, gustos y deleites, y que no me detiene el desconsuelo de tu madre, ni el deseo de gozar lo que Dios me ha dado, por servirle á él y servir á su Iglesia. Esto te digo para que, cuando despues de mis dias vengas á ser rey, no tengas cuenta con tu mujer, ni con tus hijos, ni otra cosa alguna sea parte para que por ella dejes de emplearte en servir á Cristo, y amparar la Iglesia, y defender la fé católica. Yo he querido darte ejemplar á tí y á tus hermanos, para que cuando se ofreciere la ocasion, hagais vosotros lo que me veis hacer á mí. Embarcóse el santo rey, primero dia de marzo del año del Señor de 1270, en el puerto de Marsella para el reino de Túnez (porque los moros que allí estaban, eran grande estorbo á los cristianos que navegaban á la conquista de Jerusalen), con intencion de tomarla primero, y quitar aquel impedimento, y despues pasar adelante. Llegó la armada al puerto Tarina, que es el antiguo de Cartago, ó allí cerca: saltó en tierra el ejército: tomó un pueblo de los moros; y estando allí con grande esperanza de felicísimo suceso, por secreto juicio del Señor, dió en el ejército una enfermedad que andaba por aquella tierra, de la cual muchos moros habian perecido. Fué creciendo, de suerte, que no solamente moria la gente comun, sino tambien la mas principal: y en pocos dias arrebató á Juan, hijo del rey, é hirió al mismo rey: el cual, conociendo que aquella enfermedad era mortal, no se turbó, ni se afligió; antes con un corazon blando y amoroso y filial, se volvió al Señor, alabándole por la misericordia que le hacia en librarle de la cárcel de su cuerpo: y á menudo repetia aquella oracion de la santa Iglesia: «Dadme gracia, Señor, para que menospreciemos las cosas prósperas del mundo, y no temamos las adversas:» y orando por la gente que traia, decia: Señor, sed vos santificador y guarda de vuestro pueblo: y trayéndole el santísimo cuerpo de Cristo nuestro Salvador por viático, le adoró y recibió con singular devocion y reverencia, y copiosas y afectuosas lágrimas. Preguntándole el sacerdote, si creia que aquel era el verdadero hijo de Dios; respondió: No menos lo creo, que si viera á Cristo en la misma figura en que subió á los cielos. Estando ya agonizando, miró al cielo, y dijo aquellas palabras del salmo: «Señor, yo entraré en vuestra morada, y os adoraré en vuestro santo templo, y alabaré vuestro nombre:» y dichas estas palabras, dió su espíritu al Señor. ¡O varon bienaventurado! ¡O rey ver-

daderamente santo, que tan bien supiste sujetar la soberanía y majestad real, á los piés del Rey de los reyes, y Monarca del cielo y de la tierra! ¡Pues ni te ablandó el deleite, ni te desvaneció la honra, ni te engañó la codicia, ni te levantó la prosperidad, ni te abatió la adversidad, ni te trocó alguna variedad de fortuna, para que no estuvieses siempre atento á la voluntad del Señor! El cual en la vida y muerte de este rey y gran siervo suyo, nos quiso enseñar, cuán gran fuerza tiene su gracia para vencer las blanduras de nuestra carne, los engaños del mundo, y todos los encuentros y espantos del demonio, que se nos ponen delante: y que debemos ponernos en sus benditas manos, y sujetar nuestro juicio al suyo, cuando las cosas no suceden á nuestro gusto, y nos parecen que van fuera de camino, y que Dios desampara á su causa. Mas ganó san Luis con la pérdida de su ejército y de su libertad, en la primera jornada y en la segunda de su vida, que si hubiera ganado y conquistado al universo, y tornado con su salud á su casa: porque con esta pérdida ganó el cielo, y tuvo y mostró las excelentes virtudes de fé, de esperanza, de amor de Dios, de paciencia, de fortaleza y constancia cristiana. Dejó ejemplo á todos los reyes del modo con que han de servir al Señor: fué de él esclarecido con muchos y grandes milagros, y alcanzó la corona de la gloria sempiterna: y acá en la tierra vive y vivirá para siempre su memoria, y será reverenciada de toda la Iglesia católica, mientras que ella durare, que será hasta el fin del mundo. Muerto san Luis, desmayaron los cristianos de su ejército, y tomaron grande ánimo y brio los infieles y bárbaros, pensando que tenian la victoria en sus manos: mas permitió el Señor, que Carlos, rey de Sicilia y hermano del santo, llegase á Túnez pocos dias despues de su muerte, con un ejército muy florido, y juntándose con el que allí estaba, dieron mucho en que entender á los enemigos, y los apretaron de manera, que con ser ellos en mucho mayor número que los cristianos, nunca se atrevian á pelear de poder á poder con ellos: y en algunas escaramuzas que tuvieron, llevaron siempre la peor parte: y el fin de aquella guerra fué, que cercados de los nuestros, fueron forzados á pedir paz: la cual se hizo dando libertad á los cristianos que eran cautivos, y licencia á los religiosos de San Francisco y de Santo Domingo, y otros cualesquiera, de predicar sin estorbo en todo el reino de Túnez la fé de Cristo, y bautizar á todos los que se convirtiesen á ella: y que el rey de Túnez pagase cada año al rey Carlos cuarenta mil ducados de parias: de manera, que podemos decir que el santo rey muerto venció á los moros, y que la armada por sus oraciones mereció la victoria y feliz suceso que el Señor le dió. Murió el santo rey á los 25 de agosto, año de 1270. Su cuerpo se trajo á Sicilia, y de allí se llevó á Francia, y fué sepultado en el insigne templo de San Dionisio, que es el entierro de los reyes de Francia, cerca de París. Ilustróle Dios con muchos y grandes milagros (como dijimos), y el papa Bonifacio VIII le canonizó y le puso en el número de los santos.

6 No me parece que debo dejar de poner aquí la doctrina maravillosa que este santo rey dió á Felipe, su hijo, heredero, á la hora de su muerte: porque es doctrina que muestra el celestial espíritu y zelo del que la dió, y puede aprovechar para enseñar á todos los reyes lo que deben hacer en el gobierno de su reino. Escribió, pues, san Luis un papel estando para morir, en que hablando con su hijo, le dice: «Hijo mio, ante todas cosas te encomiendo que ames á Dios mucho; porque el que no le ama, no puede ser salvo. No des lugar á pecado mortal; aunque por no cometerle padezcas cualquier género de tormento. Cuando te sucedieren cosas adversas, súfrelas con buen ánimo, y piensa que las tienes bien merecidas: y así te será de grande ganancia: y en las prósperas haz gracias con humildad al Señor, y no te desvanezcas; para que no te hagas peor, con lo que debieras ser mejor. Confiesa á menudo tus pecados, y busca confesor sabio, para que te sepa enseñar lo que has de seguir y lo que has de huir, y trata con él, de manera, que tenga osadía para reprenderte y darte á entender la gravedad de tus culpas. Oye el oficio divino devotamente: no des oido á las fábulas ni liviandades: ni traigas los ojos vagueando de una parte á otra, sino que medites con el corazon lo que ruegas á Dios con la boca; y mas particularmente harás esto despues de la consagracion de la misa. Serás de ánimo piadoso y humano con los pobres y con los afligidos, y favorecerlos has con todas tus fuerzas. Si alguna cosa congojare tu corazon, descúbrela á tu confesor, ó á otra persona grave y cuerda; porque con este alivio la llevas con mayor paciencia. Procura que las personas que admitieres á tu familiaridad, ahora sean religiosas, ahora sean seglares, sean virtuosas y de buena fama; con las tales trata de buena gana; y huye la conversacion de los malos y viciosos. Oye sermones de predicadores provechosos que hablan de Dios pública y privadamente, y procura ganar con mucha devocion las indulgencias y perdones de tus pecados. Ama todo lo bueno, y aborrece todo lo malo. Adonde quiera que estuvieres, no ose alguno hablar en tu presencia cosa que provoque á mal, ó en daño de la fama del prójimo: ni tú hablarás de alguna persona, cosa que le toca en la fama con intento de murmurar. No sufrirás, que delante de tí se atreva alguno á blasfemar, ó decir mal de Dios, ó de sus santos; ni dejarás sin castigo al culpado en tal crimen. Darás á Dios gracias muy de ordinario por los bienes y mercedes que cada dia te vienen de su bendita mano, para que merezcas de nuevo otras mayores. En el administrar justicia serás recto y severo, guardando lo que las leyes determinan, sin torcer á la mano diestra ó siniestra: y escucha pacientemente las quejas de los pobres, y procura saber la verdad. Si alguno tuviere queja de tí, ó se sintiese agraviado, estarás mas de su parte que de la tuya, hasta que sea declarada la verdad: porque de esta manera los de tu consejo con mayor confianza pronuncien justa sentencia. Si hallares que posees cosa ajena, aunque por vía de herencia la hayas

recibido de tus antepasados, sin dilacion vuélvela á su propio dueño, si está clara la verdad; y si está en duda, señala hombres sabios que con diligencia y sin dilacion lo examinen y declaren. Sobre todas las cosas debes procurar que todos tus súbditos gocen de paz y de justicia, especialmente los religiosos y clérigos que ruegan á Dios por tí y por tu reino. A tus padres debes amor, reverencia y obediencia. Los beneficios eclesiásticos no los des sino á los mas dignos y que no tengan otros: y esto por consejo de varones sabios. No harás guerra, y menos contra cristianos, sin gran causa y consejo: y si la necesidad te forzare á hacerla, sea sin daño de las iglesias y de los que no tienen culpa. Si tuvieres guerra ó disension alguna, ó la tuvieren tus súbditos, procura cuanto en tí fuere de componerla. Mira con mucho cuidado á quien das la vara de justicia, y no te contentes de haber escogido para jueces los mejores hombres de tu reino: pero vela sobre ellos, y pon cuidado para saber cómo la administran. Siempre serás devotísimo y obedientísimo á la Iglesia romana y al sumo pontífice, y le tendrás por padre tuyo espiritual. Los gastos de tu casa serán moderados y conformes á razon. Amonéstote, hijo mio, y encárgote con juramento, que si Dios fuere servido de llevarme de esta vida antes de tí, tengas cuidado que por todo el reino de Francia se digan misas, y se ofrezcan sacrificios por mi alma. Finalmente, todo aquello que un bueno y piadoso padre puede desear para su hijo, yo lo deseo para tí, y suplico á Dios que te lo dé. La santísima Trinidad te guarde de todo mal, y te dé gracia para hacer siempre bien, y cumplir en todo su voluntad, de manera, que él sea por tí honrado, y nosotros despues de esta vida le podamos ver, contemplar y gozar en su bienaventuranza, por todos los siglos de los siglos. Amen.» Estos son los documentos dados de san Luis, rey de Francia, á su hijo, que si se guardasen enteramente de los reyes y príncipes, no hubiera mas que pedir, ni desear. La vida de san Luis escribió Gaulrido, de la órden de Santo Domingo, su confesor, y Juan, señor de Joinville, que veinte y dos años le sirvió y acompañó, y los otros escritores de la historia de Francia: y el Martirologio romano hace mencion de san Luis á los 25 de agosto.

SAN GINÉS DE ARLES, MÁRTIR. — La vida y martirio de san Ginés de Arles, escribió san Paulino, obispo de Noia, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo, de esta manera.

2 Fué san Ginés natural de la ciudad de Arles de Francia: inclinóse desde su mocedad á ser escribano y andar en los tribunales: y ocupándose en este oficio, mandóle una vez el juez que escribiese una provision impía y cruel contra los cristianos, en que mandaba que todos fuesen muertos do quiera que se hallasen. Pareciéle á Ginés aquel mandato inicuo y bárbaro, como lo era, y no quiso obedecer al juez; antes arrojó los instrumentos que tenia para escribir á los piés del juez, mostrando con el desden y semblante, que le desagradaba aquel mandato, y que en su corazon era cristiano, ó se compadecia de los que lo eran. Fuése de allí: y el juez enojado de lo que Ginés habia hecho, mandó á algunos de sus oficiales que le siguiesen y que le quitasen la vida. Entendió Ginés el peligro, y envió á rogar á un obispo que le bautizase: el cual, ó impedido por otros negocios, ó por examinar mejor el ánimo y disposicion con que Ginés le pedia el bautismo, no le bautizó; antes le avisó que muriendo por Cristo, alcanzaria la vida eterna por medio de su sangre. Con esto Ginés pasó de la otra parte del rio Ródano para esconderse. Siguiéronle los ministros del tirano: alcanzáronle: diéronle la muerte; y dejaron su sagrado cuerpo allí tendido en el suelo. Tomáronle los cristianos y trajéronle á la otra parte del rio Ródano, y allí le sepultaron: y de esta manera consagró Ginés las dos riberas de aquel rio, la una con su sangre y la otra con su cuerpo. Todo esto es de san Paulino.

3 Añade san Hilario, obispo de Arles, un milagro muy notable, que hizo nuestro Señor por la oracion de san Ginés, estando el mismo Hilario presente. Dice, que celebrándose en aquella ciudad la fiesta de este glorioso santo, iba mucha gente á su iglesia, y habiendo de pasar una puente del rio Ródano, fué tanta la gente que cargó sobre ella, que se hundió y cayó en el rio una multitud de hombres y mujeres, viejos y mozos, niños y niñas, con gran peligro de ahogarse los que cayeron, y gran lástima de los que lo estaban mirando y no los podian socorrer. Estaba allí el obispo que á la sazon era de Arles, llamado Honorato, gran siervo de Dios: y viendo aquel destrozo, se puso de rodillas, pidiendo á san Ginés, que pues toda aquella gente padecia tan gran desgracia por venirle á honrar, la librase con sus oraciones de aquel tan evidente peligro. Apenas habia acabado el santo obispo su oracion, cuando comenzaron á salir del rio, sanos y sin lesion alguna, todos los que en él habian caido: ninguno quedó ahogado, ninguno tullido, ni manco, ni descalabrado: todos salieron mojados; y todos, muy alegres, viéndose libres de tan gran desastre, se abrazaban unos á otros. No faltó á hombre capa, ó espada, ni á mujer manto, ó rosario: todos se vieron en peligro de muerte; y ninguno murió, ni padeció otro mal que mojarse. Pasaron en barcas el rio, y fueron á la iglesia de San Ginés á dar gracias á Dios por la merced que les habia hecho, y celebraron con mayor regocijo que otros años la fiesta del santo, por cuyos merecimientos habian salido de aquel peligro. Su martirio fué á los 25 de agosto, y en él le ponen los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon. Hacen mencion de él Prudencio, Venancio, Fortunato, el breviario toledano, y san Gregorio Turonense.

SAN GINÉS, EL REPRESENTANTE, MÁRTIR. — Maravilloso fué el Señor en el martirio de san Ginés, el Escribano, y en el milagro que obró por él, librando á tanta gente que, por celebrar su fiesta, cayó en el rio, y se vió en tan grande peligro; pero mucho mas milagroso se mostró en la conversion de otro Ginés, haciéndole de representante y burlador y perseguidor de cristianos, confesor de su santa fé y verdadero mártir de Jesucristo.

Mayor milagro es trocar un corazon, y sacar agua de la piedra, que librar á los hombres de las aguas; porque en lo uno hay sola obediencia de la criatura, que está sujeta á la voluntad del Señor; y en lo otro hay mudanza y rendimiento del corazon humano, que es libre y señor de sí, y resiste á lo que Dios quiere.

2 Fué, pues, así, que imperando Diocleciano, hubo en Roma un farsante, insigne chocarrero y gracioso, que se llamaba Ginés, muy enemigo de cristianos: el cual parte por su mala inclinacion, y por la mala vida que traia (como suelen los de aquel oficio), y parte por dar gusto al emperador y entretenimiento al pueblo, se dió mucho á perseguir á los cristianos, y hacer burla de ellos; y para esto quiso entender los misterios de nuestra santa fé, y las ceremonias del bautismo, para representarlo en sus comedias, y mover á risa á los circunstantes. Despues que se hubo enterado de lo que hacian los cristianos, instruyó bien á los otros sus compañeros de lo que habian de hacer: y un dia, estando presente el emperador y toda Roma para verle representar, fingió que estaba malo: echóse en una cama, y llamó á los que le habian de ayudar al entremés, y como eran sus criados, díjoles que estaba malo y pesado (porque era muy grueso de carnes), y que queria aliviarse. Pasaron algunas razones entre Ginés, y sus criados, á este propósito, llenas de donaire y de chacota.

3 Finalmente, él dijo que queria ser cristiano; y uno de los representantes se vistió de exorcista, y otro de presbítero para bautizarle, haciendo burla con aquella representacion del santo sacramento del bautismo, y de la religion y ceremonias de los cristianos, con gran gusto del emperador, y aplauso y regocijo de todo el pueblo. Pero (¡ó bondad inmensa del Señor! ¡ó virtud y eficacia de la divina gracia!) en el mismo tiempo que hacian escarnio de Cristo, tocó el Señor el corazon de Ginés, y le alumbró con un rayo de su luz, y le trocó la voluntad, de manera, que no ya de burla, sino de veras, desease ser cristiano, y recibir el bautismo, como hombre que entendia que por él se habia de salvar, y que no habia otro camino para el cielo, sino los merecimientos y la sangre de nuestro Redentor. Vistiéronle de blanco como era costumbre hacerlo con los recien bautizados, y mandó el emperador que se le llevasen y le subiesen sobre un púlpito, donde habia una estatua de Venus, para que de allí fuese mejor visto y oido del pueblo, y el regocijo fuese mayor. Estando en el púlpito, se volvió Ginés á Diocleciano y á toda la gente, y les habló de esta manera: Oyeme, emperador, y vosotros, si sois hombres cuerdos, oidme. Antes de ahora, siempre que yo oia nombrar á los cristianos, ciego y loco en la idolatría, procuraba (como otros) perseguirlos, é incitar al pueblo para que los persiguiese, y era tal el enojo que tenia contra ellos, que por esta causa dejé á mis padres y deudos, queriendo antes vivir pobre y desventurado, que en mi patria entre cristianos. Con este mismo odio determiné estos dias escudriñar y querer saber las cosas de los cristianos, no para creerlas, sino para mofar de ellas y representarlas en el teatro, y entretener y alegrar la gente, como habeis visto. Pero al mismo punto que querian echar el agua del bautismo sobre mi cabeza, y me preguntaron si creia lo que los cristianos creen, levantando los ojos en alto, ví una mano que bajaba del cielo sobre mí, y ángeles con rostros de fuego, que en un libro leian todos los pecados que en mi vida cometí. Dijéronme los ángeles: De estos pecados serás libre con esta agua, con que quieres ahora ser bañado, si de veras y de todo corazon la deseas. Yo así la deseé y pedí; y luego que cayó sobre mí el agua, ví la escritura del libro borrada, sin que en él quedase señal alguna de letra. Dijéronme los ángeles: Ya has visto, como has sido limpio de esta culpa y mancilla: procura conservar la limpieza que has recibido, y no manchar mas tu alma con pecado. Mira, pues, emperador, y mirad vosotros ó romanos, lo que es justo que yo haga. Yo procuré agradar al emperador de la tierra; y el Emperador del cielo me miró con ojos benignos, y me admitió en su gracia: quise causar risa á los hombres, y causé alegría y regocijo á los ángeles: y por tanto digo, que de hoy mas confieso á Jesucristo por verdadero Dios, y os amonesto que todos hagais lo mismo, y que salgais de las tinieblas de que yo he salido, para que eviteis los tormentos que yo he evitado.

4 De esta manera habló Ginés: pero oyendo sus palabras, quién podrá explicar, cómo el emperador quedó atónito y fuera de sí, y el furor y enojo con que mandó que todos los representantes fuesen traidos á su presencia, y allí azotados, pensando que ellos tambien, como Ginés, eran cristianos; pero ellos le dijeron que no eran cristianos, ni estaban engañados, como Ginés; que lo que el emperador creia, creian ellos, y adoraban á los dioses que él adoraba: que si lo pecó Ginés; no era justo, que lo pagasen todos: y para que viese el emperador que no eran cristianos, dijeron grandes blasfemias contra Cristo. Entonces el emperador dejando á los otros, se embraveció mas contra Ginés, y faltó poco, que allí con sus manos no le matase, segun estaba fuera de sí. Mandólo herir allí luego delante de todo el pueblo con varas, y apalear con gruesos palos, y llevar á la cárcel: y al otro dia mandó á un prefecto, llamado Plauciano, que le atormentase cruelmente, hasta que negase á Cristo. Pusiéronle en el ecúleo, desgarráronle los costados con uñas de hierro; y abrasáronle con hachas encendidas. Decíale el prefecto: Miserable de ti, obedece al emperador, y sacrifica; y alcanzarás su gracia y vivirás. Respondia Ginés: Procuren la gracia y amistad de estos reyes, los que no temen á aquel Rey que yo ví, adoré y adoro; porque aquel es verdadero Rey, que abriéndose los cielos yo ví, y usando conmigo de misericordia, me alumbró con el agua del bautismo, y de burlador de los cristianos me hizo cristiano; y me pesa en el alma de haber perseguido su santo nombre, y conozco que por ello merezco cualquiera pena y castigo.

A este Emperador del cielo es justo que obedezca, cuyo imperio durará para siempre; y nó á Diocleciano, que es hombre mortal, y su imperio en el suelo, y presto se ha de acabar. Date (dice) priesa: aumenta las penas y tormentos; que por mas que hagas, no apartarás á mi Señor Jesucristo de mi corazon. Avisó el prefecto al emperador de la constancia de Ginés, y del esfuerzo y alegría con que sufria los tormentos; y el emperador le mandó degollar: y así se hizo, á los 25 de agosto; y en este dia el Martirologio romano, y los demás hacen mencion de san Ginés, el Representante, y fué por los años del Señor de 303, imperando Diocleciano, como se ha dicho. En Roma fué ilustre la memoria de san Ginés, y se le edificó templo: y san Gregorio III, papa, le reparó, adornó y enriqueció de muchos dones, como se dice en el libro de los Romanos Pontífices. Adviértase que Mombricio, y Pedro de Natálibus confunden á los Gineses, el escribano y el representante, y de dos hacen uno; pero la verdad es, que fueron dos distintos, y de ellos hacen mencion el Martirologio romano, y los otros autores.

3 ¿Pues quién, leyendo el martirio de este glorioso mártir, no se maravilla de los secretos juicios del Señor? ¿Quién no se espanta del abismo de su misericordia? ¿Y de aquel piélago sin suelo de infinita bondad, que así muda los corazones, y convierte las espinas en rosas, y las serpientes en palomas, los lobos en corderos, y los perseguidores de Cristo en mártires de Jesucristo? ¿Que en el mismo tiempo que Ginés hacia burla del bautismo, recibiese de veras el bautismo? ¿Y haciendo escarnio de los misterios de nuestra santa religion, fuese alumbrado y santificado por la gracia del Crucificado, á quien él tenia tan grande aborrecimiento, trocándole el mismo Señor el corazon y no forzándole la voluntad, sino ayudándole para que creyese lo que no creia, abrazase lo que aborrecia, y muriese por aquella fé, que poco antes tanto escarnecia? El Martirologio romano hace mencion á los 14 de abril de otro representante, llamado Ardaleon: el cual estando representando las cosas de los cristianos, y haciendo burla de ellos, en la misma representacion se convirtió, y fué ilustre mártir del Señor: y á los 15 de setiembre hace mencion de otro tambien farsante, que se decia Porfirio: el cual, en presencia del emperador Juliano Apóstata, por escarnio recibió el bautismo; y el Señor le trocó el corazon súbitamente; y confesando con gran constancia que era cristiano, le cortaron la cabeza, por mandado del mismo emperador, y mereció la corona del martirio: y san Agustin escribiendo á Lipio, epístola 67, cuenta lo que aconteció á otro farsante, que se decia Dioscoro, y era gran burlador de los cristianos, y al cabo con la enfermedad de su hijo y otros azotes, se hizo cristiano, y fué siervo del Señor, haciendo él burla de los burladores y convirtiendo las burlas en veras, para mostrar mas su omnipotencia é infinita bondad.

* Los santos Eusebio, Ponciano, Vicente, y Pelegrin, mártires. — Ilustraron la ciudad de Roma con su gloriosa muerte en tiempo del emperador Cómodo. Primeramente fueron atormentados en el potro, y estirados con nervios, despues azotados con varillas y quemados con planchas encendidas; y perseverando aun en la generosa confesion de la fé, fueron azotados con varas emplomadas, hasta que espiraron.

San Gregorio, obispo y confesor. — Nació en Francia, y fué de la sangre de sus reyes. Teniendo apenas quince años conoció á san Bonifacio, apóstol de la Alemania, se enamoró de sus virtudes, y haciendo resolucion de abandonar el mundo, le siguió. Detúvose sin embargo algun tiempo en el monasterio de Orford para acabar sus estudios, y despues volvióse á juntar con san Bonifacio, que le llevó siempre consigo y le amó como á un hijo. Fué su cooperador incansable en los trabajos del apostolado, y al fin san Bonifacio le nombró abad de un monasterio cerca de Utrech, y poco despues estando vacante la silla episcopal de esta ciudad, el papa Estévan III y el rey Pepino obligaron á Gregorio á encargarse del cuidado de aquella Iglesia, y algunos creen que fué consagrado obispo. La iglesia de Utrech, que gobernó por espacio de veinte y dos años, llegó á ser á la sazon la mas floreciente del país, por la vigilancia y la predicacion de Gregorio. Su amor á la mortificacion, y á la oracion, su humildad, su dulzura y su paciencia en los trabajos le merecieron la gloria de los santos, en la cual entró el dia 25 de agosto del año 776, muriendo con la muerte de los justos.

San Geroncio, obispo. — Vivió en tiempo de los apóstoles, los cuales lo enviaron á España. Unos dicen que fué el primer obispo de Itálica, antigua ciudad de Andalucía, y otros creen que lo fué del mismo Sevilla. Papebroquio asegura que es el mismo santo que el vulgo llama Santiponce, obispo y mártir. En lo que no hay duda es en que Geroncio fué uno de los primeros obispos de España enviados á ella los primeros años del cristianismo. San Isidoro de Sevilla compuso un epigrama en honor de este santo, el cual nos lo ha conservado Salazar, y en él dice que murió en la cárcel, de hambre y otros suplicios, en tiempo de Neron, durante el siglo I de la Iglesia.

San Julian, mártir. — Padeció martirio por la fé en Siria. Algunos antiguos Martirologios dicen que fué presbítero, y en ninguna parte se encuentra el año de su dichosa muerte.

San Menas, obispo. — Nació en Alejandría y dedicóse á los estudios eclesiásticos, en los cuales hizo grandes progresos. Hallándose en Constantinopla, en tiempo del emperador Justiniano, por su ciencia y virtudes fué ordenado de sacerdote, y se dedicó con tanto empeño en sostener y defender las verdades de la Iglesia católica, que habiendo vacado en aquella sazon la silla patriarcal de Constantinopla, fué Menas elegido y consagrado para ocuparla, haciendo la ceremonia de la consagracion el mismo papa san Agapito. Gobernó su rebaño con prudencia y santidad, y estimuló con sus consejos y ejemplos la piedad del emperador y de otros principales señores de la corte para dar

mayor lustre á la religion y mas esplendor á las cosas santas. En tiempo de este santo sucedió en Constantinopla un milagro, que tuvo mucha fama. Habia en aquella Iglesia la antigua costumbre de que las particulas que quedaban de la sagrada eucaristía despues de haberla distribuido á los fieles, se daban á los niños de corta edad para que participasen del pan de los ángeles. Cierto dia se mezcló con los niños cristianos otro niño judío y comió como ellos de las sagradas particulas. Al llegar á su casa contó el caso á su padre, que era vidriero, el cual encendido en furiosa cólera, tomó á la inocente criatura y la arrojó dentro del horno encendido. La madre, que ignoraba lo que habia pasado, viendo que su hijo no parecia á la hora acostumbrada, empezó á buscarle por toda la ciudad con lágrimas y sollozos. Al tercero dia estaba la madre inconsolable, y en ocasion que pasaba por delante del horno dando terribles gritos de desconsuelo, oyó la voz de su hijo que desde dentro de las llamas la llamaba; se asomó y vió al que lloraba perdido, alegre é ileso en medio del fuego. Habiéndole preguntado cómo ó por qué virtud permanecia sin lesion entre las llamas, contestó el niño, que desde que habia entrado en el horno tenia á su lado una noble matrona, que apartaba las ascuas de su alrededor, apagaba con su aliento el ardor del fuego y le daba qué comer cuando tenia hambre. Al momento corrió por toda la ciudad la fama del portento, y habiendo llegado á noticia de Justiniano, hizo prender al padre, que murió crucificado como parricida, y á la madre y al niño los hizo instruir por san Menas, que despues les administró el bautismo. El santo patriarca acabó sus dias en la misma ciudad, el dia 25 de agosto del año 552.

SANTA PATRICIA, VÍRGEN. —Fué nieta del emperador Constantino el Grande; nació y fué educada en Constantinopla, teniendo por preceptor al célebre Lactancio. Habia hecho voto de castidad, por cuya razon viéndose obligada por el emperador, su padre, á contraer matrimonio, abandonó secretamente su patria, y se embarcó para Nápoles, acompañada de algunas personas de su servidumbre. Despues pasó á Roma, donde recibió el velo de manos del papa Liberio, consagrándose desde entonces mas particularmente al servicio de la Iglesia. Dirigiéndose á Jerusalen para visitar los santos lugares, se detuvo algunos dias en Constantinopla, cuya ciudad edificó con el perfume de sus muchas virtudes, y embarcándose para proseguir su camino, los vientos la condujeron otra vez á Nápoles, donde la asaltó una enfermedad grave, que la llevó al sepulcro, el dia 25 de agosto del año 365. Antes de morir oyóse en su aposento y por todos los circunstantes la voz del celestial esposo que llamaba á la santa á ir gozosa á la morada de los bienaventurados.

Dia 26.

SAN ZEFERINO, PAPA Y MÁRTIR. —San Zeferino, papa y mártir, fué natural de Roma, hijo de Abundio, y sucedió en la silla de san Pedro á san Víctor, asimismo papa y mártir. Fué varon santo y de loables costumbres, y muy digno de aquella santa sede, y muy atento á todas las cosas de su oficio pontifical, así en convencer á los herejes, y arrancar de la Iglesia la mala zizaña que el enemigo habia sembrado, como en el culto y reverencia que se debe al Señor, y á sus santos templos, y establecer todo lo que para el aumento y ornato de la Iglesia podia aprovechar. Por donde, como en aquellos dichosos tiempos, por la pobreza que tenian las iglesias, usasen cálices y patenas de madera en el sacrosanto sacrificio de la misa, nuestro pontífice Zeferino mandó que nadie consagrase en cálices de madera, sino de vidrio: aunque despues andando el tiempo, se determinó en diversos concilios que no se pudiese celebrar en cáliz de vidrio por el peligro de quebrarse, sino de oro ó plata, ó á lo menos de estaño. Ordenó tambien que todos los fieles cristianos comulgasen el dia de Pascua: que ningun obispo pudiese ser condenado, sino por el romano pontífice, ó con su autoridad: que celebrando el obispo, se hallasen presentes siete sacerdotes, como san Evaristo, papa, lo habia mandado; y que los sacerdotes y diáconos se ordenasen públicamente en presencia de muchos clérigos y legos, para que fuese manifiesta su inocencia, y que sean elegidos para estos oficios personas doctas, y de vida irreprensible, y otras cosas muy santas y provechosas instituyó san Zeferino. Y habiendo hecho cuatro veces órdenes por el mes de diciembre, y creado trece obispos, trece presbíteros y siete diáconos, habiendo tenido la silla apostólica diez y ocho años y diez y ocho dias (aunque algunos le dan menos; pero esto es lo mas cierto, segun Eusebio y Baronio), fué martirizado á los 26 de agosto, el año del Señor de 221, imperando Antonino Heliogábalo. Su sagrado cuerpo fué sepultado en un cementerio propio suyo, que está cerca del cementerio de Calixto.

* SAN IRENEO Y SAN ABUNDIO, MÁRTIRES. —Florecieron en Roma en el siglo III. Durante la persecucion del emperador Valeriano, porque sacaron de la cloaca el cuerpo de santa Concordia, fueron sumergidos en ella, y allí alcanzaron la palma del martirio. Sus cuerpos los sacó de aquel lugar san Justino, presbítero, y los enterró en una gruta junto á san Lorenzo.

SAN SEGUNDO, MÁRTIR. —Nació de nobilísima y antigua prosapia, y recibió una educacion la mas brillante que en su tiempo podia darse. Segun costumbre de aquella época, dedicáronle sus padres al servicio de las armas, y como era de hermosa presencia, de amabilísimo trato, de bellas inclinaciones, de muy buen talento y de gran prudencia, grangeóse no solo el aprecio, sino el cariño de superiores y súbditos. Destinado á la legion tebana, tan memorable en los fastos de la Iglesia, corrió Segundo con todos sus compañeros los peligros de la persecucion, y fué uno de los que mas contribuyeron á que aquel terrible cuerpo de ejército se mantuviese fiel y constante al Dios que adoraba. San Segundo murió en agosto del año 286, y la Iglesia honra hoy especialmente su me-

moria, como si quisiese dar un testimonio singular de veneracion y aplauso al esforzado y esclarecido capitan que tan grande é importante conquista hizo para el cielo.

SAN ALEJANDRO, MÁRTIR.—El Martirologio romano dice que fué tambien este santo de la legion tebana; y Usuardo asegura que murió con san Segundo antes que el ejército romano, que se dirigia á las Galias, atravesase los Alpes. La Iglesia de Bergamo le venera en el número de los que ilustraron su territorio con la predicacion del Evangelio y la efusion de su sangre, y para apoyarlo dicen que el santo huyó de sus perseguidores y se refugió en Milan, desde donde se dirigió despues á Bergamo. Lo cierto es que Alejandro fué de la sobredicha legion, y se cree con mucho fundamento que fué el primero de toda ella que derramó su sangre por Jesucristo.

LOS SANTOS SIMPLICIO, CONSTANCIO, Y VICTORIANO, MÁRTIRES.—Los dos últimos eran hijos del primero, y los tres cristianos muy fervorosos, que vivian en la ciudad de los Marsos, en Italia Cuando el emperador Marco Aureliano Antonino publicó sus primeros edictos contra la Iglesia, los tres santos por haber confesado públicamente su fé, primero fueron atormentados de diversas maneras, y por último degollados alcanzaron la corona del martirio.

SAN ADRIAN, MÁRTIR.—Nació en la ciudad de Bizancio, despues Constantinopla, y fué hijo del césar Probo. Un hermano de este, y tio del santo, llamado Domicio, que era obispo de Bizancio, le enseñó la doctrina de Jesucristo, la cual abrazó con tanto fervor, que deseando derramar por ella su sangre, se fué á Nicomedia, donde se hallaba el emperador Licinio, que devastaba el imperio romano bajo pretexto de la persecucion contra los cristianos. Por órden del mismo emperador fué preso y atormentado con varios suplicios, hasta que al fin le cortaron la cabeza en la misma ciudad de Nicomedia. Sus santas reliquias fueron recogidas por el sobredicho obispo Domicio, que las enterró en Argirópoli con las de otros mártires.

SAN VÍCTOR, MÁRTIR.—Por los años del Señor de 950, Abderramen Habhatan, rey de Córdoba, publicó un edicto por el cual mandaba que todos los cristianos que vivian en los dominios de los moros, ó abnegasen la fé de Jesucristo, ó fuesen condenados á muerte. En este tiempo pusieron cerco los moros á Cerezo, villa del arzobispado de Burgos, y patria del glorioso san Víctor, cristiano ejemplar, que habiendo servido por algun tiempo en el ministerio sacerdotal, se habia retirado á la soledad de Oña, volviendo la espalda á los halagos y vanidad del siglo. Apareciósele á la sazon un ángel á san Víctor, y le dijo que fuese á su patria á librarla del peligro en que estaba de rendirse, añadiéndole que la preservaria de este mal, y que al mismo tiempo lograria él la palma del martirio. Cumplió, pues, lo que se le ordenaba: salia con frecuencia al campo de los enemigos, y con zelo de Dios recobraba á muchos cristianos que habian apostatado de la fé, y convertia algunos moros. El general de los moros, habiendo sabido lo que pasaba, mandó prender á Víctor, y llamándole á su presencia, quedó sano de la gota que padecia. No abrió los ojos para agradecer al cielo este beneficio; antes bien persuadia al siervo de Dios que abrazase la secta de Mahoma, y como viese que eran estériles sus esfuerzos, lo hizo encarcelar. En la misma cárcel atrajo Víctor con su predicacion muchas gentes á Jesucristo; pero el general, indignado, mandó que lo degollasen. El santo pidió ser antes crucificado, y lo hicieron así: tres dias vivió clavado en la cruz, durante los cuales se convirtió gran número de infieles con su predicacion y con los milagros que obraba, y al cabo lo quitaron de allí para degollarlo. Dicen que al momento de haberse ejecutado la última sentencia, cogió Víctor su cabeza en las manos, y encaminándose así á Cerezo, persuadió á sus habitantes que hartasen á una vaca con el poco trigo que habia quedado, y que la echasen en el campo de los enemigos, los cuales la alancearon, y viendo que estaba llena de trigo, desesperaron de rendir aquel pueblo por hambre, y levantaron el cerco. El cardenal Baronio pone este martirio de san Víctor en el año 938; los bolandistas dicen que fué por los de 950, y otros autores le colocaron aun mas tarde; pero la opinion mas probable parece ser la de que fué á mediados del siglo IX, pues mas adelante los condes de Castilla habian ya derrotado á los moros muchas veces, y despues del conde Fernan Gonzalez, ya ni rastro de los árabes quedaba en aquellas tierras.

SAN RUFINO, OBISPO Y CONFESOR.—Floreció en Capua en el siglo V ó VI, fué verdadero pastor de la Iglesia, y obró infinitas conversiones entre los longobardos. Su caridad acendrada le tenia sin descanso: en todas partes donde podian ser útiles sus servicios, allí se le veia incansable y afanoso siempre por el alivio de sus hermanos y el aumento de la gloria de Dios. El cielo lo enriqueció con el don de milagros, que fueron aun mas numerosos despues de su vida en favor de los que visitaron su sepulcro, el cual existe todavía en la iglesia de Capua.

SAN FÉLIX, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Nació en Pistoya, ciudad de Italia, y deseando desde jóven unirse estrechamente á Dios, abrazó el estado eclesiástico. Su zelo y su horror al mundo le hicieron tomar la resolucion de fijar su residencia fuera de la ciudad, y entrar en ella todas las mañanas para celebrar los santos misterios y distribuir al pueblo la palabra evangélica, en cuyo ministerio fué colmado de bendiciones, pues por su medio se reformaron las costumbres públicas, se convirtieron muchos infieles á la religion, y se aumentó el brillo de la Iglesia. El infierno, zeloso de su santidad y méritos, le tendió infinitos lazos, pero de todos salió triunfante: los ángeles del Señor le visitaron muchas veces; el Señor le enriqueció con el don de milagros, y por fin, coronado de virtudes, murió santamente, el año 954, poco mas ó menos.

Dia 27.

SAN CESARIO, OBISPO Y CONFESOR. — Nació san Cesario de padres generosos é ilustres en el territorio de Cabillon, que hoy se llama Chalons, en los confines de Francia y Borgoña. Siendo niño de siete años daba sus vestidos á los pobres que topaba en la calle desnudos; y cuando volvia á su casa, sus padres le examinaban y apretaban para que les dijese, qué habia hecho de sus vestidos; y respondia que los que pasaban por la calle le habian despojado y se los habian quitado. Tocóle en aquella tierna edad nuestro Señor el corazon, é inflamóle de tal manera, que deseó ofrecérsele: y sin decir nada á sus padres, se fué á un santo obispo de Cabillon, llamado Silvestre, y se echó á sus piés, suplicándole con grande instancia que le cortase el cabello, y le dedicase al servicio de la Iglesia; porque él queria hacer divorcio con el mundo. El obispo lo hizo con gran voluntad, por entender que aquel era negocio de Dios, que queria servirse del niño para cosas grandes. Estuvo Cesario como dos años en servicio de la Iglesia: y pareciéndole que aquel estado no era tan perfecto como él deseaba, y que era bien dejar no solamente á sus padres, sino tambien á su patria y parientes, por amor de Jesucristo; tomando consigo un solo criado, se partió para el monasterio lirinense, el cual en aquella sazon estaba en una isla, llamada Lirina, y la isla de San Honorato, y florecia con gran fama de santidad, cuyo abad era san Porcario, de quien como santo hace mencion el Martirologio romano, á los 12 de agosto. Yendo á este monasterio san Cesario, el demonio para estorbarle aquella jornada, entró en un hombre, el cual por instinto suyo iba tras el santo mancebo dándole voces y clamando: Cesario, no vayas: no vayas, Cesario: y el santo mozo, volviéndose al hombre endemoniado, y haciendo primero la cruz sobre el vaso, le dió de beber; y en bebiendo, luego quedó sano. En aquel monasterio fué recibido del abad, y de los otros monjes con gran contento y alegría; porque en su aspecto y en sus razones conocieron que Dios estaba con él: y no se engañaron; porque luego comenzó á resplandecer entre todos con extraordinaria religion y modestia, siendo el primero al trabajo, á la obediencia, y á la guarda de sus reglas, y en la oracion, vigilias, humildad y mansedumbre, un retrato del cielo, de suerte que con ser mozo y novicio, parecia viejo en el seso, y anciano en la religion. De allí á poco tiempo le hicieron celerario ó procurador del convento: y él tenia gran cuidado de proveer los frailes de todo lo necesario, aunque no se lo pidiesen, y dábales de mala gana lo que le pedian, si entendia no lo habian menester. Y como esta rectitud no agradase á algunos de los monjes, procuraron que el abad le quitase aquel oficio; y él se holgó mucho de ello, por estar mas desembarazado de las cosas temporales, y poderse dar mas libremente á la leccion de los santos libros, oracion y penitencia, en la cual fué tan riguroso, que no comia sino unas yerbas, ó unas puches, que aparejaban de un domingo para otro. Y por domar su carne, se afligió de manera, que vino á tener mucha flaqueza de estómago, y unas cuartanas, que le apretaron mucho. Juzgó el abad que Cesario no se podia curar bien en el monasterio, ni moderarse aquel demasiado fervor que tenia contra sí mismo. Envióle á la ciudad de Arles, para que allí se curase mas cómodamente. Allí fué curado y regalado de algunos siervos de Dios, y tuvo por maestro á Julian Pomerio, africano de nacion, é insigne maestro de retórica; y Enio, obispo de Arles, habiendo sabido quién era, le acogió con mucha caridad, y rogó al abad Porcario que se le dejase, y le ordenó de diácono primero, despues de presbítero; y Cesario obedeció, procurando de juntar con el oficio y órden de clérigo la humildad, obediencia y ejercicios de monje. Para todas las cosas del oficio y culto divino, él era el primero que entraba en la iglesia, y el postrero que de ella salia.

2 Murió el abad de un monasterio, que estaba en una isla, y como en el arrabal de la ciudad de Arles. Mandóle el obispo Enio que tomase el cargo de abad; y él lo aceptó por obediencia, y lo fué tres años con admirable prudencia y religion: mas el obispo descubriendo cada dia mas los dones de Dios, que Cesario tenia encerrados en su alma, viendo que por su poca salud él no podia vivir mucho, trató con el clero y personas principales de su ciudad, que despues de él muerto, tomasen á Cesario por sucesor suyo: y habiéndolo así concertado, el santo obispo acabó su peregrinacion. Supo Cesario lo que se habia tratado, y conociendo su flaqueza para tan gran peso, se escondió en las sepulturas de los muertos, de donde, buscándole con gran cuidado, le sacaron mas muerto que vivo, y le consagraron obispo, llorando él solo, y los demás dando saltos de placer. Dejó el cuidado de las cosas temporales á los diáconos y ministros de la Iglesia; y él se entregó del todo á la oracion y á la palabra de Dios: predicaba muchas veces con maravilloso y divino espíritu, y trataba en sus sermones de la fealdad de los vicios, y de la hermosura de las virtudes, de la vanidad de las cosas presentes de esta miserable vida, y de la excelencia y grandeza de la bienaventuranza que esperamos: y como médico sapientísimo sabia aplicar á cada dolencia su medicina, y no tenia tanta cuenta con lo que daba gusto al enfermo, cuanto con lo que le era saludable y provechoso: y cuando trataba con alguno del bien de su alma, hacíalo con admirable suavidad y destreza, y de una manera que parecia que leia su corazon, y penetraba todo lo que habia en él. Tenia particular cuidado de los enfermos: y para que se curasen mejor, les dió unas casas muy grandes y capaces, y les proveyó de todo lo necesario abundantemente. Para todos era padre, maestro, pastor, y digno ministro de Jesucristo: pero el Señor le quiso probar como lo suele hacer con sus siervos regalados; porque estando el santo obispo con mucha paz ocupado en su cura pastoral, un notario suyo le acusó al rey Alarico, que

era rey godo, y arriano, dándole falsamente á entender que san Cesario, como francés, pretendia entregar la ciudad de Arles á los borgoñones que le hacian guerra. No se averiguó la verdad, sino con enojo y saña (como se suele hacer en estas materias de estado) mandó el rey salir luego de Arles á Cesario, y le desterró á Burdeos. Estando allí, se encendió fuego una noche en la ciudad, y tomando fuerza la llama con el viento, los ciudadanos de Burdeos viendo su peligro, acudieron á san Cesario, suplicándole con muchas lágrimas que apagase el fuego con sus oraciones, porque no tenia otro remedio. Hizo el santo oracion, movido de las lágrimas de aquella gente, y opúsose al incendio, y luego cesó; y todos conocieron la inocencia y santidad de Cesario, y comenzaron á estimar y reverenciar mas al santo obispo, y publicar las maravillas que Dios habia obrado por él; y el rey Alarico, le mandó volver á Arles, y á su Iglesia, y apedrear al notario que falsamente le habia acusado, el cual estaba por una parte corrido y confuso, viendo que Dios ilustraba con milagros al que él habia infamado, y por otra muy temeroso que se ejecutase en él la sentencia de muerte que el rey habia dado. Mas san Cesario, viendo que el pueblo ya se armaba de piedras para ejecutar la sentencia; como era piadoso, y, á imitacion de Cristo, deseoso de dar bien por mal, salvó aquel hombre miserable con su intercesion, para que hiciese penitencia de su pecado, y él alcanzase por este medio dos coronas del Señor: la una por haber padecido sin culpa; y la otra por haberle perdonado y reducido. Volvió á Arles de su destierro, y salió toda la ciudad á recibirle con cirios encendidos en las manos, y para manifestar mas Dios su santidad, habiendo estado el cielo muchos dias sin llover, y la tierra sequísima, envió en aquel mismo tiempo una copiosísima lluvia, con la cual toda aquella gente quedó consolada y recreada.

3 Mas no pararon aquí los trabajos del santo prelado, ni las calumnias y falsos testimonios que padeció. Habia el rey de Francia Clodoveo, que era católico, muerto en batalla á Alarico, rey de España, arriano y señor de aquella parte de Francia que se llamaba Galia Gótica, y es parte de la Aquitania y de Languedoc. Tomó la proteccion de Amalarico, hijo del rey Alarico difunto, Teodorico, rey de Italia, muy poderoso y prudente príncipe, que era suegro de Alarico. Con esta ocasion hubo muchas guerras en Francia, y entre ellas la ciudad de Arles, que estaba por los godos, fué cercada apretadamente de los franceses y borgoñones, y por las oraciones de san Cesario (á lo que se entendió) nunca la pudieron tomar. Pero sucedió que un clérigo mozo, ciudadano de Arles, y deudo de san Cesario, temiendo que la ciudad habia de ser tomada, se descolgó una noche por los muros, y se pasó al campo del enemigo; y los godos que estaban dentro, creyeron que era ardid de san Cesario, que por aquel clérigo queria avisar á los enemigos y entregarles la ciudad: y así echaron mano del santo obispo, y le prendieron con intento de echarle aquella noche en el rio Ródano que pasa por allí, ó darle otro grave castigo. Entraron en la casa del santo pontífice de tropel los godos, y uno de ellos con poco respeto se echó á dormir en la cama del santo; y luego el Señor le castigó, de manera, que el dia siguiente pagó su atrevimiento con la vida, y el Señor declaró la inocencia de san Cesario evidentemente, con descubrir una traicion que armaban los judíos, para entregar aquella ciudad á los francos y á los borgoñones, con condicion que dejasen salvos á los de su nacion, y no tocasen á sus haciendas; y con esto dejaron libre á Cesario, conociendo que era varon de Dios.

4 Sosegada esta borrasca, atendió san Cesario á componer las cosas de su Iglesia, y á reformar las costumbres de sus súbditos, y particularmente una, que le pareció muy mala; y era que muchos que venian los dias de fiesta á la iglesia para oir misa, en acabando de leerse el Evangelio, se salian luego la puerta afuera, por no oir el sermon que el santo les habia de predicar: de lo cual reprendió gravemente al pueblo, y mandó cerrar las puertas de la iglesia de allí adelante, para que ninguno pudiese salir, hasta que fuese acabado el sermon: y aunque pareció cosa dura esta al principio, y la gente lo llevaba mal; despues como iban gustando de la doctrina del cielo, que les enseñaba el santo, conocieron la merced que les habia hecho, y le hicieron gracias por ello.

5 Edificó junto á la iglesia un monasterio para las doncellas, que inflamadas del amor de Dios deseaban consagrarse á su servicio, y mandó llamar á una hermana suya Cesaria, mujer santísima, de un convento de monjas de Marsella, á donde el santo la habia enviado, para que allí aprendiese primero lo que despues habia de enseñar, y fuese antes discípula que maestra. A esta hermana suya puso por maestra y madre de aquel nuevo monasterio, con otras dos ó tres compañeras; y fué tanta la fama de su santidad, que de muchas partes concurrió gran número de nobilísimas y riquísimas doncellas para vivir debajo de aquella santa institucion, y tener á Cesario por padre, y á Cesaria, su hermana, por madre y por prelada.

6 De esta obra tan insigne, y tan grata á Dios, se levantó otra persecucion contra Cesario, tan fuerte, que le obligó á dejar su casa é Iglesia, á pasar á Italia, y dar razon de sí al rey Teodorico, que vivia en Ravena, y (como dijimos) tenia á su cargo la administracion del rey Amalarico, su nieto. Llegó el santo á Ravena con las guardas que llevaba: entró en el palacio del rey, el cual, en viéndole, comenzó á temblar, pareciéndole que veia un ángel en él: y así le hizo mucha honra, y reprendió despues á los que le habian puesto mal con él: y estando ya Cesario en su posada, le envió el rey una fuente de plata, que pesaba sesenta libras, rogándole mucho que se sirviese de aquel pequeño don, y le tuviese por prendas de su amor. Recibió la fuente san Cesario, y mandóla vender para rescatar muchos cautivos que acudian á él: y cuando el rey Teodorico (con ser hereje arriano) lo supo, quedó tan pagado y ad-

mirado de lo que habia hecho el santo, qué de allí adelante le comenzó á estimar mas, y muchos de los caballeros y señores de su corte enviaban al santo grandes sumas de limosnas, para que por su mano las repartiese á los pobres, y remediase á los cautivos; y el santo lo hizo con tanta diligencia y cuidado, que no solamente rescataba los que tenia presentes, sino que enviaba á buscarlos á lejas tierras; y él mismo iba á hacer por sí mismo este oficio piadoso: y no solamente gastaba en esto las limosnas que le daban, ó él podia allegar de los seglares, sino tambien los tesoros de la Iglesia, y hasta los cálices, cruces, y patenas de oro y plata, y los ornamentos de brocado y seda los vendia para socorro de los pobres, cuando no tenia otra cosa qué darles. Y porque algunos clérigos murmuraban de esta liberalidad, alegando que no se habian de tocar los bienes de la Iglesia, que eran sacrosantos é inviolables; decia el santo, que considerase cada uno lo que querria que se hiciese con él, si se hallase en otra semejante miseria y calamidad, en que aquellos pobres hombres se hallaban, y si le pareceria bien que los tesoros de la Iglesia se gastasen en librarle de ella, no habiendo otro remedio para poderlo hacer.

7 Habiendo, pues, despachado felizmente sus negocios con el rey Teodorico, y edificado toda aquella corte con la excelencia de sus virtudes, partió de Ravena á Roma, donde fué recibido del santo pontífice Símaco, que en aquella sazon presidia en la silla apostólica, y de todos los prelados y señores de aquella santa ciudad, con mucha honra y muestras de alegría; porque deseaban conocer por trato familiar al que ya conocian por la fama de su santidad y milagros. Favorecióle mucho el papa: concedióle algunos privilegios para su persona, é Iglesia; y despues de haber cumplido en Roma con su devocion, y visitado aquellos santuarios, y cumplido con la obediencia del vicario de Cristo, tornó Cesario á Arles. Pero ¿quién podrá explicar el triunfo y regocijo con que fué recibido de toda la ciudad el santo pastor? Y no es maravilla, porque cada uno tenia en él padre y madre, hermano y amigo, consejero y remedio, refugio y puerto seguro en todas sus tribulaciones y miserias. Mirábanle como á santo, como á sabio y como á hombre milagroso, por quien Dios habia obrado tantas y tan grandes maravillas en diversas partes; porque en Ravena resucitó á un hijo de una viuda, y libró á un hombre llamado Elpidio, de las molestias que el demonio continuamente le daba, apedreando la casa donde moraba; y con rociarla con un poco de agua bendita, la libró á ella, y al dueño, de aquel tormento. A otra mujer, que estaba muy afligida de una terrible enfermedad; con poner la mano sobre su cabeza y untarla con un poco de aceite bendito, luego le restituyó la salud muy entera. Pasando una vez por los Alpes en compañía de san Euquerio, obispo de Leon, hallaron en medio del camino á una pobre mujer que no podia andar, sino arrastrándose como culebra, con piés y manos: mandó san Cesario á san Euquerio que tomase por la mano á la mujer y la levantase; y san Euquerio lo hizo por obedecerle, aunque con mucha repugnancia (porque decia, aquel milagro no tocaba á él, que era pecador, sino á Cesario, que era amigo de Dios), y la mujer quedó sana.

8 En un bosque del monasterio de San Cesario habia muchos jabalíes: venian á cazar los caballeros y señores, y maltrataban á los criados del convento; porque, ó les iban á la mano, ó no les daban tanto gusto en la caza, como querian. Acudieron á san Cesario y diéronle sus quejas: y el santo, levantados los ojos y las manos al cielo, suplicó á nuestro Señor que de allí adelante no hubiese en aquel bosque mas jabalíes; y Dios le oyó, de manera, que no se vió mas en él, ni jabalíes, ni otra fiera, que se pudiese cazar. A otro endemoniado, que se llamaba Parterio, sanó, untándole con un poco de aceite bendito. Visitando una vez su obispado, fué acogido en una aldea de los señores de ella con gran reverencia y amor. Despues de partido, un médico, que se llamaba Anatolio, hombre deshonesto y malo, quiso dormir en la misma cama en que habia dormido el santo prelado, y traer á ella una mala mujer: apenas se habia acostado en la cama, cuando el demonio se apoderó de él, y le derribó en tierra, haciéndole confesar públicamente su maldad, y la virtud del santo. Pidió uno de sus discípulos un poco de aceite bendito; y el santo le dió una redoma llena: la cual por descuido de los criados se quebró; mas el aceite no se derramó ni una gota: y estando aquel discípulo muy angustiado de unas tercianas, por virtud del aceite bendito sanó de ellas.

9 Otros muchos milagros hizo el Señor por los merecimientos, é intercesion de san Cesario; pero el mayor milagro fué el mismo santo y su admirable y celestial vida, porque habia abrazado todas las virtudes tan perfectamente, y esmerábase tanto en cada una de ellas, que con tenerlas todas, no parecia que tenia sino una. Habia juntado la virginidad con la sinceridad, y la modestia con la gravedad, la prudencia con la simplicidad, la severidad con la mansedumbre, y con la doctrina la humildad: y así los doctores antiguos alaban sobre manera á san Cesario: entre los cuales Enodio, diácono de Pavía, en una epístola, que escribe al mismo san Cesario, le dice estas palabras: «Tanta ventaja haces tú á los demás, cuanta hace el sol á las estrellas. El que te mirare con los ojos del hombre interior, quedará enseñado; porque con sola tu vista enciendes á los buenos en el amor de la pureza, y compones á los deshonestos, y con tu conversacion enseñas á los unos, lo que deben imitar, y á los otros, de lo que deben huir. En ti se ha juntado la luz del hacer y del decir bien.» Esto es de Enodio.

10 La vida de san Cesario escribió Cipriano, su discípulo, y la dedicó á su hermana Cesaria; y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo: mas porque no se halla entera en ella, no se dice el dia, ni el año, en que murió. El Martirologio romano, y los demás, de Beda, Usuardo, y Adon, hacen mencion de san Cesario á los 27

de agosto. Cuanto al tiempo en que vivió, algunos se han engañado; porque Vincencio Belovacense dice, que floreció por los años del Señor de 700; y Tritemio, el de 600; pero esto no puede ser, como lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el sexto tomo de sus Anales; porque san Cesario vino á Roma, siendo san Símaco papa, el cual lo comenzó á ser el año del Señor de 498; y así fué mucho mas antiguo san Cesario, de lo que estos autores dicen: y hay otros muchos argumentos, con que se puede comprobar esta verdad; y los muchos concilios, en que se halló san Cesario, y los firmó, como arzobispo de Arles y metropolitano, lo testifican. Escribió san Cesario algunos libros provechosos, que refiere Tritemio, de los cuales no se hallan sino algunas homilías, que predicó en diversos tiempos. Hacen de él mencion, á mas de los Martirologios, san Gregorio Turonense, en la Historia de Francia, lib. VI, cap. 40, y 42; Venancio Fortunato en muchas partes, y Genadio *De viris illust. cap.* 86, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y mas copiosamente en el sexto tomo de sus Anales. Adviértase que ha habido otro Cesario, que escribió la vida de san Engelberto, referida por Surio en su sexto tomo á los 7 de noviembre, y fué aleman, y monje del Cister, en el valle de San Pedro, ó Heisterbacense, y se cree que es el autor del libro, llamado «Espejo de los ejemplos,» y floreció por los años del Señor de 1250.

San José de Calasanz, fundador.—Nació el santo padre José Calasanz de la Madre de Dios, en la villa de Peralta de la Sal, cabeza de la baronía de honor de la diócesis de Urgel, en el reino de Aragon, en el dia 11 de setiembre de 1556, y fueron sus padres don Pedro Calasanz, de la nobilísima familia de este apellido (cuyos ascendientes eran contados entre los ricoshombres de Aragon, por los años de 1114), y su madre doña María Gaston. Desde muy pequeño empezó á observarse que lo habia elegido el cielo para grandes empresas: él era (depuso un caballero su contemporáneo), aunque niño, niño lleno de Dios, y daba ya indicios de santidad extraordinaria. No bien rayaba en él, á los cinco años, el uso de la razon, cuando noticioso de que el demonio era enemigo de los hombres, y les procuraba su eterna condenacion por todos los medios posibles, le concibió tan grande odio, que le declaró la guerra, y con un cuchillo, que tomó de su casa, capitaneando otros niños de su edad, salió fuera de la villa á desafiarlo, con ánimo (segun él decia, y le dictaba su inocencia) de quitarle la vida. Aplicáronlo sus padres al estudio de las primeras letras, y tanto en estas, como en la gramática, que aprendió en la villa de Estadilla, no lejos de su patria, hizo en breve tiempo progresos admirables. No es mucho; porque siempre juntó con la aplicacion al estudio, el temor de Dios, que es principio de la sabiduría, y la devocion de nuestra Señora, en tanto grado, que sus condiscípulos le llamaban el Santico. Instruido perfectamente en la lengua latina, pasó á la universidad de Lérida, célebre en aquel tiempo, en donde estudió la filosofía, y el derecho civil y canónico, en que recibió el grado de doctor. Constante en el propósito de abrazar y seguir el estado eclesiástico, sin embargo de la repugnancia que mostraba su padre, siendo de veinte años, obtuvo un beneficio eclesiástico en la iglesia de San Estévan de Monzon, y se trasladó á la ciudad de Valencia, para estudiar en su universidad la sagrada teología. Poco tiempo se mantuvo aquí; porque instigada del demonio una señora principal, con quien tenia política comunicacion, le armó un peligroso lazo. El riesgo fué del todo semejante al que refiere la sagrada Escritura del antiguo patriarca José, solicitado de la mujer de Putifar: tambien fué el triunfo semejante; y librando su seguridad á la fuga, volvió las espaldas, no solo á la apasionada señora, sino tambien á la ciudad de Valencia, y se trasladó á Alcalá de Henares, en cuya universidad prosiguió el estudio de teología, y recibió el grado de doctor.

2 Murió en este tiempo su hermano mayor, que como su padre, se llamaba don Pedro Calasanz: y siendo san José el único hijo varon que le habia quedado, no pudiendo resistir á las repetidas instancias de su padre, que en edad avanzada lo llamaba sin admitirle excusa, le fué preciso volver á su patria desde Jaca, en donde se hallaba maestro de pajes del obispo de esta ciudad don Juan de la Figuera. Mientras experimentaba las continuas baterías de su padre, que por todos los medios posibles procuraba inducirlo á que, tomando estado de matrimonio, le asegurara la descendencia varonil de su casa; no hallando ya medio para resistirle, y siéndole al mismo tiempo imposible obedecerle, por tener ya hecho voto de castidad, le envió el Señor una grave enfermedad, que puso en manifiesto peligro su vida. Ya habia recibido los santos sacramentos: ya se le habian agotado los remedios á la medicina: ya no quedaba resquicio á la esperanza; cuando por especial inspiracion del Señor pidió licencia á su padre para dedicarse á Dios en el estado de sacerdote, si le concedia la vida. Condescendió su padre sin dificultad; porque lo lloraba difunto. No necesitó de mas remedio para que huyera la enfermedad; y así en breve tiempo recobró la salud. En cumplimiento de lo que habia ofrecido, se ordenó de sacerdote, siendo de veinte y siete años de edad, y despues pasó con el mismo don Juan de la Figuera, entonces obispo electo de Lérida, á las cortes que Felipe II tuvo á los reinos de la corona de Aragon en Monzon, en las cuales asistió á diversas juntas que se tuvieron sobre gravísimos negocios en calidad de secretario, y especialmente á una que de órden del rey se formó para tratar de la reforma de la órden de San Agustin: y segun lo que se acordó en ella, formó el mismo san José los despachos que se enviaron á Roma. Acabadas las cortes, fué tambien nombrado secretario de la visita del monasterio de Nuestra Señora de Monserrate, en cuyo difícil empleo perseveró cuatro meses, hasta que sucedió la muerte del obispo de Lérida, que era el visitador.

3 Restituido á su patria, pudo mantenerse poco tiempo en la quietud de su retiro; porque el obispo de Urgel, su diocesano, lo llamó á sí, y lo nombró gobernador y oficial eclesiástico de Tremp, cabeza de una rica baronía, que en las partes setentrionales de Cataluña goza el mismo obispo con jurisdiccion espiritual y temporal de muchos pueblos. Aquí residió san José, cumpliendo exactamente con las obligaciones de juez y de padre en el distrito de su jurisdiccion, que era muy dilatado, y se extendia á setenta y dos parroquias. Tambien le confirió el mismo obispo el piebanato de las iglesias de Claverol y Ortoneda, sufragánea la una de la otra, y despues le nombró visitador de su dilatada diócesi, y finalmente su provisor y vicario general. Aunque vivia muy lejos de toda ambicion, y ganaba en este tiempo mas de dos mil escudos de renta, que repartia á los pobres, á excepcion de una pequeña parte, que consumia en su sustento decente, pero moderado trato; no cesaba de percibir una inspiracion y llamamiento que con suave violencia le movia á que, dejando su patria, partiera á Roma. No sabia lo que el Señor le tenia prevenido en esta ciudad: sin embargo, siguiendo la estrella de la ilustracion divina, con licencia de su obispo, que aprobó su resolucion, tomó el camino de Roma, adonde llegó á principios de 1592. Aquí solo cuidó de satisfacer su devocion, visitando los templos y santuarios mas célebres, y tratando con personas espirituales. Pero en lo que recibió su espíritu mas abundancia de consolacion, fué en la visita de las siete iglesias; de suerte, que se sintió movido á continuar este devoto viaje todos los dias, emprendiéndolo algunas horas antes de amanecer, para que le quedara libre el resto del dia para sus precisas ocupaciones. Esta costumbre (dice el padre Alejo de la Concepcion) la continuó por muchos años, imitando en esto á san Felipe Neri, que aun vivia con grande fama de santidad.

4 Estaba al principio, de posada, en compañía de un canónigo español, de costumbres poco parecidas á las de san José. Volviendo un dia á su cuarto, oyó que una mujer, que hablaba con su compañero, le decia: Quedo, señor canónigo; porque viene el que no puede ver á las mujeres: á la cual, dándose por entendido, respondió el siervo de Dios: No decis bien; mas os quiero yo, que otro alguno: yo amo á vuestra alma, y quisiera que fuerais una santa: mirad si los demás os aman del mismo modo. Retiróse corrida la mujer: hizo á su compañero una fraterna correccion, y advirtiendo despues que no producia fruto, dejó aquella posada, y se mudó á otra, en la cual perseveró hasta que tuvo cuarto en el palacio del cardenal Marco Antonio Colona, que lo eligió al principio por su consultor y teólogo, y despues por su confesor, y por ayo y maestro de don Felipe Colona, su sobrino, hermano menor del condestable, que despues le vino á suceder en los estados. Tanta fama se concilió en el palacio del cardenal, que era llamado comunmente «varon de Dios, y verdadera idea del hombre santo en la corte». Tenia distribuidas todas las horas del dia y de la noche, á excepcion del brevísimo descanso que daba á su cuerpo, en el cumplimiento de sus encargos, y ejercicios de oracion y piedad: y para cultivar mas todas las obras de misericordia, se alistó en varias confraternidades, de las cuales unas tenian por instituto el sufragio de las almas del purgatorio, otras el consuelo de los encarcelados, otras el alivio de los enfermos, ya en sus casas, ya en los hospitales, y finalmente, otras la enseñanza de la doctrina cristiana á la gente rústica é ignorante, en cuyo ejercicio tenia sus mayores delicias con los niños pobres. En cuyas ocupaciones empezó el Señor, aunque en enigma, á mostrarle el fin para que lo habia traido á Roma. Hallándose la víspera de las Llagas del seráfico san Francisco, de quien era muy devoto, en profunda meditacion, se le representaron en vision imaginaria, tres hermosísimas doncellas, de las cuales la una, que traia un vestido muy andrajoso, lloraba sin consuelo: y preguntándole José por la causa de su llanto, le respondió: ¡Ay de mí, que todos me desprecian: ninguno me quiere: todos me abandonan y aborrecen! Movido á compasion, se ofreció á ayudarla y no dejarla jamás; y diciendo y haciendo, le pareció que le estrechaba entre sus brazos, y levantaba del suelo, de lo cual, luego que volvió en sí, quedó muy avergonzado. Al dia siguiente, hallándose en la iglesia de las Llagas haciendo oracion, le pareció que veia delante de sí á la misma doncella, que, preguntada quién era, le respondió llorando: Soy la pobreza, de quien todos huyen. Pero con mas claridad se le mostró el misterio de su vocacion en el año 1597, cuando pasó segunda vez á Asís en romería, para ganar el jubileo ó indulgencia de Porciúncula; porque habiéndosele aparecido san Francisco con las mismas tres doncellas, haciendo oficio de párroco, lo desposó con ellas, declarándole que representaban los votos que constituyen la religion, pobreza, obediencia y castidad.

5 En la práctica de los ejercicios de las congregaciones, en que estaba alistado, y en especial de la doctrina cristiana, observó la peligrosa ignorancia en que vivian las personas adultas de los misterios de la fé: y vino á convencerse, que siendo todo efecto del descuido con que habian sido educados de niños; en la niñez se habia de procurar el remedio que los preservara. Por otra parte le enseñó la experiencia, que se conseguia con grande dificultad que los niños pobres y criados en libertad tuvieran perseverancia en aprender la doctrina cristiana; aunque para ganarlos se valia de diversos arbitrios, dándoles no solo medallas y estampas, sino tambien á algunos el sustento. De estos antecedentes presupuestos, sacó por consecuencia que no podia lograrse el remedio á tan grave daño, sino juntándolos en escuelas, en donde, enseñándoles sin paga, los harian concurrir sus mismos padres, y en esta forma, con el cebo de las letras, seria fácil instruirlos en lo que es necesario á un cristiano para asegurar su salvacion. Andando con este pensamiento, sin ofrecérsele que él fuese el escogido para tan grande obra de caridad, encontró en uno de los arrabales

de la ciudad dos cuadrillas de muchachos, que instigados de su perversa inclinacion, aun mas que de odio particular, se apedreaban, llenando al mismo tiempo el aire de maldiciones y blasfemias. Detúvose con la presencia de tan horrible espectáculo; y recogido todo en el fondo de su corazon, percibió que resonaban en su alma aquellas palabras del profeta David: «Para tí ha sido dejado el pobre: tú ayudarás al huérfano y desamparado». Asegurado, pues, de que el Señor lo habia destinado á aquella obra, de acuerdo con el cura de la parroquia de Santa Dorotea, en *Transtiberim*, que ofreció su pequeña casa para escuela, y la iglesia para las funciones espirituales, con otros dos sacerdotes, que se dejaron vencer de sus persuasiones fervorosas, dió principio á las Escuelas Pias (que llamó así, para dar á entender que en ellas se enseñaban letras y piedad sin estipendio, galardon ni salario) en el año 1597, siendo de cuarenta y un años de edad; y en este laborioso ejercicio perseveró por espacio de cincuenta y un años, con tanto teson, que renunció repetidas veces la mitra y el capelo, por no dejarlo.

6 No es fácil explicar lo que padeció en el establecimiento de esta obra: los dos sacerdotes se cansaron pasado poco tiempo: el cura, sobre ser viejo y embarazarle las obligaciones de su cargo y la asistencia á los ejercicios, no vivió dos años: por cuya razon le fué preciso al siervo de Dios buscar maestros asalariados, y casa dentro de Roma. Los maestros de la ciudad, que lo tenian por perjudicial á sus intereses, se oponian con todo esfuerzo, ni faltaban otros émulos, que para sufocarla en la cuna, no solo ayudaban á los maestros de niños, sino que en repetidas ocasiones dieron memoriales al sumo pontífice, representándole, que en las Escuelas Pias con capa de piedad se enseñaba doctrina opuesta á las buenas costumbres, y poco segura en materia de religion; aunque bien informado por algunos cardenales, que de su órden las visitaron, las declaró bajo de la proteccion de la santa sede, y mandó que san José con algunos compañeros de señalada virtud, que ya se le habian agregado, formasen una congregacion y vida colegial. Tambien el demonio visiblemente le declaró guerra; porque habiendo subido el siervo de Dios á una grande altura, para colocar una campana que debia hacer la señal á las escuelas, que ya eran muy numerosas, lo derribó de la escalera de mano en que estaba, de cuya caida se le quebró una pierna, y se tuvo por milagro que hubiera quedado vivo. Pero á pesar de todo el infierno, el pontífice Paulo V en el año de 1617 erigió las Escuelas Pias en congregacion, que quiso se llamara Paulina, honrándola con su nombre, para dar á entender que era obra suya, cuyos profesores deberian hacer los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, reservados al sumo pontífice, y poner toda aplicacion y cuidado en enseñar á la juventud las primeras letras, aritmética y gramática, instruyéndolos al mismo tiempo en los misterios de la fé, y buenas costumbres, y nombró por primer prefecto general á san José, que con catorce compañeros, todos muy distinguidos por sus circunstancias, vistió el hábito humilde, que es el mismo que ahora usan sus hijos, y consiste en una sotana como los demás clérigos reglares y manteo corto al modo de las reformas. Para desnudarse de todo lo que podia acordarles la vanidad del siglo, dejaron los apellidos; y san José Calasanz quiso ser llamado José de la Madre de Dios, ya por indicar su tiernísima devocion á María santísima, y ya para conservar la memoria del dia en que logró esta dicha, que fué el de la Encarnacion, cuando el Verbo divino vistió el tosco hábito de nuestra mortalidad. Despues Gregorio XV en el año de 1621 elevó la congregacion al estado de religion de votos solemnes, y le concedió la comunicacion de todos los privilegios concedidos, y que se concedieren á las órdenes mendicantes. Derramó el Señor sus bendiciones con mano franca sobre esta nueva planta, disponiendo que vistieran la ropa de las Escuelas Pias varones de muy recomendables circunstancias. De estos fueron el venerable Glicerio Landriani, que en la religion se llamó Glicerio de Cristo, noble milanés, pronepote de san Carlos Borromeo, y actual abad comendatario de San Antonio de Plasencia: el conde Otonelo Otoneli, viudo de la condesa de Montecuculi, se hizo sacerdote en cumplimiento de lo que san Felipe Neri le habia profetizado, y despues en la religion se llamó Pablo de la Asuncion: el venerable P. Pedro Casani de la Natividad de Nuestra Señora, de la república de Luca: el venerable Viviano Viviani de la Asuncion, decano de la Rota de Génova: el P. Tomás de la Madre de Dios, hijo del marqués Carreti de Sahona: el P. Carlos Bonifacio de San Francisco primogénito del marqués Monsiglo, que cedió á un hermano menor sus estados: el venerable P. Onofre del Santísimo Sacramento, napolitano, de los condes de Anagni; sin hacer mencion de otros muchos, que ganaron grande crédito para la nueva religion, por haber esmaltado su nobleza y literatura con ejercicio de tanta humildad.

7 San José trabajaba con incansable desvelo en promover el instituto, y se fatigaba en las escuelas con tanto desinterés, que no solo no admitia remuneracion alguna, sino que gastaba cuantiosas limosnas, que el Señor le multiplicaba milagrosamente, en comprar libros, papel y tinta para los discípulos pobres. Así crecia la nueva congregacion, y era universalmente aplaudida de todos, ni le faltó visible la aprobacion del cielo. Desde el principio instituyó el siervo de Dios la oracion, llamada «continua,» que la hacian alternativamente en la iglesia ú oratorio, algunos discípulos con asistencia de un padre director que muchas veces era san José. En una de estas oraciones se apareció la Virgen santísima nuestra Señora con su dulcísimo Hijo en los brazos sobre una blanca nube, rodeada de multitud de ángeles que esparcian sobre los niños, que estaban de rodillas, un licor á manera de rocío. A peticion de su amorosa Madre echó su precioso Hijo la bendicion á los que allí asistian; y desapareció la vision, dejándolos anegados en un mar de dul-

zura. Tambien honraba el Señor á su siervo, haciendo por él visibles milagros. Hallándose en Frascati, le trajo una mujer á un hijo pequeño difunto, que estando durmiendo en la cama habia sofocado: tomó al niño en los brazos de su afligida madre: juntó los discípulos de las Escuelas; y puestos todos de rodillas delante de una imágen de nuestra Señora, mientras hacian oracion, tenia el niño levantado en alto hácia la imágen. A poco espacio, que perseveró en la oracion, el niño difunto empezó á llorar para testimonio de que volvia á vivir. Gritaron todos: Milagro, milagro; y el siervo de Dios les dijo: Mirad, hijos, cuanto puede la Madre de Dios, si con viva fé le invocamos en las mayores necesidades. Hallábase moribundo un hermano operario, llamado Antonio de San José, de la noble familia Bernardini de Luca: encomendó san José á otro religioso sacerdote que le asistiese, mandándole que cuando lo viera en el último trance, le avisase. Púsose á agonizar á la media noche, y no pareciéndole al sacerdote prudencia llamar al santo padre en aquella hora, por si descansaba; lo ayudó á bien morir, y despues de difunto lo acomodó sobre el féretro. Poco despues llegó san José: y quejándose de que no lo hubieran llamado para echarle la bendicion, como el enfermo deseaba, acercándose á él, lo llamó en alta voz, diciendo: Hermano Antonio, hermano Antonio: respondió el difunto clara y distintamente: Benedicite; y al mismo tiempo se sentó sobre el féretro. Dióle entonces el siervo de Dios su bendicion, con lágrimas en los ojos de ternura; y el difunto se compuso otra vez sobre el féretro, y reposó en el Señor. El P. Antonio de San Andrés se hallaba enfermo desahuciado y próximo á morir: en el dia 16 de diciembre de 1624 pidió le llamasen á san José, para que le echara su bendicion para morir: el cual le dijo: P. Antonio, ¿no tiene ánimo para vivir ocho dias, que pasados estos entrará el año santo, y ganará grandes tesoros de indulgencias? Respondió el moribundo: Si Dios me hiciera esta gracia, no me quedaba mas que desear en esta vida. Pues tenga fé (replicó el siervo de Dios); que todo es fácil al que la tiene. Desde aquel instante quedó el enfermo sin padecer dolor, ni molestia alguna. Llegó la víspera de Natividad, y despues de haber recibido la sagrada eucaristía y hechas las diligencias precisas para ganar el santo jubileo, luego que oyó en el castillo de San Angel la señal que avisa al pueblo la entrada del año santo, pidió el enfermo le llamaran á san José: al cual luego que lo tuvo presente, dijo: Padre general, ya ha llegado mi hora: el año santo ha entrado: yo, miserable pecador, he hecho cuanto he podido para ganar el jubileo. Si V. P. me da su santa bendicion, me iré á la otra vida. Respondió san José: Si Dios os llama, andad con Dios. Echóle la bendicion; y al instante espiró plácidamente. El P. Melchor de Todos los Santos se hallaba gravemente enfermo en Roma: de órden de monseñor Andrés Castellani, que estaba á la puerta de la casa en su coche, subió el portero á preguntar al médico (que se hallaba con san José), cómo le iba al enfermo: á lo cual respondió: Dígale á monseñor, que muy mal. Pero san José lo detuvo diciendo: Nó, nó: dígale que esperamos en Dios que presto estará bueno. Dígale que está malísimo, replicó el médico, y que buenamente no hay esperanza de que mejore. Dígale, añadió san José, que está mejor, y que esperamos en Dios que nos lo dejará. Viendo la constancia de san José, le dijo el médico: Padre general, yo le digo que el P. Melchor está desahuciado, y que tiene poco tiempo de vida: y al portero: Dígale á monseñor que el P. Melchor se está muriendo. Partia ya éste; pero el siervo de Dios lo llamó, y dijo: Dígale solo á monseñor que el P. Melchor está ya bueno, y que el Señor nos lo ha prestado por su misericordia. Oyendo esto el médico, solo añadió: Las oraciones del padre general pueden hacerlo. Y así fué: porque en aquel mismo instante recobró el moribundo la salud. Teniendo el príncipe de Yntimilla precision de escribir á Roma á san José, y sabiendo que partia de Palermo, en donde sucedió este caso, á la misma ciudad, don Francisco Ibarra y Montenegro, capitan de infantería, le entregó el príncipe la carta, para que la pusiera en sus manos. La tarde antecedente á su viaje dejó el capitan la carta en casa de don Juan de Rosa, primer capellan de las galeras reales de Sicilia, con ánimo de despachar algunos negocios que tenia en la misma ciudad, y volver por ella al anochecer. Así lo hizo: y tomando la carta de encima de una mesa, en donde la habia dejado, leyó el sobrescrito, y halló que no decia: Al general de las Escuelas Pias; sino: Al príncipe de Yntimilla. Creyendo que habia sido equivocacion, se la volvió á éste, que la abrió, y halló ser toda escrita de mano de san José, y respuesta puntual de la que la misma tarde le habia escrito.

8 De la luz del cielo, con que veia las cosas ocultas y distantes, y profetizaba lo futuro, dió innumerables testimonios. Era muy frecuente, cuando los discípulos le besaban la mano, ó reprenderlos de los pecados ocultos, y exhortándolos al oido á que se confesaran; ó alentarlos á la perseverancia, cuando estaban en gracia de Dios, y á muchos les decia el estado que habian de tomar. Siendo ya de setenta y nueve años de edad, se hallaba el cardenal Domingo Ginnasi, enfermo de mucho peligro: mandó llamar á san José, y éste le dijo, luego que le vió: Vuestra eminencia aun tiene diez años de vida. El efecto acreditó la profecía; porque habiendo curado de aquella enfermedad, no murió hasta que pasaron diez años despues que le dijo estas palabras el siervo de Dios. Enfermó de un catarro (segun el dictámen de todos), incurable, el hermano Juan de San Carlos, operario de las Escuelas Pias, que ya tenia setenta y tres años de edad: visitóle san José, y le dijo: Hermano, no tema; porque aun ha de vivir doce años. Sanó, y concibió tanta seguridad en la promesa del siervo de Dios, que habiendo vuelto á enfermar siete años despues; aunque le decian que no tenia remedio su dolencia, respondia: No tengo miedo; porque aun me faltan cinco

años de los doce que me ha profetizado el padre general. Así sucedió; porque no murió hasta que se cumplieron los doce años. Por la semana santa del año 1639 resolvió el marqués Francisco Biscia irse con su familia á un lugar de sus estados, con ánimo de divertirse. Sentíalo mucho la marquesa, su mujer, pareciéndole impropio de aquel tiempo cualquiera diversion. Dióle aviso á san José, para que procurara disuadir á su marido: oyólo el siervo de Dios, y quedando un poco suspenso, arrojó un profundo suspiro, y dijo: Pobre caballero, va huyendo de la muerte: pobre caballero, si se va, no volverá mas. Por mas instancias que le hicieron, no quiso ceder el marqués: y estando éste para partir, avisado de parte de la marquesa por medio de un hijo suyo, de lo que pasaba, dijo segunda vez: Pobre caballero, va huyendo de la muerte, y no volverá mas. Para acreditar aun con mas claridad que sabia lo que habia de suceder, el viernes santo envió dos de sus religiosos sacerdotes, con órden de que se detuviesen en compañía de los marqueses, todo el tiempo que estos gustasen. Fueron bien recibidos, y el marqués, habiendo hecho confesion general con uno de ellos, comulgó por devocion el domingo de Pascua. Al dia siguiente al empezar á comer, fué asaltado de un accidente de apoplejía, que al punto le privó del uso de los sentidos y potencias, y dentro de dos dias le quitó la vida.

9 Aunque desde el principio tuvo san José, y su instituto, poderosos émulos que no perdonaban á diligencia para embarazar sus progresos, la religion se veia muy dilatada por toda la cristiandad. Por los años de 1640 se hallaba propagada en seis provincias, es á saber, de Roma, Génova, Nápoles, Toscana, Alemania, y Sicilia, de las cuales las tres primeras las fundó el siervo de Dios por sí mismo, y las otras tres por medio de sus hijos. Tambien dos años antes don Pablo Duran, obispo de Urgel, habia hecho una fundacion de las Escuelas Pias en el lugar de Guisona del principado de Cataluña: y aunque se perdió en las guerras, que por este tiempo agitaron al mismo principado; se compensó esta pérdida con el establecimiento de la religion en la isla de Cerdeña, y en el reino de Polonia, cuyo rey Uladislao IV mandó despachar su real decreto, sin preceder instancias de parte de la religion, por el cual con voces de singular honra, no solo admitia en sus dominios, sino tambien llamaba al piadoso instituto, el cual no se propagó en otros reinos y provincias, por no tener bastantes individuos: así en una carta del año 1633 lo escribió el siervo de Dios: «Si me hallara con diez mil religiosos, en menos de un año tendria en donde emplearlos.» Sin embargo, para que brillara mas lo heróico de su paciencia entre las mayores contradicciones, permitió el Señor que haciéndose valido el demonio de dos, que vivian entre sus hijos, con ejemplo pocas veces visto en la Iglesia de Dios, tuviesen pretexto los émulos, que no dormian, para procurar la total extincion del instituto, no hallándose este viciado, ni en la cabeza, ni en los miembros, y les faltó poco para llegar á conseguirlo. Por falsos informes, aunque verisímiles, que dieron algunos sugetos (cuyos ojos flacos no podian sufrir el copioso resplandor que esparcian sus méritos), de haber ocupado algunas escrituras pertenecientes al santo tribunal de la Inquisicion, al principio del mes de agosto de 1642 á las diez de la mañana fué llevado por medio de toda Roma rodeado de ministros, y acompañado de sus asistentes, procurador general, y secretario, al mismo tribunal del santo Oficio: y aunque descubierta su inocencia, luego fué puesto en libertad, y aun traido como en triunfo por las mismas calles, por donde habia sido llevado; prevaleciendo la malicia de los contrarios á san José, y á su obra, permitió el Señor, para ejercicio de su siervo, que sin embargo de la rectitud de las personas que habian de juzgar aquella causa, fuera ofuscada la justicia: así pasados solos cinco meses, expidió la sagrada congregacion del santo Oficio un decreto, que aprobó el pontífice Urbano VIII, por el cual san José fué depuesto del generalato que el mismo pontífice habia perpetuado en su persona, y nombrados con título de visitadores para mandar la religion, primero el padre Agustin Ubaldini de la congregacion Somasca, varon de costumbres irreprensibles, y despues, por renuncia que éste hizo del cargo, el padre Silvestre Pietra-Santa. En todos estos trabajos no es fácil ponderar la paciencia, conformidad y quietud de ánimo con que se portó, siendo innumerables las ocasiones de merecer que se le ofrecieron. Nunca se quejó (deponen los que fueron testigos de todos estos fracasos), ni de palabra, ni por escrito, de que le cogian las cartas que le venian de fuera, ni cuando le abrian las que escribia: y sobre esto hacian burla de él. No se dió por sentido de que le quitasen el compañero y el secretario, y los libros de la religion, ni de que hicieran pedazos los de las fundaciones: ni se quejó, cuando supo que prohibian á sus religiosos ir á su aposento, y aun los mortificaban, y sacaban de Roma: ni se alteró jamás, aunque en su cara lo injuriaban y despreciaban. Causó tanta admiracion la resolucion del pontífice, que á instancia de diversos príncipes de la cristiandad, que no podian ver con indiferencia á san José herido tan gravemente en la honra, el pontífice Inocencio X, que sucedió á Urbano VIII, deputó una congregacion de cardenales, que entendiera en las cosas de la religion: los cuales acordaron que el siervo de Dios debia ser reintegrado en el generalato con sus cuatro asistentes depuestos. No obstante, condescendiendo el Señor con las continuas súplicas que éste le hacia, para que lo dejara morir en la cruz de los trabajos, á imitacion de su crucificado Dueño, no solo no tuvo efecto esta resolucion, sino que, exageradas de los émulos las turbaciones domésticas, y fomentadas ó no corregidas del segundo visitador, en el año de 1646 expidió el sumo pontífice un breve, reduciendo la religion de las Escuelas Pias á congregacion de sacerdotes seglares, como la de san Felipe Neri, pero con las circunstancias de que todas sus casas y colegios quedaran sujetas inmediatamente á los ordinarios, y de que no se

pudiesen vestir, ni profesar novicios. Cuando fué noticiado el breve de la reduccion á toda la comunidad congregada en el oratorio de San Pantaleon de Roma, presente san José; éste, como si no tuviera memoria de los inmensos trabajos que le habia costado aquella obra en el espacio de cuarenta y nueve años, hecho un verdadero retrato del pacientísimo Job, solo dijo: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sit nomen Domini benedictum*: El Señor lo dió, el Señor lo quitó: sea bendito el nombre del Señor. Con igual resolucion toleró los falsos rumores que se esparcieron tanto sobre su persona, como sus Escuelas: diciendo unos que todos los religiosos estaban excomulgados; y otros que eran desobedientes al pontífice: y aun en Polonia y Alemania se publicó que el mismo san José habia desamparado el instituto, y huyendo de la borrasca, se habia retirado á los padres capuchinos. Pero tan lejos estuvo de mostrar pusilanimidad, que no cesaba de alentar á sus religiosos á la perseverancia: Yo espero (decia) que todo cuanto han hecho, y hacen nuestros contrarios, se desvanecerá con la ayuda de Dios, y á su tiempo triunfará la verdad de la envidia: tengan buen ánimo los que aman el instituto; porque sin duda se reintegrará, y tal vez mas glorioso que antes. Y por lo que respeta á su persona, todas las persecuciones no sirvieron mas que de dar á conocer lo heróico de sus virtudes, volviendo visiblemente por su honor el cielo, que no cesaba de tomarlo por instrumento de estupendos milagros. En la ciudad de Saona, se hallaba el padre Agustin de San Cárlos, sacerdote de las Escuelas Pias, en el mes de julio de 1648 una noche, cuando, habiéndose levantado una furiosa tempestad, oyó distintamente la voz de san José, á quien conocia muy bien, que le mandaba fuera con otro religioso á tocar la campana de la iglesia. De este modo libertó la vida; porque pasado poco rato cayó un rayo, que, prendiendo en el almacen de la pólvora, arruinó gran parte de la ciudad, y casi todo el colegio, con muerte de seis religiosos, á excepcion del sitio en que se libró el dicho padre con su compañero.

10 Finalmente, habiendo obtenido del Señor la gracia de morir en la cruz de los trabajos y persecuciones, dejando el instituto en estado en que á lo natural solo debia esperarse su total ruina; hallándose de casi noventa y dos años de edad, y muy débil en el cuerpo, no solo por causa de la vejez, sino de los ayunos, vigilias y mortificaciones, aunque robustísimo en el espíritu, á fines del mes de julio de 1648 empezó á enfermar: y agravándosele lentamente la dolencia, en la cual dió heróicos ejemplos de todas las virtudes, el dia 24 de agosto, presentes todos los religiosos de la casa de San Pantaleon, recibió el santísimo Sacramento por viático, exhortándolos á la devocion de María santísima nuestra Señora, y á la perseverancia en los ejercicios de su vocacion, con estas preciosas palabras: Si verdaderamente fuereis humildes, seréis exaltados, y ninguno prevalecerá contra vosotros. Despues le suplicaron los religiosos les echara su bendicion: y como se excusase, añadió uno de ellos, que tambien el seráfico san Francisco habia echado la bendicion á sus hijos, cuando estaba para morir: al cual respondió el siervo de Dios con mucha prontitud: Dadme el espíritu de san Francisco y yo haré lo propio. Sin embargo, por no dejarlos desconsolados, los bendijo á todos, presentes, ausentes y futuros. En todo el discurso de la enfermedad lo visitaron innumerables prelados, señores y personas de grande crédito; pero empezando á correr la voz de que el mismo siervo de Dios aseguraba que se moriria sin duda, fué mayor el concurso. Los tres dias últimos estuvo casi de continuo en éxtasis, sin querer hablar con las criaturas, sino de la gloria de los bienaventurados. Varias veces se le apareció la Reina de los cielos, y en una de ellas acompañada de todos los religiosos que habian muerto desde el principio de la fundacion del instituto, menos uno; y le fué revelado que todos, ó estaban en el cielo, ó en carrera de salvacion en el purgatorio. Al anochecer del mismo dia pidió que le administraran la extremauncion, y despues mandó que le leyeran la pasion de nuestro Redentor Jesucristo, como la escriben los sagrados evangelistas; y segun los pasos que le leian, pronunciaba muy tiernas jaculatorias. Así se mantuvo con admirable paz y sosiego, hasta que despues de las doce de la noche, entrado ya el dia 25 de agosto, presente toda la comunidad que le dijo la recomendacion del alma, al acabarla, levantando la mano derecha, como quien señalaba al cielo en donde tenia preparada su mansion, pronunció clara y distintamente tres veces, Jesus, Jesus, Jesus, y pasó á la feliz eternidad. El dia siguiente fué trasladado su cadáver del oratorio á la iglesia, en donde obró el Señor varios prodigios, curando de diferentes dolencias á los que se le encomendaban, y fué tan universal la aclamacion y el concurso, que tomando motivo la envidia de sus émulos, que no le perdonaban difunto, acudieron al vicegerente de Roma, representando la devocion como escándalo, y pidiéndolo mandase dar pronta sepultura al cuerpo, no obstante de haber sido rechazado con desabrimiento el autor de este atentado, suponiendo órden de otro ministro superior, acompañado de un notario y ocho alguaciles, pasó á notificar á nuestros religiosos dieran sepultura al cadáver sin dilacion: y pidiendo estos la órden para obedecerla, arrebataron los alguaciles el féretro, y precipitadamente lo encerraron en la sacristía, en donde permaneció, hasta que habiendo acudido al cardenal vicario, este declaró, no solo no haber dado órden para que lo sepultaran, sino ser su expresa voluntad que lo mantuvieran expuesto todo el tiempo que pareciera conveniente para satisfacer la devocion. La concurrencia era tanta, que fué necesario valerse de la tropa para contener las avenidas del pueblo: ni por esto se crea que era el vulgo solo quien formaba este devoto concurso: prelados, embajadores y príncipes de la primera distincion, quisieron ser testigos de lo que publicaba la fama; y todos aseguraban que habia quedado corta. El mismo pontífice envió á uno de sus camareros para que le informara de

todo: dos horas se detuvo viendo desde el coro lo que pasaba; y al volver á la presencia del papa, le dijo lo que al Precursor sus discípulos hablando de Cristo Señor nuestro: Los ciegos ven; los cojos andan; y no se advierten mas que maravillas: y así era; porque de dos ciegos se sabe que lograron la vista: un paralítico y otro tullido la salud: diversos endemoniados quedaron libres de los espíritus malignos; y grandes pecadores salieron del mal estado, solo con mirar el rostro del venerable difunto. Eran ya las nueve de la noche cuando con mucho trabajo pudo la guardia echar fuera de la iglesia la gente, publicando que no se le daria sepultura; pero al amanecer del dia siguiente lo sepultaron en el plano de la capilla mayor; y por la tarde, habiéndose hecho el reconocimiento, admiraron los que tuvieron la dicha de hallarse presentes, que aun el cadáver se mantenia flexible. Antes de pasar tres años despues de la muerte del siervo de Dios se recibieron informaciones para introducir la causa de su beatificacion, y en espacio de año y medio llegaron al número de ciento cuarenta y tres los milagros que se habian ya registrado. Pero entre todos merece sin duda el primer lugar la conservacion del instituto: el cual, no solo no descaeció, como parecia natural, con la muerte de su santo padre y fundador, sino que logró verse reintegrado primero por Alejandro VII al estado de congregacion, con votos simples y juramento de perseverancia, todo reservado al pontífice, y despues por Clemente IX al estado regular y título de religion, con emision de los votos solemnes, y comunicacion de todos los privilegios que le habian sido concedidos.

11 La causa de beatificacion del siervo de Dios, no obstante los gravísimos embarazos que ocurrieron y fueron superados con repetidos prodigios, llevó feliz curso. El santísimo padre Benedicto XIII en 1728 aprobó sus virtudes en grado heróico: y nuestro santísimo padre Benedicto XIV, que siendo abogado consistorial, trabajó á favor de la causa; siendo promotor de la fé, opuso contra ella animadversiones dignas de su superior talento: y siendo cardenal, concurrió con el favorable sufragio cuando fueron aprobadas sus virtudes en grado heróico; elevado á la silla de san Pedro, en 10 de mayo de 1748, aprobó dos milagros que refiere; y últimamente, en 7 de agosto del mismo año declaró su beatificacion, cuya primera fiesta se celebró en la basílica de San Pedro en el Vaticano, el dia 18 de los mismos mes y año; y en el dia 25, en que puntualmente se cumplia el siglo de cien años en que murió en la casa de San Pantaleon, se celebró la primera fiesta en la misma iglesia, aunque por disposicion del sumo pontífice se le ha señalado para su fiesta el dia 27, en que le dieron á sus reliquias sepultura (1).

12 Escribió su vida el primero en español el padre Episio de San José, que la dedicó á Carlos II; el padre don Francisco María Maggi, de los Clérigos regulares teatinos de Palermo, imprimió un comentario de la vida del siervo de Dios, en latin: despues se han impreso en idioma toscano varias obras del mismo asunto: la que dejó escrita el padre Alejo de la Concepcion, sétimo general de las Escuelas Pias, y tradujo en español el padre Antonio de San Medardo; aunque corre en nombre de don Pedro Agnerza: la que en crecido volúmen dió á luz el padre Inocencio de San José, y los Compendios que ha publicado el padre Vicente de San Felipe Neri, cronista general de la religion, de los cuales el último ha sido traducido en Madrid.

* SAN SIAGRIO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en las Galias, y fué elegido y consagrado obispo de Autun por los años de 560. Asistió á casi todos los concilios de su tiempo, y en uno de ellos se le encargó el cuidado de restablecer la paz en el monasterio de Santa Radegunda de Poitiers. El rey Gontrando, que le tenia un afecto particular, quiso que el santo le acompañase en su viaje á París para asistir al bautismo de Clotario II, cuya ceremonia tuvo lugar en Nanterre el año 591. San Gregorio el Grande le dió las mas expresivas muestras de la estimacion que hacia de sus virtudes y capacidad; le encomendó los misioneros que enviaba á Inglaterra con san Agustin, y le encargó varios negocios de importancia. El mismo papa le concedió el palio, mandando que en adelante los obispos de Autun serian los primeros de la provincia de Lyon despues del metropolitano, y que tendrian el rango de preferencia, aun entre los prelados mas antiguos en edad ú ordenacion. San Siagrio, coronado de virtudes, murió en el año 600, y fué glorioso en milagros.

SAN PEMON, ANACORETA.—Brilló como una luz extraordinaria entre los antiguos padres del desierto, al cual se retiró por los años 385. Todo el Egipto resonó con la fama de sus asombrosas penitencias, y sus seis hermanos, que convencidos por él le habian seguido á la soledad, fueron tambien otras tantas lumbreras de no menos magnitud. Pemon pasaba muchos dias seguidos sin tomar alimento alguno; prohibia á sus discípulos el uso del vino y de todo cuanto puede fomentar la sensualidad; estudió continuamente en la vida de los grandes patriarcas de la penitencia la regla de su conducta, y era todo su conato ser su perfecto y puntual imitador. Habiendo los bárbaros asolado en 395 los desiertos de Scete, Pemon se retiró con sus hermanos á Terenuth, junto á un antiguo templo de ídolos, en cuyo sitio permaneció muchos años. La pequeña comunidad empleaba el tiempo del modo siguiente: de las doce horas de la noche empleaban cuatro en trabajar, cuatro en cantar salmos, y otras cuatro en descansar. De dia trabajaban hasta la hora de sexta, leian en seguida hasta la de nona, y despues preparaban sus yerbas y comian. Así pasaban la vida, esperando ser llamados á la gloria de la inmortalidad. San Pemon entró en ella por los años de 451, despues de una existencia consagrada á la santificacion de su alma y á la edificacion de cuantos despues de él se dedicaron á la vida penitente y solitaria. Las vidas de los padres del desierto están llenas de admirables sentencias de este santo, particularmente en lo tocante á la mortificacion de

(1) La bula de su canonizacion fué expedida por Clemente XIII, el dia 17 de julio de 1776.

los sentidos, al silencio, al desprecio de sí mismo y á la humildad.

SAN RUFO, OBISPO Y MÁRTIR. —Fué de la noble sangre patricia y cónsul de Roma el año 17 de Jesucristo. Convirtióse á vista del milagro obrado por san Apolinar, arzobispo de Milan, y discípulo del apóstol San Pedro, que restituyó la vida á una hija suya ya difunta. El mismo santo arzobispo le bautizó á él y á toda su familia y despues le consagró obispo de Capua, cuya Iglesia gobernó poco tiempo, porque habiéndose encendido persecucion contra los fieles, fué en ella inmolado, recibiendo la palma del martirio en la misma ciudad de Capua por los primeros años del siglo II.

LOS SANTOS MARCELINO, MANNEA, JUAN, SERAPION, Y PEDRO, MÁRTIRES. —Los dos primeros eran esposos, y los otros tres, hijos suyos, componiendo todos una familia distinguida de la ciudad de Tomis, en el Ponto. Marcelino era tribuno de ejército, y habiéndose convertido á la religion de Jesucristo con toda su casa, fueron bautizados y martirizados durante la persecucion de Diocleciano en el mismo lugar de su residencia.

SAN NARNO, OBISPO Y CONFESOR. —Consagróle obispo san Bernabé, apóstol, y lo envió á Bergamo, de cuya ciudad fué el primer pastor y entre cuyos habitantes echó las semillas del Evangelio. Sus frutos fueron copiosos; porque el Señor, que se complace en bendecir los trabajos de sus siervos, acompañó con su gracia y sus milagros los esfuerzos de Narno, que verdadero discípulo de los apóstoles se habia hecho todo para todos á fin de ganarlos á todos. Su pontificado fué bastante largo y murió santamente entre sus ovejas en el año 80 de Jesucristo.

SAN RUFO Y SAN CARPÓFORO, MÁRTIRES. —Eran de la ciudad de Capua, y habiendo confesado públicamente á Jesucristo en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fueron acerbísimamente atormentados, y por fin consiguieron la corona del martirio. Sus cuerpos, recogidos por los cristianos, se veneran todavía en la misma ciudad, y por su mediacion ha obrado el cielo muchos milagros.

SANTA EUTALIA, VÍRGEN Y MÁRTIR. —Fué de Lentini, en Sicilia: su madre, que era gentil, padecia un flujo de sangre, del cual fué milagrosamente curada por la intercesion de los santos mártires Alfeo, Filadelfo y Quirino. Agradecida á tal beneficio, se hizo instruir en la religion verdadera, creyó en Jesucristo y fué bautizada con su hija Eutalia. Semiliano, idólatra furibundo y hermano de Eutalia, al saber que se habian convertido, quiso prender á su propia madre; pero esta se escapó, y solo cayó en su poder su hermana Eutalia, á la cual degolló por sus propias manos, despues de haber intentado hacerla violar por un esclavo. La muerte de esta santa sucedió, segun el Menologio griego, á mediados del siglo III.

SANTA ANTUSA, MÁRTIR. —Dieron á esta santa el sobrenombre de *Jóven* para distinguirla de otra santa Antusa que padeció martirio en la persecucion de Valeriano, y que se venera el dia 22 de este mismo mes. No sabemos dónde murió la que veneramos hoy, y solo nos consta que acabó su vida siendo arrojada á un pozo por los infieles.

SAN JUAN, OBISPO. —Nació en Pavia, de claro linaje, y habiendo recibido una brillante educacion, abrazó el estado eclesiástico, llegando en poco tiempo á ser elevado á la dignidad de obispo de su patria. Defendió con admirable zelo la disciplina eclesiástica, reformó las costumbres de su pueblo, y fué principalmente el pastor y el padre de los huérfanos y las viudas desamparadas. Despues de doce años de episcopado, habiendo florecido en doctrina y ejemplos, murió santamente en Pavia, el dia 27 de agosto del año 813, siendo enterrado en su catedral.

SAN LICERIO, OBISPO Y CONFESOR. —Parece que fué natural de las Galias. Siendo ya muy ilustre por sus costumbres y milagros, fué elegido y consagrado obispo de Lérida, en Cataluña, cuya Iglesia gobernó con eminente prudencia y santidad. Asistió á varios concilios, y murió un dia 27 de agosto de uno de los años entre el 540 y 550. Lanuza dice que este santo es el mismo que con el nombre de san Llev, es conocido en la diócesis de Barcelona, y que tiene una iglesia dedicada á su honor en el pueblo de Villamayor.

SANTA MARGARITA, VIUDA. —Fué hija, hermana y esposa de príncipes. Nació y murió en Baviera, modelo de todas las virtudes, dotada del don de profecía y de milagros. Su muerte se coloca en el 27 de agosto del año 1184.

LA TRASVERBERACION DEL CORAZON DE SANTA TERESA DE JESUS. —Esta fiesta, conocida tambien con el nombre de «segunda fiesta de santa Teresa,» la instituyó la Iglesia para honrar aquella grande y tan señalada merced que hizo Dios á su sierva escogida, disponiendo que un ángel, en forma corporal, hincase una saeta en lo mas vivo de sus entrañas, para dar paso al divino amor. Nos parece que de ningun modo podemos explicar mejor este inefable suceso, que copiando aquí las mismas palabras con que le cuenta la santa en su vida escrita por ella misma. En el cap. 29, § 9, dice: «No se puede encarecer, ni decir, el modo con que llaga Dios al alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí; mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que mas contento dé. Siempre querria el alma estar muriendo de este mal. Esta pena y gloria junta me traia desatinada, que no podia yo entender como podia ser aquello. ¡Ó qué es ver un alma herida! Que digo que se entiende de manera, que se puede decir herida por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella que la hace toda arder. ¡Ó cuántas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, que me parece lo veo al pié de la letra en mí! Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (á lo menos busca el alma al-

gun remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sienten mas, ni hace mas pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo que tormento corporal le quitase: como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal: alguna cosa se aplaca y pasa algo con esto, pidiendo á Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve sino la muerte, que con esta piensa gozar del todo á su Bien. Otras veces da tan recio, que eso ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni piés ni brazos no puede menear; antes si está en pié, se sienta como una cosa trasportada, que no puede ni aun resollar, solo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas solo en el sentimiento.»

«Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta vision: veia un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque algunas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada que dije primero. En esta vision quiso el Señor que le viese así, no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacia dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento».

«Los dias que duraba esto, andaba como embobada, no queria ni ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenia algunas veces, cuando quiso el Señor que me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gentes no los podia resistir, sino que con harta pena mia se comenzaron á publicar. Despues que los tengo, no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte, que es muy diferente en hartas cosas, y de mayor aprecio: antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebata el Señor el alma y la pone en éxtasi, y así no hay lugar de tener pena ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal responde á tan grandes beneficios.»

Hasta aquí la misma santa. El que quiera saber mas pormenores sobre su vida, vea en el dia 15 de octubre, donde se halla.

Dia 28.

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR.—La vida del admirable doctor y luz de la Iglesia san Agustin, escribió Posidonio, obispo calamense, que vivió en su compañía cuarenta años: y el mismo santo en el libro de sus Confesiones, comenzando desde el tiempo en que estaba en las entrañas de su madre, alaba al Señor, y pinta su niñez, y cuenta su vida hasta la muerte de su bienaventurada madre. De estas fuentes principalmente sacarémos nosotros lo que habemos de decir de este glorioso doctor: y tambien nos aprovecharémos de sus mismos escritos, y de lo que los otros autores graves escriben de él.

2 Nació san Agustin en una ciudad de Africa, llamada Tagaste, el año del Señor de 353, á 13 de noviembre, á los diez y nueve años del imperio de Constancio, siendo cónsules Arbecion y Lolliano. Sus padres eran nobles, aunque no muy ricos. Su padre se llamó Patricio, y era gentil, y la madre Mónica, cristiana, y tan grande sierva de Dios, que por sus oraciones y lágrimas se bautizó y murió cristianamente Patricio, su marido, y su hijo Agustin se convirtió y fué tan esclarecido siervo del Señor. En saliendo san Agustin de aquella tiernecita edad en que no sabia hablar, y comenzó á crecer, tuvieron sus padres cuenta con criarle y enviarle á las escuelas á aprender letras, para que alcanzase entre los hombres (como él mismo lo dice) honra y falsas riquezas. Tenia grande ingenio y excelente memoria; pero mas se inclinaba á holgarse, y á jugar con los otros muchachos, que á escribir, ni á leer, y aprender letras con el cuidado que debia: y por eso le azotaban, y él sentia mucho cualquier castigo. Siendo muchacho, fué un dia gravemente apretado de un dolor de estómago, que súbitamente le asaltó y congojó de manera que pensó morir, y pidió el bautismo para ser librado con el agua saludable de aquel santo sacramento. Pero fué nuestro Señor servido que luego volviese en sí, y comenzase á mejorar; y con esto se dilató el bautismo pareciéndole á su madre que su hijo, por su mala inclinacion, habia de tornar á manchar su alma, y que los delitos que cometiese despues del bautismo, serian mas graves y dignos de mayor castigo. Enseñáronle las letras latinas y griegas: de las latinas gustaba mucho: las griegas aborrecia y las tenia por pesadas y trabajosas: porque aquella dificultad que hay en aprender la lengua peregrina, era como una hiel que se derramaba en la dulzura que hallaba en las fábulas y narraciones griegas. Y aunque se la hacian aprender con espantes, amenazas y penas, no tenia tanta fuerza la necesidad medrosa, como la curiosidad libre, y el gusto que hallaba en la lengua latina: la cual aprendió perfectamente en Tagaste, y despues en una ciudad allí cerca, llamada Madauro, y finalmente en Cartago, cabeza de aquella provincia, donde florecieron los estudios de las buenas letras.

gun remedio,
gunas penite
mas pena de
cuerpo muert
cer algo que
grande el pri
miento corpor
medio, son r
subido mal:
con esto, pic
nal, y ningu
piensa gozar
tan recio, qu
corta todo el
mencar; ante
cosa trasport
solo da unos
puede, mas s

«Quiso el
esta vision:
izquierdo en
sino por mar
representan
vision pasad
quiso el Seño
sino pequeño
cendido, que
que parece t
llaman seráfi
mas bien veo
de unos ángel
lo sabria deci
oro largo, y
poco de fueg
razon alguna
trañas: al sa
y me dejaba
Dios. Era tan
aquellos quej
me pone este
que se quite
que Dios. No
aunque no de
harto. Es un
el alma y Di
á gustar á qu

«Los dias
bobada, no c
me con mi p
que cuantas l
gunas veces,
sen estos arre
tando entre
con harta pe
Despues que
sino la que d
rente en hart
en comenzan
parece arreb
tasi, y así no
decer, porqu
por siempre,
tan mal respo.

Hasta aquí la



S.t Augustin.

S.t AUGUSTIN

Allí san Agustin aprendió la retórica, y salió tan excelente orador, que la enseñó con gran loa en aquella ciudad: y se dió á las otras ciencias, y por sí mismo, sin otro maestro, las entendió y comprendió de manera que las podia enseñar á los demás. Pero cuanto el ingenio de san Agustin era mayor y mas admirable en aquella edad, tanto su mala inclinacion, y vivo y fogoso genio le tiraba á los deleites y gustos sensuales del amor loco y ciego: para lo que le ayudaban algunas malas compañías y una amistad de nombre, y verdadera enemistad y engaño del corazon, que suele haber entre los estudiantes mozos, que atiza las llamas de la concupiscencia que tanto arde en la juventud. Andaba cercado por todas partes de uno como incendio y hervidero de deshonestos amores: aun no amaba y deseaba amar, y con una mas secreta pobreza se aborrecia á sí, porque era menos pobre. Resbaló, y estaba encarnizado en el apetito sensual (como él mismo confiesa de sí); aunque el Señor con su misericordia no le desamparaba, antes aguaba aquellos deleites, y derramaba hiel y acíbar sobre los gustos que tenia; de manera, que cuando mas alegre estaba, se veia atar con unas ataduras congojosas, y ser herido como con unas varas de hierro de zelos, de sospechas y temores, de iras y contiendas. Fuése entrando en los amores torpes y enemigos de toda honestidad, y de este tan gran mal el mismo santo se echaba la culpa principalmente á sí, y despues al haber estado ocioso y sin ocupacion de estudio un poco de tiempo que estuvo en su casa aguardando que se aparejasen las cosas que habia menester para ir á Cartago. Y no menos se queja del poco cuidado que tuvo su padre en criarle en la virtud: porque como era gentil y ajeno de la luz de nuestra santa religion, no tenia otro blanco sino que su hijo estudiase, y con su grande ingenio alcanzase riquezas falsas y honras afrentosas, y dejase sucesion en su casa. Tambien dice, que fué ocasion de su desventura el entretenerse en las representaciones del teatro, en las cuales veia como en espejo sus miserias, y con aquellas llamas crecia mas su fuego. Pero lo que mas daño le hizo, fué la mala compañía que tuvo de algunos mozos traviesos y desvergonzados que tenian vergüenza de no ser tan malos y deshonestos como otros, y que se alababan del mal que habian hecho, y muchas veces del que no habian hecho, por ser tenidos en mas.

3 «En donde estaba yo (dice el santo, hablando con Dios), y cuán lejos andaba desterrado de los deleites, de vuestra casa, el año diez y seis de mi edad, cuando tomó señorío sobre mí, y yo me sujetó y rendí al apetito libidinoso y loco: que aunque los hombres disimulan, y no le tienen por deshonesto, es prohibido, Señor, por vuestras santas leyes.» Lloraba su santa madre Mónica, é íbale á la mano á su hijo, y aconsejábale que se apartase de toda mujer, especialmente de las casadas. Pero (como el mismo dice) los consejos de su madre le parecian consejos de mujeres, á los cuales él tenia vergüenza de obedecer, siendo verdad que aquellos consejos eran del Señor, y cuando la madre hablaba á su hijo, Dios hablaba por ella, y en ella despreciaba á Dios. Y añade: que aquella su ignorancia y ceguedad, era de manera, que le dejaba despeñar de un vicio en otro, con tan grande desvergüenza, que se corria de no ser tan deshonesto, como los otros de su edad, cuando veia que se alababan de sus torpezas, y se gloriaban tanto mas de ellas, cuanto eran mas feas. «Yo (dice) me deleitaba en mis males, no solo por el gusto de la mala obra, sino tambien por alabarme de ellos. ¿Qué cosa hay digna de vituperio sino el vicio? Y yo, desventurado, por no ser vituperado, me hacia mas vicioso, y cuando no habia hecho el mal, que otros habian hecho, ni era en esto tan perdido como ellos, fingia haberle hecho, para que no me tuviesen en menos por ser mas inocente, ó por ser casto, me despreciasen mas. Con tales compañeros, Señor, paseaba yo las plazas de Babilonia, y me revolvia en el cieno, como si fuera bálsamo y ungüento precioso: y en medio de ella para que me enlodase mas, el enemigo invisible me hollaba y engañaba, porque yo era engañadizo.» Todas estas son palabras de san Agustin. Y porque cuando la voluntad está estragada, fácilmente se oscurece el entendimiento: y él es tanto peligroso, cuanto es mas delicado, y excelente, si no está enfrenado con la humildad y alumbrado con la verdad; andando san Agustin envuelto en los vicios, y en torpezas y deshonestidades, no es maravilla que cayese en errores y desatinos, y que su grande ingenio fuese ofuscado con las tinieblas de los herejes maniqueos, los cuales (como el mismo santo dice) eran hombres locos y soberbios, y en gran manera carnales y parleros, y en cuya boca estaban armados lazos del demonio, y una liga compuesta de las sílabas del nombre de Dios, y de nuestro Señor Jesucristo, y del Espíritu santo nuestro consolador. Caí, dice, en manos de aquella mujer atrevida, y de prudencia pobre (significada por el enigma de Salomon), sentada en una silla á su puerta, la cual decia: Comed alegremente del pan escondido, y bebed del agua dulce hurtada. Esta mujer me engañó, porque me halló fuera de mí, y que habitaba en los ojos de mi carne, rumiaba dentro de mí las mismas cosas que por su consejo habia tragado. Habíase dado antes á leer las Escrituras, y parecióle que no eran dignas de ser comparadas con la majestad y elocuencia de Tulio: porque (como él mismo escribe) su hinchazon huia del humilde estilo de ellas; su corta vista no penetraba el meollo que en ellas se encierra: y no era tal, que pudiese entrar por su soberbia en aquel sagrario divino, ni bajar su cerviz; porque se desdeñaba de ser pequeño, y se tenia por grande.

4 Con los errores de los maniqueos, en que habia vivido san Agustin, crecieron los dolores de su santa madre: y si antes le lloraba por verle liviano y vicioso, mucho mas le lloraba despues, cuando le vió engañado, y tan ciego con los disparates de aquellos herejes. Hacia continuamente oracion, y lloraba por su hijo vivo, mas que las otras madres suelen llorar por sus hijos muertos: mas no menospreció el Señor las copiosas lágri-

mas que corrian de los ojos de santa Mónica, y regaban la tierra en cualquiera parte donde oraba: porque no queriendo antes vivir en su casa, ni comer á una mesa con su hijo, porque le desagradaban sus errores y desvarios, despues se trocó con una vision, con la cual el Señor la consoló, y la certificó que su hijo no se perderia, y que vendria á tener la misma fé que ella tenia. Alentada ya, y mas alegre con esta esperanza, vivia, y comia con él: y no por eso dejaba á todas horas de importunar al Señor, y llorar por su hijo: aunque él por los nueve años siguientes se estuvo revolcando en aquel profundo cieno de su carne y tinieblas de falsedad, procurando muchas veces levantarse y cayendo cada vez mas gravemente. Pero andando en estos pasos, no se olvidaba el Señor de él; antes le daba algunas ocasiones para que él mismo se desengañase, y conociese su error. Uno fué, que habiendo venido á la ciudad de Cartago cierto obispo de los maniqueos, que se llamaba Fausto, gran lazo del demonio, y que muchos caian enlazados por sus dulces palabras; san Agustin le habló y trató, y halló, que no era tan docto, como los maniqueos predicaban, y que enseñaba lo que no entendia: y conoció que no sabia arte alguna de las liberales, sino solo la gramática, y por estar ejercitado en el hablar cada dia, habia alcanzado facilidad en el bien hablar, y con esto engañaba á los que le oian. Y como este Fausto era tenido por hombre doctísimo y maestro de todos los maniqueos, y san Agustin le halló tan falto de la doctrina, y tan ignorante; desconfiado de él, y de los otros sus maestros, comenzó á perderles la aficion, y todo el estudio que antes habia tenido de aprovechar en aquella secta. Con esto aquel Fausto, que habia sido á muchos lazo de muerte (sin quererlo, ni saberlo él), comenzó á aflojar el lazo con que san Agustin estaba apretado.

5 Vínole gana de dejar la cátedra de retórica que tenia, é ir á Roma, no por ganar mas, ni por alcanzar mas honra, sino principalmente por librarse de las pesadumbres y malas costumbres de los discípulos que estudiaban en la ciudad de Cartago. Supo la buena madre lo que su hijo queria hacer: rogóle que no lo hiciese; y lloró amargamente su partida, y siguióle hasta el mar. Engañóla: y quedándose ella una noche en un lugar cerca de la ribera, en que se celebraba la memoria del bienaventurado san Cipriano, él se partió á escondidas, quedando ella orando y llorando. Llegó san Agustin á Roma, y luego fué visitado de Dios con una enfermedad corporal, que le apretó mucho, de la cual sanó por las oraciones de su madre, que aunque estaba ausente de su hijo con el cuerpo, no lo estaba con el espíritu, y con sus lágrimas y continuas plegarias le detenia para que no se acabase de perder. En Roma fué huésped de un maniqueo, y allí trató con los maniqueos; pero friamente, y no con el fervor que antes solia. Y habiendo leido una disputa, que un católico, llamado Elpidio, habia tenido con ellos, comenzó á despreciar aquella secta. En Roma leyó retórica, y divulgóse por toda la ciudad en breve la grandeza y agudeza de su ingenio, sus muchas letras, y extremada elocuencia: de manera, que habiéndose escrito de Milan, por órden del emperador, á Símaco, prefecto de la ciudad de Roma, que los proveyese de un maestro de retórica; Símaco escogió á san Agustin, y le envió á Milan bien acomodado, para que allí la enseñase: aunque nuestro Señor Dios le llamaba para otros mayores intentos: porque en Milan halló á san Ambrosio, obispo, varon señalado, y bien conocido por todo el mundo, y piadoso siervo del Señor, el cual con sus palabras enseñaba al pueblo, y le sustentaba con el pan de su doctrina, y le ablandaba con la suavidad del óleo, y con el vino fuerte le embriagaba del amor de Dios, con quien hablando el mismo san Agustin, dice: «Vos me llevábades á él, sin yo saberlo; para que sabiéndolo, él me llevase á vos.» Recibióle san Ambrosio con amor de padre, y como obispo alabó su peregrinacion. Comenzóle san Agustin á amar al principio, no como á doctor de la verdad, mas como á un hombre benigno, que le mostraba buena voluntad. Cuando enseñaba al pueblo, oíalo con atencion, mas no con la intencion que debia, sino como quien con una cierta curiosidad queria hacer prueba de su elocuencia, y ver si correspondia á lo que se decia de él, ó era mayor, ó menor que su fama: y estaba atento, y colgado de sus palabras, no teniendo cuenta con las cosas que decia; antes las despreciaba y se deleitaba con la suavidad de sus palabras: que, como el mismo santo dice, eran muy mas doctas que las de Fausto; aunque no tan dulces y suaves, cuanto al modo de decir. Pero con las palabras, que san Agustin amaba, entraban juntamente en su alma las cosas que menospreciaba, y venian vestidas con ellas, porque no podia apartar las sentencias de las palabras: y como él abriese el corazon para recibir la suavidad y elegancia de las palabras, á vuelta de ellas entraba tambien la verdad, aunque poco á poco. Con esto se persuadió que se podia defender lo que enseñaba la fé católica, y que no era vencida de sus enemigos, aunque no le parecia aun vencedora: y de aquí vino á dejar á los maniqueos, por parecerle que muchos filósofos habian hablado con mas probabilidad, y mas acertadamente de las cosas, que no ellos, y á ponerse en un estado indiferente, que ni bien era maniqueo, ni católico cristiano.

6 Al tiempo, pues, que san Agustin andaba vacilando, y comenzaba á abrir los ojos para ver la verdad, vino santa Mónica, su madre, en busca de él á Milan, siguiéndole por mar y por tierra, muy segura en Dios entre todos sus peligros, y fuerte por su gran piedad: porque el amor de madre no la dejaba reposar; y el deseo de que su hijo se salvase, la traia atravesada de dolor. Para esto, á mas de las copiosas lágrimas que continuamente derramaba, y de las oraciones que de dia y de noche ofrecia con grande instancia al Señor, suplicándole que socorriese y alumbrase presto á su hijo, le encomendaba con entrañable afecto á san Ambrosio; porque conoció que por sus palabras habia ya venido á aquella duda y

perplejidad en que estaba, y esperaba que por su medio habia de alcanzar entera salud. Oíale predicar Agustin cada domingo y tratar la palabra del Señor admirablemente, é íbase confirmando mas en que se podian deshacer aquellos lazos engañosos que los enemigos de la verdad, y engañadores verdaderos, armaban contra los libros sagrados y misterios de nuestra santa religion. De esta manera se iban deshaciendo las tinieblas y errores que oscurecian el entendimiento de Agustin, pero el afecto todavía estaba enfermo y llagado, y preso del amor deshonesto: porque tenia una amiga, y de ella un hijo que se llamó Adeodato, de raro y excelente ingenio: y estaba tan ciego, y tan encendido en las prisiones del amor, que no le parecia posible vivir sin mujer: en tanto grado, que teniendo intencion de casarse y habiendo despedido la amiga primera, y ella idose á Africa, de donde habia venido con él, tomó otra, entre tanto que la que habia de ser su mujer tuviese edad suficiente para poderlo ser: para con ella (como él dice) celar y entretener en su punto la enfermedad de su alma con la mala costumbre, hasta que se llegase el tiempo de casarse. Estaba tan encarnizado y tan fuerte en esta falsa opinion, que admirándose de san Ambrosio, y teniéndole por varon dichoso y bienaventurado segun el siglo, porque era honrado y estimado de personas grandes y poderosas, no sabia como podia vivir sin mujer, y esto le parecia muy duro y trabajoso.

7 La fuerza de la mala costumbre era grande, y la flaqueza de Agustin era mucha; mas el Médico soberano era poderoso para poder dar vigor al enfermo y sanarle por mas que pareciese desahuciado, aunque el principio de la salud habia de ser (despues del toque de la gracia) el querer él dejarse curar y desear sanar. Para esto le ayudó y alentó mucho el haber tratado en Milan con un santo y venerable monje, llamado Simpliciano, á quien por su anciana edad y admirables virtudes el mismo san Ambrosio amaba y respetaba como á padre espiritual: porque Simpliciano contó á Agustin la conversion á nuestra santa fé de Victorino que habia enseñado retórica en Roma, y alcanzado en ella que se le pusiese públicamente estatua: y siendo ya viejo y en todas las ciencias sapientísimo, habia dejado la gentilidad, y vuelto los ojos y el corazon al Señor: y con este ejemplo se encendió san Agustin con deseo de imitarle. Tambien le esforzó el haberle referido un caballero principal, africano, y de su tierra, llamado Ponciano, la vida de san Antonio, abad (de la cual hasta aquella hora no habia tenido noticia alguna), y que dos caballeros, criados del emperador, leyéndola en la ciudad de Tréveris, habian renunciado todas las cosas del siglo, héchose religiosos, y entregádose enteramente al servicio del Señor. Con esta narracion quedó tan compungido, que volviéndose á Alipio (que era su fidelísimo compañero), con el rostro y con la mente turbada, le comenzó á decir á gritos: ¿Qué es esto que padecemos? ¿Qué es esto que habeis oido? Levántanse los indoctos, y arrebatan el cielo; y nosotros, faltos de corazon, con nuestras doctrinas andamos sumidos debajo de las ondas de nuestra carne y sangre. ¿Por ventura, porque ellos van adelante, tenemos vergüenza de seguirlos? ¿Y nó tenemos vergüenza siquiera de no seguirlos? Pero no bastaban estos toques é inspiraciones de Dios, para desatar á quien estaba tan atado, no con hierro ajeno, sino con la dura cadena de su propia voluntad, como el mismo santo dice por estas palabras: «El enemigo tenia mi voluntad, y de ella habia hecho una cadena, con la cual me tenia aprisionado. Porque de la mala voluntad nació el mal apetito, y entregándose á este apetito, se hizo la costumbre, y no resistiendo á la costumbre, se hace la necesidad: y con estos como eslabones trabados entre sí, se hizo aquella cadena, que dije, de la cual debajo de una muy dura servidumbre estaba aherrojado y encadenado. Y aquella voluntad nueva de serviros y gozar de vos, Señor, que comenzaba á tener sér en mi corazon, aun no tenia fuerza para vencer la otra voluntad, que con la vieja costumbre se habia hecho fuerte y poderosa: aunque por mejor decir, no estaba yo tanto en lo que estaba, cuanto era llevado á ello en gran parte contra mi voluntad. Pero aquella costumbre que habia nacido de mí, tenia mayores fuerzas contra mí: y queriendo yo, me habia llevado á lo que yo no queria. Mas como estaba todavía asido y abrazado con la tierra, rehusaba seguir vuestra bandera: y temia tanto el verme desembarazado de todos los estorbos que me impedian, cuanto fuera justo temer ser de ellos embarazado. Andaba sumamente cargado con esta carga del siglo, como suele el hombre con el sueño: y los pensamientos que tenia de vos, eran semejantes á los esperezos y meneos de los que duermen y quieren despertar, que con la profundidad del sueño se vuelven del otro lado y tornan á dormir.» Todo esto es de san Agustin: el cual en otro lugar pinta la lucha de su espíritu con su carne, y el favor de la gracia del Señor con que le venció: que por ser cosa tan interior y tan importante, y por la cual comunmente pasan los que desean salir del cieno de sus inmundicias en que están atascados, y les parece que no pueden por su mal y envejecida costumbre; aunque sea algo largo, me ha parecido poner aquí. Dice, pues, san Agustin: «De esta manera estaba enfermo y atormentado, acusándome á mí mismo mas gravemente de lo que solia, volviéndome y revolviéndome en aquella cadena que traia, hasta que se acabase de romper aquella parte que quedaba: la cual aunque era pequeña, todavía era bastante para tenerme. Decia yo dentro de mí: Ea, hágase luego, ahora sea: y diciendo esto, casi me iba tras lo que decia, y casi lo hacia, y con todo eso lo dejaba de hacer. No tornaba en las cosas pasadas, si no estaban cerca, y respiraba. Volvia otra vez á alentarme, y cobrar nuevas fuerzas, casi llegaba y tocaba, y tenia: mas era tanta mi flaqueza, que en realidad de verdad ni yo llegaba, ni tocaba, ni tenia, dudando morir á la muerte, y vivir á la vida: y mas podia conmigo el mal acostumbrado, que el bien no usado: y cuanto mas cerca se llegaba aquel punto de tiempo, en que

UNIVERSIDAD

yo habia de mejorar, tanto me ponia mayor horror y espanto, no haciéndome volver atrás ni mudar propósito, mas teniéndome suspenso las liviandades y lazos, aquellas vanidades vanísimas de mi antigua amistad me detenian y tiraban de la vestidura de mi carne, y como susurrando decian: Cómo, ¿qué nos has de dejar? Y qué ¿desde aquel momento jamás estarémos contigo? Y qué ¿de aquí adelante no te será lícito esto, ni aquello? Yo las oia como de lejos, y no ya todo yo, sino la menor parte de mí, y no me hacian guerra, poniéndoseme delante; sino como viniendo tras mí, y siguiendo mis pasos, me asian y murmuraban, para que volviese los ojos atrás y las mirase. Y eran tan importunas, que todavía me detenian, siendo yo perezoso en sacudirlas, y escabullirme de ellas, y pasar adonde me llamaban, cuando me decia la costumbre violenta: ¿Cómo piensas tú que podrás vivir sin estas cosas? aunque lo decia yo con gran tibieza. Porque en aquel mismo camino que yo tenia delante, y por donde temblaba de pasar, se me descubria la casta dignidad de la continencia con un rostro sereno, y grave alegría, la cual halagándome con una blandura honesta, me convidaba que fuese á ella sin temor, y extendia las piadosas manos, llenas de excelentes y virtuosos ejemplos para recibirme y abrazarme. Allí habia un número innumerable de niños y niñas, allí mancebos y hombres de toda edad, allí habia gran copia de viudas graves, y doncellas purísimas, y viejas continentes, cuya continencia no es estéril, sino fecunda y madre de alegrías, que son hijos de los que á vos, Señor, tienen por madre. Y burlábase de mí, como quien con donaire me exhortaba, y me decia: ¿Tú no podrás lo que estos y estas pueden? ¿O piensas, que lo que estos y estas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas, y no por las fuerzas de su Dios? El Señor Dios suyo me dió á ellos, ¿por qué estás, y no estás en tí? Arrójate á sus brazos y no temas, porque no se apartará y te dejará caer. Echate seguramente: él te recibirá y sanará. Yo tenia gran vergüenza de mí; porque todavía oia el sonido de aquellas voces, aunque sordas, y estaba suspenso y perplejo: y ella otra vez me volvia á decir: Hazte sordo á la voz de tus sucios sentidos, para que se mortifiquen. Propóngote deleites; pero no son semejantes á los que hay en la ley de tu Señor Dios. Esta batalla en mi corazon era de mí mismo, y contra mí mismo» Todas estas son palabras de este santísimo doctor, para declarar las batallas de su espíritu con su carne, y las dificultades que tenia para rendirse á Dios. Finalmente el Señor, que le habia escogido para hacerle lumbrera de la Iglesia, y maestro del mundo, le alentó y dió la mano, y arrancó de aquel atolladero en que estaba, por una nueva y divina manera, la cual el mismo santo refiere, y dice: que despues que con los vientos recios de su consideracion se revolvieron y turbaron las aguas de sus miserias, y todas juntas, como un monte, se pusieron delante de su corazon, se levantó una borrasca grandísima, con una abundante lluvia de lágrimas; y para poderla mejor derramar toda y dar voces á solas, se apartó y arrojó debajo de una higuera; y volviéndose al Señor, le dijo: ¿Y vos, Señor, hasta cuándo? ¿hasta cuándo, Señor, estaréis enojado? No os acordéis de nuestras maldades antiguas. Porque como se sentia preso de ellas, daba voces lastimosas, y decia: ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Mañana? ¿Mañana? ¿Por qué nó luego? ¿Por qué esta hora no será el fin de mi fealdad? Oyó una voz con un cantar que decia, y lo repetia muchas veces: Toma, y lee: toma, y lee: Tomó el libro, entendiendo que Dios se lo mandaba: abrióle y leyó el primer capítulo que halló, y en él estas palabras del apóstol san Pablo: «Nó en comidas y bebidas, nó en camas, ni deshonestidades, nó en contiendas y porfias; mas vestios de nuestro Señor Jesucristo, y no tengáis demasiado cuidado de vuestra carne, ni sigais sus apetitos:» y en leyendo esta sentencia, un rayo de luz penetró el corazon de Agustin, y todas las tinieblas de sus dudas desaparecieron y quedó tan trocado, que él mismo decia de sí estas palabras: «Vos, Señor, que sois bueno y misericordioso, mirad la profundidad de mi miseria y muerte. Con vuestra diestra poderosa limpiastes lo mas íntimo de mi corazon, agotando aquella balsa de podre en que estaba: y esto era no querer yo lo que vos queríades; y querer lo que no queríades. Pero ¿dónde estuvo tanto tiempo mi albedrío, y de qué alto y secreto abismo en un momento fué llamado, para que yo sujetase mi cuello á vuestro yugo, y los hombros á vuestra carga ligera? ¡O cuán suave me fué luego carecer de las suavidades de las niñerías y vanidades que me tenian preso! ya gustaba tanto de dejarlas, cuanto antes temia perderlas. Porque vos, que sois verdadera y suma suavidad, las echábades de mí: echábadeslas, y en su lugar entrábados vos, que sois mas dulce que todo deleite; aunque nó á la carne y sangre: y sois mas claro que toda la luz, y mas interior que todo lo mas íntimo, y mas alto que toda honra: pero nó para los que son grandes en sus ojos. Ya yo me hallaba libre de los congojosos cuidados del adquirir y valer, y del revolverme y entretenerme en mis gustos y apetitos: y holgábame en vos, Señor, Dios mio, que sois mi claridad, mi riqueza y mi salud.» Hasta aquí es de san Agustin. Pero por ventura alguno preguntará, ¿por qué escribiendo yo las virtudes y ejemplos de los santos, para que los imitemos, he escrito aquí los vicios y errores que en su mocedad tuvo san Agustin; los cuales no se deben imitar, sino aborrecer y detestar? A esto respondo que lo he hecho principalmente por imitar al mismo san Agustin, que en el libro de sus Confesiones pinta su vida, y hace un dibujo de sus costumbres y vicios, y los llora y pide de ellos perdon al Señor, y dice, que le aprovechó aquel libro de sus Confesiones, cuando le compuso, y cuando le leia, para despertar su entendimiento y afecto para alabar á Dios. Y no menos, porque es grande loa y gloria del Señor el haber sanado como médico sapientísimo á un enfermo tan desahuciado como era san Agustin, y dádole una salud espiritual tan entera, y á un hombre tan enga-

ñado y perdido, héchole luz de la verdad y doctor y guía de los que van fuera de camino. Bien es que se sepan las miserias de los hombres; porque en el remedio de ellas resplandezcan las misericordias del Señor. No aciertan los que cuando predican, ó quieren alabar á los santos, se recatan de descubrir las flaquezas y faltas que tuvieron antes que fuesen santos: porque queriéndolos honrar á ellos, menoscaban la honra del que los hizo santos; y disminuyendo la enfermedad, quitan la gloria al médico que la curó. Por esto el apóstol san Pablo á boca llena dice de sí que fué blasfemo y perseguidor de la Iglesia, y que no merecia ser llamado apóstol, porque con esto engrandecia y magnificaba mas la inmensa bondad de Dios: y el Evangelio nos representa á san Mateo publicano, á la Magdalena pecadora, á los apóstoles y discípulos del Señor, antes que fuesen confirmados en gracia, idiotas y medrosos: y al mismo príncipe de los apóstoles san Pedro, por una parte muy confiado, y por otra muy temeroso, y negando á su mismo Maestro y Señor en el trance de su pasion: y la santa Iglesia hace fiesta de la conversion de san Pablo, y de la de san Agustin, y no de otro santo alguno: para declararnos la merced tan señalada que Dios nuestro Señor hizo á su Iglesia en convertirlos y dárselos por ejemplo y maestros de toda santidad. A mas que es grande aviso para los padres, que desean criar bien á sus hijos, saber por ejemplo de san Agustin las ocasiones en que se pueden perder en su mocedad; y para los pecadores es de mucho consuelo el entender que las dificultades que ellos sienten en irse á la mano, y en vencer la mala costumbre de sus vicios, la sintieron tambien otros: y que con la gracia de Dios las vencieron tan perfectamente, que vinieron á aborrecer lo que antes amaban, y á amar lo que aborrecian, y á ser tan grandes santos como lo fué san Agustin. Y es gran prueba y argumento de haberlo sido el confesar y publicar tan clara y llanamente sus pecados, las livianddades y torpezas de su juventud, dando á sí confusion, á Dios gloria, y á nosotros ejemplo de profunda humildad, que es la virtud á quien daba la primacía san Agustin, con tan grande encarecimiento, como si sola ella fuera virtud. Pero volvamos al hilo de nuestra narracion y digamos lo que resta de la vida de este santísimo doctor, y de sus admirables excelencias, alabanzas y virtudes.

8 Estando, pues, ya tan mudado san Agustin, determinó bautizarse, y sujetar su cerviz enteramente al suave yugo del Señor: tratólo con san Ambrosio: señalóse el dia del bautismo (que fué el sábado santo del año del Señor de 388), no á los treinta años (como algunos dicen), sino á los treinta y cuatro años de su edad, como lo prueba el cardenal Baronio en la segunda edicion de sus anotaciones sobre el Martirologio, retratando lo que habia dicho en las primeras: aunque el breviario reformado por mandado de la santidad de Clemente VIII dice que cuando se bautizó tenia treinta y tres años: y esto parece lo mas cierto: porque si san Agustin nació el año del Señor de 353, y se bautizó el de 388, no tenia sino treinta y tres años. Bautizóle por su mano san Ambrosio, y con él á sus amigos Evodio, Alipio, y Adeodato, su hijo, á Nebridio, Ponciano, Simplicio, Faustino, Condono, Valeriano, Justo, y Paulino. En aquel acto tan solemne, se dice que san Ambrosio dijo en alta voz: *Te Deum laudamus*; y que san Agustin respondió: *Te Dominum confitemur*: y que así llevaron aquel himno hasta acabarle: de que la Iglesia católica usa para dar gracias al Señor por algun señalado beneficio que de él recibe. No se puede fácilmente creer la alegría que tuvo el santo prelado Ambrosio, y el bienaventurado Simpliciano, por ver convertido á Agustin, y de tan grande enemigo de la Iglesia, trocado en un soldado esforzado, y capitan valeroso del Señor. Todos los católicos se regocijaban, y mucho mas los ángeles del cielo. Pero ¿quién podrá explicar el júbilo y gozo de la santa madre Mónica, cuando vió al hijo de su dolor y de tantas lágrimas, en el gremio de la Iglesia católica, casto, humilde, devoto, y de leon bravo, hecho manso cordero? ¿Qué de lágrimas de consuelo derramaria la que habia derramado tantas de pena y dolor? ¿Qué gracias haria al Señor, porque así la habia oido, y dádole mucho mas de lo que pedia y deseaba? Partióse despues san Agustin de Milan con su madre y algunos de sus amigos, tomando la bendicion de san Ambrosio, para volverse á Africa. Pasó por Roma: y estando en Ostia para embarcarse, murió allí santa Mónica (como lo dijimos en su vida), y despues de haber enterrado á la santa madre, se embarcó, y llegó á Cartago, y de allí á su tierra, donde en compañía de Alipio y de Evodio, se retiró, y comenzó á hacer la vida que en Italia habia concertado. Dejando, pues, todos los cuidados de la tierra, se apartaron á una casa en el campo, donde se ejercitaban en ayunos, penitencias y oraciones; y se ocupaban de dia y de noche en meditar la ley del Señor; y de las cosas que Dios enseñaba á san Agustin en la oracion y meditacion, enseñaba él á los presentes y á los ausentes con palabras y con los libros que escribia.

9 Tres años gastó en esta manera de vida, y allí murió su hijo Adeodato, de edad de diez y seis años. La vida de san Agustin en aquel recogimiento era tal, y su doctrina tan celestial, que luego se publicó y extendió su fama por todas aquellas partes de Africa: y él se estaba en su rincon, con deseo de no ser conocido de nadie, sino de Dios. Huia por extremo las dignidades y grandezas; y por esta causa, de las ciudades que estaban como viudas y sin pastor por haberse muerto sus obispos, temiendo que el pueblo, movido mas por la fama que por lo que en hecho de verdad él era, le pediria por obispo ó presbítero. Pero nuestro Señor, que levanta á los humildes, y manifiesta á los que se esconden por su amor, y queria poner sobre el candelero de su Iglesia la hacha encendida, le ofreció una ocasion para salir de su rincon, y hacerle presbítero y obispo. Habia en la ciudad de Hipona, que ahora

se llama Bona, un caballero principal y temeroso de Dios, que deseaba ver á san Agustin; y decia, que oyendo la palabra de Dios de su boca, y sus santos consejos, él dejaria todo lo que tenia, y se dedicaria perpetuamente al servicio del Señor. Súpolo el santo, y por ganar aquel hombre á Dios, y traerle al recogimiento en que él estaba, fué á Bona, donde era obispo Valerio, griego de nacion, y varon santísimo: el cual, sabiendo que Agustino habia venido á la ciudad, hizo luego juntar al pueblo, y exhortóle que echase mano de él (que estaba bien seguro y descuidado de esto), para ordenarle presbítero de aquella Iglesia. Hízose así, y por mas que él se excusó y lloró, no le aprovechó nada; porque el pueblo y el obispo le forzaron á consentir en su eleccion. Y como el santo derramase muchas lágrimas por su humildad, teniéndose por indigno, algunos pensaban que lloraba porque no le daban otro grado mayor; y para consolarle, decian, que aunque él era digno de otro grado mas alto; pero que el sacerdocio estaba cerca del obispado, como dice Posidonio, que el mismo santo lo referia: que así suelen los hombres ambiciosos y carnales interpretar y echar á la peor parte las acciones de los santos. Luego que fué ordenado presbítero, comenzó á juntar religiosos, y edificar un monasterio en un huerto que le dió san Valerio. Allí fundó la perfeccion evangélica, y el amor de la pobreza, exhortando á todos que vendiesen los bienes que tenian (como él lo habia hecho), y viviesen en comunidad, tomando á Dios por su parte y rica heredad. Este es el primer monasterio de monjes que Dios fundó en Africa por manos del gran padre san Agustin: y porque pareció cosa nueva en aquella provincia, los herejes donatistas, creyendo que él fuese el primer inventor de aquella vida religiosa, murmuraban de él, como enemigos de toda religion y virtud: mas mucho se engañaban los herejes, pensando que san Agustin habia sido el primer inventor de esta sagrada religion: porque dejando los innumerables monasterios que habia en Egipto, en Palestina, y en otras partes de Oriente, ya en Roma, ya en Milan, y en otros lugares del Occidente habia muchos, los cuales vió san Agustin, y entendiendo la santidad con que en ellos se vivia, la trasplantó en Africa: y de aquel primer plantel se multiplicaron, y crecieron muchas generosas plantas, no solamente en ella, sino tambien en muchas provincias. Pero como la vida reglar es muy contraria á la de los herejes, y á sus intentos, tomaron de aquí ocasion para decir mal de san Agustin, y perseguirle. Cuatro años fué presbítero, y en este tiempo el obispo Valerio le esforzaba á predicar; mas el santo se excusaba con dos cosas: la primera, por su humildad, creyendo que no tenia suficiencia para ello: y como no le admitiese esta excusa, pidió que á lo menos le diese tiempo hasta la pascua siguiente, para estudiar y aparejarse mas: porque decia que la sagrada Escritura es un mar Océano, inmenso y profundísimo, y que es menester estudiar los inefables misterios que en él se encierran, y despues de muy mirados, entender que hay mucho mas que saber en ellos; y que cuando el hombre piensa haber acabado, entonces comienza: la otra causa, porque se excusaba de predicar, era una costumbre que antiguamente habia (la cual reprende san Gerónimo) en algunas Iglesias, que estando el obispo presente, el sacerdote no predicaba: y aunque san Valerio no reparaba en esta costumbre; porque siendo de nacion griego, y no elocuente en la lengua latina, deseaba que san Agustin supliese su falta, y con su espíritu, doctrina y elegancia diese saludable pasto á sus ovejas; pero el mismo san Agustin se aprovechaba de aquella costumbre, y se excusaba con ella, por no predicar y hacerse maestro, deseando callar y ser discípulo: mas venció la autoridad y zelo del santo obispo las murmuraciones de algunos obispos: y el saber que en las Iglesias orientales se usaba lo contrario, fué parte para mandar á Agustino que predicase en su presencia: y salieron tan divinos y fervorosos sus sermones, que el obispo y primado de Cartago introdujo en su Iglesia el predicar los presbíteros delante de su obispo, y lo mismo hicieron los otros obispos en las suyas. Predicaba el santo con espíritu del cielo, y con una elocuencia mas que humana esparcia los rayos y resplandores de su divina doctrina, y movia al auditorio, y persuadiale muchas veces lo que queria. Una vez, predicando contra una mala y envejecida costumbre, con que los padres y los hijos, y toda una ciudad, dividida en dos partes, se apedreaban, se herian, y mataban muchos; hizo llorar todo el auditorio, y cesó aquella perversa costumbre. Pero acomodábase al pueblo cuando predicaba en sus palabras, de manera, que si para ser entendido era necesario hacer algun barbarismo, de buena gana lo hacia; queriendo antes ser reprendido de los gramáticos, que dejar de ser entendido de los oyentes.

10 No se contentó san Valerio con tener á san Agustin por presbítero en la ciudad de Bona; antes viéndose tan viejo, y muy enfermo, deseando dejar á su ganado por pastor y sucesor suyo á san Agustin, y temiendo que para otra Iglesia se le quitarian, alcanzó del primado de la Iglesia de Cartago que se le diese por coadjutor en su vida y despues de ella por su sucesor: y así se hizo, con gran repugnancia de san Agustin, que dice: «Que en ninguna cosa conocia que Dios estaba airado contra él, tanto, cuanto en ver que le habia puesto en el gobernalle de la Iglesia, siendo indigno de estar al remo: pero fué con suma alegría y contento de todo el pueblo y clero. Con esto creció mas la autoridad, el zelo y la vigilancia del santo, y el fruto que de quiera que llegaba hacia con sus sermones. Fué consagrado obispo de Bona á los cuarenta y un años de su edad, en el año del Señor de 395 por mano de Megalio, obispo calamense, y primado de Numidia, y en el primero del imperio de Arcadio, y Honorio; y edificó dentro de la iglesia un monasterio de clérigos, segun el modo y regla que dejaron los santos apóstoles: porque como el mismo santo dice, considerando que la casa del obispo ha de ser frecuentada de muchos, á los

cuales es menester mostrar humanidad, y hospedar (porque de otra manera el obispo seria tenido por inhumano), y que permitir esto en el monasterio es indecente, y ocasion de mucha inquietud; quiso en su casa obispal tener monasterio para conservar la vida religiosa, y no faltar á los huéspedes. Despues tambien instituyó monasterio de monjas, y les dió regla, como la habia dado á los monjes y clérigos.

11 ¿Pero quién podrá explicar la luz con que este sapientísimo doctor comenzó á alumbrar al mundo, luego que fué ordenado presbítero y despues consagrado obispo? ¿Cómo reformó la disciplina eclesiástica? ¿Los abusos que quitó? ¿Las disputas que tuvo con los herejes? ¿Las victorias que alcanzó de ellos? ¿Y los triunfos y trofeos que por medio de este glorioso capitan tuvo la Iglesia católica? Avisó primeramente á Aurelio, obispo de Cartago, que como cabeza y primado de las Iglesias de Africa, enmendase algunos abusos que habia en ellas, y que los desarraigase, mas con suavidad, que con severidad, mas con su ejemplo, que con sus preceptos, mas enseñando, que mandando; y amonestando, mas que amenazando: porque de esta manera, dice, que se ha de tratar con la muchedumbre del pueblo, y los pecados de pocos se deben castigar con rigor. Usábase todavía comer y beber en las iglesias, y habia grandes excesos, y sobre las sepulturas de los mártires se hacia esto en sus fiestas, y en las memorias de los difuntos, y en otras cosas semejantes: las cuales procuró san Agustin que poco á poco se quitasen, hasta que en el concilio III cartaginense, siendo ya obispo, y hallándose en él, se hicieron decretos contra estos abusos para arrancarlos. Tambien quitó otros muchos malos usos, que habian quedado de la gentilidad: y reprendió gravemente á los que hablaban en la iglesia, y á los que se iban de ella antes de acabar la misa, ó se quejaban de las misas largas, ó las pedian breves por ser ricos y poderosos. Ocupábase mucho en concordar los que estaban discordes entre sí, en concertar sus pleitos, y juzgarlos, y componerlos; porque en aquel tiempo solian los fieles acudir á los obispos con sus diferencias y pleitos, y tomarlos por jueces y árbitros: y ellos tenian mucha mano, así por la autoridad de su oficio, como por la que les daban las leyes imperiales: y era tan pesada y tan continua esta ocupacion, que el mismo santo, quejándose de ella dice estas palabras: « Cuando amonestamos á los pleiteantes, y les decimos lo que les conviene, no por eso se apartan ni desvian de nosotros; antes hacen instancia, aprietan, ruegan, y se lamentan, y sacan por fuerza que nos ocupemos en estas cosas temporales, que ellos aman: y no en escudriñar los mandamientos de Dios, que nosotros amamos.» Y en otro lugar dice: «Yo pongo por testigo sobre mi alma á nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor lo hago, que cuanto á mí toca, mucho mas querria cada dia á ciertas horas (como se usa en los monasterios bien ordenados), trabajar con mis manos, y tener algunas desocupadas para leer, y orar, y tratar de las divinas Letras, que no sufrir el desasosiego importuno, que tengo en oir los pleitos ajenos, y los negocios seglares, para determinarlos como juez, ó para atajarlos como medianero entre las partes.» Y con tener tan poco gusto el santo en cosa tan desabrida, como era oir y juzgar pleitos ajenos, era tan grande su caridad, y el deseo de cumplir con la obligacion de su oficio, que algunas veces se estaba hasta la hora de comer, y otras veces todo el dia sin desayunarse, por oirlos y concertarlos, procurando que los pleiteantes tratasen sus negocios cristianamente: tomando ocasion para enseñarles las cosas de Dios, y del bien de sus conciencias. Lo que el santo hacia muy de buena gana, era visitar á los huérfanos, á las viudas, á los afligidos, y cuando le llamaban, á los enfermos; aunque en las otras visitas era muy moderado.

12 Mas la principal ocupacion de san Agustin era hacer guerra á los herejes, que en aquella sazon eran muchos, y muy poderosos en Africa, y arruinaban toda aquella provincia, inficionando las almas de los fieles con sus perniciosos errores. Estaba en Bona un maniqueo llamado Fortunato, que con su hipocresía y malas artes pervertia á los católicos, y era gran lazo del demonio. Rogaron á san Agustin, siendo aun presbítero, que disputase con Fortunato: y aunque al principio el hereje no queria, porque conocia el ingenio y sabiduría de san Agustin; pero despues, por no perder el crédito entre los suyos, vino en ello. Señalóse el dia: concurrió mucha gente docta, y curiosa, y de todo el pueblo. Señalaronse notarios, que escribiesen todas las palabras y argumentos de una parte y de la otra. Duró la disputa dos horas: quedó Fortunato concluido, y confesó que no tenia qué responder; y corrido se fué de aquella ciudad, y nunca mas á ella volvió. Y aunque los maniqueos enviaron otro en su lugar, no se atrevió á disputar con san Agustin, por mucho que el santo le convidó: y le escribió una carta, exhortándole que, ó disputase, ó se partiese de la ciudad, y no enlazase las almas flacas, y las atosigase con sus errores. Otro hereje tambien maniqueo, mas atrevido, tenido por el mas sabio y agudo de su secta, llamado Félix, vino á Bona para argumentar con san Agustin, y lo procuró: y salido al campo con él, delante de mucha gente que estaba presente, al cabo de seis dias que duró la disputa, le rindió las armas, y quedó tan convencido, que allí luego en presencia de todos los circunstantes dijo, que queria ser hijo obediente de la Iglesia católica: y san Agustin le dió una cédula para que la leyese, en la cual anatematizaba los errores de los maniqueos; y él la leyó de buena gana. Con esto, y con ver vencido y desterrado á Fortunato, su cabeza y obispo, desmayaron los herejes maniqueos, y se esforzaron los católicos, y no hubo de allí adelante quien se atreviese á defender en disputa aquella perversa secta. Predicaba una vez al pueblo (como solia) san Agustin, y habiendo propuesto lo que pensaba tratar en aquel sermon, sin advertir lo que hacia, dejó de decir lo que habia propuesto, y dió con

gran fervor contra los errores de los maniqueos. Despues estando á la mesa preguntó á los que comian con él, si habian echado de ver que en el sermon habia propuesto una cosa y tratado otra. Y como respondiesen que sí; dijo el santo: No pensaba tratar de tal cosa; mas el Señor por este mi yerro ú olvido, quiere convertir á alguno que lo há menester. De allí á uno ó dos dias vino un hombre muy rico, llamado Firmo, y delante de todos se echó á los piés de san Agustin, llorando y pidiendo ser reconciliado con la Iglesia; porque habia sido maniqueo mucho tiempo, y dado mucho dinero á los de su secta, especialmente á los que ellos llamaban *Electos ó Santos*. Súpose de él, que se habia convertido, oyendo aquel sermon en el cual el santo habia hablado contra los maniqueos y dejado lo que traia pensado; y este Firmo despues fué santo varon y presbítero de una Iglesia. De esta manera se iban convirtiendo los herejes maniqueos, y la fé católica prevalecia contra ellos por la doctrina de san Agustin, á quien Dios nuestro Señor habia permitido que cayese en aquellos mismos errores, para que curase, como cirujano bien acuchillado, las heridas de los otros, y para que diese la mano á los que estaban sumidos en aquel abismo en que él antes habia estado; y desde este tiempo comenzó en Africa á alzar cabeza la Iglesia católica.

13 Pero no solo los maniqueos fueron vencidos de san Agustin; sino que mayores contiendas y mas duras batallas tuvo contra los herejes donatistas, que en aquel tiempo se habian multiplicado, y eran muy poderosos en Africa, y no solamente la inficionaban con su pestilencial doctrina, sino tambien con sus crueldades la destruian, y manchaban con la sangre de los católicos que derramaban: especialmente una secta de ellos (que llamaban «circunceliones,» y profesaban continencia) era tan fiera y bárbara, que á todos los católicos que podian haber á las manos, los mataban con crudos tormentos, sin perdonar á hombre ni á mujer, á pobre ni á rico, á viejo ni á mozo, á niño ni á niña: y no es maravilla que fuesen tan sin piedad para con los otros, los que eran tan crueles para sí: porque ciegos y apasionados con un infernal furor, algunos de ellos se iban á las fiestas mas solemnes de los paganos, para que allí los matasen: otros se ofrecian por los caminos á la gente armada que encontraban, amenazándoles que los matarian, si no los matasen: y algunas veces hicieron fuerza á los jueces para que los mandasen herir y matar de los verdugos: otros se despeñaban ó se ahogaban en las aguas, ó quemaban en el fuego, pensando que hacian de sí agradable sacrificio á Dios: para que se vea qué monstruos eran estos, y con qué género de fieras, mas que de hombres, peleaba san Agustin. Y como hubiese disputado, y convencido á algunos obispos, y personas entre ellos famosas, y por su medio é industria se disminuyese el número de los donatistas, y creciese el de los verdaderos fieles y católicos; no lo podian llevar en paciencia los herejes, y daban voces, y predicaban que Agustin era lobo y engañador de las almas y digno de muerto, y que sin duda haria muy acepto sacrificio á Dios, y alcanzaria perdon de todos sus pecados el que le matase (que esta doctrina es propia de herejes, y mas de los calvinistas de estos tiempos): y así lo intentaron muchas veces, especialmente cuando el santo iba camino de un pueblo á otro para predicar la fé católica, y animar á los fieles á morir por ella. Mas por divina providencia se escapó de sus manos: y algunas veces teniendo los herejes puesta su celada, y armado el lazo en el camino por donde habia de pasar, sin saberlo, erró el camino: y despues de haber rodeado, se sabia de cierto que en el camino derecho le aguardaban los herejes armados para matarle. Ellos procuraban matarle; y él rogaba á Dios que diese la vida del alma á los que le querian quitar la vida del cuerpo: ellos afilaban las espadas; y el santo la pluma y la lengua, y escribiendo y predicando les hacia mas cruda guerra, porque el Señor del cielo estaba con él, y le amparaba y defendia; y con la luz y espíritu que él le daba, alumbraba los ciegos para que viesen y amasen la luz que antes huian. Innumerables fueron los herejes donatistas que se convirtieron á nuestra santa fé católica, por medio de este santísimo doctor: porque como los pueblos vieron que los mas principales obispos y de mayor nombre entre ellos, ó no osaban disputar con él, ó salian vencidos y corridos de la disputa, y que todas sus falsedades y nieblas se deshacian con la claridad y doctrina de nuestro santo: entendieron que la verdad estaba de parte de los católicos, y ellos la debian abrazar. Pero lo que mas aprovechó para limpiar la provincia de Africa de la contagion de los donatistas, y para reprimir su orgullo y furor, fué una colacion ó disputa general que se hizo en Cartago entre los católicos y donatistas, por mandato del emperador Honorio, delante de Marcelino, tribuno y notario suyo, enviado para este efecto del emperador: á la cual vinieron, y con grande aparato y pompa entraron todos juntos ciento cincuenta y nueve obispos donatistas (porque de casi cuatrocientos que pocos años antes eran, se habian disminuido muchos); y de los católicos doscientos ochenta y seis entraron en Cartago, cada uno por sí, sin ruido ni estruendo. Y como era cosa tan nueva, y de tanta expectacion, concurrió de toda Africa innumerable gente, así de los católicos, como de los herejes, á este espectáculo: unos por curiosidad; otros por saber la verdad, y arrimarse á la parte mas segura y vencedora. En esta disputa, despues de haber disputado con los obispos (de los cuales san Agustin era el principal maestro), los donatistas quedaron afrentados, confusos y corridos, sin saber qué responder ni qué hablar. Y puesto caso que, como herejes astutos y engañosos, pretendieron con varios embustes, cavilaciones y marañas, oscurecer la verdad de ella, tuvo tanta fuerza, que deshizo todas sus artes, y triunfó de la mentira con gloriosa victoria. Muchos de los mismos obispos se redujeron al gremio de la Iglesia católica: y los que quedaron obstinados y pertinaces, fueron castigados y desterrados con mas blanda

pena, que su culpa merecia: y el pueblo engañado abrió los ojos; y los amigos fieles á la verdad se confirmaron mas en ella, y comenzó á florecer y á dilatarse mas la religion católica. Y para confirmar mas los pueblos en ella, aquella disputa ó conferencia que los obispos católicos habian tenido con los donatistas, y habia sido escrita por los notarios, se leia en la cuaresma en las iglesias de Africa, para perpetua memoria de cómo los herejes habian sido evidentemente concluidos: y para que esto se hiciese mejor, san Agustin abrevió y resumió toda aquella colacion ó conferencia, y aquel compendio ó epítome, llamado *Breviculum*. Y no solamente en las provincias de Africa, sino tambien en las demás, se desarraigó aquella zizaña, por la diligencia, estudio é industria de nuestro incomparable doctor.

14 De la misma manera hizo guerra á otros herejes arrianos, que habia en Africa, de los cuales con el favor del Señor alcanzó ilustres victorias. Pero las mas ilustres y gloriosas que tuvo, fueron contra Pelagio y sus secuaces: porque así como Pelagio fué enemigo declarado de la gracia de Dios; así san Agustin fué predicador y defensor de la misma gracia, en tanto grado, que despues del apóstol san Pablo no ha habido ningun escritor católico que así la haya declarado, magnificado y ensalzado, como este sapientísimo doctor. Y no sin causa observan algunos, que el mismo dia que Pelagio nació en Inglaterra, nació en Africa san Agustin; proveyendo nuestro Señor á su Iglesia de quien la amparase contra los desvaríos de Pelagio, y de medicina y remedio contra el veneno de sus herejías, que la podian inficionar. Fué Pelagio de nacion inglés, de profesion monje, de condicion vago, inquieto y disimulado. Estuvo en los monasterios de Egipto: vino á Roma, y vivió algunos años entre los católicos, como tal, ilustrando sus errores poco á poco, con máscara y color de santidad. Pasó á Sicilia, é inficionó aquella isla y la de Rodas, y lo mismo hizo en la de Inglaterra, su patria, en Jerusalen y en Africa: y á los principios se gobernó con tanto artificio, que engañó á san Paulino, obispo de Nola, y llevó cartas suyas para san Agustin, en que le encomendaba á Pelagio, como varon santo y amigo de Dios. Mas el Señor, que siempre asiste á su Iglesia, proveyó que san Gerónimo en Jerusalen, y san Agustin en Africa, conociesen sus errores, y escribiesen contra ellos, y los refutasen con tan grande sabiduría y elocuencia, que se estableció en la Iglesia de Cristo la verdad católica, y la gente que iba á caer se detuvo, y mucha de la que habia caido se levantó: porque san Agustin principalmente tomó la mano contra Pelagio, y gastó diez años en escribir contra él; y escribió tan alta y divinamente, que en las otras obras suyas, parece que vence á los demás autores, y en las que escribe contra Pelagio, vence á sí mismo: y por esta causa san Gerónimo se quiso excusar de escribir contra Pelagio, diciendo que ya habia escrito san Agustin, y dicho las mejores cosas que contra él se podian decir. Trató el santo doctor la materia de la gracia de Dios y de su eficacia, y de la necesidad que tenemos de ella, del pecado original, y de la corrupcion de nuestra naturaleza, de la libertad de nuestro libre albedrío, y cuán flacos somos sin la gracia con que el Señor nos previene, y mueve, y ayuda, y obra por nosotros, y todo lo demás que pertenece á esto, con tanta Escritura, ciencia, fuerza de argumentos, elegancia y copia de palabras, y tan á propósito para deshacer los errores de Pelagio, que todos los doctores, que despues de san Agustin han escrito acertadamente de esta materia, han bebido de sus fuentes, y seguido sus pisadas y reguládose con su nivel: y dos concilios que se hicieron en Africa para arrancar esta mala semilla, que fueron un cartaginense, y el milevitano, encargaron á san Agustin que declarase la verdad católica acerca de estas materias, y con la lumbre de su celestial sabiduría deshiciese las tinieblas de Pelagio, como lo hizo: y los otros concilios provinciales, y aun generales en las difiniciones y decretos que han hecho de estas materias tan importantes y dificultosas, han tomado por regla la doctrina de este sol de la Iglesia, y predicador y defensor singular de la gracia del Señor. Y no solamente en estas materias, sino en todas las demás que trató san Agustin (que son innumerables, y casi todas las que se pueden tratar en la sagrada teología), se ve un ingenio mas de ángel que de hombre, una sabiduría mas divina que humana, y unas razones tan macizas y fundadas, una disposicion y órden tan admirable, una agudeza y presteza para deshacer los argumentos de los adversarios, y un peso y gravedad para confirmar los suyos, tan excelente y soberana, que todos los doctores que despues de él han escrito, se precian de ser discípulos suyos: especialmente los escolásticos, que examinan, apuran y pesan con el peso de la razon las verdades de la santa teología, le tienen por su guía y maestro: y principalmente el doctor angélico santo Tomás, se vistió del espíritu y doctrina de san Agustin, de manera, que parece haberse trasformado en él, y bebídola y empapádose en ella, como una esponja: de donde se puede entender cuán grande fué el maestro; pues tan grande fué el discípulo.

15 Escribió san Agustin tantas y tan excelentes obras, ó disputando contra los herejes, y refutando sus errores, ó declarando la sagrada Escritura, para edificacion de los fieles (como dice Posidonio), que apenas hay quien las sepa, ó pueda leer todas: y son tan estimadas y tenidas en tanta veneracion, que los mayores ingenios y mayores letrados, son los que de ellas se admiran mas. Y todos los sabios y santos católicos, dan á san Agustin gloriosos títulos, é ilustres epítetos y renombres, con grande encarecimiento; aunque ninguno llega á lo que el santo merece. Llámanle pozo de sabiduría, maestro de teología, flor de grandes ingenios, ornamento de las escuelas, y templo de la religion, columna de la Iglesia, escudo de la fé católica, martillo de los herejes, ejemplo de buenos prelados, luz de los predicadores, doctor de los grandes doctores y varon enseñado de Dios, y que bebió en la fuente de la

divinidad, entre los santos santísimo, y entre los doctos doctísimo. Un libro entero seria menester para referir parte de lo que los santos y gravísimos doctores de la Iglesia, y los sumos pontífices y sagrados concilios dicen de este gloriosísimo doctor, y las alabanzas que le dan. El gran Gerónimo, escribiendo á san Agustin, le dice estas palabras: «En todo tiempo he reverenciado á vuestra beatitud con aquella honra que debo, y amado á nuestro Salvador que habita en ella: pero ahora ha crecido mas (si crecer pudiese) esta mi reverencia, y la medida de amor que estaba llena, ahora se ha colmado de manera, que no se nos pasa hora sin hacer mencion de vos: porque habeis estado fuerte con el ardor de la fé, y resistido á los furiosos y contrarios vientos, queriendo antes salir solo libre de Sodoma, que morir entre los que habian de perecer. Bien sabe vuestra prudencia lo que digo. En todo el mundo se celebra vuestra virtud. Los católicos os veneran y os admiran como á reparador y restaurador de su antigua fé: y, lo que es señal de mayor gloria, todos los herejes os aborrecen: y á mí me persiguen con el mismo odio, para matar con el deseo á los que no pueden quitar la vida con el cuchillo.» Todo esto es de san Gerónimo. San Paulino, obispo de Nola, varon elocuentísimo y amicísimo de san Agustin, en una epístola le dice: «¡O verdadera sal de la tierra, con la cual se salan nuestros corazones para que no se corrompan con la vanidad del siglo! ¡O antorcha puesta sobre el candelero de la Iglesia, que comunica su resplandeciente luz á todos los católicos, y deshace las tinieblas espesas de los herejes, y con la claridad de sus palabras purifica la verdad y la libra de la confusion y oscuridad de ellos. Con razon puedo decir que vuestra boca es un caño de agua viva y una vena de la fuente eterna: porque Cristo se ha hecho fuente de agua viva que sube hasta la vida eterna, por cuyo deseo mi alma tiene sed, y codicia esta mi tierra ser regada con la abundancia de vuestras corrientes.» San Severo Sulpicio, escribiendo al mismo san Agustin, dice: «¡O abeja de Dios artificiosa, que fabrica los panales de la divina dulzura que destilan misericordia y verdad, entre los cuales mi alma se recrea con aquel pasto divino, repara sus faltas, y esfuerza su flaqueza!» San Próspero Aquitánico, discípulo y defensor de la doctrina de san Agustin, hablando de él, dice: «San Agustin, obispo, de vivo y perspicaz ingenio, suave en sus palabras, docto en las humanas, en los trabajos de la Iglesia incansable, ilustre por sus ordinarias disputas, en todas sus acciones compuesto, en la exposicion de la fé católica agudo, en decidir y resolver las dificultades y en convencer los herejes circunspecto, y en explicar las Escrituras sagradas muy mirado!» Y en otra parte dice: «En este tiempo san Agustin es lumbre y ornamento de todos los sacerdotes.» Hilario, obispo de Arles, dice: «El excelentísimo doctor san Agustin, defensor de nuestra fé, meditando continuamente en Dios, y no temiendo por su amor la muerte, destruyó á los sacrílegos y venció á los herejes.» ¿Pues qué diré de los otros encomios é insignes alabanzas que dan los demás santísimos y sapientísimos doctores á san Agustin? Casiodoro le llama insigne maestro de todas buenas letras, fuente purísima y clara, y lumbre del cielo, que resplandece en la Iglesia con claridad: el venerable Beda le da el título de excelentísimo doctor de todas las Iglesias: san Bernardo, de martillo fortísimo de los herejes: Ruperto, abad, de columna y firmamento de la verdad; y dice que fué aquella columna de nube, en la cual la sabiduría de Dios puso su trono: Remigio Antisiodorense dice, que así como el sol en la claridad hace ventaja á todos los planetas; así san Agustin excede á los demás doctores: Volusiano dice, que falta á la ley de Dios lo que no supo san Agustin; que es como si dijera, que san Agustin comprendió y supo todo lo que hay en la ley de Dios: el concilio VIII toledano, hablando de san Agustin, dice, que fué en investigar las cosas agudo, en hallarlas singular, en explicarlas copioso, elocuente y sapientísimo; y el sacrosanto ecuménico concilio florentino llama á san Agustin ilustrísimo doctor entre los latinos. Y porque despues de la muerte de san Agustin, algunos clérigos de Francia, ó mal entendidos, ó mal intencionados, ponian lengua en la doctrina que habia enseñado contra los pelagianos; san Celestino, papa, que á la sazon presidia en la Iglesia católica, escribió una epístola á los obispos de Francia, en que reprende aquella temeridad, y dice estas palabras: «Siempre habemos tenido en nuestra comunion, conforme á su vida y merecimientos, á Agustin de santa recordacion, á quien jamás tocó, ni se oyó decir cosa que oliese mal ó tuviese sospecha de error: antes sabemos, que tuvo tan gran sabiduría y ciencia, que siempre los otros sumos pontífices, mis predecesores, le tuvieron por uno de los sumos doctores de la Iglesia.» Y para no alargar esta escritura, concluyámosla con las palabras del gran pontífice y doctor de la Iglesia san Gregorio: «Si quereis, dice, sustentaros con un manjar regalado, leed los libros del bienaventurado san Agustin: y hallaréis que su pan es de la flor de la harina, y el nuestro del salvado.

16 Esto dicen los santos de la doctrina de san Agustin, y nunca acaban de ensalzarla y ponerla en las nubes. Pero por mas admirable y divina que ella sea, mucho mas hay que decir de sus heróicas y excelentísimas virtudes: porque ¿quién supo mejor juntar la cumbre de tan eminente ciencia con la humildad tan profunda, como este sapientísimo y humildísimo doctor? ¡Qué altibajos tan grandes! ¡Qué alteza en los ojos de todos; y qué bajeza en los propios suyos! Con ser luz y oráculo de los doctores, dice él, hablando de los mas antiguos: «Yo creo lo que ellos creen, y tengo lo que ellos tienen; y enseño lo que enseñan, y predico lo que predican.» Enviando alguno de sus escritos á san Gerónimo, le ruega que los lea y censure con severidad: porque dice que mas ama el que sana reprendiendo, que el que lisonjea untando la cabeza; y añade: «Porque yo con gran dificultad puedo ser buen juez de lo que escribo, sino, ó mas temeroso, ó mas atrevido censor de lo que es razon. Algunas veces veo mis

faltas: pero mas las quiero oir de otros mejores. Porque si alguna vez por ventura injustamente me reprendiere, no torne á lisonjearme, y me parezca que di contra mi sentencia mas recatada que justa.» Y en otra epístola dice: «Si yo he escrito algo que no debia, ó no del modo que debia; avisadme de ello con caridad, para que, conociendo yo mi culpa, pida perdon.» Dejemos los demás ejemplos de esta humildad de san Agustin, que son muchos y maravillosos, y digamos solamente dos que son singulares. El uno de sus retractaciones y el otro de sus confesiones. Escribió los libros de Retractaciones, en los cuales refiere los tratados que hasta aquel tiempo habia escrito antes y despues que fué bautizado, siendo presbítero y siendo obispo, censurándolos y comiéndolos con una censura tan severa, que no deja sentencia, palabra, ni sílaba que no la reprenda y retrate en lo que parece digno de reprension. ¿Pues qué ejemplo de humildad tan grande es este, especialmente para los insignes letrados, que, confiados en su ingenio y erudicion, se dejan arrebatar de la aura popular? ¿Y para los que, hinchados con la vana ciencia, se arrojan á escribir y enseñar lo que no saben; y no quieren volver atrás de lo que una vez dijeron: fáciles en errar; y difíciles y pertinaces en defender sus errores? Pero aun mas estupenda es la humildad de san Agustin, que resplandece en los libros de sus Confesiones; pues en ellos con tanta claridad, simplicidad y verdad manifiesta sus llagas, descubre, confiesa y llora los pecados de su juventud: para que por ellos todo el mundo entienda sus miserias, y las misericordias del Señor; y no se avergüenza (ya que fué pecador) de ser tenido por lo que era, para confundirse él mas en sí, y enseñarnos á nosotros con su humildad, que este género de confusion es glorioso para Dios y provechoso para el que se confunde. ¿Pues qué diré de las innumerables y riquísimas virtudes que sobre este firmísimo y profundísimo fundamento de la humildad edificó nuestro santo doctor? Tuvo extremado amor á la santa pobreza, y trató los negocios de hacienda con maravillosa circunspeccion. Daba copiosas limosnas á los pobres de las rentas eclesiásticas: y en esto se empleaba lo que ofrecian los fieles. Sabiendo una vez que murmuraba la gente por las rentas que tenian los clérigos; el santo habló al pueblo, y le dijo que él holgaria mas de vivir de las ofrendas y limosnas del pueblo, que tener administracion de rentas, y que si ellos querian, él haria de buena gana cesion de todo lo que á él le tocaba; mas el pueblo no lo consintió. Nunca quiso san Agustin tener llave, ni el sello del sagrario de la iglesia donde se guardaban las rentas de ella; antes encomendaba este cuidado á otros, que al cabo del año daban cuenta del recibo y gasto. Tampoco quiso comprar heredad, ni granja; aunque si alguno la dejaba á la Iglesia, la mandaba recibir. Verdad es que algunas mandas de estas no quiso aceptar, por tener los que las dejaban, herederos forzosos y pobres. Hizo un hombre donacion á la Iglesia de Bona de una heredad, y envió las escrituras á san Agustin: al cabo de algunos años se arrepintió y rogó al santo que le volviese su escritura. Diósela luego; aunque avisándole del peligro que hay en quitar á Dios lo que una vez se le da. Y como el mundo siempre es uno, y busca y toma ocasion de decir mal de todo lo que hacen los siervos de Dios, comenzó á murmurar la gente de esta liberalidad de san Agustin, y á decir que era dañosa para los pobres, y que muchos no dejarian á la Iglesia por heredera; porque él no admitia los legados que los que morian dejaban en sus testamentos. Hizo el santo un sermon acerca de esto, y en él entre otras cosas dijo: El que desheredando á su hijo quisiere hacer heredera á la Iglesia, busque otro que la reciba, y no á Agustin, y plegue á Dios que no halle quien la quiera tomar. Finalmente, era tan liberal con los pobres, que en faltando qué darles, hacia vender los vasos de la Iglesia y repartir entre ellos el dinero: y si le daban á él algun vestido de precio, tenia vergüenza de traerlo, y mandábale vender, para que ya que la ropa no podia ser comun á muchos, lo fuese el precio de ella: y si no tenia mas qué dar, con grande llaneza decia al pueblo, como ya no tenia de qué hacer limosna, y que ellos se la diesen á los pobres, ó á él qué darles: porque habia aprendido de su maestro san Ambrosio aquella sentencia: *Aurum Ecclesia habet, non ut servet, sed ut eroget:* Que la Iglesia tiene oro, no para guardarlo, sino para distribuirlo. Y el mismo san Agustin solia decir: *Non est episcopi servare aurum, et revocare à se mendicantis manum:* No es oficio del obispo guardar oro y desechar de sí la mano del pobre que le pide limosna. El mismo espíritu de la santa pobreza guardó en lo demás: su vestido y calzado no era de precio, sino una medianía para satisfacer al estado que tenia: su comer era muy moderado, acomodándose á los huéspedes que comian á su mesa. Dióle nuestro Señor muy gran don de castidad, despues que le libró de las livianidades de su mocedad, y le santificó con las aguas del santo bautismo, y él de su parte se ayudaba mucho, pidiéndola continuamente en sus oraciones á Dios, como quien tan bien sabia y habia probado en sí que la continencia es don suyo, y guardándose de todas las ocasiones de caer: y para esto nunca consintió que en su casa habitase mujer, ni su propia hermana, ni sobrina, ni prima, ni otra alguna, por santa que fuese, por quitar las ocasiones de murmuracion ó sospecha: porque decia, que ya que la sobrina era sobrina, y la hermana hermana; que las criadas de la hermana ó sobrina, ni eran sobrinas ni hermanas; y así podian causar algun escándalo. Tenia gran recato en no estar ni hablar con mujer alguna á solas, sino en caso raro y de grande importancia. No visitaba monasterio de mujeres, sino con grande necesidad. Era muy enemigo de murmuraciones, especialmente de los ausentes: y porque en la comida comunmente se despierta y aviva mas la lengua; á mas de la leccion que tenia el santo á su mesa, habia mandado escribir allí en la pared unos versos que decian:

Quisquis amat dictis absentum rodere vitam,
Hanc mensam indignam noverit esse sibi.

Quiere decir:

Ninguno del ausente aquí murmure;
Antes quien piense en esto desmandarse,
Procure de la mesa levantarse.

Y como una vez ciertos prelados, comiendo en la mesa de san Agustin, comenzasen á murmurar; el santo les dijo: O bórrense aquellos versos, ó cese la plática: y si nada de esto se hace, yo me levantaré de la mesa. Pues ¿qué diré de la prudencia en todas sus acciones? Especialmente de aquellos tres consejos tan prudentes y saludables, que guardaba san Ambrosio, y los dió á san Agustin: Que no fuese casamentero, por las riñas que suele haber entre los casados: que no aconsejase á nadie que fuese soldado, ni fuese á la guerra; y que no fuese á convites, porque en ellos se suele perder la templanza. Cuando intercedia por alguno (que era pocas veces, y en casos precisos), hacíalo con mucho comedimiento, y de manera, que no violentaba la voluntad de la persona á quien rogaba. Nunca quiso ser árbitro entre los amigos; y éralo de buena gana entre los no conocidos: porque decia que de los amigos se perdia aquel contra quien se daba la sentencia; y de los no conocidos se ganaba aquel en cuyo favor se daba. Aborrecia mucho á los que tenian costumbre de jurar, y tenia puesta pena á sus clérigos, y criados de su casa, cuando juraban, conmutándolos cuando comian á su mesa, en el beber, y quitándoles por cada juramento una vez de vino, de tres que les daban.

17 Pero lo que mas me espanta en este glorioso doctor, es la devocion, ternura y sentimiento en su oracion y contemplacion, acompañado con la delicadeza de su divino entendimiento, y con la alta y profunda erudicion: porque el que leyere atentamente las meditaciones, soliloquios, y confesiones de san Agustin, hallará en ellas tantas dulzuras, gustos, y regalos de Dios, como si el santo no hubiera tratado en toda su vida otra cosa, sino de la oracion afectiva, y unitiva. Por donde se ve, cuán alumbrado estaba su entendimiento con la divina luz, y cuán inflamada en el amor del Señor su voluntad, y que por una parte era un querubin en la ciencia, y por otra un serafin en los ardores y encendimientos de su corazon: y así, hablando con el Señor, él mismo lo dice: «¡O dulcísimo Señor! ¡ó buen Jesus! abrasad mi corazon con el fuego de vuestra caridad, para que encendido todo, arda ya con grandes llamas de este dulce amor, que ningunas aguas las puedan apagar. Vos sois, Señor, este amor que siempre arde, y nunca se apaga. Dulce Señor, buen Jesus, y caridad y Dios mio, encendedme todo con vuestro fuego, y con vuestro amor, con vuestra suavidad y dulzura, con vuestro gozo y alegría, con el deseo de verme santo y bueno, casto y limpio, quieto y seguro, para que lleno de la dulzura de vuestro amor, abrasado de las llamas de vuestra caridad, os ame, Dios mio, de todo mi corazon, y con todas mis entrañas, y os tenga en mi alma y en mi boca, delante de mis ojos siempre, de suerte, que ningun amor falso y adulterino halle en mi lugar. Concededme la señal clara de vuestro amor, que es una fuente perpetua de lágrimas, para que ellas mismas sean testigos de este amor, y manifiesten y prediquen cuánto os ama mi alma; pues se derrite en lágrimas, por el exceso y dulzura de vuestro amor.» Y otras veces se deleitaba tanto en el misterio soberano de la encarnacion, que decia, hechos sus ojos fuente de lágrimas: «Señor, el que no os sirviere para que le criastes; bien merece el infierno: mas para el que no os agradeciere el haberos hecho hombre y muerto por él; menester es que se haga otro infierno.» Otras veces estaba tan absorto, y tan trasportado en Dios, que como hombre fuera de sí (aunque nunca estaba mas en sí), decia aquellas palabras, que comunmente se atribuyen á san Agustin: «Señor, en gran manera se alegra mi alma pensando que vos sois Dios; mas si por imposible pudiera ser que Agustino fuera Dios, y que vos fuérades Agustino; mas quisiera que vos fuérades Dios, que no que lo fuera Agustino.» Pues ¿adónde puede subir, ó crecer mas el incendio del amor divino? Cojamos ya las velas, para que no nos hundamos en este piélago inmenso, y abismo sin suelo, y saquemos de aquí en cuán subido punto tuvo este santo todas las virtudes; pues así poseia la forma y reina de todas las virtudes, que es la caridad; y que no es maravilla que Dios nuestro Señor le haya hecho patriarca tan glorioso de su Iglesia, y legislador, y padre de tantas religiones, á un doctor, á quien adornó de sumo ingenio, divina sabiduría, y de virtudes tan heróicas, y á quien dió tan grande autoridad, para que no solamente con su vida y doctrina, sino tambien con las sagradas religiones que instituyó, fuese admirable y venerable en toda su Iglesia. Porque la sagrada y esclarecida órden de los Ermitaños de San Agustin (en la cual siempre ha habido, y hay varones doctísimos, y de vida ejemplar) es hija de este beato padre; las religiones de los canónigos reglares, que son muchas, todas manan de esta fuente: la de los Servitas reconoce á san Agustin por su maestro, y milita debajo de su regla; y otras muchas, y muy insignes monacales y militares. Y el gran patriarca santo Domingo fué canónigo reglar de San Agustin, y dió á su ilustrísima órden la regla de este santo, en la cual él mismo habia vivido, y por la observancia de ella llegado á la perfeccion, que llegó. Pues el fruto, que con estas santas religiones ha sacado el Señor para bien de su Iglesia, mejor es que el lector atentamente lo considere, que no que nosotros lo digamos aquí; porque es tanto que no se puede explicar con pocas palabras: y no es bien que digamos muchas, por no salir de nuestro instituto, y de nuestra acostumbrada brevedad.

18 Estando, pues, nuestro santo ya viejo, y de edad de setenta y dos años, y habiendo gobernado su Iglesia treinta y dos, cansado con la edad, y con los inmensos trabajos y estudios de toda su vida, por el deseo vehemente que tenia de ocio y quietud para hacer sus obras, y aparejarse á

la muerte, y disponer su alma para la verdadera vida, que es ver y gozar de Dios; con voluntad, y contento de todo el pueblo y clero (como entonces en algunas Iglesias se hacia) nombró san Agustin á Eradio, presbítero, por obispo, para despues de sus dias, y para que todos los negocios y causas los tratasen con Eradio, á quien (si en algo fuese menester) él ayudaria; y así lo hizo. Y despues vivió el santo cuatro años, regalando su alma con la oracion y contemplacion, y con las delicias de la sagrada Escritura, y aspirando y anhelando con grandes ansias y afectos al Señor, de cuyo amor estaba tan herido, y tan encendido y abrasado con el deseo de verle, que en una de sus meditaciones le dice estas palabras: «Ea, Señor, ea ya, apareced; y quedaré consolado: volveos á mí; y cumplirse ha mi deseo: descubridme vuestra gloria; y mi gozo será colmado: porque mi alma tiene sed de vos, y mi carne os desea. Mi alma sedienta corre á la fuente de aguas vivas: y dice: ¿Cuándo llegaré y apareceré delante de la cara de mi Señor? ¿Cuándo vendréis, Consolador mio? ¿Para cuándo os aguardaré? ¿O si tengo de ver algun dia el gozo que deseo? ¿O si me tengo de hartar de aquella gloria, cuya hambre me fatiga? ¿O si me tengo de embriagar de aquel vino oloroso y suave, por el cual suspiro? ¿Si tengo de beber aquel rio de deleites, de que tengo sed? Entre tanto, Señor, las lágrimas sean mi pan, y mi sustento de dia y de noche, hasta que se diga á mi alma: Hé aquí á tu esposo. Mientras que viene esta hora, aparentadme, Señor, con mis sollozos, y recreadme con mis dolores.» Estas son palabras de san Agustin, para declarar sus afectos, y sus deseos tan encendidos de la vida eterna. Pues estando con estas ansias, y desfalleciendo de amor, permitió nuestro Señor que los vándalos, gente feroz y bárbara que habian entrado con los godos en España, pasasen de ella á Africa, robando y asolando la tierra, y haciendo cruda guerra. Llegaron á Bona: cercaron la ciudad: apretáronla y afligiéronla mucho, con extraordinario desconsuelo del santo prelado, por ver las miserias y calamidades que padecian sus ovejas: y habiendo ya durado el cerco tres meses, suplicó humildemente á nuestro Señor, que ó le librase de aquella miseria, ó le diese paciencia para sufrirla, ó le sacase de esta presente vida, para que no viese la destruccion de su pueblo. Concedióle el Señor esto postrero, y dióle una enfermedad aguda, de la cual luego entendió que se moria: y aunque estaba tan bien aparejado, y tan deseoso de morir (como habemos dicho), mandó que le escribiesen los siete salmos penitenciales, y que se los pusiesen en parte donde él los pudiese leer desde la cama, y que no entrase nadie á él sino los médicos, y los que eran menester para curarle; y así se hizo por espacio de doce dias. Leia muchas veces los salmos con gran ternura, y abundancia de lágrimas. Recibió los sacramentos, y decia que ningun cristiano, por honesta y loablemente que hubiese vivido, deberia morir sin hacer primero digna y conveniente penitencia de sus pecados. Llegada ya su hora, estando presentes y llorando muchas lágrimas sus hijos, dió su bendita alma al que para tanta gloria suya le habia criado, á los 28 de agosto, en que la santa Iglesia celebra su fiesta, siendo de edad de setenta y seis años, y habiendo gobernado santísimamente la Iglesia de Bona treinta y seis. Y en el año del Señor de 433, segun san Próspero, discípulo de san Agustin, y de 330, segun el cardenal Baronio, imperando Teodosio, el menor, y Valentiniano.

19 No hizo testamento; porque el pobre y siervo de Cristo no tuvo de qué. Fué sepultado en la iglesia de san Estéban, que fundó. Dejó la Iglesia llena de clérigos, y los monasterios de monjes y monjas. Hallóse en siete concilios que se celebraron en Africa, y firmó en ellos. Despues de su muerte á los catorce meses del cerco fué entrada la ciudad de Bona, y destruida por los vándalos, y los cristianos tomaron el cuerpo de san Agustin, y su mitra y báculo pastoral, llevándolo á la isla de Cerdeña, de la cual andando el tiempo, los sarracenos se apoderaron; y Luitprando, rey de los longobardos, por gran precio que los dió, alcanzó el santo cuerpo, y le trasladó á Pavía, y allí honoríficamente le sepultó en una iglesia que edificó, llamada *Cella aurea*: y de esta traslacion hace mencion el Martirologio romano á los 28 de febrero. Allí está hoy dia en un monasterio poblado de sus religiosos, en una parte del cual (que es como monasterio por sí) están los frailes ermitaños de San Agustin; y en la otra parte habitan los canónigos reglares: y todos juntos cantan en la iglesia á coros los divinos oficios, queriendo los unos y los otros religiosos, como buenos hijos, poseer aquel precioso tesoro, y honrar á su beato padre. Al tiempo que san Agustin pasó de esta vida, se convocaba el concilio efesino, al cual el emperador Teodosio, el menor, llamaba al santo doctor; pero cuando llegaron sus cartas, ya el santo era difunto. No se escriben muchos y grandes milagros que san Agustin hiciese en vida: mas él mismo era un grandísimo milagro y prodigio divino: solamente dice Posidonio, que algunas veces siendo presbítero, y otras siendo obispo, le pidieron que hiciese oracion por unos endemoniados, y que estándola el santo haciendo con lágrimas, salieron los demonios, y quedaron los hombres libres. Tambien escribe que una vez estando san Agustin doliente en la cama, le trajeron un enfermo para que pusiese sobre él las manos, y por este medio alcanzase salud: y respondió el santo, que si él pudiera sanar á otro, primero se sanara á sí; mas que él no era de tantos merecimientos, que pudiese dar salud á otros: y como entendió que aquel enfermo habia venido por órden de Dios, le puso la mano encima, y luego cobró salud. De san Agustin hacen honorífica mencion, fuera de los santos, papas, y concilios que arriba quedan referidos, cuatro sumos pontífices, Martino, Gelasio, Leon, y Bonifacio VIII, y la quinta, sexta, y séptima sínodo. Adviértase que entre los sermones de san Ambrosio, se halla uno que trata del bautismo de san Agustin, que es el 92, y ha engañado y hecho errar á algunos, pensando que es verdadera-

mente de san Ambrósio; pero no lo es, sino de algun hombre ocioso (por no decir mentiroso), que con nombre de tan glorioso autor pretendió dar color á sus falsedades, como evidentemente lo prueba el cardenal Baronio en sus Anales.

SAN HERMES, MÁRTIR.—El bienaventurado san Alejandro, papa y mártir, fué grande ministro del Señor, y con su santa vida, admirable doctrina, é innumerables milagros que hizo, convirtió á la fé de Cristo nuestro Salvador gran parte de los caballeros romanos. Entre ellos fué uno Hermes, varon nobilísimo y riquísimo, y prefecto de la ciudad de Roma: el cual por haber resucitado á un hijo suyo de muerte á vida, alumbrado de la luz del cielo, recibió el santo bautismo, y lo mismo hizo su mujer, y sus hijos, y su hermana Teodora, y toda la familia, que era de mil doscientas cincuenta personas. A sus esclavos dió libertad: á los pobres y criados mucha hacienda; y á su hijo el gobierno de su casa, aparejándose él para el martirio. Dió grande estampido en toda la ciudad la conversion de san Hermes, por ser persona tan ilustre y tan conocida. Mandóle prender á él y á san Alejandro, Aureliano, prefecto, y dióle en guarda á un tribuno, ó maestre de campo, llamado Quirino, que tenia una hija por nombre Balbina, muy enferma de lamparones. Compadecióse Quirino de san Hermes; y así le dijo, que se maravillaba que un hombre tan principal y de tan alta dignidad, y tenido por cuerdo, se dejase engañar, y por una supersticion y locura, quisiese perder tanta honra, nobleza, y hacienda, y estar vilmente aherrojado en una cárcel, y que acabándose con la vida la felicidad del hombre, y no habiendo mas que nacer y morir; pudiendo él gozar de los deleites y bienes de esta vida, escogiese los trabajos y miserias que padecia; pues para ninguna cosa le podian aprovechar. San Hermes le respondió, que él habia estado en el mismo error, y que san Alejandro le habia librado de él, y restituido la vida á un hijo suyo, y la vista á una criada y ama suya; y satisfízole á sus razones, y concertó con él, que si san Alejandro, que estaba preso en otra cárcel y encadenado, aquella noche viniese á ver á Hermes, Quirino se convertiria á la fé de Cristo. El dobló las prisiones y guardas, para que san Alejandro no pudiese salir de la cárcel, ni venir; mas san Alejandro, guiado de un ángel que se le apareció con una hacha en la mano, en forma de un niño como de cinco años, vino á casa de Quirino, y visitó á san Hermes, y sanó de los lamparones á Balbina, hija de Quirino; y él y toda su casa recibió la luz del cielo, y se hizo cristiana, y fueron todos los de ella mártires del Señor: porque Aureliano, el prefecto, habiendo sabido lo que pasaba, mandó poner á todos los que habian sido bautizados en un navío, y que atadas piedras al cuello, fuesen lanzados al profundo del mar. Quirino fué atormentado con diversos tormentos; y al cabo le desollaron: y por la misma sentencia pasó san Hermes: cuyos cuerpos recogió santa Teodora, su hermana, y los sepultó en la via Salaria, no lejos de Roma. El martirio de san Hermes fué á los 28 de agosto, en que la santa Iglesia le celebra, y fué el año del Señor de 132, siendo emperador Adriano. Y Pelagio, papa, II de este nombre, adornó é ilustró el cementerio de Hermes. Hacen mencion de su martirio todos los Martirologios, especialmente el de Adon, que trata mas largamente, sacando lo que escribe de los Actos de san Alejandro, que están en el tercero tomo del padre Surio.

SAN MOISÉS, ANACORETA Y CONFESOR.—A mas de aquel santo Moisés, anacoreta y obispo, cuya vida escribimos á los 7 de febrero, hubo otro san Moisés, asimismo anacoreta, no menos admirable: cuya vida tambien me ha parecido escribir en este libro, por dos razones: la primera, porque algunos confunden á estos dos, y de dos Moisenes que son, dicen que no fué sino uno solo, siendo verdad que fueron dos, el uno el obispo de los sarracenos, y otro que fué solo anacoreta, pero santo y notable varon: del uno hace mencion el Martirologio romano y los demás á 7 de febrero, como queda dicho; y del otro á los 28 de agosto: la segunda causa que me mueve á escribir de este segundo Moisés, es, porque de su vida podemos aprender á no desconfiar de la misericordia del Señor, cuando viéremos algun gran pecador que corre sin freno, como caballo desbocado; y los santos ejercicios con que se debe ayudar el que tal es, para salir de su mal estado, y vencer la tiranía de su carne.

2 La vida, pues, de este segundo Moisés escribieron Paladio en su historia, llamada «Lausica,» y Niceforo Calixto en el onceno libro de su Historia, en el capítulo 36, de esta manera. Nació Moisés en Etiopia, y como tal era negro de color, y fué hijo de un hombre principal, y gobernador de la república: el cual echó de su casa á Moisés por sus malas costumbres, y la inclinacion que tenia de robar y aun de matar, para poder robar mejor. Llegó á tanto su desventura, que vino á ser capitan de una gran cuadrilla de ladrones. Cuéntase de él, que una vez queriendo matar á un pastor, porque le habia estorbado una noche que no hiciese cierto asalto que queria hacer; sabiendo que el dicho pastor estaba de la otra parte del rio Nilo, que á la sazon venia ancho una milla, se desnudó; y poniendo su vestido sobre la cabeza, y tomando en la boca su espada, pasó el rio nadando, y fué á buscar al pastor que estaba guardando en su majada. En viéndole el pastor, se escondió, y Moisés no hallándole, mató cuatro carneros de los mejores del hato, y atólos á una cuerda, y volvió á pasar el rio, trayéndolos consigo, y los desolló, y se comió la carne, y vendió los pellejos y lo demás por vino que le dieron; y todo se lo bebió, y se volvió al lugar donde tenia á los otros ladrones sus compañeros. Andando, pues, Moisés en tan malos y abominables pasos, le miró el Señor del cielo con ojos de piedad, y con los rayos de su divina luz alumbró aquel corazon tenebroso y duro, y le ablandó y encendió con las llamas de su divino amor. Trocóse de manera, que de ladron vino á ser monje, y el que quitaba á los otros antes la vida, vino á ofrecer en

sacrificio la suya al Señor, y de lazo de Satanás á ser ejemplo de religion y penitencia. Estando una vez retirado en su celda, vinieron cuatro ladrones que habian sido sus compañeros, y entraron en ella para robarla sin saber que aquella celda era de Moisés, ni que él estuviese allí: dieron en él, y él cuando los vió, arremetió á ellos, y atólos como si fueran cuatro costales de paja, y los llevó sobre los hombros á la iglesia, donde estaban los otros monjes recogidos, y poniéndolos así, como estaban atados, delante de ellos, les dijo: Padres, yo no puedo ya hacer mal á nadie; pero estos ladrones me han acometido: yo los he cogido y atado, y aquí os los traigo para que me digais lo que quereis que haga de ellos. Cuando los ladrones supieron que aquel era Moisés y el que habia sido ladron y caudillo de ladrones tan famoso, y que, dejada aquella mala vida, se habia vestido de hábito de penitencia, y convertídose tan de veras á Dios; tocándoles el mismo Señor el corazon, quisieron imitarle, y pidieron que los admitiesen por monjes, y fueron varones perfectos, y acabaron su vida en religion. Pero como Moisés venia del siglo acostumbrado á los vicios, y habia hecho callos en las torpezas y maldades, tuvo grandes dificultades en vencer los malos hábitos pasados, y en destejer la tela de la mala vida que en tantos años habia tejido: el demonio que nunca duerme, velaba siempre para hacerle guerra, y de dia le apretaba, y de noche le afligia con varias tentaciones, que fueron tan terribles, que faltó poco no volviese atrás, y se rindiese, y se dejase del todo vencer: mas favorecióle nuestro Señor, y él se aprovechó de los medios que aquí diré. Primeramente, con el consejo de algunos varones santos y padres espirituales muy experimentados, á los cuales él descubrió sus tentaciones y peleas, tomó de ellos armas para poder vencer. Entre estos santos padres, fué uno Isidoro, varon perfectísimo, el cual le dijo que no se maravillase que la carne y su mala costumbre de seguir sus gustos y apetitos, le hiciesen guerra; porque cuando un perro que suele estar en la carnicería, halla en ella qué comer, no le pueden echar de ella; pero si se cierra la carnicería, y no halla lo que solia, él mismo de suyo se va: y que lo mismo hace el demonio con los pecadores que vienen del mundo á la religion, que mientras halla en ellos en que cebarse y entretenerse, siempre los infesta; pero que cerrándole la puerta, él mismo se va: y que es menester con la buena costumbre deshacer la mala costumbre, y como con un clavo sacar otro clavo, y con el ayuno y penitencia quitar á la carne los huesos con que como perro se sustenta, y al fuego la leña con que suele arder.

3 Siguiendo, pues, esta doctrina del santo padre Isidoro, determinó Moisés tomar el segundo medio, y afligir su carne con ayunos: para esto se encerró en su celda, y no comia al dia otra cosa sino doce onzas de pan seco, que para su gran cuerpo era suma abstinencia: y juntamente trabajaba mucho, y cada dia hacia cincuenta veces oracion, para debilitarse y enflaquecerse, y domar á tan cruel y doméstico enemigo. Pero como Moisés era muy robusto y mal acostumbrado, y el demonio atizaba el fuego que ardia en su pecho; padecia muchos malos sueños, y la carne hacia su oficio. Para rendirla y vencerla, determinó tomar el tercer medio, que fué estar toda la noche en pié, sin arrodillarse, ni arrimarse, por no dormir; y de esta manera pasó seis años orando en su celda sin dormir las noches, y en todo este trabajo, no pudo vencer las tentaciones torpes de la sensualidad; para que entendamos cuán dificultosa cosa es arrancar del alma un hábito vicioso envejecido, y que la castidad es don de Dios, y que él muchas veces permite estas luchas y peleas para que con el trabajo y pena que el hombre siente en resistir á los malos apetitos, pargue los ponzoñosos deleites que otro tiempo en ellos tuvo. Como no bastasen los medios que Moisés habia tomado para vencerse, buscó otro para quebrantarse mas. Habia algunos monjes viejos y cansados que no podian proveerse de agua para sus celdas, por estar dos, y tres, y seis millas lejos las fuentes de donde se habia de traer: y Moisés para aliviarlos y quitarlos de este trabajo, iba de noche secretamente, sin que nadie lo supiese, por el agua que ellos habian menester, y les henchia las vasijas con grande caridad, diligencia y fortaleza. Ocupándose en este ejercicio, le aconteció que una noche el demonio, que no podia sufrir la virtud y perseverancia en el bien comenzado, hallándole cerca de un pozo llevando agua en el cántaro de un monje, le dió con una porra un golpe tan recio, que le dejó allí tendido sin sentido y como muerto. Allí estuvo, hasta que al otro dia viniendo otro monje al mismo pozo para sacar agua, le halló tendido en el suelo y desmayado; y el monje avisó á san Isidoro, abad, el cual vino con otros monjes, y le llevaron á la iglesia, y estuvo Moisés de aquel golpe un año enfermo, sin poder casi volver en sí. Despues Isidoro le amonestó que se fuese á la mano y poco á poco en esta lucha con el demonio, y que no pelease con él, como quien le desafia; porque tambien la fortaleza ha de tener su tasa y medida; y muchas veces se hace mas con la paciencia y confianza en Dios, que con la fuerza y poder de nuestro brazo. Y como Moisés respondiese que no cesaria de batallar hasta que los malos sueños no le fatigasen; el santo abad Isidoro le dijo: En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, de esta hora en adelante no te congojarán mas los sueños torpes y feos que hasta aquí te han perseguido. Bien podrás con confianza llegarte al altar, y recibir el santísimo cuerpo de Cristo nuestro Señor, el cual te ha querido probar tan largo tiempo y con tan dura pelea, para que te humillases, y entendieses que no por tu trabajo y valentía habias vencido esta pasion, y por ello te desvanecieses. Con esto se serenó el corazon de Moisés, y se aplacó aquella tempestad, y cesaron los vientos, y las hondas que le turbaban, y gozó de entera bonanza y quietud, y dióle nuestro Señor tan gran señorío sobre los demonios, que no hacia mas caso de ellos que nosotros hacemos de las moscas; y fué uno de los mas insignes monjes de aquel tiempo, y murió

siendo sacerdote, de cerca de ochenta y cinco años, como dice Niceforo, ó de setenta y cinco, como dice Paladio, dejando otros tantos discípulos imitadores en santidad y en virtud.

4 Hace mencion de este san Moisés el Martirologio romano, y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre él, á los 28 de agosto; y Paladio y Niceforo escriben (como dijimos) su vida, y de ellos nosotros sacamos lo que aquí queda referido.

* San Julian, mártir. — Descendiente de una de las principales familias de Viena, en el Delfinado, se santificó en la carrera de las armas. Vivia en compañía del tribuno san Ferreolo, y ambos adoraban á Jesucristo, y deseaban derramar la sangre por su gloria. Habiéndose publicado en Viena edictos contra los cristianos, Julian se retiró á Auvernia, menos por miedo á la muerte que para poder ser útil á los demás fieles. Habiendo sabido que los perseguidores le buscaban, salió de la casa de una viuda que le habia hospedado, y presentandose á los soldados, les dijo: Ya he estado demasiado en este mundo, y mi único deseo es irme á reunir con Jesucristo. Apenas habia acabado de hablar, le cortaron la cabeza, sucediendo su martirio en Brioude de Auvernia, durante el reinado del emperador Diocleciano, el año 304.

San Pelayo, mártir. — Padeció los siguientes martirios en Constanza, antigua ciudad de Francia, durante el imperio de Numeriano. El juez Evilasio lo mandó prender, y encerrar cargado de pesados grillos en un oscuro calabozo: despues de algunos dias lo sacaron de allí para azotarlo inhumanamente, suspenderlo del ecúleo, rasgarle sus carnes con hierros dentados, y meterlo en una caldera de aceite hirviendo. El Señor le conservó la vida despues de tan dolorosos suplicios, y por fin, habiéndole paseado y arrastrado por toda la ciudad, lo degollaron.

Los santos Fortunato, Cayo, y Anthes, mártires. — En tiempo del emperador Diocleciano, siendo procónsul de Salerno uno llamado Leoncio, alcanzaron estos santos la corona de la vida eterna por medio de un glorioso martirio. Despues de muertos, fueron sus cuerpos expuestos á las fieras para que los devorasen; pero los cristianos lograron de noche darles sepultura, y algunos años despues el cielo manifestó á un habitante de Salerno el lugar del sagrado depósito. Desde luego fueron trasladados á un panteon suntuoso que se levantó en su honor, y en el cual hanse visto grandes maravillas.

San Alejandro, obispo y confesor. — Era presbítero de la Iglesia de Constantinopla, cuando fué elegido y consagrado obispo y patriarca de la misma. Las turbulencias que suscitó la herejía de Arrio durante el pontificado de este santo, han hecho célebre su nombre en la Iglesia, no solo por haber sido infatigable en impugnar aquellos errores, sino principalmente por haber obtenido la muerte del formidable heresiarca por medio de sus oraciones. San Alejandro fué uno de los prelados mas ilustres de su tiempo, y murió, ya muy viejo, en Constantinopla, el año 340.

San Bibiano, obispo y confesor. — Segun un autor antiguo, fué este santo descendiente de sangre real, y floreció á mediados del siglo V. Ordenado obispo de Santongos, en Francia, fué el pasmo de cuantos le vieron por el alto grado en que poseia todas las virtudes, y mas que todo por la singular gracia de milagros con que el Señor le favoreció. Fué el milagrero de su época, y san Gregorio de Tours, despues de haber contado muchos de ellos, acaba diciendo que es inútil y ocioso el querlos enumerar todos, porque nadie los sabe ni caben en los libros, *(sanc. Gregorius Turon., De gloria confessorum)*.

Dia 29.

La Degollacion de san Juan Bautista. — A los 29 de agosto celebra la santa Iglesia la festividad de la degollacion y martirio del gran precursor del Señor, san Juan Bautista, cuya historia sacada de los sagrados evangelistas san Mateo y san Marcos, es de esta manera. Herodes Antipas, hijo de Herodes Ascalonita, el cual mató á los inocentes, fué tetrarca, y por la potestad que tuvo como rey, es llamado rey en las divinas Letras: y fué hermano de Arquelao, y el que hizo burla del Salvador al tiempo de la pasion, y el que mandó degollar al bienaventurado san Juan Bautista; porque le reprendia y le afeaba el haber quitado á su hermano Filipo, siendo aun vivo, á Herodías, su mujer, y estar públicamente amancebado con ella. El amor ciego y desordenado del rey, era vehementísimo, y el aborrecimiento y odio de Herodías contra san Juan era cruelísimo; porque temia que por la opinion grande de su santidad al fin apartaria al rey de su mal trato y conversacion. El escándalo de todo el pueblo era grandísimo, y el daño muy universal; porque cual es la cabeza, tales suelen ser los miembros, y los vasallos toman por dechado las acciones de sus príncipes. Por esto aquel sagrado pecho de Juan, encendido y abrasado del zelo de la gloria de Dios, deshaciéndose de dolor por ver sus ofensas, como verdadero predicador del cielo, que tiene mas cuenta con Dios que con los hombres; aunque veia su peligro, y sabia que le podia costar la vida aquella libertad, no dejaba de decir y replicar muchas veces á Herodes: *Non licet tibi habere uxorem fratris tui*: No te es lícito estar amancebado con la mujer de tu hermano: lo cual sentia por extremo el perverso rey, y Herodías á guisa de furia infernal, echaba llamas de fuego, buscando sus ocasiones para matar al santo profeta. Y aunque Herodes temia á san Juan, sabiendo que era varon santo y justo, y le reverenciaba, y le oia de buena gana, y hacia muchas cosas que le aconsejaba; todavía las cosas que hacia eran de poca importancia, y mas por ceremonia y satisfacer á la gente, que no por verdadera aficion, ni por cumplir con sus obligaciones, y mirar por su conciencia: que era quitar el escándalo que con su pecado causaba en todo el pueblo: por una parte le reverenciaba como á santo; y por otra le temia como á fiscal de sus vicios. Oíale de buena

gana y pesábale cuando le avisaba de sus culpas: gustaba de sus razones y aborrecia la libertad con que le afeaba su deshonestidad: y luchaban en el ánimo del rey el respeto que le tenia como á santo, y el odio como á juez, y la admiracion de las costumbres de san Juan, y la reprension de las propias: pero como los príncipes están hechos á vivir á su gusto, y llevan mal que nadie les vaya á la mano, y la pasion del amor loco tenia cautivo á Herodes, y los lisonjeros que andaban en su corte atizaban el fuego que ardia en su corazon, y Herodías echaba aceite continuamente en él: él se determinó á prender á san Juan Bautista, y echarle en la cárcel, y aun quitarle la vida si fuese menester para hacerle callar: aunque no se atrevió, por razon de estado, á matarle luego por no alterar al pueblo, que tenia á san Juan Bautista por un gran santo y profeta escogido de Dios, hasta que vino tiempo oportuno que le dió ocasion para ejecutar lo que deseaba.

2 Porque queriendo celebrar el dia de su nacimiento, hizo un espléndido y solemne convite á los grandes, señores y capitanes de Galilea, y despues de haber cenado y bebido largamente, mandó venir á una hija, que tenia Herodías de Filipo, su marido, llamada Salomé, de poca edad, y menos vergüenza, y que bailase y danzase allí delante de todos los convidados; y ella lo hizo con tan buen donaire y gracia, que contentó al rey y á los circunstantes, de tal manera, que el rey le dijo que pidiese mercedes: porque aunque pidiese la mitad de su reino, se lo daria, y se lo afirmó con juramento. Consultó la muchacha, lo que habia de pedir, con su madre: y ella tomando aquella ocasion (si ya antes no lo habia tramado y concertado con el rey), la mandó que pidiese la cabeza del Bautista, que estaba preso; y con esto volvió la hija á Herodes, y díjole: Quiero que luego me des en un plato la cabeza de Juan Bautista. Oida por el rey aquella demanda, se entristeció, ó dió muestras de entristecerse. San Hilario, san Gerónimo y Estrabon dicen, que la tristeza de Herodes no fué verdadera, sino fingida; porque san Mateo escribe que Herodes queria matar á san Juan. San Crisóstomo, Eutimio y Teofilato dicen, que fué verdadera aquella tristeza: porque, aunque deseaba matarle, no lo queria hacer por aquel camino, por la infamia que se le habia de seguir, quitando la vida á un santo varon en pago de un baile de una muchacha. Pero por cumplir el juramento que habia hecho (aunque fuera mejor no cumplirle, y no añadir un pecado á otro mayor pecado), y porque no le tuviesen por hombre liviano, mandó á uno de los de su guarda, que fuese á la cárcel, y cortase la cabeza al Bautista y se la diese á la muchacha. Esta es la suma de lo que dicen los sagrados evangelistas acerca de la degollacion y martirio de este divino profeta, y excelentísimo adelantado del Señor. No faltan autores que dicen haberse sabido por divina revelacion, que nuestro Salvador Jesucristo, así como se habia hallado presente, estando en el vientre de su bendita Madre, al nacimiento de san Juan; así se halló en la muerte, que es el verdadero nacimiento de los justos: porque si san Estéban vió al tiempo de la batalla, y de las piedras que le tiraban, á Cristo á la diestra del Padre en pié, como para ayudarle, y en las historias de los santos leemos que muchas veces el Señor á la hora de su muerte los vino á visitar, y á recibir su espíritu; ¿qué maravilla es que haya hecho este regalo á aquel, que en la carne y en el espíritu le era conjuntísimo, y dotado de mas y mayores privilegios que otros santos? Tambien escribe san Gerónimo, que trayendo la mala hija á la madre la cabeza de san Juan Bautista, cuando Herodías la vió, no contentándose con ver ya muerto á su enemigo, á quien tanto temia y aborrecia; con rabia y furia mujeril traspasó con una aguja la lengua del santo, en venganza de lo que habia hablado contra ella.

3 ¿Pero quién no se admira de una cosa tan nueva y tan maravillosa como esta? ¿Quién no se asombra de los secretos juicios del Señor? ¿Quién no se anega en el golfo y abismo sin suelo de la divina Providencia? ¿Quién puede entender los caminos por donde lleva á sus escogidos? Aquel grande amigo de Jesucristo, maestro de la vida, modelo de la santidad, regla de justicia, ejemplo de virginidad, espejo de penitencia: aquella trompeta del cielo, voz de Cristo, secretario del Padre, precursor del Hijo, templo del Espíritu santo y sagrario de la santísima Trinidad, y tan perfecto y consumado en todas las virtudes, que entre los nacidos de las mujeres, ninguno fué mayor que san Juan Bautista; es encarcelado y aprisionado por mandado de un hombre vicioso y deshonesto, porque le predicaba la verdad. Y pudo tanto el incendio de la torpeza en el pecho de Herodes, que mandó quitar la vida al casto, puro é inocente, y tomado del vino, y engañado de la pasion de la lascivia y deleite, por un baile de una muchacha priva su reino de un profeta y ángel terrenal, y al mundo de la luz de un sol que le alumbraba y encendia en el amor de Dios. De lo cual primeramente habemos de sacar, cuán poderosa es y cuán desenfrenada la pasion del deleite sensual cuando se señorea del corazon, y le roba y cautiva, y saca fuera de sí; y el estrago que hace, y las calamidades que acarrea cuando se junta con el poder de un tirano, que tiene por ley lo que quiere, y lo ejecuta y pone por obra, sin que ninguno le resista, ni se oponga á su voluntad. A mas de esto, notó san Crisóstomo, que así como no hay cosa mas piadosa que una buena mujer; así no hay fiera mas cruel que la mujer airada, ni leon, ni tigre que se le pueda comparar: y que por esto dijo el Espíritu santo: «No hay ira sobre la ira de la mujer:» y el mismo Salomon dice, que querria antes habitar con el leon y con el dragon, que con una mala mujer y parlera: porque como dice el mismo san Crisóstomo, los leones y tigres, y todas las otras fieras, hasta las serpientes venenosas, se pueden amansar y domesticar; pero la mala mujer no tiene cura: lo cual es bien que ellas conozcan de sí, para que al principio resistan á esta pasion, y no vengan á lo que vino Herodías, que para vivir á su gusto, procuró quitar la vida al que tanto merecia vivir: y tambien

para que los hombres entiendan el recato que han de tener en tratar y conversar con mujeres, y que de una pequeña centella se emprende un fuego tan grande, que despues no se puede apagar. Pero en lo que principalmente habemos de poner los ojos en esta degollacion del santo Precursor, es la constancia que tuvo en morir por la verdad, y en la bondad de Dios, que le quiso honrar con el martirio, y declararnos en cuánto estima la limpieza del alma y la castidad; y cuán poco caso debemos hacer de todos los bienes de la tierra: y que al cabo castiga gravemente á los que se le atreven y afligen á sus santos, aunque á tiempos sufre y disimula, y parece que no tiene providencia de las cosas que vemos en el mundo. La constancia de san Juan Bautista en reprender á Herodes y volver por la virtud y por la ley de Dios, fué admirable; pues no temió el furor y braveza de Herodías, ni el sentimiento de Herodes, ni la crueldad de sus ministros y soldados, ni la misma muerte que se le puso delante: porque conoció que como predicador divino y enviado del Señor para aparejarle el camino, le corria obligacion de predicar la verdad y morir por ella, y dar ejemplo á los predicadores evangélicos y personas públicas, que se desnuden de todos los afectos humanos del amor y del temor, de la ambicion y de la codicia, de la lisonja y de la demasiada prudencia mundana, y rompan por todo cuanto se atraviesa la honra y gloria de su Señor, como lo hizo este bienaventurado precursor suyo, espejo de toda santidad. Esta constancia y fortaleza tan grande dió Dios á san Juan; porque le quiso honrar con la corona del martirio, para que no faltase este título y don tan excelente al que él habia escogido por tan especial y regalado amigo suyo, y adornádole de los privilegios y lauréolas de doctor y vírgen, y de todas las prerogativas que dijimos en su vida. Y así no hay duda que san Juan fué mártir, y gloriosísimo y esclarecido mártir, y lumbre de los mártires; pues entre el nacimiento y muerte de Cristo nos dejó ejemplo de constantísimo mártir: y aun es mas de estimar el martirio de san Juan Bautista que el de los otros mártires del nuevo Testamento que murieron por Cristo, despues que Cristo habia muerto por ellos, y el mismo ejemplo del Señor los incitaba á ser agradecidos, y dar la vida por aquel Señor que con tan inmensa caridad habia dado la suya por ellos, y sabian que en muriendo, habia de comenzar su verdadera vida, é ir al cielo para gozar eternamente de su bienaventurada presencia: mas san Juan aun no habia visto ejemplo, ni cuando él murió habia muerto el Señor por él, y sabia que estaba cerrada la puerta del paraíso hasta que Cristo nuestro Señor resucitado subiese á los cielos y la abriese; y que entre tanto habia de estar en el limbo con los otros santos padres, aguardando su perfecta redencion.

4 Pero no es de menor consideracion, que queriendo el Señor hacer mártir á san Juan Bautista, quiso que lo fuese en defensa de la pureza y castidad: para que por aquí entendamos el precio de esta joya inestimable; pues su gran privado y amigo dió la vida por ella, y se opuso al ímpetu arrebatado de un furioso rey que con violencia habia quitado á su propio hermano la mujer, y la tenia por amiga. ¡Pues cuánta es la excelencia y gloria de aquella virtud por cuya defensa el gran Bautista dió su sangre! ¡Y cuánta es la fealdad y abominacion de aquel pecado, contra el cual clamó esta voz divina con tan gran fuerza y eficacia hasta la muerte; despues de muerto clama mas fuertemente con la voz de su propia sangre, que la voz de la sangre de Abel! ¿Pues qué diré del menosprecio que debemos tener de todas las cosas caducas y frágiles de esta miserable vida, y del aprecio de las eternas y perdurables, viendo vendida la sagrada cabeza de aquel varon mas divino que humano, por un vano contento de un hombre cruel, y por un baile de una muchacha liviana y desvergonzada, y por la instigacion de una mujer adúltera y rabiosa, que no pensaron poder vivir sino con la muerte del santo profeta? Si con ojos de carne solamente miramos esta historia, parecer nos ha de que Dios no tiene providencia de las cosas humanas; pues los malvados prevalecen contra los buenos, y la adúltera triunfa del casto, y el juez malvado y cruel del santo é inocente profeta: mas si abrimos los ojos del alma, veremos que todo lo de acá es basura, y que solo se ha de estimar lo que permanece para siempre: y que al mismo san Juan fué de grandísima é incomparable gloria el haber estado en la cárcel por la verdad, y tendido la cerviz al cuchillo, y alcanzado por este camino corona de glorioso mártir: y á Herodes que le hizo matar, se le siguió odio y aborrecimiento de todo el género humano con una perpetua ignominia y afrenta; y así dice san Pedro Crisólogo, hablando con el mismo Herodes, estas palabras: «El mismo dia que acabaste el de tu nacimiento, Juan nació para el cielo, y el tuyo se acabó, y el suyo comenzó: porque el justo entonces comienza á vivir, cuando muere por Cristo; pues la vida del mártir no se pierde con la muerte, sino traspasa á mejor vida. Con la muerte resplandeció mas el que murió temporalmente. Tú, viviendo, mueres; y Juan, muriendo, vive. Tú ya has dejado y perdido aquella ropa de púrpura que traias; y san Juan siempre está vestido de aquella estola de inmortalidad que él mismo tiñó con su propia sangre. Tus convidados ahora son participioneros de tus penas; y Juan está sentado á la mesa del rey del cielo con los coros de los ángeles. El oye perpetuamente la música y consonancia celestial; y tú oyes los aullidos y gemidos, y el crujir de dientes del infierno: y aquel que fué condenado y dado por precio del amor torpe de tu adúltera, y de una muchacha bailadora, ahora goza en el reino eterno del premio de sus virtudes; y tú con ellas has recibido en el infierno el galardon de tu injusta sentencia. José, por huir de la mujer adúltera, dejó en sus manos la capa; y Juan por no ver la adúltera, no solamente dejó el vestido exterior, sino tambien su cuerpo: José por no cometer adulterio, de grado entró en la cárcel; y Juan por reprender el adulterio, trocó el yermo por la cárcel. Justamente Juan es el mayor entre todos los nacidos de mujeres; pues no solamente repren-

dió el adulterio, pero tambien venció con el amor de la virginidad los honestos deleites del lícito matrimonio. Y si siendo san Juan tan grande, y estando tan apartado de mujeres en el yermo, no pudo escaparse de sus manos; ¿quién es el que viviendo entre ellas piensa poderse librar sin gran trabajo y sin gran cautela, si el Señor con su santo espíritu no le libra y no le tiene de su mano?» Todo esto es de san Pedro Crisólogo.

5 Mas no castigó Dios nuestro Señor á Herodes, y Herodías, y á su hija, solamente en la otra vida con pena eterna (aunque solo este castigo bastara, y es solo digno de temer); pero tambien en esta vida le afligió y deshonró y privó del reino, y tuvo grandes guerras con Areta, rey de Arabia, por haber repudiado á su hija, que era su legítima mujer, y tomado en su lugar á Herodías: y el ejército de Herodes fué desbaratado y deshecho, como lo escribe Josefo en el libro de sus Antigüedades; y despues fué desterrado á Leon de Francia, donde estuvo con Herodías: y habiendo desde allí hudo hácia España, murieron consumidos de dolor, de angustia, y quebranto de corazon: y de la muchacha bailadora, que por precio de su desenvoltura pidió la cabeza de san Juan, escriben el Metafraste y Niceforo Calixto, que murió de esta manera. Yendo camino en invierno con gran frio, quiso pasar á pié (por mayor seguridad) un rio, que estaba helado: al pasar, quebrósele el yelo, y hundióse la desventurada en el rio, quedando la cabeza sobre el yelo: y como estaba acostumbrada á bailar, movió el cuerpo de tal manera debajo de las aguas, que su cabeza quedó cortada con la fuerza del yelo, no sin admiracion de los que lo vieron, y justo juicio del Señor, que (como dijimos) aunque aguarda, sufre y disimula para que el pecador se convierta y haga penitencia; al cabo le hiere y castiga tanto mas fuertemente, cuanto fué mayor su paciencia y disimulacion. La muerte del santo Precursor fué cerca de la pascua (como lo dice el Martirologio romano, y lo notó el venerable Beda); mas porque la Iglesia en aquel tiempo está ocupada en celebrar los sagrados misterios de la pasion del Señor, traspasó la festividad de la Degollacion de san Juan Bautista á los 29 de agosto, que es el dia en que la segunda vez se halló su preciosa cabeza; porque despues que los discípulos de san Juan supieron que su maestro habia sido degollado en la cárcel, tomaron su cuerpo, y le sepultaron con gran sentimiento en Sebaste, que es Samaria, entre dos santos profetas, Elíseo y Abdías, y allí obró Dios por él muchos milagros, como lo refiere san Gerónimo sobre la profecía de Abdías.

6 De la cabeza de san Juan Bautista, escriben Rufino, y los autores de la Historia Tripartita, Beda, y Simeon Metafraste, que Herodías la enterró dentro de su mismo palacio, temiendo que no resucitase y se tornase á juntar con el cuerpo, y de nuevo reprendiese su adulterio. Estuvo escondida muchos años, hasta que el mismo santo la reveló á ciertos religiosos, que por su devocion habian venido á Jerusalen, y de esta primera invencion se hace mencion en el Martirologio romano, á los 24 dias de febrero. Pero hoy á los 29 de agosto fué la segunda invencion de la sagrada cabeza: la cual se halló en tiempo del emperador Valente, y queriendo él llevarla á Constantinopla con la decencia y veneracion que convenia, nunca pudo; porque como era hereje arriano, no quiso Dios hacerle tan grande merced, reservándola para el piísimo y religiosísimo príncipe Teodosio, el mayor: el cual trasladó la cabeza del santo Precursor con gran pompa y solemnidad á Constantinopla, y le edificó un suntuoso templo; y por esta razon se celebra hoy en la Iglesia la Degollacion de san Juan Bautista: y tambien porque habiendo mandado el mismo emperador Teodosio que todos los templos de los ídolos se derribasen, viniendo este mandato á Alejandría siendo Teófilo obispo de aquella ciudad, derribaron los cristianos el ídolo de Serapis, famosísimo, con grande sentimiento y llanto de los gentiles, y en aquel lugar fundaron una iglesia, y la consagraron este mismo dia al Señor, con nombre de San Juan Bautista, y allí pusieron sus santas reliquias: y con esto cayó en gran parte la supersticion y vano culto de los falsos dioses en aquella provincia, y comenzó á florecer mas nuestra santa religion. Pagó bien el santo Precursor á Teodosio su devocion, y el servicio que habia hecho; porque antes que emprendiese la guerra peligrosa, que hizo contra Eugenio, tirano, se recogió el buen emperador en el templo de San Juan Bautista, que él habia edificado, para hacer oracion, y tomarle por abogado y patron en aquella jornada: y valióle tanto, que al tiempo que se dió la batalla entre Teodosio, y Eugenio, tirano, salió de este mismo templo de San Juan Bautista un demonio, dando horribles alaridos y aullidos contra san Juan, diciendo estas palabras: ¿Tú me has de vencer á mí, y desbaratar mi ejército? (como lo refiere Sozomeno). Que es señal evidente del favor que el santo Precursor dió á Teodosio, pagándole con tan señalada victoria su devocion y servicio. Bien diferente de lo que el impío apóstata Juliano pretendió hacer contra las reliquias de este glorioso mártir: porque sabiendo los grandes y continuos milagros que Dios obraba en su sepulcro, pretendió quemar el sagrado cuerpo, y derramar sus cenizas, pensando por este camino poder extinguir la gloria de Cristo: y en efecto los gentiles sus ministros lo acometieron, y en parte hicieron lo que deseaban, con gran furia é impiedad: mas proveyó nuestro Señor que algunos siervos en aquella sazon hubiesen venido de Jerusalen á Sebaste, donde se cometia aquel sacrilegio, los cuales mezclándose disimuladamente entre la otra gente, recogieron muchos de los huesos, y de las preciosas reliquias de san Juan: y despues de la muerte de Juliano, quedó su sepulcro en pié, con grande veneracion y concurso de los fieles, como se saca de san Gerónimo. Despues con el discurso del tiempo la cabeza de san Juan Bautista se trajo á Roma, y se colocó en el monasterio de San Silvestre, donde al presente está, como lo dice el Martirologio romano: y por estar allí la cabeza de san Juan Bautista, se llamó la iglesia de

San Silvestre *ad caput*, como lo notó el cardenal Baronio: al cual podrá leer el curioso lector en las anotaciones del Martirologio romano, y en el cuarto tomo de sus Anales: tambien al padre Canisio, en lo que escribió de san Juan Bautista contra los herejes de nuestros tiempos. Las reliquias de este gloriosísimo precursor, por devocion de los fieles se han repartido casi por todo el mundo, en Alejandría, en Ciro, ciudad de Siria, en Francia, y en Italia: y san Paulino, obispo de Nola, las colocó en su Iglesia, y san Gaudencio, obispo de Bresa, en la suya. El dedo, con que mostró el santo Precursor al Señor, dicen que está en Malta, cabeza de la órden de los caballeros que militan debajo de su sagrado nombre, y sus cenizas están en la ciudad de Génova, en una capilla de la iglesia catedral de San Lorenzo, y son tenidas y reverenciadas con suma devocion, y Dios hace grandes milagros por ellas, especialmente cuando se embravece el mar, y poniendo las cenizas delante, se amansa: y otras provincias y reinos ha enriquecido nuestro Señor con el precioso tesoro de las reliquias de san Juan Bautista, y obrado grandes milagros por su intercesion. Algunos de ellos refiere san Gregorio Turonense en el libro de la Gloria de los mártires, y los trae Lipomano. Fué el martirio del santo Precursor á los 33 años del Señor, y un año antes de su pasion. Escriben de la degollacion de san Juan Bautista, á mas de los sagrados evangelistas, todos los Martirologios, el romano, el de Beda, Usuardo, y Adon, y san Juan Crisóstomo en diversas homilías, y san Pedro Crisólogo, y muchos de los autores de la Historia eclesiástica, que arriba quedan referidos.

SANTA SABINA, MÁRTIR. —El martirio de santa Sabina celebra la Iglesia á los 29 de agosto; y sacado del Martirologio de Adon, obispo de Viena, fué de esta manera. Fué santa Sabina romana, de ilustrísima familia, hija de Herodes Metalario, y mujer de un caballero principalísimo, llamado Valentino. Muerto su marido, recibió en su casa á una doncella cristiana y honestísima, por nombre Serafia, la cual con su buen ejemplo y sus buenas razones, la persuadió que se hiciese cristiana, y la encendió tanto con sus palabras en el amor de Jesucristo, que siendo presa Serafia por la fé, y condenada á muerte, santa Sabina no se podia apartar de ella: y así la siguió hasta el lugar del suplicio. Vióla el presidente Berilio, y díjole: Mucho me maravillo, que olvidada de tu linaje, y del padre que te engendró, y del marido que has tenido, andes en hábito tan despreciado tras esta maga y hechicera que te ha engañado, y á muchos otros, y sacado de juicio. Respondióle santa Sabina: Quisiera yo, ó presidente, que tú hubieras oido á Serafia, como la he oido, y probado sus verdaderas y vivas razones (que tú llamas hechizos); porque yo sé que dejarias la adoracion de tus falsos dioses, y conocerias al que solo es Dios vivo y verdadero, y remunera con vida eterna á los buenos, y castiga con perpetua pena á los malos. El presidente, aunque le desagradaron las palabras de Sabina, teniendo respeto á la calidad de su persona, la dejó. Fué coronada de martirio santa Serafia; y Sabina recogió sus reliquias, y las guardó como un rico y preciosísimo tesoro: y de allí algunos dias fué presa, y presentada á un juez, llamado Elpidio: el cual la afeó mucho, que siendo quien era, degenerase de su nobleza y sangre ilustre de su casa y de su marido, y como mujer baja y apocada viviese entre cristianos: y viéndola muy constante en la confesion de Jesucristo, y que con grande libertad le respondia, la mandó degollar y confiscar todos sus bienes. De esta manera acabó esta vida temporal la gloriosa mártir santa Sabina, y comenzó á vivir aquella vida felicísima y sempiterna, que alcanzan los que saben tan bien pelear y vencer como ella supo. Los cristianos tomaron su cuerpo, y le pusieron en la misma sepultura, donde ella habia enterrado á su maestra Serafia. Padeció á los 29 de agosto, año del Señor de 122, imperando Adriano. Trae sus actos, y confirma lo que habemos referido el padre Surio en el cuarto tomo, y todos los Martirologios hacen mencion de santa Sabina, que en Roma tiene un suntuoso templo, en el cual el glorioso patriarca santo Domingo fundó un convento de su sagrada religion: á él va el primer dia de cuaresma el sumo pontífice, y da principio á las estaciones, que en los otros dias siguientes se frecuentan en ella, con gran devocion de toda aquella santa ciudad.

* SAN MEDÉRICO, ABAD. —Nació en Autun, en el siglo VII, y desde sus primeros años mostró grandísimo amor á la virtud. Separado de los entretenimientos pueriles de su edad, ocupábase tan solo en la santificacion de su alma; y apenas llegado á los trece años, formó el designio de dejar su casa paterna, y tomar el hábito monástico. Despues de haber vencido la repugnancia de sus parientes, entró en la abadía de San Martin de Autun, donde florecian en aquel tiempo las mas eminentes virtudes. Medérico asociado á la venerable compañía de aquellos monjes, se perfeccionó en la práctica de todas las virtudes, sobre todo en la caridad, la humildad y la obediencia. Pasados algunos años, fué elegido superior de la casa, y exigiendo á sus hermanos que marchasen por los estrechos caminos de la perfeccion, les dió antes el ejemplo presidiéndolos á todos. Gozaba de tal reputacion de santidad, que no solamente los monjes, sino los seglares de los mas remotos confines acudian á consultarle como al ángel del Señor, y se sometian siempre con respeto á todas sus decisiones. La afluencia de personas que acudian á él en sus dudas, y el temor de caer en el pecado del orgullo, le hicieron renunciar su dignidad, y huyó secretamente retirándose á un bosque lejos de Autun cerca de dos leguas. Permaneció por mucho tiempo oculto en un lugar llamado ahora la «Celda de San Medérico,» en el cual vivia de las yerbas silvestres y de agua. Estaba allí entregado continuamente á la oracion y á los ejercicios de la penitencia, pero al fin fué descubierto su retiro, y se vió obligado á volver á su monasterio. Pasado algun tiempo dejó otra vez á sus hermanos á fin de prepararse para la muerte con mas libertad. Dirigióse á París con uno de sus amigos, llamado Fra-

dulfo, detúvose en un arrabal de la villa, y fijó su permanencia en una pequeña celda al lado de una capilla dedicada á san Pedro. Vivió en ella por espacio de tres años, afligido por varias enfermedades, que sufrió con una paciencia heróica y que terminaron sus dias por los años de 700. Medérico fué enterrado en la sobredicha capilla de San Pedro, en cuyo lugar se edificó despues una grande iglesia colegial, que llevó su nombre.

SAN SEBBÓ, REY Y CONFESOR.—Fué hijo de Seward, rey de los sajones orientales, y le sucedió en el trono el año 664. Era el sexto rey cristiano de aquel país: fué el padre y el modelo de sus pueblos, no solo por la sabiduría y bondad de su gobierno, sino por las ilustres virtudes de que daba ejemplo. Viósele sobre el trono practicar cuanto la penitencia tiene de mas austero, y encontrar medio de hacer continua su oracion. Despues de un reinado de treinta años, tan brillante como feliz, renunció la corona en favor de sus dos hijos Sigeardo y Senfrido, abdicacion que tenia proyectada hacia ya mucho tiempo, á fin de poder servir á Dios mas libremente, y de poderse preparar á la muerte de un modo mas perfecto. Su esposa imitó su ejemplo, y tomó el velo de religiosa, y el santo rey recibió el hábito monástico de las manos de san Erkenwald, obispo de Londres. Mandó distribuir á los pobres todos los bienes de que podia disponer. Tenia siempre presente en su espíritu el pensamiento de la muerte, pensamiento que hizo con el tiempo su mas dulce consuelo. Dos años despues de su abdicacion, murió Sebbó en Londres, en 697, conociendo la hora de su muerte tres dias antes que sucediese, y siendo atestiguada su santidad por medio de muchos milagros. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de San Pablo, y junto á su tumba obró el cielo grandes maravillas.

SAN ADELFO, OBISPO Y CONFESOR.—Aprendió la ciencia de la religion en la escuela de los inmediatos discípulos de los apóstoles, y fué obispo de Metz. Dotado de celestial virtud y predicando continuamente el Evangelio, convirtió muchos paganos á la fé, y obró gran número de milagros que atestiguaron la divinidad de su mision. Despues de quince años de pontificado, descansó pacíficamente en el Señor, y su sepulcro fué tambien famoso en portentos. El emperador Ludovico Pio hizo levantar una magnífica iglesia para trasladar sus reliquias.

SAN EUTIMIO, Y SU HIJO SAN CRESCENCIO.—San Eutimio era romano. En tiempo del emperador Diocleciano fué instruido en la religion cristiana y bautizado con su esposa y su hijo por un presbítero llamado Epigmenio. Poco despues, la persecucion contra los fieles aumentó de tal modo, que la familia nuevamente cristiana, para sustraerse á ella dejó la capital y se fué á Perusia para vivir en paz. El hijo Crescencio murió algun tiempo despues, teniendo solo once años, derramando su sangre por Jesucristo, y el padre, gozoso con tener aquel tesoro en el cielo, no tardó en acabar pacíficamente sus dias, para irse á reunir con el hijo en la morada de los santos.

LOS SANTOS NICEAS Y PABLO, MÁRTIRES.—Nada sabemos de ellos mas que murieron en Antioquía de Siria, hallándose sus nombres en los mas antiguos Martirologios.

SAN HIPACIO, OBISPO Y MÁRTIR, Y SAN ANDRÉS, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.—Eran dos amigos íntimos naturales de Lidia, y se ocupaban en enseñar á los muchachos la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas. Despues abrazaron ambos la vida monástica en un monasterio de Asia, y tanto se distinguieron en él por sus muchas prendas, que el obispo de Efeso consagró á Hipacio obispo, y á Andrés sacerdote, encargándoles que fuesen á combatir con los herejes, con los impíos é infieles, á fin de aumentar así el rebaño de Jesucristo. Estando un dia en Constantinopla, predicando en favor del culto de las santas imágenes, el emperador Leon Isauro los mandó prender y rasurar la cabeza, y en seguida hizo que colocándoles algunas imágenes de madera sobre ella, las pegasen fuego, y de este modo lograron los dos ilustres confesores la palma del martirio, el dia 29 de agosto del año 735, segun Baronio.

SANTA CÁNDIDA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Esta santa, romana de nacimiento, és de los primeros dias del cristianismo. El papa Adriano I le dedicó una iglesia, en la cual estuvo su cuerpo hasta que el papa Pascual I lo trasladó á la de Santa Praxedes.

SANTA BASILA, VÍRGEN.—Fué de Esmirna, cuya ciudad ennobleció con la efusion de su sangre. No sabemos la época de su muerte; pero seguramente es muy antigua, pues su nombre se halla continuado en los mas antiguos Martirologios de todas las Iglesias.

Dia 30.

LOS SANTOS FÉLIX Y ADAUCTO, MÁRTIRES.—En el tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano hubo en Roma dos santos hermanos, presbíteros, que ambos se llaman Félix, y lo fueron no menos en la vida que en el nombre. El mayor de estos dos hermanos fué preso por mandado de los emperadores, y llevado al templo de Serapis, para que adorase á sus falsos dioses: mas el santo, mirando la estatua é ídolo de metal que estaba en el templo, le sopló en la cara, y al momento cayó y se hizo pedazos: y lo mismo le sucedió en el templo de Mercurio, y en el de Diana: por lo cual el juez le mandó atormentar cruelmente en el ecúleo, para saber de él con qué hechizos habia derribado y hecho pedazos á sus dioses: y el santo respondió: Lo que yo he hecho, no lo he hecho por maleficio del demonio, sino por beneficio y virtud de Dios. El juez con saña y furor le hizo sacar fuera de la ciudad, por el camino que va á la ciudad de Ostia, donde estaba un árbol altísimo consagrado á los demonios, y cerca de él un templo, para que en él Félix sacrificase. Llegado al árbol, hizo oracion el santo, y con grande confianza (como si hablara con otra persona) le dijo: Yo te mando en nombre de mi Señor Jesucristo, que, arrancado de raíz, caigas sobre

este templo que aquí está, y desmenuces el altar, ó la estatua que en él está, para que de aquí adelante por tí no sean engañadas las almas. En acabando el santo su oracion, cayó el árbol sobre el templo, y le arruinó, y el ídolo se desmenuzó de manera, que no quedó rastro de lo que antes habia sido: lo cual sabido por el juez, le mandó degollar y dejar su cuerpo en el campo para que los lobos y perros le comiesen. Vióle llevar al martirio otro cristiano, desconocido de los hombres y conocido de Dios: y entendiendo que iba á morir por Cristo, encendido de su amor, comenzó á decir en voz alta: En la misma ley que éste vivo, vivo yo: él confiesa á Jesucristo por Dios; yo le confieso por Dios: él quiere morir por él; yo tambien. Oyendo esto los ministros de justicia, echaron mano de él: y habiéndose primero llegado á san Félix, y dádole paz en su rostro, fué degollado juntamente con él. Los cristianos como no supieron el nombre que tenia, le llamaron en latin *adaucto*, que es lo mismo que «añadido» ó «acrecentado;» porque se habia añadido y hecho compañía á san Félix, para recibir con él en el cielo la corona del martirio: y venida la noche tomaron sus sagrados cuerpos, y los sepultaron en una grande hoya que habia dejado aquel árbol grande y alto que habia caido sobre el templo por la oracion de san Félix. Quisieron los gentiles sacarlos de allí; mas el demonio entró en ellos y los atormentó, y despues en aquel lugar se edificó un solemne templo: el cual, estando maltratado, le reparó san Juan, papa, como se ve en el libro de los Romanos Pontífices. Celebra la Iglesia la fiesta de estos mártires á 30 de agosto, que fué el dia de su martirio, año de 302, imperando Diocleciano y Maximiano. Lo que aquí queda referido, se ha sacado del Martirologio de Adon; y los otros Martirologios romanos, el de Beda, y Usuardo hacen mencion de estos santos (1).

SANTA ROSA DE SANTA MARÍA, VÍRGEN.—Entre los muchos tesoros de oro y plata que han dado á España las Indias occidentales, y singularmente el reino del Perú; ninguno se puede comparar con el que dió al cielo en la gloriosa vírgen Rosa de Santa María, que es el primer fruto, ó la primera flor, que como primicias de muchas que esperamos, se ha ofrecido á Dios en sus altares entre los santos que tienen culto en la Iglesia. Nació esta dichosa vírgen en la ciudad de Lima, cabeza del reino del Perú, á 20 de abril, año de 1586, de padres humildes y honrados. Afirmaba su madre que no habia tenido en el parto de esta hija los dolores y congojas que habia sentido en los partos de once hijos que habia parido; y notaron que las túnicas, ó telas con que salió del vientre materno, no le servian, como á los demás, de fealdad, sino de hermosura y gala. En el bautismo le pusieron por nombre Isabel, y en la confirmacion le mudaron en el de Rosa, por haberle visto á los tres meses en la cuna el rostro trasfigurado en una rosa hermosísima. Despues de algunos años, entendiendo la santa vírgen el suceso que le habia dado el nombre de Rosa, y temiendo como humilde y prudente ser celebrada por este nombre, y el riesgo que esto la podia ocasionar, se encomendó á la Reina de los ángeles, la cual se le apareció con su Hijo en los brazos, y la dijo, que el gusto de su Hijo era que se llamase Rosa, y que añadiese á este nombre el apellido «de Santa María;» y desde entonces se nombró «Rosa de Santa María.»

2 Nunca la vieron llorar, siendo niña, ni en los brazos de su madre, ni en la cuna, hasta que un dia, queriendo llevarla su madre á la casa de una señora que se la habia pedido, empezó á llorar con tanta fuerza al salir por la puerta, sin haber medio de acallarla, que fué menester volverse á entrar en su casa; y al punto dejó de llorar, y se convirtieron en risa las lágrimas, mostrando la niña que ya disgustaba de semejantes visitas, y gustaba de estarse recogida en su casa. Desde edad de tres años obraba de manera que parecia tener uso de razon, y arrojaba las flores de las virtudes que prometian á su tiempo copiosos frutos. Especialmente en la paciencia dió ejemplos que fueran admirables en una persona de muchos años y virtud: porque habiéndose maltratado mucho un dedo, que despues se le apostemó, padeciendo intensísimos dolores, y por muchos meses; ni al recibir el golpe, ni despues en la cura sangrienta, que causaba horror á los que la miraban, la vieron llorar, ni quejarse, ni mudar el semblante, ó hacer otra señal de sentimiento. Con la misma fortaleza sufrió en otra ocasion que la cortasen la ternilla de una oreja que se le habia apostemado. Llenándosele la cabeza de empeines, la echó su madre imprudentemente polvos de soliman para atajarla el mal: abrasábasele la cabeza, y padecia extraño dolor, de manera, que sin poderlo ella excusar le temblaba todo el cuerpo: perdió el color del rostro y se desfiguró; y con todo eso, preguntada de su madre si tenia muchos dolores, respondia que no era cosa de consideracion, hasta que, descubriendo la cabeza, la hallaron llena de ampollas, postillas y llagas; pareciendo cosa milagrosa que una niña de cuatro años hubiese podido sufrir tales dolores sin quejarse. No hizo despues mas sentimiento en la cura, que duró cuarenta dias; ni en un tumor que se le hizo, teniendo seis años, en el nacimiento de la nariz, siendo necesario entrar la lanceta, y sajar aquella parte; antes parece que aflige Dios con dolores y enfermedades á la niña Rosa, para mostrar en su flaqueza la fortaleza y sufrimiento que puede dar su gracia.

3 En edad de cuatro años rogaba á una criada india, que en un retrete de su casa la pisase, escupieso y diese golpes, y que la cargase un grande peso de adobes, ó un madero, y con él andaba en un huertecillo, cayendo muchas veces con el peso, por imitar á Cristo con la cruz á cuestas. Cuando tenia cinco años empezó á despreciar las cosas del mundo, pareciéndole vil cuanto el mundo estima: á que le ayudó un desengaño que

(1) La villa de Villafranca del Panadés, reconocida al ínclito soldado de Jesucristo, san Félix, por las innumerables mercedes recibidas por su poderosa intercesion, le venera muy devotamente, y todos los años celebra con la mayor pompa y magnificencia su fiesta.

la dió el Señor por medio de un hermanillo suyo de siete años. Llenóla este un dia los cabellos de lodo: sintiólo mucho Rosa, y dió quejas á su hermano; á que respondió: ¿Por qué sientes tanto ver enlodados tus cabellos? ¿No sabes que los aborrece Dios, porque son lazos con que el demonio enlaza las almas de los hombres, y las echa al infierno? No eran razones estas de un niño, aunque dichas por la boca de un niño; y así lo conoció Rosa, é hicieron tanta impresion en su alma, que empezó desde entonces á aborrecer sus cabellos, y á temer el infierno y el pecado que podia despeñarle en él; y decia muchas veces: Jesus sea conmigo: Jesus sea bendito, amen: y repetíalo tantas veces, que con la costumbre, ni aun durmiendo dejaba de decir estas palabras. Finalmente, ilustrada con particular luz del cielo, y abrasada ya del amor de Dios, y deseosa de conservar perpetuamente su pureza; á los cinco años de su edad hizo voto de virginidad, y se cortó los cabellos por no ser ocasion de culpas á ninguno. De seis años ayunaba á pan y agua miércoles, viernes y sábado.

4 Era obedientísima á sus padres, aun en cosas muy dificultosas y á que sentia gran repugnancia. Viendo unas amigas de su madre á ver un huerto que tenia en su casa, tejieron una guirnalda de flores, y pidieron á Rosa que se la pusiese en la cabeza: rehusóla ella por disgustarle semejantes adornos; pero mandándoselo su madre, por no dejar de obedecer y mortificarse en el mismo adorno, se clavó la corona con un alfiler grande y grueso tan fuertemente, que no pudiendo ella sacarle despues, fué menester llamar un cirujano que se le sacase, con mucho sentimiento de la niña; no del dolor que padecia, sino de ver descubierta su mortificacion. Mandóla su madre una noche poner unos guantes para hacerla suaves las manos: y aunque Rosa se excusaba de aquel demasiado aliño, insistiendo su madre, obedeció y se puso los guantes al tiempo de acostarse: mas apenas se durmió, cuando empezaron los guantes á calentarse y encenderse de manera, que la abrasaban las manos, y no pudiéndolos sufrir, se los quitó de priesa y los arrojó. Al arrojarlos vió que despedian de sí llamas de fuego tan vivas y encendidas, que alumbraron todo el aposento, y que al tocar los guantes en el suelo se apagaron aquellas llamas. Contó á la mañana á su madre lo que habia pasado porque no la obligase otra vez á semejantes artificios que desagradan á Dios, por querer añadir hermosura fingida á la natural que él ha dado. Con todo eso la madre que no entendia este lenguaje, queria que Rosa se aderezase y adornase, como las otras doncellas de su edad, mas ella con oraciones y con las razones que dió á su madre, alcanzó que la dejase vestir un hábito grosero y honesto, y le trajo hasta que se vistió el de la Tercera Orden de Santo Domingo. Padeció Rosa contraccion de nervios: púsola su madre en las manos unas pieles, mandándole que no se las quitase, porque serian su remedio: túvolas cuatro dias padeciendo gravísimos dolores, sin quejarse, ni hablar palabra: al fin de ellos quiso su madre ver si estaban ya sanas las manos, y hallólas hinchadas y llenas de llagas. Espantóse de que hubiese podido sufrir tanto tiempo aquellas pieles, y quejóse de que no se las hubiese quitado, conociendo el daño que le hacian: y ella respondió que lo habia hecho por no desobedecerla, como le habia mandado que no llegase á ellas. La madre atribuia á simplicidad de su hija aquella prudente ceguedad con que en todas las cosas obedecia: quiso probarla viéndola hacer unas flores en su labor; y la dijo que no iban bien hechas así, que las habia de hacer al revés: obedeció Rosa, y habiendo sacado no flores sino borrones, la dijo su madre: ¿Qué flores son estas? ¿No conoces que esto no vale nada? ¿Para qué gastas el tiempo sin provecho? A que respondió Rosa: Estas son, señora, las flores que me mandaste hacer, y las mejores que puedo hacer yo. Bien sé que no son flores; pero á mí bástame hacer lo que me mandas, y eso haré siempre, porque así no puedo errar. Con esto estimó mas la madre á su hija, y entendió que su obediencia, cuanto tenia de ciega, tenia de sabia, y que parecia necia de muy discreta. No solo á sus padres obedecia Rosa con grande puntualidad, mas á todos los de su casa, y mucho mas á su confesor. Sabiendo éste lo poco que dormia, y los achaques que le habian sobrevenido de sus largas vigilias, la mandó que durmiese cada noche á lo menos cuatro horas. Procurólo aquella noche, y no pudo cumplirlas: hizo nuevas diligencias la noche siguiente; y no pudiéndolo conseguir, tuvo tanto escrúpulo de no cumplir lo que la mandaba su confesor, aunque no estaba en su mano, que por consolarla hubo éste de suspender el mandato.

5 Socorria y sustentaba á sus padres con la labor de sus manos, en que duraba hasta la media noche, cuidando tambien de servirlos y asistirlos en todas sus enfermedades y necesidades aunque ella estuviese enferma, y necesitada de quien la sirviese y asistiese. En una ocasion se le pasmó un lado, y le faltaba la respiracion; y con todo eso estaba atareada á su labor de dia y de noche. Dijola una señora, que mirase por su salud, y no se acabase la vida, y que descansase á lo menos cuando estaba tan enferma: á que respondió: Yo no puedo faltar al socorro de mis padres en sus necesidades sin grave escrúpulo de conciencia, aunque me esté muriendo.

6 Como iba creciendo Rosa en la edad, trató su madre de casarla, esperando hallar tal casamiento á su hermosura y discrecion, que pudiese aliviar la pobreza de su casa; y fué así: porque muchos la deseaban por esposa, y entre los demás una viuda noble y rica la pidió para un hijo único que tenia. Agradó mucho este casamiento á la madre, y concertóle con la viuda, sin saber nada Rosa; mas cuando su madre se lo propuso, y vió que estaba tan adelante, sintiólo mucho, y con el mejor modo que pudo, desengañó á su madre, y la dijo, que ella habia escogido á Jesucristo por esposo, y que no se casaria con hombre de la tierra, aunque fuera rey; porque no era justo dejar á Dios por el hombre, y al Criador por la criatura. Sintió su madre sobre manera esta respuesta, vien-

do que se descomponian las conveniencias de su casa: tratóla muy mal de palabra, y peor de obra, hasta arrastrarla por el suelo con grande impiedad. Al ruido acudieron todos los de casa, y sabiendo la causa del disgusto, se volvieron contra la santa vírgen, y la dijeron muchas injurias y baldones. En esta ocasion, ilustrada con superior luz, conoció que en lo restante de su vida habia de seguir los pasos de santa Catalina de Sena; y así la tomó por idea y ejemplar. Duró mucho tiempo la porfía de la madre y hermanos para que se casase y dejase aquel modo de vida singular que habia tomado, de tanta penitencia, retiro y oracion, llamándola embustera, hipócrita, y alumbrada, diciendo que habia de venir á parar en la Inquisicion, y salir en auto público con deshonra de todo su linaje. Y su madre no cesaba de maltratarla de muchas maneras, padeciendo la purísima vírgen de su misma madre y hermanos, con admirable paciencia, este penoso y prolijo martirio, por conservar su virginidad y guardar la fé á su celestial esposo; hasta que su madre, viendo que ni razones, ni malos tratamientos aprovechaban, desistió de su intento, y no quiso tratar mas á su hija del casamiento.

7 A los veinte años recibió el hábito de tercera de la órden de Santo Domingo en el convento del Rosario de Lima, y con el hábito se vistió el espíritu de santa Catalina de Sena, cuya vida se hacia leer frecuentemente, observando las virtudes de aquella santísima vírgen, para hacerse un vivo retrato de ella. Pero juntamente le vino un escrúpulo, nacido de su grande humildad, y era parecerle soberbia é hipocresía, vestir un hábito tan santo, siendo tan pecadora, y parecer tan otra en lo exterior, de lo que era en lo interior; y esto la hacia andar corrida y avergonzada, y procurar ocultar el hábito, hasta que un dia, haciendo oracion á la Vírgen del Rosario en su capilla, en compañía de las otras beatas, fué arrebatada en espíritu, y su rostro se volvió resplandeciente, y al volver del rapto, dijo á sus compañeras con grande gozo: Hermanas, amemos á Dios; pues se digna unirnos con estrechos lazos de amor. Desde entonces nunca mas la acometió semejante escrúpulo, ó tentacion, y concibió nuevos alientos de servir al Señor, y empezó una nueva vida, que hacia parecer imperfecta la pasada, con haber sido admirable. Era humildísima: despreciábase á sí, y queria que otros la despreciasen, y tuviesen por la cosa mas vil del mundo, diciendo que merecia estar en el infierno, y que ese era su propio lugar por sus innumerables culpas: y si alguno mostraba no creerlo, y tenerla por inocente, decia: Nadie me conoce á mí: yo sola me conozco; y sé lo que soy.

8 Si sucedia en su casa alguna desgracia, todo lo atribuia á sus culpas; y si su madre, ó hermanos, la decian alguna palabra afrentosa, confesaba que mucho mas merecia ella por sus grandes pecados. Cuando se confesaba, siendo tal su vida, que los confesores se hallaban atajados, sin saber de que absolverla, por mas que recurriesen á la vida pasada, era tal su confusion, lágrimas y sentimiento de lo que á ella le parecia culpa, y á ellos muchas veces digno de alabanza, que quien la viera llorar, y no la conociera, la tuviera por la mayor pecadora del mundo; y fuera de confesarse sacramentalmente muy á menudo, se iba siempre antes de comulgar delante de una imágen de santo Domingo, y como á padre espiritual de su alma, le decia sus culpas, y le pedia remedio, y que le alcanzase de Dios gracia para enmendarlas. Ocupábase en su casa en los oficios mas viles, propios de las esclavas, juzgando que nadie la habia de servir á ella, y que ella debia servir á todas. A una esclava, que habia en su casa, llamada Mariana, la obligaba con ruegos é importunaciones á que la dijese palabras afrentosas, y la pisase y maltratase, riñéndola y reprendiéndola y tratándola como ella merecia. Estuvo tres años huéspeda en casa de una señora principal, y aficionada suya, y aquí se miraba como esclava de todos los que habia en aquella casa, hasta de las mismas esclavas, obedeciéndolas con el mismo rendimiento que si lo fuera; y nunca estaba mas alegre, que cuando la mandaban con imperio, y la reñian con aspereza; porque entonces juzgaba que la trataban como merecia.

9 No habia para Rosa cosa de mayor sentimiento, que verse estimar y tener en algo: y así, oyendo una vez que la alababan de virtuosa, lo sintió tanto, que se quedó desmayada. Alabóle las manos una mujer, diciendo que no las habia visto mejores en toda su vida; y al otro dia, buscando cal viva, se las lavó con ella, con tal fuerza, que se le rugaron y llenaron de ampollas, de manera, que en mas de veinte dias, ni se pudo vestir, ni hacer labor con ellas. Aunque ocultaba cuanto podia, sus penitencias y mortificaciones, por huir el aplauso; como ellas eran muchas y rigurosas, naturalmente se manifestaban en su rostro; porque la enflaquecian y quitaban el color natural, volviéndole macilento y pál do. Ofrecióse le que por aquí podria venir á ser estimada y tenida por penitente, y caer en vanagloria, y rogó á Dios que de tal manera templase el color y disposicion de rostro, que ni pareciese hermoso, ni penitente; y alcanzó del Señor lo que deseaba: porque por mas penitencias que hiciese, no las conocia quien no conocia á la santa; antes tal vez fué tenida por regalada, alegrándose mucho la santa de ser hipócrita al revés del mundo, y parecer acomodada, siendo mortificada. Un dia se fué tan de priesa al convento del Rosario para oir misa, que se dejó un cilicio muy áspero en parte donde le podian hallar los de su casa: acordóse á la mitad de la misa: congojóse mucho, pareciéndole que por el cilicio se habia de descubrir su mortificacion; y dudando, si dejaria la misa, y volveria á su casa, al fin se determinó á quedar, y suplicó á la santísima Vírgen delante de cuya imágen estaba, que escondiese el cilicio en parte donde no se pudiese hallar. Con esto se aquietó, y prosiguió oyendo la misa; y al volver á su casa, halló el cilicio escondido en la parte donde habia deseado y pedido á nuestra Señora. Aun con mayor cuidado escondia las revelaciones

y favores que el Señor la hacia, y no descubriéndolas á nadie, sino es á su confesor, para ser gobernada por él; y desde muy niña pedia continuamente á Dios, que no permitiese llegasen á saber los hombres los favores que su Majestad la hacia.

10 Toda su vida fué muy inclinada á la penitencia: pues, como dijimos, de seis años ayunaba á pan y agua tres dias en la semana. A los quince hizo voto de no comer carne en toda su vida, sino es mandada de quien fuese superior, queriendo mortificar con la abstinencia el cuerpo, y con la obediencia el alma. Convidaban algunas señoras á comer á su madre, para que llevase consigo la hija: sentia mucho estos convites; y no pudiendo excusarlos, comia carne, porque su madre se lo mandaba; pero en acabando de comer, volvia cuanto habia comido con grandes bascas: y si le quedaba algo de estos manjares en el estómago, luego enfermaba. Mandábanla que comiese carne para sanar: pero sucedia siempre que, comiendo carne, empeoraba; y con su abstinencia de pan y agua sanaba y convalecia, como se experimentó en muchos casos. Habiendo adolecido de una grave enfermedad, la mandó el médico comer un poco de gallina, para reparar su flaqueza: comió el primer bocado; y no pudo pasar el segundo, porque la dió un mortal accidente, y si no volviera luego lo que habia comido, reventara de congoja: comió pan, y bebió agua, y luego lo abrazó el estómago, y sintió mejoría, y estuvo buena. Con tantas experiencias llegaron á desengañarse los de su casa, que su remedio era el ayuno; pero su madre no podia sufrir ver á su hija tan abstinente, y la reprendia ásperamente porque ayunaba tanto. Afligíase la piadosa vírgen viendo el sentimiento que ocasionaba á su madre, y no sabia qué debia hacer; pero en esta afliccion se le apareció Cristo nuestro Señor, y la exhortó á que prosiguiese en sus ayunos, que á su cuenta quedaba el cuidar de su vida. Quedó desde entonces con firme resolucion de proseguir en sus ayunos, sin dejarlos por respeto alguno; aunque por esto llegó su madre á poner en ella sus manos. Mandóla su madre que comiese con todos á la mesa; y ella obedeció con condicion que no la mandase comer mas de lo que su estómago abrazaba: dispuso con la esclava que le diese unas yerbas cocidas sin sal, ni otro aderezo, y que tal vez echase en ellas algunas pasas porque pareciese á su madre comia algo de sustancia. Comia al parecer con gusto y sabor; pero en la verdad con desazon y tormentos; porque la misma vírgen buscaba las yerbas mas desabridas y amargas que podia encontrar, y las daba á la cocinera para que las cociese y trajese á la mesa, y aun algunas veces las sazonaba con ceniza. Encontró una yerba muy amarga: y pareciéndole que era buena para su regalo, la plantó en su huerto, y la cultivaba con mas cuidado que á todas las demás, diciendo, que era medicina para curar de muchos achaques; y entendíalo bien, para las pasiones, mortificando el gusto y apetito. Hizo una bebida de verbena, que es una yerba amarguísima, y de esta bebia buena cantidad todos los viernes, y vísperas de comunion, en memoria de la hiel y vinagre que dieron á Cristo, y cuando esta bebida faltaba, traia en la boca una yerba muy amarga, y la mascaba y tragaba el zumo de ella.

11 Usaba la santa dos maneras de ayunos: uno ordinario de pan y agua; y otro extraordinario, que llamaba su ayuno, en que no comia, ni bebia nada en todo el dia; y este usaba muchas veces en los últimos años de su vida. Desde la Santa Cruz de setiembre hasta la pascua de Resurreccion, que son ayunos de la órden de Predicadores, comia solamente pan y agua hasta la cuaresma; y en ella no comia en toda la semana, sino es el viernes; y en este, cinco pepitas de naranja en memoria de las cinco llagas de Cristo, y bebia con ellas hiel. El pan, que comia en sus mas regalados ayunos, era tan poco, que enviándole una señora cada semana siete panecillos, para cada dia uno, de pan basto y grosero, por saber que gustaba de este, comia en toda la semana un panecillo y medio, y lo demás daba á los pobres. En una ocasion se estuvo cincuenta dias desde pascua de Resurreccion hasta la de Espíritu santo, sin comer mas que un panecillo, ni beber mas que un vaso de agua en todos ellos. Otra vez pasó los mismos cincuenta dias sin beber nada, comiendo solo un panecillo. Muy de ordinario ayunaba, desde el jueves al sábado, sin comer bocado. Otras veces estaba quince dias, y un mes, sin comer, ni beber, sustentándose con solo el pan del Sacramento, y las palabras que proceden de la boca de Dios. No admitia cosa de regalo, ni lo abrazaba su estómago, ó por mejor decir, su espíritu. Obligáronla una vez á que probase una fruta; y un bocado solo que tomó, la hizo tanto peso en el estómago, que la fué forzoso aliviarla de él; y por castigar esta, que llamaba glotonería, no comió, ni bebió en diez dias. Pero lo que mas admira, es ver que con estos ayunos tenia fuerzas para trabajar y orar, y hacer otras penitencias, como si se sustentara con grandes regalos: antes, como dijimos, el regalo la debilitaba, y el ayuno la fortalecia, de manera que habia trocado esta vírgen los términos á las leyes comunes, y su comida era ayunar, y su ayuno era el comer.

12 Hizo santa Rosa, siendo inocente, la penitencia que hicieron otros santos muy penitentes despues de muchas culpas. Desde niña usaba el cilicio y la disciplina con tanto rigor, que fué menester se le moderasen los confesores, y este rigor iba creciendo con los años. Despues que tomó el hábito de tercera de Santo Domingo, le parecia que estaba obligada á mas penitencia, y á imitacion de su santo padre se disciplinaba todas las noches con cadenas de hierro hasta derramar mucha sangre: y buscando nuevos motivos para afligirse, una noche se disciplinaba por sus grandes culpas, que por tales tenia las muy ligeras, otra noche por la calamidades públicas, otra por las de la Iglesia, otra por los reinos del Perú, y su patria Lima, otra por las ánimas del purgatorio, otra por los que estaban en el artículo de la muerte, otra por los que estaban en pecado mortal; y

de esta manera tenia repartidos los dias de la semana con la penitencia y caridad, y si ocurria alguna particular necesidad, entonces se afligia con mayor rigor, pidiendo á Dios el remedio de ella. Algunas personas, que llegaron á entender estos rigores, la aconsejaban que los moderase; y ella decia: Hágolo por un Señor, á quien debo tanto, que aunque hiciera mucho mas, no hiciera nada. Al fin la mandó su confesor, que no se disciplinase mas con las cadenas de hierro: y ella alcanzó con muchos ruegos poder tomar con ellos cinco mil azotes, por reverencia de los que dieron á Cristo, en número de tantos dias: y alcanzada esta licencia, tuvo gran cuidado de no exceder de la obediencia, ni faltar á la permision; y enfermando algunos dias de los determinados, añadia en los dias que estaba sana, los azotes que habia dejado por estar enferma. Cumplido el número de los azotes, aunque dejó de disciplinarse con las cadenas, no dejó las cadenas; antes las dobló, y se las ciñó al cuerpo, cerrándolas con un candado, y arrojando la llave donde no se pudiese hallar. Padecia gravísimos dolores del nuevo cilicio: y habiendo durado muchos dias en esta penitencia, le fué forzoso quitarse las cadenas por una enfermedad que le sobrevino: no podia abrir el candado, y temia mas que se descubriese su mortificacion, que todos los dolores que padecia: hizo oracion á Dios, pidiéndole remedio; y el candado se cayó de suyo, y se cayeron las cadenas, que se habian entrado ya en la carne, dejándola muy llagada. En sanando de las llagas, se volvió á poner la cadena; pero sabiéndolo su confesor, la mandó que se la quitase. No pensaba en otra cosa la santa vírgen mas que en afligirse y atormentarse: porque se aborrecia con aquel odio santo que quiere Cristo nos tengamos á nosotros mismos; y así cuando le prohibian unos rigores, inventaba otros nuevos, y mayores. Apretóse los brazos tan fuertemente con unos cordeles, que no podia hacer accion, ni movimiento alguno, sin padecer gravísimo dolor, y sembró la túnica de menudos abrojos, con que heria y ensangrentaba todo su cuerpo. Habiéndola quitado todos los cilicios, la dió una persona devota un cilicio de cerdas, que la cogia todo el cuerpo: estimóle mas, que estimaran otros un vestido muy precioso: vistióselo, y pareciéndola que era muy suave, le entretejió de gruesos y penetrantes alfileres. Causábale este cilicio gran tormento, y la vino á ocasionar vómitos de sangre: por lo cual la mandaron los médicos y confesores que se le quitase. Obedeció; pero hizo otro cilicio no menos molesto, aunque menos nocivo, de angeo crudo, y le forró de gruesísimo pelo, y por disimular, labró las bocas de las mangas de lienzo delgado, con que parecia camisa lo que era cilicio. Causábale grandísimo calor, de manera, que no le podia sufrir, y pesaba tanto, que no la dejaba andar; pero entonces estaba mas alentado y alegre su espíritu, cuando estaba oprimido y afligido su cuerpo. Solamente la cabeza y las plantas de los piés estaban exentas de estas mortificaciones, que hemos dicho; pero deseosa de imitar al Redentor, que como dice Isaías, no habia en él sanidad desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, tambien halló para estos su particular y grande tormento. Todas las veces que se encendia en su casa el horno para cocer el pan, se quitaba los zapatos, y ponia las plantas de los piés á la boca del horno, para que la llama, que salia por ella, la abrasase. Para imitar la corona de espinas del Redentor, mandó hacer una corona de estaño ajustada á su cabeza, y con unos cordeles, que entretejió en ella, puso unos pequeños clavos y con esto coronó su cabeza, atravesando con los clavos sus sienes, con el dolor que se puede imaginar. Pareciéndole despues que el estaño, por ser metal fácil, no tenia tan fijos los clavos, como ella deseaba; hizo hacer una planchuela angosta de plata, con tres órdenes de clavos, soldados en ella, dándole á cada órden treinta y tres, en honor de los treinta y tres años de Cristo: y para que no embarazase el cabello que se clavasen bien los clavos en la cabeza, se lo quitó todo á navaja, dejando solo un poco de cabello sobre la frente, para encubrir la corona por aquella parte, y ocultar su mortificacion; y nunca se quitó esta corona, desde el dia que se la puso, hasta que murió, mudándola todos los dias, para hacer nuevas heridas, y para que estuviese toda la cabeza llagada. Quiso ponerse tambien corona de espinas; pero consultando á su confesor, la mandó que no lo hiciese.

13 Desde sus tiernos años dormia sobre unas tablas, teniendo un madero por cabecera: y acostándola su madre consigo, porque no usase este rigor, esperaba que se durmiese; y luego levantando la parte del colchon que le tocaba, se echaba sobre las tablas, y ponia el madero por almohada. Permitiéndola despues su madre una cama de tablas, cubiertas con unas frazadas, y con sus almohadas de lana; en entrando en su aposento á dormir, quitaba las mantas, y ponia en lugar de almohadas un madero: y porque las tablas no quedasen llanas, ponia debajo unas piedras, que levantaban unas tablas mas que otras, y sobre ellas dormia, sin poder dormir, sirviendo la cama de cruz, mas que de descanso. Pareciéndole demasiado regalada esta cama, formó una de palos muy gruesos y desiguales, y puso sobre ellos unas tablas, y sobre las tablas pedazos de teja, que con sus puntas y corte herian y atormentaban su cuerpo. Tenia á la cabecera de la cama una redoma de hiel, y bebia de él antes de acostarse, y temblaba de entrar en la cama, como si la pusieran en el ecúleo ó catasta, para atormentarla y desgarrarla las carnes, como á los mártires. Siendo tanta la mortificacion que tenia en tomar la hiel, decia, que era mucha mayor la que sentia en haberse de acostar en aquella cama. Una noche que estaba junto á ella temerosa, y sin acabarse de resolver á acostarse, se le apareció Jesucristo nuestro Señor, y la dijo: Acuérdate que la cama que yo tuve en el Calvario, fué mas dura y áspera que la que tú tienes. Desapareció el Señor, y quedó la vírgen llena de gozo, pareciéndole ya la cama, no martirio, sino flores, no

tormento, sino regalo; y en esta cama durmió diez y seis años. Finalmente, parece increible la penitencia que hacia esta santísima virgen, y su vida se puede llamar un continuado y penosísimo martirio, insoportable á las fuerzas humanas, pero posible y fácil á las que da el Señor á sus santos.

14 Una de las mayores tentaciones que padeció la santa virgen, fué la del sueño; porque en poniéndose de noche ó por la mañana á tener su oracion, luego la asaltaba el sueño sin poderle desechar, por mas que variase posturas, poniéndose ya de rodillas, ya en pié, ya postrada. Estaba como corrida de sí misma: y unas veces estando en pié se dejaba caer de golpe, para que el dolor de la caida no la dejase dormir: otras, arrimándose á la pared, daba golpes en ella con la cabeza: otras, se colgaba con las manos de dos escarpias de una cruz grande que tenia en su aposento, y estaba así pendiente en el aire por mucho tiempo, hasta que el sueño huia y la dejaba orar. El dolor de las manos, de donde colgaba todo el cuerpo, era intensísimo: con todo eso le parecia esta penitencia muy acomodada, y discurrió otra mas penosa: clavó una escarpia muy grande en la pared de su aposento, una cuarta mas alta de lo que decia su estatura, y en acometiéndola el sueño, se colgaba en la escarpia de los pocos cabellos que la habian quedado, y así estaba pendiente con increible dolor, hasta que el demonio corrido la dejaba de tentar. De esta manera venció el sueño, é hizo que su cuerpo fatigado y afligido se contentase con dos horas de sueño, dejándole libres veinte y dos, de las cuales gastaba diez en la labor para sustentar á sus padres, y doce en oracion y ejercicios devotos; pero nunca perdia de vista á Dios, y muchas veces estando haciendo labor, la veian levantar los ojos al cielo, y estar suspensa por grande rato. Aun estando durmiendo la oian decir muchas veces las oraciones con el mismo órden y concierto que cuando estaba despierta, de manera, que cuando dormian los otros sentidos, estaban despiertos los labios para alabar á Dios. Fué muy inclinada desde niña á la oracion; y á los doce años llegó á la íntima union con Dios, creciendo cada dia en esta union: pero no es esto de maravillar; pues empezó de menos años á darse á la mortificacion y penitencia, que son dos alas con que las almas vuelan al monte de la contemplacion. Apenas se ponia de rodillas á orar, cuando se suspendia y entraba tan dentro de la divinidad, que ningun ruido que hiciesen la divertia ni inquietaba. Tres dias solia estarse en dulce contemplacion, desde jueves por la mañana hasta domingo por la mañana, sin comer, ni beber, ni moverse de un lugar; y ella misma decia, que en entrando en la contemplacion, se quedaba inmoble, como si fuera un peñasco, y ni se podia poner en pié, ni moverse de donde estaba. Tenia determinadas horas cada dia para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, y usaba otro modo de oracion; y era traer á la memoria los atributos de Dios, y dar á cada atributo la misma veneracion que al mismo Dios. Pidió á un padre de la Compañía de Jesus, muy espiritual y gran teólogo, que le apuntase en un papel los atributos que da la sagrada Escritura á Dios: señalóle ciento; y despues otro padre de Santo Domingo le añadió cincuenta; y ella los redujo á rosario, y le rezaba cada dia todo entero, diciendo despues de cada diez atributos un *Gloria Patri*: y decia que habia experimentado ser este rosario de los atributos de gran terror y espanto para los demonios. Aconsejaba á todos el ejercicio de la oracion, como muy provechoso para la salvacion y perfeccion: por esto aconsejaba á todos que leyesen el libro de la oracion y meditacion del P. Fr. Luis de Granada, varon insigne por su santidad y escritos, y por las innumerables almas que con ellos ha ganado para Dios. A los confesores y predicadores rogaba que á sus oyentes y penitentes les persuadiesen la oracion como remedio universal de todas las enfermedades del alma. Nunca dejó de rezar el rosario de nuestra Señora, y decia que en él se hallaban muy bien hermanadas la oracion vocal y mental, en la consideracion de los misterios de nuestra redencion.

15 Como era Rosa tan amiga de la oracion, no lo era menos de la soledad, que es donde habla Dios al corazon á las almas puras. Antes de tener uso de razon, y como por natural instinto, gustaba del retiro: despues en los años de su niñez, cuando otras niñas de su edad la convidaban á jugar, ella se excusaba y retiraba á algun rincon de su casa para rezar. Hallóla un dia un hermano suyo rezando en un aposento oscuro y sucio, y riéndose de ella porque gustaba mas de estar allí que jugando con las otras niñas, respondió con razones de mas edad que la suya: Déjame estar aquí á solas con mi Dios; porque yo sé que está conmigo, y no sé si gustará de estar donde están jugando. Siendo de mas años, rogó á un hermano suyo que en su huerto la hiciese una pequeña ermita ó altar entre unos plátanos que estaban arrimados á la cerca. Aquí se retiraba la santa á hacer oracion, siempre que le daban lugar las otras ocupaciones. A este huerto convidaba ella á su esposo, y su esposo la convidaba á ella, como la esposa y esposo de los cantares: y nunca quisiera Rosa salir de él por no perder tan dulce conversacion: pero su madre no la dejaba en este retiro, ni en su casa; porque la sacaba muchas veces á visitas, sin poderlo ella excusar con ruegos, ni razones. Un dia la avisó su madre por la mañana que habian de ir á una visita á la tarde: pidióla Rosa de rodillas que no la obligase á salir de casa: y no bastando ruegos ni razones para mover á su madre, usó de un medio bien extraordinario. Estaba el horno, donde cocian el pan, junto á la puerta de la calle: y al salir Rosa, se arrimó con disimulo á la losa que estaba á la boca del horno, y la hizo caer sobre su pié. Dióle tan gran golpe, que no pudo dar un paso adelante; y aunque padeció grandísimo dolor, fué mayor el gozo que tuvo de embarazar con él aquella salida. Despues que estuvo buena del pié, queriéndola su madre sacar de casa, tomó otro medio no menos penoso y extraordinario; porque avisándola su madre que ha-

bia de salir, se estregaba los párpados de los ojos con pimientos, que allá son demasiado mordaces y activos, con que se le hinchaban los párpados, y se encendian los ojos de manera, que causaba horror el mirarla: salia para ir con su madre; y en viéndola de aquella manera, se veia obligada á dejarla en casa. Valióse de esta estratagema muchos dias, hasta que su madre lo conoció, y la maltrató mucho por ello, diciendo, que se ponia á gran peligro de perder la vista; pero respondió la vírgen una sentencia digna de que la tuviesen todas las doncellas en la memoria: Harto mejor me fuera á mí cegar, que tener ojos para ver tantas vanidades y peligros como hay en el mundo. Con esto se templó la madre, y la prometió de no llevarla mas á visitas: y Rosa desde entonces solamente salia á oir misa y á confesar al convento del Rosario: y fuera de esto, ni á procesiones ó fiestas eclesiásticas queria salir: y preguntada, por qué no salia á estas fiestas piadosas, respondió, que la ofendian mucho los trajes profanos de aquellos dias, y las palabras necias y cortesías vanas que se usaban en semejantes ocasiones. Aunque huia de visitar, no podia excusar el ser visitada; porque muchas señoras visitaban á su madre por ver á la hija; y no pudiendo ella excusarlo, introdujo que se hablase en estas visitas de Dios para que se sacase algun provecho de estas conversaciones, y se desterrasen las murmuraciones que son tan ordinario plato de las visitas. Díjola una amiga suya, que ya gustaria de las visitas, pues en ellas se hablaba de Dios; á que respondió: No gusto por cierto; porque aunque es bueno hablar de Dios, es mejor hablar con Dios.

16 Deseando retirarse del todo del trato de las criaturas, pidió licencia á su madre para hacer en su huerto una estrecha ermita, y habiéndoselo negado primero, lo alcanzó despues por singular favor de la Vírgen nuestra Señora. Fabricó la ermita que tenia cinco piés de largo, cuatro de ancho y seis de alto; y en esta sepultura de muerto, mas que habitacion de vivo, se dilataba su espíritu, cuanto se estrechaba su cuerpo; y así, diciéndola un confesor suyo por ironía, que era muy ancha la celda, y era menester estrecharla mas, respondió: Padre, aunque parece estrecha la celda, muy bien cabemos en ella mi esposo y yo. Aquí desplegaba las velas de la contemplacion, y se engolfaba en los abismos de la divinidad: aquí la vió una señora muy espiritual arrebatada en éxtasis y cercada de resplandores. En esta celda estaba, como en su centro, ó como en su cielo, y llegó á ser tanto su retiro, que en el convento del Rosario la notaron que no iba á misa todos los dias como antes: á que respondió, que no necesitaba de salir de casa para oir misa; porque desde su celdilla veia y oia cuantas misas se decian en el hospital de *Sancti Spiritus*, y en el convento de San Agustin. Venian ejércitos de mosquitos á la ermita, especialmente de noche: y aunque estos animalejos son tan enojosos por las picaduras y ruido que hacen; con todo eso, en entrando en la celda, ninguno le picaba, ni hacia ruido, como si quisieran guardarla el dulce sueño de oracion: y porque se viese que este comedimiento era respeto á la santa vírgen; si entraba la madre ú otra persona en la celda, luego se les llenaba la cara y manos de mosquitos, y les picaban y molestaban mucho. Admirábanse de ver que la vírgen Rosa no tenia señal alguna en la cara, ni en las manos; y diciéndoselo un dia, respondió, riéndose: Cuando yo me pasé á esta celda, hicimos concierto los mosquitos y yo, de que ni yo los molestaria á ellos, ni ellos me molestarian á mí: con que vivimos con tanta amistad, que ni me pican, ni embarazan, antes con su zumbido me ayudan á alabar á Dios nuestro Señor. Y así era; porque al abrir por la mañana la puerta y ventana de su retiro, decia á los mosquitos que se habian quedado dentro aquella noche: Ea, amigos mios, á alabar á Dios nuestro Señor. Y luego como si tuvieran uso de razon, salian de la celda y en coros hacian una música apacible y concertada, hasta que los enviaba á buscar su comida; y entonces callaban y se iban. Volvian á prima noche, y decíales: Ea, amigos, antes de recogernos, alabad conmigo al Señor; porque os ha sustentado hoy, y nos sustenta á todos: luego hacian su música semejante á la de la mañana, hasta que la santa los mandaba callar y recogerse. Vínola á visitar un dia soror Catalina de Santa María, beata de la misma órden de Santo Domingo: comenzaron los mosquitos á picarla; y ella mató á uno de ellos. Díjola la santa: ¿Qué haces, soror mia? ¿á mis compañeros matas? Y replicando ella, que mejor era llamarlos enemigos que compañeros, pues se cebaban en su sangre; dijo Rosa: ¿Qué mucho es que estos animalejos se sustenten de nuestra sangre, si su Criador nos sustenta con la suya? No me mates ninguno, que yo te prometo que tengan contigo la misma paz y amistad que conmigo. Y así fué; porque yendo despues muchas veces á ver á Rosa, nunca mas la molestó ni picó mosquito alguno, como ni á otras personas á quienes mandaba la santa que no picasen. Fuéla á visitar un dia soror Francisca de Montoya, beata tambien de la misma órden: temia entrar en la celda viendo tantos mosquitos; y la santa dijo: No temas, hermana, á los mosquitos; que solo tres te han de picar ahora en nombre de la santísima Trinidad; pero de hoy en adelante te aseguro que no te picará ninguno. Y así sucedió, que aquella tarde la picaron tres; y en otras muchas veces que volvió á ver á la santa, no la picó ninguno. Tambien las aves obedecian á la santa, alabando á su Criador, cuando ella las mandaba cantar: y á los árboles convidaba á alabar á Dios; y ellos se inclinaban hasta la tierra, é hiriendo unas ramas con otras, hacian un apacible y consonante ruido, formando de la manera que podian una música suave: y lo mismo hacian las plantas y flores.

17 Una de las virtudes que mas resplandecieron en esta santa vírgen, fué la caridad y misericordia. Siendo pobre, daba toda la limosna, que podia, á los pobres, y aun mas de lo que podia; pues le sucedió tal vez ayunar á pan y agua ocho dias, por socorrer, con lo que ahorraba de

su comida, á una persona necesitada. Otra vez, dándola su madre treinta y seis varas de lienzo, para que dispusiese de ellas á su voluntad, las envió á dos personas pobres y virtuosas, quedándose ella sin nada. Riñóla su madre, porque no habia guardado siquiera parte del lienzo para sí, pues lo habria menester, si la viniese alguna enfermedad; y respondió: Señora, esa es necesidad contingente; esa otra es cierta: y cuando llegue este caso, confio en Dios que no me faltará. Supo que una pobre y virtuosa doncella no iba á misa por falta de manto, y envióla uno de dos que tenia su madre, y echando esta juicios de quien la habria quitado el manto, confesó Rosa el hurto, y la causa; y conformándose la madre, la envió Dios despues otro manto, y algunos buenos socorros, de donde no podia esperarlos. Mas mostró su caridad en otro caso. Supo que una mujer principal, pobre y virtuosa, padecia grande necesidad, y tenia un cáncer debajo de un pecho, sin poder llevar á su casa los médicos y cirujanos, por ser tan pobre, y vivir muy distante del comercio de la ciudad. Fuése á su casa Rosa, y díjola, como su madre tenia un cuarto que alquilar, y le concertase y tomase, y no cuidase del precio; porque ella le pagaria, y tambien á los médicos y cirujanos, y que la proveeria de medicinas y todo lo necesario. Tomó el cuarto aquella señora: estuvo en él cuatro meses, hasta que sanó; y en este tiempo la santa vírgen buscaba limosna con todo secreto, para pagar el cuarto cada mes, y para las medicinas, regalo de la enferma, y todo lo demás necesario. Despues la rogó que en pago de esta buena obra no la descubriese á nadie. Cuantos pobres podia, los traia á curar á su casa: y diciéndola su madre que mirase por sí porque se le podia pegar la enfermedad, y morirse; respondia, que no era tan venturosa, que mereciese que la matase la caridad, y que mirando por los pobres miraba por sí, porque miraba por Cristo, á quien servian ellos. A los enfermos vecinos á su casa, servia y consolaba, y á cuantos pobres llegaban á su puerta, socorria segun su posibilidad: á los llagados curaba sus llagas: á los que veia rotos, remendaba los vestidos: á otros lavaba los piés; y á todos consolaba con sus palabras. Habiendo curado un dia á una enferma llagada y leprosa, se le pegó al hábito un poco de materia, tan pestilente, que entrando en su casa, la sintió su madre, y la reprendió porque traia á su casa tan malos olores; y respondió ella: Cuando servimos á los enfermos, somos buen olor de Cristo nuestro Señor. Asistiendo á otra enferma, la mandó el médico sangrar, y que guardasen la sangre hasta que él viniese: tardó dos dias en venir, y la sangre se convirtió en podre asquerosísima y pestilente: causóle grande asco á Rosa solo el mirarla, y comenzó á inquietársele el estómago, y dar arcadas; mas ella corrida de sí misma, pareciéndola que aquello era contra la caridad se bebió toda la escudilla de podre, y alcanzó de sí una gloriosa victoria.

18 De quien mas se compadecia, era de los que estaban en pecado mortal; por conocer, con la luz que Dios la comunicaba, cuán miserable era su estado. Lloraba continuamente su miseria, y rogaba á Dios que convirtiese á todos los pecadores: y aun decia, que padeceria ella sola todos los tormentos del infierno, como fuese sin culpa, porque ninguno se condenase. Por esto deseaba mucho que se predicase el Evangelio á los infieles, y la penitencia á los pecadores. Ofrecióse á un confesor suyo ir á misiones: temia el viaje por los peligros que habia en él: consultólo con la santa; y ella le dijo: Vaya, padre mio, y no tema, vaya á convertir esos infieles, y mire que el mayor servicio, que pueden los hombres hacer á Dios, es convertirle las almas, y esta es obra propia de apóstoles. ¿Qué mayor dicha puede tener que bautizar, aunque no sea mas que un indiazuelo, y entrarle en el cielo por la puerta del bautismo? Persuadia á todos los frailes de Santo Domingo, que se empleasen en este ministerio apostólico, diciéndoles, que no importaba menos esto al espíritu de su profesion, que el estudio de la sagrada teología; antes la teología se ordenaba á esto, como á fin. Decia tambien, que si le fuera permitido, se anduviera predicando la fé de un reino en otro, hasta convertir todos los infieles, y sahera por las calles con un Cristo en la mano, vestida de cilicio, dando gritos, para despertar á los pecadores, y moverlos á penitencia. Tenia determinado criar un niño huérfano, darle estudios, y ordenarle de sacerdote, solo para inclinarle á convertir infieles, y dar á Cristo un predicador, ya que ella no podia predicar. Sentia mucho que los predicadores no buscasen el provecho de las almas en sus sermones; y así predicando en Lima con grande aplauso un fraile de Santo Domingo del convento del Rosario con este estilo algo florido, la santa vírgen le dijo un dia con grande modestia y eficacia: Padre mio, mire que Dios le ha hecho su predicador, para que le convirtiera las almas: no gaste su talento ociosamente en flores, que es inútil trabajo. Pues es pescador de hombres, eche la red de manera que caigan los hombres; no para coger el aplauso, que es un poco de aire y vanidad: y acuérdese de la cuenta que le ha de pedir Dios de tan alto ministerio. Mas ya que no se le permitia predicar, procuraba con una divina elocuencia, que Dios la habia comunicado, aficionar, á cuantos trataba, al amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios. Aficionósele un caballero locamente, y entró á hablarla en su casa con otro pretexto; pero antes que él se declarase, la descubrió la santa los pensamientos con que habia venido, y le exhortó á hacer penitencia, con tal eficacia, que aquel caballero volvió arrepentido de su mal intento, y con propósito de enmendar su mala vida, como lo hizo, con raro ejemplo de toda la ciudad de Lima.

19 Con el ejercicio de estas y otras virtudes mereció Rosa que Dios la hiciese grandes favores, y el mayor de todos, que la desposase consigo. Representósele una noche en sueños Jesucristo en traje de maestro de cantería, y preguntóla, si queria ser su esposa: y respondiendo ella que sí; dándola palabra se despidió, dejando

unos pedazos de mármol, para que los desbastara y puliera, mientras volvia. Volvió despues y disculpándose Rosa de no haber labrado y pulido los mármoles por su poca destreza, la dijo su esposo: No creas que eres tú sola la que yo ocupo en el ejercicio penoso de labrar piedras: y vió muchas mujeres vestidas de ricas y preciosas telas de oro, cortando, labrando y puliendo muchas piedras y mármoles diferentes; y luego se halló ella vestida de la misma manera que las demás: y su esposo la mandó que se ocupase, como las otras, en aquel ejercicio. Acabóse esta vision, representándosele Cristo sin aquel traje de cantero, pidiéndola que le guardase la fé, palabra y mano que le habia dado de ser su esposa. Despertó la santa, y á este favor se siguió otro, no ya en sueños, sino estando despierta: porque haciendo oracion en el convento del Rosario delante de la imágen de nuestra Señora, la miró el niño, que tenia la Virgen en los brazos, con rostro apacible y risueño, y la dijo: Rosa de mi corazon, tú has de ser mi esposa. No pudo sufrir su corazon el grande gozo que sintió con favor tan singular; y así cayó desmayada en el suelo: y recobrándose algo, mirando su bajeza, y la grandeza de Dios, ni acertaba á hablar, ni á callar, y no cabiendo en su corazon sus afectos, hablaba con un silencio elocuente, y callaba con una elocuencia muda; cuando oyó, que la decia la Vírgen: Mira, Rosa, el favor que mi Hijo se digna de hacerte. Creció con esto la admiracion y el gozo, mas de lo que se puede decir, y bastara para quitarla la vida, si no fuera confortada de quien era favorecida. Para memoria de tan singular favor, y de que era esposa de Jesucristo, determinó hacer un anillo, que fuese la señal de su desposorio: llamó á un hermano suyo, y sin descubrirle el secreto, pidió que le hiciese una medida, para que pudiese fabricar el anillo el platero, como ella le queria, advirtiéndole que en el hueco de la piedra habia de haber un Jesus, y algunas letras, que declarasen el asunto por que el anillo se hacia. Dibujóle el hermano en un papel, y despues le preguntó Rosa, que letras le parecia se podrian poner allí. A lo cual respondió prontamente el hermano las mismas que le habia dicho el niño Jesus: Rosa de mi corazon, tú has de ser mi esposa: de lo cual quedó atónita, entendiendo que el mismo, que se las habia dicho á ella, se las habia hecho decir á su hermano. Hízose el anillo, como la santa deseaba; y al dia siguiente, que era el jueves santo, se le entregó al sacristan del convento del Rosario, para que le pusiese en la urna, donde habia de estar guardado el santísimo Sacramento. Allí estuvo hasta el dia de Pascua; y este dia por la mañana, estando la vírgen Rosa en la capilla donde se habian celebrado aquellas castísimas y divinas bodas, se vino á ella el anillo, y le puso en el dedo del corazon, quedando llena de gozos celestiales, y confirmada con tantas demostraciones de que Cristo la habia escogido por esposa.

20 Quedó desde entonces la vírgen Rosa consagrada con tan grande desposorio, no como mujer de la tierra, sino del cielo, á la cual miraba todo el cielo con especial cariño, Cristo como á esposa suya, María santísima como á esposa de su Hijo, los ángeles y santos como á esposa de su Rey y Señor; y así en lo restante de su vida fueron muy frecuentes los favores, regalos y visitas celestiales. Cuando estaba haciendo labor para sustentar á sus padres, se le apareció muchas veces Cristo nuestro Señor en forma de niño muy pequeño, y se sentaba sobre la almohadilla: otras estando leyendo algun libro espiritual, si hallaba escrito el nombre de Jesus, se detenia y regalaba contemplando tan dulce nombre, y veia al niño Jesus pasearse por la plana. Si algun dia no venia su dulce esposo, se lamentaba y quejaba amorosamente porque no venia, y se detenia tanto. Padecia un dolor de garganta penosísimo: apareciósele Cristo, y para divertirla de sus dolores, quiso que jugasen á los dados, y que quien perdiese, hiciese lo que pidiese quien ganase: ganó Rosa la primera mano, y pidió al Señor la quitase el mal; y luego sanó de repente. Dijo el Señor, que volviese á jugar: perdió Rosa; y el Señor la dió al punto tan intensos dolores, que sin ser mas en su mano, estuvo en un grito toda la noche. Tenia Rosa gran cuidado de criar unas albahacas para el servicio de los altares en las festividades del Rosario: una mañana, que fué á regarlas muy temprano, las halló arrancadas y secas: entristecióse, porque las tenia alguna aficion: y al entrar por una puerta, la salió Cristo al encuentro, y la dijo: ¿Por qué te entristeces de ver tus albahacas secas? ¿No soy yo flor del campo, y mejor para tí, que todas las flores? Pues sábete, que yo las he arrancado y secado, para que tú pongas en mí únicamente el amor. Dicho esto, desapareció; y Rosa aprendió á poner todo su amor en Dios, y no partirle con ninguna criatura: y cumpliólo tan perfectamente, que reveló Cristo nuestro Señor á una religiosa santa, que él tenia á Rosa dentro de su corazon, porque Rosa le tenia en el suyo, sin admitir otra cosa. Arrobóse un dia la santa vírgen, estando en su celdilla, y vió el suelo todo sembrado de rosas. Apareciósele María santísima con su Hijo en los brazos; y el niño Jesus le dijo, que cogiese aquellas rosas: cogiólas Rosa, y ofreciólas al mismo niño; pero él no quiso tomar mas de una rosa, y dijo á la santa vírgen: Tú eres esta Rosa: de ella tomo yo por mi cuenta el tener cuidado; de las demás dispon tú como quisieres. Quedó Rosa con este favor tan soberano tan fuera de sí, como asegurada de su salvacion, de que antes habia padecido algunos temores. Entró en duda la santa vírgen, qué haria de aquellas rosas que el niño Jesus habia dejado á su disposicion. Ofreciósele hacer de ellas una corona: pusósela al niño con gran reverencia en la cabeza; y él mostrando que la admitia gustoso, mirando á la santa y riéndose, la echó su bendicion, y desapareció. En otra ocasion sosegó Cristo los grandes temores que tenia Rosa de su salvacion, diciéndola: Hija, ten buen ánimo, que yo á ninguno condeno, sino á aquel que quiere condenarse. Quedó desde entonces consoladísima, y nunca mas la

acometió ni una leve duda de su salvacion; antes tuvo firmísima esperanza de tres cosas, principalmente de que se habia de salvar, de que nunca habia de perder la amistad de Dios, y de que la habia de favorecer en todas sus necesidades: y tenia tanta seguridad, que diciéndola un confesor suyo, por probarla, que no se asegurase tanto de su salvacion, sino que obrase con temor y temblor de que podia caer y pecar; respondió: Mi padre, con razon soy aconsejada que obre con temor y temblor en órden á mi salvacion: así yo pudiera obedecer: pero aunque soy gran pecadora, es tal mi confianza en la bondad y benignidad de mi esposo, que no puedo dudar de que siempre me ha de favorecer, y nunca se ha de apartar de mí.

21 Con estos favores crecia cada dia el amor de Dios en Rosa, y con estos soplos se avivaba el fuego que abrasaba su corazon. Decíale á su esposo amorosísimos requiebros, y continuamente enviaba al cielo saetas encendidas de fervorosísimas jaculatorias. Solia decir: Señor, ¿quién hay que no te ame? Mas ¿cuándo empezaré yo á amarte como debo? ¿Para qué es mi corazon, Dios mio, sino se deshace en cenizas en el fuego de tu amor? No sabia hablar sino de Dios, y todo su deseo era persuadir su amor, y á todos convidaba á amar á Dios: aun á las criaturas insensibles, á los cielos, ángeles, hombres, brutos, elementos y plantas, les decia: Amemos á Dios: amemos á Dios: amor á Dios, Dios amor. Escribió algunos versos amorosos á su esposo, y cantábalos con música sin saber música, acompañando la voz con la vihuela. No habia tocado jamás vihuela: halló una colgada, y la tocó como pudiera el mas diestro músico. Otra vez la halló sin cuerda ninguna, y tocó con tanta melodía, como si las tuviera todas. Sentia mucho cualquiera ofensa que se hiciese á Dios, por leve que fuese, y como á quien le tocaba por esposa mirar por su honra, lloraba y se afligia por las culpas, y procuraba de la manera que podia embarazarlas. No podia sufrir que se hablase en los templos, perdiendo el respeto á tan santo lugar, y corregia con modestia á los que veia parlando en la iglesia. Sentia mucho cuando alguno por las calles cantaba coplas profanas, diciendo, que no podia dejar de ofenderse á Dios con ellas. Decia, que las lágrimas no se habian de verter sino por Dios, por haberle ofendido. Viendo llorar un dia á su madre cierta desgracia, la dijo: ¿Qué hace, madre? ¿las riquezas desprecia del tesoro de Dios? ¿No sabe que las lágrimas solamente se han de derramar para lavar culpas; y eso por amor de Dios? Era para ella dia de grande alegría y consuelo, cuando se celebraban en los templos fiestas con grande solemnidad, culto y reverencia por la honra que le resultaba á Dios. Habia una fiesta célebre en el convento del Rosario, y el predicador, por un accidente repentino que le dió, no podia predicar. Enviósele á decir á la santa, y que le pesaba; porque esperaba algun fruto del sermon. Rosa, considerando la celebridad que faltaria á la fiesta y honra á Dios, si faltaba el sermon; le respondió que predicaria, aunque seria con harta costa de otra persona: y fué á costa suya; porque el predicador se halló bueno y sanó algunas horas antes del sermon; y la santa se halló desde entonces con una grande calentura; aunque no por eso dejó de asistir á la fiesta.

22 Con el niño Jesus tenia especial ternura y devocion: como se le aparecia tantas veces Cristo en forma de niño, considerándole desnudo y sin abrigo en el portal de Belen, ya que por su pobreza no le podia hacer vestido material de telas, oro y plata, le hizo un vestido espiritual, que le es mucho mas agradable, de las telas que ella misma dice en un papel por estas palabras: «Jesus. En el año de 1616, comienzo con el favor y auxilio de Jesucristo y de su bendita Madre á aparejar los vestidos á mi dulcísimo Jesus, que ha de nacer desnudo, frio y necesitado en el portal de Belen. La camisa se hará de cincuenta letanías, nueve mil rosarios y cinco dias de ayunos, en reverencia de la encarnacion santísima: los pañales se harán de nueve estaciones al santísimo Sacramento del altar, nueve partes del rosario, nueve dias de ayuno por los nueve meses que estuvo en el vientre de su purísima Madre: la mantellina será de cinco dias de ayuno, cinco estaciones y cinco rosarios enteros, en honra de su glorioso nacimiento: la faja se hará de cinco dias de ayuno, cinco estaciones y cinco rosarios enteros, en reverencia de su circuncision: serán los galones, frisos y bordadura de la mantellina y de las fajas, treinta y tres sagradas comuniones, treinta y tres misas que tengo de oir, treinta y tres horas de oracion mental, y treinta y tres Padre nuestros, y Ave Marías, treinta y tres Credos con Gloria Patri, y la antífona de la Salve. Más, treinta y tres partes del rosario, treinta y tres dias de ayuno, y tres mil azotes, en veneracion y reverencia de los treinta y tres años que vivió en el mundo. Por sus tiernas niñeces ofrezco mis lágrimas, suspiros y actos de amor, y con todo esto mi alma y corazon para dárselo todo, y no quedarme con cosa ninguna; porque conviene que yo no posea nada.» Maravillosa traza de vestir al niño Jesus, y con que todos por muy pobres que sean, le pueden vestir; y por eso la he puesto aquí. A la imágen de nuestra Señora del Rosario, de la cual habia recibido singularísimos favores, hizo otros vestidos semejantes. Desde niña fué devotísima del santísimo Sacramento, y tenia una insaciable hambre de recibirle. A los principios, la dieron sus confesores licencia para comulgar dos veces en la semana: despues, viéndola tan aprovechada, se la alargaron á tres: luego le permitieron que comulgase los dias de fiesta, aunque cayesen fuera de los tres dias: despues la concedieron que en las pascuas y solemnidad de Corpus, comulgase todos los dias; pero nunca salia en esto, como en todo, de la obediencia de sus confesores. Prepárabase para cada comunion, como si hubiera de ser la última de su vida: ayunaba la víspera y tomaba una sangrienta disciplina, y el dia de la comunion se confesaba siempre con muchas lágrimas, como si fuera la mayor pecadora del mundo, siendo su vida inculpable é inocente; y final-

mente, se disponia con fervorosísimos actos de todas las virtudes para recibir al Autor de la santidad. Con esto le entraba tan en provecho este divino manjar, que, como ella misma decia, no tenia palabras para explicar los regalos, dulzuras y mudanzas que causaba en su alma. Y bien se manifestaban los afectos interiores del alma, por los exteriores que causaba la comunion en el cuerpo; porque fué visto muchas veces su rostro lleno de resplandores, despues de haber recibido la sagrada forma. Comunicábale tantas fuerzas y aliento este manjar, que muchas veces, al ir á comulgar, iba sin fuerzas, ni aliento, por la mucha flaqueza ocasionada de sus ayunos y penitencias; y despues de haber comulgado, volvia á casa con tanta ligereza, que su madre no podia seguirla. Ocupábase con grande gusto en labrar corporales y otras cosas que sirven para el santo sacrificio de la misa; y finalmente deseó padecer martirio en defensa de este soberano sacramento.

23 Mas no fueron todos regalos y consuelos que el Señor la comunicó: hízola beber el cáliz amarguísimo de su pasion, y lo mas penoso de él y mas sensible para las almas amantes de Dios, que son los desvíos, desamparos, soledades y oscuridades con que Dios suele probar á los suyos. Eran tales estos en la vírgen Rosa, que no es fácil explicarlos; porque ni ella tenia palabras para declararlos como eran. Hallábase como en una cárcel oscura y tenebrosa, donde no entra ni un rayo de luz, cercada de tinieblas, desmayos y desconsuelos. Parece que su memoria se habia olvidado de Dios, y su entendimiento no acertaba á discurrir en sus perfecciones, y su voluntad se hallaba como oprimida, sin poder levantarse á ejercitar los afectos del amor; y cuando mas se esforzaba á pensar en Dios, parece que se acordaba de él como de una cosa pasada y muy antigua, y que la miraba de lejos como entre unas nubes oscuras; y al querer acercarse á él, la ponia grillos para que no lo hiciese, no dejándola llegar; antes despidiéndola y arrojándola de su presencia. Mientras duraron estos desconsuelos y turbaciones, estuvo en un martirio tan penoso y cruel, cual nunca le inventaron los tiranos, y apenas podia determinar si estaba dentro de sí, ó fuera de sí; ó si estaba en esta vida, ó en el infierno, ó purgatorio, y antes sufriera aquellas llamas de fuego que estos desamparos de Dios. En su mayor afliccion le decia á Cristo lo que Cristo á su Padre: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Pero nadie la respondia, ni aun parecia haber quien oyese sus quejas: solamente veia algunas veces una confusa luz de esperanza de que tendria fin su tormento, y sucederia algun consuelo á tanto desconsuelo. Padeció este martirio por espacio de quince años continuos, todos los dias una hora, y á veces mas, queriendo Dios nuestro Señor dar estas treguas á sus penas para que no la quitase la vida el dolor. Si queria declarar á su confesor lo que padecia para que la diese remedio, no hallaba palabras con que explicarlo, ni ellos la entendian, aunque consultó muchos varones doctos y espirituales. Participaba el cuerpo de las penas del alma, y por lo desfigurado del rostro conoció su madre que Rosa estaba enferma: llamó á los médicos: hicieron varios remedios para curarla; aunque ella decia que eran sin provecho: porque su enfermedad no estaba en el cuerpo, sino en el espíritu. Un dia dijo á su madre, que padecia un fuego tan voraz, que ningun fuego de acá se podia comparar con él, y que las penas que padecia, no se podian explicar con palabras, y que no las padecia en el cuerpo, sino en el alma, y eran bastantes á quitarle la vida, si Dios misericordiosamente no se la conservara. Viendo, pues, Rosa que solo el médico que la habia herido la podia sanar, le pidió con grande instancia que no la tuviese crucificada en tan penosa cruz, ni la hiciese beber cáliz tan amargo. Entendió luego que gustaba Dios de que le bebiese; ya no le trocara por todos los regalos que la habia hecho en toda su vida: y deseaba tanto que llegase la hora de padecer, como antes la temia, diciéndole á Dios con ánimo varonil y esforzado: No se haga, Señor, mi voluntad sino la tuya. Despues que estuvo mas cursada en estos desamparos, decia, que al tenerlos le parecia ver á Cristo nuestro Señor, riguroso juez con un rostro airado, decir aquellas palabra: Id, malditos, al fuego eterno: y que temblaba y se afligia, como si á ella sola las dijera, y como si estuviera padeciendo entre los condenados del infierno. Despues de la hora ó tiempo de desconsuelo se hallaba de repente como en otra region, llena de claridad y gozos inexplicables en que se anegaba el alma unida con Dios, sin poder acordarse, ni pensar, ni amar mas que á Dios, como si en un punto la hubiera sacado del infierno de entre los condenados, y llevádola al cielo entre los bienaventurados.

24 De María santísima fué Rosa muy regalada y visitada. Padeciendo un tiempo por las mañanas grandísimo sueño, y sintiéndolo mucho, porque la embarazaba su oracion, pidió remedio á la Reina de los ángeles; y esta Señora venia todas las mañanas á dispertarla, y la decia: Levántate á la oracion, hija mia, que ya es hora. Una mañana respondió Rosa: Ya me levanto, Señora: y agravada del sueño, se volvió á caer sobre la cama; y María volvió segunda vez, y la dijo: Ea, hija, no estés perezosa; pues vengo á llamarte para tu oracion: levántate, que ya es hora. ¿Qué mayor favor y regalo puede ser, que este? Pero merecia estos favores Rosa por el entrañable amor que tenia á esta Señora; porque no sabia hablar de ella sin lágrimas: persuadia á todos su devocion: traia siempre en la mano su rosario, y no se hallaba sin él, y le rezaba todos los dias, como dijimos, fuera de otras devociones y servicios que la hacia. Fué Rosa devotísima del ángel de su guarda; con el cual comunicaba sus penas, y consultaba sus dudas. Acometióle una noche un dolor de estómago tan fuerte, que temió perder la vida: consultó con su ángel de la guarda, qué remedio haria; y resolvieron que fuese el ángel á casa de don Gonzalo de la Maza, de cuya casa eran mucho los padres de Rosa, y la trajese un poco de

chocolate. Dentro del tiempo que bastaba para hacerle, vino un negro de don Gonzalo, que traia un poco de chocolate con unos bizcochos: llamó á la puerta; y la madre de Rosa, sabiendo el accidente de su hija, y que el chocolate venia para ella, sin haberle enviado á pedir, la preguntó, quién habia avisado de su accidente en casa de don Gonzalo, y pedido el chocolate. Y Rosa, apretada de su madre, dijo, que el ángel de su guarda lo habia ido á pedir. Habia de caminar cierto religioso con un prelado eclesiástico un viaje muy largo: fuése á la vírgen Rosa, y rogóla que le encomendase á Dios, para que tuviese buen viaje: prometiólo hacerlo la santa; y el religioso se partió con el prelado, y otras personas, y en el discurso de trecientas y cincuenta leguas, que hay desde Lima á Potosí, les sucedió todo felizmente, como lo podian desear, aunque el camino es áspero y peligroso; mas pasando adelante en ochenta leguas, les sucedió todo al contrario, y padecieron tantos trabajos y peligros, que estuvieron muchas veces para dejar el camino, y volverse. Quejóse despues el religioso á la santa, diciendo, que parecia no haber continuado el encomendarlos á Dios, pues habian padecido tan gran mudanza en el camino: á que respondió ella, que desde Lima á Potosí los habian acompañado los ángeles, como ella se lo habia suplicado; pero que despues los dejaron los ángeles, porque procedian de otra manera, desde Potosí adelante, que desde Lima á Potosí: y luego le refirió al religioso cuanto les habia sucedido en el viaje, como si hubiera estado presente. Santa Catalina de Sena favoreció singularmente á Rosa, visitándola muchas veces, y tratándola con tanta familiaridad, como pudiera una amiga con otra, ó una hermana con otra hermana; y por sus ruegos hizo algunos milagros.

25 No podian sufrir los demonios tanta santidad en Rosa, y rabiaban de envidia, por verla tan favorecida de Dios, y de sus santos y ángeles; y así la maltrataban y afligian mucho en aquel su retiro. Mas ¿qué puede el demonio contra los que defiende Dios, y tiene debajo de sus alas? Una vez vino á la ermita de la santa en figura de un alano disforme y fiero, que centelleaba fuego por los ojos. Estaba Rosa orando; y en viendo al alano conoció quién era, y le despreció, y perseveró sin miedo ni turbacion en su oracion. Acometiólo el demonio, como para tragarla; y cogiéndola del hábito, la arrastró por el suelo, hasta que ella dijo lo del salmo: « No entregues, Señor, á las bestias las almas que te confiesan: » y con esto huyó aquella bestia, vencida de una mujer. Otra noche le apareció el demonio en figura de un hombre muy fiero; y no haciendo la santa caso de él, la dió una bofetada con mucho ruido, pero sin hacerle daño. Rióse la santa vírgen, y volviólo el otro carrillo, para que le diese otra; pero él desapareció, no pudiendo ver tan grande humildad y mansedumbre. Otra vez vino en figura de un jayan disforme, con un peñasco en la mano: tiróselo á la santa: y aunque la derribó en el suelo, y parecia la habia de hacer pedazos con el golpe, no la hizo daño ninguno; antes se levantó luego riendo y haciendo burla de él. Llamaba al demonio por mas desprecio *sarnoso*; y así, cuando la queria hacer algun daño, decia: Ya viene el sarnoso; pero no ha de llevar nada de lo que pretende. Leia muy de ordinario la santa vírgen en las obras del P. Fr. Luis de Granada, y el demonio por darla pesar, y moverla alguna impaciencia, la cogió un dia los libros, y rasgó todas las hojas, y las echó en el lugar mas indecente de la casa. Buscó Rosa sus libros: y hallando algunas hojas rasgadas, conoció luego el autor; pero haciendo una breve oracion, encontró sus libros limpios y enteros, sin faltarles hoja ninguna. Entrando en un aposentillo oscuro, sintió algun horror, y se le erizaron los cabellos: cerró las puertas tras sí; y el demonio echó por defuera el cerrojo, y empezó á hacer ruido dentro del aposentillo: mas la santa por vencer mejor aquel miedo, que al principio la habia asaltado, apagó una luz que llevaba, y empezó con grande ánimo á desafiar al demonio, para que atormentase su cuerpo, cuanto Dios le permitiese. Apareció luego el demonio en forma de gigante, y luchó con ella, apretándola entre sus brazos, con tanta fuerza, que todos los huesos de su cuerpo parecia haberse desencajado y hecho pedazos; pero la santa despreciaba todas sus valentías y fieros, y él desapareció corrido y avergonzado, quedando ella sana, aunque muy fatigada de la lucha. Mas peligrosas fueron otras batallas, en que el demonio procuraba hacerla caer en alguna culpa; y mas gloriosas las victorias que consiguió de él. Yendo una tarde á su ermita, vió venir hácia sí un hombre de buen talle y disposicion, que salió de entre los árboles de su huerta: asustóse la purísima vírgen, viendo en tal lugar un hombre, que no conocia, y mucho mas cuando vió que con palabras y acciones lascivas la provocaba á mal: volvió las espaldas turbada y temerosa; y entrándose en su casa, y cerrando la puerta del huerto, tomó una disciplina tan rigurosa con una cadena de hierro, que corria arroyos de sangre de sus espaldas, hasta regar el suelo. Quejábase amorosamente de su esposo entre los azotes, mezclando lágrimas con la sangre, porque la habia desamparado y dejado en tan grande riesgo, diciéndole, que si él estuviera presente, no se le atreviera tan fea y abominable tentacion. Apareciósele Cristo, y díjola: Rosa, ¿parécete que hubieras conseguido la victoria, si yo no estuviera contigo? Y con esto desapareció: y entendió la santa, que no desampara Dios en sus aprietos á los que le sirven, ni está ausente, cuando se padece la tentacion, sino cuando se le da consentimiento.

26 De los hombres tambien padeció muchas tribulaciones y trabajos: porque fuera de los malos tratamientos de su madre, que duraron muchos años, y eran muy sensibles, por ser de persona tan propia; sus confesores tambien á los principios, ó por no conocer su espíritu, ó por probarle, la daban á entender que su espíritu no era seguro, y sus revelaciones eran delirios que nacian de flaqueza de cabeza por sus demasiados ayunos

y penitencia. Afligian mucho y turbaban á la santa los temores de ser engañada, y andaba muy desconsolada; pero juntamente se hallaba tan contenta con estos desconsuelos, que diciéndola una señora, por qué no pedia á santa Catalina de Sena, su devota, la alcanzase de Dios que la librase de estas tribulaciones y trabajos; respondió: Si yo pidiera eso, me respondiera la santa: ¿Por qué quieres tú caminar por otro camino, que el que yo caminé, para llegar á la gloria? Y así, no se lo quiero pedir, sino imitarla en el padecer; porque yo me hallo gustosa con estos trabajos, y aunque fueran mayores, los padeciera con gusto. Despues examinaron muy de propósito su espíritu, y le aprobaron y alabaron el doctor Juan del Castillo, varon doctísimo, aun mas en la teología mística, que en la medicina que profesaba, cuatro padres de Santo Domingo, y dos de la Compañía de Jesus; y todos sus confesores, de los cuales fueron cuatro de la Compañía de Jesus, la estimaron y veneraron, como á alma escogida de Dios, para obrar en ella muchas misericordias.

27 Llegando la vírgen Rosa á los treinta años de su edad, con el colmo de virtudes y perfecciones, que hemos dicho, aquel misterioso Cantero la quiso labrar y perficionar mas, como á piedra preciosísima, con nuevos golpes, para colocarla en el edificio de la celestial Jerusalen: envióla una enfermedad tal, que la hizo olvidar todas las enfermedades, que habia padecido en su vida, con haber sido muchas, y muy graves y penosas: no tenia parte en su cuerpo, que no padeciese algun particular dolor y tormento; y decia ella, que estaba como en una penosísima cruz, y se admiraba como cabia en un cuerpo tanta multitud y diferencia de dolores. Desahuciáronla los médicos; y la santa dijo, que no moriria de aquella enfermedad; pero que los mas de los accidentes de ella le durarian hasta su muerte: y así fué; porque aunque los médicos se cansaban en curarla, sus males no estaban sujetos á la medicina, como ella misma dijo á su confesor; porque eran fuera de las leyes comunes de la naturaleza: y añadió, que la mejor cura seria la paciencia de Job, la cual habia bien menester. Padeciendo tanto, era admirable su paciencia, y solia decir: Haga el Señor lo que fuere muy de su voluntad; que yo gustosamente padezco estos males, y ni deseo vivir, ni rehuso morir. Otras veces le decia á Dios: Señor, mas y mas trabajos, mas y mas dolores: cúmplase vuestra santísima voluntad: añadid dolores; pero añadid tambien paciencia. Dijo algunas veces, que tenia mucho consuelo en tantos males, por saber que venian de mano de su esposo, y porque se habian de pagar á peso de gloria. Habíale Dios revelado que moriria en el dia de san Bartolomé; y desde que lo supo, celebraba con grande alegría su fiesta: y preguntada de su madre la causa, respondió, que lo hacia porque habia de ser su desposorio en dia de san Bartolomé. No lo entendió su madre entonces; pero cuando murió Rosa, conoció que hablaba de las bodas con el esposo celestial. Un año antes de de su muerte, estando en casa del contador don Gonzalo de Maza, tratando, con la mujer del contador, de la muerte, dijo: Yo, señora, en esta casa tengo de morir; no en casa de mis padres. En otra ocasion, cuatro meses antes de su muerte, dijo á la misma mujer, que habia de morir dentro de cuatro meses, y que los últimos dolores que la habian de quitar la vida, serian atrocísimos, y sobre todo una sed ardiente y mortal. Tres dias antes de su última enfermedad se retiró á su ermita, y en versos dulces, como blanco cisne, cantó los últimos anuncios de su muerte: luego al primero de agosto, estando en casa del contador don Gonzalo, la dió la última enfermedad, que se fué agravando, hasta el dia 21 de agosto, en que recibió el viático, con grande devocion y ternura, quedando desde entonces con el rostro tan agradable y risueño, que causaba admiracion á cuantos la miraban. Pidió la extremauncion, y despues hizo la protesta de la fé, y rogó á un religioso que la dijese la forma de perdonar á los enemigos: y ella, teniendo un crucifijo en las manos, repetia lo que su confesor iba diciendo; y concluyó con las palabras de Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.» Luego pidió perdon á toda la familia del contador del mal ejemplo que les habia dado, y molestias que les habia causado con su enfermedad, diciendo, que ya le faltaban solamente dos dias. Como se iba acercando á su muerte, se le iban aumentando los dolores, y el mayor alivio que tenia, era repetir muchas veces: Señor, abrasa, atormenta, aprieta, y no perdones; que aunque mas me maltrates y atormentes, todo es poco para lo que merecen mis pecados. Regalóla el Señor mucho en la última enfermedad, y especialmente en los tres dias últimos, manifestándola los inmensos y eternos gozos que la esperaban: y le dijo á un religioso de Santo Domingo, que estaba á su cabecera: ¡Ay, padre, qué cosas dijera de la gloria, regalos y delicias que me esperan, si la brevedad de la vida me diera lugar! Habia enfermado su padre en aquellos dias, y pidió que se le trajesen, para que la bendijese antes de morir; y él y su madre la echaron su bendicion. Luego dió á sus hermanos buenos consejos, y rogó á los presentes que la llevasen á morir á su pendiente cama, ó la pusiesen en el suelo, ó sobre unas tablas: y no pudiéndolo conseguir, pidió á un hermano suyo que le quitase á lo menos las almohadas, para arrimar la cabeza á las barandillas de la cama, é imitar en algo á su esposo Jesus, que habia muerto en un madero. Víspera de san Bartolomé á las ocho de la noche, pareciéndole á su confesor el venerable P. Fr. Juan de Lorenzana, de la órden de Santo Domingo, que daba treguas la enfermedad, quiso ir á su convento; y la santa le dijo: Sepa, mi padre, que esta noche me he de ir á celebrar al cielo la fiesta de san Bartolomé: ya del cielo me han convidado: ¿no será bueno ir, pues tengo las puertas abiertas? Quedóse el confesor, y llegada la media noche, hizo señas que la diesen la vela bendita, para salir con luz encendida al encuentro de su esposo, y á un hermano suyo hizo señas tambien que la quitase las almohadas; y luego, estando diciendo la recomendacion del alma, en su

entero juicio, clavados los ojos en el cielo, diciendo, Jesus, Jesus sea conmigo, espiró y entró en compañía de las vírgenes prudentes á celebrar perfectamente en el cielo con su esposo las bodas que antes habia empezado á celebrar en la tierra, siendo de edad de treinta y dos años, y poco mas de cuatro meses, año de 1618. Una persona muy sierva de Dios, que asistió á su tránsito, vió cercada su cama de ángeles, y que al poner el cuerpo en el féretro, cantaban con grande harmonía. Otra persona vió la sala, donde pusieron el cuerpo, llena de luces y resplandores celestiales. No quiso Dios que hubiese tristeza en la muerte de tan santa vírgen; y así la madre, que antes de morir su hija estaba inconsolable, despues que murió, mudó la tristeza y lágrimas en gozo y alegría: efecto de la oracion de Rosa, que antes habia pedido esta merced á Dios, que consolase á su madre.

28 Fué tan grande el concurso y devocion del pueblo que luego concurrió al amanecer á venerar su cuerpo, tocar rosarios, y llevar, si pudiesen, alguna parte de sus reliquias, que fué necesario poner guardas, para que no la despojasen de sus vestidos. Infundia su vista gozo y veneracion en cuantos la miraban, y su rostro estaba hermoso y risueño. Repararon esto muchos: y diciéndoselo al venerable P. Fr. Juan de Lorenzana, que habia sido mucho tiempo su confesor, prorumpió en estas voces: Bienaventurados los padres que te engendraron: bienaventurada la hora en que naciste: bienaventurada hija de santo Domingo, que ahora estás gozando de la bienaventuranza de tu Criador. Moriste, como viviste: no perdiste la gracia bautismal en todo el discurso de tu vida. Al cielo subes con la pureza misma que sacaste de las aguas del bautismo: sigue ahora, adonde quiera que fuere, al divino Cordero. No pudieron sepultarla hasta el dia 27 de agosto, tres dias despues de su muerte; porque el concurso del pueblo crecia con los que venian de los lugares circunvecinos, y la devocion con muchos milagros, que Dios obró por ella, antes de sepultar su cuerpo. Reveló Dios á muchas personas devotas la grande gloria de su sierva, y ella se apareció á diversas personas gloriosa y resplandeciente: y el doctor Juan del Castillo dijo á un religioso, que habia sido confesor de la santa, que llegarian á cincuenta las veces que se le habia aparecido poco despues de su muerte.

29 Son innumerables los milagros que esta gloriosísima vírgen ha hecho, despues que subió al cielo, sanando de todas enfermedades, resucitando muertos, y obrando otros prodigios singulares, que yo dejo por brevedad. Lo que no dejaré de decir, es, que despues de muerta ha hecho la santa los milagros mayores, y mas agradables á Dios, que son conversiones de pecadores: y religiosos de diferentes religiones llevaron muchas limosnas á la madre de la santa, diciendo, que se las habian dado algunas personas agradecidas á su santa hija, por haberlas Dios sacado por su intercesion del mal estado en que vivian. Es muy singular lo que sucedió á un pecador obstinado y entregado á todo género de vicios, que frecuentaba los sacramentos en pecado mortal, por encubrir con tan sacrílega hipocresía sus grandes maldades. Sabia un amigo suyo su mal estado: y compadecido de él, estando un dia delante del sepulcro de la vírgen Rosa, la encomendó muy de veras aquel pecador, suplicándola que le alcanzase de Dios luz para conocer sus culpas, y gracia para dejar su mal estado. Luego que el amigo hizo esta oracion, aquel hombre, como si despertara de un profundo sueño, ó saliera de un lugar oscuro y tenebroso, con una nueva luz, que alumbró su entendimiento, conoció su mal estado, y empezó á llorar sus culpas, á proponer dejarlas, y con grande arrepentimiento hizo una confesion general, y se mudó de manera, que despues lloraba las culpas veniales, como si fueran mortales, y vivió y murió santamente, siendo ejemplo de la ciudad de Lima. El padre Antonio de la Vega, de la Compañía de Jesus, decia, que por las confesiones que habia hecho, habia conocido evidentemente, que la vírgen Rosa desde el cielo habia convertido muchas almas á penitencia; y que esto tenia por argumento grande de su admirable santidad; y Fr. Bartolomé Martin, prior del convento de la Magdalena de Lima, dijo lo mismo, y que por cartas se sabia, era innumerable la gente que se convertia en el reino por intercesion de la vírgen Rosa. Fr. Pedro de Loaysa, del convento del Rosario, depuso que dos mujeres entregadas á los vicios, habian dejado su mala vida, y mudádola en otra muy ejemplar, encomendándose á la vírgen Rosa. Una mujer, oyendo leer por entretenimiento su vida, sintió en sí tan grande mudanza, que propuso desde entonces servir muy de veras á nuestro Señor. Finalmente, Rosa consiguió muerta, lo que habia deseado viva, que era predicar para convertir pecadores: porque desde el sepulcro, ó (por mejor decir) desde el cielo, convirtió innumerables pecadores.

30 Uno de los dones singularísimos que Dios concedió á esta gloriosa santa, fué el espíritu de profecía: porque á unos descubria lo que habian pensado en su corazon: á otros manifestaba lo oculto; y á otros decia lo que habia de suceder: de que hay en su vida muchos ejemplos, y yo traeré uno solo por venir acompañado con una milagrosa conversion, y pondrélo con las mismas palabras con que lo cuenta el padre maestro Valdecebro en la Vida de santa Rosa. «Acudia al convento del Rosario de Lima una dama tan vana, que toda su ocupacion y cuidado eran galas y nuevos usos, con nuevos gastos, y lazos nuevos para el demonio; porque son verdugos de la honestidad, cuchillos del honor, y muerte de muchas almas. Veíala muy de ordinario Rosa: y censurando su confesor estos excesos con la santa vírgen, le dijo á su confesor: V. P. la verá algun dia sin aquellas galas, y con este hábito. Replicóle el confesor, pareciéndole imposible el suceso; y díjole lo mismo segunda vez Rosa. Ofrecióse despues hablar con la dama el confesor mismo, y díjole, que le habia Rosa dicho que habia de ser beata. Enfurecióse con extremo tan grande, que decia de Rosa

y del hábito, dos mil desatinos, apurándose con la profecía. Murió Rosa en este tiempo, y parecióle que habia muerto tambien su profecía; pero á pocos dias comenzó á avivarse, porque desmayó en el cuidado de las galas, de manera, que dejándolas todas de una vez, dijo á Dios, vertiendo lágrimas, lo que san Pablo caido sin ojos: «Señor, ¿qué quieres hacer de mí?» Parece que le respondieron con voces interiores, que buscase á Rosa en su sepulcro, que ella lo diria lo que debia hacer; porque luego al punto se fué al convento del Rosario, y con tierno llanto y dolor la pidió á Rosa la favoreciese con su esposo, en que la diese luz, para tomar el estado que fuese de su mayor servicio. Oyóla, é inclinóse el corazon al de beata de santo Domingo. Abrazólo con tanto gusto, como veras; porque allí luego llamó á su confesor, y le dijo, que sin dilacion ninguna tratase de que le diesen el hábito de beata. Parecióle sueño al confesor; pero oyendo lo que le habia sucedido, puso en ejecucion tan santo propósito, y con extraña brevedad. Ella se dispuso de manera, que sucediendo esto á las nueve de la mañana, á las cuatro de la tarde ya tenia el hábito, desengañándose en lo que va de hoy á hoy: pues á la mañana era dama desvanecida y loca; y á la tarde beata humilde y cuerda. Llamábase doña Luisa de Barba, y se llamó Luisa de Santa María, y vivió y murió con maravilloso ejemplo.» Hasta aquí dicho autor.

31 En la vida de santa Rosa hay mucho que aprender y que admirar, y por que alabar al Señor, Autor de todo lo bueno. Su penitencia es mas admirable, que imitable, y muestra cuánto puede la flaqueza humana ayudada de la fortaleza divina; pues una vírgen tierna é inocente fué tan ingeniosa para afligirse, como los tiranos para atormentar á los mártires, é hizo tanta penitencia, que puede competir con los santos mas penitentes que han poblado los desiertos. Las vírgenes pueden aprender de esta vírgen las virtudes de que se deben adornar para no ser las vírgenes necias del Evangelio, sino las cuerdas y prudentes que esperan al esposo santo para celebrar las bodas: la obediencia para con sus padres, el amor para con Dios, la ternura para con María santísima, la devocion para con los santos, el retiro en su casa, el deseo de no ser vistas, el aborrecimiento de los afeites y galas superfluas, que solo sirven de deslucir la castidad propia y arriesgar la ajena, el huir el ocio que es orígen de todos los males, el repartir el tiempo con Marta y María, de manera, que haya para la accion y no falte para la oracion. Los varones se pueden confundir, viendo que se les adelanta una vírgen que sabe vencer al mundo, al demonio y á la carne, y finalmente á sí misma; cuando ellos se dejan vencer de sus deseos y pasiones, como cobardes, perdiendo la corona y el cielo, que arrebatan los esforzados y valerosos que saben hacerse fuerza. Válganse los pecadores de la intercesion de esta santa para salir de sus culpas; y los justos para crecer en la justicia y santidad: y alabemos todos á Dios que se muestra tan admirable en sus santos, y adornó á Rosa de tantos dones, pidiéndole que por sus merecimientos nos haga en esta vida imitadores de sus virtudes, y en la otra participantes de su gloria. Amen.

32 Escribió la vida de esta santa vírgen en lengua castellana el muy reverendo padre presentado Fr. Andrés Ferrer de Valdecebro: y en lengua latina el padre maestro Fr. Leonardo de Hanse, la cual tradujo en español el padre maestro Fr. Jacinto de Parra: todos religiosos de la sagrada órden de Predicadores.

* San Fiacrio, anacoreta y confesor.—Descendia de una ilustre familia de Irlanda, y fué educado bajo la direccion de un santo obispo de las islas occidentales. Despreciando Fiacrio todas las ventajas que podia prometerse en el mundo, y acompañado de algunos jóvenes, que como él querian consagrarse al servicio de Dios, dejó su patria en la flor de su edad, y se dirigió á Francia para vivir en un desierto. Habiendo llegado á la diócesis de Meaux, se presentó al obispo Faron, que le designó para su morada un lugar escarpado en un bosque á dos leguas de Meaux.

2 El santo, despues de haber desmontado una extension pequeña de terreno, construyó allí mismo una celdita y un oratorio en honor de la Madre de Dios, formando á su alrededor una especie de jardin que cultivaba por sus propias manos. Su vida era extremadamente austera; de modo que solo la necesidad ó la caridad podian hacerle interrumpir los ejercicios de la oracion ó de la contemplacion. Repartia á los pobres el escaso fruto de su trabajo, y habiendo acudido muchas personas para consultarle, hizo edificar á cierta distancia de su celda una especie de hospital para los forasteros. El mismo servia á los pobres, y con frecuencia les daba la salud por medio de sus oraciones. Nunca permitió á las mujeres la entrada en el término de su ermita, y evitó siempre su trato con mucha escrupulosidad.

3 Kilain, señor irlandés, que venia de Roma y era pariente suyo, le visitó y vivió algun tiempo en su compañía. Por su consejo predicó Fiacrio el Evangelio en la diócesis de Meaux y otras vecinas, bajo la direccion de los obispos. Su predicacion obró y produjo abundantes frutos, particularmente en la diócesis de Arras, donde todavía se celebra la memoria de este santo, como la de su apóstol.

4 Algunos escritores antiguos aseguran que san Fiacrio era el hijo primogénito de un rey de Escocia, contemporáneo del rey de Francia Clotario II; y que habiéndole los escoceses enviado embajadores para ofrecerle la corona, el santo les contestó que habia renunciado á todos los bienes de la tierra para asegurarse en el cielo la corona de la inmortalidad. Su vida fué una continua serie de abnegaciones y penitencias: vivió como un ángel en medio del mundo, estuvo dotado del don de profecía y de milagros, y murió santamente el dia 30 de agosto del año 670. Su cuerpo fué enterrado en el mismo oratorio que en vida habia sido su deliciosa mansion, á cuyo sitio acudieron luego los devotos de todos los puntos de la Francia, para



S.t Piat.

S.t PIAT.

venerar al santo y alcanzar de su patrocinio grandes y señaladas mercedes.

SANTA GAUDENCIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Nació y murió mártir en Roma, en tiempo de los emperadores gentiles. El Martirologio dice que alcanzó la victoria en compañía de otros tres cristianos que tambien fueron coronados con la palma del martirio.

SESENTA SANTOS MÁRTIRES, AFRICANOS.—En tiempo del emperador Honorio se dió un edicto para que todos los simulacros de los dioses del paganismo fuesen rotos y quemados. Aconteció entonces en Suffétula, colonia romana en Africa, el siguiente hecho que cuenta y deplora san Agustin en su carta 267. Viendo los gentiles que se los habia destruido una estatua de bronce que representaba á Hércules, á quien adoraban, se armaron de instrumentos de guerra, y embistiendo á una porcion de cristianos que estaban celebrando los santos misterios, mataron á sesenta de ellos, é hirieron á otros muchos. La Iglesia los ha venerado desde entonces en el número de los mártires, y su memoria está consignada en el Martirologio.

SAN BONIFACIO Y SANTA TECLA, ESPOSOS.—Mientras el furor del emperador Maximiano oprimia en Europa y Asia á todos los fieles, las regiones de Africa ocultaban gran multitud de cristianos que se disponian fervorosamente para derramar tambien en caso necesario su sangre por Jesus. Entre ellos son muy distinguidos los santos esposos Bonifacio y Tecla, habitantes en la ciudad de Adrumeto, que tenian doce hijos, á los cuales preparaban incesantemente para ser víctimas agradables á Dios. Sus oraciones, todos sus afectos los dirigian siempre los padres al cielo para el aprovechamiento espiritual de sus hijos, y efectivamente sus ruegos fueron oidos, y los doce hermanos llegaron á ser no solo la corona de sus padres, sino la gloria de la Iglesia africana, como puede verse en su vida continuada en el dia 1 de setiembre. Ignórase si los dichosos padres alcanzaron tambien la corona del martirio.

SAN FANTINO, CONFESOR.—Fué oriundo de la Calabria, consagrado á Dios desde su nacimiento, y entró en un monasterio á la edad de ocho años. Desapegado de todas las vanidades de la tierra, adelantó en gran virtud, hasta llegar á estar veinte dias seguidos absorto en divina contemplacion sin tomar alimento alguno. Con frecuencia se retiraba á los montes y asperezas para entregarse allí con mas libertad á sus ejercicios de oracion, mortificacion y penitencia. Habiendo llegado ya á la edad de sesenta años, se fué con dos compañeros y discípulos suyos al Peloponeso, á Corinto y Atenas para predicar á los mahometanos las verdades de la fé. Despues pasó á Tesalónica donde obró grandes milagros, y al cabo de ocho años de estar en ella, murió santamente el dia 30 de agosto del año 870.

SAN PEDRO, CONFESOR.—Floreció desde principios hasta mediados del siglo XI en Trevis, en Italia, cuya ciudad ilustró con su vida, sus eminentes virtudes y sus muchos milagros, y despues con su dichosa muerte, sucedida el año 1052.

SAN BONONIO, ABAD.—Nació en Bolonia, donde abrazó la vida religiosa, siendo todavía muy niño. El monasterio de San Estóvan de la misma ciudad le vió crecer y adelantar en la virtud á pasos tan agigantados, que muy pronto fué elegido su superior. En este estado brilló como una estrella que ha de guiar á los mortales por un sendero desconocido. Sus predicaciones, sus trabajos, sus incesantes desvelos reformaron no solo la disciplina de su monasterio, sino las de la ciudad y comarcas vecinas, y bien pronto, siendo aquel campo estrecho para el zelo del digno abad, empezó á viajar por varias regiones de Europa, llegó hasta el Oriente, pasó al Egipto y despues de haber conquistado en todas partes grandes y numerosos ejércitos para el cielo, volvió á su patria, donde á poco descansó santamente en el Señor el dia 30 de agosto del año 1026.

SAN PAMAQUIO, CONFESOR.—Era senador romano, y san Gerónimo, que habia sido su amigo de juventud y su condiscípulo, le llama el mas ilustre ornamento de la familia de los Camilos. Los que estuvieron encargados de su educacion, despues de haberle enseñado los diferentes sistemas de filosofía y de literatura, le iniciaron en el conocimiento de las santas Escrituras. Pamaquio entró en el mundo para figurar un gran papel, el año 370, cuando san Gerónimo se retiraba al desierto. Habiendo sido recibido en el senado, llegó á ser por su mérito y su virtud la gloria de aquel ilustre cuerpo. Fué despues decorado con la dignidad de procónsul, y casó con Paulina, la hija segunda de santa Paula. Fué el primero que descubrió los errores de Joviniano, y los denunció al papa, que condenó al heresiarca, el año 390. La amistad que unia á san Pamaquio con san Gerónimo fué tan estrecha y tan íntima, que el santo doctor se sirvió de las luces y consejos de su amigo para la composicion de sus obras contra Joviniano. Despues de tres años de matrimonio perdió Pamaquio á su esposa: hizo ofrecer el santo sacrificio por ella, y dió, segun la costumbre de aquella época, un festin á todos los pobres de Roma. San Gerónimo dice, que Pamaquio ungió los restos de su esposa con el bálsamo de la limosna y de la misericordia, que alcanza el perdon de los pecados, y que despues los ciegos, los paralíticos y los pobres, fueron los herederos y coherederos de Paulina, y que nunca mas se le vió salir en público sin ir seguido de una multitud de desgraciados. Habiendo hecho construir un hospital en el Puerto Romano, servia por sí mismo á los enfermos y á los pobres. Escribió varias veces á los arrendadores y á los súbditos que tenia en Numidia, exhortándolos á que dejasen el cisma de los donatistas, y tuvo el consuelo de verlos entrar otra vez en el seno de la Iglesia católica. Su zelo por la unidad de la fé, le mereció una carta de felicitacion de parte de san Agustin, y se la escribió el año 401. San Paulino, obispo de Nola, le escribió tambien animándole en sus insignes virtudes, y felicitándole por su zelo y sus trabajos. Su humildad le hizo rehusar constantemente el ser iniciado en las sagradas órdenes, y despues de una vida

admirable murió santamente el dia 30 de agosto del año 410.

Dia 31.

SAN RAMON NONATO, CONFESOR.—Fué san Ramon, catalan, del lugar de Portell, en la Manresana, hijo de padres nobilísimos, descendientes de las casas de Fox y Sarroy, y emparentados por sangre y amistad con la de Cardona. Eran buenos cristianos, y en su casa hallaban remedio todas las necesidades de los pobres, gastando en obras de piedad buena parte de su hacienda. Dióles el Señor despues de otros hijos, éste, que fué el último, para corona suya y de toda su casa y familia. Estando su madre preñada, en el último mes fué á la iglesia á confesar y comulgar, para disponerse al peligroso trance del parto: y volviendo á su casa, la asaltó de repente un accidente tan violento, que venciendo á todos los remedios que se le aplicaron, en breve la quitó la vida. Con la turbacion de la familia, ó con la duda de si estaba verdaderamente muerta la madre, no se acordaron ó no quisieron abrirla para sacar la criatura, hasta que, pasadas veinte y cuatro horas, queriendo sepultar á aquella señora, Ramon, vizconde de Cardona, que habia venido con la noticia de la desgracia, mandó que abriesen á la madre para sacar la criatura, contra el parecer de los médicos, que tenian por ociosa esta diligencia, afirmando que no podia estar la criatura viva en la madre muerta; porque el mismo accidente habria quitado las dos vidas, ó la madre habria muerto al hijo: pero apenas hicieron por un lado una pequeña herida, cuando el niño sacó el brazo como llamando la piedad de los presentes para que le sacasen de aquella cárcel, y primer albergue de la vida, en que iba á ser sepultado antes de empezar á vivir. Sacáronle, haciendo mayor la herida; y fué tan grande la alegría de los presentes, viendo como resucitado al que tenian por muerto, que templó en gran parte el sentimiento por la muerte de la madre. Sucedió este maravilloso nacimiento (si nacimiento se puede llamar), en el año de 1198, y aguardó su madre á subir al cielo, para dar á la tierra un varon que la habia de ilustrar con su santidad, alumbrar con su doctrina y admirar con sus milagros: y quiso Dios que no naciese este niño, sino que fuese sacado del vientre de su madre, como libertado de la cárcel maternal; para mostrar desde luego que nacia para sacar á muchos de las mazmorras y cautividad de los moros, y porque debiese totalmente su nacimiento á la gracia y no á la naturaleza, y pudiese decirle al Señor con David: «Tú eres el que me sacaste del vientre de mi madre.»

2 Bautizaron luego al niño porque no se arriesgase la vida del alma en quien habia tenido tan arriesgada la del cuerpo: fué su padrino el vizconde don Ramon, por cuyo respeto se llamó Ramon el niño, y despues la voz comun le dió el apellido de *Nonat*, que en lengua catalana es lo mismo que «no nacido:» el cual nunca quiso mudar el santo, aunque ocultaba el apellido nobilísimo de su casa, por tener siempre en los oidos un recuerdo que le avisase de lo mucho que debia al Señor en su milagroso nacimiento. En teniendo uso de razon, empezó á pagar esta deuda huyendo con todo cuidado de los vicios y de los viciosos, ó inclinándose á la virtud y á los virtuosos: con qué fué en la niñez y juventud, ejemplo á los de su edad, de modestia, humildad, mansedumbre, caridad, devocion, y principalmente de la castidad en que parecia ángel con carne, ó mancebo sin ella; porque su carne gozaba privilegios de espíritu, y su espíritu no sentia resabios de carne. Tenia natural inclinacion á las letras, y en las primeras que aprendió, mostró la prudencia de la abeja, que elige entre las flores para labrar su panal, y cogiendo las saludables, deja las nocivas; porque entre los poetas y autores profanos, huia de los obscenos, por no encontrar entre las flores de su elocuencia algun áspid que inficionase su pureza. Estudió despues la filosofía y teología con tanto cuidado, que en poco tiempo se aventajó á todos sus condiscípulos, ayudando para ello su agudo ingenio, y el estar su alma tan llena de virtudes, que la disponian para habitacion de su sabiduría.

3 Inclinóse Ramon al estado eclesiástico por atender solo al servicio divino, desembarazado de los cuidados del siglo; pero su padre no asintió á ello, diciendo, que las letras que le habian enseñado no eran para el ministerio clerical, sino para el adorno de su nobleza, y para tener ocupada su juventud, porque no se despeñase en los vicios de los mozos. Mas como insistiese Ramon en su intento, y estuviese firme en su propósito, su padre, parte por divertirle, y parte por obligarle con la aspereza á lo que no podian persuadirle las razones, le envió como desterrado á una alquería suya que tenia en la montaña, para que cuidase de la hacienda que allí tenia y cultura de sus campos. Obedeció Ramon: fuése á la montaña donde halló una ermita de San Nicolás, obispo, en que estaba una devota imágen de nuestra Señora. Nunca menos solo Ramon que cuando estaba solo; porque en la soledad le parecia que estaba mas con Dios, cuanto mas apartado estaba de los hombres: en ella se daba mucho á la oracion; y la Reina de los ángeles que estaba en la ermita, era el único asilo que tenia en todas sus necesidades y aflicciones, y particularmente despues que mereció recibir un singularísimo favor de la Madre de Dios; y fué, que estando orando un dia delante de su altar, le habló la imágen, y le dijo: No temas, Ramon; porque yo desde ahora te recibo por mi hijo, y podrás con toda confianza llamarme tu Madre, y acudir á mi patrocinio y proteccion. ¿Quién dirá cuánto fué el consuelo y alegría de Ramon al oir estas palabras? ¿Cuál su confusion de lo poco que habia hecho, á su parecer, para merecer el nombre de hijo de María? ¿Cuál su deseo de servir al Hijo, para hacerse digno hijo de la Madre? Tomóla desde entonces, como el Discípulo por suya, para servirla con mayor cuidado que hasta entonces lo habia hecho: cuidaba del aseo de la ermita, del adorno del altar, y del

culto de la imágen, poniendo guirnaldas de flores en la cabeza de la Madre y del Hijo que tenia en sus brazos, y coronándola mas de su gusto con el rosario que rezaba delante de ella todos los dias con mucha devocion, con que mereció recibir otros muchos favores de María santísima. Por darse á la oracion y penitencia, sin testigos, se iba con el pastor que guardaba un poco de ganado cerca de la ermita; y enviando al pastor á otra ocupacion, se encargaba de guardar el ganado: y sucedió muchas veces estar un ángel en forma visible guardando las ovejas, mientras el santo mancebo estaba orando en la ermita, de que fué alguna vez testigo su mismo padre.

4 Envidioso el demonio de ver á Ramon favorecido de la Reina de los ángeles y de los mismos ángeles, se le apareció en forma de un pastor anciano, con barba crecida, nevada la cabeza de canas, y con palabras de quien corrige con amor, le dijo, que pues sus años y canas le daban licencia para advertirle lo que le convenia, supiese que no era conveniente á su edad, ni decente á su calidad, ni conforme á su gallardía el oficio de pastor que habia tomado, con el cual oscurecia la nobleza de su linaje: que se volviese á su casa, y obedeciese á su padre, y conversase con sus iguales; que los desiertos eran buenos para los grandes pecadores, no para él, que aun no habia gozado del mundo, por querer malograr una edad tan florida, haciendo penitencia muy fuera de propósito, antes de gozar de los deleites que eran mas propios de sus años, que los ayunos y mortificaciones: y añadió otras palabras con que pretendia persuadirle que siguiese el camino ancho de la perdicion; pero el santo mancebo, haciéndose sordo á las voces de la sirena que le pretendia encantar, le respondió, que él no creia, ni habia de seguir otra doctrina, sino la que le enseñaba la Vírgen María, que estaba en aquella ermita. Al oir este dulcísimo y santísimo nombre, desapareció el fingido pastor, y verdadero lobo, envuelto en nubes de humo, arrojando fuego por los ojos y por la boca, dejando contaminado todo aquel lugar con el mal olor. Entró Ramon en la ermita á dar gracias á la Madre de Dios, por haberle dado victoria de su enemigo, y pedirle favor para semejantes batallas; y la Vírgen, añadiendo favores á favores, y favoreciendo porque habia favorecido; se le apareció hermosísima, regalándole con su agradabilísima vista: y preguntándola el santo mancebo qué cosa podria hacer para agradarla y corresponder á lo mucho que la debia, le respondió la Vírgen de las vírgenes, que nada podia ofrecerle que mas le agradase, que su pureza y castidad; y luego dictándole las palabras la misma Vírgen hizo voto de perpetua virginidad. Desde este dia crecieron las visitas celestiales de los ángeles que le miraban como á compañero, y muy semejante á ellos en la pureza; y el niño Jesus, que estaba en las manos de la imágen, le regalaba mucho, y bajándose de los brazos de su Madre, venia á Ramon, y conversaba con él dulcemente, recibiendo de ese dulce trato y conversacion, grandes luces de sabiduría su entendimiento.

5 Pasaron en este tiempo por la ermita de San Nicolás dos compañeros de san Pedro Nolasco, antes de fundar su religion, que andaban por la Manresana, pidiendo limosna para redimir cautivos. Informóse de ellos el santo mancebo acerca de los piadosos ejercicios de la congregacion de la Misericordia, que san Pedro Nolasco habia instituido en Barcelona, y se inclinó mucho á seguir este modo de vida; mas la obediencia de su padre detenia sus pasos, y como hijo de la Vírgen, no queria tomar estado, sin saber su voluntad: la cual le declaró la Vírgen, despues de otros favores, cuando ya habia fundado san Pedro Nolasco su religion, mandándole que entrase en ella, y y prometiéndole facilitarle la licencia de su padre por medio del vizconde de Cardona, como sucedió: porque entendiendo su padre, que Dios, y la Madre de Dios, le llamaban á la órden de la Merced, rogándoselo el vizconde de Cardona, dió á su hijo la licencia que deseaba, y su bendicion; y él recibió el hábito con grandísimo gozo de su espíritu de mano de san Pedro Nolasco en el palacio real de Barcelona, que fué el primer convento que tuvo esta sagrada religion.

6 En vistiéndose Ramon el hábito de María, le pareció que se habia vestido de nuevas obligaciones, y que, siendo ya hijo de María, por nuevo título estaba obligado á servirla con nuevo fervor y cuidado. Tomó por regla de sus acciones la vida de su santo padre, y primeros compañeros, procurando trasladar á su alma todo lo bueno que veia en ellos, con tanta codicia de adquirir virtudes, que en poco tiempo le miraban y admiraban los religiosos, como espejo de toda santidad, en que se miraban, como por reflexion, las virtudes de todos. Señalóse especialmente en la humildad, teniéndose él, y queriendo ser tenido de todos por el menor: en la obediencia, no contradiciendo á nada que le mandaban, y ejecutándolo todo con grande prontitud y voluntad: en la penitencia, no contentándose con los ayunos y asperezas de la órden, y añadiendo muchos su fervor, á quien todo le parecia poco, cuanto hacia por amor de Dios: en la oracion, en que se regalaba con el Señor todo el tiempo que podia: en la devocion de María, á quien acudia en todas ocasiones con la confianza de hijo á madre; y singularmente en la caridad con los cautivos, como verdadero hijo de esta religion de redentores. Toda su ansia y deseo era derramar su sangre y perder la vida por Cristo, y por la redencion de los cautivos, y decia lo de san Pablo: *Mihi vivere Cristus est, et mori lucrum*: Deseo vivir en Cristo, y morir por Cristo; porque comprar tal muerte con la vida es logro, y yo no quiero mas vida, que á Cristo, y la muerte es ganacia para mí. Y el santo Fr. Serápio, uno de los primeros compañeros de san Pedro Nolasco, varon esclarecido en todo género de virtud, y que despues murió glorioso mártir de Cristo haciendo oficio de redentor, viendo los fervores y deseos de san Ramon, solia decir con espíritu profético, que Ramon no habia de morir entre los moros; pero que derramaria su sangre por Cristo, y por cumplir su instituto, como lo mostró despues el suceso.

7 Acabado el año del noviciado, hizo los tres votos comunes á todas las religiones, y el cuarto de su religion: y como era tan aficionado á las letras, se perficionó en la teología, y se entregó á la leccion de la sagrada Escritura: con que salió un varon consumado en todo género de letras, para servir como fiel ministro á la santa Iglesia; y aun juzgaban algunos que su ciencia tenia mucho de infusa por ser mayor que sus estudios, como se vió despues en las disputas que tuvo en Africa con los judíos y moros: lo cual no es difícil de creer en un varon tan regalado y favorecido de Dios, y de su Madre. Ordenóse de sacerdote por voluntad de la Virgen, y empezó á predicar por consejo de san Raimundo de Peñafort, con grande fruto de muchas almas, á las cuales sacó de los vicios con la eficacia de sus palabras. Ganó tanto crédito con su doctrina y ejemplo en Barcelona, y en toda Cataluña, que le llamaban comunmente «el santo fraile.» A él acudian los dudosos, por consejo: los afligidos, por consuelo: los necesitados, por remedio; y todos hallaban en él padre, maestro y consolador. Dió de puñaladas á su mujer un caballero de Barcelona, porque unos criados suyos la habian acusado falsamente de adulterio, por haberles reprendido ella algunas livianidades: arrepintióse luego de su arrojo, entendiendo que su esposa no tenia la culpa que la imponian: fuése afligido á la celda de san Ramon, y contóle con muchas lágrimas lo que pasaba. El santo le consoló, y dijo, que como habia sido engaño é ilusion la culpa de su mujer; así lo habian sido las puñaladas que le habia dado: que volviese á su casa, y la hallaria viva y sana: y que los autores de aquella maldad presto pagarian su pecado. Todo sucedió como el santo lo dijo: porque el caballero halló á su mujer en su casa, ocupada en los oficios domésticos, sin herida, ni señal de ella; y los criados, huyendo de la justicia, fueron cogidos aquel mismo dia, y convencidos de muchos delitos, condenados á muerte, y al pié de la horca confesaron la falsedad del testimonio que habian levantado á aquella castísima señora. Por este suceso principalmente es abogado san Ramon de las personas afligidas por falsos testimonios. Envió san Pedro Nolasco á san Ramon en compañía del santo Fr. Serapio, primero á Argel, y despues á Bugía, para redimir cautivos; y él iba muy alegre, con las esperanzas que llevaba de derramar su sangre y morir por Cristo: y aunque no se cumplió entonces su deseo, padeció muchos trabajos en cumplimiento de su ministerio, y por ellos le dió el Señor la conversion de algunos judíos y moros, con los cuales disputó, y los convenció y ganó para la fé y religion cristiana. En volviendo á Barcelona, le envió san Pedro Nolasco á Roma por procurador general de su órden, para obtener de Gregorio IX que su religion profesase la regla de San Agustin. Alegróse mucho el sumo pontífice con su venida; porque luego conoció su grande santidad y sabiduría, y no menos fué estimado de los cardenales y prelados de la corte del pontífice: y habiendo conseguido lo que deseaba, y predicado en algunas ciudades de Italia, con mucho aplauso y fruto, se volvió á España, para dar cuenta á su santo padre de su legacía.

8 Luego fué nombrado redentor para Argel, que era lo que él mas deseaba, y en aquel reino rescató muchos cuerpos del cautiverio de los moros, y muchas almas del cautiverio de los demonios, redimiendo á los que estaban en peligro de faltar á la fé, y confirmando en ella á los que no podia remediar. Faltóle el dinero para el número de cautivos que habia rescatado: y enviando á su compañero con ellos, se quedó él en rehenes, en cumplimiento de su cuarto voto, gozosísimo por verse entre tantas ocasiones de padecer y morir por Cristo, como le prometian la barbaridad y crueldad de los moros, enemigos de Cristo y de los cristianos. Deseoso de ganar algunas almas para el Señor, y hallar la corona del martirio, disputaba frecuentemente con los judíos y moros, y les persuadia que recibiesen la fé; y fueron tan eficaces sus palabras, que convirtió diez judíos de los mas principales y doctos en su ley, y á algunos turcos nobles, á todos los cuales bautizó el santo. Supo el bajá lo que pasaba, y determinó quitar la vida á san Ramon con muy crueles tormentos; y suspendiendo la ejecucion de esta sentencia á ruego de los turcos, que habian dado sus cautivos en confianza, mandó que le diesen muchos golpes, azotes y bofetadas: todo lo cual sufria el santo con maravillosa alegría; y á los cautivos, que procuraban consolarle, decia: No hay para qué consolar con palabras al que Dios consuela con penas: ni necesita de consuelo, porque padece, quién tiene su consuelo en el padecer. Tenédme envidia, no lástima; porque debajo de esta afrenta se esconde grande honra: estas penas ocultan grande dulzura, y en esta pérdida se halla mucha ganancia. Animaos vosotros á padecer por Cristo; y encontraréis el tesoro que se encierra en los tormentos padecidos por su amor. No se apagó el zelo ardiente de san Ramon con las aguas de tantas tribulaciones; antes mas encendido, y con nueva sed, no solo de ganar las almas, mas tambien de hallar la corona del martirio, salia por las calles y plazas á predicar la fé de Cristo, confirmando en ella á los cautivos cristianos, y convirtiendo á los moros, á los cuales lavaba con las aguas del santo bautismo. Irritado de nuevo el bajá contra el santo, porque desobedecia á sus mandatos mandó que le llevasen desnudo por las calles públicas de la ciudad, para mayor afrenta y vergüenza, y le azotasen delante de todo el pueblo, y en la plaza mayor le barrenasen los labios con hierros encendidos, y pusiesen en su boca un candado de acero para que no pudiese hablar de la ley de Cristo. Todo se ejecutó, como el bárbaro lo habia mandado, guardando él mismo la llave; pero en vano cerraron la boca del predicador de Cristo: porque cuando no podia predicar con la voz, predicaba con la paciencia, y la sangre, que corria de sus labios, era mas eficaz para persuadir la fé, que las palabras de su boca, y con ella se animaban los cristianos cautivos, y los nueva-

mente convertidos, á ser constantes en la confesion de Cristo. Mandó el bajá que le encerrasen ó sepultasen, cargado de cadenas, en una oscura mazmorra; y san Ramon entró en ella, como si entrara en el paraiso: y cuanto mas preso estaba el cuerpo, estaba mas libre el espíritu, para volar á Dios, y hablar con aquella boca, que no pueden cerrar los candados, y aquellas palabras que no pueden aprisionar los hombres; y en la oscuridad, que cegaba sus ojos, esclarecia Dios con nuevas luces su entendimiento: y el santo estaba solamente con el cuerpo en la cárcel; porque el alma habitaba en el cielo, viviendo mas donde contemplaba, que donde animaba. Meditando un dia en la pasion de Cristo, dándole gracias porque padecia algo por su amor, quedó arrebatado en un maravilloso éxtasis, en que duró mucho tiempo, hasta que viniendo los moros á abrir el candado para darle de comer, le hallaron arrobado, y con la mano derecha en alto, señalando en la pared unas letras, que parecieron escritas en ella por mano invisible, y decian aquello del profeta: *Ne auferas de ore meo verbum veritatis:* No quites de mi boca la palabra de verdad. Procuraron dispertarle de aquel dulce sueño las guardas haciendo ruido; y él, abriendo los ojos, volvió en sí, diciendo: *In æternum, Domine, permanet verbum tuum*: Tu palabra, Señor, permanece para siempre: y luego al punto se cayeron los grillos y cadenas que aprisionaban su cuerpo, y el candado que cerraba sus labios. Atribuyeron los moros este milagro á arte mágica, y dándole muchos palos, le volvieron á cargar de cadenas, y poner el candado en la boca, y de esta manera estuvo mas de ocho meses, viniendo las guardas al tercer dia á darle de comer, y renovando sus heridas con grandísimo dolor suyo, cada vez que le quitaban y ponian el candado. Propusieron los moros ocultar las maravillas de Dios; pero su misma admiracion las descubrió, no cabiéndoles el secreto en el pecho, y llegaron á noticia de los cautivos cristianos, con que de nuevo se confirmaron en la fé. ¿Quién dirá cuánto padeció el glorioso san Ramon en los ocho meses que estuvo en esta cárcel, con la hediondez del lugar, la hambre y sed intolerable, y las heridas que tan á menudo se repetian? No quiso Dios que muriese porque le guardaba para otras empresas de su gloria; pero quién le negará por eso la gloria de mártir: pues toleró, como dice el breviario romano, un largo y cruel martirio, y aunque faltó la muerte á su deseo; á quien padece por dar testimonio de la verdad, le pasa Dios por martirio todo cuanto padece, como afirma san Agustin.

9 Corrió la fama de san Ramon, y de su constancia y fortaleza, por toda Africa y Europa: llegó á Roma, y á oidos del sumo pontifice Gregorio IX: y como tenia tan conocida y experimentada su santidad y doctrina, desde que le trató y comunicó, siendo procurador general de su órden, le creó diácono cardenal del título de San Eustaquio, pareciéndole que ninguno merecia mejor aquella dignidad, que el que sobre tantas prendas habia padecido tantos tormentos por la defensa de la fé. Llevóle la nueva su compañero, cuando volvió á Africa, y juntamente precepto de que se volviese á España, porque temian de su fervoroso zelo, que se queria quedar en Africa para predicar la fé, y los moros acabarian lo que habian comenzado, y le quitarian la vida, faltando el embarazo del interés, que hasta entonces los habia detenido. Volvió á España el santísimo cardenal, y fué recibido en Barcelona con gran pompa, aun mas por mártir vivo, que venia de padecer por Cristo, sobreviviendo á su martirio, que por cardenal de la santa Iglesia de Roma: y aunque el vizconde de Cardona, como pariente, le tenia prevenido palacio con moderada ostentacion, como para un príncipe religioso; él se fué á su convento, y quiso mas llevar á la celda la púrpura, que no que le sacase la púrpura de la celda que él tenia por cielo en la tierra. Con la celda conservó el hábito religioso, y con el hábito las virtudes de la religion; y depuesta la dignidad, se ejercitaba en todos los ejercicios de la órden, como si estuviese aun sujeto á la obediencia de las reglas: asistia al coro el primero; y en todas las regulares observancias no solo parecia religioso, sino novicio, en la humildad y fervor con que las ejercitaba. Murmuraban algunos que abatia demasiado la dignidad de cardenal, ocupándose en los oficios de religioso; y el santo, no haciendo caso de los dichos del mundo, respondia, que la modestia religiosa no disminuye, ni se opone á la dignidad cardenalicia; antes se hermanaban bien la humildad y la dignidad: porque la dignidad exalta á la humildad; y la humildad hace que no desvanezca la dignidad al que la tiene. A un pariente suyo, diciéndole que por que no mostraba la autoridad de cardenal, respondió: Estos hábitos de fraile me conservan en el conocimiento de lo que soy. Iba á pié, como antes, á pedir limosna para los pobres cautivos, y era muy compasivo con todos los necesitados.

10 Yendo un dia lluvioso por una calle de Barcelona, encontró un pobre anciano, y medio desnudo, que traia descubierta la cabeza, y se venia mojando con el agua; y el santo movido á misericordia, no reparando en su autoridad, ni comodidad, se quitó el sombrero de cardenal que traia en la cabeza, y se le puso al pobre en la suya. Aquella misma noche recibió el premio de accion tan heróica; porque estando en altísima contemplacion, vió un jardin, donde se paseaba una hermosísima Reina, que era María santísima, acompañada de un coro de vírgenes, la cual cogiendo flores, y tejiendo de ellas una corona, vino á san Ramon, y le dijo: Bien merece ser coronado con esta corona el que por amor de Cristo dió su sombrero al pobre. Rehusó el santo recibir la corona de flores, diciendo, que no queria en esta vida mas premio que á Cristo: y luego se le apareció Cristo con corona de espinas en la cabeza, y sobre ella el sombrero que Ramon habia dado al pobre; y tomando en la mano la corona de flores que habia tejido su Madre, le dijo: Elige de estas dos coronas la que quieras: la de espinas que tengo en la cabeza; ó la de rosas que

traigo en la mano. El santo cardenal, reservando la corona de rosas para el cielo, eligió acá la corona de espinas, y Cristo con sus manos le puso su corona de espinas en la cabeza: y en señal de que no habia sido esto imaginacion, padeció desde entonces un agudísimo dolor de cabeza toda su vida, que era para él de mucho gusto, porque padecia por Cristo, y le acordaba del favor que de su mano habia recibido.

11 Llamó á Roma el papa Gregorio IX al santo cardenal, deseando tenerle cerca de sí, para ayudarse de su prudencia y sabiduría en el gobierno de la Iglesia: y el santo, como verdadero obediente, se puso luego en camino; pero llamóle Cristo á la gloria, cuando su vicario le llamaba á Roma; porque yendo á Cardona á despedirse de los vizcondes que se lo rogaron; al tercer dia que estuvo en su palacio, le dió una gravísima enfermedad: y conociendo que se acercaba su muerte, hizo llamar á algunos religiosos del convento de Barcelona, para morir entre sus hermanos. Pidió el sacramento de la eucaristía por viático, y deteniéndose mucho el sacerdote que se le habia de traer, por providencia de Dios, que queria honrarle con un singular favor; viendo el santo que daba priesa su enfermedad, pidió al Señor que no le desamparase, ni negase aquel consuelo; y luego entró por la puerta de la pieza, donde estaba enfermo, una procesion de ángeles vestidos con él hábito de la Merced, con velas blancas en la mano, y detrás un varon venerable, que se creyó habia sido Cristo, con ornamentos sacerdotales, y la custodia del Sacramento en la mano. En viendo la procesion el varon de Dios, se arrojó de la cama: y puesto á los piés de aquel eterno sacerdote, segun el órden de Melquisedech, recibió de su mano su mismo cuerpo con grandísima devocion y dulzura. Solamente san Ramon mereció gozar de esta maravillosa vision; los demás vieron una grande claridad que cegaba sus ojos, para no ver á los ángeles, ni al santo cardenal, hasta que al salir la procesion, los vieron por las espaldas caminar hácia un rio que estaba cerca, y pasar sobre el agua, sin haber barca ni puente; y luego desapareció la vision. Volvió el santo á la cama; y levantando los ojos y las manos al cielo con mucha devocion, y voz clara, dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*; y luego entregó su espíritu en manos de su Criador, que para tan milagrosa vida le habia hecho nacer milagrosamente, último domingo de agosto del año de 1240. Su rostro quedó tan hermoso, que causaba admiracion y gozo á cuantos le miraban: su cuerpo con haber estado en tiempo tan caloroso quince dias sin sepultar, no daba mal olor, sino una fragancia y suavidad muy desemejante y superior á todos los olores de la tierra. Fué innumerable el concurso de todos aquellos pueblos que vino á venerar el sagrado cadáver, y fueron muchas las maravillas que Dios obró en este tiempo para honra de su siervo, y provecho de los que se le encomendaban.

12 Movióse una piadosa contienda, que fué causa de tener tanto tiempo el cuerpo sin enterrar, entre el vizconde de Cardona, y su religion, sobre el lugar donde habia de ser sepultado, como suele en los tesoros que se hallan en alguna heredad; y cada parte tenia sus razones, y las esforzaba con la codicia de quedarse con tan precioso y rico tesoro. El vizconde de Cardona alegaba el parentesco, la amistad y el habérsele Dios traido á morir á su casa, en que ya parecia haber decidido por su parte: su religion alegaba ser su hijo, y su misma voluntad bien interpretada; pues á quien no sacó de la celda el capelo, no queria que lo sacase del convento la muerte. Duró el pleito, hasta que le compuso el cielo por un modo maravilloso: porque el rey don Jaime, san Pedro Nolasco, y el obispo de Barcelona, por no agraviar á ninguna de las partes, ni dar sentencia en tan dudoso pleito, le remitieron á Dios, y mandaron poner el cuerpo en una caja sobre una mula ciega, y que le dejasen ir libremente adonde quisiese; y en donde ella parase, allí fuese sepultado. Hízose así: y la mula tomando el camino de Portell, pasó por la casa de los padres del santo, é hincó las rodillas delante de ella: y pasando adelante, llegó á la ermita de San Nicolás, obispo, donde el santo, siendo mancebo, habia sido tan favorecido de Dios y de su Madre: y habiendo dado tres vueltas á la ermita, se paró á la puerta de ella; y en quitándole el santo cadáver, reventó para que no sirviese á otro uso la que habia merecido traer tan sagrado cuerpo. Sepultáronlo en aquella iglesia, que desde entonces, mudando el título, se llamó San Ramon, y dentro de quince años se fundó allí un convento de nuestra señora de la Merced. En el camino sucedieron algunos prodigios muy singulares, con que el Señor testificaba la gloria de su santo. Uno fué, que yendo mucha gente acompañando el santo cuerpo con hachas y velas encendidas, levantándose en el camino un recio viento con lluvias; ni el agua, ni el viento apagaron las luces. Otro, que al pasar la procesion por los pueblos, se tocaban las campanas de las iglesias, sin que mano de hombre llegase á ellas.

13 Divulgáronse luego estas maravillas por España, Francia é Italia, y llegando la noticia de la muerte de san Ramon á Gregorio IX, dijo con gran sentimiento, que en el cardenal Ramon habia perdido su religion un buen padre y protector: Cataluña un ilustre y meritísimo hijo: y la Iglesia católica un santo y dignísimo cardenal. Fueron innumerables los milagros que Dios hizo por san Ramon, como lo testifican los votos de que se llenó la iglesia de su sepulcro, que parecia la casa de la salud y del consuelo: porque allí hallaban salud los enfermos, y consuelo los afligidos. Particularmente han experimentado su patrocinio las estériles, y las que estaban en peligroso parto, alcanzando hijos, y teniendo felices partos por su intercesion.

14 Luego empezó por toda Cataluña el nombre de san Ramon Nonato, y se le erigieron en diversas partes altares, edificaron capillas, esculpieron y pintaron imágenes; y dicen algunos, que Gregorio IX dió licencia para que fuese venerado

con público culto. Despues, el año de 1414, le canonizó solemnemente Benedicto XIII, antes que fuese depuesto en el concilio constanciense: y el papa Urbano VIII concedió rezo y misa de su santo hijo, y cardenal, á toda la órden de Nuestra Señora de la Merced: Alejandro VII mandó poner su nombre en el Martirologio romano; y últimamente nuestro santísimo padre Clemente X le ha puesto en el breviario romano, dando licencia á todos los sacerdotes seculares y regulares, para que recen de este santo cardenal *ad libitum*, con oficio de *Semiduplex*, á los 31 del mes de agosto.

15 Escriben de san Ramon todos los autores de su órden, y otros muchos de fuera de ella, que se pueden ver citados por Hipólito Marracio, en la Vida que escribió de este santo cardenal, y por Tamayo de Salazar en su Martirologio, á los 14 de noviembre.

* San Arístides, confesor. — Era filósofo esclarecido, y vivia en Atenas en el siglo II de la Iglesia. Habiendo abrazado la religion cristiana, no cambió por esto de profesion: sostuvo por medio de los recursos, que le prestaba su filosofía, el Evangelio de Jesucristo. Estando el emperador Adriano en Atenas, se le presentó Arístides, y despues de haberle dirigido un elocuente discurso, en que probaba que Jesucristo era solo y verdadero Dios, le entregó una *Apología*, que de antemano habia escrito, y que fué célebre en aquel tiempo, en la cual se ponian de manifiesto todas las pruebas de nuestro dogma. Este libro se presentó al emperador el año 125, y aunque no produjo todo el efecto que se deseaba, sin embargo, mitigó mucho el rigor de las leyes que se habian publicado contra los cristianos. Arístides continuó despues prestando importantes servicios á la Iglesia, enseñando y escribiendo, hasta que en su vejez, Dios le llamó para sí, muriendo en la misma ciudad de Atenas, ignoramos en qué año. Su nombre está en los mas antiguos Martirologios, lo mismo que en todos los modernos.

San Paulino, obispo y mártir. — Nada sabemos de su nacimiento ni de sus primeros años. San Atanasio le llama un hombre verdaderamente apostólico, y uno de los mas intrépidos defensores de la fé ortodoxa contra los arrianos. Por muerte de san Maximiano, fué Paulino elegido y consagrado obispo de Tréveris. Habiendo Constancio, emperador arriano, congregado un concilio en Arles, en 353, contra san Atanasio, llamó á él á Paulino para que suscribiese á la condenacion del santo patriarca; pero el ilustre obispo, lejos de prestarse á una proposicion tan inicua, fué el primero de los prelados occidentales que se atrevió á declararse abiertamente en favor de san Atanasio. Despues de esto, el emperador le desterró á Frigia, provincia del Asia menor, infestada á la sazon por la herejía de los montanistas, donde tuvo mucho que sufrir durante su destierro, que no se acabó hasta su dichosa muerte, sucedida el año 358. San Gerónimo, hablando de él, le llama hombre feliz en los sufrimientos, y la Iglesia de Tréveris le venera como á mártir. San Félix, tercer obispo despues de él, hizo trasladar sus reliquias desde Frigia á su diócesis de Tréveris, por los años 396, y colocó su fiesta en el dia 31 de agosto, en el cual la celebramos todavía.

San Aidano, obispo y confesor. — Nació en Irlanda, y habiendo en su juventud ido á Islandia, abrazó el estado religioso en el monasterio de Hy. Oswaldo, rey de Nortumberland, pidió á Segenes, abad de aquel monasterio, que le mandase algunos de sus monjes para trabajar en la conversion de sus súbditos que no habian todavía abrazado el cristianismo. El santo abad se prestó desde luego á los deseos del rey, y al frente de aquella colonia de misioneros envió á Aidano, despues de haberlo hecho consagrar obispo. Oswaldo dió al nuevo obispo la tierra de Lindisfarne, pequeña isla en la costa de Nortumberland, que desde entonces tomó el nombre de «Isla santa.» Aidano estableció y fijó en ella su diócesis, fundó un monasterio bajo la regla de San Columbano, y con la cooperacion de sus hermanos trabajó eficaz y gloriosamente en el objeto de su mision. El venerable Beda, en su Historia eclesiástica de Inglaterra, habla de Aidano, representándole como un consumado modelo de todas las virtudes cristianas, y dice que murió el dia 31 de agosto del año 651. El Martirologio romano dice, que estando san Cuberto apacentando unas ovejas, vió volar al cielo el alma de san Aidano, con cuyo milagro se convirtió, dejó el ganado y el mundo, y abrazó la vida monástica.

Los santos Robustiano y Marcos, mártires. — Está muy ignorado todo cuanto pertenece á estos santos, y solo sabemos que su nombre está continuado en todos los Martirologios antiguos y modernos. Ferrario dice además, que fueron de Milan, en cuya Iglesia se les celebraba antiguamente misa propia en su fiesta.

San Cesidio, presbítero y mártir, y sus compañeros. — Vivian en Transacco, junto al lago de Marso, en tiempo del emperador Maximino por cuya órden fueron presos, y despues de haber sostenido con heróico valor su fé y su religion, murieron degollados.

Los santos Teodoto, Rufina, y Amia. — Los dos primeros fueron padres y la tercera fué nodriza de san Mamante, que nació en la cárcel donde estos santos se hallaban detenidos. Pueden verse algunas particularidades de su vida y muerte en la del dicho san Mamante, puesta en el dia 17 de este mismo mes.

San Optato, obispo y confesor. — Gobernó la Iglesia de Auxerre un año, ocho meses y cinco dias, colmando á su pueblo de beneficios espirituales y temporales, y logrando que su corto pontificado fuese uno de los mas admirables que ha visto aquella Iglesia. Murió por los años de 800, y su sepulcro, colocado en la iglesia de San Cristóbal que el mismo santo habia hecho edificar, fué famoso en muchos milagros.

San Amato, obispo y confesor. — Fué obispo y es ahora patron de la ciudad de Nusco, en el reino de Nápoles. Nació en la misma ciudad, de noble prosapia, y despues de haber bebido ya con la leche el temor de Dios y el respeto á su ley

santa, y de haber dedicado sus primeros años al estudio de las ciencias sagradas, teniendo apenas la edad de catorce, renunció todos los bienes terrenos, y tomó el hábito en el monasterio fontiliano. En él fué modelo para todos, y sus milagros llegaron á hacerse tan ruidosos, que de todos los puntos de Italia iban á aquella casa á admirar la virtud del siervo de Dios. Cuando le eligieron obispo de su patria, se escondió para no verse obligado á aceptar carga tan pesada; pero el Señor, que le tenia reservado para aquel destino, lo manifestó á sus ovejas, y á su pesar fué consagrado. Su episcopado brilló en virtudes, en milagros, y en cosas de grande utilidad para la Iglesia y el estado, hasta que murió Amato el dia 31 de agosto del año 1193.

El beato Buenajunta, confesor. — Fué uno de los siete fundadores del sagrado órden llamado de Siervos de María, el cual, segun dice el Martirologio romano, estando hablando con sus hermanos de la pasion de Jesucristo, entregó su espíritu al Señor. Su muerte sucedió el dia 31 de agosto del año 1257. Véase la fiesta de los Siete Siervos de María en el dia 11 de febrero.

SETIEMBRE.

Dia 1.

San Gil, abad. — Fué san Gil griego de nacion, natural de Atenas, de sangre real. Su padre se llamó Teodoro, y su madre Pelagia. Desde niño se aplicó al estudio y á todas las obras de virtud, y especialmente á las de misericordia, y socorro de los pobres. Iba un dia á la iglesia: y viéndole un pobre enfermo que estaba en la calle, echado en el suelo, le pidió limosna; y san Gil desnudándose la túnica que llevaba vestida, se la dió al pobre, y luego quedó sano. Murieron sus padres, y él repartió á los pobres su patrimonio, haciendo heredero al Señor de todos sus bienes. Hizo el Señor otros milagros por él. Volviendo un dia de la iglesia, topó un hombre á quien habia mordido una ponzoñosa serpiente; y estando á punto de morir, le sanó con su oracion. Otra vez, estando un endemoniado en la iglesia un dia de domingo, y dando grandes gritos, y estorbando que no hiciesen oracion los que estaban en ella; san Gil mandó al mal espíritu que saliese de aquel cuerpo, y le dejase libre; y él obedeció. Por estos milagros se comenzó á divulgar la santidad de san Gil, y extenderse por toda Grecia su fama: y como él era verdaderamente humilde y deseoso de ser menospreciado, y no honrado de los hombres; por huir el aire popular y vano, se embarcó para ir á otras partes donde no fuese conocido, ni estimado. Levantóse en el mar una tormenta peligrosa: hizo san Gil oracion al Señor, y sosególa; y la gente que iba en el navío, le hizo gracias por ello, reconociendo que Dios los habia librado de aquel peligro por su intercesion. Al cabo de algunos dias el navío llegó á Francia: saltó en tierra san Gil, y fué á la ciudad de Arles, donde era obispo san Cesáreo, varon de grande doctrina y santidad. Estuvo en su compañía dos años con grande contentamiento de los dos; porque todo su trato y conversacion era de Dios, ó con Dios. Aquí sanó un enfermo que habia ya tres años que andaba muy fatigado de calenturas; y temiendo de ser por esto honrado, pasó el rio Ródano, y hallando en su ribera á un santo ermitaño, llamado Veredemio, se detuvo con él algunos dias, donde sanó á otro enfermo: y aquella tierra, que de suyo era estéril, con su oracion se tornó fértil y abundante. Por estos milagros comenzó Veredemio á estimar y reverenciar mas á san Gil; y él, que ninguna cosa huia mas que la honra, determinó dejarle y entrarse á la tierra mas adentro, y vivir apartado de los hombres, por estar mas seguro y mas apartado de sus alabanzas. Halló en aquella parte, donde el rio Ródano entra en el mar, un desierto retirado, y en él una grande espesura, con una cueva, y una clara y copiosa fuente de agua. Halló más una cierva, como enviada de la mano del Señor, para que con su leche le sustentase: hizo su morada en este lugar, viviendo con solo Dios. Sucedió que un dia el rey de Francia salió á caza hácia aquella parte, y los perros encontraron con la cierva: la cual se guareció con gran ligereza á la cueva de san Gil, y se echó á sus piés, como pidiéndole ayuda y favor en aquel peligro. Hizo oracion el santo por su huéspeda, y los perros no pudieron pasar adelante; antes dando grandes ladridos, se volvieron atrás para sus amos. Otro dia vino el rey con mas cazadores y mas gente al mismo puesto; y como los perros tampoco no osasen llegar adonde el santo estaba, un ballestero desatinadamente tiró una saeta: la cual por voluntad del Señor, fué á dar en el santo y malamente le hirió. Rompieron los cazadores el camino por medio de aquella espesura y arboleda hasta la cueva donde estaba san Gil: allí le hallaron vestido de monje, de anciano y venerable aspecto, puesto en oracion, sin moverse, ni turbarse, corriendo sangre de la herida que le habia hecho la saeta, y la cierva rendida á sus piés. Todo esto causó grande admiracion al rey, y á los que con él venian. Fuése luego á él: y conociendo que era varon santo, se echó á sus piés, y le pidió perdon, y dió órden que le curasen luego de aquella herida; aunque el santo lo resistió, deseando que le durase toda la vida, para padecer algun dolor y tener mas que merecer con ella. Comenzó con esta ocasion el rey á visitarle á menudo, y á ve-

nerar su santidad y ofrecerle muchos dones y riquezas, las cuales él no quiso recibir; antes aconsejó al rey que las gastase en edificar en aquel desierto un monasterio para religiosos que continuamente en sus oraciones le encomendasen á él y su reino á Dios. Hízose el monasterio, y san Gil tomó el cargo de él, con título de abad, por pura importunidad del mismo rey. Aquí vivió algunos años, y se ordenó de sacerdote, é hizo una vida de ángel, vestido de carne, aprovechando á todos, y convirtiendo muchos pecadores al servicio y amor del Señor: entre los cuales fué el mismo rey de Francia que salió de un pecado grave que había cometido, é hizo penitencia por la amonestacion y oracion de san Gil. Habiendo, pues, gobernado su monasterio religiosa y santamente algunos años, llegó el dichoso fin de sus dias, y Dios se lo reveló antes: y aparejándose para la partida de esta vida, dió su espíritu al Señor, y se fué á gozar de él el primero dia de setiembre. El año puntualmente no se sabe, sino que no puede ser el de 700, como algunos escriben, ni menos el de 720, como otros dicen; porque san Cesáreo, obispo de Arles, en cuya compañía vivió san Gil dos años, floreció en tiempo de Símaco, papa, y de Anastasio, emperador, siendo rey de Italia Teodorico, arriano, y de Francia Clodoveo, por los años del Señor de 500. La vida de san Gil escribió Fulberto, obispo carnotense, y de él hacen mencion los Martirologios, romano, el de Beda y Adon, y san Antonino, y Pedro de Natálibus.

Los santos doce hermanos, mártires. — El mismo dia que la Iglesia celebra la fiesta de san Gil, hace conmemoracion de doce hermanos, mártires: los cuales fueron africanos de nacion, naturales de una ciudad llamada en latin *Adrumetum*, que hoy dicen que se llama Sissa; aunque no falta quien la llame Toulb, y otros Macometa. Los nombres de estos valerosos guerreros del Señor fueron, Donato, Félix, Aconcio, Honorato, Fortunato, Sabiniano, Septimio, Januario, Félix II, Vital, Sátiro y Repósito. Eran de noble linaje, y todos bien enseñados en letras humanas y divinas. Fueron presos en Africa, y despues traidos á Italia á la ciudad de Benevento, en donde acabaron el curso de su glorioso martirio, aunque en diferentes dias, siendo emperador de Roma Valeriano: y antes de darles la muerte, los atormentaron con muchos y atroces tormentos. Escribió en verso heróico su martirio Alsano, arzobispo de Salerno, que está en el sétimo tomo de Surio. Tambien escribió de ellos Anastasio, bibliotecario, como lo dice Pedro Galesino en las anotaciones de su Martirologio; y el romano, y César Baronio en sus anotaciones hacen de ellos mencion.

* San Josué. — Fué hijo de Nun, de la tribu de Efrain. Dios lo escogió para gobernar el pueblo de Israel, viviendo aun Moisés, al cual sucedió 1451 años antes de Jesucristo. El divino legislador había conducido el pueblo de Dios hasta las orillas del Jordan, donde, segun los oráculos, debia terminar su ministerio y su vida, estando reservada á Josué la gloria de introducir los israelitas en la tierra prometida. Hasta allí había necesitado aquel pueblo de un legislador; ya le era preciso un general y un guerrero; pero un general que tuviese para sus soldados toda la ternura de un padre, y un guerrero que no faltase á las atenciones y á la vigilancia del legislador. Tal era Josué. Al principio de su gobierno, mandó emisarios á Jericó para examinar sus murallas y sus fuerzas de guerra, y luego que estuvo informado de esto, reunió su ejército y pasó con él el Jordan. Entonces fué cuando Dios suspendió el curso de las aguas, y el rio estuvo seco en una extension de dos leguas. Pocos dias despues de este milagro, hizo Josué circuncidar á todos los hijos varones, que habian nacido durante la travesía del desierto: mandó en seguida celebrar la pascua, y fué á poner sitio á Jericó. Conforme á la órden de Dios, dispuso que el ejército diese seis vueltas á la ciudad en seis dias consecutivos, acompañado de los sacerdotes y pontífices que llevaban el arca santa y tocaban incesantemente la trompeta. Al sétimo dia, y cuando se estaba dando la última vuelta, las murallas cayeron derribadas por sí mismas. En seguida fué tomada y saqueada la ciudad de Hai, y los gabaonitas, que temian igual suerte, hicieron alianza con Josué, valiéndose de una estratagema. Adonisedech, rey de Jerusalen, incomodado por esta alianza, se alió con otros cuatro reyes y marchó contra Gabaon; pero Josué los derrotó á todos juntos. Aquí fué donde tuvo lugar aquel célebre prodigio de pararse el sol en su carrera al mandato del ilustre caudillo. Sumisa la naturaleza á la voz de Josué, prolongó el dia por doce horas mas, ya fuese que el sol suspendiese realmente su curso, ó que la tierra, segun el sistema de su rotacion, quedase inmóvil, ó ya fuese que, por medio de una maravilla mucho mas sencilla, la luz emanada del sol permaneciese todo aquel tiempo sobre el horizonte. De este modo manifestó la divina Providencia á las naciones idólatras, la fuerza de su poder, y cuán absurdo era el culto que ellas seguian. Dios es el que ha establecido el órden constante del universo; y él es el que le suspende cuando quiere, para mostrar á los hombres que los mas grandes prodigios nada le cuestan; que es el árbitro universal de todas las criaturas, y que es absolutamente independiente de las leyes de la naturaleza, que le está sujeta como á su soberano Autor.

2 Prosiguiendo sus victorias, en el espacio de seis años se apoderó Josué de casi todas la ciudades de los cananeos. Las tierras conquistadas dis ribuyólas entre los vencedores, conforme el Señor se lo había ordenado; y despues de haber colocado el arca de la alianza en la ciudad de Silos, murió pacíficamente á la edad de ciento diez años, 1724 antes de Jesucristo, y el veinte y siete de su gobierno en el pueblo de Israel. La Iglesia honra hoy su memoria, y su nombre se halla colocado entre los santos del Martirologio romano. Entre los libros canónicos hay uno que se titula con su nombre, y que se cree fué escrito en hebreo por el mismo Josué.

SAN GEDEON.—Era hijo de Manasés. Fué el quinto juez de Israel, unos 1245 años antes de Jesucristo, y un ángel le anunció que el Señor lo habia escogido para ser el libertador de su pueblo. Gedeon, cuya humildad era extremada, y que por otra parte pensaba que aquel ángel era un hombre, necesitó ver algunos milagros para creer en la autenticidad de semejante mision. Habiendo hecho cocer un cabrito para ofrecerlo, el ángel le dijo que metiese la carne y pan sin levadura en un cesto, y el zumo en un jarro, que lo llevase en seguida todo al pié de una encina, y que derramase aquel zumo sobre la carne despues de haberla colocado sobre una piedra. El ángel tocó la piedra, y al momento salió de ella un fuego que consumió la carne y el pan. Habiendo despues extendido un vellocino al anochecer, al dia siguiente lo encontró Gedeon todo mojado del rocío, sin que lo estuviese la tierra de su rededor: la mañana siguiente sucedió lo contrario; la tierra se hallaba toda mojada y el vellocino enteramente seco. El nuevo libertador de Israel empezó su mision destruyendo de noche el altar de Baal. En seguida hizo tocar una trompeta, y vió en muy poco tiempo reunido á su rededor un ejército de treinta y dos mil hombres, el cual redujo por órden de Dios á trecientos, dando á cada uno de ellos por toda armadura un cántaro de barro, con una luz dentro de él, y un cuerno de carnero ó una trompeta. Durante la noche, Gedeon se adelantó hácia el enemigo con sus trecientos hombres que tenian órden de romper á un mismo tiempo sus cántaros y tocar sus trompetas, y espantados los enemigos con aquel ruido y la aparicion repentina de aquellas luces, creyeron que tenian que pelear con un ejército formidable. Desatentados y confundidos, se mataron unos á otros, y los que escaparon de aquella carnicería fueron á su vez derrotados por los vencedores, que los pasaron á cuchillo, quedando así libre la tierra de aquellos hombres malvados. A fin de que no pudiese haber equivocacion sobre el verdadero autor de la victoria, aquellos guerreros escogidos para libertar al pueblo de Dios, no eran los mas ricos ni los mas distinguidos por sus talentos ni por su experiencia. En todos aquellos acontecimientos que tenian lugar en el pueblo escogido, siempre se ve sola en todo la mano de Dios, empleando los medios mas débiles, mas despreciables en sí mismos, para que se conozca que únicamente es el Señor el que obra. Despues de aquella victoria, los israelitas quisieron dar la corona á Gedeon, y proclamarlo rey, ofreciéndole asimismo la sucesion al trono para su posteridad, pero él les contestó: Nó; ni yo ni mis hijos reinarémos nunca sobre vosotros: solo el Señor será vuestro rey. Continuó, pues, gobernando como juez con mucha sabiduría y equidad, y murió de una edad muy avanzada, el año 1239 antes de Jesucristo, dejando setenta hijos de muchas mujeres, además de Abimelech, que habia tenido de una concubina, y que mató á todos los demás.

SANTA ANA, PROFETISA.—Fué esposa de Elcana. Dios, movido por sus ruegos y oraciones, la prometió que seria madre, y efectivamente, un año despues parió á Samuel, el año 1153 antes de Jesucristo. Ana señaló su reconocimiento á tan gran beneficio por medio de un cántico de accion de gracias, lleno de ideas sublimes y magníficas de la divinidad, de su providencia y de su terrible y admirable justicia. Nada sabemos de su muerte, constándonos por los libros santos su santidad y eminentes virtudes. Créese que murió en Jerusalen.

SAN LUPO Ó LOPE, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en la diócesis de Orleans, y desde la infancia echó los cimientos de la eminente santidad á que debia llegar despues. Como otro Samuel, fué criado en el santuario y agregado desde muy temprano al clero de su diócesis. Profesaba particular devocion á los santos mártires, y con frecuencia visitaba sus sepulcros. Animado de su mismo espíritu, crucificaba su carne por medio de rigurosos ayunos, largas vigilias, y por la práctica de las mayores humillaciones. Sensible á la miseria de los que la sufrian, llevó la caridad á un punto inconcebible. En el año 609 fué elegido arzobispo de Sens, en Francia, cuyas funciones desempeñó con perfectísima exactitud, mostrando que puede conservarse la humildad entre las mas elevadas dignidades, y hermanar las funciones exteriores de los puestos encumbrados con el recogimiento y la soledad. La tranquilidad pública tuvo en Lupo un celoso defensor, y á pesar de los grandes bienes que hacia al estado, el rey Clotario, escuchando á los calumniadores, le desterró de su Iglesia, y le hizo conducir por un oficial pagano á la villa de Ausena. Cuando el santo llegó al lugar de su destierro, vió que aquellos pueblos prostituian un incienso sacrílego á los ídolos, y creyó que Dios le habia enviado allí para emprender su conversion. Sus discursos sostenidos por milagros y santos ejemplos, obraron admirables frutos, recibiendo el bautismo de su mano multitud de paganos. Pasado algun tiempo, los habitantes de Sens solicitaron de la corte el regreso de su venerable pastor, y Clotario, que habia ya reconocido su error, llamó al santo, y postrándose á sus piés, le pidió perdon por su injusticia, y le dejó volver á su Iglesia colmado de beneficios. Lupo no quiso vengarse de sus enemigos; al contrario, buscó siempre ocasion para corresponderles con beneficios, y despues de una vida santa, murió en paz el dia 1 de setiembre del año 623.

SAN SIXTO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué discípulo del apóstol san Pedro, segun san Gerónimo, que le consagró obispo, y le envió á Rheims de Francia. Despues de haber propagado el Evangelio en aquellas comarcas, recibió la corona del martirio y el premio de la vida eterna en tiempo del emperador Neron.

SAN AMON, Y CUARENTA VÍRGENES, MÁRTIRES.—Amon era diácono y con sus exhortaciones y ejemplos habia convertido á la fé de Jesucristo á las vírgenes que despues alcanzaron con él la palma del martirio. Estas santas eran todas naturales de Adrianópolis, y por haber dado oidos á las palabras del ilustre diácono, fueron con

él metidas en la cárcel, donde sufrieron horribles suplicios. Despues de esto, fueron llevadas tambien en compañía de Amon á la presencia del tirano Licinio. Sus cuerpos estaban ya desfigurados por los tormentos que habian sufrido en la cárcel; pero su valor y su constancia llenó de despecho al tirano, que mandó que en seguida ocho de aquellas santas vírgenes fuesen degolladas con Amon, diez atravesadas con clavos, otras diez quemadas en una hoguera; seis despedazadas, y las demás sofocadas cruelmente, entrándoles un hierro candente por las fauces. Así acabaron todos aquellos santos su glorioso martirio, el año 316, segun Baronio.

San Prisco, mártir. —Fué uno de los setenta discípulos de Jesucristo, y habiendo venido en compañía del príncipe de los apóstoles á Occidente, fué enviado por el mismo san Pedro á Capua, de cuya ciudad, aseguran algunos, que fué primer obispo, y la cual consagró con su sangre, muriendo mártir en tiempo de Neron.

San Terenciano, obispo y mártir. —Fué discípulo de los apóstoles, y consagrado por ellos obispo de Todi, en la Umbría. Despues de haber convertido muchos infieles á Jesucristo, y sembrado abundantes mieses en el campo de la Iglesia, en tiempo del emperador Adriano y del procónsul Peciano fué preso, atormentado en el potro y con escorpiones, le cortaron la lengua y le degollaron en la misma ciudad, el dia 1 de setiembre del año 138. Los fieles recogieron sus reliquias y les dieron sepultura, y fueron en todos tiempos prenda de muchos milagros.

Los santos Vicente y Leto, mártires. —Son tan varias, tan confusas y contradictorias las noticias que hemos encontrado de estos santos, que no podemos formar con ellas ningun cálculo prudente. Autores respetables dicen que fueron franceses; que Vicente fué obispo, y Leto presbítero; que fueron dos apóstoles de todo el Occidente, y que murieron martirizados, en cuya última circunstancia todos los escritores convienen. Otros aseguran que nacieron en la ciudad de Toledo; que no tuvieron nunca ninguna órden sagrada, y que sufrieron martirio en su misma patria en el siglo III ó IV. Lo cierto es que el antiguo breviario mozárabe tiene rezo propio de estos santos, sin que tampoco se aclare en él muy decididamente que son españoles.

San Prisco, obispo, y sus compañeros los santos Castrense, Támaro, Rosio, Eraclio, Secundino, Adjutorio, Marcos, Augusto, Elpidio, Canion, y Vindonio, confesores. —Todos estos santos pertenecian al número de aquellos santos sacerdotes que en la persecucion de los vándalos, por defender la fé católica fueron bárbaramente atormentados, y despues, metidos en un barco viejo, fueron echados del Africa, y arribaron milagrosamente á las riberas de la Campaña de Italia. Esparciéndose luego por todo aquel país, Prisco fué consagrado obispo de Capua, y otros de ellos fueron tambien elegidos para gobernar varias Iglesias, de modo que fueron los propagadores de la religion cristiana durante el siglo V.

San Régulo, obispo y mártir. —Fué obispo de Africa y defendió con tanto zelo la fé católica contra los arrianos, que lo echaron violentamente de su diócesis. Fuése, pues, á Italia con dos compañeros, y llegando á Populonio, en la Toscana, llamado hoy *Porto Baratto*, fué preso por órden del rey de los godos Totila, y sacrificado por no quererse prestar á las sacrílegas exigencias de los bárbaros. Su muerte la colocan los bolandistas en el año 542.

Santa Ana, profetisa. —Fué de la tribu de Aser, é hija de Fanuel. Como estaba dedicada al servicio del templo, hallóse en él cuando fué presentado el niño Jesus, y fué á purificarse aquella Madre sin mancilla. Cediendo entonces Ana á los vivos trasportes de su alegría, y á la admiracion que le causaba la humildad del Hijo y de la Madre, anunció al mundo juntamente con el anciano Simeon las maravillas del Mesías. El evangelista san Lucas en su cap. 2, ver. 36 y siguientes, habla de esta santa con particular elogio, y dice entre otras cosas que era viuda, que no se apartaba nunca del templo, que con sus ayunos y oraciones le servia de noche y de dia, y que al llegar la hora de ver al Salvador, prorumpió en alabanzas al Señor, hablando de él á todos los que esperaban la salud y la redencion de Israel.

San Victorio, obispo y confesor. —Floreció en el siglo V, y gobernó la Iglesia de Mans, por espacio de cuarenta años, siendo atestiguada su santidad por muchos milagros obrados antes y despues de su muerte. Entre otros, se cuenta que con la señal de la cruz apagó un incendio que causaba grandes estragos en la ciudad de Mans, y que amenazaba destruirla. Ignoramos el año en que murió, aunque algunos creen que fué el 490.

San Constancio, obispo y confesor. —Gobernó la Iglesia de Aquino, ciudad de Italia, con prudencia y santidad, fué insigne en milagros, particularmente en el don de profecía, dejó varios monumentos de su piedad en las iglesias y hospicios que hizo construir, y despues de haber sido el padre de los pobres, el promovedor de la pureza en la disciplina eclesiástica, y el modelo de todas las virtudes, murió santamente el dia 1 de setiembre del año 573. San Gregorio habla de él, proponiéndole por modelo á todos los pastores cristianos.

Santa Verena, vírgen. —Nació en Tebas, donde fué bautizada por un venerable obispo que poco despues fué coronado con la corona del martirio. Para escapar de los estragos de la persecucion, huyó esta santa con otros cristianos al Egipto; pero encontrando tambien aquí ardiente el odio contra los cristianos, se marchó con sus compañeros á Italia. Llegada á Milan, y deseando ofrecerse en hostia viva á su celestial esposo, empezó á visitar las casas y cárceles donde se hallaban detenidos los fieles, en cuyas ocupaciones pasó algunos años, hasta que sabiendo que habia sido sacrificada al furor pagano toda la legion tebana en la cual tenia parientes y amigos, encendiéndose en santo zelo, se fué á Constanza, en la Helvecia, y se retiró á un lugar solitario, haciendo continua oracion y penitencia, á fin de prepararse

para el martirio. Pero el Señor la tenia reservado otro destino. Al cabo de un año de estar en aquel sitio, la fama de su eminente santidad se habia ya divulgado por todas partes, y la mansion de la santa era continuamente visitada por una infinidad de personas que iban á oir sus discursos, y se volvian convertidos á la fé. El gobernador de aquel país, que era pagano, la metió un dia en la cárcel, en la cual la visitó de noche el mártir san Mauricio, consolándola y anunciándole su libertad. Efectivamente, al dia siguiente le acometió al gobernador una enfermedad mortal, de que sanó al momento por intercesion de la santa, y la dejó en libertad. Volvióse, pues, á su retiro, donde vivió por muchos años en compañía de otras santas vírgenes, que la tenian por maestra y superiora, hasta que el Señor la llamó á gozar de las eternas recompensas el dia 1 de setiembre del año 300, poco mas ó menos. Un antiguo Martirologio dice que poco antes de morir se le apareció la Reina de los cielos, acompañada de un coro de vírgenes, que la acompañaron en su dichoso tránsito.

SAN FIRMINO, OBISPO Y CONFESOR. — Fué tercer obispo de Amiens. Floreció á mediados del siglo IV, y gobernó con gran zelo y santidad su Iglesia por espacio de cuarenta años.

Dia 2.

* SAN ESTÉVAN, REY DE HUNGRÍA, CONFESOR. — Véase el dia 20 de agosto, donde se insertó su vida, si bien la Iglesia hace conmemoracion de él en este dia.

SAN JUSTO, OBISPO Y CONFESOR. — Ignoramos el año y el lugar del nacimiento de este santo: sus virtudes le dieron tal celebridad siendo diácono de la Iglesia de Viena, en Francia, que por los años 350 fué elegido y consagrado obispo de Lyon. Su conducta en tan elevado puesto acreditó que Justo solo temia á Dios y nada esperaba mas que de él. Superior á toda consideracion humana, no veia mas que las necesidades de los que le estaban encomendados. Distinguíase por una paciencia á toda prueba, y por una zelosa libertad contra los abusos de todo género. Asistió con otros dos obispos de las Galias al concilio de Aquileya, en 381, bajo el imperio de Graciano, congregado para tratar los asuntos de los arrianos. San Ambrosio que era el alma de esta asamblea tenia en tanta estima al arzobispo de Lyon, que despues le escribió dos célebres cartas relativas á varios puntos de la santa Escritura. Poco tiempo despues del concilio de Aquileya, Justo disgustado del mundo y suspirando por el retiro y la penitencia, dejó secretamente sus ovejas, se dirigió á Marsella, y en compañía de un lector de su Iglesia, llamado Viador, se embarcó para Alejandría, y se retiró á un monasterio del Egipto, sin darse á conocer. Pasados algunos años fué descubierto en la soledad por uno de sus diocesanos: toda la comunidad quedó sorprendida del suceso, y la Iglesia de Lyon así que lo supo, comisionó á un sacerdote, llamado Antíoco, para rogar al santo volviese á la direccion de su rebaño, á lo cual no quiso nunca consentir. Por los años 390 murió el venerable obispo en los brazos de Antíoco que no habia querido dejarlo. Su cuerpo fué despues trasladado á Lyon, y su nombre, ilustre en muchos milagros, fué colocado en el número de los santos.

SAN ANTOLIN Ó ANTONINO, MÁRTIR. — Este santo descendiente, segun algunos, de los reyes visigodos, y segun otros, de la Galia Narbonense, fué convertido á la fé y bautizado en su infancia, y promovido despues al sacerdocio. Los que le suponen nacido en las Galias, dicen que fué agregado á la Iglesia de Tolosa, ó á la de Narbona, ó á la de Arles, de donde pasó á la ciudad de Pamiers en el Languedoc, habitada en gran parte por idólatras, á predicar el Evangelio; y que allí despues de padecer muchos trabajos en el ejercicio del ministerio apostólico, alcanzó la palma del martirio. Algunos, segun Villanueva, confunden á este santo con otro del mismo nombre que se cree fué compañero de san Dionisio, obispo de París, y enviado por él á Arles. Otros suponen que floreció y murió en la ciudad de Apamea, en Siria, donde en el siglo V habia ya un templo dedicado á san Antonino, mártir. El Martirologio romano dice que las reliquias de este santo se conservan con gran veneracion en la Iglesia de Palencia, en España, y el autor citado cuenta de este modo el orígen del culto de este santo en la sobredicha diócesis. Se cree, dice, que motivó á él un milagro obrado allí con el rey don Sancho el Mayor, el cual refiere el arzobispo don Rodrigo de esta manera: «El rey don Sancho de Castilla y de Navarra, despues que vió ensanchada su tierra, puso paz y sosiego entre sus hijos, y movió guerra contra el rey don Bermudo de Leon. Y ganó muchos lugares del reino de Leon. Y acaeció que un dia este rey don Sancho, andando á caza por tomar placer, halló un jabalí y comenzó á ir en pos de él, y el puerco se metió en un lugar yermo, que fué despoblado en tiempo de los moros, y aun entonces lo estaba, que es donde está ahora Palencia. Y el puerco enderezó por una cueva adelante, y el rey bajó del caballo, y entró tras él, y halló aquella cueva, que era como iglesia, y dentro de ella habia un altar, y en él una inscripcion, que decia así: Este altar es de san Antolin, mártir. El jabalí se metió cerca del altar, y el rey disparó un venablo para herir al jabalí, y hirió Dios al rey. El jabalí escapó, y al rey se le secó el brazo, y cuando se sintió tan mal parado volvió á hacer oracion y á rogar con gran fervor á san Antolin, y luego fué curado, y salió de allí luego, y mandó que hiciesen allí la ciudad como antes, y le puso por nombre Palencia, y mandó hacer la iglesia catedral sobre aquella cueva, y le puso por nombre San Antolin, y al papa pidió tuviese por bien que fuese obispado y que le diese obispo. Y dió á la Iglesia la ciudad libre y cumplidamente con todos sus términos para siempre, y así la tiene hoy dia.» Hasta aquí el arzobispo Rodrigo. Tambien contribuyó al culto de este santo en España, añade Villanueva, la fundacion de un monasterio de San Benito que á la ribera del Ezla, en el lugar de

San Lorenzo, cerca de Coyanza, erigió con la invocacion de San Antolin la condesa doña Sancha, hija del conde Nuño Fernandez, muy señalada bienhechora de la Iglesia de Leon. Para dar mayor culto al glorioso mártir, hizo que de Panniers se trajesen á aquel monasterio algunas reliquias suyas, que desde entonces se conservan con grandísima veneracion.

SANTA MÁXIMA Y SAN ANSANO, MÁRTIRES. — San Ansano era un noble ciudadano romano que habia sido instruido en la fé y bautizado por el presbítero san Protasio y le habia sido madrina en el sacramento de la regeneracion la vírgen Máxima, tambien romana. Poco tiempo despues Máxima y Ansano fueron delatados al emperador Diocleciano, que mandó prenderlos y apalearlos tan bárbaramente que murieron en medio de aquellos golpes. Natal Alejandro dice que mientras eran conducidos al suplicio encontraron en el camino un hombre ciego, al cual por la virtud de Dios restituyeron la vista, y que su martirio fué el año 302.

LOS SANTOS ZENON, CONCORDIO, TEODORO, Y OTROS, MÁRTIRES. — El primero era padre de los dos segundos. Cuando el emperador Juliano el Apóstata estuvo en la ciudad de Nicomedia, excedió su ferocidad contra los cristianos á cuanto habian hecho los antiguos tiranos. Un dia mandó llamar á su presencia á un personaje principal de aquel país, llamado Zenon, hombre sabio y elevado á altas dignidades, y habiéndole preguntado si era cristiano y si tenia hijos, y habiéndole contestado afirmativamente el siervo de Dios á ambas preguntas, mandó el emperador que viniesen tambien los hijos, y á ellos y al padre los entregó á un tal Constancio para que los castigase si no ofrecian incienso á los ídolos. Los tres fueron puestos en la cárcel pública, de donde salieron despues casi muertos de hambre, para sufrir una porcion de tormentos cuya relacion hace estremecer. Permanecieron siempre constantes en su primera confesion, hasta que á fuerza de dolores y padecimientos, entregaron su alma á Dios. Con ellos murieron tambien otros muchos santos que se habian animado á vista de la constancia y valor de Zenon y sus dos hijos.

LOS SANTOS DIOMEDES, JULIAN, FELIPE, EUTIQUIANO, ESIQUIO, LEONIDES, FILADELFO, MENALIPO, Y PANTÁGAPES, MÁRTIRES. — Nada mas sabemos de estos santos que lo que dice el Martirologio romano, esto es, que llegaron á la corona del martirio, unos quemados, otros ahogados, otros pasados con espada, y otros crucificados.

LOS SANTOS EVODIO, HERMÓGENES, Y CALISTA, HERMANOS Y MÁRTIRES. — Tampoco sabemos nada de estos santos, por haberse perdido las actas de su martirio.

SAN ELPIDIO, OBISPO Y CONFESOR. — Fué obispo de Lyon, y floreció en santidad y sabiduría y en el don de milagros. Fué un verdadero pastor de su pueblo, y descansó en el Señor en la misma ciudad, á mediados del siglo V. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de los Siete Hermanos Macabeos, al lado de su predecesor san Justo.

SAN ELPIDIO, ABAD Y CONFESOR. — Segun Natal fué este santo oriundo de Capadocia, y habiendo pasado á Italia, se retiró á un desierto, donde permaneció veinte y cinco años, no comiendo mas que los jueves y domingos. Despues, habiéndose hecho pública la fama de su santidad, se le reunieron varias personas piadosas que querian vivir bajo su direccion, las cuales condujo por los caminos de la virtud, hasta que murió á 2 de setiembre del año 418. Su cuerpo fué enterrado en un pueblo de la Marca de Ancona, que despues tomó el nombre del santo.

SAN NONOSO, ABAD Y CONFESOR. — Fué insigne en humildad y en santos fervores por todo lo que atañe al servicio de Dios. Vivió en el monasterio del monte Soracte, donde tambien murió á mediados del siglo VI. El Martirologio romano dice que con sus oraciones trasladó de un lugar á otro un peñasco grandísimo, y floreció con otros milagros.

SAN MAWS, CONFESOR. — Fué un fervoroso monje irlandés. La tradicion le pinta como maestro de escuela, y segun se dice en el lugar de su nombre, fué hecho obispo en Bretaña.

SAN GUILLERMO, OBISPO DE ROSCHILD, CONFESOR. — Fué un presbítero inglés de eminente celo y santidad, y capellan del rey Canuto. En 1067 fué enterrado en el mismo sitio que el rey su amigo.

LA BEATA MARGARITA, VÍRGEN Y MÁRTIR. — Nació en Lovaina de Bravante. Fué martirizada en las riberas del Dyle ó Deel por ciertos rufianes de las cercanías en el siglo XIII, por no haber querido consentir en el pecado.

Dia 3.

SANTA SERAPIA, VÍRGEN Y MÁRTIR. — Era tanta la ira con que fueron los cristianos perseguidos, y tanto el furor de los tormentos que en tiempo del emperador Adriano se inventaron, que á los mas valerosos capitanes podian hacer temblar, y volver la espalda al rigor, si no se armaran con el escudo inexpugnable de la fé, por quien padecian. En este tiempo, pues, y en esta persecucion se hallaba la gloriosa santa Serapia, noble ciudadana antioquena, en casa y compañía de una nobilísima señora romana, llamada Sabina. Era Serapia cristiana, y Sabina gentil; pero la dulzura de la conversacion de Serapia era tal, que por ella se convirtió Sabina á nuestra santa fé, y fué mártir gloriosísima, dando por Cristo la vida el mismo dia que su maestra Serapia. El presidente de Roma era Berilo: llegó á su noticia como Serapia cristiana estaba en casa de Sabina; y aunque para otro cualquiera delito que hubiese cometido, le seria sagrado casa tan noble y principal; el delito de ser cristiana (que para aquellos tiranos lo era, y el mayor) no tenia seguridad, ni sagrado alguno; porque, aunque fuera en el palacio del mismo emperador, podian prenderlos: y así Berilo envió una gran chusma de ministros suyos, para que, sin mirar al respeto debido á la casa de Sabina, tanto por su gran nobleza, cuanto por haber sido mujer de

Valentino, uno de los primeros príncipes de Roma, le trajesen presa á Serapia. Prendiéronla los crueles ministros; pero la gloriosa santa Sabina no se pudo contener, sin dejar de seguir á su querida maestra; y así llegaron á un tiempo al tribunal de Berilo la maestra y la discípula: aquella, presa de los tiranos; y esta, del divino amor. Viendo Berilo á Sabina, que acompañaba á Serapia; aunque bárbaro fiero, tuvo tanto respeto á Sabina, no juzgando fuese cristiana, que al punto dió libertad á Serapia, y permiso para que Sabina se la volviese á llevar á su casa, como lo hizo.

2 Vueltas las dos santas á su casa, la gloriosa vírgen Serapia, encendida en el amor de su esposo Jesucristo, y deseosa de padecer por él, quería volverse con los soldados que las habian acompañado, y viendo se lo estorbaba Sabina, su discípula, la habló de esta manera: Señora y madre de mi vida, permite que me vaya con estos ministros: no me quites la preciosa é inestimable corona del martirio, que si no fuera por el debido honor y respeto que el presidente te ha tenido, adornaria ya mis sienes. Tú haz oracion, y confía en nuestro Señor Jesucristo, que te será esposo, padre y maestro, suplicando aquello que mi corta capacidad no ha alcanzado á enseñarte. Yo creo, y tengo gran confianza en mi divino esposo Jesus, que, aunque soy indigna y pecadora, me ha de recibir por su esclava; pues como tal me quisiera sacrificar por medio del martirio, confesando su santo nombre, y defendiendo su fé divina. En estas amorosas súplicas, y en continua oracion permaneció Serapia tres dias continuos, al fin de los cuales, volviéndose el presidente á acordar de Serapia, arrepentido de haberla perdonado, mandó prevenir su tribunal cerca del puente del Tiber sobre el arco de Albino, lugar dedicado para hacer justicia: y puesto en él, ordenó á sus ministros, que sin atender al respeto debido á Sabina, le trajesen allí presa á Serapia. Hiciéronlo así: pero santa Sabina no pudo dejar de seguir, como el acero al iman, á su amada maestra Serapia, por ver si podria librarla y sacarla de las manos de los tiranos. Pero viendo que no podia; vuelta al presidente, con un furor piadosamente católico, sin reparar en ser descubierta por cristiana, le dijo: Can rabioso, impío y cruel tirano, advierte bien y repara en que si haces la menor injuria á la santa vírgen de Dios, y señora mia Serapia, ha de ser para mayor daño tuyo; porque te advierto, si no lo sabes, que Cristo Dios nuestro, que á todo está presente, tiene la espada de la divina justicia en la mano, para castigar á tí y á tus crueles emperadores con penas sempiternas, por las injurias y tiranas sinrazones de que usais con los que sirven á Dios vivo, ejecutando en ellos vuestra infame saña y rigor, con inauditos tormentos. Con esto, llorando tiernamente, se fué á su casa, sin que el dolor la diese lugar á pronunciar mas palabras. Pero dejémosla en su casa, y envuelta en tiernas lágrimas, á la generosa y piadosa Sabina; que su vida y martirio tiene su lugar y dia propio, y prosigamos nuestra historia.

3 Al punto, pues, que se partió Sabina, vuelto Berilo á la vírgen Serapia, la dijo: Sacrifica á los dioses inmortales, á imitacion de nuestros augustos emperadores. Serapia respondió: Yo tomo y adoro á Dios omnipotente, que hizo el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos: esos, que tú me mandas adorar, no son dioses, sino demonios; y á mí, que soy cristiana, no me es lícito adorar sino es á Jesucristo. Entonces dijo el presidente: Pues llega, y sacrifica á tu Cristo. Yo (dijo la santa vírgen) cada dia le ofrezco sacrificios, y le adoro, y hago oracion dia y noche. El presidente, como haciendo burla, dijo: ¿Dónde está el templo de Cristo, y qué sacrificio es el que le ofreces? Serapia respondió: Este es el sacrificio mas acepto y agradable á mi Dios, que pura y limpia, vírgen y casta le ofrezca mi corazon, sin mas cuidados que el de solicitar que otros se le rindan y adoren. ¿Esto es (dijo riéndose Berilo) el templo y sacrificio de tu Cristo? Respondió Serapia: No hay cosa mejor en el mundo, que conocer al verdadero Dios, y, viviendo casta y piadosamente, servirle. Berilo dijo: Segun eso, tú eres el templo de tu Cristo, como dices. Serapia respondió: Si confiada en su auxilio y misericordia, me conservare casta y pura, te digo de verdad que soy templo de Dios vivo; porque dice la sagrada Escritura: «Vosotros sois templo de Dios vivo, y el Espíritu santo habita en vosotros.» Luego, si fueres violada, (dijo el presidente) perdiendo la virginidad, dejarás de ser templo de tu Dios. Serapia respondió: Si alguno violare el templo de Dios, le destruirá. Berilo, que no entendia estas sentencias, la mandó entregar á dos mancebos egipcios, con órden de que la encerrasen con ellos toda la noche siguiente, para que á su salvo la violasen y gozasen.

4 Los deshonestos y lascivos mancebos, que no deseaban otra cosa, la llevaron á un oscuro aposento, y allí encerrados los tres, se puso en oracion la bendita vírgen, diciendo así á su esposo Jesus: A tí te invoco, señor mio Jesucristo: pues, como esposo á quien tengo dedicada mi pureza y virginidad, te toca guardarla, pues eres el verdadero custodio mio y mi conservador: á tí te invoco, Señor mio Jesucristo, que eres verdadera luz y alegría sempiterna: tú, que cerradas las puertas visitaste y confortaste á tus santos apóstoles, cuando estaban en la tenebrosa cárcel; ruégote, Señor, humildemente me asistas y tengas piedad de mí, tu esclava Serapia, y me libres del impuro y lascivo deseo de estos dos mancebos: pierdan, Señor, la luz de sus ojos, para que no puedan tocar á tu humilde esclava que en tí confia, ni contaminar mi cuerpo á tí consagrado: avergüéncense, Señor, de su misma deshonestidad, y no permitas que me manchen; antes, Señor, llévame para tí: asiste tambien, Señor, á tu esclava Sabina: confírmala con tu virtud y poder, buen Jesus; no se burle de ella el cruel enemigo del linaje humano: mira, Señor, que por tu santo nombre ha sufrido muchas cosas por mi causa: Señor mio Jesucristo, óyeme tú, que eres bendito y glorioso con el Padre y el Espíritu santo, por los siglos de los siglos. Amen.

5 Apenas acabó esta humilde y devota oracion, cuando se oyó un gran ruido, y terremoto tal, que sonó por toda la ciudad; y aquellos dos lascivos jóvenes cayeron en tierra medio muertos, y quedaron sin sentido ni operacion vital alguna, cuando juzgaron violar la castísima doncella: la cual reconocida al divino favor, dió gracias á su amante esposo Jesus, y se estuvo en oracion, regalándose con él toda la noche. Apenas amaneció, cuando envió sus ministros el presidente, á que supiesen de aquellos dos mozos, si habian saciado bien sus libidinosos deseos. Entraron los ministros, y hallaron á la santa vírgen puesta en oracion, y á los jóvenes tendidos en tierra como muertos, sin fuerzas para hablar ni levantarse; solo tenian los ojos abiertos. Llegóse gran concurso á ver el espectáculo; y el presidente noticioso del caso, hizo parar su tribunal y traer allí á Serapia, y puesta en su presencia, la dijo: Y pues, Serapia, ¿cómo has pasado la noche? ¿Has cumplido bien tus deseos libidinosos; ó te queda algun incendio? A palabras tan deshonestas respondió la santa vírgen: Tú hablas segun tu perverso juicio, ocupado y poseido del demonio: lo que te sé decir es, que ni he oido á los mancebos, ni sé si han estado conmigo. ¿Pues nó han estado contigo toda esta noche? Solo conmigo ha estado (respondió Serapia) aquel de quien yo soy, y me quiere para sí. ¿Quién es ese? (dijo el presidente). Mi custodio y conservador, y mi Señor Jesucristo (respondió la santa vírgen). No gastemos el tiempo (dijo Berilo): dime, de qué encantamientos has usado contra aquellos pobres mozos, que así los has muerto? A nosotros los cristianos (dijo Serapia) no nos es lícito como á vosotros usar de maleficios; antes nuestro Señor Jesucristo vuelve á la vida á los que vosotros la quitais con ellos. Supuesto (dijo Berilo) que tu Cristo vence los encantos todos, invócale para que vuelva la vida á aquellos dos míseros jóvenes, para que sepamos de ellos, qué han hecho contigo toda la noche; porque yo estoy cierto que con tus hechizos los has puesto así para que no digan tus deshonestidades. Mi Dios, de quien yo soy humilde esclava (dijo Serapia), todopoderoso es; á él nada hay imposible. Haz, pues (dijo Berilo), que vuelvan esos pobres jóvenes y hablen. Tú juzgas (dijo Serapia) que yo soy maga y hechicera; pero te digo de verdad, que todos mis encantos se reducen á hacer oracion á mi Señor Jesucristo. Sea como tú quieres (dijo el presidente): tú haz que hablen los dos mozos; que no deseo otra cosa por ahora: y así vé al lugar donde están, y allí haz oracion á tu Dios. Nada importa (dijo la santa) que yo vaya allá, ó nó; antes será mejor los mandes traer aquí, para que ninguno como tú, juzgue mal de la virtud que mi Dios da á sus siervos.

6 Trajeron allí á los dos mancebos, tan sin mover pié ni mano, ni algun otro de sus miembros, que todos los juzgaban por muertos; y el presidente viéndolos dijo: Ea, Serapia, ruega á tu Dios por la salud y vida de estos. Levantó Serapia los ojos al cielo, y dijo: Señor Dios omnipotente, que hiciste el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, y por tus santos apóstoles resucitaste los muertos, sanaste los leprosos, é hiciste otros innumerables milagros; oye, Señor, á esta tu esclava que en tí confia: no disimules, Señor, por este infeliz incrédulo: sana, Señor, á estos dos mancebos, para que quede confundido este soberbio, y para que él y todos conozcan que tú solo eres Dios. Hecha esta oracion, se llegó á los mancebos, y les dijo: En el nombre de nuestro Señor Jesucristo os mando que os pongais en pié, sanos y buenos. Al instante se levantaron y hablaron. Admirado todo el pueblo del prodigio; solo el presidente protervo dijo: ¿Nó reparais como no pudo usar de su arte mágica, sino es tocándolos? Y vuelto á los jóvenes, dijo: Decidme, ¿de qué manera esta encantadora os privó de la razon y uso de vuestros miembros? Y ellos respondieron: Señor, al punto que nos encerraron con ella, segun el órden de vuestra alteza, vino un mancebo de perfecta y maravillosa forma, despidiendo de sí rayos como un sol hermoso, y se puso en medio de nosotros, y esta doncella: nosotros, pasmados de ver hermosura tanta, quedamos sin sentido, desmayados, y mas muertos que vivos; y así hemos estado desde aquella hora hasta este punto: y así una de dos, Señor, ó ella sabe la arte mágica, ó su Dios es verdaderamente grande. Volvióse el presidente á la gloriosa vírgen, y dijo: Serapia, si me dices cómo has hecho este encantamiento, te empeño mi palabra de darte por libre. Serapia respondió: Yo siempre aborrecí las maldades; porque sé que todos los cristianos, invocando el nombre de Cristo, desharán cuantos encantos hay en el mundo, sin que haya alguno que les dañe. Yo conoceré (dijo Berilo) si hay alguna fuerza en tus encantos: si no sacrificares á los dioses, te cortaré la cabeza. Haz tu gusto (dijo Serapia); que yo no sacrifico á los demonios, ni hago la voluntad de tu padre Satanás, porque soy cristiana.

7 Con estas palabras se acabó de encender el furor de Berilo; y así mandó que pusiesen á los dos costados de la santa vírgen dos hachas encendidas, para que la abrasasen y consumiesen, como él se abrasaba y consumia: pero al instante se apagaron por la virtud divina; y los que las aplicaban, cayeron muertos. La gloriosa vírgen, volviendo al cielo los ojos, dijo: Señor mio Jesucristo, avergüéncense ya tus enemigos: sean, Señor, confundidos, para que te conozcan, y adoren por su Dios y Señor. El presidente la dijo: Sacrifica á los dioses, para que no mueras. Serapia respondió: Por esa misma causa no sacrifico á los demonios para no morir. Berilo la dijo: Oye, hechicera, encantadora, asesina, los preceptos de los emperadores, y sacrificando á los dioses inmortales, te librarás de crueles tormentos y de la muerte. Vosotros (dijo Serapia) sois los hechiceros, encantadores y asesinos, que negais la adoracion al Dios vivo y verdadero, y la dais á los demonios, para perecer con ellos eternamente. Yo me ofrezco á mí misma en sacrificio á mi Dios y Señor Jesucristo, á quien suplico se digne de recibirme, que, aunque indigna pecadora, soy

cristiana. Mandóla el presidente dar crueles palos, y sucedió mientras la herian un gran terremoto; y saltando una astilla de un palo de aquellos con que herian á la inocente vírgen, le dió al presidente en un ojo, de cuyo golpe se estuvo abrasado de dolores del infierno por espacio de tres dias, y cegó: y abrasado del dolor del golpe, y enfurecido, pronunció esta sentencia: A Serapia, no solo porque no obedece á nuestros emperadores, sino tambien por haberla cogido en mil hechicerías y encantos, la mandamos cortar la cabeza. Al instante los crueles verdugos ejecutaron la sentencia: con que la invencible y gloriosísima vírgen Serapia dió su garganta bella al cuchillo, y la hermosísima alma á su Criador, para que le diese las merecidas coronas de vírgen y mártir. La ilustrísima Sabina tomó su glorioso cuerpo, y con solemnísimas exequias colocó aquel tesoro y margarita preciosa en un sepulcro, que para sí tenia labrado, con hermosura y riqueza; y despues tuvo por maestra en el martirio, á quien lo habia sido en la fé. Padeció la gloriosa vírgen Serapia á los 29 de agosto por los años del Señor de 122; pero la Iglesia hace su memoria y fiesta á los 3 de setiembre, que es el dia en que se colocaron juntos los santos cuerpos de las dos gloriosísimas mártires, discípula y maestra, Sabina y Serapia, y este dia es mas célebre en Roma. Escribieron la vida de santa Serapia Beda; Usuardo; y Adon, con la de santa Sabina; Surio, tomo V; Vincencio Burgundio, tomo IV, *Specul. major.*; el Martirologio romano; Baronio en sus anotaciones, y en el tomo II de sus Anales, núm. 2, y otros.

* San Mansueto, obispo y confesor.—Fué escocés de nacimiento, y floreció durante el imperio de Constante, hijo de Constantino el Grande. Su zelo y las fatigas apostólicas á que se sujetó para propagar la pureza de la vida evangélica de todas las Galias, le hicieron amable á Dios y á los hombres, y fué elegido y consagrado primer obispo de Toul, cuya Iglesia habia engendrado en Jesucristo. Despues de algunos años de un pontificado resplandeciente en virtudes y milagros, murió santamente en medio de sus ovejas.

San Simeon Stilita, llamado el Jóven, penitente.—Nació en Antioquía en 521, y desde su infancia se retiró al monasterio, llamado «Montaña admirable,» situado en los desiertos de Siria. Estuvo algunos años sirviendo á un religioso del mismo monasterio, que hacia penitencia sobre una columna no lejos de la comunidad, y se dedicó con todo su corazon á ser fiel imitador de sus virtudes. Un dia que encontró un leopardo, lo condujo al pié de la columna de su maestro con tanta facilidad, como si hubiese sido un animal doméstico, y al ver el ermitaño aquella fiera que con tanta sumision obedecia á la voz de un niño, concibió las mas altas esperanzas de su discípulo. Pasado algun tiempo, le mandó que viviese tambien sobre una columna, á cuya disposicion se conformó desde luego Simeon como si hubiese sido el cielo quien se la diera. En ella vivió por espacio de sesenta y ocho años, entregado á una continua contemplacion y á las austeridades de la mas rigurosa penitencia. El Señor manifestó la santidad de su siervo por medio de un gran número de milagros que tuvieron por principal objeto la curacion de todo género de enfermedad. Fué tambien famoso en el don de profecía, y un autor contemporáneo del santo, dice, que leia los secretos del corazon de los que iban á consultarle acerca de la salvacion de su alma. La fama de sus virtudes corrió por todas partes: era venerado en todo el universo, y respetado principalmente por los emperadores Mauricio y Justino. A éste último le escribió una carta sobre el culto de las santas imágenes, que es citada por san Juan Damasceno y por el segundo concilio de Nicea. Simeon fué atacado por una fuerte enfermedad, y murió el dia 3 de setiembre del año 593, asistiendo á sus funerales todo el clero, el pueblo, y algunos obispos, entre los cuales estaba san Gregorio, patriarca de Constantinopla que habia acudido á ser testigo de los últimos momentos del santo. San Simeon predicaba continuamente desde lo alto de su columna, y sus discursos obraron una infinidad de conversiones.

Las santas Eufemia, Dorotea, Tecla, y Erasma, vírgenes y mártires.—Las dos primeras eran hermanas, y las otras primas suyas. Habian nacido en Aquileya, y allí derramaron tambien su preciosa sangre del modo siguiente. Durante la persecucion del emperador Neron, fueron presas por órden del presidente Sebaste, y despues de azotarlas, abrasarlas en el fuego, cortarles los pechos y otros crueles suplicios, fueron degolladas por Valente, padre de las dos primeras y tio de las segundas. San Hermágoras recogió sus cuerpos y les dió honrosa sepultura.

Santa Basilisa, vírgen y mártir.—Natural de Nicomedia, á la edad de nueve años fué presa por ser cristiana por órden del prefecto Alejandro, que estaba encargado de hacer cumplir los edictos del emperador Diocleciano. Su constancia, á pesar de edad tan tierna, enfureció al tirano, quien mandó que primero la abofeteasen, despues que la azotasen, y no cediendo aun de su primera confesion, la colgaron de un palo, derramaron sobre ella pez, azufre, y plomo derretido, y, machacándole la cabeza con unas piedras, la dejaron por muerta. Al cabo de un rato, revivió, y se presentó ilesa; pero redoblándose entonces contra ella el furor de los paganos, la metieron en una hoguera, de la cual salió ilesa: despues la arrojaron á los leones, que tambien respetaron su persona. Librada milagrosamente de tantos tormentos, salió de la ciudad, y siendo atormentada por la sed, se puso en oracion, y salió de unas rocas un manantial de agua viva, en la cual han encontrado despues salud los enfermos. Finalmente, poco despues, estando arrobada en divina contemplacion, el Señor se la llevó á sí, y le dió la corona debida á su virginidad y á su martirio.

San Sandalo, mártir.—El breviario de Córdoba dice, que este santo es uno de los fieles dichosos que en aquella ciudad padecieron por Jesucristo cuando los gentiles con mayor furia y

crueldad perseguian su Iglesia. Martin de Roa, en su Historia de los santos de Córdoba, dice, que su culto es muy antiguo, y añade estas palabras: «Guardó á Dios gran fidelidad en confesar su fé; y habiendo peleado muy bien, acabó su carrera dichosamente. La razon y manera de su martirio, aunque no quedó escrita para memoria de los hombres, lo está en los cielos en el libro de la vida, donde le estaba guardada la debida corona que le dió el Señor en tiempo, como se cree, de la cruelísima persecucion de Diocleciano.» Hasta aquí el autor citado, sin que se encuentren en otra parte documentos que den noticia de las circunstancias de su vida y muerte.

San Aristeo y san Antonino, mártires.—El primero parece que fué obispo de Capua, y el segundo era un niño de la misma ciudad, educado por el venerable obispo, y bautizado á los diez años de su edad. Despues de algunos años, siendo discípulo y maestro, dos vasos de eleccion para la casa de Dios, dos hostias agradables y santas, fueron sacrificados por los gentiles y volaron al cielo coronados con la aureóla del martirio.

Los santos Zenon y Cariton, mártires.—Parece que fueron de Grecia, y segun el Martirologio, presos por ser cristianos, y negándose á ofrecer adoracion á los dioses paganos, Zenon fué metido en una caldera de plomo derretido y á Cariton lo echaron en un horno encendido, consiguiendo así los dos la palma del martirio.

San Ausano, obispo y confesor.—Nació de nobilísima familia en Milan, de cuya ciudad fué nombrado despues obispo por el papa Juan III. Habia pasado su juventud en el estudio y la oracion, de modo, que cuando fué elevado al episcopado, desde luego empezó á dar muestras de su sabiduría, y sólida piedad, en la reforma de los abusos, en el arreglo espiritual y temporal de su diócesis y en el zelo que desplegó en favor de las verdades de la fé que eran combatidas por los herejes. En la irrupcion de los bárbaros del norte, prestó á sus ovejas beneficios incalculables, y últimamente murió en paz, el dia 3 de setiembre del año 568.

Santa Febes, diaconisa.—Fué de Corinto y abrazó la religion cristiana por la predicacion de san Pablo, de quien fué digna discípula. El Apóstol, en su carta á los romanos, cap. 16, les dice estas palabras: «Os encomiendo á Febes, nuestra hermana, que está en el servicio de la Iglesia de Cenchrea: que la recibais en el Señor, como deben los santos, y la ayudeis en todo lo que os hubiere menester; porque ella ha asistido á muchos, y á mí en particular.» Los bolandistas son de opinion que murió en Corinto por los últimos años del siglo I.

San Aigulfo, y otros monjes, mártires.—El primero era abad y los otros religiosos del monasterio de Lerins. Vivia aquella santa comunidad en la observancia mas perfecta de la vida monástica: pero como en las reuniones mas escogidas permite Dios que haya siempre algun malvado para prueba y purificacion de los buenos, hubo tambien en aquella casa dos monjes perversos, que no queriendo conformarse con las prácticas de disciplina y rigor que el santo abad habia establecido, se conjuraron contra él y los que le obedecian, y armaron un complot para perderlos. Efectivamente, Aigulfo y sus fieles discípulos fueron víctimas de su piedad, muriendo degollados, despues de habérseles arrancado la lengua y los ojos, en número de mas de treinta, el dia 3 de setiembre del año 678, á manos de los revoltosos. La Iglesia los venera como á mártires, para dar á todos sus hijos el ilustre ejemplo de que no solo se alcanza la palma del martirio, muriendo por órden de los tiranos, sino que tambien son honrados con este precioso dictado todos los que, conociendo el mérito y valor de sus obligaciones cristianas, se dejan sacrificar antes que hacer traicion á su conciencia, ni faltar á ninguna de esas obligaciones.

San Remaclo, obispo de Mastrich, confesor.—Floreció á mediados del siglo VII. San Eloy le nombró primer abad del monasterio que fundó en Solignach. En 650 fué electo obispo, y en 664 murió con gran olor de santidad.

San Macnisio, obispo de Irlanda.—Fué el primer obispo de Connor, en Irlanda. San Olcan fué su maestro, y murió el dia 3 de setiembre de 513; otros dicen que en 506.

Dia 4.

Santa Rosa de Viterbo, vírgen.—Al tiempo que el emperador Federico II, cruelmente tirano, y enemigo del vicario de Cristo, y de toda la Iglesia, con pretexto de paz y reconciliacion con el sumo pontífice Gregorio IX, á cuya falsa voz dió crédito fácilmente la insigne ciudad de Viterbo, por lo mucho que lo deseaba, viendo tan oprimida la silla apostólica, pues nunca se ha visto mas que en aquel tiempo, ni mas abatidos los pobres cristianos, con la soberbia y dominio de pérfidos herejes, siendo sola esta ciudad la que habia quedado á devocion del pontífice; dió liberalmente entrada al tirano, por ser paso para Roma, de donde dista unas cuarenta millas, que son trece leguas, con cuyo permiso tuvo ocasion el cruel emperador de apoderarse de la ciudad, y dominarla, llenándola de herejes é insultos, tanto, que movió al pontífice á que publicase la santa cruzada contra el dicho emperador, y excomulgarlo y maldecirlo, como á sacrílego y rebelde á la santa Iglesia católica. A este tiempo, pues, que era el año de 1240, cuando la primavera apunta sus fragrantes rosas, nació (debajo del palacio del tirano Federico, y junto al convento de Santa María de las Rosas) de Juan y Catalina, pobres, pero nobles casados (milagrosamente, porque fueron estériles antes y despues) la bendita santa Rosa, para ser freno al impío Federico y sus secuaces herejes, ejemplo á la vida religiosa, imitadora de la vida de la mas divina rosa, Cristo Jesus, y admiracion á los cielos, enriqueciéndolos con las fragrancias de sus olorosas y admirables virtudes. Los prodigios y maravillas que sucedieron en el nacimiento de esta santa,

fueron grandes, dando anuncios de su virtud y santidad; pero en la confusion de tantas desdichas como experimentaba Viterbo con la entrada del cruel tirano Federico; toda la atencion estaba dedicada al yugo que los oprimia: y así no se observaron.

2 No se ha podido averiguar el dia propio de su nacimiento; pero sí, que en breve fué conducida á la iglesia, para que con el agua del sagrado bautismo borrase la culpa heredada de sus padres, y comenzase á mostrar la justificacion que la ilustraba, de que dió maravillosos indicios desde su tierna infancia, despreciando al mundo, viviendo pobremente, y macerando sus delicadas carnes con ayunos, abstinencias, y mortificaciones, por el amor entrañable que tenia á su esposo Jesus, á quien procuraba imitar, teniendo por dechado su paciencia y humildad, en que se ejercitó tanto, que jamás le causó tedio alguno el poco cuidado que tenian en alimentarla; pues descuidándose su madre los dias enteros de aplicarla al pecho, era Rosa una piedra inmóvil, hallándola siempre de la suerte que la habia dejado, sin dar señales de su hambre, ni hacer ruido alguno, con una santa quietud, mirando continuamente al cielo, como centro de todas sus esperanzas. Las primeras palabras que se le oyeron pronunciar, fueron el dulcísimo y santísimo nombre de Jesus y de María santísima, sin pecado concebida; y despues continuamente los nombraba, como quien los tenia dentro de su amante corazon. Luego que pudo dar los primeros pasos, todo era hincarse de rodillas delante de las imágenes sagradas de Jesus y María santísima, que tenian sus padres en casa, como devotos, humildes, y buenos cristianos; y como tales daban documentos á su querida Rosa, y ella los observaba con gran puntualidad.

3 Así como la rosa nace, y es aplaudida señora entre las flores; así quiso Dios escoger á esta su sierva, para que con los labios de leche, sin capacidad, ni ciencia alguna, con débiles alientos, hiciese señalados prodigios, para honra de su Criador Jesus, y exaltacion de la santa fé católica. Apenas llegaba á ver las luces del segundo año de su nacimiento, cuando empezó á descubrir el tesoro rico que acaudalaba de santidad y devocion, con efectos maravillosos; pues si oia hablar de cosas divinas, aplicaba una extraordinaria atencion. Imitaba las buenas obras de sus padres con una santa simplicidad ó inocencia, de la cual mostró Dios un patente milagro, y fué, que estando un dia retirada en un aposento de su casa, con un pedacito de pan en la mano, llegándole á las delicadas encias, entraron diversos pajarillos (cosa hasta entonces jamás vista en aquel aposento), y volando al seno de la cándida virgen Rosa, y puestos en sus brazos y manecitas, picaban las migajas de pan, que mal quebrantado desperdiciaba, y caian de su boca; y la santa inocente, con una mansedumbre y paz angélica, los cogia y besaba, haciéndoles mil caricias y halagos; y de esta forma estaban entrando y saliendo en la habitacion de Rosa, como si fuese en su propio nido: de que admirados los que se hallaron presentes, dieron á Dios las gracias. De aquesta suerte entretenia su tierna edad la bendita niña, prosiguiendo este prodigio de los pájaros repetidas veces; y particularmente las palomas se dejaban halagar de sus benditas manos por instantes, aunque mas montaraces fuesen, y que al menor ruido de otra persona humana huian.

4 Ya en esta edad tan tierna oraba, enseñada de Jesus: el cual viendo el fragrante olor de la simplicidad de Rosa, escogida para el paraíso, se compadeció, y mostró evidentes señales de su misericordia; porque viendo que suspiraba y se afligia Rosa por los desafueros de Federico y sus aliados, herejes y rebeldes todos á la Iglesia de Dios, quiso su divina Majestad librar á Viterbo de tanto enemigo, por la intercesion de esta niña. Para eso, cumplidos los dos años de su edad, habiendo muerto una tia suya, despues de estar un dia entero el cadáver en el féretro, ya cuando la querian dar sepultura, viendo la niña Rosa la afliccion de sus padres, y demas parientes y circunstantes, llegándose al oscuro féretro, y tocándole, por imitar á Cristo, llamó en alta voz á su tia por su nombre. ¡O maravilla eterna de Dios! aquella voz de leche, organizada del Espíritu santo, hizo ahuyentar la muerte pavorosa; y abriendo los ojos la tia, cobró el espíritu vital, tornó de muerte á vida, y resucitó, quedando buena y sana, y viviendo despues muchos años. ¿A quién no maravillaria este milagroso prodigio? ¿Qué corazones no se enternecerian de ver una gracia tan singular en edad tan tierna? ¿Qué espíritus no se moverian á seguir el estandarte de Cristo? Tanto conmovió la voz y fama de este milagro á toda la ciudad, que bastó á que, puestos en arma todos los católicos, se librasen de la opresion de Federico y los suyos, dando libertad á muchos cardenales que tenia presos, y á otros infinitos católicos. Así quiere el Señor entre gente incrédula y enemiga de su santa Iglesia mostrar su divino poder con la santidad de una niña, casi del pecho, para reprimir la arrogancia herética, y exaltar la fé católica.

5 Ardia Rosa en deseos de amar á Dios, y visitar sus santas iglesias: estaba delante del santísimo Sacramento, y demás imágenes, tan devota y atenta, que movia á devocion y reverencia á los circunstantes. Observaba los divinos misterios, y oia la palabra de Dios con tal atencion, que acabado el sermon, lo repetia y decia todo: cosa que causaba admiracion en una niña de tres años, aun no cumplidos, en que descubria no solo feliz memoria, sino gran juicio y prudencia, repitiendo con mas fervor y afecto los buenos y saludables documentos, y aprovechándose de ellos en todas sus acciones: afrenta grande de los que van solo á notar si el predicador se equivocó: si repitió muchas veces una cosa: si tiene gracia en el decir; y otras cosas que observan los maldicientes, y que solo van á que su ociosidad se entretenga en la murmuracion, sin advertir el respeto que se debe al expositor de la palabra divina. Era Rosa hija de pobres padres (como dijimos), y andaba buscando nuevos modos de ser mas pobre: y

deseando ser monja, y abrazar la pobreza espiritual, por acaudalar riquezas celestiales, y consagrarse á Cristo en eterna pureza y castidad, vivia retirada en el mas pobre aposento y rincon de su casa, de donde hizo celda para toda su vida, y de donde jamás salió, sino es por obedecer á sus padres: su cuerpo traia vestido de tosco sayal á raiz de las carnes: andaba la pobre inocente con los piés descalzos, pisando los abrojos y espinas con gran gozo de su alma, la cabeza siempre descubierta. Así maceraba en la ternura de tres años sus débiles y delicadas carnes; y así lo observó hasta el fin de sus dias, imitando á su amado y dulce esposo Jesus.

6 Fué la santa y bendita Rosa tan hermosa, que pudiera encender su vista los mas muertos apetitos; pero con tanta simpleza, modestia y honestidad en el hábito, en las costumbres, en las acciones, y en todas las demás partes y calidades del cuerpo, que cualquiera que la miraba, no tan solamente no le provocaba á deshonestidad, sino que quedaba edificado, recibiendo en sí una virtud de glorificar á Dios, y servirle eternamente; que es lo que sucedia á los que miraban aquella cándida Rosa de las florestas del cielo, y blanco lirio de la santísima Trinidad, que siempre está fresca y hermosa, María santísima, mi Señora, sin pecado concebida. Correspondian igualmente en Rosa las partes del espíritu á las del cuerpo, poseyendo todas las virtudes necesarias para ser una alma noble y excelente á los ojos de los hombres, y justa y santa á los de Dios. Fué vírgen toda su vida, casta, pura, y santa de cuerpo, de pensamiento, y de espíritu; y para conservar esta pureza, ayunaba, y se disciplinaba continua y rigurosamente: y se observó que jamás se le vió mirar al rostro á hombre mortal. Siempre fué asistida de los doce frutos del Espíritu santo, y de las virtudes teologales y cardinales; y con estas virtudes adornaba su bendita alma. Fueron continuos los éxtasis y raptos que tuvo: las visitas de Jesus, de María santísima, y de los ángeles, y los milagros prodigiosos, no cesando desde los primeros alientos de su vida hasta el último parasismo de ella, de publicar milagrosamente sus excelentes virtudes y santidad, y dando continuas ocasiones de alabanzas al Criador, como de quien provenian todas estas acciones. Predicaba públicamente en las calles, plazas, ó iglesias, la palabra de Dios, detestando y abominando los pecados: persuadia la observancia de la fé católica, y la obediencia al papa y pastor universal de toda la Iglesia: disputaba con los herejes sus perseguidores: interpretaba los sagrados lugares, y textos de los santos padres, profetas, y evangelistas, declarando las cosas mas dificultosas de ellos con una doctrina celestial y tan profunda, que hacia quedar atónitos y confusos á cuantos la escuchaban: y tanto era mas digna de admiracion su doctrina, cuanto sabian todos que ni habia estudiado, ni sabia leer, ni escribir, ni tenia edad, ni posibilidad para haberlo aprendido: con que habian todos de confesar, como lo hacian, que era doctrina celestial infusa la suya. Su vida era un perpetuo ayuno y vigilia, y tanto, que daba y causaba admiracion á todos, y parecia imposible que naturalmente pudiese vivir con las abstinencias que hacia. En los ejercicios espirituales era incansable, y tan dada á las obras de misericordia, que no tenia reposo, ni sosiego, cuando no se ejercitaba en ellas. Consolaba los afligidos, y los acompañaba en sus miserias. Visitaba continuamente los enfermos y encarcelados, procurando sanar á unos, y librar á otros con sus penitencias y oraciones, sanando tullidos, dando vista á ciegos, oido á sordos, vida á difuntos, y haciendo otros innumerables prodigios.

7 No es posible que criatura humana tenga palabras para ponderar y explicar la caridad de esta santa y pura vírgen; pues parecia dispensera del cielo para todos los necesitados. Y así, cualquiera que se veia en alguna afliccion, de cualquiera calidad que fuese, recurria luego á Rosa, como en quien Dios tenia puesta la virtud de la caridad. Y si bien nos acordamos, aun los pájaros volando se venian tambien á valer de este sagrado, y no con poco misterio recogian con sus picos las migajas que desperdiciaba. Parecíale al padre de la bendita Rosa, que su hija era muy liberal en dar lo que él sudaba y ganaba con tanto afan, y sentia fuese tanta su caridad; y así muchas veces la reprendió, para que se abstuviese de aquel incendio amoroso, por la mucha pobreza en que se hallaban. No le faltaron palabras, ni disculpas á la santa niña, inspirada del Espíritu santo, para aquietar á su amado padre; pero habiéndola prohibido no prosiguiese mas en dar lo que no trabajaba, ni adquiria, y siendo ella tan obediente y observante, humildemente cedió á su voluntad, y escondiendo el poco pan que ella habia de comer, lo guardaba para los pobres, satisfaciendo su santa y piadosa inclinacion, primero que su hambre: y siendo tan corta su porcion, era bastante á satisfacer todos los pobres que á ella venian, que no eran pocos: pues así como Cristo Bien nuestro multiplicó los cinco panes en el desierto; así nuestra bendita Rosa, por virtud divina, multiplicaba todos los dias su corta porcion de pan, y hacia que abundase para el socorro de muchísimos necesitados. Añadiéronse prodigios á prodigios: porque saliendo un dia apresurada con unos pedazos de pan en el seno, para socorrer la necesidad de unos pobres que habia oido pasar por la calle, la encontró su padre que venia de fuera: y viéndola ir tan presurosa, y que el bulto que mostraba, era pan que llevaba á los pobres, contraviniendo al mandato que le habia puesto; con rostro severo, y voces impacientes le dijo, que descubriese el seno, y mostrase lo que llevaba en él. Púsose Rosa como una rosa, sonrosadas de su temor las mejillas; y obediente y humilde descubrió lo que llevaba. Mas, ¡ó maravilloso Dios! en vez del pan que habia escondido, descubrió el seno lleno de hermosísimas y odoríferas rosas de varios colores, siendo por el rigor del invierno, cuando el hielo tiene todas las plantas consumidas y secas. Atónito y confuso el padre de este milagro, conoció claramente que quien podia trans-

formar el pan en rosas, sabria tambien multiplicar y pagar lo que se daba á los pobres, aunque fuese quitándolo del necesario sustento: y así levantó el precepto á Rosa, dejándola libre en la operacion de sus limosnas, y demás obras de misericordia espirituales y corporales.

8 Hurtaron á la madre de Rosa una gallina, que tenia de varios colores, por lo cual era estimada: y viendo la niña que pasaba á extremo el sentimiento que su madre hacia, llamó aparte á una mujer vecina, que con su espíritu profético supo la habia hurtado; y díjole con caridad y humildad volviese á su madre la gallina, pues ella la habia llevado, y conocia el sentimiento grande de su madre. La mujer mas airada, que compungida, comenzó á dar voces, y á tratar mal con palabras á la santa niña; pero apenas acabó de negar la verdad, cuando le nacieron en el rostro una multitud de plumas del mismo color, que las de la gallina, pareciendo ser las mismas, con asombro de los que se hallaron presentes, que eran muchos los que habian concurrido á las voces que ella habia dado, llamándolos para que viesen su afrenta. Confusa y corrida la mujer, sacó la gallina de donde la tenia escondida, y la restituyó, confesando á voces su culpa, y pidiendo á Dios perdon de ella: lo cual visto por Rosa, hizo oracion á su amante Jesus, para que suspendiese el castigo de aquella miserable; pues merecia el perdon, por hallarse arrepentida de su culpa. Apenas la niña hizo su peticion, cuando la oyó aquel piadosísimo Señor, y libró á la mujer de aquella nota y fealdad, quedando su rostro como antes, y su corazon compungido y enmendado, para no cometer en adelante semejantes insultos.

9 Siendo de siete años Rosa iba á la fuente por un cántaro de agua, sirviendo y obedeciendo en esto, como en todo, á su madre; rompiósele á otra muchacha, que estaba junto á ella, el suyo: comenzó á llorar y decir que Rosa se lo habia quebrado: acudió la madre; y creyendo á su hija, se volvió como una fiera leona contra Rosa, diciéndole mil injurias y baldones, y á grandes voces culpaba á la madre de Rosa, diciendo que le consentia esto y otros desórdenes, con capa de hipocresía, y que hija y madre eran unas embusteras. Gustosa sufria nuestra Rosa aquellas afrentas por su esposo Jesus: mas viendo que no habia medio de aquietar á la mujer con humildes disculpas, y que á sus voces se juntaban mil almas, escogió el mejor medio, para confundirla y avergonzarla, ya que sus disculpas no bastaron. Trató de volverle su cántaro entero como estaba antes; y así recogiendo los pedazos de él, que eran innumerables y pequeños, alzó los ojos al cielo, y al instante volvió y se vió el cántaro entero y sano en las manos de Rosa, puras y santas, sin hallarse en él señal alguna de que hubiese sido roto: con que se le restituyó entero á la avara y soberbia mujer, que tanto habia ofendido y maltratado á aquella inocente y pura Rosa. La mujer se fué corrida, y la multitud de gente no cesaba de dar gracias á Dios, que tal virtud habia dado á su querida Rosa.

10 Como sus deseos eran de ser religiosa, y en Viterbo no habia por entonces mas convento que el de Santa María de las Rosas, del órden de San Benito, donde (quizá por disposicion divina, para que campease mas la virtud de Rosa) no la quisieron recibir, ó por muy niña ó muy pobre; ella hizo (como va dijimos) convento de su casa, eligiendo por celda un aposentillo tan oscuro y estrecho, que solo cabia la santa, y una tabla que tenia por cama, sin mas aderezo ni ropa: allí continuamente estaba en oracion: allí se le pasaban las semanas enteras, sin comer ni beber, viviendo de milagro: allí se daba tan crueles disciplinas con unas cadenas de hierro, cuyos remates eran unos agudos garfios que bañaba en sangre las paredes, techo y suelo de su cueva, que no era otra cosa su habitacion, quedando algunas veces desmayada y sin fuerzas, caida en tierra, revolcada en su misma sangre, que derramaba con muchas lágrimas por la conversion de los pecadores, vestida siempre de un áspero cilicio, todo á fin de aplacar la divina justicia. Viéndose confundido el dragon infernal, y vencido de una inocente y purísima Rosa, escogida de Dios, y guardada de los ángeles, no se atrevia á mirarla; pero pensó que si Rosa llegase á tocar y padecer el castigo de la mano de Dios, que la impaciencia obraria y daria materia á que con su industria y engaños, obrasen sus insidias; peró quedó engañado al doble y confuso, porque la virtud de Rosa se perficionó mas, y adquirió quilates de mayor valor en la enfermedad, y regalo divino. Fué, pues, visitada del Señor con una gravísima enfermedad, debilitada y afligida con sus rigurosísimas penitencias y abstinencias; mas con una singular paciencia, bendiciendo y alabando siempre á Dios, no cesaba de persistir en sus continuas oraciones, y en los demás ardientes ejercicios espirituales que le permitia su indisposicion. Aunque mas la afligian sus padres, procurando disuadirla de semejantes ejercicios, por considerarla moribunda; solo permitió (por obedecerlos) la sacasen de su cueva, y cárcel, y pusiesen en una decente cama.

11 Duró su enfermedad mas de un año, y tocó el nono de su edad, hallándose tan empeorada en el achaque, que postrada totalmente, muerto el color, quedó sin sentido y sin habla, juzgándola todos por muerta; pero lo que pareció muerte, fué un éxtasis que le duró tres dias continuos, en que le mostró Dios la gloria, prenda que habia de gozar, y asimismo las miserias del lóbrego calabozo del infierno. Volvió en sí: y abriendo los ojos, advirtió á los circunstantes (que eran muchas y devotas personas) que hiciesen penitencia de sus pecados; porque habia visto el estado de los justos, y el de los condenados, nombrando y dando señas de diferentes personas que ni habia visto, ni podido ver en este mundo, por haber mas de veinte años que eran muertas antes que ella naciese: de lo cual quedaron todos maravillados y compungidos. Gastó todo este dia, en que volvió del éxtasis, en predicar divinamente, sin comer ni beber cosa alguna, dando á entender en cuanto decia y obraba, que su conversacion y pensamientos no

moraban en la tierra entre los mortales, sino en el cielo con los bienaventurados; y así pasó toda aquella noche sin dormir un instante. Estaba en este punto san Luis IX, rey de Francia, en la provincia de Sora, á vista de Damieta, dudoso y con poca esperanza de victoria: vió Rosa por virtud divina el estado de aquel ejército cristiano; y dijo en alta voz á los que la asistian: Roguemos devotamente á Dios, que conceda tanto poder y tanto valor al rey de Francia, que pueda deshacer y desunir aquella gente enemiga. Con esto se quedó en oracion tan fervorosa, que se vieron caer de sus ojos grande abundancia de lágrimas: y en aquel instante, en que la santa oraba, se rindió Damieta al santo rey, con fuga de los enemigos del nombre de Cristo, sin haberse derramado una gota de sangre cristiana. Mas de un mes despues de la revelacion de Rosa vino á Italia el aviso de la victoria, y se halló ser cierto cuanto habia dicho, y en el mismo instante y hora que la santa niña oraba por la felicidad de las armas cristianas.

12 Esta misma noche, que era la vigilia de san Juan Bautista, de quien era muy devota, se le apareció la Vírgen santísima, acompañada del coro de las vírgenes: y ella como si no hubiera tenido enfermedad alguna, se levantó de la cama para recibirla y adorarla. Tuvo con ella la soberana Reina de los ángeles María santísima, sin pecado concebida, divinos y varios coloquios; y al fin la mandó que por la mañana fuese á la iglesia, y allí se hiciese cortar el cabello, y se vistiese el hábito de San Francisco. Fué por la mañana, con asombro y admiracion de sus padres, y de todas las personas que la miraban tan enferma y descaecida; porque la veian tan sana y buena, como si nunca hubiera tenido enfermedad. Díjole su madre, que de donde buscaria el hábito; y ella le respondió: Debajo de la cabecera de mi cama lo hallaréis. Y así fué, que sin duda se lo trajo, quien tantos favores le hizo aquella noche, para que aun en la tierra adornase su cuerpo Rosa de prendas celestiales. Y habiéndose desnudado las mas ricas galas, que se hallaron en Viterbo, enviadas á Rosa por las mismas señoras, juzgándose por muy dichosas en que Rosa las vistiese, cortados los cabellos, vestido su santo hábito y cilicio, descalzos los piés, con un crucifijo en las manos, alabando los santísimos nombres de Jesus y María, predicando penitencia, ablandando los diamantinos corazones de los pecadores, y causando admiracion, espanto y horror á los enemigos de la fé católica, se volvió á su casa, seguida de todo el pueblo con admirable devocion. Y aunque no consiguió entrar en el monasterio de Santa María de las Rosas; con todo se sujetó á los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, y á todas las demás obligaciones de la religion, é hizo profesion de observar la regla de Santa Clara debajo la del seráfico Francisco: la cual observan ahora, á imitacion de Rosa, vistiendo su mismo pobre hábito las religiosas, que antes no la quisieron admitir, teniéndose por muy dichosas en tener, despues de muerta, en su poder la estimable joya del cuerpo de aquella que no quisieron recibir en vida: todo lo cual les profetizó la niña Rosa, cuando la desecharon.

13 Encerrada en su celda, ó cueva, continuó su salud, y con ella sus antiguos rigores y penitencias, sin desnudarse jamás aquel santo hábito y cilicio. Tuvo por superiores á sus padres, sin cuya licencia no salia jamás de su celda, ni hacia cosa alguna. Las oraciones, abstinencias, disciplinas y mortificaciones que allí hacia de dia y noche, fueron innumerables, cuanto prodigiosas, ni oidas otras semejantes á ellas, llegando con esta penitente vida á los diez y ocho años de su edad, con admiracion y aclamacion de aquel siglo. Su casa era frecuentada de infinitas almas, que por las oraciones y pláticas de Rosa se convertian á Dios.

14 Apareciósele un dia visiblemente Cristo nuestro Bien clavado en la cruz, lleno de sangre y cardenales, desfigurado, maltratado, y las carnes tan rotas y deshechas á crueles golpes, que provocaba á llanto su vista. Rosa sintió en su corazon y alma tanta compasion y dolor, que como si la atravesasen con crueles lanzas, se halló tan dolorida, y tan falta de aliento, que á grandes voces imploró el favor de la sacratísima Reina de los ángeles, y postrada á la vehemencia del dolor, cayó en tierra como muerta; mas volviendo en sí, derramando un mar de lágrimas de sus tiernos y amorosos ojos, arrancándose de dolor los cabellos, é hiriendo su delicado pecho con una piedra, pronunció estas palabras: Padre y Señor mio, ¿quién ha sido el agresor de tanto daño? ¿Quién os ha puesto tan lastimoso? ¿Quién os ha ofendido y maltratado así? Respondédme, mi Jesus. A cuyas amorosas preguntas respondió Jesus: El amor y el ardor. Y Rosa prosiguió: ¿Quién os ha clavado en esa cruz? Y el divino Redentor dijo: El pecado, y el furor humano. Aquí sacando Rosa del corazon inflamado ardentísimos suspiros, gritó en alta voz: Misericordia, Señor, misericordia. Y sintiendo otra vez arrancársele las entrañas de dolor, cayó en tierra desmayada, y quedó como difunta. Volvió del desmayo, y bañada en sangre de los golpes que se daba llena de lágrimas, y con un crucifijo en las manos salió por las calles predicando penitencia, conmoviendo á todo el pueblo á que pidiese misericordia, y perdon de sus culpas.

15 Grandes fueron los martirios que esta delicada niña ejecutó en su cuerpo, por haber visto á nuestro Redentor Jesucristo tan maltratado y herido. Pero como despues de los martirios y penitencias viene el premio de la gloria, con la consideracion del Señor; así le sucedió á Rosa, que despues de aquellas terribles aflicciones, estándose retirada en su acostumbrada oracion y devocion, le apareció de nuevo Cristo Jesus, glorioso y resplandeciente, por consolarla y regalarla, como á su amada esposa: con cuyo favor quedó Rosa toda gozosa y alegre, tanto, que á todos mostraba la alegría de su alma. Escogióla su esposo Jesus, para que cultivase la viña de su Iglesia, dándole oficio de apóstol, en que salió admirable al mundo, y agradable al cielo; pues sin haber salido jamás de su oscura celda, ni haber tenido maestro alguno, ni visto libros, como ya dijimos, la llenó de

sabiduría y espíritu divino: y así, para cumplir su ministerio, iba todos los dias por las calles de Viterbo con un crucifijo en las manos, subiéndose á los púlpitos de las iglesias, y sobre sillas y bufetes en las plazas, predicando públicamente la observancia de la fé católica, la obediencia que se debe al vicario de Cristo, la penitencia que se debe hacer por los pecados, el premio que esperan los buenos, y el castigo que hay para los malos, enseñando á todos la verdad evangélica, con tantos lugares de la sagrada Escritura, tantas autoridades y exposiciones de los santos Padres, y tan eficaces y vivas razones, que tenia pasmado el mundo, y compungida y llorosa toda la ciudad. Y como era tan humilde, y veia el universal aplauso que todos hacian á sus sermones, y que los hombres mas doctos, y cursados en las escuelas, con todo el pueblo la honraban; ella, bajando los ojos á la tierra, y toda mortificada se volvia á su casa, y se encerraba en su cueva, donde se disciplinaba tan cruelmente, como si hubiera cometido las mayores culpas.

16 No le iba bien al demonio con la predicacion de la inocente Rosa; pues perdia infinitas almas que antes eran suyas, no solo por la fuerza de la verdad, y palabras santas, sino por infinitos milagros, con que cada dia las confirmaba el Altísimo, de que se pudiera hacer un grande volúmen: mas por abreviar, referiré uno solo, por portentoso, aunque cualquiera lo era; pues daba vista á los ciegos, voz á los mudos, piés á los cojos, y hacia otros infinitos, para confusion de los herejes, y confirmacion de los católicos: no siendo el menor, el que sucedió infinitas veces: y era que, como la santa era tan niña, y acontecia muchas veces ponerse á predicar en las plazas, sin prevencion de silla, ó bufete, no alcanzando á verla el numerosísimo concurso de la gente, lo remediaba el Altísimo, levantándola en el aire sobre la piedra misma en que se hallaba, la cual permanecia así todo el tiempo que duraba el sermon, y en acabándole, se volvia la piedra á su centro, y la niña con ella á tierra. Disputaba con los herejes imperiales, y los confundia á todos: de lo cual corridos y avergonzados, no pudiendo sufrir que una niña los venciese, la acusaron al presidente imperial por alborotadora del pueblo, hechicera y loca, y la llevaron á su presencia, de la manera que fué llevado Cristo Bien nuestro á la del presidente Poncio Pilato, arrastrada por los suelos, herida y maltratada, arrancando sus cabellos. ¡Qué impiedad con una niña de diez años! Y con la misma crueldad la pusieron en la cárcel, sin oirle otra palabra de su inocente boca, que: Viva vuestra fé, mi Dios: socorred vuestros fieles, y no permitais que prevariquen.

17 No pararon los perversos herejes, hasta que hicieron con el presidente que sentenciase á muerte á la inocentísima Rosa, amenazándole (como los judíos á Pilato), por si no lo hacia, le acusarian al emperador Federico. Temió, despues de dada la sentencia, el presidente un alboroto en la ciudad; y así la mitigó, con que salieso desterrada con sus padres, pena de la vida de los tres, si no salian al instante. Con esto los crueles herejes la llevaron, dándole muchas heridas y porrazos, fuera de la ciudad, donde la dejaron así herida y maltratada, en compañía de sus padres, y cerraron las puertas. Era en el rigor del diciembre, y caia tanta nieve y hielo, que no daban paso, que no se sepultasen en ella: y finalmente perdidos y desconsolados, los cogió la noche en la montaña, y así en la nieve y al frio la pasaron. Solo Rosa se consolaba, porque padecia por su esposo Jesus; si bien la afligia mucho el ver padecer por esta causa á sus padres. Al fin Dios, que no se olvida de los suyos, y mas cuando por su amor padecen, los guardó y abrigó aquella noche: y á la mañana, amaneciendo el dia claro y sereno, les señaló un camino hollado y bueno, que iba á la ciudad de Sorano, distante nueve millas de Viterbo, donde llegaron á medio dia, sin que se hubiese seguido el malvado intento del cruel presidente, que era que en el camino perdiese Rosa la vida. Convirtió con su predicacion toda aquella ciudad; y mas confirmada la dejó en la fé, cuando vieron que les profetizó la deseada muerte del tirano emperador Federico, y se siguió á pocos dias: con que la Iglesia fué poco á poco volviendo á su paz y quietud, y el santo pontífice, que vivia retirado en Francia, volvió pacíficamente á Italia. Redujo Rosa, y convirtió con su predicacion al gremio de la santa Iglesia muchos pueblos circunvecinos, y millares infinitos de almas. Pero donde mas se aplicó su fervor, fué donde habia mas necesidad, que era en Vitorquiano, pueblo distante poco mas de cuatro millas de Viterbo, donde obró un portentoso milagro que tengo ofrecido referir.

18 Habia en Vitorquiano una mujer diabólica, maga, herética, encantadora y hechicera, la cual debajo de especie de religion, con su arte mágica y engañosa, tenia embaucado todo aquel pueblo y apartado totalmente de la obediencia del papa, y fé católica, siguiendo la falsa y herética pertinacia del emperador. Vino Rosa: y viendo que con medios humanos, y con sus sermones no podia reducir aquel pueblo engañado de aquella perversa mujer, acudió á los divinos; y así, hecha oracion á su esposo Jesus, hizo muchos patentes milagros, en confirmacion de lo que predicaba; y entre otros, fué el dar vista á una mujer que era ciega de su nacimiento, con solo tocarle los ojos con sus puros y delicados dedos. Hecho este milagro á vista de todo el pueblo, en pública plaza, y habiendo precedido otros muchos, no hubo persona que no confesase á voces la fé de Jesucristo: todos obedecieron las órdenes pontificias, y por todas las partes de la ciudad se veian señales evidentísimas de penitencia. Solo la maga, guiada del demonio, quedó en su dura obstinacion, y procuraba apartar la gente de los buenos propósitos, y provocarlos con su sacrílega lengua contra la vírgen y pura Rosa. Disputó con ella la bendita Rosa diversas veces: y aunque siempre la convenció, avergonzó y confundió, jamás pudo reprimir su temeridad, ni mover su obstinado corazon. Sentia Rosa entrañablemente la perdicion de aquella alma: y sabiendo

que por ella sola daria su esposo la vida, quiso exponer la suya, imitándole por ganarla, viendo que otros medios no valian con ella. Rogó á los circunstantes, que eran muchos los que la oian disputar, que trajesen gran cantidad de leña, y encendiesen una grande hoguera en medio de la plaza, y que al son de las campanas convocasen todo el pueblo para que supiesen qué ley habian de seguir, ó la que ella predicaba, ó la inventada de la hechicera y herética mujer; porque para prueba de ello queria entrar en el fuego.

19 Tocáronse las campanas; concurrió todo el pueblo sin faltar una alma, y habiendo hecho un monte de leña en medio de la plaza, tan grande, que tenia mas de dos estados de alto, y cogia gran parte de la plaza, le pegaron fuego: cuyas voraces llamas subian á las nubes, y hacian que la gente se apartase de miedo, porque su violencia no ofendiese. La sagrada vírgen Rosa, puestas las rodillas en tierra, alzó los ojos al cielo, y dijo devota y humildemente estas palabras: Señor mio Jesucristo, único refugio de mi alma, yo pobre é indigna criatura, por mi obligacion, y por gloria vuestra, sin ciencia ni mérito, he hecho todo aquello que he sabido, y os habeis dignado alumbrarme, para que este pueblo, y esta obstinada mujer se convirtiesen á la fé de vuestra católica Iglesia. Vos veis, Señor mio, la buena disposicion del pueblo, y la perfidia de esta mujer: concedédme tanto vigor y fuerza, que yo pueda, con vuestro poder y virtud, resistir al ardor de esta tremenda llama, para confirmar al uno, y convertir la otra. Oid, dulcísimo Jesus mio, oid los devotos ruegos que de lo íntimo del corazon envia á vuestros piés esta vilísima sierva; y muévaos á piedad, para que todos conozcan que vos sois el verdadero Dios, y el verdadero esposo de la santa Iglesia. Acabadas estas razones, se levantó intrépida y animosa, y hecha la señal de la cruz, se arrojó á las llamas; y el fuego la hizo tal salva al entrar, que la levantó en el aire, y la subió tanto, cuanto alcanzaban sus furiosas llamas. Gran confusion y desmayo causó esta accion á los que la miraban; pero no entendieron el misterio que se encerraba en aquella violencia con que daba á entender el fuego que aquella criatura no era terrena, sino celestial, y así la queria llevar á su centro. Cayó, pues, de aquella violencia en piés sobre las ardientes llamas, donde la pura niña estuvo paseándose hácia todas partes, como si fuese entre flores; y así perseveró dentro de aquel volcan de fuego, sin tener sobre su cuerpo mas que su cilicio y túnica, descubierta la cabeza, y los piés descalzos: y no fué tan poco el tiempo que gozó de este incendio; pues estuvo en él, hasta que, convertido en cenizas, perdió su forma ardiente, de donde salió la Rosa pura, viva y sana, sin daño alguno, ni mancha ni señal de fuego, tanto en el cuerpo, cuanto en el hábito, causando maravilla increible á todo el pueblo, que, postrado en tierra con abundantísimas lágrimas, gritaba y repetia: Misericordia: y, dando gracias á Dios, glorificaban su grandeza, por tan señalada gracia y tan gran milagro, como habia obrado por medio, y en persona de su esclarecida sierva santa Rosa.

20 La maga quedó con aquel milagroso espectáculo atónita, inmóvil y llena de horror, sin poder formar palabra alguna, hecha una estatua de hielo: pero la santa vírgen Rosa, llegándose á ella, con humildad y caridad la dijo: Amiga y hermana en el Señor, deja ya la incredulidad de tu corazon, y reconoce la fé de la santa madre Iglesia católica, que es la verdadera de Cristo; el cual como por su benignidad me ha librado de aquellas ardientes llamas; así tambien está pronto á recibirte en las entrañas de su misericordia. La mujer entonces hincada de rodillas, con lágrimas en los ojos confesó la verdad, y arrepentida de sus pecados pidió perdon á Dios, dándole gracias á la santa que habia sido causa de su conversion. Así esta pura y santa Rosa, por su gran fé y caridad, acompañada con obras, fué patrocinada de Cristo, su esposo, y guardada de sus santos ángeles, y tuvo gracia de hacer en Vitorquiano, entre otros infinitos milagros, cuatro tan señalados y portentosos: no fué ofendida de las llamas de tan terrible y horrorosa hoguera: dió vista á una ciega de nacimiento: convenció, y redujo á penitencia y conocimiento de la fé católica, aquella pérfida y obstinada herética y maga, guiada y entregada ya á las manos del demonio; y convirtió juntamente todo un pueblo á la ley evangélica de Cristo, por cuya virtud obraba este milagroso prodigio de santidad tantas maravillas.

21 Huyendo los infinitos aplausos populares, que á vista de tal portento se siguieron, y tan debidos, se salió la humildísima Rosa de Vitorquiano, y se fué á convertir otros muchos pueblos de la provincia, como lo hizo: al fin se volvió á su patria, y al encierro de su amada celda. El papa Inocencio IV, habiendo vuelto de Francia á Italia, muerto Federico, oyó con mucha edificacion la maravillosa y célebre santidad de la beata vírgen Rosa, y los milagros estupendos que obraba, y el fruto que hacia y sacaba en sus sermones de los herejes por defensa de la fé católica, en virtud del divino poder, en sus pueriles años, pues aun no pasaba de los once; y despues de haber recibido de todo ciertísima informacion, para que la santa madre Iglesia, en la infelicidad de aquellos tiempos, pudiese en provecho de sus fieles gloriarse de un nuevo triunfo, el año de 1252 le concedió á la santa niña autoridad apostólica, para poder predicar libremente, como lo hacia, el Evangelio de Cristo; y ordenó, por bula especial al prior de Santo Domingo, y al arcipreste de San Sixto de Viterbo; que escribiesen la vida y los milagros de esta sierva de Dios, y que formasen proceso de su santidad, siendo la santa entonces de edad de doce años, para poderla canonizar, como se ejecutó. Este fué uno de los mas singulares favores, entre tantos que la divina bondad de Dios concedió á esta su sierva por medio de su vicario; pues hasta hoy no se ha visto ejemplar de que, viviendo aun la persona, se haga proceso de su vida y milagros para canonizarla: pero si Dios la habia declarado y canonizado por justa y santa,

con tantos prodigios como hemos oido; ¿qué mucho es que su vicario tambien procurase concurrir á la aprobacion de tan gran santidad? Siendo de quince años, permitió Dios, para mayor gloria suya, y honor de su sierva y querida Rosa, que su confesor y padre espiritual, como quien mejor que todos sabia su pureza y santidad, erigiese un oratorio, con título de Santa Rosa, donde se juntasen sus discípulas á oir su santa doctrina.

22 En fin, despues de haber padecido Rosa por la fé de su amado esposo Jesus tantas miserias, calamidades, tormentos, martirios, destierros, frios, hambres, sed y todas las demás aflicciones de este mundo, y despues que habia convertido tanta inmensidad de millares de almas á la fé de Cristo, exponiendo su vida al peligro en mil ocasiones, metiéndose en ardientes llamas, haciendo infinitos milagros, dando vista á ciegos, habla á mudos, oido á sordos, salud á mancos y cojos, habiendo sido un escudo inexpugnable de la fé por su esposo Jesus, acreditando sus maravillas, y dispensando sus favores, y despues de conocer que á la Iglesia católica la habia librado la omnipotente mano de Dios de la persecucion del tirano Federico, que estaba ya sosegada toda la Italia, la fé exaltada, consumida y aniquilada la herejía; trató de retirarse totalmente del mundo y comunicacion de las gentes. Encerrada en su cueva y voluntaria cárcel, se entregó totalmente á la contemplacion y meditacion de su muerte, que supo mas de dos años antes, y la predijo y anunció. Encerróse, pues, estos dos años á enseñarnos como nos hemos de preparar para morir, y no temer en aquella hora espantosa. En todo el tiempo que estuvo encerrada, no tomaba alimento alguno sino es de tres á tres dias, y á veces se lo pasaban semanas enteras, sin comer ni beber, olvidándose totalmente de su delicado cuerpo: los meses enteros se le pasaban sin dormir; y si alguna vez rendida, tomaba algun breve rato de descanso, era sobre una dura tabla sin cabecera. En todo este tiempo, como ni el demás de su vida, tuvo sobre sus carnes mas que la túnica que las cubria, y un cilicio riguroso que las traspasaba: tomaba continuas disciplinas con unas cadenas de acero, cuyos remates eran fieras y agudas puntas, que llegando sin reparo hasta los huesos, ponian á esta criatura formidable, arrojando arroyos de sangre: de que son fieles testigos el suelo, paredes, puerta, techo y todo cuanto contenia su corta habitacion. Este fué el sello y corona de virtudes tan altas, y gracias tan señaladas, oyéndosele repetir estas palabras: Ya, Señor, que me habeis concedido que se llegue el plazo en que se vea el premio de mis trabajos; dádme tambien fuerzas para que pueda agradecer tantos favores, como de vuestra liberal mano tengo recibidos: queriendo decir, que agradecia á Dios los favores con las ásperas penitencias que hacia, para que pedia fuerzas; enseñándonos como hemos de retornar los agradecimientos á los divinos favores.

23 Procuraba la bendita Rosa con los crueles martirios y ásperas penitencias que en si hacia, pagar por los delitos de los pecadores: y como conocia se acercaba el tiempo en que los dejaba, y se apartaba para siempre de ellos; por el amor tan grande que les tenia, se mostró tan penitente en el poco curso de su vida, que sobrepujó á lo que otros muchos santos obraron en término muy dilatado. Cumplíanse los dos años del encierro y últimas penitencias de Rosa: y viéndola debilitada y casi falta de espíritu, creyeron la madre y demás doncellas, y mujeres piadosas que la asistian, que ya eran los últimos alientos de su vida; y viéndolas la santa llorar y afligirse, dijo así: Cese el llanto: que si es, como creo, porque me muero, todavía no es tiempo: y tomando una piedra en la mano, hincada de rodillas, prosiguió diciendo: Yo soy la que tengo de llorar; salgan, pues, de mis ojos arroyos de lágrimas, en tanta abundancia, que basten á mereceros, Señor, el perdon de las ofensas que os han hecho. Y estándose rompiendo el pecho con cruelísimos golpes, y derramando mucha sangre, cayó en tierra desmayada; y despues de gran rato, que volvió en sí, se vió un fuego tan vivo en su celda, que causó grande admiracion á todos los circunstantes; y Rosa, vuelta á hincarse de rodillas, prosiguió: Seais, Señor, Dios y Jesus mio, alabado en los cielos, y en todo el mundo: y yo, indigna sierva vuestra, os repito las alabanzas que mi ruda lengua sabe proferir; pero ¿qué gracias habrá que basten? Mi corazon teneis vos, mi Dios: en él leeréis lo que yo no sé decir: obra vuestra es; pues bien me conozco indigna de tal grandeza. ¿Vos por mí? ¿Nó bastaba vuestra voluntad? Ea, Señor, quiero ser obediente: aquí me teneis: hágase vuestra voluntad, y yo la obedezca. Pidió con presteza los santos sacramentos de la Iglesia: y habiéndolos recibido con mucha devocion y atencion, tomando en las manos el santo Cristo, que siempre habia traido consigo, dijo: Ea, Salvador mio, ya estoy pronta á vuestros mandatos: ya me hallais dispuesta á vuestras órdenes: y no por eso, Señor, rehuso vivir, si conviene á vuestro servicio: no me hagais cargo, mi Jesus, de que dejo tan presto las miserables tribulaciones y penalidades de este mundo; que si es gloria vuestra que yo padezca, vengan miserias y calamidades, que serán regalos para mí: y en esto, mi Jesus, nada haré; pues vos, siendo justo y manso Cordero, me enseñasteis y disteis escuela, despues de tantos tormentos, con el que últimamente padecisteis en la cruz, dando la vida á manos de la crueldad de los hebreos, ó por mejor decir, á manos de la ingratitud nuestra. Pero si os dignais, mi Dios, de dar fin á mi vida, para que vaya á gozar vuestros favores eternamente; ¿á qué aguardais? Pronta estoy. Alma mia; sál, no temas: diez y ocho años has servido al justo Dios; ¿de qué te retiras? ¿De qué has cobrado horror? Para ahora es el brio: Dios te llama: su favor te ayuda: la Virgen sacratísima te patrocina: los santos te saludan: las vírgenes te esperan: sál, acaba. Con esto, y hacer tiernas exhortaciones á sus padres, y á los circunstantes, obligando á todos á exhalarse en lágrimas, pidiéndoles dijesen con ella: Bendito y alabado sea el santísimo Sacramento del altar, y

la Vírgen María purísima, san Juan Bautista y todos los demás santos y santas de la corte del cielo, para siempre jamás; se recostó sobre su tabla, abrazada con el santo Cristo, poniendo su cara sobre la de Jesus, y se durmió en el Señor, sin mas movimiento ni señal alguna. Espiró el alma dichosa entre los brazos del crucifijo, y en manos de los ángeles; pues al instante mismo se vió á modo de una paloma, con tal resplandor, que quitaba la vista á los circunstantes; y de esta suerte la presentaron con fragrancia increible á los sacratísimos piés de Jesucristo, para que adornada de su inmensa gloria, viviese eternamente entre las demás santas y puras vírgenes del celestial coro.

24 Murió, ó por mejor decir, nació para vivir eternamente, el año 1258, á 6 de marzo, de edad de diez y siete años y diez meses. Quedó su cuerpo muerto tan bello y hermoso, que parecia que dormia: su rostro tan encarnado y luciente, que demostraba ser rosa hermosa, tanto mas que espiraba y daba un olor suavísimo. Toda la ciudad se alboroló, movidos de celestial impulso de un gran resplandor que se vió sobre la casa de Rosa, y de oir las campanas todas de la ciudad, que milagrosamente se tocaron, haciendo salva á la santa, al pasar por aquellos aires, cuando iba á gozar de aquella gloria. Fué enterrada luego, por evitar tumultos, y que no la maltratasen por llevar sus reliquias. Y á los treinta meses se apareció gloriosa visiblemente tres noches al papa Alejandro IV, que á la sazon se hallaba en Viterbo: el cual la declaró y adoró por santa, y trasladó su cuerpo de la iglesia de Santa María del Povo, donde habia sido sepultado, á la de Santa María de las Rosas, donde pérmanece hasta hoy entero, incorrupto, sano, hermoso y tan palpable y tratable, como si durmiera; de suerte, que las religiosas suyas (que por ella hoy se llaman de Santa Rosa, visten el hábito de San Francisco, y guardan la regla seráfica de Santa Clara) la visten y desnudan continuamente para mudarle ropa, como si fuera cuerpo vivo. Los milagros que Dios ha obrado y obra por ella cada dia, son infinitos; tanto, que para escribirlos era menester hacer un nuevo y grande libro: y por eso me ha parecido omitirlos todos, para no hacer agravio á ninguno. Quien gustare leer muchos y portentosos, lea el tratado de ellos, con la traslacion de la santa, que escribió don Alonso de Guzman al fin de la Vida de Rosa, y saciará su devocion. Celebra la fiesta de santa Rosa de Viterbo nuestra madre la Iglesia á 4 de setiembre, que fué el dia de su gloriosa traslacion. Escribieron su vida Bartolomé de Pila; Mariano Franciscano; Bartolomé de Lisboa; y Wadingo en las Crónicas de san Francisco; Pedro Corretin de Viterbo; don Alonso de Guzman; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y otros. Y porque toda esta vida es un vivo ejemplar de la vida de Cristo, no hago ni saco de ella mas ejemplo, que ponerla á la vista.

* SAN MOISÉS, LEGISLADOR Y PROFETA.—Fué hijo de Amram y de Jocabed, y nació 1571 años antes de Jesucristo. Viendo el rey de Egipto que los hebreos se multiplicaban tanto y que llegarian á ser un pueblo temible por su número, dió un edicto por el cual disponia que fuesen arrojados al Nilo todos los niños varones que naciesen de madre israelita. Jocabed guardó á su Moisés, por espacio de tres meses, al cabo de los cuales tomó un cesto de juncos, lo empegó, metió al niño en él, y lo puso sobre las aguas del Nilo. Termutis, hija del rey, que se paseaba despues por la orilla, viendo flotar el canastillo, mandó que lo sacasen, y prendada de la belleza del infante, quiso que se salvase, y lo hizo criar á sus expensas. Tres años despues la misma princesa le adoptó por hijo suyo, le llamó Moisés, que quiere decir «sacado de las aguas», y le hizo instruir en todas las ciencias de los egipcios; pero sus padres, á quienes habia sido confiado por una feliz casualidad, se dedicaron con todo cuidado á enseñarle la religion y la historia de sus mayores.

2 Algunos historiadores cuentan muchas particularidades de la juventud de Moisés, que sin embargo no se apoyan en ninguna relacion de la Escritura, á la cual nos limitarémos. Por esta sabemos, pues, que á la edad de cuarenta años salió de la corte de Faraon para ir á visitar á los de su nacion, que la crueldad de sus dominadores agobiaba con excesivos y crueles tratamientos. Habiendo encontrado un dia á un egipcio que maltrataba á un hebreo, le mató, suceso que, habiéndose hecho público, obligó á Moisés á dejar los estados de Faraon y refugiarse en el país de Madian, donde tomó por esposa á Sefora, hija del sacerdote Jetró, de la cual tuvo dos hijos, Gersam y Eliezer. Por espacio de cuarenta años el que habia de ser libertador de Israel estuvo apacentando en aquel país los ganados de su suegro, hasta que un dia, conduciendo las ovejas á lo interior del desierto, en la montaña de Horeb se le apareció el Señor en medio de una zarza que ardia sin consumirse, y le mandó que fuese á romper el yugo de sus hermanos, vision que se halla explicada de una manera llena de interés é instruccion en los capítulos 3 y 4 del libro del Exodo.

3 Moisés se resistió al principio, pretextando su inutilidad y el poco crédito que se daria á sus palabras; pero Dios venció esta resistencia por medio de dos prodigios. Juntándose, pues, él y su hermano Aaron, marcharon á la corte, y presentándose á Faraon le intimaron que Dios le mandaba permitiese á los hebreos ir al desierto á ofrecerle sacrificios; pero el impío monarca se burló de aquella órden y redobló la crueldad con que trataba ya á los israelitas. Los dos enviados de Dios se volvieron; pero presentándose luego por segunda vez, se esforzaron en persuadir á Faraon, seducido por los encantamientos de sus magos, á los cuales confundieron por medio de algunos portentos. El obstinado príncipe atrajo con su ceguera espantosas calamidades sobre su reino, de las cuales la décima y última fué la muerte de los primogénitos de Egipto, que en una sola noche fueron todos muertos por el ángel exterminador, desde el primogénito del mismo rey Faraon hasta

el primogénito del último de los esclavos y animales.

4 Semejante catástrofe ablandó por un momento el corazon endurecido del monarca, que dió permiso á los israelitas para marcharse donde querian. En virtud de esta órden salieron los hebreos de Egipto el dia 15 del mes de Nisan, desde cuyo dia empezó en adelante á contar los años el pueblo escogido en memoria del recobro de su libertad. Cuando salieron de Ramesses eran en número de seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, llevando consigo innumerable número de ovejas y ganados mayores y bestias de diversos géneros. Apenas habian llegado los hebreos á la orilla del mar Rojo, Faraon y los suyos, arrepentidos de haberles dejado salir de Egipto, corrieron detrás de ellos con un ejército poderoso; pero Moisés extendió su vara sobre el mar, las aguas se dividieron, los israelitas pasaron al otro lado á pié enjuto, y los egipcios que quisieron seguirlos, quedaron envueltos y ahogados entre las olas que habian tornado á su estado natural por medio de un fuerte viento que el Señor habia hecho soplar. Ni uno solo quedó con vida del ejército de Faraon: el Egipto quedó asolado y humillado con aquel terrible suceso, y Moisés desde el otro lado del mar, entonó aquel admirable y célebre cántico de accion de gracias que empieza: *Cantemus Domino*, y que se halla en el capítulo 15 del citado libro del Exodo.

5 Desde entonces caminó el pueblo hebreo por el desierto en paz y libertad, y dirigiéndose hácia el monte Sinaí, llegó á Mara donde no encontrando mas que aguas amargas, Moisés las endulzó por un prodigio para que se hiciesen potables. En Raphidim, que fué la décima sexta jornada, faltó el agua; pero el divino libertador la hizo salir de una roca de Horeb golpeándola con su vara. El Señor se indignó en aquella ocasion contra Moisés, por la especie de desconfianza ó falta de fé que habia mostrado, golpeando dos veces seguidas la roca y empleando la milagrosa vara, en lugar de mandar sencillamente que saliese el agua conforme á la órden que se le habia dado. Entonces y en aquel mismo sitio llegaron los amalecitas para pelear contra Israel, y mientras Josué los rechazaba y los vencia, Moisés, colocado en la eminencia de un collado, tenia las manos levantadas al cielo y se las sostenian Aaron y Hur. Los amalecitas quedaron completamente derrotados, y los hebreos siguiendo su camino, llegaron por fin á la falda del monte Sinaí el dia tercero del noveno mes despues de su salida de Egipto. Moisés subió á la cumbre, y en medio de rayos y truenos recibió la ley que habia de dar al pueblo y concluyó la famosa alianza entre el Señor y los hijos de Israel.

6 Mientras esto pasaba en la montaña, aquel pueblo desagradecido que se entregaba á la murmuracion con tanta frecuencia, pidió á Aaron un Dios visible, y fabricó el becerro de oro al cual erigió un altar. Cuando Moisés bajó de la montaña con las tablas de la ley, y vió á los israelitas entregados á tan infame idolatría, se llenó de justo horror, rompió las tablas de la ley, y mandó pasar á cuchillo veinte y tres mil de los prevaricadores. Despues subió otra vez á la montaña, y habiendo alcanzado el perdon de Dios para su pueblo, trajo otras dos tablas como las primeras, en las cuales estaba escrita la ley. Cuando bajó esta vez, la cara de Moisés despedia rayos de luz tan viva, que el pueblo no podia mirarle y fué preciso que se cubriese con un velo. Empezó entonces á fabricar el tabernáculo segun el diseño que el mismo Dios le habia indicado, hizo su dedicacion, consagró á su hermano Aaron y á sus hijos para ser sus sacerdotes y destinó á los levitas para su servicio. Escribió asimismo todo lo concerniente al culto divino y al gobierno político del pueblo; y despues de haber arreglado todas estas cosas, condujo los israelitas á los confines del país de Canaan al pié del monte Nebo. Entonces le mandó el Señor que subiese á la cúspide de esta misma montaña, desde donde le mostró la tierra prometida en la cual no podria entrar. Efectivamente, Moisés murió allí á la edad de ciento y veinte años, el 1451 antes de Jesucristo, dejando á su pueblo y á los siglos futuros de todo el universo la idea de un hombre extraordinariamente favorecido de Dios y conducido por sus caminos, de un genio elevado y vasto, y de un legislador ilustrado y profundo. Moisés es incontestablemente el autor de los cinco primeros libros del antiguo Testamento, conocidos con el nombre de *Pentateuco*, que los judíos y todas las Iglesias cristianas han reconocido por inspirados. La Iglesia católica le ha colocado entre sus santos y celebra en este dia su memoria.

San Marcelo, mártir.—Cuando en tiempo del emperador Antonino Pio tuvo lugar la horrible matanza de los cristianos de Lyon y Viena, estaba en la primera de estas ciudades el ilustre san Marcelo, que tuvo tiempo para escaparse, marchándose á predicar el Evangelio á los países vecinos. Despues de dos años, el 179 de Jesucristo, hallándose Marcelo en Chalons de Francia, fué arrestado por órden del gobernador Prisco, que quiso obligarle á comer manjares ofrecidos á los ídolos. El santo se negó de tal modo, que reprendió libremente al gobernador y á todos los que estaban presentes, despues de lo cual le hicieron sufrir todo género de crueldades las mas inauditas, y al fin le sepultaron vivo hasta la cintura, y despues de estar así por espacio de tres dias, murió al fin quemado, y entregó su alma á Dios.

Santa Rosalía, vírgen.—Nació en la ciudad de Palermo, en Sicilia, y fué hija de un señor principal, llamado Sinibaldo, descendiente de la familia imperial de Carlo Magno. Desde su primera juventud despreció tan de corazon todas las vanidades del mundo, que dejando el principado de su padre, la corte, y toda su familia, se retiró á una gruta en el monte Pelegrino, á tres millas de Palermo. En esta soledad hizo la santa vírgen el sacrificio de su corazon por las austeridades de la penitencia, por el trabajo de sus manos, por una oracion continua y por la comunicacion no interrumpida de su alma con Dios. Rosalía murió el dia 4 de setiembre del año 1160, y posteriormente fueron descubiertas sus reliquias, que obraron mu-

chos milagros, atribuyendo la Sicilia á su proteccion la cesacion de una horrible peste que habia causado grandes estragos en todo el pais.

San Marin, ó Marino, diácono.—Dícese que trabajó de albañil en la construccion de las murallas de Rimini, que se cree fué su patria. Su santidad fué tan eminente, que habiéndola manifestado Dios por algunos milagros, Marin fué ordenado diácono por san Gaudencio, obispo de Brescia. Despues de esto, el santo se retiró á una pequeña cabaña, que él mismo construyó en medio de unos bosques á diez millas de Rimini. Aquí vivió por espacio de muchos años, santificándose con los ejercicios de la mas austera penitencia, y murió en paz á fines del siglo IV. En aquel mismo sitio edificóse una poblacion, que tomó el nombre de «San Marino,» y fué la tan conocida república del mismo nombre, que ha conservado por tanto tiempo su primitiva organizacion.

Los santos Teodoro, Océano, Amiano, y Julian, mártires.—Eran griegos de nacion, y en tiempo del emperador Maximiano, acusados por ser cristianos y no queriendo renegar de sus creencias, les cortaran los piés y los echaron dentro de unas calderas de aceite hirviendo, de cuyo martirio salieron sin lesion, y se escaparon. Marcharon á la soledad; pero pasados algunos dias, fueron tambien presos allí, y despues de haberles abierto una porcion de rajas en todo el cuerpo, y roto las piernas, los echaron en una hoguera, donde cantando divinas alabanzas, entregaron á Dios su espíritu.

Santa Cándida, viuda.—Cuando el apóstol san Pedro se dirigia á Roma á fundar allí la primera silla de la cristiandad, pasó por Nápoles y permaneció en esta ciudad por espacio de algunos dias. Hospedóse en casa de una viuda llamada Cándida, que desde luego que oyó al apóstol se convirtió á la fé y recibió de sus manos el bautismo, y en el tiempo que recibia el agua santa, se sintió libre de un fuerte dolor de cabeza que de muchos años padecia. Animada mas y mas en su fé y caridad con este prodigio, fuése á ver á un amigo suyo llamado Aspren, insigne en bondad, y que estaba sepultado en cama hacia largo tiempo. Encargóle que pusiese su confianza en el Dios de Pedro, y ella misma rogó encarecidamente al príncipe de los apóstoles que se dignase curar á aquel pobre enfermo. Pedro le entregó su báculo (que aun se conserva en Nápoles) diciéndole: Entrega á Aspren este báculo, dile que tenga fé en Jesucristo, y su enfermedad desaparecerá. El milagro coronó la prediccion, y Aspren recibió tambien el bautismo. Cándida siguió propagando por la ciudad las nuevas del Evangelio, obró muchas conversiones, vivió en continuo ayuno y oracion, y á mediados del siglo I murió en el Señor en la misma casa que san Pedro habia consagrado con su presencia y con la celebracion de los divinos misterios.

Santa Cándida la Jóven.—Celebra la Iglesia en este dia dos santas del mismo nombre y ambas de la ciudad de Nápoles. La presente nació de la antigua y noble familia de Brancatia, y aunque estuvo casada, su vida fué pura, santa y resplandeciente en las mas elevadas virtudes. El continuo objeto de sus oraciones eran su marido y su hijo, por cuya salvacion rogaba incesantemente. Sus deseos fueron dignamente coronados, porque el Señor concedió á aquellas dos personas, por quienes tanto se interesaba la santa, abundancia de bienes espirituales. Cándida murió en la flor de su edad, como una santa, el dia 2 de setiembre del año 586, y de su sepulcro manó por mucho tiempo un aceite que curaba toda clase de enfermedades.

San Marcelo, obispo y mártir.—Sucedió á san Avito en la silla arzobispal de Tréveris, cuando estaba mas enfurecida la persecucion contra los cristianos. Con sus trabajos y ejemplos confundió á los paganos y esforzó á los fieles; pero bien pronto fué purpurado con la gloria del martirio. Floreció en el siglo III.

Los santos Rufino, Silvano, y Vitalio, mártires.—Eran tres niños de Ancira que murieron martirizados en el siglo I de la Iglesia.

Los santos Magno, Casto, y Máximo, mártires.—Salazar cree con bastante fundamento que fueron discípulos del apóstol Santiago el mayor, y que predicaron el Evangelio en Andalucía. Dextro no duda que murieron mártires en España por los años de 66, despues de haber fundado varias iglesias con su predicacion y sus milagros.

San Tamel, y sus compañeros, mártires.—El santo de quien hablamos habia sido sacerdote de los ídolos, y fué convertido á la fé de Jesucristo por un santo obispo que dió su sangre en confirmacion de las verdades que predicaba. Tamel se encendió tambien en deseos de dar su vida por la religion que acababa de conocer, y presentándose espontáneamente á los tiranos, en tiempo del emperador Adriano, y confesando su nueva religion, logró ser inmolado con otros muchos fieles al furor de los paganos.

Los santos Marcelo y Valeriano, mártires.—La horrorosa carnicería de los mártires de Leon y Viena sucedió por los años de 177. Marcelo y Valeriano predicaron á pesar de la persecucion el Evangelio y fueron coronados con el martirio el año de 179, dando su alma á Dios en medio de los mas atroces tormentos.

La traslacion de san Cuthberto.—Celébranla los católicos de Inglaterra en este dia. Motivaron dicha traslacion los piratas daneses que infestaban algunas de las provincias de aquel reino.

Santa Ida, viuda.—Su padre fué un conde muy amigo de Cárlo Magno. Este casó á Ida con uno de sus favoritos, llamado Hegberto, y la dotó con muchos estados. Hegberto murió muy jóven, y desde entonces vivió Ida en el retiro y murió en olor de santidad.

San Ultano, obispo.—Fué primer obispo de Ardbraccam, en Meath de Irlanda. Fué muy alabado por su caridad para con los huérfanos irlandeses: murió en 656.

Dia 5.

San Victorino, obispo y mártir. —La ciudad de Amiterno, hoy llamada de Aquila, está en aquella parte de Italia, que llaman Campania, en el reino de Nápoles. De esta ciudad, pues, fué natural san Victorino. Muertos sus padres, que eran ricos y nobles, quedaron abundantes de posesiones Victorino y Severino, hermanos; pero aspirando á la cumbre de la perfeccion cristiana, vendieron el rico patrimonio, y repartieron á pobres cuanto haber pudieron. Quedaron tanto mas ricos en bienes espirituales, cuanto mas pobres de los de este mundo. Una voluntad sola gobernaba á los dos hermanos: nada les faltaba; porque todo lo habian dejado y dado por Cristo. Ellos eran señores uno del otro, y criados tambien; pues en cuanto se ofrecia, servia el uno al otro. Victorino bien estaba con servir á su hermano Severino; mas no le agradaba ser de él servido: y así resolvió irse al desierto, como lo hizo. Entróse en lo mas oculto y retirado, donde, ni pudiese ver, ni ser visto de las gentes, y solo pudiese gozar de la conversacion de los ángeles. Fabricó una celda tan estrecha, que solo él podia estar de rodillas ó en pié, orando, y si alguna otra persona estaba dentro, habian de estar por fuerza en pié los dos; que de otra suerte era imposible. Vivia nuestro santo en la gloria, vacando solo á Dios, con oracion, abstinencia, disciplinas y penitencias. Pero como nuestro enemigo comun no duerme, envidioso de ver la paz y quietud de ánimo, con que Victorino vivia, trató de contrastarla. Tomó forma de una hermosa doncella: y siendo ya noche, se llegó á la puerta de la celda, llorando y pidiendo favor, y diciendo que iba perdida, y que temia las fieras de aquel desierto, que por amor de Dios la hospedase por aquella noche; que en amaneciendo se iria. Tan bien supo fingir la tragedia: tanto supo llorar; y tan lastimosas plegarias supo hacer, que movido el corazon de Victorino á misericordia y piedad cristiana, abrió la puerta, y dió entrada á su enemigo.

2 Luego que hubo entrado, se fingió santa, como el santo, la doncella, y así se puso, como él, en oracion; pero perseveró poco: porque tocando con uno de sus piés uno de los del santo, le encendió en un fuego tal, que olvidóse de sí, y de Dios, sin poderse valer ni reprimir: tanto efecto hizo el vil engaño de aquella sierpe enemiga. Apenas le vió caido en la culpa, cuando el demonio, burlándose de él, le dijo: ¿Qué haces, varon santísimo? Tú, que te has desposeido del mundo y sus glorias, por seguir la virtud, y puedes de verdad enseñarla á todos; ¿ahora te has despeñado? Dejaste á tú mismo hermano; ¿y admites á tu enemigo en tu compañía? ¡Ah desdichado! Y diciendo esto, se desvaneció en humo. Quedó Victorino confuso y avergonzado de ver habia triunfado de él su enemigo, con tal engaño y cautela: pero como sabia bien que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, se tomó por su culpa una de las mas raras penitencias, que se hayan visto jamás; y tal, que no es para imitada de ningun pecador, si no es que tuviese, como Victorino, especial inspiracion, ayuda y favor de Dios para hacerla. Fuése en busca de su hermano Severino: confesóle el engaño del demonio, y su culpa; y pidióle le ayudase á la penitencia: porque la que Dios le habia inspirado, y se habia impuesto, no podia solo ponerla en ejecucion sin su ayuda: ofreciósele el hermano; y llevando instrumentos para ello, rajaron un árbol, y por la raja ó hendidura hecha, metió Victorino las manos, y luego hizo que su hermano volviese á cerrar y apretar muy bien aquella raja con cuñas y una faja de hierro, cerrada muy bien con su candado y llave; de suerte que jamás pudiese sacar de allí las manos, ni dar alivio á su cuerpo.

3 Obedecióle en todo Severino; pero despues que le dejó metidas en tal prensa las manos, y en tan nunca vista penitencia, se fué al obispo de Aquila, y le dió cuenta, para que viniese y sacase de allí á su hermano. El obispo, admirado y compadecido, vino, y procuró, con toda prudencia y suavidad, persuadirlo á que dejase aquella rigurosa penitencia; mas viéndole firme en su propósito, por no contradecir al espíritu de Dios, que en el obraba, le echó su bendicion, oró por él, le consoló y animó; y se fué. Tres años pasaron sin que se viesen señas algunas de mudar de ánimo; solo permitia viniese á verle su hermano los domingos, y le trajese un poco de pan y agua, que tomaba por conservar la vida para padecer: en cuyo rigor de abstinencia y ayuno de ocho dias enteros, le imitaba Severino su hermano; pues solo los domingos tomaba, como él, una escasa refeccion de pan y agua. En todos los tres años no cesó Victorino de llorar su culpa: al fin de los cuales el obispo, movido á piedad, vino á verle; y al fin alcanzó con sus ruegos, que permitiese dejarse sacar de aquel árbol las manos. Convencido, pues, llegó su hermano: abrió la aldaba: quitó las cuñas; y salió un esqueleto vivo Victorino: pues solo tenia la forma de humano, que en lo demás era un tronco seco. Obró en él de suerte la gracia y virtud del Altísimo, que comenzó á resplandecer en milagros, santidad y virtudes, sanando enfermos de todas enfermedades, resucitando muertos, y expeliendo demonios de humanos cuerpos. Al fin fueron tantos los milagros que hizo, que no hay lengua que pueda contarlos, ni pluma que los pueda reducir á número. Murió el obispo de Aquila, y por disposicion divina todo el pueblo le aclamó, y eligió por su obispo: y él, por no resistir á la divina disposicion, aceptó el cargo. Ordenóse de sacerdote, y gobernó su Iglesia santísimamente, siendo á todos ejemplo de vida santa y milagrosa.

4 El cruel Nerva, emperador, tuvo noticia de la santidad de Victorino, y dió órden á Aureliano, juez, para que lo prendiese y martirizase; como lo hizo en la via Salaria, setenta millas de Roma, donde estuvo preso, y padeció muerte por Cristo, junto con otros dos gloriosos mártires, llamados Eutiques y Maron. Despues el juez impío

lo hizo llevar cerca de Roma á un lugar que llamaban Cutilas, ó Cotilas, donde manan unas aguas pestíferas; y allí le hizo colgar la cabeza hácia abajo, para que fuese atormentado de aquella pestilente hediondez: donde estuvo por espacio de tres dias, al fin de los cuales dió el alma á su Criador, por quien tanto habia padecido. Fué su glorioso martirio á los 5 de setiembre del año del Señor 100. Escribieron su vida y martirio Usuardo; Adon; y Surio, tomo v; Pedro de Natalibus *in Cathalogo sanctorum*, *lib.* VIII, *cap.* 39; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo IV de sus Anales, año 98, número 12, y tomo II, *à num.* 100.

* San Bertin, abad y confesor. —Nació á fines del siglo VI en el territorio de Constanza, en Suiza, y despues de una infancia admirable en virtudes, abrazó la vida monástica en Luxeuil. El jóven monje era sobrino de san Omer, religioso del mismo monasterio, que cuando fué nombrado obispo de Terranova, se llevó consigo á Bertin, y ambos trabajaron en la civilizacion de aquel país, entonces inculto. Entre las muchas conversiones que obraron, cuéntase la de un magnate llamado Adroaldo, que dió al santo sus posesiones de Sitien para fundar un monasterio. Apenas estuvo este concluido, se vió poblado por una infinidad de religiosos que vivian como ángeles, bajo la direccion de san Bertin, su abad y su modelo. Algun tiempo antes de su muerte, acaecida el año 706, retiróse el santo á una ermita solitaria, donde acabó su vida ejemplar, á la edad de ciento y tantos años. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia del monasterio de Sitien, que despues llevó su nombre, en reconocimiento á los favores que el santo habia dispensado á aquella isla.

Los santos Rómulo, Eudoxio, Zenon, Macario, y mil ciento y cuatro compañeros, todos mártires. —Rómulo era mayordomo del emperador Trajano, y merecia toda su confianza. Un dia lo envió el emperador á las Galias para que examinase el estado de las legiones allí acantonadas, y obligase á todos los soldados á sacrificar á los dioses. Rómulo cumplió con exactitud su encargo, pero ni con promesas ni amenazas logró vencer á muchísimos de ellos, particularmente á su jefe, llamado Eudoxio, ciudadano romano y ennoblecido además con altas condecoraciones del imperio. Al saber el emperador la obstinacion de aquellas tropas, mandó que en castigo fuesen trasladadas desde las Galias á Melitina, en Armenia, sin que se les tuviese ninguna clase de consideraciones. Algun tiempo despues, Rómulo abrió sus ojos á la fé, se arrepintió de lo que habia hecho, y presentándose á Trajano, le confesó que él tambien era cristiano, y que por este solo título renunciaba desde aquel momento á su confianza y á todos los honores de la corte. Furioso el emperador, por lo que él llamaba un desacato, mandó que su mayordomo fuese inmediatamente decapitado, como efectivamente se ejecutó. Algunos años despues, reinando Maximiano, enviáronse nuevas órdenes al prefecto de Melitina para que obligase á todos los soldados de su guarnicion que adorasen á los dioses del imperio, y que condenase á la última pena á los que se resistiesen á obedecer. Entonces murieron, pues, Eudoxio, Zenon, Macario y los demás soldados que habian sido relegados de las Galias por haberse negado á lo mismo que despues se les exigió á fuerza de tormentos, en los cuales acabaron su vida siempre valerosos y constantes en su fé.

San Herculano, mártir. —Era soldado romano, y murió despedazado por las fieras, en la ciudad de Ostia, en Italia, el año 252, al principio del reinado del emperador Galo. Sus reliquias fueron recogidas por un tal Eusebio, sacerdote de Parma, que les dió honrosa sepultura, levantándose algunos años despues una magnífica basílica á su memoria, donde ha obrado el Señor grandes milagros.

Los santos Urbano, Teodoro, Menedemo, y setenta y siete compañeros, todos mártires. —Eran eclesiásticos de la Iglesia de Constantinopla, y por no querer ceder á las exigencias impías del emperador Valente, por su órden fueron embarcados en una nave vieja, á la cual pegaron fuego en alta mar, y los ilustres confesores volaron desde allí á recibir el premio de la vida eterna.

Los santos Quinto, Arconcio, y Donato, mártires. —Solo sabemos de ellos que derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Capua, y segun los bolandistas en el Puerto Romano.

Santa Obdulia, vírgen. —Hé aquí lo que dice el M. Florez en el tomo VI de su España sagrada: «De santa Obdulia hacen memoria, llamándola vírgen, el Martirologio romano, el calendario muzárabe y el breviario toledano anterior á la edicion del muzárabe. Los oficios nuevos de aquella santa Iglesia le añaden el título de mártir. Nada consta de la vida ni de la muerte de esta gloriosa santa.»

San Lorenzo Justiniano. —Su vida puede verse en el dia 8 de enero.

San Alton, abad. —Fué un monje escocés que pasando á Alemania se hizo famoso por sus muchos milagros, y fundó la abadía de Almunster, en Baviera, á mediados del siglo VIII.

Dia 6.

San Eleuterio, abad. —El glorioso y magno pontífice Gregorio, en el cap. 33 del lib. III de sus Diálogos, escribe así la vida del bendito san Eleuterio, abad: «Eleuterio, padre del monasterio de San Márcos, evangelista, sito en la ciudad de Espoleto, vivió mucho tiempo, y conversó conmigo en Roma en mi monasterio, y en él murió. Fué de tanta virtud, que con sus oraciones resucitó un muerto. Cierto dia caminando, sobrevino la noche, y no tuvo donde recogerse, sino es en un monasterio de religiosas que habia en aquel paraje. Estas siervas de Dios tenian un niño, á quien todas las noches atormentaba el demonio, apoderándose de él. Pidieron al santo, permitiese que aquel niño durmiese con él aquella noche, sin decirle por qué. Concedióla el bendito padre, y

por la mañana le preguntaron, cómo le habia ido con el huésped. El santo respondió, que muy bien: y como entendiesen que por su virtud el demonio no se habia atrevido aquella noche al muchacho, le pidieron se le llevase en su compañía, refiriéndole lo que pasaba. Llevóselo consigo á su monasterio, y nunca mas el demonio se atrevió á inquietar aquella criatura. Pasaron muchos dias, y gozoso el santo abad de ver tan sano, bueno, y libre del demonio aquel muchacho, lleno de alegría dijo un dia á sus monjes: El diablo se burlaba de aquellas santas religiosas, y así atormentaba á este niño; pero ahora no se atreve. Aunque dijo con sinceridad estas palabras, no dejó de deslizarse algo en la vanagloria de tan gran milagro: lo cual conoció al instante por los efectos; pues al mismo punto se apoderó el demonio del muchacho, y comenzó de nuevo á atormentarle. Reconoció el santo padre su culpa; aunque fué tan ligera, que casi era dudoso que la hubiese cometido, lloróla amargamente, y pidió á los monjes todos se pusiesen en oracion, protestando, fiado en la divina misericordia, que ni él, ni otro alguno de ellos habian de probar bocado de pan, hasta tanto que aquel niño estuviese bueno, y libre del demonio. Y como la oracion de muchos vale mucho con Dios, al fin alcanzaron el perdon de aquella ligera culpa, que el santo abad habia cometido, de vanagloria, y juntamente la salud del niño, tan cumplidamente, que nunca jamás se atrevió el demonio á entrar en él. »

2 «Tuve yo (prosigue san Gregorio) una continua enfermedad, que los griegos llaman sincopia, de calidad, que si no comia cada instante, parecia acabárseme la vida, y dar el último aliento sin remedio. Vino la pascua de Resurreccion: y como yo viese que en el sábado santo todos ayunaban hasta los niños tiernos y delicados, considerando que yo solo no podia ayunar, me entristecí de manera, con sola esta consideracion, que mas que la misma enfermedad me afligia, y acababa totalmente la vida esta pesadumbre. Un solo consuelo y esperanza de vida halló mi ánimo triste, que fué llamar al bendito padre Eleuterio, y comunicarle secretamente el mal que nuevamente me afligia, pidiéndole que con sus ruegos me alcanzase de Dios gracia para ayunar aquel dia. ¡O lo qué vale la oracion del justo! Apenas lo hizo, y me echó su bendicion, cuando sentí tal vigor, tanta virtud y fortaleza en mi estómago, que no solo pude ayunar aquel dia, sin acordarme mas de mi enfermedad, sino que tambien podia ayunar al siguiente; y así experimenté la gran virtud y santidad de este bendito padre. Al fin, lleno de dias y virtudes, dió su santísima alma á Dios el glorioso Eleuterio á 6 de setiembre, por los años del Señor de 580.» Escribieron su vida, despues de Gregorio, papa, ya citado, Adon; Beda; Adriano, papa: Pedro de Natalibus *in Cathalogo sanctorum, lib.* VIII, *cap.* 45; Surio, tomo V; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo VII de sus Anales, año 580.

* SAN ONESÍFORO, MÁRTIR. — Fué discípulo de san Pablo, quien habla de él en su segunda carta á Timoteo, cap. 1, con estas palabras: «El Señor haga merced á la casa de Onesíforo: porque muchas veces me consoló, y no tuvo vergüenza de mi cadena; antes, cuando vino á Roma, me buscó con diligencia y me halló. Déle el Señor que halle misericordia delante de su presencia en aquel dia. Cuánto servicio me hizo en Efeso, mejor lo sabes tú.» Segun el Martirologio griego y romano, Onesíforo padeció martirio con san Porfirio, criado suyo, en el estrecho de Galípolis, por órden del procónsul Adriano, sicado cruelmente azotado y despues atado á la cola de un caballo, que le arrastró largo tiempo, y así entregó su alma al Criador.

SAN ZACARÍAS, PROFETA. — Es el XI de los doce profetas menores y fué hijo de Baraquías y nieto de Addo. Dios lo envió juntamente con el profeta Ageo á los judíos para animarlos á reedificar el templo. Sucedió esto doce años antes del reinado de Darío, hijo de Histaspes, quinientos veinte antes de Jesucristo. Ignórase el lugar y la época del nacimiento de este profeta, como tambien los de su muerte; pero es seguro que habla de él Jesucristo en el cap. 23 de san Mateo, no solamente porque dice que es hijo de Baraquías, sino porque añade que es el último de los profetas que mataron los judíos y que murió entre el templo y el altar. Para conocer el valor que dan estas palabras: *Inter templum et altare* á la época de la muerte del profeta, debe advertirse, dice un autor, que cuando murió Zacarías hacia seis años que se habia empezado la reedificacion del templo. Jesucristo mismo quiso especificar esta circunstancia para distinguirle del otro Zacarías que habia sido asesinado en el atrio del mismo templo. Este santo profeta, dejó escrita una profecía, dividida en catorce capítulos, que la Iglesia venera entre sus libros canónicos. Todo lo que ella contiene relativa al Mesías, es tan claro y tan circunstanciado, que mas parece una historia que una profecía. La Iglesia celebra su fiesta en este dia, y el Martirologio romano dice, que siendo ya muy anciano y habiendo vuelto de la Caldea, murió en su patria (Jerusalen), y fué sepultado junto al profeta Ageo.

LOS SANTOS DONACIANO, PRESIDIO, MANSUETO, GERMAN, FÚSCULO, Y LETO, OBISPOS Y MÁRTIRES. — Eran todos obispos de Africa, cuando el rey Hunerico, que habia abrazado el arrianismo, movió aquella cruel persecucion contra los católicos, que renovó los primeros tiempos del cristianismo. Por su constancia en defender la fé ortodoxa fueron presos por órden del mismo rey, llevados á la cárcel y cargados de cadenas. Despues los azotaron cruelmente con manojos de varas, y luego los mandaron desterrados á distintos lugares, menos al ilustre san Leto, que despues de haberle hecho sufrir una porcion de suplicios, lo echaron en una hoguera, donde murió abrasado, el año 486.

LOS SANTOS FAUSTO, MACARIO, Y DIEZ COMPAÑEROS, MÁRTIRES. — El primero de estos dos santos era sacerdote de Alejandría, en cuya ciudad fueron todos ellos arrestados por órden del gober-

nador Valerio en tiempo del emperador Decio. Tuviéronlos por muchos dias en una oscura prision, y al fin los llevaron al tribunal de su juez, que se empeñó en que habian de ofrecer incienso á los dioses paganos. Resistiéronse ellos con gran fortaleza, reprendieron á Valerio su insensata exigencia, y predicando al pueblo las verdades del Evangelio, sufrieron con paciencia una porcion de tormentos, y al fin recibieron la corona del martirio, siendo degollados en la misma ciudad de Alejandría, el año 250.

Los santos Cótido, Eugenio, y sus compañeros, mártires. — Fueron degollados en Capadocia, en tiempo de los emperadores gentiles, por confesar á Jesucristo. San Cótido era diácono de aquella Iglesia, y animando á todos al combate, fué el último que mereció la palma del martirio.

San Petronio, obispo y confesor. — Fué varon de admirable santidad, de profunda doctrina, y de vida irreprensible. Dotado de singular elocuencia, se atraia todas las voluntades; así es que sus ovejas abrazaron suavemente todas las buenas máximas á medida que el santo pastor las iba enunciando. La Iglesia de Verona, que le tuvo por prelado, vió sus mas bellos dias durante aquel pontificado. Petronio murió á mediados del siglo V, ilustre en santidad y milagros, y su cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Estéban, junto al de san Andrónico.

San Pambo, abad. — Es conocido con el nombre de san Pambo de Nitria, y desde muy jóven se fué al desierto en busca del grande Antonio, de quien fué discípulo, y á quien acompañó por algun tiempo en la soledad: despues fundó en el desierto de Nitria un monasterio.

Santa Bega, vírgen. — Esta santa vírgen irlandesa floreció á mediados del siglo VII y fundó un monasterio en Espelan, cerca de Carlisle.

San Macculindo. — Fué obispo de Lusk, y solo se sabe de él que murió en 497.

Dia 7.

Santa Reina, vírgen y mártir. — La bendita Reina fué natural de la ciudad de Alisia, sita en la parte setentrional de Germania: su padre fué gentil, y se llamó Clemente. Siendo de edad de quince años, creyó en Cristo, sin que su padre lo supiese; y bien instruida en la fé católica, se bautizó, y ofreció á Dios su virginidad y pureza. Era tan hermosa (esmalte que divinamente sale sobre el oro de la virtud), que pasando acaso por Alisia Olibrio, prefecto, y viéndola, se enamoró de ella. Hízola venir á su presencia, y sabiendo de ella misma que era cristiana, la mandó poner en la cárcel, advirtiéndola que él iba á un viaje, y que si al volver de él no habia mudado de religion, experimentaria su rigor. Volvió de su viaje: y habiendo sacrificado á sus falsos dioses, hizo sacar de la cárcel á la santa vírgen Reina. Mandóla sacrificar: y hallándola firme y constante en la fé que habia prometido á su esposo Jesus, la hizo suspender en el ecúleo, despues herir por mucho tiempo con varas de hierro, y atormentar, y rasgar sus delicadas carnes con uñas de acero. Tan cruel fué este martirio, y tan horrendamente fué herida, y despedazada la santa vírgen, que el mismo Olibrio y todos los demás circunstantes cubrian sus rostros de horror, por no ver tan lastimoso espectáculo, y tanto rigor. Los arroyos de sangre que corrian, no parece posible que de tan tierno y delicado cuerpo manasen. Pero viéndola constante siempre el cruel Olibrio, la mandó descolgar del ecúleo, y volver á la cárcel.

2 Puesta segunda vez en la cárcel, fué admirablemente consolada por su divino esposo, el cual le envió una cruz de oro de maravillosa hermosura, sobre la cual tremolaba una hermosísima paloma, que sin duda era el Espíritu santo, que bajó á consolarla y sanarla de sus heridas, y animarla para el fin de la pelea. Llegaba la cruz de la tierra al cielo, y la paloma volaba sobre la cabeza de la bendita Reina, como halagándola, acariciándola, y consolándola, junto con animarla á la corona del martirio, que le esperaba. Pasados dos dias, fué sacada segunda vez de la cárcel; y puesta á la presencia de Olibrio, la mandó otra vez poner en el ecúleo, y que debajo encendiesen una grande hoguera que la abrasase: y cuando ya el fuego habia hecho su oficio, la mandó descolgar, y que atada de piés y manos, como inocente cordera, la metiesen dentro de un baño de agua muy fria, para que con la contrariedad de los tormentos padeciese mas crudamente: y al entrarla en el baño, hubo un horrible terremoto; y aquella hermosa paloma, que en la cárcel la habia consolado, bajó sobre ella, y desatándola todas las prisiones, la dejó libre y sana, y puso una corona de oro y piedras de inestimable valor sobre su hermosa cabeza; y bajó una vez del cielo, que la convidaba al reino, que tan valerosamente habia ganado. Este prodigio fué tan patente á todos los que habian concurrido á ver el espectáculo, que se convirtieron á la fé de Jesucristo ochocientos cincuenta gentiles. Con esto se encendió mas en furor diabólico el presidente, y la hizo degollar: con que acabó gloriosamente su triunfo; y para mayor gloria suya permitió su amado esposo Jesus, que toda la ciudad concurriese y viese su bendita alma ir gloriosa al cielo en manos de los santos ángeles, que envidiosos de su triunfo, se la presentaron gozosos á su Criador. Fué sepultado su glorioso cuerpo por los cristianos en la misma ciudad de Alisia, donde resplandece en milagros. Fué su glorioso martirio á 7 de setiembre (dia en que la Iglesia celebra su fiesta), por los años del Señor de 244. Escribieron su vida y martirio, Beda; Usuardo; Adon; Mombricio, tom. II *Vit. sanct.*; Pedro de Natalibus *in Cathalog. sanct.*, lib. VIII, cap. 47; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones.

* San Evorcio, obispo y confesor. — Era subdiácono de la Iglesia romana en el reinado del emperador Constantino el Grande. Por disposicion divina y por señal milagrosa de una paloma, fué consagrado obispo de Orleans, y murió el año 340. Aunque su nombre, dice Butler, es muy célebre en los antiguos Martirologios de Occidente, no te-

nemos ninguna historia auténtica de las acciones de su vida. Su culto fué antiguamente muy famoso en los reinos de Inglaterra y Francia.

San Clodoaldo, presbítero y confesor.—Este santo, llamado por los franceses *san Cloud*, nació en 522, de Clodomiro, rey de Orleans, hijo primogénito de santa Clotilde. Apenas tenia tres años el príncipe, cuando perdió á su padre, y quedó bajo la tutela de su santa abuela que le amaba tiernamente. Preparábase la piadosa tutora para dar á sus nietos una educacion conforme á su augusto nacimiento, cuando los reyes de París y de Soissons, invadieron los estados de Orleans, asesinaron á los hermanos de Clodoaldo, que escapó de su furor por una especial providencia del cielo, y aquellos quedaron dueños del reino. El jóven príncipe se retiró entonces á la celda que habitaba cerca de París el piadoso solitario san Severino, y allí aprendió tan pronto la verdadera ciencia de la salvacion, que él mismo se cortó los cabellos, ceremonia por medio de la cual declaraba que renunciaba al mundo y se consagraba á Dios. Penetrado de la futilidad de las cosas humanas, despreció las ocasiones que se le presentaron para recobrar la corona de su padre: contento en su soledad, daba continuamente gracias á Dios por haberle apartado de los escollos del mundo; y lleno de la divina gracia, adelantaba á pasos agigantados por los caminos de la perfeccion. Despues de algun tiempo, temiendo los peligros de su proximidad á París, dejó su primera mansion, y se retiró á la Provenza, donde vivió desconocido por algunos años. Pero sus virtudes y eminente santidad le hicieron de nuevo traicion: sintiéndose agobiado de visitas y de admiradores, se volvió á París, donde fué recibido con las mas inequívocas muestras de alegría. El año 551 el pueblo pidió al obispo de París que ordenase á Clodoaldo de sacerdote, cuyas funciones ejerció el siervo de Dios con general aplauso de todos; pero despues se retiró á un sitio llamado entonces Nogent, y posteriormente San Cloud, á dos leguas de la capital de Francia. Reuniéronsele luego multitud de personas piadosas, que vivieron bajo su direccion, y á quienes alentaba el santo en los caminos de la virtud con sus instrucciones y ejemplos. Entonces fué cuando Clodoaldo distribuyó todos sus bienes á la Iglesia y á los pobres: predicaba continuamente la palabra de Dios á los pueblos vecinos; desvelábase siempre por el bien de todos, y su vida era en un todo la de un apóstol. El Señor, que le tenia reservada una corona inmarcesible por sus esclarecidos merecimientos, le llamó á la patria de los bienaventurados el dia 7 de setiembre del año 560, é hizo glorioso su sepulcro por medio de muchos milagros.

San Juan, mártir.—Era este santo natural y habitaba en Nicomedia cuando se fijaron en esta ciudad los edictos imperiales contra los cristianos. Al pasar un dia por la plaza principal, su corazon se inflamó tan vivamente contra aquellos excesos, que arrancando los edictos de la pared, los hizo públicamente pedazos. En aquella sazon se hallaban allí los emperadores Diocleciano y Maximiano, y habiendo llegado á su noticia el hecho, llenos de cólera contra el audaz cristiano, mandaron que se ejecutasen en su persona los mas horrorosos é inauditos castigos. Efectivamente, el animoso Juan se sujetó á los tormentos mas atroces, pero sin abrir siquiera la boca para quejarse; ni se permitió en su rostro la mas ligera señal de tristeza, sino que cantando divinas alabanzas, consumó su heróico martirio, muriendo en testimonio de la fé.

San Eusiquio, mártir.—Nació en Cesarea de Capadocia, de padres gentiles, pero muerto su padre, se hizo instruir en la religion cristiana, y fué bautizado. Sus virtudes eran la admiracion y el encanto de todos, y desde que recibió el agua santa todos sus deseos eran de padecer por Jesucristo. En tiempo del emperador Adriano, le metieron en una prision, en la cual pasó todo género de miserias: poco despues le dieron libertad, la cual empleó en prepararse de nuevo para el martirio. Vendió un considerable patrimonio que poseia: dió una parte de su producto á los que le habian acusado, á quienes él llamaba sus bienhechores; repartió lo restante á los pobres, y continuó ejerciendo públicamente las mas acendradas virtudes cristianas. Poco tiempo despues, gobernando el juez Sapricio, volvieron á prenderle; y despues de haberle hecho sufrir varios tormentos, al fin le pasaron con una espada, y consumó el martirio.

San Anastasio, mártir.—Nació en Aquileya, de una familia pobrísima, la cual enriqueció y ennobleció con sus altas virtudes y ruidosos milagros. Hacia tiempo que era cristiano, y ejercia su oficio de cerrajero, cuando se publicaron los crueles edictos de Diocleciano. Dejando entonces su patria, se fué á Salona, donde empezó á predicar públicamente la religion de Jesucristo, y para que si le buscaban, diesen luego con él, pintó una gran cruz encima de la puerta de su casa. Efectivamente, á los pocos dias le prendieron y le hicieron sufrir martirio, muriendo el año 304, y su cuerpo fué trasladado á su patria muchos años despues.

San Sozonte, mártir.—Era de Licaonia, y habiéndose convertido á la fé cristiana, hallándose en la ciudad de Pompeyópolis, en Cilicia, entró en un templo de ídolos, se llevó una estatua de oro que en él habia, la deshizo, la vendió y dió su producto á los pobres. Habiéndolo sabido el prefecto Máximo, llamó al santo á su presencia, el cual confesó el hecho, dijo que era cristiano y manifestó grandes deseos de sellar con su sangre sus creencias. Por órden del mismo prefecto lo calzaron unas sandalias llenas de puntiagudos clavos y lo hicieron correr así por varias calles, despues lo colgaron de un árbol y le azotaron con varas de hierro, y al fin lo echaron en una hoguera, donde consumó su martirio, el año 303.

San Nemorio, y sus compañeros, mártires.—San Nemorio era diácono de la Iglesia de Troyes cuando entró en esta ciudad Atila, rey de los hunnos. Para apaciguar á aquel guerrero, llamado «el azote de Dios,» el clero y el pueblo manda-

ron al ilustre diácono con otros seis clérigos á su encuentro. Vestidos, pues, con las vestiduras sagradas y llevando la cruz en procesion, se presentaron al vencedor, que lejos de ablandarse con aquellas señales de paz, mandó á sus soldados que se apoderasen de los siete eclesiásticos, é inmediatamente los degollasen. Murió Nemorio con sus seis compañeros en el mes de setiembre del año 451.

SAN PÁNFILO, OBISPO Y CONFESOR.—El cardenal Baronio dice que fué este santo obispo de Capua, y que despues de haber florecido en ciencia y piedad, acabó pacíficamente sus dias en medio de su rebaño. El mismo autor es de parecer que floreció durante los siglos IV ó V. Antiguamente fué muy venerado en Italia, y habia algunas iglesias de su invocacion.

SAN AUGUSTAL, OBISPO Y CONFESOR.—Segun Beda fué francés de nacimiento y obispo de la ciudad de Arles. Su pontificado fué célebre en importantes trabajos apostólicos para la reforma de la disciplina y propagacion de la fé. Su ardiente caridad para con los pobres le obligó á vender, hasta lo que le era mas preciso, para dárselo y aliviar las miserias públicas. Fué zeloso y caritativo como un apóstol; asistió á varios concilios de su tiempo, y murió con la muerte de los santos, en el mes de setiembre del año 460.

SANTA GERMANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Otros la llaman Grimonia. Fué martirizada en defensa de su castidad en el sitio de su retiro, en Picardía, diócesis de Laon.

SANTA MEDELBERTA, VÍRGEN Y ABADESA.—Fué sobrina de santa Aldegunda, y fué educada en un monasterio, de que despues fué abadesa; murió por los años de 705.

SAN EUNAN, OBISPO.—Solo se sabe de él que fué primer obispo de Raphoe, en Irlanda, provincia de Ulster.

Dia 8.

LA NATIVIDAD DE LA VÍRGEN SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.—Del nacimiento de la gloriosísima Vírgen y Madre de Dios, María Señora nuestra, dice la santa Iglesia en una antífona, hablando con ella, estas palabras: «Vuestra natividad, ó Vírgen y Madre de Dios, ha traido gozo y alegría al mundo universo; porque de vos ha nacido el Sol de justicia Cristo nuestro Dios: el cual, deshaciendo la maldicion (debajo de la cual estábamos comprendidos), echó su copiosa bendicion sobre nosotros; y venciendo y matando la muerte, nos dió vida sempiterna y perdurable. Por cierto que con gran razon, guiada del Espíritu santo, dice la Iglesia, que el nacimiento de la Vírgen ha acarreado al mundo universo singular alegría y regocijo: porque si el ángel san Gabriel dijo á Zacarías, que muchos se gozarian y tendrian placer en la natividad de su hijo san Juan Bautista, y la celebraron, porque era hijo de oraciones, y nacia de padres viejos, y de madre estéril, y habia de ser precursor del Mesías, y aparejarle el camino; ¿cuántos mas motivos y títulos tiene todo el mundo para holgarse, y dar saltos de placer, el dia que nació esta Vírgen benditísima, en cuyas purísimas entrañas se habia de encerrar Dios nuestro Redentor, y vestirse de su carne, y unir la naturaleza divina con la humana, y darle, con su bendicion, vida y salud eterna? Todo el universo estaba vestido de tinieblas, de culpa, é ignorancia, y cubierto de una noche tenebrosa y oscura; mas cuando apuntó y comenzó á reirse la luz de esta Alba divina, todo se bañó de regocijo y alegría, entendiendo que se acercaba el dia, y venia el Sol que le habia de esclarecer y librarle de todos los males y miserias que padecia. La santísima Trinidad tuvo singular contento: el Padre, por haber nacido su dulce esposa: el Hijo, porque habia de ser su Madre; y el Espíritu santo porque era su templo, y porque por virtud suya habia de concebir al Hijo del Altísimo en su sagrado vientre. Pues ¿qué diré de todos aquellos celestiales y bienaventurados espíritus? ¿Qué fiesta creemos que hicieron en el cielo el dia que vieron nacida en la tierra, á la que habia de ser su Reina y reparadora de las sillas, por medio de su benditísimo Hijo? ¿Qué de los santos patriarcas, sus primogenitores, cuando vieron cumplidos sus largos y ansiosos deseos, y que por medio de esta niña habia de ser tan ilustrado y encumbrado su linaje? ¿Qué de los profetas, que tantas veces la anunciaron, y debajo de tantas sombras y misteriosas figuras la dibujaron y pintaron? Todo el linaje humano se debe alegrar con el nacimiento de esta Señora, por la honra que le vino de tenerla por parienta, y por gloria, ornamento y corona suya; y particularmente los pecadores, por tener tal abogada é intercesora. Pero los que mas parte hoy tienen en esta fiesta, son los padres de esta niña, á quienes Dios hizo tan señalada merced, y por medio de ellos dió tanta alegría á todo el mundo. El padre de la Vírgen fué Joaquin, de Nazareth; su madre Ana, de la ciudad de Belen; y los dos eran de la tribu de Judá, y del linaje de David. Eran ricos y nobles, y de sangre ilustrísima; porque descendian de muchos reyes, de valerosos capitanes, de grandes y sabios jueces y gobernadores del pueblo de Israel: y lo que mas importa, de santísimos sacerdotes, y patriarcas, y amigos de Dios, que le habian servido con singular amor y reverencia. A mas de esto; eran personas muy temerosas de Dios, y guardaban con gran cuidado su santa ley, en ayunos, oraciones y limosnas; porque tal convenia que fuese el árbol, que habia de producir tal fruto. Repartian sus rentas en tres partes: en el templo y culto divino, en los pobres, y en sustentar su familia.

2 Habian vivido veinte años casados, sin tener hijos, porque era Ana estéril; y por esta causa andaban muy tristes y afligidos. Mas Dios nuestro Señor con gran providencia ordenó que Ana fuese estéril, para que el nacimiento de su Hija santísima fuese milagroso, y no se atribuyese á la naturaleza, sino á la gracia. Y como dice san Juan Damasceno, para que por este milagro se allanase el camino para el milagro mayor de todos los milagros, que es venir Dios al mundo y en-

carnar en las entrañas de María; y para que se entendiese que la que nacia, no era obra de deleite sensual, sino de la gracia divina: y que el Señor algunas veces cierra la puerta para abrir la mayor maravilla para que con el nuevo milagro se conozca mejor, y se estime mas la grandeza de la que nace. Tambien quiso Dios que fuese estéril Ana, y ella y Joaquin viejos; para que la Vírgen que nacia, fuese hija de oraciones, de deseos y lágrimas, á la manera que lo fué Samuel, hijo de la otra Ana, que con suspiros, ayunos y llantos le parió. Así estos santos casados suplicaban continuamente á Dios con grande instancia que les diese fruto de bendicion; prometiéndole de consagrar á su divina Majestad el hijo, ó hija que les diese; y con la oracion juntaban el ayuno y la limosna. Perseveraron tanto, y con tan grande confianza y buenas obras, que el Señor les envió un ángel (que Pantaleon dice que fué san Gabriel), y él les reveló que el Señor habia oido sus plegarias y oraciones, y que tendrian una hija que la llamarian María, y seria Madre del Mesías y Salvador del mundo. Y fué muy conveniente que el ángel trajese del cielo esta buena nueva, y anunciase la que habia de alegrar al cielo y la tierra; pues los nacimientos de Isaac, de Sanson, y de san Juan Bautista habian sido anunciados á sus padres por ángeles. Con este favor de Dios quedaron consoladísimos Joaquin y Ana, y le dieron muchas gracias por tan señalada merced: y Ana concibió á la Vírgen santísima á los 8 dias de diciembre, en que la santa Iglesia celebra la fiesta de la inmaculada Concepcion: y cumplidos los nueve meses, la parió á los 8 de setiembre en Nazareth, en una casa que tenian sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores, como lo afirma Damasceno: y nueve dias despues, que fué á los 17 del mismo mes (segun la costumbre de los hebreos), le fué puesto el nombre de María, que en la lengua hebrea, ó siriaca, quiere decir «señora, alumbrada, y alumbradora, y estrella del mar;» porque ella es la que por haber parido al Rey y Señor del mundo, es verdaderamente Señora de todas las cosas criadas; no de una parte de él, ni de una provincia, ó nacion, ni solamente del cielo, ó de la tierra, ó del infierno, sino de todo el universo entero, y de cada parte de él: porque todas las criaturas que reconocen por su Criador y Hacedor á Dios, reconocen á María por Madre del mismo Dios, y se sujetan á su imperio, y con una profundísima humildad y acatamiento la reverencian y veneran: es asimismo alumbrada de aquella Luz que nunca se oscurece, y vestida de aquel Sol que ella cubrió con la nube de su purísima carne; y teniendo en sí este Sol divino, alumbra nuestro emisferio, y el del cielo, á los hombres y á los ángeles, y resplandece con inmensa claridad: y por eso tambien es estrella del mar, y norte de todos los que navegamos por este Océano, y siglo tempestuoso; para que mirándola á ella, é invocándola, no perezcamos en medio de las furiosas ondas y horribles tormentas que continuamente nos combaten, hasta llegar (mediante esta estrella) al puerto deseado de nuestra bienaventuranza.

3 Nació esta gloriosa niña, en el cuerpo la mas linda, la mas bella y hermosa, que ninguna pura criatura; y en el alma, tan pura, tan perfecta, tan adornada de gracias y virtudes, que los serafines y querubines se admiraban y estaban suspensos de verla: porque como del cuerpo de la Vírgen se habia de formar el cuerpo de Jesucristo, y organizarse de su delicada sangre; fué cosa muy conveniente que aquella carne, de la cual se habia de vestir el Verbo eterno, fuese muy proporcionada á la del Hijo, y bien compuesta, y en todos los bienes naturales acabada con suma perfeccion; y que el Hijo fuese muy parecido á la Madre en el sér natural, y la Madre al Hijo muy semejante en el sér de la gracia: porque en lo primero Cristo era hijo de María, y ella su Madre; y en lo segundo, él era su Padre, y ella su Hija: y de aquí vino la plenitud de la gracia, que el alma de la Vírgen tuvo, y las inmensas riquezas de todas las virtudes y dones, que por un modo singular el Señor le comunicó: porque todas las gracias, que Dios repartió á todos los otros santos, las amontonó, y juntó en María, con mayor perfeccion, y con medida mas colmada, y así todas las mujeres, que en el viejo Testamento tuvieron alguna excelencia, fueron cifra y como un dibujo de la Vírgen santísima, y en todas las hace infinitas ventajas. Ella es la segunda Eva, no como la primera, que se llamó madre de los vivientes que habian de morir, sino como Madre de los vivientes, que vivirán para siempre; porque tuvo enemistad con la serpiente, y le quebrantó la cabeza, y con esto mató á la misma muerte. Ella fué mas dichosa que Sara, mas prudente que Rebeca, mas hermosa que Raquel, mas fecunda que Lia; porque aunque Lia parió muchos hijos, y María uno; éste uno vale mas que todo lo criado. Ella fué mas excelente que María profetisa, hermana de Moisés, legislador, y de Aaron, sumo sacerdote, y la que cantó cánticos de alabanza, cuando vió libre al pueblo de Israel, y ahogó á Faraon con sus carros y ejércitos en el mar Rojo; porque nuestra María no fué hermana, sino Madre del verdadero y único legislador del mundo, y del sumo pontífice, que con el sacrificio de su sacratísimo cuerpo y sangre, amansó el pecho airado del Padre eterno, y venció y ahogó al tirano infernal, que perseguia á su pueblo. Ella fué mas sabia que Débora, mas fuerte que Judith, mas graciosa que Ester, mas humilde que Abigail, mas hermosa que Abisag, mas casta que Susana; porque fué aquella señal grande, que pareció en el cielo y hoy en la tierra, y aquella gloriosa mujer vestida del sol, coronada de estrellas, y que tiene debajo de sus piés la luna: es aquel santuario que Dios hizo para habitar en él; y aquella arca fabricada de madera de Sethin, y forrada de dentro y de fuera de oro purísimo: es la estrella que nació de Jacob: es el templo vivo, y el trono en que el verdadero Salomon reposa: finalmente es aquella Vírgen purísima, de la cual dice el sagrado Evangelio, que se lee en la misa,

para solemnizar su nacimiento: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*: Sí, ¿quieres saber quién es María? Ella es Madre de Dios, y de ella nació Jesucristo. Todos los títulos y excelencias que le pueden dar á la Vírgen, se comprenden y se resumen y cifran en este nombre de Madre de Dios. Ella nace hoy, y de aquí á quince años de ella nacerá el Hijo de Dios, para que desde hoy la miremos, no como á Hija de Joaquin y Ana, sino como á Madre del Altísimo y unigénito Hijo de Dios: y desde este dia, que entra en el mundo, concibamos una reverencia tan profunda, y un acatamiento tan humilde, y una devocion tan entrañable, como se debe á la Madre de Jesus; porque para esto nace, y para esto nos la dió el Señor. ¡O bienaventurada y dichosa Señora! ¿Qué lengua, aunque sea de ángeles podrá explicar, ó qué mente comprender, lo que se encierra en este nombre de Madre de Dios? ¡O Madre de tu Padre, Esposa de tu dulcísimo Hijo, que mereciste tener un mismo Hijo con Dios: *De qua natus est Jesus*! Nació sin Madre eternamente de la sustancia del Padre: y nació temporalmente sin Padre de la sustancia de María. Engendró el Padre al que dió sér á todas las cosas; y tú engendraste al mismo Hijo, que les da la gracia y el perfecto sér. El Padre engendró al Criador de todas las cosas; y tú al Reparador de todas, y al Salvador. Por Jesucristo fué hecho y formado el mundo: y por el mismo Cristo en tí ha sido reformado y recreado. Nacida eres de la carne de Adan; mas sin la corrupcion de Adan: Hija eres de Eva; mas para reparar las miserias de Eva: Hija eres de hombre; mas Madre de Dios: Vírgen eres; mas no estéril: fecunda eres; mas con purísima virginidad. Dios te salve, Vírgen sacratísima, tálamo del esposo celestial, morada del eterno Padre, templo de la sapiencia increada, sagrario del Espíritu santo, palacio de la divinidad, tabernáculo de nuestra salud, huerto de delicias, paraiso de deleites, tesoro riquísimo, vena de aguas vivas, depositaria de todas las gracias y dones de Dios, singular entre todas las criaturas; pues no hay cosa que te iguale: porque todo lo que tiene sér no está sobre tí: sobre tí está solo el Criador; y debajo de tí están todas las criaturas: porque eres Madre de Dios, Madre de nuestra luz, Madre de nuestra salud, Madre de nuestra redencion, y de nuestra bienaventuranza.

4 Pues si esta niña benditísima que nace hoy, es tan dotada de gracias, tan adornada de virtudes, y enriquecida de tantos y tan incomparables dones de Dios, y por medio de ella el mismo Dios se nos comunica, y toma nuestra carne, y se hace nuestro hermano, de manera, que le podemos decir, que es carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos; ¿cómo nos debemos alegrar en este dia? ¿Con qué regocijo celebrar este nacimiento? ¿Y con qué fiesta solemnizar la venida al mundo, de la que le dió vida? Cuando un gran rey toma por mujer alguna doncella, todos los de aquel linaje se alegran, y se dan el parabien, y hacen grandes demostraciones de su contento y alegría. Cuando una reina viene de nuevo al reino, es recibida con real aparato, y con costosas y varias libreas, arcos triunfales, fiestas y regocijos. ¿Pues con cuánto mayor gozo, devocion y reverencia debemos nosotros recibir á nuestra Reina y universal Señora del mundo y honrarla por haber la soberana majestad del Padre eterno tomado por esposa y por Madre de su Hijo á una parienta nuestra, y ennoblecido tanto á todo el linaje humano? Y por esto dice el cardenal Damian estas palabras: «La natividad de la beatísima, é intemerata Madre de Dios (hermanos carísimos) da á los hombres singular alegría, por haber sido el principio de toda nuestra salud. Con razon por cierto, todo el mundo hoy jubila, y salta de placer, y la santa y universal Iglesia hace fiesta; pues en este dia nace la Madre dignísima de su celestial esposo, y en ella celebra el principio de las otras fiestas suyas; porque siendo esta fiesta en tiempo mas antigua, no debe ser inferior en la dignidad. Por tanto gozémonos y holguémonos en la natividad de la Vírgen y Madre, que anunció un nuevo gozo al mundo, y fué principio de toda nuestra salud: y como nos solemos alegrar en el nacimiento de Cristo, alegrémonos tambien en el nacimiento de la Madre de Cristo.» Y Sergio, hierapolitano, y antiguo, dice: «Venid todos los fieles y con gran priesa dad el parabien á esta niña que nace; porque antes que naciese, ya estaba predestinada para Madre de Dios; y con ella nace el mundo, y se renueva.» Y san Damasceno dice: «Venid todas las gentes, y todos los estados de hombres, de cualquiera lengua, edad y condicion que sean, para que celebremos con grande afecto el dichoso y alegre dia del nacimiento de esta Vírgen.» Y Ruperto Tuiciense, declarando aquellas palabras de los Cantares: «¿Quien es esta que se levanta, y va creciendo con su luz, como el alba?» hablando con la Vírgen, le dice: «Cuando tú, ó Vírgen beatísima, naciste, entonces rompió el dia, y salió al mundo la verdadera Alba, y nos significó que venia el dia sempiterno: porque así como el alba es fin de la noche pasada y principio del dia siguiente; así tu nacimiento fué fin de nuestros dolores y tristezas, y principio de nuestro consuelo y alegría.

5 La fiesta de la Natividad de nuestra Señora, dicen algunos, que la instituyó Inocencio, IV de este nombre, sumo pontífice, cerca de los años del Señor de 1250; y que la causa de la institucion fué una larga sede vacante de veinte y un mes que hubo en la Iglesia, despues de la muerte del papa Celestino IV, y que se hizo voto y promesa que saliendo con brevedad sumo pontífice, se celebraria con solemnidad esta fiesta de la Vírgen: y que luego fué elegido el cardenal Sinibaldo, que en su asuncion se llamó Inocencio IV, y fué el que la mandó celebrar en toda la Iglesia. Pero esto no puede ser verdad; porque de san Damasceno, Pedro Damian y Ruperto, y otros autores que habemos citado, y florecieron mucho antes que Inocencio IV fuese sumo pontífice, consta ya en el tiempo de ellos se hacia fiesta de la Natividad de la Vírgen. Y en el sacramentario de san Gregorio, que fué aun mas antiguo, hay especial

prefacio de esta fiesta de nuestra Señora; y de esto hace mencion san Ildefonso en el libro de la Virginidad. Y en el libro de los divinos oficios, llamado Orden romano, tambien se hace mencion de las homilías de los santos que en esta fiesta se han de leer, y de las letanías que en ella se solian decir, por institucion de Sergio, papa, como eruditamente lo notó el cardenal Baronio. Tambien es falso lo que otros han dicho, que esta fiesta se celebraba en tiempo de san Agustin, engañados quizá por un sermon del santo, que se lee en los maitines de este dia, donde se dice: «Gózese nuestra tierra con suma alegría; pues ha sido esclarecida con el nacimiento de tan alta Vírgen.» Mas este sermon, aunque es de san Agustin, no es de la natividad, sino de la anunciacion de la Vírgen: y la Iglesia, para acomodarle á esta fiesta, trocó una palabra, y puso «nacimiento,» por «solemne dia;» porque venia mas á propósito. Pero el mismo san Agustin claramente dice, que en su tiempo no se celebraba en la Iglesia sino el nacimiento de Jesucristo nuestro Salvador, y el de su precursor san Juan Bautista. En qué tiempo se haya instituido esta fiesta, y quién la haya instituido, no sabemos cosa cierta, sino que es muy antigua y celebrada de los santos griegos y latinos. Puede ser que despues del concilio efesino (en el cual fué condenado Nestorio; porque con su lengua sacrílega negaba que la Vírgen nuestra Señora habia de ser llamada Madre de Dios, y con esta ocasion creció mas la devocion de los fieles para con ella) se haya dado principio á celebrar su santísima natividad con fiesta particular. Otros autores atribuyen la institucion de esta fiesta á ciertas revelaciones que tuvo un religioso contemplativo; el cual, dicen, que todos los años á 8 de setiembre oia una suavísima música en el cielo, con gran fiesta y regocijo de los ángeles; y que preguntando una vez á uno de ellos la causa, le respondió, que aquel dia se celebraba en el cielo el nacimiento de la Madre de Dios; y que por el dicho de este religioso se comenzó á celebrar en la Iglesia. Bien pudo ser esto; pero lo cierto es, lo que arriba queda referido. De la natividad de nuestra Señora, Lipomano y Surio refieren muchos sermones y homilías de santos: y el cardenal Baronio las de otros graves autores griegos, que se hallan escritas de mano en la copiosa y curiosa librería del cardenal Esforcia, que está en Roma.

San Adriano, mártir. — Entre las ciudades ilustradas con la sangre de los mártires, fué Nicomedia, ciudad principal en la provincia de Bitinia; porque como residió primero en ella el emperador Diocleciano, cruelísimo enemigo del nombre de Cristo, y despues Maximiano Galerio, que fué otro monstruo cruel, allí ejecutaron los dos su saña y furor contra los que profesaban nuestra santa religion, mandando buscar con increible diligencia, pesquisar, descubrir, prender, atormentar, acabar y consumir todos los amigos de Dios, como si fueran enemigos suyos y de su imperio. Los emperadores se embravecieron contra ellos; y los ministros de su impiedad ejecutaban sus mandatos. Los mártires eran atormentados; y el Señor les daba alegría en sus tormentos, y victoria de la misma muerte: y algunos de los gentiles, viendo la paciencia, mansedumbre y gozo de nuestros valerosos guerreros en tan terribles y atroces tormentos; maravillados y espantados de cosa tan nueva, se convertian á la fé de Jesucristo: y los que primero, como ministros de los tiranos, atormentaban á los cristianos; despues, siendo ya cristianos, se dejaban atormentar, y ponian el cuello al cuchillo por Cristo. De estos fué uno san Adriano, mártir, que era mozo de veinte y ocho años, caballero principal, y ministro del emperador Maximiano: el cual, por haber visto la fortaleza y constancia de los cristianos en sus penas, y la alegría y júbilo con que morian; juzgando que aquello no era ni podia ser cosa humana, sino del cielo, se movió tanto, que encendido en el amor de Dios, públicamente confesó que era cristiano, é hizo poner su nombre en la lista de los otros santos mártires, para ser con ellos atormentado y muerto.

2 Supo esto el emperador Maximiano, y salió de juicio: mandóle prender, y cargado de hierros echar en la cárcel, donde estaban otros veinte y tres cristianos. Dió aviso de la prision de Adriano á Natalia, su mujer (que era cristiana, aunque ocultamente), un criado suyo. Ella, luego que entendió lo que pasaba, llena de gozo fué á la cárcel; y echándose á los piés de su marido, besando los grillos, le decia: Bienaventurado eres, señor mio Adriano, que has hallado las riquezas que no te dejaron tus padres. Ya vas seguro á Jesucristo, en quien has puesto todos tus tesoros, para hallarlos en tiempo de la necesidad, cuando nadie bastará á librar de las penas al miserable que se condenare, no el padre al hijo, no la madre á la hija, no el amigo al amigo, ni las riquezas perecederas, ni el acompañamiento de muchos criados, ni la ambicion y vanidad de los cargos, ni otra cosa alguna valdrá para librarle, sino las buenas obras que hiciere. Tú, señor mio, tienes contigo á Jesucristo: no te canses para que goces de sus promesas. Mira, que no te quite de este camino la memoria de los bienes caducos y frágiles de la tierra, no los gemidos de tus padres, no tu juventud y la hermosura de tu cuerpo, no las lisonjas de tus amigos, ni las amenazas de tus enemigos: no te espanten los tormentos del tirano, sino considera la constancia y paciencia de estos santos mártires que están contigo: imítalos en la vida, para que en la muerte recibas con ellos el premio de la inmortalidad. Y echándose la santa mujer á los piés de los otros mártires, con entrañable devocion besaba sus cadenas, y les suplicaba que animasen y esforzasen á su marido, para que la victoria que alcanzase, fuese fruto de las peleas de ellos: y no solamente ganasen sus almas y las ofreciesen á Dios, sino tambien la de Adriano, y por este servicio recibiesen mayor corona del Señor. Con esto se despidió la valerosa mujer de los santos mártires y de su marido, que le prometió avisarla al tiempo que le hubiesen de atormentar, para que se hallase presente á su martirio. Para

cumplir esta promesa, pasados algunos dias, entendiendo san Adriano que querian los jueces concluir la causa; con parecer de los otros mártires, y licencia del carcelero, comprada con dineros, salió de la cárcel para avisar á su mujer, que ya se acercaba la hora de su glorioso martirio.

3 Mas antes que llegase á su casa, tuvo nueva Natalia, que Adriano venia á ella libre: y pareciéndole que aquello no podia ser sino por haber su marido renegado de la fé de Cristo, y huir de la muerte, enternecióse sobre manera: y viéndole venir, arrojó la labor que tenia en las manos, y corrió á la puerta de su casa, y cerróla muy bien, diciendo: No trate el cobarde mas conmigo, ni yo le vea con mis ojos; pues ha vuelto atrás, y mentido á su Dios y Señor. No me hable palabra, ni oiga yo lengua que haya sido engañosa en la presencia de su Criador. Y llegándose mas cerca, y hablando con él, le dijo: ¡O hombre desleal y sin Dios! ¿Para qué comenzaste lo que no habias de acabar? ¿Por qué te apartaste de aquellos santos en cuya compañía yo te dejé? ¿Por qué volviste las espaldas antes que se comenzase la batalla, y arrojaste las armas antes de ver el rostro al enemigo? ¿Qué haré yo desdichada de mí! ¿Quién me juntó con un descreido? No merecí yo ser llamada mujer de mártir, sino de aquí adelante me llamarán mujer de renegado. Por un momento fué mi alegría; y por muchos siglos será mi afrenta y oprobio.

4 Estaba Adriano á la puerta, oyendo estas palabras, y bañábase como en agua rosada oyéndolas, y tomaba ánimo y nuevo esfuerzo, por el esfuerzo y ánimo que veia en su mujer: la cual satisfecha que su marido no venia por huir del martirio, sino por aparejarse á él, y tenerla presente, cuando padeciese, como se lo habia prometido; le abrió la puerta, y con grande humildad y gozo, se echó á sus piés y le abrazó; y los dos juntos volvieron á la cárcel. Yendo por la calle Adriano, temiendo que despues de su muerte los ministros del emperador confiscarian sus bienes, y que Natalia quedaria sin hacienda y desamparada, le preguntó, qué órden habia dado en su patrimonio y hacienda. Y ella, con grande espíritu y valor, le respondió: No quieras, señor mio, acordarte de los bienes transitorios de este mundo, para que no te embaracen y cautiven tu corazon; pon los ojos en los bienes perdurables y eternos, que tan presto te dará Dios á ti y á los santos con quienes deseas morir por Jesucristo. Llegaron á la cárcel, y luego Natalia se postró á los piés de los santos mártires, y besó sus prisiones; y viendo, que por los grillos y cadenas que habian padecido, estaban muy maltratados, y las carnes ulceradas, y los miembros de algunos tan podridos, que destilaban podre, y criaban gusanos, mandó á sus criados traer de su casa lienzos preciosos y delicados, y con ellos comenzó á limpiar las llagas de los santos, y curarlos con admirable devocion y ternura; y en esto se ocupó la santa mujer siete dias. Despues fueron sacados de la cárcel los veinte y tres mártires, todos en una misma cadena, y tras ellos san Adriano, atadas atrás las manos; y fué presentado delante del emperador, antes que los otros, para que fuese atormentado; porque como mozo sano y robusto, juzgaron que tendria fuerzas para padecer mayores tormentos. Cuando se apartó de los otros santos, sus compañeros, para entrar en la audiencia, los santos mártires le dijeron: Ea, Adriano, tiempo es que tomes tu cruz, y sigas á Cristo: no vuelvas atrás, ni te espanten los tormentos que ves, sino mira al cielo, y considera la corona que por ellos te espera. Y la buena Natalia, su mujer, llegando á él, le dijo: Mira, señor mio, que en solo Dios pongas tu corazon, y que no te espantes de ningun género de tormento que te dieren; porque el trabajo será breve, y el premio y gloria durará para siempre. Acuérdate que sirviendo al rey de la tierra, padeciste grandes trabajos por una paga escasa y vil; y que ahora, con mayor constancia debes sufrir cualquiera pena por el reino de los cielos. Fué presentado san Adriano delante del tirano: el cual, viéndole constante en la confesion de Jesucristo, y que con buenas palabras y promesas no le podia ablandar, le mandó azotar cruelmente, y despues apalear por cuatro sayones, hombres robustos, con palos duros y nudosos: y Natalia, que estaba presente, se fué luego á los otros mártires, avisándoles que ya Adriano habia comenzado su batalla, para que rogasen á Dios por él; y en los demás tormentos que le dieron, siempre hacia esto para sustentarle con las oraciones de los santos. A este tormento añadieron otro, mandando que otros cuatro hombres le diesen grandes golpes en el vientre, con que le rasgaron y descubrieron las entrañas; y despues cargado de cadenas le volvieron á la cárcel. Iba con él la santa y varonil mujer, y halagándole blandamente con la mano, le decia: ¡O hombre de mis ojos, y qué bienaventurado eres; pues mueres por aquel Señor que murió por ti! Llegado á la cárcel, los otros santos, arrastrando sus cuerpos despedazados, como podian, venian á él para darle el parabien y ósculo de paz, y animarle al resto de la batalla: y él les respondió, que aquel gozo suyo era de ellos, y aquella corona fruto de sus merecimientos y oraciones. Y la bienaventurada Natalia limpiaba las heridas de su marido, y recogia la sangre que corria de ellas, y con ella, como con un preciosísimo ungüento, ungia su cuerpo; y por su ejemplo vinieron otras santas mujeres á la cárcel, para consolar, servir y regalar á los santos mártires que estaban presos. Mas sabiendo esto el tirano, les mandó cerrar la puerta, y que ninguna mujer pudiese entrar en la cárcel. No se espantó, ni se acobardó la valerosa Natalia por este mandato; antes, cobrando mas ánimo, se cortó el cabello, y se vistió de hombre, y entró en la cárcel para animar á su marido, y servir á los otros mártires: y pudo tanto con su ejemplo, que otras piadosas matronas hicieron lo mismo. Supo esto el tirano: embravecióse sobre manera, y mandó que con una destral sobre un yunque, quebrantasen las piernas y las manos á Adriano y á los demás mártires; y la santa mujer rogó á los verdugos que comenzasen por Adriano, para que no se turbase

ni desmayase viendo primero padecer aquel tormento tan atroz á los demás; y así se hizo: y ella misma le tuvo los piés para que se los cortasen, como lo hicieron. Y no contenta con esto, le rogó que extendiese y se dejase cortar la mano, para que padeciese mas por Cristo; y él la extendió, y ella la tuvo, y el verdugo se la cortó; y con este tormento, acabó y dió su espíritu al Señor. La misma crueldad se ejecutó con los otros veinte y tres mártires, compañeros de san Adriano: los cuales, encomendándose al Señor, y diciendo: Buen Jesus, recibid nuestro espíritu; volaron al cielo, dejando sus cuerpos en la tierra. El tirano los mandó quemar, echándolos en un horno encendido: levantóse luego un gran torbellino, y comenzaron á sonar truenos, aparecer relámpagos, y caer rayos. Murieron algunos de los paganos, y otros huyeron; y con esto Natalia y otras mujeres religiosas, tuvieron lugar para recoger los cuerpos de los mártires, los cuales hallaron tan enteros y sin lesion, que aun los cabellos no se habian quemado con el fuego. Fué tan grande la devocion de aquellas piadosas mujeres, que recogian la sangre de los mártires, y compraban por gran precio los vestidos de los verdugos en que hubiese caido alguna gota de ella. Despues los cristianos secretamente tomaron los cuerpos de san Adriano y de los otros mártires, y por mar los llevaron á Constantinopla. Mas Natalia tomó la mano de san Adriano, y guardóla como un tesoro riquísimo, y envolvióla en paños preciosos y olorosos, y púsola á la cabecera de su cama, sin que nadie entendiese lo que era. Y siendo (como era) muy noble, rica, moza y hermosa, y que solos trece meses habia estado con su marido, un tribuno, ó maestre de campo del emperador, le suplicó que diese órden que Natalia se casase con él. Parecióle bien al emperador: enviáronselo á decir; mas la santa mujer tomó tres dias de tiempo (como quien se queria aparejar para las bodas), y en este tiempo hizo oracion continua y muy afectuosa á Dios, pidiéndolo, por los merecimientos de san Adriano, que no permitiese que ella padeciese fuerza, ni mancillase el tálamo de su primer marido: y despues de la oracion se adormeció, y tuvo una revelacion de Dios, por medio de los santos mártires, á quienes habia servido en la cárcel, que se embarcase luego, y fuese á Constantinopla, donde estaban sus cuerpos; porque Dios la queria librar de aquel peligro, y llevarla á gozar de sí, en compañía de estos y de san Adriano, su marido. Luego la santa mujer, dejando la casa y todos sus bienes, y tomando consigo la mano de san Adriano, se embarcó, y con el favor del Señor, y con una vision que tuvo del mismo santo en aquella navegacion (con que la libró de un gran peligro), llegó á Constantinopla, y entró en la casa donde estaban los cuerpos de aquellos bienaventurados mártires, é hincadas las rodillas, hizo oracion á ellos, poniendo la mano de san Adriano sobre su cuerpo; y luego se retiró á un aposento á descansar un poco del trabajo del camino, rogando á todos los fieles que la encomendasen á Dios. Allí le apareció san Adriano, y le dijo: Seáis bien venida, Natalia, hermana, sierva de Cristo é hija de mártires: venid á descansar con nosotros, y recibir el premio que se os debe. Despertó la santa: descubrió lo que habia visto á los fieles: tornó á dormir; y dió su espíritu al Señor.

5 Este fué el fin de esta bienaventurada mujer, y hele querido poner aquí, por la gran parte que tuvo en el martirio de san Adriano, que escribimos: y porque no sé de qué mas me maraville, ó de la fortaleza y constancia que san Adriano tuvo en sufrir los tormentos que padeció, ó del ardor de la fé, y encendido deseo, que Natalia tuvo, que él los padeciese, y de las palabras que le dijo, y las obras que hizo para animarle á morir con alegría por Dios. ¡Qué fuego de amor divino tuvo esta varonil mujer, cuando, en sabiendo que su marido estaba preso, corrió á la cárcel para esforzarle! ¡Cuando le cerró la puerta de su casa, pensando que huia como cobarde! ¡Cuando le tenia los piés, para que se los cortasen, y le rogaba que extendiese la mano y se la dejase cortar, para que padeciese mas por Cristo! ¡Cuando besaba sus cadenas, y se ungia con su sangre, y se cortaba el cabello, y vestia de hombre para poder servir mas libremente á los santos mártires! Murió san Adriano á los 4 de marzo, como lo dice el Martirologio romano; y hace su fiesta y conmemoracion á los 8 de setiembre, que es el dia en que su sagrado cuerpo fué trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de San Adriano, que es una de las diaconías antiguas de los cardenales, en la cual, en nuestros dias, el año del Señor de 1590, siendo sumo pontífice Sixto V, se halló su bendito cuerpo. De santa Natalia hace mencion el Martirologio romano el primero dia de diciembre: y por la devocion de esta santa, la casa en que murió en Constantinopla, se hizo monasterio, y en él muchas personas se dedicaron al servicio perpetuo del Señor. De san Adriano y de santa Natalia escriben todos los Martirologios; y mas copiosamente el de Adon, y el P. Fr. Lorenzo Surio, en el quinto tomo de las Vidas de los santos.

* SAN CORBINIANO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Chartres, cerca de París, y ya en su juventud hizo vida eremítica, pasando catorce años en una pequeña celda que habia hecho construir junto á una capilla rural. Su santidad, cuyo resplandor resaltaba mas con el don de milagros que el venerable solitario poseia, y la sabiduría de los consejos que daba á los que iban á consultarle, hizo famoso su nombre en todo aquel país. De todos lados acudian al santo personas que querian vivir bajo su direccion, y se vió precisado á formar una especie de comunidad. Luego que hubo puesto arreglo y órden á la nueva casa religiosa, temiendo los peligros á que le exponian el roce y trato con tantas gentes, determinó buscar otra soledad donde vivir desconocido del mundo. Efectivamente, partió para Roma, y fijó su residencia en otra pequeña celda junto á la iglesia del príncipe de los apóstoles. El pontífice, á quien habia pedido su bendicion, no tardó en conocer que la capacidad y los conocimientos del humilde anacoreta, eran tan grandes como su virtud, y que

por consiguiente sus trabajos podian ser muy útiles á la religion. Despues de haberle manifestado la necesidad que tenia de operarios la viña del Señor, el papa Gregorio II le consagró obispo apostólico, y le envió á predicar el Evangelio á las naciones infieles. Obediente el santo á la voluntad del cielo, volvió á su propio país donde sus instrucciones dieron copiosísimos frutos; despues recorrió toda la Baviera; desterró de aquellos estados la idolatría, y por fin, viendo necesario fijar en alguna parte su residencia para ser mas útil á sus ovejas, estableció su silla episcopal en Frisingen, en la alta Baviera, de cuya iglesia fué el apóstol. Su zelo, sus eminentes calidades pastorales llegaron á tan alto punto, que todos le reverenciaban como á un santo, pedian su proteccion y se encomendaban á su valimiento como si ya estuviese en el cielo. Grimoaldo, duque de Baviera, casó clandestinamente con Biltruda, viuda de su hermano: el santo obispo reprendió al príncipe su incestuoso matrimonio, y la duquesa se llenó de tanta cólera al saberlo, que hizo apostar unos asesinos para que le matasen; pero el Señor le libró milagrosamente de la emboscada, y los asesinos quedaron muertos de repente. Por fin, Corbiniano, lleno de méritos y virtudes, murió santamente el dia 8 de setiembre del año 730.

Los santos Eusebio, Nestavo, y Zenon, mártires.—Los tres eran hermanos y vivian en Gaza, ciudad de Palestina, en tiempo del emperador Juliano el Apóstata. Estando un dia en su casa, fueron presos por los paganos, y los llevaron á la cárcel, donde se les azotó con la mayor crueldad. Reunido despues el pueblo en el anfiteatro para ver los juegos públicos, oyéronse algunos gritos que pedian fuesen dignamente castigados los sacrílegos, título que se daba entonces á los cristianos. Aquellos gritos excitaron al momento efervescencia entre el populacho, que corrió en tropel á la prision de los tres hermanos, forzó las puertas y los arrastró por la ciudad. No contenta la turba con magullarlos así, les arrojan enormes piedras, los golpean con palos, y por todas las calles donde pasan, hasta las mujeres dejan sus ocupaciones para aumentar el número de los verdugos de aquellas víctimas. El agua hirviendo corre como un rio por todos los parajes donde han de pasar, y aquellos cuerpos tiernos y delicados, dejan al fin de existir horriblemente desfigurados. Por último, conducidos, tambien arrastrando, fuera de la ciudad, son arrojados á un muladar, y despues quemados en una hoguera. Los idólatras persiguieron hasta sus pacíficas reliquias, arrojando al viento sus cenizas.

San Nestor, mártir.—Vivia en la misma ciudad de Gaza, en Palestina, tambien bajo el reinado del emperador Juliano el Apóstata. Fué hecho prisionero al mismo tiempo que los tres santos hermanos anteriores, y sufrió iguales tormentos que ellos, con la única diferencia de que cuando le llevaban arrastrando, unos paganos se compadecieron de su juventud y hermosura, y arrancándole de las manos del pueblo, le condujeron á casa de Zenon, pariente de los tres hermanos. En esta casa murió Nestor tres dias despues, de resultas de aquel martirio, y Zenon, que fué descubierto, recibió recios azotes en medio de la plaza pública. Este martirio sucedió el año 362.

Los santos Amon, Teófilo, Neoterio, y veinte y dos compañeros, mártires.—La ciudad de Alejandría fué muchísimas veces teatro de las mas horribles escenas, durante los primeros dias del cristianismo. Los fieles eran allí conducidos á bandadas al suplicio, y sacrificados casi siempre sin piedad. En uno de estos furores, que provocaban generalmente los sacerdotes de los ídolos, murieron los santos de que hacemos aquí conmemoracion, sin que se les diese otra defensa que delatar á los tiranos otros cristianos que se buscaban para ser atormentados con ellos. Pero los esforzados atletas de Jesucristo, prefirieron entregar sus cabezas al verdugo, que incurrir en ninguna accion infame, y así murieron todos degollados. No hemos podido averiguar el año de su martirio, aunque, segun Baronio, puede calcularse que seria el siglo II ó III.

San Timoteo y san Fausto, mártires.—Nada ha quedado de estos santos mas que los nombres, y que murieron en Antioquía. Ignoramos todas las particularidades de su vida, por no encontrarse las actas de su martirio.

San Sidronio, mártir.—Ganó la palma del martirio en Roma, durante la persecucion de Aureliano. Algunos celebran su festividad el 11 de julio.

Santa Adela.—Fué viuda de Balduino IV, y en el año de 1067 fué á Roma, donde recibió el hábito de religiosa, siendo la fundadora del famoso monasterio de benedictinas de Meessena.

San Disibodo ó Disen, obispo y confesor.—Fué un santo monje irlandés que pasó á Francia, en 652, y produjo fruto maravilloso con su predicacion evangélica. Murió por los años de 700.

Dia 9.

San Gorgonio, mártir.—A los diez y nueve años de su imperio, mandó el emperador Diocleciano publicar un edicto en la ciudad de Nicomedia, en que ordenaba que todas las iglesias de los cristianos se derribasen y echasen por el suelo, y los libros sagrados se quemasen, y que los nobles fuesen privados de su dignidad y nobleza, y la gente comun de su libertad, si no quisiesen adorar á sus dioses. Añadió despues, que todos los prelados y cabezas de la Iglesia de Cristo, en cualquiera parte que estuviesen, fuesen presos, y con exquisitos y atroces tormentos apretados, para que se apartasen de nuestra santa religion. Vió este edicto tan impío y tan bárbaro un caballero ilustrísimo y valeroso, que era cristiano, y se llamaba Pedro: el cual encendido en el amor de Dios, echó mano de él (que estaba fijado en la plaza), y le rasgó, no temiendo el enojo del emperador, que estaba en la misma ciudad, ni las penas y daños que de aquel hecho dañoso le podian venir. No se puede fácilmente creer el sentimiento que

tuvo Diocleciano, cuando supo lo que Pedro habia hecho en su desacato y oprobio. Mandóle prender, y darle tantos y tan crudos tormentos, como de su gran furor y crueldad en un caso tan grave se podian temer: y en ellos el bienaventurado mártir Pedro estuvo con admirable constancia y alegría, hasta que dió su espíritu al Señor. Tenia en este tiempo Diocleciano dos caballeros muy principales de su cámara, íntimos familiares y privados suyos, que se llamaban Gorgonio y Doroteo, los cuales secretamente eran cristianos, y habian con su ejemplo y buenos consejos traido á la fé de Cristo á muchos de sus compañeros: y como los dos se hallasen presentes al tiempo que atormentaban á san Pedro; movidos con su ejemplo, y abrasados de un vivo deseo de morir por Cristo, ambos á una hablaron al emperador de esta manera: ¿Qué quiere decir, ó emperador, que atormentes á solo Pedro por una cosa, que si es culpa, nosotros tambien la tenemos? Si le atormentas porque es cristiano; tambien lo somos nosotros y somos del mismo parecer que él es. Espantóse el tirano de oir tales palabras, y saliendo fuera de sí de enojo, convirtió en aborrecimiento todo el amor que antes les tenia. Mandólos azotar terribilísimamente, y colgar y desgarrar sus carnes; y estando abiertas sus estrañas, derramar sal y vinagre sobre ellas, y luego extenderlos en unas parrillas de hierro, y debajo poner fuego manso, para que poco á poco fuese haciendo presa en ellos y consumiéndolos, y la muerte fuese tanto mas cruel, cuanto era mas prolija: y finalmente echándoles dos lazos á sus cuellos los ahorcaron; y de esta manera los dos santos mártires dieron sus benditas almas á su Criador: aunque Metafraste dice, que Doroteo murió descabezado, y Gorgonio con una gran piedra atada al cuello. Sus cuerpos fueron sepultados por algunos cristianos; y despues en suceso de tiempo, el cuerpo de san Gorgonio fué llevado á Roma, y sepultado en la via Latina: y de aquí le trasladó el papa Gregorio IV á la iglesia del príncipe de los apóstoles san Pedro, como dice el Martirologio romano; y el de Beda, Usuardo, y Adon, hacen mencion de estos santos mártires: cuyo martirio fué á los 9 de setiembre (en que le celebra la Iglesia), año de 302, imperando el ya nombrado Diocleciano.

* San Severiano, mártir.—Era soldado romano en tiempo del emperador Licinio. Hallándose en Sebaste, ciudad de la Armenia menor, conoció las verdades del Evangelio, y las abrazó tan de veras, que á pesar de su profesion, se entregaba como un sacerdote á los actos de la mas caritativa piedad. Habia á la sazon detenidos en las cárceles públicas cuarenta cristianos, que por mantenerse constantes en su fé, eran diariamente atormentados de un modo indigno: Severiano empezó á visitarlos con mucha frecuencia, prodigándoles los mas dulces consuelos. Un dia fué detenido en la misma cárcel por órden del presidente Lisias, y despues conducido á su tribunal, de donde salió para ir al lugar del martirio. Le colgaron de un árbol con una gran piedra atada á los piés, le atormentaron con azotes, le descarnaron todo el cuerpo y le hicieron sufrir otros tormentos, en medio de los cuales al fin espiró.

Los santos Jacinto, Alejandro, y Tiburcio, mártires. — Derramaron su sangre por Jesucristo en la tierra de los sabinos, á treinta millas de Roma, durante las primeras persecuciones de la Iglesia.

San Straton, mártir.—Tampoco sabemos de este santo mas que lo que dice el Martirologio romano, esto es, que por confesar á Jesucristo fué atado á dos árboles, y hecho pedazos llegó á la corona del martirio. Algunos autores querian que fuese español y natural de una antigua ciudad llamada Beta; pero Nicolás Antonio niega redondamente que tal santo haya sido conocido nunca en España y dice que en la península jamás ha existido ciudad ni poblacion alguna llamada Beta.

Los santos Rufino y Rufiniano, mártires. —Fueron hermanos y nacieron en Grecia. Sus padres los educaron en los ritos gentílicos; pero los dos niños, que eran de natural bondad y de entendimiento claro, ya antes de tener nociones del Evangelio, aborrecian la religion de los paganos. Es por demás decir, que en cuanto les iluminó la luz de la fé, fueron tan fervorosos y tan puros cristianos, que habiendo recibido el bautismo, se presentaron despues de pocos dias al prefecto y confesando que eran cristianos y que detestaban á los dioses del imperio, fueron degollados.

San Audomaro, obispo y confesor.—Los franceses le llaman san Omer. Nació á fines del siglo VI y fué hijo único de Friulfo y de Domitila, nobles y ricos esposos que vivian en un pueblo junto al lago de Suavia. Recibió una educacion conforme á su ilustre nacimiento, y correspondió tan perfectamente á la solicitud de sus piadosos padres, que siendo aun muy niño, era un modelo de todas las virtudes. Habiendo perdido á su madre, el jóven Audomaro se retiró á la abadía de Luxeuil á doce leguas de Besanzon, donde desprendido de todos los lazos del mundo, se ocupó tan solo de los negocios de su salvacion. Logró tambien que su padre le siguiese á la soledad, y vendiendo ambos cuanto tenian, lo repartieron entre los pobres. Padre é hijo hicieron su profesion en aquel monasterio, y en breve Audomaro se hizo notar entre todos por sus esclarecidas virtudes. Al poco tiempo quedó vacante la silla episcopal de Tarvana ó Terrovana, ciudad de la Galia Bélgica, en cuyo país reinaba entonces la idolatría mas grosera. El rey Dagoberto, que queria civilizar aquellos pueblos, buscaba un hombre apostólico que fuese capaz de llevar á cabo feliz aquella empresa, y puso los ojos en Audomaro, que á pesar de una obstinada resistencia, tuvo al fin que ceder, y fué consagrado obispo, por los últimos meses del año 637. El cielo bendijo desde luego sus trabajos episcopales, y en breve se vió transformado aquel país en viña fértil de Jesucristo: los templos paganos se convirtieron en basílicas augustas donde brillaban los signos de nuestra redencion; desaparecieron los ídolos y su culto, y el corazon de aquellos diocesanos se llenó del mas puro y verdadero espíritu del cristianismo. Por todas partes

levantó templos al Dios verdadero; mandó misioneros á los países mas apartados; erigió varios monasterios y algunos asilos de beneficencia, y dejó en todas partes útiles reglamentos que dan prueba de su talento y santidad. En su vejez se quedó ciego, y esto le proporcionó dedicarse casi enteramente á la contemplacion, sin dejar por esto de predicar con mucha frecuencia á sus ovejas los mandamientos de la ley divina. Despues de ocho años de ceguera, acabó santamente su vida el dia 9 de setiembre del año 670, despues de un pontificado de treinta á cuarenta años. En su sepulcro dispensó el Señor muchos y grandes prodigios, que han atestiguado hasta en los siglos venideros la santidad de Audomaro.

San Sergio, papa y confesor.—Fué oriundo de Antioquía y natural de Palermo, en Sicilia. Era presbítero de la Iglesia de Roma y gozaba de gran reputacion de ciencia y virtud, cuando fué nombrado papa despues de dos elecciones, la una en favor del arcediano Pascual, y la otra en favor del arcipreste Teodoro. El nuevo papa fué consagrado en Roma el dia 15 de diciembre del año 687. El presbítero Teodoro se sometió voluntariamente á Sergio, y el arcediano Pascual tuvo que hacerlo por fuerza, y despues de algun tiempo fué depuesto de su arcedianato por crímen de magia. En 692, habiendo el emperador Justiniano II enviado á Sergio los cánones del concilio *in Trullo*, que se habia convocado sin su consentimiento, lejos de firmarlos este papa como lo deseaba el emperador, ni siquiera quiso leerlos. Irritado Justiniano por este desprecio, dos años despues envió un tal Zacarías á Roma para prender á Sergio y llevarle á Constantinopla. Los soldados tomaron la defensa del papa, cuya proteccion se vió precisado á implorar Zacarías para ponerse á cubierto del furor del pueblo y de la tropa. El año 698 tuvo Sergio la dicha de acabar el cisma de los obispos de Istria, que hacia cincuenta años desgarraba las entrañas de la Iglesia; y despues de haber gobernado al mundo cristiano con prudencia y santidad por espacio de trece años y ocho meses, murió con la muerte de los justos, el dia 8 de setiembre del año 701. Entre muchas cosas notables que dejó establecidas en la Iglesia, una es el que en la misa se dijese el *Agnus Dei*.

San Querano, abad y confesor.—Parece que fué irlandés de nacimiento, á lo menos porque floreció en aquella isla. Era de una familia oscura y gentil, y se convirtió á la religion católica entrando un dia en una iglesia en que se leia el Evangelio. En seguida se retiró del mundo á la soledad. Los maestros en la ciencia de la salvacion, quedaron sorprendidos de los progresos de Querano, y le dieron permiso para fundar un monasterio en otra isla inmediata á Irlanda, el cual llegó á ser muy poblado y recibió de su santo abad una regla que despues fué muy célebre. Este santo murió en Escocia el dia 9 de setiembre del año 549.

Los santos Pedro, Doroteo, y compañeros, mártires.—Doroteo fué camarero del emperador Diocleciano, y su íntimo amigo Pedro, subcamarero. Los dos eran los principales eunucos del palacio. Cuando se prendió fuego al palacio de Nicomedia se acusó injustamente á los cristianos, y aquellos dos amigos y otros subalternos del palacio fueron martirizados bárbaramente, solo porque profesaban la fé de Cristo.

Santa Osmana, vírgen.—Descendiente de una ilustre familia irlandesa. Conservó toda su vida intacta la flor de su virginidad, viviendo muy solitaria en la Bretaña menor, adonde pasó, y murió cerca de Brieuch en el siglo VII.

San Betelino ó Beccelino, ermitaño y confesor.—Se sabe de él que vivió en las prácticas de la penitencia mas austera en las montañas de Stafford, de cuya ciudad es patrono. Fué discípulo de san Guthlaco.

Dia 10.

San Nicolás de Tolentino, confesor.—San Nicolás de Tolentino, religioso de la órden del glorioso padre y doctor de la Iglesia san Agustin, nació en una aldea, llamada san Angelo, de la ciudad de Fermo, que es en la provincia de la Marca de Ancona. Su padre se llamó Campañano, y su madre Amata. Eran honrados, y muy buenos cristianos: y habiendo sido casados muchos dias, no tenian hijos; y por esto andaban muy congojados y afligidos. La madre Amata tomó por medianero á san Nicolás, obispo, con quien tenia particular devocion, y prometió de ir á visitar su sagrado cuerpo, que está en la ciudad de Bari, en el reino de Nápoles, si Dios le daba un hijo, y le cumplia su deseo. Fué revelado á sus padres, que hiciesen aquella romería, porque en ella se les diria quién habia de ser el que de ellos habia de nacer. Pusiéronse en camino: llegaron á Bari: visitaron la iglesia de San Nicolás; y allí se les apareció el santo, y les hizo ciertos que tendrian un hijo, á quien pondrian por nombre Nicolás, por haberle alcanzado por su intercesion, y que seria siervo fidelísimo de Dios, y varon muy ejemplar, y de gran penitencia. Todo se cumplió así; porque Amata concibió, y á su tiempo parió un hijo, que se llamó Nicolás: el cual desde niño fué muy inclinado al servicio de Dios: frecuentaba las iglesias: oia misa, y rezaba con mucha devocion: huia las compañías de los muchachos traviesos: gustaba de tratar con religiosos: hacia bien á los pobres: ayunaba, y ocupábase en el estudio, y oraba con tanta devocion y atencion, que se dice haber visto, aun siendo mozo y orando en la iglesia, á Cristo nuestro Señor con los ojos corporales: y como iba creciendo en edad, iba tambien creciendo en virtud y ciencia. Hiciéronle canónigo de una iglesia de San Salvador: y aunque vivia loablemente, no estaba contento; porque siempre anhelaba á otro estado de mayor perfeccion. Y así, habiendo oido un sermon de un famoso predicador de la órden de San Agustin, del menosprecio del mundo; como el corazon estaba dispuesto, y seca la leña, la centella de la palabra de Dios, que cayó en ella, la encendió de manera, que Nicolás, abrasado del amor divino,

se determinó á dar libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, y buscar con grande ansia y solicitud las del cielo. Para esto tomo el hábito de San Agustin en el convento de la ciudad de Tolentin: y los religiosos de él se le dieron con gran voluntad, conociendo cuán santa era su vida, y cuán grande su ciencia y habilidad, y esperando que habia de ser (como lo fué) gran ornamento de su sagrada religion. Luego comenzó san Nicolás á darse á todas las virtudes, y mas á las que son propias del religioso, á la humildad, á la pobreza, al silencio, á la obediencia, á la oracion, al ayuno y penitencia; de suerte, que era espejo de religiosos, como lo fué de sacerdotes, siendo sacerdote, y de predicadores, siendo predicador. Pero aunque en todas las virtudes se esmeró mucho, y fué excelente; lo que se escribe de su abstinencia, pone grande admiracion: porque treinta años estuvo en el convento de Tolentin, sin comer carne, ni huevos, ni peces, ni cosa de leche, ni aun manzanas, ahora estuviese sano, ahora enfermo. Fué esto con tanto extremo, que habiendo una vez caido malo, y llegado á punto de muerte, los médicos le mandaron que comiese carne, porque así convenia á su salud: y como ellos no se lo pudiesen persuadir, fué necesario que su superior se lo mandase en virtud de santa obediencia. Bajó la cabeza el santo, y probó la carne que le trajeron, y pidió al prior que se contentase con aquella obediencia, y que no le apretase mas, ni le hiciese quebrantar el propósito que tenia; porque Dios no estaba atado á la carne, ni á las reglas de medicina para darle salud; y así se la dió el Señor muy entera dentro de pocos dias. Ayunaba cada semana los lunes, miércoles, viernes y sábado, á pan y agua, y comia una sola vez: y desde los siete años de su edad, ayunó tres dias cada semana, imitando en esto á san Nicolás, obispo, el cual, siendo niño, los miércoles y viernes, no queria tomar mas de una vez el pecho. Disciplinábase las noches con una cadena de hierro: su túnica era pobre, áspera y remendada: la cama dura, y propia de penitente: su oracion era muy fervorosa y continua; y casi todas las noches se le pasaban, ó en el coro (en el cual era primero), ó en atenta y regalada contemplacion del Señor. Mas el demonio, que siempre vela para nuestro mal, procuró con varias tentaciones apartar al santo de su dulce conversacion: y una noche, estando orando delante de un altar, como solia, mató la lámpara y la arrojó en el suelo, y la hizo pedazos: y poniéndose sobre el techo de la iglesia, comenzó á destejarlo, y hacer tanto ruido, que parecia que se queria caer la iglesia. Tomó varias y horribles figuras de bestias fieras, para espantarle: y como el santo no se moviese de su oracion, le dió tantos y tan grandes golpes (permitiéndolo el Señor, para mayor prueba y corona de su siervo), que por muchos dias le quedaron en el cuerpo las señales de las heridas. Otra vez, entrando á hacer oracion delante de un crucifijo, el demonio le derribó y le maltrató de manera, que le dejó por muerto, y quedó cojo por toda la vida; pero él, esforzado por el Señor, se levantó, é hizo su oracion y gracias, porque así le probaba y le daba victorias de su enemigo. Fué devotísimo de las almas del purgatorio, por una vision que tuvo, en la cual vió gran número de almas del purgatorio, que con grande instancia le pedian el sufragio de sus oraciones y misas; y habiéndolas dicho, le dieron gracias por ello. No era menor su caridad para con los vivos, que para con los difuntos. Visitaba con gran cuidado á los enfermos, y compadeciase de ellos: recreábalos con sus palabras, animándolos á llevar con paciencia su trabajo, y dábales todo lo que podia para su regalo. Recibia á los frailes huéspedes, como si fueran ángeles del cielo. Alegraba los tristes: consolaba á los afligidos: reconciliaba á los discordes: socorria á los pobres: libraba á los cautivos, y á los encarcelados. Finalmente, la vida de san Nicolás era como de un hombre perfectísimo, y venido del cielo; y como á tal le favoreció y regaló mucho nuestro Señor. Seis meses antes que muriese, cada noche, á hora de maitines, le dieron música los ángeles; y él entendió que se llegaba la hora de su dichosa muerte: así la profetizó y avisó de ella á sus frailes. Y habiendo caido malo, y agravándosele la enfermedad, los llamó, y rogó que le perdonasen sus faltas, y al prior que le diese la absolucion de todos sus pecados, y le administrase los santos sacramentos de la Iglesia, los cuales recibió con grandísima devocion, y abundancia de lágrimas. Despues se hizo traer una cruz, en que estaba un pedazo de la de nuestra redencion, la cual adoró con profundísima humildad, suplicando al Señor que por virtud de la santísima cruz le salvase y le defendiese, en aquella jornada, del mal encuentro y engaño del comun enemigo. Jubilaba su espíritu, y regocijábase sobre manera, por el deseo que tenia de salir de la cárcel de este cuerpo, y ver á Dios: y como los frailes le preguntasen, por qué estaba tan contento y alegre; respondió: Porque mi Señor Jesucristo, acompañado de su dulce Madre, y de nuestro padre san Agustin, me convida á la partida, y me dice que me alegre, y éntre en el gozo de mi Dios: y diciendo aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, levantadas las manos, y los ojos hácia la cruz, que tenia presente, con maravillosa tranquilidad dió su alma al Señor á los 10 de setiembre del año de 1306. Ilustró Dios á san Nicolás con muchos y grandes milagros en vida y en muerte. Tuvo don de profecía: dió salud á muchos enfermos, que estaban afligidos con graves dolencias: dió vista á los ciegos: libró muchos endemoniados. Y no solamente los que vivian en la ciudad de Tolentin, y en toda su comarca, sino otros muchos mas apartados, recibieron grandes beneficios, y singulares gracias por su intercesion. Entre las otras cosas notables, con que Dios le esclareció, fué una: que una noche le apareció una estrella de gran claridad, la cual venia de la aldea de San Angel, donde él habia nacido, y por derecha línea iba á dar á Tolentin, y se paraba sobre el altar, donde el santo solia decir misa, y hacer oracion; queriendo Dios con esta vision declarar que este santo era como una estrella muy resplandeciente

de su Iglesia; y que habiendo tenido su orígen en un lugar de poco nombre, se acabaria y tendria fin en Tolentin, y seria enterrado debajo de aquel altar, donde se paraba la estrella; como lo fué. Y despues de muerto, cada año el mismo dia aparecia en aquel lugar la misma estrella, la cual veia la gente que aquel dia concurria de todas partes al sepulcro del santo, por su devocion, y por alcanzar salud en sus enfermedades, y alivio de sus trabajos; y esto duró muchos años. Despues el papa Eugenio IV, año del Señor de 1446, le canonizó, y le puso en el catálogo de los santos; y el papa Sixto V, el primero año de su pontificado, que fué el de 1585, mandó que á los 10 dias de setiembre se rezase de san Nicolás de Tolentino, con solemnidad de *Duplex*, en toda la Iglesia católica (aunque despues en el breviario reformado de la santidad de Clemente VIII se pone *Semiduplex*): la cual, habiendo sido muchos años afligida con grandes divisiones, y con un largo cisma, luego que fué san Nicolás canonizado, por sus merecimientos y oraciones tuvo paz y union. La vida de san Nicolás escribió un fraile grave y antiguo de su órden; y la refiere el P. Fr. Lorenzo Surio, en el quinto tomo de las Vidas de los santos; y el Martirologio romano hace mencion de él.

* San Sostenes y san Víctor, mártires. —Eran de Calcedonia y se convirtieron á Jesucristo del modo siguiente. Estaba un dia santa Eufemia en presencia de Prisco, procónsul del Asia, reprendiéndole por la inhumanidad con que trataba á los cristianos, y Sostenes y Víctor, que se hallaban delante, vieron á la santa rodeada de ángeles y vírgenes celestiales. Al mismo momento publicaron que eran cristianos y que en adelante solo adorarian al Dios de Eufemia. Furioso el procónsul mandó que los encadenasen y que los entregasen á las fieras hambrientas, que se arrodillaron á lamer y acariciar los piés de los dos santos. No se ablandó con este milagro el tirano, sino que al punto dispuso que encendiesen una grande hoguera, en la cual fueron ambos metidos: al entrar en ella se abrazaron fiernamente, se dieron el ósculo de paz, y, cantando divinas alabanzas, murieron en el Señor, bautizados con el fuego de la caridad y la sangre del martirio, por los años 300 de Jesucristo.

Las santas Menodora, Metrodora, y Ninfodora, vírgenes y mártires. —Estas santas eran hermanas y naturales de Bitinia, donde derramaron su sangre. En tiempo del emperador Galerio Maximiano, siendo prefecto de su patria un hombre llamado Fronton, fueron obligadas á que obtasen entre ofrecer incienso á los ídolos ó morir á manos del verdugo, en cuya eleccion no vacilaron un momento, pues solo deseaban irse cuanto antes á reunir con su esposo celestial. Su fervor y constancia obraron algunas conversiones.

Los santos Apelio, Lucas, y Clemente, mártires. —Fueron discípulos de Jesucristo, y parece que vivieron en Palestina, donde padecieron martirio, durante el reinado del emperador Neron. Las Iglesias griega y latina honran su memoria en este dia.

San Teodardo, obispo y mártir. —Nació en Francia, y fué hijo de padres piadosos. Desde niño dió indicios de la gloria futura que le habia de circundar. Penetrado de aquella máxima evangélica: « Muchos son los llamados, y pocos los elegidos, » decidióse en su juventud á llevar una vida laboriosa y santa. Encerróse en un monasterio, en el cual pasó sus dias, andando continuamente de virtud en virtud, hasta que, conocido su mérito y santidad, fué elegido obispo de Lieja en los Países Bajos. Su primer cuidado fué establecer un plantel de operarios para la viña del Señor: abrió en su casa una especie de seminario, del cual salieron varones eminentes, formados sobre la sabiduría y ejemplo del dignísimo pastor. Entre sus discípulos se cuentan una porcion de santos ilustres en la Iglesia, como san Lamberto y otros, que despues ocuparon las principales sillas de Occidente. Fué de caridad sin límites, de vasta ciencia, de zelo inextinguible á pesar de todos los obstáculos, de irresistible atractivo para cuantos le conocieron, y se le vió dotado de un espíritu verdaderamente apostólico. Arregló las costumbres públicas de su diócesis, edificó y restauró muchos templos, dotó varios hospitales y otros asilos para los pobres y peregrinos, y obligó á los grandes señores á hacer lo mismo en sus estados. Una conducta tan pura y tan esclarecida no podia menos que acarrearle muchas enemistades por parte de los malvados. Efectivamente, un dia, pasando la visita de su diócesis, fué acometido por unos malhechores, pagados por los cortesanos á quienes el santo habia reprendido su libertinaje, que á lanzadas lo dejaron muerto en el camino. Grande fué el sentimiento de sus ovejas por la pérdida de tan buen pastor; pero el Señor consoló á aquellos fieles en su amargura obrando junto á la tumba de Teodardo gran número de milagros. Segun los bolandistas, acaeció la muerte de este santo, el año 668.

San Agapito, obispo y confesor. —Era canónigo y diácono de la Iglesia de Novara, en Italia, cuando habiendo vacado la silla episcopal de la misma ciudad, fué elegido como por divina inspiracion para ocupar aquel puesto. Vivió siempre como un anacoreta: todo el tiempo que le dejaban libre sus cuidados pastorales, en los cuales era muy solícito, lo empleaba en la oracion y contemplacion de las cosas celestiales, y en castigar su cuerpo con un rigor excesivo. Muchas veces, al celebrar el santo sacrificio de la misa, se vió sobre su cabeza un ángel rodeado de rayos, en actitud de apartar del santo los pensamientos que pudiesen distraerle. Su vida fué la de un ángel en carne, y su muerte acaecida á mediados del siglo V, fué ilustre en cosas portentosas y en grandes milagros.

San Pedro, obispo y confesor. —Floreció en el siglo X y fué obispo de Santiago de Galicia. Baronio dice que fué esclarecido por sus grandes virtudes y milagros. Ninguna otra noticia hemos encontrado de este santo, y aun estas las ponemos

con desconfianza, porque los bolandistas prueban con bastantes datos que nunca existió tal san Pedro, obispo de Santiago.

Los santos Nemesiano, Félix, Lucio, otro Félix, Litteo, Poliano, Víctor, Jaderes, Dativo, y otros compañeros, confesores.—Los santos que acabamos de nombrar eran obispos de distintas Iglesias de Africa, y sus compañeros pertenecian á todos los rangos y clases de la sociedad. Durante la octava persecucion que excitaron contra el cristianismo los emperadores Valeriano y Galieno, san Cipriano fué desterrado á Curuba por el procónsul de Cartago, y los demás cristianos sufrieron en su mayor parte la misma suerte. Unos fueron condenados á las minas, otros sufrieron tormentos horribles, otros murieron de hambre y sed, y á muchos, en fin, se les sujetó á un martirio prolongado en las privaciones de lo mas preciso á la vida, en la desnudez y la infeccion de los calabozos, en los mas fatigosos trabajos y en una ignominia perpetua. Los santos, que celebra hoy la Iglesia se hallaban en Numidia reunidos, cuando recibieron una carta de san Cipriano, escrita desde el lugar de su destierro, para exhortarlos á perseverar constantemente en la confesion de su fé y en la paciencia en que el Señor queria probarlos. Esta carta, llena de uncion patética y de santas consolaciones, animó mas y mas el valor de aquellos fervorosos confesores, que contestaron al venerable arzobispo de una manera digna de todos ellos. «Vuestra carta, le dicen en su respuesta, ha suavizado y endulzado la amargura de nuestras penas, y nos ha hecho insensibles al pestífero olor que se exhala del lugar donde nos hallamos encerrados. Confesando vos la fé delante del procónsul y precediéndonos en el destierro, nos habeis enseñado lo que debemos hacer, y habeis animado para el combate á todos los soldados de Jesucristo.» Y en seguida acaban su carta con estas palabras: «Roguemos los unos por los otros, á fin de que Dios nuestro Salvador, y los ángeles nos socorran en nuestras necesidades.» Casi todos ellos murieron en Numidia, durante su destierro, dando así un ilustre testimonio de su fé y caridad.

San Hilario, papa y confesor.—Nació en la isla de Cerdeña, y se dedicó á la carrera eclesiástica. Habia prestado servicios importantes á la religion, y era diácono de la Iglesia de Roma, cuando por muerte de san Leon el Grande, fué elegido soberano pontífice, y consagrado el dia 12 de noviembre del año 461. La alegría que produjo su elevacion á la silla de san Pedro en todos los obispos del mundo cristiano, es una prueba de que era merecedor de aquella dignidad. El zelo que desplegó Hilario en favor de la religion, y los cuidados incesantes con que procuró que se observase en toda su pureza la disciplina eclesiástica, repararon en algun modo la pérdida que habia sufrido la Iglesia con la muerte del papa san Leon. Entre las cosas notables de su pontificado es una de ellas la prohibicion de que ningun obispo eligiese á su sucesor, y la estricta observancia del cánon del concilio de Nicea contra las traslaciones de los obispos de una silla á otra. San Hilario murió el dia 21 de febrero del año 468 con la muerte de los santos, despues de haber anatematizado á los heresiarcas Eutiques y Nestorio, confirmado los concilios generales de Nicea, Efeso, y Calcedonia, y tenido otro concilio en Roma, el año 465.

San Salvio, obispo y confesor.—Fué natural del Languedoc, de una de sus principales familias, y se dedicó en su juventud á la carrera del foro, llegando á ejercer una de las primeras magistraturas de la provincia. Despues, disgustado del mundo, abrazó el estado monástico, y en muy corto tiempo llegó á ser el modelo de todos sus hermanos, que le eligieron por su abad. Cuando vacó la silla episcopal de Albi fué el santo monje elegido y consagrado obispo, dignidad que no le impidió separarse de su género de vida, que era la soledad y el amor á los pobres. En ocasion en que una peste horrorosa diezmaba á sus ovejas, Salvio estaba en todas partes; á todos asistia en persona, los consolaba, y se preparaba él mismo para la eternidad con el ejercicio de estas buenas obras. En efecto, acometióle tambien la contagiosa enfermedad, y despues de haberse preparado por sí mismo su sepultura, murió santamente, el dia 10 de setiembre del año 582.

Santa Pulqueria, emperatriz.—Fué hija del emperador Arcadio, y hermana de Teodosio el Jóven, y nació en Constantinopla, el año 398. En 414 fué nombrada «augusta» y compartió con su hermano el poder imperial; pero en 450, por muerte de Teodosio, se halló sola dueña del trono de los Césares. Entonces se asoció á Marciano y casó con él, mas para que le ayudase á llevar las cargas de la corona, que para tener un esposo, pues le hizo prometer que guardaria con ella perpetua continencia, y lo cumplió. El concilio de Calcedonia, convocado en 457 á instancias de Marciano y por órden del papa san Leon el Grande, dió á Pulqueria todos los elogios debidos á una mujer tan grande y tan santa como ella, y seguramente los habia merecido, pues en medio del resplandor de las mayores grandezas de la tierra, se ofreció al mundo como un acabado modelo de todas las virtudes. Fué zelosa por la gloria de Dios, humilde y piadosa, amante de las ciencias, y de la prosperidad de sus pueblos, y murió pacíficamente en el Señor el dia 10 de setiembre del año 454, á los cincuenta y seis de su edad, siendo gloriosa en milagros antes y despues de su muerte.

San Finian, ó Winin, obispo y confesor.—Nació en Irlanda á principios del siglo VI. Fundó un monasterio, fué electo obispo, y no bien hubo muerto, cuando ya fué honrado como á patrono universal de Ulster, en Irlanda.

Dia 11.

Santa Teodora Alejandrina, penitente.—Las vidas de santa María Egipciaca, y de santa Pelagia, penitentes, pueden servir de ejemplo, especialmente para las mujeres pecadoras y públi-

camente malas, que, perdida la vergüenza, entregaron á un tiempo sus cuerpos y sus almas á Satanás. Escribamos ahora otro ejemplo de una mujer casada, noble y rica, que, habiendo vivido en grande honestidad, fué engañada, y cayó en una flaqueza de carne, é hizo traicion á su marido, y lloró tanto su pecado, como en el discurso de esta historia se verá: la cual escribió Simeon Metafraste en esta manera.

2 Siendo emperador Zenon, nació en Alejandría una mujer de padres nobles y ricos, dotada de grandes virtudes: la cual, siendo de edad, se casó con un caballero igual suyo, y vivieron en el matrimonio con gran paz y conformidad: llamábase Teodora, era muy amada y estimada del marido; porque le era muy obediente, muy amorosa y bien acondicionada, y por las muchas y grandes virtudes que resplandecian en ella: por las cuales y especialmente por su rara honestidad, era muy querida y reverenciada de todos. Tuvo el demonio envidia de tanta bondad, y determinó hacer cruda guerra á la que vivia en tanta paz con su marido. Instigó á un mozo de buenas partes y rico, que se aficionase á Teodora: encendióle con llamas y estímulos de concupiscencia, abrasándole las entrañas, cuando pensaba en ella. Rendido el pobre mozo á su loca pasion, procuró atraer á su voluntad á Teodora con blanduras, promesas y presentes, y con todo lo que el amor ciego en semejantes ocasiones suele ofrecer. Ninguna cosa aprovechó para que Teodora quisiese consentir en su mal deseo, ni aun mirarle; porque como era mujer tan honesta y tan cristiana, tenia á Dios delante, y la lealtad que debia á su marido. Viendo, pues, el mozo perdido que no le sucedia á su propósito aquel negocio, tomó por medianera á una vieja hechicera y endiablada, para que le sirviese de tercera, y acabase con Teodora, por medio de sus palabras venenosas, lo que él por otros tantos medios no habia podido alcanzar. Dijo tantas cosas la perversa vieja á Teodora, que con sus falsas razones la engañó y pervirtió, para que consintiese; y en efecto se cometió el adulterio, y luego de él se siguió lo que suele del pecado, que es la vergüenza, arrepentimiento y dolor. Este fué tan grande, y atravesó de tal manera (como un cuchillo agudo) el corazon de Teodora, que si Dios no la tuviera de su mano, fácilmente cayera en desesperacion. No le sirvió aquel pecado de eslabon para otro pecado, sino para penitencia y correccion; porque habia nacido de flaqueza y engaño, y no de malicia y mala voluntad. Comenzó á andar triste, desconsolada y afligida: y el marido, que la amaba tiernamente, y no sabia la causa de aquella novedad, procuraba con caricias y regalos alegrarla y recrearla; mas como la llaga estaba en las entrañas y el corazon tan lastimado, ninguna cosa que hacia el marido, era parte para consolar á la pobre mujer. Parecióle que habia ofendido á su Dios, y deshonrado á su marido, y perdido el buen nombre que en la ciudad tenia, y que un infierno era poco para ella: y corrida y afrentada de sí misma no osaba alzar los ojos al cielo. Finalmente cavó tanto este sentimiento en Teodora, que, movida del Señor, se resolvió á pagar la culpa de aquel pecado con pena perpetua, y con una penitencia rigurosa de toda su vida. Para esto, sin que nadie lo entendiese, se vistió de hombre y se fué á un monasterio de monjes, que estaba como seis leguas de la ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulacion de quien era, suplicó al abad que la admitiese en aquel convento, para servir en él mas al Señor. Hiciéronla aguardar, para prueba de su constancia, toda aquella noche fuera de la puerta del monasterio al sereno, y no con pequeño peligro de ser despedazada y comida de las bestias fieras; y á la mañana, vista su constancia, la admitieron, declarándola lo que habia de hacer en aquella santa casa, la regla que habia de guardar, y como habia de obedecer y servir á todos en los mas bajos y viles oficios, y tener cuenta con la huerta, y traer agua, y hacer todo lo demás que fuese menester en el convento y fuera de él, y no por eso olvidarse del ayuno, oracion, horas canónicas, y otras obras penales, en que los santos monjes se ejercitaban. Todo lo aceptó Teodora con gran voluntad, y todo le parecia poco, por satisfaccion y castigo de su pecado. Ejercitóse ocho años en todos los oficios bajos de la casa, y en los demás, que habemos dicho, con tan grande fervor y espíritu del cielo, que ponia admiracion á los otros monjes. Mas cuando el marido halló menos á su mujer, no se puede fácilmente creer las olas y pensamientos varios que embistieron su corazon, porque habia desaparecido: por una parte temia que no fuese alguna liviandad; y por otra se aseguraba con la honestidad y recato que siempre habia conocido en su mujer. Estando con esta congoja muy fatigado y lloroso, pidiendo á Dios que le descubriese donde estaba Teodora, le apareció un ángel que le dijo, que la mañana siguiente fuese á la iglesia de San Pedro, apóstol, y que allí mirase atentamente el rostro de la primera persona, que se le posiese delante. Mandó el abad á Teodora que fuese con los camellos á la ciudad á comprar aceite, que faltaba en el convento. Fué, y encontróse á la puerta de la iglesia de San Pedro con su marido: saludáronse los dos; y ella le conoció y no fué de él conocida: porque como la vió vestida de hombre y de monje, y tan trocada y atenuada en el gesto con los ayunos, no cayó en su imaginacion que podia ser ella, especialmente que se habia olvidado (por permision de Dios) de lo que el ángel le habia dicho; pero quedó sosegado entendiendo del mismo ángel, que le volvió á aparecer, que su mujer estaba en salvo, y no habia echado por mal camino.

3 Pero santa Teodora, no contentándose de la vida comun de los otros monjes, aunque era tan austera, y ella la hacia con suma exaccion, siempre añadia nuevos rigores y nuevas asperezas de ayuno y de otras penitencias para macerar su cuerpo y vengarse de él, por la flaqueza que habia cometido. Dióse tanto á la abstinencia, que vino á no comer sino una vez cada semana, trayendo á raiz de sus carnes un áspero cilicio, pa-

reciéndole todo poco para su pecado. Mas resplandeciendo Teodora con tan grande ejemplo y santidad, el demonio, que llevaba muy mal el ser vencido de una mujer, á quien él al principio habia rendido y derribado; viendo que no le sucedian los medios secretos y ocultos que habia tomado para hacerle guerra, se le apareció un dia, y la amenazó que la habia de perseguir y acosar hasta que cayese; y luego buscó la ocasion para hacer lo que aquí diré. Mandó el abad del monasterio á Teodora que fuese con los camellos á la ciudad por trigo, y que si no pudiese volver á tiempo, se quedase aquella noche en un monasterio, que estaba en el camino, llamado Nono. Hízolo así Teodora: y por ser ya de noche, quedóse en el convento y fuése á dormir al establo, donde estaban sus camellos. Instigó el demonio á una moza que la vió y creyó que era hombre, para que se enamorase de él, y le solicitase á mal: y como no hallase entrada para lo que queria y estuviese abrasada del fuego infernal de concupiscencia, juntóse con otro pasajero de los que allí estaban, y concibió de él; y creciéndole el vientre y siendo preguntada de quién habia concebido, dijo, que del monje Teodoro, en el monasterio Nono, señalando la noche y el lugar de aquella maldad. Los monjes, que esto oyeron, acudieron al monasterio donde estaba Teodoro y dieron parte del caso al abad y á los otros monjes; y despues que parió la mujer, llevaron al niño, que habia parido, al mismo monasterio, acriminando aquel hecho. Y como Teodoro no lo negase por padecer mas; el abad le mandó echar del monasterio con el niño, para que le criase como padre, é hiciese la penitencia de tan grave culpa. Salido del monasterio, sustentó al niño con leche de ovejas, y crióle por espacio de siete años, con gran paciencia y alegria, comiendo ella algunas yerbas del campo, y bebiendo un poco de agua, ó por mejor decir las muchas lágrimas que derramaba; y por el calor del sol traia su cuerpo tostado y requemado, que parecia un etiope. Pero siempre se quedó pegada al monasterio en una choza que allí junto habia armado para ser mas notada de los monjes que entraban y salian. No contento el demonio con esta tela que habia urdido; para tentarla y afligirla mas, tomaba muchas veces la figura de su marido, y se llegaba á ella diciéndola los requiebros y dulzuras que solia cuando estaban juntos, y derramaba muchas lágrimas, rogándola que se las enjugase, quitándole la causa de ellas, y volviéndose á su casa: otras veces venian los demonios á embestir con ella en forma de bestias fieras, ó de soldados y de un grande ejército, en que venia un gran príncipe, que por no haberle querido adorar la mandó azotar; y los demonios lo hicieron con tanta fuerza y vehemencia, que la dejaron por muerta; y algunos pastores que la vieron, avisaron de ello á los monjes para que la enterrasen; pero ella volvió en sí, é hizo oracion, suplicando á nuestro Señor que la confortase; y con esto la dejaron. Pareciéndole al abad que ya Teodoro habia pagado bien el delito cometido, con los siete años de tan dura penitencia, le mandó recibir de nuevo en su monasterio; pero con condicion que estuviese cerrado en una celda, sin ocuparle en cosa alguna: y de esta manera estuvo otros dos años. Despues de esto oyeron un dia á Teodoro que estaba hablando en voz alta con el niño dentro de su celda; y algunos monjes, á quienes el abad habia mandado que estuviesen atentos para oir lo que le decia, le oyeron decir estas palabras: Hijo mio, ya se llega el fin de mi vida, yo te encomiendo á aquel que, estando en el cielo, es Padre de todos los huérfanos; y en la tierra, al que lo fuere de este monasterio. Tendrás por hermanos á los monjes de él. No procures ser honrado de los hombres, sino de Dios: y para serlo, el mejor medio es ser deshonrado en el mundo, y padecer afrentas y falsos testimonios. Si quieres ser honrado, honra tú primero á los otros. Aborrece el demasiado dormir: abraza la aspereza en el comer y en el vestir; y huye de todo regalo. No te descuides de la oracion, ni dejes de asistir con los monjes á las horas canónicas, así de noche como de dia. No acuses á tus prójimos. Cuando te preguntaren, responde con modestia, puestos los ojos en el suelo. No hagas burla de la caida ajena. Llora para que seas consolado. Haz oracion por los que supieres que viven mal. Visita á los enfermos, y sirve á los mojnes como á tus señores. En las tentaciones acude á la oracion, y pide al Señor que no seas vencido. Y acabando de decir estas razones, dió su espíritu al Señor.

4 Cuando el niño vió muerto al que pensaba ser su padre, y como tal le criaba, comenzó á llorar amargamente; y los monjes que allí estaban por órden del abad, oyendo los documentos que Teodora daba á aquel niño, le avisaron de lo que pasaba: y el mismo abad aquella noche tuvo una revelacion, en que le descubrió Dios la grande gloria que tenia Teodora en el cielo, y la penitencia tan extraordinaria que habia hecho con nombre de Teodoro. Convocó á sus monjes: declaróles la revelacion que habia tenido: llevólos á la celda, donde estaba el santo cuerpo, y vieron que era mujer, y no hombre, y alabaron todos al Señor: y para honrar mas al santo cuerpo avisaron á todos los monjes que estaban en aquella comarca, y especialmente á aquellos que habian acusado á Teodoro, y dádole por hijo al que no era suyo. Todos vinieron á porfia y reverenciaron al santo cuerpo y le sepultaron, cantando himnos y salmos, y con las otras ceremonias que usa la santa Iglesia. Tambien el marido de Teodora, que siempre habia estado en tristeza y lágrimas, fué avisado del cielo, que su mujer era muerta en aquel monasterio, y yendo á él para verla, se encontró con un monje á caballo, que por órden del abad del convento le iba á llamar. Vino, vióla, lloróla y pidió con grande instancia que le diesen el hábito de monje, y la celda en que habia muerto Teodora: en la cual vivió, y acabó santamente su vida: y el niño imputado y criado de Teodora, con los santos consejos que ella le dió, se quedó en el monasterio, y vivió con tan perfecto ejemplo y religion, que vino á ser abad del mismo monasterio. El Martirologio romano pone la muer-

te de santa Teodora á los 11 de setiembre, y los griegos en su Menologio hacen de ella mencion, y Nicéforo Calixto; y (como ya dijimos) fué en tiempo del emperador Zenon, que comenzó á imperar el año del Señor de 464.

3 Gran ejemplo nos dió Teodora á todos los pecadores, de penitencia, particularmente á las mujeres casadas que caen en alguna flaqueza, y quebrantan la fé que deben á Dios y á sus maridos; porque cierto es cosa que espanta, ver lo que esta santa mujer lloró su culpa, y las lágrimas que derramó para lavarla, y la aspereza de vida que usó para purificar su alma de aquella mancha que habia contraido. Mas si alguna de estas mujeres me preguntase, si me parece que para castigo de tal pecado es bien que deje su casa y su marido, y se transforme en hombre, y viva en hábito de monje en algun monasterio, como lo hizo Teodora; respondo, que nó; porque en las vidas de los santos hay muchas cosas mas admirables que imitables, y los privilegios de ellos están fuera de la regla comun. Lo que hizo Teodora, fué con especial instinto ó inspiracion de Dios, sin la cual no se ha de intentar lo que ella hizo. Y vese claramente que la guió Dios, así por la santa y admirable vida que vivió, y por la paciencia y constancia con que sufrió las calumnias de los hombres, y las batallas y combates de Satanás, como por los milagros que Dios obró por ella: entre los cuales dice Metafraste, que habiendo en un lago cerca de su monasterio un cocodrilo de inmensa grandeza, y tan fiero y cruel, que á ninguna persona humana, ni á bestia, dejaba de acometer y tragar, por grande que fuese, si se llegaba al lago; Teodora, yendo por obediencia de su abad por un cántaro de agua al lago, con gran seguridad subió encima de la bestia carnicera, y entró en el lago, y salió caballera en él, sin lesion alguna, y de repente reventó aquella bestia horrible, con admiracion de todos los que lo vieron. Otra vez, yendo por un desierto, perdida y sin camino, otra bestia fiera y terrible se llegó á ella, y la siguió hasta el monasterio, adonde iba; y queriendo matar al portero, Teodora le libró. Y en una gran sequedad, Dios nuestro Señor dió agua por los merecimientos de Teodora. Así que no podemos dudar, por los efectos, de haber sido Dios nuestro Señor autor de lo que hizo Teodora en la mudanza de su vida: y esto no se debe imitar, sino cuando el mismo Señor con particular revelacion lo mandare. Mas lo que se debe sacar de esta vida, es el sentimiento que debemos tener de las ofensas de Dios, y que no basta comenzar bien, como comenzó Teodora, en la honestidad, amor y fidelidad que tuvo á su marido, sino que conviene perseverar hasta el cabo, y huir de las ocasiones y silbos venenosos de las malas terceras (que, como una pestilencia, se deberian desterrar de la república, para que no inficionen las almas, como lo hacen); y que si alguna mujer cayere en tan grave culpa, no sea para permanecer en ella, ni anegarse en el abismo de los malos, sino para volver luego á Dios, y llorarla, y enmendarla, como lo hizo esta santa y bienaventurada pecadora.

Los santos Proto y Jacinto, mártires. — San Proto y san Jacinto, fueron eunucos y criados de una nobilísima doncella, llamada Eugenia, hija de Felipe, senador romano: el cual, siendo provisto para prefecto de Alejandría, en Egipto, fué con su mujer, llamada Claudia, y con Eugenia, su hija, y toda su familia, á vivir en aquella ciudad. Era Eugenia vírgen de alto ingenio, de extremada belleza, y muy inclinada á los estudios de todas buenas letras, que florecian en aquella sazon en Alejandría. Dióse muy de veras á ellas Eugenia; y por su respeto sus dos criados Proto y Jacinto, leyendo en buenos libros, y alumbrados de nuestro Señor, vinieron á entender la ceguedad de los gentiles que adoraban las piedras, y tenian por dioses hombres tan viciosos, que eran indignos no solo del nombre de dioses, sino tambien del nombre de hombres; pues sus hechos fueron de bestias. Hiciéronse cristianos, y con deseo de mayor perfeccion, se determinaron todos tres á tomar el hábito de monjes en un monasterio de religiosos, donde estaba un santo obispo y abad, por nombre Héleno. Vistióse Eugenia de hábito de hombre, y con sus dos criados y compañeros, fuése al monasterio, y hablando con Héleno, le pidió el hábito de su religion: y aunque él, por divina revelacion, conoció que era doncella la que se fingia varon, y hacia llamar Eugenio, y se lo dijo; mas disimuló con ella, porque entendió ser aquella la voluntad de Dios. Dióles el hábito, y comenzaron todos tres á hacer vida santísima; y especialmente Eugenia se esmeraba sobre todos, y les era dechado de toda santidad y virtud. Fué esto de manera, que muriendo el abad Héleno, fué elegido Eugenio por prelado, aunque contra su voluntad, y gobernó aquella casa con grande satisfaccion de los religiosos, y admiracion de los de fuera. Habia una matrona, llamada Melancia, en la misma ciudad de Alejandría: la cual estando enferma de una grave enfermedad, por las oraciones del abad Eugenio cobró salud; y teniéndole por varon, se enamoró perdidamente de él, y en cierta ocasion le declaró su dañada voluntad, provocándole á pecar: y como el santo ásperamente la reprendiese, y cerrase los oidos á los silbos de la serpiente venenosa, y con gran presteza se fuese huyendo del lugar donde estaba; ella, viéndose escarnecida y menospreciada, como otra ama de José, dió voces, y publicó que Eugenio, el abad, la habia querido hacer fuerza. Dió noticia de esta mentira y falsedad á Felipe, el prefecto, que todavía era gentil, y no sabia de su hija, porque se le habia desaparecido, y hecho cristiana, y tomado el hábito de religion, sin poderlo él entender. Permitió nuestro Señor esta tribulacion á Eugenio; para que conozcamos mas la flaqueza de las mujeres, y nos guardemos de ellas, y para descubrir con esta ocasion la virtud de los que, armados con su gracia, resisten á los apetitos de la carne; y para mas manifestar la gloria y excelencia de nuestra sagrada religion: porque el prefecto Felipe, habiendo oido el caso de Melancia, mandó traer delante de sí á Eugenio, abad. Vino, llevando consigo á Proto y Jacinto, con

sus hábitos de religiosos. Dióles Felipe una grande reprension, diciendo, si Cristo, su Dios, les enseñaba que deshonrasen é hiciesen fuerza á las matronas honradas. Entonces Eugenio con gran severidad y modestia respondió: Tiempo hay para callar, y tiempo para hablar: ahora se verá la verdad de lo que dice Melancia, y tú, ó Felipe, me reprendes. Diciendo esto, rasgó el hábito que tenia: descubrió sus pechos; y vieron como era mujer; y quedaron todos espantados, Melancia confusa, y el prefecto admirado: y habiendo conocido que aquella era Eugenia, su hija, y sabida la historia de todo lo que habia hecho, y alumbrado del rayo de la divina luz, se convirtió á la fé de Jesucristo él y toda su familia. Dejó la prefectura, y despues de algun tiempo fué mártir del Señor. Volvió á Roma la santa doncella Eugenia con Proto y Jacinto, y por su ejemplo y santa conversacion muchos recibieron la fé de Cristo. Supo esto el emperador Galieno, y mandólos prender; y á Eugenia, despues de haberle dado graves tormentos, la sentenció á degollar. Proto, y Jacinto pasaron por la misma sentencia: la cual se ejecutó en ellos el dia que la Iglesia les celebra la fiesta, que fué á los 11 de setiembre, el año de 273, aunque del martirio de santa Eugenia celebra la fiesta á los 25 de diciembre. Escribieron de estos santos Simeon Metafraste, y los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo y Adon.

* Los santos Diodoro, Diomedes, y Dídimo, mártires. —Fueron de la ciudad de Laodicea, en Siria. Convirtiéronse á la fé de Jesucristo y pidieron el bautismo, despues del cual empezaron á predicar á sus paisanos con tanto fervor y tan ruidosamente, que á los pocos dias fueron presos, y no queriendo ceder de sus propósitos, les atormentaron por mucho tiempo, y consiguieron la palma del martirio.

San Emiliano, obispo y confesor. —Nació en un pueblo pequeño de Aragon, fué instruido en la religion por el obispo san Félix, y se dedicó todo entero al estudio de la piedad cristiana. Algun tiempo despues se retiró á un desierto, en el que vivió por espacio de cuarenta años, entregado á la santificacion de su alma, y á conducir por los caminos de la salvacion á todos los que con este objeto iban á pedirle consejo. Hallándose vacante la sede episcopal de Vercell, en Italia, el cielo designó milagrosamente á Emiliano para ocuparla; y aunque se resistió extraordinariamente, le consagraron obispo, y fué por muchos años pastor y padre de aquellos pueblos. Asistió á los concilios III, IV y VI de Roma congregados por el papa san Símaco, que profesaba al obispo de Vercell particular afecto y admiracion, y despues de un apostolado muy fecundo en cosas admirables, cargado de años y de merecimientos, murió santamente por los primeros años del siglo VI.

San Paciente, obispo y confesor.—Dios suscitó á este santo para ser el sosten y el consuelo de los cristianos de las Galias en las calamidades que los afligieron durante el siglo V. Por sus eminentes virtudes fué colocado en la sede arzobispal de Lyon, y desplegó al instante tanta actividad en su cargo pastoral, que por todas partes se sintieron muy pronto los efectos de su zelo. En sus manos se multiplicaban los medios de hacer bien, y casi siempre los empleaba todos en favor de los indigentes. San Sidonio Apolinar, que era amigo y contemporáneo suyo, dice que poseia todas las virtudes apostólicas, y que no sabe qué era en él mas admirable, si su zelo por la gloria de Dios, ó su caridad para con los pobres. Templaba siempre la suavidad con la dulzura, y la actividad con la prudencia, y sus esfuerzos fueron coronados con la conversion de gran número de infieles y herejes, arrianos y focinianos. Con su zelosa predicacion ilustraba los entendimientos de los que se hallaban sumidos en el error, y despues acababa por ganarles el corazon á fuerza de bondades. San Paciente murió en Lyon, el año 480. Su nombre se halla en este dia en el Martirologio.

San Pafnucio, obispo y confesor.—Natural de Egipto, y cristiano desde su infancia. Habiendo pasado algunos años en el desierto, bajo la direccion de san Anton, salió de la soledad para ser consagrado obispo de la Tebáida. San Pafnucio fué uno de aquellos ilustres confesores, que en tiempo del emperador Maximino-Daia, despues de haberles arrancado el ojo derecho, y cortado los nervios de la rodilla izquierda, fueron condenados á las minas. Cuando se volvió la paz á la Iglesia, el venerable obispo se reunió otra vez á su grey, y empezó á trabajar con todo su zelo para librarle de los estragos del arrianismo que amenazaban. Su eminente santidad, y el glorioso título de confesor de la fé, le grangearon la estima y veneracion de los padres del concilio de Nicea, al cual asistió. Dícese que el emperador Constantino le llamaba con mucha frecuencia á su palacio, y se complacia hablando con él largos ratos, no despidiéndose nunca sin besarle el lugar donde habia estado el ojo que perdiera por la fé. Pafnucio tuvo estrecha amistad con san Atanasio y todos los obispos católicos de su época, y murió en la paz de Dios por los años 337.

Dia 12.

Santa Buena, vírgen. — Buena, á quien los egipcios llaman Cordimunda, fué natural de Egipto, de real estirpe y sangre. Su padre se llamó Zabul, noble sátrapa: su madre se llamó Ziba. Fué hermosísima de cuerpo; pero mucho mas de ánimo y virtudes. No era bautizada cuando murieron sus padres: y así quedó niña huérfana en la tutela de sus parientes; pero muy rica de bienes de fortuna: por lo cual un caballero mozo, rico y principal como ella, la pidió en matrimonio para cuando tuviese edad: á quien ella respondió, que ya estaba desposada con Cristo desde su infancia, y le habia dedicado su virginidad; y así que ofreciese sus grandes riquezas á otra, como á ella se las ofrecia, que las estimaria mas; porque ella, ni las estimaba, ni hacia caso de las suyas, cuanto y mas de las ajenas; y que tuviese entendido que jamás mudaria de ánimo. Con esta res-

puesta se volvieron como unas fieras los parientes, á cuyo cargo estaba, contra ella, y ya con ruegos y promesas, ya con amenazas crueles, procuraban disuadirla de su santo propósito. La santa niña Buena, temiendo la violencia que podian ó intentaban hacerle, se huyó secretamente de casa de sus deudos, y se fué á un monasterio de sagradas vírgenes, donde pidió con lágrimas á la madre portera la recibiese: á que respondió la religiosa, que ella no podia recibirla sin órden y licencia de la madre abadesa. Estaba en oracion la santa abadesa, y tuvo revelacion de lo que pasaba en la portería, y quién era la que queria entrar: y así al instante dió órden de que le abriesen la puerta y dejasen entrar.

2 Tan gozosa estaba Buena, como si hubiera entrado en la gloria: pidió el santo hábito con humildad, el cual le dió al punto gustosa la abadesa. Buscáronla sus deudos con gran cuidado y solicitud; y al fin la hallaron: que el oro tiene calidades de sol, que todo lo descubre, y de rey, que todo lo sujeta. Al punto que supieron donde estaba, fueron al monasterio, y dijeron á la madre abadesa, que aquella niña era gentil: con cuya noticia daban por conseguido su intento, que era llevársela; porque juzgaban la despedirian al instante las monjas. Buena confesó buenamente ser verdad lo que decian; pero pidió al instante el santo bautismo, el cual le dió un santo sacerdote, que gobernaba y tenia cuidado de la iglesia del monasterio: con que se fueron burlados los deudos de la santa vírgen, y ella se quedó en su cielo, recibiendo bautismo y velo á un tiempo, y consagrando de nuevo con solemne y perpetuo voto á Dios su virginidad y pureza, siendo de edad de doce años. Comenzó á hacer una vida tan santa, penitente y ejemplar, que era envidia á todas las santas religiosas, y gloria á su divino esposo y amante Jesus.

3 Tenia especial amistad y cariño, entre las demás, á una santísima religiosa, cuyas virtudes en todo seguia. Esta tuvo una grande enfermedad: y siendo visitada de todas las religiosas del monasterio, solo Buena, su querida y grande amiga, no la vino á ver; porque se estaba en oracion en la iglesia, donde le reveló Dios como se queria llevar para sí á su grande amiga, para darle el premio de sus virtudes: con la cual divina revelacion, Buena, perseverando en su oracion, le pidió á su dulce esposo, que pues se llevaba á su grande amiga y compañera, fuese servido de llevársela tambien á ella, para que las que habian sido compañeras en el monasterio, lo fuesen tambien en el cielo. Al punto que acabó su humilde peticion, bajó una voz del cielo que le dijo, como habia sido oida su peticion, y se le habia concedido. Entonces, dando infinitas gracias á Dios por favor tan singular, se levantó gozosa y alegre, y se fué á visitar á su amiga, á quien contó cuanto le habia pasado: con cuya alegre nueva la amiga dió su alma á Dios. De allí á tres dias, la tercera noche despues del glorioso tránsito de esta santa religiosa, estando la abadesa en oracion, ó sueño dulce, vió un jóven hermoso y resplandeciente, que le quitaba el velo de la cabeza, y le escondia y guardaba en una caja: y preguntándole, qué queria significar aquello; respondió, que aquel dia quedaria sin Buena: porque se la quitaria su esposo y se la llevaria á su gloria. La mañana siguiente, juntas todas las monjas, y entre ellas Buena, buena y sana, refirió la abadesa el sueño que habia tenido aquella noche: y al instante se oyó la voz de un ángel que la llamaba á la patria celeste: la cual, obedeciendo á la dulce y deseada voz, puesta en medio de todas las religiosas, sus hermanas, levantó los ojos al cielo, dando gracias á su divino esposo por tan singular beneficio, gozosa y regocijada, cantando salmos (á que todas la ayudaban, sin dejar de llorar y derramar copiosas lágrimas, por la ausencia de su querida hermana, aunque mezcladas con el gozo de considerar cuanto mejoraba de vida); despidió su purísimo espíritu, que entregó á su Criador, á los 12 de setiembre. Su cuerpo quedó tan hermoso, que causaba admiracion mirarle: y luego le rodeó una luz del cielo tan clara y resplandeciente, que era una gloria todo el monasterio; y tanto mas, cuanto al resplandor de la luz se llegaba la fragrancia suavísima de un olor celestial que despedia el mismo cuerpo, durando la luz y olor admirable, todo el tiempo que tardaron á darle la debida sepultura. Escribió la vida de esta santa vírgen, de la misma forma que aquí va referida, Pedro de Natalibus *in Cathalog. sanct., lib.* VIII, *cap.* 71, á quien cita el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones.

* El beato Miron, confesor.—Nació en el pueblo de Tagamanen, diócesis de Vich, en el principado de Cataluña. Sus padres cristianos y piadosos le educaron en el santo temor de Dios, y le inclinaron al estudio de las ciencias eclesiásticas, en las que salió muy aprovechado. Ordenado de sacerdote, creció siempre mas su deseo de adelantar en los caminos de perfeccion, y de vivir en la soledad. Consultó sobre este deseo con los monjes benedictinos de Ripoll, y segun el parecer de ellos, salió á ensayarse en esta vida por los desiertos de la ribera del Ter. Pero no cesando de rogar continuamente al Señor, para que se dignase mostrarle el sitio y el género de vida que en definitiva debia seguir, un ángel le apareció y le dijo que entrase en el monasterio de San Juan de las Abadesas, de canónigos regulares de San Agustin. Al cabo de algunos dias, con aprobacion de toda la comunidad, le vistieron el hábito, y desde entonces fué Miron espejo de santidad para todos los monjes. Alentaba á los tibios con sentencias muy vivas, que salian de su corazon como brasas ardiendo, y mas con la práctica de las virtudes. Fué extremadamente compasivo con los pobres, muy humilde y obediente, y estuvo dotado del don de profecía. Murió santamente en su mismo monasterio el 12 de setiembre del año 1161, y su sepulcro fué siempre visitado con particular devocion por los naturales de aquel país, que junto á él han encontrado alivio en sus necesidades.

Los santos Geronides, Leoncio, Serapion, Selecio, Valeriano, y Estraton, mártires.—

Fueron presos en Alejandría, y habiendo confesado que eran cristianos, y que nunca adorarian á las falsas divinidades del paganismo, fueron atormentados con varios suplicios, y finalmente, los echaron al mar atados de piés y manos, y así murieron. Despues de algunos dias, sus cuerpos salieron á la orilla, y unos cristianos, que habian sido avisados por un ángel, los recogieron y dieron sepultura. Este martirio fué durante el imperio de Maximino.

San Autonomo, mártir. — Fué obispo regionario, y por consiguiente predicó el Evangelio en muchas provincias de Occidente, particularmente en Italia y Francia. Hallándose en Bitinia, durante la persecucion de Diocleciano, haciendo inmensas conquistas para la religion, lás cuales excitaban el odio de los paganos, estos lo prendieron; pero despues de algunos dias lo dejaron en libertad. Continuó Autonomo sus predicaciones y sus muchas conversiones, y no pudiendo contener ya su cólera los gentiles, lo buscaron, y encontrándole que estaba diciendo misa, le mataron en el mismo altar, á principios del siglo IV.

Los santos Macedonio, Teódulo, y Taciano, mártires. — Eran de Mera, ciudad de Frigia, y allí consumaron tambien su martirio. En tiempo del emperador Juliano el Apóstata, el prefecto de aquella provincia, llamado Amaco, mandó abrir un templo, donde volviesen á adorarse los antiguos ídolos de Roma. Los cristianos estaban sumergidos en la mayor amargura por aquel suceso, cuando una noche, los tres santos que hoy celebramos, forzaron las puertas del indicado templo, entraron en él, rompieron todas las estatuas de los ídolos que encontraron y despedazaron cuanto en él habia para el sacrílego culto. Al dia siguiente el prefecto ordenó una conscripcion general contra todos los cristianos; pero los tres jóvenes se presentaron voluntariamente y se confesaron solos autores de aquel suceso. Rabioso y fuera de sí el tirano, todos los suplicios le parecian poco, y así despues de haberles mandado azotar con varas de hierro, y desgarrarlos sus carnes con garfios, los hizo extender sobre unas parrillas en las ascuas, donde fueron quemados á fuego lento. Los esforzados confesores, no dejaron de cantar las alabanzas del Señor, hasta que le entregaron su espíritu, coronados con la diadema resplandeciente del martirio. Sucedió este en el año 362.

San Curonoto, obispo y mártir. — Nació en la ciudad de Iconio, en Licaonia, de la cual era despues presbítero cuando el Señor lo elevó á obispo de Cogni. Sus virtudes y milagros, junto con una incesante predicacion del Evangelio, le hicieron el apóstol de aquellas regiones, y tambien le merecieron la palma del martirio, que alcanzó siendo arrastrado por todas las calles de Iconio, y últimamente degollado.

San Silvino, obispo y confesor. — Uno de los primeros obispos de Verona, en Italia, recomendable por su afan en propagar las luces del Evangelio, lo cual logró, desterrando de su diócesis casi enteramente la idolatría. Nunca se le veia mas alegre, que cuando podia distribuir abundantes limosnas á los pobres, y despues de haber castigado su cuerpo con fuertes penitencias, murió entre sus ovejas, de muerte repentina, un dia 12 de setiembre, ignoramos de qué año.

San Sacerdote, obispo y confesor. — Floreció durante el siglo VI, y fué arzobispo de Lyon. El año 549 asistió al quinto concilio de Orleans, celebrado para atajar y condenar los errores de Nestorio y de Eutiques, contra la fé católica, y publicar algunos cánones, acerca de la reforma de la disciplina. Algun tiempo despues, fué el santo á Paris, sin que se sepa el verdadero motivo de aquel viaje, y durante su permanencia en esta ciudad, fué atacado de una violenta enfermedad, que le condujo al sepulcro, siendo visitado en sus últimos momentos por el rey Childeberto, que le estimaba mucho. Su sagrado cuerpo fué trasladado á Lyon, donde se conserva, y el Señor ha obrado por su intercesion muchos milagros.

San Guidon, confesor. — Este santo es llamado por los franceses «san Güi». En vida fué conocido por el pobre de Anderlech, y habia nacido en un pueblo cerca de Bruselas, de padres pobres pero virtuosos, que le instruyeron en el conocimiento de la religion, repitiéndole con frecuencia aquellas palabras de Tobías: «Nosotros serémos bastante ricos, si tememos al Señor.» Aun era Güi no mas que un niño de muy pocos años, y ya era un modelo de todas las virtudes. Enamorado de la bajeza y humildad de su condicion, se contemplaba feliz en ella, por ser así mas semejante á Jesucristo. Era el consuelo de los pobres, con las reflexiones que les hacia para que en su miseria glorificasen á Dios, que habia hecho á su Hijo semejante á ellos, y los animaba con su ejemplo, pues no solo amaba la pobreza, sino que buscaba las penalidades y privaciones que le son consiguientes. Su caridad con el prójimo, igualaba á su amor por la mortificacion y la penitencia, visitaba á los enfermos y encarcelados, y les llevaba el alivio que sus facultades le permitian. Despues de una juventud empleada en estas obras de caridad, entró el santo de sacristan en la iglesia de Nuestra Señora de Laken, donde se le vió ejercer sus funciones con santa alegría, y pasar las noches enteras postrado á los piés de los altares. Su compuncion, su piedad, y su amor á los pobres llegaron á un alto grado de perfeccion, y los milagros que obró le atrajeron la admiracion de todos. Entonces, para huir el aplauso de sus admiradores, se fué á Roma y á Jerusalen á visitar los lugares santos, y de vuelta á su patria, murió de una enfermedad epidémica, el dia 12 de setiembre del año 1012. Sus restos fueron enterrados en Anderlech, donde poco despues se edificó una iglesia bajo su invocacion.

Santa Eanswida, vírgen y abadesa. — Floreció en el siglo VII. Fué nieta de san Etelberto, primer rey cristiano de los ingleses. Fué famosa por sus milagros, y su festividad se guarda por los católicos ingleses en 12 de setiembre, probablemente por ser el dia de la traslacion de sus reliquias á alguna iglesia.

San Albeo, obispo y confesor. — Es honrado

como principal patrono de Munster. Floreció á últimos del siglo V, y mediados del VI, y murió, segun unos, el año de 525, y segun otros, el de 541.

Dia 13.

SAN MAURILIO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué san Maurilio, italiano de nacion, y de patria milanés, hijo de ilustres padres, y desde mozo criado y enseñado del glorioso san Martin, obispo, cuando estuvo en aquella ciudad; pero despues habiendo sido el santo echado de Milan, por el furor y rabia de los herejes arrianos, que no podian sufrir su gran zelo y constancia, quedó Maurilio algun tiempo en Milan, donde fué ordenado, de san Ambrosio, de lector. Murió en este tiempo su padre, que era gobernador principal en Italia; y él, inflamado del amor de las cosas del cielo, se determinó á dejar las de la tierra, y á su madre, é irse en busca de san Martin, que ya entonces era obispo de Tours. Fué, y estuvo en su compañía, hasta tanto que le ordenó de sacerdote, sirviéndole en todo, y aprendiendo de él las virtudes, que despues mostró en toda su vida. Pasó mas adelante Maurilio: y para abrazar mas estrechamente la perfeccion evangélica, tomando la bendicion de su padre san Martin, se fué á la ciudad de Auxerre, donde halló, cerca del rio Luera, un templo dedicado á los falsos dioses. Tuvo gran dolor Maurilio por ver al demonio tan señoreado de los corazones de los hombres, y adorado en aquel templo: y deseando sobre manera asolarle, y viendo que no tenia poder para hacerlo, se puso en oracion, suplicando á Dios nuestro Señor, que le derribase, y no dejase de él piedra sobre piedra. Al momento bajó fuego del cielo, que abrasó al templo y los ídolos, que en él estaban, y los hizo ceniza. En este lugar fundó el santo una iglesia á Jesucristo, Dios verdadero, que fué muy frecuentada con mucha piedad y devocion de todos aquellos pueblos, y él la gobernó doce años, obrando nuestro Señor muchos milagros por su siervo; porque con la señal de la cruz curó un hombre que tenia las manos secas de su nacimiento, á una mujer endemoniada y ciega, y atada con cadenas, á un muchacho que estaba para morir, por haberle mordido una víbora; y á una mujer vieja y estéril, le alcanzó hijos: y con estos y otros milagros creció su fama; y él cobró ánimo para hacer con mayor esfuerzo guerra á los demonios, quitándoles la adoracion que la gente engañada les daba. Allí, junto donde el santo vivia, habia un ídolo famoso, á quien el pueblo con extraña supersticion acudia. Fué allá el santo, traspasado de dolor; y haciendo la señal de la cruz, luego cayó el ídolo y salieron los demonios de él, dejando en aquel lugar un olor pestilencial. Tambien en este mismo lugar, habiendo primero quemado todas las estatuas de los demonios, edificó otro monasterio, y libró á muchos de la tiranía de los mismos demonios que los infestaban.

2 Pasaban ciertos mercaderes una vez cerca de la casa donde habitaba el santo, y entre las otras mercaderías, llevaban por esclavos algunos italianos, hombres y mujeres, para vender en España. Uno de aquellos esclavos, viendo la iglesia, con grande ímpetu se arrojó á ella, suplicando con muchas lágrimas al santo confesor, que le ayudase y le librase de aquel cautiverio. Él, movido de compasion, comenzó á rogar al dueño por el esclavo; mas el amo, no haciendo caso de los ruegos de Maurilio, mandó á sus criados que sacasen por fuerza al esclavo de la iglesia. Volvió el venerable sacerdote los ojos al cielo: puso las rodillas en el suelo: derramó lágrimas al Señor por el cautivo: y súbitamente le dió un mal tan repentino y vehemente al dueño, que luego allí espiró. Quedaron los demás atónitos y despavoridos, temiendo que la tierra no se abriese y los tragase: mas el bienaventurado sacerdote, postrado en el suelo, suplicó á nuestro Señor que le restituyese la vida; y no se levantó hasta que el Señor se la dió, y el esclavo quedó con libertad.

3 Fué san Martin á la ciudad de Auxerre, que á la sazon estaba sin pastor: y como conocia tan bien los méritos de Maurilio, su discípulo, procuró que le hiciesen obispo; y Dios desde el cielo dió significacion de ser aquella su voluntad: porque bajó una paloma estando él en la iglesia, y se puso sobre su cabeza; y él, viendo que aquella era la voluntad del Señor, bajó la cerviz á la carga, y aceptó aquella dignidad, para servir mas al que se la daba. Estando muy ocupado en ejercer su oficio de santo y vigilante pastor, le sucedió una cosa digna de notarse; para que los prelados vean el cuidado que deben tener de las ovejas que Dios les encomendó, y el escrúpulo y angustia con que viven los santos obispos, cuando temen haber faltado en cualquiera cosa por pequeña que sea, tocante á la salud de las almas. Estando un dia el santo pontífice diciendo misa, vino á él una mujer con un hijo suyo que estaba para morir (y ella le habia alcanzado de Dios, siendo estéril, por las oraciones de san Maurilio), para que le diese el sacramento de la confirmacion, y muriese (siendo Dios de ello servido) su hijo con mayor gracia del Señor. Detúvose mucho el santo prelado en el sacrosanto sacrificio, y en aquel espacio el muchacho acabó la vida. Cuando san Maurilio vió muerto al hijo, y las lágrimas y sollozos de la madre, y la causa por que se lo habia traido; no se puede creer fácilmente el dolor, que, como clavo, le traspasó las entrañas, temiendo que por culpa suya aquel muchacho fuese muerto sin el sacramento de la confirmacion (que los santos temen que hay culpa suya donde no la hay), y fué tanto su sentimiento, que no se podia consolar, y determinó darse á mayores ayunos, asperezas y penitencias, para pagar con ellas aquella culpa, que, á su parecer, habia cometido. Para esto secretamente se salió de la ciudad, llevando consigo las llaves del sagrario de su iglesia, donde estaban muchas reliquias de santos, y escribiendo en una piedra, que estaba á la orilla del mar, el dia en que partia, entró en una nave, y habiendo navegado un rato, las llaves que llevaba en las manos, se le cayeron en el mar. Entonces, con nuevo sentimiento y dolor, dijo: Hasta que estas llaves

vuelvan á mis manos, no volveré yo á mi casa, ni á mi Iglesia. Llegó á la tierra: concertóse con un caballero por hortelano, para tener cuidado de su huerta, y con aquella humildad y trabajo afligir su cuerpo, y borrar el pecado que tanto le congojaba.

4 El clero y pueblo, y toda la ciudad de Auxerre, cuando se vió sin su pastor, quedó atónita y confusa, y mucho mas, despues que Dios desde el cielo con varias visiones los iba amonestando que buscasen su prelado; porque de otra suerte alguna gran calamidad vendria sobre ellos. Trataron de esto en su consistorio, y escogieron cuatro ciudadanos de los mas á propósito para esto, y proveyéndoles de todo lo necesario para el camino, les mandaron que no volviesen hasta hallarle. Siete años anduvieron en su busca, sin hallar rastro de él en parte alguna: y volviéndose ya sin esperanza, llegaron á un puerto de mar de la menor Bretaña, y hallaron escritas en aquella piedra que dijimos, estas palabras: «Por aquí pasó Maurilio, obispo de Auxerre.» Alegres con este solo indicio, se embarcaron para pasar á la otra parte del mar en busca de su prelado; mas navegando (¡ó bondad y poder de Dios!) un pez grande saltó del mar dentro de la nave; y abriéndole, hallaron dentro de él las llaves de las reliquias, que se le habian caido al santo de las manos, y reconociéndolas, temieron que el mismo santo hubiese caido en el mar, y allí fuese ahogado. Trataron entre sí si volverian á su ciudad con solas las llaves, ó qué harian: y estando en esta duda, tuvieron una revelacion del cielo, que les mandaba que siguiesen su derrota hasta hallar al mismo santo. Alentados con esta revelacion, saltaron en tierra, y guiados del ángel del Señor, llegaron á casa de aquel caballero, y vieron á Maurilio, que llevaba verdura para servicio de su amo. Conocióronle y espantáronse: echáronse á sus piés: dijéronle quiénes eran y á qué habian venido; y suplicáronle que se volviese con ellos, para bien y consuelo de aquellas ovejas que Dios le habia encargado. Turbóse el santo con aquella novedad: y aunque le hacian gran fuerza los ruegos y lágrimas de aquellos mensajeros, no se dejó vencer; antes les dijo, que él habia hecho juramento y voto de no volver á su Iglesia hasta que Dios le restituyese las llaves de las reliquias de ella, que se le habian caido en el mar. Entonces ellos se las mostraron, y le dieron cuenta del pez que habia saltado en la nave, y como las habian hallado en sus entrañas. Luego se divulgó la fama de este hecho, y llegó á oidos del rey; y todos comenzaron á reverenciar, como á santísimo prelado, al que antes tenian por vil hortelano. Pero Maurilio, aunque importunado de los suyos, y animado de los milagros que habia visto, se inclinó á volver á su Iglesia, no quiso hacerlo, hasta haberlo primero consultado con Dios nuestro Señor, y pedirlo su guia y favor.

5 Púsose una noche en oracion: y estando ya cansado, se adormeció y vió un ángel, que le decia: Levántate, Maurilio, y haz lo que desean esos pueblos; porque por tus oraciones Dios ha guardado tus ovejas, y te restituirá el muchacho que tú tanto has llorado, y por quien has salido de tu Iglesia. Con esta revelacion del cielo el santo obispo la mañana siguiente, acompañado de innumerable pueblo, se embarcó, y acabada su navegacion, se desembarcó, y fué recibido de sus feligreses con increible fiesta y regocijo. Entró en la ciudad, y muy confiado de lo que el Señor le habia prometido, se fué á la sepultura del muchacho muerto, y echado en el suelo, suplicó al Señor le resucitase; y al mismo tiempo el santo obispo se levantó de la oracion y el mozo del sepulcro. Dióle el sacramento de la confirmacion: llamóle Renato, como dos veces nacido: dedicóle á la Iglesia, y enseñóle; y el Señor le adornó de tantas virtudes, que mereció suceder en el obispado á san Maurilio, y resplandeciendo con muchos milagros, ser digno discípulo de tal maestro.

6 No es maravilla que este santo prelado haya sido tan esclarecido, ni que el Señor haya obrado por él tantas y tan grandes maravillas; porque su vida fué santísima y milagrosa. Desde que comenzó á ser obispo, siempre se vistió vilmente; su comida casi no era comida, por ser tan poca: en la cuaresma de tres en tres dias no comia sino un poco de pan seco, con sal y agua tibia; y en toda la cuaresma nunca salia de casa, por estar mas atento en la contemplacion de Dios, y distraerse menos, viendo las cosas humanas. Y tratando su cuerpo con tanto rigor y aspereza, llegó á la edad de noventa años, entero, robusto, y con fuerzas, con el rostro colorado, sin dolor de cabeza, ni de estómago, sin faltarle la vista, ni los dientes, ni tener los otros achaques y miserias de viejos. Conoció que se llegaba el tiempo de su descanso, y mandó hacer una bóveda para su entierro; cayó malo, y á los siete dias de su enfermedad, y á los treinta años despues que le consagraron obispo, dió su espíritu al Señor, á **13** de setiembre, con gran gozo suyo, alegría de los ángeles, y llanto de todo su pueblo, que le lloró como á padre, maestro y pastor, y único refugio de todos sus trabajos. Enterráronle con gran concurso y devocion, y el Señor le ilustró con nuevos milagros; porque dos ciegos de su nacimiento cobraron vida, y un paralítico de treinta años, besando las andas, en que iba su sagrado cuerpo, luego cobró salud.

7 La vida de san Maurilio escribió Fortunato, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo. Hacen mencion de él los Martirologios, romano, de Usuardo y Adon, á los **13** de setiembre; y Pedro Cluniacense, lib. XVII, cap. **20**; Anton., parte **2**, tit. **10**, cap. **13**. Floreció, siendo emperadores Teodosio y Honorio, su hijo, como lo dice el cardenal Baronio en sus anotaciones á **13** de setiembre.

* SAN LIGORIO, MÁRTIR.—Nació en la Grecia, y ya en su juventud abandonó el mundo para sepultarse en un áspero desierto, donde desconocido de los hombres, hizo por largos años vida eremítica. Habiendo sido hallado un dia por unos cazadores gentiles, y creyendo estos que era un ladron, le preguntaron quién era, y contestó que él era un pecador cristiano. Al momento que oye-

ron aquellos paganos el nombre de cristiano, sacaron sus espadas y allí mismo degollaron al glorioso ermitaño. Su cuerpo fué despues trasladado á Venecia, y como se ignorase su nombre y la fecha de su martirio, el mismo santo se apareció á un niño y le manifestó que se llamaba Ligorio, y que habia muerto un dia 13 de setiembre, y habiéndolo sabido los monjes de San Lorenzo en cuya iglesia se conservaban aquellas reliquias, establecieron su fiesta para el dia de hoy.

San Amado, presbítero y abad.—Fué oriundo de Roma, y nació de nobilísimos padres y muy cristianos, que habian hecho voto de consagrar su hijo á Dios. Efectivamente, tenia Amado muy pocos años, cuando fué confiado á un monasterio de religiosos ejemplares, que debian formarle en la ciencia y la piedad. Bien pronto el jóven discípulo aventajó á todos en santidad y buenos ejemplos. Tomó el hábito en el mismo monasterio, en el cual vivió treinta años, retirándose luego á una soledad inhabitada para entregarse mas libremente á los ejercicios de la contemplacion. Fué muy tentado por el espíritu infernal, al que venció siempre á fuerza de invocaciones y penitencias, y lo echó muchas veces del cuerpo de los poseidos. Sus milagros le asociaron una porcion de personas piadosas, que querian vivir en su compañía, de modo que aquella soledad se convirtió en una especie de laura donde vivian en celdas separadas muchísimos monjes. Entonces fué, cuando recibió Amado las órdenes sagradas, aumentándose con este motivo su fervor y compuncion. Faltando agua en aquellos desiertos, la hizo salir el santo de una roca, golpeándola cual otro Moisés: obró otros muchos portentos que seria prolijo referir, y murió como habia vivido, el dia 13 de setiembre del año 625, en su monasterio de Remiremont, en Francia.

San Venerio, confesor.—Floreció en el siglo VII, viviendo penitente y solitario en la isla de Tiro mayor, llamada Palmaria, en el mar Mediterráneo. Fué oriundo de una familia muy distinguida de Italia, y dejó el mundo despues de haber distribuido á los pobres cuanto poseia. Ordenado de sacerdote, fué modelo de eclesiásticos, trabajó sin descanso en los pueblos comarcanos de su mansion, y despues de una vida tan santa, murió tranquilamente en el Señor, en su propia celdita.

San Felipe, mártir.—Fué padre de la gloriosa santa Eugenia, y natural de Alejandría. Era gobernador ó prefecto del Egipto cuando conoció la religion cristiana. Habiendo recibido el bautismo, renunció su destino, y se distinguió tanto en todas las virtudes evangélicas, que poco despues mereció ser consagrado obispo. Su conducta llena de zelo y caridad, excitó el furor del gobernador Terencio que le habia sucedido, y por su órden, un dia que estaba el santo en fervorosa oracion, fué degollado, y alcanzó la diadema del martirio. Su muerte sucedió en Alejandría bajo el reinado del emperador Galieno, en el siglo III.

Los santos Macrobio y Julian, mártires.—Eran griegos de nacion, y muy queridos del emperador Licinio, por su juventud y vasta erudicion. Su gallardía, su hermosura y demás prendas de cuerpo y espíritu les habian captado el aprecio de toda la corte; pero habiéndose descubierto un dia que eran cristianos, fueron llamados á la presencia del mismo Licinio, que no pudo vencerlos ni con halagos ni amenazas. Por consiguiente, á los pocos dias fueron desterrados á la Scitia, donde continuaron sus ejercicios cristianos con mas fervor que antes, hasta que, presos otra vez, y confesando de nuevo la fé de Jesucristo, los echaron en una hoguera, de donde salieron ilesos, y los degollaron.

San Eulogio, obispo y confesor.—Nació en Siria y en su juventud, abrazó la vida monástica en su misma patria. Entregado á su propia santificacion y al estudio de las ciencias sagradas y profanas, era enteramente extraño á cuanto á su alrededor pasaba. Su infatigable aplicacion unida á un espíritu penetrante, á una concepcion viva y á un juicio sólido, le hicieron un caudal de conocimientos tan vasto, que muy pronto se halló en estado de combatir los errores de su tiempo. Entonces creyó el santo que debia salir de su soledad para atender mas fácilmente á las necesidades de la religion, y fué ordenado de presbítero por san Anastasio, patriarca de Antioquía, en cuya ciudad permaneció trabajando con mucha utilidad, hasta que el emperador Tiberio-Constantino le nombró para el arzobispado de Alejandría, en donde fué consagrado, el año 583. En 585 hizo un viaje á Constantinopla donde conoció y trabó estrecha amistad con san Gregorio el Grande, y ambos trabajaron en adelante de consuno en favor de la Iglesia de Dios. San Eulogio escribió varias obras en defensa de la fé católica, contra los novacianos y otros herejes, y despues de un pontificado ilustre en grandes acciones, murió en Alejandría el dia 12 de setiembre del año 607.

San Amado, obispo y confesor.—Fué hijo de padres ricos y piadosos; mamó con la leche el amor á la virtud, y despues hizo rápidos progresos en las ciencias. Sobresalia en él, entre las demás virtudes, la práctica de la humildad y de la mas pura caridad. Cuando hubo de tomar estado, suplicó fervorosamente al cielo se dignase declararle su voluntad, y habiéndose preparado por los ayunos y la oracion, abrazó el estado eclesiástico. Desde entonces se le vió enteramente retirado del mundo, vivir conforme en todo á la estricta disciplina de la Iglesia, y tomar luego el hábito en el célebre monasterio de Agaune. Creciendo siempre en las vias de la perfeccion, fué llamado desde la soledad á la silla episcopal de Sion, en Valais, y fué consagrado el año 669. Esta dignidad hizo brillar sus eminentes calidades con un nuevo resplandor: derramó abundantes limosnas en el seno de los pobres; instruyó á sus ovejas con un ardor infatigable, y cumplió con la mas perfecta exactitud todos los deberes de un pastor segun el corazon de Dios. Pero el cielo quiso probar al santo en el crisol de las tribulaciones: acusado de supuestos crímenes, Tierri III, rey de Francia, le desterró al monasterio de San Fursey, en Peronne, donde fué el modelo y la

admiracion de aquellos religiosos por su paciencia y humildad. Cuando murió el abad, el venerable obispo se vió obligado á encargarse de la direccion de aquellos monjes, y despues de haber encaminado á todos sus súbditos por los senderos de la perfeccion, resignó su nueva dignidad, y se encerró en una pequeña celda al lado de la iglesia, en la cual murió el dia 13 de setiembre del año 690. San Amado fué ilustre en milagros antes y despues de su muerte.

San Éloy, patriarca y confesor.—Floreció á últimos del siglo VI y murió á principios del VII, en el año de 608, combatiendo con vasta erudicion, con zelo ardiente y hasta con milagros la herejía eutiquiana.

Dia 14.

La Exaltacion de la santa Cruz.—Cierta cosa es que las calamidades que padecemos los mortales, son comunmente penas por nuestros pecados, y castigos que nos vienen del cielo: y uno de los mayores de Dios es, cuando permite que tenga el cetro y mando un príncipe vicioso, flojo y desalmado; porque como es la cabeza de toda la república, deriva en los otros miembros su maldad. Tal fué el emperador Focas, que mató á Mauricio, y le sucedió en el imperio: y queriéndole nuestro Señor castigar, y con él á todos sus súbditos, movió á Cosroas, rey de Persia, que le hiciese guerra, y que le venciese, tomase y destruyese muchas y grandes provincias del imperio romano. Acabó la vida Focas con la muerte que le dieron, y sucedióle en el imperio Heraclio: el cual le halló tan desprovecido, desarmado y tan sin fuerzas, que por muchos años no pudo salir al encuentro y hacer resistencia á Cosroas; porque estaba armado, poderoso y vencedor: y, como señor del campo, hacia la guerra con gran ventaja contra Heraclio, dando sobre unas ciudades y otras, y tomándolas por fuerza de armas, y conquistando á toda Siria, llamada ahora Suria. Finalmente, vino sobre la santa ciudad de Jerusalen, y tomó, saqueó y mató en ella (á lo que escriben) ochenta mil personas, y llevó consigo preso y cautivo á Zacarías, patriarca de Jerusalen, santo varon y excelente prelado, y á otro gran número de gente; aunque algunos autores dicen, que fué esto en los postreros años del imperio de Focas. Pero lo que mas se sintió, fué que tomó el madero de la cruz de Jesucristo nuestro Redentor, que santa Elena, madre del emperador Constantino, habia dejado en Jerusalen, y le llevó á Persia, y le puso con grande veneracion encima de su silla y trono real, que era de oro fino, entre muchas perlas y piedras preciosas. Como Heraclio vió los daños de su imperio, y sus pocas fuerzas y las muchas de su enemigo, acordó de pedirle paces ó treguas, y hacerlas, aunque fuese con condiciones afrentosas y fuera de toda razon. Mas Cosroas estaba tan insolente con su gran poder y con las victorias que habia alcanzado, que no quiso admitir plática alguna de concierto, sino con condicion que el emperador Heraclio renegase de la fé de Jesucristo. Entonces el emperador se volvió de corazon á Dios, y tomando gran confianza en él (por parecerle que era causa suya y no de los hombres), determinó juntar ejército y pelear con el enemigo, y hacer lo último de potencia, para que él no triunfase de la religion cristiana, como triunfaba de las muchas ciudades y provincias que habia robado y destruido. Para esto la primera cosa que hizo, fué acudir á Dios, que es el Dios de los ejércitos y de las victorias, y mandar que por todo el imperio se hiciesen muchas oraciones, plegarias, procesiones, ayunos, limosnas y otras buenas obras, con que se aplacase el Señor: y luego juntó su ejército de gente nueva y bisoña (porque no tenia soldados viejos); y para industriarlos y hacerlos á las armas, los ejercitó antes de venir á batalla con los enemigos. Con este ejército salió Heraclio en busca de Cosroas, con ánimo de pelear con él, confiando que Dios le daria victoria, y humillaria al blasfemo ó insolente rey, que estaba tan desvanecido por los buenos sucesos que el mismo Dios le habia dado para castigo de los cristianos; y él, como ciego, los atribuia á sí, y á su valor y poder. Y para ir con mayor seguridad, llevaba el emperador en su mano derecha una imágen devotísima de nuestra Señora, ó (segun otros) de Jesucristo nuestro Redentor; y por ventura fué de Madre ó Hijo: y (á lo que escriben) esta imágen no habia sido pintada por mano de hombres, sino venida del cielo; porque su esperanza no estribaba en la gente y fuerzas que llevaba, sino en la misericordia del Señor, y en la intercesion y patrocinio de su bendita Madre. Con esta confianza salió Heraclio con su ejército, bien disciplinado y enseñado á guardarse de todo pecado, de robos, y desafueros, y de pelear mas por la gloria del Señor, que no por otros intereses temporales. No le pareció á Cosroas aguardar él en persona, y dar la batalla á Heraclio; antes se retiró dentro de su tierra, é hizo talar los panes, y alzar todos los mantenimientos, por do creia que habia de pasar: y por otra parte envió un copiosísimo ejército de gente muy diestra y veterana, y un capitan llamado Saravago, ó Salvaro, con el cual peleó Heraclio, y alcanzó la victoria; aunque la batalla fué muy porfiada y reñida. No desmayó por este suceso el rey de Persia; antes juntando otro mayor ejército, se opuso á Heraclio, con un capitan muy esforzado y de gran fama, llamado Saín, ó Satin. Trabóse entre los dos ejércitos una cruel y brava batalla, que habiendo comenzado al salir del sol, duró hasta grande espacio despues de medio dia, sin declararse la victoria por ninguna de las partes, peleando con igualdad. Y como ya en este tiempo los persas hiciesen grande esfuerzo, y las tropas del emperador comenzasen á mostrar flaqueza; Heraclio, volviéndose á Dios, le pidió socorro por intercesion de la Vírgen sacratísima; y él se le dió de manera, que luego súbitamente se levantó un viento muy recio, con grande lluvia y granizo, que á los imperiales daba en las espaldas, y á los persas en los ojos, con lo cual en muy breve fueron rotos y

vencidos: y, volviendo las espaldas, comenzaron á huir. Mas, como Cosroas fuese tan poderoso, no bastaron estas dos victorias que habia tenido el emperador para quebrantarle de manera, que se diese por vencido; antes echando el resto, juntó otro ejército mucho mayor, y nombró por su capitan á un varon muy sabio y diestro en la guerra, llamado Razatenes: el cual vino á batalla con Heraclio, y por virtud de la santa cruz, fué asimismo vencido y muerto con gran parte de su ejército, peleando Heraclio por su mano valerosamente, y matando en esta batalla tres hombres señalados, como soldado esforzado, y gobernando y animando á su ejército, como muy sabio y experimentado capitan. Con esta tercera batalla quedó enflaquecido el poder de Cosroas, y él tan desanimado, que no osando esperar al emperador, se entró huyendo en Persia, y pasó el rio Tigris: y para su socorro y ayuda, nombró por rey igual suyo á su segundo hijo, llamado Medarses, no haciendo caso de Siroes, su hijo mayor, y de mas ánimo y discrecion. De lo cual Siroes hizo tan grande sentimiento, que determinó quitar el reino y la vida al padre y al hermano, por la injusticia que se le habia hecho. Así lo hizo; y asentó paces con el emperador Heraclio: le restituyó todas las tierras que su padre habia tomado del imperio, y le entregó todo el tesoro de la casa real, que poseia su padre, y cumplió otras muchas condiciones muy honrosas y provechosas para el emperador. Pero la mas principal fué el entregarle la santa cruz que tenia en su poder, y al patriarca de Jerusalen, y á los demás cautivos cristianos, que eran muchos. De esta manera se acabó esta guerra en algunos años, mostrando Dios la confianza que debemos tener en él: y que ni debemos desmayar, sino humillarnos cuando nos castiga, ni desvanecernos con los prósperos sucesos, sino reconocerlos de su mano. El emperador Heraclio para hacer gracias á nuestro Señor de las victorias tan grandes y glorias que le habia dado, fué á Jerusalen, llevando consigo la cruz de nuestra redencion, que catorce años habia estado en poder de Cosroas. Entró en la ciudad con ella, llevándola sobre sus hombros con la mayor pompa y solemnidad que se puede imaginar. Pero sucedió una cosa maravillosa en este triunfo del emperador, que llegando á la puerta de la ciudad con la cruz, paró: y queriendo ir adelante, no pudo moverse, sin poder entender la causa de aquella detencion. Iba al lado del emperador el patriarca Zacarías, ó Modesto (como dice Suidas), y avisóle, que por ventura era la causa de aquel milagro tan extraño el llevar la cruz por aquel camino, por donde Cristo nuestro Salvador la habia llevado, con muy diferente traje y manera que el Señor la llevó: Porque tú, señor (dijo el patriarca), vas vestido y ataviado de riquísimas é imperiales ropas; y Cristo llevaba una vestidura humilde: tú llevas corona imperial en la cabeza; y él corona de espinas; él iba con los piés descalzos; y tú vas con los piés calzados. Pareció á Heraclio que Zacarías tenia razon, y por lo tanto vistióse un vestido vil: quitóse la corona de la cabeza, y con los piés descalzos pudo proseguir con la procesion, hasta poner la sacrosanta cruz en el mismo lugar de donde Cosroas la habia quitado. Y queriendo nuestro Señor regalar á su pueblo, y mostrar la virtud de la santa cruz, además de otras cosas maravillosas que acaecieron aquel dia, un muerto resucitó, cuatro paralíticos cobraron salud, quince ciegos vista, diez leprosos quedaron limpios, y otros muchos que eran atormentados del demonio, quedaron libres, y gran número de enfermos con entera salud. Esta es la causa de la fiesta que hoy celebra la Iglesia con nombre de la Exaltacion de la Cruz. Verdad es, que no fué esta la causa para instituir esta fiesta; porque muchos años antes que Heraclio imperase, los griegos hacian fiesta este mismo dia, con nombre de la Exaltacion de la santa Cruz, y lo mismo hacian los latinos, como se ve en el sacramentario de san Gregorio, celebrando la gloria de la cruz que se extendió y resplandeció por todo el mundo en tiempo del emperador Constantino: pero las victorias que alcanzó Heraclio, y el haber recobrado el madero de la santa cruz de mano de los enemigos, y restituídole á los cristianos, colocándole en Jerusalen con gran gloria del Señor y bien de su Iglesia, fué causa para que se celebrase esta fiesta con mayor solemnidad y regocijo que antes, como lo notó el cardenal Baronio. Sucedió esta restitucion de la santa cruz á los 14 de setiembre, á los diez y nueve años del imperio de Heraclio, que fué el de 629 del Señor; aunque Sigiberto la pone en el de 631. Escriben de ella la Historia miscelánea, lib. XVIII, y los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo y de Adon.

SANTA CATALINA DE GÉNOVA, VIUDA.—Catalina nació de una de las mas nobles y principales familias de la república de Génova, llamada de Fieschi, y vino al mundo á 5 de abril de 1447. Su padre se llamó Jaime, y su madre Francisca de Nigro, que en nobleza y riqueza era igual á su marido. Estos nobles padres criaron, segun convenia á su condicion, á esta su hija, la cual desde muy niña fué prevenida de copiosas bendiciones del cielo, y llegando á la edad de ocho años recibió un don particular de oracion y de union con Dios; por cuya causa aborreciendo los juegos y entretenimientos propios de aquella edad, amaba el retiro, el silencio y la mortificacion. Tenia en su aposento colgada en la pared una devota imágen, generalmente llamada de la Piedad, que representaba á Jesucristo muerto, y puesto en los brazos de su santísima Madre. Fijando Catalina con mucha frecuencia su vista en esta devotísima imágen, sentia encenderse en su pecho una llama de ardiente amor de Dios, y un deseo vivísimo de imitar á su Salvador, que tanto ha hecho por la redencion del género humano. De aquí resultó, que siendo de solos trece años hizo instancia para ser admitida por monja en el monasterio de Santa María de Gracia de Génova, donde tenia una hermana mayor monja ya profesa. Pero no habiendo querido admitirla las monjas por su poca edad, delicada y débil complexion, hubo de condescender á la voluntad de sus padres, los cuales, así

que llegó á la edad de diez y seis años, la colocaron en matrimonio con un jóven caballero de la misma ciudad de Génova, llamado Julian Adorno, con cuyo matrimonio se creyó se aseguraria siempre mas la paz entre estas dos familias Fieschi y Adorno, que siendo muy poderosas, y habiendo sido entre sí discordes, habian ocasionado turbaciones en aquella república.

2 Pero tal vez de ningun matrimonio se podian temer mas fatales resultas que de este, atendida la diversidad de humor, y contrariedad de costumbres de los dos desposados; porque Catalina era á la verdad dotada de una singular belleza, y de un natural dulce, pacífico y modesto, é inclinado á la virtud y á la devocion, en la cual hasta entonces se habia ejercitado: al contrario, Julian era de un natural colérico, voluble y extravagante; amaba los placeres y las conversaciones, y estaba todo entregado al lujo, al juego y á las pompas y vanidad del siglo: con esto concibió aversion á su buena consorte, despreciándola y ultrajándola de muchos modos, y causándola continuos disgustos. Además de esto, empezó á disipar en necios gastos y en el desahogo de sus viciosas pasiones el rico patrimonio de la casa, hasta que con el progreso del tiempo quedó reducido á estado de pobreza y miseria: sufria todo esto Catalina con paciencia, y procuraba condescender al genio y á la voluntad del marido en todo lo que no se oponia á la ley de Dios; de suerte, que, contenta con oir una sola misa en una iglesia cercana, estaba siempre retirada en casa, aplicada á las labores domésticas, y al buen gobierno de la familia. Mas como todo esto no fuese parte para que Julian variase de conducta, ni dejase de tratar á Catalina con aspereza y despecho, fué acometida de tan grande tristeza, que se puso flaca y macilenta, y pasó los primeros cinco años en grande afliccion, llena de desconsuelo y angustias. Por eso sus parientes, movidos á compasion de su estado, la aconsejaron que no llevase una vida tan retirada como habia llevado hasta entonces; sino que se divirtiese como lo hacian las demás damas, á fin de procurar de este modo algun alivio á su espíritu oprimido de tanta melancolía. Catalina se dejó persuadir de estas insinuaciones mundanas, y, mudando el tenor de su vida devota y retirada, empezó á vivir á la moda, hacer y recibir visitas, y á frecuentar las recreaciones y conversaciones del siglo; y en esta vida perseveró por el espacio de cinco años, sin hallar en todas estas recreaciones ningun alivio á las tristezas y angustias que la oprimian, antes al contrario se la aumentaron mucho mas; porque á la afliccion que la causaba el mal vivir de su marido, se la añadieron continuas interiores amarguras, y fuertes estímulos, é incesantes remordimientos de conciencia, originados de la vida mundana y relajada que llevaba.

3 Hallándose Catalina sumergida en estas angustias y sobresaltos de corazon, que no la permitian un momento de sosiego, su hermana monja, de que arriba se ha hecho mencion, la aconsejó fuese á ver á un piadoso sacerdote, que era confesor de aquel monasterio, y que hiciese con él una buena confesion. Abrazó la sierva de Dios el consejo de su buena hermana, y en el dia del glorioso san Benito del año de 1473 fué humildemente á hablar á aquel sacerdote, resuelta á limpiar su alma de los defectos y faltas con una sincera y general confesion, y de seguir en todo y por todo los consejos é insinuaciones del confesor. Apenas se puso de rodillas para empezar su confesion, cuando el Señor se dignó alumbrar su mente con un rayo tan claro y penetrante de su divina luz, y de encender en su corazon una llama tan ardiente de su divino amor, que vió en un momento, y conoció con mucha claridad, de una parte cuán grande sea la bondad de Dios, que merece un infinito amor; y por otra parte, cuán grande sea la malicia y deformidad que tiene el pecado, y la ofensa de Dios cualquiera que sea, aunque ligera y venial: á la vista de estas dos cosas sintió excitarse en su corazon una contricion tan viva de sus pecados, y un amor tan grande á Dios, que perdió la palabra y quedó como fuera de sí, y poco menos que amortecida, por lo que fué preciso diferir su confesion para otro dia. Desde este instante se hizo en el alma de Catalina una total mudanza de afectos y sentimientos; de modo que abandonando todos los pensamientos del mundo, y renunciando cualquiera solicitud y congoja de cosas temporales, no cuidó de otra cosa que de servir y amar á su Dios, y de conformarse en todas las cosas con su divina voluntad, llevando no solo con paciencia, sino tambien con alegría, la pesada cruz de su estado. Fué tan grande el horror que concibió de sus pecados, que exclamaba frecuentemente: ¡Amor mio (así solia llamar al Señor su Dios), amor mio! nunca jamás pecados. Así, habiéndole dado el Señor una luz mas viva de la fealdad del pecado, protestaba que mas presto desearia ver los demonios del infierno, y padecer cualquiera otra pena, que una semejante vista. Su conformidad á la voluntad de Dios llegó á ser tan perfecta, que parecia insensible á todos los accidentes, ya prósperos, ya adversos que la acaecian; por lo que tenia frecuentemente en la boca aquellas palabras: «Yo quiero lo que Dios quiere, y cómo, y cuándo Dios lo quiere.» Y finalmente el sufrir trabajos no solo no la causaba tristeza ó disgusto, sino que mas presto la causaba gozo y contento.

4 La divina bondad, que habia encendido en el corazon de su sierva esta ardiente llama de su amor, la fué de tal modo acrecentando, que con el progreso del tiempo llegó á ser un vasto incendio, causando en la santa los maravillosos efectos de éxtasis, raptos, é interiores comunicaciones del divino espíritu, con las cuales llevó una vida mas angélica que humana. Seria menester un corazon tan inflamado en el amor de Dios como el suyo para poder declarar las gracias singulares que recibió del Señor en lo restante de su vida. Quien quiera tener una noticia distinta de estos favores y gracias sobrenaturales, puede leer el diálogo que ella compuso entre la alma y el cuerpo, y la vida escrita por el sacerdote que en sus últimos años fué su confesor y director. Nosotros nos ceñirémos á referir las acciones exteriores, en que se empleó

despues que se dedicó enteramente al divino servicio. Y primeramente en los cuatro primeros años se dedicó á toda suerte de penitencias y mortificaciones, á fin de domar su cuerpo y sus sentidos para que estuviesen totalmente sujetos y obedientes á las impresiones del divino amor, que por sí solo, y sin alguna ayuda humana, la guiaba á una sublime perfeccion. Por inspiracion, pues, extraordinaria del divino espíritu, por espacio de veinte y tres años pasó dos cuaresmas del año, esto es la que precede á la solemnidad de la Pascua, y la otra que precede á la fiesta de Navidad, empezando el dia inmediato á la fiesta de San Martin, sin tomar alimento alguno de ninguna especie, fuera de un vaso de agua en que echaba un poco de sal y vinagre. Habiéndola aparecido en una vision Jesucristo, todo bañado en sangre, con la cruz á cuestas, diciéndola que los pecados de los hombres, y el amor con que los amaba, le habian reducido á aquel estado, la quedó tan profundamente grabada en el corazon la pasion del Señor su Salvador, que casi no podia, ni sabia pensar en otra cosa; y se derretia en lágrimas y dolorosos gemidos, considerando de una parte la infinita caridad de un Dios, que tanto ha padecido por sus miserables criaturas, y de otra parte la monstruosa ingratitud de los hombres, que despues de un beneficio tan inestimable, no dejan de ofenderle, y de renovar cuanto es de su parte la pasion de su amable Redentor. El único alivio que hallaba en estas penas interiores, y en los ardores de su abrasado amor, era el acercarse con mucha frecuencia, y casi todos los dias, á la mesa eucarística, de que estaba sumamente hambrienta, hallando en ella todas sus delicias.

3 El fuego del divino amor que ardia en el pecho de Catalina, se extendió tambien á beneficio de sus prójimos. Porque pasados cuatro años de vida, casi del todo solitaria y retirada, se empleó en asistir y servir con grande amor á los enfermos, así en las casas particulares, como en los hospitales públicos de Génova, especialmente en el de San Lázaro, donde estaban los que eran infectos de lepra y de otros males incurables. Al principio que empezó esta obra de caridad, la causó mucho asco, y experimentó una aversion poco menos que insuperable, en curar las llagas podridas y asquerosas de aquellos miserables; pero se hizo tal fuerza, que quedó perfectamente victoriosa de todas las repugnancias de la naturaleza; por lo que en adelante no sintió jamás dificultad alguna en curar las llagas de aquellos pobres, limpiar sus asquerosos paños, y ejercitarse en los servicios mas despreciados y fastidiosos, con grande edificacion de toda la ciudad de Génova, que estaba pasmada de ver una dama de tan alto grado, humillarse por amor de Jesucristo á servir de dia y de noche, segun lo pedia la necesidad, á las personas mas asquerosas y abandonadas. Procurábales todos los posibles subsidios, así espirituales, como temporales, con tan grande ternura, como si hubiese sido su propia madre. Estos ejemplos de heróica caridad que se admiraban en Catalina, movieron á los administradores del grande hospital de Génova, llamado de Panmatone, á rogarla quisiese tomar el cuidado y la superintendencia del sobredicho hospital, constituyéndola administradora de él, con amplia potestad de arreglar segun su prudencia todas las cosas que mirasen al servicio y asistencia de los enfermos, y á la conducta de los ministros y subalternos del mismo hospital. Aceptó santa Catalina con mucho gusto este empleo de caridad, en el cual se ocupó todo el resto de su vida, con grande satisfaccion de los administradores del hospital, con muchas ventajas de aquel lugar pio, y no menor beneficio de los muchos enfermos, que allí acudian para ser curados de sus enfermedades. Juntaba la santa admirablemente los oficios de María con los de Marta; porque al mismo tiempo que atendia á los ejercicios de oracion, contemplacion y de union con Dios nuestro Señor, en los cuales, como se ha dicho, era del Señor favorecida con un modo particular, no dejaba de proveer y de velar con grande solicitud sobre todas las necesidades del hospital, y de asistir con toda la diligencia posible á los enfermos, así en lo tocante á las cosas espirituales, como á las temporales. Teniendo esta santa señora una caridad tan ardiente y solícita para con las personas extrañas, cada uno puede considerar, cuanto mayor seria la que tendria para con Julian, su marido, á quien se hallaba unida con los lazos del santo matrimonio. Por eso nunca cesó de rogar al Señor con mucha eficacia, á fin de que se dignase convertirle de sus desvíos al camino de la salvacion, portándose siempre con él con mucha mansedumbre y humildad; y consiguió en efecto de la piedad del Señor la gracia deseada; porque su marido muchos años antes de morir volvió en sí, dejó la vida viciosa que llevaba, y venerando la santidad de su consorte, vivió en adelante con ella como un hermano con su hermana, y se entregó á los ejercicios de la cristiana piedad; y tomando el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, abrazó con mucho fervor las penitencias y mortificaciones propias de este santo instituto. Y por último, siendo acometido al fin de sus dias de una enfermedad bastante fastidiosa y dolorosa, santa Catalina le asistió y sirvió con indecible caridad, y le alcanzó aun de Dios nuestro Señor la paciencia necesaria para sufrir con mérito el mal, que le privó de la vida en el año **1497**. Sobrevivió la santa trece años á la muerte de su marido, y continuó en santificarse siempre mas con el ejercicio de la penitencia, de la caridad con los pobres enfermos del hospital de Panmatone, y con continuos ardentísimos actos de divino amor, el cual la iba poco á poco consumiendo; y en los últimos años de su vida la ocasionó varios efectos extraordinarios, no solo en el espíritu, sino tambien en el cuerpo, dejándole sumamente debilitado y oprimido de varios y graves males, á los cuales ninguna medicina humana podia dar remedio ni alivio. De este modo purificó el Señor, como el oro en el crisol, á esta alma escogida, y la llenó de celestiales favores; hasta que en el año **1510**, en la noche que medió entre los dias **14** y **15** de setiembre, la llamó á la posesion de los eternos gozos en el cielo. En el

mismo momento en que la alma se separó de los lazos del cuerpo, se apareció á una hija suya espiritual, que la vió subir al cielo rodeada de resplandores, y llena de una gloria inefable: y el Señor se ha dignido despues hacer conocer al mundo la santidad de su sierva por medio de muchos milagros, obrados por su intercesion; y fueron tales, que movidos de ellos los genoveses, luego empezaron á venerarla como á santa, dándola público culto. Pero creciendo cada dia mas la devocion del pueblo hácia esta su paisana, y obrando el Señor nuevos milagros por su intercesion, la santidad de Clemente XII la canonizó solemnemente, habiendo aprobado antes á este fin los tres milagros siguientes.

6 El primero acaeció con María Magdalena Rizzi: padecia esta mujer nueve años habia muchas enfermedades, porque el humor que se le habia viciado, extendiéndose á las partes inferiores del cuerpo, y al lado siniestro, la cansaba continuos y fuertes dolores, que á veces se la iban fieramente aumentando: de otra parte la habia entumecido este humor de tal modo los muslos, que no podia en modo alguno moverse: todos la tenian por incurable mucho tiempo habia. Padeciendo una noche los dolores aun mucho mas fuertes de lo acostumbrado, invocó con mucha fé el socorro de santa Catalina de Génova; con esto durmió un poco, y al despertarse se halló del todo sana: saltó de la cama, y dando muchas gracias á santa Catalina, empezó á hacer todas las haciendas y fatigas que hacen las que gozan de perfecta y robusta salud.

7 El segundo lo obró el Señor con una señora de las familias mas principales de Génova, llamada María Francisca Javiera: quince años habia que padecia de escorbuto, el cual entre otros malos efectos la hacia difícil la respiracion, la causaba convulsiones, con atraccion de nervios en los piés: no podia sufrir la luz ni el menor ruido, ni podia andar ni estar en cama sino apoyada en muchas almohadas: fué á visitar el sepulcro de santa Catalina, pidiéndola con mucha confianza la restituyese la salud; y volviéndose á casa en una silla de mano, así que llegó á ella, se halló perfectamente sana, subió por sí misma las escaleras, y empezó á caminar, desvanecidos enteramente todos sus precedentes males.

8 El tercero sucedió con una mujer llamada Blanca, la cual veinte y cinco años habia que estaba en el hospital de los incurables, paralítica de los muslos y piernas, y de la mano derecha; pero habiéndola llevado al sepulcro de santa Catalina, al momento extendió la mano baldada, y empezó á moverse y á andar con agilidad, habiendo recobrado perfecta la salud.

9 La vida de esta santa nos enseña, y hace ver entre otras cosas, cuanto se engañan las personas piadosas, y que han empezado á gustar de la vida espiritual, persuadiéndose que en las diversiones y entretenimientos del mundo hallarán alivio en las aflicciones y tristeza, que á veces padecen. Santa Catalina cayó tambien en este engaño, y á persuasion de sus parientes buscó en las diversiones y contentos del siglo algun alivio en las penas que padecia; pero sus diligencias salieron vanas: pues en vez de encontrar en estas cosas el alivio que buscaba, no halló en ellas sino nuevas amarguras y angustias, que agravaron mucho mas sus males, llenándola el espíritu de mayor tristeza. Y la razon es clara; porque, como dice la santa en su diálogo, siendo nuestra alma de una infinita capacidad, pues es criada á imágen de Dios, y es capaz de poseer al mismo Dios, que es un bien infinito, no puede saciarse ni quietarse en las cosas terrenas, por ser todas finitas, y cuanto mas busca en estas cosas su contento y quietud, menos le halla; porque cada dia se va apartando mas de Dios, que es su verdadero contento y quietud: el verdadero remedio de nuestras tristezas es acudir á Dios, y purificar el alma de todos los afectos terrenos, buscando en Dios nuestra consolacion; pues él, como dice el Apóstol, es el padre de misericordia y el Dios de toda consolacion.

* San Juan Crisóstomo, obispo y patriarca de Constantinopla.—En este dia celebra la Iglesia la memoria de la dichosa muerte de este santo y esclarecido obispo, que despues de haber sido desterrado por conjuracion de sus enemigos, y habiendo sido llamado del destierro por decreto formal del sumo pontífice Inocencio I, cuando lo llevaban á Constantinopla, murió en las manos de los soldados que le custodiaban. La fiesta principal de este santo se celebra el dia 27 de enero donde hemos colocado su vida, y en cuyo dia fué trasladado su sagrado cuerpo á Constantinopla por Teodosio el Jóven.

San Crescencio, mártir.—Era un niño de pocos años, hijo de san Eutimio, tambien mártir. En tiempo del emperador Diocleciano para escapar á su cruel persecucion, los padres de este niño huyeron con él y se refugiaron en Perugia. Vivieron algun tiempo en esta ciudad ocultos de los perseguidores; pero al fin Eutimio fué descubierto y llevado á la cárcel, y confesando á Jesucristo, perdió la vida en manos del verdugo. El niño Crescencio, que no queria separarse de su padre en los eternos gozos, dió sepultura al cuerpo del autor de sus dias, y despues se presentó al juez Turpilio. En su presencia hizo el santo jóven su generosa confesion de fé, acabada la cual, fué llevado al tormento, y últimamente lo degollaron en Roma, en la via Salaria, por órden del mismo juez.

San Materno, obispo y confesor.—Segun Failer, sucedió á san Valerio en el gobierno de la Iglesia de Tréveris, por los últimos años del siglo III. Despues fué trasladado por la santa sede al arzobispado de Colonia, donde permaneció hasta su muerte. Su vida fué siempre santa y pura, y trabajó con mucho zelo en la conversion de los infieles de los países que gobernó. Asistió á dos concilios celebrados contra los donatistas, uno en Roma, y otro en Arles. Sus reliquias fueron trasladadas á Tréveris y enterradas en la iglesia de San Matías junto á sus predecesores san Euquerio y san Valerio. El autor citado dice que es falso que san Materno hubiese sido discípulo del apóstol

san Pedro, á pesar de lo que dicen el Martirologio romano y otros escritores.

Los santos Crescenciano, Víctor, Rósula, y General, mártires.—Fueron martirizados en el mismo sitio y dia que san Cipriano, obispo de Cartago, cuya vida puede verse en el dia 16 de este mismo mes.

San Cormac, obispo y rey.—Fué obispo de Cashel y rey de Monster, en Irlanda. Fué descendiente del rey Engo, y probablemente primer obispo de Cashel. Murió peleando contra Flan, rey de Meath, en el año 908.

Dia 15.

San Nicomedes, presbítero y mártir.—Cuando la gloriosa vírgen santa Petronila, por guardar su virginidad y abrazarse con su dulce esposo Jesucristo, dió de mano al casamiento que el conde Flacco le ofrecia (como lo dijimos en su vida), y suplicó al Señor que la llevase entera y pura de esta vida: un santo sacerdote, llamado Nicomedes, vino á su casa, y le dijo misa, y la comulgó; y ella recibiendo á Dios, le dió su espíritu. Tenia la santa vírgen en su compañia otra doncella que se llamaba Felicula, muy parecida á ella en santidad, hermosura y loables costumbres: y el conde Flacco, viendo que no le habia sucedido el primer casamiento con la santa Petronila, puso los ojos en Felicula, y rogóla que le tomase por marido: y como no la pudiese ablandar, ni inclinar á su voluntad, determinó alcanzar por fuerza lo que no podia por blandura; y así la dijo, que escogiese una de dos, ó ser su mujer, ó sacrificar á sus dioses. Felicula le respondió con grande libertad: Ni seré tu mujer; porque yo estoy desposada con Jesucristo: ni sacrificaré á tus dioses; porque soy cristiana. Enojóse sobremanera Flacco: entrególa á su vicario, para que, conocida la causa, prosiguiese con todo rigor con ella: y finalmente, despues de haberla tenido encerrada en un aposento oscuro por siete dias, sin darle cosa de comer, y teniéndola otros dias entre las vírgenes vestales (sin querer ella comer cosa de las que ellas comian, por ser manjares ofrecidos á la diosa Vesta), la atormentaron en el ecúleo, y echaron en un albañal inmundo, y allí dió su alma á Dios. Tuvo noticia de esto san Nicomedes, presbítero (el que ministró el santísimo Sacramento á santa Petronila á la hora de su muerte), y salió de una cueva donde estaba escondido, y de noche tomó el cuerpo de santa Felicula, y le sepultó una milla de Roma, en la via Ardeatina. Supo Flacco esta obra de caridad que habia hecho Nicomedes: mandóle prender, y procuró, con todo el artificio que pudo, persuadirle que sacrificase á los dioses: y como el santo se riese de todas sus promesas y amenazas, le mandó azotar tan cruelmente, que en aquel tormento dió su espíritu al Señor. Mandó el juez echar su cuerpo en el rio Tiber; mas un clérigo, llamado Justo (que lo era no menos en la vida que en el nombre), le buscó, y le halló, y le sepultó en un huerto suyo, cerca de los muros de la ciudad, en la via Nomentana. Allí vinieron muchos cristianos, y por los merecimientos del santo alcanzaron de Dios grandes mercedes. Fué su muerte á los 15 dias de setiembre, en que la Iglesia celebra su fiesta. Hízosele templo en Roma, y cementerio de su nombre. Escribieron de san Nicomedes los Martirologios, romano, de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en sus anotaciones.

San Aicardo, abad y confesor.—El padre de san Aicardo se llamó Auscacio, y su madre Ermena, personas principales, nobles y ricas de la ciudad de Poitiers, en la provincia de Aquitania. Nacióles este bienaventurado niño, y desde su tierna edad dió muestras en su mesura, modestia y buena inclinacion, de lo que el Señor queria obrar en él. Mas como su padre fuese soldado, deseó encaminar á su hijo por las armas y soldadesca: y la madre que en su parto dificultoso y peligroso le habia prometido, y despues ofrecido á Dios, queria para cumplir con su voto que se aplicase al servicio de la Iglesia. Preguntado el niño en esta contienda de sus padres, á qué se inclinaba mas; respondió, inspirado del Señor: A mí ninguna cosa me apartará de la milicia de Cristo, sino la muerte. Habia en aquella sazon un hombre de raras partes, y excelente maestro de costumbres y de letras, á quien los caballeros y señores de aquella tierra enviaban sus hijos para que los criase y enseñase. A este instructor y maestro quiso ir Aicardo, y fué enviado con gusto de sus padres: y estando debajo de su magisterio y disciplina, se aventajó sobre todos los otros compañeros, en virtud, en ingenio y en las letras que de él aprendió. Pero como nuestro Señor le llamaba para mayores cosas, siendo de doce años se fué á un monasterio, llamado Ansion, en el cual gran número de monjes servian al Señor con extremada perfeccion y aspereza de vida. En este monasterio entró el santo niño, y bajó la tierna cerviz al suave yugo de Cristo. Al principio sintiéronlo mucho sus padres, temiendo que no tendria su hijo en tan poca edad bastantes fuerzas para llevar la carga pesada de tan áspera religion; pero cuando vieron y oyeron lo que Dios obraba por él, alabáronle por ello, entendiendo que él era el autor de las maravillas que obraba por su hijo; porque los ciegos, los cojos y fatigados de varias enfermedades y calamidades, avisados de los ángeles, iban á él para recibir remedio de sus trabajos: en las calles y en las plazas no se oia sino el nombre de Aicardo, alabando todos al Señor, por haberle enviado al mundo: y aunque él rogaba á los hombres que callasen, no podia hacer callar á los demonios, que por su mandato salian de los cuerpos. Siendo ya de veinte años, fué enviado un dia por la obediencia fuera del monasterio, y yendo él solo, cantando sus salmos (como solia), oyó de repente una voz del cielo que le decia: Irán los santos de virtud en virtud, y se regocijarán en la gloria. Oyó esta voz con sumo gozo, y no con menor estímulo de crecer cada dia en la virtud, y darse priesa hasta llegar á la cumbre de la perfeccion: y así se dió mas á los ayunos y vigilias, para domar la carne y olvidarse de los cuidados de esta vida miserable, y estar siem-

pre fijo y atento con la mente en las del cielo, y abrazar las obras de caridad, atendiendo no solo á sí mismo, sino tambien al provecho de los otros. Para esto rogó á su padre que pusiese en salvo sus muchas riquezas, dándolas á Dios, porque en sus manos estarian seguras, y en las suyas propias no lo podian estar; pues tan fácilmente se pierden, y con tanta dificultad se cobran. El padre oyó á su hijo con mucho gusto, y le dió gran cantidad de oro y plata, y muchas y muy ricas posesiones, para edificar una iglesia, y sustentar los ministros de ella: y el santo hijo, con increible alegría, y licencia de Ausoaldo, obispo de Poitiers, edificó una iglesia, que el mismo obispo dedicó á la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, y fundó un monasterio, que por la fama y buena industria del santo, dentro de poco tiempo se llenó de religiosos y varones perfectos, siendo el capitan, padre y maestro de todos, Aicardo con su ejemplo. De este monasterio le sacó nuestro Señor, para gobernar el monasterio gemitiense, en Normandía, que era muy principal y de muchos monjes, en lugar de Filiberto, su abad: á quien por bien del mismo monasterio, y para que Ebronio, tirano (que estaba mal con él), no le destruyese, le fué forzoso retirarse, dejando el cuidado de él á Aicardo; y él aceptó aquel cuidado, por mandárselo san Audoeno, arzobispo de Ruan, su prelado, y mucho mas por una revelacion que tuvo, de ser esta la voluntad de Dios. En este monasterio fué maravilloso el fruto que el santo y nuevo abad hizo: porque como era tan conocida su santidad, y la opinion de ella, y de su rara prudencia tan extendida por todas partes, muchos acudieron á aquel monasterio, como á una escuela de perfeccion, para ser enseñados de tan excelente y divino maestro; y fueron tantos los que concurrieron, que los monjes de él llegaron á ser nuevecientos. Gran saña tuvo el demonio contra este convento, y una vez quiso matar á muchos de ellos, que estaban sacando una gran piedra de un campo para sembrarle, haciendo caer sobre ellos un árbol antiguo y grande; mas el santo, estando en su celda orando, tuvo revelacion de lo que pretendia el enemigo; y viéndole que estaba el mismo demonio con la hacha en las manos cortando el árbol, hizo señal con la voz y con la mano á sus monjes, que lo dejasen todo y al punto se retirasen; y con esta providencia de su santo padre, los hijos no perecieron, y el demonio quedó burlado. Pero lo que otra vez aconteció, fué cosa memorable y digna de escribir, para que entendamos los secretos juicios de Dios, y los modos que toma para probar á sus siervos, y para coronarlos, dejando á unos mas largo tiempo en este destierro, para que trabajen mas; y llevando á otros al cielo mas presto, para coronarlos de gloria, segun el consejo y beneplácito de su divina providencia. Estaba el santo un dia en su celda ya viejo, y en decrépita edad, y considerando la multitud de sus monjes que tenia á su cargo, y sus pocas fuerzas para gobernarlos, y que ya su fin no podia tardar, temió que despues de sus dias algunos de sus monjes volverian atrás; y suplicó á nuestro Señor, que los librase de aquel peligro, y que antes los sacase de esta vida en su santa gracia, que permitir que ellos la perdiesen, dejándose engañar de las blanduras de la carne, y astucia de Satanás; y que si para esto convenia que él viviese algun tiempo mas, y trabajase, llevando aquella carga tan pesada, que se la aliviase é hiciese ligera, dándole fuerzas para poderla llevar. Vino la noche y la hora del sueño: recogiéronse todos los monjes en su dormitorio; y el santo padre les dió su bendicion, y se echó sobre su cilicio en el suelo. Estando así, vió á un lado un ángel resplandeciente con una vara en la mano, y al otro lado un demonio, como un monstruo disforme y horrible, que echaba por los ojos centellas y llamas de fuego, y oyó una larga disputa que tuvieron los dos ángeles, malo y bueno. El malo jactaba su poder, y el daño que habia hecho al mundo, y el oficio que tenia de tentar, y enlazar á todos, y mas á los monjes: y el santo ángel le reprendia, por haber entrado en aquel lugar, donde habia tantos siervos de Dios, y varones perfectos, y le declaraba cuán débiles y flacas eran sus fuerzas, despues que Jesucristo nuestro Redentor se las habia quitado, y desarmádole por virtud de la santa cruz. Mandóle que no hiciese daño en aquel lugar, que era morada de Dios, ni se partiese de él (como el demonio lo queria hacer, viendo que no les podia dañar), sino que se estuviese allí, para que cuando muriesen los monjes, que habian de morir por voluntad de Dios, purificasen sus almas con el horror y asombro de su espantosa vista; y con ella (como con fuego) les consumiese el orin y escoria de sus imperfecciones. Finalmente habiendo oido san Aicardo la larga disputa del ángel y el demonio, le dijo el ángel que no se espantase; porque Dios habia oido su oracion, y queria llevar á gozar de sí á muchos de aquellos monjes; á los cuales luego por la mañana debia avisar limpiasen perfectamente sus conciencias con la confesion, é hiciesen estrecha penitencia, y recibiesen por viático el sagrado cuerpo del Señor, y estuviesen alerta y á punto, para ir á las bodas del Cordero celestial. Y más le dijo, que la mitad de los monjes moririan, y que serian aquellos que él tocaria con la vara que tenia en la mano: y el ángel los tocó, y el santo los notó, y despues les notificó la revelacion que habia tenido, exhortándolos á recibir la muerte con alegría, y á aparejarse á ella con todo cuidado. Los monjes lo hicieron, estando tres dias sin comer bocado, y llorando muchas y muy amargas lágrimas, y suplicando al Señor que les perdonase sus culpas, y las penas que por ellas merecian, y que como Padre benignísimo recibiese sus almas en holocausto y olor de suavidad. Al cuarto dia recibieron el sacrosanto Sacramento del altar por viático, y abrazándose entre sí con gran caridad, se encomendaron á las oraciones unos de otros; y puestos en oracion, comenzaron sus rostros á resplandecer con una maravillosa claridad: y á la hora de tercia, una parte de ellos (como quien está en dulce sueño) dieron sus almas al Se-

ñor; y la otra parte, á la hora de sexta; y la tercera, á la hora de nona; y la cuarta y última, al anochecer: y de esta manera acabaron todos aquellos santos religiosos que tocó el ángel con su vara, y quedaron vivos los otros, á quienes no tocó, y muy tristes, porque no habian merecido tan dichosa suerte de acompañar en la muerte, á los que habian acompañado en santa vida: y si los que tocó el ángel, y murieron, fueron la mitad de los monjes que habia en el monasterio (como lo dice la historia); siendo ellos nuevecientos (como lo dijimos), serian cuatrocientos y cincuenta, que es cosa notable y digna de admiracion. A todos hizo dar sepultura el santo abad, y consoló á los monjes que habian quedado, y deseaban acompañar á sus santos y dulces compañeros: y el mismo padre, poco despues, recogido en su camilla de cilicio, con los ojos levantados al cielo, dió su espíritu al Señor, á los 15 de setiembre.

2 La vida de san Aicardo, abad, escribió Ruperto, monje de su mismo monasterio: trácla el P. Fr. Lorenzo Sorio en su quinto tomo. Hácese mencion de él en el Martirologio romano, á los 15 de setiembre; en la vida de san Filiberto, á los 20 de agosto; en las adiciones de Molano á Usuardo; y en el Indice de los santos de los estados de Flandes. Floreció por los años de 608.

Santa Edita, vírgen.—La gloriosa vírgen santa Edita fué hija de Edgardo, rey de Inglaterra, y de Vulfride. Habiendo su madre dado libelo de repudio á los deleites de la carne, y á los engaños del mundo, entrándose en un monasterio de sagradas vírgenes de la ciudad de Wintonia, y consagrándose á Cristo nuestro Señor, por manos de san Eteboldo, obispo, vino á ser tan perfecta religiosa y tan esclarecida, que las monjas la tomaron por su abadesa, teniéndola por un vivo retrato de toda santidad. La santa doncella Edita, que de suyo era bien inclinada, y amiga de recogimiento y puridad, movida con el ejemplo de su madre, se entró en el mismo monasterio, para tener por madre de su alma, á la que lo habia sido de su cuerpo: y la madre procuró ataviarla y componerla, no con oro, joyas, galas y piedras preciosas, sino con las virtudes y letras, que son las verdaderas riquezas y precioso tesoro del alma. Ayunaba y velaba mucho, y ocupábase de muy buena gana en servir á los pobres enfermos; y mas á los mas llagados y asquerosos: huia de toda honra vana, y hacia mas caso del pobre leproso que del hijo del rico, señor y rey: porque al pobre miraba como á hijo de Cristo y heredero del cielo; y á los otros, como cosa de la tierra. Traia á raiz de las carnes un áspero cilicio; y para mas disimular, andaba bien vestida de fuera. Siendo de solos quince años, el rey Edgardo, su padre, la quiso hacer prelada de tres monasterios de monjas; pero ella nunca lo consintió, queriendo antes obedecer que mandar, y estar sujeta á su madre, mas que ser superiora de otras.

2 Murió el rey su padre, y sucedióle Eduardo, su hijo, de poca edad. Tuvo en sueños Edita, su hermana, una vision, en que la parecia que habia perdido el ojo derecho; y luego entendió que su hermano moriria presto, como sucedió; porque yendo á ver otro hermano suyo de padre y no de madre, le mataron en el camino. Quedó el reino sin legítimo heredero, y los grandes de él pretendieron sacar del monasterio á Edita, y darle el cetro y la corona de reina, y la hicieron gran fuerza; mas ella estuvo tan firme y tan constante en su santo propósito, que nunca lo consintió, diciendo, que ninguna cosa de esta vida la podria apartar de los abrazos de su dulce esposo Jesucristo.

3 Tenia costumbre esta santa vírgen, en cualquiera paso que daba, y en cualquier lugar que estaba, hacer la señal de la cruz sobre sí. Hizo labrar una iglesia suntuosa en honra de san Dionisio, obispo y mártir, y convidó á san Dunstano, arzobispo, para que la consagrase. Vino el santo prelado, y vió que la vírgen Edita con el dedo pulgar de la mano derecha muchas veces hacia la señal de la cruz en la frente. Pidióle la mano; y tomando el dedo pulgar con la suya, dijo: No permita Dios, que este dedo se pudra: y dicho esto, se puso á decir misa solemne, y en ella comenzó á deshacerse en lágrimas: y preguntado por el diácono que le servia, la causa de aquel tan copioso llanto, dió un gran suspiro, y respondió: Porque esta alma, escogida de Dios, esta piedra preciosa, esta estrella reluciente, se oscurecerá y morirá de aquí á cuarenta y tres dias: y así murió el mismo dia que el santo prelado habia dicho, siendo de edad de veinte y tres años, y en el de Cristo de 984: y el mismo san Dunstano la sepultó en la misma iglesia de San Dionisio que ella habia edificado, y junto á ella un hospital con bastante renta para el sustento de trece pobres. Pasados trece años despues de su glorioso tránsito, apareció á san Dunstano, y le mandó que sacase su cuerpo de donde estaba, y le colocase en parte mas decente y honorífica: y díjole, que, para que entendiese que aquel no era sueño, sino voluntad de Dios, que los miembros y partes de su cuerpo de que ella, siendo niña, habia usado con alguna lviandad, como los ojos, manos y piés, los hallaria podridos; y el resto de su cuerpo, entero y sin corrupcion alguna; y que el dedo pulgar de su mano derecha por virtud de la santa cruz, que hacia con él, tambien estaria entero, porque el Señor en las partes podridas de su cuerpo, se queria mostrar justo Juez; y en las enteras, Padre piadoso. Con esta revelacion y otras que tuvo san Dunstano, fué á la iglesia de Wintonia, donde estaba el santo cuerpo de la vírgen, y hallóle de la misma manera que ella le habia dicho: y á los 3 de noviembre le sacó de donde estaba y le puso en un altar con gran devocion y reverencia.

4 Estaba en Wintonia á la sazon el rey Canuto, é hizo burla de los que tenian por santa á Edita, y como á tal, le daban la honra y adoracion que se debe á los santos, diciendo, que no podia ser santa, la que era hija de un rey que habia sido carnal y tirano. Reprendió al rey el arzobispo Dunstano, y allí delante de él, mandó abrir la caja donde estaba el cuerpo de la santa vírgen:

la cual levantó luego del sepulcro el medio cuerpo, con tal semblante, que parecia querer arremeter al rey. Fué tan grande el pavor y sobresalto que el rey tuvo, que, medio muerto, cayó en el suelo; y volviendo en sí, pidió perdon á la santa vírgen, y de allí adelante la honró mucho, y el Señor la ilustró con otros muchos milagros. Apareció á su madre, treinta dias despues de su muerte, muy alegre, y vestida de una celestial claridad, y díjola, que el demonio la habia querido acusar delante de su esposo; pero que no habia podido, porque ella le habia quebrantado la cabeza, y triunfado de él por virtud de la cruz del Señor.

5 La vida de santa Edita escribió un grave autor: refiérela el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo. Hace mencion de ella el Martirologio romano á los 16 de setiembre, y Rodulfo *in Polichron., lib.* VI, *cap.* 7; y Polidoro Virgilio en la Historia de Inglaterra, lib. VI. Floreció por los años del Señor de 980, como lo dice el cardenal Baronio.

* San Emilas y san Jeremías, mártires. — Eran naturales de la ciudad de Córdoba, de ilustre linaje, y se puede decir que se criaron en la iglesia de San Ciprian, cuando los moros regaban aquel suelo con sangre de mártires. Su virtud era igual y mayor que su nobleza, á la cual juntaron el estudio de las ciencias, siendo iguales ambos en el genio y en las costumbres. Emilas fué ordenado de diácono, y Jeremías permaneció seglar. Como eran muy versados en la lengua árabe, de ella se valieron para impugnar á los moros, y alcanzar la corona del martirio. Los dos santos se presentaron al gobernador, y, reprendiéndole su crueldad, trataron de probarle la falsedad y torpeza de su Koran, la ceguera y desatino de sus secuaces, y le amenazaron con terribles castigos que el cielo tiene reservados para los blasfemos y malvados. El que casi siempre habló fué Emilas, por la autoridad que sobre su compañero le daba el diaconado, y los moros se enfurecieron tanto con sus discursos, que hasta llegaron á deliberar si convendria acabar de una vez con todos los cristianos, y destruir su generacion. Tuvieron, pues, á los dos santos algunos dias en una oscura prision, y despues los degollaron el dia 15 de setiembre del año 852. San Eulogio dice, que habiendo estado aquel dia el cielo muy claro y sereno, al punto mismo que degollaron á los siervos de Dios se oscureció el aire, y se levantaron grandes torbellinos, y sobrevino una recia tempestad, que hacia retemblar la ciudad en sus cimientos.

San Porfirio, mártir. — Era un gentil, que ejercia la profesion de comediante, y estando un dia representando un espectáculo delante del emperador Juliano el Apóstata, para burlarse de las ceremonias eclesiásticas, se hizo bautizar. De repente y por inspiracion divina se convirtió á la religion, y confesando y publicando que era verdadero cristiano, mandó degollarle el mismo Juliano, y así alcanzó la palma del martirio, en Constantinopla, por los años de 363, poco mas ó menos.

San Valeriano, mártir. — Fué uno de aquellos cincuenta cristianos, que durante la persecucion del emperador Antonino, estando presos en un oscuro calabozo de la ciudad de Lyon, pudieron escapar milagrosamente del poder de sus enemigos. San Valeriano se fué al territorio de Chalons, y en él hizo tantas conquistas para Jesucristo, que celoso el gobernador Prisco lo mandó prender, y viendo su firme constancia, le condenó á ser martirizado. El martirio consistió en colgarle y escarnificarle cruelmente con garfios de hierro, y despues cortarle la cabeza. Su muerte, segun Beda, el año 178.

San Nicetas, mártir. — Fué godo de nacion, y nació en las orillas del Danubio. En su juventud se convirtió á la religion cristiana por la predicacion de Teófilo, obispo de los scitas y godos en tiempo de Constantino. El rey godo Atanarico, que tenia á los cristianos un ódio mortal, excitó contra ellos una terrible persecucion, el año 370. Dispuso, entre otras cosas, que se colocase un ídolo sobre un carro, el cual debia ser conducido á todos los lugares donde se sospechaba que habia cristianos, mandando que fuesen entregados al verdugo cuantos rehusasen adorarle. El suplicio que se empleaba entonces contra los fieles, era quemarlos vivos en el mismo sitio donde se hallaban reunidos, y con frecuencia se les sacrificaba al pié de los altares. En esta ocasion, fué cuando el ilustre san Nicetas alcanzó la corona del martirio, haciéndose notable por su valor é intrepidez en confesar la fé que profesaba, y por los milagros que el Señor obró en su martirio.

San Aper, obispo y confesor. — Nació en las Galias, y fué hijo de dos virtuosos esposos, establecidos en las inmediaciones de Tours. Dedicóse á la carrera de las letras, que le conquistaron un puesto distinguido en la sociedad. Era magistrado de su patria, cuando recibió el bautismo, y como su natural era ya bondadoso y recto, se disgustó del mundo, y le abandonó para vivir en la continencia y en las prácticas de la mortificacion. Poco tiempo despues fué elegido y consagrado obispo de Toul, siendo las virtudes en que mas brilló, el espíritu de oracion y la caridad con los pobres. Dejó muy buenos recuerdos de su episcopado, de modo, que fué tan sentida por sus ovejas su muerte, acaecida el año 140, segun Galesinio, que hubo luto público en su diócesis por mucho tiempo. Los mismos infieles derramaron lágrimas sobre su tumba, porque el santo habia hecho bienes inmensos á todos sin distincion, y de este modo habia ganado muchos corazones para el conocimiento del verdadero Dios.

Santa Eutropia, viuda. — Descendiente de una distinguida familia de Auvernia, floreció esta santa en tiempo de san Sidonio Apolinar, en el siglo V. Despues de la muerte de su marido, no quiso vivir mas que para Dios, y se consagró enteramente á la penitencia y á la práctica de toda clase de buenas obras. El Señor probó su virtud por varias tribulaciones, y la afligió con la pérdida de su hijo y de su nieto, á quienes amaba con ternura entrañable. La santa sobrellevó esta desgra-

cia con una igualdad de ánimo, propia solo de las almas justas. Sus enemigos la calumniaron, y entablaron contra ella pleitos injustos para arrebatarle cuanto poseia; pero ella lo vendió todo, y lo repartió entre los pobres. Finalmente, colmada de merecimientos, murió pacíficamente en una ciudad de Francia, y fué gloriosa en muchos milagros.

SANTA MELITINA, MÁRTIR.—Vivia en Marcianópolis, ciudad de Tracia, y en tiempo del emperador Antonino, siendo Antioco prefecto de Tracia, la prendieron por haber publicado que era cristiana. Llevárona dos veces consecutivas al templo de los ídolos, los cuales cayeron en tierra hechos pedazos ambas veces. Por este motivo fué la santa azotada y colgada de un árbol, y despues la degollaron.

LOS SANTOS MÁXIMO, TEODORO, Y ASCLEPIODOTO, MÁRTIRES.—Eran de Andrinópolis, en cuya ciudad convirtieron á muchos á la fé, despreciando los edictos imperiales. Presos y conducidos al tribunal del juez pagano, se ratificaron en sus propósitos, y fueron por esta razon condenados al tormento. Despues de ser cruelmente azotados, les desgarraron las carnes hasta que aparecieron los huesos, y despues de este martirio, los condujeron á Andrinópolis. Aquí les cortaron las manos y los piés, y últimamente, los degollaron en tiempo del emperador Maximiano.

SAN ALBINO, OBISPO Y CONFESOR.—Floreció durante el siglo IV, y fué obispo de Lyon. Su pontificado es memorable por las obras públicas que dejó en favor de la Iglesia y de los pobres. Entre otras muchas cosas, edificó la basílica de San Estéban, donde despues fué enterrado, y donde el Señor ha glorificado sus reliquias con muchos milagros.

SAN LEOBINO, OBISPO Y CONFESOR.—Ignoramos la época en que floreció, y sabemos tan solo que gobernó la Iglesia de Chartres con prudencia y sabiduría.

SAN JUAN DE DWARF, ANACORETA.—Llamado por otro nombre el Enano ó *Colobus* (pequeño) por razon de su baja estatura. Fué famoso entre los eminentes santos que habitaron antiguamente en los desiertos de Egipto. Retiróse en las vastas malezas de Scette y murió en olor de santidad á principios del siglo V.

Dia 16.

SAN CORNELIO, PAPA Y MÁRTIR.—Por la muerte del santo pontífice Fabian, quedó la Iglesia del Señor viuda y sin pastor: y con la persecucion terrible del emperador Decio tan despavorida y afligida, que duró la sede vacante mas de un año, sin hacerse eleccion de quien sucediese á Fabiano, ni darse piloto valeroso, diestro y santo, que en aquella tempestad gobernase la nave de san Pedro. Pero fué nuestro Señor servido, que movido de la necesidad presente, se juntó el clero romano, con muchos obispos que á la sazon estaban en Roma, y eligieron por padre y pastor universal á Cornelio, ciudadano romano, hijo de Castino. Fué tan acertada esta eleccion, que san Cipriano (que vivia en aquel tiempo) dice, que fué ordenacion divina, y que san Cornelio no subió de repente, como otros, á aquella dignidad, sino habiendo primero servido y ejercitádose en todas las órdenes y oficios eclesiásticos. Y añade, que era tan grande la continencia virginal, humildad y modestia de Cornelio, que fué necesario hacerle fuerza, para que quisiese ser papa: y alaba en gran manera el ánimo, espíritu y constancia de Cornelio, por haber aceptado aquella dignidad, en tiempo que no podia esperar sino la espada, la cruz, el fuego, y todos los otros tormentos que padecian los mártires; ofreciéndose por el Señor, y padeciendo con la voluntad y afecto, todo lo que podia padecer por la crueldad del tirano. Esto es de san Cipriano. Despues que se sentó en su silla apostólica san Cornelio, padeció muchos y muy grandes trabajos de los herejes y de los tiranos; porque un obispo se levantó en Africa, llamado Novato, hereje, y que (como dice san Cipriano) era amigo de novedades, avaro, arrogante é hinchado, y como una llama de fuego para abrasar con sus sediciones el mundo, y como un torbellino y tempestad para dar al través con la fé, enemigo de paz, y de toda quietud y tranquilidad. Este Novato, temiendo ser castigado en Africa, donde era conocido, fué á Roma: encontróse con un presbítero romano, llamado Novaciano, que estaba muy quejoso porque no le habian elegido papa, sino á Cornelio: hiciéronsele estos á una contrarios, y comenzaron á imponer falsos testimonios al santo pontífice Cornelio, y levantaron cisma en la Iglesia contra el verdadero papa, ordenando los cismáticos á Novaciano por obispo de Roma, y haciendo muchas insolencias y desafueros: los cuales, aunque san Cornelio, por lo que á él le tocaba, sufria con mucha paciencia y mansedumbre; pero por lo que tocaba al bien de la Iglesia, y á su oficio, le hizo resistencia. Juntó concilio en Roma, en el cual fueron condenados Novato y Novaciano, con todos sus secuaces, y los errores que enseñaban; y gran número de fieles, que habian sido engañados, se redujeron á la unidad de la Iglesia, y con muchas lágrimas y penitencia, pidieron perdon á san Cornelio. Él los recibió con gran benignidad, juntando los presbíteros de Roma, y el pueblo católico, para que, como el delito habia sido público, tambien fuese pública la penitencia: como lo escribe el mismo san Cornelio, papa, á san Cipriano en una epístola. Con esto dió nuestro Señor al santo pontífice Cornelio victoria de sus enemigos, y cesó aquella tormenta que tanto cuidado le habia dado: pero no por eso paró la otra tempestad y cruel persecucion de los tiranos, la cual fué tan terrible, que hablando de ella el mismo san Cornelio, escribiendo á Lupicino, obispo de Viena, le dice estas palabras: «Quiero que sepas, hermano carísimo, que la era del Señor, con el viento de la persecucion, gravemente está turbada: y que los cristianos, por los edictos de los emperadores, en todas partes son atormentados con varias penas: y en Roma se ha puesto emperador para esto; y es de manera, que ya no pueden los cristianos ofre-

cer el santo sacrificio de la misa públicamente sino en las cuevas mas escondidas. Por tanto, vuestra caridad exhorte á todos los que creen en Cristo, que no teman á los que matan el cuerpo, sino á aquel Señor que tiene potestad de matar el alma con el cuerpo. Muchos han sido coronados de martirio: rogad á Dios que nos dé gracia para que acabemos felizmente nuestra carrera, como él nos lo ha revelado. Dios te guarde, hermano carísimo. Saluda de nuestra parte á todos los que nos aman en Cristo.» Hasta aquí son palabras de san Cornelio, en el principio de aquella persecucion: en el cual fué desterrado á Centum-Cellas, ciudad que algunos dicen que se llamaba Forcele. Estando en el destierro san Cornelio, le escribió san Cipriano una carta, alabándole de la gran fortaleza y constancia, con la cual, como valeroso capitan, iba delante de sus soldados; y precediendo con su ejemplo á la corona del martirio, habia hecho muchos compañeros de su gloria; y añade estas palabras: «Grande ejemplo de fortaleza habeis dado á todos los hermanos: habeislos enseñado gloriosamente á temer á Dios, abrazarse gloriosamente con Cristo, unirse en los peligros el pueblo con los sacerdotes, y no apartarse en la persecucion los hermanos de los hermanos; y que la concordia y union no puede en ninguna manera ser vencida, y que Dios de la paz otorga á los pacíficos lo que juntamente y con un corazon le piden. Entendido ha el enemigo, que los soldados de Cristo están velando, y armados y á punto para pelear, y que pueden morir y no pueden ser vencidos: y que por eso son invencibles; porque no temen en la muerte.» Esto es de san Cipriano: el cual escribió otras muchas epístolas á san Cornelio, papa, alabándole, exhortándole, animándole y avisándole de lo que se ofrecia para bien de toda la Iglesia. Supo esta comunicacion por cartas entre san Cornelio y Cipriano, Volusiano Augusto, que (muerto el emperador Decio desastrosamente en pena de su pecado) imperaba con Galo, su padre; y entendió que muchos iban á Centum-Cellas por ver al santo prelado, y mandó que se lo trajesen á Roma. Habló le secretamente; y como san Cornelio le respondiese con grande fortaleza y constancia, mandó que se le quitasen de delante, y que con plomadas hiriesen su boca sagrada, y le llevasen al templo de Marte, para que allí le ofreciese sacrificio, ó, no queriendo obedecer, le cortasen la cabeza. Antes que llevasen á san Cornelio al templo de Marte, la guarda que le tenia á cargo, y se llamaba Cereal, le suplicó que se fuese con él á su casa, y visitase á su mujer, por nombre Salustia, que estaba paralítica ya hacia quince años. Entró el santo en casa de Cereal: hizo oracion al Señor: tomó á Salustia por la mano, y díjole: En nombre de Jesucristo Nazareno levántate y ponte sobre tus piés. Levantóse luego la mujer, y dijo: Verdaderamente que Cristo es Dios, é Hijo de Dios: y pidió luego ser bautizada: y así la bautizó san Cornelio, y á todos los soldados de Cereal que estaban presentes: y por haber visto aquel tan grande milagro, se echaron á sus piés y le pidieron que los bautizase; y él lo hizo, y dijo misa, y los comulgó. Cuando el emperador supo lo que habia pasado en casa de Cereal, le mandó prender á él, y á Salustia, su mujer, y á todos los otros soldados que se habian bautizado, y que con san Cornelio fuesen llevados al templo de Marte, para que sacrificasen ó muriesen: y como todos siguiesen el ejemplo de su buen maestro y santo pastor, y escupiesen é hiciesen burla de sus falsos dioses; todos fueron degollados con él, en número de veinte y una personas. Vino aquella noche la bienaventurada Lucina, acompañada de muchos clérigos y criados, y recogió los cuerpos de los santos mártires, y enterrólos en un campo suyo cerca del cementerio de Calixto. Padeció martirio san Cornelio en 14 de setiembre, año del Señor de 255, imperando Galo y Volusiano, y no Decio, como algunos escriben: tomando ocasion de llamarse la persecucion que tuvo la Iglesia en tiempo de Galo y Volusiano, persecucion de Decio; porque fué una continuacion, que Decio habia comenzado, y se ejecutó con las mismas leyes y edictos que Decio habia promulgado. Tuvo san Cornelio la silla de san Pedro dos años, como lo escribe san Gerónimo: aunque algunos le dan mas tiempo; por ventura porque cuentan el principio de su pontificado desde la muerte de san Favian, no considerando que vacó la silla apostólica mas de un año, y que despues fué elegido san Cornelio. No se lee que haya hecho órdenes: que es cosa rara y que apenas se lee de otro romano pontífice. San Gerónimo cuenta á san Cornelio, papa, entre los escritores eclesiásticos, y dice, que escribió cuatro epístolas muy graves. Hizo este santo pontífice algunas cosas muy provechosas para ornato y gloria de la Iglesia romana. Sacó los cuerpos de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo de las catacumbas, porque no estaban allí con la decencia que convenia. El cuerpo de san Pablo, puso Lucina, nobilísima matrona romana, en una heredad suya, en la via Ostiense, cerca del lugar donde fué descabezado: y despues el emperador Constantino edificó allí un templo muy suntuoso. El cuerpo de san Pedro colocó san Cornelio en el monte Vaticano, donde tambien el mismo emperador labró otro templo con gran magnificencia. Esto de haber quitado san Cornelio los cuerpos de los apóstoles de las catacumbas, lo dice el libro de los Romanos Pontífices, que anda con nombre de Dámaso: aunque el cardenal Baronio lo pone en duda. Tambien hizo algunos decretos de cosas útiles, provechosas y convenientes: las cuales se pueden ver en el libro de los Concilios.

SAN CIPRIANO, OBISPO Y MÁRTIR. — La vida del glorioso pontífice y fortísimo mártir san Cipriano escribió Poncio, su diácono, y compañero en la vida, en el destierro, y en la muerte; y de quien, como de santo, hace mencion el Martirologio romano; y san Gerónimo, por haber escrito la vida de san Cipriano, le pone en el catálogo de los escritores eclesiásticos. Y no solamente san Poncio escribió su vida; pero muchos de los doctores mas insignes de la Iglesia, como san Grego-

rio Nacianceno, san Gerónimo, san Agustin, y otros, alaban con grande encarecimiento á san Cipriano: cuya vida es de esta manera. Fué san Cipriano de nacion africano, de sangre ilustre, y hombre poderoso, y en su ciudad senador amplísimo, y que tuvo la primera dignidad de aquel órden, y de grande estima entre los gentiles. Dióse á los estudios de la elocuencia, y de la filosofía con gran cuidado, y salió muy eminente filósofo y orador; y antes de bautizarse, enseñó retórica, con gran loa y fama. Trabó amistad con un cristiano y presbítero, llamado Cecilio: el cual, mediante su santa vida y doctrina, le persuadió que se hiciese cristiano; y Cipriano lo hizo con tan particular reconocimiento de la merced que Dios le hacia, por medio de Cecilio, que tomó su nombre, y de allí adelante se llamó Cecilio Cipriano, y siempre le reverenció como á padre de su alma, y maestro de su nueva vida. Admiró el mundo la conversion de san Cipriano (como dice san Gerónimo), y los cristianos quedaron muy animados y favorecidos, por haberles dado nuestro Señor un varon tan estimado, y caudillo tan valeroso; aunque los gentiles hacian burla de él, como dice Lactancio Firmiano, por haber dejado la escuela de retórica, y por escarnio le llamaban Copriano, que quiere decir estercolero. Luego que recibió la luz del cielo, y por el agua del santo bautismo fué reengendrado en Cristo, encomendó á Cecilio, presbítero, su mujer, y los hijos, que de ella tenia; y dejándoles lo que habian menester para su sustento, repartió sus grandes riquezas á los pobres, y comenzó á hacer una vida perfectísima, y á enseñar á los fieles una doctrina tan alta y divina, que mas parecia venida del cielo, que aprendida en la tierra; porque en bautizándose, apareció de repente excelentísimo teólogo: y aunque el mismo san Cipriano dice, que despues de bautizado, no hacia caso de la elocuencia, antes procuraba cortar de raíz la elegancia y ornato de palabras; con todo eso ponen admiracion sus escritos á los grandes oradores, é ingenios mas altos. Y Lactancio, que fué muy elocuente, alaba á san Cipriano de copia, y suavidad y claridad de estilo, y de la fuerza y eficacia en persuadir: y san Gregorio Nacianceno, varon tan eminente en la elocuencia, dice de sí, «que era muy aficionado á los escritos de san Cipriano, por su singular doctrina y elocuencia, en la cual hacia tanta ventaja á los demás hombres, cuanta hacen los hombres á los animales brutos:» y san Gerónimo dice de él, «que era como un rio de elocuencia, claro, puro, y caudaloso.» De donde podemos sacar, que si la elocuencia de san Cipriano era tan grande, cuando él la cercenaba y procuraba cortar de raíz, y coger las velas; ¿cuánta seria, cuando ella estaba en su punto y primor, y tendidas las velas navegaba? Y añade san Agustin, «que en algunas partes, por voluntad de Dios, san Cipriano levanta el estilo, para que se entendiese la grandeza de elocuencia que antes tenia: que la doctrina de Cristo le sanó de aquella redundancia, y le dió otra elocuencia mas grave y religiosa, como la que se ve en sus escritos: la cual, aunque se desea, cuando se leen, con dificultad se puede alcanzar.» Fué tan excelente la vida de san Cipriano, y tan resplandecientes los rayos de luz, que, luego que fué bautizado, comenzó á derramar con su celestial doctrina, que poco despues fué ordenado de presbítero; y siendo muerto el obispo de Cartago, de comun consentimiento de los cristianos fué elegido por prelado, y pastor de aquel rebaño del Señor. Rehusólo el santo cuanto pudo, alegando que habia en aquella ciudad otros muchos sacerdotes mas antiguos que él (que poco antes habia dejado la idolatría), los cuales, por sus letras y santa vida, merecian mejor aquella dignidad; pero cuanto él mas rehusaba, tanto era mas merecedor de ella, y el pueblo mas se encendia, é insistia en que él, y no otro, habia de ser su pontífice y prelado. Recogióse san Cipriano á su casa: mandó cerrar muy bien las puertas: cercóle el pueblo por todas partes la casa; y finalmente, se hubo de rendir á la voluntad de Dios, y á la violencia de la gente. No faltaron algunos, que por codicia y ambicion quisieron estorbar aquella eleccion (como fué un presbítero llamado Felicísimo, con otros cinco, sus consortes); mas estos despues, así en Cartago, como en Roma, levantaron el cisma de Novato, y se hicieron herejes, y aun (como dice el mismo san Cipriano) en la persecucion de Decio se hicieron á una con los gentiles, para perseguir á los cristianos. Otros hubo tambien, que (aunque con mejor intencion) repugnaron á la eleccion de san Cipriano, por ser tan nuevo en la fé, no considerando la calidad y eminencia de su persona, y que Dios nuestro Señor, que le escogió, le habia adornado de todas las virtudes, que para tan alta dignidad eran menester. A estos, despues que se sentó en su silla, trató con tanto amor y mansedumbre, que tenia espantados á los demás.

2 Pero, ¿qué lengua podrá dignamente explicar la manera que este santo pastor tuvo en apacentar, curar y defender aquel rebaño, que el Señor le habia encomendado? Era grande su piedad con los flacos y humildes, maravilloso el rigor y fuerza con los entonados y soberbios. Su rostro era alegremente grave, y gravemente alegre, con una mezcla y temperamento tan raro, que no sabian los que le trataban, si le habian de amar, ó temer mas; porque de lo uno y de lo otro era merecedor. Su traje y vestido, ni era curioso, ni del todo vil y despreciado; porque la demasía no decia bien con su persona, ni la falta con el oficio. Con los pobres era misericordioso, repartiendo con ellos largas limosnas, que los ricos y gente devota con liberal mano le ofrecian. Finalmente, á todos era padre dulcísimo, pastor vigilantísimo, maestro venido del cielo, y forma, dechado y modelo de santos prelados. Levantóse en aquel tiempo una brava tempestad contra la Iglesia, siendo Decio emperador, que aunque fué breve su imperio, y Dios reveló á san Cipriano, que lo seria, fué muy cruel y atroz contra nuestra santa religion; porque (como el mismo san Cipriano dice) quiso nuestro Señor probar su familia, y levantar la fé de los fieles, que estaba cai-

da y como dormida: porque con la paz, que en tiempo de los Felipes, padre é hijo, emperadores, la Iglesia habia tenido, la disciplina eclesiástica estaba muy debilitada, y fuera de sus quicios; y todos atendian á sus intereses, y á acrecentar con una sed y codicia insaciable su hacienda. No habia en los sacerdotes la debida religion y devocion, ni en los ministros la fidelidad, ni en las obras la misericordia, ni en las costumbres el concierto conveniente. Habia en las mujeres muchas galas, atavíos y afeites; y en los hombres gran desenvoltura y ambicion, muchos juramentos falsos, odios, rencores y disensiones. Algunos obispos, dejando el cuidado de sus ovejas, atendian mas á sus ganancias temporales, que á socorrer á los pobres necesitados. Finalmente, habia perdido la santa Iglesia en algunas partes aquel lustre y resplandor que antes tenia: y para restituirle, ordenó Dios, que viniese el azote de aquella grande persecucion, y tuvo revelacion de ello san Cipriano, y previno al pueblo, y le avisó que se aparejase, y aplacase al Señor con oraciones, ayunos, lágrimas, y frutos de verdadera penitencia. Vino la persecucion, y el santo prelado se escondió, no para huir de ella, sino para padecer mas, y á mejor tiempo; porque el Espíritu santo le reveló y mandó que se ausentase, para que no esparciese y ahuyentase el rebaño de los fieles, y muerto el pastor, fuese despedazado y tragado de los lobos, como el mismo santo lo testifica en una epístola que escribió á los presbíteros de Cartago: y lo mismo dice Poncio, su diácono. Y el clero romano tuvo por cosa muy acertada el haberse retirado en aquella sazon san Cipriano. Estando el santo apartado y escondido, los gentiles y ministros del emperador le buscaban con extraña diligencia y cuidado: y como el mismo santo dice, muchas veces estando en el anfiteatro el pueblo, entendiendo en sus fiestas y espectáculos, como infiel y ciego, daba voces, y pedia que trajesen allí á Cipriano, para echarlo á los leones. Confiscáronle los bienes (como él lo dice), y pregonaron, que quien tuviese ó poseyese cosa alguna de los bienes de Cecilio Cipriano, obispo de los cristianos, lo manifestase. Y añade san Cipriano contra los cismáticos, que habian hecho otro obispo en competencia suya, estas palabras: «Para que los que creen á Dios, que me hizo obispo, crean al demonio, que, confiscándome los bienes, me llama obispo. Esto digo con dolor de su perdicion, y no por jactancia.» Esto es de san Cipriano.

3 Increible fué el fruto que el santo prelado hizo desde aquel lugar secreto, donde estaba escondido. Fué medio para que muchos hiciesen penitencia y dejasen el mundo, y que muchas doncellas consagrasen su virginidad á Dios. Predicaba la verdad á los herejes, la vanidad á los cismáticos, y paz á los hijos de Dios. Animaba á los mártires, para que padeciesen valerosamente por Cristo los tormentos con que eran atormentados, y la misma muerte. Llamaba en lugares ocultos y apartados ya á unos, ya á otros, y predicábales como era venido el tiempo en que se echaria de ver los que de veras eran amigos de Dios; y que no estuviesen mal con los que los perseguian, sino que los amasen y rogasen á Dios por ellos: pues el pagano ama á solos los amigos; y el cristiano debe amar á los amigos y enemigos. Demás de esto dió órden para que de noche, y á horas seguras, se diese sepultura á los cuerpos de los que habian muerto por Cristo; y que se curasen y hospedasen en las casas los que quedaban con la vida, aunque llagados y heridos con los tormentos; y que se favoreciese y diese de comer y vestir á los que habian perdido las haciendas y andaban huidos. Estas y otras cosas proveyó el santo pontífice en aquella calamidad y horrible persecucion; y tenia tanta gracia y autoridad en mandarlo, que todos le obedecian, aunque fuese con manifiesto peligro de sus vidas. Pasó aquella persecucion; porque el emperador Decio no vivió mas de un año y tres meses en el imperio: y sosegada la tempestad, estando ya el cielo sereno y el mar tranquilo, volvió san Cipriano á su Iglesia, y recogió las ovejas descarriadas y amedrentadas, como buen pastor; y celebró las coronas y triunfos de los santos mártires que habian muerto en ella. Pero aunque con la muerte de Decio tuvo alguna paz la Iglesia; mas entraron los bárbaros en Numidia, é hicieron grande estrago, y llevaron muchos cautivos; y san Cipriano mandó hacer una demanda general en su Iglesia (como se acostumbra en semejantes casos), y allegó una grande limosna para remedio de aquella pobre gente, contribuyendo los fieles cada uno conforme á su posibilidad, como el mismo santo lo cuenta. Sobrevino despues una cruelísima pestilencia en Africa, y hubo muy grande mortandad, en la cual resplandeció en gran manera la caridad y compasion de san Cipriano. Animaba á todos: servia á los enfermos: exhortaba á los sanos á servirlos y á socorrerlos; y mostraba las entrañas de su piedad, no solo con los cristianos, sino tambien con los gentiles, de quienes habian sido tan cruelmente perseguidos y maltratados.

4 No bastaron tantas y tan señaladas obras, para amansar los corazones de los gentiles, mas fieros que los tigres; porque siendo ya emperadores Valeriano, y Galieno, su hijo, un procónsul llamado Aspasio Paterno, viendo la autoridad, que san Cipriano tenia en Cartago, no atreviéndose á matarle, le envió á mandar que se fuese desterrado de la ciudad: y el santo pontífice obedeció á este injusto mandato, y salió de Cartago y se fué á una ciudad, llamada Curubitana, donde estuvo casi un año. Mas habiendo acabado su oficio Aspasio, y sucedido en el cargo de procónsul Galerio Máximo, se volvió san Cipriano cerca de Cartago, y estuvo en unos huertos que habian sido de su patrimonio, y él los habia vendido para dar el precio de ellos á los pobres, y otra vez el que los compró, se los dió graciosos: y si la persecucion no se lo hubiera estorbado, él los hubiera tornado á vender, y dado de nuevo el precio á los pobres. En estos huertos estuvo algunos dias acompañado de muchos clérigos y diáconos, y otros amigos suyos. Venian de la ciudad de Cartago, y de otras partes, muchas gentes á tratar

con él negocios de sus almas; y todos le hallaban afable, amoroso y verdadero padre, y consolador, y remediador de sus necesidades. Rogáronle algunos de sus amigos, que se desviase y alejase mas de la ciudad, para que al nuevo procónsul no se le antojase echarle la mano y matarle; mas el santo no lo quiso hacer: porque habia tenido revelacion del Señor, que dentro de un año de su destierro alcanzaria la corona del martirio, cosa que sumamente deseaba. Supo el procónsul donde estaba san Cipriano, y la gente que concurria á él: mandóle prender, y estuvo preso una noche en la casa del mismo que le habia prendido. Vino allí mucha gente por ver á su prelado vivo, teniendo por cierto que presto le verian muerto. Entendió san Cipriano, antes que le prendiesen, que el procónsul enviaba sus ministros y soldados para prenderle, y llevarle á la ciudad de Utica, y allí hacer justicia de él; y apartóse del lugar donde estaba, á otro mas oculto y seguro, hasta que el procónsul fuese á Cartago, de donde era obispo; porque deseaba morir en aquella ciudad á los ojos de sus hijos y feligreses, y animar á todos con su martirio. Y para que el clero y todo el pueblo entendiese la causa porque él se habia retirado, les escribió una epístola en que les dice estas palabras: «Habiendo sabido, hermanos carísimos, que hay órden de prendernos, para que nos lleven á Utica; por consejo de nuestros amigos me he ausentado, pareciéndome que es cosa conveniente que el obispo confiese al Señor en aquella ciudad, donde es prelado, y alegre y esfuerce todo el pueblo con su confesion; porque todo lo que en aquel tiempo, por la gracia de Dios, dice el obispo, lo dice en nombre de todo el pueblo: porque sin duda se disminuiria la gloria de nuestra Iglesia, que es tan gloriosa, si yo, no en ella, sino en la ciudad de Utica, por sentencia de juez muriese y fuese mártir del Señor. Lo que continuamente deseo, y pido á Dios, es, que me dé gracia para confesar su santo nombre, por mí y por vosotros, en mi Iglesia de Cartago, y en vuestra presencia, y morir en vuestros ojos, y de allí volar á Dios.» Todo esto es de san Cipriano. Cumplió el Señor el deseo de san Cipriano: porque aunque no fué martirizado en la misma ciudad de Cartago; pero fuélo allí cerca, en un lugar que se llama Sixti, porque está seis millas ó dos leguas de Cartago, adonde fué llevado. Allí salió tanta gente de la ciudad á verle, que se puede decir que murió en medio de la plaza de Cartago. Entre los otros vinieron muchas doncellas cristianas, por verlo, y tomar su bendicion: y el santo pastor, no descuidando de sus ovejas, y temiendo que entre tantos soldados idólatras, y ruido de armas, podia peligrar la castidad de ellas, y suceder alguna desgracia; habló á los cristianos, y les ordenó que guardasen con mucha vigilancia aquellas vírgenes. Y este recato y cuidado alaba mucho san Agustin; porque estando tan cerca la muerte del cuerpo, no moria en el corazon del pastor la vigilancia pastoral.

5 Fué presentado el santo prelado delante del procónsul Galerio Máximo, que por su salud estaba en aquel lugar, y despues de haberle preguntado si era Cipriano, y el que se hacia pontífice de los cristianos engañados, y notificádole el mandato de los emperadores, y que, si no adoraba á los dioses, habia de morir; respondió san Cipriano, lo que á su persona y dignidad convenia, y finalmente dió sentencia, que fuese degollado. Cuando le fué leida la sentencia, dijo san Cipriano: *Deo gratias*: Gracias sean dadas á Dios, que fué servido de librarme de la cárcel de este cuerpo. Lleváronle al suplicio con gran concurso de gente, que iba llorando y diciendo á voces: Córtennos á todos con él las cabezas. Llegado al lugar del martirio, se desnudó los vestidos de obispo: doblólos y diólos á sus diáconos, y quedó con el vestido último, que era de lienzo, y mandó que se diesen veinte y cinco piezas de oro al verdugo, en gratificacion de la buena obra que esperaba recibir de él. Lloraban tiernamente sus amigos, y todo el clero que estaba presente; y tendian sus ropas en el suelo, y lienzos, sobre que cayese su bendita sangre, para guardarla como un preciosísimo tesoro. El mismo se tapó los ojos, y puesto de rodillas, el verdugo hizo su oficio. Luego que fué degollado, los clérigos y muchos cristianos tomaron con grande reverencia el santo cuerpo, y le enterraron con gran pompa y solemnidad, llevando cirios encendidos en sus manos, sin tener respeto al procónsul, ni á la violencia y furor de los gentiles, porque estaban aparejados á morir por Cristo con su pastor. Fué san Cipriano el primer obispo de Cartago que derramó su sangre por el Señor. Murieron allí el mismo dia los santos mártires Crescenciano, Víctor, Rósula, y General, como lo dice el Martirologio romano. El martirio de san Cipriano fué el mismo dia, en que murió en Roma san Cornelio, papa, aunque en diferente año; porque san Cornelio murió (como dijimos) en el de 255, imperando Galo y Volusiano; y san Cipriano en el de 271, imperando Valeriano y Galieno. Fué á los 14 de setiembre; aunque la Iglesia le celebra á los 16 del mismo mes: porque hace fiesta á los 14 de la Exaltacion de la Cruz, y á los 15 de la octava de la Natividad de nuestra Señora. En honra de san Cipriano se edificaron despues dos suntuosas iglesias: la una en el lugar, donde fué martirizado; y la otra en el que fué sepultado: y solia concurrir de todas partes mucha gente al sepulcro del santo, por las mercedes y favores que por su intercesion continuamente recibian del Señor. Y no solamente en Africa, sino en Italia, se celebró con gran solemnidad la fiesta de san Cipriano, como parece por una epístola del rey Atalarico á Severo. Las reliquias de san Cipriano, dice Beda, que fueron trasladadas de Africa á Francia, y que están en Leon; y lo mismo dice Adon Viennense. Las alabanzas que dan los santos doctores á san Cipriano, son tantas y tan grandes, que no se pueden referir en pocas palabras. San Gerónimo le llama «varon santísimo y elocuentísimo:» san Agustin en un lugar dice, «que la santa madre Iglesia le cuenta entre los mas raros y mas excelentes varones:» en otro lugar le llama

«doctor suavísimo, y mártir beatísimo:» en otro, «mártir gloriosísimo, y doctor lucidísimo, ó muy esclarecido:» en otro, «mártir victorioso, doctor clarísimo, y testigo gloriosísimo del Señor;» y de esta manera hablan los otros santos, que por ser tantos, no referirémos aquí.

SANTA EUFEMIA, VÍRGEN Y MÁRTIR. — El martirio de la gloriosa vírgen santa Eufemia escribe Simeon Metafraste, y lo refiere el P. Fr. Lorenzo Surio, en el quinto tomo de las Vidas de los santos, en esta manera. Fué santa Eufemia de la ciudad de Calcedonia, hija de Filofronio y Teodora, personas en sangre ilustres y ricas, y el padre era senador en aquella ciudad. La hija Eufemia era dotada de grandes virtudes, y de grande hermosura, modestia y castidad: y como se hiciese en Calcedonia una fiesta muy solemne al dios Marte, y por mandato de Prisco, procónsul de Asia, todos fuesen llamados so pena de la vida á aquel regocijo y fiesta, para que adorasen á Marte; la santa vírgen Eufemia, aborreciendo aquel profano y sacrílego culto de los dioses vanos, no quiso ir á la fiesta, por no contaminar su alma con cosa tan fea y abominable. Como era persona tan principal, luego la echaron menos los sacerdotes de los gentiles, y la acusaron delante del procónsul: el cual la mandó prender, y procuró persuadirle que adorase á los dioses, si no quería padecer todos los tormentos exquisitos y atroces que se ejecutaban en los otros cristianos. La santa vírgen no hizo caso de las dulzuras, ni de las amenazas del procónsul. Echáronla en la cárcel, y de allí á pocos dias la sacaron á la audiencia pública; y hallándola constante en la confesion de nuestro Salvador Jesucristo, la mandó el fiero tirano atormentar cruelísimamente. Azotáronla con varas de hierro: descoyuntaron sus delicados miembros en el ecúleo: atáronla á una rueda para quebrantarle los huesos, y hacerla pedazos; y ella, armada con la señal de la cruz, y con la confianza en su dulce esposo, le suplicó que la socorriese: y así la socorrió, librándola de la rueda, y sanando todas sus llagas, y dejándola mas hermosa y resplandeciente que antes, espantando á los sayones y verdugos que la atormentaban. Encendieron un horno, lleno de pez, piedra azufre, estopa, y sarmientos; y queriéndola echar en él dos ministros principales del procónsul, vieron dos ángeles que estaban al rededor de la vírgen para ampararla, y no se atrevieron á echarla. Mandó Prisco á otros dos (que se llamaban César y Vario), que ejecutasen su mandato: y como ellos lo hiciesen, el fuego los quemó, quedando la santa vírgen sin lesion alguna, y alabando al Señor, salió del horno, sin haberse chamuscado un hilo de su ropa. No se contentó el cruel tirano con estos tormentos, ni conoció al Criador y Señor, á quien sirven y obedecen todas las criaturas; antes empedernido y obstinado, la mandó dar nuevos tormentos, y colgarla, y atar á sus piés y á sus sagrados miembros, piedras de gran peso, para que la desmembrasen. Habiendo vencido este tormento, hizo hacer una hoya grande, á manera de cisterna, y llenarla de peces, y de otras sabandijas del mar, y echarla en ella, para que allí la comiesen y consumiesen: pero todas la reverenciaron, y no se llegaron á ella, sino para defenderla y respetarla. Y como esta victoria y las demás, el procónsul las atribuyese á arte mágica, mandóla de nuevo atormentar y aserrar sus miembros, y freirlos en sartenes de hierro que tenia aparejadas. Trajeron las sierras para aserrarla; y el hierro perdió su fuerza, y se hizo mas blando que una cera, y el fuego se apagó, y la santa vírgen quedó entera y sin detrimento alguno, triunfando del fuego, del hierro, del tirano, y del del demonio que por tantos medios la perseguia. Finalmente Prisco la mandó echar á cuatro leones, y tres osos. Ella, deseando ya verse con su esposo, le pidió afectuosamente, por aquella caridad y omnipotencia suya, con que la habia dado gracia para vencer la flaqueza de su cuerpo, el furor de los demonios, y la saña del tirano, y héchola triunfar de tantos tormentos; que recibiese su espíritu, y no permitiese que aquellas bestias la perdonasen. Oyó el Señor del cielo la oracion de la santa vírgen; y llégose un oso, y dióla un bocado, y dejóla sin tocar, ni comer sus carnes; y los otros osos y cuatro leones estaban al rededor, respetándola, y lamiéndola sus piés. Al tiempo que espiró la santa vírgen, vino un gran terremoto, y la gente despavorida huyó. Con esto los padres de santa Eufemia tuvieron lugar para tomar su sagrado cuerpo, y enterrarle honoríficamente allí cerca de la ciudad, llorando muchas lágrimas, no de tristeza, sino de alegría. Hizo Dios muy grandes milagros por esta gloriosa esposa suya, los cuales refiere Evagrio; porque algunas veces aparecia en sueños al obispo calcedonense, y le mandaba que se hiciese en aquel templo alguna fiesta solemne, alabando al Señor, y recibiendo su sacratísimo cuerpo; y tocando con una esponja su sagrado cuerpo, la sacaban empapada en sangre, tan copiosamente, que se podia repartir de ella con los otros pueblos y ciudades, quedando las gotas de la sangre enteras y perpetuas, y sin mudar forma, ni color: y este milagro hacia el Señor, mas ó menos veces, segun los merecimientos del prelado que en aquella Iglesia presidia. El emperador Mauricio, no creyendo este milagro de la santa, quiso certificarse: y habiendo hecho experiencia de él, quedó confuso, y con sus manos llenas de sangre; y conoció que Dios es maravilloso en sus santos, y le alabó por las grandezas que obraba en el cuerpo de santa Eufemia. Demás de esto, salia un olor tan suave de la caja, donde estaba su bendito cuerpo, que ningun olor de la tierra se podia comparar con él.

2 Pero no debemos pasar en silencio otro milagro mas maravilloso, que, por la intercesion de santa Eufemia, obró Dios para confirmacion de nuestra santa fé. Habíase hecho en el templo de santa Eufemia, en tiempo de san Leon, papa, el Magno, y del emperador Marciano, aquel gran concilio calcedonense, en el cual se hallaron seiscientos y treinta obispos, y en él fueron condenados Dioscoro y Eutiques, y sus secuaces. Pero acabado el concilio, como los herejes son inquietos y rebeldes á Dios, y á su Iglesia, tumultuaban y

hacian burla de los decretos del santo concilio, diciendo, que no estaban fundados en la verdad católica, sino en la autoridad y potencia del emperador. Para quebrantar aquel orgullo, y cerrar las bocas á los herejes; los católicos, confiados de la misericordia del Señor, y del patrocinio de santa Eufemia, se concertaron con ellos de esta manera: que los católicos escribiesen en un papel la confesion de su fé, y los herejes en otro la suya: que aquellos dos papeles se encerrasen en la caja, donde estaba el cuerpo de santa Eufemia; y que el papel de los dos, que ella aprobase, este fuese tenido por verdadero. Hízose así: alzóse la piedra que estaba sobre la sepultura; y pusiéronse los dos papeles sobre el pecho de la gloriosa virgen y mártir. Tornóse á cerrar el sepulcro, sellándose de la una parte y de la otra, y pusiéronse todos en oracion, suplicando á nuestro Señor, que descubriese la verdad. Pasados tres dias, estando el emperador presente, abrieron el sepulcro, y hallaron el papel de los herejes arrojado á los piés de la santa, y el de los católicos en su mano: la cual extendió santa Eufemia, y entregó la confesion católica al emperador, y al patriarca; y por ver un milagro tan grande, algunos de los herejes se convirtieron, y otros quedaron obstinados en su perfidia. Todo esto refiere Zonaras, y Glicas; y este milagro tambien le refieren Metafraste y Niceforo, aunque algo diferentemente. Fué el martirio de santa Eufemia á los 16 de setiembre, imperando Diocleciano, y en este dia celebra la santa Iglesia su fiesta. De santa Eufemia, á mas de Metafraste, y el P. Fr. Lorenzo Surio, todos los Martirologios hacen mencion.

Los santos Lucía y Geminiano, mártires. —El mismo dia celebra la Iglesia el martirio de santa Lucía y san Geminiano, el cual refiere Adon en su Martirologio, de esta manera. Fué santa Lucía matrona honestísima, y habiendo quedado viuda de su marido, vivió santamente hasta setenta y cinco años de su edad. Tenia un hijo llamado Eutropio, muy vicioso y desbaratado, y por extremo enemigo de cristianos. Entró el demonio en este mozo, de manera, que olvidándose de todas las obligaciones que tenia á su madre, la acusó delante del emperador Diocleciano, que era cristiana. Mandóla prender el emperador, y echarla en la cárcel, donde fué consolada del Señor. Trajéronla otro dia al tribunal; y hallándola constante en la confesion de Jesucristo, la hizo azotar cruelísimamente. Levantóse un torbellino, y un temblor de tierra espantoso, con el cual cayó el templo de Júpiter, y se asoló, de suerte, que no quedó piedra sobre piedra del edificio. Enojado por esto Diocleciano, mandó traer una grande olla de metal, y llenarla de pez, y plomo derretido, y ardiendo, echar á la santa en ella, para que allí se cociese: mas la virtud del Omnipotente la guardó, y estuvo tres dias en aquella olla, alabando á Dios, como si estuviese en una cama muy blanda y regalada. Sacáronla despues á la vergüenza por la ciudad, cargada de hierro y plomo; y pasando por la puerta de la casa de un hombre principal, que se llamaba Geminiano, donde habia gran número de ídolos, una paloma blanca, mas que la nieve, bajó del cielo, y se puso sobre la cabeza de Geminiano: el cual movido de lo que veia, y alumbrado de la luz del cielo, se echó á los piés de la santa, y le pidió el bautismo, y le recibió por mano de un sacerdote, llamado Protasio, á quien avisó un ángel, que fuese á la cárcel á bautizarle. Diocleciano mandó entregar á Lucía y á Geminiano á un juez cruelísimo, para que los atormentase y acabase: mas al tiempo que los atormentaban y molian á palos, cayó el aposento, donde estaba el juez, y le mató. Tomó la mano otro juez llamado Abofrasio, y buscó nuevos tormentos para atormentarlos (como si los pasados no bastaran); y convirtiéronse setenta y cinco personas, por ver las maravillas que Dios obraba por sus santos, y todos setenta y cinco recibieron la corona del martirio. Mas el juez no se fué alabando; porque pasando á caballo por una puente, cayó en el rio, y se ahogó, y no pudo ser hallado su cuerpo. Finalmente, la bienaventurada santa Lucía y san Geminiano, fueron pasados á cuchillo por mandado de Megalio, varon consular, á los 16 de setiembre, por los años del Señor de 303. Sus cuerpos tomó una santa mujer, llamada Máxima, y les dió sepultura con gran reverencia y piedad.

* San Niniano, obispo y confesor.—Fué hijo de un príncipe de los bretones, que habitaban los condados de Cumberland y de Galloway. Desde su infancia pareció que solo habia nacido para la virtud, pues ya entonces todos sus esfuerzos se dirigian á perfeccionarse en el amor de Dios. Para librarse de las distracciones de su casa, dejó su patria y marchó á Roma, donde permaneció muchos años, dedicándose al estudio y á la práctica de la religion. Sus progresos fueron muy rápidos, y fué ordenado de sacerdote, y habiendo determinado regresar á su país, habitado casi todo por idólatras, fué consagrado obispo y salió para su destino. Apenas llegó á su patria, empezó su apostolado con tan feliz suceso, que al poco tiempo hizo comun á todos aquellos habitantes el conocimiento del Evangelio, suavizó las costumbres de aquellos bárbaros, cambió el corazon de Tudovaldo, rey de los pictos, y edificó una basílica cristiana en Galloway. El santo obispo fijó allí su sede episcopal, y dedicó la iglesia al glorioso san Martin, al cual tenia particular devocion. Pero su zelo se extendió á otros países: llevó la luz de la fé á todas las provincias habitadas por los pictos meridionales; fué tambien el apóstol de los cumbrios, é ilustró con su predicacion otros lugares distantes. Por fin, volvióse el santo á su residencia episcopal, que llegó á ser una escuela de santos y de hombres apostólicos, y despues de haber obrado una porcion de milagros, murió santamente el dia 16 de setiembre del año 432.

Los santos Abundio, Abundancio, Marciano, y Juan, mártires.—El primero era presbítero, y el segundo, diácono de la Iglesia de Roma, y se ocupaban en predicar el Evangelio á los habitantes de la capital del mundo; en cuyo ministerio obraron muchísimos milagros, é innumerables conversiones. Un dia fueron llamados á la

casa de un tal Marciano, ciudadano principal, cuyo hijo, que se llamaba Juan, habia muerto. Vistas las súplicas y la fé del padre, los santos resucitaron al hijo, y causó tanta admiracion en toda la ciudad aquel patente milagro, que habiendo llegado á los oidos del emperador Diocleciano, éste llamó á su presencia á los que lo habian obrado, y á los que lo habian recibido. Abundio, Abundancio, Marciano y Juan se presentaron, pues, delante del emperador, confesaron todos el milagro, y la divina virtud que Jesucristo comunicaba á sus siervos, la falsedad é impostura de los dioses del imperio, y la ceguera de los que se obstinaban en no ver la luz en los hechos tan públicos que ocurrian. Furioso Diocleciano con el razonamiento de los santos, mandó que los cuatro fuesen inmediatamente conducidos á un sitio apartado diez millas de Roma, y allí los degollaron.

Los santos Rogelio y Servodeo, mártires. — Eran españoles y vivian en la ciudad de Córdoba en tiempo de la dominacion de los moros. A pesar de las severas prohibiciones de estos dominadores, los dos santos predicaban la doctrina de Jesucristo por los sitios mas públicos, y detestaban en todas ocasiones la falsedad de Mahoma. Al fin les pusieron presos; pero en la cárcel como en las calles no cesaban de enseñar y predicar, por cuyo motivo un dia les cortaron las manos y los piés; pero los esforzados héroes de la religion continuaban todavía publicando las excelencias del Evangelio. Despues de algunos dias los sacaron de la prision, y conduciéndolos á la plaza pública, allí los degollaron, muriendo en el mes de setiembre del año 852. San Eulogio, en su libro II *De sanctis*, cap. 13, habla de Rogelio y Servodeo como de dos esforzados campeones, que en el foro y en la cárcel, supieron defender su fé, y acreditar dignamente su valor.

Santa Sebastiana, mártir. — Fué de Heraclea, en Tracia, y se convirtió á la religion católica, por la predicacion y milagros del apóstol san Pablo, del cual fué despues fidelísima discípula. Continuó en lo sucesivo practicando todas las virtudes evangélicas, y siendo modelo perfecto de cristianos, hasta que en tiempo del emperador Domiciano, siendo gobernador de Tracia un tal Sergio, la prendieron, la hicieron sufrir varios y crueles tormentos, y por fin le cortaron la cabeza en su misma patria, el año 92 de Jesucristo. Su cuerpo, recogido por los fieles, fué guardado con gran veneracion en la ciudad de Heraclea, y el Señor dispensó por su intercesion grandes milagros.

Santa Edita, vírgen. — Está en el dia de ayer.

Dia 17.

El dulce Nombre de María. — Entre todos los nombres, con que la Escritura sagrada, y los santos Padres nombran á la Madre de Dios, para significar sus excelencias y prerogativas, el nombre propio es el de María, y juntamente el mas principal; porque está lleno de misterios, y siendo uno solo, significa en compendio todas las grandezas de María, que se representan por los otros nombres y epitetos. Por lo cual, aunque decia Pitágoras, que se hallará muy rico de prudencia en la vejez, quien no gastare el tiempo en disputar de los nombres, y los filósofos desprecian las cuestiones de nombre, como inútiles; la excelencia y santidad del nombre de María, nos convida, y aun obliga á tratar de él: porque este dulcísimo nombre, pronunciado, consagra los labios: escuchado, recrea los oidos: pensado, alegra el corazon; y ni se puede escribir de él sin provecho, ni hablar sin fruto, ni discurrir sin ganancia: y como dice san Bernardino de Sena: « Ya que no podemos alabar á María, como merece, debemos ensalzar su nombre, cuanto nos fuere posible. »

2 El santísimo nombre de María desde la eternidad se escribió en el libro de la vida, despues del nombre de Jesus: el nombre de Jesus fué el primero; y el nombre de María el segundo. Y advirtió el cardenal Nicolás Cusano, que nunca fué borrado el nombre de María del libro de la muerte; porque nunca fué escrito el nombre de María en este libro. Si creemos lo que dicen graves doctores, el nombre de María fué revelado á Adan, el primero de los hombres, por el mismo ángel que en nombre de Dios amenazó á la serpiente, que una mujer le habia de quebrantar la cabeza: el nombre de María fué revelado á Elías, cuando vió levantar del mar aquella nubecilla pequeña, que era imágen y figura de la Reina del cielo, y estrella del mar: tambien entre los maestros antiguos de los judíos habia noticia de que se habia de llamar María la Madre del Mesías, como lo prueba Pedro Galatino. Pero no solo los judíos, mas tambien los gentiles tuvieron noticia del nombre de María, como dice san Juan Damasceno; porque entre las diez Sibilas, dos profetizaron claramente el nombre de María, que fueron la Eritrea, y la Tiburtina: y esta añadió, que habia de tener un esposo, llamado José, y que su Hijo, nacido del Espíritu santo, sin obra de varon, se habia de llamar Jesus; de manera, que expresó todos tres nombres, de Jesus, María y José. El oráculo de Apolo, que se veneraba en Delfos, consultado de los argonautas Jason, y sus compañeros, á quién dedicarian un templo que habian edificado en una ciudad del estrecho de Galípoli, que antiguamente se llamó Cizico, y ahora Spyga; respondió el oráculo, que á María, Madre del Verbo eterno: lo cual ellos, envueltos en las tinieblas de sus errores, no entendieron; y así dedicaron el templo á Rea, madre de los dioses, hasta que en tiempo del emperador Zenon se consagró el templo á honra de María santísima: todo lo cual cuenta Cedreno en el Compendio de las historias.

3 Dejando otros monumentos y memorias, con que quiso Dios anunciar en la antigüedad el nombre de María; particularmente fué revelado á sus padres Joaquin, y Ana, por medio de un ángel, que les mandó pusiesen á su hija el nombre de María, como se lee en el libro del Nacimiento de la Vírgen, que anda entre las obras de san Geró-



nimo. Y si se le fué revelado á Abrahan el nombre de su hijo Isaac, y á Zacarías el de san Juan Bautista, y tambien á santa Isabel, como indica el Evangelio, y notó san Ambrosio; no era justo que careciese María santísima, habiendo de ser Madre de Cristo, del privilegio que gozó Isaac, por ser figura de Cristo; y Juan, por haber de ser su precursor: y así lo significa san Ambrosio, diciendo, «que no es verosímil que se negase á María este privilegio, que se concedió á otros santos; pues no hay santo ninguno, que venza á María en los privilegios de la gracia. Fuera de que solo Dios podia dar conveniente nombre á la Vírgen, no sus padres, ni alguna criatura; porque solo quien conoce las cosas, puede darlas nombre que las convenga: y como solo Dios conocia la excelencia de aquella niña que nacia, solo Dios podia ponerle el nombre de María, que significa, como verémos, sus excelencias. Y nota un doctor, que María santísima fué la primera de las mujeres que recibió el nombre, por revelacion divina, antes de su concepcion. Pantaleon, diácono, y otros doctores afirman, que el mismo arcángel san Gabriel, que anunció antes á Zacarías la concepcion y nombre del Bautista, y despues á María la concepcion y nombre de Jesus; anunció á Joaquin y á Ana la concepcion y nombre de María; de manera, que podemos acomodar á la Vírgen, lo que dice el Evangelio de su Hijo: «*Vocatum est nomen ejus María: quod vocatum est ab angelo, priusquàm in utero conciperetur.*» Y así este nombre no es inventado de hombres, sino dado de Dios: no es nacido en la tierra, sino bajado del cielo: no fué puesto por eleccion de sus padres, sino por providencia del que habia de ser su Hijo. Primero pronunciaron el nombre de María los ángeles, que los hombres; y verdaderamente es menester que sean los hombres ángeles, para pronunciar con labios bastantemente puros el santísimo nombre de María. Por eso no mudó la Vírgen el nombre de María en otro, cuando subió á la dignidad de Madre de Dios: como á Simon le mudó Cristo el nombre en el de Cefas, ó Pedro, cuando le levantó á la dignidad de cabeza de su Iglesia: porque el nombre de María se le habia dado Dios á la Vírgen; y por eso nunca le habia de dejar. El nombre de María significaba la dignidad de Madre de Dios; y así no pedia otro nombre su dignidad: el nombre de María era el mejor nombre que podia tener la Madre de Dios, como dice san Buenaventura; y así no habia otro nombre, en que poderle mudar. Por eso el ángel, al anunciar á la Vírgen el misterio de la encarnacion, la confirmó el nombre diciéndola: No temas, María; porque hallaste gracia delante de Dios. Y ¿qué gracia halló María? La primera gracia que halló, fué el nombre, en que se significaban todas las gracias que habia de recibir María; y quizá por eso dijo san Pedro Crisólogo, «que el nombre de María es semejante á profecía; porque este nombre fué una profecía de todos sus privilegios, gracias y prerogativas.»

4 Dan los santos Padres y doctores diversas significaciones á este nombre de María, segun diversas lenguas y derivaciones, con que explican las innumerables excelencias de María santísima, para que digamos de ella: *Secundùm nomen tuum, sic et laus tua:* Como tu nombre, es tu alabanza: porque si los nombres de los grandes sugetos Adan, Eva, Abrahan, Sara, Isaac, Israel, Juan, Pedro y Pablo, no carecen de misterio, y les fueron puestos con singular providencia y sabiduría divina, ¿qué hemos de decir, ó qué hemos de pensar del nombre de María, Madre de Dios, y Reina del cielo y de la tierra? El nombre de María, segun san Ambrosio (aunque no se sabe de qué raiz lo tomó), se interpreta: «Dios de mi linaje;» que es decir: «Dios nacerá de mí:» y vínole ajustado el nombre; pues se hizo Dios hombre en sus purísimas entrañas: y haciéndose Dios del linaje de María; tambien se hizo María del linaje de Dios: y por eso quizá la llamó san Ignacio, mártir: «María de Jesus.» El nombre de María, segun san Epifanio, san Gerónimo, san Damasceno, y otros doctores, significa, en lengua siriaca, lo mismo que señora: y cuadróle este nombre á la Vírgen, dice san Juan Damasceno; porque fué constituida universal Señora de todas las criaturas, cuando fué hecha Madre del Criador de todas ellas. El nombre de María, segun muchos santos doctores, significa «estrella del mar;» entendiendo unos por estas palabras, que es luna, otros que es lucero de la mañana, otros que es norte: y todo lo es María: Luna, que alumbra nuestras tinieblas; Lucero de la mañana, que nos anuncia el dia eterno de nuestra felicidad; y Norte que guia á los que navegan por el mar tempestuoso del siglo. Sin esta Estrella del mar, todo es tinieblas: sin esta Luz, todo es bajíos: sin este Astro, todo es tempestades: mirando á María, y mirándonos María, descubrimos los rumbos: alcanzamos las alturas; y sabemos adonde hemos de enderezar la proa, y tender las velas, para llegar seguros al puerto de la bienaventuranza. El nombre de María, segun Filon, significa «mar amargo;» y lo fué María santísima en la pasion, y muerte de su Hijo, por los rios de amargura que entraron en su alma, y olas de tribulaciones que combatieron su corazon. El nombre de María, segun san Epifanio, se interpreta «esperanza;» porque parió á Cristo, que es esperanza de todo el mundo: y porque María con su intercesion, da esperanza de perdon á los pecadores, de acrecentamiento de santidad á los justos, y de conseguir la bienaventuranza, á todos los que viven desterrados en este valle de lágrimas. El nombre de María significa, segun otros, «maestra, y doctora:» y con mucha razon tiene este nombre; porque fué Doctora de los doctores, y Maestra de los apóstoles, como la llama el sabio Idiota.

5 Dejando las interpretaciones de «excelsa,» ó eminente, de «iluminada, ó iluminadora, lluvia del mar, ó mirra del mar,» y otras que, ó están incluidas, ó tienen mucho parentesco con las que hemos traido; es muy celebrada la interpretacion, ó acomodacion del bienaventurado Alberto Magno: el cual, hablando del nombre de María, dice, «que Dios llamó á la congregacion

de todas las aguas María, y á la congregacion de todas las gracias María:» para significar que como el mar es lugar de todas las aguas; María es lugar de todas las gracias. Y conforme á esto, dice Dionisio Cartujano: «María se interpreta mar: porque como ninguno puede contar las gotas de agua del mar; así ninguno puede explicar la excelencia de la gracia y gloria de María.» Con mas elegancia, en este mismo sentido, lo dice san Buenaventura, acomodando á María aquello del Eclesiástico: *Omnia flumina intrant in mare.* Todos los rios (dice) entran en el mar, cuando todas las excelencias de los santos entran en María. El rio de la gracia de los ángeles entra en María: el rio de la gracia de los patriarcas y profetas, entra en María: el rio de la gracia de los apóstolos entra en María: el rio de la gracia de los mártires entra en María: el rio de la gracia de los confesores entra en María: el rio de la gracia de las vírgenes entra en María: finalmente, todos los rios entran en el mar; esto es, todas las gracias entran en María.» Todo esto dice san Buenaventura: donde se ve, cuán convenientemente se llama María: Mar; pues que es mar de gracia, en quien se recogen todas las gracias de los ángeles y santos: solo con esta diferencia, que el mar no redunda, como advierte el Eclesiástico, aunque entren en él todos los rios; pero en María, misterioso mar, entran todos los rios de las gracias, y redundan en nosotros. Dice san Bernardino de Sena, que así como llamamos á Dios, no con un nombre solo, sino con muchos nombres, para significar su incomprensibilidad; así llamamos con muchos nombres á la gloriosa Virgen, ya con el nombre de Luz, ya de Sol, y otros semejantes, para conocer de alguna manera su excelencia, y sublimidad. Pero, si bien lo consideramos, en el nombre santísimo de María se encierran todas sus grandezas; porque como nombre inventado de Dios, encierra mas misterios, que letras: antes cada letra tiene muchos misterios y significaciones, como consideran otros, y yo los dejo, porque, como advierte el doctísimo padre Alonso Salmeron, tienen mas de piedad, que de solidez.

6 Acerca del dia en que fué puesto á la Vírgen el nombre de María, hay variedad de opiniones, por haberla tambien acerca del dia que acostumbran los hebreos poner el nombre á sus hijas: porque de los niños es cierto que era el octavo dia en que se hacia la circuncision; mas de las niñas unos dicen el octavo dia, como los varones, otros que al noveno dia, otros que á los quince dias, otros que ochenta dias despues del nacimiento, cuando segun la ley llevaban las madres á ofrecer á sus hijas en el templo. Niceforo dice que á María le fué puesto el nombre poco despues de nacida, significando con él, como con un enigma, la gracia que aquella niña habia recibido.

7 Del santísimo y dulcísimo nombre de María, dice el sapientísimo Idiota, hablando con la Vírgen, estas palabras: «Dióte, ó Vírgen María, toda la santísima Trinidad un nombre, que despues del nombre de tu benditísimo Hijo, es sobre todo nombre; porque á tu nombre se arrodilla toda criatura del cielo, de la tierra y del infierno, y toda lengua confiesa la gracia, gloria y virtud de este santísimo nombre; porque no hay otro nombre despues del nombre de tu benditísimo Hijo, que sea tan poderoso socorro: ni hay otro nombre dado en la tierra á los hombres despues del dulce nombre de Jesus, del cual se redunda tanta salud á los hombres: porque sobre todos los nombres de los santos alivia á los que están fatigados: sana á los enfermos: alumbra á los ciegos: penetra á los duros: recrea á los cansados: unge á los luchadores; y libra á todos del yugo del demonio. La fama de tu santísimo nombre, ó clarísima Vírgen María, primero estuvo encerrada, mientras viviste en el mundo; mas despues de tu asuncion á los cielos, se divulgó por todas las partes del mundo; porque con la predicacion de los apóstolos llenó toda la tierra el sonido de tu santísimo nombre, y se manifestó á todo el mundo su gloria. De tanta virtud y excelencia es tu nombre, ó beatísima Vírgen María, que á su invocacion el cielo rie, la tierra se alegra, los ángeles se gozan, los demonios tiemblan y se turba todo el infierno.» Todo esto dice este padre, del nombre de María; y se pueden decir de él, con la debida proporcion, casi todas las alabanzas que se dicen del nombre de Jesus; porque aunque el nombre de Jesus sea mucho mas excelente que el de María; con todo eso, ha querido el Hijo, en órden á nuestra salud, dar semejante virtud al nombre de su Madre que al suyo: y aun dice san Anselmo, «que algunas veces se alcanza mas presto la salud, invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesus, único Hijo suyo y Señor nuestro: no porque la Madre sea mas poderosa que el Hijo, pues no es grande y poderoso el Hijo por la Madre, sino la Madre por el Hijo; sino porque Cristo, llamado por su nombre, no oye luego al punto, por justas causas que tiene para ello: pero invocado en nombre de su Madre, aunque los méritos de quien le invoca no merezcan que sea oido; interceden los méritos de la Madre para que sea bien despachado.» Esto es de san Anselmo. Y no es maravilla que quiera Dios hacer mayores favores, ó mas presto, por el nombre de su Madre que por el suyo; pues quiso hacer mayores milagros por medio de sus siervos que por sí mismo: y antiguamente respondia mas fácilmente á los que le invocaban, llamándole Dios de Abrahan, y Dios de Isaac y de Jacob, que si le nombraban Dios solamente, como advirtió Orígenes. Y en nuestro caso hay conveniente razon: porque cuando invocamos el nombre de Jesus, no solo invocamos con este nombre á nuestro Padre, mas tambien á nuestro Juez: con que su justicia suele detener á su misericordia, para que ó no nos oiga, ó dilate el despachar nuestra peticion; mas cuando nombramos á María, solo invocamos nuestra Madre, y á la Madre de misericordia, en quien no hay título que embarace el interceder por nosotros con su Hijo: y si intercede María, ¿cómo la negará su Hijo lo que pidiere? ó ¿cómo ha de embarazar su justicia á su misericordia; pues atiende antes á los méritos de la Madre que intercede, que á los

deméritos del siervo que suplica? Por eso prueba un doctor que el nombre de María obra algunos efectos *ex opere operato*, solo con invocarle cualquiera que le invoque por voluntad é institucion divina, al modo que dan algunos doctores esta virtud á la señal de la cruz, á los cuales favorece no poco san Agustin, y al modo que la tienen los exorcismos de la Iglesia. Pero sea lo que fuere de esto; lo cierto es, que los santos y doctores atribuyen semejantes efectos al nombre de María que al nombre de Jesus. San German afirma que el nombre de María destierra todo temor: san Buenaventura que los que invocaren á María no temerán en el punto de la muerte; y que no tiemblan tanto los enemigos visibles de un copioso ejército, como los demonios del nombre de María; y que tienen mucha paz los que veneran este nombre: santa Brígida dice, que el nombre de María le veneran los ángeles, le temen los demonios, y trae salud á los hombres que le invocan con propósito de no pecar mas: el beato Alberto Magno, que el nombre de María apaga las llamas deshonestas é infunde castidad: san Anselmo, que el nombre de María es seguridad de los que se hallan en algun peligro: san Antonio de Padua, que el nombre de María trae alegría á los tristes; porque es júbilo en el corazon, miel en la boca, y música en el oido. Mas, ¿para qué es menester amontonar testimonios, y gastar muchas palabras en lo que se puede decir en pocas? A los que invocan con fé y devocion el nombre de María, favorece Dios en todas sus necesidades: socorre en todos los peligros: consuela en todas las aflicciones; y no hay ninguno tan miserable que no halle consuelo, alivio y socorro en este dulcísimo y poderosísimo nombre.

8 Con todo esto, no se excusa apuntar uno ú otro de los innumerables milagros que ha obrado Dios para honrar y ensalzar el nombre de su Madre, sacados de graves y diligentes autores. Y aunque, si bien se considera, todos los milagros que Dios hace por la intercesion de María, que son continuos, grandes y estupendos en todas las partes del mundo, y con todo género de personas, sirven para ensalzar y magnificar el nombre de María; con todo eso ha obrado muchos y muy grandes milagros, particularmente por la invocacion ó devocion de este dulcísimo nombre. San Alberto, carmelita, como refiere Surio en su Vida, hizo muchos milagros con la invocacion del santísimo nombre de María. San Eustaquio, cisterciense, era devotísimo del nombre de María, y siempre que pasaba por delante de alguna imágen de la Vírgen, la saludaba, diciendo: Ave María. Murió; y despues de muerto, le hallaron en la lengua, escritas con letras de oro, estas palabras: Ave María. El beato Guillermo, monje tambien cisterciense, repetia muchas veces estas dos palabras: Ave María, que solamente habia podido aprender en toda su vida, por ser muy rudo; y agradó á Dios tanto esta devocion, que despues de enterrado salió de su boca una azucena, en cuyas hojas estaban escritas con letras de oro, estas palabras: Ave María. Lo mismo cuenta Angelo Guiano en sus Anales, del beato Francisco Senense de la órden de los Servitas. Un soldado, que por haber sido devoto de la Vírgen, y haber dejado su devocion, no pudo pronunciar en dos años el nombre de María; dando limosna á cinco pobres en reverencia de las cinco letras del nombre de María, al dar la última limosna al quinto pobre, desató Dios su lengua y pudo pronunciar entonces y despues toda su vida el dulcísimo nombre de María. Mas no es maravilla que haya hecho Dios estos y otros milagros, librando de enfermedades, peligros de muerte, tentaciones, y de los demonios á los hombres que invocan con devocion el nombre de María; pues ha sucedido, no una vez sola, que algunas avecillas de estas que aprenden á hablar, viéndose presas del gavilan, con pronunciar el nombre de María á que las habian acostumbrado; ellas quedaron libres, y el gavilan cayó de repente muerto. Añado solamente un caso, que cuenta Vincencio Belovacense, en su Espejo historial, porque enseña juntamente una devocion al dulcísimo nombre de María. Dice, pues, este autor, que habia un monje, llamado Josio, devotísimo del nombre de María, en cuya reverencia rezaba cada dia, despues de maitines, cinco salmos, que empiezan con las cinco letras del nombre de María, y son estos: 1. *Magnificat*: 2. *Ad Dominum, cum tribularer*: 3. *Retribue servo tuo*: 4. *In convertendo*: 5. *Ad te levavi oculos meos*. Murió de repente, aunque no desprevenido, y viendo el abad con los monjes á verle á su celda, hallaron su rostro hermoso, como de un ángel, que gozaba ya de la vista clara de Dios, y vieron que de los ojos le salian dos bellísimas rosas, otras dos de los oidos, y la quinta de la boca. En las hojas de esta rosa estaba escrito el nombre de María; y en las hojas de las cinco rosas los principios de los cinco salmos del nombre de María. Estuvo el santo cuerpo por enterrar siete dias, concurriendo mucha gente á ver tan gran maravilla, con que Dios testificaba, cuán agradable le habia sido aquella devocion al nombre de su Madre.

9 Por esto nuestra principal devocion, despues del nombre de Jesus, ha de ser con el nombre de María: y si pedimos al Padre en nombre de su Hijo, para alcanzar lo que deseamos; pidamos al Hijo en nombre de su Madre, para conseguir lo que pedimos. Dijo Cristo, que todo cuanto pidiésemos al Padre en su nombre, nos lo concederia; así podemos creer, que no nos negará nada el Hijo, que le pidiéremos en nombre de su Madre. San Gerardo, obispo y mártir, y otros muchos devotos de la Vírgen, no negaban nada que les pidiesen en nombre de María. Pues ¿quién creerá, que no hará el Hijo á su Madre la honra que le hacen los siervos? Invoquemos en todas nuestras necesidades y aflicciones el nombre de Jesus: porque es un nombre sobre todo nombre, y no hay otro nombre debajo del cielo, en que haya salud, sino este nombre: pero, despues del nombre de Jesus invoquemos el nombre de María; porque despues del nombre de Jesus es nombre sobre todo nombre, y por medio de este nombre quiere Dios concedernos la salud, que nos viene del nom-

bre de Jesus. Por eso el dulcísimo san Bernardo, despues de haber dicho, que el nombre de María se interpreta estrella del mar, añade: «O tú cualquiera, que te miras fluctuar en el mar de este siglo, combatido de olas, y cercado de tempestades; no apartes los ojos de esta Estrella, si no quieres ser anegado de las ondas. Si se levantan vientos de tentaciones, si das en escollos de tribulaciones; mira á la Estrella, llama á María. Si eres combatido de olas de soberbia, de ambicion, de detraccion; mira á la Estrella, llama á María. Si la ira, la avaricia, ó la tentacion de carne, acometiere la navecilla de tu alma; mira á María. Si turbado con la grandeza de tus delitos, confuso con la fealdad de tu conciencia, y atemorizado con la terribilidad del juicio divino, estás para caer en una profundísima tristeza, y en un abismo de desesperacion; piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas, piensa en María. No falte de tu boca, no falte de tu corazon María: y para alcanzar el sufragio de su oracion, no dejes pasar el ejemplo de su conversacion. Siguiendo á María, no vas descaminado: rogando á María, no desesperas: pensando en María, no yerras: teniéndote María, no caes: defendiéndote María, no temes: siendo tu guia María, no te fatigas; y siéndote propicia María, llegas al puerto deseado, y experimentas en tí mismo, con cuánta razon se llama esta Vírgen María.» Hasta aquí san Bernardo.

10 Siempre ha sido muy venerado, y celebrado en la Iglesia el nombre de María. Tomás Bozio afirma, que desde el tiempo de los apóstoles la reina Candace, convertida á la fé por san Mateo, apóstol, edificó en la ciudad de Auxim, en Etiopía, un templo con el nombre de María, que fué antiguamente muy célebre y frecuentado de los peregrinos de toda aquella provincia. En nuestra España sabemos, que Santiago, apóstol, su patron, edificó en la ciudad de Zaragoza, del reino de Aragon, una iglesia con el nombre de María, por mandato de la Vírgen que vivia aun en la tierra. Mas no hay para que detenernos en esto; pues como dice san Antonino de Florencia, no hay ciudad ni lugar, por pequeño que sea, en toda la cristiandad, que no tenga alguna iglesia ó ermita, ó por lo menos algun altar consagrado al nombre de María. Las religiones, que se han fundado debajo del nombre de María son muchas y muy esclarecidas, la de Santa María del Monte Cármelo, la de la Merced, y la religion de los Siervos de María. Dejo las religiones de monjas, que se honran con el nombre de María. Muchas órdenes militares (como tambien lo fué en sus principios la de Santa María de la Merced, cuando descendió á Barcelona) tomaron el nombre de María: la de Santa María de los Teutónicos: la de Santa María de Calatrava, que se instituyó en Castilla, año de 1158, y militia en ella, debajo del nombre de María, gran parte de la nobleza de España: la de Santa María de Montesa, en Aragon: la de Santa María Gloriosa, en Italia; y otras en diversos reinos y provincias. Las congregaciones que se han fundado, y cada dia se fundan debajo del nombre de María, no tienen número: entre las cuales es muy célebre la que fundó el venerable P. Fr. Simon Rojas, de la sagrada órden de la Santísima Trinidad, con título del *Ave María*, del cual nombre y salutacion era devotísimo; y se dice que la primera palabra que habló cuando niño, fué: *Ave María*; y despues toda la vida la repetia frecuentemente, y con esta salutacion dió salud á muchos enfermos, y echó los demonios de los cuerpos, é hizo otros milagros: y aun afirma su historiador, que no pidió nada á Dios por el nombre de María, que no lo alcanzase. Hase extendido esta congregacion del *Ave María* por España, Flandes, Italia, Francia, y las Indias, con grande aumento del culto de la Vírgen, y grande provecho de sus congregantes, que se honran con el título de esclavos de la santísima Vírgen. En Polonia se tiene tal reverencia y veneracion al nombre santísimo de María, que no se atreven á poner á ninguna mujer este nombre, juzgando que no es justo tenga otra mujer el nombre que tiene la Madre de Dios; como ningun hombre se llama Jesus, por respeto á tan alto y divino nombre. Esta costumbre de los polacos se cree tuvo origen de Casimiro, primero rey de Polonia, que casándose con una hija del duque de Rusia, que se llamaba María; quiso que tomase otro nombre, y dejase el de María, por reverencia á tan soberano nombre, del cual ni una reina era merecedora. Esto á lo menos avisa á las mujeres que tienen el nombre de María, cuánta pureza de vida, y santidad de costumbres deben procurar, para llenar tan sublime y soberano nombre, y no ofender, ni afrentar, si se puede decir así, el nombre de María: del cual dice san Pedro Crisólogo, «que es insignia de la virginidad, hermosura de la honestidad, indicio de la castidad, sacrificio de Dios, virtud de la hospitalidad y colegio de toda la santidad.

11 Empezóse á celebrar fiesta al nombre de María en España, en la muy santa y muy ilustre Iglesia de Cuenca el año de 1503, por breve apostólico, el octavo dia de la Natividad de nuestra Señora, con oficio proprio y rito doble, y mucha solemnidad: gloria grande de esta santa Iglesia haber sido la primera que celebró la fiesta al nombre de María. Fundó y dotó esta fiesta el canónigo Pedro del Pozo, por la singular devocion que tenia al dulcísimo nombre de María, dando para la fundacion seis mil maravedís. Reformó entre otras muchas fiestas Pio V, esta del nombre de María; y desde entonces se hizo en la Iglesia de Cuenca conmemoracion de ella solamente, hasta que el canónigo Juan del Pozo, sobrino del canónigo Pedro del Pozo, imitando la piedad de su tio, suplicó al papa Sixto V, restituyese esta fiesta á la Iglesia de Cuenca, y diese licencia de celebrarla con la misma solemnidad que antes, y con oficio proprio enmendado, segun los decretos del concilio tridentino, y Pio V; todo lo cual concedió su santidad, mandando que se trasladase la fiesta á los 17 de setiembre, como consta de testimonio del cardenal Deza al canónigo Juan del Pozo, dado en Roma á 17 de enero de 1587.

Despues se comenzó á celebrar esta fiesta en la santa Iglesia y arzobispado de Toledo: y finalmente nuestro santísimo padre Clemente X, ha mandado que en todas las provincias, reinos, estados y señoríos, sujetos á nuestro católico rey de España (que Dios guarde), se celebre perpetuamente fiesta al nombre de María, á los 17 de setiembre con las lecciones del mismo oficio, que se suele decir en el arzobispado de Toledo, por un breve despachado á 26 de enero de 1671.

12 Del nombre de María escribió Fr. Antonio Navarro, de la órden de la Santísima Trinidad, un libro que intituló: *Abecedario virginal*: en que da á la Virgen doscientos veinte y ocho nombres, segun la sagrada Escritura, y propiedades de piedras preciosas, aves, animales, fuentes, árboles y otros secretos de naturaleza. Otro libro intitulado: *Trisagion Marianum*, escribió el padre Adriano Lireo, de la Compañía de Jesus; y el padre Juan Bautista Poza, de la misma Compañía, dice mucho en su Elucidario de este santísimo nombre. Otros doctores y santos Padres, dicen grandes alabanzas del nombre de María, de los cuales muchos dejamos arriba citados.

San Lamberto, obispo y mártir.—De ilustre sangre nació san Lamberto en la ciudad de Mastricht: su padre se llamó Apto, y su madre Herisplinde. Tuvo por maestro desde niño á un santo y docto varon, llamado Landoaldo, de quien hace conmemoracion, como de santo, el Martirologio romano á los 19 de marzo: el cual le enseñó las divinas Letras y el temor santo del Señor: y Lamberto se dió tanto á la virtud, que por sus merecimientos y los de su maestro Landoaldo trajo fuego en el seno, sin quemarse, y por las oraciones de ambos brotó una fuente de agua clarísima para el edificio de la iglesia que se labraba. Cuando volvió á casa de sus padres, huia de la conversacion de los otros mozos nobles y libres, sus iguales, y menospreciaba las honras y vanidades del siglo, y todo lo que podia daba á los pobres. Era á la sazon obispo de Mastricht san Teodardo, varon de grande autoridad en la corte del rey y en todo el reino, por sus excelentes virtudes: por las cuales Dios le dió la corona del martirio; porque derramó su sangre por la libertad y defensa de su Iglesia, y como de mártir hace memoria de él la santa Iglesia á los 10 de setiembre. A este santo obispo entregaron á Lamberto, ya mozo, sus padres para que le criase y le guiase: y él lo hizo, y descubrió en Lamberto tan grande ingenio, doctrina, modestia y prudencia, que le amó y favoreció mucho; y todo el pueblo se le aficionó de manera, que, muerto Teodardo, luego puso los ojos en Lamberto, para hacerle sucesor del santo obispo y mártir: y por mucho que Lamberto lo resistió, declarando sus pocas fuerzas para llevar tan gran peso, fué tanta la instancia que le hicieron y la fuerza con que se lo pidieron, que no pudo dejar de bajar la cabeza, y rendirse á su voluntad, entendiendo que era la de Dios, que se queria servir de él en aquella dignidad, de la cual él se tenia por tan indigno.

2 En sentándose en la silla de obispo, luego se entregó á todas las obras y ministerios de vigilante y santo pastor. Predicaba á menudo con gran fervor y espíritu, y lo que enseñaba de palabra, confirmábalo con su santa vida. Repartia, todo lo que tenia, á los pobres: era padre de los huérfanos, refugio de las viudas, consuelo de los afligidos, y remedio de todos los necesitados. Hacia Dios por él muchos milagros, y resplandecia en su Iglesia como un nuevo sol en el mundo. Extendióse luego la fama de su santidad por todo el reino de Francia: y el rey Childerico, que á la sazon lo era, deseó tenerle cabe sí, y se sirvió de él, dándole mucha mano en el gobierno del reino, y aprovechándose de su consejo. Mas esto duró poco: porque el rey Childerico fué muerto á traicion; y Ebroino, caballero principal y maestro de casa, ó mayordomo mayor del palacio real (á cuyo cargo, por razon de su oficio, estaba el gobierno del reino), era ambicioso y cruel tirano: y muerto el rey, para que no hubiese quien le fuese á la mano, la tuvo para echar de su silla á san Lamberto, y desterrarle, con gran regocijo de los malos, y tristeza y llanto de los buenos. Consoló el santo prelado, lo mejor que pudo, á su pueblo, y mostróse en todo varon de Dios; porque ni perdió la paz de su alma, ni la serenidad de su rostro, ni la compostura y gravedad de su persona, en todas las injurias, desacatos y vituperios que le hicieron. Usurpó por fuerza la silla del santo un malísimo hombre, llamado Faramundo, para castigo de aquella Iglesia; porque era un lobo cruel y carnicero, que no atendia sino á derramar y despedazar el rebaño del Señor, cuyos juicios son secretísimos y justísimos, aunque en esta vida no los alcancemos, ni entendamos porque aflige al santo, y levanta al pecador. Salió de su Iglesia Lamberto, y fuése á un monasterio de santos monjes, que se llamaba estabulense, para vivir en él mas apartado de los cuidados de obispo, y darse mas á la penitencia, á la oracion y contemplacion de Dios. Fué recibido del abad y de todo el convento, como santísimo varon y un ángel venido del cielo: y aunque todos le honraban y respetaban por su santidad y dignidad; él se humillaba y ponia debajo de los piés de todos, y no se trataba como obispo, sino como el menor novicio del convento. Mostrólo bien en una cosa que le sucedió; porque una noche, durmiendo con los otros frailes en el dormitorio, quiso á deshora levantarse de su camilla, para darse con mas cuidado y atencion á la oracion: al tiempo de calzarse, se le cayó un zapato en el suelo, y con el ruido inquietó á los frailes que dormian. Oyólo el abad; y no sabiendo quién era, dijo: Cualquiera que sea, el que ha hecho este ruido, váyase á la Cruz, como es nuestra costumbre, y estése allí, para que pague su culpa con esta obediencia. La noche era muy fria y de gran hielo; y el santo prelado, por obedecer al mandato del abad, vestido como estaba de solo el cilicio, sin tomar para su abrigo otra ropa, se fué á la Cruz, que era un lugar devoto, apartado y descubierto, y allí se estuvo, hasta que se levantaron los frailes, y rezaron sus maitines, y volvieron á calentarse, porque el frio

era muy crudo y recio. Cuando el abad no vió entre los otros monjes á san Lamberto, preguntó en dónde estaba; y entendió de los monjes, que era aquel á quien él habia mandado que se fuese á la Cruz. Corrió luego á él: hallóle desnudo con solo el cilicio, traspasado y casi helado de frio, y resplandeciente su rostro con una nueva y celestial claridad: echóse á sus piés con los demás monjes pidiéndole perdon: y el santo obispo, corrido y confuso con la humildad y perdon que le pedia el abad, le rogó que no le hablase de aquella manera, sino que le perdonase á él sus faltas, y el descuido que habia tenido en turbar el sueño de los religiosos. En este monasterio estuvo siete años san Lamberto, hasta que el tirano Ebroino, su perseguidor, por justo castigo de Dios, fué muerto; y Faramundo fué echado, no solamente de la Iglesia que con violencia habia usurpado, sino tambien de toda la provincia. Trocáronse todas las cosas, despues que el gobierno del reino, con la dignidad de prefecto ó mayordomo mayor del palacio real, vino á manos de Pipino: el cual envió á llamar á san Lamberto del monasterio estabulense donde estaba, y le honró mucho, y le favoreció y restituyó á su Iglesia, donde el santo, con su ejemplo, doctrina y vigilancia, hizo gran fruto, visitando su diócesi, y curando la roña de sus ovejas, y esparciendo por todas partes los resplandores de sus virtudes. Y no contento con dar buena cuenta del ganado, que Dios le habia encomendado; sabiendo que unos pueblos allí cerca llamados Tajandros, todavía estaban en la ceguedad y tinieblas de la gentilidad, fué á ellos, para alumbrarlos, y traerlos á la luz y fé de Jesucristo. Juntáronse todos aquellos pueblos paganos, para maltratar al santo predicador, y darle la muerte: dijéronle muchos baldones: hiciéronle grandes injurias y malos tratamientos; y él con la paciencia, constancia y mansedumbre, los rindió y sujetó al yugo de nuestro Señor Jesucristo, y los bautizó y derribó los ídolos, fundó iglesias, ordenó sacerdotes; y finalmente, consagró á Cristo nuestro Redentor toda aquella tierra.

3 Era Pipino príncipe excelente, prudente en la paz, valeroso en la guerra, y piadoso y liberal con las iglesias, y con las personas eclesiásticas y dedicadas á Dios; pero todas estas virtudes las oscurecia y mancillaba con la deshonestidad y con haber desechado á su legítima mujer Plectudris, entregándose totalmente á una amiga, que se llamaba Alpayda, con grande ofensa de Dios, y escándalo de todo el reino. Otros obispos y sacerdotes callaban, ó por lisonjear al príncipe, ó por desconfiar que el reprenderle no podria aprovechar: mas Lamberto, como era tan santo, tan abrasado y celoso del amor de Dios, tenia tanta autoridad con el mismo Pipino y en el reino, que se opuso á Pipino, avisándole, amonestándole, reprendiéndole y amenazándole muchas veces con la ira y castigo severo del Señor, sino se enmendaba. Tenió la mala hembra, como otra Herodías, que al cabo podria tanto san Lamberto con su autoridad con Pipino, que la dejaria y se apartaria de su deshonesto trato, y persuadió á un hermano suyo, que se llamaba Dodon, que no permitiese que Lamberto pudiese tanto con Pipino en daño suyo.

4 Tomó algunos medios Dodon, para, ó ablandar, ó espantar á Lamberto; pero todos fueron sin provecho: y Alpayda estaba siempre atenta, y buscando alguna buena ocasion, para ponerle en desgracia de Pipino, y acusarle. Ofrecióse una de un convite, que Pipino hizo, como Herodes, al cual convidó al santo obispo Lamberto y á otros señores. Trajéronle al convite un vaso de vino (á la usanza de la tierra), y Pipino le mandó dar á san Lamberto, para que bebiese primero, y él le recibiese de su mano sagrada. Bebieron de él los otros señores que estaban sentados á la mesa; y Alpayda, que tambien se hallaba allí, con mucha desenvoltura y poca vergüenza, extendió la mano para tomar el vaso y beber ella: lo cual no pudo sufrir san Lamberto; antes se levantó de la mesa, y con mucho disgusto se partió, dejando á Pipino y á los otros convidados, confusos. Pero la mala mujer, para irritar mas á Pipino contra san Lamberto, hizo que le enviase un recado, y le rogase que en ninguna manera se partiese, sin ver primero á su mujer; llamando así á su amiga. San Lamberto, con gran ánimo y constancia, respondió á este recado, que por ninguna cosa comunicaria con aquella mujer, por ser adúltera; y que le pesaba en el alma, que él estuviese tan duro y tan empedernido en su pecado. Con esto quedó Pipino enojado, y su amiga rabiosa y furiosa, temiendo que el justo zelo del santo obispo habia de prevalecer contra ella: y así apretó á Dodon, su hermano, y le encendió de tal manera contra el santo, que se determinó á darle la muerte: y tomando consigo gente armada y atrevida, una noche que el santo obispo, despues de haber rezado sus horas, y orado largo rato, ya cansado, se habia echado un poco á reposar en la cama, dieron en él como lobos en un cordero manso: y sacándole de ella, y postrado en el suelo, y tendidos los brazos en forma de cruz, y suplicando humilde y afectuosamente á nuestro Señor delante del altar de los santos mártires Cosme y Damian, que recibiese su espíritu; le atravesaron con una lanza, y le mataron, y con él á dos sobrinos suyos, que se llamaban Pedro y Andotero, y otros de su familia. Fué su muerte á los 17 de setiembre del año del Señor de 698, habiendo sido obispo cuarenta años. Algunos de los que estaban en compañía de san Lamberto, y se pudieron escapar de las manos de aquellos sayones, tomaron su cuerpo, y le llevaron por el rio Mosa abajo á Mastricht, y le sepultaron honoríficamente en la iglesia del príncipe de los apóstoles. Y fué cosa maravillosa, que, concurriendo de todas partes innumerable gente, para ver y adorar al santo, y llegándose fácilmente todos los demás al sagrado cuerpo; las mujeres, que estaban amancebadas y eran deshonestas, no podian por ninguna manera llegar á él. Allí estuvo doce años, y Dios hizo por el santo grandes milagros; y entre ellos, se sentia en su sepulcro un olor suavísimo, y una fragrancia del cielo que excedia á todas las especies aromá-

ticas, y á todos los suaves olores de la tierra, y una música y consonancia de voces mas que humana. A Dodon, que fué el principal matador, se le pudrieron las entrañas, y las vino á echar á pedazos por la boca. El que hirió al santo obispo en la cabeza, riñendo, mató á su mismo hermano, y fué muerto del hermano; y los demás que intervinieron en su muerte, dentro de un año todos, ó perecieron miserablemente, ó vivieron despues con tantos trabajos y pobreza, que la vida tuvieron por muerte. Pasados los doce años, habiéndose visto en la aldea de Lieja, y en el mismo aposento donde fué martirizado, muchas lumbres y testimonios del cielo, que testificaban ser la voluntad de Dios, que el santo mártir fuese sepultado en el mismo lugar donde habia sido muerto, se le edificó una iglesia de su advocacion. Trasladó el sagrado cuerpo san Uberto, discípulo y sucesor de san Lamberto, y traspasó la silla catedral á Lieja, que es ahora una ciudad muy celebrada y populosa, y cabeza de toda aquella provincia, y tiene por patron á san Lamberto: y nuestro Señor despues le ilustró con muchos milagros, y con muchos y grandes templos que en diversas partes se han edificado á honra suya: y esta traslacion celebra la Iglesia de Lieja á los 25 de abril. De san Lamberto, hace mencion el Martirologio romano á los 17 de setiembre, y el de Beda y los demás. Escribió su vida Pedro Godescalco, diácono de la Iglesia de Lieja; despues Estévan, obispo de la misma ciudad; Sigiberto y Nicolás, canónigos de San Lamberto; y Rainerio, monje. Surio en el tomo v, trae la vida de san Lamberto, y se cree que es la que escribió Estévan, obispo; y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio romano, Juan Molano en las anotaciones á Usuardo, y el Indice de los santos de Flandes, escriben de él.

* SANTA COLOMBA Ó COLOMA, VÍRGEN Y MÁRTIR. — Nació en Córdoba, y perdió á su padre siendo aun muy jóven. Sus piadosos instintos quedaron entonces bajo la direccion de una hermana suya, llamada Isabel, esposa de san Jeremías, del cual hemos hablado en el dia 7 de junio. Ambas hermanas se juntaban con mucha frecuencia para practicar reunidas todas las virtudes del cristianismo, y su madre atribuia á este íntimo trato la aversion que manifestaba tener Colomba al mundo y al matrimonio. Algun tiempo despues, Isabel y Jeremías edificaron un doble monasterio en un sitio á dos leguas de Córdoba, y se encerraron en él con la mayor parte de su familia. Cuando Colomba llegó á los años de poder disponer de su libertad, dejó la casa de su madre, y se fué al monasterio de su hermana, entregándose enteramente á la práctica de las mas sublimes virtudes religiosas. El Señor la probó por medio de tentaciones muy repetidas; pero la santa virgen triunfó siempre de todos los peligros con su vigilancia y su amor á la oracion. Pasado algun tiempo, todos los religiosos de ambos sexos que habitaban aquel monasterio, se vieron obligados á abandonarle, para escapar á la inflexible persecucion que les habian declarado los moros, y se refugiaron casi todos en la misma ciudad de Córdoba. Entonces Colomba, por una inspiracion particular del espíritu de Dios, se fué, sin decir nada á sus hermanas, al tribunal del juez mahometano. Allí declaró generosamente que era cristiana; que adoraba á Cristo, Dios verdadero, y que abominaba al falso profeta é impostor Mahoma. Despues de tan ilustre y espontánea confesion, fué la santa condenada, y le cortaron la cabeza en la misma ciudad de Córdoba, el dia 17 de setiembre del año 853. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de Santa Eulalia.

SAN JUSTINO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR. — Fué ordenado sacerdote de la Iglesia de Roma por el papa san Sixto II. El Martirologio romano dice que fué célebre en la confesion gloriosa de su fé, durante la persecucion de los emperadores Valeriano y Galieno. La principal y mas gustosa ocupacion de este santo, despues de las atenciones de su sagrado ministerio, era el dar sepultura á los cuerpos de los que habian derramado su sangre por Jesucristo. Entre los muchísimos santos á quienes enterró, se cuentan el nombrado papa san Sixto, san Lorenzo, san Hipólito y otros. Fué célebre en aquel tiempo por su intrépida perseverancia en aquella buena obra, y al fin murió tambien martirizado en Roma, en la via Tiburtina, en tiempo del emperador Claudio II, por los años 268.

SANTA HILDEGARDIS, VÍRGEN. — Nació en la diócesis de Maguncia, el año 1098, de los condes de Spanheim. Apenas tenia ocho años, fué entregada á la abadesa de un convento, parienta suya, que debia cuidar de su educacion. A pesar de su tierna edad, mostró desde luego decidida aficion á todo lo que era santo y virtuoso, y abierta repugnancia á las cosas del mundo. Algunos años despues recibió el hábito religioso en el mismo monasterio, y creció de tal modo en ella el espíritu de perfeccion, que el cielo la favoreció muchas veces con divinas visiones. San Bernardo, que estaba predicando la cruzada en aquel país, visitó á Hildegardis varias veces, y habiéndola examinado detenidamente, declaró que se hallaba dotada del espíritu profético. Su humildad, su modestia, su paciencia y recogimiento eran superiores á toda ponderacion: era un ángel en carne, un serafin en amor encendido á su esposo Jesucristo. Por muerte de la abadesa, su parienta, fué la santa elegida superiora de la casa, en cuyo destino continuó viviendo en una íntima union con su Dios. No descuidaba por esto la solicitud debida al buen desempeño de su encargo; pero habiéndose aumentado considerablemente su comunidad, Hildegardis se retiró al monte de San Roberto, cerca de Binguem, el año 1148. Despues fundó otro monasterio en la diócesis de Maguncia, y en él murió el dia 17 de setiembre del año 1179, el ochenta y dos de su edad. Esta santa fué célebre en su tiempo, en todo el orbe cristiano, y lo prueban las varias obras religiosas que nos ha dejado, y particularmente una coleccion de cartas que escribió, la mayor parte dirigidas á las personas mas calificadas de la Iglesia y del estado que le pedian su consejo.

SANTA ARIADNA, MÁRTIR. — Era una jóven griega que vivia en Frigia, durante el imperio de Adriano. Un dia que se estaba celebrando una gran fiesta en honor de los ídolos, se presentó la santa en el lugar de los sacrificios, y proclamando en alta voz la gloria y divinidad de Jesucristo, condenó la horrible supersticion de los paganos y turbó por medio de un milagro la alegria y órden de la fiesta. Inmediatamente fué presa y puesta en el tormento, en el cual fué afligida por espacio de muchas horas, y despues salió ilesa, hasta que al fin la degollaron, y así alcanzó la palma de la victoria.

SAN NARCISO Y SAN CRESCENCION, MÁRTIRES. —En las actas del mártir san Lorenzo se leen las siguientes palabras: «Poco antes del martirio del ilustre levita, fué éste de noche á buscar á los cristianos que se hallaban reunidos en la casa de un tal Narciso; les exhortó á todos á continuar en la fé de Jesucristo, y á no intimidarse con la persecucion que estaban sufriendo. Habia en aquella reunion de fieles un cristiano llamado Crescencion, ciego de nacimiento, que al oir á Lorenzo, le suplicó le curasen la ceguera para que pudiese verle, y en efecto, habiendo hecho Lorenzo la señal de la cruz sobre los ojos del ciego, al momento vió Crescencion á su bienhechor, y toda aquella congregacion dió gracias al Señor por el nuevo prodigio.» Despues, Narciso y Crescencion derramaron tambien su sangre por la fé en la misma ciudad de Roma, durante el imperio de Valeriano.

SAN PEDRO DE ARBUÉS, MÁRTIR. — Nació en el reino de Aragon, en una villa distante seis leguas de Zaragoza, el año 1441. Fué criado por sus virtuosos padres en el temor de Dios, é hizo luego grandes progresos en las ciencias humanas y en la sagrada teología. Graduóse de doctor en Bolonia, donde enseñó con admiracion de todos, y en seguida fué hecho canónigo de la santa Iglesia de Zaragoza, cuando aquel cabildo era todavía regular. Pedro hizo su solemne profesion el año 1476, y fué el gozo, el consuelo y el espejo de todo aquel clero, por su modestia, su humildad, su amor á los pobres, y su prudencia. Cuando los reyes católicos establecieron en España la Inquisicion, nombraron á Pedro primer inquisidor de Aragon, y el celoso desempeño de su encargo le atrajo el ódio de los judíos, que juraron perderle. Una noche á la hora de maitines se introdujeron tres de aquellos en la iglesia, y cuando el santo se hallaba arrodillado haciendo oracion delante del santísimo Sacramento, le acometieron de improviso y le descargaron tan fuerte cuchillada en la cabeza, que á los dos dias murió, el 17 de setiembre del año 1485, siendo despues canonizado por el papa Alejandro VII.

LOS SANTOS SÓCRATES Y ESTÉVAN, MÁRTIRES. Ingleses de nacion, fueron convertidos y bautizados por san Anfibalo, presbítero y mártir. Durante la persecucion de Diocleciano, se negaron á abjurar la fé de Jesucristo, y fueron degollados en Walia de Inglaterra, el año 304.

LA IMPRESION DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO. — Dos años antes del glorioso tránsito de san Francisco de Asís, en el de 1224, se fué el santo patriarca, como solia, al monte de Alverna, lugar apartado y quieto para la oracion, á celebrar la cuaresma de la Asuncion de nuestra Señora. Y como allí gozase en altísima contemplacion de los misterios de Jesucristo, trasformado en él con inefable dulzura, una mañana cerca de la Exaltacion de la santa Cruz, vió bajar del cielo una semejanza de serafin, que tenia seis alas como el que vió Isaías, que echaban de sí centellas de gran resplandor. Y como volando con ligereza llegase al lugar donde él estaba, apareció entre las alas la figura de un hombre crucificado que tenia las manos y los piés extendidos en cruz y clavados con clavos, y el pecho alanceado. Esta vision llenó de maravilla al siervo de Dios, de compasion por los dolores de Cristo, y de gozo, porque entendió que era voluntad de Dios trasformarle en una imágen viva de Jesucristo crucificado. Desapareció la vision dejando abrasada su alma en amor muy encendido y vehemente, y luego se vieron en sus manos y piés las señales de los clavos conforme los habia visto en aquella figura. Los agujeros eran tan grandes, que se podia meter un cedo de la mano, y de la llaga del costado, que siempre tenia abierta, con mucha frecuencia le corria sangre (san Buenaventura, *Legend. sanc. Franc.* cap. 13). Este milagro se puso en el Martirologio romano por mandato de Sixto V, y despues se mandó que se celebrase fiesta de él en toda la Iglesia. Véase la vida del santo, el dia 4 de octubre.

SAN FLOCELO, MÁRTIR. — Era un niño de la ciudad de Autun, que en tiempo del emperador Antonino, siendo prefecto Valeriano, por no querer abandonar la religion cristiana, despues de padecer muchos tormentos, hecho pedazos por las fieras, alcanzó la corona del martirio en su misma patria.

LOS SANTOS VALERIANO, MACRINO Y GORDIANO, MÁRTIRES. — Las únicas noticias que tenemos de estos santos son del Martirologio galicano, que dice, que murieron degollados en Noyon en tiempo de Decio.

SANTA AGATODIA, MÁRTIR. — Fué griega de nacimiento, y abrazó la religion cristiana siendo esclava de una mujer infiel. Así que esta lo supo, empezó á castigarla continuamente, y á darla muy malos tratos, los cuales duraron por espacio de ocho años. La santa, paciente y resignada, no se quejó nunca, pero tampoco desistió de sus propósitos; y la que tanto la habia atormentado, la acusó al juez. Este, viéndola invencible, la condenó á varios suplicios, y al fin le hizo arrancar la lengua, y echarla en una hoguera, donde acabó gloriosamente su vida.

SAN SÁTIRO, CONFESOR. — Fué hermano de san Ambrosio, arzobispo de Milan, por el cual sabemos que Sátiro conservó toda la vida su integridad bautismal, con cuerpo casto y corazon puro. Segun los bolandistas murió en Milan, el año 392 ó 393.

SANTA TEODORA. — Fué una noble matrona romana, que cristiana de todo corazon, en tiempo

de la persecucion de Diocleciano y Maximiano, se ocupaba en servir con toda solicitud á los mártires, durante su vida, y dar sepultura á sus cuerpos muertos. En estas ocupaciones y otras obras de piedad, llegó Teodora á una edad muy avanzada, y murió coronada de merecimientos, por los años de 312.

Dia 18.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, ARZOBISPO Y CONFESOR. — Nació el santísimo pontífice, gran limosnero, y verdadero padre de pobres, santo Tomás de Villanueva, en la villa de Fuenllana, del arzobispado de Toledo, el año del Señor de 1488: su padre se llamó Alonso Tomás García, de los hijos-dalgo mas principales de Villanueva de los Infantes, y su madre doña Lucía Martínez de Castellanos, natural de Fuenllana, y de lo mejor de aquella villa. Aunque nació el santo en Fuenllana, se crió en Villanueva; y de aquí tomó el apellido al entrar en la órden de San Agustin, segun la costumbre de la provincia de Castilla. Eran sus padres ricos de bienes temporales, pero mas ricos de misericordia y piedad; y así su casa era hospital de pobres, y su madre era llamada la santa Limosnera: y si hubiéramos de escribir la vida de sus padres, como la del hijo, tuviéramos muchos ejemplos raros y admirables que contar; especialmente de su santa madre, que no solo en la misericordia, mas en la penitencia, oracion, y otras virtudes, se señaló mucho, como lo mostró Dios con algunos casos milagrosos. Uno de ellos fué, que habiendo dado un dia toda la harina que le habian traido de un molino, cuya renta tenian destinada ella y su marido para los pobres; viniendo un pobre de nuevo, dijeron las criadas que ya se habia dado toda la harina, y no habia quedado nada en la troj. Con todo eso, dijo ella: Mirad bien la troj, y barredla; que no permitirá Dios, que se vaya este pobre de mi casa sin limosna. Volvieron las criadas, seguras de que no habian de hallar nada: y hallaron la troj llena, con con grande espanto y admiracion. Empezaron á dar voces admiradas; y ella, huyendo la vanagloria, les hizo señales que callasen, y dijo: Bendito y alabado sea el Señor, que así remedia á sus pobres. Dióle tambien el Señor particular gracia para sanar niños quebrados: porque haciendo la señal de la cruz, los dejaba libres de aquel accidente; mas ella queria ocultar el milagro con una venda que les ponia, advirtiendo que no se la quitasen hasta cinco ó seis dias. Murió, como habia vivido; y en su última enfermedad todo su cuidado era decir á los criados: Dén limosna á esos pobres: dénles de comer: vistan á esos pobres: que son las palabras que decia toda su vida: y estando ya cercana á la muerte, ó por mejor decir á la vida eterna, vió á su marido que habia muerto algunos años antes, y venia desde el cielo á visitarla. Hablando santo Tomás de su santa madre, decia semejantes alabanzas, que san Agustin de santa Mónica. De tales padres nació tal hijo, y de tales limosneros el limosnero por excelencia, siendo mas heredero de su misericordia que de su hacienda: y una de las mayores alabanzas de santo Tomás fué haber excedido mucho en la misericordia á sus padres.

2 En la niñez dió santo Tomás, no solamente muestras y señales de la caridad y misericordia, que habia de tener en su vida; mas tales ejemplos, que ya entonces merecia el nombre de Padre de pobres, y solo son menores, comparados con los que dió despues. Si alguno pudo decir con el santo Job: «Conmigo nació la misericordia desde el vientre de mi madre, y conmigo ha crecido,» es nuestro Tomás de Villanueva: porque en teniendo uso de razon, tuvo uso de la misericordia, siendo tan presto misericordioso como racional. Cuando iba á la escuela, no queria almorzar en su casa, sino que le diesen su almuerzo, para llevarle á la escuela; y al primer pobre que encontraba, se le daba, y él no se desayunaba, hasta venir á comer á su casa. Muchas veces volvia á su casa, sin medias, ni zapatos, ni vestido, por habérselo dado á los niños pobres que encontraba. Estando un dia de invierno en casa de un vecino de su casa, llegaron unos muchachos desnudos, temblando de frio, á pedir limosna: despidiéronles en aquella casa sin limosna; y saliendo el niño tras ellos, los llamó, y dió á uno la ropilla, á otro el jubon, á otro las medias, y con sola la camisa se volvió á su casa: y preguntado de su madre, cómo venia de aquella manera, la dijo: Señora, déme vuestra merced el castigo que quisiere, porque sabe Dios nuestro Señor, que, viendo yo aquellos pobrecitos desnudos, y helados de frio, no me sufrió el corazon, ni estuvo en mi mano dejar de vestirlos, y cubrirlos lo mejor que yo pude. Y como la madre era tan piadosa, no pudiendo detener las lágrimas de consuelo, volvió á otra parte los ojos, y dio gracias á Dios nuestro Señor porque le habia dado un hijo tan compasivo y misericordioso. Habiéndose puesto un dia de fiesta un vestido nuevo, saliendo de su casa, vió un muchacho de su estatura que tenia el vestido viejo y roto: trocó con él su vestido; y volviendo á su casa, preguntado de su madre, qué habia hecho del vestido nuevo, dijo, que le habia dado á un pobre, que le merecia mejor que él; y que su vestido le venia mejor al pobre, y el del pobre á él. Siempre que podia alcanzar de su madre algun dinero, ó cosa de comer, lo llevaba luego al hospital de los pobres. Estando un dia su madre fuera de casa, llegaron unos pobres á pedir limosna, y no hallando nada qué darles, se fué el santo niño adonde estaba una gallina con seis pollos que criaba, y repartió los pollos entre los pobres, dando á cada uno el suyo. Vino su madre, y preguntándole, cómo habia hecho aquello, respondió: Señora, no me sufrian las entrañas, que los pobres se fuesen como habian venido; y así les di los pollos: y si viniera otro pobre, pensaba darle la gallina. En el agosto le enviaban sus padres á llevar el almuerzo y comida á los segadores, y sin que ellos lo echasen de ver, distribuia mucha parte á los pobres, que por allí andaban y venian, como es costumbre, á recoger las espigas; mas al llegar los segadores á

comer, con ser gente voraz, no echaban menos la falta, y quedaban satisfechos y contentos.

3 No solo de misericordia, mas de otras virtudes daba raros ejemplos en la niñez y puericia. Ayunaba muchos dias, fuera de los que manda la Iglesia, y se disciplinaba con tanto rigor, como si tuviera muchas culpas, pero con gran secreto: y así tuvo gran pesar y sentimiento, porque un dia halló su madre las disciplinas junto á su cama. Era obedientísimo á sus padres, sin apartarse en nada de su voluntad: muy humilde, y devoto y aficionado á las cosas del culto divino; y tan honesto y modesto en todas sus acciones y palabras, que no se le notaba falta ninguna, aun de las que son propias de aquella edad, antes reparando los vecinos sus acciones, decian: Este niño ha de venir á ser un gran santo: y por muchos años duró en Villanueva la fama de la santidad que habia mostrado en su niñez. Huia de los muchachos traviesos é inquietos, y ordinariamente andaba solo, por no andar mal acompañado. Era muy amigo de oir misa y sermon: y los dias de fiesta, despues de comer, juntaba los niños que podia de su vecindad y barrio, y no faltaban hombres que se hacian niños, para oir al predicador niño; y subiéndose á algun lugar eminente, repetia el sermon que habia oido, con tanto espíritu y fervor, que muchas veces se acababa el sermon con lágrimas del predicador y de los oyentes, que se compungian, oyendo los desengaños que les decia Dios por la boca de aquel niño inocente.

4 Mostró en esta edad singular ingenio; y así teniendo quince ó diez y seis años, le enviaron sus padres á la universidad de Alcalá, que habia fundado poco antes el cardenal don fray Francisco Jiménez de Cisneros. Aquí con los buenos principios que llevaba de latinidad, y su aplicacion y capacidad, salió en breve excelente latino y retórico. Fuéle forzoso volver á su casa, para consolar á su madre en la muerte de su padre: y viendo que habia heredado una casa principal, que su padre le habia hecho, para que viviese cuando acabados sus estudios volviese á Villanueva; rogó á su madre que pusiese en ella camas y ropa, y sirviese de hospital para pobres y peregrinos; porque dando él á Dios casa en sus pobres, Dios le daria á él casa en que vivir. Hízose así; y despues dotó el santo aquel hospital con la herencia de sus padres, y se llama hoy «el hospital del Arzobispo de Valencia:» y se puede llamar el hospital de la Salud; porque desde que se empezaron á hacer las informaciones de su santidad y milagros, fueron muchos los enfermos que cobraron salud, mas por virtud de la intercesion del santo, á quien se encomendaban, que por la eficacia de las medicinas; y así casi ninguno moria, de cuantos entraban en él. Volvió á Alcalá, y Dios le dió casa en que vivir, como se lo prometia su confianza; porque aprovechó tanto en los estudios de filosofía y teología, que buscando el cardenal Cisneros los mejores estudiantes, para dar buen principio al colegio mayor de San Ildefonso que habia fundado; por los informes que tuvo de los maestros y otros varones doctos y graves de la universidad, le nombró luego por su colegial, siendo el nono entre los primeros que tuvo aquel insigne colegio. El ejemplo que dió de todas las virtudes, fué tal, que el maestro Juan de Vergara, uno de los hombres mas insignes en letras y púlpito, que tuvo aquella universidad, y estaba en aquel colegio al mismo tiempo; en los sermones que predicaba, traia por ejemplo á sus oyentes las virtudes de Tomás; y los exhortaba á imitarlo, como si hablara, no de un mancebo y colegial que vivia, sino de un santo que estaba ya canonizado.

5 Diéronle una cátedra de artes, en que no menos procuraba enseñar á sus discípulos la virtud, que las letras: y fuera del ejemplo, que les daba, no perdia ocasion de exhortarlos á la castidad, recogimiento, devocion, frecuencia de sacramentos y aplicacion al estudio.

6 La fama de sus grandes partes excitó la codicia de la universidad de la ciudad de Salamanca, porque deseaba gozar de su doctrina; y así vacando la cátedra de filosofía moral, la proveyeron en él por claustro, y le enviaron á llamar. Ya Tomás deseoso de retirarse del mundo, y entregarse todo á Dios, deliberaba acerca del modo de vida que habia de tomar, ó de clérigo ó de religioso, pidiendo á Dios nuestro Señor luz de su voluntad, con oraciones, ayunos y limosnas, por no errar en lo que tanto importa, como la eleccion de estado, de que ordinariamente depende la salvacion, y resolver despacio, lo que ha de durar toda la vida. Con todo eso, por mostrarse reconocido á la demostracion de aquella universidad, fué á la ciudad de Salamanca, y leyó tres lecciones, y en la postrera, donde fué oyente el rector, leyó aquel misterioso salmo: *In exitu Israel de Ægipto*, despidiéndose del siglo con las palabras de David; porque al otro dia tomó el hábito en el convento de San Agustin: habiendo escogido esta sagrada religion, despues de madura consideracion, y mucho consejo; porque sus reglas le parecieron las mas acomodadas á sus deseos, y su instituto el mas conforme á su inclinacion. Recibió el hábito dia de santa Catalina, virgen y mártir, del año de 1517; teniendo veinte y nueve años de edad, con gran gozo de aquellos religiosos; porque Dios nuestro Señor les traia á su casa un varon tan excelente en letras y virtud: y mayor gozo del santo; porque le sacaba el Señor del piélago del mundo al puerto seguro de la religion. No dió cuenta de su vocacion, ni entrada, á sus parientes, ni á su misma madre, aunque era tan grande sierva de Dios; porque, como él decia algunas veces predicando: Estos seglares tarde dan su consentimiento; y no dudan de embarazar lo que no tienen ánimo de imitar. En el noviciado, siendo novicio en el fervor, parecia antiguo en el aprovechamiento, adelantándose no solo á sus compañeros, mas aun á los que tenian muchos años de religion. Principalmente resplandecian en él una oracion continua, un recogimiento y silencio tan grande, que no hablaba sino preguntado: una profunda humildad, con que se tenia por el menor de todos; y una obediencia tan resignada, que no tenia mas voluntad que la de sus superiores,

y todo lo que ellos querian, él prontamente lo ejecutaba. Acompañaba á estas, y las demás virtudes religiosas, con una grande abstinencia, y templanza en el comer; porque no solamente guardaba los ayunos de la órden, sino otros muchos dias por su devocion; de manera que de las tres partes del año, ayunaba las dos; y los dias que no ayunaba, reservaba la mayor parte de su comida para los pobres, juntando el ayuno con la misericordia, y haciendo de la abstinencia caridad, y quitándose el bocado de la boca, para darlo al pobre. Su sueño era de pocas horas: su cama ordinariamente un jergoncillo, con dos mantas; y en la cuaresma y adviento, solas unas tablas. De los cilicios y disciplinas se puede conocer, que haria cuando religioso, por lo que hacia cuando niño, y por lo que dirémos que hacia siendo de edad y arzobispo.

7 Acabado el año del noviciado, hizo su profesion, ; mas aunque empezó á ser profeso, no acabó de ser novicio en el recogimiento, humildad y sujecion, no queriendo que le trajese mayor libertad, lo que le traia mayor obligacion. Luego se ordenó de sacerdote por mandado de sus prelados, y celebró la primera misa en la fiesta del Nacimiento de Cristo nuestro Señor, del cual misterio fué desde niño muy devoto. Dijo sus primeras misas con gran preparacion y devocion, recibiendo del Señor grandes misericordias: y despues toda la vida, cuando celebraba el sacrificio de la misa; al decir: *Gloria in excelsis Deo*, y despues en el prefacio: *Per incarnati Verbi mysterium*, no podia contener las lágrimas; y no pocas veces quedaba el cuerpo inmóbil, y el espíritu era arrebatado á Dios nuestro Señor. Algunas veces, al acabar la misa, fué visto su rostro resplandeciente, como el de Moisés, de manera que no podian mirarle á la cara. Antes de entrar en la religion, tenia costumbre de examinar cada dia su conciencia; pero despues de ser religioso, se tomaba mas estrecha cuenta, y mucho mas despues de sacerdote, para ver si se aprovechaba y crecia con el nuevo manjar que recibia todos los dias; y á este propósito solia decir: El sacerdote, que diciendo misa cada dia no se halla mejorado, y mas medrado cada dia; no le va bien, mala señal es; porque en el camino del Señor, no ir adelante, es volver atrás. No entraba en celda de otro, ni otro en la suya, y jamás le veian por el convento parlando ó perdiendo tiempo; todo lo gastaba en oracion ó en leccion de libros devotos, ó en alguna obra de caridad. A sus superiores respetaba como á padres; á sus iguales amaba como á hermanos; y á los enfermos servia como si viera en ellos á Cristo nuestro Señor. Cuando sabia que habia alguna amargura entre algunos frailes, luego entraba como ángel de paz á componerlos: con lo cual era amado, estimado y venerado de todos, como si fuera un ángel del cielo; porque verdaderamente en sus costumbres y vida lo parecia.

8 Mandáronle los superiores leer teología en su convento á los frailes; y él explicó al maestro de las sentencias segun la mente del Doctor angélico, á cuya doctrina fué siempre muy aficionado, por ser este Salomon de la teología, como un sol clarísimo, con cuyas luces se acierta siempre con la verdad. Con la ocupacion de la cátedra juntaba los ejercicios de la oracion y caridad; á todo esto le añadieron los superiores la carga de predicar, porque conocieron que Dios nuestro Señor le habia dado talento, no solo de maestro, sino tambien de predicador, y quisieron que no sepultase su talento, sino que lograse con él las almas; pues para eso se le habia dado aquel Señor, que reparte como quiere los talentos á sus siervos. Empezó á predicar en su convento, con tanto espíritu y zelo, que luego se extendió su fama por la universidad, y le oyeron con tanta admiracion y espanto, como si vieran en el púlpito á Pablo resucitado, ó algun ángel hubiera venido del cielo á predicarles. Llamábanle algunos Elías, de quien dice la Escritura, « que su doctrina era fuego, y sus palabras como una hacha encendida:» y no hablaba con este encarecimiento solamente la gente vulgar, si hay de esta en las universidades, pero los hombres mas sabios, y los varones religiosos se admiraban mas, y todos iban á oirle, cuando predicaba, dejando ellos su sermon, cuando le tenian. Las palabras del divino predicador eran como un cuchillo de dos filos, que atravesaba el alma y corazon de cuantos le oian: y asi era el fruto increible: los pecadores que se convertian, innumerables; y podemos decir, que ninguno le oia, que no saliese mudado de su sermon. Los monasterios de la ciudad de Salamanca se poblaron de religiosos, y aun dice don Juan de Muñatones, de la órden de San Agustin, y obispo de la ciudad de Segorbe, que se hallaba á esta sazon en la ciudad de Salamanca, «que quien mirase entonces á Salamanca, no le pareceria ciudad de seglares, sino un grande monasterio de religiosos.»

9 Pero no es mucho que hiciese tanto fruto en sus oyentes, y tan grande mudanza en aquella ciudad; porque no se predicaba á sí mismo, sino á Jesucristo crucificado: no ponia el estudio en la hermosura de las palabras, sino en las vivas razones: no buscaba conceptos sutiles, que le ganasen aplausos, sino razones penetrantes, que hiriesen los corazones; y sobre todo acompañaba su predicacion con el ejemplo de vida, y acreditaba lo que predicaba, con lo que obraba; siendo sus obras el alma de sus palabras, y viendo los oyentes en el predicador, obrado el sermon que habian oido. Preguntáronle algunos amigos suyos, qué libros estudiaba, y cuáles eran mas convenientes para un predicador; y respondió, que de todos los libros católicos, que aprueba nuestra madre la Iglesia, se podia aprovechar el predicador, como tuviese tres cosas: santidad de vida, humildad de oracion, y verdadero zelo y deseo de la salvacion de las almas: porque la buena vida acredita la buena doctrina: la humilde oracion alumbra el propio entendimiento, y enciende la voluntad, para que alumbre y encienda á los demás; y el zelo y deseo de la salvacion de las almas, da fuerza á las palabras, y eficacia á las razones, para que hieran los corazones mas endurecidos;

pero buena doctrina, sin buena vida, pierde su autoridad; y estudio sin oracion y zelo, llena el entendimiento de agudos conceptos, mas deja seca la voluntad, y el pecho del predicador frio; y de pecho frio, repetia muchas veces, ¿cómo pueden salir palabras ardientes?

10 Voló luego su fama por toda España, y el emperador Carlos V, y la emperatriz, le llamaron á Valladolid, con deseo de oirle predicar; y les agradó tanto el primer sermon, que le hicieron luego su predicador, y quisieron que en adelante residiese en Valladolid, para poderle oir muchas veces. Eran sus auditorios mayores que las iglesias donde predicaba, y concurrian á oirlo obispos, grandes, títulos, nobles, eclesiásticos, seglares y religiosos, y el mismo emperador Carlos V, mientras estaba en Valladolid, rara vez le perdia sermon; y para esto tenia mandado á sus capellanes, que le avisasen cuando predicaba, y si no podia ir en público, iba en secreto; porque confesaba, así el emperador Carlos V, como tambien la emperatriz, que sacaban notable fruto de los sermones de Fr. Tomás de Villanueva. Avisáronle un dia que predicaba en su casa en Valladolid; y el César, codicioso de oirle, fué muy temprano: y entrándose con los grandes en el claustro á esperar la hora del sermon, dijo al portero: Decidle á Fr. Tomás de Villanueva, que estoy aquí, que baje. Fué el portero; y respondió el santo á la majestad cesárea, que estaba estudiando; que si habia de predicar no podia bajar, y que si bajaba no predicaria. Pareció, á los que acompañaban al emperador, despejo y descortesía, y diéronlo así á entender, obligando á que su majestad dijese: A mí me ha edificado, lo que á vosotros os ha escandalizado: y quisiera yo que todos los predicadores y religiosos fueran tan desasidos de la vanidad, y despegados de la grandeza, como Fr. Tomás de Villanueva. Conforme á esto era la verdad y libertad cristiana, con que predicaba al emperador Carlos V. Llegó su fama á Portugal: y el rey don Juan, estando el César fuera de España, escribió al provincial de Castilla, que le enviase á Fr. Tomás de Villanueva, porque deseaba mucho oirle. Partióse el santo á Portugal por mandado de su superior; pero causó tanto sentimiento en Valladolid su ida, que los regidores fueron á suplicar á la emperatriz, escribiese al rey de Portugal, para que les volviese á Fr. Tomás de Villanueva, porque hacia mucha falta en su corte tal predicador. Cuando predicaba, así encendian sus palabras á los oyentes, como si fueran llamas de fuego; y así atravesaban sus corazones, como si fueran saetas. El derramaba muchas lágrimas, y las hacia derramar á todos los presentes; y por el grande sentimiento que tenia de las verdades que predicaba, se quedaba muchas veces en el púlpito absorto, y como fuera de sus sentidos, sin poder hablar: y aunque él procuraba encubrir y disimular aquellos efectos y arrobos, porque fué siempre enemigo de exterioridades, no podia; porque en la mano de Dios nuestro Señor estaba el darlos, y no estaba en su mano el dejar de recibirlos. Y sucedíale tantas veces arrobarse en el púlpito, ó en la oracion, ó en la misa, que de muchos era llamado varon extático, por el don que tenia de padecer éxtasis. Su doctrina era como el maná, que sabia á cada uno á lo que queria, ó por mejor decir á lo que habia menester; porque, como escribe el obispo de Segorbe, teniéndolo por cosa milagrosa, con ser tantos y de tan diversos estados, condiciones, ingenios y costumbres, los que asistian á sus sermones; con unos mismos conceptos, documentos, doctrinas y palabras satisfacia, y aprovechaba á todos.

11 No solo con sus sermones reformaba las costumbres del pueblo; mas cuantos trataban ó se confesaban con él, salian muy aprovechados, y muchos dejaban el siglo, y se entraban religiosos, y otros vivian como religiosos en el siglo, tratando de gran perfeccion. Reformó con sus consejos y exhortaciones muchos monasterios de religiosas. Acudian al santo los consejeros del emperador, los grandes y señores, y otras muchas personas, á consultar las cosas de su conciencia, y los negocios en que estaban metidos, como á padre espiritual, y gran teólogo; y Dios le habia dado con mucha doctrina una admirable prudencia para desenredar conciencias, y guiar por camino seguro á los que le consultaban; de manera que á un mismo tiempo era predicador, maestro, padre espiritual, y hacia diversos oficios para ayudar de muchas maneras á todos: y era tanta su autoridad para con todos, que lo que él pedia, nadie acertaba á negarlo, por muy dificultoso que fuese; y con ella compuso negocios que parecia no tener composicion. Basta un ejemplo grande por mil. Fueron condenados en Valladolid á degollar unos caballeros por el emperador Carlos V, con tanto enojo y resolucion, que yendo á interceder por ellos el arzobispo de Toledo, y los grandes, y echándose á sus piés el mismo príncipe don Felipe, su hijo heredero, para que los perdonase; se mostró á todos inexorable el emperador. Rogaron á Fr. Tomás, que fuese á hablar al emperador: y aunque le parecia ocioso pedir él, lo que á tales personas se habia negado; con todo eso solicitado de los señores, y mucho mas de su misma misericordia, entró á pedir al emperador que los perdonase; y á pocas razones que le dijo, alcanzó el perdon que deseaba. Admiráronse los grandes y señores de esto, y el emperador les dijo: No os espantéis de que haya concedido á Fr. Tomás, lo que he negado á tantos: porque los demás ruegan; pero Fr. Tomás manda, y yo no acierto á negarle nada, conociendo que viene enviado del cielo, como ministro de la caridad y misericordia. Mas no se maravillará de esto, quien considerare la opinion que todos tenian de su santidad, la cual era tanta, que al pasar por las calles salian á verle á las puertas y ventanas, y se arrodillaban muchas personas para reverenciarle, como si fuera un santo del cielo, que por privilegio ó dispensacion viviera en la tierra. Esta opinion le ganaron en todas las partes donde estuvo, fuera de sus grandes virtudes, algunos milagros que Dios obraba por sus merecimientos.

12 Como sus religiosos veian su grande santi-

dad y prudencia, le ocuparon, desde que entró en la órden, en el gobierno. Dos veces fué prior de Salamanca; y la primera dos años despues de profeso: cosa rara y nunca vista en su religion, y que prueba la rara santidad de aquel, con quien justamente se dispensaron sus perpetuos estilos. Fué tambien prior dos veces del convento de Burgos, muchas del convento de Valladolid, y dos veces provincial, una de la provincia de Andalucía, y otra vez de la de Castilla, habiendo sido antes visitador de las dos provincias, cuando estaban juntas, y por su parecer y consejo se dividieron. Siempre entró en los gobiernos contra su voluntad, y por pura obediencia de sus prelados, que le cargaban la conciencia si lo resistia: y entrando á gobernar por esta puerta de la voluntad de Dios, era un gobernador, segun el gusto de Dios, zelosísimo de su gloria, y cuidadosísimo de la observancia de su religion. Fué enemigo de toda novedad, y jamás quiso en los conventos mandar cosa de nuevo, sino que se observasen las leyes de sus mayores, y las buenas costumbres de la órden. Deseaba que los frailes hiciesen mas caso de lo interior que de lo exterior: y decia que lo exterior, sin lo interior, no hace frailes verdaderos, sino hipócritas fingidos. Mandaba mas con obras que con palabras, y su ejemplo era el precepto mas eficaz para sus súbditos; porque era el primero en todas las observancias de su órden, sin que las continuas ocupaciones de sermones, confesiones, consultas, con las otras del gobierno, le excusasen de ir al coro á la media noche, y de dia á todas las horas que podia: con que ninguno rehusaba ir detrás del que veia ir delante, ni se atrevia á dejar de seguir al que con el ejemplo le predicaba. Amaba á todos sus súbditos como á hijos, y tratábalos como á iguales; pero templaba de tal manera la llaneza religiosa con la autoridad de prelado, que todos le amaban como á padre, y le respetaban como á superior, sin que el respeto entibiase al amor, ni el amor disminuyese al respeto. Aguardaba sazon para corregir las faltas, para que la reprension y castigo fuese de provecho; y así le acontecia ver las faltas, y hacer como que no las veia, y á su tiempo llamaba al delincuente, y le corregia con amor, y cuando era menester, con rigor. Lloraba, ayunaba y se disciplinaba, hasta derramar sangre, por las culpas de sus súbditos; para que ellos las llorasen é hiciesen penitencia de ellas. Cuidaba mucho de que á todos se les proveyese de lo necesario, especialmente á los enfermos. Sobre todo era celebrada, de cuantos le conocieron, la paciencia y mansedumbre, con que sufria las imperfecciones y condiciones de sus súbditos, sin exasperarse jamás con ellos, antes compadeciéndose de su enfermedad, como el médico ó la madre amorosa del hijo enfermo.

13 Las veces que fué provincial, visitaba por sí mismo todos los conventos de su provincia, sin perdonar ningun trabajo, ni querer usar de vicarios, ni encargar á otro aquello de que él habia de dar cuenta á Dios nuestro Señor. Cuatro cosas, entre otras, encomendaba y procuraba principalmente en todos los conventos donde entraba: la primera, el culto divino, declarándoles que consiste principalmente en la atencion y devocion interior del corazon, con que se debe celebrar el sacrificio de la misa, y decir el oficio divino, y en el sosiego y pausa exterior de las voces en el coro, y en la limpieza y aseo de los altares; afirmando que esta era la puerta por donde entran todas las felicidades á los monasterios, y todas las misericordias del Señor á los religiosos: la segunda era la leccion de la sagrada Escritura y libros devotos, en que los religiosos hallan luz para su entendimiento, ardor para su voluntad, aliento para la observancia religiosa, y sufrimiento para llevar todos los trabajos de la religion: y decia que así como no puede conservarse el cuerpo humano sin el calor natural, que cuece y digiere los manjares del estómago; así no puede el religioso aprovecharse de los ejercicios de la religion, sin la leccion y sin la consideracion de lo que lee, que es como el calor, que los convierte todos en alimento del religioso: la tercera, una caridad entre todos verdadera y no fingida; porque sin ella la religion no es órden, sino desórden y turbacion: y ponderaba mucho los bienes de la caridad, dando medios para guardarla; y á los perturbadores de ella castigaba con rigor, como á enemigos comunes y perturbadores de la paz: la cuarta era que cada religioso tomase aquella ocupacion y ejercicio, que mas decia con su natural inclinacion, para que, ocupado gustosamente en ella, huyese el ocio, enemigo de toda virtud: al cual aborrecia tanto, que siendo en el castigo de otras faltas benigno; en el castigo de esta se mostraba riguroso: porque veia, que el ocio no es una culpa sola, sino un seminario y fuente perenne de culpas. Tuvo discrecion de espíritus, y gracia de aplicar á cada uno la medicina que habia menester para sanar de su enfermedad espiritual; y cuando bastaba la suavidad, no llegaba al rigor: y si podia corregirle con penitencias propias, no se las daba al culpado; y despues que alguno se enmendaba de su falta, se olvidaba de ella, y le trataba como si nunca la hubiera cometido. Cuando fué por prior á Burgos, halló un súbdito que tenia una falta notable, y porque merecia grave castigo, no le habló palabra, ni le mostró mal semblante, disimulando como si ignorara su culpa; pero juntamente oraba á Dios, y hacia penitencia por su enmienda: y concedióle el Señor tan cumplidamente lo que pedia, que no solamente se enmendó aquel religioso, mas salió tan espiritual y observante, que haciéndole luego provincial al santo, le tomó por su compañero. Admiróse mucho el religioso, porque habia sabido que el santo tenia noticia de su culpa; y díjole: ¿Cómo me escoge vuestra paternidad por compañero, conociéndome y sabiendo quién yo soy? Respondió el santo: Bien os conozco y sé vuestra falta; pero sé tambien vuestra penitencia, y el bien que por la divina misericordia habeis sacado de vuestra caida. Alabad siempre á Dios, y entended que por vuestra culpa, con la penitencia que habeis hecho, así como no valeis menos con Dios, tampoco valeis menos conmigo, ni dejais de ser bueno, para acompañarme en este oficio. Con

su benignidad, prudencia y ejemplo de vida, cuando prior y provincial, reformó los conventos que necesitaban de reformacion, y enfervorizó mas á los observantes, y tuvo muchos súbditos muy espirituales y santos, de que pudiera hacer aquí un largo catálogo; pero basta decir que todos los varones insignes, que florecieron en su provincia, mientras él vivió en ella, fueron discípulos de este maestro, é hijos de este padre espiritual. El envió, la segunda vez que fué provincial, á predicar á Méjico aquellos valerosos soldados de Cristo, que tanta parte fueron en la conversion de aquellas provincias, con sus vidas, doctrina y milagros, Fr. Cristóbal de San Martin, Fr. Pedro de Pamplona, Fr. Juan Cruzate, y por caudillo al santo Fr. Gerónimo Jiménez, profetizándoles el fruto que habian de hacer, y prometiendo ayudarles con oraciones, como lo experimentaron ellos bien en el fruto que hacian en las almas.

14 La luz todos la apetecen, y no hay quien no quiera gozar de los rayos del sol; y Dios queria poner esta hacha encendida en lugar mas alto y eminente, para que alumbrase mas. Estando el emperador en Toledo, vacó el arzobispado de Granada: y aunque no estaba en aquella ciudad santo Tomás, por andar visitando su provincia, de que era entonces provincial; sin proponérsele nadie mas que sus méritos, le eligió por arzobispo de Granada. Llamóle para que aceptase; pero fué tal la resistencia que hizo, que desistió por entonces el emperador. Despues el año de 1554, renunció el arzobispado de Valencia don Jorge de Austria, tio del emperador, y fué promovido de Paulo III á la Iglesia de Lieja, en Alemania. Hallábase en Flandes el emperador, y luego nombró por arzobispo de Valencia á un religioso de la órden de San Gerónimo, y mandó á su secretario que despachase la cédula. Fué el secretario á hacerla; y en lugar de poner en ella, al que le habia nombrado el emperador, puso á Fr. Tomás de Villanueva. Llevósela al emperador, para que la firmase: el cual le dijo: ¿Qué habeis escrito? porque yo no os dije á Fr. Tomás de Villanueva, sino á Fr. N. de la órden de San Gerónimo. Respondió el secretario: Ciertamente, señor, que á mí me pareció que vuestra majestad me habia dicho á Fr. Tomás de Villanueva; pero iré á hacer otra cédula; y pondré el que vuestra majestad manda. Nó (dijo el emperador), no deshagamos la eleccion que Dios ha hecho. Aquel primer arzobispo le nombraba yo; éste le nombra Dios: mejor sabe Dios lo que hace, que yo: y así á buen seguro que salga la eleccion acertada, y el arzobispo sea como elegido de Dios; y luego firmó la cédula para Fr. Tomás de Villanueva. Despachóse la cédula á Valladolid, donde estaba el príncipe don Felipe, y el santo era prior de su convento. Alegró la nueva á toda la corte; solamente al santo le entristeció mas de lo que se puede decir, y temblaba de ver la carga que amenazaba á sus hombros: encomendólo á Dios con muchas lágrimas, pidiéndole no permitiese que por sus culpas le echasen carga mayor que sus fuerzas; y excusóse con tal resistencia, que ni bastaron los ruegos de los grandes y señores, ni las razones del arzobispo de Toledo don Juan de Tavera, que con la mayor elocuencia que pudo, le persuadia que resistia á la voluntad de Dios, y prefería su juicio al de todos, y finalmente las del príncipe don Felipe; respondiendo que él lo habia encomendado mucho á Dios, y conocia su insuficiencia, y no queria dar cuenta á Dios de haber tomado el cargo que no podia bien administrar. Finalmente, escribió el príncipe al provincial de Castilla, que era Fr. Francisco de Nieva, para que mandase á Fr. Tomás aceptar el arzobispado; y el provincial se lo mandó en virtud de santa obediencia, y so pena de excomunion. Con esto, viendo tan clara la voluntad de Dios, inclinó los hombros á la carga y aceptó el arzobispado.

15 Bien prometia lo milagroso de la eleccion, lo porfiado de la resistencia, y lo humilde de la obediencia, cuán gran prelado habia de ser, el que por tales escalones ascendia á la dignidad; y así se mostró luego: porque fué uno de los mas insignes prelados que ha tenido la Iglesia de Dios. Fué consagrado en Valladolid, en el convento de San Agustin, por el cardenal Tavera: y luego se partió á Valencia á pié, sin mas acompañamiento que el de un religioso, á quien amaba mucho por su virtud, llamado Fr. Juan Rincon, y dos criados. No habia querido decir á los seglares el dia que se habia de ir, porque ninguno saliese á acompañarle, ni permitió que saliesen los religiosos; aunque muchos lo deseaban. Habíale enviado á rogar su madre muy encarecidamente, que al partirse á Valencia, pasase por Villanueva de los Infantes: y el santo dudoso entre el respeto á su madre, y la solicitud de sus ovejas, de que ya era pastor, le preguntó á su compañero, si seria bien visitar á su madre, y darla aquel consuelo. Respondió que sí, y dióle para ello buenas razones; mas el santo replicó: Bien está; mas encomendémoslo á Dios, para ver qué nos dice; como lo tenia de costumbre en todas sus dificultades. Detúvose como medio cuarto de hora; y luego dijo á su compañero: Vamos á Valencia, que esto es ahora lo que quiere Dios, que acuda á mi esposa; porque lo que dijo el primer hombre de la esposa que Dios le dió: *Quamobrem relinquet homo patrem, et matrem suam, et adhærebit uxori suæ*, tambien obliga á los obispos respecto de sus Iglesias. En llegando á Valencia, se fué al convento de nuestra Señora del Socorro, que es de su órden, y está fuera de los muros, y los frailes le recibieron con grande alegría, y cantaron el *Te Deum laudamus*. Quiso Dios mostrar en la entrada del santo arzobispo las grandes felicidades que venian á aquel arzobispado: porque padeciendo antes grande falta de agua, y con ella mucha esterilidad; al entrar por el distrito de su diócesis, empezó á llover, y al llegar á su convento, fué grande la abundancia de agua, atribuyendo todos este favor á los méritos del santo, cuando supieron que estaba ya en su ciudad.

16 Habiendo estado en aquel convento algunos dias, atendiendo á su dignidad, á pesar de su humildad, permitió que le recibiesen en la ciudad

de Valencia, con la pompa y aparato que se acostumbra. El dia siguiente, despues de decir misa, quiso que le llevasen á ver las cárceles de los eclesiásticos: y viendo que eran unos calabozos húmedos, hondos y oscuros, dijo con sentimiento: Mas conveniente es esta cárcel para ladrones y salteadores, que para sacerdotes consagrados á Dios: por otro camino hemos de corregir á los cristos del Señor y ganar á nuestros hermanos: y mandó cerrar y llenar de tierra aquellos calabozos. Tratábase con tanta humildad y pobreza, que los canónigos le enviaron cuatro mil escudos, para que alhajase su casa. Admitiólos el santo con agradecimiento; y sin tocar el dinero, llamó á los administradores del hospital general, que poco antes se habia quemado, é hizo que recibiesen aquel dinero para el reparo del hospital, olvidado de su necesidad, y solamente cuidadoso de la ajena. Fuera de esto encargó á los predicadores y confesores, que en los púlpitos y confesonarios exhortasen á que los que pudiesen ayudasen para la fábrica de aquel hospital.

17 No dejó el santo con la dignidad de arzobispo las virtudes de religioso; antes añadió á las de religioso las de arzobispo: y si le mudó la dignidad, como muda á tantos, fué en ser mayores sus obligaciones, y mayor el campo de ejercitar sus virtudes. Trajo por algunos años, siendo ya arzobispo, los mismos hábitos que traia en su convento, y los hacia remendar muchas veces, y tambien sus vestidos interiores, no dejando él á sus vestidos, hasta que sus vestidos le dejaban á él, cansados de servir de muy viejos: lo cual hacia por amor de la santa pobreza, como religioso, y por el amor de los pobres, como prelado, por ahorrar para los pobres. Siempre que podia se remendaba él mismo sus vestidos, como lo habia hecho en la religion; y para esto se encerraba en un aposentillo secreto, donde tenia aguja, hilo, dedal y tijeras, con algunos remiendos. Un dia que se descuidó en cerrar el aposento, le halló en este ejercicio un canónigo familiar suyo; y muy admirado le dijo: ¿Qué es esto, señor ilustrísimo? ¿En esto se ocupa V. S. pudiéndolo hacer un oficial por un real, y mucho mejor? A lo cual respondió el santo: Aunque me han hecho arzobispo, no he de dejar de ser religioso; y con este real que se habia de gastar en esto, se puede sustentar mañana un pobre. Lo que yo os ruego es, que no digáis á nadie lo que habeis visto. Como andaba vestido tan pobremente, parecióles á los canónigos que desdecia de su dignidad, y enviáronle á rogar que se vistiese con mas decencia. Y el santo, sonriéndose, y con rostro alegre, respondió: Digan á esos señores, que yo les agradezco el cuidado que tienen de mi persona; pero no desdice la pobreza de un arzobispo, ni consiste la autoridad de un prelado en lo precioso de las ropas, sino en el zelo de las almas que Dios le ha encomendado. No osaron replicar á tan discreta respuesta, solo le rogaron que un bonetillo de paño que solia llevar en el verano, fuese de raso; y él, por no negarlo todo, ya que no lo concedia todo, les dió gusto en esto: y luego decia con mucha gracia señalando al bonetillo: Veis aquí mi arzobispado; porque no les parece á los señores canónigos que soy arzobispo, sino traigo bonetillo de seda. Solamente dos veces se vistió de nuevo, y fué del paño mas barato que se halló en Valencia. Habiéndolo persuadido un amigo se vistiese de raja; viendo que era mas cara que el paño basto de que se vestia, le dijo: Compradlo vos que sois señor de vuestra hacienda, y os la dió el Señor; que yo de la hacienda de los pobres no puedo gastar mas de lo que bastare á cubrirme con honestidad.

18 En el comer conservó la misma templanza que cuando era religioso, no queriendo que se pusiese á su mesa mas de lo que se daba á los religiosos en su provincia de Castilla, añadiendo solo algun principio de fruta, por los que comian con él. Sentia mucho cualquier gasto extraordinario que se hacia, por pequeño que fuese, y lo reprendia. Encontrando á su mayordomo que habia comprado una lamprea, le preguntó, cuánto le habia costado; y respondiendo, que cuatro reales, dijo admirado: ¿Por qué habeis comprado para mí, pez tan caro? No quiero yo comida tan preciosa. Dijo el mayordomo: Pues hartos compradores habia que lo tomaran por el mismo precio. Pues andad, dijo el santo, dadles el pez, y traed los cuatro reales; que con ellos puedo yo sustentar cuatro pobres, cuya es la hacienda que me han entregado, que para mí un par de huevos, y un poco de pescado ordinario me sobra. Su casa no parecia casa de arzobispo, sino casa de la pobreza; jamás sufrió paños de seda, ni tapicería, ni sobremesas; solamente en la mesa de que se servia en su cámara, habia un guadamacil negro, y una antepuerta de friso negro: los ornatos de su casa eran las virtudes y el desprecio de todas las cosas.

19 Serviase con barro: y diciéndole su veedor, que con los platos y escudillas de barro que se quebraban en manos de los criados, se pudiera haber hecho una vajilla de plata, respondió: Bien echo de ver eso que me advertís; pero soy fraile, y lo que en otros fuera honra, en mí seria escándalo. Solamente tenia unas cucharas de plata, para los que alguna vez convidaba. La cama del arzobispo era de madera, sin dorar, ni pintar, con dos colchones y dos mantas; pero la cama de santo Tomás, en que ordinariamente dormia, era un haz de sarmientos, que tenia detrás de aquella cama, poniendo una piedra por cabecera. No usaba de sábanas, sino estando enfermo: ayunaba los dias, que en su órden, y muchos de su devocion; y en el adviento, y cuaresma, los miércoles, y viernes, y vigilias de entre año, comia solo pan y agua.

20 Su casa mas parecia monasterio que palacio; y así lo decia él á sus criados, que pues él era fraile, ellos debian vivir en su casa, como en un convento. Tenia gran eleccion en admitir los criados, no por ruegos, ni intercesiones, sino por conocimiento de los que admitia, por no tener que despedir al que una vez recibia; porque quien despide criado que recibió, ó recibió criado malo, ó se ha hecho malo el criado en su casa: y lo pri-

mero desacredita al señor; y lo segundo á su casa. Decíales luego algunas reglas saludables que debian guardar, y juntábalos muchas veces para exhortarlos á huir todas las culpas, y servir de veras al Señor. Aun mas que sus palabras, les obligaba á cumplir sus avisos y consejos, el amor que les mostraba, y el buen tratamiento que les hacia, como verdadero padre de familias, que no miraba á sus súbditos, como criados, sino como hijos. A ninguno decia palabra áspera, ni menos injuriosa, ni le mostraba mal semblante. Sus reprensiones eran con amor, no con enojo; y como iba el vino mezclado con el aceite, sanaba las heridas, sin exasperarlas. Cuidaba mucho que no les faltase nada de todo lo necesario, para que no admitiesen presentes, ni regalos de nadie; porque importa poco que el prelado sea desinteresado, como Eliseo, si tiene en su casa á Giezzi, que abre las manos, para recibir los dones de Naaman. Afligíase con cualquier trabajo ó enfermedad que padeciese alguno de sus criados, aunque fuese el mas ínfimo; y no pocas veces derramaba lágrimas de sentimiento, cuando estaban en peligro, como pudiera una madre en la enfermedad del hijo, á quien ama mucho: visitábalos y consolábalos; y cuando venia el médico á visitar al enfermo, se informaba muy por menudo del estado de la enfermedad, y le encargaba que le curase con el mismo cuidado, que á su misma persona: y al enfermo preguntaba, si le acudian á sus horas, con lo que el médico habia ordenado. Todas las noches, ya tarde, en compañía de un paje que llevaba una vela, daba una vuelta á su casa, y visitaba todas las puertas de los aposentos, para ver si todos estaban recogidos. A los criados, que eran virtuosos, mostraba mayor amor, y fuera de sus salarios, les hacia otras mercedes y gracias, con que animaba á todos á que fuesen buenos, y á los buenos, á que fuesen mejores. Finalmente, sobraban todos los preceptos, para que su casa y familia estuviese en todo ordenada; porque tenian siempre delante el ejemplo de su señor: y era el palacio de este santo prelado idea de los palacios eclesiásticos; porque su vida era ejemplar de las vidas de los prelados de la Iglesia.

21 Halló santo Tomás en su diócesis gran disolucion de costumbres, así en los eclesiásticos, como en los seculares, por haberse administrado aquel arzobispado mucho tiempo por vicarios y visitadores, sin asistencia del propio pastor. Visitó todas las iglesias de la ciudad de Valencia, y despues las de su diócesis, predicando en todos los pueblos, por pequeños que fuesen. Remedió en esta visita muchos pecados públicos: quitó muchos abusos, y atajó graves daños; y todos los pueblos parecia haberse mudado en otros, despues de la visita de su prelado. Por mostrarse mas padre, que juez, y obligar con la benignidad á la enmienda, concedió perdon general, así á eclesiásticos, como á seglares, de todo cuanto hasta entonces habian delinquido, y merecia castigo de su mano, rogándoles con muchas lágrimas que enmendasen sus vidas, y no le obligasen con dolor de su corazon á usar del rigor, con que le seria forzoso castigar á los que no se aprovechasen de su benignidad. Muchos se enmendaron, y muchos se quedaron en sus vicios, pudiendo mas la costumbre envejecida, que la razon y benignidad del santo prelado. Mas como él habia visto con sus ojos el miserable estado de su diócesis, y la dificultad del remedio, se afligia, y lloraba sin consuelo. Oyóle una noche su compañero fray Juan Rincon, que estaba vecino á su aposento, y yendo á saber qué tenia, y por qué lloraba; le respondió el santo: ¡Qué tengo de tener! Que temo no me he de salvar en este obispado: porque estoy obligado á remediar estas ovejas tan perdidas, y, segun están, no sé como. Respondió el religioso: Haga V. S. lo que pudiere, y no se aflija; que Dios no le pedirá mas; y si ellas, aplicándoles V. S. los remedios, no sanaren; suya será la culpa, no de V. S. Bien decís (dijo el santo); yo quiero juntar sínodo, y hacer los estatutos que viere convenir para la reformacion de este pueblo; y lo demás hágalo Dios.

22 Convocó luego sínodo, dos meses despues que habia venido de la visita, en el cual, por lo que él habia visto, y por lo que informaron los rectores y curas de los pueblos, hizo santísimas leyes, que fueron muy estimadas de los arzobispos que le sucedieron. Estas leyes observaba el santo arzobispo con grande cuidado, sin mirar respeto humano, sino solo á la gloria de Dios, y provecho de sus ovejas: y con ella y su prudencia, benignidad y afabilidad, reformó en gran manera su arzobispado; y principalmente con la continua oracion, en que gastaba la mayor parte del dia y de la noche, consultando con Dios, como el legislador Moisés, los negocios de su pueblo, y luchando con el Señor, como el pastor Jacob, hasta alcanzar la bendicion para sus ovejas.

23 Especialmente, cuando se habia de tratar el dia siguiente algun negocio grave, pasaba toda la noche antes en oracion, sin acostarse. El lugar mas cierto para encontrarle á cualquiera hora, era su oratorio, donde le hallaban muchas veces sus criados arrobado, sin uso de los sentidos, todo trasformado en Dios, otras vertiendo lágrimas de sus ojos, otras postrado en el suelo, y puesto en cruz. Mas como sabia que el pastor no es suyo, sino de sus ovejas, y que nunca está mas con Dios, que cuando trata con los hombres, por amor de Dios, y para su provecho; tenia mandado á sus criados, que en buscándole alguno, á cualquier hora que fuese, y en cualquier ocupacion que estuviese, aunque fuese estudiando, ú orando, ó comiendo, le llamasen, y no hiciesen aguardar á nadie; porque á mas de la pesadumbre que reciben los que esperan, le pidiera Dios cuenta del tiempo que hacia perder esperando, á los que le buscaban; y así se levantaba luego de la oracion y de la mesa, sin acabar de comer, y con paciencia y amor, daba audiencia á cuantos la deseaban; á los que venian afligidos, consolaba; á los necesitados, remediaba; y á los que pedian consejo, se les daba con tanto acierto, que los mayores letrados decian, que en resolviendo el arzobispo algun punto, encontraba de tal manera

con la verdad, que no dejaba lugar á la controversia.

24 Para remediar los pecados de sus súbditos, procuraba saber como vivian, y en un libro secreto escribia de su mano, sin que ninguno lo entendiese, los nombres de los clérigos que eran acusados de algun vicio, y en qué iglesias residian; y en otro libro los nombres de los seglares que vivian mal, y en qué lugares estaban, para aplicarle á cada uno la medicina conforme á su enfermedad y necesidad; y en estando enmendado alguno, luego le borraba de su libro. Pero no creia de ligero y fácilmente la culpa de ninguno, aunque se lo dijese persona de autoridad, temiendo que podia haber pasion ó engaño, hasta que lo averiguaba con toda certidumbre; y entonces aplicaba el remedio. Decia que los obispados habian de ser pequeños, para que pudiesen los obispos conocer á todas sus ovejas, y procuró con el emperador Cárlos V que se hiciese un obispado nuevo de una parte de su arzobispado; porque este santo prelado no miraba á la mayor autoridad, y renta del obispo, sino al mayor bien y provecho de las ovejas. Discurria medios su zelo, para reducir á los pecadores, y enseñábale muchos su ingeniosa caridad, y él no rehusaba ninguno, por dificultoso que fuese, como pareciese conducente para el fin que deseaba. Habia amonestado y corregido muchas veces á un canónigo de su Iglesia, que vivia escandalosamente, y nada aprovechaba, para que dejase el escándalo: tomó otro medio, que fué hacerle muy su amigo; y para esto, por espacio de dos años, le hizo cuantos agasajos y favores podia, para ganar su amistad; y despues que ya lo tuvo tan ganado, que no habia nada que el canónigo no hiciera por el santo, le rogó que se recogiese por algun tiempo, y se confesase, y dejase su mala vida; y todo lo hizo el canónigo, como el santo se lo pidió, y fué en adelante ejemplo de la ciudad, el que antes era escándalo y tropiezo de ella. Habia avisado muchas veces á un sacerdote escandaloso, que dejase su mala vida; y sabiendo que no se enmendaba, le llamó un dia á su oratorio, y estando con él á solas, le dijo: Yo tengo la culpa de vuestra obstinacion, y no vos, por haber usado con vos de tanta misericordia, y no haberos castigado, como mereceis; y pues yo tengo la culpa, yo pagaré la pena. Dicho esto, se arrodilló delante de un crucifijo, y desnudando sus espaldas, empezó á herirlas con una disciplina tan recia-mente, que luego empezó á correr la sangre.

25 El clérigo corrido y confuso, sin saber qué hacer, ni donde estaba, turbado y con muchas lágrimas y sollozos, se arrodilló á sus piés, diciendo: Dadme, señor, las disciplinas, que yo pagaré la pena; pues es mia toda la culpa. Yo merezco los azotes; ¿y vos los tomais? Yo os prometo en adelante la enmienda de mi vida. Atravesó de manera este espectáculo el corazon de aquel sacerdote, que sabiendo de allí, sin poder enjugar las lágrimas, se encerró en su casa por algunos dias, sin comunicar con nadie, llorando y haciendo penitencia de sus pecados; y fué despues gran siervo de Dios y ocasion con su ejemplo para la enmienda de muchos sacerdotes. Otro sacerdote vivia amancebado con una mujer, sin haber podido el santo apartarle de ella con medios de blandura, ni de rigor: encerróse un dia á solas con él, y preguntóle la causa de perseverar tanto tiempo en aquella mala amistad: el clérigo vino á confesar, que era porque él era pobre, y aquella mujer rica, y le sustentaba.

26 Oyendo el santo estas palabras, dió un grande suspiro, como si le hubieran atravesado el corazon; y volviendo los ojos á un crucifijo que tenia delante, dijo con grande sentimiento y lágrimas: ¡Ay de mí, Señor, que por necesidad os ofende un súbdito mio! ¡Que por falta de sustento está un sacerdote mio en pecado! No tiene él la culpa, sino yo: apiadaos, Señor, de su alma y de la mia; que yo haré la penitencia. No tenia la culpa el santo, porque no lo sabia; pero la conciencia pura teme culpa donde no la hay. Exhortó al clérigo á la enmienda de la vida, y á dejar aquel pecado, prometiendo de sustentarle, y mandóle que volviese al otro dia por la mañana. Pasó el santo aquella noche en oracion, pidiendo á Dios la conversion de aquel pecador, y tomó por sus culpas una recia disciplina. A la mañana, cuando vino el clérigo, le mostró las espaldas acardenaladas y ensangrentadas, y le dijo: Esta penitencia he hecho yo por vuestros pecados: mirad la que vos habeis de hacer; y entended, que si no os enmendais, no os esperará mas la justicia divina. Arrojóse el sacerdote á sus piés, pidiendo perdon á Dios con muchas lágrimas, y quiso Dios desde aquel punto quitarle de manera la aficion á aquella mujer, que nunca mas la vió, ni se acordó de ella: y el santo le señaló para todos los dias la racion que al mismo clérigo le pareció necesaria y suficiente para su sustentacion, y se la dió, hasta que el clérigo por tener otras cosas de que sustentarse, no la quiso recibir. A otros muchos corrigió tomando delante de ellos, ó por ellos ásperas disciplinas; de manera que castigaba las culpas ajenas con grande rigor, si se mira la penitencia que él hacia por ellas; pero con grande blandura, si se consideran las penitencias que á ellos les daba, que ordinariamente se quedaban en palabras.

27 Cuando habia de reprender á alguno, se recogia antes á orar y pedir á Dios, que diese eficacia á sus razones; y con aquellas palabras encendidas en el fuego de la oracion, ó de la caridad, movia de tal manera los corazones, que muchísimos pecadores que no tenian mas que el nombre de cristianos, dejaban su mala vida, y se mudaban en otros hombres. Cuando despues de haber tentado todos los otros medios, se veia obligado á prender á alguno por incorregible, se le hacian mas largos al santo los dias de la prision, que al mismo que la padecia, y en estando seis ú ocho dias en ella, decia: Mucho ha que está aquel pobre en la cárcel: ¿no hay quien pida por él? Y si ninguno pedia, procuraba por medio de sus ministros mas confidentes, que alguna persona de autoridad intercediese por el reo; y el santo le hacia traer delante de sí, y mostrándose al principio severo é inexorable, le mandaba volver á la

cárcel, hasta que prometiendo la enmienda muy de veras, se iba el santo ablandando poco á poco; y dándole una buena reprension, le enviaba libre á su casa.

28 Tenia este gran prelado, entre las demás, una prenda excelente, que teniendo tanto zelo de corregir las culpas, no le tenia menor en mirar por la honra de los que corregia, especialmente de los clérigos, porque quedasen enmendados, y no desacreditados. Y cuando llamaba á alguno, para reprenderle, mandaba á sus ministros que viniesen tan apartados de él, que no pudiese nadie notar que venia preso, por evitar el escándalo; porque pesa mucho (decia) y vale mucho la honra de un eclesiástico. A los que podia corregir por sí solo, sin intervencion de otra persona, lo hacia con gran secreto; y cuando no, en causa de eclesiástico no queria que interviniese ningun seglar.

29 La caridad con los pobres y necesitados, fué tan grande en este santo prelado, que aun no se explica bastantemente con llamarle limosnero por excelencia, y padre de pobres; porque ningun padre hace con sus hijos, lo que él hacia con sus pobres. Lo primero usaba de grande caridad con sus ministros y domésticos cuando padecian alguna necesidad; y con todos los ministros pobres era liberal, por quitarles la ocasion de obrar menos rectamente por causa de algun interés. Sustentaba á los que tenia presos en sus cárceles; porque no anduviese la justicia sin la misericordia. En pocas palabras se puede decir, lo que no se puede explicar con muchas: no supo necesidad que no socorriese; y rara, ó ninguna seria, la que se ocultase á su misericordia, que tenia mas ojos que Argos. No se tenia por dueño de sus rentas, sino por tesorero de Dios, ó por mayordomo de los pobres, con quienes las gastaba todas. No reservaba un real de un año para otro, porque lo tuviera, como él decia, por sacrilegio; y aun llegó á decir en una ocasion, predicando: Si me halláredes, señores, al tiempo de mi muerte un real, tened mi alma por perdida, y no me enterréis en sagrado. Porque decia este santo prelado, que era obligacion de los obispos y sacerdotes, que gozan rentas eclesiásticas, ser muy limosneros: y cuando oia decir, que algun eclesiástico que tenia rentas y frutos de la Iglesia, dejaba en su muerte dinero achocado, así le lastimaba, como si oyera decir, que habia muerto con la manceba al lado. ¡Terrible sentencia de un prelado tan santo para los que tuvieran por demasiado austero, al que no quieren imitar! Siendo tan pobre que un real le parecia mucho para poseerlo; le parecia pequeña la renta de su arzobispado para dar á los pobres: y así cuando vino á Valencia, preguntando á una persona, cuánto valia el arzobispado y respondiéndole que diez y ocho mil ducados, mostró alguna pena y dijo: Me han engañado; porque pensé que valia mas; pero no lo siento por mí, sino por los pobres, que para mí con muy poco basta; porque me dicen, que hay muchas necesidades en esta diócesis, y es poco eso para socorrer á tantas. Mas aunque al principio valia diez y ocho mil, despues valió veinte y dos mil, y luego treinta mil; y siempre, fuera de dos mil ducados que pagaba de pension á don Jorge de Austria, su predecesor, y tres mil que gastaba en el sustento de su familia y en el salario de abogados y procuradores y otros ministros, todo lo demás gastaba en limosnas; y si de esto, que se gastaba con grande cuenta y razon, sobraba algo, lo daba tambien de limosna.

30 El órden que tenia en el repartimiento de las limosnas, era este: á los pobres mendigos que andan por las puertas, mandaba hacer una olla de carne ó pescado todos los dias, y á cuantos venian á su casa, se daba un pan, una escudilla de caldo, una vez de vino y un dinero: á los que venian con alguna enfermedad ó achaque, se les añadia una racion de carnero, y otro dinero mas. Venian unas veces cuatrocientos, y otras quinientos, y ninguno se iba sin limosna; porque si se habia acabado la olla por venir muy tarde, se le recompensaba en otra cosa; porque tenia mandado, que á ningun pobre á ninguna hora enviasen de su casa sin limosna. No faltó quien le dijo, que con su caridad hacia holgazanes; porque con el recurso que tenian á la limosna de su casa, no querian trabajar. A esta, y otras razones semejantes, con que quieren cubrir su codicia, con capa de justicia, los que son escasos con los pobres, respondia el santo: Gobernador y regidores hay en la ciudad: miren ellos, si hay holgazanes, y castiguenlos; que á mí no me toca sino socorrer las necesidades que llegan á la puerta de mi casa. Hacienda es de Dios esta, no mia; y él envia estos á cobrarla: no tengo yo que introducirme en calificar los cobradores que Dios elige, sino pagar lo que debo á quien viniere á pedirlo. Decianle tambien, que algunos pobres engañaban al limosnero y tomaban dos y tres raciones; á que él respondia: ¿Ese llamais engaño? Guárdenos Dios, de que nosotros engañemos á los pobres; que ellos no nos pueden engañar á nosotros; pues no nos pueden quitar el mérito de la limosna, que les damos por amor del Señor. Vió desde una ventana, donde siempre tenia por recreacion el ver dar la limosna, que un criado suyo reñia con un pobre, que habiendo recibido su racion, se volvió á mezclar con los que no habian llegado, para llevar otra. Idos todos, le preguntó aparte, por qué se habia enojado con aquel pobre; y respondiendo, que porque habia llevado ya limosna y le queria engañar; le dijo el santo: ¿Por eso os enojais? ¿Qué sabeis vos, si aquel pobre tenia necesidad de dos raciones? Dejaos engañar de los pobres, que es logro; y no es menos sabroso ejercitar la caridad muchas veces con uno que una con muchos. Ese pobre, que pensais vos que os engaña, puede ser algun ángel que viene á probar vuestra caridad, como leemos de un pobre, que mudando el vestido, pidió muchas veces limosna á san Gregorio Magno en el mismo dia; y era un ángel enviado de Dios á ejercitar su caridad. A los pobres vergonzantes socorria conforme á su necesidad y calidad, dándoles un tanto para cada mes; y para esto tenia escritos en

una lista los que habia en cada parroquia, y qué familia tenian: á los que no podian trabajar, daba una limosna ordinaria todos los dias: á los que podian trabajar y padecian necesidad, les daba todo lo que habian menester para hacer algun caudal, con que poder sustentar honradamente su familia: á los oficiales pobres daba lo necesario para comprar los instrumentos de su oficio y poner su tienda con que sustentarse á sí y á sus hijos: á los que tenian algunos frutos, ó labor de sus manos que vender, y por la necesidad se veian forzados á venderlo fuera de tiempo, y á bajo precio, les mandaba que no lo vendiesen, hasta que pudiesen sacar el precio justo; que él los sustentaria mientras tanto, y daria todo lo necesario, como lo hacia. Sabiendo que en algunas iglesias de Valencia habia algunos clérigos sin mas renta que la misa, y que tenian madre, ó hermanas, á quienes sustentar, los llamaba, y de su propia mano los proveia cada año de lo necesario; y si enfermaban ellos ó sus hermanas, los enviaba á visitar y los proveia de médico y medicinas, y el regalo necesario, sin quitarles por esto nada de la limosna ordinaria. Avisáronle que un clérigo pobre que tenia su madre y una hermana pobres, tejia en su casa rasos todos los dias, aun los de fiesta, fuera de las horas que estaba en la iglesia. Llamóle el santo, y haciéndole el cargo, respondió, que de la iglesia no sacaba mas que un real y habia menester trabajar, aun los dias de fiesta, en aquel oficio que sabia, para sustentar á su madre y hermana; pero que era con todo secreto, y sin ningun escándalo. Echóle el santo los brazos al cuello, y díjole: Si me fuera lícito, besara las manos que se emplean en un trabajo tan piadoso: proseguid; que agradais mucho á nuestro Señor en esto: y para que no trabajeis los domingos y fiestas, aunque podais por tan buena causa, yo os daré lo que habeis de ganar esos dias; y así lo hizo todo el tiempo que vivió.

31 Socorria á caballeros y gente principal, de manera, que no hiciesen cosa contraria á su conciencia, ni indigna de su estado. Vino un caballero á pedirlo algun socorro: ayudóle luego con una grande cantidad; pero admirado de que aquel caballero padeciese aquella necesidad, encargó á una persona familiar suya, que lo supiese. Volvió la persona, diciendo, que aquel caballero, segun tenia alhajada su casa, no parecia tener necesidad. Preguntó el santo: ¿Y qué habeis sabido de las posesiones ó rentas que tiene ese caballero? Y respondiendo, que de eso no habia sabido cosa cierta; dijo el santo: Pues eso quisiera yo que supierais; y no sabiéndolo, es cierto que ese caballero padece mucha necesidad; porque á no padecerla, no viniera á pedir limosna: de las alhajas de su casa, antes me alegro que no las haya vendido; porque esas las pide su calidad y estado; esto pide la caridad, prevenir que un caballero tan principal no caiga de su opinion, pudiéndolo nosotros socorrer; y así continuó en ayudarle con su limosna, dándole por sus tercios ciento y cincuenta escudos cada año. A otro caballero daba cada mes veinte escudos: ofrecióselo cierta necesidad extraordinaria, y vino á comunicarla con el limosnero con grande encogimiento; porque habia llevado pocos dias antes sus veinte escudos. Subió el limosnero al santo, y díjole lo que pasaba, y que, segun habia conocido, se contentaria el caballero con cien reales. Al punto mandó que se los diese; y al salir el limosnero del aposento, dijo: Fulano, dadle doscientos; que aunque él pide ciento, quizá por encogimiento no pide mas; y ya que se habia apartado un corto espacio, le llamó, y mandó que le diese trecientos, diciendo: Un hombre honrado, que, recibiendo la limosna ordinaria, viene por mas, mucha necesidad debe de tener: y habiéndole vuelto á despedir, le mandó llamar, y que le diese cuatrocientos, que bien los habria menester, y le dijese, que no por eso dejase de acudir por la limosna ordinaria de cada mes, y en las necesidades extraordinarias que se le ofreciesen. A otras muchas personas principales socorria largamente: y cuando sabia que algunos no tomarian nada con nombre de limosna, se valia de varias trazas, para hacerles limosna, sin parecer que la hacia: y hubo caballero principalísimo y pobre, y con hijas por casar, á quien hizo que por medio de un criado pusiese una parte del arrendamiento de sus frutos en mil ducados, sabiendo que habia de sacar mas de dos mil: y por mas que se lo decian algunos inteligentes, no quiso subir el arrendamiento, diciendo, que le dejasen que de su hacienda hiciese lo que quisiese; que él sabia lo que hacia, situando de esta manera á aquel caballero mas de mil ducados de renta cada año. Avisáronle que un caballero, á quien daba diez escudos cada mes, jugaba, y que seria bien quitarle la limosna. Eso nó (dijo el santo); que si él hace mal en jugar la limosna; nosotros hacemos bien en dársela: y si con ella hace un mal, sin ella hará muchos. Defendió de esta manera al caballero, como solia á los que le delataban, excusándolos como podia; y luego le llamó y reprendió ásperamente, y amenazó que le quitaria la limosna, pues la empleaba tan mal; y el caballero se enmendó de manera, que nunca mas volvió á jugar. A las mujeres principales socorria con semejantes artificios: y cuando era tanta su autoridad ó calidad, que no podian descubrir su necesidad, ni pedir el remedio, se informaba de quien era su confesor, y le llamaba, y tanteando la necesidad de aquella señora, le daba toda la cantidad que habia menester, y que viniese de tres á tres meses por otro tanto; y encargaba que no dijese quien se la enviaba, sino que una persona que le tenia hacienda á cargo, por no poderlo pagar todo junto, lo iba pagando por sus plazos: y decia la verdad á su parecer; porque juzgaba que la hacienda del obispo no era suya, sino de los pobres.

32 A las doncellas huérfanas, y pobres, socorria con liberal mano, y en once años, que fué arzobispo, no se casó ninguna, á quien él no diese, ó todo el dote, ó parte del dote. Criaba á todos los que echaban á sus puertas, con tan grande caridad y amor, que al nombre de «Padre de pobres,» le pudiéramos añadir el renombre de «Ma-

dre de huérfanos;» porque su cariño para con los niños que criaba, era de madre amorosa para con los hijuelos pequeños.

33 Como se sabia esta caridad del santo obispo, le echaban muchos niños de noche: y porque los niños no pasasen toda la noche sin el sustento de la leche, hizo que viviesen dos amas junto á palacio, y les alquiló casas, para que en echándoles algunos niños, á cualquier hora que fuese, los llevasen, y les diesen leche, y tuviesen hasta buscarles amas. El primero dia de cada mes venian todas las amas á palacio, y puestas en dos órdenes, iba el santo mirando de uno en uno sus niños: y á la que veia que le llevaba limpio, aseado y bien tratado, se lo agradecia, y daba algunos reales demás de su salario; y á la que no, reprendia severamente, y no la daba nada, para que se enmendase: y lo mismo hacia en las pascuas y fiestas solemnes. Hacia caricias á los niños, pasándoles la mano por el rostro, y decia á las amas: Si os dieran á criar un hijo del rey, ¡por cuán honrada y dichosa os tuviérades, y con qué cuidado le criárades, y llevárades muy limpio y bien puesto! Pues estos pobrecitos tiene el Rey del cielo por muy hijos suyos, y me los ha encomendado á mí, y yo de su parte os los encomiendo á vosotras: tenedlos limpios y bien tratados; pues os proveemos cumplidamente de todo lo que ellos han menester. De los enfermos tuvo mucha compasion y cuidado. Tenia mandado á su limosnero, que á los enfermos de enfermedades curables proveyese cumplidamente de carnero, aves, conservas y pan de su mesa; y á los que tenian enfermedades incurables, que acompañan toda la vida, les diese cierta limosna cada semana, para que pudiesen pasar su enfermedad; y para todos tenia un boticario, adonde acudian por cuanto habian menester, y dos médicos y un cirujano, con muy buenos salarios, para que les acudiesen con grande cuidado y puntualidad, en avisándoles su limosnero. No se quedaba su caridad dentro de la ciudad de Valencia, ni cabia en ella; extendíase á toda su diócesi: y así, cuando visitaba, ó enviaba á su visitador, mandaba llevar cargas de paños y lienzos, para vestir pobres, y mucho dinero, con que hacer limosna á todos los necesitados.

34 El que tenia la mano abierta para los pobres, la tenia cerrada para sus parientes. Vino á verle un pariente suyo pobre, con deseo y esperanza de volver á su casa rico: hospedóle el santo con mucha alegría y llaneza, llamándole señor primo, y regalándole un mes que estuvo en su casa. Despues le preguntó, cómo le iba en su tierra; y respondió que mal; porque de dos bueyes que tenia para su labor, se le habia muerto uno. Dijo el santo: Señor primo, para comprar un buey, en lugar del que se le murió, yo le daré, no porque es mi pariente, sino porque es pobre; pero no espere mas de mí, porque esta hacienda no es mia, ni de mis parientes, sino de los pobres de mi arzobispado. Otros vinieron tambien, llamados de la dignidad, por gozar parte de la renta; y á dos ó tres dias los desengañaba y decia, que nunca habia sido mas pobre que entonces; pues no tenia por suyo, mas que el cuidado de repartir á los pobres la hacienda que Dios le habia encomendado; y que desengañasen á los demás parientes, para que no se cansasen en venir; porque aunque tenga parientes el obispo, su renta no ha de tener mas parientes ni herederos, que los pobres de su obispado.

35 Consigo era tan escaso para ahorrar para los pobres, que á los que no le conocian, parecia avariento de muy limosnero. Teniendo los jubones muy gastados, especialmente de las mangas, los envió á casa de una buena mujer para que los aderezase. Vino ella, y díjole que aquellos jubones no tenian aderezo, ni ella sabia aderezarlos, ni parecia bien que un prelado como él, anduviese con aquellos jubones pudiéndose hacer otros con treinta reales. Eso no haré yo (dijo el santo); que echando unas mangas á estos jubones, podrán servir, y con esos treinta reales remediarémos algun pobre que no tenga vestido ni nuevo, ni viejo. Mandó llamar á un sastre para que les echase unas mangas: y aunque el sastre no queria concertar el precio, diciendo que su señoría le daria despues lo que fuese servido; no quiso el santo que llevase los jubones, hasta que se concertó en lo justo que merecia el aderezo. Fuése el sastre escandalizado de la miseria del arzobispo; porque pensó que nacia de avaricia; pero presto se desengañó; porque teniendo tres hijas sin tener dote para casarlas, le advirtió un clérigo que fuese á pedir limosna al arzobispo, ponderándole cuán limosnero era. Reíase el sastre, diciendo, que le conocia muy bien, y sabia cuán miserable era; y contóle lo que le habia pasado. No obstante, importunado del clérigo, fué al santo prelado, y declaróle su necesidad. Oyóle con mucho amor y díjole: Venga acá vuestro confesor, y encomendadlo vos y vuestras hijas á Dios, que Dios os remediará: que era el ordinario estilo que tenia en semejantes limosnas. Vino el confesor: informóse de la necesidad de aquellas doncellas, y la comodidad que se les ofrecia para casarse, y qué seria menester para el dote. Dijo el confesor, que si daba treinta escudos á cada una, seria una grande caridad y remedio para ellas. Díjole el santo que volviese por la mañana con el padre de las doncellas, y le haria cédula de la cantidad; y en estando efectuado el casamiento, se los daria. Fué el padre al dia siguiente: y como la caridad de este prelado era tan grande, se desvelaba en tantear y mirar si la limosna que daba era bastante para el remedio de las necesidades, y así le dijo: Aunque prometí ayer á vuestro confesor treinta escudos para cada una de vuestras hijas; considerándolo aquesta noche me ha parecido poco: porque casi toda la cantidad se les irá en poner su casa, y les quedará muy poco para caudal; y así daré cincuenta escudos á cada una para que con los veinte pongan su casa, y echen los treinta en el caudal de su oficio para empezar á trabajar. No sabia qué hacerse aquel hombre de admirado y agradecido: echóse á los piés del santo para besárselos; y él le levantó y dijo: ¿No

sois vos el que me aderezasteis los jubones? Ya sé que os ofendisteis de ver lo que regateé por el precio: pero no tuvisteis razon; porque yo no lo hacia por cierto por ahorrar dinero, que yo ni lo estimo, sino para haceros esta limosna á vos y á otros que tienen necesidad. De estos y semejantes casos, que cada uno de ellos se celebrara dignamente en otros prelados por admirable, callo muchos; porque son tantos en este santo prelado, que la multitud les quita la admiracion.

36 No se contentaba este padre de pobres con ser él limosnero; procuraba hacer á otros limosneros, y daba un consejo á los que no tienen hijos, ni obligaciones; y era, que empleasen su hacienda en pobres vergonzantes y gente honrada, y lo hiciesen en vida, y no aguardasen á mandarlo en su muerte, para que se dé á los pobres que están por venir: porque á estos Dios los proveerá á su tiempo, y los ricos presentes son para los pobres presentes; y los ricos futuros para los pobres futuros; y que Dios no les pediria cuenta de que no socorrian á los pobres que habia de haber, sino porque no socorrian á los pobres que habia en su tiempo.

37 Un milagro continuo sucedia en el repartimiento de las limosnas, que por continuo no se advertia, ni reparaba; y es: que, mirada la renta del santo prelado, y computadas las limosnas que daba, públicas y secretas, por sí y por medio de su limosnero, era tres y cuatro veces mas lo que daba, que lo que percibia; pero este milagro continuo y oculto le hizo Dios patente en algunos casos extraordinarios. Amasaban cada dia en la casa del santo prelado mucho pan para dar á los pobres: y con una inundacion grande que rompió las azudes, cesaron de moler los molinos de Valencia, y era necesario ir á moler muy lejos. Habia gran falta de pan, y creció el número de pobres, de manera, que el que tenia á su cargo cocer el pan, viendo la poca harina que habia, y que el trigo que habian enviado á moler habia de tardar mucho tiempo á venir, se fué al santo, y le dijo, que seria bien despedir á los pobres hasta que viniese harina; porque si se cocia el pan ordinario, á dos dias no habria pan para los de casa. Enojóse mucho el santo prelado con esta propuesta, y dijo: ¿Qué decís? ¿despedir á los pobres? Líbrenos Dios de despedir ningun pobre: antes despediré yo todos los criados de mi casa. Coced lo mismo y dad pan á cuantos vinieren: y si faltare, falte para nosotros; que yo confio en Dios que no faltará para ninguno. Cociése aquel dia lo ordinario; y al dia siguiente se halló la misma harina que el primero; y al tercero que el segundo, y de esta manera todos los dias, hasta que se aderezaron las azudes; de manera que sacando siempre la misma harina, parecia siempre que no se tocaba á ella. En tiempo que se temia necesidad se previno el santo arzobispo de mucho trigo: y mandando repartir grande cantidad por los lugares de su diócesi, guardó lo demás en su casa y fuélo repartiendo á los pobres. Vinieron un dia tres viudas á pedir al santo que las socorriese, porque padecian grave necesidad: mandó el santo á su mayordomo, que las diese un poco de trigo; y como respondiese que no habia ni un grano en la casa, dijo el santo: No es posible: miradlo bien; que algo habrá para estas pobres mujeres. Trajo el mayordomo á dos criados que habian barrido aquel dia el granero, los cuales aseguraron como no quedaba ni un grano. Con todo eso dijo: Miradlo bien: y al subir el mayordomo á verle, dijo el santo á los criados: El Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, se compadecerá de estas pobres viudas: y con dificultad pudo abrir el mayordomo el granero, segun estaba lleno de trigo, pasmándose de admiracion con tan grande y evidente milagro. Dió el santo una gran cantidad á aquellas mujores, y mandóles que callasen el milagro; aunque ellas no lo cumplieron. Tenia lista de todos los enfermos que habia en cada parroquia, y cada semana salia una tarde á visitarlos. Detrás iban dos criados con camisas y sábanas; y en viendo el santo que algun pobre necesitaba de camisa ó sábanas se las dejaba. Sucedia algunas veces hacer los criados la cuenta de las sábanas y camisas que habian dado, y conocian ser muchas mas que las que habian sacado de casa. Haciendo visita en el marquesado de Denia, mandó al criado que llevaba la bolsa del dinero, que notase el que sacaba de Valencia, y lo que iba gastando: y hecha la observacion, halló el criado que era mucho mas lo que se habia dado de limosna, que lo que se habia sacado de casa, y que aun quedaba en la bolsa mucho dinero; y mandóle que lo callase. De esta manera se multiplicó muchas veces el dinero cuando lo repartia el santo por sus manos, como él mismo confesó en una ocasion. Pero ¿qué maravilla es que hiciesen milagros aquellas manos que repartian tantas limosnas? Dejando otros milagros de su limosna, quiero decir la limosna de un milagro que dió á un pobre en una ocasion. Vió un pobre tullido con dos muletas entre los pobres que acudian á pedir limosna á su puerta, y reparó que le miraba con mucha atencion. Hízole llamar, y á solas le preguntó, por qué le miraba con tanta atencion, y si necesitaba de mas limosna que los demás pobres, que se la daria de buena gana: que le dijese sin empacho su necesidad. Respondió: Señor, para mi harto me dan; pero tengo mujer y dos niños, y repartido con ellos padecemos harta necesidad. Replicóle: ¿Sabeis algun oficio? Respondió el pobre: Sastre soy; pero mire vuestra santidad las manos y los dedos como están, que no los puedo mover; que si yo tuviera salud, con ella sustentara mi casa como antes lo hacia. ¿Pues qué quereis, dijo el santo, salud ó limosna? Respondió: ¡O si yo tuviera salud! No le dejó decir mas palabras; y haciendo sobre él la señal de la cruz, dijo: En el nombre de Jesucristo Nazareno crucificado dejad esas muletas, é idos con salud á trabajar á vuestra casa. Al punto se halló el tullido y manco con virtud en los piés y en las manos; y lleno de alegría se fué alabando á Dios y al santo á su casa, á ejercitar su oficio, con que sustentaba su familia, ayudándole el santo prelado con una buena limosna cada semana. Tambien le sucedió

muchas veces, al visitar los enfermos pobres, hallar algunos desahuciados; y con decirles un evangelio, y echarles su bendicion, les daba entera salud: y cuando los médicos pensaban hallarlos al otro dia muertos, los hallaban sanos, admirando al médico limosnero, que daba de limosna la salud, que no se puede comprar con el dinero.

38 De las otras virtudes de santo Tomás, no hay para qué hablar, sino decir, que todas fueron conforme á esta grande caridad; porque á quien dió el Señor en tan alto grado la virtud de que mas se precia, que es la misericordia, no podia negarle las otras virtudes. Su castidad fué no como de hombre con carne, sino como de ángel sin ella. Ni en su niñez, ni en su mocedad, y mucho menos siendo religioso y arzobispo, se conoció que era hombre sino en el recato con que huia las ocasiones en que solos los hombres pueden caer. Siendo niño, huia de los niños viciosos y mal inclinados: siendo estudiante y colegial, huian los viciosos de él como de la misma castidad: siendo religioso y superior en su religion, nunca hacia visita á mujer ninguna, aunque fuese su hija espiritual y muy principal, sino es cuando la caridad ó la necesidad le obligaba á ello: siendo arzobispo no admitia visita de mujer ninguna en su casa: y por no faltar al oficio de pastor de todas sus ovejas, tenia señalados ciertos dias en la semana, en que les daba audiencia en la iglesia, y llegaban ellas, cubierto el rostro, á comunicarle sus necesidades ó aflicciones. Sabiendo que venia su madre á Valencia á verle, le avisó que fuese á Villar, que es un pueblo de la mesa episcopal, donde estuvo el santo con ella algunos dias regalándola: y deseando la madre ir á Valencia, no consintió, diciendo, que si iba á Valencia, como madre habia de posar en su palacio, y las señoras de Valencia la vendrian á visitar como á tal; y que él no queria visitas de mujeres en su casa, aunque fuese con tan justa causa. El solo se vestia y desnudaba, y ninguno de sus criados le vió jamás ni aun los piés. Murió virgen este santo prelado, como lo afirmó su confesor con quien se habia confesado generalmente en la hora de la muerte; y en testimonio de ello cubrieron su cuerpo de flores, y le pusieron una guirnalda de ellas junto á la mitra. Confirmábanse muchos en esta opinion, por los resplandores que veian salir de su rostro, cuando le hablaban. Su zelo de la salvacion de las almas era tal, que deseó con grandes ansias, y procuró muchas veces renunciar su arzobispado, por darse del todo á la predicacion, especialmente para convertir á los moriscos del reino de Valencia, cuya ceguedad y perdicion le dolia mucho. Procuraba con singular cuidado que los predicadores cumpliesen con su obligacion; y para esto los juntaba todos los años antes de la cuaresma, y les hacia un plática, acordándoles, cuántas almas estaban á su cargo, cuya salvacion dependia de su predicacion, y cuánto premio les daria Dios, si hacian debidamente su oficio; y al contrario, cuánto castigo les esperaba, si por predicarse á sí mismos, y no á Jesucristo, dejasen las almas de salir de sus vicios, y de conseguir el fin para que fueron criadas. A esta plática asistian tambien los confesores, para que en lo que les tocaba, hiciesen lo que debian. La Compañía de Jesus debió mucho á este santísimo prelado; porque viendo lo mucho que trabajaban los hijos de ella en procurar la salvacion de las almas, los honraba y favorecia con singular amor, y se quejaba amorosamente, siempre que le sacaban alguno de Valencia, diciendo, que le quitaban sus coadjutores que le ayudaban á cumplir con la obligacion de su oficio, procurando el provecho de sus ovejas. Y en la muerte, con facultad que tenia del sumo pontífice, para disponer en aquella hora de lo que se le debiese, mandó dar al colegio de la Compañía de Jesus de aquella ciudad la mayor parte de una cantidad que le debia el emperador.

39 Su zelo en mirar por la inmunidad y libertad eclesiástica en las ocasiones que se le ofrecieron, fué digna de tan gran prelado. Habiendo preso el gobernador de Valencia á un capitular de su Iglesia, por haber dado de puñaladas á un alguacil del mismo gobernador, fulminó contra el gobernador todas las censuras, y últimamente puso entredicho general, y *cesatio à divinis:* y como llegase la cuaresma, envióle á decir el virey, que alzase el entredicho, y *cesatio*, ó á lo menos el *cesatio*. No quiso el santo, diciendo, que no lo haria hasta que le restituyese el gobernador el preso. Llegó la semana santa, y volvió á enviarle recado el virey, pidiendo lo mismo por el desconsuelo de la ciudad, y amenazándole que, si no lo hacia, le ocuparia las temporalidades: á que respondió el santo con grande constancia que, si le ocupaban las temporalidades, todo el daño seria de los pobres, y Dios volveria por ellos; que á él nada le quitaban: porque con volverse á su celda, de donde le habian sacado contra su voluntad, estaria mas rico y contento, que con todas sus rentas. Y finalmente, no desistió, hasta que el gobernador le entregó el preso; y el santo dió al gobernador públicamente la penitencia que le pareció necesaria, para satisfacer al escándalo que habia causado. Su magnanimidad, con que, sin atender á respetos humanos, miraba solo á Dios, y á su obligacion, fué admirable. Pidióle el emperador Cárlos V veinte mil ducados prestados, para ayuda de hacer un presidio en la isla de Ibiza; porque sonaba que venian sobre ella los turcos, y él se hallaba sin dineros. Respondió el santo, que él no podia prestarlos; porque aquella hacienda no era suya, sino de los pobres; y nadie puede disponer de hacienda ajena. Hubo muchas demandas sobre esto: y el emperador le volvió á escribir, que no le pedia dado, sino prestado, y que la necesidad de Ibiza era grande, y seria obra de caridad socorrerla. Respondió el santo, que bien lo entendia; mas que Dios no le habia encomendado á Ibiza, sino á Valencia; y que para estas empresas era el dinero de los reyes, no el de los obispos, que es de pobres. Advirtióle el virey que se ofenderia el emperador; y él respondió: Mucho sentiré ofender al emperador; pero

mucho mas sentiré ofender á Dios: y en caso que el emperador se ofenda, yo me volveré con grande gusto á mi celda, que aun me traigo la llave en la cinta. Al fin, despues de muchas instancias, prestó diez mil ducados, y esto señalándole fincas seguras de donde cobrarse; y en su tiempo cobró siete mil, y despues se cobraron tres mil, que se distribuyeron conforme á lo que el santo dispuso en su muerte. Con esta entereza en las cosas que tocaban al servicio divino, juntaba una humildad y llaneza grande en el trato de su persona. En su casa no habia fausto, ni aparato, ni porteros que hiciesen aguardar á los que venian, porque no hacia autoridad de hacerse esperar; solo habia un portero, para que le avisase luego que alguno le buscaba. Su puerta era como las puertas de los templos, que están igualmente abiertas para pobres y ricos, y si habia alguna diferencia, era en recibir de mejor gana á los pobres, por venir apadrinados de su necesidad. Sentábase en una silla baja, y hacia sentar al pobre en otra, y con grande afabilidad se informaba muy despacio de su afliccion y trabajo, y siempre eran mejor despedidos, que recibidos; porque volvian remediados, los que venian necesitados. Finalmente, la caridad con Dios, que era la reina entre las virtudes de este santo prelado, y gobernaba todas sus acciones, y le hacia procurar con tanto zelo la gloria divina, y excusar sus ofensas, y le obligaba á amar á los pobres, por mirar en ellos á Cristo; ¿quién la explicará con las palabras? ¿Quién no la dejará toda á la admiracion? ¿Y para qué es menester explicarla; pues todas las obras y palabras de este santo prelado dan testimonio de su caridad con Dios?

40 Lo que no se puede admirar bastantemente en santo Tomás, es, que siendo tan grande prelado, y teniendo en tan eminente grado todas las prendas necesarias para esta dignidad, clamaba continuamente por dejar el arzobispado, y, como si estuviera en un mar tempestuoso, anhelaba ansiosamente por volverse á su convento, como á puerto seguro; porque segun él decia á su confesor, nunca habia temido tanto ser excluido del número de los predestinados, como desde que habia entrado en el número de los prelados. Escribia al emperador repetidas cartas en órden á renunciar la dignidad, y pedíalo á Dios con continuas oraciones: y aunque el emperador no le oia, por no quitar á la Iglesia tal prelado, oyóle Dios, por dar tal prelado al cielo, como singular adorno del coro de los pontífices, y para darle á él digno premio de sus virtudes; y porque queria castigar á Valencia con la hambre que padeció el año de 1556 y con la peste que hubo los dos años siguientes, quísose llevar al santo antes, el año de 55, porque no viese tantos males, ó porque no los embarazase con sus oraciones. Estando una noche de la fiesta de la Purificacion de nuestra Señora en oracion, pidiendo á Dios, que le librase de aquella carga tan pesada del arzobispado, le habló un crucifijo, que tenia delante, y le dijo: Ten buen ánimo; que el dia del Nacimiento de mi Madre vendrás á mi: y desde entonces quedó abierta la boca del crucifijo, que antes estaba cerrada; y así se ve hoy, con los dientes tan perfectos, que los mas peritos escultores dicen que no puede el arte imitar tanto á la naturaleza. Empezóse á aparejar para la partida, el que estaba tan aparejado y alegre con la nueva; aunque le parecian muy largos plazos aquellos meses mas de arzobispo, y de desterrado de la patria celestial. En 29 de agosto enfermó de una esquinencia, procedida de largos estudios, desvelos y penitencias; y conociendo que se acercaba ya su partida, se confesó generalmente de toda la vida, y recibió por viático el cuerpo del Señor con mucha devocion y lágrimas. Cuatro dias antes de su muerte, mandó á su limosnero, que cinco mil ducados que habian quedado, los repartiese todos á los pobres, y se volviese sin un real. Y cuando le dijeron que se habia repartido todo, dijo: ¡O cuánto habeis aliviado mi espíritu! Dios os dé el consuelo que me habeis dado. Mandó tambien, que sus muebles se diesen á los pobres: y no teniendo ya mas que la cama, llamó á su carcelero, que era pobre, y le dió su cama. Preguntóle si la aceptaba; y respondiendo el carcelero, que sí; dijo con grande gozo de su espíritu: Gracias á Dios que he alcanzado lo que siempre he deseado: bendito sea Dios, que muero como pobre religioso, sin poseer nada en este mundo. Ya esta cama es tuya: mira si me la quieres prestar por amor de Dios, para morir; y sino, muy gustoso moriré sobre la tierra. El sábado, víspera de la Natividad de nuestra Señora, pidió la extremauncion, y el domingo por la mañana, dijo, que le faltaban pocas horas de vida: que se pusiese en su sala un altar, y se dijese misa; porque queria despedirse en la misa, como Cristo se despidió de los suyos. Dijose la misa, que oyó con gran devocion y lágrimas, y en alzando, empezó el salmo: *In te, Domine, speravi, etc.* y al llegar á decir el último verso: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum;* que fué cuando el sacerdote acabó de consumir el santísimo Sacramento, espiró; y su alma, desatada de las prisiones del cuerpo, fué á gozar del premio que tenia merecido con tantas obras, dia de la Natividad de nuestra Señora, á 8 de setiembre de 1555 años. No hay para qué decir con palabras el sentimiento que hubo por su muerte en la ciudad de Valencia; pues ninguno le sabia explicar mas que con lágrimas y suspiros: ni es menester decir el concurso de su entierro, la veneracion de santo que tuvo, besándole los piés y las manos, y procurando alguna de sus reliquias: porque quien en vida era venerado por sus obras, como si fuera un santo canonizado; bien claro se ve, cuánto mas honrado seria en la muerte, en que ya las virtudes están seguras en la perseverancia. Contribuyó el cielo á la celebridad con un milagro; porque pasando por una calle el entierro, cayó un muchacho de nueve á diez años de un edificio muy alto. La madre que le vió caer, le encomendó á santo Tomás, diciendo: Santo arzobispo, librad á mi hijo: y el niño bajó tan despacio, como si le bajara en brazos algun ángel, y quedó de piés en el suelo, sin lesion, ni dolor.

Sepultáronle en el convento de Nuestra Señora del Socorro, como él lo habia mandado, queriendo que, pues el arzobispado lo habia sacado de su convento, la muerte le restituyese á su religion. Despues de su muerte, se apareció glorioso y resplandeciente á muchas personas, asegurándoles de su descanso y bienaventuranza.

41 Honró Dios á este gran siervo suyo en vida y en muerte, con muchos é insignes milagros, los cuales dejo; porque si hubiera de contar milagros contara los ejemplos que he hallado de sus virtudes, que me admiran mas, que el haber resucitado nueve difuntos, y haber sanado innumerables enfermos de diversas enfermedades. Tuvo espíritu de profecía, y favoreciéle el Señor con todas aquellas prerogativas, con que suele honrar á sus fieles siervos y amigos.

42 En todo fué admirable santo Tomás de Villanueva, y su vida, que sirve á la admiracion de todos, sirva tambien á la imitacion; porque no hay quien no halle qué imitar en este prodigioso varon. En todos los estados y edades fué santo, cuando niño, cuando mancebo, cuando varon, cuando anciano: siendo seglar, siendo religioso, siendo predicador, siendo prelado; y así todos pueden aprender de él alguna virtud: los niños la inocencia: los mancebos la castidad: los varones la madurez: los ancianos la prudencia: los seglares la modestia: los religiosos la observancia: los predicadores el zelo: los prelados la vigilancia; y todos la caridad y misericordia para con los pobres y necesitados; porque él fué seglar, y ejemplo de seglares: religioso, y espejo de religiosos: predicador, y maestro de predicadores: prelado, é idea de prelados. ¡O qué varon, mayor que todas las alabanzas! Grande en los ojos de Dios nuestro Señor, y pequeño en sus ojos, en quien nadie halló qué reprender, sino es su misma vista: á quien juzgaban todos por digno de mayores dignidades; y él se tenia por indigno de ser arzobispo. ¡O qué arzobispo, que supo unir las virtudes de religioso con las de prelado! Pobre y padre de pobres, que no tenia mas tesoro, que las manos de los necesitados: rico para los pobres; y pobre para sí: á quien todas las necesidades hallaban liberal, sino es las propias. En sus manos se multiplicaban las limosnas; pero no es maravilla, pues multiplicaban las limosnas sus manos. «Bienaventurado el varon, que fué hallado sin mácula, y que no se fué tras el oro, ni puso su confianza en los tesoros del dinero. Este es el sacerdote grande, que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado en sus ojos justo, y en el tiempo de la ira fué hecho reconciliacion, y no se halló otro semejante á él.» ¿Quién cerrará la mano, viendo abierta la de Tomás de Villanueva, no menos para recibir beneficios de la mano de Dios nuestro Señor, que para dar limosna á los pobres? Encomendémonos todos á este santísimo pontífice: pidámosle su favor; que su misericordia no ha acabado, sino perficionado el cielo, y nos ayudará con sus oraciones á conseguir la gloria, de que él goza, y gozará por los siglos de los siglos. Amen.

43 Escribieron de santo Tomás de Villanueva José Pamfilio, fol. 119; M. Grijalva, Historia mejicana, lib. 1, cap. 2 y 13; Alvar. Gomez, en la Vida de don Fr. Francisco Jiménez, lib. VIII; Gonzaga, en la Crónica de los Menores; Cornelio Curcio, De los varones ilustres de la órden de San Agustin, elog. 2, fol. 25; Fr. Tomás de Herrera, en el Alphabet. Agustin., 2 p., lit. T, verb. *Thomas*, fol. 438, y en la Historia del concilio de Salamanca. Escribieron tambien de él Fr. Miguel Salon, don Fr. Juan Muñatones, obispo de Segorbe, Fr. Nicasio Bario, agustinianos; don Francisco de Quevedo; Henrico Uyveo, en francés; y Tamayo de Salazar, en su Martirologio, tomo V, á 8 de setiembre.

SAN JOSÉ DE COPERTINO, CONFESOR. —El glorioso san José, nombrado de Copertino, porque nació en el lugar de este nombre, situado en el obispado de Nardo, en el reino de Nápoles, vino al mundo á 17 de junio de 1603. Félix Desa, y Francisca Panara fueron sus padres, pobres á la verdad, y de baja condicion, pero al mismo tiempo piadosos y honrados, los cuales le educaron en la cristiana piedad; y él, prevenido de copiosas bendiciones del cielo, ya desde sus primeros años dió muestras de la eminente santidad á que Dios le habia destinado. Cuando llegó á la edad de diez y siete años resolvió consagrarse enteramente á Dios, entrando en alguna religion, y escogió entre las demás la de los padres capuchinos, por ser una de las mas rígidas y observantes, en la cual fué efectivamente admitido en el año 1620, en calidad de fraile lego, porque como no se habia dedicado á las letras ni al estudio, no se creyó capaz de grado mas honorífico. Pero ya fuese por la debilidad de la vista, ó por su natural abstraccion, sabió nada apto para los oficios propios de su estado, en cuya atencion, despues de haber pasado ocho meses en el noviciado, fué despedido de la religion, y despojado de aquel santo hábito, con tan grande sentimiento y dolor del santo jóven, que solia decir despues, que le parecia que le desollaban cuando le desnudaban la túnica, y que le separaban la carne de los huesos. No osando nuestro santo volver á Copertino por miedo de su madre, que era de natural áspero y severo, y por no hallarse sujeto á sus fuertes reprensiones, se fué á buscar á un religioso de los padres menores conventuales, tio suyo, quien en aquel año de 1621 predicaba la cuaresma en el lugar de Vetrara, y echándose á sus piés, le rogó con muchas instancias quisiese cuidar de él, pues estaba dispuesto á ejecutar prontamente todo lo que le mandase: el religioso movido á compasion del desamparo en que se veia el sobrino, le hizo quedar en su compañía hasta la Pascua, en cuyo tiempo le trató con mucha aspereza; pero despues le llevó consigo á su convento, nombrado de la Grottella, distante poco mas de media hora del lugar de Copertino, donde fué recibido como oblato terciario, destinándole á los ministerios mas bajos y mas viles de la comunidad, y en particular á cuidar de una mula de aquel convento. Pero fué tan loable la conducta del santo en este estado, tan pronta su obediencia en todo lo que se le ordenaba;

y sobre todo, tan singular la devocion y piedad que se le descubria en todos sus discursos y acciones, que se mereció la estimacion y amor de todos los religiosos, quienes por este motivo se resolvieron á admitirle en su religion, en la cual vistió el hábito de clérigo en el dia 19 de junio del año 1625; y habiendo cumplido con satisfaccion y admiracion de todos el año de noviciado, hizo la solemne profesion en manos de su superior, en la cual retuvo el nombre de José, que se le habia impuesto en el bautismo. Desde entonces compareció un verdadero y perfecto religioso en la práctica de todas las virtudes convenientes á su estado, y en la observancia exactísima de las reglas de su instituto; de suerte, que los superiores en este particular nada mas podian desear de él. Pero en el estudio de las letras necesarias para recibir las órdenes eclesiásticas, nada ó muy poco aprovechaba. Por este motivo era muchas veces reprendido; pero aunque el santo recibia con humildad las reprensiones que se le hacian, acostumbrando decir á su maestro: Tomad paciencia conmigo, porque así mereceréis mas; todavía poquísimo aprovechaba en las letras, ya fuese por incapacidad de talento, ó porque vivia siempre absorto en Dios, y como abstraido de los sentidos en una continua oracion y contemplacion, de la cual en un grado sublime, como despues dirémos, fué favorecido de Dios nuestro Señor. No obstante sus superiores creyeron oportuno, atendido el buen olor de su singular santidad, hacerlo promover á las órdenes sagradas hasta el sacerdocio; y se dice que en los exámenes que suelen preceder á la ordenacion, aconteció un no sé qué de prodigioso, habiéndole el obispo presentado para declarar ó repetir el evangelio de la misa, que empieza: *Beatus venter qui te portavit*, que era el único que habia aprendido á fuerza de un largo estudio. En cuyo particular es forzoso confesar, que un tal ejemplo es mas para admirarse que para imitarse; pues nadie debe apartarse de las reglas establecidas en los cánones de la santa Iglesia, segun los cuales se requiere la conveniente ciencia y habilidad en los que han de ser promovidos á las sagradas órdenes.

2 Despues que José en el año 1628 fué ordenado sacerdote, sintió nacer en su espíritu un nuevo y mas ardiente deseo de adquirir la mas sublime perfeccion, y de vivir enteramente despegado de todas las cosas de la tierra, y únicamente atento á la práctica de todas las virtudes evangélicas, y especialmente de una total mortificacion de sí mismo, y de una asperísima penitencia. A este fin se privó de todas las cosas que se permiten á los religiosos de su órden, hasta de los vestidos interiores, contentándose con la sola túnica; se separó de cualquiera conversacion y comercio con los hombres, llevando una vida retirada y solitaria, en una pequeña y oscura celda del convento: se privó del todo del uso de la carne, de los lacticinios y del vino, sustentándose de solas yerbas y frutas secas, ó de legumbres cocidas con unos polvos amarguísimos. Ayunaba rigorosamente siete cuaresmas en el año, á imitacion de su patriarca san Francisco, pasando frecuentemente las semanas enteras sin tomar cosa alguna de alimento, fuera del jueves y domingo. Tomaba un brevísimo sueño sobre una camilla tan incómoda, que le causaba mas dolor que reposo. Se disciplinaba frecuentemente con unos cordeles entretejidos de puntas de alfileres y estrellitas de acero; con este terrible instrumento hacia tal carnicería en su cuerpo, que corria de él por todas partes hilo á hilo la sangre: llevaba continuamente sobre sus desnudas carnes un áspero cilicio, ceñido con una cadena de hierro. En una palabra, era tan grande la aspereza y rigor con que el siervo de Dios trataba á su cuerpo, que se podia justamente llamar mártir de la penitencia, viéndose renovados en su persona los grandes ejemplos de penitencia, que en los primeros siglos de la Iglesia se admiraron en los desiertos de Siria, de Egipto y de Palestina.

3 Pero cuanto el bienaventurado José afligia su cuerpo con estas asperísimas penitencias, superiores á las fuerzas humanas (que nadie debe hacer por su puro arbitrio, y que el santo ciertamente practicaria movido de un impulso particular del Señor, que le inspiraria la práctica de unos rigores tan extraordinarios, para confundir la sobrada delicadez, con que no solo las personas del mundo, sino tambien algunas de las religiosas acarician su cuerpo), otro tanto se regalaba y acrecentaba su espíritu con el dulce pábulo de la oracion y contemplacion, en la cual fué de Dios favorecido con éxtasis y raptos, no solo de espíritu, sino tambien de cuerpo, tan estupendos, extraordinarios é inauditos, que no creo cause disgusto al lector el oir la relacion de ellos, en el modo que se describen en la historia de su vida, compuesta sobre las auténticas declaraciones de muchos testigos, recibidos en los procesos que se formaron en la causa de beatificacion y canonizacion del siervo de Dios. «Estos éxtasis y raptos eran tan frecuentes, que por mas de treinta años (son palabras del mismo autor de su vida) no fué admitido con los otros frailes en el coro, en las procesiones, ni en el refectorio, porque se perturbaban las funciones.» Por lo que seria nunca acabar si se quisiesen referir todos los raptos que tuvo el siervo de Dios, despues que fué sacerdote, en todo el resto de su vida. Por eso bastará referir solamente aquí los que tuvo en Copertino, en el tiempo que habitó en el convento de la Grottella, los cuales refiere el sobredicho autor en el modo siguiente.

4 Primeramente en Copertino, en la noche de la vigilia de Navidad, oyendo José el son de la zampoña, y de los silbos de algunos pastorcillos que él habia convidado para honrar el nacimiento del divino Niño, primero empezó á bailar por sobrada alegría, despues dando un suspiro con un alto grito, voló por el aire como una avecilla, desde en medio de la iglesia hasta el altar mayor, distante de allí mas de diez varas, y aquí, habiendo abrazado la custodia del Señor sacramentado, estuvo dulcemente arrebatado cerca de un cuarto de hora, sin hacer caer ninguna de las velas encendidas, de que estaba lleno el altar, y sin ser ofendido del fuego en ninguna parte de sus vestidos. A este suceso quedaron sobre manera maravillados aquellos

pastores; mas no fué menor la admiracion de los religiosos de aquel convento, y del pueblo de Copertino, cuando vieron que el bienaventurado José, vestido de capa pluvial para asistir á una procesion en la fiesta de san Francisco, se fué á vuelo sobre el púlpito de la iglesia, quince palmos elevado de la tierra, y quedó en el borde del mismo por largo espacio extático y maravillosamente arrodillado. Igualmente estupendo fué un rapto que tuvo en la noche de un jueves santo, orando con los demás religiosos delante del sagrado sepulcro, colocado en la parte superior del altar mayor, y adornado de nubes iluminadas con gran número de lámparas; porque repentinamente fué á vuelo directamente á abrazar la urna de su divino tesoro, dejando intactos todos los adornos de aquella perspectiva, y despues de algun espacio de tiempo, llamado del superior, volvió á vuelo al lugar de donde habia partido. Semejantes vuelos dió alguna vez sobre el altar de san Francisco, y sobre el de la santísima Vírgen María de la Grottella, rezando las letanías.

5 Pero mas admirable y juntamente plausible fué su rapto de amor, cuando queriendo representar el monte Calvario sobre una pequeña colina, situada entre Copertino y el convento de la Grottella, donde habia ya hecho levantar dos cruces, y viendo que diez personas juntas no podian colocar en el lugar destinado la tercera cruz, que era la mayor, que tenia cincuenta y cuatro palmos de alto, y era en consecuencia de muchísimo peso; movido nuestro bienaventurado de su interno fuego, desde la puerta del convento anduvo á vuelo por la distancia de ochenta pasos hácia la misma cruz, y cogiéndola con la mano, él solo la levantó como una paja ligera, y la colocó en el lugar aparejado. Eran despues estas cruces el objeto de sus adoraciones; por lo que acaeció muchas veces, que por el espacio ya de diez, ya de doce pasos, voló arrebatado de su amor crucificado, ya sobre el clavo de la cruz de en medio, ya sobre la cima de la misma. Voló tambien en otra ocasion cuatro pasos en el aire, arrebatado del fuego del Espíritu santo, hablando de su venida sobre los apóstoles, y viendo pasar á un religioso que llevaba en la mano una linterna encendida. Del mismo modo voló sobre un olivo, así que oyó que un sacerdote le decia: Fr. José, ¡qué hermoso cielo ha hecho Dios! quedándose firme arrodillado sobre él por espacio de media hora; y era cosa estupenda, ver que el ramo que le sostenia, se movia, como si encima de él se hubiese puesto un pajarillo.

6 Pero mas que otras veces causó José admiracion y espanto á los circunstantes en la iglesia de Santa Clara de Copertino; cuando hallándose presente á la ceremonia de dar el hábito á algunas sagradas vírgenes, así que se entonó por los músicos: *Veni, sponsa Christi*, vió todo el concurso, que, desde un ángulo donde oraba arrodillado, corria velozmente á un padre de los menores observantes, confesor del monasterio, y que habiéndole tomado por la mano, le levantó de la tierra con fuerza sobrenatural, y le hizo dar varias vueltas por el aire, en un baile violento, movido éste de José, y José de Dios. Seria aquí muy difusa la relacion de todos los raptos y vuelos ruidosos por el aire, del bienaventurado, que se admiraron en Copertino; por lo que á fin de no exceder de la brevedad que nos hemos prefijado, basta saber que, como resulta de los procesos, solo aquí fueron mas de setenta, no contando los que tenia cotidianamente cuando celebraba la santa misa, la cual por eso duraba regularmente dos horas.

7 Estos maravillosos raptos del bienaventurado José, y la santidad de su vida, le conciliaron en todos los pueblos y países vecinos tan gran fama, que las gentes corrian á tropel para verle y recomendarse á sus oraciones; de las cuales muchos experimentaron la eficacia, alcanzando por su medio de Dios nuestro Señor gracias prodigiosas. Pero este mismo concurso dió motivo al vicario general de un obispo para denunciar á la Inquisicion al siervo de Dios, como á hombre peligroso, que podia insinuar novedades y causar tumultos en el pueblo. Por lo que, en el año 1638, fué llamado á Nápoles á dar cuenta de sí mismo, y de Nápoles fué enviado á Roma, donde fué examinada su conducta, y declarada libre de cualquiera tacha, aunque no fué remitido á su convento de Copertino, sino al de Asís. Habiendo llegado el siervo de Dios á este convento, dispuso el Señor que fuese acometido de fuertes tentaciones, así exteriores como interiores, que sirvieron para purificar siempre mas la virtud del santo. Porque el superior de aquel convento le recibió con enfado, y con un rostro lleno de ceño, y por algun tiempo usó con él de mucha severidad y aspereza, mortificándole continuamente con amargas reprensiones, y tachándole de hombre soberbio é hipócrita. Sufria el bienaventurado José estas reprensiones y continuas mortificaciones con maravillosa paciencia, humildad y resignacion; pero lo que mas le mortificaba fué, que de repente se vió privado de toda consolacion celestial, su mente quedó oscurecida de espesas tinieblas, su corazon quedó duro y seco, de modo que no hallaba gusto alguno en el canto de los salmos, en decir la santa misa, ni en la oracion, y como si el cielo fuese de bronce no llovia sobre él gota alguna de celestial rocío. Al mismo tiempo el demonio le daba mucho trabajo, fatigándole con vehementes tentaciones de impureza, mientras estaba despierto, y con feísimas imaginaciones, mientras estaba dormido: de modo, que el siervo de Dios pasaba los dias gimiendo y llorando sus males; pero en medio de tantas amarguras y tribulaciones, no dejaba jamás cosa alguna de sus acostumbrados ejercicios y penitencias. Duró esta batalla por espacio de dos años, despues de los cuales plugo al Señor restituirle su primera calma y tranquilidad de espíritu, y llenar su alma de mas abundantes gracias y consolaciones, renovándose en él los éxtasis y raptos extraordinarios, semejantes á los que arriba se han referido, con pasmo y admiracion de todos; porque hallándose una vez en la basílica patriarcal, mirando en la bóveda de la iglesia á una imágen de la Vírgen santísima,

se elevó diez y ocho palmos en el aire, como para venerarla mas de cerca. Otra vez, hallándose en el noviciado en la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Virgen, de cuyo misterio era devotísimo, abrazó al maestro de novicios, y clamando altamente: ¡qué hermosa es María! ¡qué hermosa es María! lo levantó con fuerza sobrenatural de la tierra, y habiéndole dejado caer dentro de poco, él solo se levantó aun mas alto.

8 De aquí resultó, que sucedió en Asís, lo mismo que habia acaecido en Copertino; esto es, que las gentes de todas partes se atropellaban al rededor del santo, deseando cada uno ser espectador de las maravillas que Dios obraba en su persona. Por eso el sumo pontífice Inocencio X, que entonces ocupaba la silla de san Pedro, mandó al inquisidor de la ciudad de Perugia, á fin de apartar el ruido y rumor del pueblo, que trasportase secretamente á José del convento de padres menores conventuales de la ciudad de Asís, á un convento de padres capuchinos, situado en Pietrarosa, lugar solitario entre las ásperas montañas de Carpegna, en el obispado de Monte Feltro, como fué ejecutado con mucho secreto á 22 de julio de 1653, y despues de tres meses, fué el siervo de Dios nuevamente trasportado de este convento de Pietrarosa, al de Frosombrone de los mismos padres capuchinos, obedeciendo el humilde siervo de Dios, prontamente como manso cordero, las órdenes de los superiores. En la demora que hizo en este convento, que fué cerca de tres años, separado de la vista de los hombres, y como muerto al mundo, llevó una vida del todo retirada, y segun su costumbre, penitente; celebrando misa en un altar privado, eregido á este fin dentro del convento de los padres capuchinos, y conversando continuamente con Dios en la oracion y contemplacion de las cosas celestiales. Aquí acacecieron muchas veces los mismos raptos, entre los cuales es admirable el que refiere el escritor de su vida con las siguientes palabras: «En la dominica en que se leo en la misa el evangelio: *Ego sum Pastor bonus*, se hallaba el bienaventurado José en la huerta de los padres capuchinos, y viendo allí un corderillo, lo tomó por las piernas y se lo puso sobre los hombros, y en este acto contemplando en el divino Pastor, empezó á correr por la huerta hácia el padre guardian que estaba allí presente, diciéndole con alegría: Padre guardian, he aquí el buen Pastor que lleva la ovejita: despues arrojando en alto el corderillo, tras de él dió un vuelo por el aire hasta la altura de los árboles, y quedó aquí con los brazos abiertos, arrodillado y extático por mas de dos horas, con extraordinaria admiracion de aquellos religiosos, que fueron espectadores de aquella maravilla; volviendo despues, como tenia de costumbre, de semejantes raptos con el mismo vuelo, al lugar de donde habia partido.

9 Plugo finalmente al sumo pontífice Alejandro VII, que habia sucedido á Inocencio X en la silla apostólica, restituir á la religion de Menores conventuales á su bienaventurado religioso, como en efecto de su órden, en el mes de julio de 1657, fué trasferido del dicho convento de padres capuchinos de Frosombrone al de padres conventuales de la ciudad de Osimo, con mucha alegría del siervo de Dios, quien, aunque estuviese en todas las cosas resignadísimo á la voluntad divina, todavía se consoló mucho de poder vivir el resto de sus dias entre los religiosos sus hermanos. Aquí fué colocado en una remota pieza del convento, donde habia una capilla para celebrar en ella privadamente el santo sacrificio de la misa, separado del todo del comercio de cualquiera persona, como lo habia ordenado el sobredicho Alejandro VII; por lo que en todo el tiempo que sobrevivió, no trató jamás persona alguna fuera del obispo, de su vicario general y de los religiosos de su convento; ni jamás salió de su celda, sino para visitar algun religioso enfermo, y una vez la iglesia del mismo convento, lo que ejecutó de noche, y cuando estaban ya cerradas las puertas. Estaba no obstante tan contento en aquella soledad, que solia decir: Yo estoy dentro de una ciudad, pero me parece que estoy dentro de una selva, y así en un paraíso; y en efecto podia con toda verdad decir, que le parecia habitar en un paraíso, porque era casi continuamente arrebatado en Dios, y favorecido de dulcísimos éxtasis, de los cuales algunos le duraban de seis á siete horas. Acercándose el término de su peregrinacion sobre esta tierra, del cual habia recibido una especial revelacion de Dios nuestro Señor, se encendieron mucho mas en su pecho las llamas del divino amor, y los santos deseos de ser desatado de los lazos del cuerpo, que por desprecio solia llamar su asnillo, para unirse eternamente en el cielo con el sumo Bien. En efecto, fué atacado de una calentura muy ardiente, que le duró cerca de un mes, acompañada de una grande debilidad de estómago: hallándose el santo en este estado, y muy extenuado de fuerzas por el furor del mal, y por sus muchas penitencias, quiso sin embargo hasta el último celebrar la santa misa, hasta que destituido totalmente de fuerzas, y habiéndosele agravado la enfermedad, se vió reducido al extremo de su vida, y habiendo recibido con singular y extraordinaria devocion los sacramentos de la Iglesia, descansó plácidamente en el Señor á 18 de setiembre de 1663. Así como el siervo de Dios habia sido enriquecido del Señor durante su vida, además de los éxtasis y raptos referidos, del don de profetizar las cosas futuras, del de conocer los secretos del corazon, del de obrar cosas prodigiosas, y de otros dones sobrenaturales: así despues de su muerte se dignó el mismo Señor ilustrar su santidad con muchos milagros obrados por su intercesion; por los cuales, y por su santa y virtuosa vida, la sede apostólica le escribió en el número de los beatos, en el año 1753, y en el siguiente de 1767 lo canonizó solemnemente.

10 Entre los muchos milagros que obró Dios nuestro Señor para declarar á los hombres la santidad de su siervo, solo referirémos los que la santa sede tiene aprobados para su beatificacion y canonizacion.

11 El primero aprobado para su beatifica-

cion, lo obró con un muchacho de doce años de edad, llamado Estévan de Mateis: habiendo este muchacho recibido un golpe de una piedra en el ojo derecho, le quedó herida y rota la niña; de donde resultó que, vaciándosele todo el humor, se le hundió la órbita del ojo, con lo que quedó del todo sin vista en él; pero habiendo acudido al sepulcro del santo, y hecho tocar en él los párpados del ojo perdido, al mismo instante le recobró entero y hermoso, y vió con él perfectísimamente.

12 El segundo le obró Dios por su intercesion con Victorio de Mateis, padre del muchacho referido: tenia éste tan enormemente entumecida la rodilla, á causa del humor que habia acudido á ella, que no se podia arrodillar, ni podia caminar sino con mucha dificultad; seis años habia que padecia esta enfermedad, pero confiando curar de ella con la intercesion de san José, fué á visitarle en su convento, y apenas puso la rodilla ofendida sobre la tarima del altar, donde el santo solia orar, y donde aun se percibian las señales que con el largo uso de orar habia dejado en ella, cuando al mismo punto quedó desvanecido aquel enorme tumor, y él sintió perfectamente sana la rodilla y ágil para cualquiera movimiento, como si en ella no hubiera padecido mal alguno.

13 Para su canonizacion fueron aprobados los tres milagros siguientes.

14 El primero se obró con una doncella llamada María Magdalena Panzironi, en el dia 31 de octubre de 1753. Tenia esta doncella en la boca del estómago un tumor esquirroso muy crecido, y duro como una piedra: este tumor habia reducido á la doliente á tal estado, que, perdido el movimiento, el color, el pulso, la habla y los demás sentidos, desahuciada de los médicos, se la prevenia ya lo necesario para su entierro. Hallándose, pues, á punto de espirar, la pusieron algunas reliquias del beato José en los dedos, y una estampa sobre el tumor esquirroso, y ella de la manera que pudo en aquella última agonía, imploró su ayuda con tan feliz y portentoso efecto, que de repente se halló buena, sana y perfectamente convalecida; de modo, que habiendo sucedido esto al anochecer, se levantó de la cama en el mismo dia, hizo y ejecutó en aquella noche todo lo que suelen hacer los que gozan de una perfecta y robusta salud.

15 El segundo sucedió en el dia 18 de enero de 1756 con una mujer soltera, llamada Benedicta Pierangelini: se le habian formado á esta mujer dos pólipos carnosos en los vasos del corazon, los cuales, impidiendo el libre curso de la sangre, por espacio de diez y seis años, la habian de tal manera molestado, que necesitando de frecuentísimas expectoraciones, varias veces se hallaba en inminente peligro de quedar sofocada y muerta: por último, habiéndose encruelecido por espacio de quince dias la enfermedad, que iba acompañada de mortales parasismos, fué preciso administrarla los santos sacramentos. No obstante, la enferma, concibiendo confianza de recobrar su salud con la intercesion del beato José, le invocó con mucho fervor, aplicándose entre tanto al pecho una reliquia suya; entonces fué acometida de un gravísimo parasismo, que no asustó á la enferma, porque tuvo en su interior un secreto presentimiento que este parasismo le daria la salud. Entonces, habiéndola el cirujano dado una sangría que la enferma, consintiendo el médico, habia pedido, y habiéndola abierto en la mano la vena que llaman salvatela, salieron milagrosamente por la incision aquellas dos moles poliposas de sustancia carnosa, y obrándose entonces muchos milagros, quedó la enferma en el mismo momento sana y libre perfectamente de todos sus males.

16 El tercero acaeció con Bernardino Cenogallese, de oficio arriero: padecia éste de herpes, que, abriéndosele, le formaron una llaga, de la cual manaba un humor tan cruel y corrosivo, que no solo le abria las carnes, sino que consumia los paños que se le aplicaban; entonces, extendiéndosele la llaga desde la ingle hasta la rodilla, le quitó la facultad de caminar, causándole al mismo tiempo vehementísimos dolores, de modo que no podia descansar un solo momento. En este peligro su buena mujer se fué á la iglesia para implorar con sus oraciones el auxilio del beato José, mientras el marido postrado en la cama hacia lo mismo. En esta sazon el beato José apareció al enfermo, y le exhortó á rezar junto con él las letanías de la Vírgen santísima; el beato José empezó la letanía, é iba el enfermo respondiendo á cada una de las salutaciones, y cuando llegó á la salutacion en que se invoca á María santísima con el título de Salud de enfermos: *Salus infirmorum*, de repente desapareciendo la vision, se desvaneció toda aquella enfermedad. Bernardino saltó al momento de la cama, se vistió, salió de casa, y se fué luego á la iglesia con toda expedicion, á dar gracias á su singular bienhechor, y la mañana siguiente se puso á trabajar en su oficio de arriero, fuerte y robusto, como si jamás hubiera estado enfermo.

* San Metodio, obispo y mártir.—Ignoramos de dónde fué natural, y cómo pasó los primeros años de su vida. Las primeras noticias que tenemos de este santo son de cuando era obispo de Olimpo, ciudad marítima de la Licia. Despues fué trasladado á la silla episcopal de Tiro, donde brilló extraordinariamente por su sabiduría, su elocuencia y sus santas costumbres. Escribió una obra titulada Festin de las vírgenes, en la que se propuso demostrar las ventajas de la castidad; otra, Del libre arbitrio, contra los valentinianos, y otra sobre la Resurreccion de los cuerpos, contra Orígenes. Todas ellas fueron muy estimadas de los autores eclesiásticos de los primeros siglos por la pureza de su doctrina, por la fuerza de sus razonamientos, y por la uncion que de todas sus palabras se desprendia. Segun san Gerónimo, Metodio derramó su sangre por la fé de Jesucristo, en Calcide de Grecia, al fin de la última persecucion contra la Iglesia, y de consiguiente murió por los años 311 ó 312. Tambien es conocido con el nombre de san Eubulo ó Eubulio, sobrenombre que él mismo se habia dado en el Festin de las vírgenes.

SAN FERREOLO, MÁRTIR.—Era tribuno de los ejércitos romanos en Viena de Francia, y profesaba secretamente la religion cristiana. Las pocas simpatías que mostraba tener Ferreolo para las ceremonias religiosas de los ídolos, hicieron entrar en sospechas á Crispino, gobernador de aquella parte de las Galias, de que el ilustre tribuno era cristiano, y lo mandó prender. Pasados algunos dias, dispuso que en su misma presencia ofreciese incienso á los ídolos; pero se negó redondamente, diciendo, que antes moriria mil veces, que abandonar la religion que profesaba, la cual estimaba en mas, que todos los honores y riquezas de la tierra. Entonces fué azotado cruelmente y conducido otra vez á la cárcel cargado de cadenas. Al tercer dia, Ferreolo se despertó desatado milagrosamente de sus grillos, y viendo que sus centinelas dormian, y que su cárcel estaba abierta, se escapó, y salió de la ciudad por el camino que conduce á Lyon. Pasó el Ródano á nado, y estando al otro lado del rio, fué alcanzado por los que le buscaban, que le ataron y le hicieron seguir con ellos. Pero no llegaron á entrar en Viena; porque poco despues en un acceso de furor, aquellos soldados le cortaron la cabeza, junto al Ródano. Así acabó su preciosa existencia Ferreolo, muriendo mártir, el año 304. Los cristianos recogieron su cuerpo y le dieron sepultura, siendo testigos de muchos milagros obrados por su intercesion.

SANTA SOFÍA Y SANTA IRENE, MÁRTIRES.—No sabemos de dónde fueron, ni en qué punto murieron. Sus nombres se hallan en los mas antiguos Martirologios griegos y romanos.

SAN EUSTORGIO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Constantinopla, de noble familia, á fines del siglo III, y habiendo dedicado sus primeros años al estudio de las ciencias, salió en ellas consumado. Abrazó la carrera eclesiástica, y fué enviado por el emperador con una comision importante á la ciudad de Milan, en Italia, donde permaneció algun tiempo. Entre tanto murió san Protasio, obispo de aquella ciudad, y todos los ojos, y los corazones de todos se fijaron en Eustorgio cuando se trató de darle un sucesor. Tan alta idea se tenia ya de su virtud y demás prendas que le adornaban. Efectivamente, se hizo la eleccion, y Eustorgio fué consagrado obispo de aquella Iglesia, la cual gobernó segun se habia esperado de su sabiduría y santidad, muriendo en paz por los años 340 poco mas ó menos. Los bolandistas prueban hasta la evidencia que es equivocado que éste fuese el primer obispo de Milan, como dice Baronio en el Martirologio romano, sino que fué el noveno.

SAN EUMENIO, OBISPO Y CONFESOR.—Natural de Grecia, desde la infancia fué un vaso de eleccion, y un espejo de todas las virtudes. Habiendo distribuido su cuantioso patrimonio á los pobres, se retiró á la soledad, donde estuvo muchos años entregado á las mas austeras mortificaciones. El Señor lo descubrió á los habitantes de la ciudad de Gortina en la isla de Creta, que buscaban un hombre santo que se encargase de dirigirlos por el camino de la salvacion. Eumenio se espantó con esta noticia; pero al fin tuvo que ceder á la voluntad del cielo, manifestada visiblemente por medio de prodigios, y fué consagrado obispo de Gortina. Obró tantos milagros, que sus contemporáneos le llamaron el Taumaturgo, y arregló tan perfectamente los asuntos de sus ovejas, principalmente de los pobres, que cuando murió, lloróse su pérdida como una calamidad inmensa. Floreció durante el siglo VII.

Dia 19.

SAN JANUARIO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué san Januario obispo de la ciudad de Benevento, que es en el reino de Nápoles: y como en la persecucion de Diocleciano y Maximiano, estuviese preso un santo confesor, llamado Sofio, y san Januario le visitase en la cárcel, para consolarle y animarle al martirio; Timoteo, presidente, le mandó prender y traer delante de sí, y procuró pervertirle y atraerle con muchas palabras y razones á la adoracion de sus falsos dioses. Pero entendiendo que perdia el tiempo, hizo encender un horno por espacio de tres dias, y echar en él á san Januario; mas guardóle el Señor, de manera, que salió del horno, sin que la llama le hubiese hecho daño en la ropa, ni en un pelo de la cabeza. Encendióse mas el tirano, viendo que las llamas le habian perdonado, al que él deseaba acabar: mandóle atormentar tan cruelmente, que todos los miembros del santo mártir fueron descoyuntados. Vinieron á visitarle Festo, diácono, y Desiderio, lector: y siendo conocidos por cristianos, fueron presos y llevados con su obispo san Januario, cargados de hierros y cadenas, delante del coche del presidente á la ciudad de Puzol. Allí fueron echados en la misma cárcel, donde estaban presos Sofio, diácono de la ciudad de Misena, y Próculo diácono de Puzol, y dos legos, llamados Eutiques y Acucio: los cuales todos habian sido condenados á ser despedazados de las bestias fieras, y estaban aguardando la ejecucion de su sentencia. Al dia siguiente todos siete fueron echados á las fieras: las cuales, olvidándose de su natural ferocidad, se derribaron á los piés de san Januario, y de sus santos compañeros, como unas ovejas mansas. El presidente, atribuyendo este milagro del Señor á hechizos y arte mágica, dió sentencia contra ellos, y mandólos degollar; pero luego perdió la vista, y por la oracion de san Januario la recobró, y con este milagro se convirtieron casi cinco mil personas. No bastó el beneficio que habia recibido el inicuo juez, para aplacar su furia, y conocer la mano poderosa de Dios, que obraba en sus santos; antes viendo la conversion de tanta gente, y temiendo la ira de los emperadores, pronunció sentencia de muerte contra los santos mártires. Llevárónlos al lugar del martirio, y cortáronles las cabezas. Sus santos cuerpos fueron llevados á diversas partes: el de san Januario, habiendo estado primero en Benevento, y despues en el monasterio llamado Monte de la Vírgen, fué trasladado á Nápoles en tiempo del papa Alejandro VI, y puesto en la iglesia catedral, donde es reverenciado con grande devocion

y veneracion de toda aquella ciudad, que le tiene por patron, y recibe de su mano grandes y continuos beneficios. Dos milagros entre otros ha obrado nuestro Señor por los merecimientos de san Januario. El primero es, haber librado la ciudad y reino de Nápoles del incendio del Vesubio, que ahora se llama el monte de Soma: el cual es un volcan, no lejos de Nápoles, que echa fuego; y algunas veces sale con tanta abundancia el fuego, que parece que ha de consumir y abrasar todas aquellas provincias, como sucedió en tiempo del emperador Tito; y en aquel incendio murió Plinio II, por haberse llegado por curiosidad á verle mas cerca de lo que debiera. Pero otra vez fué tan espantoso y horrible el incendio que salió de este monte, que parecia que toda Europa se habia de convertir en ceniza; porque arrojó tanta y tan menuda, que llegó hasta Constantinopla, y cesó por las oraciones de san Januario; y los griegos le instituyeron fiesta, y cada año hacen dos veces procesion solemne, haciendo gracias á Dios, por haberlos librado de aquel peligro, y suplicándole que para adelante los librase. Con esta ocasion creció la devocion de san Januario en la gente que venia á visitar sus sagradas reliquias, y fundáronle muchas iglesias en diversas partes. El otro milagro es perpetuo, y que hasta hoy dura. Tienen en Nápoles la sagrada cabeza de san Januario, y aparte una ampolla de vidrio, llena de la sangre cuajada del mismo santo; y en juntándola con la cabeza, ó poniéndola delante de ella, comienza luego la sangre á desbelarse y derretirse, y hacerse líquida, como si se acabara de verter: y este milagro yo lo he visto algunas veces, y tiene á todo el mundo por testigo. El martirio de san Januario fué á los 19 de setiembre, el año del Señor de 305, imperando los sobredichos Diocleciano y Maximiano. El papa Sixto V, el primer año de su pontificado, que fué el de 1585, en 27 dias de enero mandó que se rezase de san Januario, como de santo simple: y despues el papa Gregorio XIV, ordenó que se guardase su fiesta en la ciudad y reino de Nápoles, y que se le rezase el oficio doble, y en el resto de la cristiandad semidoble. Escribió el martirio de san Januario y de sus santos compañeros, Juan, diácono, y le refiere Surio en el quinto tomo, y hacen mencion de él los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo, Adon, y otros autores latinos y griegos que escriben vidas de santos.

* San Festo, diácono de la Iglesia de Puzol en Campaña, san Desiderio, lector de la misma Iglesia, san Socio, diácono de la Iglesia de Mesina, san Próculo, diácono de la de Puzol, san Eutiques y san Acucio, mártires. — Murieron con san Genaro, cuya vida acabamos de insertar en este mismo dia.

San Secuano, presbítero y confesor. — Nació en el pueblo de Maimont, en la Borgoña, y sus padres, que fundaban en él sus mas bellas esperanzas, le dieron una brillante educacion. A pesar de toda su familia, abrazó Secuano el estado eclesiástico, y antes de la edad prescrita por los cánones, fué elevado al sacerdocio por el obispo de Langres, que conocia las virtudes y el mérito del santo. Disgustado de los peligros y escollos del mundo, se retiró al monasterio de San Juan en el país de Auxois, donde se perfeccionó en el estudio de las santas Escrituras y en la práctica de todas las virtudes religiosas. Pasado algun tiempo hizo edificar á sus expensas un monasterio en los bosques de Segreste en el orígen del rio Sena, y se fué á vivir en él. La regularidad de aquella casa monástica, y la santidad de su superior la hicieron célebre en poco tiempo, y muy pronto se vió llena de un considerable número de monjes. Secuano vivió hasta el dia 19 de setiembre del año 580, y fué memorable por sus muchos milagros antes y despues de su muerte.

San Eustoquio, obispo y confesor. — Descendiente de una de las mas distinguidas familias de Auvernia, fué este santo, segun el Martirologio romano, hombre de una virtud eminente. El año 444 fué elegido obispo de Tours; dedicóse con mucho empeño á la reforma de la disciplina; asistió á varios concilios, y publicó algunos reglamentos llenos de prudencia y sabiduría para el gobierno de la Iglesia. Distinguióse particularmente en el concilio de Angers, celebrado el año 453 para examinar una ley de Valentiniano III, que atacaba los derechos de la Iglesia. Distribuyó su vasta diócesis en parroquias; edificó muchos templos, y murió santamente en setiembre del año 461.

San Teodoro, obispo y confesor. — Fué natural de Tarso, en Cilicia, estudió en Atenas la filosofía y las bellas letras, y habiendo abrazado la vida monástica, se fué á Roma. En esta ciudad se perfeccionó en las ciencias humanas y divinas, en la inteligencia de las lenguas sabias, y sobre todo en la sublime práctica de la perfeccion cristiana. Llegó á ser tan pública la fama de su sabiduría y virtudes, que estando vacante el arzobispado de Cantorbery y buscando el papa un hombre de elevadas prendas, que pudiese dirigir dignamente al numeroso clero de Inglaterra, puso los ojos en Teodoro, que poco despues fué consagrado por el mismo papa Vitaliano, el dia 26 de marzo del año 668. Marchó en seguida para su destino; pero se detuvo algun tiempo en París para aprender la lengua inglesa, y allí recibió una embajada del rey de Kent, que le suplicaba apresurase su marcha. Habiendo tomado posesion de su silla, empezó su episcopado, visitando todas las iglesias de la nacion inglesa, derramando por todas partes las luces de su sabiduría, y las instrucciones necesarias para restablecer la pureza de la moral y confirmar la disciplina de la Iglesia católica. Estableció varios obispados donde creyó conveniente; introdujo el canto gregoriano; creó algunas cátedras para la enseñanza de la santa Escritura, y de algunas otras ciencias, como la astronomía y las matemáticas. El mismo enseñaba las lenguas griega y latina, con las cuales se formaron una porcion de hombres célebres, y profesores de gran nombradía, que luego establecieron y abrieron escuelas en todas las poblaciones considerables de Inglaterra. Esta nacion llegó en pocos años á ser

morigerada, laboriosa y sabia, merced á los continuos desvelos de su esclarecido primado. En los concilios que este santo convocó, publicó una infinidad de reglamentos útiles á la Iglesia, y que al mismo tiempo afirmaban la seguridad y la paz en el estado. Una vez que esta paz se turbó por las pretensiones opuestas del rey de los nortumbros y del rey de los mercios, Teodoro los reconcilió, y volvió á los ánimos la tranquilidad. Fué el árbitro y el oráculo de aquellos países, y en su largo pontificado no desmereció nunca la veneracion y el aprecio de sus habitantes. Una de las cosas que mas memorable le han hecho en la Iglesia católica es su *Penitencial*, coleccion de cánones que arreglaba todo lo concerniente á las penitencias públicas, monumento eterno de su sabiduría y del conocimiento que tenia del corazon del hombre. Su muerte, ocurrida el dia 19 de setiembre del año 690, fué una calamidad irreparable para los ingleses, que la lloraron con un sentimiento y unas muestras imponderables de dolor. Murió á la edad de 88 años, el veinte y dos de su pontificado.

Los santos Peleo, Nilo, y Elías, obispos y mártires. — Durante la última persecucion general contra la Iglesia, fueron estos santos condenados con otros muchos á trabajar en las minas de la Palestina. En ellas formaron una especie de oratorios, donde celebraban los divinos misterios, hasta que, habiéndolo sabido el gobernador de la provincia, los dispersó, mandando algunos á las minas de Chipre, otros á las del monte Líbano, y los restantes á otros puntos. Los tres, de que hace hoy memoria la Iglesia, merecieron no ser desterrados, sino condenados á ser quemados vivos en la misma Palestina, cuyo martirio se efectuó en setiembre del año 311.

Santa Pomposa, vírgen y mártir. — Nació de padres nobles en la ciudad de Córdoba, en tiempo de la dominacion sarracena. Pasó sus primeros años en el monasterio de San Salvador de Peña Melaria, y en él aprendió á ejercitar todas las virtudes. En la que mas sobresalió la santa, fué en una extrema humildad y en el amor á los sufrimientos. San Eulogio dice, que sabia de ella tantas excelencias, que seria prolijo el referirlas. El amor de Dios engendró en el alma de Pomposa el deseo de dar por él su vida, y despues del martirio de santa Colomba, se escapó secretamente de su monasterio y se presentó al juez mahometano. Díjole que era cristiana y que solo su Dios era el verdadero, y Mahoma no mas que un impostor. Enfurecido el juez, sin contestarle, ni hablarle una palabra, mandó que al punto la degollasen, cuya sentencia se ejecutó delante de la puerta del alcázar de Córdoba, el dia 19 de setiembre del año 853. Su sagrado cuerpo fué echado al rio; pero unos trabajadores cristianos lo sacaron y le dieron sepultura.

San Rodrigo de Silos, confesor. — Era español y tio de Santo Domingo de Guzman. Floreció en el reinado de san Fernando y de su hijo don Alonso el Sabio. Renunció al mundo y sus vanidades y se hizo monje en el monasterio de Silos, del cual fué luego abad. Fué muy estimado de los dos reyes que hemos nombrado, que le hicieron algunas visitas en su mismo retiro. Obró muchos prodigios, entre ellos el de convertir el agua en vino. Dióse todo entero á la contemplacion, al ayuno y penitencia, y murió santamente el dia 19 de setiembre del año 1280. El Señor glorificó su sepulcro con muchos milagros.

San Félix y santa Constancia, mártires. — El primero era sacerdote de Nocera, en Italia, y santa Constancia una noble matrona de la misma ciudad. El año 69 de Jesucristo, siendo emperador el cruel Neron, fueron condenados á muerte por seguir la fé cristiana, y su martirio se ejecutó el dia 17 de setiembre.

Los santos Trófimo, Sabacio, y Dorimedontes, mártires. — Eran de Asia, y practicaban las mas puras virtudes del cristianismo. Reinando el emperador Probo, y segun sus edictos, fueron presos y obligados á ofrecer adoracion á los dioses; pero negándose á semejante sacrilegio, Sabacio fué azotado en Antioquía hasta que espiró, y Trófimo fué enviado á Sinnada; al presidente Perennio, donde, despues de muchos tormentos, para dar glorioso fin á su martirio fué degollado juntamente con el senador Dorimedontes. Los bolandistas colocan el martirio de estos santos en el año 277.

Dia 20.

San Eustaquio, mártir. — La vida y martirio de san Eustaquio y de Teopista, su mujer, y de Agapito y Teopisto, sus dos hijos, escribe Metafraste de esta manera. Fué san Eustaquio caballero y valeroso soldado, y siendo gentil se llamaba Plácido, ó como otros dicen Placidas; y al cardenal Baronio le parece probable, que haya sido aquel Plácido, de quien hace mencion Josefo *De bello judaico*: el cual fué capitan de caballos y sirvió valerosamente á Vespasiano y Tito, en la guerra que hicieron contra los judíos: en la cual tambien sirvió Trajano, que despues fué emperador. Tenia mujer é hijos Plácido: y aunque era soldado y gentil, era hombre de buenos respetos y moralmente virtuoso, modesto, benigno y amigo de hacer bien. Deleitábase en la caza, tomándola por una manera de ejercicio para la guerra. Yendo un dia á caza, y estando apartado de sus criados y cazadores, vió un ciervo de extraña grandeza, y siguiéndole desapoderadamente, con deseo de cogerle, quedó cogido y alumbrado del Señor; porque parándose el ciervo, vió entre los cuernos un crucifijo de inmensa claridad, y oyó una voz que le dijo: Plácido, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesucristo que morí por tu amor; y ahora te deseo salvar. Bajó luego del caballo Plácido: arrojóse en el suelo; y con la novedad sobresaltado y despavorido, estuvo como atónito, hasta que volviendo en sí, tomó ánimo, y como otro Saulo preguntó al Señor, qué mandaba que hiciese. Y el Señor le mandó que entrase en la ciudad, y fuese al sacerdote de los cristianos, y se bautizase con su mujer y con sus

hijos, y despues volviese á aquel mismo lugar; porque allí le tornaria otra vez á aparecer, y le diria lo que queria que para adelante hiciese. Hizo Plácido luego con grande cuidado y alegria lo que Dios le mandaba. Bautizóse, y tomó en el bautismo nombre de Eustaquio: y su mujer, que antes se llamaba Trajana, se llamó Teopista: y sus dos hijos, el mayor Agapito, y el segundo Teopisto. Hecho esto, volvió Eustaquio al puesto en que le habia aparecido el Señor, para entender de él lo que mandaba que hiciese. Estando en oracion, y suplicando con grande afecto al Señor que se le mostrase, y que cumpliese su promesa, le apareció el Salvador: y alabándole de lo que ya habia hecho, le avisó que el demonio le habia de tentar y probar como á otro Job, para que su virtud fuese mas afinada y conocida; pero que tuviese fuerte, porque él le ayudaria, y despues de haberle probado, le haria glorioso en la tierra y en el cielo. Con esto desapareció aquella vision, y Eustaquio se volvió á su casa con grande ánimo y gozo, armándose y apercibiéndose contra las batallas de Satanás, y confiando en Dios que le daria victoria de ellas, como se lo habia prometido. Y porque Teopista era mujer cuerda y temerosa de Dios, Eustaquio le dió parte de lo que se le habia revelado, para prevenirla y disponerla para los trabajos que le habian de venir. De allí á pocos dias entró la pestilencia en casa de Eustaquio, y mató á todos sus criados y criadas. Dió otra enfermedad á todo su ganado mayor y menor, que de ella pereció; y en breve tiempo se halló pobre y desnudo de las grandes riquezas que antes poseia, y comenzó á ser menospreciado en aquella adversidad de los mismos, que en su prosperidad poco antes le acompañaban y servian. Parecióle dejar su patria, é irse á vivir á alguna parte remota y escondida: y tomando á su mujer y á sus dos hijos (que eran de poca edad), y algunas pocas cosillas que le habian quedado, se partió de noche camino de Egipto, donde pensaba vivir. Siguiendo su camino, llegó á un puerto, y halló en él un navío aprestado: entró en él; y el patron de él puso los ojos en Teopista (que era hermosísima), y preso y cautivo de su amor, se determinó á quitarla á su marido, y pudo tanto, que lo hizo, sin ser parte él para librarla, ni sacarla de sus manos: aunque el Señor la libró, sin saberlo Eustaquio; porque, queriendo hacerle fuerza el patron de la nave, Dios le quitó la vida, y la guardó á ella entera con su muerte, y le dió el fin que adelante se verá. Salió del barco con sus dos hijos triste y lloroso Eustaquio, por haberle quitado la mujer con tanta violencia; mas acordándose de las palabras que el Señor le habia dicho, y pidiéndole sufrimiento y perseverancia en su amor, siguió su camino con sus dos hijos. Llegó á un rio, que por su gran corriente no se podia fácilmente vadear: y como Eustaquio era hombre de grande ánimo, y muchas fuerzas, dejando al uno de sus hijos á la orilla del rio, tomó el otro sobre sus hombros, y pasóle á la otra parte, y púsole allí para volver con el segundo hijo. Ya que se llegaba á él, vió que un bravo leon le arrebataba y llevaba asido. Atravesó este caso el corazon del amoroso padre con un cuchillo de dolor; porque no podia socorrer á su hijo, ni librarle de las garras del leon: y encomendándose á Dios, determinó volver al otro hijo, que habia dejado de la otra parte del rio, y viendo por él, vió que un lobo se le llevaba, sin poderle el triste padre socorrer ni remediar. ¿Quién no se maravilla de los juicios de Dios? ¿Quién no se espantará de los caminos que toma, para probar, coronar y glorificar á sus escogidos? Habiendo Eustaquio perdido los criados, la hacienda y la honra, perdió juntamente la mujer y los hijos; pero no perdió la fortaleza y constancia, porque estaba fundado en Dios, y confiaba en sus promesas y palabras. Vió Eustaquio su pobreza, y que tenia necesidad de trabajar por sus manos, si queria comer: y, llegado á un pueblo que se llamaba Badilo, asentó con un labrador rico, para cultivar la tierra, y trabajar en el campo; y así lo hizo por espacio de quince años, con gran paciencia y longanimidad, aguardando el tiempo del consuelo, y de la benignidad del Señor: la cual, aunque algunas veces nos parece que tarda, al fin nunca desampara á sus siervos, y el dilatar las consolaciones, es para doblarlas, y acrecentar mas la corona; como acaeció á Eustaquio, de la manera que aquí diré.

2 Sucedió al emperador Trajano una guerra muy peligrosa: y como habia sido compañero de Plácido en la guerra de Vespasiano y Tito contra los judíos (como dijimos), y conocia su gran valor y experiencia en las cosas de la guerra, determinó nombrarle por capitan general de su ejército, y encomendarle aquella empresa tan dificultosa. Mas habiendo entendido que Eustaquio, por los infortunios que le habian venido, se habia ausentado con su mujer é hijos, y no parecia; envió criados y mensajeros suyos por todas partes, para buscarle, por el deseo grande que tenia de hallarle, y encargarle aquella jornada. Los mensajeros del emperador, despues de haberle buscado en muchas partes con gran curiosidad y diligencia, al fin le hallaron; pero tan trocado, y en hábito tan diferente, que aunque él los conoció, no le conocieron, hasta que despues por ciertas señas entendieron que era el que buscaban; y con increible gozo le dieron el recado del emperador: y desnudándole de los pobres y rústicos vestidos, le vistieron de las ropas que traian. Eustaquio se dejó vestir; porque entendió que aquel era negocio de Dios, que se queria servir de él en aquella jornada, y comenzaba á cumplir sus promesas, y á darle serenidad y algun alivio despues de tan cruel y horrible tormenta. Hízole Trajano su capitan general, y dióle las insignias acostumbradas: comunicóle todo lo que pertenecia á aquella jornada, confiando mucho que tendria buen suceso por su gran valor y virtud. Mandó Eustaquio hacer gente de nuevo; porque la que tenia, no le pareció bastante. La guerra tuvo el fin que se podia desear, quedando los enemigos desbaratados, destrozados y vencidos, y sus tierras destruidas y quemadas; y el ejército de Eustaquio volvió victorioso, y cargado de despojos. Pero para que se entienda me-

jor la providencia paternal que Dios tiene de los suyos, y que no hay cosa que resista á su voluntad; sucedió una cosa maravillosa, y digna de considerarse con mucha atencion y ponderacion. Paró Eustaquio con el ejército en una aldea, y entretúvose en ella tres dias, para descansarlo y recrearle. Comenzaron algunos soldados (como suelen, cuando no tienen qué hacer) á razonar entre sí, y pasar tiempo, contando sus varios casos y acaecimientos. Uno dijo á los otros, que él habia tenido un padre capitan, rico y noble, y una madre de extremada hermosura, y un hermano menor de muy gracioso aspecto, y que habiendo salido de su casa por cierta ocasion, que él no sabia, yendo camino con ellos, entraron en una nave, de la cual habia salido su padre muy lloroso y triste, sin haber visto mas á su madre; y que al pasar un rio caudaloso, su padre habia tomado al otro hermano menor en los hombros, y dejádole á él de esta otra parte del rio para pasarle despues; y que estando el un hermano á la una parte del rio, y el otro á la otra, á él le habia arrebatado un leon, y á su hermano un lobo al mismo tiempo; mas que por la providencia del cielo el leon á él no le habia hecho daño, porque allí cerca estaban unos pastores, que, viéndole, acudieron á él, y se le quitaron de las uñas, y compadeciéndose de él, le habian criado, y hecho hombre: aunque estaba con gran cuidado; porque no sabia nada de aquel otro hermano suyo, ni de su padre, ni de su madre. Estaba presente á este razonamiento el otro hermano menor, que tambien era soldado: y despues que por las señas entendió que aquel era su hermano, no se pudo tener que, lleno de increible gozo y admiracion, y derramando muchas lágrimas de alegría, no corriese á él, y le abrazase, y le dijese: Hermano mio dulcísimo, yo soy vuestro hermano, que, como á vos os libraron los pastores del leon, á mí unos labradores me libraron del lobo, y tambien me criaron y sustentaron. Y para mayor y mas extraña maravilla, ordenó la divina Providencia, que en aquella misma aldea, donde esto pasó, estuviese Teopista, madre de los dos mozos, sirviendo en traje pobre y humilde, y morase allí cerca, donde sus dos hijos (de la manera que habemos referido) se habian conocido: y entendiendo que aquellos dos eran sus hijos, revivió, como si resucitara de muerte á vida, y los abrazó, y se les dió á conocer, y ellos la tuvieron por madre, la cual, deseando volver á su patria con sus dos hijos, se fué al capitan general Eustaquio, y le dijo quién era, y le suplicó que le mandase dar alguna comodidad, para volver segura y quieta á su tierra con el ejército. Al tiempo que le hablaba, por dispensacion del Señor, resplandeció el rostro de Eustaquio, de manera, que ella conoció que era su marido. Finalmente, por las cosas particulares y domésticas, que ella le contó de su vida pasada, se vinieron á conocer, y alabar, y ensalzar infinitamente al Señor, que los habia guardado de tantos peligros, y librado á ella de la deshonestidad y violencia del patron de la nave, y á sus hijos de las fieras, y á él de tanta miseria y calamidad, y que por un camino tan maravilloso se hubiesen tornado á juntar para gloria de su santo nombre. De aquí partió Eustaquio victorioso con su ejército: entró en Roma, donde ya era muerto el emperador Trajano, é imperaba Adriano, su sucesor: el cual, aunque honró mucho á Eustaquio, y le agradeció el trabajo que habia tomado en aquella guerra, y le hizo muchas mercedes; pero queriendo agradecer á sus falsos dioses la victoria, y viendo que Eustaquio no queria entrar en los templos para hacerles sacrificio, y que en efecto era cristiano; privándole de la dignidad que tenia, le mandó prender á él y á su mujer é hijos, y echarlos á los leones: los cuales se postraron á sus piés, lamiéndolos mansamente, y haciéndoles reverencia. Mas el emperador Adriano no se amansó, antes se embraveció mas, y mandó hacer un buey grande de metal, y encenderle, y echar á los santos mártires en él, para que así fuesen asados, quemados, y hechos ceniza. Los bienaventurados mártires, armados de la señal de la cruz, de fé, y de constancia, haciendo gracias al Señor por las mercedes que hasta aquel punto les habia hecho, humildemente le suplicaron que los recibiese en sacrificio, como habia recibido la sangre del primer mártir san Estéban, y de los otros mártires, y que concediese todo lo que para bien de sus almas pidiesen los que se encomendasen en sus oraciones: y oyeron una voz del cielo que les dijo, que Dios habia oido su peticion, y que tuviesen por cierta la corona. Entraron con grande alegría en el buey de metal, hecho un fuego, y estuvieron allí tres dias encerrados: y abriéndole despues, hallaron los cuerpos muertos, pero resplandecientes, y tan enteros, y sin lesion, como si estuvieran vivos, porque no les faltaba un pelo de su cabeza; y con este milagro muchos de los gentiles se convirtieron, y otros quedaron atónitos y confusos. Fué el martirio de san Eustaquio á los 20 de setiembre, el primer año del imperio de Adriano, y el de 120 del Señor. Escribió la vida de san Eustaquio Metafraste (como dijimos), y hacen mencion de él los Martirologios, romano, de Beda, Usuardo, y Adon. Niceforo le llama otro Job, por su gran paciencia, y san Juan Damasceno cita los actos de su vida. Y en Roma hay una ilustre y antigua iglesia de San Eustaquio, donde se suelen hacer limosnas á los pobres; y en un ritual antiguo se halla una oracion, en la cual se pide para el que hace la limosna, que sea particionero de la gloria del bienaventurado mártir Eustaquio; pues es imitador de sus ejemplos.

* SAN AGAPITO, PAPA Y CONFESOR.—Nació en Roma, estudió con mucho aprovechamiento las ciencias eclesiásticas, y habiendo entrado en el clero de la misma ciudad, fué destinado al servicio de la iglesia de San Juan y San Pedro. Su eminente santidad le granjeó el respeto y estimacion de cuantos le conocian. Muerto el papa Juan II, el año 535, fué Agapito elegido sumo pontífice, y desde luego se manifestó de un carácter vigoroso é inflexible, y muy penetrado de la importancia de los deberes que le imponia su nueva dignidad. Inauguró su pontificado condenando el cisma del antipapa Dióscoro y el de los acemetas y nestoria-

nos. Hizo un viaje á Constantinopla, tanto por complacer á Teodato, rey de los godos, que temia que el emperador le declarase la guerra, como para oponerse fuertemente á las exigencias de los herejes, á quienes protegia Justiniano. Este príncipe, que habia dado en la manía de querer decidir en materias teológicas, recibió al papa con grandes manifestaciones de estimacion y de respeto; pero muy pronto cambiaron las cosas, porque, habiéndose empezado las negociaciones sobre los asuntos eclesiásticos, y habiéndose mostrado el pontífice resuelto á hacer valer los derechos de la Iglesia, el emperador le amenazó con el destierro sino cedia á sus mandatos. La firmeza del pontífice arredró sin embargo al emperador y á los eutiquianos, y Antimo, elegido patriarca de Constantinopla por las intrigas de la emperatriz Teodora, se vió obligado á volverse á su obispado de Trebisonda. A pesar de esto, el papa le declaró excomulgado, á menos que probase su catolicismo, suscribiendo al concilio de Calcedonia. Semejante conducta por parte de Agapito, excitó contra él el odio y furor de los eutiquianos y de la emperatriz que los favorecia, pero la constancia del pontífice triunfó al fin de todos los esfuerzos de los herejes, pues Mennas, tan recomendable por su sabiduría como por su piedad, fué definitivamente elegido patriarca de Constantinopla, y el mismo papa lo consagró. Preparábase para dejar de una vez arreglados todos los asuntos eclesiásticos de Oriente, cuando cayó enfermo de gravedad, muriendo en Constantinopla el dia 17 de abril del año 536, despues de un pontificado de once meses y veinte y un dias. Su cuerpo fué trasladado á Roma y enterrado en la iglesia de San Pedro el dia 20 de setiembre del mismo año. Agapito brilló con todas las virtudes, principalmente por el amor que profesó á los pobres, pues cuenta la historia que fué preciso empeñar los vasos sagrados de la iglesia de San Pedro, para atender á los gastos de su viaje á Constantinopla.

SANTA FAUSTA Y SAN EVILASIO, MÁRTIRES.—Santa Fausta era una vírgen cristiana de la ciudad de Cizico, en el Helesponto. En tiempo del emperador Maximiano, fué Fausta presa por órden de Evilasio, sacerdote de los ídolos, y por disposicion del mismo, le cortaron todo el cabello, y la rasuraron para que fuese el escarnio del pueblo. Despues la colgaron y atormentaron, y queriendo aserrarla por el medio, por mas esfuerzos que hicieron los verdugos, no pudieron conseguirlo, porque la sierra se embotaba. Evilasio, que estaba presente, á vista de tal prodigio se llenó de terror, y se convirtió á Jesucristo. En seguida fué tambien puesto en el tormento, y asociado á la que poco antes era su víctima. Ambos alcanzaron juntos la corona del martirio, oyendo en medio de los suplicios una voz del cielo que los llamaba á gozar de su eterno premio. Evilasio murió degollado, y á Fausta, despues de haberle taladrado la cabeza, y clavádole clavos en todas las partes del cuerpo, la metieron en el fuego, donde espiró. San Evilasio tenia ochenta años, y santa Fausta trece. Ambos fueron enterrados en Cizico.

LOS SANTOS TEODORO, FELIPA, DIONISIO, Y PRIVADO, MÁRTIRES.—En el reinado del emperador Antonino, Teodoro era soldado romano, jóven y de robusta figura, dotado de todas las prendas de alma y cuerpo que hacen preciosa una existencia. En cierta ocasion le tocó ofrecer públicamente sacrificio á los dioses; pero se negó absolutamente, confesando que era cristiano. El prefecto lo mandó prender, de resultas de esto, y despues de cruelmente azotado, fué arrojado dentro de un horno encendido. Pero despues de haber estado en él mucho tiempo, salió ileso, á vista de cuyo portento se convirtieron á la fé dos soldados que le custodiaban, llamados Dionisio y Privado. En seguida fueron estos dos nuevos cristianos reunidos á él en los tormentos, juntamente con Felipa, madre de Teodoro, que habia acudido al lugar del martirio de su hijo, y los cuatro alcanzaron el premio de la vida eterna en la ciudad de Perga, en Panfilia.

SAN PRISCO, MÁRTIR.—Nació en la Grecia, y habiendo conocido el Evangelio, se encendió en tan ferviente amor de Dios, que luego que hubo recibido el bautismo, empezó á predicar la doctrina de Jesucristo en su patria y fuera de ella, con abundante fruto de conversiones. Sus triunfos le concitaron la envidia y el furor de los paganos, que lo prendieron y llevaron al prefecto. Este le hizo sufrir un largo interrogatorio, y mostrándose el santo siempre inexorable en su primer propósito, fué condenado á horribilísimos suplicios, entre ellos el de agujerearle el cuerpo con punzones. Su constancia no cedió en medio de tantos tormentos, y por último fué degollado.

SANTA SUSANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Fué hija de un tal Artemio, sacerdote de los ídolos, y nació en Eleuterópolis de Palestina el año 310. Habiendo quedado huérfana de sus padres, fué instruida en la religion cristiana y recibió el bautismo. Aunque todavía muy jóven, se penetró de tal modo del espíritu del cristianismo, que dió todos sus bienes á los pobres y se fué á vivir en la soledad, bajo la direccion de uno de los mas célebres archimandritas de la Palestina, á quien Rufino tributa grandes elogios. En tiempo del emperador Juliano el Apóstata, fué la santa vírgen acusada de haber derribado unos ídolos, y el gobernador de Eleuterópolis, la condenó á muerte el año 362.

LOS SANTOS ROGELIO Y SERVODEO, MÁRTIRES.—Rogelio fué natural de una aldea de Andalucía, cerca de Iliberis, y Servodeo era de Oriente. Ambos vivian en Córdoba en tiempo de los moros. El primero era anciano, y el segundo jóven; pero los dos se parecian mucho en las inclinaciones y virtudes, de modo que estrecharon entre sí los vínculos de una fuerte amistad. Un dia que los moros se hallaban reunidos en su mezquita principal, entraron en ella los dos santos, y empezaron á predicar en alta voz las verdades de la fé cristiana. Al instante se les echaron los moros encima, y hubieran acabado con sus vidas, si el juez no hubiese aparecido luego, y los hubiese mandado prender. Llevárolos á la cárcel, donde, á pesar de hallarse medio muertos á causa de los golpes

que habian recibido, continuaron predicando. Profetizaron la próxima muerte de Abderramen II, y obraron algunos milagros. Al cabo de poco tiempo fueron sentenciados á ser degollados, y, por el desacato de haber entrado en la mezquita, á que se les cortasen las manos y los piés. La sentencia se ejecutó en Córdoba el dia 16 de setiembre del año 852.

SANTA CÁNDIDA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Fué de la ciudad de Cartago, en Africa, la cual ennobleció con su martirio, en tiempo del emperador Maximiano. Murió despedazada por crueles azotes hasta que espiró.

SAN CLICERIO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Milan; fué piadoso, justo é ilustrado; hombre de Dios en todas las cosas y sobre todo en la caridad con los infelices. Elevado al episcopado de su patria por muerte del obispo san Martiniano, fué Clicerio un pastor cabal, modelado segun el corazon de Dios, y conforme á las circunstancias que san Pablo prescribe para los prelados perfectos. Gobernó su Iglesia por espacio de ocho años, y murió santamente el dia 18 de setiembre del año 438.

Dia 21.

SAN MATEO, APÓSTOL Y EVANGELISTA.—El glorioso apóstol y evangelista san Mateo, que por otro nombre se llamó Leví, fué galileo, de la ciudad de Caná, en donde Jesucristo nuestro Salvador hizo el primer milagro, y convirtió el agua en vino. Era publicano, y arrendador de las rentas imperiales, que se cogian de los tributos y exacciones que pagaban los judíos á los emperadores, que era oficio odioso entre ellos, y muy aborrecible: porque como aquel pueblo se tenia por el pueblo escogido de Dios, pareciale que habia de ser exento y libre de los pechos y cargos que otros tenian; y por esto, y por los agravios que comunmente los ministros reales suelen hacer en el cobrar, aborrecian á los cobradores, que eran los publicanos, y tenianlos como por paganos excomulgados, y públicos pecadores. De estos era san Mateo, y como afirma Simeon Metafraste, era cabeza, y el mas principal de los publicanos, que residian en Cafarnaum. Estando, pues, un dia Leví, ó Mateo, sentado cerca del mar, en la casa ó aduana donde se pagaban los tributos, haciendo su oficio, pasó el Señor y puso en él los ojos de su clemencia, y alumbrándole y llamándole interiormente, con la voz exterior le dijo: Sígueme; y luego oyendo esta palabra san Mateo se levantó, y, dejando el trato, riquezas, casa y familia, siguió al Señor y comenzó, de un publicano pecador, á ser discípulo suyo. Mostró con este hecho el Señor las entrañas de su piedad y misericordia, llamando á un publicano, para hacerle apóstol suyo; y dióuos gran confianza que no desechará á cualquier pecador, por malo que haya sido, y viniere á él: y que cuando no viniere, y le cerrase la puerta, llamará á ella, y si le abriere, entrará en su corazon, y le perdonará sus pecados: y juntamente nos propone el sagrado Evangelio la presteza con que debemos obedecer á la voz de Dios, y dar de mano á todas las cosas de la tierra, por seguirle cuando él nos llama, como hizo san Mateo: el cual, alumbrado con la luz del cielo, y movido con la fuerza de aquella palabra poderosa del Señor, y de la majestad de su divinal rostro, que solo bastaba (como dice san Gerónimo) á trocar, y atraer á sí los corazones, de repente dió libelo de repudio á todos los gustos y vanidades del siglo, por ser verdadero discípulo del Señor: y el que antes tomaba la hacienda ajena, ahora deja la suya; y estando ya encendido en el amor de Dios, y deseoso que otros le conozcan, y se conviertan á él, hace un convite en su casa al mismo Señor, y á otros publicanos, y pecadores, para que con esta ocasion, atraidos de su dulzura y conversacion, le sirvan y amen. Esto es lo que hallamos en el sagrado Evangelio de san Mateo, y tambien un ejemplo de su profunda humildad, con la cual, contando á los doce apóstoles que escogió el Señor, y nombrándose entre ellos, dice: «Bartolomé, Tomás, y Mateo, publicano;» confesando lo que habia sido, para alabar y magnificar mas la gracia del Señor, que le habia llamado, y de publicano héchole discípulo suyo, y predicador del mundo. Despues de la subida al cielo del Salvador, y venida del Espíritu santo sobre aquel colegio apostólico y bienaventurada compañia, comenzó san Mateo á sembrar la doctrina del cielo con los otros apóstoles por las provincias de Judea, y á coger grandes mieses en las trojes del Señor. Y habiéndose de dividir los apóstoles por todo el mundo, y repartir entre sí las provincias, en que cada uno habia de predicar; á san Mateo le cupo la provincia de Etiopia, bien apartada y dificultosa: aunque para el grande y fervoroso espíritu que él tenia, cualquier trabajo le parecia descanso, la pena regalo, y fácil lo dificultoso. Habia escrito antes de este apartamiento y division de las provincias, su sagrado Evangelio, á los ocho años, como algunos autores dicen, despues de la ascension del Señor, siendo el primero de todos los evangelistas que por instinto del cielo escribió el evangelio: y escribióle en lengua hebrea, ó siriaca, que era la comun y vulgar que comunmente usaban entonces los hebreos, para enseñar y confirmar mas á los muchos que de aquel pueblo habian creido y recibido la fé del Señor: y este evangelio, por revelacion del mismo santo apóstol y evangelista, se halló despues en la isla de Chipre, con el cuerpo de san Bernabé, apóstol, en tiempo del emperador Zenon, y por él hizo Dios muchos y grandes milagros. No se sabe quien tradujo el evangelio de san Mateo de hebreo en griego, como dice san Gerónimo, que afirma que fué en su tiempo: el mismo evangelio en hebreo se hallaba en la librería de Cesarea, que Pánfilo, mártir, con grande estudio y cuidado habia allegado, y que los nazarenos, que usaban de él, se le habian prestado para trasladarle.

2 Entró el santo apóstol en Etiopia, para predicar el Evangelio; y sin duda padeció muchos trabajos: obró grandes milagros: convirtió gran

número de almas; y alumbró con la luz del cielo toda aquella provincia con su vida y doctrina. Clemente Alejandrino dice, «que comia yerbas y legumbres, y no comia carne.» Las cosas particulares, que le sucedieron, que sean ciertas y averiguadas, no las sabemos: algunas refiere Nicéforo Calixto en su historia, que por no ser aprobadas de otros graves autores, no pareco que tienen fundamento. Abdías Babilonio, san Antonino, el obispo Equilino, Joaquin Perionio, y otros modernos autores, en la Vida de san Mateo, refieren lo que yo en suma aquí diré.

3 Despues de haber predicado san Mateo á los hebreos, y egipcios, pasó á predicar á Etiopía: y entrando en la ciudad, que se decia Nadaber, donde vivia aquel eunuco de la reina Candace, que bautizó san Felipe, diácono, de quien se hace mencion en los Actos de los apóstoles, fué de él hospedado en su casa, y halló allí dos magos y hechiceros, llamados Zaroes y Arfajad, los cuales con sus malas artes hacian mucho daño al pueblo, privando á muchos del uso de sus miembros con varias y diferentes enfermedades. Opúsose el santo apóstol á los dos magos, y comenzó á desengañar y á consolar á la gente que estaba de ellos muy amedrentada. Los magos por arte del demonio trajeron dos dragones terribles, para que les hiciesen daño: hizo el sagrado apóstol la señal de la cruz; y luego, dejada aquella fiereza, volvieron como ovejas mansas al desierto. Con este milagro el pueblo quedó maravillado: comenzó á perder el miedo á los magos, y á dar crédito á las palabras del santo apóstol: y confirmáronse mas, cuando vieron que san Mateo habia resucitado al hijo del rey, que se llamaba Egipo, y que los dos magos no le habian podido resucitar. Convirtiéronse el rey, y la reina, y sus hijos, á la fé del Señor, y gran parte del pueblo, siguiendo su ejemplo, se bautizó: y una hija del rey, llamada Ifigenia, que era hermosísima, y de mucha prudencia, oyendo alabar al santo apóstol el estado virginal, se determinó, con su parecer, á consagrarse á Dios, y se encerró en un monasterio con otras doscientas doncellas, que la quisieron hacer compañía. Estuvo san Mateo veinte y tres años en Etiopía, ganando almas para Dios, edificando templos, ordenando sacerdotes, consagrando obispos, con grande acrecentamiento de nuestra sagrada religion. Murió en este tiempo el rey Egipo: apoderóse del reino un hermano suyo, llamado Hirtaco: quiso casarse con Ifigenia, así por su grande hermosura, como para asegurarse mas en el reino: tomó por medio á san Mateo, para que se lo persuadiese; pero el santo apóstol en un sermon, que hizo teniendo presente á Ifigenia con sus religiosas, y estando tambien allí el rey con los principales de su corte, despues de haber tratado como Dios habia instituido el matrimonio, y cuán necesario era para la conservacion del universo; añadió, cuánto mas excelente era el estado de las vírgenes, y la pena que merece el criado que se atreve á quitar su mujer al rey; y que siendo Ifigenia esposa de Jesucristo, el que se la pretendiese quitar, caeria en su indignacion. El rey Hirtaco se enojó sobre manera, oyendo estas razones, y se fué de la iglesia, amenazando al santo apóstol: el cual se fué á decir misa, y acabando de decirla, fué alanceado por los ministros de Hirtaco, dejando el altar rociado con su sangre, y delante de él su cuerpo muerto. Procuró despues Hirtaco persuadir á Ifigenia, que quisiese ser su mujer: y no pudiendo apartarla de su santo propósito, mandó poner fuego al monasterio; mas viése el mismo san Mateo por el aire que le apagaba. Hirió Dios al sacrílego Hirtaco con una enfermedad de lepra tan penosa, que el mismo con sus manos se mató. Esto es lo que estos autores escriben, referido aquí brevemente. De haber resucitado san Mateo al hijo del rey, san Isidoro hace mencion en su breviario. Lo de Ifigenia debe ser cosa sin duda; porque el Martirologio romano, en este mismo dia de los 21 de setiembre, hace mencion de santa Ifigenia, vírgen, y dice que fué bautizada y consagrada á Dios por san Mateo: y de aquí sacan algunos, que el velar y consagrar á las vírgenes, tuvo principio de san Mateo, y que es ordinacion apostólica; é Hipólito llama á este santo apóstol víctima y sacrificio de la virginidad; porque fué martirizado por amparar y defender la virginidad que Ifigenia habia prometido y ofrecido á Dios. En las Constituciones de san Clemente, papa, se escribe que san Mateo fué el instituidor del agua bendita, y se pone la oracion con que el santo apóstol mandó que se bendijese; aunque san Alejandro, papa y mártir, hizo un decreto del agua bendita, y ordenó que lo que habian mandado los apóstoles, se guardase, como lo dijimos en su vida.

4 Tambien ordenó san Mateo, que los fieles ofreciesen al Señor las primicias y décimas para sustento de los ministros de la Iglesia, y de los pobres, como lo refiere el mismo san Clemente en el octavo libro de sus Constituciones apostólicas, capítulo 35, que tradujo de griego en latino, y declaró el padre doctor Francisco Turriano, varon doctísimo de la Compañía de Jesus. El cuerpo de este sagrado apóstol fué tenido muchos años en gran veneracion y estima en la ciudad de Nadaber, en que murió: despues fué trasladado á la ciudad de Salerno, en el reino de Nápoles; y de esta traslacion hace mencion el Martirologio romano á los 6 de mayo, aunque no se sabe el tiempo en que se hizo: pero de una epístola de Gregorio VII, papa, escrita el año del Señor de 1080 á Alfano, obispo de Salerno, se saca que en su tiempo se halló el sagrado cuerpo del apóstol en aquella ciudad. El Martirologio romano dice, que se le edificó un suntuoso templo, el cual escribe Leon Ostiense, haber mandado hacer el príncipe de Salerno Roberto, y hoy dia está allí su cuerpo reverenciado de los cristianos con gran devocion, como se debe á tan grande apóstol, y evangelista, y mártir del Señor. La muerte de san Mateo fué á los 21 de setiembre, el año del Señor de 90, imperando Domiciano. De san Mateo escribe Eusebio, *lib.* III, *Historiæ*, *cap.* 1; Sócrates, lib. I, cap. 78; Doroteo *in Synopsi*; Isidoro, *lib. De vita, et obitu sanctorum, cap.* 78; é Hipólito,

lib. De duodecim apostolis; Metafraste; Pedro Damiano en su sermon de san Mateo; y los autores que escriben sobre los evangelios; y todos los Martirologios.

* San Jonás, profeta.—Es el quinto de los doce profetas menores, y nació en Getefer, en la tribu de Zabulon. Floreció en tiempo de Joás y Joroboam II, reyes de Israel, y de Ozías, rey de Judá. El Señor mandó á este profeta que fuese á Nínive, capital entonces del imperio de los asirios, para anunciar á aquella gran ciudad que Dios iba á destruirla. Pero Jonás en lugar de dar cumplimiento á las órdenes del cielo, temiendo ejecutar una mision que le parecia peligrosa, huyó y se embarcó en Joppe para ir á Tarso, en Cilicia. Habiendo sobrevenido de repente una gran tempestad, los marineros echaron suertes para saber quién de entre ellos era la causa de aquella desgracia, y la suerte cayó en Jonás. Echáronle en seguida al mar, para que su muerte fuese en salvacion de todos, y se apaciguó la tormenta. Dios hizo aparecer en aquel instante una ballena, que se tragó al profeta, y lo guardó en su vientre tres dias y tres noches, al cabo de los cuales fué arrojado sobre la costa, y habiéndosele repetido la órden de dirigirse á Nínive, obedeció. Empezó, pues, á predicar á aquellos habitantes, que aterrorizados con semejantes amenazas, hicieron desde luego penitencia, y ordenaron ayunos públicos, con lo cual el Señor les perdonó sus pasados extravíos. Viendo Jonás que Dios habia revocado la sentencia respecto á la destruccion de Nínive, temió pasar por un falso profeta y se quejó al Señor, quien le hizo ver muy pronto la injusticia de su queja por medio de una de esas lecciones decisivas, propias para enseñar y convencer. Para defenderle contra los ardores del sol, hizo el Señor crecer en una sola noche un vejetal que la Escritura llama hiedra, y que, segun la opinion de algunos intérpretes, es la *palma Christi.* Al dia siguiente un gusano picó la raíz de aquella planta, que se secó, y Jonás quedó como antes expuesto á la violencia de los rayos del sol, suceso que aumentó de tal modo la afliccion del profeta, que en el exceso de su amargura creyó morir. Apareciósele á la sazon el Señor para decirle, que, supuesto que se afligia tanto por la pérdida de una hiedra que nada le costaba, nada tampoco debia extrañar el que él no derramase la copa de las divinas venganzas sobre una ciudad en la que habia mas de ciento veinte mil personas que ningun conocimiento tenian del bien y del mal. Jonás volvió despues desde Nínive á Judea, y san Epifanio cuenta que se retiró con su madre á las cercanías de la ciudad de Sur, donde permaneció hasta su muerte, sucedida 761 antes de la venida de Jesucristo. La Iglesia católica coloca á este profeta entre los santos de este dia.

San Alejandro, obispo y mártir.—En tiempo del emperador Antonino, fué este santo obispo preso y atormentado inhumanamente. Azotáronle primero con varas, despues lo pusieron en el potro, luego lo aplicaron á los costados lámparas encendidas, le descarnaron todo el cuerpo con garfios de hierro, lo entregaron á las fieras, y lo metieron en un horno. Todo lo sobrellevó con paciencia, y lo superó por su fé en Jesucristo, hasta que al fin lo llevaron á la via Claudia, diez millas distante de Roma, y allí le cortaron la cabeza, consiguiendo así la gloria del martirio. Su cuerpo fué posteriormente trasladado á Roma por el papa san Dámaso, que instituyó su festividad.

San Pánfilo, mártir.—No se encuentra noticia alguna de este santo, y solo sabemos por Galesinio, que murió mártir en Roma en el primero ó segundo siglo del cristianismo.

San Eusebio, mártir.—Era de Fenicia, y hallándose en su misma patria durante las primeras persecuciones de la Iglesia, fué preso por órden del prefecto, por habérsele presentado espontáneamente á reprenderle de cruel é impío. Colgáronle de un palo, y le azotaron tan inhumanamente, que todo su cuerpo quedó lleno de profundas heridas. Despues le metieron sal y vinagre en aquellas heridas, lo envolvieron en unas mantas cerdosas y le encerraron otra vez en la cárcel. Eusebio continuaba glorificando á Jesucristo en medio de sus dolores, sin quejarse, ni suspirar, como si nada sintiese, y por fin el prefecto, enfurecido por la invencible constancia del santo, mandó que le cortasen la cabeza, con cuyo martirio voló al cielo.

San Isacio, obispo y mártir, y san Melecio, obispo y confesor.—Los dos gobernaron la Iglesia de Chipre en distintos tiempos; pues Isacio floreció primero, y luego Melecio. Ambos brillaron como dos antorchas luminosas, cuidando con mucho zelo de las cosas de Dios, y promoviendo su culto, socorriendo las necesidades de sus ovejas, y dándoles el ejemplo de las mas puras virtudes. Los dos poseyeron el don de milagros, y vivieron hasta una vejez extrema, muriendo el dia 21 de setiembre de distintos años.

Santa Ifigenia, vírgen.—Fué natural de Etiopía: convirtióla á la fé de Jesucristo y bautizóla el apóstol san Mateo, y despues de haberse consagrado á Dios, murió santamente por los últimos años del siglo I. Puede verse la vida de san Mateo puesta en este mismo dia.

Dia 22.

San Mauricio, y la legion de los tebeos, mártires.—El martirio del esforzado caballero y capitan de la legion de los tebeos san Mauricio, escribió el bienaventurado san Euquerio, obispo de Leon de Francia, mas ha de mil años, de esta manera. Despues que Diocleciano tomó el cetro del imperio, hizo César á Maximiano, y envióle á Francia con un ejército poderoso, á sosegar algunos alborotos que habian levantado Amando y Esiano. Entre la otra gente que llevaba consigo, era una legion de seis mil y seiscientos y sesenta y seis soldados, los cuales eran de la ciudad de Tebas y cristianos, y habian sido bautizados por Zambea, obispo de Jerusalen, y confirmados en la fé por san Marcelino, papa, al tiempo que pasaron por Roma. Habia pasado el ejército la aspereza y fragosidad de los Alpes, y acercábase ya

á vista de los enemigos. Parecióle á Maximiano, que era bien hacer la reseña de su gente, y ofrecer sacrificio á sus dioses, y tomar juramento á los soldados, sobre sus aras, de fidelidad, y de pelear animosamente. San Mauricio, que era capitan de aquella legion, Exuperio que era alférez, y Cándido persona principal, y de la órden de los senadores, entendieron la resolucion del emperador, y fueron de parecer que para no contaminarse con aquel juramento sacrílego, y sacrificio abominable, se apartasen del resto del ejército; y así se apartaron ocho millas lejos, á un lugar que se llamaba Agauno, y ahora se llama san Mauricio. Luego que supo Maximiano la retirada de la legion tebea, y la causa, le envió un recado, mandándole que viniese y se juntase con el ejército, é hiciese lo que los demás soldados hacian. Todos los santos soldados, con un mismo ánimo y extraño valor, respondieron por boca de su capitan Mauricio, que ellos estaban aparejados para obedecer á Maximiano, en todo lo que no fuese contra Dios, y á pelear con él, como lo habian hecho otras muchas veces; pero que siendo cristianos, no querian sacrificar ni conocer por dioses á los que no lo eran. Enojóse sobre manera Maximiano con esta respuesta, y mandó diezmar aquella legion tebea, que era un castigo militar, con el cual por no matar á todos los culpados, mataban de cada diez uno, á quien cabia la suerte. Supieron los santos soldados el cruel decreto del emperador: y como si fuera para darles la vida, y una ilustrísima corona, así se regocijaron; y con una exhortacion, que san Mauricio les hizo, se encendieron en el amor del Señor, y deseo del martirio. Ejecutóse aquel riguroso suplicio en los valerosos guerreros de Jesucristo: y creyendo Maximiano que escarmentados con él, los que quedaban estarian mas blandos y rendidos á su voluntad, tornó otra vez á mandarles que viniesen al ejército, y que sacrificasen; mas ellos estuvieron fuertes, y no quisieron obedecer, aparejándose todos á perder la vida, por no perder á Jesucristo, y obedecer antes al Emperador del cielo, que al de la tierra: para lo que les ayudó mucho una plática que les hizo san Exuperio, su alférez, diciéndoles: Bien veis, hermanos mios, que yo llevo la bandera del emperador; pero ahora no os convido á esta guerra temporal, sino á otra mas sublime. Grande ánimo y esfuerzo os menester, para que paguemos á Dios lo que le prometimos, y dejando las armas muramos y alcancemos la corona que nos espera. Cuando el emperador vió el ánimo determinado de aquellos valerosísimos caballeros del Señor, teniéndola por obstinacion y pertinacia, se embraveció, y con increible saña y furor mandó que todo el ejército diese en ellos, y no dejase hombre á vida. Bien pudieran los santos soldados resistir y pelear y vencer sus vidas; mas armados de fé y espíritu del cielo, no quisieron tomar las armas, sino vencer con una nueva manera de victoria, sin pelear, y alcanzar la corona gloriosa del martirio, no meneando las manos, sino ofreciendo sus vidas al cuchillo: y así, animados siempre de su capitan Mauricio, sin alzar la espada para defenderse, puestos de rodillas y levantadas las manos y los corazones al cielo, recibieron todos la muerte, y se ofrecieron en sacrificio á Jesucristo. Quedaron muchos de los soldados del ejército desnudando á los santos mártires, para aprovecharse de sus vestidos y armas, y despues se pusieron á comer muy contentos, por aquella hazaña que habian hecho. Llegó allí un soldado cristiano, llamado Victor, no de los tebeos, sino de otra nacion: el cual, viendo tantos cuerpos muertos por aquel campo, y no sabiendo la causa, y porque los que allí estaban, tenian tanto contento y alegría; la preguntó. Cuando supo Víctor lo que habia pasado, dijo con una voz lastimera y triste: ¡O miserable de mí! ¡y por qué no me hallé yo en compañía de estos santos soldados, para morir con ellos! De estas palabras los otros soldados entendieron que Victor era cristiano: levántanse contra él: échanle mano, y hácenle pedazos; y así mereció el premio que los santos soldados tebeos merecieron: cuyo martirio fué á los 22 de setiembre, por los años del Señor de 297. Los cuerpos de estos gloriosos mártires fueron echados por los naturales de aquella provincia en diversas hoyas y cavas, que para esto hicieron: allí estuvieron, hasta que andando el tiempo el Señor los descubrió á un santo obispo, llamado Teodoro, el cual les edificó una iglesia, y despues sus santas reliquias se repartieron en varias provincias y tierras para remedio y consuelo de los fieles, obrando nuestro Señor por ellos, muchos y muy grandes milagros. San Martin, obispo de Tours, fué á visitar aquella iglesia, y de ella llevó una redoma de la sangre de los mártires, la cual tuvo como un preciosísimo tesoro, y la trajo siempre consigo. Solia la Iglesia romana en las batallas contra los enemigos de la fé invocar siempre el favor de Dios por intercesion de san Mauricio, de san Sebastian y san Jorge, como se saca del Orden romano. De san Mauricio y de sus santos compañeros, á mas de san Eucherio, escriben los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo y Adon: el cual dice que la causa porque Maximiano los hizo matar, fué, porque no quisieron ser verdugos suyos, y perseguir y matar á los otros cristianos.

* SAN EMMERANO, OBISPO Y MÁRTIR.—Descendiente de una ilustre familia del Poitou, renunció siendo aun muy jóven todos los halagos del mundo para consagrarse al servicio de los altares. Su erudicion y sus virtudes lo elevaron al episcopado durante el siglo VII. Predicó el Evangelio con un zelo infatigable, instruyendo á sus ovejas, buscando á los pecadores hasta los lugares mas distantes, enseñando de continuo á todos, y socorriendo á los pobres con una liberalidad prodigiosa. Despues de haber trabajado así por espacio de muchos años, resolvió ir á predicar á los muchos infieles de Baviera. No hacia sino treinta años que la luz del Evangelio habia iluminado aquel país, y habia todavía muchos bárbaros que dormian en las tinieblas de la idolatría. El santo se fué allá, despues de haberse detenido mucho tiempo en Ratisbona por los esfuerzos de su gobernador el duque Teodon, lo cual ha hecho

creer á algunos que Emmerano habia sido obispo de aquella ciudad. Sus trabajos apostólicos fueron seguidos de innumerables conversiones, y al cabo de tres años de cultivar aquella viña del Señor, partió el santo para Roma, con el fin de visitar el sepulcro de los apóstoles, y consultar al soberano pontífice acerca de algunas dificultades. Pero una malvada mujer, que habia jurado la muerte del santo, compró á unos malhechores, los cuales se apostaron en el camino, y apoderándose de él cerca de Munich, le cortaron los brazos y las piernas, y le asesinaron el dia 22 de setiembre del año 652. Su cuerpo fué conducido á Ratisbona, y sepultado en la iglesia de San Jorge.

San Santino, obispo y confesor. — Fué discípulo de san Dionisio Areopagita, y consagrado primer obispo de Meaux á fines del siglo I. Fué el primero que predicó el Evangelio en aquella parte de las Galias, plantando el estandarte de la religion cristiana en muy extensos países. Segun el cardenal Baronio, murió este santo pacíficamente por los años de 115 al 120.

San Lauton, obispo y confesor. — Nació en Normandía, recibiendo una educacion muy esmerada, cual convenia á la nobleza de su cuna. El año 528 fué consagrado obispo de Rouen y metropolitano de la Neustria, en cuya calidad asistió á los concilios II, III, IV y V de Orleans. Habiendo despues heredado el considerable patrimonio de su familia, lo adjudicó á su Iglesia y á los pobres. Gobernó siempre su diócesis con zelo y sabiduría, y el 568 fué á recibir en el cielo la recompensa debida á sus virtudes y trabajos.

San Florencio, obispo y confesor. — Nació en las Galias, y jóven aun abandonó su ciudad patria, para vivir bajo la direccion de san Martin de Tours que le confirió el presbiterado. Despues de predicar algun tiempo en el Poitou, se retiró á la cima de una montaña en los confines de las diócesis de Nantes y de Angers para hacer vida eremítica. Su santidad le atrajo gran número de admiradores que quisieron vivir en su compañía, y de este modo tuvo orígen el famoso monasterio de Glon, conocido despues con el nombre de San Florencio. Floreció este santo durante el siglo V y principios del VI.

San Silvano, confesor. — Ignóranse todas las particularidades de la vida y muerte de este santo. Es patron del pueblo de Leuroux en el ducado de Berri, en cuyo país hay una antigua tradicion popular que asegura que este santo es el publicano Zaqueo del Evangelio. El cardenal Baronio y el Martirologio romano suponen que murió en Bourges.

Santa Salaberga, abadesa. — Nació de una ilustre familia establecida en el territorio de Toul. Habiendo quedado ciega en su infancia, recobró milagrosamente la vista por las oraciones y la bendicion de san Eustasio, abad de Luxeuil. Contrajo matrimonio con un caballero jóven, que la dejó viuda al poco tiempo, y aunque ella solo pensaba en consagrarse enteramente á Dios, sus parientes la obligaron á casarse segunda vez con un tal Blandino, que despues fué colocado por la Iglesia en el número de los santos. Tuvo Salaberga cinco hijos, que educó en la mas esmerada virtud, y cuando ya fueron todos mayores de edad, disgustada del mundo y sus engaños, tomó el velo de religiosa con beneplácito de su esposo, y fundó un monasterio en la diócesis de Langres. Algunos años despues, en 650, fundó otro monasterio en Laon, al cual se retiró, y despues de haber dirigido á sus hijas espirituales por los senderos de la perfeccion religiosa, murió Salaberga en la misma casa, santa y gloriosamente, el dia 22 de setiembre del año 665.

Santa Iraida, y sus compañeros, mártires. — Iraida era una vírgen cristiana de Alejandría, que saliendo un dia de su casa para ir por agua á una fuente cercana, vió junto á la orilla al prefecto de la ciudad, que esperaba una embarcacion que se acercaba llena de gentes. La santa vírgen esperó un poco, y habiendo preguntado á los de la embarcacion por qué los traian presos, contestaron que porque eran cristianos y habian confesado á Jesucristo. Al momento se juntó á ellos, y habiéndola preso, los condujeron todos reunidos á la ciudad de Antinópolis. Entre aquellos cristianos habia muchos presbíteros, diáconos, vírgenes y personas de todas clases. En Antinópolis les pusieron á todos en el tormento, y permaneciendo constantes en su fé, fueron todos degollados, siendo la primera la vírgen Iraida.

Las santas Digna y Emerita, vírgenes y mártires. — Padecieron martirio en Roma, en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, alcanzando la doble corona de la virginidad y del martirio. Sus cuerpos fueron enterrados en la via Ostiense, y despues colocados en la iglesia de San Marcelo de la misma ciudad.

San Jonás, presbítero y mártir. — Era griego de nacion, y fué ordenado sacerdote por san Dionisio, al cual acompañó á Francia. Vivió en Chartres mucho tiempo predicando el Evangelio y obrando gran número de conversiones, hasta que por órden del prefecto de la misma ciudad fué azotado y degollado.

Dia 23.

San Lino, papa y mártir. — Fué san Lino italiano de nacion, y natural de la ciudad de Volterra, que es en la provincia de Toscana: su padre se llamó Herculano, hombre noble y principal. Estando en Roma, y oyendo predicar al apóstol san Pedro, le siguió, y fué uno de los primeros discípulos que allí tuvo. Vió el sagrado apóstol grandes prendas de virtud, letras y prudencia en Lino, y sirviése de él en la predicacion y administracion de los santos sacramentos; y despues le hizo como su coadjutor y ministro para todas las cosas á que él no podia acudir; y todo lo proveia Lino con la direccion y autoridad de san Pedro, con mucha prudencia y solicitud. Despues del martirio del glorioso apóstol san Pedro, le sucedió Lino en la cátedra pontifical, y la tuvo once años, dos meses y veinte y tres dias; y así fué el primer papa y vicario de Cristo nuestro

Señor en la tierra, que inmediatamente sucedió á san Pedro. Tuvo órdenes dos veces, y ordenó quince obispos y diez y ocho presbíteros. Mandó que las mujeres no entrasen en la iglesia con las cabezas descubiertas, como lo tenia mandado san Pedro, y lo dejó escrito san Pablo. Escribió san Lino la Historia de la contienda que tuvo san Pedro con Simon, mago; pero no se halla. Escribió tambien dos libros del martirio de san Pedro y san Pablo, que están en el sétimo tomo de la *Bibliotheca sanctorum;* aunque al cardenal Baronio le parece que están depravados y sembrados de algunos errores, y no con la pureza y verdad que los escribió san Lino. La santidad de este glorioso sumo pontífice fué admirable, é ilustrada con muchos y grandes milagros, que por él obró el Señor. Sanaba muchos enfermos: resucitaba muertos: lanzaba los demonios de los cuerpos: y habiendo una vez librado del demonio á una hija de Saturnino, cónsul; el desagradecido y malvado padre le mandó matar por la fé de Cristo nuestro Señor, dando mal por bien, y maleficio por beneficio. Su sagrado cuerpo fué enterrado en el Vaticano, junto á su padre, maestro y predecesor san Pedro: y fué su martirio á 23 de setiembre, en que la santa Iglesia celebra su fiesta, el año del Señor de 80, imperando Vespasiano. Hace mencion de san Lino el apóstol san Pablo. Escriben de él los Martirologios, romano, el de Usuardo y Adon, y el libro de los Romanos Pontífices, que anda en nombre de Dámaso, y los demás que escriben las vidas de los santos pontífices.

Santa Tecla, vírgen y mártir.—Entre los otros libros que Gelasio, papa, dió por apócrifos en el concilio romano, fué uno el de los Actos de santa Tecla, y de san Pablo: y antes de Gelasio, el gran doctor de la Iglesia, san Gerónimo, habia dado á aquel libro la misma censura: y sin duda que aquellos actos habian sido fingidos, como dice Tertuliano, y escritos por un presbítero anciano, y por ventura añadidos y depravados por los herejes, para dar licencia á las mujeres de predicar en público, y bautizar, y hacer otras cosas, que á su estado no convienen. Dejando, pues, aparte las cosas apócrifas y falsas, escribirémos la vida y martirio de santa Tecla, sacado de autores graves, antiguos y ciertos.

2 Fué santa Tecla de la ciudad de Iconia, en la provincia de Cilicia: era doncella muy hermosa, y tenia madre, y estaba concertada de casarse con un mancebo llamado Tamiro. En este tiempo el apóstol san Pablo, de Antioquía fué á Iconia: recibióle en su casa Onesíforo, hombre virtuoso: juntóse en ella alguna gente bien inclinada y deseosa de salvarse; y el Apóstol les predicaba con grande aprovechamiento de los oyentes: entre los cuales fué una santa Tecla, que, oyendo la doctrina del cielo que enseñaba san Pablo, y las palabras de vida que hablaba, y el espíritu divino y fervoroso con que las decia, se trocó de manera, que se hizo cristiana, y consagró al Señor su virginidad, dando de mano á todos los deleites y gustos de la carne. Supo la madre que Tecla, su hija, habia mudado de propósito, y no se queria casar; y sintiólo de manera, que á mas de avisar á Tamiro, esposo de la doncella, de lo que pasaba, se fué al juez, y acusó á su hija que era cristiana, y que repudiaba al esposo con quien antes estaba concertada de casarse: y dijo al juez la perversa y cruel madre, que hiciese quemar viva á su hija, para que las otras mujeres escarmentasen. Mandóla el juez parecer delante de sí: y habiendo entendido por su confesion ser verdad lo que la madre le habia dicho, hizo encender una grande hoguera, y mandó que Tecla fuese echada en ella; mas la santa doncella, armándose con la señal de la cruz, no aguardó á que los sayones la echasen en el fuego; antes ella de grado y con grande alegria entró en él, y estuvo en medio de las llamas con extraordinaria seguridad y varonil constancia. Levantóse de repente una tempestad, y cayó tan copiosa agua del cielo, que el fuego se apagó, y la gente huyó, y la bienaventurada vírgen, sin lesion alguna de su cuerpo ni de su ropa, por divina voluntad quedó libre. Despues de esto la santa doncella se dió á grandes penitencias, ayunos, vigilias y oraciones; y de nuevo fué acusada y presentada delante del juez; el cual la condenó á ser echada á las bestias fieras, para que la despedazasen y tragasen. Llevaronla al teatro: y estando todo el pueblo presente, y dando gritos y voces contra ella, soltaron las fieras; mas ellas no osaron tocarla, sino reverenciarla y lamer blanda y mansamente sus piés. Otro dia la echaron de nuevo á los osos y leones; pero olvidados de su natural fiereza, se amansaron, admirados de la gloriosa doncella que allí tenian: la cual pinta san Ambrosio por estas palabras: «Huyendo santa Tecla los deleites conyugales, y siendo condenada por el sentimiento que tuvo su esposo, mudó la naturaleza de las bestias, que la trocaron por la admiracion de su virginidad. Echáronla á las fieras; y fué tan grande su castidad, que allí en el teatro bajaba los ojos por no ver á los hombres, y ofrecia sus entrañas al leon feroz; y con esto, los que habian venido con ojos lascivos, volvian con ojos castos y honestos. Velase la bestia fiera lamer los piés de la santa doncella, y postrársele, y con un murmullo y sonido mudo, dar á entender que no podia tocar el cuerpo de la vírgen. Adoraba la bestia á su presa; y olvidada de su propria naturaleza, se habia vestido de la naturaleza de que los hombres se habian desnudado: y con mudanza extraña, viérades á los hombres crueles mandar á la bestia que lo fuese, y la fiera, besando los piés de la vírgen, enseñar á los hombres lo que habian de hacer. Es tan admirable la virginidad, que hasta los leones se admiran de ella y la reverencian. No pudo el hambre mover á los leones, para que hiciesen presa en la santa vírgen: no su natural fiereza, ni la costumbre que tenian de despedazar á los otros; no el furor del pueblo, ni los medios que tomaron para irritarlos y embravecerlos contra la santa; antes, adorando á la mártir, nos enseñaron la religion y castidad; pues así besaban los piés de la vírgen, fijos los ojos en tierra, como

teniendo vergüenza, y mostrando que la tenian respeto, y tenian que algun hombre ó alguna bestia no viese aquel sagrado cuerpo desnudo.» Todo esto es de san Ambrosio. No bastó esto milagro para que el tirano, mas fiero que las mismas fieras, reconociese la mano del Señor, que así amparaba á su dulce esposa; antes mandó que la echasen en una hoya llena de mucas víboras y serpientes venenosas. Al tiempo que la echaban, bajó de lo alto una nube de fuego que las mató á todas, y quedó libre de este tercer tormento, como habia quedado de los dos pasados, del fuego y fieras. Aparejaron de nuevo otras bestias: atáronla á dos toros ferocísimos, para que la despedazasen: y para que estuviesen mas bravos, los agarrocharon con garrochas encendidas las puntas; pero el Señor la guardó de manera que quedó sin lesion alguna. Vistas por el pueblo tantas maravillas, y especialmente por una señora llamada Trifena, á quien el juez habia dado en guarda á santa Tecla, comenzaron á dar voces, y decir que el Dios que adoraba Tecla era poderosísimo, y digno de ser adorado: y el procónsul, temiendo el furor del pueblo, dió por libre á santa Tecla: la cual volvió á la casa de Trifena, y la convirtió á ella y á toda su familia á la fé de Jesucristo nuestro Salvador: y de allí se fué á la ciudad de Seleucia, donde vivió muchos años con admirable ejemplo de santidad, alumbrando con el resplandor de sus virtudes aquellas gentes, y enseñándoles el camino del cielo; y cargada de años y merecimientos, despues de tantas victorias y peleas, se fué al cielo para gozar de la corona de vírgen y mártir. Su muerte fué á los 23 de setiembre en Seleucia, y en este dia la santa Iglesia celebra su fiesta.

3 De santa Tecla escriben casi todos los santos doctores antiguos, como son: san Gregorio Nacianceno, Epifanio, Ambrosio, Gerónimo, Crisóstomo, Severo Sulpicio, y otros muchos: y es cosa maravillosa ver las alabanzas que dan á esta gloriosa vírgen y bienaventurada mártir, por haber sido la primera mujer que fué atormentada por Cristo nuestro Señor, y como capitana y guia de las demás. Llámanla «hija primogénita de san Pablo»; y fué tan conocida y tan estimada la santidad de santa Tecla, que para alabar alguna mujer, y decir era tan grande y excelentísima su virtud, decian que era una santa Tecla: y así san Gerónimo dió este nombre á Melania, y san Gregorio Niceno á su hermana santa Macrina; y por devocion fué san Gregorio Nacianceno á Seleucia á visitar el sepulcro de santa Tecla, y de muchas partes concurrian los pueblos por la misma causa, y por los muchos y grandes milagros que el Señor continuamente obraba por ella en su santo sepulcro. Y no solamente en aquel lugar, pero en otro donde dicen que la santa estuvo en un tiempo escondida dentro de una peña (la cual se ablandó y recibió en sí el cuerpo de la santa vírgen), hizo el Señor muchos y grandes milagros, no solamente en beneficio de los fieles que á él concurrian, sino tambien de los infieles. A mas de esto, es cosa muy acostumbrada en los grandes trabajos suplicar á nuestro Señor que nos libre de ellos, como libró á santa Tecla de sus tormentos: y algunos mártires en el rigor de sus tormentos pedian á Dios, que los librase de ellos, como habia librado á santa Tecla del fuego, del teatro, de las fieras y toros, y de los demás tormentos. Y san Cipriano, en la oracion que hizo á Dios el dia de su martirio, le dice: Asistidme, Señor, y séd conmigo, como fuiste con Pablo en sus prisiones, y con Tecla en el fuego: y toda la santa Iglesia, en las oraciones que hace al Señor para encomendar el alma del que está agonizando, le suplica que le libre como libró á santa Tecla de los tres atrocísimos tormentos. Por donde se ve los grandes méritos de esta bienaventurada vírgen y mártir, y la devocion que la debemos tener. El emperador Zenon edificó un suntuoso templo á santa Tecla, por háber por su favor recobrado el imperio: y el emperador Justiniano le edificó otro no menos magnífico; y en todo Oriente y Poniente ha sido muy ilustre su memoria. Su sagrado cuerpo está en la ciudad de Tarragona, en el principado de Cataluña, y es patrona de aquella Iglesia metropolitana. Y una vez, como el rey de Aragon don Pedro, el IV de este nombre (pretendiendo que el dominio útil de aquella tierra y vasallos, que tiene la iglesia de Santa Tecla, pertenecia á él), hubiese hecho muchos daños, y por armas los quisiese reducir á su servicio; es constante fama que santa Tecla dió una palmada en la cabeza del rey, de la cual cayó malo y murió; y reconociendo su culpa, y que aquel era castigo de Dios, mandó restituir á la Iglesia lo que le habia tomado, y reparar los daños que le habia hecho. Escribieron de santa Tecla los Martirologios, y especialmente el de Adon; y el cardenal Baronio muy eruditamente en las anotaciones del Martirologio, y en el primer tomo de sus Anales.

* San Socio, diácono y mártir.—Natural de Italia, fué muy dado á los oficios de caridad y al estudio de las ciencias eclesiásticas. Era diácono de la Iglesia de Mesina, cuando, leyendo un dia el evangelio en el templo, el santo obispo Genaro vió levantarse de su cabeza unas llamas de fuego, despues de cuya vision predijo que el diácono alcanzaria la palma del martirio. Efectivamente, á los pocos dias, Socio, que tenia treinta años, fué preso, y llevado al suplicio en compañía del mismo san Genaro, cuya vida y muerte puede verse en el dia 19 de este mismo mes.

Santa Xantipa y santa Polixena, discípulas de los apóstoles.—Santa Xantipa fué una de las mas esclarecidas mujeres de Córdoba en el imperio de Neron. Su nombre da á entender que descendia de los antiguos griegos que poblaron aquella ciudad. Casó con Probo, romano al parecer y uno de los señores principales de aquella tierra, amigo íntimo del emperador. Tenia otra hermana, llamada Polixena, de la cual no consta que hubiese casado. Era á este tiempo pretor de la España ulterior Filoteo, cuya residencia, como la de todos los demas pretores, era Córdoba, donde estaba la basílica y pretorio. Dicen, pues, que cuando san Pablo vino á España, cuyo hecho tiene á su favor

insignes testimonios, persuadió Xantipa á su esposo que le hospedase en su casa, y fué adoctrinada con su predicacion en el Evangelio de Jesucristo, cuya fé abrazaron ella y su esposo. Añaden que Xantipa vió en la frente de san Pablo unas letras que decian: «Pablo, apóstol de Jesucristo.» Polixena partió con el Apóstol á Acaya, provincia de la Grecia, que hoy llamamos la Morea, donde predicaba el apóstol san Andrés, de cuya mano recibió ella el bautismo. Despues volvió á Córdoba á la compañía de su hermana, de cuyo ejemplo y persuasion se valió Dios para que aquella ciudad, dejada la supersticion de la idolatría, abriese los ojos á la fé y se convirtiese á la adoracion de su santo nombre. Uno de los convertidos fué el citado Filoteo. Murieron estas dichosas hermanas en la paz del Señor, hácia el año 70 de Cristo, y su memoria se señala hoy en el Martirologio romano y en el Menologio de los griegos. *Villan. Añ. crist., tom.* IX.

Los santos Andrés, Juan, Pedro, y Antonio, mártires.—Estando los sarracenos en Siracusa, prendieron á dos jóvenes, llamados Pedro y Antonio, y se empeñaron en que habian de abrazar la ley de Mahoma. Los dos eran hermanos, cristianos desde su nacimiento, y además muy dados á todas las virtudes religiosas. Habiéndose negado á la apostasía, fueron maltratados, azotados, y al fin arrastrados por toda la ciudad, en cuyas calles acabaron sus dias. Cuando acababan de espirar, llegó al lugar del suplicio el padre de los dos hermanos, llamado Juan, y reprendiendo á los verdugos por su crueldad, fué allí mismo degollado, y cayó muerto sobre los cuerpos de sus hijos. El mismo dia y en el mismo lugar fué tambien sacrificado otro noble cristiano, llamado Andrés, que hacia mucho tiempo estaba detenido en la cárcel y que habia sufrido el hambre, la desnudez, y todas las penalidades de su triste destino. Bolando cree que murieron estos santos durante el siglo X.

San Paterno, obispo y mártir.—Floreció siendo obispo de la diócesis de Constance, y murió mártir en una de las primeras persecuciones contra la Iglesia.

San Constancio, confesor.—Nació en Italia, y fué sacristan de la iglesia de Ancona. En su humilde y modesta posicion, fué el modelo de eclesiásticos y seglares, y el cielo manifestó al mundo cuán aceptas le eran las virtudes de su siervo, concediéndole el don de milagros. San Gregorio Magno en su libro de los Diálogos cuenta muchos hechos gloriosos de este santo, y concluye diciendo, que «fué grande en los milagros; pero mayor aun en su profunda humildad.» Murió á fines del siglo VI, y, segun un antiguo Martirologio, el año 590.

Dia 24.

Nuestra Señora de la Merced.—Entre las florecientes religiosísimas familias, que bajo el timbre y nombre de la serenísima Reina de los ángeles María santísima, Madre de Dios, militan en la Iglesia católica, con soberano acuerdo la santidad del papa Paulo V en la bula: *Inter omnes vitæ regularis ordines*, llamó á la Reina de los ángeles María santísima primera y verdadera instituidora y fundadora del real órden que en la Iglesia católica milita, con la invocacion y timbre de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos: para que así como las ilustres religiones de san Francisco, santo Domingo y otras, reconocen á sus santísimos patriarcas por inmediatos y primeros instituidores y verdaderos fundadores; la ínclita, real y militar órden de María santísima de la Merced, á la misma Reina de los ángeles, no por disposicion humana, sí por especial gracia, con que la Reina de los ángeles quiso tener tales hijos, reconociéndose por su verdadera Madre y fundadora. Habiendo ella manifestado ser esta su voluntad, cuando de ella, como de primera causa, apareciéndose á los bienaventurados Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafort, y al clarísimo rey don Jaime, I de Aragon, les hizo constar que de ella, como de principio, emanaba la ínclita, real y militar religion de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos; como de la relacion de la siguiente revelacion de muchos sumos pontífices con muchos dones y gracias aprobada, y de la santa Iglesia con solemne culto ilustrada, constará.

2 Hallábase la mayor y mas feliz parte de España del cruel y tirano dominio mahometano oprimida: tenian los bárbaros (enemigos del santísimo nombre de Jesucristo) á innumerables cristianos en crueles mazmorras encerrados, afligiéndoles y atormentándoles para hacerles negar la verdad de nuestra santa fé católica: y como eran muchos los que desmayaban y faltaban á la constancia de la fé, lloraba la perdicion de sus hijos nuestra madre la Iglesia católica; mas no faltaron en ella santísimos varones, que, lastimados de la perdicion de tantas almas, con mortificaciones y penitencias ofrecian con vivas lágrimas sus oraciones y súplicas á Dios, para que piadoso aplicase el remedio á tanto mal. Y así como los lastimosos clamores de los hijos de Israel fueron de Dios oidos, para el remedio de las aflicciones y penas que padecian en la esclavitud de Egipto; así la deprecacion de aquellos pisísimos varones fué oida, no solamente de Dios, sino tambien de su Madre María santísima, que no pudiendo contener sus piadosísimas entrañas á tan lastimosas súplicas, se inclinó á aplicar el remedio, como lo verificó el suceso. Estaba la piadosísima Reina de los ángeles María santísima en el trono de su majestad (donde, y en compañía de su preciosísimo Hijo Cristo Señor nuestro, goza eternas glorias), mirando las penas, miserias y calamidades que en la bárbara esclavitud padecian los pobres cautivos cristianos: y conmovida la clementísima Reina de los ángeles de tantas miserias y calamidades, piadosa, así para consolar las lágrimas de la católica Iglesia, como para obviar no se perdiesen tantas almas, que á vista del cruel, duro y tirano rigor sarracénico desfallecian y faltaban á la constancia de la fé; aplicó para remedio de tanto mal la obra

de caridad mas perfecta, como es la redencion. Y para ejecutar este su tan fino amor, y dar principio á tan perfecta obra que habia de destruir la tirana servitud, eligió á tres esclarecidos ejecutores, siendo el norte con que se habian de gobernar la misericordia de quien les mandaba y gobernaba, que era la misma Reina de los ángeles, bajando visiblemente del cielo á declararles su voluntad que era de fundar una religion con el título de su piísima misericordia, disponiéndolo maravillosamente del siguiente modo.

3 Florecia en aquella ocasion en la nobilísima ciudad de Barcelona, cabeza del principado de Cataluña, en santidad y virtud san Pedro Nolasco, de nacion francés, nacido en el lugar dicho de las Puellas, cercano á la ciudad de Carcasona, hijo de padres ilustres, de la nobilísima casa de los condes de Blés. Estaba entonces en aquella tierra muy extendida la herejía albigense: y hallándose el santo jóven muy adornado de todas virtudes, y aborreciendo todo género de herejía, se resolvió para apartarse de ella á dejar su casa, padres y parientes: y para ejecutar su santo intento, vendió su rico patrimonio, y recogido lo que habia sacado de él, con todas sus riquezas se puso en camino, que le tomó para el principado de Cataluña: y entrando en él, fué su primer cuidado ir á visitar aquel religiosísimo y angelical santuario de la Reina de los ángeles, la Vírgen santísima de Monserrate, donde, empleando dias y noches en fervorosa oracion, satisfizo al voto que tenia hecho. Cumplido esto, se fué á la ciudad de Barcelona, donde por lo esclarecido de sus virtudes, acompañadas de la nobleza de su sangre, fué magníficentísimamente del ínclito y clarísimo rey don Jaime, de Aragon, acariciado y hospedado. Era entonces el rey don Jaime (digno de eterna memoria entre los esclarecidos reyes de Aragon) obedecido, jurado y aclamado en la nobilísima ciudad de Barcelona, en la cual era grande la estimacion que se hacia de la persona de san Pedro Nolasco, viendo las obras tan heróicas de caridad en que se ejercitaba, á quien gustosamente oia el rey, siempre que san Pedro Nolasco le hablaba de la redencion de cautivos; y tanto se encendia el magnánimo rey en el amor de los cautivos, que lleno de piedad, todo era discurrir, cómo habia de destruir y aniquilar á los sarracenos, para librar de sus manos á los pobres cristianos cautivos. Concordes los dos para este tan realzado fin, resolvieron aplicarse cada uno de por sí á la consecucion de él, valiéndose cada uno de sus medios; y así, cuando el esclarecido rey con sus fuerzas belicosas opugnaba los lugares y castillos de los moros, estaba san Pedro Nolasco en fervorosa oracion, contemplando, y llorando los trabajos y calamidades que en la mísera esclavitud los miserables cautivos padecian, y como verdadero imitador de nuestro Redentor Jesucristo, sentia sus penas, no como ajenas, sí como propias, como lo verificó bien su ardiente caridad; pues habiendo consumido todo cuanto tenia por la redencion de muchos, no una vez sola se entregó en rehenes, para dar libertad á muchos mas.

4 Alentaba y fomentaba los ánimos de estos dos héroes, del ínclito rey y de san Pedro Nolasco, viéndoles ejercitados en tan excelente piedad, san Raimundo de Peñafort, que, graduado en ambos derechos, estaba entonces resplandeciendo el ardentísimo zelo de su caridad y virtud, en consolar á los enfermos de los hospitales, en enseñar á los ignorantes, y en convertir herejes, judíos y sarracenos; por cuyas heróicas obras, y su grande doctrina, mereció verse colocado en el puesto de canónigo en la ilustre y santa iglesia catedral de Barcelona; y asimismo el prudente rey le eligió por su grande santidad y sabiduría para su confesor. Viéndose san Raimundo constituido confesor del ínclito rey (á quien tambien san Pedro Nolasco fiaba la direccion de su alma, habiéndole hecho participante, en el secreto de la confesion, de sus fervorosos y pios deseos), tomó por su cuenta alentar los pios ánimos de los dos para la consecucion de tan realzado fin, como era la libertad de los pobres cautivos cristianos; y así tanto en el secreto de la confesion con sus exhortaciones, como en lo público de sus sermones, con pias y santas palabras les alentaba y animaba á la redencion de los pobres cautivos; y tanto con sus vivas razones enfervorizó los ánimos del esclarecido rey, y de san Pedro Nolasco á esta piedad, que no solo san Pedro Nolasco, sino tambien el mismo rey en sus retretes, se empleaban en fervorosa oracion, suplicando á Dios y á la Reina de los ángeles María santísima, y demás santos, en particular á los patrones de la ilustre ciudad de Barcelona, les inspirasen y favoreciesen con medios para poder copiosamente cumplir con esta obra de caridad. Y oyendo el Padre celestial, y Padre de misericordias, Dios nuestro Señor, tan pias súplicas, clementísimo remuneró tan fervorosos deseos, con el favor tan grande que fué darles la ilustre religion de la Merced, ejecutándose su fundacion con este maravilloso modo.

5 En las calendas de agosto, primero de dicho mes, dedicado á san Pedro *Ad-vincula*, en el año 1218, gobernando la Iglesia de Dios la santidad de Honorio III, para librar de la fiera esclavitud sarracena á los pobres cristianos cautivos, fué enviada de Dios desde el empíreo la Reina de los ángeles María santísima á la ilustre ciudad de Barcelona, y acompañada de muchos celestiales espíritus, y grande concurso de santos y santas, y entre ellos el apóstol san Pedro y Santiago, patron de España, san Cucufate, san Severo, san Paciano, santa Madrona y santa Eulalia, patrones de Barcelona, visible y corporalmente en el punto de la media noche bajó, se apareció y manifestó á san Pedro Nolasco, empleado en fervorosa oracion y contemplacion: y lleno el santo y humilde siervo de Dios de gozo y alegría, por el favor de tan admirable y gloriosa presencia, mereció oir de la misma boca de la Reina de los ángeles estas palabras: Yo, hijo, soy la Madre del Hijo de Dios, que por la salud y libertad del género humano derramó su sangre, y padeció cruel muerte: vengo, pues, á buscar hombres, para que á ejemplo de mi Hijo, pongan sus almas

por la salud y libertad de otras almas que no la tienen: y siendo esta la caridad mas acepta á mi Hijo, será para mí muy agradable, si en honor mio se funda una religion, cuyos hijos con fé viva, y verdadera y perfecta caridad, pues no la puede haber mayor, rediman á los cautivos cristianos del poder y tiranía de los turcos, y ofreciéndose ocasion, en que de otro modo no se puedan librar, se queden en rehenes por la libertad de los cautivos. Declárote, hijo, esta mi voluntad; porque te advierto, que cuando tú con vivas lágrimas solicitabas por medio de la oracion el remedio de los cautivos, recogias limosnas y los redimias, presenté yo tus súplicas á mi Hijo, el cual se dignó, para consuelo tuyo, y para instituir esta religion, con especial título mio, bajase del cielo: y á tí, Pedro, te elegí; porque tú has de ser la piedra fundamental sobre la cual se ha de edificar esta mi religion. Concluido este razonamiento fervoroso y humilde, respondió san Pedro Nolasco á la Reina de los ángeles, diciendo: Con viva fé creo, Señora, que vos sois la Madre de Dios vivo que habeis bajado á este mundo para remedio de los que miserablemente padecen la bárbara esclavitud. Pero decidme, Señora, ¿quién soy yo para que vaya á los bárbaros enemigos de vuestro santísimo Hijo, y saque de sus crueles mazmorras á los cristianos cautivos? No temas, Pedro (le dijo la Reina de los ángeles); que yo te asistiré en todo: y para que lo creas, y en señal de que te elijo, verás con brevedad cumplido cuanto te he dicho, y se gloriarán los hijos é hijas de esta mi religion en vestir hábitos blancos, del modo que á mí me ves vestida. Dicho esto, desapareció la Reina de los ángeles subiéndose al trono de su gloria.

6 Tan soberanamente favorecido san Pedro Nolasco, con lo que con sus propios ojos vió y oyó con sus oidos, perseveró hasta el amanecer en fervorosa oracion, meditando y contemplando tan celestial favor. Amanecido el dia, con presuroso cuidado fué en busca de su confesor san Raimundo de Peñafort, para darle cuenta de la admirable vision. Hallado y postrado á sus piés, apenas empezó á manifestar la celestial vision, y el precepto divino de fundar el nuevo órden; suspenso y lleno de admiracion san Raimundo, le interrumpió sus palabras, diciéndole, que tambien él habia tenido la misma vision aquella noche, habiendo sido favorecido de la Reina de los ángeles, y oido de su boca el precepto en que le mandaba que, para la construccion y consecucion de tan grande obra, pusiese todo su cuidado, y que con todas veras aplicase todo su estudio, para que con la eficacia de sus sermones alentase los corazones de los católicos á una obra de tan grande caridad; y así, que gozoso y agradecido á tan celestial favor habia con toda presteza venido á la iglesia mayor para dar á Dios, y á la inmaculada Reina de los ángeles las gracias de tan soberano beneficio. ¿Quién podrá declarar la alegría de los dos puros corazones de aquellos dos santos varones, hallándose igualmente favorecidos de la Reina de los ángeles? Todo seria conferir entre sí el modo de cumplir el divino precepto; cuando para quitar toda dificultad á su cumplimiento, y tener la obra todo el lleno de la admiracion; el ínclito rey don Jaime, habiendo participado el mismo favor aquella noche, para que no fuese notado por negligente ejecutor de la Reina de los ángeles, el que habia sido compañero en la vision, acudió puntual á la iglesia catedral, para dar á Dios y á la Reina de los ángeles las gracias del beneficio recibido: y viendo en ella á aquellos dos pios varones confiriendo entre sí, llamándoles para sí, y apartados de todo concurso en la misma iglesia, les manifestó la alegre vision que habia tenido, con estas palabras: La purísima Reina de los ángeles María santísima muy bella y hermosa me apareció esta noche y me mandó que instituyese un órden que se ocupase en redimir cautivos, y que se llamase de Santa María de la Merced, ó de Misericordia: y como reconozco en tí, Pedro Nolasco, esta inclinacion innata de redimir, te elijo para la ejecucion de esta obra; y á tí, Raimundo, por la mucha virtud y doctrina que miro en ti, te nombro por idoneo coadjutor de ella. Concluidas por el rey sus palabras, respondieron los dos santos varones, que tambien ellos habian sido favorecidos aquella misma noche de la Reina de los ángeles, refiriéndole al rey las palabras que habian oido de la purísima Vírgen, y los mandatos que á los dos habia dado. Conferida, pues, entre sí tan admirable aparicion, asegurados de la verdad de ella, unánimes y conformes, declararon ser esta la voluntad de la purísima Vírgen; y para su cumplimiento deliberaron instituir en honor de la Reina de los ángeles el órden de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos.

7 Llegado, pues, el dia 10 de agosto del mismo año del Señor de 1218, dia señalado para la ejecucion de tan grande obra; como ya se habia divulgado el prodigioso milagro por todo el reino, era grande el concurso que concurrió á celebrarle: y así con magnífico aplauso fueron el rey y los dos santos varones acompañados de los consellers de Barcelona, de toda la nobleza y pueblo, á la iglesia catedral, donde estaban ya convocados por el rey todos los prelados eclesiásticos, así los de afuera, como de dentro la ciudad, y todos los grandes del reino, y entre ellos el ilustrísimo señor don Berengario Palaciolo, obispo de la ilustre ciudad de Barcelona, vestido de pontifical, para celebrar el oficio divino, que comenzándole y dicho el evangelio, subió san Raimundo de Peñafort al púlpito, y con fervoroso espíritu, de la celestial vision inflamado, realzando los favores de la Reina de los ángeles María santísima con relevante, pia y santa ponderacion manifestó para mayor gloria de Dios, y de su santísima Madre, la celestial revelacion de aquellos tres tan fidelísimos testigos aprobada, que oida del pueblo, fué tanto el gozo y alegría que infundió en los pios corazones, no pudiendo contenerse, oyendo con sus oidos lo que aquellos dichosos varones vieron con sus ojos, aclamando todos tan prodigioso milagro, con pias voces alababan las piadosísimas entrañas de María santísima.

8 Concluido el sermon, bajó el rey de su solio, vestido con sus reales vestidos, y con la corona de oro en su cabeza, y llevando al un lado á su confesor san Raimundo de Peñafort, y al otro á san Pedro Nolasco, acompañándole los consellers de Barcelona y muchos grandes, se fué al altar donde celebraba el obispo la misa, y estando en su presencia, le dijo estas palabras: Es nuestra voluntad cumplir el precepto divino, y la voluntad de la purísima Reina de los ángeles María santísima, segun nos ha revelado y manifestado, en instituir y fundar una sagrada y militar religion para que los religiosos de ella se empleen en redimir cautivos, aunque sea con dispendio de su propia vida y libertad; y el primer religioso y redentor será nuestro amigo y compañero Pedro Nolasco, á quien la Reina de los ángeles eligió como piedra fundamental de esta tan grande obra de caridad. A vos, pues, reverendo padre, pido que pongais en ejecucion este divino precepto y voluntad de María santísima. Oida la peticion del ínclito rey, el obispo y el mismo rey, viendo juntamente ya á sus piés arrodillado á san Pedro Nolasco, y llenos de puro gozo sus ojos de lágrimas, asistiéndoles san Raimundo, le vistieron los tres el cándido hábito, que ya prevenido le tenia en el modo y forma que aquellos tres ínclitos y dichosos varones habian visto á la Reina de los ángeles resplandeciente. Vestido el hábito, le puso el rey con sus propias manos en el escapulario el escudo de sus armas reales, y en medio del escudo fué puesta una cruz blanca, timbre de la ilustre iglesia catedral de Barcelona, en reconocimiento del favor que en ella se recibia, teniendo en ella principio esta sagrada y militar religion; decretando el rey con su privilegio real, que así san Pedro Nolasco, como todos sus hijos sucesores, llevasen el dicho escudo de armas en el pecho, y encomendando su majestad á dichos señores consellers de Barcelona la dicha su real y militar religion para que perpetuamente la defendiesen, constituyéndoles protectores de ella.

9 Viéndose ya san Pedro Nolasco redentor, dió principio á esta sagrada milicia con aquel solemne voto de quedar en rehenes en poder de los turcos, si fuese necesario por la libertad de los cautivos cristianos, obligándose á esto (como se obligan) todos sus hijos, dejándoles en este vínculo de caridad su copiosa herencia.

10 Instituida y fundada la nueva y real religion de nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos, admiró á todos su maravilloso instituto, y mas cuando tan á sus principios, y dentro breves años experimentaron el copioso fruto de su caridad: que visto por el ínclito rey don Jaime, y por el amor grande que tenia á la religion, deseando fuese por la santa sede apostólica confirmada, resolvió enviar á san Raimundo de Peñafort (su confesor y de san Pedro Nolasco) á la ciudad de Perusa, donde habitaba la santidad del papa Gregorio IX, que gobernaba entonces la católica Iglesia, para alcanzar la confirmacion. Admitió gustoso san Raimundo de Peñafort la comision, como quien sabia cuán agradable era á Dios, y á María santísima; y tomadas las instrucciones y poderes del rey, se encaminó para el romano Pontífice, que llegado y postrado á sus piés, haciéndole primero relacion de la admirable aparicion y descension de María santísima, le presentó la súplica del rey, en que pedia la confirmacion de la nueva religion: la cual liberal y benignamente concedió la santidad de Gregorio IX, despues de pasados doce años de la fundacion de la dicha real religion de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos, á la cual decoró tambien el dicho pontífice con muchas gracias y plenarias indulgencias, á quien han imitado casi todos sus sucesores, enriqueciendo con muchos privilegios y gracias á tan realzado instituto de caridad. Y para que del beneficio de tan realzado instituto se den á Dios y á la Reina de los ángeles las debidas gracias, la santidad del papa Paulo V instituyó la fiesta de la Descension ó Aparicion de la siempre inmaculada Vírgen María, para que se celebrase en toda la religion en la dominica mas cercana á las calendas de agosto, como don dado del cielo: y la santidad del papa Inocencio X aumentó el culto de la festividad, concediendo para el rezo oracion y lecciones propias en el segundo nocturno, extendiendo su rezo en todos los reinos, dominios y provincias sujetas al católico rey de las Españas Cárlos II, y despues la santidad de Inocencio XII á toda la Iglesia católica, mandando que en adelante se ponga en el Calendario romano el elogio de la Descension de María santísima para la fundacion del real órden de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos, y se celebrase á los 24 de setiembre, realzando con esto el culto de tan grande festividad: debiéndose todo al amparo y patrocinio de la Reina de los ángeles María santísima; pues ya desde los principios de su sagrada religion quiso que en ella floreciesen varones en caridad y piedad insignes, que no solo se empleasen en distribuir las limosnas recogidas de los fieles en el rescate de los cautivos, sino que tambien, deseosos de ganar almas para Dios, liberalmente se entregasen para dar libertad á los que pueden peligrar en la fé, como muchos lo han hecho, quedando esclavos por dar libertad al esclavo.

SAN GERARDO, OBISPO Y MÁRTIR.—En Venecia, ciudad ilustre de Italia, nació Gerardo de la noble familia de los Segredos, por los años de 986. Su alma nació ilustrada y rodeada de inclinaciones virtuosas, santas y buenas, con que desde luego dió evidentes señales, de cuan bien le convenia el nombre (que sin duda le fué puesto por divina inspiracion) de Gerardo, que en aleman significa «varon bueno y virtuoso.» A los cinco años de su edad, reconociendo cuanto habia de adelantarse en las virtudes y letras, le ofrecieron sus nobles padres al monasterio de san Jorge, que era de monjes benitos, de cuyo santísimo patriarca aprendieron esta loable ocupacion de criar algunos niños, como se vió en Mauro, Plácido, Beda, en el angélico doctor santo Tomás, y otros muchos. Con su buen natural, y tan santa escuela,

salió no menos santo, que docto. Era tanta su atencion á Dios, y su fervorosa devocion á su santísima Madre María, sin pecado concebida, que siendo pequeño en el cuerpo y edad, era grande, y sugeto á todas luces consumado en los ojos de Dios y de los hombres. Con estas divinas prendas llegó á los diez y ocho años de su edad, cuando por haber muerto su padre, se vió obligado á volverse á su casa, para acompañar y consolar á su madre en su viudez: donde sus méritos y noble sangre le negociaron una canongía en la catedral de San Marcos, con cuya aceptacion el cabildo y república se prometieron dichosas felicidades. Pero como Gerardo estaba prevenido de la divina gracia, para renunciar el siglo, se hallaba descontento entre sus faustos y honores: por lo cual resolvió abrazar una religion, cuyos empleos todo fuese retiro, soledad y aspereza: y aunque se habia criado entre los hijos del gran Benito; con todo deseaba su ánimo encendido saber si hallaria mas aspereza.

2 Habian fundado por aquellos tiempos en Venecia los ermitaños ó monjes del Carmelo. (Estos títulos tenian entonces los carmelitas: por lo cual han querido algunos hacer á Gerardo de la sacratísima familia del gran padre san Benito, por ver fué monje, sin advertir que en aquellos tiempos habia muchos con este título: tambien los padres servitas le han querido hacer de su religion: y no me admira; que tan gran santo es muy para que todos le quieran por suyo; pero ya el reverendísimo Ferrario, general de los dichos padres servitas, rendido á la razon, por conocer vivió san Gerardo doscientos años antes que su religion tuviese principio, confiesa ser carmelita: pero á unos y otros ha desengañado la autoridad de la Iglesia, que se le concede con rezo propio á los padres carmelitas, y varios autores de la misma religion, y extraños, que confiesan lo mismo.) En el monasterio, pues, que los carmelitas fundaron en Venecia, dicen algunos que tomó Gerardo el hábito: otros, que con deseo de visitar la Tierra santa, donde habia muerto su padre, pasó á ella, y allí le vistió. Gastó en la Tierra santa algunos años, y visitando á Jerusalen, y los demás santos lugares, llegó al sagrado monte Carmelo, donde fué recibido con mucho amor de todos sus ermitaños: quedóse en su compañía, divinizándose cada dia mas en el estado, y pagándoles con ejemplos de toda perfeccion los muchos que recibia de sus santos profesores. De tan santo retiro le obligaron á salir las necesidades públicas.

3 Vivian los católicos en Palestina oprimidos, ya de los griegos cismáticos, ya de los bárbaros sarracenos: y como san Gerardo era por su sangre y santidad tan famoso y estimado de todos, determinaron el patriarca de Jerusalen y otros prelados, que fuese al sumo pontífice, que á la sazon era Benedicto VIII, á pedir remedio, y su intercesion con los príncipes cristianos, para que los fuesen á librar de tan tirana opresion. Abrazó el santo la legacía, así por no contrastarlos, como porque su caridad habia hecho propias las ajenas calamidades. Por los años de 1021 llegó á Roma, y habló al pontífice: el cual le remitió (despues de haberle recibido benignamente) al emperador Henrico, I de este nombre: y para que fuese con mas autoridad, le hizo patriarca de Antioquía, no de posesion, sino solo de título; porque los griegos no corrian bien con los latinos entonces. Propuso con mucha instancia al emperador, así las lágrimas de la Tierra santa, como la súplica del pontífice: á que el santo emperador respondió con buenos deseos; pero se dilataban, por estar ocupado en otras no menos arduas empresas. Viendo la dilacion Gerardo, trató de dar la vuelta á Palestina; y reducido á su celda, negociar con Dios, lo que dificultaban los hombres. Despedido de Henrico, partió con sus compañeros para Hungría, así por ser paso á Palestina, como por gozar de las maravillas de Dios, que por medio de san Estéban, su primero rey, obraba en aquella tierra; pues con zelo apostólico desterró la idolatría, y plantó el estandarte de la fé en el corazon de sus vasallos. Como el santo rey buscaba obreros apostólicos, que le ayudasen á trabajar en su nueva y católica viña, luego que vió á san Gerardo, y conoció sus muchas letras y santidad, juzgó que el Señor se lo enviaba; y sin admitir excusas, ni razones, despachando á los compañeros á Jerusalen á dar razon de su embajada, hizo tanto para que se quedase san Gerardo en Hungría, que le puso guardas, para que no se le huyera.

4 Obedeció Gerardo á la voluntad de Dios, y con su vida y predicacion apostólica ayudó tanto á los intentos del santo rey, que domó del todo los ánimos de los húngaros, y de feroces, indómitos, crueles y carniceros lobos, hechos solo á derramar sangre, los hizo mansos corderos y sencillas palomas. Para dar firmeza á estas mudanzas (entre otras devociones) ayudó al santo rey á plantar y extender en aquel reino la de la Madre de Dios María santísima Señora nuestra, sin pecado concebida: la cual (como Hijo verdadero, y criado en la fuente y manantial de su devocion, que es la religion carmelita) tanto la imprimió en sus corazones, que por público edicto mandó el rey que el dia de la Asuncion gloriosa de nuestra Señora fuese en toda Hungría solemnísimo, y todo el reino la tomase por su especialísima patrona, intitulándose «família de la Vírgen.» Era tanta la reverencia con que la nombraban, que como los hebreos no se atrevian á pronunciar el nombre inefable de Dios; así ni los húngaros el dulcísimo de María; sino que comunmente le daban el de «nuestra Señora:» y si alguna vez pronunciaban el de «María;» al punto hincados de rodillas besaban la tierra, en señal de su veneracion y respeto; y con el mismo el santo rey le edificó un templo suntuosísimo, en que desahogó en parte la devocion que tenia á su celestial protectora.

5 Viendo Gerardo el buen estado en que se hallaba aquel reino, ansioso de volver á su amada soledad, pidió licencia al santo rey: el cual, considerando el gran placer que se le hacia, se la dió, y con ella se retiró al yermo de Beel, no lejos de Buda, y en una estrecha celda pasó siete años en continuos ayunos, penitencias y oraciones, sin

dar la puerta á otro que á un ermitaño ó monje, llamado Mauro, que á tiempos le visitaba y asistia; y cuando éste faltaba, le socorria Dios por ministerio de ciervos, como á su padre Elías por el de los cuervos. Pasados los siete años, juzgó el santo rey Estévan, era razon que volviese san Gerardo á cultivar y regar con su doctrina, lo que ya estaba plantado. Consiguiólo despues de muchas instancias; y para dar mas autoridad á su apostólica predicacion y doctrina, le obligó, aunque forzado, á admitir la dignidad de obispo de Canadio, hoy llamada Canad, ciudad grande, y situada á las riberas del rio Morisio. Derramó el Señor tal gracia en los labios del santo obispo Gerardo, y puso tal eficacia en su lengua, que se llevaba tras sí los pueblos, le veneraban los fieles, y temian los idólatras. Creciendo con esto el número de los católicos, le fué preciso edificar muchas iglesias, donde concurriesen á oir la palabra de Dios, y los divinos oficios. Tuvo el primer lugar entre las demás, una muy suntuosa, que edificó en honra de san Jorge, mártir, en la ciudad de Canadio, por ser cabeza de su obispado, la cual dotó el santo rey con amplísimos réditos para sustento de sus ministros y fábrica. En ella edificó san Gerardo una capilla en honra de nuestra Señora, en que puso un gran turíbulo ó brasero de plata, en el cual continuamente estaban dos venerables ancianos echando perfumes, y quemando aromas en servicio de la sacratísima Vírgen María, sin pecado concebida: y para mostrar mas su extremada devocion á esta Emperatriz soberana de los cielos, y hacerle nuevos y mayores servicios, fué el primero que dedicó el dia del sábado á su especial culto y veneracion: costumbre que, recibiéndola despues algunas Iglesias particulares, hoy la vemos en comun recibida y venerada de toda la universal Iglesia, que con gusto especial le ha consagrado este dia: y para estrenar tan gran devocion, instituyó que todos los sábados se celebrase una fiesta á nuestra Señora con su oficio de nueve lecciones; y hacíase con tanta solemnidad, que igualaba á la de su gloriosa Asuncion, que es la principal de Hungría. Los demás dias de la semana, despues de vísperas y maitines, la visitaba con su cabildo en procesion, y con dulces himnos cantaba sus alabanzas.

6 Con esto creció tanto Gerardo en la devocion de la Vírgen santísima María, sin pecado concebida, y de suerte le poseyó el corazon, que, en oyendo su dulce nombre de María, se derritia en lágrimas: y si algun delincuente necesitaba de su favor, en pidiéndoselo en nombre de la Vírgen María, al instante le socorria, y se hacia su procurador, solicitando sus aumentos. De esta devocion, como de fecunda raíz, nacieron las muchas y excelentes virtudes con que adornó su alma, y se acredita mejor, que con las piedras preciosas, la mitra de un obispo. El cuidado y curiosidad en el adorno de los altares, decencia de los ornamentos, limpieza de las iglesias, y buen ejemplo que procuraba diesen sus ministros, eran iguales á la devocion dicha, y el mismo grado alcanzaron en él todas las demás virtudes. Su caridad con los pobres era tanta, que á imitacion del Hijo de Dios, que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos; así Gerardo se despojó de sus haberes, é hizo mendigo, por gastar con los pobres todo el precio de sus rentas. Vióse esto bien en una ocasion, que, llegando á su casa un pobre leproso, y no teniendo ropa alguna con que poderlo abrigar, lo acostó en su mismo lecho, en que parece excedió á la caridad de san Martin: pues este santo glorioso partió su capa; y el nuestro su cama y ropa toda, con pobre mas asqueroso; si ya no fué uno mismo, el que vistió Martin y abrigó Gerardo. Otras veces iba de noche al monte á cortar leña y traerla sobre sus hombros, así para ejercitar la humildad y trabajo, como por aliviar de él á los ministros de su casa; que es hasta donde puede llegar el colmo de la caridad por aliviar á los inferiores, echarse á cuestas todo el peso del trabajo.

7 Por su mucha flaqueza (causada así de la edad, como de las penitencias grandes que hacia) no podia caminar á pié, y por no usar de caballo, y tener comodidad de meditar y leer los libros que escribia para enseñanza del prójimo, usaba de un carretoncillo en sus viajes. Una vez, descuidado ó malicioso el carretero, dejó trastornar el carreton, y lastimó grandemente al santo, que, divertido en sus libros, se dejó llevar del primer movimiento, y mandóle castigar. Los que le asistian, como conocian bien sus piadosas entrañas, tomaron un atajo; y vueltos al mismo camino, por donde habia de pasar el santo, ataron á un árbol al carretero, y le pusieron medio desnudo como que le hubiesen azotado. Cuando Gerardo llegó, y vió aquel hombre de aquella forma, de tal manera se compadeció, que arrojándose del carretoncillo, hincado de rodillas, besaba con tiernas lágrimas al delincuente y al árbol en que estaba ligado, y pidiéndole perdon, le solicitó la voluntad con muchas dádivas: tan piadoso era como todo esto. Los ratos, que las forzosas tareas de su pastoral ministerio le daban lugar, huia la conversacion de los poblados, y se retiraba al desierto, en cuevas ó ermitas, que á imitacion de las de su sagrado monte Carmelo habia hecho edificar en diversas partes de su obispado, para que, donde quiera que se hallase, pudiese hartar algunos ratos para la contemplacion y vida carmelita que tanto amaba, y en que se habia gustoso ejercitado. Muchas noches solia pasar atado á un árbol en figura de reo, siendo su pan las lágrimas, y sus vestidos rallos y cilicios.

8 En estos ejercicios de piedad y penitencia, le halló el año de 1038, en que la sacratísima Vírgen María, sin pecado concebida, queriendo pagar á su amado siervo el rey Estévan los servicios que le habia hecho, le subió al cielo, rodeado de coros de ángeles, el mismo dia de su Asuncion gloriosa, de que habia sido el santo rey singularmente devoto. Enterrado en Alba Real con lágrimas y aclamaciones debidas á sus méritos, habiendo tambien el príncipe Emerico, su único hijo, dejado y trocado el terreno reino por el celeste, no habiendo heredero, pusieron en su lugar á Pedro, hijo de una hermana del difunto

rey; pero tan diferente en sus costumbres, que ningunas se veian en él propias de su santo tio. Tan á rienda suelta dejó correr el vicio y la crueldad, que sin valer cosa alguna las santas amonestaciones de Gerardo, dió lugar y motivo para que, desconfiados de enmienda y remedio, tomasen sus vasallos por última resolucion, al tercer año de su coronacion, echarlo fuera del reino, y dar la corona á un señor principal, llamado Abon, cuñado de san Estévan: el cual fué tan vicioso, cruel é inhumano, que en su comparacion, Pedro, su antecesor, pareció moderado y virtuoso. Supo, ó presumió Abon, que ciertos personajes de los nobles de su consejo se carteaban con Pedro el despojado, y trataban de restituirle al reino; y á palos (como si fueran bestias) los hizo matar á todos delante de sus ojos. Usó esta bárbara crueldad en la cuaresma, y sin reparar en ella, quiso ser coronado por rey en la pascua de Resurreccion, señalando para la funcion solemne la iglesia canadiense, en que presidia Gerardo. Vino á ella el rey, rodeado de obispos y de la grandeza del reino: y aunque convidaron al santo para hacer la ceremonia, no quiso venir en ello: con que la ejecutaron los demás, haciendo interés la lisonja.

9 Gerardo, que en mansedumbre era cordero, y en simplicidad paloma con los buenos, hecho contra la iniquidad un leon, se subió al púlpito, y lleno de Espíritu santo, dijo al rey: La observancia de la cuaresma santa, ó rey, fué instituida, para que los pecadores alcancen perdon, y los justos premio. Tú, habiéndola violado con muertes tan injustas, y quitádome, con tantos hijos, el nombre de padre; ni uno ni otro mereces con Dios, ni con el mundo. Y porque no temo tu ira, antes estoy determinado á morir luego por la honra de mi Señor; te hago saber que al tercer año de tu reinado te hallará el cuchillo vengador, y te quitará la vida y cetro, que con fraude y violencia has adquirido. Prosiguió animoso profetizando las sediciones, alborotos y relajacion de los estados que habian de causar los pecados y las armas de toda Hungría: dejó pasmados á los oyentes, y tan confuso al rey, que, disimulando la cólera y odio que contra el santo concebió, por temer algun alboroto, dejó para mejor tiempo la venganza. Pero mucho antes dispuso el cielo su castigo y desastrada muerte, en cumplimiento de la profecía del santo, con cuya muerte volvió Pedro á la corona; pero como jamás vuelve á su juicio entero, el que mucho tiempo fué loco, así Pedro fué peor cada dia.

10 Por este tiempo un valeroso soldado francés, natural de Limojes, llamado Guido de Malefayda, tuvo tan familiar trato y amistad con Gerardo, que, aficionado á su santo hábito, resolvió vender su hacienda, y pasando al monte Carmelo, quedarse con los hijos de la Virgen María, sin pecado concebida. Estando en este santo propósito, tuvo una vision celestial, en que le mandaba se volviese á su tierra. Consultóla con san Gerardo: el cual le confirmó en lo mismo, por haber tenido otro aviso del cielo la misma noche; y añadió, que vuelto á su tierra se casase, porque no le queria el Señor para religioso, sino para ser padre de dos lumbreras fulgentísimas, que habian de ilustrar todo el Oriente. El efecto mostró bien la verdad del espíritu profético de Gerardo; pues casado Guido tuvo dos hijos santísimos, Ademaro y san Bertoldo, que el uno fué por legado á la conquista de la Tierra santa, y el otro fué el primer general de la religion de Nuestra Señora del Cármen, en el gobierno latino.

11 Luciendo Gerardo con estos proféticos resplandores, y otros innumerables milagros, llegó al término de sus dias, en que, queriendo el Señor premiarle con la corona del martirio, lo dispuso en esta forma. Restituido el rey Pedro á su trono, el año de 1043 haciendo capricho la obstinacion, aumentó sus desafueros y crueldades, sin que el santo obispo con sus amonestaciones pudiese refrenar sus arrojos. Los húngaros, viéndose cada dia mas oprimidos, ofrecieron la corona á dos hermanos, Andrés y Levata, que aunque eran de nacion rojanos, tenian muchos amigos, y andaban desterrados desde la coronacion de Pedro: á estos ofrecieron la corona, que los desafueros y tiranías de Pedro habian justamente perdido y desmerecido: tales frutos coge un gobierno tirano y cruel. Diéronles la entrada al reino, con pacto y condicion que habian de extinguir de él toda la religion católica. Ofreciéronlo así los dos hermanos, y con tan mal principio dieron posesion á su esperanza, y comenzó la turbacion grande que habia profetizado san Gerardo, tan desaforada, que habiendo muerto al rey lo primero, á porfía los rebeldes á la Iglesia, hasta entonces reprimidos y disimulados, procuraban destruir la santa fé. Degollaban los sacerdotes: martirizaban los monjes: profanaban los templos: levantaban ídolos; y el mayor delito era no ser delincuentes. Teniendo ya sojuzgado todo el reino, con gran lástima de los católicos, quisieron los nuevos reyes coronarse en Buda, que era la corte (aunque Surio afirma que en Alba Real) en aquel tiempo.

12 San Gerardo, acompañado de otros tres obispos y el príncipe de Albania, que se hallaba en Hungría, salió á recibir á los nuevos príncipes. Hicieron noche en un pueblo llamado Glodio; y san Gerardo la pasó en oracion en un templo que habia dedicado á santa Sabina, pidiendo al Señor se apiadase de los fieles y defendiese su causa. Consolóle el Señor con la cercana posesion de su corona: y queriendo por la mañana decir misa, despues de revestido, les dijo á sus compañeros, como aquel dia habian de ser martirizados, excepto el obispo Beneta, que era uno de los tres que le acompañaban. Preguntándole cómo sabia uno y otro suceso; respondió: En esta noche, hermanos, he visto á Cristo nuestro Señor, que, presidiendo en el templo de su Madre, nos daba á todos la sacratísima eucaristía, y el cáliz de su sangre, excepto á Beneta; quizá porque ha de huir el martirio. Animáronse con esto los demás: dispusiéronse para la muerte; y habiéndose confesado, y celebrado su misa con gran devocion, salieron á buscar y abrazar la muerte. Caminaron hácia el Danubio, para encontrar al ejército, y

saludar á sus reyes. Iba san Gerardo en su carreton, consumido de las asperezas; pero mas animoso que todos. Llegaron al rio; y antes de pasarle, les salió al encuentro una manga de aquellos hombres malditos, cuyo capitan era Vata, el primero que, apostatando de la fé, se habia vuelto á la falsa adoracion de sus dioses. Viendo á los obispos, mandó que á pedradas los matasen; y así lo ejecutaron, con que todos murieron, menos el obispo Beneta, que por ruegos se escapó.

13 Contra san Gerardo se embraveció mas la impía compañía: y como la cólera (y mas la impiedad) es especie de locura, como locos le tiraban piedras; pero el santo adargado con la señal de la cruz, no le tocaban; porque antes de llegar á herirle, se quedaban suspensas en el aire. Hincóse entonces de rodillas, y como otro san Estéban, pidió perdon para sus mismos enemigos: los cuales mas irritados, asiendo del carreton y atando al santo de su timon ó pértiga, lo llevaron arrastrando á lo alto de unas peñas, y desde allí lo arrojaron por entre sus quiebras, cuchillos y agudas puntas, para que muriese no solo una vez sino muchas, siendo divididas y despedazadas sus carnes. Los soldados que abajo le esperaban, llegando á él, y notando que aun le palpitaba el corazon, se lo atravesaron con una lanza, y arrojando de nuevo al santo cuerpo entre las peñas, que lamia el Danubio con la lengua de sus cristales, le estrellaron los sesos en una de ellas: y aunque el rio por espacio de siete años la lavó, no pudo borrar la sangre. Así acabó gloriosamente el divino Gerardo, á quien los autores llaman apóstol y protomártir de Hungría: cuyos títulos se mereció por ser el padre espiritual de aquel reino, al que honró con sus milagros y profecías, y con tan ilustre triunfo ganó la palma de mártir, y alentó á otros infinitos á ganarla. Fué su martirio el año de 1047 á los 24 de setiembre. Y como amaba tanto aquel reino, sin duda alcanzó de Dios su reduccion á la fé; pues á poco tiempo la volvieron á abrazar los húngaros con gran fervor y fineza: con que tuvieron comodidad los canónigos de Canadio de llevar las reliquias de su santo prelado, que hallaron despues de siete años de su martirio, tan frescas y olorosas, como el dia que lo padeció: diéronle en su catedral honorífico depósito, y en el lugar donde fué martirizado, edificaron una iglesia con nombre del mismo santo. El año de 1079, reinando Ladislao I en Hungría, y siendo pontífice Gregorio VII, se hizo en aquel reino un concilio, y en él se determinó fuesen tenidos por santos mártires los que murieron en la persecucion referida: y entonces fué elevado el cuerpo de san Gerardo, llevándole en hombros el rey Ladislao y otros príncipes. Despues el año de 1400 fué trasladado á Venecia, su patria, y está en la iglesia de Santa María de Murano, y hoy san Donato, donde es frecuentado de los fieles, que experimentan su patrocinio y favores en innumerables milagros, con que es Dios glorioso y admirable en Gerardo, como en sus santos todos. La vida de san Gerardo escribieron varios autores, como son: uno antiguo, anónimo; Surio, tomo V y tomo IV, *in Vita sancti Stephani, regis*; Bonfin. *De rebus Hungar., dec.* 1, *lib.* V, *c.* 2; Tritem., *De vir. illust. ordin. S. Bened., lib.* III, *cap.* 239; Arnaldo Wion, belga, *in Ligno vitæ*; Pedro de Natalibus, lib. III, cap. 45; Pedro Premonstratense en su Crónica, el cual, con los siguientes, afirma ser carmelita; el ilustrísimo Yepes, *in Vit. S. Teres.*; Laurencio Beyerlinch, *in Theat. vit. venerab. religio.*; Nicolao Manerbio, *in Kalendar. sanctor.*; Teófilo Raynaudo, *De scapul.*, 1 *part.*, *cap.* 4, §. 3; José Andrés, *in Decor. carmelitan.*, *num.* 311; Lezana en sus Anales, tom. III, el cual cita muchos otros autores, así carmelitas, como extraños; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tom. XI de sus Anales, año 1042 y 1047.

* Los santos Audoquio, presbítero, Tirso, diácono, y Félix, mártires. —Fueron discípulos de san Policarpo, obispo de Esmirna, que les envió desde este país á las Galias para extender en ellas el conocimiento de Jesucristo. Predicaron, pues, el Evangelio por espacio de algunos años en muchas provincias, y fundaron un gran número de Iglesias en Francia. A fines del siglo II, habiendo llegado al territorio de Autun, fueron presos, y despues de haberles atormentado cruelmente con azotes, les tuvieron por todo un dia colgados de unos palos con las manos atadas á la espalda. Despues les echaron en el fuego, del cual salieron sin haber recibido daño alguno; y finalmente, habiéndoles taladrado la garganta con varillas, recibieron la corona del martirio, en la ciudad de Autun, ó en un lugar poco distante de ella.

San Pafnucio, y sus compañeros, mártires. —San Pafnucio vivia solitario en los desiertos de Egipto, despues de haber despreciado las mas brillantes seducciones del mundo, y dado á los pobres cuanto poseia. Sabiendo que prendian á muchos cristianos y que eran espantosamente atormentados por los gentiles, movido por divina inspiracion, se presentó un dia al gobernador de Egipto, declarándole que él profesaba la religion cristiana y reprendiéndole la cruel conducta que observaba con los fieles. Tan gloriosa y abierta confesion atrajo sobre la cabeza del santo todas las iras del gobernador. Por su órden fué cargado de pesadas cadenas, y atormentado por largo tiempo en el potro, y habiendo sanado milagrosamente de sus heridas, lo enviaron en compañía de otros muchos cristianos al emperador Diocleciano para que decidiese de su suerte. En efecto, llegados á la presencia del tirano, y renovada su primera confesion, fueron condenados á ser degollados. Pafnucio murió clavado en una palma, y los demás cristianos, en número de quinientos cuarenta y siete, le acompañaron en el triunfo y consiguieron con él la corona del martirio.

El Triunfo de cuarenta y nueve santos mártires. —Despues del martirio de santa Eufemia, cuya vida hemos puesto en el dia 16 de este mes, fueron estos santos condenados á las fieras en Calcedonia, pero habiendo sido milagrosamente preservados, por fin los degollaron, reinando el emperador Diocleciano.

SAN RÚSTICO, OBISPO Y CONFESOR. — Fué natural del territorio de Auvernia. Entró en el estado eclesiástico, y era sacerdote y párroco de una aldea de la diócesis de su patria, cuando por muerte de san Venerando quedó vacante la silla episcopal de la misma ciudad. Reunido el clero y el pueblo para suplicar al Señor les indicase una persona que fuese segun su corazon y capaz de dirigirlos por la senda de la virtud, Dios manifestó su voluntad de que fuese Rústico el nuevo obispo. Consagrado en seguida, á pesar de su resistencia á cargar con tan gran peso, fué el santo un modelo de pastores y un ejemplar de todas las virtudes, y murió santamente á mediados del siglo V.

SAN GEREMARO, ABAD. — Ilustre vástago de una noble y antigua familia, nació este santo en el territorio de Beauvais. Recibió esmerada educacion, y salió de ella formado en ciencias y piedad. Sus felices disposiciones le distinguieron entre todos los jóvenes, y fué empleado en la corte del rey Dagoberto I. Contrajo matrimonio con una mujer digna de él por sus bellas cualidades y por sus virtudes, de cuya union tuvo un hijo y dos hijas, que han dado gloria á la Iglesia. Geremaro hizo edificar un monasterio, que se pobló en seguida de santos solitarios, y él, disgustado cada dia mas de los peligros del mundo, se retiró de la corte con permiso del rey Clodoveo II y de su esposa, y entró en el monasterio de Pentala para recibir el hábito y la tonsura clerical. Habiendo llegado á ser abad de aquella casa, fué un modelo de virtud para todos sus hermanos, pero su regularidad en la observancia de la disciplina lo suscitó algunos enemigos, que llegaron á formar el proyecto de quitarle la vida. Dios, por una proteccion especial, le salvó de aquel peligro, y el santo se retiró entonces á una gruta, poco distante del monasterio, en cuya mansion continuó sus ejercicios y las santas austeridades de la penitencia. Algun tiempo despues, á ruegos de san Ouen, consintió en recibir las sagradas órdenes, y fué hecho sacerdote. Distribuyó cuantos bienes le quedaban, entre los pobres; fundó otros dos monasterios, y murió en paz el dia 24 de setiembre del año 658, siendo atestiguada su santidad por muchos milagros. Sus reliquias se conservan en la catedral de Beauvais, de cuya ciudad es patron.

EL BEATO DALMACIO MONNER, CONFESOR. — Fué natural de Santa Coloma de Farnés, en el obispado de Gerona: su padre fué labrador y muy hacendado, y su madre descendia de un linaje ennoblecido en la profesion de las armas. Cuando tuvo la edad suficiente, fué enviado á Gerona á estudiar; y despues pasó á Mompeller, donde á la sazon florecian las ciencias, y allí aprovechó muy bien el tiempo en el estudio y la devocion. Siendo de veinte y dos años de edad, volvió á Gerona, y á los veinte y tres tomó el hábito de Santo Domingo en la misma ciudad. Fué tal su humildad, que nunca quiso meterse en ningun negocio terreno, aunque se lo rogasen personas muy calificadas, como le sucedió con don Pedro, hijo del rey de Aragon, y otras; y fué tan casto, que nunca quiso hablar con mujer ninguna, á no mandárselo sus superiores; y entonces lo hacia con gran recato, sin poner siquiera los ojos en su rostro, conservando de este modo la gracia bautismal. Tuvo igualmente en grado heróico las demás virtudes. Pasó á la Provenza con el fin de visitar la cueva donde hizo penitencia santa María Magdalena, haciéndola tambien él, hasta que por graves causas tuvo que regresar á Gerona; y á poco obtuvo licencia de sus superiores para habitar una cueva, húmeda y malsana, abierta en una roca que habia en el convento, donde permaneció ejercitándose en todas las virtudes, particularmente en la contemplacion de las cosas celestiales, y en ayunos y vigilias; y favoreciéndole Dios con frecuentes éxtasis, y con el don de profecía; hasta que entregó su espíritu á su Criador, á los 24 de setiembre del año 1341, contando cincuenta años de edad, habiendo antes recibido los santos sacramentos, y tenido una especial revelacion de que sus pecados estaban perdonados. Muchos fueron los milagros que hizo en vida, é infinitos los que ha obrado despues de su muerte, experimentando su poderosa intercesion cuantos le han invocado con fé viva en sus necesidades: en vista de cuyos prodigios determinaron los religiosos de su convento trasladarle con gran pompa á otro sepulcro mas honorífico levantado en una capilla que se le erigió, á los 5 de setiembre del año 1613. Véase la Historia general de los santos de Cataluña, escrita por el P. Fr. Antonio Domenech, de la órden de Predicadores.

Dia 25.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR. — Fermin, á quien otros llaman Firmio, fué natural de Pamplona de Navarra: su padre se llamó Firmo, ilustre senador y muy poderoso: crióle con el cuidado que á su lustre se debia: con que salió docto y virtuoso. Por sus méritos y virtudes llegó á ser obispo de su misma ciudad. Ardia en su corazon el deseo de la dilatacion de la fé y salvacion de las almas: por lo cual, predicando apostólicamente, pasó á Francia, y en aquella parte de ella, que llaman la Galia Lugdunense, fijó su espíritu mas encendidas flechas, predicando y reduciendo los pueblos andegavenses, cuya principal ciudad se llama en la lengua vulgar francesa, *Augevins:* aquí predicó un año y tres meses, y convirtió infinitas almas. De aquí pasó á Belvaco, ciudad en la misma provincia, donde fué preso por Valerio, presidente de la misma ciudad: el cual le hizo azotar cruelmente varias veces, y despues que lo juzgó ya muerto de los azotes, lo hizo volver á la cárcel, donde, si no moria, le acabase de quitar la vida Sergio, sucesor suyo. Pero el pueblo lo sacó violentamente de la cárcel; con que volvió de nuevo á predicar, y convirtió y bautizó á todos los moradores de aquella ciudad, y fabricó en ella muchas iglesias.

2 De aquí pasó á la ciudad de Ambiano, vulgarmente llamada *Amiens*, en la misma provincia, donde en cuarenta dias convirtió tres mil hombres á la fé de Jesucristo. Presidian en esta

ciudad Longinos y Sebastian, crueles tiranos, los cuales prendieron al glorioso obispo é invicto español Fermin, y temiendo no se lo quitase el pueblo de entre las manos, como habian hecho los de Belvaco, lo degollaron en la cárcel: con que acabó gloriosamente, dando la vida por la fé de Jesucristo, que tanto habia dilatado, recibiendo triunfante la corona del martirio, y siendo su alma santa presentada por manos de ángeles en las de su Criador. Fué su martirio á los 25 de setiembre, por los años del Señor de 303. Los de Belvaco, deseosos de vengar la muerte de su apóstol y padre espiritual, quitaron la vida al tirano Sebastian, y lo mismo hubieran hecho con su compañero, si le hubieran podido haber á las manos. Fué el glorioso cuerpo del invicto mártir Fermin sepultado honoríficamente por Faustiniano, senador, padre de san Firmo, obispo de Amiens, llamado así por el santo obispo y mártir Fermin, que los habia convertido y bautizado á ambos.

3 Hubo en el suceso de tiempo muchos santos obispos de Amiens que desearon ver las sagradas reliquias del glorioso mártir san Fermin, por constarles la gran fama de milagros y prodigios innumerables que Dios habia obrado por su intercesion desde el dia y hora de su glorioso martirio, y en el tiempo de él, no siendo el de menos cuenta, el haber del todo quedado aquella ciudad y provincia reducida á la ley evangélica: pero ninguno pudo conseguir tal dicha, hasta que pasados casi quinientos años, siendo obispo de dicha ciudad el bendito san Salvio, sabiendo por ciertas noticias que el glorioso cuerpo del santo mártir y español esclarecido, habia sido sepultado en una iglesia de la bienaventurada siempre Virgen María, sin pecado concebida, edificada por san Firmio, obispo, hijo de Faustiniano, que ya dijimos fué bautizado con su padre por él. Quien mas ardientes deseos tuvo de ver y venerar dichas reliquias, fué este santo obispo Salvio; pero ignoraba el lugar donde estaban sepultadas, si bien sabia la iglesia. Hizo á Dios súplicas, oraciones y ruegos: derramó copiosas lágrimas, y animoso convocó un dia todo el pueblo: celebró un solemnísimo oficio: hizo un sermon admirable, todo en honor del invicto mártir, cuyo cuerpo buscaba, al fin del cual publicó un ayuno general de tres dias continuos; y pidió y exhortó á todos hiciesen continua oracion, y súplicas á nuestro Señor, para que su divina Majestad se dignase de revelarle el lugar del sepulcro del santo. Perseveró el santo prelado, asistido de todo el pueblo, todos los tres dias en el templo en perpetuo ayuno, oracion y lágrimas. Al dia tercero, al rayar el alba, levantó el santo prelado humildemente los ojos al cielo, y (¡ó poderoso y misericordioso Dios que nunca desechas la oracion del humilde!) vió, como que salia un rayo de sol de la eminencia de un levantado trono, y que resplandecia sobre manera admirable en la parte donde estaba sepultado el cuerpo del divino español. Dió infinitas gracias á Dios, y con temor y reverencia trémula se llegó, y tomando un azadon, comenzó á cavar en aquella parte que señalaba el divino rayo; y al instante salió un olor tan precioso, suave y vehemente, como si hubiesen esparcido por la iglesia cuantas aromas cria la feliz Arabia, y cuantos sabeos perfumes ha descubierto la industria humana, como si allí de repente se hubiesen trasplantado todos los hibleos prados y campos elísios, creciendo mas las fragancias, cuanto mas la azada se iba acercando al santo cuerpo. A tanto extremo llegó, que se esparció el olor y fragrancia, no solo por la iglesia y ciudad, sino tambien por toda la provincia y ciudades circunvecinas; de tal suerte, que todos confesaban á una voz despues, que juzgaban en aquella hora hallarse todos en el paraíso; y así unánimes y conformes, arrebatados de la suavidad del olor, é inspirados del Espíritu santo, dejaron sus casas, y cantando himnos y salmos con velas encendidas en las manos, vinieron á Amiens todas las ciudades circunvecinas á celebrar la invencion y traslacion de tan sagradas reliquias, donde merecieron ver prodigios inenarrables, y jamás oidos de otro algun santo; porque al instante que se descubrió el santo cuerpo, siendo en el rigor del invierno, y por enero, cuando todo estaba cubierto de nieve, hielo y frio, todo árido y seco, comenzó á hacer tan gran calor, que cuantos estaban presentes, juzgaban que sin duda el mundo se abrasaba: el cual calor permaneció por espacio de tres horas.

4 Levantaron el sagrado cuerpo en sus hombros el santo obispo, y clero: comenzóse una solemne procesion, y la multitud de la gente tendian sus vestiduras por tierra, y clamaban como los hebreos en la entrada de Cristo en Jerusalen el domingo de Ramos: *Hosanna in excelsis*: y de repente vieron todos los árboles florecer, y despedir tal fragancia, como si fuese por la primavera, y estuviesen ya cercanos á sazonar sus frutos. Las ramas mas eminentes de los árboles, y sus pimpollos, se vistieron, no solo de hoja y flor, sino es tambien de fruto, y todas se inclinaban á la parte por donde pasaba el sacratísimo cuerpo, haciéndole acatamiento y debida reverencia: y la multitud, confusa y admirada, cortaba ramos floridos y fructíferos de los árboles, y con devocion y alegria los esparcia por tierra. Todos los campos y prados circunvecinos á la ciudad de Amiens, al mismo instante se vieron verdes, amenos y floridos, llenos de azucenas, claveles, rosas, y cuantas flores, ó yerbas, hay odoríferas y hermosas. Cuantos enfermos (que fueron infinitos) concurrieron de varias enfermedades, tomaron de aquellas flores: las rompian y esparcian por tierra; y quedaban sanos y buenos, como si jamás hubiesen tenido mal alguno, siguiéndose á estos otros innumerables prodigios. Esta invencion y traslacion se celebró en la octava de la Epifanía: la cual me ha parecido escribir, por ser tan admirable, gloriosa y llena de prodigios, que dudo se halle alguna otra semejante, de cuantos santos y santas tiene la Iglesia de Dios. Celébrala la Iglesia de Amiens con toda solemnidad, y la Iglesia y ciudad de Pamplona le celebran y tienen por patron, como á hijo suyo y su obispo, hallándose hoy en dicha ciudad en pié la casa en que nació, que lo fué de

sus padres, y ha sido de sus sucesores, en que han sucedido y sucedieron prodigios desde sus niñeces, que dejo por no dilatarme demasiado. Escribieron la vida de este glorioso mártir y español invicto, Beda; Usuardo; Adon; Pedro de Natalibus, *in Cathalogo sanct., lib.* VIII, *cap.* 119; Trujillo *in Thesauro concionatorum*, tom. II; Morales *in Chronic. Hispan., lib.* IX, *cap.* 3; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo II de sus Anales, año 303, núm. 130; y lo que referimos de su invencion y translacion gloriosa lo trae Vinconcio Burgundio Belovacense *in Speculo majori, tom.* IV, *lib.* XVI, *cap.* 91.

SANTA MARÍA DE CERVELLON (VULGO DE SOCÓS), VÍRGEN.—Santa María de Cervellon, á quien la piadosa gratitud de sus favorecidos señaló con el renombre «de Socós» (voz catalana, que en nuestro castellano suena «socorro,» por el pronto y benigno que en ella y sus méritos hallaron, y hallan siempre los navegantes, y del cual tambien nosotros usarémos en adelante, estimando por mas conforme á su piedad el darle á conocer por el apellido de sus beneficios), nació en la ínclita y nobilísima ciudad de Barcelona, cabeza y metrópoli secular del principado de Cataluña. Fueron los padres de nuestra santa el nobilísimo caballero don Bernardo Guillem de Cervellon, hijo segundo de don Guillem de Cervellon, señor de los castillos y lugares de Cervellon, de Vilamager, de Roqueta, Miralles, Gelida y otros; y doña María, su consorte, de cuyo apellido, aunque suponemos la calidad, no hemos podido rastrear la certeza: ó sea habérnosla negado la poca diligencia de los antiguos, ó porque en aquel nobilísimo principado aun hoy se estila el no tener, ni usar regularmente las mujeres de otro apellido, que el del varon: notable, aunque ejemplar demostracion de la reverencia, y del respeto á las leyes de aquel sagrado estado, cuya union solo puede darse á entender en términos de identidad. Vivian en ella los ilustres padres de nuestra santa atentos á las obligaciones de su estado; pero como los bienes de esta vida no se dejan gozar sin la pension de algun disgusto, padecieron mucho tiempo estos nobles casados el de verse sin sucesion. Afligia notablemente este desconsuelo á los padres de nuestra santa, y no menos á los abuelos, que en el ocaso de la vejez deseaban en su casa con mas impaciencia el fruto de la posteridad. Por esto acudiendo, como acostumbraban, á Dios, no dejaban, ni omitian medio alguno de aquellos con que su divina Majestad acostumbra dejarse obligar: acudian á los monasterios, instando á los ministros de Dios mas señalados en modestia y ejemplo, para que en sus oraciones y santos sacrificios tomasen á su cuenta el buen despacho de su causa.

2 Resplandecia entonces con raras luces de santidad el gran padre y patriarca san Pedro Nolasco, fundador glorioso del sagrado y real órden de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos. Amaba el santo tiernamente á los padres de santa María, por lo mucho que ellos mostraban amar á Dios con las frecuentes y copiosas limosnas que empleaban por su mano en la redencion de los cristianos cautivos, á cuyo piadoso y excelente ministerio habian con religiosa y cristiana piedad dedicado tambien, á falta de sucesion, su numerosa hacienda, no contentos con tan repetidos subsidios. A aqueste, pues, varon santísimo eran mas frecuentes las instancias: á que correspondia el santo con dar esperanzas muy benignas, hasta que un dia la noble señora con devota resolucion fué á buscarle, y echándose á sus piés, se los regó con lágrimas, añadiendo no se levantaria de ellos hasta que la prometiese de parte de Dios el logro de sus justos deseos. Prometiólo, en fin, san Pedro Nolasco, y cumpliólo Dios; porque á breves dias reconoció doña María, en las señas de su preñado, la eficacia de aquellas oraciones. Dió gracias á Dios, y á su grande abogado Nolasco por el beneficio; y cumplido el tiempo, se llegó el dia del nacimiento feliz de nuestra santa, que fué el 1.° de diciembre del año de 1230. Indecible fué el regocijo de los padres, deudos y familia toda con este nacimiento; porque en los resplandores prodigiosos, y extraordinaria serenidad, con que se notaba ya aquel recien rostro, pronosticaban todos en sus corazones cuánto habia aquella niña de ilustrar á su casa. Bautizáronla en la insigne parroquia de santa María del Mar: pusiéronla por nombre María, en honor de esta santísima Señora: crióla su madre con el cuidado que correspondia á tan amable prenda, no fiándola de ajenos pechos. Creció la niña, y crecieron al parecer con ella, y por los mismos pasos de la naturaleza, la gracia y la hermosura. Aprendió con felicidad y facilidad indecible la doctrina cristiana, y rudimentos de la fé y de la religion. Gustaba de oirlos repetir á su madre, y entrañábalos con afecto, mayor que sus años, en aquel dócil y bien dispuesto corazon. Aborrecia las travesuras: amaba la quietud y la devocion; y pedia con prudente simplicidad, «que la dijesen muchas cosas de Dios.» Empezóse á señalar en la caridad con los pobres: dolíanle sus miserias: compadecíase de sus necesidades; y la que aun no conocia el uso de las riquezas, ya quisiera con santa codicia tener muchas, para ponerlas todas en manos de aquellos, á quienes suave y oculta fuerza la obligaba á entregar su corazon; pero entre todas las que mas le movian, eran las calamidades, que oia decir, padecian los cristianos cautivos en las mazmorras de los sarracenos.

3 Apenas pasaba de cinco años, cuando llegó á Barcelona una redencion de ciento, noventa y dos cautivos, conducidos de su redentor san Pedro Nolasco: el cual, por el gran concepto que tenia de la caridad con que serian recibidos y agasajados en la casa de nuestra santa, envió á ella, los que le pareció, por huéspedes; y era tal el consuelo que la gloriosa niña mostraba en tratarlos, tal el afecto de que fuesen servidos, que bien daba á entender haberse producido esta hermosa flor en el riego de las lágrimas de Nolasco. Llegó, en fin, á aquella edad, en que dando lugar los sentidos á las luces de la razon, empiezan á correr las

acciones por la cuenta del albedrío: y luego empezaron á parecer frutos aquellas tempranas flores que el calor de la gracia habia anticipado á la edad. Empezóse á ejercitar en piadoso número de devociones, que cumplia y observaba con puntual ejecucion cada dia: frecuentaba con su noble y devota madre el santo sacramento de la penitencia, llorando como graves culpas, las mas leves faltas, y deteniéndose á repasar aquellos átomos, que solo podian dejarse ver de la mucha luz, que en su alma la empezaba á comunicar nuestro Señor. Obtenida licencia para comulgar, era admirable y exquisita la diligencia que ponia para llegarse á la mesa de las bodas de aquel Cordero, pareciéndole siempre que llegaba poco dispuesta. Despertó Dios, esposo de las vírgenes, en su alma una estimacion altísima de aquella joya inestimable que, perdida una vez, no tiene modo de recuperarse jamás: y conociendo que la virginidad es prenda que tiene en sí de frágil, cuanto tiene de flor, propuso y trató de guardarla en su corazon, aun de los amagos de cualquier aliento menos puro. Con este cuidado procuró desde entonces recatar sus ojos de la dañosa variedad de los objetos, como quien conocia muy bien que su poca guarda suele ser causa de las ruinas mas miserables. Huia con igual diligencia las ocasiones de ver y de ser vista; de manera que, yendo un dia de gran solemnidad nuestra santa en compañía de su madre á la iglesia; la circunstancia del dia, y calidad de las personas, no pudo excusar el cortejo de los mas principales de los nobles, que, absortos en la perfeccion de la santa doncella, aplaudian con cortesana atencion, y veneraban con respeto, mas que cortesano, aquella harmonía admirable, con que su modestia hacia mayor su hermosura, y la hermosura hacia mas espectable la modestia. Pasó la santa, tan sin atender ni corresponder al cortejo, que tuvo por preciso su madre advertirla su diversion, diciendo: Repara, hija, y corresponde (pues es debido) á la cortesía de la nobleza: mas ella con prudente sinceridad, y disculpando con el cuidado de su ánimo, la desatencion de sus ojos, respondió á su madre: Madre y señora, cuando voy á los templos, yo no acierto á atender á otra cosa, sino á Dios: y volviéndose con apacible y modesta gravedad á los que la hacian obsequio, añadió: Señores, disculpen mi descuido: porque, dejándose llevar de su compostura y rubor, no era fácil componer á un mismo tiempo las ceremonias de la urbanidad, y las atenciones del espíritu.

4 Queríale el Señor hablar á lo íntimo de su corazon, y para eso, segun su estilo, la llamaba á una retirada y espiritual soledad. Empezó á darse con toda aplicacion á la leccion de libros santos: leia cuantos podia haber á las manos, pero gustaba singularmente de leer y admirar las vidas de los santos: encendiase con una emulacion santa y generosa, en varios deseos de la imitacion de aquellas obras que leia; y pasando á la ejecucion desde el deseo, no observaba virtud ni accion proporcionada con su estado, ó con su persona, que no tratase de emprenderla y de copiarla dentro de sí, chupando ó incorporando en sí misma, como cuidadosa abeja, lo mas precioso y escogido de cada flor. Habia dispuesto san Pedro Nolasco un resúmen de la vida y heróicas virtudes de santa Isabel, hija de Andrés, rey de Hungría, á la cual profesaba el santo gran devocion. Este libro leyó una y otra vez nuestra gloriosa vírgen, sacando de él notables aprovechamientos de espíritu. De su continua leccion procedió como ilacion legítima su oracion y trato con Dios, que aunque en adelante tuvo mayores progresos, desde entonces fué muy grande y muy continua. Gastaba cada dia dos horas en ella, fuera de algunas en que, libre de las ocupaciones, daba la rienda al impulso de su devocion. De la leccion y de la oracion nació aquel despego del mundo, y de cuanto en él ha hecho estimable la codicia y la vanidad, no siendo posible componer con ella jamás que asistiese á los paseos y espectáculos; y sentia en su alma cuando oia decir que otras señoras y doncellas de su porte, no se negaban á estos pasatiempos. Retiróse cuanto pudo de las visitas, negándose muchas veces aun á las de sus deudos: á los cuales, como ella solo amaba en Dios y por Dios, decia, que no necesitaba de verlos ni de que la viesen para estimarlos. Conmutó con resolucion bien poco imaginable de otros sugetos de su calidad, las visitas de los suyos, en visitas de los hospitales, contemplando en los pobres á sus verdaderos hermanos, acudiendo á estas visitas gustosa tres veces en la semana, acompañándola su piadosa madre; asistiendo con indecible satisfaccion de su alma al servicio de los pobres, ministrándoles la comida por su mano, barriendo las cuadras, y abatiéndose á los ministerios mas humildes. Aunque en salud no visitaba á sus deudos; cuando caia alguno de ellos enfermo, obrando entonces el amor de Dios lo que no podian respetos temporales, se les entraba por las puertas, y con piadosa vigilancia y cuidado se esmeraba, pidiéndolo tambien así la circunstancia del vínculo natural del parentesco, en aliviar sus trabajos y remediar sus indisposiciones, humillándose para su mejor asistencia á los mas abatidos empleos. Aborrecia extrañamente la ociosidad, fundamento de la disolucion y de los vicios: por lo cual los ratos que le sobraban de los ejercicios referidos, ocupaba con indispensable severidad en la labor y trabajo de las manos, empleándose en labores, ó para el ornato de los templos, ó para la asistencia de los hospitales. Estos eran por este tiempo los ejercicios y la vida de nuestra santa; mas como si ellos fueran otros, ó como si fuera la de hasta aquí digna de grande enmienda y satisfaccion, emprendia con raro fervor los de mortificacion y penitencia, frecuentando aun mas de lo que podian sus fuerzas, los ayunos, usando regularmente de áspero cilicio, y castigando con frecuentes disciplinas las graves culpas que ella en sí suponia y lloraba, y los que mas trataban su espíritu, no pudieron jamás descubrir. Y queriendo seguir con resolucion siempre constante el camino de la cruz y del espíritu, trató desde luego de buscar y solicitar hallar con todas veras

un sugeto, en quien pudiese confiar sus aciertos y caminar con prudente satisfaccion por los órdenes de su conducta. Acudió con vivas instancias á Dios: pidióle repetidamente á su divina Majestad, duplicando entre tanto sus penitencias y ejercicios, le hiciese este grande favor deparándole de la mano de su providencia un varon en quien resplandeciesen iguales el espíritu y la dignidad de ministro suyo; cuyos consejos, cuya doctrina, y cuyos ejemplos la condujesen al puerto que deseaba; y mostrando hacer su santísima voluntad, la enseñase á huir perfectamente del mundo y de sí misma.

3 Florecia á la sazon en el real convento de Santa Eulalia de Barcelona, con singular opinion de doctrina y ejemplo, el venerable P. Fr. Bernardo de Corbera. Movida, pues, de esta estimacion, deseó comunicarle dentro del sagrado fuero de la conciencia, y á pocas veces, asegurada de superior inspiracion, fácilmente acabó de entender que estaban oidos sus ruegos, y que aquel era sin duda el sugeto que Dios la señalaba para guia de su camino: por lo cual, resuelta ya de no buscar otro, y agradeciendo profundamente á Dios este gran beneficio, trató de entregarse toda en sus manos, y lo ejecutó así. Siendo tales sus elevadas prendas y tempranas virtudes, que empezaron á ser ya notorias, no solo entre sus deudos, sino en la ciudad toda de Barcelona y principado de Cataluña, excitaron y movieron la fama de ellas sobre modo los ánimos de muchos de los nobles para aspirar con toda la atencion y el deseo á la honesta pretension de sus bodas, haciendo para esto repetidas instancias á los padres y deudos de la santa; pero ellos, que, conociendo y viendo mas de cerca el modo de vivir de su hija, le miraban con un afecto de admiracion, no se atrevian, por no disgustarla, á hacerla esta proposicion: con que, consultada la materia, se resolvió cometer la empresa á su tio don Grau ó Gerardo Alemany de Cervellon. Encargado, pues, con las mas vivas expresiones don Grau de este intento, fué una tarde á casa de la santa, y diciendo que la queria hablar á solas, eligiendo para mas decencia y dignidad de la plática el oratorio, se entró con ella, donde, sentados en conformidad uno y otro, le propuso el tio el matrimonio: y habiendo la santa oido á su tio, estando con modestia y compostura virginal, los brazos recogidos, los ojos inclinados al suelo, y con tal aspecto y circunspeccion, que por la serenidad y constancia del rostro, como por fácil velo, se dejaba ver la firmeza y la tranquilidad del espíritu, le respondió así: Tio y señor, yo estimo y aprecio, como debo, la merced que me haceis: reconozco el afecto y cuidado que os deben los puntos de mi conveniencia; y venero sobre modo la prudencia con que me aconsejais: pero el intento que os habeis servido de proponerme es de mucho peso, para que yo le fie de mi resolucion: ni yo la he de tomar en él, hasta procurar entender la voluntad de nuestro Señor, en cuya providencia y disposicion tengo sin reserva alguna resignadas todas mis cosas. Yo confieso que mis fuerzas son muy débiles para llevar adelante este camino; pero yo confio únicamente en las que Dios me puede dar; y así no he hecho cómputo de mis fuerzas. El mismo Señor, cuyos me parecen ser estos impulsos, tomará á su cuidado el conducirlos hasta su perfeccion: y pues su divina Majestad da los deseos; tambien dará para la perseverancia el aliento. Yo lo encomendaré, no obstante, con mayores veras, pues lo pide esta materia, á nuestro Señor, de cuya misericordia espero dispondrá de mí lo que fuese mas agradable á sus divinos ojos. Mi voluntad y resolucion comunicaré á mis padres en la ocasion en que fuere preciso decirla; y entre tanto suplicoos, señor, no se trate conmigo mas de esta materia: pues aun los ratos breves que en ella se gastan, me parecen años perdidos en pláticas tan ajenas de mi inclinacion y propósitos. Esto digo señor en medio del respeto grande que debo y profeso á vuestra presencia, asegurando que este tratado solo tiene de respetable para mí, el haberos servido de introducirle vos, á cuya persona mis padres y yo reconocemos siempre las mayores obligaciones.

6 Admirado y casi enternecido quedó el tio de oir la respuesta de su sobrina: y reconociendo, como prudente y cristiano, que era obra de Dios, no quiso empeñarse á porfía contra los decretos del cielo: y así, despidióse benignamente de su sobrina, dejándola en el mismo oratorio, y desengañando á sus deudos de su constancia. Con la victoria de este combate creció en nuestra santa el fervor de sus primeros ejercicios. Ocupaba con exacta distribucion y severidad todas las horas del dia y de la noche en varias obras de piedad y de espíritu, siendo pocas y precisas, las que dedicaba al descanso é indispensable reparo del sueño. En la comida guardó notable parsimonia y moderacion, ajustándose siempre cuanto pudo á las reglas de penitente y mortificada. La misma medida y reparo guardaba en las palabras, conteniendo y refrenando su lengua, aun dentro de los términos de lo lícito. En la caridad y benignidad con los de su casa era eximia. El criado ó criada de mas baja esfera, hallaba en ella siempre en sus aflicciones consuelo, en sus defectos compasion, y en todos sus males alivio: pero en donde mas lo experimentaron todos, era en sus enfermedades: entonces era cuando mostraba esta mas largamente los efectos de su compasiva piedad, permutando con gran consuelo suyo la autoridad de señora, en los oficios de criada de cada uno: guisábales y dábales por sus propias manos la comida: hacíales las camas: barríales los aposentos; no habiendo ministerio á que no se abatiese. Mas no podian contenerse en la esfera de su propia casa las influencias de esta caridad; continuaba aquella admirable frecuencia de los hospitales, que ya dijimos: y un dia dedicándose á lavar, puesta de rodillas, las manos á una enferma que, fuera de la pobreza, lo vehemente y asqueroso del mal, se las tenia llenas de horror, rebosando cierta abundancia espiritual y consuelo de espíritu, no pudo contener este dulce ímpetu, sin manifestarle á su madre, diciendo: Ahora, madre

mia, que soy toda de Jesus, ahora sí, que toda puedo ser para los pobres.

7 Apenas habia empezado á gozar el consuelo de verse reducida á su amada y deseada quietud, cuando le asaltó nuevo combate y tribulacion. El enemigo comun, corrido de ver tan maduros progresos en una doncella de florida edad, empezó á ejercitarla y molestarla con baterías interiores muy continuas. Traíale á la memoria las comodidades del siglo que perdia, lo brillante de las ocasiones que malograba; y hacíale inaccesible la perseverancia en el camino que habia emprendido. Toda esta guerra, bien que cruel, y otra no menos fuerte que le sobrevino por medio de sus parientes, queriendo persuadirla otra vez con mayor empeño á que se casase con cierto noble é ilustre pretendiente, de mucha y ventajosa conveniencia para su casa, que se le ofreció; venció y contrastó nuestra santa virgen con las armas de la humildad y de la oracion, con frecuencia de los sacramentos y continua severidad de sus ayunos y penitencias. Llegó en esto el dia 12 de febrero del año de 1248, dedicado de la Iglesia al sagrado triunfo de la gloriosa virgen y protomártir de España santa Eulalia de Barcelona, de quien desde su niñez era devotísima. Celebraba el real, ilustre y primitivo convento de Nuestra Señora de la Merced, con culto y decencia proporcionada á su obligacion, la fiesta de su gran titular: y para hacerla mas plausible, se eligió para predicar este dia, la autoridad y espíritu del V. P. Fr. Bernardo de Corbera, su confesor. Concurrió nuestra santa, como otras veces solia, acompañada de su madre y criadas, á la iglesia del real y religioso convento; y habiendo por la mañana, despues de larga preparacion y confesion muy pura, recibido en la mesa del altar el sagrado Pan de los escogidos, gustaron una y otra de quedarse al sermon. Fundóle todo aquel gran maestro en las palabras de san Pablo, que propone, escribiendo á los de Corinto: *De virginibus præceptum Domini non habeo, etc.* y dividiéndolo en dos puntos principales, trató en el primero aquellos elogios con que el mismo Apóstol, y despues los santos san Crisóstomo, san Ambrosio, san Basilio, san Cipriano, san Gerónimo y todos encarecen, ó, mas verdaderamente, alaban sin encarecimiento los atributos y perfecciones incomparables de la virginidad: y en el segundo, con el mismo peso de razones y autoridad, persuadió al menosprecio del mundo y de sus cosas, cuyos engaños solo llegan á ser indignamente poderosos para apartar á las almas de tan apetecible bien: proponiendo en ambos á dos puntos, como vivo ejemplar y animada idea, la vida y muerte de la gloriosísima Eulalia, que en tan floridos años, como catorce, supo y pudo, con la divina gracia, consagrar á Dios su virginidad en el martirio, y crucificada por su esposo crucificado, pisar con delicadas y sangrientas plantas, todas las pompas y vanidades del siglo. Salian las palabras tan encendidas de aquel sagrado fuego, en que sin duda ardia el corazon de quien las predicaba, que apenas hubo acabado, cuando tampoco pudo contener su fervor la santa, sino que llegándose á su madre, bien contra el silencio y rara compostura que ella solia guardar en el templo, cogiéndole y apretándole las manos, la dijose con sentidos afectos: ¿No habla conmigo, madre y señora mia, el predicador? ¿Estas razones, y este espíritu con que Dios ha movido su lengua, no se dirigen todas á mí? ¿Esto no basta ya para enseñanza mia, y desengaño de mis deudos? Pues yo... iba á decir, cuando ahogada de los suspiros no pudo articular otra palabra: y la madre enternecida de su sentimiento, para templarla y consolarla, la dijo: No llores, hija, sosiégate y cree que no se te hará violencia alguna: y si Dios te llama para esposa suya, toda serás de Dios. Con esto se templó: y, acabados los sagrados oficios, volvió con su madre á su casa; llegó á ella toda absorta, y fuera de sí, y apartándose de todos, sin ver ni hablar á nadie, se encerró á solas en su aposento, donde, abrazada con un crucifijo, y regando con copiosas lágrimas sus sagrados piés, empezó á destilar copiosamente el alma en muchos sentimientos, suplicando humildemente, bañada toda de vivas lágrimas y suspiros ardientes que le salian del corazon, á Jesucristo la quisiese recibir por su esposa.

8 Pero la activa llama que encendia y movia el corazon de esta purísima virgen, no pudo fácilmente contener su fervor dentro de la esfera de sus afectos. Pasó á las obras, y levantándose de la oracion, trató de mostrar con ellas, cuán cerca deben andar de las grandes resoluciones. Consagró efectivamente á Dios todos sus adornos, empezando por aquel natural, en que tan estrechamente se prende el afecto, ó la vanidad de las mujeres; esto es, el cabello: del cual, tomando unas tijeras en la mano, cortó con heróica resolucion las trenzas que hasta allí la habia obligado á conservar, no sin dolor, la necesidad de obedecer á los suyos. Despojóse asimismo de todos los vestidos de seda, de los anillos, arracadas; y en fin de todas las demás curiosidades y adornos, sucediendo á los mejores tocados, ordinarias y groseras tocas: á los vestidos de seda, comunes y vulgares lanas, vistiéndose una saya de paño grueso, que acertó á hallar su ingenioso fervor; y quedando en este traje, se presentó á sus padres, á los cuales, con graves, breves y eficaces palabras, dió cuenta de la resolucion que habia tomado, y mudanza que en el estado de su vida habia hecho. Dióles noticia del voto con que se habia obligado ya, y suplicóles humilde y rendidamente, que pues esto no se habia obrado sin particular llamamiento de Dios, que ella tantas veces habia experimentado en sí; se sirviesen por amor suyo, de conformarse y tenerlo por bien; añadiendo por último, que si su resolucion les parecia culpa, allí la tenian dispuesta á recibir gustosa la pena ó castigo que les pareciese. No se puede decir fácilmente los afectos que ocuparon los ánimos de los padres, al ver la resolucion de su hija; pues en medio de su dolor no hallaron ni discurrieron otro alivio, que enviar á llamar al venerable P. Fr. Bernardo de Corbera, su confesor, al cual, habiendo llegado, dieron parte de

su afliccion, é hicieron árbitro de la causa. Oyó el siervo de Dios con grave sosiego las razones de todos: y pesando con prudencia del cielo unas y otras, redujo á perfecta quietud aquellos ánimos, y trató luego con los padres, que se vistiese la santa el hábito de beata de Nuestra Señora de la Merced. Llegó, pues, el dia señalado á la piedad de esta funcion, en el cual fué la gloriosa vírgen, acompañada de su madre, y otras señoras de la mas calificada nobleza, á la iglesia de aquel real y primer convento de la Merced de Barcelona. Hizo una plática y oracion al intento el dicho Fr. Bernardo, y despues de ella, vistió á la santa doncella el hábito de beata de Nuestra Señora de la Merced: el cual recibió con tales muestras de alegría y gozo, que excitó en los ánimos de muchas señoras de su porte unos vivos deseos de imitarla.

9 Cesaron del todo, á vista de la constancia de nuestra santa vírgen, y especialmente con la consideracion de la nueva y no esperada mudanza de su traje, las porfias é importunaciones de los suyos, que tanto habian molestado su ánimo: con que sosegadas estas borrascas, dióse con nuevos fervores á la piedad, y continuacion de los ejercicios. Vivia en un continuo recogimiento y abstraccion tan apartada del comercio de las criaturas, como si no viviera en la tierra, y las veces que interrumpia la quietud y recogimiento, era para conmutarlos en los de piedad y caridad con los prójimos. Dedicábase con indecible fervor á la asistencia de los pobres, y visita de los hospitales y casas de personas menesterosas: frecuentaba los sagrados templos: oia con particular espíritu y devocion los sermones: disponíase con exquisita diligencia y pureza de espíritu para recibir los sacramentos: lloraba como graves excesos, los mas leves descuidos, tomando rigurosa satisfaccion de estos, que ella llamaba culpas graves, con continuos cilicios, severas disciplinas, ayunos, vigilias, y otras asperezas. Fué en su casa tan poderoso el ejemplo de nuestra santa vírgen, que aun habiendo sido hasta allí casa de toda cristiandad; desde entonces empezó á serlo de perfeccion, siendo muchas las señoras y doncellas nobles que, entendiendo el raro fervor y vida de nuestra santa, se resolvieron á dedicarse mas á Dios, por medio de ejercicios de oracion y piedad. Con este tenor de vida continuó la santa en casa de sus padres, y con el hábito de beata de Nuestra Señora de la Merced, hasta el año treinta de su edad, habiendo gastado doce, desde que se consagró á Dios por medio del voto, que dijimos, hizo, siendo de diez y ocho: y queriendo nuestro Señor en este tiempo ejercitar con un golpe su constancia, y premiar los méritos de su noble y piadoso padre, habiendo precedido una enfermedad, en que, asistiéndole de dia y de noche la santa hija, mostró bien, cuán de una raíz nacen el verdadero amor de Dios, y la atencion á sus obligaciones; se le llevó para sí. Muerto el padre, y cumplida exactamente su última voluntad, se recogieron madre é hija, dejadas sus casas principales, á habitacion mas limitada, repartiendo copiosas limosnas con los pobres, y ejercitándose en un género de vida, tanto mas celestial, cuanto ya mas apartada del todo de los comercios de la tierra. Pero duró poco esta serenidad: porque, pasados cinco años, ó poco menos, fué Dios servido de probar, con segundo y mas duro golpe, la paciencia de la santa, haciendo contraste de la virtud en la fragua de los trabajos. Enfermó la madre, y en la enfermedad, que fué penosa y larga, juntándose á ella el peso y achaques de los años, tuvo la santa hija abundante materia y espacioso campo en que ejercitar su caridad, su humildad, y sobre todo su piedad y resignacion. En fin, fué Dios servido de premiar á la noble y venerable viuda con una muerte santa, en que, asistida de religiosos y sacerdotes, y de las lágrimas, oraciones y exhortaciones de su santa hija, entregó su espíritu á su Criador, con singulares indicios de recibirla aquel Señor que siempre se muestra admirable en sus criaturas.

10 Mucho habia deseado nuestra gloriosa santa, aun desde los fervores de su niñez, sujetarse á Dios por medio del yugo fuerte y suave de la obediencia, suspirando siempre por añadir á sus méritos la perfeccion del estado religioso. Comunicólo con su venerable confesor, sin cuya direccion no solia, ni sabia emprender aun resoluciones de menor consecuencia. Aprobó sumamente esta el siervo de Dios, y con su prudencia y autoridad se arbitraron brevemente los medios, y vencieron las dificultades. Habia muchos dias que algunas señoras de calidad y virtud, deseaban é intentaban tambien instituir vida religiosa, dedicando la suya á servir á Dios en la nueva religion de su Madre. Llegado, pues, el dia 25 de marzo del año de 1275, en que celebrándose el principio de la redencion humana, se dedica á María, Madre de nuestro Redentor, se dió feliz principio al instituto de religiosas del órden de Nuestra Señora de la Merced, en el templo del convento de Barcelona, en donde, asistida de la nobleza, y á vista de innumerable concurso, hizo la santa profesion solemne en manos del venerable P. Fr. Bernardo de Corbera, prior de Barcelona, por estas palabras, cuyo tenor consta de originales muy antiguos: «Yo, sor María de Cervellon, prometo á Dios y á la bienaventurada siempre Vírgen María de la Merced, ó Misericordia, pobreza, obediencia y virginidad; y trabajar por la redencion de los cautivos, por los cuales haré lo que á nuestro padre general fuere bien visto.» Por esta misma fórmula de votos solemnes consagraron su voluntad á Dios las compañeras de la santa, pasando por este medio, del estado que tenian de beatas, al de verdaderas religiosas, á las cuales el venerable padre Corbera dió ciertas reglas y modo de vivir en que su admirable religion y prudencia unió la suavidad de la discrecion con el rigor de la observancia. Y siendo forzoso nombrar una que fuese cabeza de todas, fuélo con aprobacion comun nuestra santa, aceptando el nuevo empleo de prelada, despues de mucha repugnancia y modesta resistencia de su espíritu humilde. Parecíale obra muy superior á todas sus fuerzas el cuidado de las acciones ajenas; y en la afliccion de este pensamiento recurria frecuentemente á Dios, para

que su bondad diese el aumento y perfeccion á aquellas plantas, cuyo riego estaba encomendado á su industria. Conocía cuánto mas poderoso es para con el súbdito el ejemplo, que no la voz, y cuanto mas mueven los corazones aquellas instrucciones que se reciben por los ojos; y determinó desde entonces no mandar cosa alguna, en que su ejemplo no fuese delante, como regla viva de su precepto. Sobre todo hizo alto concepto que el obligarla á cuidar de otras, no era descuidarla de sí: por lo cual debia tratar con mas veras de su aprovechamiento, por el mismo caso que la habian confiado el ajeno.

11 Con estos dictámenes emprendió y siguió nuestra santa la carrera de su gobierno, y con ellos y su práctica, fué admirable el fruto que cogió de virtud y perfeccion en aquel nuevo religioso plantel. Usaba en su gobierno de la blandura y de la severidad: si se ofrecia reprender, era notable la benignidad respetuosa con que lo hacia, mostrando como prudente médico, tanto amor al enfermo, como aborrecimiento á la enfermedad: en las cosas que mandaba, encontraba siempre mas á mano las palabras del ruego, hallando tambien, y experimentando con ellas aquella suave fuerza que sienten los ánimos, cuando ven que ruega quien puede mandar. Jamás ordenó cosa que ella no hiciese, y mucho mas en las obras de mayor trabajo y mortificacion, en cuya consecuencia solia decir, que, mandar á un súbdito lo que no ejecuta quien manda, es prevenirle las excusas para no obedecer. Si algun privilegio tomaba para sí, era solo señalarse en las cosas de trabajo, aun cuando concedia á las demás algun alivio. Cuidaba con entrañable afecto de asistirlas en sus enfermedades; en todo, en fin, procuraba gobernarlas y dirigirlas de manera, que la suavidad y prudencia santa del gobierno, hiciese apetecible la sujecion. Para conseguir con mas eficacia todo esto, insistió siempre en plantar en todas la práctica de las verdaderas é interiores virtudes, aficionándolas á la oracion, puerta de todas ellas, en la cual ella solia gastar muchas horas.

12 Las virtudes en que especialmente resplandeció, fueron muchas; pues la fé, que es fundamento de todas, la tuvo nuestra santa virgen en tan supremo grado, como dan á entender sus altas y relevadas obras, y las grandes maravillas que por su medio obró nuestro Señor, como veremos. En la esperanza fué no menos eximia. Concebia notablemente de Dios; y así la enseñaba su Majestad á esperar grandemente de él, siendo sentencia suya, muchas veces repetida, que: «La mayor ofensa que se puede hacer á Dios es la desconfianza de él.» Pero sobre todo, de su abrasada y encendida caridad, de aquel amor ardiente para con su Dios, verdaderamente serafico, ¿qué podrémos decir, cuando toda su vida fué un argumento claro del alto grado y perfeccion heróica con que lucia y ardia en su pecho este fuego divino? Algunos observaron muchas sentencias espirituales que manifiestan bien la santidad de esta sagrada llama, siendo como unas centellas que, no pudiéndose contener en el pecho, las arrojaba á la boca la fuerza del incendio que abrasaba su puro y seráfico corazon. Mas la caridad que resplandecia en sus obras, ¿quién podrá competentemente insinuarla; siendo ellas tantas y tales, que al referirse unas, parece que quedan agraviadas las otras? Siendo señal y argumento, sino mas eficaz, mas visible del grande amor de Dios que encendió siempre el pecho de esta gloriosa virgen, lo mucho que obró en beneficio de los prójimos, mostrando el amor del original en la estimacion y amor de sus imágenes. Procuraba por cuantos medios podia la redencion de los cautivos, la libertad de los encarcelados, el socorro de personas menesterosas: por cuyas casas, que su gran caridad procuraba descubrir y saber, se entraba con benignidad y liberalidad, igual á la codicia con que otras, á quienes el mundo engañadamente llama espirituales, se entran por los palacios y casas de los ricos, pretendiendo negociar para sí, con afectaciones de hipocresía, y haciendo trato la profesion de la virtud. Su oracion y trato con Dios, en los principios de su vida espiritual, fué grande, en los progresos mayor, y en los fines podrémos decir que continuo. Habia fabricado en lo interior de su alma un oratorio, cuyo puro altar dedicó á la pasion de su esposo Jesus: ella, en fin, por la perseverancia en la oracion se adquirió el nombre de contemplativa, dejando tambien reglas para este ejercicio. Su pureza y castidad celestial solo la puede escribir uno de los ángeles, con quienes la semejanza de la vida la habia comunicado la frecuencia y familiaridad del trato; porque verdaderamente sabemos, que su pureza, no contenta con reinar en el alma como virtud, brotaba y relosaba fuera como calidad, y se pegaba como eficaz y saludable contagio á los otros; de modo que algunos de solo tratarla, y otros de solo verla, aprendieron á ser castos. Sobre el recato inviolable virginal de sus ojos y sentidos, que insinuamos, ayunaba, desde que hizo nueva eleccion de vida, tres dias en la semana á pan y agua, siendo en los demás admirable su parsimonia. Dormia, ó en unas tablas, ó en el suelo, cuando al comun y preciso reparo de las cansadas fuerzas y rendidos alientos, la obligaba la necesidad de un parco y penitente sueño; y al tiempo que este la oprimia y molestaba, decia á su cuerpo, quejándose y reprendiéndole de su flaqueza: ¡O carne frágil y cárcel inhumana, en quien el alma se entorpece y vicia, y se llena de las feas tinieblas de la ignorancia! ¿Quién me librará de tí, para que yo pueda gozar de aquellas dulzuras que son regocijos de los cielos y alegrías de los ángeles? Los mismos sentimientos y afectos explicaba y repetia postrada en tierra tres veces al dia. Una cadena de hierro que traia ceñida sobre la carne, era su ordinario cilicio, á cuya aspereza acompañaba la mortificacion y dolor que causaba y quedaba por efecto de una cotidiana y rigurosa disciplina. Una vez cada dia se tomaba á sí misma severa y estrecha residencia de su vida, diciendo con entrañable dolor á Dios: No entres, Señor, en juicio con esta sierva tuya; que yo misma me haré juez contra mis maldades, postrada ante tu misericor-

dia, para que, usando de tus piedades, te muevas á perdonar lo que esta indigna mujer insolentemente te ha ofendido. Así traia su virginal cuerpo en perpetua sujecion como á esclavo. Valíase tambien, para conservar esta prenda angelical, y para caminar á la cumbre de la perfeccion, del uso frecuente de los sacramentos, recibiendo con preparacion y devocion grande, cinco veces en la semana el Pan de los ángeles.

13 Mas ¿qué diremos ya del fundamento de esta grande fábrica, de su humildad heróica? Pues en su casa, no menos ilustre ni menos espléndida que la de Lea, se tuvo por sierva de sus criadas. En el hospital se mostraba menos que sierva de los pobres, y en el monasterio le parecia grande ambicion aspirar al lugar mas bajo entre aquellas á quienes por tantos títulos era y debia ser superior. Sentia tan baja y humildemente de sí, que se tenia (cosa que solia repetir muchas veces) por mas indigna y mas ingrata á Dios, que los mayores pecadores, atribuyendo á culpas suyas las tribulaciones con que Dios queria probar su constancia, y no reconociendo en sus acciones mas que la nada, que solo tenia por suya. Su pobreza fué tal, cual convenia á un corazon que en el aprecio de las riquezas y pompas, mostró siempre cuánto era mayor que todo el mundo. Fuéle preciso en casa de sus padres vestir segun el porte de su calidad, y menos conforme al dictámen de esta virtud que ya tenia grande lugar en su alma; pero como ella es don espiritual, hallaba y reconocia nuestra santa en sus afectos el efecto suyo: pues en medio de los bordados se empobrecia su corazon, y entre el lustre de la seda conservaba desnudo el espíritu. Las alhajas de celda, en el estado de religiosa, fueron la cama, compuesta de unas tablas que, pudiéndose tomar como rigor, ella dejaba por parecerle regalo: sobre una mesa tosca unos pocos de libros de espíritu, un Cristo crucificado de madera, y una imágen de su Madre santísima, una cestilla con las cosas tocantes á su labor, y una arca, en que, por esconderlos del reparo comun, encerraba los instrumentos muchos y diversos de su penitencia. ¿Ser obediente? Eralo en extremo, no solo á sus legítimos superiores, cuyas insinuaciones atendia ella como oráculos, sino á sus mismas inferiores; porque en su concepto, ella sola, respecto de todas, era ínfima. No buscaba otra razon en su modo de obedecer, que la que suponia en el superior, ni hacia distincion de materias ásperas, ó suaves, conformes, ó repugnantes á su gusto. En los ejercicios de devocion y penitencia vivia tan regulada á las órdenes del confesor, que solo con una insinuacion suya los dejara todos. Su paciencia fué admirable; porque, como amante tan verdadera de la cruz de su esposo, ni los trabajos le parecian penas, ni la ansia de padecer la permitia ver en las mayores injurias, lo que tenian de sinrazones. Toleró con paciencia inviolable las contradicciones recias de sus deudos, en el camino que emprendió de espíritu. Sufrió con admirable constancia el desconsuelo y dolor de la muerte de sus padres: pena, que en la santa tuvo circunstancias que la hicieron pasar de lo vulgar, portándose en todas las tribulaciones tan ajena del sentimiento, que muchas veces se le interpretó á insensibilidad la constancia. Levantóse en cierta ocasion una borrasca de persecuciones contra la santa virgen, tan crecida, ó tan desecha, que el autor antiguo, que escribió su vida el año de 1323, y la dedicó y remitió á don Guillem Ramon de Cervellon, su sobrino, que á la sazon se hallaba sirviendo en la empresa y conquista de Cerdeña, al señor rey don Jaime el II, no se atrevió á individuarlas, por no despertar (como él mismo dice) émulos de venganza en su noble pecho, ni avivar las centellas de enojos que tenian sepultadas las cenizas del tiempo y del olvido. Pero la santa, enseñada á vencer en otro género de milicia, triunfó de estas persecuciones con la paciencia. Ella, en fin, llegó á tal cumbre de las virtudes, que su espíritu con aquella hambre y sed, que hace sugetos bienaventurados, no podia satisfacerse con lo bueno, sino con lo mejor, no pudiendo pararse en lo saludable, sino adelantarse á lo perfecto. Sucedió ajusticiar en Barcelona á un facineroso de aquellos, cuya vida hacia casi abominable lo raro de su crueldad y delitos: refiriéronselo á la santa; y y ella movida de aquel zelo, tan amiga de la razon y de la justicia, se dejó llevar de un afecto no solo lícito sino santo, alegrándose que la hubiese y se administrase en su república: pero advertida despues de su ángel, cuanto mas meritorio hubiera sido en la ocasion otro acto que fuera de compasiva misericordia, concibió tal dolor de este, que nosotros no acertamos á llamarle defecto, que juzgándolo digno de gran satisfaccion, duplicó para ello sus penitencias, aborreciendo y castigando en sí semejantes visos de faltas. Asimismo fué muy conocido y singular el espíritu de profecía de nuestra santa virgen, de que hacen comun mencion todas las antiguas memorias suyas, con mas recomendacion de la notoriedad de esta excelencia, que expresion de los casos particulares, acaso por ser tantos y conocidos. Sucedia frecuentemente dar noticia de cosas que por camino humano no podian haber llegado á la suya. A los devotos, que la trataban, descubria por bien suyo cosas por venir, y á los mercaderes y navegantes repetidas veces acaeció prevenir los peligros futuros del mar, y las tempestades, muchos dias antes de suceder, comprobando, cuantos la creian, la verdad del oráculo en lástimas y sucesos ajenos; y los que nó, condenando su incredulidad con la dura experiencia de sus naufragios y peligros. Gozaba frecuentemente regalos del cielo, con revelaciones é ilustraciones singulares de Cristo, y de su Madre, que, como pagados de su amor, empezaron á mostrarla en los favores de esta vida un rasgo de los eternos que la tenian prevenidos en la otra. El trato visible y comunicacion con los santos ángeles, singularmente el de su guarda, fué familiar. Era devotísima y con extremo tierna en la meditacion de los misterios de la vida y muerte de nuestro Redentor, experimentando tan celestial suavidad en la contemplacion de las heridas, penas y dolores de su crucificado esposo, y recibiendo en su alma

con gozo tan inefable las aguas de las fuentes del Salvador, que en cualquiera parte que la cogiese una devota y afectuosa meditacion de estas, quedaba extática, sin sentido y movimiento por mucho rato, llevada y arrebatada de toda aquella superior fuerza, á que no podian resistirle las del cuerpo y natural. Muchas y repetidas veces la hallaron en los umbrales de la puerta de la dicha iglesia de la Merced, sin accion ni movimiento, teniéndola por muerta, cuantos no sabian que, por estarlo al mundo, estaba su vida en Dios oculta, y escondida con Cristo. Otras veces la hallaron dentro de la misma iglesia en maravilloso éxtasis, elevada en el aire: cosas que al principio causaron rara admiracion, aumentándola el no poder averiguar, cómo ó por donde habia salido de casa, y entrado en la iglesia: pues las puertas de una y otra, examinadas con toda diligencia, se hallaban y reconocian cerradas: ó fuese que por ministros del cielo se abriesen y cerrasen las puertas; ó que nuestro Señor participase tal vez el favor de la penetracion á aquel cuerpo. Una de las noches, que la hallaron dentro de la dicha iglesia, la vieron gran distancia elevada del suelo, en presencia de la antiquísima y milagrosísima imágen de nuestra Señora de la Merced, patrona grande de Barcelona, y la primera que veneró su sagrado y real órden. Aguardó el R. P. prior, á que la santa volviese de aquel profundo éxtasis, con debida consideracion al sueño santo de la esposa, tan guardado y atendido de su esposo en los sagrados Cánticos: volvió en fin; y el dicho prior, armando á la obediencia de todo su respeto y autoridad, la dijo (palabras, que por decoro de la antigüedad en que se refieren, hemos copiado casi á la letra): «¿Es posible, sor María, que una señora noble, y religiosa ejemplar, se halle á puertas cerradas, y de noche en la soledad de esta iglesia? ¿Es posible que tenga atrevimiento una mujer, para lo que no tuviera resolucion un hombre? Dígame la verdad, y no me oculte la causa, el modo y los lances de este suceso.» Turbóse sobre modo la santa, al verse obligada á publicar los favores, que su humildad trataba de tener escondidos en el centro de su propio conocimiento: sola, pues, la obediencia y el mandato del superior pudo sacar de su silencio la verdad de la noticia; y fué que, naufragando en alta mar unos navegantes, invocaron á María santísima de la Merced, cuya prodigiosa imágen, colocada en el altar mayor de dicha iglesia, fué llevada por ministerio de espíritus angélicos, y en su compañía nuestra gloriosa santa, á lo alto del mar: el cual al punto se pacificó, como en reconocimiento humilde á las influencias benignas de la que es estrella, y por reverencia, ó vasallaje á tanta majestad, salpicó los vestidos de la sagrada imágen, que, con el agua que exprimidos destilaron de sí, dieron asegurado testimonio de cuanto habia referido la santa: la cual, preguntada despues por el prelado, quién habia sido el portero dichoso que habia abierto y cerrado las puertas de la iglesia; respondió, que los santos ángeles: los cuales habian restituido la milagrosa imágen á su altar, y á ella á aquel sitio, para que gastase lo restante de la noche en divinas alabanzas; concluyendo su relacion, con pedir arrodillada á sus piés, que, en cuanto tocaba á sí, se sirviese de no publicar el prodigio. Innumerables fueron otros favores, que recibió de Dios, de éxtasis, revelaciones y raptos.

14 Y como por altas disposiciones de su providencia quiso Dios siempre honrar y enriquecer á sus santos de alguna proteccion especial para con los hombres, á fin de que estos, ejercitando la devocion, hallasen socorro en sus aprietos, y alivio en sus necesidades: uno de estos grandes patrocinios encomendó su Majestad á su grande sierva y esposa santa María de Socós, á quien, sobre excelentes prerogativas, concedió aquel imperioso dominio sobre las olas y arrogancia del mar, tan temido y respetado de él, como reconocido, aun en vida, de los afligidos navegantes, cuya favorecida gratitud le dió el nombre de María del Socorro (que eso, como dijimos, significa Socós), olvidándose el de Cervellon, aunque tan ilustre en Europa. Referir en esta parte las muchas demostraciones que ha dado la santa de su maravilloso poder, y las veces que ha sacado de la boca del riesgo á los que, ya anegados, casi tenia tragada la muerte, seria intentar otra navegacion muy larga. Solo, pues, insinuarémos por ahora uno, ú otro suceso, que en vida de la santa dió testimonio de este maravilloso dominio, el cual despues de su muerte se continuó, como verémos. El año de 1278, partió un navío de la playa de Barcelona, al principio con bonanza, y tan agradables señas del temporal, como las suele dar la engañosa inconstancia de este elemento. Mantúvose sereno el cielo, y sopló el viento favorable, solo lo que bastó á engolfar á los navegantes en un piélago de peligros; porque apenas se habian en alta mar alejado de tierra, cuando sepultaron casi de repente al sol, inquietaron al mar, y amotinaron el aire aquellos vientos, que cuanto mas discordes, soplaban mas unidos, conspirando todos á la ruina del mismo bajel. Ninguno se atrevia á poner los ojos en el agua; porque sumergidos en las profundas cavernas que formaban las olas, se miraban inferiores al mismo mar, temiéndose á cada paso, no ya naufragar, sino precipitarse al abismo. Entre tanta confusion se recurria con ruegos y lágrimas al cielo. Trajeron á la memoria muchos de los navegantes el poder ya acreditado en otras ocasiones, con que la santa madre María favorecia á los que de veras la invocaban en semejantes riesgos; y todos, alentados de esta noticia y esforzando, cuanto pudieron, su fé, empezaron, entre clamores y lágrimas, á implorar su favor entre los mismos afectos con que solicitaban el de María santísima de la Merced. La experiencia acreditó la fé, y el suceso correspondió á los votos; porque inmediatamente oyeron cerca de sí una voz, que les dijo: Yo soy sor María de Cervellon, que con la santísima Vírgen vengo á socorreros. Sucedió el efecto á la promesa; porque al punto, ahuyentados los vientos, se restituyó al cielo la serenidad, al mar la quietud y la alegría á los navegantes. En otra ocasion, cuyo tiempo no señala la historia, si bien creemos seria cerca de los mismos años, sucedió ha-

ber surgido un navío en la playa de Barcelona, que entonces no tenia la grandeza y capacidad del puerto que hoy tanto la ilustra. El piloto y los mas prácticos del mar habian saltado en tierra, fiados mas de lo que debieran en la serenidad del tiempo; pero no tardó este, como acostumbra, en castigarles la confianza: porque en breve se levantó un furioso viento, que, excitando una fuerte tormenta, rompió las amarras, y metió al navío en el golfo, en donde para su miserable naufragio, sobre la braveza del mar y furia de los vientos, que era grande y por momentos se aumentaba, concurria la falta de gobierno y turbacion de los que habian quedado en el vaso. Llevábanle los aires irritados de una parte á otra, esperando ellos en cada ola la muerte, y en cada vaiven el sepulcro: pero santa María de Socós, que con mas perspicaces ojos vió, desde el retiro de su oracion, el peligro del bajel, se apresuró á la playa, y en presencia de aquella muchedumbre, haciendo sobre las aguas y sobre sí misma la señal de la cruz, se entró por el mar: cuyas olas, olvidadas de sí, ú obedientes á aquellas plantas que movia la caridad, la dieron paso sobre sí mismas, tan seguro y sólido, como si se hubieran convertido en mármoles. Arribó, pues, por medio de las ondas, nuestra santa al navío, al punto mismo que se sumergia del todo: y serenando primero el mar, extendió la mano al borde, sustentando la nave sobre las aguas, y conduciéndola así, con no visto prodigio, hasta al mas seguro lugar de la orilla, en donde la admiracion del portento no sabia qué hacerse ni qué decir, sino exclamar y preguntarse todos, como los del mar de Palestina: ¿Quién es esta, á quien así obedecen los vientos y el mar? Finalmente, el año de 1289, que fué el que precedió á su dichoso tránsito, partieron á las costas del Africa al ministerio de la redencion de los cautivos los padres redentores Fr. Manuel de Alburquerque, y Arnaldo de Liniver, en un bien pertrechado navío. Navegaron algun tiempo prósperamente, hasta que un viento recio, haciéndoles perder el rumbo que llevaban, los acosó con tan furioso temporal, que en breve rato perdieron los marineros mismos las esperanzas de salvamento: porque el cielo escondió su rostro, como quien huia de mirarlos por no favorecerlos: las olas, sobrepujando á la nave, y casi tocando á las nubes, anegaban el vaso: el viento embravecido soplaba con formidables silbos, amenazando á aquellas vidas, ya casi sepultadas en su temor; y finalmente, todo se habia reducido á un estado extremamente miserable; porque, tronchado el mástil, y rotas las entenas y jarcias, solo esperaban verse con la nave sepultados en el profundo, dejando el timon en un escollo. No omitieron en la fuerza de este conflicto los marineros aquel lamentable remedio de aligerar el vaso, echando para este fin al mar las riquezas. Arrojaron, pues, en este caso la carga del navío para aliviarle, y entre ella intentaban arrojar la plata de la redencion, que á fuerza de súplicas y piadosas instancias consiguieron los redentores fuese lo último que se abandonase. Acogiéronse entre tanto los venerables padres al patrocinio de la santa madre María de Socós, de quien antes de partir se habian despedido, y á cuyas oraciones habian encomendado el suceso de la redencion: y fué tan efectivo remedio esta piadosa diligencia, que, cuando estaba la tormenta en su mayor fuerza, vieron cuantos estaban en la nave á la santa, que, vestida del hábito de Nuestra Señora de la Merced, caminaba sobre las aguas, segun y como muchos de ellos la habian visto en Barcelona. La novedad y la admiracion, era tal, que obligaba á todos á tener por ilusion lo que veian, incrédulos al testimonio de sus ojos; pero confirmólos en la verdad el oir juntamente su voz, que les dijo: Alentaos en el Señor, carísimos hermanos; que luego quedaréis sin peligro: y así fué; porque al mismo punto, sosegado el mar y los vientos, huyó la tempestad, apareció la luz, y sucedió á la borrasca una tranquilidad admirable. Desapareció la santa, y prosiguió la nave su camino con próspero viaje; y volvieron con él los navegantes y los rescatados á Barcelona, porque el mar, obediente ó temeroso, los trató con respeto de favorecidos. Los padres redentores fueron á dar las debidas gracias á la santa; pero ella, á quien molestaban mas las honras, que á otras las afrentas, les pidió humildemente postrada, como en pago de su socorro, el silencio de tan extraordinaria maravilla. Otras muchas veces experimentaron los afligidos navegantes el amparo de la santa madre, que, ya pisando el mar, ya apareciendo en el aire, ya con sola la invocacion de su nombre, desde el retiro de su oracion los sacó contra toda esperanza de lo mas profundo de los peligros; y por los mismos medios libró repetidas veces de enemigos y corsarios á los padres redentores, cuando navegaban.

13 En el ejercicio de las virtudes referidas, y operaciones de estos y otros milagros, pasó nuestra gloriosa madre el curso de su vida, llegando á una santa ancianidad, venerable por los méritos y los dias; y queriendo nuestro Señor darle el merecido premio á sus fatigas, trató de disponerla con una enfermedad, para que con su tolerancia diese nuevo verdor á la palma, de que presto se le habia de labrar la corona. No ignoraba la prudente vírgen el fin que habia de tener el mal, que era el fin de su peregrinacion: abrazó conforme y resignada el decreto que adoraba y reconocia en lo ejecutivo de la enfermedad, no pudiendo ser terrible la muerte, á quien con todos sus afectos y deseos suspiraba por otra vida; y mirábala como vencida y desarmada por su Redentor. Agravóse en breves dias la fuerza del mal, y al mismo paso que los médicos perdian la esperanza de su salud, se encendia la santa madre en mayores deseos de la eterna. Recibió con diligentísima preparacion y muestras singulares de espíritu los santos sacramentos; y al administrarla el mayor de todos, la santísima comunion, el fervor y lágrimas con que mostraba recibir de mano de la Iglesia aquel viático celestial, interrumpieron mas de una vez los oficios del sacerdote. Asistian presentes las religiosas de aquella humilde congregacion: exhor-

tólas á la observancia religiosa, á la conservacion y aumento de las virtudes, singularmente de aquellas que eran propias de su instituto. Concluyó con pedirlas encarecidamente, mostrasen su caridad con los pobres, y tuviesen muy presente, como carácter de su instituto, el ayudar con sus oraciones á las necesidades espirituales y temporales de los cautivos: correspondieron á la exhortacion las religiosas con públicas lágrimas, considerando cada una la madre, maestra, hermana, amiga y compañera que perdia. Pidió la santa la extremauncion, viendo que cada punto se le iban postrando las fuerzas: recibióla con grande espíritu y devocion, respondiendo por sí misma á las oraciones de la Iglesia. Despues, pidiendo una imágen de su Redentor crucificado, se abrazó con él, y mandó que la leyesen entre tanto su pasion santísima, como la escriben los cuatro evangelistas. Finalmente, habiéndola faltado por breve espacio el habla, fijando los ojos en su amado crucifijo, y exhalando un suspiro afectuoso, entre tiernas lágrimas de todas sus religiosas, y de todos los que la asistian, entre gemidos de muchos pobres y personas devotas, que ya sentian anticipadamente su ausencia, entre piadosas oraciones de los religiosos; con admirable quietud y serenidad la sagrada vírgen y santa madre entregó su espíritu en manos de su Dios. Sucedió el feliz tránsito de nuestra santa, mártes 19 de setiembre del año de 1290, habiendo vivido cincuenta y nueve, nueve meses, y diez y ocho dias.

16 Quedó el cuerpo de la gloriosa madre, como en testimonio de su purísima integridad, suave y flexible, el rostro decente y sereno como en ademan de dormida; respiraba y exhalaba de sí una fragrancia celestial; y adornóse de repente de un género de resplandor, que se llevaba tras sí, junto con el respeto y la devocion, la misma atencion de los ojos. Observóse haber salido del santo cadáver uno como ungüento, ó licor odorífero, por cuyo medio obró Dios, en cuantos le usaron con viva fé, diversas maravillas. Vistieron las religiosas á su difunta madre del hábito de Nuestra Señora de la Merced, con sus tocas y velo, y llevaron el cuerpo los religiosos á su iglesia, para darle, despues de las exequias eclesiásticas, decente sepultura: pero la fama de su muerte habia traido á la iglesia tan extraordinario concurso, así de la ciudad, como de toda la comarca, que el tumulto atropellado de la gente que en piadosa porfía se arrojaba á ver y venerar el santo cuerpo, no dió lugar en todo aquel dia, ni en otros dos, á los oficios funerales: cumplidos los cuales, aun fué preciso atropellar de una vez por la devota impaciencia del pueblo, para dar al santo cuerpo sepultura, que se ejecutó, depositándole los religiosos con la mayor asistencia de ambos concursos, eclesiástico y secular, en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en la parte destinada para entierro de las religiosas.

17 Ilustró Dios en este tiempo la santidad de su sierva, y acreditó la fé de los que la invocaron, con muchas y muy notorias maravillas: fueron innumerables las que se vieron los tres dias en que estuvo el santo cuerpo sin enterrar. Recibieron salud los enfermos, manos los mancos, accion y movimiento los tullidos, con solo llegar á ver y reverenciarle desde lejos: y para que pudiesen verle, habiendo esforzado los de la fé, recibieron muchos ciegos sus ojos. Una señora estaba en la cama sin esperanza alguna de salud; deseó ir á ver el santo cuerpo; y no pudiendo esto, trató de hacer lo que solo pudo, que fué, invocar desde allí su patrocinio; y al punto quedó sana. Otra fué á ver la santa difunta, dejando al mismo tiempo en su casa á un pequeño hijo, á quien la malignidad de un accidente habia baldado del todo, impidiéndole el uso de acciones y miembros: vió la devota señora el santo cuerpo: adoróle, pidiéndole la salud de su hijo y el consuelo propio: volvió á su casa, en donde se renovó y aumentó su dolor, por no hallar en toda ella al hijo que poco antes habia dejado enfermo: pero él no lo estaba ya; y así lo reconoció la madre en breve, no acertando con el gozo á encontrar palabras con que alabar á Dios en su santa: porque buscando al niño fuera, le hallaron que sano y bueno jugaba con otros de su edad. Habíase hallado en los oficios de la sepultura de la santa un noble caballero francés, llamado Arnaldo de Ligner: el cual desde su patria Marsella caminaba á visitar el nunca bastantemente celebrado santuario de Nuestra Señora de Monserrate, centro de la piedad y religion, teatro digno de las misericordias de esta gran Señora: oyó el noble peregrino las alabanzas y grandezas que todos á una vez publicaban de la santa madre María, y que el apellido con que la llamaban de Socós, era título no heredado sino adquirido de los muchos y prontos socorros con que su piedad habia favorecido en sus aflicciones á todos, singularmente á los navegantes. Este, pues, se embarcó para Marsella en un navío de muy buen porte, en que navegaron él y los que con él iban, con felicidad algun tiempo: pero apenas tocaron el golfo de Narbona, cuando les sobrevino una cruel borrasca. Acordóse Arnaldo, en lo mas urgente de ella, de lo que habia oido en Barcelona; y esforzando la devocion con el fervor que enseñan los peligros, imploró con grande eficacia su favor; y fué con tanto y tan seguro fruto, que entre los mismos clamores con que la llamaron, vieron cuantos iban en la nave, con raro asombro, venir caminando por las aguas una mujer vestida con hábito blanco, que, llegando mas cerca, reconocieron ser la misma que en Barcelona dejaban muerta: con cuya presencia al mismo punto calmaron los vientos y se serenaron los mares. La santa desapareció, y el navío, restituida la bonanza, prosiguió felizmente su viaje, y dió fondo en el puerto de Marsella. El año siguiente de 1295, caminando á Túnez al ministerio sagrado de la religion, la Redencion de los cautivos, los padres redentores Fr. Vicente de Prats y Fr. Dionisio Ronco, padecieron tan grave tormenta, que ya se trataba de aligerar del todo la nave, arrojando ó sacrificando á la voracidad del mar las riquezas, sin reservar las arcas, en que con el dinero de la redencion iba encerrada

la libertad de los miserables cautivos: implorando con vivas ansias el favor de la santa madre, representando su tribulacion, y pidiéndole mirase como causa comun y propia su peligro. Ni fué menester mas diligencia; porque al mismo punto se les apareció en el aire, y se vió que con un azote en la mano ahuyentaba la tempestad, obligando á los vientos á encerrarse en sus mas profundas cavernas, de donde los habia sacado, ó la furia del temporal, ó acaso la malignidad del comun enemigo, que por este medio trataba de impedir la santa y heróica obra de la redencion, que él tan declaradamente aborrece.

18 La frecuencia de estos y otros prodigios, aumentó sucesivamente la devocion de nuestra santa vírgen, creciendo cada dia la veneracion: y así el año de 1380, el señor rey don Pedro IV, en Aragon, de este nombre, pareciéndole que el arca en que estaba allí depositado el sagrado cuerpo, á quien su real piedad veneraba con singular afecto, era menos decente de lo que pedia el crédito de su santidad, sobre la calidad de su sér, se resolvió á hacerla trasladar en caja mas proporcionada, con la riqueza y preciosidad de tan noble depósito. Para este fin la mandó hacer grande y costosa, llena de varios adornos, dignos de su cuidado y magnificencia: y llegado el dia señalado á la traslacion, que fué el 17 de julio, dispuso que este solemne acto se ejecutase con el aparato y ostentacion, á que, sobre pedirlo la dignidad de la materia, le inclinaba naturalmente la exacta puntualidad de su genio ceremonioso. Previno, pues, para que asistiese y celebrase de pontifical el obispo, que á la sazon lo era de Barcelona, don Pedro de Planella. Concurrieron tambien á este acto, de órden del rey, los consellers de la misma ciudad y gran número de nobleza que se hallaba en la corte. El obispo celebró de pontifical; y concluida la solemnidad del sacrificio, fueron en procesion al lugar donde estaba la caja, y con los consellers la abrieron en presencia de todos. Hallaron el cuerpo tan sin corrupcion despues de noventa años, como si entonces acabara de morir, y tan entero, como si en todos ellos no hubiera estado muerta, sino dormida. Celebraron con indecibles júbilos y admiracion los ánimos de todos este portento. Habíase levantado un altar en medio del coro bajo, en donde tenian preparada la caja nueva que se habia hecho de órden del rey. Los religiosos de mas autoridad trajeron en hombros la antigua en que estaba el cuerpo de la santa hasta el coro, acompañados de los señores rey y reina, del obispo, de los consellers y de lo mas numeroso y escogido del pueblo y nobleza. Colocáronse las dos cajas en medio de aquel altar; y el obispo con sus propias manos, ayudado de sus asistentes, sacó el cuerpo de la caja en que estaba, y procuró ponerle en la nueva, superior en calidad, y mayor en capacidad de ancho y de largo, que la antigua. Mas (¡ó prodigio no imaginable de una humildad verdaderamente profunda!) resistióse á este honor el sagrado cadáver, y aun muerto, dió documentos de humildad aquel cuerpo, que habia sido digna habitacion de una alma tan grande como humilde; porque al intentar el obispo poner en la caja nueva el santo cuerpo, creció repentina y milagrosamente, de modo, que no fué posible caber, ni acomodarse en ella, por muchas y varias diligencias de que se valieron para conseguirlo. Reconocieron todos el prodigio, y, venerando en él los juicios divinos que ignoraban, alabaron á Dios. El rey, devoto y admirado, mandó volver el cuerpo á su antigua caja, en que fácilmente cupo, y se puso como antes; porque para ello cobró su estatura, y volvió á aquella diminucion que solo parecia habia dejado para rehusar y resistir por entonces aquella honra.

19 Con la vista y consideracion de estos prodigios, se encendió de nuevo la devocion y fé de de todos, con la cual, implorando su favor, alcanzaron muchos remedio: cobraron salud no pocos tullidos y enfermos que no la esperaban del arte: algunos ciegos se restituyeron á la vista; y dos muertos á la vida. Ni hubo menester mas el obispo de Barcelona, para que, comprobados con su autoridad estos milagros, la mandase dar pública veneracion y culto. Así lo hizo, decretando que se colocase el santo cuerpo en la capilla de la gloriosa mártir santa Catalina, como se ejecutó. Al otro dia de esta traslacion, amaneció el cuerpo milagrosamente colocado en la sacristía, de donde, reconociendo los padres de aquella gran casa la voluntad de nuestro Señor con semejantes maravillas, no se atrevieron á sacarle, hasta que se manifestó, y fué hallado tambien incorrupto, con singular consuelo de todos, el cuerpo del venerable siervo de Dios Fr. Bernardo de Corbera, su confesor: y entonces ambos fueron trasladados al cuerpo de la iglesia, y colocados á los dos lados del retablo en donde todo este tiempo han tenido veneracion, permaneciendo singularmente el de nuestra santa con nuevos prodigios y maravillas, siendo inmenso océano la materia que ofrece este argumento; pudiendo en él, y debiendo ceñirnos á decir, que no solo en las ocasiones que se ha llevado procesionalmente el santísimo cuerpo de nuestra santa á la orilla del mar, cuando con desusada braveza ha sucedido pasar sus límites y con horror y furia de terribles tormentas ha congojado á la ciudad de Barcelona, ínclita patria suya, han experimentado total alivio los afligidos ciudadanos; sino que llevada la reliquia de la santa vírgen, á instancias de todo género de enfermos, y obrar por medio de ella nuestro Señor repetidos y prodigiosos favores en sus criaturas; es un milagro tan frecuente, que el mismo uso casi le ha quitado la admiracion.

20 Fué, pues, nuestra gloriosa vírgen tenida y estimada por santa en el concepto universal de todos; y aun en vida la honraron con esa voz los pueblos: argumento verdaderamente irrefragable de su gran santidad. Esta inmemorial posesion con que la aclamó siempre el respeto universal, se ha continuado hasta ahora desde el dia de su feliz tránsito por espacio de mas de cuatro siglos: la cual probada, se obtuvo despues de varias y repetidas instancias, así de todo el principado de Cataluña y religion de la Merced, como de la majestad del

rey católico el señor don Carlos II, el año de 1692, de la santidad de Inocencio XII la aprobacion y declaracion del culto inmemorial de santa María de Socós; confirmando y asegurando con la autoridad apostólica, como vicario de Cristo, la canonizacion antiquísima que hasta aquí habia gozado en el culto y veneracion pública de los pueblos. Guárdase su santo cuerpo en el real convento de Santa Eulalia, vírgen y mártir, de la misma sagrada y militar órden, en la ciudad de Barcelona, en la magnífica y suntuosa capilla que mandó fabricar el excelentísimo señor marqués de Aytona don Guillen Ramon de Moncada y de Cervellon, su pariente; poniendo el mismo marqués por su singular devocion á la santa, en 21 de enero de 1699, la primera fundamental piedra en dicha capilla, donde á los 12 de agosto del año 1708 fué con grande y pomposa solemnidad trasladado el sagrado cuerpo; siendo en ella muy frecuentado de la piedad de los fieles, con quienes por la poderosa intercesion de la santa, derrama el Señor sus divinas misericordias, y se venera dentro de la caja antigua, guarnecida con otra riquísima de plata, que mandó labrarle la misma ciudad, año 1693, siendo tal, aunque debida siempre la estimacion y el cuidado con que se aprecia y conserva este prodigioso tesoro, que sobre la religion y autorizada decencia del culto, tiene y está ya de tiempo antiguo, resguardado con muchas llaves: de las cuales la una tiene la misma ciudad, otra el muy ilustre cabildo de la santa iglesia catedral, dos el reverendo prior y convento de la Merced, y otra la excelentísima casa de Moncada.

21 Alabemos, pues, todos á Dios en su santa: y si en sentencia de san Juan Crisóstomo, es ociosa la alabanza de los santos, cuando no se acompaña de la imitacion; procuremos, ayudados de la gracia divina, hacer con la imitacion, digna y fructuosa la alabanza. No nos pide él, nó, que la imitemos en aquellas mas admirables que imitables prerogativas, con que la enriqueció para gloria suya, sino en aquellas virtudes eximias, en que ella se señaló para ejemplo nuestro. Quiere, pues, y nos manda que imitemos aquella tolerancia en las adversidades, aquella paciencia en los trabajos, aquella pureza angélica, incontrastable á todas las baterías y ardides de la carne, aquella humildad siempre profunda, aun en medio de las honras y favores del mundo, aquella pobreza desasida de todas las cosas de la tierra, aquella oracion contínua, aquella fé constante, aquella caridad, y aquel negarse siempre toda á sí por hacerse toda á Dios. Pero si es eficaz para nuestra reformacion y enmienda su ejemplo, no es menos eficaz para nuestro remedio su patrocinio. En él, pues, y sus méritos le hallarán, no una sino todas las necesidades; porque (como ha ensoñado la experiencia) todos los males la temen, y todos los elementos la respetan. Con su devocion é invocacion experimentan los navegantes favor en las borrascas: los caminantes, seguridad en los peligros: los ciegos, ojos: los mancos, manos: piés y movimiento, los tullidos: salud, en medio de los mayores males los enfermos; y hasta los muertos, vida. Al poder de su nombre, ó á la presencia de sus reliquias, cesan los incendios: se purifica el aire: se refrena el mar: se fecunda la tierra; para que todo el mundo, y en él sus elementos, confiesen y publiquen, con la universal experiencia de estos socorros, la excelencia maravillosa que ha hecho, hace y hará siempre glorioso el nombre de santa María de Socós.

22 Escribieron la vida de esta santa los padres maestros mercenarios Fr. Alonso Remon, Fr. Bernardo de Vargas, Fr. Interian de Ayala, y Fr. Manuel Mariano Ribera; y Estévan de Corbera, ciudadano honrado de Barcelona. Hicieron memoria de ella los padres maestros Fr. Francisco Zumel, en un tratado *De vitis patrum, et magistrorum generalium;* Fr. Felipe de Gumerá, en la Historia de su órden; Fr. Marcos Salmeron, en sus Recuerdos históricos; Fr. Melchor Rodriguez de Torres, en su Agricultura del alma; Fr. Gabriel Gomez de Losada, en su Escuela de trabajos; todos mercenarios: y el doctor Juan Dameto, en la Crónica del reino de Mallorca; el abad Silvestro Marulo, en el Océano de todas las religiones; el abad Martin Carrillo, en sus Anales del mundo; y otros muchos. Celébrase su fiesta á los 25 de setiembre.

* San Cleofás, mártir.—Fué uno de los dos discípulos de Jesucristo, que yendo desde Jerusalen á la aldea de Emaús, encontraron por el camino al Salvador, el dia de su resurreccion, se juntaron con él y le contaron sin conocerle la historia de su vida y pasion. San Lucas en el capítulo 24 de su evangelio cuenta aquella conversacion con una sencillez inimitable. El cardenal Baronio dice que san Cleofás murió despues mártir á manos de los judíos en la misma casa en que habia convidado al Señor, y que en ella fué sepultado en gloriosa memoria, habiendo obrado muchos milagros.

San Lope, obispo y confesor.—Pasó los primeros años de su juventud en un monasterio de solitarios, establecido á corta distancia de Lyon. Era abad de aquella casa cuando, habiendo quedado vacante la silla arzobispal de la misma ciudad de Lyon, fué elegido Lope para ocuparla. Su reputacion de eminente santidad no desmereció en tan elevado puesto, sino que por el brillante desempeño de sus funciones pastorales, creció mas cada dia su fama y su virtud. Asistió y presidió, en 538, al tercer concilio de Orleans, y despues de haber trabajado incesantemente en el arreglo y restablecimiento de la disciplina, murió santamente el dia 25 de setiembre del año 542, siendo sepultado, como habia dispuesto, en el mismo monasterio en que habia vivido tantos años.

San Anacario, obispo y confesor.—Nació de una familia principal de Orleans, y pasó sus primeros años en la corte de Gontrando, rey de Borgoña. Despues renunció al mundo, vivió algunos años bajo la direccion del obispo Siagrio, célebre por su sabiduría y piedad, y el año 570 fué elegido y consagrado obispo de Auxerre. Las virtudes que desplegó Anacario durante su pontificado fueron tan grandes, que por todos los pai-

ses de Europa se le citaba como modelo y espejo de prelados. Asistió al cuarto concilio de París y á los dos de Macon, y reunió un sínodo en su diócesis para regularizar la disciplina eclesiástica en su rebaño. Veló con un zelo infatigable por la pureza de las costumbres, instruyó continuamente á los pueblos en sus deberes, socorrió á los pobres con extraordinaria largueza, dió decencia y pompa al culto divino, y murió en el Señor el dia 25 de setiembre del año 605.

San Solenio, obispo y confesor.—A fines del siglo V, fué este santo elegido obispo de Chartres; pero, espantado á vista del enorme peso de los deberes del episcopado, huyó y se escondió tanto, que no fué posible encontrarle. Algun tiempo despues, san Aventino fué elegido para reemplazarle, y Solenio, creyendo entonces que ya nada debia temer, volvió á presentarse en la ciudad. Era tan grande la reputacion de su santidad y tanto lo que le querian, que le obligaron á consagrarse y á tomar el gobierno de la diócesis de Chartres, cuyo cargo renunció voluntariamente el último elegido. Solenio llenó fidelísimamente todos los deberes de un digno obispo, y murió por los años de 509.

San Principio, obispo y confesor.—Fué hermano del obispo san Remigio, y como él instruido en ciencias y virtud por dos piadosos monjes del célebre monasterio de Lerins, en el cual vivió algunos años. San Sidonio Apolinar habla de él con gloria y alabanza. Entre otras cosas dice que se observaba en él un fervor increible por su santificacion, por la gloria de Dios, y por la salvacion de las almas. Consagrado obispo de Soissons, honró aquella Iglesia con la práctica de todas las virtudes apostólicas, y murió santamente por los primeros años del siglo VI. En su largo pontificado asistió á varios concilios, promovió los intereses de la religion con laudable zelo, y dió á Clodoveo, cuya amistad habia cultivado, muy útiles consejos para la Iglesia y el estado.

Los santos Pablo, Tata, Sabiniano, Máximo, Rufo, y Eugenio, mártires.—Pablo y Tata eran esposos y los demás eran hijos suyos. Esta santa familia vivia en Damasco, ocupada y entregada, aunque ocultamente, á prácticas piadosas, cuando un dia fueron todos delatados al juez pagano. Presentáronse en el tribunal y confesaron generosamente que eran cristianos y que no ofrecerian incienso á las falsas divinidades, aunque se les quisiese quitar la vida. En seguida los entregaron á los verdugos para que les azotasen inhumanamente y les aplicasen otros horribles suplicios, en medio de los cuales al fin entregaron su espíritu á Dios.

San Herculano, mártir.—Fué soldado romano y estaba en Roma cuando el martirio de san Alejandro, obispo. Al ver sacar á éste de la hoguera y que iban á degollarle, el jóven Herculano se sintió animado por el espíritu de Dios, y dirigiéndose al emperador Antonino, le reprendió en alta voz su obstinacion en no querer confesar la divinidad de Jesucristo. El emperador lo mandó prender, y despues de haber padecido varios suplicios, fué degollado. Su martirio sucedió en Roma, en el siglo II.

Los santos Bardomiano, Eucarpo, y veinte y seis compañeros, mártires.—Derramaron su sangre por la fé católica en Asia, durante el reinado del emperador Decio.

San Formerio, mártir.—Nació en Capadocia de Cesarea, el año 348. Despues de una vida santa y llena de milagros y de otros singulares beneficios del cielo, hizo profesion pública de la fé ante el juez Alejandro, por cuyo mandato y el de Sózimo, sacerdote de los ídolos, fué echado en una hoguera, en la cual fué visto acompañado de ángeles, y así entregó su espíritu al Señor el dia 25 de setiembre del año 362. Sus reliquias fueron, no se sabe cómo, trasladadas á Treviño, pueblo del obispado de Calahorra, en España, donde se guardan con gran devocion.

San Anatalon, obispo y confesor.—Fué natural de la isla de Chipre, y discípulo del apóstol san Bernabé, sucediéndole en el obispado de Milan. Gobernó esta Iglesia por algunos años durante el pontificado de san Lino, habiendo sido antes obispo de Brescia. Tuvo que sufrir muchas penalidades y miserias, y las persecuciones de los paganos; pero con su paciencia y su zelo venció muchos obstáculos y adquirió muchas conquistas para Jesucristo. Parece que murió en paz el año 61.

Las santas hermanas Aurelia y Neomisia, vírgenes.—Nacieron en Asia, y habiendo perdido á sus padres, siendo aun muy jóvenes, vendieron todo su patrimonio, repartieron su producto á los pobres y se fueron á vivir en una soledad. Aquí hicieron voto de perpetua castidad, y se marcharon á visitar los santos lugares de Jerusalen. En seguida se fueron á Roma á venerar el sepulcro de los apóstoles: por el camino obraron muchos milagros, y despues de haber visitado la capital del cristianismo, se volvian á Asia, pero fueron presas por los sarracenos en Capua. Las azotaron, las maltrataron y querian obligarlas á renegar de su fé, cuando el Señor las libró milagrosamente de las manos de sus enemigos, y las condujo al territorio de Anagni, donde fueron hospedadas por un siervo de Dios, en cuya casa murieron dentro de poco, acompañadas de santos ángeles. Su muerte la coloca Baronio á principios del siglo XI.

Dia 26.

Los santos Cipriano y Justina, mártires.—Los modos que Dios nuestro Señor tiene para salvar las almas, son muchos y maravillosos; porque de nuestros males saca bienes, de la ponzoña hace triaca, y de la muerte vida. Vese esto ser verdad en la vida y martirio de san Cipriano: el cual, siendo mago y nigromántico, armando lazos por mano de los demonios y ministros del infierno, para que cayese en pecado la gloriosa vírgen santa Justina, fué preso y enlazado, y se convirtió á Cristo, y despues fué con ella mártir del Señor. El martirio de estos santos Cipriano y Justina, es de esta manera. Fué santa Justina de la ciudad de

Antioquía: su padre se llamaba Dusio, ó (como Metafraste dice) Edesio, y su madre Cledonia. Eran gentiles, y tambien lo era su hija Justina; mas por la doctrina de un santo diácono, llamado Praiso, ó Proclio, se convirtió á la fé del Señor, y por su medio, y por una revelacion que tuvieron, tambien se convirtieron y se bautizaron sus padres. Era Justina hermosa por extremo, y de muy grandes gracias naturales, y mucho mas hermosa por las virtudes, con que su alma resplandecia en los ojos del Señor, á quien tomó por esposo, y consagró su virginidad. Tuvo envidia el demonio de la santidad de Justina, y pretendió derribarla, y hacerla caer de aquella perfeccion en que estaba. Para esto incitó á un mancebo rico y lascivo, que se llamaba Agladio, que pusiese los ojos en Justina, y se enamorase de ella, y por todos los caminos, que suele el amor ciego, procurase atraerla á su voluntad. Ningun medio bastó para vencer el propósito de la santa vírgen; porque estaba fundado sobre la peña firme, y no temia las avenidas de los rios, ni el ímpetu y braveza de las tempestades y vientos. Como Agladio vió que le salian en vano sus intentos, tomó por postrer remedio el favorecerse de los demonios que le incitaban, para alcanzar por ellos, lo que por sí no podia. Habia en la misma ciudad de Antioquía un grande hechicero y nigromántico, por nombre Cipriano: á este descubrió Agladio lo que pretendia de Justina, y los medios que habia tomado para ablandarla, el ánimo obstinado y mas duro que el diamante, que tenia; y que si no queria que de puro amor de aquella doncella él se muriese, le socorriese con sus artes poderosas y sobrehumanas; porque él se lo pagaria liberalmente, y quedaria su perpetuo esclavo. Tomó Cipriano á su cargo el vencer á Justina, y atraerla á la voluntad de Agladio. Convocó los demonios: mandóles lo que habian de hacer: fueron una, dos, y tres veces á la santa: asaliáronla y combatiéronla, transfigurándose en mil formas y figuras; y despues de haber usado contra ella todas sus artes y embustes, quedaron vencidos y corridos: porque la santa doncella, favorecida de su dulce esposo Jesucristo, y armada de oracion y ayuno, y especialmente de la señal de la santa cruz, triunfó de ellos gloriosamente. Quedó Cipriano asombrado, por ver que sus artes tenian tan poca fuerza, y que los mismos demonios confesaban su flaqueza, y que no podian prevalecer contra Justina, por ser cristiana, y estar armada con la virtud y poder de Cristo crucificado. De aquí entendió Cipriano que Jesucristo nuestro Salvador era Dios, y mas poderoso que todos los demonios, á quienes él tanto reverenciaba; y encendiéndose la luz del cielo en su corazon, determinó hacerse cristiano. Vino á Antimo, obispo, y le descubrió lo que pasaba; y en efecto, quemando sus libros nigrománticos, y renunciando al demonio, y á sus malas artes, se bautizó, y despues fué ordenado de diácono, y resplandeció con gran santidad, y muchos milagros que por él obró el Señor. Y porque él le habia hecho tan grandes mercedes por medio de la santa vírgen Justina, tuvo siempre gran cuenta de ayudarla, y de llevar adelante sus santos propósitos, siendo ella abadesa y madre de un monasterio de doncellas, que con gran pureza servian al Señor. Floreciendo, pues, los santos de la manera que habemos referido, un conde, llamado Eutolmo, los mandó prender, y atormentar á Cipriano, y rasgarle los costados con uñas acerradas, y á Justina, despues de haberla dado muchas bofetadas, azotar con crudos nervios. Despues pusieron á Cipriano en la cárcel, y á Justina en casa de una mujer honrada. De allí á pocos dias, traidos á su presencia, viendo la constancia y perseverancia que tenian en la fé, los mandó echar en una caldera grande, encendida, y llena de pez, sebo y resina. Entraron los santos mártires en la caldera, y salieron sin lesion alguna, por virtud de aquel Señor, á quien obedecen todas sus criaturas: y un sacerdote de los gentiles, llamado Atanasio, fué quemado del fuego que habia perdonado á los santos. De allí fueron llevados á Nicomedia: y despues de haber padecido otros tormentos con grande ánimo y alegría, los degollaron, y dejaron seis dias sus cuerpos sin sepultura, para que las fieras los comiesen; mas quedaron enteros, guardándolos Dios. Ciertos cristianos una noche los tomaron y pusieron en un navío, y los pasaron á Roma, en donde primero fueron sepultados en una heredad de Rufina, noble matrona, y despues trasladados á la iglesia de San Juan de Letran, donde al presente están junto al baptisterio. Celebra la Iglesia la fiesta de estos dos santos á los 26 de setiembre, que fué el dia de su martirio, imperando Diocleciano y Maximiano. Escribieron de estos santos los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo, Adon, y Metafraste. Hase de advertir que algunos autores griegos confunden este santo Cipriano con san Cipriano, que fué obispo de Cartago, é ilustrísimo mártir, y elocuentísimo escritor, cuya fiesta celebra la Iglesia á los 16 de este mes de setiembre; pero ellos fueron dos, y no uno, y diferentes en la patria, grado, profesion, tiempo y lugar del martirio.

* San Eusebio, papa.—Fué griego de nacion y habiendo pasado á Roma para asuntos de la Iglesia, despues de la muerte del papa san Marcelo, fué colocado en la silla de san Pedro, y consagrado el dia 20 de mayo del año 310. Uno de sus principales cuidados fué mantener en todo su vigor la práctica de las penitencias canónicas, particularmente con respeto á los que habian flaqueado durante la persecucion. Su zelo le atrajo muchos enemigos, entre otros un tal Heraclio, hombre turbulento, que le suscitó toda especie de contradicciones, de las cuales triunfó Eusebio con su paciencia. Poco despues de su eleccion fué desterrado por el tirano Maxencio á Sicilia, donde murió el dia 26 de setiembre del mismo año de 310. Su pontificado, que duró solo cuatro meses y seis dias, proporcionó sin embargo dias de júbilo á la Iglesia, por las acertadas disposiciones que el santo papa publicó.

San Calistrato, y sus compañeros, mártires.—San Calistrato era de Roma, y habiendo confesado públicamente el nombre de Jesucristo

en tiempo del emperador Diocleciano, le metieron en un saco lleno de quijo y le arrojaron al mar. Por una providencia especial el saco sobrenadó y permaneció largo tiempo sobre las aguas, y á vista de semejante prodigio, cuarenta y nueve soldados romanos que presenciaban la ejecucion del santo, se convirtieron y abrazaron la religion cristiana. Indignado el emperador con aquel suceso, mandó que Calistrato y los cuarenta y nueve soldados fuesen todos juntos degollados, y así se ejecutó, alcanzando reunidos la palma del martirio.

San Nilo, abad.—Fué descendiente de una familia griega, y nació en la Calabria, en el año 910. Llamóse en el bautismo Nicolás, cuyo nombre cambió despues por el de Nilo. Hizo rápidos progresos en el estudio de las letras divinas y humanas, y contrajo matrimonio. En sus primeros años practicó todas las virtudes; pero poco á poco fué debilitándose su piedad, y llegó hasta á darse á los hábitos viciosos. A la muerte de su esposa, se sintió Nilo tocado de la gracia de Dios, y á fin de escapar á las tentaciones y peligros del mundo, se retiró á un monasterio, teniendo á la sazon treinta años de edad. Consagróse solemnemente al Señor, y llevó á tan alto grado de perfeccion la obediencia, la humildad, la mortificacion de los sentidos, y la contemplacion de las cosas celestiales, que sus hermanos le consideraban como otro san Pablo. Pasados algunos años, sus superiores le concedieron el permiso que pedia para irse á vivir en un bosque vecino, y fijar su residencia junto á una pequeña capilla de San Miguel. Muy pronto se hizo célebre san Nilo por sus profecías y milagros: la reputacion de su extraordinaria santidad corrió por todo el país, y de todas partes se llegaban á consultarle. Los obispos, los príncipes, y hasta los mismos papas buscaron sus consejos é instrucciones. Con ocasion de visitarle, muchos, enamorados de su santidad, se quedaron á vivir junto á su celda, formándose así una especie de comunidad cuyos individuos vivian en cabañas separadas y se reunian para los ejercicios de piedad bajo la direccion del santo, al cual habian nombrado su abad, sin que pudiesen conseguir que tomase nunca este título. Las incursiones de los sarracenos echaron despues de allí á aquellos solitarios. Nilo se fué al monte Casino; despues pasó diez años en el monasterio de Serperi, situado junto al mar, y al fin se fijó con sus discípulos en Tusculum, donde fundó el monasterio de Gotaferrata, donde murió el dia 26 de setiembre del año 1003, á la edad de noventa y cinco años.

San Eusebio, obispo y confesor.—Gobernó la Iglesia de Bolonia por muchos años, siendo insigne en doctrina y piedad. Asistió á varios concilios, trabajó incesantemente unido con san Ambrosio de Milan, y murió en la paz de Dios por los últimos años del siglo IV.

San Vigilio, obispo.—Despues de haber pasado por todos los grados inferiores de la clerecía, fué consagrado obispo de Brescia. Sus raras cualidades le hicieron amable á Dios y á sus ovejas; y el papa san Leon el Grande, que conocia todo su mérito, cultivó su amistad y le confió varias comisiones importantes. Llenó sus deberes apostólicos con mucha exactitud, y murió santamente cerca del siglo VI.

San Senador, mártir.—A pesar de hallarse este santo en todos los Martirologios antiguos y modernos, ninguno trae mas que su nombre, y solo Pedro de Natal dice que sufrió martirio en Albano, el dia 26 de setiembre.

San Amancio, presbítero y confesor.—Nació y murió en Castelo de Italia durante el siglo VI. Ordenóle de sacerdote san Florido en Perugia, y desde entonces fué su fervoroso apóstol, convirtiendo todos los dias multitud de godos con sus exhortaciones y principalmente con sus milagros. Fué muy eficaz en el socorro de los pobres y de los encarcelados, y de todos cuantos padecian necesidades espirituales y temporales, y habiendo anunciado con anticipacion el dia y la hora de su muerte, descansó dulcemente en el Señor, el dia 26 de setiembre del año 598.

Dia 27.

Los santos hermanos Cosme y Damian, mártires.—Los santos mártires Cosme y Damian fueron hermanos y naturales de Egea, ciudad de Arabia, é hijos de padres cristianos. Siendo niños les faltó su padre. La madre, que se llamaba Teodora, y era mujer de loables costumbres y sierva de Dios, tuvo cuidado de criarlos en su santo temor. Diéronse al estudio de las buenas letras, y especialmente á la medicina, y salieron excelentes médicos, y curaban y sanaban muchos enfermos que parecian incurables, mas por arte divina que humana. No tenian puestos los ojos en interés temporal, ni curaban por dineros, sino por misericordia y puro amor de Dios, en cuya virtud sanaban; y por esto los llamaban «los anargirios» en griego, que es lo mismo que «los sin dinero;» porque no lo tomaban: y así eran amados y respetados de todo el pueblo, por las buenas obras que de los santos hermanos recibia, y su fama volaba por todas partes. Estaba en la ciudad de Egea á esta sazon un procónsul, llamado Lisias, hombre cruelísimo, y por extremo enemigo de cristianos. Tuvo noticia de los dos santos hermanos: mandólos traer á su presencia; y preguntóles, de qué tierra eran, y cómo se llamaban. Respondieron, que eran de la misma provincia de Arabia, y nacidos en la ciudad de Egea, y que se llamaban Cosme y Damian, y que tenian otros tres hermanos, cuyos nombres eran Antimo, Leonico, y Euprepio, y que todos eran cristianos. Prendieron luego los otros hermanos, y procuró el procónsul con todo el artificio que pudo persuadirles que sacrificasen á sus dioses: y viendo que perdia tiempo, los mandó atar de piés y manos, y azotar crudamente, y atormentar con otros tormentos crueles y penosos; y luego, así como estaban atados, echar en el mar. Envió el Señor un ángel en su defensa, el cual los desató y libró, y puso en la ribera. Supo esto Lisias, y atribuyéndolo no á la virtud de Jesucristo (á quien el mar y la tierra obedecen), sino á arte mágica,

los mandó poner en la cárcel, y al otro dia encender una grande hoguera, y echarlos en ella. Estaban los santos en medio de las llamas sin ser quemados, puestos en oracion, y alabando al Señor por la misericordia que con ellos usaba. Salieron de repente las llamas de aquel incendio, y quemaron á muchos de los paganos que allí estaban. Quedó espantado el procónsul, aunque no rendido: mandólos colgar en el ecúleo, y descoyuntar sus sagrados miembros; mas el ángel del Señor los amparó, y salieron de aquel tormento sin lesion alguna, con gran paz y alegría. Estaba Lisias confuso, y no acababa de entender el poder de Dios, y la fuerza y virtud de la religion cristiana; y lleno de furor y enojo, mandó que los atasen en dos cruces, y que allí los apedreasen. Pero ¿qué puede la fuerza del hombre contra el brazo de Dios? Tirábanles piedras, y ninguna llegaba á los mártires, y muchas caian sobre los mismos que las tiraban y sobre los que miraban este espectáculo, y salian descalabrados. El presidente, afirmando que todo esto era hechicería, les mandó asaetear, y las saetas se volvieron á los que las tiraban, sin que alguna llegase á los cuerpos de los santos. Pronunció el juez sentencia de muerte, y que fuesen degollados; y de esta manera los dos santos mártires acabaron gloriosamente sus vidas, y con ellos los otros tres hermanos; y sus cuerpos fueron sepultados por varones religiosos fuera de la ciudad de Egea. Su martirio celebra la Iglesia á 27 de setiembre, y fué el año del Señor de 285, imperando Diocleciano. Los cuerpos de san Cosme y san Damian, se trajeron despues á Roma, y fueron colocados en un solemne templo, que Félix, papa, bisabuelo de san Gregorio el Magno, les edificó, donde hoy dia son reverenciados con gran devocion: y como dice Gregorio Turonense, obraba Dios nuestro Señor muchos y grandes milagros por ellos; y los enfermos que venian á su sepultura, volvian sanos; y otras veces aparecian los santos en sueños á los dolientes, y les decian lo que habian de hacer, y en haciéndolo, quedaban sanos. Entre los enfermos que por las oraciones de estos santos alcanzaron salud, fué uno el emperador Justiniano, que, en memoria del beneficio y salud que habia recibido, les edificó dos templos magníficos y suntuosos. Solian los cristianos ir en romería á la iglesia de San Cosme y San Damian que estaba en Palestina. La vida de estos santos escribió Nicetas, y la refieren Metafraste y el padre Surio, tom. v. Hacen mencion de ellos los Martirologios, romano, el de Beda y Usuardo, y mas copiosamente Adon; y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el segundo tomo de sus Anales. Y en el concilio niceno II, se refieren algunos milagros que hizo el Señor por la intercesion de estos santos, dando salud milagrosamente á los enfermos que se les encomendaban.

* SANTA ELTRUDIS, VÍRGEN. — Esta santa era hija del conde Wiverto, gentilhombre del Poitou. Resuelta á consagrarse á Dios y pasar su vida en la virginidad, rehusó siempre todos los acomodos que su familia le ofrecia en el mundo, y se escapó de la casa de sus padres para sustraerse á contraer un matrimonio que para ella se proyectaba. Habiendo sabido despues que el que se le destinaba para esposo, se habia casado con una hermana suya, volvió Eltrudis á la casa de su padre, que la dejó en adelante en completa libertad. Pidió el velo de religiosa al obispo de Cambray, y se retiró á una celdita junto á la iglesia del monasterio de Liesies que era á la sazon gobernado por un hermano suyo. Bien pronto siguiéronla muchas personas de su sexo que aspiraban á la perfeccion, y reunió una pequeña comunidad. Ocupada tan solo en la oracion y las prácticas de la penitencia, evitaba todo roce con las personas del mundo, y no veia mas que á su hermano que era su director espiritual. Segun Mabillon, murió esta santa por los últimos años del siglo VIII, y fué sepultada en la iglesia de Liesies.

SAN ELEÁZARO, CONFESOR. — Nació el año 1285 en la diócesis de Apt, de la familia de los ilustres condes de Arian, en la Provenza. Apenas salió á luz, su madre á quien llamaban «la buena condesa» le tomó en sus brazos, y le ofreció á Dios, suplicándole que antes le sacase de este mundo, que permitir que aquel hijo que la daba perdiese por la culpa la gracia del bautismo. El niño Eleázaro se mostró desde luego lleno de todos los dones con que previene el Señor á sus elegidos. Apenas habia salido de la infancia, fué entregado á su tio el abad del monasterio de San Víctor, en Marsella, quien cuidó de su educacion. A la edad de diez años era ya un modelo cabal de penitencia, llegando al extremo de que su tio tuviese que mitigar los rigores con que se castigaba. A imitacion del rey Cárlos II, Eleázaro contrajo matrimonio con Delfina de Glandeves, rica y virtuosa, y ambos esposos se obligaron á guardar perpetua castidad. Las austeridades á que ambos se entregaban para mortificarse, casi excedian á las de los antiguos padres del desierto. A la edad de veinte y tres años quedó Eleázaro único heredero del condado y de la inmensa fortuna de su familia, y todos estos bienes los miró siempre como otros tantos medios para socorrer las necesidades del prójimo y promover la gloria de Dios. Su alma estuvo constantemente unida con Dios, y fué admirable en la resignacion y paciencia con que sufrió todas las persecuciones de sus enemigos. En medio de las grandezas y los honores de la tierra vivió como un anacoreta, y para asegurar mejor su eterna salvacion, dejó el mundo para tomar el hábito en la tercera órden de San Francisco, ejemplo que imitó su santa esposa, y despues de haber nombrado á los pobres, herederos suyos universales, murió Eleázaro en París, el dia 27 de setiembre del año 1323.

SAN CAYO, OBISPO Y CONFESOR. — Fué discípulo del apóstol san Bernabé, y deseando ser testigo de los milagros y celestiales instrucciones de los santos apóstoles Pedro y Pablo, se dirigia á Roma, cuando tuvo una vision, estando en camino, en la cual se le manifestó el martirio de los dos príncipes de la Iglesia. Llegó á la capital del mundo y permaneció allí algun tiempo, asis-

tiendo á las reuniones de los cristianos, y trabando estrecha amistad con san Clemente, que despues fué papa. Consagrado obispo de Milan, convirtió á muchos á la fé, y bautizó á los santos Gervasio y Protasio, sacrificados poco despues al furor de los enemigos de la religion. Durante la persecucion de Neron tuvo que sufrir muchos trabajos, que sobrellevó con admirable fortaleza, y al fin murió en paz entre sus ovejas, á fines del siglo I.

San Aderito, obispo y confesor. —Ordenóle de sacerdote san Apolinar, obispo de Ravena al cual sucedió en el obispado, designado por medio de un milagro. Desempeñó el cargo pastoral con incansable zelo y vigilancia, desterró de su diócesis el culto de los ídolos, y murió santamente en Ravena, en el siglo II.

San Florentin y san Hilario, mártires.—Al principio del siglo V entraron los bárbaros en las Galias, y mataron á muchos cristianos á causa de su fé. Entre estos cuéntanse los dos santos de quienes hablamos. Vivian en un pueblo de la diócesis de Autun, el que santificaron con sus virtudes y su dichosa muerte, porque despues de haber sido despojados de todos sus bienes, fueron degollados el dia 27 de setiembre del año 406. Sus reliquias fueron trasladadas á Lyon á mediados del siglo IX, y depositadas en el monasterio de Aisnay, donde obraron gran número de prodigios.

San Marcos, obispo. — Fué discípulo de Jesucristo, y le llama Juan el evangelista san Lucas. Dícese que era pariente de san Bernabé y que fué de los primeros que predicaron el Evangelio á los gentiles. Lo que parece fuera de toda duda es, que fué consagrado obispo de Biblis, ciudad de la Francia, donde murió santamente entre los años 80 y 90 de Jesucristo.

Los santos Adolfo y Juan, mártires.—Nacieron en Sevilla, de nobles padres, y despues fueron los primeros que dieron en Córdoba la vida por Jesucristo. Su padre era moro, y su madre, llamada Artemia, era cristiana, mujer muy celebrada por su virtud y por la gloria de haber tenido tres hijos mártires, los dos de que ahora hablamos y santa Aurea hermana suya. San Eulogio dice que los dos hermanos fueron acusados ante el juez, como lo fué mas de treinta años despues su hermana Aurea, de que, siendo hijos de padre mahometano, habian renegado de su ley y abrazado la fé de Cristo. Confesáronlo ellos en seguida y perseveraron en su propósito sin amedrentarles las amenazas y las promesas grandes que aquellas gentes les hacian. Por esta causa fueron degollados en el reinado de Abderramen II, hácia los años 824 de Jesucristo, y sus cuerpos fueron sepultados en la iglesia de San Ciprian de la misma ciudad de Córdoba.

Santa Epicaris ó Epicárides, mártir. — Estaba casada con un senador romano y vivia en la ciudad de Roma, en tiempo del emperador Diocleciano. A causa de sus obras de caridad, fué mandada comparecer ante el presidente Cesario, que, viendo que no podia vencer su constancia con halagos y promesas, la hizo azotar con cordeles emplomados, despues la hizo colgar cabeza abajo, y en esta penosa actitud estuvo mucho tiempo, hasta que al fin le cortó la cabeza el verdugo, y su alma voló á Dios.

Los santos Fidencio y Terencio, mártires. —Fueron de Capadocia, y habiendo venido desde Siria á Roma en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fueron presos y martirizados en Todi, donde fueron sepultados honoríficamente á expensas de una piadosa mujer, cuyo hijo los dos santos habian curado.

Dia 28.

San Wenceslao, mártir. —El esclarecido duque de Bohemia, y glorioso mártir de Cristo, Wenceslao, fué hijo de Wratislao, cristianísimo y religiosísimo príncipe, y de Draomira, mujer perversa, y muy enemiga de nuestra santa religion. Murió su padre, siendo niño Wenceslao, y una abuela suya, madre de su padre, que se llamaba Ludmila, y era santa matrona, adoptó á Wenceslao, y le tomó para criar á su cargo, temiendo que la madre le habia de pervertir y teñirle de su color. Dió por maestro á Wenceslao á un varon santo, llamado Pablo, para que desde niño le enseñase y le instruyese en el temor santo del Señor: y el mismo padre Wratislao, con este mismo recelo, habia mandado en su testamento, que su madre, y abuela de Wenceslao, le tuviese consigo, y gobernase aquel estado, hasta tanto que el niño creciese y tuviese edad para gobernarle: y así se hizo, quedando á la madre Draomira otro hijo menor, por nombre Boleslao, á quien se dió una provincia llamada Boleslavia, para su sustento y estado. Cada uno de los dos hermanos imitó las costumbres de los que los criaban; porque no se puede fácilmente creer lo que puede la crianza de los niños, y como se les pega en bien y en mal lo que en aquella tierna edad ven y aprenden de sus amas, ayos y maestros, como el ejemplo de estos dos hermanos nos lo enseña; porque Wenceslao imitó las costumbres de su abuela, que eran cristianas y religiosas; y su hermano, las de su madre, que eran viciosas y contrarias á la religion cristiana, de la cual (como dijimos) era capital enemiga: y como tal, ó tan ambiciosa, no obstante lo que Wratislao, su marido, habia mandado en su testamento, tomó por fuerza el estado, y mandó luego que se cerrasen las iglesias de los cristianos: que los sacerdotes no predicasen; ni los maestros enseñasen á sus discípulos, so pena de la cárcel, del destierro y de la muerte. Mudó en Praga los magistrados cristianos, y puso otros idólatras, que maltratasen á los que profesaban la fé de Cristo, y habia en todos ellos gran llanto, gran turbacion y confusion: por lo cual la abuela Ludmila y los otros que bien sentian, fueron de parecer que Wenceslao se encargase del gobierno, para cortar la raiz de aquellos males; y así se hizo. Fué tan grande el odio y aborrecimiento que la nuera concibió contra su suegra, por verla gobernadora de aquel estado, y tan aficionada á las cosas de religion y piedad, que la hizo ahogar, estando en una capilla, con

la misma toca que traia, y matar con este cruel género de muerte. Era esta mujer como una furia infernal, brava contra todos los súbditos, y crueliísima é intolerable contra los cristianos (como habemos dicho), y enemiga de su propio hijo Wenceslao, y deseosa que el hermano menor Boleslao fuese el señor.

2 Era Wenceslao de muy lindo y grave aspecto, vírgen toda su vida, templado en la comida y bebida, devotísimo sobre manera, asistiendo á los oficios divinos de noche y de dia, y de tanta penitencia y virtud, que de noche algunas veces andaba con los piés descalzos sobre la nieve y el hielo, sin sentir la fuerza del frio: y un compañero suyo, yendo bien arropado y calzado, se heló, y poniendo los piés sobre la huella y pisadas de Wenceslao, cobró calor; y despues al dia siguiente se hallaron los piés del santo mozo destilando sangre. Era en el gobierno mas padre benigno y santo príncipe, que señor temporal: porque las noches las gastaba en oracion, y en alabar al Señor, y pedirle luz y fuerzas para hacer bien su oficio; y los dias empleaba en el gobierno, y en amparar y consolar á los pobres, visitándolos, alimentándolos y remediando sus necesidades. Algunos señores comenzaron á tener en poco á Wenceslao, pareciéndoles que su vida era mas de monje humilde, que de príncipe poderoso: y uno de ellos, llamado Radislao, tomó las armas, y se entró por el ducado de Bohemia, robando y destruyendo la tierra, sin querer oir á los embajadores que Wenceslao le enviaba para tratar de paz y concordia. Fué forzado Wenceslao á salir en campo contra su enemigo: y temiendo que, si venian á batalla, se derramaria mucha sangre, y los inocentes padecerian; para excusar tan gran mal, ofreció á su enemigo de hacer campo y pelear cuerpo á cuerpo con él. Admitió el partido Radislao, y armóse de todas armas de piés á cabeza, y salió al campo en bravo caballo, con su lanza; y Wenceslao, vestido con sola una loriga sobre el cilicio, y con una pequeña espada, se puso de la otra parte, estando los dos ejércitos á la mira. Al tiempo del arremeter, Wenceslao se armó con la señal de la cruz, y el contrario enristró la lanza para herirle: mas súbitamente vió dos ángeles en favor de Wenceslao, y oyó una voz, que le decia: No le hieras; y quedó tan espantado y atónito, que se echó del caballo á los piés de Wenceslao, y le pidió perdon, conociendo que Dios peleaba por él; y el buen Wenceslao le levantó del suelo y le perdonó.

3 Otra vez, habiendo el emperador Oton, I de este nombre, mandado juntar los príncipes del imperio en Vormacia, para tratar algunos negocios graves en la Dieta imperial, fué llamado entre los otros Wenceslao, duque de Bohemia, como príncipe del imperio. Un dia, por haber el sacerdote tardado á decir la misa solemne que oia Wenceslao, vino tarde á la junta de los príncipes: y ellos, sospechando que aquella tardanza nacia de soberbia y vanidad, determinaron no levantarse de sus sillas, ni hacerle cortesía cuando viniese, y lo mismo persuadieron al emperador. Al tiempo que Wenceslao entró en la sala, donde estaba el mismo emperador, vió dos ángeles que delante iban de él y le acompañaban: y asombrado, se levantó de su trono imperial, y le salió á recibir, y le hizo acatamiento, y le mandó sentar cabe sí, quedando los otros príncipes, maravillados por ver lo que el emperador hacia con Wenceslao, y no saber la causa; pero cuando el emperador se la dijo, todos conocieron su culpa y le pidieron perdon. Quedó de esta vez tan aficionado el emperador á la modestia y santidad de Wenceslao, que le dijo que le pidiese cualquiera cosa que quisiese; porque de muy buena gana se la concederia. Pensó el emperador que habia de pedir algunas mercedes de cosas grandes y ricas del siglo; mas Wenceslao solamente le pidió el brazo de san Vito, mártir, que de Francia habia sido trasladado á Corbeya de Sajonia, en tiempo del emperador Ludovico Pio; y tambien las reliquias de san Sigismundo, rey de Borgoña. El emperador le concedió lo que pidió como un precioso y santo tesoro, y le dió otros dones magníficos, y entre ellos título de rey, y sus armas imperiales, y le libró de cualquier pecho ó tributo. Mas el santo duque lo que mas estimó, fueron las reliquias de los santos: y llegado á Praga, mandó edificar una suntuosa iglesia, que despues fué catedral, y dedicarla á san Vito, y colocar en ella su brazo, que el emperador le habia dado, y trasladar á ella el cuerpo de la santa abuela Ludmila: el cual al cabo de tres años que habia sido enterrado, se halló entero, y despidiendo un olor suavísimo de sí: y fué tanta la humildad de Wenceslao, que nunca se quiso coronar ni llamarse rey; aunque el emperador y los otros príncipes en sus cartas lo llamaban. Con estas obras, y con las maravillas que Dios obraba con él y por él, vino Wenceslao á ser muy famoso príncipe, y estimado y amado de todos, fuera de su misma madre y hermano, que eran los que mas le debian amar y estimar. Mas como en la religion y en las costumbres eran tan desemejantes, no se puede creer la rabia que contra el santo rey tenian, y lo que con sus buenas obras y amor del pueblo, y estima y honra de los príncipes, como con un viento recio crecian las llamas que á Draomira y Boleslao abrasaban contra él. Entendiólo el santo rey: y como de suyo era blando, manso y menospreciador de todas las grandezas del siglo, tuvo deseo de dejarlas y renunciar el ducado de Bohemia y hacerse monje; y tratando él de esto, fué tanto lo que aquel gusano de la envidia y odio royó las entrañas de su madre y hermano, que determinaron no aguardar que cumpliese su deseo, sino luego darle la muerte, y de una vez acabar con él; porque no podian sufrir (siendo estos idólatras) que Wenceslao sirviese á los sacerdotes en la misa, ni los visitase en su casa, y les proveyese de las cosas necesarias, y que muchas noches se fuese descalzo al templo para oir los maitines, y velar en oracion; y mucho menos, que fuese tan grande su devocion para con el sacrosanto Sacramento del altar, que él mismo sembraba, cogia y trillaba el trigo de que se habian de hacer las hostias, y las hacia por sus

manos: que todo era contrario á la impiedad y torpeza con que ellos vivian. Para ejecutar, pues, la maldad que habian tramado, tomaron esta ocasion. Nació á Boleslao un hijo que habia de suceder en los estados de los dos hermanos: y queriéndole hacer fiesta y regocijar aquel nacimiento, convidaron á Wenceslao, y rogáronle que se fuese á la provincia de Boleslavia donde ellos estaban; y el santo mozo se confesó muy despacio, y comulgó, y despues se puso en camino para ver á su madre y hermano, no sin recelo de lo que le habia de sucoder. Salióle el hermano á recibir con gran cortesía y disimulacion: entró en la casa do su hermano: aparejóse un solemne convite; sentáronse á la mesa la madre y los dos hermanos: y como la cena se alargase mucho, levantóse Wenceslao de la mesa muy de noche, y fuése al templo, por guardar su buena costumbre y hacer su acostumbrada oracion al Señor. La cruel madre se embraveció con esto, y encendió mas á Boleslao, para que luego matase á su hermano. Fué armado de hierro y de impiedad al templo con gente: halló á su santo hermano desarmado y orando, y allí lo mató por su mano, y le hizo mártir de nuestro Señor Jesucristo. La misma noche el rey de Dinamarca, estando tan lejos de Bohemia, tuvo en sueños una revelacion, en que le mandaba Dios que celebrase la memoria de Wenceslao, duque de Bohemia, que habia sido martirizado por manos de su hermano, y que le honrase como á santo; y así lo hizo el rey de Dinamarca, mandando edificar un templo, y dedicarle á san Wenceslao, por el cual obró Dios nuestro Señor muchos y grandes milagros; y la triste y desventurada Draomira, estando en la parte de la ciudad, que llaman el Castillo de Praga, se abrió la tierra y la tragó; y los que acompañaron á Boleslao en aquel maleficio, ó perdieron el seso, y furiosos y fuera de sí se despeñaron, ó se mataron con las mismas espadas que habian desenvainado contra el santo: y la pared de aquel templo, donde mataron á Wenceslao, quedó bañada con su sangre, de tal manera, que nunca la pudieron lavar. Boleslao ejercitó tiránicamente el señorío, que tiránicamente habia usurpado, y comenzó á perseguir á los cristianos, y á todos los que habian sido criados ó amigos de Wenceslao; mas viendo que á su sepulcro los ciegos veian, los sordos oian, los cojos y mancos cobraban piés y manos, se deshacia de rabia: y para quitar al hermano, que él habia muerto, aquella honra, mandó que de noche secretamente se llevase el cuerpo de Wenceslao á Praga, y se colocase en el mismo sepulcro de san Vito, sin que nadie lo entendiese, para que los milagros que allí Dios obrase, no se atribuyesen á Wenceslao, sino á san Vito. Pero ¿qué puede contra Dios y contra la verdad la malicia humana? Los caballos del coche, en que iba el santo cuerpo, se pararon en un lugar, y se quedaron inmóbiles, hasta que vino el dia y se descubrió la maraña, y se conoció la maldad y embuste de Boleslao: el cual murió consumido de enfermedades.

4 La vida de san Wenceslao escribió Eneas Silvio, que despues fué papa Pio II, en la Historia de Bohemia, cap. 14 y 15; y mas largamente Juan Dubra, obispo de Olmutz, en su Historia de Bohemia, lib. IV y V, y se refiere en el V tomo de Surio. Tambien la describió antes Lorenzo, monje de Monte Casino; y el Martirologio romano, y el de Adon hacen mencion do él á los 28 de setiembre, y el breviario de Polonia, y Wiltchindo, sajon, lib. II.

EL BEATO SIMON DE ROJAS, CONFESOR.—El beato Simon de Rojas, ilustre ornamento de la sagrada órden de la Santísima Trinidad, nació en la ciudad de Valladolid, en Castilla la Vieja, á 28 de octubre de 1552. Sus padres fueron Gregorio Ruiz de Nabamuel, y Constanza de Rojas, ambos ilustres, así por la nobleza de su sangre, como por su singular piedad. No pronunció palabra alguna este bendito niño hasta los catorce meses de nacido, y entonces las primeras palabras que articuló fueron Ave María. Con este extraordinario y maravilloso suceso parece que quiso manifestar el cielo, que este santo niño era singularmente elegido de Dios para excitar á los fieles á venerar y obsequiar á María santísima, y para promover en la Iglesia el culto de su dulcísimo nombre. En efecto, tuvo el siervo de Dios tan profundamente grabado en su corazon este santísimo nombre de María, y fué tan tiernamente enamorado de esta Reina celestial, que trabajó siempre con un zelo incansable en promover su culto y veneracion, y aquellas palabras Ave María, con que empezó á hablar, las repitió con tanta frecuencia en todos sus discursos y conversaciones en todo el tiempo de su vida, que jamás se le caian de la boca.

2 Tuvieron sus padres mucho cuidado de criar este hijo en la cristiana piedad, y él correspondió tan bien á su trabajo, que conservó hasta la muerte pura y limpia la inocencia y la gracia del santo bautismo, sin mancharla jamás con ningun pecado grave. Cuando tuvo la edad competente, le enviaron á la escuela, donde con su vivo ingenio y constante aplicacion, aprendió en poco tiempo á leer, escribir, contar, la gramática y la retórica. Todos celebraban el grande talento y singulares virtudes de este bendito niño; pero él, menospreciando los aplausos y las lisonjas de este mundo, no pensó sino en abandonarle, abrazando el estado religioso. No tenia mas que unos doce á trece años, cuando recibió el hábito de religioso trinitario en el convento que esta sagrada religion tiene en la misma ciudad de Valladolid, donde vivió con indecible contento de su alma, y no menor edificacion de los religiosos de aquel monasterio, que quedaban admirados de las muchas virtudes que advertian en el santo novicio, y daban gracias al Señor que le hubiese traido á su casa para lustre de toda la órden. Hizo á su tiempo la profesion con aquella devocion y fervor que se deja discurrir; y despues le enviaron sus superiores á Salamanca para estudiar la filosofía y teología en aquella célebre universidad. Estudió el santo mancebo con mucho cuidado estas facultades; pero su incesante aplicacion al estudio nada entibió el fervor de su devocion; porque estudió con el fin que debia, esto es, para saber sus obligaciones,

y enseñar al prójimo las suyas. Cuando tuvo la edad prescrita por los sagrados cánones, recibió las órdenes sagradas hasta el sacerdocio, y como tenia tan grande devocion á la Vírgen santísima, pidió y consiguió de sus superiores licencia para ir á decir la primera misa en el convento de las Virtudes, que es un monasterio de su órden, solitario, situado en Castilla la Vieja, donde se venera con singular concurso de los pueblos vecinos una devota imágen de la santísima Vírgen. En el altar donde está colocada esta devota imágen, dijo el siervo de Dios la primera misa con extraordinario fervor de espíritu, y despues que se hubo detenido algunos dias en este santuario para satisfacer á su tierna devocion, volvió á Salamanca á proseguir sus estudios, y cuando los hubo concluido, regresó á su convento de Valladolid.

3 En el año 1579 los superiores le mandaron pasar al convento de Toledo, para enseñar la filosofía á los jóvenes religiosos. Enseñó el siervo de Dios seis años esta facultad, procurando con increible diligencia instruir á sus discípulos, no solo en esta ciencia, sino principalmente en la ciencia de los santos, inspirando en su tierno espíritu las virtudes religiosas; y bendijo el Señor de tal modo sus piadosas industrias, que tuvo varios discípulos muy aventajados en virtud y letras, que fueron despues honor y lustre de toda la órden; y entre ellos el P. M. Fr. Luis Petit, general de la religion; el maestro Reinoso, que murió obispo de la Nueva Segovia; el maestro fray Fernando Nuñez, obispo de Nicaragua; el maestro Villarroel, predicador de la serenísima infanta Clara Eugenia, en Flandes; el maestro Damian Lopez de Haro, obispo de Puerto Rico; el maestro Monroi, que murió en Argel por la fé de Cristo y rescate de sus hermanos; y finalmente fué tambien su discípulo el venerable P. Fr. Juan Bautista Rico, nombrado de la Concepcion, cuando á mayor gloria de la santísima Trinidad erigió la descalcez trinitaria, cuya beatificacion se está solicitando en la santa sede. Concluido el segundo curso de filosofía, prosiguió su carrera literaria, leyendo teología en el mismo convento, hasta que concluyó el tiempo señalado por las leyes de la religion; entonces se dedicó á oir las confesiones de los fieles, y á predicar la palabra de Dios, que anunciaba en un modo fácil y acomodado á la capacidad de los oyentes; pero con un espíritu tan conmovido y penetrado de las verdades que enseñaba, que no podia contener las lágrimas, y era su llanto mas copioso cuando trataba de los misterios de Cristo, ó de las virtudes, excelencias, glorias y privilegios de la Vírgen santísima. Predicando con este espíritu conmovia maravillosamente á sus oyentes, les enternecia y persuadia lo que queria. Luego se esparció por todas partes la fama de este varon apostólico; por lo que eran innumerables los que acudian á él, los unos para confesarse y emprender una vida devota bajo su direccion, otros para consultarle sus dudas en casos difíciles y enmarañados: los enfermos tambien le llamaban, ó para que les confesase, ó para que imposiese sus manos sobre ellos, y les dijese los evangelios; el siervo de Dios á todos asistia y consolaba, sacrificando su comodidad, su reposo y su salud, á beneficio de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo.

4 Una virtud tan eminente se ganó desde luego el amor y el respeto de los religiosos de su órden; por lo que, muchos conventos que deseaban conservarse en la rígida observancia, deseaban tenerle por superior, esperando que, bajo el gobierno de un prelado tan santo, se aumentaria en ellos el fervor y la devocion. El primer convento que le eligió por su ministro, fué el de la villa de Cuellar. Procuró el siervo de Dios eximirse de este cargo que se le queria imponer, porque deseaba obedecer y no mandar; pero los superiores le mandaron aceptarle por virtud de santa obediencia; por lo que le fué forzoso inclinar la cabeza al yugo del precepto y aceptar el oficio; el cual desempeñó tan perfectamente, que sucesivamente le eligieron para el mismo oficio varios conventos; de suerte, que pasó lo restante de su dilatada vida en los oficios de gobierno de la religion, habiendo sido ministro de varios conventos, visitador de varias provincias, y finalmente provincial de su provincia de Castilla. En efecto, no se podia desear prelado mas digno que el beato Simon; en los conventos que gobernaba como ministro, hallaban los religiosos en su prelado un padre de familias, benigno, vigilante, próvido, prudente, justo y religioso. No mandaba, sino lo que él mismo ejecutaba: observaba con exactitud todas las reglas y estatutos de la religion, por mínimas que fuesen: jamás faltaba al coro, ni á acto alguno de la comunidad, sino compelido de la necesidad ó de la caridad: no salia de la celda, sino le sacaban de ella la caridad ó las obligaciones de su oficio: observaba un profundo silencio, como persona que estaba interiormente recogida con Dios nuestro Señor: era tan modesto y circunspecto en todas sus acciones, que causaba á todos suma edificacion, y llevaba á mas de esto una vida muy austera y penitente: su abstinencia era singular: desde muy jóven ayunó á pan y agua tres dias en la semana, durante la cuaresma y el adviento, y en las vigilias de las fiestas principales y de los santos de su devocion: en los demás dias no comia sino yerbas y legumbres, á que á veces añadia algun huevo, absteniéndose siempre de carne: jamás se desnudaba el hábito; porque decia: El santo hábito que vestimos, á los delincuentes se lo quitan, y solo los apóstatas lo dejan: y así ni en la cama ni fuera de ella, jamás le vieron desnudo de su hábito. Cuando necesitaba dar algun descanso á su cuerpo, lo tomaba echándose vestido en el suelo, donde dormia dos ó tres horas antes de los maitines, á los cuales acudia siempre, y despues de haberlos cantado, pasaba lo restante de la noche en oracion y otros ejercicios devotos.

5 La mañana la empleaba en oir las confesiones de los fieles, y en celebrar el santo sacrificio de la misa; en cuya accion se encendia tanto su afecto, que sus ojos eran dos fuentes perennes de lágrimas, singularmente despues de la consagra-

cion hasta despues de la sumcion. Predicaba con mucha frecuencia la palabra de Dios, asistia á los enfermos, recogia limosnas para la redencion de los cristianos cautivos, cuyos trabajos le traspasaban el corazon; y socorria á todo género de pobres: á las viudas, á los huérfanos, á los ancianos, y á todos los mendigos que acudian en mucho número á la portería del convento á buscar la comida que el santo ministro les daba todos los dias, previniendo á este fin una olla competente, cuidando con increible solicitud de buscar lo que se necesitaba para un gasto tan crecido. Sobre todo, relucia en nuestro beato una perfectísima observancia de los votos de la religion. Su castidad era verdaderamente angélica y libre de toda molestia y tentacion. Esta fué una gracia muy particular que alcanzó de Dios nuestro Señor por intercesion de la Vírgen santísima; porque, hallándose el santo religioso en su juventud muy molestado de tentaciones sensuales, suplicó con mucho fervor á la Reina del cielo le librase de este importuno y doméstico enemigo, á fin de que, sin recelo de manchar su pureza, pudiese acudir al socorro de las necesidades espirituales de sus prójimos; acompañó la oracion con la mortificacion, afligiendo su carne con cilicios, disciplinas y otras asperezas; y estando un dia en elevada contemplacion, le pareció que le apretaban en la cintura una cuerda ó cíngulo, con lo que quedó libre en lo restante de su vida de esta peligrosa tentacion; y no obstante que alcanzó esta singularísima gracia en su juventud, fué extraordinario el recato y cautela con que trataba las personas de otro sexo; no iba á su casa sino cuando estaban enfermas, ó padecian otras necesidades que pedian su personal asistencia; las palabras que entonces usaba con ellas, eran contadas, evitando las superfluas; y esta misma conducta observaba con sus hijas espirituales, y la misma aconsejaba á los confesores. Su obediencia no conocia límites, obedeciendo prontamente á sus superiores en todo lo que le mandaban, no teniendo otra voluntad que la suya. Esta virtud fué la que le obligó á aceptar los oficios y empleos honrosos que se le confiaron, y á vencer todas las repugnancias que en esto sentia su humildad. El religiosísimo Felipe III así lo conceptuaba; por lo que, diciéndole los superiores de la órden, que el medio de tener cerca de su persona al padre Rojas, como deseaba, era el de conferirle algunos empleos de palacio; replicó el devoto monarca: el medio único de conseguir esto del padre Rojas, es el de que se lo manden sus superiores. Su pobreza era asombrosa; no tenia sino un hábito viejo y roto, y una túnica interior de estameña; cuando debia lavar el hábito, tenia que pedir otro prestado, y á este fin solia acudir á los novicios; no usaba la camisa de lino, sino cuando padecia alguna enfermedad, y entonces, obligado de la obediencia; si le importunaban que dejase el hábito por ser sobrado viejo y roto, decia con gracia especial, que no hay mejor amigo que el mas viejo, y que como habia dias que trataba aquella ropa, la tenia cariño y no queria desprenderse de ella. En su celda no tenia sino un lecho pobrísimo, una arca de madera que valdria ocho reales, dos sillas para acomodar á las personas que le visitaban, algunas estampas, una cruz, y dos ó tres libros. Para componer sus sermones acudia á la biblioteca del convento, y decia que en una comunidad todas las cosas debian ser comunes, hasta los libros. Siendo tan pobre para socorrer sus propias necesidades, era riquísimo para remediar las ajenas: era muy grande, como se ha dicho, el número de los pobres que acudian al beato Simon á buscar algun socorro en su miseria, y el siervo de Dios á todos favorecia con las limosnas que con indecible solicitud recogia á este fin de personas ricas y piadosas.

6 Con esta vida tan santa y perfecta fué increible el fruto que hizo en los conventos que gobernó, esmerándose los religiosos en imitar las virtuosas acciones de su santo prelado. Hallándose ministro del convento de Ciudad Rodrigo, asistió al capítulo provincial que celebró la religion en Talavera, y en él quiso el provincial premiarle su mucho mérito, confiriéndole el grado de maestro. Rehusó el humilde Simon este honor, pero el prelado le mandó aceptarle. Una virtud tan extraordinaria llegó á noticia del religioso monarca Felipe III, el cual, deseoso de tener cerca de su real persona un varon tan santo y alumbrado de Dios, para oir su parecer en los asuntos mas graves que ocurriesen en su monarquía, hizo insinuar á los superiores, que seria de su real agrado que el padre Simon de Rojas viviese en la corte; con esto los superiores mandaron á nuestro beato pasase á vivir al convento de Madrid, y en cumplimiento de este precepto pasó el siervo de Dios á vivir en la corte pasado el año de 1600, y en ella permaneció casi de continuo todo el resto de su vida. En este convento prosiguió el beato en llevar la misma vida austera y penitente, y aplicada á procurar el bien espiritual y temporal de sus prójimos, que habia llevado hasta entonces; predicaba con mucha frecuencia la palabra de Dios, y en el convento de religiosas de San Francisco predicó todos los sábados doce años continuos; oia todos los dias las confesiones de los fieles; visitaba las cárceles; consolaba los presos, los socorria con limosnas y se interesaba á su favor con los jueces; acudia á los enfermos, les hacia las camas, y los servia hasta en los ministerios mas bajos y fastidiosos; los enfermos de las casas particulares le llamaban continuamente, ya para confesarse con él, ya para que les dijese los evangelios; pues la experiencia enseñaba que muchos por este medio alcanzaban la salud; y el beato, aunque se hallaba cargado de años y exhausto de fuerzas, á todos acudia y á todos consolaba con entrañas de amoroso padre; procuraba que cada dia en la hora de medio dia se diese de comer en la portería del convento y en los claustros á los pobres que la pidiesen, conforme lo habia practicado en todos los conventos en que habia vivido, y aunque acudian á centenares, jamás les faltó su refeccion, trabajando el beato con incansable desvelo en buscar las limosnas que para este gasto eran menester; y cuando faltaba el so-

corro humano le favorecia el Señor con manifiestos prodigios, para que no faltase la comida á los pobres, y quedase su siervo consolado y contento; porque era tan grande el consuelo que sentia en preparar él mismo la olla de los pobres, y en repartirles á medio dia por sus propias manos la comida, que decia que engordaba con verlos comer y saciarse.

7 A estos trabajos de la vida activa añadia el beato una penitencia asombrosa; porque despues de cantados los maitines de media noche, bajaba al claustro del convento, y allí procuraba imitar al Redentor, y repetir en su persona los tormentos de la pasion sagrada: se hacia atar á una coluna, y cubrir de azotes en memoria de los que en ella habia recibido su Redentor; cargaba sobre sus espaldas una pesada cruz; se hacia poner en la cabeza una corona de penetrantes espinas, que le lastimaban de tal modo, que la sangre le corria por el rostro; se ponia una soga al cuello, mandando á un religioso le tirase de ella; y con las rodillas desnudas por el suelo andaba las estaciones por el claustro contemplando los pasos dolorosos del Señor, representados en los cuadros que adornaban las paredes; y para concluir la dolorosa representacion de tantas angustias y misterios, se extendia sobre la cruz, se hacia atar en ella, y levantándola, permanecia por espacio de dos horas hecho un vivo retrato de nuestro Redentor; era tan amante de este ejercicio, que ni empleo ni incomodidad pudieron jamás apartarle de él.

8 Estas penitencias superiores á las fuerzas humanas debieran acabar la vida á un hombre tan anciano y exhausto de fuerzas como el beato, pero el Señor que le inspiraba aquellos extraordinarios rigores, le conservaba de tal modo la salud y las fuerzas, que por la mañana se hallaba ágil y robusto, para atender á las obras de caridad, como si hubiese pasado la noche en el mas apacible sueño.

9 Tan heróicas virtudes, unidas á los dones sobrenaturales de profecía, de discrecion de espíritus, de penetracion de los corazones, y de obrar cosas prodigiosas, con que Dios enriqueció á su siervo, le ganaron el respeto y el cariño de los soberanos, y de toda la corte. Felipe III, y la reina doña Margarita, su esposa, le veneraban y respetaban como á santo; se confesaban estos piadosos reyes varias veces con el beato, le comunicaban todo su interior, y en los sucesos adversos que ocurrian, el beato era todo su consuelo. Felipe III, tenia tanta confianza con el siervo de Dios, que no queria resolver cosa alguna de importancia sin su consejo; de aquí es, que cuando transfirió su corte á Valladolid, quiso que pasase á vivir allí tambien el beato, á quien veneraba de tal modo, que cuando pasaba de su cuarto al de la reina, el mismo soberano le acompañaba y abria la cortina de la puerta: una vez le visitó en su celda, acompañado de los señores infantes sus hijos, edificándose mucho de verla tan pobre y desnuda de adornos, y quiso asistir tambien á la comida que en los claustros del convento daba el beato todos los dias á los pobres soldados inválidos, y á otros, que habiendo acudido á la corte á solicitar el premio de los servicios que habian hecho á la corona, peleando contra los moros en Africa, ó contra los herejes en Flandes, no tenian con qué subsistir, y quedó el monarca edificado de la caridad del siervo de Dios, y del zelo con que se interesaba para todo lo tocante al real servicio, y al bien de la corona. Creció aun mas la veneracion del rey hácia el beato, con el suceso maravilloso que acaeció en la última enfermedad que tuvo la reina doña Margarita, su esposa; porque, habiendo sido acometida, de resultas de un parto peligroso, de un mortal parasismo, se hallaba el rey inconsolable, por ver morir de improviso á la reina sin recibir los santos sacramentos; en este triste lance envió á llamar al beato, con quien se consolaba en todos los sucesos adversos, y así que llegó al palacio, le dijo el rey: Vea V. R. como se muere la reina sin remedio, y sin recibir los santos sacramentos, que es lo que mas siento. El beato le consoló, y pasando sin detenerse al cuarto de la enferma, así que llegó á él, dijo en voz alta: Ave María, ¿qué es esto, señora? A estas voces la reina, que hasta entonces habia estado como muerta, y sin dar señal alguna de vida, como si resucitara, respondió al momento: *Gratia plena*, padre Rojas: y cobrando todos sus sentidos, se confesó con toda quietud, recibió despues con mucha devocion el santísimo Sacramento, y la extremauncion, y despues, asistiendo siempre á su lado el beato, entregó plácidamente su alma en manos de su Criador, con increible consuelo del rey y de toda la corte.

10 Quiso este piadoso monarca premiar el mérito y las virtudes del beato Simon, nombrándole primero para el obispado de Jaen, y despues para el de Valladolid, su patria; pero el siervo de Dios rehusó constantemente admitir este honor, y el rey, que conocia cuán solida y profunda era su humildad, le dejó en paz, sin molestarle mas sobre este asunto; pero aunque el beato se libró del peso del obispado, no pudo librarse del cargo de preceptor y de ayo de los señores infantes, que le dió el mismo Felipe III, en el año 1621, cuando pasó á Portugal. Este cargo de tanto honor no retuvo sino un año nuestro Simon, porque habiéndole en el año siguiente nombrado la religion provincial de Castilla, renunció con este motivo los empleos de preceptor y ayo de los señores infantes.

11 Habiendo en este año de 1622 fallecido Felipe III, asistido hasta el último aliento por nuestro beato, Felipe IV, su hijo, que le sucedió en la monarquía, tuvo el mismo amor y la misma confianza con el padre Rojas que su padre; por lo que le nombró confesor de la reina doña Isabel de Borbon, su augusta esposa, el cual honor admitió el beato con las condiciones siguientes: la primera, que S. M. le permitiese continuar las visitas de las cárceles, de los hospitales, y de los que se hallaban enfermos en las casas particulares, y proseguir con estos pobrecitos todos los oficios de caridad que habia practicado con ellos hasta entonces: la segunda, que no disfrutaria de los hono-

res y distinciones con que se suelen condecorar los confesores de las reinas de España, y en consecuencia que no usaria de coche, ni se le daria el título de reverendísimo, sino el de Fr. Simon: y la tercera, que no gozaria de la pension señalada á los confesores: pero insistiendo la reina en que queria que tomase la pension, le dijo el beato, que la tomaria no como pension, sino como una limosna que S. M. le daba para que la distribuyese entre los pobres, á lo que hubo de consentir S. M. Con esto iba el beato á pié á palacio vestido pobrísimamente, y á veces por no tener capa, pedíala prestada á otro. Mas cuanto el beato mas se humillaba y abatia, tanto mas los soberanos le veneraban y amaban; pero el beato nunca se valió de la grande confianza que tenian con él los soberanos para favorecer á su hermano, á sus sobrinos y á otros parientes, á favor de los cuales jamás pronunció en el palacio una sola palabra, ni les procuró ventaja alguna temporal: tampoco se valió de esta autoridad para alcanzar distinciones y honores temporales á favor de su religion; jamás pidió á sus majestades que le diesen cosa alguna para proseguir las obras y reparos que hizo en el convento de Madrid; porque recelaba tocar en el tesoro público, temiendo que, faltando despues lo necesario para las urgencias del estado, no se viese el rey precisado á cargar á sus vasallos con nuevas imposiciones. Solo se valió del favor de los soberanos para promover el culto de María santísima; porque, habiendo fundado en la corte el siervo de Dios la congregacion del Ave María, deseoso de establecerla con firmeza, suplicó á S. M. se alistase en ella por hermano, junto con los señores infantes, lo que ejecutó el rey con mucho gusto por el amor que le tenia, y este ejemplo de piedad han continuado hasta el presente sus sucesores; por lo que ha permanecido firme esta piadosa fundacion. Tambien se valió del favor de los reyes para promover el culto del santísimo nombre de María; pues deseando el beato que su santidad concediese licencia á los religiosos de su órden para rezar de este dulcísimo nombre de María, creyó que esta licencia la conseguiria mas fácilmente, si se pidiese en nombre de S. M., por lo que suplicó al rey mandase á su embajador que tenia en la corte de Roma, la pidiese en su real nombre, y habiéndose todo ejecutado en esta conformidad, su santidad la concedió con mucho gusto; la cual licencia se fué despues extendiendo, hasta que por último Inocencio XI, en memoria de la gloriosa victoria que los cristianos con el patrocinio de la Virgen santísima consiguieron de los turcos, que sitiaban la ciudad de Viena, capital de los estados de la casa de Austria, mandó rezar en toda la Iglesia católica de este dulcísimo nombre, en la segunda dominica de setiembre; de este modo ha manifestado el Señor cuán agradable le era la devocion que el beato tenia al santísimo nombre de María.

12 Ya habia llegado el tiempo en que Dios queria premiar á su fiel siervo con la posesion de su gloria: se hallaba ya el beato Simon en la adelantada edad de setenta y dos años, cuando, gozando de perfecta salud, procuró ajustar cuentas con los acreedores que le habia atraido su caridad; despidióse de la reina, de las damas de palacio, de sus hijas espirituales, y de sus hermanos los religiosos, diciendo á todos que se despedia porque tenia que hacer en breve un largo viaje; nadie tuvo la curiosidad de preguntarle qué viaje era este, y nadie sospechó que hablase el beato de su tránsito á la eternidad. Mas á últimos del mes de setiembre fué el siervo de Dios asaltado de un accidente tan fuerte de apoplejía, que le privó del uso de los sentidos, y le redujo á los últimos extremos: apenas se divulgó por la corte el mortal accidente que habia acometido al siervo de Dios, cuando todos acudieron á su celda. Los grandes, los títulos, los obispos, los caballeros ilustres, los religiosos graves estaban arrodillados al rededor de su pobre cama, le besaban las manos y los piés, le aclamaban por santo, y querian ser herederos de sus pobres alhajas para tenerlas por reliquias; entre tanto los médicos de cámara que le envió la reina, á la primera noticia que tuvo de este accidente, procuraban con varios remedios restituirle el uso de los sentidos, pero todos fueron inútiles; pues el beato padre, á las treinta horas de padecer el accidente, entregó su bendita alma al Criador, que para tanta gloria suya, para salud de tantas almas, y remedio de tantas necesidades la habia criado. Entonces la reina, las damas, y aquellos de quien se habia despedido el beato Simon para un viaje que debia hacer muy en breve, entendieron que les habia hablado del viaje á la eternidad, y nadie dudó de que habria tenido de su próximo tránsito una expresa revelacion de Dios nuestro Señor.

13 Luego que el pueblo tuvo noticia de la muerte del beato, todo conmovido acudió al convento á venerar sus reliquias: el ímpetu de la devocion derribó las puertas del claustro y de la celda, el convento estuvo como inundado de gentes, de suerte que no habia lugar para pasar de una parte á otra: la misma devocion del pueblo impidió el poner el cadáver con la decencia que convenia en el féretro, y llevarle á la sala capitular, hasta muy entrada la noche en que se retiró el concurso. En la mañana los prelados de las religiones y los religiosos mas distinguidos llevaron á la iglesia el venerable cadáver para hacerle las exequias, que fueron solemnísimas: cantó la misa el patriarca de las Indias, asistido de sus capellanes y de la música de la capilla real; y en los doce dias inmediatos á su entierro se le hicieron solemnes honras en la misma iglesia del convento por las comunidades religiosas de la corte, teniendo cada una su dia.

14 Beatificó al siervo de Dios el papa Clemente XIII, en el año 1766, habiendo antes aprobado al dicho fin los dos milagros siguientes.

15 El primero sucedió á 12 de febrero de 1736 con doña María Josefa de Torquemada: padecia esta señora en el pecho izquierdo unas llagas malignas, que la causaban un dolor inexplicable, y le iban consumiendo el pecho. En el largo espacio de muchos meses que padeció este mal, se aplicó va-

rios remedios para curarse, pero todos fueron inútiles, porque las llagas iban creciendo en el número y en la extension. Por consejo de una hermana suya, en el dia 12 del referido mes de febrero, al tiempo que se puso en la cama, arrojando los emplastos, se aplicó sobre el pecho llagado una estampa del beato Simon, é implorando su patrocinio, quedóse dormida, y cuando despertó se halló sin dolores y con el pecho enteramente sano y sin señal alguna del precedente mal.

16 El segundo sucedió con doña Josefa Ribero, la cual padecia doce años habia un aneurisma debajo de la rodilla de la pierna derecha; todos los facultativos declararon incurable esta enfermedad; entonces la enferma acudió con mucho fervor al patrocinio del beato Simon, rogándole la alcanzase la salud; con esto se quedó dormida, y al despertarse se halló perfectamente curada.

* San Máximo, mártir.—Era natural y vivia en Asia, en tiempo del emperador Decio. Acusado por ser cristiano, sufrió varios y dolorosos suplicios, y al fin recibió el premio de su confesion, siendo degollado, el año 151.

Santa Lioba, vírgen.—Nació en el país de los sajones occidentales, de padres ya ancianos, nobles y virtuosos, que la ofrecieron á Dios así que hubo nacido. Despues de una educacion enteramente perfecta, entró en el monasterio de Vimburn, y en él tomó el velo de religiosa. Hizo extraordinarios progresos en la ciencia de la salvacion. San Bonifacio de Maguncia, pariente de la santa, que conocia todo su mérito, suplicó encarecidamente á la abadesa y al obispo que le enviasen la ilustre religiosa con algunas compañeras, y habiendo accedido, Lioba fué efectivamente á Alemania, y fundó allí varios monasterios, quedándose ella en uno, á dos leguas de Maguncia. Su vida era penitente y mortificada, y llena del espíritu de Dios. Carlo Magno la veneraba y estimaba mucho, y su esposa Hildegarda la hizo ir á Aix-la-Chapelle, para consultarla acerca de muchos asuntos importantes. Lioba se resistió siempre á las solicitaciones que se le hicieron para que se quedase en la corte, y estando en su monasterio, murió santamente el año 779. Fué enterrada en Fulda, y su sepulcro fué glorioso en milagros.

San Exuperio, obispo y confesor.—Segun la opinion mas comun, nació este santo en Aquitania, y fué consagrado obispo de Tolosa despues de la muerte de san Silvio. San Gerónimo, que estaba con él en correspondencia epistolar, habla siempre con elogio de sus cualidades, y alaba principalmente su caridad para con los pobres. «Sufre, dice el santo doctor, el hambre para alimentar á sus hermanos, y se condena voluntariamente á toda clase de privaciones, con el fin de atender á las necesidades de los demás. La palidez de su rostro revela la austeridad de sus ayunos. Sin embargo, su pobreza le constituye verdaderamente rico. Esta pobreza era tal, que se vió reducido á llevar el cuerpo del Señor en un canastillo de mimbres, y su sangre en un vaso de barro. Su caridad penetró hasta la otra parte de los mares, pues hizo sentir sus efectos á los solitarios del Egipto.» Durante su episcopado, los vándalos, los suevos y los alanos causaron horribles estragos en las Galias, y la ternura con que el santo obispo acudia por todas partes á consolar aquellas desgracias, arrancaba á san Gerónimo lágrimas de alegría. Ignoramos el lugar y la época fija de su muerte, y solo sabemos que vivia todavía el año 409, porque san Paulino de Nola, que escribia á la sazon, le cuenta entre los grandes obispos que ilustraban entonces la Iglesia galicana.

Santa Eustoquia, vírgen.—Fué hija de santa Paula, y natural de Roma. Nada debemos decir de su educacion, puesto que fué dirigida por la misma santa Paula y por san Gerónimo. Este ilustre doctor de la Iglesia fué tambien su maestro en la direccion de su vida ascética, y compuso á este fin y para Eustoquia su tratado «De la virginidad,» conocido además con el título de «Cartas á Eustoquia.» En las obras de aquel santo leemos, que cuando la noble vírgen era muy niña aun, su madre la habia acostumbrado á no llevar mas que vestidos muy sencillos, y que un dia que su tia Pretextata la habia vestido con mucho lujo, creyó esta ver en sueños un ángel que la reprendia por haber querido inspirar la vanidad á una alma que el Salvador habia escogido para ser esposa suya. Cuando san Gerónimo dejó la ciudad de Roma, el año 385, Eustoquia acompañó á su madre en el viaje que hizo á Siria, Egipto y Palestina, y se quedó con ella en su monasterio de Belen. Muerta santa Paula en 404, la hija fué elegida superiora del monasterio, y se aprovechó siempre tan bien de las lecciones de san Gerónimo, su maestro, que llegó á adquirir una perfecta inteligencia en la lengua hebrea, y otra multitud de conocimientos raros. El santo doctor le dedicó sus Comentarios sobre Ezequiel y sobre Isaías, y tradujo en latin la regla de san Pacomio para el uso del monasterio. Eustoquia murió santamente por los años de 419, y fué enterrada junto á su madre. El Señor manifestó por medio de repetidos milagros la gloria de esta su casta esposa.

San Privado, mártir.—Vivia este santo en Roma por los primeros años del siglo III. Tuvo una enfermedad penosa que le puso todo el cuerpo lleno de llagas asquerosas, las cuales le curó milagrosamente el papa san Calixto. Fué cristiano muy ejemplar en toda clase de virtudes, y en tiempo del emperador Alejandro Severo, fué preso, y negándose á ofrecer incienso á los ídolos, le condenaron á ser azotado con nervios emplomados hasta que espirase, cuya sentencia se ejecutó en la misma ciudad de Roma.

Los santos Marcial, Lorenzo, y otros veinte compañeros, mártires.—Murieron en defensa de la fé, por cuyo amor derramaron su sangre en Africa, durante las primeras persecuciones de la Iglesia.

San Estateo, mártir.—Segun Beda, que es el único que habla de este santo, murió mártir en Roma, se ignora cuando.

Los santos Marcos, Alfio, Alejandro, Zó-

simo, Nicon, Neon, y Eliodoro, mártires.—San Marcos era pastor y guardaba unos rebaños en un monte vecino de Antioquía de Pisidia; y era tanta su virtud, que las mismas fieras se amansaban en su presencia y le adoraban. En tiempo del emperador Diocleciano, unos cazadores que iban persiguiendo una osa, llegaron hasta donde el santo se hallaba, porque el animal viéndose acosado, habia corrido á refugiarse bajo el amparo del siervo de Dios. Al volver los cazadores á Antioquía, lo denunciaron al prefecto, quien mandó soldados que prendiesen á Marcos y lo condujesen á la ciudad. Por el camino el santo convirtió á aquellos soldados, que fueron mandados á Nicea y degollados. El tambien fué enviado allí, y por todos los lugares donde pasó, obró multitud de portentos, convirtió muchos infieles á la religion, y al fin fué degollado con los demás santos de que hemos hablado, á los cuales él mismo habia administrado el bautismo.

San Salomon, obispo y confesor.—Fué el primer obispo de Génova, y con sus desvelos y continuos trabajos se arraigó en aquel suelo la fé cristiana, y echó profundas raíces. Floreció en el siglo I ó II, fué esclarecido en virtud, benéfico con los pobres, próvido con sus ovejas, rígido consigo mismo, y alcanzó la gloria debida á los santos confesores.

San Silvino, obispo y confesor.—Fué el XII obispo de Brescia, consagrado el año 410. Su pontificado fué el de un apóstol, adornado con la corona de todas las virtudes. Distinguióse particularmente por su zelo en el arreglo de los negocios eclesiásticos, asistió á algunos concilios, y antes de su muerte, acaecida á mediados del siglo V, ya era aclamado como un santo, cuya opinion atestiguó el Señor despues de su muerte, por medio de muchos milagros. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Pedro de Oliveto, donde se ha conservado con gran veneracion de los fieles.

Dia 29.

La Dedicacion de san Miguel, arcángel.—La fiesta de la Dedicacion del glorioso arcángel y príncipe de la Iglesia san Miguel, que celebra la santa Iglesia á los 29 de setiembre, tiene dos partes. La primera es, hacer gracias á Dios nuestro Señor, por la merced que hizo á su Iglesia, en darle por patron y defensor suyo á san Miguel, y por haberle manifestado, que quiere que le honremos y reverenciemos, por aquella aparicion que hizo en el monte Gargano, de la cual escribimos en su dia, que fué á los 8 de mayo; y por haber mandado que en el mismo lugar se le edificase un templo á honra de san Miguel, para que visitándole los fieles, recibiesen por su mano muchos é incomparables beneficios del Señor: y porque hoy se le dedicó aquel templo, la santa Iglesia celebra la fiesta de san Miguel.

2 La otra parte de esta fiesta, y mas principal, es celebrar juntamente la memoria de todos los santos ángeles, y reverenciarlos y honrarlos, y hacer gracias al Señor que los crió tan excelentes, para gloria suya y provecho nuestro; y suplicar á los mismos ángeles que nos ayuden, amparen y defiendan en esta nuestra peregrinacion, reconociendo lo mucho que les debemos, por la perfeccion y dignidad de su naturaleza, y por el bien que continuamente nos hacen. Algunos filósofos mas groseros (como dice Aristóteles), y entre los judíos los saduceos (de quienes escribe san Lucas en el libro de los Hechos apostólicos) eran hombres que no creian sino lo que percibian por los sentidos; y así dijeron que no habia ángeles. Y en nuestro tiempo no han faltado herejes que han tenido este mismo error, que es tan grande, que hasta los mismos filósofos mas sabios y cuerdos, como Platon, Aristóteles, Trismejistro, y otros, le han tenido por tal. Pero aunque ellos se hubieran engañado y creido lo contrario; nosotros tenemos por fé católica, que hay ángeles, y que Dios los crió, y se sirve de ellos como de ministros suyos en el cielo y en la tierra: y de esta verdad están llenas las divinas Letras, que por ser cosa tan clara y tan sin duda, no la probamos aquí. Y fué cosa muy conveniente, que criando Dios en este teatro del mundo tanta variedad de criaturas corporales, criase tambien en los cielos una criatura inmaterial, espiritual, incorpórea, invisible é incorruptible, como lo es el ángel, que por ser en su sustancia mas noble y mas perfecto que todas las otras criaturas, nos representa mas perfectamente la bondad y omnipotencia del Señor que lo crió.

3 Por dos razones principalmente debemos honrar y servir á los ángeles: la una, por sus grandes excelencias; y la otra, por los beneficios que continuamente recibimos por medio de ellos de la mano del Señor: y de estas dos cosas hablarémos aquí brevemente, para explicar la causa de la institucion de esta fiesta, y lo que debemos á estos gloriosos espíritus, y se lo procuremos pagar y servir.

4 Aunque es verdad que el hombre y el ángel son criaturas de Dios, y hechura de un mismo artífice soberano, y que son criados á la imágen de Dios, y por la memoria, entendimiento y voluntad, capaces de su gracia y participioneros de su gloria y bienaventuranza, y que por estos y otros respetos, el hombre se puede igualar con el ángel: y que, considerando la union hipostática del Verbo eterno con la naturaleza humana, y aquel hombre Dios, sentado á la diestra del Padre eterno, y aun á su benditísima Madre la Virgen María nuestra Señora ensalzada y encumbrada sobre todos los coros de los ángeles, podamos con verdad decir, que por esta parte la naturaleza humana sobrepuja á los ángeles: pero mirando bien la naturaleza del ángel y del hombre, no hay duda sino que el ángel le hace grandísimas ventajas: las cuales el hombre debe reconocer, acatar y alabar por ellas al Señor, que se las dió: porque así como el plomo, por fino que sea, no puede llegar á la perfeccion de la plata, ni la plata á la del oro; así un cuerpo, por noble y excelente que sea, no puede llegar á la excelencia que tiene cualquier espíritu, ni el alma del hombre á la dignidad del menor ángel del cielo, mirando la naturaleza de

cada uno: que por esto dijo el Señor, como lo interpretan algunos doctores, que entre los nacidos no habia ninguno mayor, que san Juan Bautista; mas que el menor en el reino de los cielos era mayor que él: porque para decir algo de las excelencias de los ángeles, si miramos su principio, hallarémos que el Señor los crió, ó ante todas las otras criaturas, como muchos santos doctores lo sienten, ó á lo menos (y es lo mas cierto), con las primeras de todas: si consideramos la vida y duracion que tienen, son incorruptibles é inmortales: si el modo y condicion de su naturaleza, no tienen cuerpo, ni están sujetos á la necesidad de la muerte, ni del frio y calor, de la hambre y sed, del cansancio y de la enfermedad, ni de las otras miserias del cuerpo. Pues si ponemos los ojos en la agilidad y presteza con que obran, no hay velocidad en la tierra, ni aun en los cuerpos celestiales, que con la de los ángeles se pueda comparar. Pues ¿qué diré de aquella capacidad y excelencia del entendimiento angélico, que entiende perpetuamente, y sin discurso, y, desde el punto que fué criado, tiene perfecta y consumada ciencia de todas las cosas que naturalmente se pueden saber? ¿Qué de la constancia y eficacia de su voluntad, por la cual tan intensamente quieren lo que quieren, que nunca se apartan de lo que una vez escogieron? ¿Qué de la firmeza de su memoria, que nunca se olvida de lo que una vez percibió? ¿Qué de su poder, que es tan grande, que un ángel solo mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército de los asirios? ¿Y lo que es mas, un ángel sin trabajo ninguno, y con una facilidad admirable, mueve el primer cielo, en cuya comparacion toda esta máquina de la tierra y del agua, no es mas que un punto, y há tantos millares de años que continuamente con tanta uniformidad y concierto le mueve? ¿Pues el número de estos soldados y bienaventurados ministros del Señor, quién le podrá dignamente explicar? Daniel, hablando de la muchedumbre de los ángeles, dice: «Millares de millares ministraban á Dios, y diez veces centenares de millares le asistian:» y san Dionisio Areopagita, dice, que el número de los ángeles excede y es mayor que el número de todas las cosas corporales y materiales; porque como Dios nuestro Señor en esta hermosísima y admirable máquina del universo pretende principalmente la perfeccion de él, y su poder no es limitado, sino infinito é inmenso; con tanto mayor copia y abundancia ha criado las cosas, cuanto ellas son mas perfectas en sí: y así vemos que todas estas cosas bajas y caducas que están debajo de la luna, son casi un punto en comparacion de los cielos, que son cuerpos mas perfectos y nobles: y en los mismos cielos, el mas alto y superior, excede mucho al inferior, y el supremo á todos los demás; y por esto algunas estrellas del firmamento que á nosotros nos parecen tan pequeñas á la vista, son mucho mayores que todo este globo, compuesto de todas las cosas inferiores. Esta misma proporcion hay en las cosas espirituales, y en aquellos supremos espíritus, respecto de las cosas corporales, á las cuales exceden, no en la cuantidad continua, sino en el número y cuantidad discreta. Y vese esto ser así; porque si cada uno de los hombres, desde nuestro primero padre Adan hasta el postrero que habrá en el mundo (exceptuando á Cristo nuestro Señor, que por ser Dios, y en cuanto hombre, comprensor, Señor y Rey de todos los ángeles, no tuvo necesidad de ángel que le guardase), tiene su Angel de Guarda, diputado para su defensa, como nos enseña la santa Iglesia nuestra madre: y en esto no hay excepcion de bueno ó malo, ni de fiel ó infiel (porque todos, en cuanto hombres, participamos de este beneficio); necesariamente habemos de confesar, que son mas los ángeles de solo el postrer coro (del cual se diputan los que guardan á los hombres) que todos los mismos hombres que ha habido y habrá hasta el fin del mundo. Pues ¿qué será del número de los otros coros; pues por la razon que habemos dicho, tanto es mayor el número de ellos, cuanto su órden es mas alto, y su perfeccion es mayor? Y por esto dicen algunos, que es mas fácil contar las estrellas del cielo, y las gotas del mar, y las hojas de los árboles, y las yerbas de la tierra, y los átomos del sol, que comprender la muchedumbre de los ángeles: la cual, aunque para el Señor es finita y tasada, para nosotros parece infinita: y por esto dijo Job: *¿Numquid est numerus militum ejus?* ¿Hay por ventura número de sus soldados que se pueda contar? Lo cual nos declara la gloriosa soberana majestad del mismo Señor que los crió, y se sirve de ellos como de criados y soldados suyos: pues es grande honra de un rey tener muchos nobles y poderosos ministros, y una familia lucida de criados que la acompañen y sirvan: que por esto dijo el Espíritu santo: «La dignidad y majestad del Rey se conoce en la muchedumbre de sus ministros; y el tener pocos vasallos es afrenta del príncipe.» Mas es cosa de gran maravilla que con ser tantos los ángeles, no hay ninguno de ellos que no se difiera en especie de todos los otros, segun el sentir de santo Tomás: de manera, que así como seria cosa hermosísima y maravillosa, si en un campo ó prado, lleno de infinitas flores no hubiese entre todas ellas dos que fuesen de la misma especie, sino que cada flor fuese de la suya y desemejante de todas las otras; así (segun este sentir) en aquel campo copiosísimo y abundantísimo del cielo, donde hay innumerables ángeles, que como flores hermosísimas y suavísimas lo hermosean y visten, no hay dos de ellos que convengan en una misma especie. Y de aquí se puede colegir, cuánta será la excelencia y perfeccion del ángel supremo, pues es tan grande la del ínfimo y menor de todos. Tambien se ha de considerar que, con ser (como dijimos) un número innumerable el de los ángeles, no por esto están desordenados, ni confusos, sino con admirable concierto y órden, distinguidos en tres jerarquías, suprema, media é ínfima, y cada jerarquía dividida en tres coros ú órdenes, como se saca de las divinas Letras y santos doctores. Y así hay nueve coros de ángeles repartidos en tres

jerarquías, de esta manera: en la suprema jerarquía (que es la que recibe inmediatamente los resplandores é ilustraciones de Dios) hay tres órdenes, serafines, querubines y tronos: los serafines exceden á los demás en el fervor de la caridad: los querubines en la plenitud de la ciencia: y los tronos en ver á Dios, y con mas perfeccion la razon de sus divinas obras: en la segunda jerarquía hay tres coros, dominaciones, virtudes y potestades: en la tercera, principados, arcángeles y ángeles; porque aunque este nombre sea comun á todos aquellos espíritus bienaventurados, especialmente se atribuye al coro ínfimo de todos los nueve; porque ángel quiere decir propiamente *nuncio*, y no es nombre de naturaleza sino de oficio: y porque el oficio de los espíritus inferiores de este coro es anunciar, y ser embajadores de la voluntad de Dios; por esto se llaman ángeles, tomando por propio el nombre que es comun á todos. Verdad es que el apóstol san Pablo dice, «que todos los soberanos espíritus son ministros del Señor, enviados para bien de los que han de heredar la salud y bienaventuranza eterna: las cuales palabras del Apóstol, san Dionisio, su discípulo, y san Gregorio, san Damasceno y santo Tomás las interpretan de manera, que se entienda que los coros de la primera jerarquía no son enviados á los hombres, sino á los ángeles de la segunda jerarquía, y los de la segunda á los de la tercera. Pero san Gregorio Nacianceno, san Cirilo, y san Crisóstomo, san Agustin, y muchos doctores eclesiásticos son de parecer, que aunque es verdad que comunmente los ángeles superiores no son enviados á los negocios de los hombres (porque esto es propio de los ángeles de la ínfima jerarquía); pero que en algunos muy importantes algunas veces vienen para nuestro bien, ni les falta humildad, ni caridad, ni tienen por qué desdeñarse, viendo al Hijo de Dios, y Rey suyo, humillado, y hecho hombre por nosotros: y tales, dicen, que fueron el serafin que purificó los labios de Isaías, y los querubines que fueron enviados á Ezequiel, y san Rafael, que fué enviado á Tobías, y mucho mas el arcángel san Gabriel, que vino por embajador del Padre eterno á la Vírgen María nuestra Señora: y san Miguel, que, como príncipe de la Iglesia, muchas veces ha sido enviado á ella para su amparo y defensa. La segunda jerarquía, es alumbrada y alumbra, es purgada y purga, es perfeccionada y perfecciona, (que estos tres actos jerárquicos pone san Dionisio Areopagita, habiendo aprendido esta doctrina de su maestro san Pablo, despues que estuvo en el tercero cielo); pero en diferente manera: porque es alumbrada, purgada y perfeccionada de la primera y suprema jerarquía, y alumbra, purga y perfecciona á la tercera: de suerte, que las tres jerarquías se distinguen en que la primera recibe inmediatamente de Dios todos estos divinos dones, y los comunica á la segunda jerarquía; y la segunda, habiéndolos recibido mediatamente del Señor, por medio de la primera, los difunde á la tercera: y así la primera alumbra y no es alumbrada: la segunda es alumbrada y alumbra; y la tercera no alumbra y es alumbrada: y esto se hace por una manera á nosotros oculta é inefable, comunicándose los ángeles, y comunicando sus conceptos, y hablándose con aquella lengua que el apóstol san Pablo llama lengua de ángeles, que es tal, que para explicarla bien, lengua de ángeles es menester. Y aunque sean tantas y tan sublimes las excelencias y dones naturales de los ángeles, como habemos dicho, y por ellos debamos honrarlos con particular afecto y devocion; pero mucha mas honra se les debe por las gracias sobrenaturales, que con tan larga mano les repartió el Señor; porque, si bien miramos, hallarémos que todos los ángeles están vestidos de la estola de la gracia é inocencia, y que nunca la perdieron ni se vieron desnudos de ella, ni la mancharon con ninguna culpa; antes perpetuamente han conservado la gracia en que fueron criados, sin perderla jamás, y teniendo tan gran copia y excelencia de dones naturales y sobrenaturales, lo que mas nos debe admirar es la profundísima humildad é indecible reverencia con que asisten, ministran y sirven al Señor: de lo cual dice Job: *Coram eo incurvantur, qui portant orbem; et columnæ cæli pavent in conspectu ejus:* Los que mueven el cielo se encorvan y postran delante del Señor; y en su acatamiento tiemblan las columnas del cielo: y están tan rendidos, tan aparejados y prontos para ejecutar con suma diligencia y eficacia lo que Dios les manda, que dice de ellos el real profeta David estas palabras: «Alabad todos los ángeles al Señor, que sois poderosos y ejecutais lo que él os manda, obedeciendo como fieles ministros á la voz de sus mandatos:» y es esto de manera, que no hay cosa tan baja y humilde que los santos ángeles no abracen y cumplan con grandísima voluntad, por obedecer al Señor y aprovechar á los hombres. Esta es la primera causa, por la cual los debemos nosotros alabar, honrar y reverenciar, mirando la naturaleza excelente de aquellos celestiales espíritus y cortesanos del palacio del Señor: la cual aquí sumariamente habemos declarado, dejando las otras sutilezas y agudas cuestiones, que los teólogos mueven en las escuelas; como del modo con que fueron criados: del órden de las mórulas, é instantes: de la disposicion que tuvieron para recibir la gracia: del tiempo en que comenzaron á ser bienaventurados, y si merecieron la bienaventuranza: y cual haya sido su pecado por el cual los malos fueron echados del cielo: el secreto modo de enseñarse y manifestar sus conceptos unos á otros: su admirable movimiento de una parte á otra, y eficacia en su operacion; y otras dificultades como estas, que son mas para ejercitar en las escuelas los agudos ingenios, que para inflamar las voluntades de los que esto leyeren, que es lo que yo aquí pretendo.

3 La segunda causa de honrar á los ángeles es, por los beneficios que continuamente nos hacen, como ministros principales del Señor; porque dado que él sea la fuente manantial, la raíz, origen y primera causa de todas los bienes de naturaleza y de gracia que se derivan en nosotros;

mas los caños y arcaduces por donde se derivan, son los santos ángeles, de los cuales Dios se sirve, como de mano é instrumento, para hacer todo lo que es servido en el cielo y en la tierra. De estos beneficios algunos son particulares y propios de cada uno de los hombres: otros pertenecen en general á todos, y á la gubernacion y conservacion del universo; porque (como dijimos) desde la hora de su nacimiento tiene cada hombre un Angel de Guarda, que le acompaña hasta la hora de su muerte, y sea como su maestro, ayo, y una guia cierta y segura para llevarle por las sendas derechas y apacibles de la virtud, y apartarle de los tropiezos, y malos pasos, y lazos peligrosos que el demonio le arma, y defenderle y ampararle de sus asechanzas, embustes y marañas: lo cual hace el santo Angel Custodio con suma vigilancia y cuidado, por habérselo mandado Dios, y por el amor que por su amor nos tiene; porque, como dice gravemente san Bernardo, en los soberanos espíritus, no solamente se halla una admirable dignidad, sino tambien una amable dignacion: quiere decir, que con ser tantos y tan sublimes aquellos celestiales espíritus, no se desdeñan de abatirse á las cosas rateras y bajas, y encargarse de enseñar y encaminar á una cosa tan frágil, como el hombre, porque el Criador del ángel y del hombre se lo manda, para glorificar por este medio al hombre, y colocarle en aquellas sillas vacías que perdieron por su culpa Lucifer y los de su bando. ¿Quién, leyendo las sagradas Letras, no se admira de las cosas que se cuentan en ellas haber obrado los santos ángeles en ayuda y favor de los escogidos de Dios? ¿Quién no reconoce y se espanta de aquella humildad con que el ángel san Rafael se hizo caminante, y como correo de á pié, para acompañar, guiar y amparar á Tobías, y despacharle sus negocios, y defenderle del pez que lo queria tragar, y darle por mujer tan buena compañía, como le dió, y restituir la vista de los ojos á su padre, que para ejercicio de su virtud, y ejemplo nuestro de paciencia, habia perdido? ¿Quién no alaba al Señor, cuando lee que un ángel luchó toda la noche con Jacob, y que no pudo prevalecer contra él? ¿Y qué otro vino del cielo á despertar y animar al profeta Elías, y traerle de comer? ¿Y qué otro llevó por un cabello al profeta Habacuc hasta Babilonia, para que diese de comer al profeta Daniel, que estaba en el lago de los leones; y que (como el mismo Daniel dijo) cerró las bocas de los leones hambrientos, para que no lo despedazasen y comiesen? ¿Y qué otro, despues de haber san Felipe, el diácono, bautizado al etíope eunuco de Candace, reina de Etiopía, le llevase por el aire, hasta dejarle en la ciudad de Azoto? Finalmente, no hay cosa tan baja, que aquellos altísimos y soberanos espíritus no hagan con singular prontitud y alegría, para beneficio de los hombres, por mandárselo el Señor; porque, como dice el bienaventurado Lorenzo Justiniano, hablando de la guarda de los ángeles: «Ellos son los que refrenan á los demonios, para que no nos tienten tanto como querrian, y nos descubren sus engaños: responden á sus falsos argumentos: si caemos, nos levantan: si no sabemos, nos enseñan: si estamos tibios, nos inflaman; y como fieles compañeros, siempre están á nuestro lado, y nos defienden. Cuando dormimos, cuando estamos quedos, cuando andamos, cuando obramos, y cuando estamos ociosos, nunca nos dejan, ni desamparan. Alumbran nuestro entendimiento, despertándole é imprimiendo en él los rayos de la divina luz, y deshaciendo las tinieblas, oscuridades y sombras que le podian ofuscar. Cuando hacemos limosna, y cuando oramos, llevan nuestras oraciones y nuestras ofrendas, y las presentan al Señor, y de allá nos traen la gracia y dones espirituales, alegrándose de nuestro aprovechamiento, y gozándose de nuestro bien.» Todo esto es del beato Laurencio Justiniano. Mas porque en la festividad del Angel Custodio, que es el primer dia de marzo, tratamos mas copiosamente de los beneficios del Señor, y de los grandes é innumerables bienes que de él nos vienen por manos de los ángeles de nuestra guarda, no me quiero alargar en esto, sino pasar á los otros beneficios que el linaje humano y todo el universo, por el ministerio de los ángeles perpetuamente recibe: porque ellos son (como dijimos) los principales ministros de la divina Providencia, para regir y conservar el mundo: ellos son los que mueven los cielos, y con su concertado movimiento é influencias, son causa de toda la vida, variedad, distincion y belleza que hay en todas las criaturas corporales: estos son los presidentes de las provincias, príncipes de los reinos, conservadores de las especies de todas las cosas visibles, repartidores de los dones, y ejecutores de la voluntad de Dios. Por eso en las divinas Letras se llaman soldados de Dios, ejército del Señor, príncipes de las provincias, presidentes de los pueblos, guardas y maestros de los hombres, medianeros é intercesores para con Dios, rectores y gobernadores del mundo: llámanse luz, por su gran claridad y sutileza: llámanse fuego y carbones encendidos, porque son ardentísimos, y abrasados en el amor: llámanse estrellas de la mañana, porque así como las estrellas corporales hermosean al cielo visible; así ellos mas excelentemente adornan el supremo ó intelectual cielo: llámanse trono de Dios, porque en ellos reposa, y tiene su asiento: llámanse piedras preciosas y encendidas, porque encienden con sus oraciones, amonestaciones y consejos nuestras almas, para que apetezcan y busquen las cosas santas y preciosas del cielo, y menosprecien las de la tierra: llámanse sol, porque alumbran el mundo: columnas del cielo, porque le sustentan: carros de Dios: ciudadanos del paraíso; y finalmente amigos é hijos del mismo Dios. Por todos estos títulos debemos nosotros invocar á todos los santos ángeles, alabarlos é imitarlos; y con mas especial devocion al capitan de todos ellos, y príncipe de la Iglesia, san Miguel, como lo dice el bienaventurado san Lorenzo Justiniano, por las palabras que, para acabar esta materia, quiero poner aquí: «Honremos (dice) en el Señor á nuestros ciudadanos y ayudadores fidelísimos y capitanes esforzados de

nuestra milicia: y pues nos ayudan, ayudémosles nosotros, para que ellos mejor nos puedan ayudar, y no se pierda el fruto de sus trabajos; porque el gozo de ellos es nuestra fortaleza: ellos nos enseñan en nuestras dudas: defienden en nuestros peligros: sustentan en nuestras adversidades: humillan en nuestras prosperidades: presentan nuestras oraciones: traennos la gracia: acrecientan nuestros merecimientos; y ejercitan, sin cansarse, sus ministerios con nosotros. Por tanto, amémoslos como á nosotros mismos, y cuanto sufre nuestra flaqueza, imitémoslos y reverenciémoslos de corazon. Y puesto caso que debemos honrar á todos los soldados del cielo; pero mas particularmente al glorioso san Miguel, como á caudillo y capitan de todos: reverenciémosle por la gracia soberana, por la prerogativa singular, por el oficio que le han encargado, por la fortaleza invencible, por la benevolencia del Señor que le crió, y por la constancia con que le sirvió en aquella tan reñida batalla que tuvo con el dragon infernal, y con todos sus secuaces; porque no sin causa la santa Iglesia le honra, porque conoce que es su particular y propio defensor, y continuo intercesor, y príncipe de la corte celestial, y el que acoge y recibe en su seno con gran caridad todas las ánimas de los escogidos del Señor. Por tanto, cada uno de nosotros y todos juntos reconozcamos á nuestro protector, y alabémosle á menudo con nuestras oraciones: abracémosle con nuestros deseos: inclinémosle, para que nos oiga, con nuestra devocion; y alegrémosle con la enmienda de nuestra vida. No despreciará á los que oran, ni desechará á los que confian en él, ni se apartará de los que le aman; pues defiende á los humildes, anima á los castos, abraza á los inocentes, guarda nuestra vida, guíanos en el camino, y llévanos á nuestra patria, donde Jesucristo Señor nuestro, verdadero esposo de la Iglesia, reina con el Padre y con el Espíritu santo, en los siglos de los siglos.»

* Los santos Eutiquio, Plauto, y Heracleas, mártires. —Murieron degollados por haber confesado la fé cristiana en Tracia, durante las primeras persecuciones de la Iglesia.

Santa Gudelia, mártir. —Habiendo convertido á muchos infieles á la fé católica, y no queriendo adorar al sol ni al fuego, por mandato del rey Sapor, fué afligida con muchos tormentos, entre los cuales se cuenta que le desollaron la cabeza y la clavaron en un madero, hasta que al fin mereció el premio de la vida eterna, siendo degollada en una ciudad de Persia, en el siglo IV.

San Dadas, santa Casdoa, y san Gabdelas, mártires. —Eran de Persia y parientes cercanos del rey Sapor. Dadas y Casdoa esposos, eran padres de Gabdelas, y los tres despreciaron las impías amenazas del rey, prefiriendo la muerte al abandono de su fé. Fueron, pues, degradados de todos sus honores, y despedazados con varios tormentos, hasta que, despues de una larga prision, fueron degollados en Persia, en el siglo IV, en el mismo sitio que santa Gudelia.

Santa Risima, y sus compañeras, mártires. —Esta santa era una viuda de Armenia que abrazó la fé de Jesucristo por la predicacion del obispo san Gregorio, y despues ella misma convirtió á sus compañeras á la verdad cristiana. En tiempo de Tiridates, rey de Armenia, fué interrogada sobre su religion, y ella y dos compañeras suyas confesaron á Jesucristo y fueron degolladas por los años de 328.

San Fraterno, obispo y mártir. —Aunque el Martirologio romano, arreglado por el cardenal Baronio, da á este santo el título de mártir, la opinion mas probable es que fué obispo de Auxerre en el siglo V, y que despues de haber padecido muchos trabajos por la fé, y de haber desplegado un santo zelo contra las herejías de su tiempo, murió en tranquila paz á mediados del mismo siglo.

San Grimoaldo, presbítero y confesor. —Natural de Inglaterra y hermano de los santos Fulco y Eleuterio, en cuya compañía dejó su patria para ir á Roma á visitar el sepulcro de los santos apóstoles. Despues se separaron los tres hermanos, aunque todos quedaron en Italia, si bien en lugares distintos. Grimoaldo fijó su residencia en Ponto Corvo, junto á Aquino, por cuyo obispo fué ordenado presbítero, á vista de su gran santidad. El Señor le enriqueció con el don de milagros, y murió santamente en setiembre del año 1138.

San Quiriaco, anacoreta. —Nació en Corinto en tiempo de Teodosio el Grande. Abrazó la carrera eclesiástica; pero cuando iba ya á ser promovido á las órdenes mayores, dejó el mundo y todos sus encantos, y se fué solo á un desierto. Pero primero quiso visitar los santos lugares de Jerusalen, y estando orando en la iglesia del Santo Sepulcro, tuvo una revelacion para que se marchase á la laura de San Eutimio, en la misma Palestina. Tenia entonces veinte y dos años: entró efectivamente en aquel monasterio, y á poco tiempo fué su abad; porque su sabiduría, sus virtudes, y el don de profecía, con que el cielo le dotó, le captaron el respeto, la adoracion y el amor de todos aquellos religiosos. Murió santa y gozosamente, el dia 29 de setiembre del año 556.

Dia 30.

San Gerónimo, doctor y fundador. —Escribiendo el glorioso san Gerónimo la vida de santa Paula, comienza de esta manera: «Si todos los miembros de mi cuerpo se hiciesen lenguas, y todos mis artejos formasen voz humana, no podria yo decir cosa digna é igual á las virtudes de la santa y venerable Paula.» Con mucha mas razon podemos nosotros decir estas palabras del mismo san Gerónimo, á quien la santa Iglesia á boca llena llama «doctor máximo;» porque verdaderamente fué máximo y admirable en todas sus cosas. Fué noble, rico, de grande ingenio, elocuentísimo, y en las lenguas y ciencias humanas y divinas sapientísimo: en la vida espejo de penitencia y santidad, luz de la Iglesia, y singular intérprete de la divina Escritura, martillo de los herejes,

amparo de los católicos, maestro de todos los estados y condiciones de personas, y lumbrera del mundo. La vida de este gran doctor, sacada del obispo Mariano Victorio, que la recopiló de sus obras, y del cardenal Baronio, y otros autores, es de esta manera.

2 Nació san Gerónimo (que en griego quiere decir «nombre sagrado») en un lugar en los confines de Dalmacia y de Pannonia, que antiguamente llamaron Estridon, y ahora Strigna ó Sdrigna, y en su vida (como el mismo santo afirma) fué casi destruido de los godos. Nació en tiempo del emperador Constancio, hijo de Constantino Magno, como se saca de lo que él mismo escribe; aunque no sabemos particularmente en qué año nació. Sus padres fueron cristianos, nobles y ricos. El padre se llamó Eusebio. Tuvo un hermano, llamado Paulinano, y una hermana, cuyo nombre, como el de su madre, no se sabe. El hermano y hermana acabaron en religion santísimamente. Tambien tuvo una tia, hermana de su madre, que se llamaba Castorina, con la cual tuvo algunas pesadumbres; aunque no se sabe por qué: pero el santo la convidó con la paz y concordia, y procuró reducirla á la debida y cristiana amistad. Luego que comenzó á tener edad para darse á los estudios, dió muestras de su vivo y raro ingenio: y para que con mayor comodidad se diese á ellos, sus padres le enviaron á la ciudad de Roma, como á cabeza del mundo, y escuela de nuestra santa religion y de todas las buenas letras. Allí tuvo por maestro en la gramática á Donato, el que doctamente escribió sobre Virgilio y Terencio. Despues de haber aprendido de él, lo que le pudo enseñar, estudió con gran cuidado y diligencia la arte oratoria, y se dió á la elocuencia, en la cual salió muy eminente, y se ejercitó en componer y recitar declamaciones y controversias, y en leer los libros de todos los excelentes oradores, historiadores y poetas griegos y latinos, juntando en uno la elegancia y propiedad de la lengua latina y griega, para ser en la una y en la otra consumado, como fué. No contento con esto, pasó adelante en todo género de ciencias: estudió la filosofía: revolvió los libros de Platon, y Aristóteles, y los demás filósofos, sin dejar cosa que le pudiese aprovechar: porque el Señor, que se queria servir de él para ilustrar la santa madre Iglesia con su doctrina, le iba disponiendo y enriqueciendo de manera que lo pudiese hacer. Allí en Roma se bautizó y recibió la vestidura de Cristo, como él mismo lo escribió despues á san Dámaso, papa. Dabase mucho á los oficios de piedad y devocion, visitando las reliquias de los mártires, y entraba en los cementerios y lugares subterráneos, donde estaban sus sagrados cuerpos, y gastaba en esta santa y piadosa ocupacion los domingos, como dias dedicados al Señor. Habiendo, pues, aprendido en Roma las artes liberales, que habemos dicho, y juntado una copiosa librería con sumo estudio y trabajo; pareció á san Gerónimo que le convenia darse á otros estudios mayores, y aprender la santa teología, y para esto andar por varias provincias, y oir y ver á los hombres mas sabios de ellas, como lo hicieron Pitágoras, Platon, Apolonio Tianeo, y otros filósofos, que, por alcanzar la noticia de las cosas naturales, salieron de sus casas y se hicieron peregrinos del mundo. Tomando, pues, en su compañía á Bonoso (que era mozo como él, noble, rico, y hermano suyo de leche, con quien se habia criado en su patria, y venido á Roma, y estado en ella), fué á Francia, donde á la sazon habia hombres muy doctos, para tratarlos y comunicarlos, y ver lo que habia en aquella provincia. En Tréveris (que en aquel tiempo era ciudad de Francia, y ahora lo es de Alemania, y su arzobispo elector del imperio) se detuvo algunos dias, y trasladó con su propia mano un gran libro *De synodis* de san Hilario, obispo, teniéndole por un riquísimo tesoro. En este camino, que hizo de Roma á Francia, pasó por un pueblo de Lombardía que se llama Concordia, no lejos de la Mirándula: allí tomó amistad con un santo viejo, llamado Pablo, al cual despues envió la Vida de san Pablo, primer ermitaño, que él habia escrito. Desde Francia volvió con su compañero Bonoso á Italia: estuvo en la ciudad de Aquileya un poco de tiempo, comunicando con san Valeriano, obispo, y con Heliodoro, Nepociano, y Rufino, y otros siervos de Dios, á los cuales escribió muchas cartas muy familiares y de grande amistad. De allí (no se sabe con qué ocasion) tuvo necesidad de partirse y volver á su patria, donde halló que su hermana, por su poca edad y flaqueza mujeril, habia caido del glorioso estado virginal. Dióle la mano y levantóla, encomendándola á Juliano, diácono, y despues á Cromacio, por cuyos saludables consejos se hizo religiosa, y perseveró en la virtud. De su patria pasó á Grecia, y anduvo las provincias de Tracia, Ponto, Bitinia, Galacia, Capadocia, Cilicia, y Siria, y estuvo en Antioquía algun tiempo con Evagrio, el que despues fué obispo de aquella ciudad, y habió con Malco, el monje fugitivo: cuya vida despues escribió, refiriendo lo que de él mismo habia oido; para enseñar á los religiosos cuán peligroso es el amor demasiado de los parientes, y que algunas veces, so color de piedad, es bastante para inquietar al religioso, y sacarle de su religion, como á Malco aconteció. Aquí tambien en Antioquía conoció y trató mucho á Apolinar Laodiceno, que florecia con grande opinion de hombre docto y elocuente, aunque era hereje; pero no descubierto ni conocido por tal: y así san Gerónimo le pudo oir y ser su discípulo, y cuando le conoció, le dejó, aborreciendo y detestando sus errores.

3 Estando en Siria, con el ejemplo de tantos monjes santos como habia en aquella provincia, y con el consejo de Teodosio, anacoreta, varon perfectísimo, y principalmente con el espíritu del Señor, que le incitaba, se determinó san Gerónimo dar de mano á todos los regalos de la carne, y á las vanidades del siglo, y á las grandes esperanzas de subir y valer en el mundo, que sus aventajadas partes le prometian. Para esto, y para darse al Señor con quietud mas intensamente, y gozar á solas de la contemplacion, se fué á un desierto apartado y áspero de Siria, con tres com-

pañeros, Inocencio, Hilas, y Heliodoro, á los cuales Evagrio proveia de todo lo necesario, y daba á san Gerónimo escribientes y hombres doctos, y en cosas de antigüedad muy eruditos, para que le ayudasen en sus estudios, y en trasladarle los libros que habia menester. Pero queriendo nuestro Señor probarle, Inocencio, uno de sus compañeros, en breve murió; y poco despues tambien Hilas y Heliodoro se partieron para su tierra: y san Gerónimo comenzó á padecer graves enfermedades en el cuerpo, y mucho mas recias tentaciones y fatigas en el alma: las cuales fueron tan terribles, que el mismo santo, escribiendo á Eustoquia, vírgen, las pinta de esta manera: «¡Oh cuántas veces (dice), estando yo en el yermo, y en aquella áspera soledad que, abrasada con los recios calores del sol, da horror y espanto á los monjes que moran en ella, me parecia estar en medio de las delicias de Roma! Estaba solo, sentado y lleno de amargura: tenia los miembros de mi cuerpo quebrantados y vestidos de saco: la carne denegrida y casi consumida. Lloraba y gemia todo el dia: cuando el sueño me vencia y me rendia contra mi voluntad, echaba mis huesos, que apenas se juntaban unos con otros, en la tierra fria. No hablo de mi comida y bebida; porque los monjes, aun cuando están enfermos, no beben sino agua cruda, y comer cosa cocida lo tienen por sensualidad. En este destierro y cárcel, á que yo mismo, y de mi propia voluntad, por temor del infierno me habia condenado, no teniendo otra compañía, sino de escorpiones y bestias fieras, muchas veces me hallaba con la memoria entre las danzas de las doncellas romanas. Tenia el rostro amarillo por los muchos ayunos; y la voluntad ardia en malos deseos. En el cuerpo frio, y en la carne seca y antes de la muerte muerta, solamente vivian los incendios del apetito deshonesto: y aunque yo los reprimia, siempre porfiaban por crecer y echar mas vivas y peligrosas llamas. Y hallandome desamparado y sin socorro alguno, me derribaba á los piés de Jesus, y los regaba con lágrimas, y los limpiaba con mis cabellos, y sujetaba mi carne rebelde con los ayunos de las semanas enteras. No me avergüenzo de contar mis tentaciones y luchas; antes lloro, porque no soy ahora lo que entonces fuí. Acuérdome haber juntado el dia con la noche, clamando y suspirando, é hiriendo sin cesar mis pechos, hasta que por mandato de mi Señor se amansaba aquella tempestad, y volvia la bonanza deseada. A la misma celda en que habitaba, temia como á testigo que sabia mis pensamientos: y, enojado y severo contra mi, me entraba solo por las partes mas secretas del desierto, y á lo mas llano de los valles, á lo mas áspero de los montes y mas alto de las peñas y riscos, escogia por lugar de mi corazon, y en él arrojaba este saco de mi miserable cuerpo. El mismo Señor me es testigo, que de tantos sollozos y lágrimas, y de haber mirado atentamente con tanto desconsuelo al cielo, sentia unos gustos y regalos, y unas ansias tan amorosas, que, trasportado, absorto y fuera de mí, me parecia hallarme entre los coros de los ángeles; y alegre y gozoso cantaba: Señor, en pos de vos correrémos con fragrancia de vuestros celestiales ungüentos. Pues si tanta guerra hace la carne á quien la aflige y atormenta, ¿qué piensas que padecerá, el que con deleites la entretiene y regala? Posible es, que éste no tenga tan vehementes tentaciones; mas en tal caso no pienso que pueda haber mayor tentacion, que no ser tentado.» Todas estas son palabras de san Gerónimo, para declarar las peleas que tuvo con su carne, y la penitencia rigurosa con que la domó, y el consuelo que despues de la victoria le daba el Señor. Pero no solamente se se armó con la oracion y penitencia para esta peligrosa guerra, sino tambien con el estudio de las sagradas Letras, ocupándose de dia y de noche en él, para que, hallándole el enemigo tan bien ocupado, no le pudiese tan fácilmente derribar: y para mejor entenderlas, quiso aprender la lengua hebrea, en que fué escrito el viejo Testamento, y se hizo discípulo de un monje, que de judío se habia hecho cristiano, y con gran trabajo aprendió perfectamente aquella lengua, que le aprovechó en gran manera para entender la Escritura sagrada, como el mismo santo, escribiendo á Rústico, monje, lo dice con estas palabras: «Siendo mozo, y estando cercado de soledad en el desierto, no podia sufrir los estímulos de los vicios, y el ardor y fuego de mi carne: y aunque yo la quebrantaba con ayunos continuos; todavía el alma con malos pensamientos se abrasaba. Pues para domar bien mi carne y sujetarla al espíritu, me entregué á un hermano monje (que, de judío, se habia convertido), para aprender el abecé, y pronunciar las palabras duras y ásperas de los hebreos, despues de haber estudiado con tanto cuidado los libros del agudo Quintiliano, y del copioso y elocuentísimo Ciceron, y del grave Fronton, y del suave Plinio. El trabajo que esto me costó: las dificultades que tuve: las veces que perdí la esperanza de salir con ello; y las que lo dejé y torné á comenzar, por el deseo y ansia de aprender, yo que lo pasé soy buen testigo, y los que lo vieron y viven conmigo, lo pueden ser; y hago gracias á mi Dios, que me deja coger los frutos dulces de las letras de raiz tan amarga.» Hasta aquí es de este glorioso doctor.

4 Mas no fueron estos trabajos los mayores que tuvo en aquel desierto de Siria: otros se levantaron mas pesados y mas dificultosos; porque estando la Iglesia de Antioquía y toda aquella provincia dividida en tres partes: la una, que seguia á Paulino: la otra, que obedecia á Melecio (ambos obispos católicos); y la tercera, que, siendo inficionada de la herejía de Apolinar, tenia por su capitan á Vital, gran caudillo y defensor de ella: cada una de estas tres partes procuraba con todas sus fuerzas hacer á san Gerónimo de la suya, juzgando que por ser varon de tan gran opinion de santidad y doctrina, ganaria mucho su parcialidad, si el santo se inclinase a ella: y como él se detenia para acertar; los mismos con quienes trataba, le tenian por sospechoso: otros le apretaban, para que declarase si el misterio de la santísima Trinidad se habia de decir tres hipósta-

ses, como se dice tres personas, por ser aquella palabra «Hypostasis» en aquel tiempo no tan recibida. Para salir de este laberinto, y de aquellas peligrosas ondas y contrarios vientos que le combatian, se acogió al seguro puerto de la cátedra de san Pedro, y escribió dos admirables epístolas á san Dámaso, papa, que á la sazon en ella presidia, declarándole sus dificultades, y suplicándole que se las soltase, y le mandase con quién de los dos, Paulino ó Melecio, habia de comunicar, y cómo habia de hablar en materia tan delicada y misteriosa; porque él estaba (dice) unido á la cátedra de san Pedro, como con su cabeza, y sabia que la Iglesia estaba edificada sobre aquella piedra, y que era profano el que comia el cordero pascual fuera de aquella casa, y pereceria en el diluvio el que estaba fuera del arca de Noé, y el que no cogia con él, derramaba, y el que no era de Cristo, era Anti-Cristo. Lo que san Dámaso respondió á san Gerónimo, no lo sabemos; pero es de creer, que le respondió que se comunicase con Paulino, y se llegase á él: porque el santo pontífice siempre tuvo por mas sana la parte de Paulino, y le favoreció, como se saca de san Basilio en una epístola, y tambien de lo que el mismo san Gerónimo hizo; pues se ordenó de presbítero por mano de Paulino: lo cual no hiciera, si san Dámaso no le hubiera escrito que comunicase con él. Estando san Gerónimo en el yermo, comenzó á desplegar las velas y descubrir los tesoros de su gran ingenio y sabiduría, y á ilustrar la Iglesia con sus escritos; porque interpretó al profeta Abdías: la cual interpretacion, dice él, que despues la enmendó, por parecerle que era muy mozo cuando la escribió, y no tan sazonado y maduro como convenia. Trasladó de griego en latin las homilías de Orígenes al pueblo, y escribió muchas epístolas admirables á diversas personas. Pero fué tan extraña la guerra que le hicieron, y las molestias que le dieron los herejes arrianos, y los monjes de la parte de Melecio (viniendo cada hora á examinarle en la fé, y á querer saber curiosamente lo que creia, y llamándole á él, y á los que seguian á Paulino, «sabelianos»), que el santo se determinó á salir del desierto, por librarse de aquellos hombres que le perseguian mas que las serpientes y fieras que en él habitaban.

5 Habiendo, pues, vivido cuatro años en aquella soledad, con un género de vida tan rigurosa y penitente, y sido probado del Señor con tan duras batallas, y vencido y quebrantado al enemigo, salió del yermo: y siguiendo al Señor, que le guiaba y llamaba para mayores cosas, se fué á Jerusalen, así por ver y reverenciar aquellos santos lugares, en que se obró nuestra redencion, como por perficionarse en la lengua hebrea, y estudiar muy de propósito la sagrada Escritura, y ver con sus propios ojos los mismos lugares, en que habian pasado las cosas que en ella se cuentan, para poderla mas fácilmente entender, y así lo sucedió. Tomó por maestro de la lengua y cosas hebreas á un judío, por nombre Barrabano, ó Barnanina, el cual venia de noche al monasterio por medio de los otros judíos para enseñarle; y el santo se lo pagaba largamente. Aquí tambien era consultado de san Dámaso, papa: el cual, siendo supremo maestro de toda la Iglesia católica, y varon santísimo y sapientísimo, y ya viejo, no se desdeñaba de escribir á san Gerónimo, que á la sazon era mozo, y preguntarle dudas y lugares dificultosos de la sagrada Escritura; y con tan grande humildad suya, y estima de san Gerónimo, que en una epístola le dice estas palabras: «No pienso que podemos hallar mas suave conversacion, ni mas provechosa comunicacion entre nosotros, que hablar de las Escrituras sagradas; de tal manera, que yo te pregunte, y tú me respondas; porque no hay en esta vida cosa de mayor deleite, ni miel tan dulce, como este manjar del alma.» Esto es de san Dámaso, escribiendo á san Gerónimo. De donde se ve la estima que hacia de él, y la opinion que tenia de sus sagradas letras, y virtud. Mas, dado que san Gerónimo tenia una sed insaciable de saber y entender los misterios profundos, que en la sagrada Escritura están encerrados, no le faltaron sus impedimentos y dificultades que vencer en aquel sagrado estudio: porque como él se habia dado tanto á la elocuencia, y á la elegancia del estilo, y no hallaba (á su parecer) en la divina Escritura aquel ornato de palabras, tomaba algunas veces algun profeta en las manos para leer, y dejabale luego, ofendido de la llaneza y humildad del estilo, con que el Espíritu santo (para confundir á los soberbios, y enseñar á los humildes) quiso que se escribiesen los libros sagrados. Pero como Dios le habia escogido para intérprete y expositor principalísimo de esta misma Escritura sagrada, le castigó severamente, porque la leia con menos atencion y cuidado, que á Ciceron, y á otros autores profanos. La manera como esto pasó, es bien que lo digamos con las mismas palabras del santo, que, escribiendo á la vírgen Eustoquia, su hija en Cristo regalada, dice así. «Quiérote contar la historia de mi desdicha y miseria. Como yo muchos años há me hubiese determinado privarme, por el reino de los cielos, de mi propia casa, padres, hermanos y parientes, y lo que es mas dificultoso, de la costumbre de las comidas regaladas, y me partiese para morar en Jerusalen; no podia deshacerme de la librería que con cuidado y costa habia allegado en Roma. Y yo miserable, por leer á Tulio, ayunaba, y despues de las vigilias largas de la noche, y de las copiosas lágrimas, que de lo mas íntimo de mi corazon destilaban mis ojos por mis pecados, me ponia á leer á Plauto: y si alguna vez, mirando mi daño, y volviendo en mí, comenzaba á leer al Profeta, luego me daba en rostro el estilo llano y mal limado, y como con mis ojos ciegos no podia ver la luz, pensaba yo que estaba la falta en el sol, y no en ellos. Al tiempo, pues, que la antigua y astuta serpiente de esta suerte me engañaba, me vino á media cuaresma una tan recia calentura, que, como estaba mi cuerpo flaco y exhausto, me puso en lo último, y los que estaban conmigo, aparejaban lo que era necesario para mi sepultura. Al tiempo que ya el calor vital del alma habia desamparado las demás partes del cuerpo, y solo

se sentia en el pecho, fuí súbitamente arrebatado en espíritu, y llevado á juicio delante del trono real de Jesucristo, donde era tanta la claridad y el resplandor que salia de todos los que allí estaban, que, derribado en tierra, no osaba alzar los ojos. Siendo preguntado de mi condicion y fé; respondí libremente, que era cristiano. Mientes (respondió el que presidia en aquella audiencia): que no eres cristiano, sino ciceroniano; pues donde está tu tesoro, allí está tu corazon. Oyendo esto, enmudecí: mandóme azotar crudamente el juez; y yo, aunque sentia el dolor de los azotes, mucho mas me atormentaba el fuego de mi conciencia, y llorando y gimiendo comencé á decir: Perdonádme, Señor: Señor, perdonádme. Esta sola voz se oia entre el ruido de los azotes. Al fin, los que estaban presentes, se pusieron de rodillas delante del juez, suplicándole que perdonase mi culpa, que era de mozo, y me diese lugar para enmendar el yerro con la penitencia; con tal condicion, que si en mí no hubiese enmienda, quedase obligado á mayor castigo. Mayores cosas prometiera, segun el estrecho en que estaba: juré de así cumplirlo; y, hecho el juramento, me dejaron libre, y yo torné á mi sentido, y abrí los ojos tan bañados en lágrimas de dolor, que todos los presentes se admiraron, y las tomaron por testimonio bastante de lo que yo habia padecido.» Y añade el santo: «Y no piense nadie, que aquel fué sueño vano, y de los que algunas veces nos dejan burlados: testigo es el juez, en cuya presencia yo fuí azotado: testigos fueron los santos ángeles; tambien las señales de los azotes, que por muchos dias quedaron en mi cuerpo. Desde aquella hora yo me dí con tanta diligencia y atencion á leer las cosas divinas, con cuanta jamás habia leido las humanas.» Todo esto es de san Gerónimo, de cuya verdad no se puede dudar: aunque algunos hombres libres y atrevidos, por parecer ciceronianos, han hecho risa de ello, y dicho, que no hubo razon de azotar á san Gerónimo por ciceroniano, porque no lo es en su estilo: no mirando, que no le castigaron, porque seguia el estilo de Ciceron, sino por la aficion con que le leia; y porque, por leerlo, dejaba de leer las divinas Letras, que Dios queria que leyese, deleitándose mas en las palabras muertas y compuestas de Tulio, que en las sentencias vivas y divinas del Señor. Ni tampoco advierten, que el ser uno ciceroniano no consiste tanto en usar de las palabras y frases que usó Ciceron, cuanto en imitarle en la gravedad de las palabras, y disposicion y órden de lo que se escribe, para enseñar, deleitar y persuadir al que lo leyere: lo cual todo lo tuvo san Gerónimo, con tanta eminencia, como otro cualquier autor: porque, ¿qué orador hay entre los griegos y latinos, que enseñe con mas claridad, que deleite con mayor suavidad, y mueva con mayor eficacia? ¿Quién hay, que alabe con tanta sinceridad, y reprenda con tanta vehemencia, y exhorte con tanto espíritu y fervor? ¿Qué así levante, ó abata, lo que quiere levantar, y abatir? ¿Qué doctor de la Iglesia hay, que trate las cosas sagradas con tan gran majestad, las llanas con tanta erudicion, las escabrosas con tanta elocuencia, las oscuras con tanta luz? ¿Que así se sirva de todas ciencias, divinas y humanas, para explicar y poner delante de nuestros ojos los misterios de nuestra santísima religion? Esto es ser sumo orador: esto es ser ciceroniano, é imitar á Ciceron en lo que él fué excelentísimo y perfectísimo orador, y por lo que es llamado príncipe de la romana elocuencia; porque todas las ciencias humanas son como criadas, que deben servir, como á su señora y reina, á la sagrada teología, y los tesoros de los egipcios al pueblo de Dios, como gravísimamente nos lo enseña el mismo san Gerónimo, y mas con obras que con palabras. Volviendo, pues, á nuestro glorioso doctor, despues que se vió obligado con tan riguroso castigo á trocar el estudio de Ciceron, y de las letras humanas en las divinas, renunciando y cortando de sí todo lo que le podia estorbar, se entregó á la celestial sabiduría, y procuró con grande ansia meditar de dia y de noche en la sagrada Escritura, y buscar á los hombres, que mejor se la podian enseñar, sin reparar en costa, ni trabajos, é incomodidades de camino. Para esto se ordenó primero de presbítero en Antioquía, siendo de edad de treinta años, por manos de Paulino, obispo, que se lo rogó; aunque nunca pudo acabar con él, que de tal manera se ordenase, que se atase á la residencia y sujecion de alguna Iglesia, sino quedar monje como antes; porque quiso quedar libre para poder en la soledad llorar sus pecados, y para darse mas enteramente al estudio de las divinas Letras, sin impedimento y embarazo, como el mismo santo lo dice en una epístola, que es la 61, la cual escribió trece años despues de muerto san Dámaso, papa. Ni aun se pudo acabar con él, que quisiese en el monasterio ejercitar en público los ministerios del oficio sacerdotal.

6 Siendo, pues, ya ordenado de sacerdote, fué á Constantinopla, para ver y oir á san Gregorio Nacianceno: al cual por su singular sabiduría y elocuencia llamaron el Teólogo; y san Gerónimo á boca llena le llama su maestro, y se precia de haber sido su discípulo, que es señal del gran caudal de la doctrina de san Gregorio, y no menos de la profunda humildad de san Gerónimo: porque siendo ya él tan grande letrado y conocido por tal, y que le consultaban los obispos de Occidente, y el obispo de los obispos, y sumo pastor, san Dámaso, y le pedian que les declarase los lugares oscuros de la sagrada Escritura, y al que los obispos de Oriente con tanto cuidado procuraban ganar, y traerle á su opinion, para defenderla y sustentarla con su autoridad (como arriba se dijo); con todo eso, quiso el santo antes ser discípulo de san Gregorio Nacianceno, que maestro de los demás. En Constantinopla estuvo casi tres años, oyendo en público á san Gregorio, cuando enseñaba, y conferiendo familiarmente en casa con él, como un varon docto con otro, y como un amigo con otro amigo, los lugares mas dificultosos de la Escritura. Allí tambien conoció y trabó amistad con san Gregorio Niceno, hermano de san Basilio, y ayudó á su maestro san Gregorio Nacianceno en las contiendas y debates que tuvo con Máximo,

filósofo cínico, que con hipocresía y engaño le pretendió quitar la silla: mas san Gerónimo escribió á san Dámaso, papa, en favor de su maestro, y por las cartas de san Dámaso, Máximo fué echado de la ciudad de Constantinopla: donde, el tiempo que estuvo en ella, escribió san Gerónimo sobre el sexto capítulo de Isaías, y le dedicó á san Dámaso, que se lo habia mandado, y otros amigos se lo habian importunado, como lo dice el mismo santo doctor. En esta sazon, estando las cosas de la Iglesia oriental alteradas, y algunas Iglesias con graves disensiones entre sí, pareció al santo pontífice Dámaso, y al emperador Teodosio, ambos españoles, y religiosísimos príncipes, que era bien juntar concilio en Roma de los obispos de Oriente y Poniente, para dar asiento en ellas, y paz y sosiego á toda la Iglesia. A este concilio fueron á Roma san Epifanio, obispo de Salamina, en Chipre, y Paulino, obispo de Antioquía (el cual habia ordenado de presbítero á san Gerónimo), varones de conocida santidad, y grandes amigos suyos: y ahora sea, porque ellos se lo pidieron, ahora, y es lo mas probable, porque el mismo papa san Dámaso se lo mandó; san Gerónimo tambien fué á Roma, y entró en ella en compañía de estos santos prelados. Allí fué recibido del sumo pontífice con grande benevolencia y amor, y de toda la ciudad con extraordinaria admiracion y respeto. Halló allí á Pamaquio, su antiguo condiscípulo, y á otros amigos, que ya antes le conocian, ó por conversacion, ó por fama de su santidad y doctrina. Todos concurrian á él, y cada uno procuraba ganarle la voluntad: unos alababan su santidad, otros la doctrina, otros su dulzura y trato suave y benigno, y finalmente todos tenian puestos los ojos en él, como en un espejo de toda virtud, dechado de penitencia, y oráculo de sabiduría; de tal manera, que comunmente le juzgaban por digno del sumo sacerdocio. Aquí en Roma sirvió al santo pontífice Dámaso en responder á todas las dudas que le proponian, y en las cosas eclesiásticas que le consultaban de todas las Iglesias orientales y occidentales. Y como la Iglesia en aquel tiempo estaba tan extendida por todas las provincias del mundo, era negocio gravísimo, y de mucha dificultad, satisfacer en materias tan importantes á tantas demandas, y responder á tantas preguntas. Tenia tambien cuidado de proponer la confesion de la fé, que habian de hacer, y enseñarles lo que habian de creer, á los que se convertian de la herejía, y, para ser reconciliados con la Iglesia, acudian á la silla apostólica; y en las demás cosas, que pertenecen al gobierno de la Iglesia católica, era san Gerónimo el que llevaba gran parte del peso, y con su cuidado descuidaba san Dámaso, y con su trabajo descansaba. En este tiempo procuró que en la Iglesia romana, como escribe san Gregorio, papa, se cantase el *Alleluya*, no solamente en el tiempo de Pascua, como antes se usaba, sino tambien en el resto del tiempo, fuera de Septuagésima á la Pascua, como lo usaba la Iglesia de Jerusalen; y que en el fin de los salmos se cantase el «Gloria Patri,» como se usaba en la Iglesia de Antioquía. El enmendó en Roma los salmos, segun la interpretacion de los setenta intérpretes, que la Iglesia lee, y canta; y por órden de san Dámaso el Testamento nuevo, que en su tiempo andaba no tan correcto. El fué el primero, que con brevedad escribió los martirios de los santos mártires, que en la Iglesia se leen, como lo dicen Casiodoro, Usuardo, y Adon, obispo de Viena. El ordenó el leccionario, y dispuso las lecciones que se habian de rezar en el oficio divino, y las epístolas y evangelios que se habian de recitar en la misa. Además de esto se ocupaba el santo en visitar los santuarios de Roma que, siendo muchacho, solia frecuentar; aunque ahora lo hacia con diferente devocion y espíritu. Dábase mucho á la oracion y contemplacion: decia misa con muchas lágrimas, ternura y sentimiento; y hoy dia se muestran en Roma el cáliz y casulla, con que la solia decir. Era muy solícito y cuidadoso del culto divino, y de la limpieza de las iglesias, y ornato de los altares; y así alaba tanto á Nepociano por el cuidado que en esto ponia. Trataba con toda la nobleza y corte de Roma, y procuraba atraer los corazones de las gentes al amor y temor santo del Señor. Y como veian en él una vida tan perfecta, un menosprecio del mundo, un semblante del cielo, unas palabras tan vivas, unos consejos tan acertados, un pozo tan profundo de sabiduría, y que en todas sus cosas mas parecia varon divino, que hombre mortal; muchos se le rendian, y por su medio daban libelo de repudio á los vicios, gustos y entretenimientos, y se entregaban de veras á la virtud. Asimismo en el tiempo que estuvo esta vez en Roma, que fué casi tres años, escribió muchas obras maravillosas: porque, habiendo un hereje, llamado Helvidio, abierto su boca sacrílega y ladrado, como perro rabioso, contra la limpieza de la purísima Vírgen nuestra Señora, y escrito un libro contra su perpetua virginidad; el santo tomó la mano, y de tal suerte le convenció y confundió con su respuesta, que aquel monstruo en un mismo tiempo parece haberse comenzado y acabado. A Helvidio sucedió otro monstruo, que fué Joviniano, falso monje, el cual habia estado en Milan en un monasterio, debajo de la disciplina de san Ambrosio, del cual hace mencion en sus Confesiones san Agustin, y venido á Roma, enseñaba que el matrimonio era igual á la virginidad, y que no se habia de ayunar, y otros errores mas dignos y propios de un filósofo epicúreo y delicioso, que de un monje lloroso y penitente. Contra este tan pernicioso hereje escribió san Gerónimo aquellos dos admirables libros, tan llenos de erudicion divina y humana, que ponen espanto.

7 Escribió asimismo los Diálogos contra los luciferianos, y otras obras de grande utilidad y admiracion. Tambien se ocupaba en declarar la sagrada Escritura á algunas personas devotas y estudiosas, que venian á él, y le importunaban, y preguntaban y proponian varias cuestiones. Pero en ninguna cosa (despues de haber cumplido con las obligaciones del oficio, que el santo papa Dámaso le habia dado) se ocupaba de mejor gana, que en desarraigar las malezas, espinas y vicios de los corazones de los hombres, y en refrenar la demasiada liber-

tad y licencia, con que muchos vivian en Roma, y reformar las costumbres torcidas de algunos clérigos, para que floreciese en la santidad aquella ciudad, y en las obras fuese tan santa como siempre lo ha sido en el nombre. Y como san Gerónimo era tan zeloso, tan severo y grave reprensor de los vicios, y no tenia respeto á la calidad de las personas, sino á la virtud, y á la gloria de Dios, no pudieron los ojos flacos sufrir tan gran resplandor y claridad; y el manjar sabroso y saludable hizo mal estómago á los que tenian estragado el paladar. Los mismos que antes se postraban á sus piés, y le besaban la ropa, y pedian su bendicion, comenzaron á quererle apedrear, y á llamarle hipócrita, embustero y engañador, y tomaron mayor ánimo y osadía con la muerte del santo papa Dámaso, que fué el año de 384, pareciéndoles que quedaba el santo doctor solo, desabrigado, y sin aquel arrimo y defensa que antes tenia. Y para que sus mentiras tuviesen algun color de verdad, publicaron que no parecia bien que un monje tratase con tanta familiaridad con mujeres, aunque fuesen señoras principales, y pareciesen santas: y esto decian; porque algunas personas de las mas principales de Roma, y devotísimas y deseosísimas de toda perfeccion, acudian á san Gerónimo, como á padre y maestro, para que las enseñase é instruyese en lo que habian de hacer, para agradar mas al Señor, como fueron santa Paula, viuda, y sus hijas Paulina, Eustoquia, Biesilla, y Rufina, santa Marcela, Albina, Asela, Leta, y otras, algunas de las cuales fueron santas, y como tales son celebradas en la Iglesia católica. Pero entre todas, la que mas se señaló fué santa Paula: la cual, para darse mas perfectamente á Dios, determinó dejar su casa, hijos, deudos y conocidos, y salir de Roma, é irse á vivir á Jerusalen, adonde san Gerónimo, muerto ya san Dámaso, papa, queria navegar. Y como el mundo siempre tiene por locura la sabiduría de Cristo, y por perdido, todo lo que se emplea en su servicio, y por demasía y rigor, lo que no se ajusta con sus leyes y vana prudencia; los que estaban sentidos de las reprensiones de san Gerónimo, tomaron esta ocasion para infamarle y pregonarle, no solamente por burlador é hipócrita, sino tambien por lascivo y deshonesto: y para persuadir mejor su mentira, se aprovecharon de un hombre, á quien persuadieron que dijese falso testimonio contra el santo, y contra santa Paula. Fué preso el hombre, y en los tormentos negó lo que primero habia significado: y reconociendo su mentira, descubrió la verdad, y la inocencia de san Gerónimo: el cual, en una epístola, que escribió á Asela, al tiempo que en el Puerto Romano se queria embarcar para Jerusalen, le dice estas palabras: «Yo (dice) soy aquel malvado, yo aquel taimado y embustero, yo el mentiroso, y el que con arte de Satanás engaña. ¿Cuál es mas seguro, creer esto, ó fingirlo, de los que no tienen culpa, ó no querer, ó creer de los culpados? Algunos me besaban la mano, y con la boca de serpiente decian mal de mí: mostraban pesar con la lengua; y gozábanse en su corazon. Veíalo el Señor, y hacia burla de ellos, y guardaba á este miserable siervo suyo, para juzgarle con ellos el dia del juicio. Unos reprendian mi manera de andar, y la risa: otros el semblante de mi rostro; y otros atribuian á mal, lo que yo con llaneza y simplicidad hacia. Tres años casi he vivido con ellos, y muchas veces he estado rodeado de gran número de doncellas, y á algunas de ellas les he declarado las divinas Letras, lo mejor que yo he podido. La leccion era causa de que hubiese trato entre nosotros: el trato de que hubiese familiaridad; y la familiaridad suele dar atrevimiento y confianza. Pues, díganme: en estas ocasiones ¿qué cosa han visto en mí, que desdiga un punto de la modestia y gravedad cristiana? ¿He tomado jamás dinero de nadie? ¿No he despreciado siempre los dones, grandes y pequeños que se me han ofrecido? ¿Han sido mis palabras descompuestas, ó mis ojos lascivos? Ninguna cosa se me opone, sino que soy hombre; y aun esto no se me opone, sino cuando Paula y Melania se parten para Jerusalen. Los que han creido al que mintió; ¿por qué no creen al que se desdice? El mismo hombre es ésto, y aquel: y el que ahora dice que soy inocente, es el mismo que antes dijo que yo era culpado, especialmente, que los tormentos son mas poderosos para sacar la verdad, que la mentira; sino que mas fácilmente se cree lo que, sabiendo que es fingido, de buena gana se oye; ó, no siendo fingido, se procura que lo sea. Antes que yo conociese á Paula, toda la ciudad de Roma me ponia en las nubes, y me juzgaba por digno del sumo sacerdocio, y tenia en tanto mis palabras, como si salieran de la boca de san Dámaso: llamábanme santo, humilde y elocuente. ¿Por ventura he yo entrado en casa de alguna persona menos honesta? ¿Llanme llevado tras sí las ropas de seda, las piedras preciosas y resplandecientes, los rostros afeitados, ó la codicia de oro y de riquezas? No ha habido en Roma matrona, que haya podido ablandarme y hacer que yo mudase mi propósito, sino la que lloraba y ayunaba, y estaba vestida de cilicio y casi ciega por las continuas lágrimas, la que las noches enteras pasaba en oracion, y cuyas canciones eran los salmos, sus palabras el Evangelio, sus deleites la abstinencia, y su vida un perpetuo ayuno. Ninguna me pudo agradar, sino la que nunca ví comer. Mas despues que por sus grandes merecimientos, y extremada honestidad, la comencé á reverenciar, honrar y admirar, luego todas las virtudes me desampararon.» Todo esto es de san Gerónimo, al tiempo que partió de Roma para Jerusalen, adonde despues le siguieron santa Paula, con su hija Eustoquia, y otras muchas vírgenes, que tuvieron mas cuenta con la inspiracion santa é impulso del Señor, que las guiaba, que no con las voces de los hombres mundanos, y con los lazos de Satanás, que las pretendia detener.

8 Partió, pues, de Roma nuestro gran doctor por el mes de agosto, en compañía de Paulíniano, su hermano menor, y de Vincencio, presbítero, y de otros monjes que iban con él, con intento de ir á Jerusalen, y hacer allí su morada. Llegó á Chipre, donde fué recibido de san Epifa-

nio con grande benevolencia y caridad. De allí pasó á Antioquía, y fué huésped, y muy acariciado y agasajado del obispo Paulino: y acabó la navegación entrando en Jerusalen en lo recio del invierno, con mucho frio. Venia tan cansado de las grandezas, vanidades y murmuraciones de la corte romana, y tan deseoso de ser de veras monje, y darse del todo á Dios, que poco despues se fué á Egipto, por visitar los monasterios que allí habia, y los de Nitria, y consolarse con aquellos santos varones que en ellos servian al Señor, y aprender nuevas virtudes para mas agradarle; porque con ser san Gerónimo un vivo retrato y espejo de toda santidad, y varon en todas ciencias tan consumado; era tan humilde, que de todos queria aprender letras y virtudes. Para esto fué á Egipto á verse con los monjes, y en Alejandría se hizo discípulo de Dídimo: el cual era ciego, y por su grande ingenio é industria habia alcanzado fama de hombre sapientísimo: y por esto el mismo san Gerónimo le llama en latin, *Videns*, el que veia, ó el ciego de buena vista: de manera, que el que en tiempo del papa Dámaso habia sido maestro de todo el mundo, por su humildad (con su cabeza entrecana, como él mismo lo dice,) quiso antes aprender que no enseñar. Estaba Dídimo tocado de los errores de Orígenes, y enseñólos á Rufino; pero, ó no se atrevió á descubrirse á san Gerónimo; ó, si se descubrió, no fueron por el santo sus errores admitidos: porque, como abeja solícita y prudente, de tal suerte recogia el rocío y jugo de las flores, para labrar sus panales y henchir sus colmenas de la dulce miel, que se guardaba de las yerbas ponzoñosas que le podian inficionar. Volvió despues de esto el santo á Belen, y tomó por asiento el pesebre y cuna del Salvador, para vivir allí y regalarse con la meditacion y presencia de aquel pobre portal, en que el Verbo eterno salió al mundo vestido de la flaqueza de nuestra carne. Allí edificó un monasterio en que vivia con los monjes santísimamente, y un albergue para acoger y recibir á los peregrinos que en aquel tiempo en gran número venian en romería á Jerusalen. Para hacer esto envió á su hermano Paulniano á su tierra, para que vendiese lo que quedaba de su patrimonio, y socorrer con ello á las necesidades de los pobres. Vivia el santo en este monasterio con gran pobreza, contentándose de una comida y vestido pobre: no tenia dineros, ni los queria tener: escondíase y recogíase en su celda: deseaba ser bueno mas que parecerlo: dábase mucho á los ayunos y oracion: su cama era dura y áspera: de su boca no se oian sino cosas santas y del cielo, y en el mismo silencio hablaba interiormente con Dios: era muy humilde interior y exteriormente; y traia el temor del dia del juicio tan metido en las entrañas, que él mismo dice de sí estas palabras: «Todas las veces que me pongo á pensar en el dia del juicio, estoy como azogado y tiembla todo el cuerpo.» Recibia á todos los peregrinos (como no fuesen herejes), y regalábalos, y lavábales los piés, y aun los piés de los camellos que traian: y eran tantos los que venian, que el mismo santo dice, que no habia hora ni momento en que no recibiesen gran multitud de hermanos, y que la soledad del monasterio se habia trocado en un continuo hospedaje, tanto, que, ó habian de cerrar las puertas del monasterio, ó dejar el estudio de la sagrada Escritura, la cual les mandaba abriesen las puertas á los peregrinos.

9 Aquí tuvo tambien el santo grandes trabajos y dificultades con los origenistas, y especialmente con Juan, obispo de Jerusalen, por defender la pureza de nuestra santa fé; porque entre las otras grandes alabanzas que merece este santísimo varon, una es, y no la menor, haber sido siempre martillo de los herejes, y contraveneno de sus errores. Habia sido Juan Jerosolimitano monje, y hereje macedoniano, y con esperanza de ser obispo, habia abjurado la herejía. Alcanzó el obispado de Jerusalen, é hízose defensor de los errores de Orígenes que á la sazon se ventilaban, y como cáncer cundian é iban inficionando á los fieles. Opúsosele san Gerónimo, teniendo mas cuenta con la verdad de la fé, que con la dignidad y potencia del obispo. Llevólo mal Juan Jerosolimitano, y determinó perseguir á san Gerónimo, y maltratarle con todas sus fuerzas. Para esto lo excomulgó á él, y á su hermano Pauliniano, y á sus monjes, y vedóles que no entrasen en el Santo Sepulcro, entrando en él aun los herejes. Quiso prohibirle que no estuviesen en Belen; pero no se atrevió por respeto de santa Paula, á quien, como era señora tan principal, tan rica y poderosa, todos procuraban darle contento. Pero despues, viendo que con los otros remedios no podia rendir y vencer el invencible pecho de san Gerónimo, procuró que él, y su hermano, y los otros monjes, fuesen desterrados; aunque no pudo salir con ello. Hablando de esta violencia, dice el mismo san Gerónimo en una epístola estas palabras: «Plugniera á Dios, que así como á él se le cuenta la voluntad por obra; así nosotros, no solo con la voluntad sino con el efecto, alcanzáramos la corona del destierro. Derramando sangre, y padeciendo, y no haciendo agravios, ni afrentas, se fundó la Iglesia de Cristo: con las persecuciones creció; y con los martirios fué coronada.» Y mas abajo, quejándose que Juan Jerosolimitano, siendo monje, hacia tales obras con los monjes, dice así: «El monje amenaza á los monjes (¡ay dolor!), é impetra que sean desterrados; ¡y monje que se jacta tener la cátedra apostólica! No saben los monjes rendirse por terrores y espantos; y al golpe de la espada, antes darán el cuello que las manos. ¿Qué monje hay, que, desterrado de su patria, no se tenga por desterrado del mundo? ¿Para qué es menester autoridad pública, y rescriptos, y provisiones, y discurrir por todo el mundo contra nosotros? Tóquenos con su dedo mas pequeño; y de buena gana nos iremos. De Dios es la tierra y toda su redondez.» Todo esto es de san Gerónimo: el cual por esta misma causa y contienda de la fé tuvo grandes reyertas con Rufino, que de grande amigo y compañero que habia sido suyo, se le hizo adversario y enemigo; porque, enseñado de Dídimo, de tal manera se aficionó á Orígenes, y bebió sus errores, que trasladó de griego en latin un

libro suyo, llamado *Periarchon*, en griego, y en latin *De principiis*; y le publicó en Roma, como doctrina sana y segura, habiendo en él muchos errores y herejías; y alabando al santo, como á amigo y admirador de Orígenes. Hubo de esto grande escándalo en Roma, y los devotos y aficionados de san Gerónimo luego acudieron á él, y le escribieron á Jerusalen lo que pasaba, rogándole que les avisase de lo que habian de creer y hacer, y que volviese por sí. El santo lo hizo, y trasladó fielmente el libro de Orígenes que Rufino habia trasladado con poca fidelidad, y se lo envió. Y para cumplir con la amistad antigua de Rufino, y el oficio de modestia y caridad, antes que escribiese contra él, le avisó amorosamente que quitase aquel escándalo y tropiezo que habia puesto á los fieles; y le dice estas palabras: «Pongo por testigo á Jesucristo, que de mala gana, y por fuerza vengo á hablar, y que siempre hubiera callado, si tú no me provocaras y obligaras á hablar. Finalmente, no me acuses; y yo no me defenderé. Dejemos de defender á los herejes; y no habrá contienda alguna entre nosotros. Deja la espada, y yo dejaré el broquel. En una sola cosa no podré consentir contigo: que perdone á los herejes, y que no me muestre en todo católico. Si esta es la causa de nuestra discordia, morir podré; mas no callar. Haya entre nosotros fé; que luego habrá paz.» Esto dice san Gerónimo á Rufino, exhortándole á ser católico y á la antigua amistad. Pero aunque no bastó esta diligencia para que Rufino se reconociese y enmendase; bastó ella y otras que hicieron Marcela y otros discípulos de san Gerónimo, para que san Anastasio, papa, varon de riquísima pobreza y solicitud apostólica (como el mismo santo le llama), que habia sucedido á Siricio, sucesor de Dámaso, condenase los errores de Orígenes, quedando el santo y la verdad con victoria; y sus adversarios, Juan Jerosolimitano, y Rufino, y otros, humillados y confusos. Y aunque ellos procuraron por medio de Alipio (compañero y discípulo de san Agustin), que habia ido á Jerusalen, poner mal al mismo san Agustin con san Gerónimo, y por esto al principio se escribieron algunas cartas algo desabridas; pero despues, entendida la verdad, fueron muy grandes amigos, sin que los origenistas, con todos sus embustes y artificios, los pudiesen apartar ni dividir á los que con vínculo de caridad tan estrecho estaban tan unidos y abrazados.

10 Despues de esta tan gloriosa victoria, alcanzó otra, no menos ilustre, contra un hereje, llamado Vigilancio, á quien el santo, por ironía y risa, llama Dormitancio. Este al principio con extraña hipocresía disimulaba sus errores; mas despues se quitó la máscara, y públicamente los enseñaba y defendia en Francia. Estando en Barcelona, habia tenido amistad con san Paulino, y yendo en romería á Jerusalen, llevó cartas suyas de recomendacion para san Gerónimo, creyendo san Paulino que era de dentro lo que de fuera parecia. Mas despues se manifestó y vomitó el veneno que traia en el pecho, reprendiendo la castidad de los clérigos, y la veneracion de las reliquias de los santos mártires, y enseñando otros disparates como estos: los cuales de tal manera deshizo nuestro gran doctor con su admirable doctrina y elocuencia, que el hereje no levantó mas cabeza, y quedó con sus errores sepultado; porque nuestro Señor, en castigo de los que en Francia le habian creido, envió por este tiempo los vándalos y alanos que entraron en ella, haciendo gran riza y estrago; de manera, que cada uno miraba cómo escaparia con la vida, sin acordarse mas de Vigilancio, que si tal hombre no hubiera habido en el mundo. Levantóse tambien otro hereje, enemigo asimismo de la gracia de Jesucristo, que fué Pelagio, monje, é inglés de nacion, contra el cual escribió san Gerónimo, á ruego de sus devotos; aunque no de muy buena gana, por parecerle que no habia necesidad de tomar él aquel trabajo, habiéndole tomado antes con tanta loa san Agustin; y así dice: «Paréceme que es bien que dejemos este trabajo; porque no se nos diga aquella sentencia de Horacio: *In silvam ne ligna feras*: No lleves leña al bosque; porque, ó habemos de decir las mismas cosas que están ya dichas (y esto no hay para qué); ó cosas nuevas: pero ya se ha anticipado Agustino, y dicho las mejores con su clarísimo ingenio.» Por donde se ve la estima que san Gerónimo tenia de san Agustin. Y no fué menor la que san Agustin tuvo de san Gerónimo: del cual hablando, dice: «No pienses que es de desechar Gerónimo, aunque no fué mas que presbítero: el cual fué muy erudito en la lengua griega, hebrea, y latina: de la Iglesia occidental pasó á la oriental, y vivió en los lugares sagrados, y estudió Letras sagradas hasta la edad decrépita: cuya elocuencia echó su resplandor, como lámpara, desde el Oriente hasta el Occidente.» En estas cosas se ocupaba el santo el tiempo que estuvo en Belen, y en traducir, interpretar, é ilustrar con sus comentarios las divinas Letras, deshaciendo por una parte las tinieblas de los herejes; y por otra alumbrando con su singular doctrina toda la Iglesia católica.

11 Pero sucedieron dos cosas lastimosas en que el santo hubo de ejercitar mucho su gran confianza en Dios, y la caridad con los prójimos. La primera fué, que el año de 395, entrando los hunnos, gente brava y feroz, por Armenia, por todo el Oriente, talando las tierras del imperio romano, con tanta braveza y furor, que rindieron y asolaron casi todo Egipto; mataron muchos monjes, y cautivaron gran número de gente, y los rios iban teñidos en sangre humana: y como pasasen adelante con su victoria, llegó nueva que venian á Jerusalen; y fué tan grande el espanto, que todos los peregrinos y extraños, y entre ellos Fabiola, matrona romana principal y devotísima del santo, se partieron de Jerusalen. Con esta nueva Gerónimo y su gente, tambien se aprestaron para la partida: y teniendo ya aparejada la embarcacion, y estando en la ribera para embarcarse, al punto que entendiesen que venian los enemigos: fué nuestro Señor servido por las oraciones y lágrimas de san Gerónimo, que aquellos bárbaros no llegasen á la Tierra santa; y con esto cesó la partida,

y todos los moradores de Jerusalen quedaron libres de aquel sobresalto. La segunda fué, que casi al mismo tiempo entraron los godos por Europa, y destruyeron muchas ciudades y provincias de Grecia: y despues, andando el tiempo, con varios sucesos, entraron tambien en Italia, y cercaron á Roma, y la tomaron, y saquearon y arruinaron el año de 410, siendo emperador Honorio, hijo del gran Teodosio, como san Gerónimo, antes que sucediese, lo habia profetizado, escribiendo sobre el profeta Daniel. Y aunque sus enemigos y otra gente holgazana le quisieron calumniar y reprender por lo que habia escrito; cuando lo vieron con los ojos, y cumplirse lo que él habia profetizado, lloraron su desventura, y alabaron el espíritu profético y prudencia del santo doctor: el cual, hablando de esto, dice estas palabras: «No se ha de lisonjear á los príncipes de manera que se deje la verdad de las Escrituras sagradas; ni es injuria de una persona particular, cuando en general se disputa de las cosas. Y aunque yo haya tenido cuidado de esto, en lo que escribí la calumnia que se me habia impuesto, con el juicio de Dios se ha quitado, para que se echase de ver el amor que me tienen mis amigos, y las asechanzas y embustes de mis enemigos.» Pero en aquella ruina y destruccion de Roma, tuvo el santo mucho qué llorar, y en qué ejercitar su caridad; porque muchos de los que de ella se pudieron escapar, fueron huyendo hasta Jerusalen, donde san Gerónimo los recibió y amparó lo mejor que pudo, con la ternura y sentimiento que pedia un caso tan triste y miserable: del cual él mismo dice estas palabras: «Verdad es aquella sentencia, que todas las cosas que nacen se acaban, y las que crecen se envejecen, y que no hay cosa hecha por mano y obra de hombres, que al fin no se acabe y consuma con el tiempo. ¿Quién creyera, que Roma, edificada con las victorias y despojos de todo el mundo, habia de caer y ser juntamente madre y sepultura de sus hijos? ¿Y que todas las costas de Oriente, de Egipto y África, se habian de llenar de los cautivos y esclavos de aquella ciudad que fué señora de tantas gentes? ¿Y que Belen santa cada dia habia de recibir y acoger en sí, como pobres y mendigos, á hombres y mujeres nobles, que en otro tiempo fueron tan ricos y abundantes? A los cuales, porque no podemos remediar, les tenemos gran compasion, y juntamos nuestras lágrimas con las suyas; y ocupados con la carga de tan santa obra, no pudiendo ver sin sollozos y gemidos á los muchos que vienen, habemos dejado la interpretacion sobre el profeta Ezequiel, y casi todo el estudio; porque deseamos poner por obra las palabras de la Escritura, y no decir cosas santas, sino hacerlas.»

12 En estas obras de caridad y en otras semejantes se ejercitaba nuestro santo doctor, como quien estaba tan encendido y abrasado del amor de Dios, y de sus prójimos. Ocupábase tambien en responder á innumerables cartas que le escribian de todas las partes de la cristiandad hombres doctos, obispos, prelados, preguntándole dudas, y proponiendo cuestiones de la sagrada Escritura, y otras personas principales, pidiéndole consejo en lo que habian de hacer para agradar á Dios, y servirle mas perfectamente; porque cierto es cosa que admira, ver como todos consultaban á san Gerónimo, como á un oráculo del cielo, y el gran trabajo que tenia en responder; porque además de los que de Siria, Palestina, Egipto, y de todo Oriente acudian á él; de Italia le consultaban Pamaquio, Occéano, Heliodoro, Cromacio, y otros muchos; y entre ellos (como dijimos) el maestro y pastor universal de la Iglesia san Dámaso, papa: de Francia, san Paulino, Exuperio, Minerio, y Alejandro; y Rústico, monje, Hebdibia, y Algasia, que de las últimas partes de Francia le enviaron un mensajero á Belen, para que les declarase algunas cuestiones difíciles: de Alemania enviaron Sunia, y Fretela otro, para haber de él las varias traslaciones del Salterio: de España, Abigao le escribió; y Luciano Batico desde Andalucía le envió á preguntar lo que habia de hacer acerca de ayunar el sábado, y el comulgar cada dia; y tenia asalariados seis escribientes en Belen, para que trasladasen lo que iba el santo escribiendo, y se lo enviasen. San Severo Sulpicio fué á buscarle, y le visitó, y estuvo con él seis meses; y si pudiera, estuviera toda la vida, por aprender de él virtud y ciencia: y lo que es de mayor maravilla, desde Africa, el santísimo y sapientísimo Agustino, luz de la Iglesia, le enviaba sus libros para que los censurase; y se los dedicaba, y le proponia las cuestiones dificultosas que él no sabia desatar, especialmente las del orígen del alma: y no pudiendo él ir en persona, como deseaba verse con san Gerónimo, le envió á Paulo Orosio, Alipio, y Profuturo, para que oyesen de él, lo que él, por su humildad, decia que no sabia: y en una epístola, que es la 15, para san Gerónimo, le dice estas palabras: «Dos escritos tuyos que han venido á mis manos he leido, y los he hallado tan ricos, y llenos de cosas, que no querria, para aprovecharme en mis estudios, sino poder estar siempre á tu lado; pero porque no puedo hacer esto, pienso enviarte algunos de mis hijos en el Señor, para que los enseñes; porque yo conozco, que no hay en mí, ni puedo haber, ciencia de las divinas Letras, como veo que hay en tí.» Esto es de san Agustin; para que se vea la estima que tenia de san Gerónimo. Finalmente, eran tantos los que le importunaban con sus cartas, que el mismo santo, escribiendo á Paulino le dice estas palabras: «Para decir llanamente la verdad á vuestra santa caridad; al tiempo que estoy para navegar á Occidente, son tantas las cartas que en un mismo punto se me piden, que no es posible que yo las pueda escribir, ni satisfacer á los que me las piden.» Y lo que pone mas admiracion es, que escribiendo este santo doctor á tanta variedad de personas, á papas, obispos, monjes, clérigos, señores y señoras principales, vírgenes, casadas y viudas; de tal manera escribe, que se mide con el estado de cada uno, y guarda el decoro y la propiedad que le conviene, y le desenvuelve, explica y enseña lo que debe hacer en él, como si en aquel solo, y no en otro, se

hubiera ejercitado: lo cual, aunque en algunos otros santos se echa de ver; en ninguno mas que en san Gerónimo: porque Dios nuestro Señor especialmente le habia escogido para doctor y maestro del mundo.

13 A quien leyere esto con atencion, parecerá que las ocupaciones, que habemos dicho tenia el santo, eran tantas y tan grandes, que bastaban á derribar cualquiera gigante: pero san Gerónimo lo era tan grande, y tan robusto y valeroso, que la carga, que para otros fuera insufrible, era ligera para él; porque todo lo demás le era como accesorio, y su principal estudio y cuidado era meditar la ley del Señor de dia y noche, y leer y entender la sagrada Escritura, y traducirla é interpretarla, para enriquecer la santa Iglesia, y darle el rico tesoro que ahora posee. Habia en aquel tiempo muchas traslaciones latinas, y casi innumerables, del viejo Testamento, sacadas de la version griega de los setenta, y del nuevo Testamento otras tantas traducidas de griego, como lo afirma san Agustin, y el mismo san Gerónimo, por estas palabras: «Entre los latinos (dice) hay tantas versiones, como libros; porque cada uno á su voluntad, ó ha añadido, ó quitado, lo que le ha parecido.» Pues habiendo tanta variedad de traslaciones, y siendo la divina Escritura la luz del cielo que tiene la Iglesia para alumbrar á sus hijos, y el pan, con que los ha de sustentar, y el fundamento de nuestra santísima fé; escogió Dios nuestro Señor, por su gran clemencia, entre todos los doctores de su Iglesia á san Gerónimo, para que trabajase y sudase en una obra tan importante, quitando las nieblas de la ignorancia, y, limpiando los caños por donde se deriva el agua, nos diese esta misma luz mas resplandeciente, y esta fuente de la sagrada Escritura mas limpia, para refrigerio y descanso de nuestras almas: y para que pudiese mejor hacerlo, le castigó con duros azotes; porque dejaba de leerla, por leer á Ciceron: inspiróle que estudiase con tanto cuidado las lenguas griega, hebrea y caldea, y que visitase y anduviese por todos los lugares de Palestina, para mejor entender lo que en las divinas Letras se refiere haber Dios obrado en ellos: dióle una sed insaciable de saber, y de andar por tantas provincias y naciones del mundo, y aprender de los insignes varones que habia en él, y de maestro hacerse discípulo: todo esto en órden á las Letras sagradas. Y sobre todo le dió una humildad tan grande, que el mismo santo dice de sí: «Aunque yo me conozco por tan gran pecador, y cada dia en la oracion, hincadas las rodillas, digo al Señor: No os acordéis de los pecados de mi mocedad, ni de mis ignorancias; todavía, sabiendo que dijo el Apóstol, para que no caiga hinchado con la soberbia en el lazo del demonio, y que en otro lugar está escrito, que Dios resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes; ninguna cosa, desde mi niñez, he procurado huir tanto, como el ánimo altivo, y la cerviz yerta, que provoca contra sí el odio de Dios.» Y en otro lugar dice: «Ya confieso que en interpretar las divinas Escrituras no he confiado en mis propias fuerzas, ni he hecho caso de mi opinion; antes he acostumbrado á preguntar, no solamente las cosas, de que dudaba, sino tambien las que yo pensaba que sabia.» Pues armado san Gerónimo con las ciencias humanas, y rico con las lenguas latina, griega, hebrea, siriaca y caldea, y sobre todo vestido del espíritu del Señor, y del zelo de su gloria, y del bien de su Iglesia, emprendió una cosa, que ninguno antes de él habia osado emprender, ni despues de él hasta nuestros tiempos ha osado intentar: y tradujo el viejo Testamento dos veces, una de griego en latin, segun la traslacion de los setenta, y otra de la lengua hebrea, segun la verdad hebráica: y aun el Salterio, no solamente le tradujo dos veces en latin, una de hebreo, y otra de griego; pero enmendó dos veces la edicion antigua, que en su tiempo andaba sacada de la griega comun, y vulgata: y el nuevo Testamento, que andaba lleno de faltas y errores, por culpa de los escribientes, le corrigió y enmendó con gran cuidado, por mandado de san Dámaso, como arriba se dijo: y fué tan acertada y tan perfecta esta traslacion de san Gerónimo del viejo y del nuevo Testamento, que en saliendo á luz, luego algunas Iglesias le recibieron, y despues toda la Iglesia católica ha usado de ella, dejando la que hasta allí habia usado, como se ve en lo que escriben san Agustin, san Gregorio, y san Isidoro: el cual, en el libro de los Oficios divinos, dice: «Solo Gerónimo, presbítero, ha traducido de hebreo en latin las Escrituras sagradas, y todas las Iglesias comunmente usan de su traslacion, por ser mas verdadera en las sentencias, y mas clara en las palabras:» y despues acá los expositores de la sagrada Escritura han tomado esta traslacion de san Gerónimo por regla, para seguirla. Y no solo los doctores particulares, sino tambien la Iglesia católica ha aprobado toda la edicion vulgata, y dádole autoridad, para confirmar los dogmas de la fé: y así usa de ella en las escuelas, y púlpitos, en disputas contra los herejes, y en los mismos concilios, para difinir las controversias y materias de la fé: y esta edicion vulgata es la que hizo san Gerónimo, como eruditamente lo prueban el cardenal Belarmino en sus Controversias, y el padre Alonso Salmeron de nuestra Compañía. Por donde se ve la autoridad que tuvo y tiene este santísimo doctor en toda la Iglesia católica; pues toda ella así ha abrazado esta vulgata traslacion de san Gerónimo, y desechado, en lo que la contradicen, todas las demás. De esto se saca asimismo, cuán gloriosos y cuán fructuosos fueron sus trabajos en esta obra, propia de la mano del Señor, y con cuánta razon le da la Iglesia el título y renombre de doctor máximo en exponer las sagradas Escrituras: el cual él alcanzó, aun viviendo: y así Juan Casiano, autor de aquel mismo tiempo, dice: «San Gerónimo fué maestro de los católicos: cuyos escritos, como rayos divinos, resplandecen por todo el mundo:» y san Próspero, que escribió poco despues, dice: «San Gerónimo fué muy elocuente en hebreo, griego y latin, ejemplo de costumbres santas, y maestro del mundo:» y Casiodoro: «No pienso yo (dice) que san Gerónimo estuvo ocioso en Bethlehen, antes se fué á

aquella tierra de milagros, para que su elocuencia, á manera de un sol, resplandeciese en nosotros por la parte de Oriente.» Y no solamente en la interpretacion de la divina Escritura tuvo san Gerónimo tan grande autoridad; pero en las demás cosas siempre la Iglesia se la ha dado grandísima, como se ve en el decreto de Gelasio, papa, en el concilio romano.

14 Mas sin duda que el Señor, que escogió á san Gerónimo para obra tan grande, le proveyó de todos los talentos que para sacarla tan acabada y perfecta era menester; y el mas principal de todos, y mas necesario, fué la luz de su divino espíritu, que alumbrase el entendimiento del santo doctor, para entender sus sentencias, y que rigiese su pluma, para descubrir aquellos tesoros divinos, que en ellas están escondidos. Pero lo que mas espanta es, que haya podido san Gerónimo escribir, lo que escribió, y hacer, lo que hizo, habiendo sido acosado de muchas y graves enfermedades, como él mismo lo dice por estas palabras: «El Señor que mira la tierra, y la hace temblar: que toca los montes, y humean: que dice en el Deuteronomio: Yo mataré, y yo vivificaré: heriré, y sanaré; hace tambien que tema y se estremezca la tierra de este mi cuerpo con frecuentes enfermedades: á quien se dice: Tierra eres, y en tierra te has de tornar: y así como estoy, olvidado de mi suerte y condicion humana, me amonesta muchas veces, que como hombre, y como viejo, reconozca que estoy muy cerca de la muerte. Y por quien está escrito: ¿De qué te glorías, ó tierra y ceniza? Y así el mismo, que me hirió con tan súbita dolencia, me sanó con increible presteza, mas para atemorizarme, que para afligirme, y mas para enmendarme, que para apartarme. Así que, sabiendo yo, cuyo es, todo lo que vino, y que por ventura la causa de dilatar mi muerte es, para que acabe la obra comenzada sobre los profetas; quiero emplearme todo en esta ocupacion, y como puesto en una alta atalaya, contemplar, no sin dolor y gemidos, los torbellinos y naufragios de este mundo, sin que me dé cuidado cosa alguna presente, sino solo lo futuro; y estimando en poco el juicio y el decir de las gentes, sino solo el de Dios.» Esto es de san Gerónimo. Y demás de estas enfermedades, que él dice, tuvo una vejez muy cansada y quebrantada; pues él mismo confiesa que habia ya catorce años que no podia sufrir el trabajo de escribir por su mano, ni leer de noche los libros hebreos, ni aun de dia, sino con mucha dificultad, y que los libros griegos otros hermanos se los leian, por no poder él: y con esto estaba tan lleno de sabiduría, y era tan rico su caudal, que no se podia creer la presteza y facilidad con que escribia, si él mismo no lo dijese; porque en tres dias tradujo los tres libros de los Proverbios, del Eclesiastés, y de los Cantares de Salomon: en un dia, de caldeo en latin, el libro de Tobías; y en dos semanas dictó los Comentarios sobre Mateo, por la grande instancia de Eusebio Cremonense, su discípulo, que, habiendo de caminar á Italia, no quiso ir sin alguna prenda de su maestro. Y escribiendo á las santas madre é hija, Paula y Eustoquia, y disculpándose de la llaneza de su estilo mal limado, dice que no pretendia mas de declararla los misterios de la santa Escritura: lo cual hacia con tanta velocidad, que muchos dias pasaban de mil renglones, los que dictaba: y el libro, que escribió contra Vigilancio, hereje, tan erudito y admirable, dice que lo dictó en una noche, por la priesa del portador, que era Sisinio: que son todas cosas, que ponen espanto: y mucho mas, que con ser este gloriosísimo doctor tan grande en los ojos de Dios, y en los de toda la Iglesia, fuese tan pequeño, y tan humilde en los suyos, que enseñaba á los niños, é hijos de algunos caballeros, y les declaraba los poetas, historiadores y oradores, para criarlos, por medio de aquellas letras, con la leche de la piedad, y temor santo del Señor, y haciéndose niño con los niños, para ganarlos á Dios. Y puesto caso que Rufino le tacha de esto, y dice, que habia usado oficio de gramático; á mi ver es una de las cosas mas raras y admirables que hay en san Gerónimo, y que mas nos declara cuán encendido estaba aquel sagrado pecho del amor de Dios, y cuán poco reparaba en su autoridad, por servir mas al Señor: y juntamente nos enseña con su ejemplo, que ninguna cosa hay en la república, á que tanto se deba atender, cuanto á la crianza de los niños: y esto hizo el santo, habiendo mas de quince años que no tomaba en las manos libro alguno de gentiles, para leerle; porque lo que no habia menester para sí, lo habia menester para imprimir en los corazones blandos de los niños el amor á la virtud. Y no se echa de ver esto menos en lo que el mismo santo, escribiendo á Leta, matrona romana nobilísima, exhortándola a enviar á su hija niña á Jerusalen, para que se criase á la sombra de santa Paula, su abuela, le dice: «Si la enviares, yo te prometo de serle maestro y ayo: yo la tomaré en mis brazos, y traeré sobre mis hombros; y viejo como soy, enseñaré á la niña á formar y pronunciar tartamudeando las palabras, y me preciaré de ello, y estaré mas ufano y glorioso, que el otro filósofo del mundo; pues no enseñaré como él, al rey de Macedonia, sino á una sierva y esposa de mi Señor Jesucristo, que ha de ser presentada entre los coros de los ángeles, y puesta en el tálamo de los palacios celestiales.» Esto es de san Gerónimo. Pues ¿á quién no ponen admiracion estas palabras? Mas así como Dios nuestro Señor en las cosas mínimas es máximo; así los grandes santos en las cosas pequeñas son grandes, y para ellos no hay cosa menuda, de la cual no pueda resultar gloria al Señor. Era san Gerónimo pequeño de cuerpo, como él mismo lo dice, y ya en la vejez usaba de un bonetillo, para tener caliente la cabeza, el cual le habia enviado san Paulino; y él le hace gracias por aquel don, por estas palabras: «De buena gana he recibido el bonetillo, que me habeis enviado para calentar la cabeza fria por la edad, pequeño en el tamaño, mas grande en la caridad; y me he holgado mucho con el don, y con el donador:» que tambien es señal de su grande agradecimiento y humildad.

15 Habiendo, pues, el santísimo doctor cor-

rado gloriosamente su carrera, y derramado por todo el mundo los resplandores de sus virtudes y doctrina, enriquecido la Iglesia católica con los tesoros de la sagrada Escritura, quebrantado la cabeza á la serpiente, domado los monstruos infernales de las herejías, y triunfado de todos los que por ellos, ó por sus vicios, le habian sido contrarios, y enseñado á los fieles el camino del cielo, y de toda perfeccion; estando ya muy viejo, y con los largos años, trabajos, estudios y penitencias tan consumido, que no podia menearse en la cama, sino asiéndose á una cuerda, que para este propósito tenia colgada del techo, le dió una recia calentura, y luego entendió que se acercaba ya aquel dichoso dia en que el Señor le queria librar de la cárcel del cuerpo, y llevarle á gozar de sí, como él con tan vivos y encendidos deseos suspiraba. No se puede fácilmente creer el regocijo y júbilo que entonces sintió en sí el alma del santo: y aunque toda su vida no habia sido sino una meditacion perpetua y aparejo para la muerte, se armó con los santos sacramentos, para pelear de nuevo con aquel dragon á quien tantas veces habia vencido: despues consoló á sus monjes y personas devotas que habian concurrido, para hallarse presentes á su glorioso tránsito, y amargamente le lloraban: y habiéndolos exhortado y animado al amor del Señor, y entre sí, y á toda virtud, dió su espíritu al que le habia criado, á los 30 del mes de setiembre del año 422, segun Próspero en su Cronicon; y segun el cardenal Baronio, de 420, imperando Honorio y Teodosio, el menor, su sobrino. De la edad en que murió, no hay cosa cierta; porque san Próspero, autor casi del mismo tiempo de san Gerónimo, le da noventa y un años: otros noventa y ocho, y aun noventa y nueve: el cardenal Baronio setenta y ocho ó setenta y nueve: el P. Fr. José de Sigüenza, de su órden, en la Vida que escribe de su santo padre, lo extiende á ochenta y uno. La causa de tanta diversidad de opiniones es, no saberse puntualmente el año en que nació este glorioso doctor, sino solamente que cuando murió en Persia el emperador Juliano Apóstata (que fué el año del Señor de 373), san Gerónimo era muchacho, como él mismo lo dice, y estudiaba gramática: las cuales palabras unos las extienden y otros las acortan mas, para en ellas fundar su opinion. Lo cierto es, que llegó á la edad decrépita, como lo dice san Agustin, á quien san Gerónimo llama en dignidad padre, porque era obispo, y en la edad hijo, porque era mucho menor que él. Y si san Gerónimo murió de setenta y ocho años, y en el del Señor de 420, como cree el cardenal Baronio; este año tenia san Agustin sesenta y seis, pues murió de setenta y seis, el año de 430; y no le llevaba (segun esta cuenta) san Gerónimo, sino doce años, que parecen pocos para el modo con que estos santos hablan de la edad que tenian entre sí. Pero para la imitacion del santo, que yo pretendo, esta cuestion de la edad es de poca sustancia.

16 El sagrado cuerpo de san Gerónimo se enterró con gran solemnidad en la cueva de Belen, y despues fué trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de Santa María la Mayor, junto á la capilla donde tambien se trasladó el pesebre en que el Verbo encarnado y recien nacido fué reclinado; y de esta traslacion hace mencion el Martirologio romano á los 9 de mayo.

17 El haber sido san Gerónimo cardenal, lo dicen muchos y graves autores, que refieren el padre maestro Fr. Alonso Chacon, de la órden de Santo Domingo, en un tratado que hizo para probar que san Gerónimo fué cardenal, y el P. Fr. José de Sigüenza, en su Vida, y la misma pintura y tradicion de la Iglesia tiene fuerza para persuadirlo. Y sin duda, que en Roma tuvo con san Dámaso, papa, oficio de mayor importancia, que en aquel tiempo era ser cardenal, ó cura de algun título de Roma. Los cardenales Baronio y Belarmino lo niegan, fundándose principalmente el cardenal Baronio en una epístola del mismo san Gerónimo, en la cual, escribiendo á Pamaquio, claramente dice, « que cuando Paulino, obispo de Antioquía, le ordenó de presbítero, él se dejó ordenar, y dió su consentimiento, con condicion que no habia de estar atado á alguna Iglesia, como se dijo arriba; porque de tal manera queria ser clérigo, que no dejase de ser monje, ni perdiese la libertad, para estar donde quisiese; » y Belarmino por otra razon, sacada de la misma epístola, como mas particularmente lo podrá ver el curioso lector en el cuarto tomo de los Anales del cardenal Baronio, y en el primero de las Controversias del cardenal Belarmino. Lo que á mí me parece es, que los que hacen cardenal á san Gerónimo, no le añaden grandeza alguna, y ni los que lo niegan, se la quitan: porque aunque la dignidad de cardenal es de tanta reverencia y majestad, como vemos; pero es tan grande en sí este gloriosísimo doctor, que ni ella, ni otra alguna le puede levantar, ni hacer mas ilustre por haberla tenido, ni quitarle un pelo de sus excelencias la falta de ella. Mas toca esto al colegio de los ilustrísimos cardenales; porque si san Gerónimo lo fué (aunque haya habido tantos cardenales muy insignes en santidad, letras y prudencia), todos ellos se pueden gloriar de haber tenido tal colega, que fué luz de la Iglesia católica, y gloria del siglo en que vivió, y de todos los que despues han sucedido, y será ornamento perpetuo de todos los advenideros hasta el fin del mundo.

18 De san Gerónimo hicieron mencion san Leon, san Gelasio, y Bonifacio VIII, pontífices romanos, la sétima sínodo general, los concilios maguntino y de Aquisgran. Coligió su vida de sus mismos escritos (como dijimos) Mariano Victorio, obispo reatino, y refiérela Surio en su quinto tomo. Pero adviértase, que una epístola en que se trata de la vida y muerte de san Gerónimo, y está en el nono tomo de sus obras, con nombre de Eusebio Cremonense, su discípulo, y otras de san Cirilo, y de san Agustin, que contienen las grandezas y milagros de este santísimo doctor; los hombres doctos las tienen por apócrifas y fingidas: y que así como no tiene necesidad el sol de la luz del candil para ser visto; así la grandeza de san

Gerónimo no la tiene de estas alabanzas, para ser conocido y estimado: porque, ¿qué doctor hay en la Iglesia católica, entre todos los griegos y latinos, que con mayor claridad la alumbre: con mas copiosas y saludables aguas la riegue y fecunde: con los ejemplos de su vida santísima mas la edifique; y con su divina doctrina mas la ilustre, enseñe y defienda? ¿Quién hizo guerra á la virtud, que no hallase contra sí á este glorioso doctor? ¿Qué hereje se levantó en su tiempo contra la Iglesia, que no fuese luego vencido, y derribado, y postrado á sus piés? ¿Quién leyó sus obras, y no quedó admirado y compungido, y con nuevos deseos de servir de veras al Señor? ¿Quién hay, no solamente de los gentiles filósofos, sino tambien de los cristianos teólogos, que en la leccion de todos los autores, en la noticia perfecta de las lenguas, en la ciencia de la divina Escritura, en el conocimiento de tantas y tan varias cosas, en el ornato de las palabras y fuerza de la elocuencia, con san Gerónimo se pueda comparar? ¿Que así haya sido en vida por una parte respetado, consultado y tenido por un oráculo de sabiduría, de los buenos; y por otra perseguido y maltratado de los malos? Pero no es la postrera alabanza de este santísimo doctor el haberle dado el Señor tantos y tan lucidos hijos, que en su órden y debajo de tal padre militan en España, con tan grande religion, ejemplo y observancia de su regla, que ha movido á los reyes, príncipes y personas ricas á honrarlos, estimarlos y darles tan grandes haciendas, y edificarles tantos y tan suntuosos monasterios: lo cual es grande indicio de la devocion que todos estos reinos tienen á nuestro santísimo doctor, y por él á sus hijos, y que ellos no desmerecen por sí, lo que su bienaventurado padre les mereció y ganó con tanta copia y abundancia; porque, ¿qué órden hay en toda la Iglesia de Dios que se precie mas del culto divino: que asista mas de dia y de noche en el coro; y mas continuamente le alabe? ¿Que viva con mas recogimiento, clausura y silencio? ¿Que guarde todas sus constituciones y reglas con mayor rigor? ¿Que, apartado comunmente del bullicio de los pueblos, los sustente con sus oraciones y aplaque la ira del Señor? Acabamos la vida de este sapientísimo y máximo doctor, con lo que de ella dice el beato Lorenzo Justiniano, por estas palabras: «¿Quién hay en el gremio de la Iglesia que no haya sido enseñado con la ciencia de san Gerónimo? ¿Y edificado con el ejemplo de su vida? ¿Y esforzado con sus oraciones? Porque él fué padre comun de todos, luz del mundo, predicador del reino, medianero para con Dios y para con los hombres, espejo de santidad, dechado de virtudes, y defensor valeroso de la Iglesia, y de todos los fieles, y sin haber derramado sangre, mártir del Señor. El, adornado de caridad, no se dejó vencer de las tentaciones, ni se turbó por la injurias, ni se rindió á las persecuciones de sus enemigos, ni se dejó llevar de los blandos deleites de la carne, ni desvanecer de las honras, ni levantar de las alabanzas, ni congojar de los trabajos y adversidades: antes permaneció limpio de corazon, sublime con la humildad, admirable por su pureza, insigne con la castidad, invencible por la fortaleza, encumbrado por su autoridad, devoto en el corazon, y vestido de la ropa mas blanca que la nieve, de todas las virtudes. Finalmente, todo el discurrido de san Gerónimo fué un retrato y modelo de religion y santidad.» Todo esto es de san Lorenzo Justiniano.

19 La íntima conexion de los escritos de este padre con los hechos de su vida, no puede menos de obligarnos á dar de ellos una idea algo difusa en la historia de este dia que acaso corresponderia mas bien á un apéndice de sus obras, y los motivos que pudieron inducir al santo á emprenderlas; y esto mismo nos excusa aquí de una repeticion importuna de mucho de lo que dejamos dicho en el cuerpo de su historia; pero para completar las noticias que puedan perfeccionarla, dirémos brevemente lo que reste para su inteligencia, advirtiendo que para instruirse en la serie de los escritos de san Gerónimo, y en los hechos de su vida es necesario consultar recíprocamente su vida y sus escritos.

20 Varias cartas de este santo doctor á las devotas mujeres que á su direccion estaban en los pasos de la virtud cristiana, y á varias otras personas, contienen excelentes consejos é instrucciones para varios estados y condiciones. Habiéndole dejado Heliodoro en el desierto de Chalcis, en Siria, por volverse á su casa á Roma, le escribió san Gerónimo una carta elocuentísima para persuadirle á que volviese á su retiro. Usa en ella de tiernas reprensiones. «Soldado cobarde, le dice, ¿qué habeis de hacer en la casa de vuestro padre....? Acordaos de aquel dia en que os alistasteis por soldado de Cristo: que despues le jurasteis fidelidad..... Aunque vuestro tierno sobrino se cuelgue de vuestro cuello, y vuestra madre se mese su cabello: aunque vuestro padre se ponga al umbral de la puerta para deteneros, pasad por cima de vuestro padre, y seguid el estandarte de la cruz con los ojos enjutos. Es gran misericordia ser cruel en semejantes ocasiones. Os engañais, hermano, si suponeis que puede haber cristiano sin persecucion: cuando se cree mas seguro, es cuando se ve asaltado con mayor violencia.... Vos diréis: Los clérigos viven en las ciudades. Dios prohibe que hablemos mal de los que sucedieron á los apóstoles, que consagran con sus mismas bocas el cuerpo de Jesucristo, que nos hacen cristianos, y que tienen en sus manos las llaves del reino de los cielos.» Demuestra san Gerónimo la diferencia entre los clérigos y los monjes, y le aparta del deseo de ser admitido en el clero, porque «aunque un presbítero digno adquiere mayor grado de perfeccion, no es la dignidad eclesiástica la que hace buenos cristianos.... No es fácil á todos los hombres tener las gracias de san Pablo, ni la santidad de san Pedro.» Ensálza despues elocuentemente la dicha de una santa penitencia y de la soledad, en que se nos manifiestan abiertos los cielos. Heliodoro resolvió volver al desierto; pero como se habia ordenado de presbítero, se vió obligado á servir en la Iglesia de Roma. Su sobrino Nepociano, jóven eclesiástico, solicitó de

san Gerónimo, y éste le escribió varias cartas y reglas excelentes para conducirse en la vida de eclesiástico; como, el que Cristo solo sea su porcion; de modo que nada posea en su corazon sino al Señor, y que aunque viva y se mantenga del altar, deba contentarse con la comida y el vestido honesto y parco, teniendo lo demás por porcion debida al peregrino y al pobre: que jamás lleve á su casa mujer alguna, ó á lo menos muy rara vez por necesidad: no tener familiaridad con vírgenes consagradas á Dios, y aun, si puede ser, no conocerlas; y amarlas á todas en caridad generalmente sin estar jamás en casa con alguna: «Nunca fieis, le dice, en la pasada castidad; no sois vos mas santo que David, mas fuerte que Sanson, ni mas sabio que Salomon. No visitéis á mujer sola: no habléis con ella cara á cara.» Prohibe hacer fiestas con los legos: recomienda la caridad, prudencia, discrecion, modestia y sobriedad; pero no quiere excesos en los ayunos. Encarga severamente á los clérigos no tener aguda lengua, y que jamás deseen ser convidados á comer; y que una vez llamados, vayan, pero muy rara vez, etc. Muerto Nepociano, poco despues escribió san Gerónimo su panegírico á su tio Heliodoro, obispo entonces de Altino, en que hace una pintura elegantísima de la cortedad é incertidumbre de la vida, recomienda la devocion de los difuntos, adornando las capillas y altares de los mártires con flores, etc., y consuela á Heliodoro asegurándole que su sobrino estaba á la sazon ya con Cristo en compañía de los santos (p. 283).

21 Habiéndole pedido su consejo un tal Rústico, natural de Marsella, y monje, pero que vivia en Roma, el santo le dió algunas instrucciones para servir á Dios en el estado monástico. Recomienda la vigilancia y fervor constante, la labor manual, lectura, meditacion, obediencia, castidad y ayuno. Prefiere la vida cenobítica á la de los ermitaños, como mas segura; y aun dice, que para hacerse cualquiera ermitaño, deberia primero vivir algun tiempo en comunidad. Añade, ser regla de algunos monasterios de Egipto no admitir al que no supiese ó pudiese aplicarse á alguna labor manual, no tanto por ganar su sustento, como por precaver los malos pensamientos que son hijos de la ociosidad. En el canto de los divinos oficios no se considera tanto la voz como los afectos del corazon. «Ninguna arte, dice, se aprende sin maestro, mucho menos la salvacion. Servid á vuestros hermanos, lavad los piés á los extranjeros, callad cuando os hagan alguna injuria, etc.» Pone la humildad y la paciencia por los medios mas eficaces para vencer las tentaciones, lo que confirma con el siguiente ejemplo. Un jóven griego que vivia en un monasterio de Egipto, fué turbado con violentas tentaciones de la carne, y ni el continuo trabajo, ni la abstinencia mas severa fortalecida de fervorosa oracion, le libertaban de las importunaciones y asechanzas de este pertinaz enemigo. Su superior, á quien descubrió su mal, dió secretamente órden á uno de sus compañeros de que le insultase en cualquiera parte con invectivas y baldones, y despues fuese á quejarse al abad de aquel mismo á quien habia ofendido, como si hubiese recibido de él la injuria. Habiendo pasado un año en estos términos, le preguntó el superior al jóven si las primeras tentaciones le molestaban todavía? A lo que respondió: Padre, me cuesta mucha pena vivir, para que infesten mi imaginacion deleites sensuales. Rústico habia á la sazon de volver á la Galia: por lo que san Gerónimo le mandó dirigirse por los consejos de los santos obispos, para que no se descarriase, ni abandonase el camino real. Estos directores eran Proclo, religioso y sabio obispo de Marsella, y Exuperio de Tolosa. De éste último dice: «Este último prelado imita á la viuda de Sarepta: alimenta á otros, y él ayuna siempre: nada le turba mas que la angustia ajena. El ha dado á los pobres todo lo que tenia, no obstante no hay un hombre mas rico que él. Lleva el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en una caja de mimbre, y su sangre preciosa en un vaso de barro..... Seguid los pasos de este buen obispo, y de otros santos, á quienes su dignidad ha hecho mas pobres y mas humildes. Si quereis alcanzar un estado mas perfecto, salid de vuestra patria, como hizo Abrahan, dejad vuestros parientes: si teneis bienes, vendedlos, y distribuidlos á los pobres. Despojaos de todas las cosas para seguir á Cristo solamente: *Nudum Christum nudus sequere*. Es cosa dura, lo confieso; es ardua; es difícil; pero la recompensa es infinita.» Sobre las reglas que este santo prescribió á las vírgenes, véase la vida de santa Eustoquia. Sus cartas á las viudas por lo general contienen fuertes exhortaciones á la vida retirada, penitencial y devota, á que les convida particularmente su estado. Habla con mucho ardor contra los segundos matrimonios; aunque concede que son lícitos, y no pecaminosos.

22 Entre las cartas espirituales de este Padre acaso no hay otra de tanto mérito y utilidad como la que escribió á Leta, mujer de Toxotio, hijo de santa Paula. Contiene las reglas de educacion para Paula la menor, hija suya, á quien su abuela habia resuelto destinar á la vida religiosa llevándola consigo á Belen. Su abuelo paterno era sacerdote de Júpiter, pero los demás de su familia eran cristianos. San Gerónimo los exhorta á convertir á aquel con la regularidad de la conducta de ellos, modestia y porte virtuoso: armas á que no resiste la malicia misma. «Yo estoy persuadido, la dice, que Júpiter mismo hubiera creido en Jesucristo, si hubiera tenido una familia como vosotros.» San Gerónimo hace presente á Leta, que ella habia tenido de Dios aquella hija en los sepulcros de los mártires, solo porque la educase para servirle: y en cuanto á su educacion establece las siguientes reglas: «Sea criada como lo fué Samuel en el templo, y el Bautista en el desierto, en una entera ignorancia del vicio y la vanidad. No oiga, aprenda, ni hable de cosa que no sea conducente al temor de Dios. No escuche jamás malas palabras, ni aprenda profanos cantos, sino en cuanto pueda pronunciar tome de memoria algo de los salmos. No dejar que se aproximen á ella muchachos rudos; ni aun muchachas, sino aquellas que no conozcan

las máximas y conversacion del mundo. Désela un alfabeto de letras pequeñas hechas de boj ó marfil, con los nombres de todas las que pueda conocer, para que el juego mismo le sirva de instruccion. Cuando sea algo mayor, llevésela de una letra á otra con el índice ó dedo suyo, guiado por otra mano; y convidésela con presentes y promesas convenientes á su edad para que vaya con este interés juntando sílabas; y escriba los nombres de los patriarcas desde Adan acá. Tenga compañeras para aprender con ellas, y poder adelantar con la emulacion, y oir las alabanzas de las otras. No debe ser intimidada, ni castigada sin tiempo, si es algo perezosa, sino animada con buenos modos para que pueda regocijarse en exceder, ó entristecerse en verse despreciada y debajo de otras, no envidiando sus progresos, sino alegrándose de ellos, al mismo tiempo que se baldone á sí misma por los pocos que ha hecho. Debe tenerse gran cuidado en que no conciba aversion á los estudios, porque este sinsabor no le quede en años mas maduros. Las palabras que aprenda sean santas y escogidas, como los nombres de los apóstoles y de los profetas. Hagásela conocer la jenealogía de estos desde Adan, para que desde esta edad prepare para despues su memoria. Es necesario buscar para ella un maestro que sea hombre de virtud y ciencia: porque ningun grande estudiante se desdeñará de enseñarla los primeros rudimentos, como hizo Aristóteles con Alejandro el Magno. Esto no puede omitirse, pues sin ello nada apreciable puede aprenderse. El mismo sonido de las letras y los primeros documentos son muy diferentes en las bocas de un maestro sabio, y de un imperito. Es necesario cuidar de que no aprenda con las amas mimosas á pronunciar las palabras á medias; ni á jugar con oro y púrpura; lo primero corromperá su lengua, lo segundo su corazon. Gran cuidado es menester para que no aprenda, lo que habrá de querer despues no haber aprendido. La elocuencia de los Gracos derivó su perfeccion de la elegancia y pureza del lenguaje de la madre: y la de Hortensio fué formada en el pecho de su padre. Lo que bebe una mente tierna jamás lo olvida; y todos están mas dispuestos á imitar los defectos y vicios, que las virtudes y buenas calidades. Alejandro, el conquistador del mundo, no pudo jamás corregir sus defectos en su porte y costumbres, como que las habia aprendido desde niño de su maestro Leónides. Es necesario que no tenga ama de cabeza ligera, habladora, ó de poco seso. Cuando vea á su abuelo el pagano, cuando se recueste en su pecho, se cuelgue de su cuello, cante á sus oidos la Aleluya. Sea amable con todos, pero es necesario que desde muy luego sepa que ha de ser esposa de Cristo: no toque su rostro la pintura, no componga su cabello, que todo esto pronostica y aviva las llamas del infierno.»

* SAN LEOPARDO, MÁRTIR.—Nació en Roma, de noble familia, y fué instruido en las artes liberales. Como era de hermosa presencia, de bello carácter y de muy distinguida educacion, el emperador Juliano el Apóstata quiso que entrase en su palacio con un destino cerca de su persona. En efecto, Leopardo admitió el honorífico destino; pero allí mismo tuvo ocasion de conocer el Evangelio y de ser bautizado, por cuyo motivo perdió la gracia del emperador, que lo hizo degollar en la misma ciudad de Roma. Su cuerpo fué despues trasladado á Aquisgran, de donde es patron.

LOS SANTOS VÍCTOR Y URSO, MÁRTIRES.—Pertenecian estos dos santos á la gloriosa legion tebana, y en tiempo del emperador Maximiano fueron primeramente atormentados con crueles castigos; pero, habiéndose librado por una luz celestial, que resplandeciendo sobre ellos hizo caer en tierra á los verdugos, fueron metidos en el fuego, y habiendo tambien salido sin lesion, los degollaron. Véase la Vida de san Mauricio y compañeros, en el dia 22 de este mismo mes.

SAN ANTONINO, MÁRTIR.—Era de la misma legion que los dos anteriores, y se celebra de él memoria particular á instancia de la Iglesia de Plasencia que posee su sagrado cuerpo. Puede verse tambien la Vida de san Mauricio.

SAN GREGORIO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué llamado el «Iluminador,» y nació en la Armenia mayor, de la ilustrísima familia de los arsacidas. En su juventud lo llevaron á Cesarea para aprender las ciencias: allí conoció la religion cristiana y recibió el bautismo. Enardecido por la salud de las almas, resolvió ir á predicar el Evangelio á los infieles, y se volvió á Armenia, de cuyo país, se puede decir, que fué el apóstol. Sus discursos é instrucciones, acompañados de una vida sin mancha, obraron innumerables conversiones, y además Dios confirmó con milagros la verdad de la doctrina que su servidor anunciaba. Al principio de su mision, tuvo que sufrir mucho por parte de Tiridates, rey del país; pero este mismo príncipe abrió por fin los ojos á la luz y recibió el bautismo. A la vista de sus trabajos apostólicos, y del copioso fruto que daban á la Iglesia, Leoncio, obispo de Cesarea, le consagró obispo, y desde entonces su mision y su zelo no se limitaron ya á la Armenia. Llevó la antorcha de la fé á otras naciones bárbaras y penetró hasta el monte Cáucaso. Despues de tantas fatigas, que no habian tenido otro objeto que la gloria de Dios, se retiró el santo á un desierto de la alta Armenia, donde murió en paz, y fué á gozar del premio que habia merecido. Su muerte sucedió al principio del reinado del gran Constantino.

SAN HONORIO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Roma, y en la misma ciudad abrazó el estado monástico. El papa san Gregorio el Grande, que conocia la extension de sus conocimientos y la solidez de sus virtudes, le asoció á los misioneros que habia enviado á Inglaterra para la conversion de sus habitantes. Habiendo muerto, en el año 630, san Justo, arzobispo de Cantorbery, san Honorio fué elegido para sucederle, y le consagró san Paulino, arzobispo de Yorck. El nuevo arzobispo trabajó con un zelo infatigable, y tuvo el consuelo de ver aumentarse de dia en dia el reino de Jesucristo en aquellos países. Sus instrucciones al pueblo iban siempre acompañadas del estímulo del

propio ejemplo, y las ovejas, para ser enteramente perfectas, no tenian que hacer mas, sino seguir en un todo las pisadas de su venerable pastor. Este acabó santamente el curso de sus dias, el 30 de setiembre del año 653, despues de un pontificado de veinte y tres años.

SANTA SOFÍA, VIUDA. — Esta santa, célebre principalmente en la Iglesia de Oriente, fué madre de las tres vírgenes Fé, Esperanza, y Caridad, nombres que dió á sus tres hijas en el bautismo por respeto y amor á esas virtudes. En tiempo del emperador Adriano las tres hermanas fueron presas y atormentadas por no haber querido tributar adoracion á los dioses del paganismo; y Sofía, que las habia instruido en la religion y que les habia inspirado la virtud, las exhortó á confesar generosamente á Jesucristo y las vió con alegría derramar su sangre por la causa de la religion. Sofía continuó viviendo en el estado de viudez, practicando obras de misericordia, y castigando su cuerpo con rigurosas penitencias hasta que Dios la llamó á sí, muriendo por los años de 130.

FIN DEL TOMO TERCERO.

UNIVERSIDAD DE MALAGA BIBLIOTECA GENERAL